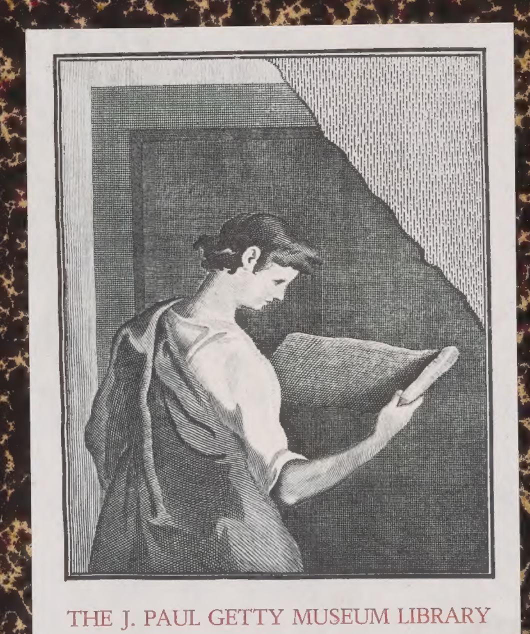
LA ILUSTRACION







LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XII.—AÑO 1893

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1893

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 2 de enero de 1893 — Núm. 575

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GITANO DE PURA RAZA, dibujo de J. García Ramos

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho exclusivo de publicación en España de la preciosa novela de Héctor Malot ANITA, con magníficas ilustraciones de Emilio Bayard, traducida al castellano por el reputado escritor D. Antonio Sánchez Pérez, que publicaremos en breve en la sección correspondiente.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La Nochebuena en Europa. – Celebración universal. – Los dos solsticios de invierno y verano. – Sus consagraciones religiosas. – Institución de la Nochebuena. – Los pueblos meridionales en tal noche. – Recuerdos levantinos. – El Belén. – Conexiones entre los bueyes de nuestros belencitos y los bueyes de las mitologías orientales. – Jesús recién nacido. – Consideraciones. – Conclusión.

En todo el mundo cristiano celebran los fieles reunidos esta sacra noche. Yo recuerdo haberla pasado en París y en Ginebra, donde, á su manera y guisa, la celebraban todos con extraordinario regocijo, así bajo el ala de nuestras iglesias católicas como bajo el ala de las iglesias protestantes. Más severos en sus costumbres y en sus ideas éstos no dejan por esa severidad, congruente con su doctrina y con su liturgia, de tener fiestas y mover algazaras muy parecidas á nuestras algazaras y á nuestras fiestas. El árbol de Navidad, con sus ramas verdes y sus farolillos multicolores, en el cual se ostentan juguetes bellísimos destinados á los chicuelos impacientes, proviene del Norte y está circundado de poesía por los enjambres de canciones aladas que han puesto en torno suyo la poesía y la música germanas. Pues no hay necesidad de ir á Londres para enterarse del fervor y entusiasmo con que celebran los ingleses las fiestas de Navidad: basta pasarse por cualquier librería nuestra de las internacionales, y sobre sus mesas encontraréis á porrillo periódicos ilustrados y libros de aguinaldo, diciéndoos lo universal del culto prestado á esta noche santa por todos los pueblos cristianos sin ninguna excepcion. La virtud capital del Cristianismo ha estribado en esto, en divinizar desde la maternidad hasta la muerte dentro de sus dogmas y de sus ritos aromados por una eterna poesía.

* * *

¡Bendita sea la Natividad sacra del Señor! ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira la noche dedicada por nuestra liturgia tradicional á conmemorar el nacimiento de Cristo! La religión cristiana, como las religiones de Grecia y Roma, santifica los dos solsticios, el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en el más largo de todos los días, la Iglesia celebra la Natividad del Bautista; y en el solsticio de invierno, en el más corto de todos los días, la Iglesia celebra la venida del Redentor, escogiendo el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse, dentro de los límites y relaciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse la enamorada canción del sencillo cuento. Camino de las almas, ¡cuán desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en el seno de los aires y las ideas en lo interior de nuestro espíritu. Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en lo infinito moral. Cuando San Lucas narra con la sencillez propia de la narración evangélica, sublime sencillez, la fuga de José y María escapados á los rigores del censo romano, la venida de la noche al establo de Belén, el nacimiento de Cristo en las pajas de los pesebres, el cántico de los ángeles en las alturas de los cielos, la reunión de los pastores cargados de rústicas ofrendas y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía de ningún modo adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo estas páginas transformaban los espíritus para desasirlos del sensualismo antiguo, y movía las piedras para levantarlas en triángulos místicos por las hermosas catedrales, y elevaba las imaginaciones con alas nuevas á las cumbres de lo ideal, y producía otros Estados en la sociedad, modificando desde las instituciones hasta las costumbres en renovación lenta y profundísima y universal, consecuencia indeclinable de una compenetración mayor entre el humano y el divino espíritu. Pero dejemos estas reflexiones, que ni caben ya ni pueden caber en este nuestro tema. Examinen otros si la Nochebuena se instituyó por la Iglesia helénica ó por la Iglesia romana; si designó San Agustín el 24 de Diciembre para la Natividad, San Epifanio el 6 de enero, y otros padres, en sentir de San Clemente Alejandrino, fines de abril y mayo; si en su homilía trigésimaprima el *Crisóstomo* dice que diez años antes de pronunciada tal arenga desconocía tamaña festividad: dejemos á los que de sabios y eruditos suelen preciarse dilucidar tales cuestiones, y vamos á recordar cómo la Natividad santísima del Salvador, este acto supremo en la vida sublime de María, suele comprenderse y festejarse por los pueblos cristianos, á que nosotros pertenecemos por virtud y obra de nuestra raza y de nuestra sangre. La vida entre los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde tiene tanta hermosura el suelo y el aire tanta luz; la vida en tierra embalsamada por el azahar, bajo un cielo embellecido por el arrebol, junto á unos mares plateados de espumas que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul; la vida guarda indecible poesía en tan deslumbradores sitios. Para gustarla precisa ir, no á la ciudad, al campo, á las aldeas; no al puerto mercantil, obscurecido por los vapores de la hulla y cubierto por los productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde so las aguas, tan transparentes como cristalinos manantiales, juegan y chispean, quebrando el resplandor de la luz en sus escamas, los multicolores pececillos. El día se dobla en la celeste superficie; el aire se carga de unas exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas y chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como aguardando al oleaje á guisa de la Galatea del idilio; la barca yace inmóvil sobre las arenas esmaltadas de conchas, entre las cuales brilla como gigantesco trozo de azabache la brea luciente; aquí saltan los chiquillos, corriendo á la desbandada con sus trajes de dril azul y sus gorros de lana carmesí; allí mécese la red tendida de higuera en higuera y el cenacho cubierto de algas y aparejado para contener las marinas cosechas; allá cantan los calafateadores que componen las naves apercibidas á desafiar las tempestades; acullá claman las pescadoras, semejantes con sus pies desnudos y sus cabezas coronadas por la circular cesta á las estatuas conocidas entre los griegos con el nombre de canéforas; acullá se dilatan los grandes copos recién extraídos, entre cuyas mallas, prendidas al término de largas maromas, centellean, mezcladas con el moho verde obscuro, cristalizadas partículas, semejantes á pedrería, y salta la pesca brillantísima coleteando, mientras por los límites del horizonte pasan latinas velas hinchadas de soplos favorables y seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno, acompañadas de los delfines que parecen volar entre las espumas batidas por sus lustrosos cuerpos, rompiendo con la quilla y con la proa el agua para dejar tras de sí fugaces pero luminosas estelas.

* * *

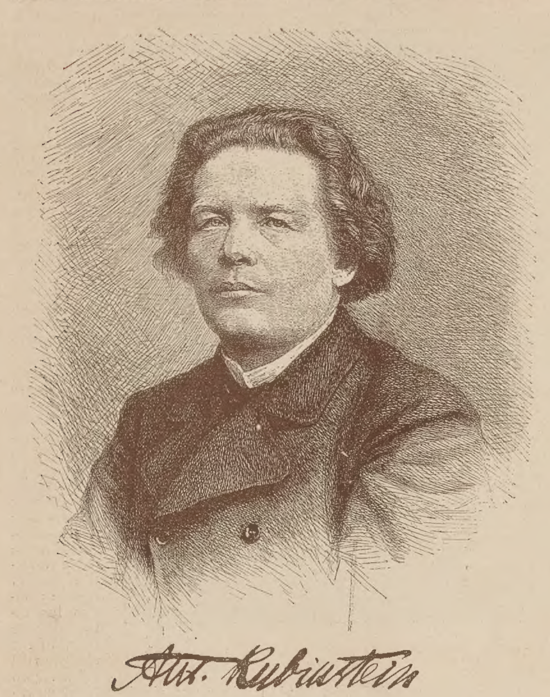
En estos grandiosos espectáculos, nuevos á la continua, necesariamente las almas de los pueblos, como las almas de los individuos, toman brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de resultar por necesidad poéticas y alegres. Yo recuerdo aún la poesía que todos los años me reservaba en el santo seno de la familia esta festividad incomparable de Nochebuena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían á una en descomunales ollones, los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para el día siguiente, la dulce peladilla de Alcoy, los turrones hechos con azucaradas almendras de Jijona ó de Alicante, los frescos cardos aporcados en los hermosos bancales, tantas gollerías propias de las Navidades. Los muchachos agujereaban los pucheros que les caían en las manos, y tapándoles la boca con pieles de conejo secadas al fuego, en cuyo centro ponían unas cañitas, arreglaban las ruidosas zambombas. Industrias no menos primitivas procurábannos todos los demás instrumentos. El pandero con sus ruidosísimas sonajas, las castañuelas con sus lazos de seda, habían menester más aparato; pero los rabeles, aparejados con una guita untosa, y los caramillos de cañas que podría envidiar el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, generalmente fría y lluviosa, mientras el viento aullaba en los ramajes, ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno, bajo las anchurosas campanas de las chimeneas chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces brillaban á guisa de meteoros entre las columnas de humo centellas múltiples, y en la roja ceniza deslumbraba nuestros ojos el *nochebueno*, el inmenso tronco de oliva ó encina, reservado de antiguo para este momento y parecido á una inmensa gigante brasa. ¿Y el nacimiento de Cristo? Las estatuas y los cuadros que luego he visto en mis correrías por el mundo no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis sugerido por aquellas toscas figuras de barro cubiertas por colorines chillones. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana con varios ramajes y flecos. En torno de la mesa nosotros mismos amontonábamos el espliego, la salvia, el tomillo, recién cortados del monte, que formaban como alfombra mullida, la cual á nuestras pisadas despedía fortificadoras esencias. Una peña de cartón polvoreada de vidrio, á cuyas facetillas denominábamos *vidrio volador* en jerga provincial, representaba el Belén, tomando á los reflejos de las velas contenidas en candelerillos de plomo y en las arañas de latón visos de un rocío luminoso. Por las quebradas, entre hojas de lentisco, descendían reproducidos en barro los borregos de blancos vellones y las ovejas regidas por un pastor, quien llevaba para el niño Dios, colgado al cuello, un recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón aderezaba las migas puestas en perol anchísimo á la lumbre; allí una fuerte labriega, con su azul zagalejo y su negro corpiño, sobre cuyos pliegues blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía los potros al abrevadero; más lejos retozona muchacha parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro cofrade suyo, asentado sobre un saco de avena, encentaba el pan ó el queso; en las alturas veíase brillantísima constelación de talco, que guiaba á los reyes magos, caballeros en sus hacaneas y envueltos en sus mantos de púrpura y armiño, con sus coronas áureas á las sienes y sus vasos de mirra en el puño, mientras abajo, sostenido por un ángel de túnica celeste y blanca, el *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, y bajo tanta enseña el pesebre con la mula en un lado y el buey en otro por el término primero; por el segundo la Virgen y San José, ambos poseídos de una contemplación extática, y sobre las pajillas el recién nacido, á quien besábamos como á un pequeñuelo de veras y adorábamos como al Dios de la verdad. Entonces, aunque supiéramos el *musa, musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y por consiguiente no llegábamos á comprender toda la importancia conseguida por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio el rostro, bostezando y soñolientos, á quien viniera diciéndonos cómo el buey con la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente que se alza por los cielos enrojecidos inspira la idea de que el toro, compañero de su dios Mitra, debe ser el primer animal criado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza

de suyo la riente aurora y augura el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y augura la tempestad entre los supersticiosos eslavos; cómo, según los antiguos alemanes, los cuatro bueyes, hijos de Gefión, surcan y remueven la tierra patria con sus arados, y según los antiguos franceses, un toro de piel atigrada engendra la raza de los merovingios al borde mismo de los mares; cómo Júpiter viene, según los metamorfoseos helenos, sobre las ondas jonias á las poéticas orillas donde naciera Europa; en nuestras creencias de aquel entonces era el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de diciembre, y la mula estéril por haberse tragado la paja del sacratísimo pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre tal tema delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían á una con verdadera pasión, tan prontos para dar un bollo al pacífico buey como para romper un hueso á la mula espantadiza y estéril! ¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas llenas de perdigones, el campaneo de los almireces, el rasguear de las guitarras y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios con la más desenfrenada alegría y promoviendo las más regocijadas algazaras. Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas desde las cocinas al nacimiento, los arreglos del Belén, el cántico y el baile acababan por del todo rendirnos y prestarnos un sueño más pronto y más profundo que nuestro sueño corriente, quedándonos medio dormidos sobre las sillas y los bancos, hasta que las campanas de las parroquias nos despertaban llamándonos á misa del gallo, cantada en la media noche, donde á todos los estruendos se reunían las trompetas del órgano. ¿No os ha pasado muchas veces, viendo moverse un corro de niños en Nochebuena alrededor de un nacimiento, apoteosis de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que le reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre copiosa en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en su agonía y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los patíbulos.

LABOR DIFÍCIL, cuadro de H. W. Schmidt



SAN JUAN DE ARENA (Asturias), cuadro de Cecilio Plá



una parte ínfima del público tiene esa comprensión. La música instrumental es el *alma* de la Música; pero precisa saber penetrar, presentir y escudriñar esta alma, trabajo psicológico de que el público, por regla general, no es capaz. Las bellezas de las obras clásicas le han sido reveladas desde la infancia por la admiración de sus padres y por las explicaciones de sus profesores, y por esto, sin duda, demuestra por ellas un entusiasmo convencional; pero imagino que si hoy debía descubrir por su cuenta las bellezas que atesoran, las obras de los clásicos correrían el riesgo de quedar olvidadas.»

Después de hacer notar que hasta la segunda mitad del siglo actual la música ha florecido solamente en Italia, Alemania y Francia, y que puede dividirse la historia de la Música en tres grandes épocas, describe de esta manera esa división:

«Tengo para mí que el arte musical empieza con Palestrina, y de él hago arrancar la primera época de nuestro arte, aquella que á un tiempo llamaré época del *órgano* y época *vocal;* los más eximios representantes de ella han sido Bach y Hœndel, que dignamente la coronan. A la segunda época la llamaré *instrumental,* es decir, la época del desarrollo del piano y de la orquesta; época que empieza con Felipe-Manuel Bach y termina en Beethoven, que es la más alta encarnación de ella, comprendiendo en ese ciclo á Haydn y Mozart. Llámase á la tercera *lírico-romántica;* empieza con Schubert y tiene por prepresentantes á Weber, Mendelssohn, Schumann y Chopin, que la cierra.»

LA MÚSICA Y SUS REPRESENTANTES

El trabajo crítico que, en extracto, presentamos á nuestros lectores es de indudable importancia. Para formar cabal juicio acerca de él, no se olvide que quien lo ha escrito es músico y ejecutante á su vez y que, por lo mismo, su criterio puede adolecer de lastimosos prejuicios. Téngase también presente al leer lo que de Wagner dice, que perteneció éste á la raza germánica y que él desciende de eslavos. La antipatía entre las dos razas es demasiado profunda para que, siquiera á guisa de duda, no nos sea permitido pensar que en algo puede haber influído el antagonismo étnico en el juicio emitido sobre el maestro alemán.

Aparte de esto, el nombre de Rubinstein, conocido de todos, y sus dotes, avaloradas por muchos, son garantía de acierto y del interés con que ha de leerse su *Historia crítica de la música.* Léanla en extracto nuestros lectores y vuelvan á leerla íntegra aquellos á quienes los asuntos musicales apasionan, que obra es de un maestro y fruto al mismo tiempo de profundos estudios. – C. y R.

***

Empieza el autor su notable trabajo, escrito en forma de diálogo, haciendo constar que la ópera, para él, es, dentro de la música, un género secundario. He aquí cómo explica su opinión:

«1.º La voz humana limita la melodía, cosa que no sucede con los instrumentos y que resulta una traba para la libre expansión del alma, ya se trate de expresar alegría ó dolor. 2.º Las palabras, por muy hermosas que sean, no cabe que expresen todos los sentimientos que llenan el alma, eso que con gran exactitud se llama *inexpresable.* 3.º Así en la alegría más viva como en el dolor más profundo, el hombre siente surgir en su interior una melodía á la cual no podría ni querría adaptar palabras. 4.º Jamás, en ninguna ópera, se ha oído ni se oirá la expresión trágica que encontramos, por ejemplo, en la segunda parte del trío en *re* mayor de Beethoven ó en las sonatas, op. 106, parte segunda, y op. 110, tercera parte, etc.»

Opina que si la ópera es el género á que se dedican con predilección los grandes compositores, se debe á que casi todos ellos esperan de aquella manera ser antes y mejor comprendidos por el público, y añade:

«Para saborear por completo una sinfonía es preciso poseer una verdadera iniciación musical, y sólo

Viene por último el juicio que le merecen las distintas personalidades que en esas diversas épocas sobresalieron en el campo de la Música. Esta es, indudablemente, la parte más importante y curiosa de la obra; pues los juicios emitidos por el ilustre músico distan mucho de estar conformes con los que generalmente han merecido los grandes maestros. En primer lugar, bastará la enumeración de los bustos que Rubinstein tiene en su despacho, como en sitio de honor, para que se comprenda la disparidad de juicio que señalamos. Esos retratos son los de Bach, Beethoven, Schubert, Chopin y Glinka, de quienes dice que son los maestros por los que siente admiración mayor. A Hœndel, Haydn y Mozart los considera inferiores á éstos: ¿es que el *virtuose* se sobrepone al compositor? En segundo lugar, algunos párrafos entresacados de los juicios que emite sobre los compositores acabarán de patentizar que el eminente pianista no sigue las trochas conocidas, sino que, á hachazo limpio, se abre nuevo sendero.

Para él la música empieza con Palestrina y los dos ó tres maestros italianos Carolli, Scarlatti, Couperin y Rameau, que son los iniciadores de la música religiosa que precede inmediatamente á la instrumental, de que Juan Sebastián Bach y Jorge Federico Hændel son los representantes que con más relieve se destacan. Con ellos «la música llega á tal perfección, alcanza sublimidad y brillantez tan grandes, que parece que la humanidad escuche por segunda vez el *fiat lux.*»

De Bach dice Rubinstein lo siguiente:

«Conocéis, sin duda, aquella anécdota de la vida de Benvenuto Cellini, según la cual el artista estaba falto de metal para un trabajo que le había encargado el rey de Francia. Para evitar dificultades tomó el partido de fundir todos sus modelos; pero de repente, al coger una copa de labor admirable, se detuvo y no pudo resolverse á echarla al fuego. *El clavicordio bien templado* es esa joya de la música; si, por desgracia, todos los motetes, las cantatas, las misas de Bach y hasta la música de *La Pasión* se perdían, y únicamente quedaba *El clavicordio bien templado,* no habría motivo para desesperarse, pues la música no se habría perdido.

»Sus preludios son de un esplendor, de una perfección y de una diversidad tan grandes, que parece incomprensible que el mismo hombre que ha escrito para el órgano obras tan majestuosas, haya podido componer gavotas, zarabandas y otros trozos para piano tan encantadores por su sencillez. Dejo de hablar de sus obras instrumentales; pero si añado á esta lista sus gigantescas obras vocales, me parece que llegará un tiempo en que se dirá de él lo que de Homero: «Un hombre solo no es posible que haya escrito todo esto.»

De Hœndel dice así:

«Quedan para este maestro la majestad, la brillantez, los efectos de masas y el prestigio sobre la multitud por la sencillez del dibujo, por la diatónica (contraste admirable con el cromatismo de Bach), por la nobleza en el realismo, por el genio, en una palabra. Creo definir bien á los dos maestros por medio de este aforismo: «Bach, la catedral; Hœndel, el palacio.» En la catedral se oye el murmullo respetuoso y recogido de los fieles, bajo la impresión de la grandeza del edificio y de la elevación del pensamiento que encarna; en cambio, las gentes que visitan un palacio expresan ruidosamente su viva admiración y el sentimiento de sumisión que despiertan en ellas la majestad, el lujo y el brillo de lo que les rodea.»

De Haydn dice que es un músico «cordial, alegre, ingenuo, sin pretensiones; que es un amable anciano que trae siempre repletos los bolsillos de golosinas musicales para los niños, es decir, para el público; pero que está presto siempre á administrar una mercurial á la gente demasiado turbulenta; que es un profesor afable, pero severo, que viste un frac monumental adornado con puntillas y que lleva puños de encaje y zapatos con hebillas. Habla, no el alemán castizo y literario, sino la jerga vienesa. Todo eso lo oigo yo cantar en las notas de su música.

»La música instrumental le debe mucho; ha desarrollado la orquesta sinfónica y la ha elevado casi á la altura de Beethoven; el cuarteto para instrumentos de cuerda le debe toda su amplitud y nobleza.»

Mozart no es, para el pianista eslavo, el genio universal y sin segundo que para otros; pero no por ello deja de prodigarle grandes elogios.

«En Mozart – dice – como en Haydn oigo siempre la jerga vienesa, pero no vacilo en proclamarle el sol (Elios) de la música. Todos los géneros los ha iluminado con sus rayos, y ha puesto sobre cuanto ha tocado el sello de la divinidad. No se sabe qué admirar más, si su melodía ó su forma, si su limpidez de cristal ó su riqueza de invención. Al lado de su sinfonía en *sol* menor (esta maravilla única en el lirismo), ha puesto la última parte de la sinfonía *Júpiter* (esta otra maravilla de la técnica sinfónica); al lado de las oberturas de *La flauta mágica* y de *Las bodas de Fígaro* (esas maravillas de alegría y frescura), ha hecho el *Réquiem* (esa maravilla de armonioso dolor), y después de la *Fantasía* para piano ha creado el quinteto en *sol* menor. Aun cuando Gluck haya creado antes que él grandes cosas para el teatro y quizá haya trazado nuevas vías, parece, al comparársele con Mozart, un compositor de piedra. Cuando recuerdo á este maestro no puedo menos de exclamar: ¡claridad eterna, en música te llamas Mozart!»

Hablando de Beethoven formula así su juicio:

«Su grandeza en el *adagio* es admirable; pasa en él del lirismo más exagerado á la metafísica pura y aun al misticismo; pero en el *scherzo* es donde verdaderamente se sobrepuja á sí mismo: allí hay la sonrisa, la risa, la carcajada; á veces la amargura, la ironía, la cólera, todo un mundo de expresiones psíquicas que parecen que no pertenezcan á un mortal, sino á un titán invisible que tan pronto admira á la humanidad como la escarnece, que tan pronto se indigna contra ella como se apiada de su suerte. En sus *scherzos* Beethoven es inconmensurable.»

Después dice del sordo sublime Schuber:

«Considero á Beethoven como la cumbre de la segunda época del arte musical, y á Schubert como el generador de la tercera. Es, en verdad, una personalidad notable la de este maestro. A los demás, aun á los más grandes, se les conoce predecesores; él solo surge espontáneamente, así en la musica vocal como en la instrumental; si ha tenido predecesores nadie los conoce. Es indudablemente quien ha creado el romanticismo lírico en la música.»

Después de hablar rápidamente de los grandes compositores de óperas, á los que por el escaso crédito que le merece el género, no trata por cierto con mucha consideración, ya tenga que juzgar á Rossini, ya á Meyerbeer, bien á Weber ó á Bellini, pasa á examinar las obras y aquilatar el mérito de la música de Ricardo Wagner.

El juicio de Rubinstein sobre el gran maestro ale-



UN DISCIPULO APROVECHADO cuadro de Manuel Ramírez

mán es uno de los más completos y originales que hemos leído, y es, sin duda alguna, lo que da carácter especialísimo á la obra que extractamos por estar en contradicción con lo que generalmente se ha dicho del gran reformador de la música.

«En 1846 me encontraba un día en Berlín en casa de Mendelssohn, donde encontré á Taubert, quien, al advertir sobre el piano la partitura de *Tannhauser*, preguntó á Mendelssohn su opinión sobre el compositor. Aquél contestó: «El hombre que escribe á un tiempo las palabras y la música de sus óperas, por esto solo se le puede considerar como un ser extraordinario.» Sí, Ricardo Wagner es un hombre extraordinario; pero esto no cambia en lo más mínimo mi juicio sobre los compositores modernos. Wagner es, seguramente, un artista interesante y notable; pero desde el punto especial de la música no encuentro en él, por más que le examino, ni grandeza, ni elevación, ni profundidad.

Quizá le negaréis también el mérito de ser un innovador.

– Wagner es tan vario que es difícil formular sobre él un juicio general. Además sus ideas fundamentales acerca del arte me son por tal manera antipáticas, que mis apreciaciones no podrían por menos de molestaros.

– Puesto que he tenido la paciencia de escucharos hasta aquí, bien puedo oir igualmente lo que queráis decirme de Wagner.

– El maestro alemán cree que la música vocal es la más alta expresión del arte musical; tengo para mí que, exceptuando la canción y la plegaria, la música empieza únicamente allí donde la palabra acaba. Wagner proclama *un solo arte universal* ó la unión de todas las artes en una sola, por lo que hace al teatro; y me parece á mí que por medio de esta unión no puede satisfacer plenamente ninguna. Wagner es partidario de la leyenda, es decir, de lo sobrenatural en los asuntos de ópera; y entiendo yo que lo sobrenatural no es más que una expresión fría del arte. Lo sobrenatural puede ofrecer un *espectáculo* interesante, quizá poético; pero jamás nos dará un *drama*, ya que no es posible que nos identifiquemos con seres sobrenaturales. Cuando un tirano da á un padre la orden de derribar por medio de una flecha una manzana puesta sobre la cabeza de su hijo; cuando una mujer se interpone entre el hierro homicida y el pecho de su esposo; cuando un hijo, para salvar la vida de su madre, se ve obligado á renegar de ella y hacerla pasar plaza de loca, nos sentimos conmovidos hasta lo más profundo de nuestro corazón, tanto si estas situaciones se nos explican por medio del canto, de la palabra ó de la música. Pero cuando un héroe se convierte en invencible, merced á un talismán; cuando un amor sin límites nace de un filtro, ó cuando aparece un caballero montado sobre un cisne que al cabo se transforma en un príncipe, esas situaciones pueden ser muy bellas y poéticas, pueden halagar nuestros ojos y oídos, pero nunca alcanzarán á conmover nuestra alma.

El *leitmotiv* escogido para caracterizar un personaje ó una situación, es un procedimiento ingenuo, que mejor se presta á la burla que á una discusión seria. El *rappel* (procedimiento musical asaz anticuado) es á veces más afortunado, pero no cabe abusar de él, ya que la repetición de un mismo motivo al aparecer un mismo personaje ó simplemente cuando se habla de él, resulta una característica que traspasa los límites y cae de lleno en la caricatura.

La *exclusión de arias y de conjuntos en la ópera* es, á mi juicio, un error psicológico. El «aria» en la ópera corresponde al monólogo en el drama; explica el estado de alma del héroe antes ó después de un acontecimiento, así como el «conjunto» representa el estado de alma de muchos personajes. ¿Cómo, pues, excluirlos? Personajes que de continuo hablan entre ellos y jamás aparte, al fin y al cabo resultan indiferentes, porque no se sabe nunca lo que pasa en su interior. Un dúo de amor en el cual no suene nunca un canto de conjunto, jamás puede ser del todo verdadero; faltará siempre el grito simultáneo: «¡Yo te amo!,» el dúo de los ojos y de los corazones.

La *orquesta* domina *demasiado* en las óperas de Wagner; disminuye el interés de la parte vocal, y aun cuando á él le atañe el cuidado de expresar lo que pasa en el alma de los personajes, es precisamente esta importancia de la orquesta lo que le daña, porque entonces el canto resulta superfluo en la escena. ¡Cuántas veces se rogaría de buena gana á la orquesta que callara para que pudiera oirse lo que cantan los actores! ¿Hay acaso una orquesta más interesante que la de *Fidelio*? Y, sin embargo, nadie siente deseos de imponerle silencio.

El procedimiento por medio del cual se disimulan los *cambios de decoraciones*, gracias á los vapores que invaden la escena, es insoportable. Resulta imposible remediar las exigencias escénicas de un teatro, pues las decoraciones sólo pueden cambiarse cambiándose. Que bajen al foso ó suban á las bambalinas, que se tire el telón ó surjan vapores, la ilusión resulta de todos modos truncada. Pero los antiguos procedimientos son preferibles á la sinfonía silbante de vapores que se esparcen por dondequiera.

La *obscuridad* de la sala de espectáculo, en tanto que se representa, es mejor que una necesidad estética una fantasía del autor; la cantidad de luz que ganan la escena y los personajes es demasiado mínima para contrarrestar las molestias de los espectadores, y únicamente se comprende que esta innovación agrade á los empresarios porque disminuye los gastos.

La *orquesta invisible*, que puede producir cierto efecto en la primera escena de *El oro del Rhin*, es una pretensión ultra-ideal y superflua en toda ópera, sin exceptuar la de Wagner. La sonoridad de la orquesta, amenguada por esta innovación, basta para descartarla. La música invisible no se comprende sino en las iglesias, donde nada debe turbar la devoción y recogimiento de los fieles. Hay, en verdad, cierto número de obras de Beethoven y de Chopin que ganarían mucho ejecutándose por medio de una orquesta invisible; pero la obertura de *Tannhauser* perdería mucho si no se viera mover los brazos de los músicos en el trozo de los violines, al final de la pieza. El hecho de ver en una ópera cómo el director de orquesta esgrime su batuta ó cómo los músicos mueven los brazos, no es tan desagradable que valga la pena de sacrificarle los efectos musicales.

– Hasta aquí habéis discutido los procedimientos y los principios de Wagner; nada habéis hablado de su música propiamente dicha.

– La declaración del dogma de la infalibilidad del Papa ha hecho quizá daño á la religión católica. Si Wagner se hubiese limitado á componer, ejecutar ó publicar sus obras, sin comentarlas en opúsculos literarios, las habría visto alabadas ó deprimidas, queridas ó detestadas, como sucede á todos los compositores; pero cuando un hombre tiene la pretensión de ser el único poseedor de la verdad, eso necesariamente ha de atraerle protestas y resistencias. Verdad es que ha escrito muchas cosas notables; admiro, sobre todo, *Lohengrín*, *Los maestros cantores* y la obertura del *Faust*: pero su manía de establecer principios y de filosofar disminuye para mí en gran parte el mérito de sus creaciones. La falta de sencillez y de naturalidad que se nota en sus obras me las hace poco simpáticas. Todos sus personajes calzan coturno; declaman siempre, no hablan jamás. Son siempre dioses ó semidioses cuando menos; nunca simples mortales. Mucho sentimentalismo, nada de la batalla de la vida. Es el triunfo del alejandrino, hinchado y culterano. En su melodía hay lirismo, sin duda, pero nada más. Amplia siempre y noble, no sabe cambiar su paso: el encanto que dimana del ritmo y la diversidad nunca la animan, así como tampoco la variedad de la característica musical. Wagner no hubiera podido crear *Zerlina* ó *Leonora*. De su *Evchen* (pequeña Eva) de los *Maestros cantores*, sólo el diminutivo es tierno, la música carece de ternura. La melodía, el pensamiento musical, no dibujan nunca en sus obras un personaje; ese cuidado lo deja á las palabras. El *leitmotiv* caracteriza únicamente lo exterior de un personaje, pero nunca describe su estado de ánimo. Y he aquí por qué, salvo algunas excepciones, sus obras tocadas en el piano y sin palabras no podrían comprenderse, en tanto que *Don Juan*, *Fidelio*, y *Freischutz*, tocadas en iguales condiciones, dan una idea casi completa de los caracteres y casi de la marcha de la obra. Su orquesta es una innovación; impone, pero á veces resulta monótona por los medios empleados. La medida y la diversidad de matices faltan en él - como en los demás compositores modernos, – porque escribe, desde el principio hasta el fin, con todos los colores reunidos de la paleta musical. Resumiendo: Wagner es un fenómeno interesante; pero considerado en su aspecto puramente musical y comparándolo á los grandes maestros antiguos, resulta para mí muy discutible.

– La voz del pueblo, sin embargo, le ha aclamado como un genio.

– Es que el público ha oído decir tantas veces que era incapaz de conocer un genio en vida, que ahora se apresura á proclamar genial á todo el mundo, á fin de que no se le pueda hacer en lo sucesivo el mismo reproche.

– Siendo así, ¿no debéis considerar que Wagner haya dado nueva vida á la ópera?

– Cada arte tiene condiciones de existencia particulares, exigencias y límites especiales; lo mismo sucede en cada rama de un mismo arte. Querer hacer de una ópera otra cosa distinta de una ópera, puede ser una tentativa curiosa, pero destruye necesariamente el fin principal que persigue. Esta tentativa corresponde, en mi sentir, á la manía que tienen los pianistas «fin de siglo» de querer introducir á toda costa en el piano efectos de instrumentos de cuerda ó cobre con achaque de prolongar el sonido. Un *adagio* de Beethoven ó un nocturno de Chopin están escritos para piano, conforme al carácter y sonido del instrumento; querer transportar á esas obras otras sonoridades, es como si se policromaran estatuas de mármol blanco. Así, Wagner ha creado un nuevo género: el «drama musical;» pero ¿era esto una necesidad artística, y ha nacido viable su drama? Sólo el tiempo puede resolver la duda.»

ANTONIO RUBINSTEIN

VIDAS PARALELAS

I

¡Ya no hay quien baile!, decía el Dr. Antúnez en su *peña* del casino; el baile como espectáculo, el baile como arte ha muerto. La última bailarina que hubo en Madrid fué la Corsini. ¡Qué mujer aquélla, cuánta gracia en sus movimientos, qué cuerpo tan primorosamente formado para las gallardías de la danza! Esbelto, finísimo de líneas, vibrátil y escultural á un mismo tiempo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua... ¡un portento, un prodigio, qué mujer aquélla!

Y el Dr. Antúnez, célebre especialista en enfermedades del corazón, víscera cuyas dolencias conocía perfectamente desde su borrascosa juventud, quedóse como en éxtasis contemplando entre las espirales de humo de su cigarro el aéreo cuerpo de la Corsini que ascendía por el aire con la tenue y azulada encarnación del recuerdo.

– ¡El baile ha muerto efectivamente!, exclamó con voz sonora el conocido *sportman* Julio Broca, porque su último representante, el último artista coreográfico que ha habido en Madrid, fué...

– ¡Un caballo!, interrumpió á coro toda la *peña* conocedora de las manías hípicas de Broca.

– Un caballo, ustedes lo han dicho, prosiguió éste sin desconcertarse; el caballo anglo-árabe *Dantzer*, cuyas maravillosas habilidades aplaudí hace ya largos años en el circo. Sus finísimos remos se estremecían con la sensación de la música, y apenas la orquesta del circo saludaba preludiando un vals su aparición en la pista, aquel gallardo animalito, erguida la cabeza, brillantes los ojos, suelta y airosa la apostura, se transfiguraba, se convertía en la encarnación alegre y juvenil de la danza. ¡Qué gracia en sus movimientos, qué gentileza en sus actitudes, qué admirable instinto de las armonías y de las elegancias del baile!

- ¿Y qué ha sido de la Corsini?, interrogó al doctor uno de los de la *peña*.

– ¡Dios lo sabe!, respondió Antúnez. Se casaría, llenándose de hijos, esos eternos enemigos de las líneas escultóricas y de los airosos batimanes.

- ¿Y del célebre *Dantzer*?, le preguntaron burlonamente á Broca.

– También he perdido su pista, respondió concisamente éste.

Y alguno arguyó que la historia de *Dantzer* podía Broca compendiarla en los dos malos versos siguientes:

Te vi bailar en la arenosa pista
y te perdí con ella, ilustre artista.

¡Búrlense ustedes cuanto quieran, exclamó Broca; pero ninguno de ustedes siente el vals como lo sentía aquel animalito, y por algo se empieza!

II

Pocos días después de esta conversación, el doctor Antúnez, fatigado de las diarias tareas de la consulta, disponíase ya á abandonar su despacho, cuando le anunciaron la visita de una nueva cliente.

Avanzó con cierta timidez la enferma hacia la mesa del famoso médico, y el doctor, señalándole un sillón, dejóse caer en el suyo, articulando en seguida las siguientes preguntas:

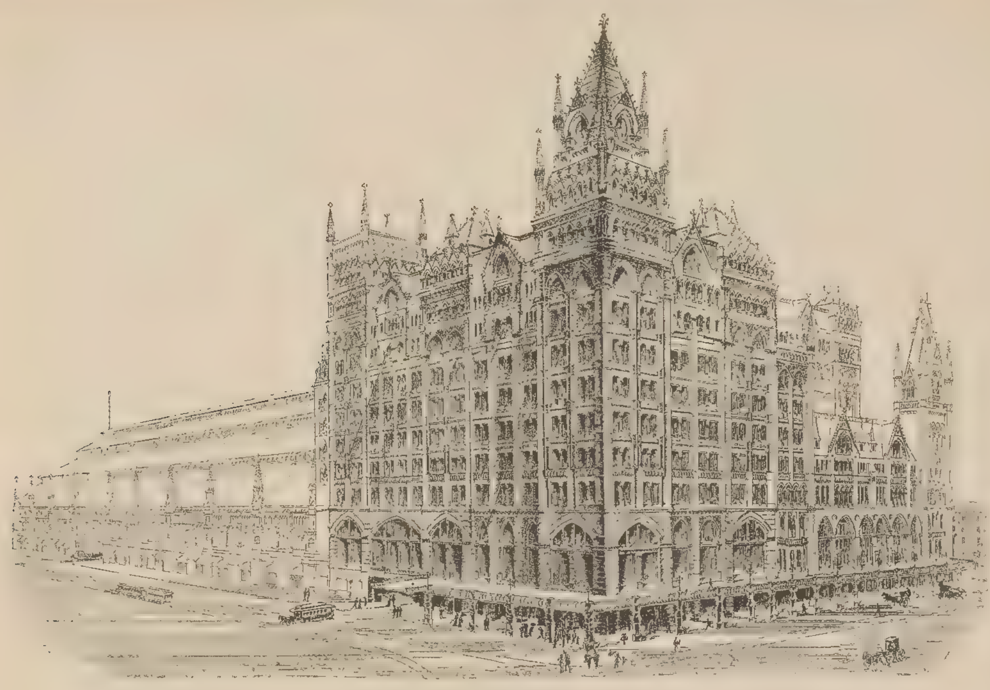
– Palpitaciones, ahogos, ¿no es eso? ¿Su edad de usted, señora?

La enferma, después de un instante de vacilación, respondió con marcado acento extranjero:

– Cuarenta y dos años, señor; ¡pero he sufrido tanto!..

Y efectivamente, en su rostro expresivo, de mujer bonita ajada por las tormentas de la vida, notábanse hondas huellas de continuos dolores y sobresaltos.

Contemplóla el doctor un instante y le pareció que la figura de la enferma renacía en su memoria, pero



ESTACIÓN EN FILADELFIA DEL CAMINO DE HIERRO DE PENSYLVANIA

con vestidos muy sutiles y alegres, no aquellos negros y modestos que en realidad llevaba; mas como ya le había sucedido diversas veces imaginársele conocer personas á las cuales jamás había visto, juzgó que era una nueva jugarreta de su fantasía, y entornando los ojos dijo:

– ¿Sería usted tan amable que me refiriese los principales síntomas de su enfermedad, lo que usted haya observado, sus padecimientos en suma?

Y cerrando por completo los ojos, se dispuso á escuchar la respuesta.

Pero pasó un instante, y la espera se prolongó y la respuesta no llegaba; abrió por fin los párpados y notó que su muda cliente contemplaba con cara de asombro un retrato de mujer colocado en la biblioteca sobre un montón de libros.

– ¿Señora?, murmuró el doctor.

Y ella, señalando el retrato, dijo con trémula voz:

– ¡Soy yo!

– ¡La Corsini!, exclamó emocionado Antúnez.

Y respondió la infeliz:

– ¡Cuánto he llorado desde entonces, Antonio!

El doctor acercóse á la enferma y preguntóle cariñosamente:

– ¿Conque eres tú, hija mía? ¡Y yo sin conocerte!

Asió las dos manos que la enferma le abandonaba, y ésta exclamó:



CASTILLO DE SOTOMAYOR (Pontevedra), propiedad del señor marqués de la Vega de Armijo (de fotografía de J. Prieto)



LAS DOS HERMANAS, cuadro de Escipión Vanutelli



EL BAUTIZO cuadro de Jose Gallegos

— Yo tampoco te había reconocido. ¡Éramos tan felices..., soy tan desgraciada!, y copiosas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

— Cuéntame..., cuéntame...

La Corsini contuvo al fin su llanto y dijo:

— Me abandonaste en medio de mis triunfos: tus celos, las sonrisas que me era preciso distribuir entre mis adoradores, en fin, tú lo sabes, ¡fué un hermoso sueño! Recorrí después las principales ciudades en Europa, siendo en todas ellas codicia de los hombres y envidia de las mujeres; mi *camerino* estaba siempre atestado de flores, mi presencia en escena producía murmullos de admiración, y los periódicos me llamaban el hada del baile, el encanto de los sentidos, la cifra de la armonía, el asombro de los ojos. Después fuí á Venecia y me casé. Mi marido también pertenecía al arte, no al mío, sino al del canto; era barítono, buen mozo, voz pastosa, un calavera completo. Tuvimos varios hijos, yo seguía bailando, él por su parte no buscaba contratas; mi cuerpo empezó á deformarse y mis ojos á obscurecerse de tanto llorar... Fuimos á América, perdí dos hijos... El público no gustaba de mí..., los empresarios regateaban mis sueldos..., mi marido me abandonó. Vine á España contratada y en compañía de mi último hijo; he bailado, muerta ya, en todos los teatros de provincia, falleció también mi más querido hijo; caí en Madrid no sé cómo..., mis padecimientos del corazón se me agravaron y me dijeron que había en Madrid un doctor que los curaba, el Dr. Antúnez, no recordé tu apellido, tú acostumbrabas á llamarte sencillamente Antonio, y en un mísero simón que á la puerta me espera, sin alma, sin vida, sin esperanza... aquí me tienes; dime si puede haber desgracia más grande!

— ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!, murmuraba realmente emocionado el Dr. Antúnez, acariciando aquellas afiladas manos que fueron ¡ay! tan bellas; y después, procurando apartar la imaginación de la enferma de tan dolorosas realidades, le preguntó con las ansiosas alegrías del pasado en los ojos: ¿Te acuerdas, te acuerdas?

Sí, la Corsini se acordaba de todo, de todas las locuras, de todas las dulces intimidades, de todos los esplendores de su vida, de todo su cariño, de todos sus triunfos, de todo, de todo... y por obra de la varita mágica de sus recuerdos, su decadente cuerpo recobraba la gallardía de antaño, brillo sus ojos, su semblante color, su voz entonaciones juveniles. Las evocadas memorias le desceñían el modesto traje negro para rodearle de aéreas gasas y vestirle crujiente corpiño de blanca seda; entre sus grises cabellos saltaban esplendores de brillantes, y un aroma de flores le subía desde el pecho á los avivados sentidos. ¡Era aquello una embriaguez, un delirio, la resurrección de toda una vida!

Y sucedió que mientras la célebre bailarina y el afamado doctor recordaban de esta suerte encantos y triunfos de la juventud, rompió un organillo callejero, situado frente á la casa, en un diluvio de vivas y bulliciosas notas, las cuales formaban el preludio de un vals, esa marcha real de todas nuestras alegrías, y con el ritmo de aquella música el decadente cuerpo de la Corsini sentía el dulce hormigueo de las antiguas armonías, de los graciosos movimientos, de las artísticas actitudes.

Púsose de pie, y emocionada y temblorosa díjole al doctor:

— ¡Antonio, por Dios te lo pido, acompáñame al coche! Vendré otro día y hablaremos de mis males; hoy me es imposible, imposible.

Dióle el brazo Antúnez, llegaron á la escalera, el vals seguía sonando en la calle. Descendieron lentamente los peldaños, y una vez en el portal, no pudiendo contener por más tiempo su ansia de plástica belleza ni sofocar el recuerdo embriagador de sus triunfos, avivados por el encuentro del doctor y el sonido de la música callejera, dijo: «¿Te acuerdas?,» é hizo una de sus piruetas más graciosas, más difíciles y más aplaudidas.

Después salió huyendo hacia el coche, pero ella y el doctor que la seguía hubieron de detenerse ante un grupo que les interceptaba el paso y del cual partían estentóreas carcajadas.

El muchacho del organillo se reía también como un loco, apresurando el ritmo de su música. La caja del coche que había traído á la Corsini sufría bruscas oscilaciones. El simón juraba como un condenado, la gente se reía á mandíbula batiente. ¿Qué ocurría?

¡Estaba bailando el caballo!

Sí: flaco, desmedrado, sucio, viejo, bailaba con la fe y el entusiasmo de un artista, haciendo crujir todos aquellos humildes y recompuestos arneses que nunca habían pensado que pudiera ser su ancianidad traqueteada de aquel modo.

Por fin soltó el manubrio el chico del organillo, cesó la música y se paró sudoroso y jadeante el caballo. Montó en el coche la Corsini, y el simón, descargando una lluvia de palos sobre su bailarín jamelgo, hizo tomar á éste un vergonzante trote.

— ¡Es *Dantzer*, es *Dantzer!*, dijo al oído del asombrado doctor la voz de Broca; y Antúnez, refiriéndose á la Corsini, respondió:

— ¡Es ella! ¡Es ella!

Y mientras ambos amigos decían esto, se perdía á lo largo de la calle aquel archivo de pasados triunfos, aquel desvencijado *simón*, en el cual el último y afamado bailarín arrastraba lastimosamente á la última y célebre bailarina.

III

— ¿Está usted triste, doctor?, preguntaron cierta tarde á Antúnez en su *peña* del casino.

— Sí, no puedo negarlo, y aun contaré el porqué. Hace dos meses estuvo en mi casa á consultarme una mujer que yo había querido mucho y admirado más, la Corsini. Padecía del corazón, y hallábase sin duda muy mal de intereses. Prometió volver por mi casa y no me dejó las señas de la suya; no volvió..., la busqué inútilmente. Ayer me dijo el Dr. Suárez que hoy tenían una buena autopsia en su clínica: una mujer que había fallecido en el hospital víctima de una extraña afección cardíaca. Prometí asistir á la autopsia, he ido, y sobre el fino mármol de la mesa de disección he visto, desnudo, pálido, agarrotado por la muerte aquel cuerpo lleno de gracia, de belleza vibrátil y escultural á un tiempo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua, que admiré, que adoré... ¡Es horrible, es horrible! Los instrumentos de la disección se cebaron en él... ¡Repito que es horrible y espantoso!

— ¡Infame! ¡Infame!, exclamó en esto Broca, entrando en la sala del casino. ¡Sostengo que las corridas de toros son una fiesta infame! El tercer toro... no he visto más; el tercer toro... sale, mira, acomete, huyen los peones, encuentra un mísero caballo en su camino, se ceba en él. El cobarde picador se lo abandona. Cae el caballo infeliz arrojando caños de sangre por una espantosa herida. Era *Dantzer*, el célebre *Dantzer*, uno de los brutos más hermosos, más ágiles, más artistas que han nacido. Manotea, se desploma... ¡Es infame, verdaderamente infame!

La Corsini sobre una mesa de disección; *Dantzer* revolcándose en la ensangrentada arena de la plaza de toros... ¡Esos dos grandes triunfadores de la vida! ¡Gloria, no eres más que un nombre!

JOSÉ DE ROURE

LA GUITARRA

Al encargarnos la redacción científica del artículo *Guitarra* con destino al *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, hubimos de allegar tal cúmulo de materiales, que su total inserción se hacía de todo punto imposible en las columnas de aquella obra, dado su índole esencial y característica; así es que, desde luego, nos propusimos no dar cabida allí sino á lo que más directamente se relacionara con la historia, estructura, práctica y tecnicismo de semejante instrumento, reservando para mejor ocasión el descender á otro orden de consideraciones, como lo hacemos ahora mediante el presente artículo, calcado sobre aquél y profusa y convenientemente ampliado.

La cuna de la *guitarra* se remonta á los tiempos primitivos; pues, concedido que es ella una derivación de la *cítara*, con cuyo nombre tanto parecido guarda, basta recordar, como ya en el génesis se consigna (cap. IV), que Tubal fué padre de los que tañen *cítara* y órgano; esto es, de los que tocan instrumentos de cuerda y de viento; lo que hizo decir al P. Kircher que éste es el primero de los instrumentos músicos conocidos. Los antiguos, que también le asignaron la denominación de *sistro*, lo usaban con frecuencia en las solemnidades de sus banquetes, según testimonio de Plutarco, Ateneo y los poetas de su tiempo; y, para que nada falte, la Fábula, que á todo le ha comunicado su soplo letal, refiere por pluma de Estrabón (libro VI) cómo existía en Jeracio (ciudad de Calabria) una estatua que representaba á cierto famoso citarista, llamado Eunomio, con una cigarra sobre su cabeza, en memoria de que hallándose éste tañendo un día con el músico Aristón, como viniera á romperse una cuerda á la lira de aquél, apareció de improviso á su lado una cigarra supliendo con su canto el sonido de la cuerda que había saltado. Otra estatua á ésta semejante se levantó en el templo de Delfos, con una inscripción que se puede ver en el libro IV de los *Epigramas griegos*.

Tan extraordinario suceso no puede menos de traernos á la memoria aquel cantar que dice:

Un lucero en la frente
tiene mi burra:
¡hasta los animales
tienen fortuna!

Porque la verdad es, que eso de realzar el canto de la cigarra, se me antoja un escarnio parecido al del canto del cisne á la hora de su muerte; á no ser que las cigarras y los cisnes de antaño fueran de distinta naturaleza que los de hogaño, de lo cual no nos han dado hasta ahora cuenta los naturalistas, que yo sepa, tratándose de esos y otros avechuchos. Lo que yo creo es, y á eso me atengo, que encierra una gran verdad el epifonema de la copla enunciada, á saber: que, habiendo sido uno el mundo toda la vida de Dios, en que la suerte prevaleciera las más de las veces sobre los verdaderos merecimientos, muchos animales, siquiera bípedos é implumes, siquiera pertenecientes á la Entomología, ó ya á la Ornitología, han venido á hacer bueno el refrán que dice:

Fortuna te dé Dios, hijo;
que el saber, poco te basta.....

Pero volvamos á nuestro asunto, haciendo notar desde luego que tal vez no haya existido instrumento músico alguno que ostente más diferencia de nombres y de hechuras que el que ahora ocupa nuestra atención.

En efecto, sáltanos éste á la vista con las denominaciones de *laúd*, *bandolín*, *tiorba*, *bandurria*, *vihuela*, etc., derivaciones todas ellas de la primitiva *lira*, y para eso, haciendo ahora caso omiso de los nombres impuestos por otros países, tales como el *chelys* de los griegos, *calascione* de los napolitanos, la *guzla* de los morlacos, etc., y desentendiéndonos también de que se tañesen inmediatamente con la mano, ó mediante algún cuerpo extraño, como plectro, arco, etcétera, y por último, dejando á un lado el mayor ó menor número de cuerdas de que constara cada una de dichas especies.

Pero no podemos seguir adelante sin consignar aquí una sospecha que hace tiempo nos viene haciendo reconcomio, y es: que llamándose en la antigua lengua de los francos *citre* ó *cistre* á este instrumento, y existiendo aún en su lengua actual la voz *citronille (cidra* ó *calabaza)*, y teniendo tanto el *laúd* antiguo como la *guitarra* moderna una forma bastante asimilada á esa fruta rastrera de la familia de las cucurbitáceas, y escribiéndose en griego κιθάρα y no κιτάρα, y en latín *cithara* y no *citara*, y en castellano antiguo *cíthara*, de igual manera que en términos de Horticultura conservamos *cidra* y *citrón*, ¿sería violento ó aventurado el defender que *cítara* ó *guitarra* proviene de la palabra *cidra* ó *calabaza*, mayormente si se tiene en cuenta que nuestra *castañuela* debe su nombre á la *castaña*, el *calamillo* (por corrupción *caramillo*) al *calamus* ó caña de los latinos, y así de otros, todos ellos oriundos del reino vegetal?.. Decida el más juicioso lector.

Sea como quiera, lo cierto es que en lo antiguo el *laúd*, de igual modo que sus demás congéneres, ostentaba la caja armónica á semejanza de una *cidra* partida de arriba á abajo por la mitad, ó poco menos, presentando mucha mayor comba en la parte inferior del instrumento que hacia el nacimiento del mástil, á diferencia de lo que se verifica hoy, á saber: que el mismo hueco tiene dicha caja en sus dimensiones de longitud y latitud, uniéndose su *fondo*, ó séase la tapa inferior ó trasera, á la superior ó delantera por medio de dos tiras delgadas de madera (convenientemente arqueadas para semejar una calabaza de las de forma de pera), á las cuales unidas se da el nombre de *aro*. Así modelada la caja sonora, en cuya tapa superior ó *tabla armónica* se abre un agujero de grandes proporciones para mejor efecto de la resonancia (1) (y la cual tapa suele ser hecha de pinabete), enhiéstase por la parte semicircular más pequeña un mango ó mástil afianzado á dicha caja por medio de una especie de tarugo en forma de caballete, que se conoce con el nombre de *zoque*, y el cual remata en una pieza de figura de ataúd, algo inclinada hacia atrás, llamada *cabeza* ó *clavijero* por colocarse allí las clavijas que ponen en mayor ó menor tensión las cuerdas, las cuales, á fin de no correrse de uno á otro lado y para poder mantenerse al aire, pasan por unas canalitas practicadas en la *ceja*, que es una tira de marfil ú otra materia, fija horizontalmente entre la inflexión que hace la *cabeza* con el *mástil*, y terminan fuertemente asidas á otro listón mayor, colocado en la parte baja de la tapa, al que se da el nombre de *puente*. Si á esto se agrega el que los so-

(1) Algunos suelen llamar *rosa* á esta perforación circular, por los adornos, pinturas ó incrustaciones que suele ostentar su circunferencia.

nidos de cada cuerda van subiendo por semitonos á medida que van bajando los dedos de la mano izquierda por el mango, de casilla en casilla ó de grado en grado, científicamente divididos éstos é incrustados en el mástil por medio de unos filetes, comúnmente de latón ó de marfil, llamados *trastes;* que para refuerzo de la tapa se atraviesa en ésta por la parte de adentro un listón de madera, á que se da el nombre de *barra armónica;* que de las seis *cuerdas* hoy en uso, tres, las más delgadas, son de tripa, y de entorchado las restantes, por otro nombre *bordones;* y últimamente, que con el objeto de hacer subir por igual la entonación de toda la *encordadura,* se apela á una pieza suelta ó independiente, llamada en italiano *capotasto,* y por nosotros *cejilla* ó *cejuela,* tendremos ya la descripción exacta, siquiera algo larga, de lo que constituye la estructura de la *guitarra.*



BAYARDO EN EL MOMENTO DE RECIBIR SU PRIMERA ESPADA, estatua en bronce de Pedro Rambaud

El número de cuerdas que tuvo ésta en un principio fué el de cuatro, habiéndole agregado la 5.ª el célebre rondeño Vicente Espinel á fines del siglo XVI, sin que sepamos á punto fijo quién le añadió la 6.ª, ni cuándo ni dónde; lo que sí podemos asegurar es que al terminar el siglo XVIII, sólo se usaba en Italia la de cinco cuerdas, como de ello certifica Moretti en el prólogo de sus *Principios para tocar la guitarra de seis órdenes* (Madrid, imp. de Sancha, 1799), y que muchos años antes el célebre religioso cisterciense, organista en su convento de Madrid, fray Miguel García, comúnmente conocido con el nombre de *Padre Basilio,* le añadió la 7.ª cuerda á este instrumento, que pulsaba primorosamente, habiendo introducido en él el *punteado,* puesto que antes sólo se tañía *rasgueándolo,* y tenido la honra de ser maestro de la reina María Luisa, esposa de Carlos IV, y la de haber contado entre sus innumerables y distinguidos discípulos á todo un Dionisio Aguado.

Hubo un tiempo en que era práctica casi general entre nosotros el emplear las cuerdas dobles unísonas en cada orden; hoy se ha hecho bastante raro semejante uso, habiendo quedado reducida á seis cuerdas sencillas la armadura de la guitarra, para mayor comodidad del ejecutante, y en vista de que de algunos años á esta parte se ha dado en reducir algo las tres dimensiones de la *caja sonora.* A nuestro juicio, pase semejante reducción, mientras no sea exagerada, en cuanto á la longitud y latitud; pero no podemos estar conformes con la escasa profundidad ó notable achatamiento que se presta hoy por hoy á la *guitarra* llamada *flamenca,* pues si bien comprendemos la diferencia que va de un *guitarrón* á un *guitarro* ó *tiple,* tampoco se nos oculta cuánto pierde en sonoridad una *guitarra* á la que por medio de tal procedimiento, se llega á privarla de los escasos recursos ó elementos sonoros con que naturalmente cuenta.

Y no hay que hacerse ilusiones: escasos son ellos á la verdad, para que todavía se venga á amenguar los. Notorio es á todo el mundo que genios tan privilegiados como Sors, Aguado, Huerta, Arcas, Cano, y unos cuantos más han conseguido sacar á la *guitarra* de su modesta posición de instrumento de mero acompañamiento, para elevarla al rango de instrumento de concierto; pero de una parte esos son astros que brillan un día para no volver á aparecer en el horizonte del arte, y de otra á la bondad de sus respectivos instrumentos se debe no pequeña porción de las maravillas con que entusiasmaran al auditorio y de los lauros que éste les prodigara. Prívese, si no, al uno del empleo enérgico de los *armónicos;* retírese al otro el uso del *tripódison* (1); en suma, póngase en manos de todos ó de cualquiera de esos genios un *guitarrillo* común y vulgar, y digásenos después los milagros que han hecho, en medio de toda su destreza, habilidad y fuerza de sentimiento... Hoy puede decirse que, así como *al cabo de los años mil torna el agua á su cubil,* de igual manera la *guitarra* va quedando poco á poco desterrada de las salas donde la acariciaban femeniles blancas manos, para volver á ser trasteada, ya por los mozos del pueblo en sus bailes, francachelas ó serenatas, ora por los rapistas, ó bien por los pordioseros lisiados de uno ú otro miembro corporal; en una palabra, como quiera que *cuanto mayor es la subida, tanto mayor es la descendida,* de ahí que después de haberse emancipado de la clase vulgar la *guitarra* para elevarse á la aristocrática, trocando su naturaleza subalterna de mero acompañante por la sublime esfera de concertista, vuelve de nuevo á su primitivo ser y estado, para hacer bueno el dicho de Covarrubias Orozco, cuando prorrumpía en las siguientes sentidas quejas, á principios del siglo XVII, por medio de las páginas de su *Tesoro de la lengua castellana ó española,* artículo *vihuela:* «Este instrumento ha sido hasta nuestros tiempos muy estimado, y ha habido excelentísimos músicos; pero después que se inventaron las *guitarras,* son muy pocos los que se dan al estudio de la vihuela. Ha sido una gran pérdida, porque en ella se ponía todo género de música punteada, y ahora la *guitarra* no es más que un *cencerro* tan fácil de tañer, especialmente en lo *rasgado,* que no hay mozo de caballos que no sea *músico de guitarra.*»

Y si esto ocurre actualmente en España, país clásico, por no decir originario, de la *guitarra* tal cual hoy se usa, con mucho mayor motivo en las demás naciones adonde fué importada desde nuestro suelo. En efecto, la escuela de *guitarra* llegó á alcanzar subidísimo punto de perfección, hasta hace pocos años, en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, merced á la buena semilla que allí esparcieran los Carulli, Carcassi, y nuestros distinguidos profesores ya citados, en unión de varios otros que no es posible reducir á guarismo. ¿Qué más? No hace mucho se daba al orbe entero un espectáculo sin precedente en los anales músicos, con ocasión de abrirse un concurso en Bruselas (1856) por Mr. Makaroff, destinado á premiar, mediante la galantería de aquel notable guitarrista ruso, las dos mejores *guitarras* y las dos mejores composiciones musicales para este instrumento que se presentasen á dicho acto. Mas como quiera que no basta el buen deseo si no va acompañado del acierto, habiendo faltado éste en cuanto á los términos concretos en la redacción para la composición de las piezas, así como tocante al corto plazo para la construcción de los instrumentos, de ahí que nuestro nombre no pudo por menos de quedar postergado en tan solemne como nunca vista ocasión, cuando debiera haber figurado al frente de las naciones todas, tratándose de la *guitarra* y de sus tocadores. Sea de ello lo que quiera, la verdad es que merece loa la conducta observada por el Sr. de Makaroff, siquiera por haber ideado y llevado á cabo, siendo extranjero, un tributo de galante desprendimiento hacia un instrumento esencialmente español, lo cual á ningún español, en corporación ni en particular, se le había ocurrido jamás.

Insistiendo aquí más y más sobre el apogeo á que se elevó la *guitarra* á fines del siglo pasado y la ma-

(1) Mecanismo inventado por D. Dionisio Aguado en el año de 1826. Viene á ser una especie de trípode apto para sostener y fijar la *guitarra* con el objeto de comunicar mayor sonoridad al instrumento y dejar al propio tiempo más libertad de acción al *guitarrista.*



LA NODRIZA Y LA INFANTA, copia del célebre cuadro de Francisco Hals, [illegible]



LA VIRGEN Y EL NIÑO, copia del famoso cuadro de Murillo existente en la Galería de Dresde





UN CONCIERTO, cuadro de Roman Ribera.

yor parte del nuestro, aseguramos, que se haría repetidas cruces el ya citado Covarrubias si hubiera resucitado pocos años ha, ó cuando menos leído la página siguiente, que transcribimos con toda fidelidad de un autor moderno:

«Este instrumento, tan despreciado de los músicos, es una orquesta en miniatura. Verdad es que sus débiles sonidos, la poca energía que la caracterizan, no son de calidad que puedan producir sensaciones muy vivas, en especial en una época en que los compositores introducirían, si fuese posible, el trueno, la explosión del cañón y todo lo más ruidoso de la naturaleza. La *guitarra*, madre del *violín*, hija del *laúd* de nuestros abuelos y de la *lira* griega, es fácil de montar y de construir. Todo hombre dotado de una organización musical puede sacar de ella acordes y servirse de sus sonidos sin que maestro alguno se lo indique. Si aspiráis á los aplausos de numerosos oyentes, necesitáis de un instrumento más sonoro, de una extensión más vasta, pero para el solitario tiene la guitarra un encanto indefinible. Ella vibra en el pecho del hombre; toda entera le pertenece; los dedos del músico pulsan las cuerdas sin la intervención de un cuerpo extraño. En general, cuanto más inmediato es el contacto del instrumento con el que lo toca, más sensibilidad y poder tienen los acentos que emanan de él. La *gaita* ó *cornamusa* entre los instrumentos de viento y el *bandolín* entre los intrumentos de cuerda no tienen ninguna expresión; en la primera, el viento que sale de la boca recorre un espacio más largo y dilatado, y en el segundo se oye un desagradable *pizzicato* y un timbre chillón y desapacible, porque no son los dedos los que hacen vibrar las cuerdas, sino un pedazo de pluma ó de ballena que las hiere. Por el contrario, el *arpa*, el *violín*, la *flauta* y otros instrumentos de viento cuyos sonidos se encuentran en los dedos, corresponden á las sensaciones del alma é inspiran conmociones que se identifican con el hombre que las produce.

»La *guitarra*, expresiva como aquellos instrumentos y colocada como ellos bajo la inmediata inspiración del hombre, tiene suspiros, lamentos, acentos de alegría, de triunfo, de amor, de orgullo, de todo lo cual está privado el *piano*. Estos acentos son débiles sin duda; fáltales la fuerza y el ruido, y por lo mismo no será en un vasto teatro donde conoceréis el precio y el mérito de sus sonidos y la dulzura de sus arpegios y de sus acordes. Semejante á las miniaturas, se han de conocer de cerca los encantos del arte.

»Para que los sonidos de una *guitarra* produzcan un buen efecto es menester una cierta elección de circunstancias y ciertas localidades escogidas. Una velada de otoño, una obscura gruta de un jardín, un aposento poco alumbrado y un silencio profundo, son escenas propias para que los sonidos de una *guitarra* produzcan en los oyentes una dulce melancolía. Entonces, acompañando á una hermosa voz, fina y ajustada con las delicadas cuerdas medias, con el bajo de los sonoros bordones, con su casi imperceptible dulzura, os conmueve, os alegra, os entristece, os arrebata y os penetra hasta el alma. Entonces, de esta máquina sencilla, de este instrumento mal apreciado salen, no tan sólo sonidos melodiosos, sino también acentos heroicos, marchas guerreras, himnos religiosos, tristes endechas, rondós rústicos y alegres, en fin, toda una música y una completa armonía, aunque en una escala diminuta. No olvidaremos nunca una escena que presenciamos en medio del mar. Era una noche del mes de junio. Brillaba la luna con todo esplendor, reflejando su luz sobre las ondas en calma de este elemento, y todo convidaba á un religioso recogimiento. En esta situación, sentado un marinero con la guitarra en la mano al pie del palo mayor, nos dejó oir unas modulaciones tan agradables que nos embelesó; pero subió de punto nuestro embeleso cuando, después de un agradable preludio, cantó con una afinada voz de barítono unas canciones marítimas tan lastimeras que nos hizo casi llorar, y luego otras andaluzas que inspiraban contento. La *guitarra* se prestó á estos géneros con una propiedad tal, que demostró bien que sus sonidos se adherían á todas las modificaciones de la expresión.

»El poder de la *guitarra* se demuestra también en varios lances históricos. Durante la guerra con Portugal, un soldado de á caballo, enviado á un reconocimiento, sorprendió al centinela enemigo en el momento que, fastidiado sin duda, templaba una *guitarra*. El soldado de á caballo que vió que el centinela no podía salir con ello, se la pidió, la afinó y se la devolvió, diciendo: «Ahora ya está templada.» Ciertamente que un instrumento tan pequeño, que tiene tal poder sobre las almas, debe tener algún secreto encanto. También nos hablan los historiadores de un ejército portugués que, obligado á batirse en retirada, dejó sobre el campo de batalla once mil *guitarras*.

»El culto de la *guitarra* desde su invención nunca se ha perdido, y probablemente sobrevivirá sin alteración á tantos instrumentos modernos como se han inventado.»

El tiempo se encargará de resolver este problema.

A la circunstancia de haber tomado este instrumento carta de naturaleza en varios países, se debe el que ostente diversas denominaciones y hechuras, según hemos indicado anteriormente; en su consecuencia, daremos aquí una relación de las más comunes y conocidas.

Una de las especies más notables es, pues, la *liro-guitarra*, imitación hecha en Francia, á fines del siglo pasado de la *lira* de los griegos, muy apreciada por su forma elegante y poética, pero que no tardó en ser abandonada por causa de lo sordo y débil de su resonancia, como si no lo fuera ya en extremo la de la *guitarra* ordinaria.

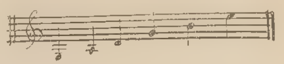
La *guitarra de amor* fué inventada en Viena por el fabricante Staufer en el año de 1823. Es de tamaño algo mayor que el común, con la tapa del fondo bastante combada, y está armada de siete cuerdas. Sus sonidos agudos recuerdan en cierto modo los del *oboe*, y los graves, los del *clarinete bajo* ó *corno di bassetto*: por manera que, al oirse tocar este instrumento sin verlo, cualquiera que no lo conociera creería que se estaba tocando un *armonio*. La *escala cromática* de igual modo que las *escalas dobles en terceras* se prestan á ser ejecutadas en este suave instrumento con toda facilidad y precisión.

La antigua *guitarra alemana* ó *tudesca*, por otro nombre *sistro*, constaba primitivamente de sólo cuatro *cuerdas*, y su *cuerpo* ó caja era de forma oval. Con el tiempo llegó á contener hasta ocho, y hoy viene á ser muy parecida á la nuestra.

Poseen los indios desde tiempo inmemorial un instrumento al que dan el nombre de *tambura* ó *tampura*, y equivale á la *guitarra* ó *bandurria* en su forma más natural y simplificada, á saber: una *caja sonora* formada de la corteza de una cidra hueca y bien desecada, con una sección hecha de alto á abajo en las dos terceras partes de su grosor, y sustituída la otra tercera parte eliminada por una *tabla armónica*, sumamente delgada, hecha de madera muy lisa. El *mango* es bastante más largo que los nuestros y carece de *trastes*. Hállase montado de cuatro *cuerdas*, y á veces de tres, siendo la más grave de todas ellas de cobre y las restantes de acero, y dando aquélla la *tónica*, y éstas la *cuarta*, la *octava* y la *oncena*. Cuando solamente consta de tres *cuerdas*, la *prima* es la suprimida.

Mucho parecido guarda con el instrumento acabado de citar, si ya no es que sea el mismo, uno que inserta Bonanni en su *Descrizione degl'Istromenti armonici d'ogni genere* (2.ª edición, Roma, 1776, página 120, núm. 57) bajo la denominación de *dambura* entre los turcos, y de *calascione* entre los italianos, y del cual dice que está montado de dos ó tres *cuerdas*, las cuales, como son extremadamente largas y muy reducida la *caja* del instrumento, producen un sonido harto ronco y desagradable. Pero lo chistoso del caso es que en la lámina alusiva á la susodicha explicación (lámina que se dice allí ser copiada de un libro impreso en París y dibujada en Constantinopla por orden de un tal M. Ferrajol, embajador de Francia en la Puerta otomana) se le pintan cinco *cuerdas* al instrumento cuestionado, con sus correspondientes cinco *clavijas*, por si quedaba alguna duda respecto del particular, con lo cual dicho se está que se destruyen mutuamente la práctica y la teoría. Como de éstos no faltan por desgracia ejemplos en los anales de la Historia musical de las naciones todas, antiguas cuanto modernas, en que la diversidad de nombres, hechuras, naturalezas y maneras de ser tocados y los distintos juicios de los escritores arrojan de sí tal obscuridad y confusión, que basta y sobra para sacar de sus casillas al hombre más cachazudo ó volver loco al más cuerdo. Por eso, lo que le cumple al historiador músico es irse con pies de plomo en eso de aceptar como bueno el relato de cualquiera otro historiador extraño á la ciencia que tiene por objeto escudriñar las causas que contribuyen á conmover por medio de los sonidos diversamente combinados entre sí, ó el de aquel que, aun cuando práctico en el arte, no conozca debidamente aquella parte de la arqueología que le ayude á reconstituir el gran edificio de la *Historia musical*, mediante los elementos dispersos que saltan por doquiera en torno suyo; y, por supuesto, que quien dice historiador, dice igualmente pintor ó estatuario, muchos de los cuales han incurrido en anacronismos que, tan lejos de ser un salvoconducto para esclarecer la Historia, sólo sirven para embrollarla: no en balde reza un refrán que *el papel todo lo aguanta*.

Viniendo ya á la manera de ejecutarse la música escrita con destino á la *guitarra* actualmente usada por la generalidad de los países cultos, diremos que se suele afinar de la forma siguiente, no sin hacer constar antes que los sonidos así escritos



representan una octava abajo de como se figuran, ó sea:



Su extensión abraza tres y media octavas, si bien los últimos sonidos sólo puede producirlos una mano hábil y diestra.

El acabar de decir que se suele afinar en los términos allí indicados, presupone que se puede templar de otra manera. Así es, en efecto; pues hay ocasiones en que, á fin de ensanchar los límites del instrumento, ó ya para producir ciertos efectos de novedad facilitando al propio tiempo los medios al ejecutante, se apela al recurso de alterar semejante combinación de intervalos, á la cual operación, que se manifiesta al principio de la pieza escrita, se da el nombre italiano de *scordatura*. Ya se deja entender que para el ejecutante de mera afición que pulsa este instrumento sin poseer la teoría musical, y que cuando más, toca por cifra, todo cuanto aquí va dicho es como si se hubiera escrito en luenga chinesca.

No diremos nada tampoco acerca del continente y posición de las manos por parte del ejecutante, pues no escribimos aquí un *método de guitarra*; pero sí haremos constar, por fin y remate de este nuestro trabajo, que como el instrumento que promueve el presente artículo tiene sus arpegios particulares, y por lo tanto, en nada á ninguno otro parecidos y que su digitación es en ocasiones bastante complicada, se necesita que el que componga para este instrumento lo sepa tocar juntamente, pues de lo contrario se expondría á escribir en el papel lo que el instrumento á que nos referimos se negaría á reflejar por inejecutable, dadas las condiciones esenciales de su mecanismo.

JOSÉ MARÍA SBARBI

LOS REYES MAGOS

INCOHERENCIAS

I

. . . .

Luce en el cielo la brillante estrella parpadeando como un ojo que tuviera por pupila una pepita de oro. Tres reyes de Oriente, á cual más poderoso, guiados por su luz deslumbrante atraviesan en sendos camellos caminos y montañas, cañadas y valles; aquella estrella les ha de guiar al establo de Belén en donde vino al mundo el Hijo de Dios, según el relato de humildísimos pastores. Fuerza, pues, es honrar al prometido Mesías, al pronosticado por el glorioso evangelista. Oro, mirra é incienso llévanle como presentes. Es lo más rico y lo más hermoso que pudo en sus dominios encontrarse. El oro, que deslumbra con sus amarillos fulgores; la mirra y el incienso, que esparcen en torno penetrantes y ricos perfumes... Llegan al santo portal, echan pie á tierra é hincan en el suelo sus rodillas en señal de adoración al Rey de los reyes.

¡Hermoso espectáculo! Tres poderosos de la tierra doblando la cerviz y rindiendo acatamiento á un pobre niño que tirita de frío, desnudo sobre un montón de paja, arrullado por los vientos y por las tempestades que rugen allá afuera.

. . . .

II

Diez y nueve siglos más tarde, en la villa que es á la vez corte de las Españas, nótase en callejuelas y plazas extraordinario movimiento. El pueblo corre afanoso á esperar á los Santos Reyes. Próxima está la media noche, y fuerza es ir á aguardarlos á las afueras, á las tristes llanuras que riega con su escaso caudal el Manzanares...

Corren atropellados hombres y mujeres á la escasa luz de los faroles del alumbrado público. Parecen más que seres humanos furias escapadas de algún antro, según lo obscuro de sus contornos, lo atropellado de su carrera y el ruido ensordecedor que alzan, batiendo con desmesurada fuerza y á guisa de parche maltrechas y sucias latas de petróleo. Aguadores, cocheros, mozos de cordel, lavanderas, maritornes, hem-

bras del partido, todo revuelto, todo confundido, todo amalgamado en una negra y monstruosa ola humana. Vense en lo alto destacarse las siluetas de escaleras de mano con sus atravesados peldaños. Llegados que son á las afueras los alborotadores, hacen subir al más alto peldaño al más bobo ó al más simplón de los que en la comitiva forman, á fin de que desde allí, y á la luz de una antorcha de embetunado cáñamo, aceche la llegada de los Reyes. Cae en la burda estratagema el rival del de Coria, y cuando está en lo más alto de la escalera, dejan caer ésta al suelo en medio de infernal estrépito y espantosa gritería que hacen insoportable las carcajadas estridentes y los porrazos en las latas de petróleo, carcajadas y porrazos cuyos ecos lleva el viento helado de las noches madrileñas hasta los agudos picos del Guadarrama coronados de nieve.

. . . .



EL GRAN FESTIVAL MAHOMETANO DE LA BUCKRA-EDE Ó BAQR-I-ID (FIESTA DE LA VACA) EN EL NAINI-TAL, EN LAS PROVINCIAS DEL NOROESTE DE LA INDIA

Grupo de mahometanos

III

Entretanto, en los campos gallegos celébrase la fiesta anual, la fiesta de los *reises*, en algo semejante á los *villancicos* de Nochebuena. El gaitero sale acompañado de hasta media docena de mozos; apenas llega la noche y en amigable comitiva recorren las casas de la aldea cantando que se las pelan éstos y aquél arrancando al fuelle de la gaita sus monótonas y dulces armonías.

La mano detrás de la oreja, como para mejor llevar el compás de la canción, lanzan los mozos delante de las puertas de las más garridas aldeanas canciones no exentas de picardía y de malicia, en las cuales es cosa frecuentemente acostumbrada mezclar á los Reyes Magos. Suele suceder que sean invitados por el *petrucio* de la casa á remojar el gaznate con sendos tragos del vinillo de la tierra, que deja en el paladar un saborcete entre dulzón y amargo. Pero también es frecuente que termine la fiesta con *unha de paus* y corra la sangre á raudales, terminando en drama lo que comenzó en picaresca y regocijada comedia.

. . . .



EL GRAN FESTIVAL MAHOMETANO DE LA BUCKRA-EDE Ó BAQR-I-ID (FIESTA DE LA VACA) EN EL NAINI-TAL, EN LAS PROVINCIAS DEL NOROESTE DE LA INDIA

Grupo de mahometanos haciendo oración

IV

Y en el tranquilo hogar, la madre amorosa arrebuja confortablemente entre las sábanas del lecho á la hija de su amor, y ésta, de manera insensible y lenta, vase quedando dormida con la más inefable de las sonrisas en sus labios y en el pensamiento la mañana del nuevo y anhelado día.

Entre los hierros del saliente balcón ó en la repisa de la ventana ha dejado su zapato diminuto, microscópico, para que aquella noche los Magos, cuando montados en sus camellos de larguiruchas patas y arqueado lomo penetren en la ciudad, depositen en él el consabido regalito que, por fútil é inocente que él sea, es para la chiquilla de valor inapreciable por ser presente nada menos que de tan empingorotados reyes.

Durante la noche parece la sonrisa como estereotipada en sus labios; sus sueños son de rosa y nácar; en ellos figuran en no pequeña porción ángeles, nubes, rayos de sol y músicas del cielo.

Cuando la mañana asoma, muy lejos aún, ya la diligente pequeñuela está en pie, y sigilosamente, sin despertar á sus padres, apretando contra el pecho con sus manecitas la blanca camisilla, marcha al balcón ó á la ventana, quedo, muy quedo, y descalza, sin sentir el frío que baña sus carnes de amoratado color, recoge el zapato donde la vigilancia del padre

ó el amor de la madre depositaron en la noche anterior cualquier fruslería, y ante la sorpresa, la niña corre á despertar á sus padres para mostrarles el presente que ella encuentra verdaderamente regio y digno de tan ilustres y egregios transeuntes.

Y corriendo de este modo, menuda y ligera, por la casa, con saltos de golondrina más bien que con pasos humanos, abrigada sólo por la blanca y casi transparente camisa que el aire de la mañana hace flotar alrededor de su cuerpo, parécese á un ángel escapado de una tabla de Rubens ó de un fresco de Sanzio

MANUEL AMOR MEILÁN

MISCELANEA

Bellas Artes. – La Galería de Pinturas de Berlín ha adquirido una *Madonna* de Alberto Durero, que pintó éste durante su permanencia en Venecia, 1506, y que actualmente poseía un aficionado escocés.

– La Asociación de Canto de Breslau, que dirige el maestro Bohn, ha dado un concierto histórico que ha sido una especie de revista del desenvolvimiento de la música vocal humorística de los cuatro últimos siglos.

Barcelona. La sección de Bellas Artes del Ateneo Barcelonés nombró en su última junta una comisión de nueve individuos de su seno para que, en unión del presidente y secretario, estudien y propongan á la aprobación de la junta directiva el proyecto de una manifestación que se acordó previamente celebrar á fin de contribuir á la vida activa de la asociación, cumpliendo así con los propósitos consignados en sus estatutos. Es cuasi seguro, pues, que en la próxima primavera se organizará por los socios una Exposición de carácter artístico general, verificándose simultáneamente conferencias adecuadas é este objeto y conciertos en los que se den á conocer piezas escogidas de nuestros maestros del Renacimiento. Trátase de decorar el local convenientemente á fin de que el conjunto contribuya á prestar mayores atractivos á tal manifestación que de fijo resultara digna de nuestro Ateneo.

– Es probable que antes de verificarse la clausura de la Exposición de Industrias Artísticas puedan en ella admirarse unas puertas de metal repujado que con destino á la iglesia de Comillas y por encargo del marqués de este nombre ha proyectado y dirigido su ejecución el distinguido arquitecto Luis Doménech. Es obra notabilísima que, al honrar á su autor, honra también á los artífices que la han realizado, contribuyendo con una soberbia muestra al renacimiento de nuestras artes aplicadas al metal.

«Salón Parés.» – Notable por varios conceptos es un cuadro expuesto esta semana por el joven artista Sr. Coll, representando á una señora enlutada que, acompañada de su hija, contempla el retrato de su difunto esposo en el estudio de un pintor, el cual cuadro podrán apreciar los lectores de LA ILUSTRACIÓN en uno de los próximos números.

Bien concebida la escena y de ejecución sobria y jugosa la pintura, tal vez ganara algo ese cuadro sacrificando un tanto la figura del pintor. Así y todo, es una obra que impresiona profundamente por el sentimiento de que se halla impregnada, cualidad no muy común en nuestros artistas, preocupados en general por las habilidades de ejecución y las minucias y triquiñuelas del oficio. Reciba, pues, un sincero y caluroso aplauso el autor, de quien son también otras telas expuestas, que reunen excelentes cualidades.

Constituyen la novedad de esta semana, con la obra citada, unos paisajes de Julio Borrell, un pastel de Carlos Pellicer y un cuadro con que un autor anónimo contesta al que se expusiera semanas atrás y que era una sátira pictórica contra los cuadros de historia. Ese último intenta ridiculizar el realismo con la pintura artificiosamente infantil de un *Belén* con todos sus accesorios. Idealistas ó realistas, ninguno se exime de pagar su tributo á la verdad, sin la que el arte no se produce.

El 15 del mes actual se inaugurará la Exposición extraordinaria que todos los años se celebra en ese local y que promete esta vez, por las noticias adquiridas, revestir verdadera importancia.

Teatros.—En el Liceo de Nueva York se ha estrenado con éxito extraordinario la obra de Sardou *Americanos en Europa*, que el famoso dramaturgo francés escribió expresamente para que se estrenase en América.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Varietés una comedia en tres actos, de Brisson y Carré, *La Souriciere*, que ha hecho las delicias del público por la gracia con que está escrita y la abundancia de chistes y situaciones cómicas que contiene, y en Folies Dramatiques una opereta en tres actos, letra de Ferrier y música de Varney, *Miss Robinson*, puesta con tal lujo que los periódicos parisienses dicen ser el espectáculo más grandioso y con más propiedad puesto en escena en París hasta el presente. El Cercle des Ecoliers ha dado una representación única del hermoso drama de Ibsen *La dama del mar*.

Madrid. – En el Real, la representación de *Lohengrin* ha valido una ovación al maestro Mancinelli: en el propio coliseo han comenzado los preparativos para poner en escena *Los maestros cantores*, de Wagner, que se estrenará á principios de febrero, estando encargados de los principales papeles las señoras Tetrazzini y Pagnoni y los Sres. De Marchi, Giannini, Menotti, Baldelli y Rapp. En la Comedia ha logrado gran aplauso el juguete cómico en tres actos de los Sres. Pina y Domínguez y Granés *El boticario de Navalcarnero*. En Lara ha sido muy aplaudido el juguete cómico en dos actos *La ministra*, de don Constantino Gil.

Barcelona. - En el Liceo la representación de *Otello*, de Verdi, ha tenido gran éxito, habiendo valido un nuevo triunfo al maestro Mugnone y entusiastas aplausos á la señora Bendazzi y á los Sres. Cardinali y Blanchart; la *Linda de Chamounix* ha valido aplausos al maestro Mugnone, á la señora Boronat y al Sr. Cotogni. En el Principal se ha estrenado con aplauso *El día memorable*, drama de espectáculo en cinco actos de los señores Sales y González Llanas, adaptación á la escena española de la obra de Sardou *Patrie*: la acción es interesante y constituye una dura censura de la invasión francesa de 1808, los personajes están bien definidos y la obra está muy bien escrita y ha sido presentada con mucha propiedad y representada con gran acierto por la compañía que dirigen los Sres. Calvo y Jiménez. En el Eldorado ha sido aplaudida la zarzuela en un acto *La salamanquina*, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Marqués. En el Circo Barcelonés actúa con buen éxito la compañía infantil que dirige D. Juan Bosch, poniendo en escena las más aplaudidas zarzuelas del moderno repertorio. Con motivo de las funciones del día de Inocentes se estrenaron con muy buen éxito en Romea y Novedades respectivamente una pieza de D. Emilio Vilanova, *Oriental ó los moros contrapuntats* y la leyenda dramática (?) de D. Enrique Moragas *Lo baró de Carcassona ó las ansias del amor*.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

El Excmo. Sr. D. Luis Prendergast y Gordon, marqués de la Victoria de las Tunas, teniente general del ejército español, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, ex gobernador y capitán general de la isla de Cuba.

José Delin, notable pintor retratista belga.

A. Fet, cuyo verdadero nombre era Afanass y Afanasjewitsch Schenschin, famoso poeta lírico ruso que también se ha distinguido por sus traducciones de Horacio y Juvenal.

Jorge Hachette, uno de los jefes de la conocida casa editorial de París.

Juan Emilio Lemoine, uno de los más famosos publicistas franceses contemporáneos, antiguo redactor de *Le Journal des Debats*, miembro de la Academia Francesa y senador vitalicio.

Simeón Luce, distinguido historiador francés, autor de una *Historia de Juana de Arco*, en la que se consignan muchos datos nuevos é interesantes sobre la doncella de Domremy.

Eugenio Wittmeyer, escritor y periodista alemán, antiguo colaborador de la *Illustrirte Zeitung*, de Leipzig.

Nowossilski, almirante ruso y ayudante del emperador, uno de los más antiguos y famosos oficiales de la marina rusa: se distinguió en la guerra contra Turquía (1829) y en la de Crimea.

Bogdan Glasenapp, almirante ruso y ayudante del tsar, ex gobernador de Arcángel y hasta 1871 comandante en jefe de todos los puertos y de la marina del mar Negro.

Enrique Mosler, pintor retratista y de historia de Dusseldorf, que fué durante algun tiempo profesor de la Academia de Bellas Artes y de la Escuela de Industrias artísticas de Leipzig.

NUESTROS GRABADOS

Un gitano de pura raza, dibujo de J. García Ramos. – El gitano podrá ser de buena raza, pero el hábil dibujante que ha sabido representarlo ha tiempo que viene demostrando que es también un verdadero artista, genuinamente meridional, feliz é inteligente intérprete de los tipos, cuadros y costumbres de la región andaluza. García Ramos es, quiza, entre los artistas andaluces, quien ha logrado reproducir con mayor acierto todo cuanto le rodea, cuanto bulle y se agita en la región en que vive, á cuya circunstancia debe, sin duda alguna, que se le considere como artista observador, determinadamente regional. Nuestros lectores han podido admirar los bellísimos cuadros que hemos publicado, todos ellos recuerdo brillante de aquel privilegiado país en donde todo sonríe, en donde la naturaleza rebosa vida, produciendo flores y frutos, y los hombres la viveza de su fogosa y fantástica imaginación.

Labor difícil, cuadro de H. W. Schmidt. – Tratándose de asuntos rurales; la sencillez no sólo es plausible sino que, en nuestro sentir, es uno de los elementos que mejor cuadran á las obras artísticas. Expresar la naturaleza tal cual es, sin postizos que la desfiguren, será siempre un mérito no pequeño en el artista, ya que lo más difícil en materia de arte es la perfecta reproducción del natural. Por esto encontramos poderosos atractivos en el cuadro del pintor alemán Schmidt: en él no nos asombran esos grandes efectos de composición ó de entonación que de momento subyugan, pero tampoco vemos esos artificios con los cuales suelen la fantasía falsear el sentimiento y los recursos vulgares suplir los verdaderos conocimientos técnicos.

San Juan de Arena (Asturias), cuadro de Cecilio Plá. - Ya hemos tenido el gusto de dar á conocer á nuestros lectores algunas notables obras de este discreto artista, aprovechado discípulo de Emilio Sala y del malogrado Plasencia, por cual motivo consideramos ocioso repetir lo que ya hemos dicho al ocuparnos de otras de sus producciones. Nos limitaremos, pues, á consignar que el bonito cuadro que publicamos reproduce una escena de pesca en San Juan de Arena, recuerdo de su última excursión artística á Asturias que, adquirido por el señor conde de Valdelagrana, forma hoy parte de la valiosa colección que en su palacio de Madrid posee este prócer y aficionado.

Un discípulo aprovechado, cuadro de Manuel Ramírez. – Este grupo tan bellamente representado por el Sr. Ramírez y al que sirve de fondo una decoración hermosa y hábilmente ejecutada, es en extremo interesante: esa joven dando lección de lectura á un faldero constituye un rasgo humorístico que el artista ha sabido exteriorizar con notable acierto, añadiendo á las excelencias plásticas de la figura un soplo de vida que no á todos es dado infundir en sus obras; y en cuanto al *discípulo aprovechado*, no cabe mayor expresión que la que su semblante revela; hay tanta inteligencia en su mirada, tanta gravedad en su actitud, que á pocos como á ese perro podría aplicarse lo del gitano del cuento que ponderando lo que valía el asno que tenía á la venta decía al comprador: «Como leer... ¡vaya si lee! Lo que es que no *prenuncia*.»

Estación en Filadelfia del camino de hierro de Pensylvania. – A pesar de ser proverbial la grandiosidad de las construcciones norteamericanas, no deja de asombrarnos cada nueva muestra que contemplamos de tan atrevida arquitectura. Tal sucede con la estación que reproducimos y acerca de la cual son ociosas las explicaciones, pues á la vista está lo que aquella fábrica colosal debe ser: únicamente diremos que la parte alta de la estación (que sólo es para pasajeros) contendrá 200 oficinas, que la galería cubierta es de 307 pies de largo y tendrá en su centro una elevación de 140; que el arco principal tiene 294 pies de expansión y llega á una altura de 104 y medio; que entran en su construcción 3.000 toneladas de hierro y una cantidad proporcional de ladrillos y cristales, y que la galería cubierta será la más grande del mundo, con lo cual creemos que está dicho todo.

Castillo de Sotomayor (Pontevedra), propiedad del señor marqués de la Vega de Armijo (de fotografía de Prieto). – El antiguo castillo del marqués de Mos, en Sotomayor, propiedad hoy del señor marqués de la Vega de Armijo, es una magnífica y suntuosa residencia señorial, inteligentemente restaurado y conservado por su ilustrado propietario, quien ha logrado acomodar, sin menoscabo de la fábrica, exigencias del *confort* moderno.

El castillo de Mos es un perfecto y acabado tipo de las construcciones del feudalismo consérvanse en España, y célebre en los fastos de nuestra historia, no sólo por los hechos de sus señores, sino también por los acontecimientos que en él tuvieron lugar, especialmente en la época en que rigió el señorío el célebre D. Pedro Alvarez, tan conocido por el sobrenombre de *Pedro Madruga*, partidario decidido de la causa de la Beltraneja.

Las dos hermanas, cuadro de Escipión Vanutelli. Vanutelli, el célebre pintor italiano autor del inspirado cuadro *La primera comunión* que publicamos en el número 440 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos ofrece en el que hoy reproducimos un hermoso idilio lleno de dulce encanto: *Las dos hermanas* es de aquellos lienzos cuyo asunto más que para explicado es para sentido; es de aquellas obras que aunque por sus bellezas técnicas recrean los ojos, donde más directamente impresionan es en el corazón. Los recursos de que para ello echa mano el artista no pueden ser más sencillos, y sin embargo, el efecto con ellos conseguido llega al alma. ¡Cuán cierto es que en las bellas artes el saber sentir es quizá el principal elemento para saber expresar!

El bautizo, cuadro de José Gallegos. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que se merece de este insigne pintor que tan eminente lugar ocupa entre los artistas españoles, y recientemente en el número 555 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA apuntamos en artículo especial las cualidades salientes que distinguen al autor de *El bautizo*. No hemos, pues, de repetir lo que otras veces dijimos ni tampoco de señalar las bellezas del cuadro que hoy reproducimos, bellezas que á la vista saltan y que prueban una vez más cuánto es el talento de Gallegos para resucitar en cuadros llenos de vida y de color local y de época las escenas de costumbres de nuestros antepasados.

Bayardo en el momento de recibir su primera espada, estatua de Pedro Rambaud. – Esta obra escultórica, que llamó con justicia la atención en el Salón de París de 1890, nos da una perfecta idea del caballero sin miedo y sin tacha en aquel período de su vida en que la posesión de las armas necesarias para el torneo constituía la ambición suprema del que más tarde había de asombrar al mundo con sus hazañas. La figura de M. Rambaud revela nobleza, alientos, aspiraciones elevadas, y desde el punto de vista plástico es elegante y vigorosa de líneas y de bien entendidas proporciones.

La nodriza y la infanta, cuadro de Francisco Hals. – En el número 556 de este periódico dimos algunas noticias acerca del ilustre pintor holandés del siglo XVI con justicia llamado el Velázquez flamenco: el cuadro que en el presente reproducimos y que se cuenta entre las joyas del museo de Berlín no necesita ser alabado, pues por sí solo se alaba, y basta contemplar esas dos admirables figuras para comprender que ni es posible mayor verdad en pintura ni dentro de la verdad mayor riqueza de detalles artísticos.

Un concierto, cuadro de Román Ribera. – Un nuevo cuadro acaba de producir Román Ribera, el portaestandarte de la pintura de género en nuestra región, adquirido por un inteligente coleccionista y destinado, como todos los suyos, á llamar la atención y despertar el interés de los aficionados.

En un ángulo de una suntuosa estancia flamenca, en la que brillan y resaltan los esculturales muebles, tapices y cristales, destácanse las figuras de cinco músicos, cuyos trajes determinan delicados y bien entendidos contrastes por los suaves tonos de las telas, cuya calidad ha sabido interpretar el artista con su reconocida maestría. En el centro del grupo y recibiendo los amortiguados rayos de luz que penetran á través de una vidriera de múltiples y variados colores, hállase una hermosa cantora, en cuyo rostro de simpática expresión se refleja la blancura del papel de música que en sus manos sostiene y los dorados tonos de su amarillo corpiño de raso. Tal es el cuadro y tal el asunto; y si bien es verdad que acostumbrados nos tenía Ribera á admirar sus empeños de colorista, confesamos sin rebozo que su *Concierto* nos embelesa y cautiva.

El gran festival mahometano de la Buckra-Ede en Naini-Tal. – Nuestros dos grabados representan otras tantas escenas del gran festival mahometano conocido en las Indias occidentales con los nombres de Buckra-Ede ó Baqr-i-id (fiesta de la vaca), que es idéntica que la Id-ul-Azha que los árabes celebran el décimo día del Zul Hijja, y que constituye la última ceremonia de las peregrinaciones á la Meca. El origen de esta fiesta arranca, según los mahometanos, del sacrificio de Abraham, á quienes algunos comentaristas musulmanes consideran como fundador de la religión de Mahoma, y para la celebración de la misma el pueblo se reune á orar en la Idgah, regresando luego cada uno á su casa, en donde el padre de familia pronunciando las palabras «En el nombre del gran dios,» sacrifica un carnero, una vaca ó un camello, de cuya carne se hacen tres partes, dos para la familia y una para los pobres.

Proyecto de casa de gobierno de la provincia de Salta (República Argentina). – Este edificio, proyectado por el arquitecto Sr. Fontanarossa estará situado en el gran Boulevard de Salta con frente á la plaza Principal y contendrá las oficinas del gobierno local, de la Cámara de diputados, de la policía, los juzgados de paz, la alcaldía y el cuartel de bomberos; ocupará un área de 5.000 metros cuadrados y tendrá en su fachada principal 60 metros de largo, siendo su altura de 33. En la cúpula se halla dispuesta la barra del salón de sesiones de la Cámara, que será de 12 metros de ancho por 20 de largo. El coste total del edificio será de 435.000 pesos.

La Virgen y el Niño, cuadro de Murillo. – El inmortal pintor sevillano supo como ningún otro dar forma á las divinas figuras de la Virgen y de su Hijo; hay en todas sus Madonas y en todos sus Niños algo tan ideal, tan extraterreno, que nadie al contemplarlos puede sustraerse á esa impresión honda, especial, que producen en el creyente los misterios religiosos y sobre todo aquel por el cual la Virgen María fué madre del Redentor. Si necesitara confirmación lo que decimos, tendríala plena en el cuadro que como suplemento artístico reproducimos y cuyas excepcionales bellezas no es preciso encarecer porque se sienten más que se explican.



La baronesa de Ancel tomó la mano de la joven

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

I

Tres mujeres, de pie en la gradería del castillo, cruzaban palabras de despedida, la cual se prolongaba más de lo regular porque á cada una de ellas le quedaba siempre por decir la última palabra.

– Puesto que ha venido usted á pie, querida señora, la acompañaré hasta la extremidad del parque. ¿Vienes tú también, tía?

– ¡Caracoles!.. Recorrer kilómetro y medio con este calor... Muchas gracias. Bien se ve que solamente pesas unos sesenta kilogramos y que conservas tus piernas de los diez y seis años.

– Sí, con algunos más encima, dijo la joven sonriendo.

– Predíquela usted moral, baronesa, y será obra pía. Tal vez la escuche; pero yo he agotado mis argumentos; y por otra parte, nunca toma por lo serio lo que yo digo. ¿Por qué será?

– Porque eres más joven que yo, tía Aurelia, y porque ya desde pequeña tomaste la costumbre de reirte de todo.

– Por temor de tener que llorar de todo, como dijo el otro.

– ¿Sobre qué debo predicarla, señora Despois?, preguntó la baronesa sonriendo, mientras daba la mano por última vez á la mujercita regordeta y vivaracha que respondía al nombre de Aurelia Despois.

– ¡Pues sobre el matrimonio! No tiene sentido común que una hermosa y amable joven como esa se burle del matrimonio. ¡Ah! No se casa una siempre por su gusto... Ya sé yo algo de esto... y ha hecho bien en prolongar el estado de soltera un poco más allá de los límites ordinarios; pero en fin, es preciso llegar á ello; es un deber patriótico, cívico y qué sé yo qué más... Esto debería enseñarse en los libros sobre moral republicana para uso de las jóvenes; es como si dijéramos el servicio femenino obligatorio.

– Eso es lo que yo le predicaré; y aunque no lo haga tal vez desde el punto

de vista cívico y republicano, no por eso dejará de ser mejor y más atendible el sermón.

El alegre sol de junio, algo ardiente aquel día, prestaba animación al antiguo castillo, imponente mole de piedra gris, flanqueado por dos enormes torres con estrechas y largas troneras. Aquel castillo, asentado en lo alto de la colina, tomaba con frecuencia un aspecto severo, con su fachada desnuda y sus ventanas irregulares de pequeños vidrios; pero nada resiste á la marcha del sol, y la baronesa, dirigiendo una última mirada que abarcó la habitación, el jardín escasamente provisto de flores, la inmensa extensión del bosque alrededor y por último la vista maravillosa del mar en lontananza, exclamó:

– ¡Cuánto amo esa soledad, querida Marta!

Marta Levasseur sonrió y repuso tranquilamente:

– Sólo aquí soy feliz, y se me podría tomar por una salvaje. Adoro mis bosques, el aroma del tallar, el rumor de las hojas secas que crujen bajo mis pies...; todo esto me persigue en mi vida de sociedad. Los tres meses de París, que de una manera tan ridícula parecen insuficientes á mi tía, son para mí un período de destierro. La pobre mujer no comprende nada; no sabe que, cuando paso las horas en medio de mis árboles, no estoy sola nunca; que las ramas me conocen ya; que las avecillas trinan para mí; que el cielo, visto á través del follaje, es más hermoso que la bóveda libre por muy radiante que se muestre. He aquí lo que yo soy para la vida ordinaria de las mujeres, y vea usted ahora cómo estaré dispuesta á escuchar los consejos de la tía Aurelia...

– Y sin embargo, hija mía...

– Sí, es verdad, interrumpió Marta sonriendo. Usted ha prometido hacerme un sermón en tres puntos.

La baronesa de Ancel se detuvo un instante en medio de la avenida por donde avanzaban; su rostro, un poco flaco y huesoso, se iluminó con una adorable sonrisa de bondad, que le devolvió un instante su belleza, y bajo el cabello gris sus ojos brillaron.

– ¡Ah!, repuso, no es un sermón lo que trato de hacer á usted, Marta; yo no sé decir sino aquello que sube del corazón á los labios, y bien sabe usted que la quiero para hija y que la amaré mucho, casi tanto como á mi único hijo...

La joven, muy conmovida, abrazó á la anciana, pero sin contestar.

Muy pronto, á través de los árboles que cubrían toda la colina divisóse el mar; el castillo quedaba oculto ahora en su nido de follaje; el sendero torcía bruscamente á la derecha y después seguía á lo lejos la costa, que á veces, sin embargo, gracias á un súbito recodo, desaparecía para aparecer de nuevo.

En todo ese maravilloso país normando, en los alrededores de Honfleur, no hay tal vez paseo comparable con aquella avenida: los pies de las dos mujeres hollaban un musgo espeso y elástico; el bosque se extendía á derecha é izquierda, inculto y salvaje, sembrado aquí y allá por espinos blancos y agavanzos en flor, y á la izquierda el espacio inmenso del mar, brillando bajo los rayos del sol, presentaba todos los tintes, desde el blanco gris hasta el azul casi negro.

Después divisaron la desembocadura del Sena, tan vasta é imponente, que el Havre parecía una ligera línea negra dominada por sus dos faros. Algunas bandadas de gaviotas y la humareda que despedía la chimenea de un vapor eran las únicas cosas que animaban aquella inmensidad. Este espectáculo producía en el ánimo una impresión casi solemne de lo infinito, del silencio, del horizonte perdido en lontananza y confundiéndose con el cielo.

– Sentémonos aquí un momento, si usted gusta, dijo Marta.

En aquel sitio, el talud tenía la altura apetecible para sentarse; los grandes árboles que poblaban la parte alta de la colina habían sido reemplazados en aquel rincón de la finca por una plantación de pinos, que despedían un fuerte y agradable aroma resinoso bajo la influencia de los ardientes rayos del sol, y á través de un boquete veíase admirablemente el mar, que muy azulado aquel día, prolongábase por la caprichosa línea de las largas playas de dorada arena.

El silencio absoluto de aquella agradable soledad no era interrumpido más que por el zumbido de los insectos ó el rápido vuelo de una bandada de pajarillos que habían cesado en sus cantos; solamente dos mirlos se contestaban á lo lejos.

La baronesa de Ancel tomó la mano de la joven y conservóla entre las suyas; y como Marta levantase los ojos, vió en ellos lágrimas.

– No era mi ánimo contristar á usted, querida Marta, le dijo.

– ¡Ah, señora, usted no me contrista!... Es que en este sitio mismo, hace más de veinte años, vi llorar á mi madre; yo era muy pequeña entonces, y no podía comprender, pero sollocé en sus brazos al verla tan triste. Más tarde supe la causa de ello. Nunca percibo este olor de los pinos cuando el sol brilla, ni veo la curva de la playa sin recordar la escena de aquel día y sin decirme que el matrimonio, cuando la mujer es la única que ama, es lo más triste y angustioso que darse pueda...

– Pues qué, ¿no hay acaso más que malos matrimonios? ¿Tan pronto pierde usted las ilusiones?

– ¡Oh, hay tantos!... Yo tengo veintiséis años, y he conocido ya más de una amiga desgraciada que, sin embargo, pensaba ser dichosa.

– Pues yo cuento sesenta, querida Marta, y tengo más fe que usted en este punto; he conocido la dicha completa y la he visto á mi alrededor. Además he observado otra cosa, y es que con frecuencia la mujer rige su propio destino, y que la felicidad, comprometida un instante, se puede recobrar y conservar. No digo esto por su pobre madre, á quien mucho quise, pues para ella se produjo una de esas fatalidades terribles que rara vez ocurren. Su esposo estuvo como hechizado.

– Sí, abandonó á mamá y ésta murió de pesadumbre, mientras él vivió feliz uniéndose después con la mujer que adoraba; fué marido y padre... y me olvidó á mí.

– Quiso que fuera usted á vivir en su compañía; pero respetó las últimas voluntades de su esposa, que deseó confiar á usted á su hermana, y sin embargo le profesaba á usted mucho cariño.

– Sí, pero desde lejos. No crea usted, señora, que soy dura de corazón, pues hace largo tiempo perdoné un abandono que por lo menos me preservó de un contacto odioso; pero hubiera querido abrazar á mi pobre padre antes de su muerte. Ahora todo eso está muy lejos y casi borrado de la memoria; soy libre de gobernarme á mi antojo y de ser feliz á mi manera, lo cual ya es mucho.

– Pues entonces... ¿deberé renunciar á mis esperanzas? No soy más que una vieja soñadora... ¡Si usted supiese cuántos castillos en el aire he levantado para alojar en ellos á mis dos hijos!... Yo me decía: Roberto es un muchacho muy formal, muy trabajador, un corazón de oro que sabrá apreciar las raras cualidades de mi vecinita; á los dos les agradan el campo, los largos días de estudio, las veladas de familia; ella se apasionará por sus libros, y él la ayudará; será una unión de las inteligencias y de los corazones: son dignos uno de otro. Todo conspira á unirlos, todas las conveniencias de edad, fortuna y familia: nada falta.

– Y precisamente porque todas las conveniencias se reunen es probable que ese matrimonio no se verifique. Hemos crecido juntos, y Roberto no vió nunca en mí más que una compañera, una especie de hermana.

– Y sin embargo, según esas cartas, parecíame que este invierno, durante el cual se han visto ustedes tanto, la mutua simpatía tomaba un carácter más tierno y que la idea de ese matrimonio tan deseado ya no la intimidaba á usted. Ahora veo que Roberto, lo mismo que su madre, se ha forjado ilusiones.

Marta permaneció algunos instantes silenciosa, muy absorta y conmovida; mas al fin miró á su anciana amiga, y á ésta le sorprendió la expresión dolorosa de los ojos sombríos de la joven.

– Escúcheme usted y compréndame, dijo Marta; hablaré claramente, dejándole leer hasta el fondo de mi corazón. Mi sueño dorado, aquel que en secreto acaricié desde la infancia, sería tener por esposo á Roberto y ser hija de usted; pero él no me ama; y no equivoque usted el sentido de mis palabras. Algunas veces cree amarme, pues me profesa un afecto profundo y también un verdadero cariño; él quisiera unirse conmigo, y cree de buena fe que sería feliz por este matrimonio; pero se engaña; segura estoy de ello. Si yo me caso, quiero ser adorada de mi esposo, y sin esto no quiero matrimonio, porque me inspiraría horror y moriría. Ahora bien: soy incapaz de infundir la pasión que ¡ay de mí! me siento dispuesta á sentir. ¿Por qué? Me falta algo, un encanto, un atractivo, un no sé qué, suficiente en muchas mujeres más feas que yo para hacerse amar; y crea usted que esto me hace sufrir mucho. No quiero decir, sin embargo, que no me hayan hecho la corte, porque soy bastante rica é inteligente y estoy bien educada para que más de uno haya pensado en mí; pero las madres son las que principalmente me han cortejado.

– Como yo...

– ¡Ah, usted!.. ¡Si supiera cuánto desearía decir desde luego que sí y arrojarme en sus brazos llorando de alegría!

– ¿Quiere decir que le ama usted?

– Tal vez...; pero me inrerrogo, y paréceme que cuando se ama de veras no se ha de preguntar, porque se sabe. ¿Quiere usted que hagamos un pacto? Roberto vendrá á pasar el verano en su casa; somos vecinos y amigos íntimos desde hace largo tiempo; yo comunicaré un poco más de animación á nuestra vida y hasta pienso convidar á varios amigos, y con esto habrá ocasiones naturales de encontrarnos sin que á nadie pueda extrañar. Antes del otoño Roberto y yo sabremos á qué atenernos.

– ¿Podré decírselo?

– Si usted lo desea puede hacerlo; pero ha de entenderse bien que los dos seremos libres, completamente libres para decirnos á la primera duda, con toda lealtad y franqueza: «No te amo como se debe amar.» Conozco á Roberto, y sé que es digno de la confianza que en él tengo. Lo mismo que yo, dirá: «Cualquier cosa menos un casamiento que no haya de ser una unión absoluta y perfecta.» Y sobre todo, advierta usted que el secreto ha de quedar entre nosotros tres. Usted no dirá nada á mi tía, porque se juzgaría tan dichosa, tan inmensamente feliz, que me trastornaría; y como me conozco muy bien, sé que acabaría por echarlo todo á perder.

– Entonces, hija mía, seré discreta como la tumba; mas espero... espero...

Las dos mujeres habían continuado su marcha, y al dar la vuelta á un recodo de la misma avenida encontraron al cartero.

– ¿Tiene usted algo para mí, Sr. Duval?

– Sí, señorita, y ya que la encuentro voy á dar á usted sus cartas; así podré bajar por la granja, acortando mucho el camino.

– Eso es, y diga usted á Fernanda que le dé un buen vaso de sidra.

– Gracias, gracias, señorita. Servidor de usted.

Así diciendo, Duval descendió ligeramente por un angosto sendero que conducía á una de las granjas de la finca.

Marta miró las cartas y guardólas en su bolsillo.

– ¿No las lee usted?, preguntó la baronesa.

– ¡Oh! Sobrado tiempo tengo. Son cartas de amigas del colegio. Es singular que las muchachas y las mujeres jóvenes tengan poco más ó menos el mismo carácter de letra, inclinada, regular y sin expresión, por decirlo así. Aquí tengo tres cartas, y á menos de examinarlas de cerca, no me será posible decir cuál es de Lucía, de María ó de Julia. ¡Calla! Si las invitase á las tres, con los padres de las unas y el esposo de la otra... Así tendríamos una sociedad joven y alegre: Roberto se encargaría de buscar los caballeros.

La baronesa y Marta llegaban ya á la gran barrera blanca que separa en aquel punto el parque de una senda que conduce al camino real desde Honfleur á Trouville. La baronesa estaba allí casi en su casa, y abrazó á Marta más tiernamente aún que de costumbre, pareciéndole que esto era casi una especie de toma de posesión de sus funciones de suegra. Involuntariamente Marta se irguió un poco, cual si recobrara de improviso su carácter indómito.

Para entrar en el castillo Marta tomó otro camino más agreste y pedregoso, no tan agradable como la musgosa avenida; era muy empinado y conducía á la cumbre de la colina: á los tallares de pequeños árboles, llenos de arbustos, y las rocas caldeadas por el sol, donde las mariposas revoloteaban, sucedió muy pronto el bosque con sus árboles magníficos, cuyas ramas se entrelazaban, produciendo una densa sombra. El camino, convirtiéndose en sendero, debía conducir á la joven castellana al punto más alto de la propiedad, dominado por una gran cruz de piedra. En aquel sitio habían cortado los árboles para que se pudiese disfrutar súbitamente de una vista más admirable, no solamente del mar, sino de todo el país que se extendía alrededor. En aquel magnífico día el panorama era sublime.

Marta fué á sentarse en una especie de escalón que había al pie de la cruz; echóse el sombrero hacia atrás, y aspirando con fuerza el aire embalsamado, comenzó á meditar, contemplando á lo lejos el mar estriado ahora por grandes rayas sombrías.

¿Se lo había dicho todo, absolutamente todo á su anciana amiga? No sin cierta inquietud sondeó la profundidad de su corazón, y después, poco á poco, sin que tratara de explicarse por qué, una inmensa alegría una dulzura inefable, una sensación casi de triunfo llenó todo su ser, y exclamó en alta voz: «¡Amo, Dios mío, qué felicidad! ¡Amo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas!..»

Marta no pensaba en volver á su casa, ni echó de ver que el aire había refres-

cado un poco. Los días de junio son deliciosamente largos, y la comida del castillo bien hubiera podido llamarse cena. La joven, que gustaba de permanecer largas horas en el campo, se estremeció al oir á lo lejos el sonido de la primera campanada. ¿Tanto tiempo había soñado? Levantóse al punto, y acordándose entonces de las cartas de París volvió á sentarse para leerlas, pensando que de todos modos llegaría antes de tocarse la segunda campanada.

Cogió sus dos cartas, y desde luego le llamó la atención una de ellas. El carácter de letra, bastante parecido al de las otras, inglés ordinario, no le era familiar; y buscando en sus recuerdos, como cuando nos habla una persona á quien no reconocemos al pronto, miró de nuevo aquella escritura, el sello de París, la forma del sobre, y después su vacilación pueril la hizo sonreir, y abriendo la misiva leyó:

«Hermana mía: Puedo llamarle así porque es usted mi hermana. Sabrá que al morir nuestro padre encontré una fotografía de la que no se desprendía nunca; la cogí y le he cobrado mucho cariño: representa una niña con grandes ojos de expresión grave; una de esas niñas que no rompen sus muñecas, y que cuando encuentran un gorrión que cayó del nido le recogen, le guardan y le domestican tiernamente. Yo soy también un pajarillo que cayó del nido antes de que las alas le crecieran; estoy completamente sola en el mundo, y en mi triste situación me vuelvo hacia usted para decirle: admítame á su lado, hermana mía; ámeme, que yo también la quiero mucho, á pesar de que jamás la he visto á usted.

»Hace más de un año que mi madre murió. Tengo un tutor á quien aborrezco y para quien soy un estorbo. Aún estoy en el colegio; pero cuento diez y ocho años, y me aburro lo que no es decible... La familia de mi madre se daría por muy contenta con admitirme; pero si mi madre era digna de adoración, su familia... no sé cómo decírselo..., su familia está relacionada muy de cerca con el teatro, y éste no se ha hecho para la señorita Levasseur. Mi tutor desearía casarme con un hombre á quien no conozco, y que se casaría conmigo sólo por mi dote, á lo que parece; pero yo no quiero...

»Usted es mi amada hermana, y debe ser buena, porque estos ojos que veo no podrían mentir... Abrame los brazos para que yo me refugie en ellos muy pronto. La querré tanto y la abrazaré con tal fuerza, que acabará por alegrarse de haberme encontrado.

»Su hermanita *Edmunda Levasseur.*»

II

El tren de París á Honfleur entraba en la estación; dos jóvenes saltaron ligeramente de un compartimiento, pero como de común acuerdo permanecieron junto á la portezuela. Una joven, tan hermosa que hasta los viajeros que corrían hacia la puerta volvían la cabeza para mirarla, disponíase á bajar á su vez. Su falda se enganchó, y estuvo á punto de caer al saltar, pero los dos jóvenes se precipitaron para ayudarla.

- Gracias, caballeros, dijo.

Y sus hermosos ojos repitieron las gracias, distribuyendo sus miradas con una imparcialidad conmovedora.

- ¿Qué ha sido eso, Edmunda?, dijo una señora de edad respetable que acompañaba á la joven.

- Nada, señora, que estuve á punto de caer, y...

No dijo más, y con un movimiento de impaciencia dirigióse hacia la salida.

- ¿Quién es? ¿Dónde va?, preguntó uno de los jóvenes á su compañero. Conozco Honfleur y sus alrededores tan bien como mi bolsillo, y jamás había visto esa maravilla...

- Sigámosla, dijo el otro, y así nos informaremos. Seguramente es una joven de la alta sociedad, y sin embargo... sin embargo... hay en ella un no sé qué que no huele á convento.

El que hablaba así era un gallardo mancebo, que á pesar de su traje de paisano revelaba el militar á la legua: la mirada dura, el bigote provocativo y los ademanes un poco bruscos parecían indicar que aquel joven oficial no era muy benigno en el mando. Su compañero, mucho menos favorecido por sus cualidades físicas, tenía ojos azules de expresión meditabunda y acaso del hombre que se dedica al estudio.

Edmunda apresuraba el paso: con el cuello tendido y la mirada ardiente, trataba de reconocer entre las personas que esperaban á los viajeros aquella que debía haber ido á buscarla, sabiendo que de aquel primer encuentro dependían muchas cosas. Olvidó así del todo á los dos jóvenes, con cuya evidente admiración se había divertido durante el viaje; sin embargo, la admiración era para ella cosa tan indispensable como el aire que respiraba.

Apenas Marta Levasseur vió el rostro de aquella joven, que expresaba profunda emoción, no dudó un momento; adelantóse resueltamente un poco pálida, y limitóse á decir:

- ¿Se llama usted Edmunda Levasseur?

Edmunda, muy turbada, conmovida hasta el punto de llorar, refugióse por un movimiento de infinita gracia en los brazos de la joven.

- ¡Hermana mía!, murmuró.

Marta abrazó á la joven de la manera más cordial. Aquel beso sellaba un pacto, en el que Marta no había consentido sin vacilar antes mucho, sosteniendo una verdadera lucha en su interior.

- ¿Sabes, dijo, que me pareces una hermana verdaderamente seductora?

- ¡Oh! Si yo pudiese agradar á usted...

- Pues comienza por tutearme, querida Edmunda, puesto que somos hermanas, repuso Marta.

Los dos jóvenes habían sido testigos de aquella escena; Marta los divisó al fin, pues hasta entonces no había visto más que á la hermosa viajera, y su pálido rostro se coloreó súbitamente.

- ¡Es usted, Roberto!, exclamó. Su madre no le esperaba hasta la semana próxima.

- Es que trato de darle una sorpresa.

- Pues entonces le conduciré á usted, porque no encontraría coche y nosotras pasaremos por delante de su casa.

Después, como Marta notase que miraba á Edmunda con curiosidad, añadió, no sin esforzarse:

Mi hermana, la señorita Edmunda Levasseur... El señor barón de Ancel.

El joven saludó profundamente.

Después se produjo un poco de confusión; era preciso ocuparse de la dama que había acompañado á Edmunda y que deseaba volver á París en el primer tren. Roberto desplegó una actividad tal vez exagerada, y al fin tomó asiento en el landó, frente á las dos jóvenes. Solamente entonces fijó la atención en su amigo, á quien había olvidado completamente y en el que sorprendió una mirada de enojo y envidia. En el momento de pasar junto al coche, Roberto llamó á su compañero con la mano.

- Marta, dijo, ¿me permitirá usted presentarle á un camarada de colegio, que ha obtenido licencia para acabar de restablecerse en Trouville? Es el capitán Bertrand, á quien he prometido presentar á mis amigos, y que será un compañero precioso para las fiestas que usted prepara, según me ha dicho mi madre... Bertrand, tengo el honor de presentar á usted á las señoritas de Levasseur.

El landó se puso en movimiento, y el capitán permaneció un momento inmóvil, contemplando á los tres jóvenes, á quienes oía reir; estaba descontento sin saber por qué, pareciéndole que no se había hecho aprecio de él, por más que Roberto le hubiese presentado. No obstante, al devolverle Edmunda su saludo, habíale mirado con alguna detención, y otra vez pensó que aquella mirada no estaba en armonía con la educación conventual, aunque también podía ser que no se hubiese educado en un convento; pero después de todo, era la joven más hermosa que jamás había visto, con sus grandes ojos negros – los mismos de su hermana, – pero con el cabello rubio. Esto constituía un contraste maravillosamente curioso. Marta, por el contrario, marcadamente morena, tenía color mate y el cabello casi negro, y era más agraciada que otra cosa; pero con



Edmunda comenzó á sollozar.

su elevada estatura y su aspecto grave, ¿quién hubiera pensado en mirarla dos veces mientras tuviese á su lado á la pequeña maravilla?

Cuando Roberto se hubo separado de las dos jóvenes, Edmunda tomó la mano de su hermana.

- ¡Qué contenta estoy!, exclamó... Si supiera usted... Si tú supieras...

Marta sonrió; habíale conquistado el encanto de aquella niña que parecía solicitar su afecto, reclamar su protección, que se hacía pequeña á su lado y que era verdaderamente conmovedora en su candidez semiconsciente. Comprendió de una manera vaga que aquella dulzura y encanto para pedir ayuda y protección debía tener para los hombres un atractivo irresistible. La madre de Edmunda había mirado tal vez á su padre como la joven la miraba á ella; mas este pensamiento no hizo más que cruzar su mente, como un dolor punzante hace vibrar un nervio enfermo. Después se entregó á la alegría de haber encontrado un ser más débil que ella á quien amar y mimar de todas maneras; y cuando Marta daba su corazón ya no volvía á tomarle. Su primer instinto fué rechazar á la hija de la extranjera; pero al fin la recogió, y ahora la adoptaba lealmente y en absoluto.

Escúchame, Edmunda, dijo; en la carta que te escribí no me fué posible hablarte de todo. Conmigo vive una tía, hermana de mi madre, la señora Despois, que me ha educado y á quien amo con todo mi corazón. Será preciso que la conquistes, pues... mejor es que lo sepas... se opuso cuanto era posible á que vinieses aquí.

- Es muy natural, pues no ve en mí más que á la hija de mi pobre mamá; mas yo haré todo lo posible para que muy pronto no vea en mí sino á tu hermana.

- ¡Qué razonable y sensata eres!, exclamó Marta con admiración.

Edmunda comenzó á reir con su infinita gracia.

- Esto es elemental, dijo; haciéndose amar se obtiene cuanto se quiere.

Esta profesión de fe sorprendió mucho á la hermana mayor; pero Edmunda dijo aquello con tanta sencillez como si la cosa no admitiese discusión, y se entregó después á una charla tan seductora sobre la belleza del país y los recreos que se prometía en medio del campo, ella que no había conocido más verdor que el del bosque de Bolonia, que Marta olvidó muy pronto la impre-

sión que aquellas palabras le causaron. Cuando el coche penetró en la hermosa alameda que conducía al castillo, el cual no se divisaba aún, Edmunda quedó casi pensativa.

– ¿Y es tuyo todo esto, esos inmensos bosques?, preguntó.

– Sí, contestó Marta sonriendo. Se puede pasear durante algunas horas por la finca; y para hacer ejercicio apenas sería necesario salir de aquí.

– ¿Entonces serás muy rica?

– No mucho: las propiedades como esta cuestan caras, aunque yo no me molesto mucho para su conservación, según puedes ver. Me agradan más los bosques que un parque..., y no producen gran cosa; pero este es un lujo de mujer salvaje, que á mí me agrada en extremo. La fortuna de mi..., de nuestro padre, se repartió en dos porciones. Esta finca me corresponde por mi madre, y según he creído comprender, tú debes ser más rica que yo.

– Es posible. Papá especuló con el dinero de mamá y le ha decuplicado, según me dijo mi tutor. De todos modos, ni una ni otra nos moriremos de hambre. ¡Qué cosa tan horrible debe ser la pobreza!

– ¿Quién sabe? Yo no hubiera temido verme obligada á ganar la vida, ó por lo menos lo creo así.

Edmunda se estremeció de horror. ¡Ganarse la vida, trabajar como una segunda maestra del colegio de que acababa de salir! Ella, mujer de lujo, no hubiera sido capaz de hacerlo.

El coche penetró por la izquierda en una nueva avenida más ancha que la primera, sombreada por grandes hayas, y de pronto divisóse la mole gris del castillo con el bosque á la espalda, con su extenso prado cubierto de flores, desde donde la vista podía abarcar un inmenso espacio.

– Pero... esto es muy importante, exclamó Edmunda; parece un castillo de novela. ¿Habrá por casualidad aparecidos?

De repente Marta pensó con alguna tristeza que el aparecido que iba á visitarle era el pasado, bajo la forma de Edmunda, la hija de aquella mujer que tanto había hecho llorar á su madre. Y preguntóse si la difunta no la censuraría por aquella entrada triunfante, aquella toma de posesión. Las palabras de su tía resonaban en su oído. «¡Ya lo verás..., la desgracia entrará aquí con la hija de la actriz!» Pero Marta, desechando resueltamente estos pensamientos, se inclinó para besar de nuevo á su hermana.

– No, hija mía, dijo, no hay aparecidos en mi casa, y si los hubiera, la alegría de tus diez y ocho años los alejaría de aquí. Bienvenida seas; si yo puedo proporcionarte la felicidad, serás dichosa; me comprometo á ello.

Edmunda, muy conmovida y un poco inquieta por las serias palabras de su hermana, la miró un momento, y sus hermosos ojos de niña se llenaron de lágrimas.

– Te adivina, mi buena Marta, dijo con acento de verdadera sinceridad, y á no ser así, jamás hubiera osado escribirte. Papá me lo había dicho: «Si alguna vez necesitas ayuda y protección, Edmunda, dirígete á tu hermana; yo te aseguro que no será en vano...» ¡Cuántas veces he pensado en esas palabras!.. Pero... ¿cómo decírtelas? Te suplico que no me tomes muy por lo serio. No soy mala, pero tampoco sé si soy buena, y me parece que viviendo contigo podré llegar á serlo... En esto es principalmente en lo que hay que ayudarme... Hasta ahora he pensado sobre todo en divertirme lo más posible con las cosas de la vida; pero tal vez sea esto insuficiente como ideal... ¿Lo crees así?

Edmunda se reía, en parte con sinceridad, al hacer tal confesión, no queriendo que se tomasen sus palabras al pie de la letra y deseosa sobre todo de parecer bien á su hermana.

Marta sonrió.

– Me pareces bien tal como eres, repuso, con tal que seas siempre franca y sincera; esto es todo lo que te pido.

Se acercaban al castillo: los criados, curiosos por ver á la nueva *señorita*, habíanse reunido á la entrada para recibirla; Edmunda contestó á sus saludos con mucha gracia, y al punto se la proclamó como *encantadora, lindísima y no orgullosa*.

En cuanto á la señora Despois fué necesario ir á buscarla hasta el fondo de un gabinete, donde bordaba en un enorme bastidor, ocultando en parte su pequeño cuerpo de formas redondeadas.

– Tía Aurelia, aquí está mi hermana Edmunda.

Marta pronunció estas palabras con una entonación algo particular; amaba mucho á su tía; pero bien mirado, la joven era dueña del castillo, y en algunas ocasiones no vacilaba en darlo á entender. La tía se vió súbitamente con las manos tan llenas de sedas y lanas, que no pudo dar á la recién venida más que un dedo, y después se ocultó en parte detrás de su bastidor, sin dignarse notar la expresión algo turbada del lindo rostro de Edmunda.

– Buenos días, señorita, dijo. ¿Ha tenido usted buen viaje? Un poco de polvo, ¿no es verdad? En cuanto á mí, me causa horror el ferrocarril...

– Todo ha ido bien: gracias, señora; pero... yo la suplico que me llame Edmunda á secas... Marta tiene la bondad de tutearme.

– ¡Oh! Marta es muy dueña de hacer lo que guste; ella es quien invita á usted, pretendiendo que usted es su hermana. Yo no deseo otra cosa; pero si soy tía de ella, no lo soy de usted. La madre de Marta era hermana mía, una hermana á quien adoraba...

– Lo sé muy bien, señora; usted no desea mi presencia, y me parece muy natural; pero si usted quisiera fijarse bien en mí... ¡mire usted, así!... vería que no soy mala, comprendiendo también cuán doloroso fuera para mí dar lugar á la menor desavenencia entre mi hermana y usted. Y... yo aseguro que haré cuanto me sea posible para que algún día no lejano me perdone usted el ser... hija de mi madre.

Entonces, vencida por todas las emociones del día y por aquella primera resistencia, aunque prevista ya, Edmunda comenzó á sollozar con la violencia de los niños que no saben reprimirse y que quieren que se les consuele. Muy molestada por aquella escena, la señora Despois se retiró precipitadamente de su bastidor.

– ¡Vamos, señorita, dijo, vamos..., Edmunda!..

– Dispense usted, señora, balbuceó la joven entre dos sollozos, dejándose acariciar por su hermana; no lo hago á propósito; es que no puedo remediarlo... ¡Ea! Ya se acabó...

– Entonces será preciso que la bese para hacer las paces, ¿no es verdad?

– ¡Ah!... ¡Si usted quisiera no aborrecerme!

– Pero si yo no la aborrezco; lo que odio es el pasado. ¡Vamos, no se hable más del asunto! Tome usted... ¿Está contenta ahora?

Y tía Aurelia besó en la frente á la joven, no pudiendo resistir más á las miradas suplicantes de Marta.

La tempestad pasó tan pronto como había venido. Edmunda reía y lloraba aún, dando gracias á la señora Despois con frases sueltas entrecortadas por sollozos.

Marta se apresuró á llevarse á Edmunda para instalarla en su habitación. Al ver á las dos jóvenes, y sobre todo á la mayor, rodeando con el brazo á la otra, que parecía tan pequeña y graciosa junto á ella, Aurelia murmuró: «¡Si me hubiesen predicho que yo besaría á esa niña!... Pero con sus ojos hará cuanto quiera de todos los que á ella se acerquen. En cuanto á Marta, ya se ve que está hechizada. ¡Bah! Casaremos á la pequeña cuanto antes, pues seguramente no será de las que hacen ascos al matrimonio..., y después volveremos á quedar tranquilas. Esa muchacha es lindísima, no se puede negar...»

La habitación particular de Marta se componía de una espaciosa estancia con vistas al jardín y de un gabinete dispuesto en la gran torre de la derecha; este aposento circular era lindísimo, y tenía la pared tan gruesa que en su espesor, en cada estrecha ventana, quedaba lugar para dos asientos, en los que se habían puesto almohadones y desde los cuales se disfrutaba de una vista admirable. Una escalerilla de caracol, practicada igualmente en el espesor del muro, conducía al jardín por una puertecita de la que apenas hacía uso nadie más que Marta. Al piso superior subíase por la misma escalerilla, pero rara vez estaban ocupadas sus habitaciones. Junto á la alcoba, y comunicándose con ella, había otro aposento muy grande y alegre.

– He aquí tu habitación, Edmunda, si es que te agrada. Si la prefieres mandaré arreglar la de más arriba, que también tiene un saloncito en la torre; pero me ha parecido que, sobre todo si tienes miedo á los duendes, te agradaría estar bajo mi égida. Mi gabinete será el tuyo; ya ves que hay piano, libros y escritorio, y además es bastante grande para que no nos molestemos mutuamente.

– Déjame permanecer á tu lado, Marta, siempre junto á ti. ¡Estoy tan bien! ¡Qué bonita habitación me has dado, y qué vistas tiene! ¡Ah! ¡Qué felices vamos á ser las dos!

Algo sobrexcitada y febril, Edmunda no podía estarse quieta y quiso visitar desde luego el castillo, mientras la doncella abría los cofres para poner en orden todos los efectos.

La parte posterior del castillo, muy irregular, cortada por torrecillas terminadas en cono, por varios cuerpos de edificio que tan pronto presentaban entrante como saliente, y algunos pequeños patios interiores con el pavimento de grandes piedras, todo ello construído en diversas ocasiones, según las necesidades del momento, no estaba muy en armonía con la severa fachada desnuda. Más allá veíanse las cuadras, un corral, un extenso verjel y un huerto, y en último término extendíanse á lo lejos por todos lados los silenciosos bosques...

Edmunda, pequeña parisiense escapada de colegio, al verse en plena campiña, se embriagaba ante aquel paisaje lleno de vida, que tenía para ella el encanto de lo imprevisto y de la novedad. Pensaba divertirse mucho y jugar al aire libre; mas en aquel pequeño cerebro las ideas se cruzaban y confundían desordenadamente.

– ¿Y vas á recibir visitas y dar fiestas? ¡Qué felicidad!... Ese caballero... ¿cómo se llama?... que tú encontraste fué quien lo dijo. ¿Le conoces hace mucho tiempo? ¡Qué extraño es que no haya pensado en casarse contigo, puesto que sois vecinos! Yo creo que el campo debe invitar á casarse...

– Ya ves que no, puesto que para mí no ha llegado todavía la hora.

– Ya vendrá. Me agrada mucho ese caballero, aunque tiene los hombros algo abultados; sin duda escribe mucho, inclinado sobre la mesa... También el otro, ya sabes, el militar, es seductor. Esos dos caballeros ocuparon el mismo compartimiento que nosotras durante el viaje. ¿No te lo dije? Yo me divertí mucho... Los dos me miraban sin apartar de mí la vista un minuto, y yo dejaba caer expresamente mi libro ó mi pañuelo para ver cómo se disputaban quién lo cogería antes; una vez tropezaron uno contra otro, y estuve á punto de soltar la carcajada. Después, al apearme, faltóme poco para caer, y los dos corrieron para ayudarme. Cada cual obtuvo una de mis mejores sonrisas, y así ninguno podrá tener celos.

Este relato no complació del todo á Marta.

– Espero, sin embargo, hermanita mía, que no serás coqueta...

– No lo sé; mas creo que sí, y no habrás de extrañarlo, puesto que te he confesado que tenía muchos defectos...

III

Marta no había tenido nunca una amiga íntima á quien contar todas sus cosas; sus compañeras no fueron para ella más que compañeras, y tal vez esto explicaba que desde su primera juventud hubiese tomado la costumbre de escribir un diario. Muy reflexiva, amante hasta el punto de darse cuenta de sus propias impresiones y pensamientos, dejaba correr su pluma con cierto abandono, y escribía con la mayor sinceridad. Con frecuencia, cuando todos los de la casa dormían profundamente, Marta sacaba de su pupitre un libro con cerradura, que solamente se abría para ella, y en el fondo de un mueble, bien guardados bajo llave, tenía varios volúmenes semejantes, en cuyas páginas se expresaban todos los incidentes ocurridos en sus juveniles años y todos sus pensamientos. Algunas veces abría uno á la casualidad y encontraba allí descritos los acontecimientos que al pronto habían parecido muy importantes y cuyo recuerdo se había borrado; ilusiones que no se realizaron, grandes pesares de niña que de lejos hacían sonreir, bosquejos de pequeñas novelas, de las cuales solamente se había escrito el primer capítulo, y juicios absolutos como lo son los que se forman á los diez y ocho años y que ahora la hubieran hecho ruborizarse. Pero Marta guardaba todos sus cuadernos, y aprendía á conocerse un poco, á tener indulgencia para aquellos que, á su vez, aleccionándose con mucha lentitud, muéstranse intolerantes, violentos ó inconscientes, así como los frutos son ásperos y agrios antes de la madurez... También aprendía á ser paciente consigo misma, y á no desesperarse cuando se sorprendía á sí propia en flagrante delito de orgullo é intolerancia.

Una noche, cuando su hermana dormía ya con la tranquilidad de un niño, cansada de correr, Marta cogió su diario.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EN EL FONDO DEL GOLFO DE GUINEA

LA MISIÓN FRANCESA DEL CAPITÁN BINGER

Entre el cabo de las Palmas y el de las Tres Puntas extiéndese una costa de cerca de 600 kilómetros de extensión, bañada por varias corrientes, de las que las principales con el Lahú, el Comoé y el Tanoé. Esta costa, que pertenece á Francia en virtud de tratados, cuyas fechas remontan, en algunos de ellos, á 1850, no ha sido nuevamente ocupada hasta después que regresé de mi primer viaje, en 1889: actualmente forma parte del gobierno de la Guinea francesa, con el nombre de costa del Marfil, y confina al Oeste, por el río Cavally, con la república de Liberia, y al Este está limitada por el territorio de los achantis, la Gold-Coast (Costa de Oro) británica.



Fig. 1. Misión del capitán Binger en la costa del Marfil en el país de Kong. Una calle de Kong (de fotografía)

La misión que me había confiado el gobierno consistía en fijar los límites de nuestras posesiones del Este, de acuerdo con los agentes del gobierno inglés, y en avistarme con los principales soberanos del interior que están sometidos á nuestro protectorado.

La región que la misión ha recorrido es la parte oriental de nuestras posesiones de la costa del Marfil, que se extiende al Norte hasta las comarcas musulmanas de Bondukú y del país de Kong.

A pesar de las apariencias, esta región no se parece ni á nuestras posesiones de los Ríos del Sur ni á las del golfo de Benin; tiene un carácter especial por su constitución geológica, y por consiguiente por su vegetación y sobre todo por los pueblos que la habitan.

La forma general del litoral de la costa del Marfil es notablemente recta, debido esto á una corriente marina procedente del Este que ha hecho desaparecer las anfractuosidades de la misma y cerrado las desembocaduras de casi todas las corrientes de agua que van á parar al mar.

Las corrientes marinas han transformado las bahías en lagunas, separadas del agua salada por una estrecha faja de arena que constituye el litoral propiamente dicho, en donde se han establecido las factorías. Las lagunas así formadas son verdaderos lagos navegables que á menudo se extienden 70 millas paralelamente á la costa: tales son las de Ebrié ó de Gran Bassam, y la de Ahi y de Ehi ó de Assinia.

Muy cerca del mar estas lagunas están bordeadas por una cortina de paletuvios, que oculta una vegetación exuberante que se adivina en las cimas cubiertas de árboles gigantescos. El suelo se eleva á medida que se avanza tierra adentro: pronto aparecen algunas colinas y algo más allá varios montículos volcánicos, dispuestos paralelamente á la costa, que las corrientes de agua salvan formando rápidos. Toda esta región está cubierta de un inmenso bosque que sin solución de continuidad se extiende en un espacio de un centenar de leguas hasta los confines de los países musulmanes de Bondukú y de Kong. En este océano de verdura, que el viento y el sol son impotentes á animar, reina una atmósfera pesada, el aire respirable escasea, las etapas son con frecuencia muy penosas y las raíces de las lianas constituyen obstáculos que es preciso vencer á sablazos. Por esta razón cuando en las inmediaciones de las aldeas se encuentran hermosos senderos abiertos por los indígenas, el viajero bendice á los caciques que han tenido la feliz idea de hacer desbrozar aquellas espesuras. En trechos muy largos el sendero que une dos aldeas no es otra cosa que el lecho de un arroyo, lo cual, si bien es cómodo para los habitantes del país, pues les ahorra trabajo, resulta muy penoso para el europeo, que no podría andar descalzo, como los indígenas, sin que sus pies quedaran destrozados á la primera etapa.

La población *agni*, la que habita el gran bosque, ha llegado allí en una época relativamente cercana (500 ó 600 años) procedente de los confines septentrionales del actual Achanti, habiéndose establecido en aquel territorio pacífica y cómodamente. En la época de su llegada, sólo las corrientes de agua importantes estaban habitadas, como lo están aún hoy en día, por una población exclusivamente dedicada á la pesca, que construía sus viviendas sobre pilotajes.

Las aldeas *agni* del bosque tienen mucha analogía con las achantis: á menudo no tienen más que una calle orientada de Norte á Sur en un claro rodeado de grupos de bananos, de algunos limoneros y ananas. Las chozas son rectangulares, en forma de tejadillos, con paredes de tierra amasada y techos artísticamente trabajados con palmas; por lo general son muy limpias y revocadas de ocre encarnado; no tienen de censurable más que el ser ridículamente pequeñas hasta el punto de no poder instalar en ellas apenas un catre y una maleta. Naturalmente ricos por los muchos productos que se encuentran en el bosque, los *agnis* son indolentes y tienen poca energía. Sus cultivos no les preocupan gran cosa; las mujeres son las que cuidan de los jardines de mandiocas, de ñame ó de maíz, y los hombres no se dedican á otro trabajo que á la caza. En ciertas épocas del año una parte de los habitantes se ocupa en extraer y lavar el oro, que abunda mucho en los terrenos de cuarzo: el polvo de oro es, por lo demás, la única moneda corriente en todo el bosque; las pepitas sirven de joyas que los agni de los dos sexos llevan en forma de brazaletes, ligas y collares. Los indígenas explotan la caoba, el caucho, el aceite de palma y en algunos distritos el palo campeche.

A unas cien leguas de la costa se empieza á encontrar algunos claros que se suceden cada vez con menor intervalo, hasta que se llega á una zona en donde el bosque constituye en cierto modo multitud de oasis. Muy pronto se alcanzan las llanuras del Sudán meridional, el país de los pastos, de las aldeas con chozas redondas, de las grandes aglomeraciones; el país en donde los pueblos fetichistas han sido reemplazados por los mandés musulmanes. Vense allí grandes centros de población, aldeas con muchos millares de habitantes, como Bondukú (7 á 8.000) y Kong (10 á 15.000), que revelan un mayor bienestar en aquellas regiones; compréndese que existe allí un pueblo más ávido de lujo, más ganoso de lucro, más laborioso; en una palabra, más civilizado. Muchas de aquellas gentes saben leer y escribir el árabe, y aun algunas tienen cierto barniz de educación que en vano se buscaría en una población del bosque. En la clase elevada de la sociedad mandé se encuentran individuos dotados de cierta distinción, de una fisonomía fina, de ojos vivos é inteligentes y de maneras que sorprenden tanto más cuanto menos se esperaba encontrarlas. El anciano imán de Bondukú y Karamokho-ulé y el soberano de Kong se hallan en este caso y se captaron en seguida las simpatías de mis compañeros de viaje.

Esta población es á la que debemos procurar atraer hacia nuestras factorías: su actividad mercantil es extraordinaria y se extiende por toda la desembocadura del Níger. De ella hemos de servirnos para hacer penetrar nuestros productos en todas partes, y á este fin deben tender todos nuestros esfuerzos. Ya cuando mi primer viaje pude observar entre los mandés de Kong notables cualidades comerciales, y ahora hemos tenido la suerte de confirmar nuestra primera impresión y de ver comprobadas estas cualidades por todos los individuos de la misión. Estas poblaciones desean entrar en relaciones directas con nosotros, comerciar directamente con nuestras factorías prescindiendo de intermediarios. En muchos distritos, en el Anno entre otros, el soberano ha mandado ya abrir nuevos caminos y rectificar los antiguos, de modo que hoy las distancias se salvan más cómodamente y los mandés llegan actualmente hasta el Comoé, en Attacrú y en Bettié y muy pronto podrán alcanzar nuestras factorías con gran beneficio para nuestro comercio.

La misión ha sido bien acogida en todas partes; los jefes con quienes tratamos desde 1887 á 1889 nos han facilitado la tarea de concertar nuevos arreglos, de manera que hemos podido ensanchar nuestros dominios anexionando á ellos el Diammala y el territorio de los ganne. La misión ha tenido también la fortuna de traer numerosos documentos geográficos y topográficos, colecciones etnográficas y finalmente una colección de más de un millar de fotografías, que ha sido recientemente expuesta en la Escuela de Bellas Artes de París.



Fig. 2. Misión del capitán Binger. Una mezquita en Kong (de fotografía)

Nuestros grabados son reproducción de dos de estas fotografías: la fig. 1 representa una calle de Kong; las casas son de ladrillos secados al sol, el exterior tiene por ornamento anchos contrafuertes, y en la fachada los indígenas elevan una serie de pequeños



Experimento de fluorescencia

alminares que algunas veces revisten proporciones monumentales, como lo demuestra la vista de la mezquita que reproduce la fig. 2. La puerta de entrada de las casas da á un vestíbulo que sirve de lugar de de reunión y algunas veces de cuadra y desde el cual se pasa á un patio inmenso en el cual se abren las puertas de las chozas.

L. G. BINGER

QUÍMICA SIN LABORATORIO

EXPERIMENTO DE FLUORESCENCIA

Los colores extraídos del alquitrán de hulla no sólo tienen innumerables aplicaciones, especialmente en tintura, sino que también se utilizan para experimentos tan interesantes como de fácil realización.

Basta para ello tomar un vaso, llenarlo de agua, esperar á que el líquido esté completamente inmóvil y proyectar entonces en la superficie algunas partículas de fluoresceína: los granitos de color descenderán lentamente hacia el fondo del vaso en estado de disolución, dejando en pos de sí unos surcos amarillos de fluorescencia verde de hermoso aspecto.

La cantidad de materias colorantes que se emplea para producir el fenómeno es insignificante, siendo suficientes las partículas que quedan adheridas al papel en que se las ha colocado para verterlas luego en sus recipientes.

Este experimento sale bien con todas las materias colorantes artificiales que son más pesadas que el agua, que ésta empapa fácilmente sin disolverlas demasiado de prisa, y resulta especialmente notable con las materias colorantes de fluorescencia, tales como la eosina, la erytrosina, etc. Las materias colorantes no fluorescentes producen surcos de un solo color, tales como el verde malaquita, la coceína, el rojo francés. Finalmente, mezclando varios de ellos se obtendrá un verdadero ramillete de surcos de colores variados.

J. G.

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

COCHURA DE UNA TORTA EN UN SOMBRERO

Este antiguo juego de manos divierte siempre á los espectadores.

Se rompen dos huevos en un bote de porcelana, se les echa harina y aun las cáscaras de aquéllos y algunas gotas de cera ó estearina de la bujía que alumbra la mesa (al fin y al cabo hay muy poca diferencia entre esta substancia y la margarina que suele venderse como manteca), y metido todo ello en el sombrero (fig. 1) se pasa éste tres veces por encima de la llama de una bujía y se retira de esta cacerola de nuevo género una excelente torta cocida en su punto. En cuanto al propietario del sombrero, que ha pasado por toda clase de zozobras, una vez terminado el experimento observa con visible satisfacción, por lo menos en la mayoría de los casos, que en el fondo de su chistera no queda huella alguna de la salsa que en él se había vertido.

La fig. 2 representa el aparato utilizado por los prestidigitadores para *cocer una torta en un sombrero*. A es un bote de loza ó de porcelana (también puede ser de metal), en el que se introduce un cilindro de metal B, cuyos bordes, en uno de sus extremos, están doblados exteriormente en todo su ruedo y que está dividido por un tabique horizontal en dos compartimientos desiguales *c* y *d*: el interior de la parte *d* está pintado de blanco brillante simulando el tono de la porcelana. Finalmente, cuando el cilindro B está metido completamente en el recipiente A, donde lo sujetan cuatro resortes *r r*, colocados alrededor, nada denota, á cierta distancia, que A no sea un solo objeto tal como ha sido presentado al comenzar el experimento.

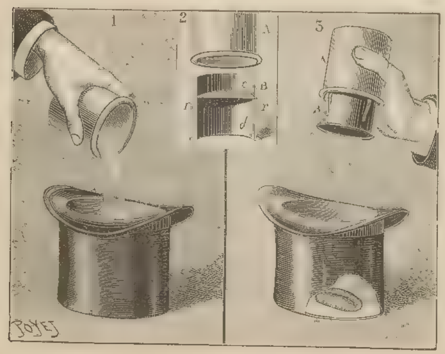
El prestidigitador ha introducido secretamente en el sombrero la torta y el aparato B, haciéndolos caer en él al pasar por detrás de una silla en cuyo respaldo están colgados.

El bote A, que nada de particular ofrece, ha sido naturalmente sometido al examen de los espectadores: la harina que se echa á los huevos tiene por objeto hacer la pasta menos fluida y evitar así más seguramente las manchas.

Colocada la torta en el hueco *d* del recipiente B, el contenido del bote A, echado desde cierta altura, cae en la parte *c* del aparato; luego se introduce el bote poco á poco en el sombrero para coger y retirar al mismo tiempo el recipiente B y su contenido, no dejando en aquél más que la torta. La fig. 3 representa esta última operación; á propósito hemos dejado la parte B medio fuera del bote A; pero ya se comprenderá que debe penetrar enteramente en él cuando el bote, al ser introducido en el sombrero, está oculto á la vista de los espectadores.

Este experimento puede complicarse encendiendo alcohol ó pedazos de papel en el compartimiento *c* del aparato, pero procúrese no hacer lo que aquel aficionado que para dar mayor brillantez al experimento puso en el recipiente tal cantidad de pólvora que fué preciso arrojar agua en el sombrero para extinguir el incendio que empezaba á producirse, con lo cual quedó aquella prenda como nuestros lectores pueden figurarse.

MAGUS



Figs. 1, 2 y 3. Cochura de una torta en un sombrero

LAS CASAS CONSISTORIALES DE FILADELFIA

Y SU CÚPULA CUBIERTA DE ALUMINIO

Las casas consistoriales de Filadelfia, cuya construcción está en vías de terminarse, será uno de los monumentos más importantes del globo por su grandiosidad y originalidad y sobre todo por la cúpula que corona el edificio. Es éste de forma casi cuadrada: dos de sus lados tienen 142 metros de longitud y los otros dos 146. En la fachada que mira al Norte álzase una torre monumental que disminuyendo de piso en piso llega á formar en su cima un octágono de 15 metros de diámetro y termina en una cúpula debajo de la cual habrá un reloj cuya esfera tendrá 6 metros de diámetro y cuyas agujas estarán á 110 metros del suelo. El piso de la torre reservado á este reloj está coronado por una cúpula de hierro-acero cubierta de aluminio (véase el grabado) que, merced al tono de este metal, producirá un efecto completamente nuevo é inesperado. Sobre esta cúpula se alzará una estatua colosal de bronce de Guillermo Penn, el célebre fundador de Pensylvania, que ha sido fundida en cincuenta piezas, y cuyos peso y altura son de 24 toneladas y 11 metros respectivamente. El sombrero tiene 90 centímetros de diámetro y el borde del ala 7 metros de circunferencia: la nariz tiene 53 centímetros de longitud y 10 de abertura, la boca 30, la cabeza, desde la barba al sombrero, 1 metro y los dedos 75 centímetros. Después de la cúspide de la torre Eiffel, la cabeza de esta estatua será el punto más elevado del mundo en un monumento. Para evitar la oxidación del hierro de la cúpula ésta irá cubierta de una capa de aluminio encima del cobre previamente depositado sobre el hierro por medio de la electrolisis: de estos trabajos electro-metalúrgicos se ha encargado la *Tacony Iron and Metal C.º*, de Tacony (Pensylvania), habiendo tenido que construir á este fin un edificio especial de 40 metros de largo por 20 de ancho. Las dimensiones de las tinas de electrolisis se han fijado naturalmente según las de las mayores piezas que han de cubrirse, que son las pilastras y las columnas que rodean el piso del reloj, y como estas columnas tienen 8 metros de longitud y 90 centímetros de diámetro, aquellas tinas tienen 8 metros de largo, 1'2 de ancho y 1'5 de profundidad y contienen unos 17 metros cúbicos de disolución. La tina en que se efectúa el depósito del aluminio tiene 2'4 metros de profundidad por razón de los trabajos especiales que ha de ejecutar y contiene unos 30 metros cúbicos de disolución.



Cúpula de la Casa de la Ciudad de Filadelfia y estatua de Guillermo Penn

Las tinas están dispuestas en dos hileras en fosos cimentados: el hueco entre la tina propiamente dicha y el foso está lleno de agua á fin de impedir los escapes de importancia y de equilibrar la presión ejercida sobre las paredes de la tina por el líquido activo en ella contenido. Dos largas vigas de hierro en forma de doble T, sobre las cuales ruedan dos carretillas, permiten cambiar de sitio las piezas sometidas al tratamiento y llevarlas sucesivamente sobre las distintas tinas en las cuales deben ser sumergidas para asegurar un perfecto revestimiento electrolítico.

Las dinamos que para estas operaciones se emplean son las más potentes hasta ahora construídas en América para las operaciones electrolíticas, y envían las corrientes que producen por medio de conductores de cobre de 15 centímetros de ancho por 16 milímetros de grueso.

(De *La Nature*)

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS – LYON – VIENA – PHILADELPHIA – PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR EXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS – GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR · · de PEPSINA BOUDAULT
VINO · · de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS · de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias

LICOR del Dr LAVILLE — **GOTA REUMATISMOS**

Especifico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS de DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente à los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina — Recomendados por la Real Academia de Medicina



CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS: CATARROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los mèdicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

JARABE DEL DR. FORGET

contra los Reumas, Tos, Crisis nerviosas é Insomnios.—El JARABE FORGET es un calmante célebre, conocido desde 30 años.—En las farmacias y 28, rue Bergère, París (antiguamente 36, rue Vivienne).

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion;** en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Jarabe de Digital de LABELONYE — contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.** — **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN — **HEMOSTATICO el mas PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica. Las *Grageas* hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las perdidas.*
Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris

LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, **Paris,** y en todas las farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud

---

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE, HIERRO y QUINA
El **Alimento** mas fortificante unido a los **Tónicos** mas reparadores.

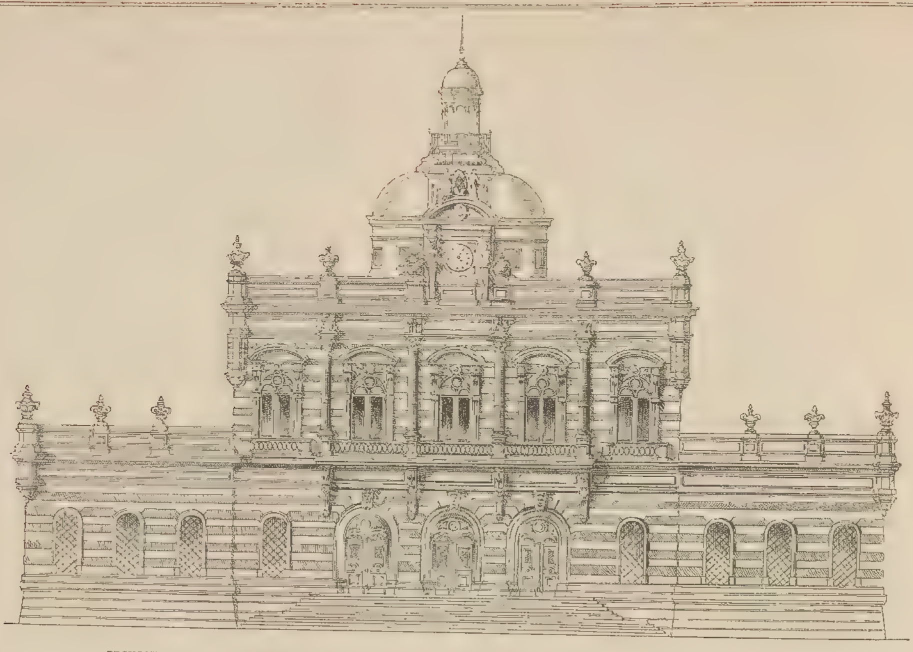
VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne,** el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis,* la *Anemia,* las *Menstruaciones dolorosas,* el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre,* el *Raquitismo,* las *Afecciones escrofulosas y escorbuticas,* etc. El **Vino Ferruginoso** de **Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor,* la *Coloracion* y la *Energia vital.*

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**



PROYECTO DE CASA DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SALTA (REPÚBLICA ARGENTINA), del arquitecto M. Fontanarossa

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 9 DE ENERO DE 1893 — NÚM. 576



UN SECRETO, cuadro de Juan Blum (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Mañana, último día del año, se clausura la Exposición internacional de Bellas Artes. Oficialmente está todavía abierto al público este certamen, este malaventurado certamen, que tantas esperanzas sostuvo, que tanta expectación logró despertar entre la gente que compone el llamado mundo del arte en España. Pero si oficialmente está abierto el palacio del Hipódromo al público, el público hace más de un mes que adelantó su clausura, no visitando aquellos salones, fríos, más que fríos helados, tristes, fúnebres algunos, á causa de las cortinas negras que los dividen.

Tengo por seguro que ninguna Exposición de Bellas Artes de las celebradas en Madrid tuvo menos visitantes que la actual, y tengo por seguro también que ninguna ofreció mayor interés, digan cuanto quieran en contra de esta verdad los encargados de notificar al mundo entero lo bueno y lo malo de todo cuanto acontece en el vario orden de manifestaciones del humano saber. La Exposición de Bellas Artes de 1892 nos ofreció una enseñanza de gran alcance, de valor indiscutible; enseñanza que ningún crítico supo analizar, porque no se percataron de ella. La enseñanza que yo he recibido examinando las dos mil obras expuestas es de un valor, á mi entender, suficiente para obligar al artista español á profunda meditación.

La influencia de Francia en nuestro arte, en algunas regiones ya decisiva, gana de día en día terreno. Hasta ahora parecía disculpable el afán del pintor que vió la luz en la patria de los Coello y Velázquez por emigrar á la capital de la república vecina, adonde creía encontrar las fórmulas de un arte nuevo; pero al presente no tiene disculpa posible aquel afán. Harto lo hemos visto en la última Exposición internacional celebrada en París, en las Exposiciones de Barcelona de 1888 y 1890 y por último en esta que mañana termina. Por otro lado, los estragamientos de los paladares de los críticos de allá de los Pirineos, revelándose á cada paso, ora en alabanzas del impresionismo japonés, ora ensalzando la *causerie* del arte industrial del *bibelot* ó del de la ilustración erótica, ora los neurosismos de los neomísticos, ora las extravagancias de los llamados *decadentes*, prueban cuán distantes se encuentran del verdadero conocimiento de la belleza y de la verdad. Viviendo en un medio donde la industria llegó al barroquismo y al retorcimiento más refinados, por huir de las severas y nobles fórmulas que en variado conjunto ofrece la Naturaleza, la cual sugirió y proporcionó la obra artística de todas épocas, edades y civilizaciones; respirando una atmósfera que han viciado alientos y emanaciones de cien generaciones heterogéneas; acostumbradas sus retinas á los deslumbramientos de la luz artificial; satisfechos con marchar por el camino de las extravagancias en busca siempre de cuanto sea nuevo sin que obedezca á ley alguna de las que rigen el cosmos, la gran parte de la crítica parisiense es incapaz de poder aquilatar el valor de una obra inspirada directamente por la verdad sencilla con que, ante los ojos del pintor, se muestra la Naturaleza. No hace mucho tiempo leía yo las alabanzas de un escritor francés, dedicadas á varios colores en boga puestos por un modisto; recuerdo que uno de aquellos colores se titulaba de *elefante joven*. Y no pasaría de ser ridículo todo esto, si únicamente dicho escritor se ciñera á dar la noticia; pero el colega de los Mirbeau y Wolf ofrecía tan estupendas invenciones coloristas á la consideración de los pintores, haciéndoles ver cómo la paleta debe transformarse con arreglo á estos exquisitismos de la moda, pues de otro modo sería renunciar á toda evolución *moderniste de l' art.* ¡El arte sujetándose á los caprichos de un tintorero en combinación con un sastre de señoras, es lo que nos quedaba por ver! Aquí de la tan conocida redondilla:

«No me *iaga osté* reir
que tengo el labio *partío*...»

Pues bien: algo y aun algos hay de este alto sentido estético en la sección francesa de la actual Exposición de Bellas Artes, y que tan largamente recompensó el Jurado. Excepción hecha de cuatro ó cinco telas, las cuales no tenían de la escuela transpirenaica ni de la actual ni de ninguna época nada, absolutamente nada, el resto ha servido para demostrarnos - y ya llegamos á lo de la enseñanza á que me refiero más arriba - cómo es menester volver los ojos hacia la verdad del natural, sin dejar de mirar hacia las obras de los grandes maestros de los siglos XVI y XVII y aun á la de los Mantegnas y Chirlandajos. De otro modo iremos á dar de bruces en aquellos paisajes pintados con añil y laca violeta, que nos enviaron desde las orillas del Sena Roll y compañeros de daltonismo, y en aquellas anémicas cuanto eróticas desnudeces tituladas *Au bord de la mer* y *Dans le bain*, etcétera, etc., cuyos autores no quiero nombrar.

Yo quisiera describir estos cuadros de tal modo que pudiesen los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA formarse una idea aproximada de ellos; verían claramente entonces cuán grande es la decadencia á que ha llegado el francés en lo que atañe á las condiciones fisiológicas necesarias para sentir la belleza plástica. Aquí tenemos al gran Puvis de Chavannes con una *degollación* (creo que del Bautista) verdadera caricatura de los cuadros místicos del siglo XIV. Figúrense un hombre de frente, arrodillado de tal modo que no se le ven los pies, con la minúscula cabeza erguida, los pelos de barba y cabello tiesos como cerdas, con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo y separados matemáticamente y con las manos también extendidas como si fuera á echarse á nadar; esta figura representa á San Juan (caso de que sea San Juan, que todavía no lo he averiguado); á la derecha del santo, un hombre desnudo y cubierta la cabeza con un casco romano, en disposición de degollar al Precursor de un revés (el verdugo ocupa el mismo plano de su víctima); á la izquierda y á la misma distancia de la figura central que el verdugo, una dama muy púdicamente envuelta en grandes mantos - recuerdos del *palium* y demás vestimentas clásicas - con una gran bandeja de cobre ó cosa parecida en la mano, en actitud de esperar á que ruede la cabeza del mártir; y por último, en medio y medio del cuadro, detrás de la figura arrodillada, el tronco grueso de un árbol; naturalmente, todo esto sin tener en cuenta para nada la perspectiva ni cosa que lo valga. Tal es la gran obra de Puvis de Chavannes, ante la cual estuve más de una y dos horas, tratando de convencerme de que era buena. Del color... del color no hablemos, gris de los pies á la cabeza, pero gris plomizo.

Dejémonos de descripciones; la verdad terrible que resulta del examen de la escuela francesa es la presentida hace tiempo por espíritus observadores y analíticos de todos los países; el francés, espíritu asimilista antes que nada, si produjo obras de arte dignas de eterna memoria, fué en virtud de la educación selecta adquirida en largos períodos históricos, cuando Italia contaba por docenas los grandes artistas que tan directamente influyeron en el gusto del pueblo de Boileau y de Moliere, y últimamente, cuando el gran esfuerzo intelectual de los enciclopedistas que, cambiando la faz política y social de Europa, desparramó sobre el viejo continente los rayos de oro de múltiples ideas. Después, encauzado el nuevo orden de cosas, el artista francés, viendo cómo el de las demás naciones le sobrepujaba en concebir y desarrollar esas ideas, especialmente el artista de los pueblos del Norte, y cómo le sobrepujaba á causa de la condición suprema de la inspiración de que ha carecido (con excepciones muy raras) el descendiente artístico de los Pousin y Leaneur, no resignándose á perder la supremacía alcanzada en un momento histórico, ajeno por completo al arte, dióse á buscar originalismos; no los encontró en Europa y fué al Asia; creyendo que esto no era bastante, trató de levantar pedestales á pintores medianos, los cuales no habían hecho más que imitar las escuelas flamenca y holandesa unos, y otros las de Norwik y Norfolk, de donde Constable había importado los primeros gustos por la pintura rural; al propio tiempo y por cuenta propia creaba otra moda, no escuela, la servilista, echándose en brazos de la fotografía, hasta que por último, cayendo en la cuenta del vacío que se formaba en derredor suyo, de la equivocación lamentable en que incurriera, metiéndose por los trigos del frío concepto estético con que la ciencia estudia y siente el arte, pretendió cambiar de rumbo, y dirigiendo la mirada al campo idealista, sin fuerzas propias para volar hasta él, braceando en ese ambiente de escepticismo de viejo vicioso en que vive la gran masa intelectual y artística de Francia, imitó los místicos de los primeros albores del Renacimiento, sin comprenderlos, y produce parodías como la descrita. De toda esta amalgama de escuelas, de ideas, de rapsodias, de sentimientos ajenos, de originalismos exóticos, está compuesta la sección francesa de nuestra Exposición; ni con la linterna de Diógenes se encuentra el más leve asomo de la influencia de la Naturaleza. Solamente en cuatro ó cinco lienzos se admiran belleza y verdad. Quiero que conste así. El retrato de la duquesa de O. por Hebert, hermosísimo de color, de dibujo y por la elegante sencillez con que está dispuesto. *Esclava después del baño*, bello de color y sólido de factura. *San Vicente de Paúl* de Bonnat, inspirado en Ribera de tal modo que parece obra de un discípulo del gran valenciano. *El sueño de la Virgen*, de Bramtot, delicadamente sentido y colorido; el retrato de Renán, un tanto calizo de color, pero construído magistralmente. He aquí lo saliente, lo único bueno que Francia nos ha enviado; y lo más estupendo del caso fué que ninguno de estos lienzos obtuvo medalla de oro.

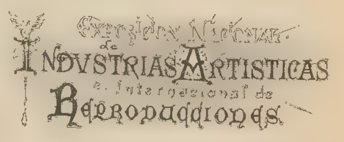
Pero si la sección francesa acusa un desfallecimiento ó agotamiento, no sé si momentáneo ó duradero - si bien me inclino á creer esto último, - de las facultades creadoras, no tan sólo de Francia, sino de una gran parte de la raza latina, entre las varias escuelas que se anuncian pujantes en el Norte de Europa la de Munich merece ser tenida en gran estima, á juzgar por la muestra con que nos ha favorecido.

Bien pudiera apuntar aquí como he observado cierta acentuada tendencia en los Keller, Kauffmann Kaulbach, etc., á la nota de Museo, tendencia que les lleva á interpretar el natural tratando de no perder de vista á los grandes maestros venecianos, españoles y holandeses de los siglos XVI y XVII; bien pudiera también advertirse á esos ilustres pintores de Munich que con tal conducta sus personalidades se anulan en parte, por exceso de una admiración que raya en fanatismo hacia aquellos maestros de que he hablado: algunos de los ilustres colegas de Lembach llegan hasta sorberle los sesos á Teniers; pero aquellos que van desligándose de esa atadura, mejor dicho, de esa obsesión que ejercen siempre sobre los temperamentos verdaderamente estéticos y reflexivos las obras de los maestros que han interpretado con mayor acierto la verdad, nos exhiben verdaderas maravillas. *Paisaje de Otoño* de Palmié, *Margot* de Max, *El Postillón* de Kauffmann, *Paisaje* de la señorita von Geiger, *Leñadores* de Defregger, *Borregos* de Bergmann, *Aguardando* de von Bartels, los retratos de Kaulbach, especialmente el del padre del pintor, y las maravillosas testas de Bismarck y Moltke, de Lembach, trazadas al correr del carbón y coloridas con unos cuantos toques al pastel, son obras dignas del encomio más sincero.

Precisamente admírase en estos lienzos y cartones la solidez de criterio estético y de educación técnica de artistas perfectamente libres de neurosismos y degustamientos provenientes de la carencia total de creencias. Si bien, como he indicado ya, una parte de la escuela bávara no se ha sabido desligar, para interpretar el natural y dar forma plástica á sus ideas, del camino trazado por los grandes maestros del llamado siglo de oro de la pintura en Italia y España, como en Holanda y Flandes, ese mismo lazo que les amarra indica lo grato que les es el comercio con los grandes intérpretes que la Naturaleza tuvo. Que por lo que atañe á los autores de los cuadros *Paisaje de Otoño, Borregos, Margot, Aguardando* y demás que menciono en las anteriores líneas, esos bien pueden tener como cierta la admiración de cuantos amen la verdad y la belleza, sin afeites ni menjurjes de ninguna especie.

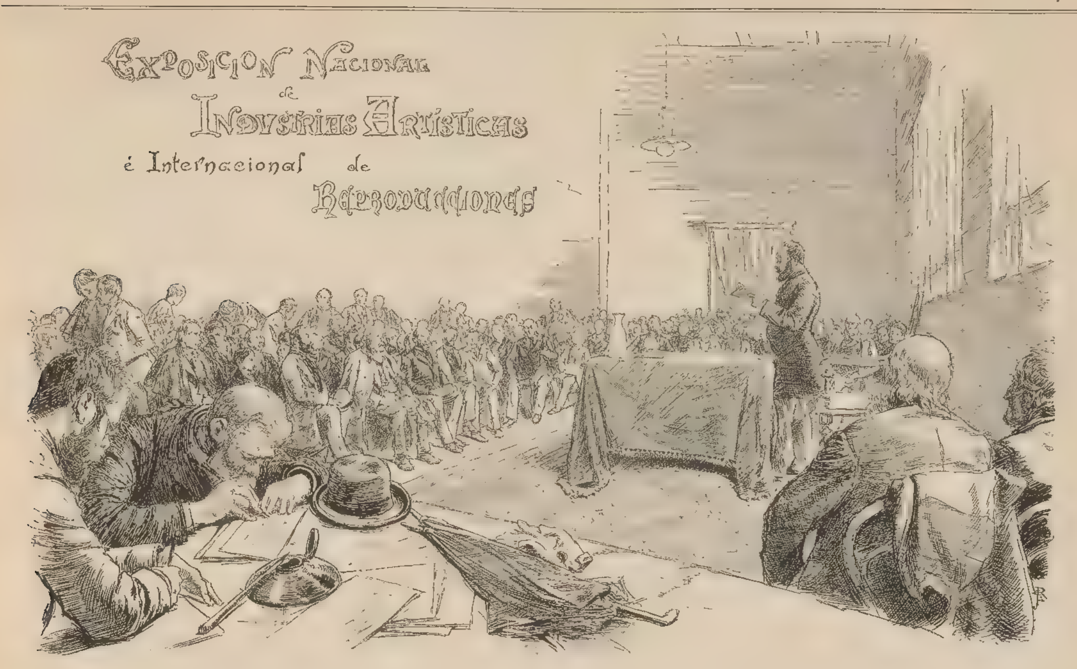
Italia y Francia tienen que ceder, mal de su grado, el puesto de honor á Alemania y á Inglaterra.

R. BALSA DE LA VEGA



II

El grupo internacional de Reproducciones contribuye poderosamente á la importancia del actual certamen, no sólo por el número de las obras que lo



CONFERENCIAS EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES DONDE SE CELEBRA LA EXPOSICIÓN, dibujo del natural de José L. Pellicer

constituyen, sino por su ejecución esmerada, el alto valor en muchas de ellas del concepto artístico que contienen y del interés que despiertan por ser rasgos característicos de épocas diversas y por consiguiente de estilos, maneras y procedimientos variados; interés relativamente mayor para nosotros, ya que en nuestra ciudad son verdaderos acontecimientos, novedades extraordinarias, la exposición al público de colecciones parecidas, privada como se halla de museos artísticos é industriales.

De provechosa enseñanza serán, no lo dudamos, muchas de las obras de ese grupo para artistas y para industriales, y si ellas sirven para poner en evidencia la inferioridad artística de nuestras industrias y la impericia de muchos de nuestros artífices al lado de la habilísima reproducción de las creaciones de otros tiempos por las industrias extranjeras, sirven también para poner de relieve, avalorándolas con su propio mérito, producciones nacionales que honran á sus autores y procedimientos que atestiguan brillantemente la perfección á que alcanzara aquí en otros tiempos el arte aplicado á la industria, perfección no del todo desvanecida.

Véanse, si no, las instalaciones de cerámica de los Sres. Ros y Urgell, de Valencia, con su selecta colección de platos de los museos de Kensington, de Cluny, de Madrid, de Sevres y de algunos pertenecientes al conde de Valencia de Don Juan y á otros particulares, y los dos hermosos relieves del palacio del duque de Uceda; la de Múnera (Manises), quien por herencia ha transmitido á nuestra generación el reflejo metálico de las mayólicas hispano-árabes, cuyos centelleantes destellos ningún extranjero supera; la de Mora Gallego, también de Manises, cuya rara habilidad asusta á los aficionados á cerámica antigua; la de Mensaguer hermanos, Gestoso y Pérez y Jiménez é Izquierdo, de Sevilla, por la perfecta conservación de los azulejos especialmente, mudéjares, hispano-árabes y moriscos, platerescos y del Renacimiento, ejecutados á imitación de los llamados de cuerda seca y de cuenca, policromados, esmaltados y enriquecidos con reflejos metálicos dorados, etc; Sra. Viuda de Peris é hijos de Onda con los platos, tinajas y azulejos artísticos y sencillos; la de Santigós y C.ª conteniendo variedad de productos y entre ellos dos grandes tableros de azulejos con composiciones trazadas por el distinguido arquitecto Sr. Mélida; los rosetones de la catedral de León, reproducidos por A. Rigalt y C.ª; la arquilla con episodios del reinado de Carlos V, aplicados en marfil grabado, expuesta por su autor el notabilísimo artista Sr. Rog, de Valencia; las dos cómodas expuestas por el Sr. O-Neille, hermosísima labor de taracea de los Sres. Isern y Bocana, de Palma de Mallorca, y la cornucopia barroca dorada de M. Sastre, de nuestra ciudad. Bajo concepto distinto resultan también de honroso relieve para nosotros las obras de hierro forjado y cincelado de González é hijos, en metalistería; las alfombras y tapices que figuran en la soberbia instalación de los Sres. Sert hermanos y Solá, en la sección de tapicería; la rica variedad de los cristales y vidrio hueco que componen la exposición de la fábrica de cristal de Badalona; las muestras de guadalmacilería de Gargaz y Vilaseca, y las blondas y encajes de la Sra. Viuda é hijos de José Fiter, esas sutilísimas labores con las cuales la mujer de la costa de Levante y del bajo Llobregat constituye la más preciada de las industrias artísticas catalanas, y otras muchas muestras que atestiguan, á pesar de todo, nuestra aptitud y cultura artísticas.

Dejando aparte el contraste que puedan ofrecer las manifestaciones de las artes aplicadas á la industria, extranjeras con las nacionales, en nuestra presente Exposición, debe consignarse en justicia que el grupo de reproducciones resulta interesantísimo en multitud de detalles, y principalmente por algunas instalaciones que contienen obras cuya importancia, mérito y positivo valor se enuncian con nombrar á sus autores, como la fábrica de cerámica de Pésaro; Millet, de París, el intachable reproductor de muebles y bronces del siglo XVIII; la manufactura Ginori de Doccia (Florencia); Pellas, galvanista y fundidor de Florencia también; Errico, broncista de Nápoles, etc.; pero descollando por cima de todas las obras expuestas por esos industriales y artistas el hermoso mobiliario, obra de Andrés Onufrio, de Palermo, que aun no conociendo los originales, conservados en el palacio y museo de esa ciudad, los tiene uno por fiel y exacta reproducción. La habilidad, el arte y la constancia que ha exigido la ejecución de tal obra son imponderables, su interés como documento artístico industrial es extraordinario y tiene para nosotros un valor que nadie podrá poner en duda, toda vez que son esos muebles testimonios fehacientes de uno de los períodos más gloriosos de nuestra antigua nacionalidad aragonesa. Como obra de arte, como recuerdo histórico, debiera la soberbia instalación de Onufrio pasar íntegra á nuestro Museo municipal de Reproducciones. ¡Ojalá se realicen nuestros deseos! Imposible es dar una ligerísima idea, ni con la más minuciosa descripción de ese suntuoso mobiliario, que la voz popular dice haber pertenecido á Roger de Lauria, tal vez por hallarse en parte instalado en una sala que lleva su nombre. Una gran mesa, un sillón, dos taburetes de brazos con alto respaldo, una silla y una cajita de simple construcción, pero enriquecida por el cincel, el dorado y la pintura, constituyen esta notabilísima reproducción. Es hueso el material labrado que reviste el armazón de los muebles, y su conjunto hállase armónicamente completado con las telas de los respaldos, cueros labrados y almohadones de los sitiales: la ornamentación es rica, exuberante, á la par que severamente dispuesta; su estilo original y propio de una obra de fines del siglo XIV, hecha en Sicilia; esto es, un cierto sabor gótico en la estructura y un sello oriental en la exornación. Bástale á la sección internacional de reproducciones de nuestro certamen la instalación de Onufrio para resultar interesante, y para por sí sola haber colmado los deseos que impulsaron á la comisión organizadora á atraer la concurrencia de artífices extranjeros para ejemplo y estímulo de los nacionales.

Veintiséis son los expositores italianos y todos merecen por sus obras especial encomio y caluroso aplauso. La Sociedad cerámico-artística de Pésaro presenta numerosos ejemplares que son otras tantas fidelísimas reproducciones de las obras que tanto acreditaron á esa ciudad y á las de Gubbio y Urbino en el siglo XVI; reproducciones ejecutadas con la maestría y galanura en el toque y con la coloración viva y jugosa de los modelos originales. La manufactura del marqués Ginori, de Florencia, expone en su importante instalación más de un centenar de piezas en mayólica y porcelana, reproducciones exactas algunas de ejemplares antiguos, reconstituciones otras, imitaciones ó aprovechando dibujos y pinturas del Renacimiento para sus temas decorativos en muchas, pero imprimiendo siempre un sello nacional á sus productos al dar nueva vida en su patria á las mayólicas de Faenza ó á las porcelanas de Capodimonte.

Toso Borelli, de Murano, ha remitido una escogida colección de vidrios esmaltados y esgrafiados en oro, de épocas distintas, reproducción de ejemplares existentes en varios museos de Europa y alguno de los cuales figura en el nuestro de reproducciones, y la Sociedad Musivo-Veneciana los retratos del emperador y de la emperatriz Justiniano y Teodosia, célebres mosaicos de S. Vital, de Ravena, y copias de pinturas, una de ellas la célebre Virgen de la Silla, de Rafael.

Una buena muestra de talla ejecutada en Nápoles, un grandioso armario esculpido, obra de Calabrese, según el original que existe en el museo de esa ciudad, constituye otro de los trabajos con que los italianos han honrado á nuestra Exposición; al igual que los dos sorprendentes tableros labrados por Monteneri, de Perugio, representando Moisés salvado de las aguas y la Anunciación de la Virgen, al reproducir la maravillosa obra de taracea ejecutada por fray Damián de Bergamo para la iglesia de San Pedro de aquella ciudad.

J. L. P.

(Continuará)

LOS ESCÁNDALOS DEL PANAMÁ

EN PARÍS

En 1879, por honor de Francia y aun del mundo entero, M. de Lesseps aspiró á alcanzar un segundo triunfo abriendo un canal, semejante al de Suez, al través del istmo de Panamá; pero si tuvo que luchar con un gobierno menos contrario que el de Ismail, en cambio le oponían obstáculos un clima mortífero, un río cuyas avenidas invadían anualmente la línea de las obras y cuyas corrientes subterráneas producían en muchos sitios hoyos profundos de movediza arena y con un proyecto de discutible plan.

La naturaleza, así como los entorpecimientos opuestos por los hombres, pues el canal tenía y tiene muchos enemigos, han sido causa de que los gastos presupuestos aumentaran de año en año y de que no sea posible fijar la fecha exacta de su terminación. Ya en 1888, la Compañía, expuesta á una quiebra, hubo de acudir á las Cámaras en solicitud de que se le permitiera contratar un empréstito de 600 millones de francos; mas á pesar de este esfuerzo, necesitó liquidar en 1890. Sesenta millones de libras esterlinas se habían consumido en la empresa, siendo así que el canal de Suez sólo había costado veinte millones.

Este triste resultado ha producido en Francia casi una revolución. En octubre de 1892, el Ministerio, desacreditado ya por sus contemplaciones con los huelguistas de Carmaux, sufrió los ataques del diputado Delahaye, quien acusó á ciento veinte individuos de la Cámara de haber sido sobornados por la Compañía en 1888. Al pronto se tuvo esta denuncia por una infame calumnia, pero las pruebas que se adujeron parecieron confirmar su certeza. El periódico boulangista *La Libre parole*, en especial, publicó minuciosos datos acusando á varios diputados de haber recibido dinero del barón de Reinach, agente de la Compañía, y el antiguo prefecto de Policía M. Andrieux asegura que los artículos de dicho periódico estaban inspirados por el barón mismo.

Lo más particular en este asunto es que las acusaciones proceden de los mismos que han tenido más ó menos participación en el cohecho. A las revelaciones de *La Libre parole* han seguido las de la antiboulangista *Cocarde*. Ignórase el motivo que indujo á M. Reinach á remover el fango; pero lo cierto es que la cuestión ha tomado un cariz más desagradable de lo que él sin duda se propuso; y según él mismo dijo, las acusaciones de la *Cocarde* causarían su ruina. En compañía de M. Rouvier, con quien había tenido relaciones en su calidad de ministro de Hacienda, y de M. Clemenceau, tuvo una entrevista con M. Constans para rogarle que suspendiera los ataques del periódico inspirado por él; pero M. Constans se negó á la petición, y en la misma tarde del 19 de noviembre en que el gobierno resolvía proceder contra los dos Lesseps, Marines Fontane, el barón Cottu, el barón de Reinach y M. Eiffel, como directores de la Compañía del Panamá, M. de Reinach fallecía en su casa de campo á consecuencia de una congestión cerebral, afección á la que, según parece, estaba sujeto.

El 21 de noviembre, la Cámara votó el nombramiento de una comisión investigadora, presidida por M. Brisson, y el editor de *La Libre parole* fué invitado á decir cuanto supiera. Este editor, M. Drumont, se hallaba á la sazón detenido en la cárcel, y se negó á auxiliar á la comisión mientras no se le pusiera en libertad. Entretanto atribuíase á suicidio la muerte del barón de Reinach, circulando el rumor de que había fallecido envenenado, y la comisión pidió á la Cámara que decretase la exhumación de su cadáver. M. Ricard, Ministro de Justicia, se opuso á la aprobación de esta medida, y como la Cámara opinara de distinto modo, el ministerio presidido por M. Loubet presentó su dimisión. El presidente de la República llamó á M. Bourgeois y á M. Brisson, dándoles el encargo de formar nuevo gabinete; pero ambos desistieron de ello, y M. Ribot no tuvo inconveniente en aceptar este encargo, logrando reunir el ministerio actual.

M. CORNELIO HERZ
Banquero á quien el barón de Reinach pagó dos millones de francos por una deuda privada



M. DELAHAYE
cuyas acusaciones é interpelación condujeron al descubrimiento de los escándalos del Panamá

El 30 de noviembre todavía no se había adoptado resolución alguna cuando el banquero M. Thierrée dió á la comisión algunas noticias de sus relaciones con M. de Reinach, quien había pagado por su mediación veinticinco cheques por valor de 3.300.000 francos por cuenta de la Compañía del Panamá. Al proporcionar á la comisión los números y el importe de cada cheque, una cuestión de competencia entre aquélla y los tribunales de justicia obligó á M. Thierrée á no revelar los nombres de las personas que habían percibido aquellas sumas. A solicitud de la comisión, el gobierno se ha hecho cargo de los cheques en cuesión, y se han conocido casi todos estos nombres, habiendo resultado que M. Cornelius Herz había recibido dos millones de francos; M. Alberto Grevy, senador y hermano menor del último presidente de la República, 20.000; M. Luis Renault, senador, 25.000; los demás cheques, hasta completar la suma, aparecen firmados por criados y dependientes. Preguntado por las matrices de los cheques, M. Thierrée contesta que las había inutilizado; pero lo cierto es que tenía fotografías de ellas, y estas copias fotográficas obran en poder de la comisión.

Esto sucedía el 3 de diciembre. Las revelaciones de estas matrices acusadoras y el recelo de que se fuesen haciendo otros descubrimientos no menos ignominiosos han producido en Francia una excitación sólo comparable con la producida por las derrotas de 1870. Los nombres de varios diputados, senadores, ex ministros y hasta de un ex presidente aparecen envueltos en negocios de un carácter tan deshonroso, que no es de extrañar que el público se pregunte si queda hoy en París algún personaje político que no haya participado en ellos. Todo el mundo teme y sospecha que hasta ahora sólo se ha presenciado el primer acto del drama, y que si el escándalo presente es ya terrible, las ulteriores revelaciones lo harán de mayor trascendencia.

Entretanto, Fernando de Lesseps, con sus compañeros de dirección, ha sido sometido á un proceso por defraudación de fondos públicos, el cual empezará á sustanciarse el 10 de enero. Afortunadamente para M. Lesseps, ignora el escándalo que rodea á su gran empresa. La mayoría del público manifiesta su simpatía y su interés por el digno anciano, el único que hasta ahora se ve libre de toda sospecha.

Los futuros historiadores del siglo XIX sólo verán en la vida de Fernando de Lesseps la realización de una gran obra, la apertura del canal de Suez. Las singulares aptitudes diplomáticas y administrativas del «gran francés,» aptitudes que bastan por sí solas para asegurarle un lugar preeminente entre sus contemporáneos, siempre se tendrán en cuenta para honra suya.

Hasta hace poco tiempo, M. de Lesseps había conservado tan robusto el cuerpo como sana la imaginación; lo mismo se le veía en una partida de caza que en su despacho, y era capaz de recorrer los arenales del Sahara con el mismo vigor y agilidad que las aceras del boulevard de los Italianos. Tres ó cuatro años atrás y contando más de ochenta sufrió un ataque de reuma, pero se repuso de él y recobró tanto vigor como un joven de treinta años. Tenía la cabeza cana, pero aún conservaba el bigote negro, lo cual dió margen á la sospecha de que se teñía éste y se empolvaba el cabello. «Aunque quisiera hacer semejante tontería, decía, no tendría tiempo para ello.» Esta era la mayor vanagloria para ese hombre tan atareado. «El trabajo, el ejercicio, el movimiento son para mí lo que los ocios y pasatiempos para otros,» añadía; y lo cierto es que el trabajo ha sido su principal recreo. De baja estatura, enjuto de carnes, ha sido siempre un jinete excelente, y cortés y afectuoso con las mujeres, se ha mostrado más de una vez severo y enérgico con los hombres.

Nacido en Versailles en 1805, entró á los veinte años de edad en la carrera diplomática como empleado en el consulado de Lisboa, desde donde pasó á Túnez y en 1833 á Egipto en calidad de vicecónsul primero y después como cónsul del Cairo. Desempeñó luego sucesivamente los consulados de Alejandría, Roterdam, Málaga y Barcelona, prestando en esta ciudad tan importantes y humanitarios servicios cuando el bombardeo por Espartero, que mereció honores y recompensas de los gobiernos y que la Cámara de Comercio, además de darle públicamente las gracias, mandara esculpir su busto en mármol. Al estallar la revolución francesa de 1848 fué llamado á París, regresando á poco á Madrid como ministro de Francia: pasó después con igual cargo á Roma, y habiéndose indispuesto con su gobierno por la manera como consideraba los asuntos de la república romana, fué llamado á su patria, pidiendo inmediatamente su retiro en 1849 y publicando su *Memoria al Consejo de Estado* y su *Respuesta al examen de sus actos*, que son documentos importantes para la historia de aquella época.

A partir de aquel día, y á consecuencia de un viaje que hizo á Egipto invitado por Mohamed Saíd, consagróse por entero á la empresa del canal de Suez tan felizmente llevada á cabo, acerca de la cual nada hemos de decir, pues en distintas ocasiones hemos hablado de ella así como de la menos afortunada del Panamá.

Los retratos que acompañan á este artículo representan los principales actores del drama que actualmente se desarrolla en París: no nos detendremos hablando de cada uno de estos personajes, porque ello nos obligaría á dar excesiva extensión á este artículo. Además, la cuestión ha sido y sigue siendo tan amplia y apasionadamente debatida en los periódicos políticos de todo el mundo, que no creemos necesario detallar el papel que en ese asunto desempeñan los retratados y que sobradamente conocerán nuestros lectores.

Reputaciones que se creían sólidas son hoy blanco de ataques furiosos; sobre hombres tenidos por inmaculados pesan acusaciones gravísimas, corroboradas por pruebas al parecer irrefutables, y cada día surgen nuevas revelaciones que empañan honras hasta hoy consideradas sin mancilla y que hacen temer que la cuestión no está ni con mucho agotada. ¿Hasta dónde alcanzarán las responsabilidades? Nadie lo sabe. ¿Saldrá la República francesa de la ruda prueba á que está sometida más fuerte que antes y purgada de las culpas que sobre ella acumulan sus enemigos, ó será arrastrada por esa ola de difamación y escándalo? Difícil es predecirlo. Muy grave es la herida; pero también es grande la vitalidad de Francia, y mucha confianza puede tenerse en una nación que ha salido victoriosa de otras crisis algo más graves que la presente y que posee en alto grado un sentimiento que sabe sobreponer siempre á todos los demás y que es la mejor arma para vencer en los momentos de peligro: el patriotismo. – X.



M. CLEMENCEAU
Diputado



M. PABLO DEROULEDE
Diputado



M. RIBOT
Presidente del Consejo de Ministros



M. LOUBET
Ministro del Interior



M. BOURGEOIS
Ministro de Justicia



M. CARLOS FLOQUET
Presidente de la Cámara de diputados



M. BRISSON
Presidente de la comisión



M. JOLIBOIS
Vicepresidente de la comisión



M. BARTHOU
Secretario de la comisión



M. CAMILO PELLETAN
Diputado

INDIVIDUOS DEL GOBIERNO Y DE LA COMISIÓN INVESTIGADORA



M. ROUVIER
Ex ministro de Hacienda



M. DEVES
Diputado



M. ALBERTO GREVY
Senador



M. JULIO ROCHE
Diputado



M. MANUEL ARENE
Diputado



M. BERAL
Senador



M. ANTONIO PROUST
Diputado

ALGUNOS DE LOS ACUSADOS

LA CUESTIÓN DEL CANAL DE PANAMÁ

Retratos de varios individuos de la comisión parlamentaria investigadora y de algunos acusados

EL CIEGO DE LA FLAUTA

(CUENTO DE REYES)

La nieve cae, el ciego toca la flauta sentadito en la puerta de la iglesia. «¡Por ser el día de los Santos Reyes, una limosna al pobre ciego!» Los transeuntes pasan con indiferencia, cargados de juguetes para



REUS. – MONUMENTO AL GENERAL PRIM. - LA BATALLA DE LOS CASTILLEJOS, alto relieve de Luis Puigjener fundido en los talleres de Federico Masriera y Compañía

sus hijos... El ciego tiene hijos también, hijos haraposos, que no comen; hijos que plañen allá, en el tabuco mugriento, arrojados por algún rincón.

Pero el ciego es feliz; la tarde no ha sido mala, la noche tampoco; de vez en cuando tantea con fruición el plato de metal que tiene á sus pies con algunas monedas de cobre... Pronto vendrá por él su hija mayor, la de pelo rubio, la de mejillas blancas como la cera... «¡Pobre niña mía! Estad tranquilos; su palidez no es de enfermedad que no se cure, es de hambre y se curará esta noche.» Ya vendrá su niña, ya vendrá por él, adonde mismo le dejó, al atrio de la iglesia.

Los niños del ciego no tienen madre, murió; viven solos, á merced de algún vecino, mientras el ciego pide limosna para que se mantengan al día siguiente. Pero aquella noche van á estar muy contentos; tendrán comida y abundante, tendrán algún juguete, aunque se vuelvan locos por haberlos tenido la primera vez en su vida... Y después de haber cenado jugarán junto al brasero vivificándose de este modo una vez al año siquiera... «Sí, sin duda: las ascuitas rojas del brasero parecerán á los niños la corona de diamantes que Dios puso á su mamá en la gloria.»

La flauta del ciego suena, la nieve cae, el transeunte pasa, allá en el fondo rompen la bruma, pálidas luces, como lágrimas del cielo que se congelaron al caer...

Y el alma del ciego sigue hablando con sus niños, con sus juguetes, con la mamá, con su corona de diamantes... Y la flauta sigue sonando... sigue sonando en la puerta de la iglesia.

¡Almas cristianas, una limosna al pobre ciego!

Y el ciego se dice:

«Pronto vendrá, pronto vendrá por mí la niña rubia... Cuarenta céntimos de pan y veinte de leche sesenta, y diez de confites setenta; los confites son para ponerlos en los zapatitos del niño... ¡Pobre ángel!.. ¡Los zapatitos están muy rotos!.. Y diez de carbón, ochenta... El carbón para que se calienten. ¡Pobres!.. Y aunque se hunda el mundo, cuarenta céntimos para una muñeca que alegre el corazón de la niña rubia. ¡Justo... justito y cabal! ¡Una peseta y veinte céntimos!..»

Llega la niña rubia, sus cabellos de oro caen laxos por la humedad de la nieve... Suena su voz apagadita y temblorosa por el frío:

– ¡Papá! ¡Papá!

El pobre va á levantarse, tantea el suelo... Lo tantea otra vez...

¡Le han robado!

Sus pupilas inmóviles se humedecen... Brota una lágrima... No corre, hiélase allí... Parece un diamante de la corona de la muerta.

– ¡Anda, papá!

Es pronto... Pediré todavía.

Y la nieve cae... Y sigue sonando... sigue sonando la flauta en la puerta de la iglesia.

M. Martínez Barrionuevo

LA DAMA NEGRA

I

El café Suizo está á todas horas tranquilo y morigerado, y desde las once de la noche es una verdadera balsa de aceite. Allí no entran borrachos ni pordioseros ni vendedores ambulantes, y sobre todo entran pocas mujeres. Pues si bien las mujeres calientan el corazón y alegran la vista, también es verdad que excitan y soliviantan el ánimo, exceptuando el de los oradores del Congreso, los cuales, aunque esté llena la tribuna de señoras, prosiguen sus peroraciones como si tal cosa.

En el café Suizo hay un departamento destinado exclusivamente á las damas, y por esta razón en los demás apenas se ve alguna que otra rezagada. Sobre todo, desde poco antes de la media noche, los habituales concurrentes pertenecemos todos al sexo más feo. En el fondo del café hay dos ó tres mesas ocupadas por ex diestros, ex ganaderos y aficionados á toros, que recuerdan los *recibimientos* del Chiclanero y los trasteos de Cayetano Sanz; en un rincón de la primera pieza se reune un corro de republicanos de levita, que son los únicos que van quedando, puesto que los de chaqueta ó blusa van avanzando hacia el anarquismo ó socialismo; y con esto y con alguno que otro desperdigado y sin clasificación, que hace poca parada, está desierta la concurrencia de las últimas horas del Suizo.

A propósito no he hablado de mí, que si soy *consecuente liberal*, como tantos otros, me precio de ser asiduo parroquiano de veinticinco años, con opción á cesantía por próxima defunción.

Con estos antecedentes se comprenderá con facilidad la sensación que produjo la *aparición* de la dama negra en el café Suizo una noche á las doce en punto. La susodicha dama no es negra de raza, pero la llamamos así *entre nosotros* porque va enteramente vestida de negro.

Un chusco la clasificó de *Catafalco ambulante*, pero el conato de chiste no ha hecho fortuna.

La dama negra entró sola en el café, se sentó en una mesa de rincón, pidió café y coñac, desplegó un periódico que llevaba (*El Fígaro* francés, según posteriormente he sabido), y sin mirar á nadie púsose á leer atentamente.

Sin embargo, el chusco ya mencionado, que aunque joven es patriota al estilo de 1809, dijo:

– Esa *franchuta* viene engañada á este café: aquí no se pesca.

El chusco, como muchos que no lo son, se equivocaba en parte.

II

La dama negra es muy blanca de color y muy rubia...

Aquí me permito una digresión.

Antes apenas se encontraba en España (excepto Galicia) y menos en Madrid una rubia ni para un remedio. La tez blanca en las mujeres siempre ha abundado en la villa y corte, pero siempre acompañada de ojos y pelo obscuros. Los ojos se sostienen lo mismo, hay pocos azules; pero las cabelleras vanse aclarando.

¿Será por lo que indica la siguiente copla, popular en otro tiempo:

«Señoras hay morenas
Al amanecer,
Que por la tarde son rubias
Con lo que yo sé?.»

¿Será que la mayor facilidad de comunicaciones haya producido cruzamientos con las razas en que abundan las *crenchas doradas?*

Si yo fuese palaciego de antaño, pues los de hogaño no son tan galantes, supondría que la rubia reina regente ha influído en esta variación de pelos. O bien, buscando un chiste de situación diría que en cambio del oro en la moneda, que es ya un mito, la providencia, como compensación, nos le da en el color del pelo.

Vuelvo á la dama negra, que es blanca, rubia, agraciada, con ojos azules, de buena estatura, de buen aspecto, de formas esculturales, aunque el talle deja algo que desear.

Sobre todo, es más que bonita, es simpática y limpia como los chorros del oro. Está en una edad indecisa, viste sencillamente de merino negro, con natural elegancia, y usa un sombrerito, negro también, en el que descansa la vista de los sombrerazos al uso.

¡Si seremos bien educados, magüer españoles, los parroquianos del Suizo!

¿Querrán ustedes creer que ninguno cometió la



REUS. – MONUMENTO AL GENERAL PRIM. ESCUDO DE LA CIUDAD DE REUS, escultura de Luis Puigjener

más mínima inconveniencia con la dama negra? Lanzáronla algunas miradas significativas, pero nada más, viendo que no tomaba varas, como suele decirse.

En efecto, la dama negra, que siguió yendo al Suizo, se sentaba siempre en el sitio más retirado, tomaba su café, leía su periódico apurando á sorbitos su copita de coñac, y se marchaba sin fijar en nada su atención.



REUS. – MONUMENTO AL GENERAL PRIM. – LA CONFERENCIA DE MÉXICO, alto relieve de Luis Puigjener fundido en los talleres de Federico Masriera y Compañía



REUS. – MONUMENTO AL GENERAL PRIM. – ESTATUA ECUESTRE QUE CORONA EL MONUMENTO, obra de Luis Puigjener fundida en los talleres de Federico Masriera y Compañía

Por el camarero que la servía supimos que era extranjera, aunque ya lo habíamos adivinado por su aspecto.

III

Una noche, estando ocupada la mesa á que acostumbro á sentarme, lo hice á una al lado de la dama negra, en ocasión en que ésta pagaba al mozo y se apercibía á marcharse. El mozo dejó sobre la mesa la vuelta de un duro, y acudió apresuradamente á otra donde le llamaban. La dama negra tomó una de las monedas que habíanla devuelto, se volvió hacia mí, y con acento de *extranjis* me dijo:

– No conozco esta moneda. ¿Tiene usted la bondad de decirme lo que vale?

– Dos francos cincuenta, la contesté en francés. Aquí la llamamos medio duro.

– Muchas gracias, caballero, dijo, y haciéndome un fino saludo se marchó.

A la noche siguiente me senté también á la misma mesa, al lado de la simpática extranjera, no con segunda intención, pues yo por causa de mi edad estoy jubilado, sino por curiosidad y por matar el tiempo. La dama negra, que aún no había empezado á leer su periódico, contestó amablemente á mi saludo. La supuse con deseos de hablar, y sin embargo parecióme un tanto cohibida. Posteriormente me he enterado del motivo. Disculpándome con su extranjerismo la hice varias preguntas impertinentes. Ella dejó *El Fígaro* que había empezado á hojear, me miró con fijeza y me dijo con cierta intención:

– Sé, caballero, que á estas horas hay en algunos cafés de Madrid extranjeras y compatriotas mías cuya conducta no es muy ejemplar, pero yo le suplico á usted que no me confunda con ellas.

– De ningún modo, señora.

– Yo vengo á este café sin más intención que pasar el tiempo. La familia en cuya compañía vivo se recoge temprano, y yo me aburro en mi casa. Me hallo ociosa, desgraciadamente. De día apenas salgo por causa del mal tiempo y por temor de que al verme sola me sigan y me importunen, lo cual observo que aquí es frecuente...

– En efecto, señora, hay muchos piratas callejeros...

– Pues bueno: á mí no me gustan ni me convienen sus persecuciones. Estoy en Madrid contra mi voluntad y por cumplir un deber. La ociosidad y la soledad me aburren.

Yo, sin saber qué decir, dije:

– Deduzco, pues, que no la gusta á usted la capital de España.

La dama negra hizo un mohín.

¡Acostumbrada quizá á París!.. ¿Es usted parisiense?

– No, pero he vivido muchos años en París. Soy de Angulema.

– ¡Buen país!

– Todos son buenos cuando se tiene tranquilidad.

De repente, como en un paréntesis de la conversación, me preguntó:

– ¿Conoce usted á M. Jorge Manrique, bolsista?

– Señora, la contesté algo sorprendido de la pregunta, conozco los versos de un poeta antiguo llamado así, pero dudo que haya ningún bolsista de ese nombre.

La dama negra varió de conversación.

Supe de ella lo que quiso decirme. No tenía familia. En París trabajaba de florista y encajera. Se llamaba Genoveva. Hallábase en Madrid por causa de un negocio importante y vivía en compañía de una paisana suya, mujer de un maquinista del ferrocarril del Norte. Todas estas cosas nada tenían de particular, pero sí otra particularidad que noté en ella. No es raro encontrar mujeres francesas inteligentes, pues la mayor parte de ellas son *listas*, quiero decir que saben hacer resaltar lo poco ó mucho que saben; y sabido es que para medrar vale más ser listo que sabio. La dama negra hablaba de todo con un buen juicio extraño en una mujer. En literatura estaba muy fuerte, y ¡cosa rara!, no era gabacha como la mayor parte de sus compatriotas. Me chocó en ella una particularidad: detestaba á Zola y hablaba de él como de un enemigo encarnizado.

– Tiene mucho talento, es un observador profundo, la dije yo.

– Cualidades que sólo sirven para extraviarle literariamente y para hacerle ganar dinero á costa de los tontos, me replicó. Ha hecho de la literatura un basurero, y un estilo de la pornografía. Es difusamente nimio. Describe cosas que no pueden interesar á nadie que tenga sentido común: como, por ejemplo, el teatrucho de Variedades de París. Sus obras sólo tienen por objetivo el remover el fango social: es el alcantarillero de la literatura.

Oía yo á la dama negra cada vez más admirado de la viveza de sus frases. A mis solas hacía comentarios respecto á ella. ¿Quién sería el Jorge Manrique del siglo XIX por quien me había preguntado?

Tres días después de mi primer coloquio con la dama negra, *desapareció* ésta del café Suizo: quiero decir que no volvió á presentarse en él.

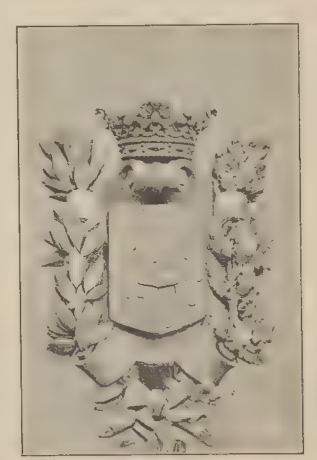
Los parroquianos de última hora comentaron esta ausencia. Casi todos la resumieron en la siguiente frase: «Habrá encontrado acomodo.»

IV

Eclipse total de la dama negra. No volví á verla en ninguna parte, lo cual nada tiene de particular, porque yo hago vida retraída. Sin embargo, una noche me dediqué á recorrer los cafés adonde concurren extranjeras de vida poco ejemplar, pero sin resultado. En el Suizo, después de los comentarios consiguientes, se olvidaron de la fugaz parroquiana francesa. Yo la eché de menos durante algunos días, pues aunque sin segunda intención, como ya he dicho, me gustaba su persona y sobre todo me interesaba su conversación. Pero concluí por sólo acordarme de ella alguna vez cuando estaba en el café Suizo.

Supuse como lo más probable que la enemiga de Zola se había ausentado de Madrid.

Una noche acudí á la cita de un amigo en el café de....; pero en vez de encontrarle me hallé con otro á quien sólo puedo calificar de *conocido:* una de esas personas á quienes saludamos toda la vida y con las cuales hablamos muy rara vez. Es un doctor en medicina de bastante reputación, que ha hecho su carrera en París. Joven, inteligente, exaltado en política, excéntrico y modernizado, *tiene cosas*, y sabido es que el que tiene cosas da que hablar y es conocido. No quiero detallar más por recelo de que el lector le conozca, y supongo que se llama Almagro. El doctor Almagro estaba cenando en el café de..... cuando yo entré. No bien me vió, me llamó desde lejos, ¡cosa rara!, pues generalmente sólo cambiamos el saludo. Me aproximé á su mesa, hízome él sitio á su lado, y con sorpresa mía me dijo:



REUS. – MONUMENTO AL GENERAL PRIM.
ESCUDO DEL GENERAL PRIM, escultura de Luis Puigjener



UN CONCIERTO DE BULOW cuadro de L. Dehrmann



LA FIESTA DE LA VIRGEN, cuadro de José Benlliure y Gil

– ¡Cuánto me alegro de ver á usted! Mañana pensaba buscarle en el Suizo.

– ¿Ocurre alguna novedad en que pueda servir á usted?

– Sí y no.

– Pues usted dirá.

– La otra noche, por entre los cristales de la cancela del Suizo, vi á usted hablar con una señora éxtranjera...

F. Moreno Godino

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Milán hay abiertas actualmente tres exposiciones, la de cuadros del pintor Segantini, la de la Sociedad Artística y Patriótica y la de la Familia Artística. En la primera se admiran varias obras del ilustre pintor italiano, que después de haber alcanzado el gran premio en Mónaco ha merecido la honra á pocos dispensada de ser invitado á exponer en las Grafton Galleries de Londres. En la segunda, la de los artistas oficialmente reconocidos, por decirlo así, figuran lienzos de Bazzaro, Carcano, Mariani, Giuliano, Ferrari, De Albertis, Fontana, Gignous, Formis, Mantegazza, Cagnoni, Gallotti y Gradi y esculturas de Alberti, Brivio, Cassi, Pirovano y Ripamonti. En la tercera, que puede llamarse de los innovadores, hay notables obras de Carozzi, Restellini, Conconi, Previati, Mentessi, Troubetzkoy, Longoni y otros.

– Forain, el artista parisiense por excelencia, ha publicado recientemente un álbum que contiene diversos cuadros arrancados de la verdad, como todo lo suyo, y en que á la nerviosa ejecución del dibujo únense lacónicos epígrafes que en su brevedad encierran un tratado de Filosofía. Acompaña á los dibujos un prólogo de A. Daudet.

– Los aficionados á estampas podrán adquirir dentro de poco una reproducción fidelísima, obra del joven y hábil grabador Jassinski, del precioso cuadro de Sandro Botticelli que se halla en Florencia, en cuya ejecución ha empleado más de dos años. A juicio de inteligentes es un trabajo irreprochable y tanto más digno de aplauso por cuanto ningún grabador hasta el presente se había atrevido á realizar con el buril la entonación vaporosa y delicada de esa obra maestra que publicará un conocido editor de estampas parisiense.

– Próximamente en la Sala Petit se organizará una Exposición verdaderamente interesante. La constituirán los estudios, bocetos y croquis del insigne pintor Meissonier, desconocidos por completo del público, como lo son generalmente esas notas íntimas del artista. Tales trabajos serán una verdadera revelación para muchos, toda vez que se achacaba al difunto maestro como un defecto la ejecución minuciosa hasta la exageración, sobrada si se quiere, y ellos demostrarán la amplitud y simplicidad de su pincelada, su firmeza de dibujo y una coloración franca y espontánea como pocas.

– Actualmente está expuesto en Berlín un cuadro de Suchorowski que ha producido gran sensación en cuantas capitales se ha exhibido. Titúlase *El botín del pirata*, y representa una hermosa figura de mujer desnuda que en una habitación árabe, ricamente decorada, espera llena de angustia al dueño á quien, en su triste condición de esclava, ha sido destinada.

– A los frecuentes descubrimientos de grandes falsificaciones de cuadros que en poco tiempo se han realizado hay que agregar una muy reciente. El proceso seguido en Amberes contra un tal Juan Defordt, que había vendido obras con las firmas falsificadas de Rubens, Franz Hals y otros, ha evidenciado la existencia en aquella ciudad de una porción de fábricas que se dedicaban á esa punible industria y de una porción de cómplices de distintas profesiones que contribuían á la expendición de las pinturas falsificadas, entre las cuales las hay con firmas de artistas modernos.

Barcelona. – En el despacho de nuestro amigo el artista señor Riquer hállase desde hace unos días expuesto un cuadro notabilísimo, una verdadera obra maestra en toda la extensión de la palabra, una de esas obras que, aun en los mejores Museos del mundo, son, por las geniales cualidades que contienen, singularidades que cautivan y atraen con fuerza poderosa é irresistible las miradas del artista por envolver con su brillo esplendente en una vaga penumbra á todas las medianías que les rodean. Trátase de una pintura del insigne Ribera, representando el martirio de San Bartolomé, en la que predominan las más relevantes de sus cualidades, hasta tal punto que puede decirse no se aminoraría la impresión que produce al espectador colocada junto á los mejores cuadros que de ese artista posee el Museo nacional de Madrid. No es, pues, de extrañar que los artistas de esta ciudad hayan suscrito una instancia dirigida á nuestra corporación provincial solicitando adquiera obra de tal valer, pues ocasión para adquirir otra parecida imposible es, puede afirmarse, que se presente ya jamás.

«Salón Parés.» – Un buen estudio de media figura, fresco y pintado con sinceridad, luminoso y acertado, salvo tal vez alguna dureza del fondo, de Baixas, y tres cabezas en tierra cocida, de Font, ocupan esta semana el sitio preferente; una de ellas, la de un monaguillo chupando una colilla, es feliz de expresión y está ejecutada con simple espontaneidad; bueno es el retrato, y aunque bien ejecutada no es tan feliz la de mujer titulada *Un beso*, pero no corresponde la impresión que causa á la idea preconcebida del modelo exigido en una cara de mujer para ese acto tan tierno y delicado de un beso. Bién es verdad que no es fácil la observación del artista en este caso, pues no se dan los besos á presencia de tercero, y si se reciben no hay lugar para estudiarlos.

Teatros. – En la Scala de Milán se ha representado con gran éxito la ópera del maestro Franchetti *Christophoro Colombo*, en la cual ha obtenido muchos aplausos nuestra compatriota la señora Bonaplata.

– En el último concierto de la Gewandbauns, de Leipzig, se ha ejecutado como novedad una obra póstuma de Bizet, *Roma*, que fué muy aplaudida por su brillante instrumentación.

En el teatro de María, de San Petersburgo, se ha estrenado con gran éxito una ópera en cuatro actos del maestro N. A. Rimskij-Korssakoff, titulada *Mlada*, que un ilustre crítico ruso califica de *pintura musical*, por ser lo pintoresco y la riqueza de colorido lo que caracteriza á esa obra.

– En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha celebrado, con asistencia de los emperadores, de los individuos de la familia real y de muchos príncipes, el 150.° aniversario de su creación. Las obras representadas con este motivo constituyeron una especie de revista retrospectiva de lo que se ha cantado en aquel coliseo desde su fundación. El orden del espectáculo fué: la marcha de Gluck, *Alceste;* un prólogo alusivo que terminó con un homenaje á Federico el Grande, fundador de la Opera, y otro al actual emperador, mientras la orquesta ejecutaba el himno popular; la obertura de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck; el segundo acto de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart; la 3.ª sinfonía *Leonor*, de Beethoven; varias escenas de *Der Freischutz*, de Weber, y de *El Profeta*, de Meyerbeer, y la escena final de *El crepúsculo de los dioses*, de Wagner. – En el propio teatro se ha estrenado con buen éxito la ópera de Leoncavallo *I Pagliacci.*

– En el teatro Carlos, de Viena, se ha estrenado con buen éxito la opereta en dos actos del meestro Komzack *Edelweiss.*

– En el teatro Real, de Kassel, se ha estrenado con mucho aplauso una ópera titulada *Bardhamana*, de Bruno Oelsner, músico de cámara del gran duque de Darmstadt.

– La nueva ópera de Rubinstein, *Los hijos del brezal*, ha obtenido gran éxito en Bremen, donde se ha estrenado bajo la dirección del autor.

En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha verificado la primera representación de una ópera titulada *Maese Martín*, del maestro Jan Blocke, de Amberes, discípulo de Pedro Benoit, que ha sido muy aplaudida.

– La ópera romántica *La hija de Granada*, del maestro Hallstrom, ha sido estrenada con gran aplauso en el teatro Real de la Opera, de Estockolmo.

– En el teatro Lessing, de Berlín, se representará en breve la última obra de Ibsen, titulada *El arquitecto Solness.*

– En Leipzig se han representado tres cuadros de la ópera religiosa de Rubinstein *Moisés*, bajo la dirección de su autor, que ha querido celebrar de este modo el quincuagésimo aniversario de su primera presentación en público en el mismo local, la *Gewandhaus*, donde aquella representación se ha ejecutado. Aun cuando por tres cuadros no puede juzgarse de toda la obra, esos fragmentos dan perfecta idea del genio y fecundidad extraordinarios del gran maestro y pianista ruso, quien ha sabido imprimir en su obra el colorido oriental que corresponde al asunto: como piezas de mérito superior se citan los finales de los cuadros sexto y séptimo. Inútil es decir que Rubinstein obtuvo una ovación inmensa.

París. – Se han estrenado con éxito: en el Gran Teatro, *Lysistrata*, comedia en cuatro actos de M. Mauricio Donnay, con algunos bonitos números de música de M. Dutaq; en el Vaudeville, un drama en tres actos de M. Mauricio Denier, *Les gens de bien*, de argumento aunque no nuevo interesante y cuyo principal mérito es el espíritu de observación, el conocimiento escénico que revela y la maestría con que están trazados los caracteres de los personajes; en la Comedia Francesa, *L' ame de Racine*, escena dramática de M. Pablo Demeny; y en el Odeón, *Une soirée de Racine*, apropósito de los Sres. Fustel y Bazán. Estas dos últimas, que se han representado con motivo del 253.° aniversario del nacimiento del gran poeta francés, están escritas en hermosos versos é inspiradas en pensamientos levantados.

Londres. – Con ocasión de la Nochebuena y siguiendo tradicional costumbre se han representado pantomimas en Drury Lane, Nuevo Olimpo, Palacio de Cristal y en otros teatros. La de Drury Lane ha sido puesta en escena con un lujo y una propiedad superiores á lo mucho bueno que se ha visto en la capital inglesa: hay, entre otros, un cuadro que representa el palacio del millón de espejos, cuyas magnificencias exceden de toda ponderación. Además se han estrenado con éxito: en el teatro de la Princesa un drama de M. Enrique Hermann, titulado *Eagle Joe;* en el Royalty una graciosa comedia, *Charley's Aunt*, de Mr. Brandon Thomas; en la Opera Cómica, la opereta francesa *Les ving et huit jours de Clairette*, letra de Raymond y Mars y música de Roger, arreglada á la escena inglesa por Mr. Carlos S. Fawcett; y en la Alhambra, un baile de gran espectáculo en cinco cuadros, música de Jacobi, titulado *Aladino.*

Madrid. En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con gran éxito la zarzuela en tres actos *La estudiantina*, letra del popular escritor y distinguido periodista D. Eusebio Sierra y música del maestro Mateos. Esta obra pertenece al antiguo género, el género lírico-dramático genuinamente nacional: el argumento es sencillo, interesante y gracioso, y en su desenvolvimiento abundan los chistes y las escenas alegres, vestido todo con una versificación correcta y brillante. La música es inspiradísima y está admirablemente instrumentada. En el Circo de Parish ha sido bien recibida por su agradable música la opereta en tres actos *El príncipe Alejandro*, del maestro Czibulka.

Barcelona. – En el Principal se ha estrenado con buen éxito la tragedia catalana de D. Angel Guimerá, vertida al castellano por D. Enrique Gaspar, *Judith de Welp:* en el propio teatro se ha verificado el beneficio de D. Ricardo Calvo, quien tuvo una gran ovación en el desempeño de la obra del Sr. Echegaray *En el seno de la muerte.* En Novedades ha sido recibido con aplauso un melodrama en un prólogo y cuatro actos del señor Moreno y Gil, titulado *Luisa (La Saeta)*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Angel Villa Pernice, notable economista italiano, autor de muchas é importantes obras de Economía política y bibliófilo apasionado.

El conde Carlos Fecia di Cossato, mayor general de la reserva italiana y uno de los pocos sobrevivientes de las primeras guerras de la independencia de Italia.

Alejandro Talazac, célebre tenor francés que por espacio de diez años ha cantado en la Opera Cómica de París, estrenando, entre otras obras, *Los cuentos de Hoffmann*, *Lakmé*, *Manón*, *El rey de Is* y *Sansón y Dalila.*

Sir Ricardo Owen, famoso naturalista inglés, profesor de Anatomía y Fisiología del Real Instituto de Londres, cuyo nombre se ha hecho célebre por sus importantes investigaciones anatómicas y osteológicas de los vertebrados fósiles.

Ernesto Cristián Richard, notable poeta dinamarqués.

Teodoro Hentschel, director de la orquesta del teatro de la Ciudad, de Hamburgo, y autor de las óperas *Lanzelot*, *La bella Melusina* y *La espada del rey.*

NUESTROS GRABADOS

Un secreto, cuadro de Juan Blum. – Bién claramente se advierte que no se trata de un secreto de Estado, pero ¿dejará por esto la confidencia de interesar menos á las dos muchachas? Si se trata, como es de presumir, de algún amorío y la noticia comunicada es agradable, como evidentemente lo indica la expresión de los rostros de las dos jóvenes, ¡váyales usted á decir á éstas que sobre el horizonte de la política europea se ciernen nubes tempestuosas, hágales descripciones siniestras de las manifestaciones del problema social, y de fijo si no le mandan enhoramala, por lo menos se quedarán tan tranquilas como si de la luna se les hablase! ¡Dichosa edad en que las ilusiones todo lo absorben! ¡Dichoso también el artista que en efectos tan inocentes se inspira y que con tanta maestría sabe reproducir en el lienzo tan sentidas escenas!

Reus. Monumento al general Prim, obra de Luis Puigjener (fundida en los talleres de Federico Masriera y Compañía, de Barcelona). – En la hermosa plaza de Prim de la industriosa y floreciente ciudad de Reus álzase ya completamente terminado el monumento que sus conciudadanos han erigido en honor del ilustre general, de esa figura quizá la más saliente de la historia contemporánea de nuestra patria. A poco de fallecido Prim, los reusenses costearon en sufragio de su alma pomposos funerales, y habiéndose luego obtenido del gobierno que abonase el importe de éstos, por iniciativa de don Mariano Pons y Espinós destinóse esta suma á encabezar una suscripción para erigir un monumento al inolvidable conde de Reus y marqués de los Castillejos. Para realizar el pensamiento nombróse una comisión, cuya presidencia se confió al Sr. Pons, persona de gran valía y muy querido de sus conciudadanos que, al morir en 1886, había sido alcalde de Reus, diputado provincial, diputado á Cortes y gobernador de varias provincias y estaba condecorado con la cruz de Isabel la Católica. Llevada la suscripción á toda España y á América, no tardó en reunirse la cantidad necesaria para el monumento, y convocado el oportuno concurso fué premiado el proyecto del reputado escultor barcelonés Luis Puigjener. Para terminar estos ligeros apuntes diremos que á la muerte de D. Mariano Pons sustituyóle en la presidencia de la comisión D. Eusebio Falguera, alcalde que ha sido dos veces de Reus y diputado provincial, y que el dia 1.° de este año quedaron colocados en el monumento la estatua del general, los escudos y los relieves, operación felizmente realizada por el entendido maestro carpintero de ribera D. Tomás Ribalta.

El monumento, cuyas distintas partes reproducen nuestros grabados, lo constituye un pedestal rectangular de mármol: tiene éste en su cara anterior el escudo de la ciudad de Reus, debajo del cual se lee la inscripción Á PRIM, SU PATRIA, en su cara posterior el del general y en sus caras laterales dos hermosos altos relieves que representan los dos episodios más culminantes de la historia política y militar del general Prim, la gloriosa batalla de los Castillejos y la famosa conferencia de México, en la que el ilustre caudillo, al descubrir los planes del gobierno napoleónico, propuso á los generales de las demás potencias la retirada, que él realizó en seguida embarcándose con las tropas españolas: sobre el pedestal se alza la estatua ecuestre de Prim, descubierta la cabeza y con la espada en alto.

El distinguido escultor catalán, autor también del bellísimo monumento que erigió Barcelona al insigne marqués de los Castillejos, ha logrado, como en éste, en el de Reus representar al inolvidable general con el doble carácter con que lo conciben la fantasía popular y la historia: como esforzado general y animado caudillo, como defensor de la patria y mantenedor de sus libertades. La estatua de Prim, como pueden ver nuestros lectores, tiene además del vigor y corrección de líneas una expresión que revelando claramente el alma del conde de Reus, es un timbre de gloria para el artista que tan admirablemente ha sabido sentirla y darle forma plástica. Los dos relieves están también hábilmente concebidos y ejecutados, y los escudos revelan una mano experta en la escultura ornamental. En suma, la obra del Sr. Puigjener es una obra notable bajo todos conceptos y constituye una preciada joya artística para la ciudad que tiene la suerte de poseerla.

Réstanos agregar que como obra de fundición de bronce es una de las mejores salidas de los talleres de D. Federico Masriera y Compañía.

Un concierto de Bulow, cuadro de L. Dehrmann. De fama universal gozan los conciertos del célebre pianista, director de orquesta y compositor alemán Juan Guido Bulow, músico de cámara de varias cortes alemanas, entre cuyos timbres de gloria se cuenta el de haberle sido confiada la dirección de la Escuela de música de Munich creada por Wagner. El cuadro de Dehrmann, que representa una de estas fiestas, es una hermosa composición llena de dificultades técnicas que el artista ha sabido vencer salvando con fortuna los peligros de una confusión ininteligible y de una minuciosidad impropia de lienzos de la índole del que nos ocupa.

La fiesta de la Virgen, cuadro de José Benlliure y Gil. – Se trata de uno de nuestros más antiguos y asiduos colaboradores, y como en repetidas ocasiones nos hemos ocupado de lo mucho que vale este artista, legítima gloria de la pintura española contemporánea, no hemos de incurrir en repeticiones de elogios que resultan además ociosos, tratándose de un cuadro tan bien concebido y tan bellísimamente compuesto como *La fiesta de la Virgen*, en el cual el Sr. Benlliure, con su maestría acostumbrada, reproduce uno de esos interiores de templo en días de gran ceremonia que tanto se prestan á patentizar el talento de un pintor.

Abanico que perteneció á la reina María Antonieta, propiedad de D. Antonio Lambea (de fotografía de J. Prieto). – El precioso abanico que reproducimos forma parte de la notable colección que posee D. Antonio Lambea, de Madrid, compuesta de ejemplares de gran mérito, correspondientes á los siglos XVII y XVIII, algunos de los cuales ostentan delicadas pinturas de Lebrand, Wergende y otros no menos nombrados artistas. *El abanico* llamado de María Antonieta tiene su varillaje de marfil, con aplicaciones de oro y mosaicos de paja; en los dos padrones figuran los retratos de aquella infortunada reina y el de su esposo y en las demás varillas los de todos los individuos de la familia real. El país, que es de seda, está primorosamente pintado por Lebrand. En suma, es un ejemplar notable de gran mérito, ya que su valor artístico hállase aumentado por el histórico.



Antes de contestar me volví un poco para coger una rosa

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

Martes, 30 de junio

«Y la última fecha es del 16, el día en que, después de pasar la noche sin dormir, después de haber vacilado y orado mucho, resolví acoger á Edmunda y tratarla como hermana.

»Después, nada. No es la pereza ni el género de vida un poco desordenado que observamos hace una semana lo que me ha impedido escribir, es más bien que no veía claro en mi interior ó que no tenía empeño en ver.

»En el momento en que esa niña intervino en mi vida, yo me proponía introducir en ésta un cambio radical, pues comenzaba á decirme en voz baja, muy baja y temblorosa: «¡Amo!» La altivez que me imponía el silencio y un poco de frialdad junto á Roberto, que me inducía á mostrarme severa y á ponerme á la defensiva apenas su madre me hablaba de él, desvanecíase poco á poco y yo era feliz. Temía no ser amada como yo quiero serlo, y casarme sobre todo por conveniencia, porque este matrimonio, á los ojos de toda la familia y del mundo, parecía indicado ya. Desde hace algunos meses mi temor se desvanecía suave y deliciosamente. En París, Roberto y yo nos encontrábamos, no sé cómo, á cada momento; cuando entraba en nuestro pequeño salón sus ojos brillaban, sus labios sonreían, y al parecer considerábase feliz junto á mí. Ciertamente no se presentaba como enamorado; los dos sabíamos que hacía años se nos destinaba á ser uno de otro; mas Roberto hablaba con toda sinceridad, como compañero y amigo fiel y casi con ternura.

»Si yo admiraba una pintura, una comedia ó un libro, siempre era también de su agrado. Su trabajo me interesa, y le he sido algo útil leyendo para él varias obras alemanas y tomando notas. Cierto día exclamó: «¡Qué felicidad es trabajar contigo, Marta; veo mejor con tus ojos que con los míos!» Y repentinamente parecióme ver en perspectiva la unión de los dos y una vida muy feliz, algo seria tal vez, pero llena de ternura y muy dulce. Aquel día conservó mi mano

entre las suyas algo más que de costumbre, y no pensé en retirarla. Es que somos muy antiguos amigos, casi hermanos. ¡Ah! Sí... el afecto fraternal es una cosa muy dulce, pero no suficiente, ó por lo menos no me bastaría á mí.

»Y desde hace un instante siento que le amo, que le amo con toda la fuerza de mi corazón, hasta con arrebato. Yo me esfuerzo para que no lo comprenda, y el temor de que se revele, y sobre todo de amar más de lo que soy amada, me hace parecer fría, desagradable. Sin embargo...

»Su madre ha debido referirle nuestra conversación. Ayer nos encontramos solos un instante por primera vez. Después de almorzar tratábase de inspeccionar el jardín para ver dónde podríamos jugar á la raqueta, porque Edmunda lo deseaba mucho. Aquel joven oficial, Jorge Bertrand, compañero de Roberto, que no me agrada sino á medias, había atraído á mi hermana y los demás convidados á un lado, mientras que Roberto y yo examinábamos otro sitio, y súbitamente me dijo con una especie de resolución y casi con dureza en la mirada y en el acento:

—»Marta, no es digno de ti ni de mí mantenernos en una situación falsa. Nos vemos y obramos como si... como si nada se hubiese convenido; y sin embargo, debemos casarnos un día... ¿no es así?

»Esta pregunta me dejó helada... ¿Por qué? ¿Qué demonio es el que me infiltra esta frialdad en el momento mismo en que mi corazón se desborda? Tal vez será porque yo esperaba de él cierta vibración en la voz, alguna cosa que me hubiera dicho mucho más que las palabras: «¿No ves cómo yo te amo?»

»Antes de contestar me volví un poco para coger una rosa, y sin temblor en la voz le dije al fin:

—»Escúchame, Roberto, yo no quiero compromiso. Interrógate como yo me interrogo, y antes de terminarse el verano, ó se efectuará nuestro matrimonio ó nos separaremos como buenos amigos. Hasta entonces permanezcamos libres, completamente libres; y si uno de nosotros dice al otro: «No te amo como quisiera amarte,» comprometámonos á no experimentar más que agradecimiento: la peor deslealtad sería aceptar el matrimonio sin amor.

»Roberto me miró detenidamente, buscando al parecer en mi rostro alguna cosa que no existía, así como yo escuchaba un momento antes el sonido de su voz para distinguir un temblor que no reconocí. Tal era el esfuerzo para dominarme, que me parecía ser de mármol; y en aquel instante creí que sería casi una deslealtad dejarle entrever siquiera cuánto le amaba. Roberto dejó escapar un suspiro no sé si de impaciencia ó de desanimación, y después repuso como resentido:

—»Admiro tu calma y tu buen criterio... Consérvate libre; pero en cuanto á mí, me consideraré como tu prometido hasta el día en que me digas: «No te amo.»

-»¡No, no; eso sería injusto!

»Yo temblaba de emoción, y mi acento resonaba singularmente en mis oídos. Tal vez Roberto entrevió que mi calma no era más que aparente.

—»Como tú quieras, Marta.

—»Y que nadie sospeche...

—»Nadie sospechará... Por lo demás, añadió con amargura, sería difícil, dada tu actitud, creer que pensábamos en más intimidad que la de antiguos compañeros.

»¡Extraños desposorios! Diríase más bien que son una especie de lucha entre dos voluntades conocidas; y á pesar de todo soy feliz, y hasta me ha parecido que Roberto está más á su gusto desde nuestra última explicación. Ese hombre que en su juventud, absorto y grave, había carecido siempre de entusiasmo, parece querer desquitarse, aprovéchase de sus vacaciones completas, y disfruta como un escolar. Su madre está radiante de alegría, y en cuanto á mí, sumamente contenta con la atmósfera de placer que nos rodea, me rejuvenezco también. Siento deseos de cantar, correr y hacer mil extravagancias; ya no me reconozco, y hasta la tía Aurelia, viéndome tan alegre, perdona casi á Edmunda, atribuyendo á la llegada de mi hermanita este súbito cambio.

»Y á decir verdad, Edmunda contribuye algo á ello; su juventud en flor llena el aire de alegría, y perturba la tranquilidad un poco soñolienta del antiguo castillo. Mi hermana necesita movimiento, ruido, algo inusitado; no es una muchacha contemplativa, pero su entusiasmo por la campiña se acabaría pronto, si esto no representase para ella más que los cuidados del corral, los trabajos en el campo y hasta en el jardín. No tiene nada de campesina, pero en cambio la vida de la castellana le conviene perfectamente, al menos por ahora. La señora de Ancel ha manifestado desde luego mucho afecto á mi hermana - como todos los demás - y combina con ella expediciones á Trouville, cabalgatas hasta el bosque de Touques, jiras campestres, y qué sé yo cuantas cosas más. Roberto conoce á varios jóvenes de los alrededores y de las diversas estaciones balnearias, y todos van siempre detrás de mi hermanita como las mariposas en pos de la luz. Esa cosa que atrae, ese don misterioso que no consiste en la belleza, ese encanto particular de la mujer continuamente adorada, ese no sé qué, en fin, de que carezco, ella lo tiene en un grado que casi atemoriza. Los campesinos, después de saludarme respetuosamente, se vuelven para mirarla; los mismos animales parecen sometidos á ese extraño magnetismo que hay en ella; las avecillas no remontan el vuelo cuando mi hermana se acerca, y los perros solicitan sus caricias. En todas partes y para todos ella es la soberana, el ser amado, adorado; y yo no sé si ella conoce su poder; pero seguramente se considera feliz, y se aprovecha algo de él cual si fuese una verdadera niña. Si por casualidad siente deseo de abusar de esa fuerza misteriosa, siempre lo hace cuando está presente el capitán Bertrand; y si yo le predico un poco de moral, se arroja en mis brazos y me jura que será juiciosa en lo futuro. Es como aquellas penitentes que, gracias á una confesión pasada y seguras de la absolución próxima, continúan pecando con sin igual desenvoltura, creyéndose autorizadas para ello.

»¡Pero es tan niña mi pequeña Edmunda, tan afectuosa, y muéstrase tan agradecida por la ternura con que la trato! ¿Cómo no perdonarla? La tía Aurelia me dijo el otro día: «¿Cariñosa? Ciertamente; también mi gata lo es; pero se acaricia á mi costa, lo cual difiere mucho. ¡Así es como Edmunda te acaricia á ti!» A pesar de esta severidad en su juicio, mi tía se deja seducir igualmente por los encantos de la hechicera. Yo no creo que Edmunda tenga una inteligencia extraordinaria, y dudo que los grandes problemas del bien y del mal en la tierra, de la inmortalidad del alma y hasta de la cuestión social hayan perturbado ja más su sueño de niña; pero tratándose de las cosas de la vida, es muy avispada. Quiere que todos la amen siempre, y se vale de mil medios para conseguir sus fines. Ha reconocido muy pronto en mi tía Aurelia su afición de artista, que á falta de lápices y de colores hace con su aguja verdaderas maravillas; y Edmunda, que sabe tal vez hacer el dobladillo de un pañuelo, aunque no estoy segura de ello, ha suplicado á mi tía con imperturbable seriedad que la inicie en los secretos de esos bordados tan finos y primorosos, con los que confecciona cortinajes, adorna muebles enteros y hace labores preciosas demasiado ricas para que nos atrevamos á usarlas. Ha sido necesario enseñar á esa novicia entusiasta las casullas y los ornamentos de iglesia recogidos con mucho trabajo en las tiendas de los prenderos; mas mi tía le dijo: «Recomiendo á usted que no diga nada al señor cura, que admira ingenuamente cuanto yo hago. ¡Si él sospechara esto!» Y Edmunda contestó con mucha seriedad: «Eso sería vender el secreto profesional, puesto que yo aspiro á ser discípula de usted.» Cuando la tía Aurelia duda de alguna cosa, acostumbra á refunfuñar, é hízolo así un poco ruidosamente, murmurando: «¡Esta muñeca se burla de mí!» Pero la muñeca, grave como una imagen, empleó una hora para aprender un punto de bordado, diciendo cosas muy sensatas. Yo tenía mi libro en la mano durante la sesión, y no me costó poco mantenerme seria. La severidad de mi tía desvanecíase por momentos; y aquella hora de paciencia favorecerá más á la causa de la «intrusa,» como mi tía llamaba aún á mi hermana, que las más vivas demostraciones. Sin embargo, al cabo de una hora, Edmunda guardó su labor en un pequeño neceser de lujo - naturalmente poco útil, - y después me dijo: «¿Vienes conmigo Marta? Iremos á correr por el parque, porque mi sabiduría está todavía en la infancia, y es preciso tenerle consideración...» La tía Aurelia se encogió de hombros, pero tuvo para su discípula una sonrisa llena de indulgencia maternal. Un esfuerzo más de Edmunda bastará para conquistarla del todo.»

IV

Según todas las previsiones, Roberto de Ancel estaba destinado á una vida de ociosidad y de locuras. Hijo único de viuda, dueño de sí, disfrutando de la más completa libertad, muy joven y poseedor de una bonita fortuna, nada le impelía hacia los estudios serios ó las grandes ambiciones; pero felizmente para él, en la edad de las pasiones sintióse atraído sobre todo hacia las cosas del espíritu. Alumno de la escuela *des Chartes,* distinguióse muy pronto entre todos sus condiscípulos, y además fué una especialidad, lo cual indica una verdadera vocación; la historia le atraía en particular, y en ella se acantonó. Muy joven aún, tuvo la idea de escribir una obra que debía titularse: *Historia de los duques de Saboya en los siglos* XVII *y* XVIII, y para la cual necesitaba hacer innumerables investigaciones y algunos años de trabajo. Entonces apreció mejor su posición desahogada, que le permitía dedicarse al estudio desinteresado, hacer viajes y buscar minuciosos datos, cosas de que deben abstenerse los pobres diablos que están en la precisión de ganar el sustento.

Roberto contaba ya treinta años y no había escrito aún el primer capítulo de su libro; las notas se acumulaban, desarrollábanse los estudios á medida que progresaba; quiso reducir su asunto, y con frecuencia se desanimó, diciéndose que otros muchos antes de él habían ideado nobles trabajos y al fin no hicieron más que entreverlos. Sin embargo, por vía de ensayo quiso escribir algunos artículos para la *Revista histórica,* artículos que gustaron bastante en el reducido círculo de los sabios. Después, eligiendo en la colección de sus documentos un asunto relacionado de cerca con el principal de su gran obra, lleno de ligeros detalles divertidos y en que se hablaba de esa sociedad del siglo XVIII que excita la curiosidad de la gente de mundo, así como también la de los eruditos, le trató con la idea de hacer una gran revista. Temía haber perdido durante aquellos años de preparación el estilo galano de su pluma, reconocido en él cuando aún era muy joven. Roberto temía mucho pasar por un necio, y de consiguiente fijó la mayor atención en el estudio para la gran revista; escribióla como hombre de mundo, con estilo alegre, disimulando lo mejor posible la erudición, que constituía su fondo. El artículo fué aceptado al punto, y publicóse sin mucha tardanza, obteniendo un verdadero éxito. Roberto se consideró muy feliz con este primer triunfo, pues había sabido dominar un pequeño asunto y acabaría sin duda por vencer en otro de mayor importancia. No sería tan sólo una rata de biblioteca, sino un historiador en la verdadera acepción de la palabra, un hombre que sabe comunicar movimiento, color y vida al pasado. En adelante podría avanzar sin temor, pues por más que su vasto asunto se presentase ante él cada vez más formidable, le dominaría al fin. La victoria estaba lejos aún sin duda, pero llegaría, y hasta entonces tendría paciencia porque era fuerte.

De esta lucha interior guardó siempre el mayor secreto; habíase apasionado por ella hasta el punto de que le absorbiera completamente; hacíale estar siempre taciturno, y los años habían transcurrido así rápidos y silenciosos. Profesaba á su madre el más tierno cariño, sabiendo que la pobre mujer no vivía más que para él desde su viudez; mas no le era posible iniciarla en sus angustias íntimas de trabajador y decir: «No estoy seguro de mí; tal vez no sea tu hijo más que un rutinario como los muchos que hay.» La buena señora hubiera sufrido sin comprender lo que se le decía.

Lo que la viuda no se explicaba apenas era la vida retirada de aquel mancebo, lleno de salud, que en ciertas ocasiones sabía mostrarse alegre y hasta algo loco de improviso. Cierto que pasaba gran parte de su tiempo en París, mientras que ella vivía todo el año en el campo; pero su hijo la visitaba con frecuencia, hasta en invierno, y consagrábale casi siempre todo el verano, aunque entonces se encerraba desde la mañana hasta la noche en su despacho. La madre le veía á las horas de comer, y á veces inducíale á dar un paseo; pero á esto se reducía todo. Este género de vida parecía convenirle muy bien, y hasta estaba alegre y hablaba á su madre con toda sinceridad.

Naturalmente la señora de Ancel soñaba en casarle. Según ella, según la buena señora Despois y según otras muchas personas, su vecina Marta Levasseur era la mujer ideal que aquel joven tan serio necesitaba. Durante algunos años Roberto no había querido oir hablar de matrimonio, pensando sin duda que sería una triste cosa para una mujer tener un marido cubierto de polvo por el contacto con los antiguos archivos y los papeles amarillentos; pero después, siempre que volvía á ver á Marta un poco íntimamente, reconocía que ésta, en efecto, no se asemejaba á las jóvenes vulgares, ávidas de placer y ansiosas de lujo y movimiento. La aversión de Marta al matrimonio por conveniencia, su obstinada negativa cuando se la proponía el casamiento y por último su carácter mostaraz acabaron por interesar á Roberto, y al fin, habiendo aumentado sensiblemente el atractivo verdadero que Marta tenía para él durante el invierno en que los dos jóvenes se vieron con más frecuencia que de ordinario, Roberto creyó muy sinceramente que estaba enamorado de su vecina, que sería feliz teniéndo-

la por esposa y que la vida junto á una mujer inteligente y formal sería muy dulce. He aquí por qué cuando su madre, temblando un poco ante la iniciativa que había tomado, le refirió su conversación con Marta, Roberto, después de guardar silencio algunos minutos, levantóse, se arrodilló ante la buena señora como cuando era pequeño, y le dijo:

– ¿Conque te complacería tener también una hija?

– ¡Mucho, Roberto, mucho!

– Lo comprendo así, querida madre, pues te abandono demasiado á menudo para empaparme en mis eternas notas.

– Pero yo no quiero que te cases precisamente por mí. Si amas á Marta, tómala por esposa; mas de lo contrario, casarte sería un error tan cruel para ella como para ti.

– ¡Qué mamá tan sentimental tengo!.., exclamó el joven. ¡Amor!.. es una gran palabra. Yo he creído algunas veces amar, como otros muchos, y en confianza te diré que me parece haberme engañado completamente. Nada de fuertes emociones, ni borrasca, ni gritos, ni desesperación, ni loca embriaguez; tan sólo una ligera opresión de corazón cuando..., no sé cómo decírtelo..., cuando me veía suplantado, y después un exceso de trabajo que me hacía perder la gana de comer y de beber. Entonces sondeaba mi corazón, pero todo había concluído y no conservaba impresión alguna.

– Espero, hijo mío, que cuando pienses en Marta no hallarás la menor comparación con...

– Ninguna, madre mía, ninguna; tranquilízate. Amo mucho á Marta, y creo que siempre la amé extremadamente. ¿Es pasión? No lo creo, pues en el fondo soy tal vez incapaz de concebirla. Si Marta llegase á ser mi esposa..., mira, al decirte esto siento una dulzura inefable en el corazón que bien pudiera ser amor..., si llegase á ser mi esposa, te juro que la haré feliz y que yo quedaré muy complacido. ¿Te basta esto?

– A mí sí; pero en cuanto á ella nada sé. Desde muy pequeña ha visto sufrir á su madre, y los niños inquieren, sin comprender, de una manera maravillosa. En fin, tenéis delante todo el verano para decidiros.

– Yo quisiera que se resolviese desde luego. Me conozco, y sé que una vez empeñada mi palabra no miraré á derecha é izquierda; pero esos compromisos, que no son verdaderamente tales...

– Te molestan para tu trabajo, ¿no es cierto?, preguntó la madre sonriendo.

– Eso mismo.

Así era, en efecto; pero había además otra cosa. Al evocar la imagen de Marta, Roberto la veía acompañada de otra; las dos hermanas, siempre juntas, formaban notable contraste: la una, alta, delgada, seria, con hermosos ojos de mirada profunda; la otra, pequeña, alegre, ostentando sus frescos colores, con la mirada llena de atractivo, con sus sonrisas que enloquecían, aparecíansele unidas, y no estaba seguro de escuchar la voz de timbre grave más bien que la risa argentina, ni de fijarse con preferencia en la mirada de la mayor que en la de Edmunda. De aquí resultaba para él un malestar que no quería definir y casi un remordimiento que rehusaba analizar.

Y cada día sentía más no haberse comprometido por juramentos de amor con la que deseaba tener por esposa.

No solamente no estaba comprometido por ningún juramento, sino que ninguna de las personas que le rodeaban parecía sospechar que hubiese entre ellos más intimidad que la pasada, ni aun la tía Aurelia, que había renunciado á sus sermones, al ver que durante tanto tiempo no produjeron resultado, y que se familiarizaba casi con la idea de que Marta no se casaría nunca. Ciertamente observaba que Roberto iba al castillo más á menudo que antes; pero la presencia de Edmunda, las frecuentes reuniones de amigos y vecinos y la alegría que comunicaba á todo el mundo un poco de movimiento bastaban para explicar aquellas visitas frecuentes. Además, el joven había declarado que hallándose verdaderamente un poco cansado á causa del incesante trabajo del invierno, quería solazarse bien en el verano, vivir al aire libre, nadar, montar á caballo, bailar y hacer mil locuras. De una manera ú otra siempre encontraba el castillo en su camino.

Con frecuencia iba acompañado de su antiguo compañero, el capitán Bertrand; habían sido amigos bastante íntimos en el colegio, y aunque disputaban siempre mucho, por tener ideas diametralmente opuestas sobre todas las cosas, después de una discusión violenta los dos se buscaban. Hasta las diferencias de sus temperamentos producían como un atractivo irritante, del cual apenas podían prescindir. En todo tiempo Jorge Bertrand había anunciado que entraría en Saint-Cyr, y desde su cuarto año de academia manifestó un profundo desprecio á los hombres de estudio. Era naturalmente violento y un poco brutal; adoraba la fuerza; el puñetazo le parecía el argumento supremo, y era muy temido de sus compañeros de carácter pacífico. Como Roberto le había probado varias veces que las razones morales no eran las únicas en que se distinguía, Jorge trató con cierto respeto al joven estudioso que no dejaba de tener buenos músculos y sabía servirse de ellos.

Después y durante algunos años los dos amigos se perdieron de vista; encontráronse por casualidad en un banquete, se tutearon de nuevo, y el capitán Bertrand tomó la costumbre de ir á fumar un cigarro de vez en cuando en casa de su antiguo camarada y llevársele á pasear al bosque. Al cabo de algún tiempo el capitán sufrió una grave enfermedad y obtuvo una larga licencia para ir á restablecerse en Trouville.

Pero bajo aquella aparente intimidad, la irritación se mostraba en los dos jóvenes como cuando estaban en el colegio, menos abiertamente sin duda, pero más seria en el fondo. Los defectos de carácter del joven oficial se habían acentuado más aún, contribuyendo á ello la vida de guarnición y el ejercicio del mando. El mismo capitán complacíase en referir cómo se hacía temer de sus soldados, y se lamentaba de que no fuese permitido tratarlos brutalmente como en otro tiempo; «porque, decía, un ejército no es en realidad fuerte sino cuando los soldados se ven reducidos al estado de máquinas.»

Cierto día refirió delante de las dos hermanas cómo consiguió domeñar á un soldado rebelde, no perdiéndole de vista y sorprendiendo siempre en él una falta para agobiarle de injurias, de castigos, de humillaciones y de trabajos de toda especie, hasta que al fin le embruteció. Pero un día, el hombre se rebeló de nuevo, desapareció y fué cogido como desertor.

– De este modo nos vimos al fin libres de aquel soldado, añadió el oficial; su mal ejemplo comezaba á influir en los demás.

– Y he ahí, dijo Marta con indignación, un hombre perdido por causa de usted. No le felicito por esto, señor capitán.

– Es la cizaña arrancada del campo de trigo, señorita, repuso Bertrand. La obediencia pasiva es necesaria en el soldado.

– Y me parece que en el oficial debe haber algo más que dureza.

Edmunda había escuchado sin decir nada. El capitán Bertrand, gallardo mancebo, de ojos azules y mirada dura y fría, atraíala singularmente. Juzgó que Marta se mostraba muy severa en su apreciación, y agradeció al oficial que contestara en broma, como si de hecho no se pudiera tratar seriamente un juicio femenino en semejante materia. No le desagradaba á Edmunda pensar que aquel hombre inspiraba temor á los soldados, siendo capaz de cometer una violencia y hasta una injusticia, pues junto á ella mostrábase sumiso y afable, y quedaba dominado á su vez. No podía dudarlo: el capitán Bertrand estaba á sus pies; hacía de él lo que se le antojaba, y obligábale á sonrojarse ó á palidecer según que se mostrara para él amable ó fría, lo cual era sumamente divertido para la linda coqueta. Los sermones de la hermana mayor no servían de nada, y Marta comprendió por primera vez que los seres al parecer débiles y maleables oponen á veces una fuerza de resistencia y una obstinación elástica que nada puede vencer, porque la razón no influye mucho en ellos. «¡Puesto que eso me divierte!..,» decía Edmunda. Nadie la sacaba de aquí. En buena ley, el mundo entero y todos sus habitantes no debían servir más que para recreo de la señorita Edmunda Levasseur, porque ésta era muy linda, encantadora y, en una palabra, deliciosa.

Los abrazos y caricias inducían á Marta á renunciar á su homilía. Bien mirado, el capitán sabría defenderse en caso de necesidad, y con tal que Edmunda no se le diese por cuñado no exigiría más. ¿Casarse con el capitán? ¡Oh! ¡No,



... y por otra parte me ha dispuesto esa magnífica panoplia

exclamaba la niña, de ningún modo! ¡Ser esposa de un oficial, dejarse conducir de guarnición en guarnición, sin oir hablar nunca más que del escalafón y de las promociones de compañeros injustamente favorecidos!.. ¡Jamás! Y después llamarse señora Bertrand, ella á quien no gustaban más que nombres bonitos con partícula... Y la loca niña se interrumpió algo confusa, sonrojándose vivamente.

– En cuanto á ti, te adoro, exclamó Edmunda impidiendo con un ademán que el sermón continuara. Tú eres un cura con faldas que me conviene por completo; pero advierte, hermana querida, que es preciso renunciar á corregirme. Yo no seré jamás una perfección ni una *mujer notable*, ni me será posible leer nunca grandes libros serios. Veamos; no frunzas el ceño: todo el mundo dice, y yo la primera, que tú eres una joven notable. La señora de Ancel no puede pronunciar tu nombre sin proclamar tus méritos, y su docto hijo habla contigo de sus trabajos. ¡Qué honor... y qué divertido debe ser esto! A mí no me hablan más que de lecciones de natación, de saltos, de cosas alegres y bonitas. Yo no soy más que una pobre chiquilla; pero tengo mi privilegio, créelo así, como sér débil á quien se trata con dulce compasión, á quien se dan siempre caramelos y á quien todos quieren ver engalanado, rozagante y risueño, teniendo por única misión en este mundo ser bonito y dejarse proteger. Si tú crees que no veo ni comprendo te engañas. En el fondo no soy tal vez tan muñeca como se me juzga; sé muy bien lo que quiero y adónde voy.

Poco á poco Edmunda se había exaltado; tenía las mejillas muy sonrosadas y los ojos brillantes.

– ¿A qué viene todo eso, pequeña Edmunda? Tú eres lo que eres, es decir, una niña adorable.

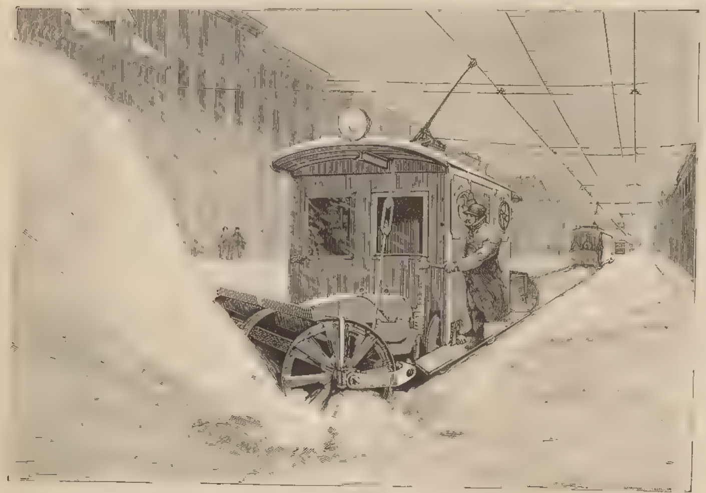
En Edmunda no duraban mucho las sensaciones, ni aun las más violentas; así es que comenzó á reir, y deslizóse en los brazos de su hermana con un ademán tan picaresco que ésta se conmovió.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTIFICA

TRANVÍA ELÉCTRICO QUITANIEVES

Conocidas son las grandes perturbaciones que en la vida de las ciudades producen las nevadas, tan frecuentes en América y que se dejan sentir principalmente en la explotación de los tranvías. Para los de tracción animal, cada día más escasos, una capa de nieve de algunos centímetros de espesor exige aumentar el tiro con un refuerzo de uno ó dos animales, y cuando la nieve cae en abundancia se hace preciso limpiar la vía, y así no es extraño ver dedicados á esta faena ocho ó diez pares de caballos. En estas circunstancias, el tranvía eléctrico presenta evidentes ventajas determinadas por el hecho de que la fuerza motriz de que dispone para su propulsión y para el barrido de la nieve es, por decirlo así, ilimitada.



Tranvía eléctrico quitanieves que funciona en Minnesota (Estados Unidos)

A fin de utilizar estas ventajas, la Compañía general eléctrica de Boston ha construído para las ciudades de Duluth, Minnesota, Spokane Falls y West superior un tranvía eléctrico quitanieves, que representa nuestro grabado y que ha prestado grandes servicios en dichas poblaciones desde que se empezó á utilizar en el pasado invierno. El aparato se compone esencialmente de un sistema locomotor que permite hacerlo circular á distintas velocidades y de una serie de escobas giratorias de hilos de acero movidas por un motor independiente colocado en la delantera del vehículo.

El experimento ejecutado durante el pasado invierno ha hecho que se introdujeran en el aparato primitivo algunos perfeccionamientos que le han convertido en un limpiador casi perfecto. Estos perfeccionamientos de detalles consisten en el uso de escobas giratorias que sobresalen por encima de las monturas de acero que las sostienen, de modo que resulten más elásticos, y de una pieza que tiene por objeto impedir la proyección de la nieve á demasiada altura.

El tranvía quitanieves va provisto de un doble aparato, uno á cada extremo, lo cual le permite funcionar en los dos sentidos, á la ida y á la vuelta, pues los tranvías eléctricos no utilizan generalmente los discos giratorios y marchan igualmente bien en uno ó en otro sentido. La corriente es naturalmente suministrada por un solo *trolley*.

Este sistema ingenioso, accesorio indispensable á las explotaciones de tranvías eléctricos en los países donde nieva con frecuencia y en abundancia, hace juego con el tranvía de riego: uno y otro demuestran que el tranvía eléctrico está completamente identificado con las costumbres americanas y que sus servicios en las poblaciones no se limitan al transporte de pasajeros, puesto que ya riegan las calles en épocas de sequedad y las barren en tiempo de nieve. – X.

* *
*

LAS PALOMAS EOLIAS DE PEQUÍN

El viajero que por vez primera visita la ciudad de Pequín queda sorprendido al oir una música extraña, cuyos sonidos se acercan, se alejan y al fin se desvanecen hasta que su oído nada percibe y el aire recobra su serenidad y su calma acostumbradas. A los pocos instantes reprodúcese el mismo fenómeno, y si entonces dirige sus ojos al cielo en el momento en que la orquesta aérea lanza sus notas mas sonoras, podrá distinguir una ligera nube cuyo color destaca sobre el azul del cielo; luego esa nube se acerca y dibuja claramente un vuelo de palomas que después de describir algunos círculos se posa en el recinto de alguna vivienda de la cual son huéspedes queridos.

La armonía eolia ha cesado y el viajero no duda de que esas palomas son los artistas de la aérea orquesta; pero ¿cuáles son sus instrumentos y cuál es el objeto de esa música, que si bien deja que desear desde el punto de vista de las leyes de la armonía, no por eso deja de tener un carácter poético que alegra á los habitantes de la capital china?

El instrumento se denomina chao-tse; la palabra ó el signo *chao* significa silbante y *tse* quiere decir mecánica; de modo que aquel vocablo equivale á mecánica silbante.

La forma del chao-tse es muy variable, según la disposición que se dé á los elementos de que se compone: estos elementos son pedazos de cañas yuxtapuestos á modo de caramillo y algunos están hechos con una especie de calabazas. En el extremo de las cañas y en uno ó varios puntos de la calabaza hay un silbato. El aparato ha de ser bastante ligero para que el animal no sienta incomodidad alguna por llevar el instrumento que se fija en él del siguiente modo: una pequeña paleta que se destaca de un punto del chao-tse se coloca entre las dos plumas caudales de la paloma, y por medio de un palillo que se pasa por una anilla de la paleta el instrumento se mantiene sólidamente: los silbatos están colocados en una dirección tal que el aire penetre en ellos con una fuerza proporcional á la rapidez del vuelo. Los sonidos tienen tonalidades que varían según las dimensiones de las cañas y de las calabazas. La fig. 1 reproduce algo reducidas dos muestras de estos instrumentos que no pesan más de 8 ó 10 gramos; la fig. 2 representa un aparato silbante fijado en la cola de una paloma en el acto de volar.

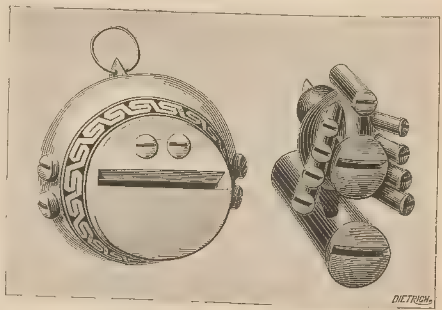


Fig. 1. Chao tse chino. — Silbatos eolios para palomas

¿A qué objeto obedecen los chao-tse? ¿Son simplemente instrumentos caprichosos ó artísticos, ó tienen algún fin utilitario?

El chao-tse reune todas estas cualidades: en efecto, esa institución aérea no data de muy lejana fecha, pues no existía en la época en que Pequín era una ciudad hermosa, limpia, bien cuidada. Difícil es precisar cuándo comenzó á degenerar; lo cierto es que actualmente la ciudad se encuentra en un estado deplorable: M. Whyte dice que es la más sucia, pobre y miserable del mundo, y los que en ella hemos vivido durante algunos años asentimos por completo á esta opinión.

El servicio de vialidad es nulo en ella; pero al igual que en las poblaciones, las aves de rapiña, en defecto de la edilidad, se encargan de él, y como éstas abundan en los alrededores de Pequín, pronto hacen desaparecer de las calles los detritus animales y vegetales. Dichas aves son principalmente el halcón, el gavilán de Stevenson, el águila y el *Buteo poliogenys*, perseguidor de las aves de corral y especialmente de las palomas.

¿Cómo sustraer á sus crueles garras á los elegantes volátiles tan queridos por los chinos? ¿Matar las aves de rapiña? Entonces ¿qué sería de las calles y del servicio de limpieza, que tan bien desempeñan los tales animales? ¿Secuestrar á las palomas? Esto sería convertirles en esclavos y aplicarles un suplicio.

Los propietarios de las palomas, teniendo todo esto en cuenta, han ideado los chao-tse que con su ruido espantan á los enemigos de las palomas y aseguran á éstas la libertad en sus paseos aéreos.

Los chinos, como todos los pueblos, tienen sus supersticiones, grotescas unas, inocentes otras: la del chao-tse pertenece al número de las agradables. Los chinos son muy aficionados á los sonidos diseminados por el aire: las vibraciones de los *gongs* ó de las campanas que se echan á vuelo en los días de ceremonias, que tanto abundan en su calendario, no son para ellos otra cosa que las voces de sus antepasados; los sonidos de los instrumentos pegados á la cola de las palomas traducen, según ellos, las palabras misteriosas que se escapan de la boca de los emperadores de las pasadas dinastías.

El chao-tse es una de las pocas poesías de la capital del Celeste Imperio.

Dr. E. Martin

(De *La Nature*)

* *
*

ESTUDIO DE LAS CORRIENTES TELÚRICAS

La relación que existe entre las variaciones accidentales de los elementos magnéticos y las variaciones de las corrientes telúricas ha sido evidenciada desde hace tiempo: sabido es, en efecto, que las transmisiones telegráficas se encuentran siempre más ó menos perturbadas y á menudo totalmente interrumpidas durante las fases principales de las grandes perturbaciones magnéticas. M. Blavier investigó esta relación en 1882, en la Escuela superior de telegrafía de París: los resultados obtenidos, á pesar de no referirse más que á un año, han demostrado cuán interesante sería una comparación continuada de los dos fenómenos, cuyo registro regular sólo se efectúa en el observatorio de Greenwich. Gracias á la iniciativa de M. Mascart y al benévolo concurso de la Administración de telégrafos francesa, va á proseguirse aquel estudio, que se continuará con regularidad en el observatorio del parque Saint Maur. Dos alambres especiales de 15 kilómetros de longitud rectilínea, orientados exactamente de Norte á Sur (de Rosny-sous-Bois á Limeil) y de Este á Oeste (de Groissy al reducto de la Faisanderie) y en comunicación con la tierra por sus dos extremos han sido colocados para desempeñar exclusivamente este servicio: un tercer hilo destinado al estudio de la componente vertical de las corrientes forma un circuito cerrado de igual longitud que las dos otras líneas. Estos tres alambres pasan por el observatorio, en donde se introducen en los circuitos algunos galvanómetros. Las

variaciones de las corrientes serán registradas por medio de un aparato idéntico al que se emplea para las variaciones magnéticas. Monsieur Moureaux procede actualmente á esta importante instalación.

* * *

ELIMINACIÓN MECÁNICA DE LOS MICROBIOS

Ha sido presentada á la Academia de Ciencias de París una nota de M. Lezé, profesor de la escuela de Grignon, en la cual su autor da á conocer el resultado de numerosos experimentos, que demuestra la posibilidad de la separación de los microbios de los medios en que viven.

Partiendo del principio de que los microbios que contienen materias celulósicas albuminoides ó minerales tienen una intensidad superior á la unidad y sólo flotan en los líquidos en fermentación, tales como el vino, la sidra y la cerveza, merced á sus dimensiones extremadamente pequeñas ó á los gases que contienen, M. Lezé ha llenado algunos tubos con estos líquidos, y luego, después de haber soldado éstos por medio de la lámpara, los ha sometido á la acción de la fuerza centrífuga, con lo cual aumenta notablemente la tendencia á la separación, arrancando, por decirlo así, á los microbios de los medios en que pululan: casi todos los organismos, sobre todo los más grandes, se depositan en el extremo del tubo. Esta concentración de microbios puede ser utilizada en las investigaciones bacteriológicas, pues facilita el medio de reunir en un pequeño espacio microbios que por su disposición en el líquido podrían escapar á las investigaciones más minuciosas.

El autor cree que este procedimiento puede aplicarse á la purificación de las aguas contaminadas.

(De *La Nature*)

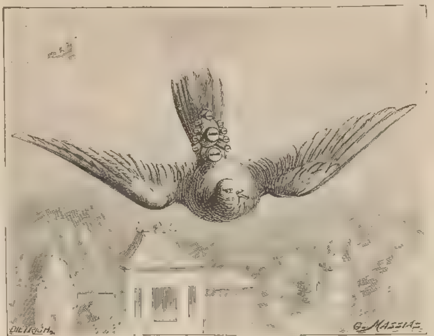


Fig. 2. Paloma provista de un silbato eolio

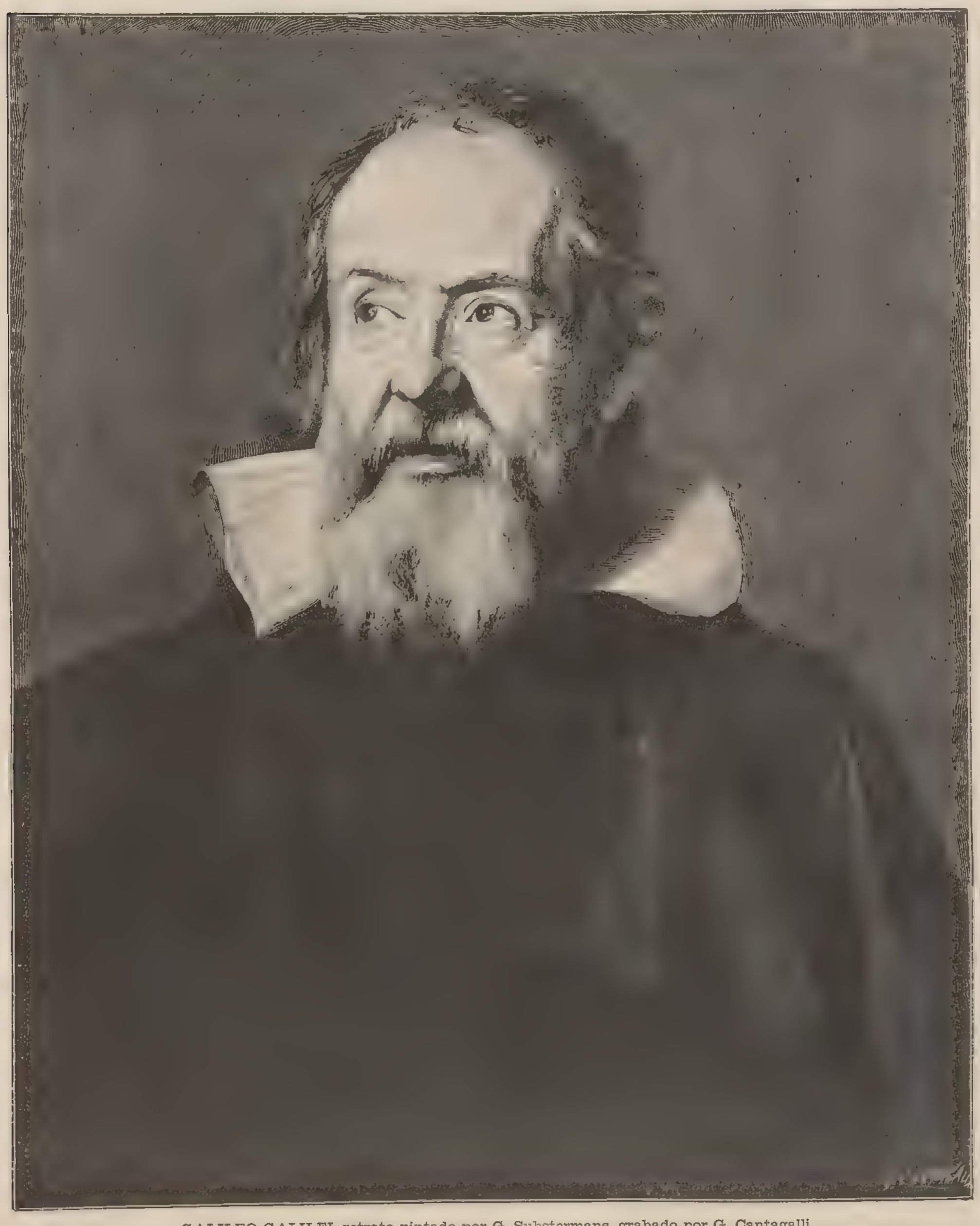


ABANICO QUE PERTENECIÓ Á LA REINA MARÍA ANTONIETA, propiedad de D. Antonio Lan[illegible], de Madrid (de fotografía de J. [illegible])

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 16 DE ENERO DE 1893 — NÚM. 577



GALILEO GALILEI, retrato pintado por G. Substermans, grabado por G. Cantagalli

Existente en la galería degli Uffizi, de Florencia (fotografía de C. Brogi, de Florencia)

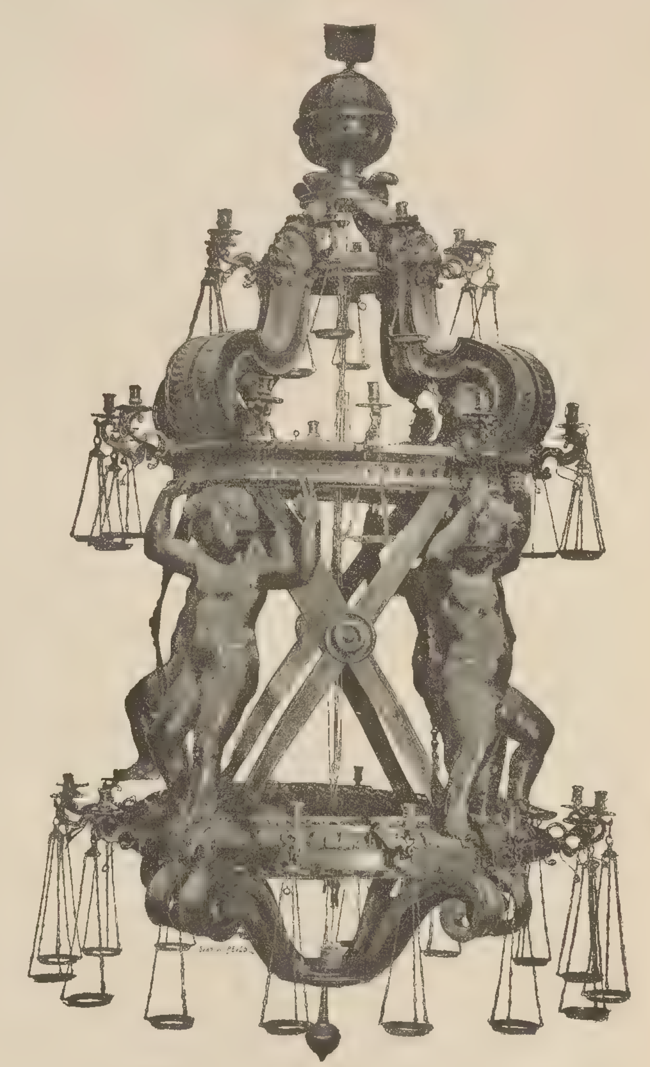
MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Resumen. – Fin de un año y comienzo de otro. – Cuán funesto el noventa y tres para las repúblicas. – Paralelo entre la Convención del siglo pasado y la Convención de nuestro siglo. – Superioridad de la guillotina sobre la deshonra. – Movimiento teatral en París. – Una novela de los Goncourts convertida en comedia. – La *Lysistrata*, de Aristófanes, trasladada del griego al francés. – Carácter de las obras helénicas. – Influjo de la mujer en política. – Manifestaciones católicas de nuestras damas. – Conclusión.

I

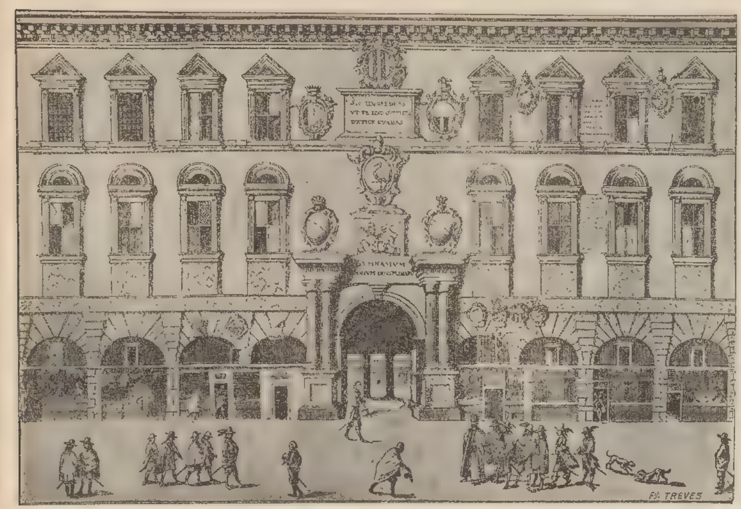
¡Un año! Parécenos la eternidad cuando comienza; y al acabar, parécenos un soplo. Si convertimos los ojos con impaciencias naturales á cualquier dicha esperada en el transcurso de un año, creemos el tiempo muy tardo; y si los convertimos al recuerdo de dichas concluídas y olvidadas en otros años, creemos el tiempo muy rápido. Este noventa y tres que comienza debe dar mal de ojo á las repúblicas, porque pasa en el mundo como año clásico del terror. Lo cierto es que al acercarse, al surgir de nuevo en la escena del siglo XIX este año nefasto, como si fuera su antecesor del siglo XVIII, las Cámaras francesas, erigidas á costa de tantos esfuerzos, hanse trocado en una especie de Convención revolucionaria, y los republicanos franceses en una especie de terroristas, entretenidos en mandarse mutuamente unos y otros por medio de recíprocas delaciones, no á la guillotina, donde tantos de ellos descabezara el verdugo sin arrancarles por eso la honra, entre aquellas fulguraciones, tan terribles, pero tan luminosas, del volcán revolucionario, á la picota del deshonor y de la infamia, donde mueren las almas. No puedo figurarme lo que sucede hoy en Francia, sin verme abrumado por el peso de una intensísima tristeza. El espesísimo aire de calumnias en que respiran, aunque ahogándose, los republicanos del gobierno; los terribles acusadores suscitados y las enormes acusaciones dirigidas contra la Cámara y puestas en circulación y selladas con señales de legitimidad por la Cámara misma y sus increíbles comités; el desplome de ministros honradísimos en procesos infamantes, los cuales procesos en el solo propósito de procesar no más, traen aparejadas la pena y el castigo, pues para la sospecha y la maledicencia no hay sobreseimientos posibles; el ingreso en calabozos inmundos de personajes designados á la vindicta pública por disposiciones ministeriales más ó menos arbitrarias; todo este conjunto de incidencias trágicas han hecho de la realidad un teatro más vivo y más interesante y más embargador que todos los habituales teatros del arte. Así no puede maravillarme la poca fortuna obtenida por las nuevas representaciones en la corriente parte del año, tan propicia de suyo á los recreos y á los espectáculos; pues en estos días las fiestas artísticas han de sucederse por ley natural, como correspondencia debida con las festividades religiosas. Nueva tentativa de acomodar al género dramático el novelesco acaba de frustrarse ahora mismo en París. Autores muy acostumbrados al teje maneje de la escena se han decidido por arreglar al teatro uno de los libros realistas hechos por los hermanos Goncourts en colaboración y bautizados por ellos con la denominación extraña de psicológicos estudios. Y así como para la psicología les falta sistema y lógica indudablemente á tales autores, para el arte les falta proporción y armonía. Las ideas más puras toman en ellos el carácter de las sensaciones más fuertes. Y según lo roto y lo fragmentario de sensaciones tales, nadie diría que hubieran pasado de los nervios y subido al centro de un común sensorio, como llamaban al cerebro nuestros padres. Y las obras de arte deben tener dentro de sí una lógica inconsciente que las constituya en verdadero sistema, y unas proporciones que les presten la medida y la regularidad indeliberadas de los grandes monumentos arquitectónicos. Y la escena, para la cual hay que pensar en el público ante todo, tiene un conjunto tal de reglas, no promulgadas por academia ni legislación alguna, pero sabidas por todos los genios dramáticos, que no podrán sustraerse á ellas ni aquellos dramas de Shakespeare y de Calderón, que parecen más personales y más sujetivos y más desordenados. Pero la imaginación de los hermanos Goncourts, tersa, clarísima, diáfana, parece un cristal de Venecia que contra el suelo se ha estrellado en mil fragmentos, maculados todos ellos por la rotura, aunque algunos de un extraordinario brillo y de un deslumbrante resplandor. Así *Carlos Demailly*, que bajo tal título se nos presenta el drama de los Goncourts, no ha conseguido el favor de la opinión y de la prensa, quedando entre las tentativas teatrales marradas por ignorancia ó por olvido de todo cuanto deba ser en el mundo un teatro.



LA CÉLEBRE LÁMPARA DE GALILEO EN LA CATEDRAL DE PISA, obra de Vincenzo Possenti

II

Más feliz hame parecido el acuerdo de un poeta dramático que priva en la *Chat-Noir* y que se llama M. Dounsaz. Este ha puesto en escena con una traducción feliz la *Lysistrata*, de Aristófanes. Nada tan local y particularista como el gobierno de los griegos, y nada tan humano y eterno como el arte de los griegos. Sus dioses reinan todavía, no en los templos y en los altares, pero sí desde los jardines hasta las estrellas. No hay adornada floresta de pueblo ninguno que destierre las simulacras ó estatuas de las divinidades helénicas, ni aparece ninguna estrella en el cielo infinito sorprendida por los escudriñadores telescopios modernos á la cual no le pongan sus descubridores los celestiales nombres mitológicos. Y esto sucede más todavía que con su religión, de seguro con su teatro. Prometeo anticipa la historia de todos los descubridores; Medea la historia de todos los celosos. Orestes ha pasado á las literaturas íntegro; y el símbolo eterno de todas las fatalidades mecánicas, fisiológicas, atavas que pesan sobre nosotros los mortales, representados eternamente por la figura casi arquetípica del inmortal Edipo. Pues en el teatro cómico hay personajes que aparecen como verdaderas figuras típicas y que duran casi tanto como los personajes trágicos. No conozco ninguna obra cómica del mundo que haya en veinticinco siglos representado la oposición entre las creencias del sentido común y las ideas del criterio filosófico cual Aristófanes la representa en su comedia *Las nubes*, que tanto contribuyó á la inmolación del divino Sócrates. Pues la *Lysistrata*, puesta en los teatros de París hoy, representa como ninguna otra la oposición entre los ho-



FACHADA DEL BO EN TIEMPO DE GALILEO (del *Gymnasium Patavinum* del I. F. Tomasini)

gares y las plazas, entre la vida pública y la vida privada, entre los deberes del hombre para con su familia y los deberes del hombre para con su Estado y patria. Esta comedia política es la comedia por excelencia de Aristófanes, el cual castigaba con furor en ella todos los excesos de los dos grandes poderes que fundó el genio incomparable de Pericles, la ciencia y la democracia. Pero ¡ah! que le sucede al buen Aristófanes en su papel histórico mucho de lo que al buen Horacio le sucede también; perteneciendo por su nacimiento, por su educación, por su altura intelectual, por su gusto depurado á una época de perfección clásica, les toca señalar el tristísimo período de una incipiente decadencia. ¡Ay! Así como el arte simbólico, digámosle oriental, concluye, según las profundas observaciones de Hegel, cuando el símbolo y lo por él significado se apartan, concluye á su vez el arte clásico cuando se divorcian las serenas armonías, en él reinantes, entre la forma y el fondo, entre la idea íntima y su expresión perfecta. La risa, la caricatura, lo grotesco, lo ridículo, caen abrumadoramente sobre la paz y serenidad antiguas. Desconciértase la incomparable armonía que ha hecho compenetrar la forma con el fondo en todo el teatro y en todo el arte clásico. Lejos de acercarse la realidad al ideal, se divorcia de él y presenta por lo mismo un desconcierto muy contrario á la plenitud de tranquilidad representada por aquellos bajos relieves armoniosísimos, por aquellas estatuas serenas que caracterizan con caracteres indelebles el clasicismo. La comedia griega, como la sátira latina, señala el comienzo de un desconcierto entre la realidad y la idea, desconcierto que ha de concluir tarde ó temprano por un irremediable decaimiento. Aristófanes, como los primeros fundadores del teatro cómico, se nos ofrece y presenta poseído por una borrachera, no de vino, como ellos, de genio ciertamente. Pocos escritores guarda la historia dotados tan largamente de gracia infinita, tan dispuestos á la carcajada ruidosa continua, tan idóneos para descubrir el lado ridículo de todo individuo y objeto, tan ricos en verdaderas indignaciones é invectivas. Cierto que la desvergüenza del cómico llega en su desenfreno adonde pueda llegar la brutalidad asquerosa del rústico peneque. Quiere con licencias de lenguaje corregir licencias de costumbres. Los actos más carnales y los vicios más inmundos allí aparecen todos á una, en desnudez incomprensible á nuestro gusto moderno. Entablan marido y mujer conversaciones sobre temas de alcoba que no podemos leer hoy sin asco y que no podría presenciar el público nuestro sin levantársele á una la conciencia y el estómago. Entre los estiércoles y los detritus de tantas indecencias, no quiero deciros cómo estarán de sucias y manchadas las pobres mujeres en su escena. Pero bajo la suciedad se descubre, muy principalmente aquí en el tipo de Lysistrata y en el argumento de la comedia que preside y caracteriza ella, todo el importante papel representado en las sociedades helénicas por sus hermosas mujeres. Aristófanes quiere mostrar á la sociedad cuánto importa para el concierto mejor de los negocios el influjo de la mujer, no sólo en la vida privada, en la vida política también. Y su método peculiar de manifestar todas las verdades que cree y que siente por medio de la caricatura grotesca, de la ironía cruel, de los sarcasmos amarguísimos, presta un relieve indudable á todos sus pensamientos y les da un carácter cómico muy asequible á todas las muchedumbres. Mucho ha reído la humanidad hasta verter lágrimas á fuerza de reirse. Y en todas las épocas que representan las verdaderas transiciones históricas aparece un satírico encargado de poner en contraste la sociedad que se va con la sociedad que se acerca. La vejez ríe tanto cuanto la juventud llora. El amor, que tiende á lo trágico en el púbero, tiende á lo cómico en el anciano. Cuando una sociedad se ríe mucho, esta sociedad se halla en los umbrales de la muerte. Ved cómo los satíricos romanos, vedlos, Juvenal, Marcial, señalan el tránsito de las edades clásicas á las edades cristianas. Ved los satíricos del siglo XIV señalando otro grande tránsito, el de las edades teocráticas al Renacimiento. Ved Erasmo, Hutten, Rabelais, Pulci, Ariosto, Cervantes, señalando la transición de los siglos medios al mundo moderno. Ved Voltaire señalando la transición de los siglos monárquicos á los siglos revolucionarios. Pues bien: Aristófanes con sus burlas y con sus carcajadas también señala el tránsito desde las edades áticas á las edades macedónicas, desde la república organizada por Pericles al imperio terrible organizado por Filipo y por Alejandro. Tal ministerio le toca representar en el mundo á los que se ríen mucho. La carcajada epiléptica de todos estos burlones resulta más triste, mucho más triste que los lamentos de todos los poetas elegiacos. Cuando uno lee Jeremías ó Isaías, cree oir en sus lamentaciones y en sus trenos el acento de un mundo en plena conciencia de la suerte que le aguarda y con la compostura y la tristeza dignas de sus trágicas agonías. Pero cuando ve uno al buen Aristófanes riéndose á todo reir, entristece, ya porque no encuentra en él aquella penetración de su triste suerte, ya porque agobia más el dolor cuando se burla y ríe que el dolor cuando se plañe y llora.

III

La índole capitalísima del genio aristofanesco hállase por consentimiento universal en su carácter político. Las caricaturas nuestras de los periódicos batalladores, las invectivas del artículo de oposición diaria sugerido por sentimientos exaltadísimos, las arengas vehementes dichas en las izquierdas y en las montañas de todos los congresos, cualquier proclama de las muchas vertidas por labios populares en los clubs facciosos de nuestros días, os granjearán la noción precisa de la comedia verdaderamente aristofanesca, tan propia para provocar á un tiempo risas y tempestades. Pero la política de Aristófanes ciertamente responde á ideas y afectos de conservación más que á ideas y afectos de progreso. Grecia, organizada por Solón, había recibido profundas alteraciones en la guerra con los persas, cuando el enemigo común que hollara el suelo helénico demostró cómo necesitaba el territorio aquel de todos sus hijos, si quería vencer. La severa lógica de los hechos dijo que si valían todos los atenienses para el combate, valían también todos los atenienses para el comicio. Así es que la guerra de su independencia no solamente puso á la divina Hélade aparte y fuera del influjo extraño, sino que también la inspiró una idea bien luminosa, la idea de regirse á sí misma democraticamente. Arístides, el virtuosísimo Arístides, llamó todos los ciudadanos á las asambleas. Y cuando ya estaban todos en las asambleas, Pericles, el gran Pericles, retribuyó el ejercicio de las funciones políticas, lo cual abríales de par en par á las democracias las puertas del poder. Tal política no andaba tan fuera de camino como pretendían los reaccionarios, cuando, merced á ella, gozó Atenas de una larga paz, y esta larga paz acertó á coronarse con la diadema de todas sus glorias. Mas á la vuelta de algunos lustros se desnaturalizó, alterada por las grandes irrupciones demagógicas. Una democracia, siquier tuviera esclavitud y esclavos, no podía vivir á sus anchas ni desarrollarse con verdadera pujanza sino en el trabajo y en la paz. Ya lo dijo Pericles en su maravillosa oración á los difuntos. Empeñada una guerra, las democracias tenían que divertirse de su actividad trabajadora y hundirse por su mal en competencias, á cuyo fin y término sólo podía encontrar-



CASA EN QUE VIVIÓ GALILEO EN PADUA

se la muerte. Sacada de su quicio, metida en los combates, desnaturalizada por el cambio de su finalidad propia en otra finalidad extraña, los hondos sacudimientos guerreros le generaron una demagogia desconocedora del freno de las leyes, tentada por sus malos hábitos de una irremisible holganza, con todos los vicios del campamento y todos los extremos del combate, falta poco á poco de aquellas nociones jurídicas y de aquella eficaz actividad que dan á las repúblicas libres la necesaria complexión para gobernarse á sí mismas y todas las virtudes naturales en una progresiva democracia.

IV

El buen Aristófanes sintió las desgracias de Atenas y la decadencia que aquejara en la guerra del Peloponeso á la excelsa ciudad, atribuyéndolas sin fundamento, no á la degeneración y enfermedad agudísima del gobierno democrático, al gobierno democrático en esencia. Para él, Cleón, es decir, la demagogia, equivale á Pericles, ó sea en puridad á la democracia. De aquí, de tal idea, parten sus invectivas terribles al pueblo, sus movimientos desordenados contra toda la igualdad democrática, sus acerbos discursos, sus sátiras lanzadas no sólo sobre todo cuanto hay de perturbado y excesivo en los gobiernos democráticos cuando se pervierten, sino sobre todo lo que hay de justo y recto en esa plena vida de la libertad y del derecho. Confesemos, sin embargo, que hombres como Cleón, elevados á las alturas sin méritos propios, tenían que halagar las malas pasiones del pueblo para sobreponerse á él, alzándose tristemente sobre sus defectos y sobre sus vicios. ¿Quién podía reemplazar la elocuencia de Pericles? ¿Quién podía ejercer aquella fascinación ejercida por su alma? ¿Quién podía dirigir una guerra con su incomparable prudencia? Así cuando les abandonó el genio de Pericles cayeron en la guerra perpetua, y tal guerra perpetua con sumo empeño Aristófanes ridiculiza en su *Lysistrata*. Pocas veces hase burlado satírico ninguno con tanta gracia del excesivo influjo que pretenden alcanzar las mujeres sobre las determinaciones políticas de los hombres. ¿Qué hubiera dicho si viera nuestras más excelsas y hermosas damas, tenidas en culto idolátrico por nosotros, yendo á las presidencias de nuestros gobiernos en demanda y requerimiento de clausura y prohibición del templo evangélico, que recordará una herejía y una separación lamentables, pero que también representa una iglesia del Espíritu, del Verbo, del Dios cristiano? En esta edad materialista, cuando á cada paso un abismo se abre, cuando hasta los ejer cicios con la pelota y el recreo de los trinquetes provocan el juego de azar y las ruinosísimas apuestas, cuando el desenfreno en los bailes llega, según dicen las publicaciones diarias, hasta los últimos excesos, un templo más nos recuerda en último término que nuestro Dios está en el cielo y que á nuestra muerte se le reserva una perdurable inmortalidad. Y contra el ateísmo que devasta las conciencias, contra la moral utilitaria que rompe todos los grandes resortes de nuestra voluntad, contra el arte realista que apaga el ideal, no queda otro recurso más que una identificación de las almas creyentes y piadosas en el espiritualismo cristiano.

Madrid, 3 de enero de 1893

GALILEO GALILEI

Hace poco más de un mes, el 7 de diciembre último, la antigua y famosa universidad de Padua celebraba con gran solemnidad y aparato la fecha en que trescientos años atrás había tomado Galileo posesión de la cátedra de Física de aquel establecimiento docente.

Con este motivo se han evocado recuerdos y detalles de la vida de aquel grande hombre, que consideramos oportuno reproducir á nuestra vez, dispuestos, como siempre estamos, á tributar un homenaje de consideración al genio, máxime cuando el genio es tan útil á la humanidad como el docto italiano.

Nacido en Pisa en 1564 de una noble familia oriunda de Florencia, sus padres le hicieron seguir la carrera de Medicina y Filosofía en la Universidad de su ciudad natal; mas las doctrinas peripatéticas que á la sazón predominaban no lograron satisfacer su penetrante inteligencia. Desde entonces dejó adivinar las luchas que había de sostener en su vida, oponiéndose á las doctrinas de Aristóteles, lo cual le atrajo el antagonismo de sus profesores. Era aún alumno de aquella Universidad cuando á la edad de diez y nueve años hizo uno de sus más hermosos descubrimientos. Hallábase un día en la catedral; su mirada reflexiva fijóse en una lámpara suspendida en la bóveda y á la cual acababa el sacristán de comunicar un movimiento oscilatorio al ir á encenderla. Notó Galileo que las oscilaciones eran de la misma duración por más que su amplitud disminuía poco á poco, y esta observación le inspiró la idea de aplicar el péndulo á la medida del tiempo, idea sobre la cual volvió á meditar más tarde y que no se realizó sino después de su muerte.

Pero el descubrimiento que verdaderamente le ha inmortalizado fué el de las leyes del movimiento de los cuerpos sometidos á la acción de la gravedad.

Para comprender bien la gran parte que tuvo Galileo en los modernos descubrimientos cósmicos, basta abarcar con mirada sintética las ideas que acerca del universo predominaban en las mentes de los hombres hasta él y aun después de él.

Los antiguos, para obtener una explicación racional de los movimientos de los astros, necesitaban un principio, racional también, al que coordinarlos todos; pero no tuvieron intuición del verdadero y apelaron arbitrariamente al axioma geométrico de que en el universo todo debe explicarse por medio del movimiento circular y uniforme. Así lo admitieron como base de principios abstractos, sujetivos, ni demostrados ni demostrables, á los cuales procuraron reducir el mundo, como en un lecho de Procusto.

Los antiguos desconocieron la ciencia del movimiento, esto es, el conocimiento de las leyes que lo rigen y lo ligan indisolublemente á las fuerzas que lo engendran; ignoraron, á la vez que dicha ciencia, la ley física de la gravitación universal, ciencia y ley que han transformado el problema del Universo, y de geométrico, como antes se consideraba, lo redujeron á ser pura y esencialmente mecánico.

Galileo fué el creador de la ciencia en cuestión; el primero que analizó la aceleración que adquiere el movimiento por efecto de la acción de una fuerza constante, que fundó bajo los conceptos de inercia, aceleración y movimientos componentes y resultantes la teoría completa de los cuerpos graves que caen con movimiento rectilíneo, y que analizó exactamente el movimiento curvilíneo parabólico de los lanzados oblicuamente. También fué quien abrió, quien despejó, según la expresión de Foscolo, las vías del firmamento á Newton, el sabio inglés que tan alto supo remontar su vuelo por ellas.

Copérnico devolvió á la Tierra la teoría de su movimiento, columbrado, más bien que demostrado, por algunas escuelas antiguas; Galileo defendió con todas sus fuerzas, difundió, emitió el atrevido concepto de que la Tierra se mueve, y nosotros con ella, por el espacio interplanetario, y estudió el movimiento de los graves que en la superficie de la Tierra tienden á su centro; Kepler descubrió las leyes experimentales del movimiento central; Newton, reduciéndolo todo á síntesis y coordinándolo, demostró que la causa en virtud de la cual caen todos los cuerpos en la superficie de la tierra es de la misma naturaleza que la que obliga á los planetas á circular alrededor del sol, obedeciendo á las leyes deducidas experimentalmente por Kepler.

Copérnico, Galileo, Kepler, Newton son otros tantos nombres indisolublemente unidos al descubrimiento de la gravitación universal y á las nuevas ideas sobre el Universo.

Todo se mueve, decimos ahora generalizando el *e pur si muove* atribuído á Galileo. La idea fecundísima del movimiento nació, á decir verdad, con el sistema de Copérnico; pero el talento del físico italiano supo hacer de ella una nueva ciencia. En un principio la reconoció y aplicó al gran sistema solar, y en su desarrollo siguió una senda opuesta á la universalmente trillada; del sistema solar descendió á los sistemas menores de todos los planetas, de éstos á los planetas mismos, á cada cuerpo cósmico, á cada cuerpo terrestre y hasta á cada molécula.

Pero estos importantísimos descubrimientos, estos triunfos del talento y de la observación de Galileo, no los alcanzó este grande hombre sin concitarse el odio de los teólogos y peripatéticos que, rechazando sus ideas, mostrábanse ardientes partidarios de la inmovilidad de la Tierra. Comenzóse á calumniarle cerca de la corte pontificia, diciendo que sus opiniones astronómicas y sus descubrimientos estaban en contradicción con varios pasajes de las Sagradas Escrituras.

Antes de atreverse á acusarle abiertamente se le tendió un lazo; denunciáronse á la Santa Sede las doctrinas de Copérnico con el objeto evidente de obligarle y comprometerle á salir á su defensa, como era fácil suponer. En efecto, Galileo las defendió porque sabía que eran la verdad, pero lo hizo con una hábil prudencia. Dijo que los pasajes de la Biblia que se oponían á la verdad científica habían sido mal interpretados, y que además el fin de las Sagradas Escrituras era la salvación de los hombres y no la enseñanza de la Astronomía. Estas declaraciones no dejaron satisfechos á los jueces, que pronunciaron la sentencia siguiente: «Sostener que el Sol está colocado inmóvil en el centro del mundo es una opinión absurda, *falsa en Filosofía y formalmente herética*, porque es expresamente contraria á las Escrituras. Sostener que la Tierra no está colocada en el centro del mundo, que no es un punto inmóvil y que tiene un movimiento de rotación, es también una proposición absurda, falsa en Filosofía y no menos herética en la fe.»

UN AUTÓGRAFO DE GALILEO

Al comunicar esta sentencia á Galileo se le advirtió, por medio del cardenal Bellarmino, que se abstuviera de defender en el porvenir las ideas condenadas. Prometió Galileo todo lo que se le exigió y se apresuró á volver á Florencia. Una vez allí no se creyó obligado á obedecer, y en lugar de cambiar de opinión sobre el movimiento de la Tierra y la rotación del Sol sobre su eje, sostuvo el nuevo sistema con más ardor que nunca, y se dedicó á reunir las necesarias pruebas que debían darle el triunfo. Concibió la idea de escribir un libro que pusiera al alcance de todas las inteligencias las verdades que había descubierto, y lo publicó en 1632 con este título: *Dialoghi quatro, sopra i due massimi sistemi del mondo, Ptolomaico et Copernicanum.* La obra fué entregada á la Inquisición, y Galileo, á los setenta años, hubo de comparecer ante aquel tribunal. Llegó á Roma el 10 de febrero y fué encerrado en el palacio de la Trinidad del Monte, residencia del embajador de Toscana, siendo tratado materialmente con ciertas consideraciones. Se le aconsejó en secreto que reparara el enorme escándalo que había dado al mundo proclamando el movimiento de la Tierra, que es absurdo, puesto que está escrito: *Terra autem in æternum stabit quia in æternum stat.* A todas las razones astronómicas que daba el sabio oponíase la imposibilidad de que Josué hubiera podido detener el Sol si este astro estaba fijo, como Galileo sostenía. Las pruebas científicas eran acogidas con indiferencia.

El proceso duró veinte días; Galileo, intimidado por el rigor de sus jueces y viendo que sus razonamientos no podían ser comprendidos por inteligencias tan obtusas, abandonó, por decirlo así, su propia defensa. El 30 de abril de 1637 declaráronse cerrados los debates y se le ordenó que pronunciara solemnemente la abjuración de su doctrina. De antemano se había establecido el ceremonial: el ilustre anciano se arrodilló delante de sus jueces, y con la mano colocada sobre el Evangelio y con la frente inclinada pronunció las siguientes frases: «Yo Galileo Galilei, florentino, de setenta años de edad, constituído personalmente en juicio y arrodillado ante vosotros, eminentísimos y reverendísimos cardenales de la Iglesia

universal cristiana, inquisidores generales contra la malicia herética, teniendo ante mis ojos los santos y sagrados Evangelios, que toco con mis propias manos, juro que he creído siempre y que creo ahora, y que, Dios mediante, creeré en el porvenir, todo lo que sostiene, practica y enseña la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. He sido juzgado vehementemente sospechoso de herejía por haber sostenido y creído que el Sol era el centro del mundo é inmóvil, y que la Tierra no era el centro y que se movía; por eso hoy, queriendo borrar de las inteligencias de vuestras eminencias y de las de todo cristiano católico esta sospecha vehemente concebida contra mí con razón, con sinceridad de corazón y una fe no fingida, abjuro, maldigo y detesto los antedichos errores, y en general todo otro error, etcétera.»

Según dice la tradición, al levantarse Galileo dió con el pie en tierra y exclamó: *E pur si muove*. Si pronunció esta frase, sin duda fué mentalmente, puesto que se hallaba enfrente de enemigos demasiado feroces para perdonársela. Mas no importa que así fuera: la voz del género humano, al pronunciarla por él, le vengará eternamente de sus perseguidores.

Mostráronse satisfechos los jueces con esta retractación, pero aún quisieron continuar su venganza y dictaron contra él la sentencia siguiente:

«Siendo tú, Galileo, hijo del difunto Vicente Galileo, florentino, de edad á la presente de 70 años, el que fuiste denunciado en 1615 á este Santo Oficio:

»Que tienes por verdadera la falsa doctrina enseñada por muchos de que el Sol sea el centro del mundo é inmóvil y que la Tierra se mueva también con movimiento diurno;

»Que tenías algunos discípulos á los cuales enseñabas la misma doctrina;

»Que sobre ella has tenido correspondencia con algunos matemáticos de Alemania;

»Que has hecho imprimir algunas cartas tituladas *De las manchas solares*, en las cuales desarrollas igual doctrina como verdadera;

»Y que á las objeciones que á las veces se te hacían tomadas de la Sagrada Escritura, respondías comentando dicha Escritura conforme á tu sentido; y sucesivamente se presentó copia de un escrito en forma de carta, que se decía escrita por ti á un discípulo tuyo, en la cual siguiendo la proposición de Copérnico se contienen varias proposiciones contra el verdadero sentido y autoridad de la Sagrada Escritura;

»Queriendo este Santo Tribunal prevenir el desorden y el daño que de aquí puede seguirse y crecer con perjuicio de la Santa Fe; de orden de Nuestro Señor y de los Eminentísimos señores Cardenales de esta suprema y universal Inquisición fueron por los calificadores Teólogos calificadas las dos proposiciones de la estabilidad del Sol y del movimiento de la Tierra, esto es:

»Que el Sol sea centro del mundo é inmóvil de movimiento local, es proposición absurda y falsa en Filosofía y *formalmente herética* por ser expresamente contraria á la Sagrada Escritura:

»Que la Tierra no sea el centro del mundo inmóvil, sino que se mueva también con movimiento diurno, es igualmente proposición absurda y falsa en Filosofía y considerada en Teología *ad minus* errónea en Fe.»

Después de estas premisas dignas en verdad de gentes que tan gran prueba daban de su ignorancia, se agregaba que Galileo había incurrido en todas las censuras y penas conminadas por los Sagrados Cánones, concluyendo así la sentencia:

»Para que este grave y pernicioso error tuyo y transgresión no quede por completo impune, y seas más cauto en lo sucesivo, y sirvas de ejemplo á los demás para que se abstengan de delitos semejantes, ordenamos que por edicto público se prohiba el *Libro de los diálogos* de Galileo Galilei; y te condenamos á la cárcel formal de este Santo Oficio por el tiempo que nos plazca y á nuestro arbitrio; y para penitencia saludable te imponemos que durante tres años digas una vez por semana los siete salmos penitenciarios, reservándonos la facultad de moderar, cambiar ó levantar toda ó parte de dicha pena y penitencia.»

MONUMENTO Á GALILEO EN SANTA CROCE DE FLORENCIA

El papa Benedicto XIV anuló muchos años después esta absurda sentencia: los partidarios de la vetusta idea de la inmovilidad y fijeza de la Tierra fueron desapareciendo poco á poco, y hoy día la teoría del movimiento de nuestro globo se enseña en todas partes, hasta en Roma.

Galileo fué el vigoroso atleta que logró comunicar á las inteligencias nueva costumbre de pensar. Antes de él todo se basaba en el *a priorismo* y en el raciocinio deductivo; considerábanse los hechos como cosa secundaria, y debían plegarse, retorcerse, hasta reducirse y adaptarse al cuadro para ellos concebido por el pensamiento. Galileo dió al traste con tan funesto y estéril orden de cosas; vió en los hechos los verdaderos é insustituíbles maestros del pensador, y en vez de reducir los hechos á esclavos de la imaginación, los tomó como guía infalible de sus estudios.

Demostró que los hechos recogidos en virtud de una observación constante se pueden luego dominar con la labor de la mente; que si la imaginación no precede á la observación, sino que va en pos de ella, siempre halla modo de ejercer en la naturaleza su poder creador; que del trabajo combinado de la observación con el pensamiento surgen maravillosos edificios, sencillos en sí mismos, complejos como la propia naturaleza en sus manifestaciones.

En los principios fecundos iniciados por Galileo se inspiraron los hombres de ciencia que le sucedieron, y á esos principios se debe el gran movimiento científico moderno que hace maravillar con los milagros de sus descubrimientos, con el genio de sus aplicaciones técnicas.

Galileo es así el verdadero iniciador de la ciencia moderna: no se presentó entre dos siglos armados uno contra otro para erigirse en árbitro de sus discordias; sino que, circundado de la aureola de gloria más envidiable, aparece entre dos eras científicas, la antigua y la nueva.

Su figura descuella entre los contemporáneos y ningún progreso de sus sucesores puede disminuir su esplendor. Es el primer hombre verdaderamente moderno.

Los grabados que, referentes á la existencia de este grande hombre, incluímos en el presente número, merecen explicación aparte, aunque á continuación de las líneas que le hemos dedicado.

Es el primero uno de los mejores retratos de Galileo, pintado por Julio Substermans, y que se conserva en la Galería de los Oficios de Florencia. En él está Galileo presentado casi de frente, descubierto, con los ojos reflexivos, y la frente, como diría un poeta, grávida de inmensas ideas. Julio Substermans fué uno de los pintores flamencos enamorado del bello cielo italiano: nacido en Amberes en 1597, pasó, aún joven, á Florencia, donde fué bien acogido por Cosme II, logró adquirir renombre y murió en 1681.

Entre las muchas memorias del ilustre físico existentes en Pisa figura la casa en que nació el 18 de febrero de 1564, como se lee en la inscripción fijada en ella en 1864. – Pendiente del centro de la cúpula de la catedral de la misma ciudad se conserva aún la lámpara á que antes nos hemos referido y que fué fabricada por Vicente Possenti: conócese hoy con el nombre de *lámpara de Galileo*.

En Padua existe la casa habitada por él y en la que instruía á numerosos discípulos.

La fachada del Bo, representada en otro grabado, no es otra sino la de la antigua Universidad paduana. Donde hoy está este edificio había en el siglo XIII un palacio con dos torres de los Carrara. En 1364 este palacio fué convertido en posada, y en él se puso una muestra en que había un buey (*bo* en dialecto veneciano); en 1492 fué adquirido por el gobierno de la República véneta para instalar en él las cátedras universitarias diseminadas á la sazón en varios puntos de la ciudad de Padua. Donde estaban las cuadras surgieron las aulas; al antiguo nombre de *Hospitium Bovis* sustituyó el de *Sapientia*; pero todo el mundo siguió llamando *el Bo* al edificio y Universidad, y aun hoy los paduanos viejos para decir Universidad dicen *el Bo* y nada más.

En esta Universidad y precisamente en el gabinete de Física se conserva una reliquia de Galileo; es la quinta vértebra lumbar de este grande hombre. Encargado el célebre médico y matemático Antonio Cocchi de trasladar los huesos de Galileo desde el claustro á la iglesia de Santa Cruz, sustrajo esta vérte-

bra y se la legó á su hijo Raimundo. La preciada reliquia pasó luego de mano en mano hasta que el doctor Thiene la donó en 1823 al Ateneo de Padua. No cabe duda sobre su autenticidad, probada con documentos.

En el Prado del Valle se elevó en el siglo pasado la estatua del físico italiano representada en nuestro grabado, obra del escultor paduano P. Danieletti, el cual lo figuró en actitud de contemplar el sol, con la mano diestra levantada, mientras que la siniestra empuña un telescopio.

Extramuros de Florencia subsiste aún la Torre del Gallo, célebre por haberla habitado Galileo, y sobre todo porque le sirvió de observatorio astronómico. Esta torre, propiedad hoy del conde Paolo Galletti, ha sido restaurada en 1877.

El museo galileiano de dicha torre contiene manuscritos preciosos de Galileo ó referentes á él. Damos los facsímiles de dos de ellos: uno es la carta del inquisidor de Florencia al arzobispo Nicolini, en que trata de la sentencia dictada contra aquél; otro el de un autógrafo de Galileo, que revela las miserias con que debió luchar aquel hombre eminente.

Finalmente, el monumento de Galileo, erigido en la iglesia de Santa Cruz, es obra del escultor José Signorini, muerto en 1821. - M. A.

LA DAMA NEGRA

(Conclusión)

Inmediatamente me vino á las mientes el recuerdo de la dama negra.

— ¿Una francesa llamada Genoveva?, le pregunté.

— Justamente.

— ¿La conoce usted?

— Algo.

Entonces me asaltó otro recuerdo: una pregunta que me había hecho la dama negra.

¿Sería usted Jorge Manrique?

— Quizá, me contestó sonriendo el doctor Almagro. Es un nombre de guerra como otro cualquiera; pero ¿quién se lo ha dicho á usted?

— La dama negra.

— ¿Cómo?

— Así la llamábamos en el Suizo.

— ¡Ah, ya!, ¿porque viste de negro?

— Sí.

— ¿Y le preguntó á usted por mí, es decir, por Jorge Manrique?

- Sí, en un revuelo de la conversación.

— ¿Y qué opina usted de esa señora?, me preguntó el doctor, mirándome con fijeza.

- Que es una persona muy simpática, muy discreta y algo misteriosa. Siento que haya desaparecido del Suizo.

— Puede que el mejor día aparezca.

— ¿De modo que usted la conoce?

El doctor tardó en contestarme; parecía como que titubeaba. Luego prosiguió diciendo:

— La historia de la dama negra, como usted la llama, es una historia.

— Probablemente lastimosa como casi todas.

El doctor sacó el reloj y miró la hora. Luego dijo:

Tengo que ver á un enfermo de cuidado. ¿Va usted todas las noches al Suizo?

— Todas hace veinticinco años.

— ¿A qué hora?

— Desde las once y media hasta que se cierra.

— Pues mañana le buscaré á usted allí. Hablaremos de la dama negra. Por causa suya me hallo en un conflicto, y no me vendrá mal un buen consejo, aunque sé que los consejos se piden para no seguirlos.

V

A la noche siguiente, en el café Suizo supe *in pártibus* la historia de la dama negra.

— A últimos del pasado mes de junio, según costumbre anual, dijo el doctor Almagro, me hallaba en París, en excursión veraniega. Vivía en la calle de Castiglioni, y todas las noches, antes de entrar en el hotel, me daba una vuelta por la plaza del Palais Royal.

- Lo comprendo, le interrumpí. Allí van muchas beldades acaloradas á tomar el fresco.

— Pues bueno: allí conocí á Genoveva, ó sea la dama negra.

Yo hice un gesto.

— Comprendo lo que significa esa mueca, prosiguió el doctor. Abordé á la susodicha, que desde un principio me llenó el ojo. Estaba sentada en una silla y sola. Fuí bien acogido y paréceme que conseguí entretener á Genoveva, no sé si con mis chistes ó con mis atropellos de gramática francesa. Usted sabe que el que entretiene á una mujer la tiene medio vencida, y con esto y con no creer yo en la virtud en el Palais Royal, comencé á permitirme ciertas libertades.

— Lo supongo.

— Pues amigo mío, desde un principio Genoveva me paró los pies.

— ¡Vaya!

— Como usted lo oye. Es honrada hasta la inverosimilitud: tengo motivos para asegurarlo. Hízome estar con juicio. Desde luego, como á usted, me atrajo su conversación. Es sencilla y discreta. Me contó su pequeña historia (galicismo). Encontrándose sola y desamparada en Angulema, se vino á París á trabajar, y hacía siete años que estaba empleada en el bazar del Louvre ganando ciento cinco francos mensuales. Su vida era monótonamente triste: desde su cuartito de la calle de Rívoli se iba al bazar; almorzaba y comía en un *restaurant* barato; por las noches paseaba ó se sentaba á tomar el fresco en el jardín de las Tullerías ó en el del Palais Royal, hasta que se retiraba á su casa. ¿Comprende usted esta vida en París á fin de siglo?

— En las mujeres lo comprendo todo.

— Entonces no hallará usted inverosímil el que Genoveva se me resistiese días y días.

— ¡Pst!

— Desde un principio se me cuadró. «Es inútil, me dijo, cuanto usted haga; yo... fuera del matrimonio no tendré amores.» La propuse traérmela á España y asegurarla una posición desahogada. Todo fué en vano, no quiso aceptar de mí ni una taza de café; pues, según decía, la que toma se obliga á dar. Aburrido de aquellas relaciones menos que platónicas, dejaba de verla durante dos ó tres días, pero volvía á buscarla, encontrándola siempre invariablemente sola en alguno de los dos jardines ya mencionados. Me recibía con amabilidad, no preguntándome nunca el motivo de mis ausencias. Procuraba descartar las conversaciones amorosas. Hablábamos de Francia, de España, de música, de los astros, ¡qué se yó!

El doctor hizo una pausa y prosiguió diciendo:

— Pues bien, amigo mío, ¿creerá usted que no podía pasarme muchas noches seguidas sin aquellas pláticas abstractas?

— Lo que creo, amigo doctor, que estaba usted y tal vez esté todavía *abulelado* por la francesa.

— Quizá sí, y me lo confirma el resto de esta historia, que no sé si hallará usted interesante.

— Mucho, porque conozco á la protagonista y admiro su virtud ó su habilidad.

— Pues bueno, continuó diciendo, que la resistencia de Genoveva me tenía en un constante estado de excitación nerviosa, cuando la suerte, que á veces ayuda á los pícaros, vino á calmarla.

— ¡Hola, hola!

— A fuerza de ruegos y de repetirla que sería por última vez, conseguí que el día de mi cumpleaños aceptase Genoveva una modesta comida en un modesto *restaurant*, en donde hay unos gabinetes muy cucos.

— ¡Ah! ¡Ya!

— No sé lo que allí pasó... Nos excedimos en la bebida, sobre todo ella, que no estaba acostumbrada. Hablamos de descubrimientos, y yo... la hipnoticé.

— ¡Demonio!

— Desde entonces ignoro lo que sucedió. Creíme metido en un lío y me azoré. Pagué al mozo la cuenta de la comida. Con el gabán y el sombrero puestos la desperté del sueño hipnótico, y antes de que ella pudiera darse cuenta, salí del *restaurant* y al día siguiente me fuí á Bruselas.

— ¿Despedida á la francesa?

— No, á la española, del peor género.

— Si yo no hubiese visto en Madrid á esa buena *demoiselle* hipnotizada, supondría que aquí acababa la historia; pero es de creer que tiene segunda parte.

— Y como todas, no buena. Oiga usted.

VI

— Estuve un mes en Bruselas y cerca de dos en Londres. Volví á París á mediados de septiembre. Me escarabajeaba el deseo de ver á Genoveva, con tanto más motivo, cuanto que después de la sesión de hipnotismo del *restaurant* sentía escrúpulos de conciencia; pero recelaba presentarme á ella. Vacilé durante dos ó tres días, como estoy vacilando hace seis meses. Me decidí por fin, y como hacía un calor rezagado, la busqué á la hora de costumbre en Palais Royal. No estaba, pero no tardé en verla venir por una galería. Había engruesado.

— ¡Ya lo creo! Con los disgustos se echan carnes á la entrada del otoño.

— Búrlese usted, pero le aseguro que me temblaban las mías al abordar á Genoveva. Apenas me vió hizo una mueca indescriptible y quedóse parada. Yo la saludé con un ademán y con el sombrero en la mano. Ella entonces aproximóse á mí, me dijo en voz muy baja: «Es usted un mal hombre,» y siguió andando sin volver á mirarme. La seguí; se sentó en una silla del jardín, yo volví á acercarme á ella con aire contrito, y algo aturdido la dije con humilde acento: «Permítame usted dos palabras,» como ella no contestó me senté á su lado, y no fueron dos sino muchas con las que yo traté de disculparme. Le pinté mi amor inmenso é indestructible, apelé á su buen juicio respecto á los peligros de una comida en que se hace algún exceso de bebida, le reiteré mis ofertas de traerla á España y atenderla siempre, lo cual, por el extremo á que habían llegado las cosas, era un deber en mí. Estuve elocuente y caluroso, pues me hallaba verdaderamente conmovido; pero ella me oyó impasible. Mientras yo hablaba me miraba con fijeza como si quisiera escudriñar la verdad de mis palabras, y cuando concluí de hablar, dijo: «Las pruebas valen más que las palabras. — Yo probaré á usted mi eterno cariño. — Ya conoce usted mis ideas: no concibo el amor fuera del matrimonio,» y al decir esto se puso la manteleta que se había quitado y se levantó en ademán de irse. La palabra matrimonio siempre me ha sonado fatídicamente y mucho más pronunciada por una mujer á quien apenas conocía. Quedéme sin saber qué decir, hasta que al fin dije: «Pero, Genoveva, ¿es posible que siendo usted tan discreta se fije en una nimiedad?» Ella no contestó y echó á andar. La acompañé hablándole á mi parecer persuasivamente. Ella me oía en silencio y cada vez andaba más de prisa. «Genoveva, insistí yo, en el estado á que han llegado las cosas no tiene usted derecho á rehusar mis ofertas. — ¿No tengo derecho á no ser una *mantenida*? ¿Por qué?» Yo respondí titubeando: «Porque dentro de poco su vida de usted va á ser... muy difícil. — La sobrellevaré. No tenga usted cuidado de que falte á mis deberes. — ¡Pero Genoveva!.. — Buenas noches, caballero.» Habíamos llegado á la puerta de su casa de la calle de Rívoli. Yo no supe qué decir, ni aun contestar á su despedida, y me quedé, como quien dice, con un palmo de narices. Estuve dos ó tres días sin procurar ver á Genoveva. Otras dos ó tres noches seguidas la busqué en vano en los sitios de costumbre: el calor continuaba, pero ella no tomaba el fresco ó le tomaba en otra parte. Ocurrióme la idea de que pudiera estar enferma, pero la vi en el almacén del Louvre despachando. Cuando se quedó sola me aproximé á ella y le dije en voz baja: «Tengo que hablar con usted. ¿Irá usted esta noche al Palais Royal? — No ando ya de noche, me contestó, me siento pesada...» Dijo estas palabras en un tono tan seco y tan frío, que me exasperó. Salí del Louvre resuelto á no volver á verla. Determiné anticipar mi regreso á España. Después de todo, aquella aventura había sido como otra cualquiera, pensaba yo; pero la voz de mi conciencia me desmentía... Porque yo, amigo mío, á pesar de mi despreocupación y de los juicios que de mí se hacen, tengo conciencia...

— Lo creo, interrumpí al doctor. Tiene usted conciencia mezclada con cierta dosis de *abulelamiento*, como ya he dicho otra vez. ¡Es tan bella la mujer que se nos resiste!

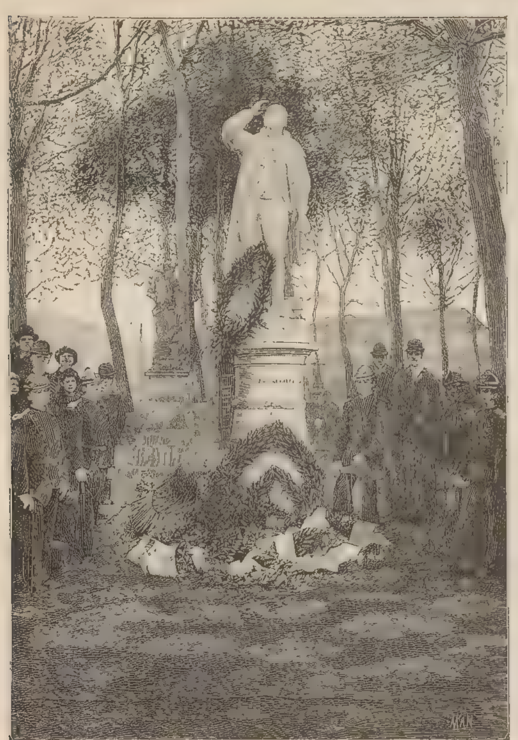
— La dama negra, como usted la llama, me ha puesto á mí verde. Hámlet en el monólogo de la incertidumbre no es nada, comparado conmigo.

El doctor Almagro parecía sofocado con el relato de su aventura; así es que pidió la segunda botella de cerveza, bebióse de un sorbo una copa, y siguió diciendo:

VII

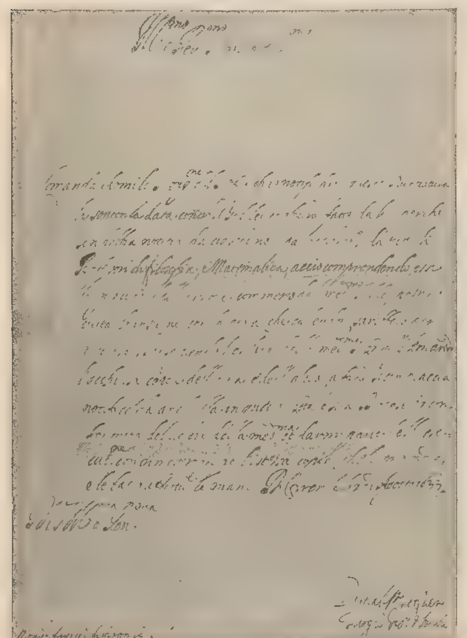
— Cansado de cavilar y de combatir psicológicamente, encomendé á la Providencia la resolución de mi problema, lo cual no obsta para que todavía esté por resolver. Yo no podía resignarme á abandonar definitivamente á Genoveva, y como me urgía ya la vuelta á España, hice lo que los irresolutos: me proporcioné una tregua. Escribí una carta que decía así, poco más ó menos:

«Mi adorada Genoveva: deberes imprescindibles me llaman á mi país, pero yo no puedo dejar á usted para siempre. He aquí lo que la propongo. Venga usted á Madrid, donde la espero. Mis negocios me obligan á recorrer algunas provincias, y por lo tanto no sé si podré recibir á usted allí. De todos modos sólo será cuestión de semanas. Usted no tiene derecho á rehusar mis ofertas, porque dentro de poco estaremos unidos por un afecto común. Venga usted á Madrid, allí resolveremos lo que hemos de hacer y usted descansará por lo menos una temporada de su vida de trabajo. Con la cantidad adjunta puede usted hacer viaje de ida y vuelta, si usted resuelve volver á París, lo que Dios no quiera. Si por casualidad me retardo en ver á usted, retenido por ocupaciones ineludibles (que procuraré abreviar), no pase usted cuidado: mientras permanezca en Madrid puede usted contar con doscientos francos mensuales, que cobrará usted de uno de los socios del café Suizo (calle de Alcalá) cuya tarjeta le incluyo. La cantidad no es grande, pero usted es tan virtuosa que se resigna á vivir con menos. Nada pierde usted en este viaje, amada Genoveva, y ambos podemos ganar mucho. Piense usted en los deberes que le impone el estado en que se en-



MONUMENTO DE GALILEO, en la plaza Prato della Valle de Padua

cuentra, y no me haga usted el hombre más desdichado de la tierra. ¡Hasta vernos en España! ¿Verdad que sí?»



Carta del inquisidor de Florencia al arzobispo Niccolini sobre la sentencia de Galileo

– Añadía algunas otras cosas en mi carta, siguió diciendo el doctor, pero las omito por poco importantes. Metí mi carta en un sobre y con ella seis billetes de cien francos; fuí al almacén del Louvre, en donde encontré á Genoveva muy ocupada despachando, le entregué la carta y salí apresuradamente, como dicen en las acotaciones de las comedias. Por la tarde tomé el rápido y regresé á Madrid.

– Por lo visto, amigo doctor, esa carta fué un paliativo.

– Sí, un *modus vivendi*, hasta ver lo que resuelvo.

– Debería usted haberla escrito en verso.

– ¿Por qué?

– Porque supongo que la firmaría usted: «Jorge Manrique.»

– ¡Ay, amigo mío, con qué chacota se ven los toros desde la barrera!

– ¿Y ha visto usted á Genoveva?

– De lejos, á *guisa* de espía.

– Pero ¿qué piensa usted hacer?, porque á ella no la encuentro muy satisfecha en Madrid.

– ¿Lo sé por ventura? ¿Qué me aconseja usted?

– No le aconsejo, voy á indicarle lo que probablemente haría yo en su caso. ¿Usted tiene una fortunita independiente y una profesión lucrativa?

– Sí, señor.

– Pues me casaría con Genoveva.

– ¡Casarme!

– A la corta ó á la larga casi todos hacen esa maniobra. Usted tiene ya andada la mitad del camino.

– Pero es que tengo un *lío* anterior.

– ¡Ah! ¡Ya!

– Lío insoportable, que me pesa mucho, pero del que no sé cómo evadirme. ¡Ah! ¡Cuán caro pago mis locuras; estas complicaciones van á quitarme la vida!

– Al revés, si consigue usted sobrellevarlas.

– ¿Por qué?

– Por lo que dice Ayala en esta redondilla:

«Un amor puede importuno
Matar al hombre más grave:
Dos amores, no se sabe
Que hayan matado á ninguno.»

F. MORENO GODINO

LA BROMA

¿Lo que hombre dice de burla
de veras vas á tomar?
(Romancero)

La baronesa recibía los jueves. Era una señora que frisaba en los sesenta años: tez blanca, ojos azules, cabello de plata, dientes menudos y blanquísimos, claro talento, gracia, educación distinguida..., una de esas mujeres, en fin, que en el ocaso de la vida subyugan con su excelente trato, ya que no lo hagan como en otros tiempos por la fuerza de su excepcional hermosura.

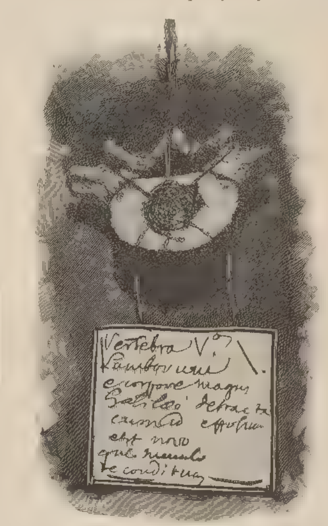
A casa de la baronesa iba yo muchas veces. Allí se hablaba de todo, se cantaba, se tocaba el piano, se jugaba al tresillo, y hasta algunas veces había su poco de baile. Acudía mucha gente de distintas condiciones y diversas edades, pero el elemento joven era el que predominaba. A la baronesa le gustaban la juventud y la alegría, no tanto por ella como por sus nietas, dos mujercitas de catorce y quince años que, como dijo alguno, mostraban en esperanza fruto cierto.

La noche aquella había bastante gente en la casa de la calle de Atocha: allí estaban Mad. de Saxe, extranjera que tanto llamó la atención á su llegada á Madrid por sus brillantes trajes y magníficos trenes; la joven condesa de Fuertes, la señora de San Jorge, una jamona que hace la competencia á cualquier joven, el académico Errando, Paredes el periodista..., en fin, una *sinfinidad* de gente, como afirma un señor que yo conozco y tiene sus ribetes de Escalada que debiera decirse para expresar una cosa sin fin.

Yo había llegado de los primeros y recuerdo que me encontraba muy ocupado en explicar á miss Gay, sobrina del embajador inglés de entonces, el argumento de un drama de ese pobre Barco que hace tres noches se ha pegado un tiro, cuando sobre el ruido de todas las conversaciones se oyó un campanillazo, y tras de breves momentos se presentó Elvirita Travado en la habitación.

Pequeña, morenita, con dos ojazos negros que ponian malo y movimientos de gato chiquito, la recién llegada, que representaba unos veintitrés ó veinticuatro años, pertenecía al número de mujeres que tienen el privilegio de hacer perder el juicio á todos los hombres.

Madrid entero la conocía, y algunos seguramente recuerdan todavía sus coqueterías, causa de un desafío entre un conocido marqués y un joven artillero



Quinta vértebra lumbar del esqueleto de Galileo, conservada en el Instituto de Física de la Universidad de Padua

que en él perdió la vida, así como los conatos de suicidio de un estudiantillo que tuvo la debilidad de tomar en serio dos ó tres miradas que ella tuvo á bien concederle. Después se había casado y todo el mundo estaba conforme en que llevaba una vida ejemplar. Como las princesas de los cuentos para niños, había tenido muchos hijos, es decir, había tenido cuatro, que en cinco años de matrimonio es una cosa muy regular, y vióse consagrada á ellos y á su marido, un hombre tan bondadoso, que según aseguraban algunos malévolos todas las noches le tenía Elvira de Ceca para Meca, vigilando á las amas, cuidando de que no se desarropasen los mayorcitos, dando agua á quien se la pedía, y á veces, para librar á la señora de los gritos más ó menos desaforados de alguno de sus retoños que se desvelaba y tenía miedo, contando en traje de franela las aventuras de Pulgarcillo ó de Caperucita roja, hasta que conciliaba el sueño el mocosuelo.

Elvira se sentó y al poco rato la conversación se hacía general. Sin que recuerde cómo, púsose sobre el tapete la cuestión de los *canards* periodísticos, y el bueno de Paredes tuvo que ponerse hilas en los oídos para aguantar todo lo que aquellas señoras le dijeron. Con la mayor formalidad aseguraban que no se podía creer á un periodista, y como él se permitiese hacer una débil defensa de la clase, por poco le excomulgan.

– Pero ¿qué cosas tan horribles escribimos nosotros



CASA DONDE NACIÓ GALILEO CERCA DE LA PORTA FLORENTINA EN PISA



LA TORRE DEL GALLO CERCA DE FLORENCIA, HABITADA POR GALILEO, propiedad hoy del conde Paolo Galletti



PATIO DE LA TORRE DEL GALLO, cerca de Florencia, en donde habitó Galileo, hoy Villa Galletti



EL MUSEO GALILEIANO, en la Torre del Gallo, hoy Villa Galletti

para que se nos haga tan cruda guerra?, decía el pobre buscando con la vista un auxiliar que le ayudara á luchar con tanta improvisada amazona.

– Pues mentiras, bolas, embustes.

– ¡Señor! ¿Qué mentiras?

La de Travado tomó entonces la palabra y encarándose con él le preguntó cómo se atrevía á sostener lo contrario.

– Esta misma mañana, sin ir más lejos, dijo después, he leído en un periódico una cosa capaz de matar de risa á cualquiera. ¿No adivinan ustedes qué ha sido? Pues voy á decirlo. Estos señores, y señalaba á Paredes con sus miradas, estos señores que nada creen, y como él hiciese un ademán de protesta volvió á repetir *que nada creen,* se han empeñado en hacer creer á los demás hasta que los burros vuelan; sí, sí, que vuelan; y si no, dígame usted, hombre de Dios, ¿quién le ha dicho á ese señor que firma sus crónicas en extranjero que ahora existen hechiceros capaces de averiguar sólo por los signos de la mano, no lo pasado, sino lo que está por venir? ¿Quién le ha dicho que seamos tan tontos los que ya lo somos bastante para leerle que vayamos á darle crédito? ¿Quién?..

– Perdone usted, Elvirita, dije yo en este punto saliendo de mi silencio, ó más propiamente hablando, de mi conversación con la inglesa; no defiendo á los periodistas ni voy á romper lanzas con usted sobre si dicen ó no verdad generalmente; pero en lo que al caso presente se refiere, perdone usted que le diga que no soy de la opinión de usted.

– ¡Cómo!.., exclamó ella algo desconcertada al ver mi fingida seriedad. ¿Usted cree en semejantes paparruchas?

– Sí creo, pero no en paparruchas, sino en verdades que quizá nuestros hijos han de considerar como axiomáticas.

– ¿De manera que usted afirma que con un simple estudio de las líneas de la mano se puede?..

– Sí, señora.

Envolvióme en una mirada burlona, y exclamó:

– ¡Es lástima que no haya hecho usted esos estu dios!

Resuelto á llevar la broma hasta el último extre mo, conteniendo á duras penas la risa que me retozaba, le pregunté:

– ¿Y quién le ha dicho á usted que no los haya hecho, Elvirita?

Miróme fijamente como para leer en mis ojos si me estaba burlando, y después, como el que toma de repente un partido, me alargó la diestra, diciendo:

– Vaya, señor brujo, señor adivino, aquí está mi mano: dígame usted, explíqueme usted todos los males que me esperan, todas las venturas que tengo reservadas.

Tomé su mano, y durante algunos instantes me contenté con apretarla entre las mías, acariciando aquella piel tan suave, sin saber qué decir; después, espoleado por una de aquellas salidas que tanto le criticaban las gentes, empecé á decir todos los desatinos que se me vinieron á la boca con el aire más convencido que pude.

Las conversaciones se habían interrumpido entonces, y todos contemplaban la escena con la misma complacencia y curiosidad que si se tratase de la predicción de una gitana; yo noté que alguno reía disimuladamente y que la misma Elvira, sin decir palabra, se estaba burlando de mí con los ojos, y fuí vengativo; quise, aun cuando sólo fuese por un instante, llevar el temor al alma de aquella burlona sempiterna, y por desgracia realicé mi pensamiento.

– Elvira, le dije con tono lo más profético que pude fingir, aquí hay una línea de funestos presagios: esta línea..., yo no quisiera decirlo, quisiera equivocarme, pero está bien claro..., el día que cumpla usted los treinta años, entre once y doce de la noche, esto es, á la misma hora en que estamos, le sucederá á usted una terrible desgracia.

Sentí que la mano que tenía entre las mías se enfriaba, vi á Elvira palidecer horriblemente, y ya casi arrepentido de mi broma iba á declarar que lo era, cuando se oyó sonar la campanilla y un hombre serio y empolvado se presentó en la puerta de la habitación.

– ¡Juan!, exclamó Elvira levantándose y dando un grito que nos llenó de espanto. ¿Qué sucede?

– Señorita, no se asuste usted...; ha habido fuego en casa.

– ¿Y los niños?

– El más pequeño...

No terminó; ella no rodó por el suelo porque hubo quien se lanzó á socorrerla. Yo noté que alrededor mío se formaba el vacío, y presa de un malestar que disimular no podía, loco, desatentado, cogí mi sombrero y salí de la casa.

J. F. AMADOR DE LOS RÍOS

MISCELANEA

Bellas Artes. – Han sido nombrados Miembros de Honor de la Sociedad de Artistas de Munich nuestros compatriotas Francisco Pradilla y José Benlliure, al mismo tiempo que lo han sido Alma Tadema y Leighton, de Inglaterra, Menzel, de Berlín, y algunos otros de los más célebres artistas contemporáneos.

– El escultor berlinés Brunow ha terminado el segundo y último relieve que ha de adornar el pedestal de la estatua ecuestre del gran duque Federico Francisco, erigida en Schwerin: es una obra de complicada composición por las muchas figuras que en ella entran, mide un metro y medio de ancho y representa la entrada triunfal del gran duque en Schwerin en 1871. El otro relieve reproduce la inauguración de la Universidad de Rostock.

– La Galería de Dresde ha adquirido el magnífico cuadro de Federico Uhde *Noche Santa.*

En una asamblea recientemente celebrada en Berlín y á la que asistieron 630 individuos acordóse la fundación de una nueva asociación artística que se propone proteger y estimular á los artistas jóvenes berlineses, adquiriendo sus principales obras y desenvolviéndose de esta suerte dentro de las mismas tendencias que tanta importancia han dado á las asociaciones análogas de Munich, Dresde, Dusseldorf y Westfalia. A este efecto nombróse un comité de artistas y aficionados, cuya presidencia ha sido confiada al ilustre pintor Achembach.

– En la Galería de Pinturas de La Haya está expuesto un cuadro de Rembrandt adquirido de la colección del pintor parisiense Zorn: representa una figura de anciano cuyo rostro recibe intensa luz por el lado izquierdo y cuya cabeza calva cubre una gorrita de color obscuro y pertenece á los primeros tiempos del inmortal artista flamenco.

– En el jardín del Louvre, frente á la columnata y junto al pabellón Sud, va á colocarse la estatua ecuestre de Velázquez, obra del escultor Frémiet, que debe formar parte del conjunto de decoración monumental proyectado por Guillaume, que entre otros trabajos contendrá las estatuas de Meissonier y de Raffet.

– La «National Gallery,» de Londres, ha recibido un interesante legado de Sir W. Gregory, conteniendo, entre otras obras importantes, dos cuadros de Velázquez representando á *Cristo en casa de Marta* y *Un duelo en el Prado.*

– Gustavo Géoffroy acaba de publicar en París con el nombre de *Vida artística* un libro de literatura y de crítica de Arte, presentado al público por un prefacio de E. de Goncourt. Ocúpase el libro preferentemente de las escuelas modernas, conteniendo interesantes estudios sobre Manet, Claudio Monet, Carriére, Rodin, Pissarro, Raffaelli, Meissonier, Puvis de Chavannes, Jonckrind, Whistler, etc. Contiene además un corto trabajo literario *El sarcófago,* que unánimemente la crítica califica de verdadera obra maestra.

– Los vaciadores de los Museos del Trocadero, de la Sociedad de las Artes decorativas y del Louvre han ejecutado por encargo del Estado y de acuerdo con la comisión organizadora de la Exposición de Chicago reproducciones cuyo coste asciende á unos 115.000 francos El embalaje, transporte y otros gastos corre á cargo de esa comisión, destinándose las obras reproducidas á constituir en América un núcleo de museo de escultura comparada desde el siglo XII al XIX.

– Recientemente, bajo la presidencia de León Bonnat, acordó la junta directiva de la Asociación de los Artistas franceses la modificación del reglamento para el *Salón* próximo venidero, en el sentido de que sólo sean electores del Jurado los artistas premiados ó que hayan sido por cinco veces expositores. Reunida en asamblea general la Sociedad, á petición de más de cien asociados, fué mantenida la decisión de la junta, después de un animado debate, por 294 votos contra 194, quedando por consiguiente abolido el sufragio universal.

– El eminente artista, el pintor ruso Vereschaguine, que ha producido tantas obras maestras dando fama gráfica á las impresiones que recibiera en las campañas de Oriente y del Asia central, al acompañar los ejércitos de su país, dió recientemente en Moscou, donde reside y donde tiene, junto al Kremlin, su monumental estudio, una conferencia sobre la guerra, que ha suscitado animadas polémicas y por una parte de sus compatriotas violentas y acres censuras. Vereschaguine, que en su obra de pintor expuesta en París años atrás y de la que ha reproducido alguna muestra LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, puso magistralmente de relieve, al lado del aspecto pintoresco, el cúmulo de horrores y atropellos de que es causa la guerra, completó con su enérgica palabra el anatema que á toda conciencia honrada inspira el batallar de unos hombres con otros.

Con este motivo algunos de sus compatriotas, excitados por un falso patriotismo, le han combatido duramente por las tendencias manifestadas en su discurso; probablemente por desconocer la repugnante y odiosa realidad que en sí entraña la guerra, símbolo de falsa gloria para el vencedor, y de desolación, de barbarie y de ruina para vencedor y vencido.

– Un gran número de *zodtchis,* ó arquitectos, artistas de la Academia Imperial de Rusia, que son los que proyectan las construcciones, junto con los ingenieros civiles encargados de su realización, verdaderos constructores, reuniéronse en asamblea en la residencia del gran duque Wladimiro para tratar de imprimir una nueva dirección á la arquitectura nacional, oponiéndose á la invasora monotonía europea con el renacimiento de su estilo propio, amalgama de los estilos indio, mogol, bizantino y eslavo. Buen ejemplo para nuestros arquitectos y maestros de obras.

Actualmente está expuesto en Berlín un gran cartón de una pintura mural que Maximiliano Koch ha de pintar para las Casas Consistoriales de Lubeck y que representa la institución del primer burgomaestre de la ciudad por Enrique el León. Es una composición grandiosa perfectamente calculada para las condiciones del muro en que ha de colocarse, que está dividido por tres altos arcos góticos. Del mismo artista son dos lienzos destinados á un nuevo salón de dicho edificio, cuyos asuntos son la cabalgata que lleva á la ciudad la carta de libertad otorgada por Barbarroja y la entrada de Carlos IV en Lubeck.

– Dícese que la humedad ha perjudicado grandemente al rico museo de Lille, en donde se conservan preciosos lienzos de los más grandes maestros antiguos y modernos de las escuelas flamenca, italiana y francesa.

– En el Salón artístico de Schulte, de Berlín, se han expuesto últimamente tres magníficos cuadros de grandes dimensiones: *El emperador Guillermo II pescando ballenas á bordo del «Duncan Grey,»* de K. Salzmann; *Regata marítima celebrada por el Club Imperial de Kiel en 29 de junio de* 1892, de H. Bohrdt, y *Pesca de Polifemo,* de M. Pietschmann.

– Se han inaugurado en la Real Colección de tejidos de Krefeld (Prusia) las nuevas salas que contienen ricas telas y bordados de todas épocas.

– El pintor noruego Eduardo Munch, cuyas obras no fueron admitidas en la última Exposición berlinesa, lo cual fué causa de la escisión surgida entre los artistas de la capital de Prusia, ha expuesto en el edificio que en dicha ciudad tiene La Equitativa una porción de obras suyas, algunas de ellas nuevas, que han hecho renacer las discusiones que cuando su primera exposición se promovieron.

– En Burlington House, Londres, se ha inaugurado la trigésima cuarta exposición de obras de artistas difuntos, que ofrece tanto interés, ó mayor si cabe, que las celebradas en años anteriores. Algunos de los cuadros expuestos se exhiben ahora por vez primera, y tanto éstos como los ya conocidos son preciosos ejemplares de las antiguas escuelas flamenca, alemana, italiana é inglesa.

– Llama actualmente la atención de artistas y críticos londinenses la exposición de las obras del eminente pintor inglés Mr. Burne Jone que se celebra en la New Gallery: Mr. Burne es de los artistas que poseen un estilo más individual y propio y de los que menos se han dejado influir por los gustos, tendencias y juicios contemporáneos; es al mismo tiempo uno de los artistas más originales, de mayor imaginación y más fecundos. Próximamente daremos á conocer á nuestros lectores algunas de sus más notables obras.

Barcelona. «Salón Parés.» – Una buena copia del hermoso cuadro de Lhermitte que figuró en uno de los *Salones* de París pocos años ha, es la nota culminante de esta semana y al que acompañan un cuadrito de Coll, figurando una señora en el palco de un teatro, y una marina de Sans, monótona y fría de entonación, que reproduce (al parecer) una localidad holandesa.

Por unos dias se halló expuesta una gran placa sepulcral de bronce destinada al enterramiento del Cardenal Payá en la catedral de Toledo, proyecto de Pascó y primorosamente fundida en los talleres de Federico Masriera. Es una nueva obra que, al honrar al artista y al fundidor, prueba el renacimiento de las artes del metal en nuestra ciudad.

Teatros. En el teatro Federico Guillermo, de Berlín, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta titulada *El tío de los millones,* letra de Zell y Genée y música de Adolfo Muller.

– La ópera en un acto *El juramento,* letra de Maximiliano Singer y música de Guillermo Reich, ha sido recibida con aplauso en el teatro Kroll, de Berlín, en donde se ha estrenado recientemente.

– En Turín se ha verificado con éxito extraordinario la primera representación de *Los maestros cantores,* de Wagner.

– En el teatro de la Opera nacional húngara, de Budapest, en donde hace poco se representó con gran éxito la ópera de Wagner *El crepúsculo de los dioses,* se pondrá en breve en escena las cuatro partes de la tetralogía del gran maestro *El anillo del Niebelungo.*

– En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha estrenado con éxito regular un drama musical titulado *Yolanda,* de Alberico Magnard, cuya música está inspirada en el procedimiento wagneriano.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Menus Plaisirs una revista en cuatro actos, *Tararaboum-Revue,* de los señores Ferrier y Delila; en el teatro Moderno otra revista en cuatro actos de Cottens y Gaveau, titulada *Tout á la scéne,* y en el Nuevo Teatro una fantasía lírica de gran espectáculo, en cuatro actos, *Bouton d' or,* de Carré, con música de Pierné; las dos primeras son el resumen de los principales acontecimientos ocurridos en París durante el año 1892 y están escritas con gracia y bien presentadas; la tercera es una obra entretenida, conjunto de cuadros pintorescos enlazados por la ligera trama de una historia amorosa, y ha sido puesta en escena con gran lujo; la música de los *couplets* y bailables es ingeniosa y seductora.

Londres. – Ha sido un verdadero acontecimiento el estreno en el teatro Haymarket de la tragedia *Hypatia,* de G. Stuart Ogilvie, no sólo por la obra en sí, sino que también y muy principalmente por la magnificencia y propiedad con que ha sido puesta en escena. La acción del argumento se basa en el conflicto religioso entre la población cristiana y la pagana de Alejandría en el período de la decadencia del Imperio romano; la dirección artística de la obra estuvo á cargo del ilustre Alma Tadema, que dibujó los trajes, decoraciones y accesorios, é inútil es decir cómo resultaría el espectáculo tratándose de artista tan eminente y de una época y unas costumbres que tanto se prestan á hacer alarde de pompas y esplendores.

Madrid. – En el teatro Lara se ha estrenado con gran éxito una comedia en un acto, de D. Antonio Sánchez Pérez, titulada *El son que tocan:* la idea de la obra es bellísima y está hábilmente desarrollada, los caracteres están perfectamente dibujados y el diálogo es fácil, naturalísimo y abundante en chistes. Para el teatro de Apolo ha terminado D. Ricardo de la Vega un saincte titulado *Don Paulino Caparrón ó Vámonos á la venta del Grajo.*

Barcelona. – En el teatro Principal, terminadas ya las tareas de la compañía que dirigían D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez, actúa la compañía infantil que dirige D. José Bosch y que había trabajado recientemente en el Circo Barcelonés. En el Eldorado se han estrenado con buen éxito las zarzuelas en un acto *El organista,* letra de Estremera y música de Chapí, y *Guasín,* parodia de *Garín,* de D. Salvador M. Granés, con música de varias óperas, arreglada por el maestro Rubio.

Negrología. – Han fallecido recientemente:

Francisca Rheinberger, notable poetisa y prosista alemana.

Vicente Stoltenberg Lerche, pintor de género y arquitectura de la escuela de Dusseldorf y uno de los más ilustres miembros de la colonia de artistas noruegos de aquella ciudad.

Alberto Delpit, notable escritor francés, autor de varias novelas y dramas, entre las primeras *Le mariage d' Odette* y *Comme dans la vie* y entre los segundos *Le fils de Coralie,* y colaborador en los principales periódicos y revistas franceses.

El Excmo. Sr. D. Ignacio M. del Castillo, conde de Bilbao, grande de España, teniente general, ex ministro de la Guerra, ex comandante general de alabarderos: entre sus muchos y notabilísimos hechos de armas es sin duda el más brillante la heroica defensa de Bilbao en 1874, pues gracias á su valor y energía no pudieron los carlistas penetrar en la plaza á pesar de los 125 días de sitio, 70 de ellos de terrible bombardeo, siendo esta defensa tanto más meritoria cuanto que los sitiados carecían casi de víveres y municiones. El general Castillo no se había sublevado nunca en sus 57 años de carrera militar y estaba condecorado con las principales cruces de las órdenes militares y civiles



¡Cuán seductora estaba Edmunda entregada á aquella ocupación!

CARGO DE CONCIENCIA

por Juana Mairet, con preciosas ilustraciones de A. Moreau

(continuación)

– ¿Verdad que me amas, Marta?

– Sí, con ternura y con abandono. Hasta ahora mi corazón estaba un poco cerrado, pero se ha abierto para ti, por más que al principio no te quisiera. Y te aseguro que has entrado bien, pues te amo como hermana y casi como madre. Quiero que seas feliz y buena, sobre todo esto último, y no perdonaré nada para hacerte dichosa.

A lo cual replicó Edmunda:

– ¿Nada?

– Nada.

Edmunda guardó silencio un instante, y después dijo con cierta expresión de gravedad:

Escucha, Marta, me parece que te robo. Tú me crees mejor, más afectuosa y más digna de ser amada que lo que realmente soy. Ya he tratado de hacerte comprender cuantos defectos tengo y tú no das crédito á mis palabras; mas no quisiera que te engañases respecto á mí, tú que vales diez mil veces más que yo.

– Amame, Edmunda, y esto será suficiente.

– ¡Ah! ¡En cuanto á eso!..

Y un prolongado beso terminó la frase.

V

Desde la muerte de su esposo la señora de Ancel, que le había adorado, vivía sumamente retirada; por primera vez pensó ahora en abrir su casa para dar reuniones. Todo aquel bonito país de los alrededores de Honfleur está muy poblado durante el verano; allí abundan los castillos, las quintas y las heredades, palabra favorita de los normandos, y la señora de Ancel no tenía que hacer más que una señal para verse rodeada al punto de gente amiga. En su consecuencia dió una gran comida en honor de Edmunda Levasseur, cuya llegada al castillo había sido muy comentada en el país. En el campo todo se sabe: cada cual conocía la historia de la «pobre señora Levasseur,» como aún se decía, muerta de pesar ó cuando menos por haber acelerado su fin el dolor, y la adopción de aquella hermanastra por la señorita Levasseur, es decir, la admisión de la hija de la amiga en casa de la víctima, habíase juzgado muy diversamente.

El señor cura aprobaba con entusiasmo á su joven feligresa, diciendo que había cumplido con un deber, un deber difícil y hasta penoso; pero que aquí por lo menos la virtud había alcanzado su propia recompensa. Al arrancar aquella encantadora niña de un centro peligroso, donde su alma hubiera estado en peligro, y de parientes relacionados de cerca ó de lejos con el teatro, Marta había encontrado una compañera alegre y joven, una hermana muy cariñosa y agradecida que alegraba á cuantos la veían. El señor cura, hombre excelente en toda la extensión de la palabra, al pronunciar su breve sermón del domingo complacíase en ver el banco del castillo tan bien ocupado; Edmunda asistía con perfecta gravedad á los divinos oficios, y hasta una vez hizo la cuestación; de modo que el señor cura, como todos sus feligreses, quedaron sometidos al encanto de aquella seductora joven.

La morada de la señora de Ancel no tenía nada de castillo: era una casa grande muy moderna, remedo de quinta italiana, con el tejado muy plano y una serie de balaustres; desde la parte superior del edificio disfrutábase de una vista tan magnífica que con frecuencia se trasladaban allí todos los de la casa, y detrás de ésta, así como á lo largo de la cuesta de la colina, extendíanse grandes bosques. La afición de la viuda á las flores tenía ancho campo en que desarrollarse en el vasto jardín que en pendiente muy rápida descendía hasta la carretera, y nadie en la vecindad podía competir con la señora de Ancel por sus prados de esmeraldas, de césped fino y compacto y particularmente sus rosas. Estas flores alegraban los canastillos, invadían las paredes, presentando las más raras variedades, ostentábanse lozanas en todos los rincones de la propiedad y embalsamaban el aire alrededor de ella. La única queja que la viuda tenía de Marta era que prefiriese sus bosques á su jardín, y se perdiera durante horas en las sombrías alamedas, complaciéndose en meditar más bien que en ocuparse en su jardín, expurgar los rosales y persiguiendo sin tregua á los purgones que los amenazaban. ¡Pero la perfección no es de este mundo!

Las dos hermanas, acompañadas de la tía Aurelia, llegaron muy temprano el día de la comida para ver el fin de una magnífica tarde de julio en medio del perfume delicioso de las rosas, que se ostentaban entonces en todo su esplendor. Ambas vestían de blanco; pero el traje de Marta, de lana muy suave, era un poco severo, sin el menor adorno, mientras que el de Edmunda, de muselina de seda muy ligera, tenía lazos de color sonrosado muy pálido, que hacían realzar su delicada belleza de mujer rubia con ojos negros. La tía Aurelia, aunque refunfuñando de una manera belicosa, debió confesarse que rara vez era dado ver una niña de más atractivo ni tan encantadora. ¡Y juiciosa como una imagen! Edmunda no se apartaba de su hermana mayor, hacía lo posible por apagar el brillo de sus ojos, reprimir su sonrisa y no ser en nada coqueta á fin de merecer elogios y evitar un sermón. De este modo su belleza era suficiente para condenar á un santo. Cuando sus párpados bajados se elevaban de pronto, los ojos tenían más brillo y los hoyuelos de las mejillas reaparecían de repente más seductores y provocativos.

Como Edmunda no había visto aún más que el salón y el jardín, Roberto condujo á las dos hermanas para dar la inevitable vuelta del propietario. La pendiente era tan rápida que la casa tenía casi un piso menos detrás que delante. Desde una avenida pasábase á una vasta habitación llena de estantes de libros, un poco severamente amueblada, con una mesa de despacho cubierta de papeles y volúmenes bastante desordenados. Edmunda alargó el cuello con curiosidad.

– ¿Es ahí donde trabaja usted, Sr. Ancel, y donde escribe una obra terriblemente seria, según me han dicho?, preguntó.

– Precisamente, señorita, y aquí estoy muy tranquilo; este rincón del jardín está casi siempre desierto, y como ve usted me bastan dos pasos para trasladarme al bosque.

– Confiese usted, dijo Marta sonriendo, que para ir allí salta por la ventana en vez de salir por la puerta.

– En efecto, es una costumbre de la infancia á que no pude renunciar nunca, porque me parece muy cómoda, y no se necesita ser buen gimnasta para entrar del mismo modo. Ya ve usted que las casas edificadas, contra el buen sentido, en una pendiente muy empinada, tienen algo bueno.

– ¿Y no ha experimentado usted nunca algún temor? Si entra usted en su casa de esa manera, también otros podrían hacerlo. Yo soñaría en ladrones todas las noches si ocupara semejante habitación..., exclamó Edmunda, que no era nada valerosa.

– No hay peligro, señorita, y además en ese mueble que ve usted ahí, mi madre me obliga á guardar un magnífico revólver que hace años descansa en su funda, y por otra parte me ha dispuesto esa magnífica panoplia que hay encima de la chimenea, menos como adorno que para hacer creer que soy hombre de armas tomar. Yo me fío más bien de la tranquilidad del país que de una reputación usurpada... Y ahora, señorita Edmunda, añadió Roberto, si cree usted haber concluído con dirigir una mirada á través de la ventana abierta, se engaña usted mucho. Aún le falta admirar nuestro corral, un verdadero corral modelo, que humilla al del castillo, y además nuestras cuadras y campos, nuestras praderas y bosques. ¡Venga usted! Aún tenemos para una hora larga, y esto nos hará apreciar mejor la comida de mi madre. Dicho sea entre nosotros, advertiré á ustedes que hace una semana que no duerme por temor de que su comida no esté á la altura de la solemnidad. Años hace que apenas ha recibido más que al señor cura y á nuestras dos amigas del castillo. ¡Ea, vamos á buscar un buen apetito!

Mientras que los jóvenes se paseaban en el jardín, las dos matronas conversaban en el salón. La señora de Ancel, tranquilizada por su última visita á la cocina y al comedor, estaba ya dispuesta á recibir á sus convidados.

Se entendía muy bien con la señora Despois, y sin embargo difícil hubiera sido encontrar dos personas que menos se pareciesen. La baronesa, mujer contemplativa y joven por el corazón, conservábase en cierto modo por el aislamiento; había parado su reloj en el momento en que su esposo la dejó sola y no pensaba ya en darle cuerda; tan sólo vivía en el pasado, y su amor maternal, muy vivo y tierno, no había sido suficiente para hacerle seguir la marcha del siglo.

Su vecina, por el contrario, resignada muy pronto á no conocer felicidad perfecta, habíase creado una filosofía que la sirviese de apoyo, pretendiendo que las ligeras satisfacciones de la vida, hábilmente ordenadas, proporcionan algo semejante á la felicidad, al fin y al cabo muy aceptable; que despertar las penas dormidas es una necedad, y que siendo la risa propia del hombre, loco era quien se abstenía de reir, tanto más, cuanto que la risa, según ella, suponía muchas cosas agradables, como comer bien, rodearse de lujo, hablar con personas de talento cuando se tiene la suerte de encontrarlas, y á falta de éstas contentarse con las que son agradables y tienen buena educación. Sin duda comprendía en esta última clase á la señora de Ancel.

– Me parece que su hijo de usted se humaniza, dijo á la baronesa. Hele ahí que ríe como si jamás hubiera asomado la nariz en los empolvados archivos del ministerio de Estado.

– ¡A Dios gracias! Ya recordará usted, querida amiga, que siempre dije que Roberto se rejuvenecería con los años; á los veinte era demasiado serio, cosa que no parecía natural, y después...

La señora de Ancel ardía en deseos de manifestar á la tía Aurelia todas sus esperanzas; mas no lo haría, puesto que prometió á Marta el silencio; pero... ¡si la señora Despois quisiese adivinar!.. A ella le parecía, sin embargo, que la nueva actitud de Roberto era bastante significativa.

– Y además, interrumpió la señora Despois, no hay nada como dos hermosos ojos para disipar las brumas del estudio. Veamos, amiga mía, no tome usted esa expresión de alarma; ya sabe usted, como yo, que desde la llegada de Edmunda, Roberto se muestra más amable; si él no sabe aún que está enamorado, yo sí lo sé.

– ¡Se engaña usted, se engaña usted!, exclamó la señora de Ancel sofocada.

– ¡Ta, ta, ta! Muy rara vez me equivoco yo en esas cosas. Desde que no soy más que espectadora tengo mi anteojo bien limpio, miro, y me divierto en grande. Bien mirado, amiga mía, usted deseaba que la señorita Levasseur fuese su hija política, y no puede quejarse. Edmunda es lindísima; á mí no me agrada mucho; pero en fin, debo reconocer que es muy linda.

– Sí, repuso la baronesa, que comenzaba á reponerse de la sacudida, y usted se daría por muy contenta si pudiera desembarazarse de ella casándola cuanto antes.

¡Ya lo creo que sí! Esa niña perturba mis costumbres; y aunque no la quiero, temo mucho que al fin me seduzca su encanto. Me es preciso violentarme, y no hay nada tan fatigoso como esto.

– Entonces, replicó la señora de Ancel, cuyo egoísmo maternal se despertaba y que en un momento entrevió la posibilidad de que su hijo prefiriese la hermana menor á la mayor, puesto que no había ningún compromiso formal, entonces usted misma reconoce el encanto que esa niña ejerce...

– ¡Sí que lo reconozco!, tanto que al estudiar á esa joven llego casi á excusar á mi cuñado. La antigua leyenda de las sirenas se continúa á través de los siglos y se continuará á través de los tiempos. Edmunda es la imagen de su madre, excepto los ojos, que son de su padre. Yo iba ocultamente á ver trabajar á la madre, actriz como se ven pocas; todo lo tenía aquella mujer: naturalidad, encanto, gracia en el decir...; en fin, todo, menos corazón. Vuelvo á encontrar en la hija las mismas entonaciones de voz, igual sonrisa, que ilumina su rostro de repente, como el rayo de sol cuando pasa á través de una nube. Mírela usted cuando se sienta... Nosotras tomamos una silla para descansar buenamente, y nuestras faldas se acomodan como pueden, mientras que la de Edmunda se extiende en pliegues armoniosos; cuando habla, sus ademanes tienen una gracia tan infinita como natural, y si usted la escucha observará que nunca tartajea; cada sílaba tiene su valor; el sonido de su voz se modula con un arte que ni ella misma conoce, y la elocuencia le ha sido inculcada sin que lo echara de ver, pues bastóle escuchar á su madre.

– Pero, observó la baronesa, usted ha dicho que su madre lo tenía todo, excepto corazón. ¿Se le parece también la hija en esto?

– Es cosa que todos los días me pregunto y nada sé aún; pero es posible que tenga un poco de corazón. Al verla con Marta, cualquiera lo creería así. No hay mimos ni caricias que no prodigue á su hermana; la sigue por todas partes como una criatura; trata de ayudarla en el arreglo de la casa, con lo cual, dicho sea de paso, lo trastorna todo; corre á casa de nuestros dos colonos para darles órdenes, y olvidando á éstos, se entretiene en jugar con los perros y los pollos, porque sabe que á Marta le agradan también. Siempre alegre, todo le parece admirable: se extasía ante una buena vista, se chapuza en el agua alegremente, anda, corre, siempre está en movimiento y arrastra en él á su hermana. Pero el juguete es ahora nuevo; en el mes de julio, el campo, con sus animados caminos, los bañistas en todas partes y los castillos llenos de gente, está muy bien. Yo espero el mes de noviembre, porque entonces la niña se verá obligada á concretarse á nuestra sociedad.

– La juventud sabe alegrarse en todas partes y siempre, murmuró la señora de Ancel llena de indulgencia; y en todo caso, como Marta ama á su hermana, hará todo cuanto ésta quiera.

Si se la lleva á París un mes ó dos antes que de costumbre, yo no me quejaré; pero Marta no es débil, y si cree de su deber oponerse á un capricho de niña, se opondrá, esté usted segura de ello. Entonces veremos. Edmunda me hace pensar en las bonitas sedas flexibles y suaves de mis bordados; se enhebran fácilmente, su contacto es dulce para los dedos y se hace lo que se quiere; pero de repente, sin que yo sepa cómo, se forma un pequeño nudo imperceptible, y en la bonita seda suave se rompe la aguja en seco. En esa niña no se ha formado nudo aún; mas no diré que no se produzca.

El nudo se formó antes de terminar la noche.

La comida fué de las más alegres. Una veintena de convidados, todos ansiosos de divertirse y jóvenes los más, hicieron honor á los numerosos platos; la mesa estaba adornada con las más lindas rosas del jardín, y por las ventanas, abiertas de par en par, penetraba la brisa suave de aquella hermosa tarde de ve-

rano. Edmunda olvidaba un poco sus buenas resoluciones; adivinaba que de toda la juventud reunida alrededor de la mesa ella era la reina sin rival; sabía que era mucho más bella, más admirada y obsequiada que las demás mujeres, y la alegría de su triunfo se desbordaba un poco en el sonido de su risa y en el brillo de sus ojos. Casualmente tenía por vecino al capitán Bertrand, y divertíase en volverle completamente la espalda. Roberto, como dueño de la casa, hallábase colocado entre dos señoras de edad respetable y dirigía envidiosas miradas al sitio donde Edmunda hacía gala de su locuacidad parisiense. La traviesa joven, fijándose muy pronto en aquellas miradas, redobló su coquetería. Marta, colocada en la otra extremidad de la mesa, nada podía hacer para moderar un poco el proceder de su hermana; pero bien mirado, como todos estaban alegres aquella noche, se hallaban en el campo y eran vecinos, nadie podía formalizarse demasiado por alguna carcajada más ó menos. Además, ¡era tan linda la pequeña Edmunda y se la admiraba tanto! La idea de que pudiera inspirarle un sentimiento de celos aquella recién venida que la eclipsaba tan completamente, no cruzó por su espíritu ni una sola vez; muy por el contrario, enorgullecíase de la belleza y del triunfo de su hermanita.

Después de comer tratóse de tomar el café en el jardín, cosa rara á orillas del mar, y Marta enlazó con su brazo el talle de Edmunda. Los jóvenes de ambos sexos formaban un grupo ruidoso y alegre; la luna tenía aquella noche un brillo extraordinario, tanto que todos se veían casi como en pleno día, y la hermana mayor notó que Edmunda tenía las mejillas muy encendidas y los ojos en extremo brillantes.

– Sin duda tienes mucho calor, le dijo. Ponte este céfiro alrededor del cuello. ¿Sabe usted, señorita, añadió Marta en tono de broma, que hacía usted mucho ruido en su rincón? ¿Qué hemos hecho de esa formalidad ejemplar?

– Te la he trasladado á ti, Marta, porque á ti no te molesta, y yo al cabo de una hora no puedo conservarla ya. ¡Ah! Déjame ser un poco loca; es muy grato loquear, y no se tienen diez y ocho años más que durante doce meses... Si tú supieras... Hemos formado mil proyectos, ¿no es verdad, capitán? ¡Ah! Vamos á divertirnos mucho.

– Y ¿cuáles son esos proyectos?, preguntó Marta risueña é indulgente.

– ¿Tomaré yo parte en ellos?, preguntó Roberto á su vez, atraído por las dos hermanas y no osando preguntarse si se declaraba más en favor de una que de otra.

– Ya lo creo, contestó Edmunda, y el capitán y todos esos señores. Piensen ustedes en que seremos ocho damas y que necesitamos caballeros. Por lo pronto, el lunes almorzaremos en la «Fuente de Virginia...» ¿No es verdad, Marta?

– Con mucho gusto, hija mía.

– Después queremos representar alguna comedia; esto es muy divertido en sociedad, y sobre todo en el campo, y ya sabes que el salón grande con el gabinetito en el fondo es lo más á propósito. El capitán representa muy bien, y yo...

Edmunda se interrumpió: su hermana había retirado el brazo con que rodeaba su cintura, y parecía muy pálida á la luz del astro de la noche.

– Eso no, Edmunda, eso no, dijo, cambiando de tono.

– ¿Por qué?, preguntó la joven con cierto calor.

Era la primera vez que veía contrariado uno de sus caprichos, y su lindo rostro parecía descompuesto.

– La comedia de salón es sin duda cosa muy divertida para los actores improvisados, y sobre todo para las actrices; pero enojosa para los demás, yo te lo aseguro.

– Puesto que todos seremos actores, cuando menos los jóvenes, los demás no se cuentan.

– En mi casa, Edmunda, los demás, por el contrario, se han de tener en cuenta, y de consiguiente no habrá comedia.

Esto fué dicho con un tono que no admitía réplica. Todos adivinaron que Marta no manifestaba la verdadera razón de su antipatía á las cosas de teatro; y Edmunda, comprendiéndolo así también, irguió altiva su graciosa cabeza; su rostro tomó repentinamente cierta expresión de dureza, y repuso con indiferencia:

– ¡Cómo tú quieras, naturalmente! Sr. de Ancel, añadió, ¿quiere usted darme el brazo? Deseo contemplar la vista del paisaje desde la altura. ¿Se puede subir? Vengan ustedes, señoritas; me parece que el mar á la luz de esta luna tan clara debe estar magnífico.

Marta no siguió á los demás convidados.

En la manera de tomar Edmunda el brazo de Roberto observó alguna cosa que la sorprendió súbitamente.

Fué á sentarse junto á la señora de Ancel, que cogió cariñosamente su mano. En el fondo pedíale que la dispensase, como de una infidelidad, por su conversación con la tía Aurelia.

– ¿Está usted indispuesta, Marta? ¿Quiere usted que volvamos á casa?

– ¡Oh! No, se está bien aquí.

– ¿Pues entonces?

– No es nada; estoy un poco triste, pero no haga usted caso. Es una rareza de mi carácter que me hace pensar en cosas no muy alegres cuando á mi alrededor se ríe demasiado. ¡Qué quiere usted! Yo paso ya de los diez y ocho años, y según dice Edmunda, no se tiene esta edad más que durante doce meses. ¿Los habré tenido yo alguna vez? Temo mucho que no.

– Los tendrá usted un poco más tarde, y á eso se reduce todo. Lo mismo que le sucede á Roberto, se rejuvenecerá usted á medida que vaya transcurriendo el tiempo.

– ¡Tal vez!, murmuró la joven. Efectivamente, Roberto es muy joven esta noche...

Y Marta comenzó á meditar algo tristemente.

VI

Para ir á la «Fuente de Virginia» se deja la carretera de Villerville á fin de franquear una cuesta bastante rápida entre muros de vastas propiedades. A través de las verjas se ven jardines bien cultivados, muy en oposición con el carácter salvaje de las soledades de los bosques que tanto agradaba á Marta Levasseur, castillos y quintas nuevas y flamantes y granjas de aspecto tranquilo y próspero.

Después de franquear la cuesta es preciso tomar un atajo donde apenas se aventuran los vehículos; aquí se ve á veces, por encima de los tejados de las granjas ó de las praderas donde pacen los rebaños, la extensión del mar iluminada por el sol de verano y surcada por grandes sombras de color azul obscuro que algunas nubes vagabundas proyectan. Es un sendero muy solitario y silencioso, donde el ladrido de un perro de guarda toma sonoridades singulares; á medida que se avanza, el bosque presenta un carácter más salvaje; el tallar es intrincado, ya no se ve el mar y tampoco se oye rumor alguno, como no sea el súbito vuelo de un ave espantada y el roce del follaje movido por la suave brisa del verano. Después el tallar cesa súbitamente, é inmensos árboles, hayas seculares, verdaderamente magníficas, elévanse por todas partes en libertad. Poco después se atraviesa un puentecillo sobre el riachuelo formado por las aguas de un manantial, y llégase á un claro sombreado por otros árboles de troncos enormes y circuido por el bosque. En el centro, casi al pie de la más venerable de aquellas hayas, se ve un segundo manantial muy abundante, que antes de formar arroyo se extiende como una cristalina sábana, constituyendo un gracioso estanque. No se podría encontrar un rincón de tierra más seductor para ser feliz y vivir enamorado y algo loco también: es el dominio de la reina Mab, de Titania y de Oberón.

Para complacer á su hermanita, Marta había organizado en aquel delicioso sitio una verdadera jira campestre. No se había hablado más de la comedia de salón, y para que se olvidase esta ligera contrariedad, Marta redoblaba su ternura y sus bondades. Cierto que Edmunda no ponía mala cara; pero de vez en cuando una ligera nube pasaba por su tersa frente, manteníase silenciosa, y un suspiro apenas perceptible indicaba que aquella joven pensaba en cosas de que no podía hablar. Por primera vez uno de sus caprichos no había sido satisfecho; estaba asombrada, resentida también; pero concedía su perdón. Marta era muy buena; hacía cuanto le era posible, y no podía esperarse que se antepusiera del todo á las preocupaciones de su casta. Edmunda, por el contrario, educada en la sociedad de su madre, se había acostumbrado á mirar muy por encima todas esas preocupaciones del campesino; y como en su pequeña cabeza no estaban aún bien determinadas las ideas, comprendía en aquéllas tal vez más cosas de las que hubiera debido, permitiéndose para ciertas libertades excesivas indulgencias, que á veces hacían abrir mucho los ojos á la tía Aurelia. Delante de Marta, Edmunda dejaba ver poco su imperfecta ciencia del mundo, comprendiendo que su hermana mayor era realmente mucho más «niña» que ella, en el verdadero sentido de la palabra.

La mayor parte de los convidados de la señora de Ancel tomaban parte en la merienda. Varias jóvenes con sus madres, entre otras, dos americanas muy alegres y algo locas, que habitaban en una antigua heredad situada casi al pie de la colina y á quienes Edmunda quería mucho, y cierto número de jóvenes, que lo eran demasiado en su mayor parte, como sucede á menudo en el campo, constituían un grupo muy agradable de ver. Los trajes claros de las mujeres se destacaban como notas vivas y alegres sobre el fondo sombrío del follaje.

El alma de aquella sociedad era el capitán Bertrand, que había llegado á galope desde Trouville. Su caballo, cubierto de espuma y lanzado á escape, habíase espantado en el momento de atravesar el puentecillo; el capitán, viendo que todos le miraban, damas y caballeros, había obligado al cuadrúpedo, que se encabritaba, á retroceder á cierta distancia y atravesar una y otra vez el puentecillo de madera, cuyo sonido intimidaba al animal; pero esto á fuerza de latigazos administrados tan despiadadamente, que el caballo, con los ojos coloreados de sangre, temblaba de una manera visible.

– Capitán, exclamó al fin Marta indignada, suplico á usted que no maltrate más á ese pobre animal; el espectáculo es poco agradable, y ya nos ha demostrado usted lo suficiente que es un jinete consumado.

– A la orden de usted, señorita; pero si la encargasen conducir un regimiento ó amaestrar un caballo, aseguro á usted que necesitaría endurecer un poco su corazón demasiado bueno.

– Sin embargo, crea usted que también sé hacerme obedecer cuando conviene.

– Yo soy la prueba de ello, repuso el galante capitán inclinándose y con irónica sonrisa.

Acto continuo ofreció sus servicios, ayudó á los demás, se mostró muy alegre y decidor y hasta un poco atrevido. Edmunda le miraba con evidente satisfacción. Aquel día, el equilibrio que conservaba sabiamente entre sus diversos admiradores – á todos los jóvenes que veía considerábalos como tales – se desconcertó un poco en favor del capitán.

El oficial no trataba de ocultar en manera alguna su admiración; devoraba con la vista á Edmunda de la manera más atrevida, casi brutal, admirando sin duda su ligero traje de batista de color azul claro, muy sencillo, que le sentaba maravillosamente y realzaba su belleza. Edmunda tomaba las más graciosas posturas de mujer casera, arremangándose hasta el codo y levantando su falda lo bastante para que se vieran los más lindos pies del mundo. Mientras las demás jóvenes abrían los enormes cestos que se habían llevado de antemano, pues no se querían criados para servir, Edmunda se encargaba de llenar las botellas en el manantial y el capitán era quien debía llevarlas; pero la joven tenía empeño en coger ella misma el agua, tan pura y fresca, que el cristal se empañaba al punto. Algunas piedras colocadas en sitio conveniente permitían acercarse al arroyuelo; mas después era preciso doblar el cuerpo y no mojarse demasiado el borde de la bonita falda. ¿Cómo no aceptar la nervuda mano que Bertrand le ofrecía y no permitir que la sostuviera? En buena ley no había medio de evitarlo. ¡Cuán seductora estaba Edmunda entregada á aquella ocupación, arrodillada en parte, con cierta seriedad y teniendo en la mano derecha una botella mientras que daba la otra al capitán! Este último se inclinó también, y en el agua límpida las dos imágenes se confundieron un instante. La voz del oficial fué trémula al decir por lo bajo:

– Vea usted, señorita Edmunda, el manantial nos casa; es la divinidad de este sitio, y la voluntad de los dioses es sagrada.

– Eso no es más que agua, contestó Edmunda riendo, sin escandalizarse en lo más mínimo; y los poetas dicen que la onda es pérfida.

– Permítame usted decirle que la adoro; estoy loco por usted, y esto desde el día en que la vi por vez primera...

– En el ferrocarril, interrumpió Edmunda, ya lo sabe usted, los silbidos, los «cinco minutos de parada,» el humo que ensucia y huele mal... todo esto no es nada poético.

– ¡Burlona! Sin embargo, le diré y le repetiré tanto que la adoro, que al fin acabará usted por creerlo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTIFICA

WERNER DE SIEMENS

La ciencia y la industria eléctrica han tenido recientemente una pérdida sensible en la persona del doctor Werner de Siemens, fallecido en Berlín en 6 de diciembre último, á la edad de setenta y seis años.



WERNER DE SIEMENS, eminente físico recientemente fallecido

El doctor Siemens, nacido en Lenthe (Hannover) en 1816, hizo sus primeros estudios en el gimnasio de Lubeck y entró en la artillería prusiana en 1834. Su inteligencia llamó desde luego la atención de sus jefes, y después de haber pasado algún tiempo en la Escuela militar fué nombrado teniente en 1837, sirviendo hasta 1850. El tiempo que le dejaba libre el servicio dedicábalo al estudio de las ciencias físicas, inventando entonces el dorado eléctrico, un regulador diferencial y un telégrafo impresor eléctrico automático.

Siendo individuo de una comisión de estudios nombrada para la sustitución del telégrafo óptico por el eléctrico, propuso en 1847 el empleo de conductores ó cables aislados por medio de gutapercha, y fué el primero que consiguió cubrir el alambre de cobre con este precioso aislador por medio de una prensa de su invención que hoy emplean todas las fábricas de cables. Estos alambres aislados sirvieron en 1848 para proteger el puente de Kiel contra los ataques de la flota dinamarquesa, pues fueron utilizados para prender fuego á las minas submarinas por medio de la electricidad.

En aquel mismo año establecióse bajo su dirección la primera línea telegráfica aérea alemana entre Berlín y Francfort en el Mein y en 1849 la primera línea telegráfica subterránea entre Berlín y Colonia.

Asociado con Halse fundó en 1847 los establecimientos de Charlottenburgo que muy pronto adquirieron una reputación universal, creando sucursales, que luego fueron establecimientos independientes, en Londres bajo la dirección de Guillermo Siemens, fallecido en 1884, y en San Petersburgo, bajo la de Carlos Siemens, ambos hermanos de Werner.

Por espacio de cuarenta años Werner Siemens distribuyó sus trabajos entre la ciencia pura y la ciencia aplicada: á él se debe el patrón de resistencia en mercurio, adoptado hoy como prototipo internacional que representa un valor fijo, invariable, de fácil reproducción en cualquier tiempo y lugar con sólo tomar por base su sencilla definición. Werner Siemens ha creado una serie de métodos para medir los cables subterráneos y submarinos que todavía se siguen actualmente. La telegrafía le debe el relevador polarizado de su nombre, la prensa de gutapercha y el descubrimiento de un sistema de transmisión simultánea. Sus trabajos en materia de electricidad industrial son muchos y muy importantes: citaremos entre ellos la armadura en doble T de su máquina dinamo, el principio de la auto-excitación presentado á la Academia de Ciencias de Berlín en 17 de enero de 1867, algunos días antes de la comunicación de Wheatstone sobre el mismo asunto, el primer ferrocarril eléctrico establecido en 1879, el sistema de los despachos neumáticos que introdujo en Berlín desde 1865 y un gran número de otros inventos menos conocidos, pero no menos útiles.

Este sabio eminente fué colmado en vida de honores de toda clase. En 1860 la Universidad de Berlín le concedió el título de doctor en filosofía *honoris causa* y en 1874 la Academia de Ciencias de la propia ciudad le llamó á su seno.

Su autoridad en los congresos científicos en que tomó parte era reconocida por cuantos á ellos concurrían y sus consejos eran con frecuencia seguidos.

En 1888 contribuyó con 300.000 marcos (375.000 pesetas) á la creación de un laboratorio nacional científico y técnico.

Por la importancia de sus descubrimientos y de sus trabajos; por su habilidad en llevarlos á la práctica, á sacar de ellos un provecho material para la industria y á obtener de ellos resultados útiles para la ciencia, Werner Siemens deja en pos de sí el recuerdo de un trabajador infatigable, de un sabio distinguido, de un inventor fecundo y de un hábil ingeniero.

Bajo un aspecto algo rudo, Werner Siemens ocultaba un fondo de benevolencia y de afabilidad que pudieron apreciar cuantos con su trato se honraron.

E. Hospitalier

***

CERRADURAS DE ALARMA

Los periódicos publican continuamente noticias de robos con fractura, para evitar los cuales se han inventado una porción de sistemas de cerraduras, de seguridad unas y avisadoras ó de alarma otras. Uno de los inventos más interesantes en este último género es el de M. Pablo Blanchet: con los aparatos que vamos á describir, apenas se intenta forzar una cerradura ó introducir en ella llaves falsas ó violentarla con una palanqueta para hacer saltar la armella ó romper los goznes de una puerta ó aserrar las hojas de ésta, se produce una fuerte detonación y suena un timbre continuo, lo cual basta y sobra para poner en alarma á todos los habitantes de la casa y aun de la vecindad, sin que el ladrón haya conseguido abrir, forzar, ni fracturar la puerta.

La detonación se produce por la explosión de un cartucho inofensivo y el timbre funciona merced á un circuito eléctrico que las tentativas del ladrón cierran.

Nuestro grabado representa los principales aparatos de M. Blanchet. La fig. 1 es la cadena de seguridad con detonación para ventanas, miradores y postigos y constituye un género de cerradura suplementaria y perfecta por su fuerza de resistencia: además, á la menor tentativa de los ladrones produce la alarma en toda la casa y en toda la vecindad. Cuando desde afuera se intenta abrir las hojas de las puertas, las cadenas representadas en nuestro grabado se estiran y solicitan un resorte colocado en el interior del cilindro central, al cual van unidas, y hacen estallar un cartucho que produce una detonación. La fig. 2 representa la cadena para las puertas de las habitaciones; la figura 3 el aparato para cercados, vedados de caza, huertos, corrales, etc. Este aparato de detonación de mucho calibre y de pequeñas dimensiones se deja oir perfectamente á una distancia de 1.200 á 1.500 metros: tendido por medio de alambres, sea de árbol á árbol, sea en lo alto de una pared de cerca ó de cualquier otro modo, puede disimularse fácilmente y permanecer indefinidamente expuesto á la humedad, sin que se altere el cartucho que contiene.

Las figs. 4 y 6 representan un pequeño aparato móvil de detonación, que se coloca en el suelo detrás de las hojas de la puerta: un clavo puesto en su extremo en la madera del suelo ó entre dos ladrillos lo fija suficientemente para que el menor choque en el gatillo, que está en el otro extremo, produzca la detonación.

La fig. 5 reproduce el aparato para las ventanas: una pequeña escarpia colocada en cada hoja de la ventana permite colgar y quitar instantáneamente el aparato, que, en un modelo más pequeño, puede ponerse también en las arcas para guardar caudales, en los muebles, cajones, baúles, maletas, etc., y los protege contra los ladrones, á quienes denuncia.

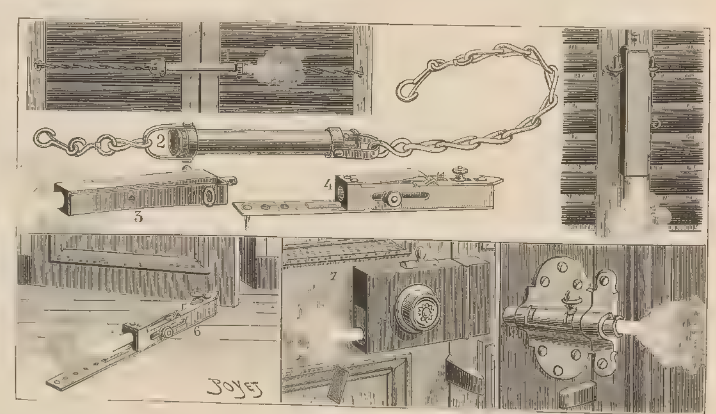
Las figs. 7 y 8 representan una cerradura y un cerrojo con detonación, timbre y luz eléctrica: para mayor precaución cada cerradura tiene dos clases de llaves: la de seguridad, que abre todas las partes de la misma, y una para los entrantes y salientes, la cual sólo puede abrir la puerta cuando ésta está simplemente cerrada de golpe y no da idea de la llave de seguridad.

Finalmente, para que nada falte á esta cerradura, un contacto colocado en el interior y puesto en movimiento por la doble vuelta alumbra, cuando se quiere, una ó varias lámparas de incandescencia cuyo entretenimiento no exige más que unos momentos de cuidado cada dos ó tres meses y un gasto insignificante. Este alumbrado, obtenido al abrir la cerradura, puede ser de gran utilidad para el que entra de noche en su casa ó en una habitación obscura.

El pestillo de la fig. 8 está destinado á las puertas interiores y á las escaleras de servicio y produce la alarma sin necesidad de que lo abran, desde que se intenta forzar la puerta. Inútil es decir que el mecanismo está dispuesto de tal suerte que la detonación no puede producirse nunca en el uso ordinario del pestillo.

X..., *ingeniero*

***



Cerraduras de alarma por medio de detonaciones y timbres

EL TRABAJO DE LOS MÚSCULOS

Si se considera la máquina animal como una máquina térmica, se encuentra uno con una dificultad casi insuperable desde que quiere explicarse su producción muy elevada, de 30 por 100 aproximadamente: sabido es, en efecto, que, según el principio de Carnot, esta producción exigiría que algunas partes de la máquina estuviesen á una temperatura

de 160 grados por lo menos, aun suponiendo que no hubiese ninguna nueva pérdida.

Algunos pretenden eludir la cuestión diciendo que un músculo no es una máquina térmica, pero esta explicación nada resuelve. M. T. Engelmann ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de Amsterdam una importante memoria con la cual este problema delicado da un paso decisivo. La idea de M. Engelmann es que, contra lo que la opinión generalmente admitida afirma, el organismo presenta enormes diferencias de temperatura. La combustión que se produce en los músculos engendra infinidad de fuentes de calor de temperatura elevada, al paso que la masa del músculo funciona como refrigerante. Si un termómetro, por pequeño que sea, está siempre sometido á la acción de un gran número de focos y de una gran masa refrigerante, no puede indicar más que una temperatura media. Ahora bien: está demostrado que por efecto de la temperatura los elementos birrefrigerantes del músculo experimentan una contracción, hecho que, además, prueba el autor con un experimento curioso. En una probeta llena de agua se introduce una cuerda de tripa, provista de un peso que la mantiene en tensión y rodeada á pequeña distancia de una espiral de platino: si se calienta la probeta por medio de una lámpara, la cuerda se acorta lentamente; pero si, por el contrario, se hace pasar una corriente por la espiral de modo que ésta adquiera una elevada temperatura, la longitud de la cuerda disminuye bruscamente y se alarga de nuevo en cuanto la corriente queda interrumpida; durante este tiempo, la columna de un termómetro colocado en la probeta no ha subido más que en una cantidad insignificante. Repitiendo el experimento varias veces se produce un trabajo muy apreciable y, lo que es muy digno de notarse, esta máquina térmica funciona con excelente producción, algunas veces superior á la de un músculo.

* * *

EL FERROCARRIL DE BEIRA (ÁFRICA AUSTRAL)

Esta vía férrea que los ingleses construyen actualmente á lo largo del río Pungoné atravesará los territorios portugueses para ir á parar al Mashualand inglés. Este ferrocarril, que tendrá una gran importancia para el comercio británico, quedará terminado hasta Chimoio (75 millas) antes de que termine el presente año. El punto término de la vía, que es el fuerte Salisbury, está situado á 250 millas de la costa.

La tonelada de mercancías cuyo precio de transporte es actualmente de 1.125 francos desde el Cabo al fuerte Salisbury, no costará más que 375, y el trayecto que hoy dura tres meses será de tres días por Beira. Mientras no quede terminada la vía férrea hay entre Chimoio y fuerte Salisbury un buen camino carretero, y desde el mes de febrero próximo podrá expedirse desde Inglaterra máquinas y aparatos para la explotación de las minas que adquirirá pronto un gran vuelo; pues hasta ahora lo que ha retardado esta explotación ha sido la falta de máquinas, cuyo transporte por el Cabo era imposible, ya que el ferrocarril no llegaba más que hasta Uribury, punto distante 1.000 millas del fuerte Salisbury.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.» – Se ha puesto á la venta este notable almanaque que en los diez y siete años que lleva de publicación ha merecido constantemente el favor del público: el correspondiente al año 1893 contiene artículos, cuentos, epigramas, poesías, etc., firmados por nuestros más conocidos escritores, y excelentes dibujos y chispeantes caricaturas de los reputados artistas Apeles Mestres, Pellicer, Moliné y Foix. – Véndese al precio de 2 reales en casa del editor Sr. López, librería española, Rambla del Centro, 20.

* * *

IVÁN EL IMBÉCIL, *por el conde León Tolstoi.* – De un asunto sencillo ha hecho el eminente novelista ruso un libro hermoso, como todos los suyos, cuyo argumento tiende á demostrar que la verdadera dicha no está en la gloria ni en la satisfacción de los apetitos de las pasiones, sino en la tranquilidad y placidez de un obscuro rincón de una aldea. – Este libro forma parte de la *Colección de libros escogidos* y se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

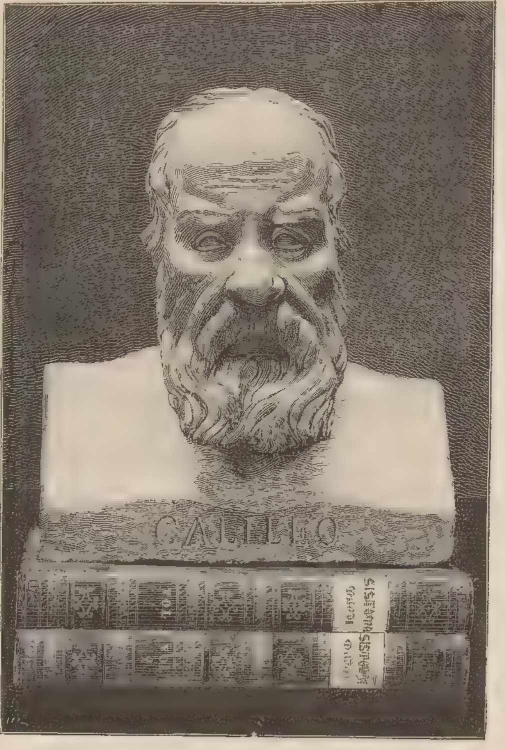
INCOHERENCIAS POÉTICAS, *por A. Fernández Casado.* – Es este libro una colección de poesías inspiradas y bien escritas en las que, como el título indica, se tratan distintos asuntos y se cultivan diversos géneros, notándose en su autor, el distinguido poeta gijonés Sr. Fernández Casado, la influencia del incomparable Campoamor, influencia que aquél confiesa modestamente en la prólogo con que comienza el libro. – Impreso en Gijón, en la imprenta del Musel (Rastro, 24), se vende al precio de una peseta.

* * *

MARTÍN ALONSO PINZÓN, *por D. José M. Asensio.* – Ha visto la luz este hermoso libro, original del presidente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, en el cual se hace la historia de la parte que los hermanos Pinzón, principalmente Martín Alonso, tomaron en el descubrimiento del Nuevo Mundo. – Se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

LA ENERJÍA MEQÁNIQA TRASPORTADA POR LA ELEQTRIZIDAD, *por Luis L. Zegers.* – La importancia de la materia tratada en este libro la indica sobradamente su título, y en cuanto á la competencia de su autor, tiénela éste bien acreditada como profesor de Física general de la Universidad de Chile. Es una obra que merece ser consultada por cuantos quieran estudiar el importante problema que en ella se trata con gran caudal de conocimientos científicos: está escrita, como pueden ver nuestros lectores por el título, según las reglas de la ortografía castellana reformada, que cuenta con muchos partidarios en América, y ha sido impresa en Santiago de Chile, en la Imprenta de Barcelona, Santo Domingo, 86.



BUSTO DE GALILEO, obra del siglo XVII, conservado en Villa Galletti, Florencia

* * *

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA QASTELLANA, *por J. Jimeno Agius.* Se ha publicado la segunda edición de este folleto, en el cual están reunidos los notables artículos que el Sr. Jimeno Agius publicó en la *Revista Contemporánea* de Madrid, en defensa de una reforma radical de la ortografía castellana. El Sr. Jimeno Agius aduce en defensa de su sistema poderosas razones dignas de ser meditadas.

* * *

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por don León Bonel y Sánchez.* Interesante como todas las anteriores es la entrega 6.ª de esta importante revista que con tanto éxito publica el digno é ilustrado magistrado de esta Audiencia Sr. Bonel. Contiene la sección doctrinal con la sección inaugural de la Academia de Derecho además de la memoria del Secretario saliente y el discurso del Presidente, Sr. Bonel, del que oportunamente nos ocupamos, la legal, la de sentencias del Tribunal Supremo y decisiones de la Dirección general de Registros y la de Cuestionarios y Fueros, en la que comienza la publicación de la legislación de Navarra. – Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral.

* * *

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, *por D. E. Caro,* de la Academia Francesa. – En este volumen estudia el renombrado filósofo la influencia que las ideas pesimistas de Leopardi, Schopenhauer y Hartmann han tenido en la vida intelectual, moral, social y política del siglo. Obra de tanto renombre en el extranjero, no necesita por nuestra parte, después de las muchas ediciones que en varios idiomas ha logrado en breve tiempo, recomendación ninguna especial. – Se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XII — BARCELONA 23 DE ENERO DE 1893 — NÚM. 578

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTO EN LLANES



ESTATUA DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ POSADA HERRERA

Obra de José Gragera, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera y Compañía, de Barcelona



CRÓNICA DE ARTE

Envuelta en blanco sudario que las nubes le dispusieron allá en las alturas, sola, completamente olvidada de deudos y amigos, escuchando maldiciones y reniegos de guardianes, que ateridos por el horrible frío de aquella última jornada, de tal modo le contaban los últimos minutos de su vida, murió el día 31 del pasado diciembre de una consunción crónica, de una anemia espantosa, la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892.

Con la caída de las últimas hojas, arrancadas por la ventisca de las ramas de los árboles, en las cuales, casi secas, todavía un resto de savia las retuviera hasta entonces, coincidió la muerte de cientos de ilusiones artísticas y el desengaño de otros centenares de optimistas. Ese día, envuelto por la densa y fría neblina de la mañana, marchaba yo á buen paso por los andenes del barrio de Monasterio, en dirección del Palacio de las Artes y de la Industria, adonde iba con el buen propósito de darles el postrer adiós á aquellos lienzos y esculturas, dibujos, aguas fuertes y proyectos arquitectónicos, que tantas veces contemplara durante los dos meses y pico que habían estado expuestos á la pública consideración y examen, cuando á la mitad de mi camino me sorprendieron los primeros copos de nieve con que este invierno ha querido obsequiarnos, por parecerle quizá que no debía ser menos que los otros inviernos sus antecesores. Dudé si despedirme allí mismo de las obras del arte de estos últimos tiempos, ó cumplir mi primer propósito. En aquel instante de duda dos hojas secas cayeron á mis pies, y arrastradas por el aire helado del Guadarrama recorrieron gran trecho del enlosado andén, chascando palabras y exclamaciones. Declaro que me sorprendió tal prodigio (la cosa no era para menos), y echando tras de las arrugadas hojas fuí siguiéndolas buena porción de camino, marcando los ziszás que el importuno aire les obligaba á hacer. Por fin (como dijo en memorable ocasión *La Correspondencia)*, al abrigo de un banco de piedra detuvieron el incierto paso las dos compañeras y pude escucharlas. Hablaban de arte. Lo que dijeron helo aquí, sin quitar ni poner una tilde:

– ¡Gracias á Dios que logramos un poco de descanso al abrigo de estas piedras!, exclamó la más grande de las hojas. Si dura un poco más esta correría morimos destrozadas contra los adoquines ó atropelladas por algún coche.

– Atropelladas no, contestó la otra, la cual mostraba todavía un trozo de su primitivo vestido verde, porque los coches ya no llegan hasta aquí, pues hace más de mes y medio que se celebraron las últimas carreras de caballos.

– Es verdad, replicó la mayor, pues á la Exposición de Bellas Artes no viene nadie ni á pie ni en coche.

– ¡Valiente Exposición!

Y la del vestido á pedazos verde soltó una carcajada de vieja sin dientes.

– Por ventura ¿la has visto tú?, exclamé yo molestado por aquella risa.

Las dialogantes enmudecieron un momento, al cabo del cual la mayor me contestó:

– Las dos la hemos visto.

– Qué, ¿habéis dejado el árbol de donde estuvisteis colgadas desde que el sol de mayo os hizo brotar para ir al palacio donde se celebra la Exposición?

– No te importe saber cómo ni de qué modo vimos los cuadros y las esculturas que encierra ese almacén de hierro y ladrillo, al que tan pomposamente llamas palacio; conténtate con saber que lo hemos visto todo.

– ¿Y os ha parecido tan malo ese *todo*, como tú dices, que el recordarlo tan sólo os cause risa?

– ¡Cualquiera diría que á vosotros los críticos os ha parecido mejor!, exclamaron las dos hojas. Por debajo de nosotras habéis pasado veinte veces, poniendo de oro y azul las obras más aplaudidas. Tú mismo, siguió diciendo la mayor, discutías aquí, en este sitio, las bellezas de esas obras. Si después desde los periódicos te viste obligado á decir que era blanco lo que tú creías negro... peor para ti y para los que te creyesen.

– No, no es exacto eso de que yo lo creyese malo todo; defendí lo bueno...

– Y lo que no lo era también, me atajó la hoja pequeña.

– Bueno; no quiero que os enfadéis conmigo, pues tengo grandes deseos de escuchar vuestras opiniones respecto de la Exposición.

– Nuestra opinión, es decir, la mía, repuso la mayor, está formulada en pocas palabras. Los pintores, como los escultores españoles, piensan ahora tan poco como antes.

– Menos, interrumpió la otra hoja.

– No; hay excepciones.

– Siempre las hubo.

– Convengo contigo en que siempre húbo artistas que pensaban los asuntos antes de plantearlos en la tela y durante la ejecución también. Verdad es que en este certamen los asuntos bien pensados fueron escasísimos, y los de verdadero valor estético ó filosófico fueron menos. La pintura llamada de historia no tuvo importancia mayor, considerada desde el punto de vista genérico. Los hechos históricos que han tratado de reproducir en el lienzo cuantos á la pintura de ese género se dedican y expuestos este año que finaliza hoy, tienen todos un valor muy secundario.

– No tienen valor histórico alguno, saltó la hoja del vestido remendado de verde. Y digo que no tienen valor histórico alguno, porque aquellos héroes, soldados y demás personajes están faltos de carácter.

– No me dejaste concluir de exponer mis razones. A eso precisamente quería yo ir á parar. Si nuestros artistas meditaran detenidamente los asuntos, y sobre todo los de este género, tengo por cierto que muchos no sufrirían los desengaños que han sufrido, y la historia y sus hombres se lo agradecerían. Las dificultades se acumulan formando barreras insuperables entre la verdad relatada y la realización del relato por medio del pincel. Estereotipar en el lienzo el hombre moral, es el *summum* de las aspiraciones del artista, *summum* por muy pocos alcanzado. El retrato nos prueba cuán exacta es esta afirmación mía. Tú habrás podido observar cómo un mismo pintor ó escultor de veinte retratos que haya hecho, solamente en uno ó dos logró fijar el retrato moral, el verdadero retrato, el íntimo, el que se esconde tras del conjunto de líneas del rostro externo...

– Ahí tienes el busto de Domingo, modelado por Benlliure, interrumpió la hoja pequeña.

– Efectivamente, prosiguió la mayor, Benlliure que ha modelado algunas docenas de testas, en ninguna supo ahondar tanto con el palillo, que lograse lo que de un modo tan grande al copiar la apolina cabeza del autor de *Santa Clara*. Pues bien: si la imagen de un vivo ofrece tales dificultades, dime cuántas no ofrecerá la del que, muerto hace siglos, llega hasta nosotros su nombre, inscrito en las páginas de la historia, por sus hechos, por su carácter, únicas líneas que el artista puede analizar para representárnoslo.

– Creo como vosotras, observé, que no es cosa fácil la pintura de historia; pero convendréis conmigo en que hemos tenido pintores que lograron vencer tantas dificultades.

– ¡Pintores!, refunfuñaron las hojas. Querrás decir un pintor, Rosales.

Algún otro más; pero en fin, si en ese género no, del de asuntos del día hemos visto en esta Exposición bastantes cuadros dignos de alabanza.

– ¿Cuántos merecieron las tuyas?, me preguntó burlonamente la hoja pequeña, al mismo tiempo que una ráfaga de aire helado la lanzaba casi debajo de mis pies.

– Bastantes, afirmé.

Pocos, muy pocos, replicó la intransigente interlocutora; no llegan á media docena.

– Pasan de diez y de doce también.

– No dices la verdad; pero aun suponiendo que la dijeras, ¿qué son diez cuadros para poder ufanaros de que tenéis un arte serio y floreciente?

– ¡Alto ahí, compañera!, interrumpió la hoja grande. Si ufanarse, como tú dices, no; sin embargo, algo más que Francia pueden hacerlo; y aun podrían recabar para Madrid y para algunas otras capitales interesantes de provincias una importancia grande, así en lo que al arte se refiere como al mercado, si estas exposiciones no fueran meriendas de negros y se suprimieran ciertas instituciones artísticas que no quiero nombrar. Lo malo aquí es que las cuatro quintas partes de los que pintan ó esculpen en España, esculpen ó pintan como podrían hacer zapatos ó cepillar tablones ó dar paletadas de yeso; es decir, hacen del oficio un *modus vivendi*, mucho más aristocrático y más *latino*...

– ¿Cómo es eso? ¿Por qué dices *latino?*, interrogué.

– Porque es sinónimo de holgazán, y como no quería decirlo así tan crudamente... Pues, como iba diciendo, mucho más *latino* y más aristocrático que machacar suela todo el día, que cuidar los campos, que dedicarse á cualquiera de las muchas industrias en embrión todavía en esta tierra, es eso de pintar ó de esculpir. Porque habrás reparado cuántos paisajistas y marinistas han surgido de pocos años á esta parte; y si buscas la razón, te la dará ese deseo de no doblar el espinazo, y sobre todo la orgullosa condición de las gentes que se creen capaces de poseer un arte para el cual no sirven las generales condiciones fisiológicas y psicológicas. Así que cuando se convencen de lo imposible para ellos de realizar medianamente la figura, se agarran á la pintura de paisaje ó de marina, como el náufrago á un clavo ardiendo. Por nada del mundo renunciarían esos ilusos al dictado de *artistas*. Que así como de cada cien españoles setenta y cinco tienen gran facilidad para rimar, así también la tienen para pintar. Pero á pesar de esta condición, cuenta los poetas que tal nombre merecen, y si no *dos y medio*, como dijo *Clarín*, lo que es de seis no pasan. Pues lo mismito sucede en las artes plásticas.

– Me parece que eres un poco pesimista, le dije.

– Nada de eso. Por cierto tengo que la única escuela pictórica de la raza latina capaz de sostenerse dignamente frente á frente de las escuelas nuevas del Norte es la española, por miles de razones que sería largo enumerar y que por sabidas me callo. Pero también te digo que mientras el Estado no ponga mano en la organización y régimen de las escuelas y de sus enseñanzas, y puedan ingresar cuantos quieran sin más cultura que la recibida en los colegios de primeras letras, y la crítica no zurre la badana á todos los que no muestren en sus obras condiciones sólidas de artistas, créeme que será el arte español un arte sujeto á fracasos, como, salvas honrosísimas excepciones, el que le proporcionaron en este certamen todos esos cientos de pintores, de los cuales no tenía nadie noticia. Ya has visto, prosiguió la hoja, cómo á pesar de las bellas condiciones plásticas de algún cuadro del género histórico, sin embargo no logró conmover á nadie; en cambio, aquellos tres ó cuatro lienzos que expresaban un sentimiento eterno como el amor, ó un drama social que lo abarca todo, desde las instituciones políticas á las religiosas, ó un idealismo como el de la admiración por la Naturaleza, esos fueron los preferidos...

Una fuerte ráfaga de aire, acompañada de espesos copos de nieve, arrebató á mis dos interlocutoras con tal violencia, que haciéndolas pasar sobre mi cabeza, las sepultó en el fondo de un barranco próximo á la *Huerta*. Me levanté de mi asiento, y trataba de envolverme de nuevo en mi capa, cuando en uno de los pliegues de la esclavina sonaron las mismas voces de las hojas, diciéndome:

– ¡Por Dios, que nos espachurras!

Quedé un rato suspenso, sin fuerzas para moverme, y no saliera de mi asombro, si no es por la voz de la mayor de las hojas que sonó de nuevo para decir:

– Colócanos en un lugar abrigado, donde haya estiércol y tierra que nos dé el calor que necesitamos para esperar la llegada del mes de mayo; nosotras somos dos larvas de mariposas que tendrán las alas azules como el cielo, verdes como la hojas del limonero, rojas como la flor del granado, que son los colores que simbolizan la pasión, la inteligencia serena y firme y la eterna aspiración de lo sublime é ideal. Nosotras somos átomos que en la tierra y en su seno adquirimos forma; de la tierra surgimos al cabo, pintadas de mil colores brillantes, y á los tibios rayos del sol de la primavera y á los cálidos del de estío extendemos las ligeras alas para ir á posarnos sobre los pétalos de las más delicadas flores, cual nosotras salidas del seno de la madre Tierra y abrigadas y fecundadas por la fermentación de residuos vegetales y animales. Y con esto te doy la clave, siguió la voz que yo creía de la mayor de las hojas, del por qué no causan emoción alguna esas telas pintadas que hay en ese Palacio de las Artes y de la Industria.

– Pues te aseguro, larva parlanchina, que no entiendo esa clave.

– Torpe eres, contestó. Si el arte, y el pictórico



EL EMINENTE DRAMATURGO FRANCÉS VICTORIANO SARDOU

especialmente, ha de emocionar al espectador, necesita que la Naturaleza le dé forma y colores, no los colores y la forma que le ofrezca la moda, ó la industria, ó el degustamiento del paladar viciado. Necesita, como nosotras, mañana mariposas de delicados contornos y matices, vivir en constante contacto con la gran madre; como nosotras también la fecundante fermentación del vicio y de la virtud, analizados y sentidos ambos... y de que el que comienza el estudio del arte sea larva de artista y no de ciempiés.

Calló la voz. Llegué á un jardín cercano y busqué un lugar al abrigo de todo peligro para depositar en él los capullos de mariposas. En vano registré cuidadosamente todos los pliegues de mi capa; no parecieron por ningún lado. Eché á andar, y ya cerca de la plaza de Colón, volví á oir la voz de la hoja mayor ó de la larva que estuviera adherida á ella, que me decía:

–¿No has entendido lo que te dije? Te lo diré clarito ahora. Casi todo lo expuesto era mentira, tranquilla y baldío además.

* * *

–¿Pero vas hablando solo?

Esto me lo preguntaba un amigo que atravesaba la plaza en busca del tranvía.

–¿Yo? Ni una palabra.

–¡Si hace un cuarto de hora que desde el otro lado del paseo te estoy viendo gesticular!

R. Balsa de la Vega

UNA HORA EN CASA
DE VICTORIANO SARDOU

–Sí, veintinueve años hace ya que me instalé en Marly, y cada día me encuentro aquí más á gusto. Todo es admirable, todo es ahora bonito; debo confesar que estoy satisfecho de mi obra... porque Marly es obra mía. ¡Si lo hubiese usted visto cuando llegué, en 1863!

Hablando así, Victoriano Sardou, muy vivaz y alegre, acompañaba sus frases de una mímica algo picaresca, afable y jovial; mientras con sus ademanes parecía evocar el antiguo paisaje, como para compararlo con el que él había conseguido crear.

–Paseemos por aquí, bajo los árboles, continuó, para disfrutar de la sombra, porque los prados son verdaderamente calurosos... ¿Ve usted ese terradito, donde he colocado un jarrón de piedra, resto de las Tullerías? Cuando llegué no había ahí más que hojarasca; y ese terreno en pendiente, donde está mi huerto, hallábase entonces lleno de escombros: en tiempo de Luis XIV había sido verjel del castillo. Ahí encontré arbustos de boj plantados doscientos años hace, y con los cuales formé la espesa cerca que circuye por esta parte el terrado. No es muy grande este último; pero ¡qué admirable panorama se descubre desde él! ¡Ah! Más bello era en otra época, porque se veía la verdadera campiña y todo el bosque de San Germán, donde el castillo se destacaba casi aislado. ¡Y el silencio profundo, la impresión de la soledad!.. Todo eso está hoy lleno de quintas; los cerros se cubren de blancas casitas de mal gusto y el panorama se ha desfigurado un poco. Sin embargo, se puede abarcar con la vista un extenso espacio, y cuando el sol inunda, como esta tarde, toda esa parte del valle del Sena, puede decirse que el panorama es magnífico.

–La verdad es que desde aquí se domina todo el país...

–¡Pardiez! Este es el castillo feudal, el antiguo patrimonio de los segundones de Montmorency, Bouchard el Barbudo, Saint Thibault, etc. ¡Oh! He encontrado historias muy extrañas, y las tengo todas entre mis papelotes, pues he reorganizado los archivos de mi propiedad.

–¿Y quién le trajo á usted aquí?

–¡Un asno!... ¡Ah! Es toda una historia. Yo me había instalado en Louveciennes, por consejo de Federico Soulié, mi suegro, para pasar allí la estación calurosa; el sitio me pareció muy agradable, mas para comer era preciso ir á Marly. ¡Ah! ¡Qué vida campestre la de entonces! El día de mi llegada me moría de hambre; pregunto por el camino de Marly, y doy vista á la población en un momento en que el agua caía á torrentes; era preciso atravesar una extremidad del antiguo parque, siguiendo el viejo sendero flanqueado de ruinas, y el tiempo armonizaba muy bien con el carácter anticuado del paisaje: todo lloraba. Sin embargo, el país me había seducido ya, y tenía intención de orientar hacia él mis futuros paseos; pero como no soy buen andarín ni tampoco diestro jinete, busqué un asno para no fatigarme en el camino, é indicáronme uno que era propiedad del tío Sylvain, un antiguo lechero: «Sabrá usted, díjome el buen hombre, que mi asno es muy dócil, pero con la condición de que no le contraríen; acostumbra á detenerse á la puerta de todos los antiguos parroquianos el tiempo necesario para servirles la leche; no le obligue usted á seguir adelante, y vaya sin cuidado, pues siempre le conducirá á buenos sitios.» Al día siguiente, héteme ya montado en mi asno. Yo trabajaba entonces en mi obra *Les Ganaches;* no tenía preferencia en cuanto al itinerario, y por lo tanto me dejé conducir. Durante las paradas ocupábame en tomar notas para mi producción, y después de haber llenado con ellas varias páginas, nos detuvimos, y al levantar los ojos vi un magnífico paisaje: encima de mi cabeza se tocaban las copas de encinas seculares, y en el fondo de un claro divisé el terrado ruinoso de una vasta morada, solitaria, triste, perdida casi entre la invasión de los árboles y de la maleza. El conjunto tenía un aspecto grandioso, pero abandonado. Como acertase á pasar cerca de donde yo estaba una buena mujer, la llamé, y supe que aquello era el castillo de Marly y que estaba anunciado en venta. Mi proyecto tenía algo de quimérico, pero tomó cuerpo muy pronto. Apenas hube regresado á Louveciennes, escribí á mi notario diciéndole que tenía cincuenta mil francos ahorrados, y que necesitaba comprar el castillo de Marly. Pedían por él ciento diez mil; pero se transigió, y héteme aquí propietario de esta morada, quedando á deber cincuenta mil francos, que había que pagar dentro de un año: fué cuestión de una obra que tuvo buen éxito... Desde entonces he renunciado á todos los baños de mar y á los viajes, pues no encontraría mejor residencia de verano que esta.

Y con verdadero ademán de propietario, Sardou me señalaba los cincuenta mil metros cuadrados de su finca: los bosques, el parque, el verjel, los prados y la casa.

A mí me divertía mucho la satisfacción realmente envidiable que el feliz castellano manifestaba, y aquel momento era propicio para retratarle. Vestido completamente de negro, su americana contrastaba con el antiguo panamá de anchas alas; su cutis bronceado, su escasa estatura, la viveza en el ademán y las palabras, su continuo movimiento, su visible agitación, como si le acosaran varias preocupaciones á la vez, y la expresión de su fisonomía de hombre letrado, ilustre ahora, comunicaban el aspecto de un personaje notable al dueño actual de la finca de los antiguos duques y marqueses del siglo anterior.

En otro tiempo se hablaba de la semejanza de Victoriano Sardou con Bonaparte; pero ya no se encontraría en su persona vestigio alguno de tal parecido. No hay nada de imperial ni de consular en ese rostro de líneas continuamente movibles y pequeño en su conjunto, que más bien evocaría un vago recuerdo del Luis XI de Plessis-lez-Tours. La boca, fina hasta el punto de revelar astucia, ha tomado la costumbre de sonreir, mientras que los ojos, de color gris y fríos al principio, proyectan su mirada penetrante en la del interlocutor y en su espíritu. Después, apenas su



LA QUINTA DE MARLY, PROPIEDAD DE VICTORIANO SARDOU

pensamiento se fija con alguna certeza, en lo cual no tarda nunca, una viva y lúcida inteligencia comunica mayor expresión á las palabras y éstas se suceden apresuradamente, tomando, al pasar por los labios, un poco del tono oficial de la benevolencia, sustituído luego por una sonrisa ligeramente irónica, la cual se explica y comenta por las mil arrugas de un rostro en que largos años han dejado sus huellas...

– ¿No le han retratado á usted nunca, mi querido maestro?, pregunté.

– No: algunos lo han intentado y han comenzado á poner manos á la obra, especialmente Carrier-Belleuse...; también han querido hacer mi busto; pero me falta paciencia y no sé tomar la posición. La cosa va bien una vez, dos, y á la tercera ya no hay modelo... Pero venga usted á contemplar mi colección de grabados.

Entramos en la casa: se pasa primero por una antecámara adornada de espejos encajados en tableros pintados de blanco, cuyas molduras van á unirse en el techo con toda la majestad del gran siglo. En las ventanas de esta habitación hay cortinajes persas de color claro, que comunican al conjunto un aspecto más frío, y contra las paredes se apoyan dos antiguas sillas de manos y un trineo Luis XIV. Delante de la chimenea veo un pequeño cañón antiguo, cuyo extraño aspecto en aquel sitio solemne, pero pacífico, es una deliciosa paradoja.

Unas puertas vidrieras dan entrada al gran salón, verdadera maravilla por su rico decorado, grandioso, pero demasiado fantástico en algunas partes. Las paredes están completamente cubiertas de tapices de Beauvais, del último siglo, admirablemente conservados, con toda la lozanía de sus pastoras mofletudas y el alegre conjunto de sus canastillos adornados de cintas, de los cuales rebosan «los productos de Flora y de Pomona.» Las ensambladuras de las puertas desaparecen bajo un revestimiento arbitrario de tapices, y – ¡reminiscencia teatral! – las jambas tienen por marco lambrequines y columnas recortadas en ese precioso tejido, que se aplican sobre planchas, siguiendo sus contornos como simples montantes de bastidores, aunque demasiado ricos. Sin embargo, el conjunto tiene el sello del siglo XVIII, por el lujo suntuoso á la par que sencillo, por el trabajo raro y lo costoso del material.

– He aquí el reloj de Luis XVI, me dijo M. Sardou, mostrándome la chimenea; adornaba el gabinete del rey en Fontainebleau.

Este reloj, verdadero monumento, con pilastras de alabastro y adornos de bronce dorado, notable por su fina cinceladura, ocupa majestuosamente toda la chimenea, también revestida de tapices: es una hermosa muestra de la relojería de los últimos años del siglo pasado.

– Ahora, continuó M. Sardou, es preciso que vea usted lo que era mi salón hace un siglo... Mire usted ese grabado que se titula *Baile de máscaras,* lleva una dedicatoria á M. de Vilmorien, castellano de Marly; apenas es conocido y los aficionados le buscan con afán. La escena representa esta misma estancia: vea usted la ventana donde se instaló una tribuna para los músicos, y fácilmente reconocerá usted la disposición de las puertas. ¿Grabados?.. ¡Lleno de ellos está mi desván; es una verdadera locura! ¡Todo mi dinero lo he empleado en eso! Podrá usted formar una idea de mis tesoros por lo que hay en las paredes.

Estábamos en el despacho, habitación muy clara, con ensambladuras de color verde pálido que desaparecían bajo antiguos grabados con marcos muy ricos, muestras raras, estampas curiosas, iluminadas al estilo de 1790, y retratos á la pluma y al pastel. Sobre un mueble adornado por un lado con un grupo de armas y con la bandera tricolor y por el otro con flores de lis y un estandarte blanco, veíase un «templo del amor» de alabastro, con seis columnas coronadas de una diminuta cúpula.

En medio del templo había una pequeña estatua de marfil que representaba á Voltaire, muy arropado en su bata, cubierta la cabeza con una peluca enorme y un gorro, y el rostro enjuto, risueño, de expresión sarcástica; en fin, un verdadero Voltaire poco menos que en carne y hueso.

– ¡Oh, mi Voltaire!, dijo M. Sardou. Estoy muy orgulloso de tenerle porque es el único. Procede de Ferney.

Detrás de la mesa del maestro hay un gran estante embutido en la pared, cuajado de libros con magníficas encuadernaciones. Allí había documentos rarísimos, cartas de Robespierre, de Dantón, de Camilo Desmoulins, de Lucila y manuscritos de artículos de puño y letra de Marat. Revisamos durante un momento aquellos antiguos papeles, cuidadosamente preservados por grandes hojas de bristol azul y gruesos cartones. Ante aquella colección el pensamiento retrocede un siglo, y en un instante resucita las existencias heroicas y sentimentales...

– ¡Ah, sí!, exclamó M. Sardou, es muy interesante. Se pasaría la vida en medio de esos papelotes... ¡Y qué buen asunto para trabajar! De todo eso salió *Thermidor...*

– Creo, interrumpí, que falta mucho para que la mina se agote...

– Seguramente; mas los proyectos, bien lo sabe usted... me hacen hablar demasiado á menudo. Venga usted ahora á ver mi comedor. Napoleón I cruzó por él á caballo. ¡Sí! El emperador, que cazaba en el bosque de Marly, llegó ante el patio del castillo; el ciervo se había deslizado detrás de la casa por el bosque y hallábase acorralado en el parque. El anciano campesino que me refirió la historia, entonces un chicuelo, corría detrás de los caballos, y el emperador le dijo: «¿Por dónde se ha de pasar para ir al parque?» Era preciso dar un gran rodeo: Napoleón iba de prisa y mandó abrir las puertas-ventanas que ahí ve usted, las cuales dan por aquí al patio y al jardín, y sin apearse atravesó estas habitaciones, siguiéndole todos los cazadores...

Escuchaba con el mayor gusto, en la profunda calma de aquella tarde de verano, la palabra alegre, aunque algo chillona del maestro. A cada paso que dábamos en aquella vasta mansión, referíame una nueva anécdota, con su viveza natural, evocando una serie de recuerdos suficientes para llenar volúmenes, componer dramas y comedias y escribir novelas; era una imaginación hirviente, una prodigiosa actividad de la memoria, un impulso infatigable.

– Observo, dije, que entre toda la riqueza de usted no hay un solo cuadro moderno.

– ¿Dónde habría de colocarle? Eso no se aviene con el carácter de Marly. Se necesitaría una galería especial, y yo he puesto todo mi afán y gastado mi dinero para adquirir grabados, buenos libros, mármoles, autógrafos... Sepa usted que Marly es más que un museo; es una pieza rara en el museo histórico de Francia, y por lo mismo se ha de conservar su carácter.

– Me dijo usted que había reconstituído los archivos de Marly...

– Sí, y conozco la historia de todos mis predecesores, particularmente desde M. Blouin, primer ayuda de cámara de Luis XIV y después de Luis XV, y que debió el castillo á la liberalidad del rey. Ese Blouin, gran señor, recibía á los artistas y literatos, y fué amante de Mme. de Feuquieres, hija de Mignarch. Después de él vino la condesa de Vassé, intrépida cazadora, que murió de un cáncer en el pecho, ocasionado por el continuo manejo del arma de fuego. En tiempo de Luis XVI un intendente general, M. de Vilmorien, vino á ocupar el castillo; pero su viuda le vendió á María Trudaine, de la cual conozco anécdotas asombrosas, demasiado largas para referirlas ahora; son los resabios de la revolución hasta la confiscación de la finca y su venta como bien nacional. Un príncipe de Luxemburgo le adquirió después y alojó aquí á su hermana, la condesa de Bethune-Sully, que murió en 1862. Por último, al hijo del conde de Bethune es á quien yo mismo compré el dominio, según le dije antes..., y ahora un escritor, un hombre de teatro, se ha constituído en guardían de todos esos recuerdos, y se dispone á enriquecer la colección con los suyos... Por lo demás, no es la primera vez que la literatura se refugia en Marly; Andrés Chenier pasó aquí más de una noche, y mi hija duerme en el lecho en que durmió el poeta... ¡Ah! No faltan aquí los recuerdos, continuó M. Sardou; tengo por ahí, no sé dónde, el aldabón de la puerta de Corneille, y también la puerta de Dantón y la de Marat; pero algún día se las daré al museo Carnavalet... ¡Cuánto dinero he gastado para satisfacer mis manías de coleccionista!

– ¿Pero habrá usted ganado más?

– ¡Ya lo creo!..

– ¿Qué producción le ha reportado á usted más beneficio.

– ¡Entendámonos! No es tan fácil como usted cree evaluar con exactitud los resultados materiales en el teatro. ¿Hablamos de Francia solamente ó también de toda Europa y de América? Esto cambia singularmente las cifras, y sin embargo, mil representaciones americanas distan mucho de tener el mismo valor moral que cien parisienses. Ahora bien: limitándome al simple resultado numérico, me sería imposible contestar á usted, por no haber procedido siempre como hoy procedo. En otra época me dejaba robar en América, porque tenía la candidez de imprimir mis producciones; de este modo si una de ellas cae allí en el dominio público, tienen derecho á representarla sin pedir al autor su consentimiento, y por lo tanto ahora no imprimo ya nada; es forzoso que vayan á pedirme la copia de mi manuscrito, y para Nueva York le cedo por cien mil francos en moneda contante y sonante... En cuanto á Francia, hablando en general, la pieza que alcanza buen éxito me produce 300.000 desde luego.

– ¿Y después?...

– Después, continúa; pero crea usted que no juzgo mis producciones por el valor pecuniario. Hay algunas que no me produjeron casi nada, como por ejemplo *El odio,* y yo la prefiero á lo que se llama un gran éxito. Por lo demás, es cosa singular que el buen resultado moral esté á menudo en contradicción con el material. Hay piezas que con poco ruido dan muy buen provecho, y hay por el contrario aplausos ruidosos, como dicen, que suenan huecos en caja.

– ¿Qué piensa usted de las nuevas tentativas en el teatro?

– La pregunta es muy complexa. Hay naturalistas que, en mi concepto, siguen mal camino, y después tenemos... los otros... ¿cómo los llamaré? Esos que olvidan un poco las condiciones prácticas, materiales y necesarias del teatro, porque en fin, y nunca lo repetiremos bastante, en una pieza se necesita principio, medio y fin, así como en una columna base, cuerpo y capitel. Todos los que quieren prescindir de esta regla no harán nunca nada en el teatro.

– Dicen que solamente quisieran introducir en él la literatura...

– ¿De veras? Y hasta que vinieron esos señores, ¿qué se ha hecho? ¡Pero ya sé que nosotros somos viejos, que se aprecian poco nuestros esfuerzos y nuestra obra!

– Dispense usted. Al día siguiente de representarse *El odio,* obra que no fué comprendida, ¿no dijo usted mismo que renunciaba á toda obra literaria en el teatro? Podría añadir que los mismos escritores jóvenes no han renunciado al sueño de una literatura dramática.

– Sea... Pero deberían recordar que el teatro y el libro son dos cosas muy distintas. Maeterlinck, por ejemplo, es el libro, no el teatro; y por lo que á mí hace, permítame usted decirle que yo mismo he desistido de mi antiguo desistimiento, que solamente fué un arranque de mal humor. Las producciones mías que siguieron á *El odio,* como *Fedora, Dora* y *La Tosca,* tuvieron buen éxito sin descontentarme desde el punto de vista literario..., pero nunca me separé de este principio: que el teatro es un arte de hecho y de abultamiento, que exige cierta perspectiva y debe hablar á los ojos y á los oídos. Si el terror ha de ser el resorte de vuestro drama, se deberán mostrar los motivos de ese terror. Aunque el espectro de Banco no sea visible sino para Macbeth, Shakespeare no dejó de enseñarle á todo el público. Tal vez una décima parte de los espectadores podría prescindir de esa expectación moral, pero no los demás; y por mucha claridad nadie perderá nada. En cuanto á los rumores misteriosos, á los silbidos al otro lado de la puerta, cuando no se encuentra nadie detrás al abrir... ¡no, no, no; eso no es teatro nuevo ni de ninguna especie!.. Pero no nos perdamos en discusiones estéticas, continuó M. Sardou con gran animación; motéjennos nuestros segundones tanto como quieran, pues no por eso dejamos de ser más fuertes que ellos. ¿No se disponen acaso á restablecer antiguas convenciones que habíamos abolido, como por ejemplo, el monólogo, los que desprecian tan de buena gana á sus predecesores? Comprenderá que el objeto del arte es adelantar siempre en la representación sincera de la vida... y yo ya contribuí á esa obra... Recuerdo la famosa escena de los *Intimos,* tan viva para su tiempo y que obtuvo el mejor éxito. Pues bien: Scribe se espantó al verla en otra pieza que yo escribí primeramente. Usted conoce ya la escena, ¿no es verdad? Tratábase de una mujer perseguida muy de cerca por un enamorado; y á Scribe le pareció que esto no se podía representar, que era escandaloso y por demás arriesgado; pero hoy se encuentran cosas análogas en todas las producciones...

Habíamos salido de la casa y avanzábamos poco á poco por graciosas alamedas, iluminadas en aquel momento por los rayos del sol poniente. Era la hora de acudir á la estación, la hora del regreso, y me separé con pesar del brillante hablista y de su elegante morada. Llegábamos á la avenida de los diez esfinges, que conduce á la verja monumental.

Para concluir le dije:

– La vocación de usted por el teatro le ha servido maravillosamente, querido maestro.

– ¡Sí, contestó sonriendo; y cuando reflexiono que mi padre no quería que escribiese, y me había dedicado á la medicina!.. Aún me parece estarle viendo cuando me decía: «¡Déjate de comedias; jamás ganarías con ellas lo que ha ganado M. Scribe!..»

EUGENIO TARDIEU



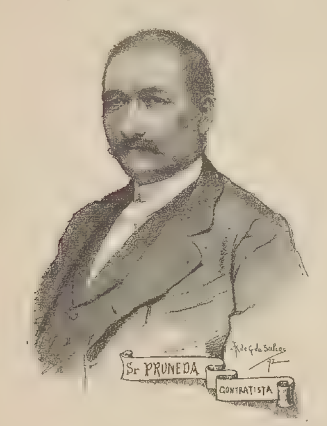
DE VUELTA DEL TRABAJO, cuadro de Ch. Coessin de la Fosse

PALACIO PARA BIBLIOTECA Y MUSEOS

LEVANTADO EN EL PASEO DE RECOLETOS EN MADRID

Accidentada por demás es la historia de este edificio que hoy constituye hermoso adorno del paseo de Recoletos y es uno de los más preciados monumentos de la corte.

El primitivo proyecto se debe al arquitecto don Francisco Jareño de Alarcón: la colocación de la



D. JUAN PRUNEDA, contratista de las obras del Palacio para Biblioteca y Museos nacionales, de Madrid

primera piedra se verificó en 1866 por la reina doña Isabel II. En 1881 quísose destinar el edificio, del cual sólo había construído el basamento y la verja, á ministerio de Fomento; pero los proyectos que para ello ejecutaron los Sres. Ortiz y Sánchez y D. Alvaro Rosell fueron desechados; en 1884 volvióse á la primitiva idea y se encargó al notable arquitecto señor Ruiz de Salces la formación del proyecto definitivo, que fué aprobado en 1886, sacándose á subasta las obras, que fueron adjudicadas á D. Juan Pruneda.

Ocupa el edificio una superficie de 27.250 metros cuadrados, y consta de planta baja y entresuelo (Biblioteca, Museo Arqueológico y Museo de Escultura contemporánea) y piso principal (Museo de pintura del siglo XIX): su fachada principal consta de tres cuerpos; el central tiene amplia escalinata de 15 metros de largo por 24 de ancho y una grandiosa columnata, y está coronado por el magnífico frontón de Querol que reprodujimos en el número 540 de La Ilustración Artística: las estatuas que adornan esta fachada son las de San Isidoro y Alfonso el Sabio (de Alcoverro), Luis Vives (de Carbonell), Lope de Vega (de Fuxá), Nebrija (de Nogués García) y Cervantes (de J. Vancell), algunas de las cuales hemos reproducido hace poco tiempo. En los medallones del entresuelo están los bustos de Calderón, Quevedo, fray Luis de León y el padre Mariana, hechos por Muñoz los dos primeros, por Galán el tercero y por Vancell el cuarto. En los medallones colocados en el fondo de la columnata hay los bustos de Garcilaso y Hurtado de Mendoza (de M. González), Arias Montano y Nicolás Antonio (de Vancell), Santa Teresa y Tirso de Molina (de Alsina) y Antonio Agustín (de Nogués). La fachada posterior ofrece también hermoso aspecto: su cuerpo central se compone de una escalinata á cuyos lados hay dos bonitos esfinges, obra de Moratilla, y el muro del entresuelo tiene seis columnas empotradas de orden dórico, y dos pilastras sobre las cuales descansan las estatuas de Berruguete (de García Alonso) y de Velázquez (de Alcoverro).

El interior del edificio corresponde dignamente á la magnificencia del exterior, y las salas de los Museos reunen las cualidades propias, es decir, abundante luz, amplitud y sencillez.

El coste total del palacio, inclusas las obras de ornamentación escultórica, se aproxima á 20 millones de pesetas. – X.

DIÁLOGOS MATRITENSES

«EL TRABUCO,» PERIÓDICO DE OPOSICIÓN

– Amigo director: Salud y fraternidad.

– Igualmente, ciudadano Perico. ¿Qué traes de nuevo?

– Casi nada: un articulito que va á hacer más efecto que los petardos de Ravachol. Figúrate que se titula *Los cándidos de...*, y aquí unos puntos suspensivos, puntos que llaman la atención del suscriptor, le obligan á descifrar el enigma leyendo el artículo, y con esto cae en la cuenta de que los cándidos son...

– ¿Quiénes?

– Los ministros.

– ¡Qué atrocidad!

– ¿Cómo atrocidad? ¿Qué es eso? ¿Es que tratas de contemporizar con el enemigo? ¿Es que te has vendido al oro de la reacción?

– ¡Qué oro ni qué basto! Si no hay quien me compre á mí; lo que es, que ese artículo nos va á traer una denuncia, un secuestro y todo lo demás propio del caso.

– Eso me tiene á mí sin cuidado.

– Pues á mí no.

– ¿Quieres ser libre y tienes miedo? Eres un ilota, un paria.

– Déjate de aspavientos y majaderías, que no estamos en un club. Si quieres que salga el artículo fírmalo.

– ¡Firmar! ¿Y para qué? Además, eso indicaría debilidad en la redacción y yo no quiero que *El Trabuco* haga mal papel; no lo firmo.

– Pues no sale tu prosa, porque yo no cargo con el mochuelo.

– ¿Y si te traigo el original firmado por un ciudadano de arraigo?

– Si es un ciudadano por el estilo del que firmó aquellos versos contra el gobernador, que luego resultó un pillastre que había puesto una firma falsa y por poco vamos todos á Ceuta...

– No tengas cuidado; es un buen patriota que hará ese sacrificio en aras de la buena causa.

– ¡Infeliz! En fin, eso no es cuenta mía, sino suya. Después de todo, estamos muy mal de suscripciones, y si Dios no lo remedia no sé lo que va á ser de nuestro *Trabuco*.

– ¡Eso no, truenos y rayos! ¿Y la libertad?

– Al del papel le debemos ocho mil reales, y ayer le dijo á tu hermano que nos va á citar.

– ¡Y es capaz de hacerlo como dice!

– ¡Toma que no!

– Chico, ¿y con la imprenta cómo andamos?

– Mira, ahí tienes la liquidación: total de débitos, doce mil y pico de reales.

– ¡Voto á Giacomo Garibaldi!

– El partido está ya frito con nuestras declamaciones y no nos dará un cuarto más.

– ¿Y la causa? ¿Y la santa causa?

– No hay causa que valga; lo que hay es que si no levantamos algunos fondos nos vamos á pique.

– Oye. ¿Y no podríamos ver de hacer una evolución hacia el ministerialismo?

– ¡Ja, ja! Y ¿eres tú el puritano? ¡Je, je!

– Tengo mujer, suegra, chiquillos y estoy cesante.

– Has hecho bien en recordármelo, porque eso te absuelve de todo, incluso de los artículos que me largas.

***

– Hace falta un sueltecito de impresión, porque la primera plana está hoy muy floja.

– ¡Sí! Como no hay Congreso entra una barbaridad de original y ponemos mil paparruchas.

– ¡Si escribiéramos algo contra los curas ó los frailes!..

– Eso está ya muy gastado. ¡Si pudiéramos decir alguna cosa picante de cualquier personaje!.. Mira, hombre, inventa algo, si no de aquí, de los Estados Unidos, que es donde ocurren todas las filfas que corren por la prensa.

– Me ocurre una idea feliz. Voy á relatar la trapisonda que armó ayer el ajustador, atribuyéndola al hambre y á la desesperación de las clases obreras.

– ¡Pero si fué una borrachera mayúscula!

– Eso no lo saben los lectores.

– Pero lo saben los municipales que le llevaron á la prevención.

– Si acaso ya rectificaremos; pero por de pronto podremos hablar de la avaricia de los burgueses, la inmoralidad administrativa y los terribles resultados que ocasiona...

– ¿El emborracharse?

– ¡Chico, si todos fuésemos como tú no habría quien escribiera más que homilías!

– No se perdería nada.

***

– ¿Es usted el director de *El Trabuco*?

– Sí, señor

– Y á usted ¿no le han roto nunca un alón?

– ¡Caballero..., esa broma me parece poco culta!

– No, si no es broma, si es que voy á romper esta tranca en sus costillas.

– Pero ¿por qué?

– Porque en este papelucho han puesto ustedes un artículo diciendo que el guarda de consumos Pepe Rodríguez, alias *Carabina*, es un matutero, y ese *Carabina* soy yo, señor director, yo, que vengo á sentarle á usted las costuras.

– Hombre, usted dispense, habrá sido una equivocación.

– No hay equivocación que valga. Usted es un tunante.

– ¡Caballero *Carabina!* ¡Usted me está faltando y no consentiré!..

– Ahora levanta usted la voz. Dé usted gracias á que le tengo lástima; si no, de un cachiporrazo le haría sal. Vamos al caso. Aquí traigo un artículo, ó lo que sea, de doce renglones, que ha escrito el cabo de la ronda en el que se aclara eso del matute. Como no salga sin quitar ni poner letra, mañana vendremos él y yo y le abriremos á usted en canal. Con que hasta mañana, y que usted se conserve bueno; y mucho ojo, que la vista engaña, señor papelista.

***

– ¡Gracias á Dios que le encuentro á usted!

– ¿Y qué se le ofrece á usted?

– Soy el dependiente de Manzanilla.

– ¿Manzanilla? No recuerdo.

– Sí, señor, Manzanilla, el ultramarino de donde se surte la señora de usted.

– ¡Horror! Un inglés. ¿Y qué le trae por aquí?

– Pues un asuntillo de letras.

– ¡Letras!.. No estoy en fondos.

– No son de cambio.

– ¿Pues de qué son?

– Mire usted.

– ¡Un tomo de poesías..., al parecer!..

– Sí, señor, es una colección de versos hechos por mí, y que mejorando lo presente son bastante buenos.

– ¡Ya! Basta que usted lo diga.

– Pues mi amo, el Sr. Manzanilla, que me quiere mucho, me dijo hace unos días: «Tomasito, ¿qué, esos versos no van á salir?» Yo entonces le respondí: «No hay dinero,» y me contestó: «Mira, el vecino de enfrente es periodista y además debe 60 reales de garbanzos, 42 de chorizos, 30 de...»

– No siga usted, que ya sé que debo un pico...

– De 603 reales 21 céntimos. Pues bien: mi amo dice que si usted me publica los versos en el folletín le perdonará la mitad de la suma.

– Es el caso que yo no puedo disponer del periódico sin...

– Entonces aquí tiene usted la factura de la deuda, que asciende á 603 reales...

– Y 21 céntimos, ya lo sé. Pero, hombre, estas cosas de literatura y periodismo no se tratan así como los chorizos y los garbanzos.

– Eso es según.

– ¡Cómo según!

– Sí, señor; el que tiene y paga es una cosa, y el que no tiene y no paga es otra.

– Ese tomo tiene muchas hojas.

– No, señor, no tiene más que mil páginas.

– ¡Horror! ¡Si con eso hay para ahogar en versos á todos los suscriptores de *El Trabuco!*

– Pues nada, á elegir: la factura ó los versos.

– Eso es como en aquella ópera: «el puñal ó el veneno.» En fin, vengan los versos.

– Corriente. El día que se concluyan tendrá usted el recibito de la mitad de la deuda. A las órdenes de usted.

– ¡Vaya usted con Dios! ¡Qué vida, señor, qué vida; hasta los ultramarinos se atreven con uno!

***

– ¡Albricias, albricias! Acabo de celebrar una *interview* con el jefe, nada menos que con el jefe.

– ¿Y qué dice?

– Aquí tengo una porción de apuntes interesantes. Le he preguntado qué tal el viaje de propaganda por la Alcarria y me ha dicho que le ha probado mucho y que le ha entusiasmado el jamón de aquellos pueblos. Esto quiere decir que la cosa está al pelo y que de un momento á otro llega la nuestra.

– Yo creo que usted exagera el alcance de la conferencia.

– ¡Ca, hombre! Si usted hubiera visto con qué complacencia decía lo del jamón, habría comprendido lo significativo de la frase. Le he interrogado luego acerca de su conducta futura en la corte, y me ha confesado que piensa observar buena conducta. Fíjese usted bien, buena conducta.

– Hombre, ¿pues quería usted que se metiera á

PALACIO DE BIBLIOTECA Y MUSEOS NACION

A. R de Sálces - Arquitecto

A. QUEROL - Escultór.

R de G de Sálces
1892



PALACIO PARA BIBLIOTECA Y MUSEOS LEVANTADO EN EL PASEO DE RECOLETOS, EN MADRID (de fotografía de J. Prieto.



EL ALMUERZO DEL POBRE, cuadro de F. Miralles, propiedad del Sr. Estrada



EL ALMUERZO DEL RICO, cuadro de F. Miralles, propiedad del Sr. Estrada

armar bronca en los garitos y anduviese de juerga en los Viveros.

– No, señor; buena conducta quiere decir que se propone echar el resto para ser poder y repartir muchas credenciales á los amigos. Eso quiere decir buena conducta. ¿Se va usted enterando?

– Sí, ya voy viendo que es usted muy lince.

– Y después, al hablarle de sus proyectos para cuando tenga la cartera, me ha declarado que piensa hacerse un gabán de pieles.

– Y eso ¿qué significa? Porque usted, según se ve, tiene la clave de todos esos enigmas.

– Pues quiere decir que estaremos mucho tiempo en el poder; que piensa invernar en el ministerio y no dejarlo por frío que haga. En fin, ya verá usted con todos esos datos qué artículo voy á hacer; se va usted á quedar bizco.

– Luego vendrá una rectificación y el jefe le echará á usted todas esas farándulas por el suelo, poniéndole de paso de embustero que no habrá por dónde cogerle.

– ¿Y eso qué importa, señor redactor en jefe? Nada, lo importante es hacer ruido, mucho ruido. ¿No se llama nuestro periódico *El Trabuco*? Pues... trabucazo y tente tieso.

A. DANVILA JALDERO



Bellas Artes. – La colección de esculturas plásticas del Museo ducal de Brunswick se ha enriquecido recientemente con los modelos originales de cuatro monumentales obras fundidas en bronce en la fundición de Howaldt, y son: la Germania del monumento de la Victoria, de Siemering, levantado en Leipzig, la estatua de Mendelssohn-Bartholdi modelada por Stein y existente en Leipzig, la Nicé esculpida por Henze para el edificio de la Academia de Dresde y el grupo de niños cantores de Echtermeyer que figura en un monumento de Brunswick.

– La Asociación libre de Artistas constituída por los disidentes de la Asociación Artística de Berlín ha publicado su programa, que tiende á mantener y robustecer las relaciones con las asociaciones alemanas y extranjeras y á estimular los esfuerzos individuales de los artistas.

– Las más contradictorias noticias circulan acerca de la venta de la famosa galería de cuadros del difunto ministro belga van Praet, que contiene dos obras maestras de Millet, varias de la escuela de Barbison y muchas de Meissonier, Stevens, David, Ingres, Prudhon, Gainsborough, etc. Según la versión más verídica, toda la colección ha sido vendida por 3.437.500 pesetas á un sindicato francés que se propone negociar con esos cuadros. Otros dicen que Chauchard, el antiguo dueño de los almacenes del Louvre, ha adquirido el *Hombre de la espada*, de Meissonier, y la *Pastora*, de Millet, una de las joyas mejores de la colección, pagando por esta última 875.000 pesetas según unos y 1.500.000 según otros. No falta, sin embargo, quien supone que todas estas noticias no son más que uno de tantos ardides de que se vale el mercado artístico de París para promover un alza en el precio de los cuadros.

– En el Museo de Industrias artísticas, de Berlín, se ha inaugurado una Exposición de las nuevas adquisiciones, en la cual hay hermosos ejemplares de muebles, grabados, bronces del siglo pasado, faiences y porcelanas, entre ellas bellísimas piezas del florecimiento de la manufactura berlinesa en 1770, pruebas de la fabricación de Sevres y Chelsea, modernos trabajos japoneses de Kozan Miyakama y tejidos de seda, indianas y papeles para paredes, de la industria inglesa moderna, con preciosos dibujos.

– La Asociación artística alemana de Roma ha inaugurado en una sala del palacio Serluppi la primera de las exposiciones que se propone celebrar periódicamente. Figuran en ella cuadros de Knupfer, Brandt, Guillery, Rauch, Herminia Preuschen y otros y esculturas de Caner, Katsch, Fuchs, Seebock, Hecht, Tuaillon y Volkmann, llamando especialmente la atención una escultura policroma de Max Klinger, que ha dejado la pintura por la plástica, y un fantástico dibujo á la pluma de Stein, que representa un *Juicio de Paris*.

– Después de haber introducido algunas modificaciones en el proyecto que presentó al concurso, le ha sido confiada al escultor Reinaldo Begas la ejecución del monumento nacional que ha de erigirse en Berlín al emperador Guillermo.

– Entre las obras que al morir ha dejado el compositor Enrique Littolf figura una gran ópera, *El rey Lear*, que se publicará en breve.

Barcelona. – Con el título de Fanny hállase expuesto en la calle de Escudillers y en un local habilitado para el objeto un cuadro pintado por Aguilar, probablemente allá por los años 80, y cuyo asunto es el retrato de una señora muy agraciada, retrato de carácter tan íntimo que recuerda alguno de Ticiano, que es una joya del Museo nacional de Madrid, como puede compararse á la maja de Goya ó á una célebre pintura icónica de David, si no por sus cualidades pictóricas, por la sincera desnudez que le caracteriza. Si brilla, por la ausencia de toda indumentaria, la plástica en su esplendor de la Sra. Fanny, destácase en cambio en una de sus muñecas un historiado brazalete donde campea la vera efigie de un caballero particular y condecorado.

Es la tal obra de ejecución minuciosa y hábil si se quiere; llega á fijar la atención del espectador, y sobre todo á preocuparle para preguntarse: «¿Quién sería ella y quién sería él, sobre todo, para exponerse ante la observación sagaz y paciente de un tal desconocido?»

«Salon Parés.» – Preparativos para la Exposición extraordinaria. Sólo diremos que cuando escribimos estas líneas esperan ya más de cien cuadros, recostados oblicuamente en los muros del Salón y ocultando con modestia sus semblantes, la visita del Jurado de recepción para ocupar sus respectivos sitios, mientras en el centro del local, más ó menos velados, surgen algunos bultos que constituyen los envíos de nuestros escultores. De esta Exposición daremos más detalladas noticias en el número venidero.

Teatros. – En el teatro de la Corte ducal, de Brunswick, se ha estrenado con buen éxito una ópera cómica titulada *Las aventuras de una noche de año nuevo*, del maestro vienés Ricardo Henberger, cuya música contiene melodías bellísimas.

– En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado con gran éxito la ópera de Leoncavallo *I Pagliacci*, á la que dedica grandes elogios la prensa de aquella ciudad.

La ópera en un acto de Bizet, *Djamileh*, ha sido recientemente cantada con gran aplauso en Colonia y en Munich.

– Se ha estrenado en el teatro de la Corte, de Viena, la ópepera de Mascagni *I Rantzau*: el primer acto fué acogido fríamente, el segundo gustó bastante y el tercero produjo verdadero entusiasmo.

– En el teatro María, de San Petersburgo, se han estrenado dos nuevas obras de Pedro Tschaikowski: una en un acto, *Yolanda*, que tuvo poco éxito, y un baile en dos actos, *El cascanueces*, que lo tuvo extraordinario, así por las bellezas de la música, que son muchas, como por la idea coreográfica que constituye el argumento de la obra.

– Adelina Patti ha cantado en Niza *Il barbiere di Siviglia*, y de allí ha pasado á Milán, en donde ha de dar tres representaciones que habrán comenzado el día 19 con *La Traviata* y en donde es probable que permanezca hasta el estreno de *Talstaff*, de Verdi, que se anuncia para la segunda semana de febrero.

– En el teatro Manhatan, de Nueva York, se ha estrenado una ópera cómica, titulada *La isla de Champagne*: la letra, de MM. Harrison y Byrne, es graciosa y se amolda perfectamente al género ligero; la música, de Mr. Furst, es en extremo agradable, y la *mise en scene* nada deja que desear en punto á magnificencia.

Londres. – En Saint James's Hall ha comenzado la segunda serie de conciertos el eminente violinista Sarasate con el mismo éxito extraordinario de siempre, habiendo obtenido una gran ovación, especialmente en el concierto número 3 en re menor de Bruch y en su característica *muñeira*. En Garrick se ha estrenado con mediano éxito un drama en tres actos, *Robin Goodfellow*, de Mr. Corton, obra de corte francés y que peca un tanto de convencional. En el Lyric se habrá estrenado ya una ópera cómica titulada *El ópalo mágico*, cuya música es del reputado pianista español Isaac Albéniz.

Madrid. – En la Comedia, donde con motivo del beneficio de D. José de Echegaray se ha dado la 40.ª representación de *Mariana* y se ha hecho una entusiasta ovación al dramaturgo, ha tenido lugar el estreno de *La loca de la casa*, drama en cuatro actos del ilustre novelista Sr. Pérez Galdós. Los dos primeros actos gustaron extraordinariamente, pues en ellos el argumento reviste gran interés y los personajes ofrecen novedad y están admirablemente dibujados y sostenidos; pero en los dos últimos el entusiasmo del público se enfrió porque en ellos decaen, así la acción como los caracteres. En resumen, el éxito fué no más que mediano, no habiendo conseguido el Sr. Pérez Galdós ponerse en el teatro, ni con mucho, á la altura que ha logrado en la novela. Se han estrenado además con buen éxito: en el Español y con motivo del aniversario del natalicio de Calderón, una loa, *Para vencer amor, querer vencerle*, bonito cuadro del siglo XVII, escrito en magníficos versos, debido á la pluma del Sr. Blanco Asenjo; en Lara, una graciosa pieza en un acto, del Sr. Pina y Domingnez, titulada *Correos y telégrafos*; en Felipe, un chistoso juguete cómico, *Contra avaricia... largueza*, de los Sres. Angel Munilla y Jesús Vilanova, y en Eslava, *El hilsar*, zarzuela en dos actos, arreglo que de la opereta francesa *Les 28 jours de Clairette* han hecho el Sr. Pina y Domínguez de la letra y el Sr. Vidal de la música. En el teatro de la Princesa ha comenzado sus representaciones Mme. Judic poniendo en escena algunas obras del moderno repertorio del vaudeville francés que han sido poco del gusto del público, el cual ha colmado, sin embargo, de aplausos á la célebre y graciosa *divette*.

Barcelona. – En el Liceo se ha reproducido la hermosa partitura de Bretón, *Garín*, con el mismo éxito extraordinario que obtuvo cuando se estrenó en la temporada anterior: el maestro Mugnone, que la ha estudiado con verdadero cariño, la dirige con gran acierto, habiéndole valido esta obra una nueva ovación: la señora Othón, á pesar de tener que luchar con el recuerdo de la Tetrazzini y no obstante ser para ella nuevos el público y la ópera, que ha aprendido en poco tiempo, fué muy aplaudida, lo propio que el tenor Sr. Cardinali, que dió gran relieve al papel de protagonista. Además se han estrenado con buen éxito en el Tívoli una graciosa revista en tres actos y siete cuadros del popular escritor Sr. Coll y Britapaja, titulada *¡La mar!*, que ha sido puesta en escena con decorado y vestuario magníficos, y en Romea un drama en tres actos, de argumento interesante y bien desarrollado y muy bien escrito, titulado *En Pere Torrens*, de D. José Trías y Mir.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

El doctor Carlos Eichstedt, profesor extraordinario de medicina en la universidad de Greifswald, que ha hecho muchas y notables investigaciones acerca de las enfermedades epidémicas y de la dermatología.

Fanidjil, gran rabino de Jerusalén.

El doctor L. Holstein, uno de los primeros médicos berlineses, autor de un excelente *Manual de Anatomía*.

El doctor Francisco Roberto Steche, profesor extraordinario de Historia de las artes técnicas en la Escuela superior técnica de Dresde, á quien la Asociación Arqueológica de Sajonia confió el trabajo de inventariar todas las antigüedades de aquel reino.

El doctor José Stefan, profesor de Física y director del Instituto físico de la universidad de Viena, vicepresidente de la Academia de Ciencias y presidente de la sección de Ciencias matemático-naturales de la misma.

Hawley Smart, notable novelista inglés, cuyos libros respiran juventud y bondad y son muy leídos en Inglaterra.

Tomás Davies, jefe del departamento de mineralogía del British Museum.

Juan Obadiah Westwood, famoso entomólogo y arqueólogo inglés, el más antiguo de los profesores de la universidad de Oxford, autor de *Palæographia Sacra Pictoria*, *Facsímiles de las miniaturas y adornos de los manuscritos anglo-sajones é irlandeses*, *Lapidarium Walliæ*, y dueño de interesantes colecciones de marfiles y lápidas: tenía la medalla de oro de la Royal Society y otras distinciones inglesas y extranjeras.

Excmo. Sr. D. Cristino Martos, ex presidente de la Diputación provincial de Madrid, de la Asamblea constituyente reunida al proclamarse la república y del Congreso en las primeras Cortes de la Regencia, ex ministro de Estado y de Gracia y Justicia, uno de nuestros primeros oradores parlamentarios, cuya influencia en la política española fué siempre grande y algunas veces decisiva, pudiendo decirse que él ha sido de los que más principalmente han contribuído al triunfo de la democracia en España.



Estatua del Excmo. Sr. D. José Posada Herrera, obra de José Gragera. – El pueblo de Llanes (Asturias) ha querido honrar la memoria de su ilustre hijo el Sr. Posada Herrera, elevando un monumento al hombre que por su saber y por sus virtudes llegó á ocupar los más altos puestos en la gobernación del Estado y tan importante papel desempeñó hasta su muerte, hace pocos años acaecida, en la política española. La estatua de este repúblico, destinada al referido pueblo, es obra del reputado escultor Sr. Gragera, subdirector que fué durante muchos años del museo nacional de pintura y escultura, y representa á Posada Herrera en actitud oratoria: lleva la toga vestida sobre el uniforme de ministro y ostenta el collar del Toisón de Oro. La cabeza, de expresión noble y reflexiva, reproduce con tanta exactitud la del eminente político en sus últimos años, que bien puede decirse que es la naturaleza sorprendida, y el ropaje que cubre la figura está tratado con amplitud y extraordinaria verdad. La estatua, que es una obra digna del autor de los bustos colosales de Velázquez y Murillo que se conservan en el Museo de Madrid y de una porción de estatuas y monumentos que adornan la coronada villa, ha sido fundida con gran pericia en los talleres de Federico Masriera y Compañía de esta ciudad.

De vuelta del trabajo, cuadro de Ch. Coessin de la Fosse. – Terminada la faena del día, vuelven los dos jóvenes aldeanos al modesto hogar, y si en él no les esperan comodidades y magnificencias, no por eso han de hallarlo menos hermoso y agradable, ya que en sí mismos llevan la más preciada riqueza, el cariño mutuo, que es base de la mejor felicidad, y el amor al trabajo, que les proporciona cuanto sus modestas necesidades exigen. ¿Qué más quieren? ¿Quién no envidiará á esa pareja en cuyos semblantes irradia la verdadera dicha, más amiga de las existencias humildes que de los ruidos del mundo, más fácil de hallar en la sencillez de la aldea que en los dorados salones de la ciudad? El autor de este cuadro ha estado felicísimo en la elección de asunto y no menos afortunado ha sido en la manera, simpática sobre toda ponderación, con que le ha dado forma.

El almuerzo del pobre. – El almuerzo del rico, cuadros de F. Miralles. – Hermoso contraste ofrecen los asuntos de estos dos cuadros de nuestro distinguido paisano el Sr. Miralles. Igual número de figuras vemos en primer término en uno y otro, y todas entregadas á la misma ocupación, y sin embargo, ¡cuánta diferencia entre ambos grupos! En el uno, el almuerzo es una pausa que por corto rato interrumpe una labor penosa; en el otro es la satisfacción de un capricho, el eslabón de una cadena de placeres no interrumpidos de la vida elegante: pobre es en aquél el alimento destinado á reparar las fuerzas que el trabajo agota; costosos y variados los manjares y vinos que en éste satisfacen las exigencias de estómagos quizás estragados, no tanto por las penalidades del trabajo como por la agitación de la vida del gran mundo; en el primero rústicos trajes toscamente confeccionados y un campo que recuerda la tarea hace un momento interrumpida y que deberá proseguirse al cabo de otro momento; en el segundo vestidos vaporosos en cuyo irreprochable corte se adivina la mano de la modista ó del modisto en boga, y un paisaje que invita al descanso ó á lo sumo al ejercicio de un *sport* agradable. Tales son los elementos de las dos escenas tan admirablemente pintadas por el Sr. Miralles, que ha dado en ellos nueva muestra de su talento y de la finura y elegancia con que maneja el pincel: su contemplación nos sugiere muchas consideraciones que omitimos porque seguramente iríamos á parar á una repetición de lo que nos ha inspirado el grabado anterior.

Una pitonisa moderna, cuadro de Antonio Coll y Pí (Salón Parés). – Cataluña es una de las regiones peninsulares en que con más felices resultados se cultiva la pintura de género. Sin duda los artistas catalanes tienen en cuenta la opinión emitida por uno de los más distinguidos críticos ingleses: que el artista que pinta su época, suministra materiales para la historia de los pueblos. El Sr. Coll y Pí ha tiempo que viene dando muestras de su espíritu observador y de sus especiales aptitudes para los cuadros de género y costumbres, ya que sirven de asunto para sus lienzos sentidos cuadros ó dramas íntimos que caracterizan la vida de la sociedad moderna, ó bien escenas y tipos que se distinguen en los grandes centros de población. Á este último grupo pertenece la adivina, la atildada embaucadora que pretende leer en un naipe el arcano de lo porvenir. En las grandes capitales, en donde es mayor la suma de ilustración, pululan, viven y ejercen su punible oficio esa cohorte de adivinas, sonámbulas y charlatanes para ofrecer con su presencia un verdadero contraste en nuestra época. El Sr. Coll al representar una sesión de cartomancia se ha propuesto, sin duda, poner de manifiesto un cuadro que revela la existencia de una de tantas llagas como corroen á nuestra sociedad.



Marta, sonriendo bondadosamente despidió á Edmunda recomendándole que no coquetease con el capitán

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

– Pero... ¡si ya lo creo!

– ¡Ah! ¿Y esto la enoja?

– De ningún modo; me divierte.

El capitán hizo un brusco movimiento, que estuvo á punto de comprometer el equilibrio de la joven, equilibrio del cuerpo que Edmunda tenía mucho más empeño en conservar que el del espíritu.

– ¡Ah, exclamó, tenga usted cuidado!.. Tenía la botella casi llena, y ahora será preciso volver á buscar más agua.

– Tanto mejor...

– ¡Edmunda!, gritó Marta, ten cuidado; porque si no, vas á tomar un baño que no será nada agradable, yo te lo aseguro, y además, ya sabes que te esperamos para comenzar.

– ¡Ya voy! Acabo de llenar mi última botella.

– Después de almorzar, murmuró el enamorado capitán, me permitirá usted hablarle un momento á solas, donde nadie nos interrumpa.

La joven no contestó, pero una vaga sonrisa y una mirada oblicua que se deslizó bajo sus largas pestañas, mirada que no revelaba enojo, satisficieron al galante capitán.

Esta breve escena, que apenas habría durado unos cinco minutos, fué observada por ojos tan vigilantes por lo menos como los de la hermana mayor. Aunque ayudando á la señorita Jessie Bobinsón á desempaquetar el pastel monstruo y el jamón, Roberto de Ancel había sorprendido la actitud del capitán y las coqueterías de Edmunda.

– ¿Sabe usted, Sr. de Ancel, que me está contestando á todo al revés?, dijo la joven americana. Le pregunto á usted dónde hemos de colocar el pastel, y usted me dice que «en el agua...»

– Creía que me hablaba usted del champaña, señorita, y que se trataba de refrescarla.

– Ya lo ve usted...

– Es que tal vez habrá usted vuelto la cabeza...

– ¿Yo? De ningún modo; no he sido yo.

Y una mirada de la maliciosa americana señaló á Edmunda, que en aquel momento volvía del manantial con su botella en la mano. Roberto sintió que se sonrojaba; y furioso por esta femenil debilidad sonrojóse más, hasta perder su acostumbrado aplomo. ¿Creería acaso que estaba enamorado de Edmunda?.. ¿Pero cómo, siendo el prometido de Marta, ó poco menos? Otra vez se arrepintió el joven de que tan bien se hubiese guardado el secreto de aquel compromiso. Estaba á punto de darlo á conocer, con la seguridad de que en el acto la noticia se comunicaría de unos á otros; pero no se atrevió, porque no era él la única persona interesada. Marta quería la libertad para ambos; y esta joven tranquila no parecía en lo más mínimo enamorada ó celosa. Sin duda Marta le diría muy pronto con su voz dulce y fría que le dejaba libre y que no sería jamás su esposa. Al pensar esto, el joven experimentó una violenta emoción, que se asemejaba terriblemente á la alegría, y sin embargo había deseado aquel matrimonio y, sin que la amiga de su infancia le inspirase una verdadera pasión, se había sentido atraído hacia ella, reconociendo sus cualidades intelectuales y su bondad de corazón. ¿Pues entonces?..

Roberto no se quería interrogar; solamente deseaba ser feliz durante algunas horas, si era posible.

Un gran mantel extendido al pie del árbol monstruo que dominaba todo el claro, y cuyas raíces enormes formaban un asiento natural, desaparecía ahora bajo una mezcla extraña de platos diversos, desde el pollo fiambre hasta el postre, botellas, cubiertos colocados desordenadamente por los aficionados, y flores que, recogidas en el bosque, habían sido tiradas allí revueltas. Cuanto mayor era el desorden de la improvisada mesa, más seductora parecía ésta á toda aquella gente de mundo, que ciertamente no hubiese permitido á un criado servirles tan mal como ellos lo hacían. Cada cual se colocó á su antojo donde mejor pudo; se estaba muy mal sentado sobre la hierba, y para coger una botella ó un pedazo de pan en medio del mantel, era preciso arrodillarse; pero la molestia era deliciosa. El sol filtrándose apenas á través del follaje, parecía sembrar el césped de manchas de oro tremolantes, iluminaba el agua de la corriente, ó reflejábase tan pronto en el cabello de una mujer como en el pliegue de una falda.

El capitán había hallado un sitio para Edmunda frente á su hermana, pero Roberto vigilaba.

– Señorita Edmunda, dijo, Marta ha reservado para usted un asiento en su trono; así formarán ustedes un grupo adorable, teniéndonos á todos por súbditos.

Edmunda no se hizo rogar; un trono, bien fuese de una raíz de árbol ó de madera dorada y de terciopelo, pertenecíale por derecho; alegre y risueña deslizóse entre los grupos, saltó por encima de un cesto de provisiones, fué á sentarse junto á su hermana, rodeó el talle de ésta con el brazo y se acurrucó apoyándose en ella. Un instinto le decía que nunca se mostraba tan seductora como cuando su lindo rostro, de expresión maliciosa y risueña, se oprimía contra el semblante de facciones regulares, pero un poco pálido y algo grave, de Marta. Edmunda era siempre muy cariñosa y zalamera, pero nunca tanto como cuando sus caricias se prodigaban delante de testigos. Junto á ella, Marta parecía casi fría; siempre reservaba sus caricias para la intimidad.

El capitán Bartrand aprovechó un momento en que Roberto iba á buscar el champaña para decirle con acento de enojo:

– ¿Le has ofrecido la mitad del sitio de su hermana para separarme de ella?

– Es posible, contestó Roberto con mucha calma. Mira... toma esta botella y yo me encargaré de las otras.

– Tú te encargas de muchas cosas, hasta de aquellas que no te importan. ¿Quieres que te diga la verdad? Estás celoso, furiosamente celoso.

– ¡Ah, amigo mío! Este no es el momento más oportuno para provocar aquí una cuestión, tanto más, cuanto que ya nos miran. Yo soy quien te ha presentado á esas jóvenes, y hasta cierto punto me considero responsable de tu conducta; diríase que olvidas más de lo regular que no estás aquí de guarnición, y que en nuestra sociedad no se hace el amor á tambor batiente.

– ¿Qué importa si esta manera de hacerlo agrada, mientras que tu aire de enamorado tímido no gusta?... Además, ¿acaso eres padre ó hermano de Edmunda?.

– Acabemos, Bertrand. La señorita de Levasseur es casi una niña y no sabe hasta qué punto eres comprometedor...

– Y ¿te encargarás tú de decírselo?

– Sí, á ella ó á su hermana; no lo oculto.

– ¡Ya lo veremos!

No pudo decir más porque aquella discusión rápida, casi en voz baja, era en efecto observada por todos los convidados.

– ¿Se prepara un duelo?, preguntó la señorita Robinsón sonriéndose, sin saber hasta qué punto se acercaba á la verdad.

– En efecto, señorita, contestó Jorge Bertrand, un duelo en que las armas serán los vasos y las botellas de champaña. Roberto pretende que tiene la cabeza más fuerte que yo, y ya están cruzadas las apuestas.

A partir de aquel momento, hubiérase dicho que el champaña producía de antemano su efecto en el joven oficial, y su alegría un poco febril acabó por comunicarse á todo el mundo, excepto á Marta, á quien el tono de la conversación pareció un poco demasiado subido.

Después del almuerzo, que se prolongó todo lo posible, las americanas, siempre infatigables, propusieron varios juegos; mas el calor era tan excesivo, que todos prefirieron permanecer á la sombra de los grandes árboles debajo de los cuales entablóse animada conversación, esperando la hora del regreso. Algunas jóvenes, entre ellas Edmunda, habíanse diseminado para coger flores. Roberto, á quien remordía la conciencia, no se apartaba de su prometida, hablábale cariñosamente, y la pobre Marta creyó un momento que volvía á ella, que Edmunda le había deslumbrado al pronto, pero que ya no pensaba en esto. De improviso vió al joven estremecerse.

– ¿Qué ocurre, Roberto?

– ¿Está tu hermana entre aquellas jóvenes de allá abajo?, preguntó Ancel. Tus ojos ven mejor que los míos.

– No, seguramente no está.

– Y también Bertrand ha desaparecido... Debí sospecharlo.

– Pero ¿qué ha sucedido?

– Marta, yo tengo la culpa. Te presenté á Bertrand porque no podía dispensarme de ello; es un camarada y se reunió conmigo durante sus días de ocio en Trouville; pero debí preveniros que es un joven violento, poco escrupuloso y que de ningún modo convendría como marido á tu hermana.

– No temas nada; Edmunda no piensa en ser su esposa; á pesar de sus niñadas y de su aturdimiento, tiene un sentido práctico de la vida singularmente desarrollado. No se casará sin su cuenta y razón. El capitán es militar, no tiene mucha fortuna, y en cuanto á su nombre... un nombre cualquiera... no seduce á mi hermana tampoco.

– ¡Pero podría dejarse comprometer por él!, exclamó Alberto. Apostaría á que en este momento sus amiguitas hablan de ella y saben muy bien que ha concedido una entrevista á Bertrand.

Marta se levantó.

– Vamos juntos á dar una vuelta, dijo; esto parecerá más natural que si fueras solo á interrumpirlos. No pueden estar muy lejos.

Marta, reflexionando en su interior que Roberto había tomado la cosa muy á pechos, y que estaba muy nervioso é irritado, le siguió en silencio.

Jorge Bertrand, en efecto, ofreciendo sus servicios á las jóvenes, al paso que cogía ramas de clemátide y de hiedra para dárselas, había alejado insensiblemente á Edmunda bajo el pretexto de buscar unas violetas tardías que aseguraba haber visto antes. El tallar era muy espeso en aquel sitio y el arroyo mantenía allí una frescura deliciosa.

– Y ¿dónde están esas violetas?, preguntó Edmunda.

– Más lejos, contestó el oficial; allí donde solamente las flores nos miran.

– Entonces, repuso la joven sonriendo, muy dueña de sí, esto parece que es tenderme un lazo...

– No; es la cita que usted me ha concedido.

– ¡Pero si yo no le he concedido á usted nada absolutamente, Sr. Bertrand!

– ¿Lo cree usted así?.. Entonces, sus ojos han mentido.

– Pues ¿qué le han dicho mis ojos?

– Que tenía usted á bien escucharme; que sabía que estoy loco por usted, y que estaba dispuesta á participar de esta locura...

– Entonces, en efecto, han mentido. Sepa usted, mi capitán, que jamás haré una locura y que soy una personita muy razonable...

– Pues si es usted una personita muy razonable, sabrá que lo mejor que puede hacer es casarse en seguida.

Una ligera nube obscureció la frente de Edmunda.

– ¿Por qué?, replicó. No tengo más que diez y ocho años.

– ¿Por qué? Voy á decírselo. Porque no sería usted largo tiempo feliz con su hermana. Por el pronto se entretiene representando con usted el papel de mamá, y usted es para ella una muñeca nueva que la enloquece; pero esto no durará mucho, pues salen ustedes de dos mundos, no solamente distintos, sino hostiles. Bien lo vió usted cuando propuso hacer una comedia; la señorita Levasseur teme que la represente usted demasiado bien, como digna hija de su madre.

Edmunda desgajó con violencia una rama, y poseída de cólera y de enojo arrancó las hojas, pero nada dijo.

– Ese es un ligero indicio, prosiguió el capitán, pero muy suficiente. Su hermana acostumbra á pasar ocho ó nueve meses en el campo. ¿Cree usted que para complacerla cambiaría su género de vida, presentándose en una sociedad donde usted sería aclamada reina sin que nadie se fijara en ella?

– Usted aboga por su causa, dijo Edmunda con una ligera expresión burlona.

– Es verdad, porque amo á usted, porque quiero que sea mi esposa, mía para siempre. No hay nada que yo no intente para obtener su mano, para arrancarla, por fuerza si es preciso, de esta sociedad que tan poco le conviene...

– Y del Sr. de Ancel, ¿no es verdad?, dijo Edmunda riéndose.

– ¡Ah! Sabe usted que se ha enamorado de usted, y esto la divierte, como la está divirtiendo mi amor también? Pues tenga usted cuidado, porque la juro que hay momentos en que la mataría antes de verla esposa de otro hombre.

– ¡Vamos!, repuso Edmunda, reflexione usted que el drama no está ya de moda...

– En el teatro, no; pero sí en la vida. Jamás se vieron tantos crímenes como en nuestros días por efecto de la pasión, y yo soy capaz de cometer un crimen...

Edmunda había conservado hasta entonces su calma burlona de niña parisiense poco sentimental y muy valerosa también; pero aquel enamorado comenzaba á ser para ella un poco molesto, y preguntábase si las numerosas copas de champaña del almuerzo no contribuían por algo á su exaltación. Con los ojos ensangrentados, la respiración precipitada y el rostro enrojecido parecíale ahora espantoso, y ya no reconocía en él á su apuesto capitán.

– Sr. Bertrand, dijo con cierta dignidad, sería usted muy amable si me condujera hasta donde están mis amigas; ha hecho usted mal en alejarme tanto, y también yo en seguirle; pero no he dudado un instante que iba con un caballero.

– Déme usted alguna esperanza, Edmunda... Tenga usted compasión de mí. ¡Le juro que es preciso que sea mi esposa!..

Y fuera de sí, el capitán cogió las manos de Edmunda y cubriólas de besos. Entonces la joven tuvo miedo y gritó:

– ¡Marta, Marta!..

– Aquí estoy, querida hermana, contestó una voz; hace ya un cuarto de hora que te busco.

Edmunda recobró al punto su presencia de ánimo.

– Es que el capitán, dijo, pretendía haber visto un banco de violetas, y tanto hemos buscado y rebuscado en este laberinto, que ya no sabíamos cómo salir. Y ahora, Sr. Bertrand, añadió, mi hermana es la que se encargará de mostrarme el buen camino... Ella le conoce mejor que usted...

Las dos jóvenes se alejaron tranquilamente, y apenas se hubieron perdido de vista, Jorge Bertrand, temblando de cólera, acercóse á su antiguo compañero, que le miraba silencioso, resuelto á explicarse de una vez con él.

– Sin duda debo á ti esto también, ¿no es verdad?, preguntó el capitán con acento de enojo.

– Precisamente.

– ¡Pues ya estoy cansado de tu vigilancia!

– Sin embargo, será preciso que la toleres, á menos que, lo cual sería mejor, te abstengas de salir de Trouville.

– Comprendo esto en ti. No te desagradaría librarte de un rival peligroso.

– Te engañas, Bertrand, contestó Roberto con mucha calma; yo no pretendo de ningún modo la mano de la señorita Edmunda Levasseur.

– El capitán soltó una carcajada; pero su risa era muy falsa y también burlona.

– Y yo te digo, repuso, que estás locamente enamorado. ¡Si creerás tú que yo no conozco los síntomas de esa enfermedad!.. Pues bien: no, amigo mío, no llevaré mi complacencia hasta el punto de dejarte el campo libre. Mañana iré al castillo y pasado mañana y todos los días si me conviene.

– Yo sabré impedirlo, replicó Roberto, que comenzaba á perder su sangre fría.

– Y ¿de qué modo?

– Haciendo que la señorita Levasseur te prohiba la entrada en su casa.

– No harás eso.

– Lo haré...

Los dos jóvenes se miraron á un tiempo fijamente; su antigua antipatía natural se convertía en odio, y en el capitán Bertrand el odio llegaba á ser una locura furiosa. Quiso precipitarse sobre Roberto, y si hubiera podido le habría dado muerte; mas el joven vigilaba, y rechazó con violencia al oficial, que no sin dificultad conservó el equilibrio. La escena amenazaba terminar en pugilato; mas Roberto, muy vigoroso á pesar de su vida sedentaria, cogió las manos de su adversario.

– Escucha, si aún te queda un poco de razón, le dijo. Estamos aquí á pocos pasos de todas esas señoras, que sin duda han oído ya tu destemplada voz, y yo no quiero mezclarlas en nuestra disputa ni que se pronuncie en la cuestión el nombre de una joven. Cierto que, atendido el punto á que hemos llegado, esto no puede quedar así. ¿Quieres batirte, un duelo? Confesaré que la cosa no me disgustaría; pero necesitamos un pretexto plausible. Tú eres jugador, y por cierto mal jugador; yo iré muy pronto á Trouville, no en seguida, pero sí al fin de la semana; jugaremos una partida después de aparentar que somos tan buenos compañeros como antes y de habernos presentado juntos en la plaza á la hora del paseo; la cuestión se promoverá fácilmente y nos batiremos con toda formalidad. Si me matas, esto será una solución como cualquiera otra; pero no te guardaré consideración si llego á tener ventaja, te lo prevengo, y te mataré sin piedad, porque te odio muy de veras.

– ¡Pues y yo! Pero estoy tranquilo en cuanto al resultado, porque conozco el manejo de las armas como el primero, y tú apenas sabes empuñar una espada. En cuanto á la pistola, de cada seis veces doy cinco en el blanco.

Roberto se encogió de hombros, porque en aquel momento no hacía aprecio de su vida; acababa de ver claro en su interior y de reconocer á la luz de su odio que amaba á la hermana de aquella á quien había dado su fe, que la amaba locamente y que era así traidor á su palabra. Marta le había querido libre, y él rehusó considerarse como tal; de modo que era verdaderamente perjuro.

El capitán fué á desatar su caballo y partió al galope sin despedirse de las damas reunidas ahora alrededor de la fuente. Muy admiradas y algo inquietas por la cuestión que presentían, comentaron aquella precipitada marcha; mas Roberto excusó á su campañero, alegando que se había sentido súbitamente indispuesto. Nadie creyó, sin embargo, en esta indisposición, sobrevenida después de un altercado cuyo eco llegó á oídos de todos; y el fin del día, comenzado tan alegremente, fué un poco lánguido y triste.

Todos se dirigieron juntos hasta el camino donde los coches esperaban á sus dueños. Marta, que en un momento dado se encontró junto á Roberto un poco lejos de los demás, díjole rápidamente:

– ¿Qué ha pasado?

– Nada, querida Marta. Yo creo que Bertrand había mantenido demasiado bien su apuesta sobre el champaña; y como le he reprendido por ello, al pronto se ha resentido; pero en el fondo es muchacho bastante razonable cuando se le sabe llevar; ha comprendido que lo mejor que podía hacer era marcharse, y se ha ido. Esto es todo.

Marta, muy absorta y no queriendo aparentar que ponía en duda esta versión, en la cual no creía, sin embargo, no contestó al pronto. Había visto y comprendido muchas cosas durante aquel largo día; estaba sufriendo; esforzábase para que no se trasluciese nada en ella, y sobre todo hallábase muy fatigada.

– Escucha, Roberto, dijo al fin, necesito hablar contigo largamente y con toda franqueza. El jueves próximo hay reunión en casa de las americanas; yo me arreglaré para que Edmunda vaya con mi tía, y nosotros nos veremos á las tres y media en la encrucijada de la cruz, donde nadie nos molestará.

– Allí me encontrarás, Marta.

También Roberto estaba horriblemente triste. La perspectiva que había entrevisto de una existencia tan dulce y agradable alejábase de él de una manera lastimosa.

VII

– Mira, Marta, si me dejaras que me quedara contigo, no harías más que darme gusto... Ya verías qué bien te cuidaría.

– Gracias, hermanita; pero la jaqueca exige principalmente soledad y silencio. Diviértete mucho y excúsame con la señora Robinsón.

Edmunda contemplaba el rostro muy blanco de su hermana con una especie de sentimiento compasivo y no sin cierto asombro, porque nunca había estado enferma; y los párpados inclinados de Marta hacían que pudieran apreciarse mejor sus sonrosadas mejillas y sus labios rojos. Edmunda corrió las cortinillas de las ventanas, y después fijó al paso una mirada de satisfacción en un gran espejo, pues jamás había estado tan linda.

– Si yo pudiera hacerte á mi vez algún bien, dijo la joven, volviendo para besar á su hermana, á ti, que eres siempre tan buena...

Marta, sonriendo con bondad, despidió á Edmunda, recomendándole que no coquetease con el capitán.

– Ni con el Sr. de Ancel, ¿eh?, preguntó la joven sonriendo.

– Ni con el Sr. de Ancel, repitió Marta con expresión grave.

Apenas hubo partido el coche que se llevaba á su tía y á Edmunda, Marta se levantó de su otomana, bañóse el rostro con agua fresca, y comenzó á pasear febrilmente de un lado á otro de su habitación; después se trasladó á su gabinete y cogió su diario. En realidad sufría mucho, pues no había dormido en toda la noche, pero necesitaba ocuparse en algo, hacer cualquier cosa hasta que llegase la hora de bajar al parque, donde Roberto la esperaría.

Jueves, 29 julio

«Aún no son más que las dos y media, y tengo tiempo de pensar é interrogarme.

»¿Qué pasa en mí? ¿Por qué estoy enferma y triste... mortalmente triste?

»Sin embargo, es cosa muy sencilla. Cuando la señora de Ancel me rogó que fuese su hija, puse por primera condición, y condición expresa, que Roberto y yo fuéramos libres. Ahora le diré que no nos casaremos. Si yo le amo, él no me corresponde, y yo no quiero sufrir lo que sufrió mi pobre madre. Es preferible padecer ahora, aunque sea tan cruelmente...

»Veo nuestro caso tan claramente como si de otros se tratara; este matrimonio tan deseado, tan juicioso y en el cual se reunían todas las conveniencias, acabó por parecerle aceptable; pero después, en un momento, todo el edificio tan penosamente levantado se ha hundido como se viene abajo un castillo de naipes al soplo de un niño. La pasión que yo no supe jamás inspirarle ¡ay de mí! hase apoderado de él; no quiere creerlo y lucha contra ella como hombre honrado que, á pesar de todo, se considera comprometido; pero se esfuerza inútilmente. Es preciso que sea yo quien le devuelva su libertad; y de mis manos recibirá la dicha; esto es muy cruel; mas Roberto no me amará nunca. La mujer que él adora, sin querer convenir en ello, es Edmunda, es mi hermana.

»Le ha robado el corazón como jugando, y del mismo modo ha vuelto loco al capitán Bertrand. ¿Sabe ella por lo menos lo que vale este corazón? ¿Me sacrifico así por la dicha de él, ó por la de ella? ¡Ah, qué difícil es todo en la vida y qué penosamente se tantea para buscar el deber!

»Bien mirado, ¿no tengo yo también derecho para aspirar á la felicidad? ¿Por qué no he de luchar? ¿Por qué sacrificarme? ¡Si no fuese más que humo de paja



¡Déme usted alguna esperanza, Edmunda!..

todo lo que hoy siente Roberto!.. Tal vez me tenga mala voluntad algún día por haber cedido mi puesto, yo, que soy tan capaz de comprenderle, de apreciarle, de amarle tan tierna y cariñosamente... por haberle unido á una niña deliciosa y loca, amiga de los placeres, á él, que es un sabio y hombre de grandes ideas.

»¡Querida Edmunda, amada niña, si tú supieras, si tú pudieses sospechar todos los pensamientos que ahora fermentan en mí!.. ¿Quién eres tú en el fondo? ¿Son hijas del corazón todas tus caricias y todas tus gracias? ¿Eres tú, como lo fué tu madre, hábil comedianta, y te haces amar á fin de acaparar mejor todos los goces de la vida? ¡Bah!.. ¿Qué importa, puesto que tienes todo el poderoso encanto, puesto que te basta mostrarte para que te adoren..., puesto que yo, aunque dudando é interrogando te quiero entrañablemente, puesto que por evitarte una lágrima lloraría día y noche, y que para darte la felicidad aceptaría la tristeza perpetua, el pesar y la desesperación?..

»Ya es hora; voy á bajar, y nadie me verá, porque la puerta de mi torrecilla se halla á dos pasos del bosque. Mi corazón late de un modo extraordinario: en rigor acudo á una cita, á una cita con mi prometido, con aquel que debía ser mi esposo.

»¡Qué triste estoy... Dios mío, ayúdame!

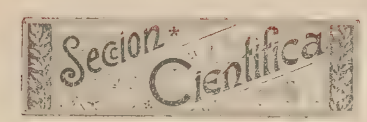
Las cuatro y cuarto

»Todo ha concluído; Roberto es libre y yo también.

»Y todo ha pasado tranquilamente, como si con estas pocas palabras no matara yo para siempre mi felicidad. Los rompimientos ruidosos y las grandes frases no tienen nada que ver con las verdaderas crisis de la vida.

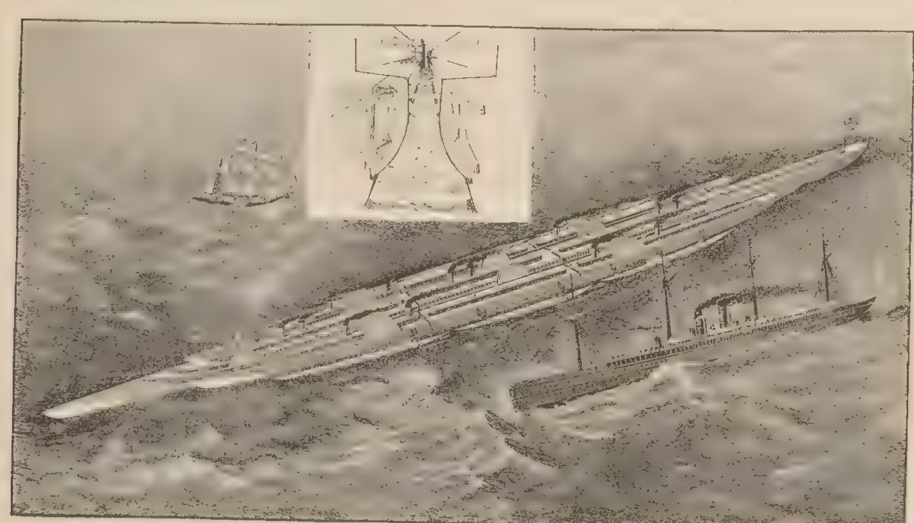
»Mi pobre cabeza me duele mucho, pero no podría descansar. Casi es un alivio repetir nuestra conversación...

(Continuará)



PROYECTO DE UN NUEVO TRANSATLÁNTICO RÁPIDO PARA PASAJEROS

Los americanos poseen magníficos barcos para la navegación fluvial, rápidos buques de vela y una escuadra que puede ponerse al lado de las flotas europeas de segunda categoría. En cambio hasta ahora no han tomado parte importante en el tráfico entre Europa y el Nuevo Mundo, y ninguno de los hermosos buques que cruzan el Atlántico con velocidad casi igual á la de los ferrocarriles ha salido de los astilleros americanos. Cierto que no faltan proyectos de líneas de vapores americanos para traficar con Europa; pero nunca han pasado del papel y han caído pronto en el océano del olvido.



Proyecto de un nuevo transatlántico rápido de James Graham

De suponer es que igual destino esté reservado al proyecto que nuestro grabado reproduce y que es debido á James Graham; sin embargo, creemos que ha de interesar á nuestros lectores conocer algunos detalles del mismo.

El buque en cuestión se compone, como puede verse, de nueve cascos de barco, uno muy largo en el centro, dos de longitud media, uno á cada lado, y finalmente de tres cuerpos cilíndricos delante y detrás del cuerpo central, que sirven de flotadores. La longitud total del buque así compuesto es de 432 metros, la anchura máxima de 54 y el calado máximo de 5'40; el desplazamiento total es de 26.000 toneladas de agua. En cuanto á los medios de impulsión, Graham los hace consistir en siete máquinas, tres de 10.000 caballos en el cuerpo central, dos de 4.000 en la parte de proa y otras dos de 6.000 en la de popa, en junto una fuerza de 50.000 caballos que, separándose de la práctica hasta ahora constante, han de hacer mover siete pares de ruedas de palas de 16'80 metros de diámetro.

Este buque habría de ser exclusivamente para pasajeros, de los cuales podría transportar 4.000.

El punto más difícil en un buque compuesto como éste de varios cascos está en la unión de los mismos. Estas junturas en el buque de Graham consisten, como indica el detalle del grabado, en soportes elásticos con articulaciones movibles y muelles que contrarrestan el movimiento de éstas: unas y otros están asegurados por medio de un sistema de cables de acero. De este metal son también, como se comprenderá, los cascos de los barcos.

Con este buque espera el autor del proyecto alcanzar una velocidad de 35 nudos, ó sean 64'8 kilómetros por hora. Inútil nos parece decir que tal velocidad es imposible, dados los medios de combustión con que hoy se cuenta, pues la enorme cantidad de carbón que para ello se necesitaría ocuparía todo el buque y no dejaría sitio para los pasajeros.

(Del *Prometheus*)

* *

LOS HALCONES MENSAJEROS

Un teniente ruso, M. Smoiloff, ha conseguido adiestrar halcones para llevar despachos de un punto á otro. Comparados con las palomas presentan aquéllos las siguientes ventajas: la paloma puede recorrer fácilmente 100 leguas con una velocidad media de 8 á 10 leguas por hora, recorriendo un kilómetro por minuto; el máximo de velocidad que en ellas se ha observado es de 15 leguas por hora durante quince horas, pero esta velocidad puede ser considerada como una excepción rara. En cambio en los halcones esta velocidad es la media, y de ella cita varios ejemplos M. d'Aubussón en su interesante libro *La halconería en la Edad media y en los tiempos modernos*, entre ellos el de un halcón que enviado de Canarias al duque de Lerma, volvió desde Andalucía á Tenerife en 16 horas, habiendo recorrido 250 leguas, ó sea más de 15 leguas por hora.

Además la colombofilia se sirve de películas fotográficas microscópicas que contienen millares de despachos y que apenas pesan medio gramo: esas películas pueden aplicarse también á los halcones, cuya resistencia es mayor que la de las palomas, pudiendo por ende llevar mayor carga que éstas.

Los halcones son superiores á la paloma mensajera desde otros muchos puntos de vista: en primer lugar encuentran menos peligros durante su viaje y raras veces son víctimas de otras aves de rapiña más fuertes que ellos, y en segundo lugar resisten mejor los accidentes atmosféricos.

Con los halcones se evitan las grandes dificultades que ofrecen en el mismo empleo las golondrinas, de las cuales se ha querido también hacer aves mensajeras: en efecto, la delicadeza de la golondrina, las complicaciones que ofrece su amaestramiento, y sobre todo la circunstancia de que su servicio está necesariamente limitado á las regiones cuya temperatura sea constantemente templada no permiten esperar que su uso llegue á ser general.

En cuanto al adiestramiento de las abejas no se ha demostrado la utilidad general de estos insectos.

Los antiguos amaestraron también otra ave, el cuervo: según Eliano, Marrés, rey de Egipto, poseía una corneja que llevaba rápidamente las cartas á los puntos que se le indicaban. Cuando murió, Marrés hizo erigir una tumba á su memoria.

* *

NUEVA INDUSTRIA. EL PAPEL DE BAGAZO DE CAÑA

Es cosa sabida hace mucho tiempo que los desperdicios de la caña de azúcar pueden servir para la fabricación de un excelente papel, y es de extrañar que en algunos de los países donde con tan grande ventaja y tan poco coste podría establecerse esta fabricación no se haya planteado dicha industria, cuyo consumo es tan considerable en el mercado, y cuyo establecimiento permitiría á los propietarios de los ingenios obtener mayor resultado de sus cosechas, puesto que el bagazo les sería pagado á buen precio.

El bagazo, ó sea la parte fibrosa de la caña, produce, en efecto, un papel de calidad superior, y el trabajo mecánico y químico que para obtenerlo se requiere es insignificante con relación al producto que de él puede lograrse.

En Nueva Orleans la Sociedad Nacional ha presentado muestras de papel de bagazo de una belleza notable. En la isla Mauricio existe igualmente una fábrica que transforma el bagazo en papel y cartones que gozan de gran aceptación en el mercado.

El bagazo se emplea también como combustible, pero resultaría mayor ventaja para los que á tal uso lo destinan si en vez de él emplearan leña y vendieran el residuo de la caña para la fabricación del papel.

Con esto se abriría una nueva fuente de riqueza muy digna de ser tenida en cuenta y que contribuiría no poco á aumentar el bienestar de los países que, como nuestras Antillas, se dedican en grande escala al cultivo de la caña.

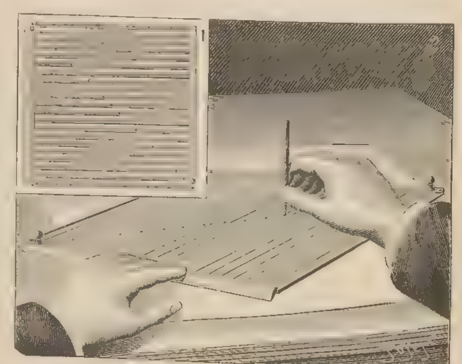
Las ventajas de esta industria pueden calcularse sabiendo que setecientos kilogramos de bagazo producen cien kilogramos de papel.

* *

EL DIVISOR INSTANTÁNEO

Este útil instrumento, inventado por M. Robert Personne de Sennevoy, consta de un paralelogramo articulado, en cuyo interior y paralelamente á uno de sus lados hay dispuestas pequeñas reglas igualmente espaciadas entre sí y articuladas en sus extremos: cada regla está atravesada siguiendo su eje longitudinal y una de las diagonales del paralelogramo por una pequeña abertura numerada, destinada al paso de una punta de lápiz ó de punzón para marcar las divisiones.

Para dividir una línea cualquiera en 17 partes iguales, por ejemplo, basta colocar el cero del instrumento en uno de los extremos de la línea y poner en



El divisor instantáneo. 1. Vista del aparato. 2. Modo de usarlo

el otro extremo el orificio que lleva el número 17, y luego pinchar en todos los orificios de 0 á 17. Es claro que en los casos en que no sea posible llevar al extremo de la línea que se ha de dividir la abertura que lleva el número elegido, bastará sustituir éste por uno de sus múltiplos; así para dividir una línea de 20 centímetros en 3 partes, se podrá pinchar en 5, 10, 15 ó bien en 4, 8, 12, etc. La figura principal del grabado indica el modo de operar.

El divisor instantáneo es también muy útil para trazar rápidamente una serie de líneas paralelas.

X..., *ingeniero*

(De *La Nature*)

* * *

LA FILOXERA Y EL RAMIO

El eminente viticultor M. Granguard ha emitido una idea que parece se ha puesto en práctica con felices resultados en Alsacia para contrarrestar los efectos de la filoxera, y que consiste en la plantación de un ramio en medio de las cepas.

Esta planta textil se desarrolla vigorosamente en todos los terrenos propios para la viña sin esquilmar el terreno, y tiene, según parece, la propiedad de hacer desaparecer del suelo todos los insectos del reino parásito inferior, por ser excesivamente rica en tanino y ser el tanino un antipútrido poderoso.

Ya en 1878 se habló mucho de la acción favorable que el ramio podía ejercer por haberse comprobado que al año de haber sido plantado al lado de una viña filoxerada recobró esta última su vigor y produjo abundantísimo fruto.

En una plantación hecha en Alsacia, el ramio ha adquirido una altura media de 80 centímetros y el propietario del terreno se muestra muy satisfecho de sus resultados, puesto que no sólo ha desaparecido por completo de las cepas la filoxera, sino que los grupos de ramio, dispuestos de 25 en 25 metros, protegen sus viñedos contra los vientos del Norte, contra los fríos y las heladas con gran ventaja sobre las nubes artificiales, que además de ser caras son poco prácticas.

Es tan sencillo el medio y tan poco costoso, que creemos merece la pena de probarse, hoy que tantos viñedos se hallan atacados ó amenazados por el temible parásito.



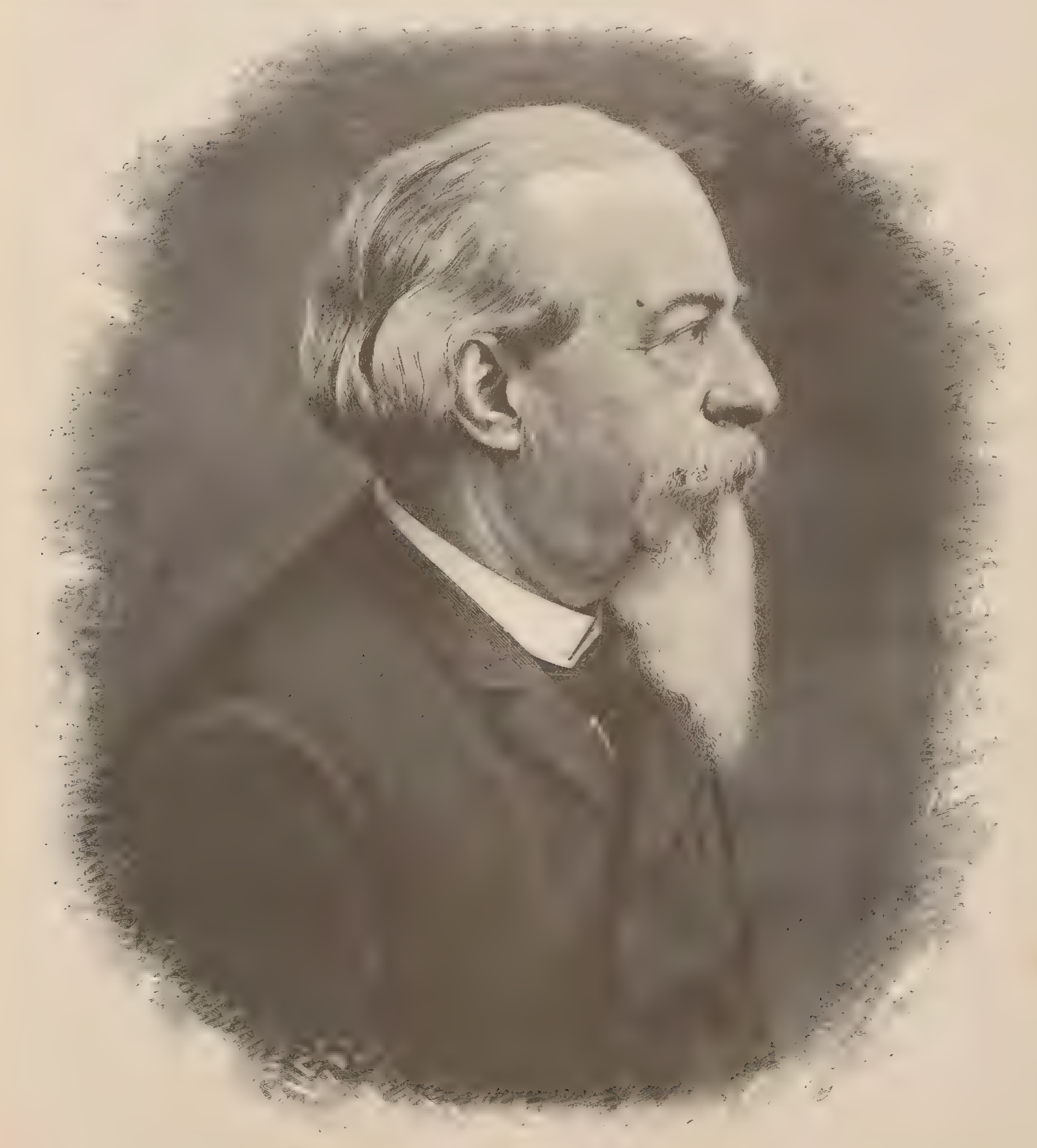
UNA PITONISA MODERNA, cuadro de Antonio Coll (Salon Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 30 de enero de 1893 — Núm. 579

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JOSÉ ZORRILLA. Nació en Valladolid en 21 de febrero de 1817; falleció en Madrid en la madrugada del 23 del actual



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Zorrilla. - Su genio. – Indiferencia pública. – Necesidad de avivar el sentimiento nacional. – Modo que tienen los ingleses de honrar á sus grandes hombres. – Modo que tienen los franceses. – Funerales de Víctor Hugo. – Extraordinarios homenajes á Lamartine. – Juicio universal acerca de Zorrilla. – Reacciones frecuentísimas en contra de su obra. – Su inmortalidad segura. - Conclusión.

I

Imposible hablar de otra cosa que del tránsito de Zorrilla, nuestro poeta nacional, á otro mundo mejor. Aunque nos empeñáramos en divertir voluntad y pensamiento de su túmulo, parecido á esos discos magnéticos que atraen y fijan los ojos, no podríamos, pues el Tabor donde acabamos de ver su transfiguración milagrosa llena todo el horizonte con su grandeza y arraiga en lo más hondo é íntimo de nuestra tierra patria por sus inconmovibles fundamentos. Yo no conozco átomo de ceniza en los caminos nuestros que no haya transformado él en átomo de verdadero éter. Dondequiera que ha entrado se ha convertido á su presencia el medio ambiente que le circuía en una especie de mágico escenario, al cual iba lanzando en tropel los coros de las ideas, para obligarlas al cántico incesante, cigarras muertas en los excesos y en los entusiasmos y en las intensidades de su propia música. Surco y arruga del valle donde los cuervos mondaran el esqueleto de los héroes inmolados á la patria; ermita humilde sobre cuyas torres llegan al toque de ánima los muertos; abandonada sepultura que ha bebido y evaporado tantos lloros; ermita llena de oraciones, como del suelo arrancada y puesta en lo alto, cual lámpara misteriosa; castillo en que anidan las aves nocturnas y aullan las bestias feroces; rosetones góticos y ramas floridas; desde los nidos llenos de pájaros hasta los soles henchidos del espíritu; cuanto se descubre aquí en el suelo de la patria, otro tanto ha sido cantado por este ser sobrenatural, nacido para escuchar el callado aleteo de las ideas allí donde las almas vulgares sólo descubren soledad y sólo sienten un profundísimo silencio.

II

Las gentes vulgares, cuando veían á Zorrilla nervioso, pequeño, diminuto, no lo creían un dios, como le creíamos cuantos en presencia de las mayores niñerías y de los caprichos de su voluntad lo considerábamos en su obra y lo teníamos por un ser sobrenatural, inconsciente de su propia grandeza. No hubiera sido un humano si no tocara por las raíces del organismo en la materia como el último de los vegetales, y por las ideas infinitas en el empíreo como el primero de los arquetipos. El hombre nace de la Naturaleza, entre lágrimas y sangre, como el más humilde mamífero que haya nuestros apriscos habitado, y va camino de la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus labios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternales elipses. Esclavos de la muerte, la celeste increada luz que sobre nosotros cae al nacer, nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitación y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio ser, pareciéndonos á las plantas, que en las tinieblas despiden el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros rayos de la luz el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano, pero que, como las aguas del Océano también, se dulcifican al evaporarse por los cielos para luego caer como rocío sobre nuestra frente abrasada. Síntesis de todo esto el genio de Zorrilla, tenía, como cuantos predilectos del cielo he conocido en esta vida, enormes contradicciones bajo las sendas alas de su genio. Así penetraba con la intuición allí donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; esparcía inspiraciones que contenían la eterna revelación de la hermosura, y no se daba cuenta de su trabajo; creaba con espontaneidad obras varias en guisa de esas fuerzas naturales que coronan las montañas con brillante nieve y esmaltan de morados lirios los valles; obedecía como á un mandato divino á la sugestión interior de su propio genio, y luego se creía en absoluto libre; daba leyes y no conocía ninguna; reunía en sí á la interior actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se veía, ya un genio angelical, ó ya un genio diabólico; extraía de todas las cosas su esencia, y experimentaba en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica antes que hubiera estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los hubiera sufrido la misma humanidad, y en su mente, ocupada en una creación continua, ideas todavía no nacidas en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube todavía no condensada en el aire; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad, henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizaban, como destinado á levantar el Universo moral, muy superior al Universo material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en sus corolas paletas como la paleta de donde surgiera la *Transfiguración* ó el *Pasmo;* ningún ruiseñor en su garganta y ningún arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del Profeta; ningún mar en sus fosforescencias y ningún cielo en sus constelaciones y en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de luminosas y eternales ideas.

III

Lo más particular que Zorrilla tenía era la ignorancia de su propio genio. En vano le coronaba la gloria; él se revolvía contra sí mismo con saña muchas veces, y decía de sus obras más sublimes lo que no digan dueñas. Pero nadie dudara de su grandeza. Por esta razón hame causado tanta pena la indiferencia pública; y al ver que los periódicos traían la noticia de su muerte y continuaban todos los teatros abiertos y concurridas todas las fiestas, entróme un rato de malhumor contra nuestras costumbres nacionales que nos prestan cierta indiferencia incomprensible ante la muerte de nuestros grandes hombres. Y es necesario conjurar un afecto tan triste, porque indica una tibieza extraordinaria del sentimiento nacional. En Francia no ha pasado esto nunca. Cuando Beranger murió, Beranger que no podía ser comparado con Zorrilla, Napoleón III hizo formar la guarnición de París para que cubriese la carrera, como si pasara un rey vivo, no un poeta muerto. La República no ha dejado nunca de convertir en apoteosis la muerte de todos sus grandes hombres. A Víctor Hugo, á un poeta de la estirpe de Zorrilla, le alzaron un túmulo ciclópeo so el Arco de la Estrella y le ofrecieron el desfile de todo París en una procesión gigantesca, donde los admiradores suyos llevaban como religiosas ofrendas montones de flores y de coronas. A Lamartine le votaron las Cámaras imperiales una pensión anual de cien mil pesetas, es decir, el sueldo de un Ministro en activo servicio. Algo parecido hace Inglaterra, no obstante la individualidad inglesa, opuesta de suyo á estos homenajes colectivos. Cuando Tennyson ha muerto, le han llevado á la misma iglesia donde se hallan enterrados sus reyes, como á Newton y como á Chatam. Pues no cabe dudar de que jamás tuvimos, desde los tiempos del gran Calderón, en los cielos del arte nacional una fantasía tan luminosa como la fantasía de Zorrilla. El sentimiento público lo considera la personificación más alta de nuestra epopeya histórica. Sin embargo, esos espíritus de vista poco resistente, á quienes les molesta la demasiada luz del genio y les abrasa, sintiéndose incómodos entre tanto calor y tantos colores, comenzaron á tacharle de gongorino é incorrecto é insubstancial en términos de hacerle creer á él mismo que no valía cosa y que no dejaba sino vistosas espumas, ya desvanecidas, en su carrera, semejante á la carrera de un sol que despidiese ideas é inspiraciones en lugar de luminosos rayos. Cuando, entre los aplausos del concurso, yo evoqué su nombre y su genio inmortal el día de mi conocido ingreso en la Academia Española, decíame, abrazándome con toda la efusión de su alma: «Usted me ha resucitado.» ¡Oh! El nos había esclarecido á todos y animado en el foco luminosísimo de su genio.

Madrid, 24 de enero de 1893

DON JOSÉ ZORRILLA

¡Ha muerto Zorrilla! ¡Ha muerto el poeta que desde el segundo tercio de esta centuria ha labrado las más preciadas joyas de la literatura genuinamente española, continuando por modo admirable la obra de nuestros clásicos de la edad de oro!

La prensa diaria de España y del extranjero ha publicado extensas necrologías del ilustre vate cuya muerte lloramos. ¿A qué, pues, repetir y detallar lo que tantos han dicho ya antes que nosotros?

¿Quién no sabe dónde y cuándo nació Zorrilla; cómo su padre quiso hacerle estudiar Leyes, y cómo él desoyendo los consejos paternales y rompiendo la paterna autoridad fugóse á Madrid que tan ancho campo ofrecía á sus juveniles y levantadas ambiciones?

¿Quién ignora las penalidades por que en la corte hubo de pasar antes y aun después de que su nombre fuese conocido y celebrado en ocasión tan triste como la del entierro del ilustre Larra, junto á cuya tumba nació, por decirlo así, el poeta?

¿Quién no recuerda los triunfos que desde aquella fecha le valieron en la escena sus producciones *El zapatero y el rey, Traidor, inconfeso y mártir, Sancho García, Don Juan Tenorio* y tantas más, y fuera de ella sus composiciones poéticas de los más variados géneros, y muy especialmente sus leyendas y sus poemas?

¿Quién no conoce aquella expatriación voluntaria que le llevó, allá por los años de 1855, á ser el trovador de la corte del infortunado Maximiliano y testigo de la desdicha por él profetizada cuando con desgarradores acentos de vidente exclamaba: *Maximiliano, non ti fidare – torna al castello de Miramare*, en aquella sentida poesía que terminaba diciendo: *Sota la clamide trova la corda?*

¿Quién ha olvidado los festejos con que fué saludado en 1866 su regreso á España, los aplausos frenéticos con que fueron acogidas sus lecturas, el afán con que se solicitaron sus originales?

¿Y quién, por último, no tiene aún vivo en su memoria el recuerdo de la brillante apoteosis de su coronación, celebrada con inusitada magnificencia en 1889 en la hermosa ciudad del Darro, que entre sus muchas glorias cuenta la de haber inspirado á Zorrilla el incomparable poema *Granada?*

De cómo sentía y pensaba el poeta darán idea mejor que cuanto decir pudiéramos los versos que á continuación publicamos y que figuran como introducción en la magnífica *Leyenda del Cid:* en ellos se retrata á sí propio Zorrilla con toda la sinceridad del que habla al ser querido, que muy querida era para él la ciudad de Burgos, á la que va dedicada la referida obra.

Zorrilla ha sido el poeta español por excelencia: las literaturas extranjeras pudieron ser por él admiradas, pero no influyeron para nada en su idiosincracia literaria, como las exigencias que podemos llamar de la moda no torcieron en lo más mínimo el vuelo de su inspiración; españoles son los asuntos de sus obras y castiza y genuinamente española la forma en que supo darles vida; en sus héroes alienta esa mezcla de impulsos generosos y de vicios que son, en el fondo, la característica del temperamento de nuestra raza – obran por impresión no por cálculo, lo mismo al mal que al bien siempre la pasión los mueve, haciéndolos aparecer grandes en sus mismos crímenes, – y pone finalmente el sello á su españolismo la perfección con que cultivó el metro genuinamente español, el romance. «Todas las obras líricas y dramáticas de Zorrilla, ha dicho el ilustre biógrafo del gran poeta – D. Isidoro Fernández Flórez, – podrán ser olvidadas con el tiempo; pero sus romances serán eternas páginas de nuestra Biblia poética, el *Romancero.*»

Fué maestro en el arte del bien escribir, y dominaba de tal suerte nuestra rica y hermosa lengua y de tal suerte conocía los más recónditos secretos de la métrica, que para cada concepto, aun los más sutiles, daba en seguida con la frase exacta, y para las más intrincadas construcciones encontraba metro apro-

piado que le hacía verter los raudales de su fogosa inspiración en armoniosos y esculturales versos. En este punto realizó verdaderos alardes de habilidad y de atrevimiento, reuniendo en alguna de sus composiciones, y en espacio relativamente corto, todas las variedades de la métrica castellana, y aun algunas que eran creación de su propia fantasía.

La rapidez con que concebía y trazaba las líneas principales de sus proyectos era extraordinaria; en cambio era más tardo en dar forma al potente rayo de luz que en un instante surgía en su pensamiento, y los que vieron aquellas páginas de hermosa y clara letra redondilla en que vertía aquellas ideas, aún más claras y más hermosas, no pudieron imaginar cuántas cuartillas había borroneado, cuántos versos enmendado antes de que sus composiciones adquirieran el carácter de definitivas.

Como lector, los que no hayan tenido la dicha de escuchar cómo recitaba sus composiciones no pueden formarse idea del encanto que producían sus lecturas, que sonaban al oído como incomparables melodías.

Hoy aquella hermosa voz se ha apagado, pero los destellos del genio de Zorrilla brillarán eternamente: el cuerpo ha permanecido entre nosotros setenta y seis años; su espíritu inmortal vivirá siempre unido al nombre de España.

El duelo que su muerte ha producido ha sido universal: el mundo llora al poeta en quien encarnó el sentimiento de lo bello: la patria llora además al hijo que tan admirablemente cantó sus glorias.

Toda España ha prorrumpido en gritos de aflicción al enterarse de la muerte de Zorrilla, y Madrid entero, la ciudad que ha recogido el último aliento del anciano vate, como en otro tiempo escuchó el primer latido del genio del trovador adolescente, ha tributado á su cadáver honores más valiosos que cuantas honras oficiales pudieran haberle sido otorgadas, ofreciendo, con ocasión de su entierro, una de esas manifestaciones imponentes, espontáneas, que no se borran nunca de la memoria de los pueblos. El gobierno y las corporaciones cuidaron de organizar la ceremonia; mas todo el fausto y suntuosidad por uno y otras desplegados habría resultado pálido si no hubiese acudido á prestarles color y vida el pueblo, esa entidad, entusiasta y noble, que sólo se mueve á impulsos de sinceros, vehementes y grandes afectos.

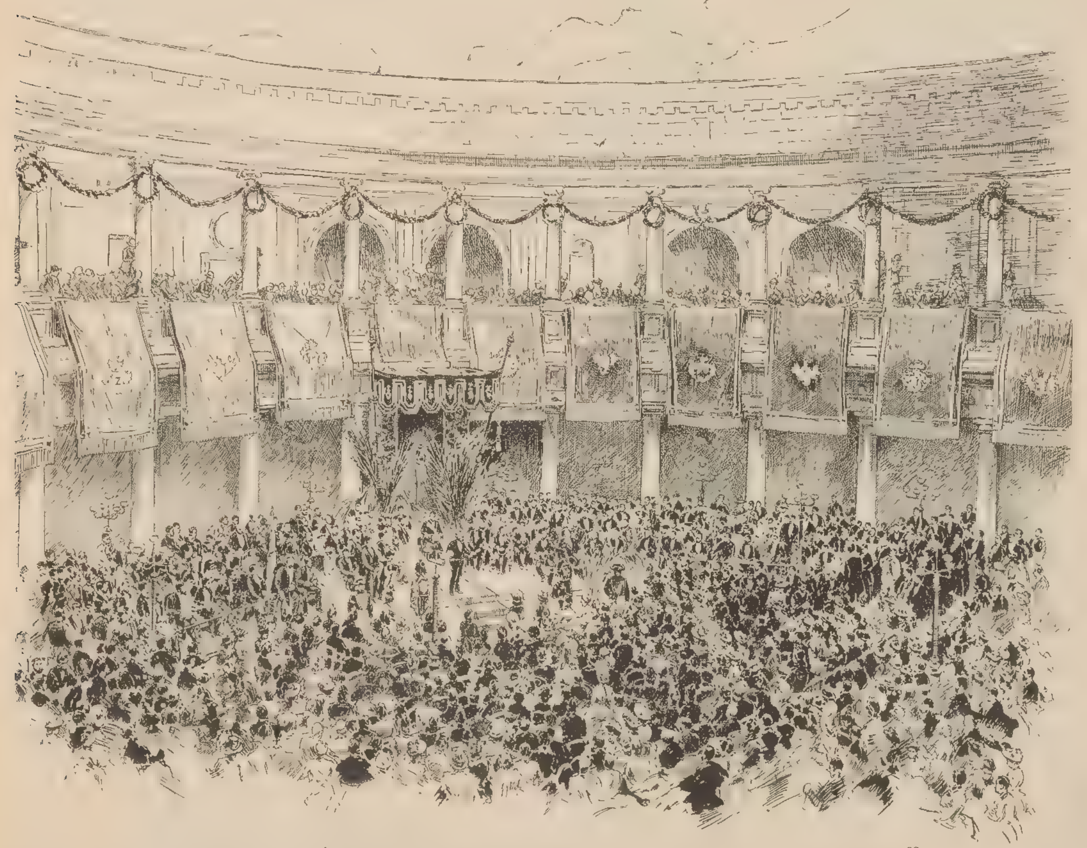
LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, cuyos propietarios se han honrado editando algunas de las más celebradas producciones del altísimo vate, y que estiman como joya de inapreciable valor la obra inédita que de él poseen, *La leyenda de los Tenorios,* comparte el hondísimo sentimiento de todo un pueblo, y al rendir un tributo de veneración á la memoria de Zorrilla deposita sobre la tumba, donde tan hermosas flores han colocado los primeros escritores nacionales, una modesta siempreviva que brotó al calor de la amistad hacia el hombre y de la admiración hacia el poeta, y que ha sido regada con las lágrimas vertidas ante el inmenso infortunio de su muerte.

LA REDACCIÓN

(Anverso)

(Reverso)

CORONA labrada con oro nativo del río Darro y MEDALLA conmemorativa, ofrecidas al poeta ZORRILLA con motivo de su coronación en Granada en 22 de junio de 1889



EL ACTO DE LA CORONACIÓN DE ZORRILLA CELEBRADA EN EL PALACIO DE CARLOS V DE GRANADA EN 22 DE JUNIO DE 1889
(De fotografía sacada durante aquel solemne acto por el Sr. García Ayola)

A LA MUY NOBLE Y MUY MAS LEAL
CIUDAD DE BURGOS

I

Corona condal de España
floronada de castillos,
empenachada de torres
hechas de encaje finísimo;
ciudad labrada con piedras,
cuyo alto valor artístico
en cada muro te ofrece
de diamantes un cintillo;
reina cuya cabellera
da al viento, en lugar de rizos,
dos trenzas de hebras de roca
de sutileza prodigios,
con vistosísimas plumas
trabajadas en granito,
dos cinceladas agujas
primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blasón lambrequines
y de su gloria obeliscos;
ciudad madre de los reyes
y los hidalgos invictos
que dieron en tus solares
al reino español principio:
muy noble ciudad de Burgos,
sultana de los castillos,
oye lo que con el alma
en estas hojas te digo,
y haz cuenta que respetuoso
ante tus puertas me hinco,
para ofrecerte de hinojos
un ejemplar de este libro.
Nobilísima ciudad,
aunque no nací tu hijo,
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño.
De los campos que á tu asiento
sirven de alfombra en un pico,
del viejo Muñó á la falda
y á la sombra de un sotillo,
hay un rincón de tu tierra
que fué de mi madre y mío,
donde ésta con su memoria
me ha dejado un paraíso.
Ya ves que son burgaleses,
aunque tu hijo no he nacido,
la sangre que en mí circula
y el aire con que suspiro.
Por eso te he amado siempre,
y mientras ciego y perdido
erré por mar y por tierra
del mundo en el laberinto,
en medio de sus escollos,
á través de sus peligros,
por encima de sus glorias
y á despecho de su olvido,
tu recuerdo siempre fresco,
como laurel inmarchito,
arraigado en mi memoria
sombreando mi alma ha ido.
Fotografiado he llevado
en mis pupilas el sitio
donde á orillas del Arlanza
elevas tus edificios;
y el susurro de tus olmos,
y el murmullo de tu río,
y el timbre de tus campanas
he llevado en mis oídos.
De ti jamás un recuerdo
me dió al corazón martirio,
de ti jamás una espina
se me enconó en el espíritu.
Tus memorias, juguetonas
cual tus corderos merinos,
sabrosas como tu leche,
doradas como tus trigos,
por doquier para mí fueron
de mis penas lenitivo,
de mis esperanzas faro,
de mis dolores alivio.
Tu Espolón entre dos puentes,
el torreado frontispicio
del arco imagineriado
que restauró Carlos quinto,
tus desmantelados cubos,
tus arabescos postigos,
tus agudos campanarios,
tus cruceros cupulinos,
tus filigranadas torres,
tus nobles templos tan ricos
en cresterías y mármoles,
en verjerías y vidrios,
en sus naves prodigados,
en sepulturas y nichos,
bóvedas y botareles,
ajimeces, balconcillos,
pórticos, escalinatas,
pasamanos, fustes, plintos,
por camarines y claustros
de detalles tan prolijos,
de labor tan minuciosa,
de tan diferente estilo
crestonado, alicatado,
losangeado, laberíntico,
fenicio, celta, romano,
godo, árabe, bizantino...
esas mil partes, en fin,
que forman el nunca visto
conjunto del noble todo,
que hace del Burgos antiguo
por el nuevo abigarrado
un cuadro característico,
original, pintoresco,
sin par y palpable y vivo,
se conservó en mi memoria
perennemente esculpido.
Por eso te he amado, Burgos,
y al volver de un ostracismo,
que no por ser voluntario
menos amargo me ha sido,
corrí anheloso á tu seno
como á su oasis nativo
vuelve á través del desierto
el árabe peregrino.
Tú, ciudad leal y noble,
con espontáneo cariño
reconociste al poeta
vagabundo y fugitivo;
abrazaste al hijo pródigo,
le diste en tu hogar asilo,
le diste asiento en tu mesa,
convocaste á los amigos,
y celebraste su vuelta
cual la de tu hijo legítimo,
con saraos, serenatas,
convites y regocijos.
Por eso te adoro, Burgos:
porque la primera has sido
que de mi niñez quisiste
volver á escuchar los himnos;
y aunque echaste en ellos menos
cuando volviste á oirlos
los juveniles arranques
de su vigor primitivo,
no me los desestimaste;
pues sabes que si es preciso
morir ó llegar á viejo,
envejecer no es delito.
Por eso he determinado,
más que audaz, agradecido,
dedicarte este volumen,
tan sin valor por ser mío.
Porque ¡ay de mí!, noble Burgos,
no tengo para ello títulos:
pues nada soy en el mundo,
ni nada jamás he sido.
Yo que marché por la tierra
sólo, independiente, altivo,
dejando entre sus zarzales
fuí pedazos de mí mismo.
Nacido en una centuria
de la luz, llamada el siglo,
en que la fe se alza armada
insultando á Jesucristo,
la libertad habla al pueblo
con un revólver al cinto,
la política tan sólo
ve la patria en los destinos,
y el telégrafo, el vapor
y la prensa son abismos
de mentiras, ser debiendo
de luz y verdad caminos:
en una edad sin vergüenza
en la cual el empirismo,
la hipocresía y la audacia
quitan al mérito el sitio;
en la cual no hay bandería
que no se haya alzado al grito
de «fe, libertad, justicia
y moral» contra lo antiguo,
mas que al llegar al poder
con descarado cinismo
tras de saquear el erario
no lo haya todo vendido.
Yo no he creído jamás
en la fe de los políticos,
y nunca viento á mis versos
ha dado ningún partido.
Yo que luz, ni poesía,
ni fe en mis tiempos he visto,
poeta ignaro y excéntrico
extraño á los tiempos míos,
evocando los recuerdos
de las centurias que han sido
he vivido entre las ruinas
cual solitario pelícano;
razas y revoluciones
han girado en torno mío
sin poder arrebatarme
ni un solo instante en su giro.
Y á fuerza de ocupar siempre
el centro del remolino
social, que todo lo mueve
arrastrándolo consigo,
he llegado á estacionarme;
y anonadado y perdido,
á fuerza de no ser nada
no doy razón de mí mismo.
Así que no me preguntes,
Burgos, quién soy ni qué he sido,
dó voy, ni de dónde vengo,
porque no sabré decírtelo.
Soy un átomo amante,
que voy sonoro
por la atmósfera errante,
do canto y lloro;
pero mi canto
no se sabe si es nunca
cantar ó llanto.
Yo mismo tal vez ignoro
quién soy y de dónde vengo,
dónde voy y por qué tengo
triste ó gayo el corazón.
Tal vez de alegría lloro,
tal vez de tristeza canto.
mas de mi himno y de mi llanto
no sé acaso la razón.
Burgos, siento que es mi alma
de tinieblas un abismo,
y yo dentro de mí mismo
no osé nunca penetrar.
¿Quién soy, dó voy, de dó vengo,
por qué canto, por qué lloro?
Pregunta al viento sonoro
dónde va sobre la mar.
Pregunta á sus verdes ondas
de dónde vienen; pregunta
al agua por qué se junta
para hacer un nubarrón;
pregunta quién es el astro
que radia en el firmamento;
pregúntale al sentimiento
por qué hiere al corazón.
Mal quién soy, quien me pregunte
su curiosidad emplea:
¿qué os importa quién yo sea,
de dó vengo y dónde voy?
Yo soy un ave de paso
á quien Dios dió una voz suave:
¿os gusta el canto del ave?
Oídme, cantando estoy.
Mas ¿quién es os dice el ave
á quien tenéis enjaulada?
No; pero si preguntada
os pudiera responder,
os diría: ¿qué os importa
mi plumaje ni mi acento?
Yo soy una hija del viento,
dejadme al viento volver.
Ave de paso, quién sea
que no me pregunte nadie:
dejad al astro que radie,
dejad al viento vagar,
dejad que el mar en la playa
rompiendo sus ondas siga,
sin que sus ondas os diga
de dónde vienen el mar.
Dejad cuajarse á la niebla
que por la atmósfera sube,
sin preguntar á la nube
por qué revienta en turbión;
y dejad libres que canten
el pájaro y el poeta,
¿quién mide ni quién sujeta
su vuelo y su inspiración?
Dejadme: ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
¡solo y perdido!



AUTOGRAFO DE ZORRILLA

¿Quién soy?—¿Quién lo sabe?—Yo mismo lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fío,
á él solo me humillo y á él solo le imploro,
dó quier le he hallado velando en bien mio;
dó quier le bendigo, le canto y le adoro;
do quier sus creëncias evoco con brio;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro;
no tengo del pobre verguenza ó desvio,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me da nunca recelo ni hastio
su sórdido traje, su oscura mansion.
Los mas escondidos rincones esploro,
y en todos á todos mi fé les confio,
contando á los unos un cuento sombrio
y haciendo con otros ferviente oracion.

II

¿Quién soy?-No sé.-Voz suelta sin pecho que la exhale,
voz que ella misma ignora su germen productor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;
mas eco procedente de mal sondado abismo,
que vive por sí mismo, de sí germinador,
yo soy la voz perdida que va todos los ecos
buscando que del mundo se esconden en los huecos,
para corear con ellos un himno al Criador.
Yo soy la voz que agita perdida en las tinieblas
la gasa transparente del aire sin color,
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,
que del dormido lago se mece en el vapor.
Voz de hálito amoroso que con afán aspira
los cálidos efluvios de inextinguible amor;
y cuando entre las nieblas y los vapores gira
los himnos exhalando con que de amor delira,
se embriagan con el ámbar de amor con que respira,
suspiran con el hálito de amor con que suspira
el pájaro, el insecto, y el árbol, y la flor.
Tal vez soy ese incógnito
vago lamento
que en los vacíos ámbitos
se oye del viento.
Su son perdido
¿quién sondará si es nunca
canto ó gemido?
¿Quién soy? – Lo ignoro. – Tengo en mi ser
tinieblas tales, tal confusión,
que á un tiempo siente pena y placer,
ansia y hastío mi corazón.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condición,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento ó una canción.
Misterios deben del alma ser;
pero yo de ellos en conclusión
sólo averiguo que por doquier
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como el arroyo:
desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota;
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

III

¿Quién soy? – ¡Quién sabe! – Mi ser ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro;
y siendo armónica mi condición,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un son.
Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya de una ermita del esquilón,
ya del aullido de un muezzín moro,
ya de las turbas en rebelión,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe...
ya del bramido del aquilón
que el roble añoso crujiendo abata,
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata,
ó los cimientos de un torreón,
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica
encuentra unísona repetición;
y el son más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una canción.
Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción;
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo ha mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó explicación.
Con una brisa que el aire pliega
de una neblina que el aura azula,
hago un relato que se despliega
de todo un libro por la extensión,
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera
hasta que, escaso de agua y de son,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorción.
Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nimia suposición,
campo y escena de cuentos hago
do mis delirios pongo en acción.
Yo soy como la hormiga:
doquier recoge
el granillo y la espiga
para su troje;
y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

¿Quién soy? – ¿Cuál es mi sino?
¿Quién sabe? Peregrino
que gira sin camino
del mundo en rededor,
lo mismo en los sillares
do apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pie de los lentiscos
de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.
Yo hago una historia de una patraña
que oigo á la ciega superstición
contar al fuego de una cabaña,
de un aguacero de invierno al son.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relación,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luego su narración.
Mas por doquiera voy anudando
con almas tiernas honda afección;
y por doquiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales,
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

V

¿Quién soy?-¿Quién lo sabe?-Yo mismo lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fío,
á él solo me humillo, y á él solo le imploro,
doquier le he hallado velando en bien mío;
doquier le bendigo, le canto y le adoro;
doquier sus creencias evoco con brío;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro:
no tengo del pobre vergüenza ó desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me dan nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su obscura mansión.
Los más escondidos rincones exploro,
y en todos á todos mi fe les confío,
contando á los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oración.
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares
doquier que me lleva mi fe por el mundo,
y allí donde un día mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura
con bálsamo suave de amor y ternura:
yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia;
y á mí me confían su afán y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas
á eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.
Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afán y pesares,
yo parto con ellas su oculta aflicción;
y cuando abandono por fin sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares
y mi alma las mando bajo una canción.
Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

¿Quién soy? – Tú no lo ignoras, ¡oh patria á quien adoro!:
tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afición y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el germen de mi cantar sonoro,
que para ti acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar,
y voy, de mi fe mártir, mas fiel á mi destino,
á España por doquiera cantando sin cesar;
y por doquiera francos encuentro en mi camino
amigos que me esperan y hospitalario hogar.
Como una ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.
Pero ave como el águila
de noble vuelo,
la voz para mis cánticos
busco en el cielo;
y donde alcanza
mi voz va derramando
fe y esperanza.

¿Comprendes, noble Burgos, de crónicas archivo,
de tradición venero, de inspiración tesoro,
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,
por qué como á la madre que me engendró te adoro?
¿Comprendes por qué el estro que en mí atesoro
no puede decir nunca si canto ó lloro,
y que por eso incierto siempre mi canto
unas veces es himno y otras es llanto?
¿Comprendes que al poeta libre y amante
da Dios la voz y el alma para que cante,
y que por eso en hojas doy á los vientos
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?
Ya de la mía, Burgos, tienes las llaves:
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué tengo
dónde voy, ni de dónde cantando vengo.
Vengo del Occidente
do muere el día,
á volver al Oriente
mi poesía,
y en tus hogares
á volver á mis cuentos
y á mis cantares.

Y como de el primer día
en que pude oir y hablar,
mi madre me entretenía,
con los cuentos que sabía
de Ruy Díaz de Vivar,
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del burgalés solar,
de Ruy Díaz la memoria
voy la primera á evocar.
Mas no esperes que con pompa
de homérica entonación
emboque la épica trompa,
y al romper mi canto, rompa
en épica invocación.
No: va á acompañar mi acento
un viejo y tosco rabel:
con él canto; y me contento
con que oiga mi pueblo atento
lo que le cante al son de él.
A que mi patria me entienda,
no aspira á más mi ambición:
otro, prez y honras pretenda:
mi atmósfera es la leyenda,
mi campo la tradición.
Si en tal aire cojo viento
y en tal campo hacino mies...
Burgos, no llevo otro intento
sino que en tu hogar asiento
entre tus hijos me dés

José Zorrilla

EL TELON ADENTRO

I

Radiante de luz y de hermosura ostentábase aquella noche el teatro. En los palcos y sobre su rojo fondo destacábanse las blancas *toilettes* y las peregrinas bellezas de las más encopetadas y aristocráticas damas. Una oleada de perfumes esparcíase por la sala. Los hombres, enfundados en irreprochables levitas, asestaban sus gemelos para admirar más á su sabor tan peregrinas beldades. Aquella noche éralo de gala para el teatro de C...

Cantábase *El Trovador* y estrenábase la compañía. Aquella ópera, una de las más inspiradas del inmortal Verdi, que de memoria se saben todos los buenos *dilettanti*, había sido elegida por la compañía siguiendo una inveterada costumbre. Durante los primeros actos, el público había escuchado las arrobadoras armonías de la ópera en medio de un religioso silencio, solamente interrumpido por alguna salva estrepitosa de aplausos que estallaba de repente al ser filada alguna nota difícil y de prueba. El cuadro grandioso de la ópera, el *miserere* del último acto, era aguardado con verdadera ansiedad por parte del público.

LA CANCIÓN DE NOCHEBUENA, dibujo de R. Storch

Aquel cuadro de indescriptible y siempre seguro efecto, aquel cuadro en que se escuchan las notas graves del *miserere* cantado por los monjes, al par que el tañido de las campanas y la sonora voz del encarcelado Manrique, que da su eterno adiós á la mujer amada, es una de las joyas de Verdi, y más sublime nos pareciera si no la hubieran vulgarizado los pianos caseros y los callejeros organillos, que sin piedad la maltratan y destrozan. Casi todas las óperas tienen un número musical de efecto siempre en el público. El *Fausto*, la serenata de Mefistófeles; *Los Hugonotes*, el dúo final de Raoul y Valentina; *La Favorita*, el sublime *spirto gentil*... *El Trovador* tiene el *miserere*, que basta á inmortalizar á un maestro.

II

El tenor venía precedido de gran renombre y fama; no había cantado en el Real, eso no; pero entre los que vagan por provincias era de los de *primo cartello*. De simpática presencia y gallarda apostura, era á la par que un verdadero artista dramático un buen cantante; fraseaba bien, cantaba con exquisito gusto, poseía una voz fresca y bien timbrada. En



CIVITAVECCHIA (ITALIA). – PRUEBAS DEL BARCO SUBMARINO PARA PESCAR Y RECUPERAR VALORES
Dibujo del natural de Dante Paolicci. – Aspecto exterior del barco



EL DESAFIO ([illegible] G. S[illegible])



UNA PROCESIÓN EN GASTEIN, cuadro de Adolfo Menzel (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

la serenata del primer acto había sido saludado con una salva de aplausos.

De los demás artistas no hemos de ocuparnos porque no juegan papel alguno en esta historia. Sólo diremos de la *prima donna*, que llevaba un apellido español, que empezaba su carrera desplegando asombrosas facultades, que había nacido en una provincia de Andalucía, que era hermosísima con esa hermosura avasalladora é irresistible de las andaluzas... hermosas, y por último, que en el cartel se le llamaba *signorina*, ó lo que es lo mismo, que era soltera.

Soltero era también y como ella español el tenor. Desde que Carmen – que éste era el nombre de la tiple – se había lanzado á la carrera lírica, formaba parte de la misma compañía; en casi todas las obras cantaban juntos, y siempre los ojos negros y abrasadores de Carmen aparecíanse ante los de Camilo, el tenor, en los ensayos, en la escena, entre bastidores, en la fonda – pues con frecuencia ambos iban á parar á la misma, – y de tal asedio llegó á nacer en el alma del tenor una especie de fascinación, que terminó en amor irresistible, amor inmenso que embargaba todo su ser, amor que desde entonces echábase de ver en los actos todos del cantante. Hablábala con profundísimo respeto y dominado por dulce emoción; en las conversaciones con sus camaradas, veíanle éstos de pronto distraído y acechando con sus miradas las de Carmen; y en la escena, ¡oh, en la escena!, en los dúos de amor, sobre todo, aparecíase sublime. ¡Qué ternura en sus frases! ¡Qué inflexiones en su voz! ¡Qué apasionamiento en el decir! Las notas que el maestro trasladara al pentagrama, al pasar por la garganta de Camilo transfigurábanse, adquirían relieve, calor y vida... Abrillantábanse con la luz sublime del amor... ¡Cuántos triunfos debió Camilo á aquella pasión en su carrera teatral!

III

Pero Carmen no prestaba oído á las amorosas insinuaciones; aplazaba siempre el acceder á las súplicas apasionadas del tenor. Dijérase que gozaba en su martirio; parecía como que más que sus triunfos escénicos, ambicionaba los de la femenil coquetería. Tener aquel hombre á sus pies; verle languidecer y morir de amor, con el nombre de Carmen en los labios y besando la tierra que ella pisaba; ser la reina despótica y tirana en aquel corazón, ser siempre la señora y nunca la esclava... ese era su bello ideal y esa la causa de los aplazamientos que daba á las súplicas del apasionado artista.

Aquella noche estuvo Camilo como nunca. Carmen estaba oyéndolo allí en escena, enlutada, realzando así más y más su peregrina belleza. Dentro, en la prisión del de Luna, Manrique el trovador enamorado, Camilo. La muerte allí, á dos pasos, en la plaza; el tajo y el hacha del verdugo esperaban. La orquesta preludió el *miserere*, y el coro de bajos con sus voces profundas, graves, severas, prorrumpió en fúnebre salmodia, pidiendo á Dios misericordia por el alma del reo infeliz. Entonces fué cuando con voz clara, bien timbrada y sublime, con una voz que empezó repleta de amargura, para concluir casi ahogada en lágrimas y sollozos, cantó Manrique la conocida frase musical, desesperación de malos tenores:

Ah! Che la morte ognora
é tarda nel venire
á chi desía morire...
¡Adío, Leonora..!

Frío glacial corrió por las venas de los espectadores. La música sublime y su interpretación inmejorable les dominó por completo. Aquello era real, nadie como Camilo sentía el arte; así deben despedirse del mundo los que mueren amando; así deben mirar á la muerte frente á frente, no con gritos de desesperación, sino con amargos sollozos. Contra la costumbre, en medio del *miserere* rompió el público en una estrepitosa salva de aplausos; la orquesta tuvo que hacer alto, y el aclamado tenor se vió obligado á presentarse en escena á recoger uno de sus mayores triunfos hasta tres veces consecutivas. En una de ellas observó con el alma transportada de emoción que en las pupilas de Carmen brillaban dos transparentes lágrimas.

IV

Cuando se terminó la ópera, una de las primeras felicitaciones fué la de Carmen:

– Has estado sublime, Camilo. Pero desde hoy te prohibo que invoques más á la muerte con tan apasionado acento.

– ¿Por qué?

– Porque soy, como andaluza, muy celosa, y quiero para mí sola todo tu amor, como será todo el mío para ti solo.

. . . .

A los pocos días la compañía estaba de fiesta. En una de las iglesias de C... celebráronse los desposorios de Manrique y Leonora.

MANUEL AMOR MEILÁN



Bellas Artes. – La exposición de Bellas Artes celebrada en Berlín durante el pasado año ha dado los resultados siguientes: durante los setenta y ocho días que ha permanecido abierta la han visitado, pagando entrada, 316.080 personas además de los 6.000 abonados; se han vendido ciento cuarenta y seis obras, de las dos mil doscientas cuarenta y siete expuestas, por la suma total de 212.500 pesetas; los gastos se han elevado á 192 500 pesetas y los ingresos á 206.250, resultando un excedente de 13.750 pesetas. En cambio la de Munich ha dejado un déficit de 28.750 pesetas, que se cubrirá con el suplemento de 10 000 concedido por el Estado y 18.750 que facilitará el municipio.

– El gobierno belga ha adquirido con destino al Jardín Botánico de Bruselas, que se propone adornar con estatuas, la hermosa figura *El segador*, de Meunier

– En la Galería de Pinturas de Berlín está expuesta la *Virgen del canario*, cuadro pintado por Durero en Venecia en 1506, que aquel museo ha adquirido recientemente por 100.000 pesetas y que es una de las mejores obras del gran maestro alemán.

Dícese que M. Chauchard, el comprador de la *Pastora* de Millet y de *El hombre de la espada* de Meissonier procedentes de la galería del ministro belga Praet, de cuya adquisición nos ocupamos en nuestra anterior Miscelánea, lega en su testamento al Museo del Louvre su magnífica colección, en la que figuran cuatro cuadros de Millet, entre ellos el famoso *Angelus*, y varios de Meissonier, Corot, Troyón, Díaz, Daubigny y otros.

Teatros. - Las principales compañías dramáticas de Italia han conmemorado el centenario de la muerte de Goldoni representando algunas de las mejores obras del con razón llamado el Moliere italiano: la Marini, en Turín, *La serva amorosa;* la Vitaliani, en la misma ciudad, *Il teatro comico;* la Marchi, en Módena, *La locandiera*, y Salvini, en Florencia, *Pamela nubile*.

– En el teatro de la Ciudad, de Maguncia, se ha cantado con mucho aplauso la ópera *Cid*, de Pedro Cornelius.

- La nueva ópera cómica *Truffaldine*, del maestro alemán John, ha sido muy aplaudida en el teatro de la Ciudad, de Koenigsberg.

– Se ha estrenado con éxito extraordinario en el teatro de Viena la nueva opereta de Juan Strauss *La princesa Ninetta:* el emperador, que asistió al estreno, felicitó al celebrado compositor.

– En el último concierto verificado en la Gewandhaus de Leipzig se tocó una nueva sinfonía en *do menor* del príncipe Enrique XXIV de Reuss, que fué dirigida por su ilustre autor. Es una obra que cautiva en alto grado y demuestra las excepcionales dotes y los sólidos estudios del compositor y ha sido calificada de una de las mejores piezas sinfónicas producidas en estos últimos años.

París. - En la Comedia Francesa se ha reproducido *Un pere prodigue*, una de las mejores obras de Alejandro Dumas no representada en París desde hace muchos años y que ha obtenido un éxito completo: en el propio teatro ha alcanzado muchos aplausos Coquelín, el menor, en el papel de Harpagnón de *El avaro*, de Moliere. En el teatro Libre se han estrenado *Le menage de Bresile*, de Romain Coolus; *A bas le progress*, de Edmundo Goncourt, y *Mademoiselle Julie*, del sueco Arturo Strindberg, todas en un acto y en prosa: á excepción de la segunda, que cuando menos tiene cierta originalidad, las otras dos pertenecen á un género tan libre que casi raya en pornográfico. En el Gimnasio ha tenido poco éxito un drama en cuatro actos de M. Hugues Le Roux, titulado *Tout pour l'honneur*. En la Opera Cómica, el estreno de *Werther*, ópera de Massenet, ha sido un verdadero acontecimiento: es una partitura en la que campean la unidad y la sinceridad, una obra llena de inspiración y admirablemente instrumentada; las piezas más aplaudidas han sido la invocación de Werther y el dúo de éste y Carlota en el primer acto, la escena de Alberto y Werther y una romanza en el segundo y la lectura de las cartas y la vuelta de Werther en el tercero.

Londres. – Se han estrenado: en el teatro Lírico, con gran éxito, la ópera *El ópalo mágico*, de Isaac Albéniz; en Shaftesbury, una ópera cómica, *La Rosiere*, letra de Harry Monkhouse y música de Jakobowski, y en la Comedia, *The sportsman*, arreglo de la comedia francesa de Feydeau *Monsieur chasse*, hecho por Mr. Lestocq.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso han comenzado las funciones de la Sociedad de Conciertos de Madrid bajo la dirección del maestro Mancinelli, habiendo sido un triunfo más para éste y para los profesores de dicha Sociedad la ejecución de la sinfonía de *Le Cid* (Marsenet), de varios trozos de *Tristán é Isolda* (Wagner), de la Séptima sinfonía de Beethoven y de *L' Arlesienne* (Bizet). En el Español Vico ha tenido una de las más grandes ovaciones en *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La partida... serrana*, juguete cómico en un acto de D. Domingo Santoval, y en Romea *Madrid al vuelo*, revista en un acto de los Sres. Sánchez y López.

Barcelona. – En el Liceo se ha verificado el beneficio del maestro Mugnone, habiéndose estrenado con tal motivo una ópera suya en un acto, *Il Birichino*, obra en que campean la inspiración y el sentimiento y que está magistralmente instrumentada. La ovación que se tributó al beneficiado, bajo cuya dirección tocó la orquesta de un modo maravilloso la sinfonía de *Mignon* y *L' Arlesienne*, de Bizet, fué inmensa, digna de su talento y demostró una vez más la simpatía y la admiración que por él siente el público barcelonés.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Benjamín Franklin Butler, general norte-americano que se distinguió en la guerra separatista, en la cual defendió la causa de los Estados del Norte.

Nicolás Ivanowitch Kokscharoff, consejero imperial ruso, individuo de la Academia imperial de Ciencias de San Petersburgo, célebre mineralogista y autor de una gran obra sobre *Mineralogía de Rusia*.

Alamanno Morelli, famoso actor italiano, el primero que en Italia interpretó las obras de Shakespeare, maestro de la Marini, de la Tessero, de la Marchi, de Emmanuel y de Monti.

Carlos Morgenstern, notable paisajista alemán, conocido especialmente por sus cuadros de asuntos italianos.

Daniel Spitzer, escritor austriaco, redactor del diario vienés *Neue Freie Presse*.

Juan Servain, poeta inglés, cuyas principales composiciones son *Cottage Carols* y *The Harp of the Hills*.

D. Emilio Bravo, presidente del Tribunal Supremo de Justicia, senador vitalicio, caballero del collar de Carlos III y condecorado con las grandes cruces de Carlos III é Isabel la Católica.



La canción de Nochebueua, dibujo de K. Storch. – Congregada la familia delante del árbol de Navidad, entonan los niños la canción en que se conmemora el nacimiento del Mesías, mientras el mayor de los hermanos acompaña en el violín las sencillas y sentidas estrofas. Tal es el asunto del dibujo de Storch, en el cual se desborda el sentimiento del artista reproduciendo en forma irreprochable esa simpática escena.

Civitavecchia (Italia). - Pruebas del barco submarino para pescar y recuperar valores. - Ante comisiones del gobierno y del parlamento italianos y numeroso concurso de notabilidades técnicas y científicas verificáronse el 18 de diciembre último, en aguas de Civitavecchia, pruebas de un nuevo barco submarino construído según los planos del ingeniero Pedro Degli Abati y de sus hijos Camilo é Ignacio. Tiene el barco 8'70 metros de largo, 3'50 de alto y 2'16 de ancho máximo, y su forma es muy parecida á la de un cetáceo, es decir, que sus secciones transversales son ovoides, más anchas por abajo á fin de que la emersión sea rápida y la inmersión lenta, y lleva en su interior los mecanismos eléctricos necesarios para la propulsión de la hélice, para la iluminación y para la inmersión y emersión. El resultado de las pruebas verificadas ha sido sumamente satisfactorio, pues el barco practicó fácilmente todas las operaciones propias del objeto á que está destinado. Nuestro grabado reproduce el submarino y la escena de hundirse éste en el mar.

El desafío, cuadro de G. Simoni. – Encendidos los rostros, respirando odio las miradas y en la mano la innoble navaja, apercíbense los dos *ciocciaros* rivales á ventilar á puñalada limpia sus agravios. El desafío, antipático casi siempre, conviértese en repugnante cuando, como en el de nuestro grabado, el lugar de la escena, los tipos de los contendientes y las mismas armas empleadas son de tal naturaleza que despojan á ese acto de toda la nobleza que pueda tener en aquellos casos, si es que alguno hay, en que una razón poderosa pone á dos hombres frente á frente para lavar en sangre una afrenta que no de otro modo pueda repararse. El cuadro de Simoni es una obra de toques enérgicos, llena de pasión, salvaje si se quiere, como el asunto exige, y el local armoniza perfectamente con el drama que en él se desarrolla. Muy bien entendidos están también los rostros y las actitudes de los dos contendientes y demás personajes que en la escena entran, y en unos y otros está expresado con gran relieve el sentimiento que á cada cual domina.

Una procesión en Gastein, cuadro de Adolfo Menzel. – Entre las primeras figuras artísticas de Alemania destaca la del ilustre anciano á quien con razón ha llamado uno de sus biógrafos el más universal de los pintores alemanes contemporáneos. Se ha dedicado á todos los géneros y cultivado todos los procedimientos, y en todos ha sobresalido y aun hoy día, á pesar de contar setenta y seis años, conserva la misma frescura de concepción y ejecuta con la misma firmeza con que concebía y ejecutaba en su juventud esos dibujos que ilustran la vida de Federico el Grande y que son considerados como joyas del arte moderno. El cuadro que reproducimos revela una vez más el genio del gran maestro. Como obra descriptiva, esa hermosa escena que se representa en humilde aldea teniendo por fondo toda la poesía de los Alpes y por personajes la multitud de campesinos que llenos de recogimiento asisten á la ceremonia religiosa y los huéspedes del vecino balneario que la contemplan; esa escena en que tan admirablemente se retratan tipos y costumbres del campo, sencillos, mas no por eso menos simpáticos y encantadores, está tratada con tanta verdad y con pinceladas tan vigorosas y espontáneas que sus innumerables bellezas saltan á la vista aun del más profano en materia de bellas artes. Hay además en esta obra una nota que la hace todavía más interesante, y es el contraste que ofrecen el fervor de los aldeanos y la indiferencia y aun despreocupación de que parecen hacer alarde los forasteros: en el grupo de éstos y contrastando con el *esprit fort* que está á su lado y que ni siquiera se quita ante el Santísimo el ridículo gorro que no dejaría de quitarse si por delante de él pasara el *Kaiser* ó cualquier otro soberano de la tierra, se ve á un anciano con la cabeza descubierta y en actitud recogida; es el mismo Menzel, el autor de *Una procesión en Gastein*.

Misa de campaña celebrada el día 11 de octubre de 1892 en Montevideo. – La República Oriental del Uruguay, á pesar de la gran crisis económica que está atravesando, quiso celebrar dignamente el cuarto centenario del descubrimiento de América, y al efecto organizó grandes festejos que duraron tres días, en los cuales tomaron parte nacionales y extranjeros, unidos todos en el mismo entusiasmo por honrar la memoria del descubridor del Nuevo Mundo. Entre ellos figuró la misa de campaña que se celebró en la plaza de la Independencia el día 11 de octubre y á la que asistieron toda la guarnición, compuesta de las tres armas, los tres poderes del Estado y una numerosa concurrencia.



Tome usted, añadió, llenando de ramas los brazos del joven

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

»Algunas veces, al leer de nuevo uno de los antiguos cuadernos de mi diario, sonrío cuando recuerdo grandes desesperaciones ridículas. He amado durante un año, pero amado hasta el punto de llorar, á cierto joven á quien vi en un baile y cuyo nombre no supe nunca, pues jamás hablé con ese hombre. Le volví á ver algunas veces en el Bosque y en el teatro, y esto me bastó, porque estaba persuadida de que la Providencia nos destinaba el uno para el otro, y de que por una circunstancia cualquiera me salvaría la vida, me adoraría después y nos casaríamos. Durante algunos meses no salía en coche ninguna vez sin creer firmemente que los caballos iban á desbocarse y que el apuesto joven se arrojaría para detenerlos á riesgo de su vida; mas no sucedió nada de esto, y los años se siguieron sin que volviese á ver al objeto de mis ensueños. Cuando dentro de ocho ó diez años vuelva á leer las páginas que ahora escribo, ¿me parecerá mi pesar de hoy tan infantil como mi desesperación de entonces? No lo creo; pues ya no tengo diez y siete años, soy mujer, y amo como tal...

»Encontré á Roberto en la Cruz; habíase adelantado á mí, nervioso y agitado también, y me salió al encuentro tendiéndome las manos.

– »Me has hecho venir aquí para decirme que hemos de fijar el día de nuestro matrimonio, Marta, ¿no es verdad?

»Y seguramente que si yo le hubiera dicho *sí*, esta palabra hubiera sido para él casi un alivio. Durante un momento tuve la tentación de pronunciarla; pero después Roberto añadió, mirándome más atentamente:

– »No estás bien, pobre amiga mía; te veo pálida y descompuesta.

– »He dormido mal, y nada más; pero sentémonos, Roberto: tenemos que hablar, y aquí podremos hacerlo seguros de que nadie nos interrumpa.

»La atmósfera era pesada y sofocante; el cielo estaba cubierto de nubes muy bajas y de triste aspecto; de vez en cuando, á pesar del calor, soplaba un ligero viento frío, y parecía inminente la tempestad; el mar tenía un color gris negruzco.

»En vez de hablar miraba á lo lejos varios puntos blancos, evidente indicio de un mar borrascoso, y entre mí pensaba que cuando estos puntos se acercasen á la costa y las olas llegaran precipitadas é irresistibles á batir la arena de la playa, le diría: «Todo ha concluído.» Esto era efecto de mi cobardía, y también un gran cansancio... No podía más. Roberto me cogió la mano con dulzura, cariñosamente, y comprendí que me miraba, procurando llamar mi atención; pero yo seguía siempre la línea blanca de las olas espumosas que se aproximaban rápidas. Las ligeras ráfagas de aire frío eran cada vez más frecuentes.

–»Tienes fiebre, Marta, díjome Roberto.

»En estas palabras había tanta ternura y piedad, que las lágrimas se agolparon á mis ojos, pero no quise llorar delante de él... Retiré mi mano de la suya, y díjele tranquilamente:

–»¡Oh! No es nada; la fiebre acompaña siempre á la jaqueca... Por lo demás, no es de mi salud de lo que deseo hablarte.

–»¿De qué querías hablarme, Marta, sino de nuestro próximo matrimonio?

»Parecíame que no tendría nunca valor para decir lo que me había propuesto, si no lo hacía bruscamente de una vez; y con un acento que resonaba de un modo singular á mis propios oídos, contestéle apresurada:

–»Ese matrimonio no se efectuará nunca, Roberto; yo no puedo ser tu esposa.

»Siguióse una pausa, durante la cual pude oir la respiración acelerada de Roberto.

–»¿Por qué?, preguntó al fin casi con dureza.

–»¡Porque yo no soy propia para el matrimonio, y no lo quiero; porque soy una salvaje que solamente ama su libertad, y porque no sabría renunciar á ésta en tu favor, á pesar del afecto que me inspiras!..

–»No es eso, Marta; mírame bien de frente, tú que jamás supistes mentir... Hay otra cosa. ¿Cuál es?..

»Entonces, sin saber qué decía, exclamé:

–»¡Ten compasión de mí, Roberto!.. Sufro por ti... por mí misma y por el pesar que ocasionaré á tu madre. Debes comprender que si yo pudiese en conciencia ser tu esposa te diría: «Aquí me tienes; soy tuya para toda la vida;» mas yo no puedo hacerlo, te aseguro que no puedo...

–»Has debido pensar en todo esto antes de que fuéramos prometidos, pues persisto en que lo somos; si ahora has cambiado de idea, es porque hay alguna razón para ello, y yo quiero saber cuál es esa razón.

»Parecíame á mí – no sé si me engaño – que si Roberto insistía de aquel modo era para descargar su conciencia y porque estaba casi seguro de que yo no cedería. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiese cedido? Esta idea me devolvió mi sangre fría.

–»Recuerda nuestros convenios, le dije. Este matrimonio no se efectuaría sino en el caso de que, á medida que el tiempo transcurriera, llegara á ser más íntima la unión entre los dos. No ha sucedido así; y ahora estamos más lejos uno de otro que hace seis semanas. Me parece que esto basta. Cierto que nos amamos, pero como buenos compañeros y hasta como hermanos: á tí te parece esto suficiente; mas para mí no lo es; de modo que yo sería desgraciada, y no sabría hacerte feliz. Más vale sufrir un poco ahora que vivir un año y otro juntos sin estar por eso verdaderamente unidos; y advierte, Roberto, que no doy este paso sin haber luchado mucho antes. No hemos podido vernos íntimamente sin que nuestro afecto disminuyera en vez de aumentar. ¿Qué sería si nos hubiésemos unido para siempre? Créeme, Roberto, separémonos como buenos amigos, sin amargura y lealmente. Más tarde dirás: «Bien mirado, tenía razón.»

»He aquí cómo yo abogaba contra mí misma; y poco á poco Roberto se dejó convencer. ¡En el fondo no deseaba otra cosa! Muy pronto esa emoción se calmó; yo había descargado su corazón y sobre todo su conciencia de un peso enorme, y él estaba infinitamente agradecido. Ya no protestaba sino por pura forma; lo adiviné y él comprendió que lo adivinaba, á pesar de lo cual nunca me preguntó de qué provenía mi tibieza; la verdad es que yo había empleado expresamente fórmulas vagas. Esto era suficiente para él. Pero debo decir que Roberto es un joven verdaderamente honrado y de carácter cariñoso. Debió comprender que á pesar de mi impasibilidad yo sufría, y supo consolarme un poco en mi padecimiento.

–»Hablas de compañerismo, Marta, repuso; mas yo no encuentro palabras para expresar todo cuanto en él hay, por parte mía, de ternura, de afecto y también de admiración. Te conozco desde la infancia, y siempre te vi sincera y valerosa, dotada de una bondad casi demasiado perfecta, olvidándote siempre de ti misma para no ocuparte más que de los otros; á pesar de tu calma, sé que eres capaz de profundos entusiasmos y de heroísmo, y no obstante conservas una ingenuidad y una sencillez adorables, á la vez que un tanto novelescas... ¡Ay de mí! Todo eso se vuelve en contra mía, ó contra los dos, en este momento. Tú quieres lo ideal, deseas lo imposible; pero en la vida es preciso saber contentarse con sentimientos mezclados, dichas incompletas, y sin embargo muy aceptables... Créeme, hay muchos hombres y mujeres en el mundo que se contentarían con un matrimonio como podría ser el nuestro...

»La voz de Roberto, áspera antes, habíase dulcificado mucho y era muy cariñosa; la crisis había pasado; ya no experimentaba más que el bienestar que después de la crisis se siente...

»¿Y yo?.. Pues yo seguía mirando siempre los puntos blancos amenazadores, muy próximos ya, y vagamente compadecíame de la arena dorada que muy pronto iba á ser batida por el furioso oleaje, y me parecía así compadecerme á mí misma. Las nubes corrían amenazadoras y negras en un cielo muy bajo; de repente un inmenso relámpago iluminó el cielo sombrío, y el trueno retumbó como un cañonazo; aún no llovía, y los dos nos levantamos de un salto.

–»Vuelve á casa pronto, Marta; apenas te queda tiempo.

–»¡Adios, Roberto!..

»Observé que estaba muy conmovido, y en cuanto á mí, creí que me hallaba á punto de perder el conocimiento. Solamente pensaba en una cosa, en conservar bastante imperio sobre mí misma para no gritarle: «¡No es verdad lo que te he dicho... ciego que no quieres ver... yo te amo, te amo como jamás mujer alguna podría amarte!..» Pero me callé, y entonces, inclinándose hacia mí, díjome con voz temblorosa:

–»Puesto que es un verdadero adiós, permíteme besarte, querida Marta, querida hermana...

»Le presenté mis mejillas pálidas y estremecíme de pies á cabeza al sentir aquel beso; mas Roberto creyó que temblaba de frío y díjome con expresión inquieta.

–»Ahora, apresúrate, porque la tempestad está á punto de estallar...

»Mientras escribo estas líneas, el trueno retumba con estrépito y la lluvia cae á torrentes. Este furor de los elementos me complace, sobre todo porque podré estar largo tiempo sola. La tía Aurelia teme la tempestad, la conozco bien, y no se pondrá en camino hasta que haya pasado.

»¡Dios mío, Dios mío, cuánto sufro, qué desgraciada soy y qué bien venida sería la muerte! Me ha llamado *hermana*. ¿Será simplemente una palabra trivial de afecto? ¿No la pronunció con una intención más particular? ¿No estoy yo destinada á ser más tarde su hermana? ¡Ay de mí!..

»...Hace ya cerca de una hora que estoy atontada, mirando cómo giran las agujas de mi pequeño reloj. Ya cesó la tempestad y voy á sentarme en mi otomana para que Edmunda me encuentre como me dejó; me haré la ilusión de que he dormido, de que he soñado... ¡Qué triste ensueño..., qué lúgubre despertar!..»

. . . .

Edmumda entró de puntillas, temiendo despertar á su hermana, que no se movió; pero cuando la joven se disponía á salir de la habitación, Marta se volvió.

– ¿Eres tú, querida hermana?

– ¡Ah! Yo te he despertado; jamás hago cosa buena. Mis mejores intenciones tienen siempre las más deplorables consecuencias.

– No me has despertado, pues apenas dormitaba. ¿Te has divertido mucho?

– ¡Hum! Así, así. Por lo pronto, esa tempestad que nos amenazaba hacía crispar los nervios; y por otra parte, algunos han faltado á su palabra dejando de presentarse, sobre todo los hombres; de modo que tus juiciosas advertencias han sido superfluas. El capitán ha tenido miedo sin duda de algunas gotas de agua, aunque al paso que lleva su caballo le habrían bastado tres cuartos de hora para ir desde Trouville á la heredad... Sin embargo, me había prometido... ¡Ya verás con qué frialdad le recibiré! Esto te divertirá. En cuanto al Sr. de Ancel, no tiene excusa alguna porque es vecino... La señorita de Robinsón aseguraba que vendría; mas no compareció.

– De modo que tu precioso traje ha sido inútil, pobre Edmunda, dijo Marta.

– ¡Sí, búrlate bien de tu hermanita! Esto prueba por lo menos que te has aliviado un poco de esa pícara jaqueca; pero yo no diré que no haya producido efecto mi traje, pues todos los hombres más granados que había allí han quedado seducidos; de suerte que en resumen no he dejado de tener algunos adoradores.

– ¡Edmunda, Edmunda!.. ¿Cuándo aprenderás á reconocer que la vida no es una inmensa partida de recreo?

– Pues... uno de estos días; pero no en seguida... Cuando me haya casado.

– Y ¿dejarás de ser coqueta cuando contraigas matrimonio?

Edmunda tenía la virtud de ser muy franca; pensó un poco antes de contestar, y después arrodillóse junto á la otomana.

– Escucha, dijo, hay coquetería y coquetería. Yo creo que siempre procuraré parecer linda, porque esto no está prohibido, ¿no es verdad? Pero participo un poco del parecer de la señorita Robinsón, la cual piensa que es bueno divertirse mientras una es joven, y por divertirse entendemos dejarse hacer la corte. Después, una vez casada, se ha de tener formalidad.

– ¿Es decir, repuso Marta, no pensar más que en el esposo, no tener más objeto en la vida, labrar su felicidad y ser toda de él?

– Sí..., eso es, poco más ó menos. Ya sabes, hermana mía, que tú eres romántica exaltada; y yo, á pesar de mi aire de traviesa, tengo mucha más calma y soy más práctica también. Cuando me case – y ahora te hablo con mucha formalidad - lo haré en conciencia, y estoy segura de ser una mujer muy honrada. ¿Te basta esto como profesión de fe?

– ¡Querida Edmunda, querida hermanita, si tú supieras cuánto te amo!

– ¡Toma! ¿Y por eso lloras? ¿Qué motivo tienes?.. Será la jaqueca ó la tempestad. Duerme un poco; ya no charlaré más.

VIII

Durante toda la noche y una gran parte del día siguiente no dejó de llover. Los senderos se habían convertido en torrentes, los caminos estaban inundados, y no se oía más que el rumor producido por las ráfagas de viento y las trombas de agua que batiendo las ventanas doblegaban los árboles. El verano, excepcionalmente hermoso, transformábase súbitamente, volviendo á reinar el frío y la tristeza.

Edmunda no había visto aún el campo más que con sus galas, pues prescindiendo de algunas tormentas, siempre fué el tiempo magnífico desde su llegada, y todo parecía festejarla á la vez, no comprendiendo nada de aquel cambio. Recorría una y otra vez las salas del castillo, donde penetraba poca luz por las estrechas ventanas; irritábala no poder salir, y se decía que en el mal tiempo, no siendo ya posible las excursiones á caballo, ni los ejercicios de natación, ni las reuniones en el jardín para jugar á la roqueta ó al volante, el campo no era propio para ella. Ayudó á la tía Aurelia á poner en buen orden las sedas de colores claros, hablando de continuo sin esperar contestación; después tomó un libro, del que se cansó pronto, y al fin acogió con entusiasmo el anuncio de que se iba á servir el almuerzo.

Marta, aunque sufriendo mucho aún, decidióse á levantarse para ocupar su asiento en la mesa, y se dejó mimar por su hermana, que jugaba á la enfermera, como jugaba á todo lo que hacía.

Pero una vez terminado el almuerzo, cuando la tía hubo vuelto á sentarse ante su eterno bastidor junto á la ventana, mientras Marta se hundía en un gran sillón, silenciosa y triste, la ociosidad fué para Edmunda del todo insoportable. Aunque tratando de leer, miraba al reloj de continuo; nunca le habían parecido las horas tan largas, y bostezaba á cada momento. Al fin la tía Aurelia, siempre burlona, dijo con tono irónico:

- Y ha de saber usted, señorita Edmunda, que esto no es nada aún; ya verá usted en el otoño y á principios del invierno, cuando no se puedan asomar fuera las narices, cuando el cartero llega á duras penas, cuando se corre peligro de que falten los víveres y cuando nos helamos casi en esta hermosa mansión...

– Vamos, tía, no calumnie usted á nuestro castillo, dijo Marta, interrumpiendo la dolorosa meditación en que se había sumido; podemos calentarnos bien, y no

nos faltan muchos libros, revistas y diarios para ocupar las largas noches del otoño. ¿Tienes frío, Edmunda?

La friolenta niña, abrigada con un chal de lana blanca, hizo una señal afirmativa, en vista de lo cual Marta dió al punto orden de encender un buen fuego. El criado amontonó astillas y hacecillos de leña en la chimenea monumental, bastante grande para asar un buey entero, y de repente el antiguo salón se iluminó con los resplandores de las llamas, que parecían brillar en las paredes. A pesar de la hora, era tal la obscuridad, que la señora Despois dejó su trabajo y acercóse al hogar.

Edmunda, otra vez risueña, instalóse sobre unos cojinetes, á los pies de su hermana, y alargó las manos sobre el fuego.

– Esto es muy agradable!, dijo. El fuego da ganas de hablar; yo soy muy charlatana; pero vosotras dos estáis tan graves y silenciosas que da miedo...

Marta se sonrió.

– Pues habla cuanto quieras, Edmunda, dijo, puesto que tantas ganas tienes. No deseamos más que escucharte. ¿No es verdad, tía?

– Sí, con la condición de que diga muchos disparates, pues nada divierte tanto como las tonterías de los demás.

– Pues entonces, señora, replicó alegremente Edmunda, va usted á quedar servida á su gusto.

– Por lo menos, Edmunda, repuso la tía, preciso es hacerle la justicia de que tiene usted muy buen carácter.

– Ese agradable fuego contribuye á que sea amable; hace un momento, al mirar cómo llovía, comenzaba á estar taciturna; pero las llamas me han hecho recordar mi infancia; á mi mamá le agradaban mucho hasta en verano, y me parece estarme viendo aún, muy pequeña, en un rincón, mientras que ella se vestía. ¡Parecíame tan hermosa mi mamá!..

Era raro que Edmunda hiciese la menor alusión á su pasado y con frecuencia Marta había tenido viva curiosidad respecto á la infancia de aquella hermanita, á quien había encontrado grande ya. No quería interrogarla y contentábase con algunas breves frases que Edmunda dejaba escapar, las cuales arrojaban á veces una luz algo extraña sobre los años pasados. La tía Aurelia esperaba, por lo tanto, que esta vez, lo mismo que las otras, Marta cambiase de conversación; pero no fué así. Mientras jugaba con el cabello dorado de su hermanita, díjole dulcemente:

– No sería tan linda como tú, hija mía, segura estoy de ello.

– No, era hermosa de otro modo: rubia también, pero con grandes ojos azules, ojos de niño. A los treinta y cinco años desempeñaba aún los papeles de dama joven mejor que nadie, y tenía una manera de decir las más sencillas palabras, con tal candidez, sin elevar la voz, que hacía llorar á todo el mundo. Yo adoraba á mi mamá y ella me correspondía algunas veces, cuando le quedaba tiempo; pero otras, olvidábame del todo.

– ¿Cómo que te olvidaba? ¿Qué quieres decir con esto?

– ¡Oh! No era por maldad, ya lo comprenderás; pero ¡tenía tantos amigos y yo ocupaba en la casa tan poco lugar!.. Cuando iba á comer fuera de casa olvidaba á menudo encargar que me sirviesen la comida, y como se cambiaba de criados continuamente, incluso de mi aya, nadie se ocupaba de mí, confiando cada cual en que lo harían los demás. Entonces, al ver yo que decididamente no me servían, registraba los armarios, buscando bizcochos y confituras, y á veces encontraba, pero no siempre. Cierto día, mi papá, que había estado de viaje – con frecuencia hacía algunos para sus negocios – volvió cuando no lo esperaban: yo estaba empinada sobre un taburete que había puesto en una silla, y con gran alegría acababa de encontrar un pastel apenas comenzado. Al oir la voz de papá, me atemoricé, y habría caído, sin soltar mi pastel, si él no hubiese llegado á tiempo para evitarlo. Lloré tanto de miedo como de hambre, y no le costó poco enjugar mis lágrimas. «¡Vé á ponerte el sombrero, me dijo, y los dos iremos á comer á la fonda!» Yo no sabía á punto fijo qué me quería decir con esto; pero no me hice de rogar. Papá me dió una comida extraordinaria, é hízome beber un vino picante que yo no conocía aún, pero que me pareció muy bueno. Creo que jamás en mi vida había sido tan feliz como aquella noche. Papá me decía cosas raras, muy tiernas también, y una vez que me miraba observé que tenía lágrimas en los ojos. Esto me produjo un efecto singular, y le dije: «Pero papá, los caballeros no lloran...» Creo que entonces fué cuando me habló por primera vez de mi hermana, diciéndome que sería para mí, en caso necesario, una pequeña mamá. ¡Yo hubiera querido verla en seguida!.. Después de esto, diéronme una institutriz á quien yo no quería mucho; pero al menos vigiló para que no me faltara nunca la comida á la hora.

– De todos modos, murmuró la tía Aurelia, es una manera muy extraña de educar á su hija...

– ¡Ah, querida señora, temo producir en usted una falsa impresión al hablarle de estas cosas! Yo era muy querida, todo el mundo me mimaba, sobre todo cuando comencé á ser mayorcita. Llegaba ya á los quince años, cuando cierta noche, sin prevenirme de antemano ni darme aviso alguno, una prima de mi mamá, que me adoraba, llevóme consigo al teatro. Desempeñaba allí papeles cómicos y excitaba siempre la hilaridad con su risa extravagante, sus ojos saltones y sus bruscos ademanes; esto era muy cómico, pero siempre la misma cosa. En el fondo me parecía una buena mujer, pero algo loca; fuí con ella al cuarto donde se vestía y se pintaba la cara, y muy pronto entraron varios caballeros que decían cosas muy divertidas y que eran los primeros en reirse. Yo me reí también, aunque sin comprender siempre lo que se hablaba, y entonces uno de aquellos señores, un viejo, díjome que cuando yo *debutara* enloquecería todo París. Yo deseaba mucho ser actriz como mi mamá. «¡Vamos!, dijo la prima, ¿quiere usted dejar en paz á esa niña? Es la señorita Levasseur, y no *debutará*, porque está destinada á ser una heredera muy solicitada...» Pues entonces, repuso el caballero, ¿por qué la trae usted aquí? La verdad es que la prima de mi mamá no había reflexionado sobre esto; hizo uno de aquellos ademanes que le valían tantos aplausos en las tablas, todos soltaron la carcajada, y ya nadie volvió á ocuparse de mí. Pero entre aquellos señores hallábase un amigo de mi tutor, que había sido socio de papá; refirióle el incidente, y cuando aquél lo supo se encolerizó, fué á ver á mi mamá, que ya estaba enferma, y me pusieron á pensión en un colegio. Esta es mi historia. Ya ves, Marta, que antes de conocerte he sido querida y olvidada sucesivamente; tal vez se me ha educado de una manera extraña, como dice la señora Despois; pero solamente aquí, en tus brazos, he conocido la ternura constante, la bondad y la abnegación. ¡Juzga ahora si estaré agradecida, y si no tendrás en mí una hermana que te adora!..

– ¡Querida Edmunda, tú quieres hacerme llorar!

– Nada de eso, porque se reproduciría la jaqueca, y yo quiero que estés fuerte, buena y animosa.

– ¿Animosa por dos?, preguntó la señora Despois, procurando tomar una expresión de burla, por temor de enternecerse á su vez, y pensando que aquella niña sabía ganar admirablemente el corazón de los demás.

– Sí, señora, contestó Edmunda. ¡Ah! Sepa usted que yo no me dejo engañar y que soy muy susceptible de progresar. Marta podrá hacer de mí cuanto quiera, y espero que procurará aleccionarme para ser útil y animosa como ella. Por lo mismo, no vaya usted á creer que me intimida con la lúgubre pintura que me hace del mes de noviembre en medio del campo.

Un criado entró en aquel momento para decir que el señor cura deseaba ver un instante á la señorita.

– ¡Que pase adelante!, contestó Marta.

El cura era el mejor amigo de Marta; habíala bautizado y dádole la primera comunión y aspiraba á casarla. Parecíale que su joven feligresa era un poco independiente, aunque muy buena y caritativa. La señora Despois, católica con muchas intermitencias, libre en sus propósitos y no poco burlona, intimidábale más, pues no representaba de ningún modo el tipo eclesiástico de la mujer humilde y sumisa. Aquel cura de pueblo, cuya pequeña iglesia cubierta de hiedra, una de las curiosidades del país, se hallaba en el fondo del valle, lejos de las playas mundanas, sabía, por decirlo así, á terruño como verdadero hijo de campesino; pero era el hombre más excelente del mundo.

– Apenas me atrevo á entrar, Marta, dijo, porque estoy lleno de barro y mojado de pies á cabeza... ¡Fuego en el mes de julio... qué buena idea han tenido ustedes!



¡Cómo! ¿No saben ustedes?

– Aquí podrá usted calentarse y estar con toda comodidad, señor cura, repuso Marta. ¿Cómo le ha permitido á usted Francisca salir con este tiempo? Ya no reconozco á la buena anciana.

– He salido á pesar suyo y también mío. ¿Por qué no he de confesar mis pequeñas debilidades? Nuestros caminos de travesera se convierten muy pronto en torrentes, y para remontar desde mi agujero á estas alturas se necesita andar mucho; pero es el caso que la mujer de Duval acaba de dar á luz un niño, y decíase que estaba muy enferma. Vengo ahora de su casa y he visto que está mejor, pero muy débil. En el camino pensé que mi buena Marta le enviaría caldo y vino...

– Dentro de una hora lo tendrá.

La señora Despois levantó la cabeza con expresión burlona.

– Veamos, señor cura, dijo, confiéselo usted todo, y por mi parte le prometo la absolución. ¿No le ha pasado á usted un momento por el magín, cuando hacía un rodeo para venir aquí, la idea de un buen asado y un vaso de vino caliente?

El cura se sonrió, pasando suavemente la lengua por sus gruesos labios antes de contestar.

– Esa es otra de mis debilidades: soy un poquillo glotón, y Marta sabe preparar tan bien el vino caliente con azúcar y especias... A decir verdad, la lluvia me helaba los huesos; y me da vergüenza ver cómo humea mi sotana al calor del fuego...

Edmunda se levantó y cogió el chal de lana blanca de que se había despojado.

– También tiene usted mojada la espalda, dijo, señor cura... La caridad es muy buena, pero también es preciso evitar que produzca fluxiones de pecho. Déjeme usted hacer á mí...

Así diciendo, cubrióle los hombros con el chal.

– Señorita Edmunda, ¿qué hace usted?.. Ese bonito chal de lana se mojará... Y además es una prenda de mujer... no tiene nada de sacerdotal... pero en fin, alivia mucho.

(Continuará)



Proyecto de utilización del subsuelo de la plaza de la Constitución de Barcelona para dependencias municipales, original de D. Salvador Vigo

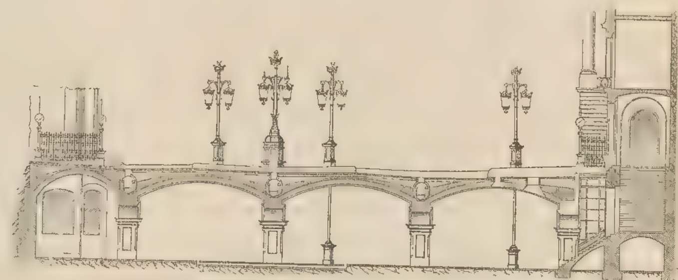
PROYECTO DE UTILIZACIÓN
DEL SUBSUELO DE LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DE BARCELONA

Los grabados de la presente sección representan las plantas y secciones del proyecto trazado por el ingeniero maestro de obras D. Salvador Vigo y Soler, ex concejal del municipio de nuestra ciudad, corporación á la cual lo ha dedicado el autor.

Acompaña al proyecto una memoria en la que se demuestra con gran acopio de detalles las condiciones especiales y favorables que reune el inmenso espacio de 2.814 metros cuadrados que forma la plaza de la Constitución para ser aprovechado su subsuelo para oficinas municipales, y la necesidad que de ello tiene la ciudad desde el punto de vista económico, citando entre otros los interesantes datos que extractamos á continuación.

La plaza de la Constitución está situada á *trece* metros sobre el nivel del mar, y por ser la cúspide de una colina no hay en la actualidad cloaca alguna colectora construída ni proyectada. Si el ayuntamiento hubiese de adquirir un solar de igual espacio junto á la casa capitular, le costaría tres millones de pesetas, resultando por el proyecto presentado casi de balde, pues siendo indiscutiblemente propiedad del municipio sólo le costaría los gastos de habilitación semejantes á los de la construcción de un edificio.

Rebajada aquella gran superficie 7'70 metros se obtiene un emplazamiento á 5'30 metros de cota sobre el nivel del mar, y su desagüe y ventilación están perfectamente garantidos á favor de las pendientes de las calles de Fernando VII y Jaime I. En el hueco se construirían pilastras y arcos de ladrillo que sostendrían la bóveda del local obtenido y suelo entonces de la plaza á la misma cota que tiene hoy aproximadamente. El pavimento debe estar construído en los arroyos, con arena y tarugos de madera para apagar el ruido de carruajes, y en las aceras y burladeros, modificados según el proyecto, se colocan cristales resistentes para la iluminación diurna y grandes candelabros construídos de forma que sirvan para ventilación.



Sección del subsuelo de la plaza de la Constitución, según el proyecto del Sr. Vigo

Prodúcense las corrientes de aire por medio de tubos colocados en el subsuelo del local, que juntos y combinados con los de desagüe llegan á unos pozos ó registros situados en los extremos de las calles bajadas que antes se mencionan hasta encontrar una cota más baja que la del local, quedando el tubo de ventilación libre en un pequeño pozo á propósito y el de desagüe corriéndose hasta la cloaca.

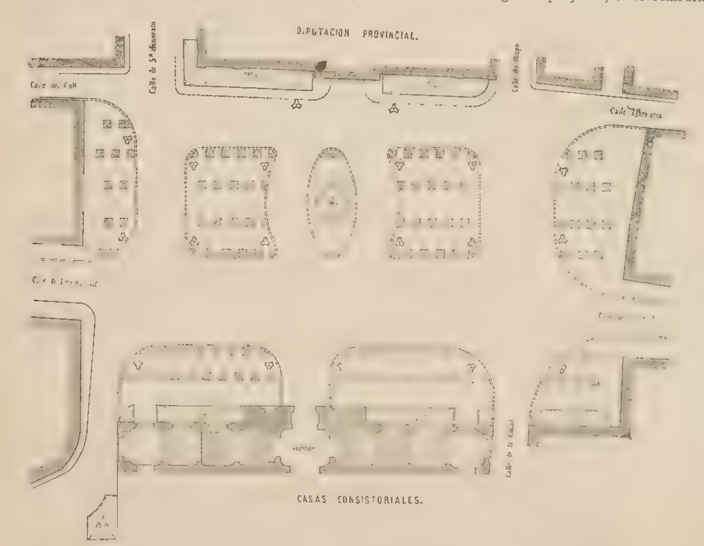
Por medio de unas andronas coronadas con ricas verjas de hierro situadas al fuente de los edificios de las Casas Consistoriales y Diputación Provincial, al estilo del Hotel de Ville en París y de muchos edificios públicos de Inglaterra y Alemania, se proporciona un aumento de luz y ventilación extraordinaria.

Se da acceso al local por medio de dos grandes escalinatas, situadas dentro y á cada lado de los pórticos en la Casa de la Ciudad, quedando cerrado todo el edificio y su adición por la misma puerta ó verja.

El proyecto total de la obra es en resumen el siguiente:

	Ptas. Cénts.
Por las obras de excavación, albañilería, carpintería, cerrajería, lampistería, pintura y vidrios del subsuelo.	230.906,10
14 % de imprevistos, beneficio industrial y dirección práctica de las obras.	32.326,85
Por las obras de urbanización de la plaza, albañales, en galería, bordillos, burladeros, entarugados, verjas y candelabros y demás obras anexas.	122.469,42
14 % de imprevistos, beneficio industrial y dirección práctica de las obras.	17.145,71
Valor total para la subasta de dichas obras.	402.848,08
Por los planos de proyecto, presupuesto y dirección de las obras.	40.284,80
Importe total de las obras.	443.132,88

Con el proyecto del Sr. Vigo se logra aprovechar un subsuelo que hoy no se utiliza para nada; ensanchar la Casa de la Ciudad dotándola de un grandioso local como no tiene igual en el mundo destinado á este objeto, gastando para ello una cantidad menor



Plano de la plaza de la Constitución tal como ha de quedar según el proyecto del Sr. Vigo

de la que representan los alquileres de los pisos y edificios que hoy por falta de local se ve obligado á tener, y se consigue reunir en un solo punto las oficinas municipales, mejorando la buena administración y beneficiando al público en general.

El Sr. Vigo se ha sujetado estrictamente á las fórmulas científicas para calcular los espesores y estribos de las bóvedas y el grueso de las pilastras que han de sostenerlas, y de sus cálculos resulta que el proyecto es perfectamente factible, y resulta también probado que responde al objeto para que ha sido estudiado, que es el más económico que en igualdad de capacidad de local se puede presentar y que reune las condiciones de belleza y solidez apetecibles.

La necesidad de proporcionarse un gran local aumentará, y será indispensable satisfacerla de un modo ó de otro el día no lejano en que se efectúe la agregación de los pueblos del contorno de la ciudad, con lo que se triplicará el personal de sus dependencias por el crecido aumento que experimentarán los servicios.

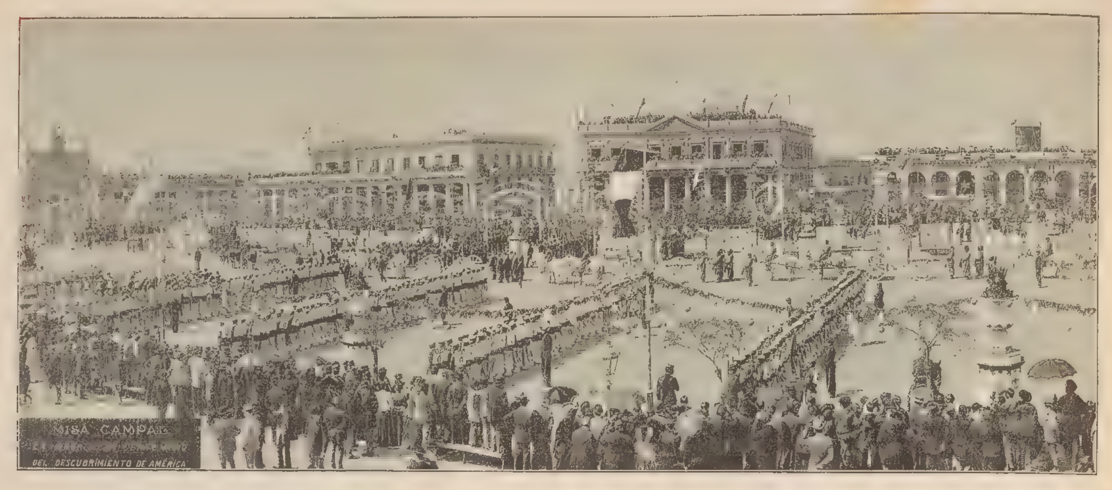


Plano del subsuelo de la plaza de la Constitución, según el proyecto del Sr. Vigo

Si realmente, como sostiene el autor, resulta el local con todas las buenas condiciones higiénicas de luz y ventilación, el Sr. Vigo ha prestado con su proyecto un servicio digno de aplauso.

De todas suertes, bien merece que fijen en él su atención aquellas personas que por sus conocimientos ó por su práctica pueden contribuir á su mejoramiento, si es que de mejora necesita, y de las que por su posición ó por los cargos que desempeñan pueden influir para que sea llevado á la práctica el día en que, después de bien estudiado, hagan patentes su conveniencia y su factibilidad, que, en nuestro concepto, quedan probadas en la memoria que acompaña al proyecto del señor Vigo.

Y también merece sincero aplauso el autor que ha consagrado su tiempo y su trabajo al estudio de una obra que ha de constituir, si algún día se realiza, una indudable mejora, de positivos y beneficiosos resultados para la ciudad de Barcelona. – X.



MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA EN LA PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, EN MONTEVIDEO, EL DÍA 11 DE OCTUBRE DE 1892 EN CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO XII — BARCELONA 6 DE FEBRERO DE 1893 — NÚM. 580

SUMARIO

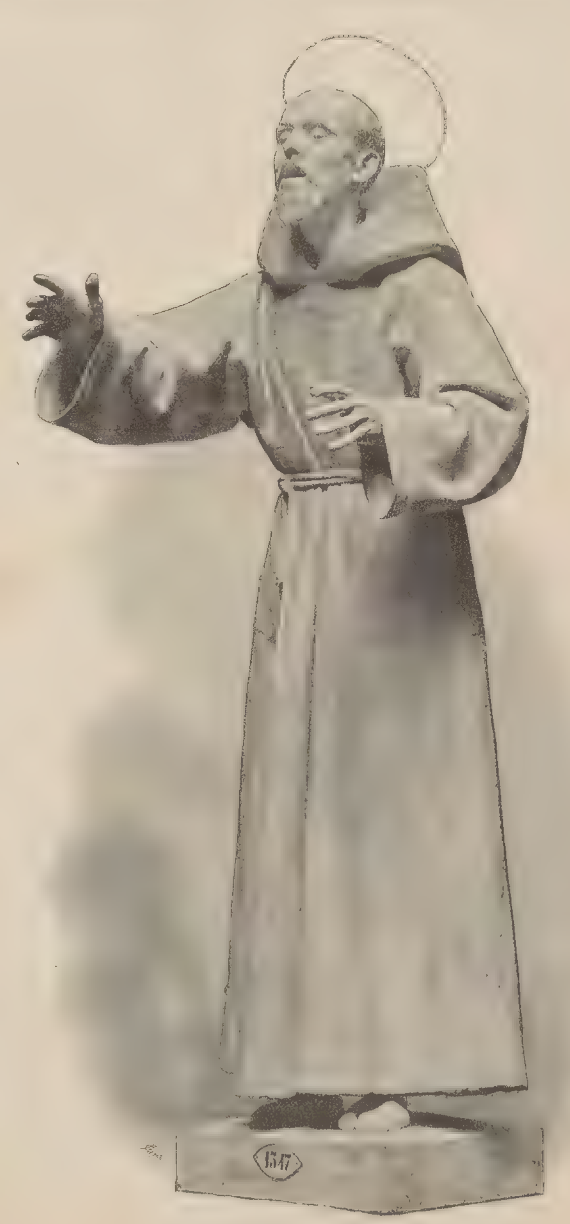
VERDADES Y MENTIRAS

Las altas corporaciones oficiales, como el gobierno mismo, acaban de demostrar de un modo inequívoco cuán distantes están de rendir parias al arte. Verdaderamente desconsoladora es la preterición que del arte hacen las supremas colectividades, á cuyo cargo corre la cura de aquella entidad, la más sublime de todas cuantas manifestaciones de la humana inteligencia palpitan en el complejo organismo cósmico. El pueblo madrileño ha presenciado cómo el gobierno a las Academias de la Lengua y de San Fernando desdicen con hechos lo que con palabras – aun cuando éstas sean escritas – afirman. Nada más ramplón, nada más cursi, nada más denigrante para la tierra donde las artes literaria y plásticas tuvieron en todos tiempos excelsos cultivadores como el entierro del poeta que llenó un siglo con la armonía de sus rimas, con los colores de su paleta, con las descripciones de tipos y hechos genuinamente españoles, con la magia de su fantasía.

La tradición académica con sus orgullosas mezquindades y absorbente dictadura, la estéril política con sus desdenes y egoísmos letales se dan las manos para anular todo sentimiento estético que pueda arrancar del escepticismo adonde le llevan las negativas soluciones que, ya en el orden moral, ora en el material, vienen ofreciendo á la nueva generación.

Nunca como en la ocasión presente se advirtió el divorcio que existe entre la entidad oficial Estado español y el Arte. Nunca como ahora pudo echarse de ver cuán indiferente es para todo organismo é individualidad que tengan carácter democrático el artista. La Academia de la Lengua no puede alegar el sentimiento que á algunos – ó á todos sus individuos, es lo mismo – ha podido producirles la muerte del primero de nuestros poetas, como demostración del culto que les merecía. Zorrilla no fué, para el efecto exterior del duelo nacional, para la imperiosa necesidad espiritual que sentía el pueblo de dar expansión á su gratitud, haciendo del entierro de su poeta favorito una apoteosis, más que un académico, uno de tantos académicos que van á la casa de la calle de Valverde á calentar el sillón rojo unas cuantas veces al mes.

Allí estuvo expuesto, en el mezquino salón de actos, donde se reunen seis ó siete notabilidades y treinta ó treinta y cinco que no lo son, para limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua castellana, el cuerpo del eximio poeta. Allí estuvo, tendido sobre un lecho



SAN FRANCISCO DE ASÍS, escultura de Manuel Fuxá
(Premiada en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

mortuorio, pomposamente adjetivado de *imperial*, que ha servido para soportar los cadáveres de cientos de ricachos perfectamente ignorados del mundo donde vivieron. Allí estuvo, rodeado de bayetas negras, llenas de girones por todas partes, salpicadas por la cera de cirios y velas que habían ardido para otros, el genio que no tuvo igual en nuestra patria hace un siglo. El *arte* salió despedido á puro trompicón académico. Verdad es que no cabía en aquel lugar estrecho, que huele á burguesía oficial á cien leguas.

Y si de la docta casa el arte salió huído, en la ceremonia fúnebre del entierro no apareció por ninguna parte. En un coche-estufa, que está á disposición del que deja á sus herederos dinero suficiente para pagarse ese gustazo póstumo, seguido por dos ó tres *landeaus* atestados de coronas y precedido de unos cuantos guardias civiles, fué transportado al cementerio de la sacramental de San Justo el cantor de Granada. Al cementerio llegó acompañado de los ateneístas y del pueblo de Madrid casi en masa. El duelo oficial se despidió en la Cuesta de la Vega; no pudieron pasar de allí el dolor y la admiración de rúbrica. En vano esperé que, en nombre de la Academia, del gobierno, del arte, alguna de nuestras lumbreras hiciera saber al pueblo, aglomerado en el patio de la sacramental, la magnitud del vacío que en el arte poético dejaba Zorrilla. Vana esperanza. El acto se convirtió en merienda de negros. Trompicones, voces descompasadas, interjecciones de todos calibres: he aquí lo que presencié.

Cuando Larra bajó á la tumba, sobre aquella tierra removida se alzó un gigante. Las letras hispanas perdían un talento y la plétora artística del movimiento romántico ofreció, á cambio, un genio. Entonces batallábase por las ideas; hoy batállase..., digo mal, hoy nos reímos de entonces. El arte de aquellos días con sus candorosos entusiasmos divinos ofreció incondicional apoyo á las doctrinas políticas que más ancho campo ofrecían á la inteligencia para su expansión. Y vino ofreciéndoles su apoyo, el más fuerte, el más hondo, porque habla al corazón y á la carne de las sociedades, hasta que los ideales políticos vencieron. Combatir con Goya, con Martínez de la Rosa, con Alenza, con Larra, con Villaamil, con Espronceda, con Zorrilla, con Gisbert, con Bretón de los Herreros, con Hartzenbusch, con Rosales... y ahora, alcanzada la victoria, el más grande de los campeones artísticos desciende al sepulcro entre el regateo que las conveniencias oficiales de un estado democrático hacen de los honores que de derecho le corresponden; desciende al sepulcro entre los bostezos de la inteligencia que á las gentes políticas les produce el arte; desciende al sepulcro sin que la misma gente que rima, pinta y esculpe le dedique un recuerdo.

Magnífica y grande es la manera que tienen las personalidades á cuyo cargo está la tarea de impulsar el movimiento de avance de los intereses morales del país. En verdad que es consolador el cuadro que ofrecen nuestra instrucción pública, las artes y las ciencias. Ponen todo su empeño en que se agosten esas grandes flores, esencias psíquicas que brotan espontáneas en la patria de Calderón y de Velázquez. Las manifestaciones del espíritu nacional, debiendo tener en las artes, como la han tenido, forma concreta, vense reducidas hoy á no salir á la luz, á morir sin dar frutos, porque altas razones de conveniencia política así lo exigen. La sal esterilizadora de ciertas ideas y escuelas es arrojada por arrobas, en estos últimos días del siglo, sobre las ruinas del templo del arte.

Mientras el decadente pueblo francés, despertando de su sueño de valetudinario se yergue con entusiasmo respetuoso al tronar del cañón que le anuncia la muerte del gran Hugo, y en aras de su cariño acude ansioso al arte en busca de sus poetas, escultores, pintores y músicos que hagan la apoteosis del autor de *Notre Dame*, y logran, en efecto, responder á ese movimiento íntimo, sublime, que tan sólo por medio de aquella entidad puede ser manifestado, aquí, en España, en Madrid, centro de las energías psíquicas de la nación entera, se pesan con una y otra mano los inconvenientes que ofrecer pueda una manifestación de duelo que rebase el carácter de lo vulgar. Y el pueblo, atento tan sólo á lo que de un modo perceptible, de un modo plástico, haga vibrar su sensibilidad, respondiendo así á su sentir, al ver que le falta turquesa donde vaciar ese algo íntimo que en lo hondo de su alma se agita sin forma, mira con indiferencia, si no con asombro escéptico, al que se encorva y encanece empeñado en crear con el pincel ó con la pluma tipos y paisajes, escenas ó historias que contarle.

No, no faltaban medios para llevar á efecto una verdadera manifestación gloriosa en honor del poeta insigne que acaba de franquear las puertas de la inmortalidad. Ahí está el magnífico y rico templo de San Francisco el Grande, cuajado de pinturas de los más ilustres pintores españoles contemporáneos, decorado con colosales estatuas debidas al cincel de distinguidos escultores patrios; enriquecido con mosaicos y vidrieras historiadas, de mármoles y jaspe revestido. Allí, bajo la colosal cúpula, en alto catafalco de terciopelo y oro, rodeado de gruesos cirios y de ánforas conteniendo esencias olorosas que al quemarse perfumaran el ambiente, dándole guardia de honor soldados de todas armas, podía y debió ser expuesto al pueblo el cadáver del genio.

Pero no podía ser. Las descargas de fusilería y artillería, el honor de tener por capilla ardiente la iglesia más rica y artística de España, etc., etc., son honores que tan sólo deben reservarse para reyes ó príncipes de la milicia. ¡Claro! Zorrilla no había conquistado laureles á la patria en los campos de batalla.

¡Ay! Si algún laurel conserva en su mural corona la nación española, si algún prestigio le resta todavía, si con algún respeto es saludado nuestro pabellón, no á los príncipes, ni reales, ni de la milicia, ni á los políticos, ni á nuestros Metternichs se deben; tan sólo á nuestros grandes artistas de la pluma y del pincel.

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?

¿Dónde están esas tierras conquistadas por los O'Donnell, Prim, Serrano, Narváez, Concha? ¿Qué se hicieron de Flandes, de Italia, de Portugal, de esa gran parte de América sometida por los Pizarros y Hernán Cortés? ¿Qué fué de aquellos prestigios sangrientos junto al Atlas alcanzados?

Nuestros novelistas atravesando el Océano llevan al seno mismo de la gran república norte-americana la influencia de nuestro carácter, pesando en el ánimo del *yankee* tan hondamente, que logran ser tenidos en la estimación de los mejores novelistas nacionales, sin descontar al tradicional Walter Scott. Nuestros poetas son saludados en las repúblicas del nuevo continente como lo son en el viejo, rindiéndose á la evidencia de un originalismo artístico y nacional indiscutible. Esos pedazos de tierra española al otro lado de los mares asentados sienten la necesidad de elevarse hasta aquellas regiones donde solamente reside el alto concepto de la vida psíquica de un pueblo culto, y sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, buscan en la tradición y en la historia de su raza aquellos elementos necesarios para dar carácter á sus nacionalidades y prestigios á sus sociedades. Y he ahí las letras y las artes españolas prestando su savia civilizadora, formándoles caracteres á la imagen y semejanza de la madre patria, á esos pueblos adolescentes, que si viriles supieron emanciparse del yugo doméstico, no por eso han renegado de su abolengo ni desligado de sus vínculos morales.

¡Valientes laureles y valientes prestigios los que nos recabaron las armas y la diplomacia y las escuelas políticas en todo lo que va del siglo XIX! El pueblo tuvo que rechazar las huestes napoleónicas; los brillantes hechos de armas en la campaña de Africa realizados sirvieron para que hoy Inglaterra imponga sus caprichos y Francia nos detente posesiones. Los heroísmos del Callao fueron estériles. Por su parte los políticos que nos han cantado las delicias de Capua, no miran ya sino los intereses de los poderosos, y no atienden sino á su propia conservación, dándoseles un ardite de los intereses morales del país. Mientras nuestras escuelas de Bellas Artes, la Central por ejemplo, no cuenta ni con lo preciso para la enseñanza, y á pesar de no contar con lo más perentorio aún se ve obligada á suprimir la calefacción; mientras nuestros artistas emigran á otros países en busca de lo que aquí el gobierno les niega en nombre ó á pretexto de las economías; mientras se suprimen en Fomento los créditos para material de bibliotecas populares, para sostenimiento de revistas y periódicos técnicos, de necesidad reconocida por todos los pueblos cultos; mientras se les hace imposible á los maestros de primeras letras cobrar sus sueldos, algunos de ochenta céntimos de peseta diarios; mientras se suprimen las pensiones para el estudio en el extranjero del arte, precisamente cuando elevan el número de sus pensionados los demás pueblos de Europa y América; mientras se escatima la subvención al hombre de ciencias, al de letras ó al artista para que nos devuelva con creces ese insignificante sacrificio pecuniario con el producto de su inteligencia, se sostiene en cambio un ejército enorme; se gasta un dineral en ensayos de armamentos y material de guerra, que se oxida sin haber servido para nada; se levantan reductos y fortificaciones, se alzan cuarteles, se construyen barcos que se desguazan al cabo sin que sus costados hayan recibido la embestida de un enemigo de la patria.

Vean esas gentes á quienes aludo cuántos héroes fueron ensalzados y admirados por todas las generaciones como lo fueron Cervantes y Calderón, Lope y Quevedo, Goya y Velázquez. Señalen un solo general, no quitando de la cuenta al mismo D. Juan de Austria, que como Velázquez tenga un lugar en Roma y en París en las plazas públicas, y no como el insigne Churruca sirviendo de motivo de gloria á Nelsson en *Trafalgar square*.

Verdad es que con y sin exequias Zorrilla será Zorrilla hasta la consumación de los siglos.

R. Balsa de la Vega

EXPOSICIÓN AMERICANA EN MADRID

LAS SALAS DE MÉXICO

La República mexicana ha respondido noblemente al llamamiento que dirigiéramos á toda la América para reunir la importante Exposición que estamos estudiando. Envió desde luego al personal más escogido é idóneo entre los cultivadores de las ciencias históricas, que en México forman legión: nombró para presidirlo al director de su Museo nacional Sr. don F. del Paso y Troncoso, y agregó á la comisión un presbítero, tan modesto como sabio, el Sr. D. Francisco Plancarte, que ha sido uno de los más activos coleccionistas de antigüedades de su país. Con el señor Plancarte debían naturalmente venir á España sus colecciones: accedió desde luego á ello su propietario, y digamos de una vez que constituyen la gran masa de la Exposición mexicana, siendo su más importante contingente.

Tan valiosos elementos debían figurar en modo conspicuo en el palacio del paseo de Recoletos, y en efecto, México ocupa cinco de los vastos salones del edificio: en extensión no le aventaja ninguna otra República, y sólo le iguala la de los Estados Unidos: en importancia no me atreveré á afirmar que ocurra lo propio. Porque si bien es muy interesante la exhibición de objetos hecha por el pueblo norte-americano, sin embargo, como luego hemos de ver, fáltale la unidad en las series, la continuidad en los objetos y el sistema en la muestra, condiciones todas reunidas con notable acierto en las salas mexicanas.

Las incomprensibles dilaciones administrativas de la Exposición americana han hecho que á la hora presente carezcamos aún del catálogo de los objetos que encierra. Tampoco están indicados por explicativos rótulos la inmensa mayoría, mejor diré, la casi totalidad de estos objetos, con lo cual se ha conseguido que el público que los visita salga del local sin conocer sus nombres ni aprender su uso ó su significado. Y ello amenaza durar hasta que se cierren los salones, si la actividad empleada en actos de menor cuantía no se dedica á apresurar esta publicación, que todos reclaman y que sólo ha satisfecho en mínima parte la impresión de algunos sumarios y listas parciales, hecha por los comisionados extranjeros.

Así tenemos que ir á través de México sin guía alguna, excepto el catálogo de la colección del señor Plancarte, que acaba de publicarse en la capital de esa República. Tal catálogo, hecho sin duda con gran precipitación, cuida poco de reseñar los 2.802 objetos que contiene, limitándose á dar de los mismos una sumaria explicación de su forma, materia, procedencia y dimensiones, sin detenerse á definir los nombres propios, las especiales significaciones ni los simbolismos á ellos inherentes.

La instalación de México se halla situada en la planta baja del edificio de Recoletos, á la derecha de la puerta de la calle de Serrano. Comprende, como he dicho antes, cinco salones. El primero está ocupado por reproducciones en yeso de colosales ídolos de piedra que posee el Museo nacional de la República. Allí se ve la piedra circular que representa á Tzontémoc, el dios de las tinieblas, con la alta y trenzada diadema que tiene el sabor de un peinado asirio, y los complicados adornos en torno que combinan los simbolismos de plumas y caracteres: allí hay la diosa Coatligue, oculta la cabeza en ancha toca, con manos perfectamente humanas y pies de fiera, que bien pueden ser las garras de alguna alimaña andina; la vesta formada por un trenzado de serpientes, el cinto decorado con la cabeza de un felino y desnudo el pecho, cuya forma debe significar el sexo: vese también al dios Tezcalzontalt de las razas nahuas, colosal en sus proporciones, tendido más que sentado para sostener con las dos manos sobre el vientre el vaso donde recibía las ofrendas de los fieles, llevando por única vestidura la orlada diadema de caracteres mayas, anchos brazaletes de hierba en los brazos, aros de

alto relieve, que debieron ser de oro, bajo la rodilla y en los tobillos, y la abierta sandalia de gruesa suela que recuerda algo la *gueta* de los japoneses.»

Interesante y curiosa es la vista de estas divinidades, que sin embargo no alcanzan á dar idea del panteón de los antiguos dioses que un día fueron objeto de veneración y culto por los indios del Centro América. Mientras que entre las razas del Norte sólo pudo desarrollarse una sencilla y primitiva idea religiosa, que correspondía á la extremada simplicidad de sus representaciones y fórmulas externas, entre los pueblos centrales, desde las naciones mayas que vivían en Tabasco, Yucatán y Guatemala, hasta las razas pobladoras del Ecuador y del Perú, desarrolláronse complejas mitologías con sus correspondientes y complicados cultos. La religión mexicana consistió en un exagerado politeísmo, con centenares de divinidades de diversas funciones y de varios atributos, que nos son conocidas por las imperfectas relaciones de los antiguos viajeros y por el carácter peculiar de sus tocados y sus trajes, que varían hasta lo infinito. Por la cabeza conocían los mexicanos á sus dioses, como de igual manera los clasificaban los egipcios; coincidencias de la historia que, en suma, nada prueban á favor de la comunidad de procedencia ó de origen de los pueblos.



EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA. – SECCIÓN MEXICANA. – EL DIOS TZONTÉMOC (de fotografía de J. Prieto)

Al lado de los dioses nos es dable contemplar en la sala que estudiamos la representación de los sacerdotes. Estos eran en México así los ministros del altar y los maestros de su ciencia como los adivinadores de un futuro estado y los médicos omniscientes de los remedios para las enfermedades materiales. Una imagen de mitad del tamaño natural representa á un sacerdote hallado en el estado de Chiapa: lleva en la cabeza monumental diadema con elaborado adorno; los brazos unidos sobre el pecho, y en la mano uno de los infinitos adornos del culto maya; en su cintura una como estola que le pende de la siniestra y otros varios adornos en su cuerpo: son los signos exteriores de las funciones que ejercía en los recintos de su templo.

De estos templos mexicanos hay algunas reconstrucciones en la actual Exposición. Pero más interesantes que ellas son, á mi juicio, las representaciones que en su interior ostentaban, los adornos que lucían, porque ellos descubren muchas páginas de la historia é infinitos detalles de la vida de aquellos creyentes que se postraban al pie de sus altares. Así he visto con mejores ojos la interesante lápida maya, procedente también del estado de Chiapa, que representa á un cautivo de guerra agarrotado al pie de simbólica columna. Su expresión es feroz á pesar de la especial rudeza de la escultura que, sin embargo, satisface las mayores exigencias del canon artístico. Lleva en sus carnes los caracteres que el día en que se lean nos dirán á qué pueblo ó á qué raza pertenecía el vencido, como aquellos famosos relieves de los templos de Medinet Abú, que nos han permitido construir con las representaciones de los cautivos la larga serie y los brillantes hechos de las conquistas de Sesostris en el Asia Menor. La posición de la ima-



MAZEPPA, cuadro de Isidro Gil Gavilondo Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

gen mexicana no puede ser más expresiva; pero acerca de su significado sólo cabrían hipótesis más ó menos aventuradas, y siempre inciertas mientras no se resuelva el problema de la interpretación de la escritura maya.

Y vamos á describir muy sumariamente la gran colección del Sr. Plancarte, que se compone de la friolera de 2.802 objetos, todos de suma importancia. Diremos en primer termino que no cabe dudar de la autenticidad de ninguno de ellos, pues todos ó su inmensa mayoría proceden de excavaciones y buscas hechas por el propio coleccionista. Empezó el Sr. Plancarte por recoger varios huesos, un idolillo de barro, puntas de flechas, navajones y otros objetos, descubiertos en los trabajos del ferrocarril que atraviesa el río de Jacona para ir á la vecina ciudad de Zamora. Su segunda expedición se dirigió á un lugar cercano á las fuentes del mismo río Jacona, donde sólo halló algunas puntas de flechas y varios tiestos de poca importancia.

Más feliz fué su tercera expedición, hecha en una pequeña altura en extremo meridional del valle de Zamora, llamada *Los Gatos*, donde descubrió una extensa necrópolis india y en ella 48 esqueletos, tendidos algunos y los más sentados en cuclillas. Entre las tumbas aisladas pudo reconocer unos muros de piedras de torrente sobrepuestas, sin argamasa ni cal alguna, formando un cuadrado cuya parte interior estaba llena también de esqueletos humanos, acompañados con vasijas de barro, instrumentos y armas de piedra y de cobre y adornos de diversas materias. En uno de los ángulos del recinto había una construcción de adobes casi calcinados, conteniendo varios restos carbonizados de huesos humanos entre utensilios de concha, laminitas de oro, fragmentos de discos dorados y pedazos de tela que probablemente vestirían los cadáveres al ser reducidos á cenizas en aquel quemadero.

A tres leguas de este lugar, donde además hizo otros descubrimientos, halló el señor Plancarte el sitio donde estuvo la antigua ciudad de Jacona, cuyas ruinas son aún visibles, distinguiéndose entre todas las del templo mayor, cuya curiosa construcción hizo reproducir en madera. Las excavaciones practicadas en el sitio le produjeron varios cráneos y objetos muy curiosos de barro y cobre.

Finalmente, el Sr. Plancarte puso á contribución los buenos oficios de sus amigos, enriqueciendo sus colecciones con objetos que le fueron remitidos de Pajacuarán, Jacona, Santiago Tangamandapío, rancho de Miraflores, Tarímbaro, Purépero, Tangantzícuaro, Copándaro, Tenancingo, Coatepec Harinas, valle de Toluca, valle de San Martín y Teotihuacán.

La colección Plancarte está clasificada en quince grupos y un apéndice. El primer grupo comprende los objetos de los *tecoxines*, nación indígena de Talisco, de filiación dudosa, que vivía al Noroeste del actual estado en lo que hoy es territorio de Tepic, extendiéndose por el Poniente hasta el mar y por Oriente hasta la población de Ameca en Jalisco. En él figura un solo objeto; un ídolo de barro gris rojizo con restos de pintura roja, y representa un hombre con rostro de animal, por la superposición probable de una careta.

El segundo grupo abraza los objetos de los *tecos*, indios del estado de Michoacán, también de filiación dudosa, que se supone habitaban distintas comarcas y se hallaban divididos en varias tribus ó fracciones. Esta serie comprende 108 objetos, subdivididos en utensilios domésticos, utensilios de transición entre el hogar y el templo, objetos de culto, instrumentos para las artes, adornos é insignias y armas.

El tercer grupo contiene los objetos de los *tarascos*, poderosa nación que habitaba la mayor parte del estado de Michoacán, y extendía sus dominios hasta los vecinos estados de Querétaro, Guanajuato y Jalisco. Esta serie, la más importante de la colección, cuenta con 1.398 números, debidamente clasificados. Abundan en ella los utensilios domésticos, que consisten en jícaras, platos, vasos, cazuelas, ollas, cántaros, tapaderas y demás útiles que prueban un avanzado estado de civilización doméstica. Numerosos son también los utensilios para las artes, consistentes en aplanadores, cuñas de piedra, bruñidores, cinceles, navajas de piedra obsidiana y agujas de cobre y de hueso. La sección de adornos é insignias es tan variada como curiosa, pues comprende, entre muchas otras cosas, orejeras de piedra y hueso, anillos para el labio, conchas perforadas, bastones, anillos de cobre, espejos, cuentas de collares, cascabeles, pomos de vidrio y un vestido hallado en las excavaciones de Jacona, cuya forma no puede precisarse por la extrema fragilidad de las telas de algodón que lo componen. Entre los objetos que el Sr. Plancarte ha clasificado, no muy acertadamente á mi juicio, como de transición entre el hogar y el templo, figuran pipas de barro de diversos colores, fichas de juego vasos pintados de varias formas, pies y tapas para los mismos y dos pequeños incensarios de barro. Los objetos de culto son figurillas humanas, ídolos y amuletos de distintas clases y materias. Entre los instrumentos músicos se ven pitos, sonajas, flautas y un caracol grande. Finalmente, entre las armas de esta sección vense puntas de lanza de cobre, púas del mismo metal, lanzas de pedernal, cuchillos y flechas.

El cuarto grupo comprende los objetos de los indios *matlatzincas*, en número de 174, también clasificados en utensilios domésticos, instrumentos para las artes, adornos é insignias, objetos de transición entre el hogar y el templo y los destinados al culto.

Siguen en el quinto grupo los objetos *otomites*, en número de 148.

El sexto grupo comprende los *tepanecas* (nahuas), en número de 728 objetos.

Séptimo grupo. *Acolhúas* (nahuas), con 29 objetos.

Octavo grupo. *Mexicanos* (nahuas), con 6 objetos.

Noveno grupo. *Chalcas* (nahuas) con 21 objetos.

Los demás grupos de la colección abrazan los objetos de los *tlaxcaltecas*, *huexotzincas*, *cuetlaxtecas*, *mixtecas*, *zapotecas* y *mayas*, y sólo tres con toda evidencia pertenecientes á las razas protohistóricas que poblaron aquella parte del continente americano.

No he podido ser más conciso; pero á menos de dar á estas reseñas límites imposibles para el carácter de la ILUSTRACIÓN, no me sería fácil explicar toda la importancia de estos frágiles objetos expuestos en las vitrinas de las salas mexicanas, que sin embargo nos revelan pueblos y gentes sin páginas en la historia de las grandes razas americanas.

EDUARDO TODA



EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA. - SECCIÓN MEXICANA. - LA DIOSA COATLIGUE (de fotografía de J. Prieto)

EL TÍO ROÑAS

(EPISODIO DEL AÑO 9)

I

¡Por Dios, que era lástima que aquel retoño hubiera brotado de tal cepa, y que no se comprendía que una paloma tan sin hiel como era el bendito de Jenaro, hubiese sido engendrada por un perro de entrañas más negras que las de Judas, tal como el tío Roñas!

A este último sí que le teníamos todos mala voluntad, y mala voluntad merecida. Aún le hubiéramos perdonado el haber reunido las peluconas que, según se decía, guardaba en no sé qué rincón de su miserable guarida, sacando hasta la última gota de sangre á los que tenían que dejarse esquilmar por el ruin usurero; pero lo que no podíamos perdonarle era el indigno tráfico á que se dedicaba desde que había estallado la guerra.

Como nuestro pueblo tan pronto caía en poder de los franceses como era rescatado heroicamente por alguna de las muchas partidas que vagaban por el contorno, el tío Roñas, que se arrastraba á los pies del vencedor, fuera quien fuera, sin dejar de mantener por eso relaciones con el vencido, había encontrado medio de hacerse pagar un espionaje que ponía indistintamente al servicio de la causa nacional ó de las armas del rey intruso.

Talento, ó si se quiere mejor, gramática parda, no le faltaba, y esto hacía que aunque se sospechara su juego, no dejara nunca las cartas tan al descubierto para que gabachos ó españoles pudieran con justicia imponerle el castigo que merecía.



LA COMEDIA DE MAGIA, dibujo de Ford

Estoy por decir que si alguien sabía lo que había de cierto en la cosa era el infeliz Jenaro, que á fuerza de sufrir desvíos de todos los que barruntábamos los manejos que se traía su padre, acabó por quedarse seco como un espárrago y taciturno como un cartujo.

Cuando alguno cruzaba la palabra con él, y esto era muy pocas veces, teníamos buen cuidado de hacerle notar lo desmedrado que andaba, y acabábamos, no sé si con buen deseo ó con algo de mala intención, por aconsejarle como remedio á sus dolencias el aire puro que se respiraba en las partidas.

El movía la cabeza tristemente, como si quisiera significar con ello que buenas ganas tenía de irse con los que, no sin trabajo, mantenían enhiesta la bandera de lo que los franceses llamaban la rebelión; pero no por eso se iba, ni hacía nada por desvanecer las antipatías que le íbamos cobrando.

Para esto había una razón poderosa. El tío Roñas, que parecía incapaz de dar abrigo á ningún sentimiento humano en su corazón de piedra berroqueña, tenía, sin embargo, en el fondo de él tal tesoro de amor hacia su hijo, que por él hubiera dado hasta el último ochavo de su tan negado como abundante peculio, y antes se hubiera dejado cortar en tajaditas así como el blanco de la uña, que dejar á Jenaro exponer su vida por una cosa de tan poca monta como saber si nuestro rey se había de llamar José ó Fernando.

II

Las cosas de la guerra parece que no andaban muy allá para los franceses en nuestra comarca. Los guerrilleros, que crecían y se multiplicaban á más y mejor, no les dejaban hora de vagar, y ni un solo día se pasaba sin que tuvieran que empeñarse en un encuentro ó en alguna escaramuza.

El resultado de tales funciones de guerra era casi invariablemente el mismo. Los guerrilleros hostilizaban durante unas cuantas horas, y al cabo de ellas, cuando el esfuerzo de los enemigos redoblaba, dejaban modestamente que los oficiales superiores de Su Majestad botellesca redactaran sus partes dando cuenta de una nueva victoria para las armas imperiales.

La única contra estaba en que si el triunfo no les había hecho ganar más que algunas pulgadas de terreno, en cambio las pérdidas eran tan considerables que unas cuantas victorias de aquellas bastaban para dejar en cuadro los batallones espanto del mundo y sojuzgadores de media Europa.

El general francés que operaba en nuestra comarca, y cuyo enrevesado nombre no puedo recordar por más que hago, debió comprender que por aquel camino no se acabaría nunca la jornada, y resolvió intentar, costara lo que costara, un golpe de mano

que diera al traste por lo menos con una de las más temibles partidas.

Era ésta la que mandaba el *Chantre*, hombre de singulares recursos estratégicos y mano de hierro para mantener la disciplina entre los suyos; pero por lo mismo que tales condiciones tenía el jefe, y además por estar aquélla apoyada por lo más florido del país, era difícil, ya que no imposible, copar á la temible partida.

Sólo la delación y las noticias suministradas por un hombre conocedor de los accidentes del país podían ayudar á la empresa, y como, á lo que es de suponer, ya el general había tenido tratos con el tío Roñas, por más que las cajas de la división francesa anduvieran algo mermadas, decidió tener una entrevista con el malhadado usurero.

Este no tardó en comprender que se presentaba un buen negocio, y valiéndose de cuantas precauciones le sugirió su astucia, ausentóse del pueblo por un par de días, tomando por pretexto la compra de unas reses para abastecer al pueblo en el caso de que los gabachos interceptaran las comunicaciones por donde se recibían las vituallas.

La entrevista fué larga, porque el tío Roñas era hombre que sabía hacerse pagar su trabajo, y en estas cosas regateaba hasta el último maravedí; pero no debió quedar completamente descontento de ella el general francés, puesto que por término y remate, animándosele los ojillos grises, casi ocultos bajo las blancas cejas, lanzó un *sacre nomme* que hirió un poco los sentimientos religiosos del usurero, y dirigiéndose á éste, dijo en mal castellano:

– Si es verdad todo eso, la partida del *Chantre* está en mis manos y usted tendrá las cinco onzas que pide. Pero le advierto que entretanto se queda en rehenes, y que si las cosas no salen como me promete, en vez de cinco onzas lo que obtendrá como recompensa serán cinco tiros.

Dicho esto, el galoneado militar volvió la espalda al usurero, después de haberle dejado encomendado á la custodia de cuatro números, y se fué sin duda á prevenir el plan del próximo ataque.

El tío Roñas palideció un poco; pero debía tener gran confianza en sus revelaciones, puesto que frotándose las manos, exclamó con codicia:

– ¡Cayeron cinco peluconas más!

III

El encuentro de aquel día iba á ser más terrible que todos los habidos hasta allí. Los franceses habían concentrado sus fuerzas y parecían dispuestos á caer sobre la partida del *Chantre*, que á su vez había reunido con las suyas algunas otras de menor importancia, que aunque de ordinario se las arreglaban por su cuenta y riesgo, en las ocasiones solemnes se supeditaban á la autoridad del más afamado de los guerrilleros del contorno.

Para que todo contribuyera á dar mayor lustre al nuevo hecho de armas, en él iban á hacer las suyas por vez primera algunos paisanos que, un poco rehacios hasta allí, habíanse al cabo decidido á dejar la esteva por el fusil, acudiendo al socorro de nuestra amenazada independencia.

Como siempre, el *Chantre* no contaba con la victoria; pero estaba seguro de hacer caer á los franceses en una emboscada que había de costarles algunos centenares de bajas. Además, para los suyos había menos peligro que nunca. Todo lo que tenían que hacer en el momento de la retirada era internarse en el Carrascal, y como la espalda la tenían guardada porque había pocos en el país mismo que conocieran el único acceso que por el lado de Oriente tenía la maleza, todo sería cuestión de irse con la mayor tranquilidad al monte cuando les viniera en mientes, que siempre sería cuando se hubieran cansado de matar perros gabachos.

Esto era lo que decía el *Chantre* con su robusta voz de barítono á su estado mayor, mientras sentado ante una desvencijada mesilla de pino mermaba el contenido de su zaque bastante regular de lo añejo, esperando á que con los primeros rayos del sol se rompieran las hostilidades. Y la verdad es que debía estar muy seguro de ello, puesto que, hombre ordinariamente de pocas palabras, andaba dicharachero y expansivo como nunca aquella mañana.

Los primeros disparos se dejaron oir á cosa de las seis. Los franceses cargaron duro y parecían poner todo su empeño en hacer huir á los guerrilleros por la parte del Carrascal, lo cual hacía sonreir al *Chantre*, que decía de cuando en cuando: «¡Buena os espera!»

Pero como si quisiera retardar el resultado de su plan, aquel Viriato de canana y sable de tirantes, hasta más de las nueve no mandó á su corneta de órdenes que tocara retirada.

Algo le sorprendió que el enemigo no se lanzara á la persecución con los arrestos que él esperaba; pero gruñó para su coleto: «Mejor: así entrarán de golpe y se perderán menos balas.»

Y siguió apoyando el movimiento de retirada hasta situarse toda su gente en lo más espeso del Carrascal.

Allí estaba hacía algunos minutos, más que otra cosa aguardando á que el grueso del enemigo se metiera en aquel callejón sin salida, cuando de repente notó entre las gentes más próximas un extraño movimiento de concentración, y no tardó en oir repetir más lejos las pavorosas voces de: «¡Traición! ¡Traición!»

¿Qué ocurría? La cosa no podía ser más sencilla ni más trágica. Aquel paso desconocido había sido revelado por alguien á los franceses, que prudentemente divididos avanzaban al propio tiempo por la vanguardia y la retaguardia de los guerrilleros. Estos estaban, pues, cogidos entre dos fuegos por fuerzas muy superiores á las suyas.

El problema no tenía más que dos términos, que después de todo podían reducirse á uno solo: ó había que morir en el acto luchando, ó rendirse para morir después. Por entonces ni franceses ni españoles daban cuartel á nadie.

En el momento de mayor angustia, un hombre, gallardo mozo por cierto, pero pálido y demacrado como un difunto, se acercó al *Chantre* y murmuró con acento breve, echándose al suelo del poderoso caballo que montaba:

– Por ese claro y picando espuelas de veras puede salvar un hombre solo la vida. No hay que perder tiempo, yo protejo la retirada.

El *Chantre* le miró con aire de inteligencia y estrechó con fuerza su mano.

– El único favor que le pido, añadió el mozo, es que si algún día encuentra medio de vengar la traición de hoy, no olvide que me debe la vida.

Un momento después el ruido de la fusilería se había hecho insoportable.

De la partida del *Chantre* no se salvó ni una rata. La mayor parte de aquellos héroes prefirieron morir peleando.

El bravo mozo que tan generosamente había salvado la vida á su jefe no fué por cierto de los que menos bajas causaron en las filas francesas, pero tampoco fué de los últimos en caer.

IV

El tío Roñas recibió aquella misma noche el precio de su hazaña.

Después de todo, á los franceses no les salió caro. Con gran desahogo pudieron pagarle, empleando en ello sólo una pequeña parte del botín cogido á los guerrilleros.

Las cinco onzas estipuladas, y que por cierto eran brillantes y nuevecitas que daba gozo verlas, estaban encerradas en un bolsillo de torzal verde, manchado de sangre fresca todavía.

Tal y como se le presentaban al tío Roñas acababa de encontrarse sobre el mutilado cadáver del infeliz Jenaro.

ANGEL R. CHAVES

SALON PARÉS

DÉCIMA EXPOSICIÓN

La décima Exposición anual del Salón Parés, á pesar de su indiscutible inferioridad, comparada con las anteriores, dadas la cantidad y calidad de las obras expuestas, ofrece al visitante vasto campo de estudio y de observación. No figura en ella una producción, una nota saliente, una obra que revele genio, que manifieste la valía y la personalidad de un artista; pero en cambio denuncia un movimiento de vacilación, da muestras de debilidad, de incertidumbre, y hace conocer de modo indudable que algunos de nuestros artistas no tienen en cuenta las tradiciones artísticas de nuestra patria, dejándose seducir por el aplauso tributado á los que, aparte de otros títulos, tienen arraigadas convicciones.

Casas y Rusiñol, los decididos y consecuentes campeones del modernismo, los importadores de una de las escuelas transpirenaicas, no han remitido á esta exposición un solo lienzo, y sin embargo tienen en ella aprovechados imitadores, tan hábiles como el pintor suburense Sr. Almirall, cuyo *Cementerio de Sitjes* podría firmarlo Ramón Casas. A éste sigue en la escala aproximativa Mas y Fontdevila, que presenta tres pinturas al pastel que atestiguan su nueva fase, inspiradas ó sugestionadas por el ambiente de Sitjes y hermanas del gran lienzo que figura en la Exposición de Bellas Artes de Madrid, y un interior de ermita ó iglesia de villorrio, ejecutada con la maestría que se observaba en todas las obras que antes producía este artista, que cuenta con sobrados méritos y recomendables aptitudes para tener carácter propio, personalidad artística.

Juan Llimona hase presentado ahora como siempre, esto es, como pintor y como artista. Tal vez, plásticamente considerado su *Dios es caridad*, resulta inferior á *La viuda* ó al *Párroco;* pero aun en este supuesto y en el de que haya podido ejercer también en él influjo la nueva corriente, está delicadamente sentido, cristianamente inspirado. Completan el grupo de los regionalistas, de los discípulos de la escuela iniciada por Joaquín Vayreda, *El pastor del Pirineo*, de Dionisio Baixeras, que al escoger otra senda no ha parado mientes en que no podía caminar por ella con igual seguridad; dos bellos paisajes de Galvey; otras *Herbaxadoras*, de Pinós; dos estudios ó recuerdos de Sitjes, de Modesto Texidor, uno de los cuales asemájase á una bella nota de Rusiñol, que figuró en otra Exposición: un *Junio*, de Mariano Vayreda, que revela en el artista el cansancio producido por la estación estival y que nada tiene de común con sus bellísimos cuadros de la comarca olotense; seis cuadros de Brull, un tanto faltos de luz, entre los que descuella *El combregá*, que por su defectuosa perspectiva pierde gran parte del efecto que produciría y resulta un tanto inarmónico, no pocos cuadros de inferior mérito, obra de artistas noveles que en esta Exposición vienen á representar el personal que constituyen los coros en las producciones líricas.

Párrafo aparte merece también Roig Soler, ya que parece abandonar su *metier*. Ya no se distingue en *La playa de Levante* aquella factura peculiar y distintiva, aquellos efectos producidos por el amasijo del color, por los toques de tonos vivos, que sólo él sabía aplicar; pero aun así, bella es también su última obra.

En igual caso hállase Manuel Cusí, por más que sus últimas producciones patentizan la evolución que francamente ha realizado. La bonita cabeza de estudio, iluminada por la luz artificial, es superior á algunas de las que antes brotaban de su paleta, que en el empeño de interpretar la belleza resultaban un tanto aporcelanadas.

Román Ribera, el correcto y elegante pintor, el feliz intérprete de la pintura de género, nos ha reservado una verdadera sorpresa en esta Exposición con sus dos lienzos titulados *En el baile* y *La cita*. El bello tipo de la dama representada en este segundo cuadro en nada se asemeja á la dama de *Le coup d' œil*, que tantos aplausos mereció; pero, como en aquélla, obsérvase la misma distinción. La tonalidad de ésta no es tan vagarosa, tan delicada como la de aquélla; pero sí es igual la calidad, idéntica la exactitud y semejante la corrección. Ribera ha querido sin duda demostrar su dominio de la paleta, su pericia en el empleo del color, y si es así, justo es confesar que ha conseguido su propósito. *La cita* es una preciosa producción, ajustada psíquica y plásticamente á los modernos conceptos, á las nuevas corrientes; pero á pesar de ello, no puede confundirse, tiene el carácter, nótase el sello de la personalidad artística de un verdadero pintor.

José Masriera, á quien no en balde se considera como uno de nuestros más notables paisajistas, ha aportado á esta Exposición un bellísimo paisaje acuático – como diría nuestro querido y malogrado amigo Luis Alfonso, – recuerdo de su última excursión veraniega, que revela al artista, al infatigable admirador de la naturaleza en todas sus brillantes manifestaciones, al distinguido artista que procura imprimir en todas sus obras el sello de nacionalidad, de regionalismo, trasladando al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. Modesto Urgell, el siempre aplaudido autor de *El toque de oración*, el que ocupa preferente lugar entre los artistas con que se envanece nuestra patria, ha presentado dos lienzos, *Mañana de invierno* y *Anocheciendo*, que justifican una vez más su maestría y el sentimiento que rebosa en el corazón de este cantor de la naturaleza, de este artista-poeta. Acreditan la discreción del autor los dos lienzos de Aurelio Tolosa, así como los que ha presentado Junyet, Sans, Joaquín Vancell, recientemente premiado en la Exposición de Bellas Artes de la coronada villa, cerrando el grupo Armet y Marqués con sus jugosos paisajes de las regiones pirenaica y cantábrica.

Tamburini no abdica y continúa alimentando idénticos ideales, convencido que para el artista existe algo más importante que la exactitud material, y que aunque ésta se realice, es precisa la expresión íntima del asunto. De ahí que las producciones de Tamburini, ya se titulen *La gota de agua*, *Ensueño* ó *El beso*, no signifiquen un pretexto pictórico, sino la labor de aquel que siente y discurre. *El beso* es una delicada nota que embelesa por su elegante tonalidad y por su belleza.

Luis Graner ha recobrado la castiza paleta que momentáneamente perdió, y sus *Jugadores*, agrupados alrededor de mugrienta mesa, afanosamente interesados en los azares del juego, tienen algo que revela la buena escuela, que da á conocer las obras en que hubo de inspirarse este artista, que por la índole y asunto de sus producciones, genuinamente españolas, ha podido lograr que su nombre sea ventajosamente conocido en el extranjero. Su alegoría del nacimiento del Niño Dios debe considerarse como una muestra del ingenio, de la fantasía del artista.

Extremadamente bello, muy distinguido es el *Turno impar*, de Francisco Masriera; pero estas son siempre las notas características de las obras de este artista, que en su anhelo de embellecer, rebasa algunas veces el límite que existe entre la verdad y el ideal artístico. Esto no obstante, todos los detalles, los más nimios pormenores, demuestran el buen gusto y la rara habilidad de este distinguido artista. Otro *Taller de tapices* ha remitido Miralles Darmanin: con decir que se asemeja al que adquirió el Municipio barcelonés para el Museo de Bellas Artes, basta para comprender la importancia del lienzo. Una escena de Carnaval, desarrollada en el zaguán de una vivienda señorial de esta ciudad, una de las pocas joyas del Renacimiento que por fortuna ha respetado la piqueta, ha servido de tema á Ramiro Lorenzale para producir un cuadro que atrae desde luego por su armonía, por su acertada tonalidad; tres cuadros, uno de ellos de costumbres, ha remitido Félix Mestres, que patentiza sus notables progresos; cuatro de asuntos militares José Cusachs, en cuyo género ha tiempo se distingue; una marina, que recuerda la que obtuvo premio en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, ha expuesto Juan Baixas, y cuatro lienzos, entre los que merece especialísima mención *La plaza de la Concordia*, por la exactitud de su entonación, el laborioso Eliseo Meifrén, hoy residente en la capital de la vecina república.



EL ARMERO, escultura de Emilio Dittler

Censurable omisión sería la nuestra si no mencionáramos la preciosa cabeza retrato del hoy doliente doctor Letamendi, pintada con notable maestría por Galofre Oller, el



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA, cuadro de L. Rosenberg



LA SILLA DE FELIPE II EN EL ESCORIAL, cuadro de Luis Álvarez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890)



EN EL SALÓN, cuadro de P. Salinas

laureado autor de *Pena de azotes*, y el retrato del señor Zulueta, obra de nuestro paisano Carbonell Selvas.

En resumen: la exposición de que nos ocupamos no reviste, por más que sea duro consignarlo, el interés que despertaron algunas de las anteriormente celebradas. En esta la nota dominante es la vacilación. No combatimos en absoluto á los luminosos ni á los fotofóbicos, puesto que abrigando el convencimiento de la ilimitación del arte, aceptamos siempre las producciones que se ajusten á sus ideales. Duélenos únicamente ver muestras de la imitación. Casas y Rusiñol ha tiempo sentaron plaza en el modernismo; sus producciones han sido siempre resultado de sus convicciones, de su modo de ser, de la savia artista que en ellos se filtró en otro país, en otra región que no es la nuestra; pero quien se ha iniciado en otro dogma, podrá corregir errores, aquilatar conceptos, mas debe continuar comulgando en la misma parroquia y disponiéndose para realizar una evolución justa, razonable, ajustada á los ideales del país en que nació y á las corrientes de la época.

Los lienzos de Meifrén, pintados en París y reproduciendo París, se hallan dentro de los términos de lo justo, como discretas son las obras de los artistas que mencionamos, que reproducen fielmente las tonalidades de nuestra región, más brillantes que las de allende los Pirineos y de inferior potencia lumínica que las de la región andaluza.

Cuanto al concepto artístico, transcribiremos, para terminar, un párrafo del artículo recientemente publicado por el peritísimo crítico de arte D. Federico Balart, que puede aplicarse á buen número de las obras que figuran en la Exposición Parés:

«En arte hay algo más importante que la exactitud material; y ese algo es el sentimiento íntimo del asunto; es decir, la expresión de lo que en concepto del artista constituye la esencia del objeto representado. Conforme á ese principio fundamental, el pintor ha de elegir un tema cuya expresión cabal y completa quepa en los recursos propios de la pintura; y después lo ha de presentar de modo que el espectador lo comprenda intuitivamente sin necesidad de analizarlo. Por ambos extremos suelen flaquear las obras de nuestros artistas contemporáneos; sus asuntos, más que motivos pictóricos, son pretextos para pintar. Muchos de ellos están elegidos sin más propósito que lucir un traje, un mueble ó un utensilio, tratado sin esmero y á veces sin conocimiento del natural.»

A. García Llansó



Bellas Artes. – Al escultor Moest, de Karlsruhe, le ha sido confiada la ejecución de la estatua sedente y coronada con diadema de la emperatriz Augusta que ha de figurar en el monumento que se erigirá en Coblenza á la memoria de tan ilustre soberana. Para el proyecto del monumento se ha anunciado un concurso que se cerrará en 1.º de abril, y para la ejecución del mismo se dispone, por ahora, de la cantidad de 81.250 pesetas.

Barcelona. – «Salón Parés.» Exposición extraordinaria. Continúan instaladas en el local predilecto del público barcelonés aficionado á las artes bellas las obras que constituyen la Exposición extraordinaria de este año, que son noventa y siete cuadros y nueve esculturas. Como en las anteriores, figuran en esta los nombres de nuestros primeros artistas: Ribera, Más y Fontdevila, Llimona (Juan), Urgell, Baixeras, Graner, Meifrén, Pinós, Masriera, Tamburini, Baixas, Texidor, Llimona (José), Atché, etc.

Si pudiera el público contemplar junto á las obras expuestas este año las que figuraron en la primera con que se inauguró el Salón Parés podría convencerse el más indiferente de que la producción artística en nuestra ciudad, dentro de los modestos límites en que se desarrolla, ha seguido y sigue progresivamente su camino adelante, ganando cada día más en sinceridad, en observación y en esa luz que colora la evolución moderna, y que tan lúgubre y sombría hace aparecer la pintura de generaciones anteriores.

– El número extraordinario con que la revista *Blanco y Negro* que con tanto éxito se publica en Madrid ha querido honrar la memoria de Zorrilla, es notable bajo todos conceptos: consta de veinte páginas y contiene fragmentos de las principales obras de Zorrilla, ilustradas por varios artistas, una alegoría de Gros, apuntes y fotografías de la capilla ardiente y del entierro, pensamientos y poesías de los más distinguidos escritores, el último trabajo de Zorrilla, sus *Declaraciones íntimas*, y otros muchos trabajos literarios y dibujos en extremo interesantes.

Teatros. – En el teatro Lessing, de Berlín, se ha verificado la primera representación del nuevo drama de Ibsen *El arquitecto Solness.* Al terminar el primer acto, los admiradores del escritor noruego aplaudieron ruidosamente, pero la mayoría del público protestó de estas demostraciones, aumentando el escándalo durante los actos sucesivos. La obra fracasó, y al decir de los periódicos alemanes el fracaso fué debido á la pobreza de la acción y á lo enigmático del diálogo.

– En el teatro de la Corte, de Munich, se ha estrenado con gran éxito una comedia en cinco actos de Carlos Bleibtreu, titulada *Bonaparte*, en la cual se trazan los episodios más culminantes del gran emperador hasta su entrada triunfal en París después de la campaña de Italia.

– En el teatro Kroll, de Berlín, ha sido muy aplaudida una ópera cómica en un acto, *El coronel Lumpus*, cuyo interesante libreto y agradable música son de Teobaldo Rehbaum.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en los Bufos Parisienses, *La Cadeau de noces*, ópera cómica en cuatro actos, letra de Liorat, Stop y Hue, música de Lacome; en la Gaité, *Le talisman*, ópera cómica de gran espectáculo en tres actos y cinco cuadros, letra de A. Dennery y P. Burani y música de Planquette; en Vaudeville, *L' invitée*, comedia en tres actos, de Francisco Curel, interesantísima, de gran originalidad y admirablemente escrita, que ha hecho verdadera sensación en el público parisiense; y en el Odeon, *La fille á Blanchard*, drama en cinco actos, de Humblot y Darmont, que Sarah Bernhardt, para quien fué expresamente escrito, ha representado mucho en el extranjero.

Londres. – Los periódicos londinenses hacen grandes elogios de la ópera cómica de Isaac Albéniz, *El ópalo mágico*, de cuyo estreno dimos cuenta en la anterior Miscelánea. *The Graphic* hablando de ella se expresa en los siguientes términos: «La música es mucho más importante que el libreto: su autor, el señor Albéniz, habíase hasta ahora dado á conocer ventajosamente en algunas piezas para piano. En *El ópalo mágico* no se ha ceñido exclusivamente al estilo nacional español, aunque este es el carácter que predomina en buen número de piezas; en otras, en cambio, ha seguido la escuela melódica de Súllivan y los aires brillantes de Offenbach. Dos de los mejores números de la obra, una deliciosa serenata de barítono en el primer acto y un baile en el segundo, son genuinamente españoles. Sobresalen entre las demás piezas varias romanzas de bellísima melodía, un preludio y entreacto musical, una hermosa pieza descriptiva de la salida de la aurora, un magnífico sexteto final del segundo acto y un gracioso dúo de amor.» El *Black and White*, á su vez, califica la música del Sr. Albéniz de deliciosa, fresca, ingeniosa y original, y dice que seguramente *El ópalo mágico* se representará largo tiempo y que á cada nueva audición se apreciarán más y más sus muchas bellezas.

Madrid. – Se han dado funciones en honor de Zorrilla en el Español y en la Comedia. En Lara se ha estrenado con buen éxito un gracioso juguete cómico en un acto, *El hijo del casero*, de D. Mariano Muzas. El segundo de los conciertos que bajo la dirección de Mancinelli se dan en el Príncipe Alfonso fué brillante, como todos los de la Sociedad de Conciertos de Madrid, habiéndose aplaudido muy especialmente *Los murmullos de la selva* y *La muerte de Isolda*, de Wagner, la sinfonía fantástica de Berlioz y una gavota de Echevarría.

Barcelona. Se han estrenado con excelente éxito: en Romea *La mort de Zorrilla*, inspirada loa escrita por D. Federico Soler para la función organizada á la memoria del gran poeta; en Novedades *Herencia de sang*, drama en tres actos y en prosa de D. Felipe Dalmases Gil y D. Arturo Guasch, de argumento original é interesante, sobrio de efectos y muy bien escrito; en el Eldorado *La cencerrada*, zarzuela en un acto, letra de los señores Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez, y en el Tívoli *El gorro de Fermín*, zarzuela en un acto, letra de don José M.ª Pons y música de D. Francisco Pérez Cabrero. En el Circo Barcelonés ha *debutado* la compañía italiana de opereta Tani, que hasta ahora ha representado con aplauso *Le Camargo* y *Flick e Flock*. En el Liceo se ha verificado el beneficio del aplaudido barítono Sr. Blanchart, que obtuvo una entusiasta ovación en *Il vascello fantasma* y en el primer cuadro del acto cuarto de *Un ballo in maschera*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Enrique Chabrillat, libretista y novelista francés.

Luis Goldhann, celebrado dramaturgo alemán, presidente de la Asociación de escritores y periodistas alemanes de Moravia.

Rutherford Ricardo Hayes, presidente que fué de la república de los Estados Unidos de 1877 á 1881.

Ana Kemble, famosa actriz inglesa y poetisa que se distinguía especialmente en la interpretación de las obras de Shakespeare.

Mr. Blaine, *leader* del partido republicano en el Senado federal de los Estados Unidos, campeón intransigente del proteccionismo, secretario de Estado desde 1880 hasta la última elección presidencial.

Doña Margarita de Borbón, hija de los grandes duques de Parma, Carlos III y Luisa M.ª Teresa de Borbón, y esposa de D. Carlos de Borbón, pretendiente á la corona de España.



San Francisco de Asís, escultura de Manuel Fuxá (premiada en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Si bien Manuel Fuxá había demostrado, por medio de sus obras, que es un escultor de grandes alientos, preciso es confesar que su última producción supera á cuantas ha dado forma. El gran apóstol del ascetismo, el ferviente predicador del dominio del espíritu sobre la materia, Francisco de Asís, ha cobrado nueva vida, y del informe barro ha podido el artista, por el esfuerzo de su genialidad, representar la gran figura del santo, que rebosando su alma de abnegación y misticismo levantó su potente voz en favor del desvalido, atreviéndose á combatir las crueldades del poderoso á la vez que aconsejaba la humildad y la cristiana resignación al desvalido.

La sencilla actitud del apóstol, la inefable expresión de su rostro demacrado por la predicación y el ascetismo, sus ojos casi cerrados cual si buscaran la divina luz, su boca entreabierta dando paso á su arrobadora palabra y sus manos afirmándola con la acción revelan, además de un gran estudio y de grandes aptitudes para el cultivo del arte, un caudal de sentimiento, de mística inspiración.

Justificado es á todas luces el premio concedido por el Jurado de la Exposición de Bellas Artes á la que consideramos como la mejor de las obras producidas por nuestro amigo el distinguido escultor catalán Manuel Fuxá.

Mazeppa, cuadro de Isidro Gil Gavilondo (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – En leyendas, tradiciones y hechos históricos han buscado siempre los artistas asunto para sus producciones de mayor mérito y de verdadero interés, según la valía del pintor. No debe, pues, sorprender que el laborioso y discreto artista guipuzcoano Gil Gavilondo se haya inspirado en un episodio eminentemente dramatico, cual es aquel en que por milagro salvó la vida Mazeppa el hetman de los cosacos, que después de haber servido como paje del rey Juan Casimiro de Polonia, intentó sacudir el yugo del czar de Rusia, aliándose con Carlos XII, que á excitación suya libró la batalla de Pultava.

El gran lienzo que reproducimos revela estudio y da á conocer los alientos de su autor, siendo uno de los cuadros que más llamaban la atención de los visitantes en la Exposición internacionel de Bellas Artes.

La comedia de magia, dibujo de Ford. – Es este un trabajo de impresión y tan lleno de naturalidad que parece obra de fotografía por la verdad con que el artista ha sorprendido la expresión y las actitudes de esos cuatro personajes que compendian lo que, al presenciar una comedia de espectáculo en que el argumento entra por poco y el decorado, atrezzo y demás por mucho, sienten los distintos elementos que componen el público de esta clase de funciones: la alegría del niño por las bufonadas del gracioso, el interés de la niña por la fábula en que sin duda hay esos amores contrariados que son la base de todas las comedias de magia, el aburrimiento del abuelo para quien nada hay ya nuevo, y la curiosidad del elegante que asesta sus anteojos para mejor contemplar las gracias de la actriz ó las formas más ó menos esculturales de la bailarina.

El armero, escultura de Emilio Dittler. – Aun cuando la escultura no ha podido sustraerse á la revolución que el modernismo ha producido en todas las artes bellas, no faltan artistas de valía que aún no han olvidado por completo la escuela clásica y tienden en punto á idea, si no en los procedimientos, á inspirarse en los grandes modelos de la antigüedad. Ejemplo de ello es *El armero* del escultor alemán Dittler, obra en la cual aparecen armónicamente combinados la sobriedad y pureza de líneas con cierto carácter modernista que se evidencia en la ejecución.

El sueño de la inocencia, cuadro de L. Rosenberg. – No hay que analizar mucho este cuadro para comprender cuán admirablemente ha expresado el artista la idea en que se inspirara: basta contemplar esa hermosa cabeza de niño para sentir la impresión del plácido descanso que sólo disfruta el infante y que no tardan en turbar en la vida del hombre los cuidados de la adolescencia primero, los afanes y los pesares de la edad viril más tarde y el agotamiento de las fuerzas físicas y de la energía moral en la vejez.

La silla de Felipe II en el Escorial, cuadro de Luis Alvarez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – Compañero Luis Alvarez de Rosales y Pàlmaroli, con ellos partió para Roma á fines de 1857, y desde entonces sólo en determinadas ocasiones y siempre temporalmente ha venido á España. Sus triunfos pueden casi contarse por el número de sus obras, ya que ha llegado á imponerse por la fuerza en sus creaciones. *El sueño de Calpurnia*, premiado en 1861, *La boda de Paulina Borghese*, *El sarao*, *La recepción de un cardenal*, *Un besamanos en* 1804, *Stella matutina*, *Indecisión*, *El señor feudal* y otras más han obtenido señaladas recompensas y figuran en varios museos ó en las principales colecciones de Europa y América.

En *La silla de Felipe II* dió á conocer Luis Alvarez sus prodigiosas facultades, puesto que en tal lienzo logró simbolizar la última época de Felipe II, el difícil período de su reinado en que la pérdida de la armada *Invencible* inició la serie de los que después se sucedieron. El artista representó al taciturno monarca sentado en la granítica roca que escogiera para descansar, y desde ella, con el auxilio de un anteojo, examinar, cual si fuera desde una atalaya, las obras y el acarreo de materiales para la construcción del monasterio fundado para conmemorar la victoria de San Quintín.

Tal es el cuadro de este distinguido pintor, cuyo nombre, por la valía de sus obras, merece respetuosa consideración.

En el salón, cuadro de P. Salinas. – Pertenece este cuadro á un género completamente distinto al del mismo autor, titulado *Primavera*, que publicamos en el número 544 de La Ilustración Artística: el de entonces es un himno entonado á la naturaleza; el de ahora es un tributo rendido á los refinamientos de la civilización, que no dejan de tener también sus bellezas para el artista. En la obra de Salinas que hoy reproducimos, manifiéstanse éstas en las figuras elegantemente ataviadas, en los muebles, en los adornos, en todos los detalles, en suma, que actualmente constituyen el encanto de los salones aristocráticos. Todo lo ha tratado el distinguido pintor español con mano maestra, demostrando que si sabe sentir el campo y sus galas, conoce y expresa con igual acierto los atractivos del gran mundo.

Vista general de Pontevedra, tomada desde Santa Margarita, Noroeste de la capital (de fotografía de J. Prieto). Cuenta González Zúñiga, en su *Historia de Pontevedra*, que cuando el mariscal Ney se dirigía hacia ella con sus tropas con ánimo de arrasarla por su rebelión, no pudo menos de exclamar al divisarla: «¡Tu belleza me desarma!» Y preciso es confesar que razón sobrada tenía el caudillo francés, ya que por cualquiera de los caminos que á ella conducen no podrá el viajero menos de sorprenderse ante el bello espectáculo que á su vista se presenta. Cobijada por un cielo claro y transparente, ceñida por un cinturón de agua, rodeada de colinas siempre verdes y teniendo por fondo el mar, tal es Pontevedra, la ciudad fundada por Tenero, el hijo de Telanión, el griego. Difícil sería relatar en breve espacio las bellezas de la ciudad gallega; bastará consignar que cuenta edificios y monumentos de reconocido mérito artístico y arqueológico, tales como las iglesias de Santa María, San Francisco, Santo Domingo, etc., y que á la belleza de su suelo reune el atractivo del bondadoso carácter de sus habitantes, laboriosos, sobrios y hospitalarios como todo el pueblo gallego.



Sí, hubiera usted ido á introducir la perturbación en medio de la alegría!

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

– Déjele usted estar, señor cura, dijo la tía Aurelia; le sienta muy bien, y además es ligero y portátil como el pecado venial.

– ¡Hum, pecado venial, pecado venial!.. Cuidado, señora Despois, no olvide que quien no teme el pecado venial incurre fácilmente en el mortal. Con frecuencia no hay más que un paso desde una parroquia á otra.

– Puesto que hablamos de asuntos tan graves, repuso la tía, me alegraría infinito que me aclarase usted una duda. Usted tiene la bondad de admirar mis bordados...

– En cuanto á eso, señora, sus manos son de hada. Me ha dado usted para mi reclinatorio un almohadón que es una maravilla, pero demasiado hermoso para que yo ose apoyar en él mis viejas rodillas.

– Pues bien, señor cura; yo tengo una amiga, no muy devota, según creo, que se sirve de las casullas viejas y de los venerables ornamentos de iglesia, de los cuales recorta las magníficas flores y arabescos para aplicarlos sobre seda ó felpa, rodeándolos después de bordados fantásticos algo semejantes á los míos... ¿Llama usted á esto pecado venial?

– ¡Sacrilegio, ¡verdadero sacrilegio, mi buena señora Despois! En cuanto á determinar desde luego si tenemos aquí un pecado mortal ó venial, necesitaría para esto consultar, meditar, pues no recuerdo haber hallado este ejemplo en mis libros de casuística.

– Pues bien, señor cura; yo me inclino al pecado venial, ligero y portátil.

– En suma, señora, ¿dónde encuentra usted esas antiguallas que introduce en sus magníficos cortinajes y colgaduras?

– ¡Hum!.. Rebusco en París las tiendas de los prenderos, donde á veces se encuentran los magníficos brocados que nuestras abuelas llevaban á los bailes de la corte, y también otras telas...

– ¡Ese París..., exclamó el cura, allí se encuentra todo, absolutamente todo!

– Como quiera que sea, murmuró la tía, siento que no se arrodille usted en mi almohadón, pues seguramente le santificaría, con lo cual volvería á su primer destino...

El cura no oyó estas últimas palabras, porque Marta entraba, llevando el vino caliente que ella misma había preparado y que humeaba de una manera muy apetitosa.

– Permítame usted enviar á decir á Francisca, señor cura, que hoy comerá usted con nosotras; ya no llueve, pero los caminos están muy malos.

– ¡Oh, querida hija, esto sí que fuera exponerme á una reprensión! Los años no hacen mella en la viveza de esa excelente mujer; muy por el contrario, tiene una facilidad en el decir que muy á menudo la envidio cuando se trata de pronunciar un buen sermón; y me censuraría por preferir la comida de vigilia del castillo á la sopa de col que tiene preparada para mí. Además de esto, Francisca es muy curiosa, y le he prometido todos los detalles que yo recogiera respecto al asesinato de ese desgraciado joven.

– ¿Qué asesinato?, preguntaron á la vez las tres mujeres.

– ¡Cómo! ¿No saben ustedes?..

– No, nada sabemos.

– ¡Toma, toma!.. Esta mañana, á primera hora, se ha encontrado en el bosque, en la bifurcación del sendero que baja por un lado á la «Fuente de Virginia,» desembocando por el otro á la carretera de Pennedepie, el cadáver de un joven oficial, un tal Bertón ó Bertrand, muerto de un tiro de revólver. El crimen se cometió ayer por la tarde, pues el caballo fué hallado por unos campesinos que le reconocieron y llevaron á Trouville, de donde, según parece, el joven salió á eso de las dos... ¿Le conocían ustedes?, preguntó el cura, al observar la consternación de sus amigas.

– Sí, murmuró Marta, sí, había venido á vernos con bastante frecuencia, y nos fué presentado por Roberto de Ancel.

– Eso es. Apenas se hubo probado la muerte, el juzgado se presentó en casa del Sr. de Ancel, que había salido á pesar del mal tiempo; pero volvió antes de marcharse aquellos señores. El joven Roberto estaba muy conmovido, y parece que tenía una cita con su amigo en Trouville para hoy ó mañana; pero la tempestad le retrajo de asistir. Dió las señas de un hermano del capitán, único pariente del difunto que él conoce y que hace años estaba indispuesto con él.

Edmunda, que se había dejado caer en una silla, pálida y temblorosa, murmuró:

– ¡Y yo que le esperaba y estaba resentida porque había faltado á su promesa!..

– ¿De quién se sospecha?, preguntó Marta.

– ¡Diantre! Todos se pierden en conjeturas, pero tal vez el sumario arrojará alguna luz sobre el asunto. El sitio estaba muy solitario y el cadáver ha quedado durante toda la tarde y la noche en el sendero donde cayó; de modo que el malhechor habrá tenido tiempo de huir después de robar á su víctima; los bolsillos estaban vacíos, reconociéndose que habían sido registrados para sacar el dinero; pero el asesino dejó el reloj y también una sortija, porque estos objetos hubieran podido denunciarle. Estén seguras de que ahora se halla muy lejos. ¡Tan tranquilo que era nuestro país!.. Ahora tendrá mala reputación y los extranjeros vacilarán antes de alquilar una quinta... ¿Por qué no se ha de ir por la carretera siendo tan sencillo? En los caminos, por lo menos se tiene la seguridad de no morir asesinado y de no ocasionar molestias á muchas personas pacíficas.

Marta no pudo menos de sonreir, á pesar de la impresión que en ella producía este lúgubre accidente.

– El capitán, dijo, despreciaba altamente los caminos y siempre iba por las alturas cubiertas de bosque; algunas veces se perdía; pero gracias á su instinto topográfico, acababa por encontrar el camino. Era un hombre violento y ha muerto violentamente... ¡Desgraciado joven!

– ¡Ay de mí!, exclamó el buen sacerdote. ¡Una muerte repentina, sin prepararse piadosamente, es cosa muy triste! Dícese que la muerte debió ser instantánea, y que el miserable, sea quien fuere, había apuntado bien.

IX

El mal tiempo duró cerca de dos semanas, con raras intermitencias, y Edmunda persistió en sus buenas relaciones de una manera admirable, aplicándose en el bordado como una niña muy juiciosa. La señora Despois le enseñó á jugar á los cientos, revelando en esto instintos de juventud, y hasta la entretuvo un poco con la lectura; pero los libros no eran muy de su agrado. Su buen humor resistió á la lluvia y á los días largos y fríos; mas por la noche le sobrecogía muy pronto el sueño y acostábase temprano.

En Marta influyó más la lluvia; no podía estar quieta en ninguna parte; trabajaba mucho como mujer casera, fatigábase cuanto era posible y después permanecía horas enteras aparentando leer y sin dar vuelta á una sola hoja del libro. Sin embargo, la ternura que manifestaba á su hermana parecía más bien aumentar que disminuir, y tomaba un carácter apasionado, que extrañó mucho á la tía Aurelia.

Los rumores del exterior llegaban hasta las castellanas en medio de su reclusión forzosa. En todo el país no se hablaba más que del misterioso crimen, y la información practicada no produjo ningún resultado; algunos vagabundos fueron detenidos, mas fué necesario ponerlos en libertad por falta de pruebas. Después interrogóse á todas las personas que habían conocido algo íntimamente al capitán, y hasta las señoritas de Levasseur hubieron de sufrir un interrogatorio. Pretendíase abiertamente que el malogrado joven estaba locamente enamorado de la menor y que decía á cuantos querían escucharle que se casaría con ella á pesar de todas las resistencias. Marta contestó por Edmunda, muy intimidada al ver discutidas así públicamente sus coqueterías, que el capitán Bertrand había ido al castillo con el mismo título que otros muchos convidados; que si había tenido algunas intenciones para el porvenir, no había hecho por lo menos demanda alguna ni la menor declaración, y que sus visitas al castillo no fueron nunca asaz frecuentes ni prolongadas para que su hermana viese en él un pretendiente á su mano.

Roberto de Ancel, por su parte, no pudo facilitar ningún dato de interés para la instrucción del sumario; y cada vez que se le interrogaba sobre el asunto parecía irritado é inquieto, enojándole sobre todo, á causa de su antigua intimidad con la víctima, verse mezclado en aquella lúgubre historia. Un sirviente de la señora Robinsón declaró que en el momento de ir á buscar los restos del almuerzo en la «Fuente de Virginia» había oído voces como de un altercado entre el barón de Ancel y el capitán: interrogado Roberto sobre este punto, confesó que, en efecto, había habido un principio de discusión; pero tan poco formal, que dió cita al capitán para el viernes ó el sábado siguiente en Trouville. Esto fué confirmado por un conocido de Bertrand á quien éste había dicho algo sobre el particular. Por otra parte, en el joven oficial, de carácter bastante violento y quisquilloso, era tal la costumbre de dar voces y hablar alto, que se acabó por no dar importancia á sus disputas ni á los conatos de tales.

Después la información languideció. El hermano del capitán se había presentado á reclamar el cuerpo, y heredó la parte de fortuna de su hermano, muy modesta. Los diarios dejaron de hablar muy pronto del asunto, y á todos pareció evidente que algún merodeador se había aprovechado de la completa soledad del sitio para asesinar y robar al oficial, quedándole luego tiempo suficiente para desaparecer. El asunto pareció destinado á caer en el olvido más absoluto; y por lo demás, pocas víctimas fueron menos lloradas que Jorge Bertrand, huérfano desde su infancia é indispuesto con los pocos parientes que le quedaban.

La señora de Ancel hizo una visita al castillo, y excusó á su hijo por no haber ido ni una sola vez, diciendo que parecía haberse entregado de nuevo al trabajo con mucho afán y que solía estar retraído y muy sombrío. Marta no contestó nada; pero Edmunda, muy resentida, y extrañando sobre todo que le fuese posible vivir sin verla, tomó cierto aire digno que llamó mucho la atención á la señora de Ancel. Hubiérase dicho que Edmunda era la prometida y la que tenía derecho de incomodarse con su hijo...

Al fin volvió súbitamente el buen tiempo, más radiante que nunca, con el sol abrasador del mes de agosto, cuyos ardientes rayos se reflejaban en el verde sombrío del bosque, madurando los albérchigos á la simple vista y creciendo las uvas, verdes aún.

Cierta mañana, Edmunda, que había tomado á empeño alegrar el antiguo salón, un poco austero, con grandes ramos de flores, fué á buscar algunas ramas de serbal cargadas de bayas de color rojo vivo, atocha de la que cubría entonces los declives, helechos y digitales. Las rosas del jardín apenas bastaban para adornar los enormes ramos que Edmunda se complacía en poner muy á menudo en los vasos.

Aquel día estaba muy contenta sin saber por qué; tal vez porque era agradable vivir bajo aquel hermoso cielo, de un azul algo obscuro, y aspirar las fuertes emanaciones de las plantas humedecidas aún por las lluvias de los últimos días y brillantes ahora bajo los ardores del sol. Con la falda recogida y el gran sombrero de paja caído sobre las espaldas, Edmunda se aventuraba atrevidamente por el tallar, con su hoz en la mano, en busca de alguna rama de serbal que estuviese muy cargada de bayas de vivos colores, y mientras hacía su cosecha, cantaba á voz en cuello, con su fresca y bien modulada voz. Marta carecía de ella, y la música alemana, á que se había dedicado con preferencia, molestaba mucho á la pequeña parisiense. La hermana mayor, por el contrario, hacía cantar á Edmunda y escuchábala con deleite aunque la elección de sus piezas musicales le pareciera algo ortodoxa. Edmunda recordaba ciertas canciones que había aprendido de su prima, la cómica, y á veces las entonaba con mucha gracia, tanto que la tía Aurelia se desternillaba de risa al oirla, al paso que Marta, muy escandalizada, ponía una mano sobre la boca de la cantante.

Pero aquella hermosa mañana, con aquel sol tan hermoso, no era una copla de café-concierto lo que se oía en el aire puro, sino una romanza de *Mireille*, que era muy en particular del gusto de Edmunda. De pronto detúvose la joven comprendiendo que la miraban; volvióse con viveza, y vió en el camino, junto á ella, á Roberto que la escuchaba y miraba, sin saber cuál de estas dos cosas le gustaba más. Edmunda se ruborizó hasta los ojos, enojada de que la viesen así en traje matinal, con la falda recogida y el cabello enredado. Tenía mucho gusto para el tocador, y parecíale que cuanto más se engalanaba más linda era. Á decir verdad, jamás había estado tan adorable como en aquel momento, ruborizada, con los brazos cargados de su cosecha de ramos y con el cabello formando una aureola, iluminada en parte por un rayo de sol.

– Eso es sorprender á las personas á traición, dijo Edmunda haciendo un ligero mohín, borrado muy pronto por una sonrisa.

– ¿Por qué?, preguntó Roberto. ¿Porque no es la hora reglamentaria de las visitas? Aquí no estamos en París, sino en el campo, y mi vecina Marta no se enojó nunca cuando la sorprendí en traje de mañana, si bien es verdad que Marta no tiene nada de coqueta.

– Lo cual la perjudica, repuso Edmunda con gravedad mientras seguía cortando ramas á derecha é izquierda.

– Creo, á fe mía, que usted tiene razón, señorita Edmunda, y que las mujeres sencillas y sinceras rara vez son apreciadas como deberían serlo.

Estas palabras fueron dichas con una especie de amargura y de arrebato que extrañó mucho á Edmunda, y como Roberto lo observase, añadió:

– ¿Me permitirá usted ayudarla, señorita? Diríase que se ha propuesto desmontar todo el bosque, y el trabajo es tal vez un poco duro para tan pequeñas manos.

– Hace ya algunos minutos que espero sus ofrecimientos, dijo Edmunda. Tome usted, añadió, llenando de ramas los brazos del joven.

– ¿No hay bastante aún?

– Sí tal; ya me disponía á regresar á casa. En el camino encontraremos aún digitales y algunos claveles silvestres para variar los tonos de mis ramos. Me parece que todavía no está usted bastante cargado.

– ¡Muchas gracias! ¿Me condena usted á tan duros trabajos como expiación de alguna falta? ¿Qué crimen he cometido?

Las movibles facciones de Edmunda cambiaron otra vez de expresión, y fijó en su compañero una mirada de enojo, exclamando:

– ¡Bien lo sabe usted!

– No, señorita, le aseguro á usted que no.

– ¿No es un crimen faltar á la palabra dada? ¿No es un crimen hacerse esperar inútilmente? ¿No es un crimen no venir al punto á pedir humildemente per-

dón?.. En tal caso no entiendo una palabra. ¿Sabe usted que hace muy cerca de dos semanas que no nos ha hecho ninguna visita?..

Luis XIV no hubiera dicho de otro modo la famosa frase «He pensado esperar...» Pero Roberto no sonrió, y súbitamente pareció triste y preocupado.

– No me fué posible, repuso al fin, haciendo un esfuerzo, ir á casa de la señorita Robinsón, y después me impidió pensar en nada el doloroso accidente que usted conoce. Además, añadió en voz más baja, yo creía que la muerte súbita de Bertrand sería para usted motivo de profunda tristeza; mas hace poco, al oirla cantar, me tranquilicé sobre este punto.

Edmunda reconoció en la voz de Roberto una extrañeza que parecía indicar una censura; ruborizóse, y se detuvo bruscamente.

– Expliquémonos ahora mismo, Sr. de Ancel, dijo. Si no entiendo mal, usted me vitupera por haberme mostrado algo indiferente ante ese desgraciado suceso, que en su opinión de usted debía interesarme de cerca...

– Dispense usted, señorita. Bertrand estaba locamente enamorado de usted; y á mi me había parecido... creí ver... que ese amor no era para usted indiferente...

– O de otro modo, repuso Edmunda, que yo estaba enamorada del galante capitán y que pensaba casarme con él.

– Así lo temía.

– Nada de eso. ¡Ah! Bien veo que usted me vitupera. Su frase sobre las mujeres que no son coquetas se dirigía contra mí, y no se necesitaba mucha malicia para adivinarlo. Ahora consentiré en disculparme una vez para siempre. Es muy cierto que necesito admiración: cuando el mozo del jardinero se vuelve para mirarme, olvidando su azada ó su rastrillo, me siento complacida, y convengo en que los elogios del capitán Bertrand no me eran en modo alguno desagradables; mas no creía en esa gran pasión de que usted habla. Le agradé y pudo entrever un casamiento que hubiera sido más ventajoso para él que para mí; mas apenas hube comprendido que la cosa iba demasiado lejos y que el capricho del señor Bertrand tomaba un carácter de violencia, adopté al punto mi partido. Pensaba rogar á mi hermana que no le recibiese más; pero no ha sido necesario apelar á esta medida, como usted sabe. La muerte de ese desgraciado joven ha producido en mí, como en los demás, una conmoción nerviosa y una compasión mezclada de horror, pero no otra cosa.

Siguióse una pausa: Roberto respiró con fuerza y andaba con la cabeza más alta, casi radiante de alegría. Edmunda, admirada de este cambio, exclamó á pesar suyo:

– Usted... ¿estaba usted acaso celoso?

Y como confusa por lo que había dicho, la joven prosiguió su marcha, mirando las puntas de sus zapatitos.

– Sí, murmuró Roberto, sí, estaba celoso. Era un absurdo, ¿no es verdad? ¿Con qué derecho podía estarlo?.. ¿Lo sé yo acaso, ni me atrevo siquiera á preguntármelo? Lo que puedo asegurar es que sufría, es que acabo de atravesar por un período muy triste, durante el cual todo el mundo me era indiferente, excepto una visión que yo trataba de alejar y que sin cesar volvía.

La voz de Roberto temblaba. Durante su reclusión voluntaria parecióle haber vivido años enteros; acusándose de locura y casi de deslealtad, habíase esforzado para olvidar á la joven que le encantaba; pero no le fué posible. Conocía mejor que nadie todas las razones que se oponían á un matrimonio semejante: si Marta parecía haber nacido para ser la mujer de un trabajador, de un hombre formal, amante de la soledad y del aislamiento, Edmunda, por el contrario, parecía exigir el lujo, el ruido, la sociedad, todas las cosas, en fin, que él odiaba. Y todo esto no tenía ahora importancia alguna para él, ni existía siquiera; estaba dominado por aquella locura que de vez en cuando se apodera de los hombres estudiosos que pasaron su juventud con los libros más bien que con las mujeres. No sabía más que una cosa, esto es, que aquella joven era adorable, que estaba locamente enamorado de ella... Y en el torbellino de esta insensata pasión, la dulce imagen de Marta no era ya sino una visión lejana, apenas visible y hasta importuna. Durante aquellos días solitarios en que luchaba contra sí mismo, su pasión había progresado probablemente mucho más que si hubiera proseguido su vida normal.

Edmunda, avanzando siempre á paso muy corto, parecía escuchar todavía con delicia aquellas palabras que acababa de pronunciar Roberto, y al fin murmuró dulcemente como en un suspiro:

– ¡Qué felicidad!

Roberto dejó caer las flores que llevaba, y temblando de emoción y cogiendo las manos de la joven, obligóla á mirarle.

– ¿Es cierto, es cierto?.. ¿Ha dicho usted qué felicidad?

– Sí.

– ¿Y no la ofende á usted que yo la ame? ¿Y no la amedrento yo, que soy tan poco propio para agradar á una mujer como usted, para quien la alegría y la dicha perpetuas son tan necesarias como para las flores el sol?.. Usted no sabe, Edmunda, cuán imperfecto soy y cuán soñador... Al ver á usted renació en mí por vez primera la alegría y el amor á la vida... Comprendo que digo cosas incoherentes... y sin duda le parezco á usted un amante triste... Pero no es posible que usted me ame. ¡Tengo tan poco que ofrecer á usted, á quien sería tan fácil ser duquesa ó princesa si lo quisiese! Por dondequiera que vaya será adorada, porque ha nacido soberana de la hermosura. Déjeme usted oir su voz... Porque no estoy seguro de que esto no sea un sueño. Hable usted, yo se lo suplico...

– Amo á usted...

– ¿Es posible? ¡Ah, qué dicha!..

– Desde la primera hora me agradó usted, y algunos días después resolví en mi interior ser su esposa. ¿Cómo no lo adivinó usted al instante? Al parecer no lo comprendía usted, pues hablaba con Marta más que conmigo, aunque al mismo tiempo me miraba. Si yo he sido algo más coqueta de lo necesario con ese pobre señor Bertrand, es porque le quería á usted celoso... Ya ve usted que no me hago mejor de lo que soy...

– Usted es usted, y esto basta. ¿Quién podría ser tan insensato que exigiese otra cosa?

El pasado no existía ya para Roberto. Olvidaba que poco antes había esperado una felicidad tranquila junto á la hermana mayor; pero después de todo, ¿por qué había de tener remordimientos? Si era libre de unirse con aquella deliciosa joven, á Marta lo debía, pues ella lo había querido así, devolviéndole su libertad de tal modo que no tuvo más remedio que inclinarse ante su voluntad. ¿Debía llevar siempre luto por no haberse efectuado un enlace que él aceptaba por razón y aun por deber? ¡Vamos, nada de eso! Tenía derecho á la felicidad, á la vida, y Marta era quien le había dado este derecho.

Desde la ventana de su gabinete, Marta vió de pronto aparecer á Roberto cargado de ramas y de flores, inclinado hacia su hermana y hablándole con animación, mientras Edmunda, siempre tan habladora, guardaba silencio entonces y andaba despacio, mirando al suelo. Una vez levantó su lindo rostro para sonreir al joven, y Marta observó en él una expresión que antes nunca había notado.

La desgraciada no pudo reprimir un grito sordo, inclinóse para ver mejor y después murmuró:

– ¡Ya!.. ¡Ah, no hubiera creído sufrir tan cruelmente!

X

Marta dió pruebas de valor; mostróse estoica y hasta risueña, si bien es verdad que en la ruidosa alegría ocasionada por aquellos desposorios, que fueron el acontecimiento de aquella estación veraniega, la hermana mayor quedó algo eclipsada. Aunque hubiese dejado ver parte de la profunda tristeza que la dominaba, nadie lo habría notado.

La hermana mayor esperaba una explosión de quejas por parte de su antigua amiga la señora de Ancel, y creía sobre todo que Roberto se vería muy apurado en su situación; pero nada de esto sucedió. El amor es un sentimiento tan violentamente egoísta, que no ve ni quiere ver nada que no sea él mismo. Parecía que aquel desenlace estaba previsto hacía largo tiempo, que era inevitable; todo el pasado caía en el olvido, era relegado á la categoría de hechos consumados, era una cosa muerta, que no se quería recordar.

En cuanto á la señora de Ancel, aunque amaba mucho á su joven vecina, no había pensado, naturalmente, más que en la felicidad de su hijo, y para obtenerla necesitábase ahora un matrimonio que no era el que ella había deseado: suspiró al ver desvanecidas sus ilusiones, sonrió ante las nacientes, y á esto se redujo todo. Desde su primera juventud Marta había manifestado repugnancia al matrimonio; y si un momento pensó en vencerla, este momento había pasado ya. Decididamente, su vocación al celibato se anteponía á todo, y nada se podía hacer. Roberto no era hombre para querer una mujer que se sustraía á todo intento amoroso.

Por otra parte, ya era tiempo de que se casara. Edmunda, lo mismo que su hermana, sería un excelente partido; era un poco joven y algo loca, y su origen daba qué pensar; pero después de todo, se había separado completamente de la familia de su madre. Con los años y la maternidad se calmaría al fin, sin que de su exuberancia quedase más que la viveza y de su coquetería el deseo natural de agradar. La vida de su hijo sería más alegre, gracias á la hermosa niña, y Edmunda, orgullosa de su esposo, se guardaría bien de entorpecerle mucho en su carrera. Muy lejos de esto, sabría ayudarle, mostrándose ambiciosa por los dos. Roberto no era más que un soñador; trabajaba por la alegría de trabajar; pero una mujer encantadora, obsequiada, que sabe recibir bien y que tiene á la vista un objeto determinado, puede mucho para favorecer á su esposo... Y la buena señora de Ancel entrevió vagamente la cúpula del Instituto... Además, bien mirado, el hombre no busca en su mujer un compañero de trabajo; ella le da su juventud, su belleza, su encanto, y llena así sus funciones de esposa. La gravedad natural de Roberto parecía reclamar la alegría, la frescura, la juventud exuberante de Edmunda; Marta sabía sonreir, y muy dulcemente, pero no tenía costumbre de hacerlo. Y de este modo, el egoísmo maternal después del egoísmo del amor cuidábase poco del sacrificio realizado sin frases y silenciosamente.

Sin embargo, cuando la baronesa volvió á ver á Marta, después de los desposorios de su hijo, díjole con un tono de dulce reprensión:

– ¡Ah, Marta, yo esperaba, sin embargo, otra cosa, y no me explico que no haya usted amado á Roberto! En fin, bien ve que no todas las jóvenes hacen ascos al matrimonio como usted...

Marta no contestó y su antigua amiga le habló acto continuo con efusión de su «encantadora hermanita.» Estaba en la luna de miel de las suegras, la que precede al matrimonio.

La señora Despois no se sorprendió lo más mínimo cuando recibió la noticia, y en cambio quedó muy satisfecha de aquel arreglo, que volvía á dejar las cosas tal como estaban antes de la llegada de la «intrusa.» La alegría de verse libre de Edmunda bastó para que se mostrara excesivamente amable, y se dispuso á ofrecer sus más hermosos bordados como regalo de boda. Cuando consultó á la novia sobre el color de la seda que prefería para el cortinaje de su gabinete, Edmunda la miró con malicia.

– ¿Se muestra usted tan generosa para recompensarme por mi marcha, tía Aurelia?, preguntó. Note usted que desde mi desposorio me permite llamarla así; un poco más y tendrá usted en mí una verdadera sobrina. Esto será para el día después del de mi matrimonio. ¿No es cierto?

Y como Edmunda soltase la carcajada, la señora Despois tomó el partido de hacer lo mismo.

Edmunda trataba de mostrarse para con su hermana más cariñosa y zalamera que antes, pero notábase en ella una ligera diferencia; ya no se hacía tan pequeña y niña á su lado, y pensaba sin duda que su dignidad de novia la enaltecía, poniéndola al nivel de Marta. Hablaba sosegadamente, casi como mujer casada que tiene alguna ciencia de la vida y que ve el lado práctico de las cosas. Después del primer entusiasmo, cuando se hubo acostumbrado un poco á la adoración de Roberto y á sus murmullos de amor, se repuso muy pronto y ocupóse de mil cosas que Marta hubiera descuidado en situación análoga.

– Ya comprenderás, Marta, dijo un día, que hace dos años he debido informarme del estado de mi fortuna; y mi tutor, hombre desagradable, pero honrado, ha tenido empeño en explicármelo todo. Mi esposo y yo tendremos unos cien mil francos al año, lo cual es una bonita renta. Roberto me agradó desde la primera vez que le vi; después, aparentando indiferencia, hice hablar de él á los que le conocían, y por este medio he sabido que es hombre de costumbres muy ordenadas y que merece el aprecio de todos. Por lo demás, el afecto que le profesas era para mí suficiente garantía. Me ha sido preciso arreglar mis asuntos por mí misma... Tú conoces el mundo mucho menos que yo, á pesar de tus veintiséis años, y así he comprendido en seguida que necesitaría casarme lo más pronto posible y establecerme. Sé que eres una hermana como hay pocas; pero al fin hubieras podido cansarte de mí... ¿no es cierto?

– ¡Jamás, Edmunda, jamás!

(Continuará)



EL VIOLONCELO-PIANO

Los instrumentos músicos más bellos, los que por su parecido con la voz humana hablan más al alma son indudablemente los de cuerda: el violín, la viola, el violoncelo y el contrabajo. Superiores al piano, puesto que permiten al artista prolongar la misma nota haciendo á la vez variar su intensidad, están también por encima del armonio por la calidad del sonido y no ofrecen los inconvenientes de los instrumentos de viento, como la flauta, el clarinete, etc., cuyo diapasón es casi siempre fijo, de suerte que es imposible acordarlos con el piano cuando éste no está exactamente al diapasón normal, cosa muy frecuente.



Violoncelo-piano y viola-piano

Desgraciadamente, sabido es cuán difíciles de tocar son tales instrumentos, dificultad que para algunas personas llega á ser verdadera imposibilidad: en efecto, la precisión de los sonidos es una facultad con la cual se nace y que el trabajo puede sólo perfeccionar. En el violín, en el violoncelo y demás instrumentos análogos esta precisión depende de la posición de los dedos, que coincide mejor ó peor con la distancia matemática necesaria para que la cuerda produzca el número de vibraciones correspondientes á una nota determinada. Esta longitud, que varía con cada nota, disminuye á medida que el sonido se hace más agudo: así, por ejemplo, en la prima el primer tono grave de *la* á *si* se mide por una distancia de siete centímetros, al paso que, á dos octavas más altas, el mismo intervalo tónico se consigue con una de dos solamente. De aquí que muchos toquen con afinación las notas graves y sean menos afortunados en las agudas, y de aquí también que el número de violoncelistas sea tan reducido en comparación con el de los pianistas. Y sin embargo, ¡cuán hartos estamos ya de piano y cuánto talento se necesita para que un pianista se haga oir con gusto! En cambio la más insignificante pieza para instrumento de cuerda deleita, con tal de que su ejecución sea perfectamente afinada.

Partiendo de este orden de ideas, un distinguido profesor de música, M. de Vlaminck ha ideado una manera de combinar la sonoridad y expresión de los instrumentos de cuerda con la precisión matemática de los de teclado, como el piano y el armonio.

Después de muchas probaturas y de tanteos impuestos por la necesidad de aislar de un modo absoluto la cuerda para que emita sonidos perfectamente puros, M. de Vlaminck ha logrado al fin lo que se proponía y obtenido patente de invención por un aparato que se aplica á los instrumentos de cuerda que forman cuarteto, y que permite sustituir la mano izquierda del artista por un mecanismo que funciona por medio de las teclas de un teclado de piano.

De esta suerte se toca el piano con la mano izquierda y el violín ó el violoncelo con la derecha: por medio del arco pueden conseguirse todos los efectos del instrumento cual si se tocara naturalmente (sonidos filados, ligados, sueltos, picados, etc., *staccatos, pizzicatos);* merced al teclado la precisión es forzosa, puesto que es independiente del artista y resulta de un mecanismo invariable. Las teclas están unidas de una manera tan perfecta con los martillitos que oprimen la cuerda, que puede obtener hasta ese temblor llamado expresión.

El sistema de M. Vlaminck permite ejecutar la mayor parte de combinaciones á doble cuerda, y á fuerza de práctica se llega á obtener los sonidos armónicos. Lo único imposible son las notas arrastradas y las diferencias de coma (por ejemplo, del *do* sostenido al *re* bemol).

M. de Vlaminck ha estudiado dos tipos, el violoncelo-piano y la viola-piano, que nuestro grabado representa. El primero es bastante incómodo: su teclado tiene tres octavas de extensión, y por el cambio del *la* en una cuerda que tocada en vacío da el *re* permite que el instrumento tenga una extensión de cinco octavas á partir del *do* grave del violoncelo. Por esta razón el violoncelo-piano podría ser también denominado melotetráfono, puesto que en él pueden tocarse todas las piezas escritas para cualquier instrumento del cuarteto.

La viola-piano es más pequeña, más elegante y será sin duda preferida al violoncelo-piano; puede ir encerrada en una caja de 25 × 28 × 80 centímetros y en ella puede tocarse música escrita para viola ó para violín.

El violoncelo-piano y la viola-piano son instrumentos verdaderamente serios y se prestan perfectamente á la música de conjunto: mis lectores darán crédito á lo que digo cuando sepan que escribo esta nota después de haber tocado en aquéllos sonatas de Beethoven y de Haydn y la obertura de *Poeta y Aldeano,* de Suppé, que tiene movimientos bastante acelerados.

Creo que el invento de M. Vlaminck tendrá gran éxito, pues muchas señoritas especialmente se tendrán por dichosas pudiendo, gracias á la viola-piano, dejar un poco el piano para tocar á dúo, casi sin necesidad de nuevos estudios, algunas de las admirables romanzas sin palabras de Mendelssohn ó algunas melodías de Schubert arregladas para piano y violín.

C. Crepeaux

* * *

EXPLORACIÓN DE LAS ALTAS REGIONES ATMOSFÉRICAS

Mucho se ha hablado del proyecto de M. Capazza de explorar las regiones superiores de la atmósfera elevando lo más alto posible un pequeño globo provisto de instrumentos registradores. La comunicación de M. Capazza á la Academia de Ciencias de París ha hecho que se publicara un proyecto análogo muy estudiado y desde hace mucho preparado por el comandante Renard, director del establecimiento de aerostación militar de Chalais-Meudon, el cual lo ha comunicado á la Academia y á la Sociedad francesa de Física, no para reivindicar la prioridad de una idea, que naturalmente se habrá ocurrido á todos los meteorólogos y á muchos aeronautas, sino para exponer las dificultades del problema y hacer participar á hombres competentes de las esperanzas que despiertan los cálculos fundados en un profundo conocimiento del asunto. A primera vista no parece más difícil elevar un globo á 15 kilómetros que á 20 ó á 25, y sin embargo esto último es casi imposible á menos de un gasto enorme.

El aeronauta no puede elevarse más allá de 8.500 metros; pero este inconveniente no existe para los instrumentos registradores; y así como cuando se trata de la vida de un hombre hay que buscar el mayor coeficiente de seguridad, tratándose de algunos aparatos puede arriesgarse mucho más ante la idea de ganar algunos kilómetros de altura.

El programa trazado por el comandante Renard consiste en elevar á 20 kilómetros de altura un conjunto de aparatos como el termógrafo, el barógrafo, el actinógrafo y otros destinados á registrar los fenómenos eléctricos ó á recoger aire de las regiones superiores, todos los cuales pueden ser subidos sucesivamente, debiendo el barógrafo formar parte de todas las expediciones.

Los dos primeros registradores no ofrecían dificultades, pues éstas habían sido vencidas por M. Richard por medio de ingeniosos instrumentos; el actinógrafo es más delicado; pero gracias al interés con que M. J. Violle ha estudiado el proyecto, es de esperar que también se resolverán las que á él se refieren. M. Leduc, que se ha dedicado á investigar la composición del aire, ha preparado globos que se abrirán automáticamente y se cerrarán en seguida. El volumen del globo no había de exceder de 100 metros cúbicos á fin de reducir á un mínimo los gastos de henchimiento y de aumentar en igualdad de gasto el número de excursiones. Dada la fuerza ascensional del hidrógeno, el peso de los instrumentos con sus parachoques y la red no podía ser mayor de 5 kilogramos. Para conseguir esta condición se ha reducido el peso de los aparatos mediante un empleo racional del aluminio y un aligeramiento prudencial de las piezas de los mismos: en cuanto á los parachoques, destinados á evitar que se estropeen los instrumentos al llegar á tierra, están formados por una especie de jaula de junco y de bambú en la que el instrumento va suspendido por cauchos fijados en los ocho ángulos. La fig. 1 representa el conocido termógrafo de M. Richard: la espiral destinada á tomar la temperatura del aire va encerrada en un cilindro perforado que se ve en la parte posterior del grabado y contiene alcohol en una cavidad interior de 2 milímetros de espesor. La fig. 2 representa el barógrafo en su jaula: ésta lo protege tan bien, que arrojado el instrumento con violencia al suelo no ha dejado de funcionar el movimiento de relojería.

El punto capital del proyecto consiste en la adopción de una envoltura ligera. Un cálculo muy sencillo demuestra que, en igualdad de circunstancias, el volumen del globo destinado á ascender, sin exceso de carga, á una altura dada, aumenta en proporción del peso del metro cuadrado de la envoltura; este peso es de 300 gramos en las envolturas ordinarias, y teniendo en cuenta el peso de los instrumentos, considerable para un pequeño globo aunque insignificante para un globo grande, se llega para éste en las condiciones ordinarias á la cifra de 4.200 metros cúbicos; de modo que intentar en estas condiciones un experimento sería costosísimo.

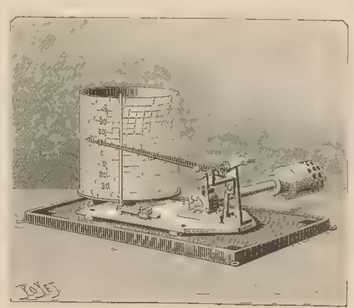


Fig. 1. Termógrafo ligero destinado á medir la temperatura en las altas regiones de la atmósfera

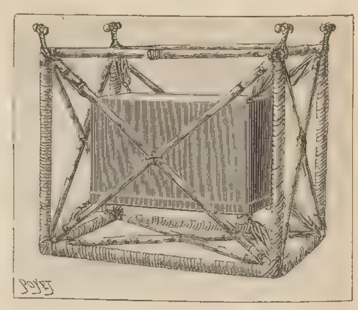


Fig. 2. Disposición del barógrafo en su jaula de junco y de bambú para evitar los choques

Todo el valor del proyecto que acabamos de exponer no está tanto en la idea primera, sino más bien en el estudio profundo de la cuestión, que ha conducido á una situación muy económica.

(De *La Nature)*

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.



Muestra de los grabados de la obra - Audiciones telefónicas teatrales

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

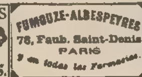
Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona







VISTA GENERAL DE PONTEVEDRA (de fotografía de J. Prieto)

Imp. de Montaner y Simón

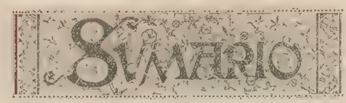
La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 13 de febrero de 1893 — Núm. 581

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ANTES DEL BAILE, cuadro de Francisco Masriera



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Zante. – Su hermosura. – Horrores y destrozos en la isla. – El Oriente. – Los problemas orientales y los intereses de sus respectivas dinastías. – Dramas de familia públicos. – La reina y el rey de Servia. - La reina y el rey de Rumanía. - Matrimonio del heredero de la corona rumana. – Carmen Sylva como escritora y como soberana.

I

Quien allá encerrado en las nieblas ó en las nieves del Norte no haya podido respirar nunca el aire de una isla mediterránea y recoger su luz en los ojos y su calor en las venas, francamente no puede gloriarse de haber vivido. Ver un mediodía ó una media noche primaverales, cuando el sol ó la luna están en su cenit y cabrillean en lacas de colores mil sobre las aguas azules; percibir la mezcla de varias esencias, despedidas por el azahar de los jardines y el espliego de los secanos; gustar la naranja, que sabe y huele á gloria, ó el azucarado melón, fresco cual una horchata heladísima; bañarse con todo el cuerpo en los efluvios de un éter, á cuyo fuego la sangre acelera sus movimientos en el corazón exaltado y enrojece sus partículas incendiadas por emanaciones de oxígeno; escuchar el coro de los ruiseñores ocultos entre rosas y mirtos, bajo sombras de palmas que susurran melodías, y toldos de parrales en flor, cuyo polen se mezcla con los gorjeos y con los arrullos en el dúo formado entre las auras del monte y las brisas del mar ¡oh! resulta siempre la sobreexcitación extraordinaria de todos los sentidos, remontados á los excitantes prestados de consuno á la sensibilidad y á la fantasía por los ígneos esplendores de tal exuberante vida. Y de las islas mediterráneas ninguna superior en colores y aromas á la isla Zante, llamada desde los antiguos tiempos en todos los idiomas levantinos la flor oriental y digna de las náyades y de las nereidas y de las ninfas del archipiélago jónico. Grupo maravilloso este grupo: allí la blanca Leucades, por cuyos promontorios aparece vestida de lino sacerdotal, coronada de adelfa sacra, la canción sáfica en los labios, la cítara de oro en las manos, aquella musa del amor, cuyos plañidos, por no escucharlos el sereno cielo se apagan en la muerte, pedida, tras los desengaños de una pasión infeliz, á los abismos de un mar sonriente. Allí también Itliaca, es decir, el poema de la navegación antigua, cantado por Homero; las dobleces y astucias congénitas al mareante de abolengo en Ulises; la fidelidad conyugal, más necesaria que á la vida corriente á la vida marina, por las largas separaciones de los esposos, en Penélope; la fortuna y la casualidad, socorriendo al náufrago y muchas veces salvándolo, en Ino; las playas amigas y hospitalarias en Nausica; las playas bravías é inhospitalarias en Politemo; los innumerables lazos tendidos por las olas al navegante en las hermosas sirenas, coronadas de corales y espumas; los escollos de aspecto hermoso y de abismos traidores en Circe, y todos los accidentes y todas las circunstancias del trabajo y del esfuerzo marino en aquella inmortal Odisea, repetida hoy mismo y recantada por los isleños sobre los sitios donde viera el primero y mayor de los poetas humanos tan admirables y admiradas escenas, tan múltiples y perfectos personajes. Hoy mismo atrae Zante por su hermosura sin igual á los viajeros; hoy mismo, entre la montaña y el mar, se coge aceite tan diáfano como el consumido en los Propileos ante Minerva y uva como la cantada por Teócrito en sus idilios; hoy mismo huelen sus mirtos cual olieran al coronarse con ellos los dioses paganos, y destilan los troncos aquellas mieles, comparables á las olientes del Ilibea, gustadas por los poetas clásicos. Pero ¡ah! que hay por Zante solfataras donde brota el azufre infernal, charcos hirvientes que hieden á petróleo, hendiduras parecidas á bostezos del suelo, lavas petrificadísimas como los fósiles prehistóricos que revelan volcánicas erupciones verdaderamente asoladoras, cuyo estallido ha hecho estremecerse y bambolear á la isla como si ésta fuese árbol desgajado de sus profundas y naturales raíces. Así no debe maravillarnos, aunque sí dolernos, el terremoto último. Ninguna calamidad tan aterradora. Cuando la tierra os falta bajo los pies parece que os falta el universo entero. Aquella solidez nativa, sobre la cual todo el peso de vuestro cuerpo se libra, cambiada en horribles y encrespados mares, os da vértigos, á cuyos mareos creéis perder primero la razón y luego la vida. Las espesas masas de tinieblas, formadas por las trombas del viento y henchidas de polvo; el trueno subterráneo más fragoroso y más siniestro que cuantos retumban en las nubes; los abismos abiertos al paso que os devoran de súbito; las ruinas y los escombros pendientes sobre vuestras cabezas estremecidas, componen algo así como la realidad viva de aquellos apocalípticos ensueños en que los espacios se arrollan como un pergamino puesto al fuego y las estrellas se desvanecen como las cenizas móviles de un rescoldo disipado al soplo de huracanes terribles. Imaginaos lo que habrá pasado en Zante cuando el aire se haya entenebrado por los átomos removidos del suelo y se haya puesto como sólido, y la tierra sólida levantádose como al ciclón el mar y abiértose en cráteres donde reventaban gases asfixiantes entre humaredas, tan terribles á la vida como el vacío mismo, y los montes estremecídose y dobládose como los árboles al viento, y tornádose contrarios los hogares, que lejos de abrigar aplastan, y aquel campo patrio, á cuya seguridad fiabais el propio ser, abiértose á vuestras plantas en profundísimo insondable sepulcro. No quiero pensarlo. Nuestra divina madre, la hermosa Grecia, probada por tantos dolores en la última semana de años, convierte los ojos al mundo civilizado y le pide auxilios. ¿Quién podría negárselos? Cuando tantas veces al recuerdo de los servicios prestados por el pueblo heleno diera Europa torrentes de sangre en aras de su libertad, ¿no daría hoy algún socorro material á sus enormes sufrimientos? Grecia lo espera. Tenemos obligaciones unos pueblos con otros, como las tienen unos hombres con otros; pero hay grados en la obligación, pues así como los hijos están más obligados con los padres y los padres con los hijos que con el resto de los humanos, está el mundo culto más obligado con Grecia que con ninguna otra nación, por no hallar en la lengua filosófica palabra, en las artes plásticas modelo, en las ciencias signo, en el progreso humano institución, en el sistema y enlace de las ideas término que no esté muy estrechamente relacionado con Grecia, esa musa de la humanidad y de la historia. Una limosna por Dios á la mendiga Zante, me parece, no algo que se da por sentimientos caritativos de grado, algo que se restituye y devuelve.

II

No salgamos por modo alguno del Oriente, ya que nuestro ministerio de cronistas nos condujo á Grecia. Junto á estas catástrofes del universo, desarróllanse por allí dramas domésticos, y sin embargo trascendentes desde su relativa modestia y pequeñez á toda la humanidad. Hace poco se hablaba mucho de las aventuras del rey Milano y del dolor de la reina Natalia, reinantes uno y otro sobre la vieja Servia. Desde los tiempos de Catalina y Enrique VIII, jamás habíase vuelto á ver entre monarcas un matrimonio tan mal avenido y un divorcio tan escandaloso. Algo repulsivo el rey, mientras la reina muy atractiva, todos los buenos corazones habíanse inclinado á ésta y sentido grande indignación á las complacencias serviles de un clero que autorizaba conyugal separación, por ningún motivo civil ó canónico autorizada, y á las brutalidades de una policía que separaba violentamente la madre del hijo y perseguía como un grave crimen la primera entre todas las virtudes, el amor maternal. Llegados los dos al destierro, mientras el marido se holgaba en fiestas y recreos, malgastando su vida, la mujer se reducía en solitario retiro á devorar sus lágrimas. Contaban y no acacaban de la hermosura que distingue á la reina, como contaban y no acababan de su caridad, reluciendo así más sus buenas obras que los destellos de sus ojos y los brillantes de sus diademas. Y aun, aparte los motivos de orden privado, generadores del mutuo desvío y del oficial apartamiento entre los esposos, contábase que había Natalia sentido grave menosprecio por Milano, cuando le vió volver de su guerra con Bulgaria roto, y que nunca pudo transigir con sus inclinaciones austriacas, cuando ella es por la sangre de sus venas y por los compromisos naturales de sus gentes perfecta y acabada moscovita. Pero el tiempo lo crea y lo destruye todo, así como lo cambia y lo transforma, cooperador mudo y perdurable á la obra divina del Eterno. Y ha debido cambiar la voluntad de los dos esposos, cuando él abandona sus recreos parisienses y corre presuroso al retiro vasco en que vive tristísima ella para invitarla con palabras y juramentos de toda clase á una reconciliación indispensable. No sabemos á cuál género de móviles obedece la determinación tomada, ni con cuál género de condiciones se ha hecho la reconciliación; lo que sabemos es su efectividad certificada por telegráficas comunicaciones del padre al hijo, y recibidas por éste con el júbilo consiguiente, deseoso de vivir en paz y en compañía de los apartados y contrarios seres, á los cuales debe primero la vida y luego la corona.

III

Otro drama en Rumanía. Esta tierra, donde latinos orientales acampan desde los tiempos de Trajano para libertarse de sus dos plagas, el yugo musulmán de un lado y la preponderancia moscovita de otro, magüer muy republicana se constituyó en monarquía, y maguer muy de romano abolengo escogió monarca en ese vivero de dinastías extrañas que se llama Germania. Cinco familias alemanas proveen de reyes padres á todos los tronos desde Bucarest hasta Lisboa, y desde Atenas hasta Sofía: la familia de los Daneses, la familia de los Coburgos, la familia de los Batembergs, la familia de los Hohenzollerns, posesoras de Bulgaria, de Grecia, de Rumanía, de Bélgica, de Portugal y hasta de Inglaterra. Un Hohenzollern es el monarca rumano, un Hohenzollern. Y á pesar de haber entrado en pueblo tan latino, el viejo latinismo no ha entrado en él, y entre gentes de sangre hispánica y romana su flema de alemán prevalece, rubio, colorado, de mirar vaguísimo, de silencio profundo, como aquellos emperadores últimos, que llegados á la cabeza de tribus irruptoras, cogían la púrpura y el cetro de los césares, pero no su color, no su temperamento, no su espíritu. Con poca vocación para el matrimonio, este príncipe necesitó casarse á causa de su oficio, el cual pide mujer é hijos por fuerza, bien al revés del sacerdocio católico, que pide la castidad perpetua por voto irrevocable y el celibato. No buscó en la compañera de su vida y de su trono el rey ni la hermosura, ni la riqueza, ni el abolengo; buscó un corazón de verdadera ternura y un genio de dulce poesía, como si fuese aquel un matrimonio de las almas. Carmen Sylva se trasladó desde un castillo del Rhin, pobre y antiguo, á una corte oriental de boyardos ricos, armados á guisa de albeneses y envanecidísimos de su histórica ralea. Poetisa, literata, historiadora, la reina en los primeros días reconoció que las emociones causadas por la novedad mantendrían bien templados sus nervios y la satisfacción de reinar contentísima su alma. Pero bien pronto hubo un desequilibrio entre los ambientes de antaño y los ambientes nuevos, entre la vulgaridad irremediable del marido muy linfático y el genio de la mujer muy exaltada. Susceptible Carmen y el esposo indiferentísimo, nerviosa ella y linfático él, ella muy afluente y él muy callado, pagada ella del ideal y pagadísimo él de las realidades, la desavenencia llegó bien pronto, aunque acallada por el interés mutuo de conservar la común corona y envolverse á una en el manto real como los bombyses en sus telarañas de seda. Pero así como entre la reina y el rey de Servia hubo una separación de cuerpos, entre la reina y el rey de Rumanía hubo una separación de almas. Necesitada Carmen de amor, el cielo vino á verla, enviándole, bajo la forma de una hija, verdadero ángel que la sostuviera con sus alas, y en joven é inteligente amiga, también devota de las letras, una compañía de la vida. Mas esta joven fué tentada por el demonio de las ambiciones, que le mostró desde la montaña mágica de los ensueños febriles el sitio mismo por Carmen ocupado en la tierra, el trono de Rumanía. Con efecto, no habiendo tenido sucesión varonil el regio matrimonio rumano y perdida toda esperanza de tenerla, llamóse al príncipe Hohenzollern, que sobrepuja en edad á su hermano monarca, y se le declaró con toda solemnidad sucesor, conjurándole á que buscase mujer de sus condiciones para cumplir el ministerio de prolongar y perpetuar la dinastía. Ya en esta obligación se puso á buscar novia; y el ascendiente de la reina Carmen

sobre su ánimo y el carácter de la joven amiga de Carmen, inteligentísima y hermosa, hiciéronle fijarse con amor en ésta y preferirla entre todas las mujeres. Mas no contaba con la huéspeda. Fuélo en este caso la nobleza territorial, convenida en que nunca designaron reyes y reinas de las familias nacionales, evitando así oligarquías conducentes al retroceso y feudos conducentes á la ruina. Y así, mientras Carmen á su predilecta ofrecía su corona de laurel con su corona de oro, y mientras el príncipe le daba su joven enamorado corazón, llegó la política en forma de protesta y turbó tal gozo, interponiendo entre los seducidos y alucinados por tantas ilusiones infranqueables vetos, contrarios á sus respectivas venturas. El tremendo trance tomó proporciones épicas. La novia estuvo casi loca en Milán, y la reina casi moribunda en Venecia. El príncipe se conformó con el destino adverso, penetrado por las dolorosas enseñanzas aprendidas en sus afines y congéneres, de que un mortal destinado á reinar debe sacrificarse hasta posponer al cetro el corazón, y unirse, no con la mujer de su preferencia, con la razón de Estado. Pero estos dramas no se desarrollan en toda su magnitud sin promover muchos escándalos; y estos escándalos no se promueven sin que los escandalizadores caigan en ruinas y escombros al golpe de los escandalizados. La joven amiga de Carmen, ésta y su esposo, el príncipe de la corona, salieron maltrechos de tantas murmuraciones como suscitaron y de tantas calumnias como cayeron sobre sus heridas frentes. No había más remedio que proveer pronto el matrimonio y cerrar así el curso de los múltiples cuentos, cuyos rumores despedazaban el respectivo renombre de los enredados en tales incidencias, enmarañadísimas, como verdaderas mallas, donde iban quedándose todos presos y malheridos. Y con efecto, el matrimonio, impuesto por la razón de Estado, acaba hoy de celebrarse con pompa y aparato dentro del Palacio-Castillo, en que los Brandeburgos, alzados al imperio de Alemania, tienen uno de sus viejos hogares en feudal y sombría mansión, la cual ostenta salones parecidos á rellanos de fortaleza, y calabozos de prisión y garitas de centinela, y nido de águilas alimentadas para la guerra y la conquista. El príncipe, que debe heredar la corona de Rumanía, se ha casado con una hija de los duques de Edimburgo pertenecientes á la familia real de Inglaterra y á la familia cesárea de Rusia. La boda en realidad ha sido espléndida; pero los novios, al dirigirse á la capilla imperial, han debido sentir que pisaban tiernos corazones y ver alrededor suyo los fantasmas de bien horribles y sombríos remordimientos.

Madrid, 6 de febrero de 1893

EL DESPACHO DE D. JOSÉ ZORRILLA
Apunte á la pluma por Vicente Cutanda

DON JOSE ZORRILLA

En el número 579 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA insertamos un artículo de D. Emilio Castelar, así como otro de la Redacción, dedicados ambos á tributar un homenaje de admiración y de cariñoso respeto á la memoria del insigne vate cuya pérdida llora hoy España entera. Como complemento de aquellos artículos publicamos hoy los grabados que representan el busto del poeta fotografiado en su lecho de muerte, una vista de su despacho en la modesta casa de la calle de Santa Teresa en Madrid, donde últimamente habitaba, y la de su tumba en el cementerio de San Justo.

Por la contemplación de dicho busto se podrá venir en conocimiento de cuánto había desfigurado la enfermedad aquellas características facciones á las que la expresión de la innata bondad del poeta, la de la mirada destellante de genio y la del afán de su labor constante tanto atractivo y tanta simpatía comunicaron en vida.

Al contrario de otros escritores célebres, el despacho de Zorrilla no contaba más que con una mesa «ministra,» una sencilla librería, un armario de uso doméstico, una pequeña otomana y por fin una mesilla supletoria sobre la cual había un Cristo pintado al óleo.

¡Cuán diferente este despacho de los lujosos de Víctor Hugo, Zola, Daudet, y aun de otros escritores españoles!



DON JOSÉ ZORRILLA EN SU LECHO DE MUERTE, apunte por Vicente Cutanda

EXPOSICION HISTORICO-EUROPEA

DE MADRID

Al emprender aquí el estudio del acontecimiento más notable con que la civilización moderna ha honrado á la cultura antigua en celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, es natural y justo que empecemos por la parte que corresponde á la nación heroica que comparte con España la gloria de haber realizado la revolución más fecunda que registran los anales de la humanidad.

Portugueses fueron los que, compitiendo valerosamente con sus hermanos del extremo occidental de Europa, contribuyeron á conquistar para el viejo mundo otros mundos desconocidos, cuya figuración ocupa más de las tres cuartas partes del mapamundi. Portugueses fueron Vasco de Gama y Magallanes, que al par de Colón y Pizarro eclipsaron con sus magnas empresas la gloria de los Alejandros y los Césares.

En un mismo sentimiento de admiración y orgullo confundimos á los dos pueblos de la península ibérica al evocar aquella época de semidioses que se aventuraban en mares jamás surcados por nave alguna, para realizar el viejo mito de la Grecia, libertando audazmente á Prometeo, encadenado á la negra roca del Misterio.

Y si á Portugal rendimos preferente honor en el estudio de la Exposición Histórica, es porque en ella figura con iguales títulos que la nación hispana, ya que la gloria de los héroes lusitanos se confunde con la gloria de los héroes españoles en la admirable epopeya que se conmemora.

Por real decreto de 28 de enero de este año se encargó á la Real Academia de Ciencias de Lisboa la misión de concentrar, dirigir y preparar los documentos y objetos nacionales que hubiesen de figurar en la Exposición. Formulóse el correspondiente programa y se nombraron comisiones y subcomisiones para la más fácil y pronta realización de cada una de sus partes. Aprobadas por el Gobierno las proposiciones de la Academia, se vió ésta eficazmente secundada por todas las autoridades y fuerzas vivas del país.

Dirigió estos trabajos una comisión, compuesta de personas versadas en los diversos ramos de las ciencias, las letras y las artes, y presidida por el conde de Ficalho, siendo secretarios Manuel Pinheiro Chagas y Joaquín Araujo; tesorero Augusto Carlos Teixeira de Aragao, y vocales Arturo Baldaque de Silva, José Duarte Ramalcho Ortigao, Enrique Lopes de Mendoza, Teófilo Braga, José Ramos Coelho, Próspero Peragallo, Juan Braz de Oliveira, Javier de Cunha, Tomás Lirio de Assumjoçao, Alvaro Rodrigues de Azevedo, Rafael Basto, Vizconde de Condeixa, Gabriel Victor de Monte Pereira, Agustín de Ornellas Vasconcellos, Tomás de Carvalho, Francisco Marqués Sousa Viterbo.

Aceptaron el cargo de delegados de la comisión en Oporto el gobernador civil, Juan Antonio Brissac das Neves Ferreira; en Coimbra, el Reverendísimo Obispo Conde de Argánil; en Guimaraes, Francisco Matías Sarmento, y en las Azores, Ernesto do Canto.

Nombróse, por último, una delegación, compuesta de los Sres. D. Manuel Pinheiro Chagas, D. José Duarte Ramalho Ortigas y D. Rafael Bordallo Pinheiro, quienes aunando los trabajos propios de sus respectivas funciones de presidente, delegado y decorador han realizado de un modo artístico y brillante las instalaciones de la sección portuguesa.

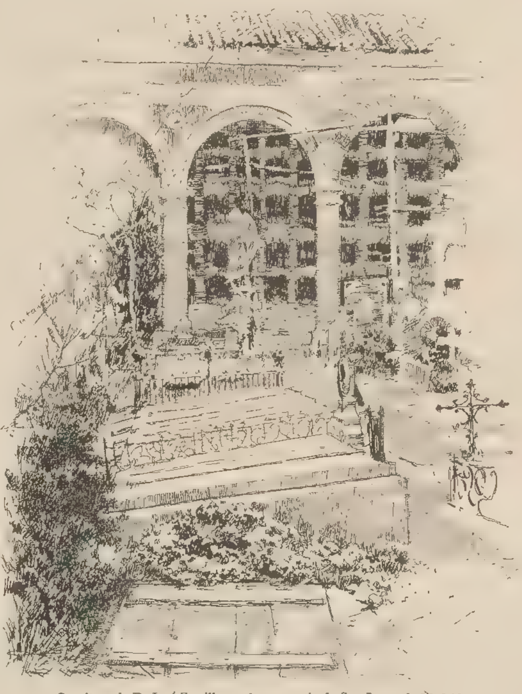
Los grabados que acompañan este artículo, sacados de excelentes fotografías de Compañy, dan exacta idea de la disposición de dichas instalaciones.

A la izquierda del ancho vestíbulo que da acceso á la doble escalera monumental del palacio, se encuentran, en primero y segundo término, las dos salas de la sección portuguesa.

La decoración de estas salas, ajustada á los dibujos del Sr. Bordallo Pinheiro, es un trasunto de los motivos y emblemas arquitectónicos nacionales de la época del Renacimiento, y ofrece la originalidad de que en su ejecución, llevada á efecto por marineros de la Real Armada de Portugal, se ha empleado la cuerda por todo elemento.

Los lazos de cable, armados con boyas de corcho que ornamentan la escocia del techo, en la sala segunda, son un tema frecuentemente repetido en las construcciones de los siglos XV y XVI. La decoración de la puerta de esta misma sala reproduce el portal de la iglesia de la Madre de Dios, de Lisboa, que aún existe y figura en un cuadro expuesto, representando la entrada procesional de las reliquias de Santa Auta en el monasterio de la reina doña Leonor. Los adornos de las demás puertas y ventanas están inspirados en la arquitectura de otros monumentos portugueses de la misma época, y á igual principio obedece la ornamentación de los escaparates y de las instalaciones murales.

La franja, hecha con redes de pesca, se convirtió en un atributo heráldico y en un ornato arquitectónico, desde que la reina doña Leonor, después de la muerte de su hijo, víctima de una caída de caballo, tomó por emblema de sus armas la red en que fué llevado por algunos pescadores del Ribatejo el cadáver del príncipe.



Sepultura de D. José Zorrilla en el cementerio de San Justo, de Madrid
Apunte á la pluma por Vicente Cutanda

Los azulejos y grandes piezas de loza que adornan estas salas son de la Fábrica Nacional, establecida en Caldas da Rainha, bajo la dirección artística del Sr. Bordallo Pinheiro. Todos los azulejos son reproducción de tipos del siglo XVI, existentes en edificios portugueses. Los que se ven en los trenzados de cuerdas, reproducidos de la iglesia de la Madre de Dios, pertenecen á la época de D. Juan III. Los que adornan la parte inferior del escaparate hexágono, en el centro de la primera sala, son copia de los que existen en la casa llamada *da Bacalhoa*, mandada edificar por el rey D. Manuel para el hijo de Alfonso de Alburquerque. Los de estilo mozárabe proceden de los que se encuentran en el real palacio de Cintra y en la iglesia de la *Sé Velha*, en Coimbra.

Los remos armados en baldaquino en los dos ángulos de la sala grande, forman parte de la orginal palamenta de los bergantines reales, así como los faroles que adornan entre banderas la puerta de entrada de la sección portuguesa.

La estatuita del infante D. Enrique, colocada á la izquierda de la entrada, en la sala segunda, está hecha también de barro no esmaltado, en Caldas da Rainha, siendo la escultura original del Sr. Bordallo Rubeiro. La ménsula y el doselete en esta obra son de estilo del Renacimiento portugués, inspirado en la arquitectura de las *Capellas Imperfeitas*, construídas por D. Manuel, en el monasterio de Batalha. Del infante D. Enrique no hay más retrato auténtico que el que acompaña la crónica de Ruy de Pina, existente en la Biblioteca Nacional de París. Este retrato en miniatura, á la acuarela, se atribuye á una sobrina del infante, discípula de Van Dick.

La sala primera se halla casi enteramente ocupada por la sección de Etnografía americana, que comprende una importante colección de artefactos indígenas, traídos principalmente del Brasil por los misioneros portugueses durante el régimen colonial anterior á la independencia de la nación brasileña. Esta sección consta de armas, instrumentos de música, herramientas, prendas de adorno, utensilios domésticos, tejidos, máscaras, capacetes de parada y de guerra y otros diversos objetos de cerámica.

Es rara y de considerable valor la colección de máscaras, tejidas de *cipós* ó armadas en esqueletos de aves y pintadas en varios colores. Entre los tejidos merecen especial mención dos capacetes de forma griega y un rico manto de plumas de Oceanía.

En cerámica brasileña hay curiosos artefactos de épocas distintas; algunas piezas de los barros prehistóricos hallados en recientes excavaciones hechas en la isla de Marajó, y muchos barros más modernos de la provincia del Amazonas, en que se ven los mismos temas decorativos que en las piezas de aquella isla.

Llaman la atención algunos ejemplares de calabazas primorosamente pintadas en estilo italiano y ornamentadas en las oficinas que fundaron en el Gran Pará los misioneros portugueses.

Por lo apuntado habrán comprendido nuestros lectores que la sección portuguesa se distingue de las demás exposiciones instalaladas en el palacio de Recoletos en que reune el doble carácter de histórico-americana é histórico-europea. Por esto, antes de emprender el estudio de la parte que á Europa corresponde y que entra de lleno en el cuadro de este artículo, cuyo epígrafe excluye en rigor toda materia ajena á esta parte del viejo mundo, nos hemos visto precisados á hacer en favor de Portugal una excepción, incluyendo aquí la reseña de los objetos de arte é industria de los naturales de América, que la Real Academia de Ciencias de Lisboa ha presentado en la exposición de Madrid.

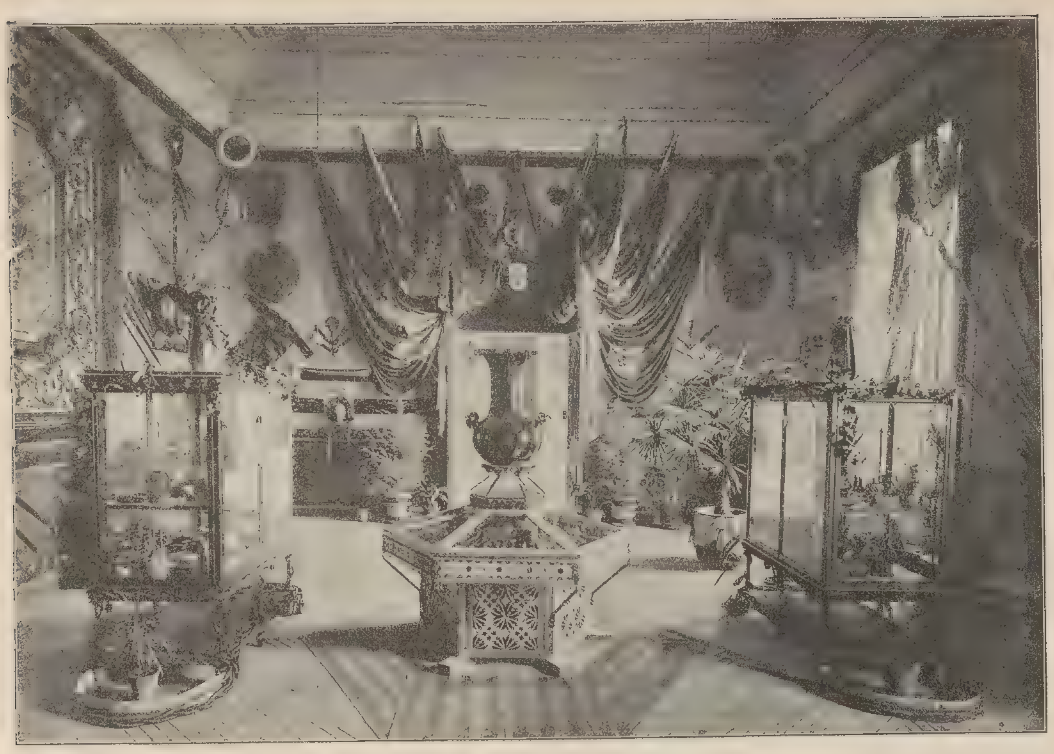
Aunque en escaso número, comparados con las asombrosas colecciones expuestas por las naciones americanas, estos objetos bastan para un estudio comparativo entre la antigua civilización indígena y la que floreció en el Nuevo Mundo durante su colonización por lusitanos y españoles. La civilización antigua había desaparecido de América cuando los europeos llevaron allí el imperio de sus armas, de su religión y de sus costumbres.

Los siglos habían ido cubriendo gradualmente las preciosas ruinas de un pasado esplendoroso con la exuberante vegetación tropical. Las exploraciones, hechas en Méjico, en el Perú y el Yucatán, han desenterrado del olvido y del misterio aquella perdida civilización que tanta semejanza ofrece con la del extremo oriental del Asia.

Todos estos objetos, pertenecientes al Museo de la Academia Real de Ciencias de Lisboa, fueron en su mayor parte encontrados en las márgenes del Amazonas, en la mencionada isla de Marajó, en las grutas de Maraca y en otros puntos del Brasil, Méjico y el Perú. Entre ellos hay ejemplares que en vano se buscarían fuera de los Museos especiales de Leyde, Copenhague y Londres. Sin embargo, la Academia lisbonense no ha expuesto en el palacio de Recoletos más que una pequeñísima parte de sus tesoros etnográficos, que la envidiarían París, Berlín y Roma, y que atestiguan el papel que los portugueses desempeñaron en los descubrimientos y en las conquistas del Nuevo Mundo.

Si importante es la sección de Etnografía americana, á que acabamos de referirnos, no lo es menos la sección Documentaria y Bibliográfica que ha expuesto Portugal en el Palacio de Recoletos.

Investigando con celosa inteligencia cuanto parecía digno de superior estudio; reuniendo elementos con que enriquecer las colecciones nacionales; inventariando objetos que revelan un movimiento cual-



EXPOSICIÓN HISTÓRICA. - SECCIÓN DE PORTUGAL. - SALA 1.ª - INSTALACIONES DE ETNOGRAFÍA AMERICANA. - VISTA TOMADA DESDE LA PUERTA DE ENTRADA
(De fotografía del Sr. Compañy, de Madrid)



EXPOSICIÓN HISTÓRICA. - SECCIÓN DE PORTUGAL. - SALA 2.ª - INSTALACIONES EUROPEAS. - VISTA TOMADA DESDE LA PUERTA DE ENTRADA
(De fotografía del Sr. Compañy, de Madrid)

quiera en la evolución artística de Portugal durante los siglos XV y XVI; recabando para la gloria de su país documentos tan curiosos é importantes como la carta geográfica de Cantino; redactando monografías que honran singularmente á sus autores; rebuscando en los archivos documentos que pudiesen contribuir á la historia de los navegantes; coleccionando memorias relativas á descubrimientos y descubridores; averiguando el paradero de preciadas joyas y veneradas reliquias que son timbres de gloria en los fastos del arte, la comisión portuguesa ha conseguido *documentar* ese admirable período de la civilización portuguesa que abarca desde el último tercio del siglo XV hasta mediados del siglo XVI.

Basta fijarse en la *vitrina* número 7, situada á la izquierda del atril monumental que se destaca en el fondo de la sala segunda, para comprender la importancia que reviste la colección de trabajos de interés histórico, realizada por la comisión.

El volumen titulado *Algunos documentos del Archivo nacional de la Torre del Tombo acerca de las navegaciones y conquistas portuguesas*, que comprende más de 300 documentos íntegros ó extractados y abarca la época de 1415 á 1528, ó sea desde la toma de Ceuta hasta el tratado de las Molucas, recuerda los gloriosos tiempos de Ribeiro de los Santos, de Amaral y de Juan Pedro Ribeiro. Es obra que honra grandemente á sus colaboradores los arqueólogos José Ramos Coelho, Rafael Basto, Javier de Cunha y Próspero Peragallo. El índice de los facsímiles que contiene es bastante para dar una idea de su importancia. Entre otros figuran los de D. Juan I, don Duarte, infantes D. Pedro, D. Enrique y D. Juan; D. Alfonso V, D. Juan II y D. Manuel; la página final del tratado de pesca entre los Reyes Católicos y D. Juan II; carta del rey D. Manuel á Alfonso de Alburquerque; carta de éste á D. Manuel; carta de Carlos V á D. Juan III; tratado sobre la posesión, comercio y navegación de las Molucas entre D. Juan III y el emperador Carlos V.

La edición del *Esmeraldo De Situ-Orbis*, con arreglo al manuscrito de Duarte Pacheco Pereira (1505), puede competir en anotaciones y documentación con lo mejor que en este género de trabajos se ha dado á la estampa en los países donde semejantes tareas son comunes.

La obra del Sr. Pinheiro Chagas, *Los descubrimientos de los portugueses y los de Colón*, es un tomo de buena crítica que se presta á la controversia.

De monumental puede calificarse el volumen en que, bajo el título de *Centenario del descubrimiento de América*, la comisión portuguesa ha presentado una colección de estudios que atestiguan la vasta erudición y elevado criterio de sus autores. El descubrimiento del Nuevo Mundo y su influencia en la civilización europea se hallan firmemente caracterizados en la monografía de Teófilo Braga. A continuación, el Sr. Teixeira da Aragao hace la historia de los preparativos y de la realización de esta grande empresa, con sólido conocimiento del asunto. Lopes de Mendoça reune materiales para el estudio de las naves portuguesas de los siglos XV y XVI, con lucidísimos resultados. Agustín de Ornellas ocúpase con sano criterio de la residencia de Cristóbal Colón en la isla de Madera, discutiendo la tradición de la casa que se supone habitó el gran navegante. Juan Braz de Oliveira ha hecho con gran tino y vigorosa crítica un curioso trabajo sobre las naves de Vasco de Gama. El Sr. Baldaque da Silva demuestra que el descubrimiento del Brasil, generalmente atribuído á casualidades de una navegación azarosa, obedeció á un plan determinado y á un estudio científico tan riguroso como permitían los conocimientos de la época. Próspero Peragallo, americanista insigne, elucida y comenta, con el amplio caudal de su valiosa erudición, la carta del rey D. Manuel al Rey Católico, refiriéndole los viajes realizados por los portugueses á la India desde el año 1500 al 1505.



EXPOSICIÓN HISTÓRICA. - SECCIÓN DE PORTUGAL. - SALA 1.ª - INSTALACIONES DE ETNOGRAFÍA AMERICANA. - VISTA TOMADA DESDE EL FONDO

(De fotografía del Sr. Compañy, de Madrid)

Merecen especial mención la sucinta pero interesante disertación de Gabriel de Almeida sobre las *Pesquerías en las Azores;* la edición del capítulo de Gaspar Fructuoso, extraído de las *Saudades da Terra* por Ernesto do Canto; la colección de textos de Ruy de Pina, García de Rezende y Juan de Barros, referentes á la estancia de Colón en Lisboa; la conferencia sobre las *Navegaciones de los portugueses*, pronunciada por Oliveira Martins en el Ateneo de Madrid; el curioso opúsculo genealógico de Antonio María de Freitas sobre la *Mujer de Colón*, y la noticia en que el Sr. Baldaque da Silva, antes citado, expone su razonado plan de reconstitución de la nave *San Gabriel*, en que Vasco de Gama efectuó su primer viaje á la India.

Larga es la lista de las obras expuestas y corto el espacio que les podemos dedicar en este esbozo. Los bibliófilos que quieran obtener su enumeración com-

pleta pueden adquirir el *Elenco*, publicado en Lisboa por Joaquín de Araujo, en virtud de un oportuno acuerdo de la comisión portuguesa, la cual determinó, con sus trabajos relativos al Centenario, esa admirable corriente de investigaciones, que ha hecho revivir entre españoles y portugueses el sentimiento de fraternal solidaridad que en los siglos XV y XVI, unió á la península Ibérica, del uno al otro confín, en una misma comunión de ideas, creencias y aspiraciones.

por los portugueses, como también el estudio relativo á los métodos de navegación y á los conocimientos geográficos que alcanzó Portugal en los siglos XV y XVI.

En esta colección hallamos: *El libro de Marinería*, manuscrito expuesto por el duque de Palmella; el libro de las *Naus*, manuscrito perteneciente á la Real Academia de Ciencias; los mapas demostrativos de las principales navegaciones portuguesas; *El promontorio de Sagres*, donde estuvo instalado el observatorio del infante D. Enrique; los *Descubrimientos* de las islas de *Madera, Azores, Guinea* y *Cabo Verde*, del *Golfo de Guinea* y el *Congo*, del *Cabo de Buena Esperanza*, del *Camino de la India*, de la *Primera circunnavegación de la tierra* y de la *América Septentrional y Austral*.

Junto á los trabajos de geografía antigua figura una rica colección de cartas modernas de Portugal y sus colonias; y entre las Memorias, monografías y publicaciones diversas que dan realce á la sección bibliográfica de la Exposición portuguesa, únicamente citaremos *El libro del Preste Juan de las Indias*, el de García da Orta sobre los *Simples y drogas de la India* y las viejas ediciones de las *Lusiadas*, pues la sola enumeración de las que son dignas de atención preferente por lo raras y curiosas, llevaría mayor espacio del que podemos disponer en las columnas de esta revista.

***

La sección de arte europeo es la menos importante por el número, aunque no por la calidad de los objetos expuestos en las salas de Portugal.

Llaman la atención algunos *especimens* de mobiliario é indumentaria de los siglos XV, XVI y primera mitad del XVII, entre los cuales señalaremos: el Estante-Pelícano, reproducción del atril de oro que existe en el coro de la catedral de Vizen (1); las alfombras de Arroyolos, en lana portuguesa teñida por larga infusión de tintes vegetales, fabricación relacionada con la antigua industria congénere de Sevilla, é iniciada tal vez en Portugal por tapiceros árabes; un monumental armario de roble esculpido, trabajo portugués del siglo XVI, en cuya talla figuran las cuatro estaciones y máscaras de guerreros con trazos que revelan una inspiración oriental; varias arcas de madera esculpida; ricos bordados, entre ellos las colchas del siglo XVII, que decoran las paredes de la segunda sala; un dosel en terciopelo carmesí, bordado á matiz, relieve y oro, de fines del siglo XV, perteneciente á la catedral de Evora; la casulla de D. Teodosio de Braganza, con relieves de terciopelo sobre blanca lana, y bordados y pinturas sobre el tejido, perteneciente á la misma catedral.

En orfebrería portuguesa no podemos menos de citar la colección enviada por el rey y compuesta de



EXPOSICIÓN HISTÓRICA. – SECCIÓN DE PORTUGAL. – SALA 2.ª – INSTALACIONES EUROPEAS. – VISTA TOMADA DESDE EL FONDO
(De fotografía del Sr. Compañy, de Madrid)

Es notabilísima la colección de cartas marítimas, mapas y portulanos referentes á Portugal y sus colonias, expuestos en la segunda sala y especialmente en la séptima *vitrina* de la sección portuguesa.

El precioso mapa titulado *Partes de Africa*, de la propiedad del rey y presentado ahora por primera vez en público, es obra de uno de los Reinel, pilotos portugueses de mucha fama, según afirma el historiador castellano Herrera; famosos cartógrafos y geógrafos que en el siglo XVI residieron largo tiempo en España, y cuya historia ha investigado de un modo interesante el profesor Hamy.

Pertenecen igualmente al rey la copia manuscrita y el original de la famosa colección de mapas de Vaz Dourado, expuestos al lado de los mapas originales de Lázaro Luis, *Libro de todo ho universo*, pertenecientes á la Real Academia de Ciencias de Lisboa.

Son dignos de particular mención los *Mapas y cuadros demostrativos* de los descubrimientos realizados

(1) El pelícano era la divisa de D. Juan II. En la *Vita Christi*, impresa en Lisboa en 1495, y en las fichas de la época, esta divisa tiene la expresada forma.





EL PAN BENDITO, cuadro de Dagnan Bouveret (París), grabado por Baude

dos jarrones con sus bandejas, dos platos y ocho fruteros, piezas de plata repujada y dorada que caracterizan perfectamente el arte de la platería portuguesa del siglo XVI. La decoración, espesamente agrupada, que difiere de la orfebrería española y de la ornamentación italiana de la misma época, representa varias escenas bíblicas, episodios de caza, de navegación y de guerra.

En los platos se leen palabras portuguesas y se ven blasones nacionales.

Merecen también citarse dos fruteros sin pie, de la misma colección real, con adornos de inspiración africana, representando palmeras, elefantes y negros indígenas y los preciosos objetos enviados por el museo nacional, entre los cuales descuellan un portapaz representando Nuestra Señora del Espinheiro de Evora, joya de importancia capital para la historia de la platería portuguesa del Renacimiento; un cáliz gótico-bizantino; un relicario portátil, ejemplar raro, perteneciente al convento de la Concepción de Beja; una custodia de estilo gótico con elementos del Renacimiento; dos cofres de concha con adornos en plata labrada; una imagen de San Antonio, colocada sobre una esfera armilar con ornatos de filigrana; una ampolleta que perteneció al rey D. Manuel y tiene las armas reales en la tapa superior; un *coco* para agua, con pedestal, ornatos y tapa de plata labrada, perteneciente al duque de Palmella; el misal de Esteban Gonzaloes, que contiene uno de los más bellos y curiosísimos manuscritos portugueses, con preciosas figuras de estilo rafaelesco, á la acuarela sobre pergamino.

La sección de pintura se reduce á seis lienzos y dos tablas al óleo; pero estas obras revelan la perfección á que llegó en Portugal el divino arte en el período del Renacimiento, bajo la influencia marcadísima de la escuela flamenca La escuela italiana, de la cual fué jefe el artista portugués Francisco de Holanda, no llegó á predominar en el arte de la pintura portuguesa.

Entre los citados lienzos llaman particularmente la atención un retrato contemporáneo y auténtico de Vasco de Gama, y una Epifanía, cuadro en que se ven monedas portuguesas de la época de D. Manuel, puestas en una taza y como ofrenda á los pies de la Virgen, y una de cuyas principales figuras es el retrato del mismo rey, así como lo es del cronista Damián de Goes uno de los personajes del segundo término.

Las dos tablas á que hemos hecho referencia se hallan pintadas por ambos lados y constituyen dos documentos preciosos para la historia del arte portugués en el siglo XVI.

Estos dos cuadros, exhibidos ahora por primera vez al público, representan el casamiento del monarca D. Juan III con la reina doña Leonor, la bendición nupcial de aquel consorcio, el desembarque de las reliquias de Santa Auta en Lisboa y la solemne entrada de las mismas reliquias en la iglesia de la Madre de Dios.

La sección marítima comprende una curiosa reproducción de la nao *San Gabriel*, que mandaba Vasco de Gama cuando por primera vez aportó en la India; un gran número de cuadros pintados al óleo y representando en tamaño natural las principales variedades de peces, moluscos y crustáceos que se crían en las aguas portuguesas; unos cincuenta modelos de barcos de pesca y cabotaje; cinco modelos de los últimos buques de alto bordo, construídos por la industria particular de Portugal, obra de Joaquín Vareta, constructor de la ciudad de Oporto; una colección completa de todos los trabajos hechos á bordo de los buques de la real armada por los marineros portugueses, y otros objetos que se detallan en el catálogo especial de esta sección, formado por el oficial de marina Sr. Baldaque de Silva, autor de la luminosa memoria que corresponde á la reproducción de la nao *San Gabriel*.

De lo dicho se desprende que la Exposición portuguesa de Madrid llena cumplidamente su objeto de contribuir al estudio de la etnografía americana por medio de una colección de artefactos indígenas; dar á conocer el papel que los portugueses desempeñaron en el desenvolvimiento de las ideas geográficas, en la navegación, en los descubrimientos y en las conquistas del Nuevo Mundo; definir, por medio de algunos documentos y objetos de arte, el grado de cultura que alcanzó Portugal en los siglos XV y XVI; evidenciar que la índole de este pueblo es aún esencialmente aventurera y marina, y estrechar, en fin, los lazos que unen de antiguo á los dos pueblos hermanos de la península, cuyos ideales se funden en una común aspiración de libertad, independencia y progreso.

Juan B. Enseñat



Bellas Artes. – El museo Goethe, de Weimar, se ha enriquecido con gran número de valiosísimas adquisiciones; consisten estas principalmente en multitud de acuarelas y dibujos de Goethe, procedentes de las herencias de la señora Stein y del consejero áulico Rochlitz. Hay además un dibujo que representa al gran poeta vestido de frac, una miniatura con su retrato, del pintor Bosse, siluetas de Goethe, Herder y Wieland, etc.

– El biógrafo de Leonardo de Vinci, Dr. Muller-Walde, ha descubierto en el refectorio de Santa María delle Grazie, en Milán, las primitivas ventanas a cuya luz ajustó el gran artista la famosa *Cena* que en aquel local se conserva. Tapiadas esas aberturas y practicadas otras casi al nivel de la bóveda del techo, aquella célebre pintura producía mucho menos efecto del que debía causar y causará de nuevo cuando hayan vuelto las cosas a su antiguo estado, como se ha dispuesto.

– Reproducido en ocho hojas acaba de publicar la casa Ongania, de Venecia, tan conocida de eruditos y artistas por sus excelentes trabajos, un facsímil del Planisferio del mundo conocido, en lengua catalana, obra del siglo XV, ilustrada por Teobaldo Fischer, que se conserva en la Biblioteca Real de Florencia. Un ejemplar de esta curiosa edición existe en la biblioteca del Museo municipal de Reproducciones artísticas de esta ciudad.

– Una nueva asociación acaba de revelarse en París organizando en la Galería Petit de la calle de Sèze la Exposición de las «mujeres artistas,» que contiene unas doscientas cuarenta obras, la mayor parte de pintura, algunas en miniatura y pocas esculturas. Domina en ese concurso la más grande variedad en ideas, tendencias y procedimientos, desde el mas franco impresionismo a la manera mas opuesta, en pintura al óleo, en pasteles y en aguadas. Sobresalen en esta manifestación del arte femenino de París seis cuadros de la Sra. Demont Bretón, algunos de ellos, como el *Baño*, ya conocidos y elogiados por el público inteligente.

– El célebre pintor alemán Frank Kirchbach ha expuesto en Francfort tres hermosos cuadros decorativos que representan la fundación de aquella ciudad, una alegoría de su florecimiento histórico y otra de su edad de oro literaria: todos constituyen admirables composiciones; pero el mas sentido y el que mas impresiona es el último, que representa á Goethe en sus juveniles años recitando ante un concurso de admiradores.

Teatros. A medida que se acerca el día del estreno de *Falstaff* es mayor, mas intensa la impaciencia por oír esta nueva ópera de Verdi; la vigésimasexta de las escritas por el famoso compositor italiano. Se hacen con toda actividad en Milán los preparativos para su estreno, que tiene todas las trazas de un acontecimiento, a juzgar por los artículos que de antemano le dedican los periódicos de aquel país, dando noticias detalladas de la obra y del lujo y propiedad con que se pondrá en escena.

Como es sabido, Arrigo Boito ha sido el encargado de escribir el libreto, basándose en el argumento de *Las alegres comadres de Windsor*, y decimos basándose porque en realidad no lo ha traducido, sino modificado conforme ha juzgado oportuno para amoldarlo al gusto moderno y á las exigencias musicales. El héroe de la comedia de Shakespeare es sin duda ingenioso, y precisamente por su ingenio se hace perdonar muchas picardías, pero en ciertos casos es repugnante. Boito ha prescindido del lado perverso de Falstaff, y lo presenta bajo un aspecto menos antipático y mas risible.

Las burlas que en la obra del poeta inglés hacen al gordo personaje las alegres comadres son tres; en el libreto de Boito solo figuran dos: la primera cuando lo esconden en el cesto de la ropa blanca y lo arrojan al foso; la segunda cuando dan una cita al viejo galanteador en el parque de Windsor, á la que debe acudir disfrazado y con astas de ciervo.

La música, alegre, ligera y segura parece digna de la fama del maestro, contiene trozos que seguramente se harán populares; entre ellos una escena de besos tras un biombo entre Nannetta y Fenton, escena de gran vis cómica intercalada por Boito, y el final, en el que atormentan al obeso protagonista sus burladoras, poco más ó menos como á Orfeo los demonios en la ópera de Gluck; solo que no es un desenlace trágico, sino alegre, cómico, con su moral en el fondo y su conclusión filosófica:

> Tutto nel mondo è burla:
> L'uom è nato burlone...
> Tutti gabbati! Irride
> L'un l'altro ogni mortal;
> Ma ride ben chi ride
> La risata final!

Y en efecto, no sólo el final, sino toda la ópera es una *risata*, una carcajada continua.

Verdi, a pesar de sus ochenta años, dirige con vigor infatigable los ensayos de *Falstaff*, y al ver á ese anciano robusto, de paso firme, de ademán resuelto, de voz penetrante, nadie supondría que es el mismo que en noviembre de 1839 estrenaba en el mismo teatro de la Scala su primera ópera aplaudida *Oberto, conte di San Bonifacio*. A los ensayos acude con más exactitud que nadie, y es quien más resiste el cansancio. Después de largas horas de ensayo, durante las cuales el maestro repasa con calma nota por nota, todo cuanto ha escrito, y enseña él mismo, con la palabra, con el solfeo, con el piano, una, dos y tres veces lo que conviene, no da muestras de fatiga, ni siquiera toma un vaso de agua, y volvería a empezar si los artistas no estuviesen cansados.

El respeto y veneración que todos éstos le demuestran cuando ensaya, puede decirse que son profundos, religiosos. Contra lo que se suele afirmar, Verdi no es austero, ni desabrido con ellos, y aun muchas veces bromea. Por ejemplo, cuando llegan los cantantes del *Falstaff* suele exclamar: «¡Ya están aquí mis *comadritas*!»

No hay detalle escénico ó indumentario que escape a su examen; en ello es sumamente inteligente, conocedor perfecto de las diversas épocas de la historia: posee gran discernimiento y un golpe de vista segurísimo sobre los efectos de conjunto.

Todo ello hace que los aficionados italianos ya esperen en aguarden afanosos, puede decirse que reloj en mano, la hora en que se levantará el telón de la Scala para la primera representación de *Falstaff*.

Después de escritas las anteriores líneas se ha sabido telegráficamente que esta ópera ha obtenido todo el brillante éxito que se esperaba.

París. – En el teatro de la Renaissance, que ha cambiado su título por el de teatro Lírico, se ha estrenado la obra más capital de la semana, la ópera cómica *Madame Chrysanthème*, sacada de la novela del mismo título de Pedro Loti (Julián Viand) y puesta en música por Andrés Messager. El libreto es sumamente sencillo y la música no menos agradable, en especial un dúo del cuarto acto.

Madrid. Sólo un estreno de alguna importancia, pero por desgracia acompañado de un fracaso, ha habido en la corte. Nos referimos al del drama *Gerona*, original del Sr. Pérez Galdós, puesto en escena con gran aparato en el teatro Español. La obra, en cuanto episodio histórico, ha parecido pesada, falta de interés, y sin más incidentes dramáticos que el final, el cual representa la entrega de Gerona á los franceses, de suerte que aun el mismo desenlace, en lugar de halagar la fibra patriótica, ha contribuído, por un resultado contrario, al malogro del drama, circunstancia que sentimos por el crédito del autor y por los intereses de la empresa, seriamente comprometidos.

Barcelona. – Ha tenido lugar la clausura del gran teatro del Liceo, cuya compañía lírica se ha despedido del público con el *Otello*, de Verdi: habiendo obtenido en su ejecución grandes aplausos todos los artistas y muy especialmente el tenor Sr. Cardinali, que, según es sabido canta á la perfección esta ópera. De la función de despedida formó parte la tercera representación de *Il birichino*, á cuyo autor, el maestro Mugnone, demostró el público todas las simpatías que le ha merecido por su acertadísima y laboriosa dirección durante la temporada. La compañía lírica italiana que actúa en el teatro del Circo Barcelonés no consigue, á pesar de sus esfuerzos, granjearse el favor de los aficionados. Verdad es que las condiciones de dicha compañía no son de las más á propósito para satisfacerles, y á excepción de la señorita Tani, los demás artistas apenas se hallan á la altura de su cometido.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Justo Manuel Garelli della Morea, presidente de la facultad de derecho de Turín, catedrático de derecho administrativo y de derecho constitucional, autor de *El derecho administrativo italiano*, *Lecciones de derecho constitucional*, *Principios de economía política*, *Ciencia de la Hacienda* y otras.

El general de brigada D. Rafael López Domínguez.

El teniente general D. José Chacón.

El Excmo. Sr. Conde de Guaqui, grande de España y senador del reino.

La Excma. Sra. Condesa de Casa-Sedano.

El escritor dramático D. Fernando Manzano.



Antes del baile, cuadro de Francisco Masriera. Arte y belleza son sinónimos para Francisco Masriera. De ahí que todas sus producciones se distingan, en primer término por ser muestra del deseo que anima al artista, del ideal que persigue, y que por fortuna puede expresar por sus especialísimas dotes.

Todos sus cuadros, aun aquellos que por la trivialidad del asunto pudieran servir de obstáculo, distínguense por ser manifestaciones de lo bello, cautivan por la elegancia de sus líneas y sorprenden por su encantadora plasticidad. Prueba de ello son sus preciosas odaliscas, una de las cuales figura en el real alcázar de Madrid.

El cuadro que reproducimos, inspirado en una escena de Carnaval, revela, lo mismo en las figuras de las jóvenes, que en el todo que las atavía y completa, un especial conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y profundo sentimiento de lo bello.

El pan bendito, cuadro de Dagnan Bouveret. – La costumbre que se observa, no tanto en las iglesias de las grandes poblaciones cuanto en las rurales de algunas comarcas, sin exceptuar á las de nuestra España, de ofrecer á los fieles trozos de pan bendito durante la celebración de la misa mayor, ha inspirado al pintor Dagnan este bello cuadro, que ha merecido los honores de figurar entre los que se conservan en la Galería del Luxemburgo en París. Los tipos, que no pueden ser más franceses, presentan tanta verdad, que más bien parecen fotografiados; el recogimiento y la devoción aparecen retratados en todos los semblantes, en todas las actitudes, y aunque no se ve se adivina que el sacerdote celebra el santo sacrificio, al que asisten los concurrentes con religiosa unción. El experto buril de Baude no ha privado de ninguno de sus hermosos detalles á esta bella composición, antes bien ha competido con el pintor en dar al asunto todo su agradable y animado colorido.

Medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, acuñada en Buenos Aires. – La República Argentina, al igual de la mayoría de las de origen español, quiso honrar á su vez la memoria de Colón, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, disponiendo entre otras cosas la acuñación de la medalla que nos ocupa, como recuerdo del Almirante y de tan gran acontecimiento. A este fin sacóse á concurso esta acuñación, y entre las cuarenta y cinco medallas que se presentaron al certamen resultó la mejor la de los grabadores de Buenos Aires Sres. Gotuzzo y Terrarossa, cuya reproducción es la que ofrecemos en nuestro grabado. Como se ve, el anverso representa á la República Argentina coronando de laurel el busto del gran navegante, á cuyos pies hay varios atributos de la navegación, y en segundo término aparece la carabela que le condujo á aquellas apartadas regiones. En el reverso, bajo el águila americana que sostiene en su pico una palma, se ve una cartela con la leyenda conmemorativa, y bajo ella una rama de roble. Esta medalla, por su composición y sus condiciones artísticas, es indudablemente digna de la preferencia que se le ha concedido.

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

– ¡Qué buena eres para mí, Marta! ¡Mira, algunas veces estoy casi confusa!.. En todo caso, la tía Aurelia no piensa como tú...

– ¿Es decir, repuso Marta, siempre admirada al reconocer el fondo de aquel carácter, tan sólo frívolo en apariencia; es decir, que tú lo habías arreglado y combinado todo ya en tu pequeña cabeza? ¿Por qué no dijiste nada?

– Es que... no sé por qué... creía vagamente que este casamiento no sería de tu agrado; y sobre todo, no estaba segura de Roberto, que atraído primero irresistiblemente, retrocedía después y alejábase de mí sin que yo comprendiese por qué. Sin duda temía que yo fuera demasiado atolondrada para tomarme por esposa... ¿No te parece que sería esto?



Edmunda, preparada ya para el viaje y luciendo un gracioso vestido azul obscuro, entró en la habitación

Tal vez, articuló Marta, no sin hacer un esfuerzo.

– Pues bien: en el fondo soy muy formal.

– Comienzo á creerlo.

– ¡Cómo dices eso Marta! ¿Me amarías si fuese verdaderamente frívola?

– No sé muy bien lo que yo quisiera, pero me parece que en la multiplicidad de tus cálculos no queda suficiente lugar para el amor absoluto, el amor tiránico. En cuanto á mí, y recuerda que tú me lo has criticado más de una vez, soy en extremo romántica... flaqueza de antaño... lo que tú quieras...

Edmunda miró á su hermana con asombro.

– Te engañas, Marta, repuso; mis cálculos no ocupan de ningún modo el lugar del amor. Amo mucho á Roberto, pero muchísimo...

– Mejor sería amarle sin calificativo.

– ¡Qué extraña eres! No tengas cuidado, mi esposo será muy feliz.

Edmunda tenía otras preocupaciones además de sus planes sobre la vida futura. Su canastilla era para la joven asunto de graves reflexiones; hizo un viaje rápido á París, llevando consigo á la que debía ser su suegra, asombrada de ceder tan fácilmente á los caprichos de Edmunda; vió á su modista, y encargó tres trajes diferentes. Esta visita la interesó más aún que la que hizo á su tutor, quien por la primera vez de su vida mostróse amable y solícito, muy satisfecho de transferir á manos de un esposo responsabilidades que le pesaban. Manifestó su sentimiento por no poder asistir á la boda y sus excusas fueron aceptadas sin dificultad. Todo cuanto se le pedía era su autorización y las cuentas de la tutela, y todo lo dió en el plazo más breve que le fué posible.

Entonces Edmunda quiso ver habitaciones, pequeños palacios, aunque no debía determinar nada desde luego, puesto que inmediatamente después de casarse proponíase ir con su esposo á pasar una gran parte del invierno en Italia, donde Roberto tenía que trabajar; pero la joven deseaba ver para trazar sus planes más tarde.

La señora de Ancel volvió de aquella expedición completamente quebrantada, siempre muy contenta de su futura nuera, y también convencida de que esta última, á pesar de su aparente candidez, era una mujer enérgica, que sabía muy bien lo que quería y empleaba todas sus fuerzas para conseguirlo. Roberto estaría en manos seguras.

Para los habitantes de los castillos y de las quintas del país, aquel matrimonio que debía efectuarse hacia fines de septiembre era asunto de interminables conversaciones, pues en el campo no faltan ratos de ocio; y por otra parte, ¡es cosa tan bonita la ceremonia del matrimonio en una iglesia de pueblo, con los regocijos que se ofrecen á los aldeanos! ¡Es mucho más íntima, más poética que esos ostentosos matrimonios de París, todos parecidos!

Las jóvenes elegidas para ser doncellas de honor de la novia rebosaban de contento, y con la excusa de consultar á Edmunda sobre sus trajes iban continuamente al castillo, que estaba lleno de ruido y de voces, oyéndose sin cesar el roce de las faldas de las mujeres y el rumor de las carcajadas. A Roberto le parecía muy difícil hablar tranquilamente con Edmunda, que se prestaba quizás demasiado á todo aquel bullicio.

Las dos americanas figuraban entre las doncellas de honor, é iban al castillo más á menudo que sus compañeras.

En medio de aquel ruido, la señora Despois continuaba su bonito trabajo.

Cierto día, Josefina Robinsón, instalándose junto al bastidor bajo pretexto de admirar el bordado, dijo rápidamente á la tía Aurelia:

– Quisiera hablar con usted, señora, y aquí hay demasiada gente. Propóngame usted dar una vuelta por el jardín.

La señora Despois había notado cierto aire de preocupación inusitada en aquella joven, y pudo ver que esta preocupación arrugaba su frente, comunicando cierta expresión de marcada seriedad al rostro de Josefina, tan risueña de ordinario. Muy pensativa levantóse al punto y dijo:

– Sí, señorita, á mí me agrada mucho imitar á la naturaleza en mis bordados: venga usted conmigo y le enseñaré el rosal que me ha dado la idea para el trabajo en que me ocupo.

Las dos mujeres salieron del salón, y un momento después paseábanse lentamente por el jardín.

– Y bien, ¿qué ocurre?, preguntó la señora Despois.

– Cosas muy extrañas, señora, que ustedes serán las últimas en saber aquí en el castillo. He creído de mi deber advertir á usted y, francamente, no sé cómo hacerlo.

– En este caso, lo mejor es ir derecho al asunto.

– Pues oiga usted. Mi madre, muy disgustada por la actitud de nuestro criado Isidoro en la información que usted sabe, y observando también que descuidaba el servicio, le despidió, esperando que saldría del país; pero no fué así. El hombre encontró colocación en un hotel de Villerville, y allí repite á todo el que quiere escucharle que el asesino del capitán Bertrand no es otro sino el señor de Ancel...

– ¡Eso es una insensatez!

– Sí, pero ¿qué hacer para poner término á una acusación que no se formula claramente, que se comunica en voz baja de unos á otros? Si se tratase de intimidar á ese hombre, se haría el inocente. Se ha limitado á referir una historia dramática, en la cual se halló mezclado él mismo como testigo; pero lo que no hizo más que indicar en la información, lo precisa en sus conversaciones; no habla sólo de las voces que todas nosotras hemos oído, sino de amenazas; pronuncia á cada momento las palabras «matar,» «sin compasión;» y con poco más dirá que ha oído al Sr. de Ancel jurar que tiraría sobre su antiguo compañero como si fuera un perro rabioso. En todo el país no se habla más que de esto; y los proveedores que van á las casas á llevar víveres detiénense en la cocina para recoger detalles á fin de publicarlos en otros puntos. El Sr. de Ancel vive aquí desde su infancia; es muy conocido y no ha practicado más que el bien; pero nada de esto se tiene en cuenta. Diríase que en la humanidad predomina el instinto de dar caza al hombre, y que una vez lanzada la jauría ya no es posible detenerla.

– ¡Bah, hija mía, no es cosa de atormentarse por semejante locura! Roberto fué interrogado en el momento del crimen, contestó, y sus respuestas parecieron ser satisfactorias. En cuanto á ese pícaro criado despedido, cuando los papanatas del país se cansen de oirle perorar durante algunas semanas, acabarán por burlarse de él, y se buscará algún nuevo pretexto de escándalo. Todo eso se desvanecerá en el aire como un vapor infecto.

– Sí, pero entretanto sucede todo lo contrario. ¡Ah! Si el Sr. de Ancel hubiera correspondido á nuestra invitación aquel famoso jueves...

– ¿Se excusó?

– No; y como nos burlábamos en broma de Edmunda por no haber asistido ninguno de sus dos enamorados, la ausencia de Roberto fué asunto de nuestras conversaciones. En aquel momento Isidoro servía el te en el jardín.

– ¡Diantre!.., exclamó la tía Aurelia, será preciso que, como quien no hace nada, obliguemos á Roberto á confesar cómo empleó aquel día; pero se lo repito á usted, señorita, no se inquiete más sobre el proceder de ese bribón. Por lo pronto le aseguro que ninguno de esos viles rumores ha llegado hasta nosotras.

– Naturalmente; pero no sucede lo mismo en los demás castillos. Algunos de nuestros conocidos, aunque tratando con desprecio esos rumores, han observado que entre los campesinos muchos creen en esa absurda especie; y sin ir más lejos, ayer oí casualmente algunas palabras que resumen toda la situación.

– ¿Cómo, qué palabras?

– Recordará usted, señora, que la tarde en que dimos un paseo á caballo, Edmunda y su novio se adelantaron á nosotras, pues el Sr. de Ancel está locamente enamorado y no lo oculta en modo alguno. Esta explosión de alegría contrasta un poco rudamente con la expresión inquieta y sombría que hemos observado en él cuando el capitán hacía también la corte á la señorita de Levasseur. Habíamos llegado á Villerville, y un grupo de pescadores se detuvo para mirar á los novios; observé que todos ellos se tocaban con el codo, sonriendo con expresión sarcástica, y hallándome en aquel momento sola, oí distintamente estas palabras: «¡Bah! Si uno de nosotros hubiese dado el golpe, seguramente le habrían encerrado en la cárcel, y en cambio, ahí tienes al caballerito que hace la corte sin la menor inquietud y sin pensar en aquel á quien ha enviado al otro

mundo más que nosotros en el pescado malo que arrojamos al mar… ¡A eso se llama justicia, y dícese que estamos en tiempo de república!.. ¡Oh desgracia!» Otro pescador hizo un ademán de amenaza; mas interrumpióse al verme á mí. He aquí por qué he resuelto hablar á usted sobre el particular, señora, y preguntarle si no se podrá hacer algo para imponer silencio á esa gente.

– Nada se puede hacer, querida señorita; si nos dirigimos al señor alcalde, esto enconará la cuestión; y por otra parte, ¿cómo hemos de obligar á toda una población á guardar silencio? ¿A quién perseguir?.. ¡Vamos, vamos, un poco de filosofía y de paciencia! Dentro de pocas semanas los novios estarán lejos, y entonces esas calumnias se desvanecerán naturalmente… En el otoño se cierran los hoteles; el tal Isidoro se irá con sus chismes á otra parte, y todo habrá concluído.

– Esperemos que así sea, apreciable señora; pero cuando veo tan dichosa á mi amiguita Edmunda y pienso en las cosas que se dicen sin rebozo, paréceme oir aún nuestras carcajadas durante la excursión campestre, mezclándose con el fragor lejano del trueno.

– Es usted una niña encantadora, querida Josefina, dijo la señora Despois; pero no hubiera creído que las jóvenes de su país tuviesen tanta imaginación y se hallaran tan bien provistas de nervios…

La señorita Robinsón sonrió.

– He ahí otra de sus preocupaciones francesas, señora, repuso la americana. Usted no ve en nosotros más que una nación de traficantes en cerdos, sin reconocer que somos, por el contrario, una raza casi demasiado refinada y demasiado nerviosa, susceptible de amar, no solamente el lujo, sino también el arte y la poesía.

La señora Despois hizo una mueca que indicaba que no creía de ningún modo en las aspiraciones poéticas de los yankees.

Edmunda, que al fin había echado de ver la prolongada conversación en el jardín, llegó corriendo.

– ¿De qué asunto tratan ustedes hoy?, preguntó.

– La señora Despois, dijo la americana, no quiere creer en la capacidad artística de mis compatriotas ni en sus nervios, y yo me indigno.

– Sí, y demasiado, mi querida señorita, pues tiene usted lágrimas en los ojos y parece estar muy conmovida.

– ¡Oh! Cuando se toca á América… salto al punto…

XI

El castillo comenzaba á ser inhabitable, pues todo lo llenaban las costureras llegadas de París, cuyos graciosos trabajos ocupaban por completo los salones; diariamente recibíanse paquetes, y los criados no hacían más que ir y venir de Honfleur para recogerlos, y Roberto exclamaba:

– Pero ¿qué necesidad hay de tanto lujo para casarse? ¿Qué haremos en el viaje con treinta y seis cofres?..

– Este es mi departamento, señor novio, contestaba Edmunda. Los hombres no entienden nada en telas, y no les queda más remedio que reconocer su absoluta incapacidad y callarse humildemente, quejándose en secreto si con esto encuentran alivio.

– Ya me quejo, ya me quejo, contestó Roberto dolorosamente.

– He dicho «en secreto,» replicó severamente la novia.

Parecía que ya no quedaba allí lugar para la dueña del castillo; los enamorados lo invadían todo, y seguramente no necesitaban la presencia de Marta. Esta última se concentraba en sí misma, y nadie lo echaba de ver, excepto su tía, que desde su rincón miraba con frecuencia á la pobre joven atentamente, tratando de adivinar qué era lo que la entristecía en medio del contento general y por qué guardaba silencio cuando todos hablaban por los codos. Edmunda se contentaba con la sonrisa de su hermana mayor, sin ver que esta sonrisa era de tristeza. Muchas veces Marta se deslizaba ligeramente fuera del salón, sin que nadie notase su ausencia; entonces iba á recorrer, febril y agitada, las alamedas del parque ó bien retirábase á su gabinete.

Hizo pocos asientos en su diario, pues agradábale poco analizar el estado de su pobre corazón enfermo; pero un día sentóse á escribir.

10 *septiembre*

«Dentro de diez días se habrán casado, se marcharán y todo habrá concluído… Quisiera que fuese mañana mismo. ¿Tendré valor para llegar hasta el fin sin descubrirme, ó acabarán por leer en mi rostro pálido y contraído todo lo que sufro? Me he mirado al espejo, y veo que estoy muy cambiada, singularmente envejecida; yo, á quien siempre se suponía más joven de lo que soy, parezco tener ahora más de treinta años. ¿Y quién lo echa de ver?.. La buena tía se atormenta y es la única que se aflige? «¿Qué tienes, mi pequeña Marta? (para ella soy siempre «pequeña Marta»). – Nada, querida tía Aurelia, un poco de fatiga y nada más. No estoy acostumbrada al ruido, á esas continuas visitas, porque soy contemplativa; pero cuando volvamos á estar solas tú y yo, ya verás cómo recobro mi buen aspecto.» Mi tía murmuró: «El hecho es que esa niña lo llena todo; diríase que la encantadora Edmunda es la que nos recibe, permitiéndonos que nos sentemos á su mesa. ¿Y sigues queriendo con tanta locura á tu hermana? – Creo que la amo más que nunca, porque la veo feliz. Sus defectos no son más que exteriores. ¡Si supieras que zalamera es por la noche cuando estamos solas en nuestro gabinete! – ¡Sí, cuando no tiene otra cosa mejor que hacer!..

»Mi tía ha sido siempre injusta para con Edmunda, y nada la reconcilia con ella, ni aun ahora, cuando es objeto de la adoración de todos y de la mía en primer lugar.

»Cierto es, sin embargo, que tiene algo de invasora. Cuando le dije, apenas llegó, que pensaba invitar á varios amigos para que estuviese más distraída, frunció el ceño y díjome con un tono tan singular: «¡Me basto sola,» que no pude menos de reirme y acabé por no hacer las invitaciones. En efecto, ella sería suficiente por sí sola para llenar el país de ruido, de locuras y de alegría…

»Mientras escribo tristemente, el murmullo de sus dos voces llega hasta mí. Son felices, deliciosamente felices; Roberto olvida sus trabajos, sus ambiciones, sin cuidarse de su porvenir; ama, y este amor llena su vida. ¡Y él había creído amarme… él tomaba por amor un tranquilo é incoloro sentimiento!.. Aún tiemblo al pensar que este otro amor, el verdadero, hubiera podido extinguirle, anonadarle después de nuestro matrimonio. Al hacer esta reflexión todo me parece bien, no me quejo ya, y pienso sin terror en la melancolía de los largos años de soledad que me esperan en lo futuro, pues ahora no me casaré nunca. Sería demasiado triste, porque no sabría amar ya, porque he amado, porque ¡ay de mí!.. bien puedo decirlo ahora puesto que nadie verá mi confesión, aún amo, y más apasionadamente que antes… ¡Todo cuanto pido es que jamás, jamás pueda nadie sospechar la verdad!..

»Noto en Roberto, á pesar en su locura de amor, un estado raro, de marcada inquietud; diríase que le acosa el temor de que la felicidad se le escape; él quisiera apresurar los preparativos, señalar un día más próximo; y veo en esto algo más que la impaciencia natural del novio. Más de una vez ha hablado de la especie de curiosidad malévola que inspira y que no puede comprender. Tal vez sea la envidia de los pobres y de los campesinos, exitada por el lujo de ese enlace, que es el acontecimiento del día… Lo cierto es que yo también, aunque muy amada en el país, me resiento un poco de ese malestar de que Roberto habla; es una cosa que no se define, pero que se siente muy bien.

»Roberto tiene otra razón para desear la marcha lo más pronto posible, y es la necesidad de alejar á su esposa de los indiscretos. Durante años se le consideró como mi futuro marido y se ha tardado mucho tiempo en comprender que mi aversión al matrimonio no era fingida. Roberto teme que un débil eco de la verdad llegue á oídos de Edmunda; sabe muy bien que ni su madre ni yo la revelaremos; pero teme que se nos escape no sé cómo. Esto degenera en él en manía, complicada con un sentimiento extraño, que no es vergüenza, porque siempre obró con lealtad, pero que se le parece bastante. Y lo raro es que esa semivergüenza no se produzca por el hecho de haberse alejado de mí, sino que se deba más bien á la circunstancia de que haya podido pensar en casarse con otra mujer que con su radiante Edmunda…

»Porque mi hermanita se la echa un poco de celosa, lo cual encanta á Roberto. La otra tarde, después de comer, estábamos sentados junto á la chimenea y yo había encendido uno de esos grandes fuegos que tanto alegran á Edmunda, cuando ésta me dijo á quemarropa:

– »Marta, tú que conoces á Roberto desde su infancia, me dirás la verdad sobre lo que voy á preguntarte.

– »¿No te la dice él?

– »El hombre se cree con derecho á mentir en ciertos casos. Ya comprenderás; yo no he amado á nadie sino á él; todavía no he cumplido diez y nueve años, Roberto es el primero que encontré en mi camino, y en él he pensado al punto; mas Roberto… tiene treinta y ha visto muchas mujeres antes de encontrarme á mí…

– »Es probable, contesté yo sonriendo; en París se codea uno mucho con ellas, y hasta es posible que Roberto haya hablado con señoras en algún salón de vez en cuando y también con señoritas.

– »Ya sabes que no es eso lo que quiero decir. Puede haber tenido aventuras... Vamos, no frunzas el ceño... Bien sabido es que los hombres han corrido todos lo que ellos llaman aventuras y alcanzado triunfos. Esto me sería igual, puesto que él jura que jamás amó verdaderamente á ninguna otra más que á mí; pero sí me desagradaría mucho, por ejemplo, que hubiese pensado en casarse con otra. ¿Ha sido novio alguna vez, di?

»Yo comprendía que al resplandor de la llama mi rostro debía expresar la mayor angustia.

»Y también adivinaba que los ojos de Roberto fijaban en mí una mirada suplicante. Hice un esfuerzo y conseguí sonreir de nuevo.

– »Dudo mucho, repuse, que Roberto haya sido nunca prometido. Sé que desde que fué mayor de edad, su madre soñaba en buscar para él una mujer ideal; y una vez encontrada ésta, como siempre hemos sido muy buenas amigas, es más que probable que yo lo hubiera sabido la primera.

– »Pero seguramente debió pensar en ti entonces...

»¡Ah! ¡Qué cruel... qué cruel!.. ¿Cómo he tenido valor para contestarle tranquilamente? ¿Cómo no he perdido el conocimiento bajo las miradas de los dos?

»Parecíame oir una voz que llegaba desde lejos, muy lejos, y sin embargo, obligué á mis labios á que sonrieran.

– »Es muy probable, contesté; pero los niños que se crían juntos, en cierto modo como hermano y hermana, rara vez llegan á casarse...

»Satisfecha Edmunda, habíase levantado para volver al fuego un leño caído, y al acercarse para ayudarla, Roberto me estrechó la mano furtivamente con mucha emoción y muy agradecido, y me aparté en seguida del círculo de luz. Iban á servirnos el te.

»Roberto cambió bruscamente de conversación.

– »¿Saben ustedes, dijo, que somos en el país asunto de interminables chismes? No puedo ir á ninguna parte sin que todo el mundo se vuelva para mirarme, y las mujeres salen á las puertas de las casas para seguirme con los ojos.

– »A nosotras también, dijo Edmunda; no creía que los normandos fueran tan curiosos.

– »A mí me irrita eso, continuó Roberto, tanto que el otro día me volví para decir á un campesino: «¿Por qué me mira usted de ese modo? – ¡Diantre!, caballero, porque usted se casa y está loco de alegría, según dicen. – Y cuando os casáis vosotros, ¿lleváis por ventura luto en el corazón? – ¡Oh! Nosotros no hacemos tanto ruido como los ricos cuando tomamos mujer. Por otra parte, ha tenido usted la gran suerte de que el capitán fuese asesinado tan á punto para dejar el campo libre. – Esa muerte, por el contrario, repuse yo, me ha causado el mayor pesar…» El hombre se volvió sonriendo con expresión de sarcasmo. A fe mía, pensé un momento, que estaba á punto de acusarme de asesino…

»Juan entraba con la bandeja en las manos; ha tropezado ó bien estaba muy conmovido, no sé cuál de las dos cosas, porque las tazas se han tambaleado, y no sin gran esfuerzo ha conseguido colocar la bandeja sobre la mesa. Cuando le pregunté qué tenía, me contestó: «Nada, señorita, nada; un ligero desvanecimiento que me da muy á menudo.» Estaba muy pálido y salió cogiéndose á los muebles. Los otros, que no habían observado nada, continuaban la conversación alrededor del fuego, y oí á la tía Aurelia decir mientras dejaba su labor á un lado para tomar una taza de te:

– »Dígame usted, Roberto, ¿por qué no fué usted aquel famoso jueves á casa de la señora Robinsón?

– »¡Sí!, exclamó Edmunda, yo también quisiera saber por qué.

– »Estaba indispuesto, celoso, de mal humor.

– »¿Y qué hizo usted aquel día para distraerse?

»Roberto, visiblemente inquieto, me dirigió una mirada suplicante, mas yo no podía prestarle ningún auxilio.

– »Ha pasado ya mucho tiempo desde entonces, replicó Roberto. ¿Cómo quie-

ren ustedes que lo recuerde?.. Creo que fuí á pasear al bosque, como lo hago con frecuencia, sobre todo cuando estoy de mal humor...

– »Saltando por la ventana del gabinete, ¿no es verdad?, añadió Edmunda sonriendo.

– »Es probable; no recuerdo ya...

»Roberto se acercó á mí junto á la mesa, y observé que su mano temblaba; hícele una señal para que tomara asiento, y dí el te á mi tía, la cual miraba al novio de una manera singular.

– »¿Qué hay, tía Aurelia?, pregunté.

– »Nada, hija mía. Solamente siento que Roberto tenga tan poca memoria. Esta falta debe entorpecerle mucho en sus trabajos de historiador...

»Sí, entre nuestros aldeanos la curiosidad excitada por el próximo matrimonio es más bien una curiosidad malévola .. ¡Dios sabe por qué!.. Nuestros vecinos, en cambio, parece que tratan de redoblar sus atenciones con nosotras y nos agobian con fiestas. Esta es una nueva fase de la guerra de los castillos y de las cabañas.

»Hemos aceptado comidas y reuniones de toda especie á unas dos leguas á la redonda, y no ha sido este el menor de mis fastidios: he debido poner buena cara, aparentar que me felicitaba del casamiento de Edmunda, soportar por parte de más de uno cierto aire de compasión, horriblemente penoso para mí; y creo haber sido valerosa; mas si el esfuerzo se prolongase demasiado, temo que mi valor cedería, porque las fuerzas humanas tienen sus límites.

»No tenemos ningún pariente próximo que pueda acompañar á Edmunda hasta el altar; su tutor elude esta honra; y como entre él y su pupila no hubo nunca más que una marcada antipatía, hace bien en sustraerse al compromiso. En su consecuencia me dirigí á nuestro vecino y antiguo amigo el marqués de San Pedro, que al punto se prestó á representar ese papel de padre; pero como es de edad avanzada, no le agrada mucho salir de su rincón. Ayer convidó á los novios á una comida de etiqueta, á la que habían sido invitados todos los nobles que viven en las inmediaciones. Nuestro nombre plebeyo sonaba mal entre aquellos títulos pomposos; pero en cambio la belleza de Edmunda eclipsó á todas aquellas damas, poco agraciadas en general, y fué la primera entre todas, no sólo por ser la novia, sino por derecho de conquista, gracias á su hermosura. ¡Y qué orgulloso de ella parecía estar Roberto!..

»El marqués ha sido siempre muy bueno para mí, tratándome con una mezcla de cortesía que revela todavía los usos del antiguo régimen y con paternal benevolencia, pues recuerda que sirvió de testigo en el casamiento de mi madre. Después de la comida vino á sentarse junto á mí.

– »¿Sabe usted, querida Marta, díjome, que me ha complacido particularmente que se haya dirigido á mí en esta ocasión?

– »Siempre ha sido usted la bondad personificada, señor marqués, y jamás vacilé en pedirle un favor, aun á riesgo de ocasionarle una molestia.

– »Dar el brazo á una joven muy linda no puede ser molestia... Hubiera preferido, sin embargo, conducir á usted ante el altar, Marta; y por momentos imagínome que su difunta madre condena desde su tumba mi proceder... En fin, no hablemos más de esto. Usted ha querido adoptar á esa joven como hermana, y solamente bajo tal título está aquí; pero de otra cosa me proponía hablar á usted. Mi nombre, antiguo y por demás conocido nombre en el país, impondrá silencio á los malévolos...

– »¿Qué malévolos? ¿Qué hay contra nosotros?..

»Me ha parecido que el marqués se embrollaba un poco al hablarme del rumor promovido sobre este matrimonio; el lujo ostentado ha merecido severa crítica sin duda; y como yo mirase al marqués, buscando la verdadera significación de sus palabras, cambió bruscamente de conversación y tomó mi mano con cariñoso ademán.

– »Y ahora, querida niña, díjome, permítame usted hablarle como antiguo amigo, como padre. No le ocultaré que muchas veces la señora de Ancel y yo habíamos hablado de su esperanza, largo tiempo acariciada, de llamar á usted hija. Pero usted se ha opuesto, ha temido el matrimonio... ó qué sé yo. En fin, la cosa no se ha hecho, y por el pronto la señora de Ancel parece muy resignada...

– »Más que resignada, marqués, puesto que aprueba el matrimonio de su hijo con Edmunda, y me conserva como amiga. Soy una vecina muy conveniente en el campo para los días de lluvia.

»A pesar mío, lo que yo quise decir como una broma, encerraba cierta amargura. Me costó un gran esfuerzo ahogar un sollozo, mi antiguo amigo movió la cabeza con expresión de descontento y me pareció desorientado.

– Esas palabras me suenan en falso, Marta, repuso. ¡Ah! ¡Cuánto me alegraría que fuera usted franca y sincera como en el pasado! Escúcheme usted; es preciso que se case.

– »¡Jamás!

– »Sin embargo, la mujer debe casarse...

– »Así lo dice mi tía; es un deber social y republicano; pero yo no veo la necesidad de ello, pues siempre habrá bastantes que cumplan con esa obligación.

– »Tengo para usted un partido excelente.

– »Querido marqués, comprenderá usted que, no queriendo yo esposo, no aceptaré «partido» ninguno. ¡Si usted supiera qué horror me inspira esa palabra! Es preciso resignarse; yo no me casaré, no me casaré nunca. Será falta de valor, pesimismo, todo lo que usted quiera, pero es una repugnancia invencible en mí.

– »¡No puede ser, no puede ser!.. Usted ha amado ya y sufrido...

– »¡Ah! Le suplico á usted que no propague esta especie, pues bastantes circulan ya. Si yo quiero ser soltera, á nadie perjudico con esto.

– »En mi tiempo, cuando una joven no quería casarse era porque deseaba entrar en el convento.

– »Le aseguro á usted, repuse, que si tuviera vocación religiosa no vacilaría un instante. Por desgracia carezco de ella...

»¡Ah! Qué indecibles tormentos son para mí todas esas conversaciones, todas esas miradas de personas que adivinan á medias la verdad!..

»¡Cuánto daría porque se hubiese consumado ya el sacrificio! Cuando Roberto sea esposo de Edmunda y por lo tanto mi verdadero hermano, toda esa tempestad se calmará seguramente. Me conozco muy bien; hasta entonces, cada latido de este pobre corazón martirizado será un impulso de amor... ¡Si él pudiese adivinar que en este momento le aman dos mujeres!.. ¡Si le fuese dado saber que la que le ama profunda, tierna y dolorosamente no es aquella á quien dentro de diez días dará el nombre de esposa!..»

XII

La pequeña iglesia de Valfleuri, donde Roberto y Edmunda debían casarse, hallábase en una profunda hondonada, por donde cruzaba un arroyo con pretensiones de torrente; el pueblo, de gracioso aspecto y revelando prosperidad, componíase principalmente de granjas, y protegíale la sombra del castillo del marqués de San Pedro, mole imponente, de color gris y un poco sombría situada en medio de magníficos jardines.

La iglesia, aunque minúscula y muy sencilla, era sin embargo pura de formas y graciosa por sus proporciones, y hasta su pórtico parecía tener alguna pretensión de estilo gótico; mas lo que le daba principalmente renombre era su adorno, ó mejor dicho, su revestimiento de hiedra, cuyos retoños, fuertes y muy numerosos, habían invadido casi todo el edificio. En este país abunda mucho la hiedra; trepa por las ramas más altas de las hayas y de las encinas, enlazándose traidoramente en sus troncos; se arrastra por tierra formando espesa y magnífica alfombra, siendo á la vez que adorno un perjuicio; pero la iglesia de Valfleuri es un centro predilecto, y en ninguna parte se muestra tan tenaz ni florece con tanta insolencia. Miles de aves viven entre aquella verdura, y la misma iglesia parece un inmenso nido, bien cerrado y abrigado.

El cura no habría tocado aquella hiedra por nada en el mundo; inspirábale cierta superstición y estaba orgulloso de ella. El Señor se había encargado de adornar aquella humilde iglesia de pueblo, y Dios sabía muy bien lo que hacía. Ninguna iglesia de los alrededores podía envanecerse de tener semejante decorado.

En la mañana del gran día, el cura, muy afanoso, dirigió por sí mismo los trabajos del sacristán. Un matrimonio como aquel no era cosa de todos los días, y se hacía preciso honrarle. Del castillo llevaron plantas verdes y cestos de flores para el altar; y el señor cura, levantándose la sotana y descontento del mal gusto de su ayudante, arregló por sí los grandes ramos y las masas de verdudura que tenía á su disposición.

– ¡Qué lástima que Marta no haya podido adornar ella misma el altar! Las mujeres, inferiores desde tantos puntos de vista, tienen genio para los ramos y las flores...

Estas palabras, de una galantería completamente eclesiástica, no se dirigían á nadie en particular y expresaban más bien los apuros del sacerdote, que no se reconocía á la altura de las circunstancias; pero fueron recogidas por Francisca, el ama del cura, mujer algo tiránica y que miraba á su amo, durante su ocupación, con cierto aire desdeñoso.

– ¡Bah, señor cura, dijo, las pobres mujeres á quienes tanto le agrada usted poner en su lugar, como usted dice, se vengan bien! ¡Quisiera saber qué haría el señor cura si hubiese quien le dirigiera un poquito!

– No he querido ofender á usted, mi buena Francisca; hablaba conmigo mismo. Esos ramos no me parecen dispuestos con mucha regularidad. ¿Qué opina usted?

– Para lo que han de mirarlos, creo que ya están bien. Tengo una vaga idea de que ese lucido matrimonio no se efectuará.

El cura, sobrecogido de un temblor nervioso, bajó tropezando los dos escalones del altar, y dijo casi en voz baja:

– ¿Ha sabido usted algo, Francisca? ¿Hay algo nuevo?..

– Yo no sé á punto fijo lo que hay; pero seguramente hay algo. El tahonero me ha dicho, al volver de Villerville, que todo el pueblo está agitado, y que en la playa no se hace más que hablar otra vez de... lo que usted sabe.

– Yo creía, sin embargo, que desde hace algunas semanas se habían desvanecido por sí mismas esas abominables calumnias. ¡Pensar que no se puede nada contra rumores que están como en el aire, así como no es posible contener al viento en su carrera!

– De todos modos, es muy extraño, murmuró Francisca, que en el castillo no sospechen nada. Yo, en lugar de usted, señor cura...

– Sí, hubiera usted ido á introducir la perturbación en medio de la alegría... No; yo estoy persuadido de que ese rumor se desvanecerá como ha venido, sin causa; y de consiguiente, ¿por qué he de ocasionar una pena profunda á personas inocentes? Todos comprenden que les rodea una sorda malevolencia, mas no adivinan la causa. Solamente la señora Despois me parece estar al corriente; pero ella calla, y yo hago lo mismo.

Sin embargo, aunque se callase, el buen cura experimentaba cierto malestar; iba y venía, mirando al cielo, que aunque nublado entonces, dejaba ver acá y allá algún espacio azul, un cielo sereno de una mañana de septiembre; contemplaba al pueblo que parecía dormido, pues casi toda la gente estaba en los campos: nada se veía aún, nada absolutamente.

Entonces el cura trató de concentrarse. El discurso que había preparado no le agradaba del todo; y él también se decía, como Marta en el castillo mientras vestía con sus manos á la novia: «¡Con tal que todo vaya bien!.. ¡Cuánto daría por verlo ya todo concluído!»

Las once daban en el antiguo reloj; el sol, atravesando la bruma de otoño, iluminaba el cortejo nupcial, que llegaba con rara puntualidad. El pueblo no dormitaba ahora: hasta los trabajadores habían vuelto de los campos; las mujeres y los niños se empujaban, y los ancianos, en el umbral de las puertas, poníanse las huesosas manos sobre los ojos para ver mejor.

En la iglesia misma habíale costado al sacristán no pocos esfuerzos guardar el número necesario de sillas para las personas que acompañaban á los novios. De los alrededores, así de lejos como de cerca, había llegado mucha gente, y en las tabernas de los pueblos y en los patios de las granjas oíase la misma frase. «¡De todos modos, es preciso que veamos eso!»

Desde el fondo del coche Marta había notado ya en las inmediaciones del pueblo la presencia de aquella multitud inesperada, llamándole la atención cierta cosa hostil, un murmullo mal ahogado y miradas burlonas. Al doloroso estupor en que vivía hacía algún tiempo y que la obligaba á obrar maquinalmente, mezclóse entonces una angustia indecible, y en aquel instante comprendió, ó más bien sospechó, que toda aquella gente acusaba á Roberto de un crimen abominable, por el cual había conquistado á Edmunda, librándose del rival aborrecido que se la disputó... Marta vió esto en las miradas burlonas y maliciosas de los envidiosos campesinos.

La buena señora de Ancel, poco observadora por naturaleza, exclamó al ver aquella multitud:

(Continuará)

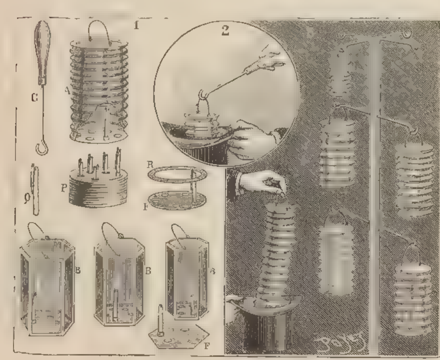


LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

UNA ILUMINACIÓN EN UN SOMBRERO

Hacer salir de un sombrero seis faroles de papel encendidos, luego otro farol, de papel también, de un metro de largo y por último seis faroles de cristal con sus bujías encendidas, tal es el experimento que representa nuestro grabado.

Los faroles A (fig. 1) se componen de un disco superior R recortado en una hoja delgada de metal, del cilindro de papel de color que todo el mundo conoce y de un fondo F de cinc con seis pequeños agujeros dispuestos circularmente á igual distancia unos de otros. A uno de estos agujeros va soldado un tubo metálico de diámetro un poco más estrecho, destinado á sostener la bujía, que no es otra cosa que una cerilla Q á la que se aplica, después de haberla ablandado con el calor de la mano, un fósforo de cera. Los faroles de papel están colocados unos encima de otros, de manera que las pequeñas bujías y los tubos metálicos encajen en los agujeros de los que están puestos encima, formando en conjunto un paquete P que el prestidigitador introduce en el sombrero por uno de los varios medios para ello conocidos.



La iluminación en un sombrero

Prestidigitadores hay que para ahorrarse esta pequeña dificultad persiguen con un pretexto cualquiera, y llevando el sombrero en la mano, á su ayudante ó secretario hasta dentro de los bastidores, y una vez allí, libres de las indiscretas miradas del público, llenan el sombrero con toda comodidad. Estas astucias demasiado burdas sólo pueden emplearse cuando se trabaja delante de gente estúpida ó poco menos.

Después de haber sacado del sombrero varios objetos, el prestidigitador dice de repente que hay fuego en él; quiere introducir en él la mano, pero no se atreve por miedo de quemarse y pide un ganchito con el cual va sacando uno tras otro los faroles (fig. 2) que luego coloca en un colgador (fig. 3).

El extremo del ganchito había sido previamente calentado, de modo que á su contacto se han inflamado los fósforos de los dos faroles superiores; antes de retirar el segundo de éstos se inclina la bujía hacia el tercero para que á su vez se encienda, y así sucesivamente.

En los faroles de cristal B (fig. 1) la disposición del fondo es la misma que en los de papel, pero aquéllos se introducen uno dentro de otro, y á fin de que los espectadores no vean que son de distinto tamaño, lo que sucedería si los veían juntos, son retirados de la escena á medida que se les saca del sombrero, en el cual han sido introducidos del modo siguiente: colocados uno dentro de otro é inclinados oblicuamente en la mesita auxiliar que hay detrás de la mesa, el prestidigitador los ha cogido introduciendo en ellos el dedo medio, mientras el sombrero, que aguantan el pulgar y el índice teniéndolo apoyado sobre la mesa, ha ocultado la operación. Este procedimiento es el mismo que se emplea para el experimento del nacimiento de las flores que explicamos en el número 568.

El experimento de la iluminación en un sombrero es muy entretenido, y cuando se ejecuta bien produce gran efecto en los espectadores.

LA EDAD DEL COBRE

M. Berthelot ha aplicado el análisis químico á la solución de un problema de arqueología: habiendo recibido de M. Heuzey un fragmento de cobre hallado por M. de Sarzec en unas excavaciones practicadas en Mesopotamia, ha determinado exactamente la composición de ese metal. Hay una circunstancia que hace que su trabajo sea muy interesante desde el punto de vista arqueológico; á saber: que puede afirmarse, teniendo en cuenta el lugar en donde se encuentran las sustracciones de donde se ha sacado este fragmento, que éste es antiquísimo, más que Babilonia y que la famosa estela de los buitres de Caldea.

Esto sentado, este análisis puede servir para aclarar un punto importante de la historia de la humanidad, y es el siguiente: ¿Existió en los tiempos prehistóricos una edad de cobre anterior á la de bronce que subsistía aún en los tiempos de los héroes de Homero? El mineral de cobre se reduce fácilmente por el carbón, de modo que es muy natural que haya sido conocido mucho tiempo antes que el hierro. Pero en el bronce entra estaño y éste se halla casi exclusivamente localizado en la península de Malacca, en las islas de la Sonda y en Cornuailles; de manera que el empleo de este metal por los griegos demuestra que éstos hubieron de emprender largas navegaciones ó larguísimos viajes por tierra, manifestaciones irrefutables de una actividad comercial que no se sospechaba en aquel pueblo.

La muestra analizada por M. Berthelot no contenía estaño ni cinc y apenas algunos residuos de plomo y de arsénico: el aire y el agua habían oxidado toda la masa y se presentaba como un subóxido ó una mezcla de protóxido y de cobre metálico. Monsieur Berthelot recuerda en esta ocasión que se dedicó á investigaciones del mismo género sobre un fragmento de cetro de un Faraón, que reinó en Egipto unos 3.500 años antes de Jesucristo y que en él no encontró estaño.

En suma, habría que practicar un gran número de análisis de este género para sacar de ellos una deducción exacta, pero desde ahora puede decirse que es probable que la edad de cobre haya existido.

***

VARIEDAD DE LA LATITUD GEOGRÁFICA

Esta cuestión que hace muchos años se viene agitando ha sido reproducida recientemente en varios observatorios por excitación de la Asociación geodésica internacional.

Observaciones comparativas hechas desde 1889 con el mayor cuidado y por los más diversos procedimientos en los observatorios de Berlín, Potsdam, Poulkoya, Praga y Estrassburgo, han demostrado en todas partes la existencia de una variación en la latitud, en un período algo mayor que el período anual, variación cuya amplitud total es aproximadamente de medio segundo de arco.

La distancia en longitud entre estos diferentes observatorios impedía atribuir estas variaciones á causas puramente locales y parecía demostrar la existencia de una oscilación periódica del eje de rotación de la tierra, pero faltaba hacer la prueba de ello. A este efecto la Asociación geodésica internacional, de acuerdo con el *Coast and Geodetic Survey*, de los Estados Unidos, ha organizado una expedición astronómica á las islas Sandwich para estudiar el fenómeno en una longitud que difiere aproximadamente doce horas de las de las estaciones europeas del mismo hemisferio, pero en una latitud y en unas condiciones climatológicas completamente distintas de las que se presentan en Europa. Los resultados obtenidos en Honolulu por M. Marcuse, de Berlín, jefe de esta expedición, han sido comunicadas durante el pasado otoño en Bruselas con ocasión de la reunión de la Conferencia de la Asociación geodésica internacional.

Las observaciones comenzaron en mayo de 1891 y han durado hasta mayo de 1892: las variaciones de latitud de Honolulu se ha visto que concordaban perfectamente con las que se han observado durante el mismo período en Europa, pero en sentido contrario, según se había creído poder presumir. La amplitud durante este último período ha sido un poco mayor del medio segundo y la duración del período es algo mayor de un año. De ello resulta que los polos, durante este tiempo, se mueven unos 20 metros en la superficie de la tierra.

Este hecho está, pues, comprobado, pero no podrá conocerse exactamente la duración del período de variación hasta que se habrán hecho observaciones en un lapso de tiempo mayor y superior á la duración de las observaciones exactas no comenzadas hasta 1889.

***

FÍSICA RECREATIVA

LA PRESTIDIGITACIÓN EXPLICADA

MULTIPLICACIÓN DE MONEDAS

Se hacen con frecuencia en prestidigitación juegos sencillísimos y que parecen pueriles tan luego como se sabe en qué consisten, pero que al ejecutarlos producen mucho efecto y causan á los espectadores más sorpresa que otros juegos ingeniosos y complicados. Así sucede con el de «la multiplicación de monedas.»

En una bandeja rectangular de latón ó hierro brillante, de aspecto parecido á las que se venden á peseta en los bazares y tiendas de quincalla, se ponen siete monedas (fig. 1). Se ruega á un espectador que reciba en sus manos juntas este dinero, y que vuelva á poner las monedas en la bandeja, una á una y contándolas en alta voz; entonces se ve que su número ha duplicado y que hay catorce en vez de siete; si se repite la operación, da por resultado veintiuna monedas.

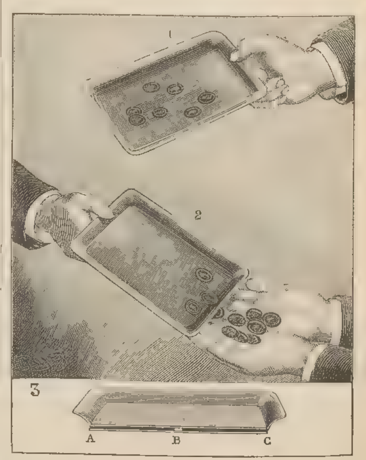
Expliquemos en qué consiste esto.

Debajo de la bandeja, que se representa cortada longitudinalmente en la fig. 3, hay un doble fondo que forma un espacio vacío, un poco más alto que el grueso de una moneda y dividido en dos partes iguales por un travesaño B; las dos divisiones ó compartimientos están cerrados alrededor, quedando sin embargo una pequeña abertura ó rendija igual al doble del diámetro de las monedas, y que se ha practicado en A y en B, en medio de los lados más cortos de la bandeja. En el doble fondo hay catorce monedas, siete á cada lado.

Cuando se echa en manos de un espectador el contenido de la bandeja, las monedas ocultas en uno de los compartimientos caen al mismo tiempo (fig. 2). El prestidigitador se pasa en seguida la bandeja de una mano á otra, cogiéndola naturalmente así por el lado en que ahora se encuentra el compartimiento vacío, con lo cual se consigue que las siete monedas que quedaban encerradas en el doble fondo vayan á reunirse con las primeras, cuando éstas se echan rápidamente por segunda vez en manos del espectador.

Con una bandeja cuadrada cuyo doble fondo estuviera dividido en cuatro compartimientos mediante travesaños puestos en línea diagonal de un ángulo á otro, se podría aumentar otras tantas veces el número de monedas.

Digamos, sin embargo, que los prestidigitadores hábiles prescinden del doble fondo; tienen las monedas, ora debajo de la bandeja con los dedos extendidos, ora sobre ella sujetándolas con el pulgar, y renuevan muchas veces la provisión sacándolas alternativamente de alguno de los bolsillos secretos dispuestos con arte en varios sitios de su levita donde los espectadores no puedan sospechar siquiera que hay tales bolsillos.



Multiplicación de monedas

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.



Muestra de los grabados de la obra – Audiciones telefónicas teatrales

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Corazón (Diario de un niño), *por Edmundo de Amicis*, traducido por *D. H. Giner de los Ríos*. – Nada hemos de decir de esa hermosa obra del famoso escritor italiano: se han hecho de ella centenares de ediciones en los principales idiomas. De la edición española que acaba de publicar el conocido editor de Madrid D. Manuel Fernández Lasanta queda hecho el mejor elogio, respecto del texto, consignando que la traducción es del reputado literato D. Hermenegildo Giner de los Ríos, y en cuanto á las condiciones materiales, diciendo que lleva lindísimas ilustraciones de los primeros dibujantes italianos y que el libro es, en suma, digno de la colección que publica el Sr. Fernández Lasanta. *Corazón* se vende en las principales librerías al precio de 4 pesetas.

Novísimo arte práctico de cocina perfeccionada, confitería, repostería, etc., *por D. José A. Jiménez y Fornes*. – Este libro además de las materias indicadas contiene un tratado de la fabricación de licores, multitud de secretos de diferentes oficios, reglas para el lavado y planchado de ropas y encajes, recetas contra varias enfermedades muy comunes en las familias, avisos sobre el cultivo y propiedades de varias flores y hierbas medicinales, secretos para la cría de aves de corral y reglas para conocer los fenómenos atmosféricos: este ligero sumario demuestra la utilidad de la obra que formando un tomito de 370 páginas ha sido publicada en Valencia por D. Pascual Aguilar y se vende en las principales librerías al precio de una peseta.



Medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, acuñada en Buenos Aires por los Sres. Gottuzzo y Terrarossa

Estudios críticos, *por Emilio Zola*. – Interesante libro, muy bien impreso y correctamente traducido, en el cual se estudian con todo detenimiento el estado actual de la crítica, de la poesía y del arte contemporáneos. Los artículos dedicados á Dumas y Taine son de primer orden, y el libro todo, digno del ilustre novelista francés. Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

Don Quijote de la Mancha. – Hemos recibido los cuadernos 21 á 38 de la edición de la imperecedera obra de Cervantes que publica D. Ceferino Gorchs.

El marqués de Girasol, *por Félix Puig y Cárdenas*. – Constituye esta novela el tercer episodio de *Los amores en la Habana*, interesante y bien escrita como los dos anteriores de que oportunamente nos ocupamos. Ha sido editada por D. Manuel de Armas y Sánchez, Calzada del Monte, 366, Habana.

Los naturalistas españoles en América, *por D. Salvador Calderón*. – Tal fué el tema del discurso pronunciado en el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla al inaugurarse el curso de 1892 á 1893 por el presidente del mismo y catedrático de Historia natural Sr. Calderón, quien ha dado pruebas en su desarrollo de profundos conocimientos, de gran erudición y de ser al propio tiempo un escritor castizo y elegante.

Arabescos (conatos literarios), *por Arturo A. Jiménez*. – Nuestros lectores recordarán sin duda un bonito artículo titulado *Blanco y rojo* que hace algún tiempo publicamos: su autor, el distinguido escritor uruguayo D. Arturo A. Jiménez, ha reunido recientemente en un tomo una colección de novelitas interesantísimas y muy bien escritas cuya lectura cautiva y entretiene. El libro se ha impreso en Montevideo, imprenta de la Nación, calle 25 de mayo, 146 á 150.

La España Moderna. – El último número de esta importante revista que publica en Madrid D. José Lázaro contiene interesantes artículos de Balzac, Merimée, Shakespeare, Mouton, Loti, Richepin, Tolstoy, Coppée, Daudet, Caro, Altamira, Campoamor, Fernández Duro, Barrantes, Castelar y Villegas. Suscríbese en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y la Administración envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito.

La Nueva Ciencia Jurídica. – Contiene en su último número *La libertad del querer*, por Carnavale; *Los delitos de sangre y los delitos contra la propiedad*, por César Silió; *El delito colectivo*, por Concepción Arenal; *Los regicidas españoles*, por R. Salillas; *Causas y remedios del duelo*, por G. Tarde. – Los pedidos á la Admón., Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1893 — NÚM. 582

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN NEGRA, cuadro de Pablo Quinsac



CRÓNICA DE ARTE

Silencio profundo, marasmo inmenso, algo como somnolencia de un organismo debilitado por escenas de actividad ó por luchas intelectuales gigantescas, superiores á su potencia psico-física, tal es el estado del arte español en estos días.

A las batallas de todo género libradas en el año de 1892, sucedió mortal quietud. Maltrechas las huestes tradicionalistas, rendidas las que combatieron enfrente de la tradición, casi fracasado el esfuerzo hecho para romper lanzas en el palenque del último certamen internacional de Bellas Artes, las gentes artísticas miran recelosas las probabilidades de una lucha nueva. Los vencidos temen á otra derrota, los vencedores no cuentan con alientos suficientes para tentar de nuevo la victoria, desamparados como hoy se encuentran de poderosas fuerzas que lidiaron por ellos con denuedo. Tal, repito, es en la apariencia el estado del arte español. Pero en el fondo, allá en la intimidad de las colectividades y personalidades beligerantes, es otra cosa. Las luchas son más encarnizadas que nunca. No se trata tan sólo de defender lo que cada cual tiene ó pretende tener entre las uñas; se trata de acaparar prestigios á costa de prestigios, de imponer criterios á roso y belloso, de rematarse en fin, no apoyándose ¡ay! en ideas y obras, sino en razones de disputa y en orgullos de particulares, no de artistas.

Cuando todavía resuenan los chasquidos del látigo con que la opinión pública y la crítica les fustigó; cuando el imperio de una decadencia cuyo fin no se adivina, les anula; cuando amenazan los bárbaros civilizados arrollar por entero el arte latino, disputándole el puesto que por tantos y tantos siglos ocupó en el alto concepto de la vida espiritual; cuando se litiga en las naciones cultas en favor de la independencia de las manifestaciones artísticas oponiendo el individualismo á las metafísicas doctrinales de todo género de escuelas, aquí disputan esos artistas empecatados que tan mal lo hicieron en el reciente torneo las escasas y últimas prerrogativas que todavía prestan galvánica vida á corporaciones muertas ya, ante la cultura y los ideales nuevos, tratando de alzarse ellos con otro poder y con otra autoridad, imponiéndose por la audacia, no por el valer propio.

Pero no es la culpa toda de esas gentes, es... ¡cuán terrible y cansado repetirlo! de nuestros gobernantes, de nuestros ministros de Fomento, los cuales, distanciados por completo del medio artístico, sin criterio alguno, obran empíricamente y caen al cabo en lo absurdo. Tal fué la Real orden dictada para elegir tribunal que excogitase las obras de pintura y escultura habrán de figurar en la Exposición colombina de Chicago.

En honor de la verdad, debo decir que gran número, la mayor parte de los artistas que figuran como socios del círculo de Bellas Artes, tuvieron la honra, con tan mal acuerdo dispensada á aquella sociedad por el Sr. Moret, encargándole del espinoso cometido de admitir ó rechazar cuadros y estatuas, como honor perfectamente perjudicial y además ajeno al espíritu de una asociación cuyo fin es el de aunar voluntades y atraer artistas, único medio de hacer mercado en Madrid. Sin embargo, prevaleció el criterio de unos cuantos deslumbrados por el honor recibido y... se rechazaron obras de Muñoz Degrain, del maestro que cuenta medallas de oro en mayor número que de bronce todos los individuos del tribunal artístico; del paisista recientemente laureado con primer premio Morera, de ¡qué sé yo cuántos otros! El descontento se acentuó; hubo una reunión magna y allí estallaron como bombas los improperios... La academia de San Fernando por su parte, según me manifestaron varios académicos, dirigió un oficio al ministro de Fomento, pues el jurado libre eligió ó pretendió elegir – que esto todavía no está en claro – las obras del Museo Nacional que debían remitirse á los Estados Unidos, y á estas alturas no sabe nadie, excepción hecha de ciertas personas, si se anula lo hecho ó si al cabo prevalece.

Otra lucha sorda es la que, á propósito de ciertos tiquismiquis oficinescos, se le está haciendo al escultor Querol, con motivo del dictamen emitido por la Academia respecto del modelo definitivo del frontón de la nueva Biblioteca. Yo, que he leído dicho documento, puedo afirmar que á vuelta de censuras, los inmortales del arte reconocen grandes méritos en la obra del escultor tortosino y concluyen diciendo: «Con las reformas que crea convenientes el autor, la obra puede reproducirse en el mármol.» En vano he tratado de explicarme las detenciones que está sufriendo el expediente en Fomento y el insistente rumor de un absurdo que no me atrevo á estampar. Quizá en el próximo artículo dé noticias interesantísimas respecto de esto y del final que haya tenido para entonces la batalla primera. Será otra *Crónica*. Me figuro, por los barruntos, algo estupendo, algo que serán platos rotos pagados por el arte y el buen sentido. ¡Ojalá me equivoque!

Y á todo esto, los modelos en yeso de las estatuas decorativas de la Biblioteca allí están, sufriendo á la intemperie los desgastes y roturas naturales de la liviana materia de que están hechas; y los artistas esperando pacientemente á que se resuelva el Estado á cumplir el compromiso con ellos contraído, devolviéndoles esos modelos para reproducirlos en mármol y cobrar sus estipendios. ¿Cuándo será eso? Por las trazas me figuro que aún tardará el día.

* * *

Querol, á pesar de los contratiempos que le proporciona el frontón, trabaja – valga el vulgarismo – como un descosido. Además del infinito número de bustos-retratos que hizo y hace, prepárase á reproducir en mármol el relieve titulado: «San Francisco de Asís curando á los leprosos;» está dando los últimos toques de palillo al modelo á todo el tamaño del monumento que en la Habana habrá de erigirse á los bomberos muertos en memorable incendio; terminó otro grupo que le encargó la República mexicana, en el cual representa al P. Las Casas amparando á unos indios, y en estos días se ocupaba también en el boceto de una estatua de Colón para la República de Santo Domingo, si no recuerdo mal. Estos dos trabajos que cito últimamente no pasan de la categoría de bocetos, aun cuando bastante detallados.

Al hablar de Querol viénese á la memoria el nombre de mi querido amigo el insigne escultor Mariano Benlliure. De este artista contará pronto la villa y corte una nueva estatua; la de María Cristina, cuyo pedestal está casi terminado. Alzase frente al nuevo edificio de la Academia de la Lengua, al museo y parque de artillería y al restaurado *Casón* hoy museo de reproducciones. Si viviera la última mujer de Fernando VII no se quejaría de la compañía ni del artista que le cupo en suerte eternizarla en el mármol. No fueron tan felices el gran Cervantes ni el inmortal Velázquez.

Otra estatua se erigirá pronto en Santiago de Galicia á un prelado, al cual hizo célebre la fundación que en favor de sus innumerables parientes instituyó al morir. Me refiero al prelado Figueroa. Por si algunos de mis lectores ignoran los fines de la mencionada fundación, diré: Inmensamente rico el arzobispo Figueroa (gallego) dispuso que las rentas de su capital se empleasen en dotar á las jóvenes de su parentela y en costear carreras á los hombres. La administración de los caudales corre á cargo de un consejo – también de individuos de la familia. – Esta fundación cuenta, si no estoy equivocado, cerca de un siglo de existencia.

Los *figueristas* agradecidos tratan de erigirle una estatua, y el escultor que realiza la obra es también figuerista y no desconocido ciertamente de los lectores de LA ILUSTRACIÓN. Llámase Vidal y Castro: la capital aragonesa ostenta una escultura de este artista, la estatua de *Lanuza*.

Hace pocos días vi el modelo de la de que vengo ocupándome. Sobre un pedestal del Renacimiento, sumamente sencillo, yérguese la figura del purpurado, vistiendo el amplio traje litúrgico de seda y en actitud de entregar los documentos de la fundación, los cuales tiene en la mano derecha; en la izquierda llevará un libro. El principal escollo, á mi entender, con que tiene que luchar el artista es puramente psíquico. En la parte plástica la abundancia y ampulosidad de los paños, en el modelo discretamente (1) interpretados, simplifica las dificultades, que ante las otras son de menor cuantía. Corre el riesgo el Sr. Vidal, si no estudia con amor el personaje, de que éste resulte por lo menos frío y sin carácter.

Pronto tendrá España – si como espero no se enfría el entusiasmo – la gloria de elevar una estatua á una escritora ilustre, poco conocida de su patria, pero admirada y acatada como autoridad indiscutible en materias penales en toda Europa. Me refiero á mi ilustre paisana Concepción Arenal. Será, pues, la primera efigie que contemos de una mujer que alcanza la perdurable gloria sin haber sido reina ni estar canonizada y tan sólo por los méritos de su genio.

Si de algo vale mi opinión, la estatua debe ser sedente. Hay dos razones para sostener este parecer mío: la primera, puramente estética; la segunda, de carácter simbólico. Estética porque vistiendo como vistió siempre la ilustre autora de *Cartas á un señor* modestísimamente, no podrá el escultor ofrecer una silueta artística, elegante, ni caracterizar como debe ser caracterizada la eximia escritora. Dada la indumentaria femenina de la clase media, en su aspecto vulgar, esto es, una falda lisa y un jubón ó cuerpo, aun cuando éste sea ancho, ofrecería la estatua la silueta de un cono mal trazado, y vestir la efigie con traje de gran cola y abrigo ampuloso, además de quitarle carácter á la figura, trasunto fiel de la pensadora ilustre, pronto las variantes de la indumentaria femenina harían ridícula la estatua. Porque en esto del vestido mujeril, solamente ciertas y determinadas épocas históricas lograron el triunfo del arte amalgamándole con el carácter de las sociedades; resultando que, para rehuir el escollo dicho del ridículo, el artista – ejemplo, Benlliure en la estatua mencionada de María Cristina – recurrió al histórico manto, el cual envuelve en sus grandes pliegues la figura. La razón segunda, ó sea la que yo digo simbólica, es también importantísima á mi juicio. Representando sentada á la gran publicista, además de quedar á salvo la estética, da idea del reposo necesario al pensador, rodeándole de un ambiente de quietud aparente, plástica, y ofrece medios al artista para determinar la característica de la estatuada por medio de la expresión del rostro y de algún objeto apropiado que *componga*, y perdónenme el uso de este barbarismo técnico.

* * *

Mi querido amigo el antiguo escritor y periodista, Director general de Administración de Filipinas y discípulo que fué del maestro Casado, Angel Avilés, ingresó el domingo 6 del actual en la Academia de San Fernando como individuo de número de aquel cuerpo consultivo. Su discurso de recepción, que *versa* (puesto que está impreso) acerca de la *acuarela*, es modelo de oraciones por la galanura del lenguaje y por la frescura y espontaneidad de su estructura; parece una «acuarela,» así como su hermosa obra *El Retrato* es un cuadro al óleo, castizo y serio. Al recabar para el procedimiento que ensalza la gloria de haber aportado la luz á la pintura moderna, dice así: «La acuarela ante todo y sobre todo es luz. Y ¿será preciso, señores académicos, hablar aquí de la suprema importancia que en las artes del diseño, en la pintura especialmente, tiene la luz? Mejor que yo lo sabéis vosotros, y admirablemente lo ha dicho un legislador de la estética, el profundo Hegel. En la escultura y la arquitectura – escribe – hácense visibles las formas mediante la luz externa; en la pintura, por el contrario, la materia, obscura por sí misma, tiene en su seno el elemento interno, su ideal: la luz.

»Los divinos resplandores que en las artes plásticas y gráficas constituyen el alma y la vida, influyen también, aunque por concepto más sujetivo, en la poesía misma. Recordad, si no la invocación grandilocuente con que Milton abre el libro III de su incomparable poema *¡Salve, sagrada luz, hija primogénita del cielo, destello inmortal del eterno Ser!*

»Pues bien, señores: yo entiendo y creo firmemente que, por su historia y sus condiciones, la *acuarela* ha sido para la pintura un esplendoroso *fiat lux!*»

* * *

Mañana, 14 de febrero, tendré la satisfacción de estrechar la mano del infortunado autor del *Expoliarium*.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 13 de febrero de 1893.

(1) Perdóneme el eminente crítico *Clarín* si á pesar de la filípica que indirectamente me endilgó con motivo del número extraordinario de *El Liberal* dedicado á la Exposición de Bellas Artes, sigo creyendo que hay obras *discretas*.



EXPOSICIÓN AMERICANA. - SECCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS. - EXPEDICIÓN HEMENWAY (de fotografía del Sr. Compañy)

EXPOSICIÓN AMERICANA EN MADRID

LA EXPEDICIÓN HEMENWAY EN LAS SALAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

La última de las salas de la Exposición norte-americana ha sido dedicada exclusivamente á los objetos procedentes de las investigaciones hechas entre los pueblos Ho-pi, merced al generoso desprendimiento de una ilustre dama de Boston, la señora Mary Hemenway, que hace años dedica su capital y sus esfuerzos al estudio de aquella casi extinguida raza occidental del Arizona.

Es la *última* de las salas, por su situación en el palacio de Recoletos; pero no lo es ciertamente por la importancia de los objetos que contiene, pues en ella mejor que en otra alguna pueden estudiarse en su completa plenitud los caracteres arqueológicos y etnográficos de los Ho-pi, los indios más primitivos y sedentarios que actualmente habitan la parte meridional de los Estados Unidos, limítrofe á la República mexicana.

La Comisaría americana, única que hasta la fecha ha completado y dado á luz los catálogos parciales de todas sus instalaciones, ha dedicado un extenso cuaderno á la expedición Hemenway, explicando primero las razas que investiga y los territorios en que tienen asiento. La patria de estos indios Ho-pi es casi el desierto. Habitan la provincia de Tusayán, situada en la parte Nordeste del moderno territorio del Arizona, junto al gran cañón del Colorado. Descubrieron esta región los primitivos conquistadores de México, y de ella tenemos algunas descripciones en los relatos de las antiguas crónicas españolas. La provincia forma una extensa llanura, elevada cerca de siete mil pies sobre el nivel del mar, de terreno árido y estéril, surcada por cañones y cubierta de mesetas que cortan profundos precipicios. Los ríos de la comarca muestran en verano sus secos cauces, pero en invierno se convierten en impetuosos torrentes, merced á las fuertes lluvias de la estación. La vegetación es pobre, y escasa es, por lo tanto, la vida en la región que no recorren los bisontes y que sólo sustenta á algunos lobos, zorras y conejos.

Estas condiciones de existencia han limitado el desarrollo de la raza Ho pi, pues sólo cuenta ahora unos dos mil individuos, distribuídos en siete pueblos que edificaron en las cumbres de las mesas. Son curiosos sus nombres: se llaman Wal-pi, Si-tcum-o-vi, Te-wa, Mi-coñ-in-o-vi, Ci-mo-pa-vi, Ci-pau-lo-vi y Orai-bé. Sus edificios son de piedra, y algunos tienen tres y cuatro pisos, que se comunican por medio de escaleras de mano.

Esta raza india conserva su antigua religión, formada por un extenso panteón de dioses y héroes, pero sin tener ningún dios superior á sus compañeros. Sus divinidades pertenecen á órdenes distintos aunque tengan uniforme jerarquía, siendo las más consideradas la nube de agua, el sol, las estrellas, la superficie de la tierra y el dios germen. La gran serpiente cubierta de plumas es entre aquellos indios un ser de gran importancia, como veremos luego.

A aquellos altos riscos llegaron también las creencias cristianas, importadas por nuestros misioneros desde la época de los albores de la conquista. Y la lucha religiosa se encendió en la comarca y ha dejado ésta llena de ruinas. Uno de los pueblos antiguos, llamado A-wa-to-bi, es decir, *sitio alto de la multitud,* recibió en su seno á los apóstoles de Jesús y vió á sus hijos convertirse á la nueva fe. La ciudad era rica, floreciente y poderosa, tanto que en época de la conquista, el capitán Vargas hubo de enviar á ella fuerzas muy numerosas para combatirla. Sin embargo, en los decadentes días del siglo XVII los indios de las demás poblaciones se sublevaron contra los renegados de su fe, despeñaron á los misioneros cristianos desde lo alto de las mesetas á los abismos sin fondo de sus precipicios y atacaron, rindieron y destruyeron por completo á la ciudad apóstata.

Desde entonces nadie ha molestado á los Ho-pi en el pacífico ejercicio de su culto. Sencillos y sobrios, no aceptan ni practican la poligamia y tienen por la mujer el respeto que infunde la igualdad de clase. A las mujeres, que no se venden y que son las compañeras del hombre, pertenece la propiedad de las casas y de los muebles y utensilios que encierran: ellas fabrican los objetos de barro, tejen los cestos y toman parte en las faenas del campo. Los hombres se distinguen por su carácter industrioso, inteligente y religioso. Todos ejercen algún sacerdocio, están afiliados á alguna cofradía ó tienen la iniciación en algún misterio santo. Su religión está constituída por un complicado sistema de ceremonias y ritos que se repiten sin parecerse, ya que varían en cada uno de los meses del año. Nueve días al mes se consagran á estas prácticas religiosas, iniciadas en el secreto de los santuarios *Kib-vas* donde los mortales no penetran, y concluídas en los bailes públicos á que todos se entregan con singular regocijo.

Sumariamente descrita la raza india revelada en esta parte de la Exposición, vamos á ocuparnos de los objetos que llenan su sala. Ascienden éstos á 468, además de algunos sueltos y de las 57 fotografías instaladas en la vitrina central.

El número 1 es un triste recuerdo de las misiones cristianas de Tusayán: consiste en un fragmento de la campana de la iglesia de A-wa-to-bi, incendiada en el año 1700 y reducida hoy á informe masa de ruinas.

La industria de los Ho-pi está representada por varios objetos. Bajo el número 3 figura una colección de leznas de hueso, cuchillos y agujas, que datan de dos ó tres siglos y debían servir para hacer tejidos. En el número 6 se ven unos palos encorvados, tallados en ángulo muy abierto, que arrojados con cierto arte adquieren gran velocidad: sirven para cazar conejos, y bien demuestran su objeto las pinturas negras que algunos tienen, representando á conejos corriendo. Instrumentos parecidos tenían los antiguos egipcios para cazar las gacelas, chacales y otros animales que vivían en los confines del desierto. Las cacerías de conejos se organizan entre los Ho-pi con gran solemnidad, y aún parecen revestir cierto carácter religioso, pues al regresar los expedicionarios á sus hogares con el producto de la caza, adornan á los conejos, y después de salpicarlos con harina les cortan una parte del cuerpo para echarla al fuego. En el número 9 hay también una colección de flechas empleadas para la caza.

Aquí figuran todos los objetos necesarios á la vida de los indios. Vese la *manta de las ceremonias,* tejida con algodón y adornada con figuras, que nunca falta entre los regalos de boda que el marido hace á la desposada; las cestas embreadas que sirven para llevar alimentos ó agua de un punto á otro; los zapatos de varias clases, entre los cuales se ve un par hecho con piel de gato multicolor *(felis concolor);* las cucharas de cuerno de cabra montesa, y cien otros utensilios que llenan las sencillas necesidades del indio y de su hogar.

Más importante es la colección de objetos religiogiosos, de útiles destinados al culto ó empleados en las infantiles ceremonias sagradas del pueblo Ho-pi. Los productos del suelo tienen gran representación en estas ceremonias: así el tabaco, que se fuma en pipa, simboliza con las nubes de humo que despide la ofrenda hecha á los dioses de la lluvia, siempre que haya sido encendido en la lumbre del altar ó en la mecha *pi-lan-ko-ku* cuando se celebra la fiesta de la luna de diciembre. Las tablillas de sauce llamadas *paho* y polvoreadas con harina forman la ofrenda dedicada á todos los dioses de los cuatro puntos car-

dinales, que se deposita en los altares al marcharse los dioses después de las fiestas de la luna de agosto; y si el *paho* es encorvado, se ofrece al rayo, que en opinión de aquellos indios fertiliza la tierra y engendra la vida. La mazorca es considerada como hembra de la serpiente y atrae las nubes á la tierra para fertilizarla con la lluvia. La harina, consagrada por medio de ciertas fórmulas, es eficaz preservativo contra las mordeduras de las serpientes venenosas y culebras que los sacerdotes van á buscar para sus ritos. La flor del girasol adorna la cabeza de las vírgenes en el *katcina* ó baile del maíz, simbólico del crecimiento de las cosechas.

Los animales desempeñan también funciones muy trascendentales en aquellos ritos. A la gran serpiente se consagra un baile en el cnal aparece el reptil cubierto de plumas y dibujos simbólicos de patas de ganso y de rana, y en torno suyo danzan los sacerdotes, envueltos en mística manta de algodón, adornados los brazos con aros de metal, cubierta de plumas la cabeza, en la cintura una piel de mamífero y en bandolera otra tira de piel de gamo con el antídoto que preserva de mordeduras venenosas. Esta gran serpiente simboliza un antiguo héroe que, guiado por el sol, visitó el interior de la tierra, y en su honor se celebra cada dos años el baile antes mencionado, llamado *Manazanti*, que dura nueve días y nueve noches, tomando parte en él dos hermandades de sacerdotes, la de la serpiente y la del antílope. Durante siete días las ceremonias de la danza se celebran secretamente en uno de los subterráneos de los templos llamados *Kib-vas*, y en ella los indios se dedican á coger culebras venenosas, que bañan luego, y á preparar el antídoto contra sus mordeduras. En el noveno día los celebrantes aparecen en público, llevando dentro de la boca culebras vivas, que luego sueltan en los campos. Todas estas ceremonias se celebran en nuestros días con el mismo fausto y aun añadiré con idéntica fe que en los días anteriores al descubrimiento colombino.

La zorra presta su piel á cuantos toman parte en los bailes religiosos. Otro de estos bailes se celebra en honor de la mariposa, símbolo también del sol, de las nubes y de la cosecha del maíz. Las conchas de las tortugas, las pezuñas de las ovejas y los colmillos de varias fieras tienen entre los indios Ho-pi casi idéntico significado que en los pueblos asiáticos de credo budístico, es decir, sirven de adorno y de amuleto preservativo de muchas enfermedades.

Desde el número 63 hasta el 102 de esta curiosa colección se exhiben una serie de muñecos, adornados con simbólicos trajes y peinados, que permiten en muchos de ellos reconocer á los dioses del panteón Ho-pi, y en otros ver á los personajes que concurren á las ceremonias religiosas. Estos muñecos, hechos con raíces de algodonero, son regalados á las niñas en la fiesta de la *Nimán* ó despedida. Cúbrenlos á veces pieles de zorra, y están pintados con los colores representativos de los cuatro puntos cardinales, ó sean el ocre amarillo, el rojo, el verde y el blanco. Describiré los que creo más importantes.

La *Salikoma* es el ser que proporciona las semillas á los indios. Se la supone mujer de *Salikò*, el que inicia á los jóvenes en las prácticas del sacerdocio, y tiene en la cabeza un peinado en forma de escalera para significar las nubes, y alrededor de la boca varias líneas curvas que representan el arco iris.

Saliko es también el dios del maíz, y está representado por un gigante, adornándose con el manto de boda recamado de mariposas, dos cuernos en la cabeza y una corona de plumas de águila.

El *Talaviqpiki* es el dios del rayo, bien comprensible con el haz de relámpagos que lleva en cada mano.

El *Sió Humis* es otro dios del maíz verde, cuya fiesta se celebra en los meses de julio y agosto. Esta divinidad no es propia de los indios Ho-pi, habiendo sido introducida en su panteón por los de Tusayán, quienes á su vez la tomaron de Zuñi.

Varios muñecos representan á los llamados *sacerdotes glotones*, ministros de carácter indefinido que cuentan larga existencia en aquel rito y que parecen consagrados exclusivamente al culto de los vicios. Ejercen en secreto prácticas inmorales, y en las fiestas públicas se presentan ebrios, comiendo con exceso y divirtiendo al pueblo, que los desprecia é insulta.

Finalmente, la expedición Hemenway de que nos estamos ocupando exhibe en varias vitrinas los productos de la cerámica de los indios Ho-pi y de Tusayán. En sus muestras se ven productos antiguos y modernos: todos están fabricados á mano y revelan escaso arte, que aún va en decadencia en nuestros días. Comprenden, como puede suponerse, los utensilios diversos que el uso doméstico requiere, y sólo se ven algunas formas de vasos y jarros para el servicio de los altares.

EDUARDO TODA

SUEÑOS QUE MATAN

Los marqueses de Vallefloriado son felices; todo lo felices que se puede ser en esta vida misérrima. Y no es caso raro ni extraño el de su felicidad, sino natural y lógico.

Pertenecientes á una de las estirpes más linajudas de la aristocracia española, unidos ya por vínculos de parentesco y profesándose afecto mutuo, quisieron, cuando estaban en las lindes de la edad madura, unirse también por el lazo del matrimonio, y la bendición de un sacerdote ató aquellas dos voluntades y fundió en una sola aquellas dos almas.

La juventud con sus explosiones de entusiasmo, con sus arrebatos y sus perspectivas risueñas, con su actividad de fiebre, su mariposeo incesante y sus anhelos insaciables, había pasado para ellos rápida y dichosa, como pasa la brillante aurora de un día sereno, dejando primero en el horizonte ráfagas de fuego, y más tarde en el alma un recuerdo lleno de poesía y encanto que va borrándose, borrándose y se desvanece al fin en una noche preñada de misterios y lobregueces.

Desde el comienzo de su vida marital vivieron en paz y en sosiego perpetuos, siendo su hogar honrado templo de todas las virtudes.

Conservaban ambos la fe tradicional de sus abuelos, y eran dichosos en aquel paraíso sin serpiente de la calle Mayor, donde tenían su palacio.

A veces, horas y horas permanecían el uno al lado del otro; las pequeñas manos de la marquesa, suaves como la seda, entre las de su marido; ambos callados y mirándose, mirándose con afán, con codicia, como si en aquella mirada larga, insistente, pusieran toda su alma y concentraran toda su vida.

Pasaron algunos años sin que nada alterara la existencia dulce y tranquila de estos esposos, que se adoraban y que veían transcurrir el tiempo como si un sueño de color de rosa les embargara el espíritu. Pero llegó un día en que el vetusto palacio de Vallefloriado apareció transformado, rota la normalidad de su existencia monótona y pacífica.

Allá, en el interior del edificio, se oía el ir y venir apresurado de la servidumbre, un abrir y cerrar de puertas extraño.

El bullicio, el cuchichear por los rincones ó tras las ricas colgaduras de terciopelo de Utrech crecía de modo notorio al aproximarse á las habitaciones de la marquesa; y allí, el asombro de quien no estuviera en el secreto subía de punto al escuchar el llanto estridente y desgarrador de un niño recién nacido. Y este era el origen único de todo aquel trastorno, de la alteración de costumbres en la suntuosa vivienda.

La señora marquesa de Vallefloriado á los cuarenta y tres años había dado á luz una niña de carnecitas rosadas y suaves; y ¡oh misterios de la Naturaleza!, aquel ser, apenas nacido, ejercía ya una influencia decisiva en cuanto le rodeaba, y parecía que su advenimiento al mundo, su llegada á la vida, había traído para aquellos sombríos salones de techos altísimos y de paredes cubiertas de cuadros y de tapices antiguos un hálito de juventud, y que todo se remozaba como en una primavera espléndida, llena de flores y de gorjeos de pájaros.

Pálida con una palidez mate, presa de dulces languideces el cuerpo y el espíritu de visiones rientes, cerrándole los ojos invencible somnolencia, la feliz marquesa reposaba en el lujosísimo lecho de la conyugal alcoba.

El marqués, que bañaba sus sonrisas en llanto, gozoso y henchida de placer el alma, iba sin tino de un sitio á otro, ora balbuceando solícitas frases de cariño al oído de su adorada mujer, ora mirando como en éxtasis, arrobado y venturoso, á la niña cuyo cuerpecito parecía formado con rosas y azucenas, al fruto de sus tardíos pero fecundos amores, que á veces rompía en lloriqueo ruidosísimo y á veces sonreía como los ángeles en el cielo.

Aquel vástago de aristocrática estirpe vino á hacer completa la felicidad del ya dichoso matrimonio; aquella flor nacida en un otoño plácido, aquel capullo de rosa brotando cuando ya los cierzos anuncian la proximidad del invierno, era un milagro de amor: ¡que el amor todo lo rejuvenece y hermosea!

* * *

El tiempo, cuando transcurre feliz pasa con rapidez grandísima, y cada año le parece al dichoso breve como una hora.

Los marqueses de Vallefloriado no se dieron cuenta de que el tiempo pasaba, hasta que el primer disgusto les despertó de aquel sueño venturoso en que vivían sumidos, volviéndoles á la realidad.

Lolita, su hija adorada, la niña hermosa que era todo su encanto y constituía todo su orgullo, estaba triste. ¡Horrible desgracia! Estando ella triste, ¿quién en aquella casa podía dejar de estarlo? Todos los habitantes del palacio no hacían más que reflejar en sus almas el estado de la de Lolita y en sus rostros la expresión del de la niña: no se ha visto jamás tiranía como la ejercida, sin quererlo y sin saberlo, por aquel ángel. Allí todos más que súbditos eran esclavos suyos; sus menores caprichos tenían la fuerza de un mandato imperioso; por el leve movimiento de sus labios ó la dirección de su mirada se hallaban acostumbrados á adivinar sus pensamientos y á anticiparse á sus deseos. Pero ahora estaba triste y todos se afanaban por saber la causa, el origen de aquella melancolía que nublaba el rostro bellísimo de Lolita, y ninguno lo conseguía; y, ¡cosa más rara!, su tristeza era interrumpida á veces por una alegría súbita que se desbordaba en carcajadas frescas y sonoras, como el agua de cristalina fuente al caer á borbotones en la taza de mármol: ¡y es que la naturaleza juvenil, que reclama las expansiones del entusiasmo y del placer, reprimida por la voluntad de la niña antojadiza, rompía al fin aquellos lutos que la envolvían y se presentaba deslumbradora, seguida de toda su brillante cohorte de risas, brincos y locuras, que son las flores lozanas y aromosas de esa bella primavera que, una vez pasada, no vuelve!

Los marqueses, atolondrados, no sabían qué hacer para distraer y divertir á Lolita; pero los esfuerzos del amor se estrellaban en la desdeñosa melancolía de la niña, á quien todo desagradaba. Sólo la complacía una cosa, la iglesia, y sólo volvían á su rostro la placidez y la alegría naturales á sus años las funciones religiosas.

Educada por aquella piadosa familia en el santo temor de Dios y sujeta á las prácticas cristianas, el templo había sido el sitio más frecuentado por Lolita, y al templo tenía afición incontrastable, al principio por un movimiento natural de su espíritu impresionable y de su temperamento nervioso hacia todo lo poético, después mediante lectura de libros sacros, guiada por la fe que henchía su corazón é iluminaba su alma. Esta predilección que fué creciendo llegó á constituir para la encantadora adolescente una verdadera necesidad, y no pasaba día sin que se la viera entrar muy de mañanita, acompañada del aya, en la iglesia de San Ginés y arrodillarse devotamente y oir misa con el mayor recogimiento. A la tenue claridad del templo, bajo las altas bóvedas, postrada junto á un obscuro pilar parecía una angélica figura arrancada á los lienzos de Murillo ó desprendida de uno de los retablos de nuestras catedrales. La luz escasa que penetraba por los vidrios de colores de las altas ojivas la bañaba en una claridad fantástica: su cabello de un dorado pálido, como el de las espigas de trigo en el mes de junio, le caía sobre la espalda en larguísimas trenzas: su rostro hermoso, con una hermosura dulce y cándida, presentaba la expresión del éxtasis: sus manos estaban cruzadas y las tenía junto al pecho, como si quisiera con aquel signo redentor cerrar las puertas de su corazón á todo lo malo y pecaminoso: sus labios, frescos y puros, se movían murmurando fervientes oraciones. ¡Admirable y piadosa niña!

. . . .

El dormitorio de Lolita y su *boudoir* exhalaban ese perfume de castidad y de inocencia que es el mayor atractivo de la niñez; todo en aquellas dos habitaciones respiraba alegría y juventud. Gran número de flores naturales en búcaros de porcelana aromaban el ambiente: el decorado, elegantísimo, era blanco, como símbolo de puzeza: nada faltaba allí de lo que el lujo y la moda imponen; pero había algo que, si bien pudiera creerse un adorno más, se hallaba colocado con tanto esmero, se notaba en la niña predilección tan grande hacia ello, que parecía ser el signo revelador de las propensiones incontrastables del espíritu de Lolita, la nota característica de sus gustos. Junto á la cama, sobre las mesas, en todas partes, con profusión extraña, se veían imágenes de Jesús crucificado ó de la Virgen, imágenes talladas primorosamente en madera ó mármol y que á la vez que objetos sagrados eran verdaderas joyas artísticas.

A pesar de advertir que la melancólica niña desechaba su tristeza al entrar en la iglesia, y que al salir, como si la hubiera dejado en la puerta, volvía á cubrir su faz divina con ella; á pesar de que no podía pasar inadvertida para nadie la piedad extremada de Lolita, que se pasaba las horas rezando al pie de un crucifijo de roble que junto á su lecho en la pared había, ni la servidumbre solícita ni los padres amantísimos lograban averiguar el origen de aquella sombra de dolor que velaba los claros ojos de la niña.

Una mañana muy tempranito, cuando todos dormían aún en la casa, la marquesa, que había pasado la noche en vela pensando en su hija, entró de pun-



SAN SEBASTIAN, copia del celebrado cuadro de G. Bazzi llamado «el Sodoma.»

Se conserva en la Galería degli Uffizi de Florencia

tillas, procurando no hacer ni el menor ruido, en el dormitorio de Lolita, que iluminado por las primeras luces rosadas del amanecer parecía fantástico camarín de hadas ó nido de celestiales amores. Se aproximó al lecho: dormía. La madre inclinó la cabeza y besó la serena frente de la niña; al leve roce de aquellos labios amorosos, Lolita entreabrió los soñolientos ojos, echó los blanquísimos y bien modelados brazos fuera de las sábanas y, después de desperezarse, sonrió á su madre. La marquesa volvió á besarla, desenredó con sus dedos el suelto cabello de la niña, que como cascada de oro caía sobre sus hombros de alabastro, y la dijo con voz que parecía una caricia:

– ¿Te sientes bien? ¿Te duele algo? ¿Estás contenta? ¡Dímelo, hija mía! ¿Tienes alguna pena, algún disgusto? A las madres se les debe decir todo, porque nadie como ellas saben sacrificarse por el bienestar de sus hijos y nadie como ellas pueden consolarlos si sufren.

– No tengo nada, mamá, nada: si estoy triste no puedo remediarlo.

Y los ojos de la niña se humedecieron y en sus pestañas titilaron algunas gotas de llanto.

– ¿Lloras? ¡Tonta! ¡Si es que te quiero mucho, y te veo triste y me aflige! Dime por qué, y verás cómo yo lo arreglo todo. Dios te manda no tener secretos para mí; y tú, que eres buena, no querrás que Dios te castigue.

Y cogiendo entre sus manos la rubia cabecita de su hija, la acarició besándola con transportes de amor infinito.

Lolita se quedó pensativa: su pecho virginal, cubierto por la fina camisa de batista, se alzaba en suaves ondulaciones.

Después de un silencio embarazoso, miró á su madre de una manera fija y resuelta y le dijo:

– ¿Prométes no enfadarte y hacer lo que yo quiera?

– Sí; pero explícate.

– Pues... ¡que deseo ser monja!

Ante una manifestación de esta especie, la marquesa, aturdida y llena de verdadero estupor, exclamó:

– ¿Estás loca? ¡Monja! Nada, decididamente tú has perdido la cabeza y no sabes lo que te dices.

– Sí, lo sé muy bien; deseo ser monja, consagrarme á Dios.

– Pero, muchacha, ¿ignoras lo que eso significa? Encerrarse en un convento entre las cuatro paredes de una celda estrecha, renunciar al mundo...

– Lo sé todo, lo sé todo y lo deseo: conozco que la voluntad del Señor me lleva al claustro, y que tengo verdadera vocación. Antes de decidirme lo he pensado mucho, mucho.

– Tú eres una niña alucinada, y no permitiremos ese sacrificio del que quizás te arrepintieras después.

Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Industrias artísticas, dibujo de J. L. Pellicer





Medalla de oro concedida á los expositores premiados con esta distinción en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, acuñada y vaciada por los Sres. Castells y Beristain

– ¡Pero, mamá!..

– Nada, nada: ¡no ha de ser!

Y la marquesa salió del dormitorio dejando á la niña confusa y acongojada.

Pasaron días y pasaron meses, y Lolita se abismaba en su tristeza sin que nadie consiguiera sacarla de ella.

Las rosas de sus frescas mejillas iban desapareciendo y su rostro poniéndose pálido como la cera.

Los marqueses, alarmados, llamaron al médico, quien dijo que á todo trance era necesario que la enfermita se fortaleciese, pues estaba muy débil, sumamente débil; mas ella, antojadiza y terca, se resistió á tomar los medicamentos y casi dejó de comer, pretextando desgana.

Los padres ya no podían equivocarse; sabían la causa de todo. Una noche, después de discutir mucho, decidieron permitir á Lolita que entrara en un convento; y ¡oh misterios del corazón!, el amor que antes les había impulsado á oponerse, les impulsaba ahora á consentir.

* * *

La celda se hallaba alumbrada por la luz amarilla de cuatro blandones, cuyas llamas, agitadas por el vientecillo que entraba por la ventana, se movían en inciertas oscilaciones, aumentando unas veces la sombra y otras ahuyentándola y desvaneciéndola con una fugacidad tal, que parecía algo así á modo de juego fantástico que fatigaba la vista y poblaba el espíritu de seres disformes.

En el suelo, en medio de aquellos cirios, en un ataúd blanco, vestida con el hábito de la Orden, yacía inerte, muda y rígida una joven hermosa: palidez violácea cubría su faz, que revelaba con elocuencia llena de horror las angustias postreras. Sus labios entreabiertos, secos y descoloridos, parecía que exhalaban una queja ó murmuraban una oración.

Junto al féretro rezaban, llorando á la vez, una señora anciana y una religiosa.

¡Cuadro tristísimo aquel cuadro! ¡Espantosa realidad la realidad de la muerte!

¡Desdichada Lolita: desdichada niña caída en los brazos de la muerte despiadada y cruel, cuyas caricias espantables y cuyos besos fríos habían helado la sangre en sus venas y apagado de un soplo la llama de su existencia!

Un año antes se la veía pasear por las solitarias galerías del convento, ocultando bajo la estameña del hábito las líneas armónicas de su cuerpo, las redondeces voluptuosas de su seno y de sus hombros. La blanca toca formaba un marco de espuma inmaculada á su rostro hermosísimo, y sus ojos, azules como el cielo y como él profundos, tenían una expresión de vaguedad infinita, que podía ser lo mismo reveladora de místicas abstracciones que de ensueños de virgen.

Ya no era la niña: ya el botón de rosa había abierto y mostraba su corola espléndida y aromaba el ambiente con sus esencias: ya la Naturaleza, rotas las ligaduras con que la adolescencia la sujetaba, aparecía lozana, exuberante, llena de atractivos y de gracias, con esa aureola luminosa y magnética que deslumbra los ojos y arrastra los corazones. Tras las naturales metamorfosis había aparecido la mariposa con sus alas de oro.

Hermosa, con hermosura de ángel, era Lolita allá en los días de su niñez, esbozadas apenas sus perfecciones y apenas diseñadas sus bellezas; pero más hermosa, con hermosura de diosa griega, era ahora, en toda la fuerza de la juventud.

Cuando la comunidad se recogía, dichos los últimos rezos, ella, encerrada en su celda, después de orar con fervorosa devoción arrodillada ante un crucifijo de talla, se despojaba del burdo sayal y se metía entre las sábanas blanquísimas del lecho. Parecía la púdica Venus saliendo de las espumas del mar.

Una noche hacía muchísimo frío: el viento azotaba los cristales de la ventana y la nieve blanqueba los desnudos árboles del huerto. Lolita se acostó tiritando y se arropó bien: el helor de las sábanas le hizo estremecerse al sentir su contacto; pero el cuerpo juvenil templó pronto el lecho, y la hermosa monja comenzó á sentir un calorcillo suave y grato. Estaba sin moverse, quietecita; y así, dulcemente, en aquella inmovilidad impuesta por el frío, empezó á dormirse: sus párpados fueron entornándose, entornándose, hasta quedar por completo cerrados. Ese crepúsculo espiritual que precede al sueño alumbró con tenues resplandores por breves instantes su ser, y quedó dormida.

¡Cuántos misterios ocultan y guardan en sus senos obscuros la noche y el silencio! ¿Por qué Lolita, apenas transcurrida una hora, principió á estremecerse y á suspirar? ¿Por qué unas veces gemía, y otras, á través de la sombra que envolvía la celda, se adivinaba una placentera sonrisa en sus labios de grana? ¡Soñaba!.. ¿Y quién sabe lo que soñaba? ¿Quién des-



SEPELIO DE MR. JAMES G. BLAINE EN EL CEMENTERIO DE OAK HILL (WÁSHINGTON)

cifra un ensueño, que á veces no es más que un girón de niebla, á veces el fugitivo desfile de la linterna mágica, y á veces... á veces ¡tantas otras cosas llenas de dicha ó de tristeza! ¡Arrullos de palomas, besos de ángeles, estremecimientos de placer, suspiros y quejas, soledad y frío!.. El misterio es impenetrable: los ensueños son las evaporaciones del espíritu, las ansias no cumplidas, las esperanzas deshechas, los amores sin objeto. Los ensueños lo son todo y no son nada. ¡Infeliz del que sueña! El desdichado en la realidad de la vida, encuentra los goces y la felicidad cuando duerme.

Al despertar Lolita sintió su cuerpo desfallecido: un enervamiento lánguido lo invadía; la cabeza le pesaba y le dolían las sienes: sus ojos tenían expresión extraña de melancolía asombradiza. Se salió del lecho y abrió la ventana; el sol inundó la celda; la nieve se había derretido á los besos amorosos del padre del día. La monja, medio desnuda, quedó junto á los cristales largo rato, pensativa, mirando al huerto; después se vistió apresuradamente y fué á reunirse con las otras religiosas que ya en el coro entonaban cánticos al Señor.

Desde aquel día, triste siempre, siempre con la hermosa cabeza caída sobre el pecho turgente como flor marchita que se inclina sobre su tallo, parecía un alma desterrada de su patria y que, en tierra extraña, no encuentra la alegría y la felicidad. En el oratorio, al pie de una imagen de la Virgen, con frecuencia se la veía rezando y gimiendo: sus labios murmuraban oraciones, las lágrimas corrían por su mustia y dolorida faz, y su pecho se alzaba henchido de sollozos que estallaban en su garganta produciendo un sonido lúgubre, como de música funeral.

Triste y enferma, abrasada por la fiebre, poblada el alma de vagos terrores, rebosando amargura su corazón, pasó aquellos meses eternos con la eternidad del dolor, hasta que una mañana de mayo, cuando la aurora brillaba en el cielo y las flores entreabrían sus cálices perfumados, y la vida latía en todas partes, y el aire cargado de aromas penetraba por la abierta ventana, y todo renacía y todo se mostraba alegre y risueño, como si la Naturaleza hubiera sido siempre joven y bella, Lolita, presa de crueles ansias y de angustias tremendas, luchaba en una larga agonía, y sus ojos ya sin luz, vidriados por la muerte, se cerraban para siempre, y su cuerpo, después de estremecerse por última vez, se quedaba inmóvil y yerto.

¡Contrastes de la Naturaleza, que en el alma dejáis regueros de sombra y en el rostro surcos de llanto, cuán hondos abismos encerráis en vuestros senos obscuros! ¡Sencilla y triste historia de la infeliz Lolita, cuán amarga enseñanza guardas!

¡Sueños que matan, sí: de esos fué aquel sueño de la pobre monja; y noche de horrores aquella noche siniestra en que el viento azotaba con furia los cristales de la ventana de la estrecha celda y la nieve cubría de blanco sudario los desnudos árboles del huerto!

JOSÉ DE ROURE

EN LAS MEJILLAS

La verdad, que algunas veces parece que el mesmo deseo de uno arregla las cosas.

Aún no hace media hora hallábame yo en el cuartel sentao á la puerta del cuarto de banderas pensando en aquella gracia y aquella sandunga que por todos lados tiene el cachillo de cielo, que porque las cosas andan del revés está sirviendo al teniente Pando y á la remilgaa de su esposa, cuando he aquí que en el propio momento en que yo pensaba de qué manera podría lograr el placer de volverla á ver y de quedarme extático oyendo la música de sus palabras, asoma los bigotes el mesmísimo señor coroné, y con aquella voz que parece la de un hombre que está metío en una tenaja me dice:

—¡Oiga usted, Requena!..

—A la orden de V. S., mi coroné, le digo yo levantando la mano hasta la altura de la frente.

—¿Ha visto usted al cabo Sarmiento?

—Sí que le he visto, mi coroné; por cierto que al probe le han salío tres flemones que le tienen un lado de la cara de la mesma figura y tamaño de una



MR. JAMES G. BLAINE, SECRETARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, EN SU LECHO DE MUERTE



¡OTRA MARGARITA!, cuadro de Joaquín Sorolla, premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



EXVOTO, cuadro de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



DÍA FELIZ, cuadro de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



EL SOMBRERO DE TRES PICOS, cuadro de José Carbonero. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)

sandía regular, y se ha ido á que le vea el facultativo.

– Siendo así, usted se encargará de hacer lo que iba á mandarle.

– Sí, señor, mi coroné.

– ¿Sabe usted dónde vive el teniente Pando?

– ¡Y cómo si lo sé, mi coroné!, dije yo con tanta alegría como aquel á quien le entregan la absoluta; Huertas, no sé qué número, pero conozgo prefetamente la casa. Es una asina de pequeñuela, con sólo dos barcones y un hojalatero al lado y una verdulera enfrente y una confitería más arriba y un zapatero remendón á la puerta...

– Bueno, me atajó el coroné: va á llegarse usted en seguida y á decir al teniente que tengo que hablarle.

– Está muy bien, mi coroné.

– Qué es un asunto del servicio.

– Está muy retebién, mi coroné.

– Que venga al instante.

– Está prefetísimamente bien, mi coroné.

Y caléme la gorra, enciendo un cigarrillo de los de á veinte la cajilla y me pongo en camino de la casa del teniente Pando.

Y ahora digo yo: vamos á ver, Francisco Requena, soldao de la cuarta del primero y ordenanza de banderas por enfermedad de Juanillo Moro, ya que se han cumplido tus deseos, ¿qué vas á decir á esa güena moza, cuando después de haber llamao á su puerta te la abre de par en par como si fueses cualsiquier presonaje?

Pues ahí tienes una cosa de que yo no sé ni pizca. Quizá me quedaré alelao mirando aquella gloria de cuerpo; quizá me dejarán mudo aquellos ojos gran dones, luceros del cielo de su cara; quizá se me irá el santo arriba y me pondré arrodillao delante de ella de igualita manera que si fuese una virgen colocada en su altar...

¿Y estará esto bien, soldao Requena, de la cuarta del primero? ¡Qué ha de estar, hombre, qué ha de estar!

Se reirá de ti y con sobrada razón; que no son del gusto de las mujeres los hombres miedosos que se quedan callaos y como acobardaos delante de ellas, sino aquellos otros que, cual convencidos de su propio valer, se les acercan, como verbo y gracias se acercarían á Mariquilla el cabo Sarmiento ó el sargento Márquez, si la suerte habría querido que fuese cualsiquiera de ellos y no tú quien de la moza se enamorara.

Y ¿cómo harían ellos, voto al chápiro verde, soldao Requena? ¡Pues mira que si han hecho cuanto ellos cuentan, poco tiene que adivinar! Súpitamente y á seguida que la puerta les fuese abierta echarían con la valentía del mundo los brazos al cuello de la muchacha; daríanle dos ó tres besos, y de esa manera tendrían explicao si no todo la mitad de lo que por ella sentían; porque verdaderamente, ¿qué mejor manera de manifestar el querer que tiene uno que un buen abrazo, fuerte hasta hacer perder el respiro, y dos ó tres besos que parezca que se quieren meter dentro de los carrillos de puro apretaos?

Paréceme á mí que naide que odiase á otro sería capaz de besarlo y estrecharlo de tal manera si no es ya que era otro Judas como aquel que le salió á Nuestro Señor; y siendo asina y siendo los besos y abrazos cosas tan buenas como que los padres se los dan á sus hijos y los hijos á sus padres, ¿qué mejor explicación, repito, de un cariño grande, grande como es el mío, que dos besos muy apretaos y dos abrazos más apretaos entavía?

Verdaderamente que ninguna, y tonto serás soldao Requena, de la cuarta del primero, si no obrases como en tu lugar obrarían ellos. ¿Por ventura no eres tú de la mesma madera que el cabo Sarmiento y el sargento Márquez? ¿Es que te falta el valor necesario?

De verdad que no, y aunque te faltase podrías remediarlo tomando un par de copas de lo fuerte que, al par que te entonasen el estógamo, te diesen fuerzas para llevar á feliz término tu empresa...

Y así pensando Francisco Requena, soldado de la cuarta del primero y ordenanza de banderas por enfermedad de Juanete Moro, siguió el camino hasta llegar á casa del teniente Pando.

Forzosamente y á pesar del valor que tan sin modestia en su monólogo se concedía (¡y quién sabe si sólo para entonar el *estógamo!*), hubo el soldado de hacer parada ó estación en una ó más tabernas donde á trueque de los cuarenta céntimos que por la mañana tenía, según me aseguró un compañero, le dieran algunas copas de ese licor infame que por aguar diente se expende; pues es lo cierto que cuando Francisco Requena, subidas las escaleras de aquella casa de la calle de las Huertas, cuyo número ignoraba, pero cuya topografía conocía tan bien, sonada la campanilla y abierta la puerta, haciendo lo que en su caso se figuraba habrían hecho el sargento Márquez y el cabo Sarmiento, se precipitó sobre quien le abría y le plantó dos besos, no conoció que era el mismísimo teniente quien los recibía.

Si no, ni se habría llevado las dos fenomenales bofetadas que con mano callosa y dura (que así las tenía Pando) le aplicaron en premio de sus caricias, ni habría tenido que pasar cerca de dos meses en el calabozo llorando su atrevimiento, ni finalmente hubiese gastado tanta saliva en vano, repitiendo para disminuir su falta que «los besos y los abrazos no son cosas tan malas cuando los padres se los dan á sus hijos y los hijos á sus padres como prueba del amor verdadero que se tienen.»

JOSÉ FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS



La Virgen negra, cuadro de Pablo Quinsac. Hay ciertos asuntos, tanto más difíciles de tratar hoy, cuanto que casi todos los pintores los han representado conformándose á la misma tradición; verdad es que muchos, contentándose con esta tradición, nos han legado obras maestras. Sin embargo, no puede censurarse que un artista rompa con ella ó ensanche por lo menos el reducido círculo de las interpretaciones y reproduzca con talento un tipo que habla mejor á su imaginación que todos los admitidos por sus predecesores. Basándose en un texto evidentemente simbólico del *Cantar de los Cantares: Negra sum, sed formosa,* Quinsac comprende á la Virgen María tostada por el sol de Palestina y vestida como todavía se visten las mujeres de aquel país legendario. En este cuadro, expuesto en el *Salón* del año pasado, el pintor ha roto con la tradición, y aunque no se participe en absoluto de su opinión, fuerza es convenir en que su obra demuestra profundos conocimientos en el dibujo y en el colorido.

* * *

San Sebastián, cuadro de J. A. Razzi, llamado «el Sodoma». – El renombrado autor de este busto que se conserva en la interesantísima Galería degli Uffizi de Florencia, ha representado al santo mártir cual verdadero tipo de la florida juventud, con mórbida y lozana encarnación, ondulante y larga cabellera y magníficos lineamientos. Traspasa su cuello una flecha, cuya herida le produce los espasmos de la agonía; de los abiertos ojos del mártir brotan ardientes lágrimas; la boca aparece abierta como si lanzara un ¡ay! causado por el dolor físico; pero una fe inmensa lo reprime y exalta al santo joven, el cual dirige su mirada al cielo, donde espera la palma del martirio. Es una cabeza sublime.

«El Sodoma,» que nació en Vercelli en 1479 y murió en 1554, hizo algunas pinturas en el Vaticano en tiempo de Julio II, pinturas que se borraron por no haber satisfecho á este pontífice, lo cual no obstó para que en su tiempo adquiriese bastante renombre como pintor religioso, renombre merecido en verdad, como lo prueba la cabeza que reproducimos en nuestro grabado, una flagelación de Cristo, que algunos prefieren á las figuras de Miguel Angel, y otras varias obras.

* * *

Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, dibujo de J. L. Pellicer. Tratándose de una Exposición de Industrias artísticas, lógico era que el diploma que se concediera á los expositores premiados fuese una gallarda manifestación artístico-industrial. Y preciso es confesar que á nadie podía confiarse su proyecto mejor que á nuestro querido amigo el eximio artista D. J. L. Pellicer, quien ha logrado dar á esa obra un carácter especialísimo que se ajusta por completo á la índole de la Exposición, cabiendo aplauso á los Sres. Sucesores de Narciso Ramírez por su inteligente interpretación, ya que resulta una bella fototipia que nada tiene que envidiar á los grabados de este género ejecutados en el extranjero.

* * *

Medalla de oro concedida á los expositores premiados con esta distinción en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, acuñada y nielada por los Sres. Castells y Beristain. – Hasta ahora las medallas otorgadas como premio en las exposiciones y certámenes distinguíanse única y exclusivamente por la belleza de su alegórica composición ó por la habilidad del artífice que había grabado los troqueles; pero nadie había parado mientes que podía ser al propio tiempo, en lo que respecta á nuestra patria, una manifestación genuina de la industria española. Esta que pudiéramos titular omisión la ha subsanado con laudable acierto la Junta organizadora de la Exposición de Industrias artísticas, acordando que las medallas concedidas á los expositores premiados ostenten sobre el anverso un precioso nielado, ejecutado por el Sr. Beristain sobre el bronce, ya en oro ó plata, según haya sido la recompensa otorgada.

La que reproducimos representa la medalla de oro, ó sea la de primera clase, concedida á los editores Sres. Montaner y Simón por la bella impresión de las numerosas obras que expusieron, que constituyen el extenso catálogo de la casa editorial.

* * *

Sepelio de Mr Blaine en el cementerio de Oak Hill (Wáshington). – Mr. James Blaine en el lecho de muerte. – Oportunamente dimos cuenta en una de nuestras anteriores *Misceláneas* del fallecimiento de Mr. Blaine, secretario de Estado de los Estados Unidos de América y uno de los hombres que más han influído en la política de la gran República norteamericana en los últimos quince años. Como todos los grandes hombres que defienden ideas extremas, contaba con partidarios entusiastas y adversarios decididos; pero el número de aquéllos era infinitamente superior al de éstos, y aun los que combatían al hombre público admiraban su talento, respetaban sus convicciones y se sentían atraídos por las relevantes cualidades del carácter de aquel político que tantos servicios prestó á su patria y cuyo nombre ocupará un puesto glorioso en la historia del pueblo americano.

Las simpatías de que gozaba Mr. Blaine se demostraron elocuentemente con motivo de su entierro, al cual concurrieron el presidente de la República, todo el gabinete, los magistrados del Tribunal Supremo, los altos empleados del Congreso y todo el cuerpo diplomático y que presenció una multitud inmensa, representación de todas las clases sociales, que se agolpaba en las calles de Wáshington para contemplar el paso de la fúnebre comitiva.

Formaban parte de ésta los individuos de la familia de míster Blaine, excepción hecha de su viuda, que abatida por el terrible golpe sufrido con la pérdida del esposo, no pudo abandonar su casa. Las coronas y ramos de flores enviadas por los amigos y admiradores del difunto fueron tantas que hubo necesidad de colocarlas en cinco carruajes.

Llegada la comitiva al cementerio de Oak Hill, el ataúd fué conducido hasta la sepultura en donde el Dr. Hamilton, rodeado de los individuos de la familia y de las personas más notables que formaban el duelo, pronunció las preces mortuorias, terminadas las cuales se retiraron todos los circunstantes, excepto el hijo mayor de Blaine, que permaneció junto á la fosa hasta que la última paletada de tierra hubo caído sobre el ataúd que encerraba los restos de su padre.

Mientras se verificaba el entierro se suspendió todo trabajo en las oficinas públicas de la capital y simultáneamente con la ceremonia de Wáshington celebráronse solemnes funerales en Angusta (estado de Maine), ciudad en donde comenzó Blaine su carrera política.

* * *

¡Otra Margarita!. - Exvoto. - Día feliz, cuadros de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografías de Nicolás Capdevilla). – Sorolla pertenece al número de artistas que deben cuanto son á sus propios méritos. Huérfano en edad temprana, no pudo contar con el apoyo de su padre y con los alientos que pudiera prestarle el maternal cariño. Sólo á costa de abnegación, laboriosidad y firmeza ha podido Sorolla avanzar en la difícil y espinosa senda que emprendiera, logrando por fin ver paulatinamente recompensados sus afanes. Su primer triunfo obtúvolo en Valencia, cuando apenas contaba diez y seis años, por las tres marinas que presentó en la Exposición celebrada el año 1881. A éste siguió el obtenido en la Exposición de 1884 por su gran lienzo inspirado en la jornada del dos de mayo, titulado *Defensa del Parque,* y el que alcanzó seguidamente en la de 1887 por su *Entierro de Cristo.* En la de 1892 ha merecido la primera medalla de oro, por voto unánime del Jurado, por su cuadro *¡Otra Margarita!,* que representa una escena conmovedora y admirablemente sentida. *Exvoto,* inspirado en un acto de fe, delicadamente expresado, y *Día feliz,* que representa una de las más puras afecciones de la familia, desarrollada en el modesto hogar, en la modesta cabaña del abuelo, ponen de manifiesto en el artista valenciano las notables cualidades y delicadísimos sentimientos que enaltecen al artista que tal clase de obras produce y revelan al hombre que busca su inspiración en lo más grande, en lo más íntimo que nos rodea, el hogar y los dulces goces de la familia.

* * *

El sombrero de tres picos, cuadro de José Moreno Carbonero. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla). – El nombre de Moreno Carbonero significa una de las personalidades artísticas más completas de nuestra época y una de las más justificadas glorias del arte español contemporáneo.

Como pintor de historia pregonan su indiscutible valía: *El Príncipe de Viana, La conversión del duque de Gandía, La entrada de Roger de Flor en Constantinopla,* los cuales cuadros han sido premiados todos en diversas exposiciones, figurando el segundo en el Museo nacional de Pinturas y el último en el salón de conferencias del Senado.

En la pintura de genio ha logrado también singularizarse creando verdaderas maravillas, como lo son indiscutiblemente los varios cuadros de caballete inspirados en escenas del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana, La venta del sevillano,* y el *sombrero de tres picos,* obra primorosa y magistralmente concebida y ejecutada, motivada por la lectura de la novela que lleva el mismo título, original del insigne Alarcón.

Moreno Carbonero figura dignamente en la primera fila de los artistas españoles, y como maestro en el arte que cultiva, merece respeto y consideración.

* * *

Vista general de Vigo (de fotografía de J. Prieto. – Ciudad de fortuna, como dice un ilustre escritor, heredera de la vetusta Bayona, ni tiene historia ni puede evocar recuerdos de prosperidad ó desgracia. Asentada en empinada loma al pie de la cual rompen suavemente las olas, rodeada de fluidos jardines, hállase orgullosa con su situación y su riqueza, entregándose afanosa al tráfico que la engrandece. Vigo ofrece el aspecto de esas nuevas poblaciones, surgidas por ensalmo, sin darse de ello cuenta, cuya vida, cuya existencia cuesta á otra inmediata la muerte. No cuenta monumentos, no tiene todavía historia, hállase en el floreciente período de su formación; pero aun así, es ya una de las poblaciones más importantes de Galicia, justamente envanecida, pues debe su grandeza á la laboriosidad de sus hijos.



- Señorita, dijo, me contrista mucho turbar tan hermosa fiesta

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

- ¡Mire usted, Marta, cómo nos quieren en el país! Lo cierto es que pueden hacernos esta justicia, pues nuestras dos familias han aliviado muchas miserias...

Esta nueva inquietud tuvo al menos un lado bueno: desde algunas semanas, Marta se preguntaba cómo podría dominarse en el momento supremo, pues á la luz de su pasión había descubierto en lo más recóndito de su alma impulsos violentos, propensión á los celos feroces y casi un sentimiento de odio, cosas que la infundían miedo al par que vergüenza. Parecíale ser una abominable hipócrita cuando se elogiaba ante ella su abnegación y su bondad, su olvido absoluto de sí misma. Su cariño á Edmunda, que aún predominaba á pesar de todo, cedía en momentos dados bajo el impulso de un espíritu de rebelión, de un sentimiento casi de odio, así como en aquel famoso jueves, mientras la tempestad se preparaba, el aire abrasador agitábase de repente bajo el soplo de una ráfaga de viento helado. Y también algunas veces su pasión por Roberto asemejábase mucho á la aversión; pero había conseguido ocultar todo esto bajo una especie de indiferencia apática. ¿Le sería posible hacerlo hasta el fin?..

Y ahora pensaba en aquella singular malevolencia de la multitud más que en sus propias angustias, pareciéndole que aún debería proteger, dar pruebas de valor y de firmeza. A esta especie de llamamiento había contestado siempre, y contestó de nuevo; lo que en ella había de verdaderamente noble se anteponía á todo, y lo conservó en adelante.

El cortejo se formó á la puerta de la pequeña iglesia. Edmunda no era una casada pálida, temblorosa y confusa; estaba radiante de alegría, y ésta comunicaba á su belleza un encanto extraordinario. El marqués, con la cabeza erguida, se adelantó para ofrecerle el brazo, y antes de entrar en la iglesia volvióse y dirigió una mirada á la multitud que se agolpaba en actitud, al parecer, mucho menos hostil. La belleza es una soberanía ante la cual todos se inclinan como por instinto, y jamás ninguno de aquellos campesinos había visto una joven tan maravillosamente hermosa como aquella casada rubia, de ojos casi negros, con su traje blanco de seda, su gran velo diáfano cubriéndola en parte y los labios entreabiertos por una sonrisa. Aquella visión influyó más que la mirada altiva del marqués.

Marta, que había querido servir de madrina á su hermana, estaba envejecida, pero la palidez de su rostro le sentaba bien; las damas de honor de la novia, luciendo todas ellas vestidos de color de rosa claro, formaban un pequeño batallón encantador, que se agrupó en la iglesia alrededor de la casada.

Fué la ceremonia tan breve como sencilla, y las pocas palabras pronunciadas por el cura, que estaba muy conmovido, salieron del corazón y al corazón fueron. Todos los que habían conseguido entrar en la iglesia quedaron conquistados; Marta lo vió, y sobre todo lo sintió, ella, que no se había tranquilizado ni un solo instante, que hasta el fin de la misa temió, sin saber por qué, algo amenazador y vago que estaba en el aire hacía largo tiempo y que había entrevisto aquella mañana por primera vez.

Algunas horas más y Roberto se habría marchado ya con su esposa; estaría lejos de las viles habladurías y de las acusaciones infames, que cesarían al fin, para ser olvidadas del modo como se olvida, es decir, muy pronto y completamente.

Y este deseo de ver á Roberto en seguridad, fuera de alcance, era tan poderoso en Marta, que olvidó casi su dolor, sin fijarse en que aquel casamiento se había verificado ante ella, y en que Roberto y Edmunda cambiaban palabras que los unirían para toda la vida, hasta la muerte. Sufrió menos aún de lo

que había sufrido muchas veces al ver cruzarse entre los dos una mirada, ó notar la presión demasiado prolongada de una mano en otra...

Edmunda salió de la iglesia cogida del brazo de su esposo, radiante como la alegría misma, sonriendo á todos, saludando á derecha é izquierda como una pequeña reina; y los semblantes de las personas que la miraban no tenían ya su expresión burlona y maligna. Una madre que llevaba un hermoso niño en brazos rozó la falda de seda de la recién casada; y al volverse Edmunda, la criatura alargó hacia ella sus bracitos.

– ¡A ti te quiero dar un beso, dijo la joven; tú me traerás buena suerte!

Un ligero murmullo acogió aquella graciosa caricia, y en aquel momento Edmunda tuvo á su favor todas las madres. El regreso al castillo se efectuó sin el menor incidente y en medio de las risas y conversaciones de toda la juventud, que estaba de fiesta.

Marta respiró, pareciéndole que la batalla estaba ganada.

En el campo, la gente no se contenta con un simple refresco y una recepción, en que las personas pasan dejándose ver y se van. Muchos invitados habían venido desde lejos, y no se podía despedirles sin satisfacer su apetito, bastante bueno, gracias al aire del mar. El comedor monumental, la sala de guardias de los antiguos castellanos, que rara vez servía á los propietarios actuales, habíase abierto y adornado para el objeto, y en ella veíase una enorme mesa con cincuenta cubiertos, resplandeciente de vajilla antigua, de cristales y de flores. Sin embargo, ni aquella mesa tan bien servida, ni las mujeres engalanadas, ni aun el gran fuego de leña que ardía en dos vastas chimeneas en las extremidades de la habitación, bastaron para alegrarla. Un poco de esa humedad propia de los aposentos deshabitados y la falta de buena luz producían una impresión de vaga tristeza. Hasta las risas de las jóvenes tenían como una nota falsa en la inmensidad de aquel lúgubre salón.

Sin embargo, la comida se prolongaba... y Marta, en su calidad de ama de casa, veíase obligada á sonreir y hacer lo mejor posible los honores de su mesa; mas á medida que el tiempo pasaba era más angustioso su pesar. Los recién casados, uno junto á otro, hablaban casi siempre á media voz; Edmunda, un poco más pálida que de costumbre, sonreía no obstante y parecía feliz; y en cuanto á Roberto, no veía ni oía más que á ella...

Los convidados se marcharon al fin; los coches llegaban uno tras otro hasta la gradería; las palabras de despedida y las felicitaciones producían un rumor menos ruidoso á cada momento; Edmunda se había escapado para ponerse un vestido de viaje, y dentro de un cuarto de hora todo habría concluído...

Marta acababa de despedirse del marqués, dándole de nuevo gracias con la mayor efusión. El noble caballero la miró antes de subir al coche, y díjole:

– Prométame usted, hija mía, que se cuidará y descansará, pues le aseguro que bien lo necesita.

– Sí.., ahora podré ya descansar...

Y su sonrisa era tan triste, que el buen anciano la atrajo bruscamente á sí y besó sus mejillas.

– Ya sabe usted, amiguita mía, añadió, que si alguna vez me necesita, estoy y estaré siempre á su disposición.

Marta dió gracias con un movimiento de cabeza y sin atreverse á decir una palabra por temor de descubrirse. Nadie quedaba ya en el salón más que la señora de Ancel y la tía Aurelia, y por lo tanto podría ausentarse un momento para reponerse un poco antes de la marcha de los recién casados; pero en aquel instante detúvola un criado.

– Señorita, dijo, un caballero desea ver al señor barón de Ancel, y no sé dónde encontrarle.

– Debe haber subido al cuarto azul, donde he mandado que dejaran su maleta. Avísele usted.

Después, pensando que quizás un amigo de Roberto que había llegado tarde para asistir á la boda venía á felicitarle, dirigióse al pequeño salón donde acababan de introducirle.

En aquel instante Roberto apareció en lo alto de la escalera.

– Mi cuñado baja ahora mismo, caballero, dijo Marta al recién venido.

Desde luego le llamó la atención cierta rigidez en la actitud del joven que tenía ante sí y que se inclinaba respetuosamente, y sin saber por qué, tuvo miedo. Roberto entró en aquel instante, precipitadamente, como deseoso de concluir pronto, y creyendo, en efecto, que el visitante era algún conocido suyo; mas al ver un extraño, sonrió ligeramente.

– Dispense usted, caballero, dijo; tal vez no sepa que acabo de casarme y que dentro de pocos minutos debo partir con mi esposa...

Roberto había dicho «mi esposa» con cierta alegre petulancia; Marta se estremeció involuntariamente, y el extranjero tomó una actitud severa.

– Dispense usted, caballero, repuso; ya lo sé, y he venido yo mismo para... para hacerle algunas preguntas... á fin de evitar un escándalo.

– ¿Cómo un escándalo?

Marta se había acercado pálida y ansiosa; todo lo comprendió al punto; la tempestad estallaba al fin.

Por toda contestación, el joven sacó de su bolsillo un objeto cuidadosamente envuelto en un papel, y retirando éste, enseñó un pequeño revólver, una verdadera alhaja, pero enmohecido ya y estropeado.

– ¿Reconoce usted esto?, preguntó.

Roberto tomó el arma, examinóla, y contestó después con la mayor naturalidad:

– ¡Ya lo creo! Es un revólver que mi madre me regaló, y hasta hizo grabar en él mis iniciales, según puede usted ver. ¿Cómo es que se halla en sus manos, caballero, y en tan lastimoso estado?

– Este revólver fué encontrado en un bosque cerca de la «Fuente de Virgnia,» y me ha sido presentado por un tal Isidoro Benoist, á quien se lo entregó un campesino, y se halla en este lastimoso estado porque desde el 20 de julio último estuvo oculto en una espesura entre la hiedra que cubre el terreno en aquel sitio. Como los arbustos estaban medio despojados de hoja, el aldeano vió por casualidad relucir el metal. El sitio de que hablo está cerca de la bifurcación de los dos senderos donde se encontró al capitán Bertrand.

– He aquí una cosa singular. ¿Quién ha podido robarme mi revólver? No comprendo nada.

Roberto estaba tan sinceramente perplejo y tan distante de sospechar la verdad, que el desconocido se impacientó un poco.

– En efecto, caballero, replicó, al parecer no comprende usted que soy el procurador de la República, y que vengo á prenderle como acusado de asesinato.

Roberto miró á su interlocutor, mudo de asombro.

– ¡Pero eso que dice usted es una insensatez!, exclamó.

– ¿Conque no sabe usted que hace más de un mes, desde que se desposó con la señorita Levasseur, se le acusa en todo el país de haberse desembarazado de un rival peligroso?

– ¡Ah!.. ¿Conque era eso?.. ¡Veamos, caballero, usted que es de nuestra sociedad y hombre de buena educación, debe comprender que esto es imposible, que eso no se sostiene, que no hay en el mundo jurado bastante estúpido para creer que yo, Roberto de Ancel, haya ido á ocultarme en un bosque con el objeto de disparar traidoramente un tiro á un joven á quien podía provocar lealmente en duelo!

– El jurado podría contestar que el capitán era un antagonista temible; que sus duelos tenían fama de ser muy desgraciados para los demás; que usted estaba loco de amor, y que los locos no saben bien lo que se hacen.

– Sí; pero usted que es hombre de honor, contestaría que no es posible. No negaré, sin embargo, que tuve una discusión con Bertrand.

– Sí, en la cual le amenazó usted; desgraciadamente, el diálogo fué oído.

– Provoqué al capitán y quedamos en que yo iría á fines de la semana á Trouville, donde encontraríamos un pretexto cualquiera para batirnos, á fin de no mezclar el nombre de la señorita Levasseur en todo este asunto. Esta es la verdad.

– A fe mía, caballero, que mi único deseo es obtener una prueba de su inocencia, en la cual estoy dispuesto á creer desde ahora, á fin de permitirle que se vaya. ¿Dónde estuvo usted el jueves, día en que la señorita de Levasseur, según parece, le esperaba en casa de unas amigas?

– ¿Dónde estaba?, replicó Roberto visiblemente turbado. No puedo decírselo.

– Es muy sensible, replicó el procurador con sequedad.

Marta se adelantó entonces y puso la mano sobre el brazo de Roberto. Este ligero ademán, dulce aunque poderoso, era el ademán de una mujer que amaba, y al procurador le llamó mucho la atención.

– Lo que mi cuñado no puede decir á usted, caballero, yo se lo diré. En el momento mismo en que el capitán Bertrand debió ser asesinado, Roberto y yo hablábamos en el fondo del parque. Yo le había dado una cita, porque necesitaba decirle cosas graves.

Mientras decía esto, Marta miraba al procurador, y convencióse de que no la creía.

Sin embargo, con el tono más respetuoso preguntó:

– ¿No la vió á usted nadie, señorita, en el fondo del parque?

– Nadie, al menos que yo sepa. En la torre que habito hay una puertecilla que da al campo, y de la cual me sirvo yo sola, pues los criados tienen pocas ocasiones de pasar por allí.

– Dispénseme usted, señorita, si la ofendo...; pero debo advertir que el señor de Ancel es amigo de usted desde la infancia, y hasta se dice en el país que se trataba de casar á ustedes. Hoy es su cuñado, y bien conocida es la ternura con que ama usted á su hermana. Por lo mismo debe comprender que en tales circunstancias el testimonio de usted necesita confirmación; y he aquí por qué me veo precisado á pedir una prueba, por ligera que sea...

En aquel momento oyóse la voz vibrante y alegre de Edmunda que gritaba: «¡Roberto, Roberto!»

Los tres se miraron consternados al pensar que aquella alegría iba á convertirse en desesperación. Edmunda, preparada ya para el viaje y luciendo un gracioso vestido azul obscuro, entró en la habitación precipitadamente, abotonándose los guantes.

– Vamos, señor esposo, exclamó. ¿Está bien que sea yo quien te busque? Diríase que soy yo quien se te lleva de aquí. ¿Te parece que tengo bastante aspecto de señora con esta pequeña capota?

Pero de repente, en aquel salón obscuro Edmunda divisó al procurador.

– Ya me han dicho, añadió, que había llegado un amigo tuyo cuando estaba concluída la fiesta; pero las felicitaciones son siempre oportunas.

Edmunda se interrumpió súbitamente en su rápida charla, algo nerviosa, y por instinto refugióse junto á su esposo, que la rodeó con sus brazos. Ya no buscaba protección junto á su hermana.

– Aquí ha pasado algo, dijo entonces. ¿Qué ha sido? Tengo derecho de saberlo, pues ya no soy una niña...

El procurador se adelantó de modo que ocultaba en parte á la hermana mayor.

– Señorita, dijo, me contrista mucho turbar así tan hermosa fiesta; pero ha sido indispensable hacer algunas preguntas al Sr. de Ancel con motivo del asesinato cometido en el mes de julio último.

– ¡Ah! ¡No es más que eso!.., exclamó Edmunda, reponiéndose de un vago terror. ¿Se ha encontrado al asesino? ¡Qué felicidad!.. Me inspiran horror esos crímenes misteriosos en que no se conoce al culpable. Pues bien: supongo que Roberto ha contestado. ¡Vámonos; el coche nos espera, y no es cosa de que perdamos el tren!

– ¿Quiere usted permitirme interrogarla un momento á su vez?, preguntó el procurador.

– Ciertamente, pero le prevengo á usted que no tengo gran cosa que decir.

– ¿Esperaba usted al Sr. de Ancel aquel día en casa de sus amigas las señoritas de Robinsón?

– Sí, y por cierto que nos dejó plantadas.

– ¿Y no acompañó á usted su hermana?

– No; la pobre Marta tenía una jaqueca atroz, y yo la dejé en su otomana, bien abrigada. Al regresar la encontré en el mismo sitio y díjome que había dormido.

– ¿No cree usted que haya salido durante aquel tiempo?

– ¡Seguramente que no! Apenas podía levantar la cabeza, y cuando padece alguna de esas jaquecas no se mueve nunca.

– Sin embargo, dijo Marta con voz débil, bajé al parque.

– ¡Toma! ¿Y por qué no me lo dijiste?

– No pensé en ello, balbuceó la infeliz.

De nuevo Edmunda miró á unos y á otros, y sobrecogida nuevamente de terror, comenzó á temblar. Después casi en voz baja dijo á su esposo:

– Dime, Roberto... ¿qué sucede aquí? ¿Por qué no nos vamos? Estamos casados ya, hemos de hacer el viaje de boda, é iremos al país donde el sol calienta todavía. Aquí tengo frío.., mira cómo tiemblo.

Roberto trató de sonreir no veía en el mundo nada más que aquel lindo ros-

tro de mujer, y sólo tenía un objeto: calmar sus angustias, tranquilizarla sobre lo que había pasado y lo que debía pasar.

– No te espantes, amada mía, contestó; aquí hay una mala inteligencia que no durará mucho ni puede durar, y ahora me es forzoso acompañar á este caballero para explicar algunos hechos relativos al asesinato.

– ¡Pero no piensas lo que dices; eso es imposible; eso sería el colmo del ridículo! Ya contestarás á la vuelta...

Sin hacer aprecio de los dos testigos de aquella escena, Edmunda rodeó con sus brazos el cuello de Roberto, tomando así posesión de su bien; mas el procurador, muy disgustado, apresuró el desenlace.

– Señora, dijo, siento mucho todo esto, pero el tiempo urge. Desgraciadamente se ha encontrado cerca del sitio donde el capitán Bertrand cayó un revólver que el señor barón de Ancel acaba de reconocer como suyo, y que por lo demás lleva sus iniciales.

Edmunda tembló más aún que antes, pero no desenlazó sus brazos.

– ¿Qué prueba eso?, dijo al fin valerosamente. Hemos visto muy bien Marta y yo cuán fácil es saltar desde el jardín al despacho de Roberto. Un malhechor habrá cogido el revólver; ya ve usted si esto es sencillo. Supongo que no es á Roberto á quien se acusa de semejante crimen...

Y como nadie contestase, Edmunda dejó escapar un grito terrible: había comprendido. Se llevaban á Roberto preso; y este era el viaje de boda tan soñado que debían hacer juntos á Italia, el país de los enamorados.

Roberto se desprendió suavemente de los brazos de su esposa y volvióse hacia la hermana mayor.

– Tómala, Marta, dijo, y cuida bien á mi pequeña esposa...

Para ella, para Marta, cuyo semblante descompuesto tenía una expresión cien veces más trágica que la del lindo rostro de Edmunda, no tuvo una palabra de compasión, y solamente añadió:

– Ya explicarás todo lo que ocurre á mi madre y la consolarás. No será cuestión más que de algunos días. Caballero, estoy á las órdenes de usted.

– ¡Pero yo no quiero, yo no quiero!.. exclamó Edmunda, dejando escapar un sollozo y forcejeando en los brazos de su hermana.

Los dos hombres salieron rápidamente.

Marta debió cuidar á Edmunda presa de un ataque de nervios, y consolar después á la madre de Roberto, que estaba medio loca y no podía comprender lo que había ocurrido.

Ocupada en estos dos deberes, Marta no tuvo tiempo de pensar en sí.

Hasta mucho después, cuando al fin se halló sola en su habitación, mientras Edmunda, agotadas sus fuerzas, dormía con el sueño de un niño, no trató Marta de darse cuenta de lo que había pasado.

Para salvar á Roberto había confesado su entrevista con éste, que él, más que ella, tenía empeño en ocultar, y no había sido creída; su palabra, á la cual no faltó jamás, no era suficiente... ¡Se la exigían pruebas!..

¿Dónde encontrarlas? Bien sabía que nadie la vió; que el sitio en que diera la cita á Roberto estaba aquel día completamente solitario, como de costumbre. ¡Ah! ¡Cuántas torpezas más temibles que crímenes se cometen á menudo cuando sólo se trata de hacer bien!.. Si Roberto hubiese ido aquel día, como Edmunda lo deseaba, á la reunión de las americanas, ni siquiera se hubiese pensado en molestarle.

Marta paseaba de un lado á otro en su gabinete, sin poder estar quieta en un sitio y sin hacer un esfuerzo para conciliar el sueño, que seguramente se alejaría de sus párpados. Sus miradas vagas fijáronse por casualidad en el pequeño escritorio, y recordó que el día en que no pudo entregarse al reposo, como la sucedía entonces, había escrito...

Después permaneció de pronto inmóvil, cual si estuviese petrificada; sentíase enferma y temía caer. Las palabras del procurador resonaban en su oído aún: «Una prueba, por ligera que sea...»

Y esta prueba estaba allí encerrada en aquel gracioso mueble.

Marta cayó de rodillas, prosternada, y repitió como poseída de un acceso de locura:

– ¡No, no; eso nunca: bien sabéis, Dios mío, que no puedo hacerlo... que no podré jamás!..

XIII

A la alegría sucedía la desesperación; al ruido, el lúgubre silencio.

Edmunda, casi enferma, permaneció en cama, rehusando hablar, comer y moverse; en su dolor había una mezcla singular de irritación nerviosa y de sorda cólera. La señora de Ancel, que se había quedado en el castillo, sobrecogida de miedo ante la idea de encontrarse sola en su casa, parecía incapaz de dar paso alguno, y no hacía más que orar, derramando copioso llanto.

Lo primero que hizo Marta fué ir á ver á su antiguo amigo el marqués, que salió á recibirla ofreciéndola sus dos manos.

– Sí, señor marqués, le dijo, ya sé que nos compadece usted mucho; pero ahora necesito algo más que piedad. Usted me ha dicho que podía contar con su ayuda, y con ella cuento ahora. En el castillo no tengo á mi lado más que mujeres, y ninguna de nosotras entiende la menor cosa en esos asuntos; encárguese usted de nuestra causa, obre como si fuera un pariente de mi familia y defienda el honor de ese infeliz Roberto, tan abominablemente acusado. ¡Es necesario que le salvemos, es preciso!

– Tranquilícese usted, hija mía, contestó el marqués; ningún juzgado le condenará por simples habladurías de pueblo y por haber encontrado un arma. Si hubiese cometido el crimen, lo primero que habría hecho hubiera sido colocar de nuevo el revólver en el sitio donde estaba antes, después de limpiarlo cuidadosamente...

– Admito que se le devuelva su libertad; pero si no se encontrase á tiempo el verdadero criminal, ó si, añadió Marta cambiando de tono..., ó si no se produjese alguna prueba irrecusable de su inocencia, siempre pesará sobre él en nuestro país esa monstruosa acusación. Muchas personas dirán: «¡Quién sabe!..» Y es preciso que no suceda así. Roberto debe salir de esa prueba con la cabeza bien alta; tiene ante sí un hermoso porvenir; puede hacer un trabajo útil y ser feliz, y esta perspectiva desaparecería para Roberto. ¡Esto no es posible, esto no será!

El marqués reflexionaba, y de pronto sacó su reloj.

– Tengo tiempo de sobra, dijo. Dentro de una hora marcharé á París; iré á ver á un abogado, el que me aconseje un antiguo amigo mío muy entendido en la materia, y después obtendré, de los magistrados el permiso para que la señora de Ancel y Edmunda puedan visitar al preso... ¿Quedaría usted satisfecha de mí con esto?

– Sí; y gracias, mil gracias; pero sobre todo, que se hagan todas las pesquisas posibles para descubrir al culpable. Inútil me parece añadir que no habrá sacrificio alguno que no hagamos...

– Esto, querida Marta, es asunto del tribunal; mas no la ocultaré que no tengo gran esperanza de que la información conduzca á este resultado. La primera vez se hicieron pesquisas que fueron inútiles, largo tiempo ha; entre el momento del crimen y aquel en que se descubrió transcurrieron diez y seis ó diez y ocho horas; y como del Havre, muy próximo, salen muchos carros, y el asesino tenía dinero, puesto que lo robó á su víctima, pudo escapar fácilmente. Esto es lo mismo que buscar una aguja en un pajar. No; debemos cifrar nuestra esperanza en una hábil defensa y en los antecedentes sin tacha de Roberto de Ancel.

El marqués despidió con esto á Marta, pues apenas le quedaba tiempo si quería tomar el tren de la mañana. La señorita de Levasseur había hecho todo cuanto dependía de ella, y ahora debía limitarse á esperar, comunicando á los otros un poco de su propio valor. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera dado por obrar de por sí, verse en la precisión de ir y venir, y olvidar de este modo, aunque sólo fuese por un instante, aquella idea que no la abandonaba, la del sacrificio posible y hasta probable que la esperaba!

No se atrevía á mirar su diario, ni osaba recordar cuanto en él había escrito; mas no ignoraba que en el abandono de su absoluta seguridad había patentizado en él sus luchas, sus más secretos pensamientos, su triste amor, que con tanto cuidado ocultó siempre y que en las páginas de su libro revelábase palpitante entre sollozos. ¡Ella, que hacía meses no había tenido más afán ni otro propósito que ocultar su secreto! Y este triste secreto llegaría á ser presa de un público ávido de nuevas sensaciones, se revelaría á la curiosidad de todos, y de esta manera Edmunda conocería la verdad, mientras que Roberto sabría que ella le había amado y le amaba siempre... ¡Esto no era posible! Jamás podría consentir en ello, jamás intentaría descubrirse, ni aun para salvar á un ser querido! ¡También el alma tiene su pudor!

Pero Marta no quería pensar en esto. Seguramente se encontraría al culpable; érale dado enviar agentes en su persecución; el tribunal haría sus averiguaciones y ella también las suyas. Con dinero, mucho dinero, obtiénense resultados admirables algunas veces. El marqués por su parte había prometido al despedirse ver si se podía intentar algo de esto...

Aquel asunto tuvo gran resonancia, pues no tan sólo se trataba de un acusado perteneciente á muy buena familia, de un hombre ventajosamente conocido ya por sus trabajos, sino que las circunstancias de su detención comunicaban un interés más picante á la historia.

Los gacetilleros de la prensa dieron cuenta del hecho á su modo: súpose que la joven casada era hija de una actriz que durante largo tiempo había sido la delicia de la sociedad elegante de París; en los artículos de sensación intercaláronse muchas anécdotas más ó menos verdaderas; los diarios, faltos de material hasta que se abrieron las Cámaras, entretuviéronse en comentar el tema á su antojo, y el hermano de la víctima llegó á ser de pronto un personaje de importancia. Se hizo su retrato, poco parecido, pero muy patético, llorando aún la muerte del hermano menor, ansioso de venganza y pidiendo justicia á gritos. El Sr. Bertrand acabó así por aceptar el papel que se le prestaba, persuadiéndose de que su apatía no fué nunca en realidad más que aparente, y que desde el primer careo con Roberto de Ancel éste le inspiró sospechas.

En el castillo se recibían pocos diarios, y Marta hubiera querido suprimirlos todos; pero Edmunda los reclamaba, pedía otros muchos y los leía todos, entregándose después á un acceso de indescriptible y furiosa rabia.

Después, cuando ya no se habló del asunto, esperándose el proceso, aquel silencio fué casi más penoso para ella; quejábase de no saber lo que pasaba, y parecíale que el marqués, á pesar de todo su celo, no procedía con el acierto necesario.

Y en el reducido círculo de las cuatro mujeres, pues la señora de Ancel, aunque anunciaba cada día su marcha, permanecía aún en el castillo, no se hablaba más que del desastre. Todos los amigos se habían apresurado á presentarse para ofrecer sus servicios, ó por lo menos su buena voluntad; y á fuerza de hablar una y otra vez del asunto, revolviendo en todos sentidos esta triste historia, se acabó por acostumbrarse á ella, por no temer ya como en los primeros días encontrar una mirada de desprecio ú oir una palabra malsonante de curiosidad ó de compasión. A todo se acostumbra uno en este mundo, y poco á poco la vida sigue su curso habitual. Por lo pronto esperábase un permiso, prometido desde luego, pero que no llegaba nunca, para visitar al preso.

Los vecinos del campo se fueron marchando unos tras otros; el otoño se presentaba frío y triste, y muy pronto se dejó sentir el aislamiento.

Cierto día, no mucho tiempo después de la detención de Roberto, Edmunda, que había permanecido silenciosa largo rato con un bordado en la mano, dijo de pronto á su hermana:

– Jamás he comprendido, Marta, por qué dijiste al procurador que el día del crimen, aquel en que te dejé tan enferma, habías bajado al parque...

Marta se estremeció; hacía mucho tiempo que esperaba estas palabras; pero después pensó que en la emoción violenta que había sufrido, Edmunda olvidaría tal vez un incidente del que nada debía comprender. Sin embargo, la hermana mayor había resuelto decir la verdad en caso necesario, ó por lo menos parte de ella, puesto que al fin sería preciso revelarla; pero dejó transcurrir un instante antes de contestar con grave expresión:

– Lo dije porque, en efecto, había bajado al parque.

– ¿Y qué podía importarle al procurador que te hubieses paseado ó no?

Marta había palidecido de tal manera, que las tres mujeres la miraron con creciente asombro.

– Escucha, Edmunda, repuso, yo no hubiera querido hablarte de esta... salida... pues siempre temo que en las cosas más sencillas veas algo que te alarme. Yo había observado, como todo el mundo, las atenciones muy significativas de Roberto, y quise interrogarle. Yo tenía un cargo de conciencia; quise desempeñar el papel de madre, del que me encargué desde tu llegada, y en su consecuencia dí una cita á Roberto en el fondo del parque. En el momento en que se cometió el crimen, los dos estábamos sentados al pie de la cruz de piedra.

Edmunda se había levantado.

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

Las ciencias progresan en razón de la precisión de sus métodos y de sus instrumentos de medición. La balanza, el termómetro, el manómetro han proporcionado á la Física y á la Química la precisión que hoy admiramos en ellas. Estos diferentes instrumentos



Fig. 1. Trayectorias sencilla y cronofotográfica de una bola brillante que se mueve sobre un fondo obscuro

expresan el valor estático de las fuerzas que están llamados á medir; la balanza indica el peso actual de un cuerpo equilibrándolo con pesos conocidos; el manómetro equilibra á su vez la presión del gas por la de una columna de mercurio.

Pero estos instrumentos serían incapaces, en su forma primitiva, de marcar las variaciones que ocurren á cada instante en el peso de un líquido que se evapora y en la presión de un gas cuya temperatura se cambia. Así por ejemplo, para medir las variaciones que sobrevienen en la intensidad de las fuerzas físicas, ha sido preciso crear nuevos instrumentos llamados *inscriptores ó anotadores*, merced á los cuales se obtienen, en forma de curvas más ó menos sinuosas, la expresión de los cambios de peso, de presión, de temperatura, de tensión eléctrica, etc. Con ellos estudian los meteorologistas en cada punto del globo las variaciones del estado de la atmósfera, los fisiologistas anotan los cambios más delicados de la presión de la sangre, de la fuerza de los músculos, de la temperatura de los órganos.

Pues bien: todos los cuerpos de la Naturaleza presentan *caracteres exteriores* acerca de los cuales nos informa nuestra vista, con tal que estos caracteres no varíen de modo que hagan la observación imposible. Se puede apreciar exactamente en su estado estático la forma de los cuerpos, sus dimensiones, su posición en el espacio, y aun sabemos desde tiempo inmemorial representar por el dibujo estos caracteres exteriores. Pero tan laboriosa representación de los objetos es á menudo insuficiente, porque no es posible mostrar sino en estado de reposo muchos de los que varían de forma ó cambian de lugar constantemente.

La fotografía ha venido á perfeccionar la representación de los objetos inmóviles; nos da sus imágenes

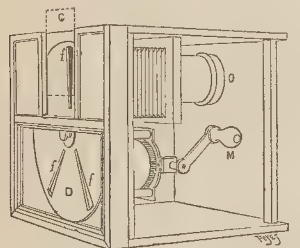


Fig. 2. Disposición del aparato para la cronofotografía sobre placa fija y fondo obscuro

con los detalles más delicados; sabe reducir ó agrandar su dimensión á una escala determinada y con una precisión á la que no podría llegar otro método. Por esto es el auxiliar más poderoso para ciertas ciencias, y las naturales, por ejemplo, no pueden prescindir de su concurso; tanto es así, que el eminente astrónomo Janssen ha calificado con mucho acierto las propiedades de la placa fotográfica dándole el nombre de retina del hombre de ciencia.

Pues bien: esta retina maravillosa que percibe en rapidísimo instante el aspecto de los cuerpos en su estado estático ó de inmovilidad, y que estampa estos caracteres de un modo inmutable, ¿puede sorprender y estampar del mismo modo los caracteres del movimiento? ¿Pueden relacionarse de algún modo los aparatos fotográficos á la serie de aparatos inscriptores que marcan los fenómenos de la Naturaleza en los que las fuerzas están siempre en acción, la materia siempre en movimiento?

Hoy podemos responder afirmativamente á esta pregunta, y esperamos demostrar que la fotografía, aplicada de cierta manera, da nociones del modo más exacto acerca de los movimientos que nuestra vista no puede percibir por ser demasiado lentos, sobrado rápidos ó muy complicados. Este método que vamos á describir es la *Cronofotografía*, nombre adoptado por el Congreso internacional de fotografía reunido en París en 1889.

Si se considera la propiedad fisiológica del ojo humano, se ve que este órgano representa, desde el punto de vista dióptrico, un aparato fotográfico con su objetivo y su cámara obscura; los párpados forman el obturador, mientras que la retina, en la cual se imprimen las imágenes reales de los objetos exteriores, constituye la placa sensible.

Esta retina goza hasta cierto punto de las propiedades de la placa fotográfica; Boll ha demostrado que en su superficie se forman imágenes que á veces persisten algunos instantes en la retina de un animal recién muerto, de suerte que la visión consistirá en la percepción que tenemos de imágenes fotografiadas en nuestro ojo. Estas imágenes, lejos de ser permanentes como las de los aparatos fotográficos, son fugitivas; sin embargo, persisten algunos momentos, prolongando así la duración aparente del fenómeno que las ha dado origen. Esta propiedad de la retina nos permitirá estudiar cómo una imagen fotográfica puede representar un movimiento.

Si estamos en un recinto obscuro, de suerte que no haya nada que ponga en acción la sensibilidad de nuestro ojo, salvo un punto luminoso ó un objeto vivamente iluminado, la imagen de este punto ó de este objeto se retratará en nuestra retina y conservaremos aún su impresión algún tiempo después de haber desaparecido el foco de luz. Se ha estampado en nuestro ojo la imagen de un objeto en estado estático, esto es, de inmovilidad. Esta operación es idéntica á la que efectuamos sacando, por medio de nuestros aparatos, la fotografía de un objeto inmóvil. Pero si el punto luminoso cambia rápidamente de lugar á nuestra vista, conservaremos algunos segundos una impresión más compleja, la del trayecto seguido por el objeto en el espacio. Cuando un niño agita una varilla cuya punta está incandescente y se entretiene en ver la cinta de fuego que parece ondular en el aire, lo que hace es fotografiar en realidad en su retina la *trayectoria* de un punto luminoso; esta trayectoria no es muy larga, porque la retina no conserva mucho tiempo las impresiones recibidas. En semejante caso, una placa fotográfica daría la imagen entera y permanente del camino recorrido por el punto luminoso; sin embargo, todavía no es la expresión completa del movimiento, puesto que esta imagen no representa más que las posiciones sucesivas ocupadas por el punto luminoso, abstracción hecha de la duración de su recorrido.

Para patentizar completamente los caracteres del movimiento, sería menester introducir en la imagen la *noción de tiempo;* lo cual se consigue haciendo obrar la luz de un modo intermitente y á intervalos de tiempo conocidos.

Así por ejemplo, si parpadeamos de un modo intermitente, verbigracia, dos veces por segundo, mientras recibimos la impresión retiniana, la imagen de la cinta de fuego que se pintase en nuestro ojo presentaría interrupciones, y el número de las contenidas en cierta longitud de la trayectoria luminosa expresaría en medios segundos el tiempo que el móvil ha invertido en efectuar este trayecto. Tales son precisamente las condiciones de la cronofotografía.

Vamos á explicar de un modo sucinto sus métodos y sus principales aplicaciones.

MÉTODOS

I.—CRONOFOTOGRAFÍA SOBRE PLACA FIJA

Supongamos que se enfoca un aparato fotográfico sobre un fondo ó campo obscuro, y que destapado el objetivo, se lanza delante de este campo una bola brillante iluminada por el sol, de tal suerte que la imagen de esta bola impresione sucesivamente varios puntos de la placa sensible. En esta placa resultará una línea continua (fig. 1) trazada por la curva superior que representará exactamente la trayectoria seguida por el cuerpo brillante. Si repetimos el experimento dando entrada á la luz en la cámara obscura de un modo intermitente y á intervalos de tiempo iguales, obtendremos una trayectoria discontinua (curva inferior de la misma figura), en la que estarán representadas las posiciones sucesivas del móvil en los instantes en que se han efectuado las entradas de la luz: es la curva cronofotográfica.

Este método supone que el espacio de tiempo que separa dos imágenes sucesivas ha de ser siempre el mismo y conocerse exactamente su valor. Para obtener las mejores imágenes posibles es menester que el objeto esté vivamente iluminado y el fondo sobre el cual se destaque perfectamente obscuro; además la duración de las admisiones de luz debe ser muy corta y los intervalos entre dos iluminaciones sucesivas enteramente iguales.

La fig. 2 representa la disposición sucesiva que habíamos dado al aparato cronofotográfico. Se hace girar por medio de un manubrio un disco con ranuras D, cuya rotación estaba regulada y perfectamente uniformada con un regulador. La placa sensible se introducía con su marco ó chasis *c* en el foco del objetivo O. A cada paso de una ranura *(f)*, esta placa recibía una imagen que representaba el objeto iluminado, con su forma y posición actuales. Pero como este objeto modificaba su posición entre dos imágenes sucesivas, resultaba una serie de imágenes á las

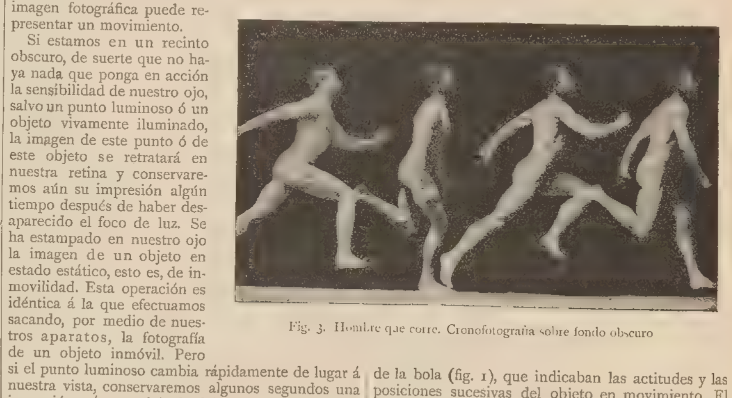


Fig. 3. Hombre que corre. Cronofotografía sobre fondo obscuro

de la bola (fig. 1), que indicaban las actitudes y las posiciones sucesivas del objeto en movimiento. El intervalo entre las imágenes estaba perfectamente regulado á $^1/_{10}$ de segundo; la duración de las iluminaciones era de $^1/_{800}$ de segundo, y por último, había una regla métrica con su graduación colocada delante del campo obscuro, en el mismo plano que el objeto fotografiado. La imagen de esta regla, reproducida en la placa sensible, servía de escala para medir el tamaño real del objeto y los espacios que había recorrido en cada décimo de segundo.

La imagen así obtenida daba con toda la precisión de un plano geométrico las dos nociones de espacio y de tiempo que caracterizan todo movimiento. Sin embargo, estas dos nociones que se trataba de conciliar en la cronofotografía son en cierto modo incompatibles entre sí, y para obtener las dos hay que recurrir á ciertos artificios, como vamos á ver.

Para una misma velocidad de traslación, si el objeto estudiado ocupa poca superficie en el sentido del movimiento, se puede recoger gran número de imágenes de él sin que se confundan sobreponiéndose. En este caso se halla el proyectil de que antes hablábamos. La noción de tiempo es, pues, muy completa cuando la del espacio está restringida.

Pero si tomamos las imágenes sucesivas de un hombre que anda, la noción de espacio es más completa; cada imagen ocupa una extensa superficie, é informa acerca de las posiciones que adquieren el cuerpo, los brazos y las piernas. Pero por lo mismo que cada imagen ocupa más espacio, el número de ellas que se puede tomar es menor, de lo contrario habría confusión por superposición de estas imágenes.

Fotografiado un animal grande, un caballo por ejemplo, el número de imágenes deberá ser muy limitado, porque la longitud de cada una de ellas, medida en el sentido del movimiento, es muy grande y habría superposición.

(Continuará)

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside a los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.



Muestra de los grabados de la obra – Audiciones telefónicas teatrales

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona



VISTA GENERAL DE VIGO (de fotografía de J. Prieto)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XII — BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1893 — NÚM. 583

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de la interesantísima obra del notable y castizo escritor D. Antonio Flores, titulada AYER, HOY Y MAÑANA, ilustrado con numerosos grabados por D. Nicanor Vázquez y elegantemente encuadernado



UNA ELEGANTE EN 1889, cuadro de Van den Bos



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Reaparición de Verdi. – Carácter de su música. – Diferencia entre él y Bellini. – Verdi en el esfuerzo y en el combate por la independencia italiana. – Fragor y estruendo de sus óperas. – Carácter que han tomado éstas después de las victorias italianas. – Influencia de Wagner en Europa. – Extrañeza de los franceses á su música. – Hipnotización de Verdi por Wagner. – Argumentos extraídos de los dramas shakespearianos por el compositor lombardo. – El *Otello*. – Recuerdos de Rossini. – La ópera cómica en Verdi. – Consideraciones sobre *Falstaff*. – Conclusión.

I

¿No creéis oir hablar de un resucitado si de Verdi oís hablar? Su fuerte ritmo que al combate moviera y empujara con belicosos acentos, inspirábase de suyo en el esfuerzo empleado por Italia para sacudir sus cadenas, trocando el hierro de aquellos pesadísimos eslabones en espadas apercibidas á vibrar y centellear y fulminar contra las irrupciones y los irruptores históricos. De aquí, del afecto bélico, sus obras, enérgicas como la voluntad de un general victorioso y resonantes como la carrera de un ejército heroico. Ningún arte se ha inspirado tanto en la libertad como el arte músico. El *Guillermo*, de Rossini; la *Mutta*, de Auber; el *Rienzi*, de Wagner; los *Foscaris*, de Verdi; los *Puritanos*, de Bellini, están ahí para decirlo y demostrarlo del modo más concluyente. Pero si escucháis la melopea beliniana, veréis que dentro de su cadencia heleno-semita, propia del nido de corales y flores donde naciera el melodioso músico de la melancolía dulce y del amor profundo, se halla una desesperación rítmica y compasada, como la famosa de Leopardi, junta con una resignación casi oriental á los mandatos de la Providencia, como aquella de Silvio Pellico, que se recluía en los calabozos, creyendo ablandar con lágrimas las cadenas que sólo se ablandan con sangre. Rossini, tan enamorado de la libertad como el cantor de la poética Elvida y del dúo de los republicanos, buscaba la libertad victoriosa dentro de la historia en aquel Fígaro que trajo la revolución á Europa y en aquel Guillermo que puso á la república en sus sandalias, como zafiros, el azul de los lagos helvecios, y en sus coronas, como diamantes, las nieves de los Alpes eternos. Bellini con Donizetti, pertenecientes al período de la conformidad y de la paciencia, se plañían en elegiacos cantares, exhalados del alma, por la esclavitud irremediable de su patria, pero á la manera y guisa del esclavo heleno en la decadencia, quien marcado con el sello de la servidumbre, ornaba de bellísimas estatuas los palacios y henchía de arengas el oído de sus infames tiranos. ¡Qué aire tan delicioso de respirar aquel aire de Italia, esmaltado por los iris de innumerables paletas y por las chispas de innumerables mosaicos, así como saturado con los aromas de mirtos y azahares al par que con las notas de *Lucía* y de *Sonámbula!* Los autores de óperas tan encantadoras como estas dos perfectísimas, aumentaban á una con tales cadencias dulces y tales melodías por todo extremo angélicas el hechizo de su patria, y como que retenían á los conquistadores en aquel templo aromado por una sobrenatural inspiración, promovedora de la felicidad material y destinada con una finalidad inconsciente á ir amortiguando en las sienes del déspota cruel hasta los martilleos del remordimiento natural. Pero surgió Verdi tras tantos milagrosos cantores de la resignación, y con él surgió un comienzo de formidable protesta. Italia dejó de reirse como se había reído en la *Italiana en Argel*, en el *Barbero de Sevilla;* dejó de quejarse como se había quejado en la *Beatrice* y en la *Linda*, para mostrar en el romántico *Hernani* el noble de las comunidades insurrectas desafiando á todo un Carlos V, de quien eran criados los papas y cómplices los cielos. Desde tal aparición el ritmo vigoroso, parecido á una espada centelleante, resonó en el *Atila* y en el *Macbeth*, indicando un desarrollo de fuerzas hercúleas, una crispación de músculos férreos, una voluntad de combates ciclópeos, como si los esclavos se hubieran trocado en titanes y erguídose á recoger el rayo de Prometeo al firmamento para lanzarlo sobre la cabeza de los déspotas. No significaban menos aquellas indignadísimas estrofas en que un pueblo esclavo, como el pueblo de Dios, con salmos tan fuertes que sus gritos de águila hendían el cerrado cielo y hacían bajar la frente de Jehová, en otros tiempos impasible, á los calabozos babilónicos, anatematizaba enfurecido al Nabucodonosor de sus enemigos y le derretía en las sienes al fuego de los cielos el oro de su corona. La música del treno lloroso y del trágico lamento, compuesta por Bellini, el dulce Jeremías de Sicilia, tierra cosmopolita y universal, asiática en su oriente, africana en su mediodía, griega en su norte, hispana en su ocaso, trocóse, al advenimiento de Verdi, en una especie de clarín entre apocalíptico y guerrero, que conjuraba vivos y muertos al combate, como cumplía perfectamente á quien representaba con Garibaldi de Niza, con Mazzini de Génova, con Cavour y Víctor Manuel de Saboya, con Azeglio, con todos los piamonteses y lombardos, el esfuerzo de un pueblo esclavizado á favor de su independencia, para cuya reivindicación se necesita desde los atrevimientos de Mina y el Empecinado hasta la elocuencia de Argüelles y la poesía de Quintana, cual sucedió en el pueblo que supo enseñar á todos los demás pueblos cómo se pelea y cómo se muere por la libertad y por la patria.

II

En cuanto cambió la suerte de Italia, y no se necesitaban ya el clarín y la espada, Verdi se volvió hacia la contemplación del ideal puro, y cantó por la necesidad exclusiva de cantar, embebido en oirse á sí mismo y en atender al coro de ideas y al concierto de notas encerradas dentro de su espíritu y que habían surgido en grandes erupciones volcánicas, todas ellas tonantes como himnos de un sublime fragor. Ya no necesitaba evocar Atila para infundir en los suyos el horror á la irrupción; destronar á salmos apocalípticos los déspotas del Eufrates; mostrar en *Rigoletto* las maldades que traen aparejados los regios devaneos: redimida Italia de un extremo á otro extremo, podía dejarse de fines políticos abrumadores por su natural pesadumbre y contemplar los ideales puros en la insondable inmensidad. Por una tendencia del genio y espíritu heleno romano al culto y cultura de lo plástico, Verdi buscó más los tipos hechos hombres por la encarnación de su verbo en la forma humana que los tipos abstractos y lucientes como un radioso éter en el espacio invisible de las ideas puras. ¿Y con quién se halló? Pues con dos hombres del Norte, á quienes ha coronado ya la humanidad; con uno muerto hace tres centurias, con otro muerto hace algunos años: con Shakespeare y con Wagner. La estética moderna en su natural universalidad ha divinizado todos aquellos ingenios eximios, distinguidos, que se caracterizan por su temperamento humano, como el genio de Shakespeare, y ha hecho del noble afecto de admiración á este desordenado y sublime pensador poeta una especie de dogma literario. Pero no fué siempre así, no; dos espíritus de tan conspicuo y profundo criterio, como Voltaire y Moratín, tacharon de brutal á tan eximio poeta y le pusieron en largo entredicho, excomulgándolo á nombre del buen gusto y cayendo en el extremo de arrastrarlo como un esclavo ebrio al pie de las tres unidades aristotélicas y de la poética horaciana observadas por los prosaicos maestros de la última centuria. Y algo así ha sucedido con Wagner. Durante mucho tiempo su género músico y sus obras maestras han aparecido como asunto de chacota y burla, tenidos por cuentos de muchachos, á los cuales ponía un maestro de pega confusos acompañamientos propios tan sólo para pegar al más pintado espantosa jaqueca. En verdad al carácter humano de la ópera transalpina y de la ópera transpirenaica y al argumento de tragedias ó dramas conocidos y vulgarizados ¡oh! sucedía bruscamente una letra medio infantil y medio teológica, tomada de narraciones germánicas semirrealistas y semifantásticas, entre fábulas y leyendas. Para mayor aturdimiento derogábanse á la increíble aparición de tales monstruos artísticos todas las antiguas costumbres, como que Wagner se presentaba poeta y compositor al mismo tiempo, escribiendo los libretos y las partituras en inconmensurable suma de facultades extrañas. Los franceses, enamorados de la claridad y de la proporción y de la lógica y de la tersura, no podían echar su ingenio ateniense de matemática regularidad bajo el carro chillón á sus oídos en que iba un dios, cuyos cantares le sonaban á címbalos inacordes y confusos de una sinfonía mágica y endiablada, en la cual soplasen los fuelles de un órgano tañido por brujas, produciendo notas que daban acedias y denteras al cuerpo, neurosis y enloquecimientos al espíritu. Hase necesitado una generación joven, sucediendo á las generaciones antiguas, con gusto novísimo, con conocimiento mayor del arte y del mundo, con una conciencia viva de la historia, con otra religión estética, con otra filosofía menos positivista que la filosofía de los tiempos últimos, para que las óperas de Wagner tomaran vuelo y transpusiesen las fronteras, entrando vencedoras en los escenarios de Occidente. Así á la malquerencia de los decenios anteriores contra Wagner, ha sucedido un culto confinante con la superstición; pues todas las reacciones resultaron por igual fanáticas en la historia siempre, y todas propendieron al desquite sugerido por la exaltación del apasionamiento. Mas sea de esto lo que quiera, ocupa un trono en la poesía dramática tan sublimado Shakespeare y Wagner en la música dramática otro tan elevado y singular, que no podían dejar de imponerse á un genio como el genio de Verdi, abierto á todos los vientos.

III

La influencia de Wagner en Verdi se muestra por las dos grandes óperas dadas á la escena durante el primero de los cuatro lustros últimos, por *Don Carlos* y *Aida*, como la influencia de Shakespeare á su vez por las dos grandes óperas dadas á la escena durante los años del lustro que corre ahora, por *Otello* y *Falstaff*. No puede, no, explicarse la extrañeza producida en espíritu latino, como el mío, á las innovaciones que someten esta humana voz, con la divina consonante, á orquesta sin verbo y sin alma; ó que recortan las arias de sus alegros y los dúos de sus conjunciones, reduciéndolo todo á los recitados y á los monólogos y á los diálogos, más bien dramáticos que líricos, fuera de convenciones antiguas, cuya virtud y eficacia por tal modo en nosotros obraban que nos ingenian una indeleble naturaleza estética y un alma y un sentimiento á la verdad inextinguibles, con un gusto instintivo tan duradero cual el propio é íntimo ser nuestro. Confieso que no entendí el *Don Carlos* wagneriano de Verdi la noche que lo llegué á oir, la noche de su estreno en París, el año setenta y siete. Lo contrario me sucedió con el *Aida*. Tan soberanamente influída por Wagner como el *Don Carlos* mismo, la melopea suya tiene tanto de gitana y andaluza, que me recuerda el arte cuya magia más priva en mi ánimo; la serenata de nuestras noches en que las notas parecen estrellas y las estrellas notas; la elegía de nuestras saetas, que os clavan sus espinas invisibles en el corazón y os beben la sangre del sentimiento; las playeras y las malagueñas, que os mecen á una con sus cadencias, sugeriéndoos sueños entre voluptuosos y místicos cual aquellos prestados por el hatchis de los harenes musulmanes, unido al picante aroma de las algas y de las brisas mediterráneas. Y si Wagner ha influído en el método y en el gusto postreros de Verdi, ha influído Shakespeare en el genio. Digan lo que quieran, el gran poeta inglés tiene pocos argumentos apropiables á la música. En cosa ninguna se conoce la superioridad increíble de Wagner como en lo lírico de sus libretos, donde todo canta, y la mediocridad de Thomas como en haber musiqueado las tartamudas perplejidades é incertidumbres de *Hámlet*. *Julietta y Romeo* es el drama por excelencia músico que tiene Shakespeare; porque las noches embalsamadas de Verona, los diálogos amantes en el balcón al brillo de los astros, el dúo de las alondras matinales y de los nocturnos ruiseñores en las rayas perladísimas del alba despiden notas de cristal y componen escalas cromáticas. Así me contaba una vez Azevedo, ilustre crítico de música, que habiéndole llevado á componer el *Macbeth* al ingenioso y talentudo Rossini, exclamó, después de leer y meditar tal argumento: «Mucha y muy grande ambición, mucha y muy audaz política, nada de amores, nada de religión, nada de libertad: esto no canta.» Para conocer lo que ha fascinado á Verdi Shakespeare, basta con recordar lo que ha hecho la musa del gran compositor, osada de suyo á poner mano sobre figura tan colosal como la figura de Otelo. Y no porque deje de prestarse Otelo á la música;

se presta mucho; porque habíala ya ungido la sobrenatural mano de Rossini. Coloso, verdadero coloso Verdi, al conseguir que no pidamos en el acto último de sus óperas lo que oíamos en la ópera de Rossini, la canción del sauce llorada por Desdémona ó el arribo de Otelo por las lagunas venecianas al palacio de su esposa entonando los tercetos de Dante como un miserere del amor desesperado que pide refugio y piedad á la muerte implacable. Pero todavía se conoce más la influencia shakesperiana en Verdi que por el atrevimiento de tocar al *Otello*, por el atrevimiento de haber puesto en ópera el *Falstaff*, y en ópera cómica. Dada su grandeza le sucede á Verdi algo de aquello que le sucede á Víctor Hugo; está privado del chiste y no podrá nunca promover á risa. Pasma y maravilla la copia de notas guardada por nuestros grandes autores dramáticos españoles, quienes llegan desde los más altos conceptos teológicos hasta los más humildes dichos populares, uniendo en incomparable consorcio lo sublime con lo ridículo y lo elevado con lo grotesco á cada instante, como los reunen la realidad y la vida. Para convencerse de lo exacto de mi observación, basta con recordar el Príncipe Constante y Clarín en Calderón, ó saber que es uno mismo quien creó la *Villana de Vallecas* y el *Condenado por desconfiado* en esta maravilla de las maravillas literarias que se llama Teatro Español. Cuando Víctor Hugo quiso hacer un gracioso á la española, hizo el bufón Triboulet, quien resulta el más triste personaje de toda la literatura francesa; pues lejos de haceros reir á mandíbulas batientes, os hace llorar á moco tendido toda la noche. ¿Habrá Verdi en *Falstaff* dado con la gracia que desplegaron Rossini en el *Papatache* y en el *Don Bartolo,* Donizetti en *Don Pascuale* y el *Elixir d' Amore*? Lo dudo muchísimo: aquel D. Juan Británico, todo panza, llevando como los pulpos un estómago por cabeza y queriendo que los goces le penetren por todos los poros del cuerpo, abierto á la visita de sensaciones innúmeras, me da más que risa; me da, no diré horror, pero sí diré asco, y faltándole por necesidad en el drama lírico los profundos pensamientos con que Shakespeare lo atenúa todo y desnudo en las naturales vagas ondas de la música ¡oh! debe resultar una grande indecencia.



GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS, boceto al óleo de Isidoro Marín (de fotografía de J. García Ayola)

. . . .

EL CASO
DEL CONDE DE LOS LAURELES

—¿Vienes al teatro Real esta noche?..

—¿Al baile? No, querido tío; el año pasado fuí por última vez, no pienso volver.

—Pues yo, aunque he pasado ya con bastante exceso del medio siglo, no he perdido la afición á los bailes de máscaras. En los del teatro Real he logrado siempre mis mejores conquistas. Esta bulliciosa fiesta ha perdido mucho, sobre todo en la concurrencia femenina; en mis buenos tiempos encontrábase allí lo mejorcito de Madrid... Ahora ya sabes tú qué clase de bello sexo se encuentra en esos bailes. Por esto yo, más que á conquistar busconas, voy á saborear bajo aquella legendaria lucerna central el recuerdo de tantas agradables aventuras del tiempo dichoso en que, sin fantasía, podía competir con los mejores mozos de la corte, y desconocía en absoluto los pavorosos dolores reumáticos, el terrible lumbago y



TRISTE RECUERDO, cuadro de Antonio Coll y Pí (Salón Parés)

todos los alifafes con que ha empezado ya á favorecerme la próvida naturaleza.

– Usted es un solterón empedernido y no pierde las malas costumbres. Yo estoy casado...

– ¡Gran tunante, casado estabas estos últimos años, y todo el mundo te veía en el baile, y bien recuerdo que el año pasado se apoyaba en tu brazo la máscara más gallarda de cuantas allí había, una máscara que á legua se conocía que era dama principal!.. Yo tengo para esto un olfato superior. ¿Quién era aquella mujer?.. Nunca me lo has querido decir.

– Fué la aventura más extraña.

– ¿Me la cuentas? Me perezco por estas historias, y me parece que no temerás que sea indiscreto y la divulgue.

– ¡Oh! No, señor. Voy á contar á usted el extraordinario lance, si no nos interrumpen.

– No, nadie entrará. Cerraré la puerta.

Así hablaban una de estas noches en un gabinete del casino de Madrid el marqués del Viento, el calavera más osado y más temido en la corte hace veinte años, y su sobrino el conde de los Laureles, tan conocido y estimado en la buena sociedad matritense y cuyo enlace con la hija única de los duques de la Tenaza, celebrado el año 1888, le ha proporcionado una brillantísima posición en el gran mundo.

– Efectivamente, empezó el conde, confieso mi culpa, después de mi casamiento con Pepita debí renunciar á las aventuras galantes; pero la costumbre, el ejemplo, las malas compañías, la pícara vanidad... Y luego, que en este Madrid un hombre de nuestra clase encuentra tantas ocasiones de pecar... y aunque quiera evitarlas no hay manera...

– ¡Ya lo creo! El hombre es débil... observó riendo el marqués.

– Además, el carácter retraído, melancólico de mi mujer, la anemia que padecía, su absoluta confianza en su marido...

– ¡Pobrecilla! ¡No sabía qué alhaja le había tocado en suerte!

– En suma, la impunidad me alentaba. Tenía completa seguridad de no ser sorprendido en mis aventurillas... El año pasado, pocos días antes de Carnaval, me proporcioné un cuartito de soltero...

– ¡Ah, bribón!

– Un preciosísimo nido que me costó un dineral, en un entresuelo en la plaza de Afligidos.

– Al otro extremo de Madrid.

– Una plaza que mi mujer, seguramente, no sabía que existiera en el mundo.

– No estaba mal elegido el sitio. ¡Y qué callado me lo tuviste, grandísimo libertino!.. ¿Lo tienes todavía?

– No. ¡Dios me libre!

– Yo te lo hubiera tomado en subarriendo.

– Y ahora vamos á mi aventura del año pasado en el baile de Escritores y Artistas. Desde el casino me fuí al baile...

– Con la llave del nido en el bolsillo... ¿eh?

– Naturalmente. A poco de ocupar el sitio que me correspondía bajo la lucerna del teatro, llegóse á mí aquella máscara y me dijo unas cuantas frases de esas con que se comienza una conversación entre una mujer elegante con antifaz...

– Y un marido sin careta y sin vergüenza como tú.

– Le ofrecí mi brazo; dijo unas palabras al oído á otra máscara que la acompañaba...

– La mamá ó la tía, la tía probablemente.

– Aceptó mi brazo temblando... No, no se ría usted, temblando. Yo sentía, bajo la presión de mi brazo, cómo temblaba todo el cuerpo de aquella máscara encantadora.

– ¡Pobrecilla!.. Probablemente sería la primera vez que se veía en semejantes trabajos, dijo el marqués irónicamente.

– Me confesó su amor de la manera más ingenua, delicada y pudorosa que pueda usted imaginar...

– Pero aunque pudorosa, no era corta de genio. ¿Cuánto te costó la cena?..

– No quiso cenar.

– Vamos, ahora creo que te amaba. Pero ya adivino el fin de tu aventura. Tu máscara misteriosa era una vieja verde... ¿La marquesa del Traspaso?.. ¿La viuda de Solomillo?.. Son las dos viejas más enamoradizas de los tiempos presentes. A mí las dos me han declarado su atrevido pensamiento, y soy más viejo que ellas.

– No era vieja ni verde aquella máscara; era...

– ¿El hijo de los condes del Repeso, que parece una dama?..

– No, por Dios. ¡Era mi mujer!..

– ¡Caracoles!

– Sí, querido tío, mi mujer. Y yo, hecho un jumento, no la conocí. Me pareció más alta y esbelta que mi mujer, y ni por un instante sospeché que pudiera ser ella. Su actitud, su elegancia, su locuacidad, su lenguaje, todo en ella me denunciaba una mujer de superior sentimiento y de singular travesura. ¿Cómo podía yo sospechar que la dama que se apoyaba temblando en mi brazo temblaría de rabia al convencerse de qué casta de pájaro era su maridito? ¿Cómo había de creer que era la jovencita tímida, medrosa y doliente que necesitaba visita diaria de médico y vino de Peptona á todo pasto?.. Por fortuna no me habló de mi mujer... Esto prueba su candorosa inexperiencia. Me espanta pensar lo que yo hubiera podido decirle de mi mujer...

– Y vamos, ¿qué pasó?.. ¿La llevaste al nido?..

– Sí, tío, sí, la llevé al nido... La hice salir del baile y entrar en un coche...

– Y en derechura al nido. ¡Hombre!, me alegro de que tu mujer te diera tu merecido...

– Llegamos; eran las tres de la madrugada. Abrí la puerta de la calle, subimos los pocos escalones hasta el entresuelo, apoyándose ella convulsivamente en mi brazo...

– Ahora sí que creo que temblaría la pobre Pepita.

– Entramos; la solté un momento para hacer luz... Iluminé el salón, encendiendo las bujías de los candelabros, y luego... vi con la estupefacción que puede usted suponer á mi mujer que acababa de arrojar al suelo la careta y me miraba con ojos de hiena...

– ¡Bonita escena y bonito símil! ¡Llamar hiena á la dulce Pepita! ¡Una mujer que no te la mereces!..

– No es posible que yo repita, porque es imposible que las recuerde, las frases llenas de ira, de rencor y de odio que me dirigió Pepita. Yo estaba anonadado...

– ¡Justo castigo á tu perversidad!

– Aquel aluvión de reconvenciones y de insultos sólo cesó cuando Pepita cayó con terrible convulsión en una *chaisse longue*. ¿Qué hacer?.. En aquel estado no era posible bajarla en brazos al coche que esperaba á la puerta. Pepita castañeteaba los dientes y se retorcía como una poseída. La toqué y sentí el frío de la muerte. Dudé un momento y luego la cogí en brazos y la acosté en el lecho...

– Comprendo que en aquel momento, ante el peligro que corrías de quedarte viudo...

– ¡Oh! Por suerte, era la primera vez que entraba una mujer en aquel nido, y siendo esta mujer la mía...

– Era ya casa honrada la que tú habías preparado para mujeres perdidas.

– Abrigué á Pepita, murmuré á su oído palabras de arrepentimiento y de amor, la acaricié con toda la efusión de mi alma...

– ¡Ah, tuno!..

– Cayó luego en una gran postración, lloró mucho...

– No era para menos.

– Y ya había amanecido cuando la pude bajar al coche y llevarla á casa.

– ¿Y después?..

– Después... llegamos á casa, y en la puerta de su gabinete se detuvo y con acento de profundo enojo me dijo: «De hoy más no pasará usted de esta puerta. Viviremos bajo el mismo techo, pero sin vernos hasta que yo haya conseguido el divorcio.»

– ¡Miren la tímida!..

– «Hoy diré, añadió, á mis padres lo que ha sucedido, y ellos me aconsejarán...»

– No sospechaba yo semejante resolución en mi mujer. Quedé aterrado ante la amenaza de un escándalo, y porque conociendo el carácter inflexible y severo del duque, no podía esperar misericordia.

– ¿Y en qué fundaría la demanda de divorcio?.. ¿De qué te acusaría?

– De adulterio frustrado.

– ¿De adulterio con tu mujer?.. Caso nuevo y no previsto en el Código.

– Pues mire usted, dos meses viví sin obtener indulgencia de mi mujer ni de mis suegros. Y el duque consultó con algún eminente abogado para saber cómo podría presentar su hija la demanda... Pero á los dos meses, el médico declaró que mi anémica, inapetente y dolorida esposa estaba en estado interesante. Mis suegros, que hacía cuatro años deseaban un nieto y ya desesperaban de que Dios les concediera esta gracia, recibieron la noticia con extraordinario júbilo. Mi mujer empezó á mejorar de salud y de humor, tuvo apetito, vió con alegría, mirándose al espejo, color natural y sano en sus mejillas...

– Y es claro, los presuntos abuelos y la madre del niño que había de nacer á los nueve meses llamaron al autor y le perdonaron.

– En efecto, y hace hoy noventa días que poseemos Pepita y yo un ángel encantador que nos sonríe y nos tiende sus bracitos nacarados, y por él me ha perdonado mi dulce compañera y por él he renunciado yo á otros placeres que á los puros incomparables placeres del hogar. Ya sabe usted por qué no voy este año ni volveré nunca al baile de máscaras.

– Pues yo, admirando tu virtud y deseando que Dios te haga un santo, me voy ahora, que ya son las doce y media, á dar unas vueltas por el salón del teatro Real, dispuesto á convidar á un par de mascaritas y á gastarme con ellas en el *buffet* hasta un billete de los que tienen el retrato de Mendizábal sobre fondo verde. Siquiera durante un par de horas olvidaré los años que tengo y los males que me aquejan. ¿Quién sabe si el año que viene llevarás luto por tu tío?..

Carlos Frontaura

DON RAFAEL

– ¡Esto no dice nada: esto es explotar al público! ¡Ni siquiera un muerto conocido!, dijo Luis Barzo, arrojando con desdén el número de *La Correspondencia* sobre la mesa del Suizo, á cuyo alrededor nos sentábamos todas las noches, á última hora, media docena de amigos para gobernar el mundo, en principio.

Barzo tenía su modo propio de leer el diario noticiero, que consistía en limitarse siempre á la lectura de la cuarta plana. El resto del periódico capitalista no le inspiraba el menor interés. En cambio la cuarta plana le atraía, según su frase, con la eterna atracción de la verdad. «Porque observad, añadía, que desde el boletín religioso, incuestionable, hasta las señas inequívocas de las nodrizas; desde el cartel auténtico de los teatros, hasta los anuncios mortuorios, que nadie ha desmentido nunca, todo en ella es positivo, seguro é interesante.»

Pero lo más interesante para Luis, que era un pesimista acérrimo, un pesimista en razón directa de su penuria sistemática, era la que él llamaba lista fúnebre de fallecidos desde cinco duros en adelante; patente de las generaciones difuntas, acomodadas y superiores al anónimo, con quienes nos hemos codeado; despedida cortés, aunque indirecta, de los que se nos anticipan en el viaje final. Y como conocía á todo el Madrid capaz de figurar en esa lista, y como además tenía un carácter quisquilloso, el carácter correspondiente á su eterna escasez de valores metálicos y fiduciarios, resultaba que, sin poderlo remediar, la noche que no encontraba un difunto conocido en letras de molde, se sentía hondamente contrariado. Gracias á que *La Correspondencia* que leía no era jamás suya; que de haberlo sido, hubiera reclamado en el entonces palacio de Santana la devolución de los cinco céntimos. Pero él nunca había comprado nada.

Consolamos á Luis con la reflexión de que en el número próximo sería sin duda otra cosa, dados los quinientos mil condenados á muerte que en Madrid y sus afueras se guarecen. Y otro de los circunstantes, Pepe Costa, un estudiante de derecho, rico (dos mil reales mensuales por su casa) y liberal hasta el punto de que pagaba el café de todos siete días á la semana, por término medio, tomó, por hacer algo, el diario que Barzo había arrojado, y se puso á leerlo maquinalmente. El contagioso espíritu de imitación le hizo también recorrer con sus ojos la susodicha cuarta plana, y de pronto vimos resplandecer en ellos la emoción ó la sorpresa de una inesperada noticia.

– ¡Estás en Babia, Luis!, exclamó; ya no te enteras de lo que lees, ó calumnias por costumbre á *la competente*. ¿Sabéis, señores, quién ha muerto? Oíd; y leyó: «El Ilmo. Sr. D. Rafael Martínez Villalba, jefe superior honorario de administración, ha fallecido. Sus albaceas testamentarios ruegan á sus amigos, etc.»

– Y bien, ¿y qué?, preguntó Luis agriamente. ¿Qué significa ese Martínez menos, ni quién le conocía?

– Le conocíamos todos, y tú el primero.

– Martínez Villalba..., repitió Barzo, que me emplumen si hago memoria...

– Yo tampoco.

– Ni yo. Ni yo, afirmamos los demás.

– ¡Oh mezquina especie de Adán, inventora del olvido, añadió Costa. ¿Conque no conocíais á ese Martínez? ¿Conque no conocíais á Martínez II?

– ¡Martínez II! ¿Es ese el muerto?

– Ese es.

– Yo le creía hace mucho tiempo en la eternidad.

– Pues ya lo ves, está ahora atravesando sus umbrales, después de haber pasado solitariamente la eternidad preparatoria de tres años de extenuación.

¡Pobre Martínez II! Era verdad: todos le habíamos conocido. ¿Quién no conocía en Madrid aquel modelo de caballeros, de amigos, de hombres cultos y bondadosos? ¿Quién no recordaba su simpática y original figura?

II

Era alto, delgado, fibroso, con grandes ojos expresivos y espaciosa frente, presidida por el tupé de sus



NOBLE Y PLEBEYO, acuarela de **W. Strutt** (Exposición de acuarelas celebrada en el «Royal Institute» de Londres, 1892)

cabellos grises, á la usanza de los elegantes de su juventud: el tupé de Larra, de Espronceda y de Martínez de la Rosa. Se parecía á éste extraordinariamente, y á ello debió el título de Martínez II que le inventamos.

Era distinguido por instinto, y pulcro por respeto propio. Tenía el temperamento de todos los aseos, la honradez inclusive. Sus largas levitas de Caracuel, sus amplios chalecos blancos de gran solapa, sus estrechos pantalones de trabillas, sus abultadas corbatas de raso, cuyo nudo sujetaba grueso alfiler artístico, sus sombreros de anchas alas, sus guantes empuñados siempre en la mano izquierda, mientras la derecha aplicaba á sus ojos el doble lente con asidero de carey ó de oro, su andar pausado y majestuoso, sus saludos de gran señor afable, su amena conversación instructiva y sobre todo su indesmentida galantería para el bello sexo completaban la semejanza con el ilustre autor del *Estatuto*.

La buena sociedad madrileña le distinguía y le mimaba.

Había sido el coco de las beldades de *cocas* y miriñaques. Había reinado como un príncipe verdadero, él, modesto hijo de la clase media, en el Prado, en Vista-Hermosa, en los Basilios, en los mentideros de la calle de la Montera y del atrio de San Ginés. Había alternado y brillado en los espectáculos y placeres de los ricos, él, modesto heredero de dos mil duros de renta, jefe de Administración de tercera clase, jubilado después de treinta años de servicio é hijo único de un quincallero de Sevilla.

Había sido camarada mundano de todos los notables de su tiempo; había tuteado al duque de Rivas; había figurado como tertuliano asiduo de Salamanca y de la Avellaneda; había sido el D. Rafael, por antonomasia, de Montes y el *Chiclanero*. Y cuando la triste eliminación natural de hombres y cosas le había traído hasta nosotros; cuando había forzosa y paulatinamente aparecido en el seno de las personas y costumbres sucesoras de las de su tiempo; sin dejar de ser fiel, de fondo y de forma, á sus recuerdos, á sus hábitos; sin dejar de ser figura obligada de teatros, paseos y convites; sin acortar un centímetro el faldón de sus levitas; sin alterar un ápice la forma del cuello de sus camisas, y sin dejar de actuar como el más fino, servicial y discreto servidor de damas, había hecho reinar también en sus nuevos círculos la afectuosa atracción congénita y biográfica de su persona.

Una noche nos explicó en el antiguo casino el secreto permanente de sus éxitos, la causa de haber agradado durante más de medio siglo á todo el mundo, el motivo esencial de haber tenido tantos amigos y ni un solo enemigo.

Martínez II era un filósofo. Aún nos parece estar oyendo, sentados de vuelta del Real, junto á una de las chimeneas del salón grande del casino, la exposición de su filosofía. Nos la hizo en defensa propia. Le habíamos visto en el palco de una de las bellezas de moda, que no tuvo durante su visita ojos ni oídos, al parecer, sino para el visitante. Uno de nosotros, que estaba hacía un año bebiendo los vientos por aquel astro moreno, cuyo escote era una verdadera apoteosis escultural, exhaló, aunque cariñosamente, su mortificación. «¿Pero cómo diablos hace usted, don Rafael, dijo, para gustar tanto á las mujeres?» Y D. Rafael, ajustando el lazo de su corbata blanca, acercándose de espaldas á la chimenea y dirigiéndonos, como preámbulo, una complaciente sonrisa, nos reveló su sistema.

III

El buen Martínez II profesaba el principio fundamental de la insignificancia del hombre. «No hay error, decía, más craso y lastimoso que el de llamar rey de la creación á ese ser mísero, que sólo ocupa en ella un lugar secundario. De este error principal nacen y se derivan los infinitos que sirven de causa á las desdichas y á las necesidades humanas. El hombre cree, por ejemplo, en el orden físico, que la Naturaleza está hecha para él; siendo así que, por el contrario, la Naturaleza le tiene despótica y absolutamente á su servicio, y le impone sus leyes inmodificables, sus intemperies, sus apetitos, sus dolencias, sus rigores y malos tratos, más que á ningún otro animal, puesto que es el más naturalmente indefenso.

»Cuando yo me veo acatarrado en invierno, sin respiración en verano, débil el día que almuerzo tarde, y rendido de cansancio si trasnocho; cuando considero que sin el gabán, y los baños de mar, y la cocinera, y la buena cama, mis manos no podrían sostener el cetro de la Tierra, que dicen que constitutivamente tengo en ellas, no puedo menos de reirme de mi organización regia. Y nada digamos de lo que significan, en puridad, los progresos materiales de que tanto se enorgullece el rey famoso del mundo físico. Ya no podemos viajar sin el vapor, ni alumbrarnos sin el hidrógeno, ni comunicarnos sin la electricidad; y sin embargo, sostenemos que todos esos elementos son nuestros criados, cuando no hacemos otra cosa que pedirles con la inteligencia favor y ayuda. En resumen: la criatura pensadora, que no puede hacer lo que hace el último irracional, que no puede salir impunemente de su casa sin vestirse, que no puede alimentarse sin comprar y guisar su comida, que no puede dormir tres noches seguidas al sereno sin coger un reumatismo, me parece, como rey de lo creado, un rey de Offenbach, un rey bufo.

»En el orden social, añadía, ¿qué cosa hay tampoco más pequeña, baladí é impotente que el hombre entre los hombres, ni menos independiente ni con menos derecho al orgullo? El poderoso vive á expensas de los que sufren su poder; el rico á expensas de los que le facilitan la aplicación y el goce de su riqueza; el genio y el talento funcionan para los que no lo tienen; el sibarita depende de los placeres que otros le proporcionan; el rey, de los súbditos; el general, de los soldados; el comerciante, de los trabajadores; el gobernante, de los gobernados. La vida del individuo es la demanda incesante del socorro colectivo. Vivimos por la familia, por los amigos, por los enemigos, por los protectores, por los servidores, por los demás. ¿Qué monarquía le queda al rey de la sociedad el día en que se encierra solo en su domicilio? ¿Qué poderío es ese que hasta para dar un paseo tiene que contar con el zapatero? ¿Concíbese nada de tan mínimo valor absoluto como el vecino aislado, nadie que tenga deberes y necesidades más generales que el caballero particular?

»Pero en ningún orden de ideas resalta tanto la necia vanidad masculina como en el amoroso, en el de sus relaciones con la mujer. Nos pasamos la vida de rodillas ante ella como niños, como galanes, como maridos, como amantes y como viejos, y decimos, sin embargo, que la mujer es nuestra esclava, ó nuestro pasatiempo, ó nuestro juguete. No poseemos ni la décima parte de su finura intelectual, de su astucia, de su energía moral, de su valor, de su humanitarismo, de su ternura, y sin embargo, la tenemos por un ser inferior. Hacemos girar la máquina social sobre el anhelo de su posesión, y nos creemos sus dueños. Nos enseña á creer, á sentir, á gozar, á padecer, á vivir, y nos damos aires de ser sus maestros. No hay felicidad de hombre que no cuente en ella su parte integrante; ella labra con una mirada nuestra desdicha, y nos creemos los dispensadores de su ventura y los árbitros de su destino. Hemos cargado en su obsequio con todo el trabajo intelectual y material de la existencia; fundamos imperios, inventamos instituciones, ciencias, grandezas, placeres, para ofrecer á sus pies el resultado, y luego convenimos seriamente en no darla otra importancia que la de un pretexto de nuestra actividad. ¡No somos, en suma, desde la cuna al sepulcro, más que unos mendicantes de sus caricias, y decimos que vive de la limosna de nuestro corazón y de nuestra fuerza!

»Para concluir: el hombre no vale un comino, desde ningún punto de vista. Los hombres son, como conjunto, lo único que vale algo; pero una sola mujer vale más que todos ellos. Y como no soy más que uno, ciño mi conducta á la conciencia de mi nulidad. Sirvo á los demás con interesada buena fe, en lo poco que puedo, para que ellos me sirvan en lo mucho que les es dable. Y para gustar á las mujeres, lo único que hago es demostrar que ellas me gustan á mí mucho más, infinitamente más de lo que yo puedo gustarlas.

»Cuyos mandamientos se encierran en dos, á saber: ser bueno con los hombres, y mejor con las mujeres. No hay otro medio para pasarlo medianamente en este planeta.»

IV

Martínez II murió en carácter: murió de bondadoso á los sesenta años. Yendo con el cortejo fúnebre desde la casa mortuoria, calle de la Cruz, á la patriarcal de San Martín, Costa nos refirió en el landó de alquiler cómo había muerto.

—¿Recordáis, dijo, que hace algunos años, á raíz del cólera, apareció Martínez acompañado siempre de una linda niña enlutada, cuya paternidad ilegal le atribuyó al momento la maledicencia? Pues la maledicencia se equivocó, contra su costumbre, entonces. El verdadero padre de aquella niña, empleado de Hacienda con 3.000 pesetas anuales, acababa de morir en su respectivo sotabanco. Había sido contemporáneo, paisano, subalterno y protegido de don Rafael; y cuando pidió á éste en su agonía amparo para su hija, que no tenía madre ni parientes, don Rafael se lo prometió; y cuando la linda adolescente de doce años vió á Martínez volver del entierro de su padre, y le preguntó llorando si la iba á llevar al Hospicio, Martínez le contestó que la iba á llevar á su casa. Tres años después habían sucedido muchas cosas en ese cuarto segundo de la calle de la Cruz que acabamos de visitar. Alguna de ellas, como por ejemplo, el cambio radical de vida y costumbres en D. Rafael, la supimos y la comentamos todos á tiempo. El amigo de medio Madrid se había dedicado por completo á las funciones de padre adoptivo. Ya no existían para él más ocupaciones ni más placeres ni más espectáculos que los que podía compartir con su hija de adopción. Apenas obtuvo ser jubilado dirigió por sí mismo, con ayuda de su experiencia y de sus varios conocimientos, la educación de la huérfana; cuidaba por sí mismo hasta los trajes que la niña usaba; y así la veíamos rebosando de orgulloso contento cuando la paseaba ó la llevaba al teatro, hecha un primor de elegancia y reflejando el buen gusto externo de su director. En una palabra, la muchacha, que se llamaba Inés, había venido á ser el centro moral de la vida del buen Martínez. Aquel corazón afectuoso, que á fuerza de querer á todo el mundo y de practicar su filosofía propicia, no sintió nunca un cariño concreto, decisivo y trascendental, había concentrado en aquella criatura todas las ternezas y todas las bondades genéricas de su corazón. Inés, como también sabéis, era guapísima: blanca, con la mejor de las blancuras, que es la pálida mate y ajazminada; con dos ojos negros como la endrina, llenos de luz acariciadora y festoneados por magníficas pestañas; con dos cerezas garrafales por labios, dos azucenas por manos y dos pequeños dijes artísticos por pies. De su talle y sus contornos poco ó nada se supo al principio de la adopción; pero un par de años después vinieron en tropel las mejores y más gustosas noticias. La virgen andaluza se desarrolló de un golpe, con la precocidad que su tierra impone, y yo recuerdo que, al verla de lejos, algunos de vosotros os quedabais con la boca abierta, y otros, los más creyentes, bendecíais á la divinidad, fuente y origen de las bellas formas...

—Es verdad, dijimos todos, pagando tributo al recuerdo exacto.

—Pues bien, siguió el orador: ¿necesito aseguraros que la boca más abierta y la gratitud más religiosa en presencia de aquel precioso ejemplar femenino, eran las de D. Rafael, las del gran perito en el ramo? Aquella belleza le sorbió el sexo, hasta el punto de que vivía por ella y ante ella en éxtasis. Su ama de llaves, la setentona doña Jacinta, llegó á sospechar que aquel cariño y aquel entusiasmo pasaban de castaño obscuro é implicaban un enamoramiento inmenso. Y un día se atrevió, con la audacia orgánica de las de su especie, á preguntar á su amo por qué no se casaba con *la señorita*. Y su amo le contestó que ya había pensado en ello, y que era una de las cosas que pensaba hacer *in artículo mortis*, si antes Inés no lo había hecho por su cuenta y con otro. Y cuando doña Jacinta le preguntó también por qué lo dejaba para tan tarde, D. Rafael le contestó también que las viudedades no se cobran hasta que los maridos mueren, y que él quería dejar á Inés la viudedad correspondiente á su jubilación de veinticuatro mil reales. Inés no llegó á gozar, sin embargo, de la proyectada pensión civil, porque una tarde se asomó al balcón y vió á un joven de buena figura que la miraba mucho desde el suyo, y que ya no cesó de mirarla con igual intensidad todas las tardes á la propia hora. Total, que en aquel joven había el germen de un novio y que este novio se apareció un día en la casa de D. Rafael acompañado de su padre, tendero acreditado de ropas hechas y en corte, el cual padre pidió á Martínez la mano de su pupila para el hijo. Martínez llamó á Inés, que nada le había dicho del noviazgo, la cual se lo dijo todo en presencia del interesado. La mano, pues, fué acordada y la boda se efectuó á los quince días, yéndose inmediatamente los recién casados á establecer en Barcelona, que es gran país para el comercio, un comercio idéntico al del suegro de Madrid. D. Rafael hizo donación á Inés de todo su patrimonio y se quedó otra vez solo con doña Jacinta y con su haber pasivo. A la vuelta de la estación del Mediodía, donde despidió á los jóvenes, se sintió un poco malo; le parecía ver todos los objetos de un color obscuro. Era una ictericia negra que le entraba y que ya no debía salirle del corazón sino con la vida. Su tristeza se desarrolló y duró tres años. El pobre Martínez sólo tenía un día de alivio en la semana, el día en que recibía carta de Inés: los demás los pasaba esperando la carta siguiente. Doña Jacinta le instaba para que volviese á su antiguo vivir agasajado y divertido. D. Rafael se negaba bajo el pretexto de que, según decía, no estaba ya para jolgorios, pero en realidad porque seguía viendo negro, muy negro, el mundo. Al principio sa-

lió á paseo todas las tardes, después alguna que otra, luego ninguna. Empezó á sentir gran debilidad, que en breve no le permitió moverse de una butaca. Doña Jacinta llamó al médico: el médico fué, observó y dijo que aquello no tenía remedio, que era una anemia incurable, una luz que se apaga. Doña Jacinta lloraba á hurtadillas. D. Rafael sonreía sin cesar á doña Jacinta, y se pasaba las mañanas contemplando la gran fotografía iluminada de Inés, que presidía su cuarto, y las tardes mirando á través del cristal del balcón la tienda del suegro. Una noche se acostó con gran fiebre y el ama de llaves le oyó delirar y decir: «¿Por qué no me llamas á tu lado? ¿Qué hago yo aquí, yo que te quiero tanto, yo que sin ti me muero?» Y doña Jacinta lloró doblemente al considerar la ingratitud de *la señorita*. Por la mañana llegó el correo con carta de Barcelona, y tuvo que leérsela al señor, que ya no podía leer. Era del marido de Inés participando el segundo feliz alumbramiento de su mujer. Cuando acabó la lectura, doña Jacinta alargó el papel á su amo; pero éste no pudo tomarlo porque, aunque seguía sonriendo, estaba muerto. Aquella era la última sonrisa del buen Martínez.

¡Pobre D. Rafael!

S. LÓPEZ GUIJARRO

BOCETOS

UNA FIERA

Aterrorizan los relatos de esas fieras que silenciosas y traidoramente, ó rugientes y amenazadoras, se abalanzan sobre los confiados viajeros al pasar por la estrecha garganta de un precipicio, al cruzar una estrecha llanura del desierto, atravesando un enmarañado bosque, al vadear un río ó flotando sobre un resto de buque en la inmensidad del Atlántico. Si el relato y la sola idea de eso pone los pelos de punta, calcúlese el espanto que ha de causar la realidad al encontrarse con el tremendo y poderoso león de las vertientes del Atlas, el astuto tigre de Bengala, la cautelosa pantera del Ganges, el repugnante cocodrillo del Nilo, el asqueroso hipopótamo de la Abisinia, el estúpido y feroz oso blanco de la Laponia, el fétido condor del Himalaya, la retorcida serpiente de las Pampas, el voraz tiburón del Océano, la hedionda hiena..., figúrese cualquiera la realidad de tales encuentros, sin amparo y sin defensa.



FELICIDAD, cuadro de Ramón Pulido y Fernández
(Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

Y sin embargo, ¡lo que es la costumbre!, vivimos tan confiada y tranquilamente como si tal cosa, rodeados de fieras semejantes, apenas sin reparar en ellas, aun sabiendo los estragos y destrozos que causan, no sólo á diario, sino á cada momento.

La cuestión es sencilla, se reduce á cambio de nombre y variación de escena.

Pongamos por caso.

El tremendo y poderoso león aparece revestido con la prepotencia de alto funcionario ocupando un sillón de... primera categoría; el astuto tigre, detrás de la mesa del estrado de un tribunal; la cau telosa pantera, el que dirige el teje maneje de un banco de crédito; el inmóvil y repugnante cocodrilo, el capitalista que absorbió el dinero de los cándidos que se lo entregaron; el asqueroso hipopótomo, esos ricachones ó herederos de gran fortuna que se pasan la vida sin idea de algo superior á ella; el torpe y feroz oso blanco, esos brutales asesinos de encrucijada, buhardilla ó chiribitil, que como valen poco con poco se contentan, y suelen ser, quiza precisamente por eso, los únicos que dan trabajo al verdugo; el condor y demás género de pluma y rapiña, la gente de ídem; la retorcida serpiente, desde la boa *Constrictor* á la venenosa víbora, la chusma que invade y llena las curias; el elefante, esos caciques de localidad dispuestos siempre á tumbar de un trompazo á quienes les estorben en sus trapisondas; el voraz tiburón de encajados dientes, esos letrados de ancha tragadera, á quienes, con tal que dé, lo mismo da sostener blanco que negro y contrariar hoy lo que ayer defendieron; la asquerosa hiena, esos usureros en pequeño para realizar en grande mayores saqueos..., los cuales sobrepujan en nauseabunda asquerosidad á toda la repugnancia junta de los demás, ¡y eso que cada cual presenta un buen contingente!

Esas fieras, que lo son y de veras, no



EL ENTIERRO DEL PILOTO, cuadro de Juan Martínez Abades (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)



LA CARTA DEL NOVIO, cuadro de F. B Doubek



LA PRUEBA DE UNA TIPLE, cuadro de F. B. Doubek (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

nos espantan ni nos horrorizan, porque estamos familiarizados con ellas: nos acechan, nos preparan emboscadas y sorpresas, y cándidamente sin escarmiento caemos en ellas; y nos aprietan, estrangulan y destrozan, y nos quedamos tan amigos, viviendo en santa paz y compaña: apenas pensamos en vengarnos; ni siquiera movidos por instinto de conservación intentamos unirnos para la común defensa.

Pudiendo añadir aún que cuanto más dañina y mala sea esa fiera social, tanto más motivo de respeto y deferencia impone; y llevándolo al extremado límite, parece como que nos envanezcamos de frecuentar su guarida con aspecto de suntuoso palacio, y hasta sus zarpazos nos parecen graciosas caricias, sus groserías lindezas y sus bramidos chistes, y... *¡Cosí va il mondo bimba mia!*

La pintura no es subida de color, es más bien pálida: seguramente la mayor parte de los lectores dispondrán de propia paleta para recargarla, dejándola á su gusto y en su punto.

Pero al fin, aquellas fieras de por allá, sencillamente entregadas á sus instintos, entre sus géneros, especies y familias, no se dañan, ni se destrozan, ni se matan unas á otras: satisfechas sus funciones naturales y llenadas sus necesidades, nada extreman; como no conocen el vicio, no se abandonan á ningún exceso. En cierto modo pueden considerarse como brutos racionales.

Pero entre los hombres, parece que el espíritu de conservación individual estriba en destruir, y sus funciones naturales han de ir más allá de su línea, y sus goces y necesidades han de hallarse dentro de los excesos del vicio: su concupiscencia no conoce valla ni freno, y para satisfacerla cualquier medio le parece aceptable y lo estima como excelente, y sobre todos el mejor y de resultado seguro la destrucción de sus semejantes. Diríase que para él lo más sabroso son las lágrimas y el sudor y la sangre de otro hombre, de su semejante, de su hermano. Y así los tales, ó sean las fieras de por acá, en cierto modo invirtiendo la idea pueden ser considerados como racionales brutos... ó embrutecidos, que es peor. ¿No es verdad que el hombre inocente y cándido es lo más cándido y más inocente que puede darse? ¿No es verdad, que la *Fiera Hombre* es una gran fiera?

Juan O-Neille



Bellas Artes. – La Galería Nacional de Berlín envía á la Exposición universal de Chicago ocho esculturas y veinte cuadros que firman, entre otros, los escultores Begas, Eberlein y Brutt y los pintores Keller, Schuch, Liebermann y Knaus.

Salón Parés. – Como todos los años, los pintores Casas y Rusiñol en compañía del escultor Clarasó han organizado una exposición con varios de los trabajos realizados desde la anterior, en la que tomó parte el desgraciado Canuda, muerto el verano último en la villa de Sitjes, donde todo el sol esplendente de nuestro litoral, reflejado por las azules ondas mediterráneas, fué insuficiente remedio á la dolencia contraída allá en las cimas de Montmartre junto á las aspas del molino de la *Galette*, cuando en compañía de los expositores que nos ocupan luchaba valientemente para resolver el dificilísimo problema de ganar su vida y practicar el arte, sueño y aspiración de toda su mísera existencia. Descanse en paz el buen amigo, el hombre honrado y el ferviente artista.

Como en sus anteriores manifestaciones, preséntanse Rusiñol y Casas consecuentes y fieles á su manera de sentir, aunque esta vez sean sus estudios, á la par que en número más reducido, algo más interesantes en su concepto y ejecución que otras veces: muchas de las notas, impresiones y verdaderos cuadros expuestos no son parisienses, son impresiones recibidas, sentidas entre nosotros y entre nosotros reproducidas; diferencia digna de tener en cuenta, dada la filiación con que se ha caracterizado á estos artistas, y que explica la mayor benevolencia con que el público las ha recibido.

Curioso es en verdad, y prueba una vez más la insignificancia de nuestro movimiento artístico, el anatema que han merecido generalmente del público y de la crítica Casas y Rusiñol por el solo hecho de presentarse sinceros y espontáneos, en trabajos que más que resultados son medios para producirlos algún día, estudios y observaciones de temperamento verdaderamente de artista, revelaciones que en otras partes se miden por el valor que manifiestan, no por la novedad de procedimientos que supongan, al propio tiempo que entre éstos presentan obras que reunen condiciones suficientes para ser apreciadas seriamente, sean unas ú otras las tendencias que signifiquen. Y afirma nuestras palabras el hecho de que se moteje á esos artistas de impresionistas, cuando tanto distan en su pintura de las cualidades típicas que caracterizan á los representantes genuinos de esa escuela.

Sea como fuere, Rusiñol y Casas exponen en su variada labor muestras de valer suficiente para que se les aplauda, aplauso que debe hacerse extensivo á Clarasó por la gallarda muestra que de su talento presenta con el modelo monumental que expone.

Teatros. – En el teatro de la Residencia, de Berlín, se han estrenado en un mismo día tres obras en un acto del poeta sueco Strindberg, de las cuales la tragicomedia *El acreedor* causó profunda impresión, al paso que la comedia *Signos de otoño* y la tragedia *Antes de la muerte* apenas gustaron. Según los periódicos alemanes, este notable representante de la escuela naturalista del Norte también escudriña con preferencia los aspectos malos del alma humana, así es que los personajes de las tres obras citadas acusan únicamenne sentimientos é ideas de debilidad, bajeza y brutalidad.

París. – La pantomima en todas sus aplicaciones teatrales ha prevalecido en la última quincena en París, en donde se han estrenado: en el Nuevo Circo *Paris Clown*, revista pantomima de Sartac y Alevy; en el teatro de Aplicación, *Une soirée chez M. le sous-prefect*, monomima de Galipaux con bellísima música de Thomé, y en el Circo de Invierno, *Les Francais au Dahomey*, mimodrama militar. En los Bufos Parisienses se ha reproducido *L' Enfant prodigue*, pantomima de Carré con deliciosa música de Wormser. Se han estrenado además con buen éxito: en Variedades *Le premier mari de France*, vaudeville en tres actos de Albin Valabregue; en Cluny, *Les Cambrioles de l' année*, revista en tres actos de Milher y Numés; en el Palais Royal, *Le Veglione*, graciosa comedia en tres actos de A. Bisson y A. Carré; en el Gimnasio, *Les amants legitimes*, comedia en tres actos de A. Janvier y M. Ballot; en el Circo Fernando, *A bride abattue*, revista ecuestre, en la que los clowns, amazonas, gimnastas, etcétera, etc., con gran aparato de caballos, coches y velocípedos, representan los principales acontecimientos ocurridos durante el año en París; y en el Chateau d' Eau, *Le crime d' Orcival*, interesante drama en cinco actos y ocho cuadros, de E. Mendel y E. Pourcelle, tomado de la novela del mismo título de Emilio Gaboriau.

Madrid. – En el Real el tenor Tamagno ha cantado con gran aplauso *Guillermo Tell* y *Otello*, ópera esta última en que compartió con él la ovación la Sra. Tetrazzini: en ambas logró nuevos triunfos el Sr. Mancinelli: para *debut* de la Sra. Fabri, que fué muy bien recibida, se ha puesto en escena *Orfeo*. En el Español se ha verificado el beneficio de la señorita Contreras con la representación de *Un drama nuevo*, en la que obtuvo, junto con el Sr. Vico, muchos aplausos. En el Príncipe Alfonso sigue contando por conciertos el número de triunfos la Sociedad de Conciertos de Madrid dirigida por Mancinelli: en el quinto fueron especialmente aplaudidas la marcha fúnebre de *Siegfried*, el preludio de *Tristán é Isolda* y la cabalgata de *Las Walkirias*, de Wagner, y la quinta sinfonía de Beethoven. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *Abogar contra sí mismo*, comedia en tres actos de D. Miguel Echegaray, de interesante argumento, muy bien estrita y abundante en chistes cultos, y en Lara, *El mochuelo*, juguete en un acto de los Sres. Limendoux y Rojas. En este último teatro se ha verificado el beneficio de la Sra. Valverde, una de las artistas predilectas, y con razón, del público madrileño. En la Zarzuela han comenzado con gran éxito las representaciones de *Miss Helyet*, cosechando en ellas muchos aplausos la señorita Pretel y el Sr. Banquells.

Barcelona. – Se han estrenado con aplauso: en Romea, *La mosca al nas*, comedia en un acto de D. Federico Soler, bien escrita y abundante en chistes; *Nit d' aygua*, graciosa pieza en un acto del Sr. Ferrer y Codina, y *La dama de Reus*, interesante drama en tres actos, de D. Manuel Rocamora; en Novedades, *El marqués de Carquinyoli*, chistoso juguete en un acto, de G. Gumá; en el Eldorado, *Las fiestas de Villacañas*, graciosa zarzuela en un acto, de D. Bernardo de Pablo, con agradable música del maestro Estellés, y *La boda de Serafín (a) el Zapaterín*, letra de D. Constantino Gil y música del Sr. Valverde (hijo). En el Circo Barcelonés, la compañía Tani ha puesto en escena *Don Pedro dei Medina*, opereta del maestro Lanzini, y *Kakatoa*, opereta en tres actos, de Offenbach y Ricci, habiendo sido aplaudidos el director de la compañía, Sr. Tani, las señoritas Tani y los Sres. Delecesse y Navarrini. Mme. Judic ha dado cuatro representaciones en el Principal y una extraordinaria en el Lírico, ésta con el solo objeto de poner en escena *Le parfum*. En el Tívoli ha comenzado sus representaciones una compañía de ópera italiana. La Sociedad Catalana de Conciertos ha dado los dos primeros de esta temporada, que han valido entusiastas ovaciones á la misma y á su director señor Nicolau por lo selecto de los programas y la excelente ejecución de los mismos: en el segundo se estrenó la introducción al poema sinfónico *L' Atlántida*, del joven compositor Sr. Morera, que se ha revelado en ella como maestro inspirado y peritísimo en materia de instrumentación y que fué aclamado con entusiasmo.

Necrología. Han fallecido recientemente:

Doña Concepción Arenal, renombrada escritora, admirada por los más eminentes publicistas por sus profundos conocimientos en las ciencias jurídica y sociológica, autora de multitud de obras universalmente celebradas, entre ellas *Manual del pobre*, *Derecho de gentes*, *Cartas á un señor*, *Cartas á un obrero*, *Cuadros de la guerra*, *La esclavitud*, *La beneficencia, la filantropía y la caridad*, *Manual del preso* y otras muchas, algunas de las cuales han sido traducidas al polaco, al inglés, al italiano, al francés y al alemán.

José Alfredo Foutón, cardenal arzobispo de Lyón y primado de las Galias.



Una elegante en 1889, cuadro de Van den Bos. – Los que visitaron nuestra Exposición internacional de 1891 recordarán sin duda el magnífico cuadro de Van den Bos, *El heredero*, que en ella figuraba y que reprodujimos en el número 497 de La Ilustración Artística. Todas las cualidades notabilísimas que en aquella obra resplandecían aparecen con mayor realce, si cabe, en esa figura que hoy publicamos, concebida dentro de las leyes del gusto más exquisito y ejecutada con todos los primores que la perfección artística exige.

Granada por los Reyes Católicos, boceto al óleo de Isidoro Marín (de fotografía de J. García Ayola). – Cuando Isidoro Marín expuso su cuadro representando la *Purificación de los moriscos por el arzobispo Fr. Hernando de Talavera*, hicimos observar las relevantes condiciones que reconocíamos en el joven artista granadino para la composición de asuntos de carácter histórico, augurándole, á seguir por tal camino, seguros triunfos. Y que no nos equivocamos en nuestras apreciaciones, han venido á demostrarlo después su magnífico cuadro titulado *Prisión de Boabdil en la batalla de Lucena*, premiado en el concurso celebrado en Granada con motivo de la coronación del hoy llorado poeta D. José Zorrilla, y el no menos interesanre que reproducimos, titulado *Granada por los Reyes Católicos*, premiado también por la Municipalidad granadina en el concurso celebrado para conmemorar el cuarto centenario de la Reconquista. La producción del Sr. Marín representa con notable originalidad y completa exactitud histórica la toma de posesión de la capital de Boabdil, ocurrida el día 2 de enero de 1492, en el que, como saben nuestros lectores, Colón descubrió un nuevo mundo y realizóse la unidad nacional.

Triste recuerdo, cuadro de Antonio Coll y Pí (Salón Parés). – Innegable es que el cariño de nuestros padres, hermanos ó deudos nos sostiene y anima, siendo el alimento moral de nuestras almas. Nacidos para amar, nuestra existencia pierde sus atractivos al desaparecer los seres que desinteresadamente nos prodigaron inequívocas y señaladas muestras de verdadero afecto. Y si en la criatura humana no existiera el instintivo convencimiento de su conservación, sucumbiríamos anegados por la fuerza del dolor que nos domina.

Tales son las consideraciones que han inspirado al joven cuanto inteligente pintor Antonio Coll el sentido cuadro que reproducimos, digno compañero del que ha tiempo dimos á conocer á nuestros lectores, titulado *Viudo*, que al igual de éste llamó justamente la atención de los inteligentes. En una y otra composición revélase el artista que siente y discurre y que, convencido de su misión, pinta cuadros de la vida real, escenas que se desenvuelven á nuestro alrededor, episodios sentidos que interesan por su delicada intención. Además es recomendable el cuadro del Sr. Coll por la discreta disposición de las figuras y por la sobriedad del colorido, que se armoniza perfectamente con la índole de la escena representada.

Noble y plebeyo, acuarela de W. Strutt. – El contraste que á nuestros ojos ofrece no puede ser más completo, y el pintor al reproducir en el lienzo esos dos tipos nos ha presentado el modo de ser de una época en que entre las distintas clases sociales existía una barrera infranqueable, época afortunadamente destruída por las leyes y las costumbres que cada día tienden más á apreciar al hombre por sus propios méritos y á facilitar aun al más humilde los medios para encumbrarse por su propio esfuerzo.

Felicidad, cuadro de Ramón Pulido y Fernández (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – El Sr. Pulido forma parte de ese grupo de jóvenes artistas que por sus especiales aptitudes representan ya la venidera generación artística. De ahí que al examinar sus obras lo hagamos siempre tratando de adivinar en ellas algún rasgo de genialidad, algo que revele una personalidad, un pintor que llegue á honrar con sus producciones el arte patrio. Si el pensionado por la Diputación de Madrid llegará á la meta, imposible es adivinarlo, por más que sus obras patentizan ya las recomendables cualidades que posee y un temperamento de artista. Preciso es, pues, limitarnos á consignar que los cuatro lienzos que han figurado en la Exposición de Bellas Artes, entre ellos el que reproducimos, son tan bellos por el concepto como por su factura, no titubeando en afirmar que si por tal senda sigue el Sr. Pulido, logrará alcanzar justa recompensa á sus afanes.

El entierro del piloto, cuadro de Juan Martínez Abades (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – España, que cuenta con dilatadísimas costas bañadas por dos mares, ofrece al observador la anomalía de ser el país en donde sus artistas han rehuído por largo tiempo dedicarse al estudio de la marina. Hace pocos años que contamos entre los pintores un grupo de marinistas, si bien éstos, aunque en reducido número, han logrado justa y merecida nombradía. Juste, Monleón, Meifrén y Martínez Abades son nombres ya conocidos y sus obras apreciadas en todos los centros de arte.

El Sr. Martínez Abades, que ya se distinguió en la Exposición nacional de 1890 por su notable lienzo titulado *El Viático á bordo*, ha logrado en el certamen de 1892 otra nueva recompensa por su gran cuadro *El entierro del piloto*, tan sentido como el anterior y tan bellamente pintado que revela el profundo estudio del artista asturiano y sus cualidades excepcionales para el cultivo del género especial á que se dedica con singular éxito.

El asunto desarrollado por el Sr. Martínez Abades interesa extraordinariamente. En un buque anclado en el puerto acaba de morir un marino, el piloto, cuyo cadáver transportado en una lancha recíbenlo en el muelle sus deudos y amigos para que descansen sus restos en la tierra que le vió nacer. La muerte le respetó cuando el buque por él gobernado era juguete de las olas, y cuando podía hallar en el seno del hogar calma y reposo, encontró la muerte al divisar las casas blancas de su pueblo.

Tal es el asunto del lienzo, y á la vez que aplaudimos al artista, bueno es consignar que como suponemos el cuadro inspirado en un hecho de la vida real, debemos al pensar en él acatar los fallos de la Providencia.

La carta del novio. – La prueba de una tiple, cuadros de F. B. Doubek. – El autor de estas dos obras pertenece á la tan celebrada escuela de Munich, cuyas excelencias bien se advierten en estos cuadros. Hállase en ambos tratada con especial cuidado la parte plástica; pero lo que en ellos más atrae es la reproducción del elemento psíquico, sin el cual no puede haber verdadera obra de arte. En efecto, examínense una por una las figuras que en las dos composiciones entran, y en ninguna de ellas dejará de encontrarse la expresión propia, perfectamente ajustada al estado de ánimo en que el autor quiso representarlas; y si á esto se añade la corrección del dibujo, la bien entendida agrupación de las personas, la acertada disposición de los accesorios y la irreprochable distribución de luz, se comprenderá el aplauso con que han sido recibidas por la crítica y por el público estas dos obras del pintor alemán.

En el vestíbulo, cuadro de Renato Reinicke. – Pocos artistas igualan á Reinicke en la pintura de tipos y asuntos del gran mundo, como son los del cuadro *En el vestíbulo:* la finura de su lápiz, la delicadeza de su pincel y la suavidad de su colorido hacen de sus obras modelos acabados de corrección y de buen gusto. Todo en sus cuadros es elegante, todo se presenta en ellos saturado por una atmósfera aristocrática, de buen tono, que cautiva; todo en ellos, además, es natural: porque Reinicke busca y reproduce la verdad, pero la busca allí donde hay belleza y sentimiento y color, y la reproduce con sin igual cariño, dando á cada uno de los elementos de su composición todo el valor que ha de tener á fin de que ésta sea completa en su conjunto y en sus detalles.

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

– Pues entonces... murmuró, ¿por qué razón han detenido á Roberto, si tú dijiste?..

– El procurador no ha creído en mi palabra, y tú misma inocentemente le has confirmado en la convicción de que yo había mentido para salvar á Roberto.

– Y en efecto, ¿has mentido?..

– He dicho la verdad.

Edmunda hablaba con trabajo, sofocada y con el rostro enrojecido.

Entonces, incapaz de dominarse é indiferente á los golpes que dirigía, exclamó con violencia:

– ¡Pues entonces... tú eres la causa de todas estas miserias! ¡Ah! ¡Malhaya de las personas que toman los asuntos de los demás con más interés que uno mismo! Yo no tenía ninguna necesidad de tu ayuda, pues siempre supe conducir mi barca yo sola. Si no te hubieras mezclado en nada, Roberto habría ido á casa de la señora Robinsón; allí habría sido visto de todos, y nadie hubiera pensado en acusarle de ese estúpido crimen... y yo no me vería en la situación equívoca y ridícula de mujer casada, sin esposo...



Marta se arrodilló é hizo un esfuerzo para orar

– ¡Edmunda!, exclamó Marta dolorosamente.

– Sin embargo, todo cuanto te digo es verdad...

Cuando yo era niña me llevaron á un teatrito, y recuerdo que allí había una casada cuyo matrimonio se declaró irregular á causa de no sé qué...; se la veía en el acto siguiente vestida siempre de blanco, pero entre las flores de su corona llevaba naranjitas verdes y otras casi maduras, lo cual hacía reir mucho.

– ¡La llevaban á usted á ver cosas bonitas!, murmuró la tía Aurelia.

– Pues bien, continuó Edmunda hablando más precipitadamente, yo miraba todas las mañanas mi corona de flores de azahar, buscando las naranjitas verdes... y esto me producía tales accesos de furor, que ayer mismo la quemé. Los criados me llamaron aquí casi siempre señorita Edmunda; los campesinos me miran con sorna cuando pasan cerca de mí, y yo os digo que mi situación es ridícula é intolerable.

En el silencio de asombro que siguió á estas palabras, oyóse á la tía Aurelia murmurar:

– Esta vez, el nudo ha roto la aguja... en seco...

– Querida Edmunda, dijo Marta dulcemente, cuando recobres la calma te arrepentirás de tu violencia, pensando que es horriblemente cruel haber sido con las mejores intenciones del mundo la causa involuntaria de una sensible desgracia... que esto hace pasar días penosos y noches terribles...

La señora de Ancel, pensando sólo en su hijo, exclamó:

– ¡Ah, Marta! ¿Por qué haber callado en el momento mismo? ¿Por qué ocultarse para que ahora no baste su palabra de usted para salvar á mi hijo?...

– ¿Por qué, por qué?, repitió Edmunda. ¿Quién sabe si todo este misterio no encierra un sentimiento oculto? En el país, según me han dado á entender últimamente, se cree que cuando Marta era más joven se trataba de casarla con Roberto.

– No he merecido tus duras palabras, Edmunda, dijo Marta, y por esto mismo no las toleraré.

La señorita de Levasseur se había levantado á su vez, con dignidad, pero horriblemente pálida, sin poder ocultar todo cuanto sufría, y Edmunda se sintió al fin un poco avergonzada.

– Te pido perdón, Marta, dijo; pero... ¡si supieras cuán desgraciada soy!

– ¡Ay de mí, pobre niña!, replicó Marta, abrazando á su hermana tiernamente, á mí me contrista tu pesar tanto como mis angustias.

Y después de aquella explosión de violencia y de injustas recriminaciones, siguióse una pausa y se trató de hablar de otras cosas, pero sin conseguirlo. Al cabo de otra pausa, la señora de Ancel dijo al fin:

– Voy á proponer una cosa. Yo vuelvo á casa, donde mi presencia es necesaria; pero la soledad me atemoriza. Si Edmunda quisiese acompañarme, podría tomar posesión de las habitaciones preparadas para ella, y estaría allí como en su pequeño reino, en casa de su esposo. Y cuidaré, querida niña, añadió con triste sonrisa, de que no se la llame nunca «señorita,» y Marta no quedará sola, puesto que su tía le ha servido de madre hace muchos años. Es tan buena y generosa, que me cederá durante algún tiempo á su hermanita...

Así se hizo, y esta solución produjo una agradable expansión en los ánimos. Edmunda, niña mimada y voluntariosa, una vez disipada su cólera y no comprendiendo bien su violencia, trataba de hacerla olvidar, mostrándose como antes zalamera y seductora; pero la complació mucho marcharse con su suegra.

Cuando se atestiguó en lontananza el ruido del coche que conducía á las dos mujeres, Marta fué á sentarse en un taburete, como cuando era niña, y muy fatigada apoyó la cabeza sobre las rodillas de su tía. El silencio de aquel gran salón le parecía invitar al reposo, y las dulces caricias de la mano regordeta de la señora Despois le hicieron mucho bien; ahora podía callarse ó hablar según se le antojara, y no debía esforzarse para disimular.

Al cabo de un rato de silencio, la tía Aurelia se inclinó y le dijo en voz muy baja con la mayor dulzura:

– ¡Pobre Marta!.. Yo no había comprendido al pronto. Tú le amabas y le has cedido á tu hermana...

Marta no tuvo fuerza para protestar... ni sus labios pronunciaron la palabra «no;» hubiera querido desahogarse llorando; pero hacía ya largo tiempo que se habían secado las lágrimas en sus ojos.

Las caricias maternales y las palabras dulces acabaron por calmarla, produciéndola muchísimo alivio, y al fin la tía exclamó como á pesar suyo:

– ¡Cuando te dije que la desgracia entraría aquí con la hija de la actriz!..

XIV

Acercábase el día del proceso, señalado para principios de diciembre, y el verdadero asesino no se encontraba.

La señora de Ancel y Edmunda habían conseguido al fin que se les permitiera ver al preso, y sus visitas les proporcionaron un poco de calma y esperanza. Roberto parecía tan seguro del resultado y hablaba tan tranquilamente del viaje á Italia, fijando la fecha después de terminarse el asunto, que su confianza se comunicó á las dos mujeres. Había tenido una larga entrevista con su abogado, hombre célebre de arrebatadora elocuencia, que el marqués de San Pedro había ido á buscar á París; y este abogado, llamado Bourdoin, no parecía dudar de la absolución. Entretanto Roberto trabajaba con afán en su *Historia de los duques de Saboya*, y había casi concluído el primer capítulo, capítulo de consideraciones generales, cuya redacción exigió un trabajo muy prolongado y minucioso.

Estas noticias llegaban al castillo á intervalos. El tiempo era espantoso, y hasta las visitas entre vecinos se hicieron difíciles. Con frecuencia algunas breves cartas consolaban á las dos reclusas.

Entre las hermanas, cuando se veían manteníase una tensión visible. Las largas conversaciones íntimas que tanto les complacían y en que las dos se comunicaban sus impresiones eran ya imposibles; pero mostrábanse muy cariñosas una con otra. Edmunda coqueteaba casi para reconquistar el terreno perdido, pues necesitaba siempre ser adorada de aquellos y aquellas que la rodeasen. Por lo demás había recobrado en gran parte su alegría y buen humor, y era tal en ella la necesidad de vivir y divertirse, que la tristeza y la desesperación no le hacían gran mella. Bien mirado, la alegría es más bien cuestión de temperamento que de circunstancias. La primera vez que Marta oyó la franca carcajada de Edmunda estremecióse, pareciéndole que el eco debía resonar hasta en la prisión de Roberto...

La señora Despois dejándose llevar otra vez completamente de la antipatía que en un principio le inspirara Edmunda, decíase para sí: «¡Diantre, ha sido amabilísima mientras se trató de aprovechar del afecto que tan bien sabía granjearse!; mas ahora, ¿de qué le serviría? Nos ha robado el marido que deseaba, y ahora no nos necesita ya por el pronto; pero quiere dejar una puerta abierta. En tanto que como vecinas del campo, y al fin parientes, no pongamos mala cara, todo está bien, pues no se riñe en tales condiciones; pero la intimidad, la verdadera... ¡ah!... ésta murió de veras. ¡Y pensar que Marta sufre, que le ama... con ese afecto exagerado que en la infancia manifestó á sus muñecas hasta las más feas y á sus juguetes más viejos!... Si aún se debiera hacer el sacrificio, lo haría, y si se la impusiese otro más doloroso, lo aceptaría también...»

¡No creía seguramente la tía Aurelia que pronosticaba tan bien! No había hablado á su sobrina más del secreto adivinado, y Marta no la excitaba tampoco á ello, pues la menor alusión bastaba para que sufriese.

A pesar de todo, la señorita de Levasseur esperaba: sin duda se descubriría al asesino á tiempo, y no sería ya necesario su doloroso sacrificio. En diversas ocasiones habíase creído estar sobre la pista del culpable, y todo el mundo, incluso aquellos que al principio se mostraron más hostiles á Roberto, acabó por creer en aquel misterioso malhechor desaparecido y en que bastaría una casua-

lidad cualquiera para encontrarle. El criminal, estimulado por la impunidad, no se limita comúnmente á su primer atentado, y un segundo delito conduce con frecuencia á descubrir el primero...

Gracias á su amigo el marqués de San Pedro, Marta pudo seguir estas peripecias; cada vez creía más en el triunfo, sin duda porque necesitaba mucho creer en él, y á cada nueva decepción recaía en su pesar. Su salud comenzó á resentirse muy de veras de aquellas terribles agitaciones, y nada era más curioso que ver el contraste entre sus facciones pálidas y enflaquecidas y el fresco y tranquilo rostro de Edmunda, que después de las primeras semanas había recobrado su buen apetito, y persuadida de que todo marcharía bien, hacía sus preparativos para una prolongada permanencia en el extranjero.

Al fin se llegó á la víspera del día en que iba á verse el proceso; no se había descubierto nada; y la impresión general, tan voluble y traidora, volvía á ser hostil para aquel acusado que llevaba un nombre distinguido.

Un gran diario de París, célebre por su violencia para todo acusado, fuera quien fuese, publicó un artículo, á la verdad muy notable, sobre la cuestión Bertrand-Ancel, que era una verdadera requisitoria, y contundente. El redactor judicial daba muchos detalles sobre la juventud de los dos condiscípulos, sus disputas de colegiales y su antipatía natural, insistiendo mucho sobre la rivalidad de los dos jóvenes enamorados de la misma mujer, rivalidad que desde los primeros días tomó un carácter inusitado de violencia y de pasión. Dos palabras dichas al paso respecto á la destreza muy conocida del capitán como duelista y á la vida estudiosa y sedentaria de Roberto de Ancel, que por tal concepto era incontestablemente inferior á su adversario, terminaban el artículo con pérfida intención.

Después de leer aquello, todo jurado debía decirse que el hombre á quien iba á juzgar no podía menos de ser el asesino de Jorge Bertrand, un asesino á quien se trataría de reconocer inocente á causa de la respetabilidad de su familia y de su fortuna.

Marta no leyó aquel diario hasta la víspera del proceso, y creyó volverse loca.

Al día siguiente debía marchar á Caen á primera hora, pues había sido citada como testigo, dispensándose de la comparecencia á la madre y á la joven esposa del acusado, pues nada tenían que decir que no fuese conocido ya.

Lo primero que hizo fué correr á casa de su amigo y consejero el marqués de San Pedro: aquel día el frío era muy seco y riguroso.

Al entrar en la habitación del marqués, que no podía salir por hallarse aquejado de un ataque de gota, apenas pudo Marta balbucear algunas palabras.

– Ya lo sé, hija mía, dijo el anciano; he leído el artículo...

– Y bien, ¿qué hacer?...

– Nada tenemos que hacer. El Sr. Bertrand remueve cielo y tierra para obtener lo que él llama justicia y tiene muchos amigos periodistas. Roberto cometió una imprudencia al tratarle con cierta ligereza en el momento de la primera información; y ahora ese hombre está persuadido de que su misión es sagrada, y de que debe hacer condenar á su cuñado de usted; de modo que como adversario el tal Bertrand es muy temible. Nosotros hemos estado en demasía seguros de nuestro buen derecho, y convencidos de que las pruebas contra Roberto eran insuficientes; después la opinión se modificó en nuestro favor, y esto nos tranquilizó, pareciéndonos que, así de lejos como de cerca, se reconocería la inocencia del acusado. No ha sido así; sucede todo lo contrario; pero felizmente, tengo la mayor confianza en el abogado de usted, y estoy seguro de que su defensa será una obra maestra...

– ¿Y no se ha descubierto nada?

– Absolutamente nada; usted se aferra á esta esperanza, pobre Marta; pero ya lo ve usted, estamos en la vista del proceso y no se ha hecho ninguna detención que pudiera elevarse á prisión.

– Pero se han visto delincuentes que se denunciaron en el último instante antes que permitir que se condenara á un inocente...

– Sí, en las novelas de Víctor Hugo; pero no en la vida real... ¡Vamos, no crea usted que un miserable, capaz de asesinar á un hombre disparando sobre él á tiro seguro desde la espesura de un bosque, sea capaz de una abnegación heroica!... Pero yo estoy tranquilo sobre el resultado. Después de una hábil defensa, no se podrá sostener una acusación apoyada en pruebas tan poco concluyentes y el jurado absolverá. Tranquilícese, y sobre todo cálmese, querida Marta, pues ya está usted medio enferma y el día de mañana será terrible.

– Sí, verdaderamente terrible, murmuró la pobre joven.

– Y yo no puedo acompañar á usted, porque esta maldita gota me tiene clavado en el sillón.

Marta contestó solamente con un ademán; prefería estar sola, y por eso había resistido á las instancias de su tía, que deseaba acompañarla en su viaje.

Absuelto ó no, repuso, fija en su idea, sobre Roberto pesará siempre esa monstruosa acusación, á menos que...

– ¡Diantre!.. exclamó el marqués algo confuso; Roberto viajará y en este país se olvida todo tan pronto...

Marta se levantó para marcharse.

– Ha sido usted muy bueno para mí, dijo al marqués, y no lo olvidaré nunca.

El anciano conservó un instante la mano de la joven entre las suyas.

– ¡Valor, Marta, dijo, valor! Al menos no estará usted sometida á la curiosidad de los otros testigos, pues ha inspirado usted tanto respeto como compasión, y he conseguido, no sin dificultad, que le permitan esperar su turno en un saloncito contiguo á la sala de audiencia.

Marta dió las gracias maquinalmente, pues todo le era igual. En la obsesión de su idea fija, miraba con indiferencia las molestias y las contrariedades.

Cuando estuvo fuera, sobrecogióla el frío y comenzó á temblar.

Entonces sintió haber ido allí; mas érale preciso no estar enferma.

A pesar de su pena y de su indisposición, admiróla el espectáculo que en aquel momento presentaba la campiña. El sol de invierno se había salido súbitamente de entre las nubes, y próximo ya al horizonte, enviaba sus rayos deslumbradores á través del ramaje cargado de escarcha: el pueblo parecía aletargado, reinando en él un silencio de muerte; por encima de la tierra helada y triste, el sol parecía hablar de alegría y de esperanza: era un cuadro encantador.

La puerta de la pequeña iglesia estaba abierta, y Marta, aunque temerosa de subir la cuesta en aquel instante, porque apenas podía tenerse en pie, llegó hasta ella y entró.

La paz profunda de aquel campo, silencioso por el rigor del frío, era más tranquila aún en la sombría capilla, donde brillaba como una estrella la pequeña lámpara del santuario. Marta se arrodilló, hizo un esfuerzo para orar, y no encontró palabras; pero representóse el horror del sacrificio con una claridad que estremecióla, comunicándole como una idea de las angustias de la muerte.

Marta comprendió que hasta entonces no había creído realmente que se exigiría de ella aquel sacrificio en el último instante; esperaba que sucediera oportunamente alguna cosa – no sabía cuál – que la dispensaría de hacerlo; y de este modo, su desgraciado amor, exhalado en quejas dolorosas, no llegaría á ser asunto de conversación para todos; su conducta, su sacrificio, el afecto á su hermana y su modo de pensar sobre ella no serían conocidos y criticados, y sobre todo, no llegarían á conocimiento de Roberto...

Más de una vez, presa de un acceso febril habíase levantado de noche para ir á coger su diario y arrojarlo al fuego, pues destruída esta prueba, le bastaría guardar silencio. Nadie sospechaba la existencia de aquel escrito; ella afirmaría la verdad, es decir, que había dado cita á Roberto en el parque y que estaba allí en el momento del crimen, y aunque no se la creyera en absoluto, este testimonio tendría sin embargo algún peso. Al proceder así, seguramente se hablaría de ella, y su reputación podría resentirse. No pocas personas dirían, como la misma Edmunda dijo: «¿Por qué tanto misterio? ¿Qué se oculta bajo todo eso?»

A pesar de todo, Marta no había arrojado el libro al fuego; lo conservaba y haría uso de él; pero la lucha interior era terrible.

La señorita de Levasseur había olvidado dónde estaba, sin recordar tampoco, entregada á su lucha, como Jacob con el ángel, para qué había entrado; pero una mano se apoyó suavemente sobre su hombro: era el cura, que hacía algunos minutos observaba á la joven.

– Es usted muy desgraciada, mi pobre Marta, le dijo.

– Sí, señor cura, muy desgraciada.

El sacerdote quedó asombrado ante la expresión trágica de la joven.

– Confíe usted en mí, le dijo, ya verá cómo se alivia. No es solamente la angustia de ese desgraciado proceso lo que así la martiriza; estoy seguro que hay otra cosa. Yo soy eclesiástico, y mi más grato privilegio es consolar á los que sufren.

Marta movió la cabeza negativamente.

– El sacerdote, dijo, no puede hacer nada por mí, porque no me es dado hablar. Tengo un deber que cumplir, y aún no sé si le cumpliré.

– Cualquiera que sea, usted hará lo que debe, pues la conozco.

– No sé si usted me conoce, ni aun si me conozco á mí propia. Me siento capaz de cosas malas, y lo que es peor, de cobardías.

– Pues yo no temo nada sobre ese punto; y ya no es el sacerdote quien le habla á usted, sino el antiguo amigo. Llega un momento en que todos, lo mismo el anciano débil, como yo, que una hermosa joven, pura y noble como usted, nos vemos en la precisión de llevar á cabo un acto heroico: bien esté el heroísmo oculto en el corazón, ó ya se revele á los ojos de todos, siempre será heroísmo; y en la hora en que nos sentimos desfallecer, siempre hay algún auxilio próximo: no dude usted, Marta; yo no he dudado jamás...

Y como la joven no contestase, el anciano se alejó lentamente. Un momento después, al levantar la cabeza, Marta vió en la penumbra, á la vacilante claridad de la pequeña lámpara, la cabeza blanca del sacerdote, que estaba arrodillado en un reclinatorio.

Tal vez no era el cura del pueblo un «gran talento,» sino simplemente un «buen hombre,» como él mismo había dicho, que solamente deseaba seguir su camino en paz consigo y con los otros; pero tenía un alma cándida y creyente, y oraba por Marta con todo el fervor posible.

Entonces parecióle á la joven que todo cuanto se había acumulado en ella de pasiones arrebatadas y de dureza se desvanecía poco á poco, y que su corazón se dulcificaba; sufría menos, y en medio de sus angustias experimentó una especie de tranquilidad; después lloró dulcemente, ella, que no encontraba lágrimas hacía tanto tiempo.

Cuando se levantó, ya no temblaba, y cuando salió de la capilla, arrostrando el frío glacial de aquel día, sintióse fortalecida, casi serena. El sol, semejante á una inmensa bola de fuego, desapareció en el horizonte, y á Marta le pareció que sus últimos rayos eran para ella y que le comunicaban nuevo valor.

XV

La «sociedad» de Caen estaba casi orgullosa de la «hermosa causa» que debía verse muy pronto. Los forasteros, sobre todo durante la temporada de baños, iban de vez en cuando á visitar las antiguas iglesias, la Abadía de hombres y la Abadía de mujeres; mas por lo regular la ciudad dormitaba con sueño provincial. Las mujeres no variaban mucho sus conversaciones cuando estaban de visita; pero desde hacía tres meses no sucedía así. Hablábase en pro ó en contra de Roberto de Ancel con verdadera pasión; las jóvenes solteras y casadas se interesaban sobre todo por la pobre esposa del preso, herida por la desgracia en medio de su felicidad y en el momento en que iba á emprender su viaje de boda. Contábanse de antemano las peripecias del proceso, los magníficos debates que se esperaban; se sabía que Roberto había trabajado en su prisión con tanta calma como si se hallase en su propio gabinete; y si los unos veían en esto la tranquilidad de la inocencia, otros lo consideraban como una afectación, ya que no como el cinismo de un hombre seguro de antemano de que no era uno de aquellos á quienes un jurado condena.

Así se explica que, llegado al fin el día, se llenase de bote en bote la sala del tribunal; las damas elegantes se habían dado cita allí como si se tratase de ver un drama de sensación; los magistrados, los abogados con su toga, los doce jurados, y en fin, todo el imponente aparato de la justicia, apenas bastaban para reprimir el rumor vago de una multitud que se divierte.

Roberto de Ancel, aunque muy sereno, estaba bastante pálido; había enflaquecido, y un círculo rojizo rodeaba sus ojos. Contestó á todas las preguntas que se le dirigieron con voz clara y firme; mas por aquel interrogatorio no se supo nada nuevo: repitió la declaración que había hecho al día siguiente del crimen, y nada más; pero cuando el presidente le preguntó qué había hecho en la tarde del jueves, 27 de julio, hubo en su respuesta cierta vacilación que no pasó inadvertida para nadie.

– Estaba de mal humor, y salí á pasear.

– ¿Por dónde fué usted?

– En dirección á la costa.

– ¿Nadie le vió á usted salir?

– Supongo que no, señor presidente. La disposición de la casa es bien conocida, toda vez que en el momento de procederse á mi detención fué examinada de-

talladamente. La ventana de mi despacho se halla á tan corta distancia del suelo, que por una costumbre adquirida ya en la infancia, yo saltaba siempre al jardín en vez de atravesar la casa para salir por la puerta. Rara vez los criados ó el jardinero están en aquel lado, donde no hay más que una pendiente cubierta de césped con algunos árboles. Desde allí se puede pasar al bosque en pocos minutos.

– Según el sistema de defensa empleado por usted, por esa ventana es por donde el supuesto malhechor puede haberse introducido para robarle el revólver. ¿No es así?

– Esto es lo que me parece probable.

– ¿Y habrá usted dejado pasar cerca de dos meses sin pensar en abrir la caja donde guardaba usted el arma, ni en levantarla siquiera, echando de ver así que se la habían robado?

– No pensé en ello, señor presidente. Mi madre es quien había colocado ese revólver á mi alcance, y á mí me parecía la precaución inútil, porque nuestro país es muy pacífico.

– ¿No se le esperaba á usted en casa de unos amigos el día en que se cometió el crimen?

– Sí, señor presidente.

– Sin embargo, aunque la señorita Levasseur, en quien ya pensaba usted, debía estar allí con sus amigas, usted no compareció. ¿Por qué?

– Ya se lo he dicho, señor presidente; aquel día no estaba de muy buen humor y quise buscar la soledad.

El interrogatorio continuó, contestando siempre el acusado, como al principio, con mucha calma. El prólogo y la exposición de los hechos carecían un poco de interés dramático; el auditorio esperaba alguna cosa mejor.

Sin embargo, la opinión vacilaba; las mujeres en general mostrábanse favorables al joven acusado, de expresión inteligente y dulce; los hombres, sobre todo los que afectaban exageradas pretensiones de igualdad, censuran su título, y eso que apenas hacía uso de él, sus modales sencillos y su aire de distinción. Evidentemente hacía poco aprecio de pruebas que hubieran agobiado á un mísero culpable.

Cuando el presidente le interrogó sobre sus relaciones con la víctima, contestó sin vacilar un instante:

– Jorge Bertrand y yo contrajimos amistad, como sucede á menudo, por la circunstancia casual de nuestra igualdad de rango y por nuestra emulación al disputarnos los puestos. No existía entre nosotros una verdadera simpatía, pero nuestras relaciones tenían ese atractivo que resulta con frecuencia de ciertas desemejanzas. Nos agradaba discutir, seguros de antemano que cada cual sostendría, por instinto, lo contrario de lo que el otro afirmase; pero rara vez las discusiones llegaban á su fin, porque Bertrand no podía sufrir contradicciones y yo no quería disputas. Sin embargo, él era quien trataba siempre de hacer las paces.

– De esto resultaría, observó el presidente, que usted tenía más atractivo para el capitán que éste para usted.

– Es posible, sobre todo en nuestra primera juventud; pero ese atractivo se convirtió en él muy pronto en odio apenas fuimos rivales.

– Según dicen, ese odio existía por ambas partes.

– No del todo; tal vez yo juzgaba severamente al capitán; pero mi antipatía no llegó nunca al aborrecimiento.

– Sin embargo, usted ha dicho que buscaba ocasión de provocarle.

– En efecto, señor presidente, estábamos en esa situación en que yo no veía otra salida; pero buscaba un pretexto, pues no quería mezclar en esta cuestión el nombre de la joven que después fué mi esposa.

– El capitán era un duelista terrible.

– No lo ignoro, señor presidente, y se ha insinuado que el temor fué lo que me indujo á ser asesino; en una palabra, se me acusa de cobardía; pero yo apelo á todos los hombres de honor, á todos cuantos tienen mi educación, para que digan si esto es posible.

Había en la voz de Roberto tal acento de verdad y una indignación tan vibrante, que en todo el auditorio resonó un murmullo de aprobación, muy pronto reprimido, pues el presidente recordó al acusado con cierta sequedad que estaba allí para contestar á las preguntas que se le hiciesen y no para defender su causa.

Después comenzó el desfile de los testigos.

El Sr. Bertrand, hermano de la víctima, cuya declaración era conocida de antemano, no contribuyó mucho á ilustrar á la justicia, pero sí produjo una viva curiosidad: era hombre de unos cuarenta años, muy flaco, de tez amarillenta, de mirar inquieto y ojos brillantes; muy bilioso y violento sin duda, como su hermano. Su declaración, muy moderada en la forma, era abrumadora; era evidente que para él no admitía duda que Roberto fuese el autor del crimen; y cuando se le recordó que el capitán y él no habían sido hermanos muy cariñosos, abstúvose de protestar. Pero los dos eran de la misma sangre, y después de todo, esta sangre pedía venganza. El testigo aseguró que jamás recobraría la paz mientras no se hiciese justicia. Después habló minuciosamente de su llegada al país, diciendo por último que no había visto al principio en el Sr. de Ancel más que el antiguo compañero de su hermano.

– El Sr. de Ancel, dijo, fué quien dió orden de enviarme el telegrama, y á decir verdad, solamente él conocía las señas de mi domicilio. En su juventud había venido á mi casa algunas veces con mi hermano para pasar el día; y así es que apenas le vi, dirigíme á él ofreciéndole la mano; mas aparentó no verla y saludóme como si yo fuera un desconocido. Parecía muy preocupado y taciturno, y enojado sobre todo por las preguntas que se le hicieron. Esto me sorprendió mucho, pues habíanme dicho ya que el barón de Ancel y mi hermano cortejaban á la misma joven y que las probabilidades parecían estar más en favor de Jorge que de su rival. Mi hermano, por lo demás, á pesar de su rudeza, había tenido siempre mucho partido entre las mujeres; sabía muy bien dulcificar su voz y sus miradas cuando hacía el amor, y el contraste entre esta dulzura súbita y su acostumbrada dureza tenía algo de seductor. Cuando el Sr. de Ancel me negó su mano, asaltóme la idea de que no era extraño á la muerte del desgraciado Jorge.

– Sin embargo, nada dijo usted entonces.

– ¿Podía hacerlo, señor presidente? El Sr. de Ancel, conocido y apreciado en todo el país, parecía tener una posición inatacable; y además no podía alegar prueba alguna contra él, absolutamente ninguna, y en su consecuencia me callé; pero cuanto más reflexionaba en aquel triste asunto, más me convencía de que mi primera impresión no me engañó. Jorge, extraño en este país, no podía tener enemigos; si promovió discusiones, como le sucedía casi en todas partes, no debe admitirse que estos ligeros altercados pudieran excitar contra él un odio implacable. Todo el mundo conviene en que el Sr. de Ancel estaba apasionadamente enamorado y de que su amor era el de un hombre de estudio, que no ha conocido verdadera juventud, en el que se produjo una explosión súbita con una violencia que rayaba en locura. Cuando se vió solo para hacer la corte á la señorita Levasseur, libre de un rival peligroso y temido, su humor sombrío cambió súbitamente; no ocultaba ni podía ocultar su alegría, y era tal su aire de triunfo, que el contraste con su estado de ánimo anterior llamó la atención de todo el mundo. Cuando recibí la noticia de que se le había reducido á prisión, no me extrañó, porque la esperaba desde el día en que le vi de pie junto al cadáver de mi hermano.

A la declaración de Bertrand siguió la del criado Isidoro Benoist. Decididamente el público comenzaba á divertirse. El aspecto del testigo no le recomendaba por cierto; tenía la frente deprimida, boca bestial, y hubiérase dicho que estaba muy orgulloso de la importancia que le daba aquel asunto. Habíase acicalado cuanto era posible; llevaba el cabello muy lleno de pomada y la camisa sumamente blanca. Parecía como si midiese sus palabras, buscando frases escogidas, sobre todo al principio del interrogatorio; pero después no se esmeró tanto, sin duda por estar seguro de que toda aquella brillante asamblea le escucharía con recogimiento. Al tratarse de la jira campestre, el presidente le dijo:

– ¿Usted pretende haber oído una discusión violenta entre el acusado y la víctima?

– Sí, señor presidente. Yo iba con algunos compañeros á buscar las cestas que contenían el almuerzo; pero en aquel instante me hallé solo, y como no oía bien, me acerqué.

– ¿Tiene usted la costumbre de escuchar á las puertas?

– A las puertas no, porque es fácil ser sorprendido; pero confieso que soy curioso; y por otra parte, deseaba informarme bien.

– ¿Por qué?

– ¡Diantre! Señor presidente, en el campo hay poca distracción y en las cocinas se hablaba mucho de las ocurrencias del país. Cada cual tenía su candidato, y el mío era el capitán. Al principio, la señorita de Levasseur le animaba mucho; después...

– ¿Qué más, qué más?

– Después, señor presidente, las personas bien informadas del país decían que la hermana mayor era la que debía casarse con el Sr. de Ancel, y no la menor. En fin, todo ese asunto me divertía, y por eso tuve empeño en informarme bien. No llegué hasta el fin de la disputa, pero afirmo que oí amenazas de muerte.

– ¿De parte del Sr. de Ancel?

– Aquellos dos señores estaban muy encolerizados, y hablaban á la vez sin escucharse apenas; pero al fin el capitán marchó corriendo, y apenas tuve el tiempo suficiente para ocultarme detrás de un árbol...

– A causa de esas habladurías después del crimen se le despidió de la casa donde estaba; y entonces decía usted, sin prueba alguna, á quien quería escucharle, que el culpable no era otro más que el Sr. de Ancel.

– Yo estaba seguro... En cuanto á mi despedida, la señora era una extranjera, y yo no estaba contento en una casa donde al servir á la mesa no comprendía una palabra de lo que decían. Ya estaba yo dispuesto á dejarla cuando la señora me despidió pero muy pronto encontré colocación. Antes de transcurrir una semana, todo el país estaba tan seguro como yo de que el barón era quien había dado el golpe.

– ¿Y le fué entregado á usted el revólver por el campesino que le encontró?

– Sí, señor presidente, y no quiso entregármelo sin que le diera dos duros; pero no me dolió desprenderme de ese dinero. Acto continuo, frotando bien el arma, descubrí las iniciales R. A... y llevé el revólver al señor procurador de la República. En un principio tuve la idea de hacer que dos gendarmes detuvieran al acusado antes de la ceremonia; pero hubo dilaciones; y por otra parte, el señor procurador, que conocía de nombre las dos familias y deseaba evitar el escándalo en cuanto fuese posible, fué en persona al castillo donde, según se me ha dicho, le tomaron por un convidado...

Después de la declaración del testigo Benoist, el interés languideció, pues los testigos no eran numerosos y nada nuevo tenían que decir.

Muy pronto iban á ser llamados los testigos de descargo, que eran principalmente los vecinos y amigos de campo, personas de buena educación, que desde los primeros días se habían pronunciado en favor de Roberto.

Hubo como un estremecimiento seguido de un silencio de muerte cuando el señor presidente dijo:

– Que entre la señorita Levasseur.

Esto era en realidad interesante; se penetraba en el corazón del asunto; y olvidándose la fatiga, no se pensó más que en mirar y escuchar con toda la atención posible para no perder ni una palabra.

Hacía ya dos horas que Marta esperaba: al llegar al Palacio de Justicia, donde la multitud se oprimía, pudo apreciar lo que su amigo el marqués había obtenido para ella, pues en el estado de enervamiento en que se hallaba le habría sido horriblemente doloroso verse objeto de la curiosidad y hasta de la compasión. Sin embargo, aquella noche había dormido un poco, agotadas sus fuerzas y casi contenta también de acabar de una vez y quedar libre de la pesadilla que la atormentaba, así como el herido llega á desear la presencia del cirujano, diciéndose que una vez practicada la operación se le dejará en paz...

No obstante, á pesar de todo, Marta creía en el milagro esperado hacía tanto tiempo, persuadiéndose de que en el último instante el mismo culpable se presentaría á decir. «¡Ese hombre es inocente!» ¡Cuántas veces su imaginación había evocado ya la escena!.. Después veía á Roberto libre, orgulloso y feliz; y ella iría á encerrarse en su soledad, llevando consigo su secreto. Todo iría bien así; Roberto jamás sabría que ella le había amado apasionadamente, y Edmunda jamás sospecharía á qué precio compraba su felicidad. El pudor de su alma, ese santo pudor, sería respetado y no se le exigiría el horrible sacrificio.

Y en la pequeña habitación solitaria donde estaba, Marta retenía el aliento para oir mejor. Algunas veces llegaba á sus oídos un murmullo confuso desde la sala de audiencia; sabía muy bien que si la escena evocada por su cerebro fatigado se producía en efecto, aquel murmullo suave se transformaría en aclamaciones ruidosas que ningún reglamento podría impedir. ¡Qué alegría para su tierno corazón!..

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Para velocidades de traslación diferentes, el número de imágenes que se pueden sacar en un tiempo dado sin que haya confusión es tanto mayor cuanto más rápida la traslación, de lo cual es fácil convencerse comparando las imágenes sucesivas de un hombre que corre (fig. 3) (1) con las de un hombre que anda; las del primero están más desviadas entre sí, aunque la frecuencia de las iluminaciones haya sido la misma en uno y otro caso.

Así pues, la confusión de las imágenes por superposición es el límite que se impone á las aplicaciones de la cronofotografía sobre placa fija. Sin embargo, en muchos casos se obvia este inconveniente por medio de ciertos artificios.

El medio más natural consistía en reducir artificialmente la superficie del cuerpo estudiado. Ennegreciendo las partes que no es indispensable representar en la imagen se las hace invisibles, y por el contrario, se iluminan aquellas cuyo movimiento se desea conocer. Así por ejemplo, un hombre vestido de terciopelo negro (fig. 4), y que lleve en los miembros galones y puntos brillantes, no da en su imagen sino líneas geométricas, en las cuales se reconocen sin embargo las actitudes de los diferentes segmentos de los miembros.



Fig. 4. Hombre vestido de negro y por consiguiente invisible cuando pasará por delante del campo obscuro y no quedarán marcadas en la imagen cronofotográfica más que las líneas blancas que lleva en los brazos y las piernas.

En el plano ó dibujo que así se obtiene, el número de imágenes puede ser considerable y la noción de tiempo completa, puesto que el espacio ha sido voluntariamente reducido á lo estrictamente necesario.

II. – CRONOFOTOGRAFÍA SOBRE PELÍCULA MOVIBLE

Los resultados dados por la cronofotografía para el análisis de los movimientos son, pues, muy suficientes cuando sólo se quiere conocer sus caracteres mecánicos; más adelante los examinaremos. Pero este método no puede satisfacer al fisiólogo que desea analizar los movimientos de conjunto de un órgano, como tampoco satisfaría al artista que, en un grupo de personajes, quisiera seguir las actitudes y expresiones de cada uno de ellos. Además la cronofotografía sobre placa fija no puede realizarse sino en condiciones especiales, delante de un fondo enteramente obscuro, pues se escapa gran número de fenómenos, los movimientos de las nubes, los del mar, la marcha de los barcos, la de los animales silvestres, etc.

Para obtener una serie de imágenes en estos distintos casos es preciso recogerlas en una placa sensible que se mueve y presenta sucesivamente puntos diferentes de su superficie al foco del objetivo fotográfico: el revólver astronómico con que M. Janssen recogió una serie de imágenes del planeta Venus al pasar sobre el disco luminoso del sol, está basado en el principio de este procedimiento; pero las imágenes de los astros estaban tomadas á intervalos bastante largos; de suerte que para sorprender los movimientos tan rápidos que ejecutan los animales, era preciso encontrar un procedimiento también muy rápido. A este efecto construímos hace algunos años una especie de fusil cuyo cañón contenía un objetivo y en cuya culata había un cristal fotográfico circular: apuntábase con este aparato al objeto en movimiento, y oprimiendo el gatillo poníase en movimiento el mecanismo, el cristal sensible giraba sobre sí mismo y se paraba doce veces por segundo para recibir las imágenes del objeto, siendo el tiempo de exposición de 1/720 de segundo aproximadamente.

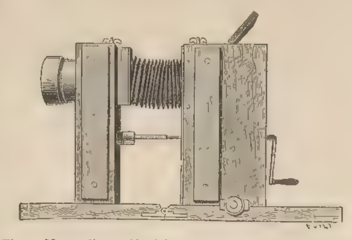


Fig. 5. Nueva disposición del aparato que se presta á todas las aplicaciones de la cronofotografía (escala de 1 por 10)

A pesar de las dificultades mecánicas que habían tenido que vencerse para obtener tal frecuencia de imágenes, el resultado conseguido no era absolutamente satisfactorio, pues las imágenes eran demasiado pequeñas y al ser ampliadas no daban sino detalles insuficientes.

Si hemos eliminado sistemáticamente los aparatos de objetivos, como el de Muybridge, que ha dado sin embargo tan admirables resultados, ha sido porque en estos aparatos los diversos objetivos *ven,* si así puede decirse, el objeto fotografiado en incidencias diferentes. Ahora bien: esos cambios de perspectiva, que no ofrecen inconvenientes cuando se opera sobre objetos apartados y de grandes dimensiones, no permitirían estudiar los objetos de pequeño tamaño que deben ser observados muy de cerca y con mayor razón los seres microscópicos: por esta razón nos hemos decidido á emplear un objetivo único por cuyo foco pasa una película sensible que se detiene para recibir cada imagen, vuelve á pasar y de nuevo se para con tal velocidad, que pueden obtenerse hasta 60 imágenes por segundo, cada una de las cuales emplea para formarse un tiempo de exposición cortísimo que varía entre 1/1.000 y 1/25.000 de segundo.

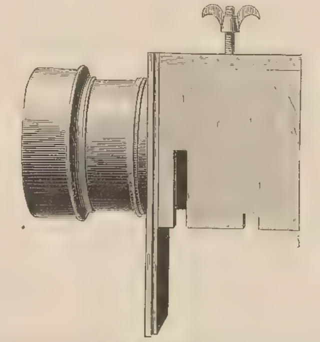


Fig. 6. Objetivo en parte encerrado en su caja. La planchita colocada en la parte anterior penetra en una corredera de la parte saliente del aparato. La ranura que hay debajo de la caja deja pasar los discos obturadores (escala de 1 por 3)

No nos detendremos en describir las numerosas tentativas que han sido precisas para realizar este programa, y nos limitaremos á dar la descripción del aparato único, en el que se han reunido definitivamente todas las disposiciones necesarias para la cronofotografía, sea sobre placa fija, sea sobre película móvil. Este aparato recoge igualmente bien las imágenes reducidas de los objetos situados á larga distancia, que las imágenes en su verdadero tamaño de los pequeños objetos cercanos, que las imágenes muy ampliadas de los seres que se mueven en el campo del microscopio.

Añadamos que la dificultad de recoger un movimiento no depende siempre de su excesiva velocidad, puesto que los hay que se nos escapan también por su gran lentitud; así por ejemplo, nos parece inmóvil la aguja del reloj. Y sin embargo otros son más lentos que éste é importa hacerlos perceptibles, y la cronofotografía se presta también perfectamente al análisis de esos movimientos.

III. – DESCRIPCIÓN DEL CRONOFOTÓGRAFO COMPLETO

El cronofotógrafo completo (fig. 5) contiene, como hemos dicho, todo lo necesario para recibir imágenes, bien sobre una placa fija, bien sobre una tira película móvil: su tirado variable y la posibilidad de cambiar el objetivo que se utiliza permiten obtener, según las necesidades, imágenes reducidas ó ampliadas; la frecuencia y la extensión de estas imágenes, la duración del tiempo de exposición y la intensidad de los alumbrados pueden ser regulados á voluntad.

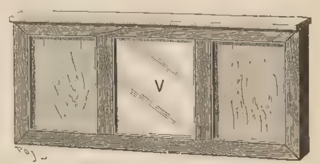


Fig. 7. Marco de cristal opaco V para la postura á foco en la cronofotografía sobre placa fija

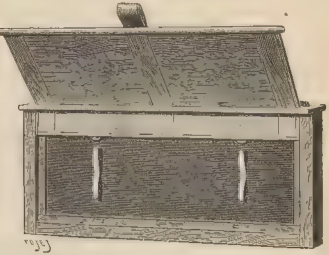


Fig. 8. Marco en donde se coloca el cristal sensible en la cronofotografía sobre placa fija; el postigo que cierra el marco está levantado.

Comenzaremos por describir las piezas necesarias para la cronofotografía sobre placa fija, es decir, para el caso más sencillo.

A. *Piezas que sirven para la cronofotografía sobre placa fija.* – Ya hemos visto que para aplicar este método basta un aparato fotográfico muy sencillo al cual llegue la luz de una manera intermitente. Estas piezas son fáciles de reconocer en la figura 5 donde se ven los dos cuerpos del aparato reunidos por medio de un fuelle: la parte trasera se desliza sobre un riel por medio de un botón de cremallera según las necesidades de la postura ó foco. El objetivo que se utiliza debe ir siempre encerrado en una caja hendida por debajo (fig. 6) y que penetra en una corredera del cuerpo delantero del aparato, al que se ajusta perfectamente. La hendidura de la parte inferior de la caja corta en dos el objetivo en sentido perpendicular á su eje óptico principal y deja pasar los discos con orificios, que al girar producirán intermitencias en la admisión de la luz.

El fuelle se adapta por uno de sus extremos á la caja del objetivo, al paso que el otro, pegado al cuerpo posterior, se encuentra por su ancha abertura en relación, sea con el marco de vidrio opaco (fig. 7), sea con el marco fotográfico (fig. 8).

Las únicas piezas que merecen descripción especial son los *discos obturadores* y el *arbol* que sirve para transmitirle el movimiento.

Los discos obturadores giran en sentido contrario uno de otro y el encuentro de las aberturas de que van provistos produce los alumbramientos.

(Continuará)

(1) Véase el núm. 582.

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

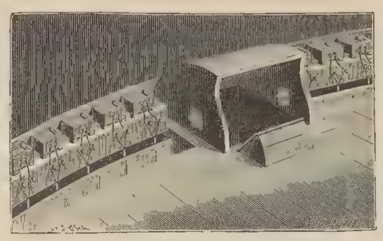
POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.



Muestra de los grabados de la obra. – Audiciones telefónicas teatrales

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del Mundo físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL NATURALISMO EN EL TEATRO. LOS EJEMPLOS, *por Emilio Zola.* – En esta obra estudia el ilustre novelista francés la relación que con la escena tienen la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el *vaudeville*, la obra de magia, la opereta, etcétera, constituyendo un trabajo de muy interesante lectura.

RAMILLETE DE CUENTOS. – Hermosa colección de los mejores cuentos publicados en todas las naciones, que firman Tolstoy, Copée, Verga, Balzac, Mouton, Loti, Richepin, Merimée, Daudet, Pontmartin, Feval, Dostoyeusky, Banville y Bourget: este es el mejor elogio que puede hacerse de la obra.

MEMORIAS ÍNTIMAS, *por Ernesto Renán.* – Resplandece en esta obra tanto la inteligencia como el corazón del ilustre filósofo que la ha escrito, y contiene páginas delicadísimas, como cuando describe las postrimerías de Noemi, la novia famosa del autor, y de sin igual ternura, como las dedicadas á Bertelot, Víctor Hugo, Cousin y Jorge Sand.

PAPÁ GORIOT, *por Balzac.* – El protagonista de esta novela es el símbolo del amor paterno: trabaja para dar millones á sus dos hijas, á las que casa con un banquero y con un aristócrata, y al verlas brillar en los más altos círculos de París se considera dichoso; pero llegan luego los días malos, la ruina, la lucha con los yernos, que resultan dos bribones, y aquel padre sublime muere en el mayor abandono después de haber presenciado la desgracia y perdición de sus hijas

Estos cuatro libros forman parte de la *Colección de libros escogidos* que con tanto éxito se publica en Madrid y se venden en las principales librerías á 3 pesetas tomo.



EN EL VESTÍBULO, cuadro de Renato Reinicke

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* - Se ha publicado la entrega 7.ª de esta importantísima revista, indispensable á cuantos por su profesión ó por sus inclinaciones necesitan conocer las diversas manifestaciones de la ciencia jurídica. Contiene interesantes trabajos en sus cuatro secciones (doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros). – Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral., al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar las 12 entregas, vendiéndose las entregas sueltas á una peseta cada una.

ANUARIO ESTADÍSTCO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – La Dirección de Estadística general de aquella república ha publicado el anuario de 1891 que en un voluminoso tomo contiene interesantísimos datos referentes á territorio, población, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, instrucción, beneficencia, ferrocarriles, legislación, administración, etc., etc, por los que se viene en conocimiento del grado de adelanto á que allí han llegado los distintos elementos que constituyen el bienestar y el progreso de un país.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 6 de marzo de 1893 — Núm. 584

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de la interesantísima obra del notable y castizo escritor D. Antonio Flores, titulada AYER, HOY Y MAÑANA



EL EMINENTE COMPOSITOR JOSÉ VERDI
autor de la ópera «Falstaff,» estrenada en la Scala de Milán

VERDI Y SU ÓPERA «FALSTAFF»

Reservado esta á los verdaderos genios el hacer vibrar todas las fibras del corazón humano, ya haciendo verter lágrimas de dolor y conmiseración, ya produciendo sensaciones de horror ó bien arrancando alegres carcajadas, sin que los medios de que para ello se valen mengüen el mérito de los diversos procedimientos. Rossini, Donizetti, esas lumbreras del arte musical italiano, lo habían conseguido en sus diferentes óperas; faltaba á la gloria de su insigne compatriota Verdi el lauro que se alcanza con la risa discreta, y su *Falstaff* se lo ha proporcionado cumplidamente.

Verdi nos había hecho llorar con su *Trovador*, su *Traviata*, y aun con su *Rigoletto*, por más que el protagonista sea un bufón; estremecer de espanto y horror con su *Otelo*; ahora excita la hilaridad á la par que la admiración con su última obra.

Muchos años hacía que el maestro deseaba componer una ópera cómica, ganoso de probar que su genio era también capaz de triunfar en este género, y si bien es cierto que se había ensayado ya en su *Giorno di regno*, las circunstancias en que escribió esta ópera bufa no fueron las más á propósito para su mejor resultado. El tipo eminentemente bufo de Falstaff no se apartaba hacía largo tiempo de la imaginación del compositor, y tanto es así que ya en 1847 había hablado de él en una carta á una distinguida dama que le quiso como una hermana; en dicha carta trataba de los personajes principales de los dramas de Shakespeare, y más principalmente de Falstaff. Con Julio Carcano discutía también acerca del gran dramaturgo inglés mientras aquel escritor lombardo se ocupaba en la traducción de sus dramas, y con frecuencia aparecía el obeso fantasma de Falstaff en las conversaciones de ambos. En una palabra, éste había de ser un día ú otro un personaje de Verdi.

Y en efecto, algunas noches después del brillante éxito de *Otello* en la Scala, el maestro, discurriendo con algunos amigos acerca de los tipos cómicos de la literatura y del teatro italiano y extranjero, no ocultaba su descontento por la dificultad de elegir entre ellos, cuando Arrigo Boito le preguntó: «Maestro, ¿y Falstaff? - ¡Oh, sí, Falstaff!, contestó Verdi con viveza. Ese sí, pero es muy difícil escribir un libreto. ¿Quién me proporcionaría un buen libreto?» Y ocho días después Boito entregaba á Verdi un bosquejo de las principales escenas del *Falstaff*, y el maestro las leía, se enamoraba de ellas, se sentía inclinado á escribir la música de aquel asunto, y ponía manos á la obra, pero recomendando el mayor secreto, pues siempre se estaría á tiempo de anunciarlo.

Pero Verdi no era capaz de imitar á los otros compositores; se consideraba en el deber de crear un género nuevo, un género de ópera cómica original, que señalase un rumbo seguro á los jóvenes tan perplejos por lo común entre sus propias inspiraciones y las teorías admitidas, á los jóvenes que en los últimos años no han dado á la escena ninguna ópera bufa, como si desdeñaran la risa, esa facultad que distingue al hombre del irracional; y se consideraba asimismo en el deber de imprimir al desarrollo de su nueva creación la frescura y la elegancia de una composición juvenil.

Falstaff es la vigésimasexta ópera escrita por Verdi, y la tercera en que se inspira en obras de Shakespeare. La nueva ópera ha sido engendrada en el silencio de la quinta de Génova y de Santa Agueda, en esas horas matinales en que el anciano octogenario deja el lecho tan ágil y dispuesto como un mancebo enamorado. Verdi decía que se divertía mucho componiendo la música de *Falstaff*. Y sin embargo, una grave preocupación, inspirada por la más grande filantropía, acompañaba á aquel alegre desarrollo de aventuras; junto á la ocupación artística un anhelo caritativo surgía en el ánimo del hombre que no sólo es un grande artista admirado en todo el mundo, sino un bienhechor modesto, un consolador de las miserias humanas. Mientras creaba su ópera pensaba en los detalles del grande asilo que por su cuenta se inaugurará en Milán después de su muerte y en el que encontrarán un refugio todos los náufragos del arte, todos los artistas ancianos y sin medios de fortuna, todos los pobres maestros y cantantes que en su vejez necesiten albergue, alimento y hogar donde calentarse. ¡Contraste admirable! Verdi, al par que levantaba un edificio ideal, festivo, jubiloso con su *Falstaff*, elevaba en su mente y en su corazón otro edificio todo caridad, que será pronto un hecho, el refugio de los artistas ancianos.

El maestro aprovechó una oportunidad para anunciar por vez primera la terminación de esta ópera, de la que hasta entonces nadie sabía nada. Hallándose en Milán en 1890 convidó á almorzar á los esposos Ricordi y á otros amigos íntimos. A los postres se levantó Arrigo Boito, uno de los comensales, y levantando la copa llena de espumoso Champagne, exclamó: «Bebo... á la panza.» Los convidados se miraron unos á otros sin comprender lo que significaba aquel brindis. Entonces el poeta añadió: «Bebo á la salud del *Falstaff*. - ¿Es una nueva ópera?,» preguntaron todos. Y Verdi dió al editor Ricordi la primera noticia del nuevo *spartito* cuya labor, que duraba ya un año, había sido cuidadosamente ocultada á todo el mundo.

Esta noticia circuló rápidamente, y á cada momento se difundían detalles inexactos. Por fin Verdi, que volvió el año pasado á Milán con objeto de dirigir en la Scala el *Stabat-Mater* de Rossini y honrar así la memoria del Cisne de Pésaro en su primer centenario, contestó resueltamente á un grupo de admiradores que le pedían noticias de su nueva ópera. «Pues bien; no sé mentir: *Falstaff* está acabado!»

LOS CRITICOS DEL PERSONAJE DE SHAKESPEARE

Varios son los autores que han emitido juicios críticos, más ó menos detenidos, acerca del protagonista de *Las alegres comadres de Windsor*, comedia en la que está inspirada la nueva ópera de Verdi.

Entre estos juicios merecen especial mención los de tres celebres escritores, alemán el uno, inglés el otro y francés el tercero: Schlegel, Taine y Víctor Hugo.

Falstaff, dice el primero en su *Curso de literatura dramática*, es el carácter más cómico de cuantos ha creado la fértil imaginación de Shakespeare: nadie aminora lo que tiene de despreciable; es viejo, pero no por eso menos dado á la voluptuosidad y á los placeres de los sentidos; de desmesurada corpulencia, plagado de deudas y poco escrupuloso en los medios de proporcionarse dinero; cobarde, charlatán y embustero, pronto á imitar á los presentes y á burlarse de los ausentes, á pesar de todo lo cual no se hace nunca odioso. Se ve que los cuidados egoístas que á sí mismo se dedica, no van nunca mezclados con perversa malevolencia hacia los demás. Lo que desea es que no le molesten en sus apetitos materiales y defiende su reposo con todas las armas de la inteligencia; siempre alegre y solícito, siempre dispuesto á burlarse de todo el mundo, se jacta con razón de su carácter comunicativo, y sabe salir de apuros á maravilla cuando sus bromas empiezan á cansar: bajo ruda apariencia, tiene buen discernimiento; no confunde las personas á quienes debe obsequiar con aquellas junto á las cuales puede darse cierto aire de superioridad.

Taine dice en su *Historia de la literatura inglesa*, hablando de este personaje, que tiene los instintos de las bestias y la imaginación de las personas de talento. En concepto del crítico inglés, no hay carácter que mejor muestre el estro y la inmoralidad de Shakespeare. Falstaff es la columna de las casas infames, blasfemo, jugador, vagabundo, odre lleno de vino, incapaz de hacer un obsequio. Tiene el vientre enorme, los ojos enrojecidos, la cara colorada, las piernas vacilantes. Pasa la vida apoyado de codos entre los vasos de la taberna, ó durmiendo en el suelo; no se despierta sino para blasfemar, mentir y robar. Tan taimado como Panurgo, tiene sesenta y tres modos de apropiárse con engaño el dinero ajeno, y por fin es viejo, petimetre, cortesano, y sin embargo ha recibido buena educación.

Parece que un personaje así deba ser odioso y repugnante, pero no es así; se hace querer. No hay malignidad en su modo de proceder; su único objeto es reir y divertirse. Cuando los demás le injurian, él grita más y les paga con usura, con frases groseras y con insultos, pero no por eso les quiere mal, y un momento después come con ellos en un figón como buen camarada. Si tiene vicios, los expone á la luz del día tan ingenuamente que se le debe perdonar. Es tan francamente inmoral que ya deja de serlo. En ciertos momentos, acaba la conciencia; el instinto ocupa su lugar, y el hombre corre en pos del placer sin pensar ya en lo justo ni en lo injusto. Jamás carece de expedientes; los improvisa á cada paso; las mentiras germinan en él, toman cuerpo, y unas engendran otras. Cuando se le coge en alguna, no pierde su aplomo ni su buen humor y es el primero en reirse de sus embustes. Este hombrón panzudo, cobarde, cómico, borracho, disoluto, poetastro de figones, es uno de los favoritos de Shakespeare.



Eduardo Mascheroni, director de orquesta á quien Verdi ha confiado la dirección de *Falstaff*

Víctor Hugo, en su obra *W. Shakespeare*, traza en muy pocas palabras el re-

trato de Falstaff. «Es glotón, dice, cobarde, feroz, inmundo; cara y vientre humanos terminados en bestia; anda sobre las cuatro patas de la lascivia: es el centauro del cerdo.»

LA CUNA Y LA TUMBA
DE SHAKESPEARE

La pequeña ciudad de Stratford, situada junto al río Avon, en el condado inglés de aquel mismo nombre, es como una ciudad santa para cuantos sienten la religión de las grandes creaciones del genio; es, si así puede decirse, un relicario de Shakespeare, y todos los años son muchos los curiosos que allí acuden en peregrinación.

En esa ciudad, y en una modesta casa de la calle de Henley, nació el gran poeta el 23 de abril de 1564. No responde ya á la descripción que de ella hizo Wáshington Irving cuando escribió: «Es una mezquina y pequeña construcción de madera, verdadero nido de un genio.» Este edificio, en mal estado ya y mutilado por imperfectas reparaciones, se ha restaurado después cuidadosamente, dejándolo poco más ó menos como estaba en un principio. Por eso se ve hoy muy semejante á lo que era cuando Shakespeare jugaba á su puerta, aunque es indudable que se han cambiado muchos de sus menores detalles. Esa casa parece ahora lo que sería en el siglo XVI la morada de un ciudadano acomodado.

En una reducida habitación de su piso principal nació el gran dramaturgo inglés. Las paredes, en parte de madera, están llenas de nombres de los visitantes. El mueblaje se reduce á dos sillas de respaldo alto, una mesita con un bonito pupitre, y un velador sobre el cual hay un busto del poeta; pero estos objetos no forman parte del primitivo mueblaje de la casa, ni menos pertenecieron á Shakespeare. El pupitre y las sillas proceden de un antiguo colegio.



ARRIGO BOITO, autor del libreto de *Falstaff*

En otras habitaciones hay, entre objetos de discutible autenticidad, otros de valor evidente: el cajón de una mesa contiene algunos ejemplares de mérito de las obras del poeta, en otra parte hay una escritura firmada ya con el sello de Shakespeare, un anillo de oro con las iniciales W. S. del que se asegura que fué su sortija nupcial, una jarra que era con seguridad suya, la silla en que se sentaba en su club en Falcon Inn y un pupitre muy deteriorado de la escuela, sobre el cual escribía sus lecciones.

Esta casa, que había pertenecido á varios dueños, fué adquirida en 1854 por el Estado, y costó 3.820 libras esterlinas, reunidas en pública suscripción. Entonces se emprendieron inteligentes reparaciones con objeto de atender á su conservación, y hoy se halla en el estado que se ve en nuestro grabado.

A pocos pasos de la casa en que nació Shakespeare se encuentra su sepulcro en el presbiterio de la iglesia parroquial, edificio antiguo y de monumental apariencia. En la pared, dentro de un nicho, se ve un busto colocado poco después de su muerte y tenido desde entonces por de gran semejanza. En una lápida puesta debajo de este busto se leen cuatro versos que, según tradición, fueron escritos por el mismo poeta y cuya traducción es la siguiente:

«Buen amigo, por amor de Jesús, preserva del lodo el polvo aquí encerrado; bendito sea quien respete esta losa y malhaya del que remueva mis huesos.»

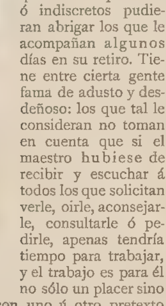
Esta inscripción ha producido su efecto; puesto que ha impedido que los restos del autor de *Las alegres comadres de Windsor* y de tantas obras magistrales hayan sido sacados de su ciudad natal y trasladados á la abadía de Westminster, panteón de los hombres ilustres de la Gran Bretaña, junto á los cuales se querían conservar sus cenizas.



EL NUEVO POLITEAMA «VERDI,» DE CARRARA, INAUGURADO EN 12 DE NOVIEMBRE DE 1892, CON LA ÓPERA «RIGOLETTO» (de una fotografía)

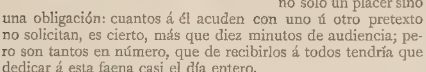
VERDI EN SU CASA DE CAMPO

Suele el maestro pasar cinco ó seis meses al año en una deliciosa casa de campo que posee en Sant'Agata, cerca de Busseto. El edificio, rodeado de grandes arboledas, fué ideado y construído bajo la dirección de Verdi: constaba en un principio de cuatro ó cinco habitaciones; pero á medida que creció la prosperidad de su dueño fueron agregándose á éste otros cuerpos, hasta llegar al estado en que hoy se encuentra la *villa*. Aunque amueblada y decorada con riqueza, es tal el gusto que en todo ha presidido, que las preciosidades artísticas allí acumuladas se ofrecen á los ojos del visitante sin fatigar su vista y sin que se note superabundancia ni afán de ostentación.



Falstaff en el primer acto

Verdi es para sus huéspedes el hombre amable por excelencia, y posee un talento especial para desvanecer el temor que de ser importunos ó indiscretos pudieran abrigar los que le acompañan algunos días en su retiro. Tiene entre cierta gente fama de adusto y desdeñoso: los que tal le consideran no toman en cuenta que si el maestro hubiese de recibir y escuchar á todos los que solicitan verle, oirle, aconsejarle, consultarle ó pedirle, apenas tendría tiempo para trabajar, y el trabajo es para él no sólo un placer sino una obligación: cuantos á él acuden con uno ú otro pretexto no solicitan, es cierto, más que diez minutos de audiencia; pero son tantos en número, que de recibirlos á todos tendría que dedicar á esta faena casi el día entero.



Falstaff en el segundo acto

Sin ser glotón, gústale á Verdi comer bien; pero sobre todo le gusta ver satisfechos y alegres á los que en torno de su mesa se congregan. La cocina de Sant'Agata merecería por lo pintoresca y monumental los honores de la escena, y no se corre allí el peligro de que por indisposición del cocinero se queden los convidados sin comer, pues además del maestro de cocina hay en aquella casa dos ó tres individuos de la servidumbre que en un momento dado pueden ceñir el blanco mandil y el gorro y manejar los cocineriles utensilios con la misma destreza con que de ordinario empuñan el rastrillo, el látigo ó la escoba.

Las noches se pasan en Sant'Agata jugando al billar ó á cartas, ó platicando en el patio á la luz de la luna, y escuchando al maestro, cuya larga vida artística le ha proporcionado un tesoro de anécdotas, siempre interesantes, que Verdi refiere con sin igual donaire.

EL NUEVO POLITEAMA «VERDI» DE CARRARA

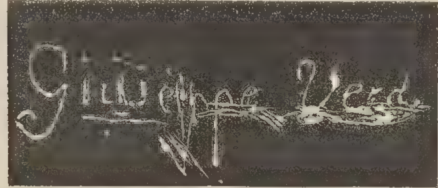
El teatro recientemente inaugurado en Carrara, que lleva el nombre del gran maestro, es un edificio grandioso levantado en un lugar espléndido que tiene por fondo á un lado la montaña y á otro el azulado mar.

La fachada principal del Politeama álzase en una extensa playa que circuye una alameda de naranjos y laureles y en cuyo centro hay una pista circular para los carruajes. Dos patios interiores dividen el edificio; en el centro está el teatro y á los dos lados hermosas casas: tiene aquél amplio vestíbulo, vasta sala y grandioso escenario, y su decorado consiste en estucados y pinturas de bellísimo efecto; en punto á decoraciones puede afirmarse que posee verdadera profusión.

La construcción del Politeama «Verdi» ha sido proyectada y dirigida por Leandro Caseli, autor de los principales monumentos y edificios de Carrara.

EL APARATO ESCENICO DE «FALSTAFF»

Este aparato es sencillo en cierto modo, pues Verdi ha querido escribir una ópera que brillase más bien por sus cualidades intrínsecas de melodía, vis cómica y elegancia, y en gran parte por esto ha habido que reducir con bastidores y bambalinones el vastísimo proscenio del teatro de la Scala. Sin embargo, no se ha omitido nada para que todo se presentase con el cuidado y exactitud que el público exige hoy mucho más que en los tiempos de Shakespeare.



Facsímile de una de las firmas hechas con un cortaplumas en el órgano del templo de Roncole por Verdi cuando era organista de esa iglesia

La casa Ricordi confió el encargo de preparar los croquis de decoraciones y trajes á un artista tan inteligente cuanto modesto, á Adolfo Hohenstein, el cual se dedicó á su tarea con el anhelo que le imponía el doble objeto de hacer una cosa históricamente exacta y artísticamente bella. No se limitó á consultar bibliotecas y museos de Milán, sino que marchó á Londres, donde creía encontrar datos más auténticos; mas al pronto creyó haber hecho un viaje casi infructuoso. Windsor, donde se desarrolla la acción del libreto de Boito y de la comedia de Shakespeare, es hoy una ciudad moderna con elegantes casas de tejados de pizarra y anchas calles. Allí nada recuerda la Hostería de la Jarretiera, donde dominaba monumentalmente la panza de sir John; nada recuerda el ambiente íntimo y burgués donde se movían las alegres comadres y las personalidades cómicas de la obra shakesperiana; pero en la gran metrópoli y en Oxford street dió el artista con un grupo de casas de aquel tiempo que le sirvieron de punto de partida para sus bocetos, los cuales completó con los datos que pudo adquirir en el Museo Británico y en otras fuentes.

Las decoraciones de *Falstaff* son cinco; las cuales representan la cocina de una hostería, el interior de una casa pobre, el jardín de la casa de Ford, una calle y el parque de Windsor. Esta última es la que menos trabajo le ha costado al artista, pues los robles y encinas de aquel parque no son muy diferentes de los de las campiñas vecinas, y el gusto artístico de su arquitecto no ha cambiado con el transcurso de los siglos. La más notable de estas decoraciones es la que representa el jardín de Ford, en que el escenario está dividido en dos partes, como en el segundo y el cuarto actos del *Rigoletto*. Hohenstein ha combinado esta decoración con mucha naturalidad: á la derecha una calle de altos álamos escondiendo la base de sus troncos entre matas floridas, que llegan casi hasta la concha del apuntador; á la izquierda el jardín que llega con sus arriates llenos de flores hasta encontrar las plantas de la alameda. De este modo queda dividido el escenario sin necesidad de ninguna pared de cerca, y los personajes pasan de la alameda al jardín atravesando los verdes grupos de plantas.

Todos los accesorios, como un alto aparador en la cocina de una hostería, la mesa del hostelero, la silla de brazos en la que debe sentarse el obeso protagonista, la cómoda cuyos cajones registrará Ford lleno de rabiosos celos, todo ha sido copiado del natural ó de estampas y documentos de la época y reproducido con la mayor exactitud. Hasta los jarros y cubiletes de la Hostería de la Jarretiera, acariciados amigos del ventrudo héroe, han sido fabricados ex profeso en vista de modelos antiguos.



Falstaff en el tercer acto

Los trajes se han hecho con presencia de retratos y dibujos de la época y adaptados con justo criterio á las condiciones y á la edad de los personajes. Hasta para la mascarada de espíritus, hadas y sátiros del último acto, el artista no quiso fiarse en su propio capricho, sino que se inspiró en estampas de antiguas mascaradas inglesas, haciendo naturalmente las oportunas adaptaciones á las necesidades estéticas de la escena. Para los trajes del protagonista, Hohenstein ha hecho muchas indagaciones, no sólo en las obras especiales y en las ediciones ilustradas de Shakespeare, sino consultando á los actores principales de Inglaterra.

Sus croquis y bocetos han servido al pintor escenógrafo Zuccarelli para pintar las decoraciones y al sastre de la Scala Zamperoni para construir los trajes.

CÓMO ESCRIBE Y CÓMO ENSAYA VERDI

Confrontando una de las primeras partituras autógrafas, como las de *I Lombardi* y *Macbeth*, con otras más recientes, como las de *Aida, Otello* y *Falstaff*, no se nota alteración alguna en la escritura: en todas se revela la misma seguridad, la misma claridad. La pluma que tantas obras maestras ha producido escribe las notas en el pentagrama con rapidez y firmeza, ora la haya guiado una mano juvenil, ora la guíe la mano del anciano que cuenta cerca de ochenta años. Las partituras autógrafas de Verdi admiran por su precisión; la velocidad con que Verdi escribe no produce en el maestro ni confusión ni incertidumbre: la fantasía sabe, mientras crea, cómo se habrá de ampliar la nueva creación en la multiplicidad de voces y en la sonoridad de la orquesta; la ópera surge espontánea, entera, plasmada, por decirlo así, en todas sus partes, líneas y detalles. El instrumentista no se preocupa de buscar los efectos orquestales, sino que éstos nacen naturalmente unidos á la melodía, y de aquí la perfecta fusión del canto con los instrumentos, de la escena con la orquesta; de aquí la completa homogeneidad de los varios coeficientes que van á fundirse en el producto final.

En el período de la composición, Verdi traza muy pocos bosquejos, y los que traza son sencillas memorias, ligeras indicaciones; leyendo el libreto concibe la ópera, declamando estudia las inflexiones de la voz, el colorido de las palabras al expresar los sentimientos de ira, de piedad, de amor.

Gracias á esta manera de crear, Verdi procede con seguridad tanta, va tan derechamente á su objeto, que cuando la ópera está compuesta ó instrumentada el

autor siente por intuición todo el efecto de la misma y sabe cuáles han de ser sus intérpretes mejores ó que á ella mejor se adapten.

La facilidad con que Verdi concibe y escribe es verdaderamente fenomenal: desde 1849 á 1855 escribió *Luisa Miller, Stiffelio, Rigoletto, Il Trovatore, La Traviata* é *I Vespri Siciliani*. Y no se crea que para sus composiciones acuda á memorias musicales trazadas á retazos y bosquejadas en un trozo cualquiera de papel pautado para utilizarlas cuando la ocasión se presente; nada de esto: la situación dramática, las palabras son las que despiertan y excitan la fantasía creadora. Para el *Falstaff* ha tomado poquísimos apuntes, tan pocos que sólo ocupan dos páginas, y las partes vocales aparecen escritas en la partitura autógrafa con una seguridad maravillosa que demuestra la facilidad en concebir íntegra la labor vocal é instrumental.

¿Qué más?.. He aquí algunos datos exactos y quizás no conocidos hasta ahora.

Para 1853 habíase comprometido Verdi á escribir dos óperas: una para el Apolo, de Roma, y otra para la Fenice, de Venecia. La composición del libreto había sido muy larga, de suerte que el otoño avanzaba y el maestro aún no había escrito una sola nota; además, molestábale un reuma en el brazo derecho que Verdi confiaba en que desaparecería de un momento á otro. Pero el reuma persistía y... de música nada.

En 1.° de noviembre de 1852 comienza Verdi á idear y componer *Il Trovatore;* el 29 del propio mes la ópera no sólo está compuesta sino que también enteramente instrumentada, y el 30 la partitura es enviada de Sant'Agata á Cremona al editor Juan Ricordi para que saque los papeles necesarios para la ejecución. Verdi debía estar en Roma á principios de la estación de Carnaval de 1852 á 1853, y como el viaje por mar era más cómodo, encaminóse á Génova para embarcarse y por Civitavecchia dirigirse á Roma: llega á Génova en la semana de Navidad, y allí le anuncian que los vapores no salen hasta pasadas las fiestas, lo que le obliga á esperar tres días. ¿Qué hacer? Recordando el compromiso con Venecia se propone utilizar aquel tiempo y en tres días escribe el primer acto de *La Traviata*. Parte para Roma, pone allí en escena *Il Trovatore*, cuya primera representación se verificó el 19 de enero de 1853, marcha en seguida á Sant'Agata y en trece días escribe y compone los demás actos de *La Traviata*, esa ópera apasionada, ardiente, toda sentimiento, cuyo estreno en la Fenice (6 de marzo de 1853) fué... un solemne fiasco.

La claridad de concepción que caracteriza al maestro la vemos también en el período de los ensayos que se verifican exactamente según el programa por él de antemano trazado, pudiendo la ópera ser puesta en escena el día con gran anticipación señalado. No es cierto que Verdi sea hosco y excesivamente severo como generalmente se cree; precisamente es todo lo contrario. Con exactitud militar



ADOLFO HOHENSTEIN
autor de los bocetos de las decoraciones y trajes de *Falstaff*

FINAL DE LA PRIMERA PARTE DEL ACTO PRIMERO DE «FALSTAFF.» – Falstaff arroja de la hostería de la Jarretiera á Bardolfo y Pistola

Ma, per tornare á voi, furfanti, ho atteso tropo
E vi discaccio!..

llega á la sala de ensayos á la hora fijada y quiere, con razón, que todos los artistas sean tan puntuales como él á fin de no perder tiempo; inmediatamente después de los saludos de cortesía, empieza el ensayo. Verdi tiene mucha paciencia, conoce hasta qué punto se aunan en cada artista los recursos vocales y la inteligencia, y sabe sacar de ello el mayor fruto posible. Exige ante todo en los cantantes una pronunciación clara y exacta; «porque, dice, es necesario que el público entienda y se interese en lo que quieren expresar los personajes,» y en los versos señala la palabra que debe llamar la atención de los oyentes y hasta la sílaba que más marcadamente ha de pronunciarse. No quiere que se altere la frase ó el ritmo con inútiles floreos; atiende á cada compás, á cada nota, y para conseguir una dicción elegante hace repetir un compás 10, 20 y 30 veces, y el mismo procedimiento sigue para la exacta pronunciación de una vocal, no pocas veces alterada por los métodos de canto que se reputan más famosos.

Cuando los artistas saben perfectamente la parte musical, Verdi empieza á dar color á los varios personajes, indica á cada uno cuál es el tipo que quiere que represente y cuál ha de ser la expresión vocal y fisonómica. Todos los cantantes, agrupados alrededor del piano, siguen muy atentamente las indicaciones del maestro y procuran interpretarlas mientras él entona á media voz las inflexiones del canto. Este es el verdadero punto de partida de la llamada *mise en scene:* los artistas más seguros de sus partes se animan y los más inteligentes ensayan algún gesto; Verdi les observa atentamente, les hace advertencias, los anima, los alaba; las *particellas* que sirven para el estudio son poco á poco y casi inconscientemente abandonadas sobre el piano, el artista se aparta de ellas, comienza á *vestir,* como dice el maestro, el traje del personaje. La mirada de Verdi centellea y no se separa del artista; luego se agrupan dos, tres, y el maestro dirige sus pasos, sus movimientos, sus actitudes; apunta, corrige, y si un gesto, un ademán no le satisfacen se pone en el lugar del personaje, y declamando ó cantando indica con vigor cómo debe interpretarse.

Del salón de ensayos se pasa al escenario, y entonces se desarrolla por completo el primer esbozo de la *mise en scene;* á las voces se unen los instrumentos, y nada escapa á Verdi de cuanto pasa en el palco escénico y en la orquesta. El mismo cuidado minucioso que ha puesto en la instrucción de los cantantes lo puso ya en la escena y en los trajes, que examina y estudia en todos sus detalles, haciendo cuantas modificaciones cree necesarias para que todo resulte claro y evidente. Verdi es el verdadero creador de su ópera, en la que imprime su potente vitalidad, y así en un tiempo relativamente brevísimo, dado el estudio minucioso de todos los detalles, la nueva obra queda dispuesta para su primera representación. Verdi ha cumplido 79 años en octubre último, y conserva intactas una fantasía juvenil, extraordinaria memoria y energía milagrosa.



1. Casa natal de Shakespeare antes de su reparación. – 2. Iglesia parroquial de Stratford. – 3. Casa natal de Shakespeare después de reparada

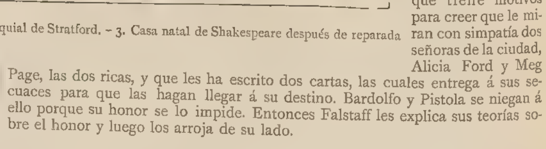
EL LIBRETO, LOS INTERPRETES Y LA MUSICA DE «FALSTAFF»

Sabido es que la comedia lírica que Arrigo Boito ha bautizado con el nombre de *Falstaff* está tomada de *Las alegres comadres de Windsor,* de Shakespeare; pero el protagonista no es en ella la figura envejecida é incierta de la antigua comedia, sino que aparece en toda su perfección artística, tal como el gran poeta inglés la ha creado en *Enrique IV.* Su personalidad, aunque fundida y entonada con el resto de la obra, predomina sobre todas las demás, y su baja y vulgar sensualidad tiene realce y vigor y contrasta con el amor puro y elevado de Fenton que envuelve todo el cuadro en una atmósfera de suave poesía.

He aquí un resumen del argumento de esta divertida comedia:

Personajes: *Sir John Falstaff; Bardolfo* y *Pistola,* sus secuaces; *Ford,* rico ciudadano de Windsord; *Alicia,* su esposa; *Nannetta,* su hija; *Meg Page,* la *Quickly, Fenton,* caballero joven, y el *doctor Cayo.* Total, diez personajes y además un hostelero, un pajecito de Falstaff y uno de Ford. El coro no interviene más que en el último acto. Epoca, principios del siglo XV.

ACTO I. PARTE I. – *Interior de la hostería de la Jarretiera.* – Falstaff, sentado en su amplio sillón junto á una mesa en donde hay un jarro de vino, está sellando dos cartas: entra Cayo, personaje ridículo, é increpa á Falstaff porque ha pegado á sus criados; Falstaff se burla de él. Llegan Bardolfo y Pistola, á quienes Cayo acusa de haberle robado y que le arrojan violentamente de la hostería. Falstaff participa á sus secuaces que su bolsa está vacía y que por lo mismo es preciso aguzar el ingenio para que siga aumentando la panza, «que es su reino.» Refiéreles, además, que tiene motivos para creer que le miran con simpatía dos señoras de la ciudad, Alicia Ford y Meg



Page, las dos ricas, y que les ha escrito dos cartas, las cuales entrega á sus secuaces para que las hagan llegar á su destino. Bardolfo y Pistola se niegan á ello porque su honor se lo impide. Entonces Falstaff les explica sus teorías sobre el honor y luego los arroja de su lado.

PARTE II. – *El jardín que precede á la casa de Ford dividido por mitad por altos árboles.* – Alicia, Meg, la Quickly y Nannetta (las cuatro comadres) están á la izquierda de la escena: Alicia y Meg tienen cada cual una carta, la de Falstaff; las dos cartas son idénticas. Alicia comienza á leer una frase de la suya y Meg continúa leyendo en la á ella dirigida hasta que acaban por leer al unísono las mismas palabras. Al otro lado de la escena aparecen, sin ser vistos por las comadres, Bardolfo, Pistola, Cayo y Fenton, que rodean á Ford, hablándole todos á la vez y revelándole los dos primeros los proyectos de Falstaff. Quedan

al fin solos Fenton y Nannetta, los dos enamorados que pueden expresarse su amor en dúo lleno de poesía y acaban dándose un beso. Vuelven las comadres y cuchichean hablando de la burla que preparan á Falstaff, pero se van al notar que un hombre las espía: este hombre es Fenton. Otra escena de amor y otro beso. Vuelven los hombres por la derecha y Ford explica su proyecto de presentarse á Falstaff con el falso nombre de Fontana, para llegar á ser su confidente y enterarse de todos sus planes; á su vez las mujeres vuelven por la izquierda, y unos y otras traman sus respectivos complots, terminando el acto con la repetición en tono de burla de los dos versos finales de la carta de Falstaff, que entonan las comadres y son los siguientes: *«Ma il mio viso su lui risplenderá - Come una stella nell'inmensitá.»*

Habitación donde nació Shakespeare

ACTO II. PARTE I. - Falstaff está, como de costumbre, en la hostería, siempre en su puesto: Bardolfo y Pistola, fingiéndose arrepentidos, vuelven á su lado, anunciándole el primero que una mujer desea hablarle: es la Quickly, que le lleva la respuesta de las dos comadres: «Alicia, le dice la vieja comadre, siente apasionado amor por vos, y me encarga os diga que ha recibido vuestra carta, que os da las gracias y que su marido está siempre fuera de dos á tres.» Convenida la cita para esta hora, la Quickly añade: «También la bella Meg os saluda muy amorosamente y dice que su esposo rara vez se ausenta. ¡Pobre mujer! ¡Es una azucena de candor y de fe! ¡A todas las embrujáis!..» Vase la mensajera, y mientras Falstaff se pavonea pensando en sus conquistas, entra Ford, disfrazado y haciéndose pasar por un señor Fontana, que con ayuda de un jarro de vino se capta la confianza del panzudo sir John, á quien ofrece dinero para que pueda seducir á Alicia, de quien, á su vez, se dice enamorado y á la que espera poder conseguir si le prueba la falsedad de la virtud de que ella se jacta. El dinero de Ford convence á Falstaff, el cual confía á su nuevo amigo lo de la cita de Alicia; Ford, al quedarse solo, da suelta á su rabia; entra Falstaff y vanse los dos de bracero.

PARTE II. - *Una sala en casa de Ford.* - La Quickly cuenta á las comadres la acogida que le ha dispensado Falstaff. Nannetta confía á su madre su amor por Fenton, al que se opone el padre, que quiere casarla con Cayo. Entran los criados trayendo una cesta de ropa sucia y Alicia les dice que vuelvan cuando los llame para arrojar el cesto por la ventana. La hora de la cita se acerca; Meg y Quickly salen por un lado y Nannetta por otro, y á poco entra Falstaff, que tiene con Alicia la escena de seducción más cómica que darse pueda; Falstaff, en almibarado estilo, elogia á las mujeres hermosas, y hablando de sí mismo dice: «Cuando era paje del duque de Nordfolck, era yo esbelto, era un espejismo vago, ligero, bonito. Cuando me hallaba en la edad de mi lozano abril, cuando me hallaba en la edad de mi alegre mayo, era tan listo, flexible y flaco que hubiera pasado por un anillo.» A lo mejor entra Quickly, anunciando que se acerca Ford, rabioso de celos y seguido de un gran acompañamiento;



Habitación que ocupa Verdi en el palacio Doria, en Génova



EMMA ZILLI (ALICIA)



ADELINA STEHLE (NANNETTA)



VIRGINIA GUERRINI (MEG)



JOSEFINA PASQUA (QUICKLY)

INTÉRPRETES DE LA ÓPERA «FALSTAFF» (de fotografías)



VICTOR MAUREL (FALSTAFF)



EDUARDO GARBIN (FENTON)



ANTONIO PINI CORSI (FORD)



G. PAROLI (CAYO)

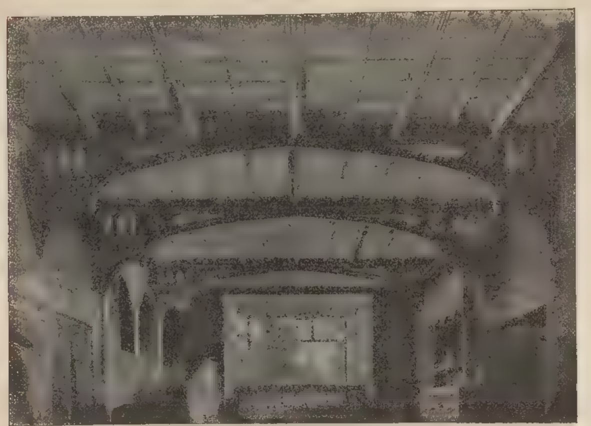


P. PELAGALLI ROSETTI (BARDOLFO)



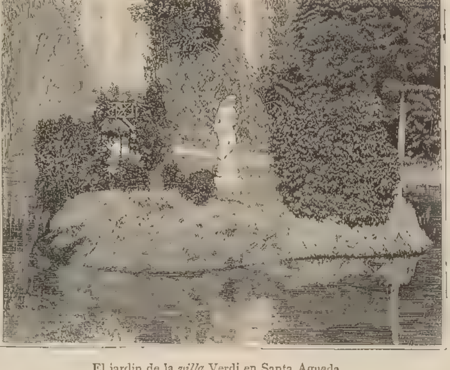
V. ARIMONDI (PISTOLA)

INTERPRETES DE LA ÓPERA «FALSTAFF» (de fotografías)



Boceto de una decoración del segundo acto de *Falstaff*

Falstaff se esconde detrás de un biombo y Meg entra confirmando la llegada de Ford, el cual aparece en seguida acompañado de Fenton, Cayo, etc., y de gentes del pueblo; se avanza furioso, lo registra todo, incluso el cesto de la ropa, y seguido de sus acompañantes abandona la escena para proseguir sus pesquisas en las otras habitaciones, y mientras las comadres sacan á Falstaff de detrás del biombo y lo meten en el cesto, tapándolo con ropa sucia. Fenton y Nannetta se aprovechan de la ocasión para enamorarse detrás del biombo, y habiendo salido Alicia para llamar á los criados vuelve á entrar Ford, que corriendo de un lado á otro y continuando su registro oye un beso detrás del biombo; dirígese allí, creyendo que se trata de Falstaff y de Alicia, y se encuentra con los dos enamorados. Falstaff, en tanto, se ahoga dentro del cesto; Alicia ordena á sus criados que arrojen al foso lo que éste contiene, y sir John es lanzado al espacio, acto que presencia Ford, á quien Alicia hace asomar á la ventana.



El jardín de la *villa* Verdi en Santa Agueda

Acto III. Parte I. – *Plaza: á un lado, la fachada de la hostería.* – Falstaff, sentado en un banco, está pensativo por su última aventura, y para distraer sus penas llama al hostelero y le pide vino para «verterlo en el agua del Támesis.» Mientras ensalza las bondades del vino, llega la Quickly y presenta á Falstaff las disculpas de Alicia, que está profundamente apenada por lo sucedido y le envía una carta en la cual le dice: «Te esperaré á media noche en el Parque real: acude vestido de cazador, con traje negro, á la encina de Herne.» Falstaff quiere una explicación; pero á fin de que nadie les estorbe invita á la Quickly á entrar en su casa, yéndose Falstaff y la comadre, que entona el primer verso de la leyenda del cazador negro. Alicia, que llega acompañada de Meg, Nannetta, Cayo y Ford, continúa la canción, y luego todos juntos convienen en simular con una mascarada la aparición de las hadas de que habla la leyenda, y asustar á Falstaff que, citado por Alicia, acudirá al parque vestido de cazador negro y con cuernos. Nannetta será la reina de las hadas.

Parte II. – *El parque de Windsor junto á la encina de Herne. – Es de noche. – Brilla la luna.* – Oyense á lo lejos voces de guardabosques: llegan Nannetta vestida de hada y Alicia que hace que Fenton se envuelva en una capa. Fenton será el frailecillo que se casará con Nannetta, mientras Cayo se las habrá con Bardolfo disfrazado de hada; todos abandonan la escena para prepararse. Da la media noche: entra Falstaff y Alicia sale á su encuentro; pero á las primeras palabras de amor las hadas y su acompañamiento invaden la escena, con gran espanto del ridículo seductor, que se esconde; treta que no le vale, pues las hadas y los gnomos después de cantar y bailar en giros vertiginosos lo descubren, lo derriban al suelo, le pegan, le insultan con los más groseros epítetos y le obligan á arrodillarse y á repetir una especie de *Confiteor* cómico. Falstaff conoce á Bardolfo, á quien se le cae la capa, y recobrando su antigua astucia tiene la satisfacción de ver burlado á Ford, que bendice, á la vez, sin imaginarlo, los esponsales de Fenton y Nannetta y los de Cayo con... Bardolfo. Una carcajada general saluda el descubrimiento de la burla. Ford se resigna á hacer feliz á su hija, y cae el telón.

***

Los intérpretes de *Falstaff* han sido escogidos por el mismo Verdi y constituyen un conjunto homogéneo, del cual se ha declarado el maestro durante los ensayos bastante satisfecho.

Falstaff es Víctor Maurel, el reputado artista francés que cuenta veinticinco años de carrera, y se ha conquistado la celebridad con la belleza de su canto y con el talento de sus interpretaciones. El fué quien creó la parte de Yago en el *Otello*, y sabido es el triunfo que alcanzó en este papel, para cuya representación ha escrito un opúsculo interesantísimo, fruto de sus estudios, que demuestra con cuánta inteligencia ha sabido llevar á la perfección el arte lírico dramático.

Las cuatro comadres son las señoras Emma Zilli, Josefina Pasqua, Adelina Stehle y señorita Virginia Guerrini.

La señora Zilli debutó en 1887 y ha cantado desde entonces en los principales teatros de Europa, haciéndose aplaudir ya en 1888 en la Scala en la ópera *Zampa*, de Herold. En *Falstaff* ha creado el papel alegre y movido de Alicia.

La señora Pasqua, á quien el público de la Scala saludaba con grandes aplausos en 1872 en la ópera de Weber *Der Freichuz*, y volvía á aplaudir en 1878 en el papel de Amneris de aquella *Aida* cuya protagonista fué la Patti, se presenta en la nueva obra de Verdi en el papel de la astuta y complaciente Quickly.

La parte de Meg Page ha sido confiada á una joven artista que hace cuatro años salió del Conservatorio de Milán y que después de un excelente *debut* en el teatro Dal Verme, de esa ciudad, con la *Gioconda* representó en la Scala con gran acierto los principales papeles de óperas recientes: la señorita Guerrini.

La señora Stehle, que se reveló hábil intérprete del *Condor*, de Gómez, ha tenido á su cargo la parte elegantísima y dulce de Nannetta.

Fenton, el amante de ésta, es el joven tenor Garbin, que sólo lleva dos años de carrera artística y que con tanto talento interpretó el personaje Guevara del *Colombo*, del maestro Franchetti.

El barítono Antonio Pini Corsi, sobrino y discípulo del célebre Juan Corsi, desempeña el papel del celoso y furioso Ford. El doctor Cayo es el tenor Paroli, excelente primer intérprete del papel de Cassio en el *Otello*, de Verdi. Los dos secuaces de Falstaff, Pistola y Bardolfo, son el bajo Arimondi y el tenor Pelagalli-Rosetti, que han cantado con acierto sus respectivos papeles.

Ha dirigido la ópera el maestro Mascheroni, á quien llaman los italianos príncipe de la batuta, hombre enérgico y de temperamento muy nervioso. Al desaparecer Faccio de la Scala el público milanés fijó sus miradas en Mascheroni como digno sucesor de aquel infortunado maestro. No contaba más que veinticinco años cuando dirigía ya la orquesta de los teatros Argentina y Apolo de Roma: en la Scala correspondió á las esperanzas que en él se cifraban, y logró, gracias á sus excepcionales dotes, desarmar á sus enemigos. Verdi le ha otorgado el alto honor de ser el primer director de *Falstaff*.

El comendador Eduardo Mascheroni nació en 1856 en Milán, en cuyo Conservatorio hizo sus estudios.

***

El libreto de *Falstaff* tiene catorce versos menos que el *Otello* y la duración de la partitura es de dos horas menos tres minutos; calculando los entreactos, podría representarse la ópera en dos horas y media.

También en *Falstaff* ha sido Verdi fiel á su sistema, ha seguido en su inspiración paso á paso la poesía, ha vestido de notas la palabra, el pensamiento, las situaciones: la música es alternativamente viva ó sentimental, pero principalmente cómica, alegre. En los concertantes revela de una manera particular la facultad maravillosa de su genio que incesantemente se renueva y parece como que se rejuvenece.

Una vez más ha sido aclamado y vitoreado el venerable maestro: *Falstaff* ha ceñido una nueva corona de laurel en la frente del ilustre anciano, que tantas y tan bien merecidas ha conquistado durante sus cincuenta y cuatro años de carrera artística.

¡Honor á Verdi!



La *villa* Verdi en Santa Agueda



Al [illegible] el presidente [illegible], retuvo el [illegible]

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONCLUSIÓN)

Pero el tiempo pasaba, y su loca esperanza se desvanecía; ahora sufría mucho y dudaba que sus fuerzas bastarían para sostenerla hasta el fin. Sin embargo, era preciso, porque solamente ella podía salvar á Roberto, y le salvaría para que saliese con la cabeza alta del sitio en que se hallaba entonces sentado como un criminal vulgar. En medio de su angustia, Marta tuvo un momento de alegría celestial al pensar que por su mano, la mano que Roberto no había querido, iba á recibir la libertad, la dicha de toda su vida.

Cuando el ujier entró á buscarla, estaba ya en pie y dispuesta.

Sin embargo, al ver confusamente á los jueces y aquella multitud apiñada, retrocedió instintivamente. Así era sin duda cómo las vírgenes cristianas en los

tiempos de la persecución, viéndose súbitamente en la arena objeto de la curiosidad de millares de espectadores ansiosos de ver el suplicio á que las sometían, debieron desfallecer un instante, pero tan sólo un instante. Casi al punto, Marta miró á Roberto, y al verle tan cambiado, flaco y pálido, sintió una profunda compasión que casi la transfiguró: había sufrido, pero gracias á ella, ya no sufriría más.

Maquinalmente contestó á las preguntas de costumbre; pero como adivinase infinito respeto y compasión en la voz y los ademanes del presidente, recobró valor, y muy pronto contestó con más claridad y franqueza.

– Esté usted segura, señorita, dijo el presidente, que esta prueba, de la cual no ha sido posible sustraer á usted, durará poco.

– Estoy á las órdenes de usted.

Uno de los grandes encantos de Marta era su voz, singularmente pura y dulce; y hasta cuando hablaba en voz baja oíasela muy bien, reconociéndose al mismo tiempo que cada palabra pronunciada por ella era una verdad. Por otra parte, su extremada palidez y su expresión de sufrimiento excitaban la piedad de todos. Contestaba muy sencillamente, sin hacer ningún ademán, con las manos en su manguito y la mirada fija en el presidente.

– ¿Creo, dijo éste, que usted conoce al acusado hace largos años?

– Desde nuestra infancia. Su madre y la mía se querían mucho.

– ¿Era en su juventud violento ó rencoroso?

– De ningún modo, señor presidente. El niño prometía lo que el hombre grave y estudioso llegó á ser.

– ¿No le había oído usted hablar nunca de su compañero Jorge Bertrand?

– Jamás. Roberto estaba de interno en el Liceo, y á medida que crecía nos encontrábamos con menos frecuencia. Yo vi al capitán Bertrand el día que fué á buscar á mi hermana á la estación de Honfleur; el Sr. de Ancel me le presentó entonces, y por primera vez oí su nombre.

– ¿Se le admitió muy pronto en la intimidad de la familia de usted?

– Como iba muy á menudo con Roberto, y éste merecía casi la consideración de pariente, las visitas del capitán no dejaban de ser frecuentes; pero en aquellos días recibíamos muchas. Yo procuraba que la permanencia de mi hermana en el campo fuese lo más agradable posible.

– ¿No echó usted de ver muy pronto que el capitán hacía la corte á la señorita Edmunda Levasseur, y que el Sr. de Ancel estaba muy celoso?

Marta vaciló un instante, y después contestó:

– Apenas comprendí que el Sr. Bertrand pensaba en mi hermana, previne á ésta contra él, pues no creía al capitán hombre capaz de hacerla feliz.

– ¿Y pensaba usted ya en casarla con su vecino?

Marta vaciló de nuevo.

– No, señor presidente, en aquel momento no pensaba en tal cosa. Hasta más tarde, cuando comprendí... que se amaban, no se resolvió ese casamiento.

– Dispense usted, señorita, si la interrogo así acerca de sus sentimientos íntimos, pero me veo precisado á ello. En el instante de ser detenido, usted quiso sincerar al acusado, declarando que en el día del crimen hablaba con usted en su parque. La declaración de su hermana, á quien no había usted revelado el secreto, invalidó este testimonio; pues según ella, era casi imposible que hallándose usted enferma hubiera salido. La encontró exactamente como la había dejado, y sufriendo de tal modo que apenas podía usted levantar la cabeza...

En este punto el auditorio concentró su atención de tal modo que el ligero murmullo que se eleva de una multitud, aunque esté silenciosa, cesó de repente, y en medio del profundo silencio elevóse la dulce voz de Marta.

– Señor presidente, contestó, jamás he mentido, y no mentiría ni aun para salvar á mi cuñado.

– A su cuñado, es posible... Repito que me dispense usted, señorita, pues lo que debo decirle es muy delicado. En el país se la creía á usted, hace años, novia del barón de Ancel. ¿No es así?

– Se engañaban, señor presidente; jamás hemos tenido relaciones amorosas.

– Sin que mediase compromiso entre ustedes, un sentimiento algo más tierno que la amistad hubiera podido, y nadie lo habría extrañado, inducir á usted á una mentira heroica. Con frecuencia se ha visto que la mujer que ama sacrifica todo, hasta su reputación, por tener la dicha de salvar al hombre amado.

– No he mentido, señor presidente. Cuando á pesar de poderosas razones de familia consentí en recibir á Edmunda como hermana, me impuse respecto á ella solemnes compromisos; tiene ocho años menos que yo; la consideraba hasta cierto punto como mi hija, y he creído cumplir con mi deber aquel día, ocupándome de su porvenir.

– ¿Entonces sería cuando comprendió usted lo que los demás habían visto mucho antes, es decir, que el Sr. de Ancel estaba enamorado de la señorita Edmunda Levasseur y deseaba tomarla por esposa?

– Sí, señor presidente.

– ¿No habría sido más sencillo, en este caso, explicarse claramente con la señora de Ancel? ¿No ha temido usted que al dar una cita misteriosa á un joven de quien se la consideraba novia, perjudicaba singularmente su reputación?

Lástima daba ver á Marta, que necesitó hacer gran esfuerzo para contestar después de una pausa.

– Para obrar como lo hice tenía razones particulares muy poderosas. Ya ve usted, señor presidente, que al declarar así que había dado una cita secreta, sabiendo la interpretación que á esto podría atribuirse, no hago una cosa indiferente, y que sufro... Me parece que bien se me podría creer, señor presidente.

Por primera vez se turbó la calma que Marta se había impuesto; en su voz hubo un temblor, como una queja mal reprimida, arrancada por el padecimiento y la angustia, y entre el auditorio prodújose un estremecimiento, un murmullo apenas perceptible.

– ¿No ve usted, señorita, que esa semiconfesión comunica una terrible verosimilitud á la hipotesis sentada hace un momento? Para muchas mujeres, la mentira en un caso semejante puede ser á sus ojos, no solamente dispensable, sino hasta heroica.

– Y sin embargo, exclamó la joven, no he mentido.

El presidente se compadecía de ella de una manera muy visible.

– Admitamos, continuó, que usted haya dicho la verdad. ¿Conque usted bajó al parque apenas se hubo marchado su hermana?

– Sí, señor presidente.

– ¿Qué hora sería, poco más ó menos?

– Yo había citado á Roberto para las tres y media, y bajé un poco antes de las tres; al llegar á la cruz de piedra estaba allí ya, aunque no era todavía la hora.

– Me parece que recuerda usted muy bien todos los detalles.

– En efecto, los tengo muy presentes.

– ¿Y no la vió nadie en el momento de su salida ó de su entrada en la casa?

– Nadie.

– Es una lástima, señorita, una gran lástima. No tengo necesidad de manifestarle hasta qué punto es respetada personalmente y honrada por todos aquellos que la conocen, y sin duda los señores jurados tendrán en cuenta su declaración; pero si en apoyo de lo que usted dice se tuviera la menor prueba, por ligera que fuese...

– ¿Entonces, exclamó Marta con voz vibrante, entonces la acusación quedaría de hecho disipada?

– Sin la menor duda; mas esa prueba...

– Esta prueba existe, señor presidente.

Aquí fué preciso intervenir, pues todos los espectadores dejaron escapar un grito ahogado; y entre aquel murmullo, Marta oyó un sollozo de mujer. Entonces parecióle que iba á morir, pues había reconocido á Edmunda en aquella mujer que lloraba. Evidentemente, ella y su suegra, á quienes se había querido evitar aquel mal rato, no pudieron contenerse y asistían confundidas entre la multitud á la audiencia en que se iba á decidir de la suerte de Roberto. Así, pues, el cáliz estaba lleno, y era preciso apurarle hasta las heces.

Restablecida la calma, el presidente se volvió hacia Marta.

– ¿De qué prueba habla usted, señorita?

Otra vez Marta debió hacer algunos esfuerzos antes de contestar; pero al fin dijo con voz monótona y fatigada, como si repitiese una lección que hubiera aprendido trabajosamente de memoria:

– Tengo entendido que se admiten como pruebas en justicia los libros de los negociantes, los registros bien regularizados y hasta las cuentas de la casa.

– Eso es verdad.

– La prueba que yo traigo es mi diario, es decir, el registro de mis pensamientos más secretos y de mis sentimientos más ocultos. El relato del 29 de julio está muy detallado allí, y después de leerle, nadie podrá dudar de mi veracidad.

Al decir esto, Marta volvió instintivamente la cabeza, como magnetizada por la mirada ardiente de Roberto. Ya no se podía ocultar nada, porque aun antes de la lectura de aquellas hojas tan secretamente guardadas, Roberto comprendía la extensión del sacrificio sabiendo que había sido amado, adorado de aquella pobre joven que él no comprendió. Marta leyó todo esto en la expresión de su rostro, y en aquella detenida mirada con que penetró hasta el fondo del alma de Roberto pudo comprender que él lo sabía, que se prosternaba ante ella mentalmente y que la bendecía. También comprendió que en aquel instante supremo no era en Edmunda en quien pensaba, por más que el sollozo oído igualmente por él un momento antes hubiese revelado su presencia, sino en ella y solamente en ella. Aquel instante la recompensó de todo.

Sin embargo, en el momento en que el presidente le pidió su diario, retuvo el libro un instante más.

– ¿Me será permitido, señor presidente, dijo, que no haga leer de este libro más que los párrafos absolutamente necesarios? Sufro mucho...

No pudo concluir la frase; mas no importaba, porque todos la comprendían.

– Doy á usted mi palabra, señorita; mas para demostrar bien á los señores jurados que este no es un documento escrito en vista de las necesidades de la causa, me será necesario leer algunos párrafos tomados al azar, correspondientes á los meses que precedieron al día del crimen. Por lo demás, añadió, hojeando el diario, el color mismo de la tinta, más pálido aquí, más negro allá, es una prueba material de que este diario se ha escrito en épocas distintas. Veo que se remonta á cerca de dos años.

Durante toda la lectura, Marta permaneció inmóvil como una estatua de mármol y casi tan blanca como si en efecto lo fuese. Parecíale que su vida se extinguía poco á poco, dejándola á cada instante más fría y con la sangre helada ya. Sin embargo, el tono sin expresión del escribano, leyendo lo que ella había escrito para sí sola, en voz muy alta á fin de que todos se enterasen bien de aquellas confesiones desesperadas, de aquellos gritos de la pasión, resonaba en sus oídos; y si algunas veces no comprendía bien, otras, por el contrario, imaginábase que las palabras se repetían en ella con acentos desgarradores...

«...¡Querida Edmunda, si tú supieras, si pudieras sospechar todos los pensamientos que bullen en mi mente!.. ¿Qué eres tú en el fondo? ¡Bah! ¿Qué importa, puesto que posees un encanto poderoso, puesto que yo, aunque dudando y preguntando, te quiero tanto que para evitarte una lágrima lloraría día y noche, y para darte la felicidad aceptaría la tristeza perpetua, el pesar y la desesperación?..»

Y en otro lugar:

«¡Dios mío, Dios mío, cuánto sufro! ¡Quisiera morir? Me ha llamado *hermana*. ¿Será simplemente una palabra trivial de afecto? ¿No tendrá una intención más particular? ¿No estoy yo destinada á ser más tarde su hermana? ¡Ay de mí!..»

Y ahora, su secreto pertenecería á todo el mundo, y correría de boca en boca, no pudiendo ya presentarse en ninguna parte sin que el recuerdo de aquel día cruel se interpusiese entre ella y los que la miraran. Pero aun esto no significaría nada; Roberto sabía ahora cuánto le amaba, y también Edmunda; y nada, nada podría hacer olvidar aquel triste amor.

A pesar de todo, á pesar de su padecimiento, aquel sacrificio infundía en su alma una dulzura infinita: Roberto estaba salvado, y salvado por ella.

Cuando la lectura terminó, Marta quiso levantarse, pero en el mismo instante, sin proferir un solo grito, cayó desplomada y como muerta.

Marta Levasseur estuvo muy enferma; pero sobrevivió, gracias á la solicitud de su tía que la cuidaba día y noche. Huraña é inquieta, á nadie permitía acercarse al lecho donde su sobrina, presa de una fiebre ardiente, hablaba sin cesar, siempre con la cabeza en movimiento, la mirada hosca, y como si estuviese poseída de un terror sin nombre.

Roberto y su joven esposa no pensaban ya en el viaje, y todos los días iban al castillo, donde por lo regular no veían más que á los criados. Por fin, una mañana supieron que la enferma estaba fuera de peligro y que no deliraba ya; mas no quisieron marcharse sin ver á la tía Aurelia, que manifestando mucha frialdad, apenas contestó á las preguntas.

– El doctor tiene buenas esperanzas, dijo, pues el delirio ha cesado. ¿Saben

ustedes lo que repite ahora de continuo? «Tía mía, dice, ¿por qué me has salvado? ¡Deseaba tanto morir! Estoy muy cansada de la vida, y ya he consumido todas mis fuerzas...» Yo casi preferiría que delirase á oirle decir esto.

–¡Si usted supiera cuánto he llorado!.. murmuró Edmunda.

La señora Despois, volviéndose hacia ella, contestóle secamente.

–Para usted es muy fácil llorar.

–Ya sé que usted no me perdonará nunca. Lo que ha pasado no es culpa mía, y sin embargo, sin mí no hubiera sucedido.

La señora Despois se mantuvo inflexible y no contestó. Roberto rodeó instintivamente con su brazo el talle de Edmunda, y dijo:

–Estoy muy seguro de que Marta es para esta niña menos dura que usted.

–No lo dudo. Á usted no le ha nombrado una sola vez en su delirio, Roberto; pero llamaba á Edmunda sin cesar, como si en la crisis que había atravesado hubiera desaparecido todo, excepto aquel instinto de maternidad, aquella necesidad de amar lo que le ha sido más caro...



En esto pensaba Marta principalmente mientras contemplaba el mar azulado y risueño

Antes de que pudieran impedírselo, Edmunda se había escapado, y después de subir la escalera corriendo, entraba en la habitación de donde tan severamente fué excluída. Cuando la señora Despois llegó á su vez azorada é inquieta seguida de Roberto, Edmunda estaba arrodillada junto al lecho de Marta, que con los ojos brillantes y con la expresión risueña acariciaba á su hermanita con débil mano.

–Lo comprendo todo ahora, balbuceó Edmunda, y toda mi vida trataré de recordar que hay alguna cosa sobre la felicidad... Dime que me perdonas, dime qué podré hacer algún día para merecer tu perdón.

–¡Pero si no tengo nada que perdonarte, querida Edmunda; te he amado, y nada más! Si algún día tienes muchos hijos, me dejarás alguno, una niña rubia como tú; yo la educaré, amándola mucho. Ya ves que yo debía haber sido madre...

La ausencia de los jóvenes casados, que al fin marcharon á Italia, se prolongó bastante. Marta, siguiendo el consejo del médico, abandonó su querida soledad para ir con su tía á la Argelia. Necesitaba no ver más en algún tiempo el lugar donde había sufrido.

La curación del espíritu fué más lenta que la del cuerpo, pero al fin se consiguió. Marta se aficionó á los viajes, y la señora Despois, amante de todo cambio, estimuló mucho la inclinación de su sobrina. Más de un año transcurrió así, y la señorita de Levasseur recobró la serenidad, casi el contento.

Algunos meses después de absolverse á Roberto descubrióse al asesino del capitán Bertrand: era un pobre diablo, un soldado que no pudiendo tolerar la dureza de su jefe desertó al fin. Casi muerto de hambre, introdújose en una casa para robar, encontró un revólver, y al punto le ocurrió la idea de matar al hombre que, según él, había sido causa de sus desgracias y á quién vió algunas veces en el país. Condenado después por robo, seguido de asesinato, así como también por deserción, él mismo refirió cómo se había vengado de su capitán...

Cuando Marta regresó al fin á su castillo, la primavera tocaba á su término. La señora de Ancel acudió presurosa para abrazarla, aunque al principio hubo un momento de frialdad. La señora Despois habló mucho refiriendo los detalles del gran viaje, y muy pronto desapareció con esto completamente la tibieza. Marta era tan cordialmente sencilla y natural, que el pasado le parecía ya vago y lejano.

Otra vez, como dos años antes, la joven castellana acompañó á la señora de Ancel hasta la extremidad del parque; y de nuevo, mientras andaban, contemplaron el mar, la graciosa curva de la playa dorada, y á lo lejos la fina silueta del Havre. Las dos parecían igualmente contentas de volver á verse y de que la antigua amistad renaciera. La señora de Ancel, no atreviéndose á decir todo lo que pensaba, hacía de modo que en todas sus palabras, en sus menores ademanes, se manifestase una ternura infinita, y Marta lo comprendía muy bien. Sin embargo, la voz de la señora de Ancel tembló un poco al decir:

–Roberto me prometió pasar por lo menos una parte del verano conmigo.

Marta sonrió afablemente.

Ya lo sé, repuso, pues Edmunda me dijo algo en su última carta, y también sé que estará orgullosa de presentarme su hijo; pero es sobria en sus detalles. No sirve para corresponsal...

Y no se dijo más.

Cuando Marta quedó sola, sentóse á la orilla del camino, aspiró con fuerza el saludable aroma de los pinabetes recalentados por el sol, y miró á lo lejos.

Sí, volvería á ver á Edmunda y á Roberto.

¿Qué había quedado de toda la violenta tempestad pasada? Ni Roberto ni Edmunda ni ella misma podían olvidar; pero poco á poco, suavemente, de una manera casi insensible, el recuerdo se hacía menos penoso y después cambiaba casi de carácter. Pasado su primer impulso de agradecimiento apasionado, Edmunda se mostró de nuevo celosa é inquieta, y aunque no se atrevía á decir cosa alguna, su esposo lo adivinaba muy bien; pero después, comprendiendo que era siempre adorada con ternura, desarrollóse lentamente el excelente fondo que había en aquella naturaleza tan variable. En una de sus cartas, por lo regular cortas y bastante triviales, dijo una vez: «Creo que comienzo á ser mejor y más seria..., y también te debo esto, Marta, como te debo mi felicidad...»

En esto pensaba Marta principalmente mientras contemplaba el mar azulado y risueño; después se levantó y paseóse por el bosque que ostentaba todas sus galas. El follaje renovado, de un color verde suave, los miles de florecillas que embalsamaban la atmósfera, el gorjeo de las avecillas; todo esto parecía decir á Marta que el invierno cruel, así como el pesar, no duran mucho; que todo vuelve á comenzar, que todo aspira á la felicidad, y que ésta reviste muchas formas... Su sacrificio no sería infructuoso; porque después de sufrir mucho había aprendido á sentir muy vivamente los padecimientos de los otros, y por esto juraba que su vida no sería inútil. Ya no deseaba la muerte como cuando salió de la horrible crisis; amaba la vida á pesar de un poco de tristeza que no podía desechar completamente y en la cual no había amargura. Ahora le parecía buena; y de todos los sentimientos que antes la martirizaban no quedaba ya más que una intensa dulzura y un deseo apasionado de ver felices y también dignos á los que tanto había amado.

Y habiendo renacido así la calma, ya no lamentaba nada.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Esta disposición permite emplear discos de pequeño diámetro y por consiguiente reducir considerablemente las dimensiones totales del aparato, el cual, en efecto, no excede del volumen ordinario de una cámara de 18 por 24.

En cuanto al árbol que hace girar los discos, toma su movimiento de unos juegos de ruedas movidos á su vez por un manubrio, que no hemos de describir en este momento: este árbol se fija en el eje del obturador rotativo. Al poner la máquina á foco, la longitud debe variar y los dos cuerpos del aparato alejarse más ó menos uno de otro, de modo que es preciso que el árbol se adapte á esos cambios de longitud, para lo cual está formado por tubos cuadrados que se introducen por roce uno dentro de otro. Esta disposición se presta á todas las aplicaciones de la cronofotografía sobre placa fija, como veremos más adelante.

Fig. 9. Ventana de admisión que sustituye al marco fotográfico cuando se opera sobre una película que se desarrolla. La anchura de la ventana se regula corriendo las piezas RR, según la dimensión que deba tener la imagen.

B. – *Piezas que sirven para la cronofotografía sobre placa móvil.* – Ya hemos visto que si el objeto que se ha de estudiar ejecuta movimientos sin cambiar de sitio, ó si presentando una gran superficie se mueve, cambiando de sitio, con poca velocidad, no puede recurrirse á la cronofotografía sobre placa fija, porque las imágenes se confundirían por superposición. En este caso, pues, es preciso recibir las imágenes sobre una placa movible que cambie de sitio presentando sucesivamente al foco del objetivo las diversas partes de su superficie. Á este efecto nos servimos de placas delgadas ó películas cortadas en tiras largas y arrolladas en carretes: esta *tira pelicular* debe desfilar rápidamente á fin de recibir en un tiempo dado un gran número de imágenes sin que las dimensiones de estas imágenes sean demasiado reducidas, y debe detenerse en el momento de la *pose*, sin lo cual las imágenes obtenidas no serían limpias; es preciso, además, que esta tira sensible pueda introducirse en el aparato y ser retirada de él sin estar expuesta á la acción de la luz; es preciso, finalmente, para la buena utilización de la película, que no pase de ella, entre dos alumbramientos sucesivos, más que la cantidad estrictamente necesaria para recibir una imagen. Veamos cuáles son las disposiciones que realizan estas condiciones múltiples.



Fig. 10. Dos carretes de metal destinados al arrollamiento de la película sensible: estos carretes están situados en sentido contrario uno de otro. Las letras H y B indican en cada uno de ellos la parte superior é inferior respectivamente.

Para explicarlas debemos tomar la descripción del aparato cronofotográfico

en el punto en que hace poco la dejamos. Del aparato debe quitarse desde luego el marco de la placa fija, puesto que ya no es éste el que ha de recibir las imágenes, y colocarse en su lugar una planchita con una abertura, llamada *ventana de admisión* (fig. 9), cuya anchura, que se arregla á voluntad, ha de ser exactamente igual á la que debe presentar cada una de las imágenes. Al través de esta ventana la luz penetrará en la *cámara de las imágenes*, en donde encontrará la película móvil que un juego de relojería desarrolla con un movimiento intermitente, á sacudidas, haciéndola pasar de un carrete á otro.

De la disposición de estos carretes nos ocuparemos en primer término, pues constituyen el órgano esencial que permite cargar ó descargar el aparato en plena luz.

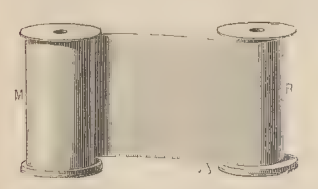


Fig. 11. Carrete depósito cargado, M: se desarrolla la tira de papel que lo cubre para arrollarla en sentido contrario en el carrete receptor R.

Los carretes (1) (fig. 10) tienen nueve centímetros de alto: en uno de ellos se arrolla una tira de papel fuerte y opaco, de nueve centímetros de ancho por varios metros de largo, y al mismo tiempo que esta tira arróllase también la tira de película sensible que habrá de recibir las imágenes. He aquí cómo se verifica esta arrolladura.

Si la tira de papel opaco es, por ejemplo, un metro más larga que la de la película sensible, se arrolla en el carrete 50 centímetros de papel solo y luego se aplica sobre éste la tira pelicular, poniendo la capa sensible en la parte de fuera y se arrollan ambas al disco apretándolas fuertemente: cuando se llega al fin de la tira pelicular, se fija este extremo sobre la tira opaca por medio de un papel engomado, á la manera de los sellos de correo, y luego se acaba de arrollar los 50 centímetros de papel que sobran todavía. Formado así el rollo, se le sujeta con una cinta de caucho. Esta operación se ejecuta naturalmente en el laboratorio fotográfico y con luz encarnada.

Para indicar que un carrete está cargado, se desliza debajo de la cinta de caucho un pedacito de papel blanco que sirve de señal y que cae por sí mismo cuando se utiliza el carrete, de modo que no se le ve en los carretes que han sido impresionados (2).

Perfectamente protegida la superficie sensible contra la acción de la luz, gracias á este procedimiento, veamos cómo se introduce en el aparato.

Tomemos un carrete cargado M (fig. 11), ó *carrete depósito;* desarrollemos las primeras vueltas del papel que lo cubre y arrollemos este extremo á un segundo carrete R en sentido inverso que lo estaba en M, de suerte que al pasar de un carrete á otro la tira de papel afecte la forma de una S. Si abrimos entonces la cámara de las imágenes (fig. 12), encontraremos en ella dos varitas verticales, de las que la una, la de la izquierda, recibe el carrete depósito, y la otra, la de la derecha, el carrete receptor R. Dos cilindros compresores ejercen una presión elástica sobre los carretes para asegurar la regularidad del arrollamiento ó desarrollo de la tira; en cuanto á ésta, se introduce en un escote vertical (siguiendo la línea de puntos del grabado), en donde quedará sometida á la acción de ciertos órganos que vamos á describir: el *laminador*, el *fijador* y el *muelle elástico*.

Laminador. – Está formado por un cilindro motor L (fig. 12) de madera endurecida, cubierto de caucho y sobre el cual se reflejan las tiras de papel y de película en su trayecto de un carrete á otro: el laminador es el órgano motor de la película, y para hacerlo funcionar se oprime un gatillo que hace caer un cilindro compresor elástico análogo á los que hacen presión sobre los carretes, pero de mucha mayor fuerza. Mientras el compresor no cae y no aprieta la película, el laminador gira libremente deslizándose detrás de la tira que la cubre; desde que el compresor funciona la tira es arrastrada.

El objeto de esta disposición es poner desde luego en marcha los juegos de ruedas antes de comenzar el experimento y llevarlos gradualmente á su velocidad uniforme: á partir de aquel momento el operador está en disposición de recibir las imágenes, desde que el objeto en movimiento se presentará en condiciones favorables.

El carrete receptor R está colocado, como hemos dicho, en una varita vertical que gira sobre sí misma y que deberá arrastrar en su movimiento al carrete en cuanto empiece á funcionar el laminador. De este modo la película se arrollará á medida que irá recibiendo las imágenes. Pero mientras el laminador no funcione, el carrete R no debe girar, pues no habrá llegado aún el momento de arrollar la película; de manera que la varita girará sola, produciendo, sin embargo, un roce que *tiende á arrastrar* al carrete, pero no le arrastrará realmente hasta el momento en que el laminador entrará en funciones. Este resultado se consigue por medio de un trinquete que mantiene el carrete inmóvil hasta el momento en que cae el compresor del laminador.

Otra combinación se impone, además, en el movimiento del carrete R: este carrete es preciso que arrolle la tira á medida que el laminador se la vaya entregando sin retardarse ni adelantarse: pues bien; el aumento continuo de diámetro del carrete á medida que recibe un mayor número de vueltas de tira hubiera producido estas irregularidades en el arrollamiento.

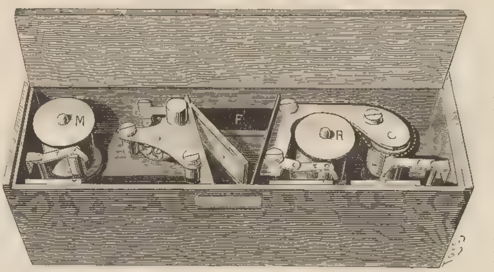


Fig. 12. Cámara de las imágenes con la tapa levantada. M carrete depósito y R carrete receptor colocados en sus ejes; *r r r*, pequeños cilindros compresores que aprietan la tira sobre los carretes. L, laminador con su cilindro compresor. F ventana de admisión. V cristal opaco que gira sobre una charnela. La línea de puntos indica el trayecto de la tira de papel y de la película. C, C', fijador y trinquete que producen las paradas intermitentes de la tira de película.

La uniformidad de éste se consigue naturalmente por la condición, ya indicada, de que la varita que tiende á arrastrar al carrete gira por roce en su interior, de lo cual resulta que la tira no es atraída con bastante fuerza para vencer la resistencia del laminador.

Estamos, pues, ya en condiciones para producir las acciones siguientes: puestos en su lugar la película y el papel que la aguanta, podemos imprimir á los juegos de ruedas del aparato una rotación rápida. Los discos alumbradores dan, por ejemplo, 10 vueltas por segundo y otro tanto hace el laminador. En un momento dado, se oprime un botón que hay en la tapadera de la caja de las imágenes y entonces cae el compresor del laminador y queda libre el carrete receptor; inmediatamente el papel es atraído y la tira entera pasa de un carrete á otro en el tiempo de uno ó dos segundos.

Fijador. – Si se operase en la disposición que acabamos de describir, las imágenes serían recibidas en una superficie en movimiento y ninguna resultaría limpia; de suerte que es preciso que en el momento del paso de la luz la tira pelicular cese de moverse.

No había que pensar en parar los juegos de ruedas animados de la gran velocidad de que hemos hablado, pero era posible parar la película sola. He aquí la disposición que para ello hemos empleado:

En el momento en que la tira pelicular al salir del carrete M pasa por el estrecho espacio por donde se desliza para llegar al foco del objetivo y recibir allí las imágenes, desfila por delante de un órgano llamado el *fijador*, formado por un semicilindro de acero C' (fig. 13) mantenido en posición vertical por dos planchas de muelle que lo aprietan suavemente contra la cara posterior de la película *p* que de este modo se encuentra ligeramente apretada entre este órgano y la platina del juego de ruedas. Esta ligera presión no dificulta la marcha de la película, la cual, en cambio, se detendrá de repente si el fijador se ve fuertemente apretado contra la platina: este efecto se obtiene por medio de un trinquete cuya acción se produce durante un tiempo muy corto y precisamente en el momento de la admisión de la luz en el instrumento. De este modo se logra una fijeza completa de la película en el momento de cada exposición.

El *fijador* está construído del modo siguiente: es una porción de cilindro de acero hueco en un centro para que pueda contener un tejo cilíndrico sobre el cual pasará un trinquete en el momento de la iluminación: la presión de esta pieza sobre el cilindro hace que éste se doble en su parte media, hueca y flexible, y aprieta por sus extremos fuertemente la tira pelicular contra la platina del aparato.

Esta presión puede ser graduada á voluntad, considerando como buena la que permita tirar, con un esfuerzo de dos ó tres kilogramos, de una tira de papel apretada en el fijador sin que esta tira se deslice.

La construcción de los trinquetes presenta también algunas particularidades: cada trinquete es de acero, tiene forma de una coma y está ajustado por un tornillo que lo atraviesa, es móvil y puede ocultarse en el interior del disco que lo sostiene ó asomar fuera de éste de modo que roce con el tejo y obligue al fijador á apretar la tira de película.

Lámina elástica. – La tira pelicular fuertemente arrastrada por el *laminador* y detenida, por otra parte, por el *fijador* debería necesariamente romperse ó deslizarse en el laminador; pero para evitar estos accidentes se recurre á una disposición cuyo efecto es hacer variar la longitud del recorrido de la tira entre el laminador y el fijador, lo cual se obtiene por medio de una lámina de muelle sobre la cual se refleja la película en su trayecto. Así, en el momento de la fijación de la tira, el laminador continúa su acción y arrastra la película, que cede, haciendo doblar la lámina elástica: después, cuando ha terminado la fijación, el resorte de la lámina tira repentinamente de la película, que continúa su marcha con movimiento uniforme.

Sin entrar en los detalles del juego de ruedas que guía las piezas que acabamos de describir, diremos únicamente que el laminador, el trinquete del fijador y los discos obturadores giran con la misma velocidad y que se establece la coincidencia de los pasos de luz con las fijaciones de la película de manera que estos distintos actos sean coordinados de una manera automática.

Número, dimensiones é intervalos de las imágenes. – El juego de ruedas es movido por un manubrio cada una de cuyas vueltas produce cinco del disco obturador y del laminador, y como fácilmente puede la mano dar dos vueltas al manubrio por segundo, se obtienen de esta suerte diez imágenes.

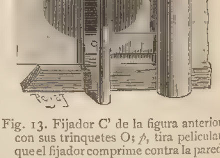


Fig. 13. Fijador C' de la figura anterior con sus trinquetes O; *p*, tira pelicular que el fijador comprime contra la pared de la cámara de las imágenes, cada vez que un diente de un trinquete pasa sobre el cilindro.

Esta marcha del aparato produce imágenes de grandes dimensiones, cada una de las cuales corresponde al perímetro entero del cilindro laminador, es decir, á nueve centímetros, y como la altura de la tira es también de nueve centímetros, cada imagen tiene nueve centímetros en cuadro ó sean 81 centímetros cuadrados.

(Continuará)

(1) Los carretes son de metal: dos discos, uno delgado, el de la parte superior, y otro grueso, el de la inferior, van soldados á los dos extremos de un tubo metálico ligero; un agujero practicado en el centro de los dos discos permite el paso de un eje vertical fijado en el interior de la cámara. Una corona de agujeritos practicados en la cara inferior del carrete sirve para arrastrar á éste: cuando una clavija implantada en un disco giratorio penetrará en uno de estos agujeritos, el disco arrastrará al carrete en su movimiento rotativo.

(2) Cuando se opera sobre películas muy largas, como sería muy engorroso tener que arrollar una longitud igual de papel, se reduce éste á dos tiras que se pegan en los dos extremos de la película; estas dos tiras están cortadas en punta en su extremidad libre que se introduce en el escote longitudinal del eje del carrete en el momento de arrollarlas.

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

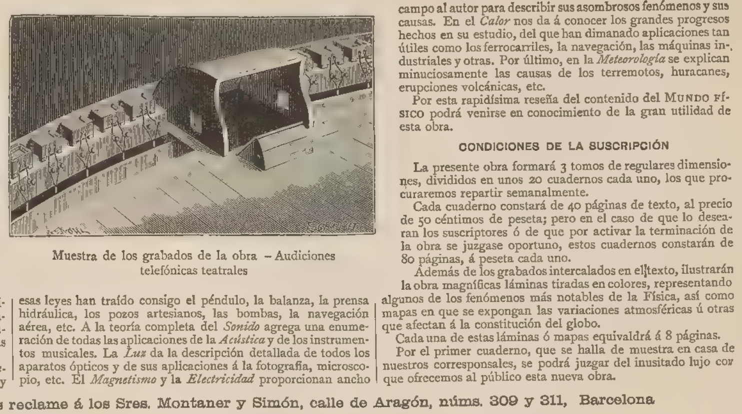
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y



Muestra de los grabados de la obra – Audiciones telefónicas teatrales

esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

NUEVOS ESTUDIOS SOBRE VERSIFICACIÓN CASTELLANA, *por Eduardo de La Barra.* – Lugar preferente merece ocupar entre los primeros poetas del Nuevo Mundo D. Eduardo de la Barra, miembro de la Real Academia Española, á quien con razón se considera como el sabio maestro de dos generaciones en la república de Chile, de la que hoy está desterrado por razones políticas. Su libro sobre versificación castellana es una obra didáctica de alto vuelo que deberán leer cuantos quieran cultivar la poesía: de su importancia dará idea el siguiente sumario de las materias en que se ocupa: Monografía del verso yámbico endecasílabo; De la rima, sílabas y acentos; De los ritmos castellanos; Excursión al país de la armonía; Influencia del acento de la quinta sílaba en el endecasílabo; Del eje de simetría; Versos monosilábicos; De los ripios. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, calle de la Bandera, núm. 73.

* * *

LA ESPAÑA MODERNA. – Notable como todos es el último número de esta importante revista, que contiene: *La vida de Tolstoy*, por el gran crítico inglés Mateo Arnold; *El canto del cisne*, por Tolstoy; *Annuchka*, por Turguenef; *El cura de Cucuñán*, por Daudet; *Las dos margaritas*, por Cátulo Méndez; *La miniatura*, por Banville; *El miedo*, por Maupassant; *Educación, ambiente y criminalidad*, por Ferri, y otros interesantes trabajos de Sofía Gay, Shakespeare, Tarde, Lubbock, Séneca, Prida, Fernández Duro, Villegas y Caro. Esta publicación envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al administrador, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.



PISTOLA Y BARDOLFO, personajes de la ópera *Falstaff*

* * *

PROGRAMA DE DERECHO PENAL, *por D. José Novo García.* – Profundos conocimientos en tan importante materia revela el programa del Sr. Novo, doctor en Derecho administrativo y civil y canónico y catedrático de la Universidad de la Habana: el extenso y luminoso razonamiento que le precede demuestra la ilustración y conocimientos de su autor y el programa está hecho con excelente método. El folleto ha sido impreso en «La Universal,» San Ignacio, 15, Habana.

* * *

COSAS DE LA VIEJA BURGOS, *por Anselmo Salvá.* – Por todo extremo interesante es el estudio que con el título de apuntes históricos hace de la veneranda ciudad castellana su cronista Sr. Salvá, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia; su obra contiene importantes datos, inéditos hasta ahora y sacados del archivo municipal, acerca del gobierno de la ciudad, de sus instituciones, de sus fueros, leyes y costumbres; en suma, de la historia interna de Burgos, que es lo que á una población más interesa y lo que más la caracteriza. – Véndese la obra á 3 pesetas en la imprenta de Sucesor de Arnaiz, plaza de Prim, núm. 17, Burgos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 13 de Marzo de 1893 — Núm. 585

Próximamente comenzaremos la publicación de la interesante novela de Héctor Malot «ANIE,» traducida por Antonio Sánchez Pérez, con preciosas ilustraciones del célebre dibujante Emilio Bayard

VERDADES Y MENTIRAS

Hablaba en mi última *Crónica* del marasmo en que está sumido el arte, aquí, en este gran núcleo vital de la nación; marasmo que comenzó á acentuarse visiblemente en la época de la Exposición de 1890 y que al presente alcanza un grado verdaderamente alarmante.

La vida artística está en Madrid supeditada por entero á la protección oficial; así que, si no hay algún edificio público que decorar, algún acontecimiento del fuste del *fallecido* Centenario ó alguna exposición donde vender al Estado la obra premiada, debe renunciarse á ver algo que salga de los estudios de los artistas digno de fijar nuestra atención durante cinco minutos. Lo mismo acontece en literatura – me refiero á su calidad; - púdrense en las librerías los libros, y tan sólo los de erótica lectura ó los de texto y alguno que otro festivo merecen las distinciones del público. Del arte dramático, ni hablemos; en los teatros de verso (alta comedia, drama, etc.), se recurre á obras de nuestros clásicos antiguos y modernos y á traducciones del francés; y sin embargo de representarse *Traidor inconfeso y mártir, El drama nuevo, Don Alvaro, et sic de cœteris*, el Español se ve desierto, no muy concurrida la Comedia, y es preciso que se estrene una obra de Echegaray ó de Galdós para que las empresas de ambos coliseos cuenten un lleno. Eslava y Apolo viven con más holgura, merced á los picarescos gestos de graciosas actrices que interpretan obras donde hay chistes por el estilo de este:

> porque el que más y el que menos
> cuando monta, monta bien.

Estoy oyendo que algunos de mis lectores se pregunta al leer lo dicho: ¿qué tiene que ver todo esto



VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA

con la protección del gobierno ni con nada que al gobierno ataña? A demostrar voy cuántos y cuán graves son los perjuicios que la política – mejor dicho – que las rutinas políticas por que se rigen hace diez y ocho ó diez y nueve años los hombres de Estado que nos mandan, vienen causando á la cultura en general del país y en particular á la de esta desdichada capital, donde todo idiotismo tiene cabida.

Cuantos intenten el desarrollo de la instrucción, especialmente en España, no podrán relegar el conocimiento de nuestas revueltas políticas. Factor importantísimo la política de cuanto somos hoy en todo orden de cosas, la instrucción pública sufrió y sigue sufriendo cuantos vaivenes aquélla experimenta, ya por los cambios doctrinales, bien tan sólo por el criterio de los ministros de Fomento ó de media docena de personalidades, encargadas de cosa tan baladí como es el cuidado de la cultura nacional.

Desgraciadamente como cosa de escasa importancia vino hasta ahora teniéndose – salvo en el período revolucionario – esto de los intereses intelectuales; pero al presente llega esa indiferencia de nuestros políticos á tal grado, que causa espanto é ira. Y aquí viene la política. Para nivelar presupuestos desnivelados por causas de todo el mundo conocidas y que huelga enumerar ahora, no encontraron otro medio, dentro de las estrechas doctrinas de escuela que actualmente nos rigen, que hacer economías á bulto. Bien venidas fuesen las tales economías si obedecieran en primer término á un plan meditado y estudiado durante largo tiempo, y en segundo, á conseguir la mayor facilidad en los trámites todos de la tutoría que de los intreses complejos de la nación viene ejerciendo la centralizacion del régimen parlamentario. Bien venidas, repito, fueran las decantadas economías siempre que se realizasen en favor de los bolsillos de los contribuyentes y de su cultura. Pero cátate precisamente con todo lo contrario. No tan sólo se aumentan los impuestos, sino que se disminuye, de un modo que casi parece burla sangrienta, el caudal necesario para fomentar la riqueza pública en sus dos aspectos, material é intelectual.

Es menester echar una ojeada sobre las memorias, monografías, etc., que continuamente están publicando los centros y corporaciones de enseñanza, lamentándose de la escasez de recursos con que cuentan para llenar la misión que les está encomendada. Es menester no perder de vista las deficiencias inmensas que se notan en los desbarajustados planes de instrucción, en los cuales, si huelgan asignaturas faltan otras de imprescindible necesidad, si hemos de ser los españoles algo más que toreros ó diputados de la mayoría. Es menester no olvidar que en ninguna nación de Europa existe menor número de publicaciones técnicas, así científicas como industriales y artísticas. Es menester, en fin, que no se nos pase por alto cuán bajo es el nivel de la cultura en España. Y con todo esto, cuando en la capital de la nación no puede sostenerse un mercado de arte, ni grande ni pequeño; cuando la educación artística – hoy casi obligatoria en algunos pueblos del mundo civilizado, y sin casi en Alemania é Inglaterra – aquí se desconoce por completo, dándose el caso de que un médico, un abogado, un hombre de ciencias ignore lo que es un bajo relieve y lo que es un arquitrave y la diferencia que existe entre una acuarela y un óleo; cuando aquí no hay quien lea una obra como *La historia de las ideas estéticas;* cuando aquí es imposible sostener una *revista* dedicada exclusivamente á la difusión del gusto por las artes plásticas y la literatura; cuando todo esto sucede, del menguado presupuesto de Fomento se rebajan *¡catorce millones de pesetas!*

¿Creerán mis lectores que es el ministerio que menos economías hace, por lo mismo que es el de *la hacienda del porvenir*, como dijo un ilustre hombre público? ¡Buen desengaño si tal creen! Lean el siguiente estado recogido por la prensa:

Fomento.	14.500.000 pesetas.
Guerra.	7.000.000 »
Gracia y Justicia. . . .	3.500.000 »
Hacienda.	2.300.000 »
Gobernación.	1.500.000 »
Presidencia y Estado. . .	1.000.000 »

De Marina no se sabe á estas horas, pero seguramente no llegará á un par de millones. Un dato importante: el presupuesto de Guerra es cuatro veces mayor que el de Fomento.

A todo esto, los gabinetes de Física de nuestros institutos sin un aparato – salvo raras excepciones; – los edificios dedicados á escuelas de instrucción primaria, verdaderamente nocivos para la salud de los niños y ruinosos en su mayor parte. Sin un Museo que valga tres pesetas, así de obras de arte, como científicos, industriales, agrícolas, de Historia natural, etc., etc. Sin que nuestros estudiantes sepan lo que significa una estatua ó un cuadro, sin que se les haya obligado durante su paso por institutos, escuelas normales y universidades á estudiar un compendio de historia del arte, ese *ojo de Polifemo*, que decía Bacon, sin el cual la historia de la humanidad sería la estatua de un ciego. Y sobre todo esto, cercenando al artista pensiones y á las escuelas de Bellas Artes materiales, hasta el extremo de que en la Central de Madrid no haya calefacción en varias clases; de que carezca la de Teoría é Historia de obras y modelos gráficos y plásticos – pero así, por completo; – de que á los pintores y escultores que, tras años de labor asidua y de gastos enormes, no se les adquieran las obras premiadas, hechas *ad hoc* para el certamen, y por consiguiente imposibles de ser vendidas á un particular, por las condiciones del tamaño y del asunto.

¿Quién declama, quién pretende declamar contra la ignorancia en que se revuelca esta mísera nación, presa de caciques y casuismos políticos que parecen empeñados en conservarla en santa perpetua ignorancia? No estampó, no, para nosotros el pensador Grotius aquel aforismo cien veces repetido: «No es bastante que un pueblo tenga lo preciso para su sostenimiento y su vida, es menester que ésta le sea agradable.»

Decía yo en cierta ocasión: «Soy del número de los que creen que no debe exigirse á los gobiernos la tutela de cuantos intereses morales y materiales son necesarios al desarrollo del Estado; por el contrario, mi ideal, como el de tantos que comulgan en la misma creencia, tiene por base que la intervención administrativa, curadora de los poderes públicos, sea en cantidad mínima, no solamente porque significa tanto como destruir toda inmoralidad aneja á la centralización en este sentido y lograr que desaparezcan gran parte de los apetitos que el poder despierta, sino porque acusaría un estado de cultura y bienestar por nosotros no alcanzado hasta el presente.» Pero este ideal, como otros muchos que alientan en el espíritu humano, por más generosos y elevados que sean, ó quizá por eso mismo, se estrellan contra la realidad de las cosas, y esta realidad obliga á la razón á encerrarlos en el lugar destinado á las utopías, á las locuras sublimes, hasta que les llegue su imperio – si es que les llega. – Mientras tanto, es menester acudir á los tutores del eterno menor de edad, es preciso hacerles entender á los que tienen á su cargo la dirección y administración de los complejos intereses del pueblo, que no pueden ni deben mirar lo de carácter intelectual y moral como secundario; es menester que se les advierta, mejor dicho, que se les exija cuidado especialísimo por esos intereses, más sagrados que los materiales.

Y las bellas artes son, dentro del campo moral, del histórico y del social, inexcusables elementos. Dada la esfera de acción en que respiran, en que se desarrollan; dado el grado de expansión intelectual que para su vida requieren; dada la influencia psicológica que ejercieron y ejercerán siempre en la humanidad, no es posible negarles el altísimo lugar que la gran maestra de la vida, la Historia, viene señalándoles.

Pero ya ven los que este desaliñado artículo lean cuán de distinto modo piensan por las alturas. Y no debiera extrañarme, porque aún recuerdo como si fuese ahora lo que decía cierto personaje político (estoy tentado de escribir su nombre) en una reunión de gentes de su prosapia, á propósito de las obras decorativas que por entonces se realizaban en San Francisco el Grande de esta corte: «¡Eso es inicuo; eso debiera de tratarse en el Congreso y en la prensa! Cuando la nación carece de barcos de guerra, de vías férreas y de tantas otras cosas de utilidad, se están gastando millones y más millones en dar de comer á cuatro santeros y otros tantos pintores, con el pretexto de *ilustrar* (palabra textual) esa iglesia.» Y como le objetara alguien desde lo alto de su olímpica altivez, replicó: «¿Le da usted algo al pueblo con esas *cosas?* (las cosas debían ser cuadros y estatuas). No puedo comprender cómo se distrae el dinero del contribuyente en adquirir pinturas y esculturas; eso es lo que no entiendo.» (Claro, ¡qué había de entender él y otros tan... como él!)

¿Queda indicada la causa de por qué se mira esa atonía artística de que hablaba al comienzo de este artículo? ¿Puede esperarse que un pueblo exhausto por completo de toda educación estética, vaya á aplaudir las obras de Tamayo ó de Zorrilla, en lugar de rugir de puro gozo con las desvergüenzas y desplantes de baja estofa que tan á menudo se ofrecen en varios teatros? Yo he visto rechazar chistes de color subido la noche del estreno, y ocho días después reirlos.

Para terminar voy á contar un cuento que he olvidado dónde lo leí, pero que viene ahora su recuerdo como anillo al dedo.

Erase un labrador rico, muy aficionado á cacerías y jiras campestres y á tirar de la oreja á Jorge. Sostenía por lujo una porción de criados; la mitad de ellos inútiles y ociosos por lo mismo. Se echó una querida para no ser menos que otros dos vecinos suyos más ricos que él, y así vivió tres ó cuatro años; pero un día, echando cuentas, vió con espanto que sus rentas no alcanzaban para aquellos despilfarros y que las deudas le comían la mitad de lo que las tierras le rendían.

«Vaya, Perico, se dijo, esto no puede seguir así; es menester que hagas economías... No, en las cacerías no puedo economizar, porque... ¡qué dirían mis vecinos! Pues en criados... Bueno, suprimiré de los cuarenta seis...; eso es..., seis. Para el juego, en lugar de cinco mil duros, cuatro mil quinientos. ¡Qué dirían mis vecinos si me viesen levantar el campo cuando vienen las malas!.. Tocante á lo que le paso á Julia... ni pensarlo. ¡Ante todo, que vean que la sostengo con tanto lujo como mis vecinos... ¡Perico, no sale la cuenta!..»

El labrador se quedó pensativo. De repente se da una palmada en la cholla: «¡Gracias á Dios! Encontré el medio de equilibrar mis presupuestos. Media ración á las mulas, y en lugar de gastar ochenta mil reales en trigo para la siembra, con veinte mil que se arreglen los mozos de labranza.»

R. Balsa de la Vega

Madrid, 27 de febrero de 1893

LA IGLESIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
EN MANILA

La nueva iglesia que los padres jesuítas tienen actualmente en Manila álzase en la calle del Arzobispo, muy cerca del palacio del Excmo. é Ilmo. Metropolitano de las Islas.

Con el año 1878 comenzaron los trabajos preparatorios para la construcción del templo, cuyo proyecto fué confiado al arquitecto de Manila D. Félix Rojas. Tiene la planta del edificio la figura de una cruz latina, comprendida en un rectángulo de 42'40 metros de longitud por 20 de anchura, dividido en el sentido de su longitud por dos filas de columnas intermedias que forman una nave central de 10'60 metros de anchura y dos laterales de 4'70, teniendo las tres una longitud de 25 metros desde la puerta de entrada hasta el crucero. Este es de planta rectangular, de 8'10 metros de lado, con dos capillas laterales que se extienden con el ancho correspondiente á las naves laterales, y el presbiterio con la anchura de la nave central tiene 9'30 metros de profundidad. La altura total media desde el pavimento á la parte más elevada del crucero es de 17'20 metros, reduciéndose en la nave central á 16'80 metros, y en las naves laterales se divide por el piso de las galerías á contar desde la cornisa que une las columnas del cuerpo bajo, dejando 9'40 metros de altura á dichas naves laterales y 7'80 metros á las galerías superiores, lo mismo que al coro, situado á los pies de la iglesia con la anchura del primer intercolumnio.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra de este templo se verificó el día 9 de febrero de 1878 y en seguida comenzaron las obras bajo la dirección del expresado arquitecto Sr. Rojas, y á la muerte de éste, bajo la del hermano de la Compañía de Jesús Francisco Riera, quien ha podido verlo terminado con la cooperación de los distinguidos artistas que le han acompañado en la ejecución del templo dedicado al ilustre fundador y patriarca de la Orden.

La arquitectura general del templo es greco-romana. Majestuosa se presenta á la vista del espectador la nave central, formada por un intercolumnio de orden corintio, que terminando por una simple cornisa sirve de base al cuerpo alto de dicha nave, formando las galerías de acceso al coro. Sobre las columnas de este templo alto descansan el entablamento y la escocia, que sostienen el techo plano ó artesonado, dividido en casetones, cuya ornamentación es rigurosamente propia del orden indicado. En los tímpanos del itercolumnio se ven preciosos medallones de relieve, orlados de palmas y hojas de roble representando varios santos de la Compañía de Jesús.

El techo de las naves laterales es abovedado para formar el pavimento de las galerías, y el de éstas es artesonado, como el de la nave central, aunque de casetones menores, pero del mismo orden arquitectónico.

A ambos lados del crucero están situados dos altares, el de la izquierda, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, y el de la derecha á la Inmaculada Concepción: los retablos, en cuyos nichos descuellan ambas imágenes de escultura acabada, pertenecen al mismo orden corintio. En el rectángulo central co-





IMÁGENES DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, existentes en el templo de San Ignacio de Loyola, en Manila

Obras de Manuel Flores y Críspulo Hogson, filipinos

rrespondiente al techo del crucero se destacan diez medallones que contienen los bustos de los diez compañeros de San Ignacio al fundarse la Compañía.

Una escalinata de mármol blanco con balaustrada de madera tallada da acceso al presbiterio, en cuyo centro se levanta el retablo principal ó altar mayor, cuya base de mármol blanco primorosamente labrado ostenta al frontal en el que se ve esculpida en alto relieve *La Cena*, de Leonardo de Vinci. En el retablo está colocada la bellísima imagen de San Ignacio de Loyola, uno de los primeros ornamentos escultóricos de la iglesia que describimos, y el estar aquél compuesto de dos cuerpos ha dado la elevación necesaria al nicho en que está puesta la imagen, permitiendo desarrollar convenientemente la figura del santo y colocar el Sagrario al pie de la base en que éste descansa. Rico artesonado cobija el presbiterio en medio del cual destácase la paloma, símbolo del Espíritu Santo, orlada de rayos de gloria rodeados de preciosa moldura filigranada.

Cerca de la Purísima y en el extremo derecho de la nave central admírase otra joya artística de singular mérito y belleza, el púlpito, hermoso en su conjunto y riquísimo en sus detalles, en el que descuella de un modo particular el gusto predominante en el siglo XVI, que por ser en el que se fundó la Compañía de Jesús prevalece en todo el templo. Formado por un cuadrado con los ángulos achaflanados presenta en dos de las caras principales otros tantos elegantes relieves que representan el descenso del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico y la figura del Salvador en el momento de confiar á los apóstoles la misión de predicar el Evangelio; tres estatuas, la Fe, la Esperanza y la Caridad, ocupan igual número de nichos colocados en los tres chaflanes. El tornavoz afecta la misma forma del púlpito, y sus pequeñas pilastras descansan sobre lindos querubines: el remate inferior ó parte baja está compuesto por seis ángeles rodeados de nubes. La baranda hállase sostenida por seis hermosas columnas estriadas, y en los espacios intercolumnares vense esculpidos en medios relieves los cuatro Evangelistas, ocupando el último lugar superior el Príncipe de los Apóstoles. El conjunto descansa sobre un granado torzal de roble que parecen querer sujetar graciosas cintas entrelazadas, y que, como el pasamanos, parte desde la primera base de la columna inferior hasta arriba, dando la vuelta al púlpito. Toda la ornamentación de esta preciosa pieza es de talla de ricas maderas en su color natural, lo mismo que los altares y la balaustrada del presbiterio.

La fachada del edificio está compuesta de dos cuerpos que guardan la severidad greco-romana; tiene el primero la elegante solidez del orden jónico y ostenta el segundo la riqueza que caracteriza al corintio. Las puertas que dan entrada á la iglesia, una central y dos laterales, están divididas por casetones de adorno tallado. Una elegante verja de hierro, labrada en Manila, cierra el atrio que media desde la línea de la calle á la fachada.

Terminaremos este trabajo dando alguna noticia acerca de los artistas filipinos y españoles que han contribuído al embellecimiento del templo de San Ignacio de Loyola.

Son los primeros: Isabelo Tampingco, escultor tallista, de cuyos talleres han salido todas las obras propias de su arte que en esa iglesia existen y cuyos trabajos merecieron una de las principales recompensas en la Exposición universal de Barcelona de 1888; D. Manuel Flores, autor de las imágenes de San Ignacio de Loyola y la del Sagrado Corazón de Jesús y del grupo de ángeles que hay en el púlpito; don Críspulo Hogson, autor de la escultura de la Purísima Concepción y del resto del púlpito, y D. Félix Martínez, pintor, autor de los dos cuadros al óleo de gran tamaño, el primero de los cuales representa la apoteosis de los BB. MM. de Inglaterra P. Juan Nelson, P. Tomás Cóttam, P. Tomás Woodhouse, P. Edmundo Campcon y P. Alejandro Briant, de la Compañía de Jesús, y el otro la de los santos Confesores P. Pedro Claver, H. Juan Berkmans y H. Alonso Rodríguez. Del mismo pintor es el colorido de las imágenes descritas.

Los artistas españoles son: D. Francisco Rodoreda, marmolista, á cuyo cincel se deben la mayor parte de las labores de los mármoles que adornan los tres altares de la iglesia; D. José Fuentes, ayudante de Obras públicas, autor de la delineación y proyecto de los altares y de dos elegantes torres destinadas una á campanario y otra á torre del reloj, y D. Agustín Sáenz, director de la Academia de dibujo de Manila, profesor del Ateneo municipal, maestro que ha sido de los más renombrados artistas filipinos y autor de los dibujos según los cuales han sido ejecutadas las imágenes que hemos descrito.

X.



VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA

EL VECINO

I

Doña Fulgencia, la mamá de Amparito, se ha quedado viuda «en edad temprana,» según dice ella; pero la verdad es que frisaba en los cuarenta y cinco cuando su dulce esposo pasó á mejor vida.

Doña Fulgencia disfruta una modestísima pensión y además cuenta con el apoyo de un cuñado suyo, que tiene fábrica de pastas alimenticias en la calle del Bonetillo y le manda todos los meses uno ó dos cucuruchos de tallarines. En cuanto se le rompen, ya los está mandando envolver y dice á uno de los dependientes:

– Esto para mi cuñada. De todas maneras los teníamos que tirar.

De modo que doña Fulgencia y su hija están condenadas á tallarines rotos y perpetuos; pero en cambio no gastan un solo real en sopa. ¡Ay! ¡Ojalá pudieran decir otro tanto respecto de los demás artículos comestibles!

A doña Fulgencia lo que más le apura es el porvenir de Amparito.

¡Si Dios le deparase un buen esposo!

Pero la niña parece un besugo. Tiene la boca esférica, los ojos escaldados y la barba en forma de babucha. Aparte de esto, cecea al hablar y toca el piano lo mismo que un conductor del tranvía.

La mamá cree todo lo contrario, y siempre que la chica se sienta ante el instrumento, exclama la pobre señora dirigiendo los ojos al espacio:

– ¡Qué manos! ¡Qué agilidad la de esta criatura!

Guiada por su amor hacia Amparito, la lleva todas las mañanas al Conservatorio, para que se haga una profesora y para que sepa ganarse un pedazo de pan, caso de que no encuentre un esposo rico.

Pero lo encontrará. ¡Vaya si lo encontrará! Siempre que Amparito sale á la calle, nota con júbilo que los hombres la miran asombrados.

- No es porque sea mi hija – dice la mamá á las personas de confianza; – pero habrá pocas jóvenes de sus años que tengan los atractivos de mi Amparito. Lo único que la afea es la falta del colmillo superior de la derecha; pero se lo pienso poner en cuanto cobre los atrasos de mi difunto esposo.

La preocupación constante de doña Fulgencia consiste en adornar á la niña, y en cuanto se ponen de moda los boás de piel de conejo ó las capas con capucha ó las chaquetillas toreras, ya está la madre cariñosa haciendo toda clase de sacrificios para vestir á la niña con arreglo al último figurín; y como sus recursos son escasos, tiene que aprovechar la tela de otros vestidos anteriores y sale la chica á la calle hecha un adefesio.

En la actualidad usa una capeta con embozos de seda, color tomate pasado, que más que capeta parece una pantalla, y la mamá está tan satisfecha de su obra, que dice á todo el mundo:

– Vea usted lo que es la disposición de algunas personas. Con un poco de lana dulce y media vara de seda le he hecho á mi Amparito una capa de moda que llama la atención en el Conservatorio y en todas partes.

Por supuesto, Amparito no hace absolutamente nada dentro del hogar. Su madre quiere verla ante el piano día y noche, porque allí está su porvenir; así es que la muchacha no sabe coser, ni freir una chuleta, ni repasar unos calcetines.

– Tú te debes al arte, dice la mamá.

Y la chica se pasa la existencia tocando todo lo que sabe, que es bien poco, pero que ocasiona dolores de cabeza á los vecinos.

Las criadas no pueden resistir en aquel domicilio arriba de ocho días. Al noveno, todo lo más, cogen el baúl, se embozan en el mantón y dicen á doña Fulgencia:

– Señora, yo me voy.

– ¿Por qué?

– Porque la señorita es capaz de volver loca á la estatua de la Cibeles.

– ¡Insolente! ¡Zafia! ¿Qué tienes tú que decir de mi Amparito?

– ¿Qué tengo que decir? Pues que toca el piano lo mismo que si estuviera sacando agua de un pozo. ¡Ande usted y que le den morcilla!

Nada de esto obliga á doña Fulgencia á variar de conducta, y por el contrario, cada vez se persuade más y más de que la niña se está labrando un porvenir con sus propias uñas.

Doña Fulgencia confía todos sus proyectos á una amiga de la niñez llamada doña Ramona. Viuda también, pero sin hijos, suele pasar muchas horas en casa de su antigua compañera, y las dos se ponen de acuerdo acerca del modo de hermosear á Amparito.

– Lo que debes hacer, dice doña Ramona á su amiga, es ponerle el colmillo cuanto antes. Ahora los hay muy baratos: por siete pesetas le pusieron á una vecina mía tres maxilares y dos incisivos.

– Lo que yo deseo, sobre todo, es teñirla de rubia.

– No te lo aconsejo. El tinte es muy perjudicial: el año pasado se tiñó la de González y á los dos días tenía el cutis cubierto con una capa como la de los melocotones.

En estas y otras consultas invertía su tiempo doña Fulgencia, y entretanto Amparito pulsaba con mano firme las teclas del sonoro instrumento.

II

Doña Fulgencia y su hija habitaban el cuarto segundo de una casa sita en la calle del Gato.

En el principal residía Demetrio Clarete, un joven abogado, huérfano, con unas patillas preciosas y una renta de cincuenta mil reales, producto del corcho que poseía en Extremadura.

El comenzó á dirigir miradas insistentes á Amparito siempre que se la encontraba en la escalera y á preguntar al portero:

– ¿Pero quién toca el piano encima de mi cabeza?

– La señorita del segundo, contestaba el susodicho portero.

– ¡Ay!, exclamó Clarete.

Y nada más; pero todo esto lo supo doña Fulgencia con regocijo reconcentrado.

– Se conoce que es persona aficionada á la música y estima en lo que vale el mérito de mi niña, pensó la mamá; y transmitió á Amparito su sospecha.

– Toca, hija mía, toca todo lo fuerte que puedas, para que goce el vecino de abajo, decía cariñosamente doña Fulgencia estrechando contra el seno al fruto de su matrimonio. ¿Quién sabe si ese hombre llegará á ser algún día el marido que te conviene? Es rico, es cariñoso, puesto que ama á los animales. Tiene un gato con el cual duerme y á quien considera como si fuese una persona de su familia. Lo sé por el portero.

Clarete miraba cada vez con más insistencia á su joven vecina. No sólo la seguía ávidamente con los ojos cuando ésta entraba en su habitación, sino que además se asomaba á la ventana del patio levantando la cabeza todo lo posible, como si esperase que se presentara aquella pianista incansable.

– Ya está asomado el joven entusiasta, decía doña Fulgencia á su niña. Toca, toca á fin de embelesarlo.

Y Amparito rompía á tocar las tan acreditadas *Campanas del monasterio* ó la *Stella confidente* ú otra pieza así, de éxito seguro.

Después cerraba el piano; extendía por la faz los finísimos polvos de arroz y se asomaba á la ventana del patio, por recomendación de doña Fulgencia, que le decía en voz baja:

– No te quepa duda: ese chico está impresionado. Debes mirarle con cierta simpatía, pero con dignidad al mismo tiempo.

Entonces Clarete desaparecía de la ventana, no sin dirigir sus ojos al piso superior con cierto interés mal disimulado.

– El pobre es tímido, murmuraba la mamá al verle desaparecer. Se conoce que le da rubor tu presencia.

III

Amparito adelantaba visiblemente en ejecución y en ruido.

Antes se la oía desde toda la casa; después se la oyó desde la esquina de la calle, y por último desde la plaza de Santa Ana.

Y Clarete cada vez la miraba con mas fijeza, ora en el portal, ora en la calle, ora en la ventana del patio.

– Pero ¿quién es esa señorita?, preguntaba al portero.

– Pues una señorita huérfana de padre, que es una verdadera profesora, según dice doña Fulgencia, su mamá.

– ¿La madre se llama doña Fulgencia?

– Sí, señor; doña Fulgencia Cascarín.

– Bueno.

Clarete acariciaba algún proyecto trascendental, puesto que había tomado nota del nombre de la inquilina del piso segundo.

El portero transmitió inmediatamente á doña Fulgencia lo que acababa de oir, y la pobre señora creyó fallecer de júbilo.

–¡Amparito, Amparito!, entró diciendo con la faz alterada por la emoción. Ya no cabe duda: ese joven aspira á tu mano.

– ¡Cómo!, exclamó la chica.

– Ha celebrado una conferencia con el portero; ha apuntado mi nombre en la cartera. Querrá tomar informes antes de decidirse.

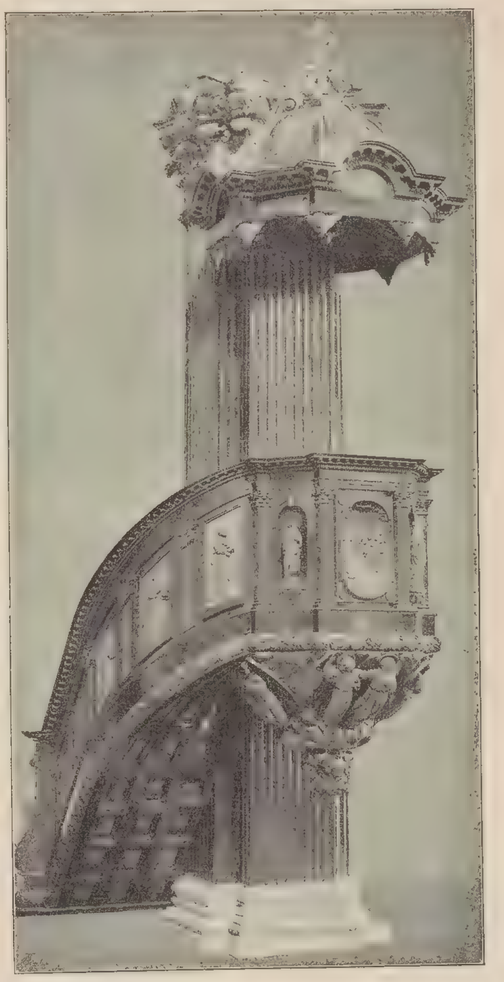
Amparito rebosando alegría abrió el piano y se puso á tocar un galop estrepitoso. Al hacer un *fortissimo* en la octava baja, rompió una tecla, pero siguió tocando con frenesí para enloquecer á su adorador.

En aquel momento sonó la campanilla de la escalera y la criada del piso principal entregó á doña Fulgencia un billete perfumado. Era del joven vecino y decía así:

«Señora doña Fulgencia Cascarín.

»Muy señora mía: Aunque tema abusar de ustedes, les suplico que me permitan subir: quiero hacerles un ruego del que depende la tranquilidad de su seguro servidor q. b. s. p. *Demetrio Clarete*.»

Doña Fulgencia escribió con mano rápida las siguientes líneas:



PÚLPITO DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA
primorosa obra de talla, ejecutada por Críspulo Hogson y Manuel Flores



IMAGEN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
existente en el templo de San Ignacio, en Manila, obra de Manuel Flores

«Joven estimadísimo: Puede usted subir cuando guste. Suya, *Fulgencia Cascarín.*»

Después corrió al lado de su hija, y sin darla tiempo á leer la carta de Clarete, cogió la borla de los polvos y cubrió con ellos la fisonomía de Amparito; después la peinó las cejas y los ricillos de la frente, echóla sobre los hombros una toquilla azul pálido y dijo con voz alterada:

– Va á subir; va á pedirme permiso para que yo tolere vuestras relaciones. ¡Ay, hija mía! De este paso depende tu porvenir. Trátale con toda la amabilidad posible; hazte querer, hija de mi alma. Yo voy á ponerme la manteleta. Estoy por mudarme el calzado, porque estas zapatillas me hacen el pie muy grosero.

Amparito no cabía en sí de gozo; doña Fulgencia tuvo que beber agua, porque dijo que sentía así como una bola que le subía desde el estómago á causa de la emoción, y cuando estaban en esto volvió á sonar la campanilla de la escalera.

– Que pase á la sala ese caballero, dijo la mamá de Amparito á la doméstica.

Clarete entró en la sala y tomó asiento en una silla inmediata á la puerta.

Cinco minutos después aparecían radiantes de felicidad doña Fulgencia y Amparito.

– Ustedes dispensarán mi atrevimiento, dijo Clarete.

– Todo lo contrario, contestó la mamá con sonrisa cariñosa.

– Yo vivo en el cuarto principal, añadió el joven.

– Ya lo sabemos, dijo la niña suspirando.

– Pues bien, concluyó Clarete, vengo á decir á ustedes que esto no puede seguir así...

La mamá y la niña se miraron en silencio: ambos corazones latían aceleradamente y la felicidad se les escapaba por los ojos.

– Hable usted con toda franqueza, exclamó la mamá.

Clarete entonces se puso de pie diciendo:

– O esta señorita deja de tocar el piano, ó un día se me acaba la paciencia y pego fuego á la casa.

LUIS TABOADA

DON PEDRO EL CRUEL

CRÓNICA RELATIVAMENTE ANTIGUA

PRÓLOGO

No voy á hablar del desgraciado rey D. Pedro de Castilla, por unos llamado el Cruel y por otros el Justiciero – y que con más razón debiera llamarse «D. Pedro el de la Familita,» á causa de aquella partida de hermanos tunantes con que le dotó la Providencia; – voy á hablar de otro D. Pedro, de apellido Varela, y por Dios que el tal nombre le cuadraba; de otro D. Pedro no menos famoso en las crónicas castellanas de la barbarie, tan cruel como el que más, pero que no era rey, sino solamente dómine de latín y de los mejores. Y de sólo volver los ojos hacia ese pasado ya lejano, que por mi cuenta son muy bien transcurridos cerca de 40 años, yo, uno de sus discípulos predilectos... me echo á temblar..., siento que se me abren las carnes de dolor..., se me figura que la inquisición existe todavía y que los verdugos me visten la hopa llameada y me cubren la cabeza con el tremendo cucurucho.

Al tomar la pluma para ocuparme de mi D. Pedro, se me figura oir el campanillado del secretario del Santo Tribunal mandando abrir las puertas de la cámara del tormento, y hasta percibo el olor al sudor frío de los ajusticiados, el de la sangre caliente... y con un poco más de imaginación creo que hasta disfrutaría del olorcillo á carne chamuscada que tanto apetito debe despertar á los señores antropófagos.

I

DON PEDRO

D. Pedro según unos era navarro, según otros vascongado - yo creo que era vándalo; – el caso es que vino de regiones del Norte á calentarnos las orejas á los Valpalentinos.

Su cabeza era cuadrada, á estilo de cubo matemático, con las aristas desgastadas, pero aún visibles.

En el lado anterior tenía, bajo una especie de barrote negro que le cogía de oreja á oreja, formado de pelos como de bigote estilo cepillo de dientes, dos ojos redondos, algo saltones, negrazos, pero que parecían ascuas en momentos dados... y se daban muchos momentos de esos; una nariz de apagador, grande y gorda, con un moñito muy cuco de cerdas de cochino hacia la punta, y dos matas de la misma cerda, pero magníficas, que le salían de dentro; una boca carnosa, con el labio inferior saliente y muy rojo, como el retrato de Felipe IV, joven, de Velázquez, y dientes género rey Midas, todos de una pieza. En los lados laterales campeaban dos orejas enormes, con su feraz vegetación de cerda correspondiente, encerradas entre más pelazos negros, espesísimos por delante en forma de chuleta, y por detrás, por encima y por debajo de cabellera y prólogos y epílogos de cabellera. El lado posterior y el superior del cubo era de pelo, el mismo pelazo negro, espesísimo, cortado á punta de tijera por medio de unas de estas de resorte, que llaman de jardín, porque se emplean para podar los arbustos.

Las aristas del lado anterior con el lado superior, más dos verticales al centro de las orejas en los lados laterales, determinaban la separación de lo que era cara y lo que era pelo. El lado inferior era el cuello, que tenía iguales dimensiones en latitud y profundidad que la cabeza.

Menos la frente, un tanto rugosa, y parte de la nariz, el resto de D. Pedro era hirsuto; hirsuto al natural, hirsuto pelado é hirsuto afeitado: solamente que la parte afeitada parecía sólo mal pelada á causa del vigor fenomenal de su barba, que materialmente se veía crecer y que á alguna distancia parecía una veladura de azul mineral.

El cuerpo correspondía á la cabeza; como ésta, era cuadrado y fuerte... con piernas y brazos cortos, pero atléticos... ¡Cuerno si eran atléticos! Las manos geométricas también; articuladas como guanteletes de armadura... compuestas de dos cuadrados perfectos, uno la palma y otro dividido en cuatro partes iguales... los dedos; el dedo gordo se veía poco: vivía en intimidad con las interioridades de la manopla.

En mi vida, siempre observando, he descubierto otra mano que de una manera más brutal demostrase la entereza y la voluntad. Al que tiene una mano así se le puede matar... de un tiro, verbigracia... y de lejos, pero ni Dios le convence.

¿Qué me falta? ¡Ah!.. Ahí es nada... ¡Los pies!.. Dos peanas..., dos pezuñas de buey adosadas dan algo la idea de aquella forma.

Vestía camiseta de franela muy sudada, y atado á su cuello de toro un pañuelo de hierbas; levita de las llamadas tubinas, de dos carreras de botones desollados, y pantalón gris con franja de terciopelo tallado que entonces se usaban. Chaleco lo traía rara vez; pero en cambio no se le caía de los hombros una capilla corta entre azul y ala de mosca, en la que se envolvía con garbo, unas veces á usanza de toga romana, y otras, más frecuentes, como torero en parada.

Un bonetillo de catedrático, muy sucio, descansaba sobre su cabeza, y digo descansaba, porque como la parte superior de ésta era una planicie y el bonete pequeño, allí se quedaba como si lo colocasen encima de una mesa. Esto los días bonancibles: en cuanto se levantaba marejada el bonete venía á parar al vértice derecho del cubo, si apretaba al izquierdo, y en los vértices posteriores, cuando había ciclón... que eran momentos espantosos, como podrá ver el curioso lector.

Una buena vara de fresno de metro y medio en la mano, una colilla de puro al lado izquierdo de su boca, que jamás le vi quitarse ni para dormir la siesta, y al hombro su famosa correa..., una correa ancha de cuatro dedos, larga de cinco palmos, negruzca, grasienta, de aspecto de culebra, que en cuanto la soltaba sobre el pupitre se enroscaba como para dormir, conocida con el nombre olímpico de *Minerva*, completaban el tipo de D. Pedro Varela, tal y como le vi el primer día que pisé los desvencijados y polvorientos ladrillos de la clase, ya sobrecogido y todo temeroso á causa de los tremendos sucesos que de aquellos antros contaban los chicos por las plazuelas.

II

ANTES DE CLASE

Habitaba un caserón de la calle de la Cárcaba..., un caserón que remontaba muy bien al siglo XVI, á juzgar por su bello ático y por lo desvencijado y mal traído de su interior. D. Pedro entraba en su casa por la puerta principal; pero los chicos entrábamos por una puertecica que nos abría por el callejón de la Sierpe uno de los internos, y que tenía abierta hasta las ocho menos cinco minutos de la mañana.

El penitente que no estaba á esa hora dentro, ya tenía tela cortada para toda la temporada.

De un estrecho pasillo se pasaba á un patio que fué jardín y del que como restos quedaban dos magníficos álamos de negro y rayado tronco. Otra puertecita daba paso á una escalera medio desplomada, de no más de una veintena de peldaños, que conducía á las tres cámaras del piso bajo destinadas á clase de 1.°, 2.° y 3.° de latín; pero en mis tiempos la primera estaba vacía, la 3.ª ocupada por los más pequeños bajo la vigilancia de D. Pablito, el sobrino de D. Pedro y su víctima predilecta, y en la del centro, que era espaciosa, temblaba la turba multa bajo la feroz y férrea presidencia del terrible D. Pedro.

¡Lo que es la dulzura y las buenas maneras! Al muchacho que le pillaban las siete y media fuera de esta prisión..., no por miedo, ¿quién dijo miedo?.. sino por consideración..., por el «qué dirán,» sin parar mientes en lo que decir pudiera el público, se colgaba las piernas al pescuezo y salía disparado, como alma que lleva el diablo, hacia la calle de la Cárcaba, pese á los perros que le salieran al paso y al mismísimo demonio que quisiera detenerle. ¡Era mucha la querencia que teníamos á aquellas cuatro paredes!

A las ocho menos cuarto, ya se sabía, no faltaba ninguno.

Había chico con los carrillos como naranjas de resultas de las muelas; otros todos bizmados de cogidas en las corridas anteriores; otros con tantos sabañones que parecían sus manos como guantes de tirar al sable; hasta con sarampión y con viruelas burlaban los chicos la vigilancia paterna, para escapar de casa á las siete, así cayeran chuzos ó no se viera uno, de niebla, los dedos de la mano, cosa que suele con frecuencia suceder en las heladas mañanas del invierno en la invicta Valpalencia y su comarca... La cuestión era no faltar ni un solo día á casa de D. Pedro, aunque se reventara... por evitar que D. Pedro le reventara á uno.

De novillos no había ni que hablar. Así fuese el día de perlas y encajando entre dos fiestas, ni que por señales fijas el barómetro de la barbarie donpedruna marcase recia tormenta..., novillos ni por pienso. Y cuando algún nuevo emitía ideas subversivas novillescas y para decidirnos nos *soborneaba* brindándonos con buñuelos, cohombros, ó barquillos ó *cacagüés*, que así los llamábamos, ó almendrados hechos con piñones, todas cosas muy de nuestro gusto, nos echábamos á temblar, temerosos que el dómine, que tenía pacto con el demonio, se enterase por arte de birlibirloque y nos desollase vivos. Y con grandes precauciones, para no ser oídos, contábamos entonces al neófito cosas espeluznantes...: que unos que se fueron á bañar á los Badillos, cuando menos se lo esperaban, cátate que oyen la voz de D. Pedro que decía: «¿Conque novillos? ¿Conque novillitos á mí?,» y diz que estaba en el propio fondo del río y que va y coge por las patas á *Maisimino*..., y hasta ahora... no se ha sabido más de *Maisimino*..., y á otros les corrió un día y una noche, agudo... agudo detrás... les alcanzó en el bolo de la Antigua y zas..., de una puntera estrelló á un tal Paniagua, el hijo del cerero, contra la pared... arriba... arriba... y aún se ven manchas que dejó junto á la lápida de la crecida del año 23..., y no sé cuántas cosazas más.

El tiempo que mediaba entre nuestro exceso de puntualidad y la hora de la clase se ocupaba, que al fin éramos chicos y la juventud es de suyo descuidada, en jugarnos los cuartos al tango en el pasillo obscuro para que no nos vieran y teniendo cuidado de envolver los tostones (piezas gruesas de cobre que se usan para este juego) en trapos para que no hiciesen ruido. Por de contado que contábamos con un cuerpo de vigilancia montado al pelo. Desde el pie de la escalera que debía bajar D. Pedro para llegar al patio hasta el lugar del suceso había media docena de centinelas con la consigna de toser en cuanto hubiese moros en la costa. La tos del primero se transmitía por medio de los otros cinco hasta nosotros, y con más velocidad que se santigua un cura loco, cuartos, tango y tostones desaparecían, pero en general en los bolsillos del más rápido ó del más fuerte, casi nunca en los de su dueño legítimo. Esto de las toses se empleó como *timo* muchas veces, con buen resultado, y otras por estar resfriado alguno de los espías se producían tremendas falsas alarmas. Pero á las ocho menos cinco, sin que nos lo advirtiera ningún reloj, sino puramente por instinto, corríamos á la clase y nos colocábamos en nuestros sitios respectivos, libros en mano y con el ojo fijo en la puerta como si por ella contáramos ver llegar la salvación.

D. Pedro se solía hacer esperar hasta media hora. ¿Qué hacer durante este tiempo?.. Pues empujarnos los unos á los otros, pellizcarnos y jugar á las aleluyas y á los botones y otras cosas del mismo jaez; pero todo con el mayor silencio... como si fuéramos mudos ó pieles rojas...; nadie decía esta boca es mía, ni producía el menor ruido aunque hiciera las mayores barbaridades. Nada... lo dicho..., ¡lo que es la dulzura y las buenas maneras! De vez en cuando algún alfilerazo ó algún pellizco de monja, aplicado en parte muy dolorosa y en momento muy inesperado, arrancaba á un chiquillo un *¡mecachis!* ó un *¡córcholis!*.., porque eso sí, nosotros éramos muy bien hablados, seguido del movimiento rápido de taparse la boca con la mano para contener las palabras y lanzar aterrada mirada á la puerta, que nosotros celebrábamos con carcajadas silenciosas... Era una cosa fatídica y horripilante ver aquellas hileras de caras que reían con el mayor silencio.

III

LA CLASE

La mesa de D. Pedro ocupaba el centro de la clase y era muy pequeña..., lo suficiente para que cupiera un pupitre que frecuentemente se renovaba porque lo hundía á puñadas. Daba espaldas á una gran ventana con reja, ancha y baja, como era bajo el techo de la clase. De un lado y otro, pegados á la pared, había unos bancos de á veinte centímetros de ancho, de pura tabla, por medio metro de alto, destinados á los que *andaban* en Ovidio y Virgilio, y á derecha y á izquierda dos cuadros muy malos, que representaban alegóricamente Roma y Cartago. Roma estaba figurada por un angelote con casco griego tocando la trompeta, y Cartago por una ciudad con torres góticas ardiendo.

Los vencedores de la semana eran romanos y los vencidos cartagineses, á los que se distinguía á primera vista sin necesidad de cuadro, por el mayor estado de molimiento y ruina en que se hallaban.

En el centro y frente al pupitre de D. Pedro estaba el burro, otro cuadrazo atroz, pintado en un cacho de tablón, de un peso enorme, que el más burro de todos debía traer pendiente del cuello durante ocho horas al día. ¡Las bromas, ó pesadas ó no darlas!

Formando un abanico del que resultaba el clavillo la mesa del dómine, había ocho bancos de diez centímetros de ancho y bajísimos, en los que en posturas imposibles se sentaba la turba multa de chiquillos; advirtiendo que el primero de cada banco estaba á tan corta distancia de la tarima de D. Pedro, que le alcanzaba con el pie, con la correa y mucho mejor con la vara.

Los chicos más malos, traviesos é insoportables estaban á la cabeza de los bancos en orden de maldad de derecha á izquierda; y los que tenían fama de santos, en los dos que la mesa ocultaba y que por ésta

estaban algo más protegidos: pero no había que fiarse ni que dormirse en las pajas; á lo mejor un santo de aquellos se encontraba con una estocada en los ijares, tirada traidoramente con la vara por entre las patas de la mesa, con un soberbio garrotazo por todo lo alto ó con un tintero por montera, que no se lo quitaba ya ni la paz ni la caridad.

Los de tercero, que ocupaban las puntas de los bancos, eran en cambio los números primeros y los mejores chicos; pero consistía, y él lo decía y nosotros se lo oíamos repetir con cariñoso interés, en que «no podía dar bien los voleos sin relajarse algo la muñeca.»

Discurrió, pues, que los malos de la tercera ocuparan los bancos cercanos á la puerta, donde podía atacarles en pie ó á puñetazos, estilo box inglés, ó á correazos ó á palos, y si á mano venía, cocearles perfectamente... y todo esto tranquilo y sin relajarse la muñeca.

En los bancos largos pegados á la pared parecíamos repisas; y en los pequeñitos de á 10 centímetros no nos quedaba más remedio que apoyar los codos en las rodillas y pasarnos el día dando gracias á Dios, si aquellas costillas bombeadas que sacábamos no pescaban una mano de palos, ó la parte inferior, que tanto sobresalía, algún buen puntapié de esos de doble muelle aplicado con acierto.

En tal actitud y con el corazón tamaño como un garbancito, pero sin cesar de retozar silenciosamente, esperábamos el fenomenal ruido, nuncio de la llegada del tremendo dómine: su tardo y pesado paso en la escalerita que de su casa bajaba á las cátedras y que parecían derrumbarse con su tremenda humanidad... es un decir.



JORGE R. DAVIS, Director general de la Exposición universal de Chicago

IV

ANTES DEL TORMENTO

Pero en general la llegada de D. Pedro venía precedida, en buen rato de ventaja, por la llegada de D. Pablito, el sobrino, pobre ser, escuálido y hambriento, de aspecto fementido y enfermizo. Era más bueno que el pan, y por eso nosotros, que erámos más malos que la peste, le teníamos tomada tema. Toda la bondad, toda la atención y buenas maneras que empleaba con nosotros eran tiempo perdido; cuanto más y mejor nos explicaba las cosas, menos caso le hacíamos; en cambio la más mínima observación de D. Pedro se nos grababa en la mollera con caracteres indelebles. ¡Qué jarabe tan rico el jarabe de palo!

Sólo al entrar por la mañana D. Pablito en la clase poníamos atención á lo que decía; pero era... era porque aquello resumía el boletín sanitario probable del día.

A nuestra muda interrogación, con tenue y blanda voz contestaba:

– Ha tomado con tranquilidad el chocolate con dos docenas de buñuelos y no se ha quejado de nada. Sólo al beber el primer sorbo de agua en la jícara ha encontrado una mosca y ha tirado el servicio á la cabeza de Celestina.

O bien:

– Malo... malo. Pésima noche. Mucha expectoración. Se queja del hígado... Pidió media docena de varas nuevas. ¡Dios nos tenga de su mano!

D. Pablito era como quien dice el correo de aquel cortejo. Luego venían como heraldos parte de los internos – ya diré luego quiénes eran y cómo estaban constituídos estos seres poderosos que resistían noche y día las atrocidades de D. Pedro, – y por sus caras, fachas y gestos deducíamos desde luego el estado de ánimo del dómine y por lo general nos echábamos á temblar.

Un tal Cuervo, de la propia Cebolleta del Cerro, notable por su mucha é incorregible barbarie, tenía á gala alarmarnos haciendo al entrar esta feroz pantomima: Torcía los ojos, se aplicaba la mano izquierda al pescuezo, figuraba con la derecha el movimiento dado por el verdugo al torniquete y sacaba una lengua de á cuarta; todo hecho con pasmosa velocidad. Pero un día D. Pedro, que sin él maliciarlo, con paso de lobo le venía pisando los zancajos, lo advirtió, y de la puntera que le arrimó pasó volando de un lado á otro de la clase por encima de cuatro hileras de bancos de los pequeños y vino á derrumbarse entre los brazos de D. Pablito, arrastrándole en su caída. ¿Se figuran ustedes que ahí acabó la cosa? Nada de eso... Empezó así..., siguió de esta manera: De un segundo puntapié muy hábil le puso en pie; de un puñetazo en las muelas le largó bailando como una peonza hasta la puerta de entrada y le remató con una patada en la barriga que dió con él de espaldas escalera abajo.

Luego se volvió con pausa, nos miró con una intensidad abrasadora y nos dijo con nunca vista ironía:



LAS SARDINERAS, cuadro de Ignacio Ugarte. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla)



TRISTES RECUERDOS, cuadro de R. Poetzelberger



¡TIERRA!, cuadro de Fernando Cabrera (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)



EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de César Alvarez Dumont. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de J. Prieto)

– Ya veis que os engañaba... Jamás me he sentido de mejor humor... Ya veréis... ya veréis.

Frase que heló la sangre de espanto en nuestras venas.

LUIS DE LLANOS

(Continuará)



Bellas Artes. – El pintor ruso Wereschaguin, cuyas exposiciones parciales han despertado tanto entusiasmo en el mundo artístico y que produjo gran admiración con sus cuadros de las luchas sostenidas en Plewna durante la última guerra turco-rusa, está trabajando actualmente en una colección de lienzos que representarán los hechos de los franceses en Moscou en 1812.

– El Club artístico de los Veinticuatro, de Munich, ha celebrado en el Salón Schulte una Exposición notabilísima por muchos conceptos, á pesar de ser no más que 60 las obras expuestas. De los artistas que han organizado este certamen, los secesionistas muniquenses, unos son los jefes de las escuelas que representan las más modernas tendencias y otros son adeptos á las mismas. Estaban representados en la Exposición los célebres pintores Uhde, Piglhein, Keller, Habermann, Trubnen, Schlittgen, Block, Vahle y el retratista Reinaldo Lepsius, y además figuraban en ella Oppler con un interior y un cuadrito de género, Vetter con dos escenas callejeras, Hoffmann-Saarlouis con un campo de batalla, Niemeyer, Fehr, Corinth, Herrmann, Bauer, Becker, Borschardt, Leonhard, Vogler y Schorn y los escultores Alejo Oppler y Hugo Kaufmann con bustos retratos de vida y expresión extraordinarias.

– Proyéctase en Breslau la creación de un museo de industrias artísticas, para la que la Asociación Industrial Central de Silesia facilita la suma de 100.000 pesetas.

– A principios de mayo se subastará en París la famosa colección de encajes que ocupa seis grandes salones y que hace algunos años fué tasada en 12 millones de francos. Esta colección por la sin igual abundancia de las más escogidas labores de esa industria artística puede ser considerada como única en el mundo.

París. – En la galería Petit, calle *Godot de Mauroi*, se hallan instaladas las obras de seis artistas (conocidos ya del público) que constituyen la segunda Exposición de los *Inquiets* y que ascienden á un centenar: vense allí acuarelas, pasteles y pinturas al óleo y al encáustico, según los procedimientos antiguos.

El conjunto de la Exposición es interesantísimo, dominando en todos los trabajos la espontaneidad y la sincera observación de la naturaleza, sin prejuicios, maneras ni recetas. Un paso más por el camino en que el arte puede producir algo duradero é interesante.

En la misma galería expuso hace poco P. Vauthier una colección de vistas de París, colección que figurará en el Palacio de las Bellas Artes de Chicago, donde de seguro merecerá los aplausos que en París unánimemente le han concedido críticos y artistas, por representar de una manera gráfica los diferentes y variados aspectos de la gran capital y con una ejecución segura, sobria y franca.

Los escultores y pintores que se dedican con preferencia al estudio de los caballos por constituir estos animales una parte principal en sus creaciones artísticas, han formado una asociación presidida por el marqués de Barbentane, con el propósito de organizar una exposición de sus obras en el próximo concurso hípico que todos los años se verifica en el Palacio de la Industria. Cuentan entre los asociados á Gerome, Aimé Morot, Detaille, Gavarni, Goubier Foment, Meurice, etc.

– La Real Academia escocesa ha inaugurado su exposición del presente año, habiendo procedido con gran rigor en la admisión de cuadros, merced á lo cual las obras expuestas, aunque pocas en número, son obras maestras. Muchos artistas, sin embargo, se lamentan de que hayan sido excluídos del certamen precisamente los que no son académicos ó asociados. Entre las pinturas expuestas llaman la atención preferentemente las de J. Reid, presidente de la Academia, M' Taggart, J. Smart, W. Paton, B. Brown, J Guthrie, etc.

– El conocido millonario Vanderbilt ha cedido su galería de cuadros, estimada en cuatro millones de dollars, y el edificio construído ex profeso para la misma á la Sociedad Americana de Bellas Artes.

– El coleccionista neoyorkino Jaime E. Sutton ha comprado al conde de Caledonia por 500.000 francos el retrato de la marquesa de Espinola, de Van Dyck.

– La Sociedad promotora de las Bellas Artes de Nápoles ha inaugurado poco hace una exposición interesantísima, bajo los auspicios de los venerables y eminentes artistas Palizzi y Morelli. Entre los más significados que representan á la brillante escuela napolitana, pintores y escultores, como Michetti, Mancini, Laurenti, Gemito, Rossana, etc., figuran en buena línea nuestros compatriotas Villegas, Barbudo y Benlliure.

– En Venecia se ha celebrado el centenario de Golodni, con una sesión académica en su honor, después de la cual, en procesión cívica, los congregados pasaron á depositar una corona al pie de su monumento, y por la noche una función de gala en el teatro que lleva su nombre solemnizó en medio del entusiasmo general la memoria que los venecianos todos guardan en sus corazones del que fué inimitable pintor de las costumbres de su patria en las postrimerías de la República de San Marcos.

Teatros. – El maestro Mascagni ha dirigido en la Real Opera de Berlín la *Cavalleria rusticana;* el público le tributó una ovación y el emperador, á quien fué presentado en el palco regio, colmóle de elogios y de distinciones y condecoróle con la cruz de tercera clase de la orden de la Corona. A los pocos días verificóse en el propio coliseo el estreno de su última ópera *Los Rantzau*, que obtuvo gran éxito, por más que la crítica berlinesa haya encontrado en esa obra algunos defectos.

– La ópera de Leoncavallo *I Pagliacci* ha sido representada con gran éxito en Mesina, Dresde, Colonia y en Karlsruhe.

– En el teatro del Casino, de Copenhague, se ha estrenado un drama popular, titulado *Magdalena*, de Gustavo Esmann, que ha excitado gran entusiasmo en todos los círculos literarios y que es un síntoma de una nueva corriente literaria que tiende á embellecer el naturalismo hoy imperante, sobre todo en el Norte, con cierto sentimentalismo místico.

– En el teatro de la Opera, de Berlín, se estrenará en breve una ópera en un prólogo y tres actos, titulada *Cleopatra*, cuyos libreto y partitura son respectivamente de Einar Christiansen y Augusto Enna, ambos dinamarqueses.

– La nueva obra de Pablo Lindau, *El comediante*, ha sido estrenada con gran éxito en el teatro de Berlín.

El estreno del cuento dramático de Luis Fulda, *El talismán*, que se ha verificado en el teatro Alemán, de Berlín, ha producido grandísimo efecto, no sólo por lo que en sí vale la bellísima obra, sino por la riqueza con que ha sido puesta en escena.

En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado la última obra de Ibsen, *El arquitecto Solness*, que fué acogida por la gran mayoría del público con las mismas protestas ruidosas que su representación produjo recientemente en Berlín.

– En el teatro Alemán de Praga se ha puesto en escena, en la undécima noche del ciclo dedicado á Wagner, la ópera *Las hadas*, que el gran maestro compuso en su juventud, y cuya música, aplaudida con entusiasmo en aquella representación, revela ya las tendencias que más adelante desenvolvió y completó el autor de *Parsifal*.

París. – Se han estrenado con éxito: en el Teatro Libre, *Le Devoir*, drama en cuatro actos y en prosa de Luis Bruyerre, de acción interesante y muy bien escrito; en el Gran Teatro, *Pecheur d' Islande*, drama en cuatro actos y nueve cuadros de Pedro Loti y Luis Tiercelin, tomado de la bellísima novela del primero, que lleva el mismo título; en Vaudeville, una comedia en tres actos de Julio Lemaitre, titulada *Flipote*, en la que con gran conocimiento del asunto se pintan las gentes y las costumbres del teatro; en el teatro de Aplicación, una comedia en tres actos de E. Gugenheim y J. Le Faure, *Les Tripoteurs*, que aunque bien escrita y de acción muy movida peca de grandes inverosimilitudes de fondo; y en la Opera, un baile en dos actos y tres cuadros, *La Maladetta*, cuyo argumento está basado en una leyenda pirenaica y cuya música, de Pablo Vidal, es muy inferior á otras producciones de este maestro

Londres. En el Criterion se ha estrenado una comedia política de Enrique A. Jones, *The bauble Shop*, inferior á *The Crusaders*, del mismo. En el Liceum se ha puesto en escena con gran lujo la tragedia de Tennyson, *Becket*, en cuya representación ha obtenido uno de sus más grandes triunfos el famoso actor Irving. En Saint James Hall ha dado Sarasate el último concierto de la temporada, que ha sido, al decir de un periódico inglés, «el triunfo final de una serie de audiciones dadas por el artista más grande de nuestra época.» En Covent Garden han comenzado las representaciones de óperas cantadas por artistas vestidos en traje de sociedad y sin ningún aparato escénico: hasta ahora se han representado *El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, y *Faust*, de Gounod. Este espectáculo ha deleitado á los inteligentes, pues les permite concentrar toda su atención en la música; en cambio ha gustado poco á la masa del público, pues las bellezas musicales no han sido bastantes á hacerle perdonar los absurdos que de tales representaciones resultan, dada la relación íntima que en la ópera existe entre la acción y la *mise en scene*.

En Trafalgar Square se ha estrenado el último drama de Ibsen, *El arquitecto Solness*, que la prensa inglesa por lo general califica de ininteligible y que fué acogido fríamente por el público. En el Empire se ha puesto en escena con gran lujo un baile en dos actos, *Katrina*, con música bellísima de Wenzel.

Madrid. – En el Real ha cantado el señor Tamagno la ópera de Verdi *La forza del destino* y *L' Africana*, que se ha puesto en escena para el beneficio de la señora Tetrazzini: en ambas ha sido muy aplaudido el citado tenor y en la de Meyerbeer ha tenido una verdadera ovación la mencionada tiple. En el Español se dió la función dedicada á Zorrilla, poniéndose en escena *Traidor, inconfeso y martir* y leyéndose inspiradas poesías de los Sres. Echegaray, Manuel del Palacio, Ferrari y Ricardo de la Vega: en el propio coliseo se ha estrenado un drama en tres actos, *Después del combate*, arreglo de la obra portuguesa *Fray Luis de Souza;* pertenece al género romántico, está muy bien versificado y tiene hermosos pensamientos y escenas interesantísimas que valieron muchos aplausos á sus autores, los señores López Ballesteros y Paso En la Comedia se ha verificado el beneficio del Sr. Mario, poniéndose en escena *El amigo Fritz*, y se ha estrenado, para el beneficio de la señorita Guerrero, el drama en tres actos de D. José Echegaray *El poder de la impotencia*, inspirado en un hermoso pensamiento y magistralmente escrito, aunque en conjunto resulta bastante inferior á otras producciones del gran dramaturgo. En Lara se ha verificado el beneficio del popular actor Sr Rosell, habiéndose puesto en escena un arreglo en dos actos de la graciosísima comedia del señor Pina y Domínguez *Bebé ó el chiquitín de la casa*.

Barcelona. – La Sociedad Catalana de Conciertos ha dado el tercero de la presente serie, habiendo obtenido grandes aplausos la orquesta y su director Sr. Nicolau en cuantas piezas constituían el programa y muy especialmente en el *larghetto* en *la* de Mozart, en *La gruta del Fingal*, de Mendelssohn, y en la oda sinfónica de David *Le Desert*. En el Liceo actúa una compañía de zarzuela que ha puesto en escena las principales obras del repertorio moderno y algunas del antiguo. En el Circo Barcelonés sigue siendo aplaudida la compañía Tani, que ha estrenado *Le damigelle de Saint Cyr*, *Baccio prohibito* y *Un matrimonio fra due donne*. En el Tívoli la compañía de ópera ha puesto en escena *Africana* y *Faust*. Se han estrenado con buen éxito: en Romea una graciosísima pieza en un acto, del Sr. Aulés, *Sense sogra;* y en Novedades, *Los miserables*, melodrama basado en la novela de Víctor Hugo, y *A casa l' arcalde*, chistoso sainete del Sr. Brossa y Sangemar.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Alfredo Hardy, profesor y ex presidente de la Academia de Medicina de París, famoso dermatólogo.

Marta J. Lamb, escritora norteamericana que conquistó gran nombradía, especialmente con su obra *Historia de la ciudad de Nueva York*.

Van Rysselberghe, notable electricista belga, inventor de un meteorógrafo y de un sistema para utilizar simultáneamente los alambres telegráficos para comunicaciones telefónicas.

Hermann Schaffhausen, profesor honorario de la facultad de Medicina en la Universidad de Bonn, uno de los más famosos antropólogos contemporáneos y decidido partidario de la teoría del desenvolvimiento progresivo de toda la naturaleza orgánica.

Lord Brabourne, lord del Tesoro, durante algún tiempo auxiliar poderoso de Mr. Gladstone, escritor elegante y algo cáustico y autor de multitud de cuentos de hadas para la niñez.

Sir Walter Barttelot, uno de los más antiguos miembros del Parlamento inglés, del cual formaba parte sin interrupción desde 1860, y hombre muy versado en asuntos militares y agrícolas.

Monseñor Carlos Felipe Place, cardenal, arzobispo de Rennes, uno de los prelados más ilustres de Francia y más respetuosos con las instituciones políticas de su patria.

Hipólito Adolfo Taine, célebre historiador, crítico y filósofo, individuo de la Academia Francesa, profesor de Historia del arte y de estética en la Escuela de Bellas Artes de París, colaborador asiduo del *Journal des Debats* y de la *Revue des deux mondes* y autor de *Los filósofos franceses del siglo XIX*, *Ensayos de crítica é historia*, *Historia de la literatura inglesa*, *La filosofía del arte*, *El idealismo inglés*, *El ideal en el arte*, *Los orígenes de la Francia contemporanea* y otras.



Jorge R. Davis, director general de la Exposición universal de Chicago. Es sin duda alguna actualmente el hombre más popular de América, y su importancia casi iguala en estos momentos á la del presidente de la República, pues en él se personifican el espíritu emprendedor, el progreso en todos los ramos que caracterizan al pueblo norteamericano. Temprano comenzó para él la lucha por la existencia, y paso á paso y teniendo que vencer grandes dificultades llegó hasta uno de los más altos puestos de la administración pública, conquistándose un sitio preeminente en la historia de su patria. Cuenta en la actualidad unos 50 años: su rostro revela energía é inteligencia; su aspecto y sus ademanes son los del hombre acostumbrado á mandar, y sin embargo su amabilidad es extremada. Leal y constante en sus amistades, no hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer si de favorecer á sus amigos se trata, y siente gran predilección por la prensa, á la que prodiga toda suerte de atenciones.

Tal es el hombre que por sus méritos ha sido puesto al frente de la gran manifestación de la humana actividad próxima á inaugurarse en Chicago, y fuerza es confesar que cuanto hasta ahora bajo su dirección se ha realizado justifica la elección que de él han hecho sus compatriotas.

Las sardineras, cuadro de Ignacio Ugarte (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Discípulo el Sr. Ugarte del distinguido pintor Alejandro Ferrant, ha sabido hallar presto ocasión en que demostrar sus aptitudes y las provechosas enseñanzas que ha podido recibir de tan ilustre maestro. Su cuadro titulado *Las sardineras* es un notable lienzo, ejecutado y concebido con arreglo al concepto moderno; es un bellísimo cuadro de costumbres que se recomienda por la verdad del ambiente y el color local, que tan hábilmente ha logrado interpretar. La producción del pintor guipuzcoano figura dignamente entre las de aquellos artistas que emplean su ingenio en reproducir cuanto constituye el modo de ser del país que los vió nacer, convencidos de que así prestan el más ferviente tributo al arte patrio.

Tristes recuerdos, cuadro de R. Poetzelberger. – Este notable pintor de la escuela de Munich hace en todas sus obras verdadero derroche de sentimiento, sin por ello descuidar la parte plástica, en la que se nos presenta siempre como consumado maestro. *Tristes recuerdos* es una obra que habla directamente al alma después de impresionar gratamente los ojos: la figura, admirablemente sentida, y el paisaje que la rodea, todo respira melancolía, todo atrae, seduce y conmueve, merced á la inspiración con que el cuadro ha sido concebido y la delicadeza y naturalidad con que el artista ha dado forma á su concepción bellísima.

¡Tierra!, cuadro de Fernando Cabrera (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – No iguala el mérito de la última producción del pintor alcoyano á la titulada *Huérfanos*, premiada en la Exposición nacional de 1890, ni á la que obtuvo idéntica recompensa en la general de Bellas Artes de Barcelona, sin que carezca de mérito el gran lienzo *¡Tierra!*, que damos á conocer á nuestros lectores. En éste como en el primero que citamos hase inspirado el joven artista en dos cuadros de la vida real, íntimos, vivos, que con frecuencia podemos observar, puesto que son páginas de la época en que vivimos. Fernando Cabrera, el laborioso y afortunado discípulo del malogrado Plasencia, ha podido en *¡Tierra!* crear una sentida producción, muy recomendable por el color y la factura.

Episodio de la guerra de la Independencia, cuadro de César Alvarez Dumont. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de J. Prieto). – Varios son los artistas que en todos los países dedican sus facultades á conmemorar por medio de sus obras los hechos gloriosos de su patria, representando funciones de guerra ó episodios que registra la historia, como ejemplo de civismo dado por los que defendieron derramando su sangre la integridad de la nación. César Alvarez Dumont pertenece al número de estos distinguidos y patrióticos artistas, ya que así lo demuestran las dos obras de más empeño que ha producido, *El gran día de Gerona*, que figuró en la Exposición nacional de 1890, inspirado en la heroica defensa de la inmortal Gerona, y el *Episodio de la guerra de la Independencia*, que ha figurado en el concurso de 1892, destinado á recordar uno de los acontecimientos que se desarrollaron en aquella epopeya nacional, que produjo á la postre el eclipse total de aquel que se tituló el capitán del siglo.

El lienzo del Sr. Alvarez es una obra de empeño y, como todas las por él producidas, reune cualidades dignas de encomio.

Erase que se era..., cuadro de José Pennasilico. – No es necesario describir el asunto de éste cuadro. ¿Quién no ha sido actor en su infancia ó testigo más tarde de una escena análoga? Tampoco nos parece preciso señalar las bellezas que atesora, pues á nadie se escapará la verdad con que aparecen trasladadas al lienzo la curiosidad, el interés de los infantiles oyentes y la seriedad de la narradora: parecería esta obra reproducción fotográfica de un grupo sacado en un momento hábilmente escogido, si no hubiera en todo él ese algo que la máquina es impotente á asimilarse y á traducir y que sólo un artista de talento como Pennasilico logra sorprender y expresar.



– Pues mira: todavía no van á cerrar; ven, y puedes allí ante el altar...

¡SI FUERA VERDAD!..

POR ENRIQUETA LOZANO VILCHES, CON ILTSTRACIONES DE APELES MESTRES

I

Mediaba diciembre. Ese mes de las blancas nieves y de los vientos sutiles, pero de las alegrías de los inocentes y de los regocijos y las fiestas del cielo.

Ese mes en que conmemora la Iglesia el dulce momento en que los ángeles ciñeron á la frente de una Virgen Inmaculada la corona de madre... y ¡de Madre de Dios!

La tarde iba llegando á su fin, y las campanas del templo de Nuestra Señora de *La buena nueva* volteaban rápidamente llamando á los fieles para los ejercicios con que debían prepararse á celebrar las glorias de María y el nacimiento del Hijo de Dios.

Junto á la puerta del sagrado recinto se agolpaban multitud de personas, que poco á poco iban penetrando en el interior, dejando en aquel dintel las pasiones, los anhelos y las vanidades de la vida para elevar el pensamiento á las regiones de la eternidad.

Ya casi no quedaba nadie en aquella entrada, desde donde podían advertirse sin embargo los perfumes de algunas tardías y pálidas flores de invierno, mezcladas en dulce confusión á los aromas del incienso y á los suaves ecos de una vaga armonía que parecía decir con sus melodiosos sonidos:

«Venid aquí todos los que sufrís; venid aquí los que vaciláis en la tierra agoviados bajo el peso de nuestra cruz! ¡Que aquí están las fuentes de la esperanza y el consuelo! ¡Aquí para sosteneros y alentaros os tiende su mano la Virgen sagrada que es madre de afligidos y refugio de los que lloran!»

¡Aquella voz era la del órgano sagrado, acompañando su himno en honor de María y del divino Emmanuel!

Dos ó tres niñas, atraídas por las luces y por la música, se habían detenido á la puerta y parecían vacilar entre seguir su camino ó penetrar un instante en la casa de Dios.

Todas acababan de salir de uno de esos asilos en que la caridad mancomunada con la religión ofrece enseñanza y amparo á la niñez desvalida, iluminando su alma con la luz de la fe y derramando en su corazón la semilla del bien.

Contaban muy pocos años y eran tan bellas como inocentes y como pobres al par también.

Una entre todas llamaba la atención por su rostro inteligente y hermoso, pero pálido y melancólico como las flores que adornaban el altar del Niño Dios.

Su trajecito de percal estaba usado y deslucido como el de sus compañeras, pero había en su hechura algo que denotaba buen gusto y elegancia, y sus pequeñas botas, rotas ya, tenían, sin embargo, otra forma diferente al calzado de las demás. Sus hermosos cabellos rubios estaban peinados con sencillez, pero formando tan gracioso conjunto con el dulce semblante, que revelaban al primer golpe de vista la mano de una mujer cuidadosa, inteligente y distinguida.

– ¿Vamos á entrar en la iglesia?, dijo la mayor de aquellas niñas. Oiremos la música y veremos á la Virgen y al Niño Jesús, que acaso esté colocado en el altar.

– Sí, respondieron vivamente las otras. Sí, vamos.

– ¡Oh! Yo no puedo, se apresuró á decir la preciosa rubia, que quizá no contaría aún siete años y cuyo nombre era Paulina. Yo no.

– ¿Por qué?, preguntó la que hablara primero.

– Porque mi madre está enferma y sola, y me reñiría si tardase.

– ¿Está enferma? ¿Qué tiene?

– ¡No lo sé! Pero llora mucho, come muy poco y nunca sonríe, desde que...

– ¡Sigue! ¿Desde cuándo?, insistió la amiguita con curiosidad.

– Perdóname, pero no puedo decirlo.

– ¿Que no?

– Mi madre no quiere que hable de esto. Dice que es un secreto que debemos guardar.

– ¿Un secreto?

– Sí; por eso está triste y es desgraciada hace muchos años.

– ¿Muchos años?

– ¡Tantos, tantos, que yo no me acuerdo de haberla visto contenta!

La compañera de Paulina pareció meditar un instante, y luego exclamó:

– Dicen que la Virgen es el consuelo de los afligidos. Ven y le pediremos que enjugue las lágrimas de tu madre.

La niña cedió, alentada por estas palabras, y ambas penetraron en el interior del santuario.

Las demás habían desaparecido ya entre la apiñada multitud.

Al principio quedaron inmóviles y sin poder avanzar.

El brillo de cien y cien luces, las gasas, las flores, las nubes del blanco incienso, aquella muchedumbre arrodillada, saludando con sus preces á la Madre purísima y al Dios hecho hombre, todo aquel conjunto imponente y sublime las dejó admiradas y emocionadas á la vez.

Luego fijaron sus ojos en el altar, y sus inocentes corazones palpitaron de alegría.

¡Era tan amorosa aquella madre! ¡Era tan hermoso aquel niño!

¿Por qué había de inspirarles temor? ¿Cómo no había de escuchar sus ruegos? ¡La niñez se entiende muy fácilmente!

Paulina se arrodilló y permaneció así por algún tiempo, sin poder explicar lo que sentía.

Después contuvo el aliento y escuchó con atención.

Un anciano sacerdote ocupaba la cátedra del Espíritu Santo y dirigía la palabra á los fieles allí reunidos.

Pintaba las bondades de María, su piedad para con los hombres. La llamaba «consuelo de los afligidos y auxilio de los cristianos.»

La niña retuvo aquellas frases en su memoria y procuró grabarlas en su corazón. De cuanto veía y escuchaba, nada como aquellas palabras conmovió y ensanchó su alma.

– ¡La Virgen oye nuestros ruegos y puede hacer cuanto le pidamos!, repetía para sí. ¡Oh! ¡Si yo lograse que me escuchara!

Y la inocente criatura daba vueltas á este pensamiento que se mezclaba en su mente con el pensamiento de su madre.

* * *

La oración sagrada terminó: las luces se fueron apagando poco á poco y la multitud volvió otra vez á lanzarse al torbellino del mundo que había abandonado un instante para pensar tan sólo en el cielo.

Paulina y su compañera se levantaron también, porque casi habían quedado solas.

– ¿Ves cómo yo tenía razón en obligarte á que entraras?, dijo á la niña su amiguita.

– ¿Has oído bien lo que decía el señor cura?, preguntó Paulina sin percibir quizá las frases que ésta acababa de dirigirla.

– ¡Oh! ¡Sí!

– Dímelas si te acuerdas.

– Que la Santísima Virgen nos escucha siempre y que debemos pedirla mucho.

– ¡No me equivoqué! ¡Lo mismo he entendido yo!

– ¿No te lo dije antes?

– Sí, pero...

– ¿Y eso es lo que te preocupa?

– ¡Sí, mucho!

– Pues yo lo sabía hace tiempo; mi madre me lo repite todos los días. Yo creí que la tuya te lo habría enseñado también.

– No... ¡Quizá no lo sepa!

– ¿Y cuando rezas no te dice?..

– Ella reza llorando y no habla. Por eso quizá...

– Es que para que la Reina del cielo nos escuche se necesita ser muy buena.

– ¡Mi madre lo es!

– Yo hablo de las niñas, á quien la Virgen ama mucho.

– ¿De veras?, preguntó Paulina con un acento en que vibraba la esperanza.

– Así me lo asegura mi madre, y siempre que quiere alcanzar de Dios alguna cosa me encarga que se lo pida yo todos los días.

– Pues yo seré muy buena; yo lo seré desde hoy, y así...

– ¿Tanto te interesa lo que tienes que pedir?

– ¡Oh, sí, mucho, mucho!

– Pues mira: todavía no van á cerrar; ven, y puedes allí, ante el altar...

– No, no; aún hay gente en la iglesia y podían verme. Ya te he dicho que es un secreto, del que mi madre no quiere que hable á nadie.

– Y entonces, ¿qué vas á hacer?

– ¡No sé! ¡Ay! ¿Por qué no soy más grande ó por qué no habré sido más aplicada?

– ¿Para qué?

– Porque sabría escribir y le pondría una carta á la Virgen diciéndoselo todo á ella sola.

– ¡Yo tampoco sé!

– ¡Qué lástima!

Las dos niñas caminaron un momento silenciosas, pero preocupadas por el mismo pensamiento.

De pronto Julieta se detuvo y dijo á su amiga:

– Escucha: mi padre es cajista, trabaja en una imprenta y ahora gana su jornal ocupado en la confección de un periódico.

– ¿Y qué?

– Muchas veces lleva á casa cosas muy bonitas que lee á mi madre y á mis hermanas, diciéndoles siempre: «¡Oh! ¡Este Sr. Máximo escribe como nadie! Ninguno lo hace tan bien como él.»

– ¿Y eso?.., preguntó Paulina.

– ¡Si ese caballero quisiera escribirte la carta!..

– ¡Ah!

– ¡El la haría muy bien! Mejor que nosotras: le pondría todo eso que dice mi padre, y así...

– Pues ¿por qué no ha de querer? ¿Le cuesta acaso algún trabajo? ¡Lo malo es.., lo malo es que no le conozco ni sé dónde vive!

– En la imprenta está todos los días. Cuenta mi padre que es el más eficaz de todos y el que va más temprano.

– ¡Entonces, llévame, llévame tú, por Dios!

– Tenemos que esperar hasta mañana.

– ¿Por qué?

– Porque es á esa hora cuando el Sr. Máximo está en la redacción.

– ¡Esperar otro día!

– ¿Qué más da?

– ¡Está mi madre tan triste! Y luego... ¡quizá esta noche no tengamos pan!

Julieta sintió una opresión en el corazón que en su inocencia no sabía explicar. ¡Aquella niña era tan buena y quería tanto á su amiga! Además, era casi tan pobre como ella y conocía harto bien las angustias de la miseria.

– ¿Lloras?, preguntó Paulina sin sospechar que sus palabras pudieran arrancar lágrimas.

¡Era aquello tan continuo, tan usual para ella!

– ¡Me da tanta pena el pensar que no cenarás esta noche!

– ¡Eso nos sucede muchas veces, y mi madre también llora por mí! Por eso quería... Pero, en fin, tendré que esperar!

– ¡Qué hemos de hacer!

– ¿Pero mañana?..

– Espérame en la puerta del colegio, y no entres hasta que yo vaya.

– Bueno.

– Y antes de la clase iremos á ver á ese D. Máximo que sabe decir tantas cosas bonitas, y le rogaremos que escriba tu carta.

– Pues adiós, Julieta.

– Paulina mía, hasta mañana.

Y las dos niñas se separaron, dirigiéndose cada cual á su respectiva casa.

II

Paulina, contra la costumbre de la infancia, durmió muy poco aquella noche. La desvelaba su proyecto, la idea de aquella carta en que cifraba todas sus esperanzas: la desvelaban los sollozos de su madre, y ¡ay! la desvelaba también el hambre, porque como había dicho á su amiga, ¡no tuvo pan aquella noche!

Por la mañana muy temprano se levantó y se dispuso para ir al colegio.

Su madre quiso impedirlo. ¡Cómo dejar salir á aquella criatura, que desde la mañana del día anterior no había tomado alimento alguno!

Pero la niña insistió tanto; afirmó con acento tan dulce que no tenía ganas de almorzar, que la infeliz mujer cedió á sus ruegos y la dejó partir.

Cuando ya la perdió de vista, la pobre madre ocultó el rostro entre las manos y derramó un torrente de lágrimas.

– ¡Oh!, murmuró entre sus gemidos, ¡yo puedo sufrir el hambre y las privaciones; pero ver que ella las sufre!.. ¡Esto es horroroso, esto es superior á mis fuerzas, y conozco que ya me falta valor para tanto!

Y doblando la frente con abatimiento, permaneció muda é inmóvil.

¡Oh! ¿Quién podría comprender las ideas que rodaran por aquella cabeza abrumada bajo el peso del dolor? ¿Quién podría contar los negros fantasmas que cruzaran por aquella mente turbada por la fiebre y por el delirio? ¿Quién podía asegurar que entre ellas no apareció el pensamiento del suicidio, presentándole la muerte como el sereno puerto del borrascoso mar de la vida?

¡Oh! Nadie. Porque aquella mujer pálida, enferma y moribunda, no pronunció una palabra más, y sólo sus tristes suspiros probaban que existía, pero que vivía para sufrir.

Paulina entretanto, cruzaba con paso rápido algunas calles y se dirigía sin vacilar á la puerta de su colegio.

Por largo tiempo esperó allí á Julieta. Esta, más dichosa sin duda, había gozado un sueño tranquilo, porque antes de dormirse había visto sonreir á su madre y había sentido sobre su frente el calor de los besos de su honrado padre.

La impaciencia de Paulina era indecible.

Al fin divisó á su amiga y su corazón latió de alegría.

– ¡Oh! ¿Ya has venido?, la dijo al verla. ¡Gracias á Dios! Yo creí que te habías olvidado de lo que hablamos ayer.

– No, lo recordaba como tú; pero era demasiado temprano para que fuésemos á buscar á ese caballero, que acaso no madrugará tanto como nosotras, porque como no tiene que ir á la clase...

– Pero va á la imprenta, según has dicho.

– Es verdad: entonces vamos.

– ¡Oh, sí!

– ¿Has pensado lo que vas á decirle?

– Toda la noche.

– Ven.

– ¿Está muy lejos?

– Al final de la calle de Palma.

Las dos niñas tomaron resueltamente aquel camino.

Julieta se detuvo un momento y dijo á su compañera:

– Ahora pienso una cosa.

– ¿Cuál?

– Que vas á tener que entrar tú sola.

– ¿Por qué?

– Porque ya te he dicho que mi padre trabaja en la imprenta, y si me viese me reñiría mucho, y me preguntaría que por qué no había ido al colegio.

– ¡Tienes razón! ¡Pero ir yo sola!.. Me causa miedo; siento vergüenza.

– ¡Bah! No pienses en eso; ya eres casi una mujer. Vas á cumplir los siete años.

– Todavía no; me falta...

– ¿Y eso qué importa?

– Como yo no conozco al caballero...

– ¡No le hace! Preguntas por él: ya sabes que se llama el Sr. Máximo y que escribe muy bien. Todos le quieren y le celebran mucho, según cuenta mi padre, y el primero á quien preguntes te podrá decir quién es.

Paulina escuchó dócilmente las instrucciones de su compañera, y ambas niñas siguieron caminando algunos momentos.

– ¡Allí es!, dijo Julieta deteniéndose y señalando con su pequeña mano la fachada de un magnífico establecimiento tipográfico: allí es, entra y no tengas cuidado. Yo te esperaré junto á la esquina, y cuando salgas iremos juntas á poner la carta en el correo.

– ¡En el correo!

– O en el cepillo de la iglesia para que llegue más pronto: eso ya lo pensaremos después.

Paulina dió algunos pasos y se adelantó hacia el hermoso edificio, vacilando un poco primero y con más seguridad después.

Entró al fin en él, y uno de los dependientes le preguntó al verla mirar á todas partes:

– ¿Qué quieres, niña?, es algún abecedario; algún...

– No, no, señor. No vengo á buscar libro alguno; en el colegio nos los dan todos.

– ¿Entonces?..

– Venía... Venía..., balbuceó Paulina casi temblando.

– ¿Para qué?

– Para buscar... al señor... al Sr. Máximo.

– ¿Al director de *La voz pública*?

– Yo no sé si será ese el que yo quisiera ver.

– ¿Que no lo sabes?

– Julieta sólo me ha dicho su nombre y además que escribe mejor que ninguno... y que siempre está aquí.

– ¡Ah! Sí; entonces ese debe ser. Pero ¿quién es Julieta y para qué quieres hablar al Sr. Máximo?

– Eso no puedo decirlo más que á él, respondió Paulina con voz dulce, pero firme á la par.

Aquel hombre miró á la inocente criatura de un modo extraño. ¡Era su aspecto tan pobre, pero tan cándido y suplicante!..

Al fin, y después de aquel examen:

– Lo siento, dijo, pero no debo dejarte pasar donde está.

La niña cruzó las manos con desaliento y de sus hermosos ojos se escaparon algunas gotas de llanto.

¡Todas sus esperanzas se desvanecían ante aquella negativa!

No respondió una palabra; pero inclinó su purísima frente y dió algunos pasos para salir.

Ya estaba cerca de la puerta, cuando la voz del dependiente la detuvo.

– Espera, dijo, espera. ¿Por qué marchas tan pronto?

– Como usted ha dicho...

– Bien mirado, pensó aquel hombre compadecido de la aflicción de la niña; bien mirado, ¿por qué la detengo? Tal vez la conozca el Sr. Máximo, tal vez venga á pedirle... En fin, que entre la muchacha, y que él haga lo que quiera. Si luego se enfada, con decirle que yo nada sé... y dirigiéndose á Paulina: ¡Ah!, dijo: ¿Ves aquella puerta entornada que tiene encima un letrero?

– Sí, señor.

– Pues aquel es el despacho del que tú buscas, y allí debe estar. Entra y dile lo que quieras, hija mía.

La niña le dió gracias con una mirada, y se encaminó resueltamente al sitio que la había indicado.

III

La habitación en que penetró la amiga de Julieta era la redacción de un diario satírico.

La pobre criatura se detuvo indecisa. Por todas partes había papeles, pruebas, libros, periódicos; todo en el más confuso desorden, todo en el más completo desarreglo.

Cinco ó seis mesas con sus pupitres y llenas de cuartillas borradas ó á medio escribir. Algunas butacas, un sofá, sobre el cual se ostentaba un magnífico reloj de pared representando la figura del dios Apolo: algunos cuadros con mapas, almanaques, retratos de hombres célebres, y en los ángulos cuatro ninfas medio desnudas, representando las estaciones del año, componían el mueblaje de aquella habitación, caldeada notablemente por una magnífica estufa, y donde en aquel momento se hallaba un hombre trasladando al papel las ideas que en rápido torbellino acudían á su mente.

Aquel hombre era Máximo de Sandoval, uno de los escritores más mordaces y satíricos de la época.

Paulina permaneció, como hemos dicho, inmóvil y muda algunos momentos, en que sólo se oía el crujir de la pluma sobre el papel y los latidos del corazón de la pobre niña que no sabía cómo formular su petición.

Al cabo fijó su mirada en el rostro del que escribía, y pareció tranquilizarse.

Aunque los azares de una vida desordenada y combatida por violentas pasiones habían impreso su huella en el semblante de aquel hombre, había algo en él todavía que le hizo simpático á los ojos de la niña.

Vencido, pues, su primer temor, acercóse aunque pausadamente, y viendo que Máximo no reparaba en ella, murmuró con voz suave, pero en extremo temblorosa:

– Caballero.

El periodista alzó la cabeza, y al ver á la niña frunció las cejas, exclamando:

– ¿Qué es esto? ¿Es posible que entren aquí hasta los mendigos para no dejarnos en paz?

Y llevando una mano al bolsillo sacó una moneda para arrojársela á Paulina.

La niña no se movió.

– Toma, le dijo el joven; toma y vete de aquí.

– Yo no vengo á pedir limosna, murmuró ella moviendo con dulzura su linda cabeza.

– ¡Que no! Pues entonces, ¿qué quieres?, preguntó él sin dejar de mirar á Paulina.

– Quería... quería pedir á usted un favor; pero... no me atrevo.

– ¡Un favor, tú!..

– Sí, señor.

– Explícate, muchacha; pero acaba pronto, porque estoy de prisa.

– Dicen que usted es un gran escritor, y... que sabe decir todas las cosas mejor que nadie.

– ¡Bah!, exclamó Máximo, sintiéndose halagado en su vanidad, á pesar de lo humilde de los labios que le dirigían aquella lisonja. ¿Y quién te ha dicho eso?

– El padre de una amiga mía.

– ¿Y el?..

– Trabaja en esta casa, y lee lo que usted escribe.

– ¿Alguno de los cajistas quizás?

– Sí, sí, y por eso…

– ¿Qué?

– Yo quisiera… yo quisiera…

– ¡Vamos!

– Yo quisiera escribir una carta, y como no sé, venía...

– ¿A que lo haga yo por ti?

– ¡Oh! Sí, señor.

– ¡Linda ocupación por cierto! Vamos, chica, vete de aquí, y dile á quien te envía que nadie se ha burlado impunemente de mí. ¡Sal!

Y le señaló la puerta con ademán amenazador.

– ¡Oh, Dios mío!, exclamó Paulina con el bellísimo semblante anublado por una aflicción infinita. ¿Qué va á ser de nosotras entonces?

– ¿Pero qué quiere decir esto?, exclamó el escritor menos enojado. Explícate. ¿Quién te ha mandado aquí?

– Nadie; ni aun mi madre sabe que he venido; se lo juro á usted. Fuí yo, yo sola la que pensé esto por ver si podía consolarla de algún modo. Yo… que la veo llorar continuamente porque no tiene pan que darme; porque me ve descalza; porque creo que se va á morir… Lo dice y lo desea muchas veces, y… ¡ay!, ¡yo no quiero que se muera mi madre, caballero!, ¡yo no quiero que se muera mi madre!

Paulina prorrumpió en un mar de lágrimas, y las facciones de Máximo perdieron algo de la expresión desdeñosa y fría que antes se reflejaba en ella.

Reflexionó algunos instantes y preguntó con acento menos duro del que había usado hasta allí:

¿Y con esa carta esperas?..

– Que se remedien todas nuestras desgracias y que mi madre sea feliz.

– Pues bien: en ese caso estoy dispuesto á escribírtela, niña. Dedicaré hoy mi pluma é invertiré el tiempo en un trabajo útil, ya que muchas veces ocupo ambas cosas en hacer el mal.

– Conque ¿va usted á hacer lo que le he dicho, á escribir mi carta?

– Sí. Dime á quién he de dirigirla. ¿Es á algún pariente rico quizá?

– No, señor.

– ¿A alguna persona que os debe algo?

– Tampoco.

– ¿Pues á quién es entonces?

– Al Niño Jesús.

– ¿Al Niño Jesús?

– O mejor… mejor á la Virgen Santísima, porque el Niño Dios no sabrá leer todavía.

La pluma se escapó de las manos del periodista.

Miró primero á Paulina con asombro profundo; pero después una expresión de cínica burla se pintó en sus facciones, y soltó una sonora carcajada que dejó sorprendida á la pobre niña.



– Entonces... habla, murmuró el periodista...

El ateo se mofaba de aquella sencilla é inocente fe, que creía y esperaba con tan entera seguridad.

Paulina, que en su candor no podía comprender la causa de la risa del impío, le preguntó con voz angustiada:

– ¿No quiere usted escribir?

– ¡Tú estás loca!, respondió él sin dejar de reir. ¡Escribir á la Virgen! La idea es peregrina. Y ¿qué pensabas decirle?

– Que consuele á mi madre, contestó la niña con una energía superior á sus años; que consuele á mi madre, y que me devuelva á mi padre que hace seis años nos abandonó á las dos; que… pero esto es un secreto que la Virgen sólo debe saber, y si usted no quiere escribir mi carta, yo tampoco le diré nada más.

La risa se apagó de improviso en los labios de Máximo; su frente palideció densamente, y á la vez sintió que su voz temblaba al preguntar á la hermosa niña:

– Y si yo escribo, ¿me confiarás ese secreto?

– Sí, señor, puesto que usted se lo dirá á la Virgen por mí.

– Entonces… habla, murmuró el periodista, que quería saber aquella historia de abandono y lágrimas que había despertado en él no sé si algo más que curiosidad. Habla, repitió cogiendo una pluma y extendiendo en la mesa un pliego de papel para fingir que escribía, como el medio más seguro de que se explicase la niña.

– Mi madre no quiere que cuente esto á nadie, porque dice que mi padre perdería en su buen nombre si se supiese que estaba casado y que viviendo él casi rico, nosotras estamos tan pobres. Por eso me manda que calle; pero á la Santísima Virgen María se le puede decir la verdad. ¿Es cierto, caballero?

– Sí, sí; pero empieza.

– Verá usted lo que yo quiero decir al Niño Dios y á su Madre también. Ponga usted: «¡Virgen mía, tú que oyes á las niñas desgraciadas, toca con tu mano en el corazón de mi padre para recordarle que yo le quiero! Dile que su esposa y su pobre hija se mueren de hambre. Dile que estoy casi descalza; que tengo frío. Dile que mi madre ha dejado su tranquila aldea para venir á buscarle y que no le sabemos encontrar. Dile que todas las noches rezamos por él. ¡Tú, Virgen María, que eres madre de las pobres huerfanitas, devuélveme á mi padre para que yo no lo sea!»

Máximo oprimió con entrambas manos sus sienes, sin poder contener su emoción.

– Aún no he acabado, dijo Paulina, viendo que se detenía: aún no he acabado, caballero. Dígale usted también que ayer al salir del colegio entré en una iglesia donde rezaban y pedían... que oí que la llamaban consuelo de los afligidos... que por eso la escribo. Porque también dijeron que escuchaba las súplicas de los inocentes, y á mí me oirá... y le contará á mi padre todo esto. ¡Dígaselo usted; dígaselo usted, caballero, para que mi padre lo sepa pronto!

Máximo no podía contestarla. Presa de una profunda emoción, ocultaba la frente entre sus dedos y murmuraba con indiscreptible voz:

– ¡Si fuera verdad! ¡Si fuera verdad!

– ¡Oh! Dígale usted también...

– ¡Si fuera verdad que hay un Dios! ¡Si fuera verdad que hay una Providencia!, repetía aquel hombre con acento cada vez más agitado.

– ¿No me escucha usted? ¿No sigue ya?, murmuraba también Paulina con voz más tierna y suplicante cada vez.

– ¡Si fuera verdad!.. Pero no... no puede ser, añadía luego luchando entre su incredulidad y el rayo de luz que pugnaba por penetrar en su alma. ¡No, no puede ser! ¡Yo no tengo nada que ver con esta niña! ¡La casualidad es quien hace todo esto! Porque de otro modo..., de otro modo sería cierto que hay Dios, que hay Dios y que interviene en nuestras acciones, y entonces. ., entonces sería forzoso creer y esperar. ¡Oh! ¡Repito que no puede ser, que no puede ser ella!

– Yo soy Paulina, Paulina Sandoval. Ponga usted mi nombre en la carta, dijo la niña sin darse cuenta de lo que oía.

Máximo se levantó al escuchar aquellas inocentes palabras.

Con el cabello erizado, con el rostro pálido, con las manos extendidas, sintió brotar en sus ojos, secos por tanto tiempo, un raudal de abrasado llanto.

Su corazón incrédulo, duro y frío hasta entonces, latió con violencia, y absorbió aquellas lágrimas, como el yermo erial absorbe el bienhechor rocío que le ha de tornar en valle fecundo.

Un grito angustioso, pero tierno y sublime, se escapó de sus labios.

Grito que resumía las ternuras, las alegrías y las esperanzas más santas del alma en una frase, en una sola.

– ¡Hija mía!

Y al pronunciar esta frase cubría de besos y de lágrimas la frente purísima de la niña pobre, hambrienta y helada.

De aquella niña que era su hija; la hija de un matrimonio secreto efectuado hacía nueve años en la iglesia de una sencilla aldea. Cadena rota ó aflojada cobardemente cuando el ángel que debía trocarla en lazo de flores contaba algunos meses de edad; cadena rota ó aflojada cobardemente por correr en busca de la posición, del orgullo, del oro; cadena que aborrecía y que anhelaba ocultar porque le ligaba á una mujer pobre y humilde, sin más patrimonio que su virtud, su belleza y sus santas y puras creencias.

¡Oh! Máximo en la corte se había pervertido. El soplo de la incredulidad había secado en su pecho las flores de la piedad, de la fe y del amor, trocándose en un hombre sin corazón, en un alma sin Dios.

¡Qué extraño era que hubiese olvidado ó que renegado hubiera de los lazos que forjó, de los juramentos que hiciera, de la hija que le debía la existencia!

¡Ay! Esto era natural, era lógico, era preciso.

En cambio la madre de Paulina había sufrido sin murmurar y sin revelar á nadie el secreto de aquella unión que había jurado callar.

Y cuando sus penas eran mayores, cuando se sentía sin fuerzas para sufrir su desgracia, «El volverá algún día, murmuraba, y verá que he cumplido fielmente su voluntad.»

Pero el esposo ingrato no volvía, y la infeliz olvidada se decidió al fin á ir á burcarle adonde suponía que debía estar.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron burladas. La corte es muy grande y una pobre joven ignorante y tímida poco podía conseguir, mucho más cuando se había propuesto callar el nombre de su esposo y el motivo de su viaje.

Bien pronto sus recursos se acabaron, y á los seis meses de estar en Madrid, no tuvo más remedio que trabajar para vivir.

Sola, débil, abandonada, lloró mucho y sufrió muchas miserias, y muchas humillaciones también, que acaso hubieran tenido un término funesto si el amor y las caricias de su hija no le hubieran dado fuerza y consuelo.

. . . .

Cuando Paulina se vió abrazada de aquel modo; cuando oyó que el periodista la llamaba «hija mía,» la hermosa niña cruzó sus manecitas y dijo con una voz en cuyo timbre resonaban á la vez el amor, la alegría y la sorpresa.

– Pero ¿es usted mi padre? ¡Mi padre! ¡Y me quiere, y escucha! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué bien decía aquel viejecito, que la Virgen nos concede lo que le pedimos con fe! Mas lo que me extraña..., lo que me extraña es que haya leído tan pronto mi carta! ¡Si apenas estaba escrita! ¿La estaría viendo desde el cielo?

– Sí, hija mía; el ángel de tu guarda..., el mío quizá, han sido los encargados de referirle su contenido, y Ella te ha traído á mis brazos, de donde nunca te separarás.

– Ni mi madre tampoco, ¿es verdad?

– Tampoco. Llévame á su lado, tú que con tu inocencia me has enseñado á creer que hay una Providencia, que hay un Dios que escucha la voz de la inocencia y que nos trae por medios extraños y desconocidos al camino del bien.

* * *

Máximo desde aquel día fué un buen esposo y un buen padre.

Paulina tuvo aquel año un precioso nacimiento, y al ver al Dios Niño sonriendo entre los brazos de la Virgen Madre exclamaba:

– Mira, papá. Ella ha escuchado nuestros ruegos y te ha traído junto á nosotras. Las madres y los niños se entienden fácilmente. Cuando alguna huerfanita ó algún pobre vengan á que les escribas cartas para Ellos, no dejes de hacerlo. Los mensajes que el alma envía á los cielos, siempre nos atraen el consuelo ó la felicidad.

. . . .

SECCIÓN CIENTIFICA

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Pero en muchos casos basta un campo menos extenso, y en este caso se obtienen dos, tres ó seis imágenes á cada vuelta del laminador, lo cual hace que el número de aquéllos llegue á veinte, treinta ó sesenta por segundo. Para ello no hay más que cambiar el número de los dientes del trinquete del fijador y cambiar simultáneamente el número de ventanas de los discos obturadores: con dos dientes en el trinquete y dos alumbramientos se obtiene una imagen por cada media vuelta del laminador: tres paradas y tres alumbramientos por vuelta del laminador dan imágenes de tres centímetros; seis paradas y seis alumbramientos reducen la imagen á un centímetro y medio.

Con un poco de práctica se llega á regular perfectamente la marcha del manubrio, componiéndose de este modo un número de imágenes sensiblemente constante por segundo; mas como esta aproximación no bastaría para las medidas exactas que exige un experimento científico, si se quiere conocer de un modo rigurosamente preciso el número de imágenes por segundo, se registra el número de vueltas del disco por los procedimientos ordinarios de la cronofotografía.

En cuanto á la regularidad de la marcha del aparato, está asegurada por la masa de discos rotativos que, girando con gran velocidad, constituyen un excelente regulador.

IV.—EXPERIMENTOS

Cuando se quiere tomar una serie de imágenes sobre una banda pelicular, se empieza por poner á foco en el cristal opaco situado en la caja de las imágenes, que girando al modo de una hoja de puerta sobre sus goznes viene á colocarse en el lugar mismo por donde pasará la película sensible (1). Después de haber apartado el cristal opaco, se carga el aparato introduciendo en él los dos carretes, como antes hemos dicho, se cierra la caja y se da vueltas al manubrio. Cuando el juego de ruedas ha adquirido la velocidad que se desea, si el objeto con el que se experimenta se presenta en condiciones favorables, se oprime el botón que pone en movimiento al laminador é inmediatamente pasa la película y recibe las imágenes. Las películas más grandes que actualmente proporciona el comercio y que tienen algo más de cuatro metros de largo no emplean para pasar totalmente más que 4″ ⅗. Una vez pasada la película se quita de la caja el carrete receptor y se guarda hasta el momento en que habrá de ser revelada.

Algunos han creído que en la construcción bastante complicada á que hemos recurrido para obtener las paradas de la película nos habíamos tomado un trabajo inútil, pues con alumbramiantos muy cortos podía prescindirse de la traslación de la película sensible.

Fácil sería probar por medio del cálculo que durante el alumbramiento la película progresa en una cantidad suficiente para quitar á las imágenes la limpieza, que es lo que la hace apreciable; pero es más sencillo y convincente, quizás, demostrar por medio de un experimento que sin las paradas no se obtienen imágenes buenas. Para ello regulemos el aparato de manera que obtengamos dos imágenes por cada vuelta del laminador; es decir, estrechemos la ventana de admisión hasta darle las dimensiones que se quiera y produzcamos dos coincidencias en las ventanas del disco obturador; pero en vez de regular el fijador para dos paradas por vuelta, no pongamos en juego más que un trinquete. En este caso sucederá necesariamente que de estas dos imágenes sucesivas, una quedará impresa en la película parada y otra en la



Fig. 14. Fases sucesivas del movimiento de una ola que se estrella en unas rocas, reducción á 2/5

(1) Para mayor precisión, la postura á foco debe hacerse en la lente por el agujero situado en la parte posterior de la caja que se cierra con una cortina de metal.

película en movimiento. Ahora bien: después de reveladas estas imágenes se verá á primera vista que sólo las imágenes que se han producido durante las paradas tienen los contornos perfectamente limpios.

V. - DIFERENTES DISPOSICIONES DEL APARATO SEGÚN LA NATURALEZA DEL OBJETO QUE SE ESTUDIA

Ya hemos visto la disposición del aparato para la cronofotografía sobre una tira móvil; falta sólo indicar el modo de aplicar este método según la naturaleza del objeto que se estudia.

A. *Disposición que ha de darse á las imágenes sobre tira pelicular.* - Cuando la cronotografía funciona en su posición normal, es decir, descansa sobre su armatoste, produce imágenes que se suceden en serie horizontal de izquierda á derecha. La fig. 14 reproduce doce de estas imágenes en las cuales puede seguirse las fases del movimiento de una ola que se estrella contra unas rocas: la ola empieza por elevarse y cubrir las rocas de espuma, luego se retira y la agitación del mar cálmase poco á poco (1).

Para estudiar los fenómenos de este género, la mejor manera de hacer sensible el movimiento es reproducirlo sintéticamente por medio del aparato llamado *zootropo*.

Todo el mundo conoce el ingenioso invento de Plateau, quien colocando en la circunferencia de un disco de cartón una serie de imágenes que representaban las fases sucesivas de un movimiento, reproducía á los ojos del espectador la apariencia de este movimiento haciendo dar vueltas al disco delante de un espejo, en el cual se veían las imágenes al través de pequeñas aberturas practicadas en la circunferencia del cartón. Plateau dió el nombre de *Phenakisticopo* á este instrumento, que fué durante mucho tiempo un juguete científico.

Hace algunos años fué modificado el phenakisticopo dándole nuevas disposiciones que hacen más cómodo el uso de este aparato: la conocida con el nombre de *zootropo* se presta perfectamente al estudio de los movimientos obtenidos sobre las tiras peliculares.

La tira de papel sensible que ha recibido las imágenes positivas se coloca en el interior de un cilindro hueco en cuya circunferennia hay las aberturas por las cuales el espectador ve sucederse las imágenes mientras el cilindro gira sobre su eje.

(Continuará)

(1) En el pequeño número de fases representadas en la figura 14 sólo puede seguirse una pequeña parte del fenómeno. En sus dimensiones reales, es decir, en forma de cuadrados de 9 centímetros de lado, estas imágenes eran de una pureza perfecta y aun podían ser aumentadas en cuatro diámetros sin perder nada de su limpieza.



ÉRASE QUE SE ERA..., cuadro de Pennasilico



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 20 de marzo de 1893 — Núm. 586

Próximamente comenzaremos la publicación de la interesante novela de Héctor Malot «ANIE,» traducida por Antonio Sánchez Pérez, con preciosas ilustraciones del célebre dibujante Emilio Bayard



EL MEMORIALISTA, cuadro de Salvador Viniegra



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Dificultad en la elección de asuntos por exceso de éstos. – Capitales de la quincena última. – El Jubileo Pontificio. – Reconciliaciones con Roma de los partidos liberales y de los pueblos protestantes. – Reflexiones sobre las últimas fiestas vaticanas. – Grandeza de León XIII y acierto de su elevada política. – Crisis de Portugal. – Estado en que tal pueblo se halla. – Imperiosa necesidad, dada su presente situación, de anteponer á toda otra cuestión las cuestiones económicas. – Ligeros recuerdos de otras cuestiones. – Conclusión.

Quien jamás pare su atención en la grande abundancia de hechos ocurridos durante período tan breve como una cualquier quincena, costarále trabajo comprender cómo en las Revistas quincenales, cual esta redactada por mí bajo el título de «Murmuraciones Europeas,» la dificultad mayor está en la selección de lo más histórico y trascendental, pues sería el cuento de nunca acabar un propósito tan desatinado como el propósito de referirlo todo. Hay cuestiones graves que subsisten de pie y se desarrollan así con espacio, pero que no pertenecen al medio mes transcurrido, sino á los meses anteriores, según la fecha de su origen, ó pertenecerán al mes próximo por lo lentísimo de su desarrollo. La ley militar de Prusia, hecha y deshecha en larga urdimbre de proyectos mil veces; los planes de Gladstone relativos á la organización que necesita revestir en el imperio británico Irlanda, contrastados por invectivas como las de Balfour, aferradísimo á la idea de un empeoramiento del pueblo irlandés desde que han subido los liberales al gobierno, y por discursos como el de Chamberlain acusando al primer ministro de trastrocar el imperio británico, tan caracterizado por su índole nativa y por su vieja historia en una especie de república federal á usanza yankee ó americana, y por palabrotas como las de Churchill, parecidas á frases de club ó de melodrama, según lo mucho que retumba en ellas el vulgar vocablo traición; las porfías entre Suecia y Noruega, por si esta última debe tener, como tiene, constitución y cámaras y gobierno aparte de la otra, representación diplomática y consular en los gobiernos extraños también aparte; los matrimonios de Oriente, como el celebrado entre una princesa británica y el heredero de Rumanía, como el reconstituído entre cónyuges antes divorciados cual Natalia y Milano en Servia, como el convenido entre Fernando de Bulgaria y una infanta de Parma; todos estos asuntos pertenecen á meses anteriores por su origen y pertenecerán á meses venideros por su desarrollo, cual hemos dicho ya; pero están un poco separados del público interés hoy por encubrirlos y asombrarlos estos que á la quincena corriente corresponden: jubileo pontificio y crisis lusitana. Sobre todo y ante todo privan hoy el Vaticano y León XIII. Los esplendores de un escenario tan sublime, los recuerdos despedidos allí por cada piedra, la reunión de fieles idos á San Pedro desde los cuatro puntos cardinales, el concurso y el homenaje de las potencias herejes y cismáticas al centro del catolicismo, la política de un Papa reconciliado con la libertad y con la democracia generadas por el Evangelio en la sociedad antigua y mantenidas por el Pontificado en sus luchas con los Césares clásicos y con las irrupciones bárbaras, conmueven por tal manera nuestra sociedad positivista y materializada, que parecen una fulguración de idealismo, en la cual cobra nueva luz el cielo y vida nueva el planeta. Por esta causa me detengo ante un jubileo como el pontificio, que tiene inmensa importancia y que llueve sobre nuestros espíritus sedientos de fe viva muchas y muy consoladoras esperanzas. Miremos Roma primero, después el Papa, y por último el jubileo.

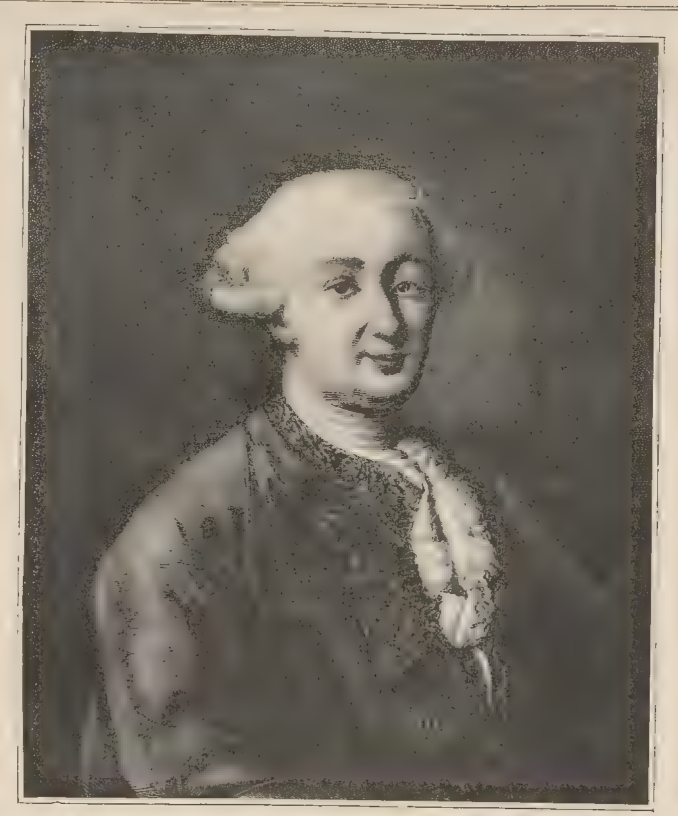
* * *

¡Cuán sublime y grandiosísima nuestra Roma! Pues á pesar de tales grandezas y sublimidades, mientras una mitad del mundo cristiano, los católicos, bendecían á Roma de continuo, maldecíala otra mitad, los cismáticos y herejes, con maldiciones horribles. Babilonia la llamaban de común acuerdo los sajones, apodándola centro así de todas las infamias idolátricas. Bestia del Apocalipsis la creían los calvinistas. Prostituta que mercadeaba sus favores con todos los tiranos la proclamaban desde Wáshington á Estokolmo todos aquellos que disentían de la fe romana. En Inglaterra un pelele servía de Pontífice anualmente al pueblo para que cebase las viejas cóleras históricas en sus trapos, y lo despedazaba, mientras las demás comuniones luteranas solían celebrar como una fiesta de libertad é independencia su separación de la sede romana. ¿Por qué no decirlo? Nosotros, los demócratas, en el combate titánico y antiguo con el absolutismo, teníamos á la Iglesia por su madre legítima, y la tratábamos con bien poco respeto. En el viaje de Lutero mozo á la Roma del Renacimiento, escrito por el reformador mismo en sus elocuentes memorias, hállanse todos estos lugares comunes contra la Ciudad Eterna, renovados desde la revolución acá por los liberales y puestos en circulación y hasta en boga por varias generaciones. ¡Qué diferencia entre los odios con que Lutero entraba en Roma, cuando todavía era católico, á maldecirla por modo indeliberado, y la tolerancia con que, tras cuatro centurias de guerra, entran hoy los luteranos á celebrar el aniversario de la exaltación de León XIII al Episcopado, reconciliadísimos, en lo que puede caber entre aquellos imposibilitados de abandonar sus creencias, reconciliadísimos con la Iglesia romana. El emperador Guillermo II, cabeza visible de la Iglesia evangélica y personificador del nuevo gobierno, que ha reemplazado al imperio austriaco en la dirección de Alemania, envía un expreso y extraordinario mensajero á felicitar al Papa. La reina Victoria le ofrece presentes de primer orden y le saluda desde la sede altísima donde puede con razón echárselas de representar y ejercer otro pontificado. El mismo czar de Rusia, elevado por los caprichos del nacimiento y de la herencia en el más vasto imperio de nuestro continente al ejercicio de un despotismo entre militar y eclesiástico, no deja de reconocer la grandeza del Pontífice latino y de saludarlo con homenajes respetuosísimos y casi religiosos desde la grande Iglesia que Focio separó de la Roma católica en la Bizancio fundada por Constantino como rival de la Roma cesárea por los siglos primeros del cristianismo. Al hojear, así lo dicho por la prensa protestante de Inglaterra como lo dicho por la prensa protestante de Suiza, con motivo de las fiestas religiosas últimas, quédase uno atónito de ver cómo han ido creciendo las ideas de reconciliación cristiana entre todas las sectas divididas y separadas del centro común por la herejía ó por el cisma. El *Diario de Ginebra*, sesuda representación del calvinismo histórico reinante sobre aquella hermosísima ciudad, que se llama todavía hoy la ciudad de Calvino por excelencia, proclama con verdadero acatamiento á Roma la primera entre todas las capitalidades cristianas por presidir la comunión más numerosa é importante del mundo cristiano. Y con efecto, no puede al catolicismo disputársele un carácter cuya virtud lo eleva sobre todos los cultos nacidos del Evangelio, no puede disputársele de modo alguno por nadie la universalidad, que se adapta lo mismo á las variedades múltiples del espacio que á las variedades múltiples del tiempo. Mientras el culto griego no ha podido pasar jamás de Oriente y el culto protestante se ha circunscrito á las zonas germánicas del planeta, entra la religión católica en el mundo esclavón por los polacos y por los cheques y por los croatas, en el mundo alemán por los bávaros y por los austriacos, en el mundo griego por las colonias varias de origen italiano, en el joven mundo de América y hasta en el viejo de Asia por tantos pueblos de nuestra raza hispánica como se dilatan desde las orillas del Mississipí hasta el estrecho de Magallanes y por tantas iglesias como han fundado nuestros misioneros desde la desembocadura del Nilo hasta Filipinas y Australia. Por eso cuando las campanas de San Pedro repican en celebración de una festividad religiosa como la última de Roma, y el Papa desciende, llevado en hombros, desde sus salones vaticanos al grandioso altar mayor, una vez colocado de rodillas ó de pie en la rotonda parecida por su magnitud á un arco del cielo y sobre la tumba de los Apóstoles alimentada de oraciones merced á una fe de veinte siglos, los ánimos y los espíritus más rebeldes no dejan de reconocer que si alguien puede gloriarse de reinar sobre la universalidad de los espíritus es aquel cuyas bendiciones aguardan innumerables fieles desde las nieves boreales del helado Báltico hasta las nieves australes del patagón estrecho. Imaginaos qué grande confusión de lenguas habrá y que mezcla de pueblos, cuando sesenta mil peregrinos llegados de las cuatro partes del horizonte se congregan, movidos por un común afecto y una común idea, en la primera Basílica del planeta, con propósito de festejar al primer jefe de la cristiandad católica. El Papa, llevado sobre la sede gestatoria, circuido del sacro colegio, abanicado por las blancas plumas que agitan los acólitos; con su capa pluvial reluciente de oro en los hombros, con su tiara ceñida por tres coronas en la cabeza, con su báculo en la mano; pálido y enjuto, nervioso y agitado, cual si desde nuestro bajo mundo aspirase á otro mejor, significa y representa la condensación de un éter de ideas, por el cual bien podemos llamar á su palabra un Verbo casi divino y á su persona un símbolo de lo sobrenatural y de lo revelado. Así, en estas ceremonias resalta y sobresale á la continua el principio de unidad, que hace doblar la rodilla y la frente á católicos de diversos orígenes, impelidos por la misma emoción, cuando se levanta la Hostia con el Cáliz en la misa; y mientras, abajo suenan las campanillas con el salterio y arriba las campanas con aquellas argénteas trompetas angélicas en la cúspide puestas y que parecen tocadas, según lo melodioso de sus vibraciones y de sus acentos, por invisibles ángeles venidos, como en las pinturas religiosas, desde los cielos á exaltarlo y á bendecirlo todo. ¿Por qué no decirlo? Siempre grandiosas estas festividades vaticanas, hoy reciben mayor grandeza del Papa que las celebra, cada día más reverenciado y más querido por toda la cristiandad. El dogma político suyo reconociendo en todos cuantos ejercen autoridad y poder legítimos igual origen divino y aconsejando á los católicos igual obediencia y sujeción á ellos, ora sean reyes hereditarios é históricos, ora magistrados electivos ó presidentes de repúblicas; este dogma difunde un soplo tan benéfico de paz y amor sobre los espíritus, que no ha podido menos de trascender á los pueblos y de influir con salvadora influencia sobre la vida y la naturaleza de los Estados contemporáneos. Así, cuantos de veras aman la libertad y la democracia comprenden que León XIII ha surgido para prestar á las familias de pueblos libres, pertenecientes á la pura vieja sangre romana y á la tradicional Iglesia católica, lo que les faltaba y tenían los pueblos sajones, aventajándonos en esto: una base moral y religiosa para sobre sus sólidos cimientos asentar todas las reivindicaciones del derecho. Y lo conveniente será que todo esto dure y perdure.

* * *

Cuando quería continuar en estas reflexiones llegan varias noticias á cual más importante y que deseo referir. Nuevo ministerio en Portugal, donde ha caído un Ferreira para ser sustituído por un Ribeiro, y la noticia de orientaciones nuevas en la política francesa con el nombramiento de Ferry para la presidencia del Senado. Nada enseña tanto el cambio de las ideas y de las cosas en este nuestro mundo político cual esos ministerios, ya derruídos ó ya exaltados por los intereses, no como antes por las ideas. Así, divertidos los ánimos de la cuestión política, nadie piensa en mejorar ó empeorar los Estados; todos piensan en los presupuestos. Quédense, dicen á una los previsores, quédense las instituciones donde se hallan, pues no hay otra cosa que hacer sino á la economía ocurrir. Cuando, bajo la pesadumbre de los cupones impagados, un gobierno desaparece y surgen los pretendientes con las insignias de los viejos partidos en sus manos y los ideales de las viejas escuelas en sus frentes, parécele á uno soñar, y soñar despierto. ¿Qué piden tales importunos factores? El regenerador Pimentel con sus procedimientos conservadores, cuando no hay cosa ninguna que conservar; el progresista Castro con sus ideas de reforma, cuando no pide la opinión más que progresos económicos, parécennos almas en pena, venidas del otro mundo á este. Un arreglo con los acreedores extranjeros para no verse de modo alguno en esta vida con intervenciones y sindicatos abrumadores; un tiento de las fuerzas contributivas del país para conocer qué pueden dar sin esquilmos y aniquilamientos suicidas; unas vigorosas economías yendo á la constitución de presupuestos que afiancen los ingresos y disminuyan los gastos; un propósito consciente y deliberado de cambiar el régimen económico vigente por un régimen del trabajo y de la industria, se imponen bajo leyes á que nadie puede hoy por modo alguno eva-

dirse, dado el imperio de fatalidades que nos dominan y nos abruman bajo su fuerza incontrastable. Los excesos del régimen feudal trajeron el nuevo régimen político, en que dominaba el derecho; los excesos del régimen económico vigente traerán por fuerza un régimen industrial, tan distante del que ahora impera con la terrible paz armada, como puede distar la fábrica del castillo y una sociedad cooperativa de una señorial mesnada. Bueno que Heintze Ribeiro hable de amnistía indispensable al apaciguamiento de los ánimos; bueno que devuelva el derecho antiguo consuetudinario á una prensa tan libre por tradición como la prensa lusitana; bueno que trate de ir aumentando la facultad preciosa de gobernarse á sí mismas en las regiones y en las municipalidades, todo esto excelente; mas resultaría de seguro lo mejor una concentración de todas las potencias gubernamentales del pueblo y del Estado en aquello que más al pueblo y al Estado importa, en la formación de un buen presupuesto. El escándalo de las acusaciones infamantes á los primeros y más conspicuos repúblicos, el derroche de todos los ingresos en la sustentación de organismos inútiles, el despilfarro sistemático que ha hecho quebrar á factores del progreso público tan importantes como las compañías ferroviarias, el fraude crónico en las percepciones y cobranzas de tributos piden á una remedios enérgicos, sobre los cuales hay que multiplicar todos los esfuerzos, dividiéndolos y separándolos de las cuestiones políticas. Y precisa proceder así con reflexión racional y con voluntaria energía, porque no caigan en la neurosis los pueblos de referir á la política y su influjo el mal económico y el malestar consiguiente á errores antiguos, tan fáciles de cometer por un partido reaccionario como por un partido avanzado. Luego que, dentro de lo existente, haya Portugal ocurrido á sus males, podrá verse con espacio si el origen de todos ellos está en la raíz de su vida nacional, y si los remedios exigen resignaciones á sacrificios de algo quizás mayor que la forma del Estado vigente y que la existencia del régimen reinante. Mas ahora, hoy, en este minuto psicológico, que diría Bismarck, como donde no hay harina todo es mohina, se nos antoja lo más urgente y necesario acudir al presupuesto, y así pedimos á pueblo tan amado de nosotros como el pueblo portugués que no se descarríe de ningún modo por las trochas de cuestiones políticas baldías, y entre de lleno en los problemas económicos, de cuya buena solución hoy depende, no solamente su libertad y su paz interior y sus buenas relaciones con las naciones extrañas, sino su existencia en el mundo. Quizás incapacitado para comprender desde lejos los matices de la política portuguesa, no entiendo bien por cuál causa ó motivo estaban los republicanos, tan exaltados y radicales de suyo, más complacientes con el gobierno an-



EL EMINENTE POETA ITALIANO CARLOS GOLDONI, fallecido en París en 1793 Copia de un retrato de Alejandro Longhi, existente en el Museo Carrer, de Venecia



UN ASALTO (RECUERDO DE CARNAVAL), cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés)

terior que con este, quien acaba de darles á sus amigos descarriados amnistía; ni por cuál causa ó motivo, repúblico tan eminente de suyo como nuestro antiguo amigo Casal Ribeiro, se indigna contra el gobierno anterior y le promete su apoyo á este nuevo y reciente. Todo gobierno que logre un presupuesto nutrido de recursos buenos y limpio de gastos inútiles, el cual presupuesto le permita ocurrir al pago de la deuda y fundar sobre sus bases un arreglo conveniente con los acreedores todos y especialmente con los acreedores extraños, será un buen gobierno, venga de donde viniese y compóngalo quienquiera.

* * *

El haber comenzado nuestras *Murmuraciones* por la relación de todo aquello que se dice y susurra en Europa hoy, por espectáculo tan relacionado con la política como el jubileo pontificio, transmutó mal de nuestro grado esta crónica, usualmente literaria, en una crónica de hechos verdaderamente políticos. Y diciendo verdad, en esta manifestación del espíritu social moderno hay tanto de artístico y de literario, como que si volvemos los ojos, por ejemplo, á Oriente, parece con la reconciliación matrimonial de los monarcas servios Milano y Natalia, con la boda entre una princesa de Parma y el príncipe reinante sobre Bulgaria Fernando de Coburgo, con las fiestas nupciales entre la hija mayor del duque de Edimburgo y el inmediato heredero de la corona rumana, todo el Oriente un extraordinario epitalamio. Ya sabemos que donde impera mucho la razón de Estado, impera poco el sentimiento de amor. Ya sabemos por ende como no se han reunido al mutuo amor entre sí los divorciados monarcas de Servia, sino al amor del hijo, víctima primera y capital de sus discordias; ya sabemos como no se han casado los hoy príncipes de Rumanía por preferencias sendas de sus corazones enamorados, sino por arreglos diplomáticos que nada en cuenta tienen tal superior linaje de sublimes cariños; ya sabemos que ha bebido los vientos para casarse Fernando de Bulgaria con dama de sangre real, pretendiendo prestar á un trono lanzado sobre revoluciones como sobre tormentas y suspenso de la voluntad nacional como de un cabello esas raíces dinásticas, por las cuales hay monarcas muy capaces de parecerse á las encinas en robustez y en duración y en arraigo; pero con esto y con todo las bodas y sus fiestas y sus blancos velos y sus coronas de azahares y sus versos y sus himnos epitalámicos alegran un poco la vida y perlan y opalan sus horizontes con auroras de ilusiones y esperanzas. Nada tendríamos que decir de pesimista si al mismo tiempo no viéramos junto á esas auroras tan risueñas culebrear siniestros relámpagos de guerra. El emir de Bukhara en el Asia central se ha puesto bajo la soberanía y patronato del czar, como en la Edad Media solían los caballeros feudales ponerse á una so el patronato de reyes y emperadores eminentes. Rusia, para deslumbrarlo, y deslumbrándolo someterlo mejor, le ha mostrado sus ferrocarriles que llegan al Báltico desde la Mogolia; sus ciudades históricas coronadas por cúpulas de oro, cual Moscou, y sus ciudades modernas formadas por calles de palacios, cual Petersburgo; los ejércitos en que hay desde alemanes y griegos hasta cosacos y armenios y persas; el poder de un hombre idolatrado como si fuera un Dios en la tierra. Pero todas estas ostentaciones tienen por objeto espolearlo, para que le sirva como de vanguardia en la irrupción del imperio moscovita, que sigue los caminos de Alejandro hacia los senos de la India, perteneciente hoy á Inglaterra, encendiendo y atizando así la guerra universal.

Madrid, 4 de marzo de 1893

DON PEDRO EL CRUEL

CRÓNICA RELATIVAMENTE ANTIGUA

(Continuación)

V

LOS INTERNOS

Eran los internos ocho robustos mozos, anchos de pecho, enjutos de carnes y cerrados de mollera..., en general de una bestialidad poco común.

Cuando á un labrador ricacho de los pueblos vecinos le salía un hijo cazurro é ingobernable, ya se sabía, lo traía á desasnar á casa de D. Pedro, cuya fama de domador de fieras era tanta que cundía, como la grama en las viñas, por toda la comarca.

– Aquí le traigo á usted á Robustiano, que es primo carnal de Trifón, el hijo del tío Palominos..., su discípulo..., ya recordará usted..., el del varazo..., solía decir el padre de la criatura.

– Sí, ya recuerdo. ¡Era muy bruto el infeliz!

– Como que á los seis años ya descargó un tal varazo en la cabeza de la mula la Cascabelera..., que era negra y sin cerrar y más rica que la canela..., que ¡velai!.. la dejó seca. Por eso le decimos el del varazo. Pues aunque me esté mal en *decirlo*... digo, yo no entiendo de letras, que es una mala vergüenza, y el chico, digo, entiende poco..., vamos á un *dicir*, pero entiende algo. Y como, eso sí, ¡canastos!, él es cerril y fantástico y no hay Dios que lo gobierne, cogí y dije: pues á Valpalencia con él, *en ca* D. Pedro que tiene la mano *pesá* y está avezado á *lidiar* con burros. Y aquí estamos y ahí se queda el chico *pa* que me lo desuelle usted vivo, si á mano viene.

– No tenga usted cuidado, respondía D. Pedro con modestia; se hará lo que se pueda.

– Pues firme en él. En cuanto á los 7 *riales* de la soldada, ¡canastos!, D. Pedro, como si fueran pan comido, ¡y así que tuviera usted tan segura la Hostia á la hora de la muerte! Pero tenga ojo, mucho ojo, solía añadir, que el chico es mañoso y está muy resabiado y es más voluntarioso y avieso que *la* mi mula la Perra..., con perdón sea dicho. Conque D. Pedro, *diquiá* á otro ratico y lo dicho..., mucho palo y dé *en sin malicia;* que eso sí, el chico tiene naturaleza *pa* todo y come más que los galgos de casa, y eso que son cuatro y muy majos.

Y con este discurso se lanzaba el padre, tan consolado el pobrecillo, y con razón, porque se quitaba de quebraderos de cabeza, y desde aquel momento se abrían las puertas del palenque y la lucha comenzaba entre la brutalidad del chico y la barbarie del dómine: lucha sangrienta, cruenta, sin cuartel, en la que ó entraban en la cabeza de la fiera adverbios y declinaciones ó entraba él de patitas en el cementerio.

Si todas las súplicas y recomendaciones de nuestros padres y de nuestras madres, cuando éramos chicos finos y de buena casa, eran para D. Pedro casi letra muerta, y sin que lo remediara ni la paz ni la caridad, palos se recibían, ó bien directos ó bien de rechazo, palos que nos callábamos en casa religiosamente y que ni en el tormento confesáramos, ¡tal era el pavor que el dómine nos inspiraba!, ¿qué no haría D. Pedro autorizado á barbarizar y hasta suplicado para que barbarizase?

Y la verdad es que aquellos internos de los 7 *riales* eran de tal calibre como á juzgar por sus fachas los amantes hermanitos Caracalla y Jeta; si Caracalla no revienta á Jeta, Jeta reviente á Caracalla: así en casa de D. Pedro, si él no se impone brutalmente á los baturros, los baturros le devoran.

En mis tiempos, de los ocho internos, quitando uno, sobrino también del dómine, que era listo y aprovechado, los otros siete más parecían mulos de artillería. El Cuervo que antes cité, natural de Cebolleta del Cerro, y otro chico, un tal Sinforoso, de Barranco de los Pinares, hacían este singular juego: en el pasillo obscuro que comunicaba la calle con el patio, se volvían de espaldas, se apoyaban con las manos en unos maderos que de una parte y de la otra había, y se coceaban, pero de tal modo, que hasta hubo piernas rotas en varias ocasiones, en vista de lo cual aquel juego vino á ponerse muy de moda entre los internos; por de contado que cuando jugaban á paso metían los nudillos y daban espolique en pleno cráneo, y cuando á capazos, echaban piedras entre el embozo y la capa y los capazos se convertían en golpes mortales.

Con respecto al trato de la casa, siempre guardaron la más absoluta reserva; y cuando un tal Manzano, llamado de apodo «Tabardillo» por lo chinchoso y preguntón, que todo lo husmeaba porque era la curiosidad misma, les preguntaba, por ejemplo: «Si comían pan repicoteado de los tres picos ó bollos de leche,» ó no contestaban ó guiñaban el ojo diciendo: «Buena magra y buen vino de Toro;» pero no debía ser verdad por la risa que les entraba á los ocho juramentados. Tampoco pudimos saber nunca si comían en la mesa de D. Pedro ó en otra aparte, y más nos inclinábamos á esta versión, porque caso de comer juntos, de fijo D. Pedro gastaría más de los 7 *riales de la soldada* en vajilla rota en sus cabezas.

Barrían las clases y los pasillos, eso sí, todo lo peor que podían; hacían recados, abrían la puerta y hasta limpiaban las botas de D. Pedro. Pero cuando alguno faltaba á las clases y preguntábamos por él, sus compañeros se callaban como muertos y no había medio de sacarles nada. En estos casos suponíamos que les estarían bizmando las costillas, ó cosa así, máxime cuando D. Pedro solía decir:

«¡Voto á todos los demonios del infierno! Me parece que te voy á dar otra paliza como la de anoche...»

Prueba de que había palizas nocturnas.

Las consejas que entre nosotros corrían cuando desaparecía algún interno, definitivamente no son para contadas. Dábamos el exequátur á las bolas más garrafales... «Que D. Pedro le había reventado de una patada... Que le había metido en el calabozo y no le daba de comer... Que se oían gemidos en la bodega... Que olía á muerto del lado de las tapias del corral... Que le había emparedado...» Todo esto murmurando al oído, ya en la calle y muy lejos de la de Cárcaba.

La verdad es que el mozo que resistía aquel régimen era mozo de chapa; porque con frecuencia sucedía que cuando D. Pedro se encolerizaba con los *señoritingos*, y los lapos que nos repartía no le satisfacían bastante, con el pretexto más fútil, si se rió, si fué el autor de la mosca con cucuruchito, caía sobre Cuervo ó sobre Sinforoso, y ahí que no peco, les hartaba de golpes sin atender á sus lamentos y protestas.

– ¡D. Pedro, por Dios!.. ¡Ay madre!.. ¡Que no fuí yo, D. Pedro!.. ¡Madre!..

– Toma..., toma, cochino, indecente, le respondía el dómine arreciando el nublado, y así irás aprendiendo algo.

¿Qué?.. Jamás lo pude saber.

VI

LA REVISTA

Lo primero que hacía D. Pedro al entrar en la clase era pasarnos revista. Con la capilla terciada, el bonete sobre el vértice derecho anterior del cubo, la colilla de puro en la boca y la vara en ristre, se ponía á pasear por delante de los bancos en actitud meditabunda y triste. Sus ojos, abotargados por el sueño é imperfectamente lavados, tenían la frialdad de ojos de cetáceo. Carraspeaba fuerte y esputaba á la casualidad.

El paseo, que solía durar mucho, daba el vértigo por el cuidado con que estudiábamos sus movimientos, hasta que á lo mejor se plantaba y con voz de mando decía:

– ¡Abajo esas patas, so brutos! ¿Os pensáis estar en la cuadra?

Un rápido movimiento automático, militar, desmontaba de golpe todas las piernas y quedábamos mucho más incómodos que antes, pegados á la pared, en nuestros fementidos bancos.

El paseo seguía... seguía como el de una fiera enjaulada, hasta que plantándose de nuevo de golpe delante de un chico le gritaba:

– ¡Las uñas!

El primer movimiento del chico, ¡lo que son las conciencias sucias!, era el de esconder las manos en lo más recóndito de sus bolsillos; pero á la segunda intimación «¡¡las uñas!!,» dos manos mugrientas, temblorosas de miedo, con uñas de riguroso luto, se presentaban en forma de piña; y no sé qué era más pronto, si aparecer las manos ó caer sobre ellas un tremendo palmetazo, instrumento que para este género de ejecuciones se usaba. El chico lanzaba un rugido de dolor y salía dando vueltas y soplando por el cuarto. La ejecución era dolorosísima, pero expeditiva; y mientras aquel chico se chupaba los dedos con toda su alma, ya estaba D. Pedro con igual intimación ante otro penitente, y los demás muchachos de la clase buscando la solución á este complicado problema: coger el libro con las dos manos, como era de rito, sin que se vieran las uñas; cosa dificilísima y que daba por resultado: 1.º, libros por tierra; 2.º, estacazos á destajo.

Este suceso se registraba principalmente los sábados, pero también podía suceder otro día cualquiera. No obstante, los chicos no se hacían por esto más limpios; lo que hacían era mondarse las uñas en seco con la navaja.

Terminada ó interrumpida por la distracción de D. Pedro esta faena, seguía paseando y su faz se tornaba por momentos más torva y su tez más plomiza. Se comprendían sus sufrimientos..., sus dolores insoportables de hígado enfermo..., hígado enorme, inconmensurable, bajo cuyo peso abrumador nos sentíamos asfixiar.

Y como el disimulo, por grande que sea, no alcanza á encubrir un canguelo de las dimensiones del nuestro, no podíamos remediarlo... Según pasaba el dómine por delante de nosotros, maquinalmente preparábamos el brazo derecho redondeándolo y metiendo el puño cerrado para adentro como si empuñáramos una rodela y levantándolo á la altura de las narices para proteger institivamente la cara. Este movimiento automático, repetido por todos los chicos del banco sucesivamente, sacaba á D. Pedro de su meditación y aun diré de quicio, y tanto, que sin medir las consecuencias, que podían ser fatales, nos soltaba en los ijares puñetazos de calibre que resonaban en los vacíos del busto como si pegase en un armario va-



ROMA -JUBILEO EPISCOPAL DE S S. LEON XIII -LA BENDICIÓN PAPAL EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

cío; y diz que de resultas de algunos de éstos, tuvo serios disgustos con padres de *señoritingos;* que de padres de internos y otros de igual jaez, más bien recibiera plácemes y enhorabuenas á hallarse allí presentes.

Estas escenas vandálicas eran como una especie de prólogo ó prefacio de lo que iba á suceder después; según el número de las ejecuciones y lo más ó menos encarnizadas de éstas, podíamos nosotros echar nuestras cuentas y calcular, con dos ó tres garrotazos de defecto, la ración diaria que nos tocaría á cada uno.

En ocasiones aquellos escarceos desahogaban algo los alterados nervios de D. Pedro, que tomaba posesión de su poltrona y con aire hasta jocoso nos decía:

– Conque ahora, amiguitos, vamos á ver quién es el majo que se sabe la lección.

Pero en otras el golpear le excitaba como á los caballos el combate, cuando sin jinete ni guía se precipitan frenéticos sobre los cuadros de bayonetas, ciegos de cólera, enloquecidos con el olor de pólvora y de la carnicería. Esos días eran verdaderas hecatombes..., aunque en ninguno faltase, á decir verdad, mucho que rascar.

VII

LA CLASE DE PRIMERO

Una vez acomodado D. Pedro en su poltrona, que era de esas de cuero con clavos gordos, y después de dar un par de palmetazos sobre el pupitre, so pretexto de restablecer un orden que él solo alteraba, un gran silencio envolvía la clase, rara vez turbado por los entrecortados jipidos de los últimos ajusticiados, que solían ser los nuevos; los avezados á la mazmorra concentraban en cuatro gritos muy fuertes todo su dolor y se bebían las lágrimas.

Esta entereza gustaba mucho á D. Pedro.

La lección comenzaba por los de primero. El primero del bando de Roma recitaba con voz nasal, chillona é insoportable una declinación.

SINGULAR

Nominativo. . *rosa*, la rosa.
Genitivo. . . *rosæ*, de la rosa.
Dativo. . . . *rosa*, para la rosa.
Acusativo. . . *rosam*, á la rosa.
Y ablativo . . *rosa*, en con por de la rosa.

– ¡Otro!, gritaba D. Pedro.

Y otra voz aún más tiple, de un escarabajito que no levantaba ni tanto así, continuaba con extraordinaria rapidez:

PLURAL

Nominativo. . *rosæ*, las rosas.
Genitivo. . . *rosarum*, de las rosas.
Dativo, etc , etc., etc.

– ¡Otro!, decía D. Pedro.

Y el tercero, con voz acatarrada y bronca, de pollo en cañones, se arrancaba de nuevo con creciente velocidad:

SINGULAR

Nominativo. . . *rosa*, la rosa.
Genitivo. . . . *rosæ*, de la rosa.
Dativo, etc , etc., etc.

y así seguía la retahila hasta el último probablemente sin ninguna equivocación y recitado á estilo de cotorra. Y después de *rosa* se deslizaba *dominus-domini* y luego *vir-viri* y *princeps-principis* y... la cosa iba marchando regularmente hasta el segundo ejercicio, que ya comenzaba Cristo á padecer, y que consistía en preguntar D. Pedro, por ejemplo, en la primera declinación:



Isla de Tenerife. – Campesinos de la Laguna (de una fotografía)

– ¡Genitivo singular!, señalando á un chico con la vara.

– Rosæ!

– ¡Dativo plural!, á otro.

– ¡Rosis!

– ¡Acusativo singular!

– ¡Rosarum!

– ¡Bruto, animal, zoquete!..; otro.

– ¡Rosas!

– ¡Salvaje, zanganote!..; otro.

– ¡Rosam!

– Eso es, adelante.

Y el chico adelantaba dos puestos en el banco.

Este ejercicio requería profunda atención, porque si bien perder puestos no divierte, era además peligrosísimo por las consecuencias; ya que, como dije, los últimos eran los primeros cerca de las botas y de la vara del dómine; además con frecuencia coincidían dos acontecimientos: perder puesto y ganarse un estacazo.

Tras de las declinaciones de nombres, venían las de adjetivos y los pronombres personales, posesivos y demostrativos hasta los interrogativos y relativos, y aquí generalmente se armaba la gorda... en el famoso relativo conocido por el «puente de los asnos.»

Después de largarnos de retahila las declinaciones, empezaba el rompecabezas siguiente:

– ¡Nominativo plural!

– Qui... quæ... quæ.

– ¡Acusativo singular!

– Quem, quam, quid.

– ¡Dativo singular!

– Cui.

– ¡De plural!

– Quorum, quarum, quorum.

– ¡Burro!, ¡acémila!, ¡maleta!

– ¡Ah!, sí, señor..., quos, quas, quæ.

– ¡Cernícalo!, ¡cesto de vendimiar!..; otro.

– Caret.

– ¡Tú sí que careces de sentido común, incapaz de sacramentos, ladrón, perro judío!..; otro.

– ¡Quibus!

– ¡Finalmente! Quisquam... Venga de ahí.

Pero no venía nada. Al cabo de dos horas de este ejercicio embrutecedor; sudábamos tinta..., estábamos mareados..., con vértigo y entre quidlibet, quodlibet, quidquam, quicquam, quidpiam, quodpian y otras atrocidades de igual jaez, perdido el aplomo, contestábamos á la casualidad, sin ton, ni son, ni sentido, ni nada: á unos el miedo les paralizaba la lengua, y se quedaban tiesos y mudos como estatuas; á otros se la desataba, y los desgraciados se lanzaban de cabeza en declinaciones vertiginosas. Se perdían y se ganaban puestos con tal rapidez, que se dió el caso de un chico ser en diez minutos tres veces el primero y tres el último de la clase y encontrarse al fin como al principio. No hay aquelarre que dé mejor idea del mismísimo infierno que aquel fuego graneado de vocablos latinos equivocados, lanzados con voces tímidas unos, chillonas otros, desesperadas todas; era como el paso de las merinas..., un balar incesante, entrecortado por las toscas injurias de D. Pedro, el perro mastín rabioso de aquel ganado.

Y poco á poco la atmósfera se cargaba y las blasfemias de D. Pedro comenzaban á tomar vuelo, á llegar al cielo y á tropezar en los santos hasta dar de lleno en las cosas más sagradas; y entonces, ya loco de cólera..., enronquecido y furibundo se levantaba, se terciaba el manteo, empuñaba la vara, y á este quiero, á este no quiero, nos llovía sobre las costillas tal granizada de palos y tan rápida que no se com-



Plaza de la Constitución en Santa Cruz de Tenerife



Isla de Tenerife. El pico de Teide, cuya altura sobre el nivel del mar es de 3.730 metros

prendía cómo un solo hombre y una sola vara pudiera levantar tanta ampolla en tan poquísimo tiempo. Y mientras nosotros mohinos y maltrechos nos limpiábamos el polvo, la sangre, los mocos y las lágrimas, él se arrojaba sobre su poltrona sofocado, y haciéndose viento con un paño de la capa nos decía:

– ¡Pues ya veréis lo que es bueno en las conjugaciones! ¡María Santísima del Carmen!

LUIS DE LLANOS

(Concluirá)

LAS ISLAS DE TENERIFE
Y GRAN CANARIA

Mucho podríamos decir acerca de estas dos islas que forman parte del archipiélago de las Canarias; pero ni el espacio de que disponemos ni la índole del periódico nos permiten extendernos en consideraciones históricas y geográficas, debiendo reducirse nuestro trabajo á trazar algunos apuntes descriptivos que sirvan de explicación de los grabados que publicamos en el presente número.

La principal belleza de Canarias está, por decirlo así, en su clima, benigno hasta tal punto, en las regiones bajas, que ni en invierno la temperatura baja de 17° ni en verano excede de 26 ó 27: las Afortunadas las llamaron por esta razón los antiguos, y en ellas se supuso por autores de edad remota que estuvieron situados los Campos Elíseos; y en verdad que bien merecen el nombre de paraíso esas islas donde se producen casi todas las plantas intertropicales y adonde acuden millares de extranjeros, especialmente ingleses, en busca de aires sanos que fortalezcan sus cuerpos minados por crueles dolencias y de hermosos paisajes que distraigan sus espíritus gastados por el trabajo ó estragados por los placeres.

En el fondo de extensa bahía y mal resguardada por el castillo de San Cristóbal, ante cuyos fuegos retrocedió en otros tiempos el gran almirante Nelson, surge ante el viajero que á Tenerife llega la capital del archipiélago, Santa Cruz de Tenerife, ciudad de aspecto marcadamente moderno con calles anchas y rectas y algunas plazas, como las de Weyler y de la Libertad con hermosas alamedas. Los edificios particulares son de lindo aspecto y entre los públicos descuellan los dos hospitales, el civil y el militar, el nuevo palacio de la Capitanía general, el edificio de la Asociación de Socorros mutuos, el casino de Santa Cecilia, con un salón de conciertos capaz para 700 personas, y la iglesia de la Concepción, templo de cinco naves, ricamente adornado, en cuya sacristía consérvanse varias joyas de gran valor. En la plaza de la Constitución, que reproduce uno de nuestros grabados, existe un monumento de mármol de Carrara, obra de Canova, que representa á la Virgen de la Candelaria apareciéndose á los guanches: la imagen de la Virgen descansa sobre un obelisco que arranca de un pedestal octágono, en cuatro de cuyos ángulos se ven las estatuas de los cuatro reyes guanches que se unieron á los conquistadores españoles.

La villa de Orotava extiéndese al fondo de un valle de belleza superior á toda ponderación, por donde serpentean multitud de arroyos que fecundan con sus aguas una de las más feraces comarcas de aquellas islas y una de las más encantadas regiones del mundo, que hizo exclamar á Humboldt: «Después de haber recorrido el Orinoco, las cordilleras del Perú y los hermosos valles de México, confieso que no he visto en ninguna parte un cuadro más atractivo, más armónico por la distribución de las masas de vegetación y de las rocas.» Orotava, la villa de las flores, como algunos la llaman por ser los jardines adorno casi indispensable en todas las casas y crecer en ellos las flores con profusión asombrosa aun en los meses de invierno, es población de sello aristocrático, por ser residencia de las familias más nobles de la isla. Sus edificios son poco notables, y como único monumento puede citarse la iglesia de la Concepción, en la cual se admira un precioso tabernáculo de mármol, labrado en Génova. En sus alrededores existe un notable Jardín Botánico, fundado en 1788 por el marqués de Villanueva del Prado, para la aclimatación de plantas exóticas. Pero la mayor fama de la Orotava débese á sus excepcionales condiciones climatológicas, que hacen de ella estación invernal muy superior á Niza y aun á la misma vecina isla de Madera.

La Orotava es el punto de partida para verificar la ascensión al pico de Teide, llamado también de Echeide, ó del Infierno: hállase éste situado en el centro de Tenerife y rodeado de un inmenso círculo de montañas llamadas las Cañadas, cuyos altos cerros se elevan á 2.700 metros sobre el nivel del mar, siendo de 3.730 metros la altura del pico, cuyo cráter tiene 553 metros de diámetro. La ascensión es difícil y para ella se emplean dos días desde la salida de la Orotova;



Isla de la Gran Canaria. – Procesión del Viernes Santo en la plaza de la Constitución de Las Palmas



Isla de Tenerife. Panorama del puerto de la Orotava



A ORILLAS DEL MAR, dibujo de Eduardo Patry



VALENTINA, cuadro de Guillermo Wolft

pero una vez llegado el excursionista á lo alto del pico, el espectáculo que á su vista ofrecen aquellas formaciones volcánicas y el hermoso panorama que desde allí se descubre le compensan de todas las penalidades sufridas.

Siguiendo nuestra descripción de los grabados que en este número figuran, dejaremos la isla de Tenerife para decir algo de Las Palmas, capital de la Gran Canaria, asentada en medio de un extenso valle lleno de palmeras y bañada al Este por el Atlántico. Su clima, de excepcional benignidad, y los infinitos encantos que en sus alrededores ha prodigado la naturaleza, justifican la predilección que por ella demuestran los que en invierno huyen de los fríos del Norte, ansiosos de temperaturas primaverales. La ciudad, dividida por el riachuelo Guiniguada en dos barrios, el de la Vegueta y el de Triana, tiene bonitas calles, amplias plazas, bellísimos paseos y un magnífico teatro inaugurado no hace mucho tiempo. En la plaza de Santa Ana ó de la Constitución se encuentran, uno enfrente de otra, el Ayuntamiento y la Catedral, que son los principales monumentos de Las Palmas; soberbio edificio el primero, coronado por el escudo de la ciudad, y hermosa fábrica la segunda, de estilo gótico con rica fachada, concluída en nuestros días.

Digamos para terminar que los hijos de Canarias son vivos, agudos y amantes de la instrucción y del trabajo; pronuncian el castellano con una dulzura especial, que parece reflejo de su bondadoso carácter. En algunas islas los habitantes del campo llevan trajes sumamente típicos, aunque poco estéticos, como por ejemplo, los campesinos de La Laguna (Tenerife), conocidos con el nombre de *magos,* que reproduce uno de nuestros grabados. X.



Bellas Artes. – En las cercanías de la tumba de Ti (Egipto) se han encontrado dos hermosas estatuas de madera que por el vigor realista de la expresión superan á la famosa figura que hace tiempo se descubrió y merece por lo mismo ocupar uno de los primeros puestos en la historia de la plástica egipcia.

Barcelona. De notables bajo todos conceptos merecen ser calificadas las conferencias recientemente dadas en el Ateneo Barcelonés por D. Felipe Pedrell y D Francisco Soler y Rovirosa, maestro en el arte de los sonidos el uno y maestro en la pintura escenográfica el otro. Tres han sido las conferencias del maestro Sr. Pedrell: la primera, preparatoria, versó sobre los dos períodos de música homófona y polífona que precedieron al armónico moderno; fué objeto de la segunda Palestrina, de quien expuso el disertante los hechos biográficos, el carácter, esencia y sublimidad de su música y su influencia en los compositores modernos; en la tercera, finalmente, ocupóse el Sr. Pedrell del ilustre maestro español Tomás Victoria, describiendo sus principales hechos biográficos, enumerando las ediciones monumentales de sus obras, definiendo el carácter y esencia y señalando la sublimidad expresiva de sus composiciones, haciendo un paralelo entre Victoria y Palestrina, estudiando detenidamente los *Cantos de la Pasión*, de Victoria, probando que el carácter de la antigua escuela música española es esencialmente expresivo y afirmando que Victoria figura entre los primeros compositores del siglo XVI y que en él está la génesis de nuestra música y el fundamento psicológico que legitima su nacionalidad Cada una de estas conferencias, en las cuales ha hecho gala el Sr. Pedrell de sus conocimientos profundos, de su erudición vastísima y de su corrección en el decir, ha sido, por decirlo así, ilustrada con audiciones de los más selectos trozos de los maestros de quienes se ocupaba, trozos perfectamente ejecutados, en la primera por varios distinguidos profesores de instrumentos de cuerda y viento, dos solistas y una pequeña masa coral, y en las otras dos por una numerosa masa de voces, y que causaron verdadero entusiasmo en el numeroso auditorio.

La conferencia del Sr. Soler y Rovirosa fué interesantísima y en extremo amena: versó sobre el espectáculo teatral desde su origen, moderno, en Florencia hasta nuestros días, con sus evoluciones y vicisitudes desde el punto de vista decorativo, tema que el conferenciante enriqueció con sinnúmero de anécdotas, reflexiones y recuerdos sobre varios hechos, artistas y costumbres, así de España como del extranjero. El Sr. Soler y Rovirosa, cuyas admirables obras han sido por doquier aplaudidas, demostró en la conferencia que conoce á fondo la técnica y la historia del arte que ejerce y demostró también poseer no comunes dotes de escritor y sobre todo de *conteur*, haciéndose notar su estilo por la sencillez, gracejo, sobriedad y naturalidad, que cautivaron al numeroso y escogido auditorio hasta el punto de hacerle parecer breves los cinco cuartos de hora que duró la conferencia. A modo de ilustraciones de ésta había expuestos en el salón bocetos, láminas, apuntes, etc., de los principales pintores escenógrafos antiguos y modernos, y en otro local varios teatrinos representando las principales decoraciones pintadas por el Sr. Soler y Rovirosa.

Ambos conferenciantes obtuvieron sendas ovaciones entusiastas: al enviarles nuestra más sincera felicitación, hacémosla extensiva á nuestro querido amigo y distinguido colaborador D. José Yxart, presidente del Ateneo Barcelonés, por sus inteligentes iniciativas, que buena falta hacían en el que tiene derecho á ser el primer centro de la vida artística, literaria y científica de nuestra ciudad.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Cotha, ha obtenido gran éxito un drama en tres actos, de Víctor Naumann, *El derecho á la moralidad*, que es una protesta contra la moderna escuela realista alemana.

– En Liverpool los individuos de la sociedad Carl Rosa han estrenado con excelente éxito una ópera titulada *La fuente de oro*, original del difunto compositor Goring Thomas: algunas piezas que éste había dejado sin terminar han sido compuestas por P. Waddington.

París. – En la Comedia Francesa se han estrenado: *Sapho*, drama lírico en un acto y escrito en hermosos versos por Armando Silvestre, y *La paix du menage*, comedia en dos actos de Guy de Maupassant, muy bien escrita, pero de argumento verdaderamente repulsivo.

Londres. – En el teatro de la Royalty se ha representado con buen éxito una versión inglesa del interesante drama alemán *Alexandra*, de Ricardo Voss, y en el teatro de la Court se ha estrenado también con buen éxito una comedia de A. W. Pinero, *The amazons*, graciosa sátira contra las mujeres que sienten inclinaciones y gustos varoniles. En Covent Garden se prepara una temporada wagneriana que durará desde 7 de junio á 11 de julio: se estrenarán *Las Walkirias* y *Siegfrido* en alemán, para lo cual se han contratado los principales artistas de Berlín, y *Los maestros cantores* en italiano con Lassale y Rezké; con éstas alternarán otras obras del gran maestro ya conocidas en Londres.



M. JULIO FERRY, presidente del Senado francés fallecido repentinamente en París en la tarde del 17 del corriente

Madrid. – Se han estrenado con éxito satisfactorio: en Lara, *Carranza y compañía*, graciosísimo sainete en un acto de don Tomás Luceño; en Apolo, *La mujer del molinero*, zarzuela en un acto de D. Fiacro Yrayzoz y D. Jerónimo Jiménez, de argumento interesante, desarrollado con habilidad y gracia y de música agradabilísima; y en Eslava, *Triple alianza*, zarzuela en un acto, del Sr. Jackson Veyán, con música del maestro Caballero. En la Comedia se ha verificado el beneficio de doña Julia Martínez con la *reprise* de la bellísima comedia en tres actos, de Vital Aza, *El sombrero de copa.*

Barcelona. En el Tívoli se ha puesto en escena, entre otras, la ópera de Bretón *Los amantes de Teruel;* en el Circo Barcelonés se ha estrenado una bellísima opereta en tres actos del maestro Carlini, *I diavoli della corte*, obra graciosa, con música muy bonita y muy bien puesta en escena y representada por la aplaudida compañía Tani; y en Novedades se ha verificado el estreno de un drama en tres actos y un epílogo de D. Manuel Rovira y Serra, *L' hereu del mas*, que el público ha recibido con aplauso.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Guillermo Czerwinski, notable pianista y compositor polaco.

Luis Lindenschmitt, fundador y director del Museo central Romano-Germánico de Maguncia, autor de importantes obras de arqueología, entre ellas *Manual de la arqueología alemana* y *Las antiguedades de nuestro período pagano.*

Fernando Quinquerez, pintor de historia, cuyos cuadros tienen generalmente por asuntos episodios de la historia de Croacia.

Víctor de Meyenburg, escultor suizo, notable por sus bustos, retratos y también como coleccionista artístico.

Juan Pettie, ilustre pintor de historia y de género, inglés, individuo de la Academia de Londres y especialmente conocido por sus cuadros militares y por sus retratos.

Enrique Schlessinger, pintor alemán que se dedicó con gran éxito á la pintura histórica y de género.

Augusto Wittig, profesor de escultura en la Academia de Dusseldorf.

D. Eusebio Martínez de Velasco, distinguido escritor y redactor en jefe de *La Ilustración Española y Americana.*

Julio Ferry, dos veces ministro de Instrucción pública, ministro de Negocios Extranjeros, dos veces presidente del Consejo de Ministros, candidato en las últimas elecciones para la presidencia de la República, recientemente elegido presidente del Senado: fué uno de los hombres que mayor influencia han ejercido en la política francesa contemporánea.



El memorialista, cuadro de Salvador Viniegra. Desde que la instrucción se ha generalizado un tanto más que antes, ha perdido el memorialista buena parte de la importancia que tuviera cuando el saber escribir era poco menos que artículo de lujo; no faltan, sin embargo, entre ciertas clases del pueblo clientes, hembras en su mayoría, gracias á los cuales aún se conserva ese tipo tradicional con más letra menuda que buena letra, ajustador de cuentas *ad usum famularum* que el Gran Capitán envidiaría y más conocedor de la gramática parda que de la académica, depositario de multitud de secretos, confidente de amores más ó menos desinteresados y confeccionador de ciertas fórmulas de estilo con que *embellece* las ideas que en forma rudimentaria le suministran sus parroquianos. Tal es el personaje que ha inspirado al ilustre pintor Viniegra el hermoso cuadro que reproducimos, cuadro tan bien concebido que nos parece asistir á la escena real que representa, y tan acabado en su conjunto y en sus menores detalles que cabe dudar si la bellísima decoración que le sirve de fondo ha sido hecha para que sobre ella destaquen mejor los personajes ó si éstos están puestos en el lienzo sin otro objeto que dar mayor vida á aquélla. Viniegra que prodiga un raudal de sentimiento y poesía en *La bendición de los campos*, que describe magistralmente las costumbres de nuestros antepasados en cuadros como *Un bautizo* y *La firma del contrato de matrimonio*, que hace asomar á nuestros ojos las lágrimas en *La muerte del torero* y á nuestro labio la risa en *Para dos perdices... uno*, obras todas conocidas de nuestros lectores por haberlas reproducido La Ilustración Artística, aborda en *El memorialista* un nuevo género para el que demuestra las mismas excepcionales aptitudes que en todos los demás ha patentizado.

El eminente poeta italiano Carlos Goldoni, retrato de Alejandro Longhi. – Hace poco se ha conmemorado en toda Italia el centenario de la muerte de Carlos Goldoni, el famoso poeta veneciano nacido en 1707, el que á la edad de ocho años componía una comedia, el que á poco de haber cumplido los veinticinco comenzaba por toda la península italiana su vida errante y su gloriosa carrera de autor dramático, el que después de triunfar en los teatros de su patria triunfaba también en París, donde se estableciera en 1796, obteniendo éxito con *Le Bourru bienfaisant*, comedia en tres actos representada en el Teatro Francés en 1771; el Moliere italiano, como le llaman unos; el Terencio de las lagunas, como le denominan otros. El retrato de Goldoni que publicamos es del famoso retratista y grabador, contemporáneo y compatriota suyo, Alejandro Longhi, y se conserva en el Museo Carrer, de Venecia.

Un asalto (recuerdo de Carnaval), cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés). – Una escena de Carnaval, desarrollada en el zaguán de una vivienda señorial de esta ciudad, una de las pocas joyas del Renacimiento que por fortuna ha respetado la demoledora piqueta, ha servido de tema á Ramiro Lorenzale para producir un cuadro que atrae desde luego por su armonía y por su acertada tonalidad. El escenario escogido por el artista, rico en su ornamentación, avalora el cuadro que en él se desarrolla, sin que la heterogénea diversidad de trajes y sus abigarrados matices produzcan mal efecto. Ahí es donde el pintor ha podido dar muestras de sus aptitudes y de su buen acierto y discreción en armonizar tonos y colores vivos y brillantes. No en balde tuvo por maestro á su respetable padre Claudio Lorenzale, á quien tanto debe el arte de nuestra región.

Jubileo episcopal de S S. León XIII. La bendición papal en la basilica de S. Pedro. – Grandiosas han sido las fiestas celebradas en Roma con motivo del jubileo episcopal del Papa León XIII, habiendo sobresalido por su magnificencia las que se verificaron en la hermosa basílica de San Pedro el día 19 de febrero último. El momento en que el virtuosísimo y sabio Pontífice sentado en la silla gestatoria dió la bendición papal á la inmensa multitud que le rodeaba fué imponente é indescriptible: precedido por varios trompeteros y llevando á los lados cardenales, obispos, guardias nobles, caballeros de honor con su clásico traje á la española, caballeros de capa y espada y demás dignatarios de la corte pontificia, Su Santidad recorrió las amplias naves de San Pedro en medio de las aclamaciones de los fieles, que sintetizaban en aquel momento la satisfacción, el entusiamo inmenso con que la Cristiandad toda ha conmemorado el quincuagésimo aniversario del episcopado de León XIII.

A orillas del mar, dibujo de Eduardo Patry. – Bellísimo bajo todos conceptos es el dibujo del artista inglés Patry: así la figura, esbelta, natural, elegante en su conjunto y de rostro verdaderamente hermoso, como el mar cuya superficie apenas rizada por tenue brisa materialmente se aleja hasta confundirse con el horizonte, todo en este dibujo denota un dominio completo de la técnica artística, puesto al servicio de un asunto simpático y encantador.

Valentina, cuadro de Guillermo Wolff. – Mucho han discutido y escrito los filósofos desde la más remota antigüedad hasta nuestros días sobre el concepto de la belleza sin que ninguno haya logrado dar una definición exacta y completa de la misma, y sin embargo, pocos hombres hay que no sientan, aunque no se la expliquen, esa calidad de las cosas que produce admiración y deleite. Cualquiera que vea el hermoso busto de Valentina, de Wolff, ¿no admirará en él la expresión de lo bello? ¿No se deleitará contemplando aquellas facciones correctas, aquellas líneas puras, aquellas morbideces superiores á todo encomio? Obras como esta no es menester analizarlas detenidamente, seducen desde luego, y el que las produce se acredita de artista de genio y se conquista lugar preeminente en el mundo del arte.

Acto de descubrir el busto de Tomás Carlyle en la Biblioteca pública de Chelsea, en Londres. – Hace poco se ha verificado en Chelsea, que hoy forma parte de Londres, una intesesante ceremonia, la de descubrir el busto del ilustre filósofo é historiador inglés Tomás Carlyle, erigido en una de las salas de la Biblioteca pública. El busto, copia de otro admirablemente modelado por sir Edgardo Boehm, fué descubierto por el reverendo Geraldo Blunt, el cual, antes de quitar la tela que cubría la escultura, pronunció un discurso recordando la amistad que le unió con el autor de la *Historia de la Revolución francesa* y de *Los héroes.*



LA VICTORIA DE CESAR

BOCETO DE VERANO

POR CORDELIA

I

La campana había dado el primer toque para la comida, y los bañistas se iban reuniendo poco á poco en el salón para esperar el segundo. Las señoras entraban elegante y cuidadosamente vestidas, se cambiaban saludos, ojeadas y se detenían formando corrillos.

– ¡Qué bien le sienta á su cuñada de usted ese vestido azul!, dijo la condesa Altobelli á Clelia Orlandi.

– Sí, el azul es el color predilecto de Paulina, contestó Clelia; pero dígame usted, condesa, ¿cómo no ha bajado usted hoy á almorzar?

– He tenido jaqueca; ni siquiera las duchas sirven para mi mal; todas las curas son inútiles.

– Ponte derecha, María, dijo la señora Ferrini á su hija, jovencita alta, angulosa y desgarbada, que entraba en aquel momento.

– Por más que haga, dijo en voz baja Clelia Orlandi á la condesa, por más que la traiga á los baños, temo que tampoco consiga nada este año; no se presenta un marido para un remedio.

– ¿Con semejante abundancia de jóvenes?

– Como no se la dé al Sr. Bianchelli.

– Creo que está tan desesperada que se la daría hasta á un viejo tan achacoso como él. Falta saber si Bianchelli la aceptaría.

– Pero ¿no toca nunca esa campana?, dijo el Sr. Franchi, dejando sobre la mesa el periódico que estaba leyendo. El baño me abre un apetito... ¿Quién es ese majadero?, añadió fijando la vista en un desconocido que entraba por primera vez en aquel salón.

Todos se volvieron para observar al recién llegado, y Rita Alfieri, avispada muchacha de quince años, no pudo contener una carcajada.

Era en verdad cosa de risa el ver aquel cuerpo largo, negro, con la barba erizada, el cabello largo, la corbata puesta sin gracia y anteojos azules.

Entró tan distraído como si se estuviese paseando por el campo, y cuando levantó la vista y se encontró entre tanta gente, se quedó cortado, descubrióse y corrió en derechura al comedor, mientras resonaba el segundo toque de la campana que los bañistas reunidos en el salón acogieron con unánime exclamación de contento.

Pero no se movieron, antes bien siguieron aguardando y charlando, porque sabían que no se servía en seguida la comida. El capitán Baldi pasó en su cochecito de mano y todos acudieron presurosos á preguntarle por su salud.

Aquel arrogante joven, en la flor de su edad, condenado á ir en un coche de manubrio porque estaba paralítico de las piernas, interesaba á todos. El capitán meneó la cabeza, indicando que no encontraba alivio, y se dirigió al comedor. Tenía que ocupar su puesto antes que los demás porque, estando la estancia llena, no habría podido pasar.

– ¡Pobrecillo!, exclamó Clelia Orlandi siguiéndolo con la vista. ¡Tan joven y condenado á la inmovilidad!

– Y solo, respondió la señora Ferrini; si al menos estuviese casado, tendría compañía, consuelo; pero los hombres cuando están buenos no piensan en el porvenir, y ese es un ejemplo.

– Ya salió la señora Ferrini con su preocupación sempiterna, dijo la señora Alfieri al Sr. Franchi: ¡Cuántos despropósitos le obliga á decir esa hija que no puede casar! Por verla colocada se la daría á cualquiera

– Es que usted no sabe lo que significa buscar diez años infructuosamente. Su hija de usted, Rita, es muy niña; es bonita y no estará soltera á los treinta años; pero si acaso...

– Aseguro á usted que procuro educarla de modo que pueda pasar sin marido, y de todos modos no seré nunca tan ridícula como esa señora.

– ¿Quién es ese tipo raro que ha llegado hoy?, preguntó la Orlandi á un caballero que entraba en aquel momento, después de saludarle.

– Lo ignoro.

– ¿Lo ignora usted que siempre está tan bien informado?

– ¡Si viese usted qué facha!, dijo Rita Alfieri. Yo no he podido contener la risa.

– Pero ¿quién será?, preguntó Paulina Orlandi.

– ¡Qué curiosa eres!, le dijo su cuñada.

– Por lo que á mí toca, desearé que no lo hayan puesto en la mesa á mi lado, dijo la condesa Altobelli; esa cara bastaría para quitarme el apetito.

– ¿Quién sabe de dónde ha salido?, añadió Paulina.

– Es un profesor, una persona muy distinguida, dijo la señora Ferrini acercándose al corro.

– Apuesto algo á que está disponible, indicó el marqués Rinaldi ofreciendo el brazo á la condesa y pasando con ella al comedor.

Imitando su ejemplo, entraron todos en la misma habitación, donde reinó un momento de confusión, y cuando cada cual llegó á su sitio resonó un ruido de sillas, de roce de vestidos de seda y después choques de platos y pasos, y finalmente voces, conversaciones y risas.

Se habló del recién llegado, y todas las miradas lo buscaban en aquellas dos largas mesas, hasta que lo divisaron sentado junto al capitán Baldi, con el cual había entablado una conversación que parecía muy interesante.

– ¡Pobre capitán!, exclamó la condesa. Está condenado sin poder escapar á oir todos los discursos de cuantos se acercan á él; yo hubiera mandado que me trasladasen el cubierto si me hubiese tocado ese ente por vecino.

– En estos sitios se ven tipos de todas las razas, dijo el marqués Rinaldi; ¿quién sabe de dónde ha salido?

– Parece que venga del mundo de la luna, exclamó la condesa riéndose de la ocurrencia.

El marqués, que no quería ser menos, dijo que le parecía el mago Merlín.

– ¿Y por qué no puede ser un sujeto excelente?, objetó Clelia Orlandi. Tenéis muy poca caridad con el prójimo... Juzgar de la gente así, á primera vista...

Clelia tenía algo de caballeresco en su naturaleza, y cuando veía que todos se pronunciaban contra una sola persona quería defenderla á todo trance.

– Pues guárdese usted para sí ese pollo, dijo irónicamente la condesa; pero no nos lo presente usted.

Clelia comprendió que había cometido una torpeza, y que por romper una lanza en favor de un individuo desconocido se exponía quizás á perder la popularidad alcanzada entre aquellas señoras por su aspecto simpático y por la elegancia de sus trajes.

– No hagas caso de esa gente, le dijo su hermana, sólo se pagan de las apariencias: son necios.

– Me callo porque no quiero enfadarme; mientras permanezca aquí deseo estar en paz con todos.

– ¿Hasta con el recién llegado?

– Hasta con él, y si se presenta la ocasión le haré buena cara; me conduele que todos lo ridiculicen cuando tal vez sea muy simpático. Desde luego se echa de ver que es un hombre estudioso.

– ¡Ya lo creo! Como que es profesor de ciencias naturales, hombre de erudición que ha hecho mucho bien á la humanidad con las cosas que ha descubierto y sabe además muchas otras.

– Pero ¿quién te ha dicho todo eso?

– María Ferrini, que ha ido á preguntar por él al médico.

– Es muy curiosa esa muchacha.

Y volviéndose á su vecino de mesa añadió:

– ¿Sabe usted que el recién llegado es persona muy distinguida, hombre docto, un pozo de ciencia?

– Para mí será siempre un salvaje, dijo la condesa; ¿y se puede saber el nombre de ese gran personaje?

– Lo ignoramos, contestaron las Orlandi.

Pero el marqués, siempre galante y dispuesto á satisfacer la curiosidad de una dama hermosa, lo preguntó al camarero que le servía en aquel momento.

– Es el profesor César Uberti, dijo luego volviéndose á la condesa.

– ¡Cómo! ¿Ese tipo excéntrico es el hombre de quien tanto se ha hablado, que ha ido á Asia á estudiar el cólera? Se comprende que no le haya atacado.

– ¿Por qué?

– Porque el cólera habrá tenido miedo de su cara.



Oyó al doctor que hablaba con el profesor Uberti

Todos se creyeron obligados á reir este nuevo chiste de la condesa.

– Pues no es tan feo, dijo la señora Ferrini; me parece que si se quitase esos horribles anteojos parecería otro hombre.

– Y sobre todo si tuviese una mujer que le cuidase la ropa y le hiciese el lazo de la corbata, añadió sonriendo la señora Orlandi.

– Precisamente estaba pensando en ello.

La condesa sonrió, y volviéndose al comensal de al lado, le dijo:

– Lo que es ahora se arregla la boda.

– Pues harán buena pareja, contestó éste. Pero me parece que en lugar de mirar hacia aquí y ocuparse de la señorita Ferrini, escucha con interés lo que le dice el capitán.

– ¡Pobrecillo! Le estará refiriendo sus males, esperando sin duda que haga algún milagro con su ciencia.

– ¡Qué poca educación demuestra el estar hablando siempre en voz baja!, dijo la señora Ferrini á su hija mirando á la condesa; luego echó una ojeada al profesor, cada vez más animado en su conversación con el capitán, y añadió: Apuesto á que bajo esos anteojos hay dos ojos hermosos é inteligentes.

II

Era una mañana fría y nebulosa, y Paulina Orlandi no tenía ganas de tomar duchas.

La bañera había ido á llamarla hasta tres veces, pero ella se había vuelto del otro lado y continuaba durmiendo.

Aún no estaba despierta del todo cuando oyó llamar por cuarta vez, y una voz que le decía:

– Si no viene usted se lo diré al médico, que no quiere que dejen de cumplirse sus órdenes.

– Voy, voy, gritó Paulina.

Y casi sin pensarlo saltó de la cama, se puso una bata y bajó corriendo al gabinete de duchas.

Era una verdadera tortura en aquella mañana húmeda y fría el tener que recibir en la espalda aquella lluvia helada; sólo al pensar en ello temblaba con todo su cuerpo y daba al diablo al inventor de semejante medio curativo.

Pero entretanto la lluvia helada interrumpió sus meditaciones cayéndole entre cabeza y cuello, Paulina se puso á correr, á saltar, quería escaparse por cualquier lado; pero si huía de la ducha la perseguía una columna de agua; no había escapatoria; era forzoso someterse á la voluntad del médico y de la bañera.

Cuando se sintió envuelta en una sábana seca dió un suspiro de satisfacción, y lista como un corzo se dejó enjugar y frotar hasta que se le puso colorada la piel; luego se puso más que de prisa el vestido y salió corriendo al campo sin hacer caso de la mañana fresca y de la lluvia enojosa, menuda, que caía del cielo y le calaba los huesos.

– Debo moverme, dijo, pero por aquí no habrá nadie; sería una locura salir con este tiempo. No encontraré un perro al que decir dos palabras, siquiera para distraerme.

Aún no había acabado de hacer estas reflexiones cuando divisó á lo lejos á las Ferrini, madre é hija, que cogidas del brazo paseaban resguardándose de la lluvia con un paraguas.

– ¡Cosa más rara!, pensó. No salen nunca cuando hace sol, y ahora...

Acordóse de que la señora Ferrini odiaba el sol y no se exponía á sus rayos sino cubierta con un espeso velo, sin duda porque no se le estropeara el cutis, ó quizás también porque no estaba ya tan fresca y lozana que pudiera presentarse impunemente á una claridad intensa, y prefería salir con su hija á la dudosa de un día nublado.

Paulina no podía detenerse, y siguiendo su camino, se encontró con las dos mujeres; las saludó al paso mientras se encaminaban por un sendero al término del cual se divisaba al médico del establecimiento, que iba hacia ellas dando el brazo al profesor Uberti.

Paulina comprendió que la Ferrini daba caza al profesor, y curiosa por saber cómo lo pararía, dió una carrera para llegar á una senda paralela á aquella en la que debían encontrarse y separada únicamente por un cercado que, mientras permitía oir cuanto se decía, servía de escondite.

Oyó primero al médico que hablaba con el profesor Uberti de la enfermedad del capitán Landi, y le confesaba que no la entendía y deseaba que lo visitase y le pudiese dar algún consejo.

Las Ferrini llegaron cerca de ellos, y la madre pidió al medico un remedio para ciertos dolores que la atormentaban, y luego le rogó que la presentase al profesor. Hizo muchos elogios de él y le dijo que lo conocía de nombre, le habló de su viaje á Asia y de sus estudios sobre el cólera, y charlando de este modo se unió á ellos para volver juntos al establecimiento, mientras el tiempo era cada vez más amenazador.

Paulina siguió paseando para entrar en calor, y pensado que también le hubiera gustado hablar con Uberti. Tenía una curiosidad irresistible por todas las cosas nuevas, originales, desconocidas.

Aquel hombre, que repugnaba á todas las señoras delicadas y del que todos decían que era un sabio, picaba su curiosidad, del mismo modo que su cuñada, llevada de un sentimiento generoso, había salido en defensa de aquel hombre, tratado injustamente y sólo por causa de su aspecto exterior.

Cuando entró en el salón lo encontró junto á la chimenea encendida, hablando todavía con el médico y acosado á preguntas por la señora Ferrini.

Acercóse al fuego, atraída por la llama que chisporroteaba alegremente.

El profesor suspendió la conversación y se puso á observarla al través de los cristales de sus gafas con mirada fija, insistente, que la obligó á bajar los ojos.

– ¿Quién es esa señora?, preguntó en voz baja al médico.

– La señorita Orlandi.

Paulina se cansó de que la mirasen con tanta insistencia é hizo un movimiento para marcharse.

– Perdone usted, señorita, le dijo el profesor; ¿es usted acaso pariente de la señorita F?..

– No la conozco; ¿por qué me lo pregunta usted?

– Se parece usted tanto á ella... Perdone usted mi indiscreción.

– No hay de qué.

El médico presentó el profesor á Paulina, y luego prosiguió su interrumpida conversación. Explicaba á Uberti la enfermedad del capitán Baldi, y le decía que éste había sido siempre un joven sano y robusto; pero que un año húmedo y lluvioso, después de las grandes maniobras sintió un dolor agudísimo en todo el nervio isquiático, dolor que aumentaba de continuo; de nada sirvieron cuantos remedios se prescriben en casos semejantes; sobrevino luego la atrofia muscular, y ahora estaba allí sin poder moverse, en la flor de su edad, y sin que los baños le produjesen el menor alivio.

– ¿Ha ensayado usted la congelación de la parte enferma, como se ensaya ahora con buen éxito?, preguntó Uberti.

– No administro más que curas hidroterápicas, ni hago nuevos experimentos; si le parece, asuma usted la responsabilidad.

– Ese joven me interesa, repuso el doctor; acompáñeme usted á verlo.

Así diciendo, saludaron á las señoras y salieron.

La Ferrini continuó junto al fuego haciendo mil elogios del profesor. No le parecía tan feo, sino un poco descuidado en el vestir; comprendíase que los estudios no le dejaban tiempo para ocuparse de otra cosa; en cuanto á ella, le gustaba más hablar con él que estar en compañía de todos aquellos necios, todo apariencia y llenos de viento; al menos con el profesor siempre se aprendía algo. ¡Cómo se había distraído oyéndole hablar por el camino de los recientes descubrimientos científicos, y cómo aprovechaba la ocasión al ver un insecto que pasaba ó al coger un plantita para explicar un tratado de historia natural! Por más que todos lo llamaban oso mal criado, á ella le parecía muy amable; en su concepto, sólo le faltaba una mujer que cuidara de su ropa, pues en lo demás sería perfecto.

Paulina, sin estar tan entusiasmada como la señora Ferrini, sentíase, sin embargo, llevada de la curiosidad y del deseo de aprender, que podía en ella mucho, á mostrarse amable con el profesor; pero temía ponerse mal con las demás señoras y no sabía qué partido tomar.

Por más que decía á sus amigas que el hábito no hace el monje, la condesa Altobelli sostenía que lo primero que le saltaba á la vista era el hábito, y que por su parte sentía cierta repugnancia en tratar á personas mal vestidas, por lo cual no quería oir hablar más del profesor, del que se habían ocupado ya bastante.

III

Hacía dos días que el capitán Baldi no salía de su cuarto ni recibía á nadie. Este retraimiento trastornaba algo las costumbres de los bañistas, pues por lo general se agrupaban alrededor del capitán, que no podía moverse sin que le ayudasen, y pasaban largos ratos con él en el ángulo más resguardado de la terraza, adonde hacía que le llevasen después de almorzar.

Todos se compadecían de aquel joven condenado á la inmovilidad, se acercaban á él por bondad y permanecían á su lado atraídos por su agradable conversación. En aquellos momentos el capitán olvidaba su mal, y estaba muy agradecido á cuantos le demostraban cariño; pero cuando se encontraba solo en su cuarto, le entraba tal desaliento que habría deseado morir antes que verse allí inmóvil y necesitando el auxilio de todos; únicamente le sostenía la esperanza de su curación que le infundían los médicos para animarlo y en la cual casi no creía al ver que en vez de mejorar empeoraba diariamente.

Estaba más desalentado y abatido que nunca cuando la llegada del profesor Uberti vino á reanimar su casi perdida esperanza. Estaba cansado de aquella vida y se hubiera sometido á cualquier cura con tal de restablecerse, aunque esta cura pusiese en peligro su existencia.

El profesor Uberti se había consagrado por completo á la ciencia, y cuando podía hacer algún experimento era hombre feliz. A fuerza de hacerlos en sí mismo había echado á perder tanto su físico, que para recobrar lo perdido se veía obligado á sujetarse al régimen de aquel establecimiento balneario. Decía que se había tragado varias especies de microbios para experimentar el efecto en su propio cuerpo.

Por lo que respectaba á la enfermedad del capitán, le aseguraba su curación si se sometía ciegamente á su plan.

Ocupado del enfermo, apenas se dejaba ver de los bañistas, que no cesaban de hablar de él y calificaban de imprudente al capitán por confiar en un hombre que tenía todas las trazas de un charlatán.

El médico estaba asediado á preguntas por parte de todos los curiosos que deseaban noticias de aquella cura famosa; pero él guardaba silencio, y á veces prorrumpía en un «veremos» un tanto sibilítico.

Cuando el profesor estaba en la terraza ó en el salón, Paulina Orlandi procuraba siempre acercarse á él; llevada de su curiosidad por la ciencia, le hacía mil preguntas sobre el estado del capitán. El profesor no quería decir nada, y cambiaba de conversación hablándole de sus descubrimientos científicos y de los microbios, cosas por las cuales mostraba la joven gran interés.

– Si hubiera sido hombre habría estudiado medicina, decía siempre; tanto es lo que me interesan todas esas cosas. ¿Me enseñará usted algún microbio?

– Con mucho gusto, contestaba el profesor; cuando la enfermedad del capitán no me tenga tan ocupado.

– ¿Y de dónde lo sacará usted?

– Es cosa fácil: en todas partes hay microbios: en el agua que bebemos, en el pan que comemos, en el aire que respiramos; los hay inocuos, provechosos y dañinos.

– Deseo ver los dañinos.

– Pues enseñaré á usted el *bacillus virgula*, el del cólera, si no tiene usted miedo.

– Yo no tengo miedo de nada.

– En ese caso comprendo que hubiera usted podido dedicarse en efecto á la ciencia.

Un día la señora Ferrini dijo á Clelia Orlandi que se murmuraba de su cuñada porque hablaba siempre y con mucho interés con un joven.

– ¿Con quién? ¿Con el profesor? ¿Y le llama usted joven? En todo caso no es comprometedor.

– Yo se lo aviso á usted por su bien, replicó la Ferrini; lo cierto es que ella le manifiesta preferencia y que hablan mucho. Ténganlo ustedes en cuenta.

Otro día Clelia preguntó al profesor por qué mostraba tanta simpatía á su cuñada.

– En primer lugar porque es muy apreciable, y luego porque..., si usted supiese, es toda una historia.

– Pues cuéntemela usted.

– Temo que se burle usted de mí.

– ¿Tan mala me cree usted?

– No quiero decir eso; pero la gente se ríe de los sentimientos que no experimenta ó no comprende; sin embargo, usted debe ser buena y me tendrá lástima cuando sepa lo mucho que he sufrido.

– Cuente usted, cuente usted, dijo Clelia, que esperaba oir una historia interesante.

– Es una cosa muy sencilla. Yo estaba solo en el mundo; no tenía más que



Se mueve, dijo Paulina acercando el ojo al microscopio

dos afectos, pero ambos muy intensos: mi ciencia y una joven á quien conocía desde la infancia y con la cual debía casarme. Estudiaba, quería conquistar renombre, ser algo solamente por ella; soportaba las luchas, los disgustos, los males, todo con gran paciencia, porque contemplaba su rostro que me sonreía y me animaba. Tuve que pasar al extranjero para completar mis estudios, y á mi regreso, cuando adquiriera el título de profesor, debía obtener su mano. Puede usted figurarse el afán con que yo esperaba aquel día. Partí, y al volver después de muchos meses de ausencia corrí á casa de mi novia...: ya no era la misma que antes; me recibió con frialdad, y cuando le hablé de matrimonio me dijo que lo lamentaba, que no se sentía nacida para la vida de familia y que quería morir soltera. No comprendí ya nada, creía perder la cabeza; le pedí una explicación, fuí insistente hasta el extremo de hacerme enojoso y por último me confesó que le era antipático. Una tía suya, gazmoña y beata, le había metido en la cabeza que yo estaba condenado, porque quería desentrañar los misterios que la religión prohibe indagar. Traté de persuadirla de su error; le dije que Dios quiere el progreso de la humanidad; que debía averiguar esos misterios para el alivio de la humanidad doliente: nada me valió, y se puso á hablarme de los animales que sacrificaba. La tía la había llevado un día ocultamente á mi laboratorio y enseñado perros descuartizados y conejos mutilados, y desde aquel día me tuvo por un verdugo. Yo le hablé de nuestra infancia, le rogué que dejara pasar algún tiempo antes de tomar una resolución tan extrema, pues con el tiempo tal vez cambiase de parecer. Nada conseguí, y al día siguiente me escribió una carta despidiéndose de mí para siempre; decía que iba á encerrarse en un convento para rogar al Señor que me abriese los ojos, me hiciera abandonar la ciencia y me salvara; me enviaba las cartas que yo le había escrito, y aseguraba que todo había concluído entre nosotros.

– ¿Y qué hizo usted?

– Caí enfermo y creí morir; pero mi vigorosa constitución y mi juventud me salvaron la vida; desde aquel día me entregué por completo á la ciencia y sentí gran desconsuelo por los errores de los hombres.

– Pero ¿qué tiene que ver mi cuñada con todo eso?

– Que es el vivo retrato de mi novia: siempre que la veo me da un vuelco el corazón y me siento atraído á ella por una fuerza irresistible; me consuela hablar con ella; tanto más, cuanto que si se parece á la otra en lo físico, piensa de muy distinto modo, y esto me anima. Y ahora ¿no se ríe usted de mí?

– Todo lo contrario, respondió Clelia estrechándole la mano y alejándose para no dar á conocer su emoción.

Había defendido al profesor porque los demás se burlaban de él sin conocerlo, y ahora empezaba á apreciarlo formalmente. Aquel sencillo relato la había enternecido; aquella vida consagrada enteramente al estudio la entusiasmaba, y por otra parte, lo que de él se refería, sus descubrimientos, su modestia y timidez, todo contribuía á que adquiriera en su mente las proporciones de un héroe y de un mártir.

Clelia hablaba siempre de Uberti con admiración, haciéndole eco la señora Ferrini, la cual, aunque veía que hacía de su hija tan poco caso como si no existiese, no dejaba de abrigar una secreta esperanza de que acabaría por fijar su atención en la muchacha, que tenía toda la seriedad que se requería para ser esposa de un hombre de ciencia y de un profesor; y aun llegó un día en que habló á Clelia de sus esperanzas; pero ésta le aconsejó que no se hiciera ilusiones y le contó la historia del profesor.

– Tanto mejor, dijo la señora Ferrini; un clavo saca otro clavo, y con el tiempo todo se olvida: ahora tengo más esperanza que antes.

Y seguía acosando al profesor; inventaba males para que él se los curase y para hacerle ir á su cuarto, hasta el punto de que había llegado á ser su espantajo y huía de ella siempre que la veía asomar por alguna parte: Uberti decía que aquello era una verdadera persecución, peor que la de una mosca rabiosa, y cuando la tenaz señora conseguía detenerle, él pretextaba siempre que tenía que ir á ver al capitán, motivo plausible para dejarla plantada.

IV

Era una tarde pesada y calurosa de agosto: el sol, que de vez en cuando se ocultaba entre las nubes, enviaba un bochorno sofocante; era uno de esos días en que se necesita una gran distracción para olvidar la opresión de la temperatura.

A la sombra de los árboles y plantas del bosquecillo había un grupo de personas, en su mayoría señoritas, que rodeaban al profesor Uberti, el cual les enseñaba mil maravillas al través de las lentes de su microscopio.

La más atenta era Paulina Orlandi, la cual, desde que había descubierto bajo aquellas lentes muchas maravillas invisibles, quería examinar todo cuanto tenía á mano.

En aquel momento estaba el profesor enseñando el mundo contenido en una gota de agua.

– Mire usted, decía á Paulina, una bellísima *amiba*.

– Se mueve, observaba Paulina, acercando el ojo al microscopio, ¿es un animal?

– No; es el principio de la vida animal; repare usted cómo se mueve y cambia de forma en su continua rotación; es un mundo en pequeño.

Y empezó á contar el origen del universo y á explicar la teoría de Darwin.

– ¡Es cosa bellísima, maravillosa!, exclamaba Paulina.

Todas las demás quisieron verla.

Rita Alfieri decía que el profesor les contaba patrañas; María Ferrini hacía que le repitiese la explicación porque no entendía una palabra; Clelia Orlandi quería en aquel momento ponerse á estudiar seriamente ciencias.

Unicamente la condesa Altobelli seguía charlando con el marqués, sentada junto á una mesita, como si todas aquellas cosas fuesen puerilidades. Pero cuando las jóvenes quisieron ver su sangre con el microscopio para saber cuál contenía más glóbulos rojos y se pincharon con alfileres, hasta la condesa se acercó al grupo y deseó ver su propia sangre. Se le había metido en la cabeza que estaba anémica; la curiosidad de observar por sí misma si era cierto y su amor propio habían vencido la antipatía que tenía al profesor: además, no quería confesarlo, pero empezaba á acostumbrarse á su aspecto rudo, á su modo de vestir descuidado, y decía:

– Se comprende que es hombre de ingenio y persona muy estudiosa: ¡lástima que no se cuide de su apariencia exterior!

La condesa se había pinchado animosamente un dedo con una aguja de oro, y el profesor extendió sobre un pedazo de cristal una gota de sangre.

– Será sangre azul, dijo en voz baja un caballero que quería echárselas de gracioso.

– ¡Dios mío!, exclamó la condesa mirando con el microscopio; esa sangre es verde, amarilla: ¿cree usted que sea causa de enfermedad?

El profesor se echó á reir.

– Bajo la lente del microscopio toda sangre adquiere ese color, dijo; pero tranquilícese usted; la suya, como rica en glóbulos, es muy buena.

Paulina había cogido una mosca y quería arrancarle un ala para examinarla, cuando todos volvieron la cabeza para mirar á la entrada del bosquecillo y prorrumpieron en una exclamación de sorpresa.



¡Cuánto me gustaría tenerlo por maestro!



Los bañistas agitaban los pañuelos despidiéndose del profesor á gritos desde la campiña

El capitán se acercaba andando naturalmente y apoyado tan sólo en un bastón.

El profesor se levantó presuroso abandonando sus observaciones y acudió al encuentro del capitán riñéndole como á un niño.

– ¿Por qué ha salido usted tan pronto? No era eso lo pactado. Esa prisa puede comprometer la curación.

El capitán se disculpó; estaba cansado, aburrido de permanecer encerrado en su cuarto; había oído las voces alegres de las jóvenes en el jardín y le dió la tentación de echar á andar; no había cometido ningún exceso, pues su cuarto estaba en la planta baja y daba al jardín; sin embargo, por obediencia al profesor, que le había devuelto la vida, se acercó á una silla y se sentó. Todos le rodearon felicitándole á porfía por la curación obtenida; el profesor era ya un héroe á los ojos de todos.

La señora Ferrini era la única que no quería convencerse de que fuese él quien había curado al capitán; decía á todos que á ella se le debía, pues había regalado al enfermo una botellita de agua de Lourdes y que esta agua había hecho el milagro, y aunque lo afirmaba, el capitán le aseguró que no había hecho uso alguno de la botella milagrosa, y que si la quería se la devolvería para que pudiese dársela á alguien que la necesitase más que él.

El médico del establecimiento hubo de convenir también en que la cura efectuada por el profesor Uberti había sido maravillosa, pero estaba malhumorado al ver la popularidad que éste iba alcanzando.

Todas las señoras le rodeaban y querían describirle sus dolencias; hasta la condesa se mostraba muy amable con él y le rogaba que le curase su jaqueca; en una palabra, era ya un personaje de moda; todos le querían, todos le llamaban y nadie reparaba en el descuido de su traje.

El profesor estaba tranquilo, humilde en medio de su gloria, hablando con preferencia con Paulina, la cual se mostraba cada vez más ganosa de ciencia.

– ¡Cómo me gustaría tenerlo por maestro!, decía á cada momento.

Él á su vez habría querido decirle que se consideraría feliz teniéndola por compañera toda la vida, pero no se atrevía; temía una negativa.

La misma Paulina debía al fin dárselo á entender. En un mes había pasado su mente por muchas evoluciones; primero observó al profesor con curiosidad; luego con admiración, y por último, conociendo que se tendría por dichosa uniendo su suerte á la de Uberti, se lo dijo claramente.

En cambio él encontraba en Paulina toda la gracia de la joven que había sido su primer amor, pero con la ventaja de que aquélla estaba dotada de una inteligencia superior y exenta de prejuicios, y le halagaba la idea de poder casarse con ella.

Pero antes le exigió la promesa de que no se opondría á sus estudios científicos, ni tendría excesiva compasión á los animales que sacrificaba en aras de la ciencia.

– La ciencia es una divinidad á la cual debemos sacrificar hasta nuestra vida, y yo estoy pronta á poner la mía á disposición de usted, dijo la joven.

Pero el asunto debía guardarse secreto para evitar las hablillas que en tales casos suele haber en los establecimientos balnearios.

Entretanto el profesor continuaba perseguido por la señora Ferrini, que lo quería absolutamente por yerno; así fué que cuando le oyó fijar el día de su marcha, dijo que también ella partiría por tener el gusto de hacer el viaje en su compañía.

– Ya encontraré yo el medio de alejar á esa cócora, dijo el profesor á Paulina cuando le daba el parabién por sus compañeras de viaje.

Esta debía marchar una semana después porque su cuñada necesitaba prolongar su cura, y luego el profesor debería ir á reunirse con ellas en su casa de campo, donde se trataría de la época del matrimonio tranquilamente y sin las charlatanerías de las personas indiferentes.

El capitán expresaba á Uberti toda su gratitud por su curación, asegurándole que no lo olvidaría en toda su vida.

El día de la partida del profesor todos rodeaban el carruaje para despedirse de él y desearle buen viaje. Todos estaban disgustados por su marcha, pues ausente él, les parecía que ya no estarían tan bien asistidos en caso de enfermedad, y se proponían marchar también de allí á pocos días.

La señora Ferrini y su hija estaban ya preparadas, vestidas de viaje, para subir á uno de los coches que aguardaban en el patio; la madre quería ir en el del profesor, y al efecto fué á quitar una maleta que había en el asiento.

– Poco á poco, le dijo el profesor, esta maleta debo llevarla conmigo; no puedo confiarla á nadie, porque contiene cosas demasiado preciosas.

– ¿Qué cosas son esas?, preguntó la señora Ferrini con su curiosidad habitual.

– Nada menos que bacilos del cólera que me han enviado de Nápoles, y que me pondré á estudiar en cuanto llegue á mi casa.

– ¡Un cultivo de bacilos!, exclamó la señora Ferrini. Muchas gracias; ya no voy con usted. Vamos, niña, añadió llevando á su hija á otro carruaje. No faltaría más sino que por ir con él me diese el cólera.

– ¡Bravísimo!, dijo Paulina que presenciaba aquella escena. Pero si se difunde ese rumor se quedará usted solo.

– Mejor, así podré pensar en usted á mis anchas, contestó el profesor estrechándole la mano.

– ¡Cuidado, Paulina, que lleva microbios!, gritó la señora Ferrini.

– No me dan miedo.

– Es usted digna de ser esposa de un hombre de ciencia, le dijo el profesor.

– Silencio, replicó Paulina, no le quitemos esta última ilusión.

– Buen viaje.

– Hasta muy pronto.

– Adiós, profesor, acuérdese usted de nosotros.

Los cocheros fustigaron á los caballos y los coches salieron á galope por la carretera rodeados de una nube de polvo, mientras los bañistas seguían en medio del camino agitando los pañuelos y despidiéndose del profesor á gritos que el viento se llevaba á lo lejos por la dilatada campiña.

Traducido por M. Aranda

SECCIÓN CIENTÍFICA

Temperatura de la lava. – Hasta el presente no ha sido bien determinada la temperatura de la lava en fusión. La primera dificultad con que se lucha para determinarla es que no siempre se tiene á mano esta materia en tal estado, y cuando uno se encuentra cerca de un volcán en erupción no deja de ofrecer ciertos peligros aproximarse á la lava inflamada para hacer el experimento, pues una corriente de lava incandescente produce una radiación que hace imposible acercarse á ella. Es difícil también introducir termómetros en la lava, porque ésta aun en estado fluido presenta una resistencia tal, que los pedazos de hierro que en ella se arrojan flotan á menudo como la madera en el agua.

La última erupción del Etna ha ofrecido, sin embargo, al profesor Bartoli un campo de exploración más favorable, puesto que le ha permitido aproximarse á dos metros de una corriente de lava en el sitio mismo en que ésta salía de una galería subterránea, lo cual era una garantía contra el enfriamiento.

Apresuróse Bartoli á aprovecharse de esa ocasión é imaginó para sus experimentos un termómetro especial: al efecto, partió á lo largo y en dos pedazos una pistola del calibre 12, afiló uno de los extremos hasta formar en él una punta aguda á fin de poderla introducir con más facilidad en la lava incandescente, y en la cavidad interna colocó una barra de platino que se ajustaba perfectamente á ella, fijando esta pistola de nuevo género á una barra de hierro fijada á su vez al extremo de una larga pértiga de madera de castaño.

M. Bartoli, aproximándose á la corriente de lava, arrojó en mitad de la misma su arpón, haciendo fuerza en la pértiga para hundir el cañón de la pistola que contenía la barra de platino. Una inmersión de seis minutos bastaba para obtener el equilibrio de temperatura; pero para mayor seguridad él la prolongó hasta nueve, pasados los cuales extrajo rápidamente el aparato y colocó en la boca de un calorímetro el cañón de la pistola, y como las dos partes de éste eran móviles las separó, dejando caer el pedazo de platino en el agua del calorímetro, y midiendo la temperatura de ésta pudo averiguar la de la lava.

Al salir del canal subterráneo la lava presentaba á un metro de profundidad las temperaturas siguientes: 1060, 990, 980 y 970 grados; y la misma corriente después de un curso de dos kilómetros á la velocidad de 80 kilómetros por hora perdía 200 grados, dando como resultados 870, 800 y 750.

Experimento de electrocultura. – Para comprobar las conclusiones de M. Spechnew, director del jardín botánico de Kiu, que durante algunos años ha verificado multitud de experimentos sobre la influencia que en la vegetación ejerce la electricidad, M. E. Lagrange ha hecho durante el año pasado algunos ensayos muy interesantes de electrocultura. Al efecto ha cultivado patatas en un campo dividido en tres partes cuyo suelo y cuya exposición eran idénticos. El primer sector ha sido cultivado por el método dinámico de Spechnew, habiéndose colocado las patatas entre planchas de cinc y de cobre puestas en comunicación por encima del suelo por medio de un hilo conductor; el segundo ha sido sometido al procedimiento ordinario, y al tercero se le ha provisto de una serie de pararrayos hundidos en el suelo de manera que sus pies estuviesen situados al nivel del plano de la sementera. La cosecha obtenida en este tercer sector ha sido mucho más notable que en los otros y se ha podido recoger por lo menos quince días antes. El primer sector ha producido 68 kilogramos, el segundo 80 y el tercero 103. Hay que notar que el primer sector ha dado plantas más precoces en cuanto á la aparición de las hojas y de las flores, y además el follaje ha sido en él más alto y más espeso.

(De *La Nature*)

(1) Por la mucha extensión del artículo ilustrado *La victoria de César*, hemos suspendido en el presente número la continuación de *La Cronofotografía*, que publicaremos en el próximo.

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

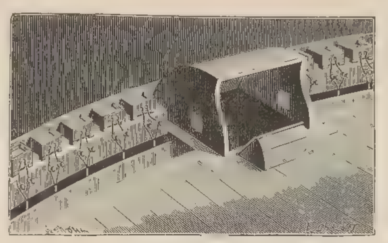
GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.



Muestra de los grabados de la obra — Audiciones telefónicas teatrales

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

MEMORIAS ÍNTIMAS, *por Ernesto Renán.* – Se ha publicado el tomo segundo y último de estas famosas *Memorias*, que es tan ameno, instructivo é interesante como el anterior. Los artículos sobre *El amor y la religión*, *La reina de Holanda* y *Federico Amiel* son insuperables, y el consagrado á la muerte de Enriqueta Renán no tiene parecido en la historia de la literatura de su género.

UN DESESPERADO, *por Iván Turguenef.* – Nueva novela del famoso publicista ruso. ¡Qué interesante es el tipo de este hombre, perdido si los hay, que realiza hechos prodigiosos, que pasa de la opulencia á la miseria, y á quien todos consideran loco hasta que encuentra una mujer de la cual se enamora! Es el eterno perdido á quien el amor transforma de león en cordero.

LA FAUSTIN, *por Goncourt.* – Pertenece este libro al grupo de novelas en las cuales el autor retrata la sociedad elegante de París. La Faustin es la actriz de moda, la amada de un lord rico; pero antes que enamorada, antes que mujer, antes que todo, es artista. Por eso al agonizar el lord quiere dedicarle la última mirada, y al abrir con dificultad los ojos ve que aquella mujer, en vez de sentir el dolor natural por la muerte de él, se ocupa en *estudiar* detenidamente su agonía, la agonía de un noble.

Estas tres obras forman parte de la *Colección de libros escogidos* y se venden al precio de tres pesetas cada una en las principales librerías.

POESÍAS, *per Frederich Soler.* – El nombre de Federico Soler, más conocido por el seudónimo de *Serafí Pitarra*, hace ociosos cuantos elogios pudiéramos dirigir á sus poesías, inspiradas todas, todas llenas de ese sabor de la tierra catalana que tan simpáticas las hace, con hermosos pensamientos y bellísimas descripciones, revestidas de forma intachable. Algunas de ellas han sido reunidas en un volumen, que es el primero de la *Biblioteca popular catalana*, y se vende al precio de 50 céntimos de peseta en las principales librerías.

LOS DOMINICOS Y COLÓN, *por D. R. Monner y Sans.* – Interesante folleto en el cual se estudia con gran caudal de conocimientos y datos históricos la grandísima influencia que en el descubrimiento de América tuvieron los dominicos, apoyando en Salamanca los proyectos de Colón por boca del padre Deza, cuya opinión inclinó el ánimo de los Reyes Católicos á favorecer la empresa del navegante genovés.



ACTO DE DESCUBRIR EL BUSTO DE TOMÁS CARLYLE EN LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE CHELSEA, EN LONDRES

NUEVAS POESÍAS, *de Juan Alcover.* – Colección de bellísimas poesías del inspirado vate balear señor Alcover; forma el segundo tomo de 150 páginas de la *Biblioteca Literaria* que publican en Palma de Mallorca los editores Sres. Amengual y Muntaner, y se vende al precio de 50 céntimos de peseta y encuadernado en tela una peseta.

VIAJES ENOLÓGICOS, EXCURSIONES VINÍCOLAS, *por Ezequiel Cernuda.* – Se han publicado las series sexta, séptima y octava de esta obra, en la que el Sr. Cernuda hace gala de sus conocimientos en la interesante materia de que trata; comprenden Grecia, Tenerife, China, Turquía, Champaña, la América meridional, Persia, Canadá y Australia. – Véndense éstas series y las anteriores en las principales librerías.

TRATADO COMPLETO DEL NARANJO, *por Bernardo Giner Alinó.* – Con los cuadernos 4 y 5 ha quedado terminada esta importante obra que interesa conocer á cuantos se dedican al cultivo del naranjo, del limonero, del cidro, del bergamoto y del limetero y que va ilustrada con profusión de grabados y cromos. La obra completa véndese al precio de 6 pesetas en casa del editor D. Pascual Aguilar (Caballero, 1, Valencia).

ELEMENTOS DE GRAMÁTICA FRANCESA EN SUS RELACIONES CON LA DE LA LENGUA CASTELLANA (primer curso), *por D. Cayetano Castellón y Pinto.* – Comprende esta obra la Prosodia y Ortografía y dentro de un sistema rigurosamente científico aparece la explicación tan clara y tan metódica y al propio tiempo tan práctica que no vacilamos en recomendar el libro del Sr. Castellón, catedrático del Instituto de Jerez de la Frontera. El tomo, elegantemente encuadernado, véndese en las principales librerías á 7,50 pesetas.

PARA LA NOCHE, NOVELAS CORTAS, *por Alfonso Pérez Nieva.* – ¿Quién no ha leído alguna de esas bellísimas novelas cortas que constituyen la especialidad de Pérez Nieva? ¿Quién no se ha deleitado saboreando esas narraciones llenas de sentimiento y escritas con admirable galanura de estilo y sencillez encantadora? Los que quieran pasar un rato agradable compren *Para la noche*, que forma el tomo 60 de la *Biblioteca selecta* que publica en Valencia D. Pascual Aguilar y se vende al precio de 50 céntimos de peseta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 27 DE MARZO DE 1893 — NÚM. 587

MEDITACIONES CRISTIANAS

I

El tiempo santo en que nos encontramos, oblígame por esta sola vez á suspender mis volanderas narraciones habituales, y sustituirlas con esta evocación al cristianismo en cuya luz el espíritu nuestro se ha esclarecido y vivificado siempre. ¡Cómo renovó esta religión celeste la vida! Cuando parece que más se conforman las sociedades con ciertas instituciones; cuando parece que más los entendimientos con ciertas creencias se conforman; cuando parecen los cielos del humano espíritu más tranquilos ¡ah, centellea una revolución, que ha venido sordamente preparándose por una serie de múltiples hechos, apenas perceptible, y sin embargo, sistemática, enlazada, vigorosa, como una serie de ideas científicas. Vista enseñanza tal, no podemos menos de decir que el movimiento es eterno, que es eterna la revolución, y que, si las transformaciones cosmológicas no tienen número, tampoco lo tienen las transformaciones humanas, las cuales se dilatarán y extenderán hasta donde se dilate y extienda nuestra misma naturaleza. Estos planetas apagados, cuerpos opacos que reciben del sol su lumbre, allá lucieron en otras edades geológicas, cual brilla nuestro sol ahora con propios resplandores. Hoy mismo llevamos en las entrañas de esta tierra fría un océano incandescente, oculto por una corteza helada, la cual, en comparación del diámetro de la tierra, ni siquiera representa lo que representan las películas en los frutos. Imaginaos cuántas revoluciones habrá exigido no más el paso de las rocas, donde no se hallan organismos, ni vegetales ni animales, por lo que halas llamado la ciencia moderna faltas de vida ó azodias, á las rocas llenas de fósiles, petrificaciones innumerables de antiguas y vividoras especies. El fuego destructor puede considerarse como el arquitecto de nuestro templo, de la tierra; y el agua, que ahonda los valles, que abre las estrías, que dibuja las laderas, como el escultor. Mas, ¡qué serie de movimientos, qué número de revoluciones, cuántas catástrofes para llegar á esta tierra habitable por el humano espíritu! A los ojos del geólogo aparece cada monte como un túmulo, cada planicie como un cementerio, cada planeta como una grande aglomeración de sobrepuestos sepulcros; porque en la tierra entera reina con una horrible tiranía la muerte, destructora y generadora también de la vida. Cuántas revoluciones para subir desde las criptógamas primitivas á los cedros del Líbano y á las rosas de Jericó; para subir desde los infusorios perdidos en las gotas de agua á los ruiseñores que llevan ya el arpa del arte en su garganta y el presentimiento del espíritu en



AVE MARÍA, cuadro de Héctor Cercone

sus nervios; para subir desde el molusco, todo estómago, al humano cerebro, todo espíritu. La materia, desde el átomo imperceptible hasta los huesos del cráneo; desde la estela en las ondas hasta la masa encefálica, ha necesitado pasar por innumerables revoluciones, que apenas puede medir el tiempo eterno y apenas comprender el infinito pensamiento. Pues si esto ha sucedido en la materia, imaginaos lo que habrá sucedido en la sociedad. Los grandes hombres, á los cuales prestan culto los siglos, resultan grandes personificaciones, cada cual de su respectiva revolución. No hay creencia religiosa, ni teología preponderante, ni sistema alguno, que no cuente con su respectiva revolución en su seno. Tendrán los unos á Confucio y tendrán los otros á Buda; entrará en el rudimentario mazdeísmo antiguo Zoroastro y en la instintiva religión del patriarca nómada Moisés, con sus sendas doctrinas más ó menos adelantadas y maduras; verá el politeísmo antiguo que un Homero que representa, además de una revolución literaria, una revolución artística, y verá el politeísmo romano un Virgilio, con tendencias á innovaciones religiosas también; engendrará el judaísmo al Bautista y al Cristo; ¿por qué ha de extrañarnos, pues, que engendre el cristianismo, tal como lo organizaran y sistematizaran sus grandes pensadores, desde San Pablo hasta Gregorio VII, sus innovaciones también, representadas por Francisco de Asís, por Savonarola, por todos los grandes oráculos de la democracia religiosa? Nadie puede contrastar el empuje de las sociedades humanas hacia adelante; nadie impedir el progresivo crecimiento de la humanidad; nadie detener las fases del espíritu; nadie ahogar las transformaciones sociales. Por consiguiente no se podía impedir que así como el politeísmo engendrara en sus catacumbas la idea católica, esta idea católica en su movimiento progresivo engendrara paulatinamente, á su vez, una nueva evolución de todo punto inevitable, dadas las leyes que rigen así á los mundos como á las almas. Las grandes instituciones se hallan condenadas á engendrar hijos á quienes aborrecen y maldicen. El Egipto engendró la Sinagoga y la maldijo; la Sinagoga engendró á la Iglesia y la maldijo; la Iglesia engendró la democracia y la maldijo también. Pero el historiador filósofo, elevándose con vuelo raudo sobre todas las pasiones, debe estudiar estos hechos universales, que determinan cambios en la dirección social, que generan nuevos pueblos, que inspiran nuevas artes, que fundan nuevas civilizaciones, como un resultado de fuerzas muy superiores al radio que puede tener y á la virtud que puede alcanzar la voluntad individual.

II

Nunca, en ningún tiempo, se mostró con tanta claridad, como en este tiempo del advenimiento de Cristo, las dobles fuerzas de descomposición y de recomposición que hay escondidas en el seno de las sociedades humanas. Por la primera, por la fuerza de descomposición, el paganismo se moría; por la segunda, por la fuerza de recomposición, nuevas creencias se formaban para satisfacer la necesidad de sentir y de esperar que tiene el humano espíritu. Asómbrase el ánimo y queda como suspenso al ver qué larga vida tienen las instituciones todas, cuando religión, á primera vista tan frágil y ligera, como el paganismo, sufre, para caer, todos los golpes que desde Thales á Séneca le han asestado los primeros pensadores de la historia en tantos y tan fecundos siglos. Así es que en el advenimiento de Cristo las almas todas de primera magnitud habíanse apartado de los altares paganos, y todos los dioses mayores y menores se morían al hielo de la duda, que se cuajaba hasta en las cimas del Olimpo. Sí: la muerte de la religión pagana fué obra de una descomposición interior del paganismo. Mal avenida el alma humana con aquel reposo, que se hallaba en el seno de los dioses antiguos; con el destino trágico, que destruía la libertad; con la compenetración del fondo y de la forma, que daba al arte una paz destinada á romperse en los choques tremendos con el dolor, iba, muy hastiada del sensualismo, en busca de una idea superior que apagase su sed de lo infinito. Y en este momento supremo llega, para realizar la conjunción divina del espíritu antiguo con el espíritu moderno, el Salvador de los hombres, el prometido á las naciones, el Mesías de los judíos, el Dios único de los filósofos, el Verbo de los alejandrinos, Jesucristo. Nunca se verificó transformación tan maravillosa como esta transformación de la Humanidad en el momento de la aparición del Cristianismo. Si la Jerusalén semítica había realizado la síntesis teológica; si la Atenas griega había realizado la síntesis filosófica; si la Alejandría egipcia había realizado la síntesis religiosa; si la Roma política había realizado la síntesis jurídica; la Roma conquistadora, la Roma guerrera había á su vez realizado la unidad posible del mundo, la paz posible de la tierra. Quedaban fuera del imperio regiones que, con excepción de la India, apenas influyeran sobre la humanidad; y en cambio, vivían á su sombra los eternos soldados que se llamaban iberos y celtíberos; los sacerdotales celtas que presentían la inmortalidad; los helenos, grandes hasta en su decadencia; la raza judía, que se levantaba del montón de cenizas, donde yaciera tanto tiempo de rodillas y se iba errante por la tierra, ora en virtud de sus peregrinaciones, ora en virtud de sus cautiverios; los persas que combatían, pero que combatían cediendo y retirándose; al extremo Occidente España, la estrella de la tarde, civilizada y sometida, aunque no en sus tribus del Norte; entre los Alpes y los Pirineos, los galos, que abrasaran el Capitolio, ya vencidos; desde los montes julianos á los montes tracios las tribus, verdadera vanguardia de la barbarie; en el Pindo, ese Apenino de Grecia, la fuerte Macedonia, armada hasta los dientes, y á pesar de haber engendrado á Alejandro, sirviendo de centinela al Imperio; en la hermosa península del Peloponeso, Grecia esclava, tiñendo con sus inspiraciones el palacio de los dueños del mundo, convertido en su propio calabozo; cerca de Grecia, Sicilia arruinada y desierta después de tantos días, por los estragos de las guerras Púnicas, renovadas en las guerras serviles; Creta, donde las larvas de las ideas orientales se convirtieran en esas mariposas llamadas los dioses helénicos; entre el Ponto-Euxino y el mar de Chipre, el Asia Menor, cuyo Haliso separaba dos familias pertenecientes á dos grandes razas; al Oeste los pueblos de raza indoeuropea, al Este los pueblos de raza siro-arábiga, y entre ambos los frigios, esos divinos flautistas, que habían sido los discípulos de Apolo y los maestros de Safo, conquistados por un paseo militar y sometidos á un procónsul y á unos cuantos lictores; entre el mar de Chipre y el Eufrates, en las grandes ramificaciones del Tauro y del Líbano, el imperio sirio, para quien la esclavitud era un refugio; en el interior del Asia, el pueblo escogido de Dios, rezando su oración sublime y leyendo sus libros revelados al pie de su santuario, último refugio de su esperanza, y bajo el látigo romano, que le amenazaba con un cautiverio más terrible aún que el cautiverio de Babilonia; á las puertas del Africa y del Asia el Egipto, con sus dioses muertos, y sus oráculos suspensos, y sus esfinges mudos, y el áspid venenoso en el corazón como la reina Cleopatra; dentro del espacio que cierran el Atlas, el desierto y el Mediterráneo, arenales inmensos, cementerios de pueblos, en los cuales erraba el kabila, envuelto en su manto del color de la tierra, y surgían, como islas, Cirene, embriagada de placer, y Cartago, muerta sin gloria; por todas las fronteras pueblos, todavía no sometidos; al Norte britanos, germánicos y dacios, al Sur árabes y nómadas africanos, al Oriente escitas, parthos y armenios; de suerte que la tierra toda conocida, con raras excepciones, sometíase tranquila al cetro de Roma y á su espada, como si esta paz y este silencio y este recogimiento del universo fuesen necesarios para escuchar la voz divina que bajaba del cielo como llamada por esta fija y absorta atención de la humanidad.

III

Escuchemos la bien apercibida palabra del Salvador. Según dice San Lucas en el capítulo X de su Evangelio, al acercarse la Pascua, no contento Jesús con los doce discípulos predilectos, escogió setenta y dos más, enviándolos á las poblaciones y diciéndoles, según San Marcos, estas sublimes palabras: «Os envío como corderos entre lobos; sed cautos cual serpientes y sencillos cual palomas.» Después de esta misión, y al día siguiente de su triunfal entrada en Jerusalén, dirigióse al templo, donde penetró en medio de la emoción universal, tranquilo como si estuviese absorto en sobrenaturales contemplaciones; cruzados los brazos sobre el pecho como para contener y ahogar los latidos de su corazón; radiosa la frente con aquella mística aureola que irradiaba resplandores en los cuales se han abrasado, como leves mariposas, tantas y tantas almas; y dirigióse á la teba, ó mesa, donde se deponían los libros santos, y comenzó á enseñar la palabra de Dios. Entonces los fariseos, temerosos de que tan ardiente palabra encendiera los ánimos y suscitara perturbaciones, mucho más temibles que en ningún otro tiempo en los días de Pascua, preguntáronle por sus títulos y sus derechos para dirigirse al pueblo. Y Jesús les contestó que se los presentaría cuando ellos le dijesen si el bautismo de Juan sucedió por divina ó por humana ordenación. Suspendiérone á tan extraño problema los grandes sacrificadores, y recapacitaron, reconcentrando en lo interior el pensamiento, que si decían por divina ordenación, argüiríales Jesús de inobedientes á Dios por no haberle seguido, y si por humana, de contrarios al pueblo que aún creía y adoraba en su profeta. Y buscaron el expediente fácil de burlar la cuestión diciendo que no podía tratarse entonces de Juan y su misión, sino de él, de Cristo y sus predicaciones. Y les respondió el Salvador con aquellos apólogos, los cuales contenían la esencia de su doctrina como el cáliz contiene la miel de las flores. Y habló de dos hijos que recibieron de su padre orden de trabajar en las viñas, y entre los cuales, el uno, después de haber rehusado largo tiempo ir, fué, mientras el otro, después de haber convenido en ir, no fué; alusión á quienes le imputaron un día tardanza por comenzar sus predicaciones y luego le abandonaron y aun le persiguieron. Por todo lo cual, Jesús da rienda suelta con serenidad al espíritu democrático que alienta á su persona y que vivifica su doctrina, contando la parábola de aquel rey que convidara muchos poderosos á la boda de su hijo, y como no asistieran, envió á sus criados á que recogieran las gentes encontradas en las calles al acaso y las condujeran en tropel, y sin preguntarles siquiera por sus nombres, á la honra y al goce del festín. Oyendo estos apólogos morales, tan contrarios al sentido estrecho con que el materialismo farisaico destruía la ley; viendo estas tendencias republicanas de un joven galileo no permitidas en Roma ni á los patricios romanos, debieron los sacerdotes temblar y estremecerse por sus privilegios teocráticos, y decidir la perdición del reformador que podía concitar contra ellos las iras exterminadoras del César. Y Jesús redoblaba en su contra las invectivas, cuando decía que gustaban del primer lugar en los festines, del primer asiento en las sinagogas, del primer saludo en los mercados, y les reconvenía por llamarse, á guisa de reyes, señores, cuando sólo debe haber para los hombres, iguales en naturaleza, un Señor, nuestro Dios que está en los cielos; y terminaba con estas elocuentísimas palabras: «Sois dignos descendientes de los que inmolaron á los profetas; Jerusalén, Jerusalén, que matas á los santos y apedreas á los enviados á ti, ¡cuántas veces he intentado reunir tus hijos dispersos, como la gallina sus polluelos, y no lo has consentido!» Indignados los judíos, cogieron piedras para arrojárselas, y Jesús les dijo que habiendo hecho tantas buenas obras, en nombre de su padre celestial, ¿por qué le apedreaban? Y ellos le respondieron que no le apedreaban por sus obras, sino por sus palabras; porque, siendo hombre mortal, se llamaba á sí mismo Dios. Y Jesús, extrañado de estas reconvenciones, respondió con una pregunta en verdad sencillísima: «¿Pues no dicen los salmos que somos igualmente hijos de Dios?» Al considerarle tan sereno en medio del peligro, tan pronto á la respuesta, tan sublime en sus sentencias, sonriente cuando todos se enfurecían, superior á las pasiones humanas cuando todos á sus iras se entregaban, muchas gentes del pueblo se sintieron tocadas en el corazón por aquella avasalladora dulzura y comenzaron á decir que si el Mesías llegara de veras no hiciera tantos milagros ni tantas maravillas como aquel hombre. Y hubo una gran diferencia en el pueblo de Jerusalén por su causa, pues mientras unos gritaban que le prendieran, otros se interponían entre su persona y los que le amenazaban para guarecerle y para salvarle. Y Jesús tuvo que salir del templo á causa de las divisiones y de las diferencias que suscitaba su palabra en el pueblo. Y al salir, habló de su divino ministerio en estas sentencias llenas de compasión para sus enemigos é inspiradas indudablemente por la fortaleza que da el socorro y el auxilio de una elevada conciencia. «Vosotros sois de aquí abajo, y yo de lo alto; vosotros de este mundo, y yo del otro. Y ninguno entre vosotros podría ir donde voy yo.» Estaba de tal suerte pervertida la conciencia de los judíos, ignoraban con tan profunda ignorancia el divino misterio de espiritualismo ante el cual se veían y encontraban, que creyeron á Jesús capaz de darse, como cualquier estoico, la muerte. No sabían que en sus palabras iba encerrada la vida. No sabían que en su predicación iba contenida la conciencia universal. No sabían que cada una de aquellas ideas era un mundo, como la mayor parte de los puntos luminosos sembrados en las esferas son como otros tantos soles. No sabían que la tierra se llenaba de nueva vida, los hombres de nuevo espíritu y los cielos de nueva luz. En estos días celebraban los judíos la Pascua, relacionada, como todas sus festividades, con el éxodo de Egipto y el viaje á la tierra prometida. Los ritos figuraban, por tanto, la hora solemne de un adiós postrero, la comida apresurada de quien se apercibe á una larga peregrinación y los preparativos propios de tamañas empresas. En cuanto la media noche sonaba, reuníanse para tal cena pan sin levadura que indicaba la precipitación y la prisa, hierbas amargas



«FLEVIT SUPER ILLAM,» cuadro de Enrique Simonet (premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

recogidas al borde del camino y el cordero Pascual, manjares bendecidos todos por el patriarca ó jefe de la familia, el cual explicaba sencillamente toda su significación y describía los hechos históricos y religiosos que en todas aquellas ceremonias se conmemoraban y el sentido oculto de sus menores particularidades y accidentes. Al partir el pan ázimo y escanciar las primeras copas de vino, levantábanse los irraelitas; mas se asentaban al comer las hierbas y el cordero, con lo cual quedaba concluída la ceremonia, que se completaba con deliciosísimo cantar en coro digno de las aptitudes músicas de esa raza semítica, sublime cantora del desierto, cuyas melodías tienen la monótona pero sublime resonancia del viento en las playas. En todos los siglos y en todas las religiones, sentarse á la misma mesa, partirse el mismo pan, apurar el mismo vino significa una comunión de ideas y de sentimientos que alimentan y sostienen á las almas, como los manjares comunes alimentan y sostienen á los cuerpos. Así nada más social que un banquete, que una comida en común, y nada más íntimo ni más cordial ni más propio para despertar toda suerte de sentimientos que la conversación amistosa durante una comida y en torno de una mesa. Cristo, al salir del templo, sintió que sonaba la hora de su sacrificio, y al sentir que sonaba la hora de su sacrificio aspiró á una última cena en compañía de sus discípulos, á quienes debía convertir en apóstoles para adoctrinar á todos los hombres y esclarecer é iluminar á toda la tierra. Dos discípulos fueron enviados, Pedro y Juan, para que alquilaran una habitación y dispusieran todo lo necesario. Y allí, en aquella cena dejó instituída la comunión eterna de las almas entre sí por medio de la caridad y del amor, y de las almas con Dios por medio de la oración y de la fe. Y para que nada faltase á esta obra sublime y redentora, le ofreció su preciosa vida y la consagró con su divina muerte. Y desde lo alto de la Cruz, patíbulo ignominioso, quedó promulgada en todas las conciencias y transmitida á todos los siglos la religión divina del espíritu.

EMILIO CASTELAR



LA TRASLACIÓN DEL CUERPO DE LA VIRGEN, cuadro de C. Maccari

LA VIRGEN MADRE AL PIE DE LA CRUZ

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus
(Joan., 19.)

Dios había ordenado en la antigua Ley que hubiese delante del tabernáculo en el templo de Jerusalén dos altares contiguos: el de los holocaustos y el de los perfumes. En el uno se ofrecía el sacrificio perpetuo, corría la sangre y se quemaba la carne de los animales sacrificados; en el otro ardía el incienso en honor al Altísimo. En el primero se oía el ruido de los instrumentos del sacrificio, los gritos de las víctimas y la voz de los sacrificadores; en el segundo subía el humo de los perfumes aromáticos en el profundo recogimiento de un silencio religioso. *(Exod.*, 27 y 30.) Expresiva figura de la realidad que un día se vería en el Calvario, donde el *Hombre del dolor*, nuestra Hostia y nuestro Pontífice, se ofrece en sangriento sacrificio para la salvación del mundo y pronuncia aquellas Palabras que, dominando todos los clamores y todas las imprecaciones y blasfemias de los verdugos, repercutirán por doquiera al través de los siglos, y donde la *Madre del dolor* va á la hora santa del incienso, para ofrecer callada é interiormente el sacrificio de su corazón.

Estos dos altares que Dios había hecho levantar en el centro del antiguo santuario, no son ya sino uno solo para nosotros. Conmovedor espectáculo sería asistir al santo sacrificio de la misa celebrado sobre un *Calvario*, en un altar cuyos cuatro ángulos estuviesen marcados por las estatuas alegóricas del *Dolor*, de la *Resignación*, de la *Fortaleza* y de la *Bondad*. Por encima de unas rocas, sembradas de plantas funerarias, se levantaría la imagen del Salvador Jesucristo crucificado, y otra imagen de María Santísima de los Dolores, reflejando en su rostro, espejo transparente de su alma grande, los sentimientos expresados por aquellas estatuas, estaría de pie junto á la Cruz de Jesús, como estuvo en el Gólgota. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.*

¡Stabat! Cerca de Jesús, María: junto al Hijo, la Madre: fiel siempre á su Hijo, hasta la muerte de Cruz, estaba junto á la Cruz. María con Jesús, al darle á luz en el establo de Belén; María con Jesús, presentándole en el templo de Jerusalén; María con Jesús, junto á la Cruz, viéndole morir en el Calvario. No pueden separarse jamás los que están unidos por la caridad más perfecta. *¡Stabat!* Estaba de pie la Madre, estaba crucificado el Hijo: no apartando sus ojos, como Agar para no ver morir á su hijo Ismael en el desierto, sino fijándolos en las llagas del Hombre Dios, como si las quisiera imprimir en su corazón. *¡Stabat!*, no, como débil mujer, sollozando con femenil sentimiento, sino con toda la fuerza de su vida, para apurar del todo el amargo cáliz de la aflicción y del dolor. *¡Stabat!*, no para consuelo de su Hijo, á cuyos secos labios no podía acercar ni una gota de agua que calmase la sed ardiente que los abrasaba, sino para mayor dolor suyo y del Hijo de sus entrañas. *¡Stabat!*

El Hijo había llevado su Cruz desde el Pretorio *(Et bajulans sibi Crucem*, Joan., 19, v. 17.) Si un instante la dejó á Simón de Cyrene, obraba como un rey que ordena á sus siervos que lleven en pos de él su cetro, su manto, su corona y su trono, para sentarse en él cuando sea preciso revestirse con todo el brillo de su majestad, y Jesucristo al ser clavado en la Cruz se presentará revestido de la púrpura preciosa de su sangre y coronado con su diadema de espinas. La Tierra Santa, la Grecia antigua, la poderosa Roma, colocaron la inscripción *real* sobre su cabeza, y millones de súbditos, fieles adoradores suyos, acudirán bien pronto á besar los lugares santos hollados por los pies de Jesús, su Redentor.

Si diez y ocho siglos después el desgraciado Rousseau no podía, sin conmoverse profundamente, considerar moribundo al Cristo, de quien se había apartado infiel; si la evidencia del relato evangélico arrancaba á su corazón destrozado esta confesión solemne: *La vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio: la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios*, ¿quién se extrañará de que los testigos de la Pasión, los mismos verdugos y los soldados, golpeándose el pecho al descender del Calvario, se digan: *Verdaderamente éste era el Hijo de Dios?* (Math., 27, v. 54.) Habían visto á la naturaleza entera estremecerse doliente en la muerte de su Creador, chocar y hendirse las piedras, desgarrarse el velo del Templo, abrirse las tumbas, temblar la tierra, eclipsarse el sol, obscurecerse el firmamento..., y entre tanta desolación y universal trastorno, lo que más debió excitar su atención fué la calma divina de Jesús y la inalterable serenidad de María, su Madre, *que de pie estaba junto á la Cruz. ¡Stabat!*

¡Stabat! Esta palabra, que no tiene traducción exacta en ningún idioma, se encuentra en los diccionarios de todos los pueblos civilizados. Antes de que el himno, que con esa palabra empieza, fuese cantado por los más célebres músicos, Palestrina, Astorga, Pergolesse, Haydn, Bocherini, Rossini..., el cristianismo, que es la religión del sentimiento, porque es la religión de la verdad, la había impreso en todas las inteligencias y grabado en todos los corazones. Palabra de precisión sublime, recuerda á los afligidos sus lágrimas, sus llagas y sus angustias; á los cristianos, los socorros de la gracia, la ley del sacrificio, la unción de la piedad; á los fieles hijos de la Cruz, la resignación, el recogimiento, la magnanimidad de la Madre santa del Dolor.

¡Stabat! De pie estaba María junto á la Cruz; *¡esa Cruz de madera que ha salvado al mundo!* Por una inversión del orden natural, cuando los hombres tiemblan, los apóstoles se alejan y los discípulos de Jesús se ocultan temerosos y cobardes, unas cuantas mujeres no se asustan ni intimidan, y ellas solas, con el discípulo amado, permanecen constantemente fieles á su divino Redentor (1). No las acobarda el odio de los fariseos, no las amedrenta el furor del populacho, ni el poder de los magistrados las detiene, ni la rabia de la Sinagoga las espanta, ni la licencia de la soldadesca las desalienta. Llenas de valor, parece que desafían el encono ciego y la cruel fiereza de los enemigos de Jesucristo. Vertiendo lágrimas y manifestando abiertamente su dolor, públicamente condenan la injusticia y la barbarie con que es tratado su Salvador y su Maestro. Nada puede apartarlas de su lado, nadie es capaz de hacer que le abandonen. Desde el Pretorio de Pilatos hasta la cima del Calvario no le perdieron de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas le siguieron siempre. Deseosas de escuchar sus últimas palabras, de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios y de recoger su último suspiro, quieren asistir á su muerte, prontas á sacrificar todo por El, y á morir, si es preciso, por El. *(Corn. á Lap.)*

Pero más cerca de la Cruz que aquellas mujeres generosas y fieles estaba María, la Santísima Madre de Jesús. Al pie de la Cruz llegó, no llevada solamente por su amor de Madre, sino también por su celo de Corredentora; no sólo para ser testigo de los grandes misterios que va á consumar su Hijo, sino también para tomar parte en ellos, y cooperar, con su amor y su dolor, á la vida que Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En tan solemnes instantes tiene un ministerio personal y un cargo propio señalado por las disposiciones de la Divina Providencia. Por eso está junto á la Cruz, separada de las mujeres que piadosas y compasivas la habían seguido, y más cerca del árbol misterioso, en que estaba suspendido el Salvador de la humanidad, el Hijo de su ternura, la causa de su profundo dolor. *¡Stabat!* María estaba de pie, según la hermosa frase de San Ambrosio, absorta en un éxtasis de inmensa pena y de contemplación sublime. Su actitud firme é inmóvil expresa toda la intrepidez, toda la grandeza y todo el noble valor de su corazón. La compostura y serenidad de su rostro revelan su absoluta resignación y su dolor intenso; sus ojos, entristecidos recorren, una por una, en el cuerpo de su Hijo, las llagas sangrientas de donde mana la salvación de los hombres. Lejos de temer la rabia de los verdugos, cuando su Hijo se ofrece á la justicia del Eterno, Ella se adelanta queriendo también ser inmolada. El amor tan puro y tan generoso, la constancia tan invencible, el valor tan heroico que María manifiesta junto á la Cruz de su Hijo, son los que convienen á la elevación de su rango. Todo lo que Jesucristo sufre en su cuerpo, el amor maternal, más cruel entonces que los mismos verdugos, dice San Bernardo, lo reproduce en el corazón de María. ¡Sólo un hombre que es al mismo tiempo Dios, podía morir como muere Jesucristo! ¡Sólo una mujer que tiene á un Dios por Hijo, podía asistir á esa muerte como asiste María!

A la fuerza é intensidad de ese amor á su Hijo, que es su Dios, siente la Virgen Santa oponerse en su corazón otro amor, no menos intenso y fuerte, hacia los hombres, desgraciados descendientes de la Eva culpable. Estos dos amores luchan en su corazón, como los gemelos Esaú y Jacob en el seno de Rebeca luchaban al nacer. Lo que un amor busca, el otro lo huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece; lo que el uno desea, el otro lo rechaza. No puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. No puede pedir la salvación de la humanidad sin la muerte de Jesús, ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la perdición de los hombres. ¡Querer la salvación del mundo por la muerte de Jesús le es muy doloroso, y querer la vida de su Hijo con la perdición del mundo le es muy cruel! ¡Qué lucha! ¡Qué combate el de esos dos vehementísimos amores en un solo corazón! ¡Y en esa lucha no desfallece, y en ese combate no desmaya! *¡Stabat!*

¡Stabat! Y la muerte de su Hijo no es instantánea. Esa muerte dolorosa y cruel va precedida de una agonía lenta, no menos cruel y dolorosa. En aquel patíbulo, entonces infamante, de la Cruz, está Jesucristo clavado, sufriendo los más atroces tormentos, las angustias más amargas, y elevando al cielo la voz de su dolor y el grito de su aflicción, como pidiendo un consuelo que la tierra le niega ingrata. El infierno lanza contra el Crucificado todo su furor; escribas y fariseos, judíos y romanos, jueces y pueblo, verdugos y soldados, todos se recrean feroces en aquella escena tremenda, y arrebatados de odio ciego y de goce inhumano, prorrumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes, en burlas amargas, despechados al ver que la mansedumbre de Jesús es mayor que la barbarie suya, y que El es más paciente para sufrir que ellos crueles para atormentarle. María, que *estaba* allí, oía aquellos sangrientos ultrajes y aquellos insultos sacrílegos que se dirigían *á un Dios que era su Hijo* y *á un Hijo que era su Dios. ¡Stabat!*

Esa Madre, más esforzada que la de los Macabeos, no aparta su mirada de tan trágica escena. Superior á sí misma, en actitud firme y majestuosa, en medio de las angustias que oprimen su corazón, manifiesta toda la elevación y nobleza de su alma, y se eleva al más alto grado de la más heroica fortaleza. Colocada entre la admiración y el dolor, entre la compasión y el amor, contempla resignada y sufrida el gran misterio de la bondad de un Dios crucificado para la salvación del hombre, y causa el asombro de cuantos la ven y saben que Ella es la Madre del Hombre que muere clavado en la Cruz. *¡Stabat juxta Crucem!..*

¡Artistas sin nombre y sin fe, sin genio ni erudición!, ¿qué idea os habéis formado del Hijo de Dios, al representárnoslo abatido en Gethsemaní, tembloroso ante Pilatos ó retorciéndose como desesperado en la Cruz? ¿No sabéis que El era el que con una mirada aterraba á los que iban á prenderle en el Huerto, y se declaraba Rey, Mesías é Hijo de Dios en el Pretorio? ¿Cómo os habéis atrevido á tocar, ¡sacrílegos!, la aureola de gloria de Jesucristo en la Cruz, trono augusto de su dolor, en la que los sufrimientos humanos quedan transfigurados con el brillo de su grandeza y el esplendor de su divinidad?

¿Quién os enseñó, ¡insensatos!, á presentarnos como acobardada y débil á la *Mujer fuerte*? ¿Qué idea tenéis de la Madre de un Dios? ¿Pensáis, podéis pensar que María, junto á la Cruz, estaba postrada y desfallecida? ¿Creéis, podéis creer, que estaba como abatida y trastornada? ¿No oísteis nunca cantar, no leísteis jamás el *Stabat*? ¿No sabéis, no acertáis á comprender cómo la Hija de las promesas, la esperanza de los Patriarcas, la descendiente de los Reyes, la Reina de los Profetas, la Madre del Dios-Hombre *estaba junto á la Cruz*? ¡Estaba junto á la Cruz concibiendo en su corazón, engendrando en su alma á los hijos de la redención, por el fervor de su caridad, por la intensidad de su dolor! – ¿No sabéis *por qué* estaba? ¡Porque sufría su Hijo, agonizaba su Hijo, moría su Hijo para redimirnos y salvarnos, y Ella quería cooperar á tan grandiosa empresa. – ¿No sabéis *para qué* estaba? ¡Para, aun antes de morir su Hijo, hacerse ya nuestra Madre!

E. Almonacid, *Pbro.*

(1) Vide ordinem conversum: discipuli siquidem fugerunt, discipulæ assistentes permanebunt *(Eutimio)*.

EL NACIMIENTO DE JUDAS

Había en las afueras de Iscariot, hacia el ocaso, una choza cuya puerta se abría en el camino de Samaria.

Y aunque la puerta estaba siempre abierta de par en par, jamás la traspasaba ninguno de los vecinos de Iscariot, que á veces acudían á tirar, desde lejos, algo que comer á los leprosos encerrados en un terreno cercado por tapias de adobes junto á la misma vía.

De la choza salía el día antes del sábado una mujer arrebujada en un mantón de lana griega, y se aprovisionaba en la villa; sus monedas eran de todas las naciones, menos del pueblo de Dios. Y como una vez fuese á la compra el santo día del sábado, la apedrearon en la puerta de la villa cuando regresaba á su tugurio, y se disputaron luego el botín que había soltado en su fuga la mujer.

Mas si los iscariotes no se acercaban á la choza solitaria, casi todos los viandantes salvaban aquellos dinteles, siempre francos; no había arriero, mercader



PONCIO PILATOS LAVANDOSE LAS MANOS, cuadro de Rembrandt, grabado por Baude, existente en la colección de lord Palmerston

ó legionario que no aceptara el hospedaje de la solitaria.

Y sin embargo, más de una doncella iscariote, de acecho en su azotea, envidiaba á la apestada sus guedejas teñidas de rojo, sus ojos relucientes dentro del marco negro de alcohol, su contoneo lascivo que hacía saltar chispas de las miradas de los hombres.

Contábanse de Gomer cosas tremendas; un centurión que volvía á Samaria para ganar la orilla del mar, abandonó á los hombres que mandaba hechizado por ella; y postrado de rodillas como un esclavo, adoró á aquella mujer que le sonreía sacando dos dientes bruñidos, ceñido el casco de acero, resguardado el pecho por la coraza de cuero batido.

Cuando el centurión hubo dilapidado los caudales que custodiaba y que no eran suyos, dejó á Gomer en la cama, se acostó en la vía y se degolló.

Un mercader egipcio que pernoctó en la choza dió un veneno á su padre, que con él iba, y le robó los zarcillos de oro, las cuentas de perlas, los camafeos, los brazaletes labrados, los esmaltes de mil colores, para alegrar á la meretriz.

Gomer lloró, pero muy pronto se fatigaba. Así es que no pasaba día en que no se la oyese cantar melopeas áticas ó canciones latinas llevadas hasta la tierra de Judá por los presidios que la subyugaban.

II

Como á pesar de los frecuentes dones que le hacían Gomer no atesoraba, sucedió que las tropas de Roma que merodeaban por aquellos contornos ahuyentaron á los ordinarios viandantes, y al tercer día no tuvo ella qué comer.

Dormida estaba cuando oyó abrirse la puerta y llenarse de claridad de luna. Pero no era la luna, sino un mozo con blancas é impalpables vestiduras.

Creyó ella soñar ó tener aún llenos los ojos de las quimeras del sueño; mas no se amedrentó su alma, sino que, chorreando alborozo, le puso en los labios una sonrisa y dictó á su lengua una cariñosa bienvenida.

Levantóse para ceder su lecho al forastero y correr en busca de agua fresca y ungüentos con que lavarle los pies. Mas he aquí que el mozo tendió el brazo, deteniéndola, y le dijo:

– Te engañas, Gomer. Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios.

Estas palabras derribaron á Gomer, que arrastrándose fué para besar al enviado la orla del vestido, que era impalpable, de manera que solamente sus dedos le pudo besar.

Y por instinto de mujer tentadora levantó la cabeza y miró al forastero con el blanco de los ojos, y abrió sus brazos de alabastro, que parecían sucios y ásperos bajo aquella claridad purísima.

– Son vanos tus alardes, prosiguió el enviado de Dios. Tu destino está escrito. Tus pecados serán redimidos por el castigo. Tus entrañas concebirán al peor de los hombres.

– El pecado me ha esterilizado, señor, replicó Gomer.

– ¿Qué importa, mujer sin fe? Tu hijo no será engendrado de sangre, ni de carne, ni por obra de varón, sino por voluntad de Dios, que en tus entrañas quiere que lleves la encarnación de toda la maldad de los hombres. Sabe que una virgen galilea de Nazaret lleva en su seno la encarnación del Espíritu Santo, que ha de ser el Redentor del mundo, el hijo único del único Dios. Los hombres le harán burla, le prenderán, le azotarán, le pasearán afrentado y dolorido por la ciudad de Jerusalén, y le matarán en el suplicio que han traído los paganos de Roma. Y habrá un hombre que entregará al Unigénito á los malvados, á fin de que le escarnezcan y le martiricen y le crucifiquen; y este hombre brotará de tu carne mancillada, y las generaciones le maldecirán y aborrecerán el pelo rojo, y la mirada falsa, y el cuerpo blanco que tú le vas á dar.

– ¡Y desde ahora me dirán malaventurada todas las generaciones!.. ¡Señor, Señor! ¿Por qué castigas tan horrorosamente mis culpas, de que nunca me dí cuenta?

– Son vanas tus lamentaciones, Gomer. Rasga tus inmundas envolturas, desciñe los riñones, purifícate y espera resignada que se cumpla tu destino.

– Aquí tienes á la criada del Señor, dijo entre sollozos y congojas la desdichada, tendida en el suelo regado con llanto; hágase conforme tu palabra.

Sobrecogida por un desfallecimiento, recobró sus sentidos al sentir magullados sus huesos y aterido su pecho por el frío de la tierra.

Se levantó y encendió lumbre en un brasero trípode de plata, donde quemó incienso de Sebá; sacrificó en holocausto las tórtolas que en su huertecillo se arrullaban incesantemente, y luego fué echando al fuego los diamantes de Ofir, las telas transparentes, los cintos de lana, las alhajas cinceladas.

Y luego incendió la morada del pecado; y vestida de saco, se ungió la frente con la ceniza, hija del fuego purificador.

III

Emprendió el camino de Jerusalén, resuelta á rescatar su alma con el ayuno y el arrepentimiento, esperanzada de que lograría apartar de su cabeza el castigo de Dios.

Mendigando pasó por lugarejos y villas; mas sus ojos la delataban y á menudo la llamaban desde los patios las voces roncas de los lujuriosos. Entonces se le nublaba el entendimiento y se pervertía nuevamente, hasta que el remordimiento la despertaba y volvía á emprender el camino interrumpido.

¡Qué desfallecimiento! ¡Qué espanto le corrió por la sangre al sentir por vez primera palpitar en su seno la obra de la ira de Dios! ¡Cómo se afirmó en su propósito de redimirse y redimir al fruto de su vientre!

Pero los designios del Todopoderoso la necesitaban para la redención de la humanidad; el pobre gusano que hace á la tierra fecunda, no ha de tener alas para surgir del fango.

Acercábase el día tremendo cuando Gomer vió al caer de la tarde la ciudad de Betlehem encaramada encima de una colina, coronada de murallas encendidas por el sol moribundo.

El frío era punzante; Gomer subía jadeante la cuesta, cuando entre los troncos carbonizados de los olivos distinguió á un hombre que sostenía á una mujer, andrajosos y polvorientos como ella.

Cuando Gomer les alcanzó vió á la mujer reclinada la cabeza sobre el hombro de su acompañante, y tan fatigada, que cada paso era un espasmo de dolor. Y como les saludara en el nombre del Señor y les examinara con más pausa, conoció que la mujer iba á ser madre.

Las tinieblas subían del valle, pero no tocaban á la mujer desconocida, de cuyo semblante irradiaba un nimbo de luz, tan dulcísima como el rosicler de la alborada.

Transportada Gomer, olvidaba su propio padecer; con un impulso que arrebataba todos sus sentidos preguntó á los pobres viajeros quiénes eran; y como le contestaran que eran nazarenos, Gomer se desplomó en la gleba y gritó arrobada:

– ¡Oh, sí! ¡Tú eres la Virgen madre del Mesías, que no ha sido concebido por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo!

Y la adoró, y fué ella la primera criatura que bendijo la venida del Redentor.



JESÚS EN EL LAGO DE GENESARETH, cuadro de Enrique Serra, grabado por Sadurní

—¡Oh, tú, quienquiera que seas, que te has compadecido de mí, le contestó la Virgen María, en verdad te digo que todos tus pecados te serán un día perdonados!

María y José se resguardaron en una covacha, donde los labradores solían dejar sus arados y sus yuntas.

Puesto el sol recostáronse encima del cielo verde y translúcido, los murallones negros y las torres de la ciudad; y surgió el primer lucero que prodigiosamente cayó hasta posarse sobre la cueva de la Virgen.

Gomer se tapó la cara de vergüenza y huyó á la ciudad para no contaminar á la madre sin mancilla.

En Betlehem fué recogida por un rico labrador que la había conocido en Iscariot, que la asistió en memoria de sus anteriores relaciones.

En el ambiente tibio de una cámara cerrada vino al mundo Judas, hijo de Gomer, mientras tiritaba en una cueva Jesús, hijo de María.

Judas fué ladrón; se embriagó con vino y con cidra; creyó en la divinidad de Jesús, de quien fué apóstol, á quien vendió por treinta dineros de plata, y se mató corroído por el remordimiento.

Gomer fué quien descolgó el cadáver de su hijo, lo enterró y lo consagró á la mayor gloria de Dios.

Fué hasta más de cien años predicando por las villas su misión divina, pues comprendió que sin ella, sin sus dolores y sus humillaciones no habría sido redimido el mundo.

Gomer fué un cabeza de la secta de los cainitas, que ponían en los altares á todos cuantos han sido malos en este mundo para cumplir la voluntad de Dios.

J. MIRÓ FOLGUERA



LA VIRGEN MARÍA AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de José Uría

CRÓNICA DE ARTE

El Círculo de Bellas Artes repartió en el baile que, como el año pasado, dió á su beneficio en el teatro Real, gran número de países de abanico. Varios de los que asistieron á la fiesta hacen subir á mil y pico las vitelas repartidas, algunas de las cuales se pagaron en el mismo teatro á ocho y diez duros; y... pasado este chispazo de vida artística, volvió á sumirse en el mayor silencio cuanto de cerca ó de lejos tiene algo de común con las bellas artes. Y como si no fuese bastante grave la indiferencia que, por miles de causas (algunas capaces de levantarle el estómago á un camello) se mira en esta villa y corte, centro *soi dissant* de las energías intelectuales del Estado, lo que al arte en todas sus manifestaciones se refiere, hace poco más de dos semanas apareció en las columnas de la *Gaceta* una real orden clausurando definitivamente la Exposición de Bellas Artes, la cual se pretendía volver á abrir en el próximo mes de abril unida á la anual del Círculo de la calle de la Libertad.

No me ha sorprendido la real orden de que hago mérito. En alguna de mis *Crónicas* he dicho que me parecía perfectamente descabellada la idea de la reapertura del certamen, y además de descabellada, irreglamentaria; pero con la citada orden, y según los rumores hasta mí llegados, se hizo casi imposible la realización de la Exposición del Círculo, que contando con los alicientes de un local á propósito para exhibir cuadros y estatuas, con el de las obras del certamen internacional, apenas conocidas del público por causa de la época fría y lluviosa en que, defiriendo á los deseos del mismo Círculo de Bellas Artes, se celebró, y por último, con sala para conciertos, se creía en un éxito financiero. Ahora, si al cabo la sociedad artística se determina á llevar á efecto su Exposición, será, como siempre, en la estufa del Retiro.

Uno de los cuadros premiados con medalla de oro, *La cuna vacía*, ha sido vendido á un rico *amateur* gallego, propietario en Ribadeo. El autor de la obra, Sr. Menéndez Pidal, debe pedir á Dios que haya muchos Martínez Bengoechea; porque, aun en el caso de que el gobierno adquiera (que no sé por qué se me figura que no los adquirirá) los cuadros premiados con primeros premios, nunca lograría cobrar quince mil pesetas el distinguido artista; cuando más, le daría el Estado, por lo que representa un año de labor y de gastos enormes, veinticuatro ó veintiséis mil reales.

Esto en cuenta, me parece que hacen muy bien los Sres. Simonet y Cutanda, autores de los celebrados lienzos *Flevit super illam* y *Una huelga de obreros en Vizcaya*, en remitirlos á Chicago, donde seguramente alcanzarán los mismos aplausos que aquí obtuvieron.

* * *

Una cuestión de gran trascendencia para las artes industriales está en estos momentos esperando pacientemente á que, así por parte del Gobierno y de las Cortes (cuando se debata el presupuesto de Fomento) como por la de la prensa, le presten la atención debida. No sé hasta qué punto llegará á interesarnos la referida cuestión, ó mejor dicho, problema, aun cuando se me antoja que por lo mismo que se trata de algo tan grave y digno de estudio como es la nueva marcha que el señor Moret pretende imprimir á las escuelas de Artes y Oficios, pasará la *cosa* casi inadvertida, en medio de la balumba política, de los relatos que á porfía hacen y seguirán haciendo los periódicos de cuanto acontece en los consejos de Ministros, de cuanto se disputa en el salón de Conferencias del Congreso, amenizando la novela política con capítulos de crímenes repugnantes, donde ni siquiera hay estímulo de analizar un algo de carácter distinto al efectivo de la brutalidad nauseabunda de los hechos.

Doloroso es consignarlo; pero ante la realidad, no hay más remedio que inclinarse, siquiera sea protestando de que, á fines del siglo XIX, los asquerosos detalles de crímenes como el de El Escorial y de la calle de Carretas obliguen á los periódicos á aumentar el doble ó el triple sus tiradas, para saciar la curiosidad de cientos y cientos de personas que se complacen en leer detalles de un naturalismo espantoso, y que al mismo tiempo abominan de las novelas de Zola y de otros escritores ilustres, y no permiten que esas obras del ingenio traspongan los umbrales de sus casas. La decantada *Sociedad de padres de familia*, fundada para combatir la inmoralidad, enemiga acérrima (seguramente) de *Pot Bouille*, de la *Bête Humaine*, de *La sonata de Kreutzer*, de *La Honrada*, de *Bucólica*, de tantas otras obras de arte, no tiene una censura para la bestialidad pública que saborea el relato de la vida de mujeres y hombres á quienes, bien la falta de toda educación, bien la inopia moral en que viven, bien la necesidad ó el ejemplo, arrojaron en medio de la cloaca, adonde van á unirse y á fomentar todas las podredumbres emanadas de los orgasmos de la animalidad humana.

Y mientras conmuevan tan hondamente á las gentes estos hechos y estas suciedades, no hay esperanza de que cuestiones de un orden tan elevado como el á que pertenece la enseñanza pública, merezcan un poco de atención por parte de nadie. Solamente así se concibe que el actual ministro de Fomento, campando por sus respetos, imbuído por ideas ajenas, y estas ideas extranjerizas, se proponga desorganizar más de lo que está la enseñanza de las Escuelas de Artes y Oficios. Nadie se preocupa de averiguar si puede ó no causar males irreparables á cientos de obreros la organización proyectada, de si se tirarán por el balcón unos cuantos millones. Acostumbrado el pueblo español á que los gobiernos piensen y dispongan según sus criterios, no da importancia alguna á los trascendentales, á los vitalísimos problemas que en favor de la vida y desarrollo de los intereses morales y materiales se están ofreciendo para su solución continuamente.



DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de Rubens, grabado por Baude, [illegible]



CRISTO LLORADO POR LA VIRGEN Y POR LOS ÁNGELES, cuadro de Antonio Van Dyck. [illegible] en el M[illegible]o del L[illegible]

El señor ministro de Fomento pretende establecer cuatro grandes escuelas de Artes y Oficios donde se les enseñen todos los oficios é industrias imaginables á mil doscientos jóvenes que ingresarán como internos. Las enseñanzas durarán tres años. Excusado es apuntar que la idea de esta organización está inspirada por las tres escuelas centrales que del mismo carácter hay establecidas en la vecina república. Pero el Sr. Moret se olvida de las que sostienen, además de los distintos departamentos de Francia, el municipio de París y la fundación Diderot. Pero el señor Moret se olvida de que además de estas otras escuelas, el Estado francés viene costeando hace siglos fábricas de artes suntuarias, como la de Gobelinos y la de Sevres. Pero el Sr. Moret olvida que solamente el ayuntamiento de la ciudad del Sena destina millón y medio de francos para *ayudar* á subvenir á los gastos que ocasionan las secciones elementales de la capital. Pero podrían perdonársele al Sr. Moret todos estos *olvidos* si al propio tiempo que estudió la organización de las tres centrales de Francia, hubiese meditado acerca de la memoria últimamente dirigida á su colega de Comercio y Bellas Artes por una comisión nombrada al efecto para que expusiera su criterio respecto del estado de la industria francesa, pues se necesitaba saber si tantos gastos eran reproductivos. Y por seguro tengo que si nuestro ministro de Fomento hubiese leído la memoria á que me refiero, no hubiera caído en la tentación de imitar ni á los franceses (á éstos menos que á nadie) ni á ninguna otra nación. ¿Las razones?, ya se las daré al Sr. Moret en otro lugar. Ahora bástele saber que montar esas cuatro escuelas, si se han de montar medianamente, no bien, le cuesta al Estado doce millones de pesetas, y todo este dinero para hacer de un centenar de obreros que saldrán de esos centros un centenar de infelices condenados á morirse de hambre.

Créame el Sr. Moret; no es imitando como hemos de avanzar en el camino del progreso; es dedicando profunda, tenaz é inteligente atención al estudio de las necesidades y de los elementos característicos de las distintas regiones de España. Suponer, por ejemplo, que por artes de encantadores hemos de lograr que la cristalería española ha de llegar á competir con la de Clichy ó de Venecia, donde existe esta fabricación hace siglos, y sobre todo donde las primeras materias son especialísimas, es lo mismo que pedirle al cocinero del mejor transatlántico que nos sirva en pleno golfo cotufas frescas. ¡Ay! No es lo mismo hablar de elecciones ó á propósito de cualquier cuestión política, siquiera el que hable lo haga con tanta elocuencia como el Sr. Moret, que legislar respecto de estas otras cuestiones. Lo primero lo hace cualquier ateneísta, lo segundo... lo segundo tan sólo pensadores de la talla de los más grandes sociólogos.

Y aquí hago por hoy punto final de esta cuestión.

* * *

Tocóle el turno de los fracasos pictóricos á Francia. Desde la última Exposición internacional de París la decadencia del arte de la pintura se acentúa en la nación vecina de un modo grande. A remediar en lo posible esto responde el reciente acuerdo tomado por la sociedad de artistas que preside Bonnat, de no admitir en el salón sino las obras de los que hayan expuesto, previo examen del jurado de admisión, cinco veces consecutivas por lo menos. Y á mi entender hacen bien. Deben haberse convencido de que la *reclame* no hace arte. Hoy no se acuerda nadie de Millet, de Courbet, del mismo Corot, y la fama de los Puvis de Chavanne, de los Beraud y de tantos otros descendió bastante. Ultimamente el gran Meissonier pudo hacerse algunas reflexiones, bastante amargas, cuando supo que en Nueva York sus obras no alcanzaban los precios de las de otros artistas. De tal suceso me ocupé en las páginas de La Ilustración Artística, y como corroboración de mis afirmaciones, con las cuales trataba de rebajar un poco de la cuenta el entusiasmo de los admiradores del autor de *La retirada de Rusia,* Mirbeau, con motivo de las Exposiciones del Campo de Marte y del Palacio de la Industria, enderezó sus críticas más duras á fustigar á cuantos seguían los procedimientos de Meissonier, el cual, según el crítico de *El Fígaro,* no tenía inconveniente en falsear la verdad simulando con harina la nieve que cubre el paisaje donde se desarrolla la escena de su cuadro «1814.»

Todo esto se me ocurre á propósito del fracaso de la Exposición que de las obras del insigne pintor parisiense se celebra en estos momentos en la capital de la república vecina.

Creyeron sin duda los organizadores que el nombre de Meissonier, que la inmensa popularidad de que parecían gozar sus cuadros atraería desde luego número infinito de admiradores, los cuales pagarían á buen precio el placer de contemplar tantas maravillas como ha trazado el gran pintor durante su larga carrera artística. Les engañó su buen deseo y olvidaron cómo se forjan las reputaciones en París y cómo se agigantan las que no son gigantescas. Les engañó su exagerado *chauvinisme* y su desconocimiento de los ideales estéticos del día, y sufrieron una decepción, pues el primer día que se expuso al público la obra toda (ó casi toda, pues faltan algunos *panneaux,* cuadros y retratos) no acudieron más que ciento ochenta y dos personas, contando al presidente de la república M. Carnot y á su esposa. Verdad es que el precio de entrada era de cien francos; pero este dato mismo viene en apoyo de mis afirmaciones respecto de la equivocación sufrida por los organizadores de la Exposición citada. No pudieron suponer que en París, donde tanta gente hay que tira el dinero, y adonde afluyen los aficionados y artistas del mundo, un acontecimiento como el de que me ocupo atrajera tan escasa concurrencia. Así lo hacen constar varios periódicos parisienses, no atinando con la causa de tamaña indiferencia, aun cuando, con el dicho Mirbeau, la indicaron hace algún tiempo otros críticos á quienes no ciega enteramente el amor á cuanto de bueno produce la nación francesa, calificando lo de los demás países de secundario ó poco menos. Cuantos hayan visto un cuadro de Meissonier no tienen necesidad de ver más que las reproducciones fotográficas ó fototípicas de los restantes para juzgarlos. Todo el mundo sabe que la paleta del autor de *La retirada de Rusia* es «sorda,» dominando en ella la «siena.» Todo el mundo sabe que la cualidad plástica saliente de este pintor es el dibujo; por lo tanto, para admirarle como intérprete de ciertos temperamentos, como «compositor» admirable, como psicólogo que realiza con minuciosidad y cariño su *tipo* – y no le demos vueltas, pues desde el último soldado de sus cuadros napoleónicos hasta el mismo Napoleón son todos uno mismo, – no es necesario gastarse cien francos que costaba la primer visita á la sala Petit.

Por otra parte, los nuevos ideales van por derroteros distintos, así en lo que á la plástica corresponde como en lo que al concepto atañe. Los grandes hechos de armas, la vida ordinaria de las gentes de siglos como el XVIII, la representación de una figura de hombre que lee ó que examina una espada, no convence, no emociona, y ha menester de la paleta de Ticiano ó de Velázquez el pintor que tales figuras pinte, para que se le perdone la insubstancialidad del motivo en gracia de las maravillas del color.

Algo interesante hay en esta Exposición Meissonier; los croquis y estudios para sus cuadros más famosos. Vésele al celebrado artista, íntimamente, en los dibujos, acuarelas, apuntes, etc., hechos todos con la espontaneidad de que tenía que privarse cuando ejecutaba la obra definitiva. Se ven, pues, como dice Luis Cardou, las cartas con que jugaba Meissonier, se le ve todo su juego: he aquí lo más digno de examen y lo más importante de esta exhibición.

Entre las obras notables que del maestro francés se exponen figuran: 1807-1814, *Retour de Moscou, L'Auberge, Les amateurs de peinture, Le liseur blanc, L'homme à l'epée, Joueurs de boules, A Antibes, Le Hallebardier, La barricade, Jena* 1806, *Le Voyageur, La lecture chez Diderot, Le guide.*

* * *

Sorolla está terminando el cuadro que le encargó el Senado, que representa la jura de la reina regente; Domínguez un techo del cual me ocuparé en otra *Crónica,* y Cutanda ha comenzado á pintar un asunto místico.

Los escultores se disponen á disputarse la ejecución del grupo que en Manila se alzará á Legazpi y al célebre fraile agustino que compartió con el primero el mando del archipiélago en tiempos de Felipe II. He aquí á lo que se reduce cuanto sé del movimiento artístico de esta capital.

R. Balsa de la Vega

NUESTROS GRABADOS

Ave María, cuadro de Héctor Cercone. – La imagen de la Madre del Redentor constituye sin duda alguna la fuente de inspiración más inagotable para los artistas: conjunto de todas las perfecciones, personificación de los más cruentos dolores, manantial de gracias y consuelos, elegida por Dios para la más sublime y más santa de las misiones, presentida por los profetas, adorada por los santos y bendecida por los hombres, en Ella se suman todas las bellezas, Ella encarna todos los sentimientos que serán siempre el más hermoso fundamento del arte. El celebrado pintor italiano Cercone en su *Ave María* ha sabido interpretar con notable acierto esa bellísima figura, dándole una expresión mística y presentándola en una actitud de arrobamiento que mueven á la piedad y á la oración.

«Flevit super illam,» cuadro de Enrique Simonet (premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – La última producción del laureado artista valenciano ofrece la particularidad de representar un asunto místico con los elementos que suministra el modernismo. El cuadro del Sr. Simonet reproduce la grandeza de una bíblica escena, representa á Jesús en el solemne momento de profetizar la destrucción de Jerusalén y de la Sinagoga, la ingrata ciudad y la enemiga de su salvadora doctrina; y sin embargo, el artista se ha ajustado al concepto moderno, obteniendo tonalidades admirables con los sencillos pero seguros efectos que sólo se logran del natural. El cuadro está admirablemente pintado, y si resulta acertada la composición, recomiéndase también por la corrección del dibujo, pudiendo considerarse este lienzo como la obra maestra del Sr. Simonet.

Merecida ha sido la primera recompensa otorgada por el Jurado de la Exposición internacional de Bellas Artes al distinguido pensionado de la Academia y al ya laureado autor de *La decapitación de San Pablo,* premiado en la Exposición de 1887.

La traslación del cuerpo de la Virgen, cuadro de C. Maccari. – Al ocurrir el tránsito de la Virgen María, dicen los autores eclesiásticos, los Apóstoles y discípulos del Salvador, milagrosamente transportados al lugar en donde Aquélla expirara, untaron su cuerpo con preciosos ungüentos, envolviéronlo en bella mortaja y sembraron el suelo de olorosas flores, cuyo perfume, sin embargo, quedaba desvanecido por el suavísimo aroma que de aquel cuerpo se exhalaba. En la mañana del 15 de agosto los Apóstoles llevaron en hombros las parihuelas en donde descansaba el sagrado cadáver, cantando en unión de los fieles las alabanzas á la Santísima Virgen. En este texto se ha inspirado para su bellísimo cuadro, el pintor Maccari, celebrado artista sienés que comenzó su carrera dedicándose á la escultura, y que después, encantado ante los primores de la escuela veneciana, convirtióse en el pintor de asuntos bíblicos, sagrados é históricos que hoy admira toda Italia.

Pilatos lavándose las manos, cuadro de Rembrandt. – El gran pintor flamenco del siglo XVII fué verdadero revolucionario en el arte: arremetiendo contra el clasicismo italiano en su época imperante, busca en la naturalidad y en la pintura en plena luz y con tonos cálidos los elementos artísticos para sus composiciones, revolviéndose contra la afectación y la fría sobriedad de colores de que hacían gala los grandes maestros italianos. Y aún va más alllá, pues llega á desdeñar el color histórico hasta tal punto que en algunos de sus lienzos aparecen con trajes de la época del pintor los personajes de la antigüedad, como sucede en *Pilatos lavándose las manos,* en el que el romano procónsul va vestido á la usanza de los burgomaestres holandeses del tiempo de Rembrandt. No ha faltado quien criticara ese procedimiento que algún pintor moderno ha querido resucitar; pero aun sus más severos censores no han podido menos de admirar su portentoso genio, la riqueza de su colorido, su incomparable maestría en el clarobscuro, la frescura y la vida de sus carnaciones y la finura y armonía del conjunto.

Jesús en el lago de Genesareth, cuadro de Enrique Serra. – Nuestro ilustre compatriota, entre cuyas dotes artísticas descuella la de identificarse con los asuntos por él tratados, hallando para cada uno los toques más propios, ha dado repetidas muestras de sus felices disposiciones para los cuadros religiosos, algunos de los cuales conocen nuestros lectores, como el de *Jesús y los niños,* que reprodujimos en el número 488 de La Ilustración Artística y que valió á su autor grandes plácemes cuando lo expuso en Roma primero y luego en la primera Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1891. La obra que hoy publicamos no es menos digna de elogio. La figura del Salvador está perfectamente sentida, y el fondo sobre el cual destaca su luminosa figura es de un efecto hermoso, obtenido, no con recursos exagerados, sino merced á una sobriedad admirable que se amolda por completo á la escena representada, es decir, á la predicación de Jesucristo en aquel lago donde tantos milagros realizó nuestro Redentor.

La Virgen María al pie de la Cruz, cuadro de José Uria. – Mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, describe en este mismo número el asunto de este cuadro el elocuentísimo orador sagrado Rdo. P. Almonacid: en su hermoso trabajo pinta con frase elegante y sublimes conceptos el dolor de la Divina Madre que estaba al pie de la Cruz, no «acobardada y débil, no postrada y desfallecida, no abatida y trastornada,» sino «en actitud firme y majestuosa, manifestando en medio de las angustias que oprimen su corazón toda la elevación y nobleza de su alma y elevándose al más alto grado de la más heroica fortaleza.» Parece como que en estas palabras se haya inspirado el distinguido pintor ovetense Sr. Uria para pintar el cuadro que reproducimos. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de la pintura?

El descendimiento de la Cruz, cuadro de Rubens. – Fecundo como pocos ha sido el pintor de María de Médicis, de Felipe IV y de Carlos I de Inglaterra; sus cuadros forman una lista larguísima y en gran número figuran en los principales museos del mundo, constituyendo en ellos valiosas joyas. Rubens cultivó todos los géneros, el histórico, el mitológico, el religioso, el de costumbres, el retrato, el paisaje, y en todos ellos sobresalió por su composición, por su dibujo, por su colorido, por su vigor, por el movimiento de sus figuras, por el sentimiento, por el carácter de vida y realidad que supo imprimir en todas las representaciones de la naturaleza humana y que antes de él era desconocido en la pintura. Todas estas cualidades aparecen en grado máximo en el *Descendimiento de la cruz,* lienzo que se considera como la página más hermosa y más inmensa de Rubens, que lo pintó para regalarlo al gremio de arcabuceros de Amberes como transacción de un litigio que con él tenía. Los arcabuceros quedaron tan satisfechos que gratificaron el trabajo entregando al pintor 2.400 florines y á su esposa un par de guantes. El cuadro, que estuvo en la catedral de Amberes, figura hoy en el Museo de aquella ciudad.

Cristo llorado por la Virgen y por los ángeles, cuadro de Van Dyck. – Discípulo predilecto de Rubens, apóstol de las teorías y procedimientos por éste creados, Van Dyck superó á su maestro en punto á nobleza de formas, á profundidad de expresión, á delicadeza de sentimiento y á corrección de dibujo: como retratista ha sido equiparado por un ilustre crítico á Ticiano y á Velázquez; y hablando de sus cuadros religiosos, ha dicho otro que nadie pintó Cristos tan admirables como los suyos. El cuadro que reproducimos puede ser considerado como modelo de sentimiento y de ejecución acabada: el Cristo yacente es de una verdad asombrosa, y el dolor de la Virgen se ajusta perfectamente á la concepción cristiana de esa Madre que ve morir al amado Hijo para redimir al mundo.



EL CRISTO DE LAS LÁGRIMAS

LEYENDA POR CAYETANO DEL CASTILLO TEJADA. – ILUSTRADA POR J. L. PELLICER

I

A mediados del siglo XVII vivía en el Albaicín de Granada una pobre familia de tejedores de cintas, cristiana de corazón y de abolengo, y tan sobrada de necesidades como falta de otras rentas y adehalas que no fueran el reducido jornal que á costa de mil trabajos ganábase honradamente, y apenas si alcanzaba nunca á remediar los más apremiantes menesteres de la vida.

Componíase esta familia de Pedro Sánchez y Juana, su mujer, y de una hija que Dios les había deparado como fruto de bendición y cuya belleza y arrogancia eran tales, que aunque llamábase María, nadie conocíala en el barrio sino por *Marilinda*.

Y á fe que estaba el nombre justificado, y nunca con más razón pudo decirse que cuando Dios niega los bienes de fortuna, otorga dones de más estima, que no se mercan ni truecan con maravedises de oro: pues allí donde puso pobreza y estrecheces, quiso también poner aquel dechado de hermosura, alegría de una casa y de un barrio, pulido cristal en que los Sánchez se miraban y anhelo constante de enamorados galanes que tendían celadas al recato de la doncella, y más de una vez dieron con riñas y acuchillamientos bastante que indagar á la justicia y no poco que correr á alguaciles y corchetes.

Andaba *Marilinda* en los veinte años, y aunque tenía cristiana el alma, llevaba en todo su cuerpo el sello típico de aquella voluptuosa raza árabe, que mezclando su sangre con la de Castilla, dejó en nosotros rasgos fisonómicos y característicos que no han podido borrar las herrumbres del tiempo y que aún se muestran con todo su realce en las mujeres de nuestras viejas ciudades musulmanas.

Marilinda era elegante y esbelta como las palmas valencianas; de talle un poco largo y tentadoramente cimbrador; de nariz fina y rosada que contrastaba con sus labios encendidos y un tanto abultados como fresas en madurez; de ojos grandes y negros, cuyos ardores velaban largas pestañas á modo de finas celosías, y de pelo negro también y abundante y espeso, que recogido sobre la nuca realzaba la gallardía del busto, exuberante de belleza, y suelto y desmadejado hacíala parecer á María Magdalena antes de que el arrepentimiento la llevara á arrojarse á los pies del Salvador.

La hija de Pedro Sánchez, aunque nacida y criada en las estrecheces de la miseria, no vivía resignada con su suerte.

La vista y el contacto de aquellos capullos de finísima seda que su madre hilaba, tejía su padre y ella acicalaba hasta dejarlos trocados en hermosas cintas de brillantes colores, que adornarían más tarde guardapiés y faldellines de alguna dama de linajuda alcurnia, habían engendrado en la moza instintos de refinamiento y de lujo, que mal se avenían con la modesta urdimbre de las sayas de estameña y de los jubones de pañete en que encerraba *Marilinda* el espléndido tesoro de sus paganas formas. Y así, más de una vez sucedió que la muchacha mirara con tristeza y envidia los ricos trajes de damas y caballeros que con frecuencia escalaban las alturas del Albaicín é iban á dar cumplimiento á algún voto ú ofrenda ante la imagen del viejo Cristo de piedra, que, lleno de trágica majestad, se destacaba pendiente de su cenicienta cruz de granito, en el centro de la destartalada plazoleta donde hallábase la casa de *Marilinda*.

No una vez sola los mortecinos rayos del farolillo que pendiente de una escarpia de hierro se balanceaba á impulsos del aire, animando con tristes destellos la dolorida faz del Cristo, habían alumbrado los pasos de galanes apuestos que imploraban, rendidos, los favores de *Marilinda*. Pero todo era inútil. La gallarda doncella, insensible á las súplicas y sorda á las ternezas, soñaba con algo más que con el modesto porvenir que un menestral honrado pudiera brindarle, y aguardaba un día y otro á aquel galán de sus sueños, que sacándola de tan humilde condición le ofreciera lindas arracadas, gargantillas de piedras preciosas, trajes de brocado y cuanto para sí estaba pidiendo la soberana hermosura con que á Dios plugo dotarla.

La vanidad habíase apoderado del corazón de *Marilinda*, y á medida que el tiempo pasaba, sin que sus anhelos de lujos y riquezas se satisficiesen, aumentaban sus ansias y crecían sus odios á la pobreza, que era para la hija de Pedro Sánchez cadena insoportable que la amarraba á todo género de privaciones.

II

Hablábase mucho por entonces en el barrio de una viejecilla apergaminada y rugosa que habitaba camino del monte Ilipulitano, en una cueva obscura y hedionda, que el vulgo aseguraba ser antro de brujas y de demonios y lugar de cabrunos conciliábulos, en que más de una vez había fijado su mirada escrutadora y vigilante el tribunal del Santo Oficio. Nada, sin embargo, contrario á la fe ni á la religión habíase logrado hallar en el inmundo cubil de la vieja, y la tía *Ensalmos*, que así la llamaban, vivía en paz con la justicia, y mendigando aquí y allí su sustento, recorría los barrios vecinos con torpe é inseguro paso, apoyada en su nudosa muleta, y llevando en los lívidos y grieteados labios una eterna y sarcástica sonrisilla que amortiguaba la punzante impresión de sus ojos, hundidos en las huesosas cuencas y verdes y redondos como los del buho ó la lechuza.

Entre el pueblo corrían, no obstante, mil historias estupendas y medrosas acerca de aquel carcomido engendro de Satanás. Contábase que la tía *Ensalmos* poseía el secreto de untos maravillosos para devolver la frescura y lozanía de la juventud aun en la más provecta vejez, y de filtros que ligaban los corazones de los amantes desdeñosos, tornándolos en apasionados y rendidos; que una mirada suya y el conjuro de algunas palabras cabalísticas bastaban á hechizar á una persona; que guardaba escondidos tesoros de inmenso valor con los cuales compraba las almas para ofrecérselas al demonio, de quien era ferviente devota é instrumento de perdición, y que más de un sábado los mozos trasnochadores la habían visto salir por la chimenea de su cueva, á horcajadas en una escoba de mugriento palo, remontarse volando sobre las alturas del *Cerro del Sol* y desaparecer por el horizonte como negruzca nube empujada por el soplo del huracán.

Marilinda había oído todas estas cosas y las había dado crédito, arrastrada por su imaginación soñadora, propensa siempre á dejarse seducir por lo mara-

villoso y lo fantástico. Por otra parte, ¿quién podría dudar un solo momento de la existencia de las brujas, cuando la Iglesia las condenaba, tostábalas el Santo Oficio y no había comadre en el barrio que no las hubiera visto volar en tales ó cuales noches con dirección al aquelarre? Indudablemente la tía *Ensalmos* era bruja, y bruja de buena cepa, á la que como tal estaba reservado el privilegio de operar cosas sobrenaturales. Aquella vejuca carcomida y verdinegra, que mendigaba de puerta en puerta y á quien se le cerraban casi todas; que metía miedo aun á los zagalones del barrio y llevaba sobre sí más andrajos que lustros y pecados y tantas necesidades como andrajos, era no obstante dueña de inmensos tesoros. *Marilinda* no lo ignoraba, y muchas noches había soñado con las riquezas de la bruja y se había visto poseedora de ellas, habitando un encantado palacio, prendida con joyas de esmeraldas y diamantes y rodeada de numerosos y sumisos criados, que adivinaban sus deseos y satisfacían sus más raros caprichos.

Pero el alba llegaba y desaparecía la ilusión al ruido del telar que Pedro Sánchez comenzaba á mover, recordando á la muchacha la cotidiana faena de aquellas cintas, que mil veces maldijera por ser, al par que signos y testigos de su condición humilde, estímulos y acicates de sus ambiciones locas.

III

Terminaba ya casi la cuaresma, cuando una tarde *Marilinda*, llevando al cuadril su cántara, dirigióse por agua al aljibe de donde acostumbraba á tomarla.

Pegada al arco de herradura de aquél, como salamanquesa que en la humedad se esponja, estaba la tía *Ensalmos*, con su eterna sonrisilla en los repugnantes labios, apoyada la diestra mano en su nudosa muleta y teniendo en la otra una miserable escudilla de colorado barro.

Marilinda reparó en la bruja y detúvose un tanto temerosa de hallarse á solas con ella.

– No temas, pimpollo, díjole la abuela con cascada voz, que aunque mal de ojo haga, nunca hícelo á mozas como tú, tan garridas. ¿Quisieras darme agua?

Echó *Marilinda* el acetre al aljibe, tomó agua y llenó la escudilla de la vieja, que después de beber añadió, clavando en la muchacha su mirada punzante:

– ¡Lástima que tan gran hermosura ande tan mal cuidada! ¡Cuántas princesas envidiarían esos colores de arrebol y ese pelito de cuervo!.. ¡Ay, niña, qué necia es la que pudiendo ser señora empéñase en morir villana!

– ¡Qué dice usted, tía *Ensalmos!*, exclamó sobrecogida la doncella.

– Digo, hijita, que si tú quieres, medios tengo yo para que en princesa te trueques y cuanto ambicionas tengas.

– Yo no ambiciono nada, replicó *Marilinda*, asustada de ver cómo aquel carcamal leía en sus pensamientos.

– Pues si nada quieres, ahí te quedas. Mas si por acaso soñaste con ser dama principal, dueña de tesoros que nunca se acabasen, vé cuando quieras, oído el toque de ánimas, á buscarme á mi cueva y á fe que podré darte cuanto necesitares.

Y esto dicho, y acentuando su sonrisilla, alejóse la bruja del aljibe, dejando á la doncella sumida en un laberinto de negras confusiones.

Por la noche *Marilinda* durmió inquieta y desasosegada, y se vió de nuevo poseedora de los tesoros de la vieja... «Si por acaso soñaste con ser dama principal..., yo podré darte cuanto necesitares.» Esto había dicho la bruja, y sus palabras no se apartaban un momento de la imaginación de la muchacha. El demonio de la vanidad había acabado de apoderarse de ella y concluyó por sugerirle un pensamiento de perdición.

Buscaría á la bruja; le pediría oro mucho oro, y si la tía *Ensalmos* cumplía su promesa, abandonarían sus padres el telar y otras manos hilarían y tejerían la seda con que *Marilinda* se acicalase. Las mozas del barrio y las damas de la ciudad envidiarían su suerte; y la que antes con su hermosura puso congojas en el corazón de tanto villano y prendió yescas al deseo de tanto gran señor, sería solicitada por caballeros linajudos, que á dicha tendrían el entroncar con la familia de los Sánchez.

Para conseguir todo esto, ¿qué necesitaba la doncella? Atreverse una noche á abandonar su casa y á buscar á la tía *Ensalmos* en su cueva, que *Marilinda*, como todos los vecinos del barrio, conocía. Pero ¿cómo tener el valor suficiente para ir á aquel antro, que el vulgo aseveraba ser nido de embrujamiento y maleficios? Aunque, por otra parte, ¿no era mucho más horrible resignarse á pasar toda una vida de trabajos por dejarse asaltar de pueriles temores? ¿Qué daño podría hacerle la bruja, cuando habíale brindado con lo que la doncella consideraba como la dicha más apetecible?.. Nada, menester era decidirse y no dejar huir la loca suerte, que suele ser como aire sutil que al menor descuido escápase aun por los más estrechos resquicios. *Marilinda* iría á ver á la tía *Ensalmos*.

Así lo determinó tras de dos días de vacilaciones, temores y dudas.

IV

Rendidos los Sánchez del trabajo, recogiéronse como de costumbre en su lecho después de oraciones. *Marilinda* se entró en su desván, apagó el candil, y en la obscuridad aguardó, entre impaciente y temerosa, á que se durmieran sus padres.

Pasó una hora y luego otra. De pronto el aire se agitó con una vibración metálica, á la que siguió otra... y otra... y después un eco, que poco á poco fué dilatándose y muriendo, hasta confundirse con los misteriosos rumores de la noche. Habían dado las ánimas.

Cobijóse *Marilinda* en su pañolón de lana y sigilosamente abandonó el desván. Puso oído atento, aguantando la respiración fatigosa: nada oyó. Sus padres dormían. Bajó la desvencijada escalera, abrió á tientas la puerta de la casucha y se encontró en la calle.

La noche, aunque serena, era obscura, y sólo en el centro de la destartalada plazoleta se veía luchar con la sombra la tenue luz del mugriento farolillo del Cristo, que como una soñolienta pupila proyectaba tristes destellos sobre el trágico rostro de la escultura.

Marilinda miró al Nazareno y sintió que el valor le faltaba. Hizo un supremo esfuerzo para serenarse, y con rápido andar cruzó la plazoleta, pasó por delante de la imagen apartando de ella la mirada, y se internó en el confuso laberinto de medrosos y torcidos callejones que conducían al camino del monte Ilipulitano.

Cuando llegó ante la cueva de la bruja estaba jadeante, pero ya no sentía miedo.

Antes de que llamara, la puerta se abrió y la tía *Ensalmos* ofrecióse á su vista, apergaminada y rugosa como siempre, pero erguida, derecha y sin la inseparable muleta, que era apoyo de su vacilante andar.

– Te aguardaba, niñita, dijo la bruja. Entra y no tengas cuidado por tus padres, que los he dormido bien y no despertarán hasta la aurora.

Y alargando su huesuda diestra, cogió á *Marilinda* de la mano y la hizo pasar, atrancando luego la desvencijada puerta.

Un humoso candil colgado de la saliente de un guijarro iluminaba la covacha, en la cual nada veíase que revelara las malas artes que á la tía *Ensalmos* se atribuían.

La abuela hizo sentarse á *Marilinda* en una silla de anea, y tomando ella otra, díjole después:

– Vamos, palomita, cuéntame tus penas y dime lo que quieres; que como fuere cosa á que mi poder alcance y tú pusieras lo que de ti dependa, lograda la tienes de fijo.

Entonces *Marilinda* expuso su deseo y pidió á la vieja parte de sus tesoros, de aquellos tesoros con que tantas veces soñara y en que cifrábanse todas sus ambiciones.

– ¿Y qué me darás á cambio de lo que anhelas?

– Lo que queráis.

– ¿Lo que quiera?.. Veremos... veremos después. Por lo pronto voy á llevarte á un sitio donde jamás penetró nadie. Allí has de ver maravillas con que nunca soñaste. ¿Tendrás valor para seguirme?

Marilinda vaciló; después dijo:

– Sí.

– Pues ven.

La doncella siguió á la tía *Ensalmos*, que llevando en la mano el candilejo, llegó á un rincón de la cueva, apartó una gran maraña de zarzas que allí había y dejó al descubierto una negra abertura.

Por ella pasó seguida de la muchacha, y encontráronse ambas en una segunda cueva, á cuyo lúgubre aspecto volvió el temor á invadir el alma de *Marilinda*.

Erase aquel antro un reducido espacio de desiguales paredes, que se unían en forma de tosca bóveda. Sobre polvorientos vasares empotrados en los pedregosos muros veíase abundante porción de pucheretes, cantarillas y redomas conteniendo menjurjes de distintos colores. En un rincón y sobre una hornilla de barro, cocíase á fuego lento en cobriza marmita un obscuro brebaje, del que se escapaban á intervalos lívidas llamaradas. De las piedras salientes pendían ensartados en ramalillos de cáñamo, á guisa de cuentas en rosario, enrolladas nóminas y amuletos de extrañas formas; sobre una cañeja, á modo de neblíes emperchados, veíanse tres viejas y pelonas lechuzas y un buho; una nube de murciélagos dormía pegada á las húmedas paredes y algunos sapos se revolcaban en la ceniza del hogar, mientras de piedra á piedra tendían sus viscosas redes varias gigantescas y repugnantes arañas.

Cuando entró la tía *Ensalmos* todos aquellos bicharracos pusiéronse en movimiento. Media decena de murciélagos posáronsele en la cabeza, ciñéndola con negruzca diadema; la lechuza favorita subiósele al hombro y pareció que le hablaba al oído, y dos ó tres sapos comenzaron á hacer monadas ante la bruja, levantándose sobre las patitas y mostrando al descubierto sus hidrópicas y verdinegras panzas.

– ¡Fuera arrumacos!, polilla, dijo la vieja, sacudiéndose los animaluchos.

Y libre ya de ellos encendió con el candil una linternilla, sacóse del seno mohosa y torcida llave y abrió una ferrada puerta, en que *Marilinda* no había reparado hasta entonces.

– Sígueme, dijo la tía *Ensalmos*.

Y alumbradas de la linterna descendieron ambas por un estrecho caracol que se hundía en los abismos de la tierra.

– ¡Uno!.. ¡tres!.. ¡diez!.. ¡ciento!.. ¡mil!, iba diciendo la bruja; y bajaban... bajaban sin que el descenso pareciera tener remate.

Por fin llegaron á su término. Un obscuro subterráneo se abría ante ellas. Entraron y siguieron caminando. A intervalos, la luz de la linterna hacía relucir en las paredes brillantes veteados.

– Eso que reluce, decía la vieja, son los filones de metales preciosos. Las arterias de la madre tierra cuya sangre codician los hombres... ¿Oyes ese ruido que comienza á retumbar sobre nuestras cabezas con el estruendo de una avenida? Es el *Dauro:* por bajo de él pasamos.

Marilinda miró hacia arriba, sintió caer sobre su frente algunas gotas heladas y vió que de la bóveda salían finas agujas de piedra, que ornadas de diamantes, parecían temblar á los reflejos de la luz.

Pronto cesó el ruido y comenzó á notar la doncella una claridad tenue al principio y que á medida que adelantaban iba creciendo y llenándolo todo. Halláronse por fin ante una enorme puerta de bronce, que abriéndose por sí sola, hizo lanzar á *Marilinda* un grito de espanto y de alegría. Tan maravilloso fué el espectáculo que miraron sus ojos.

Lo que vió era una amplia cuadra, á modo de las árabes, cuyo pavimento, muros, bóveda y encendidas lámparas que de ella pendían estaban construídos de finísimo oro. Al frente arrancaba una soberbia escalera baldosada del mismo metal; todo lanzando tales resplandores que cegaban la vista.

El asombro paralizó á la hija de Pedro Sánchez: pero la bruja la hizo volver en sí y la condujo por la escalera al interior del encantado palacio, que tardaron en recorrer largas horas.

¡Oh y cuántas riquezas vió juntas la ambiciosa doncella! Pavimentos, paredes, techos, todo de oro; y en muchas salas de esmaltados muros, montones de cequíes, de doblas y de marevedises excitaban la codicia y espléndidas joyas de primorosa orfebre halagaban la vanidad más exigente... ¡Oro por todas partes!.. ¡Oh y cómo iba á ser dichosa *Marilinda* si dejábanla á ella henchir siquiera un halda!..

Así pensó, y yéndosele el deseo tras el pensar, alargó la mano á un arcón de oro, que repleto de rubias monedas encontrábase próximo. Pero antes de que tocara el codiciado metal, hundióse el fondo del arcón y rodó el tesoro al abismo, llenando el aire de agudas y cristalinas vibraciones.

Marilinda retrocedió espantada.

– Esas monedas, como todo lo que aquí ves, díjole la bruja, no pueden tocarse sin haber antes prestado acatamiento á su dueño.

– ¿Y á quién pertenecen?, preguntó la doncella.

– Al *Rey del Oro.* Si juras prestarle adoración y obedecerle, tuyas serán y tú la envidia de los hombres. Pero ve que has de cumplir sus mandatos, aun antes que los del mismo Dios.

– ¡Antes que los de Dios!.., murmuró vacilante la muchacha.

– Sí, repitió la bruja. ¿Juras?...

Marilinda vaciló, miró en torno suyo... ¡oh! y cómo deslumbraba aquel oro.

– Juro, dijo al fin.

– Pues óyeme, exclamó la tía *Ensalmos*, cuyos ojos brillaron como dos encendidos tizones. Dentro de tres días es Viernes Santo. A las doce de su noche los vasallos de nuestro rey, que lo son algunos villanos y muchos magnates y aun príncipes purpurados, le han de prestar adoración ante un helado trono, que tiene asiento sobre las nieves eternas de la Sierra. Al pie de la abrupta cumbre del Mulhacén, en el *Corral de Veleta*, celebraráse el conciliábulo. Allí has de ir, y cuando hubieres adorado al gran señor, cabro-

neador de brujas y árbitro de los hombres, tuyas serán sus riquezas.

–¿Y cómo, dijo *Marilinda*, podré trepar á las nevadas cumbres?

–Por la fuerza de este amuleto de negras bayas



que te doy. A la media noche, sal de tu casa, échatelo al cuello y hallaráste en el acto en el conciliábulo. ¡Ay de ti si faltares á tu juramento!, porque nadie te librará de las iras de nuestro rey... Ahora vuélvete á tu casa, porque el alba se acerca.

Y dicho esto, ciñó con el amuleto la garganta de *Marilinda* que por ensalmo vió desvanecerse la encantada mansión y se encontró en su desván.

La luz del día comenzaba á esclarecer el horizonte.

V

Era la noche del Viernes Santo, noche medrosa y lúgubre, en que aún parecían flotar en el ambiente los últimos ecos de la desenfrenada muchedumbre que escarnecía al mártir del Calvario y los doloridos acentos de la víctima heroica demandando el perdón de sus verdugos.

Los fieles habían conmemorado con todo recogimiento la solemnidad del día, y cuando las tinieblas envolvieron la ciudad, por las solitarias callejas no cruzó persona.

El templo, cubiertas sus hornacinas con morados crespones, desnudos sus altares y apagadas sus lámparas, como ojos que velaron largo tiempo y duermen el sopor del cansancio, semejaba un sepulcro vacío, por donde el aire se arrastraba quejumbroso, haciendo chirriar las vidrieras y crujir las celosías de los confesonarios.

Densos nubarrones presagiando tormenta cubrían el horizonte, y en la destartalada plazoleta en que habitaba *Marilinda* todo era misterio, soledad y calma.

El mugriento farolillo pendía apagado ante la cruz, y sobre la figura de Cristo expirando echaba la noche el fúnebre sudario de sus sombras.

Dieron las doce. La puerta de la casa de Sánchez se abrió, y á la luz de un relámpago remoto se vió salir á *Marilinda*, llevando en la mano el amuleto que le diera la bruja.

La doncella anduvo algunos pasos, y preparándose á concluir la obra de perdición, ciñóse á la garganta el collar por cuya virtud había de encontrarse de repente en pleno conciliábulo.

Pero no ocurrió así; porque en aquel momento sintió que sus plantas se aferraban á la tierra, mientras sobre su cabeza rodó un trueno espantoso y ardió cárdeno relámpago, que la hizo esconder la faz en el seno y reparar en que el amuleto habíasele trocado en un rosario.

Y cuando cesó el pavoroso ruido, del centro de la plazoleta de la cenicienta cruz de granito salió una voz suave, más dulce que el balido del tierno recental, que exclamó con acento de dolorosa amargura:

–*¡Marilinda!.. ¡Marilinda!.. ¿Por qué me has abandonado?..*

Y miró ella, aterrada, al sitio de donde la voz saliera, y vió la cruz envuelta en celestiales resplandores, y pendiente de ella, no la imagen de piedra, sino el mismo Verbo hecho carne. Por las atarazadas manos y el abierto costado derramábase su sangre preciosa; el cuerpo contraído acusaba las horribles torturas del martirio; agudas espinas taladraban sus sienes; flotaba el viento la desgreñada guedeja, y en su dulcísima faz, acardenalada por los bárbaros sayones, pintábase con lúgubres tintas el cruento padecer de la agonía.

La ambición villana sintió entonces en el alma las sacudidas del arrepentimiento; y arrastrada por una fuerza sobrenatural, llegó ante la cruz, y cayendo de rodillas golpeó con la hermosa cabeza el pedestal de granito, exclamando:

–¡Perdón, Dios mío!.. ¡Perdón!..

La mirada de Cristo brilló con los esplendores de una aurora, y de sus marchitos labios salieron estas consoladoras frases:

–Yo troqué en símbolo de salvación lo que era signo de tu eterna desdicha. Tú vuelves á mí y lloras tu pecado. También yo lo lloro. Abraza mi cruz, y mi llanto y tu arrepentimiento te darán riquezas que para siempre permanecen.

Y alzó *Marilinda* los ojos y á los últimos destellos de aquella claridad que envolvía la cruz, vió que por las mejillas de Cristo descendían dos purísimas lágrimas como tembladoras gotas de rocío.

Después todo quedó en la obscuridad; y cuando despuntó el alba y el alegre voltear de cien campanas cantó el himno de la resurrección, *Marilinda* yacía sin sentido al pie de la imagen de piedra, en cuya marmórea faz veíanse congeladas dos cristalinas gotas de llanto. Un año después, en un convento de Carmelitas descalzas tomaba *Marilinda* el hábito de religiosa, cambiando su nombre por el de Sor María de la Dolorosa Pasión.

El pueblo conservó el relato del prodigio; la tía *Ensalmos* desapareció para siempre, y la piedad cristiana rindió culto fervoroso al *Cristo de las lágrimas*, que todavía se eleva, lleno de trágica majestad, en la destartalada plazoleta del Albaicín, donde estuvo la casa de *Marilinda*.



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Sabido es que bastan diez imágenes sucesivas por segundo para que los ojos experimenten la sensación de un movimiento continuo, y como la cronotografía puede dar por segundo hasta 40 ó 60 imágenes, si se hace girar una de estas tiras en el zootropo á razón de diez imágenes por segundo se consigue la sensación de un movimiento cuatro ó seis veces más lento que el natural, y por consiguiente mucho más fácil de seguir en todas sus fases. Este método nos sirvió hace algunos años para el análisis del movimiento del vuelo de los pájaros, cuyo resultado consignamos en la obra *Vol des Oiseaux*.

Este método, sin embargo, no es suficiente para el análisis delicado de un movimiento, pues todavía adolece de las incertidumbres propias de las sensaciones sujetivas; de suerte que es muy inferior á la cronofotografía sobre placa fija que reproduce directamente el plano geométrico del movimiento estudiado (fig. 1) (1). Ahora bien: es posible llevar la segunda forma de la cronofotografía á la primera, es decir, aplicar en una misma superficie las imágenes obtenidas en superficies diferentes; este resultado se consigue, en algunos casos, por medio de la superposición de clisés transparentes; otras veces por una serie de calcos sucesivos, ó también por una serie de operaciones del género de las que F. Galton ha denominado *fotografías compuestas*.

En un gran número de casos basta para hacer perfectamente inteligibles las fases del movimiento disponer las imágenes en serie vertical: para obtener en la tira pelicular esta disposición de imágenes en serie vertical, no hay más que cambiar la colocación del aparato echándolo sobre uno de sus costados, con lo que el desarrollo de la tira pelicular y su paso de un carrete á otro se hacen en sentido vertical.

B. *Frecuencia de las imágenes.* – La frecuencia de las imágenes debe variar según la velocidad del movimiento que se quiere analizar; generalmente se necesitan diez durante la realización de un acto para que puedan percibirse todas las fases del mismo. Así para analizar el aleteo de un pájaro, si este acto dura un quinto de segundo, los alumbramientos y por consiguiente las imágenes deben sucederse á razón de cuarenta por segundo. El paso de un hombre, que es mucho más lento, sólo exige diez imágenes por segundo, y para otros actos aún más lentos los intervalos han de ser más largos. Por ejemplo, una asteria puesta boca arriba en el fondo de un acuario emplea unos 10 minutos para volverse, bastando tomar una imagen cada minuto para seguir las fases del movimiento. Finalmente, la abertura de una flor, si tarda 10 horas en producirse, permite dejar 24 minutos de intervalos entre dos imágenes sucesivas.

El manubrio colocado en la parte posterior del aparato imprime al juego de ruedas motor un movimiento rápido, y sería difícil hacerlo girar con bastante lentitud para reducir la frecuencia de las imágenes á menos de una por segundo; por esto se procede de distinta manera cuando se ha de establecer un intervalo largo entre los sucesivos alumbramientos.

El eje de los discos obturadores se prolonga delante del aparato en forma de un cuadrado al que se adapta el manubrio, el cual entonces no produce en cada una de sus vueltas más que una vuelta del disco, siendo en tal caso muy fácil reducir á voluntad la frecuencia de las imágenes haciendo que el manubrio dé una vuelta cada segundo, cada minuto ó cada hora.

En los casos en que las imágenes deban tomarse á intervalos muy largos, en vez de dar vueltas al manubrio con la mano es mejor confiar este trabajo á un juego de ruedas auxiliar, que lo ejecuta á la perfección.

C. *Duración de los alumbramientos* – La duración de los alumbramientos guarda una relación natural con la frecuencia de las imágenes, lo cual resulta de la misma construcción del obturador. En efecto, si el disco grande tiene un metro de circunferencia y las ventanas alumbradoras un centímetro de diámetro, la coincidencia de las ventanas producirá el alumbramiento durante 1/200 de vuelta de disco aproximadamente (2). Ahora bien: á medida que el disco girará más rápidamente, esta duración absoluta del alumbramiento será más corta: con una vuelta de disco por segundo se obtendrá una imagen cuyo tiempo de exposición será de 1/200 de segundo; con dos vueltas, dos imágenes con exposición de 1/400 de segundo, y con diez vueltas, diez imágenes con exposición de 1/2.000 de segundo.

Esta relación natural entre la frecuencia de las imágenes y la duración del tiempo de exposición es en general ventajosa, pero algunas veces es conveniente cambiar esta relación en interés de las pruebas fotográficas, sin lo cual podrían éstas tener un tiempo de exposición demasiado corto ó demasiado largo (3). Este resultado se consigue modificando la anchura de las ventanas.

D. *Elección de objetivos según la índole del objeto que se estudie.* – En todo aparato fotográfico debe cambiarse de objetivo según las dimensiones y la distancia del objeto cuya imagen deba tomarse. Esta necesidad es aún mayor en el cronofotógrafo, porque este instrumento se aplica á los más diversos estudios. Todos los objetivos que se utilicen deben estar montados en una caja análoga á la que representa la figura 6 (4) y que permite cortarlos en su parte media para dejar pasar los discos obturadores en el centro mismo del objetivo.

Sin embargo, cuando la cronofotografía se aplica al estudio de los movimientos en el campo del microscopio debe utilizarse una disposición especial.

En todas las circunstancias y cualquiera que sea el objetivo empleado, la cronofotografía puede practicarse en sus dos formas, es decir, sobre placa fija delante de un campo obscuro y sobre la película móvil si se trata de objetos que se destacan sobre un fondo luminoso.

APLICACIONES

Al definir la cronofotografía la hemos representado como el desenvolvimiento más completo del método gráfico y como un medio precioso para estudiar los fenómenos de la naturaleza. Todo fenómeno, en efecto, consiste en una serie de cambios de estado de un cuerpo bajo la influencia de determinadas condicio-

(1) Véase el núm. 582.

(2) Estos cálculos son aproximados y sería muy difícil hacerlos más exactos, como lo ha demostrado M. de la Baume-Pluvinel.

(3) Así en los casos en que el intervalo de las imágenes fuese de 24 minutos, si los discos obturadores giraban uniformemente, la duración de la exposición sería de más de 7 segundos: en este caso es preciso dejar el juego de ruedas parado en el intervalo de las exposiciones y dar vueltas rápidamente al manubrio cuando se quiere producir una imagen. A igual velocidad de rotación del disco, la frecuencia de las imágenes aumenta ó disminuye según que aumente ó disminuya el número de ventanas del obturador, y si estas ventanas conservan el mismo diámetro, la duración del alumbramiento no varía. Finalmente, á igual velocidad de rotación y á frecuencia igual de imágenes se varía la duración de los alumbramientos haciendo variar el diámetro de las ventanas. Así para los movimientos extremadamente rápidos como los de las alas de los insectos, hay que transformar, por medio de una *cortina-ventana*, las aberturas del disco en aberturas estrechas. De este modo hemos podido reducir el tiempo de exposición á 1/25.000 de segundo.

(4) Véase el núm. 583.

nes. Estudiar un fenómeno es observar sucesivamente la serie de estos cambios y compararlos entre sí. ¿Es necesario decir que la insuficiencia de nuestros sentidos ó la imperfección de nuestra memoria hacen á menudo defectuosas, si no imposibles, estas observaciones?

Los aparatos inscriptores han remediado en parte las dificultades de la observación directa, pero sólo son aplicables á casos relativamente sencillos, pues los fenómenos que traducen deben haber sido previamente reducidos al caso uniforme del movimiento de un punto sobre una línea recta.

De este modo las oscilaciones de la columna termométrica ó barométrica se inscriben bajo la forma de una curva sinuosa que traza los cambios de altura de esta columna, según el tiempo.

La cronofotografía abarca un campo mucho más extenso, pues no sólo reproduce los movimientos de un punto sobre una línea recta, sino que también los movimientos de todos los puntos de un objeto, ó por lo menos de todos los que serían visibles desde un mismo punto de vista: todos estos movimientos son recogidos por ella, cualquiera que sea el sentido en que se efectúen.

Como en otras formas del método gráfico, la cronofotografía sigue las fases de los fenómenos que escapan á la observación por su lentitud extrema, lo propio que los actos muy rápidos; pero cuando se manifiesta su superioridad es cuando se aplica á movimientos de extremada complejidad.

Cierto que nuestro método no reproduce la expresión continua de los cambios que traza; pero las imágenes que toma pueden estar tan aproximadas unas de otras que, mediante una interpolación legítima, se pueden concebir las fases intermediarias á las que están representadas.

Lo que desde luego sorprende en las aplicaciones de la cronofotografía es su potencia para el análisis de los actos rápidos. Cuando se ve que las alas de un insecto que vuela están tan claramente representadas como si estuviesen inmóviles, y cuando se sabe que para obtener esta limpieza es preciso reducir la duración de cada exposición á 1/25.000 de segundo, concíbese que entre los actos más rápidos haya bien pocos que no puedan ser sorprendidos por la cronofotografía.

Menos bien se conciben las ventajas de este método para el análisis de los movimientos lentos, y sin embargo, debe existir una infinidad de fenómenos que escapan á nuestro examen por su lentitud. Es de esperar que algún día podremos seguir sobre imágenes tomadas á intervalos muy largos los movimientos lentos de los ventisqueros ó los cambios de la configuración geológica de un país, y con mayor razón las fases mucho menos lentas del crecimiento de un animal ó las del desarrollo de ciertos embriones observados al través de sus membranas transparentes. Sobre esto ha trazado un curioso programa de experimentos el profesor March, el cual dice que si se han recogido en intervalos iguales y durante un gran número de años los retratos de un individuo á partir de su infancia hasta su vejez y se dispone la serie de imágenes así obtenida en el phenakisticopo de Plateau, esta serie de cambios que en realidad se habrán producido durante un largo transcurso de tiempo, pasará en pocos segundos por la vista del espectador, y éste verá, en forma de movimiento extraño y maravilloso, desarrollarse ante sus ojos todas las fases de una existencia humana.

Pero volvamos á las aplicaciones inmediatas de la cronofotografía y veamos sus relaciones con los problemas usuales de las ciencias: ahí tendremos tan ancho campo de observación que apenas podremos hacer otra cosa que tratarlo someramente, comenzando por los diferentes tipos de la locomoción animal.

VI. – LOCOMOCIÓN TERRESTRE.

MOVIMIENTOS DEL HOMBRE Y DE LOS CUADRÚPEDOS

1. *Movimientos del hombre.* – En el siglo XVII Borelli demostró á los fisiólogos que las leyes de la mecánica poco antes descubierta por Galileo se aplicaban á los seres vivientes: el análisis que aquel sabio hizo de los movimientos de los animales denota extraordinaria sagacidad; pero la carencia de medios exactos para medir el tiempo, el espacio y las fuerzas no permitió al sabio profesor de Nápoles resolver los múltiples problemas de la mecánica animal. A principios de este siglo, los hermanos Weber, que disponían de instrumentos menos imperfectos, han dado algunas nociones más exactas acerca de la locomoción del hombre; pero si se tiene en cuenta la complejidad del asunto estudiado, se comprende la insuficiencia de los recursos hasta ahora empleados. La cronofotografía traduce del modo más exacto en todos sus detalles los movimientos del hombre que anda, corre, salta ó se entrega á diversos ejercicios corporales.



Fig. 15. Fases sucesivas de un salto á lo largo. Cronofotografía sobre placa fija

A. *Cinemática de la locomoción del hombre.* – En presencia de algunas fotografías que representen en placas fijas las imágenes sucesivas de un hombre que anda y de un hombre que corre, podemos seguir en ellas las principales fases de los movimientos que, mejor que las palabras, expresan los caracteres propios de cada marcha, de modo que guiándose por tales imágenes, es fácil imitar la manera de andar y de correr del sujeto que ha servido de modelo y reproducir su modo de extender ó doblar las piernas, de balancear los brazos, de poner el pie en el suelo y de separarlo de él. Mucho más difícil sería imitar estos mismos actos procurando copiarlos del modelo mismo, porque especialmente en las marchas aceleradas, los movimientos son demasiado rápidos y escapan á la observación.

Esta enseñanza por medio de las imágenes podría aplicarse muy bien á los diferentes ejercicios corporales, siendo desde este punto de vista de verdadera utilidad.

La fig. 15 representa á un gimnasta que ejecuta un salto á lo largo, y aunque el número de imágenes es sólo de cinco por segundo, basta para definir la serie de actos que en un salto de este género deben efectuarse.

Siguiendo las imágenes en su orden de sucesión se ve que el saltador adquiere mediante una carrera previa la velocidad que le hará recorrer un largo espacio durante su período de suspensión.

En el momento del salto, la pierna en que el cuerpo se apoya se extiende vigorosamente é imprime á éste un impulso vertical; al mismo tiempo levántanse los brazos, lo cual da un aumento de energía al esfuerzo impulsivo. Las imágenes sucesivas presentan al saltador separado del suelo con los brazos primeramente levantados y las piernas separadas; luego los brazos se bajan y las piernas se juntan, echándose cada vez hacia más adelante, de modo que los pies vuelven á tocar el suelo con los talones más lejos del centro de gravedad, á fin de evitar una caída de cara, y finalmente en el momento de la caída las piernas se doblan para amortiguar la fuerza de que está animado el cuerpo.

Según que esta serie de actos sea más ó menos bien ejecutada, el espacio recorrido es más ó menos extenso, y el saltador cae mejor ó peor en el suelo: si ha calculado mal su velocidad, si no ha adelantado bastante los pies en el momento de la caída, no podrá permanecer quieto en el sitio en donde cae, sino que habrá de seguir corriendo algunos pasos hasta que esta velocidad se extinga.

En cuanto al salto de la garrocha (fig. 16), sus fases sucesivas pueden seguirse en la fotografía con la misma facilidad. El corredor clava en tierra el extremo de la pértiga al mismo tiempo que se levanta del suelo extendiendo vigorosamente la pierna. La acción combinada de este impulso vertical y de la velocidad horizontal hace que el cuerpo describa un arco de círculo, cuyo radio es la pértiga: si el que salta siguiera siempre esta curva, su cuerpo caería más allá del centro del movimiento á una distancia igual á la del punto de partida; pero un buen saltador apela á un artificio que le permite aumentar considerablemente el espacio que franquea, y que consiste: primero, en prolongar el radio del círculo recorrido subiendo á lo alto de la pértiga en el momento en que ésta pasa por la vertical, y luego en inclinar el cuerpo en una dirección casi horizontal, es decir, normal al radio del círculo recorrido. De este modo el saltador cae naturalmente á una distancia mucho mayor de aquella de donde había partido.

De modo que en el salto de la garrocha el impulso inicial no es, como en el salto en longitud, la única fuerza de que la extensión del salto depende, sino que esta distancia puede aumentar por los actos que el saltador ejecuta apoyándose en la pértiga mientras está en el aire.

Si queremos hacer un estudio más detallado de los movimientos ejecutados en un ejercicio corporal, tendríamos que valernos de esas fotografías parciales de que hemos presentado un ejemplo al hablar de la marcha del hombre. Así un hombre vestido de terciopelo negro que lleve á lo largo de los brazos y de las piernas líneas brillantes produce la fig. 17 en un salto de altura precedido de una carrera: en este ejemplo, todas las fases del movimiento se presentan

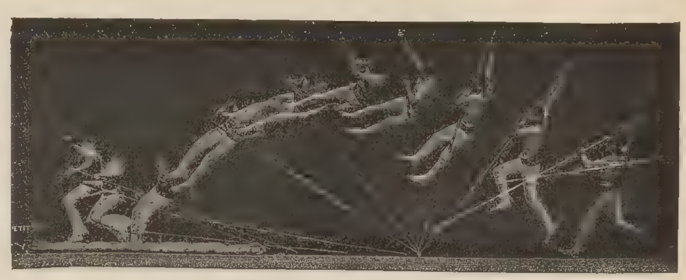


Fig. 16. Fases sucesivas de un salto con la garrocha. Cronofotografía sobre placa fija

escalonadas sin transición brusca á causa del gran número de imágenes (veinticinco por segundo) tomadas mientras dura el salto.

A fin de hacer más instructivas las cronofotografías del movimiento sería preciso que los individuos que estas imágenes reprodujeran fuesen escogidos entre los más fuertes y los más hábiles, que fuesen, por ejemplo, los premiados en los concursos de gimnasia. Estos sujetos escogidos revelarían de esta suerte el secreto de su habilidad inconscientemente adquirida y que ni ellos mismos podrían de fijo definir.

El mismo método se prestaría igualmente á la enseñanza de los movimientos que hay que ejecutar en los diferentes trabajos profesionales y evidenciarían en qué se diferencia el martillazo de un herrero hábil del de un aprendiz; lo propio sucedería con todos los actos manuales y con todos los géneros del *sport*.

(Continuará)

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

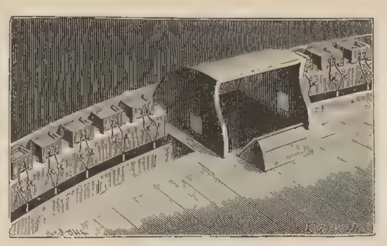
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.



Muestra de los grabados de la obra – Audiciones telefónicas teatrales

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LOS NUEVOS SELLOS DE CORREOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

















En conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América ha puesto en circulación la gran república norteamericana una nueva serie de sellos de correos que únicamente circularán durante el presente año de 1893. En estos sellos, que se distinguen por su forma diferente de la que por lo general tienen los de todas las naciones, ha hecho la American Bank Note Company, encargada de su ejecución, ostentoso alarde de la superioridad que en esta materia la coloca por encima de todas las demás de su clase: grabados al acero, son indiscutiblemente lo mejor y más artístico que en su género se ha producido. Todos llevan en la parte superior la inscripción *United States of America* con las fechas 1492 y 1892 á los lados y debajo el valor del sello; en la parte inferior hay el título del cuadro ó escena reproducidos.

He aquí ahora el valor, el color y el asunto que representan los quince sellos que forman la colección y cuyas dimensiones son 25 milímetros de alto por 36 de largo:

5 dollars, negro; el busto de Cristóbal Colón y á ambos lados figuras simbólicas de América, representada por una india, á la derecha, y de la Libertad, por una matrona, á la izquierda.

4 dollars, carmín; los retratos de Colón y de Isabel en medallones separados.

3 dollars, verde-amarillo; Colón describiendo su viaje, copia del cuadro de Francisco Jover.

2 dollars, encarnado; Colón encadenado, copia de un cuadro de Lenze.

1 dollar, color de salmón; Isabel empeñando sus joyas, copia del cuadro de Muñoz Degrain.

50 centavos, azul obscuro; Colón llamado á España, copia de un cuadro de A. G. Heaton, existente en la Casa Blanca de Wáshington.

30 centavos, ocre claro; Colón en la Rábida, copia de un cuadro de Felipe Masó.

15 centavos, verde obscuro; Colón recibido por los Reyes Católicos al regreso de su primer viaje, copia del cuadro de Ricardo Balaca.

10 centavos, pardo; Colón presentando á los Reyes Católicos los indígenas de los países nuevamente descubiertos, copia del cuadro de Luigi Gregori, existente en la Universidad de *Notre Dame* de South- Bend (Indianópolis).

6 centavos. púrpura; entrada triunfal de Colón en Barcelona, copia del cuadro de Randolfo Roger, existente en la Casa Blanca; á un lado la figura de Fernando el Católico y á otro la de Bobadilla.

5 centavos, chocolate; Colón pidiendo protección á Isabel, copia de un cuadro existente en el *Metropolitan Museum of Art*, de Nueva York.

4 centavos, azul marino; las tres carabelas *Santa María*, *Niña* y *Pinta*, copia de un grabado español.

3 centavos, verde; la *Santa María*, buque almirante de Colón, en alta mar.

2 centavos, morado; desembarco de Colón, copia de un cuadro de Vanderlyn, existente en la Casa Blanca.

1 centavo, azul; Colón en el momento de divisar la tierra nuevamente descubierta, copia de un cuadro de Guillermo H. Powell; á la derecha un indio en traje guerrero y á la izquierda una india con un niño.





Imp. de Montaner y Simón



AÑO XII — BARCELONA 3 DE ABRIL DE 1893 — NÚM. 588

En el presente número comenzamos la publicación de la interesante novela de Héctor Malot «ANIE,» traducida por Antonio Sánchez Pérez, con preciosas ilustraciones del célebre dibujante Emilio Bayard

EXPOSICIÓN MEISSONIER CELEBRADA EN PARIS



GENTILHOMBRE DE LA ÉPOCA DE LUIS XIII, estudio pintado por Meissonier

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Quien desconozca el influjo ejercido sobre los hechos contemporáneos por la serie y la genealogía natural de los hechos anteriores en el tiempo, como quien desconozca el influjo ejercido sobre los hechos nacionales nuestros por los hechos extraños y alejadísimos en el espacio; quien desconozca todas estas correlaciones, debe consagrarse á cualquier oficio alejado de la gobernación de los pueblos y de la política general. Aquellos emperrados por indiferencia ó por pereza en ignorar cuanto dicen los periódicos, ó aquellos que suelen á la vista de cualquier político huir, cual huye á la escopeta el gamo, siguieran otro proceder y observaran otra norma de vida, si entendiesen cómo puede un Stambuloff cualquiera, desde un villorrio búlgaro por cualquiera capricho personal arrojar una chispa sobre los montones de pólvora por todas partes hacinados en el continente y hacer saltar en pedazos el edificio en que vivimos con todos los nuestros, la nación y patria propias, cual nos importa como si saltara en pedazos la máquina celeste ó estallase como una bomba el planeta mismo. Un propietario debía saber cómo la propiedad querida y cultivada por él se estremece bajo sus plantas á terremotos políticos, peores que los terremotos naturales; y una madre debía presentir cómo el hijo de sus entrañas puede perecer en cualquier tromba guerrera y no encontrar para sus carnes otra sepultura que las entrañas de los buitres por causa de los fenómenos sociales, más interesantes y más trascendentes á toda su vida que los fenómenos de la Naturaleza. Así, los interesados en la suerte del mundo convierten á todas partes los ojos en busca de la incipiente nubecilla, la cual amenaza traerle una tormenta que lo detenga en su carrera triunfal por los espacios, ó que lo anegue, como buque desarbolado, en mares de sangre. Y como le tiene uno á la guerra horror tan grande, recela del Oriente, donde hay más torpedos cargados, en la tierra y en el aire más tonantes chispas que aquí entre nosotros. Mientras por Occidente sólo hay una cuestión, la de Alsacia y Lorena, en Oriente hay cien cuestiones contradictorias y diversas á cual más peligrosa. Y por encima de todas ellas existe una trascendente á muchas otras por su importancia y perdurable por muchísimo tiempo, y es á saber, la competencia entre los Imperios austriaco y ruso por la tutela exclusiva que ambos quieren ejercitar sobre los pueblos cristianos del bajo Danubio y de la península balkánica. Así es que no hay en Bulgaria, en Servia, en Rumanía misma tantos partidos conservadores y radicales como partidos austriaco y moscovita. En Servia, por ejemplo, el partido liberal está con Austria y el partido radical está con Rusia; así como el rey y su esposa, los monarcas de aquella región, más que por otras causas, han reñido por la preferencia de cada cual á un Imperio, al austriaco Milano, al ruso Natalia. Lo mismo pasa en Bulgaria; el príncipe Fernando Coburgo se nos aparece allí un pupilo del Austria, y tanto, que lo han unido á la parte más reaccionaria de tamaña familia imperial, enlazándola con una princesa destronada, perteneciente á la dinastía de Parma. Y con este motivo se propuso en Sofía una reforma constitucional, tendente nada menos que á consentir en los jefes del Estado la profesión de un culto contrario al culto nativo y oficial del Estado mismo; disposición de una inmensa trascendencia, porque si en todas partes las cuestiones religiosas alcanzan suma gravedad, esta se recrudece y encona por modo muy extraordinario cuando se complica, como sucede respecto de Bulgaría, con la índole casi asiática de aquel pueblo, con lo reciente de su independencia muy frágil tras larguísima servidumbre, con el tránsito peligroso de un estado social á otro estado, con el prolongadísimo período constituyente, con lo indeterminado de sus pretensiones territoriales extensivas así sobre una parte de Servia como sobre una parte de Macedonia, con la triple natural tutela de Rusia y Austria y Turquía.

Nosotros mismos por muy ufanados que nos mostremos con la ciencia nuestra y por mucho que hayamos puesto en olvido las viejas pasiones religiosas, no podemos prescindir del clero y de la Iglesia, ni tratar como cosa baladí el asunto de sus relaciones con la política y con el Estado. ¿Qué le pasará en este momento á un pueblo, todavía no criado, y en el término de una serie social evolutiva muy separada de la nuestra, consecuencia del movimiento de una civilización muy duradera, la cual se ha desarrollado en una vida muy culta y muy larga? Nadie puede, por modo alguno, desconocer que en Oriente la religión predomina sobre las otras manifestaciones del espíritu, como nos aconteció á nosotros durante la Edad media. El Korán en los turcos, el Phanar en los griegos, el Patriarcado en todos los esclavones ortodoxos ejercen una grande autoridad, aunque subordinadísima de suyo á los Estados y monarcas respectivos, incomprensible para los que hace tanto tiempo hemos en las Iglesias occidentales apartado el poder laico y temporal del poder espiritual y religioso. El búlgaro influyó hasta en la crisis grave de nuestra religión propia, cuando constituía un grande imperio, antes de caer sobre la cimitarra turca. Nadie puede olvidar el influjo ejercido por los albigenses en la cultura de Occidente y en Provenza y en Cataluña y en Francia toda; como nadie puede olvidar la correlación de los albigenses con el dualismo persa, bebido en Persia por los búlgaros al paso desde las mesetas centrales del continente asiático al territorio tracio y por los búlgaros imbuído en el espíritu religioso de Occidente, tan conmovido y agitado en el período de la Edad media. Al fin, pareciéndose á las tribus germánicas en esto, aceptaron casi todos la religión del imperio griego, á quien habían reemplazado, y más tarde una parte importantísima de ellos la misma religión mahometana y las circuncisiones semíticas para congraciarse con los turcos. Pero así que al calor del espíritu nuevo pugnaron por constituir nación aparte, y con la nación Estado, separáronse los cristianos del Patriarca bizantino, y constituyeron á una su Iglesia nacional junta con su Patriarcado independiente. No evoco esto, no, á humo de paja, no lo evoco por mero alardeo de remembranzas históricas; lo evoco para probar la importancia inmensa de los asuntos religiosos en Bulgaria con lo trascendente de todos ellos á la política. Y sin embargo, el partido antirruso, allí comandado por hombre tan diestro como Stambuloff, no solamente ha puesto un príncipe católico á la cabeza de un pueblo así; pretende ahora estatuir la exención para la dinastía del deber constitucional de profesar la religión del Estado. Así que propósito tal se ha divulgado, dos graves dificultades se han atravesado en las vías de su resolución suprema y definitiva: una interior y otra exterior, la protesta del Patriarca Clemente y la protesta del imperio ruso. Con el Patriarca se las ha tenido tiesas el buen Stambuloff, al extremo de cogerlo como pudiera coger cualquier criminal y encerrarlo en apartadísimo convento, como pudiera encerrarlo en cualquier cárcel ó en cualquier manicomio. Pero ¿qué hará con Rusia el apremiado y atribuladísimo primer ministro? ¿Cómo se podrá zafar de una reprimenda, en que le amenazan, niño malcriado, con unos azotes? De someterse perderá toda su autoridad, y de resistirse podría recoger el triste destino y ministerio de suscitar una guerra europea que tanto puede sobrevenir un día por la rivalidad entre Prusia y Francia en el centro europeo como por la rivalidad entre Austria y Rusia en el Oriente. Lo cierto es que Bulgaria podría contraer con tantas temeridades una inmensa responsabilidad ante la conciencia universal, si se suscitase la guerra.

* * *

La verdad es que todo el mundo ve una fragilidad y una inconsistencia irremediables en la situación política oriental. Hasta de la solidez del único factor verdaderamente robusto que hay en el imperio austriaco, su emperador, hasta de tal solidez la gente duda viéndolo partirse á un viaje misterioso por las orillas del poético Lemán y volverse tan meditabundo como entristecido. Con efecto, el emperador se ha partido de Viena y se ha entrado en Helvecia, sin más objeto que verse con su mujer, aquejada de una monomanía, la nómada y errante, como la que aquejó al Childe Harold de Byron y al René de Chateaubriand en los comienzos de nuestro siglo. ¿No habéis notado cuántas gentes superiores adolecieran del mismo afán de la emperatriz por los viajes? No fuera Byron el único desterrado, el único que pidió inspiraciones al mudéjar alcázar de Sevilla y al gigantesco esqueleto del Coliseo y á las ruinas del Partenón; como no fuera Chateaubriand el único en recorrer desde los sepulcros de Jerusalén, donde yacen las sociedades antiguas, hasta la catarata del Niágara, que mece la cuna de los pueblos nuevos. Lamartine nunca se creyó poeta, nunca jamás, sino después de ir á consagrar su genio en Oriente; Goethe se apartó de Alemania, no como Lutero, en son de guerra, no, para besar como peregrino del arte los mármoles griegos so los arcos triunfales y las rotondas católicas de Roma; la guerra lanzó á Víctor Hugo en España, y después de haber maldecido desde su islote los tiranos de su tiempo y de su pueblo, la guerra, únicamente la guerra le abrió el Panteón de Francia, tras veinte años de ausencia en un destierro, casi todo él voluntario, por lo cual tuvo su cuna casi en la patria de Lope y su tumba casi en la patria de Shakespeare. Fóscolo, con su sangre completamente griega y su arpa completamente itálica, fué á cantar entre las nieblas boreales; el Rhin acarició la infancia de Heine y el Sena lloró sus agonías, como si fuera su genio el ánfora única, donde pudiesen mezclarse ambas corrientes enrojecidas de sangre; Mazzini escribió sus profecías sociales desde Londres y Quinet sus libros desde las orillas mismas del lago Lemán, frente á los Alpes eternos, en ese átomo de tierra llamado Suiza que ha convertido la libertad en átomo de sol espiritual; nuestro Espronceda trajo la enfermedad sublime y divina de Byron á las letras españolas, adquiriéndola en diez años de sombría expatriación, infligida por el más repulsivo de los déspotas á sus ideas, y Zorrilla, con parecer inadaptable á ningún otro suelo que el patrio terruño, respiró los jaramagos amarguísimos de las ruinas romanas y las flores embriagadoras del Nuevo Mundo en esa inquietud nerviosa, producida por los martirios anejos al carácter y á la índole de cuantos llevan en sí la llama sobrenatural del genio y reciben la visita en el alma estremecida de sus divinas sugestiones. Pues análoga enfermedad aqueja hoy á la emperatriz Isabel, enfermedad encerrada en aquel natural suyo, recrudecida desde los primeros años y enconada por las desgracias que han caído sobre su alma y tronchádola en su edad madura. Como la Pietá de nuestra liturgia, se nos aparece con el amado hijo muerto en los brazos rígidos á la intensidad del dolor más horroroso que hay entre los humanos dolores. Y como no puede sufrirlo, necesita con el movimiento cansarse hasta el extremo de acallar la crispación de sus músculos electrizados por las chispas de internas emociones, más devastadoras que los culebreos del rayo en cuerpo carbonizado por las devastadoras centellas de una terrible tempestad. Así la Odisea de madre tan infeliz nos ha interesado á todos por la desdicha que recuerda y nos ha conmovido á todos por las agonías que significa. Natural verla desesperada, vestida de negro, envuelta en los lutos de una pena eternal, huyendo de las gentes á quienes tan sólo puede comunicar expresiones de un dolor sin alivio, entregada por completo á los vientos y á las olas en una especie de navegación que le recuerda la navegación de nuestra mísera vida por un Océano que le recuerda en sus espacios sin fin la eternidad sin término, pues no se comprende pena semejante á la pena de una mujer que ve un hijo suyo, criado para el bien y la dicha, morir como ha muerto el archiduque Rodolfo.

* * *

No debía, no, haber extrañado á la opinión europea que, sintiéndose tan malherida en su preciosísima salud la emperatriz, fuera el emperador de Austria en los días últimos á visitarla. Pero suscita recelos tales y tantos la natural agrupación de esta familia cesárea en la política, hoy que todo el mundo teme algo extraño de ella y en ella percibe algo misterioso. Numerosísimos los archiduques: divídense por una ley lógica, tan implacable como las leyes mecánicas, en dos agrupaciones, la transigente y la intransigente. Aquélla, muy conciliadora, en política interior proclama la necesidad imprescindible de sostener el régimen parlamentario, como en la política exterior sostiene la necesidad imprescindible de sostener el tratado de alianza con Alemania. Repulsiva de suyo á todo lo moderno la otra innegable agrupación, se adscribe al culto de las instituciones muertas y detesta con odio implacable á la Germania, protestante, revolucionaria, socialista. Pues bien: así como el archiduque Rodolfo, el heredero malogrado, pertenecía, sobre todo en política interior, al grupo transigente, y en política exterior si amaba más á Francia que á Germania seguramente amábala por puro liberalismo, el heredero vivo pertenece al grupo irreconciliable y presta fervorosa devoción á las instituciones muertas. Y hay que cuidar mucho de cómo piensan y sienten los archiduques austriacos, pues todos ellos en razón de un atavismo, demostrado por la historia, suelen poseer una grande inteligencia, pero acompañada de una exaltación muy nerviosa y de unas alucinaciones muy extraordinarias. Por no recordar los muertos, veamos vivos muy meritorios, pero muy singulares; el archi-

duque recluído en una preciosa isla española comentando á la continua los arqueológicos trabajos de un ilustre pensador medioeval, y aquel otro archiduque desaparecido en los mares australes, del cual á lo mejor hay noticias varias, como las recibidas por los portugueses del monarca enterrado en los líbicos desiertos. Leyendas tales parecen incompatibles con el carácter prosaico de nuestra edad positivista. Y no hay cosa tan grave como que tengan temperamento de poetas ó de artistas, no completados por la razón y la experiencia del político, los hombres puestos por su providencial nacimiento á la cabeza de los pueblos. La eventualidad terrible de legar máquina tan complicadísima como el imperio austriaco, en cuyo increíble organismo entran tantos órganos diversos y aun opuestos, razas, religiones, historias en combate perdurable, á un romántico, enamorado de la Edad media y del papel representado por su divina familia en estas épocas de Pontificado é Imperio, trae á mal traer muchas gentes, amigas de la estabilidad y temerosas de cambios, en los cuales puede por cualquier descuido estallar el torpedo de la guerra. No debe, pues, extrañarnos que se haya tomado por una consulta para cumplir un propósito de abdicación el viaje último de Francisco José al retiro de su esposa Isabel en las orillas del hermoso lago de Ginebra. Mas en cuanto el rumor se ha divulgado, la corte de Austria lo ha desmentido. Y hace bien. El emperador, dotado de una flema germánica, la cual no empece á la nativa dignidad suya, como demostró el día de su reprimenda terrible á Strossmayer, que asociara su Iglesia por entusiasmo esclavón á una festividad cismática rusa, ejerce tan grande poder moral sobre sus pueblos, que á los políticos más superficiales é inexpertos, no digo á los expertos y consumados, les parece de todo punto insustituíble. Ningún otro príncipe, ninguno podría como él armonizar los contrarios allí enemistados en guerra perpetua, y como él sistematizar y ordenar aquel caos, donde pugnan mil elementos con estruendo parecido al que describen y recuerdan los primeros versículos del *Génesis*. Hoy mismo parece desquiciarse Hungría bajo la pesadumbre de un problema por nosotros resuelto hace tiempo ya, bajo la pesadumbre del problema relativo al matrimonio y al registro civil. Clero y gobierno andan á la greña. Dentro del Parlamento, sobrexcitado hasta la demencia, obstrucciones sin número, debates sin medida, escándalos sin tregua, pasiones sin freno, una guerra civil encrespada por huracán encendido en las pasiones religiosas. Todo á la diabla por allí. Fuera del Parlamento, agitaciones parecidas á terribles asonadas. Y sin embargo, hay un personaje inmóvil y sereno allí, transigente sin debilidad, conciliador sin abdicaciones, pacientísimo aunque no indiferente, harto dueño de sí mismo para dominar sus afectos religiosos sin caer en apostasías, observador con estudio y cuidadoso sin detrimento de su neutralidad constitucional, y es el emperador de Austria.

Madrid, 27 de marzo de 1893



EL CAFÉ, estudio pintado por Meissonier



Soldado de la República, estudio de Meissonier para el cuadro «Los Ordenanzas»

LA EXPOSICIÓN MEISSONIER

Actualmente está abierta al público en el Salón Petit de la calle de Séze de París una exposición de obras del insigne pintor francés, que en realidad son estudios y apuntes de varios de sus cuadros, pero que constituyen una exhibición de las más instructivas.

Muchas de esas obras yacían amontonadas en un sótano donde Meissonier las había arrinconado después de servirle para completar los cuadros para que estaban destinadas, y que ahora se pueden apreciar, bien clasificadas y ostentando su mérito á la luz de las salas de exposición. Entre ellas figura el retrato del maestro tal como era en los últimos años de su vida, con su mirada viva, su luenga y ondulante barba, el rebelde mechón de su cabellera corta y de pie delante de su caballete.

Meissonier, en cuanto artista, se distinguía por la precisión en la energía, la elección en la verdad y la sobriedad en la fuerza. Fáltanle la elegancia y la ligereza, pero ¿eran compatibles con sus demás cualidades? Pintaba con la voluntad de escoger entre todo cuanto determina la originalidad, de encerrar en cada trozo un sentido, una aspiración; no se preocupaba de ser moralista ni filósofo, y teniendo horror del énfasis, de la declamación y de la sensiblería, aplicaba á la naturaleza y á la vida los únicos medios de la pintura, los que la definen y sólo á ella pertenecen.

Empezó su carrera pictórica en 1834, ó sea en pleno romanticismo, época en que la historia de Thierry y Michelet, la poesía y la novela de Víctor Hugo, el drama de Shakespeare, excitan y caldean las imaginaciones de los artistas; pero no le gustaban en la historia sino las épocas inmediatas á la nuestra y cuya interpretación pudiera basarse en documentos auténticos; por esto en sus cuadros no se remonta más allá del siglo XVI.

Hase hablado mucho de los escrúpulos de Meissonier y de su resuelta voluntad á no dejar salir de su taller más que lienzos irreprochables ante su conciencia de artista. Fiel al asunto, quería rodearlo de cuanto exigía, ni más ni menos.

Se le ha censurado también por las escasas dimen

Meissonier en su taller, pintado por él mismo

siones de sus cuadros, á lo cual hubiera podido contestar que no le asustaba la pintura en grandes superficies: ejemplo, los «Coraceros de 1805» y «1807.» Pero ¿quién ignora que la dimensión en arte y la extensión en literatura es cuestión de preferencia y no de talento? La medianía suele ostentarse en metros cuadrados de lienzo ó en muchos volúmenes, y hay cuadrito ó novela que contienen considerable suma de invención y de verdad. En Francia, donde gustaban mucho los grandes lienzos y se creía que para que un cuadro fuese digno de exponerse al público había de tener un tamaño imponente, Meissonier fué de los primeros en comprender que la dimensión rara vez es una necesidad del asunto, y que hay asuntos en que la extensión es un contrasentido. Si se quiere pintar la consagración de Napoleón ó la batalla de los Cimbros, cabe el derecho de adaptar la tela al espacio que tales escenas ocuparían en la realidad; pero también se podría concebir el asunto de modo que cupiera enteramente en un metro cuadrado. Pero ¿por qué dar á la reproducción artística más importancia de la que los originales tienen en realidad? Un jinete, un infante, un transeunte cualquiera interesan por la impresión rápida que producen en la vista y en la imaginación, y si se trazan estos «muñecos» con bastante verdad y vigor para advertir en ellos los caracteres profundos de una acción, de una profesión, de una vida humana, puede calificarse el autor de verdadero artista, y si á mayor abundamiento se revela en ellos un alma, si se crea un ser viviente con los elementos que proporciona la naturaleza, ese artista es grande.

En tal caso se halla Meissonier y tal es la impresión que producen esos pequeños seres llenos de vida y de verdad que se ha calificado mucho tiempo de «muñecos» con cierto desdén, y que ahora son los testimonios más expresivos de su tiempo, lectores, jugadores, fumadores y bebedores y sobre todo jinetes tal como al artista le gustaba representarlos, como escuchas ó centinelas avanzadas. Curtidos por el sol de España ó de Egipto, sólidos y ligeros, infantes y jinetes, Meissonier los pinta con especial predilección, predilección que hace extensiva á toda clase de soldados y caballos. Toda su vida estuvo haciendo estudios de este noble animal, y ya es sabido que era el pintor de caballos en toda la extensión de la palabra, habiendo merecido justa fama sus monturas y arreos. Muchos de esos animales, blancos como el legendario caballo de Napoleón I, ó alazanes, han tenido su celebridad: los montaba y los guiaba con una energía y una fuerza de voluntad que su escasa estatura hacía meritorias. En sus cuadros de batallas cada uno de los jinetes podría figurar, por la verdad particular con que están representados, como ejemplo en un tratado de equitación; otro tanto puede decirse en cuanto á los detalles de los arneses, á la actitud del jinete, á los grupos ecuestres, etc.

Y es que Meissonier veía en el caballo lo que es en realidad, la más sorprendente combinación mecánica de que los animales puedan ofrecer ejemplo, y habría creído hacer, como decía, «un insulto á la naturaleza si lo hubiera representado *de capricho.*» No le gustaba la fotografía instantánea aplicada á este estudio, y sin dejar de hacer justicia al talento de los pintores que la practican, creía con razón que estos movimientos no tienen interés sino desde el punto de vista anatómico y fisiológico. Y en efecto, su vista le bastaba: era quizás una de las mejores y más perspicaces de cuantas la naturaleza ha concedido á un pintor. Por la combinación singular y tal vez única de dos afecciones, la del miope que no ve bien sino de cerca, pero que aprecia el menor detalle, y la del présbite, que sólo ve bien de lejos, pero que abarca los conjuntos, poseía un instrumento de observación,



Estudio de guía, pintado por Meissonier, para el cuadro «1807»

merced al cual abrazaba al mismo tiempo conjunto y detalles. De aquí ese género de pintura sin par, minuciosa y amplia, precisa y compacta, que se puede examinar lo mismo á la distancia de una pulgada que á muchos pasos del lienzo.

Meissonier ha pintado muchos jinetes, caballeros ó soldados, trompetas ó portaestandartes, generales ó simples soldados, desde el siglo XVI hasta nuestros días. No se habrá olvidado el soberbio heraldo de Luis XIII, encargado de anunciar la fiesta de París-Murcia, ni los mosqueteros de la misma época. Pero entre tantos jinetes, los más numerosos son los de la época imperial, preferencia que se explica. Meissonier buscaba sobre todo el *carácter*, es decir, el sello especial, expresivo, que la naturaleza, la profesión, el hábito, la acción prolongada de las mismas circunstancias y del mismo género de vida imprimen al ser humano, y en ninguna época el soldado ha sido más soldado que en tiempo del primer imperio, pues entre esos dragones y coraceros, granaderos y cazadores, los más veteranos servían desde 1791 y habían llevado el uniforme blanco de las tropas reales, el azul de las levas republicanas, y los brillantes y pesados de la guardia imperial.

Y cosa digna de mención, este pintor de soldados jamás ha representado batallas, porque era un realista muy respetuoso de la verdad, y para pintar verdaderas refriegas se necesita haberlas visto. Limitábase, pues, á figurar soldados descansando, preparados al combate ó emprendiendo el galope de carga, como los «Coraceros de 1805» y los de «1807.» Así ha representado todos los tipos militares del ejército imperial desde Napoleón y el mariscal de Francia hasta el simple recluta, dándoles actitudes de estatuas ecuestres.

Meissonier era colorista, por más que se haya supuesto lo contrario con notoria injusticia. Cierto que no era un Veronese, un Velázquez ni un Teniers: tiene el color de su género de observación; pero no por ello deja de ser color, y tan justo, tan verdadero, tan variado como el de los seres, hombres, países y luz que pintaba. Otros pintores hacen resaltar los esplendores de España ó de Italia ó reunen cuanta variedad pueda haber en un cielo de Flandes en un hermoso día; él reproducía los cielos velados, los uniformes ajados por la lluvia y el polvo, los adornos de oro sin brillo, las botas polvorientas. No cabe negar que en cuanto á dibujante sea mejor que colorista; pero ¿no sería justo reconocer que tan perfecto dibujo exige ese color, que es su consecuencia necesaria y forzosa; que sus «muñecos» y sus escenas, examinados en conjunto ó aparte, son tan verdaderos de color como de estructura, y que es tan impecable para distribuirles la luz como para trazarlos? Hay que tomar á Meissonier tal cual es, con su marca poderosa y sobria, como un maestro que tiene sus más y sus menos, como todos los maestros.

No faltan críticos que deseen en él más gracia y atractivo; es una injusticia decir que no sabía representar una mujer, pues en los muchos croquis femeninos que figuran en la Exposición actual, prueba que no temía dedicarse á tales asuntos y que si hubiera querido habría sobresalido en ellos.

El encanto de los contornos, los cambiantes de luz en la epidermis, la seducción de las carnes, los estremecimientos de la vida, todo esto le era indiferente; prefería las armas, las ropas, los muebles, los caballos. Habría sido de desear que lo hubiera preferido todo, el hombre y la mujer y los animales y cuanto lleva impreso el sello de los seres vivientes. Era posible, porque otros lo han hecho; pero tal cual es, su obra es bastante hermosa y vasta, y Meissonier es una gloria de la pintura francesa contemporánea.

X.





Gentilhombre de la época de Luis XIII, dibujo de Meissonier



LA VIDA EN EGIPTO. – VISTAS DEL CAIRO, dibujos del natural de Holland Trincham. – BOTES EN BULAK. – UN RINCÓN DE CALLE. – EN EL CAMINO DE HELUÁN

DON PEDRO EL CRUEL

CRÓNICA RELATIVAMENTE ANTIGUA

(Continuación)

VIII

DON PABLITO

A las diez nos daba suelta al corral, y era cosa de ver cómo salíamos del tormento, los saltos que dábamos y las barbaridades que en un santiamén llevábamos á cabo. El agua de un depósito, que rompe el dique que la contiene, y se arroja de golpe fuera, y tala campos, y desarraiga árboles, y anega casas, no era más terrible y rumorosa que nuestra bajada en vilo, sesenta chicos á una, salvando de un solo salto una veintena de escaleras. ¡Así estaban ellas de desvencijadas y enfermizas!

Y una vez en el corral ó nos dábamos en el acto de sopapos, ó nos coceábamos como los internos, ó armábamos pedreas peligrosísimas para nuestras cabezas y para todos los cristales de la vecindad, que celebraba nuestra llegada cerrando á piedra y lodo todos sus huecos.

Si por rara casualidad sorprendíamos algún gato, ya se sabe, no lo contaba. Cosas bárbaras, diversiones propias de salvajes, crueldades indignas..., todo nos parecía poco con tal de movernos, de gritar, de saltar, de correr, de golpear, por sacudirnos del tremendo miedo que durante dos horas nos había tenido paralizados.

Para vigilar nuestros juegos y evitar grandes estragos, D. Pedro nos destacaba á D. Pablito, al angelical D. Pablito, en el que cruelmente vengábamos nuestro odio reconcentrado contra el tío, haciéndole blanco de mil crueles mofas y dolorosas asechanzas.

Unas veces eran éstas de palabra, otras más frecuentemente de hecho. Nos acercábamos á él con el aire más bondadoso del mundo á preguntarle dudas de la traducción ó de la composición, que D. Pablito se apresuraba á resolvernos con su incansable longanimidad, y tanta era nuestra mala fe que cuando luego se enfurecía D. Pedro al leer nuestras bárbaras composiciones, todos á una exclamábamos: «¡Así nos lo ha explicado D. Pablito!» Con lo cual la cólera del dómine descargaba atronadora sobre el pobre inocente, que no por estas traiciones se curaba de sus sublimes virtudes.

Huérfano de padre, su pobre madre enferma é impedida no contaba con más recursos que los mermadísimos que D. Pablito la proporcionaba; así que para sufragar los gastos de médicos y botica, amén de los corrientes, necesitaba ahorrar en la comida y en el vestir, y tanto ahorraba que de la pitanza que en casa de D. Pedro le servían hacía dos partes: una muy pequeña, que era su manutención, y otra que cuidadosamente guardaba, para la enferma, envuelta en papelotes con que llenaba de continuo sus bolsillos. Nosotros, tan pronto como descubrimos este juego dimos en el cruel y bárbaro de extraerle cautelosamente las viandas del bolsillo de su raída levita y sustituirlas con papeles llenos de tierra, barro, cantos y mil porquerías é inmundicias. Cosa cruel y brutal que celebrábamos con risas silenciosas de pieles rojas ó caníbales.

Algunos chicos, y éstos eran de los *señoritingos,* cuando estaban bien hartos y les sobraba algo de la merienda se lo ponían sobre la mesa con letreros de este jaez: «Para la vieja.» «Para la bruja.» «Para la tía Marizápalos,» cuando no «para la tal de tu madre»... Y el angelical D. Pablito guardaba los desperdicios, sí, para darnos lección de humildad; pero se le caían las lágrimas y nos miraba con ojos tan desolados, con tal expresión de conmiseración y pena, como debió mirar el Salvador á sus verdugos al exclamar: «Perdónales, Padre mío; no saben lo que se hacen.»

Y no paraban ahí las burlas. En cuanto se descuidaba, los niños más tiernos de su clase, á los que más mimaba, á los que más tormentas conjuraba declarándose ante D. Pedro culpable de faltas que ellos cometían, le acusaban de mil mentiras, le llenaban el tintero de borra, le robaban los libros, le emporcaban la silla, le prendían de los faldones en la espalda cartelones tan brutales y torpes que en ocasiones el mismo bruto de D. Pedro, al verlos, en vez de montar en cólera se dignaba reirse y preguntaba el nombre del autor para premiarle. El nombre jamás se supo, pero la risita del ogro caía sobre nuestros marchitos corazones como el rocío en los abrasados campos de Valpalencia.

Aún me parece estar viendo al pobre D. Pablito los días que por enfermedad de D. Pedro él daba la clase.

¡Qué desorden, qué desconcierto, qué serie no interrumpida de salvajadas! Nadie contestaba á derechas: hasta los más comedidos, á sus preguntas contestaban con insolencias.

– A ver, niño, ¿tiene usted la bondad de decirme el genitivo de singular de *dóminus*?

– Mecachis, respondía el chico.

Risotada general.

O bien:

– ¿Podría usted declinarme *vulpes*?

– Nominativo, *vulpes;* genitivo, borrico; dativo, avestruz; acusativo, cabrón con pintas; vocativo, el ladrón de tu padre, etc., etc.

El pobre D. Pablito perdía los estribos, y cuando nervioso y acongojado se creía obligado á emplear la fuerza para restablecer el orden y empuñando la palmeta hacía actitud de levantarse, no podía... porque le habían cosido los faldones de la levita á los brazos del sillón, ó porque *los buenos,* por debajo de la mesa, le habían trabado las piernas como á un caballo; y mientras se desataba, descargaba sobre él un nublado de bolas de papel, de chinas y de mendrugos de pan duro, y la desmoralización y la algarabía llegaban á su colmo.

En estos momentos era cuando jugábamos con mayor fruición á la «parida,» que consistía en apretar los chicos de la mitad de un banco contra los de la otra mitad, prensando á los del centro, que aullaban como lobos.

– ¡Mecaaachis!.. ¡Que *maogo!..* ¡Madre!.. ¡Brutos, que me mancáis! ¡*Córcholis,* que me revientan!, gritaban unos, y otros: «¡Anda con él!, ¡más puede!, ¡más aguanta!;» y la fiesta, como todas, concluía á moquete limpio, sin que remediarlo pudiera el pobre D. Pablito, que de la contienda salía aporreado y maltrecho, con los anteojos rotos y robada la merienda.

Y cuando cansado de luchar inútilmente caía desplomado sobre la poltrona, lanzaba un quejido y se levantaba de un salto, indescriptibles explosiones de alegría celebraban el triunfo de los malvados, que habían colocado maliciosamente en el asiento de la poltrona agujas y alfileres punta arriba.

Ni sus súplicas ni sus lágrimas nos conmovían. Más humildemente nos rogaba, más cruelmente le maltratábamos, seguros de que se tendría que aguantar y que de ningún modo iría á dar parte á D. Pedro de lo ocurrido. Y no sólo por bondad de alma..., que era muy grande la suya..., sino porque D. Pedro con el ataque al hígado dicen que superaba su ferocidad á los mismos leones del Atlas cuando sufren la calentura.

El martirio duraba hasta que el desgraciado, no pudiendo resistir más, levantaba la sesión y nos echaba á la calle, exponiéndose á que D. Pedro, sabedor del suceso, le hiciera morcilla ó le arrojase de su casa, perdiendo así su único sostén y el sustento de su pobre madre inválida.

¡Ah, sí! Nuestra incalificable inquina y profunda maldad contra aquel santo varón, autorizaba y justificaba los tremendos procedimientos de D. Pedro. A fieras así hay que tratarlas á palo limpio..., jarabe de palo..., mucho jarabe de palo..., como decían los padres de los internos.

IX

TRADUCCIÓN Y COMPOSICIÓN

Desde las diez y media, que acababa el recreo, hasta las doce, tocaba el turno á los grandes, á los que *andaban* en los *Comentarios* y á los que *andaban* en *Ovidio* y *Virgilio,* que como más avezados á las brutalidades de D. Pedro, daban otra clase de juego y lugar al empleo de nuevos y más refinados tormentos.

Durante estas dos horas y otras dos por la tarde, los pequeños eran público, como lo habían sido los grandes en la media corrida de la mañana y en otra media idéntica que los esperaba de una á tres de la tarde; y como es natural, los menudos, sin dejar de temblar, no cesaban de hacerse tretas los unos á los otros. *Milhombres,* así llamado por su corta estatura y por su mucha maldad, ocupaba el primer sitio en el banco que correspondía á la pata derecha de D. Pedro, que sin cesar le vigilaba. No obstante, era tanta la malicia y socarronería de aquella criaturita, que dejando inmóvil el perfil izquierdo de su cara de pito, que veía D. Pedro, con el ojo derecho y con toda la media cara derecha hacía los más graciosos visajes que imaginarse puedan, tan divertidos que en ocasiones hasta arrancó explosiones ruidosas de risa á algunos desgraciados y ¡ábates! de admiración, que con sangre de sus venas – que por allí también debe haberlas – pagaron su falta. En mucho tiempo D. Pedro no notó nada; pero su fina nariz de pachón le hacía maliciar algo, y en fuerza de estudiar las caras de los chicos y notando que todas las miradas convergían en *Milhombres,* cayó en la cuenta del caso y tomó cautelosamente sus medidas, como era de costumbre, para poder obrar con premeditación y alevosía. Y en efecto, uno de los momentos en que *Milhombres,* entusiasmado con sus éxitos, ensayaba una de sus treinta y cuatro caras feas, bizcando, sacando la lengua y moviendo con extraordinaria velocidad la oreja derecha, cosa que hacía desternillar de risa á la clase, D. Pedro recogió la pierna como para rascársela, pero en realidad para tomar bien la puntería, y á un momento dado ¡válgame Dios! descarga sobre el hombro, cara y cuerpo de *Milhombres* tan terrible patada, que él y los otros siete chicos que ocupaban el banco salieron disparados por la otra punta como flechas por ballesta. *Milhombres* quedó muy malparado en aquel caso, pero no se corrigió; en cambio los otros siete llevaron tan grande susto al sentirse inesperadamente arrojados al espacio, que uno de ellos de resultas contaban que quedó bizco..., pero ¡vayan ustedes á creer dichos de chicos!

Este ejemplar y otros que por igual sistema ó por otros sistemas se realizaron, ya nos daban que pensar bastante; pero no por eso dejábamos de cazar moscas y ponerlas cucuruchitos en el rabo, ni dejábamos de pellizcarnos y pincharnos con alfileres y agujas, ni de hacernos cosquillas en las orejas con pajitas y otros excesos: solamente que cada día eramos más hipócritas, silenciosos y reconcentrados en nuestras barbaries, hilaridades y farsas, caracterizadas cada día con peor intención.

Entretanto seguía la traducción de los *Comentarios* en esta ó parecida forma:

El número primero de la clase lee este parrafito:

«*Gallia est omnis divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgæ, alliam Aquitani, tertiam, qui ipsorum lingua Celtæ nostra Galli appellantur.*»

– La Galia está... está... está... formada.

– No tienes tú mala forma, zo... zoquete...; ¡otro!

– Está... está... dividida...

– Eso es, adelante.

– Dividida... dividida...

– ¡Si lo repites más te divido yo á ti, maleta!.. ¿No sabes más?

– En tres partes...

– Y ¿por qué dices en tres partes?

– No sé...

– ¿Cómo que no sabes, gandul? ¡A ver... otro!

– Porque..., porque..., porque.

– Eso digo yo: ¿por qué?.. ¡Otro!

– Porque dice tres, y el significado de *tres* en castellano es tres.

– ¡Por vida del Chápiro! Y ¿no se os había ocurrido antes... cestos de vendimiar? Tú... el primero... y vosotros, mastuerzos, ¿por qué no habéis respondido?

Uno. – Creí que...

Otro. – Pensé que...

– ¡Ah! ¿Conque creíque y penséque? ¿No os he repetido mil veces que todo lo sufro menos esos dos estúpidos vocablos? ¿No os he contado que Creíque y Penséque eran dos ladrones de caminos que acabaron ajusticiados en las Moragas... y que murieron sin descendencia?.. Pues para que no se os vuelva á olvidar..., á ver..., la mano.

Los tres culpables, mejor dicho, las tres víctimas de aquella *pega* traicionera de D. Pedro se alínean. Los tres traen las caras compungidas y se frotan las palmas de las manos en las nalgas para mejor prepararlas al correazo.

– ¡La mano!.. ¡¡La mano!!.., grita el dómine.

– Si D. Pedro... D. Pedro, por Dios... D. Pedro de mi alma...

– Yo no soy D. Pedro de nadie... ¡La mano!

El muchacho la adelanta tímidamente y tan poco que casi queda oculta por la chaqueta; pero la habilidad de D. Pedro era tanta como la flexibilidad de *Minerva*: el golpe alcanza de lleno..., el chico lanza un grito y se comprime la mano contra el muslo, balanceando con priesa el cuerpo de atrás adelante y gritando á voz en cuello:

– ¡Madre! ¡Madre!

– ¡La mano!, insiste el dómine... Y viendo que en vez de avanzarla sigue gimoteando: «¡D. Pedro, por Dios!.. ¡D. Pedro, por Dios!,» se carga y le cruza la cara de un correazo, de cuyas resultas salta el chico como un condenado y se frota desatentadamente las orejas.

– ¿Conque creíque y penséque?.. Ahora os explicará *Minerva* quiénes eran Creíque y Penséque... ¡La mano!

El segundo la adelanta con relativa tranquilidad y recibe sin pestañear su ración correspondiente: sólo al último latigazo no se puede contener y exclama:

– ¡¡Concho!!.. Me tal en tal...

– ¡Ah! ¿Conque conchos también?.. La mano... Y la ejecución continúa.

Luis de Llanos

(Continuará)

DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL

Una inteligencia privilegiada para el estudio de los problemas más trascendentales, un corazón abierto á todos los afectos nobles, una voluntad infatigable en el servicio de las causas justas: esto fué la ilustre pensadora doña Concepción Arenal.

La cuestión penitenciaria, la cuestión social y la cuestión de las relaciones internacionales de los pueblos ofrecieron especialmente ancho campo á su esclarecido talento, y al examinar los males que á la humanidad afligen en esos tres aspectos del desenvolvimiento de la vida del individuo y de las sociedades, no sólo estudió con elevación sublime las causas que los originan, sino que señaló con admirable espíritu practico los remedios que deben, si no curarlos del todo, por lo menos mitigarlos en gran parte.

A la realización de su difícil cuanto hermosa tarea llevó la señora Arenal algo que vale y puede tanto como el talento cuando con el talento se acompaña: el sentimiento. Así vemos juntarse en ella el filósofo que raciocina y la mujer que compadece, el sociólogo que investiga y el ángel que consuela, el tratadista que diserta y la hermana de la Caridad que cura.

Para el logro de sus levantadas aspiraciones desarrolló una actividad prodigiosa. Dondequiera que se ponían á discusión los temas á cuyo estudio se consagrara, allí acudía, y ora alcanzaba en públicos concursos premios que los hombres más eminentes le disputaran en noble lid, ora cautivaba con sus memorias á las más ilustres personalidades de nuestra patria y del extranjero, congregadas en científicas asambleas.

Fué también inspirada poetisa: entre sus poesías sobresalen particularmente aquellas que escribió en su odio á las tiranías y en su amor á la patria y á las conquistas del progreso humano.



DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL, eminente pensadora y escritora.
Nació en el Ferrol en 30 de enero de 1820, falleció en Vigo en enero de 1893

La lista de sus obras ocuparía mayor espacio que el de que podemos disponer: por esto nos limitaremos á añadir á las que citamos en la sección necrológica del número 583, *Manual del visitador del pobre, Cartas á los delincuentes, Estudios penitenciarios, El derecho de gracia ante la justicia, El pueblo el reo y el verdugo, Estado de las prisiones y de las instituciones destinadas á la protección de los niños en los países civilizados, Estado de las prisiones en España, Las colonias penales de la Australia y la pena de la deportación, Juicio crítico de las obras de Feijoo, La mujer de su casa, La mujer del porvenir, Estado actual de la mujer en España.* Entre sus obras poéticas merecen citarse en primer término su oda *A la abolición de la esclavitud,* sus cantos *España en Africa* y *Gerona,* sus *Fábulas* y sus *Romances.* Además fundó y dirigió el periódico *La Voz de la Caridad,* revista de beneficencia y de cárceles, que sostuvo por espacio de catorce años.

Doña Concepción Arenal nació en el Ferrol en 30 de enero de 1820; huérfana á los ocho años de edad, vivió en La Liébana (valle de Potes) en unión de dos hermanas menores al lado de sus abuelos, hasta los catorce, en que pasó á Madrid; casóse á los veintisiete, y ocho años después enviudó, trasladándose entonces nuevamente al valle de Potes con sus dos hijos hasta que la necesidad de dar educación á éstos sacóla otra vez de su apacible retiro y de nuevo llevóla á la corte. En 1864, á los cuatro años de haber sido premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas su obra



NUBE DE VERANO, cuadro de G. Taldi



ESPERANDO AL MARINO, cuadro de J. Bartels



FEDERICO EL GRANDE Y EL SUEÑO DEL GENERAL ZIETEN, cuadro de Arturo Kampf



ROMA. – LA IGLESIA DE SAN JOAQUÍN, OFRECIDA Á S. S. LEÓN XIII CON MOTIVO DE SU JUBILEO EPISCOPAL

La beneficencia, la filantropía y la caridad, fué nombrada por él Gobierno Inspectora general de las cárceles de mujeres, cargo que desempeñó poco más de un año, en el que fué repuesta á raíz de la revolución de 1868 y del que se vió destituída después de la proclamación de la República. Cuando estalló la última guerra civil fué al Norte como Secretaria general de la Asociación internacional de la Cruz Roja y dirigió el hospital de Miranda. Terminada la guerra, retiróse á Vigo, en donde ha fallecido en enero del presente año.

El diario de Orense *El Derecho* ha abierto una suscripción para erigir una estatua á la ilustre escritora, objeto de admiración de propios y más aún de los extranjeros, y es de esperar que el Gobierno, las Sociedades, las Academias y el pueblo español en general contribuirán á la realización de tan patriótico pensamiento y á que de esta suerte se honre y perpetúe la memoria de la que pensó y escribió como un sabio y sintió y vivió como una santa. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La Asociación de los Once, que personifica la tendencia más moderna dentro de las artes plásticas, ha inaugurado en el Salón Schulte, de Berlín, una nueva Exposición en la que figuran 80 obras, en su mayoría cuadros al óleo y pasteles. Llaman en primer término la atención las del presidente Maximiliano Liebermann y en especial sus *Huérfanas holandesas.* Juan Hermann presenta también algunas escenas de Holanda; Skarbina, siete cuadros al óleo y otros tantos pasteles, que son magníficos estudios de aire y de luz; Hugo Vogel, un retrato de señora y un niño que toca el organillo; Stahl, J. Alberts, Muller-Kurzwelly, Schars-Alqvist, Leistikow, Mosson y Hofmann exponen también notables pinturas.

Barcelona. – Salón Parés. – Interesante ha sido la exposición de algunas obras del escultor Campeny, desde la estatua de carácter monumental, como *La formiga,* joven espigadora que se agacha para recoger entre el rastrojo la mies abandonada, hasta el boceto ligeramente ejecutado y aproximándose á la caricatura del *Sacamuelas,* forzudo é impetuoso, dispuesto á arrancarlo todo. En ella destacábanse un satirillo echado fascinando una culebra, los bustos de D. Víctor Balaguer y del Doctor Andreu, el grupo de los chicos jugando al salto, el del picador en la suerte de vara y el estudio de un oso, que merecen un aplauso, probando con los demás trabajos expuestos las cualidades de su temperamento artístico.

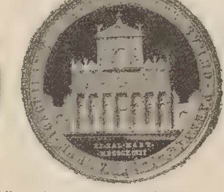
Con decir que se hallaba junto á esas obras un cuadrito de Ribera, basta para indicar con qué placer los visitantes, en particular los inteligentes, contemplaban aquella figura elegante de una señora, joven y bonita, sentada, abanicándose y pensando en lo que piensa una señora bonita, joven y elegante.

Salón de «La Vanguardia.» – Durante la semana pasada se ha expuesto una curiosísima colección de bocetos y reproducciones de pintura escenográfica junto con algunos figurines de trajes correspondientes á espectáculos de los siglos último y actual, exposición que es una pequeña parte, si bien selecta, de la numerosa é interesante que sirvió de *decoración cerrada* á nuestro buen amigo Soler y Rovirosa al dar la conferencia en el Ateneo Barcelonés. Entre algunas muestras de Bibiena y otros italianos hay en grabados diversas reproducciones de festejos y escenarios franceses, alemanes é ingleses, como algunos bocetos originales de Luccini, de los Planella, de Pablo Rigalt, de Cambon, Thierry, de Plá, etc.

– El laureado escultor Blay ha recibido, al parecer, el encargo de modelar la estatua del insigne olotense Fontanella, para erigirle un monumento que se costeará por suscripción pública. Mil plácemes á los iniciadores de este proyecto y felicitamos al artista.

– Se ha constituído la Comisión para la gran Exposición Artística de Berlín del presente año, nombrando presidente y secretario respectivamente á los profesores Carlos Becker y Juan





Medalla conmemorativa del Jubileo episcopal de S. S. León XIII y de la iglesia de San Joaquín

Meyer. En este certamen, que se abrirá en 14 de mayo y se cerrará en 30 de junio, se ha concedido á los secesionistas muniquenses, gracias á las gestiones de los representantes de éstos, Piglhein y Dill, un local y un jurado especiales, concesión que se otorgará también á las demás corporaciones alemanas.

NUESTROS GRABADOS

Vistas del Cairo, dibujos del natural de Holland Trincham. – Es la capital de Egipto una de las ciudades de Oriente que más interés ofrecen al viajero, contribuyendo á ello principalmente el extraño contraste entre la actual civilización y la forma más genuina de la antigua barbarie; así, por ejemplo, al lado de barrios hermosos con magníficos edificios encuéntranse otros de estrechos y lóbregos callejones con viejas casas, en las cuales son, sin embargo, de admirar bellísimos detalles de la arquitectura y decoración árabes. Un rincón de una de estas calles representa el dibujo que reproducimos y en el que aparece reflejado con toda verdad el modo de ser de aquella ciudad y de sus pobladores indígenas. Los otros dos detalles del dibujo son referentes á Bulak, barrio industrial situado á la orilla derecha del Nilo y unido al Cairo por amplia avenida, y el camino de Heluán, estación termal situada en los alrededores de la capital, adonde van las gentes acomodadas de ésta y numerosos turistas á pasar una parte del invierno.

Nube de verano, cuadro de G. Taldi. – Causa verdadera pena contemplar á esa pobre joven que acaba de romper con su novio; pero ya dice el título del cuadro *Nube de verano,* con lo cual quiso indicarnos el artista que la tormenta será pasajera y que no tardará en lucir el iris, signo de bonanza y, en el caso presente, de reconciliación. De la ejecución del asunto poco cabe decir, pues basta fijarse en la expresión de las figuras y en las bellezas del paisaje para comprender que el pintor italiano Taldi es de los que siguen con provecho las modernas tendencias y emplean con acierto los procedimientos adecuados á las mismas.

Esperando al marino, cuadro de J. Bartels. – Siente el célebre pintor alemán Bartels especial predilección por las playas, que constituyen el tema de la mayoría de sus obras: dos de éstas hemos publicado en los números 453 y 460 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, *Venta de pescado en las playas holandesas* y *En las dunas de Katwyk,* y en ambos puede verse con cuánto talento sabe desarrollar esta clase de asuntos. El cuadro que reproducimos hoy contiene además otra nota hermosa, y son las figuras de esa anciana, de esa joven y de esa niña que esperan la llegada del hijo, esposo y padre para gozar juntos de los placeres del hogar que les compensen de los trabajos y amarguras que son poco menos que el pan nuestro de cada día en la vida del marino y de su familia.

Federico el Grande y el sueño del general Zieten, cuadro de Arturo Kampf. – Cuenta la historia del gran rey de Prusia, entre otras anécdotas, que cierto día en la mesa del monarca durmióse el general Zieten, el reorganizador de la caballería prusiana, el vencedor en cien batallas, y como los otros comensales quisieran despertarle, Federico les contuvo diciéndoles: «Dejadle que descanse, que en los días de peligro bien ha velado por todos nosotros.» De Arturo Kampf también publicamos en el número 513 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA otro episodio de la vida de aquel soberano, *«¡Señores, buenas noches!»* Lo que entonces dijimos del ilustre pintor alemán nos releva de ensalzar las cualidades del cuadro que en el presente número figura, pues habría de ser una repetición de los elogios en aquella ocasión consignados.

La iglesia de San Joaquín ofrecida á S. S. León XIII con motivo de su jubileo episcopal, y medalla conmemorativa. – Con ocasión del jubileo episcopal del Sumo Pontífice, el Vicario de Cristo ha recibido testimonios de afecto y veneración del orbe entero y valiosos regalos, no sólo de los príncipes católicos, sino que también de aquellos soberanos que sin profesar la religión verdadera han querido rendir un tributo de admiración y respeto al sabio y respetuosísimo Papa que hoy es la cabeza visible de la Iglesia. Los fieles de Roma han hecho donación á S. S. de un hermoso templo consagrado á San Joaquín, el Santo patrón de León XIII, que como es sabido se llama Joaquín Pecci, y han acuñado una artística medalla conmemorativa en la que se ve en el anverso el busto del Santo Padre y en el reverso el templo regalado. Uno y otra reproducen los dos primeros grabados de esta página.

El eminente historiador y crítico francés Hipólito Adolfo Taine, recientemente fallecido. – Nació Taine en 21 de abril de 1828 en Vauziers (Ardennes) y en 1853 obtuvo el diploma de doctor en Letras. Fué profesor en Navers, en Poitiers y Besanzón; pero pronto renunció á la carrera de la enseñanza y se estableció en París, en donde se conquistó rápidamente una reputación envidiable que no tardó en ser europea, escribiendo en los principales periódicos artículos de crítica, de filosofía y de historia. Publicó muchas é importantes obras, de las que enumeramos las principales al consignar su fallecimiento en la sección correspondiente del número 585 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

D. Ricardo Palma, eminente literato, delegado del gobierno del Perú en los congresos celebrados en España con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América. – No vamos á escribir ni someramente la biografía de don Ricardo Palma, tarea que reservamos para cuando publiquemos, que será en breve, sus hermosas *Tradiciones peruanas:* hoy nos limitaremos á dar la más cordial bienvenida al ilustre americano que no ha querido regresar á su patria sin honrar con su presencia nuestra ciudad, al literato insigne cuya prosa puede competir con la de nuestros más castizos hablistas del siglo de oro y en cuyos versos admírase la inspiración de nuestros mejores poetas, al político eminente que ha ocupado los más altos puestos en el gobierno y en el parlamento de su país, al valiente patriota que luchó denodadamente en el Callao primero y en los reductos de Miraflores después, al sabio bibliófilo á



EL EMINENTE HISTORIADOR Y CRÍTICO FRANCÉS HIPÓLITO ADOLFO TAINE, RECIENTEMENTE FALLECIDO

quien el Perú debe su mejor joya, la Biblioteca de Lima, saqueada por los chilenos y que el Sr. Palma ha logrado reorganizar, ó por mejor decir, crear con un entusiasmo, paciencia, constancia é inteligencia muy superiores á todo encomio. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA envía el testimonio de su admiración y la expresión del más sincero afecto al ilustre huésped que hoy alberga Barcelona, y se honra publicando el retrato del literato eminente, como se ha honrado en otras ocasiones con la inserción de algunos de sus más notables trabajos.



El Sr. Barincq lleva á su hija del brazo, procurando cobijarla con su paraguas

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

I

En el balcón de una casa de la ronda de Bonne-Nouvelle puede leerse en letras de grandes dimensiones *Oficina cosmopolita de los inventores;* y en dos planchas de cobre clavadas en la puerta que, en el primer piso de esta casa, da entrada á los despachos, hállase repetida la misma muestra con el aditamento de una nota expresiva de los negocios que en el establecimiento se realizan: *Concesiones y venta de privilegios de invención en Francia y en el extranjero; impugnación contra unos privilegios y defensa de otros en todos los países; investigaciones de prioridad; dibujos industriales; «El Cosmopolita,» periódico semanal ilustrado, director M. Chabertón.*

Cuando se da vuelta al pestillo de esta mampara como lo indica una inscrip-

ción adherida á la misma, se encuentra uno en una pieza espaciosa, dividida en varios despachos separados por rejillas y entre los cuales un pasillo central conduce al despacho del director; una alfombra de hule va desde uno hasta el otro extremo de ese corredor, y por lo muy gastada que se encuentra dice elocuentemente, sin que sean menester otras indicaciones, cuán numerosos son los que arrastrados por las ruedas dentadas del privilegio de invención, metidos en sus laminadores, pasan y tornan á pasar por aquel camino de amarguras sin poder nunca huir de él, y vuelven allí todos los días hasta que se ha sacado de ellos, por procedimientos perfeccionados, todo lo que algo vale: dinero ó ideas. La víctima, mientras que le queda un soplo de vida, grita, lucha, procura defenderse, y en las ventanillas de los enrejados, detrás de los que aquellos dependientes permanecen impasibles, sobrevienen explicaciones, se oyen súplicas y ruegos y quejas, que es el cuento de nunca acabar; después llega el aniquilamiento; pero la víctima que desaparece es en seguida reemplazada por otra que padece los mismos tormentos con iguales quejas, idénticos dolores y análogo fin; esta víctima es sustituída por otra y así sucesivamente. En general los clientes de las primeras horas de la mañana no son de la misma categoría de los que acuden por la tarde.

A primera hora, casi siempre antes que Bernabé, el mozo de la oficina, haya abierto la puerta y arreglado los despachos, llegan los impacientes, los inquietos, aquellos á quienes las ruedas dentadas han cogido ya y no dejarán nunca; desde el período de las esperanzas grandes y risueñas han entrado en el de las dificultades y los pleitos; llevan indicaciones decisivas para su negocio cuya duración es de muchos meses ó de muchos años y que en aquel mismo día va á recibir un poderoso impulso, ó bien se trata de una nueva entrega de fondos en la que se han retrasado y que por último han conseguido procurarse realizando el último sacrificio; estos clientes, mientras esperan la llegada de los empleados ó del director, refieren sus dolores y sus angustias á Bernabé, el cual los envuelve en nubes de polvo que levanta su escoba.

Inmediatamente después de éstos llegan los que por primera vez pisan los umbrales de aquella casa; éstos saben, si bien con alguna vaguedad, que los privilegios de invención ó bien las marcas de fábrica deben proteger lo que ellos han inventado ó garantir la propiedad de sus productos, y vienen por lo tanto á desvanecer su ignorancia. ¿Qué es preciso hacer? Estos llegan con toda la confianza y todos los atrevimientos de los que van en alas de la fortuna ó de la gloria. ¿No están seguros de transformar el mundo con su invención que va á enriquecerlos y á enriquecer al propio tiempo á cuantos con ella se relacionen? Y allá en su imaginación calenturienta los millones ruedan, se amontonan, formando masas deslumbradoras y elevadas cuya vista marea y desvanece.

– ¿Que si es necesario adquirir un privilegio de invención en Inglaterra?, dice M. Chabertón, contestando á sus preguntas; no solamente en Inglaterra, sino también en Italia, en España, en Alemania, en Europa, en Asia, en América, dondequiera que la legislación protectora de los privilegios haya penetrado. Indudablemente el gasto puede ocasionar alguna extorsión, sobre todo ahora cuando con ensayos costosos se han agotado todos los recursos; pero sería una locura que dejásemos escapar tan excelente negocio cuando estamos tocando ya sus resultados.

Y saliendo de su despacho M. Chabertón, lleva por sí mismo al nuevo cliente á las oficinas y le confía al empleado que ha de guiarle en la senda que conduce al logro del privilegio y al buen éxito de la explotación.

– Oiga usted, Sr. Barincq; oiga usted, Sr. Spring; oiga usted, Sr. Jugu...

Y el cliente admitido en la jaula de aquel á quien se le confía, queda encantado cuando ve al Sr. Barincq, el delineante de la oficina, trasladar al papel las ideas que más ó menos vagamente expone el interesado, ó cuando contempla al Sr. Spring preparando ante el inventor las importantísimas piezas de las patentes inglesas; porque en la oficina cosmopolita se trabaja á la vista del interesado; esta es justamente una de las especialidades de la casa, gracias al Sr. Spring que escribe con la misma facilidad francés, inglés, alemán, italiano y español, pues antes de caer en la ronda de Bonne-Nouvelle ha rodado por todos los países en que se hablan esos idiomas, y gracias también al Sr. Barincq que tiene habilidad para dibujar con unas cuantas líneas un croquis improvisado.

Después de un día muy ocupado durante el cual no había sido posible á los dependientes darse un punto de reposo, las oficinas empezaban á quedar desiertas; eran ya las seis y veinticinco minutos, y los clientes que tenían empeño en hablar al Sr. Chabertón en persona sabían por experiencia que éste, cuando diese la media, saldría de su despacho sin que pudiese detenerle consideración alguna ni un minuto más, pues había de tomar al paso el ómnibus del ferrocarril para trasladarse á Champigny, donde, lo mismo en invierno que en verano, habita una extensa propiedad que se traga la mayor parte de sus beneficios.

Cuando la campanada de la media sonó, el director abrió la puerta de su despacho y apareció con el sombrero puesto y en el brazo el abrigo, en uno de cuyos ojales mostraba una condecoración de varios colores; el director llevaba el bastón en la mano. Un cliente miserablemente vestido le seguía y le rogaba.

– Bernabé, gritó el Sr. Chabertón, esté usted al cuidado para avisarme cuando venga el ómnibus.

Colocado el mozo en el hueco de la ventana no apartaba sus ojos de la calle, en la cual podía ver á lo lejos hasta la bajada de la ronda de Montmartre, pues su mirada penetraba libremente á través de las ramas de los castaños que apenas empezaban á poblarse de hojas.

Sin embargo, el cliente sin soltar al Sr. Chabertón se arreglaba de manera que le estorbase el paso.

– Trate usted, pues, decía, de obtener de los Sres. Strifler que me presten cinco mil francos; están ganando más de quinientos mil francos anuales con mis privilegios de invención; ya pueden hacer esto en favor del que se los ha vendido.

– A esto contestan que ya han hecho más de lo que debían.

– A usted menos que á nadie pueden los Sres. Strifler decir eso; usted ha visto cómo han chupado mi sangre. Que me den esos cinco mil francos y por mi parte renuncio á cualquiera otra reclamación; pasa de un millón lo que sacrifico.

– Sr. Barincq, interrumpió el director, ¿cómo está ese grabado para el periódico?

– Muy adelantado.

– Es menester que esté concluído esta misma tarde.

– No saldré de aquí sin haberlo acabado.

– Con esos cinco mil francos, prosiguió el cliente, pongo acabamiento á mi aparato calorimétrico, que será seguramente la más trascendental de mis invenciones; su influencia en el progreso de nuestra artillería puede ser considerable. No se trata, pues, únicamente de miras egoístas: mis intereses personales que, como usted ha visto siempre, estoy dispuesto á sacrificar, son ahora los intereses de la patria.

– Usted, Sr. Ruffín, acabará en una voladura con sus experiencias sobre la presión de las materias explosivas en recintos cerrados.

– Valiente cosa me importa eso.

– ¡El ómnibus!, gritó el mozo.

El Sr. Chabertón se dirigió precipitadamente hacia la puerta, acompañado siempre por su cliente. Reinó en las oficinas profundo silencio, como si los empleados temiesen una vuelta posible, aunque poco probable.

– ¡Embarcado el jefe!, gritó Bernabé que había permanecido asomado á la ventana.

Pero de pronto lanzó una exclamación de sorpresa.

– ¿Qué sucede?, le preguntaron.

– Ese viejo, el Sr. Ruffín, ha subido con el jefe al coche para ir fastidiándolo hasta la estación.

Entonces cambió de pronto el aspecto de la oficina; al silencio sucedió algarabía de voces y ruido de pasos, dominado todo por el cacareo que hasta desgañitarse empezó á imitar el encargado de la correspondencia.

– Cállese usted ya, Sr. Belmanieres, dijo el cajero asomándose á la puerta de la habitación en que trabajaba solo; no podemos oirnos.

– Mejor para usted.

– ¿Por qué razón?, preguntó el cajero, que era un personaje muy serio, pero bonachón y sencillote.

– Por una razón muy sencilla, Sr. Morisette de mi alma: porque si dice usted majaderías, como ocurre á menudo, no se fijarán en ellas.

Morisette paró muy aturdido un momento, preguntándose indudablemente si procedía incomodarse y buscando una contestación.

– ¡Ah! ¡Qué nombre tan mal aplicado tiene usted!, dijo por último el cajero después de un largo rato de meditación.

En efecto, precisamente porque se llamaba Belmanieres el encargado de la correspondencia alardeaba de insolente con sus compañeros, procurando en todas ocasiones y sin motivo alguno herirles, para que no tuviesen nunca motivo de aludir á su nombre, cuya ridiculez no le dejaba un momento de tranquilidad: otro cualquiera hubiese llegado tal vez al resultado mismo con habilidad y con dulzura; pero éste, que por naturaleza era díscolo, malévolo y brutal, no había hallado otro medio de defensa que la grosería; la réplica del cajero lo exasperó extraordinariamente, sobre todo porque fué saludada por una carcajada general en la que solamente Spring no tomó parte.

No fueron sin embargo ni la amistad ni la simpatía las causas de esta abstención; si Spring no se reía como sus camaradas, tanto de la respuesta de Morisette cuanto del enfurecido semblante de Belmanieres, era porque estaba completamente abstraído en su trabajo, del cual nada podía distraerlo. No bien el jefe se había embarcado en el ómnibus, como decía Bernabé, Spring abriendo con viveza un cajón del pupitre había sacado de él una batería de cocina: una lámpara de alcohol, un platito de hoja de lata, un frasco con aceite, sal, pimienta, una chuleta de cerdo envuelta en un papel y un trozo de pan; encendida la lámpara, Spring había colocado encima su plato, no sin haber puesto antes en él un poco de aceite, y ahora estaba esperando que se calentase para freir allí su chuleta. ¿Qué le importaba lo que hiciesen ó lo que dijesen en rededor suyo? Spring se consagraba por completo á disponerse su comida.

Sobre Spring fué sobre quien Belmanieres quiso desahogar su cólera.

– Vamos, dijo, apoyando la frente en el enverjado del despacho de Spring; vamos, ya empiezan estas porquerías inglesas.

– Esto no es una porquería, replicó Spring con marcado acento inglés.

– Para las narices de usted no, respondió Belmanieres remedando ese acento, pero para mis narices sí. Y aseguro á usted que es insoportable que todos los martes nos fumigue usted con los vapores de su desaseada cocina.

– Ya sabe usted que los martes y los viernes no puedo ir á comer á casa porque trabajo toda la noche en este barrio.

– ¿Y no puede usted comer como todo el mundo en una fonda?

– No.

La energía de esta réplica contrastaba con la insignificancia evidente de la pregunta de Belmanieres y venía á explicar una parte de las costumbres misteriosas de Spring, que había dado en la manía de creer que la policía rusa quería envenenarle. ¿Por qué? ¿Por qué la policía rusa perseguía á un súbdito inglés? Nadie sabía de esto una palabra. Contadas eran las personas á quienes se había dado explicaciones sobre este punto, y aun estas mismas nunca llegaron á saber las causas de la persecución de que Spring era víctima; pero al cabo esta persecución, evidente de toda evidencia para el interesado, obligábale á tomar todo linaje de precauciones. Para huir de ella se había visto precisado á dejar todos los países en que sucesivamente fijara su residencia. Odessa, Génova, Málaga, San Francisco, Rotterdam, Melbourne, el Cairo, etc., y continuaba en París cambiando de domicilio todos los meses para despistar á los espías, saltando desde Montrouge hasta Charonne y de las Ternes á la Maisonblanche. También el sentirse rodeado por esta peligrosa vigilancia hacía que Spring no tomase más alimentos que los preparados por él mismo, convencido como estaba de que al penetrar él en un establecimiento de comidas un polizonte de los que encarnizadamente le perseguían hallaría el medio de echar en su plato ó en su copa una gota de cualquiera de esos terribles venenos cuyo secreto solamente los gobiernos poseen.

– ¿Sabe usted siquiera por qué no puede comer en una fonda?, preguntó Belmanieres con el firme propósito de exasperar á Spring.

– Sé lo que sé.

– Entonces sabrá usted que está chiflado.

– Déjeme usted en paz; no hablo con usted.

Salió una voz entonces del despacho contiguo á la puerta, el del Sr. Baring, que dijo:

– El Sr. Spring tiene razón, cada uno tiene sus ideas.

– No pierda usted su tiempo en darlas de D. Quijote de Gascuña; no le quedará á usted tiempo para concluir ese grabado y llegará usted tarde á su recepción de esta noche.

Belmanieres, dejando entonces el enrejado de Spring, se plantó en medio del pasillo.

– Digan ustedes, caballeros, ¿saben ustedes que hoy da el Sr. Barincq un baile en sus salones de la calle del Abreuvoir? Un sarao en la calle del Abreuvoir, en Montmartre, en los salones del Sr. Barincq, de oficio inventor en otro tiempo, en la actualidad delineante en el establecimiento de Chabertón; vean ustedes una cosa divertida: «Los Sres. Barincq y de Saint-Christeau suplican al Sr. de... les dispense la honra de pasar la velada en casa de los mismos el martes 4 de abril, á las nueve; se bailará.» La verdad es que esto es gracioso por lo grotesco y hace reventar de risa á cualquiera.

– Pues reviente usted, dijo el cajero, nos divertirá mucho ver eso; no deje usted de hacerlo por nosotros. Bernabé, barre bien un gran trozo del pavimento para que el Sr. Belmanieres pueda reventar á su gusto.

– ¿Por qué no nos ha convidado usted?, preguntó Belmanieres sin responder directamente.

– A usted no se le podía convidar, respondió el encargado de lo contencioso, que hasta entonces no había pronunciado una palabra porque estaba entretenido en charolar sus zapatos.

– ¿Y por qué, Sr. Jugu?

– Porque para concurrir á los bailes de sociedad es necesario tener ciertas maneras.

Belmanieres exasperado manifestó visiblemente el propósito de anonadar á Jugu, pero la contestación necesaria para esto no acudía á su imaginación; después de un momento de espera dirigióse á la puerta con intención de salir, pero según estaba de incomodado no podía abandonar así la partida; se le motejaría de cobarde; se burlarían de él no bien desapareciese de allí: retrocedió, pues, y dijo:

– Es cierto que yo no habría estado bien en los salones de los Sres. de Barincq de Saint-Christeau, pero no habría sucedido lo mismo al Sr. Jugu, y es segurísimo que cuando Bernabé – el cual desempeñará esta noche funciones de introductor de embajadores – anunciase con su hermosa voz de bajo «el Sr. Jugu,» causaría gran sensación en los mencionados salones, como es natural á la entrada de un caballero tan disparatadamente elegante; eso sin contar con que tan elevado personaje podía ser un buen marido para la señorita de Saint-Christeau.

– Caballero, dijo Barincq en son de mando, prohibo á usted que asocie el nombre de mi hija á sus necias bromas.

– Nada tiene usted que mandarme ni prohibirme y ese tono es impertinente. Acaso podría haberse admitido cuando era usted el Sr. de Saint-Christeau; pero ahora, cuando ha perdido usted su nobleza y su fortuna para convertirse en un simple Sr. Barincq, empleado en las oficinas del Sr. Chabertón, lo mismo que yo ni más ni menos, es soberanamente ridículo con un camarada igual á usted. Por lo que se refiere á la señorita Saint-Christeau tengo derecho á juzgarla, á criticarla y hasta reirme de ella...

– ¡Caballero!

– Sí, señor mío, á burlarme de ella, á ridiculizarla... toda vez que esa señorita es artista. Cuando á consecuencia de muchas desgracias (porque aquí son conocidas las desgracias de usted) deja un padre á su hija que concurra al taller de Julián y que exponga en el salón obritas no del todo malas, para las cuales se mendiga una recompensa en todas partes, no es posible manifestarse altanero.

– ¡Calle usted; le digo á usted que calle!

El acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras debió advertir á Belmanieres que sería prudente no continuar; pero dado el papel de provocador que había tomado, obedecer á estas indicaciones hubiese parecido huir y abdicar; además la idea de una disputa no le asustaba, al contrario.

– No callaré, dijo, no, mil veces no.

– ¡Está usted fastidiándonos!, gritó Morisette.

– Razón de más para que yo continúe: son las seis y cincuenta y dos minutos; todavía tengo á mi disposición ocho, porque entre todos ustedes no hay uno solo bastante resuelto para abandonar su sitio antes que hayan dado las siete. Diga usted, Sr. Barincq, ¿su hija de usted no se llama Anie?

Barincq no respondió.

– He ahí un nombre muy extraño. ¿No ha pensado usted cuando se lo puso lo extravagante que es un nombre que principia por Ani? ¿Ani qué? ¿Anisete? Eso sería un calificativo de su carácter.

– Otra cosa hay que principia Ani, dijo un empleado que hasta entonces no había dicho nada.

– ¿Cuál es?

– Ani-mal, que es el nombre de usted.

– Sr. Ladvenue, es usted un grosero.

– ¿De veras?

– También hay, dijo Morisette, Ani-mosidad que es el calificativo del carácter de usted. ¿No podría usted dejar tranquilos á sus compañeros, sin provocarlos de ese modo con el pretexto más fútil? Es en realidad insoportable la necesidad de soportar todas las tardes las insolencias de usted; insolencias que acaso á usted parecerán ingeniosas, pero que para nosotros, se lo digo á usted en nombre de todos, son estúpidas.

Precisamente porque todos estaban contra él quiso Belmanieres mantenerse firme.

– También existe la palabra Ani-mación, continuó perseverando en su idea con la tenacidad propia de quien no confiesa jamás que va por mal camino; y precisamente por eso deploro no haber sido convidado á la recepción de los señores Barincq; habría yo celebrado cómo maniobraba esta noche para pescar marido una joven que para acudir al taller cubre su cabeza con una boina azul, lo cual indica á un mismo tiempo sencillez y buen gusto...

De pronto la puerta del despacho del Sr. Barincq se abrió bruscamente, y antes de que Belmanieres volviendo de su sorpresa hubiera podido tomar la defensiva, recibió en medio del rostro un monumental puñetazo que le hizo caer en la mesa del Sr. Jugu.

– Le había dicho á usted que se callase, gritó Barincq.

Todos los empleados salieron precipitadamente al pasillo, y antes de que Belmanieres se levantase se colocaron entre el agresor y el agredido.

Esta intervención, sin embargo, no parecía del todo necesaria; veíase claramente que ni Belmanieres deseaba devolver la corrección recibida ni Barincq se proponía continuar la lección comenzada.

– ¡Es una cobardía!, gritaba Belmanieres. ¡Entre compañeros!.. ¡Y sin avisar!..

Y agitando el brazo á distancia amenazaba á su compañero, irguiéndose y echando hacia atrás la cabeza. Sin duda Belmanieres hubiera podido ser muy temible para su adversario porque era vigoroso, ancho de espaldas, fuerte de piernas y de unos treinta años solamente, circunstancias todas que le habrían dado ventajas en un combate con un hombre de más edad y menos vigoroso; pero era indudable que Belmanieres no quería comenzar esta lucha.

– No tiene usted sino lo que merece, dijo Morisette; el Sr. Barincq había avisado á usted.

Solamente Spring había permanecido quieto; cuando hubo devorado la comida que estaba preparándose salió de su despacho, se acercó á Barincq y estrechando su mano y sacudiéndola con fuerza le dijo: *All right.*

Inmediatamente los otros empleados siguieron el ejemplo y unos en pos de otros se acercaron á estrechar la mano de Barincq.

– Si no respetase esas canas, gritó Belmanieres cada vez más exasperado, lo trituraba á usted.

– No diga usted esas majaderías, respondió Morisette; de sobra sabemos que no quiere usted triturar á nadie.

– Insultar sí, dijo Ladvenue; triturar no.

– Son ustedes unos cobardes; todos se ponen contra mí.

– Diez villanos contra un caballero, dijo Jugu riéndose.

– ¡Ea, caballero, salga á relucir la vengadora espada!

Belmanieres movía con viveza sus ojos que lanzaban fuego y se fijaban ya en uno ya en otro de los empleados; buscaba en su imaginación una injuria que fuese su venganza; por último, como no la encontrase suficientemente enérgica, abrió la puerta con estrépito, y amenazándolos á todos con el puño gritó:

– ¡Volveremos á vernos!

– Así lo esperamos, gracias á Dios.

– ¡Qué pena sería para todos nosotros perder un compañero tan amable como usted!

– Acepte usted el homenaje de nuestro respeto, camarada.

Todas estas bromas cayeron como una granizada sobre Belmanieres antes de que él cerrase la puerta.

– Señores, dijo Barincq luego que Belmanieres desapareció, pido á ustedes que me perdonen.

– Nada de perdonar; lo que nosotros hacemos es felicitarle.

– Oyendo hablar así de mi hija no me ha sido posible dominarme; debía de saber ese joven que hiriéndome en mi ternura paternal me mortificaba cruelmente.

– Y lo sabía, esté usted seguro, dijo Jugu.

– Supongo, sin embargo, replicó Spring con la boca llena, que él no creyó nunca que usted llegase á golpearle.

– Y ahí tiene usted por qué aprobamos todos que lo haya usted hecho, dijo Morisette, á quienes las funciones de su cargo y lo avanzado de su edad daban cierto prestigio; espero que esta lección le será provechosa.

– ¡Oh! Si cuenta usted con eso es usted demasiado inocente, dijo Ladvenue; ese personaje pertenece á una clase de la cual se encuentran ejemplares en todas las oficinas y que no tienen más gusto que fastidiar á sus camaradas; éste nos ha fastidiado y nos fastidiará á todos mientras no empleemos, por riguroso turno, el procedimiento empleado por el Sr. Barincq.

– Yo, dijo Jugu, no apruebo el puñetazo.

– Pues ha sido bueno.

– Hablo poniéndome en lugar del Sr. Barincq.

– Había yo creído que se colocaba usted en lugar de Belmanieres.

– Explíquese usted, señor filósofo.

– Eso excita los nervios, y la excitación nerviosa no puede ser conveniente para que el Sr. Barincq termine su grabado.

La primera campanada de las siete interrumpió esta conversación; antes de que se oyese la última todos los empleados, incluso Spring, habían salido y sólo quedaba en la oficina el Sr. Barincq que había reanudado su trabajo mientras Bernabé encendía un mechero de gas y terminaba apresuradamente su limpieza deseando también concluir pronto. Cuando estuvo listo preguntó:

– ¿Me necesita usted para algo, Sr. Barincq?

– No, váyase usted y coma pronto; si llega usted á casa antes que yo, entere usted á la señora de la causa de mi retraso y dígale que de todos modos estaré allí antes de las ocho y media.

– Por lo menos no vaya usted á retardarse.

– No tengas cuidado, no daré ese disgusto á mi hija.

II

Creía el Sr. Barincq tener trabajo para tres cuartos de hora; sin embargo, en menos de media hora acabó su dibujo y á las siete y media salía de la oficina. Como con el vigor de sus piernas, que debía á su naturaleza vasca, podía recorrer en veinte minutos la distancia que hay desde la ronda Bonne-Nouvelle hasta lo más alto de Montmartre, no debía retrasarse mucho. Por la ronda Poissonniere y el arrabal Montmartre se deslizó con rapidez, no disminuyó la velocidad de su paso para subir la calle de los Mártires y se encaramó como un muchacho por las escalinatas que dan acceso á la cuesta. En lo más elevado de ella se halla la calle del Abreuvoir, que entre dos paredes que sostienen la tierra movediza de jardines plantados de arbustos baja por un trazado sinuoso hasta las vertientes de San Dionisio. El barrio está bastante desierto y su aspecto es lo suficientemente salvaje para que sus vecinos puedan creerse á cien leguas distantes de París.

En uno de estos jardines elévase un gran edificio dividido en unos veinte departamentos, y alrededor de sus quebradas pendientes se ven algunas casitas cuya sencilla arquitectura sólo puede compararse con la de las casas de madera que suele haber en las cajas de juguetes para niños: un cubo prolongado en el que se han abierto tres ventanas en el piso bajo, el piso principal, una cubierta de tejas; esto es la casa. Bosquecillos de lilas sirven para separar á unas de otras dejando entre ellas algunos macizos de flores y una senda cubierta de pámpanos y que sigue las ondulaciones del terreno da acceso á cada una de las casas; cada una tiene su jardincito y desde todas puede gozarse un prodigioso panorama; panorama que es su único encanto, el que determina á las personas de piernas sólidas y de sanos pulmones á subir diariamente esta montaña en cuya cima se encuentran más separados de París que si habitasen en Ruen ó en Orleans.

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

En varias series de figuras recogidas en tiras peliculares en movimiento puede de este modo seguirse perfectamente la serie de los movimientos de un hombre que sube ó baja de su velocípedo; las imágenes cronofotográficas en esta última forma obtenidas pueden ser examinadas con el zootropo, con lo que el estudio de las mismas hácese más fácil y más exacto.

B. *Estudio dinámico de los movimientos del hombre.* – En la mayor parte de las figuras que acabamos de estudiar, las variaciones de velocidad del cuerpo se traducen en variaciones de espacio recorrido entre dos imágenes consecutivas, es decir, en tiempos iguales, de modo que puedan apreciarse las aceleraciones y los retardos de la masa del cuerpo. Ahora bien: como la balanza nos da á conocer esta masa, las cronofotografías sobre placa fija contienen los elementos necesarios para apreciar las fuerzas puestas en juego en la locomoción del hombre, puesto que estas fuerzas son proporcionales á las masas en movimiento y á las aceleraciones que en ellas imprimen. Pero en la práctica es bastante delicado determinar la posición de la masa, es decir, del centro de gravedad del cuerpo en las distintas fases de un movimiento; en cambio es muy posible, en ciertos casos, obtener una determinación experimental de las fuerzas puestas en juego, que se consigue combinando las indicaciones de un dinamómetro inscriptor con las de la cronofotografía. El siguiente ejemplo dará á comprender esta combinación.



Fig. 17. Análisis de las fases de un salto en altura precedido de una carrera. Las imágenes paralelas, líneas brillantes sobre un traje obscuro, son recogidas en placa (25 imágenes por segundo)

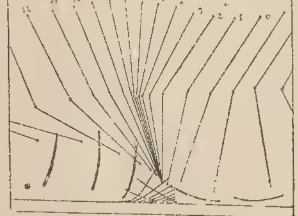


Fig. 18. Cronofotografía parcial de los movimientos del miembro inferior del hombre en la marcha

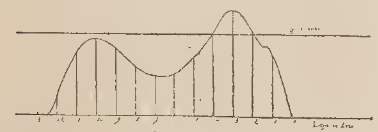


Fig. 19. Trazado del dinamógrafo que representa las fases de la presión del pie sobre el suelo en la marcha

Supongamos que deseamos conocer la fuerza con que el pie aprieta en el suelo en los diversos instantes de su período de apoyo: para ello recogeremos al mismo tiempo las fotografías parciales de la pierna durante un semipaso (fig. 18) y el trazado del dinamómetro registrador de la presión del pie (fig. 19).

Para resolver el problema que acabamos de plantear, hay que establecer las coincidencias entre cada una de las imágenes cronofotográficas y la ordenada que le correspondería en la curva del dinamógrafo: á este efecto contemos en la figura 18 cuántas imágenes corresponden al período de apoyo del pie y encontraremos que son doce. Es claro que el trazado dinamográfico tomado en toda su longitud corresponde á la duración de las doce actitudes de la pierna apoyada: si dividimos la abscisa de esta curva en doce partes iguales y trazamos las ordenadas correspondientes á estas doce divisiones, cada una de ellas expresará el esfuerzo vertical ejercido sobre el suelo durante la actitud correspondiente de la pierna que en aquél se apoye. Los números de orden trazados en cada una de las dos figuras facilitan la comparación.

No entraremos en los detalles de los diferentes problemas de mecánica animal que de esta manera pueden resolverse: sobre este particular hemos hecho numerosos experimentos con el concurso de M. Demeny, nuestro preparador en la Estación fisiológica (1).

2.° *Locomoción de los cuadrúpedos.* – De todos los animales cuadrúpedos el caballo es el mejor conocido desde el punto de vista de la locomoción. Hace mucho tiempo que hombres especiales se han dedicado á estudiar sus marchas francas ó defectuosas y á definir los caracteres de cada una de ellas, y de esta suerte han adquirido una habilidad sorprendente en la observación. Pero por muy preciso que sea su golpe de vista, siempre resulta insuficiente, y de ello son buena prueba las incertidumbres y las divergencias de opinión de los diversos autores acerca de los caracteres y del mecanismo de las marchas del caballo. Bajo este concepto creemos haber prestado un buen servicio aplicando al análisis de las marchas del caballo y al mecanismo de las transiciones de una marcha á otra la cronografía (2), que traduce con gran precisión la sucesión de apoyos y levantamientos de los pies en toda marcha. Pero la que ha dado el conocimiento completo de las marchas del caballo, ya explicadas perfectamente por los memorables experimentos de M. Muybridge, es la cronofotografía (3).

(1) Este establecimiento, fundado en el parque de los Príncipes, gracias al concurso del Estado y del Consejo Municipal de París, se presta á este género de estudios, que no podrían hacerse en los laboratorios ordinarios. Es un campo de experimentos como no le hay igual en ninguna otra parte: en él se encuentra una gran pista circular perfectamente horizontal, de 500 metros de circunferencia, en la que pueden ser estudiados el hombre y los animales en sus marchas normales; un campo obscuro de 11 metros de ancho por 4 de alto permite aplicar la cronofotografía sobre placa fija al análisis de los movimientos muy extensos. Un campo uniformemente iluminado y de igual superficie se presta á la cronofotografía sobre película movil: dinamómetros inscriptores, espirómetros, contadores de pasos, aparatos diversos destinados á los sujetos sometidos al experimento, están destinados á los estudios sobre la locomoción del hombre. Por otra parte, varios pneumógrafos, esfigmógrafos y cardiógrafos permiten estudiar los efectos de los ejercicios físicos en las funciones de la vida orgánica y seguir paso á paso los progresos de la fuerza de los sujetos. Finalmente, algunos departamentos especiales sirven para criar en libertad diferentes especies de animales cuya locomoción normal ó modificada ha de estudiarse.

(2) *Las marchas del caballo estudiadas por el método gráfico.* C. R. de la Academia de Ciencias, 4 de noviembre de 1872.

(3) *Análisis cinemático de las marchas del caballo*, Marey y Pagés. C. R. 12 de septiembre de 1885 y 27 de septiembre de 1888.

Y sin embargo, quedan aún muchos puntos por dilucidar con relación al mecanismo de las acciones del caballo y de las reacciones que imprimen en la masa del cuerpo y en la del jinete, y con relación á la medición de los esfuerzos ejercidos sobre el suelo

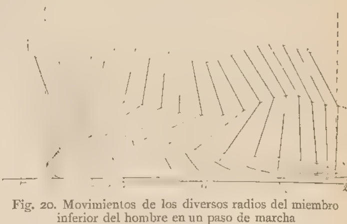


Fig. 20. Movimientos de los diversos radios del miembro inferior del hombre en un paso de marcha

en los diferentes instantes. En esto intervendrá la cronofotografía sobre placa fija, combinada con el empleo de los dinamómetros inscriptores.

A propósito de la locomoción humana, acabamos de ver en las figuras 18 y 19 los preciosos datos que suministra la combinación de estos dos métodos para estudiar esta función desde el punto de vista dinámico. Indudablemente se llegará á determinar la manera cómo las fuerzas del caballo deban ser aplicadas para producir el máximo de efecto útil, lo cual constituye el fin práctico de esta clase de estudios.

3.° *Locomoción comparada en los diferentes mamíferos.* – Sabido es que el hombre y los demás mamíferos presentan entre sí manifiestas analogías desde el punto de vista de su conformación general. Los miembros inferiores del hombre corresponden á los miembros posteriores de los cuadrúpedos y en toda la serie de los mamíferos puede reconocerse en estos

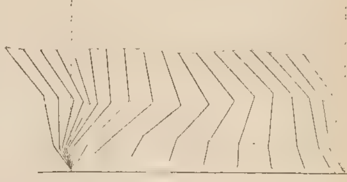


Fig. 21. Movimiento del miembro posterior del elefante

miembros piezas homólogas, óseas ó musculares, que no difieren de una especie á otra más que por sus proporciones relativas, por su desarrollo desigual, por la fusión, atrofia ó deformación de algunas de ellas.

Ahora bien: si la anatomía comparada señala en la conformación de las diversas especies de animales esas analogías y diferencias de estructura, la tarea de explicar unas y otras incumbe á la fisiología comparada.

La cronofotografía muestra claramente cómo funcionan en la marcha los diferentes segmentos de los miembros homólogos de diversos animales: las figuras 20, 21 y 22, cronofotografías parciales sobre placas fijas, representan, reducidos aproximadamente á la misma escala, los cambios de lugar de los diversos segmentos del miembro posterior durante un semipaso de la marcha del hombre, del elefante y del caballo. Demuéstrase en ellas que un mismo radio óseo tiene movimientos distintos en dos especies diferentes, es decir, toma una parte desigual en las flexiones y extensiones alternativas de los miembros. Así se concibe por qué los músculos encargados de mover estos radios óseos presentan en los diversos animales diferencias de longitud y de volumen con relación á los movimientos que producen.

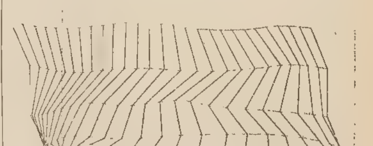
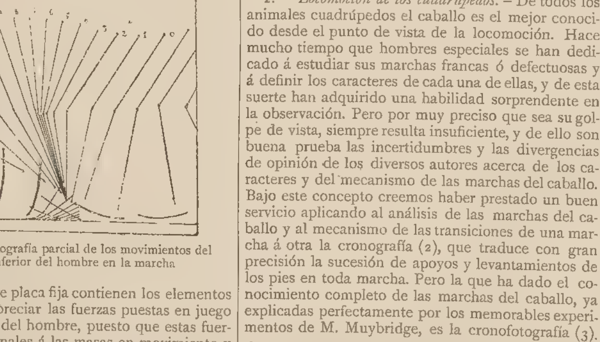


Fig. 22. Movimiento del miembro posterior del caballo

(Continuará)



NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

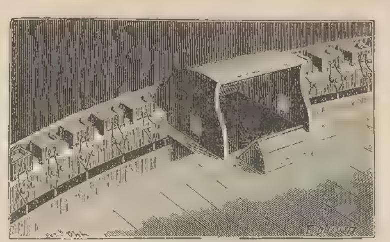
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGIA, FISICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.



Muestra de los grabados de la obra – Audiciones telefónicas teatrales

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Madrid fin de siglo, *por P. Sañudo Autrán.* – El distinguido periodista madrileño señor Sañudo Autrán ha publicado una colección de artículos describiendo tipos y costumbres de Madrid en estas postrimerías del siglo: escritos con verdadera gracia, sin la menor chocarrería, y dentro de los moldes del naturalismo fino, no del grosero, resultan todos ellos cuadros animados, reflejo fiel de la realidad y embellecidos por un lenguaje castizo y elegante. El libro, editado por D. Fernando Fe, de Madrid, merece ser leído por todos los amantes de la literatura buena y amena, que pueden adquirirlo en todas las librerías por sólo 2 pesetas.

Ensayo de nuevas teorías fisiológicas de la función asimilatriz, *por el Dr. F. Zenítram.* – Creemos que ha prestado un verdadero servicio á la ciencia el doctor Zenítram con el libro que modestamente titula *Ensayo:* en él trata de demostrar, entre otros trascendentales problemas fisiológicos, que ni la sangre encierra en sí virtud alguna nutritiva, ni las substancias que hace asimilables el tubo digestivo van al torrente sanguíneo, ni este líquido influye directamente para nada en el fenómeno reparador de los organismos animados; y si esto es cierto, como parece desprenderse de los razonamientos y experimentos que les sirven de base del doctor Zenítram, es de creer que sus descubrimientos formarán época en la historia de la Medicina. Esperamos la nueva obra que el doctor Zenítram anuncia publicar en breve, que no dudamos tendrá la misma buena acogida que la que nos ocupa. El libro, editado por D. Fernando Fe, de Madrid, véndese á 3 pesetas en las principales librerías.

Leyendas de los indios quichuas. Leyendas de los indios guaraníes, *por Filiberto de Oliveira Cézar.* – Las razas quichua y guaranítica eran las principales que poblaban la América del Sur en la época del descubrimiento, habitando la primera las cordilleras y las costas del Pacífico, desde Panamá á Chile, y la segunda el gran triángulo oriental del continente que limitan el Orinoco, el Plata y el Atlántico. Como en todos los pueblos de aquellas regiones, consérvanse entre ellos multitud de leyendas llenas de poesía, interesantes, algunas de las cuales han sido coleccionadas por el distinguido escritor bonaerense Sr. Oliveira de Cézar en dos elegantes tomos, ilustrados por F. Fortuny é impresos en Buenos Aires, el primero en la imprenta de R. Puig, Méjico, 382, y el segundo en la de Jacobo Peuser, esquina San Martín y Cangallo.



D. RICARDO PALMA, eminente literato delegado del gobierno del Perú en los Congresos celebrados en España con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América

El bueno de Pérez, *por Eugenio Sedano y González.* – Novela de argumento interesante, escrita con gran facilidad y gracia, en la que los personajes están bien estudiados, la acción bien desarrollada y las escenas descritas con naturalidad, cualidades que revelan excelentes dotes de observador y escritor en el Sr. Serrano y González. Impresa en Sevilla, imprenta de «El Universal,» véndese la novela al precio de 1 peseta.

Mal del siglo, *novela de Max Nordan, traducida al castellano por D. Nicolás Salmerón y García.* – Con ser esta una novela en el fondo filosófica, hay tanto interés en su argumento, tanta verdad y vida en los tipos, tanta amenidad en su argumento y en su forma, que el libro resulta de agradabilísima lectura, sin que lo de agradable redunde en perjuicio de lo provechoso de las enseñanzas que de él se desprenden. El contraste entre el pesimismo y elevación de miras personificados en Eynhard y la estrechez de ideas y sentido práctico encarnados en Haber está admirablemente tratado, sin que el autor, dejándose llevar de exclusivismos de escuela, se incline decididamente de un lado ó de otro. La traducción hecha directamente del alemán es esmeradísima, como del Sr. Salmerón y García, y la edición española, elegante, como todas las que salen de la casa Fernández y Lasanta, de Madrid. Véndese al precio de 3'50 pesetas.

La historia del matrimonio, *por D. Antonio Flores.* – La *Biblioteca Selecta*, que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar, acaba de dar al público, formando los tomos 61 y 62 de la misma, *La historia del matrimonio*, «gran colección de cuadros vivos matrimoniales pintados por varios solteros malogrados en la flor de su inocencia.» ¿Quién no conoce cuánto vale el auto de esta obra, que lo es también de la joya de nuestra literatura titulada *Ayer, hoy y mañana*, cuyas bellezas han comenzado ya á saborear los suscriptores de La Ilustración Artística? Los cuadros pintados por D. Antonio Flores abarcan, puede decirse, todo cuanto con el matrimonio se relaciona, y estan tratados con una gracia y escritos con una elegancia de estilo que les hace por todo extremo recomendables por lo que deleita su lectura. Véndense los dos tomos al precio de una peseta en casa del editor (Caballeros, 1, Valencia) y en las principales librerías.

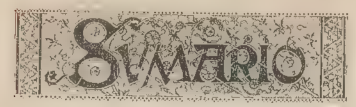
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 10 DE ABRIL DE 1893 — NÚM. 589



PARQUE DE BARCELONA.–JARRÓN DECORATIVO, obra del escultor José Reynés



VERDADES Y MENTIRAS

Prodúcese en estos instantes un fenómeno para los políticos, ó por lo menos para la mayor parte de los políticos que vienen gozando del *turno pacífico* desde la restauración, nunca soñado por ellos, y que les pone en grave caso de hondas meditaciones, concluyendo al cabo por echar la culpa de lo que sucede, unos á las pícaras libertades en que nadamos, otros á cuatro imaginaciones violentas, á cuatro soñadores *galleguistas* ó *catalanistas*, como dice mi querido amigo D. Luis Vidart, que pretenden desmembrar la patria, desconociendo lo que deben dichas gentes regionalistas á la patria española, etc., etc.

Verdaderamente que, á propósito de las reformas de Guerra, se ha puesto de relieve de un modo enérgico y poderoso el sentimiento regionalista que alienta en cuantas regiones puede alentar, pues si hay otras en la península donde la autonomía tiene escasos prosélitos, esto se explica, bien porque la federación les arrancaría la preponderancia adquirida, gracias á la centralización y merced á la cual viven, bien porque la escasísima variedad de sus producciones y la más escasa todavía de aptitudes de sus hijos para la lucha por la existencia, les imposibilita la vida fácil que les proporciona el actual estado de cosas.

Y este movimiento poderoso que habrá de irse acentuando á cada hora que transcurre, no deben buscarle los asustados políticos que nos gobiernan en los casuismos políticos de ningún partido. Sí, este sentimiento regional no ha nacido ayer; es tan viejo como la unidad de la península. Y á quien se debe que no se haya extinguido ese sentimiento, el cual desde los Reyes Católicos hasta el presente han tratado de extinguir todos los gobiernos, no reparando en los medios, puesto que á Galicia la anularon intelectual y materialmente, anegándola en sangre además; á quien se debe, repito, que hoy lata pujante el regionalismo y que se presente como nuevo problema á resolver, es al arte, así literario, como plástico y tónico. Al arte.

Tiempo ha decía yo desde las columnas de *El Liberal*: «La tendencia á reivindicar cada pueblo y cada raza su hogar, sus leyes y su templo, como advierte Dumas en el prólogo de *La Femme de Claude*, es un signo de vitalidad tan grande como lógico. El arte cumpliendo la misión que en lo psíquico le está encomendada, marcha al frente de las aspiraciones más sublimes; y el amor á la tierra natal, la religiosa aspiración del arte mismo á vivir y producirse dentro de la adoración por la naturaleza, lleva al artista con sin igual fuerza á encontrar ideas y motivos en su tierra y dentro del medio de su raza.»

Nada más anulador, nada más estéril en todo orden de las manifestaciones de la inteligencia y actividad humanas que la centralización; pero para el arte, que ha menester en primer término que quien se dedique á ser su sacerdote esté desligado de todo preceptismo, desconozca toda traba que puede ser óbice de la espontánea y personalísima manifestación de su sentimiento; para el arte, digo, la centralización equivale á someterle á un ambiente, á una temperatura estética dada, á que no pueda manifestarse sino de un mismo modo, con una misma fisonomía, con un mismo carácter. Y porque la belleza es y será siempre el ideal constantemente perseguido por el artista, por eso es menester libertad amplia sin límite alguno para producir esa belleza; y así como la orografía, las razas y las costumbres son distintas, así la estética, así la apreciación y concepto de la entidad arte se exteriorizan por modo distinto también; resultando que aun dentro de un Estado, donde, como en España ó Italia, hay diversidad de gentes, de naturaleza, es una herejía la centralización artística.

Hoy, como hace años, al tratar esta cuestión, interesantísima desde cualquier punto de vista que se la estudie, pero singularmente por lo que respecto al valor inmenso, á la importancia que en el desenvolvimiento y desarrollo, así como en su iniciación de los grandes ideales que tienen por base el sentimiento, tuvo, tiene y seguirá teniendo el arte, repetiré lo dicho en otras ocasiones análogas. No es el movimiento regionalista uno de esos síntomas pasajeros, de tantos como en este período de gestación de una evolución social se manifiestan, no; es la señal de que llegamos al momento de las emancipaciones, así individuales como colectivas, pidiendo cada cual lo suyo, lo que de derecho le corresponde. Y como en España, el arte alentó en las demás naciones las ideas de autonomía, llegando en algunas de aquellas á imponerlas al poder central.

Inglaterra, la fuerte y temida nación inglesa contará muy pronto un Estado autónomo, Irlanda; y veremos seguir á Escocia y al país de Gales el camino del *home rule*, quizás antes de que termine este siglo. Y el arte ha sido el que vino sosteniendo el espíritu autonómico en estos pueblos, y al presente sigue en su misión con más ahinco, misión perfectamente lógica desde el punto de vista de los originalismos. En la Universidad de Dublín se enseñan literatura y arqueología kinra, y existen escuelas pictóricas, no solamente regionalistas, sino que dentro de la región se dividen y forman núcleos distintos. En Edimburgo, la Academia escocesa de Bellas Artes celebra sus exposiciones periódicas, y á ellas concurre número grande de artistas, que miran de reojo la *Royal Academy* de Londres. Las escuelas rurales pictóricas de Suffalk y de Nowick, fundadas hace más de siglo y medio, compiten con las ya dichas en *hacer arte* exclusivamente local y en alejarse por completo de la pintura urbana y de la mortal monotonía del asunto burgués.

Macpherson resucitando ó contrahaciendo según los sabios los poemas de Osián, pero de un modo ó de otro, haciendo conocer la poesía gaélica; Jainsborough riéndose de los preceptismos del gran Reynolds, y Crome el Viejo, como más tarde Constable, protestando rudamente contra las imposiciones del arte centralista que rinde parias siempre al convencionalismo – siquiera sea el científico, – no hicieron más que recabar la legitimidad de una manifestación estética de la vida propia de un pueblo, ahogada por la de la centralización igualitaria, que mide con la misma medida y del mismo modo el llano y la montaña.

Las escuelas regionalistas en el Reino Unido valen tanto en el orden artístico como las escuelas todas de la raza latina de hoy; y su influencia, la expansión dinámica de un sentimiento expresado por ese arte es tal, que obliga á que el jefe de los demócratas ingleses reconozca la autonomía de Irlanda, como reconocerá la de Escocia.

Pero no es solamente Inglaterra la que se conmueve ante las reclamaciones de los detentados en su libertad, reclamaciones indicadas é iniciadas por el arte. Ahí están Italia y Alemania aquejadas del mismo mal. Ved la península italiana y reparad cómo la desaparición – momentánea indudablemente – de los Estados de que se componía, trajo de la mano la desaparición de los caracteres más originales de su preponderancia civilizadora. Literatura, artes plásticas, ciencia militar, todo yace en decadencia sólo comparable á la nuestra. Unicamente la escuela antropológica de los Mosso, Galofaro, Lombroso, etc., da fe de vida de un pueblo cuya historia es la de la cultura europea. Cuando Florencia, Milán, Parma, Nápoles, Venecia, tenían por pintores y escultores á Sanzio, al Sarto, Miguel Angel, Ticiano, Sansovino, y poetas camo Tasso y Ariosto y Dante y Petrarca, es decir, cuando eran Estados independientes aquellas ciudades, Europa miraba la península italiana como el lugar en donde vibraba más alta la nota del concepto estético y de donde venía más pura la corriente de la sabiduría. Pero al presente la centralización á que obligó la unidad dió importancia enorme á la escuela llamada de Roma, la peor de todas las de Italia, y á ella van los artistas en busca de fórmulas definidas ya en todos los centros urbanos del mundo; á sus aulas van á recoger los moldes de hacer arte burgués, de una uniformidad estúpida, somnolienta, desesperante. La centralización pretende hacer de la escuela pictórica de Roma una amalgama de todas las deficiencias de las antiguas escuelas, unificando aquellas opuestas tendencias que por razones históricas y etnográficas distinguieron á unas de otras; y lo que logró fué un verdadero desastre, que si nos descuidamos nos envuelve á los españoles, haciendo desaparecer nuestra paleta.

Sin embargo, al irredentismo italiano se le siente agitarse, algunas veces violentamente, y Venecia y Nápoles y aun Florencia luchan por conservar sus escuelas frente á frente del poderío acumulado en Roma *per l' unitá*. Como en Inglaterra, la tierra, el mar, el tipo, las costumbres populares son los asuntos que oponen los artistas venecianos, florentinos y napolitanos á la pintura de patrón romana; y artes plásticas y literatura, las más brillantes, las más originales residen fuera de la Ciudad Eterna y militan en el campo del *gli irredentisti*.

Pasemos un vistazo á las letras y á las artes francesas. Desde Dumas hasta Thierry los ideales autonómicos fueron estudiados y cantados, repitiendo con Villamarque cuando habla de los estados de Bretaña: *¡No; no ha muerto el rey Arthur!* Cientos de políticos, poetas, novelistas, están aportando continuamente á la contienda del autonomismo con el centralismo el estudio de las originalidades, de las artes, de la poesía, de las razas de los distintos Estados de que se compone Francia. Hoy las escuelas pictóricas auvernesa y bretona son las únicas que sostienen con sus originalismos y la verdad de su plástica el arte decadente de la república vecina. Claro está que las obras de esas escuelas van firmadas por Bretón, á L'Hermitte y hasta hace poco á Peloux entre sus eximios autores, son regionalistas, puesto que reproducen tipos y costumbres que se convierten, en el campo de las ideas, en otras tantas manifestaciones de aquel ideal.

Por su parte Alemania está probando de un modo evidente cómo protestan los antiguos ducados de la confederación de la unidad realizada por Bismarck y el viejo Guillermo. Aparte de los continuos ataques que la prensa de Prusia y de los ducados dichos se dirigen continuamente, ya aprovechando los estudios filológicos de la lengua germánica para demostrar la escasa capacidad intelectual del prusiano, ya oponiéndose á la absorbente centralización de todos los grandes centros de la administración pública en sus diferentes ramos en favor de Berlín, la literatura y las artes plásticas, como entidades que por su carácter eminentemente irreductible á todo casuismo político, científico ó de otra especie, son las que con más energía sostienen la bandera del autonomismo de las diferentes provincias germanas.

Las escuelas pictóricas de Munich, Dusseldorf, etc., cuya pujanza va rapidamente en aumento, mientras la de Berlín apenas si cuenta con carácter propio, á pesar de las personalidades que procedentes de las escuelas citadas le prestan su ayuda. Aquéllas siguiendo las novísimas corrientes estéticas, se inspiran en el ambiente regional, y sus obras, como las de todas las demás escuelas que en las distintas naciones de Europa existen alejadas de los grandes centros burocráticos y políticos creados por la centralización, responden á los ideales del autonomismo, poniendo de relieve – sin que esto signifique que el arte pierda de vista su misión, cual es la de conmover nuestro corazón y nuestra alma – los originalismos de las costumbres y de las razas, el amor á la naturaleza, desconocido ú olvidado en las grandes capitales, las aspiraciones de los habitantes de cada región á conservar la forma que les es peculiar, de sus leyes y de su vida social.

El arte, enemigo declarado de cuanto sea uniforme, de cuanto signifique una legalidad, sea en el orden que quiera – no se asombren los timoratos, – de todo sistema, porque todo esto es la traducción de ideas elaboradas según los distintos ambientes sociales y períodos históricos lo exigen; el arte no puede supeditarse á ningún término escrito, y libre como la imaginación, espontáneo como el sentimiento, busca siempre cuanto es susceptible de ser admirado y sentido por su forma, por su color, por su concepto, por su verdad, por la fuerza de un espiritualismo suficiente á impresionar y suspender nuestros sentidos; y como quiera que marchamos en la actualidad equivocándonos continuamente, así en el orden político especialmente, como en el filosófico y en el científico, por eso abandona el falso y monótono ambiente artificial de los grandes centros y de las formas y repliegues sociales que la centralización formó en fuerza de acumular medios y modos y organismos que ni de hecho ni de derecho les corresponden, y va en busca de otros ambientes donde la verdad aparezca sencilla y grande, no contrahecha y artificiosamente implantada. Por eso, repito, el arte, presintiendo siempre las grandes evoluciones de las ideas, en busca del ideal que eternamente el hombre persigue, abandona lo exento de los tres elementos de que necesita para sus obras, y va allí donde esos elementos existen.

Nos prueban los críticos franceses examinando la obra pictórica de Meissonier, actualmente expuesta en París, como es cierto que el arte ha menester otra atmósfera más sana que la que respira en las grandes capitales. Ya no estudian los motivos de los cuadros del célebre pintor; reconocen, en vista de que todos sus elogios se dirigen á ensalzar *la paciencia de benedictino* (frase textual) y á sus resortes de ejecución y de *savoir-faire*, que sus caballeros rosa y blanco y



ALFONSO DAUDET Y SU ESPOSA

sus tipos de lectores y soldados, además de ser un tipo mismo, no ejercen impresión duradera en el ánimo del espectador. Y aun cuando esto último no lo digan los citados críticos de *Le Fígaro*, de *L' Evenement*, de *Le Temps* y de otros diarios importantes, se saca en consecuencia de sus escritos, puesto que todas sus admiraciones son para la habilidad mecánica de que hizo alarde en sus cuadros el autor de *La retirada de Rusia*.

Para mí Meissonier no fué más que un talento. Faltábale para ser un genio, como nos han venido diciendo durante cuarenta años desde las orillas del Sena, la brillantez de imaginación que caracterizó siempre á los artistas que la posteridad señala como tales genios; faltábale la energía que requiere el desarrollo plástico de una gran idea; faltábale la facultad de poder abarcar con la imaginación una composición vasta, sin recurrir á completar la idea con el accesorio; faltábale dominio de la forma y de la paleta, para, en el tamaño en que pintan los genios, en el natural, en el gigantesco de la decorativa, desarrollar sus concepciones. El pintor que pinta grande, pinta pequeño; pero no así el que usa la lente. Para concebir, como para el desarrollo de un asunto con el cual debe cubrirse un espacio de algunos metros cuadrados, no sirven esas tranquillas y atildamientos que se adquieren en el continuo trabajo del cuadro de caballete.

Por otro lado, Meissonier fué incapaz de abordar el estudio psico-físico de la mujer. Reparad en las testas de sus soldados y generales, de sus caballeros, de todas sus figuras de hombre en fin, y veréis cómo todas son angulosas, acusadas, duras; veréis asimismo cómo solamente supo expresar una fase de la vida del espíritu, la clara y determinada del entusiasmo bélico; en las fisonomías de las demás figuras de sus cuadros no se advierte ni el menor síntoma de movimiento alguno pasional. Fríos, indiferentes aquellos soldados, como aquellos caballeros, sin descontar los que aparecen en su celebérrima obra *Lectura en casa de Diderot*, no dicen ni expresan nada. Por eso la mujer era para el artista de que me ocupo poco menos que imposible de reproducir. A la delicadeza de los contornos, á la finura de su colorido, á la movilidad de expresión, uníase la inmovilidad. Todos sabemos que Meissonier hacía estar á sus modelos quietos como estatuas. La cámara obscura era un auxiliar del cual el celebrado artista no prescindía; y aun cuando apuntaba del natural directamente los movimientos de los caballos, nunca logró hacer el apunte de primera intención, obligando á los palafreneros á que sostuvieran en posición aproximada á la que deseaba á cualquiera de los caballos que poseía.

Por lo demás, todos sabemos que á falta de nieve hizo cubrir de harina una gran extensión de suelo, por donde pasó la artillería que figura en el lienzo citado de la *Retirada;* demostrando así cuán lejos estaba la retina de Meissonier de ser la de un colorista mediano.

R. BALSA DE LA VEGA

Marzo 29 de 1893



LA QUINTA DE CHAMPROSAY, RESIDENCIA DE ALFONSO DAUDET



EL LAWN-TENIS EN LA QUINTA DE CHAMPROSAY.—ALFONSO DAUDET, SU HIJO LUCIANO Y SU HIJA EDMÉE

LA MORADA DE ALFONSO DAUDET

En otro tiempo, el conocido escritor francés habitaba en un pequeño molino desmantelado, situado en el fondo de Provenza en una loma pedregosa y abrasada por el sol. Hoy su «molino» está á orillas del Sena, á la sombra de la iglesia de Champrosay. En torno del «molino» se extienden hasta perderse de vista prados, cotos, huertas, alamedas majestuosas; y hasta el «molino» mismo se ha convertido en una residencia suntuosa, que contiene objetos de arte, cuadros, muebles raros y cerámica histórica. Pero si el «molino» se ha transformado, el molinero ha conservado su buen humor y la vivacidad de su ingenio.

Su parque de Champrosay no se parece á los demás parques; está salpicado de construcciones pintorescas y de casitas que le dan el aspecto de un caserío escondido entre verdura. Aquí está el naranjal; allí, el pabellón de M. Ebner, secretario de Daudet; más allá, el chalet donde el escritor se refugia de los ardores de la canícula y disfruta de las dulzuras de la siesta, pues todo en él convida al reposo.

La esposa de M. Daudet es también escritora y su talento corre parejas con el de su marido: todo el mundo conoce su precioso libro *La infancia de una parisiense*, en el que se admira el arte de esos análisis minuciosos, de esas acertadas observaciones, de esas evocaciones del pasado. Durante la buena estación, Mad. Daudet deja á un lado la psicología para dedicarse al cultivo de sus plantas; y como su esposo, encomia con toda sinceridad las dulzuras de la vida campestre y desea poder disfrutarlas todo el año, lejos de las vanas agitaciones de París.—X.

DON PEDRO EL CRUEL

CRÓNICA RELATIVAMENTE ANTIGUA

(Conclusión)

Y aquellas manos, agrietadas por los sabañones, sangran, y los chicos gritan y blasfeman..., y la puerta del foro se abre para dar paso á la acongojada cabeza de D. Pablito que, pálido de miedo, balbucea con su vocecita blanda:

– ¡Por amor de Dios..., D. Pedro!..

– Métase usted en su camisa... so mandria... ó le mando á usted de una patada en la barriga al infierno á interceder con Pedro Botero por los perros sin amo. ¡Fuera de aquí!

¿Lo querrán ustedes creer? Los mismos ajusticiados celebraban con sonrisitas estas brutales salidas de D. Pedro contra nuestro único defensor.

La ración de correazos variaba entre seis y doce en cada mano y el dolor que se experimentaba era horrible. Para atenuarlo corrían entre nosotros cantidad de recetas: untarse con ajo, ponerse aceite, estirar mucho, mucho, la mano, etc., etc., pero de resultados anodinos.

Se podían calcular, uno con otro, á razón de dos docenas de correazos semanales, menos los internos y los malos de nota, que recibían el triple, amén de las raciones de palo y sopapos correspondientes.

La traducción continuaba con esta pregunta á raja tabla de D. Pedro, dirigiéndose al que menos lo esperaba:

– ¿En qué quedamos?

Profundo estupor del aludido.

– Digo que ¿en qué quedamos?

– Andábamos..., andábamos...

– ¡Estamos frescos!.. ¿Quién lo sabe?

– Yo, dice un cándido.

– ¿Tú?, pues dilo.

– En tres.

Otro imprudente. – En partes.

– Divinamente. Pues sigue traduciendo tú..., el de las partes...; pero cuenta con que te parto si te caes.

El chico, pálido de miedo, se arranca como una carretilla:

– Tres partes..., tres partes... De las cuales..., de las cuales una está habitada por bergas..., digo... blegas..., digo...

D. Pedro le mira con su ojo de cetáceo y comienza á sonreir con sonrisitas de ogro.

– ¿Conque bergas?.. No estás tú mal bergajo, ¡cochino!

– Belgas..., quería decir; otra..., otra..., otra por los aquitanos y la tercera por... por... por.

– ¡Tú!.. ¿por quién?, dice D. Pedro señalando á un chico distraído que apresuradamente mira al libro y exclama:

– ¡Por los *ipsorum!*

– ¡De rodillas!.. Tú – á otro – ¿por quiénes?

– Por los tertulianos.

– ¡Bruto..., animal..., de rodillas! ¿Por quienes? Tú... dilo (señalando á uno muy importuno).

– Por los gallegos.

– ¡Voto á Dios, que esto no lo sufre ni Job!... De rodillas..., y vosotros también..., gansos..., que no contestáis..., de rodillas.

El grupo de las víctimas se arrodilla lentamente entre los huecos de los bancos de los pequeños.

Aquí D. Pedro echa un discurso entreverado de blasfemias sobre lo estúpido de los chicos, sobre su falta de atención, su distracción continua, etc., etc., y dice *que se propone en adelante emplear medios enérgicos*..., nada de paños calientes (¡á aquello llamaba el bueno del hombre paños calientes!..), palo y mucho palo... hasta restablecer la disciplina, y concluye así:

– Y para empezar, señores de tercero, vamos á ver quién es el torero que se sabe la composición. ¿Alguno se sabe la composición? ¿No hay por ahí algún guapo que se sepa la composición?

Silencio absoluto. Los que mejor se la sabían, al oir lo de torero y lo de guapo se les olvida de golpe. Sólo un infeliz, nuevo, se levanta diciendo:

– D. Pedro, yo me la sé.

– ¡Ah! ¿Ustedddd se la sabe?.. Lo de usted pronunciando mucho la *d* era siempre pésima señal.

– Pues venga de ahí, continuaba, y más pronto que la vista...; pero mucho ojo, hijito mío, porque yo no estoy de humor de oir más disparates.

Con lo cual le fija la mirada tan intensamente que el chico se sobrecoge, palidece..., tartamudea... y se calla..., las palabras se le hielan en los labios.

– Vamos anda..., pronto..., anda... ¿Pero no andas, condenado?..

Y al ver su silencio le trinca de una oreja y le sacude como si fuera la rama de un árbol.

– ¿No la dices, ladrón? Pues entonces, granuja, piojoso, desvergonzado, ¿quién te autoriza á decir que la sabes?

– Creí que...

– ¡Ah! ¿Conque tú también me sacas á Creíque?.. ¡La mano!.. ¡La manoooooo!..

La ejecución resulta esta vez fenomenal. El chico chilla como si le desollaran vivo, y algo de esto sucedía porque traía las manos hechas una lástima.

– Y ahora, de rodillas y en cruz. Y vosotros..., á ver... ¿Quién se sabe la composición?

Esto ya venía dicho con tal cólera, que sin el anterior tremendo escarmiento bastaba para quitar al más templado las ganas de responder.

– ¿Nadie? ¿Nadie sabe la composición?.. ¿Conque nadie sabe la composición?.. Pues todos en cruz.

Sesenta brazos y pico se alzaban en el mayor silencio. El aire comenzaba á hacerse denso y pesado..., las rodillas dolían sobre los ladrillos rotos y desquiciados...; decididamente..., malos vientos soplaban...; aquella postura traía trazas de durar un par de horas... ¿Podría empeorarse? No parecía probable á primera vista..., pero se empeoraba y mucho de esta manera:

– *Poma dat autumnus, formosa est messibus æstas,* decía D. Pedro con voz solemne; y luego, señalando á un punto, decía:

– Continúe usted.

El aludido se calla. Designa á otro que se calla también, como el tercero y el cuarto y todos los demás.

– ¡Coronillas de canónigos!, exclama el dómine. ¿No sale?.. ¡¡¡No sale!!! ¡Paciencia! Vamos á ver: «*Ut capiant vitium, in moveantur aquæ.*» Venga de ahí. ¿Igual silencio? ¿Tampoco sabéis esta? ¡Recoronillas de canónigo!.. Y de un puñetazo hunde el pupitre y grita más y más: ¡¡¡Recoronillas de canónigo!!! Esto no puede seguir así... Yo hago un dos de mayo. Tú, gandul, *señoritingo* de la plaza..., tú, sobrino del ladrón del escribano, contesta... más pronto que la vista, gritaba levantando por los pelos al aludido, que abría más boca que el buzón del correo, pero sólo para lanzar gemidos. Tú, hijo del archipreste..., contesta... ¡Ah! ¿No contestáis? ¿No contestáis?.. Os calláis como tales que sois... Pues ahora veredes, dijo Agrajes.

Y empuñando la vara se lanzó sobre la masa y emprendió tal vapuleo que aquello parecía el fin del mundo.

Gritos, lamentos, imprecaciones, chicos rodando por el suelo, otros volando por los aires ó volteados de resultas de las punteras...; una confusión..., un tumulto atronador.

D. Pablito, abriendo la puerta para interceder por nosotros y contestado con un sopapo monstruoso que dió con él por tierra, fué motivo de que arreciase la tormenta, hasta que desarmado, con la vara hecha astillas y rendido de pegar se desplomaba D. Pedro sobre su silla, sudando la gota gorda y diciendo en son de consuelo:

– Ya veréis mañana..., ya veréis mañana; y dar gracias á Dios que hoy me siento algo flojo.

X

¡HECATOMBE!

Y ¿cómo es posible, preguntarán mis lectores, que escenas canibalescas como esta se verificasen en la culta Valpalencia y á no más de cuarenta años de antigüedad? ¿Cómo había padres desnaturalizados que allí enviasen sus hijos, y cómo había muchachos que soportasen tal régimen? Pues *¡velay!*, como dicen por allí; así era y así sucedía y fácil es comprenderlo todo con sólo ponerse dentro de la situación.

Por de pronto D. Pedro el Cruel era el dómine menos malo de Valpalencia. Urquijoso y Zarrapieta eran mucho peores; Urquijoso tenía 80 años el año 50 y jamás llegó á cortarse la coleta ni á usar pantalones. Su régimen era, pues, de coleta y calzón, con todas las atrocidades de su época. Por de pronto, sólo tenía internos, y en su mucha avaricia, so pretexto de castigos, les mataba de hambre. Era en esto el fiel trasunto del licenciado Vidriera; y tales cosas hizo que si no toma el buen acierto de morirse, acaba de mala manera de resultas de un trancazo, arrimado con el martillo de su muleta sobre el cráneo de un chico con tan mala fortuna, que le dejó tieso. Zarrapieta no sabía latín y era un bufón de sus discípulos. Quedaba el instituto; pero era tanta la pillería que allí acudía y tan tierna nuestra edad, que las madres no se decidían á mandarnos, y nuestros padres, educados aún más bárbaramente que nosotros por los frailes benitos y los mostenses y gente toda de bronce, aún polvorientos de la última guerra, tenían entusiasmo por D. Pedro..., y entusiasmo justificado, porque lo que es latín se aprendía... y tres más nueve.

En cuanto á los padres de los internos ya he presentado á ustedes un botón de muestra en el tío *Zancajos.* Nuestro heroísmo al soportar el régimen dompedruno también se explica. De una parte, porque los padres de entonces no eran como los padres de ahora; ese género de padre blanducho, mimón y dominable, ahora tan frecuente, era desconocido en Valpalencia. Lo de tutear y patear á los papás vino después; y de otra parte, era tal el terror que á don Pedro teníamos, como poca la esperanza de encontrar defensa en casa. Si vamos con soplos y estos soplos no son suficientes para decidir á los padres á sacarnos del antro y D. Pedro se entera, ¿qué no hubiera hecho aquella fiera con nosotros?.. Algo que contaban de las hienas, que desentierran los cadáveres y se los comen vivos.

No obstante, la cátedra de D. Pedro concluyó de mala manera, como quien dice, á capazos y por cosa baladí. El que tantas atrocidades cometió en su vida, con la buena sombra de no matar de golpe á nadie en veinte años de dómine, tuvo la desgracia de que una vez el juego saliera mal..., y fué de esta manera:

Bromeando un día entre nosotros, *Milhombres* preguntó á Robustiano:

– ¿Cuántos señoritos sois en Cebolleta?

Y el hijo del tío *Zancajos*, que se la daba mucho de plancheta porque su padre era concejal del ayuntamiento, le contestó:

– Pues quince con D. Yo.

La respuesta, que era espontánea muestra de su vanidad, nos hizo la mar de gracia, y como cosa de chicos..., tanto molimos á Robustiano llamándole: «¡Oye tú!.. Donyó y Dontú,» que llegó á cargarse y á responder á morradas á la pregunta cada vez que se la hacían.

Cursábamos tercero y ya faltaba poco para concluir el curso y perder de vista al dómine, cuando vino á la clase un chico nuevo, hijo del Presidente de Sala trasladado á la Audiencia de Valpalencia de la vecina de Burgos, y que por cierto era muy inocentón y muy buen muchacho.

Preguntó los nombres de todos, y como es natural, le decíamos los motes, y de Robustiano le dijimos que se llamaba *Donyó*, esperando que del error resultase algo gracioso.

En efecto, un día, antes de la entrada en clase de D. Pedro, al volver Robustiano de cerrar la puerta de la calle, que él estaba de guardia, se dejó abierta la de la cátedra, y Pepe Carrillo, el nuevo, le dijo con la mayor naturalidad:

– Oye tú, *Donyó,* ya podías cerrar la puerta.

Robustiano que tal oye, arremete contra Carrillo, lo pilla desprevenido, lo derriba y lo harta de coces. Nosotros, aplaudiendo la peripecia de la lucha, palmoteando y aguzando á los combatientes, olvidamos que era la hora de la aparición de D. Pedro.

Carrillo se alza frenético de cólera al verse víctima de tan alevoso ataque, toma del suelo un ladrillo de los que andaban sueltos, y con toda su alma y casi á boca de jarro se lo dispara á la cabeza á Robustiano, y en el momento mismo que éste se baja para evitar el certero golpe, la puerta se abre y D. Pedro, que entraba, recibe en plena boca el proyectil, llenándosela de sangre y de dientes partidos.

El dómine... tal se ve tratado, él, de suyo como queda dicho, cae veloz sobre Carrillo, paralizado por el susto, lo sujeta y levanta del cuello, y sin recordar que él mismo mandó poner rejas para evitarse el peligro de estropear á algún chico tirándolo al corral, le estrella contra la ventana.

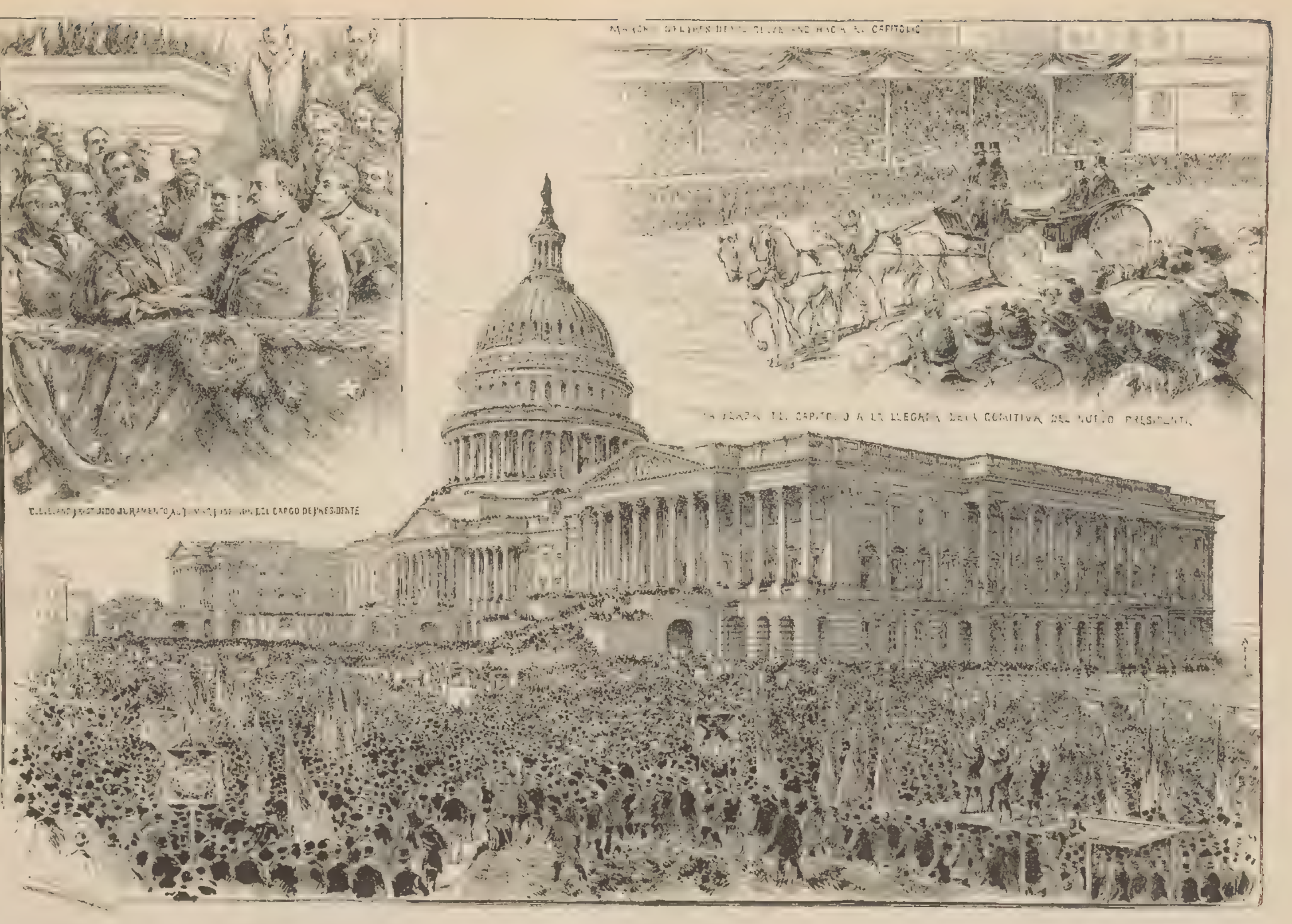
Al grito desgarrador de Carrillo acudió D. Pablito, y levántale del suelo casi exánime y casi muerto, con la cabeza abierta por dos partes y un brazo fracturado.

El terror de esta escena nos paralizó á todos. Sólo Robustiano, sintiéndose culpable, salió escapado y no paró hasta su pueblo.

D. Pedro estuvo á la muerte de resultas de un fenomenal ataque al hígado, y esto le libró de ir á la cárcel, porque el padre del herido puso el grito en el cielo, y aunque el chico sanó, logró que se le formara causa y se cerrase la clase.

D. Pedro, emigrado en un pueblecito de Navarra, duró poco. No pudiendo pegarla con los chicos, la pegó consigo mismo, y la sangre se le pudrió. Murió blasfemando, como pasara la vida; pero Dios le tocó en el corazón y á su última hora legó á su sobrino cuanto tenía, que era bastante.

D. Pablito ya no es D. Pablito; es el Excmo. señor D. Pablo Varela de los Nardos, y este dulce y oloroso segundo apellido Nardos borra al primero de Varela el marcado sabor á paliza que tuvo mientras con él se designaba al feroz D. Pedro. Es rector de la Universidad de Valpalencia, el hombre más ilustrado y más virtuoso de la provincia y acaso de España entera. Orador, literato, político y hasta valiente, estimado de todos, cada vez que lo vemos es, pa-



WASHINGTON.-TOMA DE POSESION DEL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MR. GROVER CLEVELAND EL DÍA 4 DE MARZO ULTIMO

ra nosotros sus antiguos verdugos, motivo de sonrojo y vergüenza.

– No podré olvidar nunca, le decía una vez que comíamos juntos el año pasado, que yo fuí el que te puso aquel pícaro alfiler en la silla, que tanto daño te hizo.

– Más daño me haces ahora al recordármelo, querido Luis. Si algo soy y algo valgo, lo debo á vosotros, que tanto me hicisteis sufrir en aquellos años; que el resto de los trabajos de mi vida se me han figurado más que trabajos placeres, y estudiar cómodamente sin las molestias que me causabais, mi mayor dicha. Dios se conoce que se dió por satisfecho con aquella prueba mía, y en su inmensa misericordia me deja vivir feliz. ¡Bendito sea!

Luis de Llanos

MAIQUEZ
y Pedro Romero

I

Todos saben que el gran Isidoro Máiquez, aquel cómico (todavía no se les daba el nombre de actores) que sorprendió como ninguno entre nosotros los airados acentos de la sombría Melpómene, era asombro de sus contemporáneos, sobre todo cuando interpretaba caracteres de la trágica magnitud del *Otelo* y del *Edipo*. Pero lo que no saben muchos, es que su afición á los toros era tan grande que, no una, sino varias veces, tuvo graves disgustos con el comisario protector de teatros, porque llevado del deseo de presenciar una corrida entera, dejaba los ensayos señalados para el día, y retrasaba con ello un estreno con que tal vez contaban los Hospitales, á los que pertenecía en gran parte el producto de las funciones que se daban en el *Príncipe*, que era donde con preferencia á la *Cruz* trabajaba de ordinario el ilustre comediante.

Y tanto era su amor al animado espectáculo, que él, que por aspereza de carácter y altivez de condición, huía del trato de personajes de alto valimiento, no desdeñaba la amistad de los diestros más famosos, entonces socialmente menos considerados que lo son hoy.

A Pedro Romero manifestaba particular predilección, y hasta dícese que no era raro ver entrar juntos y mano á mano, no pocas noches, al histrión y al lidiador de reses bravas, en cierta hostería de la esquina formada por la calle de la Gorguera al desembocar en la plaza de Santa Ana, y en la que según noticias se servía sobre no siempre limpios manteles el más sabroso estofado de vaca y el más picajoso salpicón con que se regalaron nunca paladares madrileños.

Mas no era hombre Isidoro que por amistad que le ligara con persona alguna, dejara pasar en silencio sus defectos, ni su orgullo, que era el suyo más saliente, le permitiera comprender que hubiera en el mundo profesión digna de respeto y consideración, excepción hecha de la suya.

De aquí provenía el que más de una noche, Romero, algo amostazado por las silbas y denuestos que desde su barrera le había dirigido su gran amigo aquella tarde, porque una estocada le salió atravesada, ó por haberse obstinado en matar en los medios un toro que tenía la muerte en las tablas, pidiera en el tono más humilde y amistoso á Máiquez explicaciones de su intolerancia.

– Increíble parece, decía el famoso matador, que vuesa merced que vive del favor del público, haga blanco de su enojo á quien al ruedo sale á ganarse unas cuantas peluconas para su vejez y un poco de fama para que su humilde nombre no quede en el olvido.

– Lo que encuentro yo, no sólo increíble, sino hasta insoportable, contestaba el pasmo de la escena frunciendo el entrecejo, es que un hato de haraganes y de gente perdida como sois vosotros, gane más dinero en una tarde que yo en media temporada.

– Cosas son, Sr. Isidoro (del don no se había hecho merced todavía á los actores), replicaba el émulo de Costillares y Pepe Hillo, que tienen su explicación, aunque no lo parezca. Vuesa merced ha necesitado muchos estudios y muchos libros para morirse de mentirijillas todas las noches, y nosotros muchas veces, sin saber leer ni escribir, nos exponemos cada día á que nos agujeree la piel de veras un toro de la tierra. Hay que desengañarse, todas las cosas tienen su porqué, y cada cual hace lo que sabe y nada más.

– Pero supongo que no querrás equiparar tu profesión con la mía.

– ¿Y por qué no había de hacerlo?

– Porque mientras que lo que tú haces lo puede hacer cualquiera que tenga un poco de arrojo y valentía, lo que hace Isidoro Máiquez no lo hace ni lo hará nadie.

Pedro Romero que, aunque sabía disimularlo mejor, no cedía en orgullo á su ilustre amigo, se mordió los labios con despecho; pero no contestó.

Máiquez, envalentonado por aquel silencio, aunque con más benévolo tono, se contentó con añadir:

– Las tres ó cuatro onzas que te da el señor corregidor de Madrid, como representante de la Junta de Hospitales, ó los caballeros maestrantes de Sevilla ó Ronda, cada tarde que toreas, cuesta muy poco ganarlas.

– ¿Lo cree así vuesa merced?, preguntó Romero con cierta sorna.

– Y ni frailes descalzos me harán pensar otra cosa.

– Pues siento no poderle probar que se engaña, replicó el que después había de ser profesor de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla.

Y como hubieran dado ya hacía rato fin á la por cierto nada frugal cena, los dos interlocutores se pusieron de pie, salieron de la hostería y tomaron rumbo hacia la calle de las Huertas, donde vivía el gran Isidoro.

Algo debían haber herido el amor propio del matador las palabras del comediante; pues aunque, como siempre, le acompañó hasta la puerta de su casa, en el corto trayecto, ni una sola vez despegó los labios.



LA MODA FIN DE SIGLO. 1793. Dibujo de G. A. Storey

II

La merienda había sido espléndida, porque además de que Pedro Romero, que era el que la pagaba, fué siempre rumboso y espléndido, no había de andarse con mezquindades aquella tarde, cuando al que trataba de obsequiar era hombre de tanta valía para todos y de tanto aprecio para él como Isidoro Máiquez.

El gran actor, de suyo taciturno y retraído, había estado como nunca decidor y alegre, y la fiesta prometió dejar gratísimos recuerdos á la memoria de todos los comensales.

Próximos estaban ya á montar en las calesas y en los caballos que á las frondosas alamedas de la Muñoza les habían llevado, cuando la voz de los vaqueros, advirtiendo que una res brava se había salido de la piara, sembró el espanto en todos los corazones.

Sólo dos personas hubo allí que no hicieron la menor demostración de huir. Pedro Romero, que se contentó con descolgar de la grupa de su caballo la manta jerezana que le servía de adorno, é Isidoro Máiquez que, cruzado tranquilamente de brazos, miraba al anfitrión, como diciéndole:

«Para que veas que no es el valor patrimonio tuyo exclusivo.»

La res escapada era, por suerte, un becerro eral, aunque bastante granado; pero bravuconcillo y alegre que era un primor.

Pedro Romero al verle se sonrió con desdén, y volviéndose á Isidoro le dijo con sorna:

—No es mala ocasión de demostrar lo que me decía vuesa merced la otra noche.

Máiquez, por toda contestación, le miró con altivez, y arrebatándole de las manos la manta, la flameó.

El becerro no se hizo esperar. Rápido como el rayo acudió al engaño y se empapó en él con gran bravura.

El primer lance hubiera merecido justas palmas si los espectadores hubieran pensado en otra cosa que en salvar sus personas.

Pero el becerro se revolvía tan rápidamente, que aunque Romero quiso meter el castoreño para recortarle, ya era tarde, y la corpulenta figura del intérprete del *Orestes* y del *García del Castañar* volaba por los aires.

Que la cosa no tuvo consecuencias, no hay para qué decirlo. Romero, convirtiendo en manso borrego al denodado aprendiz de toro, le llevó á la piara, y el gran Isidoro no tuvo que lamentar más que algunas contusiones.

Sin embargo, como éstas, una vez conducido á Madrid, le hicieron guardar dos ó tres días de cama, hay quien dice que, conversando desde ella con Romero, le decía la noche siguiente á la ocurrencia:

—Mira, mira, déjame en paz con tus cuchufletas; pero ten por seguro que ahora no me parecen tan mal ganadas las onzas que te dan por cada corrida.

ANGEL R. CHAVES

RIO ABAJO

Deslizábase el bajel, rasgando con su aguda y cortante quilla el azulado manto de las olas; á uno y otro lado del misterioso río alzábanse hermosas umbrías salpicadas de flores, que semejaban otras tantas pinceladas brillantes; el cielo mostraba la limpidez más pura y el ambiente parecía impregnado de sutilísimos y embriagadores perfumes.

Impulsado el bajel por la ligera brisa que azotaba su vela tejida con alas de mariposa, iba dejando tras sí un reguero de perlas que irradiaban alegremente á la luz del sol, luz vivísima que lo inundaba todo con resplandores de oro. Sobre las bordas, coronadas de guirnaldas, apoyábanse las almas con sublime indolencia. Arpas de oro tañían las unas, entonaban las otras melodiosos cantares, oraban las demás en éxtasis sublime, y ni en músicas ni en rezos ni en plegarias advertíase nada que recordase lo deleznable, lo ruin, lo rastrero, lo terreno en suma. Era el coro de las almas que empezaba á cruzar la corriente engañosa y traidora de la vida.

Eran sombras más bien que cuerpos, eran algo intangible, hermoso y puro como el sueño de los ángeles; parecían formadas de girones de nubes y animadas por un suspiro. Y sin embargo, nada más gentilmente hermoso brotó nunca de los cinceles griegos ni de los pinceles cristianos. Se las puede imaginar, no describir. Figuraos los más hermosos ensueños de vuestra primera juventud; figuraos cómo serán esos seres que allá en las alturas caminan sobre tapices de estrellas y tienen por artesonados techos los espacios infinitos, y os habréis imaginado cómo eran las almas del bajel de mi cuento.

⁂

De pronto palpitó en la atmósfera una caliente bocanada de aire; nublóse el cielo, y densos nubarrones envolvieron la fantástica nave. Lo brillante, lo alegre, lo hermoso, lo sublime extinguióse de repente entre una negra y asfixiante humareda. Las almas seguían su expedición, sin embargo, á través de las olas, y sus cantos, aunque más débiles, percibíanse no obstante entre aquel revuelto caos.

Rasgando oblicuamente el humo de la nube, desfiló un cortejo que por un momento fascinó todas las miradas. Torrentes de oro formábanle el camino, olores de incienso le aturdían, gentes de hinojos le adoraban; acordadas músicas poblaban los aires; pero eran músicas solemnes, triunfales, majestuosas... Desfilaron púrpuras y armiños, oro y pedrerías, penachos y vistosos arreos... Pasó como una exhalación. Era el cortejo de la *Soberbia*..

Las almas vieron con hondísimo pesar cómo una de sus compañeras, fascinada por la brillantez del espectáculo, cegada por tanta y tan viva luz, puestos en la visión los ojos y los sentidos todos, fué arrebatada por una negrísima ola que arrastró consigo una guirnalda arrancada á la borda del bajel...

¡Un alma perdida!

⁂

Cuando ecos y fulgores se extinguieron en el espacio, nuevo y más deslumbrante séquito se apareció en la nube.

Formábanlo hasta una docena de mujeres de inenarrable hermosura y de contornos ideales, según lo que dejaban transparentar los flotantes y vaporosos ropajes de sutilísima urdimbre. Sus mantos eran de rojos matices, sus coronas de rosas encendidas, sus ojos despedían relámpagos de lumbre y sus mejillas ostentaban los más hermosos colores. Ajorcas de oro cubrían sus brazos y sus piernas; en la diestra mano empuñaban cráteras y ánforas de preciosos metales rebosando preciosos vinos de Smirna, de Corinto y Chio. Sus cantares eran alegres, vivos, picantes, sonoros, voluptuosos...

Pasaron por sobre el bajel, y todo el néctar en las ánforas aprisionado vino á dar sobre una de las almas, que embriagada por el penetrante y enervador perfume que exhalaba y no pudiendo resistirlo, cayó desvanecida sobre la borba al tiempo mismo que una onda la recogía entre las insolentes carcajadas del cortejo de la *Lujuria*...

¡Otra alma perdida!

⁂

Río abajo..., río abajo seguía su marcha el bajel sin detenerse á recoger las almas que eran devoradas por el negro monstruo del pecado.

¡Tercer cortejo..., tercera pérdida!

Pasó la *Gula* con todo su coro deslumbrador de frutos hermosos y fragantes recogidos en los más hermosos pensiles del Asia, de vinos espumosos y alegres extraídos de los pámpanos que florecen bajo el cielo de Italia y de España, de cristales que fulgura-



LA MODA FIN DE SIGLO. 1892. Dibujo de G. A. Storey



LA CENCERRADA AL VIUDO, dibujo original de J. García Ramos



RECUERDO DE NAVIDAD. LOS PAVEROS, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge, propiedad de Santiago Rusiñol



RECUERDO DE NAVIDAD. LA MATANZA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge, propiedad de Santiago Rusiñol

ban, de músicas enervantes, de pebeteros que humeaban, de todo cuanto regala los sentidos y es aliciente poderoso al apetito... Una de las almas alzó sus brazos hasta ella. La Gula la recogió entre los suyos... Otra baja en la nave... ¡Adelante!..

De idéntico modo pasaron la Avaricia, la Ira, la Pereza, la Envidia..., todo lo que de innoble y de horrible puede esconderse bajo apariencias deslumbradoras y alegres, todo cuanto oculta el áspid bajo la flor, todo lo que enerva y fascina para matar á la postre; los Pecados Capitales coronados con las flores que el mundo ciñó á sus sienes.

La *Ira,* avasalladora, sublime en su indignación lanzando rayos como Júpiter; la *Avaricia,* abstraída, silenciosa sobre su pedestal de oro y pedrería; la *Pereza,* indolente, muelle, sensual, regalada, colmada de cuanto puede hacer grato el tránsito por la tierra; la *Envidia,* por último, queriendo atesorar y recabar para sí las deleznables y efímeras grandezas de sus otras compañeras, disputándoselas con desapoderado empeño...

Una tras otra, las almas fueron abandonando el bajel; la nube las arrebató ó las arrastraron las olas, ¿qué importaba? El hecho fué que el bajel perdió sus viajeras y sus flores.

***

Al final de la jornada, sólo un alma entre todas pudo mostrarse ufana, radiante y pura á los rayos del sol que volvió de nuevo á lucir en un cielo que tenía toda la brillantez del más inmaculado zafiro, pregonando cuánto es difícil surcar la corriente del mundo sin que en el infecto fango se enloden las sutiles y blanquísimas alas de los espíritus...

Manuel Amor Meilán



Bellas Artes. – El día 1.º de julio se inaugurará en Munich la Exposición internacional de Bellas Artes que anualmente se celebra en la capital bávara.

– En Milán se celebrará desde el 15 de abril al 15 de mayo una Exposición internacional de acuarelas cuyo protectorado ha sido ofrecido y aceptado por el príncipe de Nápoles: se verificará en el Palacio de Bellas Artes, y en ella se concederán una medalla de primera clase y dos de segunda que adjudicará una comisión nombrada por los mismos expositores.

– En una subasta celebrada en Nevers ha sido vendido á un arquitecto de la población por 50 francos un cuadro que los inteligentes atribuyen á Rubens y estiman en 300.000.

– El grupo colosal de la *Germania*, de Reinaldo Begas, ha sido fundido en bronce y será inmediatamente enviado á Chicago. Este grupo, de ocho metros y medio de altura, representa la imponente figura de Germania, montada á caballo, cuyas riendas sostienen el genio de la Fama y un guerrero que lleva en la mano la espada y la palma, símbolo de la paz.

– La Asociación Artística de Munich conocida con la denominación de los «Veinticuatro» ha sido oficialmente invitada por el profesor Schwarr-Allquist, en nombre de la comisión artística del Comisariado del Imperio, para que envíe á la Exposición Universal de Chicago todas las obras que figuraban en una exposición particular que recientemente ha celebrado en el Salón Schulte, de Berlín.

Barcelona – Salón Parés. – Moragas ha expuesto un buen cuadro que próximamente reproduciremos.

Significa una evolución en el artista muy digna de aplauso. Abandonando lo que para él constituía una cariñosa tradición, moros, chupas y casacones, ha abordado en su reciente obra el arte sincero y espontáneo, por más que en esa transpiren todavía resabios de su hechura anterior, dando predominio exagerado á la materialidad de la pincelada. Así y todo es una buena obra, seria por su concepto é impregnada de luz y por consiguiente de vida, de verdad.

Salón de «La Vanguardia.» – Coincidiendo con la santidad de estos últimos días hanse expuesto buen número de pinturas religiosas, propiedad del inteligente aficionado Sr. D. Eusebio Güell, antiguas las más, muy dignas de estudio. Como notas modernas hay obras de Graner y de Clapés: éstas últimas singularísimas como todo lo que produce su vigorosa paleta.

Teatros. – En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado con gran éxito una ópera en un acto, *El asceta*, libro de Guillermo Schriefer y música de Carlos Schroder. Con esta obra, la ópera alemana contemporánea ha dado el primer paso afortunado hacia el género realista que tantos triunfos ha valido á la escuela italiana de nuestros días. La música es verdaderamente dramática, pero el libreto resulta un tanto crudo.

– El Consejo de Administración de las representaciones de Baireuth ha resuelto que durante la temporada de 1894 se canten en aquel teatro *Parsifal*, *Tannhauser* y *Lohengrin*, esta última no puesta todavía en escena en dicho coliseo.

– En el teatro Libre, de París, se representará en breve una traducción francesa del drama alemán *Weber*, de Gerardo Hauptmann, cuya representación fué prohibida gubernativamente en Berlín y en Breslau.

– La ópera de Leoncavallo *I pagliacci* se ha estrenado con gran éxito en Munich.

– La actriz francesa recientemente fallecida en París Alicia Ozy ha dejado su fortuna, consistente en tres millones de francos, á la Asociación de Artistas dramáticos: además ha legado 50 000 francos á uno de sus ejecutores testamentarios para que con los intereses de esta cantidad auxilie á los escritores pobres,

– La última obra del maestro Leoncavallo, de la que hablamos hace algún tiempo, se titula *Crepúsculum:* constituye una trilogia, cuya primera parte, *Médicis*, se representará en el teatro de la Opera, de Berlín. Las otras dos partes se titularán *Savonarola* y *Borgia*. Cada uno de estos tres dramas musicales formará una ópera completa.

– El tenor Cardinali, tan aplaudido por el público de Barcelona, ha obtenido en el teatro de la Argentina, de Roma, un gran triunfo cantando *Lohengrin.*

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Une page d' amour*, excelente adaptación á la escena de la interesante novela de Zola del mismo título, hecha por M. Carlos Samson; en Chateau-d'-Eau *La Mere la Victoire*, drama en cinco actos de G. Marot y L. Pericaud; en Chatelet *La fille prodigue*, comedia de gran espectáculo de Mr. Harris y Pettitt, traducida del inglés y adaptada á la escena francesa por Pablo Milliet; en Dejazet *La Voyage des Berlurons*, graciosísimo vaudeville en cuatro actos de Mauricio Ordonneau, Grenet-Dancourt y Keroul; en el Vaudeville *Les drames sacrés*, en un prólogo y diez cuadros, representación de los principales episodios de la vida de Jesús, escrita en hermosos versos por Armando Silvestre y Eugenio Morand y con deliciosa música del maestro Gounod: esta obra ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad; en el Palais Royal una graciosa comedia en tres actos, de Blum y Touché, *La maison Tamponin;* en el Ambigú, un drama histórico en cinco actos y nueve cuadros, *Le capitaine Belle-Humeur*, de Duchez y Bompar; y en el teatro Libre, *Mirages*, drama en cinco actos de Jorge Lecomte, obra de análisis psicológico, pesimista y algo monótona.

Londres. En Saint James's Hall y bajo la dirección de míster Daniel Mayer se ha dado un magnífico concierto wagneriano, en cuyo programa entraron los mejores fragmentos de las principales obras del gran maestro, escogidas por orden cronológico, desde *Tannhauser*, escrita en 1844, hasta *Parsifal*, compuesta en 1874.

Madrid. – El Real ha cerrado sus puertas después de haber dado con gran éxito tres representaciones de *Los maestros cantores de Nuremberga*, de Wagner, en cuya ejecución fueron muy aplaudidos la señora Tetrazzini y los Sres. De Marchi, Menotti y Baldelli y sobre todo el maestro Mancinelli. En el Español se ha estrenado con excelente éxito *El castellano del Duero*, drama en tres actos de D. Agustín Fernández Laserna, de interesante argumento y admirablemente versificado, y en la Comedia ha obtenido un verdadero triunfo el Sr. Feliu y Codina con su hermoso drama *La Dolores*, que se estrenó en el pasado invierno en nuestro teatro de Novedades. Se han estrenado además con buen éxito: En Lara *El distrito*, juguete en un acto de Limendoux y Rojas, y *Pabellones militares*, también juguete cómico en un acto de D. Ricardo Monasterio; En Eslava *Los invasores* y *Las varas de la justicia*, zarzuelas en un acto de Gullón y Larra la primera y de Perrín y Palacios la segunda, con música del maestro Valverde (hijo) y Nieto respectivamente, y en Novedades *El lego del parral* y *Tijerilla*, zarzuelas en un acto, de Redondo de Menduiña y música de Taboada aquélla, y de Arpe y Escobar, con música de Juarranz ésta, y *Alfonsa la buñolera*, gracioso sainete de Jackson Veyán.

Barcelona. – Después de los conciertos en que tantos aplausos conquistó la Sociedad Catalana dirigida por el maestro Nicolau, ha comenzado á actuar, en el Principal la compañía de ópera que debía funcionar en el Liceo, habiendo comenzado sus funciones con la ópera *Mefistofele*, en la que se ha hecho aplaudir el tenor De Marchi. En el Circo, la aplaudida compañía Tani ha estrenado *Richelieu*, preciosa opereta en tres actos del maestro Sauvage. En Novedades se ha estrenado con buen éxito un melodrama en seis actos y siete cuadros del Sr. Moreno Gil, *Los héroes del Bruch*, para el cual ha pintado el señor Soler y Rovirosa una decoración final digna de la grande y merecida fama de que goza tan renombrado artista. En Romea se ha estrenado con gran éxito *L' ase del hortolá*, sainete del reputado y popular escritor D. Emilio Vilanova.

Necrologia. – Han fallecido recientemente:

Alois Gabl, famoso pintor de historia alemán, antiguo profesor de la Academia de Bellas Artes de Munich, especialmente conocido por sus cuadros de escenas de la vida popular tirolesa.

Benjamín Ball, célebre alienista francés, catedrático é individuo de la Academia de Medicina de París.

Sayid Ali ben Saíd, sultán de Zanzíbar.

Pablo Girardet, reputado grabador francés.

Antonio Caccia, artista, literato y filántropo italiano, autor de varias tragedias, comedias, poemas musicales, obras filosóficas y sociales y gran mecenas del arte: ha legado á las ciudades de Trieste, Pirano y Udine sus palacios y propiedades y á la ciudad de Lugnano la mayor parte de sus bienes y su magnífico palacio para fundar un *Museo tessinés de Bellas Artes.*

El profesor W. Minto, notable filósofo y literato inglés, catedrático de Literatura inglesa y de Lógica en la Universidad de Aberdeen, autor de varias obras literarias y de crítica y colaborador de la *Enciclopedia Británica.*

Angel Zanardini, conocido libretista italiano.

D. Constantino Llombart, distinguido escritor é inspirado poeta valenciano, autor de un *Diccionario valenciano castellano* y de una *Gramática valenciana*, uno de los fundadores de la Sociedad literaria Rat Penat y de otras sociedades, como L' Oronella y La Cruz Blanca.



Jarrón decorativo en el parque de Barcelona, obra del escultor José Reynés. – Los romanos, que supieron dar á todas sus instituciones caracteres de grandeza, embellecieron sus jardines con obras de arte que han pasado á la posteridad, cual acontece con algunas de las que figuraron en los de Pompeyo, Lúculo, Mecenas, etc. En los tiempos medios decayó el buen gusto; pero en el glorioso período del Renacimiento y á la par que aumentaba la esplendidez de las viviendas, manifestóse la afición de los jardines. Italia fué la primera en poner en sus principales ciudades esta clase de sitios de esparcimiento y recreo. En España Felipe II estableció jardines en el Escorial y comenzó los de Aranjuez, pero unos y otros no alcanzaron la importancia de los que creó Felipe V deseando emular en la Granja las bellezas de Versalles. Artistas de gran mérito esculpieron fuentes monumentales y jarrones de extraordinario valor artístico, que aún hoy constituyen el mayor encanto de aquella residencia de los monarcas españoles. No menor importancia reviste ya el parque de Barcelona, embellecido y enriquecido con un crecido número de obras escultóricas de nuestros mejores artistas. Entre ellas figura el precioso jarrón decorativo, recientemente terminado, obra del laureado escultor José Reynés, que al igual de lo que acontece en Aranjuez y la Granja, es uno de los más artísticos objetos que adornan los jardines. De elegante y caprichosa forma, embellécenlo algunos niños en distintas actitudes, habiendo utilizado el Sr. Reynés iguales elementos que los escultores franceses del pasado siglo en los jarrones que se conservan en los museos, después de haber servido de medios de decoración de los jardines que creó la poderosa voluntad de Luis XIV.

Toma de posesión del nuevo presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Grover Cleveland. – Oportunamente dimos cuenta de la elección de Mr. Cleveland que por segunda vez se encuentra al frente de la gran república norteamericana y nos hicimos eco de las esperanzas que en él funda aquel pueblo: hoy diremos algo del acto de toma de posesión del nuevo presidente. Llegó éste á Wáshington el día 1.º de marzo, y el día 4, á las doce de la mañana y después de haber pronunciado el discurso reglamentario, tomóle juramento Mr. Fuller, juez del tribunal superior del Estado del Illinois, á la entrada del Capitolio y en presencia de centenares de miles de ciudadanos. Acto seguido desfilaron ante el presidente las comisiones, los delegados y representantes oficiales y gobernadores de los estados, autoridades, corporaciones, etc., en número de más de 50.000 individuos. La ciudad de Wáshington ha celebrado además con grandes festejos la proclamación de Mr. Cleveland, cuya segunda presidencia marca una nueva era para la nación americana.

La moda fin de siglo. 1793 y 1892, dibujos de G. A. Storey. – Parece como que la moda al acercarse al fin del siglo pasado y al del presente ha tendido á la sencillez que, dicho sea en honor de la verdad, es lo que mejor sienta á las mujeres. Después de los recargados vestidos y complicadísimos tocados de la época de los últimos Luises de Francia, vino el traje Directorio, relativamente sencillo, á iniciar una nueva tendencia que desterró por completo las antiguas exageraciones; y aun cuando en distintos períodos de este siglo ha habido algunas tentativas para restablecerlas, bien que notablemente atenuadas, poniendo en uso el miriñaque, las faldas con colosales volantes y el *polissón*, vuelven las damas al acercarse al fin de la actual centuria al buen camino, del cual, si hubiesen de seguir los consejos desinteresados de los que bien las quieren, no se apartarían nunca. Estas reflexiones y muchas más nos sugieren los dos hermosos dibujos del célebre artista inglés Storey que, aparte de su valor desde el punto de vista de la indumentaria, son dos *bijoux* considerados como obra de arte.

La cencerrada al viudo, dibujo de J. García Ramos. – Cual si al contraer el viudo nuevos lazos significara olvido completo de la que fué su primera compañera, el pueblo muestra su desagrado, obsequiando al beneficiado por medio de una serenata en la que se utilizan los más discordantes y estridentes instrumentos. Esta costumbre, esta censura, aunque no consignada en ningún código, tenía antes la misma fuerza que la ley escrita, y raro era el reincidente que podía rehuir la cencerrada que le dedicaban sus convecinos, ya cometiera el delito en ciudad, pueblo ó aldea. El modo de ser de la sociedad moderna ha logrado desterrar esta costumbre en las grandes poblaciones, subsistiendo únicamente en las de escaso vecindario. Nuestro distinguido colaborador artístico Sr. García Ramos ha utilizado para una de sus más bellas composiciones el movimiento, el abigarrado conjunto que ofrece una cencerrada, en la que se manifiestan de modo incontestable sus relevantes cualidades artísticas. Los tipos, las actitudes, las agrupaciones y hasta los más nimios pormenores revelan perfecto movimiento, detenido estudio del natural. No en balde goza el Sr. García Ramos de justa fama como dibujante y como pintor genuinamente español.

Recuerdos de Navidad. – Los paveros. – La matanza, dibujos de Daniel Urrabieta Vierge.

Ni los continuos aplausos ni la producción de obras en un ambiente distinto del suyo han podido borrar en Urrabieta Vierge ese algo que caracteriza nuestra raza y que se revela en todas las manifestaciones de la inteligencia. Esforzado paladín del arte moderno, ha logrado tener personalidad tan vigorosa que se impone é infunde respeto. Sus figuras se distinguen por rasgos tan característicos cual se manifiestan las producciones de Goya, ofreciendo sus manchas el vigor y la frescura de las aguas fuertes del autor de *Los caprichos.*

Urrabieta nos deslumbra en sus dibujos con los derroches de luz, cual si fueran pintados al óleo, demostrando su temperamento de colorista español. Innumerables son sus producciones, reproducidas la mayor parte de ellas en las principales publicaciones ilustradas del extranjero, en las que se refleja ese espíritu viril de españolismo característico del maestro.

Nosotros, que tanto admiramos al Sr Urrabieta Vierge, nos complacemos en publicar los dos preciosos dibujos que recuerdan escenas de nuestro país, rindiéndole por este medio un tributo de consideración.

El café de los cuatro vientos, cuadro de Carlos Arregui. – Si cada país, cada pueblo tienen una fisonomía particular y exclusiva, preciso es confesar que la coronada villa ofrece mayores caracteres distintivos. Mezcla de corte y villorio, presenta la fastuosidad aristocrática y cuadros, escenas y tipos genuinamente democráticos. En ellos es en donde se conservan todavía los rasgos característicos de aquel pueblo que tan admirablemente describieron Mesonero Romanos, Larra y Flores; y á pesar de la influencia que ejercen las modernas corrientes, adivínanse bajo el mantón de la chula y las alas del sombrero gacho, las agudezas y humorismo, verdaderamente local, de la manola y el chispero. La decoración y los trajes han variado, los tipos son los mismos, y hoy como ayer ofrece el pueblo madrileño campo de estudio y observación. Los artistas hallan asunto para sus producciones, habiendo logrado celebridad algunos de ellos por la feliz interpretación de cuadros de costumbres. Tal sucede con Carlos Arregui, discípulo discreto del malogrado Plasencia, que profundo conocedor del modo de ser del pueblo en que vive, pinta bonitos lienzos, como *El café de los cuatro vientos*, que reproduce fielmente una escena material, el modesto desayuno de los obreros en un improvisado café emplazado en la confluencia de tres calles.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Una de estas casitas era la de la familia Barincq, pero la hermosura de aquellas vistas no había influído para nada en la elección impuesta por contrariedades de la vida. Arruinados, desposeídos de su hacienda, encontrábanse sin recursos cuando un amigo de los muy pocos á quienes su miseria no había alejado de ellos ofreció á Barincq la administración de aquella finca sin otro salario que el alojamiento en una de aquellas casitas. Tan apurada era su situación, que aceptaron; por lo menos así podían vivir bajo techado. Con algunos muebles salvados del naufragio habíanse instalado allí para esperar mejores tiempos durante algunas semanas ó algunos meses. Las semanas y los meses se habían convertido en años; más de quince hacía ya que habitaban en la calle de Abreuvoir y aún no sabían si alguna vez podrían abandonarla.



Un cliente miserablemente vestido le seguía y le rogaba

Y sin embargo, cuanto más tiempo transcurría tanto más duramente se hacían sentir las desventajas de aquel aislamiento, si no para el padre, á quien los diarios y largos paseos no asustaban, para la hija. Cuando ésta era niña poco importaba que la casa estuviese alejada de París; la chiquilla tenía los jardines para correr y para jugar, labraba la tierra, cavaba, sembraba, hacía ejercicio al aire libre, contemplando un horizonte sin límites que abría sus ojos y ensanchaba su espíritu, mientras que su madre la seguía con su mirada, pensando en un porvenir de justas compensaciones que la fortuna no podía menos de otorgarles. Por la noche el padre, al regresar de la oficina, hacíala trabajar; y como él sabía de todo, letras, ciencias, dibujo, música, la muchacha no había necesitado otros maestros; su educación se había conseguido sin que la niña conociese por experiencia las amarguras y tristezas de la escuela ó del convento.

Pero había llegado un día en que las lecciones paternales no bastaban; era necesario prepararse para ganar la vida; lo que hasta entonces había sido entretenimiento había de convertirse en profesión. La joven había entrado en un taller, y todos los días y con cualquier tiempo, con lluvia, con nieve, con viento, habíase visto obligada á bajar desde las alturas de Montmartre, por caminos resbaladizos y llenos de lodo, hasta el pasaje de los Panoramas. El camino era largo y más duro que largo. El Sr. Barincq llevaba á su hija del brazo, procurando cobijarla con su paraguas ó sosteniéndola en las escalinatas; en la otra mano llevaba una cestita que contenía el almuerzo de la joven: dos huevos cocidos ó una loncha de carne fría y un trozo de queso. Pero por la tarde, como muy frecuentemente el Sr. Barincq se detenía en la oficina, no siempre le era posible ir en busca de su hija; entonces la joven volvía sola.

¡Qué intranquilidad y qué inquietud para unos padres educados en ciertas ideas el saber que su hija recorre completamente sola las calles de París! Sobre todo, tratándose como se trataba de una joven muy linda que atraía las miradas de los transeuntes, tanto por los hechizos de los veinte años cuanto por la originalidad del traje que ella misma había adoptado sin que ni el padre ni la madre hubiesen tenido energía para prohibírselo: una falda algo corta sujeta por un cinturón azul que formando lazo en la cintura caía después á lo largo de los pliegues de la falda; un gabancito corto que se abría dejando ver un chaleco, y en la cabeza una boina, aquella boina que Belmanieres había ridiculizado.

Este traje, que se apartaba mucho de las insubstancialidades de la moda, era indudablemente demasiado original para la calle, sobre todo cuando la que lo llevaba era tan bonita. Pero ¿cómo prohibírselo? La madre se enorgullecía viéndola vestida de aquel modo y aseguraba que ninguna hija podía compararse á la suya; el padre á su vez se sentía conmovido. ¿No era efectivamente aquel traje, salvas algunas modificaciones encaminadas á darle rasgos femeninos, el mismo de sus paisanos? Cuando el Sr. Barincq contemplaba delante de él á su hija esbelta y elegante andando con la firmeza y la rapidez características en su raza, inundábase su corazón de alegría y no se sentía con fuerzas para reñirla porque fuese fiel á las tradiciones de su origen. Barincq había querido que su hija se llamase Anie, que era desde tiempo inmemorial el nombre de las hijas mayores de su familia materna, y en París el nombre de Anie era casi tan extravagante como la boina azul.

No era solamente esta caminata de mañana y de tarde lo que hacía molesto el vivir en la calle del Abreuvoir, también era incómodo el aislamiento en que aquellas distancias tenían á la hija y á la madre para relaciones y convites. ¿Cómo volver ya adelantada la noche hasta aquellas alturas al pie de las cuales se detienen los ómnibus? ¿Cómo exigir de los amigos ó conocidos que vayan hasta allí para devolver las visitas que se les hacen?

En los años que siguieron inmediatamente á su ruina la señora de Barincq no había pensado ni en relaciones ni en visitas; anonadada por aquella catástrofe permanecía encerrada en su casita, desesperada y feroz, sin salir, sin querer nunca ver á nadie, hallando quizá algún lenitivo á su dolor en el aislamiento; ¿para qué dejarse ver pobre y miserable si aquella situación sería pasajera? Pero aquella disposición de ánimo había cambiado en el tiempo; el aburrimiento había influído en su ánimo, el rubor de la pobreza habíase alejado y poco á poco se desvanecía la esperanza de dias mejores. Además, Anie se desarrollaba y era necesario pensar en ella, en su porvenir, es decir, en su matrimonio.

El padre admitía que su hija trabajase para vivir y que en un oficio, si no lo alcanzaba por su talento, asegurase la independencia y la dignidad de la vida; pero la madre no opinaba del mismo modo. Según ésta, quien debía trabajar era el marido, no la mujer; solamente el marido debía sostener la familia. Era menester, por lo tanto, encontrar un marido para su hija. Pero ¿cómo encontrar un marido en la calle del Abreuvoir, donde estaban tan perdidos como si se hallasen en una isla desierta en medio del Océano? Anie era en verdad muy linda, muy encantadora, muy inteligente; reunía, en fin, condiciones bastantes para llamar la atención dondequiera que se presentase; pero así y todo, era necesario que hubiese ocasiones de presentarla.

La cariñosa madre las había buscado, pero como al cabo de quince años de interrumpidas era imposible reanudar sus relaciones antiguas con la sociedad á la que había pertenecido la señora de Barincq, se había contentado con aquellas que la casualidad y sobre todo su voluntad firme aplicada con perseverancia al logro de un objeto podían proporcionarla. Después de su prolongado aturdimiento, la madre de Anie había sacudido de la noche á la mañana su apatía, y desde aquel momento sólo tuvo un propósito: abrirse casas, cualesquiera que fuesen, en que su hija pudiera presentarse y llevar á la suya personas entre las cuales hubiese probabilidades de encontrar un marido para Anie. Como la señora de Barincq no pedía á las personas cuya casa frecuentaba ni posición, ni fortuna, sino solamente un salón, espacioso ó reducido, en el cual se bailase, logró fácilmente la realización de la primera parte de sus propósitos; pero la segunda parte, la que consistía en hacer que subiesen hasta las alturas de Montmartre personas que no tenían coche propio y que aun para usar los de alquiler se reservaban mucho en la mayor parte de los casos, había presentado más dificultades.

Esto no obstante, la señora de Barincq había logrado sus fines contentándose con dos reuniones al año; reuniones que se fijaban en una época en que había más probabilidades de no experimentar contratiempo en las pendientes de Montmartre, es decir, en abril ó en mayo, cuando las noches son más templadas, las cuestas practicables y cuando lo floreciente del jardín de la casita daba á ésta un encanto que compensaba su pobreza. En el año anterior, algunas personas de esas que no reparan en obstáculos cuando en el término de ellos han de hallar una distracción, habían arriesgado la subida; la señora Barincq esperaba también que en el presente año fuesen más numerosos todavía los concurrentes á su reunión y que entre ellos se encontrase un buen marido para Anie.

III

Bajo el cielo de un azul sombrío, las tres ventanas del entresuelo lanzaban resplandores violentos que iban á perderse en medio de los árboles y á lo largo del paseo en el aire tranquilo de la noche; farolillos de papel pendientes de las ramas iluminaban la distancia comprendida entre la habitación del portero y la casa, alumbrando con su luz anaranjada las flores de primavera que comenzaban á abrirse en los tiestos de los arriates.

Durante muchos años se había entrado directamente al comedor por una puerta vidriera que daba al jardín, pero cuando la señora Barincq había organizado sus recepciones, como le fuese necesario un vestíbulo habíale hallado en la cocina transformada para el caso. Para que esta transformación fuese completa, el vestíbulo improvisado se amuebló con chirimbolos más de ornato

que de utilidad, pero que le daban cierto carácter; en la elevada chimenea, reemplazando á la campana antigua, un hornillo diminuto; en las paredes, panoplias con armas de teatro ó con objetos extraños de esos que en los grandes almacenes compran los aficionados tocados de la monomanía de lo exótico.

Cuando Barincq entró en el vestíbulo improvisado, la puerta se hallaba abierta de par en par; en la chimenea ardían algunas astillas, lo cual acaso no era del todo indispensable según lo templado de la estación, pero de todos modos resultaba grato.

Al ruido de los pasos del Sr. Barincq apareció su hija.

– Cuánto has tardado, dijo acercándose á él. ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

– No, respondió Barincq besándola cariñosamente; es que el Sr. Chabertón me ha entretenido.

– ¡Entretenido! ¡Y en un día como hoy!, exclamó la señora de Barincq apareciendo en aquel instante.

Entonces él explicó los motivos del entretenimiento, á lo cual le contestó su esposa:

– No, si no te doy quejas; pero me parece que debías haber explicado al Sr. Chabertón que no podías hoy entretenerte; bastante ha sido que nos dejemos arruinar por él para que tú ahora, resignado como un cordero, permitas que te explote miserablemente.

Realmente la señora de Barincq no daba quejas á su marido, pero hacía ya veinte años que no le dirigía una sola observación sin comenzarla por la misma frase, la cual, aun siendo muy concisa, expresaba mucho, porque al fin y al cabo ¡con cuántas quejas habría podido la señora de Barincq abrumar á su esposo si no fuese un modelo de resignación!

– Ven á comer, dijo Anie.

Barincq se dirigía hacia el comedor, que venía á ser la continuación del vestíbulo; pero su mujer le detuvo diciéndole:

– ¿Crees que hemos podido dejar la mesa puesta? Es necesario que comas en la cocina.

– Cerca del fuego, dijo Anie.

– Yo voy á vestirme, dijo la señora de Barincq que estaba todavía de bata; no tengo más tiempo que el preciso antes de que lleguen los convidados.

El Sr. Barincq pasó á la cocina, que era un simple cobertizo agregado á la casa después de construída; como en aquella dependencia doméstica jamás entraba nadie, el mobiliario era completamente primitivo: una mesita, una silla, una cocina económica cuyo tubo salía por un agujero practicado en el techo, constituían el contenido de aquella cocina.

– ¿Quieres tomar tu cubierto en el hornillo?, dijo Anie; yo no puedo entrar en la cocina.

– ¿Por qué?

Entonces Barincq se volvió hacia su hija, porque aunque al llegar la había besado tiernamente con los ojos y al mismo tiempo con los labios, no había visto de Anie más que el rostro sin reparar en el traje que llevaba; mirándola ahora halló contestación á la pregunta que le había dirigido.

Su vestido era de papel pintado con flores y sujeto á la cintura por una cinta de moaré; era evidente que con aquel traje no podía penetrar en la reducida cocina sin temor de incendiarse al menor movimiento.

Esto fué lo primero que se presentó á la imaginación del padre.

– ¡Qué locura!, exclamó; si te acercas á una luz ó al fuego te expondrás á la más espantosa desgracia.

– No me acercaré.

– Pero no se puede pensar en todo.

– Cuando se quiere sí; ya ves que no te sirvo la comida. Puedes estar tranquilo y no preocuparte sino de una cosa: ¿me está bien esto? Mírame despacio.

Y al pronunciar estas palabras retrocedió hasta colocarse debajo de la luz de una lamparita holandesa de cobre de autenticidad problemática.

– ¿No se ha convenido, preguntó la joven, que en esta velada buscamos trajes de capricho? ¿Podía yo inventar un traje más caprichoso y sobre todo más barato, lo cual no deja de ser importante para nosotros?

Sin dejar de comer en un ángulo de la mesa el trozo de carne cocida que había tomado del hornillo, miraba Barincq á su hija colocada delante de él, y aunque sus temores no se habían desvanecido del todo, no podía menos de reconocer que aquel traje caprichoso sentaba maravillosamente á la hermosura de Anie. No había esperado ciertamente el subalterno del Sr. Chabertón á este momento para pensar que Anie era la muchacha más bonita que él había visto; pero nunca le había impresionado tan vivamente como ahora la animación hechicera de su fisonomía, el brillo de su mirada, la dulzura de su sonrisa, las perfecciones de su nariz, la blancura fresca de su color, la flexibilidad de su talle, la ligereza de su paso.

Como si Anie leyese lo que pasaba en el ánimo de su padre, comenzó á sonreir y le dijo:

– Tranquilízate y confiesa que hoy están en nuestro favor todas las probabilidades. ¿Podíamos desear noche más hermosa que la de hoy, cielo más despejado ni tiempo más seguro? Esta noche no faltará nadie.

– ¿Tanto te importa que nadie falte?

– ¡Si mi importa! ¿Pues no había de estar precisamente entre los que faltasen mi marido futuro?

– No sé cómo puedes reirte de una cosa tan seria como tu matrimonio.

Anie abandonó el sitio que ocupaba y vino á recostarse en la puerta de la cocina como si quisiese estar más cerca de su padre, en comunicación íntima con él.

– ¿Y no es mejor reir que llorar?, preguntó. Además yo no me río sino de dientes para fuera, y te aseguro que no pienso en mi matrimonio sin que el pensarlo me conmueva. Durante mucho tiempo mamá, que tiene sin duda para mirarme ojos que los demás no tienen, se ha figurado que yo no tendría que hacer sino presentarme para encontrar un marido, y tantas veces me lo ha dicho, que he llegado á creerlo como ella; había en alguna parte multitud de príncipes hermosos y buenos que me esperaban. Lo malo es que ni ella ni yo hemos encontrado hasta ahora el florido sendero que lleva á ese país encantado, y que permanecemos en la calle del Abreuvoir y aquí esperamos á los pretendientes que, si acaso vienen, de seguro no serán príncipes y probablemente no serán ni siquiera hermosos.

– Y si no son hermosos no los aceptas. ¿Quién te da prisa para casarte?

– Todo; mi edad y mi razón.

– ¡La edad! A los veintiún años no es tarde todavía.

– Según para lo que sea: á los veinte años una muchacha sin dote es ya una solterona; por el contrario, una soltera con dote es todavía muchacha á los veinticuatro: pues bien; yo pertenezco á la clase de las que no tienen dote y aun á la categoría de las que no poseen un céntimo

– He ahí por qué deseo que no te apresures en escoger marido. Si hoy no tienes dote, nuestra situación puede cambiar mañana, y quien dice mañana dice dentro de poco. Tengo fundados motivos para creer que van á comprarme el privilegio de invención de uno de mis descubrimientos, y si bien esta compra no constituiría una fortuna, sería por lo menos lo suficiente para darnos algún desahogo. Los experimentos realizados en la línea del Este para ensayar mi sistema de suspensión de vagones han tenido resultados inmejorables, como que suprimen toda trepidación; los ingenieros han reconocido por unanimidad que mi aparato constituye una de las más útiles invenciones del siglo. Por esta parte nos aproximamos también á un buen éxito; estas son las razones que me mueven á suplicarte que tengas todavía un poco de paciencia.

– Te juro, papá, que no pongo en duda la excelencia de tus invenciones, pero ¿cuándo se convertirán en realidad? ¿Mañana? ¿Dentro de cinco ó seis años? Sabes mejor que nadie que en cuanto se refiere á inventos todo es posible, hasta lo inverosímil. Dentro de seis años tendría yo veintisiete: ¿qué marido había de quererme entonces? Déjame, pues, tomar el que encuentre, aunque sea mañana mismo cuando soy una pobre muchacha sin un céntimo que no tiene derecho á mostrarse tan exigente como se mostraría la heredera de un inventor rico.

– ¿Tienes motivos para presumir que habrá entre vuestros convidados de esta noche algunos pretendientes á tu mano?

– Basta que pueda haber uno solo para desear yo que nada impida venir á ese uno esta noche. El año pasado las invitaciones se habían hecho de tal manera que los muchachos solamente querían bailar con las señoras casadas y los casados bailaron únicamente con las chicas solteras; este año las señoras casadas serán muy pocas, será necesario por consiguiente que los jóvenes bailen con nosotras y acaso entre ellos se encuentre alguno que no considere el matrimonio como una carga superior á sus fuerzas. Te aseguro que no seré ni melindrosa ni exigente; si él dice una palabra yo diré dos.

– Pues qué, pobre niña, ¿en eso estás?

– En eso; es decir, desengañada de las risueñas esperanzas de mamá; sí. Tal vez es extraño que sea la hija en vez de ser la madre quien mire con frialdad la existencia; sin embargo, así es. Desde el momento en que comprendí que debía casarme me apresuré á despedirme de mis ideas y de mis ilusiones de muchacha, y solamente pensé en el matrimonio más que en el marido. Si yo te dijese que había aceptado esto con alegría ó con indiferencia no te diría la verdad; me ha costado algo; más aún, mucho; pero no soy de las personas que se obstinan en cerrar los ojos cuando lo que ven les disgusta, les hiere ó les inquieta. También he recibido algunas lecciones. La más terrible de todas ha sido la muerte del Sr. Touchard. Todo hacía creer que el Sr. Touchard llegaría á los noventa años y casaría á sus hijas como él quisiera. Sin embargo, ha muerto á los cincuenta y cinco, y hoy Berta canta en un café de Tolón y Amelia en uno de Burdeos. ¿Qué sería de nosotras si te perdiésemos?; yo ni tendría siquiera el recurso de Berta y de Amelia porque no sé cantar.

– No me hables de eso: es lo que constantemente me angustia.

– Es preciso que yo te explique el por qué deseo casarme para que no creas que es por capricho ó por separarme de ti. Si yo estuviese cierta de que habíamos de vivir aún mucho tiempo reunidos, te aseguro que esperaría muy tranquilamente á que se me presentara un marido y no me quejaría nunca de nuestra poco desahogada existencia. Pero ni yo puedo tener esa seguridad ni tú puedes dármela. De las personas que conocemos el Sr. Touchard era el más sólidamente acomodado y el más robusto al parecer, lo cual no ha impedido que una enfermedad se lo llevase. ¿Qué sería de nosotras en un caso igual? Sin una peseta, sin esperanza alguna de apoyo, toda vez que no tenemos más parientes que mi tío Saint-Christeau, el cual nada haría por nosotras, ¿no es cierto?

– ¡Ah! Muy cierto.

– Entonces, ¿comprendes que la idea del matrimonio no se me quite de la cabeza?

– A lo menos tú tienes un recurso en tus manos.

– No, papá, no lo tengo, porque no conozco el oficio. Tendré quizá talento, poco talento, muy poquito, y aun eso no está probado todavía. Lo que sí está probado es que yo hago con mucha dificultad cosas fáciles, cuando para ganar la vida sería menester que hiciese precisamente lo contrario. Me hace falta por consiguiente un marido, y si puedo tener esperanzas de encontrar alguno no debo dejar que pasen los años en que poseo todavía frescura y juventud. Ya sabes por qué tengo prisa; por lo que te he dicho, no por otra cosa; pues debes comprender que no soy bastante loca para presumir que ese marido va á proporcionarme una existencia desahogada, divertida, que realice los ensueños acariciados por mí en otro tiempo, pero que ya se han desvanecido del todo. Yo solamente pediré á mi marido que sea ese apoyo de que te hablaba hace poco y que me impida caer en los abismos de la miseria, á la cual tengo un miedo horrible, ó correr las aventuras de Berta y de Amelia Touchard, que me asustan más todavía. La vida que esto nos proporcione será la que fuere, de antemano me conformo con ella; mi marido me ayudará y yo ayudaré á mi marido; él trabajará y trabajaré yo; y como descendiendo, desencantada ya de mis elevadas aspiraciones, tendré el derecho de dejar las sublimidades del arte por las asperezas de un oficio, podré ganar algún dinero que será muy útil en nuestro hogar. ¿Es imposible encontrar un marido en estas condiciones? Me parece que no.

– ¿Tienes alguno en perspectiva?

– ¿Diez, veinte, todos los que conozco, y sobre todo los que no conozco; pero por supuesto ninguno determinado y seguro. Julia traerá á los amigos de su hermano y éstos nos presentarán á sus compañeros de oficina. Empleados en hacienda, funcionarios del municipio, en ellos tengo esperanzas: muchos que escriben en periódicos lograrán andando el tiempo una posición; por ahora sus aspiraciones son modestas, y entre ellos será posible hallar, no diré muchos, pero á mí me basta con uno, que comprenda cómo una mujer inteligente, aun sin tener un céntimo, es en algunas ocasiones menos costosa para su marido que otra en la cual estén arraigados gustos y necesidades proporcionados á su dote. Si encuentro á éste, si le gusto, si él no me desagrada demasiado, si él sabe estimar en lo que vale este vestido de papel... sí... mi matrimonio es cosa hecha: ya ves, sin embargo, que con todas esas condiciones no lo está todavía.

Todo esto había sido dicho con cierta fingida alegría que hubiera engañado á un indiferente, pero que no engañó al padre; escuchaba éste á Anie conmovido y angustiado, sin que pensase en la comida y sin apartar de su hija los ojos, como si pretendiese leer en ellos y apreciar la gravedad de la situación que aquellas palabras revelaban.

La señora de Barincq bajando de sus habitaciones interrumpió aquella conferencia.

¡Cómo!, gritó al ver á su marido sentado todavía á la mesa, ¿no has concluído aún? ¡Y tú, Anie, te estás charlando con tu papá en vez de darle prisa!

– Voy á vestirme.

– Hace ya mucho tiempo que debías haberlo hecho, le dijo la señora de Barincq.

IV

En este momento se oyó el ruido de pisadas fuertes que hacían rechinar la arena del camino, y en la puerta del vestíbulo apareció Bernabé, que llevaba un papel azulado.

– El portero, dijo, me ha dado para usted, Sr. Barincq, un telegrama que acaba de llegar.

La señora de Barincq tomó el telegrama y lo abrió.

– Ha muerto tu hermano.

Al decirlo tendió el telegrama á su esposo.

– ¡Gastón!, exclamó Barincq con una voz que se ahogó en su garganta, y con mano temblorosa tomó el telegrama, cuyo contenido era el siguiente:

«Triste noticia comunico; Gastón muerto repentinamente á las cuatro de una congestión; funerales pasado mañana á las once, salvo contraorden; hago invitaciones en tu nombre. – REVENACQ.»

– ¡Mi pobre Gastón!, dijo el Sr. Barincq dejándose caer como desvanecido en una silla.

– Está bien que llores ahora por tu hermano, dijo la señora de Barinq, un egoísta con quien habías reñido hace más de diez y ocho años y del que seguramente no heredarás un céntimo.

– No por eso deja de ser mi hermano; diez y ocho años de disgusto no pueden borrar cuarenta de fraternal cariño.

– ¡Valiente cariño fraternal, que cuando necesitamos de él nos dejó en la estacada!

– Ya sabes que Gastón era de un carácter severo y que no perdonaba las sinrazones que se le hacían.

– Y mucho menos las que él hacía á los demás: tu hermano ha procedido indignamente con nosotros y sobre todo con Anie, la cual nada le había hecho. ¿No debía Gastón haberle dejado su fortuna?

– ¿Y sabes tú que no se la haya dejado?

– Pues qué, ¿si así fuese no te lo diría Revenacq? Notario de tu hermano, su amigo íntimo, su consejero, Revenacq conocía perfectamente todos los asuntos de Gastón; cuando nada te dice acerca de ellos es porque sólo podría darte malas noticias, ó lo que es lo mismo, enterarte de la existencia de disposiciones testamentarias que nos desheredan.

– Sin embargo, Revenacq dice que se extienden las esquelas de defunción en nombre mío.

– ¿Sería decoroso hacerlas en nombre del hijo natural de tu hermano? Aunque nosotros no seamos la familia en lo que se refiere á la herencia, nadie puede impedir que lo seamos en lo que respecta al duelo, y por eso se sirven de nosotros. ¡Bonito estaría que las esquelas de funeral estuvieran hechas de D. Valentín Sixto, capitán de dragones, hijo natural del difunto, y por añadidura hijo natural no reconocido todavía! Si en tu cabeza, aficionada siempre á la esperanza y á las ilusiones, ha entrado la creencia de que podrías heredar á tu hermano porque era tu hermano, te has equivocado una vez más; cuando rompisteis vuestras relaciones, bien claro te dijo que nada esperases de él: ten por seguro que Gastón ha cumplido su palabra, y el notario Revenacq tiene en su poder un testamento en que se instituye heredero universal al capitán Sixto.

– ¿Y por qué no había de decírmelo Revenacq?

– Para que no dejes de ir á presidir el duelo.

– Pues qué, ¿podría yo dejar de presidirle aunque tuviese la certeza de que ese testamento existía?

– ¿Pero quieres ir al entierro?

– ¿Te parece posible que falte?

Después de haber entregado el telegrama que llevaba Bernabé había pasado á la cocina, y no sabiendo qué determinación tomar permanecía allí inmóvil escuchando lo que en el vestíbulo se decía, si bien aparentaba no oirlo. La señora de Barincq en lugar de responder á la última pregunta de su marido, se aproximó á la puerta de la cocina y dijo á Bernabé:

– Mientras llegan los convidados prepare usted las bandejas y las copas, no deje usted que se apague la lumbre, ni ponga usted á calentar el chocolate hasta las doce.

Tornando al vestíbulo hizo una seña á su marido para que la siguiese, pasó en seguida al comedor y después á la sala principal, desde donde el ruido de las voces no podía llegar á la cocina. Una vez allí la señora de Barincq preguntó á su marido:

– ¿Qué significa esta locura?

– ¿No es la cosa más natural?

– ¿Natural acudir al entierro de una persona con la cual estaban rotas por completo toda clase de relaciones? No. ¿Que durante diez y ocho años no nos ha dado muestra alguna de que vivía, aunque nos haya visto en situación muy apurada, disfrutando él cincuenta mil francos de renta? No, no y mil veces no.

– Todo cuanto digas no podrá evitar que hayamos sido hermanos; que nos hayamos querido entrañablemente en nuestra juventud, y que en el día de su muerte se desvanezcan los recuerdos de nuestros disgustos y no quede viva y dolorosa más que la memoria de nuestro afecto de hermanos. Gastón no lo era tuyo: comprendo que hables de él con esa indiferencia, pero lo era mío y debes comprender que le llore.

– Llórale cuanto te acomode, siempre que lo llores para tí solo y no vayas á entristecer nuestra recepción.

– Como voy á partir, no os entristecerá mi pena.

– ¿Y cómo te propones partir? ¿Con qué dinero? Ten presente que sólo me quedan quince francos, y son para Bernabé. Además, si te ausentas tú, ¿quién tocará para que nuestros convidados bailen?

– ¿Pero quieres que bailen?

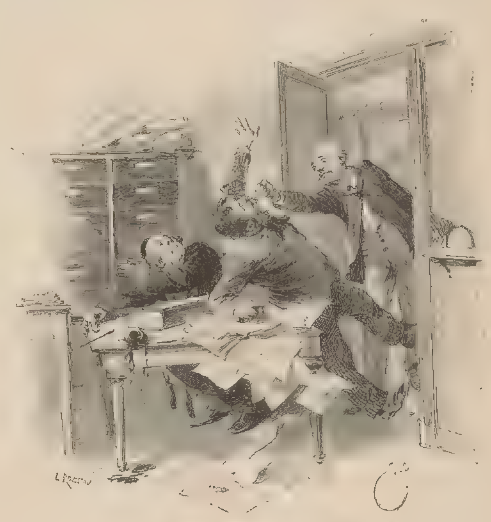
– Pues qué, ¿podemos ya avisar á nuestros convidados? ¿Es posible cerrarles la puerta? De todas maneras y aunque fuera posible esto, me guardaría muy bien de hacerlo; nos hemos impuesto demasiados sacrificios para disponer esta velada y sería una estupidez no aprovecharlos. Por otra parte, ¿quién tiene noticias de este telegrama?

– Nosotros.

– Bueno, pues hacemos como si no lo hubiésemos recibido, y lo mismo da.

– Dará lo mismo para ti que no querías á Gastón y también para Anie que no se acuerda ya de su tío; pero...

– Antes de pensar en tu hermano espero que pienses en tu hija y que pongas el semblante que debes mostrar en una función dada para ella; si es hermoso ser buen hermano, es más hermoso todavía ser buen padre; si está bien mostrar ternura á los que han muerto, está mejor aún manifestarla á los que están vivos. Te ruego por lo tanto que reflexiones, ó por mejor decir, que te apresures á vestirte.



– Le había dicho á usted que callase, gritó Barincq

Dichas estas palabras la señora de Barincq volvió á la cocina para dar á Bernabé las últimas instrucciones.

Después de un rato de silencio Barincq tendió la mano á su hija y dijo en tono melancólico:

– No quería entristecerte, pero este golpe es superior á mis fuerzas; no me es posible pensar en esta muerte sin experimentar una especie de desaliento, como no puedo verme obligado á permanecer aquí sin protestar; y sin embargo, ya sabes que soy poco amigo de protestas. Hace ya veinte años que mi pobreza me hace sufrir terriblemente, pero de seguro nunca tanto como esta noche oyéndote hablar de tu casamiento del modo que hablabas y ahora permaneciendo aquí sin poder adoptar determinación alguna... ¡Ah, querida hija! ¡Cuán desgraciado, qué humillado en su dignidad, qué herido en lo más profundo de su ternura se siente el que, como yo, nada puede hacer por los seres que ama! Esto es lo que me sucede á mí: en un mismo momento te veo dispuesta á lanzarte en el matrimonio como podrías lanzarte al suicidio, porque la miseria que nos abruma te hace desconfiar del porvenir; y juntamente me encuentro imposibilitado de dar á mi hermano el último testimonio de afecto. ¡Ah, miseria, qué implacable eres con aquellos á quienes escoges por víctimas!

Barincq se detuvo, y atrayendo hacia sí á su hija besó conmovido su frente, diciendo al propio tiempo con voz triste:

– ¿Comprendes ahora que nada hay que decirme y que si en mi rostro se retrata la tristeza no tengo yo la culpa?

En este momento comenzó á oirse en la sala ruido de voces.

– Ve á recibir á los convidados, dijo Barincq; yo subo á vestirme.

V

El empleado en las oficinas de inventores subió rápidamente los peldaños desgastados de la escalera con el propósito de volver lo más pronto posible; pero su atavío le llevó más tiempo del que él presumía; cuando trató de abrocharse la camisa, el nácar gastado ya por los planchados se deshizo entre sus dedos y él mismo hubo de pegarse un botón, pues cuando su mujer y su hija estaban recibiendo á los convidados no era cosa de que llamase á cualquiera de ellas para este menester. Además como su ropa blanca era de respetable antigüedad, Barincq estaba acostumbrado á que le sucediese esto mismo con frecuencia, y en el cuartito completamente lleno de maletas, de cajas, de cartones, que le servía de tocador, sabía dónde encontrar en caso necesario el hilo y las agujas.

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Analizando de este modo los tipos de locomoción propios de un gran número de especies animales, se obtendrán los elementos necesarios para conocer las relaciones que existen entre la forma de los órganos y los caracteres de la función que desempeñan (1).

Y si entonces volvemos á emprender el estudio del hombre, ¡cuánto más claramente no aparecerá la significación de las particularidades individuales en la conformación del cuerpo!



Fig. 23. Ocidromos ó corredores de velocidad: decorado de un jarrón panateneico

Las variaciones en la longitud de los radios óseos de los miembros ó en el desarrollo de ciertos músculos que tan fuertemente se acentúan cuando se comparan entre sí distintas razas de hombres, aproximan cada tipo humano á alguna especie animal que presenta en alto grado caracteres análogos. Si, por ejemplo, por el desarrollo de los músculos gastrognémicos ó por el de los músculos extensores del muslo se aproxima un hombre á los animales saltadores, podrá deducirse de ello con alguna verosimilitud que presenta aptitudes especiales para el salto, y así en otros casos.

Abrese, pues, en este orden de consideraciones un nuevo y vasto campo que explorar: á este estudio invitamos á los zoólogos que piensan que la comparación de los seres vivientes, desde el punto de vista morfológico, debe ser aclarada y completada por la de sus aptitudes funcionales.

VII. – APLICACIÓN Á LAS BELLAS ARTES

El documento fotográfico ha prestado ya verdaderos servicios en materia de bellas artes: algunos maestros lo aceptan resueltamente y muchos artistas lo utilizan, como de ello podemos convencernos comparando las obras más recientes con las que tienen algunos años de fecha. La fotografía instantánea especialmente ha ejercido en las artes una influencia sensible, permitiendo fijar en una imagen auténtica las actitudes del hombre ó de los animales en sus movimientos más rápidos.

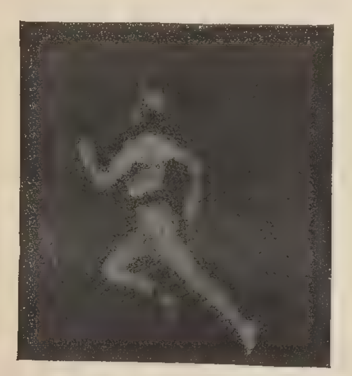


Fig. 24. Fotografía instantánea de un corredor: la posición de las piernas es la misma que en la última imagen de la izquierda de la figura anterior

No hemos de hablar en el presente trabajo de estética ni de discutir si el arte tiene derecho á representar las actitudes violentas ó debe, por el contrario, limitarse á las actitudes tranquilas cuyos caracteres y expresiones son más fáciles de percibir en el modelo vivo; pero si nos atenemos á los hechos, es incontestable que así en la antigüedad como en nuestros días los artistas han representado algunas veces el movimiento y aun las acciones más rápidas, como la carrera y la lucha. Si se comparan las obras más antiguas con las de épocas más recientes, sorprende la siguiente diferencia: que en los modernos las actitudes son más tranquilas, más equilibradas, por decirlo así, al paso que en el arte antiguo las figuras están á veces completamente fuera de aplomo. La fig. 23, tomada del arte griego, presenta claramente este carácter.

Todo el mundo conserva el recuerdo de alguna obra moderna que representa un asunto análogo. En escultura sobre todo los corredores son representados de muy distinto modo, pues en las estatuas la pierna que sostiene el cuerpo está por regla general verticalmente extendida debajo del centro de gravedad del cuerpo.

Entre estas dos maneras de representar el mismo acto, la carrera, lo mejor que puede hacerse es tomar como árbitro á la misma naturaleza, pidiendo á la fotografía instantánea que nos indique cuáles son las verdaderas actitudes de un corredor.

La respuesta no es dudosa: la fig. 24, por ejemplo, demuestra que un hombre que corre ofrece en determinados momentos el aspecto representado en las más antiguas pinturas (2).

Fácil sería demostrar que el corredor no se presenta nunca en la posición adoptada por algunos artistas modernos, que parecen haber olvidado que el carácter de las carreras y aun el de la misma marcha al paso son una instabilidad perpetua.

No nos detendremos en estas reflexiones, pues al criticar estos puntos de detalle en obras que, por otro lado, tienen un valor real temeríamos que pudiera decírsenos: *Ne sutor ultra crepidam.*

Hagamos únicamente constar que en la infinita variedad de las actitudes que presenta la cronofotografía al seguir las fases de un movimiento hay muchas que los artistas podrían aceptar sin infringir las leyes de la estética, lo cual daría á la representación de estos movimientos una variedad interesante (fig. 25). Encontrarían también en estas imágenes la expresión fiel de la acción de los músculos cuyas contracciones y aflojamientos reproducen los relieves variables, visibles debajo de la piel. Ahora bien: estos dos estados opuestos de los músculos están enlazados por relaciones necesarias con cada fase del movimiento que producen.

Esos relieves de los músculos en acción tienen, por decirlo así, una fisonomía propia, una expresión semejante á la que podemos apreciar en los músculos de un rostro. Y si los datos más sutiles de la fisiología podían encontrar sus aplicaciones en el arte, podría decirse que el *modelado* de un miembro no refleja solamente el acto que se ejecuta, sino que permite, hasta cierto punto, prever los actos sucesivos. Algunas interesantes observaciones de M. Demeny sobre las imágenes cronofotográficas demuestran que la extensión de un brazo que da un golpe debe ir acompañada, si ha de terminar completamente, del aflojamiento completo de los músculos flexores, los cuales, por el contrario, entran en juego durante la extensión misma si aquel movimiento debe ser limitado; por ejemplo, si el hombre que golpea quiere retener en seguida el golpe que da actualmente.



Fig. 25. Ejemplo del modelo obtenido en prueba cronofotográfica

Si se toman desde un lugar elevado las imágenes cronofotográficas de un hombre en movimiento (figura 26) se consigue la proyección en un plano horizontal de todos los contornos de un cuerpo. Este documento, lo mismo que los que proporcionarían las imágenes análogas tomadas en diferentes ángulos, sería indudablemente muy útil á los estatuarios (3).

Finalmente, los movimientos de la cara estudiados por la cronofotografía tienen gran interés, porque pueden distinguirse, gracias á ella, las más delicadas expresiones de los mismos. En una serie de imágenes recogidas sobre una película móvil cabe seguir, por ejemplo, todas las sucesivas gradaciones que establecen una transición entre una sonrisa apenas perceptible y la más franca carcajada.

Recientes experimentos de M. Demeny demuestran que los actos de la palabra son tan fielmente reproducidos que algunos sordo-mudos, acostumbrados por ejercicios especiales á leer en los labios las palabras pronunciadas, han podido, siguiendo las imágenes cronofotográficas, reconstituir las que el modelo había articulado mientras tales imágenes se sacaban.

Representación artística del caballo. – Merced al estudio concienzudo de la naturaleza, los pintores y escultores han adquirido gran habilidad en la representación del caballo. Meissonier, por ejemplo, no había retrocedido ante los estudios más laboriosos: sentado en el centro de un malacate al que daba vueltas un caballo y teniendo de este modo siempre delante de sí el animal, dibujaba en una fase constante de la marcha la posición de un miembro, después la de otro y finalmente el conjunto. Gracias á este procedimiento había llegado á esa fidelidad perfecta que se admira en sus representaciones del caballo al paso, al trote y en ciertas fases del galope.

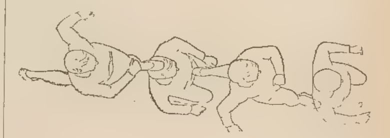


Fig. 26. Corredor cronofotografiado desde un punto elevado en proyección horizontal

Por esta razón acogió Meissonier con entusiasmo las hermosas series de fotografías instantáneas de Muybridge, en las que desde entonces se han inspirado con frecuencia los pintores.

(Continuará)

(1) Véase Marey, *Investigaciones experimentales sobre la morfología de los músculos.* C. R. 12 de septiembre de 1887.

(2) El grupo representado en el jarrón griego presenta, sin embargo, algo muy singular en las actitudes de los corredores. Sabido es que en todas sus marchas el hombre mueve en sentido inverso el brazo y la pierna del mismo lado: los movimientos del brazo y de la pierna correspondientes están, como se dice, diagonalmente asociados. Pues bien: en las figuras del jarrón que reproducimos el brazo y la pierna del mismo lado se mueven en el mismo sentido: esta marcha, que recuerda el amble de los cuadrúpedos, ¿era realmente la que se practicaba en las carreras del estadio? ¿es quizás debida á un error del artista que ha decorado el jarrón? Cuestión es esta que no podemos resolver. Este modo de correr se aparta por completo de nuestras costumbres modernas, aunque no parece imposible desde el punto de vista fisiológico. El asunto, por otra parte, merece ser estudiado.

(3) Desde hace mucho tiempo hase propuesto con el nombre de fotoescultura un procedimiento para reproducir mecánicamente las formas generales del individuo. Se coloca al sujeto en el centro de un círculo en cuya circunferencia hay dispuestos varios aparatos fotográficos, cada uno de los cuales toma en un mismo momento una imagen del individuo que de esta suerte se encuentra representado en ángulos diferentes. Cada una de estas imágenes agrandada á la escala conveniente y aplicada sobre una plancha de metal es luego transformada en una especie de gálibo: haciendo pasar la materia plástica sucesivamente por cada uno de esos gálibos presentado en el correspondiente ángulo, se obtiene un bosquejo sumamente exacto desde el punto de vista de la actitud y al cual la escultura dará el modelado definitivo.

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

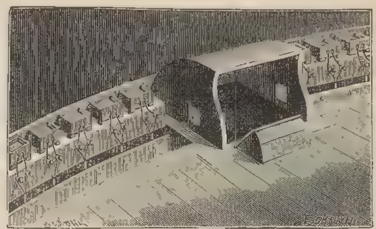
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad* explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.



Muestra de los grabados de la obra. – Audiciones telefónicas teatrales

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

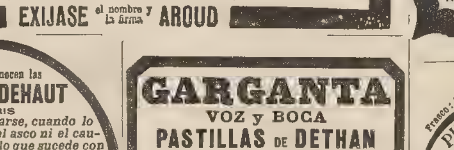
Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

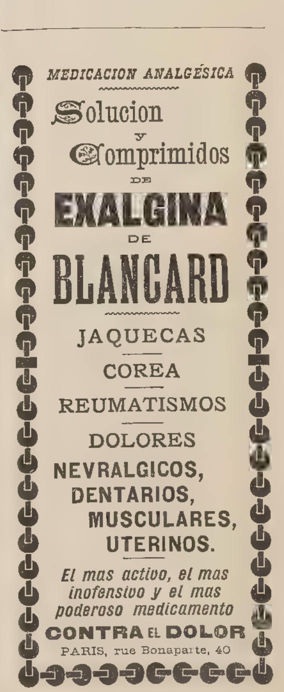
Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona













CUADROS MADRILEÑOS. EL CAFÉ DE LOS CUATRO VIENTOS, dibujo de Carlos Arregui

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 17 de abril de 1893 — Núm. 590

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN PARÉS. - BARCELONA



EL BESO, cuadro de José María Tamburini



UNAS CUANTAS HONRAS ANIMALESCAS

«Un lucero en la frente
tiene mi burra:
¡hasta los animales
tienen fortuna!»
(Cantar popular.)

No evocaremos ahora el recuerdo de los tiempos míticos ó fabulosos, al empezar á tratar del asunto que va á ocuparnos, porque siendo notorio á toda persona medianamente instruída que la casi totalidad de cada especie animal recibió culto particular en la sociedad pagana ó gentil, nos contemplamos dispensados de tener que escribir muchos volúmenes en que se hiciera constar las diversas circunstancias que concurrían en dichas apoteosis, á qué propósito se hacían y por cuáles y cuántas naciones.

Sin remontar tan lejos nuestro recuerdo, podemos fijar nuestra consideración en la época del establecimiento de la Ley de Gracia, y ver que el *asno*, con sus no pequeñas orejas, y el *buey*, con sus retorcidos cuernos, obtienen un puesto distinguido dentro del portal de Belén.

No hablemos ahora de los *camellos*, que merecieron ser portadores, en sus fuertes espinazos, de los magnates de la Arabia que ofrecieron respectivamente el tesoro de incienso, oro y mirra al Rey de reyes y Señor de los que dominan, recién nacido; ni del *gallo* de la Pasión; ni de aquel otro *gallo* que dió su denominación á un Santo Cristo que se venera en la catedral de Osma; ni de la *paloma*, que mereció ser escogida por símbolo del Espíritu Santo; ni de las *golondrinas*, que, según creencia del vulgo, arrancaron al Divino Salvador las espinas de la corona con que el pueblo deicida taladró sus sienes; ni tampoco del *papagayo* ó *cotorra*, retrato de no pocos charlatanes ó charlatanas; ni mucho menos del *mono*, personificación de más de cuatro individuos que por misericordia de Dios no andan en cuatro pies. No; nuestra consideración se fija ahora en dos animalitos solemnemente venerados, merced á las extravagantes prácticas caballerescas de la Edad media, á saber: un *carnero* y un *faisán*. Entremos ya en materia, mientras otros se van entreteniendo en meterle el diente á ese par de bocados apetitosos; pero aquí sí que necesitamos apelar antes al auxilio de la Mitología.

Cuenta la Fábula que hallándose Frixo con su hermana Hele en casa de su tío Creteo, rey de Jolcos, Demodice, su mujer, requirió de amores á Frixo; mas no dando él oídos á las pretensiones lascivas de tan infame y villana hembra, acusólo ésta de haber querido atentar á su honor. Como quiera sobrevino por aquella época una peste horrorosa que asoló todo aquel país, consultóse al oráculo, y éste respondió que tan luego como se inmolase á los dioses las últimas personas de la Casa Real, quedarían aplacados y cesaría la calamidad. No hay para qué decir cómo este oráculo recaía muy especialmente sobre Frixo y Hele, con cual motivo fueron sentenciados á muerte; pero en el momento de ir á ser sacrificados, envolviólos una densa nube, de la cual salió un *carnero* que, arrebatando á ambos hermanos, se los llevó por los aires tomando la derrota del país de la Cólquida. Al atravesar el mar, hubo de asustarse Hele con el estruendo que metían las agitadas olas, por cual causa vino á caer, ahogándose en aquel paraje que fué conocido después con el nombre de *el Helesponto;* y llegado que hubo Frixo á la Cólquida, sacrificó aquel *carnero* á Júpiter, arrancóle el vellocino ó *tusón*, que era *de oro*, y colgólo de un árbol que estaba plantado en cierta selva consagrada al dios Marte, poniéndole por custodia un *dragón* que se tragaba á cuantos osaban acercarse para descolgar y llevarse aquella rica presea. Agradecido Marte á semejante sacrificio, determinó que las personas en cuyo poder obrase en lo sucesivo aquel vellocino, viviesen en medio de la abundancia mientras lo conservasen, y declaró que todo el mundo tenía derecho á conquistar aquel tesoro. Sabido es que Jasón, acompañado de los Argonautas y ayudado de la maga Medea, llevó á cabo semejante empresa, y que el animalito que tan rica vestidura ostentaba fué puesto por presidente de los demás signos del Zodíaco, ó séase el denominado *Aries* entre los astrónomos. Todo esto llegó á merecer en el ciclo mítico la lana de un carnero adherida á su piel; pero no llegó á merecer menos del ciclo caballeresco, como pasamos á demostrarlo, si bien manifestando antes cómo los escritores no andan contestes acerca del origen de dicha fábula, pues mientras creen unos que el objeto de los Argonautas era extraer de la Cólquida los tesoros que Frixo llevara á aquella región, opinan otros que la idea del vellocino de oro surgió de la costumbre de recoger ese precioso metal, que abundaba en algunos torrentes de aquel país, por medio de zaleas ó pellejas de carnero, ó ya pretenden algunos que el intento de los descubridores de aquella comarca fué doblemente militar y mercantil, mientras juzga Varrón que semejante fábula debe su origen á un viaje que emprendieron unos cuantos griegos con el fin de pasar á recoger las preciosas lanas de la Cólquida y demás productos que llevaban á ella del interior del Asia, de la Persia y también de la India, ora valiéndose de caravanas, ora mediante una navegación interior tan beneficiosa á la sazón, como que aún no se había doblado el Cabo de Buena Esperanza. Sea de ello lo que quiera, vengamos ya á ver el nuevo ensalzamiento del *carnero*, con motivo de la creación de la orden del *Toisón de Oro*.

En efecto, habiendo casado en terceras nupcias Felipe II, cognominado *el Bueno*, duque de Borgoña y conde de Flandes, en la ciudad de Brujas á 10 de enero de 1429, con Isabel de Portugal, hija del rey de esta nación, quiso solemnizar tan fausto acontecimiento instituyendo con la mayor pompa, solemnidad y grandeza la susodicha insigne orden militar del *Toisón de Oro*, adoptando esta denominación en recuerdo de los heroicos conquistadores de la página mitológica referida, y como ejemplo vivo y eficaz del denuedo de que debían hallarse poseídos los individuos que en lo sucesivo pertenecieran á orden tan distinguida. No tardó en presentarse la ocasión en que así pudieran evidenciarlo, como lo patentizará el suceso siguiente, en el que figura asimismo otro animalito grandemente ensalzado: pertenece al ramo ornitológico, y se le conoce con el nombre de *faisán*.

Habrá de recordar el lector cómo el 28 de mayo de 1453 fué un día tan fatal para la cristiandad, cuanto que en él perdió el desgraciado Constantino Paleólogo, último emperador cristiano del Oriente, la ciudad de Constantinopla, que tomó Mahomet II, estableciéndola desde entonces por sede del imperio otomano y provocando desde allí á todas las naciones cristianas de Europa. Recibió el duque por este tiempo un legado del papa Nicolao V, que deplorando las hostilidades y victorias por parte del turco, le pedía socorro, como al más poderoso duque de la cristiandad á la sazón, contra ese jurado enemigo de la Iglesia; á lo cual accedió inmediatamente, enviando cuatro galeras por principio de socorro, con promesa y deliberado ánimo de enviar mayor número á la brevedad posible. Ocurrió que por aquellos días vino el duque de Cleves á visitar á su tío Felipe *el Bueno;* y con este motivo y ser tiempo de Carnaval, dispusieron los príncipes y señores de la corte de Felipe que se hicieran por todos y cada uno de ellos varios festejos y convites, turnando según lo decidiera la suerte. Tocado que le hubo al duque la suya, aprestóse á desempeñar su compromiso de la manera siguiente:

Empezó por preparar un banquete digno de su magnificencia, cuya dirección encargó á Messire Jean, señor de Lanoy y caballero del Toisón, muy práctico en esta clase de invenciones.

Como el duque había tomado á pechos la promesa dada por él al Papa, calculando el número y calidad de los personajes que habían de asistir á su festín, juzgó no podía presentársele ocasión más propicia para convocarlos y proponerles el acometimiento de empresa tan gloriosa; pero con el fin de no entibiar el regocijo propio de un festejo profano, anticipando un proyecto piadoso que, presentado áridamente y en toda su desnudez, podría ser tal vez calificado como fuera de sazón, dispuso que entre las diversas invenciones y mascaradas que se habían de representar en el salón del festín, fuese una la de un gigantón que entró vestido á la usanza turca, conductor de un elefante que ostentaba en sus anchurosos lomos un castillo, dentro del cual iba encerrada una dama, modestamente vestida, que representaba á la Iglesia; valiéndose de esta artificiosa apariencia para exhortar á los magnates que concurrían al acto á que, compadecidos de la tirana opresión que padecía aquella dama, no tardasen en rescatarla. Llegado que hubo ésta cerca de los convidados prorrumpió en una oración poética, en la cual puso de manifiesto las conquistas de los enemigos de la Fe y cuánto iban preponderando de día en día con los despojos que arrebataban á los príncipes cristianos en menosprecio de la religión del Crucificado, dando fin á su peroración con retraer á la memoria del duque los gloriosos hechos de sus antepasados y muy especialmente contra la media luna.

Ya hemos visto lo honrado que estuvo el *camello* al pisar las alfombras de un potentado tan egregio como el de que venimos tratando; pero esto es nada en comparación de lo que nos espera. En efecto, preséntase de allí á poco en el salón el rey de armas de la orden del Toisón, acompañado de muchos oficiales y de dos damas, con un *faisán* vivo y ricamente adornado; y parándose ante el duque, le dice con toda solemnidad:

– Poderoso príncipe: pues es loable costumbre, y siempre lo fué, que en los grandes concursos y festines se presente á los magnates y poderosos el *pavo real* ó algún otro pájaro extraordinario, con el objeto de votar en presencia de él algún hecho heroico, yo os muestro este *faisán*, no sin misterio, y os suplico juntamente con estas dos damas que nos hagáis la merced de no olvidaros de él.

A lo que respondió el duque:

– Hago voto primeramente á Dios mi criador y á la gloriosa Virgen María, su santísima Madre, y después *doy palabra* á las señoras y al *faisán* (!), que si el designio del cristianísimo y muy victorioso príncipe Monseñor el Rey es el de establecer una Cruzada, exponer su vida por la defensa de la santa Fe y oponerse á la perjudicial empresa del Gran Turco y de los infieles, hago pleito homenaje de sacrificar mi vida, servirle con mi persona y asistirle con todo mi poder en este santo viaje lo mejor que Dios me dé á entender ayudándome con su divina gracia.

Siguieron á estas protestaciones del duque otras muchas por su parte, así como por la de los caballeros concurrentes y aun algunos ausentes, enderezadas todas ellas al mismo fin; por lo que no podemos menos de admirar, como ya lo insinuamos arriba, el que un pajarraco (siquiera fuese el *ave Fénix*, no que un *faisán)* pudiera llegar á ser materia hábil para celebrar un contrato solemne, aunque verbal, no ya con todo un duque de Borgoña, pero ni aun con la Giralda de Sevilla. ¡Bien es verdad que no faltan pajarracos de otra especie en el mundo, que, ora como agentes, ora como testigos, se olvidan muy fácilmente de cumplir un compromiso adquirido!

Y ¿qué diremos ahora de los irracionales que se ven condecorados con la honra de figurar en los escudos de las principales poblaciones y familias?.. En esta materia se puede asegurar que raro es el animalucho que se sustrae á la pintura del blasón, sin ser excluídos de tamaña honra aun los más inmundos; así es que caballos, asnos, águilas, cerdos, lobos, zorras, ballenas, osos, conejos, liebres, elefantes, gallos, ciervos, serpientes, gorriones, camellos, tábanos, caracoles, sapos, etc., etc., etc., y en ocasiones, no así como quiera, sino hasta ciñendo corona. Pero ¿qué mucho cuando algunos merecen subir á los altares, tales como el *perro* de San Roque, el *cerdo* de San Antón, el *cuervo* de San Pablo y varios otros? Convengamos, pues, en que hay animales á quienes se ha tributado y tributa aún en nuestros días crecido cúmulo de honras y distinciones; pero convengamos también en que ninguno ha llegado á alcanzar tantas como el *asno*. No se nos oculta que muchos de aquéllos sirvieron de tema á graves autores, tanto antiguos cuanto modernos, para escribir sendos poemas, tales como la *Batracomiomaquia*, de Homero; la *Elegía de la pulga*, de D. Diego Hurtado de Mendoza; la *Mosquea*, de Villaviciosa; la *Gatomaquia*, de Lope de Vega; el *Murciélago alevoso*, de Fr. Diego González, etc.; pero también sabemos que ese «animal cuadrúpedo bien conocido, (entre los cuales) los hay domésticos y salvajes,» como lo definió la Academia Española en las cuatro primeras ediciones de su Diccionario, mereció que le dedicaran multitud de escritos en todos tiempos, ya en prosa, ya en verso, y en distintas lenguas; siendo tan crecido el número de dichos tratados que, empezando por el *Asno de oro*, de Apuleyo, continuando por la *Alabanza del asno*, de Pero Mejía, y siguiendo por la *Apología del asno* y el *Elogio del rebuzno*, de Pérez Ramajo, hasta nuestros días, ya se

podría formar una *biblioteca asnal* capaz de causar envidia á los animales más encopetados del mundo.

Y no es esto todo, porque, á la verdad, no tenemos conocimiento de que ninguna especie de animales hayan formado academia alguna, como no sea la asinina. En efecto, hubimos de deber semejante noticia á nuestro paisano el ilustre militar y célebre erudito D. José de Cadahalso, quien, transformando su nombre, seguramente por modestia, enriqueció la literatura española con las *Memorias de la Insigne Academia Asnal*, que publicó por segunda vez en Pamplona á fines del siglo próximo pasado: ¡digna producción del autor de *Los eruditos á la violeta* y de las *Cartas marruecas!* Como el libro se ha hecho sumamente raro, y tanto, que ni aun figura en la rica y selecta librería que fué de Salvá, y como, por otra parte, no podríamos terminar de mejor manera este nuestro artículo que autorizándolo con el respetable testimonio de tan chistoso como fecundo escritor, vamos á copiar aquí, por conclusión y remate del presente trabajo, el siguiente retrato que obra en la Memoria VII, pág. 54 de la citada edición. Dice así:

«El *Doctor Molienda.* Gobiernan por este académico sus obras y tareas los chocolateros; pero no es por esta razón, que nuestra *Incansable Academia* lo recibió por miembro de ella. Su mérito principal era el moler y machacar en una misma cosa: dale que dale, siempre iba á su tema. Molino de palabras, y siempre las mismas, agobiaba, molía y machacaba con la misma canción a los oyentes: eterno hablador, por quien dijo el presidente de la Asamblea el día de su admisión:



JOVEN DE LA SELVA NEGRA, cuadro de C. Bantzer

Es el Doctor Molienda ilustre socio
(cuya lengua jamás estuvo en ocio);
es muy franco en *decir*, es un continuo
movimiento de lengua; es un hombre
nombrado, por *hablar*, en todo el mundo,
y lo que tiene de *nominativo*,
todito se lo debe al *ablativo*.
En la casa en que vive, vive solo,
por hablárselo todo, y aun no quiere
tener retratos de los parecidos,
de aquellos, cuyo extremo celebrando,
se les suele decir que están *hablando*.
Con su sombra platica muchas veces,
y es en el discurso tan prolijo,
que la sombra, de oirle ya cansada,
más que de ella, de él queda asombrada.
Está en sueños, mientras duerme *hablando:*
y así el sueño más grande y más profundo,
si á esta operación suya se advierte,
pierde en él ser la imagen de la muerte;
pues la sombra mortal que en él recibe,
en la parte de *hablar* se ve que vive.
. . . . »

JOSÉ MARÍA SBARBI

AMORES SENTIMENTALES

La conocí en los baños de Caldelas con su mamá, que era una señora regordeta, colorada y coja.

Su hija, la espiritual Gertrudis, se pasaba el día encerrada en su habitación, componiendo versos incandescentes ó bien tarareando romanzas húmedas.

La mamá me decía muchas veces:

– Mi niña es un manojo de nervios: una criatura sensible, dotada de una imaginación calenturienta... Casi todos los de la familia somos así. Mi esposo, que en paz descanse, me hizo pasar grandes disgustos con sus celos. Una noche, creyéndose engañado por mí, quiso arrojarse por una ventana y entre la doméstica y yo tuvimos que echarle una enagua mía por la cabeza para evitar su suicidio.

EL NIDO ABANDONADO, cuadro de W. Schereschewski

Gertrudis era, en efecto, un ser impresionable y nervioso; una poetisa tierna que acababa de escribir unos versos y rompía á llorar, como si le doliese el estómago, ó bien hundía la frente entre las manos y gemía silenciosamente. Yo la vi y la amé. ¿Para qué he de decir otra cosa?

Una noche, á orillas del caudaloso Miño, le pinté mi pasión volcánica, y ella, ¡oh dicha!, correspondió á mis impresiones jurándome que me amaba también.

Doña Catana, la mamá, sorprendió nuestros amores y me dijo:

– Joven, usted ha logrado poseer el corazón de mi Gertrudis; ámela usted mucho, que es digna de ser feliz.

Yo la amaba como un insensato, la verdad sea dicha; pero pronto comenzaron para mí las amarguras. Gertrudis me obligaba á vivir en constante contemplación de su belleza; yo no podía reir, ni fumar, ni acercarme á ninguna mujer por fea que fuese. Si me separaba de Gertrudis, aunque á ello me obligase una necesidad apremiantísima, ella lanzaba una carcajada histérica y caía al suelo, víctima de una convulsión nerviosa, murmurando: «¡No me ama, no me ama!»

Entonces yo tenía que volar en su socorro, coger entre las mías sus manos de nieve y deslizar en su oído estas ó parecidas frases:

– Gertrudis mía; soy yo, soy tu amante que te adora.

– Vuelve en *sí*, le decía su mamá.

Por toda respuesta Gertrudis, abriendo los ojos, paseaba su mirada insegura por los ámbitos de la habitación y preguntaba tristemente:

– ¿Dónde estoy?

¡Era mucha Gertrudis aquella! Puede decirse que se alimentaba con los efluvios amorosos de mi pasión; porque comer, apenas comía. La carne le inspiraba un odio profundo – decía ella, – la patata le producía vértigos horribles y el arroz excitaba su sistema nervioso. Con lo único que transigía era con el huevo pasado por agua ó el nítido *chantilly* ó la espiritual croqueta.

– Come, hija mía, murmuraba su mamá cuando estábamos en la mesa de la fonda.

– Es inútil, respondía la niña, y clavaba sus ojos en mí, como diciéndome:

– Teniendo tu amor, ¿qué falta me hacen los comestibles?

Nuestra tranquilidad amorosa duraba poco. A cada caso surgía en el cielo de nuestra ventura alguna nube negra y se desencadenaba la tempestad con todos sus horrores. Los celos se cebaban en aquella naturaleza sensible. Tenía celos de todo el mundo: de las bañistas, de las criadas, de la sobrina del médico, que parecía una perra de lanas, y de un teniente de carabineros, que buscaba mi compañía para hablarme de su postergación en la carrera y de un bulto que le había salido en una pantorrilla.

Yo trataba de tranquilizar aquel temperamento irritable, pero Gertrudis no me oía y las convulsiones nerviosas menudeaban que era una bendición.

Cierta tarde de agosto hallábame yo en mi alcoba entretenido en descifrar una charada. Gertrudis se había acostado, víctima de una horrible jaqueca, y yo aprovechaba aquella ocasión para entregarme á mi recreo favorito. De pronto sonaron dos golpecitos en la puerta de mi cuarto.

– Adelante, dije yo, sin moverme del asiento.

– ¿Se puede?, preguntó una voz dulce.

– Pase usted.

La que así turbaba mi reposo era doña Aquilina, la esposa del teniente de carabineros, que me preguntó con amabilidad exquisita:

– ¿Tiene usted por casualidad un poco de cerato simple?

– No, señora, dije yo con extrañeza.

– Podía usted tenerlo, porque hay personas muy precavidas. El cerato nunca está de más en una casa. Es para mi esposo, que siente incomodidad en el bulto de la pantorrilla...

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció en la puerta de la alcoba la figura de Certrudis. Venía pálida, desgreñada, con los ojos fuera de las órbitas y el labio trémulo.

– ¡Infames!, gritó fuera de sí. No negaréis ahora vuestro delito.

– Gertruditas, dije yo poniéndome en pie y acudiendo á sostenerla.

– ¡Adúlteros!, rugió Gertrudis desplomándose sobre un cubo de agua mineral que había en el pasillo.

Acudió la mamá de la joven lanzando ayes de dolor. Despertáronse dos ó tres bañistas que estaban durmiendo la siesta, y el teniente de carabineros, sin saber de lo que se trataba, presentóse ante nuestra vista con el pantalón remangado á consecuencia del bulto.

Entre todos cogimos á Gertrudis que, presa de la convulsión, echaba espuma por la boca y trataba de morder á cuantos se le acercaban.

Desde aquel día mi situación empeoró notablemente. Gertrudis me hacía víctima á todas horas de sus recriminaciones, y sus lágrimas me humedecían el chaquet, porque tenía la costumbre de apoyarse en mi hombro para llorar más á sus anchas.

– Es inútil que trates de disculparte, me decía; esa mujer me ha robado tu amor. ¡Infame!

– Pero Gertruditas...

– Sí; yo debo morir; yo no puedo soportar esta existencia desesperada.

Por de pronto me compuso unos versos llamándome pérfido y aleve y

«monstruo infernal de aliento envenenado.»

Después me amenazó con contárselo todo al teniente de carabineros, y por último sacó del bolsillo un frasco que había sido de goma líquida y que ella había llenado de fósforos disueltos en aguardiente.

– ¿Lo ves?, me decía. ¿Ves este tóxico? Pues con él he de quitarme la vida; pero antes morirá á mis manos esa mujer.

Eran inútiles mis protestas. Gertrudis continuaba prodigándome epítetos terribles, y todas las tardes, á eso de las cinco y media, le daba la convulsión, durante la cual yo tenía que jurarle al oído, en voz baja, que mi corazón era suyo exclusivamente. Entonces volvía en sí mesándose los cabellos.

La mamá de Gertrudis se encaraba conmigo gritando como una desesperada:

– ¡Usted tiene la culpa de todo!.. Sí, señor, usted, que es un coqueto y un hombre sin corazón. Mi pobre hija no come, ni duerme, ni versifica. No hace más que llorar y morderse los puños de la chambra. ¡En mal hora le hemos conocido á usted!

– Doña Catana; usted me acrimina sin motivo, decía yo.

– Si mi hija se muere, usted será el único responsable, añadía ella.

El caso fué que yo no podía dirigir la palabra á la señora del teniente, ni me era permitido alejarme de la fonda más que el tiempo necesario para tomar las aguas, y aun así y todo, Gertrudis me seguía con los ojos hasta el manantial. Cuando me retrasaba algunos minutos, ya estaba ella con el frasco de los fósforos en la mano, diciendo con voz tenebrosa:

– ¿Lo ves? ¿Ves este veneno? Pues me lo tomo.

– ¡No, no, por Dios; detente desgraciada!, le decía sujetándole la mano.

Una noche, Gertrudis me cogió por la muñeca, y llevándome cerca de una ventana, bañada por la luna, me habló así:

– Mi existencia es horrible. Yo no puedo seguir viviendo con un torcedor en el alma. Tú no me amas, Avelino; lo leo en tus ojos.

– Gertrudis, desecha esas dudas horribles.

– Pues bien, siguió ella diciendo, quiero sucumbir lenta pero seguramente. Desde hoy renuncio á comer; voy á sucumbir por extenuación espontánea.

– Pero...

– ¡Todo es inútil!

Y efectivamente, desde aquel día Gertrudis se sentaba á la mesa, como los demás huéspedes, pero sin hacer uso de los manjares. Lo más que hacía era beber agua ó aspirar el perfume del limón.

– ¡Esta criatura se me va á morir!, decía la mamá, enjugándose las lágrimas con una servilleta.

– Vidita, come algo, murmuraba yo á su oído.

– ¡Nunca!, contestaba ella agarrándose al limón.

La señora del teniente, que era comunicativa como una pupilera é inocente como un serafín, me ofreció en la mesa una aceituna, sin comprender que aquel delicado obsequio iba á abrir el sepulcro de Gertrudis. Esta vió la aceituna y tornóse pálida; después lanzó un grito agudo, y levantándose súbitamente de la mesa echó á correr hacia su habitación como una loca.

– ¡Hija mía!, gritó la madre de Gertrudis corriendo tras ella.

– ¡Dios mío! ¿Qué va á pasar aquí?, dije yo lanzándome detrás de Doña Catana.

Gertrudis se había encerrado en su alcoba y fueron inútiles nuestras súplicas para que abriese la puerta.

– ¡Se va á matar!, gritaba la madre.

– Gertrudis, bien mío, abre, decía yo con acento cariñoso.

– ¡Nunca, nunca!, contestaba la joven.

Doña Catana no hacía más que llorar y maldecir su suerte; de cuando en cuando se dirigía á mí como una fiera herida y me clavaba las uñas en el cogote.

– ¡Por usted, por usted nos pasan estas cosas!

– ¡Por la Virgen Santísima! No me apure usted más de lo que estoy.

– ¡Pillo! ¡Coqueto!

Dentro de la habitación de Gertrudis no se oía ruido alguno.

– ¿Habrá muerto ya?, pensaba yo. Habrá bebido el veneno.

Acerqué el ojo á la cerradura y retrocedí asustado. Gertrudis, sentada sobre el lecho, acercaba las manos á la boca con frecuencia.

– Sí, pensé yo. Está bebiendo el líquido fatal.

Y me acerqué de nuevo á la cerradura. Entonces pude ver á mi sabor lo que ocurría dentro de la alcoba.

Gertrudis, la romántica Gertrudis, la que había resuelto morirse de inanición espontánea, estaba comiéndose tranquilamente un trozo de carne asada y un panecillo.

LUIS TABOADA

LA MODA

Ninguna de las deidades paganas tuvo el privilegio de ejercer en los griegos y romanos un dominio tan tiránico y avasallador como la Moda, esa diosa elegante, coquetona, caprichosa y excéntrica. Nada respeta esa exigente deidad. Su poderío se extiende desde la ciudad á los más modestos villorrios, y ante sus leyes inclínanse reverentemente la aristocrática dama y la humilde campesina.

Por miedo de caer en el ridículo y en el deseo de aparentar lo que deseamos ser, nos sometemos con docilidad á los decretos que periódicamente promulga, y aunque en son de débil protesta criticamos sus mandatos, no por eso dejamos de aceptar sus ridiculeces. Respecto de la Moda, sucede exactamente lo que con la mujer coqueta: el hombre conoce su inconstancia y ligereza, y sin embargo prefiere, casi siempre, la volubilidad que la caracteriza, su estudiado aturdimiento y los retoques de su belleza, á la modesta actitud y el natural encanto de la mujer virtuosa; y es que la primera despierta sus pasiones, mientras la segunda le recuerda su dignidad y deberes.

Aseméjase también á la adulación en que cuanto más exagerada, más alcanza quien la prodiga.

Todos desean ganarse las simpatías de los demás, y temerosos, sin duda, de que sus cualidades morales no basten para despertarlas, recurren á la forma externa para hacer alarde estético de la humana crisálida, por más que en ocasiones encubra un receptáculo de pasiones que el brillo de los metales ni la belleza de los tejidos logran ocultar.

La industria, que fomenta el desenvolvimiento de esa verdadera enfermedad moderna, en su afán especulativo ha inventado el *doublé*, el *similor*, la *plata Ruolz* y *Meneses*, las *piedras falsas*, el *níquel*, los añadidos y *bisognés*, el *miriñaque* y el *polissón*, los *Ripperts* y los *coches de alquiler*, las *chaquetas Fígaro* y los *vestidos princesa*, los *paraguas velox* y los *zapatos doré;* y todos, aunque les cueste arruinarse, desean emanciparse de la clase á que pertenecen, por no conformarse con vivir en su propia esfera.

Antaño existían mujeres que decían la *buenaventura*, reverendos frailes, obligados mentores de las familias, miniaturistas, maestros de obra prima, barberos, botillerías y mesones, coches de colleras y calesas. Hoy tenemos sonámbulas y espiritistas, fotógrafos y peluqueros, Bancos y agentes de negocios, cafés y *hoteles*, berlinas y caballos ingleses, los *perros chicos* y las pesetas falsas.

Hasta en los negocios la Moda ha llegado á introducirse. Los hombres de esta época positivista hanla introducido en sus combinaciones y cálculos mercantiles. Prueba de ello son las últimas páginas de los periódicos, ocupadas completamente por los anuncios. La fiebre anunciadora ha hecho célebres á muchos industriales cuyo nombre permanecía desconocido.

En el matrimonio ha intervenido también la Moda. Hasta hace poco habíamos creído que era una institución basada exclusivamente en el cariño ó en el amor; pero las célebres agencias matrimoniales nos dan á sospechar que existen seres que se casan impulsados por un afán especulativo.

Asimismo tenemos en los teatros *días de moda*, artistas y autores de moda y mujeres é industriales á la moda, cuya existencia es, á pesar de todo, efímera y transitoria.

El escultor modela hoy en el deleznable barro, el pintor entretiene sus ocios creando acuarelas, cuyo papel no puede resistir las injurias de los años, y el autor escribe sin otra base que un pedestal de movediza arena.

Existen también hombres y mujeres á quienes la Moda ha hecho célebres. La historia ha conservado



¡NO ESTÁ MAL!, dibujo de A. Johnson

los nombres de *Walpose, Cinq-Mars, Buckingham, Essex, Lauzun, Ninón de Lenclós, Lola Montes,* etcétera, etc.

Nuestra vanidad ha servido de asidero para las especulaciones de los comerciantes é industriales de cálculo. Las *Revistas,* órganos oficiales de la coquetona diosa, recuérdannos que hemos tenido sombreros *Gibus* y *Gayarre,* bastones *Verdier,* agua de Colonia de *Farina,* polvos de arroz *Sarah Bernhardt,* camisas *Laforest,* guantes *Dubost* y esencia *piel de Rusia* y *Mascota;* y como si esto fuera poco todavía, en vez de reuniones literarias se dan *tes dansants* y *lunchs,* reemplazándose el ingenio con las almibaradas vulgaridades del buen tono.

La Moda ha inventado el *jockey* y las carreras de caballos, el tanto por ciento, los casinos, las jugadas de Bolsa, los establecimientos termales, las tarjetas y los circos ecuestres con sus *clowns* y *écuyéres,* así como las distintas metamorfosis que ha experimentado el tipo del lechuguino de la época de nuestros abuelos, que ha pasado por los tamices del *lión,* el *dandy* y el *gommeux,* que ha formado parte, en su deseo de presentarse siempre á la *dernière* en la escogida sociedad de la *crême,* del *pchut* y de la *hige life.*

Y téngase entendido que la Moda ha ejercido su dominio en todas las épocas y en todos los pueblos. La historia registra en sus páginas verdaderas extravagancias ó caprichos, inconcebibles para la fría razón, en los que la crítica hallará siempre mucho campo para estudiar las condiciones especiales de la humanidad, empeñada en constante lucha y animada por el tenaz deseo de hacer desaparecer, por medio de aditamentos, la belleza natural, la perfección de la forma.

Las matronas romanas, cuyo tocador contaba con mayor número de afeites que el de la más elegante dama de nuestros días, empleaba en su complicada *toilette* más tiempo del que necesita una de nuestras *divas* para presentarse en la escena.

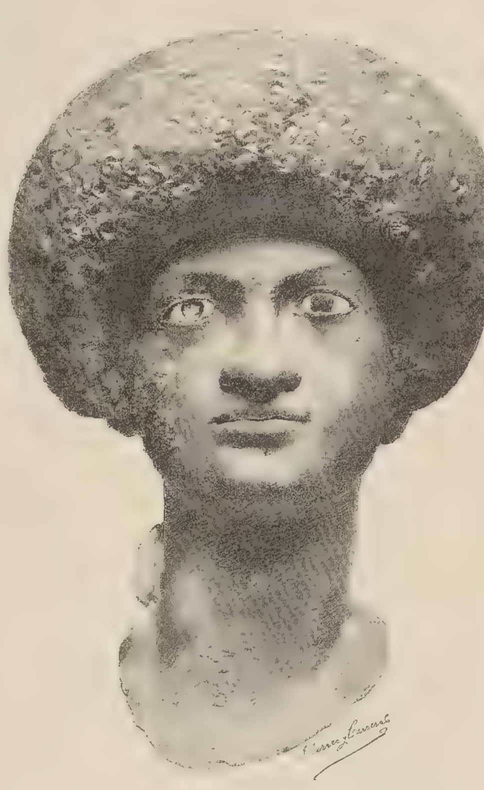
El peinado ha experimentado infinitas modificaciones, hasta llegar á simplificarse de tal manera, que si comparamos los que actualmente lucen las señoras con el que usaron las damas del siglo XVIII, nos sorprenderemos ante los prodigios complicados de aquellos artistas peluqueros, verdaderos titanes de la inventiva y de la paciencia.

En la Edad media, las jóvenes usaban como adorno las flores, con las que formaban caprichosas y emblemáticas combinaciones, que expresaban la simpatía, la esperanza, el temor, la aflicción, etc. Las cintas de seda y los tejidos de oro, plata y pedrería sucedieron á las flores.

Durante el reinado de Luis XIV, el peinado alcanzó extraordinarias proporciones: dábase á los cabellos la forma de largos tubos, á semejanza de los órganos de las antiguas catedrales. Las flores volvieron á figurar como bellísimo adorno de las elegantes damas de la corte de Luis XVI, diseminadas graciosamente entre los empolvados rizos, lo que producía un contraste sorprendente, ya que recordaba las exuberantes galas de la primavera surgiendo de una nevada base que á su vez coronaba la expresiva y graciosa cabeza de aquellas mujeres que lucieron sus encantos en los salones de Versalles.

Posteriormente usáronse los peinados de siete puntas, incómodo y ridículo; los rizos, tirabuzones y el moño de distintas formas y dimensiones. En 1789 las mujeres dejaron de empolvarse los cabellos, para adoptar las famosas *pelucas rubias,* que á su vez desaparecieron para hacérselos recortar y peinárselos sencillamente á lo Tito; moda que imperó poco tiempo, ya que al crecer los cabellos se los peinó á la griega, á imitacion de las estatuas antiguas, y por último y en el corto espacio de algunos años hemos visto reproducirse los peinados desde el chino y el inglés al merovingio, que ridiculizamos al verlos adornar las cabezas de los retratos de nuestras bisabuelas, para venir á parar en el sencillo y elegante que hoy admiramos.

Hay que convenir, sin embargo, en que todas las excentricidades de la caprichosa deidad pueden ser más ó menos tolerables si se las compara con ese ridículo apéndice conocido vulgarmente con el nombre de *polissón.* Ese verdadero adefesio usáronlo las damas del siglo XVI con un propósito parecido á las de hoy, esto es, con el intento de hacer resaltar ó aumentar la redondez de las caderas y la elegancia del talle. La introducción de tan ridículo adorno atribúyese á nuestras compatriotas, que ya en aquella época cometieron la ligereza de suponer que no bastaba el brillo de sus negros y rasgados ojos, la esbeltez de formas y ese conjunto de naturales atractivos que tanto distingue á las españolas, para despertar la admiración de aquellos famosos donceles que por una de sus miradas se rajaban el pellejo á cuchilladas ó mandobles en la arena de los torneos, ante aquellas beldades de dudosa é incomprensible sensibilidad. Las francesas imitaron á sus vecinas, dándole el equívoco nombre de *vertugadin,* en contraposición al de *tontillo* con que era conocido en nuestra patria.



BUSTO EN BRONCE RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN AMPURIAS
Dibujo de J. Ferrer y Carreras. (Visto de frente.)

Durante los reinados de Carlos X y Enrique III de Francia generalizóse su uso de tal manera y adquirió tan exageradas dimensiones, que el Parlamento se creyó en el deber de publicar severos edictos prohibiéndolos.

En las estanterías del archivo municipal de Aix (Provenza) existe un proceso sumamente curioso, incoado por el Parlamento de aquella provincia por un acto de desacato ó desobediencia á sus mandatos. El bello sexo desprendióse del *vertugadin,* en vista de la severidad de los edictos, ó disminuyó su volumen notablemente; pero una dama, una sola, se puso en abierta rebelión. La señorita de Lacépéde, que así se llamaba la revoltosa, fué citada y debió comparecer ante los severos jueces por el uso ilegal de semejante aparato. Adelantóse la dama hasta el tribunal, con el mismo cuerpo del delito, es decir, vistiendo una falda de inconmensurables dimensiones, que le daba el aspecto de un hinchado globo, por más que los hermanos Montgolfier no lo hubiesen inventado todavía. En vista de tal desacato, los jueces iban á fulminar un terrible veredicto, cuando una sola frase de la acusada apaciguó como por ensalmo la cólera de aquellos graves magistrados. Declaró, por su honor, que la exageración de la falta de que se le acriminaba y que se atribuía al uso del *tontillo,* no era más que un don de la naturaleza. «El cielo, dijo, me ha dotado de un *vertugadin,* contra el que nada pueden los edictos y las sentencias de los tribunales.»

El sencillo á la par que cómico incidente que acabamos de relatar bastó para desterrar por completo el *polissón,* pues ninguna de aquellas damas quiso asemejarse á la señorita de Lacépéde.

En las elegantes de hoy no produciría seguramente el mismo efecto, ya que la ciega obediencia con que acatan los decretos de la Moda es por cierto digna de mejor causa.

En resumen, la Moda es una de las ridiculeces que ha inventado la sociedad, de la que todos participamos más ó menos y de la que somos esclavos ó fervientes adoradores para no singularizarnos en el modo de vestir ó con la adopción de usos añejos.

Nosotros mismos, que aunque someramente hemos tratado de poner en relieve sus extravagancias en este sencillo artículo, advertimos, al terminarlo, que también sucumbimos arrastrados por la corriente, ya que igualmente está de moda hablar mal de ella.

A. GARCÍA LLANSÓ

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL CAFÉ DE LA UNIVERSIDAD

– Vamos, Pepe, saque usted las bolas, que el amigo *Tonino* quiere lucirse hoy, porque en las carambolas es una *lumine in celo.*

– Sí, no estoy yo mala *lumine,* lo que soy es el *paganus in terra.*

– ¡Anda, chambón, pues si te doy quince para treinta! No ganas porque no quieres.

– ¡Pues si apenas sé coger el taco!

– Tan poco como sabes, estoy seguro de que estás más fuerte que en derecho romano.

– ¡Ay de mí! No me lo nombres, que estoy temiendo que de aquí á un rato me han de *cristalizar* los señores de la casa de enfrente.

– No pienses esas tonterías tan fúnebres, porque te vas á azorar y te cuesta pagar. Sal, anda.

– ¡Una! Por casualidad.

– Ves cómo van saliendo.

– Esta se pasó.

– Tira otra vez.

– No, déjalo.

– Ya has hecho una serie de una. Principio quieren las cosas. ¡Allá voy yo!.. Una... dos, tres..., esta corridita... cuatro, ahora dos tablitas y un recodo... cinco. Casi ¡á la salud de nuestro amado profesor!, me la quita el retruque.

– Chico, Donato, ¿te acuerdas de los modos de constituirse la hipoteca dotal?

– Pues sí; eso de las hipotecas es de lo más sencillo..., seis...; verás qué retroceso..., siete... Pues si la mujer casada... según el código Justinianeo, ¡caracoles... se escapó!.. Tú tiras.

– No, no tiro, que Julián acaba de entrar y tenía dos números antes que yo; voy á ver si me toca.

– Bueno, anda, que yo seguiré con Julián, que por la cara que trae debe haber alcanzado el tercer suspenso de la temporada. Pero eso no le quitará las ganas de jugar. Es un barbián. ¡El será ministro, vaya si lo será; cómo que no estudia ni una palabra!

* * *

– ¡Cuenta, cuenta, que te escuchamos con fruición!

– Pues bien: como os iba diciendo, se empeñó D. Vicente en que había de traducir el primer párrafo de una Bula que empieza diciendo: *Quanta cura,* etc. Yo cuanto más miraba menos veía aquello; no me parecía latín, sino chino. Me volvía hacia vosotros á ver si me apuntabais algo, y... nada.

– ¡Qué habíamos de apuntar si no sabíamos una patata!

– Pues me entró así como un calambre y dije: «¡Apretado está el pobre grillo!»

– ¿Y qué dijo el tribunal?

– El tribunal no dijo nada, porque eso del grillo no pasó del fuero interno.

– ¿Pues qué dijiste? si es que has abierto la boca.

– ¡Vaya si la abrí!; como que dije: «Traducción libre: ¡Oh, cuántos curas hay en España!» Al oirme D. Vicente dió un salto y exclamó: «¡Oh, cuántos suspensos va á haber hoy!» Y en efecto...

– Sí, sí, ya hemos visto que te han *momificado.*

– Lo que más siento es que eso me ha quitado los ánimos para estudiar, y en derecho mercantil me va á suceder otro percance.

– Chico, chico, no te apures; que «el ánimo esforzado y no abatido, más prefiere estar suspenso que caído,» como dice no sé que poetastro, sobre poco más ó menos.

– Tienes razón, y cuantos más años esté aquí estudiando, todos esos me evito de estar en mi tierra que abomino. En fin, tomad lo que queráis, que yo pago; es decir, paga mi padre, que para el caso es lo mismo.

* * *

– Vamos, hijo, toma un refresquito, que bien lo has de menester.

– Sí, lo tomaré, porque le subleva á uno la sangre el ver las injusticias que cometen los profesores. Después de tanto estudiar, un triste *aprobado.* (Y gracias, que no debían habérmelo dado.)

– No hagas caso, eso son pequeñas contrariedades de la vida que hay que llevar con ánimo esforzado.

– Sí, ánimo tengo...; pero aquí no hay que hacerse ilusiones, el mérito no vale nada; cuando un profesor le toma á uno ojeriza... pues ya se ha caído.

– Si ya lo noté ayer yo, cuando fuí á hablarle á tu catedrático y me dijo: «Su hijo de usted es un vago, un pendenciero que no viene á la Universidad más que á mover trapisondas.»

– ¿Eso dijo? ¡Pues mire usted, no dijo más que la verdad!

– ¡Cómo!

– He querido decir que faltó á la verdad. (Por poco lo estropeo todo.) ¡Yo pendenciero! ¡Pregúntele usted cuántas semanas ha pasado conmigo en el *Abanico* ese... farsante!

– Lo creo, lo creo; pero aún me dijo más.

– ¿Qué dijo?

– Pregúntele usted á su hijo si ha sido estudiando como ha adquirido ese chirlo que tiene en la frente.

– ¡Hombre, vaya un descaro!

– Sí; y la verdad, lo del chirlo me paró, porque no sabía yo cómo te lo has hecho.

– Pues mire usted: una noche, estudiando, como hacía tantas horas que no levantaba la cabeza, el tubo del quinqué se calentó demasiado, reventó y un casco del cristal me dió en la ceja y me hizo este corte.

– ¡Pobre hijo mío! ¡Cuánto cuesta el ser un sabio como tú!

Mucho, papá; usted no lo sabe, que si lo supiera... (¡me reventaba!)

* * *

– Conque no te has *atrevío* á *desaminarte.*

– ¡Ca, chica, si no sé una letra!

– Pues, hombre, ¿qué has hecho durante todo el curso?

– ¡Toma! ¿Y tú me lo preguntas?

– Eres muy *desaplicao.*

– No es verdad, lo que es que me falta tiempo para todo.

– ¡Si no fuera más que tiempo!..

– Y dinero... Si no sabes otra te daré recibo.

– A este paso la vida es un soplo. Cuando tú llegues á médico, ya estaré yo para que me hagan la *autosia.*

– Sabes lo que estoy pensando, que voy á dejar la carrera.

– Sí, harás bien, porque ella ya te ha dejado á ti hace tiempo. ¿Y qué vamos á hacer entonces?

– Pues pondremos una buñolería.

– Pero si no tenemos *luz.*

– Nos la darán.

– Si no tenemos quien fíe.

– Ni falta que hace.

– ¿Que no? ¡Vaya una gracia!

– No, porque escribiré á Toledo á mi tío el canónigo, diciéndole que me voy á licenciar, que me falta metálico, y ya verás cómo envía para el título de... buñolero.

– Entonces se salvó la patria.

– Pues qué, ¿te figuras que yo me ahogo en seco?

– Ya sé que eres muy listo.

– No tanto como tú; pero, al fin, de ir en tu compañía, algo se pega.

– Algo y aun algos; y si no, dígalo mi reloj y mi sortija, que están empeñados desde que te los dejé para ir á ver al rector.

– ¡Yo qué culpa tengo si en vez de ir á casa del rector se fueron á casa de D. Canuto el prestamista! Fué una equivocación.

– ¡Todo te lo perdono, porque... tampoco puedo hacer otra cosa! ¡Ay Dios, cuando una se *chala* por un estudiante valía más que se muriera!



BUSTO EN BRONCE RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN AMPURIAS
Dibujo de J. Ferrer y Carreras. (Visto de perfil.)

* * *

– D. Sisenando, ¿usted por aquí? ¿Qué vientos le traen por el distrito de la Universidad?

Vengo de caza.

– ¿De caza?

– Sí, señor, á cazar un catedrático.

¡Caracoles, eso es caza mayor! ¿Y cómo?

– Pues hoy se examina mi hijo Tomasito; un buen chico que siempre me saca de *notable* para arriba, y estoy acechando el paso de su profesor para pescarle antes de que se constituya el tribunal y largarle una cartita, nada menos que del ministro del ramo. Figúrese usted si con esto puede salir mal.

– En efecto, buen sistema.

– No hay otro mejor.

– Pero he oído decir que hay una circular prohibiendo las recomendaciones.

– ¡Bah, bah! Ríase usted; la única vez que no utilicé mis relaciones me escabecharon al chico. Eso de estudiar ha quedado ya sólo para algún desdichado.

– La verdad es que maldita la falta que hace cuando...

– ¿Cuando qué?

– Cuando se tiene al padre alcalde, como le pasa á su hijo de usted.

* * *

– A ver, cerveza y limón para todos; que ya que el chico ha salido en bien, hay que remojar el paso.

– ¡Pues estás poco contento!

– La cosa no es para menos. Figúrate que allá en el pueblo decía el Sr. Bonifacio que éste no sería nunca *abogao,* y cátate ahí que acaba de aprobar el preparatorio. Eso sí, me cuesta un ojo de la cara, y he tenido que empeñar unas tierrecitas; pero no se pescan truchas á bragas enjutas.

– ¡Hombre, no es que yo quiera desilusionarte!; pero... ¿no hubiera sido mejor que el chico hubiera estudiado agricultura?..

– ¡Ya la tenemos; las mismas majaderías de D. Bonifacio! Bastantes destripaterrones hay en la familia.

– Puede que le hubiera ido mejor con los terrones que con las leyes. Hay tantos...

– Pero si éste no ha de ejercer. Este se dedicará á la política, y en cuatro días le tenemos hecho ministro ó gobernador.

– Ó cesante, como yo, sin una peseta y renegando de haber pisado la maldita Universidad.

A. DANVILA JALDERO

BOCETO

MICROBIOS

Los bacteriólogos ó aficionados á las investigaciones *microbiológicas* acabarán por descubrir esa *gente menuda* hasta en nuestra vecina la resplandeciente estrella Sirio: uno de esos examinó nada menos que un rojo pimiento, una guindilla, con un picante de primera fuerza. Y calculó bien, que si aquello picaba debía haber una causa, y esa problamente serían *microbios...*, pero bichos de buenos dientes ó de aguijón que dejaría chatos los de las avispas. Y á foco de poderoso aparato lenticular, colocó un milímetro cuadrado de la estimulante guindilla; y efectivamente, descubrió, contados, ni uno más ni uno menos, 500 microbios rabiando por dejarse caer sobre la lengua de cualquiera. Si la cuenta no falla son 50.000 por centímetro; y como el pimiento tendrá unos 25 centímetros superficiales, resultaría la suma de 1.250.000 *microbios...* y contando el espesor puede añadírsele otro puñado de miles...

Lo curioso sería averiguar qué clase de enfermedad puede inocular esa gente menuda guindillesca, y no sería aventurado suponer que inoculasen la picazón ó el escozor.

Y luego habrá quien aún dude de los adelantos de la ciencia investigadora, que en este punto puede decirse que ha dicho ya casi la última palabra.

Los Sres. Acosta y Grandi encontraron ó descubrieron en un billete de Banco ¡19.000 microbios! ¿Quién se atreverá tranquilamente, después de tan feliz descubrimiento, á tomar un billete de Banco?

El químico Opermann y el veterinario Falk descubrieron un nuevo *bacilo,* que es el que da el color gris á los salchichones. El doctor Bouchard presentó á la Academia de Ciencias de París tubos conteniendo, clasificados y calificados, *microbios* de tifoidea, cólera, escarlatina, crup, carbunclo, fiebre puerperal, etcétera, etc.

Lo que falta por averiguar es el remedio al mal, los *microbios antídotos* de aquéllos, es decir, el contraveneno, y eso se hallará. ¡Pues no se ha de hallar! ¡¡Nos quedaríamos frescos!! Porque en la escala diminutiva, ó á éstos se los han de comer otros ó han de existir otras menudencias destinadas á servir de alimentación á esas que ya tenemos por cosa averiguada: de otro modo, no sería comprensible ni posible una vida, una existencia sin tragar, sin matar á otros seres.

Pero todo eso poco significa comparado con otro descubrimiento importantísimo.

Lo grande, lo asombroso será el resultado de las investigaciones *microbiológicas* que, costeadas por una fuerte compañía de los Estados Unidos, se está realizando por atrevidos y bien pagados exploradores en el viejo continente, que ya sabemos también que todo lo estupendo viene de allá... Esos hombres sabios, dignos del mayor aplauso y encomio, transmitieron como primer resultado de su exploración, dejándose en el tintero el punto en que verificaron sus investigaciones, que en cien kilómetros cuadrados, vistos



EN EL TEATRO cuadro de P. Naumann



ESTUDIO, grupo en yeso de Miguel Blay

Premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892

por sus propios ojos, encontraron ciento veintitrés leones, seiscientos cuarenta y siete elefantes, sesenta y dos hipopótamos, noventa y seis rinocerontes, setecientos noventa y nueve caimanes y cocodrilos, dos mil trescientas diez y ocho serpientes, catorce tapires, ciento sesenta y tres tigres, setenta y dos panteras y trescientas vientisiete hienas, no haciendo caso, por de pronto en la reseña, de otra infinidad de bichos de menor importancia.

Esos... ¿son ó no son microbios?

Bien dice D. Nemesio en *El sombrero de copa*: «*De los animales grandes líbreme Dios, que de los infinitamente pequeños me guardo yo.*»

El caso es que «nó se puede con Mentor,» como exclama el Joven Telémaco; y yo digo: ¡No se puede con la ciencia! ¡Vengan investigaciones... y vengan ó váyanse microbios! ¡Da lástima contemplar el atraso en que vivían nuestros antepasados! ¡Cuidado que sería cosa triste eso de morirse sin saber de qué..., eso de tener siempre el enemigo en casa sin sospecharlo! ¡Vaya si sería desesperado para los médicos eso de escapárseles de entre las manos los enfermos sin conocer la causa!

Ahora, desde la *invención* de los microbios, siempre es más consolador. Y sobre todo, las *invenciones* de las causas corren parejas con las *modas* de curación. Ahora *microbios* y *filtros*... Otras veces se achacaba todo á vicios en la sangre, y dale sangrías; después en el estómago, y dale purgantes; presentóse Raspail con el acíbar y el alcanfor como base de la salud; sucedió una pelotera entre alópatas y homeópatas, y merced á unos globulillos aplicables á toda dolencia, la curación era segura; más tarde, la medula, el reuma y los nervios; luego la *tenia* mortificó al género humano, y ¿qué persona medianamente vestida no la tenía?

¡Hoy privan los *microbios!* «¡Y el globo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío!»

Mañana inventaremos... ¡sólo Dios sabe qué cosa!, y la humanidad entera será víctima de la última moda. Sin embargo, *merecen bien de la patria* esos sabios investigadores y dignas son de agradecimiento las descubiertas existencias de los *microbios* en todos sus géneros y familias...; porque conociendo eso, se vive más tranquilo. Se trata, por ejemplo, de casos sospechosos de cólera, por supuesto, cuando hace ya estragos, en una población; pero, se entiende, no declarado oficialmente; porque ¿quién se apresura á ello? Se manda allá una comisión facultativa, la cual visita á los que revientan *microbiolizados:* la comisión informa que no hay cuidado, porque no descubrió ni rastro de las *vírgulas* de tal cólera. ¡Ya no hay cuidado! La ciencia tranquilizó los ánimos. Las gacetas, monitores, boletines y demás órganos de los gobiernos y de las Academias médicas transmiten á los pueblos asustados la feliz y tranquilizadora noticia referente á *salus populi*.

¡¡No hay cuidado!!

Juan O-Neille



Bellas Artes. - La Asociación internacional de Artistas, una de las más notables y numerosas de Roma, ha elegido presidente al escultor y senador Monteverde y vicepresidente á nuestro ilustre compatriota y querido colaborador D. José Benlliure: además han sido nombrados individuos del comité don Mariano Benlliure, Felipe Cisariello, Adolfo Rosler Franz y el americano Coleman.

– Para la Exposición de Bellas Artes que este año se ha de celebrar en Berlín convocóse un concurso de carteles anunciadores del certamen, en el que han tomado parte 23 artistas enviando 26 bocetos. El primer premio (1.250 pesetas) ha sido adjudicado al pintor Ernesto Hildebrandt y el segundo (250 pesetas) al pintor y dibujante Rodolfo Rother.

En el Hotel Westminster de Berlín se han expuesto recientemente 30 cuadros y bocetos del famoso pintor Dvorak: once cuadros al óleo pintados en gris y destinados á ser reproducidos en forma de álbum representan una especie de danza macabra, la del amor; con este ciclo de pinturas hace juego una danza macabra de los animales pintada en colores. El resto de la exposición se compone en su mayoría de retratos.

– Ha recaído sentencia en la primera instancia del proceso que el gobierno italiano sigue contra el príncipe Barberini Colona por haber éste vendido á un extranjero, que los sacó de Roma, veintiún cuadros y una estatua de la colección existente en el palacio Sciarra y que es propiedad del referido príncipe. La sentencia condena á éste á tres meses de arresto, al pago de una multa de 5.000 pesetas y del precio en que han sido estimados aquellos objetos de arte (1.266.000 pesetas), fundándose en la violación de la ley que prohibe desmembrar las colecciones artísticas y exportar algo de ellas al extranjero. Lo singular del caso es que habiendo el príncipe ofrecido esos cuadros y escultura al gobierno de Italia, éste sólo ofreció 50.000 pesetas por lo que ahora dice que vale 1.266.000. Inútil es decir que el príncipe no se ha conformado con la sentencia y ha apelado de ella.

– En el pabellón de la ciudad de París, en los Campos Elíseos, han celebrado una exposición los artistas que á sí mismo se titulan *Los independientes:* figuran en ella 1.324 obras en su inmensa mayoría de ningún valor artístico; unas pocas son realmente notables y llevan las firmas de L. Barrau, Duval Gozlan, Chevalier, Seynac, Rachon, d' Argence, Besset, Brandt, Potter, Ronillé, Dulac, Chretien, Correja y Osbert.

Barcelona. – Salón Parés. - Ha presentado Fuxá en el sitio de preferencia de este local su bella estatua de San Francisco, no ha mucho expuesta en Madrid, y que apareció reproducida en una de las primeras páginas de La Ilustración Artística.

A su vista no se comprende por qué obra tan sentida y tan bien ejecutada, cuya hechura satisface al más exigente y que por su expresión y vida puede ponerse al lado de los mejores modelos de nuestros escultores del Renacimiento, no obtuviera una de las primeras recompensas.

Otra obra de menos vuelos por su concepto, un monaguillo cargado con el misal y los cirios, es nuevo testimonio de las sólidas y no comunes cualidades que distinguen á nuestro querido amigo, á quien felicitamos y aplaudimos como se merece.

Junto á estas magistrales esculturas expuso Pinós dos buenos estudios, impregnados de verdad y observados con conciencia; dos escenas de nuestra vida rural fielmente reproducidas. Cusachs, dos cuadros: una carga de caballería y una cita en un bosque, motivo este último para pintar un vehículo, caballos y lacayos, ambos con las cualidades que distinguen á nuestro pintor *militar*.

Salón de la «Vanguardia.» – La última Exposición la componen dos grandes tapices del siglo XVI, uno de ellos representando á Diógenes y Alejandro, varias prendas de indumentaria litúrgica, una antigua cruz parroquial, curiosa obra de metalistería, y un fragmento de un hermoso tapiz de valiente coloración y correcto dibujo.

Teatros. – *Jaque al rey* se titula una nueva ópera de Ignacio Brull que se estrenará en breve en el teatro de la Corte, de Munich.

– Se ha representado en el teatro Fenice, de Venecia, con gran éxito la ópera de Gelio Cornaro, *Festa marina*, que obtuvo el primer premio en el último concurso de la casa editorial de música Sonzogno.

– El doctor Edmundo de Freyhold ha publicado en Baden-Baden un drama musical en un acto, titulado *Santuzza*, que es la continuación de *Cavalleria rusticana*.

– En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha estrenado con gran aplauso un interesante drama de Pablo Heyse, *La criada Justina*.

París. - En el Vaudeville, Sarah Bernhardt ha dado una representación extraordinaria y única de la hermosa tragedia de Racine, *Phedra*, á beneficio de una Asociación filantrópica, habiendo alcanzado un gran triunfo. Se han estrenado en los Bufos Parisienses *Madame Suzette*, opereta en tres actos de Sylvane y Ordonneau, música de Audrán; en Folies dramatiques, *Jean Raisin*, opereta en tres actos de Pablo Burani, música de Carman, y en Chatelet, *La Passion*, misterio en verso de Haraucourt

Londres. – Ha comenzado la temporada de primavera en Drury Lane, habiéndose puesto en escena *Bohemian Girl*, ópera de Balfe, *Cavalleria rusticana*, *Faust* y *Carmen*. Se han estrenado con buen éxito en Adelphi *The Black Domino*, drama romántico en cinco actos de Sims y Buchanam; en Vaudeville, la comedia de Sims y Raleigh *Uncle John*, y en Trafalgar Square, *The Bable Shop*, graciosa parodia del drama del mismo título de A. Jone, hace poco estrenado en el Criterion, escrita por Mr. E. Rose.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso y bajo la inteligente dirección del maestro Goula se han puesto en escena las óperas *Gioconda* y *Aida*, en las que han sido muy aplaudidas las señoras Laborda, Franchini y Calegaris y los Sres. Lampedis, Labán y Galli y sobre todo el citado maestro. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Las irresistibles*, juguete en un acto del Sr. Torromé; en Apolo *Candidita*, zarzuela en un acto de Javier de Burgos, música del maestro Jiménez, y en Eslava *Miss Erere*, parodia en un acto de *Miss Helyett*, letra del Sr. Merino y música arreglada por el maestro Arnedo. En el Español se ha estrenado *El celoso de su imagen ó Hacer mal por querer bien*, drama en tres actos y un epílogo de D. Eugenio Sellés, que aunque de poco interés y de escasa verdad en el fondo, fué aplaudido por la forma hermosa en que está escrito.

Barcelona. – En el Principal, el famoso tenor Masini ha debutado con *Lohengrin*, habiendo obtenido muchos aplausos que compartieron con él las señoras Colonnese y Mas y el Sr. Tabuyo. En el Liceo ha dado cinco funciones la notable compañía de opereta Tani: en este gran teatro debutará en breve una notable compañía de ópera bajo la dirección del maestro Mancinelli En Romea se ha celebrado el beneficio del popular autor Sr. Vilanova, poniéndose en escena cinco obras suyas que, como de costumbre, fueron ruidosamente aplaudidas.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Nicolás Luis Cabat, paisajista francés, el primero entre los iniciadores en Francia de las tendencias naturalistas en el paisaje.

Augusto Horn, músico alemán, famoso especialmente por sus canciones.

Julio Lunteschutz, notable pintor retratista alemán, entre cuyas principales obras merece citarse el retrato que hizo de Schopenhauer.



El beso, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). – Arte y sentimiento son sinónimos para este artista, siempre discreto y delicado en sus producciones. No basta á Tamburini, no llena sus aspiraciones, poseer la habilidad del pintor, las cualidades de elegante colorista, puesto que á ellas une siempre la concepción del artista y la inspiración del poeta. De ahí que todas sus obras cautiven por su plasticismo y embelesen por el sentimiento que en ellas rebosa. *¡Quién supiera escribir!*, *El voto*, *Coloquio*, *Sueño de amor*, *La gota de agua*, *El dineret de la Santa Creu*, etc., patentizan y evidencian la doble cualidad de artista y poeta que posee Tamburini.

En *El beso*, al igual que en *Sueño de amor*, una sola figura, ó más bien dicho, una preciosa cabeza y un delicado busto bastaron al pintor para significar su pensamiento y dar á conocer su valía. La actitud, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada y sus tonos claros resaltando inteligentemente sobre un fondo claro también, contribuyen á hacer agradable y simpática la composición.

Joven de la Selva Negra, cuadro de C. Bantzer. – Es este un bellísimo tipo á juzgar por el cual en la cordillera majestuosa que se alza en el Sudoeste de Alemania consérvase pura aquella zaza de las poéticas baladas y de las misteriosas leyendas, que en dulcísimos versos ó en sencillas narraciones han cantado los bardos y se han perpetuado al través de innúmeras generaciones. Toda esa dulzura, toda esa sencillez, toda esa misteriosa poesía refléjanse en el lindo busto de Bantzer, que al trasladar al lienzo su *Joven de la Selva Negra* ha hecho más que pintar un retrato, ha dado cuerpo al alma de un pueblo.

El nido abandonado, cuadro de Scheres-chewski. – De este cuadro bien puede decirse que el asunto ha servido al autor de pretexto para presentarnos tres bustos de innegable belleza, así desde el punto de vista de las líneas, como por la expresión que en cada uno de los rostros ha sabido imprimir el autor, mezcla de curiosidad y de tristeza por el abandono de aquel nido cuyos moradores han sido quizás devorados por el gavilán ó tal vez destrozados por el plomo de algún cazador.

¡No está mal!, dibujo de Naumann. – Es esta una obra de las que acreditan á un artista: la composición bien entendida, el claroscuro perfectamente estudiado, el dibujo correcto y sólido y la expresión acertadísima de la joven artista, á quien, según parece, no disgusta el dibujo que está ejecutando, son cualidades bastantes á satisfacer al más exigente en materia de arte.

Busto en bronce recientemente descubierto en Ampurias, dibujos de J. Ferrer y Carreras. – En unas excavaciones no ha mucho practicadas en la Escala (provincia de Gerona) se descubrió el busto que de frente y de perfil reproducimos y en el cual llaman la atención los ojos formados por una pasta blanca con una piedra negra por pupila, que falta en el ojo derecho, y sobre todo el peinado á modo de diadema, que sigue en pequeñas trenzas hasta la nuca, en donde se reunen en abultado moño. Varias hipótesis se han emitido sobre el origen de este busto; han supuesto algunos que es de una dama ó princesa romana, otros que se trata de algún tipo egipcio, indio ó etrurio, y otros, con bastante fundamento, que representa á una dama ampurdanesa de los primeros años de esta era. Resuelvan los arqueólogos esta cuestión; por nuestra parte nos limitamos á reproducir la excelente copia del busto que ha dibujado el artista catalán Sr. Ferrer y Carreras.

En el teatro, cuadro de P. Naumann. – Asunto es este que se ha tratado mucho, pero del cual puede asegurarse que no se ha agotado ni es fácil que se agote. La infinita variedad de temperamentos, en cada uno de los cuales se producen de modo distinto los múltiples efectos de la contemplación de un espectáculo teatral cualquiera, ofrece ilimitado campo al artista para presentar tipos siempre nuevos dentro de la misma idea fundamental, y de su talento depende que estos tipos sean algo más que figuras sin valor psicológico, es decir, que expresen la impresión recibida, que sirvan, por decirlo así, de enlace entre el que ve el cuadro y el escenario, que éste no puede reproducir. Esta cualidad la encontramos en alto grado en el lienzo de Naumann, cuya figura, con su plácida sonrisa, nos permite conjeturar algo de la escena que con tanta atención mira y escucha.

Estudio, grupo en yeso de Miguel Blay (premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Al penetrar en el salón que constituía la sección de escultura de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, llamaron poderosamente nuestra atención dos grupos atrevidamente concebidos y ejecutados por el ya distinguido escultor olotense Sr. Blay. Representaba el primero á un anciano y á un adolescente, casi un niño, sentados en el banco de piedra de un paseo, un tanto encogidos por las primeras crudezas invernales y cual si trataran de recoger el calor de los rayos solares á falta del abrigo que no podían prestarles sus ya destrozados vestidos. *Primeros fríos*, tituló el artista á su genial producción. El segundo grupo, que reproducimos, era el estudio al desnudo del primero, y con ser sencillamente un estudio atraía la atención de los visitantes y especialmente de los inteligentes.

En ese admirable estudio, ejecutado con gran valentía y virilidad, con pasmoso espíritu de observación y dentro por completo de los modernos conceptos artísticos, revélase el excepcional temperamento de Blay y sus aptitudes para el cultivo del gran arte. No debe, pues, sorprender que el que ya fué aventajado discípulo de la escuela de Bellas Artes de Olot y del maestro Chapu, alcance el voto unánime de un Jurado y obtenga la primera recompensa.

Próximamente podrán nuestros lectores de Barcelona admirar la obra del joven escultor Sr. Blay en el Salón Parés.

Miss Julia Neilson, célebre actriz inglesa en el papel de «Hypatia.» - En nuestra sección de *Miscelánea* dimos oportunamente cuenta del estreno en Londres de la tragedia *Hypatia*, para la cual dibujó las decoraciones y los figurines de los trajes el eminentente Alma Tadema. Hoy publicamos el retrato de la actriz inglesa Miss Julia Neilson, encargada del papel de protagonista, y que siendo aún muy joven, pues sólo cuenta vienticuatro años, ha logrado llegar á uno de los primeros puestos en el arte escénico de su país. A raíz del estreno de la obra, los periódicos londinenses dedicáronle grandes elogios por su maestría en representar, por su belleza y por la propiedad con que supo caracterizar el personaje que le había sido encomendado: de estas dos últimas cualidades podrán convencerse nuestros lectores con sólo contemplar su retrato, en el cual también se descubre ese algo indefinible que revela á la actriz de alto vuelo.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Al bajar, cuando pasaba delante de un rincón en el cual Anie había instalado su taller adornándolo con algunas bandas de seda y de terciopelo, vió á su hija delante del cuadro concluído últimamente y cerca de ella á un hombrecillo joven aún, pero calvo y con gafas, en quien reconoció á René Florent, redactor principal de *La Montaña*. Quince días hacía que se hablaba en casa de esta visita del escritor. ¿Vendría, ó no vendría? Aunque su crítica fuera generalmente altanera y desdeñosa, negativa de ordinario cuando no inspirada en la ruin pasión de la envidia; aunque *La Montañaa*, periodiquito de localidad, no se leyese más que en Montmartre ó en Batignolles por sus personalidades y sus villanías, Anie deseaba que en el periódico se dijese algo de su cuadro. Aunque se hablase mal, siempre sería á modo de una consagración. Varias veces Anie le había invitado valiéndose de amigos comunes; René había prometido siempre ir, pero nunca había ido.



Esto es muy bonito, pero es necesario algo más que esto para imponerse

Ahora ¿cuáles serían su impresión y su juicio? El hombrecillo se irguió cuanto pudo, y retrocediendo dos pasos, como buscando mejor punto de vista, dijo sin advertir que el padre de Anie escuchaba:

– Si usted cuenta con este trabajito para vencer la indiferencia del público y producir algún ruido es necesario que renuncie usted á sus ilusiones. Esto es muy bonito, quizás demasiado bonito; pero es necesario algo más que esto para imponerse.

Como Anie al escuchar aquella opinión tan brutalmente manifestada no pudiese reprimir un movimiento, René la miró y dijo:

– ¿Lo que digo ha disgustado á usted? Se me ha traído aquí para que diga mi opinión y la digo. Es mi profesión, mi razón de ser, la misión de que estoy encargado la de atajar las vocaciones que no me parecen bastante fuertes para salir de los moldes gastados y comenzar una marcha gloriosa por nuevos senderos. Faltaría yo á los deberes que para conmigo mismo tengo si no dijese á usted lo que pienso. Trabaje usted, trabaje usted mucho si tiene usted ánimo durante muchos años.

Al decir esto estaba muy serio, figurándose de buena fe que todo el que tuviese en su mano un pincel ó una pluma era una especie de procesado sometido á él solamente por el hecho de haberle dado el capricho de fundar *La Montaña*, y que todos aquellos cuyas obras no le gustaban eran criminales á quienes René tenía el derecho de aplicar todos los rigores de un código que él mismo había promulgado para su uso.

En este momento vió Anie á su padre:

– ¿Has oído?, le dijo acercándose á él.

– Dispensen ustedes mi franqueza, dijo Florent algo contrariado; no me es posible dejar de ser franco ni aun cuando hablo á una señora.

– Esa franqueza, dijo Anie, no puede sorprender á mi padre, porque hace diez minutos estaba yo diciéndole eso mismo que usted me ha dicho.

Algunas personas se aproximaron en esto y Florent no tuvo tiempo para justificar su sentencia, lo cual habría hecho él seguramente, agravándola con resultandos y considerandos.

En la sala principal y en el comedor se oía ya un murmullo de voces que indicaba cuán numerosos eran ya los llegados; todavía no se necesitaba sin embargo de que el padre se sentase al piano, porque al baile habían de preceder algunos trozos de música, un monólogo y un diálogo, con todo lo cual se formaba un programa completo. 1.° Una niña de siete años, á la cual había empeño en acreditar de prodigio, ejecutaría el *Adiós* de Dussek. 2.° Un alumno de un alumno del conservatorio, en quien se había manifestado una vocación dramática irresistible á la edad de cincuenta y tres años, diría, cobijándose bajo un paraguas, un monólogo que, á juicio del mismo interesado, era extraordinariamente gracioso. 3.° Por último, un profesor de declamación, que hacía poner en sus tarjetas de visita

FULANO DE TAL
Sobrino del Sr. Michalón, individuo de la Academia de Ciencias

representaría con dos de sus discípulos la escena de *La caverna perdida* de los *Burgrabes*, no porque esta escena fuese á propósito para una sala, sino porque el sobrino del individuo de la Academia de Ciencias era aficionado á representar cosas grandes.

La señora de Barinq no bien advirtió la presencia de su marido acercóse á él con viveza, y con algunas palabras rápidas le recomendó el cumplimiento de sus deberes de amo de casa.

¿Qué había hecho en tanto tiempo? ¿En qué pensaba? ¿Se proponía dejar para ella las cargas y los cuidados de todo? Barincq obedeció; fué de un grupo á otro grupo repartiendo apretones de manos entre los recién llegados y dirigiéndoles algunas palabras de agradecimiento. Como el padre de Anie se esforzaba en cubrir su rostto con una máscara de satisfacción y en mostrar solamente miradas alegres, creyó notar que todos le contestaban con señales de simpatía, cuyo calor no pudo menos de sorprenderle.

La razón sin embargo era muy sencilla: reducíase todo á que la señora de Barincq había hablado ya del grave disgusto que amenazaba á la familia y que cada uno repetía acomodándolo á las circunstancias: su cuñado había sido acometido en su castillo de Ourteau en el Bearne por un ataque de apoplejía, y el telegrama que habían recibido pocos minutos antes los tenía angustiados por la incertidumbre y la zozobra, porque hasta el día siguiente no podían conocer las consecuencias del ataque; realmente Barincq era el único heredero legítimo de su hermano, que no se había casado nunca; pero la esperanza de heredar cien mil francos de renta no era bastante para mitigar su disgusto; sería menester por lo tanto perdonarle si manifestaba en su fisonomía alguna inquietud ó preocupación triste y fingir que no se notaba; Barincq quería entrañablemente á su hermano mayor.

Estas pocas palabras habían corrido de boca en boca y nadie hablaba ya sino de la suerte de Anie.

– ¡Cien mil francos de renta!

– ¡En Gascuña!

– Supongamos que sean sólo cincuenta mil; dejémolos reducidos sólo á veinticinco mil: siempre es muy bonita fortuna para una muchacha que se veía obligada á inventar adornos de papel para sus trajes.

– Si usted supiera…

Esta que sabía había prendido con alfileres aquella misma noche en la única falda de seda blanca de su hija una sobrefalda de tul rosa para reemplazar el tul violeta, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo que sucesivamente habían adornado aquella falda misma en el transcurso de dos años; durante tres horas la paciente había permanecido de pie sin quejarse; por eso hablaba elocuentemente sobre los artificios y penalidades de tocador á que están condenadas las madres pobres, que á pesar de serlo llevan á sus hijas á la sociedad y se empeñan en que hagan buen papel en ella. «A Dios gracias, decía esta buena señora, yo no estoy en esa situación; pero eso no quita para que conozca y compadezca los terribles apuros de esta buena señora de Saint-Christeau.»

Entretanto el prodigio en miniatura, á quien todo esto importaba muy poco, estaba ocupándose en hacer que colocaran encima de una silla almohadones y más almohadones para colocarse á la altura del piano; cuando hubo bastantes se la colocó encima y se vieron colgando sus piernecitas torcidas, que por no ejercitarlas habían quedado sumamente delgadas; una vez colocada en aquel monte de almohadones la chiquilla, paseó por la sala una mirada que venía á ser como la orden de atenderla; después, y á una señal de su madre, la niña comenzó á tocar y Barincq se fué al vestíbulo para relevar á su mujer y recibir á los rezagados.

Entre estos, ¿no habría alguno con el cual tuviese Barincq bastante confianza para pedirle prestados los cien francos necesarios si había de hacer aquel viaje? Tal fué la pregunta que Barincq, cada vez más angustiado, se dirigió á sí mismo repetidamente durante la hora larga en que permaneció recibiendo convidados. Pero cuando al fin hubo de volver al salón para sentarse al piano, no había encontrado nadie á quien dirigir su solicitud con probabilidades de buen resultado: uno era tan pobre como él; otro, aunque tuviese repleta la bolsa, era seguro que no querría abrirla nunca.

Con los ojos clavados en su hija, que se apresuraba á proporcionar pareja á los bailarines que no la tenían, esperaba Barincq que Anie le hiciese la seña de principiar, y la sonrisa cariñosa que al fin le dirigió su hija fué para el padre dulce consuelo; la expresión de aquella mirada tenía tal ternura que el corazón del pobre padre se dilató y Barincq dió principio con entusiasmo á los rigodones de la *Mascotta*.

A los rigodones siguió un vals, á éste una polca; y hubo después otras polcas y otros valses y otros rigodones. Barincq, medio oculto en el hueco de una ventana, veía agitarse á los bailarines delante de él, y entre todo aquel torbellino sólo tenía miradas para su hija. ¡Cuán hermosa le parecía sonriendo á todos, con sus ojazos expresivos, su rostro animado y sus labios temblorosos! Era verdaderamente maravillosa la flexibilidad de su cintura y maravillosas le parecían también la viveza y la gracia de sus movimientos. Encontraba, por el contrario, feos y deslabazados, mal hechos ó torpes á los bailarines que la acompañaban, en algunos de los cuales hallaba todos esos defectos juntos. ¡Y alguno de esos quizás sería el marido que Anie aceptase! No había en la amargura de estas reflexiones ni sombra siquiera de celos paternales; nunca Barincq había experimen-

tado dolor al pensar que su hija le abandonaría para seguir á un marido y vivir dichosa al lado de un hombre que tomaría el sitio que hasta entonces solamente había ocupado el padre. Pero el marido soñado por Barincq para su hija no se parecía en nada á los que desfilaban ahora ante él, porque el amoroso padre había visto aquel marido ideal á través de su hija y en relación con ella, es decir, joven, elegante, robusto, de carácter entero y de naturaleza honrada y franca como la de Anie.

¡Ay! ¡Qué poco se parecían á ese tipo los bailarines que estaba viendo!

Y sin embargo, sonreía á todos; les hablaba amable y graciosa; les escuchaba como si le interesase lo que decían. Era, pues, evidente que Anie los aceptaba lo mismo á unos que á otros con indiferencia absoluta, al de más acá lo mismo que al de más allá; exigiendo de ellos una sola condición: la de marido. Y ese marido la modelaría á su imagen, le impondría sus gustos, sus ideas, su género de vida.

Si solamente el ver á sus futuros yernos le hacía daño, las palabras de estos presuntos aspirantes á la mano de Anie hubiesen indignado aún más hondamente al Sr. Barincq en el caso de que hubiera podido oirlas.

La historia del hermano próximo á morir en Bearn había cundido y se aceptaba por todos, bien es verdad que casi nadie había dado crédito á la cifra de los cien mil francos de renta; pero todos admitían la existencia de una fortuna heredada que venía á cambiar de todo en todo la situación de Anie, situación que ya no era la de una pobre muchacha sin dote, condenada á soportar escaseces toda su vida y á no casarse nunca. Peligrosa pocos momentos antes, peligrosa hasta el extremo de que no existiese un joven que no se manifestase con ella reservado y á la defensiva, habíase convertido repentinamente en una muchacha apetecible, en un partido codiciable; su misma hermosura había cambiado de carácter; nadie pensaba ya en discutirla ni en rebuscar sus defectos, era deslumbradora, irresistible; á todos parecía ya un milagro de belleza y un tesoro de encantos.

René Florent, el severo crítico, había sido el primero en revelar á la señorita Barincq este cambio, cuando la niña prodigio acababa de tocar el piano. René había aprovechado el tumulto producido por los aplausos para aproximarse á Anie y pedirle el primer rigodón. ¡El crítico acre y desdeñoso también bailaba! Anie sorprendida le contestó que aquel rigodón ya estaba concedido á otro. René insistió, manifestando que no podía permanecer allí mucho tiempo, porque en aquella misma noche necesitaba presentarse todavía en dos ó tres reuniones á las cuales había prometido asistir, y que tenía verdadero empeño en bailar con ella, porque este era un modo de demostrar el gran aprecio que el crítico hacía del gran mérito de la artista, y nada debe desaprovecharse en los albores de una carrera.

Aunque Florent no hubiese llegado todavía á esa edad en que ya no se baila, aquella era la primera vez que Anie le veía buscando una pareja, lo cual no dejó naturalmente de extrañarla en un hombre entonado y serio que, como se dice vulgarmente, oficiaba siempre de pontifical. No bien se hubo separado de ella el adusto crítico, apresuráronse á rodearla otros muchos bailarines; Anie jamás había alcanzado éxito igual ni aun parecido. ¿Lo debería á la originalidad de su traje?

Pero su conversación con Florent mientras bailaban el rigodón le hizo comprender que su caprichoso y fantástico vestido ninguna relación tenía con la repentina amabilidad del crítico.

– He debido parecer á usted excesivamente severo hace poco, dijo Florent con un tono muy amable que Anie no le conocía.

– No, severo no; justo nada más.

– Me pregunto á mí mismo si esta necesidad de justicia que existe en mi alma no me ha hecho caer precisamente en injusticia; no he hablado sino de lo que tenía delante de mis ojos, y es evidente que en usted hay algo más que eso; y ese algo debería yo haberlo separado de lo otro.

En este momento las exigencias de las figuras del baile alejaron á la joven de su pareja; cuando René Florent volvió á encontrarse al lado de Anie continuó diciendo:

– Lo que ha faltado á usted hasta ahora ha sido una dirección sólida y firme que la libre de las contrariedades de sus diferentes maestros. Seguro estoy de que con una dirección así no tardaría usted en abrirse camino y ocupar un puesto envidiable; tiene usted condiciones sobradas para ello.

– Sí, pero ¿cómo y dónde podré hallar esa dirección?, preguntó Anie.

– ¿Quién no se consideraría dichoso poniendo al servicio de una organización tan privilegiada como la de usted todo lo que él supiese? Este sería un casamiento como cualquiera otro; pero ya reanudaremos esta conversación si no tiene usted inconveniente.

El rigodón había concluído; René acompañó á su pareja hasta su asiento, y una vez allí se despidió de ella saludándola con tal deferencia, que dejó estupefactos á cuantos le vieron.

¿Qué significaban aquel lenguaje extraordinario y esta inexplicable actitud en un hombre como René? Anie no había conseguido aún encontrar para estas preguntas contestación satisfactoria, cuando otro caballero se acercó á sacarla para la polca que seguía al rigodón.

Este pertenecía á un género diametralmente opuesto al de Florent; era tan amable, tan dulce, tan risueño cuanto el crítico era adusto y áspero. En la sociedad que Anie conocía, más de una muchacha se habría alegrado – y aun alguna lo habría pretendido – conquistarle para esposo, pero ninguna había perseverado en sus propósitos, porque todas reconocían muy pronto que si bien el joven era de una elocuencia inagotable en el terreno de la galantería, se transformaba repentinamente en sordo-mudo cuando advertía peligro de resbalar hacia el campo de las cosas serias; ofrecía su corazón fácilmente y con mucha frecuencia; su mano, nunca; y cuando le acosaban demasiado declaraba con toda franqueza que no es posible razonablemente pensar en casarse á un empleadillo del municipio.

Después de haber dado algunas vueltas bailando, el joven condujo á la señorita Barincq al vestíbulo, y deteniéndose allí le dijo en tono melifluo que revelaba cierta tristeza:

– Perdóneme usted si estoy un poco preocupado esta noche: he recibido malas noticias de mis padres.

Aquella era la primera vez que el joven hablaba de sus padres, y además Anie no había echado de ver en el rostro de su pareja el menor indicio de preocupación: miró, pues, con asombro al joven, que continuó diciendo:

– Mi padre ha sufrido últimamente un segundo ataque, y mi madre ha caído en una debilidad extremada. Temo perder á los dos de un momento á otro. ¿Quiere usted que demos otra vuelta?

Aquella vuelta duró poco y el diálogo se reanudó donde se había interrumpido.

– Esto ha de producir cambios muy radicales en mi existencia, porque si yo he rehusado casarme hasta ahora, no es porque obedeciese á un sistemático aborrecimiento contra el matrimonio; pero ¿cómo puede casarse el que no tiene una posición digna que ofrecer á su esposa? Sin ser precisamente ricos mis padres viven con desahogo, y si, como todo me lo hace temer, llego á perderlos podré realizar ensueños de bienandanza que desde hace mucho tiempo acaricio.

Y acompañando á su pareja hasta el salón dijo:

– Mis padres han disfrutado siempre de excelente salud, salud que me han transmitido como herencia.

¿No era esto realmente un esbozo de solicitud matrimonial? ¡Pero entonces las extrañas palabras de René Florent podían ser otra declaración en boceto!

El Sr. Barincq tocaba entonces el preludio de un vals, y el joven á quién Anie había prometido aquel vals se acercó á ella ofreciéndole el brazo.

Aquella era la primera vez que este joven asistía á una fiesta de la calle del Abreuvoir, y había sido para la señora Barincq y hasta para Anie una preocupación grande la de saber si aceptaría ó no aceptaría el convite; habíase hecho de él un personaje porque figuraba como literato y con una multitud de títulos que significaban su condición de oficial de instrucción pública y caballero de varias órdenes extranjeras en ese *Todo París* de que hablan en los periódicos los revisteros de salones. En puridad aquel joven no había publicado nunca el libro más insignificante y sus cruces habían sido ganadas, como confesaba él mismo en sus horas de modestia, *por relaciones*, es decir, por haber acompañado á los establecimientos de fotografía á personajes extranjeros de algún viso que le recompensaban el trabajo de acompañarles con una condecoración de su país, mientras que por su parte el fotógrafo le pagaba el corretaje con un luis ó con cien francos según la categoría del cliente ó la importancia del encargo.

También este joven, después de haber dado en el salón algunas vueltas, salió con Anie al vestíbulo, que decididamente era el sitio de las declaraciones; y allí, deteniéndose de pronto, sin preparación alguna y con una voz que á consecuencia de la agitación del vals parecía balbuciente, le dijo:

– Señorita, ¿es usted aficionada á la política? En las elecciones próximas tendré justamente la edad necesaria para ser diputado, y como el ministro de la Gobernación, que es primo mío, me ha prometido el apoyo del gobierno, estoy seguro de que seré elegido. Una vez diputado llegaré muy pronto á ministro. La mujer de un ministro representa bastante, y cuando es hermosa, de talento, distinguida, ocupa jerarquía envidiable. ¿Quiere usted que sigamos bailando?

Y sin pronunciar otra palabra más, volvieron al salón valsando.

Lo que al principio era incomprensible y vago comenzaba ya á determinarse con exactitud y se explicaba; creíasela heredera de su tío y buscaban vez para casarse con aquella herencia.

Cuando fuese conocida la verdad, ¿qué harían aquellos pretendientes tan afanosos ahora? El matrimonio de Anie, ya difícil, se habría dificultado más aún, porque nadie se consuela con facilidad de tan terrible desengaño.

VI

Hasta las doce permaneció Barincq sentado al piano, y sin darse punto de reposo tocó con la energía y el entusiasmo de un músico de profesión que tratase de merecer una gratificación sobre la paga estipulada; oyéndole podía creerse que no pensaba en otra cosa que en dar gusto á sus convidados, y esto precisamente daba materia á mil comentarios, en los cuales escaseaba la simpatía.

– Bien nos hace bailar el Sr. Barincq.

– Y con un brío admirable.

– Más admirable aún si se tienen en cuenta las circunstancias.

– La señora de Barincq me ha dicho que su esposo quiere entrañablemente al enfermo.

– El pensamiento de heredar desvanece el recuerdo de su hermano.

Sin embargo, en los breves momentos de reposo que mediaban entre un baile y otro baile, alargábase el rostro del Sr. Barincq, se bajaban sus labios, y cuando Anie le miraba leía en sus ojos la preocupación sombría que en más de una ocasión le hubiera hecho olvidar lo que estaba haciendo, si su hija no se lo hubiese recordado con sólo colocar naturalmente la mano encima del atril del piano; entonces el Sr. Barincq ejecutaba más ruidosamente que nunca algunos compases, como si aquel sencillo movimiento de su hija le hubiera hecho despertar, y continuaba tocando hasta que su nuevo descanso le permitía tornar á la preocupación que pesaba sobre su alma.

Su pensamiento era siempre el mismo: ¿no encontraría manera de ponerse en marcha en el primer tren de la mañana? Entre esas personas á quienes estaba divirtiendo, ¿no encontraría una que le prestara el dinero necesario para el viaje?

A cosa de las doce el prodigio en miniatura que no bailaba, pero que se divertía viendo bailar, se durmió, y entonces su madre la acostó en un diván que había en el taller de Anie y quiso alternar con Barincq en la tarea de tocar el piano: esto concedió al amo de la casa alguna libertad para acercarse á las personas cuya bolsa y cuya buena voluntad sólo había podido tentar desde lejos hasta entonces.

Desgraciadamente Barincq había sido siempre de una timidez invencible cuando se trataba de pedir algo, y las condiciones en que había de aventurar su tentativa la hacían casi imposible para él: entre aquellas gentes no veía ni un solo amigo; personas había de las cuales hasta el nombre ignoraba. ¿Cómo dirigirse á ellos, explicarles lo que deseaba y conmoverlos?

Por último se decidió á pedírselos á la esposa de un inventor de productos farmacéuticos, con la cual creía Barincq hallarse en buen predicamento por haber prestado muchas veces algunos favores al marido en la *Oficina Cosmopolita*: en la actualidad rica, aquella señora había conocido la pobreza en toda su desnudez hasta el extremo de que su hija se viese reducida durante diez años á presentarse para lucir su habilidad en los *cafés cantantes* de más ínfima categoría. Barincq pensaba que estas circunstancias la harían más sensible á las desgracias ajenas; además, ¿qué significaban para ella cien francos?

Decidido á intentar la aventura con aquella señora, la acompañó al vestíbulo, y allí mientras ella saboreaba lentamente una jícara de chocolate que Bernabé

la había servido, el Sr. Barincq, con temores y vacilaciones que ahogaban la voz en su garganta, manifestó lo que deseaba.

Pero justamente porque aquella señora había conocido de cerca la miseria, tenía ya adquirido un olfato finísimo para adivinar desde las primeras palabras lo que se había de convertir en una petición de dinero ó, como el vulgo suele decir, en un *sablazo*. ¡Cómo! ¿Aquel presunto heredero se hallaba reducido á pedir préstamos con tanta duda y tanta timidez cuando podía levantar tanto la voz? Era indudable que existía en esto alguna cosa no muy clara. Se ve con frecuencia que enfrente del heredero legítimo aparece el heredero elegido por el testador; convenía por consiguiente estar sobre aviso.

Apenas había empezado á bablar el Sr. Barincq de su hermano, ya le interrumpió su interlocutora. Era verdaderamente heroico aquel sacrificio de tocar el piano para que bailasen los amigos en aquellos momentos. ¡Qué valor y cuánta fuerza de voluntad! Ella misma había estado mirándolo mientras tocaba, y al adivinar los esfuerzos que Barincq hacía para dominarse, había sentido lágrimas en los ojos. No era ella seguramente la que, imitando á ciertas personas, censurase aquella diversión en circunstancias tan crueles.

Barincq, animado por aquellas palabras, se fué sin grandes rodeos al asunto del préstamo; pero entonces la señora había manifestado verdadera pena. ¡Qué contrariedad no llevar más que algún dinero suelto en el portamonedas! Afortunadamente todo podía tener arreglo si él quería tomarse la molestia de visitarla al día siguiente hacia las doce de la mañana: para esa hora habría ya hablado ella con su marido y ambos tendrían muchísimo gusto en poner á la disposición de Barincq el dinero que le fuese necesario; advirtiendo que señalaba aquella hora porque su marido, por hallarse algo quebrantado en su salud, se levantaba después de las once y media.

Como Barincq había empezado por decir que se pondría en camino á las nueve de la mañana, la negativa no podía ser más clara ni permitía volver sobre el asunto; se limitó por consiguiente á dar las gracias por el ofrecimiento, y cuando la señora hubo tomado su jícara de chocolate la acompañó al salón preguntándose con ansiedad á quién podría dirigirse.

Barincq daba vueltas y revueltas en su imaginación á este asunto, lanzando miradas vagas que se perdían en el espacio, cuando Bernabé, que iba de un grupo á otro grupo con su bandeja en las manos, le suplicó por señas que fuese con él á la cocina; Barincq le siguió en efecto.

El embarazo de Bernabé fué entonces tan visible, que Barincq temió algún contratiempo.

– ¿Qué le ocurre á usted? ¿Ha roto usted alguna cosa?

– Sí, una vasija, pero ahora no se trata de eso.

– ¿Pues de qué se trata?

– Cátalo aquí: he oído, sin querer, que está usted algo apurado para hacer su viaje; si la dificultad es sólo de dinero, yo puedo darle á usted mañana por la mañana doscientos francos y lo haré de muy buena gana, puede usted creérmelo; cuando todos hayan marchado iré á buscarlos y se los traeré á usted.

Al escuchar aquellas sencillas palabras sintió Berincq que se le humedecían los ojos; antes de que hubiera podido sobreponerse á su emoción, ya Bernabé había desaparecido con su bandeja.

Cuando volvió á ocupar su sitio al piano, los concurrentes que se habían asombrado de que el padre de Anie tuviese ánimos para hacerles bailar convinieron en que realmente la alegría del heredero era escandalosa: ¡qué demonio, uno debe llorar á su hermano! Por lo menos el bien parecer exige que no se alegre en público de su muerte.

Entretanto Barincq sólo en una cosa pensaba; en arreglar su maleta con tiempo bastante para no perder el tren de las nueve de la mañana. Porque es claro que para nada podía contar con su mujer, la cual rendida de cansancio cuando los últimos convidados se marchasen ya bien entrado el día, sólo tendría fuerzas para meterse en la cama.

A cosa de las tres de la madrugada alguien tuvo la amabilidad de reemplazarle, y entonces Barincq subió á su cuarto, y allí, después de haberse quitado el frac y el chaleco, alcanzó una maleta de cuero muy vieja que no le había servido hacía ya quince años. ¡En qué estado la encontraría! Cubierta de polvo y agrietada, le faltaba una correa, no parecía la llave; pero de todos modos y bien que mal podía servir todavía.

Como Barincq sólo había de permanecer en Ourteau el tiempo estrictamente necesario para el sepelio de su hermano, necesitaba poca ropa blanca: una camisa, algunos pañuelos, la corbata; pero le fué muy difícil encontrar una camisa medio pasadera y aun tuvo necesidad de afirmar todos los botones de la que eligió después de examen detenido. Afortunadamente el frac, el chaleco y el pantalón negro habían sido repasados para el baile de aquella noche y podían pasar perfectamente para presidir el duelo; Barincq, por consiguiente, no penetraría como un menesteroso en aquella iglesia antigua en que siendo niño ocupó tantas veces cerca de su padre y de su hermano el puesto de preferencia, ni tendría que ruborizarse por su pobreza bajo las miradas curiosas de sus amigos de la infancia.

Solamente en lo que llaman gran mundo, donde los bailes se verifican con frecuencia y aun podría decirse que empalman unos con otros, ocurre que los invitados entren tarde y se retiren pronto; en ese otro mundo en el cual las ocasiones de divertirse no se presentan todas las noches, se aprovechan con cierta especie de avaricia las pocas de que puede disfrutarse; á éstas los convidados llegan temprano siempre y no acaban de irse nunca. Esto sucedió á los convidados de la señora de Barincq: al salir el sol estaban bailando todavía; fué preciso para despedirlos el frío y se necesitó también la dura luz de la mañana que nada respeta de lo que respetan y ocultan las luces artificiales; además los concurrentes empezaban á sentir el hambre más aún que el cansancio, y ya hacía dos horas que Bernabé, después de haber desocupado todas las botellas y todas las soperas, de haber limpiado completamente el hueso del jamón, de haber raspado la cuchara de la manteca, sólo podía ofrecer jarabe de grosella muy cargado de agua, lo cual era insuficiente.

Por último, á las seis el vestíbulo quedó desocupado; el padre, la madre y la hija se encontraron solos mientras que Bernabé, en la cocina, estaba disponiéndose á marchar.

– Vamos á acostarnos, dijo la señora de Barincq; me parece que hemos ganado muy bien algunas horas de sueño.

Entonces Bernabé se acercó discretamente al Sr. Barincq y le dijo en voz baja:

– Estaré aquí dentro de un cuarto de hora; el tiempo necesario para ir y volver.

Aunque, según se ha dicho, Bernabé habló al Sr. Barincq en voz baja, la señora le oyó.

– ¿Para qué asunto tiene que volver Bernabé?, preguntó á su marido.

Este hubiera preferido que su mujer no le hubiera dirigido esta pregunta, pero no pudo dejar de contestarla: refirió, pues, lo que había sucedido: su petición, la negativa con que había sido acogida, el ofrecimiento de Bernabé.

La señora de Barincq terriblemente indignada levantaba al cielo sus manos temblorosas.

– ¡Aceptar préstamos de un criado!, exclamó. ¡Ya no nos faltaba más que esto!

– Bernabé ha procedido en este caso como un buen amigo, dijo Anie procurando calmar á su madre.

– ¿Vas á defender ahora á tu padre?, gritó la señora de Barincq; más juicioso sería que le preguntases cómo piensa devolver ese dinero.

Sin esperar á que este llamamiento á la intervención de su hija produjese sus naturales efectos, la señora de Barincq se volvió hacia su marido y le preguntó:

– ¿Y cuándo te propones partir?

– A las nueve y media.

– ¿De esta mañana?

– No tengo sino el tiempo justo para llegar mañana á la hora del entierro.

¡Y nos dejas en medio de este desorden y sin nadie que nos ayude! ¿Cómo vamos á salir de esto? Yo estoy muerta de cansancio y de sueño.

– Por eso no pases cuidado, mamá, dijo Anie; no iré hoy al taller y antes de esta noche lo tendremos arreglado todo.

– Si tomas el partido de tu padre nada tengo que decir. Adiós.

Sin pronunciar una palabra más la señora de Barincq abandonó el vestíbulo y subió al piso principal.

– ¿No llevas nada?, preguntó Anie cuando se quedó sola con su padre.

– He arreglado mi maleta y la he bajado; voy á poner en ella mi frac y estoy dispuesto.

– ¿Sin almorzar?

– Me ha dicho Bernabé que no queda nada.

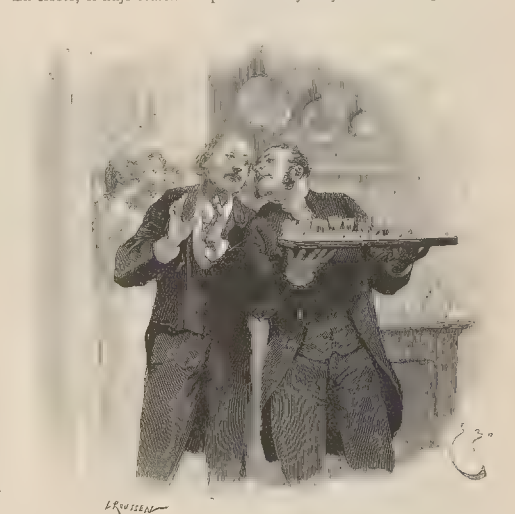
– Voy á hacerte café; entretanto vendrá la panadera.

– Cuando Anie se dirigía á la cocina, Barincq la detuvo diciéndole:

– ¿Vas á encender lumbre estando vestida de ese modo?

– Mi traje, contestó ella mirándose, tiene muy poco que perder.

En efecto, el traje estaba completamente ajado y casi se caía á pedazos, sobre



Si la dificultad es sólo de dinero, yo puedo darle á usted mañana por la mañana doscientos francos

todo alrededor del talle, donde se veían marcados los toscos dedos de los bailarines.

– Puede incendiársete, dijo el padre.

– Pues bien: voy á desnudarme y vuelvo en seguida.

– Mejor harías acostándote.

– ¿Crees que estoy cansada por una noche de baile? A mis años eso sería vergonzoso.

Cuando Anie, después de despojarse de sus galas de fiesta, bajó al vestíbulo, encontró á su padre que se había puesto también el traje de diario disponiéndose á cerrar su maleta. Entonces Anie puso fuego al carbón y colocó encima una tartera con agua; después abrió la puerta del jardín.

– ¿Adónde vas?, preguntó el padre.

– Me ha ocurrido una idea.

Muy poco tiempo después volvió con aire de triunfo y muy alegre trayendo un huevo en cada mano.

– Me parecía haber oído cantar á las gallinas, dijo; á lo menos no saldrás ayuno de casa; dos huevos frescos, una taza grande de café caliente te repondrán un poco de las fatigas de esta noche, mucho más duras para ti porque estaban acompañadas de la tristeza. ¡Pobre papá! Te juro que he tenido compasión de ti, una compasión que me llegaba al alma y que en más de una ocasión me echaba en cara á mí misma el sacrificio que yo te imponía haciéndote tocar, para que bailásemos, esos valses y esas polcas que no podían menos de acrecentar tu sentimiento.

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

En los álbumes de Muybridge el documento auténtico es entregado al artista con singular facilidad, y las imágenes, aunque obtenidas con aparatos múltiples, no están sensiblemente afectadas por esta diferencia de perspectiva porque los aparatos pudieron ser colocados á una distancia suficiente para que fuese poco sensible este defecto.

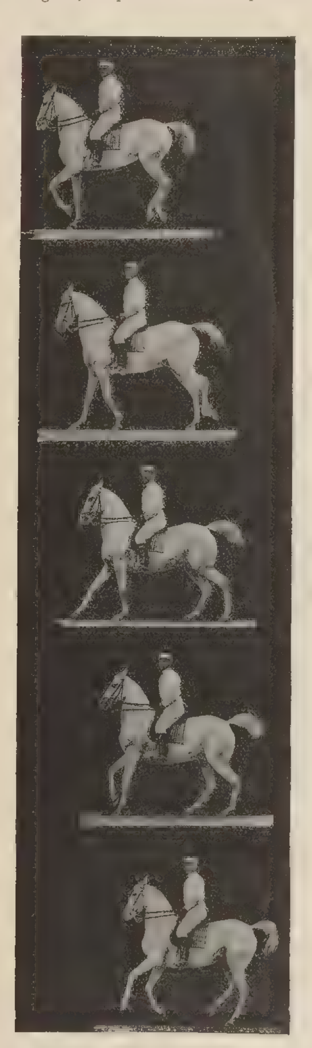


Fig. 27. Caballo al trote corto. La sucesión de las imágenes se ha de mirar de abajo arriba

La cronofotografía sobre tira pelicular en movimiento produce imágenes más claras todavía á causa de la brevedad del tiempo de exposición que sólo pueden dar los obturadores rotativos.

La fig. 27, que representa un caballo corriendo al trote corto, ha sido tomada sobre un campo obscuro y en un caballo blanco; y aunque estas condiciones no son indispensables, puesto que también se puede operar sobre un campo luminoso, dan á las imágenes un modelado que hace resaltar mejor los relieves de los músculos, de los tendones y aun de las mismas venas.

Entre las actitudes representadas hay una, la inferior, que se encuentra con frecuencia en los frisos del Partenón, pero se encuentran otras que el arte no había representado todavía. ¿Serían estas últimas defectuosas desde el punto de vista artístico? Más bien creemos que no habían sido aún advertidas por los artistas, y que si á primera vista parecen algo extrañas es porque aún no estamos acostumbrados á verlas representadas.

VIII. – LOCOMOCIÓN ACUÁTICA

Los animales terrestres encuentran en el suelo un punto de apoyo sólido; en ellos, los diferentes tipos de locomoción se relacionan siempre con el siguiente mecanismo: un esfuerzo más ó menos brusco de los miembros tiende á rechazar el suelo en un sentido y el cuerpo del animal en el sentido inverso; pero como el suelo presenta una resistencia casi absoluta, todo el efecto de la acción muscular se produce sobre el cuerpo del animal.

Muy distinta es la locomoción de los animales acuáticos: para ellos el punto de apoyo es un líquido que se mueve y que consume inútilmente una parte mayor ó menor del trabajo muscular ejercitado.

Todos los géneros de propulsores que el hombre cree haber inventado para navegar, tales como velas, remos, espadillas, los encontramos en alto grado de perfección en los órganos locomotores de los animales acuáticos; y si bien la hélice, como movimiento rotatorio no se observa en la naturaleza orgánica, hay por lo menos en ésta ciertos movimientos ondulatorios del cuerpo ó de la cola de los peces, que tienen cierta analogía con ella desde el punto de vista de su función.

Además, los animales acuáticos presentan una multitud de medios de propulsión que el hombre no ha empleado nunca y cuya imitación podrá intentarse con ventaja.

Sin pretender enumerar todos los varios modos de progresión que se observan en los seres acuáticos, pueden citarse los siguientes:

Progresión por reacción cuando el animal proyecta un chorro de líquido: pulpo, medusa, larvas de ciertos insectos, moluscos bivalvos;

Proyección por medio de órganos que encuentran una resistencia desigual en las dos fases de su movimiento: comátulas, crustáceos, etc.;

Progresión por efecto de una onda que se propaga á lo largo del cuerpo en sentido inverso á la traslación del animal: anguila y peces prolongados;

Progresión por choques alternativos de una paleta flexible: carinaria, aleta caudal de la mayor parte de los peces.

La invención del acuario ha permitido estudiar los diversos tipos de la locomoción acuática. Pero en éstos, como en los demás movimientos de los animales, el ojo humano es á menudo incapaz de seguir las fases de estos actos rápidos y complicados.

Veamos qué resultado nos han dado las primeras tentativas de aplicación de la cronofotografía en esta materia todavía poco conocida.

Los modos de operar varían mucho según las circunstancias.

En los casos más sencillos se asesta el objetivo á un acuario transparente incrustado en la pared de una habitación: un reflector de tela blanca, convenientemente inclinado y que recibe la luz solar, forma un fondo luminoso sobre el cual destácanse en silueta los animales; se recoge una serie de imágenes sobre película móvil y se obtiene la sucesión de las actitudes que corresponden á las fases sucesivas del movimiento que se quería conocer. La mayor dificultad consiste en obligar al animal á moverse en un espacio limitado á fin de que no salga del campo que proyecta su imagen sobre la placa sensible.

Después de haber trazado sobre la pared del acuario cuatro líneas que limitan el espacio visible en las imágenes, se acecha el instante en que el animal atraviesa ese campo. Con tal que este paso no dure menos de un segundo, es fácil recoger una serie de 20 ó 30 imágenes, lo que basta, por regla general, para recoger las fases del movimiento (1).

La medusa (fig. 28) es de fácil estudio: la transparencia de sus órganos hace que la silueta muestre algunos detalles de los órganos interiores.

Por medio de un palo introducido en el acuario se lleva á la medusa al campo adonde está asestado el objetivo, y entonces se ve cómo su cuerpo ejecuta contracciones y aflojamientos alternativos: estos movimientos expelen cada vez cierto volumen de agua, y por la reacción propulsan al animal en sentido inverso. Si la medusa está orientada verticalmente, la propulsión se hace de abajo arriba y el animal se eleva; si está inclinada horizontalmente, la propulsión se efectúa en sentido horizontal, como sucede en la fig. 28, en la cual la medusa nada alejándose del observador. Esta disposición permite ver cómo las franjas que bordean el cuerpo de la medusa se encogen sucesivamente hacia adentro ó hacia afuera siguiendo los movimientos del agua alternativamente aspirada y expelida.

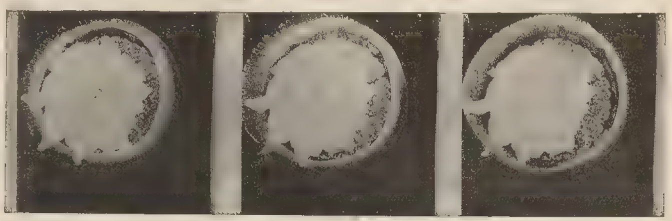


Fig. 28. Medusa que anda horizontalmente apartándose del aparato (imagen negativa)

La comátula presenta un modo de locomoción muy curioso. Fijada generalmente sobre algún apoyo sólido, como una flor en la rama que la sostiene, ejecuta con sus brazos movimientos obscuros y muy lentos; pero si se la separa de dicho punto de apoyo y si se la irrita con un bastón, se la ve, al cabo de algún tiempo, agitar sus brazos con movimiento rápido, que tiene por efecto transportar al animal lejos de los contactos importantes. Lo propio que en la medusa, la traslación se verifica en la comátula en el sentido del eje del cuerpo: si la comátula inclina oblicuamente su cáliz, se transporta oblicuamente. El mecanismo de la propulsión es el siguiente: de los diez brazos de la comátula hay siempre cinco que se levantan y cinco que se bajan. Dos brazos consecutivos están animados de movimientos contrarios: los que se levantan se acercan al eje del cuerpo y los que se bajan se apartan de él. Finalmente, durante la fase de elevación de cada miembro los cirros son invisibles, pues la resistencia del agua los pega al brazo en que están implantados; en la fase descendente, por el contrario, se apartan y encuentran en el agua una resistencia que sirve de punto de apoyo para la locomoción del animal.

La anguila y los peces que tienen análoga estructura progresan por efecto de un movimiento de ondulación del cuerpo, propagándose esta onda desde la cabeza hasta la cola. En nuestros experimentos nos ha parecido que esos animales cuando quieren andar hacia atrás dan á su movimiento onduloso una



Fig. 29. Marcha cuadrúpeda de una tortuga que nada hacia arriba

(1) Como las dimensiones de las páginas no nos consienten representar series tan largas, sólo podemos reproducir algunas muestras incompletas de estas imágenes.

dirección contraria, es decir, que la onda va de la cola á la cabeza; pero este movimiento es difícil de provocar y todavía no hemos podido fijarlo por medio de la cronofotografía.

Las tortugas acuáticas ofrecen diferentes modos de natación: unas veces es una especie de marcha cuadrúpeda con asociación diagonal del movimiento de los miembros, como el trote de un animal. Esta manera de moverse es la que representa la figura 29. En las especies exclusivamente marinas, las patas afectan la forma de aletas, ó mejor de alas rudimentarias, y los movimientos de los miembros anteriores son algunas veces simétricos como los de las alas de un pájaro, de lo cual resulta una especie de vuelo en el agua análogo al de los pájaros bobos. Este género de locomoción, que no hemos tenido todavía ocasión de estudiar por medio de la cronofotografía, aproxima, por las analogías funcionales, á los quelonios y á los pájaros por sus caracteres morfológicos.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Los apéndices al Código Civil, *por don León Bonel y Sánchez.* – Hemos recibido la entrega 8.ª de esta importante publicación, que contiene en su sección doctrinal *El sistema hipotecario Torrens*, por D. Buenaventura Agulló; *Del suplemento de legítimas* y una parte de la notable Memoria leída por D. Carlos Soldevila en la Academia de Derecho de esta ciudad acerca del libro IV del Código Civil, siendo también interesantes las materias que comprenden las secciones legal (Reglamento para la ejecución de la Ley Hipotecaria), jurisprudencia (Sentencias de la Audiencia de Barcelona y decisiones de la Dirección de Registros), cuestiones forales (continuación del fuero de Navarra) y adicional.
Suscríbese en la Administración, Fontanella, 44, por 12 entregas, al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Entrega suelta, una peseta.

Páginas infantiles, *por niños de 10 á 11 años.* – El ilustrado profesor madrileño D. Angel Bueno continúa en este libro el sistema con tanto acierto y éxito iniciado en *Escrituras libres* y *Excursiones escolares*, que tan buen fruto da en la pedagogía moderna, es decir, educar al niño mediante su conocimiento y conocerle en virtud de su propia obra. *Páginas infantiles* es una colección de narraciones interesantes escritas por niños educandos del Sr. Bueno, que merecen ser leídas: la obra ha sido editada en Plasencia por J. Hontiveros y se vende al precio de una peseta.

Crónicas de Ortigueira, *por D. Federico Maciñeira y Pardo.* – En tiempos como los actuales, en que tan poco recompensados son por regla general los hombres que se dedican á estudios verdaderamente serios, merece entusiasta aplauso el distinguido escritor gallego Sr. Maciñeira, que ha consagrado su talento y su actividad á la historia de una región de Galicia, no por abandonada menos importante, reuniendo en su libro multitud de datos curiosos y nuevos y documentos inéditos copiados del Archivo general de Simancas, del de Galicia, del de la Delegación de Hacienda de la Coruña y del Municipal de Ortigueira. Los seis artículos del libro que nos ocupa son á cual más interesantes y constituyen otras tantas páginas memorables de la historia de España. *Crónicas de Ortigueira* forma un tomo de 332 páginas, impreso en la Coruña, tipografía de *La Voz de Galicia*.


MISS JULIA NEILSON, CÉLEBRE ACTRIZ INGLESA EN EL PAPEL DE «HYPATIA»

Apuntes. Historia de varias curaciones de tuberculosis y de cáncer, *por el doctor A. Romeo Mátaro.* – Folleto en que el autor, después de ocuparse detenidamente de la evolución que ha causado en el estudio de muchas enfermedades la aplicación del microscopio, á la que en su sentir dan exagerada importancia ciertas escuelas médicas, enumera varios casos prácticos de curación de la tisis lograda por él con una linfa extraída del carnero y preparada de un modo sólo del autor conocido. Asimismo enumera algunas curaciones del cáncer obtenidas con un preparado arsenical de su invención. El íntimo convencimiento que el Doctor Mátaro abriga acerca de la indudable eficacia de sus específicos se refleja en todas las páginas del opúsculo.

Los Héroes, *por Tomás Carlyle, traducido por D. Julián G. Orbon:* segundo tomo. – Nada hemos de decir en encomio de esta obra, pues además de ser de las que por sí solas se alaban, dada la justa fama del eminente pensador inglés Carlyle, algo nos ocupamos de ella al dar cuenta de la aparición del primer tomo de la misma. En el hermoso prólogo que encabeza este segundo tomo dice el sabio escritor y profundo crítico D. Leopoldo Alas *(Clarín)*: «Con toda sinceridad declaro que uno de los libros, de cuantos he leído en mi vida, que más efecto han producido en mi ánimo y en mi pensamiento, es éste de *Los Héroes*, de Carlyle.» Después de esto, sólo diremos que la traducción merece especial elogio. Constituye este tomo el segundo volumen de la Biblioteca selecta anglo-alemana que con tanto éxito publica en Madrid D. Manuel Fernández Lasanta y se vende en las principales librerías á 2 pesetas.

Colecció de cuadros, *de Emili Vilanova.* – Nadie como Vilanova ha acertado en pintar en cuadritos ligeros, tipos, escenas y costumbres de nuestras clases media y baja, y nadie le aventaja en el uso de ese lenguaje peculiar de nuestro pueblo, lleno de gracia y con sus toques de filosofía, no por lo llana y sencilla menos digna de atención y estudio. Sus cuadros de costumbres son verdaderas joyas de nuestra literatura genuinamente catalana, y si por su forma excitan la plácida sonrisa ó la franca carcajada, hay en su fondo algo y aun algos que da qué pensar y hace sentir. La *Biblioteca popular catalana* ha coleccionado alguno de estos trabajos en el segundo de sus volúmenes, que no dudamos tendrá completo éxito, dadas su bondad y baratura, y que se vende en la dirección y administración (Muntaner, 10, Barcelona) y en las principales librerías á 50 céntimos de peseta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 24 de abril de 1893 — Núm. 591

Próximamente comenzaremos la publicación de una interesante novela de costumbres contemporáneas de la distinguida escritora Eva Canel



EN EL BAILE, cuadro de Román Ribera (Exposición Parés)



CRÓNICA DE ARTE

Cumple, antes de decir algo de lo que en el mundo del arte acontece, exponer algunas consideraciones acerca de los rumbos que esta entidad en general sigue en los momentos actuales; rumbos inciertos que acusan más que nada un estado de carencia completa de ideales y una vacilación inmensa, hija á mi entender de la falta de cerebros cuya fuerza imaginativa se imponga á los casuismos todos que en el orden científico, como en el político-religioso, como en el filosófico, invaden el mundo del pensamiento.

Por una ley ineludible, la del equilibrio, las sociedades en todo tiempo, al través de los siglos, han venido avanzando y reaccionando por modo inconsciente – con permiso de los que creen que hoy ya no sucede así, – y este continuo flujo y reflujo muéstrase en los últimos años del siglo actual con más fuerza que nunca, y no porque hayamos alcanzado un grado de cultura superior á aquel que habían alcanzado los pueblos de la antigüedad y de la Edad media son menos de temer las consecuencias de estas convulsiones del espíritu humano en busca del deseado equilibrio de las fuerzas sociales, necesario para entrar en el período primero de un estado de relativa perfección; que si para el tránsito de la sociedad pagana á la cristiana y de la de los siglos medios á la moderna y, dentro de ésta, de la de los privilegios á la democrática, hubo de pasarse por el derrumbamiento de una civilización, por los terrores del año mil, por las guerras religiosas y por la guillotina, hoy también estamos abocados á sufrir una transformación de los organismos sociales que, como todas, habrá de costar luchas cruentas de toda especie; que no es la muerte del hombre lo cruento en estos casos, sino la de las ideas á cuyo calor se formaron y desarrollaron los intereses de los pueblos.

Sobre la transformación social de que hablo tuvieron una ventaja inmensa las acaecidas; y esta ventaja consistía en que el ideal transformador, mejor dicho, que obligaba é inspiraba la transformación, la metamorfosis, estaba claramente determinado, y el implantarlo no ofrecía las dificultades de todo aquello que por su complejo organismo es imposible apreciar completamente. La revolución social que hoy nos amenaza, apenas si ha logrado resolver una parte del problema tan grave como es el de formar ó establecer un nuevo orden de cosas. Apenas si ahondaron los iniciadores de las ideas nuevas más de la corteza; nada han dicho respecto de la forma en que se han de resolver los problemas que afectan á la vida espiritual de la humanidad, pues soñar que por gracia de una solución de orden puramente material, y aun ésta por lo que ataña á una colectividad, pueda realizarse la transformación, es lo mismo que creer en la posibilidad de que pueda existir un pueblo de autómatas.

He aquí cómo el criticismo moderno, hijo de una cultura refinada, calculadora, al examinar el nuevo movimiento social, no encontrando en él nada más que soluciones puramente económicas, y éstas limitadas en los estrechos moldes de una escuela que tan sólo abarca el más pequeño y menos permanente de los medios que para su existencia ha menester un pueblo culto, lejos de apoyar eficazmente las soluciones socialistas, las opone reparos sugeridos por la duda, cuando no por el convencimiento que tiene de que hasta ahora está en el período caótico, embrionario, el ideal transformador, del cual no saldrá mientras no abarque los problemas morales en todos sus aspectos y desde el punto de vista del sentimiento.

Desde luego la revolución social sería un hecho si, como las revoluciones de esta índole de todos tiempos, llevase por bandera una teoría ó una doctrina ética que sirviera de contrapeso á las frías y egoístas del materialismo científico y á las no menos egoístas de la lucha por la existencia. No resolvieron nada nunca dentro del complejo orden cósmico las soluciones de un carácter limitado; y si esto se tiene en cuenta hoy, veremos cuán poco viable se presenta por ahora la solución socialista que sometiendo la vida cósmica á un sistema, anula así la infinita variedad de matices de las aspiraciones de las distintas colectividades sociales, y sobre todo amarra á un casuismo lo más libre, lo más independiente que existe, el sentimiento y su expresión artística.

Por eso el arte apenas si presta ayuda y atención á la idea nueva; tan sólo mirándola como aspiración justa de una colectividad desheredada y desde el punto de vista del sentimiento, de cuando en cuando el artista le dedica sus pinceles y el literato su pluma; pero no más que de cuando en cuando, pues para el arte cuanto tienda á darle fórmulas de un género cualquiera que sea, y muy especialmente si este género se refiere á la vida en su aspecto económico, es sinónimo de muerte, y el arte como el espíritu es inmortal, como el ansia de la perfección que domina al hombre es perdurable y no cabe por tanto en los estrechos moldes de una escuela.

Exento, pues, el socialismo, como el materialismo científico, como la frivolidad, de una gran masa social, como la política moderna de ese nervio espiritual que necesitan las grandes ideas reformadoras para existir en condiciones de vida fuerte, una religión con sus metafísicas abstracciones donde puede mecerse el espíritu y respirar á sus anchas, el arte hoy vuelve los ojos, bien hacia el viejo Cristianismo, bien hacia la Historia, bien hacia la Naturaleza, en busca no de fórmulas plásticas, sino en busca de sentimiento, de idealismos, de algo con que hacer vibrar las hondas y delicadas fibras del corazón, despertando sensaciones y produciendo emociones puras, exentas de todo egoísmo, de toda pasión mezquina.

Y el arte, convencido de que por el camino de la razón fría se va derechamente al enfriamiento y muerte de todo, así en el orden material como en el moral, reacciona y se lanza en busca de idealismos; y he aquí la confusión, la vacilación, pues reconoce que esos idealismos necesarios han de ser producto de un medio de cultura, y como el actual no la ha determinado todavía claramente, búscalos en los medios que fueron.

Pero no hay duda, el misticismo lleva por ahora la ventaja en esta lucha; el misticismo religioso, el cristiano, parece vencer, y sin embargo, una voz desconocida, aquella que gritaba junto al Capitolio «los dioses se van,» se escucha ahora también diciendo: «el miticismo cristiano muere como informador de la obra artística.» ¡Oh, ciertamente que sí! El misticismo moderno es más grande, porque reside en la Naturaleza, que lo llena todo.

* *

Pensaba todo lo anterior viendo el modelo á todo su tamaño que el escultor Querol ha remitido á Carrara para reproducirlo en mármol del monumento que ha de conmemorar las veintiocho víctimas que en el cuerpo de bomberos de la Habana causó el incendio acaecido en esta ciudad el 17 de mayo de 1890.

Cristianísimo es el grupo que va en lo alto del citado monumento. La *Fe*, vendados los ojos, sosteniendo con un brazo el cuerpo de uno de los mártires, á pesar de estar de pie y casi en actitud de emprender el vuelo en dirección del trono del Altísimo, recuerda – no porque se parezca, sino por la idea – el grupo que la escultura cristiana ideó de la Virgen con su divino Hijo muerto en los brazos. Y préstale mayor carácter y parecido el que la *Fe*, como la Madre de Jesús, están ambas al pie de la cruz. Querol trató de dar á su grupo unción religiosa, altamente religiosa, y á fe que lo ha conseguido. Casi pudiera, con ligeras variantes de indumentaria, hacer una *Pietá* de este grupo, bellamente modelado.

Pero en vano Querol, como todos los que respiramos la atmósfera en que se elaboran las ideas estéticas modernas, ha podido prescindir de dar á la simbólica figura de la *Fe* un carácter eminentemente realista, por lo que á la plástica corresponde, como también á las otras cuatro figuras sedentes que sobre el pedestal del segundo cuerpo del monumento emplazadas simbolizan el *Dolor*, el *Martirio*, la *Abnegación* y el *Heroísmo*. En la primera de estas figuras, la *Fe*, es sin embargo en la que más se determina la influencia de esas ideas estéticas en la escultura mezcla de la influencia de la obra pagana y del realismo moderno. Luce la estatua de la virtud cardinal desnudos los brazos y los hombros, la garganta y los pies; la cabeza también desnuda parecería á la testa de una deidad pagana, si no fuera por la fuerza de la unción cristiana que la anima y caracteriza.

Más hieráticas son las otras estatuas, excepción hecha de la que representa á la *Abnegación*, que es completamente modernísima: una hermana de la Caridad. La del *Dolor* es la estatua más genuinamente cristiana, al modo que entendieron estos simbolismos litúrgicos los grandes artistas del Renacimiento. Cúbrese el *Dolor* con un amplio manto de severos pliegues, y la cabeza de la estatua desaparece en la penumbra que forman los bordes del ropaje. En cambio el *Martirio* es una estatua inspirada por el arte pagano; vestida también con amplias ropas talares, reparte palmas y coronas. Pagana es asimismo la figura del *Heroísmo* por su traza, cristiana por el movimiento pasional de la cabeza y por su expresión.

Rodean la base del monumento diez y ocho medallones orlados de palmas: representan otros tantos héroes de los que conmemora el monumento. Los retratos de los otros diez que faltan para completar el número de los veintiocho mártires no pudieron hacerse por no haber sido posible encontrar sus fotografías.

* *

Ya está colocada sobre su pedestal la estatua de María Cristina, obra de Mariano Benlliure. Es esta estatua una de las más elegantes y bellas producciones del célebre escultor valenciano; no así el pedestal, de forma cilíndrica, pesado, amazacotado, que parece una colosal linterna de Diógenes ó por lo menos como la que le pintan al cínico griego.

De la estatua haré la descripción detallada cuando se descubra al publico; por hoy sólo me basta con añadir á lo dicho que es una gallarda muestra del valer de Benlliure.

* *

Por fin, el ministro de Fomento ha dado la orden á los escultores de retirar las estatuas de la Biblioteca para que puedan reproducirlas en el mármol. Ya era tiempo. Veremos si el alcalde sigue el ejemplo del Sr. Moret y ordena á su vez la retirada de los modelos de las de Villanueva, Lope de Vega, Fernández de Oviedo y *marido de la Latina*, como aquí se le llama al pobre general de artillería de los Reyes Católicos. Por muchas razones es menester retirar dichos modelos, pero una de las principales por ver si los autores de... esas estatuas vuelven por su buen nombre al labrarlas en el mármol.

* *

Hablemos algo del movimiento artístico en Francia.

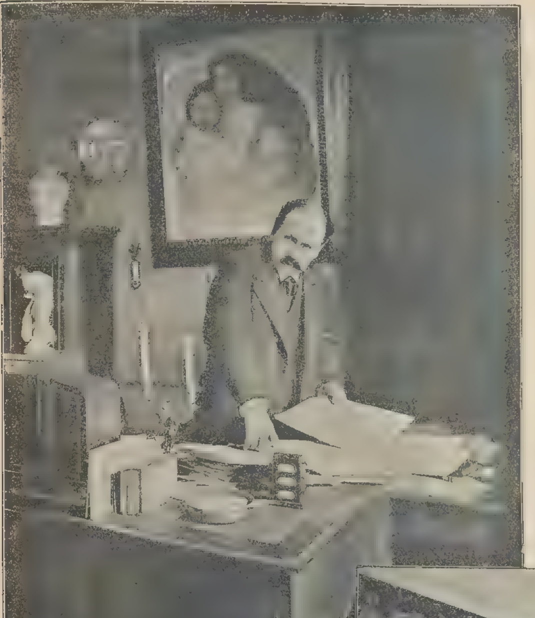
Mlle. Luisa Abbema celebra este año, como viene haciéndolo hace ya algunos y siempre en el mes de abril, la exposición de sus obras. Es esta artista, con Rosa Bonheur y alguna otra, de las pocas mujeres que tienen una reputación artística de mayor ó menor importancia, pero justamente adquirida. No se limita á pintar flores y frutas, que parece ser el género obligado de las damas que cultivan el arte de Apeles, sino que también abarca el paisaje, el retrato y la pintura decorativa.

Luis Cardou dice que entre las obras que este año exhibe Mlle. Abbema hay algunos paisajes en los cuales pretendió la artista reproducir las vibraciones luminosas de los rayos solares en los tonos verdes de un país de primavera, habiendo logrado un éxito. Verdaderamente es un triunfo si como Cardou afirma salió bien de su empeño esa señorita. El retrato es otro de los géneros á que se dedica esta artista. Por último, Mlle. Abbema presenta cuatro *panneaux* decorativos para el *hall* del palacio de las mujeres de la Exposición de Chicago. Representan estos *panneaux* á *América acogiendo á las naciones* y *la Villa de París llevando á Chicago el arte de la mujer.*

* *

En la Galería Petit están expuestos una porción de objetos artísticos pertenecientes á la colección de Mad. Denain, que acaba de ser vendida.

Entre los cuadros notables que posee esta señora hay un retrato de Rembrandt, pintado por él mismo; otro retrato de la hija de Velázquez, pintado por el inmortal autor de la *Hilandera*, y el retrato de un fraile, debido al pincel de Rubens. Hay además pinturas de Boucher, de Fragonard y de Oudry, y una curiosísima de retratos de bailarinas célebres y de



EL EMINENTE COMPOSITOR FRANCÉS JULIO MASSENET

actrices del siglo pasado y del actual. Por último, Mad. Denain había logrado adquirir algunas de las mejores telas de Bonington, uno de los primeros bucólicos ingleses del siglo XVIII, de Decamps y de Rousseau: de este último el celebrado *Arco Iris*.

R. BALSA DE LA VEGA

Abri 14 de 1893.

EL COMPOSITOR MASSENET

Cuenta actualmente Massenet cincuenta años, pero conserva en su porte toda la viveza, en su mirada todo el fuego y en sus inspiraciones toda la frescura de su juventud: cabeza hermosa, ojos alegres, bigote fino, labios sensuales, cabello echado hacia atrás y frente espaciosa y admirablemente configurada, tales son los principales rasgos que caracterizan su fisonomía.

Habita el gran compositor en París el cuarto piso de una casa de la tranquila calle del General Foy, y su gusto artístico se revela en todos los detalles del mueblaje y del decorado de las habitaciones. De éstas sólo mencionaremos el despacho, el cuarto de trabajo, mejor dicho, en donde tantas bellezas ha creado la privilegiada mente de Massenet: cerca de la pared, en plena luz, la mesa; junto á ella varios estantes con libros de poesía, de historia y algunas novelas, y en lugar preferente los dos autores predilectos del maestro, Beaumarchais y Juan Jacobo Rousseau. En un ángulo, cerca de la ventana, una biblioteca con cristales, detrás de los que se ven sólidamente encuadernadas y colocadas por orden cronológico todas las partituras del autor de *El Cid*.

¿Y el piano?, se preguntarán nuestros lectores. Este mueble es precisamente el que no se encuentra en aquella casa, y si algún visitante al notar esta falta demuestra su extrañeza, no tarda Massenet en decir:

– ¿Y para qué me había de servir un piano? Bastantes hay por desgracia en la casa: casi en cada piso uno que no cesa de armar ruido de día ni de noche. En cuanto á mí, no le necesito para mis composiciones. ¿Quiere usted saber cómo compongo y cómo escribo? Comienzo por leer el libreto hasta aprendérmelo de memoria, empapándome bien en el asunto, y cuando todos los personajes están vivos en mi imaginación estoy dos años sin coger la pluma, espero á que la inspiración venga sin forzarla y creo mentalmente la partitura, andando por la calle, viajando, en el campo, en cualquier parte. Las melodías, la instrumentación, el conjunto, todo se va preparando lentamente por un esfuerzo misterioso de mi pensamiento, y cuando la partitura está ya escrita en mi cabeza, es decir, al cabo de unos dos años, la traslado al papel en menos de seis meses, sin necesitar nunca el piano para comprobar lo que por sí solo se canta en mi mente. Y mientras ejecuto este trabajo de *copia* no altero en nada mis costumbres: me levanto á las cinco en verano y á las seis en invierno, me estoy en mi despacho hasta las doce; almuerzo y salgo para ir al Instituto, ó á visitar á mis amigos ó á ver á mi editor, y mi mayor placer lo experimento al volver cuando anochece á casa para disfrutar de las dulces é íntimas satisfacciones del hogar, porque soy un artista *casero,* que sin odiar al mundo no encuentra nada comparable con el calor de la familia.

Massenet no asiste nunca á los estrenos de sus obras: él mismo dice que es demasiado nervioso y sentido para exponerse á las emociones de una primera representación; así es que se queda en su casa, al lado de su esposa ó trabajando, como sucedió cuando el estreno de *Manon:* aquella misma noche, 11 de octubre de 1891, compuso algunos fragmentos del baile *Carillon,* que actualmente se representa con gran aplauso en Viena.

El eminente compositor antes de lograr la posición que hoy ocupa hubo de sufrir grandes amarguras y privaciones, viviendo casi pobremente de sus lecciones y de lo que le producían algunas romanzas que componía. Por fin, su talento se abrió paso y pudo realizar su sueño dorado de ver una de sus óperas, *Le roi de Lahore,* puesta en escena espléndidamente en la Gran Opera de París. «¡Ah, esta primera representación en la Academia nacional de música!, exclama Massenet al pensar en aquel acontecimiento. Cuando recuerdo aquella noche inolvidable, me parece todavía un sueño.»

Hoy los principales teatros de Europa solicitan sus partituras, y el reciente éxito de *Werther,* estrenada en Viena en la anterior temporada y que pronto se cantará en París, es prueba elocuente de que el genio del que un día fué humilde timbalero en el teatro Lírico de la capital de Francia se ha impuesto á los públicos más inteligentes y vuela resueltamente por las regiones en donde los privilegiados alcanzan la gloria y la inmortalidad. – X.



LA CASA DE MASSENET. – EL COMEDOR

EL CEMENTERIO DE D. SANTOS

– Calvario, 20, bajo, tiene usted su casa, me dijo D. Santos, despidiéndose de mí en la calle de la Cruz, donde le encontré la otra tarde. Vaya usted por casa y le enseñaré mi cementerio.

– ¿Qué dice usted?.. ¿Cementerio en un cuarto bajo?

– Sí, señor, sí; vaya usted y lo verá.

Y siguió D. Santos su camino, dejándome con las ganas de saber qué cementerio era el de su casa, y con la sospecha de que el hombre no tenía la cabeza sana.

D. Santos Risueño es un filósofo de medio carácter, ó de medio pelo, solterón independiente, que también hay solterones que viven en la más humillante dependencia, hombre sin vicios ni virtudes, poseedor de una modesta rentita segura, con la que atiende á sus necesidades, que no son muchas, porque ni viste con lujo, ni gasta una peseta ni media con mujer alguna, obrando en esto como sabio, sin serlo; ni emplea más de cien céntimos en ver la mejor comedia desde la entrada general, única localidad, según dice, en que nada distrae de la escena al espectador; ni compra libros, pues lo que quiere leer lo lee en la Biblioteca Nacional; ni admite *sablazos* de ningún amigo; ni da más de catorce reales diarios á la patrona que, hace muchos años, por esa corta cantidad le mantiene, le asiste, le lava, le cose, le plancha, le zurce y en todo le sirve con la mayor solicitud.

Es la de D. Santos una de esas beneméritas patronas – de que no queda en el mundo más que algún rarísimo ejemplar – que disfrutamos en mejores tiempos los que ya somos viejos, patronas propiamente dignas de este nombre, que cuando un huésped les entraba por el ojo derecho, consagrábanle todos sus desvelos, le daban todos los gustos, le perdonaban todas las faltas, sobre todo la de dinero, y le hacían, en fin, fácil y alegre la vida en medio de los afanes del estudio y la penuria de la bolsa.

No había entonces tantos suicidios como ahora, y nadie me quita de la cabeza la idea de que la munificencia de las patronas evitaba que se malograsen en flor preciados ejemplares de la juventud estudiantil de aquel tiempo venturoso... Pero en otra ocasión dedicaré á las patronas que florecieron en aquella época el epitalamio que merecen.

D. Santos es un egoísta desocupado que se burla de todo lo humano, de lo social como de lo político, de lo militar como de lo civil, y no lee más periódico que *La Correspondencia de España,* y no repasa este apreciable diario por saber noticias que no le importan un pito, ni por saborear los folletines; lo compra por los avisos mortuorios.

Así me lo dijo él mismo el día siguiente al de nuestro encuentro, que fuí á visitarle ansioso de ver lo que había prometido enseñarme ó de convencerme de que había perdido el juicio.

D. Santos es un coleccionista fúnebre. Así como otros reunen sellos de correos, pipas, abanicos, cajas de fósforos, etc., etc., D. Santos tiene cortados y pegados avisos mortuorios en las hojas de un libro del tamaño del *Mayor* de los comerciantes y al margen de cada una escribe sus observaciones. Posee diez tomos, tantos como años hace que dió en tan rara afición, y verdaderamente, no deja de ser curioso este cementerio de D. Santos. Allí están todos los muertos conocidos que en los últimos diez años han figurado en la cuarta plana del periódico noticiero. Allí los hombres políticos de quienes nadie se acuerda; los invictos generales olvidados por sus enemigos y por sus amigos; los nombres más linajudos; las hermosas más celebradas; los ricos más espléndidos y los ricos más pobres, por avaros; los grandes negociantes...; en fin, miles de personas que hemos visto desaparecer de entre nosotros, precediéndonos en la vida eterna...

– Vea usted, me dijo D. Santos abriendo el tomo de 1883, el primero de su cementerio, y leyendo un aviso mortuorio del tamaño de media plana de *La Correspondencia:* «El Excmo. Sr. D. Tadeo Pérez y Pérez, banquero. Falleció el 1.º de enero de 1883. Sus desconsolados sobrinos, etc.» Por el tamaño del aviso puede usted calcular el desconsuelo de los sobrinos.

– En efecto, lo menos les costó mil pesetas el anuncio.

– Pues vea usted ahora otro mayor á los ocho días, anunciando el funeral por el alma de dicho sujeto. En esos ocho días, sabiendo ya probablemente cada sobrino lo que heredaba, se aumentó su desconsuelo. Fíjese usted en que ya no dicen, como en la primera, «*sus desconsolados sobrinos.*» Ahora dicen «*sus inconsolables sobrinos.*» ¿No conmueve esto?.. Veamos ahora el tomo de 1884. En el aniversario todavía se acuerdan del tío, pero ya dicen únicamente: «*Sus sobrinos,* lo que indica que los *inconsolables* se consolaron en 365 días. Y ya no han vuelto á acordarse del muerto, porque en los ocho años siguientes no aparece aviso de funeral, misas ó exequias, etc., etc., por el alma del riquísimo D. Tadeo, que tantos años estuvo amontonando riquezas y viviendo con una economía parecida á la miseria.

– Ese es el mundo, amigo D. Santos.

Abrió D. Santos otro tomo, el de 1890, y leyó un aviso mortuorio en el mes de febrero, en que la *afligidísima inconsolable* viuda del teniente coronel don José Cintarazo pedía para el alma del bizarro militar las oraciones de los numerosos amigos y les invitaba al entierro.

– Pues en el tomo de 1892, en febrero, vea usted otro aviso en que la misma afligida señora Doña Catalina Ternezas y Pérez y su esposo el coronel don Cándido de la Espuela comunican á sus numerosos amigos que ha subido á la gloria su hijo Ricardito, á los tres meses de edad. ¿Qué le parece á usted de la aflicción de la viuda del teniente coronel?.. No tardó mucho en procurarse el ascenso.

– Esa es una aspiración legítima en lo militar y en lo civil.

– Aquí tiene usted en el mismo número dos avisos fúnebres, de gran tamaño los dos, anunciando funeral en diferentes iglesias por el alma de D. N. Fernández, el acaudalado propietario de cuarenta y tantas casas en Madrid. En uno de estos avisos convida á las exequias su viuda, con la que casó siendo viudo; y en el otro, su hija, del primer matrimonio, su hijo político, sus nietos, etc., etc., todos afligidos y desconsolados y disputándose la herencia del muerto, de la que al fin y á la postre será la mejor parte para los eminentes letrados y los diligentes curiales que entienden en los pleitos á que ha dado ocasión esta embrollada testamentaría. En cuanto se resuelva definitivamente el litigio, que amenaza durar lo que resta de siglo y el otro, se acabarán los avisos de honras fúnebres por el rico difunto.

– Supongo que se acabarán también los herederos.

– Vea usted este recuerdo piadoso que consagra todos los años el conde del Atomo á la memoria de su mujer. Todos los años paga los diez duros por el anuncio del aniversario. ¿Usted no conoció á aquella mártir?..

– Sí, recuerdo que todo el mundo la compadecía.

– Como que el marido, que únicamente se casó con ella por la considerable dote que le llevaba, la mató á disgustos, y dicen que también á golpes... Todo lo soportó con una abnegación heroica aquella infeliz hasta que no pudo más, y abandonó este mundo en que tan dura suerte había sufrido. También este marido que maltrató á su mujer y no tuvo piedad de ella invita afligido al entierro, y luego cada año dedica á su víctima, en la cuarta plana del periódico popular, un recuerdo de 50 pesetas. ¿Es remordimiento? ¿Es hipocresía?..

– Y sin embargo, ya sabe usted que el conde del Atomo es una persona muy considerada en Madrid, aunque se conocen sus malas cualidades y su perversa historia...

– Así hay muchos...

– Este es el mundo... No todos los criminales arrastran cadena; los hay sueltos y con muchos humos...

– ¿Quiere usted ver más muertos?..

– Si he de hablar á usted con franqueza, no encuentro demasiado alegre el entretenimiento. No niego, sin embargo, que es curioso este cementerio, y que la idea de formarlo es sumamente original. Dificulto que haya otro que se ocupe en semejante trabajo.

– Como no tengo nada que hacer... Y crea usted que me entretiene sobremanera formar mi colección y consultarla diariamente. Tengo hechas observaciones muy curiosas. Por ejemplo: en diciembre, enero y febrero es cuando mueren los personajes y los médicos, aquellos por exceso de cuidado y éstos por exceso de trabajo. En los mismos meses se produce el mayor número de vacantes en el Estado mayor del ejército. En verano mueren más casados que en invierno. La clase que menos contingente da á mi cementerio es la benemérita de prestamistas sobre alhajas y ropas en buen uso y sueldos del Estado. Por último, en mi colección sólo se encuentran dos ó tres avisos mortuorios en que no se ha puesto el signo de la cruz, y se ha omitido la frase cristiana *se sirvan encomendarle á Dios* y se indica que el cadáver será conducido al cementerio civil, para demostrar que el difunto no tenía creencias religiosas...

– Eso prueba que hay en nuestro país muy pocos que tengan esa desgracia... y muy pocas familias que se atrevan á hacer público alarde de que el padre ó el hijo ó el hermano que han perdido ha muerto impenitente.

– Precisamente ahora en todos los avisos de fallecimientos, insertos en los periódicos, se expresa que «falleció después de recibir los Santos Sacramentos.»

– Es una excelente costumbre, un cristiano y saludable ejemplo y una lección oportuna para los que en vano pretenden descatolizar á la nación católica por excelencia, que á la religión debe sus mayores glorias.

– No crea usted, dijo por último el amigo Risueño, que esta copiosa colección de avisos fúnebres es sólo un entretenimiento... En esta multitud de recuerdos de las personas que hemos visto entre nosotros, cuyas cualidades, buenas ó malas, hemos conocido; cuyos triunfos y cuyas derrotas hemos presenciado, encuentra el espíritu cristiano fortaleza y aliento para esperar con serenidad la hora de morir. Esta colección se cerrará con el aviso mortuorio que en mi testamento dispongo se inserte en *La Correspondencia* y que ya tengo redactado... bien que he dejado en blanco la fecha. Y cuidando mucho de mi salud de alma y cuerpo, y pudiendo vencer las sugestiones de la envidia, no haciendo daño á nadie y llamando poco al médico, creo que tardará todavía bastante la hora de que mi testamentario llene *el blanco de la fecha.*

Y con esto me despedí del bueno de Risueño, dejándole con su fúnebre manía.

Carlos Frontaura

OTHON GILDEMEISTER

BURGOMAESTRE Y TRADUCTOR ALEMÁN

España tiene sus *senadores poetas,* como el solitario de la casa Santa Teresa en Villanueva y Geltrú, *don Víctor Balaguer,* cuya trilogía catalana *Los Pirineos,* vertida al alemán, hace hoy las delicias de los Países Bajos, merced al íntimo comercio literario que existe entre los pueblos germanos. Y en la laboriosa cuanto docta Alemania hay en la persona del doctor *Othon Gildemeister* un *burgomaestre traductor* de quien se ignora si es más alcalde que traductor; pues si Brema le honra como á su primer ciudadano, á su intachable burgomaestre, al hombre práctico, al financiero honrado que pudiera envidiarnos Madrid, y que parece que se había sumergido sólo en el océano de los números, en la prosa de la Hacienda, pudiendo aplicarse á él la oda del poeta de Lacio que dice *Juteger vitae, scelerisque purus,* pero que respetaba también la libertad religiosa y científica y que tenía la tolerancia que desearíamos á los ministros de España, la abnegación y la pureza de corazón con que nos entusiasmaba Moltke, y que conocía como el que más el arte de la vida, ciñendo su frente la corona de las virtudes cívicas, la modestia, Alemania entera le ama cual estadista y publicista nacional, y el mundo de las letras le llama el discreto y genial intérprete de las obras maestras de los poetas más eminentes, el maestro de los traductores que, llegando por virtud de sus excepcionales condiciones literarias á identificarse con los autores clásicos, descansaba en el país fabuloso de Ariosto y en el ciclo del Dante para convertir el metal sólido de su saber en preciosísimas obras artísticas, deleitándonos con las joyas brillantes de las octavas reales del autor de *Orlando Furioso* y con los tesoros misteriosos de la poesía del vate florentino, mereciendo unánime aplauso, por la suma de voluntad civilizadora que revela ofrecer al público aquellas sublimes manifestaciones del genio en una época dominada por la prosa, y lograr por su dominio de las lenguas en que fueron escritas las hermosas composiciones, y del idioma alemán, verter con toda su pureza, sin que pierda nada el concepto, sin que pierda nada tampoco la frase, las mágicas estrofas de los poetas italianos al idioma que cuenta como preciadas manifestaciones de su valía el *Fausto* de Goethe, los dramas de Schiller y los cantares de Heine.

Interpreta el *Sr. Gildemeister* tan acertadamente los pensamientos y los viste de modo tan elegante y sencillo, que muy pocas traducciones podrán compararse á las suyas, y bien pudiera decirse, sin riesgo de equivocación, que en ninguna lengua como en la alemana, aparte la original, podrían leerse la *Epopeya del maestro Luis* y la *Divina Comedia* tal como la idearan y escribieran Ariosto y Dante. Ya cuando alumno del gimnasio de Brema empezó *Gildemeister* á traducir la creación atrevida de lord Byron que se titula *Don Juan,* y no titubearemos en denominarle el Sabatier alemán, pues en nuestro concepto es imposible llevar el arte de traducir poemas grandiosos á más alto grado de perfección que aquel hijo de Montpellier en su versión francesa de *Fausto.*

Gildemeister, á quien con motivo de su septuagésimo cumpleaños saludaba Pablo Heyse como al rey



UN ADIVINO EN MARRUECOS, dibujo de R. Catón Woodwille

de los traductores, es un sucesor dignísimo de los Schlegel y Gries, y así como el nombre inmortal de Shakespeare y de Calderón está unido por siempre á éstos, el del traductor congenial de Brema vivirá con Ariosto y con el Dante, con el cisne de Stratford y con lord Byron, cuyas creaciones artísticas tienen el mérito de ser siempre nuevas y de dejar percibir más y variadas bellezas en cada lectura que de ellas se hace.

Como alcalde de Brema fué *Gildemeister* inflexible, al igual del de Zalamea, y como traductor ocupa un lugar preferente en la pléyade de eminentes traductores alemanes, en la cual brillan también el doctor francforfés Luis Braumfels, el traductor del *Cenijste,* el suizo Edmundo Dorer, y el traductor de Camoens, Guillermo Storck. Desde el tiempo de los poetas románticos está floreciendo en Alemania el arte de traducir, que tiene su iniciador en el intérprete de Homero, Juan Enrique Voss, y un maestro consumado en Herder, el traductor del *Romancero del Cid.* ¡Qué de veces han sido vertidos al alemán el padre Homero, los grandes trágicos griegos y Horacio! El rapsoda Guillermo Jordán tradujo no sólo la *Odisea,* sino también las tragedias de Sófocles que habían vertido Donner y Minkwitz y que consiguieron el aplauso de los contemporáneos y la admiración de la humanidad por ser esencialmente humanos los personajes de sus tragedias. Manuel Geibel publicó su *Libro de cantares clásicos,* y junto con Pablo Heyse su *Libro de cantares españoles,* mientras en unión de Schack dió á la estampa el *Romancero de los españoles y portugueses,* y en compañía del suizo Leuthold escribió *Cinco libros de líricos franceses desde la Revolución hasta* 1862. El Oriente tuvo sus traductores en Federico Rückert, Schack, Daumer y Bodenstedt. Fernando Freiligrath tradujo poemas americanos y cantares escoceses; Pablo Heyse interpretaba acertadamente los pensamientos del italiano José Giusti, y Augusto Bertuch vistió á la alemana la simpática epopeya del ilustre amigo de Balaguer, Federico Mistral, que se intitula *Mirëio;* pudiéndose aquella creación del sabio de Maillane llamarse el cuadro más acabado de aquella Provenza que amaron ingenios tan distintos como Lamartine, Renán y Zola, un canto de la patria en el que se confunden las lágrimas del pueblo, la lozanía de la juventud y el aroma de las flores, y que tiene una copia verdaderamente dantesca.

Como alcalde brilla *Gildemeister* sobre todo en nuestros días en que los consejeros de Düsseldorf, denegando una estatua al inimitable Heine, que no necesita monumentos de cal y canto, siendo sus monumentos *El libro de los cantares* y otras tantas obras que alcanzarán más duradera vida que los consejeros de Düsseldorf, se parecieron á aquellos alcaldes de barrio cuya ineptitud ha dado origen al modismo español: «más torpe que un alcalde de barrio,» y como traductor que sabía lo mismo entonar el lenguaje del amor, de la pasión y de la hermosura, que manejar la sátira é imitar los numerosos chistes de Shakespeare, vivirá *Gildemeister* eternamente en las letras patrias. Tiembla su lenguaje cual arpa en manos del artista.

Desde 1890 vive el gran alcalde traductor consagrándose sólo á las musas en su linda casita rodeada de hiedra y situada en un arrabal de Brema, después de haber renunciado su cargo que desempeñó desde el año de 1871. *Beatus ille* le llamaremos con Horacio.

En 1864 le agració la Universidad de Tubinga con el título de doctor honorario.

Nació *Othon Gildemeister* en Brema el 13 de marzo de 1823 como hijo de una antigua familia de patricios bremenses. De 1842 á 45 se dedicó á estudios filológicos en Bonn y Berlín, y en 1845 entró en la redacción de *La Gaceta de Weser,* la más importante de su ciudad natal.

Sus traducciones no son sino los frutos maduros de su descanso, así como su paisano el médico Olbers aprovechó sus ocios para hacerse un gran astrónomo, lo cual hizo exclamar al ilustre Bessel: «¡Ojalá que tuviésemos muchos que trabajasen tanto como Olbers mientras descansa!»

Los frutos del descanso de *Gildemeister* son una cosecha de oro de una vida entera consagrada sólo al arte.

JUAN FASTENRATH



PERGAMINO OFRECIDO AL MAESTRO VERDI CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL TEATRO DE SU NOMBRE EN CARRARA

EL TESORO

No era que Juan Luis fuese un ambicioso ni mucho menos; buena prueba de ello habíala dado al pretender á Martina en casamiento. La muchacha no poseía otros bienes que una honestidad á toda prueba y una belleza tan grande como su honestidad. Y Juan Luis la amaba con un amor casi más propio de héroe de novela que de zafio y rudo labriego como él era; amábala entrañablemente, y con todo, resistíase á fijar el día de la boda, porque lo que él decía: «¡Si yo fuese rico!»

Y repetimos que no era un ambicioso ni mucho menos. Juan Luis era uno de los hombres más frugales que se conocían en el pueblo, muy metido en su casa y poco pagado de las vanidades mundanas; pero... ya salió el pero. El pobre muchacho estimaba en alto grado á su novia y parecíale mujer tan digna de ceñir corona como la más encopetada princesa. Si por un momento pudiera convertirse Juan Luis en uno de aquellos héroes legendarios de que hablaban los romances de los ciegos, en uno de aquellos Bernardos y Amadises que luchaban contra todo lo posible y hasta con lo imposible por satisfacer el más fútil é inocente antojo de las damas de sus pensamientos respectivos; á poder Juan Luis convertirse en uno de aquellos seres privilegiados, embrazaría la adarga, y lanza al brazo arremetería contra todos los obstáculos por insuperables que fuesen, para lograr una posición y una fortuna de que creía á Martina merecedora.

No; él no quería que su mujer fuese una bestia de carga. Para él los trabajos penosos, las rudas faenas, las cargas insoportables, las labores del campo; para ella el regalo, la molicie, el hogar, la fortuna, la comodidad. El no quería que las manos de su mujer se encalleciesen con el azadón ó el *fouciño;* él no quería que el sol abrasador ni las crudas heladas desfigurasen aquel rostro de niña, más á propósito para ser acariciado que para sufrir los rigores de la intemperie; ni un disgusto, ni un cuidado, ni un afán, nada en suma que á quebradero de cabeza tuviera semejanza.

Así amaba Juan Luis á Martina; por esto decía con frecuencia y con acento de profunda tristeza: «¡Si yo fuese rico!» Por esto amando á la muchacha entrañablemente iba dando largas al asunto del casorio, y por esto, sin ser lo que se llama un ambicioso, deseaba poseer una fortuna. Todo por y para Martina.

* * *

Como nunca llueve á gusto de todos y el tiempo pasa con igual rapidez para los felices que para los que no lo son, Juan Luis vió un día con espanto llegar el de la boda, aquel día que él pensaba no había de llegar jamás.

Fué un día triste para él. Encerróse en tan profundo mutismo, que todos, todos en el lugar echaron de ver la profunda tribulación que lo embargaba. Poco expansivo con su novia, indiferente á las felicitaciones y á las bromas de dudoso gusto con que convecinos y amigos le acribillaban, era Juan Luis un ejemplar curiosísimo de la clase de novios en víspera de matrimonio.

Aquella noche no pudo dormir; el sueño huía de sus párpados con tenacidad más grande cuanto eran más grandes los llamamientos que él le hacía.

Cansado al fin de aquella lucha que le aniquilaba, dominado por su pensamiento eterno, el afán de una fortuna, abandonó las sábanas y con ceñudo semblante encendió la candileja que pendía próxima á la cabecera del lecho y al alcance de su mano.

Vistióse con toda la rapidez que pudo y se lanzó á la calle, bien provisto de un pesado azadón bruñido por el uso, dirigiéndose á un pinar que á la salida del pueblo agitaba sus ramas con canturias lúgubres é indescifrables, turbando el majestuoso y augusto silencio de la noche.

Primero con segura planta, luego y á medida que en el pinar íbase internando con más grande vacilación cada vez, Juan Luis se perdió en aquel intrincado laberinto, buscando algo sin duda, según el afán con que sus ojos se fijaban en el más insignificante accidente del terreno.



ESPERANDO EL ROSARIO, dibujo de Andrés Parladé

Por fin lanzó un suspiro de satisfacción; había encontrado lo que buscaba, había visto un matorral de espinosas zarzas que crecían exuberantes y lozanas en una pequeña hondonada, al pie de un pino de grueso tronco y achaparrado ramaje. Aquel debía ser el sitio con tanta ansia buscado por Juan Luis.

Allí, según la tradición y según el famoso *Ciprianillo*, el libro de los tesoros, debía encontrarse uno de éstos, enterrado desde luengos años atrás, desde aquellos tiempos en que por allí anduvieran los moros haciendo sus correrías y llevando á cabo sus rapiñas, cuyos detalles y pormenores conservábanse en leyendas que se transmitían en toda su candorosa pureza de padres á hijos y de abuelos á nietos.

* * *

Juan Luis trabajó con ahinco, casi con desesperación. Sudando la gota gorda, como por ahí se dice, llegó á ahondar hasta una considerable profundidad. Apartó raíces y guijarros que brillaban como estrellas de oro en medio de las densas negruras de la noche al ser heridos por el agudo pico del azadón; pero ¡nada!, ¡el tesoro no aparecía!

Juan Luis, sin embargo, no desesperaba. Larga era la noche y su constancia tan grande como su amor por Martina. Pues ó el tesoro no había de estar allí, ó él había de encontrarlo.

Y en su tarea continuó cada vez con más ahinco y cada vez con empeño más grande, sin que la tierra ingrata pusiera á sus ojos de relieve el montón de riquezas con que el pobre enamorado soñara.

Una hora, dos, tres... Para Juan Luis pasáronse las de aquella noche con una celeridad vertiginosa. Absorto en su faena, no sentía el rodar del tiempo; dijérase que había detenido su aguja con vigorosa fuerza. Y cava que te cava y ahonda que ahondarás, cuando Juan Luis pudo pensar en otra cosa que el tesoro ambicionado, fué cuando allá á lo lejos vibraron lentas y sonoras las campanas de la iglesia parroquial, lanzando á los aires sus tañidos que delataban la proximidad del día.

A Juan Luis oprimiósele el corazón. Parecía como que una mano nervuda y traidora se lo estrujaba. Enjugóse con el dorso de la mano el sudor que co-



ATELAJE BÚLGARO, dibujo de Alberto Richter



PARÍS.- LA PLAZA CLICHY, cuadro de F. Miralles



LA CIGARRA Y LA HORMIGA, cuadro de Enrique Serra

rría por su frente y consultó el horizonte con ávida mirada. Nada pudo percibir. Ante sus ojos sólo se presentó un azulado velo, tenue, muy tenue, algo así semejante á una sutilísima humareda que llegase hasta él atravesando la espesa barrera que formaban troncos y ramajes. Un aire frío y húmedo azotó su frente... El alba llegaba y con ella la hora de sus bodas, el instante tanto tiempo temido y ambicionado á la par.

No hubo otro remedio que abdicar, transigir con sus afanes, con sus ambiciones, con sus esperanzas. El tesoro se le huía, dejándole entre los brazos otro tesoro: el de una mujer amante y amada.

Pero esto no bastaba á Juan Luis. Casarse .. sí... bueno; pero detrás de ese casorio estaba el calvario que se ven obligados á recorrer los desheredados de la suerte. Y no debía ser él solo á cruzar aquella nueva calle de la Amargura. Su Martina también. El destino al unirlos con indisoluble lazo los condenaba á los dos á un tiempo.

Juan Luis regresó á su hogar, cariacontecido y triste. Vistióse, como el caso exigía, sus mejores galas, que sobre él tenían aquel día aspecto de mortaja, y se encaminó á casa de la novia, donde parientes y amigos estaban citados.

* * *

Más que enamorado que debiera responder alta la frente y henchido el pecho de satisfacción á los latinajos del cura, parecía el pobre novio un reo que contestaba al interrogatorio de implacable y despiadado fiscal. Temblaba como un azogado, íbasele un color y otro se le venía, no acertaba á responder con oportunidad y como cumplía á las preguntas del carirredondo sacerdote, y cuando éste terminó su misión haciendo sobre Juan Luis y Martina la señal de la cruz y bendiciendo sus desposorios, el pobre muchacho sintió que una lágrima escaldaba su mejilla, una lágrima pesada, tan pesada, que pensó el rapaz que dejaría en su piel un surco negruzco, un violáceo verdugón.

Retiróse la comitiva y en casa de la novia celebróse con abundante comilona la fiesta en medio del bullicio y algazara acostumbrada en casos tales. Mucho de tajadas de *pantrigo* rehogadas en dorada manteca, abundancia de grasiento lomo de cerdo, sabrosísimo cocido aderezado como á hacerse acostumbra en los días en que repican gordo, buenos tragos de vino del Ribero, anchas y redondas fuentes de arroz con leche que era cosa de chuparse los dedos; la comilona resultó espléndida, pues por lo que hace al tío Sebastián, el padre de Martina, era hombre que gozaba justa y merecida fama de hacer las cosas á punto de caramelo cuando á hacerlas se comprometía ó á ello se encontraba obligado.

Pasó aquel día y otro después y después otros. Las gentes observadoras echaron de ver que muy al contrario de lo que generalmente acontece, en el semblante de Juan Luis, á medida que el tiempo avanzaba, reflejábase una felicidad más intensa. El día de las bodas fué triste, fuélo menos el siguiente y así los demás. El hábito ó la costumbre, lejos de producirle hastío parecía como que llevaba á su alma la ventura que en su rostro se reflejaba como en un espejo. No parecía sino que veía en sus manos el codiciado tesoro; que aquello que tanto tiempo había apetecido y soñado, iba al fin á convertirse en realidad.

A todo esto Martina, ni esclava ni señora, ni sierva ni princesa, compartía satisfecha y alegre la parte que á ella tocaba en los afanes y cuidados del matrimonio. Aquella misma satisfacción y aquella misma alegría dijérase que la transformaba á ojos vistas hermoseándola y prestándole mayores atractivos á los de Juan Luis. Nunca con más propiedad pudo hablarse de los nidos de amor. Martina parecía la hembra regocijada y feliz que exhala su ventura en gorjeos y trinos. Juan Luis contemplábala extasiado, con la sonrisa en los labios, en silencio, como si se sintiera receloso de romper el encanto de aquella existencia bienaventurada.

Un día pintóse con tan vivo colorido en su semblante aquella felicidad que hacía dos meses le embargaba y que iba siempre en ascendente progresión, que llegó á ser notada hasta de los más miopes en materia de amor. Preguntáronle algunos la causa que motivaba aquella alegría en él inusitada, y no vista desde que comenzó á hablarse de su matrimonio con Martina.

Juan Luis les contestó:

–¿No sabéis? He encontrado mi tesoro, y no en el pinar, sino en mi casa. Se me ha entrado por ella y tiene todos los rasgos y todos los encantos de Martina. Porque hay que desengañarse: no hay tesoro más grande en el mundo que una mujer enamorada y buena como la mía.

Manuel Amor Meilán

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En el salón Wagner, de Berlín, se ha expuesto la obra que acaba de terminar el ilustre pintor alemán Adolfo Menzel con destino á la Exposición de Chicago: es un cuadro al *guache* que sólo mide pocas pulgadas y representa una escena de la temporada de Baños en Kissingen. Esta diminuta pintura, al decir de los periódicos artísticos alemanes, es de una verdad y vida extraordinarias y demuestra que el gran artista, á pesar de sus sesenta y siete años, conserva en toda su fuerza la potencia visual, el vigor de concepción y la maestría de ejecución que le han conquistado uno de los primeros puestos en el mundo del arte.

– La Rose-Croix, de París, ha celebrado su segunda exposición, en la cual al lado de todas las extravagancias de esa seudo escuela ultra-modernista, hay algunas obras notables que firman Moreau Neret, Lalire, Bourdelle, H. Delacroix, Cornillier, Rusiere, Bethune, Regamey, Desbontin, Ogier, Jaquin, Rosenkrantz, Chabás y algunos otros.

– En la Galería del Teatro de Aplicación, de París, la *Revue Illustrée* ha expuesto 300 originales que en sus páginas ha reproducido y que son debidos á artistas como Marold, Vierge, Raynouard, Jeanniot, Rochegrosse, Myrbach, Besnach, Doucet, Toudouze, Vogel, Duez, Van Beers, Caran d' Ache, Forain, Aranda y otros no menos notables.

– No ha resultado cierta la noticia que dimos de que había fracasado el plan de los secesionistas muniquenses de celebrar una Exposición en la capital de Baviera. Al contrario de esto, la Asociación de artistas ha firmado ya un contrato con el arquitecto consejero de la corte, Brandl, mediante el cual éste le cede por cinco años el magnífico solar que posee en una de las mejores calles de la ciudad y además muchos particulares se han suscrito para formar el fondo de garantía. El edificio para la Exposición se construirá según los planos del arquitecto Pfann, tendrá la forma de un palacio monumental de estilo del Renacimiento y se inaugurará en el próximo junio.

Barcelona. – Hemos tenido el gusto de ver el boceto que los distinguidos escultor y arquitecto de esta ciudad Sres. Campeny é Iranzu han enviado al concurso abierto en Manila para elevar un monumento á Legazpi. Como próximamente publicaremos una reproducción del mismo, omitimos hoy hacer de él una descripción y nos limitamos á consignar que la obra de los mencionados artistas, grandiosa, elegante, verdaderamente monumental y artística en su conjunto y en sus menores detalles, sintetiza por modo admirable, no sólo el hecho trascendentalísimo de nuestra historia de unir á la corona de España el rico archipiélago filipino, sino el espíritu de la época en que tal acontecimiento se realizara, representado por las figuras de Legazpi y del padre Urdaneta que coronan el monumento llevando en la mano, el uno la espada y el otro la cruz. La obra de los Sres. Campeny é Iranzu es merecedora de los mayores elogios, y de que no exageramos al alabarla podrán convencerse nuestros lectores cuando la reproduzcamos, que será en breve, en La Ilustración Artística.

Teatros. – Un nuevo drama del ilustre dramaturgo alemán Ricardo Voss, titulado *Malaria*, ha sido estrenado con éxito en Gotha.

– En el próximo verano se verificarán en Gotha audiciones de cuatro óperas selectas: hasta ahora se han escogido *Faust*, de Spohr, y *Lodoiska*, de Cherubini. Además se cantará una ópera en un acto, para la que se ha abierto un concurso con un premio de 5.000 marcos (6.250 pesetas), instituído por el duque Ernesto. La cuarta ópera no ha sido todavía elegida. Cada una de éstas óperas, de las que se darán sólo dos representaciones, será dirigida por distinto maestro, siendo los designados para ello los directores Levi, de Munich; Jahn, de Viena, y Schuch y Faltis, de Gotha.

París. – Se han estrenado con éxito: en Menus Plaisirs, *Le docteur Blanc*, pantomima ó mimodrama fantástico en doce cuadros de Cátulo Mendes, con bellísima música de G. Pierné, puesto en escena con extraordinario lujo y gran riqueza de decoraciones; en el Vaudeville, *La Crise*, comedia en tres actos de M. Boniface, escrita con mucha gracia, pero de argumento bastante libre, y en el Odeón dos lindas comedias en un acto, *Glycere*, en verso, de Eugenio Royer, y *Le pré Catelan*, en prosa, de Juan Sigaux.

Londres. – En Drury Lane se han cantado *Maritana*, la ópera de Wallace siempre fresca á pesar de su antigüedad y que tan popular se ha hecho en la capital inglesa, y *L' Hebrea*, de Halevy. En el Príncipe de Gales se ha reproducido, aunque algo reformados el libreto y la música y con el título de *El anillo mágico*, la ópera cómica de nuestro compatriota Albeniz, que ha obtenido el mismo éxito que cuando se estrenó en la anterior temporada con el título de *El ópalo mágico*. Este cambio de nombre obedece á la superstición muy generalizada de que el ópalo es una piedra de mala suerte.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso se ha cantado la ópera de Bellini *I puritani*, en la que obtuvo muchos aplausos la señora Svicher, y se ha dado el primer concierto de la serie anunciada, habiéndose tributado una ovación al maestro Goula y á la orquesta por él dirigida.

Barcelona. – En el Principal han obtenido muchos aplausos en *Rigoletto* el tenor Massini y la señora Boronat. Se han estrenado: en Novedades, con gran éxito, *Un enemigo del pueblo*, drama en cinco actos de Ibsen y uno de los mejores del gran dramaturgo dinamarqués, traducido por los Sres. Jordá y Costa; en Romea, con éxito regular, un drama en tres actos, *Or*, de D. Federico Soler, y en el Eldorado, con buen éxito, *Las mariposas*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Marqués.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Berdan, general norteamericano, inventor del fusil de su nombre.

Francisco Edmundo Paris, almirante de la armada francesa, actualmente conservador del Museo de Marina, autor de notables trabajos y obras que le abrieron las puertas de la Academia de Ciencias, director general del Depósito de mapas y planos y gran oficial de la Legión de Honor.

Aquiles Apoloni, individuo del Sacro Colegio de Cardenales.

Alfonso De Candolle, eminente naturalista suizo, profesor que fué de la Academia de Ginebra, continuador de la importante obra de su padre *Prodomus systematis naturalis regni vegetabilis* y autor de la interesante *Historia de la ciencia y de los sabios de estos dos últimos siglos*.

Roberto Caner, famoso escultor alemán, director de los artistas alemanes en Roma.

Guillermo Lubke, célebre historiador artístico alemán.

Jorge Petre, embajador de Inglaterra en Portugal, uno de los más distinguidos diplomáticos ingleses.

NUESTROS GRABADOS

En el baile, cuadro de Román Ribera (Exposición Parés). – Elegante y correcto en el trazo y excelente colorista, figura dignamente Román Ribera á la cabeza de nuestros pintores de género. Sea cual fuere el asunto de sus composiciones ó el tipo que reproduce, descúbrese la obra del maestro, la distinción del artista, adivínase al pintor concienzudo, pulcro, sí, porque Ribera sabe pintar admirablemente borrachos que no hieden á vino, *demi-mondaines* que no repugnan, á pesar de que revelan profundo y fiel estudio del natural. Al dominio de la línea y del color debe este artista sus legítimos triunfos. De ahí que todas sus obras se sostienen, á pesar de los años transcurridos y de las corrientes que de continuo determinan nuevos conceptos y modernas escuelas. De ellas acepta Ribera lo lógico, lo racional, pero sin abandonar el derrotero emprendido, porque en él se halla sólidamente cimentada su indiscutible reputación artística y la consideración que por ende merece de todos los verdaderos amantes del arte.

Un adivino en Marruecos, dibujo de R. Catón Woodwille. – Este artista inglés trata á maravilla los asuntos orientales; bien lo prueban *En el desierto*, cuadro que reprodujimos en el número 432 de La Ilustración Artística, y el precioso dibujo que hoy publicamos, composición sobria, vigorosa, llena de color local, en la que además de la verdad de los tipos y de la escena admíranse cualidades técnicas de primer orden que sin gran esfuerzo se advierten en la perfección con que están trazadas las figuras y dispuesto el fondo y en los enérgicos toques de luz que producen efectos deslumbradores.

Pergamino ofrecido al maestro Verdi. – En el número 584 dimos cuenta de la inauguración del politeama Verdi, de Carrara, efectuada en 12 de noviembre último; en el presente publicamos el pergamino que con tal motivo fué regalado al ilustre maestro; imitación de un códice de San Agustín existente en la Malatestiana de Cesena, contiene el escudo de Busseto en el florón de la derecha y el de Carrara en el de la parte inferior; en la G. de *Giussepe* se ve á Verdi componiendo en el clavicordio. Este pergamino ha sido decorado por G. Galeati, artista de Massa, por encargo del propietario del teatro, el ingeniero Scatzella.

Esperando el rosario, dibujo de Andrés Parladé. El laureado artista sevillano Sr. Parladé reproduce en el bonito dibujo que publicamos uno de esos tipos que han desaparecido y que recuerdan la España de nuestros abuelos, tan magistralmente descrita en los cuadros del *Ayer*, del Sr. Flores, recientemente publicado por esta casa editorial. El señor Parladé ha logrado ya distinguirse notablemente por sus cuadros históricos, conforme lo atestigua la alta recompensa alcanzada en la Exposición de Berlín por su lienzo titulado *El parlamento de Caspe*.

Atelaje búlgaro, dibujo de Alberto Richter. – Constituye este dibujo un excelente estudio del caballo en una de sus marchas más difíciles y tomado de frente, posición que aumenta en alto grado las dificultades por el artista resueltamente afrontadas y hábilmente vencidas. El lápiz que con tanta verdad ha dibujado el *Atelaje búlgaro* no puede haber sido manejado sino por un maestro, como en realidad lo es el artista alemán autor de esta obra.

París. – La plaza Clichy, cuadro de F. Miralles. – Bien puede decirse que pintando escenas parisienses está en su centro nuestro ilustre paisano y querido colaborador: París, el emporio de la elegancia, es el medio que como pocos se presta á ser reproducido por el delicado pincel del que siente en grado superlativo todo lo fino, lo atildado, lo verdaderamente *pschut* y lo traslada al lienzo con una pulcritud, una gracia y un cuidado exquisitos, sin incurrir jamás en nimiedades ni convencionalismos. Miralles es realista, rinde fervoroso culto á la verdad, pero á la verdad bella; no poetiza los asuntos, pero busca los asuntos poéticos, y éstos abundan tanto en la naturaleza y en la sociedad, digan lo que quieran ciertas escuelas, que no se necesita gran esfuerzo para encontrarlos, y en las muchas obras que de él llevamos reproducidas ha demostrado plenamente que se puede ser modernista sin salirse de los preceptos que la estética impone cuando de obras de arte se trata. *La plaza Clichy* ha sido adquirido por el Ayuntamiento de Brest para el Museo Municipal de aquella ciudad.

La cigarra y la hormiga, cuadro de Enrique Serra. – ¿Quién no conoce la fábula en que está inspirado este cuadro? ¿Quién conociéndola no admirará con nosotros la bellísima composición de Enrique Serra, de ese artista catalán de fama europea, que trata todos los géneros con igual maestría y acomete con igual fortuna los temas más diversos? La previsora hormiga y la negligente cigarra están admirablemente representadas por la campesina que se apoya en la pala, símbolo de su trabajo, y por la harapienta muchacha que aterida de frío y con el acordeón al lado sufre en los rigores del invierno las consecuencias de su descuido durante el verano. A pesar de esto, nos parece notar en el espíritu de esta obra cierto sentimiento de protesta contra el fondo prosaico y desconsolador de la fábula, y á decir verdad, bien merece el arte que el fabulista personificó en la cigarra alguna más recompensa que las humillantes burlas de la hormiga. El conjunto del cuadro es muy simpático y el paisaje de una belleza encantadora.

L' hereu y la pubilleta, esculturas de Celestino Devesa (Salón Parés). – Blay, Berga, y Devesa. He aquí los nombres de tres jóvenes escultores que en un breve período de tiempo han logrado singularizarse, alcanzando triunfos y recabando para su pueblo natal, Olot, el hermoso título de centro artístico de la región gerundense. Inspirándose en cuanto les rodea, buscando en el estudio del natural las fuentes de su enseñanza, conviértense en verdaderos modernistas, ya que se ajustan á la verdad de la forma, sin asimilarse lo que pueda significar la negación del concepto artístico.

L' hereu y *La pubilleta* son dos preciosos estudios del Sr. Devesa, en los que se halla retratado fielmente el conocido tipo del travieso chicuelo y de la niña destinados á heredar, según costumbre catalana, las prerrogativas y derechos que han de convertirlos en jefes de sus hermanos.



M y poco tiempo después volvió con aire de triunfo y muy alegre trayendo un huevo en cada mano

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

CONTINUACIÓN)

– ¿Pero á lo menos te has divertido?

– Yo debería decirte que sí, pero si te lo dijese mentiría.

– ¿Has tenido algún desengaño?

La joven vaciló un momento; no vaciló porque dejase de comprender á qué clase de desengaños aludía su padre, sino porque el contestar con franqueza le causaba cierto rubor; por último, Anie sonriéndose á medias contestó:

– Más de diez veces durante la noche ha sido solicitada mi mano.

– Pues entonces...

– Pues entonces, ¿sabes á quién se dirigían esas solicitudes?

– Pues está claro, á ti.

– A mí como hija tuya, no; á mí como heredera de mi tío, sí. Algunas palabras de mamá no bien oídas ó mal interpretadas hicieron creer que la fortuna de mi tío venía á nosotros y cada cual ha querido entrar en turno.

– ¿Y si en efecto se realizase eso que las gentes se han figurado?

– ¿Tienes algún motivo para creerlo?

– Para creerlo no, no tengo ninguno; para esperarlo sí hay algunos; porque no puedo admitir que Gastón, á pesar de nuestras desavenencias y discordias pasadas, nada haya dejado en su testamento para ti, su sobrina, de la cual no tenía ninguna queja.

– ¿Y si no ha hecho testamento?

– Entonces no sería una parte de su fortuna la que te correspondiese, la heredaríamos toda.

– Si esto ocurre yo te aseguro que no será ninguno de mis pretendientes de esta noche quien se case conmigo; me han parecido todos hipócritas, miserables y necios. Sin las palabras pronunciadas esta noche por mamá, estoy segura que no habría sido tan galanteada.

VII

Al penetrar en la estación de Orleans, después de una caminata de hora y media á pie y con la maleta en la mano, vió Barincq el tren rápido de Burdeos que partía delante de él.

En otro tiempo, siempre que Barincq tornaba desde París á su país natal, tomaba ese tren rápido, esperábale un carruaje en la estación de Puyoo desde la cual se trasladaba á Ourteau en muy poco tiempo y llegaba á su destino con bastante oportunidad para pasar una noche excelente durmiendo con tranquilidad en su cama.

Las cosas habían cambiado mucho: ahora, en vez de viajar en el tren rápido, viajaba en el mixto; al cómodo compartimiento de primera clase sustituía el asiento incómodo del vagón de tercera; en lugar de un coche al apearse en la estación, las piernas.

Sus tiempos felices habían sido los de la juventud, el mal tiempo era el de la vejez, la ruina era la causa de aquel cambio.

Barincq habría podido llevar la existencia tranquila del ricacho de pueblo viviendo en su castillo completamente feliz, honrado por sus vecinos, cultivando sus tierras, aumentando sus ganados, cosechando sus vinos, porque Barincq tenía mucha afición á las faenas del campo, lo mismo que la había tenido su hermano y aun quizá más que él, porque á esas aficiones comunes se agregaba en el padre de Anie un afán de mejoras que nunca había sentido su hermano mayor, hombre más apegado á la rutina y á la tradición que entusiasta por la ciencia y por el adelantamiento.

Si su origen hubiera sido distinto, probablemente habría ocurrido esto, y como eran solamente dos hijos, la fortuna paterna repartida por igual entre ellos habría dejado á los dos bastante ricos para que cada uno por su lado llevase la misma vida: el mayor en la tierra patrimonial; el otro en cualquier castillo contiguo. Pero aunque su familia había fijado su residencia en Bearn hacía ya mucho tiempo, era oriunda del país vasco, y como tal, fiel á las costumbres de aquel país, donde el derecho de primogenitura es bastante fuerte para que se vea con frecuencia que los menores no se casan á fin de que la rama principal se robustezca por la extinción de las otras.

Educados los Barincq en estos principios habíanse familiarizado con la idea de que el hermano mayor sería, por decirlo así, la continuación del padre, con la fortuna del padre y en el castillo del padre, y de que el menor se abriría camino en el mundo como Dios le diese á entender. Esto era tan natural, tan legítimo para ambos hermanos, que ninguno de los dos, ni el perjudicado ni el favorecido, habían pensado nunca en sorprenderse. Para decir verdad, sabían ambos que existe una ley, denominada Código civil, que prohibe estos acomodamientos; pero esta ley, buena para las gentes del Norte, no tenía valor alguno en el país vasco; y del país vasco eran ellos, no de la Normandía ó la Borgoña, como tampoco de Gascuña ó de Bearn.

Además, en esta perspectiva de una existencia laboriosa, nada había que asustase al menor de los hermanos ó contrariase las inclinaciones que en él se habían manifestado desde la infancia y que en nada se parecían á las del primogénito. En tanto que para éste, fuera de los caballos, de la caza y de la pesca nada existía, el menor tenía aptitudes para el trabajo intelectual y era idóneo también para las labores manuales; aunque no dejaba de ser aficionado á la caza y á la pesca, estas distracciones no le ocupaban por completo; el menor de los Barincq leía, dibujaba, aprendía música; en el colegio de Pau llenaba sus libros, sus cuadernos y hasta las paredes con sus dibujos, y en Ourteau durante las vacaciones se entretenía en construir aparatos ó instrumentos tan ingeniosos que maravillaban á su padre y á su hermano, lo mismo que á los vecinos del pueblo que los veían.

¿No era esto señal de una decidida vocación? ¿Por qué no había de seguirla? ¿Por qué no aprovechar las felices disposiciones de que le había dotado la naturaleza?

A los quince años, durante las vacaciones del verano, Barincq completamente solo, es decir, sin los consejos ni la dirección de un hombre entendido en el oficio, auxiliado únicamente por el herrador del pueblo, había inventado una maquinita de vapor que, si bien no valía para prestar servicio alguno práctico, no dejaba de ser por eso extraordinariamente ingeniosa y revelaba aptitudes extraordinarias para la mecánica. Verdad es que aquella máquina resultaba veinte ó treinta veces más cara que otra de la misma clase construída por un ingeniero mecánico de profesión; pero esto nada tenía de extraño cuando se trataba solamente de un aprendizaje.

Muy raras veces acontece que el espíritu de invención ó de descubrimiento se particularice: el que es inventor lo es para todo, para las cosas grandes como para las pequeñas; lo es espontáneamente, y en cierto modo hasta sin quererlo, hecho que se observa principalmente en el inventor que desde su juventud no ha querido ó no ha podido consagrarse exclusivamente á determinados estudios.

Esto precisamente había ocurrido á Barincq: el padre en vez de encauzar y dirigir las aptitudes extraordinarias de su hijo, habíale dejado completamente libre; siendo el muchacho, como lo era, de igual disposición para el dibujo, para la mecánica, para la música, ¿qué importaba que estudiase una cosa ú otra? Andando el tiempo ya elegiría él mismo la senda que le agradase más, y estaba fuera de toda duda que con sus felices disposiciones alcanzaría fortuna y quizá hasta gloria.

Sin estudios preliminares que le hubiesen guiado, sin relaciones que le habrían sostenido y sin padrinazgo oficial que le hubiera impulsado, el menor de los Barincq sólo había encontrado la ruina después de muchos años de lucha, de tristes desengaños, de sacrificios inútiles, de agitación febril y de costosos pleitos.

Sin embargo, el comenzar de su carrera había sido feliz; durante los primeros años de su permanencia en París todo lo que había intentado había conseguido buen éxito; algunas de sus invenciones, puramente prácticas, sin relación alguna con la ciencia, habían alcanzado aceptación y boga más que suficientes para que el inventor acariciase la esperanza de que le proporcionarían una renta no despreciable en tanto que subsistiese la validez de sus privilegios.

Barincq, por lo tanto, nada tenía que hacer sino continuar libremente por el camino que ante él se abría; era indudablemente el hombre anunciado ya por el niño.

Esto era lo que otro en su lugar hubiera hecho sin duda; pero en Barincq existía sobre todo el investigador, el soñador: el dinero ganado no satisfacía su ambición, necesitaba siempre algo más y algo superior.

Al morir su padre los dos hermanos, fieles á la tradición de su país, habían arreglado sus asuntos de herencia, no con sujeción á la ley de Francia, sino sujetándose á los usos y costumbres vascos; es decir, respetando el derecho de primogenitura que suprimía en absoluto toda partición de la herencia paterna: el mayor había conservado el castillo con todas las tierras patrimoniales; el menor hubo de contentarse con el metálico y los valores que había existentes en la casa; el mayor heredó también el apellido Saint-Christeau, que transmitiría á sus hijos de legítimo matrimonio; el menor se satisfizo con llevar el de Barincq, que él ilustraría si le era posible. Todo esto se había hecho de perfecta conformidad entre ellos, sin discutir un solo momento, como convenía no solamente á los principios en los cuales habían sido educados, sino también al sincero cariño que entre ambos hermanos existía. Por lo que se refiere al mayor, encontraba éste muy natural aquel acomodamiento; en cuanto al menor, que tenía millones de francos en la cabeza, claro es que unos cuantos centenares de miles de francos eran para él una cantidad despreciable.

Pero estos imaginarios millones no se habían convertido en reales y efectivos, como Barincq esperaba, porque á medida que él se elevaba dábanle sus alas nuevo impulso; sus aficiones científicas se habían desarrollado con el trabajo, y las cosas pequeñas que en un principio lo apasionaban parecíanle ahora insignificantes ó despreciables. Barincq miraba más alto y aspiraba á realizar mayores intentos, y en lugar de encerrarse en la reducida esfera en que su prudencia y su ignorancia le habían mantenido durante algunos años, pretendió salir de ella. Si hasta entonces había conseguido triunfar siendo joven, sin experiencia, sin más apoyo auxiliar que la osadía de su ignorancia, ¿por qué no había de lograr nuevos triunfos cuando su nombre era conocido y estimado y cuando además de eso había adquirido él por medio de su trabajo conocimientos de que antes carecía?

Con gran asombro suyo hubo de reconocer Barincq al poco tiempo lo engañoso de estas ilusiones.

¿De dónde se había caído aquel hombre que no procediendo de ninguna escuela se figuraba que habían de escucharle por deferencia ó porque presumiese de decir algo interesante? ¿Era algo en el mundo oficial? ¿De quién había sido compañero? ¿Quién le recomendaba? Era verdad que había ganado bastante dinero con fruslerías. ¡Valiente recomendación!

Justamente esas fruslerías le perjudicaban, y cuanto más le habían producido tanto más se volvían en contra de su ambición. ¿Por qué pretendía que se contase con él para cosas serias si no presentaba otra recomendación que el dinero ganado con invenciones insubstanciales? Era indudable que aquel soberbio pretendía salirse de su esfera; convenía, pues, obligarle á volver á ella.

Cuanto la subida había sido fácil y suave al principio, cuando Barincq caminaba, por decirlo así, á la ventura, tanto fué dificilísima y ruda cuando pretendió ocupar un sitio entre los regulares de la ciencia, que si no le dijeron brutalmente «usted no es de los nuestros,» diéronselo á entender de muchas maneras.

¡Cuántos escaños y cuántos bancos de antesalas de ministerios había desgastado! ¡A cuántos ujieres importantes había dirigido sonrisas humildes! ¡Cuántos mozos de oficina le habían despedido con malos modos! Y cuando después de muchos meses de audiencias aplazadas conseguía al cabo ser recibido, ¡cuántas y cuántas veces un personaje en quien Barincq fundaba sus esperanzas le había escuchado medio distraído y ponía término á la conferencia encogiéndose de hombros y despidiéndole con estas palabras de compasión: «¡Pero, hombre, eso que usted propone es una locura!»

Al lado de esos indiferentes que ni le escuchaban siquiera había también algunos más despiertos que le escuchaban con interés excesivo y seguían con ojo avizor sus experimentos; éstos eran más temibles que los otros, y se lo habían demostrado muy claramente poniendo con habilidad en ejecución aquello mismo que habían calificado de irrealizable ó insensato.

Con las reclamaciones y los litigios puede decirse de Barincq que había bajado á los infiernos, y desde entonces la existencia del inventor se había pasado esperando en las agencias, visitando abogados y curiales, conferenciando con procuradores, discutiendo con los peritos; padeciendo, en fin, contrariedades, exasperaciones febriles y tristes desalientos en los tribunales de París y en los de provincias adonde sus negocios le habían llevado.

VIII

A su llegada á París, completamente preocupado por la invención de una arcilla luminosa, había ido á consultar con un célebre químico, cuyas obras había estudiado mucho y le inspiraba gran confianza y cuyo nombre gozaba de prestigio y de autoridad en la ciencia, Francisco Sauval; durante mucho tiempo Barincq, bajo la dirección de aquel sabio, había seguido una serie de experiencias sobre las primeras materias utilizables para producir el alumbrado dentro del agua; de esto habían nacido relaciones entre ellos, benévolas por parte del maestro, ganoso siempre de seducir á la juventud, respetuosas por parte del discípulo, y cuando éste tenía algún consejo que pedir ó alguna duda que desvanecer consultaba siempre y exclusivamente con Sauval.

Este era químico porque su abuelo lo había sido y su padre también y además porque con profundo conocimiento de la vida práctica había comprendido desde muy joven las ventajas (que para él serían aprovechables) del nombre y de la autoridad que sus antecesores habían conquistado en el mundo científico y de colocarse en actitud para heredar las posiciones oficiales que su abuelo y su padre habían ocupado sucesivamente; sin embargo, aún más que químico y más que sabio era, si bien él lo negaba con obstinación, hombre de negocios incomparable, ante el cual el doctor más sabio y el abogado más enredador no eran más que colegiales.

Escuchando con benevolencia los proyectos y los sueños de Barincq, habíale curado prudentemente, pero con mano firme y segura, de su ambición, y con la autoridad que su experiencia y su situación le prestaban había probado á Barincq que no debía salirse de la índole de investigaciones en que había tenido la fortuna de obtener buenos resultados.

«Concrétese usted á la industria, le repetía incesantemente; gane usted dinero, y ya que usted no tomó desde el principio el camino que conduce al magisterio científico, deje usted la ciencia á los maestros. ¡Ah! ¡Si yo estuviese en

el lugar de usted, si yo tuviese para los negocios el golpe de vista que usted tiene, qué fortunón haría!»

Hacer fortuna, ganar dinero; este era el estribillo constante de su conversación; y si es cierto que las palabras que más frecuentemente brotan en nuestros labios son las que dan la clave de nuestra naturaleza, oyendo á este químico podía deducirse que era un hombre metalizado. El dinero sobre todo, ante todo y para todo, con un fin generoso y tierno, cual era el de dar á cada una de sus cinco hijas un millón de dote. El tipo del sabio sencillo, torpe, tímido y un poco hurón, que no sale de su laboratorio, que desconoce el mundo, que en la plata ve solamente un metal dúctil y maleable que se funde á los 1.000 grados próximamente, no era en modo alguno el de Sauval que, por el contrario, representaba mejor que ningún otro al sabio amable, elegante, hombre de sociedad, casi tanto como hombre de negocios, bastante prudente para no dejarse explotar por los industriales y bastante hábil para explotarlos á ellos empleando procedimientos perfeccionados con que les exprimía hasta la última gota de substancia utilizable.

Sauval había ocupado unas en pos de otras todas las posiciones que el gobierno podía dar: en el Instituto agronómico, en el Conservatorio, en los Gobelinos, en el Museo, en la Escuela central, en el Gobierno civil, en las oficinas de policía; era además director facultativo de numerosas fábricas de productos químicos y farmacéuticos, industrias que pagaban de este modo indirecto la influencia de Sauval; sin embargo, como todo esto, por importante que fuesen los ingresos acumulados, no era lo suficiente para satisfacer su avaricia, ni podía proporcionarle los millones que deseaba, el sabio Sauval los solicitaba de la industria, adquiriendo privilegios de invención en todas las ramas de las ciencias químicas en que hay dinero que ganar, como sucede con la de los abonos y la de las materias colorantes.

Por de contado que Sauval no explotaba por su cuenta estos privilegios, pues su situación se lo impedía; pero los cedía á comerciantes, á especuladores á quienes precisamente esa situación deslumbraba y que se dejaban arrastrar por la esperanza engañosa de sacar de la nada alguna cosa de valor; bien así como las víctimas de los alquimistas antiguos esperaban convertir en oro todos los metales. ¿Cómo no habían de sentir el prestigio de este hombre, si él mismo lo propagaba con toda habilidad, dándose diariamente, según suele decir el vulgo, bombo en los periódicos? No se trataba de un inventorcillo desdichado, sino de un sabio cuyos títulos llenaban muchas líneas en los anuarios; no era en un desván donde habían de firmarse las escrituras, sino en un domicilio lujoso que el Estado proporcionaba.

Aconsejando á Barincq constantemente que procurase ganar dinero, Sauval no le había propuesto nunca que explotase ninguno de sus numerosos privilegios; pero lo que no decía con franqueza dábalo á entender con delicadas insinuaciones, á las cuales no había posibilidad de sustraerse. Esto no obstante, Barincq, que como verdadero inventor estaba preocupado con sus ideas propias, habíase desentendido durante mucho tiempo de las indicaciones del químico. ¿Para qué comprar descubrimientos ajenos cuando se tiene para vender gran número de invenciones propias? No era ciertamente de escasez de ideas de lo que Barincq padecía, sino de impotencia para conseguir que se aceptasen las suyas.

Sin embargo, á la larga, ya exasperado por la hostilidad que encontraba, ya desalentado por la resistencia pasiva que los indiferentes le oponían; ora fatigado en el combate, ora abrumado por la injusticia, Barincq había concluído por preguntarse si aquellos pensamientos suyos, rechazados por todo el mundo, tenían realmente algún valor; si era posible que por medio de hábiles modificaciones los diese como suyos otro cualquiera, ¿no significaría eso que sus invenciones careciesen de carácter personal? Por último, si ya no obtenía buen resultado en nada, ¿no consistiría esto en que hubiese perdido por completo su fecundidad de inventor? En todo inventor hay un jugador siempre, ¿y qué jugador no cree supersticiosamente en los caprichos de la fortuna?

Si la de Barincq declinaba, la de Sauval, por el contrario, se consolidaba de día en día hasta el punto de que Sauval no ponía mano en un negocio que no le saliese á pedir de boca. En tales condiciones, ¿no sería llevar hasta la ceguera obstinarse en proseguir en aquellas estériles luchas, en vez de aprovechar la ocasión que se le presentaba?

Sauval solía hablarle con mucha frecuencia de experimentos realizados hacía bastante tiempo en su laboratorio, y que cuando diesen todo su resultado serían para ciertas materias extraídas de la brea del cok lo mismo que el descubrimiento de Lightfott había sido para el negro de anilina. Cierto día en que Barincq entró en casa de Sauval para consultarle sobre algunos de sus asuntos, se encontró con la novedad de que su maestro tenía expuestas con bastante habilidad algunas franjas de lienzo teñidas de rojo, de amarillo, de azul y de violeta.

—Veo que estos ejemplares llaman la atención de usted, dijo Sauval, que había seguido las miradas de Barincq; pues todavía habrán de llamarla más cuando usted sepa que estos colores que ya han sufrido la operación de evaporizarse son para algunos tan indestructibles como el negro de anilina.

Barincq, sin ser químico de profesión y sin haber estudiado por consiguiente la especialidad de las materias colorantes, sabía, sin embargo, que aún no se había conseguido obtener más color indestructible que el negro de anilina y que los demás colores que se trataba de extraer de las hullas eran de duración efímera. Al decir, pues, que la pintura de aquellas franjas era tan indestructible como el negro de anilina, anunciaba Sauval un descubrimiento muy importante, que estaba llamado á producir una revolución en la industria de los tejidos y á reportar para su inventor ganancias enormes.

—¿No cree usted, amigo Barincq, le dijo Sauval, que habría usted obrado más cuerdamente siguiendo este sendero práctico que yo indico, con preferencia á ese que ha conducido á usted á tal infierno de interminables luchas y de combates baldíos? ¡Ah! Si yo en vez de ser un sabio, hijo y nieto de sabio, hubiera sido un industrial; si en lugar de hallarme atado por mi posición estuviese yo completamente libre, ¡qué fortuna realizaría! En tanto que voy á dejar que me ganen por la mano y concluyan por despojarme de lo que es mío algunos truhanes que se burlarán de mí. ¿Por qué no tendré un yerno industrial? Momentos hay en los cuales, pensando en el porvenir de mis hijas, me pregunto si no falto á mis deberes de padre no presentando inmediatamente la dimisión de todos mis cargos para explotar por cuenta propia todos los privilegios de invención que he obtenido.

Conversación principiada de esta manera había de llegar, y llegó efectivamente, á una proposición concreta y definida.

En lugar de presentar la dimisión de sus cargos, Sauval cedía sus privilegios de invención á Barincq que, á los ojos del sabio, tenía el gran mérito de no ser comerciante de profesión, ó lo que es lo mismo, un explotador de la ciencia, y que por otra parte le inspiraba completa confianza; de esta manera lograba realizar el maestro dos fines muy interesantes: aseguraba la fortuna de sus hijas y hacía la suerte de un hombre honrado hacia el cual experimentaba estimación y simpatía. Sauval otorgaba esta cesión en condiciones muy aceptables; cuatrocientos mil francos como valor de los privilegios, y además mientras los privilegios durasen, una participación del diez por ciento en el producto total de las ventas realizadas; como lo que se había de vender á ciento cincuenta ó á doscientos francos el kilogramo no costaría de fabricación más que tres ó cuatro, era fácil calcular desde luego los beneficios.

Barincq no podía menos de sentirse deslumbrado por el brillo de un negocio que de aquel modo se le presentaba; al mismo tiempo experimentaba en el fondo de su corazón profunda gratitud por la gran prueba de amistad que su maestro le daba; por último, descorazonado por sus fracasos y contrariedades, no pudo menos de reconocer que sería verdadera locura obstinarse en sus delirios en vez de aceptar aquellas proposiciones generosas.

Es verdad que para aceptarlas era necesario cumplir las condiciones bajo las cuales habían sido hechas, y Barincq no se encontraba en este caso; había recibido de su padre doscientos mil francos próximamente, y éste era todo su capital, porque los grandes ingresos que sus inventos anteriores le habían proporcionado hasta la fecha se habían consumido en ensayos de nuevas invenciones ó habían sido devorados por la curia en numerosos pleitos: ¿cómo era posible con esos doscientos mil francos solamente pagar los privilegios de invención y reunir los fondos necesarios para fundar una fábrica y mantenerla funcionando?

Lo que era una dificultad insuperable para Barincq, nada significaba para Sauval. Fácilmente fueron hallados especuladores, que Sauval buscó y encontró, los cuales compraron á Barincq todos sus privilegios; muy baratos, eso sí, demasiado baratos, muy por bajo de su valor real y efectivo, el mismo Sauval convenía en ello; pero era necesario considerar que los compradores pagarían al contado, circunstancia muy para tenida en cuenta. Al mismo tiempo Sauval casaría á Barincq con una huérfana cuya dote ascendía á cuatrocientos mil francos en dinero. Además de esto, prometió conseguir que vendiesen á su protegido en las condiciones más favorables una fábrica de materias colorantes establecida ya hacía muchos años; de suerte que al mismo tiempo que se establecía y organizaba la fabricación de productos nuevos, creados por los procedimientos de Sauval, podrían continuar la de los antiguos que no fuesen sustituídos por éstos; Sauval prestaría su concurso á esta fabricación, y para pagarle este concurso se haría extensiva á todas las rentas de la fábrica, así de los nuevos como de los antiguos productos, su participación de diez por ciento que antes se ha mencionado. Por último, Sauval obtendría de una fábrica de productos químicos, en la cual estaba interesado, un contrato en virtud del cual el fabricante se comprometería á entregar durante diez años y á precios más reducidos que los corrientes todas las materias necesarias para la producción de los colores.

El mismo Sauval tomaba á su cargo la tarea de llevar á feliz término cuanto emprendía; lo cual consistía, según él mismo aseguraba, en que no entendiendo una palabra en achaque de negocios, no se ahogaba nunca en los pormenores. En tres meses los privilegios de Barincq fueron vendidos, sus pleitos abandonados, celebrado su matrimonio y comprada la fábrica, y Barincq se halló en disposición de seguir adelante; la industria de los tintes, caldeada por artículos de periódicos que Sauval inspiraba ó redactaba por sí mismo, esperaba para aprovecharse de ella la revolución anunciada.

Y efectivamente, Barincq prosiguió su camino; pero, ¡cosa extraña!, los experimentos tan concluyentes, tan admirables en el laboratorio de Sauval, no dieron en la práctica los resultados apetecidos y esperados: si bien el color rojo presentaba cierta solidez, que no era ni con mucho indestructible, como el negro de anilina, los otros colores eran de duración muy escasa.

Este desengaño terrible no había anonadado á Sauval, ni casi le había conmovido; á las lamentaciones de Barincq había respondido con mucha tranquilidad que era preciso tener calma, porque ya veía claro y aquella decepción no tenía ninguna importancia. El mismo iba á poner manos á la obra, como debía, toda vez que se había comprometido á que la fábrica utilizase todos los desarrollos y todos los mejoramientos que sus privilegios lograsen merced á sus investigaciones científicas, y antes de mucho aquel insignificante contratiempo quedaría remediado; lo veía muy claro. Mientras eso llegaba no había más remedio que continuar la fabricación de los productos antiguos. Esto salvaba la dificultad de la situación y probaba lo cuerdamente que habían obrado comprando una fábrica antigua en lugar de establecer una nueva que no hubiese tenido parroquia. Sauval había sido sobre todo previsor en lo que se refería á sus intereses, porque con arreglo al contrato tenía también participación en el ingreso por venta de productos obtenidos por los procedimientos antiguos. «Un poco de paciencia, todo era cuestión de tiempo, el buen éxito estaba asegurado; reducíase todo á esperar algunos días más, tal vez uno solo.»

Sin embargo, había pasado mucho tiempo sin que aquellos colores llamados á producir una revolución en la industria se hiciesen duraderos; en la fábrica se vendía el rojo; nadie compraba el verde, azul ni amarillo; y en tanto que los perfeccionamientos anunciados se hacían esperar indefinidamente, la fábrica de productos químicos, cumpliendo su contrato, entregaba diariamente las materias necesarias para la fabricación de los nuevos colores... que no se fabricaban por la sencilla razón de que no había quien los comprase.

La confianza que el maestro había inspirado á su discípulo estaba muy quebrantada; el pagar la participación del diez por ciento, el más saneado de los productos obtenidos en la fábrica por los procedimientos antiguos pasaba á la caja de Sauval, y el cargarse todos los días en cuenta el importe de diez mil kilogramos de productos químicos, que era necesario vender con pérdida ó bien arrojar por el balcón á la calle si no se encontraba á quien venderlos, conducía á una ruina tan cierta como precipitada.

Sin embargo, Sauval, que continuaba sereno en su estoicismo científico y que seguía viéndolo todo muy claro, proseguía sus investigaciones, repitiendo siempre: «Paciencia, paciencia, esperemos un día más,» y transcurrido ese día pedía otro y después otro y así sucesivamente.

(Continuará)



LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Los movimientos muy lentos de ciertos animales acuáticos, fáciles de estudiar por medio de imágenes sucesivas, presentan igualmente un gran interés. Nada más curioso que asistir á las evoluciones por medio de las cuales una *asteria* vuelta de espalda trabaja para volver á colocarse en su posición natural, lo que consigue por medio de verdaderos prodigios de equilibrio (fig. 30): observándola se ve cómo desliza poco á poco uno de los radios de su cuerpo, mientras levanta otros dos hasta que su centro de gravedad se encuentra fuera de su base de sustentación. Entonces, de repente, pierde el equilibrio, cae sobre su cara ventral y no tiene que hacer más que extender gradualmente sus radios para encontrarse en su posición normal y progresar en el fondo del acuario por el sistema de reptación que le es propio.



Fig. 30. Fases del movimiento de una asteria para recobrar su posición normal

Este movimiento de voltereta tarda bastante en producirse y exige generalmente de diez á veinte minutos, de modo que para hacer perceptibles sus diversas fases es preciso dejar un intervalo de un minuto entre dos imágenes sucesivas.

Para los movimientos muy pequeños que han de ser estudiados de cerca se hace necesario apelar á una disposición especial: con dos cristales embetunados con almáciga se forma un acuario de reducidas dimensiones iguales á las del campo que habrá de cubrir la imagen y se coloca el animal (un langostín, por ejemplo) en esa cajita llena de agua de mar. Si se recogen sobre película móvil las imágenes sucesivas que se destacan en silueta sobre el fondo luminoso, se obtiene la serie de los movimientos de los miembros, como por ejemplo los de las patas para secundar la respiración. Más adelante describiremos una disposición análoga para el estudio del vuelo de los insectos.

IX. – LOCOMOCIÓN AÉREA

1.° *Vuelo de las aves.* – El movimiento de las alas del ave que vuela, mucho más rápido que el de los miembros de los cuadrúpedos, escapa casi por completo á la observación, pudiendo apenas el ojo entrever ciertas actitudes que duran algo más que las otras: estas fases de los aletazos son las que reproducen los artistas, los cuales en Europa representan á las aves generalmente con las alas levantadas, al paso que en el Japón, según una justa observación de M. Muybridge, representan con igual frecuencia la fase de las alas bajas. Pero las actitudes intermedias han permanecido desconocidas hasta que el empleo de la cronofotografía ha venido á traducir exactamente la sucesión de todas ellas.

En el análisis de los movimientos del vuelo es preciso, según el objeto que cada cual se proponga, recibir las imágenes, sea sobre placa fija, sea sobre una tira pelicular animada de traslación.

El primer método se presta á la inscripción de la trayectoria de la punta del ala de un ave (fig. 31). Una corneja volaba delante de un fondo obscuro llevando una lentejuela metálica que brillaba á la luz del sol. La trayectoria singular descrita en el espacio representa el movimiento bastante complicado que resulta de la rotación del ala alrededor de la articulación escápulo-humeral y de las flexiones y extensión de los diferentes segmentos del miembro.

Esta trayectoria ha sido obtenida teniendo abierto constantemente el objetivo fotográfico, por esto es continua: si se hubiesen producido admisiones de luz intermitentes se habría obtenido la misma trayectoria en forma de puntos sucesivos, cuyas distancias intermedias, variables á cada instante, hubieran expresado las variaciones sucesivas de la velocidad del ala en los diferentes momentos de su recorrido.

El mismo método se aplica también para tomar una serie de imágenes completas de un pájaro blanco que vuela delante de un campo obscuro, con tal de que no haya necesidad de obtener un número muy grande de imágenes en un tiempo determinado. Con cinco imágenes por segundo se ha obtenido la fig. 33, que representa un airón cuyas alas se presentan alternativamente en su posición de elevación y descenso.

Para hacer más inteligibles los movimientos del ala de un ave se hace preciso también poder tomar las imágenes desde un lugar elevado, como lo hemos hecho respecto del hombre en la figura 26. Un palomo que ha sido cronofotografiado de este modo ha dado la fig. 32, en la que, á pesar de la sobreposición parcial de las imágenes, pueden seguirse las fases del aletazo según las actitudes proyectadas sobre un plano horizontal. Se comprende que la combinación de imágenes de un mismo pájaro proyectadas sobre tres planos perpendiculares entre sí dé datos suficientes para construir figuras en relieve de esa ave, las cuales dan perfecta idea de las actitudes sucesivas en los distintos momentos del vuelo: esto es lo que hemos hecho y descrito en una obra especial sobre la fisiología del vuelo de las aves (1).

(1) *Le vol des oiseaux.* París. G. Masson. 1889.

Si se encontraba insuficiente el número de imágenes que haya dado la cronofotografía sobre placa fija, podría recurrirse al empleo de la película animada de traslación, con lo cual podrían recogerse hasta sesenta imágenes por segundo.

Estos estudios sobre el mecanismo del vuelo de las aves, además del interés que ofrecen desde el punto de vista fisiológico, conducirán á ciertas aplicaciones prácticas, pues enseñan cómo podrían construirse aparatos propios para moverse en el aire. Sabido es que en estos últimos años se ha logrado construir pequeñas máquinas que mueven las alas y vuelan á la manera que las aves recorriendo un espacio de diez á veinte metros.

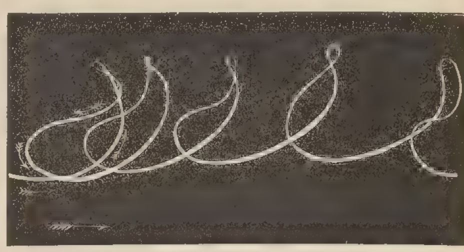


Fig. 31. Trayectoria del extremo del ala de una corneja. Una lentejuela brillante pegada en la segunda remera seguía el trayecto indicado por las pequeñas flechas curvas. La flecha horizontal que se ve en la parte inferior indica la dirección del vuelo.

Las aves, por otra parte, tienen otro modo de volar llamado *vuelo cernido,* en el que se deslizan por el aire sin batir las alas: este movimiento lo imitan perfectamente unos aparatos llamados *aeroplanos;* pero estas máquinas cuando se mueven en el aire son tan difíciles de observar como las mismas aves, por lo cual es muy útil recurrir á la cronofotografía para apreciar la manera cómo estos movimientos se ejecutan, bien sea cuando el ave bate sus alas, bien sea cuando se cierne.

2.° *Vuelo de los insectos.* – El vuelo de los insectos difiere esencialmente del de las aves desde el punto de vista de su mecanismo. Creemos haber demostrado que este vuelo presenta grandes analogías con la función de un propulsor que algunos barqueros emplean y que se denomina *espadilla.*



Fig. 32. Palomo que vuela: las imágenes están tomadas desde un sitio elevado. Cronofotografía sobre placa fija (25 imágenes por segundo)

El ala del insecto en su rápido aleteo describe, en efecto, en el aire la misma trayectoria que la espadilla en el agua. La acción propulsiva es en ambos casos la misma, ó sea la de un plano inclinado que se mueve en un fluido y su efecto es comparable con el de la hélice (2).

Pero si el mecanismo del vuelo de los insectos es hoy conocido en sus caracteres esenciales, faltaba todavía conocer muchos de sus detalles que la observación era impotente para percibir, pues la frecuencia de los movimientos de ala de los insectos es extraordinaria: por la inscripción directa hemos podido comprobar que algunos de ellos llegan á dar hasta 300 golpes de ala por segundo y aun esta cifra dista mucho de ser el límite de frecuencia de estos movimientos.

A pesar de las dificultades del problema, podía esperarse que la cronofotografía llegaría á tomar las fases del aleteo de un insecto; pero era posible que se necesitase aún disminuir el tiempo de exposición, reducido ya á 1/2.000 de segundo en los experimentos sobre el vuelo de las aves. Ahora bien: como era de temer que con tan corta exposición el alumbrado

(2) Véase Marey, *La máquina animal.*

fuese insuficiente, habría que dirigir sobre el insecto luz extremadamente concentrada.

La figura 34 representa teóricamente la disposición á que hemos recurrido: en ella se ve de derecha á izquierda: primero el haz de luz paralelo que un heliostato dirige siguiendo el óptico principal del fotocronógrafo. Este haz es concentrado por una lente C, cuya longitud focal ha de ser doble por lo menos de la del objetivo y detrás de la cual se ve al insecto sujeto por unas pinzas. El haz concentrado atraviesa la primera lente del objetivo y sus radios convergen sobre los discos obturadores, los atraviesan en el momento en que coinciden las ventanas y van á formar sobre la película sensible un campo luminoso en el centro del cual se destaca en silueta la imagen del insecto.



Fig. 33. Vuelo de un airón. Una escala métrica en la parte inferior del grabado permite calcular la velocidad del ave (5 imágenes por segundo)

El vuelo cautivo que se consigue con este procedimiento para sujetar el insecto no sale bien en todas las especies: es cierto que permite orientar á voluntad el animal y tomar las actitudes de sus alas bajo diversos aspectos, pero da lugar á movimientos de una amplitud y de una rapidez exageradas.

Para estudiar el vuelo normal se pone delante del objetivo una caja de cartón cerrada por delante con un cristal en contacto con la lente-condensador. El insecto, introducido en esta caja, dirige al punto su vuelo hacia el cristal que se ha puesto previamente á foco del objetivo. Vigílase el modo cómo se realiza el vuelo, y en el instante preciso se aprieta el botón que pone en marcha la película sensible. De esta suerte se ha obtenido la figura 35.

Necesitábase una gran brevedad en los tiempos de exposición para conseguir imágenes limpias de las alas del insecto á causa de la extraordinaria rapidez de sus movimientos.

Con ventanillas de dos centímetros de anchura cuyas coincidencias daban iluminaciones de 1/2.000 de segundo, las imágenes no eran limpias, al menos por lo que respecta á las puntas de las alas.

Hemos reducido gradualmente el diámetro de estas ventanas, reemplazándolas con cortinas de metal con hendiduras estrechas dirigidas en el sentido de los radios del disco.

La coincidencia de estas ventanas, que sólo tienen milímetro y medio de anchura, redujo la duración de la iluminación á 1/25.000 de segundo.

(Continuará)





L' HEREU Y LA PUBILLETA, esculturas de Celestino Devesa (Exposición Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 1.º de mayo de 1893 — Núm. 592



BACO, dibujo de R. Armenise, grabado por Mancastropa



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La primavera en Sevilla. – Resurrección de la Naturaleza. – Reflexiones. – Una montería en Sierra Morena. – Llegada de los invitados. – Encuentro con los nobles señores del coto. – El puesto. – Los monteros y las reses. – Hospitalidad. – Canto andaluz. – Observaciones. Conclusión.

No ha sentido el calor vivificante de la primavera en su cuerpo y no ha experimentado la savia de abril en sus arterias quien jamás haya en Sevilla estado por estación como la que ahora impera y corre. Aquellos bordes, así de las acequias como de los caminos, festoneados á una de flores embellecidas por toda suerte de matices y olientes á toda clase de aromas; aquellas palmas, que vibran al beso de los airecillos y dibujan las diademas de sus orientales cogollos en el azul de un cielo helénico; aquellos naranjales, nevados de azahar en su copa y erguidos sobre círculos de azahar descolgados de sus ramas, las cuales parecen otros tantos pebeteros, donde la esencia balsámica se condensa en términos de que tal olor no resulta fluido y vago, algo líquido que se bebe como el hatilus de los harenes y algo sólido que se masca como las frutas de los paraísos, infundiendo en nuestras fibras una celeste serenidad; aquel enlace de los árboles más exóticos entre las paredes marmóreas de los jazmines más misteriosos con las enredaderas y los rosales más hispánicos; el surtidor de las fuentes murmurando, tras las cancelas de los patios, adornados por macetillas, en torno de las cuales vagan hermosísimas mujeres coronadas de frescas rosas despidiendo gorjeos de sus arpadísimas gargantas, centellas de sus negros ojos; el esmalte de los alminares almoravides y almohades cubiertos con sus encajes de alharacas y ceñidos con sus grecas de azulejos; los brillantes palacios mudéjares con suelos de ágatas y techumbres de marfil con oro; los innumerables campanarios relucientes al centelleo de sus lozas muy semejantes á mayólicas; el vapor de poesía despedido hasta por los objetos más prosaicos, cuya vulgaridad trastruecan en arte puro los recuerdos bellos como los arreboles de cualquier ocaso andaluz; la música puesta por las canciones entonadas en competencia y porfía con ruiseñores y alondras ó al son de melodiosas guitarras, por tal manera os poseen y dominan, que cuando el río suena en un caer de la tarde y los bosques huelen y la Giralda con la Torre del Oro brillan y la catedral ostenta sus cresterías entre góticas y platerescas, os creéis transportados á uno de esos predilectos sitios, invenidos por las mitologías como islas, dentro de cuyos senos edénicos nunca penetran el dolor y la muerte.

* * *

Bien es verdad: por todas partes, bello, bellísimo, un anochecer ó un amanecer en abril. ¡Qué mañanas! El cielo, de color de perla en los primeros instantes, al rayar la feliz alborada, tórnase luego de un matiz rosa, semejante al rubor de la niña enamorada que oye profundo suspiro de amor. Las crestas de los montes, sonrosadas por los albores, quiebran la luz matutina con tan variados reflejos, que parecen, ya pirámides de coral ó ya rotondas de rubíes. En aquellos iris, cuando acaban de acostarse la luna y la estrella matinal que la sigue, se despiertan las parleras avecillas con sus himnos de arpegios y gorjeos. La verde y ya granada espiga lleva en sus aristas gotas de rocío y en sus raíces pétalos de amapola. Corónanse de flores los arbustos, difundiendo aquella dulce alegría que siente la casta joven cuando se ciñe, á impulsos de risueñas ilusiones, la guirnalda misteriosa de novia en el anhelado día de sus nupcias. Los seculares árboles, llenos de moho, de líquenes, de festoneantes enredaderas, sacuden sus copas al airecillo, y dejan caer como una lluvia de oxígeno, producida por los primeros besos de la luz, mientras las praderas, de varias flores sembradas y enriquecidas, así como dan mieles á las zumbantes abejas, dan colores á las tenues y ligeras mariposas. Por aquí el trabajador que canta, llevando su azadón al hombro, con la jovialidad nacida del descanso en brazos de la noche; por allí el pastor que saca el ganado de apriscos y establos humeantes, despidiendo de sus lanas sanísimos aromas y de sus esquilas notas varias, tan regocijantes como cualquier alegre melodía. Todo convida, pues, todo, al amor: el aleteo, el cántico, el vuelo, el resplandor, que diríais esfuerzos constantes y tenacísimos de la materia por producir y exhalar el espíritu, como la flor, que se disipa y se trastrueca en aroma. ¡Ay! El principal atractivo de los arpegios entre las aves cambiados, de las miradas por el sol dirigidas á su esposa la tierra, de los besos dados por los aguijones de los áureos insectos á las enamoradas flores; el principal atractivo está en que todos aquellos espasmos corresponden á una con los corazones henchidos, por los cuales se agolpa y enardece la sangre hirviente, de igual manera que la corteza de los árboles rejuvenecidos y reengalanados por la savia primaveral con tanto exceso de vida.

* * *

¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movimiento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesión continua de seres orgánicos que cambian y se transforman, permanente de suyo é inmodificable; sujeta siempre á la muerte, y sin embargo, eterna; sujeta siempre al límite, y sin embargo, infinita; radiosa en la inmensidad del espacio y concretada en seres orgánicos; desde los astros, que despiden su luz por las esferas, á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen, á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes, donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en germen orbes infinitos, á los grandes y gigantescos mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve, á las últimas estrellas de la Vía Láctea, cuyo resplandor tarda veinte mil siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados adheridos á este pequeño planeta; en todo este círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah! no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada; sombra de nuestro pensamiento, aprensión de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra lógica y la incurable imperfección de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como faunas y floras enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal, ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos.

* * *

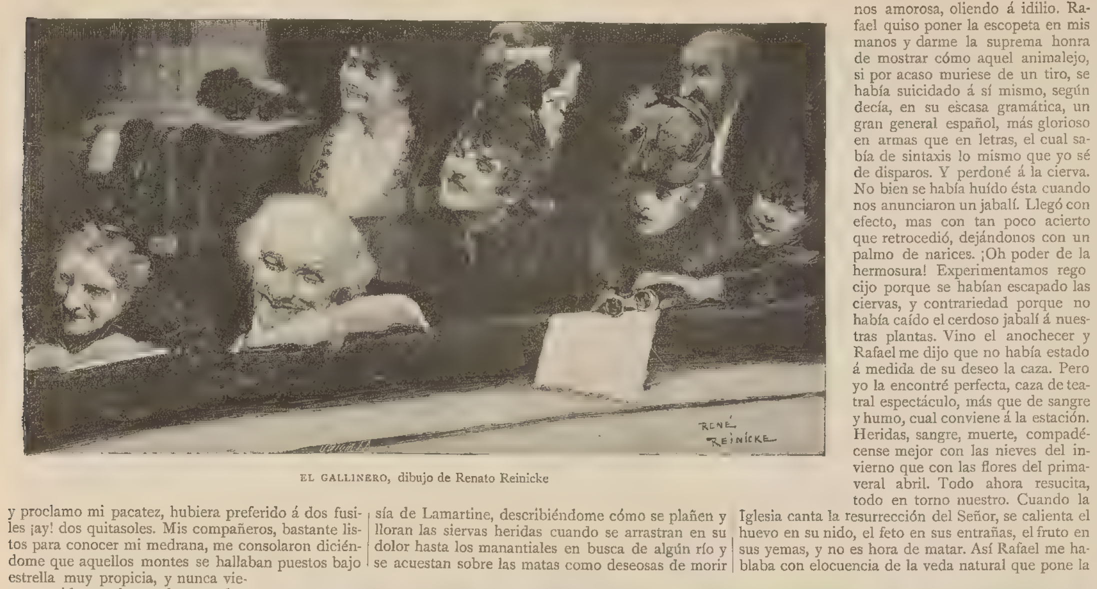
Mas no acabaríamos nunca si hubiésemos de agotar estas filosofías. Volvamos de nuevo al campo, hundiéndonos así en sus aromas como en sus savias. Y puestos ya, por las inspiraciones de abril, en esta ocasión de anegarnos dentro de su vida exuberante, recordemos la Sierra Morena, que acabamos de recorrer y que nos ha olido en sus embriagadoras fragancias al bello lenguaje de Cervantes en aquellos capítulos del *Quijote*, donde nos la describe y ofrece con toda la magia de una poesía, dentro de cuyos senos la ficción y la verdad, no sólo se juntan, se confunden é identifican. No he presenciado yo allí penitencias como las del ingenioso hidalgo, pero sí cacerías que piden para su historia una voz tan elocuente como aquella voz y una pluma tan divina como aquella pluma del primero entre nuestros prosistas, de quien puso en los desfiladeros de tan aromadós montes las escenas que patentizan los secretos más recónditos y más hondos de la Naturaleza. Después de tamaña correría, la noble familia que me agasajó con tales obsequios pidióme una crónica del hecho; y aquí está, como la escribí al día siguiente de tan lisonjero caso, en la madrugada del día 10 mismo de este mes corriente. Cópiola de seguida y á la letra, pues guarda las emociones muy frescas y transcribe con ingenuidad muy franca un color andaluz. Desde aquí digo que Andalucía es la tierra donde Virgilio soñó hallarse sus Elíseos, el musulmán encontró sus edenes y el cristiano recobraría su Paraíso perdido, si no lo buscara en el cielo. Sonarían las dos de una espléndida y luminosa tarde, cuando llegamos el domingo 9 de abril á estos riscos, después de larga misa con incienso y órgano y aleluyas, en la cual tuve tiempo de pedir á Dios un premio para el favor de haberme traído á estas montañas en alas de sus amistosas invitaciones y al reclamo de su fraternal cariño, mostrado con obsequios sin fin, en que le secundó una parentela tan larga y numerosa como la descendencia de los antiguos Patriarcas bíblicos, el correligionario de toda la vida y amigo de toda el alma, el bueno amado Ayala. Cumplido este descargo de conciencia, monté brioso caballo, capaz por mí de moderar sus ímpetus conociendo mi torpeza en el arte de cabalgar, y llevarme sobre su lomo cual un cordero de paz y mansedumbre por donde sólo pueden ir á su sabor águilas y á lo sumo cabras. Cabalgué con hechizo y encanto sobre praderas vistosas como tapices de Persia y olientes como almizcle de huríes, á la sombra de las encinas cargadas de polen y rebosantes de savia, entre guirnaldas de florestas como jardines orientales y coros de ruiseñores despidiendo cromáticas escalas de sus cuerpecillos abrasados en el celo y en el amor. Al cabo de un rato que pareció breve á mi cansancio y de un trecho que pareció corto á mis agujetas por lo hechicero de tantos paisajes, doquier entrevistos, nos encontramos bajo verdes fresnos y á la vera de clarísimo arroyo la incomparable familia de mis amigos los Calvos de León, entre la cual resaltaba Conchita, por su belleza y por su gracia, como una Diana cazadora, con su escopeta en mano, la trahilla de los perros en derredor, el montero al lado, y tras ella su marido Antonio, sus hermanos Juan y Rafael, parecidos á generales, hechos y derechos, según la infantería, la caballería y estoy por decir la artillería que aguardaban sus órdenes. De ágiles músculos, de ojo certero, de gallardo aire, de una destreza más que aprendida consubstancial á su cuna y heredada de sus mayores, donde ponen la vista ponen la bala, y montan como aquellos ascendientes suyos, descubridores de América, que los indios creían pegados á brutos, capaces por su ligereza de vencer y dejarse atrás el céfiro en persona.

* * *

Con suma rapidez organizaron el combate. Si me prometieran hacerlo tan pronto y tan bien, era cosa de pedirles que organizaran el país. Conchita, de incomparable atractivo y tan maestra en esto de agasajar huéspedes, que al cuarto de hora creéis haberla tratado toda la vida, y Rafael, su hermano, el primer cazador de Andalucía, me llevaron, caballero en patriarcal borrico, por un matorral de todos los demonios, magüer su fragancia y su belleza, en el cual recordé, muy desprovisto de toda banqueta y muy á la ligera vestido, cuántas espinas guardan en este mundo, por culpa de nuestros pecados, las suaves flores. En un minuto improvisó Rafael fresca grutilla, muy superior, según su clase, á los discursos que se suelen improvisar en el Congreso, y mucho más útil. Allí nos acurrucamos los dos cazadores de veras y este cazador honorario, recibiendo consigna de silencio, bien difícil por cierto de cumplirse hallándose allí un hablador sempiterno como yo, gustosísimo de oir á Concha, cuya voz compite con el coro de las avecillas circunstantes y cuyo dejo esparce á los cuatro vientos la sal sembrada por María Santísima en esta su tierra predilecta. Pero callamos cuanto pudimos aspirando los aromas de romero, cantueso, tomillo y jara, puestos por el florido abril en los transparentes matizados aires.

* * *

De súbito los monteros gritan, los perros ladran, los caracoles suenan, los cencerros repican, y todo este clásico estruendo extiende por nuestro cuerpo los escalofríos del combate. Yo me propuse no tomar en él parte alguna. Parecíame impropio de quien tanto predica la paz semejante guerra. Parecíame mucho más fácil cabalgar sin daño que disparar un tiro y no caerme de espaldas, como los indios de América la primera vez que oyeron el estampido de las armas. Cuanto de cariño me inspiraban las personas de Conchita y Rafael, tanto de respeto me inspiraban sus dos escopetas. ¡Vamos, confieso mi delito



el gallinero, dibujo de Renato Reinicke

y proclamo mi pacatez, hubiera preferido á dos fusiles ¡ay! dos quitasoles. Mis compañeros, bastante listos para conocer mi medrana, me consolaron diciéndome que aquellos montes se hallaban puestos bajo estrella muy propicia, y nunca vieron accidente alguno de caza desgraciado. Sonreí con los labios; pero el susto iba por dentro. Mas en seguida olvidélo todo al espectáculo subsiguiente. Abrían senderos entre los matorrales, parecidos á maniguas, los perros, y volaban, más que corrían, las perseguidas reses. Un ciervo, cuya piel del color de canela relucía como un cuero cordobés al sol, pasó ante nuestra vista encantada. Tras breves minutos una cierva se presentó cerquita y á la derecha de nosotros. En cuanto nos vió, cual si quisiera saludarnos y hasta reconvenirnos, se plantó y nos dirigió una mirada de sus profundos relucientes ojos, que trocó en amor á ella todos nuestros cazadores odios. En mi amiga Concha la naturaleza de dulce mujer se sobrepuso á la naturaleza de diosa Diana, é intercedió con su hermano para que no la matase, pues parecíale con razón impiedad suma exterminar las hembras, fiadoras de su coto. Rafael, movido por el hospitalario afecto de quien desea mostrar á profano, tan profano como yo, todas las circunstancias de una montería, disparó sí, con ánimo de ahuyentar la res y no matarla. Cuando la vimos huir celebramos los tres nuestra misericordia para con ella. Concha me recordaba una poesía de Lamartine, describiéndome cómo se plañen y lloran las siervas heridas cuando se arrastran en su dolor hasta los manantiales en busca de algún río y se acuestan sobre las matas como deseosas de morir en paz y devolviendo, sin haber leído el Evangelio, en quejas dulces y lamidos cariñosos y miradas de amor el mal que se les ha hecho. En estas íbamos cuando se apareció otra ciervecilla, no menos bella y no menos amorosa, oliendo á idilio. Rafael quiso poner la escopeta en mis manos y darme la suprema honra de mostrar cómo aquel animalejo, si por acaso muriese de un tiro, se había suicidado á sí mismo, según decía, en su escasa gramática, un gran general español, más glorioso en armas que en letras, el cual sabía de sintaxis lo mismo que yo sé de disparos. Y perdoné á la cierva. No bien se había huído ésta cuando nos anunciaron un jabalí. Llegó con efecto, mas con tan poco acierto que retrocedió, dejándonos con un palmo de narices. ¡Oh poder de la hermosura! Experimentamos rego cijo porque se habían escapado las ciervas, y contrariedad porque no había caído el cerdoso jabalí á nuestras plantas. Vino el anochecer y Rafael me dijo que no había estado á medida de su deseo la caza. Pero yo la encontré perfecta, caza de teatral espectáculo, más que de sangre y humo, cual conviene á la estación. Heridas, sangre, muerte, compadécense mejor con las nieves del invierno que con las flores del primaveral abril. Todo ahora resucita, todo en torno nuestro. Cuando la Iglesia canta la resurrección del Señor, se calienta el huevo en su nido, el feto en sus entrañas, el fruto en sus yemas, y no es hora de matar. Así Rafael me hablaba con elocuencia de la veda natural que pone la estación á las cacerías, dado el calor intenso retenti vo de los jabalíes en el matorral amodorrados, no habiendo medios de moverlos, el cual calor fatiga los perros también hasta imposibilitarlos de correr. Y á esto añadió uno de los monteros que la caza emigra de laderas expuestas la sol del mediodía, como aquella en que nosotros estábamos apostados, y busca otras más fres cas. Y para que cosa ninguna faltase á la fiesta, cayó una res, regalada por D. Juan Calvo á mí, con la cual pienso en Madrid regalarme, no obstante mis poéticos horrores á las matanzas, pues así somos los mortales, con más instintos de conservación que conciencia. Subimos por unas laderas parecidas virgen selva del Trópico, y recordamos las célebres penitencias de D. Quijote aquí en Sierra Morena, donde se quedó con el propósito de ir desencantando á Dulcinea, y se nos ocurrió á todos como no parecía natural que se describiera nuevamente lo descrito por el inmortal maestro de nuestras letras y lenguas. Caía la tarde, cantaban los ruiseñores, las plantas floridas llovían pétalos sobre nuestras cabezas y nos enviaban sus rayos divinos las primeras estrellas



los palcos por asientos, dibujo de Renato Reinicke



el anfiteatro, dibujo de Renato Reinicke

relucientes entre los arreboles del crepúsculo. Y tras este viaje nos asentamos á una bien provista mesa con un voraz apetito, é hicimos de nuevo la observación hecha en casa de nuestro buen Regino: cómo á sierras tan altas, aisladísimas casi por la carencia de caminos, llevan la noble actividad y el profundo afecto de estos amigos todos los refinamientos de civilización que pueden buscarse allá en la capital de nuestra cultura contemporánea, en París. Una sorpresa nos aguardaba momentos antes de retirarnos á reparar por el sueño las fuerzas gastadas en día tan agitado. Rafael cogió la guitarra y nos cantó esas canciones andaluzas, cuyos melodiosos acentos me conmueven como lo más hermoso que hayan producido los dos músicos de mi predilección, Mozart y Bellini. Lo inspirado de la elegiaca letra, lo armonioso del acompañamiento de guitarra que parecía tocar con sus cuerdas las cuerdas de nuestro corazón, la cadencia sublime de aquellas melopeas heleno-semitas que recuerdan los salmos del Profeta y la guzla del harén, la voz del tenor cantando con una fuerza de maravillosa expresión y con una profundidad de sentimiento tales que llegaron hasta lo más sublime del arte, completaron á una con los recreos producidos por la inspiración los recreos producidos por la naturaleza. Y díjeme al acostarme, pensando en Dios: «Pues así como, sin merecerlo, me has traído á estos rincones de Sierra Morena, también sin merecerlo me llevarás al Trono de tu gloria celestial, donde me parece que los echaré de menos; pero ellos, los sitios recorridos y los amigos encontrados, no echarán de menos jamás, yo se lo aseguro, ni mi recuerdo ni mi agradecimiento.»

Madrid, 15 de abril de 1893

LA MUERTE DEL TÍO

D. Trifino, al sentirse enfermo, se puso muy triste, porque la idea de la muerte le acongojaba sobre manera.

– Micaela, dijo á su criada; yo siento lo que nunca he sentido. Tengo una especie de nudo en el estómago que se me sube hasta la garganta. ¿Qué será esto?

– Puede que sea el histérico, contestó la Micaela. Yo también, cuando me sofoco con el aguador, noto en la boca una cosa así como engrudo que no me deja parar.

– Pues hazme un poco de manzanilla.

– Mejor será que le ponga á usted unos sinapismos.

D. Trifino se metió en la cama dando diente con diente y diciendo que se iba á morir de un momento á otro.

– Mira, Micaela; ahora se me figura que tengo dolor en el hígado.

– ¿En qué hígado?

– En el único que tengo... Anda, frótame en este lado con un calcetín. Hay que provocar la transpiración á toda costa. Cuando hayas frotado bastante, ponme encima una bayeta bien caliente.

Micaela estuvo siendo durante ocho días el ángel tutelar de D. Trifino, hasta que un día fué á sacudir una alfombra y vió á los sobrinos de su amo que subían las escaleras haciendo grandes aspavientos.

– ¿Conque el tío está malo? ¿Conque es decir que lleva ocho días en la cama y nosotros no lo sabíamos?, exclamaba el sobrino llevándose las manos á la cabeza.

– Ha debido usted avisarnos, agregaba la sobrina enjugándose los ojos en el manguito.

Y ambos penetraron en la habitación del enfermo dando muestras del más profundo dolor.

– ¡Ay, tío del alma! ¡Qué pena hemos tenido al saber lo que sucede!, exclamaba la sobrina apoyando su mano derecha en la frente de D. Trifino. ¿Qué siente usted?

D. Trifino no contestaba; lo que hacía era meterse en la boca los dos puños y mordérselos silenciosamente.

– ¡Tiiito!, decía el sobrino. ¿Por qué no nos ha mandado usted recado? En estas ocasiones la familia es la llamada á asistir á los enfermos. ¿Qué? ¿No sabe usted demasiado que le queremos muchísimo?

El enfermo clavó sus ojos en aquel matrimonio amante que acudía solícito á asistirle, y dijo después con voz apagada:

– A ver quién de vosotros me da unas fricciones en la rabadilla.

– Los dos, los dos, gritaron á dúo los esposos.

Y comenzaron á pelearse entre sí sobre quién había de realizar los deseos del paciente.

Venció el esposo, que era el verdadero sobrino, y se apresuró á humedecer la mano derecha con aceite de almendras dulces para frotar al tío, que mordía la sábana con desesperación diciendo de vez en cuando:

– No seas bruto, Eusebio; frota con más suavidad, que no parece sino que estás barnizando una cómoda.

La sobrina, entretanto, había tomado posesión de la casa y daba órdenes á la Micaela, como si todo aquello fuese suyo.

– ¡Ay, pobrecito tío!, decía á lo mejor. ¡Qué pena tendría al verse solo!

– ¿Cómo es eso?, replicaba la doméstica. Pues qué, ¿yo no soy nadie? Sepa usted que, gracias á Dios, no le ha faltado nada.

– Bueno, pero nosotros somos sobrinos y ha debido usted avisarnos, porque para estas ocasiones son los parientes. ¡Ay, tío de mi corazón! ¡Ay, pobrecito!

Y recorría toda la casa revolviendo los cajones para enterarse de lo que había.

– ¿Qué hay en este armario?, preguntaba á lo mejor.

– Ropa blanca, respondía la Micaela.

– ¿Mucha?

Bastante.

– Pues quiero verla, porque para eso soy pariente del pobrecito. ¿Qué es esto que está tapado con una servilleta?

– Un conejo.

– Y ¿qué hace aquí este conejo?

– Se lo había traído al señor por si lo quería.

– Ha hecho usted mal. Un enfermo no debe comer nada absolutamente. Guíselo usted cuanto antes y póngale usted mucha cebolla, que es como lo comemos en casa.

– Pero...

– No replique usted. Mi esposo y yo nos quedamos aquí hasta que mejore el tío ó hasta que pase á mejor vida, que ojalá no suceda nunca, porque le queremos muchísimo...

A todo esto D. Trifino se iba agravando poco á poco y ya no quería hablar, ni ingerir medicinas, ni hacer gárgaras, y cada vez que le preguntaban sus sobrinos: «¿Quiere usted tomar la cucharada del bismuto?,» contestaba él con acento de desesperación: «Lo que yo quiero es que me dejéis en paz, ¡mamarrachos!»

– El pobre delira, murmuraba el sobrino.

– Sí; no tiene sus sentidos cabales, añadía la esposa; porque ya sabes que siempre nos ha querido mucho.

– Sí, sí, murmuraba la Micaela.

D. Trifino se mejoró de pronto y entonces quiso comer y beber y tocar la guitarra. Los sobrinos procuraban complacerle en todo, bailándole el agua y halagándole por cuantos medios tenían á su disposición.

– Mira, Filomena, decía el marido á su mujer; ponte en la cabeza un cucurucho y échale al tío la relación del astrólogo de *El zapatero y el rey* para que se distraiga. Yo le haré un jueguecito de manos.

El tío les miraba con ojos indiferentes y concluía por decirles:

– Valiera más que en vez de hacer tonterías os fuerais á vuestra casa á cuidar de los chicos, que estarán, como de costumbre, hechos una porquería.

– Tío, no diga usted eso, contestaba la esposa. El martes, cuando salimos de casa, los estuve lavando á todos. Además, allí he dejado á la niñera para que los cuide.

– Sí, sí, buena estará vuestra casa. Pero ¿á qué habéis venido aquí?

– A asistirle á usted. ¿No es usted nuestro tío?

– Lo soy.

– Bueno, pues tenemos la obligación de no abandonarlo mientras dure la enfermedad. ¿Quiere usted una tacita de flor de malva? ¿Quiere usted que le ponga una cataplasma en la parte superior del bazo?

– Vaya; tome usted unas gotitas de éter con este terroncito de azúcar. ¿Le rascamos á usted en la espalda? ¿Le atamos á usted un pañolito á la cabeza?

El tío tenía la antigua costumbre de cultivar un callo precioso que le había salido en el dedo chiquitín del pie derecho, y en cuanto se sentía un poco mejor llamaba al sobrino para decirle:

– Oye tú, Sinforoso, ya que no tienes nada que hacer, ráspame el callo y ponle encima un poco de algodón en rama.

El sobrino, entonces cogía una navaja, y apoderándose del pie del enfermo se ponía á rasparle el callo con cariñosa solicitud.

– Micaela, decía entretanto la sobrina de D. Trifino, friegue usted con cuidado esos peroles de la cocina, que no me gusta ver las cosas descuidadas. Mañana ó pasado se muere el tío y todo lo que hay aquí tiene que pasar á nosotros.

Micaela no contestaba; pero tampoco obedecía las órdenes de aquella heredera anticipada, limitándose á lanzar un gruñido malicioso.

Cierta noche triste, el tío comenzó á agitarse en el lecho y á poner en blanco los ojos. Después se llevó las manos al bigote y se arrancó cinco ó seis pelos.

– ¡Esto se va!, dijo por último dirigiéndose á su sobrino.

– No diga usted disparates, contestó éste. Cada día está usted mejor y más guapo.

– Mentira, replicó el enfermo. Siento que se viene la muerte «tan callando...»

– ¡Jesús, tío!, añadió la sobrina. No piense usted en cosas tristes.

A todo esto, el tío echaba por la boca una cosa así como seda negra, y todo se le volvía arañar las sábanas y morder la colcha y volver los ojos como si fuera á arrancarse por peteneras.

– Se muere, se muere, decía el sobrino á su mujer en voz baja.

Sí; pero es preciso hablarle; debemos de una manera indirecta indagar si ha hecho testamento, aunque de todos modos él no tiene más parientes que tú... Anda, pregúntaselo, dijo la sobrina á su marido.

– Ejj... ejj... ejj..., hacía el enfermo, lanzando un ronquido especial como si estuviera tocando el cornetín.

– Tío, preguntó el sobrino acercándose al lecho del moribundo.

– ¿Qué?, contestó el interpelado.

– ¿Ha hecho usted testamento?

– Sí, dijo el otro con voz apagada.

Los sobrinos se miraban llenos de satisfacción.

– Gracias, volvió á decir el sobrino acercándose al moribundo.

– Todo lo dejo arreglado, murmuró éste.

– ¿Sí?

– Todo... Dejo mis bienes...

– ¿A quién?

– A la Micaela.

Luis Taboada

TREN DE ESTUDIANTES

Los meses anteriores á las vacaciones de Navidad habían sido verdaderamente desastrosos. Las falsificaciones del amor un poco, otro poco las cenas de última hora y bastante más los azares del juego habían dejado nuestros estudiantiles bolsillos llenos, sí, pero de la más horrible desolación y en el caso de exclamar como la *Consuelo*, de Ayala: «¡Qué espantosa soledad!»

Celebramos consejo para buscar remedio á nuestros males, y fué aquél un verdadero Consejo de ministros, porque parece que también cuando éstos se reunen convienen en que falta numerario, y á fuerza de dar tortura á nuestras imaginaciones, encontramos un arbitrio para pasar la fiesta de Navidad en compañía de las respectivas familias, pero haciendo el viaje en tercera, con merienda para el trayecto no muy abundante, y sin más que unas pocas pesetas libres por barba para las individuales contingencias de la expedición.

Eramos cinco muchachos, todos de un mismo pueblo – cierta capital del Norte que se gloriaba con nuestro nacimiento, – y los cinco, jóvenes, robustos y alegres. Dos estudiábamos ó debíamos de estudiar leyes; otros dos medicina, y el quinto iba para ingeniero de caminos, aunque no llevaba camino de serlo. Nombramos á éste jefe de la expedición, y el día convenido y á la hora marcada en los itinerarios para la salida del correo estábamos en la estación del Norte dispuestos para el viaje.

Asaltamos un coche de tercera, y ó nadie se atrevió ó nadie quiso hacernos compañía. Ello es que arrancó el tren y llevábamos todo el vagón por nuestro. El ingeniero nos trazó el plan completo del viaje: se empezaría á cenar en Avila, y después de la cena y apuradas unas cuantas botellas de vulgar Valdepeñas que acompañaban á dos pollos, jamón y chorizos en la cesta de las provisiones, el que tuviera sueño dormiría, y los que no, contarían historias ó rezarían el rosario. Pero... pero todos nos sonreíamos incrédulamente al hablarnos de estas dos ocupaciones, porque en el bolsillo del pecho del gabán del ingeniero presunto se adivinaba una baraja.

– ¡Bueno!, dijo el estudiante de medicina número uno, contaremos historias: «Había una vez cierta sota de copas...»

– ¡Una peseta á la contraria!, respondimos todos.

Detúvose el tren en tres ó cuatro estaciones sin que ningún viajero entrara en nuestro departamento; pero en la quinta ó sexta, una estación insignificante, abrióse la portezuela del coche y subió á éste un individuo de sombrero ancho, capa y botas recias, así como un aspecto de campesino admirado ó tratante en caballerías; hombre, en suma, de rústico aspecto,



VISTAS DE LOS PRINCIPALES SITIOS, EDIFICIOS Y MONUMENTOS DE MADRID. (De fotografías.)

que nos dió las «buenas noches» con una voz regañona, sentóse en un rincón lejos de nosotros y se dispuso, á lo que parecía, á dormir sin hacernos maldito el caso.

No fué grande tampoco el que le hicimos nosotros, y sin embargo, yo que era el más próximo á él, fijéme – porque la luz del vagón las alcanzaba en su zona de claridad – en que las botas de aquel hombre no eran botas de campo, propias de palurdo ó labrador, sino botas de caza de señorito que auna en su calzado la comodidad y la elegancia, y fijéme también en que, según las contemplaba con este pensamiento, el hombre en cuestión dirigiéndome una suspicaz mirada retiró los pies hacia la línea de sombra.

Ya la impaciencia y el apetito de mis compañeros hablaban de adelantar la hora de la cena, y el jefe de la expedición, haciéndose lo bastante de rogar para que resplandeciera la importancia de su cargo, dió al fin el anhelado permiso.

Salieron á luz nuestras provisiones y diéronse nuestras bocas á devorarlas, sin hacer sitio más que á las bromas con el gaznate casi lleno proferidas, y que con arte culinario tan excelente envuelven los alimentos en salsa de risotadas, la más apetitosa y apetecible de las salsas conocidas. A fuer de muchachos bien educados, dirigimos cortés invitación á nuestro huésped antes de comenzar la cena; pero él, correspondiendo con unas «muchas gracias» rápidas y secas á nuestra atención, volvió á sumirse en el misterio ó la delicia de su real ó figurado sueño.

Olvidámosle por completo, comimos como se come á aquella edad y en viaje, adelantando al tren con nuestros dientes y sin hacer más estaciones que las de aquel Valdepeñas vulgar, es cierto, y plebeyo, pero que á falta de Burdeos casi nos sabía como si lo fuera.

Terminada la cena nos envolvimos en el humo de nuestros miserables puros del estanco; pero de pronto el estudiante de medicina número dos, que siempre había blasonado de buen olfato, exclamó con voz terrible:

–¡Aquí hay uno que nos hace traición! ¡Huelo á cigarro habano!

–¡Cigarro habano!, respondimos todos, presentándole nuestros tagarotes.

Examina y juzga, y era verdad que todos acusaban sin dudas ni distingos su humildísima alcurnia; pero vi que el supuesto ó verdadero campesino arrojó con mano rápida un cigarro que estaba fumando, subiéndose después hasta los ojos el embozo de la capa.

«¡Un labrador que usa tales botas y fuma habanos y que no quiere que se le estudien aquéllas ni se le sorprenda con éstos!.., pensé, ¡Nada, nada, aquí hay gato encerrado!» Mas como en la vida de los jóvenes todo va de prisa, la aparición de la consabida baraja cortó el hilo de mis reflexiones.

Sí, ya estaba la baraja en manos del ingeniero, el cual exclamaba con magistral entonación:

–¡Ea, muchachos! Si no supiese que sólo se trataba, dada la escasez de nuestros caudales, de un honesto pasatiempo, no os permitiría tal expansión; pero ¡qué demonio! aquí es imposible que corra la sangre!.. ¡Tallo cinco pesetas!

Una manta de viaje convenientemente extendida hizo oficios de mesa de juego, y el jefe de la expedición, convertido en *banquero*, dió comienzo á su faena.

Extendió el vicio sobre nosotros sus tupidas alas negras salpicadas de puntos brillantes como lágrimas, y nos engolfamos en los azares de aquella pobrísima partida con la misma emoción que si se tratara de una brillante jornada en Mónaco ó Monte-Carlo.

LA DISCRECIÓN, alegoría de C. Marr

Y cuando más distraídos estábamos en nuestras combinaciones, vimos aparecer por encima de nosotros una mano entre cuyos dedos se asomaba una peseta, y oímos una voz que decía:

–Si ustedes me lo permiten...

–Con mucho gusto, respondió el *banquero*.

La peseta quedó sobre la manta de viaje al lado de un siete. El nuevo jugador era el misterioso campesino. Levantó la cabeza y le contemplé á mi sabor, mientras el *banquero* decía «el siete» y doblaba la peseta.

Era un hombre como de cincuenta años, con la piel fina, el rostro todo afeitado, pero ¿cómo lo diré?, pero sin *costumbre* de estarlo. Aquella cara había tenido constantemente barba y bigote, y si ahora no los tenía era por azar, pero no por hábito. Además ni el sol ni el aire del campo la habían curtido, y sus ojos eran ojos bien educados, porque también tiene educación la mirada, y en sus finos labios flotaba una sonrisa *de salón*, incompatible con toda idea de labranza y vida aldeana.

Nada, que el campesino aquel era un caballero disfrazado, pero con una suerte tan horrorosa en el juego, que desplumó en un dos por tres al que tallaba, siéndole á éste preciso reponer la banca solicitando al efecto mi amistosa ayuda.

La segunda banca desapareció también, y el estudiante número uno se decidió á tallar y fué igualmente desplumado.

Siguióle el otro de leyes y corrió la misma suerte; en suma, que el tren volaba y nuestros *capitales* se deshacían. El campesino, ó lo que fuera, jugaba con verdadero ardor y con decidida suerte, y á la hora y media ó las dos horas de juego era dueño absoluto de todas nuestras haciendas, y aun lo hubiese también sido de nuestras vidas á jugarlas.

Afortunadamente andábamos ya cerca de nuestro pueblo, y este pensamiento nos consoló del desastre; pero cuando nos disponíamos á ordenar nuestros bártulos para hacer más rápido el descenso del tren, el misterioso personaje nos djo:

– Un momento, señores. Yo sé que ustedes son personas de corazón á las cuales se les puede decir todo. Deseo, pero deseo vivísimamente como el mejor favor que ustedes pueden dispensarme, que acepten la restitución de lo que les he ganado en el juego...

Un movimiento de protesta nuestro le hizo repetir:

– Es un favor que nunca les agradeceré bastante y que ustedes ignoran hasta qué punto me llenará de dicha. Deseo, necesito restituirles esas pequeñas cantidades. No vean ustedes en esto una proposición ofensiva, sino por el contrario una obra de piedad que realizan conmigo. Sean ustedes generosos y acepten mis ofrecimientos. ¡Que yo pueda siquiera tener ese consuelo en mis adversidades!

Profirió estas palabras con tan sincero y suplicante acento, que después de mirarnos asombrados, no tuvimos más remedio que decirle:

–¡Bueno, puesto que usted se empeña!..

Y él, llenos de lágrimas los ojos, nos fué entregando con temblona mano nuestras miserables pérdidas sin cesar de repetir: «¡Muchas gracias, muchas gracias!»

Paró el tren, descendimos en la estación ansiosos de abrazar á nuestros parientes, y cuando ya nos alejábamos del coche asomóse él á la ventanilla y nos dijo por última vez:

–¡Mil gracias, señores, no lo olvidaré nunca!

No insisto en apuntar la serie de suposiciones y comentarios que en los sucesivos días hicimos respecto al misterioso personaje, hasta que cierta noche y reunidos en nuestra acostumbrada tertulia del casino, el estudiante de medicina número uno, que estaba leyendo un periódico, dijo de pronto:

–¡Él era!

–¿Quién?, le preguntamos.

–¡El del tren! Juzgad vosotros.

Y leyó:

«Quiebra importante. Desgraciadamente se han confirmado los rumores que corrían respecto á la quiebra del Banco de Economías, sociedad donde tantas humildes familias tenían depositados sus ahorros. Es un hecho también la desaparición del banquero López, director del Banco, de quien se sospecha que saliendo disfrazado de nuestro país haya ganado el territorio de la vecina República. Alguien asegura haberlo visto en Hendaya, vestido de labrador y con la cara afeitada. Sea ó no esto verdad, hay que convenir en que la quiebra del Banco de que era alma el prófugo banquero obedece más á la desgracia de éste en los múltiples negocios emprendidos para el desarrollo y florecimiento de la sociedad, que á dilapidaciones ó amaños censurables. Muchas honradas y trabajadoras familias pierden con esta quiebras sus modestos capitales; pero tal vez á la pena que esto les produzca iguale la del desafortunado banquero por no poder restituírselos.»

–¡Sí, era él, era él!, exclamamos todos terminada la lectura del suelto. ¡Lástima de hombre y lástima de Banco!

–Tengo una idea, añadió el ingeniero; por el hombre nada podemos hacer, pero por el Banco sí; se llamaba Banco de Economías, dadme las vuestras; la *sala del crimen* está en su período floreciente. ¡Hagamos una *vaca*, levantemos el Banco!

JOSÉ DE ROURE

NUESTROS GRABADOS

Baco, dibujo de R. Armenise. – El ilustre pintor italiano nos presenta el tipo de Baco modernizado: esa testa anciano rodeada de pámpanos y racimos, esa sonrisa burlona, sarcástica, y esos ojos de mirada astuta, más que la representa-



EL PRÍNCIPE FERNANDO DE BULGARIA (de fotografía)



LA PRINCESA DE PARMA (de fotografía)

ción del hijo de Semell y Júpiter es la reproducción de un Baco de nuestros días y de nuestros países meridionales. La composición de Armenise es obra artística acabada y pudiera servir de modelo como corrección de dibujo y distribución de claroscuro.

El gallinero. - Los palcos por asientos. - El anfiteatro, dibujos de Renato Reinicke. - Dotado de un espíritu de observación extraordinario y manejando el lápiz como un consumado maestro, consagra Reinicke principalmente su actividad á reproducir las escenas y los tipos de Alemania, fijándose sobre todo en las clases media y alta. Sus obras son modelo de verdad, además de serlo de corrección, y buena prueba de ello son los tres dibujos que reproducimos y que expresan perfectamente las distintas impresiones que experimentan los que asisten á una representación teatral, según las localidades que ocupan: por ellos se ve que en Alemania, como aquí, como en todas partes, los verdaderos aficionados, los que van al teatro por la función, no por la concurrencia, los que disfrutan con el espectáculo y aprecian mejor la valía de la obra que se pone en escena son los que llenan el gallinero, las galerías, es decir, las localidades de última categoría; pues los que ocupan las de preferencia hacen por regla general del teatro un centro de reunión como otro cualquiera, van allí



CONCIERTO AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Havenith



FEDERICO EL GRANDE JUNTO AL CADÁVER DE



SCHWERIN, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE R. WARTHMULLER

para ver y ser vistos, para lucir sus galas y criticar las ajenas y no pocos para charlar mientras los artistas cantan ó declaman, sin reparar en la descortesía que con éstos cometen, ni preocuparse de los que de buena fe á la representación asisten y tienen perfecto derecho á disfrutar de ella sin ser interrumpidos.



EL REY HUMBERTO I DE ITALIA (de otografía)

Vistas de los principales edificios y monumentos de Madrid. – No teniendo espacio en esta sección para describir detalladamente la lámina que reproducimos, nos limitaremos á enumerar los sitios, edificios y monumentos que contiene, citando sólo algún dato de cada uno. Son: la puerta de Toledo, construída por Fernando VII á su vuelta de Francia; la estatua ecuestre de Felipe IV que se eleva en la plaza de Oriente y que fué esculpida por Tacca, según dibujo de Velázquez; la puerta de Alcalá, erigida para conmemorar la entrada de Carlos III en Madrid en 1778; el Congreso de los Diputados con su pórtico corintio, delante del cual se ven dos leones fundidos con cañones tomados á los moros en la guerra de Africa; la plaza Mayor, donde antiguamente se verificaban los autos de fe y se celebraban las fiestas reales, y en cuyo centro se alza la estatua de Felipe III; la iglesia de La Latina, que tiene anejo un hospital fundado en 1499 por Beatriz Galindo; el Palacio Real, imponente y majestuoso edificio, cuya construcción comenzó en 1735 por disposición de Felipe V; el Hospicio con su fachada hecha por Churriguera; el Ayuntamiento ó Casa de la Villa, edificio del siglo XVII de escaso mérito artístico en su exterior; el obelisco del dos de mayo construído en el Prado en memoria de los mártires de la independencia española; el puente de Toledo, de nueve arcos y 385 pies de largo, y la puerta de San Vicente, que acaba de desmontarse de su sitio y que fué construída por Sabatini.

La Discreción, alegoría de C. Marr. – El artista muniquense Marr ha estado felicísimo en esta composición representando á la discreción por medio de una matrona envuelta en amplio manto, que se lleva el dedo á los labios en ademán de imponer reserva: la lechuza y la nieve son sus símbolos y las calaveras que se ven á sus pies significan el silencio de la tumba.

El príncipe Fernando de Bulgaria y su esposa la princesa de Parma. – El reciente casamiento del jefe del principado de Bulgaria ha sido un acontecimiento que no ha dejado de llamar la atención del mundo político europeo, por cuanto aun en esto ha sabido aquél emanciparse de las influencias rusas. El príncipe Fernando, nacido en febrero de 1861 y elegido para ocupar el trono búlgaro en 1887, ha sabido afirmar con su política su situación en aquel elevado puesto que algunos creyeron en un principio insegura y comprometida. A pesar de las aficiones científicas á que por natural carácter es inclinado, ha demostrado que no carece de las dotes suficientes para gobernar un Estado. La elección de esposa ha obtenido el beneplácito de su pueblo, por más que la religión católica profesada por la elegida haya suscitado algunas objeciones. Esta es la princesa María Luisa de Borbón, hija de los duques de Parma, y por consiguiente de la rama española de los Borbones, joven de veintitrés años, apuesta, simpática, instruída y que por estas cualidades no dejará de captarse las simpatías del pueblo búlgaro.

Concierto al aire libre, cuadro de H. Havenith. Cuando una mano experta trata un asunto cuyos personajes son hermosos niños y escoge para adorno de su composición bellísimas florecitas campestres y para fondo del cuadro un paisaje en plena luz, necesariamente la obra que produzca habrá de resultar encantadora. Tal sucede con el *Concierto al aire libre*, de Havenith, lienzo en el que la idea, las figuras, los accesorios, el conjunto, todo es simpático, todo impresiona dulcemente, todo hace sentir la verdadera emoción estética.

Federico el Grande junto al cadáver de Schwerin, cuadro de R. Warthmuller. – Warthmuller, á pesar de su relativa juventud, hace diez años que figura entre los maestros berlineses que han impreso nueva vida al arte de su patria. Como Menzel, pinta con predilección los episodios de la vida de Federico el Grande, pero produce también obras de género en las cuales se ha acreditado de consumado observador y habilísimo artista, y en la actualidad reside en París para mejor estudiar en su fuente el espíritu modernista que informa al arte de nuestros días. De los muchos y buenos cuadros históricos de Warthmuller repútase como el mejor el que reproducimos: representa al gran monarca junto al cadáver de Schwerin, uno de sus más ilustres y queridos generales, muerto en las alturas de Praga cuando al ver retroceder á los suyos empuñó la bandera y se lanzó sobre el enemigo, arrastrando consigo á los prusianos, que hallaron la victoria donde él perdió la vida. La profunda impresión que este cuadro produce la ha conseguido el pintor por los medios más sencillos: nada de efectos deslumbrantes, nada de teatral afectación; en cambio mucho sentimiento, mucha verdad, que son los elementos que de veras interesan y conmueven.

Los reyes de Italia. – La fastuosa celebración de las bodas de plata de los monarcas italianos tiene hoy fijas en Roma las miradas de Europa. A ella han asistido reyes y emperadores, príncipes de diversas naciones, y en representación de la reina de España, uno de los magnates más ilustres de nuestra patria, el duque de Alba. Veinticinco años hace que aquellos monarcas contrajeron matrimonio en Turín, el 22 de abril de 1868. El rey Humberto nació el 14 de marzo de 1844 y es hijo de Víctor Manuel II, primer rey de Italia, al cual sucedió en enero de 1878. Casóse con su prima Margarita, nacida en 20 de noviembre de 1851, é hija única del difunto príncipe Fernando de Saboya, duque de Génova, y de Isabel, hija del rey Juan de Sajonia. Han tenido un solo hijo, Víctor Manuel, príncipe de Nápoles, que hoy cuenta 23 años y es heredero del trono. La reina Margarita pasa, con razón, por una de las mujeres más hermosas de Italia.

Juegos infantiles, dibujo de D. Pauluzzi. – ¿Quién no ha presenciado alguna escena parecida á la que este dibujo representa? ¿Quién no ha sido testigo de esos juegos infantiles que son la desesperación de las madres ordenadas y cuidadosas por el desbarajuste que en el ropero y en el menaje introducen y aun por las bajas ó desperfectos que en uno y otro ocasionan? Pues bien: aquellos para quienes el asunto no sea nuevo, no podrán menos de reconocer con cuánta habilidad ha sabido dibujarlo Pauluzzi reproduciéndolo con fidelidad digna de alabanza.

MISCELÁNEA

Teatros. En el Teatro Libre, de Berlín, se ha representado una comedia de Ernesto Rosner (seudónimo bajo el cual se oculta la esposa de un distinguido abogado de Munich), titulada *El crepúsculo:* en esta obra, sin embargo de resultar un curso completo de cirugía oftálmica, interesa en algunas escenas y revela espíritu de observación y talento dramático.

– En el teatro de Viena se ha estrenado con gran aplauso una ópera cómica del difunto compositor checo Smetana, titulada *La novia vendida.*

– En el teatro Carlo Felice, de Génova, se ha representado con éxito grandioso la ópera *Falstaff*, de Verdi.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase, *L' homme á l' oreille cassée*, cuento en tres actos y dos épocas, de Decourcelle y Mars, tomado de la interesante novela de Edmundo About; y en el teatro Cluny, *Corignan contre Corignan*, graciosísimo vaudeville en tres actos, de Rolle y Gascogne.

Madrid. En el Príncipe Alfonso se han cantado *La Favorita* y *Ernani*, habiendo sido muy aplaudidos en la primera la señora Franchini y el tenor Lanfredi y en la segunda la señora Caligaris y el tenor Galli, y en ambas el bajo señor Riera.

Barcelona. – En el Principal han tenido gran éxito en *La Traviata* la señora Boronat y el señor De Marchi, y en *Lucrecia Borgia* han sido muy aplaudidos la señora Cepeda y el Sr. Masini, especialmente en el dúo final. En el Liceo ha comenzado la temporada de primavera con *La Gioconda*, en la que lograron muchos aplausos las señoras Gabi y Borlinetto y los Sres. Moretti y Pissani y el maestro Marino Mancinelli: en *La Sonámbula* ha obtenido gran ovación la señora Pacini. En Romea se ha estrenado con buen éxito una pieza en un acto, *Pintura fi de sigle*, arreglo muy bien hecho del francés por los señores Guasch y Dalmases; y en el Eldorado, con éxito mediano, *Las varas de la justicia*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, hace poco estrenada en Madrid. En el Tívoli se ha puesto con gran lujo la zarzuela en tres actos *El siglo que viene*, de Ramos Carrión y del maestro Caballero, para la cual ha pintado hermosas decoraciones el Sr. Chía y dibujado elegantes figurines el Sr. Labarta. En el Circo Barcelonés se ha despedido la compañía Tani que tantas simpatías y aplausos se ha conquistado en nuestro público.

Bellas Artes. El segundo premio, de 2.000 liras, del concurso Sonzogno, en que ganó el primero el compositor Coronaro por su *Festa Marina*, ha sido adjudicado á la ópera *Don Páez*, de Ernesto Bonzi.

– Un comerciante de Brema, llamado Teichmann, ha hecho donación á la Galería Artística de aquella ciudad de 12.500 pesetas para la adquisición de un cuadro y 50.000 para la construcción de una fuente en el patio de la catedral.

– Rubinstein está componiendo actualmente un Oratorio, *Cristo*, sobre la letra de Enrique Bulthaupt, cuya audición durará dos noches.

– En el Museo Austriaco de Viena se verificará desde 15 de mayo hasta fines de agosto una exposición de objetos artísticos antiguos.

– La Sociedad alemana para el fomento de los procedimientos pictóricos racionales inaugurará en 15 de julio próximo la exposición que tiene proyectada desde 1888 y que comprenderá cuadros antiguos y modernos, pinturas decorativas, obras de la plástica y arquitectura polícromas, con especial atención á los materiales y procedimientos en ellas empleados, sistemas de restauración y conservación é instrumentos auxiliares y de enseñanza relativos á la técnica de la pintura y de los colores, utensilios, etc. Durante la exposición, que se cerrará el día 15 de septiembre, la Sociedad celebrará un congreso en el que se discutirán los asuntos relacionados con el objeto de la misma.

– El compositor Leoncavallo, autor de *I Plagliacci*, ha terminado una nueva ópera, *La Boheme*, cuyo argumento está tomado de la tan conocida y notable obra de Enrique Murger.

– En Londres se ha inaugurado la vigésima novena exposición de la Galería M' Lean: figuran en ella pocas obras, pero casi todas buenas, sobresaliendo los siguientes cuadros: *Federico el Grande y los oficiales de su escolta reconociendo el terreno desde lo alto de una colina*, de Seiler, digno de ser comparado con los mejores de Meissonier; *La controversia*, de G. Kuehl; *Jugadores de ajedrez en un café árabe*, de Wilda; *Mujer holandesa*, de Neuhuys; *Mercado de flores en Venecia*, de Laurenti; una escena en la campiña romana, de Pradilla; un tigre y un león, del ruso Vastagh; varios paisajes, de P. Graham, y *Un día de viento en el canal*, bellísima marina de Enrique Moore.'

En la Galería de la Fine Art Society, de la propia ciudad, ha llamado recientemente la atención una hermosa serie de cuadros de Jorge Wethesbee, inspirados en la vida campestre en Inglaterra, admirándose en ellos el armónico enlace de la naturalidad con el más delicado sentimiento poético y sobre todo las tonalidades de luz que sólo se consiguen á fuerza de estudiar la naturaleza al aire libre.

– En el salón Schulte, de Berlín, se ha verificado una notable exposición de obras de maestros antiguos y modernos, entre las que llaman la atención las de Knaus, Achenbach, Vautier, Oeder, Munter y sobre todo *El sermón de la montaña*, de Gebhardt.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

El Excmo. Sr. D. Juan Romero Moreno, contraalmirante de la armada española y ex ministro de Marina.

Doña Bárbara Lamadrid, eminente actriz española: había estrenado, entre otras, *El Trovador*, de García Gutiérrez (1835), *Los amantes de Teruel* y *Don Alfonso el Casto*, de Hartzenbusch, esta última con el famoso Latorre, y las obras de Zorrilla *Cada cual con su razón*, *El rey loco*, *El caballo del rey Don Sancho*, *La copa de marfil*, *Don Juan Tenorio* y otras. Ha muerto á los 81 años y hacía muchos que se hallaba retirada de la escena.

Martín Pablo Otto, escultor alemán de renombre universal, autor del monumento, aún no terminado, de Lutero, que ha de erigirse en Berlín, de la estatua del emperador Guillermo destinada á Ems, de hermosos retratos, grupos plásticos, etc.

Mauricio Pappermann, profesor de dibujo y pintor de la Real fábrica de porcelanas de Meissen (Alemania) y uno de los mejores artistas de tan importante manufactura.



LA REINA MARGARITA DE ITALIA (de fotografía)

Mr. Vicat Colé, uno de los más ilustres paisajistas ingleses, miembro de la Real Academia de Londres.

Rafael César Garilli, historiador y literato italiano, autor, entre otras obras, de *Los problemas sobre Europa*, *Estudios sobre Italia*, *Los fastos de Piacenza*.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Como réplica á estas solicitudes del maestro el discípulo había formulado por su parte otras dos: primera, no pagar á Sauval su participación; segunda, rescindir el contrato celebrado con la fábrica de productos químicos para la provisión de los mismos. Pero el maestro no quería oir siquiera hablar de esto: una vez que él empleaba su tiempo y sus conocimientos en el asunto, la participación



Barincq, por consiguiente, con la maleta en la mano comenzó á recorrer el camino con animado paso

debía serle pagada; una vez que el contrato se había cerrado, era necesario que fuese cumplido; si Barincq no entendía una palabra en asuntos comerciales, debía sin embargo saber, como todo hombre honrado, que no es lícito volverse atrás después de adquirir un compromiso.

Solamente por evitar procedimientos de justicia, de los cuales se asustaba Barincq, había aceptado éste las proposiciones de Sauval, que parecían ofrecerle una seguridad absoluta; pero ante la doble negativa del maestro, había sido necesario que se resolviese á pleitar de nuevo; de su matrimonio le había nacido una hija; Barincq no podía permitir que se la arruinasen, así como no podía tampoco permitir que la avaricia ó la mala fe de Sauval devorase la fortuna de su mujer, fortuna ya gravemente comprometida. Barincq había pedido, por consiguiente, á los tribunales el nombramiento de peritos encargados de examinar si el procedimiento de Sauval era susceptible de aplicación industrial, y de certificar que si en el laboratorio daba resultados admirables, en la práctica no los daba de ninguna clase; de reconocer, en fin, que no estando sostenidos esos procedimientos sobre una base seria y sólida, lo que Sauval había vendido á su discípulo no representaba absolutamente nada.

¡Qué asombro y qué indignación experimentó el sabio!

Creía Sauval, sin embargo, haber adoptado todas las precauciones necesarias no tratando para este asunto con uno de esos mercaderes de oficio que sólo compran un descubrimiento con el propósito de despojar al inventor; pero lo terrible es que el mercantilismo parece contagioso, y que el menos aficionado al comercio, sólo con que en asuntos comerciales se mezcle se transforma en comerciante.

Indudablemente Sauval (casi lo decía él) se había sacrificado renunciando sin dificultad á los beneficios que representaban el precio de su trabajo, y sobre este punto estaba dispuesto á toda clase de concesiones; existía, sin embargo, en las pretensiones de Barincq otro punto sobre el cual su posición científica no le permitía ni admitir discusión siquiera, tal era el de admitir la intervención de peritos que en el terreno de la ciencia nunca podían ser sus iguales.

Era menester, por consiguiente, que Sauval se defendiera y no tolerase que su persona, el sabio, fuese explotado una vez más por el comerciante.

Habíase arrastrado lentamente por unos tribunales y por otros y desde una jurisdicción hasta otra jurisdicción, y en tanto que la curia levantaba montañas de papel sellado para explicar detenidamente el tecnicismo de las materias colorantes á dos francos el pliego; mientras que los abogados hablaban, peroraban y reproducían, cada uno desde su punto de vista, la historia de la química; mientras los jueces escuchaban ó dormitaban ó juzgaban, obscurecíase la situación comercial de Barincq, el cual cada día que pasaba parecía hundirse un poco más. Habríale sido menester gran capital para conseguir que su casa siguiese adelante y sostener entretanto sus pleitos, y solamente realizando al mismo tiempo verdaderos milagros de energía y sacrificios desesperados se sostenía.

Cuando Barincq vivía por sí mismo, sin auxilios de ninguna clase, rodeado solamente por las ideas que agitaban su cerebro, había podido abandonar con indiferencia la mayor parte de su herencia paterna; en sus apuros grandes, acosado por todas partes, medio loco, volvió á Ourteau con el popósito de exponer á su hermano la situación en que se hallaba y suplicarle que le salvase del naufragio, consintiendo en dar una garantía hipotecaria por la cantidad de ciento cincuenta mil francos. Aunque la palabra hipoteca sonó de una manera muy desagradable en los oídos de Gastón, la garantía fué otorgada, aunque no sin inquietud, sin vacilaciones ni regateos.

– Toda vez que tú, mi hermano menor, tienes necesidad de mí, mi obligación es acudir en tu ayuda.

Aquellos ciento cincuenta mil francos habían sido una gota de agua en el mar. Seis meses después de su inversión el acreedor exigía por conducto de alguaciles al fiador el pago de los intereses que el primer deudor no podía satisfacer.

Las relaciones entre los dos hermanos, hasta entonces tan afectuosas, agriáronse con este motivo: ¡un alguacil en el castillo! Aquella era la primera vez que ocurría un escándalo parecido; la carta que notificaba esto á Barincq había resultado excesivamente dura á pesar del empeño de Gastón en ser comedido.

«¿No has pensado en que el alguacil podría llenar, como ha sucedido, los huecos del acta con el nombre de uno de mis criados?»

Para suavizar las asperezas de esta situación la señora de Barincq había pensado trasladarse á Ourteau con su hija; Gastón era al fin y al cabo tío de Anie, que podía heredar de él; convenía por consiguiente tenerle contento.

Pero la madre de Anie no allanó las dificultades, antes las hizo mayores insistiendo con impertinencia en la generosidad que su marido había demostrado cuando se trató de repartir la herencia paterna. ¿Cómo había de admitir el primogénito eso de la generosidad si estaba convencido de que su hermano menor no había hecho otra cosa sino cumplir sencillamente sus obligaciones?

Cuando transcurridos ocho días la señora de Barincq y su hija abandonaban el castillo para regresar á París, la ruptura entre los dos hermanos era ya irreparable.

Los pleitos se prolongaron todavía durante diez y ocho meses, al cabo de los cuales una sentencia definitiva declaraba la nulidad de los privilegios de invención comprados á Sauval; por desgracia era ya demasiado tarde; Barincq había agotado ya todos sus recursos y no tuvo más remedio que abandonar á sus acreedores lo poco que le restaba, y solamente á la intervención generosa de Sauval fué debido que no se le declarase en quiebra.

Un amigo suyo le recogió casi de lástima en la casita de Abreuvoir, y el director de la *oficina cosmopolita de los inventores,* director que tanto dinero había ganado con Barincq, le daba la plaza de delineante, retribuída con doscientos francos al mes de honorarios.

IX

A las seis de la madrugada se detuvo el tren y se apeó Barincq en la estación de Puyoo; desde allí hasta Ourteau era necesario andar dos leguas en medio del campo. En otros tiempos encontraba Barincq á su llegada un coche que había ido á esperarle, y que después por la carretera, cuya longitud era de unos cuatro kilómetros, le llevaba al castillo; pero Barincq no había querido pedir este carruaje por medio de telegrama, y lo mal provisto de su bolsa no le permitía tomar uno en la misma estación. Además aquella caminata de dos leguas no le asustaba, como no le asustaba tampoco el camino de travesía, que conocía perfectamente; el tiempo era hermoso y apacible, el sol acababa de salir en un cielo sereno, y después de una noche pasada inmóvil en un vagón, aquel paseo no dejaba de tener atractivos; Barincq, por consiguiente, con su maleta en la mano, comenzó á recorrer el camino con animado paso.

No anduvo mucho tiempo de esta manera; al llegar al puente detúvose para contemplar las aguas del Gave, acrecentadas por las nieves derretidas y que corrían entre las verdes riberas reflejando los rayos oblicuos del sol naciente; Barincq acababa de dejar su jardín, cuyas lilas apenas si daban señal de brotes, y se encontraba aquellos árboles corpulentos llenos de follaje festoneando la corriente del Gave, sobre la cual elevábanse las esbeltas torres del antiguo castillo de Bellocq. ¡Qué frescura había en todo aquello, qué belleza y qué gracia! ¡Y para Barincq, cuántos recuerdos! Pero lo que más aún que el ruido de las aguas bulliciosas y el cielo azulado y la verde arboleda despertó súbitamente en Barincq las impresiones de sus años juveniles, fué la vista de una carreta que llegaba á la sazón por el otro extremo del puente: estaba construída con un tronco de abeto cuya corteza no había sido quitada todavía y colocado sobre cuatro ruedas con troncos de avellano por rayos; dos bueyes cubiertos con lienzo y encapuchados con terliz azul arrastraban lentamente el vehículo, y delante de ellos caminaba el conductor llevando al hombro la chaqueta, una faja encarnada á la cintura, calzados los pies con alpargatas y con la vara de pincho en la mano; para preservarse del sol había tirado un poco hacia delante su boina, que formaba así una especie de visera sobre sus ojos brillantes y sobre su rostro recién afeitado.

¡Cuántas veces el mismo Barincq había caminado así delante de esas parejas

de bueyes con la aguijada en la mano produciendo indignación en su hermano, para el cual no había más entretenimiento que la caza, la pesca y la equitación y que le echaba en cara sus aficiones de palurdo.

Después de un saludo cambiado con el carretero, continuó Barincq su camino, y en lugar de seguir por la carretera tomó por el antiguo sendero que subía directamente á la colina.

Ya en otra ocasión había visto en una mañana parecida á aquella los mismos sitios con los mismos accidentes.

A consecuencia de la presentación de una epidemia, el colegio en que él y su hermano estudiaban había sido cerrado y los alumnos despedidos. El tren procedente de París había dejado á Gastón y á él en la estación de Puyoo á aquella misma hora. Como nadie estaba prevenido de su regreso, nadie les aguardaba en la estación, y en vez de alquilar allí un carruaje se habían entregado al placer de lanzarse á la carrera á través de los campos para sorprender á su padre. Todo permanecía igual en aquel pedazo de campo; y sin embargo, ¡qué de cambios, cuántas tristezas en la vida de Barincq! Su padre, su hermano... ya no existían; él vivía aún, pero tan violentamente sacudido por la desgracia, que era verdaderamente milagroso que no hubiese sido el primero en desaparecer. ¡Cuántos en su lugar se hubieran desalentado! El mismo habría cedido seguramente á la desesperación si no hubiese luchado por los suyos. El auxilio que le llegaba de ellos habíale sostenido hasta el fin: una sonrisa, una caricia, una palabra de su hija, su mirada, la música de su voz.

En lo más elevado de la colina Barincq se detuvo, y dejando su maleta al pie de un árbol, se sentó en el tronco de un castaño, que tendido sobre la hierba esperaba á que los caminos estuviesen bastante secos para que fuera posible bajarle hasta el taller de aserrar.

Como Barincq sólo había empleado una hora en la subida y no había de emplear más de cuarenta ó cincuenta minutos en la bajada, pudo, sin temor de retrasarse, permanecer allí un momento en reposo y contemplando el espléndido panorama que se presentaba á su vista.

Poco á poco aquella contemplación de horizontes tan conocidos evocó tristes recuerdos de tiempos felices cuya memoria contrastaba dolorosamente con las amarguras de ahora: por todas partes el vacío, el silencio, y allá en la espaciosa estancia del primer piso del castillo, en aquella estancia en que él había nacido, en aquella estancia donde su padre había muerto y que su imaginación le representaba con toda exactitud, parecíale ver á su hermano durmiendo para siempre el último sueño.

Esta evocación que le presentaba á Gastón como si por las ventanas abiertas le hubiese visto rígido sobre su ataúd, le oprimió el corazón, y alrededor suyo se nubló todo porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

X

Para desechar tan tristes memorias y combatir su melancolía, Barincq recogió nuevamente la maleta y prosiguió su camino.

Cuando oyó dar las ocho en el reloj de la iglesia llegaba Barincq á las primeras casas del pueblo, entonces le ocurrió la idea de visitar ante todo al notario Revenacq; era este notario un camarada de colegio y con él hablaría libremente. Si Gastón había hecho testamento en favor de su hijo natural, Revenacq habría de estar enterado y podía indudablemente darle á conocer las disposiciones en ese documento contenidas.

El carácter de su hermano, impulsado al rencor, de una parte, y de otra el cariño y los cuidados que había manifestado siempre por aquel joven, eran motivos bastantes para sospechar que ese testamento existía; pero al fin y al cabo no era una ilusión de heredero figurarse que aun instituyendo á su hijo legatario universal hubiera podido y hubiera debido dejar también algo para Anie. En realidad la fortuna de que Gastón había disfrutado no era una fortuna adquirida por su industria personal y aumentada por el propio trabajo, de la cual por lo tanto pudiera disponer libremente sin necesidad de dar á nadie cuenta de sus intenciones; no, era una fortuna patrimonial sobre la cual, por consiguiente, tenían sus herederos naturales cierto derecho, si no legal precisamente, moral sin duda. Pues bien: Gastón tenía un heredero legítimo, que era su hermano, y si podía desheredar á este hermano con arreglo á lo establecido en la ley, no faltaban tampoco razones en que apoyar esta determinación ni motivos con que justificarla: rencor, hostilidad y sobre todo convencimiento de que su legado, si alguno dejaba, sería derrochado; pero ninguna de estas razones, que á Barincq podían ser aplicadas, existía para Anie, que nada le había hecho, contra la cual Gastón no tenía resentimiento alguno y que además era su sobrina. En tales condiciones era muy difícil imaginar que Anie no figurase en el testamento con un legado cualquiera; por pequeño que este legado fuese, para ella sería la fortuna, y más aún que la fortuna, el único medio de evitar ese desgraciado matrimonio para el cual estaba ya resignada.

Dos minutos después penetraba en el estudio del notario, donde se encontró á un escribientillo que se disponía á barrer la habitación.

– ¿Quiere usted hablar al Sr. Revenacq?, preguntó el chico.

– Sí, amigo mío.

– Voy á buscarle.

Casi en seguida llegó el notario; pero al pronto desconoció á su antiguo camarada, y saludándolo ceremoniosamente dijo:

– Caballero...

– ¿Es necesario que dé mi nombre?

– ¡Tú!

– ¿Muy cambiado á lo que parece?

– Como no has contestado á ninguno de mis telegramas ya no te esperaba, porque te he enviado dos y además te he escrito...

– No te he respondido porque desde luego pensé venir. ¿Pudiste creer que dejaría yo enterrar á mi pobre Gastón sin darle mi última despedida?

¿Y has venido á pie desde la estación de Puyoo?, dijo el notario sin responder directamente á su amigo y mirando la maleta que Barincq había colocado encima de una silla.

– Ha sido un paseo; mis piernas están todavía fuertes.

– Entremos en mi gabinete.

Después de hacerle sentar en un sillón de palo de cerezo y de sentarse el notario en el más próximo á su mesa de escritorio, continuó el notario:

– ¿Y tú cómo estás? ¿Y la señora Barincq?

– Gracias por todo, amigo mío. Por ahora estamos bien; pero háblame de Gastón; tu telegrama fué para mí lo mismo que un rayo.

– Eso es lo que ha sido para todos esta muerte. Ya hace unos dos años que la salud de Gastón, salud que hasta entonces había sido excelente, comenzó á quebrantarse; pero en realidad sin que ese quebrantamiento presentase síntoma alguno grave, al menos para él ni para nosotros. Presentósele alguna vez un ántrax que se curaba por sí solo y solía reproducirse y para el cual Gastón no quiso llamar al médico, porque su sistema era, según él decía, que el mejor tratamiento para toda clase de enfermedades era despreciarlas. ¿Es cosa de que se alarme uno por un divieso? Sin embargo, empezó á estar menos robusto, menos vigoroso, menos activo; un esfuerzo cualquiera le fatigaba; renunció á montar á caballo y muy poco tiempo después hubo de renunciar asimismo á salir á paseo en carruaje, limitándose á recorrer por un rato corto el parque ó los jardines del castillo. Al propio tiempo su carácter cambió casi por completo inclinándose á la melancolía y agriándose de un modo extraordinario; se hizo regañón, áspero y desconfiado. Llamo tu atención sobre este particular porque necesitaremos probablemente hablar de esto alguna otra vez. Un día se quejó Gastón de un dolor violentísimo en una pierna y tuvo necesidad de quedarse en cama. Fué necesario llamar al médico, el cual diagnosticó un absceso interno para el cual prescribió un tratamiento sencillo de cataplasmas. El absceso curó y Gastón pudo levantarse; pero es evidente que no estaba restablecido del todo, había perdido por completo el apetito y no había manera de hacerle conciliar el sueño. Sin embargo, poco á poco iba notándose mejoría y hasta puede asegurarse que recobró, al parecer, su buena salud; lo que no volvió á recobrar nunca fué su buen humor.

– ¿Tenía Gastón razones particulares de disgusto?

– Tal creo; mejor dicho, estoy seguro de que las tenía, si bien nunca me confió nada por completo; verdad es que nunca dijo á nadie nada, ni á mí ni á los otros. Gastón me honraba con su confianza en todo aquello que se refería á sus negocios, pero en lo que respecta á sus sentimientos personales ha sido siempre absolutamente reservado, y en estos últimos tiempos más que nunca; verdad es que un notario no es un confesor. Pero ya volveremos á hablar de esto. Terminaré lo que hace referencia á su enfermedad y á su muerte. Te he dicho ya que en el estado general de Gastón advertíamos todos cierta mejoría; con la llegada de la primavera había recobrado su afición á pasear y salía diariamente, lo cual nos hizo esperar á todos que transcurrido algún tiempo tomaría nuevamente su antiguo género de vida; á su edad esto nada tenía de inverosímil. Así las cosas, anteayer se entró precipitadamente en mi despacho el cochero Estanislao, y me anunció que se había puesto muy malo; que estaba pálido, sin movimiento, sin voz y que no había manera de hacerle que volviera en sí. Corrí al castillo. Cuanto en él se hizo resultó inútil. Sin embargo, envié en busca del médico, que no pudo hacer otra cosa que certificar el fallecimiento, el cual, según la opinión del facultativo, había sido ocasionado por una hemorragia interna, consecuencia quizás de los ántrax ó del absceso de la pierna, cuyos humores haciéndose sólidos habrían podido obstruir una arteria.

– ¿La muerte fué repentina?

– Completamente.

Reinó un instante de silencio, y el notario, conmovido por su relación, no procuró distraer el dolor de su antiguo condiscípulo. Luego que ambos se hubieron tranquilizado un poco, Revenacq continuó diciendo:

– Te he dicho ya que Gastón se mostró en sus últimos años triste y sombrío; debo insistir en esto porque el punto es para ti de interés preferente; sin embargo, aunque mi deseo de aclararlo todo es muy grande, no podré hacerlo porque en muchas cosas estoy reducido á meras suposiciones; todos los razonamientos del mundo no pueden sustituir á los hechos, y precisamente los hechos concretos son los que desconozco. Aunque, según te he dicho ya, Gastón no me ha explicado confidencialmente nada que con sus sentimientos se relacionase, las causas de su tristeza y de sus inquietudes no son un misterio para mí: provenían indudablemente, por una parte, de vuestro rompimiento; por otra, de una duda que ha envenenado su existencia.

– ¿Una duda?

– Sí; la que abrigaba acerca de si el capitán Sixto era efectivamente hijo suyo ó no lo era.

– ¿Cómo?..

– Inmediatamente hablaremos del capitán; concluyamos ahora con lo que se refiere á ti. Si tu enemistad con tu hermano ha podido ocasionarte tristezas, seguramente no se las ocasionó á él menores, y acaso mayores que las tuyas, si se tiene en cuenta que tú en esa ruptura de relaciones eras, si así puede decirse, puramente pasivo, mientras que Gastón era activo; tú habías de limitarte á sobrellevar las consecuencias de aquel estado de cosas, él podía ponerles término, bastando para esto que pronunciase una palabra; vacilando y luchando constantemente entre si la diría ó no la diría: he sido testigo de esas luchas y de esas vacilaciones; puedo afirmar que unas y otras le hacían muy desgraciado; realmente han sido el tormento de sus últimos años.

– ¡Nos habíamos amado tan tiernamente!

– Gastón no dejó de quererte nunca.

– ¿Cómo no le conmovieron mis cartas?

– Porque en el momento de recibirlas pagaba tu hermano los intereses de aquella cantidad por la cual te había dado su garantía, y la contrariedad que aquel gasto le ocasionaba mantuvo su exasperación y su resentimiento.

– Dada su situación, aquel gasto era, sin embargo, de muy poca importancia.

– Es necesario que sepas, y ahora puedo decírtelo, que precisamente cuando los vencimientos de pagos de los intereses de aquella garantía llegaron, acababa de perder Gastón una suma de gran entidad en un círculo de Pau; suma que no pudo pagar sin haber contratado un empréstito. Esto complicó sus negocios y Gastón se encontró apurado. Todavía lo estuvo mucho más cuando los efectos terribles de la filoxera primero y después del mildew destruyeron completamente su cosecha de uva. Otro cualquiera en su lugar habría procurado combatir aquellas enfermedades de sus viñas; Gastón no quiso hacerlo; habría sido preciso realizar gastos que él, según decía, no estaba en disposición de sufragar por culpa tuya. La verdad es que tu hermano no creyó nunca en la eficacia de los remedios empleados en otras partes, y que, por apatía ó por terquedad, dejaba que las cosas marchasen como esperando que la casualidad le trajese un cambio cualquiera, y al hacerlo así declinaba toda la responsabilidad sobre los que le condenaban á permanecer con los brazos cruzados. Así ocurrió que todas sus

viñas se perdiesen. ¿Te haces ahora cargo de su situación? ¿Comprendes la violencia de su enojo?

–¡Ay! Sí la comprendo.

–Como, á pesar de todo, Gastón no podía, teniendo las rentas de que dispuso siempre, estar apurado mucho tiempo, llegó el caso de que sus economías le permitiesen devolver, no solamente la cantidad por la que había sido fiador tuyo, sino también la que él había tomado á préstamo para pagar sus deudas de juego. Esperaba yo esa ocasión con cierta confianza, figurándome que cuando tu recuerdo no fuese evocado en la memoria de Gastón por vencimientos de pagarés, la reconciliación sería posible; que cuando tu hermano dejase de experimentar contrariedades por tu causa, renacería vuestra antigua amistad: sigo creyendo aún que así habría sucedido si Gastón, completamente aislado, no hubiese podido hallar sincero cariño sino en ti ó en tu hija; pero precisamente entonces hubo alguien que se interpuso entre vosotros y que vino á ser la rémora de aquella reconciliación: ese alguien fué el capitán Valentín Sixto; te dije antes que hablaríamos de él; ha llegado la ocasión de que hablemos.

–Te escucho.

–¿El capitán es ó no es hijo de tu hermano? Esta es la pregunta que me dirijo á mí mismo todavía, sin poder por mi parte contestar con certeza absoluta, si bien es verdad que casi todo el mundo responde á ella afirmativamente; pero como es evidente la duda que sobre este punto abrigaba el mismo Gastón, quien, sin embargo, debía de tener, como es natural, datos que á todos los demás nos faltan y razones que todos desconocemos para creer en su paternidad ó dudar de ella, no puedes extrañar que yo permanezca dudando. Además, acaso sepas más que yo ó por lo menos tanto como yo en este asunto, porque cuando ese niño nació estabas en muy buenas relaciones con tu hermano.

–Nada me dijo entonces de la señorita Dufourcq; y andando el tiempo, supe solamente lo que todo el mundo decía: dos ó tres veces intenté hablar de eso con Gastón, pero mi hermano eludía el contestarme y procuraba variar de conversación como si aquella le molestara.

–Le molestaba efectivamente porque hacía surgir en su espíritu una duda que le atormentó hasta su muerte; diré más, que fué la desesperación de toda su vida. Hace ahora unos treinta años que conoció Gastón á las señoritas Dufourcq, que habitaban á dos kilómetros próximamente de Peyrehorade, en lo más elevado de un cerro, en el sitio en que la carretera de Dax entra por la llanura. Existía allí en otros tiempos una hostería al frente de la cual estaban sus amos, el padre y la madre de las señoritas Dufourcq. A la muerte de sus padres, las dos muchachas, que eran inteligentes y que habían recibido cierta instrucción, tuvieron el talento de comprender el partido que podrían sacar de aquella herencia transformando la hostería en una especie de casa alquilable para enfermos ó convalecientes que quisiesen disfrutar el clima de Pau en medio del campo y no en el interior de la ciudad. Ya conoces el sitio.

–Lo conozco y aún recuerdo perfectamente la antigua hostería.

–No tengo que decirte entonces que la situación es inmejorable y las vistas son excelentes; esto fué lo que atrajo á muchos extranjeros no menos que la transformación llevada á cabo por aquellas hermanas laboriosas é inteligentes, en su hostería, ya vieja, que resultó convertida en habitación muy cómoda, con buenos muebles, jardines agradables, excelente cocina y esmerado servicio. De la mayor de estas jóvenes, Clotilde, nada hay que decir; era una persona que procuraba no llamar hacia sí la atención de nadie y sólo pensaba en arreglar su casa; por el contrario, de Leontine, la hermana menor, sí hay que decir bastante: coqueta y muy linda; linda hasta el punto de producir gran impresión, coqueta hasta el extremo de no rechazar á ningún hombre. Visitando en casa de las hermanas Dufourcq á un su amigo que se había establecido allí para cuidar á su esposa enferma del pecho, conoció tu hermano á Leontine y se enamoró de ella. Comprendes perfectamente que una muchacha del carácter de Leontine no rechazaría á un hombre como el Sr. de Saint-Christeau. ¡Qué gloria para ella contarle entre sus apasionados! Ambos se amaron; cada dos días Gastón hacía un viaje de treinta kilómetros para saber cómo seguía la esposa de su amigo. ¿Hasta dónde podrían llegar esos amores? ¿Pensó Leontine Dufourcq que acaso pudiera ser andando el tiempo la esposa de Saint-Christeau? Demasiado era esto para una muchacha de sus condiciones. Gastón, por su parte, dominado por su pasión, ¿dió palabra de casamiento á Leontine para obtener el triunfo y derrotar á un inglés joven, muy rico y enfermo que habitaba en la casa y proponía á Leontine, según se dijo, que le aceptase por esposo? Lo ignoro, porque me han enterado de esta historia, si así puede decirse, por fragmentos; un poco éste, otro poco aquél y en resumen de un modo incompleto y hasta con datos contradictorios. Lo que hay de cierto es que Leontine quedó encinta. ¿Por qué en aquel momento no se casó Gastón con ella? Probablemente porque desconfió de obtener el consentimiento paterno, que de seguro ni aun se habría atrevido á solicitar. ¿Imaginas tú el furor de vuestro padre cuando se hubiese enterado de que su hijo mayor pretendía casarse con la hija de un mesonero?

–Nuestro padre no hubiese concedido nunca su permiso; habría preferido mil veces romper con Gastón á pesar de su debilidad para con el primogénito.

–No se llegó á ese extremo, y si vuestro padre llegó á tener noticias de las relaciones de su hijo con Leontine, es indudable que las consideró solamente como un amorío sin consecuencias. Además, mucho antes de que el estado de Leontine fuese visible, la joven abandonó su domicilio de Peyrehorade para trasladarse á Burdeos, donde permaneció oculta algún tiempo; en el país se dijo que Leontine había ido á pasar una temporada con otra hermana mayor, casada en Champagne. Todas las semanas Gastón iba á Burdeos; en Royán se les encontraba juntos. Al mismo tiempo que Leontine salía de Peyrehorade, Arturo Burn, el inglés joven y enfermo de quien te he hablado antes, dejó también la casa; se ha dicho que les habían visto á él y á ella en Burdeos; ¿es verdad ó es mentira? Lo ignoro; pero cualquier cosa puede creerse de una mujer tan coqueta como ella; para el caso en que no pudiera ser la esposa de Gastón, que era lo que probablemente Leontine debía preferir, la joven conservaba á su inglés, condenado á prematura muerte y al que era fácil no disgustar. ¡Cosa extraordinaria! No fué el enfermo el que falleció, fué la hermosa joven, sana y robusta; un mes después de haber librado murió casi repentinamente. El niño no había sido reconocido por Gastón, que sin duda se proponía legitimarle por medio del matrimonio cuando pudiese hacerlo. Clotilde, la tía del niño, lo llevó consigo á Peyrehorade y lo educó como su sobrino, si bien diciendo que era hijo de su hermana mayor, la casada en Champagne. Pasaron años, de los cuales nada sé sino que Gastón iba á ver al niño alguna vez en casa de su tía, y que cuando llegó el momento de ponerle en el colegio de Pau, tu hermano sufragó los gastos. El muchacho fué desde un principio un alumno aplicado, estudioso, inteligente y consiguió ingresar en la escuela de Saint-Cyr con muy buen número. Vistiendo el uniforme de colegial de Saint-Cyr vino por primera vez al castillo, donde pasó una gran parte de las vacaciones dedicado á montar á caballo, á la caza y á la pesca. Para los que no habían olvidado los amores de Gastón con Leontine, aquella permanencia del muchacho en el castillo fué como el principio del reconocimiento de su hijo por el padre; pues para todo el mundo Valentín era indudablemente hijo de Gastón; nadie dudaba de esa paternidad; y yo mismo, que hasta entonces había tenido muchas dudas...

–¿Y existía algún fundamento para esas dudas?

–Solamente los que resultaban del hecho de no haberle reconocido Gastón; para mí, sin embargo, eran de bastante peso, porque en un hombre del carácter de tu hermano era imposible admitir que creyendo hijo suyo á aquel joven no le diera su nombre; cuando no lo hacía así, era porque sin duda algo se lo impedía, y no dependiendo él de nadie, este impedimento no podía ser otro que la desconfianza nacida en el espíritu de Gastón con motivo de las relaciones que habían existido entre Leontine y Arturo Burn. ¿Qué relaciones habían sido éstas? ¿Inocentes ó culpables? Perspicaz había de ser quien pudiera decirlo al cabo de veinte años y cuando Leontine y Arturo habían muerto ya llevando á la tumba su secreto. Como quiera que fuese, Gastón no se atrevía á decidir, toda vez que no reconoció á aquel hijo, para él dudoso. Interesarse por él, cobrarle afecto, sí podía hacerlo, y en justicia debo decir que el joven merecía aquel interés; y sin embargo, Gastón, que tanto cariño le demostraba, no se atrevía á reconocerle, á darle su nombre, á constituirle en heredero, á considerarle como continuador de los Saint-Christeau. He visto esos escrúpulos, mejor dicho, los he adivinado; he asistido á esas luchas que en la conciencia de Gastón libraban dos deberes igualmente poderosos: de una parte, el que pensaba tener con respecto al joven; de otra, el que le imponía el respeto á su nombre y á su linaje; te aseguro que eran empeñadas aquellas luchas.

–¿Pero no llevó á cabo investigaciones? ¿No pudo intentar una información?

–¡Después de veinte años!.. ¡En un asunto de esta naturaleza!.. Es cierto, sin embargo, que Gastón debió de reunir todas las noticias que pudiesen darle alguna luz sobre la materia; pero es cierto también que indudablemente no han sido demasiado claras cuando no han determinado el reconocimiento de Sixto. Las cosas continuaron así, sin que ni mi mujer ni yo nos atreviésemos á decidir si se realizaría ó no se realizaría ese reconocimiento; nos inclinábamos á negarlo unas veces, lo afirmábamos otras, pero vacilando siempre. Valentín, cuando salió de la escuela de Saint-Cyr, llegó á ser oficial de dragones, entró poco tiempo después en la escuela militar, de la cual salió con el número tres. Gastón, orgulloso de él, tenía constantemente el nombre de Valentín en los labios, y siempre que el joven obtenía una licencia la pasaba en el castillo; un padre no hubiese manifestado más ternura con su hijo; un hijo no habría sido más cariñoso con su padre. Sin embargo, precisamente en aquellos momentos adquirí la certidumbre de que Gastón no le reconocería nunca, y he aquí cómo se formó esa seguridad en mi espíritu. Te parece mi relación incoherente y deshilvanada, ¿verdad?

–Me parece perfectamente clara.

–Entonces prosigo. Cierto día Gastón me dió el encargo de redactarle un modelo de testamento que Gastón mismo había de copiar. Por mucha reserva que yo tuviese con un cliente suspicaz, temeroso siempre de verse obligado á decir algo que desease tener reservado, vime en la precisión de dirigirle algunas preguntas; Gastón me respondió con mucha reserva, encerrándose constantemen en generalidades, y de tal modo hizo esto que en lugar de redactarle un solo modelo formulé cuatro ó cinco, cada uno de los cuales correspondiese á los casos que, en mi concepto, á Gastón podían presentársele. Cuatro días después Gastón me trajo su testamento en un sobre cerrado y lacrado con cinco sellos y me rogó que se lo guardase.

–¿De manera que mi hermano hizo testamento?

–Sí; hizo uno entonces. Pero hace ahora un mes me lo pidió para modificarlo, acaso para destruirlo, y yo no sé si ha hecho otro; lo que hay de cierto es que yo no soy depositario de ninguno, de suerte que hoy eres el único heredero legítimo de tu hermano; lo cual, como comprendes, no significa que haya seguridad de que recojas la herencia.

–Comprendo que entre los papeles de Gastón puede hallarse algún testamento.

–Exactamente. Y dicho esto, vuelvo á la convicción que arraigó en mi alma de que Gastón no reconocería como hijo al capitán el día mismo en que me encargó que le redactase un testamento. Esta convicción mía está perfectamente basada en la lógica si no me engaño. Sabes que el hijo natural reconocido no tiene sobre los bienes de su padre los mismos derechos que el hijo legítimo, ¿no es verdad? En este caso concreto, el capitán, hijo legítimo de Gastón, heredaría toda la fortuna de su padre; hijo natural reconocido, sólo podría heredar la mitad de esa fortuna, porque el padre deja un hermano, que eres tú. Para que Sixto pudiera recoger todos los bienes de Gastón era necesario que le hubieran sido legados en el testamento, y este testamento en favor suyo solamente sería posible siendo él un extraño, de ninguna manera siendo un hijo natural reconocido.

–Yo no sabía una palabra de todo eso.

–No es extraño; cuando nuestras leyes tratan de los hijos naturales ó adulterinos ó incestuosos están llenas de obscuridad, de lagunas, de contradicciones y deficiencias, en medio de las cuales aquellos cuya profesión es interpretar ó aplicar el código se desenredan muy difícilmente. Así, pues, tu hermano, á mi juicio, haciendo su testamento renunciaba definitivamente á reconocer como hijo suyo al capitán Valentín Sixto.

–Y la conclusión de tus razonamientos es que mi hermano tenía empeño en que toda su fortuna la heredase el capitán Sixto.

–La lógica me llevaba á esa conclusión, efectivamente.

–¿Sospechas las razones que pudieron mover á mi hermano á recoger el testamento?

–Son de muchas clases; pero tanto las unas como las otras descansan sobre meras suposiciones.

–Y ya que tú las has examinado y discutido, ¿tienes alguna dificultad en comunicármelas?

–De ningún modo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Conclusión)

El insecto que vuela contra el vidrio ocupa un espacio bastante grande en profundidad, y por consiguiente, para que todas las partes de su cuerpo estén claramente representadas, es menester que el objetivo tenga gran profundidad de foco, y precisamente sucede que la extraordinaria angostura de las hendiduras por las cuales debe pasar la luz en el centro del objetivo, constituye un excelente diafragma que da al foco más de dos centímetros de profundidad (1).

X. - FOTOGRAFÍAS DE LOS MOVIMIENTOS EN EL CAMPO DEL MICROSCOPIO

Los movimientos de los seres microscópicos son extraordinariamente difíciles de seguir: su rapidez es, por regla general, tan grande que en muchos casos los órganos motores son completamente invisibles. Por esto la traslación de ciertos infusorios tiene algo misterioso: sólo matando al animal se distinguen claramente algunos filamentos vibrátiles ú órganos del mismo género que no podían distinguirse en vida por la rapidez con que se agitan.

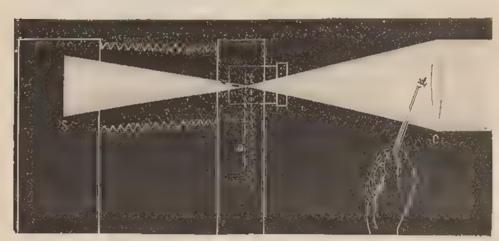


Fig. 34. Disposición teórica de la iluminación empleada para estudiar el vuelo de los insectos

Prodúcense en el campo del microscopio infinidad de movimientos curiosísimos cuyo análisis por la cronofotografía presentaba ciertas dificultades; en primer lugar el agrandamiento considerable de las imágenes trae consigo una diminución proporcional de la intensidad de la luz que obra sobre cada punto de la placa fotográfica, y en segundo la extraordinaria brevedad que hay que dar á los tiempos de exposición para obtener imágenes claras de movimientos muy rápidos. Era, pues, preciso que el objeto que debía ser fotografiado fuese sometido á un alumbrado muy potente.

Pero la acción prolongada de una luz muy concentrada y sobre todo la del calor que la acompaña alteraría muy pronto los pequeños seres que se mueven en la preparación microscópica. Para evitar este peligro hemos recurrido al siguiente procedimiento:



Fig. 35. Representa dos tipulas, una inmóvil puesta sobre un cristal, otra que vuela por encima de ella agitando sus patas de diversos modos y dando á su cuerpo inclinaciones variadas. Esta figura es un fragmento de una larga tira pelicular.

La luz, muy concentrada, es proyectada sobre la preparación de una manera intermitente y durante espacios muy cortos, generalmente inferiores á una milésima de segundo. El cronofotógrafo se presta perfectamente á esta disposición; basta para ello colocar el objeto que se ha de fotografiar detrás de los discos obturadores, los cuales, de esta suerte, tienen como función única la de cortar el haz de luz concentrada y no dejar que llegue á la preparación sino durante los cortos instantes de la coincidencia de las ventanas.

La figura 36 representa en sus principales detalles la pieza que se adapta al cronofotógrafo para analizar los movimientos microscópicos. Una caja de madera, abierta en su parte central, se adapta á la parte anterior del aparato del mismo modo que las cajas de objetivos ya descritos. Esta caja lleva delante un objetivo C que sólo sirve para condensar la luz enviada por medio de un heliostato: el foco de este condensador se forma en la platina *p* en el sitio mismo en donde será colocada la preparación. Para poner la máquina á punto se regula la posición de la platina portaobjeto, primero por medio del botón B que gobierna una cremallera, y luego por medio de la varita *m v* que gobierna el tornillo micrométrico.

Se asesta el objetivo microscópico O sobre la preparación, y detrás de este objetivo los rayos que recogen la imagen atraviesan una caja cúbica de metal, y luego continuándose al través de la caja de madera en el fuelle á éste adaptado, llegan por último al cristal opaco de la *cámara de las imágenes* de que hemos hablado al describir el cronofotógrafo completo.

En un lado de la caja metálica está implantado oblicuamente un tubo de microscopio con su ocular. Una disposición introducida por M. Nachet permite enviar á voluntad la imagen, sea sobre el cristal opaco, sea al microscopio: consiste en el empleo de un prisma de reflexión total que se pone en movimiento por medio del botón P, oprimiendo el cual se adelanta el prisma y se dirige la imagen de la preparación al microscopio, al paso que tirando de él se aleja el prisma y la imagen va á formarse directamente en el cristal opaco ó en la placa sensible.

Como una vez puesto el experimentador detrás del aparato, para mirar la imagen en el cristal opaco, sería imposible buscar los puntos interesantes de la preparación, este reconocimiento se hace mirando por el ocular del microscopio que una lente de corrección permite regular de manera que las imágenes se encuentren exactamente á foco en el microscopio y en la placa sensible.

Estando todo preparado para las fotografías sobre película en movimiento, compruébase por el ocular del microscopio si la postura á foco es exacta y si los movimientos se producen en el sitio que se desea, y comprobado esto, se tira del botón del prisma y se pone el aparato en movimiento (2). La figura 37 representa considerablemente agrandadas varias vorticelas adheridas á filamentos de confervas: durante la sucesión de las imágenes en ella representadas muchas vorticelas ejecutan movimientos; su estilo se contrae y los empuja oblicuamente hacia abajo y á la derecha. Las fases de este movimiento, demasiado brusco para que el ojo pueda percibirlo, pueden seguirse de esta manera: tomemos como puntos de mira las fibras de confervas que se entrecruzan en la preparación, y veremos una fibra transversal cruzada por tres fibras verticales formando con ellas compartimientos casi rectangulares; en el mayor de estos compartimientos se ven dos vorticelas provistas de sus estilos contorneadas en espirales. Estas vorticelas se mueven porque puede comprobarse que de la primera á la última imagen se aproximan gradualmente á la fibra transversal y al ángulo inferior de la derecha del compartimiento en donde se encuentran (3).

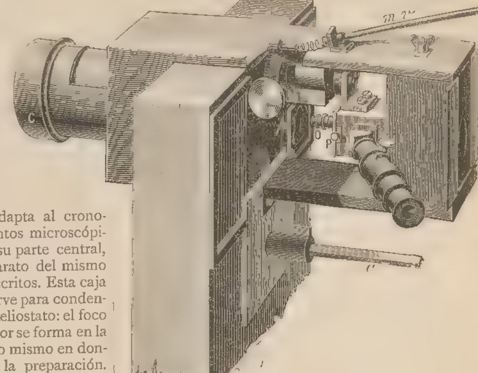


Fig. 36. Pieza especial que se añade al cronofotógrafo para estudiar los movimientos de los seres microscópicos

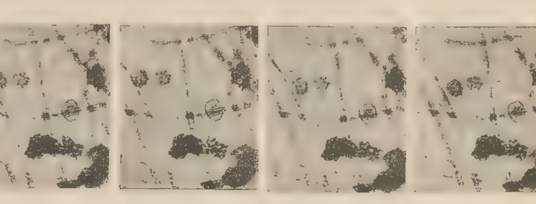


Fig. 37. Representa los movimientos de vorticelas que contraen su estilo en espiral. La sucesión de los movimientos se lee de izquierda á derecha

Este ejemplo quizás no es uno de los más interesantes que pueda escogerse para demostrar las aplicaciones de cronofotografía á los movimientos de los seres microscópicos (4); pero nuestros experimentos no han pasado aún del período inicial, y nos proponemos continuarlos, con la esperanza de sorprender los movimientos de los glóbulos de la sangre en los vasos capilares, los actos íntimos de la contracción de la fibra de los músculos y de las ondas que los recorren, y finalmente los movimientos de los filamentos vibrátiles y en general de los órganos que sirven á la locomoción de los infusorios.

Tampoco dudamos de que no sea posible aplicar á los seres microscópicos la cronofotografía sobre placa fija empleando para ello una iluminación oblicua, del sistema de M. Nachet, que presenta los objetos luminosos sobre fondo obscuro.

XI. - LA CRONOFOTOGRAFÍA APLICADA Á LAS CIENCIAS FÍSICAS

Para terminar esta revista, ya bastante larga, de las aplicaciones de la cronofotografía, sólo diremos unas

(1) Nos proponemos modificar las condiciones del experimento y establecer un sistema de alumbrado de los insectos que los haya luminosos delante de un campo obscuro. De este modo nos encontraremos en las condiciones de la cronofotografía sobre placa fija, y podrá seguirse con mayor precisión las fases, tan fugaces, del aletazo de un insecto.

(2) Para poder operar sin auxilio de un ayudante que dé vueltas al manubrio del juego de ruedas, hemos puesto éste en relación con un cilindro de muelle y con un volante regulador: se engrana éste y se remonta el cilindro y todo está dispuesto para que el aparato se ponga en movimiento en cuanto quede libre el volante. Cuando, pues, se ha comprobado mirando por el microscopio que la preparación está á punto, no hay más que tirar del botón del prisma y soltar el volante para que el aparato se ponga en movimiento y las imágenes queden fijadas.

(3) El procedimiento de grabado que ha servido para reproducir estas imágenes no se presta á dar la pureza de los detalles que presentaba la preparación y que se encontraba en los clisés originales.

(4) Hemos obtenido también imágenes bastante buenas del movimiento de los glóbulos de la sangre en los vasos capilares y del crecimiento de los cristales arborizados en las soluciones saturadas.

pocas palabras para demostrar el partido que puede sacarse de ella para estudiar el movimiento en el mundo inorgánico: la cinemática y la dinámica encontrarán un auxiliar poderoso en nuestro método.

Los memorables experimentos de Galileo, que han determinado las leyes de la caída de los cuerpos, pueden ser considerados como el punto de partida de la mecánica científica: generalizando estas leyes y aplicándolas á todas las fuerzas que obran sobre la materia se ha creado la dinámica. Ahora bien: los movimientos tan complicados de las masas sometidas á diferentes fuerzas, aunque á veces difíciles de determinar por el cálculo, son generalmente de fácil determinación por el método experimental mediante la cronofotografía.

Escojamos, por ejemplo, el experimento de Galileo sobre las leyes del movimiento de un cuerpo que cae bajo la acción de la gravedad: al gran físico de Florencia fuéle preciso hacer un grande esfuerzo de genio para encontrar el medio de reducir la velocidad del movimiento por medio del plano inclinado, sin alterar sus caracteres, y para hacer perceptible su aceleración uniforme. Este mismo problema, tratado por la cronofotografía, puede resolverse de la manera más sencilla, sin ningún dispositivo especial: tómese, al efecto, una escalera y colóquesela delante de un campo obscuro, y subido en ella el experimentador, déjese caer una bola pesada y pintada de blanco desde una regular altura mientras el aparato cronofotográfico recibe las imágenes de la misma sobre placa fija. En la figura 38 se ve la serie de las posiciones ocupadas por la bola en cada uno de los instantes sucesivos (á cada cuadragésima parte de segundo), siendo muy fácil por medio de una escala métrica comparar entre sí los espacios recorridos en esas unidades de tiempo sucesivas. El experimento, se ha realizado en condiciones bastante rudimentarias pero podría introducirse en él toda la precisión deseable.

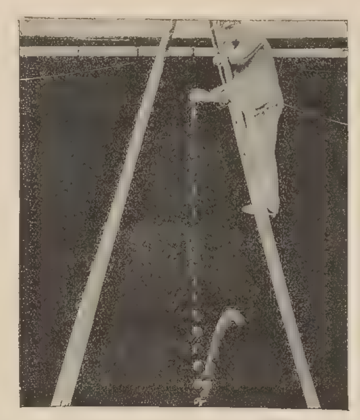


Fig. 38. Fases del movimiento de un cuerpo que cae, estudiadas por medio del cronofotógrafo sobre placa fija

El mismo método podría servir para determinar las leyes de la resistencia del aire que obra sobre objetos de formas y densidades distintas.

En la práctica nuestro método ofrece grandes ventajas para registrar la marcha de las máquinas y para asegurarse de que en su funcionamiento no presentan algún defecto que no haya podido ser previsto. Una de las grandes preocupaciones de nuestra época es la construcción de las máquinas voladoras que puedan transportarse en el aire y ser en él dirigidas. En los muy numerosos ensayos que hasta ahora se han hecho, los aparatos no han funcionado bien y á veces se han roto al caer, sin que haya habido tiempo de apreciar el vicio de su funcionamiento: estudiadas por medio de la cronofotografía, estas máquinas hubieran revelado todos los detalles de sus movimientos y demostrado los defectos que han ocasionado su caída.

Para todas estas aplicaciones tan variadas, el cronofotógrafo no requiere ninguna disposición especial, salvo algunas veces el cambio de objetivo cuando las dimensiones del objeto que se estudia y la distancia en que se encuentra lo hacen necesario.

Comparando, como es natural, la cronofotografía con las demás formas del método gráfico, le hemos atribuído en muchos casos una gran superioridad sobre éstas: en efecto, nuestro método es *más sencillo* cuando se puede recoger sobre una placa fija y por medio de una operación siempre la misma la sucesión de las fases de un fenómeno; es *más potente* porque aborda los fenómenos de mayor complejidad; es *más seguro* porque, á la inversa de los procedimientos mecánicos de inscripción de los movimientos, nada toma de la fuerza cuyos efectos estudia sin alterar sus manifestaciones, y finalmente es más general y creemos haber demostrado con ejemplos bastante numerosos que se aplica igualmente á las ciencias físicas y á las ciencias naturales.

E. J. MAREY, de la Academia de Ciencias

(De la *Revue generale des sciences pures et appliquées*)

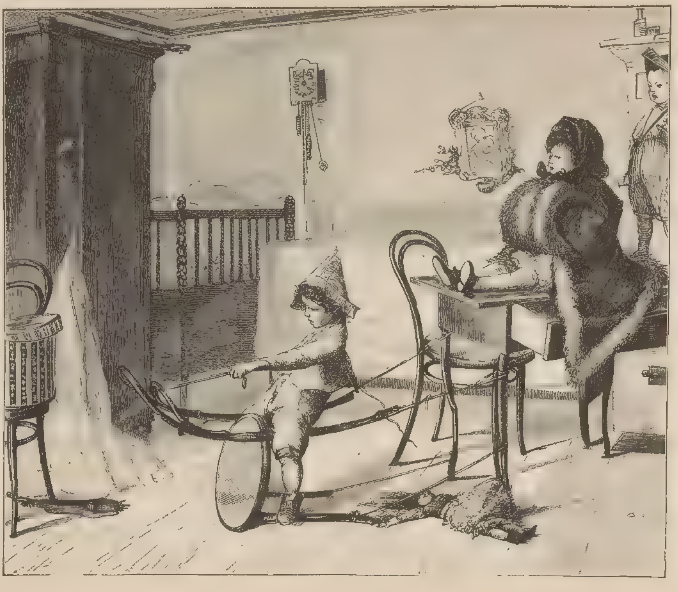
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LOS CATALANES EN LA DEFENSA Y RECONQUISTA DE BUENOS AIRES, *por R. Monner y Sans.* – Aunque ausente hace años de la patria, el Sr. Monner y Sans no sólo no se olvida de ella, sino que con su bien cortada pluma proclama sus glorias y narra las hazañas de sus valerosos hijos. El folleto que nos ocupa es un boceto histórico en que se demuestra la decisiva intervención que tuvieron los catalanes en los sucesos que se desarrollaron en la capital argentina cuando los ingleses quisieron apoderarse del Río de la Plata en 1806 y 1807, apoyándose el autor en citas de los historiadores de la República Argentina y en noticias que pacientemente supo proporcionarse, intercalándolas con comentarios que al par que su amor á Cataluña denotan su observación profunda y su imparcialidad, y revistiéndolo todo de la forma castiza y elegante que caracteriza á todos los trabajos de nuestro distinguido compatriota.

CUENTOS DE AMOR, *por Juan Ruiz de Esparza y Hernández.* – La lectura de las cinco narraciones que contiene el libro publicado por el escritor mejicano señor Ruiz de Esparza justifican el título de *Cuentos de amor:* hay en todas ellas verdadero raudal de sentimiento y de poesía, cuyos atractivos aumentan los que por sí solo ofrece el interés dramático, y que acreditan á su autor de novelista de corazón.



JUEGOS INFANTILES, dibujo de D. Panluzzi

EL RATONCITO, *por José Miró Folguera.* – Aunque así se titula el libro, *El ratoncito* no es más que una de las narraciones en él coleccionadas por el distinguido periodista y conocido escritor Sr. Miró y Folguera. La índole de esta sección no nos permite ocuparnos extensamente de ellas como se merecen y como desearíamos, y nos obliga á sintetizar nuestro juicio en pocas palabras, diciendo que los trabajos en cuestión revelan al observador profundo, enamorado de la realidad, así en los fenómenos psicológicos que analiza con gran conocimiento del alma humana, como de los hechos que describe con verdad admirable; al decidido campeón de los modernos procedimientos literarios, y al escritor castizo y sobrio que encuentra para cada idea la frase justa. *El ratoncito* se vende al precio de 2 pesetas.

POESIES, *per Joseph Lluis Pons y Gallarza.* – El Sr. Pons y Gallarza figura con razón entre los primeros poetas catalanes y desde 1867 posee el título de *Mestre en Gay Saber:* hay en todas sus poesías inspiración y sentimiento extraordinarios; todas ellas están escritas con una admirable pureza de lenguaje, y en todas vibra el amor y el entusiasmo por Cataluña y Mallorca. ¿Qué más podemos decir de ellas que no lo diga elocuentemente por sí solo el nombre de su autor? El editor D. José Tous, de Palma de Mallorca, ha coleccionado algunas de ellas en un elegante tomo que constituye el tercero de la *Nueva Biblioteca Balear* y se vende al precio de 2 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 8 de mayo de 1893 — Núm. 593

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el segundo tomo de la interesantísima obra del notable y castizo escritor D. Antonio Flores, titulada AYER, HOY Y MAÑANA, ilustrada con numerosos grabados por D. Nicanor Vázquez y elegantemente encuadernada



JUANA DE ARCO CUANDO NIÑA, cuadro de Mme. Demont-Breton, grabado por Baude
(Salón de los Campos Elíseos, París, 1893)



VERDADES Y MENTIRAS

Hipólito Taine necesitó morir para que, aquí en España, con excepción de aquellos escasísimos *aficionados* – pues no pasa de afición lo de dedicarse en esta tierra á estudiar cuanto rebase de cierto orden de ideas al alcance del vulgo – fuese conocido y aun aquilatada hasta cierto punto su obra crítica.

Con este motivo salieron á relucir teorías é ideas, poniéndose de manifiesto cómo piensan y juzgan nuestros doctos en estas materias crítico-filosóficas, especialmente en lo que al arte atañe. La eterna cuestión de las escuelas idealistas y de la naturalista ha surgido de nuevo con motivo de los libros de Taine; ¡y bien sabe Dios cuán difícil me fué sacar algo en limpio de lo que á este propósito dijeron autoridades españolas de indiscutible sabiduría y de renombre europeo! Y cuando en fuerza de leer y releer lo dicho por alguna de esas ilustres personalidades, pude alcanzar á penetrarme de algo de lo expuesto, vine á deducir una consecuencia no muy halagüeña ciertamente para el sentido crítico dominante en España – exceptúo á unas cuantas personalidades, entre ellas al ilustre autor de la *Historia de las ideas estéticas*, – y es la de que estamos en la infancia de la especulación filosófico-crítica que ha producido tantas obras y tan nuevas de fondo y forma en el extranjero.

Verdaderamente es digno de ser tenido en cuenta el fenómeno, singularísimo á mi parecer, que se observa cuando tratan de teorías y de escuelas literarias, artísticas, filosóficas y sociológicas gran número de personalidades de la política española. Mientras en los partidos menos avanzados, incluso el carlista, existe un sentido amplio en lo de apreciar y aun para aceptar el moderno concepto estético por lo que á la forma pertenece y determinista en lo que corresponde á la idea genérica de la obra de arte, entre los hombres de los partidos avanzados, sin descontar el republicano, la amplitud esa de que hablo apenas si tiene aceptación, descontados media docena de individuos. Para convencerse de esto que afirmo, basta echar un ligero vistazo á los discursos leídos en las recepciones académicas, á los pronunciados en el Ateneo ó en el mismo Congreso, y á los trabajos, ya literarios, ya filosóficos y críticos que de importantes demócratas ó fusionistas publican las revistas y periódicos españoles.

Debiera ser bagaje obligado de las escuelas políticas avanzadas el que la crítica moderna, las nuevas ciencias experimentales, las exposiciones que en el sentido de las ideas sociológicas del día la filosofía enuncia, aportan al presente á la obra común de la cultura. Concebir un Estado con sufragio universal, con jurado, con tolerancia de cultos, con libertades individuales, en fin, con toda esa suma de libertades en un tiempo no lejano solamente vislumbradas como medio redentor de la esclavitud autocrática y hoy rigiéndonos al cabo, y por otro lado, si no imponiéndolo, porque ya pasó el tiempo de las imposiciones, pero defendiéndolo por lo menos, el criterio de una restricción de las ideas estéticas filosóficas y críticas que no sean idealistas, me parece un colmo, y me causaría asombro si no supiera que las escuelas todas son casuismos más ó menos lógicos, más ó menos aceptables, y manifestaciones psicológicas de un estado social, de una cultura dada.

Precisamente la práctica de las libertades políticas trae aparejada la necesidad de un conocimiento práctico á su vez de los deberes morales y materiales, cuyo conocimiento no se alcanza sino por medio de una educación y de un estudio continuos de la realidad. Y las ideas generadoras de las libertades modernas, si mientras se emitían podían contarse ó tenerse como idealismos, ciertamente que por su finalidad no podían ser más realistas, puesto que tendían á desvanecer las preocupaciones que respecto del privilegio tenía una gran parte del pueblo; privilegios que fueron en épocas históricas aceptados en esencia como provenientes de lo indiscutible é inanalizable.

La crítica de los hechos llevó á las inteligencias superiores á formular la protesta contra esos idealismos del concepto de la autoridad absoluta en todas las esferas; la crítica, es decir, el análisis, el razonamiento de lo evidente, de lo real. Pues bien: los que siguen defendiendo esa crítica, en lo político tan escasa de ensueños como hija al fin de las realidades demostradas por los hechos, esos no aceptan la estética moderna, aquella que marcha al unísono – no diré si haciendo bien ó mal, pues esta es cuestión para tratada muy despacio – con las realidades del determinismo científico.

Dos aspectos presenta al examen este criterio de los idealismos de nuestros políticos avanzados: uno perfectamente materialista, otro perfectamente erróneo. A propósito del suicidio, cuestión estos días puesta sobre el tapete por mi querido y respetable amigo D. Federico Balart, se demostró cómo los idealistas caen en el vulgar error de achacar al arte, especialmente al literario (no por decir especialmente debe entenderse que el plástico no entra en la cuenta), condiciones pedagógicas de toda especie. De la lectura de las obras de la escuela naturalista deducen la consecuencia del escepticismo religioso, de la falta de moralidad reinante (yo creo que hay mucha más moralidad hoy que hace un siglo), de la relajación de las costumbres, de desoladoras doctrinas que llevan, entre otras cosas, al suicidio. Lo mismo dicen del cuadro, de la estatua, donde las *desnudeces*, los asuntos eróticos van derechamente á malear la juventud, á encender pasiones relajando las bases todas de la familia y de la moral social.

¡Oh! Yo protesto enérgicamente contra esas afirmaciones que delatan el materialismo más hondo, más crudo que imaginarse puede. Yo no puedo concebir que la contemplación de una de las más bellas obras de la naturaleza como es el ser humano, lleve á la concupiscencia, al sensualismo brutal. La armonía de todas las partes del cuerpo del hombre, la nobleza de sus actitudes, la combinación delicada de las curvas que modelan músculos, nervios y tendones, la palpitación de la vida física que se siente y presiente en toda la admirable máquina humana, y sobre todo el reflejo de la vida intelectual que centellea en los ojos é innunda el rostro, apartan por completo al que verdaderamente ame lo bello de todo sentimiento que no pertenezca al alma.

Bien quisiera decir algo, no algo sino *algos* del erotismo artístico; y no para condenarle, que nunca me perdonaría lo de poner en entredicho á tantos escritores, pintores y escultores griegos, romanos, italianos, franceses, holandeses, españoles, etc., como cultivaron ese género, produciendo maravillosas obras; pero si no puedo extenderme en esta defensa, diré sin embargo que á los idealistas, atacando esa manifestación artística, no se les ocurre pensar que tuvo en otros siglos desarrollo grande, y que hoy, aun cuando en menor escala que entonces, si se cultiva, en nada rebasa de los límites marcados por los artistas y escritores de otras edades, antes bien parecen los del día moralistas al lado de aquéllos. Verdaderamente que es de un efecto extraño admirar las pastorales griegas, á Ovidio, los bajos relieves paganos y las pinturas murales de Pompeya y Herculano, poner en las nubes *L'Aminta, Decamerone*, las novelas de nuestra Zayos, el *Jardín del amor* de Rubens, las *Venus* y la *Danae* del Ticiano, los cuadros de Teniers, etc., etc., y abominar de nuestras mujeres descotadas y de nuestras novelas realistas y naturalistas.

El otro aspecto es para mí menos comprensible. Un ilustre escritor y orador insigne estudiando á Taine pretende demostrar que el filósofo francés concibió y desarrolló sus tesis críticas dentro de las desoladoras doctrinas de un fatalismo terrible, negando así la influencia que la religión, las doctrinas cristianas, la innegable existencia de la divinidad, tienen en la obra humana y por ende en el hombre.

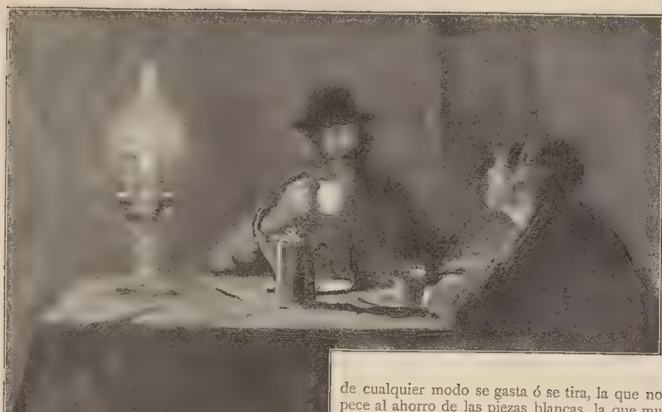
Yo creo que Taine no era fatalista ni muchísimo menos; era determinista, y esto ya es harina de otro costal. Pero aun así, el analizador de la obra de Taine pretende, dándole en parte la razón al célebre francés, negar que el medio ambiente, al cual Taine concedía importancia capitalísima, pueda ser á propósito para producir la obra plástica, sacando á plaza para demostrarlo la atmósfera de Londres.

Aparte de lo que asevera el ilustre orador á quien aludo, de que solamente en los países brumosos, como el inglés, la arquitectura, por ejemplo, tienda á elevarse, tratando así de romper las obscuridades del nebuloso cielo, mientras en los países del Mediodía, como el griego, los monumentos son bajos, dejando al éter el cuidado de extenderlos y elevarlos en sus alas de oro; á un lado, digo, esta inexactitud, puesto que en España, como en Italia, países meridionales, las agujas de las catedrales góticas, como las elevadas torres de los monumentos del Renacimiento, demuestran todo lo contrario, en las naciones que apellidan las gentes latinas es donde reside precisamente el naturalismo y donde las artes plásticas han sido y son todavía menos idealistas, precisamente por razón del ambiente y del origen etnográfico de las razas. Y ahora pregunto yo: ¿de dónde han venido las doctrinas filosóficas racionalistas, á cuyo calor surgió la crítica fría y analizadora moderna, la cual á su vez impulsó á la ciencia por el camino de la investigación y que ha patentizado el determinismo de las leyes fisiológicas? ¿Dónde está el idealismo griego? ¿En sus estatuas, trasunto fiel de la belleza real? ¿En sus monumentos, para cuyas proporciones las del hombre fueron base? ¿En Roma, hija espiritual y por lo tanto artística de Grecia? ¿En España, donde el sensualismo oriental por un lado y por otro la influencia del Norte, amalgamada con el espíritu naturalista del artista masonero, nos dió un arte mezcla extraña de sentimientos, alguno casi rayano en la obscenidad? Y si los países brumosos especulando filosóficamente arrollaron los histerismos de los idealistas, y si los países del Mediodía produjeron *Concepciones* como las de Murillo, que no tienen de místicas, de ideales más que cualquiera belleza femenina de la tierra del célebre pintor, ¿por qué razón decir de Taine en son de censura que todo lo atribuía al medio ambiente y á los fenómenos fisiológicos y á las razas?

No, no es el idealismo tal y como lo entienden y lo quieren y pretenden sentirlo con el eximio analizador de Taine la mayor parte de sus colegas en democracracia, el idealismo que á marchas forzadas viene sobre el artista. No; el ambiente de Londres es tan á propósito para producir arte como el del Mediodía; mejor dicho, hoy produce arte mejor que el de por aquí; y ese arte es místico como no lo fué el nuestro. Pero aparte de esto, que es innegable, lo por mí no comprendido es el porqué las individualidades que forman en nuestros partidos políticos avanzados fruncen el ceño ante las novísimas teorías científicas que destruyen los idealismos románticos: ante el nuevo rumbo de las ideas estéticas que marchan en busca de un espiritualismo – permítaseme la palabra – que no tenga por motivo ninguna religión positiva, vislumbrando en la Naturaleza lo que no puede proporcionarle acordadamente con el positivismo actual ningún dogma, ¿por qué nos hablan todavía la balbuciente lengua de aquellos días en que pesaba como losa de sepulcro sobre la conciencia la teoría del vapor y la de la electricidad? Esto es lo que no comprendo, esto es lo que de fijo no llegará á comprender nadie.

Causa espanto pensar que esas individualidades provenientes de la revolución política y social iniciada por los enciclopedistas, pudieran algún día imponer su criterio en materia de arte. Pintáranse enseñanzas históricas, capítulos de moral, escenas de la Biblia y todo con arreglo á los hieratismos más ortodoxos: como si pintar ó describir un movimiento pasional, una escena de la vida social con arreglo á la verdad plástica y especialmente á la psíquica, tal y como hoy aparece esa verdad, que podrá no ser la definitiva, y esto lo doy por seguro, viniese á destruir nada ni á moralizar ni á desmoralizar nada tampoco. Todavía están esos señores revolucionarios y demócratas en lo de que el arte ha de enseñar deleitando. Tomando el rábano latino de *utile et dulce* por las hojas, todavía creen que el literato, como el pintor y el escultor, están obligados á enseñar como si fuesen maestros de escuela. Y sobre todo esto, creen cosa vitanda lo de no admitir el arte para sus manifestaciones, para cumplir su misión de recrear nuestros sentidos, como de espaciar nuestra alma, como de producir sensaciones psíquicas de cualquier orden que éstas sean; enseñanzas de la moral, de la virtud, de las doctrinas religiosas, de las históricas, como únicas y elevadas ideas. Y esas gentes se asustan porque el arte, desconociendo todo casuismo político, religioso, científico, filosófico, atiende tan sólo á producir la belleza, hállese donde ésta se halle; que así es bello el amanecer de un día de primavera como el caer de una tarde tempestuosa de invierno; y si hermosa está María Magdalena cuando enjuga con sus cabellos de oro los pies de Cristo, no por eso estaba menos hermosa la faz de la pecadora besando á cualquiera de sus amantes. Sublime lo primero dentro de la moral, detestable lo segundo; pero el arte no puede ni debe distinguir de estas cosas: lo que menos le importa es el hecho en sí; lo que le importa es la belleza plástica, la belleza del sentimiento en cuanto expresa un estado del ánimo, sea ese sentimiento el que quiera.

R. BALSA DE LA VEGA



POBRES Y MENDIGOS

ILUSTRACIONES DE GRANER

I

Cuando arrecia el frío; cuando el rocío se convierte en escarcha en las horas grises de la madrugada y desciende continua, implacable, espesa la nieve y caen los pájaros de lo alto de las ramas sobre el suelo como ellos endurecido, como ellos helado; si dentro de una habitación alfombrada y donde chispea la leña en la chimenea ó en una de esas habitaciones más modestas, pero quizás más alegres, á las que presta calor el sagrado fuego del hogar doméstico, conjunto de afecto y mutuos sacrificios que es lo único que puede hacer amar la vida; si al abrigo del temporal ó de la ventisca que duplica el frío habéis pensado alguna vez en los miserables que sienten el doble hielo de la atmósfera y del estómago vacío y quizá el más horrendo de la desilusión absoluta, á punto fijo que esa máscara de la miseria se os aparece cubierta con los andrajos del mendigo callejero, del que en el quicio de una puerta ó en mitad del arroyo alarga la mano y con voz que parece mojada en lágrimas y en ayes os pide una limosna.

Nada más triste, al parecer, que la suerte de aquel



que en plena vía pública, sin que las sombras de la noche velen su rostro, que debiera enrojecer de vergüenza al pensar que para nada sirve el alma que cubre con su carátula, os tiende la mano para que en ella pongáis una moneda de bronce, la moneda que de cualquier modo se gasta ó se tira, la que no empece al ahorro de las piezas blancas, la que muchas veces se da por quitar peso al bolsillo repleto; nada más horrible que esos harapos que mal encubren la carne, que esos zapatos rotos por cuya punta asoman dedos cárdenos, que esos visajes que parecen arrancados de una estrofa del Dante hecha plástica por cincel sobrehumano: el del dolor.

Eso creéis y os equivocáis.

No es esa, no, la miseria que punza y martiriza y mata; no es ese el dolor que consume y acaba; no son pobres los mendigos ni son mendigos la mayor parte de los pobres; no hay que buscar en el arroyo el hambre: las piltrafas que en él se arrojan mantienen al perro vagabundo, el bronce que allí se da convertido en moneda acalla todas las miserias y hasta hace estallar el regüeldo de la hartura por la boca del miserable que hace oficio vil de lo que en un momento pudo ser necesidad imperiosa. No. No hay que compadecer á los que mendigan, sino á los que ayunan; no á los que piden, sino á los que lloran; no á los que gimen á la vista de las gentes, sino á los que allá, en un rincón, entre las sombras sondean el vacío desolado que dejaron vocaciones erradas, fuerzas perdidas, afectos traicionados y que en la batalla de la vida combatieron hasta que el cansancio rindió su vigor ó las heridas paralizaron su brazo ó la sangre vertida dejó su corazón exangüe!

No vaya á creerse que este estudio va enderezado contra los mendigos; harto trabajo y harta vergüenza implica mantenerse de la ajena misericordia. Traté un día de conocer la vida íntima de los mendigos; en el taller del pintor meritísimo cuyos son los dibujos que avaloran estas líneas, pude conocer algunos; pregunté y contestaron. Buenos ó malos, dignos de reprobación ó de lástima, con sus vicios y sus virtudes aparecieron ante mis ojos tal y como voy á presentároslos. Ni recargo las tintas, ni atenúo la crudeza de las líneas. Así son.

Hele ahí con su barba gris y descuidada, su rostro enflaquecido, su traje desceñido y derrotado, sin botones casi y cubierto de polvo y grasa. Hele ahí en el quicio de esa puerta, con la mirada vaga, de pie, sin pedir limosna ni alargar la mano, pero reflejando tan bien internas angustias, resignación tan grande, miseria tan profunda, que no hay quien, si en él se fija y no tiene vacío el bolsillo no le alargue una moneda al tiempo de lanzarle una mirada compasiva. En cuanto obscurece se sitúa en el portal y no marcha de allí hasta que el portero cierra las grandes hojas de roble y extingue la luz en esas horas de la noche en que los transeuntes son ya escasos, y atrevidos ó empujados por el frío los pocos que cruzan la calle, no se entretienen en mirar al centinela de la miseria ó les falta valor para sacar la mano del bolsillo si acaso le miran. Aquella guardia productiva dura de de tres á seis horas, según las estaciones; nunca más tiempo. Luego que termina se verifica una transformación notable en el mendigo. Las piernas se afirman, el tronco se yergue, salen las manos de los bolsillos del pantalón y calan sobre los ojos cansados unos espejuelos; se anima el rostro y entra en la portería á recoger una capa que le regaló el dueño de la casa en cuyo portal recibe limosna; se emboza en ella después de arreglar el apabullado sombrero, y pensando mentalmente en lo que ha recogido, marcha hacia su casa. ¿Sabéis lo que, por término medio, le produce la jornada? De cuatro á seis pesetas, según propia confesión; doble que el jornal de un bracero ¿Imagináis que tendrá que engañar el hambre con un duro mendrugo de pan y una copa de aguardiente, esa estufa mortal de los pobres? No. Va á su casa, donde le espera su mujer, vieja como él, como él nacida en otra provincia, que le ha preparado ya una buena cena. Después de ella toma su taza de café, tarde y noche, y se acuesta en cama limpia y mullida en un cuarto segundo provisto de buenos trastos y donde los parásitos de la miseria no han pululado jamás.

Por las mañanas ocupa de un modo productivo su tiempo sirviendo de modelo á varios pintores. Tiene el buen hombre una cabeza entre venerable y socarrona, luenga barba, y se caracteriza tan bien de pobre abatido por el infortunio y los años, que aun en la tela produce el mismo efecto que en la calle y honra su semoviente piltrafa al pintor que ha tenido inteligencia para escogerle entre ciento.

Un día nos contó su historia. Allá en sus mocedades fué monago de una catedral andaluza y luego estudió en el seminario. Pero no había nacido sin duda para practicar la caridad por activa, sino por pasiva; colgó los hábitos; se casó. De su antiguo oficio quedábanle memorias del latín y voz de tiple, y durante muchos años cantó en el coro de la catedral, donde arreglara altares y ayudara misa Crecían los años y la voz menguaba. Sus hijos no quisieron mantenerle; él no se sintió con vocación para ningún trabajo y vínose á Barcelona, donde ejerció de portero.



El oficio daba poco de sí y se convirtió en mendigo. Ese es mejor por lo visto. El verano pasado con sus ahorrillos hizo un viaje á su tierra, viaje de recreo que duró tres meses. Al terminar su historia preguntéle si se acordaba todavía de *introitos* y *Salve regina*, y el hombre tosió un par de veces, sacó el pecho y con afinación y sin mucho esfuerzo, arrastrando la voz, entonó un *Dies iræ* magistral. Su rostro se transfiguraba; el color, moreno caído, se trocó en rosáceo y casi rubicundo, brillaron los ojos, tomaron expresión boca y entrecejo, las manos accionaron. La imagen de una juventud para siempre perdida pasó sin duda por su imaginación y la interna vida se reflejó en el semblante. Con la última nota se extinguió la última chispa de los ojos y el mendigo cobró su sueldo, saludónos y se marchó, plácido y tranquilo, con la conciencia del deber cumplido. Un rasgo final. Preguntándole cómo abandonó en verano su cuerpo de guardia, puesto que en la vía en que lo tiene pasa más gente en verano que en invierno, me contestó con acento de intraducible desprecio:

– *¡En verano zólo pazan lo pobre!*

Hay otra especialidad en la familia de los mendigos. Los que se dedican con preferencia á los mercados. Dicen ahora que el negocio va mal, muy mal; que los parroquianos escasean, y me afirmaba uno de esa casta que uno de sus favorecedores habituales le había despedido diciendo que pronto tendría él mismo que pedir limosna. Ese mendigo es un antiguo carretero que se dedica al oficio porque tiene una catarata en el ojo derecho y espera que se le forme en el izquierdo para que se las operen ambas á la vez. Sabiendo que al antiguo tiple le iba tan bien haciendo centinela en un portal, preguntéle por qué no le imitaba y me contestó casi indignado que aquello era vergonzoso. El se sabrá por qué.

Por ambos mendigos supe la historia y milagros de otros adláteres; que milagros son los que hacen fingiendo enfermedades que no padecen, lisiaduras que no tienen, miseria que no sienten, podredumbre que

no les roe. Había no ha muchos años en Barcelona un hombre que tenía una pierna horriblemente hinchada; parecía que la gangrena iba á acabar con la parte dañada y con el cuerpo. Era pura filfa. Uno de esos mendigos me explicó que un médico, con achaque de mirarla, la palpó, apretándola fuertemente. La pierna estalló y saltó en dos trozos. Era de cera pintada.

Esas viudas de encargo, negras lastimosas siluetas que de pie horas y horas junto á un lienzo de pared mal alumbrada por la luz de los faroles, cubiertas por espeso velo, esperan sin solicitarlo el pan de la caridad, no son más pobres que los demás mendigos.

Yo he conocido á una muchacha, camarerilla lista y no fea, á quien su madre hizo casar con un mendigo ciego. Resistíase la moza alegando que la quería un oficial carpintero que ganaba buen jornal; la autora de sus días la convenció diciéndole que el sano se podría estropear y que el ciego sabía ya tocar la guitarra y nunca le faltarían *seis ó siete* pesetas diarias. ¿Se ha cumplido la profecía materna? Sólo puedo decir que la maritornes se casó con el ciego y que ahora, por las calles, en tanto que él rasquea fementidas malagueñas alarga ella el clásico plato de plomo en demanda del óbolo del transeunte. El matrimonio usa unos colores que dan gloria y tres ó cuatro arrapiezos que acompañan á los cónyuges demuestran que el fruto de bendición no les ha sido negado.

En la mendicidad hay clases y hay plazas como en todos los oficios. Una de ellas es sin duda la de los pobres que tienen permiso de los curas párrocos para mendigar á las puertas de la iglesia en tanto que durante cuarenta horas está expuesto el pan ázimo, el Sacramento, en el altar mayor de las distintas parroquias. Los mendigos que obtienen ese permiso son contados. No todos pueden cobijarse junto al atrio de la iglesia. Entre todos serán pocos los elegidos. Pero los que lo son pueden contar con una prebenda magnífica. Los diez ó doce que están en hilera, al marchar á sus casas cuentan con un jornal de ocho ó diez pesetas – la cifra me ha sido por ellos confesada – y la miseria desolada y negra jamás ha sido por ellos conocida. No hay oficio que tanto produzca. Obreros tipógrafos que se encargan del mecánico trabajo de difundir las verdades á las ciencias arrancadas ó reveladas por la inspiración; maquinistas que sobre férreas inflexibles cintas hacen volar la locomotora – dueños temporales de mil vidas; - grabadores pacientes que fijan por modo durable las borrables líneas, ninguno consigue lo que los mendigos que á la compasión ajena demandan el propio bienestar.

Hasta aquí los mendigos; á los pobres su turno.

Vedle con su cara que parece arrancada de la tela de *Los borrachos* de Velázquez, con su traje andrajoso, con su sonrisa alegre y franca y su aspecto miserable. Está sentado en el suelo, algo apartado de la estera que rodea el caballete como temiendo mancharla, desabrochada la camisa que muestra el pecho rugoso de color de ladrillo – tonos rojos, violáceos y amarillentos que sólo un pintor de talento es capaz de reproducir, – alta la cabeza, mirándonos á nosotros que estamos sentados en sillas y le hacemos charlar. Sus ojos chispean de malicia, sus manos se mueven rápidamente siguiendo el vuelo de su pensamiento ó el compás de su palabra; no niega ninguno de sus vicios ni esconde la aversión que la mendicidad le produce.

Ese hombre que se sabe de memoria cuantas artimañas y embelecos usan los mendigos para mover á compasión, jamás ha usado ninguno de ellos. Durante mucho tiempo trabajó la tierra como labrador, y cuando las fuerzas le faltaron se vino aquí á la gran urbe, creyendo que donde se mantienen los perros callejeros no le faltaría el pan. No se equivocó; pero cuán duro y cuán amargo lo ha comido. Sabía él ó supo cuando á Barcelona llegó que los papelotes que se tiran á la calle y los que lastimosamente penden de las esquinas eran patrimonio de los que primero los recogen ó los arrancan. Para ejercer tal industria no necesitaba permiso ni capitales, y á ella dedicó su actividad. Cuando el saco estaba lleno lo vaciaba en la tienda de un marchante y éste le daba catorce cuartos por arroba, ¡y las arrobas eran de treinta y ocho libras por lo menos! El honrado industrial que compraba sus papeluchos tenía siempre desequilibradas las balanzas.

Comía con ello como podía; poco y mal. La cuestión de la cama era más ardua. Pero averiguó que en la falda de Monjuich había unos providenciales hornos de obra, y allá se iba nuestro hombre á tender su rojiza persona sobre el duro suelo. El saco de los papeles le servía á veces de cobertor, de colchón ó de funda. Ahora que es un potentado ó poco menos – ¡ha reunido tres duros! – explica con satisfacción indecible que cuando dormía en aquellos cobertizos muchas veces se había despertado al choque de un cuerpo blando y pesado y que se movía rápidamente. Era un ratón que le caía encima. Otras veces le despertaba la policía que giraba una visita á la guarida; porque él no se acostaba solo allí: siempre tenía compañeros, ¡y qué compañeros!

Esa, esa es la miseria; la que no se palpa ni se exhibe, sino que se esconde.

Hace unos días estuve recorriendo los suburbios de Barcelona en demanda de esos albergues fementidos donde por diez céntimos se duerme bajo techado. Así como visita los palacios aquel que jamás los ha pisado y de su arquitectura y comodidades se admira, así visité esas leoneras de la miseria, tan instructivas por lo menos como aquéllos. Sólo una voy á describir.

Está en Hostafranchs, junto á la plaza de los Mistos, plaza que por sí sola es ya un poema. Fórmanla un patio de unos diez metros de lado, en uno de cuyos rincones se ve un cobertizo. Al final de éste se advierte una puerta y en el fondo algo así como una cueva. Se bajan seis escalones y se penetra en el albergue. El piso es de tierra sin afirmar. Un vaho de humedad y de miasmas no clarificados, exhalación de toda pobreza, vaharada de la miseria, quinta esencia de la podredumbre, corta la respiración al penetrar en aquel antro y encoge los pulmones más robustos. Adentro. Una mujer gallega, de la cual es imposible fijar la edad, anfibio cronológico, nos recibe. Imagina que somos dependientes del juzgado y nos avisa caritativamente de que el antro está vacío. No importa. Le explicamos, sin que lo entienda, que queremos visitar el local; se ríe estúpidamente y nos lo enseña. Hay cuatro compartimientos desiguales. Ninguna abertura y por ende ninguna ventilación. No existe una sola puerta. Los sexos no se separan. La promiscuidad reina allí como dueña absoluta. En el suelo de una de las divisiones están tirados unos sacos grasientos llenos de paja. Son almohada, colchón, manta, lo que se quiera. En las demás divisiones ni esto; el suelo pelado. El inquilino ha de proveer á su lecho. En el compartimiento mayor, el de la derecha, caben dos personas tendidas; ¡por las noches se amontonan doce!

– ¿No tiene usted miedo – preguntamos á la gallega – de albergar gente desconocida?

– Mi madre se ganaba así la vida y cuando *me fallece* (falleció) yo he continuado ganándola así.

– ¿Y nunca le ha sucedido nada desagradable; nunca han tratado de causarle daño?

– Sólo una vez. Reclamaba yo dos pesetas á un hombre que había dormido muchas noches aquí sin pagarme, cuando de repente me miró así – y ponía unos ojos horrorosos, – tiró esta luz de un puñetazo y me dió una puñalada dejándome por muerta.

Esto lo contaba la patrona con plácida sonrisa, como si se tratara de una broma más ó menos pesada.

Salimos. El tranvía de Sans nos condujo á Barcelona, y al saltar en la Rambla de las Flores cuajada de ellas, aromosa con sus perfumes, llena de luz y de mujeres y hombres lujosamente vestidos, aún respirábamos el acre vaho de la cueva horrenda, todavía teníamos la pupila contraída por las negruras insanas.

G. y R.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO EUROPEA DE MADRID (1)

AUSTRIA

Rendido á Portugal el tributo de preferencia que por tantos conceptos le debíamos, cúmplenos continuar esta rápida reseña con la enumeración de los principales objetos expuestos en las demás secciones extranjeras de la Exposición que nos ocupa.

Procediendo por orden de salas, ya que el sistema de instalaciones adoptado hace casi imposible el estudio de esta Exposición por orden de materias, hallamos en primer término la sección austriaca.

No abunda en objetos artísticos ni ofrece á la vista el llamativo aspecto de otras salas presentadas con lujo de brillantes adornos, pero encierra interesantes colecciones que los inteligentes han sabido apreciar.

Allí están, rodeando los muros cuya parte superior revisten ricos tapices de la real casa, los retratos de Cristóbal Colón y Fernando González de Córdova, del emperador Carlos V y los Felipes, de Maximiliano I y Fr. Domingo de Jesús María, de Antonio de Leyva y el conde duque de Olivares, lienzos de muy diverso valor, enviados por la Administración de los castillos imperial y real de Insbruck y Ambras. Allí están las preciosas pinturas de la colección Albertina, firmadas por los artistas españoles Alonso Sánchez Coello, Gaspar Becerra, Francisco Luis Carvajal, Francisco Ribalta, Cristóbal Zariñena, Pablo de las Roelas, Liaño, Canes, Orrente, Pachecho, Ribera (el Españoleto), Velázquez, Zurbarán, Alonso Cano, Pereda, Bella, Murillo, Pedro Núñez, Herrera (el Mozo), Torres, Benavides, Arco, Zuara, y destacándose sobre todas estas obras pictóricas el Arco de triunfo del emperador Maximiliano I, colosal grabado en madera sobre dibujos de Alberto Durero, colección expuesta por S. A. Imperial el Archiduque Alberto.

La Academia de Ciencias de Cracovia y el Museo de Historia natural de Viena han llenado tres ó cuatro *vitrinas* con numerosos ejemplares de antigüedades americanas; unas referentes á las razas precolombinas, como cráneos y momias, utensilios de barro, madera, piedra y metales; otras relacionadas con los indígenas de la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Llaman particularmente la atención unas curiosas muestras de tejidos con colores propios de las materias de que se hicieron, ó teñidos con más ó menos brillantez; los vasos de variadas formas en que se reproducen unas veces líneas de carácter geométrico, y otras las más sencillas de la naturaleza animada, sin excluir la del hombre; las armas y otros objetos de piedra, así como los adornos del tocado de aquellos indígenas y algunos ídolos de substancia y forma diversas.

Entre las antigüedades mejicanas más curiosas figuran un álbum de pinturas en hojas de fibras de pita, varias miniaturas al óleo y una serie de escenas cómicas pintadas en pergamino que revelan grandes facultades imaginativas junto á escasos talentos de ejecución en sus autores.

El cardenal de Fürstemberg ha enviado algunas medallas con las históricas efigies de Alejandro VI, Julio II, cardenales Granvella, Portocarrero, de Tournon y Alberto de Austria; una Biblia latina y libro de meditaciones, del siglo xv; varios códices de pergaminos iluminados con bellas miniaturas, y dos Alcoranes manuscritos, uno de los cuales está miniado de la manera más delicada y primorosa que imaginarse pueda.

M. Guillermo Stellzig, conservador del museo de Shonfeld (Bohemia), ha enviado un curiosísimo reloj de sierra, que marcha automáticamente durante veinticuatro horas, descendiendo por su propio peso una hoja de hierro dentada; un Eucologio con calendario y pasional, de Martín Lutero, impreso por Hams Lufft en Wittemberg el año 1561, y la «Primera parte de todos los libros y de todas las escrituras del hombre de Dios, el difunto Dr. Martín Lutero, desde sus 17 á sus 22 años, impresa por la cuarta vez en Jena por los herederos del difunto Tomás Rebart, año 1575.» Este libro es muy raro y se halla en perfecto estado de conservación. La viñeta del frontispicio interesa á la historia del célebre reformador protestante. El Salvador, crucificado, se encuentra en medio del grabado. En el lado izquierdo se ve el elector Federico el Sabio, de rodillas, con los brazos extendidos y los ojos elevados hacia Jesucristo. A la derecha de la cruz se encuentra Lutero, también arrodillado, orando, las manos juntas y la cara también vuelta hacia la cruz. Contiene impresas, entre otras cosas, sus 95 tesis y su discurso apologético pronunciado en el Parlamento de Worms en presencia del emperador Carlos V.

La biblioteca de la Universidad de Viena ha expuesto una importante colección de libros de geografía y la famosa crónica de Nuremberg, entre otras obras ornadas de primorosos grabados y varios atlas multicolores en extremo curiosos.

Entre las muchas preciosidades expuestas por la biblioteca de la corte imperial y real de Viena, hallamos el Horario de Leonor de Lusitania, consorte del emperador Federico III, con delicadas miniaturas (siglo xv); la Descripción, hecha por Joao Texeira, de los puertos marítimos del reino de Portugal, con planos en colores; la Relación de la conquista y descubrimientos que hizo el marqués D. Juan Pizarro en demanda de las provincias y reinos que ahora llamamos Nueva Castilla, y el facsímile fotográfico, en grande escala, de la célebre *Tabula Peutingeriana,* fuente clarísima y abundante de noticias geográficas del orbe romano.

El monasterio de Seitenstetten ha expuesto una colección de Biblias y libros de oraciones primorosamente miniados, y un incensario del siglo xv, con adornos artísticos de primer orden; los archivos de la guerra han enviado algunos mapas, planos y vistas, cartas de diferentes personajes históricos y testamentos de generales y coroneles españoles que en el siglo pasado prestaron servicio en el ejército imperial, y por último, Adolfo Krulis, primer teniente del Instituto geográfico militar, figura como expositor de una

(1) Véase el núm 581.



PROYECTO DE MONUMENTO Á LEGAZPI Y URDANETA, EN MANILA, ENVIADO AL CONCURSO POR LOS SRES. CAMPENY (ESCULTOR) É IRANZO (ARQUITECTO)

colección de vistas de ciudades de España, copiadas de la obra topográfica original de Texeira, conservada en la biblioteca de la corte; nueve hojas infolio, en oro y colores, dedicadas á la reina María Cristina.

Tales son, en resumen, los objetos más curiosos y notables de la sección austriaca, cuyas instalaciones tienen por fondo decorativo tres soberbios tapices flamencos, uno del siglo XV, tejido de oro, plata, seda y lana, figurando el nacimiento del Salvador, y dos del siglo XVI, en seda y lana, que representan en forma admirable el Triunfo del Tiempo y de la Muerte.

FRANCIA

Es muy rica y notable la colección de objetos enviados á esta Exposición, bajo los auspicios del comité de Reims, por el Ayuntamiento, la señora viuda de Chamery y los señores Barón de Chandon, de Briailles, Petitjean, Ernesto Irroy, Norizet, Enrique Bailly, Alfonso Gosset, Pablo Simón, Ernesto Brunette, Ed. Hervé y Emilio Dufay, de dicha ciudad; objetos expuestos en la sala IV, bajo la inteligente dirección del abate Trihidez, secretario y delegado de aquel comité en Madrid.

El ayuntamiento de Reims ha remitido un bello ejemplar del *Aquatilium animalium historiæ*, impreso en Roma en 1554, con rica encuadernación que lleva

las armas de su primitivo dueño el cardenal duque de Lorena, arzobispo de Reims. El comité de la misma ciudad expone un Libro de horas que perteneció á Enrique III, un ejemplar de *Motifs de la conversion de M.**** (París, 1682), con las armas del gran Colbert en las tapas; y otro de *Costumes de la Cité de Reims*, por J. B. Buridan (1665), encuadernado en tafilete, con escudo; todos muy bien conservados y en extremo curiosos. Al lado de estos libros figuran un retrato de J. C. Colbert, por Roberto Nantell, célebre grabador de Luis XIV, y otro de Madama Maintenon, perteneciente á la mencionada viuda de Chamery.

En diferentes vitrinas vemos hermosos cofrecitos, algunos con pinturas góticas; iluminaciones, estatuitas, grupos esculpidos, diversos objetos de metal, lámparas, vasos, curiosidades artísticas y cuadros góticos; numerosos é interesantes objetos de plata cincelada de los siglos XVI al XVIII; cruces y miniaturas; telas y bordados; bajos relieves, marfiles, lozas artísticas, cristalería de Bohemia, Vírgenes góticas, en madera y marfil, pinturas de la Edad media; objetos de estaño artísticos; abanicos del siglo XVII; cálices, cajas esmaltadas y relicarios; un hermoso busto en bronce, de arte florentino, que representa á un prelado con mitra; tapicería del Renacimiento; pergaminos y manuscritos dignos de estudio por sus condiciones paleográficas ó por su valor histórico; alhajas de gran valor, y otros muchos objetos preciosos que sería muy prolijo enumerar.

En torno de las masas centrales de la sala de Túnez, que contienen varios códices árabes de que luego hablaremos, se hallan instaladas las vitrinas de Clermont, Perpignán, Tolón, Tolosa, Bayona, París y Caen, las cuales encierran objetos artísticos en gran número de épocas y géneros diversos.

Su instalación ha sido dirigida por los señores barón de Barghon y Bouchet, comisionados de Clermont-Ferrand, y el marqués de Croizier, delegado de las demás ciudades de Francia, representadas en esta sección.

Cubren los muros de la sala francesa una colección de seis tapices flamencos de la real casa, en oro, plata, seda y lana, del siglo XVI, que representan la Avaricia, la Lujuria, la Ira, la Gula, la Envidia y la Pereza, y otros dos tapices de la misma clase, fabricación y época, pero pertenecientes á colección distinta, que figuran la Soberbia y la Pereza.

TÚNEZ

La excelente y numerosa colección de cuadros fotográficos que se ven en las paredes de la sala III constituyen una verdadera historia del arte químico-romano en las regiones de Túnez, desde los primeros elementos arquitectónicos y manifestaciones escultóricas que se han descubierto en las ruinas de la gran Cartago, metrópoli y civilizadora de nuestra península.

No obstante la remota antigüedad de algunos de estos objetos, se puede seguir por medio de la exposición las variaciones nunca bruscas del arte hasta los monumentos que hoy constituyen templos, palacios, casas, fortificaciones y demás obras arquitectónicas del pueblo tunecino.

Para mayor comprensión del público, los diferentes cuadros que contienen numerosas y bien hechas fotografías tienen la indicación de lo que éstas representan en general, y además están agrupadas metódicamente.

De este modo, en un cuadro se ven las fotografías de los arcos triunfales, vestigios más ó menos íntegros de la dominación romana. En otro las de los restos, que todavía subsisten, de magníficos mausoleos de la misma época. En cuatro de estas agrupaciones se reproducen gran número de mosaicos paganos y cristianos, y maravillosas estatuitas de barro, recuerdo perenne del arte que nos legó las figuritas de Tanagra y Agrigento.

Es notable la inscripción romana que en uno de los cuadros enumera los nombres de varias ciudades españolas é italianas, designándose la de Cáceres (Norba), Evora (Ebura), Lisboa (Olisipo) y Mérida (Emerita), lo cual no es de extrañar porque las relaciones de Lusitania con Cartago resultan en la primitiva historia de la cristiandad española con la célebre carta de San Cipriano y de su Concilio cartaginense á los fieles de los obispados de Mérida y de Astorga á mediados del siglo III. Estas relaciones permanecieron vivas durante la época visigoda, como se ve en la historia de los Padres emeritenses trazada por Pablo el Diácono.

No faltan restos del arte vandálico y del bizantino, precursor del musulmán, que está representado por numerosas fotografías, y dejó su marca característica en rústicas moradas esparcidas par los oasis del desierto, lo mismo que en vistosas portadas, en torres de suprema elegancia y en magníficas mezquitas.

La época púnica tiene muy selecta representación. Los raros vestigios de la influencia fenicia en las tierras tunecinas pueden ser examinados con relativa comodidad y sin duda alguna en estas fotografías.

Por indicaciones de la Real Academia de la Historia han venido al certamen, y están en las vitrinas centrales de la sala tunecina, importantes códices, procedentes de la biblioteca de la mezquita mayor de Túnez, gracias á la benignidad del gobierno de la regencia y á la intervención del delegado Mr. Sardoux.

Uno de estos manuscritos árabes lleva el título de «La institución completa acerca del conocimiento de los compañeros (de Mahoma),» por Abu-Omar-Yusuf-Ben-Abdalá, conocido por Aben-Abdelbar el Nameri, natural de Córdoba, muerto en 463 de la hégira (1070). Comprende las biografías de los secuaces de Mahoma.

Otros dos volúmenes, incompletos, relativos á la historia de Oriente, figuran en esta curiosa sección. Se atribuyen á Alabdarí. También es histórico el tratado atribuído á Abu-Hicha que se expone. Es un resumen de la vida del pueblo árabe desde Mahoma hasta fines del siglo XII.

Señalaremos, por último, las preciosas lámparas remitidas por el Museo Imperial de Constantinopla, aunque sean independientes de la sección que reseñamos. Unas son de vidrio de Venecia ó de Turquía, y otras de loza del siglo XVI, con interesantes inscripciones turcas y con ornamentación azul sobre fondo blanco.

Los seis magníficos tapices que decoran los muros y que presenta la real casa recuerdan, según los entendía el siglo XVI que los produjo, las batallas y triunfos de Escipión.

Juan B. Enseñat

LOS NIÑOS MÚSICOS

I

No era en rigor de verdad el padre de los niños de mi cuento uno de esos vagabundos que van de pueblo en pueblo y de provincia en provincia luciendo habilidades discutibles, con las que suelen poner á contribución ó la ignorancia de sus rústicos espectadores ó la regocijada curiosidad de determinados elementos populares; no era el comediante ni el acróbata de reducido equipaje y deslucidas galas, que hace reir con los chistes que arranca de su miseria ó se hace admirar en los peligros que le inspira su desesperada situación; no era un saltimbanqui al estilo de todos los demás, sino un hombre de cierta cultura social, que sin haber sido nunca rico había venido á menos, como vulgarmente se dice, en su lucha por la existencia, agotando todos los recursos que le deparaba la fortuna y aceptando con resignación toda clase de situaciones, siempre que pudiera honradamente dar de comer á sus hijos, á los tres únicos restos de su corazón, de su fe y de su esperanza.

Eran tres verdaderas joyas humanas, que como todas las prendas de inestimable valor se encerraban en cuerpos diminutos. Jacinta, Pedro y Angeles; tales eran los nombres de las tres preciosas criaturas.

Huérfanas de madre desde hacía cinco años, que era la edad de la más pequeña, habían rodado por el mundo, según la común expresión, por seguir la inclinación artística de la mayor, que apenas contaba once veranos; rubia como esta estación en la que había nacido, y como ella llena de flores y misteriosas alegrías. Su hermanito sólo tenía ocho años, y era una monada de precocidad y travesura.

Este y la hermana menor poseían multitud de habilidades y ayudaban con sus trabajos á Jacinta, que era la verdadera reina de aquella *troupe* encantadora, y que además constituía un portento de intuición y cultura artística superiores á todo cuanto pudiera suponerse en una imaginación infantil.

Tocaba el piano, leía música y recitaba casi magistralmente poesías clásicas y modernas; pero su expansión favorita era el violín. En aquel instrumento delicioso encontraba los sonidos más apropiados á las delicadezas de su alma.

Siempre que se presentaba en público con aquella arca santa guardadora de sus más tiernos sentimientos, recordaba la estatua de Reynés. ¡Qué desprecio tan grande hacia todo lo que estaba en torno suyo! ¡Y qué manera de erguir la cabeza, entornar los ojos y sacudir graciosamente los dorados rizos de su finísima cabellera!..

Allí estaban también sus hermanitos compartiendo su triunfo y acompañándola; Pedro en el piano y Angeles en un enorme *violoncelo*, donde apenas podía puntualizar graciosamente los compases.

Pero Jacinta todo lo redimía.

Hundía la caja del violín en su precioso cuello de ángel, oprimiéndola con su sonrosada barbilla; empuñaba el arco, y deslizándole sobre las quejumbrosas cuerdas arrancaba de aquel envejecido instrumento un torrente de armonías. Crecía el furor de la inspiración, excitábanse los delicados nervios de la niña, y á medida que avanzaba la ejecución agigantábanse las proporciones de la pequeña violinista.

Entonces perdía la posesión de sí misma; sus movimientos parecían producidos por la demencia; surgía el desaliño en su tocado, y las encendidas mejillas de aquel diminuto geniecillo envolvíanse en una nube de cabellos de oro, agitados por el mismo aire que llenaba el espacio de dulcísimas vibraciones. Aquel aire era el fiel y afortunado mensajero de las inspiradas notas de la artista.

Cuando terminaba, una salva de aplausos apenas le dejaba levantar la cabeza. El violín casi siempre quedaba cubierto de lágrimas, las cuales daban testimonio de esa dulce recreación que sólo disfrutan los que poseen un alma llena de elevados sentimientos, como la que poseía aquel verdadero portento de belleza.

¡Quién le había de decir que aquellas lágrimas habían de ocasionarle la más profunda de todas las desgracias que le estaban reservadas!..

Pero antes de pasar adelante, conviene explicar algunos antecedentes necesarios á la fidelidad y lógica sucesión de los hechos que desarrollaron el asunto de este verídico cuentecillo.

II

Los padres de esta deliciosa compañía, Ambrosio y Carmen, se habían conocido en una de esas reuniones familiares que tanto y tan injustamente se han ridiculizado con el nombre de cursis, en las cuales él era un elemento indispensable, pues picaba en todas las artes, como él mismo decía, pasando indistintamente del piano á la guitarra, de la guitarra al monólogo y del monólogo á la romanza; pasatiempos saturados todos en un medio ambiente de delicados sentimientos, que de algún modo apartan el alma de la triste realidad que la rodea.

Los dos eran pobres, y por lo tanto realizaron un matrimonio de los llamados por amor, circunstancia que evidenciaba la bondad de ambos. Pero como con el amor á secas, según se dice muy acertadamente, no se come, desde el siguiente día al de su enlace comenzó para ellos un verdadero calvario de necesidades y desdichas. Carmen daba lecciones de canto y de piano, y Ambrosio, amén de sus trabajos burocráticos en una sección del ayuntamiento, se hizo profesor de muchas cosas, en todas las cuales le soplaba la suerte como Dios quería.

En medio de aquellas tribulaciones nacieron sus tres hijos. Jacinta fué la única que alcanzó las lecciones artísticas y morales de su madre, pues ésta falleció al dar á luz á la preciosa Angeles.

Por eso la niña mayor instintivamente se creía la verdadera cabeza de familia, y en tal sentido obraba siempre aconsejando y guiando con amorosa solicitud á sus queridos hermanitos.

Su padre se anulaba voluntariamente en presencia de tan misteriosa precocidad, y más aún si tenía en cuenta que á Jacinta debía el relativo y accidentado bienestar de su adorada prole.

Ello fué que después de la muerte de Carmen, en cuya enfermedad se agotaron todos los escasos recursos de su familia, se hizo necesario apelar á un beneficio teatral que iniciaron los amigos de la casa con objeto de que Ambrosio pudiera desenvolverse en su penosísima situación. La prensa se ocupó del asunto, y no faltó revistero ó crítico que inconscientemente profetizara los triunfos sucesivos de Jacinta. Honra y provecho fué el resultado de aquel suceso, lo cual estimuló al padre y á la hija.

Pocos meses después, y á impulsos de nuevas necesidades, aquella familia iniciaba sus trabajos como empresa artística en un pueblo inmediato al de su residencia. Desde entonces rodaron, como antes dije, por el mundo; y de esa triste lucha por la vida, aplaudidos aquí, rechazados allí y sufriendo horribles contrariedades en todas partes, crecieron algo más aquellos pequeñuelos, quienes antes de despertar á la vida consciente de la humanidad, sentían á su manera las creaciones artísticas, hallándose cada uno con un instrumento entre las manos en donde debían darles la forma que únicamente por instinto realizaban.

III

Hay un pueblo en cierta provincia, cuyo nombre no hace al caso, donde han alcanzado gran desarro-

llo las asociaciones filantrópicas; observándose allí la circunstancia de que las gentes serias toman con el mismo calor y entusiasmo los fines de la Sociedad protectora de animales, que las tendencias y efectos de la de Protección de la infancia ó la niñez.

A este pueblo tuvieron la desdicha de llegar Ambrosio y sus hijos, atraídos por la fama que gozaban sus habitantes de ser espléndidos y bondadosos. Lo habían fiado todo al éxito que allí se prometían, pues repetidas contrariedades y sucesivos fracasos les habían dejado á las puertas de la miseria, ocasionando al pobre Ambrosio una aguda enfermedad que resistía á pie firme con verdadero heroísmo.

En este punto se realizó el suceso de mi cuento.

Al simple anuncio de los trabajos que había de realizar la reducida compañía, se despertó entre todas las clases una vivísima curiosidad, pues los programas determinaban la edad de los artistas de paso que enumeraban las piezas más difíciles de su repertorio.

Acudieron, en efecto, á ver aquel portento. Jacinta estaba febril, excitadísima, y así como temerosa ante la idea de tan grande expectación; sin embargo, su triunfo fué completo.

Ejecutó el primer número del programa con tal maestría y tan prodigiosa inspiración, que antes de perderse en el espacio el último sonido de su mágico violín, un aplauso unánime, cerrado, de esos que no dejan duda alguna, hizo trepidar el recinto.

La artista, acompañada de sus hermanitos, se adelantó al proscenio inclinando la cabeza con reverencia. La saludaron frenéticamente...; pero el público notó que lloraba.

El violín, como siempre, había quedado cubierto de lágrimas.

La actitud entonces de aquellos filantrópicos espectadores varió por completo. Parecía que estaban bajo la impresión de un drama terrible...

Al otro día un periódico de aquella localidad decía lo siguiente:

«En nombre de la Sociedad protectora de la Infancia, á la cual, para honra nuestra pertenemos, nos vemos obligados á consignar la más solemne protesta en contra de esos padres desnaturalizados, de esos crueles saltimbanquis que ponen en horrible tortura á sus hijos antes de que hayan adquirido el natural desarrollo, persiguiendo la pecaminosa idea de un lucro vergonzante. Quizás entretanto que las tiernas criaturas consumen sus energías, los explotadores se entregan á las más viciadas concupiscencias.

»Elocuente testimonio de nuestras palabras son las lágrimas vertidas por la bellísima é inocente niña Jacinta en la función celebrada anoche; ellas constituyen la prueba evidente de su desgracia y tal vez de su martirio. Su padre, mientras, acaso andaría gozoso entre bastidores en presencia de la gran entrada que nuestro filantrópico público había dispensado á las lindas criaturas.»

Antes de que Ambrosio se enterase de tan inopinada acusación, le rescindieron el contrato del teatro, le volvieron la espalda todas las personas de quienes solicitó auxilio, y en veinticuatro horas quedaron para él cerradas todas las puertas de aquella indignada población. Cuando sus ojos recorrieron con verdadero espanto las líneas del suelto transcrito, cayó en cama agravado en su dolencia, para no levantarse nunca, dejando á sus hijos en la más tristísima orfandad.

El golpe estaba dado. La filantropía había obtenido un triunfo completo y los hijos del saltimbanqui quedaban en libertad para implorar la caridad pública. Y con efecto, hubieran tenido que apelar á ella si los rendimientos de aquella única función no hubieran alcanzado á cubrir los gastos del entierro de Ambrosio.

Así es que, con un miserable puñado de pesetas, la infeliz Jacinta partió llevándose á sus hermanitos



RETRATO DE CRISTÓBAL COLÓN, propiedad del duque de Talleyrand





RELIEVES DEL MONUMENTO ERIGIDO AL POETA ALEMÁN SCHEFFEL EN KARLSRUHE, obra de H. Volz



LA ORACIÓN, grupo escultórico de Maximiliano Baumbach



DESPUÉS DE LA PRIMERA COMUNIÓN, cuadro de Frithjof Smith

para Madrid en un coche de tercera clase, antes de dar tiempo á que se organizasen suscripciones en su obsequio, que es con lo único que se recompensa en este mundo las grandes miserias humanas.

Aquella prisa fué inconsciente, aunque algunos cavilosos quisieron adivinar en ella una nueva precocidad de la pobre niña.

Los tres se refugiaron en casa de una tía suya, y es fama que desde entonces Jacinta sólo toca el violín cuando siente ganas de llorar, recordando las amorosas caricias y delicadas solicitudes de sus inolvidables padres, á quienes antes de una razonable edad tuvo que sustituir sobre la tierra.

LUIS PARDO



Bellas Artes. – La importantísima obra *Zaragoza Artística, Monumental é Histórica* que han publicado en la capital aragonesa los Sres. D. A. y P. Gascón de Gotor y de la cual nos hemos ocupado con el elogio que merece en la sección bibliográfica, después de haber sido premiada con medalla de plata en la Exposición Histórico-Americana, recientemente celebrada en Madrid, ha sido enviada por cuenta del gobierno á la Exposición Universal de Chicago, donde no dudamos llamará poderosamente la atención y obtendrá, además del aplauso de los inteligentes, la recompensa de que tan notable obra es digna.

– La Sociedad de Pastelistas franceses ha celebrado en la Galería Petit, de París, su novena exposición que abunda en obras notables, sobresaliendo las marinas de Duez, los retratos y estudios de Thevenot, Adrien Moreau, Yon, Gervex, Elliot, Rosset-Granger, Blanche, La Touche, Forain, Tissot, Thaulow, Montenard, Lagarde, Nozal, Besnard, Roll, Doucet y Machard.

En la misma Galería Petit hay expuestas también algunas obras de la señorita Luisa Abema, verdadero temperamento artístico, que concibe con gran rapidez y pinta con gran facilidad y frescura de colorido, pero que adolece del defecto de no acabar del todo sus cuadros al óleo: en cambio sus acuarelas son preciosas, especialmente las flores.

– La exposición que actualmente celebran en el Royal Institute de Londres los acuarelistas es notabilísima bajo todos conceptos, así por el número como por la calidad de las obras expuestas: especial mención merecen los asuntos venecianos de miss Clara Montalba; *Las sirenas*, de A. Hopkins; *Nox Aestiva*, de E. Radford, y las obras de Cuthbert Rigby, E. R. Hugues, J. Gilbert, A. Hunt, Thorne Waite, Tom Lloyd, Goodwin, Herkomer, Melville, Johnson, Marshall y otros

– En la Galería Tooth, de Londres, se han expuesto 1.152 obras de Meissonier, comprendiéndose en este número cuadros al óleo, dibujos y estudios del gran artista francés: esta exhibición es una reproducción en mayor escala de la que recientemente se ha celebrado en París.

– En la Galería Francesa, de Londres, se han expuesto varios cuadros de artistas extranjeros, entre los cuales ocupa el puesto eminente, al decir de una importante revista inglesa, nuestro ilustre compatriota Pradilla.

– Una mano desconocida ha destruído el famoso cuadro de Tintoretto, *Retrato de un noble italiano*, que se guardaba en el palacio ducal de Venecia y estaba valuado en 200.000 pesetas.

– El barón Alberto Franchetti está componiendo otras dos óperas, *La fuente de Handschir* y *Andrés Chenier*, cuyos libretos son de Luis Illica.

Barcelona. – Empezó ya en el Ateneo la recepción de las obras que figurarán en la Manifestación Artística próxima á inaugurarse y que, á juzgar por lo que se dice, corresponderá á la importancia de nuestro primer centro de cultura.

– La junta técnica de los Museos artísticos municipales constituyóse hace pocos días y nombró la comisión ejecutiva que debe proponer el Reglamento y la mejor manera de realizar la segunda Exposición general de Bellas Artes que, bajo los auspicios y por iniciativa del ayuntamiento, se celebrará el próximo venidero mes de abril.

Salón Parés. – La falta de espacio nos impidió dar cuenta en nuestros últimos números de las obras expuestas en el local predilecto del público barcelonés, y por cierto que merecen honrosa mención las más de ellas.

La Virgen de la Laguna se titula un paisaje de grandes dimensiones que junto con varios estudios del Escorial y de Guadalajara revelan en su joven autor, Sr. Raurich, cualidades de observación y de fantasía muy apreciables.

Martí y Alsina presentó una tela con el título de *'L Bosch de 'n Mora*, pintada con el brío y la gallardía que él acostumbra. Mas y Fontdevila, una bonita escena llena de luz y frescura, un grupo de mujeres en el acto de recibir la bendición de las palmas y ramos de laurel que devotamente sostienen. Perich, un cuadrito de costumbres, discretamente ejecutado; y el escultor Arnau, una escultura de salón llena de vida y verdad, de ejecución fina y detallada, nueva muestra del talento que distingue á uno de nuestros buenos escultores.

Posteriormente, Graner y Meifrén han ocupado con varios cuadros el sitio preferente del salón; el primero con un buen retrato, una riña de lavanderas junto á un riachuelo, un soberbio estudio radiante de luz y de hechura jugosa y decidida, y un tipo de esos bonachones que tanto conoce el fecundo artista, tratando de encender su pipa con una cerilla del Monopolio, tema que constituye un vigoroso estudio de luz artificial. Preséntase Meifrén con cuatro notas, que prueban á cual más cada una de ellas los reales y positivos progresos que realiza. Son recuerdos del Sena los asuntos, bien concebidos, frescos, luminosos y ampliamente ejecutados.

Casachs expone una escena de flamenquería, *high life*, puede decirse: chulos y chulas en extensa pradera trotan apresuradamente, al caer de la tarde y de vuelta del espectáculo nacional, de seguro. Bien los tipos y el movimiento de los caballos

Salón de «La Vanguardia». Sucédense con regularidad en este local, beneficiando así á la cultura artística de nuestro público, las exposiciones de diferentes obras. Después de los tapices antiguos llamó la atención un regular número de cuadros de distintas escuelas del Renacimiento y en la actualidad llenan sus paredes una selección de grabados interesantísimos, pequeñas muestras de la numerosa y muy importante colección del aficionado Sr. Andreu, Director de *El Suplemento*, de esta ciudad.

Teatros. En el teatro Unter den Linden, de Berlín, se ha estrenado un baile en cuatro cuadros, de H. Regel, música de José Bayer, titulado *Columbia*, especie de viaje por América que termina en Chicago y durante el cual se presentan al espectador, en una *mise en scene* magnífica, las maravillas del Nuevo Mundo.

– En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha estrenado con gran aplauso una ópera cómica en dos actos, *Dos compositores ó una fiesta pastoril en Versailles*, letra de K. Winkelmann y música de A. Hagen.

– En el teatro de la Ciudad, de Elberfeld, ha sido muy aplaudida una nueva ópera de Jorge Rauchenecker, titulada *Ingo*.

– En el teatro Comunal, de Trieste, ocurrió hace poco con motivo del estreno del drama de Ibsen, *Los aparecidos*, una escena singular. El público, hondamente impresionado por la obra y por la manera ultrarrealista como la interpretaba el actor Zaccone, fué presa de violenta excitación; muchas señoras prorrumpieron en grandes voces, otras se desmayaron y todos los concurrentes pidieron á gritos que se bajara el telón, como así hubo de hacerse, sin terminar la representación del drama.

– El ciclo de las representaciones wagnerianas en Munich empezará el día 11 de agosto con *Tannhauser*, ópera á la que seguirán el día 13 *Las Hadas*, el 15 *El holandés volante (El buque fantasma)* y el 17 *Los maestros cantores de Nuremberga*: en la segunda serie de audiciones se pondrán en escena las cuatro partes de la tetralogia *El anillo del Niebelungo*.

Londres. – En Drury Lane se han cantado *Lohengrin*, *Trovatore* y *Carmen*. En Haymarket se ha estrenado un interesantísimo drama de Oscar Wilde, *A Woman of no importance* (Una mujer insignificante), que ha promovido grandes discusiones entre los críticos londinenses, y en el cual, al lado de algunos defectos, hay escenas de primer orden que causan gran sensación: el problema que en el drama se desarrolla no es nuevo, pero en la manera de resolverlo hay verdadera originalidad. En la Avenue se ha estrenado un melodrama de J. W. Dain, *The Silver Shell*, cuya acción interesante está inspirada en los episodios de una conspiración nihilista.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso se ha cantado *La bella fanciulla de Perth*, habiendo sido muy aplaudidos en su desempeño las señoras Svicher y Mazzoni y los Sres. Lanfredi, Labán y Riera y muy especialmente el maestro Goula. Bajo la dirección de éste ha dado en el propio teatro el segundo concierto la sociedad Unión Artística; todas las piezas obtuvieron grandes aplausos, especialmente la *Gallia*, de Gounod. En Apolo se ha estrenado con buen éxito *Las dos Margaritas*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Prieto y música del maestro Esteller. En la Comedia ha debutado con buen éxito la compañía de opereta italiana que dirige el Sr. Tani.

Barcelona. – Han terminado las temporadas de ópera del Liceo y del Principal; en el primero se cantó con mediano éxito *Aida*: en el segundo se verificaron las despedidas de los tenores De Marchi y Massini poniéndose en escena *Luccia di Lamermoor* y *Lohengrin* respectivamente, habiendo sido ambos artistas despedidos con sendas ovaciones. En Novedades se ha estrenado con excelente exito un interesante drama en tres actos del Sr. Riera y Bertrán, desarrollado con gran vigor dramático, con situaciones de gran efecto y muy bien escrito: en su desempeño se distinguieron la señora Mena y los Sres. Tutau y Esteve.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

José Meli, pintor italiano muy erudito en la historia artística de Sicilia.

Alejandro Manganinos Cervantes, notable poeta, profesor de la Universidad y jefe de los liberales de Montevideo.

Roberto Dorer, excelente escultor suizo, autor de los monumentos nacionales de Berna y de Ginebra y de las esculturas de la fachada lateral del Museo de Berna.

Adolfo Franck, eminente filósofo, profesor del Colegio de Francia, individuo de la Academia de Ciencias morales y políticas, comendador de la Legión de Honor y presidente del Consistorio israelita de París.

Manuel González, ex presidente de la República de México

Carlos Reinhardt, pintor de origen alemán, célebre por sus cuadros de las lagunas venecianas.

Alfredo Mame, propietario de la tan conocida imprenta y librería religiosa de Tours, en donde se imprimían la mayor parte de los libros de educación religiosa de Francia: había fundado poblaciones obreras con cajas de ahorros, asilos y escuelas y era comendador de la Legión de Honor.

Carlos Rizot, notable escritor francés, gran conocedor y admirador de la antigüedad clásica, crítico dramático de *Le Siecle* y crítico artístico de la *Revue Blene*.

Edmundo Kirby Smith, el último general sobreviviente de los confederados de los Estados del Sur en la guerra civil americana de 1861 á 1865

Ana Bilinska, pintora polaca, excelente retratista cuyas obras fueron universalmente admiradas en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín en 1891.

Eduardo Enrique Smith Stanley, conde de Derby, ilustre hombre de Estado inglés, ministro del Exterior desde 1866 á 1868 y de 1874 á 1878 y secretario de las Colonias con Gladstone de 1882 á 1885.



Juana de Arco cuando niña, en Domremy, cuadro de Mme. Demont-Breton. – La característica de los cuadros de Mme. Demont-Breton son la sencillez y la ternura; en todos se transparenta el alma delicada de una mujer que siente; pero á la vez que el poeta, muéstrase en ellos la artista que domina la técnica, que se preocupa del procedimiento, que cuida de la ejecución, y así sus cuadros resultan acabados, no sólo en el concepto del sentimiento que los inspira, sino desde el punto de vista del dibujo y del colorido que realzan sus bellas composiciones. La figura de Juana de Arco que reproducimos, y que es una de las obras más notables del actual Salón de los Campos Elíseos, de París, y el paisaje sobre el cual destaca son la mejor prueba de cuanto decimos: la primera, admirablemente trazada, revela á la iluminada, á la que sumida en místicas meditaciones presentía su heroica vida y su muerte de mártir; el segundo respira una poesía que armoniza con el estado psicológico de la doncella de Domremy.

Proyecto de monumento á Legazpi y Urdaneta, en Manila, obra de los Sres. Campeny é Iranzo. – En uno de nuestros anteriores números y en la sección de *Miscelánea* nos ocupamos del monumento que hoy reproducimos, dedicándole el elogio que en nuestro concepto merecía y que no dudamos confirmará el juicio de nuestros lectores. El monumento afecta una forma piramidal: en una base maciza que descanza sobre una escalinata se ve en la parte anterior la Fama dictando á la Historia el glorioso hecho de la conquista del archipiélago filipino; en la posterior la Fe guiando una frágil embarcación, y á los lados dos tritones, símbolo del mar, y en los ángulos los escudos de España, Filipinas, Vizcaya y Guipúzcoa. Sobre esta base álzase un cuerpo esbelto y sobre éste se ven las figuras de Legazpi y del P. Urdaneta abrazados bajo el glorioso pendón de Castilla y cobijados por la Cruz, representación de la idea religiosa que en ellos dominó al conquistar el importante archipiélago. El monumento, como se ve, resulta elegante, majestuoso, digno del hecho que conmemora y de los héroes que lo realizaron; la idea general que en él preside es acertadísima, perfectamente ajustada al pensamiento de los que proyectan la erección de aquél, y en cuanto á la ejecución, así en conjunto como en sus detalles, es por todo extremo notable y constituye un nuevo timbre de gloria para sus autores, el arquitecto Sr. Iranzo y el escultor Sr. Campeny, algunas de cuyas obras han podido admirar nuestros lectores reproducidas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Retrato de Cristóbal Colón, propiedad del duque de Talleyrand. – Este retrato es obra de Sebastián Luciano, conocido por el sobrenombre de del Piombo, famoso pintor veneciano que contaba veintiún años cuando murió Colón y que á los veinticinco había alcanzado gran notoriedad. El retrato pertenece á la galería que en Valençay posee el duque de Talleyrand, quien le ha enviado á Chicago después de hacerlo restaurar por el hábil artista E. Chevren: el grabado que publicamos está tomado de una fotografía sacada después de esta restauración.

Relieves del monumento erigido al poeta alemán Scheffel, en Karlsruhe, obra de Hermán Volz. – Hace poco se inauguró en Karlsruhe el monumento dedicado al gran poeta alemán José Víctor de Scheffel, del que forman parte los dos hermosos relieves que reproducimos y que representan escenas de la famosa novela de aquél, *Ekkehardo*, esculpidas por el reputado artista Hermán Volz. Son estas obras verdaderas maravillas en tan difícil género: las composiciones están admirablemente estudiadas, la agrupación de los personajes magistralmente hecha, la actitud y expresión de cada uno de éstos tienen un vigor dramático y un sello de verdad superiores á todo encomio, los términos destácanse claros y perfectamente dispuestos y la perspectiva resulta un prodigio, pareciendo imposible que con los escasos recursos del relieve hayan podido obtenerse tan sorprendentes efectos.

La oración, escultura de Maximiliano Baumbach. – En la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Munich el año pasado llamó extraordinariamente la atención este grupo escultórico que representa á una joven madre con su niño enfermo en la falda y cruzadas por debajo del cuerpo de éste las manos en actitud de orar: en la mirada que eleva al cielo se revela todo el dolor, toda la angustia de la madre que teme perder á su hijo, pero al mismo tiempo la confianza en Dios de la mujer piadosa, la esperanza en Aquel que nunca abandona á los que con fe le invocan. No menos notable es la figura del niño, con el rostro casi inanimado, aplomado el cuerpo, colgantes y como sin vida piernas y brazos. En suma, el grupo profundamente sentido está modelado con verdad admirable y perfecto conocimiento del desnudo. Su autor cuenta en la actualidad treinta y cuatro años; ha sido discípulo, en Berlín, de Schaper y de Begas; ha ganado medallas de oro en las exposiciones de Berlín y Munich, y en 1892 obtuvo el primer premio el boceto que presentó al concurso celebrado para erigir un monumento que representara al emperador Federico III en la batalla de Worth, obra en cuya ejecución se ocupa actualmente el genial escultor.

Después de la primera comunión, cuadro de Frithjof Smith. – Ha terminado en el templo la ceremonia sublime de la primera comunión, y las niñas que por vez primera han recibido el Pan Eucarístico encamínanse á sus casas para festejar en familia tan solemne día, cuyo recuerdo acompaña al hombre y á la mujer durante toda su vida, cualesquiera que sean las vicisitudes por que haya pasado, porque es el acto que cierra la infancia y abre un nuevo período en la humana existencia. Teniendo esto presente, trayendo á nuestra memoria aquel memorable acontecimiento de nuestra niñez, ¡cuán bello, cuán verdadero resulta el cuadro de Smith! ¡Cuán bien sentidas esas infantiles figuras! En sus rostros al par de la impresión grave que en su corazón dejara la ceremonia imponente, resplandece la alegría que en toda alma virgen produce la participación en el mas grande de los misterios de nuestra fe, en el que pone en comunicación directa á la mísera criatura con el Divino Redentor. Desde el punto de vista técnico, la obra del reputado pintor alemán es también un conjunto de bellezas admirablemente expresadas dentro del más sano naturalismo: en ella se hermanan la poesía y la verdad, elementos indispensables en toda manifestación artística.

Mr. Tommy Burn tirándose desde una altura de 83 pies en el Royal Aquarium de Londres. – El ejercicio que reproduce nuestro grabado y que está actualmente llamando la atención del público londinense, no necesita explicación alguna: á simple vista se comprende lo extraordinario del salto de Mr. Burn. Este se lanza desde una plataforma situada junto al techo, y describiendo con su cuerpo una curva cae en un recipiente lleno de agua de 18 pies de largo por 9 de ancho y 7 de profundidad.



[illegible]

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Admites que esas suposiciones nos interesan lo bastante para justificar mi pregunta. ¿No es cierto?

– Vaya si lo es; perfectamente cierto.

– Desde hace mucho tiempo me había yo familiarizado con la idea de que Gastón dejaría toda su fortuna al capitán; pero lo que acabas de decirme me prueba que las cosas no son tales cuales yo me las había figurado, sobre todo en lo que se refiere á la paternidad, que yo había creído siempre indudable; las condiciones por consiguiente han variado mucho.

– Después de haber ido demasiado lejos en un sentido, no vayas á ir ahora con rapidez excesiva en sentido opuesto.

– No iré sino hasta donde tú me digas que vaya. La fortuna ha sido conmigo demasiado cruel para que yo me deje seducir por sus halagos; puedo afirmarte con toda sinceridad que en este momento estoy más conmovido por el dolor que la muerte de mi hermano me produce que preocupado con el pensamiento de la herencia. Es claro que no ha de serme indiferente una fortuna á la cual tengo de seguro algunos derechos, aunque solamente sean aquellos á los cuales renuncié á la muerte de mi padre; pero en estos instantes, hazme la justicia de creerlo, antes que el heredero soy el hermano.

– Precisamente sobre esos derechos de que hablas se funda una de las hipótesis sentadas por mí cuando me he preguntado por qué razones recogía Gastón

su testamento. Puedo decirte con verdad que desde vuestra ruptura no he dejado de hablar de ti con Gastón cuantas veces me ha sido posible. En los primeros años la cosa presentaba dificultades, y ya te he explicado el porqué: la cólera estaba todavía reciente, el rencor se exasperaba con frecuencia por los apuros de dinero y los vencimientos de pagarés. Pero cuando todo quedó pagado, conforme iban desvaneciéndose los recuerdos de aquellos apuros y de aquellos pagos, tu nombre iba dejando de producir aquel efecto de exasperar á tu hermano; pude pronunciarlo, así como el de tu hija, y pude indicar como incidentalmente, sin insistir mucho, por supuesto, lo doloroso que sería que Anie no pudiera casarse por falta de dote.

– Has procedido como buen amigo; te lo agradezco con toda mi alma.

– Procedí como hombre honrado y como notario probo que debe presentar con claridad á sus clientes todo lo que á sus asuntos se refiera, aun aquello que los clientes mismos no le pregunten; que debe guiar por buen camino á los que en él han depositado su confianza procurando en cuanto esté de su parte que vean lo que es verdadero y lo que es justo. Pues bien: en mi opinión, la justicia exigía que ni tú ni tu familia os vieseis privados de una herencia sobre la cual teníais derechos incontestables. ¿Fué para modificar su testamento en este sentido para lo que le recogió tu hermano? Está en lo posible.

– Evidentemente.

– Sin duda; prefiero detenerme en esta suposición cuanto más cierto es que me parece consoladora, que honraría la memoria de tu hermano y que al mismo tiempo sería favorable para vosotros; pero es menester que convengamos en que esta suposición no es la única que puede admitirse. Si tu hermano ha querido modificar su testamento que en su primera forma no resultaba en favor tuyo, lo temo, y para añadir en él disposiciones nuevas, para darte á ti y dar á tu hija lo que en justicia os debía, también puede ocurrir que el testamento haya sido modificado en otro sentido y aun en sentido completamente contrario, como pudo también tu hermano haberlo destruído.

– ¿Hay en las relaciones de Gastón con el capitán algo en que puedas fundar la suposición de que el testamento ya no exista?

– Absolutamente nada; antes al contrario, puedo decirte que esas relaciones se han hecho más íntimas en los últimos tiempos, desde que Sixto fué nombrado ayudante del general Harxacá, que ejerce mando en Bayona, circunstancia que ha permitido al joven venir á Ourteau más á menudo. Diré más: la elección de Sixto como ayudante del gobernador militar de Bayona ha sido inspirada indudablemente por Gastón, que era muy amigo del general.

Barincq continuó:

– ¿Entonces esa hipótesis de la supresión del testamento es poco verosímil?

– Indudablemente; pero no por eso hay que prescindir de ella en absoluto. Te he dicho ya que Gastón había dudado siempre de su paternidad; esto ha hecho que en sus relaciones con el hijo de Leontine Dufourcq haya tenido tu hermano varias alternativas entre el cariño y la repulsión; en ciertos momentos manifestábase lleno de ternura hacia el que consideraba como hijo suyo; en otros sentía verdadero odio contra el que sospechaba que fuese hijo de Arturo Burn. ¿Quién sabe si el día en que me hizo devolverle el testamento estaba Gastón en uno de esos instantes en que sentía horror contra Sixto? Una disposición moral pudo haber producido esa antipatía, lo mismo, ni más ni menos, que un descubrimiento decisivo, ya por testimonios personales, ya por cartas, ya por otro conducto cualquiera al cual hubiese Gastón dado crédito.

– Me parece, sin embargo, que las relaciones de mi hermano con el capitán no permiten sostener esta hipótesis.

– El capitán no ha vuelto al castillo desde que entregué á Gastón aquel testamento; y en ese día, durante los pocos minutos que tu hermano permaneció en este despacho – del cual parecía como si tuviese ganas de salir pronto – le encontré muy turbado; ya ves que es necesario admitir también esta suposición por poco fundada que parezca, como es necesario admitirlo todo, hasta la posibilidad de que Valentín Sixto llegue de un momento á otro con un testamento en el bolsillo.

– No me parece eso inverosímil.

– De todas maneras, pronto saldremos de dudas. Para mayor seguridad he dispuesto sellar aquellas habitaciones; levantaremos los sellos dentro de tres días, y entonces encontraremos el testamento si es que le hay. Entretanto en tu calidad de pariente más próximo vas á ser amo y señor en el castillo. En nombre tuyo lo he dispuesto y arreglado todo, desde el servicio de la iglesia hasta el almuerzo preparado para recibir como conviene á aquellos invitados que por venir desde muy lejos nada hubieran encontrado en Ourteau y en especial vuestros parientes de Ortehz, de Maulcón y de Saint-Palais, los cuales seguramente van á llegar de un momento á otro.

- Permíteme que te dé las gracias una vez más; en estas circunstancias tristes has procedido como un individuo de la familia.

– No; sólo he procedido como notario.

– Ya no hay notarios como tú.

– En los alrededores de París así se cree, tal vez; pero te aseguro que entre nosotros los hay que son buenos amigos de sus clientes. Y ya que to digo esto, ¿me permites que te diga una palabra más?

Revenacq al dirigir á Barincq aquella pregunta, parecía algo embarazado, y al notarlo su amigo se apresuró á decirle:

– Di cuantas quieras.

– Es muy sensible, dijo el notario abriendo uno de los cajones de su mesa de despacho: quería decirte que si para ocupar dignamente tu puesto necesitases algún dinero, me tienes á tu disposición.

– Te lo agradezco mucho.

– No vaciles en aceptarlo; lo que yo te facilitase ahora podría cargarse á las cuentas de testamentaría.

– Tu ofrecimiento me conmueve, querido Revenacq; espero, sin embargo, que no necesitaré utilizarlo.

– De todas maneras, no te negarás á que tomemos juntos una taza de café con leche; después de haber pasado una noche en el ferrocarril, has venido á pie desde Puyoo; es preciso que no eches en olvido que la ceremonia concluirá muy tarde.

Aceptada la taza de café, se empeñó el notario en que el criadillo llevase la maleta de su antiguo camarada.

– Si no te acompaño, le dijo, es porque temo ser importuno; una dolorosa experiencia me ha enseñado que muchas veces, casi siempre, los que pretenden distraer nuestros dolores sólo consiguen exacerbarlos. Hasta luego.

XI

Muy poco después de las diez avisaron al Sr. Barincq de que los invitados comenzaban á llegar, por lo que el padre de Anie bajó á las habitaciones del piso entresuelo.

Había tenido tiempo suficiente para vestirse, y cuando penetró en el salón principal no parecía ya el pobre delineante de la *Oficina cosmopolita de los inventores*, envejecido y encorbado por veinte años de trabajo incesante y rudo; su talle se había erguido, su cabeza aparecía elevada, y si en su rostro se advertía por la oblicuidad de las cejas y la inclinación de las comisuras de los labios la huella de un sincero dolor, este dolor mismo ennoblecía la figura del Sr. Barincq; ya nada había en él de esas preocupaciones inmediatas, nada de esas abrumadoras inquietudes del momento; podían leerse en su rostro otros cuidados más dignos y de mayor altura.

Parientes suyos eran casi todos los que le esperaban: primos suyos procedentes del país vasco y del Bearne, los unos de Maulcón y de Saint-Palais, los cuales llevaban todos el apellido Barincq; otros, los de Ortehz, tenían el apellido Pedebidou. Compañeros muchos años hacía de su infancia, amigos de su juventud, casi todos habían dejado de verle veinticinco ó treinta años antes, pero todos conocían la historia de su vida y de sus luchas. Por eso, cuando habían tenido conocimiento por los criados de su llegada al castillo, habían experimentado cierta inquietud, no solamente en su orgullo de personas de arraigo y bien consideradas, sino también en su prudencia de ricachos interesados, que unos y otros lo eran.

¿Iría aquel pobre hombre con el traje destrozado ó con los zapatos rotos? Por otra parte, ¿no estarían expuestos á ser molestados con peticiones de dinero?

Aquellas quejas y lamentaciones tantas veces repetidas por Gastón durante los últimos veinte años no se habían olvidado; y al recordar cómo había sido explotado éste por su hermano, habían formado todos el propósito firme de mantenerse muy reservados y sobre todo á la defensiva; Barincq era indudablemente su primo, sobre esto no cabía duda; era su primo, pero este es parentesco suficientemente lejano, á Dios gracias, para que no imponga deberes ni compromisos.

Prodújose, pues, verdadera sorpresa cuando vieron entrar en el salón á Barincq calzado como todos y no con botas á lo Roberto Macaire. En realidad los balcones de la habitación, discretamente entornados, no dejaban penetrar sino una luz algo dudosa, pero la que caía de los montantes era suficiente para mostrar que el frac de Barincq era aceptable y sus guantes admisibles. Entonces casi repentinamente sobrevino un cambio completo de sentimientos; sin que los concurrentes se hubiesen puesto de acuerdo, ni aun consultándose con la mirada, todos se adelantaron hácia él, y todas las manos se tendieron para estrechar la del hermano del difunto.

– ¿Cómo estás?

– ¿Y tu mujer?

– ¿No tienes una hija?

– Tu hija se llama Anie.

– Has seguido las tradiciones de la familia.

– Y el recuerdo de nuestra tierra.

Y vuelta á los apretones de manos.

Tan completo fué el cambio que, después de haber expresado el sentimiento por los disgustos surgidos entre los hermanos, se llegó hasta á censurar á Gastón por haber perseverado en su encono.

– Era una de las debilidades de su carácter, dijo cierto Barincq de los de Maulcón.

– Las relaciones de familia deben cimentarse sobre la indulgencia, dijo otro.

– Y esta indulgencia debe ser recíproca, dijo entonces el mayor de los Pedebidou.

Y como no es solamente la indulgencia el cimiento sobre que deben descansar las relaciones de familia, sino que también debe serlo la solidaridad, dos de los primos, aquellos que por su edad y por su posición tenían mayor autoridad, llamaron aparte á Barincq y lo llevaron para hablar reservadamente á uno de los extremos del salón.

– ¿Sabes las relaciones que existían entre tu hermano y cierto capitán de dragones?

– He visto á Revenacq.

Ambos simultáneamente se apoderaron de las manos de Barincq, de la izquierda el uno, de la derecha el otro, y se las apretaron con fuerza.

– Que cada uno deje establecidos á sus hijos bastardos, dijo uno de los primos, me parece muy justo; censuro á los padres que, en nuestra posición, dejan en desamparo y abandono á sus hijos naturales para que se conviertan, si son niños, en granujillas; si son muchachas, en perdidas; pero que para atender á ellos se perjudique á la familia legítima, no puedo admitirlo.

– Eso es lo que nosotros censuramos, dijo el otro.

– Puedes creer que estamos contigo y te compadecemos.

– Y ten por seguro que cuentas en todo y por todo con nosotros para demostrar á ese intrigante el desprecio que nos inspiran sus maniobras.

Algunos recién llegados interrumpieron esta conversación íntima; fué necesario que Barincq tornase á la chimenea para recibirlos, tenderles la mano y dirigirles una palabra.

Era aquella la tercera vez que Barincq asistía en aquel mismo sitio á ese desfile de parientes, de amigos, de vecinos y de indiferentes que componen un cortejo fúnebre: la primera, por la muerte de su madre, cuando el anciano de hoy era todavía niño; la segunda, por el fallecimiento de su padre: entonces estaba Gastón á su derecha; y ahora, por la muerte de éste, hallábase solo: la misma obscuridad, idéndico murmullo de voces ahogadas, la misma tristeza de las cosas en aquel salón en el cual nada había cambiado y donde retratos viejos y sombríos que parecían manchas negras sobre fondo verde que Barincq había visto siempre y que parecían mirarle como preguntándole algo.

Entre los que pasaban y le tendían la mano había muy pocos de cuyo nombre se acordase el padre de Anie; es cierto que la mayor parte de aquellas fisonomías evocaban ciertas reminiscencias, ¿pero cuáles? Esto era lo que su memoria insegura y perturbada no le decía con la prontitud conveniente.

De pronto pareció á Barincq que en aquellos grupos formados por acá y por allá se producía un movimiento extraño y que todas las cabezas se volvían hacia

un mismo lado; instintivamente los ojos de Barincq siguieron la misma dirección de aquellas miradas, y vió entonces que un militar entraba en la sala.

– Es el capitán, dijo uno de los primos.

Después de haber dirigido muy rápidamente una mirada alrededor suyo, el capitán se adelantó hacia la chimenea; de gran uniforme, con el sable en el gancho para que no arrastrase, con el casco en el brazo izquierdo, andaba el oficial sin prestar atención, aparentemente al menos, á las miradas que caían sobre él.

– ¿Encuentras algún parecido?, dijo en voz baja el mismo primo que le había anunciado.

Pero esta falta de parecido no fué á los ojos de Barincq tan convincente como el primo pretendía; además no tuvo tiempo de pensar en ella: el capitán había llegado cerca de él, inclinábase ligeramente y ya iba á retirarse sin que ninguno de los parientes hubiese contestado á su saludo más que con un movimiento imperceptible, cuando Barincq, como por protesta casi involuntaria, alargó la mano al capitán, éste tendió la suya y ambos se las estrecharon un instante.

– ¿Le has dado la mano?, dijo uno de los Barincq cuando el capitán se hubo alejado.

– Lo mismo que á todos.

– ¿No has visto sus garras de plata?

– ¿Qué garras?

– Sus charreteras si te parece más exacto.

– ¿Y qué me importan las charreteras?

Este primo, que había dejado el ejército para casarse y que se hallaba muy al corriente de los usos y costumbres militares, se encogió de hombros y contestó:

– No se lleva uniforme de gala al entierro de un amigo, sino sencillamente el kepis y las hombreras negras. Si el capitán Sixto se ha presentado hoy de gran uniforme, ten por seguro que ha sido para publicar sus derechos y decir á voces que pretende ser el hijo de Gastón.

Aunque estas observaciones y sus réplicas se cruzaron á media voz, no pasaron inadvertidas; y mientras se preguntaban unos lo que podrían significar, observaban otros á Sixto con curiosidad y extrañeza; habíase visto el recibimiento glacial de los primos y el apretón de manos del hermano, y esta diferencia había desorientado á todos. La entrada en el salón del notario Revenacq puso término á estas preocupaciones. Llegaron después más invitados y pronto estuvo el cortejo completo. Entonces, como se llenase el salón, los que habían llegado primero cedieron el puesto á los últimos, saliendo á pasear por el jardín, donde además de respirar mejor, era posible charlar y discutir más libremente.

– ¿Ha visto usted que el Sr. Barincq ha estrechado la mano al capitán Sixto?

– ¿Pero podía no estrechársela?

– ¡Demonio! Eso depende del punto de vista que cada uno escoja.

– Precisamente. Si el capitán es el hijo del Sr. Saint-Christeau, será, pese á quien pese, sobrino del Sr. Barincq, y entonces no hay por qué extrañar que éste tienda la mano á su sobrino; si el capitán Sixto no es hijo de Gastón y solamente ha venido para cumplir sus deberes con un hombre que fué su protector, todavía me parece más difícil que el hermano del difunto á quien se tributa ese homenaje le niegue su mano.

– ¿Aunque este sobrino se haya hecho legar una fortuna privando de ella á la familia?

– Entonces me parecería que el Sr. Barincq había sido más hábil.

– Sus primos le han censurado.

– Por el detalle de la hombrera de plata.

Y los que conocían los usos y ceremonias militares se dieron el gusto de instruir en esto á los que no lo sabían; esto proporcionó asunto de conversaciones hasta que llegó el clero para conducir el cadáver.

– ¿Qué sitio iba á ocupar el capitán en la comitiva?

Esta fué la pregunta que los curiosos se dirigieron mutuamente; si el uniforme del capitán había sido una afirmación, el sitio que en el cortejo ocupase podía ser otra.

En tanto que la familia se colocaba para presidir el duelo, el capitán fué á mezclarse al acaso con la multitud, y entre la multitud permaneció en el templo sin que nada demostrase en su actitud que el capitán diese á unos sitios más importancia que á otros; los parientes ocupaban en el coro un banco cubierto de negro que, desde tiempo inmemorial, pertenecía á los Saint-Christeau. El capitán durante la fúnebre ceremonia permaneció en la nave de la iglesia confundido con los demás concurrentes.

Pero como estaba Sixto colocado enfrente de aquel banco entre dos columnas inmediatas y como su brillante uniforme se destacaba en medio de tantos trajes enlutados, siempre que Barincq levantaba los ojos encontraba al capitán delante de él, y entonces no podía menos de examinarle con atención durante algunos segundos y recordar constantemente aquella observación de su primo: «No tiene ningún parecido.»

El capitán era menos alto que Gastón, pero poseía elegancia, vigor y buenas proporciones; lo mismo que Gastón, tenía hermosa cabeza y nariz griega; tenía por último, como Gastón, el cabello negro. Pero en cambio de estas semejanzas existían también muchas diferencias: la barba de Gastón era negra y su color muy moreno; en cambio el capitán tenía rubia la barba y el color pálido sonrosado; esto era principalmente lo que constituía la diferencia más notable entre ellos; sin embargo, esta diferencia no era tanta que permitiese asegurar, como el primo había hecho, que no existía entre ellos parecido alguno; ciertamente Sixto no tenía de Gastón lo bastante para que pudiera decirse: «es su hijo,» pero tampoco se hallaba tan alejado de él para que se afirmase que no podía existir parentesco alguno entre ellos; era el uno en su juventud un caballero elegante, el otro un guapo militar; pertenecía el primero al tipo francamente moreno, el otro tenía en su persona algo de moreno y algo de rubio; esto era lo que se hallaba de cierto después de detenido examen, lo demás nada significaba, y francamente no era posible sobre tales cimientos fundar ni destruir una genealogía.

Después del incidente del apretón de manos al capitán, una duda preocupaba á Barincq: ¿debía ó no debía convidar á Sixto al almuerzo que había de verificarse después de la ceremonia? Encontraba razones para justificar la afirmativa; pero las que aconsejaban lo contrario, sobre todo después de las censuras de sus parientes, no dejaban de ser poderosas.

Afortunadamente, en el cementerio, es decir, en el momento en que era necesario decidirse, Revenacq llegó en auxilio de Barincq.

– Como la presencia del capitán en la mesa de la familia había de ser violenta para vosotros y para él, ¿quieres que me le lleve á casa? Eso os librará á todos del compromiso.

En realidad el notario habría debido decir: «eso nos librará á todos del compromiso;» porque su posición en medio de aquellos herederos presuntos y posibles era también para él en extremo delicada.

Si la amistad y juntamente un sentimiento de justicia le impulsaban á desear que la herencia de Gastón fuese á su antiguo condiscípulo, los intereses de su estudio exigían por el contrario que heredase el capitán. Si Barincq heredaba á su hermano, conservaría indudablemente el castillo y las tierras á él anejas para transmitirlas andando el tiempo, á su hija como bienes de la familia. Por el contrario el capitán, que no tendría razones de esa índole para conservar el castillo y que en cambio las tendría muy poderosas para deshacerse de él, lo vendería, y esta venta significaba una serie de escrituras y actos y contratos productivos que, en aquellos momentos en los cuales Revenacq se proponía retirarse de los negocios, acrecentarían muy oportunamente los beneficios de su estudio. En tales condiciones era menester ante todo conducirse con mucha habilidad entre aquel que podía ser el heredero y aquel que tenía muchas probabilidades de ser legatario; era indispensable conservar tan buenas relaciones con el uno como con el otro; de aquí nació la idea del convite, con la cual el notario mataba dos pájaros de un tiro: prestaba un servicio á Barincq en circunstancias muy delicadas, y al mismo tiempo se mostraba afectuoso y cortés con el capitán, á quien de seguro habría resentido el recibimiento que la familia le había dispensado.

XII

Era ya muy cerca del anochecer cuando los últimos convidados abandonaban el castillo; ninguno de los primos de Barincq se separó de él sin estrecharle enérgicamente la mano, manifestándole vivas simpatías y excelentes deseos:

– Estamos contigo.

– Cuenta con nosotros.

– No admitiré nunca que Gastón haya podido despojarte de una herencia que por tantos títulos te correspondía.

– En la hora de la muerte se procura reparar las debilidades de la vida.



– No vaciles en aceptarlo; lo que yo te facilitase ahora podría cargarse á las cuentas de la testamentaría

– Si Gastón pudo en un momento determinado otorgar el testamento de que habla Revenacq, es seguro que después lo ha destruído.

– Indudablemente para eso lo recogió, no para otra cosa.

– Cuando quiten los sellos no dejes de avisarnos.

– Por supuesto, nos traerás á tu hija.

– La casaremos en el país.

Por último, vióse libre Barincq y pudo pensar en su familia y consagrar un rato á escribir á su mujer una carta ampliando y completando su telegrama de por la mañana; telegrama en el cual solamente había podido decir que negocios importantes lo retenían en el castillo. En la carta explicó el Sr. Barincq cuáles eran esos importantes negocios, y si bien no manifestó las esperanzas risueñas de los primos, sí dió conocimiento á su esposa de las suposiciones del notario; existía un hecho cierto: por el pronto no había testamento. ¿El inventario daría por resultado encontrar uno? Esto era lo que nadie podía afirmar, ni sospechar siquiera, si había de apoyar esa sospecha en alguna probabilidad razonable; por su parte no tenía opinión ni sabía nada; era necesario esperar tres días.

Cuando Barincq acabó de escribir aquella extensa carta caía la tarde, una de esas tardes apacibles y hermosas, propias de este país, donde es frecuente que la naturaleza parezca adormecida en un sueño poético y sereno. Barincq no teniendo nada que hacer allí salió, dejando á sus pies que le llevaran donde ellos quisiesen.

Sus pasos le llevaron al parque contiguo al castillo, y allí permaneció el padre de Anie, encontrando cierto melancólico placer en buscar las plantas que habían sido amigas suyas en la edad infantil y que volvía á encontrar ahora tales cuales eran cincuenta años antes, sin que los jardineros hubieran modificado en nada su cultivo.

¡Por qué no habría permanecido allí, al lado de su hermano, que tantas veces se lo había propuesto! ¡Ah! ¡Si la existencia comenzase de nuevo, no incurriría en la misma locura, no correría en pos de los espejismos engañosos que le habían arrastrado!

Cuando joven había abandonado sin gran pesar aquella casa, juzgándose llamado á brillantes destinos; ahora ¿podría ocupar su antiguo sitio bajo aquel techo y conservarle hasta su muerte? ¡Qué consuelo tan dulce! ¡Qué tranquilo reposo!

(Continuará)



EL VIADUCTO DE PECOS, EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hoy día, en que el estudio de la resistencia de los materiales es una verdadera ciencia, en que ya no se procede al azar en esta materia, en que los cálculos no se basan en rudimentarias aproximaciones y en que se sabe perfectamente lo que puede pedirse al hierro y al acero, las grandes construcciones metálicas ya no infunden temor alguno á los constructores, que las prodigan constantemente en las más atrevidas formas.

Una de estas obras más sorprendentes es el viaducto que ha sido recientemente inaugurado en los Estados Unidos para la circulación de trenes.

La compañía *Southern Pacific Railway* habíase visto obligada, ante el obstáculo que ofrecía el profundo valle del río Pecos (Texas), á dar á una de sus líneas una dirección que alargaba en 18 kilómetros el trazado, el cual, además, presentaba pendientes muy pronunciadas y curvas muy violentas. Para evitar tales inconvenientes, decidióse á construir sobre el río Pecos el puente que nos ocupa, obra notabilísima, 33 metros y medio más larga y 5 y medio más alta que el famoso puente Kinzua construído en 1882: se parece mucho al puente Loa, de Bolivia, pero el tramo mayor de éste sólo tiene 24 metros y su longitud total no excede de 243 metros: las cifras correspondientes al puente de Pecos son, como vamos á ver, mucho más considerables.

El grabado que acompaña á este artículo da perfecta idea de la importancia de esta obra. El viaducto tiene en total entre estribos una longitud de 666'24 metros y está esencialmente constituído por vigas metálicas, macizas unas y otras formando enrejado, que descansan sobre pilares de acero: la distancia entre el apoyo de los rieles y el agua, ó sea la altura del puente en el punto máximo, es de 98 metros sobre el nivel del río, y la elevación alcanza 100'60 metros, contando hasta el fondo del lecho. La anchura de las pilas es de 10'60 metros en su pie, al paso que una de las armaduras laterales, que constituyen las más altas de estas pilas, alcanza 63'5 metros por encima de la obra de sillería sobre la cual descansan: añadamos que la inclinación dada á esas obras de sillería es de un sexto. El ancho máximo es de 4'87, pero esta anchura se reduce á 3'04 entre las dos caras de una misma viga. En cuanto á la vía es del tipo normal. El conjunto de este puente representa un peso de metal de 1.828 toneladas de 1.000 kilogramos

Este peso está sostenido por pilas, de las cuales veintitrés son metálicas, muy diferentes de altura, como se ve en el dibujo, y todas están fabricadas con barras de acero en forma de *Z*, á excepción de dos que sostienen la porción del viaducto en *cantilever*. Todas tienen su fundación de piedra de cantería, y aun para algunas de ellas que se elevan en el fondo del valle la fundación ha tenido que ahondarse hasta llegar á la roca, á nueve y doce metros de profundidad. Digamos, además, que para las dos grandes pilas de *cantilevers* lo mismo que para las pilas de la orilla de estos mismos *cantilevers* se ha procedido al anclaje á medida que se construía la sillería de la fundación; para las demás se ha soldado la parte metálica al macizo de rocas por medio de cemento Portland. La solidez más absoluta está asegurada y se ha previsto una presión resultante del viento, calculada en 244 kilogramos por metro cuadrado cuando un tren pasa por el puente.



El viaducto sobre el río Pecos en los Estados Unidos. - Ferrocarril del *Southern Pacific*

He aquí en algunas palabras la composición del tablero, dejando á un lado, como de interés mediano, las porciones de vigas llenas que se ven á la izquierda del dibujo y que forman el viaducto allí donde la altura y longitud son escasas: son treinta y cuatro traviesas de 10'66 metros cada una. Cuéntanse luego una viga llena de 16'40 metros, ocho en entrelazado de 19'80, dos *cantilevers* de 31, otros dos de 21'30 y por último una viga suspendida de 24'40.

Para colocar las diferentes partes del tablero se ha utilizado un carromato de hierro con un brazo de 37'80 metros de largo que se apoya sobre una base circular de 17'80: este carromato está formado por dos vigas paralelas, separadas una de otra por una distancia de tres metros, que descansan directamente sobre las vigas mismas del puente, y por dos traviesas que aguantan el conjunto del armatoste. Para asegurar el equilibrio del sistema cuando levantaba las piezas habíase dispuesto en él un contrapeso de 22.000 kilogramos de rieles. Este aparato llevaba en su puente dos calderas que alimentaban dos máquinas que gobernaban cuatro cabrias independientes, sin contar una cabria móvil.

No hay que olvidar que algunas de las piezas que habían de ser levantadas y colocadas pesaban hasta 10 toneladas. Un solo carromato, siempre el mismo, sirvió para toda la construcción: primero se utilizó para construir la mitad oriental de la obra, y luego fué transportado por ferrocarril recorriendo un trayecto de 60 kilómetros al otro lado del valle en donde ocupó su lugar en el extremo occidental del viaducto: allí se colocó la otra mitad y después no se necesitó más que una prensa hidráulica de 20 toneladas para juntar las dos partes del tramo suspendido.

Este trabajo gigantesco ha sido ejecutado en tres meses y medio, con algunos días de interrupción, y en él se han empleado 67 hombres durante 87 días de labor, lo cual es poco si se considera que el avance diario ha sido muy grande. El puente es en suma una obra notabilísima que honra á M. H. D. Mac Kee, ingeniero que ha preparado y dirigido toda la construcción por cuenta de la *Phoemis Brigde Company*.

X., *ingeniero*

(De *La Nature*)

***

LA CIENCIA EN EL TEATRO

LA DANZA SERPENTINA EJECUTADA POR MISS FULLER

En los Estados Unidos, en Londres, en París, en Madrid, en suma en todas partes donde se ha exhibido este espectáculo que al publicarse este número habrá podido apreciar nuestro público en el Eldorado, ha llamado poderosamente la atención la danza serpentina, por su originalidad, por su elegancia y por el mágico efecto que produce.

Pero además de estas circunstancias entran por mucho en la impresión causada las combinaciones de los curiosos efectos luminosos, que hacen que el espectáculo pueda ser considerado como una verdadera aplicación de la física á la ilusión teatral.

He aquí cómo ejecuta miss Fuller la danza serpentina.

La sala queda á obsuras, se levanta el telón y aparece el escenario cubierto de colgaduras de terciopelo negro que forman un fondo negro completamente. Preséntase la joven bailarina vestida con una larga túnica de gasa de seda semitransparente, y en seguida un rayo de luz oxhídrica ilumina la aparición: entonces la artista cogiendo la túnica con ambas manos imprime á ella movimientos giratorios, dibujando con los bordes de la misma espirales y hélices con una rapidez y agilidad maravillosas. En el mismo momento seis lámparas de luz oxhídrica dirigen sobre la bailarina otros tantos rayos luminosos de gran intensidad: cuatro de aquéllas están colocadas detrás de pequeños tragaluces practicados en lo alto y en la parte inferior del fondo del escenario, y las dos restantes en los proscenios del primer piso, como indica nuestro grabado.

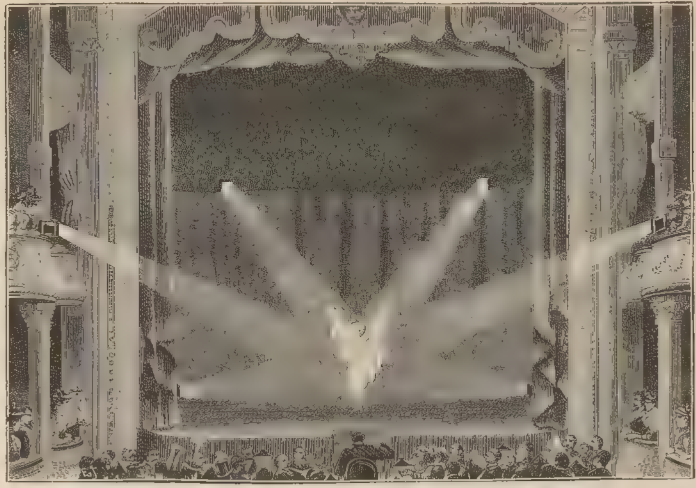
El objetivo de estas lámparas está provisto de un disco alrededor del cual hay montados varios cristales de colores, de modo que dando vueltas á aquél puede hacerse brotar de cada lámpara rayos de luz blanca, azul, encarnada, verde, amarilla, morada, etc. Cuando la artista recorre el escenario formando con su túnica espirales graciosas, toma sucesivamente los colores más variados y más vivos, y los pliegues de su ligero traje, siempre en movimiento, aparecen sucesivamente matizados por los más variados tintes: cuando miss Fuller se sitúa en el foco de dos lámpa-

ras, su traje es, por ejemplo, amarillo por un lado y encarnado por otro, y cuando recibe á la vez la luz de todas las lámparas, aparece cubierto de colores múltiples y sin cesar cambiantes, produciendo un efecto de irisación verdaderamente mágico.

Miss Fuller ejecuta una porción de juegos distintos, pero el que hemos descrito es indudablemente el más notable.

En los otros ejercicios se presenta con diversos trajes, siempre de gasa de seda: en uno mueve con sus brazos la túnica dándole forma de alas de mariposa, cuyo vuelo imita en sus rápidos giros en medio de torrentes de luz que dibujan sobre la tela los más hermosos colores.

Como se comprenderá, las actitudes de la artista pueden variar hasta el infinito; pero no insistimos aquí en esos detalles coreográficos, pues sólo hemos querido llamar la atención sobre el ingenioso partido que miss Fuller ha sabido sacar de los efectos de luz.


La danza serpentina, ejecutada actualmente en el teatro Eldorado de esta ciudad por la original artista miss Fuller

Antes de terminar haremos observar que los rayos de luz que se ven en el grabado resultan exagerados, puesto que en la escena distan mucho de verse tan marcadamente; pero el artista al dibujarlos así ha querido hacer más comprensible la explicación, sin tratar de dar idea de los efectos que el grabado no puede reproducir.

El procedimiento empleado por miss Fuller está llamado á constituir una nueva fase en los grandes espectáculos teatrales, y de fijo no ha de faltar director de escena que consiga con él maravillosos efectos.

LIBROS

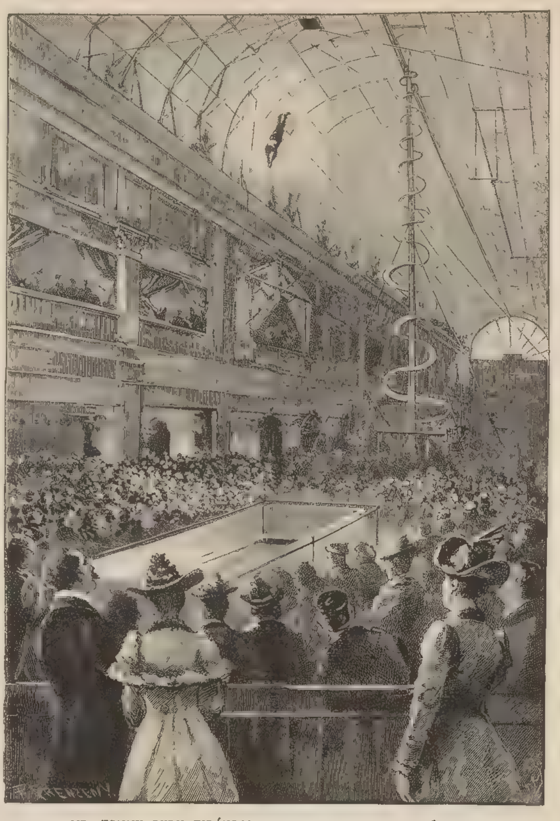
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

La ciudad de Palma, *por E. Estada.* – El levantado deseo de mejorar las condiciones industriales, materiales y sanitarias de la capital de las Baleares ha movido al autor de este libro á hacer en él un trabajo en extremo interesante, merecedor de elogio y de la gratitud de sus conciudadanos. En esta obra con gran copia de argumentos y de datos comparativos con ciudades extranjeras, estudia las causas que se oponen al desarrollo de la industria y al aumento racional de la población, ocupándose con estos motivos y muy especialmente de las fortificaciones de Palma y del derribo de sus murallas que el Sr. Estada conceptúa como el principal obstáculo al mejoramiento de la ciudad. Lleva el libro cuatro apéndices (D. Vicente Mur y su tratado de arquitectura, Algunos antecedentes sobre las fortificaciones de Palma, Documentos referentes á la fortificación de Palma y Condiciones que deben reunir las viviendas para ser salubres), un interesante plano de la *Civtat de Mallorca* dibujado por el presbítero Antonio Garan en 1644 y otro de Palma en la actualidad. – El libro ha sido publicado en elegante edición por el editor D. José Tous (San Francisco, 13, Palma) y se vende al precio de 4 pesetas.

Exposición elemental de los principios fundamentales de la teoría atómiqa, por el doctor G. Denigés. – Conocida es la importancia de la teoría atómica que, en su cualidad de lengua científica internacional, debe ser la base de toda enseñanza química, sobre todo en las aplicaciones á las ciencias biológicas y terapéuticas. Sobre esta materia escribió un interesante folleto el profesor agregado de la facultad de medicina y farmacia de Burdeos, el doctor Denigés, que ha sido vertido al castellano por D. Manuel A. Delano, socio honorario del Colegio de farmacéuticos de Madrid é individuo de la Sociedad Científica de Chile y de la Sociedad Química de París. Como puede verse por el título, la traducción está escrita con la nueva ortografía que en algunos puntos de la América latina y especialmente en Chile va adquiriendo preponderancia.

La capital de la provincia de Canarias. Historia de un escándalo. – Los diputados provinciales residentes en Gran Canaria que para la elección de senadores pasaron á Santa Cruz de Tenerife han publicado un folleto relatando los sucesos que con tal motivo acaecieron en la capital de Canarias. Como se trata de cuestiones en que entran por mucho agravios de carácter local nos abstenemos de todo comentario, limitándonos á anunciar el folleto y á agradecer la atención que al enviárnoslo nos han dispensado sus autores. El folleto ha sido impreso en la tipografía de La Verdad, Remedios, 10, Gran Canaria.



MR. TOMMY BURN TIRÁNDOSE DESDE UNA ALTURA DE 83 PIES EN EL ROYAL AQUARIUM DE LONDRES

Prolegómenos de la antropocultura, *por D. Juan B. Amorós.* – La antropocultura es, según la define el Sr. Amorós, la ciencia sintética de la fisiología y de la mecánica y su objeto es cultivar racionalmente al hombre para llevarle á su mayor perfección. Dada esta definición, se comprende la importancia de la materia cuyos prolegómenos trata este folleto, que ha sido impreso en Madrid, tipografía de Alfredo Alonso (Soldado, 8) y se vende á cinco céntimos.

L' última voluntat. Mala jugada. *Comedias en un acto y en verso arregladas del italiano por Francisco Casanovas*, con dibujos del mismo. – Estrenadas ambas producciones con gran éxito en el teatro Romea de esta ciudad, este es el mejor elogio de las mismas: las ediciones en estas comedias recientemente publicadas llevan algunos dibujos del propio Sr. Casanovas. Véndese al precio de una peseta cada una en la librería de D. Francisco Puig y Alfonso (Plaza Nueva, núm. 5).

Nuestros militares, *por Fradera.* – Veinticuatro cromolitografías componen el álbum que con el título de *Nuestros militares* ha publicado el conocido dibujante Fradera, y en todas y cada una de ellas se revela un gran espíritu de observación que ha sabido sorprender con notable verdad algunos tipos y escenas de la vida militar, buscando en unos y otros el lado cómico y reproduciéndolos con lápiz fácil y chispeante que acredita á su autor de notable caricaturista. Hay en todas las láminas gracia en abundancia y esa espontaneidad y sencillez de ejecución que tan bien sientan al género cultivado por Fradera. Cuantos vean *Nuestros militares* pasarán de seguro más de un buen rato. Editado por D. Inocente López, véndese el álbum en las principales librerías al precio de 1'50 pesetas.

¡Un crimen horroroso!, *por Serafina Pitarreta.* – Pieza en un acto que su autor, oculto bajo el seudónimo de Serafina Pitarreta, califica de fruslería cómica y que con brillante éxito se estrenó en el teatro del Tívoli villanovés en la noche del 15 de agosto de 1890, y fué favorablemente juzgada por la prensa de Villanueva y Geltrú. Ha sido impresa en dicha villa en casa de José A. Milá, Rambla Principal, 41.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 15 de mayo de 1893 — Núm. 594

No pudiéndose repartir con el presente número el tomo segundo de AYER, HOY Y MAÑANA, lo repartiremos con el próximo



GRANADINA, dibujo al carbón de Baldomero Galofre



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Sucesos de Servia. – Justos recelos. – Natalia y Milano. – Los exámenes del rey Alejandro. – Su aprendizaje del derecho. – Teatral escena en su palacio de Belgrado. – Conclusión de su minoridad. – Estancia de la reina Victoria en las orillas del Arno. – Visita de Guillermo II á los reyes de Italia. – Consideraciones sobre tal visita. – Los reyes italianos. – Margarita de Saboya. – Recuerdos del tiempo viejo. – El emperador Federico. – Conclusión.

Cuando miro á Oriente, toda clase de recelos se agolpan al corazón y al cerebro, por su inconsistencia y por sus propensiones bélicas. Así me sorprenden y molestan los sucesos de Servia, en los que todos han visto un paso de tal monarquía oriental hacia Rusia, en contraste con el paso de Bulgaria en sus últimos proyectos constitucionales hacia el Austria. Nadie puede olvidar los dos apotegmas que se deben saber para imbuirse bien y á fondo en los asuntos orientales. Aquellos pueblos cristianos recién manumitidos, más que naciones modernas son tribus armadas, husmeando el combate continuo. Seguros de que por fuerza estallará el combate supremo entre Austria y Rusia, se inscriben á una cada cual de ellos en las sendas huestes, próximas á irse con cualquier motivo á las manos. Hasta el matrimonio cuya grande autoridad presidía los destinos servios hace poco, se dividiera de tal suerte que el marido Milano era de Austria como era de Rusia la mujer Natalia. Y, por estas preferencias, divorciaron sus almas antes de que separaran sus cuerpos. Natalia, tras esta separación, se vino á Biarritz, á la frontera española; y Milano se quedó en París. Todo el mundo hablaba, en la tierra comprendida entre las bocas del Bidasoa y las bocas del Adur, de la esplendente belleza que lucía y de la recatadísima existencia que llevaba la infeliz Natalia en su retiro, colocado á la vera del camino de París, muy cerca de Bayona. Y cuando hablaban de todo esto, maldecían del soberano que abandonaba los consejos de una reina inteligente y del marido que rehuía los afectos de una mujer bellísima. ¿Cuál no sería el asombro de aquellos pueblos, cuando llega de súbito Milano, visita con brevedad á la mujer abandonada, y luego telegrafía con rapidez á los cuatro puntos del aire que han puesto los cónyuges divorciados término al divorcio y convenido en la continuación del deshecho connubio? Algo extraño indudablemente acaecía. Cualquiera que hubiese los pasos del rey seguido viera cómo se marchaba inmediatamente á Germania, y cualquiera que hubiere los pasos de la reina seguido viera cómo se marchaba inmediatamente á Rusia, señales de que iban á suceder hechos nuevos y extraños. En las naciones libres, como Inglaterra, como Helvecia, como España, no sucede cosa ninguna en política sino por obra de leyes muy reales y que traen aparejadas consigo resultancias muy previstas; pero en las naciones de tanta indeterminación como Servia, nadie puede saber hoy lo que sucederá mañana, de igual suerte que no sabéis allí donde los terremotos predominan si la casa por vosotros habitada se mantendrá en sus cimientos ó encima se os vendrá con estrépito á la menor oscilación del terreno. Ese mismo rey Milano, que ahora para de nuevo en Oriente y reaparece con faz nueva, ya se metía en guerra con los vecinos sin grande necesidad, y ya daba un golpe de Estado contra la Constitución restricta que había jurado guardar y en pro de una Constitución mucho más amplia, pero que no demandaba ni siquiera el pueblo á quien favorecía. Así no es mucho si habiendo abdicado la corona é ídose á París perseveraba en la intervención de los asuntos servios y traía siempre á mal traer la regencia, ya con demandas de dinero, ya con demandas de influjo. Los regentes unas veces se hacían los sordos y otras veces se iban á partido, no sin que tales rozamientos trajesen sumas dificultades, y tales dificultades generasen un malestar profundo, cuya existencia se ha conocido en crisis continuas, en elecciones infames, en partidos airados, en protestas formidables, en retraimientos revolucionarios, en extraños relampagueos que denotaban una enfermedad interna de aquella monarquía, no ya sin remedio conocido, sin alivio posible.

Todo podía creerse que pasara en el desarrollo de tantos males menos lo que ha pasado, y precisa recordar con brevedad, para conocer la naturaleza en sí con las consecuencias lógicas del hecho. Milano y Natalia, tan divorciados, habían querido dejar una sombra del poder y autoridad paternales en el palacio de su corte y en el asma de su hijo, designándole cierto ayo de sumo talento y de mucha ciencia, con el encargo expreso de industriar al rey en todos los secretos de la política y seguir al niño en todos los pasos de la vida. Este ayo, de condición ladina y artera, no logró disimular sus propósitos, pues la regencia, presidida por el buen Ristich, le atajó en sus propósitos y decidió cerrar el vado abierto á sus maniobras. Arrojólo del cargo por atentatorio á su autoridad y únicamente le consintió aquellas visitas indispensables al palacio á causa del cariñoso afecto que mostrara el pupilo por esta especie de tutor particular y privado, en abierta lucha siempre con los tutores constitucionales y legítimos. Pero se conoce que los regentes llegaron á dormirse sobre las pajas. No teniéndolas todas consigo respecto de las relaciones entre tan misterioso personaje y el rey niño, ignoraron las conferencias secretas con Milano en Alemania y las conferencias todavía más secretas con Alejandro en la propia regia cámara de este instrumento, puesto por superiores paternales órdenes en sus manos y por él esgrimido con suma destreza. Mediaba el corriente abril cuando tenía el mozo examen de derecho. Apuesto, como hijo de Natalia, se impone por su gallardía; y como hijo de Milano, maquiavélico, sabe disimular y conspirar con perfidia. Lo cierto es que su examen de derecho teórico le valió para prestarse á un formidable atentado al derecho práctico. Dábase un banquete por la regencia en celebridad de haber conseguido el buen discípulo nota de sobresaliente. Y asistió á este banquete la regencia, presidida por el confiado y cándido Ristich. Pocas veces la mesa del rey se vió tan extremadamente concurrida y pocas veces el palacio de Belgrado tan esclarecido y de fiesta. Mas, aunque sobrepujaba en mucho el número de convidados á la cifra usual y se veía entre éstos los primeros generales de la corte, nada recelaron los regentes, confiadísimos en sus propias fuerzas y seguros de que los demás estaban tan pagados de ellos como ellos de sí mismos. Habló el jefe de la regencia, Ristich, á troche y moche sobre todas las cuestiones imaginables, y se dejó decir que todo se conjuraría volviendo los abstenidos del Parlamento á la cámara; y en caso de no volver, convocando él nuevamente los comicios para ocurrir á las suplencias é imponiendo por cualquier arte ó modo á los electores la designación de una mayoría ministerial. No contaba con la huéspeda. Sin discutir las afirmaciones de Ristich, sin oponer la menor objeción á sus esperanzas ni mostrar el recelo menor en su rostro, el rey pidió permiso á las diez de la noche para retirarse, y entró desde las habitaciones de recepción y solemnidad á las habitaciones particulares y privadas. Su ausencia dió á las lenguas más suelta, y los comensales departieron de política en tono más alto y con mayor franqueza, no retenidos por el respeto á la majestad regia, imponente siempre, aunque resplandezca en un imberbe mozo. Una hora seguramente corriera en tales pasatiempos, cuando se abre de nuevo la puerta del salón por donde se había retirado el rey en traje de civil etiqueta y aparece de nuevo éste con arrogancia en traje de guerra y en ademán de mando. El examinado de derecho se había convertido en general de ejército. Así notificaba con voz entera y resuelto aire cómo se había declarado mayor de edad y asumido el ejercicio de todos los poderes concedidos por la Constitución al rey mayor y tomados en aquel momento supremo por su voluntad soberana. Ministros y regentes no querían creer á sus propios ojos. Parecíales aquello un producto de fascinación hipnótica ó un cuadro de los que graban en las retinas y á los vapores del vino y á las neurosis del insomnio. Con efecto, algo allí había que recordaba los palacios del Oriente asiático, las escenas del harén musulmán, los combates cortesanos del antiguo régimen, las arrogancias de los reyes absolutos. Aquella súbita increíble aparición recordaba en el arte la cena trágica de Ferrara, cuando aparece la Lucrecia de Víctor Hugo y Donizetti demandando venganza del insulto de Venecia; y en el mundo, la cena real, en que los abasidas, después de haber con toda suerte de manjares y bebidas regalado á los omniadas, descabezáronlos á una para con el califato alzarse y reinar sin rivales sobre las tierras y posesiones del afortunado Islam. Sucediera lo que sucediera, en aquel minuto nadie podía dar á sus ojos y á sus oídos asenso, porque la realidad parecía inverosímil y ficticia de todo punto. Ristich se repuso más pronto que los demás funcionarios amenazados, é invocó ante su monarca el propio derecho y autoridad constitucionales, volviéndose hacia las gentes armadas ó de guardia con el fin de que lo sostuviesen y acatasen, como cumplía en aquella hora suprema y en aquel trance horrible. Pero la tropa estaba comprometida en favor del golpe de Estado y en contra del regente y de la regencia legales. Así, cuando Ristich los llamó á sus órdenes, cuando les dijo que la jefatura del Estado y la potestad personal se hallaban en su persona, cuando les conminó y les arengó persuadiéndoles á obedecer, pusieron los militares mano en él y lo declararon prisionero. Las cosas fueron á punto de no haber medio en lo humano, más que ó abdicar ó morir. Abdicaron los regentes y pusieron los ministros la dimisión en manos del monarca. Este, habiendo seguido en todo las prevenciones del ayo susodicho, le nombró su primer ministro, pasando así de la tutela que le habían impuesto las leyes á la tutela que le acaban de improvisar los padres. ¡Triste cosa esta improvisación! Para nada se pide madurez y experiencia como para la política. Gran parte de las desgracias acaecidas á doña Isabel II dependieron de haber alcanzado prematuramente y á deshora el poder real y de haber salido de la minoridad antes de lo señalado por la Constitución y por las leyes. La reina Victoria, el primer monarca constitucional de Inglaterra y aun de Europa entera, no ha llegado á este alto concepto de sí misma y á esta maravillosa neutralidad, que será su gloria eternamente, sino después que pasara de su primera juventud y tuviera con los ministros torys el grande altercado histórico sobre su servidumbre y su palacio. Ante todas estas alteraciones acostumbro yo siempre á una conversión de mi pensamiento al tiempo ya pasado, pues no conozco nada para entrever el tiempo por venir.

¡Cuál diferencia de Alemania, donde no hay casi poder legislativo, acaparado por el emperador, y de Francia, donde no hay casi poder ejecutivo, acaparado por el Congreso!

Pasemos á otro asunto. Mientras los destinos de la nación inglesa por la misma nación se designan y dirigen, hoy, al votarse las leyes sobre Irlanda, en una de las mayores ocasiones que habían visto los siglos, puede Victoria I gozar abril italiano, desde las florentinas alturas, que recuerdan el angélico, abriendo el cielo con su pincel, como con una llave mágica, y sacando los ángeles, de alas multicolores y ojos extáticos, para que la humanidad los viera, tal como los presentaban la Fe y la Teología; Vinci, recomponiendo la forma humana con su genio, más vasto que aquella su creadora edad; Giotto, trazando en las arenas del Arno con su pastoril cayado los primeros esbozos de la pintura moderna; Platón, reviviendo en jardines, tan bellos como los de Academo, cuyos plátanos oyeran el Fedón estremecidos, cual si pasara por sus hojas nuevo espíritu creador; Miguel Angel, rompiendo los estrechos cendales de la penitencia monástica y modelando en el mármol desbastado por sus cinceles unos cuerpos humanos, dignos de recibir por su grandeza el espíritu nuevo y llevar en sus ciclópeas sienes el brillo de un nuevo ideal, sobre una villa de aromadas florestas que animan la sangre y renuevan la salud; entre dos monumentos, la iglesia de Fiesole y la rotonda de Santa María, los cuales parecen dos mundos, en cuyo alrededor componen como dos marcos el granado rojo y el olivo negro, cual si fuese todo aquel valle un cumplido renacimiento de Grecia. Y mientras puede Victoria mostrar en aquel edén una olímpica serenidad, librando sobre un pueblo libre su regia confianza, ¡cuán inquieto se muestra por el suyo, y con qué razón, el omnipotente y omnisciente y casi divino nieto, á quien llaman Guillermo II, y que lleva todo el peso en sus espaldas de un poder absoluto! Nada más natural que las visitas hechas por el ilustre y desgraciado padre de éste á Italia, siendo príncipe imperial y por ende irresponsable; pero, ¿cómo no las hacía el circunspecto Guillermo I, á quien llamaremos por antonomasia, como á Carlos V, el emperador grande y genuino; el emperador, digámoslo así, por excelencia? No las hacía, porque al cabo estaba de la calle, alcanzando y extendiendo el sinnúmero de dificultades que le aguardaban en su triunfal camino. Y hoy hubiera tenido mayores razones que antes para no ir. El difícil crítico estado de la Europa oriental, en que aparecen perturbadísimos Bulgaria, Servia y Rumanía; el supremo litigio entre Suecia y Noruega; el marro de la triple alianza que sólo ha producido á los italianos dispendios y sinsabores; el recrudeci-

miento y agravación de las discordias entre irredentistas y austriacos; el triste riesgo de reabrir las heridas del Pontífice, cuya intercesión moral en el Reichstag es indispensable, si ha de lograr el gobierno alemán la votación de sus leyes militares; el acrecentamiento de los recelos en Rusia y de los odios en Francia que traen aparejados todos los hechos, como la entrevista, debían disuadir al joven Guillermo de tales peregrinaciones temerarias y encerrarle dentro de su imperio, aunque sea tan frágil como es todavía el nuevo imperio alemán, y dentro de su capital, aunque sea tan triste como es siempre la serena ciudad de Berlín. Así no puede maravillarse que haya encontrado acogida cortés pero fría en pueblo tan bien educado, pero tan entusiasta y caluroso, cual el pueblo romano. Ha ido en la juventud del año, en abril, y en la primavera propia, en su más florida juventud; ha llevado consigo una tan digna persona como la madre de sus hijos y esposa de su corazón, la emperatriz, conocida y respetada universalmente por sus innumerables virtudes; ha estado en el Quirinal todo el mayor tiempo posible, y todo el menor tiempo posible ha estado en el Vaticano; le ha consagrado medio mes casi al monarca y treinta minutos al Pontífice; ha visitado desde la tumba de Víctor Manuel hasta los sitios más caros á los defensores de la independencia italiana; y no obstante haber hallado en la corte muy entusiasta recibimiento, sólo ha encontrado en las muchedumbres respeto y cortesía.

Suma diferencia entre lo que representa el rey de Italia y lo que representa el emperador de Alemania. Italia se asienta en la libertad, Germania en la conquista. El reinado de los Saboyas evoca recuerdos gratísimos como la emancipación de Venecia y Milán; el reinado de los Brandeburgos evoca recuerdos siniestros como el cautiverio de Metz y Estrasburgo. Italia se ha organizado en una monarquía parlamentaria, mientras se ha organizado Alemania en un imperio cerarista. El principio de unidad mismo se ha fundado interiormente por procederes bien opuestos, por el concurso y voto de los príncipes, tras una victoria celebrada en Versalles, ante París bombardeado, la unidad alemana; en los comicios del pueblo, tras grandes cruzadas por la libertad y el derecho, con plebiscitos decretados por el sufragio popular y expresivos de la voluntad general, esa unidad italiana, cuya victoria regocijó nuestras mocedades y de cuya conservación definitiva nadie duda en el mundo. Por eso, fuera bien haber dejado á sí mismos los pueblos de Italia, en este momento en que celebran ellos con tal júbilo fechas que creen faustas, sin recordarles instituciones como el imperio, antiguas causantes de su histórica servidumbre. Harto ha sufrido Italia en su existencia nacional por los dos instintos cosmopolitas de su historia, por el pontificado universal y por el imperio universal, para que sea oportuno con las visitas del emperador al Quirinal y con las entrevistas entre Papa y emperador en el Vaticano recordarle á deshora los martirios seculares, provenientes de sus heredadas y atávicas grandezas. Yo recuerdo haber asistido en persona el año sesenta y ocho á la recepción de Margarita y Humberto en Florencia, empavesada y riente, ceñida de guirnaldas aromadas, que de día le daban el aspecto de un jardín continuado, y por la noche ceñida de luminarias, que daban á sus armoniosos edificios la transparencia de verdaderas moles del más claro ámbar. Yo recuerdo haber visto á los dos novios en la plenitud completa de su felicidad é iluminados por su luna de miel. Parecía Margarita una Ofelia que hubiese resucitado con su corona de flores, no para ser infeliz, como la Ofelia trágica del drama de Shakespeare, para ser bienaventurada, y encontrarse, no un Hámlet que la impulsase al convento y al suicidio, un rey joven y amante que le diese su tálamo y su trono. Entonces acompañaba el cortejo de los novios, cuyas bodas de plata hoy celebra Italia, un alemán, el príncipe Federico, de quien sabíamos que profesaba las ideas modernas; que propendía de suyo al régimen parlamentario; que acababa de terminar una guerra, en la cual sancionó una victoria fecunda hechos de suyo tan favorables á la humanidad como aquellas dos manumisiones del Véneto y de Hungría, cuya virtud se ha tocado en todos los hechos inmanentes de los tiempos sucesivos; que conjuraba la política de Meternich en su combate con los Hapsburgos; que tenía, entre sus representaciones, ideal tan sublime como la unidad alemana; sin oirse á su paso el siniestro estruendo de los hierros puestos sobre Alsacia y Lorena, como sin representar el socialismo cesarista, la conquista y la fuerza, el armamento universal. Otros tiempos aquellos y casi otra Germania. Yo los evoco en mi memoria con placer y los celebro con júbilo.



PANNEAU DECORATIVO EN MADERA PIRO-ESCULPIDA, de F. P. de Tavera (premiado en la Exposición de Industrias Artísticas de Barcelona)



EL DERECHO DE ASILO, cuadro de Francisco J. Amérigo (premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de 1892)

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA
DE MADRID

Enriquecida con nuevas colecciones durante el tiempo que ha permanecido cerrada al público, esta Exposición vuelve á ser de actualidad desde su solemne reapertura, verificada á últimos de abril.

Antes de continuar el estudio de las preciosidades artísticas que contiene, séanos permitido indicar á vuela pluma los principales objetos reunidos en la Exposición Histórico-Etnográfica, que ha venido á sustituir á la Histórico-Americana, tan celebrada por cuantos la visitaron el pasado invierno.

La nueva Exposición es la primera que se verifica en su género, y reviste caracteres de originalidad que llaman vivamente la atención.

Además de las riquezas de prehistoria americana, que siguen dominando en el certamen con las instalaciones de Guatemala, Perú, Nicaragua, Estados Unidos, Uruguay y Colombia, y otras de nuestros museos, contiene ahora el espléndido edificio de la nueva Biblioteca maravillas arquitectónicas y curiosidades históricas y artísticas del Egipto, el Japón y la China, como también de las civilizaciones oceánicas; colecciones de fauna y flora asiáticas y africanas; ejemplares y reproducciones de la cerámica griega, romana y etrusca; todo instalado con gusto en salas lujosamente decoradas con arreglo al estilo más adecuado á los objetos expuestos.

Volviendo á la Exposición Histórico-Europea, y procediendo por orden de salas, hallamos la segunda casi enteramente ocupada por parte de la colección del Sr. marqués de Casa Torres, que es una de las principales de España por la calidad y el número de sus armaduras. En el centro aparecen ocho, compuestas de arneses de torneo y de batalla, entre los cuales figura el que perteneció al marqués de Poza, conocido con el nombre de *El caballero penitenciado*, porque sufrió castigo en el auto de fe de Valladolid de 1559, al cual salió con dicha armadura. Sentimos no disponer de espacio suficiente para enumerar todas las expuestas por el marqués de Casa Torres, porque no hay una sola que no sea digna de especial mención por su mérito intrínseco ó por su valor histórico. Citaremos, no obstante, de corrida, las nueve sillas de montar desde el siglo XIV al XVI, reforzadas, con las correspondientes piezas de armadura, estribos y telas antiguas, que constituyen por sí solas una colección notable, y los mosquetes, pistoletes, puñales, dagas, ballestas, mandobles, espadas y otras armas que manifiestan singular variedad y riqueza en sus formas y ornamentación.

En una de las vitrinas, entre preciosos objetos artísticos ó arqueológicos, hemos visto un admirable libro de rezo de principios del siglo XVI, cuajado de viñetas, orlas y de finísimas miniaturas de la escuela francesa; y en las paredes de la misma sala hay tres tapices del mencionado expositor: uno gótico, de asunto histórico al parecer, y dos referentes á la historia mitológica de Diana, con cenefas de pequeñas figuras.

Con uno de estos tapices forma *pendant* un notable y gran paño ricamente tejido, perteneciente á la catedral de Sigüenza. Ostenta las armas del cardenal Zapata y procede del túmulo que este príncipe eclesiástico regaló á la mencionada catedral. Al pie del mismo paño corre un precioso fragmento de un rollo de la *Thorah*, ó Pentateuco hebreo, manuscrito primoroso del siglo XIV, que se dice haber pertenecido á una antigua sinagoga española.

Las salas tercera y cuarta contienen las instalaciones de Francia y Túnez, de que hemos dado una sucinta idea en nuestro precedente artículo.

La sala quinta es la primera de las seis que se han llamado de Catedrales, porque en ellas se han acumulado los innumerables tesoros artísticos enviados á la Exposición por las dignidades eclesiásticas de toda España y sus colonias.

Lo primero que llama la atención de inteligentes y eruditos al examinar los objetos expuestos en esta sala, es la colección de documentos referentes al descubrimiento de América, escogidos en el archivo secreto del Vaticano por Su Santidad León XIII. Están fotolitografiados de los originales y expresan la signatura y los folios de los registros correspondientes.

En el primero de estos documentos, fechado en Roma á 20 de Septiembre de 1448, Nicolao V notifica á los obispos islandeses de Skalholt y Holar que por parte de todos los habitantes é indígenas de la isla de Groenlandia, situada en los últimos confines boreales de Noruega y perteneciente al arzobispado de Drontheim, ha sabido que hacía treinta años los piratas de las islas vecinas habían devastado el país, salvándose únicamente al abrigo de enriscadas montañas nueve iglesias parroquiales de aquella floreciente cristiandad, fundada casi seis siglos antes y evangelizada por el santo rey Olao y puesta bajo el amparo de la Sede Apostólica donde se habían levantado muchos templos en honor de los santos y erigido una catedral insigne.

Los exponentes aseguraban que los bárbaros invasores se habían llevado gran muchedumbre de cautivos, de los cuales no pocos, habiendo vuelto á sus desiertos hogares, se ocupaban en reparar tamaña ruina y restaurar los templos. Por esta razón el Papa da comisión á los referidos obispos para ordenar sacerdotes y proveer oportunamente de párrocos las iglesias y aun de instituir y consagrar obispo á persona idónea con acuerdo ó consejo, si fuese asequible, del metropolitano.

En el segundo documento de la colección de León XIII, fechado en Roma el 3 de mayo de 1493, Alejandro VI concede á los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel los mismos privilegios sobre las Indias occidentales descubiertas y por descubrir que estaban otorgados por la Santa Sede á los reyes de Portugal en la costa occidental del Africa propiamente dicha y de Guinea.

En otra carta de 4 de mayo de 1493, dirigida también á los Reyes Católicos, Alejandro VI alaba el descubrimiento de Cristóbal Colón; y teniendo en cuenta que en una de aquellas remotas islas ha construído y abastecido una fortaleza, concede á los reyes que, tirando una línea del polo ártico al antártico sobre el Océano, distante en latitud al Poniente de las islas Azores cien leguas, todo lo que se descubra más allá por el mismo Occidente ha de pertenecer á España desde el día de Navidad del año 1493.

En una carta de 10 abril de 1507, Julio II recomienda al rey católico D. Fernando de Aragón y Sicilia las personas de D. Bartolomé Colón y del almirante D. Diego, hijo de D. Cristóbal, que van á verse con S. M.

En el remate de una vitrina central descuella el retrato de León XIII, en tabla, imitando las pinturas del tiempo de Alejandro VI, regalado á la reina regente por el Soberano Pontífice y ofrecido por S. M. para la Exposición.

El Papa ha remitido igualmente dos grandes cartas geográficas en vitela del antiguo y del nuevo mundo. Una de éstas es la que hizo en Sevilla, el año 1529, Diego Ribero, cosmógrafo de S. M., y contiene todo lo que del mundo se había descubierto hasta entonces. Se divide en dos partes conforme la capitulación que hicieron los Reyes Católicos de España y el rey D. Juan de Portugal en Tordesillas en 1494. Al uno y al otro lado de la línea, conforme á la capitulación, están los pendones de España y de Portugal, cogiendo éste en América la tierra del Brasil. La otra carta presenta, entre curiosos detalles, el plano de la ciudad de Méjico y los retratos iluminados de Motezuma, Atahualpa y el Preste Juan de las Indias.

El cabildo catedral de Toledo ha expuesto el artístico candelabro ó blandón que figura en uno de los grabados de este número; una navecilla de plata y cristal, que se dice perteneció á Doña Juana la Loca; una mitra de fondo negro, bordada de oro y seda, que usó el cardenal Cisneros; un libro escrito en caracteres rabínicos, cuyas 73 hojas del árbol llamado Parrá van ensartadas en una cuerda; una colección gótica de concilios, en vitela; un misal mixto toledano, y otros códices notables. De un muro pende la magnífica bandera naval desplegada por la flota española en las aguas de Lepanto.

La preciosa imagen de la Inmaculada que se halla en el centro de la misma sala quinta, obra del siglo XVII, es propiedad del Ilmo. Sr. D. Jenaro Mullé de la Cerda, subdelegado general eclesiástico de la Exposición, como lo son también las dos tablas del siglo XVI, representando el Nacimiento y la Circuncisión, puestas bajo la bandera de Orán.

El Sr. Martín Gómez ha expuesto un crucifijo, trabajo artístico de gran mérito, como el tallado en madera con delicadeza suma que ha presentado el señor D. Manuel Arnal.

La iglesia catedral de Madrid ha expuesto, entre otras cosas notables, varias custodias, una de ellas propiedad del ayuntamiento de esta villa, toda de plata y de estilo del Renacimiento; otra de la Esclavitud de Nuestra Señora de la Almudena, á cuyas expensas se construyó en 1693 en esta corte por el platero D. Manuel Manso. Entre las joyas que se le entregaron al efecto de transformarlas en esta custodia, enumera el archivo de la Esclavitud dos muy antiguas: una piña de plata y la histórica corona que usó el día de su coronación en París la reina doña María Teresa, esposa de Luis XIV é hija de Felipe IV. Tiene unos ochenta centímetros de altura y está cuajada de brillantes y rubíes, descubriéndose á trechos límpidas esmeraldas; dos ángeles sostienen á los lados la *S* entrelazada con el clavo, símbolo de la esclavitud.

Hay además, entre otros objetos de gran mérito artístico y de interés histórico, un cáliz gótico de plata sobredorada con tres escudos, perteneciente al cardenal Jiménez de Cisneros, quien lo regaló á la iglesia magistral; un portapaz, también de plata sobredorada, de estilo gótico, con un relieve, y bajo cuyo doselete, con esmaltes, se representa el descendimiento de la Cruz con varias inscripciones; una magnífica arqueta de plata repujada, estilo del Renacimiento, propiedad de la parroquia de Santa María; dos cartas auténticas de Santa Teresa de Jesús y otra de San Francisco Javier; el códice del siglo XIII, escrito por D. Juan Diácono, en que se refieren los principales milagros de San Isidro Labrador, atribuído por el sabio P. Fidel Fita, en su *Madrid histórico*, al célebre Juan Gil de Zamora, doctísimo franciscano que floreció á mediados de aquel siglo.

Llaman particularmente la atención un cuadro del divino Morales, donde se figura á San Pedro ante el Salvador atado á la columna; el pendón ganado por los cristianos á los moros en la toma de Orán; el cuadro que representa á doña Isabel de Galindo, conocida con el nombre de la Latina, postrada ante la imagen del Salvador, y el retrato del cardenal Borja, atribuído á Velázquez.

Uno de los muros de la sala quinta se halla dividido en dos compartimientos, separados por una greca con adornos arabescos, viéndose en la parte superior un trofeo en que se simboliza el triunfo de la Cruz sobre la media luna, según el diseño trazado por el Sr. Mullé de la Cerda y ejecutado en los talleres del Sr. Watteler. Al lado derecho aparece coronando el todo la bandera que el rey de Castilla desplegó en la célebre batalla ganada al gran Miramamolín y á sus huestes en las Navas de Tolosa, y á la izquierda el pendón-tapiz que daba ingreso á la tienda del caudillo vencido. De la bandera que pertenece á la catedral de Burgos sólo se conservan las imágenes del Crucificado, de la Virgen y San Juan. El paño de seda sobre el que se hallan puestas es de época reciente. El pendón se conserva cual preciosa reliquia en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, á quienes lo donó su fundador el rey don Alfonso VIII. Es admirable por su belleza y perfecto estado de conservación.

En la sala inmediata hallamos lo expuesto por los cabildos de Sigüenza, Valladolid, Astorga, Avila, Salamanca, Segovia, Játiva, Santiago, Mondoñedo y Tuy.

Entre los objetos de Sigüenza merecen citarse: un crucifijo de marfil, al parecer de escuela española del siglo XVII; una arqueta de plata, estilo Renacimiento, rematada por un crucifijo de época posterior; varias bandejas de plata repujada; un retablo pintado sobre madera con revestimiento de hierro, representando escenas de la vida y martirio de Jesús, obra de fines del siglo XV; dos trípticos, uno muy notable, de autor desconocido, y otro también de gran mérito, pintado por Vanden-Weiden y procedente de la iglesia del Corpus-Christi de Valencia.

El cabildo de Valladolid ha expuesto un precioso cáliz gótico de plata sobredorada y un magnífico templete de bronce dorado al fuego con esmaltes, estilo del Renacimiento.

El de Astorga ha presentado una hermosa cruz procesional grande, de plata sobredorada, con primorosas labores en filigrana; una curiosa arquita de la custodia, de plata sobredorada, guarnecida de afiligranadas labores que presentan varias figuras de los dioses de la Mitología; dos portapaces de plata, con variada colección de ornamentos, y una notabilísima arquilla de los Reyes, de madera guarnecida en su mayor parte de plata, con alegorías de los Evangelistas y la inscripción de los donantes, el rey D. Alfonso III el Magno y su esposa doña Jimena; obra que conserva en toda su pureza la tradición del arte visigodo.

Ávila expone, entre otras cosas, un bastón del célebre Tostado y una preciosa colección de ornamentos.

De Salamanca han traído cuatro estatuas de bronce dorado, un tríptico de marfil, una caja gótica de plata repujada, dos cruces parroquiales góticas de plata y ricos ornamentos bordados.

En la vitrina del cabildo de Segovia llaman la atención un relicario en forma de templete, de plata y esmaltes; otro en forma de custodia, también de plata, de estilo del Renacimiento, y varias albas de encaje muy delicado.

Ocupa el centro de la sala sexta la gran custodia-templete, de estilo gótico, hecha con la primera plata que vino de América, y que el papa Alejandro VI, que la mandó construir, regaló á Játiva, su cuna, de donde procede.

El cabildo de Santiago ha expuesto, entre otras cosas muy notables, la preciosa imagen de San Juan



MADRID. EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

1. Candelabro de bronce plateado, de la catedral de Toledo (siglo XVI). – 2. Báculo episcopal de Mondoñedo del obispo D. Pelayo II (siglo XIII). – 3. Candelero de plata de la catedral de Sevilla (siglo XVI). – 4. Bandeja repujada, llamada de Paiba, de la catedral de Sevilla. – 5. Reverso. – 6. San Juan Bautista. Estatua de plata dorada y esmaltada (siglo XV) 7. Portapaz compostelano, de azabache (siglo XV). – 8. Cáliz de plata de Lugo. Perteneció al obispo Bahamonde (siglo XV)

Bautista, de plata dorada y esmalte, cuya reproducción por el grabado aparece en este número; el busto de plata dorada y esmalte, que representa la cabeza de Santa Paulina, hecha por Jorge de Cadeira en el siglo XVI; una primorosa estatuita del Salvador, de plata, atado á la columna, estilo del Renacimiento; un cuadro que representa la Santísima Virgen dando el pecho al niño, por la escultora de Felipe IV, Luisa de Roldán; cuatro preciosas miniaturas que encabezan la Real Ejecutoria librada en la cancillería de Granada el año 1576 sobre los votos de Santiago; una cruz procesional de cobre, siglo XV, con esmaltes de Limoges en la manzana; el portapaz cuyo grabado figura hoy en esta revista, joya de azabache, fabricación compostelana del siglo XV; varios relicarios y cruces procesionales, y un gran tapiz de la colección de la historia de Aquiles, fabricado por Juan Raes de Bruselas.

El cabildo catedral de Mondoñedo tiene expuestos un báculo (el que figura en nuestro grabado) y unas sandalias que usó el obispo D. Pelayo II de Cadeira, cuya residencia duró de 1199 á 1218.

Entre las curiosidades presentadas por el cabildo de Tuy figura un libro en folio, conteniendo los salmos de San Agustín y la convocación de un concilio celebrado en Braga, con la primera hoja de música antigua sin pentagrama.

De la catedral y del palacio arzobispal de Sevilla han venido numerosos objetos de gran valor. Además del hachero de plata y de la bandeja también de plata repujada llamada de Paiba, representando el sacrificio de Abraham en el centro, cuyos grabados se insertan en este número, merecen citarse una cruz de plata repujada, estilo Renacimiento; un palio de damasco blanco, con cuadros de terciopelo sobrepuestos, bordados en sedas y oro, del siglo XVI; la espada de hoja calada de San Francisco de Borja; un cáliz de plata labrado en Manila á principios del siglo pasado, y varios libros corales con finísimas labores.

El cabildo de Badajoz expone una tabla atribuída al divino Morales que representa la inspiración de San Jerónimo, como asimismo otras dos representando la impresión de las llagas de San Francisco y Jesús difunto en brazos de su Madre, y una curiosa colección de privilegios de D. Alfonso X.

Citaremos, por último, los frontales bordados en seda y oro, procedentes de la catedral de Córdoba; el libro, procedente de Almería, que contiene las dos jornadas que hizo á las Indias el gobernador Albar-Núñez Cabeza de Vaca, rubricado en Valladolid en 1555; las dos estatuas decorativas del altar mayor de la iglesia de Santiago de Murcia; la estatua yacente del prelado D. Luis de Torres, y las dos pinturas en tabla, siglo XVI, que figuran la Anunciación, por el pintor César Arbacia, expuestas por el cabildo de Málaga, y el gran cuadro, pintado en tabla, procedente de la catedral de Santo Domingo, en que se representa la Virgen del Rosario, que ofrece una rosa al niño Jesús. A los lados de estas imágenes y con las manos juntas en actitud de orar, se ven dos figuras que se suponen ser el hijo del primer almirante don Diego de Colón y su mujer la célebre virreina doña María de Toledo. Este cuadro fué regalado por los Reyes Católicos al fabricarse la catedral primera de las Antillas.

Juan B. Enseñat

POBRES Y MENDIGOS

ILUSTRACIONES DE GRANER

II

Decíamos en el artículo anterior que ni todos los pobres son mendigos ni todos los mendigos son pobres. Por desgracia, alguna vez se juntan en maridaje horrendo esas dos miserias y el conjunto es entonces desastroso. El infeliz que padece esa doble miseria se halla condenado á no salir de ella jamás. Le conducen como de la mano á la final irremediable caída su carácter apocado, su inutilidad para el trabajo regular y continuo ó bien su invencible pereza, originada por desequilibradas facultades. El mendigo de raza vive bien; come, duerme bajo techado, tiene todas sus necesidades satisfechas. Ejerce un oficio vil; pero suya es la culpa. Perjudica á los pobres; mas se aprovecha de la ajena compasión en beneficio propio. De fijo que si no tiene atrofiada por completo su inteligencia á sí mismo debe despreciarse; pero, holgazanería ó cinismo, resignación ó rebeldía, vive á costa de los demás y vive satisfecho. El pobre aquel que jamás ha tendido la mano ni suplicado con la voz ni implorado con lastimeros ayes; aquel á quien el orgullo de raza le lleva á morir de hambre en un rincón antes que confesarse vencido, puede ser que sucumba abandonado de todos, que muera de muerte horrible, después de sentir cómo van muriendo dentro de él todas las energías, todas las fuerzas; pero por reacción súbita puede escapar al abrazo mortal de la miseria: el trabajo aparta á veces la inerte aparición de la pobreza. Pero el que apura hasta la hez la copa del dolor, el que no puede abrigar esperanzas



de redención, el vencido, el caído, el agónico es el mendigo-pobre. Para ese no hay consuelo, ni amor, ni caridad; para ese ni el campo tiene flores, ni la ciudad techados, ni la vida primavera, ni tregua y descanso el dolor. Y para que el sarcasmo de la suerte sea más grande, á ese no hay quien le compadezca; apenas si hay quien le socorra.

No creáis que peca de exagerada la pintura, no. Ya sea de los trashumantes, ya de los que jamás se apartan de la ciudad que les vió nacer, su vida es un combate continuo, sin provecho para nadie, como no quiera la alta y eterna justicia que sirva de escarmiento esa caída perenne.

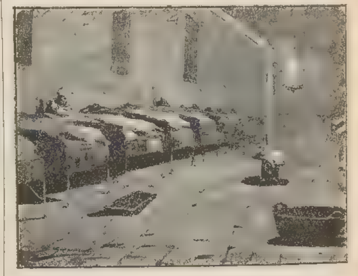
Vedle de pie en el centro de la polvorienta carretera, mirando hacia el horizonte, en cuya indecisa línea se pierde el camino, del que no altera la monótona recta ni un recodo, ni un edificio levantado á su orilla. El sol cae sobre la tierra abrasada y reseca, que despide un vaho sofocante. A los lados del camino y hasta donde alcanza la vista se extienden eriales inacabables. Ni una hierba brota de las quiebras de aquellas rocas negruzcas que parecen calcinadas por colosal incendio. El hombre se ha parado, sin aliento para seguir su marcha. Secas las fauces, anhelosa la respiración, relajados los músculos, ha caminado desde que amaneció, sin encontrar una sombra, sin tropezar con una charca. ¡Y quedan todavía muchas horas de sol y la línea del horizonte no ondula, ni se corta! En aquel sitio en que se para hay una piedra miliar. Sin saberlo siquiera, sale de la tierra en que nació y pone por primera vez su planta en otra provincia. Castilla acaba allí y Aragón empieza. El hombre es



de estatura mediana, enjuto de carnes; su rostro, por extraño capricho de la suerte, es hermoso sobre ponderación. Aquellas facciones viriles y regulares, requemadas por el sol, reciben nuevo sello de grandeza por la negra y abundosa cabellera que se esparce por sus robustos hombros y se escapa por debajo de las anchas alas de un sombrero mugriento. Una capa de pana parda, con más años que agujeros y manchas, oculta por completo su vestido. Lleva los pies calzados con zapatos remendados cien veces y destrozados. Así, parado en aquel sitio, destacándose su arrogante figura sobre el fondo centelleante del cielo, aparece como la encarnación de esa raza que puebla la meseta central de España y que es tan fuerte y sobria como desgraciada. Las correctas facciones y la gallarda apostura del cuerpo atraen; la sórdida miseria que le cubre y le penetra repele.

El camino lleva á una aldea y en la aldea hay agua y pan. El hombre sigue el camino, y junto á la morada de otros hombres, á guisa de perro vagabundo llena su estómago con las piltrafas que le arrojan, calma su sed con el agua que para todos corre, reposa el cuerpo, y al día siguiente la polvorienta cinta se extiende de nuevo ante él, y la sigue y sólo se para cuando la mira interrumpida por un caserío, por una aldea, por una ciudad. Y así sigue hasta dar con la gran urbe. Ha llegado á Barcelona. Ha llegado sin que ni una sola vez haya despertado la ajena compasión. ¿Quién va á tenerla de un hombre joven y robusto que mendiga? Si ha pretendido trabajar, sus innobles andrajos le han perjudicado; y al tender la mano, su juventud y fuerza han hecho que la retirara vacía. Y sin embargo, en aquellas facciones no hay un solo rasgo que repela, que no respire bondad y nobleza; aquellos ojos azules miran de frente, sin astucia ni osadía, y en su doble espejo jamás se ha reflejado la turbia luz de las malas pasiones.

Llega á la ciudad cuando obscurece. La serie no interrumpida de sus jornadas larguísimas ha fatigado de tal modo su cuerpo que apenas puede andar. Ante su vista hay un laberinto inexplicable de calles. Al azar enfila una de ellas. Sucias, mal alumbradas y peor olientes, denuncian á la legua los suburbios de una gran ciudad. Donde acaba una empieza otra, las tiendas y portales se suceden sin interrupción, la circulación rodada es mayor y más numerosos los transeuntes. Los faroles despiden más claridad, y de las tiendas y escaleras que ahora pasan ante su vista se escapan también haces de luz que iluminan las fachadas fronteras. El hombre camina sin descanso. Si alguna vez tiende la mano, nadie le atiende. Ya está en el centro de la capital. Un barullo que jamás pudiera imaginar



reina en la gran calle plantada de árboles entre cuyas filas se estruja una multiud que marcha apresurada. A los lados corren coches particulares y públicos de todas formas y tamaños; chasquean los látigos, crujen las ruedas, lanzan los aurigas roncos gritos de aviso, y en lo alto fulgura sobre enormes candelabros la blanca luz eléctrica. Y aquel movimiento no se interrumpe, y los que van á sus casas son sustituídos por otros, y los carruajes corren desalados sin darse punto de reposo.

El hombre mira todo aquello sin darse cuenta de nada. Cuanto le rodea es nuevo para él. Ha querido pararse y le han obligado á continuar su camino. ¿Adónde va? No lo sabe. Y siguiendo aquel laberinto inacabable pasan las horas, y las tiendas se cierran y se apagan las luces y los transeuntes son cada vez más escasos. La fatiga le rinde y se tiende en un rincón obscuro y silencioso. Un sereno le obliga á levantarse, amenazándole con llevarle al gobierno civil. Y sigue caminando por las calles de aquella ciudad muerta, y cuando cruza por su vía otro hombre, si se le acerca para pedirle una limosna, advierte que se aparta receloso sin contestarle y apresurando el paso. Y su deambulación por el seno de aquel desierto de piedra duró hasta el amanecer, en que, á orillas del mar, lejos de la morada de los hombres, se tendió rendido, y el sueño, que como la muerte nos iguala á todos, cerró sus párpados.

Cuatro ó seis días después de haber llegado á Barcelona le vi en la casucha de Hostafranchs de que hablé en mi anterior artículo, y Graner admiró como yo aquel soberbio ejemplar de mendigo-pobre, cuya cabeza podía servir de modelo para el más hermoso de los apóstoles.

¿Volverá en lo sucesivo á emprender su peregrinación á través de campos y ciudades, ó quedará ya para siempre aquí, siendo uno más de los soldados del ejército de la miseria? Ni él podría decirlo. El azar, que ha hecho de ese hombre un mendigo, continuará rigiendo su destino; pero el sello indeleble que imprime la desgracia ha marcado ya su rostro y ese estigma no se borra jamás.

No le he preguntado su historia ni sé cómo empezó su *vía crucis* horrendo y repugnante á la par. ¿Se abatió sobre él la mano de la desgracia, ó fueron los vicios los que poco á poco le empujaron á la final irremediable caída?

Pero si no es posible saber la historia de ese infeliz, todos sabemos cómo el estrecho abrazo de la miseria empuja á otros desgraciados al suicidio ó á la mendicidad.

Cuando el taller se cierra, cuando los ahorros se agotan, cuando en el zaquizamí sin muebles, abrasador en verano, helado en invierno, los hijos piden pan, un pan que el trabajo no puede llevar á sus bocas, cuando llega Nochebuena y no es posible dar á los pequeños el pavo que les regocija con su tornasolado plumaje y les nutre con su carne; cuando la noche de los Reyes, el pobre zapato, húmedo por el agua que recogió en las fangosas charcas de la calle, no puede llenarse de juguetes; cuando por Pascua no hay cordero, ni retama, y caramelos por *Corpus*, ni pan ni carne nunca; cuando de aquel agujero en que habitan se desprende un vaho que ahoga y depaupera el organismo más robusto, que ya en lo sucesivo no podrá crecer y desarrollarse por los gérmenes morbosos que lanza al torrente circulatorio; al ver que el castigo tremendo de la pobreza no solamente hiere á los fuertes, sino también, y con mayor razón, á los niños, entonces ¡oh! entonces es cuando la locura del suicidio se apodera de los cerebros, ó cuando la pobreza se convierte en mendicidad. La desgracia se forra de vicio.



LA FLORISTA, cuadro de Félix Mestres (Exposición Parés)

No vaya á creerse que esto sucede siempre, no. Así como hay hombres que jamás han sentido el bendito estímulo de un pensamiento generoso, así como hay plantas que jamás recibirán los rayos del sol, así también hay naturalezas que nunca se doblegarán al repugnante oficio de mendigar el pan de cada día.

¿Queréis la historia de uno de esos miserables que no ha mendigado jamás y que agoniza en estos momentos en el hospital, abandonado de todos, recibiendo los mercenarios cuidados que en aquel establecimiento se otorgan? Bracero del campo, si no hubiese sido por el deber de ir á servir la patria en las filas del ejército, y luego más tarde á defenderla en los campos de batalla y á derramar después por ella su sangre, quizá viviría hoy vida dichosa, si no holgada. Pero le mandaron salir de su pueblo, vistiéronle un uniforme, llevároule á países desconocidos para él, y cuando al cabo de seis años de estar en filas le dieron la licencia en esta ciudad, sus padres habían muerto, había perdido poco á poco el hábito del trabajo, y pensó —pensamiento de loco— que aquí le sería más fácil ganar el pan de cada día. Por su desgracia se casó. Era el pobre medio bobali-



PRIMEROS HOMENAJES EN EL NUEVO MUNDO Á COLÓN, cuadro de José Garnelo (premiado en la Exposición internacional de 1892)



EL POBRE CIEGO, QUÉ BIEN CANTA..., dibujo original de J. García Ramos



EL MEJOR DE LA FERIA, dibujo de J. García Ramos

cón y tuvo que apencar con lo que pudo. Su mujer le engañó y de los dos hijos que tenía y que le llamaban padre, uno realmente era suyo. Al mayor costeóle una carrera un protector de su esposa, y desde el momento en que entró en la pensión donde le instruían, aquel hijo quedó perdido para el padre. El que quedó á su lado era precisamente el hijo de su mujer, y él, sin embargo de saber que no corría su sangre por sus venas, le mantuvo y le vistió.

Andaban mal los tiempos para el trabajo. Un antiguo comandante suyo le hizo entrar en la guardia municipal, y así como antes sirviera los intereses de la patria grande, veló ahora por los de la patria chica. Después de cuatro ó cinco años de permanencia en «cuerpo,» una disputa con un cabo le valió la licencia. Mozo de una redacción durante tres años, continuaba ganándose la vida cuando tuvo que salir de allí á consecuencia de haber un recomendado que solicitaba la plaza.

Sin dinero y sin trabajo y entrado ya en años, casi viejo, empezó entonces una existencia horrible para el infeliz. Harto de soportar privaciones, se largó su mujer con un amante, pensando que, joven como era todavía, en otra ciudad podría hallar mejor acomodo. Por esta vez la ley de las compensaciones se cumplió y la adúltera murió á los pocos meses. El esposo tuvo que encargarse del hijo que la suerte le había deparado y la ley reconocídole, y ese hijo, educado en la escuela callejera, convertido en un pillete, ni quería reconocer la autoridad del que le mantenía, ni había sistema de hacer carrera con él. Al cabo se largó: engendrado por el vicio, era natural que fuera á engrosar las filas de esos muchachos sin casa ni hogar, sin oficio ni instrucción, que son algo así como el sedimento de nuestra sociedad, á la que emponzoñan en justa compensación del abandono en que se les deja.

Aquel á quien la ley le había dado por padre trabajó hasta hace seis meses, exceptuando algunos intervalos de forzosa huelga, como peón albañil. Al cabo cesó el trabajo. Desde entonces la miseria volvió á reclutarlo, y esta vez no ha soltado la presa. Muchas tardes me le he encontrado por la calle, derrotado el vestido, incierto el paso, famélico el rostro, vaga la mirada. Nunca me había pedido un céntimo; pero me conjuraba que puesto que aún le quedaban algunas fuerzas le buscara alguna colocación que, desgraciadamente, no ha estado en mi mano proporcionarle. Dábale yo dinero, poco, cada vez que le veía, y tenía la seguridad de que aquel hombre aceptaba el dinero movido de la necesidad, pero haciendo violento esfuerzo sobre sí mismo, ya que, sin darse él cuenta de lo que le pasaba, su carácter recto y honrado se rebelaba ante la idea de ser socorrido cuando aún le quedaba fuerza que gastar, energía que consumir en la lucha por la vida.

Un día me contó que le habían arrojado de la casa donde dormía. Era en pleno invierno, hace dos meses. Y al decirme que se había quedado sin casa, sin un rincón, limpio ó inmundo, donde tender el cansado y aterido cuerpo, me daba mucha más compasión que las tardes que me explicaba que no había comido. La sonrisa sardónica con que recibió el poco dinero que podía darle para que se remediara, me causó un escalofrío. ¿Habéis visto alguna vez, en la obscuridad, el último destello que lanza una lámpara antes de extinguirse? Así aquella sonrisa. Vida que acaba ó postrera combustión de una partícula de oxígeno, lo mismo da; materia al cabo, de igual manera finalizan las combustiones.

Desde aquella tarde no he vuelto á verle. Esta vez el abrazo de la miseria ha sido mortal. Hace pocos días me dijeron que se moría.

Pensando en esta vida, jamás manchada por el vicio ó por el delito y que por modo tan desastrado acabó; pensando que únicamente á la ciega suerte se debe esa desdicha irremediable, recordando que por miles se cuentan víctimas parecidas á esa que he conocido me apiado y ante ella me descubriera con mayor respeto que ante toda grandeza. Agónico ó ya cadáver, padece menos que viviendo, y gozará así, por fin, el descanso que nunca había conocido.

C. y R.

ITALIA. Estatua de plata modelada por el escultor berlinés Begas y regalada á los reyes de Italia por los emperadores de Alemania

NUESTROS GRABADOS

Granadina. – Apuntes de viaje. Recuerdo de San Feliu de Guixols, dibujos de Baldomero Galofre. – Animado por un entusiasmo patriótico y artístico que le enaltece, Baldomero Galofre ha emprendido la difícil tarea de dar á conocer á España de una manera tan brillante y espléndida como completa. Hace ya algunos años que viene consagrándose por entero á la realización de su colosal empresa. Los dos primeros dibujos que reproducimos, escogidos al azar entre los centenares que guardan sus carteras, forman parte de esta obra monumental, suficiente por sí sola para constituir la gloria de quien, como Baldomero Galofre, consagra al arte y á su país los productos de su ingenio.

Panneau decorativo en madera piro-esculpida, de F. P. de Tavera. – En la Exposición de Industrias Artísticas, recientemente celebrada en nuestra ciudad, llamó poderosamente la atención de los visitantes una obra especialísima, original en el concepto y en la ejecución, á la que modestamente tituló su autor, el distinguido escultor filipino Sr. Tavera, *panneau decorativo en madera piro-esculpida*. Difícil es describir tan interesante obra, puesto que si bien en ella hallábase determinada como producción escultórica y del grabado, este último ejecutado por medio de la punta de fuego, participaba en su concepto plástico de los caracteres oriental y occidental. La figura de la niña distinguíase, no sólo por la simplicidad de la ejecución, por su limitación de medios, sino también por ajustarse á las estrictas reglas del modernismo. En cambio los motivos de decoración, y hasta tal vez su procedimiento, resultaba completamente oriental, elegante y simple, como las producciones artísticas japonesas.

El derecho de asilo, cuadro de Francisco J. Amérigo (premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de 1892.) – Inspirándose en uno de los privilegios otorgados por las leyes y sancionado por la costumbre á los templos en los tiempos medios, ha podido el Sr. Amérigo representar el momento en que un desgraciado ó criminal sálvase de la horca y del verdugo, amparándose en la religión. El laureado autor del *Saqueo de Roma* ha sabido interpretar discretamente tan difícil asunto, pues cada una de las figuras que constituyen la escena expresa la situación, destacándose especialmente la del verdugo

Derecho de asilo representa un título más á los que ya posee el distinguido pintor valenciano, para quien cada una de las exposiciones á que concurre significa un triunfo, como lo demuestran las recompensas obtenidas en las celebradas en 1866, 1876, 1887 y 1892.

La florista, cuadro de Félix Mestres (Exposición Parés). *La consulta*, *El convite de verano* y otras obras, cuyos títulos no recordamos, han ido marcando sucesivamente diversas etapas artísticas, distintas fases, reveladoras del temperamento y cualidades del Sr. Mestres. Su última producción significa un nuevo y loable empeño, el que debieran perseguir la mayoría de nuestros artistas, cual es el de representar la época en que vivimos, ya que al hacerlo suministrarían, conforme atinadamente ha dicho un célebre crítico inglés, materiales para la historia.

Justo es confesar que el lienzo es muy recomendable, no sólo por la belleza del colorido, sino también por la corrección del trazo.

Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Cristóbal Colón, cuadro de José Garnelo (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Nacido en Valencia y educado en Sevilla, centros ambos de famosas escuelas, pudo Garnelo inspirarse en las obras notables de sus maestros y recoger en la sevillana, y especialmente ante los lienzos de Murillo, Zurbarán y Valdés, tan provechosas enseñanzas, que á ellas debe tanto como á las que pudo cosechar en la Academia de Bellas Artes. Sus notables lienzos titulados *La muerte de Lucano* y *La madre de los Gracos*, premiados en los certámenes nacionales, señalan no sólo los triunfos del artista, sino también determinan su primera etapa, ajustada por completo á los preceptos académicos y á las corrientes imperantes de la época. *El duelo interrumpido* y *La duda*, inspirados en el concepto moderno, revelan al pintor y al artista que, sin sujetarse á trabas, rinde á la época en que vive el tributo que se le debe. Un nuevo lauro acaba de alcanzar en la Exposición Internacional de Bellas Artes su gran lienzo titulado *Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón*, premiado con medalla de oro, que llamó poderosamente la atención por el efecto de sol, por la acertada agrupación de las figuras y por su correcto dibujo.

El pobre ciego, qué bien canta... – El mejor de la feria, dibujos originales de J. García Ramos. – Pocos sabrían interpretar con tanta gallardía como fidelidad tipos, costumbres y modo de ser de cuanto constituye el rincón privilegiado de España que conocemos con la denominación de Andalucía, como lo representa el discretísimo y genial pintor J. García Ramos. Cada dibujo de García Ramos es un cuadro, puesto que aparte de las cualidades artísticas que revela denota gran estudio y profunda observación.

Los dos preciosos dibujos que reproducimos forman parte de la colección de cuadros andaluces que ha producido este artista, al que estimamos y consideramos como uno de nuestros más distinguidos pintores.

Italia. Estatua de plata modelada por el escultor berlinés Begas y regalada á los reyes de Italia por los emperadores de Alemania. – Con motivo de las bodas de plata de los reyes de Italia, los emperadores de Alemania han regalado á éstos la estatua de plata que reproducimos: la figura de Italia está representada por una matrona romana admirablemente modelada, empuñando con una mano el escudo con la cruz de Saboya y con la otra una rama de mirto. Esta estatua, que mide 60 centímetros, es de plata con dorados y esmaltes y ha sido modelada por el famoso escultor berlinés Begas.



Barincq, como por protesta casi involuntariamente alargó la mano al capitán; éste tendió la suya y ambos se la estrecharon un instante (véase pág. 309)

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Hasta muy entrada la noche Barincq continuó soñando; más atrevido en sus sueños que lo había sido al escribir á su mujer, repetíase incesantemente las últimas palabras de sus primos, y se preguntaba si no era muy posible que Gastón en la hora de la muerte hubiese querido reparar reconocidos errores.

Toda la noche la pasó Barincq soñando con esto, y por la mañana, á la salida del sol, se encontraba ya en la pradera como si quisiese tomar posesión de aquellos terrenos que ya consideraba como suyos.

Se ha discutido con frecuencia acerca de los excitantes del espíritu; nada hay seguramente que mueva con más fuerza la imaginación que la esperanza de una herencia próxima. Aunque Barincq era, y todos los hechos de su vida lo habían demostrado, poco avaricioso, no pudo escapar á esta fiebre, y en los tres días que se deslizaron antes de proceder judicialmente á levantar los sellos viósele por tarde y por mañana pasear y volver á pasear por los caminos y los senderos de la finca; las tierras de sembradío serían mejoradas por medio de abonos químicos; serían arrancadas para transformalas en prados las viñas muertas ó enfermas; regaría las praderas naturales por medio de compuertas cuyos planos dibujaba él mismo; iba á ser aquella una transformación científica, y muy poco tiempo después se habrían duplicado ó quizás triplicado las rentas producidas por aque-

lla posesión; la inventiva de Barincq revelábase como nunca inagotable y caprichosa en todo aquello que él desconocía.

El notario Revenacq, para seguir el doble juego que había adoptado, se puso á la disposición de Barincq á fin de que éste eligiera el día en que había de procederse al inventario; pero una vez fijado ese día, Revenacq se apresuró á escribir al capitán Sixto, advirtiéndole que se presentase en el castillo, «si entendía que le interesaba hacerlo.»

A esta comunicación del notario había contestado el capitán manifestándose sorprendido de que le dirigiesen tal invitación. ¿En qué concepto podía él presenciar el inventario?, ¿por qué?, ¿á qué fin? Todo esto le parecía incomprensible.

No bien el notario hubo recibido esta carta, se apresuró á llevársela á su antiguo condiscípulo.

– He aquí, le dijo, el medio de que me he valido para preguntar á Sixto si poseía un testamento, sin dirigirle francamente la pregunta; su contestación demuestra que no le tiene, y hasta me parece que Valentín ignora del todo que exista disposición testamentaria; esto ya es algo.

– Ciertamente; pero ni el escritorio ni el pupitre de Gastón nos han revelado todavía su secreto.

– Nos lo revelarán mañana.

En efecto, á las nueve de la mañana del día siguiente, el juez municipal, acompañado por su escribano, se personaba en el castillo con Revenacq para proceder á levantar los sellos y á formar el inventario; y aunque unos y otros debían de estar, por la larga práctica de su profesión, acorazados contra las emociones, sentían todos con la misma intensidad impaciencia por ver lo que aquellos papeles encerrados en el despacho de Saint-Christeau iban á revelarles.

¿Contendrían ó no contendrían un testamento en favor del capitán Sixto?

No fué, sin embargo, por la mesa del escritorio por donde principió á verificarse el interesante inventario: la fórmula judicial exigía que se comenzase por los títulos; pero como éstos eran de los más sencillos, aquel trabajo preliminar terminó muy pronto, y pudo el juez por último examinar si los sellos puestos por él se hallaban intactos: una vez averiguado esto, fué introducida solemnemente la llave en la cerradura del cajón principal.

– Entiendo que de existir testamento, dijo el notario, debe de estar en este cajón, en el cual encerraba Gastón sus papeles de más importancia.

– Aquí tambien guardaba mi padre los suyos, dijo Barincq.

– Procedamos, pues, á buscar con todo detenimiento, dijo el juez.

Pero por muy atenta y muy detenidamente que lo buscaron, el testamento no pareció.

Barincq, sin permitirse tocar á los papeles, permanecía detrás del notario, y con la cabeza inclinada por encima de los hombros de Revenacq seguía ávidamente con la mirada el examen de aquellos papeles; el padre de Anie tenía el corazón oprimido y los ojos nublados; nadie hacía observaciones inútiles, todos callaban, solamente el notario pronunciaba de tarde en tarde algunas palabras para explicar el contenido y la naturaleza de algún documento; cuando ese documento constaba de varias hojas, Revenacq las doblaba una por una, despacio y metódicamente, como para evitar que dejase de verse cualquier papel oculto entre las páginas.

Por último llegaron al fondo del cajón.

– Nada, dijo el notario.

– Nada, dijo el juez municipal.

Ambos levantaron entonces sus ojos hacia Barincq y le miraron con una sonrisa que parecía á un mismo tiempo alentar la esperanza y felicitarle cariñosamente.

– Podría suceder que no hubiese testamento, dijo el notario.

– Sí, podría suceder perfectamente, repitió el juez.

– Principio á creerlo, dijo el secretario, que hasta entonces no se había permitido manifestar su opinión.

– ¿Quieren ustedes registrar los otros cajones?, preguntó Barincq con voz temblorosa.

– Ciertamente.

El segundo cajón desocupado con idénticas precauciones y con el mismo meticuloso detenimiento, sólo contenía papeles insignificantes, amontonados allí por un hombre que tuvo la manía de conservar todas las cuentas que pagaba, lo mismo que cuantas cartas recibía hasta las de menos interés. Igual resultado se obtuvo al registrar el tercer cajón y el cuarto.

– Nada, decía Revenacq con una sonrisa cada vez de mayor satisfacción.

– Nada, repetía el juez municipal.

Y por su parte el secretario repetía también:

– Siempre he creído que no existía testamento.

Si se hubiese atendido á la impaciencia nerviosa de Barincq, aquel examen se habría llevado á cabo con mayor rapidez; pero Revenacq, que no sabía apresurarse, no dejaba papel alguno en su sitio sin antes haberlo leído, haberlo palpado y haberlo agitado para cerciorarse de que no llevaba adherida ninguna otra hoja.

– Todo se andará, decía el notario.

Entretanto se había llegado ya al último cajón de la mesa; apenas estuvo abierto, mostró Revenacq más apresuramiento para sacar los papeles.

– Si existe un testamento, dijo, aquí es donde vamos á encontrarlo.

Efectivamente, aquel cajón parecía pertenecer por completo al capitán; en muchos legajos estaba escrito el nombre de Valentín de puño y letra de Gastón; en otro aparecía el nombre de Leontine.

– ¡Atención!, dijo el notario.

Pero su recomendación era ociosa: los ojos de los presentes no se apartaban de aquel montón de papeles que del cajón había sacado Revenacq.

Este, metódico siempre, comenzó por el legajo que llevaba el nombre de Leontine: ¿no exigía la lógica que se procediese por este orden, primero la madre, después el hijo?

Cuando se desenvolvió la cubierta, lo primero que se encontró fué una fotografía ya medio borrada y que representaba á una joven.

– Ya ves que era muy bonita, dijo el notario presentando el retrato á Barincq.

– Su hijo se parece mucho á ella, por lo menos en la delicadeza de los rasgos.

El juez municipal y el secretario no participaron de aquella opinión.

– Prosigamos, dijo Revenacq.

Lo que se encontró inmediatamente después fué un gran mechón de cabellos negros y sedosos, algunas florecillas secas, tan estropeadas, que era imposible reconocerlas; por último varias cartas escritas en papeles de distintos tamaños y fechadas en Peirehorade, en Burdeos y en Royán.

Cuando el notario tomaba una de aquellas cartas para leerla, Barincq le detuvo diciéndole:

– Me parece que no es indispensable leer estas cartas.

Revenacq miró á Barincq como para discernir qué era lo que motivaba aquella observación: si el deseo de respetar los secretos de su hermano, ó la impaciencia de continuar la busca del testamento.

– Estas cartas pueden ser de un interés capital, dijo, pero reconozco que por ahora no es urgente enterarnos de ellas; sigamos.

El legajo que había después contenía cartas del capitán ordenadas por fechas: las primeras aparecían escritas con esa letra grande de niño, letra que con el tiempo iba disminuyendo y caracterizándose.

– También estas cartas pueden tener interés, dijo el notario, pero también las veremos en otra ocasión como las de la madre.

Los otros legajos se componían de cuentas, recibos y cartas que probaban cómo durante largos años, en el colegio de Pau, en Sainte-Barbe, en Saint-Cyr y tiempo adelante en en el regimiento, Gastón había sufragado completamente, no sólo los gastos de educación de Sixto, sino otros de distinta naturaleza; pero en ninguna parte se halló rastro de testamento ni siquiera de proyecto de testamento.

– El negocio me parece ultimado, dijo el notario.

– No ha habido, no habrá testamento, dijo el secretario, que ya no vacilaba en afirmar rotundamente.

– ¿Les parece á ustedes que vayamos á almorzar?, preguntó el juez, á quien las emociones más hondas no quitaban el apetito.

Aunque durante el almuerzo y en presencia de los criados hubo de guardarse mucha reserva, alguien dejó escapar varias palabras bastante significativas para que llegase á la cocina el rumor de que no se había encontrado el testamento, y entonces la noticia se propagó entre todo el personal del castillo.

Hasta aquel momento la servidumbre, muy convencida de que allí no podía existir más heredero que el capitán, había tratado á Barincq como á un intruso. ¿Qué hacía en el castillo aquel hermano arruinado? ¿Qué esperaba? ¿Con qué derecho daba órdenes? ¿Cómo se permitía recorrer aquellas tierras como si fuese el amo? Lo divertido iba á ser verle salir de allí con las orejas gachas.

Cuando se supo que no existía testamento, la situación varió de pronto, y completamente; produjose un cambio brusco que se manifestó en seguida: en el instante mismo en que se servía el café, un ayuda de cámara anciano, que durante veinte años había sido el confidente de Gastón, colocó encima de la mesa una botella cubierta de telarañas que denunciaban su venerable antigüedad y hacia la que el criado manifestaba gran respeto.

– Es Armagnac de 1820, dijo; he pensado que el señor querrá que lo prueben estos caballeros.

Cuando el criado hubo desaparecido del comedor, los tres hombres de ley cambiaron entre sí una sonrisa que Revenacq tradujo:

«He ahí un rasgo muy significativo: no es ciertamente para que bebamos á la salud del capitán para lo que Manuel nos ofrece ese aguardiente.»

Cuando se reanudó la operación del inventario quedaron también sin resultado alguno las pesquisas realizadas en la cartera y en el pupitre de Gastón, lo mismo que las llevadas á cabo en la mesa de noche. A las cinco de la tarde todo había sido registrado, lo mismo en el despacho que en la alcoba, y ya no había más habitaciones en que pudiesen existir papeles.

– Decididamente no hay testamento, dijo el notario tendiendo la mano á su antiguo condiscípulo.

– El Sr. de Saint-Christeau, replicó el juez municipal, sentía gran respeto á las tradiciones de la familia para que pudiese faltar á ellas.

– Lo cual no impide que haya existido un testamento, replicó el notario.

– ¿No puede haber sido destruído?

– Preciso es que lo haya sido, toda vez que no lo encontramos.

– En el mero hecho de recoger el testamento que le copió á usted, dijo el secretario, demostró el Sr. Saint-Cristeau que ese testamento no traducía ya fielmente sus intenciones.

– Indudablemente.

– Gastón ha querido por consiguiente destruirlo.

– O solamente modificarlo.

– Si solamente de una modificación se hubiese tratado, preséntanse tres hipótesis: primera, que Gastón hubiese confiado á usted ese testamento; segunda, que se le hubiera entregado al capitán; tercera, que le hubiese guardado él mismo en un cajón de su mesa. Es así que á usted no se le ha confiado, que no se lo ha entregado al capitán y que no lo encontramos aquí, luego está probado que no existe; y por lo que á mí se refiere creo firmemente que Gastón, después de haber destruído el primer testamento, no ha otorgado ningún otro; de todo lo cual deduzco que en su calidad de único heredero el Sr. Barincq debe ser puesto en posesión de todos los bienes de su difunto hermano.

XIII

Esperando á que se llevasen á cabo las formalidades de la toma de posesión, Barincq, que permanecía en Ourteau, escribió á su mujer y á su hija para que se reuniesen con él. Cuando Anie y la señora de Barincq llegaron á la estación de Puyoo encontraron al heredero que las aguardaba con un carruaje para trasladarlas al castillo.

Ambas vestían de luto riguroso, y Anie llevaba por primera vez en su vida un traje que la favorecía mucho, sin que ella hubiese tenido que incomodarse en cortarlo ni en coserlo por sí misma después de discutirlo mucho con su madre. Barincq hizo subir á su familia en el carruaje y se sentó al lado de su hija.

– Vas á ver ahora los Pirineos, le dijo.

– Desde que salimos de Dax he columbrado sus siluetas rodeadas de nubes.

– Ahora vas á verlos de cerca, dijo el padre con una especie de recogimiento.

– Valiente negocio, dijo la señora de Barincq.

– Sí, mamá, para mí lo es, contestó Anie.

Su padre le dió las gracias con una sonrisa que expresaba toda su satisfacción por estar de acuerdo con ella.

– Aquí tienes el Gave de Pau, dijo Barincq cuando el carruaje entraba en el puente.

– Pues es muy bonito, dijo Anie con curiosidad mirando las aguas alborotadas.

– Es un río como otro cualquiera, dijo la señora de Barincq, no cambia más que el nombre.

– Pues precisamente en este caso el nombre retrata la cosa, porque *gave* procede de *cavus*, que significa profundo.

– ¿Y esta finca, preguntó la señora de Barincq, cuánto vale ahora?

– No lo sé.

– ¿Cuánto produce?

– Próximamente 40.000 francos.

– ¿Encontraríamos quien la comprase por un millón?

– Lo ignoro.

– ¿Pero no has pensado en esto?

– ¿A santo de qué?

– ¿Cómo á santo de qué?

– ¿Busca uno compradores cuando no se propone vender?

– ¿Pero quieres conservar la finca?

– ¿Creo que no querrás venderla?

– Sin embargo...

– Todo nos obliga á conservarla y á explotarla en bien de nuestros intereses; si hoy produce una renta de 2 por 100 podemos hacer que llegue á darnos un 10 ó un 12.

La señora de Barincq miró estupefacta á su marido, y después de contemplarle un instante le dijo:

– No creas que trato de echarte en cara lo pasado, amigo mío; pero me parece que después de veinte años como los que hemos llevado tengo algún derecho á cambiar de vida.

– Pues qué, ¿el pasar de nuestro zaquizamí de Montmartre al castillo de Ourteau no es un cambio en que hasta hay algo de comedia de magia?

– ¿Pero es en Ourteau donde piensas casar á Anie?

– ¿Por qué no?

Hasta entonces Anie nada había dicho; pero á la sazón, lo mismo que siempre cuando entre sus padres surgía alguna disputa, trató de intervenir y dijo:

– Deseo de todo corazón que no habléis de mi matrimonio y que no se piense en esto siquiera; lo mejor que para mí tiene esta herencia inesperada es que me devuelve mi libertad; ahora puedo casarme cuando quiera, con quien quiera y puedo hasta no casarme si no encuentro el marido que realice ciertas ideas mías que son hoy muy distintas de lo que eran hace poco tiempo.

– No es este país apartado y perdido donde podrás hallar lo que piensas.

– Te responderé lo mismo que papá: ¿por qué no? Si yo hubiese de ser causa de preocupación para vosotros, estaba bien que hablásemos de eso; pero si precisamente lo que os suplico es que no me tengáis en cuenta para nada.

– ¿Te resignarías á vivir en Ourteau?

– Muy bien.

– ¡Estás loca!

– Cuando una se ha resignado á vivir en la calle del Abreuvoir puede resignarse á todo... á todo lo que no sea Montmartre, principalmente cuando ese todo consiste en un gran castillo en medio de un país hermoso...

– No le conoces.

– ¡Si estoy en él!

Como su hija había acudido antes en auxilio de Barincq, éste quiso también ayudar á su hija.

– Lo que deseo para nosotros, dijo, no es una existencia monótona del propietario rural que no tiene más distracciones que las de pasarlo bien sin cuidarse de nada y sin pensar en nada; deseo por el pronto que logremos sacar á esta finca una renta del 10 por 100 cuando menos; y no seguramente cruzándome de brazos, en tanto que las cosechas que puede producir nacen por casualidad y se cultivan por la rutina, sino consagrándome á ella y prodigándola cuidados, inteligencia y tiempo. A consecuencia de diferentes causas, Gastón dejaba marchar las cosas; y cuando sus viñas se vieron atacadas de enfermedades, las abandonó; de manera que una gran parte de sus tierras, por esta falta imperdonable de cultivo, se encuentran eriales y nada producen.

– ¿Pero quieres curar las viñas?

– Quiero arrancarlas y transformarlas en prados. Gracias al clima húmedo y templado juntamente, gracias asimismo á la naturaleza del terreno nos hallamos en el país de los pastos, casi, casi como en los más ricos cantones de Normandía. Solamente necesitamos sacar partido de estas circunstancias: arreglar grandes prados en que el ganado pueda pastar á sus anchas; fabricar manteca que será de primera clase, y con la leche sobrante cebar al ganado de cerda; tengo bien estudiados mis proyectos.

– ¡Estamos perdidos!, exclamó la señora de Barincq.

– ¿Por qué estamos perdidos?

– Porque vas á lanzarte en ideas nuevas y en nuevas invenciones que devorarán la herencia de tu hermano; á la verdad no quiero dirigirte reproches, pero sé, por triste experiencia, cómo se hunde y desaparece una fortuna, aun siendo muy grande, cuando ha de alimentar algún invento.

– Ahora no se trata de inventos.

– Ya sé lo que es esto: se comienza por un gasto de veinte francos y no se acaba ni aun con cien mil.

La llegada á la cima de la cuesta fué parte á evitar que la discusión continuase y aun se agriara; Barincq, sin contestar á su mujer, mandó al cochero que colocase el carruaje atravesado en el camino; después, extendiendo la mano para señalar, dijo hablando á su hija:

– He ahí los Pirineos; desde ese último pico que está á tu izquierda hasta esas cimas de la derecha todo es el país vasco, el nuestro.

Anie permaneció mucho tiempo silenciosa, con la mirada perdida en vagas profundidades; después dirigiendo los ojos á su padre, le dijo con sonrisa cariñosa:

– El no haber visto nada nunca tiene la ventaja de que la primera cosa grande y hermosa que veo sea nuestro país; te juro que esta impresión que ahora recibo es tan fuerte que no se borrará nunca.

– ¿No es verdad que es muy hermoso esto?, preguntó Barincq, á quien la emoción de Anie enorgullecía y halagaba.

Pero la señora de Barincq interrumpió bruscamente aquellas efusiones.

– ¡Calla! Aquel es nuestro castillo, dijo mostrando el valle al pie de la cuesta y á la orilla de aquella cinta de plata que se llama el Gave; debe de ser aquella fachada roja y blanca.

– Pues tiene realmente aspecto grandioso.

– Sí, desde lejos, contestó la señora de Barincq.

– Y de cerca también, replicó su marido.

– Celebraré mucho verlo pronto, porque tengo hambre.

El carruaje bajó rápidamente la cuesta, y después de haber atravesado el pueblo, donde los vecinos se asomaron á las puertas para verlos pasar, el vehículo llegó á la puerta de hierro del castillo, puerta que estaba á la sazón abierta de par en par; la portera anunció la llegada de los amos con un vigoroso toque de campana.

– ¡Cómo!, preguntó Anie, ¿tocan porque llegamos nosotros?

– Sí, hija mía; esta era la costumbre en tiempo de mi padre y de mi hermano, y en nada se ha cambiado.

También había la costumbre de que Manuel respondiese á este toque de campana colocándose en el descansillo de la escalera y delante de la puerta de las habitaciones, y cuando el carruaje se detuvo el criado se adelantó respetuosamente para abrir la puerta.

– ¿Queréis almorzar inmediatamente?, preguntó Barincq.

– ¡Ya lo creo, contestó su mujer, estoy muerta de hambre!

Cuando Anie penetró en el espacioso comedor del castillo, cuyo piso estaba compuesto de baldosas de mármol blanco y rojo, cuyas paredes aparecían adornadas por finas maderas talladas, y cuando vió la mesa cubierta por admirable mantelería adamascada de Pau, sobre la cual resplandecían, reflejando los rayos del sol, los cristales tallados, los saleros, las vinagreras, las salseras de plata, gozó por primera vez en su vida la impresión del lujo en el bienestar, y entonces inclinándose hacia su padre deslizó en su oído y en voz muy baja las siguientes palabras:



Sus pasos le llevaron al parque del castillo... (véase pág. 309)

– ¡Qué bonito es tener riqueza!

Lo que fué también muy bonito y sobre todo muy agradable fué el comer con tranquilidad manjares excelentes sin precisión de levantarse á cada instante de la silla para ir, como hacían en el zaquizamí de Montmartre, ya á buscar en la cocina un plato ó un cubierto, ya á llenar en la fuente la botella vacía. Manuel, de frac negro y con guantes blancos, servía á la mesa, silencioso, sin apresuramientos y sin tardanzas, con tanta exactitud y tanta corrección que no había nunca necesidad de pedir nada.

También por la primera vez en su vida comprendió Anie los placeres que puede proporcionar una buena mesa, no en la glotonería, sino en un encadenamiento de goces casi insignificantes y de los cuales la joven no tenía la más remota idea.

– He querido, dijo su padre, que en este primer almuerzo que tomáis en el castillo, no os sirviesen sino productos de la finca; las alcachofas proceden de la huerta; los huevos del corral; este salmón ha sido cogido en nuestras pesquerías; el pollo que nos servirán ahora con salsa blanca ha sido criado aquí; la manteca y la crema de esa salsa proceden de nuestras vacas; este pan está hecho con trigo que cultivamos en nuestras tierras, molido en nuestro molino, cocido en nuestros hornos; este vino ha sido cosechado cuando nuestras viñas daban todavía fruto; estas fresas tan frescas y tan hermosas han madurado en nuestras estufas...

– ¡Pero esto, interrumpió Anie, es una vida patriarcal!

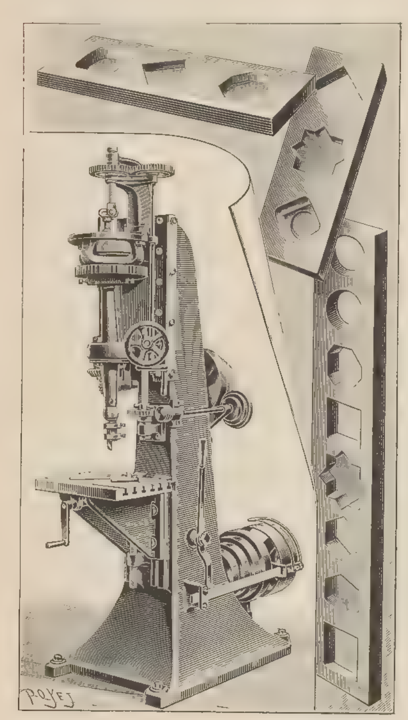
– La sola existencia lógica; y bajo el reinado de la química en que hemos entrado, la única sana.

(Continuará)



MÁQUINA PARA HORADAR

Esta máquina recientemente introducida en el mundo de ingenieros constructores, está llamada á prestar grandísimos servicios y será antes de mucho



Nueva máquina para horadar. Muestras de los agujeros practicados

un aparato indispensable para los constructores de máquinas textiles, de material para fábricas de papel, de motores de vapor y de máquinas eléctricas, pues permite abrir agujeros de casi todas las formas, regures, angulosos ó irregulares, semicirculares y redondos, sin más que regular el aparato por medio de un tornillo. La forma de esta máquina es la de una máquina de horadar ordinaria: está dispuesta sobre un bastidor hueco de hierro fundido de una sola pieza que le da la estabilidad necesaria para resistir los esfuerzos laterales producidos por la operación de perforación angular. Un cono de velocidad gobernado por una correa procedente de un árbol de transmisión montado sobre la base y provisto de poleas fija y loca, de un engranaje de correa y de una palanca. Un aparato de avance automático variable está dispuesto del modo ordinario con muchas velocidades y un trinquete de interrupción en el volante á mano montado en el árbol vertical. En la parte anterior y sobre una corredera vertical hay fijada una tabla con un tornillo y un volante á mano para el reglaje vertical: cuatro pernos de presión se introducen, por ranuras en T limadas, en las correderas. La tabla lleva correderas en T limadas para fijar en ella la pieza ó un torno.

La diferencia esencial que existe entre este aparato y las horadoras ordinarias es la siguiente: Mientras que en una máquina ordinaria el portaherramienta no hace más que girar alrededor de su eje fijo, en la nueva máquina hay además un movimiento lateral de la punta del taladro, regulado por los gálibos que sirven de guías. Un árbol hueco da vueltas en un soporte á rótula que atraviesa la rueda dentada colocada debajo y que va provisto de un disco que gira libremente sobre su extremidad superior y que se mantiene apoyado contra un anillo gálibo que lo rodea y puede ser fácilmente reemplazado por otro de cualquier forma.

A pesar de esto, el árbol hueco sólo giraría alrededor de una posición central si no estuviese ceñido á la rueda dentada que está encima por un bloque movedizo que puede moverse en una corredera recortada en la rueda de engranaje y rechazada lejos del centro hacia el exterior por dos potentes muelles. El límite de su movimiento hacia el exterior es naturalmente el que está fijado en el gálibo que guía el disco, el cual en todas sus posiciones está apoyado contra el gálibo. Otro límite, además, proporciona un pequeño tornillo que se introduce en la rueda dentada y que, una vez puesta en su lugar, vuelve el bloque movedizo á su posición central.

En el interior del árbol se desliza un portaherramienta que es arrastrado por un espolón que se desliza y que constituye el verdadero árbol de perforación de la herramienta. Es evidente que haciendo salir ó entrar este árbol, la distancia de su punto al soporte á rótula aumentará ó disminuirá y por ende variarán las dimensiones de la curva descrita por su punta.

Ya se comprenderá que este cambio de lugar no hace avanzar la herramienta, sino que sólo hace variar el tamaño del agujero practicado dentro de ciertos límites y que es en extremo conveniente para hacer más perfecto este agujero. Este árbol recibe su movimiento entrante y saliente de un tornillo colocado en su parte superior, maniobrado por un volante á mano y unido al árbol oscilante por medio de una juntura universal. El movimiento de avance de la máquina se produce bajando toda la cabeza con su árbol oscilante y sus accesorios que son independientes. El avance automático está enlazado con el tornillo vertical y con el volante á mano que obra sobre la tuerca de la cabeza de la perforadora, de modo que el operador puede variar, acelerar ó retrasar el avance durante el funcionamiento del avance automático, lo cual permite obtener una gran perfección en el interior y un ajuste exacto en el fondo del agujero.

Otro gran perfeccionamiento, recientemente inventado, consiste en dar al gálibo-guía una forma cónica y enlazar este gálibo (no el árbol de perforación) al tornillo regulador antes mencionado, lo cual permite suprimir el árbol interior y hacer el árbol principal de una sola pieza, ventaja manifiesta que da mayor solidez á la máquina. Esta disposición permite al operador hacer variar la amplitud de la oscilación durante el avance de la perforación, de modo que hoy puede perforarse un agujero cónico más ancho en el fondo que en el vértice y rectificarlo de un modo completo, dos operaciones que son enteramente distintas.

La variedad de formas de agujeros perforados por la máquina es casi infinita y comprende todas las formas útiles en la práctica general. Nuestro grabado reproduce al lado de la máquina varios agujeros sencillos, de los cuales el redondo con faceta plana parece ser el más aplicable.

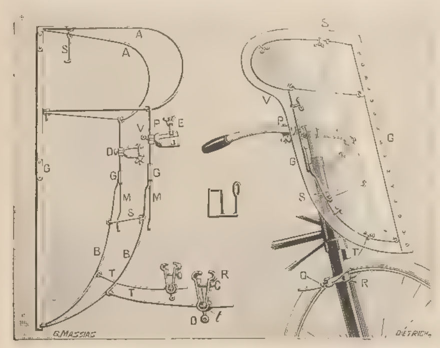


Fig. 1. Aparato cortaviento para los velocipedistas. – AA. Brazos superiores del aparato. – SS. Brazos transversales para dar más resistencia al aparato. – P. Aparato que sujeta el guión. – E. Tuerca á mano. – V. Tornillo de presión. – D. Pieza tubular. – GG. Correderas. – MM. Brazos de la montura. – BB. Sustentáculos. – TT. Vástagos inferiores que se introducen en los agujeros *t* de los pedales.

Es evidente que las aplicaciones de esta nueva máquina se extenderán muy pronto á la mecánica de precisión, y que la perforadora universal se empleará siempre que se trate de proceder á una reunión resistente y racional de partes metálicas entre sí.



APARATO CORTAVIENTO PARA LOS VELOCIPEDISTAS

La consideración de la enorme presión que ejerce el aire sobre el cuerpo humano en movimiento, de la imposibilidad en que éste se encuentra de aumentar sus esfuerzos más allá de un límite muy próximo á ser alcanzado en la actualidad, de la muy importante disminución de fuerza producida por una débil diferencia en el modo de atacar el aire, ha movido á un inventor, M. Larue, á buscar un medio artificial de disminuir la resistencia más importante que se opone á la progresión de los vehículos ligeros, la del aire. Producto de sus experimentos ha sido el proa-velo ó cortaviento para los velocipedistas, que consiste en dos alas montadas sobre un marco de alambre en forma de dos rectángulos inclinados á unos 50 grados aproximadamente cuyos lados mayores están reunidos por una charnela (fig. 1). El ciclista está como oculto detrás de un libro medio abierto cuyo lomo formando una delgada arista corta el aire con un mínimo de gasto de fuerza (fig. 2).

El armazón se fija por medio de unas pinzas á la horquilla de la rueda delantera y al guión y se ajusta á la altura conveniente por medio de correderas; para darle la anchura necesaria se abren más ó menos las alas: algunos cauchos provistos de ganchos clavan en él la hoja de celuloide perfectamente transparente, flexible y resistente á la vez. Aunque la superficie de los planos inclinados es muy reducida, disimula por completo al velocipedista inclinado en su posición de marcha y sólo deja al descubierto las piernas.



Fig. 2. Aparato cortaviento en marcha

La teoría matemática del cortaviento demuestra que su ángulo de unos 50 grados reduce á la quinta parte la resistencia del aire sobre un plano colocado detrás del aparato Si un velocipedista tiene las formas redondeadas, más favorables á la progresión que una superficie plana, en cambio la concavidad que resulta de su posición encorvada y la violencia de sus movimientos son causa para él de inferioridad respecto de un plano móvil animado de la misma velocidad, y la resultante de estas acciones permite considerar como un máximo la disminución de del coeficiente de resistencia de un plano. El cortaviento, pues, haría ganar en teoría la diferencia entre una mitad y una quinta parte; pero en la práctica las diversas condiciones atmosféricas, mecánicas ó fisiológicas disminuirán esta ganancia, dejando, sin embargo, una ventaja de cerca de un cuarto ó un quinto, que no deja de ser muy importante.

En una serie de pruebas efectuadas con viento ligero de bolina, un velocipedista dejándose ir sin tocar los pedales ni el freno por una pendiente de 750 metros con una inclinación que variaba entre 15 y 35 milímetros por metro, la recorrió en 132 segundos sin aparato y en 106 con él; de modo que en el primer caso consiguió una velocidad de 20.450 metros por hora y de 25.450 en el segundo caso. La superioridad del cortaviento hubiera sido aún mayor si el velocipe-

dista hubiese corrido sobre una pista y con viento más fuerte, porque siendo en ésta más débil la resistencia de rodadura permite dominar mejor la acción del viento. En una marcha á razón de 15 kilómetros por hora, los valores respectivos de la presión del aire y de la resistencia de rodadura son o'89 y 2'86 kilogramos: en este caso el viento no es gran obstáculo; á 20 kilómetros empieza á serlo; á 27 dobla el tiro. En las grandes velocidades, cuando el turista, á un paso moderado, marcha contra el viento de bolina, éste opone un esfuerzo cinco ó siete veces superior á la suma de todas las demás resistencias.

Como el aire rara vez está en completa calma, la utilidad de la proa se manifiesta en realidad en las marchas inferiores á 15 kilómetros desde el momento en que la dirección seguida es casi la misma del viento.

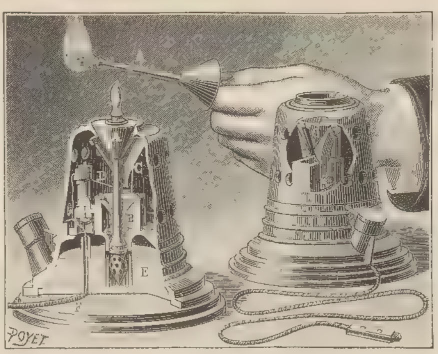
Por otra parte, el aparato no es ni feo ni molesto y merece el nombre de *mariposa* que lleva: pesa menos de 400 gramos y se monta y desmonta en dos minutos. La montura se cierra y se coloca en el cuadro de la bicicleta ó en el guión por medio de las pequeñas correas de que está provista: las alas se arrollan y se fijan en el timón.

***

LA CIENCIA PRÁCTICA

EL ENCENDEDOR ELÉCTRICO

El pequeño aparato que nuestro grabado reproduce en su aspecto exterior y en corte vertical ha sido denominado por su inventor el encendedor eléctrico. Consiste en una especie de campana provista en su parte superior de una abertura: una barrita A puesta en esta abertura es, por decirlo así, la pajuela, pues al retirarla del aparato se inflama y la llama que produce dura un cuarto de minuto aproximadamente.



El encendedor eléctrico de M. Delostal

El aparato está en comunicación, por medio de dos hilos, con una pila análoga á la que sirve para los timbres eléctricos.

La barrita metálica que sirve de pajuela va provista en su extremo de una parte hueca perforada llena en su interior de algodón: el extremo de la misma, que termina en perilla, está sumergido en el fondo del aparato en un receptáculo lleno de esencia de petróleo ó de alcohol adicionado con éter. Al retirar la barrita, ésta determina la producción de una chispa eléctrica que inflama el algodón empapado en líquido combustible.

La vista del aparato en sección vertical que reproduce nuestro grabado, permite apreciar en todos sus detalles los distintos órganos del mismo.

A representa la pajuela propiamente dicha que se sumerge en un pozo B, que cierran dos laminitas de muelle cuando se retira del aparato la pajuela. C es un embudo que se abre en dos partes para dejar paso á la pajuela: un pequeño muelle de reloj D forma escobilla y determina la chispa al contacto de la perilla inferior de la pajuela. Esta escobilla está sostenida por una columna de cobre aislada que recibe la corriente por el hilo F: el segundo hilo está en comunicación con la masa del aparato.

En la parte inferior del sistema se encuentra el depósito E de líquido combustible que está revestido de rodajas de fieltro con objeto de inmovilizar el líquido. Un orificio que se encuentra en la parte inferior permite llenar este depósito cuando el líquido se ha agotado.

(De *La Nature*)



APUNTES DE VIAJE. – RECUERDO DE SAN FELIU DE CUIXOLS, dibujo de Baldomero Galofre

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XII — BARCELONA 22 DE MAYO DE 1893 — NÚM. 595

Con el próximo número repartiremos el tomo segundo de **AYER, HOY Y MAÑANA**

MESALINA, estatua de Vicente Alfano



CRÓNICA DE ARTE

Hoy, día 14 de marzo, doy comienzo á esta *Crónica*, cuando precisamente hoy debía estar en las oficinas editoriales de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Pero el hombre propone y los acontecimientos disponen; y ciertamente que no han sido pocos ni sin interés los ocurridos desde el día 30 del pasado abril hasta el momento en que trazo estos renglones. Acontecimientos algunos de ellos que aun cuando parecen ajenos al arte, no lo son tanto que no merezcan ser tenidos en cuenta como dato irrefragable de una ley ineludible á la que están sujetos los movimientos todos de la vida social, especialmente por aquella parte que corresponde á la de la inteligencia.

Para estudiarlo en *Verdades y mentiras* dejo ahora el acontecimiento político que acaba de realizarse en la cámara de los diputados. En aquella sección analizaré cómo no es posible negar la evidencia de un estado morboso de la sociedad española principalmente, cuyos síntomas, como los de postración y aniquilamiento de las fuerzas vivas de la patria, han llegado á ser tan alarmantes que tan sólo un nuevo rumbo impreso por mano vigorosa á la cosa pública, y en el sentido indicado ó presentido por las ciencias, la literatura y el arte, esto es, rompiendo los moldes del eclecticismo, puede arrancar al organismo social español de este sueño de anémico en que ha caído hace ya quince años. Limítome, pues, en esta *Crónica* á dar cuenta del movimiento artístico, hoy algo interesante, de Europa y singularmente de Madrid.

* * *

Y por Madrid comienzo. Ayer 13 tuvo efecto la fiesta del *vernissage* de la Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes. Primera vez que aquí se puso en práctica la costumbre esencialmente parisiense, aun cuando hoy aceptada por todas las naciones, de hacer una fiesta en ese día dedicado á barnizar los óleos y á retocar las esculturas. La cuota marcada para poder entrar en el Palacio de Cristal del Retiro, donde como en años anteriores la citada sociedad artística celebra su certamen, era de cinco pesetas; el temporal reinante le quitó brillantez al acto. Cuando la parte más selecta de la buena sociedad madrileña se disponía á exhibirse y á dar un vistazo á los trabajos expuestos, lluvia torrencial inundó las calles y puso intransitables los paseos del Retiro. He dicho que «cuando la parte más selecta de la buena sociedad madrileña» á juzgar por las personas que, desafiando al aguacero, llegaron hasta el Palacio de Cristal, aristocráticas casi todas. Con este contratiempo, sin embargo, ascendieron á más de ochenta los *amateurs* que pagaron las cinco pesetas del billete de entrada.

Hoy se verificó la inauguración oficial y, como ayer, la lluvia con acompañamiento de truenos y relámpagos hizo que la gente se abstuviera de concurrir.

La importancia de este certamen debe aquilatarse desde el punto de vista mercantil. Todas ó casi todas las obras que figuran en el catálogo son de las llamadas de comercio. No quiere decir esto que carezcan de valor artístico; algunas hay que lo tienen y muy grande, por ejemplo – y ahora no voy á citar más que las de Sorolla, – tres retratos y un cuadrito de cabellete, porque pienso dedicar pronto varios artículos al estudio de la obra expuesta que merezca ser mencionada; pero cito los retratos *Isabelita y Thor* y *La nena* del autor de *¡Otra Margarita!*, porque creo que especialmente el retrato primero podría firmarlo Carolus Durand y obtener con él un éxito en el Salón del Campo de Marte. Por lo demás, aun cuando indudablemente, y como dejo dicho, el carácter de la pintura y de la escultura expuestas, salvo muy contadas excepciones, es del género puramente hecho para la venta, no por eso carece de mérito real y positivo, sobre todo si se tiene en cuenta que figuran cuadros de Raimundo Madrazo, de Francisco Domingo, de Alejandro Ferrant, del citado Sorolla, de Joaquín Araujo, de José Jiménez Aranda, de Emilio Sala, del infortunado Casimiro Sainz, de Serafín Avendaño, de José Benlliure, de Aureliano Beruete, de Plácido Francés, de José Garnelo, de Gartner, de Pablo Gonzalvo, de Luna Novicio, de Federico Madrazo, de Ricardo Madrazo, de Francisco Masriera, de Martínez Abades, de Maura, del difunto Enrique Mélida, de Jaime Morera, de Muñoz Lucena, de Nogales, de Eugenio Oliva, de Pinazo, de Cecilio Plá, de Modesto Urgell y de otros pintores ya conocidos de los abonados á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Y lo que dejo dicho de los cuadros lo digo también de las esculturas. En esta sección, este año numerosa, pues ascienden á cerca de cincuenta las obras del género, figuran como expositores, entre otros: Justo Gandarias, Amutio, Alcoverro, Garnelo (D. Manuel), Arturo Mélida, Suñol, Trilles y Vancells. En junto las obras catalogadas son 636.

Hasta ahora no puedo emitir juicio concreto acerca de la verdadera importancia que, aun dentro de la característica de la obra de arte de mercado, pueda alcanzar el actual certamen del Círculo de Bellas Artes. En el rápido vistazo que á las obras he dirigido á la luz de una tarde triste, más que triste tormentosa, apenas si vislumbré nada nuevo. Me acometió el cansancio que engendra la vista de un paisaje siempre igual, hoy como ayer, como anteayer y que amenaza no variar mañana. No he visto nada – exceptúo lo de tres ó cuatro artistas – que revele una personalidad, menos que una personalidad una tendencia nueva, sea ésta la que quiera. Quizás haya influído en mí, para formar tal juicio, hecho, como digo, á la ligera, la luz, la atmósfera opaca del día, y más que todo, el estado de cansancio en que me encontraba física y moralmente por la vigilia á que me obligaron trabajos de índole puramente periodística y la lectura de los estudios críticos que de las Exposiciones de París y Londres vienen haciendo las principales revistas y diarios de las capitales citadas.

Verdaderamente que para orientarse respecto del rumbo estético y filosófico de las artes plásticas de estos últimos años del siglo, es menester hacer un esfuerzo colosal de buena voluntad. Nada tan vago é inconcreto como el aspecto de la pintura en las naciones latinas ó llamadas latinas. Yo que creo que en la república del arte sobran las escuelas; sin embargo, no olvido que el sentimiento, modificado y *sentido* según los temperamentos, es ó debe ser uno, como lo fué en la época del Renacimiento, como lo fué en la enciclopédica, como en la romántica, no para producir con arreglo á las leyes estéticas determinadas por una filosofía que rija, así para la manifestación é interpretación de la forma, como para la expresión de la idea, sino para indicar un rumbo dentro de la aspiración eterna de las sociedades á procurarse un ideal, una nueva entidad psíquica siempre adivinada y siempre oculta á los ojos de nuestra alma y de nuestro corazón.

El misticismo parece ser la mandrágora que habrá de aliviar el arte de los dolores del escepticismo y de la anemia que le postran hasta parecer á las veces moribundo. Pero si en Inglaterra y en Alemania y especialmente en Rusia ese misticismo se determina ya con bastante precisión en las manifestaciones todas del sentimiento estético, en Francia y en Italia aparece como una *mixtificación* desconsoladora. Naciones ambas donde las ideas se forjaron durante siglos, hoy encuéntranse agotadas y extenuadas como los cerebros de valetudinarios, para quienes las nuevas fórmulas de la vida del día son silogismos de imposible análisis; pero que, resueltos á no darse por vencidos en la lucha de la cultura, de la labor intelectual, para la cual es necesaria la poderosa ayuda de un organismo joven, apto para sentir las más pequeñas vibraciones psíquicas, pretenden, amalgamando sus viejas teorías y fórmulas con las más afinadas y sutiles nuevas, seguir al frente del movimiento progresivo del saber y del sentir. Esto lleva á Francia é Italia á determinar modos y escuelas, cuando precisamente la tendencia hoy es á desligarse de toda fórmula. De aquí la exclamación de un crítico francés al ocuparse de las obras pictóricas que figuran en el Salón del Campo de Marte. «¿Puede decirse – exclama el aludido crítico – que el Salón del Campo de Marte sea un *Salón* francés, un Salón nacional como sus organizadores se complacen en llamarle? Ciertamente que no. *La mayor parte de su originalidad y de su atractivo es debido al número de artistas extranjeros que en él exponen...*» «Aparte – prosigue el crítico – de unos cuantos artistas que nos hacen honor, la mayor parte de los expositores franceses se distinguen por una *banalidad monótona* que se desborda por el Salón de los Campos Elíseos, como por el de Marte. Los artistas de las diversas naciones que concurren, pero *especialmente* los norteamericanos y los alemanes, aportan á esta exposición, que nos parece hueca y sin valor, notas de un sabor exótico, impresiones sentidas y recogidas en fuentes que nos parecen, y que en efecto son, más frescas...»

Esto dice Pallier, al mismo tiempo que hace de los franceses, italianos y españoles una misma escuela, vieja caduca. ¡Ay! Desgraciadamente temo mucho que llegue á tener razón por lo que respecta á nosotros, así como la tiene respecto á sus compatriotas.

Tanto al Salón de los Campos Elíseos como al del Campo de Marte concurren artistas españoles; en mayor número al primero; de Cataluña la mayor parte. Pallier menciona á Casas y á Rusiñol entre los que pintan interiores: estos son los únicos compatriotas de quienes leo una alabanza. En cambio, la paliza descargada sobre las costillas de Checa, el celebrado autor de *La invasión de los bárbaros*, por otros críticos, el de *Le Figaro* y el de *Le Temps*, es monumental, no por la fuerza de los razonamientos, sino por el desdén con que le fustigan.

Verdad que no siempre puede acertarse; pero lo grave aquí es que Checa, como todos los artistas españoles que exponen en los dos Salones de París, no han salido todavía de un senderito, y de un senderito aprendido, no hallado en fuerza de espontaneidad, por impulso de su propio sentir. Así lo hacen presente los dos ó tres críticos que han dedicado unas líneas á nuestros pintores, mientras se extasían y se vuelven panegiristas de los alemanes..., norteamericanos é ingleses.

Dejo para próximos artículos el analizar cuanto dicen franceses é ingleses de los rumbos del arte moderno; ahora me limitaré á hacer una relación de los pintores españoles que exponen en el Campo de Marte. Son éstos Rusiñol, Casas, Pinós, Barrau, Jiménez, Checa, Más, Domingo Muñoz, Gándara y otros tres catalanes que no recuerdo en este momento; en el Salón de los Elíseos solamente tres ó cuatro tienen allí obras, entre ellos Sorolla y el portugués Souza Pinto.

* * *

También de Londres llegan noticias no muy halagüeñas para el arte. Cierto que las más pesimistas son de origen francés; pero sin embargo, algo debe haber de verdad en el fondo cuando la crítica inglesa tilda de muy débil la última Exposición de la Real Academia.

Digno de tenerse en cuenta es lo que con motivo del resultado de esta exposición, donde se admiran cuadros de los principales maestros y académicos ingleses, dicen los entendidos en crítica artística; y apunto como digno de tenerse en cuenta las opiniones emitidas, por cuanto tienden á combatir el ambiente académico, como ambiente donde el arte se produce con sujeción á distingos, aun cuando en Inglaterra esos distingos sean, en comparación de los de nuestras Academias, verdaderas expansiones de un club revolucionario.

Las principales obras expuestas en los salones de la docta corporación artística londinense pertenecen á Leigthon, á Orchardson, á Alma-Tadema, á Millais, á Pertuiset, á Buton Riviere, dominando en más de un cincuenta por ciento el retrato.

De Leigthon el cuadro más interesante es verdaderamente dramático y se titula *Rispah*. Representa una madre que defiende los cuerpos de sus tres hijos crucificados contra los ataques de las aves de rapiña; de Millais, *La infancia de Santa Teresa*. Vean mis lectores cómo el arte anda vacilante en busca de algo que no sea solamente materia y determinismo científico.

El tiempo de los servilistas pasó ya; los émulos de la máquina fotográfica deben ir pensando en hacer algo más que en pintar maniquíes con caras de estúpidos.

R. BALSA DE LA VEGA

15 de mayo de 1893



MISS MAUD GONNE, FAMOSA DEFENSORA DE LA CAUSA DE LOS OPRIMIDOS IRLANDESES

UNA ENTREVISTA CON MISS MAUD GONNE

Impulsado por vehemente deseo de ofrecer mis respetos á miss Maud Gonne, á esa joven á quien se ha denominado la Velleda de Irlanda, á esa señorita de elevada alcurnia que recorre Europa defendiendo en todas partes la causa de sus hermanos oprimidos, los irlandeses, encaminéme á la avenida de la Grande Armée, donde aquélla habita una casa cómoda, aunque de aspecto vulgar, amueblada con cierto desorden, efecto de la vida agitada de la famosa propagandista. En las paredes algunos cuadros; sobre la chimenea fotografías con dedicatorias, retratos recogidos en todos los países, testas rusas, inglesas, alemanas; en un ángulo de la habitación un piano abierto y sobre éste un látigo: unión simbólica que da idea del modo de ser de la dueña de la casa, que, á no dudarlo, deja el piano por el caballo y el caballo por el piano. En presencia de estos detalles, miss Maud surge en mi imaginación bajo el aspecto de una mujer fina, enérgica, medio artista, medio centauro, acostumbrada desde su adolescencia á recrearse en las melodías de Schuhmann levantando los ojos al cielo y á correr por la tierra cazando ciervos.

Al fin aparece... y su presencia me causa cierta sorpresa. Velleda es altísima, mide por lo menos un metro ochenta y cinco centímetros; no es bella, pero sí interesante. Rodea su cabeza una aureola rubia, espesa, desgreñada; sus facciones denotan firmeza, energía; sus ojos no son vivos, ni petulantes, ni burlones, ni espirituales, ni apasionados, sino inteligentes, soñadores, pacientes, místicos. Unase á estos rasgos una expresión indeterminada, cierto no sé qué de vago y resuelto que hace que las extranjeras, sajonas ó eslavas, sean enigmas vivientes y sus almas incomprensibles para nosotros, y setendrá idea de la fisonomía de aquella joven.

Miss Maud me recibe cordialmente, á fuer de mujer acostumbrada á codearse con literatos y periodistas, estrecha con fuerza mi mano, y entablamos en seguida el siguiente diálogo:

– Supongo, miss Gonne, que estará usted satisfecha, pues parece que el viejo Gladstone va á colmar sus más caras aspiraciones.

– El *home rule,* me responde miss Maud haciendo un gesto con los labios, no es sino un principio de concesión: con él puede satisfacerse en parte la dignidad de Irlanda, pero poca ventaja ha de reportar de él la miseria que padece aquel país desgraciado.

– Pero esa miseria, ¿es realmente tan atroz como se dice? ¿No habrá alguna exageración en las descripciones de los viajeros?

– Sus narraciones, replica miss Maud con acento solemne, están por debajo de la verdad. Pocos conocen Irlanda; para saber lo que allí acontece es preciso penetrar, como lo he hecho yo, á caballo, pues los carruajes no pueden circular por aquellos caminos impracticables, en las aldeas aisladas, lejos de las ciudades... Allí cometen los propietarios sus más terribles abominaciones, y las cometen con la mayor tranquilidad del mundo, ya que nadie ni nada pueden inquietarles: como los hidalgüelos de la Edad media, hacen y deshacen á su antojo, matan de hambre y oprimen á los aldeanos, que en realidad son sus esclavos y á quienes arrancan el pan de la boca. Algunos de esos infelices, para no perecer de inanición, se ven reducidos á comer hierba como los animales, y aun esta hierba, que recogen á la orilla del mar, tienen que pagarla, no pudiendo cogerla ni alimentarse con ella sin la inspección de la policía. ¡Y qué policía! Una policía que respira odio y venganza, compuesta de sectarios tanto más crueles cuanto que saben que están protegidos por la autoridad suprema. Renuncio á describir á usted en detalle tal cúmulo de horrores: con mis propios ojos he visto arrojar de su casa á un anciano de ciento y tres años que no podía pagar el último plazo de su arrendamiento; he visto en pleno invierno á los polizontes apoderarse de una mujer encinta, dejarla en la nieve delante de su casa, prohibir á los vecinos que la recogieran, bajo pena de ser encarcelados, y apagar el fuego que estos vecinos caritativos habían encendido junto á aquella infeliz para calentar sus ateridos miembros, de modo tal que la desdichada enloqueció repentinamente y dió á luz un niño muerto. Y estas escenas se repiten todos los días y en Inglaterra no hay quien lo ignore, pero nadie se preocupa de ello: los periódicos callan, el Parlamento se hace el sordo, y esas hermosas damas virtuosas que fundan sociedades de templanza consienten impasibles que tales ignominias se cometan. Esas buenas señoras no se ocupan, no quieren ocuparse de tales cosas, pretextando que son negocios de Estado y que se trata de la política de la reina; y ante tan fútiles motivos, todos se apartan y bajan la cabeza en señal de acatamiento... Por esto he venido á Francia: conozco cuán generosa, cuán accesible es á los buenos sentimientos, cuán pronta está siempre á volar en auxilio de los débiles: mil veces ha dado de ello pruebas, y quisiera que diese una más y que su grito de piedad y de indignación hiriendo en el corazón á nuestros verdugos les obligase á romper nuestras cadenas.

Miss Maud pronunció este discurso tranquila y pausadamente: su voz no pierde la calma, pero en su mirada brilla una voluntad tenaz... Al escucharla comprendí que sabe dominarse perfectamente, que no cometerá imprudencia, que proseguirá su tarea durante meses y aun durante años enteros sin comprometer su influencia con inútiles provocaciones. Admiré esta tenacidad, este valor; pero al propio tiempo que admiración, sentía dentro de mí cierta inquietud.

– No es natural, me decía, que una señorita bien nacida abandone su posición en la sociedad, renuncie á los goces del matrimonio y á las prerrogativas de su rango, rompa con las preocupaciones de su casta y se lance de lleno á una vida de aventuras. ¿De dónde vendrá tan singular vocación?

Interroguéla en este sentido, sin saber si me contestaría y cómo.

La seguridad con que me contestó demostróme que no he sido el primero en preguntarle tales cosas.

– No soy una profetisa y nada más lejos de mi ánimo que renovar las hazañas de Juana de Arco; pero he sido criada y educada en Irlanda, y usted sabe bien cuán intensas y duraderas son las impresiones en la infancia recibidas. Mi padre, oficial del ejército inglés, tenía numerosas relaciones entre los propietarios; con él y á veces sin él iba yo á pasar algunas temporadas en casa de esos amigos que nos recibían en sus castillos, donde se hacía vida alegre. Un día, tenía yo diez y siete años, encaminábame hacia una de aquellas mansiones situada lejos de Dublín, en el corazón mismo de la provincia. Era en pleno invierno y hacía un frío horrible: al pasar el coche en que iba por delante de una choza arruinada vi á una mujer tendida y desmayada junto á la puerta: bajéme á recogerla, le hice beber un cordial, y cuando hubo vuelto en sí dirigíle varias preguntas, á las cuales me contestó que no habiendo podido pagar su mísero alquiler acababa de ser arrojada de su cabaña por el señor



LA POLICÍA EJERCIENDO SUS FUNCIONES EN IRLANDA. – INCENDIO DE LA CASA DE UN ARRENDATARIO POR ORDEN DEL PROPIETARIO



CASA DERRUÍDA Á GOLPES DE ARIETE POR FALTA DE PAGO DEL ARRENDAMIENTO

que, además, había dado orden de demoler su pobre vivienda. Añadióme que hacía dos días que no comía, y que su marido, un tal Dumán, había ido en busca de algunas raíces exponiéndose á ser castigado por el dueño de las fincas. Puse una moneda de oro en su descarnada mano, y con el corazón oprimido llegué á casa de mi huésped, resuelta á hablar de aquellos desgraciados y á pedir para ellos su misericordia. Pues bien: á mi llegada ¿sabe usted cuáles fueron las primeras palabras que hirieron mis oídos? El dueño de la casa, gritando y dando grandes carcajadas, decía: «He ganado mi apuesta: el año pasado le predije á ese mala cabeza de Dumán, mi arrendatario, que antes de seis meses su mujer pariría en el campo, y ya la tienen ustedes allí. ¡Que reviente! Esto servirá de ejemplo á los demás y les enseñará á pagar puntualmente.» Nada repliqué, no quise recoger tan odiosas palabras; pero aquella misma noche hice mi maleta y me alejé de la guarida de aquel monstruo, jurándome á mí misma dedicar todas mis fuerzas á la liberación de los esclavos irlandeses, consagrar mi vida entera á esa misión sagrada. Y como usted ve, hago cuanto de mí depende para cumplir mi juramento.

Al decir esto miss Maud se sonrió, temiendo quizás que la tomara por una sacerdotisa ó una iluminada, y añadió luego:

- Además, esto me divierte... ¡La vida es tan prosaica cuando no se sabe emplearla bien! Y las distracciones ordinarias, los que se llaman placeres mundanos ¡me inspiran tal indiferencia!... Mi obra, por el contrario, es de las que apasionan. Todas las mañanas recibo centenares de cartas en las cuales se me denuncian abusos ó se me piden socorros: estoy en comunicación con nuestros comités de beneficencia que se encargan de distribuir las cantidades que yo recojo. Todo cuanto gano, el producto de mis conferencias, de mis cuestaciones, todo va á parar á Irlanda, y cuando voy á aquella pobre tierra el pueblo me da las gracias, me aclama y me recompensa todas las penalidades sufridas, todos los esfuerzos realizados, encarnando en mí sus esperanzas aunque engañándose, por desgracia, respecto de mi autoridad y de mis medios de acción. Aquí tiene usted, añade cogiendo un folleto de encima de un velador, el Boletín oficial de los penitenciarios de la Gran Bretaña, que me ha costado mil trabajos conseguir, pues es un documento reservado únicamente á los ministros: en él hay detalles horripilantes acerca de la suerte reservada á los irlandeses acusados de haber conspirado contra la reina y encerrados en el presidio de Portsmouth, en donde viven hace diez años asimilados á los criminales de derecho común, obligados á trabajos repugnantes y tratados con una barbarie digna, cuando más, de la Edad media. Los carceleros, el director, los vigilantes, todos son ingleses, es decir, enemigos natos de nuestros cautivos, enemigos de religión y de raza, y todos procuran inventar cada día nuevas torturas. ¿Quiere usted un ejemplo como muestra? Uno de los presos contrajo recientemente, gracias á la humedad malsana de su calabozo, una inflamación de oído que degeneró en absceso: el médico introdujo la sonda en el órgano enfermo y el paciente dió un grito de dolor y dejó escapar estas palabras: «Tenga usted cuidado, amigo mío, que me hace daño.» «¿Vuestro amigo?, dijo el doctor furioso, ¿yo vuestro amigo?.. No soy amigo de un traidor. Aprended á hablar con más modo.» Y con un movimiento brusco le rompió dentro del oído la sonda de cristal. El desdichado murió á los pocos días después de horribles sufrimientos... Su asesino obtuvo un ascenso. Esta es la situación de las cosas. Hemos suplicado á Mr. Gladstone que indultase á esos mártires y permanece sordo á nuestras súplicas. Por muy dichosos podemos darnos si nuevas víctimas no van á aumentar el número de los condenados á aquel infierno...

- Paréceme, miss Maud, que se expresa usted con demasiada franqueza. ¿No teme usted que á su vez la alcance el resentimiento de los ministros de la reina y que le hagan sufrir la misma suerte que á sus compañeros? ¿Se considera usted segura cuando, de regreso de sus viajes, desembarca usted en Irlanda?

- No se atreverían, me contestó miss Maud dejando brillar en sus ojos una expresión maliciosa, á arrestar á una mujer de la alta sociedad, que á pesar de sus ideas subversivas ha conservado muchas y muy valiosas relaciones. Y á fe que lo siento, pues la cárcel me envolvería en una aureola y haría mi popularidad formidable. Pero aunque me deja en libertad, la policía me vigila rigurosamente: de ello he tenido recientemente una buena prueba. Tuve, no ha mucho, aquí en París una cocinera que me había seducido por su aspecto simpático y por el celo é interés con que me servía y que me inspiraba una confianza absoluta. Pues bien: un día la sorprendí disponiéndose á abrir mis cartas: subí á su cuarto, y en él encontré papeles, telegramas y documentos que me demostraron con toda evidencia que aquella joven estaba á sueldo de Inglaterra. Este descubrimiento afligióme en gran manera, pero no me sorprendió...

La noche se nos echaba encima y juzgué prudente despedirme de miss Maud, á quien pedí permiso para llevarme, como recuerdo de nuestra entrevista, varias fotografías de su país... Algunas de ellas están en estas páginas reproducidas. Al contemplar esas ruinas, esas chozas destruídas por la mano brutal de los propietarios, esos niños medio desnudos, esas mujeres que vagan sin abrigo tiritando al sentir sobre sus cuerpos macilentos el aire crudo del Norte, ¿quién no se sentirá conmovido?, ¿en qué corazón no alentarán el odio implacable hacia los opresores y la más profunda conmiseración hacia los oprimidos?

ADOLFO BRISSON

EN COLABORACIÓN

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y EL MUNICIPIO MADRILEÑO

Ó vice versa: el Municipio madrileño y la Academia Española; porque ésta ha completado la obra de aquél. El Excmo. Ayuntamienlo de la villa y corte ha dejado que se cierren las puertas del *Teatro Español* antes de hallarse terminada la temporada cómica; la *Academia Española* ha declarado desierto un concur-



DESPUÉS DEL DESPOJO. - LA FAMILIA DEL ARRENDATARIO LANZADA DE SU HOGAR: LA PUERTA ESTÁ CERRADA Y NADIE PUEDE PENETRAR EN LA CASA BAJO PENA DE PRISIÓN



SALÓN PARÉS-EXPOSICIÓN CASAS-RUSIÑOL

1. RETRATO DEL PINTOR ARCADIO MÁS. – 5. RETRATO DEL GRABADOR RAMÓN CANUDAS, cuadros de Santiago Rusiñol. – 2. INTERIOR AL AIRE LIBRE. – 3. CELOS. 4. RETRATO DE LA NIÑA SARDÁ. – 6. RETRATO DEL SR. CODINA, cuadros de Ramón Casas.

se de obras dramáticas, del cual tienen ya noticia seguramente los lectores de esta Ilustración. El acto de los señores académicos es digno complemento del acto de los señores concejales, y el conjunto edificante que ambos forman dan la razón, con la brutal elocuencia de los hechos, á los que propalan y sostienen que nuestra literatura dramática se halla en un período de evidente decadencia.

Cuando lectores extranjeros, que suelen estar poco enterados de lo que por este país ocurre, vean en los periódicos de Madrid que el *Teatro Español* (considerado por ellos, por razón del nombre, como teatro nacional) no puede sostenerse por falta de público, y que la *Academia Española,* autoridad suprema en asuntos literarios, no ha considerado digna de premio ni una sola obra, *ni una sola,* de las representadas en todos los teatros de España durante dos años, por fuerza han de compadecernos, y si no nos compadecen será porque

ó no tengan corazón
ó será de bronce ó peña.

Y ahora prosiga Pérez Galdós en sus plausibles tentativas teatrales; persevere el gran Echegaray en trabajar con el mismo ardor y el entusiasmo mismo de sus primeros años, y no abandone Sellés la pluma con que escribió *El nudo gordiano* y *Las Vengadoras,* y vuelva á la palestra Leopoldo Cano, que parece haberse olvidado de los triunfos de *La Mariposa* y de *La Pasionaria,* y no retroceda Felíu y Codina, que ha logrado la envidiable honra de ser competidor de Echegaray en el concurso de referencia, y siga discurriendo regocijador juguete el ingenioso Vital Aza, y sacuda su pereza el celebrado autor de *La Levita* y de *Las personas decentes,* el ya veterano aunque joven aún Enrique Gaspar. Que ahí está la *Academia Española* dispuesta á proclamar con sus fallos que ya no hay quien escriba para el teatro y que los dramas de ahora no valen un comino.

¡Lucidos quedan á los ojos de propios y de extraños, sobre todo de extraños, los que en esta bendita tierra se dedican á escribir dramas ó comedias!

El Ayuntamiento de Madrid tiene un teatro y lo cierra; la Academia Española recibe el encargo de dar un premio y no quiere darlo.

Pero lo más original que hay en esto de la Academia es que la mayor parte de los señores académicos ni van al teatro, ni leen comedias, ni saben de lo que en España se escribe. Un periódico muy popular y muy discretamente escrito, *El Heraldo de Madrid,* tuvo la feliz ocurrencia de abrir una *información académica* y de publicar los resultados de la misma; no voy á reproducir, ni á extractar siquiera, las conferencias que el inteligente redactor de *El Heraldo* celebró con algunos individuos, más ó menos importantes, de la docta corporación; pero sí he de manifestar la extrañeza que en mí produjo el convencimiento de que los señores académicos, llamados como tales á ser jueces y fallar en conciencia este litigio literario, solamente conocían los dramas *Mariana* y *La Dolores* por *haberlos oído leer* al maestro Barbieri, que ha fama de excelente lector.

De las demás obras, cómicas ó dramáticas, estrenadas en el lapso de tiempo determinado por el fundador del premio, ni tienen noticias siquiera.

Bastó á muchos una sola audición para formar juicio y emitir dictamen. ¡Admiremos su prodigiosa perspicacia y rindamos parias á la maravillosa lucidez de su entendimiento!

. . . .

Conste, y me importa dejar esto muy bien sentado, conste que no soy enemigo de la Academia y mucho menos de los académicos; entre éstos hay algunos á quienes de todas veras estimo y aun respeto; de las Academias pienso que para nada sirven, pero creo también que á nadie estorban; no merecen, pues, como colectividades, ni mi animadversión, ni mis simpatías.

Me explico y comprendo perfectamente lo sucedido: los académicos tienen sobre sí demasiadas atenciones para que puedan aceptar otras nuevas.

Muchos de ellos no van ya al teatro porque no se lo permiten ni los achaques de la edad, ni sus aficiones de ahora, ni sus deberes oficiales. Creo, sin embargo, que ellos mismos pudieron comprender eso, y comprendiéndolo debían no haber aceptado un encargo que, si ha de ser cumplido como Dios manda y como los fundadores indudablemente querían, exige mucho trabajo y muy detenido estudio.

Conocí, hace ya mucho tiempo – y séame lícito evocar su recuerdo, que viene muy al caso – á un buen señor, muy popular en su distrito y que, á pesar de esa circunstancia, no consintió jamás que su nombre figurase en candidatura para diputado, ni para senador, ni aun para simple vocal de un *comité* (la Academia sea sorda).

– Es usted excesivamente modesto, le dijo en cierta ocasión un su amigo que trataba de persuadirle á que fuese alcalde.

Y al reproche afectuoso contestó él:

– No hay tal modestia; en todo caso habría orgullo. Si no quiero ser alcalde, ni representar al país en las Cortes, ni tener cargo alguno público, no es porque me considere ya inepto para desempeñar funciones de soberanía. Presumo que, poco más punto menos, puedo desempeñarlas como tantos otros las desempeñan y aun mejor que algunos. Lo que hay es que necesito de todo mi tiempo para cumplir las obligaciones que he adquirido ya y no pienso adquirir otras nuevas. Si yo creyese que mis amigos ó mis conciudadanos habían menester de mí, que faltándoles mi cooperación en esos puestos iban á resultar perjudicados, preferiría perjudicarme yo; desatendería mis negocios propios, y allí iría á cuidar los ajenos; pero como hay de sobra quien desea ser alcalde y para mí resultaría el serlo pesadísima carga, comprenda usted que sería torpeza insigne ó imperdonable niñería contraer deberes cuyo cumplimiento había de serme dificultoso. Porque eso sí, el día en que yo aceptase un puesto de esos, á ocuparlo dignamente consagraría toda mi actividad, toda mi energía, toda mi inteligencia.

A mi juicio, en este caso particular del *premio Cortina,* los señores académicos han debido, para proceder juiciosamente, obrar lo mismo.

Negarse en absoluto, terminantemente, á la aceptación de ese mandato..., y de no haberlo hecho así, de haberlo aceptado, aceptarlo con todas sus consecuencias. Era la obligación de ver representados en el teatro las comedias y los dramas, que para ser representados los escribieron los respectivos autores; de estudiar atenta y detenidamente las obras teatrales que han de entrar en concurso; de llevar á cabo estudios comparativos entre unas y otras, y dictar después sentencia razonada, para satisfacción del público en general, y en particular de los autores no premiados, que alguna consideración y algún respecto merecen.

La Academia no se ha creído en la obligación de hacer nada de eso. Una comisión de su seno – comisión compuesta de no sé cuántos señores – ha examinado algunas obras; nadie sabe cuántas ni cuáles.

Después veinte señores académicos, de los cuales se sabe por confesión propia que ni tienen noticia alguna de las obras estrenadas, ni conocían siquiera las escogidas por la comisión hasta que las *oyeron leer,* han votado que no merecía ninguna el premio.

Seamos francos. ¿Existe en tan irregular procedimiento y en tarea tan incompleta garantía de que se ven realizados los nobles deseos de los fundadores? No.

Esos fundadores pretendían, y esto se ve muy claro en las cláusulas de la fundación, proteger la literatura dramática, estimular á los dramaturgos españoles; la Academia, al desempeñar por primera vez funciones de tribunal sentenciador, ha hecho por su parte precisamente lo contrario de lo que estaba encargada de hacer: ha perjudicado al arte y ha matado (en lo que de ella depende) el noble estímulo de los escritores.

Por razones que ahora no expongo, pero que tal vez me permita exponer en otra ocasión, considero locura esperar de la Academia Española cosa distinta. El resultado había de ser necesaria y fatalmente el que ha sido, el que será siempre.

Resultado cuyo deplorable efecto no se atenúa con la determinación adoptada (después de hecho el daño) de consultar á *la representación* del donante del premio... No después, sino antes de dictar sentencia, debió de haberse hecho esa consulta; aunque, lo repito, lo mejor habría sido no aceptar el encargo que necesariamente había de cumplirse de mala manera en desprestigio del teatro español y con perjuicio de los autores que para él escriben.

A. Sánchez Pérez

Post-scriptum. Escrito el articulillo precedente, llegan á dar más vigor á los razonamientos en él contenidos: la concesión hecha (á destiempo y como *por amor de Dios*) por la Academia, y el discurso agresivo del Sr. Pidal; discurso acerca del que podría decirse mucho y aun acaso se diga..., pero que por hoy solamente es dable comentar con un *enterado y autos.* – *Ut supra.*

EL SUEÑO DE UNA MADRE

Aún conmovían el aire las trepidaciones del tren que acababa de salir de la estación de Arosa, cuando pálida y jadeante penetró en el andén una mujer pobremente vestida. «¡El tren! ¡El tren!,» dijo con angustia infinita viendo desaparecer achicándose la negruzca masa, y después sintiéndose vencida por el dolor y el cansancio se desplomó sobre un banco.

– ¿Qué le sucede á usted, buena mujer?, le preguntó el jefe de estación que se encaminaba á su despacho.

La mujer alzó la cabeza, y mientras resbalaban por sus mejillas copiosas lágrimas dijo de un modo inconexo:

– Mi hijo muriéndose en Bilbao... Ayer tarde me lo dijeron; he corrido toda la noche para llegar al tren, para ir á abrazar á mi hijo, á acompañarle en su agonía. ¡Toda la noche corriendo por los campos, por los montes... muchas, muchas leguas, para llegar al tren, y el tren se ha marchado!

– Vaya, tranquilícese usted, le respondió el jefe, dentro de dos horas pasa otro tren para Bilbao, mientras tanto puede usted descansar; eso le hará á usted bien, y aun si usted pudiera dormir un poco ya le despertaría yo á tiempo.

– Si la cabeza, señor, me duele, se me rompe la cabeza. Mi pobre hijo muriéndose en el hospital. Ayer me lo dijeron y he corrido, he corrido...

– Bueno, bueno; procure usted dormir y ya la despertaremos en el instante oportuno.

El jefe de la estación se dirigió á su despacho y la pobre mujer se quedó murmurando:

– ¡Dormir, dormir mientras mi hijo se muere!

Después clavó tercamente la mirada en las dos líneas de los rieles, los cuales, más felices que ella, se dirigían hacia Bilbao, y pasaron por su frente todas las tristezas que desde el día anterior le destrozaban el alma.

Recordó que hallándose en la cocina de su pobre casa sintió que abrían la puerta. Era el cura del pueblo.

– Felices tardes, Ana María, le dijo.

– Felices, señor cura.

– Pues he salido á dar un paseo como de costumbre, y me he dicho: voy á ver cómo sigue esa buena Ana María... Y á propósito, ¿hay noticias del hijo?

– La mujer de José Antonio, que estuvo en Bilbao, me dijo que le había visto bueno, gracias á Dios, y trabajando como siempre en las canteras. Mil gracias, señor cura.

– Es que ese trabajo de las canteras... A mí no me gusta que los chicos de este pueblo vayan á trabajar á las canteras, porque con eso de la dinamita, quiero decir los barrenos, á lo mejor se descuidan y una piedra...

– ¡Una piedra!

– Sí, mujer de Dios, puede caer una piedra.

– ¿Pero mi hijo?

– Yo no hablo de su hijo de usted, sino que suceden casos...

– ¡Herido mi hijo! ¡Muerto mi hijo!

– ¡Pero quién ha dicho tal cosa!

– No, no lo niegue usted, á mi hijo le ha sucedido una desgracia. ¡Dios mío, Dios mío!

– Vaya, vaya, calma; no es para tanto. Sí, acaban de decirme que ha habido carta de Bilbao y cuentan que á su hijo de usted...

– ¡Muerto!

– ¡Qué muerto, ni qué nada, mujer de Dios; una herida, un rasguño en un brazo; vamos, sí, una herida! ¿Pero adónde va usted?

– ¡A Bilbao!

– ¡Si ya se echa la noche encima!

– ¡A Bilbao!

– ¡Si tiene usted siete leguas hasta la estación más cercana, hasta la estación de Arosa!

– No importa, voy á Bilbao.

– ¿Y los malos caminos y la obscuridad de la noche?

– ¡Dios me guiará; quiero ver á mi hijo!

– Espere usted á mañana.

– Ni un momento más, señor cura.

Y efectivamente, dejando su pobre casa y en ella al estupefacto sacerdote, había corrido, había corrido por los campos, por las montañas, sin vacilaciones, sin miedos, confiada en Dios y con el pensamiento en su hijo, toda la noche, toda la larga noche, con dirección á Arosa. Y cuando llegaba anhelante, sudorosa, exánime había oído el silbido penetrante de la locomotora anunciando su marcha, después el crujido de las enganches, después el resbalar de los vagones... y entró en la estación cuando el tren salía camino de Bilbao por aquellas dos líneas de los rieles que ahora contemplaba tercamente. Por allá se había ido el monstruo de entrañas de hierro que no quiso esperar un instante más á una madre. ¡Y dos larguísimas horas aún inmóvil en aquel banco, y allá abajo, allá lejos su hijo muriéndose!..

Sentía una opresión en las sienes como si se las sujetaran con una tenaza de hierro. Era un dolor á la vez pesado y punzante. La fatiga, el cansancio latente en su cuerpo mientras le animó la impaciencia de

llegar á la estación de Arosa caía ahora por todo su ser como una lluvia de plomo. Aquellos pies no eran sus pies, aquellas piernas no eran sus piernas, aquellos brazos no eran sus brazos; eran pies, piernas y brazos de hierro, pero de hierro dolorido, y no los que ella tenía anteriormente de carne y hueso.

En sus ojos, que tantas lágrimas habían derramado, faltaba algo como la conciencia de la visión; es cierto que veían, pero de un modo perezoso y vago: ¿era efecto de las lágrimas. ¿Era sueño? ¿Era desmayo? Quería pensar en su hijo y no podía; una invencible laxitud la dominaba. ¿Se moriría así? ¿Y si rezara para no dormirse ó para no morir de aquella manera?

Comenzó con torpe labio á murmurar sus oraciones. Un padre nuestro, otro aún; pero ¡qué torpeza la suya! Una avemaría para ver pronto á su hijo. Sí, «Dios te salve María.» ¡Ah! Su cuerpo, que era como de hierro, se convertía en nube, en aire, en gasa; su labio se detenía, sus ojos se cerraban, su pensamiento desaparecía... volaba... Se había dormido, y así continuó durante una hora con un sueño tranquilo y profundo, sin que en sus oídos despertara un eco ninguno de los mil ruidos de la estación; despues exhaló un largo suspiro, y como si saliera del fondo de una cerrada nube pasó de las profundidades del sueño absoluto á las regiones de otro sueño más consciente y desasosegado. Entonces, aunque de un modo incompleto y con las vaguedades todavía de la somnolencia, tuvo noción de que se hallaba sentada en un banco; ¿pero dónde? No lo sabía. ¿Estaba sola? Sí. ¿Esperaba á alguno? Sí, esperaba á su hijo. ¿Iba á venir pronto? Sí, iba á venir pronto. ¿A sentarse en aquel banco? Sí, á sentarse en aquel banco. Extendió los brazos... no había llegado todavía. Volvió á dormirse más profundamente y le abrazaba en sueños...

En la estación resonó en aquel momento el agudo sonido del timbre del telégrafo.

Poco después salió el jefe de su despacho, y dirigiéndose hacia la infeliz mujer la sustrajo cruelmente de sus hermosos sueños, diciéndole:



ÁNGEL, estatua de Enrique Clarasó (Salón Parés)

– ¡Ea! Despiértese usted; el tren para Bilbao va á llegar. Aquí tiene usted el billete de tercera. Su importe es cuatro pesetas y media...

Buscólas ella afanosa y torpemente en un profundo bolsillo y se las entregó.

– Bueno: ahora pase usted al otro andén, porque aquí hay cruce y el tren de usted viene por aquella vía y por esta el que baja de Bilbao.

La pobre mujer pasó, como el jefe le ordenaba, al andén opuesto, no sin dirigir antes una mirada cariñosa al banco en que había soñado que abrazaba á su hijo.

Pocos momentos después llegó el tren, y ella impaciente y nerviosa subió al vagón que había de llevarla á Bilbao.

Mas á pesar de sus impaciencias el tren no se ponía en marcha. ¡Claro! Tenía que esperar al otro, al que bajaba de la capital vizcaína.

Ya estaba allí; pasó su locomotora como un relámpago, aun cuando venía refrenando la marcha, y el cuerpo del tren al detenerse se interpuso entre ella y el banco de sus sueños.

¿Pero cuándo saldrían? Sonó el silbato del jefe de estación, después silbó la locomotora. ¿Marchaban ya? No, todavía no. ¡Era el otro, era el otro!

Asomóse á la ventanilla para verlo marchar, pasó el último vagón, quedó libre el espacio, miró hacia el banco de sus sueños y presintió, adivinó, vió medio arrojado en él un joven pálido, con un brazo en cabestrillo, cara de sufrimiento... Era él, su hijo. ¡Vivía!

¡Y aquella maldita portezuela de su coche que no quería abrirse, y el tren que iba á partir! Ya silbaba la máquina, forcejeó con ira... ¡Al fin! Arrojóse al suelo, gritó: «¡Hijo!» Alzó el joven la cabeza y ella con indecible acento suplicó:

– ¡No te muevas, no te muevas!

Y aquella infeliz madre que durante una larguísima noche había corrido por campos y montes sin vacilar una vez, cayóse tres veces cruzando el cortísimo espacio que la separaba de su hijo, de aquel banco donde le había abrazado en sueños... ¡esos sueños proféticos de madres con los que Dios fabrica sus realidades más hermosas!

JOSÉ DE ROURE



SAN JUAN DE PUERTO RICO. – MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA EN LA PLAZA DE ALFONSO XII CON MOTIVO DE LA RECIENTE LLEGADA Á AQUEL PUERTO DE LA NAO «SANTA MARÍA» (de fotografía remitida por D. Marcelino García)



DESACUERDO Y ARMONÍA, cuadro de A. Corell.

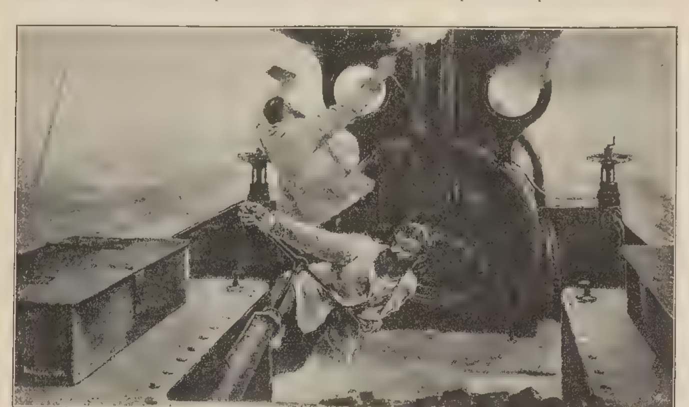


EL PRIMOGÉNITO, cuadro de E. Lancerotto

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El escultor aleman Toberentz se ha encargado de continuar el monumento a Latero que ha de erigirse en Berlin y que el difunto escultor Otón dejó sin concluir.

París. Como siempre, las salas altas del palacio de la Industria se ven inundadas de cuadros: á pesar de la severidad



EN PELIGRO INMINENTE, cuadro de Vicente Cutanda

del Jurado, ocupa este año la Exposición de Pintura 37 de aquéllas, lo que constituye un conjunto de pinturas más que suficiente para marear á inteligentes y profanos á pesar del intermedio que pueden proporcionarse los visitantes en el salón de descanso.

Podemos citar como sobresaliendo entre esa plétora de tela pintada, un retrato de señora, por Bonnat; el de Francisque Sarcey en casa de Mme. Brisson, por M. Baschet, y el de Lord Dufferin, por Benjamín Constan; el *clou* de la exposición ha convenido todo el mundo que es la obra del maestro Roybet *(Propos galants)*, quien además tiene otra bien diferente por asunto y ejecución, *Carlos el Temerario en la iglesia de Nesles.*

Munkacsy ha presentado la pintura decorativa que debe cobijar la tribuna del Parlamento húngaro. Alma-Tadema, el que hace revivir con verdad asombrosa los romanos de la antigüedad, expone á Heliogábalo ahogando á sus convidados con una lluvia de rosas.

Todas las personalidades que descuellan en la Escuela francesa y muchas que avaloran otras están representadas en el tradicional Salón de los Campos Elíseos donde se reparten anualmente las no menos tradicionales medallas, y en el nuevo Salón del Campo de Marte, metrópoli del modernismo donde la fraternidad es más practicada, gracias á la abolición de esas pueriles recompensas de varias clases, metales y condiciones. J. P. Laurens llama con justicia la atención con su San Juan Crisóstomo, obra de concepción original, y la deliciosa escena del terror, *La niña Bonchamp.*

El venerable *Jules Breton*, con su poesía sincera, simple y sentida de la naturaleza; Bouguereau, con sus amores y desnudeces, que no asustan, y Henner, con sus efectos brillantes y preconcebidos, atraen justamente las miradas del público, como también las obras de jóvenes como Henri Martín, Collín, Rochegrose, Geoffroy, Grolleron y otros.

Viejos, ancianos y mozos en el paisaje, si no en la misma importancia que otras veces, brillan individualmente muchos, como Français, Harpiguies, Zuber, Yon, etc.

De los nuestros llaman la atención Sorolla con el cuadro *El exvoto* (publicado en nuestras páginas) y el amigo Meifrén con sus emigrantes.

La brillantísima Escuela de la Escultura francesa, la primera de las escuelas artísticas de nuestros tiempos, embellece como de costumbre la gran nave central del Palacio. Falguière ha presentado su *Poesía heroica* y Charpentier el grupo en mármol de los luchadores: Barrias, una estatua decorativa, *La Escultura y la Naturaleza descubriéndose ante la Ciencia*, y Frémiet un hermoso bronce, *Juana d' Arc, adolescente.*

Larche, una hermosa alegoría, *La pradera y el campo*: Carlier, la figura de *Mme. Roland;* Bailly, una elocuente demostración de cómo hasta con el odioso traje actual, el talento y la inspiración pueden modelar una estatua tan bella cómo la del insigne *Chevreul.*

La caligrafía, de Coutan, el *Adiós*, de Loiseau, y otros grupos, figuras, relieves, bustos, etc., de Fagel, Saulo, Sicard, Vital-Cornu, etc., completan la escultura francesa.

Entre los escultores extranjeros se distingue Durnbauer, de Viena, con su grupo de *El hambre*, vigorosa y ampliamente ejecutado.

La nota sobresaliente en el Campo de Marte es la grandiosa y bella composición del respetable y simpático maestro Puvis de Chavannes, *Homenaje de Víctor Hugo á la ciudad de París*, destinada á la decoración de la nueva Casa Consistorial.

Roll ha resuelto con felicidad las dificultades inherentes á la reproducción de esas empalagosas ceremonias oficiales en la inmensa tela donde pinta la celebración del *Centenario de 1889 en Versalles.*

Con la fábula de Lafontaine *La muerte y el leñador*, afirma de nuevo y por manera poderosa sus excelentes y serias cualidades L' Hermitte, y hace otro tanto Dagnan Bouveret con sus retratos y con el cuadro *En el bosque.*

El misterioso Carrière, con sus escenas íntimas; Carolus Durand, con la briosa pincelada que le es peculiar, presenta sus retratos de aspecto aparatoso y brillante, y al lado de éstos y de otros maestros la cohorte entera del impresionismo en todos sus tonos y matices.

La sección de escultura, sin que falten buen número de excelentes obras, es, como de costumbre, menos importante que en los Campos Elíseos; pero en cambio lucen en el Campo de Marte muchas obras de las distintas artes decorativas, como muebles, esmaltes, cerámica, grabados, vidrios, metalistería, encuadernaciones, etc., que complementan con sus aplicaciones la Exposición de las Artes Bellas.

Barcelona. Salon Parés. Ha expuesto Cutanda un boceto, bien concebido y de hechura briosa y decidida, que impresiona vivamente al espectador. La plataforma de una locomotora, cabeza de un tren probablemente en peligro de un choque con otro que más que verlo se supone que viene en dirección contraria. Lástima que los accesorios y detalles que debían contribuir á explicar claramente el peligro, hállense vagamente indicados, por lo cual la obra no obtiene el carácter dramático que pudo revestir.

Agrasot presentó una figura, señora vestida á la moda del Imperio, cuadrito agradable por su ejecución fina y detallada; Solá una escena campestre, bien dibujada y brillante de luz y el retrato de una señora al aire libre, en un jardín, de entonación acertada, aunque algo gris.

Posteriormente ha ocupado el sitio de preferencia un paisaje de Vancells, justamente premiado en nuestra Exposición Nacional. Tiene esta obra unidad perfecta y entonación atractiva, aunque con ligero dejo convencional, pero que en poco desmerece la obra.

Cussachs ha pintado, con las cualidades que le distinguen, una amazona acompañada de un joven oficial, trotando por las umbrosas vías de un parque. Sans Castaño, un cuadrito titulado *Interrupción*, reminiscencia de otro que figuró en uno de los pasados *Salones* de París; y Brull, un busto de señora, de pincelada algo indecisa.

Alandi, junto con la copia no muy fiel en cuanto al dibujo de una obra muy celebrada en el Salón el año pasado, se muestra con un cuadro original, no muy feliz, que en conjunto, y especialmente por la figura principal, recuerda claramente otro del malogrado Simón Gómez, que publicaremos en el próximo número.

Salón de «La Vanguardia.» – Llama con justicia la atención de los concurrentes una chimenea gótica de nogal tallado, obra del joven escultor Sr. Riera, uno de nuestros artistas que con más entusiasmo aplica su talento al renacimiento de nuestras artes decorativas.

Necrología. – Han fallecido recientemente.

Sir James Dorner, general inglés, comandante en jefe de Madrás, que se distinguió notablemente en la guerra china y en la guerra egipcia de 1882 y en la expedición al Nilo de 1885.

Nadj Effendi, famoso historiógrafo y filiólogo turco.

Gustavo Nadaud, poeta, compositor y novelista francés.

Claudio Calthrop, notable pintor inglés cuyos cuadros han llamado la atención en las últimas exposiciones de la Royal Academy de Londres.

NUESTROS GRABADOS

Mesalina, estatua de Vicente Alfano. – El escultor napolitano Vicente Alfano trata con preferencia los tipos de la historia de Roma, de la que ha hecho especial estudio. La estatua que de él reproducimos y que figuró en una exposición celebrada recientemente en Nápoles representa á la corrompida emperatriz, cuando aún el vicio no había agostado su belleza plástica, y revela en las correctas líneas de sus formas, en su actitud y en los pliegues del ropaje á un escultor de verdadero talento que concibe con vigor y ejecuta con espontaneidad y seguridad admirables.

Salón Parés (Barcelona), **Exposición Casas-Rusiñol.** – Varias veces en estas columnas nos hemos ocupado de las obras de Ramón Casas y Santiago Rusiñol, y especialmente de la significación que aquéllas tienen en el movimiento evolutivo del arte pictórico en nuestra región y en la influencia que en él ejerce el modernismo. Esta circunstancia nos releva del que en otro caso consideraríamos como deber, ó sea, el dar á conocer la personalidad de estos dos pintores, que aunque jóvenes, han logrado singularizarse. Hemos, pues, de limitarnos á consignar que su última exposición anual, en la que exhibieron treinta y tres lienzos, revistió mayor importancia cualitativa que las anteriores y que todas las producciones fueron una gallarda confirmación de los resultados que pueden obtenerse cuando el artista imprime en su obra el sello de la sinceridad, utilizando sencillos medios de ejecución. Mayor espacio del que podemos disponer exigiría la somera indicación de los escollos y dificultades vencidas en la tonalidad, en el ambiente y en el todo armónico de los patios é interiores, en los efectos de luz de las producciones al aire libre y la habilísima ejecución de retratos tan admirablemente ejecutados como el del distinguido pintor Mas y Fontdevila, del doliente y malogrado Canudas y de la preciosa hija de nuestro buen amigo D. Juan Sardá.

Plácemes sinceros merecen los dos campeones del modernismo catalán, y no menores su compañero inseparable, el discreto escultor Enrique Clarasó, por el ángel que también expuso, modelado para un monumento sepulcral. El Salón Parés, en donde han sido aceptados los lienzos que han remitido, nos ofrecerá ocasión para volver á testimoniar á tan inteligentes artistas la consideración que nos merecen.

Misa de campaña celebrada en San Juan de Puerto Rico con motivo de la llegada de la nao «Santa María» (de fotografía). – Entre los varios festejos con que la capital de Puerto Rico celebró la llegada de la nao *Santa María* figuró una misa de campaña. Verificóse ésta en la plaza de Alfonso XII, asistiendo á ella diputaciones de todos los altos cuerpos, prensa, cuerpo consular, y formando el cuadro las fuerzas del ejercito y voluntarios francas de servicio. Terminada la misa, el alcalde entregó al Sr. Concas, comandante de la nao, el precioso estandarte regalo de la ciudad, bordado por las señoritas de Penado, y seguidamente se organizó la procesión cívica para conducir el estandarte á la *Santa María*, donde fué enarbolado en el palo mesana, mientras la nao y los cruceros *Indio* y *Fernando el Católico* hacían salvas de artillería. La fotografía de que es reproducción nuestro grabado está tomada en el momento en que el Sr. Concas, enarbolando el magnífico estandarte, vitoreó al rey, á España y á Puerto Rico.

Desacuerdo y armonía, cuadro de A. Corelli. – Cada uno de los dos grupos que constituyen la parte esencial de este cuadro es una nota de sentimiento bellísima: en uno preside la paz, la armonía entre los dos enamorados que como juntaron sus almas unen sus voces entonando una canción popular; en el otro la discordia ha encendido su tea, aunque á juzgar por la actitud y la expresión de los dos amantes es de presumir que esa tea se apagará en breve y que volverá á lucir con más intensidad que antes el iris de bonanza en el cielo momentáneamente empañado por leve nubecilla. El autor de este cuadro ha estado realmante feliz en la manera de presentar esta idea, armonizando con la sencillez del tema la sobriedad de la decoración y la pobreza de los accesorios de esa cocina de granja.

El primogénito, cuadro de E. Lancerotto. – Varios son los cuadros que de Lancerotto hemos publicado, entre los cuales recordamos *Las dos coquetas*, *En el balcón* y *¿Le quieres mucho?* De asunto sencillo y perfectamente sentidos todos ellos, esas cualidades, que pudiéramos llamar de fondo, hállanse siempre realzadas por una ejecución intachable que no necesita apelar á falsos recursos ni descender á vulgares llanezas para producir en el ánimo del que tales obras contempla la emoción estética y el efecto de la realidad. *El primogénito* es otra prueba de nuestros asertos, y tanto por la composición, como por el dibujo, como por la expresión de cada una de las figuras, merece ser considerado como uno de los mejores lienzos del célebre pintor italiano.

En peligro inminente, cuadro de Vicente Cutanda (Salón Parés). – *Una huelga en Vizcaya* titulábase el gran lienzo que Cutanda presentó en la Exposición internacional de Bellas Artes. Por él obtuvo un primer premio. Hoy presenta en el Salón Parés otro lienzo de concepto moderno también, cuyo asunto, aunque un tanto complejo, está desarrollado con notable simplicidad. Trátase de un tren en marcha, cuyo maquinista observa la aproximación de otro convoy que adelanta en sentido contrario y que ejecuta los mayores esfuerzos, auxiliado por el fogonero, para aminorar la velocidad y llamar la atención por medio de las señales. La escena desarróllase en la pequeña plataforma que determina la distancia que media entre el hornillo y el ténder, y tanto las violentas actitudes de las dos figuras, como las piezas de la locomotora, revelan gran estudio, denotan el temperamento especialísimo de Cutanda, que tan perfectamente se identifica con el asunto que trata de representar, que en el lienzo á que nos referimos, quizás más que en otro alguno, se significa con mayor fuerza la ansiedad de los empleados de la máquina por la inminencia del peligro que les amenaza.



LÁPIDA CONMEMORATIVA *colocada por los estudiantes españoles en el monasterio de la Rábida en las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América, proyectada por Ricardo Vázquez y ejecutada por Francisco Nicoli (de fotografía de Diego Pérez Romero, de Huesca).*

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

XIV

Después del almuerzo propuso Barincq dar un paseo por los jardines y por el parque, pero su mujer declaró que se encontraba muy fatigada á consecuencia de la noche pasada en ferrocarril; además nada había en estos jardines que la



Barincq, sin permitirse tocar los papeles, permanecía detrás del notario (véase la pág. 324)

señora de Barincq no conociese, y los largos paseos que por ellos había dado en otro tiempo, acompañada por su cuñado cuando ella solicitaba que Gastón hiciese frente á los acreedores de Barincq, habían dejado en su espíritu recuerdos muy desagradables.

Yo no estoy cansada, dijo Anie.

– Sobre todo, dijo la señora de Barincq, no animes á tu padre para que haga locuras ni te pongas de su parte en contra mía.

– ¿Quieres que empecemos por las dependencias?

– Como hemos de verlo todo, principiaremos por donde tú quieras.

Espaciosas eran aquellas dependencias; construídas en una época en que las construcciones eran baratas, habíase hecho todo en gran escala, y las caballerizas, las cocheras, los establos, las granjas, habrían sido suficientes para tres ó cuatro tierras como las de Ourteau; todo esto, aunque en realidad no se utilizaba, estaba perfectamente cuidado y en excelente estado de conservación.

Al salir de los patios que rodean aquellos edificios, atravesaron los jardines y bajaron á los prados. Para protegerlos contra las crecidas del Gave, cuyo curso varía á cada inundación, no se cortan nunca los árboles de sus orillas. A pesar de la solidez de sus raíces, algunos de esos árboles añosos y corpulentos arrancados en las grandes avenidas se han inclinado y están como caídos, constituyendo así á modo de puentes de follaje que enlazan las riberas ó los islotes formados por algunos arroyuelos que proceden del río.

– ¡Qué hermoso es esto!, gritó Anie. ¡Qué fresco, qué verde, qué poético! ¿Es posible realmente adivinar así la naturaleza con la sola intuición del genio? Sí, es posible: Corot no ha estado nunca aquí y ha pintado este cuadro cien veces.

– ¿Te gusta esto?

– Más que gustarme; me llena de admiración; aquí está todo: hasta el tinte gris de las lontananzas en una atmósfera límpida, hasta los matices delicados del conjunto, hasta esa belleza ligera que llega revoloteando hasta el espíritu. Será en mí un gran atrevimiento, pero desde mañana voy á principiar un estudio.

– Entonces ¿no te propones renunciar á la pintura?

– ¿Ahora? Menos que nunca. En París era donde, en algunas horas de abatimiento pude tener la idea de renunciar á la pintura cuando yo me preguntaba á mí misma si tenía talento ó por lo menos esa inteligencia mediana que se necesita para contentar á unos y á otros; á los maestros, á la crítica, á los enemigos, al público. Pero ahora ¿qué me importa agradar ó no agradar con tal que á mí misma me satisfaga? Solamente cuando se trabaja para el público se inquieta por ese elemento; por uno mismo conoce que no se tiene nunca bastante, nada importa por consiguiente el más ó el menos; se va adelante; se trabaja para sí, y esta es acaso la única manera de ser original ó tener personalidad propia.

Anie tomó el brazo de su padre, y abrazándole tiernamente le dijo:

– Viene á ser esto como si yo no encontrase marido; ahora ¿qué es lo que esto nos importaría? Ya comprendes que en lo que respecta al matrimonio no pienso hoy lo mismo que pensaba en la noche de nuestra velada musical; aquella noche en que tanto te asombraba y te afligía tanto verme decidida á aceptar á cualquiera, á trueque de casarme. ¿Recuerdas que te dije que á los veinte años una muchacha sin dote era ya solterona, en tanto que la rica, aun después de cumplir veinticuatro ó veinticinco años, es todavía casadera? Ya que por obra y gracia de una varita milagrosa me he rejuvenecido, y para bastante tiempo, no necesito apresurarme. Hace un mes que yo solamente podía pensar en casarme á toda costa; de hoy en adelante cuando piense en el matrimonio solamente me fijaré en las condiciones personales del marido, en lo que sea realmente, y si me gusta, y si encuentro en él algo de ese príncipe encantado con el que soñaba yo en otro tiempo, te suplicaré que me cases con él, sea quien fuere.

– Y lo haré así, confiando en el acierto de tu elección.

Es asunto concluído y que, por mi parte, te deja en completa libertad. Permanezcamos aquí, volvamos á París, para mí es lo mismo; haré lo que quieras. ¿Pero y mamá? Figúrate que desde el momento en que se supo que eso de la herencia era seguro, no hemos hecho otra cosa que buscar cuarto.

– ¡Qué niñería!

– Y si no quedó apalabrado uno en la ronda de los Italianos es porque mamá estaba perpleja entre ese y otro que habíamos visto en la calle Real; y has de perdonarme que te diga que, cuando miro estas cosas desde el mismo punto de vista de mamá, no me parece que sea del todo una niñería. Mamá es parisiense y solamente París es de su agrado; lo mismo que tú, por haber nacido en una aldea, eres aficionado al campo; para ti nada tan hermoso como estas praderas, esos campos, esos horizontes y la existencia tranquila del labrador ó del propietario rural; para mamá, nada más dulce que la vista de aquellas calles inmensas, de aquellos paseos concurridos, de aquellos grandes teatros y en fin de aquella vida de la ciudad; tú te ahogas en una casa de la cual solamente ocupas un piso, mamá no respira sino en una habitación baja de techo; tú gozas acostándote á las nueve de la noche, mamá sólo estaría contenta retirándose al amanecer.

– Pero, hija mía, cuando os propongo que habitemos en Ourteau no pretendo privaros por completo de París. Si permanecemos aquí ocho ó nueve meses cada año, podemos perfectamente pasar tres ó cuatro en París. Esta vida llevan algunas familias que no valen menos que nosotros y que así viven contentas sin que á nadie le parezcan estúpidas. Supongo que no has de negarme la justicia de confesar que desde que tienes ojos para ver y oídos para oir, nunca me has oído maldecir ni de mi suerte, ni de la injusticia de los hombres, ni de nadie.

– Es verdad.

– Pero ahora ya puedo decírtelo: hace bastante tiempo sentía yo que mis fuerzas se agotaban, y más de una vez me pregunté si no caería rendido en el camino; estos últimos veinte años de vida parisiense, de trabajo incesante, de cuidados, de privaciones, sin un día de reposo, sin un minuto de tregua, me han agotado; yo seguía, no obstante, sólo porque era necesario seguir, por vosotras y para vosotras; porque antes de pensar en sí mismo piensa uno en los suyos. Aquí es donde al renacer yo á nueva vida he sentido perfectamente mi abatimiento. Es necesario que concedáis á mi vejez esa existencia natural de que ha carecido mi edad viril; á esto se reduce lo que os pido.

– ¿Y por de contado no ignoras lo que voy á contestarte? ¿Verdad?

– Además no son estas las únicas razones que me obligan á permanecer en este sitio; tengo otras que, justamente por no ser de carácter personal, tienen más fuerza. He pensado siempre que la riqueza impone obligaciones á los que la poseen y que nadie tiene derecho á ser rico sólo para él, únicamente para proporcionarse bienestar y procurarse placeres. Sin haber hecho nada para merecerlo, viene la fortuna de la noche á la mañana á caer en mis manos: pues bien; ahora es indispensable y es justo que yo gane esa fortuna, y para esto entiendo que lo mejor es emplear esta riqueza en procurar el mejoramiento y la felicidad de los vecinos de este país, al cual amo de todo corazón porque en él he nacido.

Estas palabras de Barinq sorprendieron á Anie, que miró á su padre con admiración no exenta de inquietud. ¿Qué entendía su padre por emplear aquella fortuna, que llegaba como llovida del cielo, en el mejoramiento de los aldeanos de Ourteau?

No se habitúa la inteligencia á ver que en el seno de una familia se critica constantemente al cabeza de la misma, se impugnan sus ideas, se pone en duda su infalibilidad, se discute su jefatura y se le hace responsable de cuanto malo sobreviene, sin que algo de esto produzca sus resultados; en este caso se encontraba Anie. ¡Cuántas veces desde su edad más tierna había oído Anie á su madre hablar al Sr. Barincq en son de profunda lástima!: «no te figures que trato de dirigirte reproches, pobre amigo.» ¡Cuántas veces también su madre dirigiéndose á Anie le había dicho: «¡tu pobre padre!» Ni esta compasión ni aquellas discretas censuras habían hecho que disminuyese en lo más mínimo el tierno cariño que á su padre profesaba la joven; Anie le quería, sentía por él «¡pobre padre!» un cariño tan ardiente, tan profundo como si hubiera sido educada desde muy niña entre ideas de respetuosa admiración hacia él; pero al fin y á la postre el respeto era precisamente lo que faltaba en aquel cariño, que antes parecía el que una madre siente por su hijo que el que una hija debe profesar á su padre; le adoraba pero no le admiraba; sentíase para con él llena siempre de indulgencia, siempre dispuesta á compadecerle, á consolarle, pero dispuesta también á juzgar su conducta.

¿En qué nuevas aventuras pensaría lanzarse?

Barincq respondió á las miradas de inquietud que Anie le dirigía.

– Tu tío, dijo, había ido poco á poco perdiendo el cariño á esta finca por razones de varias clases: enfermedades de las viñas, exigencias de los braceros, latrocinios de los colonos; de suerte que el estado de abandono en que la dejaba, después de haberla tenido completamente entre sus manos, solamente le producía una renta de dos por ciento, y aun eso en los años mejores. Tu madre y tú seríais las primeras en censurarme si continuase yo por tan equivocado camino.

– ¿Te he censurado yo alguna vez?

– Ya sé que eres muy buena hija para que te permitieses censurarme; pero al cabo comprendo también que estaríais en vuestro derecho encontrando desacer-

tada la continuación de este estado de cosas, continuación que á todo trance he de hacer por que desaparezca cuanto antes.

– ¿Quieres arrancar las viñas enfermas?

– Quiero transformar en prados artificiales todas las tierras á propósito para dar buenos pastos. El heno que hace algunos años se vendía á un franco veinticinco céntimos el medio hectolitro se vende hoy á cinco francos, y con lo que ha subido la mano de obra en la labor de la viña y del maíz, ahora que los jornaleros exigen cada día dos francos de salario, una libra de pan y tres litros de vino, es indiscutible la ventaja que se obtiene produciendo, en lugar de vino mediano, pastos excelentes; esto es lo que yo quiero conseguir, no para vender mi heno, sino para que pasten mis vacas, para hacer buena manteca y cebar muchos cerdos con los sobrantes de la leche.



Pues es muy bonito, dijo Anie con curiosidad mirando las aguas alborotadas (véase pág. 325)

Barincq volvió á leer la zozobra en la mirada inquieta que Anie le dirigía.

– Vamos, le dijo, comprendo que es necesario explicarte mi plan con todos sus pormenores, y que si no lo hago así vas á temer que la herencia de tu tío se halla comprometida. Sigamos, pues, hasta ese cerrillo desde el cual se domina la corriente del Gave; allí comprenderás mejor mis explicaciones.

Muy poco tardaron en llegar á un levantamiento poco pronunciado del terreno, que cortaba la pradera y enlazaba las dos colinas por una suave pendiente.

– Observarás, dijo entonces Barincq, que esta altura se encuentra al abrigo de las inundaciones del Gave por terribles que sean y que un canal de derivación que le tome desde su base produciría aquí una caída de agua que en efecto se utilizó antiguamente y que hoy está del todo abandonada, pero que sin gran dificultad podría ponerse en estado de servir. Observado esto, reanudo mis explicaciones. Te he dicho que pienso comenzar arrancando las viñas que nada producen; pero como para convertir un erial en un buen prado se necesitan por lo menos tres años, abonos químicos para devolverle su fertilidad agotada y cultivos preparatorios de avena, mielga y zulla, esto no es trabajo de un día, ya lo comprendes. Al tiempo mismo que debo cambiar la explotación del terreno necesito que varíen los ganados que en él pasten. Tu tío pudo, dentro del sistema adoptado por él, contentarse con las razas del país, que son la misma raza eús cara más ó menos degenerada, de poco cuerpo, nerviosa, sobria, de piel rubia de trigo, de cuernos largos y poco encorvados, como puedes observar en las vacas que ahora mismo pasan por debajo de nosotros; esta raza, de gran vivacidad y de resistencia extraordinaria para el trabajo, da por desgracia poca leche y no del todo buena: ahora bien; como lo que yo quiero que las vacas me den, no es mucho trabajo, sino leche buena, no me es posible conservar éstas.

– ¡Qué lástima! ¡Son tan bonitas estas vacas del país!

– Ateniéndome á la teoría, las reemplazaré con vacas normandas, las cuales consumiendo nuestras hierbas de primera calidad nos darán, como término medio, más de mil ochocientos litros de leche; y como yo no trato de correr aventuras, pienso contentarme con la raza de Lourdes, raza que tiene la gran ventaja de ser del país, lo cual ha de tenerse en cuenta antes que nada, porque es siempre preferible conservar una raza indígena con sus imperfecciones pero también con su sobriedad, la facilidad de criarla y su perfecta aclimatación, á intentar mejoramientos radicales que en ocasiones terminan desastrosamente. Heme aquí por lo tanto, luego que la transformación del terreno se haya verificado, dueño de un rebaño de trescientas vacas que pueden alimentarse perfectamente en estas posesiones.

– ¿Trescientas vacas?

– Que pueden darme por término medio cuatrocientos cincuenta mil litros de leche al año, que vienen á ser de mil doscientos á mil trescientos litros al día.

– ¿Y qué te propones hacer con ese mar de leche?

– Haré manteca. Precisamente para que te des cuenta exacta de mi proyecto te he traído hasta aquí. Para albergar á mis vacas, por lo menos mientras no sean muy numerosas, tengo esas dependencias que ahora no tienen aplicación y que para principiar son suficientes; pero no tengo lechería donde almacenar y conservar la leche y obtener la manteca; pienso construirla aquí en esta altura precisamente, al abrigo de las inundaciones y en las cercanías de un salto de agua, circunstancias ambas muy convenientes si ya no son indispensables. Efectivamente no tengo intención de seguir por la rutina los procedimientos antiguos de fabricación de mantecas, es decir, esperar á que la nata haya subido á los tarros y batirla entonces á la usanza antigua; recién ordeñada se vierte la leche en desnatadoras mecánicas que giran con una velocidad de 7.000 vueltas por minuto; de este modo se extrae casi instantáneamente la nata, que se bate en seguida, pasando mecánicamente también esta manteca á unos recipientes que por su disposición especial la purgan de algunos residuos de leche; unos aparatillos giratorios la quitan el agua; por último unas máquinas moldeadoras le prestan solidez y le dan forma. Todo esto, como ves, se lleva á cabo sin que intervengan para nada las manos de obreros más ó menos limpias. La manteca obtenida de esta manera se vende en Burdeos y en Tolosa; en verano en las estaciones de aguas: Biarriz, Cauterets, Luchón; en invierno la remito á París. Pero la manteca no es el único producto utilizable que pienso obtener de mis vacas.

Anie miró á su padre sonriéndose cariñosamente y le dijo:

– Me parece que estás recitando la fábula de *la lechera y el cántaro de la leche*.

– Precisamente, y ahora llegamos en efecto al cochino:

Para cebarse el puerco
nos costará muy poco

y casi puede decirse que no nos costará nada. Después de haber separado la crema de la leche me quedarán, por lo menos, mil doscientos litros de leche sin crema, y con ésta puedo cebar al ganado de cerda que tendré instalado en pocilgas que me propongo construir en el extremo de este prado y á lo largo de la carretera, donde estarán completamente aisladas. Con respecto á este ganado de cerda pienso hacer poco más ó menos lo mismo que con el vacuno; es decir, que en vez de criar cerdos ingleses de Yorkshire ó de Berkshire, cruzaré estas razas con la nuestra del Bearne y obtendré cerdos que reunirán las condiciones de las dos razas. Conoces bien la fama de los jamones de Bayona; en Orthez hay siempre gran comercio de embutidos; no me sería difícil por consiguiente vender en buenas condiciones mis cerdos, que cebados con leche serían de superior calidad. Ya ves de qué modo, con mi manteca, mis vacas y mis cerdos espero obtener de esta finca una renta de más de trescientos mil francos en lugar de cuarenta mil que de algunos años á esta parte produce. Mis cálculos están ya hechos; y como he tenido que estudiar un negocio de esta misma naturaleza en la *Oficina cosmopolita*, se hallan perfectamente fundados sobre cifras exactas. ¡Cuántas veces, haciendo dibujos para este negocio, he soñado con su realización y me he dicho: «si fuese para mí!» Cátate que ahora aquellos ensueños pueden convertirse en realidad y que para conseguir esto nos basta quererlo.

– ¿Pero y el dinero?

– Hay en la herencia valores que pueden venderse y cuyo producto bastará para sufragar los gastos del primer establecimiento; gastos que en realidad no son muy importantes: trescientas vacas á 450 francos cada una cuestan 135.000 francos; construir la lechería y las pocilgas lo mismo que el arreglo de los establos no exigirá más de 60.000 francos; en arrancar las viñas y preparar el terreno para prados no hemos de gastar más de 40.000; pongamos ahora otros 10.000 para imprevistos y tendremos 245.000 francos, es decir, próximamente la renta que estas mejoras ó, si tú lo quieres, estas revoluciones han de producirnos. ¿Crees, Anie, que todo esto merece la pena de ser intentado? ¿Lo crees?

Anie había visto con tanta frecuencia á su padre combinar cifras y más cifras, que no se atrevía á formar juicio; advertíase, sin embargo, que los razonamientos de Barincq habían producido impresión; impresión que se revelaba elocuentemente en el tono con que, después de un rato de silencio, contestó á su padre:

– La verdad es que esas cuentas son tentadoras, y si tienes confianza en ellas...

– Tengo absoluta seguridad; no hay un solo dato, por insignificante que sea, que haya sido puesto en olvido; gastos, ingresos, todo está fundado sobre bases sólidas que no permiten duda alguna; los gastos se han calculado con aumento; los ingresos, por el contrario, están supuestos lo más bajos posible. Pero estos cálculos no solamente serán tentadores, como tú dices, para nosotros; pueden serlo también para las gentes que nos rodean, para los vecinos del país; y justamente en éstos pensaba yo cuando te hablaba hace poco de las obligaciones de los ricos. Hasta ahora nuestros aldeanos solamente han obtenido de la leche de sus vacas un producto menos que regular; cuando nuestras máquinas funcionen y nuestros mercados sean seguros, yo mismo les compraré lo que puedan venderme y les pagaré á tal precio que no me quede ganancia alguna en el negocio que con ellos haga. De esta manera haré circular por el país doscientos ó trescientos mil francos al año, los cuales no solamente serán fuente de bienestar para todos, sino que poco á poco irán modificando los procedimientos industriales antiguos que aquí están en uso todavía. En el camino que hemos seguido desde la estación de Puyoo hasta aquí, has tenido ocasión de ver con frecuencia campos sembrados de juncos, helechos y brezos; se conservan así en estado salvaje para cortar después los arbustos y hacer con ellos un abono solamente regular. Cuando el número de vacas aumente por el solo hecho de mi comercio en leche, la cantidad de estiércol aumentará proporcionalmente, y proporcionalmente también disminuirá la extensión de los breñales sin cultivo; se les cultivará porque podremos estercolarlos; de esta manera, enriqueciendo por de pronto al aldeano que maneja una hacienda insignificante, no tardaré en enriquecer al país. Ya ves la transformación que me propongo realizar. ¿Comprendes de qué modo, procurando realizar nuestra fortuna, podemos realizar la de cuantos nos rodean? ¿No significa esto algo?

Anie se había acercado más á su padre, y á medida que éste adelantaba más en su explicación le había cogido cariñosamente la mano; cuando Barincq calló, Anie se puso de puntillas, y echando sus brazos en los hombros de su padre le besó al mismo tiempo que le preguntaba:

– ¿Me perdonas?

– ¿Perdonarte? ¿Qué quieres que yo te perdone?, preguntó Barincq mirando sorprendido á su hija.

– Si lo supieses no me lo perdonarías.

– Pues entonces...

– Pues entonces dame tu absolución, á pesar de todo.

– ¿No querías habitar en Ourteau?

– Dame la absolución.

– Te la doy.

– Ahora puedes estar tranquilo, te prometo que mamá misma te suplicará que permanezcamos en el castillo.

SEGUNDA PARTE

I

Anie cumplió su promesa: la señora de Barincq suplicó á su esposo que no vendiese aquella finca.

En el mundo que se respeta es costumbre ahora pasar la mayor parte del año en el campo; nadie abandona sus posesiones sino en la primavera, cuando París, lo mismo que Londres, se halla en el apogeo de su esplendor. ¿Por qué no habían de ajustarse ellos á esa costumbre que les era tan conveniente? ¿Residir en París no era lo mismo que condenarse á continuar antiguas costumbres no acomodadas ya á su nueva posición, y seguir relaciones que si nunca habían sido agradables se convertirían ahora en molestas? Muchas visitas aceptables en la calle de Abreuvoir serían verdaderamente insoportables en la ronda de Hausman.

Estas razones, expuestas una á una con prudencia y habilidad, habían convencido á la señora de Barincq, la cual, pasado ya su primer movimiento de protesta, comenzaba á pensar, aun prescindiendo de sugestiones extrañas, que la vida en aquel castillo tenía sus encantos; que era de muy buen tono ir á misa en carruaje y mucho más hallándose la iglesia á dos pasos del castillo; que era de mejor tono aún sentarse en la iglesia en el banco del honor; que era muy divertido, sobre todo, enviar de vez en cuando á los amigos de París un gran salmón pescado en sus estanques, una buena pierna de sus corderos, alcachofas de su huerta, flores de sus estufas. Sí, aun en la época de sus mayores apuros, la señora de Barincq se había ingeniado siempre para obsequiar á sus amigos con regalos modestos: un huevo de sus gallinas, unas cuantas violetas, un ramo de lilas de su jardinillo, una labor de sus manos, cosas todas que demostraban su deseo de regalar, ahora que sólo necesitaba tomar de lo que en rededor de ella había, podía la señora de Barincq prepararse á sí misma sorpresas que la lisonjearan.

¡Qué triunfo el recibir las cartas en que se le diesen gracias por sus regalos! ¡Y qué satisfacción cuando le escribiese alguna amiga que antes de probar aquella pierna no sabía realmente que fuese de recental! Por todas estas cosas aquella finca que producía tales corderos y daba tales salmones era para la señora de Barincq más estimable cada día.

Obtenido el consentimiento de la madre de Anie, los trabajos comenzaron simultáneamente y con gran prisa por todas partes: grandes arados, arrastrados por dos yuntas de robustos bueyes del Limousín, arrancaban las viñas; las caballerizas eran convertidas en establos; por último, albañiles, carpinteros y pizarreros construían en la pradera la lechería y las pocilgas.

Aunque las viñas de este país no han dado nunca sino un vino bastante malo, los aldeanos de aquella comarca piensan ante todo en ellas; poseer una viña es la ambición del que tiene algún dinero; trabajar en la de un propietario y beber su vino es el deseo único de los ganapanes que no tienen más hacienda que el pan nuestro de cada día. Cuando se vió que principiaba el trabajo de arrancar la viña, prodújose en la comarca una impresión de doloroso asombro: era cierto que aquellas viñas nada producían ya; pero ¿no podrían curarse por casualidad ó milagrosamente? Todo estaba reducido á esperar.

Díjose entonces que Gastón, el hermano mayor de Barincq, había tenido razón de sobra cuando acusaba á su hermano menor de ser un tarambana. ¿No era necesario en efecto estar tocado de la cabeza para figurarse que es posible fabricar la manteca con leche recién ordeñada? Si esto no era locura, ¿qué era? Y las locuras, como todos saben, en las industrias agrícolas resultan muy caras.

Convencióse, pues, todo el mundo, y se convenció en seguida, de que no pasarían muchos años sin que aquella finca fuese puesta en venta.

– ¿Y entonces? Pues entonces cada uno podría tomar un pedazo y todos realizarían maravillas en aquellas tierras regeneradas por el cultivo de las viñas que los nuevos propietarios habrían plantado.

II

En lo que respecta al padre, hallábase ocupado de sol á sol en vigilar á sus trabajadores, en presenciar los desmontes, dirigir las construcciones, observar cómo se montaban las máquinas; la madre por su parte estaba ocupadísima enviando sus regalos y despachando su correspondencia, y en cuanto á la hija habíase consagrado por completo á la pintura; pasaba el tiempo por consiguiente con rapidez extraordinaria para los tres, y abril, mayo y junio se deslizaron sin que ninguno de los tres tuviese conciencia de que pasaban. Alguna vez, no obstante, el Sr. Barincq renovaba el compromiso formal que había contraído en el día de su llegada de ir con Anie á Biarritz; pero siempre que de esto hablaba era para obtener un nuevo aplazamiento. Por fin la señora de Barincq llegó á incomodarse.

– Cuando pienso que mi hija, á sus años, no ha visto todavía el mar y que en todo el tiempo que aquí llevamos no ha sido posible hallar algunos días de libertad para proporcionarla ese gusto, me incomodo de veras.

– ¿Pero ha sido por culpa mía? Anie, sé tú juez.

Anie pronunciaba su fallo en favor de su padre:

– Como he esperado hasta los años que tengo, algunas semanas más ó menos son ya de poca importancia.

– Pero si es un viaje de menos de hora y media...

Se resolvió por último que, mientras llegaba la estación, saldrían el domingo y regresarían el lunes; durante algunas horas los trabajos prodrían marchar por sí solos aun faltando el ojo del amo; y para evitar otras demoras la señora de Barincq declaró á su marido que si él no podía acompañarlas, ella y su hija irían solas á Biarritz.

– No harás eso.

– ¿Por qué?

– Porque no has de querer privarme del gusto de disfrutar de la alegría de Anie. Asociarse á la alegría de las personas queridas, ¿no es lo más agradable de la existencia?

– Si tanto deseas regocijarte con la alegría de tu hija, ¿por qué no te apresuras á proporcionársela?

– El domingo; mejor dicho, el sábado.

En efecto, el sábado en una hermosa tarde dulce y templada llegaban los tres á Biarritz, y Anie del brazo de su padre bajaba por la pendiente cubierta de césped suave que termina en aquella hermosa playa; en seguida, y después de haberse detenido un rato para orientarse, se sentaban los tres en la húmeda arena que la marea al bajar dejaba descubierta.

Era la hora del baño, y entre el mar y las casetas de los bañistas advertíase entonces un incesante ir y venir de señoras y de niños en trajes de variados colores entre multitud de curiosos que los contemplaban y cuyas fisonomías exóticas, cuyos trajes, ya elegantes, ya descuidados, ya vistosos, ya ridículos, ofrecían un espectáculo casi tan curioso como el que ellos presenciaban; todo esto formaba el rumor, la batahola, la confusión y el vocerío de una feria interrumpida á intervalos de isocronismo inalterable por el rompimiento de las olas sobre la arena.

Pocos minutos hacía que estaban sentados allí, cuando dos caballeros jóvenes cruzaron por delante de ellos dirigiendo distraídamente sus miradas por aquel revuelto mar de trajes claros y de sombrillas; uno de ellos, de buena estatura, buen mozo, de aspecto militar; el otro, más alto, ancho de hombros, sobre los cuales ostentaba una cabeza demasiado pequeña que hacía extraño contraste con su vigorosa musculatura, prestándole cierta semejanza con un atleta griego vestido á la moderna.

Cuando se hubieron alejado, el Sr. Barincq inclinándose un poco hacia su mujer y su hija les dijo:

– El capitán Sixto.

– ¿Dónde?

Barincq les señaló como le fué posible.

– ¿Cuál de los dos es?, preguntó la señora de Barincq.

– Aquel que tiene aires de militar; ¿verdad que es buen mozo?

– Me gusta más el otro, contestó la señora de Barinq.

– Y á ti, hija mía, ¿qué te parece?

– No me he fijado; pero su aspecto no me parece desagradable.

– ¿Cómo no viene de uniforme?, preguntó la señora de Barincq.

– Qué sé yo de eso.

– Pues has de saber que en nada se parece á tu hermano.

– No; eso no es verdad; aunque tiene la barba rubia tiene el cabello negro.

– ¿Por qué no te ha saludado?, preguntó la señora de Barincq.

– Porque no me ha visto.

– Di mejor que no ha querido verte.

– Ya sabes, mamá, dijo Anie, que no es costumbre mirar á las mujeres cuando van vestidas de luto.



Me parece que estás recitando la fábula de la *lechera y el cantaro de la leche*

– Justamente nuestro luto le habrá exasperado recordándole la herencia que él pensaba arrebatarnos.

– Aquí viene otra vez, dijo Anie.

Efectivamente, los dos jóvenes tornaban á pasar por el mismo sitio.

– Por esta vez, dijo la señora de Barincq, vamos á convencernos de si quiere ó no quiere saludarte.

(Continuará)

SECCION CIENTÍFICA

ADUCCIÓN DE LAS AGUAS DEL AVRE Á PARÍS

El día 30 de marzo último y bajo los auspicios de M. Poubelle, prefecto del Sena, y de M. Sauton, presidente del Consejo municipal, verificóse la inauguración de la llegada á París de las aguas puras del Avre. Los numerosos invitados que habían sido convocados á esta fiesta visitaron primero el depósito de Saint-Cloud, que no se llenará de agua hasta que queden terminados los revestimientos interiores. Este depósito se compondrá de tres compartimientos, cada uno de los cuales podrá contener 100.000 metros cúbicos de agua: de los tres sólo hay construído el primero, que está cubierto por ligeras bóvedas preservadas por una capa de tierra que será cubierta de césped, y sostenidas por seiscientos pilares y ciento setenta y dos estribos. Este inmenso depósito recibirá el agua pura, que será conducida á él por un acueducto de 102 kilómetros, de los cuales 72 han sido construídos á cielo abierto y 26 en galerías subterráneas, algunas practicadas á más de 70 metros de profundidad debajo del suelo. Nuestra figura 3 reproduce una parte del gran depósito, en el cual hay 600 columnas como las que se ven en el grabado. Los tres orificios que se distinguen en la parte superior de éste darán acceso al agua pura cuando el depósito esté en disposición de recibirla. La figura 1 representa el depósito de llegada tal como hoy funciona, es decir, la cámara en que termina el acueducto de 102 kilómetros. Las dos planchas metálicas que forman esclusa son compuertas de parada colocadas en el extremo de los conductos.

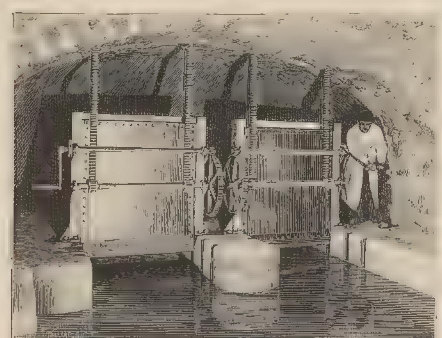


Fig. 1. Vista del recipiente de las aguas del Avre (de una fotografía)

Después de la visita al gran depósito de Saint-Cloud, el prefecto del Sena pronunció un discurso en que resumió la historia de las aguas de París:

«Este día será memorable - dijo. - Después del Dhuis y del Vanne, el Avre viene, á su vez, á rendir á París el tributo de sus aguas. De hoy en adelante, nuestra capital, provista de 260.000 metros cúbicos de agua de manantial diarios, podrá dispensarse de pedir nada á esas aguas del Sena, tan difamadas hoy y que durante tantos siglos han bastado para su desenvolvimiento. La distribución de aguas frescas y puras es un beneficio contemporáneo...

»Desde ahora podemos felicitarnos sin reserva alguna por el progreso al presente realizado esperando los que habéis resuelto proseguir. ¡Qué contraste entre la alimentación de aguas hace apenas veinte años y las facilidades hoy conseguidas! El parisiense que abre su espita de alimentación encuentra muy sencillo ver que mana de él ese líquido que llega á veces de una distancia de más de 100 kilómetros, y se incomoda si alguna vez el agua no sale tan pura y abundante como de ordinario. Esperemos que á veces pensará en los trabajos gigantescos que ha sido preciso realizar para proporcionarle ese resultado tan sencillo en apariencia, en el cuidado vigilante, en la multiplicidad de maniobras de día y de noche, en la suma de esfuerzos y de concursos que exige el funcionamiento de ese inmenso material que constituye el servicio de las aguas de París. Para que de ello pueda formarse fácilmente idea, bastará que diga que los tubos públicos de distribución en el interior de París miden una longitud de 2.186 kilómetros, es decir, más que lo que esta capital dista de Varsovia.»

M. Sauton, presidente del Consejo municipal, hizo también uso de la palabra. Después de haber rendido tributo á la memoria de M. Couche, el eminente ingeniero que estaba al frente del servicio de aguas cuando se concibió el proyecto de aducción que acaba de terminarse, hizo un cumplido y justo elogio del sucesor del mismo, M. Humblot, inspector general de puentes y calzadas, haciendo extensivo el agradecimiento público á todo el personal municipal de las aguas.

Después de haber resumido las principales circunstancias en que fueron compradas por la ciudad de París las aguas del Avre, añadió el presidente:

«París dispone actualmente de 710.000 metros cúbicos de agua de toda clase por día, ó sea 290 litros por habitante, al paso que Londres sólo tiene 155, Edimburgo 180, Viena y Bruselas 100, Berlín 75, y Leipzig 150. En este total las aguas de manantial entran por 250.000 metros cúbicos, ó sea algo más de 100 litros por habitante. El Consejo municipal, sin embargo, no considera terminada todavía la obra emprendida desde 1871, obra que prosigue sin descanso con el concurso del servicio de las aguas.»

La ceremonia de la inauguración terminó con la visita al puente del Sena situado en el extremo Sudoeste del bosque de Bolonia. El tubo de transporte de las aguas, que tiene un metro y medio de diámetro, va al principio encerrado en una galería de mampostería, atraviesa el ferrocarril de los Moulineaux por medio de un puente seguido de arcadas, y luego cruza el Sena por el centro de la jaula metálica de un puente construído sobre el río, que es el que representa la figura 2. El día de la inauguración se habían fijado en su conducto algunos tubos que formaron chorros de aspecto imponente: para que se pueda juzgar de la intensidad de esta presión bastará decir que la diferencia de nivel entre el depósito y el puente es de 70 metros. A cada lado del tubo de conducción habíanse dispuesto tres tomas que producían seis magníficos chorros, cuyos efectos disminuía la resistencia del aire, por lo cual sólo se elevaban á una altura de 27 y 30 metros.

Así ha sido inaugurada la aducción de las aguas del Avre á París, cuyas condiciones higiénicas mejorarán notablemente, gracias á la ejecución de esta obra colosal.

GASTÓN TISSANDIER

* * *

ASILO PARA PERROS, EN GARCHES

Preciso es reconocer que la clase anglo-sajona se muestra mucho más compasiva con los animales que la raza céltica: á imitación de lo que mucho antes hicieron los ingleses, creáronse en Francia y en otras naciones las sociedades protectoras de los animales y en Londres existe hace treinta años un asilo para los perros abandonados, el *Dog's Home*, que es uno de los establecimientos benéficos que de más prosperidad gozan en la capital de la Gran Bretaña, y al cual un amigo de la raza canina ha hecho recientemente un donativo de mil libras esterlinas. Sus recursos, que aumentan de año en año, le han permitido recoger en 1891 15.121 perros abandonados, de los cuales 3.225 fueron reclamados ó vendidos: además han encontrado asilo en él 676 gatos, de ellos 183 colocados allí como pensionistas á costa de sus propietarios. Durante el citado año no se presentó un solo caso de hidrofobia entre los huéspedes de aquella casa. El establecimiento ha entrado en el trigésimo segundo año de su existencia, y se calcula en varios millones el número de perros á quienes ha salvado de la miseria y de una muerte cruel.



Fig. 2. Vista del puente de Luxemburgo que sostiene el tubo de conducción del depósito de Saint-Cloud, en París. Aspecto de los chorros de agua que funcionaron el día de la inauguración, 30 de marzo de 1893



Fig. 3. Vista del depósito de las aguas del Avre (de una fotografía)

En Filadelfia se va á construir un hospital para perros que sobrepujará al de igual clase de Berlín en punto á comodidades y magnificencia: será un modelo en su género, pues contendrá salas de baños, salas de clínica, salas de aislamiento para las enfermedades contagiosas, tendrá los más perfectos sistemas de calefacción y alumbrado eléctrico y contará con la asistencia de los más célebres veterinarios, aparte de un escogido personal administrativo.

Finalmente, existe en Londres un cementerio especial para perros, en donde las *ladies* pueden depositar en las tumbas de sus canes predilectos todas las demostraciones más fastuosas de su pesar.

En París se trata de fundar un establecimiento análogo al *Dog 's Home* londinense; esta tentativa, empero, no ha partido de la iniciativa de los franceses, sino de la de algunas señoras inglesas que forman parte de la sociedad *Ladies cosmopolitan Association* de Londres.

Los resultados del primer *Dog 's Home* de París han sido reunidos en una memoria, que contiene los datos desde mayo de 1890 á igual mes de 1891. Antes de 1890 la asociación se dedicó á recoger informes y fondos, y en esa fecha envió á París, como agente, una señora francesa que durante veinticuatro años había ocupado en Londres un elevado puesto en una escuela superior: la señorita Brassinne, que así se llama, se instaló modestamente en París y comenzó por preocuparse de la suerte de los caballos de los coches de plaza y otros vehículos.

Luego se ocupó en recoger los perros y los gatos abandonados durante el riguroso invierno de 1890, sufriendo al principio grandes decepciones, pues fué engañada sucesivamente por dos guardianes á quienes había confiado sus animales. También se declaró la hidrofobia entre los habitantes de aquel refugio provisional, lo que motivó una nueva hecatombe. Finalmente, para colmo de males, nadie quiso alquilar habitación á la señorita Brassinne, que se vió obligada á buscar una instalación en las afueras de París.

No fué esta tarea fácil y sólo gracias á un propietario favorable á la institución pudo adquirirse una vasta extensión de terreno en Garches, cerca de Montretout, y edificarse una casa. La municipalidad y las demás autoridades se han mostrado muy benévolas con la señorita Brassinne, y la policía lleva á menudo al refugio perros que son en él muy bien cuidados, pues por fin ha encontrado la directora un guardián apto y honrado. En el asilo no sólo se reciben perros sino que se dan consejos gratuitos á los que crían ó tienen enfermos á algunos de esos animales: también se ceden asilados á los que desean tenerlos y ofrecen garantías de cuidarlos bien. Para ello el peticionario se inscribe en un registro dando su nombre y las señas de su domicilio, y una vez tomados los oportunos informes se le avisa que puede pasar á recoger el perro sin otro requisito que llevar un collar con el nombre grabado del nuevo propietario del can. Pero á pesar de esta cesión, la señorita Brassinne no pierde de vista á los que fueron sus asilados, sino que de cuando en cuando los visita para asegurarse de que están en buenas manos.

Los gastos de la asociación han ascendido hasta 15 de mayo de 1891 á 7.976 francos. El número de perros recibidos ha sido de 252. Los ingresos han sido: donativos de Inglaterra, 19.791 francos; suscripciones de Inglaterra, 298; donativos de Francia, 371'60; suscripciones de Francia, 52: total, 20.512'60 francos.

El grabado de la pág. 344 reproduce parte del asilo.

Al terminar este artículo que tomamos de *La Nature* y al considerar los esfuerzos realizados por la fundadora de ese establecimiento y los cuidados que á sus asilados prodiga, no se nos ocurre otra cosa que exclamar: ¡qué excelente hermana de la Caridad hubiera sido la señorita Brassinne si en vez de dedicar esos esfuerzos y esos cuidados al bienestar de los perros los hubiese consagrado á la asistencia de los niños pobres ó de los ancianos desvalidos!

LIBROS
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LA REJA, *novela andaluza por Salvador Rueda.* – El solo nombre de Salvador Rueda es la mejor garantía de la bondad de esta novela: pocos le igualan en el conocimiento de aquella hermosa región, joya de nuestra patria; ninguno como él encuentra en nuestro idioma los tesoros de color y de vida que derramados en sus versos ó en su prosa los asemeja á esos cuadros de tonos brillantes donde el sol deslumbra y las flores ostentan sus variados matices y casi se siente el calor que los rayos de aquél despiden y se percibe el aroma que éstas exhalan. *La reja* reune á estas bellezas la de una acción interesante, hábilmente desarrollada, con personajes trazados de mano maestra y episodios descritos con galanura y verdad asombrosas: forma parte de la *Biblioteca Selecta* que en Valencia publica D. Pascual Aguilar y se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

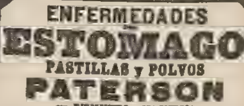
EL AJEDREZ DE MEMORIA, *por Andrés Clemente Vázquez.* – Un notable psicólogo, M. Binet, director adjunto del laboratorio de psicología de la Sorbona de París, deseando adquirir para un estudio sobre la memoria datos del proceso mental de los ajedrecistas que juegan sin ver el tablero, dirigió un cuestionario al Sr. Clemente Vázquez, considerado hoy como uno de los primeros maestros en este juego. Contestación á este cuestionario es el libro que nos ocupa, de gran interés para los ajedrecistas y que leerán con gusto aun los simples aficionados, porque además del conocimiento profundo que revela está escrito en forma amena é interesante. El Sr. Clemente Vázquez es también ilustre jurisconsulto, diplomático y literato; su libro se ha impreso en la Habana y se vende en aquella ciudad á un peso, en el interior de la isla á 1'25 y en el extranjero á 1'50, en casa del autor (Industria, 115) y en las principales librerías.

SESIÓN CELEBRADA EN HONOR DE DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL. – La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid celebró el 25 de marzo último una sesión necrológica en honor de la eminente pensadora y escritora, cuya reciente muerte lloran la ciencia y las letras españolas: los interesantísimos trabajos que en ella se leyeron han sido impresos en un folleto que contiene la memoria biográfica del Sr. González Rothvos, secretario general de la Academia, el juicio crítico de las obras de doña Concepción Arenal por D. Fernando Cos Gayón y un discurso de D. Antonio Cánovas del Castillo: estos nombres son la mejor prenda de la bondad de aquéllos.



ASILO PARA PERROS, EN GARCHES (SENA Y OISE) (de fotografía)

(Véase pág. 342)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 29 de mayo de 1893 — Núm. 596

Con el presente número se reparte el segundo tomo de AYER, HOY Y MAÑANA



AL PARDO, estatua en barro cocido de José Alcoverro

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Hechos capitales de la última quincena de abril. – El emperador Guillermo II en Roma. – Historia de la fundación del sacro imperio romano. – El Panteón y sus recuerdos. · León XIII y Guillermo II. – León III y Carlomagno. – La visita en el Vaticano. – Conversaciones probables. – El emperador en varios puntos de Roma. – Reflexiones. Conclusión.

Historiemos los hechos capitales de abril y su quincena última, que son á saber: las visitas de Guillermo II á Italia y con especialidad á Roma. Dos aspectos manifiestos nos ofrece cada correría de aquestas: el aspecto artístico y el aspecto político. Su aspecto artístico se relaciona con el temperamento intelectual de este joven césar, tan artista, magüer sus propensiones guerreras; y el aspecto político se relaciona con las ideas de este joven césar, tan innovador, magüer su romántica devoción á lo pasado. La primer visita oficial suya fué al Panteón de Agripa, donde los restos de Víctor Manuel descansan bajo la bóveda que sirvió de modelo á todas las rotondas católicas y por cuya claraboya entran en lo interior de su recinto las lluvias del aire y los resplandores del horizonte. Pocos edificios tan instructivos para quien interroga desde las alturas de los grandes institutos históricos á una esfinge, tan maestra en provechosas revelaciones como la historia. El primero en la dignidad que hoy representa Guillermo II, fué Augusto, aquel diestro emperador; y el primer general de Augusto fué Agripa, quien erigió el Panteón. Desde nuestra ciclópea Tarragona ideó Agripa el monumento que lleva por siglos de siglos su esclarecido nombre. Como Augusto levantara un maravilloso templo á la familia de Apolo, Agripa levantó un maravilloso templo á la familia de Augusto. En su retablo, que diríamos ahora, campeaba Júpiter vengador castigando á los asesinos de César, y en las otras capillas todos los dioses del Olimpo antiguo, enlazados con la genealogía de los príncipes y emperadores cesáreos. Cuando pisáis el inclinado suelo, esclarecido tan sólo, como ya dije, por un tragaluz abierto en lo alto, y veis aquellas columnas estriadas de mármoles egipcios con zócalos de un color y chapiteles de otro color, á los cuales ha dado el tiempo esmaltes y reverberaciones de piedras preciosas; cuando convertís á la rotonda los ojos, á la singular bóveda, arquitectónica obra ignorada completamente de los griegos y parecida por sus colosales proporciones á los enormes monumentos asiáticos, verdaderamente veis y tocáis, aún hoy, la fuerza del imperio y la majestad augusta de sus tiranos fundadores, que necesitaron de moles tantas para ver de aplastar la República y la libertad romanas. Ninguna de las rotondas construídas más tarde iguala sus dimensiones. Todas son más altas, pero ninguna mayor. No hablemos de la rotonda del Escorial, que al fin sólo es la rotonda de una capilla en un monasterio. Pero la rotonda de San Pablo en Londres tiene de diámetro unos treinta pies menos; la rotonda de Santa Sofía en Constantinopla unos veintisiete pies menos; la rotonda de San Pedro en Roma tiene unos tres pies menos, demostrándose adónde habían llegado el arte y el poder latinos en los primeros días de nuestra era. Mas ¡ay! que tal monumeno no se hubiera conservado, cual se conserva, de no haber admitido en sus espacios las efigies representativas de los nuevos dogmas sobrepuestos á las mismas divinidades cesáreas con fuerza incontrastable por los extranjeros, por los perseguidos, por los mártires, por los plebeyos; como el primero, tras tantos siglos de gigantescos esfuerzos, entre los reyes modernos de Italia, Víctor Manuel, no durmiera en aquel sueño de gloria eterna y en aquel monumento de apoteosis sobrenatural, si no volaran sus águilas desde las cumbres de los Alpes al Palatino, impulsadas por las ideas democráticas, que se reunieron y se formularon en un plebiscito del pueblo, decidido á crear y á sostener su

Italia. Provechosísima instrucción indudablemente para Guillermo II esta instabilidad increíble de todo aquello que parece más victorioso y más fuerte, así como este poder del pensamiento que, brotado en un rincón de Palestina, movido por pobres pescadores, en las catacumbas recluso y en las hogueras como consunto y extinto, se alza, cuando nadie lo espera, de súbito, avasallador é incontrastable, derribando los dioses del privilegio con los dioses de la fuerza y de la victoria, para sustituirlos por el hijo humildísimo de un menestral, muerto en la Cruz, el patíbulo de los esclavos.

El cerebro estalla cuando quiere dentro de sí recoger todas las ideas despedidas por estos sitios históricos, de una importancia secular, y que parecen como fragmentos petrificados del sol que se llama humano espíritu. Tras la visita de Guillermo II al Panteón, viene otra mucho más trascendente á la vida europea toda: la visita de Guillermo II al Vaticano. Parece imposible; pero el joven césar personifica todavía una institución, establecida en el siglo IX de nuestra era cristiana por el Pontificado en la persona de Carlomagno para defender y salvar á la Roma pontificia de sus salteadores y enemigos. En aquellos pretéritos y apartados tiempos, en el año último de la octava centuria, sucedió un hecho importantísimo. Por la reciente donación de Pipino el Papa era ya rey, como Clodoveo lo fuera siglos antes por unción del Papa. El muy largo reinar de Adriano, que vivió en el trono papal veintitrés años, dió á su familia sumo poder en Roma por aquellos días y constituyó una especie de aristocracia, quien, al tránsito de sus institutos, le sobrevivió en Roma por medio de una oligarquía muy contradictoria de suyo con todos cuantos no tuvieron los motivos de sentimiento y de consanguinidad que la fundaran y la defendieran en el extinto reinado. Encontrábase á la cabeza de tal oligarquía un sobrino del Papa difunto, adornado por éste con extraña dignidad altísima, y por ley natural quiso defenderla contra el sucesor de su tío y conservarla por todos los medios posibles, aunque rayaran en desatentados y criminales. El 25 de abril, en que cae la fiesta de San Marcos, empezaban las letanías consagradas á bendecir los campos reverdecidos por el soplo de la primavera. Salía la procesión de Letrán, y encaminábase á San Lorenzo de Lucina, compuesta por toda la corte pontificia y presidida por el nuevo Pontífice, caballero en hacanea dócil. A los pocos momentos de comenzada la procesión, y á corta distancia de Letrán, incorporóse con aparente humildad el ambicioso aristócrata, quien había congregado cerca de allí, en el campo de Marte, junto al claustro de San Silvestre, una conjuración, ávida de venganza. Y apenas apareció el cortejo eclesiástico, cuando salen de su madriguera los conjurados, desenvainan los puñales, asaltan la procesión cual si fuera un campamento y un ejército á ellos contrarios, arremeten con el Papa de todos abandonado, y desarzonándole de su silla y tendiéndolo por tierra, lo despojan de sus vestiduras, le infieren muchas heridas, lo arrastran al Monte Celso, donde con desacato lo aprisionan en calabozo, del cual no saliera sin el ánimo y el arresto de algunos camareros, que lo sacan de prisión semejante y lo asilan en el cerco inviolable de San Pedro. León III se llama en la genealogía de los Papas el así maltrecho. No puede, no, dudarse de que necesitaba del auxilio de un poder coercitivo para vivir el Pontificado. Y necesitando del auxilio de un poder coercitivo no puede dudarse que quien lo ejercía entonces con mayor autoridad y fuerza en el mundo católico era Carlomagno, rey más ó menos honorario de los francos é imperante más ó menos feliz y más ó menos obedecido de tribus alemanas. En Alemania estaba por aquella sazón, y de Alemania lo llamó León III á Roma. Y escuchando este reclamo, fuése con propósito de celebrar allí la Nochebuena del año 800, en la cual noche se acaba una y empieza otra edad [capital de la Historia europea. Esperábale con anhelo é impaciencia León en la tierra Nomentana, donde pernoctó Carlomagno, para dirigirse por el puente Milrio á San Pedro. Pocas veces ha presenciado aquel sacro espacio, testigo de tantas grandezas, hecho tal como éste. ¡Ah! El nuevo imperio romano iba en aquel entonces á surgir; la grande autoridad de la Edad media, centro de las esferas laicas, iba en este minuto supremo á establecerse; el Oriente y el Occidente católicos, en apariencia uno, acercábanse á separación inevitable; tornábase Constantinopla mucho más oriental que hasta entonces lo fuera y mucho más germanolatina Roma; vicario de Cristo el Papa, se convertía en rey por la reciente dominación territorial de Pipino, padre de Carlomagno, y el rey de los francos y de los alemanes elevado á emperador se convertía en vicario del Papa; los pueblos germánicos iban derechos á la cultura europea ya, y la conquista por ellos alcanzada recibía la sanción de los vencidos; escribíase el pacto conocido con el nombre de Carlomagno y asentábanse sobre sus bases férreas todos los pueblos, de suerte que amanecía un espíritu nuevo en los horizontes del tiempo y se presentaba una nueva Europa en los senos del espacio, como si la civilización moderna sintiera por modo inconsciente adelantarse con precipitación el feudalismo y quisiese oponer á su anarquía la unidad del imperio latino-germano con la unidad del Pontificado, puesto sobre las bases territoriales de una civil monarquía. Celebrábase la misa de Natividad en San Pedro, cuando el Papa, sin darle noticia de su determinación á Carlomagno, dirígese á él, que estaba de rodillas ante las aras del sepulcro de los apóstoles, y le pone sobre la cabeza una corona de oro, que remata el traje de patricio romano, ya ceñido de antiguo por el rey de los francos, y que significa la conversión por completo de la eterna ciudad al catolicismo tras ocho siglos de continuos y porfiados combates. Acabada esta ceremonia, vuélvese al pueblo el Papa, y grita por dos veces la fórmula, que abre la nueva edad del imperio: «A Carlos, písimo, augusto, armado por Dios césar de romanos, dispensador de la paz y de la vida y de la victoria.» Y como Samuel á Saúl, entre las aclamaciones del pueblo, entre los cánticos del sacerdocio, entre las nubes del incienso, derrama León III de sus manos el óleo sacro ungidor sobre la cabeza de Carlomagno, el cual óleo le imprime á éste una grande autoridad religiosa, pues el Papa mismo le adora de rodillas, como si tuviese algo de divino, y en cambio le presenta como en homenaje rica mesa de plata con vasos de oro á la iglesia de San Pedro, una cruz de piedras preciosas á la iglesia de Santa María y otras muchas dádivas á las demás iglesias, signo seguro de sumisión á la Iglesia universal. He aquí sellado, concluído el pacto entre el Papa y el emperador. El uno, el Papa, ha entregado el reino de los longobardos al emperador, y el otro, el emperador, ha entregado al Papa el exarcado de Ravena. Así puede decirse con razón que esta alianza de las dos potestades de la Edad media surge de un movimiento revolucionario contra la monarquía del Norte de Italia y contra el imperio del Bósforo de Tracia. En este momento supremo el germanismo ha recibido su sanción religiosa; el Occidente ha encontrado su supremo imperante político; la Italia de las ciudades ha tenido su escudo contra la Italia de los reyes; el emperador se ha asociado al Pontífice por medio del reino longobardo cedido; el Pontífice se ha asociado al emperador por medio de la donación de Pipino aceptada; la sublime palabra de Cristo, ordenando dar á Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar, dirige y regula todos los hechos; y el gran período histórico de la Edad media comienza, porque merced á todas estas guerras, á todas estas revoluciones y á todos estos movimientos, se ha establecido y se ha organizado la alta institución de los Pontífices en el centro de la moderna Europa, defendida por la espada de los emperadores germánicos.

Al ir el representante hoy de la dignidad cesárea entre las filas de muchedumbres compuestas por el pueblo rey á San Pedro, ¿se acordaría de la escena vaticana en que hace ahora mil años apareció la institución del imperio? ¡Cómo el tiempo eterno lo produce y lo extingue todo en su actividad incansable! Por el movimiento ya interrumpido de diez consecutivas centurias todo se ha transformado. El Papa no tiene ya la donación de Pipino, bajo sus pies enteramente socavada y destruída por las inundaciones revolucionarias. El emperador se ha borrado el óleo pontificio de la frente y el bautizo católico de la cabeza, convertido á la doctrina de un rebelde, que ha sentido en su alma el odio á Roma de los Arminios y de los Gensericos. Los güelfos republicanos tienden á renacer en Italia bajo el ala de las Encíclicas papales y en conformidad completa con Francia, mientras toda la tradición gibelina, tan contraria del poder de los Papas, se personifica en la gloriosísima dinastía de Saboya y se apoya en el imperio alemán. Y á pesar de todas estas grandes transformaciones, dura y perdura el poder pontificio en la misma Germania, comandada por una dinastía que ha representado la fuerza mayor del credo de Ausburgo en la Europa moderna. Y así el infiel sultán de Constantinopla necesita del Papa por los armenios católicos, y el cismático czar de Rusia necesita del Papa por los polacos católicos, y la hereje reina de Inglaterra necesita del Papa por los irlandeses católicos, y necesita de su autoridad y de su poder morales también el emperador de Alemania, no solamente porque hay millones de católicos entre sus vasallos, sino porque se hallan en el Pontífice las mejores ramas del árbol de su genealogía social y los viejos pergaminos del título de su nobleza histórica. Así, habrán hablado las dos potestades, ó no habrán hablado, del centro ultramontano, tan poderoso de suyo en el Parlamento germánico, habrá estado más ó menos solícito el emperador con aquellos cardenales á quienes hirieron las leyes cesaristas dadas contra la Iglesia en mayo de setenta y tres y por su ineficacia y por su inutilidad completamente abrogadas á los cuatro lustros de su promulgación solemne y de sus aplicaciones cruelísimas: nadie ya en Europa duda ya de que, mientras el Pontífice no ha menester para cosa ninguna del emperador, ha menester el emperador del Pontífice para que voten los católicos sus leyes militares y le presten el concurso indispensable á conjurar el socialismo exacerbado por los propios rescriptos imperiales. Así una experiencia de algunos años hale mostrado la necesidad que tiene de no repetir en estas entrevistas los errores de la primera, fatales todos ellos á las monarquías, por haber traído la propensión del poder pontificio, tan trascendental é importantísimo, á favor de la democracia, de la libertad y de la república. Por esta consideración sin duda los aturdimientos del príncipe marino Enrique y el ministro imperial Herberto Bismarck se han sustituído con la encantadora presencia de una persona tan dulce y digna como la esposa del césar, que ha dado á la segunda entrevista un sello religioso y familiar no ofrecido por la primera, en que relucían bajo aquellas bóvedas los cascos y resonaban sobre aquellos pavimentos las hienas del combate y de la conquista. Lo cierto es que á la cortesía de una parte correspondió la bondad de otra. Y León XIII, á pesar de sus años, con juvenil celeridad salió al encuentro de su visita; la llevó bajo solios iguales en altura y dimensiones al suyo; le regaló un mosaico precioso representando la magnífica plaza de San Pedro; hizo que mostraran á la emperatriz todos los milagros y maravillas de aquel museo sin segundo, y habló una hora seguida con el emperador sobre varios negocios, mostrándose una vez más que necesita el imperio del Pontificado y que no necesita el Pontificado del imperio.

Hecha esta visita de una tan grande importancia, Guillermo pasó el tiempo entre contemplaciones de monumentos, banquetes de aparato, revistas de tropa. Los documentos oficiales dicen que le pareció de perlas el ejército, y los rumores públicos que no lo juzga bastante apercibido á las guerras contemporáneas. Grande servicio nos prestaría el ejército italiano y se lo prestaría también á la humanidad si las cabezas del movimiento bélico dejasen por su causa de correr á la guerra continental. Tiene tantas glorias Italia en artes, en ciencias, en armas, en política, en industria, en comercio y navegación, en guerras, que un descuido de la organización del ejército no podrá dañar á su nombre, sino antes bien acreditarlo de incompatible con las fuerzas y las instituciones retrógradas. En las revistas no ha pasado, pues, cosa de importancia, pero sí en los banquetes. Además de los embajadores ordinarios y residentes en la capital por su ministerio y oficio, hanse mandado á Roma embajadores extraordinarios, idos con el encargo de saludar muy especial y concretamente á los reyes italianos por sus bodas de plata. Un archiduque austriaco, tío carnal de Humberto, por hermano de la santa madre de éste; un gran duque ruso, el gran duque Wladimiro; un descendiente directo de los Estuardos ingleses y de los Albas castellanos, mi amigo y compañero de Cortes, el duque de este último nombre, tan famoso en las historias; otros emisarios de igual ó parecida grandeza y estirpe se han presentado al Quirinal y han tenido por ello en la corte los honores y los obsequios que demandaban lo ilustre y lo excepcional de sus respectivos ministerios. Hase notado cómo perfectamente recibido Alba, según se le llama por todos, allí donde iba, es decir, en el Quirinal, ha visto, por lo contrario, algún fruncimiento de cejas y alguna triste adustez de ceño en el Vaticano. Hase notado que solícita la corte con el archiduque austriaco, representante de un emperador tan poderoso como Francisco José y pariente tan cercano de la real familia, el pueblo le ha recibido con frialdad, indicativa de lo débil que la triple alianza está en el sentimiento público y de lo fuerte que está el irredentismo italiano, quien aprovecha toda ocasión de pedir su Trieste y su Trentino. Pero lo más notado ha sido lo siguiente. Celebrándose la comida oficial con todos los monarcas y magnates y potentados allí reunidos, como Guillermo y Humberto pronunciaran sendos gárrulos brindis, expresivos de sus recíprocas amistades y confirmadores de la triple alianza, Wladimiro, el representante de Rusia y del czar, hase dirigido á la embajadora de Francia, madame Billot, á su lado sentada, y le ha dicho, con su copa en la mano: «Yo bebo sin frases, pero con todo mi corazón, á la salud de Francia.» En el minuto en que la cuádruple alianza con tanto aparato se confirma, surge á su costado la protesta y se confirma también la



DÁNAE, cuadro de J. D. Batten

indeliberada é inconsciente alianza entre los rusos y los franceses. Tras esto únicamente hubo de notable la peregrinación artística. ¿Dónde más interesante? Aquellos coros de antiguas estatuas, nunca sobrepujadas; aquellos campanarios y torreones, que representan, como por competencia y porfía, el mundo romano en ruinas y el mundo católico sobrepuesto victorioso á éste sin dejar nunca de imitarlo; aquellos fragmentos de arcos y acueductos, muy análogos con los aerolitos del espacio, apagados sobre nuestro planeta, y que fríos esqueletos de mundos y de soles, en otro tiempo luminosos y ardientes, reciben de la primavera sobre sus piedras desnudas ramilletes de jaramagos y nidos de golondrinas; la rotonda de San Pedro en lo infinito etéreo y las catacumbas de San Sebastián y San Calixto en los subterráneos de tinieblas eternas; las vías de sepulcros vacíos convidándoos á pensar en la muerte y las aladas figuras multicolores desprendidas de los frescos del Renacimiento á traeros el sensual beso de la vida exaltada; la quinta de Adriano demostrando en sus escombros cómo había este césar unido en sus ocios y en sus recreos todas las artes, en sus creencias todos los dioses, en su filosofía todas las ideas, especie de alejandrino embriagado por una gnosis misteriosa oriental; el espectáculo de aquella corintia linterna marmórea de Tívoli, en cuyas bases brotan las vívidas resonantes cascadas, componiendo unísona melodía; el campo de Aníbal, cerca del retiro de Horacio y cerca también de aquel Túsculo en que Cicerón resucitó los ensueños platónicos sobre la inmortalidad del alma; la campiña romana, desierta como un cementerio que hubiera descompuesto y devorado todos sus cadáveres, pero poblada, como un templo vivo, de ideas y de recuerdos; todo cuanto allí á uno le circunda, evocándole con tanta viveza y tan de relieve lo pasado, le apercibe y prepara para lo porvenir, como que las grandezas pretéritas sugieren la esperanza de futuras grandezas, afirmando que lo infinito está en nosotros, lo eterno con nosotros, y toda la tierra es un astro sumergido en el éter creador, y todo el humano espíritu un destello desprendido del verbo de Dios. Han dicho los diarios que, caballero Guillermo en su trotón de guerra, lanzado á galope digno de Mazzepa por los prados latinos; aspirando en sus narices abiertas el aura de los Apeninos aromada por el fecundo abril, y siendo en la vertiginosa carrera sobre las hierbas esmaltadísimas de flores y de rocío como un iris formado por tantos matices, entonó un himno á Italia y al sol y al cielo italianos, bendecidos por todos los poetas en todas las generaciones. Leyendo esta noticia no pude menos que acordarme de Lutero y del trágico estro con que Lutero maldecía en su caldeada elocuencia la Roma de los Pontífices. Todo le molestaba en ella, todo, al fundador de la religión profesada por Guillermo II. Imposibilitado, según su temperamento y por su educación, el monje rebelde y revolucionario de penetrar en las artes plásticas, no comprendía la Ciudad Eterna y no adivinaba que su renacimiento artístico era también, aunque semipaga-

no, toda una religión. Pero este paganismo resultaba incomprensible para su inteligencia y abominable para su corazón. Así todo le molestaba, repito, en Roma, por no aparecer concordante con el misticismo de su alma la nativa complexión y el interno espíritu de tan sublime ciudad. Aquel Pontífice arrastrado por brillantísimos caballos, que llevaba delante de sí la Custodia sobre altar y bajo palio más mezquinos que los altares y palios dedicados á la regia pontifical persona, quien se hacía dar la Hostia con una especie de bastón, para que ni los dedos sacros del celebrante, ungidos por la transubstanciación, le tocaran en el borde de sus labios, indignábale hasta el extremo de prorrumpir en la siguiente frase: «Si hay un infierno, sobre tal infierno está fundada Roma.» ¡Cuán lejos nos hallamos de todos estos rencores! Guillermo, amigo y aliado del rey de Italia, humildísimo con León XIII y reconociendo su autoridad en la entrevista del Vaticano, inclinado sobre la tumba de Víctor Manuel bajo la rotonda del Panteón, peregrino del arte y de la ciencia en los museos y en las ruinas, henchido de los cánticos y los colores y los aromas al extremo de bendecir en voces formidables la capital sacra, mil veces maldecida en apocalípticas maldiciones por su gente y su patria, después de haber ido allí en busca de guerra, se ha encontrado sobre las ruinas sublimes y entre los muertos inmortales con la paz y la reconciliación universal.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE MADRID

Entre las numerosas preciosidades artísticas y objetos históricos que el cabildo metropolitano de Valencia ha expuesto en la sala VIII, señalaremos varias pinturas de Juan de Juanes; una Sagrada Familia, en tela, de Correggio; un portapaz de Benvenuto Cellini; las casullas que usó Calixto III en el acto de la canonización de San Vicente Ferrer en 1455, y un instrumento naval con que Alfonso V de Aragón rompió en 1423 las cadenas del puerto de Marsella.

También el ayuntamiento de la ciudad del Turia ha expuesto, entre otras cosas notables, las banderas de los antiguos gremios; un busto en relieve del rey D. Fernando el Católico, hecho en 1490; los fueros de D. Jaime, con viñetas del valenciano Domingo Crespi (siglo xv), y las llaves de la ciudad de Valencia, que se entregaban á los reyes cuando se presentaban en ella para jurar los fueros.

El cabildo de Barcelona ha presentado cuadros, relicarios, ornamentos, misales y tapices de extraordinario mérito; un autógrafo del gran Conde y el crucifijo de mármol que llevó á la conquista de Orán el cardenal Jiménez de Cisneros.

De Vich se remitieron hermosas cruces procesionales, varios ornamentos religiosos y epístolas de Alminos (siglo xiii), y de Gerona un paño bordado que figura la Creación; una célebre estatua de Carlomagno y otros objetos preciosos.

Tarragona se ha limitado á enviar algunos de sus célebres tapices y cuatro frontones bordados en seda. Cierto es que son preciosos y de gran mérito.

Las tablas, cálices, sacras y ornamentos del cabildo de León completan las instalaciones de esta sala, cuyas paredes se hallan cubiertas con ricos tapices procedentes de las catedrales de Gerona, Tarragona, Santiago y Burgos.

El cabildo de esta última ha expuesto en la sala IX, además de otros tapices notables, una custodia gótica de plata sobredorada; libros sagrados en pergamino; varios cuadros de la escuela flamenca; una estatua yacente del obispo de Burgos D. Mauricio, en bronce dorado y labrado con esmaltes y pedrería.

Proceden de Huesca las tres urnas de reliquias de metal esmaltadas que pertenecieron al rey monje Ramiro II, y los siete medallones representando misterios de la vida de la Virgen, regalo de D. Pedro IV de Aragón.

Entre los curiosos objetos expuestos por el cabildo de Barbastro sobresalen una cabeza y un brazo de plata en varias partes sobredorada, con piedras preciosas, ostentando las armas del canónigo Arroyo, y una arquilla de madera cubierta con relieves de hueso, obra notable del siglo xv.

Los cabildos de Osma, Palencia y Calatayud han presentado preciosas joyas artísticas, ornamentos y códices; y el de Tarragona ha expuesto, entre otros objetos históricos, un báculo de concha que perteneció al Rdo. Fr. Diego de Llepes, confesor de Felipe II y de Santa Teresa de Jesús; una carta del antipapa Luna y otra auténtica de Sor María de Jesús de Agreda.

Notabilísima es la instalación de los templos metropolitanos de Zaragoza, en la cual llaman particularmente la atención los platos y jarros de plata cincelada, procedentes del tesoro de Nuestra Señora del Pilar y alguno de los cuales se atribuye á Benvenuto Cellini; la bocina de caza y guerra que perteneció á Gastón de Foix, vizconde de Bearne, caudillo de los tercios navarros en la conquista de Zaragoza; tres grandes lienzos pintados por Andrea Vendinella, maestro de Alberto Durero; el retablo de altar portátil de D. Fernando de Aragón, abad de Beruela; trece tapices procedentes en su mayor parte de la repostería del rey católico D. Fernando, y dos de los cuales están hechos con cartones de Giotto; tres paños de raz del rey Asuero y la reina Ester, y una infinidad de objetos de platería artística, esculturas en marfil, esmaltes, miniaturas, libros raros y manuscritos históricos.

En la sección de Bibliotecas y Archivos, cuyas vitrinas ocupan la sala X, hallamos el libro de *Usatges de Barcelona, Constitutións é capitols de Cort é Consuetuts escrites de Catalunya,* hermoso incunable en vitela, impreso en caracteres góticos, con las capitales hechas á mano, orla iluminada en la primera hoja del texto y una lámina que representa el acto de celebración de Cortes; el tratado *De Animalibus,* de Alberto Magno, escrito en vitela en el siglo xv, con más de mil dibujos iluminados, códice enviado por la Biblioteca universitaria de Granada; la *Vita Christi,* de Landulfo de Saxonia Cartuxano, traducción de Fr. Ambrosio Montesinos, primer libro impreso en Alcalá de Henares en 1502; la *Crónica del rey don Pedro I de Castilla,* impresa en Sevilla en 1495, y el famoso códice de San Juan de los Reyes del siglo xiv, titulado *Forum Judicum,* procedente, como los dos anteriores, de la Biblioteca provincial de Toledo.

La Real Academia de la Historia ha expuesto la carta autógrafa de Hernán Cortés; los autógrafos de Fr. Bernal Buil, primer delegado de Alejandro VI y comisionado por los Reyes Católicos para acompañar á Cristóbal Colón en su segundo viaje; la primera impresión de las obras históricas del cardenal obispo de Gerona, D. Juan Margarit, primer general y compañero de Colón en las Antillas, y la carta del rey de Portugal D. Juan I á los Reyes Católicos, noticiándoles los buenos sucesos de Vasco de Gama en las Indias orientales; el gran Relicario del Monasterio de Piedra, obra maestra del arte suntuario del siglo xv, que mandó labrar, entallar y dorar el abad D. Martín Ponce.

Largo sería enumerar los códices y documentos notables que han remitido las Bibliotecas de la Universidad central, de San Isidro, de las facultades de Medicina, Farmacia y Filosofía y Letras, del Museo de Ciencias naturales y del Colegio de San Carlos, que llenan varias vitrinas. Citaremos únicamente las *Cartas* originales del cardenal Cisneros á D. Diego López de Ayala, con dos retratos del autor y un sumario de su vida; uno de los seis ejemplares de la famosa *Biblia políglota,* impresos por mandato del mismo cardenal en Alcalá de Henares, y los *Libros del saber de Astronomía,* de Alfonso X, escrito en pergamino, con figuras, códice considerado como original del rey Sabio.

También nos falta espacio para indicar lo expuesto por la Biblioteca universitaria de Santiago y el Archivo general central de Alcalá de Henares, en cuyas instalaciones figuran los *Cartularios Magnos,* las *Bulas y Privilegios* de la Orden de San Juan de Jerusalén; las Constituciones de la Universidad complutense, dados por su fundador el cardenal Cisneros; la carta de Felipe II al rey D. Enrique de Portugal, toda autógrafa, fechada en 24 de agosto de 1579; 238 procesos de los tribunales de la Inquisición de Ciudad Real, Guadalupe y Toledo, pertenecientes á las dos últimas décadas del siglo xv, contra judaizantes, donde se pone de relieve el procedimiento inquisitorial de aquel tiempo, que á tan reñidas controversias ha dado margen en ambos mundos por no haberse consultado ni conocido estas fuentes originales.

Imposible nos es, por exigencias de la brevedad, enumerar los documentos contenidos en las vitrinas de los Archivos Histórico-nacional y de Simancas, y la infinidad de objetos curiosísimos con que ha llenado las salas XI, XII y XIII el Museo Arqueológico nacional. Las colecciones de este Museo y de los provinciales de Toledo y Valladolid (sala XIV), Granada, Córdoba, Zaragoza, Tarragona y Lérida (sala XV bis) merecen un largo y minucioso estudio que aquí no les podemos consagrar.

En esta última sala figuran los numerosos y notables objetos remitidos por la Comisión Balear, llamando poderosamente la atención un *Díptico* con las imágenes del Salvador y de María, que llevaba en sus viajes el rey D. Martín de Aragón; un *Cristo* de alabastro; una *Virgen* atribuída á Correggio; un altar con numerosas figuras, procedente de la iglesia parroquial de Santa Eulalia de Palma; diversos retablos de los siglos xv y xvi; cinco relieves de alabastro; un sillón abacial calado del siglo xv; varios arcones, platos de mayólica y otros objetos en extremo interesantes.

En la sala que sirve de vestíbulo, cuelgan de los muros admirables tapices, pertenecientes á la colección conocida con el nombre de Tapicería de Túnez, porque representa con sus singularísimos tejidos y con calidad verdaderamente artística episodios de la conquista de Túnez en tiempo del emperador Carlos V.

Las ricas preseas que en diferentes ramos del arte comprenden las salas XV y XVI, proceden de los reales alcázares, fundaciones del patronato de la corona y del Monasterio del Escorial. Allí están, entre otras armaduras, la de justa de Carlos V, y otra ecuestre de Felipe II; el famoso tapiz de las *Bodas del Cordero,* en cuya labor exquisita el oro, la seda y las lanas, de muy variados y ricos matices, hacen de él espléndida pintura; el retrato de D. Sebastián, que procede de las Descalzas Reales de Madrid, lo mismo que el de doña Ana de Austria, esposa de Felipe II; los de Felipe IV y su mujer doña Isabel de Borbón; el del conde-duque de Olivares, hecho por Velázquez, de cuyo artista es también una mano admirable, que ostenta un papel; el de Felipe II á los sesenta y seis años; el famoso retablo en metales artísticamente labrados que llevaba en sus campañas el emperador Carlos V; el retrato de Isabel la Católica; el de Felipe el Bueno de Borgoña, famoso por haber establecido la Orden del Toisón de Oro; el órgano del citado emperador; el relicario de cristal de roca que regaló el duque de Mantua á Felipe II; la maravillosa caja de oro, plata y cristal de roca, enriquecida con camafeos y piedras preciosas, que la infanta doña Isabel Clara Eugenia regaló al Escorial; el escritorio de hierro grabado al agua fuerte con aplicaciones de bronce artístico que usó Felipe II; los devocionarios de Juana la Loca y de Isabel la Católica; la capillita *Duomo de Milán,* asombroso trabajo de relieve y adamasquinado; un tomo autógrafo de Santa Teresa de Jesús; el breviario de Carlos V; las dos famosas tablas de Bosco, donde el pincel de esta artista trazó las más fantásticas representaciones; los dos grandes libros de coro del Escorial, hermosamente iluminados; un tríptico de Juan Van Eyck; dos bronces de Bernini; el original del libro de las Cantigas del rey Sabio; el dosel de Carlos V, compuesto de ricos tapices, y la banqueta del gran monarca; el casco férreo de Barbarroja y las espadas que se dice ser de Boabdil, Cortés y Pizarro, y otros muchos objetos notables por su mérito artístico y por su valor histórico.

En las vitrinas de la sala XVII se encuentran ejemplares únicos de ocho obras curiosas, varios libros que se distinguen principalmente por sus láminas y otros que se presentan como modelos de encuadernaciones de lujo, y diversas *Biblias* famosas, como la de Arias Montaner.

La Biblioteca Nacional ha expuesto ciento cincuenta manuscritos en la sala XVIII, consistentes en códices griegos, persas, hebreos y árabes; biblias; obras litúrgicas y de devoción; obras de Ciencias, Artes, Historia, Geografía, Literatura y Teatro; mapas, autógrafos y códices notables por la importancia del texto, ornamentación y encuadernación. Las colecciones de estampas é impresos que ha presentado la misma Biblioteca son verdaderamente asombrosas y constituyen para los hombres de estudio, y particularmente para los bibliófilos, uno de los atractivos más poderosos de la Exposición Histórico-europea.

Cubre casi enteramente uno de los muros de esta sala la magnífica instalación dispuesta por D. José Estruch, de Barcelona, para mostrar gran número de piezas selectas de su famosa armería. Comprende la historia de las armas desde el siglo viii hasta nuestros días, y cada una de sus piezas manifiesta algún carácter de mucho interés por su rareza, formas, exorno ó valor histórico, lo mismo que las banderas y estandartes que realzan el mérito de la instalación.

A los lados de esta hay dos vitrinas donde el marqués del Castrillo ofrece notabilísimos objetos á la admiración de inteligentes y profanos en materia de arte antiguo.

Ocupan la sala XIX las sorprendentes colecciones de cerámica, joyas de pedrería, arquillas, relicarios, marfiles, armas, libros, medallas, monedas, vasos, miniaturas, esmaltes, retratos, muebles, tapices, etc., etc., presentados por D. Guillermo de Osma, el conde de Valencia de D. Juan, el general Nogués, D. Pablo Bosch y D. Juan J. de Escanciano.

La sala XX está igualmente cuajada de preciosidades artísticas expuestas por D. Alberto Salcedo,



RIBERAS DEL MANZANARES, cuadro de J. Nicolau (Album Artístico del Ateneo Barcelonés)

D. Luis de Ezpeleta, conde de Guaqui, condesa viuda de Santiago, marquesa de Molíns, marqués de Castroserna y otros.

Dos palabras sobre la colección de sellos en cera, lacre y plomo, así reales como eclesiásticos, municipales y particulares, que ocupan una de las vitrinas del centro de esta sala. Son rarísimos, si no únicos ejemplares, los de las antiguas villas de Guadalajara, Alarcón, Cuenca y Zamora; el de doña María de Portugal, esposa de Alfonso XI de Castilla, y otros muchos.

Gran parte de la historia de España y aun de Francia y Holanda en los siglos XVI y XVII está como representada al vivo con la serie de retratos expuestos por la señora condesa viuda de Santiago.

Entre los objetos más curiosos de la Exposición puede citarse el mueble de la marquesa de Molíns, chapeado interior y exteriormente de marfil, en cuyas placas un buril hábil é inteligente grabó en Nápoles, á principios del siglo XVII, cartas geográficas, retratos de reyes, leyendas é inscripciones, vistas de ciudades y adornos variados.

D. Nicolás Duque ha cubierto los cuatro muros y llenado algunas vitrinas de la sala XXI con una estupenda colección de herrajes de toda clase de puertas y ventanas, cerraduras, arcas, llamadores, llaves, armas, joyeros, cruces y demás hierros antiguos; todo dispuesto con gusto y arte sorprendentes.

TIPO HEBREO, dibujo de José M. Marqués (Album Artístico)

En la sala XXII figuran las instalaciones de la Junta provincial de Palencia, de la Universidad compostelana, de la Junta provincial de Zamora, de los marqueses de Heredia y Falces, de los condes del Asalto y Esteban Collantes, de los Sres. Gobel, Villaamil, Gómez, Guerrero, Molíns, Rodríguez Rey, Rotondo, Morenes, Ferriz, Paredes y Herrera; entre cuyas instalaciones llaman particularmente la atención las armas de Boabdil, auténticas, primorosas, casi únicas por su valor artístico é histórico, dignamente expuestas en un mueble de estilo árabe, por sus actuales dueños los marqueses de Viana.

En la sala XXIII hay varias colecciones del marqués de Cubas, que admiran el simple curioso, el arqueólogo y el artista; ricos ornamentos eclesiásticos y un rico órgano de concha, pertenecientes al duque de Sexto; diversos vasos de Talavera, presentados por el conde de Superunda, y otros objetos de gran mérito expuestos por los señores marqueses de Mondéjar, Fernando Alvarez y Manuel Pérez, siendo de este último el singularísimo clavicordio que ocupa el centro de la estancia y que es uno de los instrumentos más curiosos que ofrece la historia de la música en el siglo XVII.

El marqués de Monistrol y D. Pedro Bosch han expuesto en la sala XXIV una serie de magníficos arcones góticos y del Renacimiento, junto á los cuales figuran otros muebles y diversos objetos de arte antiguo, pertenecientes á los mismos señores, á doña Elvira Alvarez, al duque de Sexto, á D. Mariano Hernando, al marqués de Flores Dávila, á D. Luis Navas y á los condes de San Rafael de Luyanó, de Superunda y Piorno.

En las salas XXV, XXVI y XXVII se han agrupado las pinturas y grabados de distintas é innumerables procedencias, formando grandes grupos con toda la homogeneidad posible para obtener, ya que no un orden histórico, imposible en su colocación, conjuntos armónicos y que faciliten el estudio.

Tal es, descrita á grandes rasgos, la Exposición en que inapreciables tesoros del arte, de la ciencia y de la industria de cuatro siglos nos inician en la vida social, política, militar y eclesiástica de las generaciones que nos han legado los fundamentos de la civilización moderna.

Juan B. Enseñat

MANIFESTACIÓN ARTÍSTICA
EN EL ATENEO BARCELONÉS

Aunque otro mérito no tuviera, que algunos más tiene, como veremos, nadie negará á la Exposición que actualmente se celebra en el Ateneo Barcelonés el de la oportunidad. Es Barcelona, de algún tiempo á esta parte, centro importante de producción artística y abundan en ella los aficionados á las bellas artes, aunque por desgracia escaseen los mecenas. Las exposiciones periódicas en locales como el Salón Parés y otros han contribuído poderosamente á mantener viva y á fomentar esa afición, permitiendo seguir los progresos de nuestros artistas y dando á conocer á la generalidad del público las nuevas tendencias, los procedimientos modernos; es decir, estimulando á aquéllos y educando el gusto artístico de éste.

Tal movimiento, interesante cuando menos como síntoma que permite esperar un próximo renacimiento, debía por fuerza reflejarse en un centro que, como el Ateneo Barcelonés, es por su índole y por su historia compendio de las diversas manifestaciones de la vida intelectual de nuestra ciudad, y así ha sido, en efecto: reina hoy en aquella sociedad un ambiente por demás propicio á todo cuanto con las bellas artes se relaciona, y de ello fueron elocuente prueba el entusiasmo con que ha poco se acogieron las notables conferencias del ilustre maestro Pedrell y del genial pintor escenógrafo Soler y Rovirosa, y el deseo unánime de los ateneístas de que no se detuviera aquí el impulso con tanto acierto y tan buen éxito emprendido.

Haciéndose intérprete de estas levantadas aspiraciones, la sección de Bellas Artes concibió la idea de organizar una manifestación artística, y apenas sometido el pensamiento á la consideración de la Junta directiva, ésta lo prohijó con verdadero cariño, y acto seguido nombróse la Comisión ejecutiva que en breve tiempo cumplió á entera satisfacción su cometido, logrando ver reunidas hasta 121 obras de Arquitectura, Escultura, Pintura, Grabado, Litografía, Fotografía é Industrias Artísticas, pertenecientes á 50 expositores.

Tal es la historia de la Manifestación Artística que en estos días celebra el Ateneo Barcelonés. Un incidente desagradable ha ocurrido en los últimos momentos del período de organización, y aunque no hemos de ahondar en él, séanos permitido lamentar ciertas intransigencias poco en armonía con lo que el elevado concepto del arte exige ó por lo menos recomienda, y de las cuales han sido víctimas uno de los pintores cuyo nombre ocupa de antiguo brillantes páginas en nuestros anales artísticos y uno de los jóvenes que con más bríos y fortuna han luchado en pro de los modernos ideales en materia de pintura.

Antes de entrar en el examen detallado de la Exposición, juzgamos necesario salir al paso de los que



FASCINACIÓN, escutura de Campeny (Album Artístico)

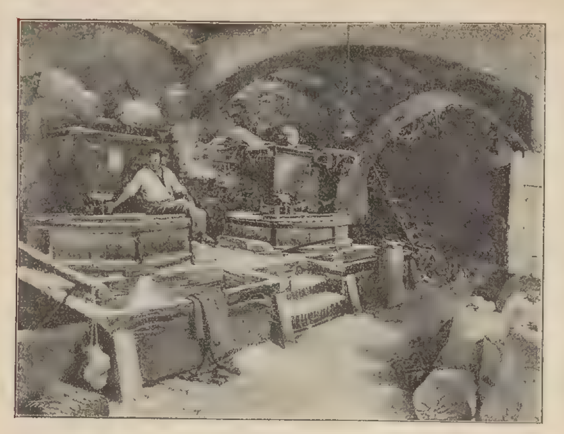
puedan calificarla de deficiente en cantidad y calidad: quizás no falte quien opine que son pocas en número las obras expuestas, ni quien note la ausencia de obras de alto vuelo. Estas observaciones, que acaso estarían muy en su lugar en otra clase de certámenes, huelgan por completo tratándose de la manifestación artística que nos ocupa.

La primera de las bases á tenor de las cuales la Exposición se ha organizado, disponía que sólo pudieran ser expositores los socios del Ateneo; la octava limitaba á cuatro el número de obras de cada expositor en una misma sección, y la undécima excluía del certamen todas las obras que hubiesen sido expuestas anteriormente en esta capital. Estas circunstancias, unidas á las dimensiones relativamente reducidas de los locales en donde la Exposición debía celebrarse, explican perfectamente lo que algunos, ignorando estos antecedentes, pudieran calificar de deficiencia en cantidad.

En cuanto á la falta de obras de alto vuelo, la explicación que de ella debe darse no es menos lógica y resulta en el fondo altamente dolorosa. Dejemos á un lado qué es lo que, por obra de alto vuelo, debe entenderse; prescindamos de toda consideración acerca de si este calificativo puede justificarse en todos los casos en que ha sido aplicado, y si por el contrario son dignas de él obras que no lo han obtenido, y convengamos en que realmente no hay en la Manifestación Artística del Ateneo lo que ha dado en llamarse obras de grandes alientos.

Sentado el hecho, que no es un fenómeno aislado, sino que desde hace tiempo viene reproduciéndose en cuantas Exposiciones con carácter de regionales ó nacionales se organizan en España, fácil nos ha de ser dar con la explicación del mismo.

Raros, rarísimos son en el mundo del arte los casos en que los artistas por espontáneo impulso ejecutan algunas de esas obras, y estos casos sueltos coinciden casi siempre con la posesión de fortunas pingües, como las de Roll, Rochegrosse y otros, que



ANTIGUO MOLINO, cuadro de T. Moragas (Exposición)

permiten á sus poseedores prescindir de consideraciones que no por ser hijas de necesidades materiales dejan de imponerse con toda su pesadumbre á los que á la vida intelectual se consagran y en ella encuentran su sustento. Cierto que no sólo de pan vive el hombre, pero cierto también que aún no se ha hallado medio de que sin pan subsista; y al que del producto de su paleta ó de su cincel vive no se le puede exigir que consagre algunos años de estudio y de trabajo á una obra de alto vuelo si no se le da de antemano la seguridad de que sus trabajos y sus estudios serán debidamente remunerados.

Casi todos los grandes lienzos que en las Exposiciones extranjeras se han admirado han sido pintados por encargo de centros oficiales ó de particulares, y en los Salones actualmente abiertos en París, Puvis de Chavannes y Munkaczy han podido producir sensación con sus *Homenaje de Víctor Hugo á París* y *Fundación de la nacionalidad húngara,* merced á la munificencia del Municipio de la capital de Francia y del Parlamento de Hungría que tales cuadros les encomendaron.

Léanse los periódicos extranjeros que de bellas artes se ocupan y asombra el número de concursos que de continuo se anuncian para decorar grandiosos edificios públicos ó erigir suntuosos monumentos y la multitud de trabajos importantes que ilustres pintores, escultores y arquitectos ejecutan por encargo de los gobiernos, corporaciones y particulares.

¿Y aquí en España? Aquí acontece todo lo contrario: los que envían á las Exposiciones que con carácter oficial se celebran en Madrid cada dos años, pueden aspirar á lo sumo á unos premios mezquinos que el Ministerio de Fomento concede y que cuesta mil afanes poder hacer efectivos, y los que prescindiendo de certámenes oficiales pinten alguna vez una de esas obras de grandes alientos, después de haber llevado en penosa peregrinación sus telas de Ceca en Meca y de haber apelado á mil solicitudes y recomendaciones humillantes tendrán que cederlas – íbamos á decir abandonarlas – por un puñado de pesetas con que ni siquiera se indemnizarán en muchos casos de los desembolsos hechos para su ejecución.

En cuanto á los encargos particulares, mejor es no hablar de ello, pues salvo honrosas pero muy contadas excepciones, los que podrían ejercer de Mecenas resultan, aun tratándose de la adquisición de obras de arte, comerciantes de pequeñas miras.

ESTUDIO, de R. Martí y Alsina (Album Artístico)

¿Es así como el arte puede producir esas creaciones que causan asombro? ¿Cabe en estas condiciones exigir al artista obras de alto vuelo? Hágase atmósfera; promuévanse frecuentes certámenes y concursos importantes, despojándolos de los vicios y corruptelas que suelen ser entre nosotros su natural acompañamiento; concédanse premios valiosos que adjudique la justicia, no el favor; estimúlese de veras á los artistas, y entonces y sólo entonces podrá censurarse á éstos si en tales certámenes y concursos se nota la ausencia de obras de grandes alientos.

Mientras así no sea, contentémonos con que nuestros artistas produzcan bien en los géneros únicos que en el mercado tienen salida, y admiremos como á héroes á los que por excepción nos permiten de tarde en tarde admirar algo que se sale de lo vulgar, de lo corriente, de lo que la falta de estímulo y protección ha hecho pasar ya á la categoría de lógico.

Estas consideraciones de carácter general, aplicadas al caso particular de la Manifestación Artística que nos ocupa, son, á nuestro entender, razones bastante poderosas para explicar la ausencia en la Exposición del Ateneo Barcelonés de esas obras antes referidas que algunos piden siempre que de certámenes se trata, que muchos admiran cuando por raro caso se presentan, pero que muy pocos encargan y nadie compra en lo que valen cuando algún artista ha tenido valor bastante para acometerlas por impulso propio y para ejecutarlas sin ajeno auxilio.

Hechas estas observaciones, que no creemos muy fuera de lugar, examinaremos ligeramente y por el orden del catálogo las obras expuestas.

En la sección de arquitectura no hay sino un anteproyecto de desembarcadero del Sr. Buigas Monrabá, digno por su grandiosidad del monumento á Colón, del propio autor, al que debía servir de complemento.

EL PRÍNCIPE TZERTELEFF, apunte de J. L. Pellicer (Album Artístico)

En la de escultura tiene Campeny una *Maja,* busto finamente modelado en mármol, *L' hirondelle,* esbelta figurita de *boulevardiere,* un caprichoso boceto, y *El preferido,* escultura bien sentida y correcta de líneas. De Montserrat es una estatua en yeso, *Primer intento,* verdadera joya por su corrección, vida y naturalidad. González Pellicer expone un *Relieve modelado en cera,* en el que las numerosas figuras están hábilmente trazadas y distribuídas y los términos perfectamente dispuestos, y un *Proyecto para repujar en hierro,* de elegante carácter decorativo.

De los cuatro cuadros de Amell Jordá llama la atención *El desayuno,* bien concebido y ejecutado con acertados efectos de luz; *Preparativos de fiesta* tiene algunos detalles recomendables: los otros dos, de composición más laboriosa, resultan inferiores á éstos.

Sol de invierno y *Tarde de agosto en los Pirineos* son dignos de la fama de su autor, Dionisio Baixeras: las figuras del primero son de encantadora naturalidad y el aire tiene la transparencia de un día despejado de la estación fría; en el segundo se siente la sofocante pesadez de la atmósfera, presagio de próxima tormenta que confirman el cielo cubierto de densas nubes y el hato remolinado buscando refugio bajo unos peñascos. *En el palco* y *Cabeza de estudio,* de Bernadet, el dibujo es superior al color. Bertrán expone un buen *Retrato,* dos elegantes *Bocetos de pinturas decorativas* y *En la playa,* apunte recomendable. *Cloe,* de Brull, es un buen estudio de desnudo con un bien entendido contraste de colores; *Rosario,* del mismo autor, es un busto gracioso y expresivo; en *Triste historia* las cabezas están bien estudiadas; *A la votre* se recomienda por la expresión.

Cantallops expone una figura discretamente pintada. *Estudio,* de Buenaventura Casas, tiene algunos fragmentos recomendables. *Expectación, Estudio* y *Al despertar,* de Ramón Casas, son otras tantas figuras pintadas con ese acierto en la observación, seguridad en la pincelada y sobriedad de efectos que revelan al artista apasionado por el arte y conocedor de todos sus recursos: el primero, particularmente, es un cuadro que más deleita cuanto más se mira. *La limosna,* de Antonio Coll, es una escena mejor observada que sentida y en algunos trozos bien ejecutada. Camino presenta cuatro cuadros bien estudiados y de un colorido muy simpático. Cusí se muestra elegante, como siempre, en sus dos figuras, *Celos* y *Coquetería,* dibujadas y pintadas con suma delicadeza.



LABORES DE INVIERNO, cuadro de J. Pinós (Exposición)

De Garí Torrent son *Escuela de náutica* y *Triste puchero,* dos cuadros perfectamente sentidos y compuestos, cuya factura recuerda la de otro expositor, y lo consignamos así en sentido laudatorio, que imitar lo bueno no es defecto. *Anyoransa,* de Gay, es una nota de sentimiento y de color que impresiona gratamente; hay expresión en el rostro y en la actitud de la figura y las telas están pintadas con habilidad: el efecto sería completo si la cabeza no resultara un tanto desproporcionada. Graner, el de los atrevidos efectos de luz, el que ha sabido convertir en materia artística tipos y escenas de todo punto reñidos con la estética, expone *El 1.º de mayo de* 1893, *Guitarrista, Fumador* y *Cabeza de estudio,* hechos con valentía y profundo estudio del natural, aunque algo confuso el tercero y convencional de color el cuarto.

Tiene expuestos Labarta dos cuadros al óleo, *Al amanecer,* escena de playa bien apuntada, y *Plaza de*

Centellas, con mucha luz, vida y animación: son del mismo un bonito estudio al pastel y una acuarela, *Lo nunci,* de asunto y tonos simpáticos. Un cuadro de Lapeira produciría mejor efecto sin la carreta y los bueyes, de dibujo y colorido descuidados. Larraga ha impreso en sus dos *Apuntes de Badalona* la luz brillante de nuestra costa levantina. Lorenzale se presenta elegante y minucioso con sus dos escenas de Carnaval.

Marqués expone *Cabeza de estudio,* bien concebida y ejecutada con soltura; *Lago Remolá,* de bonito efecto, y *Yo no pongo morir,* en el que destacan el cura y algunos accesorios y para el cual quizá hubiera podido encontrarse, dentro de la misma dolora de Campoamor, otro título más en armonía con la situación de las figuras. De Ricardo Martí hay *Flores al aire libre,* lienzo de grandes dimensiones con profusión de flores artísticamente amontonadas y pintadas con la maestría que en este género caracteriza á su autor; un buen *Retrato, espejo decorativo* y un *Almohadón,* compuesto con exquisita elegancia y primorosamente ejecutado. Más y Fontdevila ha expuesto un pastel, *Flora,* trazado con vigor y seguridad y con una entonación suave y armónica, así en la figura, como en las flores que la rodean, como en el fondo sobre que una y otras destacan. Meifrén tiene: *La Marne,* cuadro lleno de poesía; *En la playa,* grandioso en sus pequeñas dimensiones; *San Vicens,* detalle bien observado y apuntado del pueblo de este nombre, y el *Pont Saint Michel,* de graciosa y elegante factura: los cuatro son hermosos por su luz y color. Los tres grupos de vacas, de Mestre, están bien estudiados. Mirabent justifica una vez más en sus cuatro lienzos la fama de que goza como pintor de flores y frutas, género en que pocos le igualan. *Paisaje* y *Molino antiguo* se titulan dos bellos cuadros al óleo de Moragas, poéticos y de tonos muy acertados el primero y detallado con rara habilidad el segundo: merecen también elogio los estudios de acuarelas del propio autor.

Los tres trabajos de Nicolau y Bartomeu están discretamente pintados.

Amor ó miseria (aguada), de Pellicer, interesa por el asunto y cautiva por la manera como el artista ha sabido tratarlo, desarrollando el tema sobre un fondo grandioso y dando á todo el cuadro un tinte triste, mas no por eso menos luminoso, que armoniza admirablemente con el trágico episodio representado. Pinós y Comes expone un busto al pastel pintado con cariño. *Labores de invierno, A través del pla de Llachs* y *La porta del barri* son las obras presentadas por uno de nuestros primeros ruralistas, Pinós y Palá; en los tres, el campo y sus gentes aparecen con toda su belleza y poesía: el primero, sobre todo, tiene unas figuras inmejorables envueltas en una atmósfera y una luz de efecto sorprendente. *Buen viaje* y *La pollita,* de Planella Rodríguez, aunque no carecen, especialmente el primero, de algún trozo recomendable, están por debajo de otras obras que del mismo pintor hemos admirado.

Incógnita é Inocencia, de Román Ribera, son dos primores de incomparable belleza; son la vida misma infiltrada en el lienzo con una elegancia y un dominio de la línea y del color superiores á todo encomio. Riquer, en pleno misticismo en *La Anunciación* y *Aurora,* cuadros de entonación suave, nos recuerda su antiguo modo de ser en *Gacetilla de la Moda Elegante,* de correcto dibujo y fino color, y en *Tentación.* Rusiñol expone dos cuadros bañados en luz espléndida, en los que se sienten las vibraciones de los rayos solares de un mediodía estival: *Pont sobre 'l foso* es de un efecto admirable, y contemplándolo casi se siente la asfixia del calor; *Molins de vent,* más abocetado que el anterior, es también bellísimo.

Plegaria y *Vendedora de flores,* de Tamburini, llaman la atención, la primera por su expresión vigorosa y eminentemente dramática, la segunda por su frescura y delicadeza: en ambas se ve la concepción del poeta y la ejecución del artista de talento. Teixidor y Torres expone una bonita cabeza de estudio. Tolosa tiene un poético paisaje, *Cercanías de Vich,* pintado con facilidad y embelesante armonía de colores: suyos son también un gran grupo de flores muy bien ejecutadas y un *Estudio* apuntado con naturalidad.

Calma y *Ocaso,* de Urgell, anuncian desde luego al maestro que no tiene rival en la pintura de esos paisajes impregnados de melancolía que parecen convidar á la meditación y al reposo: son dos obras profundamente sentidas y admirablemente pintadas. *Un día de niebla* y *En el Parque,* de Utrillo, son bonitas notas bien observadas y ejecutadas con soltura.



ESTUDIO, de A. Más y Fontdevila (Album Artístico)



LA CARRETA. – OLOT, dibujo de J. Pinós (Album Artístico)

En la sección de dibujo, han presentado: Avila un interesante dibujo anatómico y un retrato. Pascó los originales del Calendario decorativo publicado por la casa Henrich y C.ª, en los que se admira un gusto exquisito, un lápiz fácil y un conocimiento perfecto de la técnica ornamental; Pellicer dos dibujos, *Entierro de un ciego* y *High Life,* hechos con ese dominio del natural, de la línea y del claroscuro que tan justa celebridad le han valido, y varios *Croquis de la Guerra de Oriente,* trazados con una sobriedad y un vigor que sólo poseen los verdaderos artistas; y Robert y Surís un *Mendigo* discretamente apuntado.



LA MORRA, apuntes de T. Moragas (Album Artístico)

En la sección de grabado expone Nicolau Bartomeu el *Sepulcro de D. Fernando Díez, Abad de San Martín* (Burgos) y una *Vista exterior y detalle del Arco de Santa María* de la propia ciudad, ambos bien ejecutados.

En la sección de fotografía hay cuatro pruebas ampliadas de Egozcue del Pozo, de tal carácter artístico que pudieran tomarse por reproducciones de buenos cuadros, y Napoleón una colección de hermosas pruebas inalterables al platino, casi todas retratos de nuestros primeros pintores, y todas dignas de calificarse de verdaderas obras de arte.

Tales son á grandes rasgos descritas las obras que figuran en la Exposición del Ateneo Barcelonés, que examinada en conjunto ofrece como carácter saliente un sello de independencia en nuestros artistas, atentos todos y cada uno en tesis general á cumplir los fines del arte produciendo la emoción estética con espíritu propio sin preocuparse del procedimiento de los demás.

Digno complemento de la Manifestación Artística es el Album ilustrado que contiene interesantes trabajos, algunos reproducciones de obras expuestas, de Buigas, Campeny, Martí y Alsina, Serra y Porsons, Ribera, Moragas, Soler y Rovirosa, Pellicer, Pinós y Palá, Cusí, Labarta, Marqués, Feliu, Más y Fontdevila, Garí, Martí y Aguiló, Tamburini, Riquer, Bertrán, Clausolles, González y Pellicer, Pascó, Baixeras, Pinós y Comes, Gay, Audouard, Nicolau, Casas, Utrillo y Bernadet, algunos de los cuales reproducimos en este número.

Los ejemplares del Album Artístico se expenden á 5 pesetas los en rústica y á 25 los encuadernados: los primeros contienen un número y los segundos cinco con opción al regalo de 1.000 pesetas ofrecido por el Ateneo para la adquisición de una ó varias obras expuestas y á otros premios equivalentes á la mitad del producto íntegro de la venta de los álbums que el Ateneo cede para la adquisición de una ó varias obras en las mismas condiciones del premio anterior.

No terminaremos este artículo sin felicitar á la Junta directiva del Ateneo y á su presidente señor Yxart por la iniciativa que han tomado en la Manifestación Artística y á la comisión organizadora que la ha llevado á cabo, haciendo votos por que el ejemplo sea imitado en años sucesivos, con lo que ganará en importancia aquella corporación y reportarán ventaja los artistas y los aficionados. – A.



ESTUDIO, de R. Martí y Alsina (Album Artístico)



SOL DE INVIERNO, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición)



PLEGARIA, cuadro de J. M. Tamburini (Exposición)



EL TESTAMENTO DE UN BRUJO, decoración de F. Soler y Rovirosa (Album Artístico)



LA JOTA, acuarela de T. Moragas (Exposición)



PORTAL DE CENTELLAS, cuadro de L. Labarta (Album Artístico)



AFICIONADA, dibujo de R. Ribera (Album Artístico)



EN BÉLGICA, cuadro de J. M. Marqués (Album Artístico)



COQUETERÍA, cuadro de M. Cusi (Exposición)

NUESTROS GRABADOS

Al Pardo, estatua en barro cocido de José Alcoverro (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Pocos atractivos ofrecen los alrededores de la coronada villa; sólo cambian su árida y monótona uniformidad los sitios reales que, como la Casa de Campo y el Pardo, distínguense en medio de aquellas extensas llanuras, como los oasis en los desiertos africanos. Allí ha de hallar el artista las galas de la Naturaleza, arboledas frondosas y amenos prados. Al Pardo, pues, encamínase el paisajista que ha modelado Alcoverro, provisto de su caja de colores y del indispensable quitasol. Allí hallará asunto para pintar un bonito paisaje.

Nuestros lectores conocen ya algunas de las obras más discretas de este distinguido escultor, algunas de las cuales coronan monumentos ó embellecen edificios públicos. La que reproducimos ajústase al concepto moderno y es digna de aplauso por su verdad y fácil modelado.

Dánae, cuadro de J. D. Batten. – Atemorizado Acrisio, rey de Argos, por un oráculo que le predijo moriría á manos de su nieto, encerró á su hija Dánae en una torre para evitar que hasta ella llegara hombre alguno; mas no le valió su precaución, y de los amores de Júpiter con aquélla nació Perseo, quien fué encerrado con su madre en un cofre que Acrisio mandó arrojar al mar y que las olas depositaron en la isla de Serifa, donde madre é hijo fueron acogidos por el rey Dictia. Tal es la leyenda mitológica, uno de cuyos pasajes ha inspirado el hermoso lienzo que reproducimos y que llamó poderosamente la atención en la *New Gallery* de Londres, donde ha estado recientemente expuesto.



EL REY ALEJANDRO DE SERVIA

El rey Alejandro de Servia. – El día 13 del próximo pasado abril y al terminar un banquete al cual había invitado á los regentes y á los ministros, el rey Alejandro de Servia declaró á unos y otros que su misión había terminado, puesto que desde aquel momento se declaraba mayor de edad. Dirigióse luego á los cuarteles, acompañado de los nuevos ministros, siendo aclamado por el pueblo y el ejército. Este golpe de Estado, realizado con singular audacia por un joven de diez y siete años, demuestra una sangre fría poco común en un adolescente y ha sido muy bien acogido por la opinión pública de aquel país, cuya Cámara no tardará en sancionar el acto llevado á cabo por su monarca.

La cartomántica, cuadro de Simón Gómez. – Fué Simón Gómez un artista dotado de condiciones especialísimas y que justamente le distinguieron entre sus compañeros, colocándole en envidiable lugar al renacer en nuestra ciudad el calor artístico cuyos resultados todos actualmente encarecemos. De pincelada robusta, en su pintura, demostraba con ésta que sus maestros fueron los buenos pintores de la Escuela española, y puede decirse que Gómez representa su influencia hasta nuestros tiempos, influencia que á continuar viviendo el malogrado artista se hubiese manifestado atenuada por la evolución que la pintura realiza en sus condiciones externas. El cuadro que publicamos resume todas las cualidades y aficiones de su autor: decisión en las masas, modelado robusto, dibujo ajustado y brillantez de color dentro de la tonalidad que le era peculiar y que podemos llamar castellana.

La exposición de un cuadro en el Salón Parés que en mucho recuerda al que publicamos presta mayor interés á esa obra del que fué un artista bajo todos conceptos.

MISCEANEA

Teatros. – En el Constanzi de Roma se ha cantado con éxito extraordinario la ópera *Falstaff* á la primera representación asistieron los reyes de Italia y todos los príncipes de la casa de Saboya que se encontraban en aquella capital. El triunfo de Verdi en la Ciudad Eterna ha sido completo, habiendo sido objeto el anciano maestro de grandes distinciones por parte del rey Humberto y del cabildo de San Pedro del Vaticano.

– En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha celebrado una función en honor de Rubinstein, con asistencia de éste ilustre compositor y pianista, poniéndose en escena una ópera cómica en un acto, titulada *Entre bandidos*, y el baile *El pámpano*, presentados con gran lujo y magnificencia. Ambas producciones fueron muy aplaudidas.

En el próximo invierno se representará en el teatro de la Corte, de Munich, el *Falstaff*, de Verdi.

París. – En la Opera Cómica se ha cantado con aplauso *Los pescadores de perlas*, de Bizet. Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville, *Malgré tout*, delicado drama en un acto, de Alfredo Bonsergent; *Ce qu' on doit taire*, otro interesante drama en un acto de M. Artus, y *Anicroche*, comedia en un acto, de M. Soulié; en el Palais Royal, *Sous prefet de Chateau-Buzard*, vaudeville en tres actos, de León Gandillot, en el que abundan las situaciones cómicas y los quid pro quo propios del género; en el teatro Libre, un vaudeville en dos actos, *Boubouroche*, de Jorge Courteline; en la Comedia Francesa, *Reine Juana*, drama en cinco actos y en verso, de M. Parodi, en el cual la verdad histórica está á la misma altura en que por regla general la encontramos cuando los novelistas ó dramaturgos franceses tratan algún asunto de la historia de España. En la Opera se ha estrenado *La Walkiria*, de Wagner, que ha obtenido un éxito grandioso: los cantantes, la orquesta, la *mise en scène*, todos y todo ha estado á la altura de la obra colosal del incomparable maestro de Baireuth, haciendo las delicias del público parisiense, que ha aplaudido la ópera con verdadero entusiasmo.

Londres. – En Drury Lane se ha reproducido la ópera de Bach, *Irmengarda;* en el teatro Terry, la Sociedad del Teatro Independiente ha representado una tragedia de autor anónimo, titulada *Alan' s Wife*, que es un conjunto de escenas horrorosas y de personajes repulsivos que un crítico londinense sintetiza diciendo que en ella no hay ideas y que es sólo un caso de horror físico, de demencia, de asesinato y de innoble muerte. En Coven Garden se han cantado *Lohengrin* y *Cavalleria rusticana*, habiendo sido muy aplaudidas en la primera Mme. Melba y en la segunda Mme. Calvé y en ambas nuestro paisano el tenor Viñas y el maestro Mancinelli. En el Savoy se ha estrenado *Jane Annie*, graciosa opereta de Barrie y Doyle, con agradable música de Ford, y en la Comedy *The great Unpaid*, arreglo al inglés de la graciosa comedia de Brisson, *La famille Pont-Biquet*. Próximamente debutarán en el Lyric la célebre actriz Leonor Duse con *La dama de las camelias*, y en Drury Lane la compañía de la Comedia francesa.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso se han cantado *Lucrecia Borgia* y *La Africana*, habiendo sido muy aplaudidos en el desempeño de la primera las señoras Laborda y Marzoni y los Sres. Lanfredi y Riera, y en el de la segunda las señoras Laborda y Ruanova y los Sres. Angioletti, Mestres y Riera, y en ambas el maestro Goula: para el beneficio de éste se puso en escena *Los Hugonotes*, que valieron una ovación al maestro y muchos aplausos á las señoras Laborda, Ruanova y Blasco y á los Sres. Angioletti, Labán, Riera y Verdaguer, artistas españoles todos, á la orquesta y á los coros. La comedia musical en tres actos del maestro Giró, *El sombrero de tres picos*, estrenada en el propio teatro, ha tenido poco éxito. En la Comedia sigue cosechando grandes aplausos la compañía de opereta italiana que dirige el Sr. Tani. En Apolo se ha estrenado con mucho éxito una graciosa zarzuela en un acto, de D. Miguel Echegaray, con bellísima música del maestro Fernández Caballero, titulada *El dúo de la Africana*.

Barcelona. – La Sociedad de Conciertos de Madrid, dirigida por el ilustre compositor y director D. Tomás Bretón, ha conseguido en el teatro de Novedades y en el Tívoli una serie de brillantísimos triunfos; las ovaciones se han contado, no ya por conciertos, sino por piezas, al final de cada una de las cuales estallaban verdaderas tempestades de aplausos. El éxito esta vez ha sido tan colosal como lo fué en el otoño de '1891, y no podía ser otra cosa dados el exquisito acierto que ha presidido en la formación de los programas, la maestría con que dirige el ilustre autor de *Los amantes de Teruel* y *Garín*, y la admirable ejecución de la Sociedad de Conciertos, cuyos profesores merecen todos en conjunto y cada uno en particular el dictado de consumados concertistas. La excelente compañía á cuyo frente se encuentran los Sres. Rosell y Ruiz de Arana y la señora Valverde, después de haber hecho las delicias del público en el Principal se ha trasladado al Lírico; las más escogidas obras de nuevo repertorio obtienen por parte de esta compañía una ejecución acabada. En el Eldorado ha tenido un éxito completo la original artista miss Fuller, cuya danza serpentina resulta un espectáculo nuevo, elegante y de efecto sorprendente. En el Lírico ha dado cuatro funciones la eminente actriz Sarah Bernhardt, que ha sido en todas ellas calurosa y entusiastamente aplaudida.

Bellas Artes. – En el salón Schulte, de Berlín, se celebra actualmente una pequeña exposición de carácter internacional en la que figuran bellísimos lienzos de Knaus (*Gitanos en el bosque*), Vautier (*El primer viaje de estudio*), Durr, Hang, Canal, Lofftz, Meyer, Oeder, Janssen (interior de un *café chantant*), Koekkoek, Verboeckhoven, Mauve, Blommers, Mac Ewen y muchos de pintores italianos y españoles, entre ellos Marchetti, Madrazo y Pradilla, quien tiene allí -al decir de un periódico alemán de donde tomamos la noticia – tres cuadros, dos de ellos (un *Carnaval italiano* y un *Mercado italiano*) de una riqueza de colores sorprendente, y el tercero, que es superior á los anteriores por su exquisita finura, representa un jardín con encantadoras figuras de dos señoras y dos niños. Completan la exposición dos notables colecciones de obras de Ancarcrona, llenas de luz, y de Modersohn, que pinta con preferencia la luz crepuscular.

El último boletín del Museo Silesio de Artes plásticas, de Breslau, señala como nuevas adquisiciones hechas para el mismo un vaciado en yeso de una esfinge de Behren, el modelo del busto de Hoffmann de Tallersleben del monumento erigido en Heligoland, obra de Schaper, y los cuadros *Descanso en la huída*, de Prell; *Lagunas de Venecia*, de Schonleber; *Paisaje*, de Olbricht, y *Abandonada*, de Vautier. Además se ha enriquecido con varios regalos de cuadros de Schonleber, Scholz, Heyden y Hamacher y multitud de grabados y fotografías comprados.

– El Museo municipal de Dusseldorf ha adquirido recientemente dos cuadros, *Dunas de Holanda*, de Petersen-Angeln, y *Paisaje de Estonia*, de Bochmann. Para el de Koenigsberg se ha comprado un retrato del príncipe Bismarck, obra de Lehnbach, y para el de Danzig, la *Apoteosis del emperador Federico*, de Werner Schuch.

– La comisión encargada del embellecimiento del interior de la Casa Consistorial de Berlín ha acordado colocar cuatro figuras de mármol alegóricas del Comercio, de la Agricultura, de la Pesca y de la Navegación en otros tantos nichos del vestíbulo de honor. Además ha abierto un concurso para la ejecución de la estatua del barón de Stein que se colocará en un nicho del corredor.

– La Royal Academy de Londres ha inaugurado la exposición de primavera que, según parece, resulta inferior á la de los años anteriores. La nota característica en ella es la sensación, el efectismo, y en este defecto han incurrido artistas de tanta nota como Briton Riviere, Dicksee, Collier, Hacker, Gerome, Nettleship, Christie y el mismo presidente de la Academia, el famoso Leighton. En los paisajes no se nota, por lo general, originalidad alguna; mereciendo, sin embargo, elogios los de Leader, Waterlow, Stokes, Thomson y Leas. Entre los retratos presentados sobresalen los pintados por Stanhop Forbes y Sargent

– La administración de Bellas Artes, de Dresde, ha adquirido el pastel de Uhde, *Camino de Emaus*. Por encargo de un particular ha pintado el propio artista *El establo de Belén*, de género análogo al anterior.

– Se ha inaugurado en Berlín la Exposición de Bellas Artes de la Academia, que contiene 2.500 obras y cuya impresión general es mucho mejor que la que producía la del año pasado. En ella figuran como grupos independientes los secesionistas de Munich y Dusseldorf y los artistas de Weimar. Además hay en ella pequeñas exposiciones particulares de algunos pintores.

Necrología. Han fallecido recientemente:

Luis Giordani, cardenal y arzobispo de Carrara.

Doctor Roberto Hartmann, profesor extraordinario y primer prosector de Anatomía en la Universidad de Berlín, uno de los más sabios antropólogos y etnógrafos contemporáneos, autor de muchas é importantísimas obras científicas.

Francisco Kels, notable pintor paisajista de la escuela de Dusseldorf.

Juan Addington Symonds, poeta é historiador inglés, autor de una notable obra en siete tomos sobre el Renacimiento en Italia.

Luis Sepiacci, cardenal, ex catedrático de la *Sapienza*, individuo de las congregaciones de Regulares, de Ritos, de Asuntos eclesiásticos y ex consultor de la Santa Inquisición romana y universal.

Dr. Juan Kundrat, catedrático de Anatomía patológica de la Universidad de Viena y profesor del Hospital general.

Carlos de Mazade, publicista, político é historiador, uno de los más elegantes prosistas franceses, colaborador asiduo de la *Revue des deux mondes*, autor de varias obras históricas y cronológicas, individuo de la Academia de Ciencias.

Eduardo Schmidt Weissenfels, historiador, literato, novelista y poeta alemán.

Beliczay, compositor húngaro y profesor de la Academia de Budapest.

Bensly, profesor de la Universidad de Cambridge y uno de los descubridores y descifradores de los nuevos manuscritos sirios del Evangelio.

Adolfo Kiessling, profesor de Filología clásica en la Escuela superior de Estrassburgo, muy conocido en Alemania por sus traducciones de Horacio y Aristóteles.

Julián Iwanowitch Ssimachka, célebre naturalista ruso y autor de una famosa *Fauna rusa*.

Juan Schnitzler, catedrático de la facultad de Medicina de Viena, director de la Policlínica general, redactor en jefe de la «Revista clínica internacional.»

Pablo Schobelt, notable pintor de historia y retratista alemán, profesor de la Escuela de Artes é Industrias Artísticas de Breslau.



Arjuzanx, apoyando ambas manos en el antepecho del palco, se precipitó de un salto á la plaza

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Sixto hizo algo más que saludar; cuando llegó frente de ellos dejó escapar un movimiento en que se demostraba que acababa de reconocer solamente á Barincq, y en seguida, separándose de su compañero, se adelantó, sombrero en mano, inclinando la cabeza ante la señora de Barincq y Anie.

– Ya que la casualidad, dijo, ha hecho que nos encontremos en esta playa, ¿me permite usted que le dirija una pregunta que pensaba hacerle por escrito uno de estos días?

– Estoy por completo á la disposición de usted.

– Pues vea usted de qué se trata: en el cuarto que ocupaba yo, cuando iba á pasar algunos días á Ourteau, hay indudablemente algunos objetos míos: dos escopetas de caza, libros, fotografías, ropa blanca y trajes. Hace ya mucho tiempo que debía yo haber desocupado aquel cuarto, y le ruego que me perdone si no lo he hecho todavía.

– Esos objetos no nos estorban en manera alguna.

– Mi disculpa está en una orden de servicio; salí de Bayona poco tiempo después de morir el Sr. de Saint Christeau y no he vuelto hasta esta semana; pero ahora que ya estoy de vuelta puedo enviar á buscarlos cuando á usted parezca oportuno.

– Nosotros regresaremos el lunes.

– ¿Le parece á usted bien el martes?

– Perfectamente.

– Pues bien: el martes enviaré á mi asistente para empaquetarlos.

– Si prefiere usted darme la lista de esos objetos, yo puedo hacer que Manuel se los envíe.

– La lista es difícil de formar, sobre todo en lo que respecta á los libros, que están mezclados con los de la biblioteca del castillo, y precisamente en esto de los libros es en lo que Manuel tiene menos competencia.

– ¿El asistente de usted si la tiene?

El capitán se sonrió.

– No mucha.

– ¿Entonces?

– Es evidente la posibilidad de equivocarse; pero de todas maneras, para el caso de que esto ocurra, estoy seguro de que las equivocaciones serán de poca importancia y las subsanaré devolviendo los tomos que no me pertenezcan.

– Un medio habría para impedir esos errores: el de que usted se tomase el trabajo de ir en persona á Ourteau, proporcionándonos á la señora de Barincq y á mí la satisfacción de recibirle cuando usted tenga por conveniente honrar el castillo.

El capitán vaciló un momento, mirando á la señora de Barincq y á Anie.

– Si usted puede avisarme con tiempo la hora de su llegada, dijo Barincq, enviaré un carruaje para que espere á usted en Puyoo.

La insistencia de Barincq venció las dudas del capitán, que contestó:

– El martes, á las tres y cincuenta y cinco, estaré en la estación de Puyoo.

Cuando Sixto, después de haber saludado á la señora de Barincq y á Anie, iba á retirarse, Barincq le tendió la mano, diciéndole al estrechársela:

– Hasta el martes.

El capitán volvió á reunirse con su compañero.

La señora de Barincq tenía por costumbre preguntar á su hija acerca de todas las cosas y de todas las personas, y no formaba nunca opinión sino con las impresiones que de Anie recibía; por eso tan pronto como el capitán se alejó algunos pasos preguntó á la joven:

– ¿Qué te ha parecido? Ahora no dirás que no has podido verle.

– Me ha parecido muy bien.

– ¿Verdad que sí?, dijo Barincq.

– ¿Y qué es lo que te parece bien en Sixto?, preguntó de nuevo la madre.

– Pues todo: es guapo, parece hombre de talento, tiene voz simpática y bien timbrada, sus maneras son naturalmente finas y desembarazadas; su fisonomía parece respirar rectitud y franqueza: no conozco militares; pero siempre que me he figurado alguno con arreglo á un tipo ideado por mí, no me lo he figurado ni de otro modo ni mejor que éste.

– ¿Estás satisfecha?, preguntó Barincq á su esposa. Si querías un retrato ahí le tienes.

– Cualquiera diría que te ha gustado.

– ¿Por qué no? Confieso que no solamente me es simpático el capitán, sino que hasta le compadezco.

– La voz de la sangre.

– ¿Y por qué no había de hablar esa voz?

– Porque sería menester que estuviese inspirada en la certidumbre, y esa certidumbre no existe.

– He ahí precisamente lo que hace que la situación sea más interesante.

Anie interrumpió ese diálogo diciendo:

– Ahí vuelven, y me parece que traen intención de acercarse á nosotros.

– ¿Qué puede querer todavía?, preguntó la señora de Barincq.

Aún estaban distantes algunos pasos, cuando ambos jóvenes se quitaron simultáneamente el sombrero, pero solamente el capitán tomó la palabra para decir:

– Mi amigo el barón de Arjuzanx desea tener la honra de ser presentado á usted.

– He creído, dijo el barón, que mi nombre explicaría y aun, hasta cierto punto, excusaría este deseo.

– ¿Usted es hijo de Honorato?, preguntó Barincq.

– Justamente, el condiscípulo de usted en el colegio de Pau, donde yo lo he sido de Valentín; mi padre me ha hablado de usted con tanta frecuencia y en tales términos, que me he creído obligado á presentar á usted mis respetos, lo mismo que á la señora y á la señorita de Saint-Christeau.

La señora de Barincq se apresuró entonces á ofrecer al barón un asiento; el capitán llevó entonces sillas, y ambos jóvenes se sentaron formando corro con la familia Barincq.

La conversación no tardó en animarse; el barón de Arjuzanx habló de su padre, Barincq de sus recuerdos de colegio. Asiduo y constante concurrente á Biarritz el barón conocía á todo el mundo, y á medida que las bañistas desfilaban ante ellos, ya para entrar en el mar, ya para volver á sus casetas, nombrábalas á todas, refiriendo las historias que circulaban acerca de cada una: españolas, rusas, inglesas, americanas, de todas las partes del mundo desfilaron por allí; y cuando dejaron de pasar, el barón sacó de un cuadernito una verdadera colección de pruebas fotográficas obtenidas por medio de una máquina instantánea, con la cual sacó allí mismo algunos retratos. Si alguno de los modelos daba motivo á la burla, su fotografía, exagerando la realidad, presentaba aspectos más ridículos todavía: había allí españolas cuyas capas de concha en que se envolvían daban á su conjunto gordura extraordinaria, como había también rusas, copiadas en el momento mismo en que salían rápidamente de sus sillas de manos, de una altura y delgadez inverosímiles.

– Ya veo, dijo Anie, que es muy conveniente ser amiga de usted.

– Algunas personas no necesitan indulgencia.

A este cumplido correspondió con una sonrisa muy amable la señora de Barincq, que estaba sumamente orgullosa del buen éxito obtenido por su hija.

En varias ocasiones el capitán demostró deseos de levantarse; pero el barón, desentendiéndose por completo de estas indicaciones, pareció como si le hubieran clavado á la silla; charlando siempre, mirando á Anie, haciendo que le convidasen á visitar Ourteau y suplicando por su parte á los Sres. de Saint-Christeau que le dispensasen la honra de ir á ver su castillo, ya muy antiguo, de Seigno: con buenos caballos podía hacerse el viaje en una jornada sin gran fatiga.

– ¿Ha leído usted el *Capitán Fracassa*, señorita?, preguntó el barón á Anie.

– Sí; lo he leído.

– Pues bien: en mi casa señorial encontrará usted seguramente varios puntos de semejanza con la del barón de Sigognac, aunque sólo sea por sus dos torres cilíndricas con sus cubiertas en forma de apagadores. A decir verdad, no es aquel precisamente el castillo de la miseria tan admirablemente descrito por Teófilo Gautier, pero no le falta más que la miseria; en cuanto á lo demás, usted lo reconocerá, los Arjuzanx han sido terriblemente conservadores, porque en nuestra casa es muy poco lo que se ha cambiado desde Luis XIII. Después verán ustedes también mis vacas.

– ¡Ah!, exclamó la señora de Barincq. ¿Tiene usted también vacas? ¿Cuánta leche producen por término medio?, continuó preguntando la madre de Anie, que á fuerza de oir hablar siempre de leche, de manteca, de huevos, de vacas, de cerdos, de pastos, de maíz, de remolacha, creía haber adquirido conocimientos especiales en esas materias.

El barón, echándose á reir, respondió:

– No se trata de vacas para dar leche, sino de vacas para corridas.

– En Ourteau, prosiguió la señora de Barincq, nuestras vacas dan por término medio mil quinientos litros de leche.

– Ustedes están en un terreno muy rico; yo, por el contrario, vivo en una tierra sumamente pobre, en los confines de las Landas, donde la arenosa llanura sólo produce brezos y maleza; pero por muy pobres que sean mis vacas, en lo que respecta á dar leche, tienen, sin embargo, bastantes méritos; y si ustedes quieren ir el domingo á Habas, que está á muy poca distancia de Ourteau, verán ustedes lo que mis vacas valen.

– ¿Hay corrida?, preguntó Barincq.

– Sí, y las vacas que han de correrse proceden de mi ganadería.

– Seguramente iremos, dijo la señora de Barincq apresurándose á contestar; nunca hemos visto ni mi hija ni yo esas corridas de las Landas; pero tanto hemos oído hablar de ellas á mi marido, que tenemos curiosidad de conocerlas.

La conversación se prolongó de esta manera, pasando ligeramente de un asunto á otro, hasta la hora de comer; y ya el sol estaba próximo á hundirse en el mar, recortando la silueta sombría de las rocas de la Atalaya, y ya habían cesado el movimiento, la animación y el ruido de la playa, cuando el barón se decidió á levantar el campo.

Apenas el capitán y su compañero se alejaron, la señora de Barincq, aproximando rápidamente su silla á la de su hija, le dijo:

– ¿Sabes que es un buen marido?

– ¿Quién?, preguntó Anie.

– ¿Quién ha de ser sino el barón de Arjuzanx?

– ¡Vaya! Ya vuelves á tu idea fija de casamiento, dijo Barincq.

– ¡Oh!, continuó Anie, cuánto te agradecería que no pensases en mi matrimonio; ya no estamos en Montmartre y no tenemos necesidad de ver un marido posible en cualquier hombre que se acerque á nosotras. Déjame que disfrute tranquila de esta libertad.

– Corriente; pero yo no puedo cerrar los ojos á la evidencia, y lo evidente aquí es que has causado viva impresión en Arjuzanx. Esa impresión es la que le ha obligado á solicitar de Sixto que le presentase á nosotros; esa impresión es la que le ha hecho no dejar de mirarte mientras ha estado aquí; esa impresión, por último, es la que le ha inspirado los cumplimientos, por cierto muy bien dichos, que varias veces te ha dirigido.

– De todo eso á pensar en casarse hay mucha distancia.

– No tanta como te figuras.

La señora de Barincq dejó entonces de hablar á su hija, y volviéndose á su marido le preguntó:

– ¿Qué fortuna tiene el barón?

– No lo sé.

– Y ¿su padre?

– Estaba bien, pero su fortuna se hallaba algo comprometida por la mala administración.

– ¿Y la familia?..

– De las más respetables; los Arjuzanx pertenecen á la nobleza más antigua del vizcondado de Tursán; un Arjuzanx fué amigo de Enrique IV, otros muchos se han distinguido en la corte como en la guerra.

– Perfectamente. El domingo iremos á la corrida de Habas y allí es seguro que volveremos á encontrarlo. Y ya que el capitán Sixto ha de ir el martes á Ourteau le haremos que nos dé noticias de su compañero.

III

Aunque la señora de Barincq, estando, como ya lo estaba, en posesión de la fortuna de su cuñado, nada tuviese que temer del capitán, mirábale siempre como un enemigo; le había llamado bastardo y ladrón de la herencia durante tanto tiempo, que ya no le era fácil renunciar á su prevención contra Sixto, por más que esta prevención no tuviese en la actualidad razón de ser ni fundamento: para la señora de Barincq el capitán Sixto era siempre el ladrón de la herencia á quien por espacio de tantos años había temido y del que tantas veces había murmurado.

Esto no obstante, cuando llegó el día de la anunciada visita quiso la señora de Barincq recibirle ella misma, porque el deseo de adquirir noticias relativamente al barón de Arjuzanx hizo que considerase á Valentín bajo distinto aspecto y produjo en la madre de Anie un cambio que seguramente ni las observaciones de su marido ni las de su hija, que abogaban ambos en favor del capitán, hubiesen producido; toda vez que Sixto era útil en lugar de ser peligroso, se había transformado para la señora de Barincq en un hombre distinto.

Por esta razón estuvo tan amable para invitarle á comer, repitió la invitación con tanta insistencia, encontró tan numerosas razones para imposibilitar una negativa, que el capitán acabó por aceptar el convite, que su situación personal con respecto á la familia Barincq, situación evidentemente delicada, no le permitía rehusar tenazmente.

Aunque por su parte el capitán pudo considerar también á los Barincq como ladrones de su herencia, en estricta justicia no tenía motivo alguno de queja razonable ni contra los padres ni contra la hija; ni ésta ni aquélla habían hecho nada para arrebatarle aquella fortuna que durante mucho tiempo le había pertenecido; entre la familia Barincq y el capitán no existió lucha; solamente la fatalidad había intervenido en todo por obra de misteriosas combinaciones á las cuales nadie había contribuído; el capitán no podía por consiguiente, á fuer de hombre razonable y honrado, achacar á los Barincq la responsabilidad en el hecho de haber sido los instrumentos del acaso, lo mismo que no podía acusarlos como cómplices de la muerte. En realidad Barincq era una bellísima persona

que sólo inspiraba simpatías, así como la muchacha era muy graciosa y más linda todavía para el capitán, si éste, recordando su posición de oficial subalterno sin una peseta, no hubiese procurado dominar los sentimientos de su alma. Así las cosas, ¿era conveniente encerrarse en una actitud de seriedad que podría ser tomada como manifestación de encono ó de inquina? Sixto consideró esto tanto menos razonable, cuanto más cierto era que no sentía con respecto á los Barincq nada de eso; disgustado de que no se hubiese encontrado el testamento que él conocía, sí lo estuvo y mucho, porque no estaba tan divorciado de los bienes mundanos que pudiera sobrellevar impasible esta decepción inesperada; pero incomodado contra los que recogían aquella fortuna por derecho de nacimiento, no lo estaba realmente, y por lo tanto no quería que nadie pudiese creer que sí lo estaba.

Cuando con el auxilio de Manuel hubo empaquetado los objetos que le pertenecían, encontró el capitán al pie de la escalera al Sr. Barincq que le esperaba.

– ¿Le parece á usted bien que mientras llega la hora de la comida demos un paseo por estos prados? El tiempo es delicioso; podrá usted ver mis obras y mis ganados.

Durante este paseo, que fué largo, porque Barincq se sentía completamente dichoso cuando hablaba de cosas por las cuales experimentaba verdadera pasión y por lo tanto no era conciso en sus explicaciones, el capitán no tuvo ni una sola vez esa sensación, en la cual podía haber algo de tristemente irónico, de ver como ajena la finca propia mejorada y reformada; indudablemente la afabilidad con que se le recibía era sincera, como lo era también la simpatía que todos le demostraban; Sixto veía esto; estaba convencido de ello, y es claro que al sentarse á la mesa se encontraba en las disposiciones más felices para contestar á las preguntas que con respecto al barón le dirigía la madre de Anie y para contar todo lo que de su condiscípulo sabía.

Sixto y el barón se habían conocido en el colegio de Pau, siendo el uno y el otro muy niños, porque ambos eran de una misma edad. Ya desde muchacho mostraba el barón lo que sería el hombre: una sola pasión mostraba, la afición á los ejercicios de fuerza, á toda clase de ejercicios de esa índole. En este género de educación había realizado prodigios cuyo recuerdo serviría seguramente y por mucho tiempo de ejemplo á los futuros profesores de gimnasia. Era al propio tiempo buen muchacho, muy franco, muy leal, muy generoso; solamente tenía un defecto, era muy rencoroso; así como sus rasgos de fuerza llegaron á ser proverbiales, así lo fueron también sus venganzas. Entre el barón y el capitán habían existido siempre relaciones de amistad muy cariñosa; y si bien es verdad que mientras ambos estuvieron de internos en el colegio no vivieron nunca en gran intimidad, habían sido siempre muy buenos camaradas hasta que Arjuzanx, á quien sacaron del colegio antes de concluir sus clases, se despidió de él. Después de aquella época no se habían visto en doce años, y sólo volvieron á verse cuando el capitán fué destinado á Bayona.

El barón había cumplido de hombre lo que en el colegio prometía, y hoy representaba seguramente el tipo más perfecto del hombre aficionado á montar á caballo, á cazar y á toda clase de ejercicios de habilidad y de fuerza; tenía en todos éstos tanta superioridad que era verdaderamente famoso, dominaba la esgrima y la equitación y *boxeaba* admirablemente; andaba á pie, sólo por distraerse, doce ó quince leguas al día, y consideraba como cosa de juego el ir desde Bayona hasta París en su velocípedo. Sin embargo, lo que más había contribuído á labrar su reputación era la lucha romana, la lucha sin más armas que las manos; lucha en la cual había podido medir sus fuerzas sin desventaja, en el circo Molier, con el célebre Pietro, que está reconocido entre las gentes de la profesión como el rey de los luchadores. La práctica constante de esos ejercicios y el esfuerzo metódico que exigen habían dado al barón una musculatura vigorosa que se encuentra muy rara vez entre los hombres de su clase. Para sostenerse en esta situación tenía Arjuzanx en su castillo un luchador antiguo, precisamente un hombre del oficio, célebre en otro tiempo, aunque ya retirado, llamado Thoulourenx, y con éste trabajaba todos los días, y para descansar de una lección larga de lucha ó de esgrima daba á pie ó á caballo un paseo de dos ó tres horas.

La señora de Barincq escuchaba asombrada; tan extraordinaria fué su sorpresa, que interrumpiendo al capitán, le preguntó:

– Esa lucha romana que usted dice, ¿es la que vemos algunas veces en las ferias?

– Esa es efectivamente, contestó el capitán, ó por mejor decir, esa era; porque ahora no está reservada como lo estaba antes á las gentes del oficio, las cuales solían dar sus representaciones en los circos de la calle Le Pelletier ó en las funciones de pueblo en el Mediodía; los aficionados tomaron gusto á esta lucha cuando los ejercicios físicos, desdeñados durante mucho tiempo, volvieron á tener boga entre nosotros, y Arjuzanx es indudablemente el más notable de estos aficionados.

– He ahí una cosa extraña en un hombre de esa clase.

– No más extraña ciertamente que los ejercicios en el trapecio y los ecuestres en el circo en ciertos representantes de la juventud aristocrática. De todas maneras, la lucha exige un conjunto de cualidades que no son para despreciadas: fuerza, agilidad, destreza, resistencia y otra que puede ser considerada como intelectual, y que consiste en apreciar oportunamente lo que ha de hacerse y lo que no ha de hacerse en determinado momento.

– Habla usted de la lucha como si usted mismo fuese uno de los rivales del Sr. de Arjuzanx, dijo Anie.

– No, señorita, hablo sencillamente como un hombre que teniendo precisión de practicar, por razón de su oficio, algunos ejercicios corporales, puede estimar con justicia el mérito de los que llegan á adquirir superioridad en estos ejercicios. Además, es un hecho que la lucha romana contribuye mejor que ningún otro á desarrollar la máquina humana para prestarle proporciones armónicas y darle el mayor grado de belleza; mientras que los demás ejercicios destruyen, cual más, cual menos, el equilibrio de esas proporciones favoreciendo á un órgano á expensas y en detrimento de otro; observe usted el tirador, alto de hombros, el *jockey*, ó sencillamente el jinete, de piernas arqueadas, y compárelos usted con los atletas de la antigüedad que han servido de modelos para la estatuaria y hasta cierto punto la han creado.

– Confieso, dijo Anie, que el Apolo de Belvedere y sobre todo el Narciso me gustan más que el Hércules de Farnesio.

Todo esto maravillaba á la señora de Barincq, pero no respondía en manera alguna á sus preocupaciones de madre; quiso por consiguiente precisar sus preguntas: dirigiéndose, pues, al capitán le dijo:

– ¿Esa vida debe costar mucho?

– No lo sé; pero seguramente no es tan ruinosa como sostener caballos para carreras ó jugar; y de todas suertes, creo que la fortuna de Arjuzanx es más que suficiente para que pueda él permitirse la satisfacción de esos caprichos aunque resulten algo caros y hasta muy caros; esto no sería una razón para detenerle, porque concede muy poca importancia á las cuestiones de dinero.

La señora de Barincq hubiera hablado de muy buena gana del barón durante toda la comida, procurando enterarse del carácter de Arjuzanx, de sus relaciones, de su fortuna, de su pasado y de su porvenir; pero Anie desvió de este asunto la conversación y logró mantenerla sobre objetos que no permitían volver al barón y sí evitaban que el capitán sospechase en ella algún interés en aquella especie de información acerca de un hombre á quien había visto una vez sola.

La preocupación del matrimonio la había atormentado tanto tiempo, que Anie se encontraba como una esclava que hubiese acabado de recobrar su libertad. La más terrible humillación de sus años juveniles había sido precisamente esta de discutir con su madre sobre si tal hombre ó cual otro á quien Anie debía ver ó había visto sería marido aceptable; si la joven le había gustado, y acerca de las ventajas ó inconvenientes que ofrecía. Ahora, ya que la fortuna le daba esa libertad, Anie deseaba quitar á su matrimonio ese carácter de transacción mercantil. Cuando se presentase un marido, la joven vería si le aceptaba ó no. Lo que Anie no quería en manera alguna era adelantarse ella misma en la presentación.

Aquella misma noche, después de haberse ausentado el capitán, tuvo con la señora de Barincq una franca y sincera explicación sobre este asunto.

La madre de Anie, muy sorprendida de oir á la joven, le preguntó:

– Pues qué, ¿no he tomado con mucha frecuencia informes y noticias de algunos jóvenes sin que tú te enfadases?

– Las circunstancias han variado. Precisamente porque esto se hizo antes me disgusta que lo hagamos ahora. ¿Por ventura lo más conveniente de esta herencia no ha sido el desembarazarnos de los compromisos odiosos de la miseria? Ya que poseemos riqueza, déjame que tenga dignidad.

Estas observaciones de Anie no impidieron á la señora de Barincq perseverar é insistir en su propósito de ir el domingo al pueblo de Habas para presenciar la corrida.

– Encontrar al Sr. de Arjuzanx no es buscarlo, y ninguna razón tenemos para huir de él.

– Lo único que deseo es que ese señor no se figure que soy una doncella ganosa de marido, y esto yo me encargo de hacérselo comprender sin dejarle duda acerca de mis intenciones.

IV

Habas, que es una aldea de las Landas, tiene no obstante periódicamente sus corridas; el domingo de julio en que esas corridas se verifican desfila por todos los caminos que van á desembocar á la plaza de la iglesia procesión interminable de coches entre los que están representados todos los géneros de vehículos que en la comarca se conocen; á largo de los paseos festoneados por árboles y cubiertos por el follaje de los castaños, los aficionados que van á pie forman hilera interminable, calzados los pies con alpargatas nuevas, echada la boina sobre los ojos formando visera, ceñido el cuerpo por hermosa faja encarnada ó azul; y si bien algunas mujeres se muestran orgullosas porque cubren su cabeza con sombrero de paja, á la moda de París, la mayor parte de ellas tienen su pañuelo de seda de colores brillantes, que es la nota característica del país.



Sixto se adelantó sombrero en mano inclinando la cabeza ante la señora de Barincq y Anie

Cuando el landó de la familia Barincq, después de haber atravesado las calles del pueblo empavesadas y adornadas con la solemnidad que el caso exigía, se detuvo delante de la posada *La Hermosa Posadera*, prodújose entre la muchedumbre un movimiento de curiosidad; porque si los carros y aun los carricoches arrastrados por burros eran muy numerosos, la aparición de un landó constituía en el pueblo un verdadero acontecimiento.

(Continuará)



LOS TEATROS DE AUTÓMATAS EN GRECIA
EN EL SIGLO II ANTES DE NUESTRA ERA

Los antiguos, que tantas maravillas artísticas y literarias crearon, nos admiran también en materia de industria, habiéndonos dejado sobre la mayor parte de las especialidades una porción de trabajos técnicos que aún pueden consultar con provecho los ingenieros modernos, como acontece con la curiosa obra de Herón de Alejandría, *Los teatros de autómatas.*

La estatuaria movible, ó mejor dicho, la industria de las muñecas mecánicas vulgarizóse desde muy antiguo en Egipto, en Grecia y en Italia. Muchos siglos antes de nuestra era, en los mejores tiempos del arte griego, algunas figurillas ingeniosamente construídas daban interesantes representaciones privadas ó públicas, á domicilio ó en los teatros de Atenas, en los mismos escenarios en donde se representaban las tragedias de Eurípides.

Los teatros de autómatas descritos por Herón son de dos clases completamente distintas: unos monoescénicos movibles y otros poliescénicos fijos.

En los primeros el público está sentado formando círculo alrededor de un recinto central, como en nuestros circos. Un pequeño cajón ó carretón que rueda sobre una vía circular va pasando por delante de la primera fila de espectadores: sobre la plataforma del mismo se desarrolla entre los personajes una escena única sin cambio alguno de decoración.

La representación en boga en el siglo II antes de nuestra era, fué la de la *Apoteosis de Baco,* de la que vamos á hacer un sucinto análisis. En el centro de la plataforma del cajón alzábase un edículo circular, visible en todo su contorno y cuyo techo cónico sostenían cuatro columnas: en la cima de éste levantábase una Victoria sosteniendo en una mano una corona. En el centro del edículo está Baco de pie con un tirso en la mano izquierda y una copa en la derecha; echada á sus pies yace una pantera y apoyadas en las columnas hay varias bacantes. Completan la escena dos altares situados uno delante y otro detrás del dios (fig. 1).

Tal es la preparación del espectáculo.

«El teatro se pone en marcha, dice Herón. Llegado al punto que se quiere, se para y entonces el altar colocado delante de Baco empieza á arder y el tirso del dios mana agua y su copa derrama vino sobre la pantera: las caras del basamento cúbrense de coronas y al sonido de los tambores y címbalos las bacantes danzan alrededor del edículo. Cuando cesa el ruido, Baco y la Victoria giran sobre sí mismos, se enciende el segundo altar, vuelve á manar agua del tirso y vino de la copa y vuelven las bacantes á su danza, terminada la cual el teatro vuelve á su puesto.»

La organización de los aparatos motores de donde procedían esos distintos movimientos estaba uniformemente basada en el principio del modo de acción que ejerce un contrapeso cuyo descenso ha sido metódicamente regulado. Veamos, por ejemplo, cuál era el mecanismo de la marcha del cajón ó carretón (fig. 1).

El cajón ABCD está montado sobre tres ruedas, dos de ellas RR del mismo radio son motoras y están fijadas en un eje común: la tercera *r*, colocada en la parte anterior, sirve simplemente de sustentáculo al sistema y puede por consiguiente reducirse á un simple disco giratorio. Las tres ruedan sobre rieles cóncavos VV'.

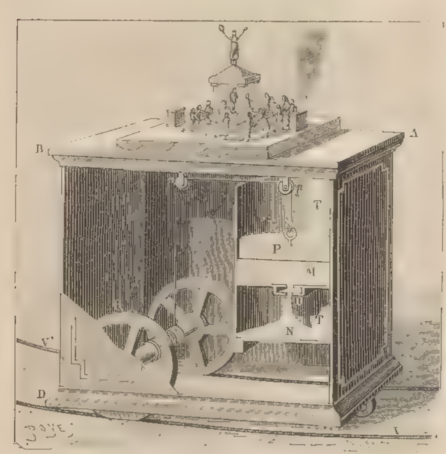


Fig. 1. Aparato motor del teatro móvil en la antigua Grecia. – ABCD. Sección del cajón móvil. – RR. Ruedas motoras fijadas en un eje común. – *r*. Rueda-sustentáculo ó simple ruedecita delantera. – VV'. Vías formadas con rieles cóncavos. – *pp* Poleas de retorno. TT. Cilindro vertical en donde se mueve el contrapeso motor. – P. Contrapeso motor de plomo. – M. Capa de mijo ó de mostaza. – O. Orificio por donde caen los granos. – N. Montón de granos caídos en el compartimiento interior del cilindro.

Alrededor de un carrete fijado en el eje á igual distancia de las ruedas motoras arróllase un cordón que, mediante un juego de poleas de retorno *pp*, termina en un contrapeso de plomo P. Este contrapeso, que puede deslizarse por rozamiento suave en el compartimiento superior en un cilindro vertical TT, descansa sobre una capa M de granos de mijo ó de mostaza que son á la vez ligeros y escurridizos: en el fondo de este compartimiento hay un orificio O de tamaño conveniente que puede abrirse y cerrarse á voluntad por medio de una pequeña compuerta gobernada por un cordón colocado debajo de la mano del operador, el cual no tiene que hacer más que tirar de él cuando quiere que el carretón se mueva, pues al abrirse la compuerta el mijo se escapa por N al compartimiento inferior del tubo, desciende el contrapeso y el teatro anda suavemente.

Para terminar lo que al teatro móvil se refiere, diremos que el juego de los personajes automáticos se obtenía por medio de un carrete vertical cuyo cordón motor iba, por medio de un sistema de poleas de retorno, á reunirse horizontalmente con el contrapeso motor.

En los teatros de autómatas fijos se representaban comedias en varios actos, con entreactos y cambios de decoraciones, como en los teatros modernos: su mecanismo se basaba en el mismo principio de la intervención de un contrapeso motor con descenso regulado, cuya manera de acción estaba en mejores condiciones que en los teatros móviles porque la supresión del aparato de ruedas permitía una colocación más cómoda, aumentando por consiguiente la altura disponible para el descenso, el volumen del grano regulador y la duración misma del movimiento. El mijo estaba en ellos reemplazado por arena seca, materia más económica y más duradera que el grano adoptado para el teatro móvil. La representación más célebre que se daba en los teatros fijos era, en tiempo de Herón, *La leyenda de Nauplius.*

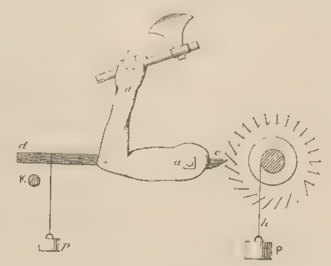


Fig. 2. Mecanismo del teatro de autómatas en la antigua Grecia. – *ab*. Brazo humano. – *cd*. Paleta que gira alrededor del eje *a*. – *c*. Extremo de la paleta. - K. Clavija ó trinquete de retención. – P. Contrapeso motor general. - *p*. Pequeño contrapeso. – *r*. Rueda dentada. - *h*. Cordón arrollado alrededor del árbol de la rueda.

En el primer acto el teatro representaba un astillero: había en la escena doce personajes distribuídos en tres grupos, que eran otros tantos griegos ocupados en construir en la playa de Troya los buques que debían restituirlos á su patria: todos se movían, unos aserraban, otros partían madera, éstos manejaban el martillo, aquéllos el trépano. Pintados sobre la tela del fondo todos tenían el brazo derecho movible armado de una herramienta que manejaban vigorosamente. Esta oscilación del brazo se obtenía por medio del siguiente procedimiento, descrito muy claramente por Herón.

Nuestra figura 2 representa una palanca ó paleta *c d* que oscila y hace oscilar el brazo humano *a b* alrededor del eje *a*, gracias al juego continuo de una

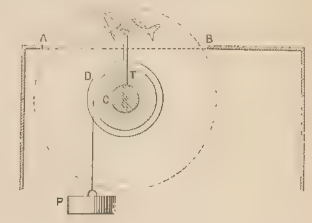


Fig. 3. Otro mecanismo del teatro de autómatas en la antigua Grecia. – AB. Rendija abierta en el suelo del escenario. – C. Arbol de rotación. – T. Vástago fijado en el árbol y que sostiene la silueta del delfín. – D. Polea. – P. Contrapeso.

rueda dentada *r*, cuyos dientes sucesivos al apoyarse en el extremo *c* de la paleta levantan el brazo de palanca opuesto *a d*, que luego vuelve á caer, por la acción de un pequeño contrapeso *p*, sobre el trinquete de retención ó clavija fija K. La rueda dentada es movida por el contrapeso general P cuyo cordón *h* se arrolla varias veces alrededor del árbol de la rueda.

En el segundo acto se asistía al lanzamiento y á la partida de los barcos griegos, y en el tercero se veía la escuadra en alta mar y algunos delfines saliendo del agua y volviendo á sumergirse en ella; para obtener este movimiento empleaba Herón el siguiente procedimiento: «En el piso de la escena practicó hendiduras estrechas y recortó en una planchita delgada algunos delfines. AB es la hendidura, C un árbol de rotación en el cual hay el vástago T que sostiene la figura del delfín y D una polea á la cual se arrolla una cuerda terminada en el contrapeso P; cuando éste hace girar la polea el delfín se moverá hundiéndose y volviendo á salir.»

En los restantes actos se ejecutaban juegos parecidos, todos los cuales se basaban en el mismo sistema de contrapesos.

E. H.

* * *

EL TITÁN ELÉCTRICO DEL PUERTO DE BILBAO

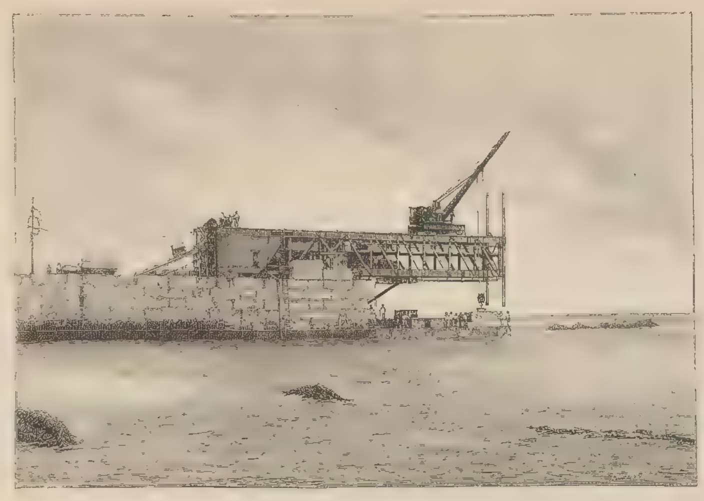
Es este uno de los aparatos más importantes que se emplean en las obras del nuevo puerto de Bilbao, y sirve para la construcción del rompeolas.

Este se asienta sobre una base de grandes bloques apoyados en las rocas del fondo del mar, que sólo sale un metro del agua durante la marea baja: sobre estos bloques álzase una mole de doce metros de espesor que forma el cuerpo de la escollera y sobresale siete metros en la baja mar y 2'50 en las mareas altas. Por encima de toda esta construcción corre un muro de abrigo, de cuatro metros de espesor por tres de altura, coronado por un pequeño parapeto de un metro. Esta construcción especial es necesaria, dada la violencia del mar en aquellos parajes. El perfil del rompeolas es realmente curioso, pero más interesante y más original es el titán que para construirlo se utiliza y que nuestro grabado reproduce.

Para asentar sólidamente el cuerpo del rompeolas sobre los bloques hay que arrojar en sus intervalos piedras que se cubren de una capa de betún y luego es preciso colocar la doble serie de bloques que forman los dos paramentos y llenar el espacio que los separa y finalmente amoldar en el mismo lugar el muro de abrigo con betún. El titán asegura del modo más expeditivo la mayor parte de este trabajo y por esto se llama titán-taller. Este aparato está formado esencialmente por una gran viga de acero con virotillos, de 32 metros de largo, montada sobre ruedas y que puede circular sobre rieles puestos en la plataforma ya construída del cuerpo del rompeolas, pudiendo avanzar unos 20 metros fuera de lo construído, para lo cual está equilibrado por detrás con un contrapeso. Lo que constituye la originalidad principal del sistema es que la fuerza motriz empleada para este aparato es la electricidad que proporciona una dinamo generatriz establecida en tierra y gobernada por una máquina de vapor de 40 caballos: el enlace está establecido por una línea de alambre de cobre, sostenido por postes, que se prolonga á medida que el trabajo avanza.

Por la parte superior de la viga se desliza una grúa de 10 toneladas que recibe el movimiento de traslación de una dinamo eléctrica de que hablaremos lue-

go. Esta grúa recibe por detrás los bloques que hasta ella conducen las vagonetas, como se ve en el grabado, y los transporta hasta el sitio en donde se forman los paramentos, ejecutándose á brazo el movimiento vertical. En la cámara cerrada que se ve en la parte posterior del titán hay una dinamo que acciona el movimiento de traslación de la grúa al mismo tiempo que el de todo el aparato que, en caso de mal estado del mar, se recoge detrás del muro de abrigo ya construído. Esta misma dinamo gobierna una bomba de agua y un plano inclinado para la ascención de las vagonetas en las cuales se cargan los materiales, piedra arena y cemento necesarios para la fabricación de la argamasa. Una dinamo receptriz que se ve en la parte alta y posterior de la cámara cerrada gobierna una máquina para hacer la argamasa, cilíndrica y horizontal, que rueda en el piso inferior del titán: este aparato recibe de las vagonetas las primeras materias que transforma en una argamasa excelente encima mismo del sitio en que ha de emplearse. Al salir de la máquina, esta argamasa es distribuída en los puntos donde ha de ser utilizada por medio de un conducto móvil.


El titán eléctrico empleado en los trabajos del nuevo puerto de Bilbao (de fotografía)

Las dos barras verticales que se ven en el extremo libre del titán no son necesarias para la estabilidad y no tienen más objeto que hacerle tomar apoyo sobre la fundación inferior y suprimir las vibraciones y balanceos que pueden producir los movimientos de la grúa y de las vagonetas.

Desde julio de 1892 funciona perfectamente este aparato que hemos creído interesante reproducir por ser una aplicación de la electricidad que permite un trabajo sencillo, rápido y regular.

(De *La Nature*)



LA CARTOMÁNTICA, cuadro del malogrado pintor Simón Gómez

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 5 de junio de 1893 — Núm. 597

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA CIUDAD DE CHICAGO

Lo primero que se ocurre al visitante de esta segunda Exposición universal americana, al presenciar el extraordinario movimiento y animación que reinan en torno suyo, es comparar mentalmente lo que es hoy Chicago con lo que era á principios de este siglo. El décimonono nos tiene acostumbrados á contemplar muchas maravillas; pero esta misma costumbre, á fuer de continuada, hace que no las concedamos toda la admiración debida. Y sin embargo, admiración y asombro causa indefectiblemente en el ánimo de cuantos conocen un poco la historia de esta parte de América el increíble desarrollo que ha adquirido Chicago en muy pocos años.

En vano se busca en la historia antigua ni en la moderna ejemplo de análogo crecimiento. Nínive ó Babilonia, antiguas capitales de la populosa Persia, las residencias faraónicas, las ciudades ilustres de Grecia, Roma con haber sido cabeza del mundo conocido, no pudieron lisonjearse de haber llegado á su esplendor en tan poco tiempo como Chicago.

Las capitales modernas que, como Londres, París Viena y Berlín, encierran en su seno millones de habitantes, han tardado algunas centurias en adquirir su numerosa población y en contar con los monumentos que las ilustran; pero de la ciudad norte-americana puede decirse que ha surgido, como Minerva de la cabeza de Júpiter, armada de todas sus condiciones de progreso y poblada como por ensalmo de su millón y medio de habitantes.

Pobre campamento de indios salvajes, los illinois, que daban en su lengua al terreno en que hoy se asienta la ciudad el nombre de *Chegag*, el cual significa cebolla silvestre, por las muchas que allí se producían, los jesuítas Marquette y Joliet fueron los primeros europeos que lo pisaron en 1662. En 1670, un explorador francés, Roberto Cavalier de la Salle, lo reconoció, y á consecuencia de este reconocimiento tomaron posesión de él los franceses, construyendo un fortín. Desposeídos de la comarca por los ingleses, que á su vez la perdieron cuando la independencia de los Estados Unidos, se establecieron allí algunos traficantes de pieles que edificaron algunas viviendas,

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO



Mr. JORGE DAVIS, director general de la Exposición, en el acto de pronunciar el discurso inaugural

(De una fotografía instantánea)

pero la colonización del país fué tan lenta que en 1830 sólo tenía 50 habitantes.

Cincuenta habitantes en 1830 y cerca de un millón y medio sesenta años después; ¿puede concebirse tan prodigioso incremento? Y cuenta que en los terrenos de la Chegag de los indios no había minas de oro, plata ú otros metales que como en Australia y California atrajeran de golpe millares de aventureros.

Esta progresión fué también lenta al principio, pues en 1845 sólo contaba la ciudad 12.000 habitantes; pero la marcha de los indios que poblaban el país; la apertura del canal que enlaza el valle del río Mississipí con el del San Lorenzo y que costó 6.500.000 dollars; el establecimiento de la navegación por vapor en el lago Míchigan y en otros lagos y ríos próximos; las líneas férreas que se han multiplicado alrededor de las ciudades hasta el punto de haber en ésta 28 compañías; la fiebre de oro que hizo de Chicago el punto de tránsito de cuantos pasaban á California; la feracidad del valle á cuyo extremo está situada; la creciente inmigración europea en los Estados Unidos, y sobre todo la energía, laboriosidad é iniciativa individual de aquellos habitantes, son causas todas que han hecho de la ciudad del Illinois, del antiguo campamento indio, una soberbia población que, ahora hace un año, en mayo de 1892, tenía 1.438.010 habitantes.



CALLE DEL ESTADO EN CHICAGO

No sabemos dónde llegaría hoy este pasmoso crecimiento, si no lo hubiera contenido el horroroso incendio que el 8 de octubre de 1871 destruyó gran parte de la ciudad, causando la muerte de más de 200 personas, la desaparición de 17.450 casas, aunque muchas de ellas de madera, á consecuencia de lo cual quedaron sin abrigo cerca de 100.000 personas, el incendio de 672 hectáreas de terreno y pérdidas por valor de 190 millones de dollars. Si alguna vez ha tenido aplicación práctica la fábula del ave fénix renaciendo de sus propias cenizas, en Chicago se encuentra, pues la ciudad renació muy en breve con mayor esplendor que antes, con la particularidad de que á las sencillas casas de madera sustituyeron elegantes edificios de piedra.

De la importancia que hoy tiene esta ciudad en cuanto á extensión se puede formar una idea sabiendo que su longitud es de 38 kilómetros y su superficie de 46.651 hectáreas, y sin embargo, á pesar de tan considerable superficie, que tal vez hiciera presumir abundancia y por consiguiente baratura de terrenos, el continuo aumento de pobladores ha hecho que éstos adquieran precios fabulosos, de suerte que en los barrios de mayor movimiento, en los que radican los negocios, se paga á dos mil duros el metro cuadrado.

Como se comprenderá, para que una casa produzca el interés relativo al precio del solar y de la construcción, ha de contener gran número de inquilinos y de aquí esos altísimos edificios de 10, 12, 15, 18 y hasta 20 pisos, que necesitan forzosamente un ascensor, como todas lo tienen.

Entre estos edificios merecen algunos especial mención, no tanto por el estilo arquitectónico, cuanto por su descomunal elevación.

Los primeros que se erigieron fuera de las condiciones ordinarias después del horroroso incendio sufrido por la ciudad en 1871 (siendo de advertir que ya entonces había casas de siete y ocho pisos) fueron las casas llamadas Manhattan Block, que tenían diez y que han pasado á la categoría de pigmeos en comparación con las que posteriormente se han edificado.

El Templo Masónico está considerado por los inteligentes como uno de los mayores esfuerzos de la arquitectura é ingeniería americanas. Tiene 22 pisos, de simetría perfecta, y cuando de noche se encienden los focos eléctricos que hay en su cúspide, parecen, vistos desde la calle, estrellas que se destacan en el obscuro firmamento.

El edificio de la Sociedad de Templanza de la Mujer cristiana, llamado vulgarmente Templo de la Mujer, á causa de haber sido construído con el producto de una suscripción particular, pero de cantidades muy reducidas procedentes de todos los Estados Unidos, es quizás el más bello de todos. Aunque tiene 14 pisos, es tan proporcionado en su conjunto, que apenas se nota su enorme altura.

El teatro de la Opera alemana ó Teatro Schiller es uno de los edificios más altos de Chicago: la bandera que ondea en su techumdre desaparece á veces entre las nubes.

El palacio de la Bolsa, últimamente reformado, presenta una fachada notable en esta ciudad de las construcciones monumentales. Antes de la reforma tenía siete pisos y ahora se le han añadido otros siete.

También es notable la casa de Owing, que tiene el mismo número de pisos.

Una sociedad de capitalistas ha construído en la calle Dearborn la serie de casas llamadas el *Manhattan Block*, las cuales han ofrecido la particularidad de que sus pisos se iban alquilando á medida que se concluían; de suerte que el sexto ó séptimo, por ejemplo, estaban ya habitados, cuando los albañiles trabajaban todavía día y noche en la construcción del piso superior.

El interior de la Cámara de Comercio nos muestra la disposición y estructura de las casas de que acabamos de hablar. Es un espacioso salón con cubierta de cristales y galerías alrededor, á las cuales dan las puertas de las habitaciones. Todo está construído de hierro y piedra y alumbrado por la electricidad. Unos ascensores, situados en los cuatro ángulos, dan acceso á los diferentes pisos.

Entre los demás edificios de Chicago merecen citarse el Palacio de la Ciudad, que tiene 280 pies de longitud en la calle de Wáshington y 340 en las de Clark y La Salle, 120 pies de altura y una torre que llega á 376; costó cuatro millones de dollars: la Casa de Correos y la Aduana, que constituyen un solo edificio, el cual costó seis millones; el ya antiguo edificio para Exposiciones, construído en noventa y seis días, que contiene un salón inmenso, pues tiene 1.000 pies de largo por 225 de ancho y caben en él 50.000 personas; la Universidad, el Seminario de Baptistas y Presbiterianos, el colegio de Medicina y la Academia de Ciencias.

Conviene siempre no olvidar lo que era Chicago cincuenta años atrás para que parezca punto menos que increíble el que hoy haya en ella 265 iglesias, entre éstas una catedral y 44 templos católicos, 36 metodistas, 32 luteranos, y el resto de otras sectas religiosas; 22 cementerios, más de 200 hoteles, en cada uno de los cuales pueden hospedarse hasta mil viajeros, muchos salones de lectura á los que concurren anualmente 600.000 personas. No faltan galerías y museos de Bellas Artes, así como salones públicos, casi todos de hermosa arquitectura, y entre sus diferentes parques y jardines es digno de mención el de Lincoln.

Como el río Chicago divide la ciudad en tres partes desiguales, llamadas del Norte, del Sur y del Oeste, se han construído dos túneles por debajo de su cauce á fin de que no quedara interrumpida la comunicación entre esas tres partes cuando los hielos ú otras causas obstruyeran transitoriamente la navegación.

En cuanto al movimiento y tráfico de Chicago, algunas cifras relativas á los ferrocarriles permitirán comprenderlo. Hemos dicho antes que la ciudad cuenta con veintiocho Compañías ferroviarias, las cuales poseen 68.000 kilómetros de líneas. Mil trescientos sesenta trenes entran ó salen diariamente, de ellos 262 de gran velocidad, y ya es sabido lo que la velocidad significa en las líneas de los Estados Unidos; 660 trenes de los suburbios, 274 de mercancías y 164 de ganado, trigo ó madera. Para estas líneas hay treinta y dos estaciones, que se hallan casi todas en el centro de la ciudad, de suerte que allí la agitación es enorme.

En competencia con las vías férreas están los transportes por agua, y en 1892 salieron del río de Chicago 9.252 barcos con 4.972.000 toneladas, poco más ó menos el tráfico de Nueva York con las naciones extranjeras.

La cifra de las transacciones comerciales se ha elevado en 1892 á 7.500 millones de pesetas: el ganado, el trigo y la madera son los artículos sobre los que principalmente se han hecho.

La Bolsa ó *Board of Trade* de Chicago es sin disputa el principal mercado de cereales del mundo. En un solo día se puede vender ó comprar en ella toda la cosecha de una provincia, de un Estado.

Algunos de los almacenes de trigo tienen doce pisos y encierran cantidades prodigiosas de este importante producto.

De fama universal goza esta población en carnes, y en especial de la de cerdo, que le ha valido el dictado de *Porcópolis*. Las manipulaciones que exige la matanza de estos animales han llegado aquí á tal grado de perfección y rapidez, con el auxilio de las máquinas empleadas al efecto, que se pueden matar, descuartizar y salar fácilmente millares de ellos en un día.

Los grandes parques de ganado están perfectamente distribuídos y acondicionados. En ellos entran diariamente innumerables reses que crían los veinte millones de labradores que de cuarenta años á esta parte han poblado el valle del Mississipí, y que sufrirían grandes pérdidas, por producir mucho más de lo que en el país se consume, si no encontraran salida para sus productos. Esta salida se la ofrece Chicago, adonde centenares de tratantes acuden en busca de carnes para la exportación.

El labrador ó ganadero envía, pues, sus reses, bueyes, carneros ó cerdos, á los parques de *Stock Yards* de Chicago, donde siempre encuentra comprador, verificándose las transacciones con una prontitud y sencillez propias de aquellos hombres eminentemente prácticos, y para quienes, aún más que para los ingleses, el tiempo es dinero.

La importancia que la ciudad de Míchigan ha adquirido en esta clase de negocios se desprende claramente de la siguiente estadística de los animales entrados en los grandes parques durante el pasado año de 1892:

Bueyes.	3.511.796
Cerdos.	7.714.435
Carneros.	2.145.079
Terneras.	197.576
Caballos.	86.998

Los mataderos no están monopolizados por el Municipio como en casi todas las poblaciones de Europa y América, sino que hay grandes casas particulares que se dedican á la matanza de las reses, siendo las principales las de Armour, Nelson Morris y Swift. La primera mata anualmente 385.000 bueyes, que le dejan un beneficio de unos cuatro millones de pesetas, á razón de 10 pesetas por cabeza: además mata un millón de cerdos.

Pero no se limita á estos dos solos artículos el comercio de Chicago, sino que los abarca todos, aunque en menos extensión, dando lugar á una vida, á un movimiento que es menester presenciar para comprenderlos, tanto más, cuanto que por las condiciones topográficas de la población, limitada al Este por el lago, al Sur por las vías férreas y cruzada al Norte y al Oeste por el río, casi toda esta vida se concentra en un espacio centro de la ciudad.

M. A. S.



LOS EDIFICIOS MÁS ALTOS DE CHICAGO

Templo masónico, 22 pisos. – Interior de la Cámara de Comercio. – Teatro Schiller ó de la Opera alemana. – Casa Owing. – Casas de Manhattan, 18 pisos. Gran hotel del Norte. – Casa de la Sociedad de Templanza de mujeres cristianas

EL REGALO

– Vaya, decía Gómez á su esposa. El primo no nos ha olvidado: ya ves cómo agradece las atenciones que hemos tenido con él.

– Bueno, pero ¿qué dice en su carta?

– Dice que ha llegado perfectamente; que conservará siempre un grato recuerdo de lo bien que le hemos tratado durante su estancia en Madrid, y que en prueba de gratitud nos remite por el ferrocarril un pequeño obsequio.

– ¿Y no dice qué obsequio es?

– No; se conoce que quiere sorprendernos.

– Quizás nos envíe un par de buenos jamones. ¡Cómo sabe que yo «soy frenética» por el jamón!..

Estudio al óleo, de José López Tomás

Paisaje, cuadro de José López Tomás

– No; más bien creo que nos enviará cosa de más importancia. Como él es comerciante y tiene verdaderas maravillas en su tienda, querrá que poseamos un recuerdo suyo para toda la vida. ¿Cuánto apuestas á que el cajón contiene una buena vajilla ó un par de jarrones de mérito?

– En fin, pronto saldremos de dudas.

– Eso digo yo. El encargo viene á pequeña velocidad, y por mucho que tarde, dentro de dos ó tres días lo tenemos en casa.

– Por supuesto, ¿él habrá pagado el porte?

– No, el porte lo pagaremos aquí nosotros. No era cosa de hacer el regalo y además nos lo pusiera en casa libre de gastos.

Lo mismo Gómez que su mujer habían obsequiado al primo más de lo que se acostumbra. El había venido á Madrid á que le vieran un callo, y Gómez no le permitió que fuese á parar á la fonda. Se lo llevó á su casa, le puso la cama mejor y el cuarto más bonito, se esmeró en los manjares, le llevó al teatro dos veces para que oyese cantar á Mesejo y fué, en suma, el *cicerone* más amable y el huésped más cariñoso del mundo.

¡Poco contento que estaba el primo!

– Mira, Canuto, lo que haces por mí no lo olvidaré nunca, decía á cada paso. Tú eres un pariente como hay pocos y tu mujer un modelo de señoras de su casa y una cocinera excelente.

– No hacemos más que nuestro deber, contestaba Gómez. Vamos, ¿qué quieres almorzar mañana?

– Cualquier cosa.

– No; tú lo has de decir; queremos que el almuerzo sea de tu gusto. ¡No faltaba más!

La pobre esposa de Gómez no salía de la cocina. Al primo le gustaban extraordinariamente las albóndigas, y ella se pasaba el día picando carne y machacando perejil. Algunas veces se pillaba un dedo con la mano del almirez; pero todo lo daba por bien dolido á trueque de complacer al forastero, que no cesaba de decir:

– Siento mucho venir á ser gravoso.

– De ninguna manera, contestaba Gómez. Por ti no hemos alterado nuestras costumbres. Lo que queremos es que estés contento. O somos ó no somos primos.

Algunas noches la esposa de Canuto decía á éste, cuando se metían ambos en la cama:

– La verdad es que tu primo come de una manera horrorosa. ¡Caramba! Pongo medio *kilo* de carne sin hueso y se la pone él toda en su plato. ¿Y beber? ¡No es cosa! Cada cuatro días hay que traer media arroba de vino. ¿Sabes cuánto nos ha durado la última cuartilla de aceite? Pues desde el sábado acá, echa la cuenta.

– Bueno, pues hay que conformarse. Se trata de un primo carnal, á quien no veía desde hace muchos años. Además, es hombre agradecido y puedes tener seguro un buen regalo.

Cuando Gómez recibió la carta de su primo y dentro de ella un talón del ferrocarril, se puso alegre como unas Pascuas, porque vió confirmada su sospecha.

– ¿Ves? ¿Ves cómo corresponde á nuestros obsequios con un buen regalo?, decía á su esposa. Bueno es él para no pagar con creces los favores que recibe.

Y desde aquel punto y hora se puso á pensar cómo haría para recoger el cajón y llevárselo á su casa.

– Lo mejor es que lleves contigo un mozo de cuerda, decía su mujer. Llegáis á la estación, preguntáis si ha venido el encargo, pagas el porte y te vienes á casa con el mozo.

– ¡Sí, pero vete á saber el día fijo de la llegada!

– Eso te lo dirán en las oficinas.

– D. Canuto se fué por de pronto á la estación central de la Puerta del Sol y dijo amablemente á un empleado:

– ¿Sabe usted cuándo llegará un cajón que me manda un primo que tengo en Jadraque?

El empleado, con la amabilidad que caracteriza á casi todos los dependientes de las Compañías ferroviarias, lanzó una interjección rabiosa, miró de pies á cabeza al bueno de don Canuto y dijo con acento de ira reconcentrada:

– ¿Qué sé yo quién es su primo ni cómo voy á decir á usted cuándo llegará el cajón?

Estudio al carbón, de José López Tomás

– ¡Hombre, no se ponga usted tan incomodado!

– Me pongo como me da la gana.

– Pero...

– No estoy en el caso de perder mi tiempo contestando á vaciedades.

Fuése D. Canuto á la estación del Mediodía y allí ocurrió una escena muy semejante á la de la Central; pero supo con asombro que los encargos de pequeña velocidad no tienen día fijo de llegada: lo mismo pueden venir hoy que dentro de quince días.

– Con tal de que llegue á poder de usted dentro del primer trimestre, no tiene usted derecho á reclamación de ninguna clase, dijo á D. Canuto un empleado que lucía una gorra con siete galones y una serreta.

– Bueno, pues me iré, contestó Gómez guardando el talón en el bolsillo.

Y se fué á su casa, donde su mujer le estuvo regañando durante hora y media.

– Todo el mundo se ríe de ti porque no tienes carácter, decía ella. Has debido dar parte al director general, porque no es cosa de que tu primo se sacrifique enviándonos un regalo, para que después se quede días y días en el camino. ¡Ay, si yo tuviera pantalones!

– ¿Qué harías?

– Agitarme, protestar, promover un escándalo. La empresa tiene la obligación de poner un telegrama á todas las estaciones desde Jadraque acá, preguntando si viene en el tren un cajón dirigido á tu nombre. Pero ya se ve..., tú eres muy simple y todo el mundo abusa de ti.

Gómez iba todos los días á preguntar si había llegado el cajón y siempre obtenía la misma respuesta: «No se sabe nada.»

Por fin un día le dijeron de malos modos:

– Ya está aquí el dichoso cajón. Cualquiera diría que le mandan á usted dentro las minas del Potosí.

– No, señor; pero es recuerdo de un primo y tengo mucho interés en conservarlo. Ustedes, por lo visto, no respetan los sagrados vínculos de la sangre.

– Basta de conversación. Puede usted recoger el bulto cuando guste.

– Pues démelo usted.

– ¿Lo va usted á llevar solo?

– Tiene usted razón: voy en busca de un mozo de cordel.

Al poco rato regresó Gómez en compañía de un mozo.

– ¡Ea, ya estoy aquí otra vez!, dijo al empleado.

– Corriente. Venga el talón.

– Aquí está.

El empleado comenzó á hacer números; después, dirigiéndose á Gómez, dijo:

– Ocho pesetas, once céntimos.

– ¿Cómo?

– Que tiene usted que pagar ocho pesetas y once céntimos de porte.

– ¡Caramba!

– ¿Qué?

– Que me parece muy caro.

– Eso se lo cuenta usted á la Compañía y al ministro de Fomento.

Gómez sacó dos duros del bolsillo y se los entregó al empleado, que se puso á examinar las monedas y á decir que uno de los duros no le gustaba nada, hasta que después de discutir acabó por dar á Gómez la vuelta.

– ¿Conque estoy ya despachado?, dijo éste.

– No, señor.

– ¿Que no?

– Falta el conocimiento de su firma y la cédula de vecindad.

– ¿El conocimiento?

– Naturalmente. A mí no me consta que sea usted el propio Canuto Gómez, y yo no puedo entregar la caja al primero que se presente.

– Pero ¿y el talón? ¿No es bastante muestra de que soy el interesado?

– No, señor.

A todo esto el mozo se impacientaba porque decía que estaba perdiendo ocasión de hacer otros viajes. Gómez no sabía á quién atender, si al empleado ó al mozo, hasta que la Providencia le deparó un amigo que iba á despachar un asunto á la estación, y al ver á Gómez desesperado firmó el conocimiento y la caja pasó á manos del destinatario.

– ¡Por fin!, iba diciendo Gómez por el camino que conducía á su casa.

– ¡Alto!, gritó en aquel momento un vigilante de consumos. ¿Qué va ahí?

– ¿Dónde?, preguntó el asendereado D. Canuto.

– En ese cajón.

– Pues... no lo sé; es un regalo de un primo que tengo en Jadraque.

– Hay que abrirlo.

– ¿A quién? ¿Al primo?

– No se burle usted.

– Yo no me burlo.

Uno de los jefes del fielato olió el cajón, lo tomó al peso, dióle dos ó tres vueltas y dijo por último:

– Vaya usted con Dios. No hay necesidad de abrirlo.

– Gracias, gracias, murmuró Gómez.

Y después de una larga caminata, llegó á su domicilio. Allí el mozo reclamaba doble precio por su viaje á causa de lo mucho que había tenido que esperar. Gómez pudo convencerle y dejó el cajón sobre la mesa enjugándose el rostro con el pañuelo: el sudor le caía á chorros por la frente y tuvo que sentarse en una silla para respirar.

– ¡Dichoso cajón!, dijo la esposa de Gómez.

– ¡Ay! No lo sabes bien. Creí que no podía traérmelo á casa. ¡Cuánto inconveniente! ¡Cuánto disgusto!

– Bueno, pues hay que abrirlo, replicó ella.

– A eso voy.

Con ayuda de unas tijeras y un clavo Gómez consiguió destrozar parte de la tapa, no sin magullarse los dedos más de una vez.

– ¡Ayudame tú, Venancial, decía á lo mejor.

– ¿Cómo quieres que te ayude?

– Mete la tijera por esta rajita mientras yo hago palanca con el clavo... ¡Ajajá! Ya parece que va cediendo... ¡No sueltes la tijera!.. Así... Más... ¡Gracias á Dios!



PATIO DE LA IGLESIA DEL SALVADOR, EN SEVILLA

La tapa salió á pedazos y Gómez y su mujer se pusieron á sacar los papeles que ocultaban el regalo.

– ¿Qué es?, preguntó Gómez con curiosidad vehemente.

Su esposa dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo y dijo con voz desfallecida:

– ¡Qué desgracia! Ha ido á mandarnos lo que no nos gusta.

– ¿Qué es?, volvió á preguntar Gómez.

– ¡Un queso!

Luis Taboada

(Prohibida la reproducción.)

LAS MÁQUINAS QUE NO COMEN

En las mesas de redacción de todos los periódicos y en las cajas de todas las imprentas hay preparado ó compuesto un suelto que, letra más ó menos, dice lo que sigue: «Un inteligente panadero de Cacabelos ha resuelto *por fin,* después de largos ensayos, la tan debatida cuestión del movimiento continuo. Mucho celebramos que haya correspondido á un compañero nuestro la gloria de hallar un mecanismo que está indudablemente llamado á producir una verdadera revolución industrial.» Y el suelto ve la luz, y todo el mundo se queda tan fresco al leerlo, esperando que llegue el turno á la relación exacta de la circunferencia al diámetro, para ser hallada de manera análoga por algún matemático de afición.

Es particular esa sencillez con que se aceptan el movimiento continuo y en general todas las máquinas que *no comen,* que no consumen algo, cuando en la filosofía popular de todos los pueblos existe la conocida historieta del avaro que quería enseñar á un borrico la difícil tarea de vivir sin comer: ciertamente que lo logró, ¡todo lo logra la constancia!; pero dió la maldita casualidad de que se muriera el asno en cuanto dejó de estar en relaciones frecuentes con la cebada.

En todas las poblaciones, particularmente en las de segunda fila, hay ciertos tipos absolutamente necesarios: el sabio enciclopédico, que tiene la precisa obligación de explicar todo lo que á su alrededor sucede y que sus conciudadanos no entienden, y á veces él tampoco; el sabio silencioso, que se supone que lo sabe todo, pero que se lo reserva; el político que entiende la mácula de todo lo que pasa y de todo lo que pasará, así en su pueblo como en Constantinopla; el boticario con círculo de trastienda, que constituye una cámara elegida por sufragio restringido, etc. Pues bien: entre estos tipos indispensables se encuentra el inventor del movimiento continuo.

Todos ellos se parecen en su modo de ser y de pensar y de obrar, tanto si cultivan esta inocente afición en el Polo cuanto en el Ecuador. *Científicamente* pueden clasificarse en varias categorías, que se desprecian mutuamente. Todos ellos saben que el movimiento continuo es un absurdo, y si os atrevierais á decirles que lo pretenden os dirían que les insultáis. A veces es cierto: no



PATIO DEL GENERALIFE, DE GRANADA



ENTRADA Á LA FÁBRICA DE TABACOS DE SEVILLA, cuadros de Manuel García Rodríguez

buscan la piedra filosofal para hallar simplemente oro, buscan una montaña filosofal que les dé acuñadas las monedas de cinco duros ó brillantes del tamaño de un melón; pero el movimiento continuo... jamás.



MANIFESTACIÓN ARTÍSTICA DEL ATENEO BARCELONÉS. – PANNEAU DECORATIVO, de Alejandro Riquer

Una categoría de inventores del movimiento continuo y de las máquinas que no comen la constituyen los *hidráulicos* (!), quienes por medio de ruedas, tubos, bombas, sifones y otros adminículos logran (así se lo figuran á lo menos) que el agua caída de cierta altura les dé fuerza suficiente: primero, para mover sus máquinas útiles; segundo, para elevar la propia agua á la misma altura de que cayó. Que es, traducido al lenguaje vulgar, como si ustedes con una peseta se fueran al café, tomaran una taza de ídem, y con la vuelta de la peseta fueran á lo mismo al otro día, y así sucesivamente, consiguiendo siempre con la vuelta de cada día tener para pagar el del día siguiente, prosiguiendo hasta el del juicio por la tarde. ¡Un millón, diez millones de tazas de café por una peseta! ¿No les parece á ustedes que son muy pillines los *hidráulicos*?

Otra casta de descubridores de máquinas que no comen son los que utilizan las fuerzas permanentes de la naturaleza. Ahí tienen ustedes la gravedad ¿Se ha visto jamás una fuerza más barata, más tirada por los suelos? Pues á aprovecharla tocan. Todo se reduce á hallar un medio de que los cuerpos *caigan* continuamente, sin moverse de su sitio. ¿Que es esto difícil, dicen ustedes? Pues no saben de la misa la media; y si no, para convencerles podría citarles el proyecto de un buque que apareció en un periódico, de cuyo nombre sería imposible que me olvidara en este momento, el cual buque navegaba por el mar – la suprema horizontalidad – impulsado continuamente ¡por la gravedad!

Una tercera clase la forman los *cinemáticos*. Estos señores generalmente tienen su origen en medianos relojeros, que dicen que han llegado á combinar un sistema de ruedas que, una vez puestas en movimiento, ya no se paran nunca más, aunque las Cortes voten para conseguirlo una ley especial. Forman el tipo clásico de la especie, postergado por los otros, que han introducido el progreso en la materia; y sabido es que el progreso se impone hasta en eso... en disparatar.

No luchéis con inventores de cualquiera de estos géneros, porque es cosa perdida. No les habléis de mecánica, porque no saben lo que es, ni de rozamientos, porque dirán que esto no viene al caso. Cada uno sigue en este mundo el sistema que le parece mejor, y ellos son los conspiradores de la ciencia.

El primer período es el del secreto, de la consulta hecha en la sombra y con premeditación y alevosía para que el consultado no comprenda ¡infeliz! que se trata de dar el pego á la naturaleza, inventando una máquina capaz de hacerle ruborizar por no haber sabido producir lo que un ciudadano, que casi no sabe las cuatro reglas, ha despachado en un momento de lucidez.

Sigue inmediatamente á éste el período de ejecución, que es el crítico de la enfermedad: ejes, ruedas; engranajes, parches de cartón, arcaduces de hojalata, el barreño de lavarse los pies, que representa el mar; la olla de las grandes solemnidades, que hace el papel de depósito superior del agua; un bramante sujeta el árbol roto; todas las clavijas bailan. Y ¿saben ustedes de qué depende tanta imperfección en los medios para conseguir tan estupendos fines? Pues sencillamente de que el gobierno tiene abandonados sus verdaderos intereses, y no protege á la industria que, más que fuente, es un Amazonas de riqueza para la nación.

Llega ya el momento decisivo, el desenlace. Los sacrificios han sido grandes, pero el resultado superará á todas las esperanzas. El inventor se asoma á la ventana y ve á lo lejos el ferrocarril: vano esfuerzo de un pasado que desaparecerá bien pronto. El lo siente únicamente por las familias de los fogoneros que quedarán cesantes; pero, ¡cómo ha de ser!, el progreso es fatal.

Ya el herrero ha terminado la construcción de la polea elíptica, que es la pieza fundamental del sistema, y el carpintero ha traído los engranajes provisionales que después servirán para fundir los definitivos: todo está ya listo. Sólo falta dar un empujón... Mas ¡oh sorpresa! Hace siete horas que estamos empujando y la máquina no ha dado siete vueltas cumplidas. ¡Si ese demonio de gobierno, después de vender las plazas de toros, hubiese facilitado dinero para hacer las ruedas de aluminio, el aparato resultara más ligero y el éxito era indudable! ¿Se atrevería alguien á dudar de la realidad del principio en que se funda?

El escarmiento no viene nunca, y las máquinas que no comen se imponen. ¿No ven ustedes los molinos de viento y las fábricas situadas á orillas de los ríos y las máquinas de los relojes, que no consumen nada? ¿Pues por qué no ir más allá? Esta es la cuestión.

No hay ninguna máquina que no coma. El molino de viento consume la velocidad, la energía del aire en movimiento; igual sucede en las máquinas hidráulicas de verdad, y en ambas hay un gran motor, que es el sol, encargado de agitar el aire y de elevar por la evaporación el agua, que después de llovida y salida del manantial ha de hacer funcionar la turbina.

En el reloj es cierto que la gravedad mueve las pesas, pero hace falta que el motor hombre las eleve, y este motor no funciona si en el hogar del estómago no se acumula alimento y si no se genera calor en los pulmones por medio del oxígeno de la respiración.

No hay más que un motor único en la naturaleza capaz de ser aprovechado, que es el calor. Examinad todas las máquinas, desde el humilde borrico que pasta la hierba que ha crecido por el calor del sol, hasta la poderosa máquina de vapor que utiliza la energía del mismo astro acumulada por los árboles de la época carbonífera convertidos en hulla; desde la fuerza eléctrica que mueve el martillo del timbre, originada por el calor que se desprende de una reacción química, de una combustión de cinc que tiene lugar en la pila, hasta las poderosísimas que se utilizan á orillas de la gran catarata del Niágara hechas patentes por la caída de las fabulosas cantidades de agua que el calor ha elevado por evaporación todas las fuerzas tienen su origen mediato ó inmediato en el calor.

Cuando se trate de alguna que no consuma calor, que no consuma nada, desconfiad, desconfiad mucho, que siempre dará la *casualidad* de que el borrico enseñado á no comer dejará de existir.

Mariano Rubió y Bellvé

BOCETOS

LA GOTA DE AGUA

Quise ver algo grande, que por un momento me separase de lo raquítico y pigmeo que nos rodea y satura de pequeñez y nos asfixia; porque lo pequeño,

lo mezquino, como la miseria, no da vida y algunas veces mata.

En muchos casos, para ver mejor, es necesario cerrar un poquito los ojos, reconcentrando la pupila: así también para penetrar más profundamente es preciso reconcentrar el espíritu.

Pero ni aun así; veía demasiado lo que no quería ver, anhelaba ver menos y más al mismo tiempo.

Apliqué un microscopio de gran potencia al examen de una gota de agua, y en aquella inapreciable porción de materia de nuestro planeta, en aquel átomo insignificante de nuestro universo, apareció lo grande, lo inmensamente grande que puede caber en lo infinitamente pequeño...; que no está definido aún si en lo mayor ó en lo menor está lo grande.

Había allí una sorprendente fauna y una exuberante flora, ambas flotantes en el líquido elemento que parecía burlarse del óptico aparato, y cuya rápida y fugaz existencia duraba solamente el brevísimo tiempo que aquella gota de agua permanecía sin evaporarse.

Allí se agitaban y revolvían seres sin cuento, de extrañas y desconocidas formas, acéfalos, vertebrados, monstruosos todos: restos de vegetación desprendidos de troncos sin raíces ó raíces sin troncos, eflorescencias raras, parásitas como de ellas mismas. En aquel mundo animado reinaba una lucha indefinible, se atacaban, se defendían, se unían y separaban con vertiginosa rapidez; instantáneamente procreaban, se reproducían y desaparecían tragados, devorados unos por otros; agitación y rapidez que no daba tiempo á ser examinada ni á formar idea de lo que pasaba en el círculo que ofrecía el objetivo lenticular como campo de observación. Aquello me produjo la impresión de encontrarme con un mundo nuevo... aunque muy viejo, se entiende; lo nuevo no era más que el haber fijado mi atención en su existencia.



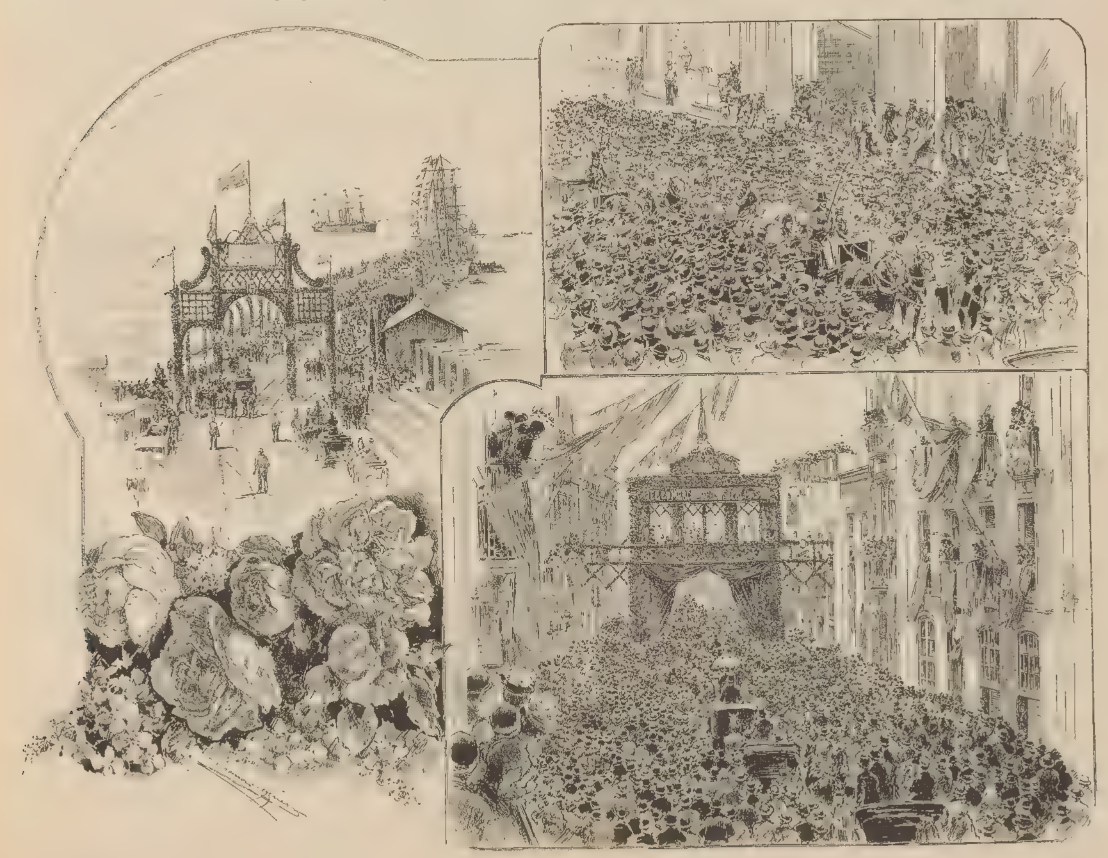
UNA DIVISIÓN DE CABALLERÍA PASANDO UN VADO, cuadro de José Cusachs
(De fotografía de Mariano Castells y Vidal)

La gota de agua, lo que en ella se contenía y lo que en ella acontecía, las luchas que en ella recientemente se agitaban, llevó la imaginación á considerar esta gran gota de agua más solidificada, que en forma de planeta con otras bolas más ó menos parecidas ruedan por la inmensidad del espacio, sujetadas todas á las leyes de atracción y equilibrio; porque eso de haberlas lanzado por el espacio sin límites y, dígase así, abandonadas á su capricho ó al impulso de la materia bruta, no hubiera revelado gran prudencia de parte del artífice; y con seguridad, ninguna conservaría ya su posición y dándose de cabezadas se hubieran destruído al grito de *caiga el que caiga,* y hasta la gota gorda, el gran farol que nos alumbra, se hubiera visto precisado á exclamar: *¡Apaga y vámonos!*

Si nuestro planeta, este átomo sideral, se sometiese á un proporcionado aparato microscópico, ¿qué efecto produciría? En proporción, exactísimo. Bajo formas distintas se descubriría en él... la identidad de la agitación, de una no interrumpida aparición y desaparición de objetos, de lucha indefinible y espantosa á vida y á muerte; millones de millones, trillones y quinquillones de seres animados, imponderable cantidad de organismos, incalculable suma de conglomerable materia, cuanto por moléculas pueden abarcarse, desde el embrionario musgo á la secular encina, desde el diminuto grano de arena hasta la mayor mole del Himalaya.

Extralimitándome de mi campo de observación, la gota de agua, hube de decirme: exacto, ni más ni menos: agitación, vértigo, lucha, vida y muerte en la gota de agua; muerte, vida, lucha, vértigo, agitación en el mundo. Seres microscópicos uniéndose, destrozándose y destruyéndose en aquella reducida cantidad del líquido elemento; seres microscópicos también destrozándose, uniéndose y destruyéndose en el mundo. Pequeñez y miseria en aquello; en esto, miseria y pequeñez.

Pasé involuntariamente algo más allá: recorriendo un poco el campo de la historia humana y las peripecias de su modo de ser social, tropezando desde luego con alguna de ellas marcadamente notable, por sus condiciones propias y por lo que se ha dado



LAS PALMAS. - ENTRADA DEL VAPOR «REINA REGENTE» EN EL PUERTO DE REFUGIO CONDUCIENDO Á LOS INFANTES D. ANTONIO Y DOÑA EULALIA. - SALIDA DE LA CATEDRAL DE LOS INFANTES D. ANTONIO Y DOÑA EULALIA. - LLEGADA DE LOS INFANTES Á LA CALLE MAYOR (de fotografías de D. Luis Ojeda y Pérez)



PATRICIA, cuadro de G. E. Moira



LA CONVALECIENTE, cuadro de V. Corcos

en charlar de ella, como una época y período abominable; por supuesto, no sabiendo de la misa la media..., por ejemplo, el feudalismo.

Veamos, ¿qué cosa fué esa cosa tan detestada? Sencillamente un período de crisis social, laborioso y penoso por cierto como el nuestro, que nadie puede saber si avanzará más de lo que quieren los *echados adelante,* ó si retrocederá más de lo que pretenden los *retrógrados:* aquello no fué más que lo que pudo y debió ser, una marcación de época entre lo que desaparecía para hundirse en el sepulcro de lo pasado y entre lo que aparecía sin organización despejada, con algunas condiciones recias y duraderas y con defectos que debían corregirse. Durante aquella perturbación, en la que andaban envueltas y revueltas el talento y la estupidez, la sabiduría y la ignorancia, el respeto y el temor, ante el imperio de la razón de la fuerza, dominaba y preocupaba el instinto de la defensa y de la propia conservación; y para esto sólo se pensaba en un jefe valeroso y atrevido, y esto causó el agrupamiento de pequeñas fracciones al pie de los castillos roqueros ó en recintos fortificados; el jefe, erigido en señor feudal que contaba con veinte hombres de armas, atacaba á quien disponía de diez; pero el que reunía cincuenta vencía á los dos, quedando á su vez subyugado á quien se le presentaba con doscientos.

¿Qué más da una lucha con veinte lanzas y cincuenta ballestas ó mosquetes, ó una lucha con trescientos mil hombres, cincuenta mil caballos y dos mil cañones? La esencia de la cosa es idéntica, sólo cambia la forma, el número y los medios de destrucción; en una y en otra impera el mismo principio, la razón de la fuerza, lo que sucedió y sucederá siempre, la victoria del más fuerte, el vencimiento del más débil.

Todo se reduce á cuestión de nombre y ocultarlo bajo distinto aspecto: maldecir aquello y practicar lo mismo, hacer creer que lo de ahora no es lo de entonces. Y lo gracioso es que son muchísimos los que á marcha martillo así se lo creen... ¡Vaya si se lo creen!

Sucede en esto como en el mundo microscópico encerrado en la gota de agua. El microbio, el corpúsculo más fuerte destruyendo y devorando al más débil.

No hacerse ilusiones ni negarlo: las cosas son como son.

Continuamos como en la gota de agua..., en pleno feudalismo.

Juan O-Neille



Bellas Artes. – En Berlín está expuesto actualmente y llama poderosamente la atención el magnífico panorama de la batalla de Rezonville, pintado por Detaille y Neuville, que es objeto de los más entusiastas elogios por parte de la prensa berlinesa.

– Se ha inaugurado la Exposición internacional de la Sociedad de grabadores de Bruselas: las 810 obras en ella reunidas dan perfecta idea del grado de adelanto á que ha llegado esta rama del arte y proceden de artistas belgas, alemanes, franceses, ingleses, austriacos, españoles, holandeses y escandinavos. La condesa de Flandes, que es una excelente grabadora, tiene expuestos en ella tres bellos paisajes.

En Londres se han vendido recientemente dos colecciones de instrumentos de cuerda de Stradivarius que han producido más de 60.000 pesetas: por un violín de 1734, es decir, fabricado por el maestro cuando tenía 90 años, se han pagado 21.500 pesetas, precio que hasta ahora no había alcanzado ninguno de esos instrumentos.

– El gobierno francés ha adquirido para el Museo de Luxemburgo el cuadro del pintor alemán Federico Uhde *Cristo entre los trabajadores.*

– El pintor y poeta ruthenio Cornel Ustjanowicz ha sido procesado porque en un cuadro que pintó para una pequeña parroquia y que representaba á los *pecadores en el infierno* puso figuras que tenían gran parecido con ilustres personajes de Galizia y altos funcionarios y nobles polacos. Ustjanowicz pertenece al antiguo partido ruthenio, enemigo de los polacos, á quienes ya anteriormente había fustigado con la pluma, y esto ha contribuído más á que se viera en su cuadro la tendencia á denigrar á sus adversarios.

Barcelona. – Salón Parés. – El muro de preferencia de este local ha sido ocupado por las obras que constituyen la primera Exposición anual de la Academia Artística libre, no hace mucho fundada en esta ciudad, exposición que demuestra con hechos que cada día se extiende la educación artística y que por consiguiente aumenta el número de los que por profesión ó por sus aficiones simplemente contribuyen al desarrollo de las Bellas Artes en beneficio de la cultura general.

Son estas exposiciones sencillas muestras y demostraciones prácticas de la extensión que la aptitud artística alcanza entre nosotros, y la crítica y menos el público no debe buscar en ellas obras trascendentales ni revelaciones inesperadas; son simplemente hechos que merecen aplauso, si no por los resultados que presentan, porque significan medios para obtenerlos.

Figuran en la sección de Pintura unas 90 obras, sobresaliendo entre ellas dos estudios de Rusiñol y Casas que ocupan preferente lugar; una tela de regulares dimensiones, bosquejo valientemente ejecutado de un cuadro titulado *Primera cura,* de A. Serra; *El Rosari,* escena bien trazada de J. Llombard; una expresiva cabeza, *Impresión,* y un paisaje de E. Vilaseca; *Mi estudio,* de J. Carreras; *Curiositat,* de A. Pí; *En lo terrat,* de S. M. Triadó; *Lo tonet,* de A. Torres; un estudio y unos apuntes de N. Bonell; *¿Qué hacer?,* de A. Cortés; un cartel decorativo de Pahissa, y unos tapices de G. Molina. Un solo expositor, M. Viader, constituye la sección de Escultura con seis obras, *Niño tocando la flauta,* recomendable por muchos conceptos.

El joven escultor Vallmitjana Abarca ha demostrado una vez más sus sólidas cualidades como animalista, en el grupo alegórico de la guerra de la Independencia, «1808.»

Una colección de retratos debidos al pincel de A. Robert ha llamado justamente la atención del numeroso público que cotidianamente visita este local. De sólida y brillante hechura todos ellos y de exacto parecido, cualidad que podían apreciar los más por tratarse de personas algunas muy conocidas, se recomiendan esas obras por su armónico conjunto, su sobriedad y un sello de distinción que las hace en extremo agradables. Entre ellas figuraba la reproducción del autor, estudio valientemente pintado.

Salón de Ventas. – Hállanse en este local expuestos los dos cuadros origen y causa de la dimisión que de la presidencia del Ateneo presentó el Sr. Yxart, por haber sido rehusados para figurar en la presente Manifestación Artística. El de Martí y Alsina, un desnudo de mujer en el baño, comprueba la técnica experimentada del maestro, como el de Casas, de asunto y de dimensiones más modestos, afirma las cualidades de frescura y sinceridad que distinguen á este joven artista.

Salón de «La Vanguardia.» Diversos cuadros de autores modernos adornan sus paredes: de Cusachs una descubierta de caballería, unas flores de Mirabent y un excelente cuadrito de Franco, un guardia civil á caballo, son los que sobresalen y atraen con preferencia las miradas de los concurrentes.

Teatros. – En el teatro la Fenice, de Venecia, ha tenido un éxito tan colosal como en Milán, Génova y Roma la última ópera de Verdi, *Falstalff,* cantada por los mismos artistas que la estrenaron.

– Desde el 4 al 18 de junio se darán en el teatro de la Corte, de Stuttgart, varias representaciones ejemplares, habiéndose escogido para ellas *Los hugonotes,* de Meyerbeer, *Eurianto,* de Weber, *Don Juan,* de Mozart *Fidelio,* de Beethoven, y *Tannhauser* y *El crepúsculo de los dioses,* de Wagner.

– En Chicago ha dado algunas representaciones de la *Cleopatra,* de Sardou, la actriz norteamericana Miss Fanny Davenport, de quien dice la prensa de aquélla que si bien no posee el fuego y la gracia espiritual de Sarah Bernhardt, representa el papel de protaganista de aquella tragedia con admirable talento y personalidad propia.

– En Nueva York se ha inaugurado un nuevo teatro chino en donde se representa una obra titulada *Look Quod (Seis Reyes),* que dura la friolera de tres semanas, advirtiendo que la representación de cada noche ocupa cinco horas. Trasladamos la noticia á los que afanosos buscan nuevos moldes para el arte escénico.

Madrid. – En el Príncipe Alfonso se han cantado *Sonámbula,* para beneficio de la señorita Svicher, que obtuvo grandes aplausos, y *Roberto il diavolo* á beneficio de la señora Laborda, que fué aplaudida con entusiasmo en unión de la señorita Ruanova y de los Sres. Angioletti y Riera y del maestro Goula.

Barcelona. – En Novedades se ha estrenado un drama en prosa de Angel Guimerá, titulado *En Pólvora,* vigorosamente concebido y escrito y abundante en escenas de palpitante interés dramático: el ilustre poeta catalán ha obtenido con esta nueva producción un nuevo y legítimo triunfo. En el propio teatro ha debutado con el éxito de siempre la compañía que dirige el señor Mario, habiendo puesto en escena, en la primera noche, la preciosa comedia de Bretón de los Herreros *La escuela del matrimonio.* En el Lírico sigue obteniendo muchos aplausos la compañía á cuyo frente están los Sres. Rosell y Ruiz de Arana. Los conciertos dados en este coliseo por el notabilísimo pianista Sr. Vidiella han proporcionado sendas ovaciones al que es sin disputa uno de los primeros pianistas contemporáneos. También fué muy aplaudido en el concierto que dió en dicho teatro el violoncelista Sr. Pujal, pensionado de nuestro Ayuntamiento en París.

Necrologia. – Han fallecido recientemente:

El Excmo. Sr. D. José Loma, teniente general del ejército español, uno de los militares que con más valor y fortuna combatieron contra los carlistas durante la última guerra civil.

Francisco Virella y Casañes, distinguido escritor, celebrado crítico musical y autor de una interesantísima obra, *La ópera en Barcelona,* que es un trabajo de vasta erudición que habrán de consultar siempre los que quieran estudiar la historia del movimiento lírico de nuestra ciudad.

Jorge Víctor, príncipe de Waldeck y Pyrmont, conde de Rappolstein, señor de Hohenack y Gerolsdeck, general de infantería prusiano.

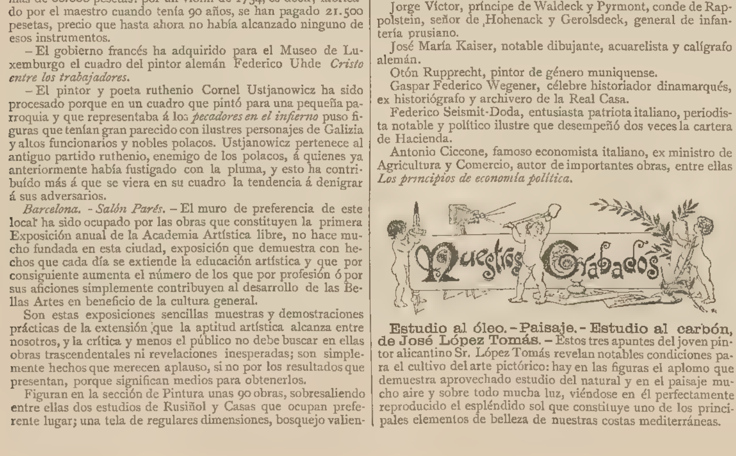
José María Kaiser, notable dibujante, acuarelista y calígrafo alemán.

Otón Rupprecht, pintor de género muniquense.

Gaspar Federico Wegener, célebre historiador dinamarqués, ex historiógrafo y archivero de la Real Casa.

Federico Seismit-Doda, entusiasta patriota italiano, periodista notable y político ilustre que desempeñó dos veces la cartera de Hacienda.

Antonio Ciccone, famoso economista italiano, ex ministro de Agricultura y Comercio, autor de importantes obras, entre ellas *Los principios de economía política.*



Estudio al óleo. – Paisaje. – Estudio al carbón, de José López Tomás. – Estos tres apuntes del joven pintor alicantino Sr. López Tomás revelan notables condiciones para el cultivo del arte pictórico: hay en las figuras el aplomo que demuestra aprovechado estudio del natural y en el paisaje mucho aire y sobre todo mucha luz, viéndose en él perfectamente reproducido el espléndido sol que constituye uno de los principales elementos de belleza de nuestras costas mediterráneas.

Apuntes de Sevilla y de Granada, cuadros de Manuel García Rodríguez. – García Rodríguez sigue la escuela del celebrado pintor sevillano Sánchez Perrier, en la que, sin embargo y sin desdeñar las enseñanzas del maestro, ha sabido conservar íntegra su propia personalidad. Sus obras distínguense, á pesar de su factura robusta, por su finura y delicadeza, ya que este artista, aunque copia exactamente lo que ve, atráele lo que la Naturaleza tiene de más hermoso. Es un verdadero poeta, un entusiasta y ferviente admirador de la región andaluza: ya sirven de asunto á sus preciosos cuadros los obscuros pinares que coronan las cimas de las montañas, los plateados álamos que se retratan en las aguas de aquel eterno verjel, ya los encantadores cármenes granadinos ó las bellezas que encierra la morisca sevillana.

Los cuadros de García Rodríguez encantan por su belleza y cautivan por sus cualidades, ofreciendo la particularidad de poder figurar, así en un museo, como en el gabinete de aristocrática dama.

Panneau decorativo, de Alejandro de Riquer (Manifestación Artística del Ateneo Barcelonés). – El bonito *panneau* decorativo que reproduce el grabado que publicamos encabeza, digámoslo así, la serie de producciones que constituyen la manifestación artística del Ateneo Barcelonés. Riquer ha dado una nueva prueba de su buen gusto, puesto que en la producción á que nos referimos hállanse hábilmente utilizados los elementos de ornamentación.

La circunstancia de habernos ocupado con alguna extensión en el número anterior del certamen celebrado por el Ateneo, nos releva de ocuparnos con mayor detención de la obra del Sr. Riquer.

División de caballería pasando un vado, cuadro de José Cusachs. – Ni hemos de repetir una vez más los elogios justísimos que en tantas ocasiones hemos dirigido al genial pintor de la vida militar en España, ni casi tenemos necesidad de señalar las bellezas del cuadro que hoy reproducimos, hermosa composición que como todas las de Cusachs cautiva por la verdad y el arte que en ella campean: reproduce un episodio de campaña, y en el están tratados de la manera magistral que sabe hacerlo nuestro querido colaborador los hombres, los caballos y el terreno, formando aquella división de caballería un grupo hábilmente dispuesto cuyo último término va á perderse en el horizonte con un efecto de perspectiva perfectamente entendido y ejecutado.

Los infantes D. Antonio y Doña Eulalia en Las Palmas (de fotografías de D. Luis Ojeda y Pérez). – El pueblo de Las Palmas, la isla de Gran Canaria. ha demostrado una vez más su infatigable adhesión á la madre patria, á la gloriosa nación española, recibiendo con demostraciones del más vivo entusiasmo á los infantes D. Antonio de Orleans y Dona Eulalia de Borbón, al hacer escala en aquel puerto, en su viaje á la Exposición de Chicago. El pueblo de Las Palmas ha visto en los ilustres viajeros una representación del Estado y ha procurado testimoniar de modo evidente su profundo afecto á la madre patria y que, aunque aislada en las inmensidades del Océano, considérase formando parte integrante de la metrópoli, con la que participa de sus días de gloria ó de sus desdichas.

Los dos grabados que publicamos, tomados de fotografías remitidas por nuestro amigo el inteligente fotógrafo de Las Palmas D. Luis Ojeda y Pérez, reproducen la llegada al puerto de refugio del gran vapor transantlántico *Reina Regente* y la salida de la catedral de los infantes, en la que se rezó un solemne *Tedéum,* que desde la basílica se dirigieron á su hospedaje del palacio arzobispal y su paso por la calle Mayor.

Patricia, cuadro de G. E. Moira. – Entre las varias sociedades artísticas que existen en Londres ocupa uno de los primeros lugares la denominada *Fine Art Society,* cuyas frecuentes exposiciones llaman con justicia la atención de los aficionados londinenses: en una de las que recientemente ha celebrado figuraba el bellísimo cuadro de Moira, que reproducimos, hermoso busto de un dibujo correctísimo, realzado por una suavidad de tonos y una naturalidad incomparables.

La convaleciente, cuadro de V. Corcos. – Varias veces hemos ensalzado como se merece á este notable artista haciendo notar especialmente el sentimiento que en sus obras domina: la que hoy reproducimos supera indudablemente, desde este punto de vista, á cuantas hasta hoy llevamos de él publicadas. Hay en la figura de la joven convaleciente una expresión por demás acertada: en su rostro quedan todavía las huellas del mal sufrido y en su cuerpo la lasitud consecuente á una prolongada enfermedad. No menos bien tratadas están las figuras de las que la han acompañado en su paseo á la playa que en el fondo se distingue sirviendo de límite á un paisaje lleno de melancólica poesía.

El monumento del león, en Lucerna, obra de Thorwaldsen. – Este es indudablemente uno de los monumentos más conocidos en todo el mundo y quizás de los que más impresionan, no sólo por la idea que presidió á su construcción, sino por la admirable ejecución que supo darle el famoso escultor Thorwaldsen. Erigido en honor de los suizos que murieron en las Tullerías en las jornadas de 10 de agosto y 2 y 3 de septiembre de 1792 defendiendo á Luis XVI, la escultura ha sintetizado por modo admirable el hecho que conmemora con el león herido de muerte que apoya su cabeza y ampara con su garra el escudo con las flores de lis de los Borbones. La emoción que produce la vista del monumento abierto en la roca, sombreado por un grupo de árboles y reflejándose en las aguas de un pequeño estanque es inexplicable: precisa haberla sentido para comprenderla. Hoy el monumento está amenazado de próxima ruina, pues el agua ha ido destruyendo la peña en que está labrado; sin embargo, la ciudad de Lucerna, que siente hacia él verdadera veneración, ha adoptado las medidas para evitar su pérdida y se confía que al fin logrará conservarse esa hermosa joya artística que es á la vez elocuente prueba de las grandes virtudes cívicas de los suizos.



A su regreso, no dejaba nunca de seguir la orilla del Gave á la sombra de árboles corpulentos, seguro de encontrar á Anie, ya en una plazoleta del paseo, ya en un islote del río, disponiéndose á tomar alguna vista del natural

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

CONTINUACIÓN)

Las notas de un cornetín de pistón y los ronquidos de dos serpentones dominaban todos los ruidos; era la charanga que recorría las calles tocando llamada, y por todas partes se veían gentes dirigiéndose hacia la plaza convertida en circo taurino á beneficio del pueblo. Los tendidos estaban hechos con pinos de las Landas, cuya madera recientemente labrada sudaba bajo los rayos de aquel sol de fuego sus últimas gotas de resina en forma de lágrimas blancas que esparcían en la atmósfera olor penetrante de trementina. La sencillez de la plaza era completamente primitiva: todo se reducía á unos cuantos asientos de madera tosca; los de preferencia recibían el sol por la espalda, los otros le recibían de frente; á esto se reducía todo: esta disposición de los asientos tenía, sin embargo, gran importancia en aquel país donde los rayos solares son tan ardientes que hacen aceptar sin vacilación la antigua alegoría de las flechas de Apolo.

– Seguramente, dijo la señora de Barincq instalándose en primera fila, vamos á salir asados.

Después de diez minutos todavía buscaba la madre de Anie una manera de evitar su cochura, cuando el barón de Arjuzanx apareció en la puerta de lo que podría llamarse la tribuna: así que la señora de Barincq observó que Arjuzanx se dirigía hacia ellos, ya no pensó ni en el calor ni en lo que el sol la molestaba.

– Ahí está el barón, dijo á Anie.

– ¿No contabas ya con encontrarlo?

Después que se hubieron cruzado entre ellos las primeras frases de cortesía, Anie, fiel á su propósito, procuró indicar claramente que no había ido allí para verle.

– Mi padre, dijo con mucha naturalidad, nos ha hablado con tanta frecuencia de estas corridas de las Landas, que hemos querido aprovechar esta primera ocasión que se nos presentaba de ver una sin grandes molestias.



Con su horquilla en la mano extendía Anie sin quedar nunca rezagada la parte que le correspondía

– Y han tenido ustedes acierto, respondió el barón, escogiendo esta corrida de Habas. Creo que la función será interesante; las reses son de sangre y los lidiadores figuran entre los mejores que tenemos: San Juan, Bonifacio, así como Marín y Daverat, los cuales más que lidiadores son saltadores, pero que de seguro sorprenderán á ustedes por su agilidad y destreza.

– ¿Y hay diferencia entre un lidiador y un saltador?, preguntó la señora de Barincq.

– El lidiador espera á pie firme á la fiera, la cual se lanza sobre él, y en el momento en que parece que la vaca va á engancharle con los cuernos, el diestro gira sobre sí mismo y la vaca pasa sin tocarle; el torero la ha separado, ó mejor dicho, se ha separado á sí mismo del animal. El saltador espera también, como el otro, á la vaca; pero en lugar de hacer un recorte para hacerse á un lado, salta por encima de ella. Verán ustedes á Daverat cómo da ese salto con los pies atados por un pañuelo ó metidos en una boina que el saldador no pierde al ejecutar la suerte. Por muy interesantes que sean estos saltos con los cuales se demuestra la elasticidad de los músculos, para nosotros valen menos que un recorte: el salto es romántico, el recorte clásico.

– ¿Cree usted que el capitán Sixto asistirá á la corrida?, preguntó la señora de Barincq, á quien estas diferencias entre saltadores y toreros, que ella misma había preguntado, interesaban poco.

– No lo creo, ó para decir la verdad, no lo sé.

– Sentiré que no asista; hemos tenido el gusto de que comiese con nosotros un día de la semana pasada; es una persona muy amable.

– Sí, muy buen muchacho, de gran honradez, de mucha probidad y de noble franqueza.

– Comprendo perfectamente que mi cuñado haya sentido cariño entrañable hacia él, continuó diciendo la señora de Barincq, que deseaba saber algo acerca de las relaciones entre el capitán y el hombre á quien todos creían padre del mismo.

Pero el barón, que no quería ser llevado á ese terreno, se limitó á contestar con una sonrisa insignificante y vaga:

– Sin embargo, por muy grande que una amistad sea no es natural que llegue á destruir lazos de familia.

El barón continuaba sonriendo.

– Por eso me cuesta trabajo creer que Sixto esperase, como por ahí se dice, heredar al Sr. de Saint-Christeau.

Como el barón continuase en su silencio, la señora de Barincq, que no era mujer de renunciar á sus proyectos, le preguntó directamente:

– ¿Usted piensa que Sixto haya tenido alguna vez esa esperanza?

– No tengo opinión alguna sobre este asunto. Sixto nunca me ha hablado de ello. Todo lo que puedo afirmar es que Sixto no tiene gran apego al dinero; si, como dicen, pudo acariciar algunas esperanzas acerca de eso, de las cuales yo no sé una palabra, estoy convencido que el renunciar á la herencia le ha importado poco; Sixto es muy superior á esas cosas.

– Me parece, dijo entonces Anie para variar de conversación, que si el Sr. Sixto reune las condiciones que usted le atribuye, es el verdadero tipo del buen militar.

– Exactamente, señorita, exactamente; sólo que si ese tipo era verdadero ayer, hoy no lo es ya.

– No lo comprendo bien.

– Eso consiste en que no viviendo en el mundo militar no sigue usted los cambios que desde hace algún tiempo están realizándose ó próximos á realizarse. Hace algunos años el militar era por lo común desinteresado, indiferente en los asuntos de dinero; los menos pensaban en el matrimonio; en esa época á que me refiero, ese desinterés era uno de los rasgos más característicos del perfecto soldado, cuyas aspiraciones no se referían á realizar una fortuna. Ahora el matrimonio, que ha venido á ser regla casi general en el ejército, ha modificado mucho estas costumbres. Nuestros oficiales, al verse solicitados por familias ricas y aun puede decirse perseguidos, han llegado á conceder al dinero una importancia que no le daban ciertamente sus antecesores; y no son pocos los que hoy cuando se les habla de alguna muchacha bonita, sólo piensan en preguntar: «¿Tiene algo?» La fortuna, introduciéndose en los regimientos, ha creado necesidades y por consiguiente exigencias en las cuales ni siquiera se soñaba hace veinte años. El capitán Sixto, aunque es muy joven, no pertenece á ese tipo nuevo que tiende cada vez más á sustituir al antiguo y que no ha de tardar mucho en cambiar por completo el espíritu y las costumbres del ejército; y aunque es sólo capitán de caballería - si bien condecorado, lo cual duplica su valor cotizable, - estoy seguro de que si llega á casarse, la fortuna de su novia será para él el dato de menor importancia.

– Entonces, dijo Anie, ¿ese capitán es un héroe en toda la extensión de la palabra?

– Sí, señorita; en toda la extensión de la palabra.

– ¿Es de suponer entonces, dijo la señora de Barincq volviendo á su idea, que la pérdida de la herencia del Sr. Saint-Christeau le haya disgustado poco?

– Es muy creíble.

Como en aquel momento se presentaban los lidiadores en la plaza, Arjuzanx se aprovechó de los incidentes de la fiesta para no decir una palabra más sobre el asunto; la charanga proseguía tocando furiosamente, los cohetes estallaban, la muchedumbre lanzaba clamores de alegría, no era por consiguiente aquel el momento oportuno para conversaciones á media voz, y Arjuzanx sólo pensaba en los toreros, cuyos nombres iba él diciendo á Anie á medida que cada uno de ellos iba pasando con actitudes teatrales, reposado andar, ademanes graves y ceremonias cual conviene á las personas que disfrutan del favor de las masas. ¡Cómo aquél, tan elegante y tan gracioso con su traje de terciopelo azul, era zapatero, y el de más allá, de continente tan noble, fabricante de toneles!

Inmediatamente después de concluído el desfile comenzó el espectáculo. Debajo del palco en que se habían colocado los Barincq era precisamente donde habían sido encerradas las fieras en sendos chiqueros; ábrese una puerta y se lanza al redondel la primera vaca trotando, impaciente, furiosa, azotándose con su cola los hundidos flancos; sin vacilar un solo segundo se arroja sobre el primer torero que alcanza á ver; el torero la espera, y cuando el animal ya próximo al hombre baja la cabeza para ensartarle en sus puntiagudos cuernos, el torero gira sobre sí mismo dando un recorte y el animal pasa sin tocarle; tan violento es el impulso y tan impetuoso que las piernas de la vaca se doblan, pero el animal furioso torna á levantarse y se lanza sobre otro torero, después sobre otro y sobre otro, en medio de los aplausos tributados por el público, lo mismo á la destreza de los hombres que á la bravura del animal.

El interés de estas corridas está en que el hombre y la fiera se encuentran frente á frente bajo el pie de una perfecta igualdad: nada de picadores para fatigar al toro; nada de chulos con sus banderilleros para exasperarle; nada de muleta para aturdirle y prepararle una sorpresa detrás de su seda roja y resplandeciente; el hombre en esta lucha no tiene más auxiliares que su sangre fría, su golpe de vista, su valor y su agilidad; la fiera no tiene traición alguna que temer; aquello es un duelo, la victoria será del más fuerte.

Llegó un momento en que el entusiasmo de los lidiadores disminuyó; el calor era insoportable, nubes de tormenta se elevaban del lado del mar sin velar todavía los rayos del sol que caía implacable en la abrasada arena; la fatiga comenzaba á pesar sobre los más animosos, los cuales, precisamente porque no se habían reservado, pensaban ahora sin duda que correspondía trabajar á los otros, y se detenían para charlar tranquilamente con sus amigas de los palcos, apoyándose negligentemente en las tablas de la barrera, en vez de colocarse en medio de la plaza para citar á la fiera. En estos momentos una vaca que había salido al redondel no encontró á nadie enfrente de ella. Era un animal pequeño, flaco, nervioso, de piel roja con manchas negras, de vientre ovalado y con las mamas que habría podido tener una ternera de seis meses; su cabeza fina estaba armada con dos largos cuernos afilados como bayonetas. Al verla la multitud lanzó al aire clamores que revelaban esperanzas de algo extraordinario.

La vaca no defraudó aquellas esperanzas que sus amigos habían puesto en ella; viendo á los lidiadores diseminados por acá y por allá á lo largo de la barrera, el animal se encaminó hacia el primero que creyó podría alcanzar, y en menos de cuatro segundos había dado la vuelta á la plaza rompiendo las tablas á cornadas y obligando á sus adversarios á escalar los palcos precipitadamente con gran regocijo del público, que comenzaba á hacer burla y chacota de aquel sálvese el que pueda; hecho esto, la vaca tornó á colocarse en el centro de la plaza y comenzó á escarbar la arena que bajo las pezuñas nerviosas de la res volaba en derredor de ella.

– ¡San Juan! ¡Bonifacio!, vociferaba la multitud; cada uno excitaba al lidiador de su preferencia.

Pero ninguno pareció dispuesto á bajar al palenque. San Juan miraba á Bonifacio, Bonifacio miraba á Omer y unos á otros se decían:

– Baja tú.

– No, tú.

– Te toca á ti.

– A ti te corresponde.

Contemplando aquella desbandada, Anie comenzó á reirse y exclamó:

– Nunca he admirado como ahora la agilidad de los habitantes de las Landas.

Aquellas palabras de Anie iban dirigidas á su padre; el barón, sin embargo, las recogió al vuelo, y saludando á la joven contestó:

– Permítame usted que salga á la defensa de mis paisanos.

Antes de que Anie hubiese comprendido el sentido de aquellas palabras extrañas, Arjuzanx, apoyando ambas manos en el antepecho del palco, se precipitó de un salto á la plaza.

Hubo entonces un movimiento de sorpresa en el público, pero casi al mismo tiempo se levantó un inmenso vocerío; habíanle reconocido y le aclamaban.

– ¡El barón!

No se trataba ya de un actor ordinario que provocaba á la irritada fiera; era

el barón, á quien conocía todo el mundo, y la esperanza de ver esta lucha producía en todos extraordinario entusiasmo.

– ¡El barón! ¡El barón!

Hombres, mujeres, niños, todo el mundo se había levantado y gesticulaba curioso, entusiasmado; Arjuzanx era el foco de todas las miradas; todos los concurrentes tenían entornados los ojos y abierta la boca esperando lo que iba á suceder allí.

El barón había ido á colocarse con rapidez enfrente de la vaca, aunque sin acercarse mucho á ella para que le fuese posible verla venir; habíase abotonado y ceñido al talle su *chaquet;* arrojó después su sombrero á larga distancia, y en seguida, agitando los brazos sobre su cabeza y produciendo con la lengua un chasquido especial, provocó á la vaca.

Arrojóse ésta inmediatamente sobre él; la atención era realmente ansiosa; nadie se atrevía á respirar; en medio de aquel silencio sólo se oía el rápido trotar de la vaca sobre la arena; la vaca llegó; el barón no se había movido y tenía sus ojos clavados en el animal, el cual bajó la cabeza, el barón hizo un quiebro admirable y la vaca pasó casi rozándole; pero era un animal ya experimentado; en vez de abandonarse á su impulso y seguir hacia adelante, se echó con violencia hacia un lado y se arrojó nuevamente sobre el barón, que hizo un segundo recorte y después un tercero, siempre con la misma exactitud y la misma seguridad.

La fatiga y la indolencia de los lidiadores desapareció como por encanto cuando vieron que el barón saltaba á la pista; simultáneamente casi bajaron todos al redondel; citada desde diferentes puntos la vaca, se lanzó sobre otros lidiadores, y el barón pudo subir otra vez al palco para ocupar de nuevo su asiento cerca de Anie, mientras la muchedumbre le aclamaba con tal estrépito que amenazaba hundir la plaza á fuerza de patadas y bastonazos.

La señora de Barincq, felicitando al barón, le dijo:

– ¡Qué susto nos ha dado usted!

– Deploro no haber tenido el tiempo bastante para advertir á ustedes que ningún peligro corría, dijo el barón con toda sinceridad y sencillamente.

En esto un clamor espantoso le interrumpió, la vaca acababa de sorprender á un torero á quien sacudía violentamente enganchado en los cuernos por la faja; los toreros se arrojaron sobre ella y el enganchado cayó en pie y se alejó de allí cojeando.

– Ya ve usted, dijo la señora de Barincq luego que se calmó la emoción, cómo había peligro.

– Ha sido un torpe.

– ¿Crees ahora que el Sr. de Arjuzanx desea agradarte?, dijo la señora de Barincq á su hija, cuando terminada la corrida se hallaron instalados en el landó.

– ¿En qué?

– En saltar á la plaza para demostrarte su valentía.

– Eso no me ha gustado.

– ¿Has tenido miedo?

– No lo bastante para no comprender que es indigno de un hombre de su clase exhibirse de esa manera.

V

Anie, que todas las mañanas consagraba algunas horas á la pintura, trabajaba de muy buena gana todas las tardes con su padre; era para la joven una diversión agradable, entre otras cosas por lo que tenía de nueva, extender el heno segado en los prados ó en los islotes que el Gave formaba dentro de sus propiedades. Con su horquilla en la mano extendía Anie sin quedar nunca rezagada la parte que le correspondía, y al caer la tarde, cuando se cargaban los carros con las hierbas ya secas, llevaba Anie valientemente su montón no menos pesado que el que llevaban las demás segadoras.

Estas aficiones campestres enojaban á la señora de Barincq, que las creía incompatibles con la dignidad de una castellana, así como también creía que el sol era malsano y peligroso; ¿no es él por ventura causa y origen de todos nuestros males, de las pícaras insolaciones, de las fluxiones del pecho y de las pecas que afean el rostro? Para precaverse contra estos peligros tomaba la madre de Anie toda clase de precauciones; pero sin poder, como ella deseaba, imponérselas á su hija, la cual si aceptaba sombreros grandes de paja, velos de gasa y guantes que llegasen hasta el codo, era para abandonarlos á la primera ocasión que se le presentaba.

Tales gustos y tal desenfado producían, por el contrario, gran satisfacción en el Sr. Barincq, que desde sus primeros años había gustado con pasión del trabajo del campo, labrando tan pronto como sus brazos habían sido suficientemente largos para sostener el mango de una herramienta, segando tan pronto como le había sido lícito tomar una hoz, conduciendo las yuntas de bueyes, montando á caballo, podando los árboles, haciendo cuando el caso llegaba las cortas en el monte. ¡Qué delicia para el padre de Anie, después de tantos años de vida oficinesca reducida, ahogada, miserable, encontrarse por último al aire libre en una atmósfera perfumada por el heno, encantados los ojos con la vista de mil objetos queridos, sus ganados, sus cosechas; todo esto en un hermoso cuadro de verdura que cerraba en las lejanías el horizonte de la montaña, con el cual había soñado tantas veces sin esperanza de volver á verlo una sola vez en su vida!

Barincq era el primero que se levantaba en su casa, principiaba su tarea vigilando en los establos la operación de ordeñar las vacas; después que había puesto en movimiento á todo el personal, montaba un caballejo de trote suave y se iba á inspeccionar los trabajos de desmonte que había dispuesto para convertir en prados artificiales las viñas muertas. Esta caminata era larga, no solamente porque Barincq cuidaba mucho de no arriesgarse con su cabalgadura por caminos dificultosos, sino también porque solía detenerse con frecuencia para charlar con los aldeanos á quienes veía trabajando en el campo ó á los que con lentitud caminaban á su lado por algún tiempo. Barincq les dirigía preguntas afectuosas, les escuchaba con atención: ¿estaban satisfechos de su cosecha?, y entonces se empeñaban grandes discusiones sobre los procedimientos de cultivo que los aldeanos empleaban y los que Barincq les aconsejaba para que aumentasen las producciones de sus tierras; no se enojaba nunca cuando chocaba con las preocupaciones de la rutina, esforzábase por el contrario en conseguir á fuerza de paciencia y de dulzura y con razonamientos al alcance de su auditorio hacerles comprender sus propios intereses y enterarse de sus explicaciones.

A su regreso no dejaba nunca de seguir la orilla del Gave á la sombra de árboles corpulentos, seguro de encontrar á Anie, ya en una plazoleta del paseo, ya en un islote del río, disponiéndose á tomar alguna vista del natural, á lo que denominaba la joven sus Corot. Como Anie descansaba aún cuando su padre salía del castillo, Barincq y su hija se veían entonces por primera vez desde la noche anterior; cuando llegaba cerca de ella Barincq se apeaba del caballo y Anie se levantaba de su silla de tijera y se acercaba á su padre para darle un beso que él la devolvía con cariño.

– ¿Has dormido bien?

– ¿Y tú, hija mía?

Después de haber atado las bridas del caballo á las ramas de un árbol, deteníase Barincq á contemplar el cuadro de su hija, dirigiéndole por él, ya observaciones, ya parabienes. A decir verdad, los parabienes eran siempre muchos más que las observaciones, pues bastaba que Anie hubiese puesto mano en cualquier cosa para que esa cualquier cosa fuese una maravilla á los ojos del Sr. Barincq. Aunque éste estaba acostumbrado á un dibujo más exacto y más severo que el que agradaba á su hija, decíase el padre á sí mismo que á su edad está uno fuera de juego, en tanto que la joven iba con la corriente de la época; él no había sido nunca más que un regular artesano y su hija era una artista verdadera; en tales condiciones, ¿cómo no había de rechazar Barincq las dudas y las observaciones que se presentasen á su espíritu?

– Verdaderamente tienes razón, decía el anciano para acabar; la impresión que se recibe es la misma que has querido producir.

Y volvía á montar á caballo para seguir vigilando, ya el envío de manteca que había sido batida en ausencia suya, ya la remesa de cerdos que no era posible hacer salir de sus porquerizas ni subir á los carros sin que lanzasen espantosos gritos á pesar de las precauciones que para llevarlos se adoptaban.

Solamente después de almorzar se encontraba libre el Sr. Barincq y podía, si así lo deseaba, irse á trabajar con Anie á las eras.

¡Cómo se enorgullecía el anciano viendo á su hija trabajando animosa sin temor á los rigores del sol ardiente ni á los ultrajes de la lluvia, tratando con afabilidad á los trabajadores, buena con las mujeres, cariñosa con los niños y haciéndose querer de todos!

¡Qué feliz se consideraba cuando llegada la hora de merendar se sentaban ambos á la sombra de un tilo ó al pie de una encina y devoraban, charlando alegremente, la merienda que les habían llevado del castillo: pan y frutas, ó bien una tostada de manteca rociada con una copa de vino blanco del país y agua fresca.

Aquellos eran los momentos más deliciosos de todo el día – aun entonces, cuando había tantos buenos, – aquellos de intimidad, de conversación á solas, en que todo puede decirse en las expansiones de un cariño correspondido.

Hija y padre hablaban largamente de las cosas del día, bastante de lo pasado y algo de lo porvenir, pero mucho menos de lo porvenir que de lo pasado, como personas felices que no necesitan huir de las tristezas de lo que pasa para refugiarse con la imaginación en lo que tal vez pasará algún día.

También solían en aquellos momentos interrogarse Barincq y su hija á sí mismos: el padre preguntándose si, como le decía su mujer, sería verdad que imponía á Anie fatigas peligrosas para su belleza si no para su salud; la hija, estudiando en el rostro de su padre y en el aspecto general del mismo el cambio radical que en su persona se había producido desde su instalación en Ourteau, cambio que se manifestaba tanto en su aire de vigor y de bienestar cuanto en la serenidad de su mirada. Con frecuencia las primeras palabras de Anie cuando se sentaba cerca de su padre eran un cumplimiento:



...en menos de cuatro segundos dió la vuelta á la plaza rompiendo las tablas á cornadas

– ¿Sabes que estás poniéndote muy joven?

– Como tú estás poniéndote muy hermosa. Pero ¿no es natural que suceda así? Cuando durante muchos años se ha vivido de una manera absurda que parece hábilmente combinada para devorar en muy poco tiempo la existencia, ¿no es lógico que al ajustarse á las leyes de la naturaleza, los organismos que no hayan sufrido averías demasiado graves descansen y recobren poco á poco la regularidad en sus funciones? He ahí por qué me alegra verte aceptar esos ejercicios un poco violentos y esas fatigas que han faltado en tu juventud; ten por seguro que la medicina habrá adelantado mucho el día en que recete baños de sol y prohiba en absoluto los cortinajes y las sombrillas.

– A mí estos ejercicios me divierten.

(Continuará)



LOS PROGRESOS DE LA PISCICULTURA

EL SÁBALO Y SU PROPAGACIÓN ARTIFICIAL

Durante los veinte últimos años la piscicultura ha adquirido en los Estados Unidos un desarrollo sin precedente en los anales de esta ciencia, análogo al de la agricultura americana en el mismo período: por su utilidad, por el alcance de sus aplicaciones prácticas, por la originalidad y variedad de sus nuevos métodos, la piscicultura americana ha llegado á ser, no sólo una ciencia y un arte, sino también una importante industria.

En 1871 un acuerdo del Congreso creó la comisión de las pesquerías de los Estados Unidos *(U. S. Fish and Fisheries Commision)*, encargada de abrir una información sobre la disminución del producto de las pesquerías y sobre las causas de esta disminución y al propio tiempo de emprender en las aguas de los Estados Unidos la propagación de las especies de peces útiles para la alimentación. Gracias al impulso de esta comisión, presidida primero por un sabio distinguido, Mr. Baird, de la *Smithsonian Institution*, y al presente por el coronel M. Mac-Donald, se ha conseguido el importante desarrollo de la piscicultura.

Hoy la comisión, dotada por el gobierno espléndidamente de los necesarios recursos, posee en distintos puntos de las costas numerosas estaciones de investigaciones biológicas, una escuadrilla de vapores empleados en las investigaciones zoológicas y utilizados como estaciones flotantes para la propagación de las especies marinas el bacalao, el arenque, etcétera. Al mismo tiempo, las principales especies fluviales, el salmón, las diferentes especies de truchas, el sábalo, el corégano americano, la carpa importada de Europa, están distribuídas en todos los ríos, lagos y estanques de los Estados Unidos por medio de vagones especiales provistos de cubos, depósitos, etc., para el transporte de los peces jóvenes. Uno de estos vagones empleado en la distribución de las crías de sábalo, salmón y carpa ha recorrido en un año 51.189 kilómetros, ó sea unas diez veces la distancia del Havre á Nueva York.

De todos los peces cuya propagación artificial han efectuado los americanos, los mejores resultados se han obtenido con el sábalo, pez que se ha escogido para repoblar los grandes ríos, no sólo por su valor alimenticio, sino que también por su fecundidad, pues una hembra puede llegar á producir hasta 100.000 huevos, lo cual permite cultivar los huevos por millones.

Pertenece el sábalo á la familia de los clupeidos, que comprende especies tan interesantes como el arenque, la sardina, etc., de los que difiere por su peso (que varía entre cuatro ó cinco kilogramos) y por sus costumbres, que le colocan en la categoría de los llamados *anadromos*, como el salmón, el esperinque, el sollo, etc.; es decir, que remonta del mar á las corrientes de agua dulce para desovar. Durante el mes de febrero ó de marzo, según las latitudes y también según las estaciones, el sábalo abandona el mar, en donde no se le pesca nunca, para entrar en los grandes ríos, que á veces remonta hasta muy largas distancias. El período del desove termina generalmente en el mes de junio y los reproductores que no han sido capturados se dejan arrastrar por la corriente para volver al mar. Las crías permanecen en las aguas dulces hasta el otoño y descienden al mar en octubre ó noviembre, época en que miden de ocho á diez centímetros de longitud.



Fig. 1. Estación central de piscicultura en Wáshington (Estados Unidos). – A la izquierda, trasvasación de las crías de sábalo en las cajas. – A la derecha, recepción de los huevos y trasvasación de los mismos en los aparatos de eclosión. – En el fondo, instalación de los aparatos del coronel M. Mac-Donald.

La pesca del sábalo adulto no se verifica, por consiguiente, más que durante cuatro meses al año, pero en este corto período ocupa á numerosos pescadores y proporciona un contingente precioso á la alimentación.

En otro tiempo abundaba prodigiosamente en todas las aguas que frecuentaba, pero ha ido escaseando cada día más á causa de una pesca excesiva y tanto más perjudicial cuanto que no se practica, como acabamos de ver, sino en la época de la reproducción. Por esto la propagación artificial, salvando de esta destrucción los huevos de los reproductores capturados y enviados al mercado, parece destinada á prestar los mejores servicios para evitar la destrucción comprobada en todas partes, en las pesquerías, y reconstituir la especie en su antigua abundancia.

Desde 1867, un sabio entusiasta, Mr. Seth-Green, acometió la empresa de aplicar á los sábalos los procedimientos de propagación artificial que hasta entonces sólo habían sido experimentados con la trucha y el salmón. Después de haber explorado la corriente del Connecticut para estudiar las condiciones del desove, observó que los huevos del sábalo necesitan aparatos de eclosión muy diferentes de los empleados para los huevos mucho más voluminosos de los salmónidos. Esta observación le llevó á construir cajas rectangulares de 65 centímetros de longitud por 45 de anchura y otros tantos de profundidad, cerradas en el fondo por una tela metálica muy fina, sumergidas en el río é inclinadas en el sentido de la corriente por medio de flotadores fijados lateralmente, disposición merced á la cual se agita el agua de las cajas impidiendo que los huevos se aglomeren y procurándoles un movimiento continuo favorable á la incubación. Esta se verifica rápidamente, produciéndose la eclosión á los cuatro días cuando se mantiene la temperatura del agua á 18 grados sobre cero: entonces queda terminada la operación y hay que poner en libertad á las crías, pues apenas nacidos los pececillos y á pesar de llevar aún su vejiga umbilical nadan con gran velocidad.

Los experimentos de Mr. Seth-Green habían producido ya excelentes resultados cuando la comisión federal de pesquerías, recientemente creada, decidió ampliarlas y proseguir en grande escala la propagación del sábalo. Hoy el sistema de operaciones en pleno río, empleado primitivamente por Mr. Seth-Green, ha sido reemplazado por dos grandes estaciones, una cerca de Havre-de-Grace (Mariland) y otra en Wáshington, en los edificios del antiguo arsenal. La recolección y fecundación de los huevos se efectúan por medio de barcos que se dirigen á los lugares de pesca. Los huevos fecundados, envueltos en muletón húmedo, son embalados en bastidores reunidos en series por medio de correas y luego expedidos en barco ó ferrocarril á los establecimientos en donde se obtienen la incubación y eclosión por medio de aparatos que permiten operar en laboratorio con una seguridad que no podían ofrecer las cajas flotantes expuestas á la intemperie y á las avenidas de los ríos. Estos aparatos inventados por el coronel Mac-Donald consisten en botes de cristal de fondo hemisférico de 20 centímetros de diámetro por 65 de alto, cada uno de los cuales puede contener 100.000 huevos (fig. 1). Cuando el agua sometida á presión entra en el bote por el tubo que va hasta el fondo de éste, determina en todos sentidos corrientes ascendentes que nacen en el centro del fondo hemisférico y continúan á lo largo de las paredes para descender de nuevo á lo largo del tubo central, produciéndose un movimiento análogo al de la ebullición. Los huevos, algo más densos que el agua, son arrastrados



Fig. 2. Estación de piscicultura de Saint-Pierre-les-Ellboeuf (Sena inferior). Vista de la sala de aparatos

por esas corrientes y todos se mueven subiendo lateralmente y volviendo á descender al fondo del aparato. Cuando se verifican las eclosiones, los peces jóvenes al agitarse son arrastrados por las corrientes al acuario colector, del que no pueden escapar porque sólo el agua puede pasar por las mallas de la boca del sifón.



Fig. 1. Micrómetro de M. Poynting

La estación central de Wáshington, una parte de la cual reproduce la fig. 1, posee una instalación que le permite operar en cada estación sobre más de 100 millones de huevos de sábalo.

Merced á estos trabajos los americanos han llegado á multiplicar el sábalo hasta lo infinito en los afluentes del Atlántico y á introducir en los del Pacífico esa especie antes desconocida en ellos. Algunas cifras oficiales darán idea de los resultados obtenidos. En 1885 la cantidad de sábalos pescados ha presentado un aumento de 25 por ciento sobre el producto de 1880; en 1886, de 34; en 188$\frac{1}{7}$, de 62, y en 1888, de 85.

Los mismos trabajos se verifican desde algún tiempo á esta parte en Francia. En 1887, M. Pedro Vincent, previo el asentimiento y el concurso del ministro de Agricultura, comenzó algunas investigaciones que le permitieron reconocer la parte del Sena marítimo, cerca de Ellboeuf, donde se encuentran desoves de sábalos y donde, por consiguiente, podrá instalarse útilmente un establecimiento, experimentando al propio tiempo la fecundación y la incubación artificiales. Actualmente funciona desde 1890 la estación de Saint-Pierre-les-Ellboeuf (fig. 2), que aunque más modesta que las americanas, podría con algunas reformas operar sobre 100 millones de huevos de sábalo.

***

UN MICRÓMETRO BARATO

Con ocasión de un trabajo sobre medición de la densidad de la tierra, M. Poynting ha construído un catetómetro cuyos micrómetros están al alcance de los más modestos laboratorios. Los anteojos de aquél llevan un retículo fijo cuyo punto de cruce ocupa su eje óptico: delante del objetivo hay una placa plana de cristal espeso montada sobre un eje horizontal y con un índice perpendicular á su plano. La fig. 1 representa el aparato en conjunto. Una rotación de la placa alrededor de un eje mueve un poco la imagen. Con este dispositivo se mide del modo siguiente: ajustado el anteojo de modo que el punto P que se mira esté cerca de su eje óptico AB (fig. 2), se lleva este punto al cruce de los hilos con una pequeña rotación de la placa de cristal y se da vuelta al catetómetro apuntándolo á una regla dividida en milímetros. Dos rotaciones inversas de la placa llevarán los dos trazos más vecinos al eje óptico del anteojo, consiguiéndose así tres posiciones de la placa correspondientes al trazo inferior, al punto de mira y al trazo superior: una simple regla de tres da la posición del punto que se quiere determinar. Si en un catetómetro se han montado dos anteojos, podrá medirse de este modo la distancia vertical de dos puntos, comparar dos intervalos de una regla, etc. El índice fijado en la placa lleva en su extremo una plaquita de cristal con un trazo cuya posición se lee en una división vertical. El ángulo que forma la placa con su posición normal lo da, pues, su tangente. Las desviaciones de la imagen se suponen proporcionales á la lectura. Aunque este procedimiento no es rigurosamente exacto los errores son insignificantes y se corrigen automáticamente por un conjunto de listones inventado por M. Poynting, listones que imprimen en el cristal y en el índice un movimiento hábilmente calculado. Esta corrección puede también efectuarse reemplazando el trazo recto del índice por un trazo curvilíneo debidamente calculado. Las medidas obtenidas por este procedimiento son diferenciales y en el caso de que la placa com-

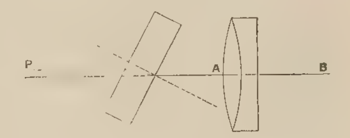


Fig. 2. Esquema explicativo

pensatriz no fuese de caras rigurosamente paralelas, no resultaría de este hecho ningún error apreciable para las observaciones. – C. E. G.

(De *La Nature*)



EL LEÓN DE LUCERNA, monumento erigido á la memoria de los suizos que murieron en las Tullerías defendiendo á Luis XVI, obra de Thorwaldsen

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 12 de junio de 1893 — Núm. 598



¡SI NO VENDRÁ!.., dibujo original de J. García Ramos



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Silvela en la Academia Española. – En el teatro francés un fragmento de Historia de España. – Errores históricos del autor Parody. Flaquezas literarias. - Tendencias del drama contemporáneo á ser novela. – Los felibres de Montpellier. – Observaciones acerca de los juegos florales. – El regionalismo. – Otra ópera de Wagner en la Academia Nacional de Música Francesa. – Conclusión.

Nadie con mayores títulos de ingreso en la Corporación encargada de velar por la conservación de nuestra lengua patria como el buen amigo mío D. Francisco Silvela, maestro con pluma y palabra en las artes del buen decir castellano. Porque yo al gremio haya pertenecido un tiempo, al gremio de los oradores, no tomará la malicia por vanidad ó ufanía de clase y profesión el atribuir á cuantos hablan en público de corrido, aunque sea de coro, con propiedad y corrección, el carácter, por derecho propio, de académicos en esta Compañía, donde la nación deposita el poder legislativo encargado de regular con autoridad universalmente reconocida en los dos mundos hispánicos nuestro hermosísimo idioma. Quien, como Silvela, con maestría soberana pronuncia un discurso de forma literaria é ilación lógica, ya en el Foro, ya en el Parlamento, ya en el Ateneo, posee un caudal de voces y una copia de frases á las cuales no puede poner pleito quien, dentro de su gabinete recluído, corrige con reflexión lo incorrecto y rehace con cuidado lo mal hecho, disponiendo á su guisa del gran cooperador á todo, del tiempo, quien apremia y embarga los oradores, abandonados á la electricidad de sus nervios y á los ahorros de su memoria y á los recursos de una espontaneidad milagrosa, los cuales marraríanle de no poseer con plenitud y en completo dominio el Verbo nacional. Como le dí para su cargo mi voto, huélgome diciendo como justificó ilesa mi predilección en su discurso, lleno de sal ática, un poco acerba y amarga en ocasiones por la índole de crítico que le distingue y el sabor volteriano de su ingenio, en el cual atávicamente hay vinculado algo de la Enciclopedia con mucho del último siglo. Contestóle mi amigo el Sr. Pidal, en quien se suman á las excelentes cualidades y aptitudes varias de orador verdadero, otras no menos eximias de verdadero escritor. La grande abundancia de su frase y la riqueza ó esplendor de su estilo no empecen, por lo que voy viendo, á la concentración del pensamiento en su rotunda prosa. Pero el discurso suyo, más bien que de recepción, fué un discurso de vejamen. Encerrándolos en flores muy fragantes, díjole al recién llegado conceptos un tanto discordes con el acto cumplido y con la ceremonia celebrada. Silvela pudo recitarle aquella célebre frase de Narciso Serra: «Te he traído de hombre bueno y me has salido hombre malo.» El jubileo literario, establecido ya por una costumbre tradicional en las recepciones académicas, deberá ser siempre jubiloso. No hay para qué decir sino aquello conducente á loa del admitido. Silvela recibió las flechas con la regocijada conformidad de un San Sebastián del Renacimiento, que se diría recibe confites en lugar de dardos. Bien es verdad que, para conformidades forzosas con las desapacibles censuras, no hay como los políticos. Pieles rojas llamamos á ciertos indios; pieles duras deben llamarnos á nosotros los estadistas. Como quien toma por mucho tiempo el arsénico en dósis acaba tragándoselo á libras, quien pasa por la crítica del enemigo á diario se queda interiormente tan invulnerable como Aquiles después de haberse bañado en la Estipa sin talón siquiera. Y puesto que á mi cofrade nada le incomodaron las frases de Pidal, no seamos nosotros más realistas que el rey ni más papistas que el Papa.

La lengua española nos lleva, como por un lógico y natural desarrollo, á la historia española. Uno de sus incidentes más trágicos ha pasado por la escena del teatro francés: los amores, los celos, las demencias de Doña Juana la Loca. Y al pasar ha suscitado cuestiones literarias, de cuyo examen y conocimiento práctico no podemos en manera ninguna librarnos. Parody, griego de nacimiento y abolengo creo, francés de naturalización, estudioso é instruído más que inspirado; magüer su falta de fantasía, fantaseó en desordenadísimo drama toda suerte de inverosímiles desvaríos al tratar de un personaje y de un período tan sabidos como la protagonista y la trama de su obra. Permitido en las figuras típicas de un período poético y fabuloso, cual Prometeo, la invención, fantaseándoles vida é historias á su arbitrio; pero no permitido así en los personajes, de suyo adscritos á una época del dominio de la Historia fija y clara. Por consecuencia no puede consentirse á un autor decir que haya el Rey Católico envenenado á su yerno D. Felipe el Hermoso; que haya Carlos V maltratado á su madre, de quien siempre se curó con filial piedad; que haya sido cautiva la reina del malquerer universal y no de su propia infelicidad, así como que haya pertenecido á la secta protestante y puéstose por razón de Estado en contra y en pugna con la ortodoxia connatural á su católica familia y á su exaltado pueblo. La causa del trastorno de sus sentidos muy despiertos y de la pérdida de su seso muy sólido estuvo en exaltaciones exacerbadas del amor connatural á su pecho, recrudecidas por celos, cuya intensidad llegó hasta producir en su espíritu y en su ánimo una rabiosa demencia. Si á esto se junta que mujer de suyo amantísima se casó con joven dado á todos los placeres, y especialmente á los placeres del amor, se comprenderá como no pudo contener dentro de los límites racionales su desgracia, la cual reventó en los nerviosos desórdenes y en las desatinadas acciones consiguientes á la verdadera locura. Lo robusto de aquel su cuerpo, resistente hasta provecta edad al incendio de una pasión exagerada, confirma la enfermedad atribuída por el sentido común histórico á la reina. Los mismos pedazos de razón, flotando en la tormenta de sus pasiones y en el naufragio de su alma, dicen cuán desatentada fuera la exaltación que apagó el brillante luminar de su idea y la sumergió en aquella tromba de afectos homicidas, á cuyo término cayó la infeliz en una especie de suicidio del alma, perpetrado á impulsos de la increíble intensidad de aquella tortura que le infligiera el choque con el desamor de su amorosa y exaltada naturaleza.

Doña Juana conservó toda la vida el culto más religioso á la memoria de su madre muerta; el amor más entrañable á su padre y el respeto más profundo; los sentimientos propios de la dignidad real en que naciera y se criara dentro de una corte por completo imbuída en la idea monárquica, triunfante, tras una guerra secular con alternativas contrarias, del viejo feudalismo. Así, en todo con su marido se conformaba, menos en lo tocante al poder y al derecho vinculados en ella por la herencia recibida de su gloriosa madre Isabel. De todo á veces dejaba disponer, merced á la parálisis en la voluntad y en la inteligencia, inertes al extremo de parecerse á un ser material privado hasta de la existencia vegetativa y petrificado y frío como una estatua funeraria; pero en cuanto le hablaban de algo atentatorio á su regia dignidad, erguíase contra las pretensiones del rey de Francia cuando exigía le firmara una declaración de feudo firmada ya por su esposo en la corte francesa; y lo mismo se deshacía del yugo forjado para su cerviz por don Fernando V y por don Felipe, tan amados, que del yugo de los comuneros dispuestos á convertirla en una enseña nacional de combate al extranjero y á sus devastadoras exacciones. La desgracia suya no tuvo ningún otro origen sino el amor exaltado á su esposo y mal correspondido por éste. Si Juana diera con un príncipe que de ella se hubiese prendado y sido capaz de quererla como ella quería, en su juicio quedara y quizás fuera por su voluntad y por su inteligencia uno de nuestros primeros monarcas. Pero cuando se parte de aquí á Flandes, á los dominios de su novio, y arriba, tras deshechas tempestades, impelida de amor mucho más exaltado que aquel sentido por la reina de Cartago hacia el fugitivo Eneas, amor éste concluído por un suicidio, encuéntrase la enamorada castellana con que su novio no tiene prisa de abrazarla y la deja sola muchos días bajo nieblas que debían parecer á quien llevaba en sus ojos el cielo y el sol de Castilla un paño funerario. Vense y hacen vida común; pero sin que nunca se pagase amor con amor, nunca. Juana, que necesita de la mirada del esposo como de la luz, que respira en su aliento, que no quiere la vida sin su compañía, que le adora más á medida que mayor tiempo á su lado pasa, paséase solitaria y abandonada por su palacio de Gante, sin oir más que los regocijadísimos ecos de festines continuos y de besos adúlteros, destinados á trucidar su tierno corazón, amante hasta la demencia, por causa y motivo de las mismas infidelidades que le recrudecían á una con creces incalculables, por sus contrariedades mismas y sus oposiciones, el amor nativo al ingrato esposo.

En la familia de los Reyes Católicos se amaban unos á otros en términos tales que los hijos veneraban como dioses á sus padres y los padres llamaban á sus hijos ángeles. Muerto el heredero de la corona, ó sea el infante don Juan, casado con una hermana de Felipe el Hermoso, quedaron dos derechos inmediatos á la corona, el de la reina de Portugal y el de la reina de los Países Bajos. Si la reina de Portugal y su hija hubieran vivido, vinieran al acervo común de la monarquía española este reino con sus maravillosas colonias en Asia y Africa y América; pero como las dos herederas inmediatas murieron, y recibió el principado de Asturias, tras la muerte del hermano y del sobrino de la hermana, la mujer de don Felipe el Hermoso, trajo ésta Flandes, Holanda, el Franco-Condado, los derechos á Borgoña, las competencias por Lombardía, el ducado de Austria con todos sus anejos y la eventualidad probable de alzarse, como nuera de un rey de romanos, con el imperio alemán para su esposo, y quizás para su hijo. ¡Tristes caprichos de la herencia! ¡Cuál otra fuera la suerte de nuestra patria si, en lugar de haberse por las herencias europeas múltiples disipado en Europa, se concentrara en nuestra península y exclusivamente se dirigiera con empeño á nuestra obra intercontinental en el viejo mundo asiático y en el nuevo mundo americano! Siempre dije que fuera una desgracia patria la muerte de los herederos del trono portugués y la exaltación de los herederos del trono flamenco. Pero la desgracia mayor fué para la pobre princesa casada por razón de Estado con Felipe el Hermoso. Por 1498 los Reyes Católicos debían sospechar ya la mala ventura de su hija y las desavenencias en su matrimonio, cuando expidieron un fraile llamado Matienzo, prior de Santa Cruz, para que se industriara de todo y los industriara en todo. Decía el fraile, al día siguiente de haber hablado con doña Juana, estas palabras de un indecible candor á los Reyes Católicos: «Está tan gentil, y tan fermosa y gorda, y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesen habrían consolación.» Pero no debió gustar la embajada mucho á don Felipe, cuando Matienzo decía en otras cartas, quejándose de morirse por hambre: «Acá no dan de comer á hombre de mundo,» y aseguraba de mil modos á don Felipe que «no tenía encargo de hacer inquisición alguna sobre su vida.» Pero poco debió adelantar cuando el césar Maximiliano se percataba de asistir al bautismo del primer nieto que don Felipe había engendrado en doña Juana; y se iba, con desatención á sus hijos, de Ceca en colodro, rompiendo lanzas y buscando aventuras por tierras de Cleves. Y así como tardaron Felipe y Maximiliano en recibir á la desposada doña Juana, y tardó este último en besar á su nieto Carlos V, aún tardaron más Felipe y Juana en recoger, viniendo á Castilla, el Principado de Asturias, recaído en sus personas por la muerte del heredero de Lusitania. Y en todas estas desventuras quien más padecía era el ánimo y el espíritu de doña Juana; perpleja de suyo á la continua entre los deberes estrictos de hija y los mal pagados amores á su esposo; lo cual llevábala en todas partes á mal llevar y le deshacía poco á poco el corazón, trastornándola el seso y perdiéndola para su regio ministerio y sus delicados oficios. Su esposo no hacía más que agravar las tristezas de aquel alma y malherirla, no sólo por la vida privada de ser desarreglado, llena de placeres y corrompida en toda clase de vicios; por sus ligerezas en las aceptaciones del Principado de Asturias, cuando murió el príncipe don Miguel, y de la corona misma castellana, cuando murió la reina Católica; por sus desvíos del rey Fernando, tan experto y consumado en política; por sus desacatos al Parlamento de Aragón, respetadísimo en el mundo; por la extranjera cohorte que le acompañaba doquier en los reinos españoles; por el arrimo dado á las inmumerables facciones feudales que todavía coleaban aún después de malherido el monstruo; por tantos errores y pecados como se deslizaban á un tiempo, así en el hogar como en el trono de doña Juana, rompiendo en mil pedazos aquel corazón, mayor que trono y hogar; un verdadero calvario, donde los celos por su amor y los recelos por sus vasallos de continuo la sacrificaban en una pasión tanto más triste, cuanto que nadie veía cerca su postrera consolación ó refugio, el seno de la muerte. ¿Creéis que no había bastantes causas á promover la rematada locura? Pues en el exceso de su amor le sobrevino á su esposo la muerte. Quien quería para el placer la vida, se murió; y quien de la vida sólo conocía la tristeza, quedóse infeliz en este bajo mundo. Y entonces echó de menos doña Juana la Loca, no solamente las escasas alegrías de su matrimonio, las penas también que le habían taladrado las sienes, y acabó de hundirse por completo en su desgracia. Continuó sintiendo el mismo amor y los mismos celos, en un desvarío, que la pusieron fuera de sí misma, en congruencia con sus penas, y la embargaron por medio de aquellos espantosos horrores, los cuales no pueden adivinarse ni medirse sino estando en ella y con ella, tan infeliz y cuitada.

Pues un asunto dramático en esencia se desnaturaliza con facilidad suma encerrándolo en drama convencional, destinado más bien á robustecer una tesis que á divertir y recrear un público. Parody no ha tomado, como debía, ejemplo y lección de nuestro gran Tamayo, poniendo los asesinos celos de la reina en las condiciones de tiempo y de lugar, inolvidables hasta en los dramas históricos menos atentos a las unidades aristotélicas y de mayor naturaleza romántica. Enfermo su espíritu de achaque tan frecuente y grave ahora como la manía de trabucar el teatro con la novela, desarrolla la vida de doña Juana en cuadros cuyo principio se inicia en la infancia de ésta y cuyo fin ó término en su muerte. No puede pedirse al teatro y su maquinaria la realidad viva, un follaje de bosque, un mar de agua, un relámpago de cielo, un mullido de prado; la verdad en sí misma. Pero debe pedírsele una grande aproximación á lo verdadero. ¿Quién le ha mandado á Parody alterar la Historia de manera como la dicha por nosotros arriba? ¿Podría tolerarse, por ejemplo, una tragedia en que César matase á Bruto, en vez de matar Bruto á César? Nada de huir la verdad en los requerimientos y rebuscas de lo verosímil. Amén de todo esto, entre acto y acto puede pasar la eternidad cuando representáis autos sacramentales y ponéis en las tablas idealizados arquetipos ó meras personificaciones ó puros símbolos. Puede rejuvenecerse un actor en verdadera comedia de magia. Pero en el drama corriente y usual ninguna de tales cosas debe pasar, pues los rigen leyes convencionales, ó costumbres y tradiciones, tan imperiosas y autorizadas como cualquier ley ó fuerza natural. En el drama de Parody se apunta la tesis de que nunca estuvo loca doña Juana, y para demostración de tal tesis absurda se la hace crecer, desarrollarse, madurar, envejecerse á la vista del público en tres horas. No quiero decir cuántos esfuerzos y artificios, cuántos disfraces y menjurjes, qué número de afeites increíbles y de curvaturas diversas hay que pedir á las actrices para que, sin alterar el personaje, se presenten como niñas en el primer acto, y jóvenes en el segundo, y jamonas en el tercero, y provectas en el cuarto, y machuchas en el quinto, y viejas casi ochentonas en el epílogo. Los cambios de la piel tersa con arrugas hondas pasen allá en buen hora, según auxilios de afeites y toques al revés. Pero aquello que más del alma está próximo, la voz, no puede alterarse de modo alguno á cada cual de los actos, como se altera con facilidad á cada cual de las edades. Entre un capítulo de novela y otro podéis poner cincuenta y más años; pero no podéis distribuir ese medio siglo en cinco actos. Y no hablemos de tesis tan falsa como la negación de una demencia tan averiguada cual la demencia de doña Juana y el carácter de filósofa y liberal á la moderna por el autor puesto en una mujer pagadísima de sus poderes y de sus timbres regios. El que unas veces olvidara el nombre ilustre de sus hijos alzados á los primeros tronos del mundo mientras ella vegetaba tras una celosía en su jaula de Tordesillas; el que otras veces repugnase las devociones aprendidas desde la niñez en el regazo materno y se resistiese á la comunión y á la misa; el que ora se creyera reina y ora cautiva; el que oyese á San Francisco de Borja en sus predicaciones y á los comuneros en sus proclamas, sin al cabo determinarse y decidirse por nadie, únicamente prueba una rematada locura, derogando la falsa tesis de la unánime conjuración urdida en cuatro generaciones para volverla loca. Mal drama, muy malo el drama de Parody en su fondo; pero, según los competentes, mucho peor todavía en la forma por encerrar lugares comunes en versos prosaicos. ¡Dios se lo haya perdonado!

Mucho tiempo gasté ahora en examinar un drama de argumento español y poco habrá de quedarme para las otras partes de mi revista. Invítanme los felibres del Mediodía en Francia con reclamos de admiración y amistad, jamás harto agradecidos, á participar de una fiesta latina en la ciudad de nuestro D. Jaime I, el grande, el inmortal, el reconquistador, el tipo más bello de las aragonesas historias, en la ciudad de Montpellier. Pero me perdonarán mis amigos que no acuda. El arte de la palabra me abrió en mi juventud todas las puertas y me las cierra todas en mi vejez. Después de haber contribuído con el Verbo, que Dios pusiera en mis labios, á empresas tales como la redención del esclavo y la libertad del pensamiento, ¡ah! todo en derredor mío, todo me impone silencio forzoso y me pide una consagración de mis últimos años á las contemplaciones y defensas mudas de esta obra, construída en honor del humano derecho. No yendo al Congreso legislativo, en que la patria siempre me tiene guardado un puesto, menos pienso ir á congresos literarios, ni políticos, de ninguna clase. Y desde que yo hablé con los felibres congregadas en París, recibí á mi amigo el eximio poeta Balaguer en la Academia Española, pasó bajo el puente agua sobradísima y se cambiaron de un modo radical antiguos afectos. Ha entrado en los juegos florales un demonio separatista, de quien yo me aparto haciendo cruces, pues mi condición de viejo español me veda contribuir á romper la unidad patria conseguida con tantos esfuerzos, y mi condición de liberal fomentar verdaderas reacciones, de todo en todo á mi conciencia opuestas. Los discursos en que nuestros felibres han maldecido, no ya la unión de Cataluña con España, la de Cataluña con Aragón; los apos-

tolados de un reaccionario empedernido que quiere volver la Galicia heroica y española del Puente de San Payo al tiempo de Don García; los acuerdos tomados en la Coruña contra el gobierno y el Congreso nacional por cosa tan baladí como el cambio de una capitanía general que debía importarle un bledo; el crecimiento de votos cantonales en las últimas elecciones de Valencia y Barcelona y Madrid, me ponen un espanto en el ánimo tan grande, que no quiero ceder á la tentación de lanzar ideas literarias sobre las ciudades que luego me obligarían á lanzar bombas como aquellas que despedí un día sobre la rebelde Cartagena. No iré, pues, á la fiesta de los felibres, que si resulta esencialmente latina, como yo espero de sus patriotas promovedores, tan ilustres y sabios como buenos ciudadanos, deben poner este lema en sus rótulos y en sus brindis: «A la memoria de las tres únicas verdaderas naciones que hay en el viejo continente, á la unidad de Francia y á la unidad de Italia y á la unidad de España.»

Madrid, 30 de Mayo de 1893

LA CIUDAD DE CHICAGO

Terminábamos el artículo anterior diciendo que casi toda la vida de Chicago está concentrada en un espacio limitado que constituye el centro de la ciudad. Tanto es así, que todos los Bancos se tocan; basta un cuarto de hora para recorrer las principales tiendas ó almacenes y para encontrar los comerciantes, agentes, industriales ó individuos que ejercen las profesiones de utilidad general. Casa hay en la calle del Estado que tiene más de cien gabinetes de médicos y otra en la que viven lo menos veinte dentistas.



Operarios regresando de las obras de la Exposición

Como es de presumir, en población tan eminentemente industrial y comercial los medios de locomoción abundan dentro de ella, figurando en primer término los tranvías ó *street cars*. Las Compañías que establecieron las primeras líneas han hecho tan buenos negocios que las acciones emitidas en 1858 á 500 pesetas se vendían en 1886 á 7.500. Un industrial compró las de las líneas del Norte y del Oeste, sustituyó la tracción animal por la funicular, emitió nuevas acciones á 450 pesetas y en 1888 valían ya las del Norte 1.400 y las del Oeste 1.100.

Otros negocios producen allí no menos excelentes resultados: los teléfonos han dado hasta 25 por 100 de dividendo activo, la luz Edisson 12 por 100, y las acciones de algunos Bancos duplican y hasta triplican su valor.



Japoneses construyendo su instalación

Pero donde mayores beneficios se alcanzan es en la prensa. El afán de estar al corriente de las noticias de todo el globo y el de anunciar es tan grande que los periódicos cuentan por muchos millares los suscriptores. Verdad es que en Chicago tienen una gran ventaja con los anuncios, pues no hay costumbre de fijar carteles en las esquinas y sitios públicos, y para todo anuncio, sea de la clase que fuere, hay que recurrir forzosamente al periódico. Sólo un ejemplo citaremos de las ganancias que la prensa obtiene: las acciones de la *Tribuna*, emitidas á 5.000 pesetas, valen hoy 125.000. En cambio se necesitan cinco millones de francos para la publicación, tal como la entienden los americanos, de un periódico como el citado ó como el *Herald*.

El genio práctico de los americanos, y sobre todo de americanos como los de Chicago, no podía menos de sacar partido de una Exposición que esta ciudad disputó á Nueva York, saliendo triunfante de su pretensión. Y este partido lo ha sacado aun antes de que se pusiera la primera piedra del primer edificio de la *Gran Feria del Mundo*, como allí se llama á esta Exposición. Apenas se tuvo noticia en Chicago de que el Congreso de Wáshington le había concedido la preferencia sobre su rival del Atlántico, todos los valores cotizables en Bolsa, tranvías, gas, cervecerías, fósforos, subieron 10, 15 ó 20 por 100. El valor de la propiedad urbana ha aumentado de un modo prodigioso, especialmente en los barrios inmediatos á la Exposición, y los propietarios, siempre cuidadosos de sus intereses, han subido los precios de alquiler un 20 ó 25 por 100.

No por esto debe creerse que todo es prosperidad y bienestar en Chicago. Hay, es cierto, algunos millonarios rápidamente enriquecidos; el número de familias acomodadas es considerable, merced á la laboriosidad y energía de sus jefes, que no se desalientan por algún revés de fortuna; los obreros están bien pagados, pues son muchos los que ganan de doce á quince pesetas diarias; las mujeres encuentran colocación en las oficinas telegráficas y telefónicas y también en las casas de comercio, donde se las emplea en copiar con máquinas de escribir la correspondencia que otros empleados taquigrafían previamente conforme van dictándoles sus principales, poco aficionados á manejar la pluma; mas á pesar de todo, también hay bastante miseria, fácil de explicar en una población á la que diariamente acuden tantos y tantos desheredados de la fortuna de todos los países de América, Europa y Asia en busca de medios de vivir que no encuentran fácilmente á causa de la misma competencia que unos á otros se hacen y de la abundancia de la oferta, superior á la demanda. Si ciertos sótanos húmedos y pestíferos, situados hasta en el centro de la ciudad, como en Mádison Street, pudieran narrar la historia de las privaciones de los infelices que en ellos se albergan de noche, se sabría que en Chicago, como en todas las grandes poblaciones, no todo es ventura y abundancia.

Al dar principio á las obras de la actual Exposición, la curiosidad de la población estaba excitada en gran manera, de suerte que todos los días se veía una masa de curiosos, cuya mayoría la formaba la gente desocupada á que acabamos de aludir, que no bajaría de 8.000 á 10.000, alrededor de Jackson Park. Al anochecer, hora en que se retiraban los trabajadores, originábase alguna confusión, pues como toda esta masa de gente quería regresar á la ciudad al mismo tiempo y la distancia es larga, tomábanse los coches de los tranvías por asalto, aglomerándose en ellos los pasajeros de un modo que hasta en el mismo Nueva York se consideraría cruel é intolerable. Dondequiera que quedaba un sitio para poner un pie allí se encaramaba una persona. Y es que allí el público no se guarda consideraciones cuando de utilizar los medios de comunicación se trata. En los tranvías huelga por innecesario el rótulo *Lleno*, y cualquiera encuentra sitio en ellos si sabe hacérselo aun con detrimento de los demás. Todos se quejan; todos reclaman la observancia de las ordenanzas municipales con la mira de que los otros las respeten, pero también con la intención de no querer individualmente someterse á ellas. De aquí que las molestias y cuestiones sean continuas y el que las compañías hagan su agosto.

Aunque los obreros ganan los crecidos jornales que hemos indicado, parece que en Chicago no se emplea en el trabajo manual la misma diligencia y afán que en los negocios comerciales y bursátiles, y una de las causas de que estén tan atrasadas las obras de la Exposición, aun después de su apertura, consiste en la resistencia que oponen los obreros á trabajar en horas extraordinarias. Con esta lentitud contrasta la laboriosidad de los de otros países, cuyas instalaciones están casi terminadas.

Los japoneses llamaron desde un principio la atención, no sólo por su metódico y constante modo de trabajar y por sus trajes especiales, sino también por el modo particular de construir sus andamiajes, en los que al contrario de los obreros americanos, que hacen abundante uso de clavos y tornillos, sólo emplean cuerdas, de suerte que pueden utilizar indefinidamente los tablones, que aquéllos estropean é inutilizan, teniendo que renovarlos continuamente.

Los egipcios, con sus holgados trajes, los alemanes, los españoles y los franceses, cuyo sostenido buen humor choca con la seriedad de los yankees, también han llamado la atención por su actividad y pericia.

Una de las cosas que ha tenido especialmente en cuenta la comisión directiva de la Exposición ha sido la limpieza y aseo del vastísimo local donde ésta se celebra, habiendo tomado al efecto medidas tan minuciosas que hasta ha prohibido terminantemente que dentro de ella se vendieran nueces, avellanas y otras frutas de cáscara dura sin estar previamente descascaradas, á fin de que los desperdicios no ensuciasen el suelo de las calles y paseos de la Exposición.



Alemanes desembalando los envíos

Otra de las medidas tomadas ha sido la de establecer de trecho en trecho recipientes para echar en ellos los papeles inútiles, llevando tan adelante su severidad en este punto, que esos mismos recipientes tienen unos avisos conminando con la multa de veinticinco dollars á los que tiren en otra parte papeles ó cualquier otro objeto. Los guardias columbianos, cuerpo de vigilancia perfectamente disciplinado por oficiales del ejército, están encargados de hacer cumplir estas disposiciones.



Un recipiente para echar papeles inútiles

No vaya, sin embargo, á creerse, en vista de tan exageradas medidas de policía, que tanto la ciudad como la Exposición brillan por su excesiva limpieza. La primera tiene mucho que envidiar por este concepto á su rival Nueva York y á otras capitales europeas, y la segunda, llena hoy por hoy de lodo y agua por todas partes, retrae por tal causa á los visitantes, que hasta ahora se presentan en número muchísimo menor de lo que esperaban sus organizadores.



Egipcios trabajando en el decorado de su instalación

M. A. S.

TEMOR PÓSTUMO

Cuando el secretario del ayuntamiento nos dió la noticia, la tertulia prorrumpió unánime en exclamaciones de sentimiento y de extrañeza. Formábamos aquella nocturna tertulia de verano en cierta casa de cierto nido de flores, vulgo pueblecillo de los montes de Málaga, una docena de personas entre indígenas y forasteras, cuya elegancia, limitada por un presupuesto íntimo, á la española, ó sea en déficit, no les



RECONOCIMIENTO DE UN VADO



¡ALTO!

permitía ir á gozar de los mosquitos de San Sebastián, ni extenderse hasta los fonduchos de Bayona, y las llevaba á pasar el estío en aquel ó en otro semejante oasis, donde además de no hacer el calor de *La Caleta,* había positivamente menos comercio, lo que era indudablemente otro alivio.

Tal era al menos la costumbre en los tiempos á que me refiero; y me refiero á los tiempos de hace veinticinco años, época en la cual me harán ustedes la justicia de creer que era yo sumamente joven. Y sin embargo, la recuerdo como si se tratase de ayer mañana, ó mucho mejor, puesto que es cosa sabida que la memòria tiene predilección por las cosas viejas. Parece la memoria una facultad, como si dijéramos, rumiante, que gusta de saborear y resucitar á lo mejor su alimentación antigua, para adornarse por este medio de un carácter providencial y benéfico, que salta á la vista. No habiendo, en efecto, más arbitrio que recordar las cosas de la vida mientras se está en ella, y estando en ella en tan triste minoría las cosas buenas, bueno es hacerlo con las posibles atenuaciones. Á diez años de distancia, ¡cuántas barrabasadas, cuántas necedades propias ó ajenas, cometidas ó sufridas, no le parecen á usted explicables, naturales y hasta graciosas! Es probado.

Decía, pues, que toda la tertulia, sin distinción de sexos ni edades, se conmovió visiblemente cuando el secretario entró y dijo: «Señores, tengo que dar á ustedes la triste noticia de haber muerto en París nuestro buen amigo D. Frutos Palomares.» Y he dicho más; he dicho que las exclamaciones no sólo fueron de sentimiento, sino también de extrañeza, y ahora añado que de asombro, de ese asombro que acompaña á lo inverosímil, á lo increíble, como la sombra al cuerpo cuando hay luz que la proyecte. Leía el capitán de la Guardia civil la entonces infantil y sin casa propia *Correspondencia de España,* y la soltó diciendo: «¡Es posible!» Leía D. Severiano, liberal doceañista, ex teniente de la Milicia, *La Nación,* del malogrado Rua Figueroa, y la dejó, y se quitó las gafas y exclamó también: «¡Es posible!» Y doña Rosa, rica jamona propietaria, todavía fresca, que sostenía animado coloquio, *sotto voce,* con el comisionado de apremio, que era un guapo mozo de anchas patillas; y la señora del boticario, que, según confesión propia, se pasaba siempre sus embarazos, que habían sido doce, haciendo media, y en aquel momento hacía media también; y la hija mayor del médico, que era una lindísima tañedora de guitarra, morena y esbelta, con una naricita divinamente respingada y un precioso hoyuelo en la barba, donde yo tenía sepultada toda mi atención; y un corpulento matrimonio del alto tráfico del Perchel; y su hijo vestido á la inglesa, que á pesar de no tener más que veintitrés años, había ya estado en Londres; y otro fornido caballerito de la villa, que por el solo hecho de prepararse á heredar las viñas del rico hacendado su padre, hacía una competencia terrible á todos los donceles del lugar en el ánimo, instintiva y precozmente reflexivo, de la susodicha hija del médico; y en fin, hasta el señor alcalde, alcalde de real orden, corazón franco, inteligencia virgen, Hércules sencillo, autoridad inconsciente; todos, en una palabra, exclamaron, ó mejor dicho, exclamamos, al choque de aquella noticia de sensación, como habían exclamado el militar y el progresista: «¡Es posible!»

Y entonces el secretario, que además de ser una inteligencia que no cabía en aquellas lomas, y además de ser por el derecho inmanente de su gramática parda el amo perpetuo de la localidad y el director inamovible de todos sus municipios, era también casi un literato y un pensador y un orador: entonces, repito, el secretario respondió al grito idéntico de nuestros corazones diciendo:

– ¡Ah, sí, señores, es posible, ha sido posible! Aquí en mi bolsillo tengo el parte, que llamaré oficial, del fallecimiento del inolvidable bienhechor mío y de este pueblo, que debe llorarle mientras conste (el pueblo) en el mapa de la península. ¡Ah, sí, señores, es cierto: ayer hizo doce días que don Frutos falleció en su casa de la capital de Francia! Ya lo veis: también los colosos caen y se desmoronan; también los astros de la humana bondad se apagan; no hay grandeza, no hay fortaleza, no hay resistencia, no hay mérito, no hay excepción para esa implacable y *pálida mors* encargada por Dios de hacer volver á la nada cuanto de ella deja salir un momento. Comprendo, sin embargo, señores, vuestro triste asombro, que comparto. ¡Quién nos lo había de decir! Aquella juventud inalterable, que á pesar de sus cincuenta y ocho años se mantenía en el albor de una canicie tímida; aquella admirable, simpática, contagiosa alegría de carácter, de aspecto, de conversación; aquel pozo sin fondo de generosidad; aquel peregrino don de gentes; aquella especie de modesto Carlos III de esta población, que le debe su hospital, su escuela, sus puentes, su alumbrado y hasta las piedras de sus calles; todo aquello que parecía desafiar victoriosamente al tiempo, á la decadencia, á la ley terrible de la destrucción, todo aquello es ya polvo vano. Aquel corazón fuerte y puro, que latió sin descanso para el bien, ya no late; aquel alma que inflamó siempre el más hermoso y difícil de los amores, la caridad, el humanitarismo, ya no está en el planeta. Aquel hombre perfecto, en fin, acreedor de cuantos le conocieron, porque conocerle y deberle, cada uno en su esfera, atenciones irremediables y favores positivos eran una misma cosa, ya está (permitidme el símil propio de mi empleo) rindiendo ante el sumo gobernador de los orbes las cuentas más limpias y más honrosas que pueden presentarse á la fiscalización del Eterno. ¡Cómo, pues, no he de comprender y de compartir yo vuestro tristísimo asombro!

Al llegar á este punto de su oración fúnebre hizo el secretario un alto y tomó aliento, buscando con su mano derecha en su bolsillo algo que la reunión creyó un instante sería el pañuelo que había de enjugar las lágrimas inmediatamente próximas de sus ojos; y en su virtud las señoras buscaron también sus lienzos, y los hombres nos preparamos á recibir con el semblante más compungido posible la inundación. Mas la sospecha había sido inútil: el secretario se limitó á sacar en sus dedos un cigarrillo, que encendió en el velón de cuatro mecheros que ardía sobre la mesa central, que circunscribíamos, y continuó del modo siguiente:

– Pero, señores, sucede con el asombro lo que sucede con la infelicidad individual, que por grande que sea, siempre tiene otra mayor con quien consolarse y compararse, si lo hace de buena fe; sucede con ciertas estupefacciones de la vida lo que con las cerezas enredadoras, que no se sabe, tirando de una, cuántas vendrán detrás, ni cuál será la última. Este asombro vuestro, señores, grande, legítimo, tendrá quizás la pretensión de ser insuperable. Pues no lo creáis: todavía os queda por saber algo que ha de asombraros bastante más. Parece mentira ¿eh? Después de conocer esa inesperada, esa prematura, esa desgarradora desgracia, ¿qué circunstancia puede haber en ella, ni qué agravación, ni qué sorpresa más triste que su fondo mismo? Oidme, empero, amigos míos: todos vosotros sabéis que D. Frutos era rico, riquísimo, millonario de nacimiento, que es como hay que serlo para no perder el tiempo en llegarlo á ser. Todos vosotros sabéis su propósito, nunca ocultado, de legar su fortuna á este pueblo de su naturaleza, al sostén y persecución de las mejoras y buenas obras que este verjel risueño, amor de su corazón, le debe, y donde no tenía ya pariente alguno con derecho á heredarle abintestato. Pues bien: ¿á quién diréis que D. Frutos deja, siquiera sea usufructuariamente, sus millones? ¿Por quién diréis que esta villa tiene que esperar aún, Dios sabe cuánto, el día en que la fortuna de su protector le permita erigirle un digno monumento? ¡Ah, señores! Una sola sombra, ya que no me atreva á decir mancha, tenía la vida de nuestro gran conciudadano, y esta sola sombra era la de un matrimonio infausto. Hace diez años, viviendo D. Frutos en Madrid, recibimos aquí un día los partes litografiados de su casamiento. Yo mismo escribí la felicitación – respuesta del pueblo en masa; – yo mismo compré en Málaga, con el producto de la suscripción local, el tintero de plata, coronado por una Minerva con casco y todo y adornado con una inscripción de gratitud pública que le ofrecimos. Pocos meses después, sin embargo, llegó aquí un rumor alarmante, el rumor de que D. Frutos y su esposa no se llevaban bien; y este rumor fué creciendo de día en día, de correo en correo, de noticia en noticia, de viajero en viajero, hasta el punto de que poco después del primer aniversario de aquel enlace, ya no era posible dudarlo: el perro y el gato, el agua y el aceite, el talento y el dinero, el día y la noche, no son más antagónicos, inconfundibles, incompatibles y distintos que eran los modos de ser de D. Frutos y su esposa. Los detalles fueron sucesiva, triste y verídicamente llegando; los pormenores fueron demostrándonos rápida y progresivamente la realidad amarga; todas las guerras civiles pasadas y futuras de la historia patria podían ser tenidas por verdaderos granos de anís en comparación de la guerra del hogar Palomares; todos los Dantes Alighieri imaginables serían de una absoluta impotencia descriptiva para pintar con sus vivos y propios colores el infierno constituído imprevisoramente por la unión sacramental de D. Frutos y, como dice la filosofía popular, su parte contraria. Hasta que al fin otro día se supo, su-

PASO DE UN RÍO, cuadros de José Cusachs (Exposición Parés)



¡ADIÓS!, cuadro de Ernesto W. Appleby

pimos, supieron todos también que el matrimonio se había separado por mutuo consentimiento y en evitación de mayores y menos incruentos males, y que D. Frutos, después de haber señalado á la autora de su infelicidad una pensión regia, se había ido á vivir á las orillas hospitalarias y confortables del Sena. Pues bien, señoras y caballeros: la fortuna, la renta íntegra al menos de los millones de D. Frutos pasa inmediatamente á esa Eva, á esa Elena, á esa Cleopatra, á esa Cava, á esa señora fatal que lleva su nombre y que disfruta de su pensión espléndida. ¿Quieren ustedes, antes de entregarse de lleno al colmo del asombro, que reservadamente les lea las dos cartas, auténticas, fehacientes, incontestables, que me han traído la compleja, tristísima noticia?

La tertulia contestó como un solo hombre al secretario con un «lea usted,» que fué un poema. Y el secretario tiró la punta de su cigarrillo, que ya tostaba los extremos de su índice y pulgar derechos; sacó dos cartas del bolsillo interior izquierdo de su americana, desdobló una de ellas y dijo:

– Esta carta es del viejo y fiel y honrado Julián, el criado inseparable, factótum, cajero, enfermero y amigo de D. Frutos, y dice así:

«Sr. D. Nicolás Gálvez (servidor de ustedes). – Muy señor mío y de mi respeto: Con el mayor dolor participo á usted el óbito de mi inolvidable amo don Frutos Palomares, á quien se dió ayer cristiana sepultura en el cementerio del Padre Lachaise, de esta capital, en razón á que su fallecimiento ocurrió en el día de anteayer á las seis de la mañana. Hace cosa de veinte días que, habiendo mi señor amanecido con los pies hinchados, hizo venir al médico, consultó con él largo rato, y cuando éste salió me llamó y me dijo: «Buen Julián, perdóname la mala noticia, pero has de saber que me voy á morir muy pronto.» Yo quise sonreir como quien recibe una broma, pero no pude. Y el señor continuó: «Mi testamento obra hace años en poder del notario M. Tal (es un apellido que no sé escribir), y en él dejo asegurada la tranquilidad de tu vejez. Déjame tú ahora solo, que voy á leer los periódicos.» Y yo le besé la mano y salí. El no volvió á hacerlo de su cuarto, porque no podía andar. Por último, la noche anterior á su muerte escribió en el mismo lecho la adjunta carta para usted, que, cumpliendo su voluntad, le remito; y á las cinco y media de la madrugada me mandó abrir el balcón del dormitorio, que cae á un jardín, porque decía que se ahogaba; y cuando entró la claridad hasta él y vió la copa de los árboles y oyó piar á los gorriones, nos dijo al señor sacerdote, que rezaba junto á su cabecera, y á mí, que estaba á los pies de la cama: «¡Qué hermoso día!» Y quiso señalarnos el balcón; pero no pudo mover ya su brazo porque le empezaba la agonía. Una media hora después entregó su alma al Todopoderoso, cuya infinita bondad le habrá acogido en su seno. – Quedo de usted, señor D. Nicolás, afectísimo servidor, Q. S. M. B.

»*Julián Suárez.*»

– Y aquí está, en fin, siguió el secretario, la carta de nuestro malogrado amigo, que dice:

«Querido Nicolás: Puesto que según me has dicho más de una vez, mi amistad ha logrado hacer de ti un hombre, vamos á ver cómo un hombre recibe, como quien dice, un cañonazo de disgusto. Voy á fallecer, caro secretario, y á escape. La hinchazón de mis extremidades me lo indicó hace días, y el médico me lo acaba de confesar con entera franqueza, á mi ruego. Muero como mi padre y de alguna más edad, por cierto, que él, que no llegó á los cincuenta. Cuando yo vi pasar el medio siglo sin el síntoma alarmante de familia, llegué á figurarme que la raza había en mí cambiado de método y de giro, y creí que la sana influencia de mi buena madre me había salvado de lo que tú, de fijo, llamarás un fin prematuro. ¡Ilusión absurda, como todas las ilusiones! Una de estas mañanas me convencí de que mis pies se negaban á sostenerme, y comprendí que se acercaba la hora de mi último paseo. Hazme el favor de no sentirlo sino hasta cierto punto, porque si te he de decir la verdad, yo no lo siento gran cosa. En primer lugar, ¿cómo sentir lo que no se ha de sentir? Respecto á horrores instintivos, mi naturaleza ha tenido siempre el defecto, si lo es, de no sentir más que uno: el santo horror á los bribones de todo género. ¡Figúrate, en su virtud, si es cosa para desesperarse el ir á dejar de ser hombre! Además, si no he sido como aquel gran rey que se acostaba triste el día que no había podido realizar una buena acción, he practicado, sin embargo, en la vida, sistemáticamente, dos cosas que bastan para determinar á uno para morir con la posible tranquilidad, á saber: primera, no he dejado de hacer todo el bien que ha estado á mi alcance á todo el que y á todo lo que me ha deparado ocasión de hacerlo; y segunda, he procurado simultáneamente divertirme y gozar en toda la extensión de mis facultades. ¿Qué puede, pues, importarme el volver diez años antes ó después al seno de la cómoda eternidad en que estaba, desde *in principio*, y en que, salvo el breve accidente de una existencia baladí, volveré á estar *per sæcula sæculorum*? Conque, amigo mío, vamos á lo que importa verdaderamente. Ya sabes como he amado y preferido siempre ese bello rincón de la tierra en que tú y yo y nuestros respectivos ascendientes hemos nacido. Mi único pesar verdadero es no contemplarlo al expirar. Pero el hacerme conducir á él adelantaría unos cuantos días mi última respiración, según el doctor, y parece que sería una lástima. ¡Paciencia! Mi único consuelo es la idea de que haréis transportar oportunamente á él mis restos, y que algún día formará mi polvo parte del suyo, de sus árboles, de sus flores, de sus amenidades físicas, puesto que ya conoces como yo, ¡oh secretario!, la superioridad de la eterna materia sobre esta otra naturaleza espiritual que nos hace tan infelices y pretenciosos. Hablo de la superioridad plástica y terrestre, se entiende, porque el espíritu es una cosa prestada, que vuelve á su dueño y á su destino definitivo: ave de paso. Pues bien; mira qué contrasentido: precisamente porque creo en el espíritu y su alta destinación, es por lo que he dispuesto que mis bienes no vayan inmediatamente al poder de ese común, sino que los herede y disfrute, en usufructo y hasta su fallecimiento, ¿no adivinas quién? No, de seguro que no lo adivinarás, porque á mí mismo me cuesta trabajo decirlo ó escribirlo; pero, en fin, sábelo: mis rentas van ahora á mi mujer. ¿Te habías olvidado de que yo tenía una mujer propia? ¡Habías hecho bien en no acordarte, y feliz tú que podías hacerlo! Pues sí; á ella va mi renta; á ella, á la única criatura que he encontrado insoportable en la tierra; al peor de los caracteres, á la peor de las naturalezas morales con que he tropezado. ¡Y qué tropezón, amigo Nicolás, más estupendo! ¿Te acuerdas? Yo vivía feliz, ó poco menos, cuando se me ocurrió casarme y procurar tener, como mi padre y mi abuelo, heredero directo y legítimo. Es la única vez que la rutina me ha subyugado. Y luego, te lo diré en confianza, mi señora aparentaba ser de soltera todo lo contrario de lo que era en el fondo; y además era delgada y se calzaba muy bien, que son dos condiciones que ha debido tener en primer término toda mujer que se ha propuesto gustarme. Y ella se lo propuso y lo consiguió, y caí, con toda mi malicia y mi experiencia toda, en manos de aquel Sixto V con miriñaque, que tiró la muleta apenas se vió dueña de mi casa, y se dedicó con un ensañamiento que todavía no he comprendido á hacerme desgraciado, hasta obligarme á optar entre el suicidio y París. Pues oye, Nicolás: yo creo, como he dicho, en el cielo, en la gloria, en la justicia divina, en la otra vida, y al mismo tiempo creo que la memoria, esa facultad principalísima del alma, debe fatalmente acompañarnos en ella, y á la vez que todo eso, creo en lo infinito de la misericordia de Dios. Y como quiera que desde que me separé de mi mujer he tenido á sueldo un dependiente encargado de enterarse y de avisarme si ella pensaba un día cualquiera en venir á París, para irme yo ese mismo día á la China; es decir, como quiera que el único miedo que he sentido en mi peregrinación por el valle de lágrimas ha sido, desde que no veo á mi esposa, el de volver á verla, y como quiera que Dios puede perdonarla, y á mí también, y reunirnos á entrambos en su presencia, y permitir que en ella nos reconozcamos; y como sé que ni la misma solemnidad del sitio y del suceso me ha de impedir el disgusto de volverla á ver, por esto y sólo por esto la dejo el producto vitalicio de cuanto poseo, con la única condición de hacerse ver y cuidar diariamente por los tres médicos más afamados de Madrid, á quienes señalo sendas pingues igualas, y cuyo régimen higiénico obligo á mi cónyuge á seguir. ¿Comprendes ahora, buen Nicolás? Yo no puedo evitar el encontrarme al fin en otra vida (no me atrevo á llamarla mejor por esta circunstancia) con la pantera moral que lleva mi apellido añadido al suyo. Pero puedo retrasarlo algún tiempo, algunos años, que siempre serán pocos aunque sean muchos; y á esto tiendo al disponer que la ciencia humana me ayude en lo posible á conservar su salud y á prolongar su tardanza. Ya eres, pues, sabedor, con esta confesión, de mi secreto. No lo divulgues sino en cuanto sea preciso para justificarme con nuestros paisanos; acuérdate de mí siempre que puedas; procura que mi sepultura, cuando esté en esa, esté en buen sitio, y adiós para siempre. Tu amigo de verdad,

»*Frutos Palomares.*»

El lector me agradecerá, sin duda, que le haga gracia de los comentarios exhalados por el asombro máximo de la tertulia al oir la carta de D. Frutos, cuya copia saqué en el acto. Basta decir que todos los circunstantes varones declararon fundado y legítimo el temor póstumo de Palomares. Las señoras se contentaron con bajar los ojos y callar, que era cuanto podía pedirse.

S. LÓPEZ GUIJARRO

EL POZO DE LA VERDAD

CUENTO

Para los aficionados al *color local* de los países donde se desarrollan las escenas interesantes de dramas, cuentos y novelas; para los *amateurs* de la geografía y topografía de los lugares donde se enreda y desenreda la acción, este cuento debe parecerles insulso y hasta desagradable. La acción pasa en cualquier pueblo de cualquier país; y lo que es más vago y más anómalo, en cualquier época, en cualquier estación del año y en un día cualquiera de la semana.

Esto puede tener el inconveniente de no interesar desde el principio á los que sólo adoran la primavera, á los que no encuentran agradable más que el país donde nacieron y á los que fuera de la Edad media no ven siglo á su gusto; pero como yo aseguro á esos lectores exclusivistas que cuanto voy á contarles puede muy bien haber sucedido en el siglo XI, en el mes de abril y en su propio pueblo, queda destruído aquel inconveniente. Y en cambio voy á evitar á los tolerantes y á los indiferentes la minuciosidad de las descripciones de tiempos y lugares.

Erase que se era, y va de cuento, una muchacha de 17 años, bella como todas las heroínas de dramas, cuentos y novelas; pura y candorosa como el candor y la pureza mismos, y de claro ingenio, de esbelta figura, de corazón apasionado, de sentimientos nobles y generosos. En el cuerpo una Venus, en el alma una santa, en el conjunto una diosa. Y tal maravilla vivía en la aldea de... donde usted quiera, país... el que ustedes gusten y época... la que más les agrade.

No hubiera sido una joven completa si hubiese carecido de novio. Pero no tengan ustedes cuidado; era completísima y tenía por lo tanto un novio, que á ella le parecía el mejor mozo del pueblo y el más gallardo y el más valiente y el más honrado. Debemos ser justos: no la cegaba el amor como á tantas otras; el chico merecía ser amado de todas veras, porque así como ella era digna de elogios y alabanzas, él no la iba en zaga en cara, cualidades y conducta. Tal para cual, pareja escogidísima, honra de su pueblo y prueba de que cuando la naturaleza quiere hacer bien las cosas las hace á la perfección.

Claro es que siendo ambos dignos de una suerte dichosa, amándose entrañablemente, y poseyendo hermosura, virtud, sensatez, lealtad y amor, no podían ser felices en este pícaro mundo. Eso se queda para los feos, para los pillos y para los tontos: en el planeta terrestre no las gastamos de otro modo, y el que no se conforme que se vaya á otra parte.

Blas no tenía sobre qué caerse muerto; jornalero del campo, ó según el lenguaje ilusorio de los pueblos, *labrador*, ¡qué más quisiera él!, podía contar con seis reales diarios, cuando trabajaba. Anita era hija de un usurero... de semillas, de esos ricos, ¡qué más quisieran también ellos!, que prestan en el invierno granos para la siembra y recogen en el verano el préstamo con un 25 por 100 de ganancia: no en dinero, sino en cebada, en avena, en algarroba y pocas veces en trigo. Boda terriblemente desigual, puesto que podían aspirar á la mano de Anita el secretario del ayuntamiento, el registrador de la propiedad y el administrador subalterno de Hacienda.

Blas se atrevió á declarar su amor á Anita al mismo padre de ésta, el tío Vencejo, y fué desahuciado con grosería y amenazas de garrotazos. Ella lloró á lágrima viva y se retiró á la bodega á poner el grito en el cielo... de la misma, él quiso coger el cielo con las manos y se encaminó á las afueras del pueblo á quejarse de su suerte. Los alrededores eran como el pueblo, tristes, secos, sin árboles, sin huertas, sin agua, de ésta había una fuente única adosada á la tapia de un convento derruído, y un pozo seco con una gran piedra encima sobre la que se sentó desesperado el pobre Blas. ¡Y menuda fama que tenía el pozo! Nadie le había visto jamás con agua, ni destapado, ni sirviendo para nada. Decían los más ancianos que en su niñez les habían contado sus respectivos abuelos que aquel pozo era muy hondo, tanto que algunos atrevidos quisieron sondarle y no le encontraron el fondo; que arrojaban á él piedras y cascotes y nunca se escuchaba el término de su caída,

y que para evitar desgracias, porque el tal pozo no tenía brocal, decidió un alcalde, allá en el año de la Nanita, taparle con una piedra grande y dejarle así por los siglos de los siglos.

Y los siglos habían pasado, y el tiempo corre que corre, y el pozo quieto que quieto. Blas lloró á voces, se tiró de los pelos, y por último tuvo una idea diabólica y sublime. Acabar con la vida que no podía compartir con su adorada Anita, tirarse al pozo y reventarse en paz y en gracia del diablo, que debía ser quien le había inspirado semejante desatino.

Y dicho y hecho: como era forzudo como un Hércules, arremetió con el peñón que tapaba el pozo, y con unos cuantos esfuerzos titánicos consiguió moverle de su sitio lo bastante para dejar al descubierto la cuarta parte de su circunferencia. ¡Horror de los horrores! ¡Qué boca tan negra! ¡Qué aire tan húmedo y nauseabundo se escapó por la abertura!

¡A la una..., á las dos..., á las tres!.. Y Blas se tendió en el suelo, metió la cabeza por el hoyo y levantó los pies para tirarse de cabeza...

No había acabado de decir «¡Hasta verte, Jesús mío!,» cuando una cosa, que no sabía él decir lo que era, le dió un empujón en la testa y le hizo caer á la larga sobre el terreno. Una sombra..., una figura..., una visión salió del pozo y dejó patitieso de asombro y de terror al pobre mozo.

¡Pero qué sombra! ¡Si era una mujer, y de rechupete! ¡Valiente moza! Destrenzado el cabello rubio, que le caía hasta las corvas, sin ropa de ninguna clase y con un espejito de oro y acero en su mano derecha. ¡Y qué caderas, y qué brazos, y qué cara, y qué luz por todo su cuerpo!

– ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿De dónde sale usted en cueros vivos?

Esto dijo Blas... y punto redondo. Jamás había él visto cosa más rica, ni más seductora, ni más sorpendente.

– Si eres tú el que ha roto mi encierro, bendito seas, buen mozo. Hace la mar de siglos que los pícaros hombres, enojados conmigo, porque no los dejaba mentir, ni calumniar, ni adular, ni engañar, ni fingir, ni estafar, ni falsificar, ni seducir, ni robar, ni perjudicar á nadie, ni desear la mujer del prójimo, me cogieron entre todos, me tiraron á este pozo, y arrojando sobre mí todas las piedras que encontraron á mano, tapando la boca con esa peña grande, me dejaron por muerta. Me figuro lo que habrá sido el mundo desde mi desaparición de él, y lo horrible que será vivir en la tierra. Pero como, gracias á ti, vuelvo á la luz del día, otra vez seré la reina de la creación y tú mi ministro.



¡ABANDONADA!, cuadro de G. Tyrahn

– ¿Que me quiere usted hacer alguacil? ¿Pues y Eugenio, que es sobrino del alcalde y ejerce ese cargo hace cinco años? ¿Qué piensa usted hacer de él?

– Lo que quiero ante todo es que me digas quién eres, qué ibas á hacer y qué gentes viven ahora en este sitio?

Satisfizo Blas lo mejor que pudo la curiosidad de la Verdad, que así dijo llamarse la aparición, y oyó de ésta que desde aquel momento le tomaba bajo su protección; que Anita sería suya *per sæcula sæculorum*, y que ambos, ricos y felices, rendirían culto á la Verdad hasta el fin de sus días. A los ruegos que Blas hizo á la señora desnuda para que se tapara, por la pública decencia, puesto que hoy nadie andaba públicamente en paños tan menores, accedió ella, moviendo el espejo, y encontróse vestida con un traje caprichoso, que no sólo no ocultaba sus encantos, sino que parecía aumentarlos. Las botitas no tenían tacones, ni el vestido ballenas ni polisón, ni las mangas hombreras, ni los puños botones. Tapada estaba, bien tapada, y sin embargo, sin saber cómo, ni uno solo de sus primores esculturales dejaban de verse y de admirarse. ¡Gran mujer, gran mujer! Aquellos juegos de magia tenían absorto y aterrado á Blas; pero bastaba la promesa de aquel fantasma de que Anita sería su mujer para que él lo aceptara todo, aunque corriera el riesgo de irse de patas al infierno por andarse en brujerías.

Mientras, se presentaba en el pueblo un gran señor dentro de una carretela algo desvencijada, pero tirada por dos pencos blancos, llenos de cascabeles y cintajos, metiendo mucho ruido y dando muchos gritos. Era el célebre doctor Dulcamara, que traía en su coche todos los específicos conocidos y por conocer para curar cuantas enfermedades afligen á la humanidad, desde el más sencillo dolor de muelas hasta la difteria más fulminante. Píldoras, frasquetes, hierbas, minerales, instrumentos quirúrgicos,



LOS DEFENSORES DE ZARAGOZA (1809), cuadro de Mauricio Orange (Salón de los Campos Elíseos, París, 1893)



LA FIESTA EN CASA DE LOS ABUELOS, cuadro de Hugo Salmson (Exposición del Campo de Marte, París)



LA CALLE DE ALCALÁ DESPUÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS, cuadro de Francisco Maura (Exposición general de Bellas Artes de 1892)

apósitos y vendajes, de todo tenía aquel buen hombre en su coche. ¡Y charlar, y hablar diferentes idiomas, todos incomprensibles para aquellas buenas gentes, caso de que lo fueran. ¡Pues y manejar dinero! En diferentes sacos decía él, moviéndolos y sonando las monedas ó cosa parecida que contenían, que había diez y veinte y treinta mil duros, y todo cuanto se le antojara, pues entre todas sus habilidades descollaba la de haber encontrado la piedra filosofal y saber fabricar oro á su antojo y su capricho.

El tío Vencejo era el más admirado de todos los convecinos al escuchar al gran Dulcamara; y cuando éste vió á Anita, y se la quedó mirando embebecido, y se chupó los dedos de gusto sólo con la idea de poseer tan hechicera muchacha, se bajó del coche, eligió la casa del tío Vencejo por posada, ofreciendo por su hospedaje el oro y el moro, y allá se fué detrás de la chica, con coche, caballos, drogas y dinero.

Y no se anduvo en chiquitas, ni siquiera en grandes, sino que á los tres días, después de perseguir inútilmente á Anita por pasadizos y rincones, con no muy santas intenciones, aunque con muy buen fin para sus pícaros principios, le espetó al padre la petición oficial, después de haberse enterado de que el tío Vencejo no se dejaba ahorcar, y hacía muy bien, por doscientas ó trescientas fanegas de grano, ni por ciento ó doscientos carros de paja, á más de alguna media de lana con cincuenta onzas de oro limpias de paja y de polvo.

No fué floja la polvareda que se armó en el pueblo al saberse la noticia. La chica dijo que nones, el padre que pares, y el novio por poco revienta de un garrotazo al primer gandul que le vino con el cuento.

Pero con todo y con eso, la cosa fué marchando y les pareció de perlas á todas las eminencias del pueblo y tratóse de organizar festejos y de disponer bailes y cuantas diversiones populares gratis se pueden ofrecer por un municipio ilustrado y benéfico á un populacho cerril y destripaterrones.

– Déjalo y no te ocupes de nada, le decía la Verdad á su amigo Blas cuando éste se quejaba amargamente de la nube que se le venía encima con la boda de su adorada. Yo estoy aquí; déjalos que se entusiasmen y griten y organicen y dispongan. Cuando llegue la ocasión y todos estén seguros de su triunfo, yo me presentaré contigo; desenmascararé á todos los farsantes del país y de fuera de él; pondré las cosas en su verdadero punto de vista, como son en sí y no como parecen ser, y tú triunfarás por mi virtud y serás dichoso y en paz y jugando.

– Yo no tengo mucha gana de juego, y en cuanto á la paz, la habrá muy grande si cumple usted lo que me promete; pero si no lo realiza, prepárense todos á la guerra, y guerra sin misericordia, porque yo no lo dejo así, y desde el tío Vencejo hasta el último monaguillo me la pagan á trancazos. ¡Vaya si me la pagan!

LUIS M. DE LARRA

(Concluirá)



Bellas Artes – La Sociedad de pintores retratistas de Londres ha celebrado en la Grafton Gallery una exposición en la cual se admiran entre otras obras las de Carlos Durán, Portaels, Stevens, Roll, Boutet de Mouvel, Bonnat, Millais, Leighton, Boxall, Whistler, Fildes, Pettie, Shannon, Wortley, Monat Loudan, Troubetzkoy, Guthrie, Ellis Robert, Ethel Wright, Roussel, Lavery, Lorrimer, Glazebrook y Collier.

– En la iglesia de San Francesco della Vigna, de Venecia, se ha descubierto que un cuadro allí existente y de autor no conocido era un Cristo de Giorgione, de 1511; el cuadro está pintado sobre madera y representa al Salvador arrodillado junto al sepulcro de mármol con una bandera en la mano, á su lado dos centinelas y en el fondo un paisaje en el cual se alza Castelfranco.

– El Museo Silesiano de Artes plásticas ha recibido como legado de un magistrado de la ciudad, llamado Friedlander, una notable colección de cuadros y bronces con la condición de que el Museo cree un fondo para bolsas de viaje para artistas jóvenes. Entre las obras de esa colección se han escogido para el museo los cuadros *Venus y Amor*, de Gabriel Max; *Paisaje de la Alta Italia*, de O. Achenbach; *Paisaje en día de lluvia*, de E. J. Schindler; *Familia de gatos*, de J. E. Meyerheim; *Mondadora de manzanas*, de Defregger, y *Paisaje*, de E. Schleich y dos bronces de Morean-Vaulhier. El resto de la colección, que comprende varios cuadros de Achenbach, Zimmermann, Meyerheim, Gussow, Seitz, Crutzner, Haanen, Vinea y otros, será vendido para con su producto constituir aquel fondo.

– Según parece, aumentan cada día en Francia las quejas motivadas por el abandono en que se tiene al Museo del Louvre. L. Cardou ha publicado en *L' Evénement* un artículo señalando una serie de cuadros de Rubens, Van Dyck, Terborch, Metsu y otros pintores flamencos, cuyo estado es deplorable por falta de una cuidadosa restauración. En cambio por haber sido mal restauradas han quedado estropeadas las obras maestras de Ghirlandajo y Gerardo Dox; la suciedad ha desfigurado por completo los cuadros de Rafael, Tiziano, Leonardo de Vinci, Tiépolo y otros italianos, y también en los cuadros de Corot, Decamps y Delacroix se notan los efectos de ese inexplicable descuido.

Barcelona. – Salón Parés. – Entre las obras nuevas expuestas la última semana sobresale por sus dimensiones é importancia un cuadro de Brull, premiado en Madrid recientemente; escena de costumbres bien sentida y feliz de ejecución en los niños que atentamente y embelesados escuchan un cuento al abuelo, junto al hogar. Dos retratos, uno de Bernadet y otro de Guardiola; tres miniaturas de Aguilar, una de ellas muy recomendable; unos cuadritos de Garnelo, ligeritos, y una paleta exornada con infinidad de caprichos pictóricos, por Riquer, junto con la obra de Brull llenan por completo el lado preferente del Salón. Enfrente llama la atención un boceto del maestro Venancio Vallmitjana, proyecto de monumento destinado á conmemorar el heroico sacrificio de los patriotas barceloneses para librar á la ciudad de la dominación francesa al comenzar la guerra de la Independencia, obra sobria y severa y concebida con grandiosidad.

Un escaparate con varios facsímiles primorosamente ejecutados por la casa Thomas y C.ª, de acuarelas de Pradilla, Domingo, Galofre, Villegas, etc., atrae, y con motivo, las miradas de los concurrentes y hace el elogio más completo de la obra que nuestro amigo el Sr. D. M. Fuster acaba de publicar con el título de *La acuarela y sus aplicaciones* y de la que nos ocuparemos como se merece en la sección correspondiente.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, ha comenzado una serie de once representaciones de otras tantas obras de Schiller que ha empezado en 25 de mayo con *Los bandidos* y terminará en 15 de junio con *Demetrio* y *El canto de la campana.*

– En Londres se ha fundado una Sociedad Ibsen para dar durante el presente mes de junio doce representaciones de los dramas del poeta noruego, entre ellos: *El cerro de Rosmers, Edda Gabbler* y *El arquitecto Solness.*

– En el teatro de la Corte, de Weimar, se ha estrenado con muy buen éxito una gran ópera de Ingeborg de Bronsart, titulada *Hiarne.*

– Con gran éxito se ha estrenado en el teatro Real de Copenhague una ópera en tres actos de Julio Bechard, titulada *Frode.*

– *Espartaco*, ópera de Platania, estrenada en el teatro Dal Verme, de Milán, ha sido recibida con gran aplauso.

París. – En la Opera Cómica se ha estrenado la ópera en dos actos de Saint-Saens *Phryné*, cuya música demasiado trivial no ha logrado gran éxito á pesar de contener algunos números de original belleza y de estar muy bien instrumentada. En los Bufos Parisienses se ha dado una representación única de un drama simbólico en cinco actos del poeta belga M. Maeterling, titulado *Peleas y Melisanda*, obra obscura, de sencillez infantil, fúnebre y de tendencias exageradamente pesimistas que ha obtenido escaso éxito. En el teatro Libre se ha estrenado una traducción del drama alemán *Los tejedores*, de Gerardo Hauptmann, obra eminentemente socialista, que es una exposición de las quejas del trabajo contra el capital y de la miseria del obrero, con su obligada huelga, invasión y saqueo de la casa del patrono, etc., etc.; esta obra fué prohibida en Alemania cuando se estrenó en el teatro Libre, de Berlín. En el Circo Funambulesco se ha estrenado el drama mímico en tres actos *El huésped*, poema de Carré y Hugounet y música de Edmundo Missa: el argumento de la pantomima es interesante y la música en extremo agradable.

Londres. – En Covent Garden ha obtenido un éxito ruidoso la ópera de Leoncavallo *I Pagliacci:* en el propio teatro se han cantado *Romeo y Julieta*, de Gounod, y *Carmen*, y se está ensayando la ópera de Mascagni *I Rantzau*, que se pondrá en escena bajo la dirección de su autor. En el Gran Teatro se ha estrenado con aplauso un interesante melodrama de Harvey, titulado *Sings of the Nigth (Cantos de la noche)*. En el teatro Lyric está consiguiendo ruidosos triunfos la eminente actriz Leonor Duse, á la que los críticos ingleses dedican entusiastas é incondicionales elogios, que hace también extensivos al primer actor Sr. Andó. En Saint James Hall se ha estrenado con buen éxito un drama de Mr. Pinero, titulado *The second Mrs. Tanqueray*, en el cual plantea el autor la tesis de que el matrimonio con un hombre honrado no redime á la mujer de pasado borrascoso.

Barcelona. – En Novedades la compañía de D. Emilio Mario, además de poner en escena las obras de repertorio que tantos aplausos le valen, ha estrenado con buen éxito la obra de D. Mariano de Vela Maestre *La estrella de los salones.* En el Lírico sigue cosechando merecidos aplausos la excelente compañía que bajo la dirección de los Sres. Rosell y Ruiz de Arana representa las más graciosas obras de su abundante y selecto repertorio. En el Tívoli se han reanudado las representaciones de *Miss Hellyet* por la misma compañía que con tanto éxito la estrenó el año pasado.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Jacobo Moleschoff, eminente fisiólogo de origen holandés, que después de haber estudiado y ejercido la medicina en Alemania se naturalizó en Italia, donde fué profesor de las universidades de Turín y Roma y senador; autor de las importantes obras *Fisiología de los alimentos*, *La circulación de la vida* y otras.

Antonio Bertolotti, director del archivo del Estado, de Mantua, autor de interesantes obras históricas y artísticas.

Marcelo Gnyski, escultor polaco.

R. S. Malthe, escultor dinamarqués y conservador del Museo de escultura de Copenhague.



¡Si no vendrá!, dibujo original de J. García Ramos. – Tal es el título del dibujo á la pluma que reproducimos y que, como todos los del Sr. García Ramos, es un verdadero cuadro. Cierto es que la región andaluza presta interesantísimos elementos al pintor para dar muestras de ser un buen dibujante y brillante colorista, pero no lo es menos que el artista sevillano avalora con su maestría, con su ingenio esos cuadros de costumbres, en los que otros no pararían mientes por carecer de ese espíritu observador y asimilativo que en tan alto grado posee nuestro distinguido amigo.

¡Si no vendrá!, inspirado en un asunto asaz sencillo y trivial, confirma nuestras apreciaciones. Resulta un cuadro en el que hay que observar, aparte de la poética intuición del artista, la corrección y elegancia del dibujo, la ejecución y el buen gusto en el fondo en que se destaca la figura.

¡Adiós!, cuadro de Ernesto W. Appleby – Asunto es éste que ha sido tratado diferentes veces por distinguidos artistas, como todos aquellos que expresan una situación de ánimo en que predomina la nota del sentimiento; pero por esta misma razón, por los muchos matices que un mismo sentimiento ofrece y por las muy varias impresiones que produce según sea el punto de vista en que el pintor se coloque, préstase á que cada artista pueda interpretarlo á su modo, hallando siempre en él ancho campo en que hacer gallarda muestra de inspiración y de talento. Tal acontece con el cuadro que reproducimos del celebrado pintor inglés Appleby, cuyas bellezas, así en la expresiva y profundamente sentida figura, como en el poético paisaje que le sirve de fondo, son tan patentes, que no hemos de esforzarnos en señalarlas.

Reconocimiento de un vado. – ¡Alto!. – Paso de un río, cuadros de José Cusachs (Exposición Parés). – Difícil es representar asuntos ó tipos militares, puesto que no basta al artista poseer relevantes cualidades y aptitudes pictóricas, necesita conocimientos técnicos y haber vivido entre las agrupaciones armadas. De ahí que sea tan limitado en todos los países el número de pintores que cultivan con verdadero sentimiento el género militar. En el Sr. Cusachs concurren las dos circunstancias. Por eso hállanse avalorados sus lienzos por el sello de verdad que sabe imprimirles, cual acontece con los que reproducimos, recuerdos de la última campaña, en la que este militar artista hallaba medio y ocasión para recoger apuntes á la vez que mandaba una batería.

Abandonada, cuadro de G. Tyrahn. – ¿Quién al contemplar la figura de esa joven no adivina la existencia de uno de esos dramas tan frecuentes que tienen por actores un hombre sin corazón y una niña tan enamorada como cándida, que se entregó confiada á impulsos de un amor no correspondido? Al mirarla casi se ven correr sus lágrimas á través del pañuelo con que cubre su rostro y se advierten los sollozos que levantan su pecho. ¿Qué mejor elogio cabe hacer del bellísimo cuadro de Tyrahn, en el cual la parte técnica tan perfectamente ejecutada está á la misma altura que el concepto psíquico tan admirablemente expresado?

Los defensores de Zaragoza (1809), cuadro de Mauricio Orange. – Representa este cuadro el momento en que los defensores de la inmortal ciudad, «agotadas sus fuerzas, no su valor,» (palabras textuales de un crítico francés al hablar de este cuadro) desfilan delante de las tropas del mariscal Lannes, arrojando al paso sus armas al pie de los vencedores. Muchos méritos tiene esta pintura, que ha producido verdadera sensación en el actual Salón de París: como composición es grandiosa, clara, bien dispuesta, eminentemente dramática, y en sus menores detalles revela el talento de su autor, y como cuadro histórico es exacto y demuestra cabal estudio del asunto. Para nosotros los españoles tiene otro mérito no pequeño, y es el de la justicia rendida por un francés á uno de los más gloriosos hechos de nuestra historia moderna: estamos tan poco acostumbrados á que en Francia se trate seriamente de las cosas de España, que no podemos menos de agradecer al genial pintor M. Orange que en su magnífica obra haya pintado á nuestros héroes tales como fueron y haya glorificado tan dignamente como se merecen á los heroicos defensores de la capital aragonesa.

La fiesta en casa de los abuelos, cuadro de Hugo Salmson. – Escenas como ésta, tomadas de la vida campestre, producen siempre en el ánimo grato deleite, sobre todo á los que viviendo en las ciudades podemos apreciar la diferencia entre nuestras costumbres, artificiosas las más de ellas, y las costumbres sencillas, tranquilas del campo, entre el bullicio y la fiebre de las urbes y la calma y placidez de las aldeas, entre la vida agitada de las grandes poblaciones y la existencia apacible de los campesinos, no preocupados por nuestros cuidados, ni aguijoneados por nuestras ambiciones, ni contaminados por nuestros vicios. Por eso nos encanta esa escena de familia tan bien estudiada y reproducida por el famoso pintor francés Hugo Salmson, cuyo cuadro ha sido uno de los más justamente admirados en el actual Salón del Campo de Marte, de París.

La calle de Alcalá después de una corrida de toros, cuadro de Francisco Maura (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – El abigarrado contraste que presenta la calle de Alcalá de la coronada villa en los días en que tienen lugar las corridas de toros exigiría para describirlo la bien cortada pluma de Mesonero Romanos ó del malogrado Larra. Tipos, carruajes, todo ofrece un carácter especial, distintivo, que no tiene semejanza ni parecido en población alguna.

Maura, el distinguido pintor palmesano, inspiróse en el animado cuadro que en tal día ofrece la vía más animada de Madrid, produciendo una obra altamente recomendable que en nada desmerece del buen nombre alcanzado por el feliz autor del cuadro titulado *Sin labor.*

Nuestro grabado reproduce la última obra de nuestro amigo, que justamente llamó la atención de los aficionados é inteligentes en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada el próximo pasado año de 1892.

Máquina de pintar en la Exposición de Chicago. – Para preservar de la intemperie á los grandísimos edificios de madera de la Exposición colombiana era preciso darles una mano de pintura; pero como la aplicación del procedimiento del pincel hubiera sido en este caso en extremo difícil, apelóse á la máquina que reproducimos y que no es otra cosa que un colosal pulverizador que funciona por medio del aire comprimido. Catorce de estas máquinas funcionaron simultáneamente en la pintura de los edificios, y aunque cada una de ellas consume un cinco por ciento más de color que el procedimiento á mano, esta pérdida está compensada por la ventaja de que hace un trabajo veinte veces mayor con veinte veces menos de personal.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– ¿Es verdad?

– Me parece que salta á la vista.

– Quiero decir que si no te molesta el género de vida que os impongo.

– Me he acostumbrado tan bien y tan pronto á él, que no comprendo cómo teniendo libertad de elección puede escogerse otro.



Como por máquina, sin conciencia exacta de lo que hacía, examinaba Barincq el testamento...

– ¡Qué diferencia entre nuestra vida de hoy y la de hace algunos meses!

– Estableciendo esta comparación, me he preguntado muchas veces: Los pobres seres muy animosos, pero muy desdichados, que aceptaban aquella miseria ¿son realmente los mismos que habitan ahora este castillo?

– No pienses ahora en lo pasado.

– ¿Por qué no? ¿No es esta precisamente la mejor manera de estimar las dulzuras de que disfrutamos ahora? No es solamente ahora cuando estoy sentada, como en este momento, con esa vista incomparable ante los ojos, en medio de esta hermosa campiña, respirando un aire embalsamado, charlando libremente contigo, cuando yo siento todo el encanto de la vida dichosa que este golpe de fortuna nos ha proporcionado; también lo experimento cuando tranquila y aislada trabajo en algún estudio y comparo lo que hago ahora con lo que entonces hacía, y sobre todo cuando pienso en las condiciones en que lo hacía entonces, entre las luchas, las rivalidades, las intrigas, las calenturas del taller; si yo te hubiese contado entonces mis humillaciones, mis tristezas, mis días de rabia y de desesperación, ¡que desgraciado habrías sido!

– ¡Pobre niña!

– No te digo esto para que me compadezcas y menos ahora que ya ha pasado el tiempo de las lamentaciones; te lo digo solamente para que comprendas el punto de vista desde el cual contemplo la felicidad que debemos á la herencia de mi tío. Hago estas comparaciones por ti lo mismo que por mí, comparando el taller de Julián con lo presente y comparando también la *Oficina cosmopolita* donde tenías necesidad de sufrir las majaderías de Belmanieres y el orgullo del Sr. Chavertón. ¡Oh! ¡Si tuviésemos que volver tú á tu oficina, mamá á la calle de Abreuvoir, yo á mi taller!

– ¿Quieres callar?

– ¿Por qué? Nada hay de terrible en imaginar catástrofes que no pueden sobrevenirnos, y podemos burlarnos de ellas, me parece.

– Ciertamente.

– Aunque los trabajos que has emprendido no diesen todo lo que tú esperas de ellos.

– Sí lo darán y más aún de lo que yo he anunciado; la experiencia de lo que llevo obtenido es garantía segura de lo que obtendremos en pocos años.

– Y aun cuando nos quedásemos como hoy estamos, nada tenemos que temer de la fortuna; y espero confiadamente que si me caso...

– ¡Cómo! ¿Si te casas?

– Espero confiadamente que si me caso tomarás las precauciones necesarias para que yo no vuelva á verme en la miseria.

– Puedes estar tranquila.

– Lo estoy; y por eso precisamente me río de esas desventuras y de esas catástrofes puramente imaginarias y novelescas; en la desgracia gustan las novelas alegres que acaban bien; en la prosperidad gustan más las novelas tristes.

IV.

Una tarde durante la cual charlaban de estas cosas el Sr. Barincq y su hija á la sombra de copudos árboles cuyas raíces humedecían las aguas del Gave, mientras en rededor de ellos diseminados según sus aficiones merendaban los trabajadores y en tanto que los bueyes uncidos ya á las carretas que habían de cargarse de heno hundían con avaricia sus hocicos entre las hierbas, vieron de lejos á Manuel que se dirigía hacia donde ellos estaban, acompañado por una persona á la cual de pronto no reconocieron.

– Ahí viene Manuel buscándote, dijo Anie.

– ¿Quién viene con él?

– Traje gris, hongo, eso no dice nada; sin embargo, el modo de andar se parece al del Sr. de Arjuzanx...; sí, es él indudablemente; ¡cuánto sentirá mamá, cuando vuelva, no haber estado en el castillo para recibirle!

Cuando el barón vió á Barincq y á su hija despidió al criado y se acercó solo.

Anie se había levantado.

– ¿No te vas?

– ¿Por qué había de irme?

– Para que el barón no te sorprenda en ese traje.

– ¿Crees que si me cuidase yo de mi traje trabajaría con tus jornaleros?

Esparcidas por sus cabellos lo mismo que por su blusa de percal azul había infinidad de hojas de heno; Anie no se tomó el trabajo de sacudirlas.

Cuando entre el padre y la hija y el recién llegado se hubieron cruzado las usuales palabras de cumplido se sentaron los señores en la hierba.

– ¿Me perdonan ustedes que les haya molestado?, dijo el barón.

– Usted no nos ha molestado en lo más mínimo, contestó Barincq, ni los brazos de mi hija ni los míos son de absoluta necesidad para recoger y cargar el heno.

– Pero de todas maneras se ocupan en eso.

– Encuentro sumamente divertido, dijo Anie, jugar á las campesinas.

– ¿Le gusta á usted el campo, señorita?

– Le adoro.

Esta contestación encantó, al parecer, á Arjuzanx.

La conversación continuó, languideció después; el barón parecía preocupado, hasta podría decirse aturdido; de todas maneras no mostraba su aplomo y su desembarazo habituales; entonces Anie bajo pretexto de dar algunas órdenes se retiró y fué á reunirse con las trabajadoras, que habían vuelto á comenzar sus tareas.

Durante una hora larga vió Anie á su padre y el barón paseándose por la pradera; llegaban hasta los jardines, volvían después por el mismo camino, y como el terreno era completamente llano y no había en él ni el arbusto más pequeño, la joven podía seguir perfectamente los ademanes y los movimientos del barón y de su padre; los del barón eran animados, expresivos, hasta apasionados; los de su padre expresaban cierta reserva; evidentemente el uno hablaba y escuchaba el otro.

Muchas veces, cuando los veía venir ya de vuelta, creyó Anie que aquella larga conversación tocaba á su término y que el barón se acercaría á despedirse de ella; pero siempre Arjuzanx y el Sr. Barincq reanudaban su paseo y proseguían su animado diálogo.

Sin embargo y por fin ambos se dirigieron hacia Anie de manera que ésta no podía equivocarse; entonces la joven les salió al encuentro; efectivamente se trataba de la despedida.

Cuando el Sr. de Arjuzanx hubo desaparecido al extremo de la pradera, Barincq dijo á Anie que dejase su horquilla y le acompañase; pero únicamente cuando no hubo temor á oídos curiosos é indiscretos se decidió Barincq á hablar.

– ¿Sabes, dijo, lo que quería el barón?

– Hablarte de cosas serias si he de juzgar por la mímica.

– Me ha pedido tu mano.

– ¡Ah!

– ¿No me contestas más que eso?

– Como no puedo decirte que esta solicitud me sorprende mucho, ni que me alegra, ni que me disgusta, por eso digo ¡ah!, por decir algo.

– ¿El barón te desagrada?

– No; entonces su solicitud me habría entristecido.

– ¿Te gusta?

– No; entonces la solicitud me habría alegrado.

– ¿Pues entonces?

– Pues entonces, ¿quieres responder á mis preguntas en lugar de que yo conteste á las tuyas?

Barincq movió afirmativamente la cabeza.

– Ante todo, dime si habéis hablado de dote.

– Sí, hemos hablado.

– ¿Con qué dote cuenta el barón?

– No me lo ha preguntado.

– ¿Pero él cuenta con alguna?

– No creas que el barón quiere casarse contigo por la fortuna; es porque has producido en él profunda impresión; es porque te ama: estoy comunicándote sus palabras mismas.

– Reproduce también las relativas á la cuestión de dote.

– ¿Pero á qué viene esa desconfianza?

– A que no quiero casarme sino con un hombre que me ame y que no busque en nuestro casamiento un negocio. No quiero que mi fortuna me sirva para pagar un marido.

– Precisamente me parece que el barón es ese marido que tú deseas.

– Entonces repíteme lo que habéis hablado.

– Si quieres vivir en el campo, su renta, que asciende á unos 40.000 francos, le permitirá asegurarte una existencia desahogada, ya que no opulenta y brillante. Pero si la vida del campo no te satisface será necesario que te constituyamos una dote, la que á nosotros nos parezca, que te permita hacer frente á los gastos de la vida parisiense durante tres meses ó seis ó el tiempo que tú misma fijes en tu presupuesto. Sobre este punto el barón se somete de ante mano á lo que tú resuelvas ó á lo que resolvamos nosotros. Y ahora te pregunto: ¿es este el lenguaje del hombre que busca un negocio?

En vez de contestar Anie continuó sus preguntas:

– Desde lejos os he observado en algunos instantes y he visto que el barón hablaba mucho y que tú escuchabas; sin embargo, tú también has hablado algo.

– Indudablemente.

– ¿Qué has dicho?

– Que era necesario consultarlo con tu madre y consultarlo también contigo.

– Supongo que eso le habrá parecido muy justo.

– Perfectamente justo. Sin embargo, el barón ha demostrado verdadero empeño, si no precisamente en obtener una contestación inmediata, en arreglar las cosas de manera que esa contestación sea motivada. Para esto desea el barón que de vez en cuando vayamos á pasar los domingos á Biarritz, donde le encontraremos como por casualidad y donde él y tú podréis trataros y conoceros. Solamente entonces, cuando os hayáis conocido, habrá llegado la ocasión de que tú respondas.

– ¿Y has aceptado esa proposición?

– Si hubiera dependido solamente de mí la habría aceptado porque me parece razonable; Biarritz es un terreno perfectamente neutral, en el que es fácil verse y hablarse sin que estas entrevistas, más ó menos casuales, comprometan á nada para lo porvenir; pero también en esto he pedido tiempo para consultaros á tu madre y á ti. Ya comprendes que yo no podía prometer que iríamos periódicamente á Biarritz, cuando era posible que desde las primeras palabras me hubieses dicho que el barón te era antipático.

– No me es antipático; y me inclinó á creer, como tú, que no es la dote lo que el barón busca en este casamiento.

– ¿Entonces?..

– Nada me parece mejor que eso de ir Biarritz los domingos; pero á condición de que ha de constar perfectamente que esto no me compromete á nada. Desde que hablamos del Sr. de Arjuzanx estoy haciendo examen de conciencia, y sólo siento hacia él la indiferencia más absoluta. ¿Cambiarán estos sentimientos, que ahora no están ni en su favor ni en contra suya, cuando yo le conozca mejor? Es posible; pero no lo sé con certeza.

– Dejemos obrar al tiempo.

VII

Durante cuatro domingos consecutivos había visto Anie al barón en Biarritz; pero absolutamente en nada habían variado los sentimientos de la joven: Anie continuaba en la misma indiferencia con respecto á Arjuzanx, y cuando sus padres le preguntaban, su respuesta era idéntica siempre:

– Esperemos.

– ¿Qué te desagrada en el barón?

– Nada.

– ¿Pues entonces?

– ¿Por qué no me preguntas qué es lo que en el barón me agrada?

– Bueno; pues te lo pregunto.

– Y yo te contesto lo mismo: nada. En tal situación solamente puedo decir lo que digo: esperemos.

La señora de Barincq, que anhelaba lo que no es decible la realización de este casamiento y que veía en el barón un resumen de todas las buenas condiciones, se desesperaba oyendo esas contestaciones y decía repetidamente á su hija:

– ¿Crees que el esperar tanto puede ser agradable para ese pobre joven?

– ¿Y qué voy á hacerle? Si el esperar le disgusta, que se retire.

– Por lo menos ¿no te parece que el barón ha de sentirse mortificado de esa actitud tuya cuando del asunto hable con el capitán Sixto?

– Supongo que el barón no habrá elegido al capitán Sixto para confidente de sus proyectos; y si lo ha hecho así, tanto peor para él.

¿Aceptaría Anie como marido al barón ó no lo aceptaría? Esto era lo que el padre y la madre se preguntaban incesantemente; y como al uno lo mismo que al otro les agradaba sobre manera este casamiento, ambos adoptaron sus disposiciones para el día en que fuese necesario tratar la cuestión de intereses y fijar la dote.

Una vez que el barón tenía 40.000 francos de renta, deseaban que su hija aportase otro tanto; así correspondían al desinterés manifestado por el novio.

Pero si esos 40.000 francos podían ser pagados fácilmente por anualidades, esta facilidad solamente podía esperarse cuando las mejoras introducidas en la explotación de aquella finca produjesen todo lo que de ellas se esperaba; es decir, cuando las viñas arrancadas estuviesen transformadas completamente en prados, lo cual exigía cuando menos tres años; entretanto, ¿cómo y dónde hallar esos 40.000 francos?

Este era el problema que Barincq trataba de resolver buscando sin cesar qué partes de su hacienda podrían servirle de garantía para contratar un empréstito.

Cierto día en que el padre de Anie se consagraba en su despacho, que había sido también el de su hermano, á esas investigaciones, sacó los diferentes títulos de propiedad de las distintas parcelas de terreno que le pertenecían y comenzó á leerlos con detenimiento.

Como Barincq hubiese abierto completamente uno de los cajones, echó de ver un pliego de papel sellado que sin duda debió de resbalar y caer debajo del cajón. Tomo aquel papel, y reconociendo á primera vista la letra de su hermano comenzó á leerlo. En aquel pliego había escritas las líneas siguientes:

«Yo, el abajo firmado, Gastón Félix Manuel Barincq (de Saint-Christeau), domiciliado en el castillo de Saint-Christeau, ayuntamiento de Ourteau (Pirineos bajos), declaro que por este mi testamento, expresión de mi última voluntad, deseo dar y legar, como en efecto doy y lego al Sr. D. Valentín Sixto, teniente de dragones, actualmente de guarnición en Chambery, la propiedad de todos los bienes muebles é inmuebles que me pertenecieren en el día y hora de mi fallecimiento. A este fin instituyo al ya mencionado Valentín Sixto mi heredero universal. Quiero y entiendo que en esta condición de heredero el repetido Valentín Sixto se encargue de pagar á mi hermano Carlos Luis Barincq, residente en París, en el caso de que él me sobreviva, y á su hija Anie Barincq una renta anual de 6.000 francos, renta intransferible y no amortizable. Nombro albacea testamentario al Sr. Revenacq, notario de Ourteau y amigo mío, sin intervención judicial, y espero que dicho señor tendrá la bondad de tomar á su cargo esa tarea. Tal es mi testamento, cuya ejecución ordeno como manifestación de mis últimas voluntades.

»Fecho en Ourteau el lunes once de noviembre de mil ochocientos ochenta y cuatro. Después de su lectura firmo.

Gastón Barincq.»

Barincq había leído sin interrumpirse, sin respirar, palabra por palabra; pero desde las primeras, desde el momento mismo en que empezó á comprender, habíase visto obligado á dejar encima del pupitre el pliego de papel; de tal modo temblaba entre sus dedos. Aquel golpe le anonadaba por completo.

Después de algunos minutos Barincq volvió á empezar la lectura, si bien esta vez con más lentitud y mayor cuidado:

«Doy y lego al Sr. D. Valentín Sixto... la propiedad de todos los bienes muebles é inmuebles que me pertenecieren en el día y hora de mi fallecimiento.»

Evidentemente aquel testamento era el que su hermano Gastón había depositado en la notaría de Revenacq y el que poco tiempo después había recogido; decíalo así la fecha de una manera incontestable.

Sobre este punto no cabían dudas ni vacilaciones: en un instante determinado, el que señalaba la fecha de aquel documento, Gastón había querido que el capitán fuese su único heredero, y había dado forma á esa voluntad suya en aquel papel escrito de su puño y letra.

¿Pero quería lo mismo Gastón pocos meses después?; en el mero hecho de retirar aquel testamento de la notaría, ¿no indicaba que había variado de intención?

Al recoger y retirar aquel documento Gastón se proponía indudablemente alguna cosa: ¿qué se proponía?

¿Suprimir el testamento? ¿Modificarlo?

Buscar algo fuera de estas dos hipótesis parecía inútil; era necesario fijarse en la una ó en la otra; pero ¿cuál de ellas tenía en favor suyo la verosimilitud, la razón, la justicia, y en fin, el conjunto de las diversas condiciones, de las cuales pudiera resultar un testimonio ó una prueba? Barincq no lo podía discernir en aquel momento, hallándose como se hallaba turbado, trastornado, completamente fuera de sí mismo.

Como por máquina, sin conciencia exacta de lo que hacía, examinaba Barincq el testamento y leía y tornaba á leer sus párrafos, como si la forma de aquellas letras ó el fondo de aquellas disposiciones pudieran señalarle el camino que debía seguir.

Pero á pesar de sus esfuerzos no lograba iluminar su espíritu, que saltaba de una idea á otra sin fijarse en ninguna y volviendo siempre al mismo punto de partida: ¿por qué Gastón después de haber entregado su testamento á Revenacq lo había recogido? ¿Y por qué después de haberlo recogido no lo había roto ó no lo había modificado?

A todo esto el tiempo corría sin que Barincq se percatase de ello, y la campana del castillo avisando para comer le sorprendió sin que hubiese encontrado una contestación á las preguntas que bullían y se agitaban en el cerebro de Barincq.

Era necesario bajar al comedor; el padre de Anie procuró dominarse y dar á su rostro apariencias de tranquilidad para que ni su hija ni su mujer conociesen la turbación de su ánimo, porque á pesar del desbarajuste y de la confusión que revolvían sus ideas, veía Barincq de un modo perfectamente claro que no debía hablar á su familia de aquello sin haber hallado una solución para el problema que se planteaba.

Guardó, pues, aquel documento en el cajón mismo donde lo había encontrado, si bien tomando la precaución de ocultarlo entre los folios de un acta notarial, y hecho esto se presentó en el comedor, donde su mujer y su hija estaban esperándolo, bastante sorprendidas con su tardanza; lo ordinario era efectivamente que el Sr. Barincq fuese el primero en sentarse á la mesa, tanto porque desde su instalación en Ourteau había recobrado el excelente apetito de los veinte años, cuanto porque las horas de las comidas eran para el anciano las más agradables de todo el día, las de la charla y la expansión en aquella intimidad de la dicha.

– Iba á subir para avisarte, dijo Anie.

– ¿No tienes apetito hoy?, preguntó la señora de Barincq.

– ¿Por qué no había de tenerlo?

– Esto es lo que te pregunto.

Precisamente por lo mismo que Barincq deseaba parecer tranquilo como todos los días, no cesó de delatar durante el almuerzo su turbación y sus preocupaciones.

– Indudablemente á ti te sucede algo, dijo la señora de Barincq.

– ¿De dónde sacas eso?

– ¿No es verdad Anie?, preguntó la madre, invocando, como hacía siempre, el testimonio de su hija.

Esta en lugar de responder señaló con una ojeada rápida á los criados que estaban sirviendo la mesa, y entonces la señora de Barincq comprendió que si su marido tenía efectivamente alguna preocupación, como ella sospechaba, no había de hablar de ello en presencia de los criados.

Pero cuando ya levantados los manteles fueron los tres á sentarse á la sombra de los árboles, donde todas las tardes acostumbraban á tomar el fresco, contemplando el espectáculo siempre nuevo de la puesta del sol con sus efectos de luz y de sombra sobre las cumbres de los lejanos montes, volvió la señora de Barincq á sus preguntas:

– Y ahora que nadie nos oye, ¿quieres hablar?

– ¿De qué?

– De lo que te preocupa y entristece.

– No me preocupa nada.

– Entonces ¿por qué no estás hoy como otros días?

– A mí me parece que estoy como siempre.

– Bueno, pues á mí me parece lo contrario; no has comido, y ha habido momentos en que te has quedado mirando á las musarañas y de una manera que quería decir algo. Cuando dos personas han vivido juntas durante más de veinte años, llegan á conocerse y cada una aprende á leer en los ojos de la otra. Esta

tarde cuando yo te miraba en la mesa he vuelto á notar en tu cara la misma expresión de inquietud que tenías con tanta frecuencia en los primeros años de nuestro matrimonio, cuando luchabas contra Sauval, sin saber si al otro día iba á aplastarte por completo.

– ¿Y piensas tú que voy á acordarme ahora de Sauval?

– No; pero no por eso deja de ser verdad que hoy he vuelto á ver en ti aquella expresión de angustia que demostraba tu rostro cuando te considerabas perdido y deseabas ocultarme tus temores. Por eso te pregunto: ¿qué tienes?

Barincq no podía ni quería contestar con franqueza; trató, pues, de eludir la contestación diciendo á su esposa:

– Si es que no has visto mal, será que la expresión de mi fisonomía engañe.

– Ya que no quieres responder, yo misma voy á decirte de dónde proceden tus cuidados; veremos si de este modo te decides á hablar: estás inquieto porque comprendes que tus reformas no dan lo que esperabas y tienes miedo de arruinarte. Hace mucho tiempo que yo lo sospechaba. ¿No es verdad?

– ¡Oh! Eso no.

– ¿No pierdes?

– No, ni mucho menos; los resultados que obtengo exceden con mucho á los que yo esperaba, y ahí están mis cuentas para probarlo. Estoy en los principios; puedo sin embargo demostrar hasta la evidencia que las ganancias prometidas por mí, esto es, un ingreso de trescientos mil francos anuales será obtenido fácilmente el día en que todos los prados estén en explotación. Lo que he conseguido hasta hoy lo prueba de una manera incontestable y sin duda posible; con números tan claros como la luz del sol; no en teoría, sino prácticamente. Para esto me bastarían tres años... si yo los tuviese.

– ¿Cómo si tú los tuvieses?, gritó la señora de Barincq.

Su esposo pretendió corregir, explicar al menos aquellas palabras imprudentes que se le habían escapado, y contestó afectando indiferencia:

– ¿Quién está seguro del día de mañana?

– ¿Te sientes enfermo?, preguntó la señora de Barincq. ¿Qué tienes? ¿Qué te duele? ¿Por qué no has llamado al médico?

– No me duele nada; no estoy enfermo.

– Entonces ¿por qué estás inquieto? La enfermedad más grave de todas es la aprensión. ¡Está bien eso!: nos haces vivir en el campo porque en él te propones hallar la tranquilidad y la salud y vivir vida razonable, como tú dices, y apenas nos hemos instalado aquí cátate mortificado, sombrío, fuera de ti mismo bajo la influencia de preocupaciones y de inquietudes que no quieres ó que no puedes explicar. Desde que estamos casados has hecho que yo me familiarice, por desgracia nuestra, con esos aspectos de desesperación; pero antes, por lo menos, los comprendía yo y me asociaba á tus penas cuando luchabas contra Sauval ó cuando padecías bajo la dependencia de Chavertón, sin que me fuese posible enojarme contigo porque no estuvieras alegre; si entonces te hubiese dirigido cargos habrías tenido el derecho de hablarme de tus inquietudes para el día siguiente. Pero ahora, cuando reconoces y confiesas tú mismo que tus negocios están en camino excelente; cuando nos hemos desembarazado de todas nuestras contrariedades, de todas nuestras humillaciones; cuando hemos recobrado nuestra posición; cuando nada tenemos que hacer sino dejar que se deslice nuestra existencia; cuando lo presente es tranquilo y lo porvenir está asegurado; cuando, por último, debíamos limitarnos á gozar dichosos los favores de la fortuna, me parece verdaderamente absurdo afligirse sin razón alguna..., solamente porque nadie está seguro del día de mañana. Pues si nosotros no lo estamos, ¿quién podrá estarlo? Solamente hay una manera de comprometer el porvenir, precisamente la que tú has escogido: ponerte enfermo. ¿Qué sería de nosotras si tú nos faltases? ¿A qué se reducirían tus negocios y tus reformas? Eso sería una verdadera ruina. Y yo, demasiado lo sabes, no tendría fuerzas para sobrellevar este último golpe. No me forjo ilusiones con respecto á mí misma: soy una pobre mujer muy gastada por los dolores, por las penalidades de la existencia, por la constante protesta contra las injusticias de la suerte, de las cuales durante tanto tiempo hemos sido víctimas. No podría yo resistir nuevos sacudimientos. Mientras las cosas vayan bien, bien iré yo. El día en que el carro se tuerza no tendré ni resistencia ni valor para nuevos combates. Procura, pues, no atormentarme, atormentándote á ti mismo, mucho menos hoy que no existe razón alguna para ello.

El Sr. Barincq repitió lo que había dicho: no se consideraba ni se creía enfermo, tenía la certeza de no estarlo. Todo lo más se encontraba con alguna agitación nerviosa que le impedía dormir tranquilamente.

Barincq, sin embargo y después de haber tranquilizado como pudo á su familia, comenzó á pensar con más calma en su situación. Si bajo la impresión de la sorpresa no había podido adoptar una resolución relativamente al testamento por casualidad encontrado, era necesario de toda necesidad que la adoptase, pues no podía permanecer indefinidamente en aquella indecisión tan ruin como cobarde.

Más de uno en su lugar se habría desembarazado sin duda de molestas cavilaciones de un modo tan sencillo como eficaz: nadie conocía la existencia de aquel testamento; ni un solo testigo había presenciado su hallazgo; todo el mundo se había acostumbrado ya á ver al natural heredero en posesión de su fortuna: una cerilla, un poco de humo, un montoncillo de ceniza y todo habría concluído; nadie sabría nunca que el capitán Sixto había sido el heredero de Gastón.

Nadie, exceptuando á quien quemase aquel papel: esto bastaba para que Barincq no admitiese medio tan fácil y sencillo, si no provenía de mano que no fuese la suya.

En sus numerosos pleitos había visto Barincq á su adversario utilizar, siempre que era posible, malas armas y procedimientos desleales; había visto también que luchaban y aun le vencían empleando el fraude, el engaño, la mentira, los documentos falsificados ó suprimidos; nunca se había prestado Barincq á descender hasta ese terreno, por eso se había arruinado; si había perdido su fortuna, su honor quedaba inmaculado; y durante veinte años el testimonio de su conciencia le había sostenido: era, en efecto, un mal comerciante, pero un hombre honrado.

Y el hombre que había sido honrado, que quería serlo siempre, no podía reducir á cenizas aquel testamento sino en el caso de adquirir el convencimiento de que su hermano lo había recogido de la notaría de Revenacq porque la declaración en él contenida no expresaba ya sus últimas voluntades.

Cuando se dice testamento se dice también acta de la voluntad última, y es esto de tal modo, que ambas frases son sinónimas en el lenguaje usual: era incontestable, y sobre esto no podía haber duda, que en un momento determinado Gastón había querido que el capitán fuese su heredero; pero ¿quería lo mismo aún poco tiempo antes de morir?

En esto estribaba la dificultad del problema; si Gastón no había variado de modo de pensar, aquel testamento traducía con exactitud su última voluntad y era necesario cumplirlo; si por el contrario, Gastón había mudado de parecer, aquel testamento perdía toda su importancia y se reducía á un pedazo de papel inútil que se arroja al cesto, donde permanece como letra muerta sin que ninguna casualidad pueda devolverle la vida.

Si aquel testamento se hubiera descubierto al inventariar los papeles de Gastón, entre los cuales se le había colocado desde un principio, esta duda acerca de las intenciones del testador no hubiera surgido en el espíritu de Barincq: se encontraba un testamento, y todo inducía á presumir que expresaba la voluntad de su autor, lo mismo en la fecha del 11 de noviembre de 1884 que en el instante de su muerte, toda vez que ninguna otra disposición destruía ni modificaba la primera: el 11 de noviembre había querido Gastón que el capitán le heredase, y al morir continuaba queriendo lo mismo.

Pero las cosas habían ocurrido de diferente modo, y siendo la situación completamente distinta no le eran aplicables en manera alguna los indicios que en aquel razonamiento se fundaban.

Aquel testamento otorgado en la fecha del 11 de noviembre, cuando Gastón tenía – era necesario admitirlo así – excelentes razones para preferir á su familia un extraño y escogerle como heredero universal, había sido depositado en casa de Revenacq, donde permaneció muchos años; después, en determinado día, aquel depósito había sido recogido, sin duda por razones excelentes también, pues nadie retira su testamento á un notario en quien tiene confianza – y Gastón la tenía completa en Revenacq – para nada, ó para tener el gusto de volver á leerlo.

Si era lógico suponer que las excelentes razones en virtud de las cuales había sido otorgado el testamento del 11 de noviembre se fundaban en la convicción que Gastón abrigaba indudablemente en aquella época de que el capitán era su hijo, ¿no era igualmente lógico admitir que las razones, no menos buenas, que transcurridos algunos años le habían hecho recoger aquel testamento se fundaban en graves dudas relativamente á esa paternidad?

En la lucidez del insomnio todo lo que Revenacq le había dicho el día del entierro y después todas las palabras que durante la operación del inventario se habían cruzado entre el notario, el juez municipal y el escribano, se reprodujeron con claridad y precisión para probar la existencia de aquellas dudas y demostrar que al recoger el testamento había la intención de destruirlo.

¿No eran significativos aquellos pesares que habían amargado los últimos años de Gastón? ¿No lo eran también sus inquietudes constantes, sus recelos observados por Revenacq? A juicio del notario no habían existido en el asunto vacilaciones; los pesares y las inquietudes que, según sus expresiones mismas, «habían envenenado el fin de su existencia» provenían de las dudas de Gastón sobre si era él ó no lo era padre del capitán. Si para casi todo el mundo su paternidad era indiscutible, no lo era para él; buena prueba era de esto el que no hubiese reconocido ni dado su nombre al que le presentaban como hijo suyo y nunca había aceptado como tal.

Indudablemente Gastón había pasado por muy diferentes situaciones de ánimo; fluctuando constantemente entre dos extremos; creyendo un día en su paternidad, no creyendo en ella al día siguiente; sintiéndose á pesar de todo atraído por corrientes de cariño y de simpatía hacia aquel niño educado por él y que poseía realmente prendas personales nada comunes, que le hacían digno de ser amado aunque se prescindiese de todo sentimiento paternal.



A las nueve se apeaba del caballo para entrar en casa de Rebenacq

Partiendo de este punto de vista, era facilísimo seguir con la imaginación el curso de los sucesos y las fases por que los sentimientos de Gastón habían pasado.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS DAHOMEYANOS EN EL CAMPO DE MARTE, DE PARÍS

Nadie ignora la existencia del Dahomey, pero pocos tienen en Europa idea exacta de esa región africana. Después de los brillantes hechos de armas de las tropas francesas en aquel país, la llegada á la capital de Francia de caravanas dahomeyanas que vienen directamente de su patria y que, por ende, se presentan á los europeos en su verdadero aspecto y con sus primitivas costumbres, tendrá la ventaja de dar á conocer perfectamente los vencidos á sus vencedores. Entre esas caravanas una de las más numerosas y mejor representadas es indudablemente la que actualmente tiene sentados sus reales en el palacio de Artes liberales del Campo de Marte.

Varios son los pueblos que habitan el Dahomey y todos tienen su representación en el citado palacio. Por el lado de Togo, al Oeste, los minas tienen por centro Gran-Popo; en el Este, en el reino de Porto Novo se encuentran los nagos; el interior está habitado por los dahomeyanos propiamente dichos, que se extienden hasta la costa y llegan á Whydah, el principal puerto del territorio, y finalmente en las montañas viven los mahis. Los dahomeyanos se han puesto

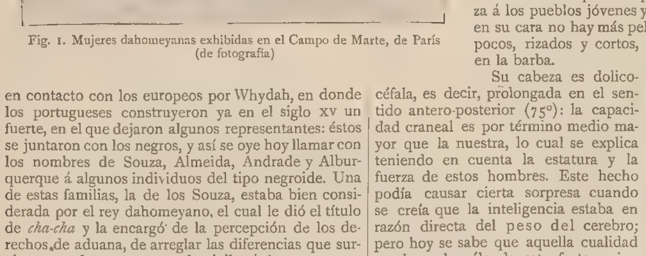


Fig. 1. Mujeres dahomeyanas exhibidas en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

en contacto con los europeos por Whydah, en donde los portugueses construyeron ya en el siglo XV un fuerte, en el que dejaron algunos representantes: éstos se juntaron con los negros, y así se oye hoy llamar con los nombres de Souza, Almeida, Andrade y Alburquerque á algunos individuos del tipo negroide. Una de estas familias, la de los Souza, estaba bien considerada por el rey dahomeyano, el cual le dió el título de *cha-cha* y la encargó de la percepción de los derechos de aduana, de arreglar las diferencias que surgieran con los europeos y de vigilar á éstos.

Estas naciones minas, nagos, dahomeyanos y mahis hablan idiomas ligeramente diferentes uno de otro, como el provenzal del francés, y son entre sí enemigas: todas, sin embargo, pertenecen á la misma raza, euea, que tiene muchos puntos de semejanza con las razas ashanti, fanti y yoruba, sus vecinas. La raza euea procede del interior y ha obedecido á la ley general que empuja actualmente á los pueblos del interior del Africa hacia el Océano Atlántico y en virtud de la cual del interior han llegado al Senegal los ulofs y en el Congo francés los pahuinos reemplazan poco á poco á las razas del litoral.



Fig. 2. Músicos dahomeyanos en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

Desde el punto de vista antropológico, actualmente no se distinguen aún los negros de la costa de los del interior, ó los minas de los nagos y los dahomeyanos de los mahis. De todos ellos haremos un solo retrato, por más que los tratantes europeos los reconozcan muy bien unos de otros por su fisonomía. Los hombres son por lo regular de hermosa estatura y de musculatura soberbia, como acontece en todas las razas poco civilizadas en las cuales los enfermizos y entecos desaparecen sin dejar descendencia: sus proporciones son admirables, sus espaldas anchas, su talle delgado y sus extremidades bastante finas. De aquí la admiración que sienten los viajeros por esas bellas estatuas de bronce. Sin embargo, tienen algunos defectos: así por ejemplo, el antebrazo es más largo que en la raza blanca, como sucede á todos los negros, y las pantorrillas son pequeñas y muy elevadas. En cuanto á la cabeza, tiene el tipo negro muy pronunciado, el mismo que en otro tiempo se atribuía á todos los negros, por más que los del Congo tengan un aspecto que los aproxime más al europeo: frente deprimida, nariz chata, labios gruesos, cara marcadamente prognata, ángulo facial de 75 grados y pómulos salientes. Cuando se ríen enseñan unos dientes largos y prominentes, de los cuales se cortan en bisel los incisivos medios superiores dejando entre ellos el espacio de un diente.

La risa anima á menudo su rostro bestial, pero bondadoso, dotado de esa movilidad de expresión que caracteriza á los pueblos jóvenes y á los niños: en su cara no hay más pelos que unos pocos, rizados y cortos, en la barba.

Su cabeza es dolicocéfala, es decir, prolongada en el sentido antero-posterior (75°): la capacidad craneal es por término medio mayor que la nuestra, lo cual se explica teniendo en cuenta la estatura y la fuerza de estos hombres. Este hecho podía causar cierta sorpresa cuando se creía que la inteligencia estaba en razón directa del peso del cerebro; pero hoy se sabe que aquella cualidad no depende sólo de este factor, sino que también del número y profundidad de los pliegues cerebrales.

La piel no es en todos los individuos de un hermoso negro de ébano, sino que varía desde el negro rojizo al amarillento y al negro obscuro, y esta variación no es debida á diferencia de localidad, sino que todos esos matices pueden observarse en los habitantes de una misma aldea.

En ningún pueblo existe uniformidad en el color de la piel: en las Indias y en una misma raza se encuentran individuos apenas morenos, como los italianos, y otros negros, como el nubiano.

Las mujeres son graciosas, pero se marchitan muy pronto; en su juventud las hay que son bastante agraciadas con su fisonomía dulce, tímida y alegre (fig. 1).

Estos pueblos cuidan mucho de sus personas; las abluciones son cotidianas y las mujeres coquetas peinan sus cabellos lanosos y crespos de modo que queden al descubierto la frente, la sienes y la nuca: las mujeres se hacen con ellos un moño y los hombres de alta categoría se confeccionan un peinado complicado que consiste en rayas múltiples que parten de la circunferencia de la cabeza y van á parar al vértice: así se presentan los ministros ó *laris* del rey Toffa, pero debe tenerse en cuenta que esos funcionarios no se parecen por sus atribuciones á los



Fig. 3. Las trompas guerreras de los dahomeyanos del Campo de Marte, de París (de fotografía)

ministros europeos, sino que son simplemente servidores, guardias municipales, intermediarios entre los indígenas y los mercaderes extranjeros.

El traje que los dahomeyanos usan en su país consiste en una pieza de tela arrollada á la cintura y entre las mujeres debajo de los pechos, excepto las casadas, que se los tapan. Las gentes de alto rango llevan sombrero.

Los rasgos dominantes en los dahomeyanos son la incuria y la pereza, pasando días enteros en fumar y jugar á los dados. Tienen gran pasión por la música y el baile: sus danzas consisten simplemente en balanceos laterales acompañados de movimientos de cabeza y brazos siempre repetidos; las danzas guerreras son un conjunto de movimientos epileptiformes, gritos salvajes, actitudes de lucha y mímica de decapitación del enemigo vencido.

Su música es monótona y la base de ella son los tam-tam ó nagos (fig. 2) reforzados por el instrumento de los mahis, calabaza hueca rodeada de una red



Fig. 4. Feticheres dahomeyanos en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

de cordeles con muchas vértebras que agitadas violentamente golpean la calabaza, y por cascabeles de hierro que los músicos golpean con un palo. De cuando en cuando suenan el enorme tam-tam de guerra, que un hombre solo apenas puede llevar, y formidables trompas de guerra hechas con colmillos de elefante (figura 3).

Los dahomeyanos son fetichistas y en extremo supersticiosos: adoran lo mismo lo animado que lo inanimado. Tienen gran veneración por los árboles fetiches y las serpientes. Los que actualmente se encuentran en París sacrifican todos los días gallinas y ofrecen granos á unos informes estatuitas de madera. Los feticheres tienen en aquel pueblo gran importancia: cubiertos de telas encarnadas, azules y verdes (fig. 4), ejercen la profesión lucrativa de brujo y en ellos tienen absoluta fe los indígenas: sus reuniones no son otra cosa que bacanales para bailar y emborracharse. Abundan también en el país los musulmanes.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

EL PALLÁS, ARÁN Y ANDORRA, *por J. Avilés Arnau.* - Basta nombrar esas tres comarcas para comprender el interés que ha de ofrecer la descripción de un viaje por esos sitios tan pintorescos como poco conocidos; y el interés sube de punto cuando la descripción está hecha en forma tan amena y completa como la que ha sabido darle el distinguido publicista señor Avilés Arnau, cuyo libro contiene cuantos datos puedan convenir al turista, expuestos de una manera tan agradable que su lectura ha de cautivar aun á los menos aficionados á excursiones. Elegantemente editado por los Sres. Pons y Compañía, de esta ciudad, véndese el libro al precio de 2 pesetas.

* * *

ROSA DEL VALLE, *por Modesto Hernández Villaescusa.* – No es desconocido para nuestros lectores el nombre del señor Hernández Villaescusa, de cuyos libros *Recaredo y la unidad católica* y *La tórtola herida* nos ocupamos oportunamente. La última producción de ese distinguido escritor es la novela *Rosa del Valle*, de argumento interesante, acción bien sostenida y elegante y castizo lenguaje. Forma un tomo de cerca de 400 páginas y se vende al precio de 2 pesetas en la librería *La Hormiga de Oro*, Rambla de Santa Mónica, 10.

* * *

CAPS Y TREVAS, *per Joan Pons y Massaveu.* – La *Biblioteca Popular Catalana* ha repartido el tercer tomo, que es una colección de bellísimos cuadros de costumbres, del distinguido escritor Sr. Pons y Massaveu, en los cuales se admira estudio acabado y perfecto del natural, profundo espíritu de observación y lenguaje sencillo y apropiado á cada asunto, unas veces con chistes que hacen prorrumpir en carcajadas, otras con frases y pensamientos que casi arrancan lágrimas. Véndese en las principales librerías á 50 céntimos de peseta.

* * *

INFORME SOBRE EL AGUA DE LA QUEBRADA VERDE, *por A. E. Salazar y Q. Newman.* – Los directores del Laboratorio Naval de Valparaíso han presentado al intendente de aquella ciudad este informe en que se analizan las aguas del estanque de Monte Alegre, demostrando la existencia en ellas del bacilo tífico cuando la epidemia tifoidea hizo estragos en los barrios que de aquel agua se surten. Los Sres. Salazar y Newman son autores de la notable obra *Examen de las aguas potables*, de que hace algún tiempo nos ocupamos.

* * *

SET CONTALLAS DEL TEMPS VELL, *por D. Teodoro Creus.* – Así se titula la colección de leyendas reunidas en un volumen, artísticamente ilustrado é impreso en Villanueva y Geltrú, que acaba de publicar, precedido de una carta prólogo del Excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, el erudito académico de la Historia D. Teodoro Creus y Corominas. Siete leyendas, inspiradas en tradiciones de nuestra región, han bastado al señor Creus, no sólo para dar muestra de sus constantes estudios históricos, sino también para revelarse como verdadero poeta, genuinamente catalán, persiguiendo levantados ideales y nobles propósitos. *El juicio del Moro, La fundación de Villanueva* y *Geribert lo excomunicat* distínguense por su vigor y galanura, así como por la concienzuda exposición de hechos y acontecimientos que aportan interesantísimos antecedentes históricos, embellecidos por su poética forma.

* * *

PRO PATRIA. – Con este título ha comenzado á publicarse en esta ciudad una revista mensual cuyo primer número contiene notables trabajos de Balaguer, Mistral, Millien, Castelar, Fastenrath, Coroleu, Felíu y Codina, Apeles Mestres, Colombina, Bonaventura, Guell y Mercader, Balsa de la Vega y Monszkonki y un Memorándum con interesantes noticias literarias, teatrales, bibliográficas, etc., formando también parte de la misma el número 1.º de la segunda época del boletín de la Biblioteca Museo Balaguer. *Pro patria*, cuyo director es nuestro querido compañero de redacción D. Antonio García Llansó, se publica en cuadernos de 64 páginas, que irán ilustradas cuando lo exija la índole de los trabajos que en ella se inserten: suscríbese en las principales librerías y en la Administración (Aribau, 30, Barcelona) al precio de 12 pesetas al año, 6 semestre y 3 trimestre para la península, y 20 al año y 10 semestre para Ultramar y el extranjero. Número suelto, 1'50 pesetas. Los productos de esta revista se destinan al fomento de la Biblioteca Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

* * *

NOVELAS GRIEGAS. – NARRACIONES AMERICANAS. – Bajo la dirección de D. Antonio Rubió y Lluch han comenzado á publicar los editores de ésta, Durán y Compañía, una Biblioteca Universal Ilustrada cuyos dos primeros tomos son una colección de interesantes novelas griegas de Vizyenos, Bikelas, Eftaliotis, Palamas y Drosinis, muy bien traducidas por el señor Rubió, y otra de bonitas narraciones americanas de los dis-

tinguidos escritores americanos Argüelles, Fernández Guardia, Palma, Caicedo, Vazquez, Posada y Fernández Medina. Ambos libros están ilustrados el primero por Llimona y el segundo por Utrillo y se venden al precio de una peseta cada uno en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5. La Biblioteca reparte trimestralmente á los suscriptores una fotocromotipia de gran tamaño: la primera repartida es la reproducción *La tarde del domingo*, de Baixeras.

* * *

La España Moderna. – El número últimamente recibido de esta importante revista que publica en Madrid el Sr. Lázaro contiene notabilísimos trabajos de Tolstoy, Caro, Claretie, Sofía Gay, Richepin, Menéndez, Tarde, Lombroso, Fernández Duro, Castelar y Villegas.

* * *

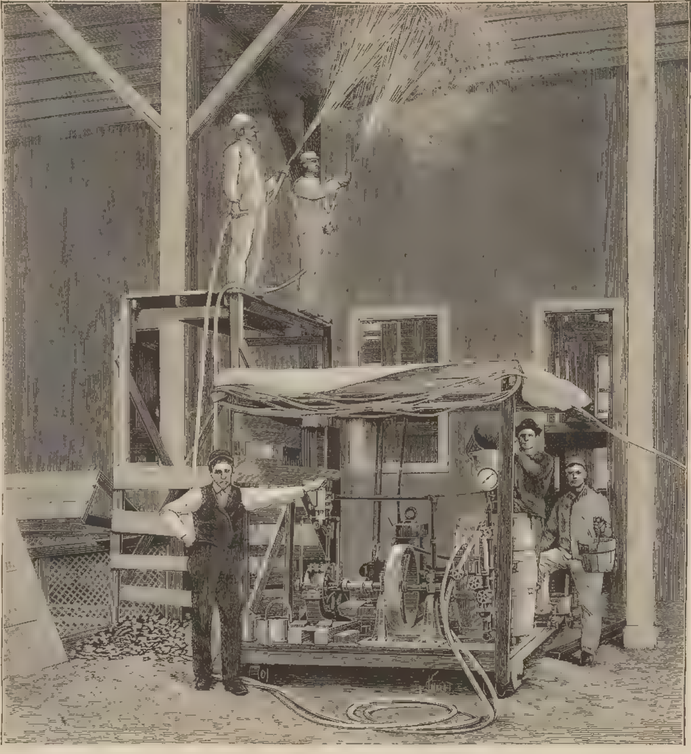
Lo deber, drama en un acto y en verso de *Simón Alsina y Cl.* Esta producción ha sido recientemente estrenada en el teatro Romea, de esta ciudad, siendo recibida con aplauso. Se vende al precio de 50 céntimos de peseta.

* * *

Dos hechos de la historia de Pénjamo, *por C. Francisco Rodríguez Gallaga.* – Estos dos hechos se refieren uno á la revolución de Ayutla y otro á la guerra de los tres años, y en ambos tomó parte activa el autor del folleto, que es profesor de Geografía é Historia en la Escuela normal de señoritas del Estado de Guanajuato (México).

* * *

Theara, drama en cinco actos de *D. Manuel Lorenzo d'Ayot.* El director de la «Biblioteca literaria» que se publica en Madrid ha repartido á los suscriptores de ésta un drama original suyo en que se plantea un difícil problema social. Véndese al precio de una peseta.



Una máquina de pintar de la Exposición de Chicago

* * *

Memoria presentada por los confinados del penal de Granada en apoyo y solicitación de la reforma del Código penal. – Es este un folleto en el cual se estudian varios problemas de la legislación penal, como el abono de la prisión preventiva, la proporcionalidad entre la pena y las consecuencias del delito, la reincidencia y otras no menos interesantes, y se hacen multitud de observaciones para demostrar la necesidad de reformar el Código penal. Es un folleto que merece ser leído por los que á estudios jurídicos se dedican y meditado por los que en el poder pueden remediar los males que en él se señalan.

* * *

El canto del cisne, *por el conde León Tolstoy.* – Un idilio durante el sitio, *por Francisco Copée.* – La *Colección de libros escogidos* que publica en Madrid el Sr. Lázaro ha puesto á la venta estas dos obras á cual más interesantes por su argumento y cuya mejor garantía de bondad son los nombres de sus autores: el novelista ruso, de fama universal, y el no menos célebre poeta francés, de cuya pluma han brotado las incomparables *Intimidades* y tantas otras joyas de la moderna literatura. A *Un idilio* precede un hermoso estudio biográfico y crítico de Copée, escrito por Julio Claretie; á *El canto del cisne*, un estudio del célebre crítico inglés Mateo Arnold sobre la novela contemporánea. Cada una de estas obras se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 19 de junio de 1893 — Núm. 599



EL ARTISTA ENFERMO, cuadro de E. Ravel



VERDADES Y MENTIRAS

Muchos é interesantes son los acontecimientos acaecidos en el mes que termina mañana. Y aun cuando algunos tengan carácter político, no por eso pueden dejarse sin comentarios perfectamente pertinentes al arte.

Lo acontecido en las Cortes durante la primera mitad del actual mes de mayo viene á patentizar de una manera clara y terminante cómo la lucha por ideales más ó menos casuísticos lleva aparejada la indiferencia popular y la más grande de las inopias, la moral, por parte de aquellos que, resistiéndose á la imposición evolucionista, en cualquier sentido, recurren á toda clase de artes, sean ó no legales, para defender sistemas amenazados de muerte por la fuerza expansiva de otros sistemas que parecen encajar hoy, allí donde ayer no encuadraban. Y la indiferencia general con que fué mirada la batalla parlamentaria y las escasas protestas con que fué censurada la conducta seguida por el mayor número prueban asimismo cómo, aun reconociéndose por la generalidad de las gentes el abuso que por razón de la fuerza numérica hizo el gobierno de su poder, viene á probar una vez más que ha pasado el tiempo de las luchas por ideas que no tienen otros fundamentos que los de un empirismo, el cual, aceptado en otros días en que era preciso para oponerlo á las imposiciones de lo arbitrario, hoy ya no puede aceptarlo una sociedad á quien el positivismo en todo orden de cosas impulsa por el camino de lo práctico.

Sin embargo, además de que, en efecto, la indiferencia que en materias políticas se viene advirtiendo en nuestra patria reconoce por causa el que las escuelas actualmente en lucha no pueden aportar la cantidad de savia necesaria para regenerar y vivificar fuerzas agotadas en el orden intelectual y aun en el material, por carecer esas escuelas de soluciones y de criterio en lo que atañe á cuanto no esté dentro del campo de acción – cada día más pequeño – de la política, sin embargo, repito, no puede negarse cuán grande es el estado de aniquilamiento, de marasmo físico y moral, en que por razones históricas ha caído España. Y este aniquilamiento y marasmo efectivos se advierte precisamente con ocasión de ponerse sobre el tapete algo de aquello que en días no lejanos todavía produjo gravísimos trastornos, los cuales modificaron de un modo grande la vida política y social de nuestra patria.

Nadie negará que las cuestiones políticas han apasionado hondamente á los españoles, y por lo tanto no puede negarse tampoco que un temperamento no se modifica jamás tan en absoluto que llegue á mostrarse insensible á lo que le emocionó hasta producirle crisis pasionales violentas, sin una causa que perturbe hondamente el organismo. Pues bien: si las ideas políticas y la lucha de esas ideas son hoy seguidas ó miradas con interés tan escaso como acaba de demostrarse en la reciente batalla parlamentaria, calcúlese el grado de marasmo en que el temperamento nacional habrá caído respecto de las artes y de las letras y la gravedad de la postración en que yacen las fuerzas todas de la patria. Véase, pues, si es posible la adopción por convencimiento y sentimiento por parte de nuestros artistas de ideal alguno estético de los que ahora se discuten y analizan en el mundo civilizado. Véase, pues, si es posible que en una nación donde se mira con completa indiferencia lo que fué motivo de violentas crisis, pueda despertar interés alguno lo que tan sólo en ocasiones en que hubo de aliarse con la política, como en la mitad de este siglo cuando los prohombres del partido progresista hicieron de los cuadros de Cano, Gisbert, Casado, Sans, etcétera, bandera de combate, fué mirado con relativo interés, y aun éste reflejo.

No; no es posible que el debate entre las diferentes escuelas filosóficas que hoy sostienen las teorías estéticas modernas pueda ser comprendido y apreciado aquí, donde el marasmo en todos sus aspectos impera; y no repercutiendo aquí los ecos de la discusión, no es posible que los artistas puedan enterarse ni apreciar el valor de las evoluciones estéticas que en los demás países donde hay un átomo de actividad intelectual se realizan en estos momentos. Porque el artista, como el hombre de ciencia, han menester para producir con arreglo á las exigencias de la cultura y del gusto de su época que el medio social en que viven evolucione, se mueva, sienta y esté en disposición, por fuerza de actividad, de presentir. Hombres de ciencia, literatos, artistas, producen según la influencia del medio en que viven y se nutren sus inteligencias. Por eso, deplorando la decadencia artística que acusan cada vez más hondamente nuestras Exposiciones de Bellas Artes, deploro con más amargura aún el estado de insensibilidad, rayano con el embrutecimiento, en que á juzgar por nuestra obra científica, literaria y artística impera en la sociedad española en general.

Bien puede hablar Zola en banquetes como el que presidió hace días en París, y dirigirse á la juventud francesa que le escuchaba, para fijar, según su criterio estético, el carácter que á su entender debe tener la obra de arte; pues aun cuando creo firmemente que no es la Francia de hoy la que ha de impulsar por nuevos derroteros á las artes plásticas, tónica y literaria, por razones ya expuestas varias veces en estas columnas, sin embargo, bien sabido tengo cómo la nación vecina estima y aprecia su abolengo intelectual y cuánto le preocupa no cejar en luchas de esta índole, pues cejar en ellas significa morir.

Y en honor de la verdad, declaro que el discurso de Zola, reproducido íntegro por los periódicos más importantes de Francia y comentado y en parte transcrito por los de Inglaterra, Austria y Alemania y por algunos españoles, es uno de esos documentos que analizaré y estudiaré siempre y que debe estar guardado en el más á mano de los estantes de las bibliotecas de los hombres estudiosos y de los artistas. Claro está que no obtendrán las afirmaciones que el autor de *La Terre* hace en el discurso á que me refiero la aquiescencia de muchas gentes, y si estas gentes pertenecen á la escuela idealista es seguro el anatema contra Zola y sus teorías; pero cuantos lean imparcialmente la oración del pontífice máximo del naturalismo francés, habrán de concederle una profundidad de pensamiento y una claridad de exposición tan sólo comparables al convencimiento que demuestra tener en la bondad de sus ideas el célebre novelista.

Zola dice en su discurso que atravesamos una crisis por parecernos que la ciencia que acababa de arruinar el viejo mundo debía reconstruir el moderno inmediatamente según el modelo que teníamos de la justicia y de la felicidad; y que transcurridos veinte, cincuenta, quizá cien años, se ha visto que la justicia no reina y que la felicidad no ha venido; y los esperanzados de ayer han sentido cruel impaciencia, se han visto desilusionados, y ahora niegan que pueda llegarse á la ciudad feliz por el camino del conocimiento. De aquí que se haya iniciado esa reacción mística y que se alce ese clamoreo reaccionario contra el positivismo de la ciencia; clamoreo que parece decir: ¡Basta de verdad!.. Dadnos la quimera. Sólo reposaremos cuando podamos soñar con lo que no existe, abismándonos en lo desconocido, que es donde las flores místicas se abren embriagándonos y aletargando nuestros sentidos con su perfume, haciéndonos insensibles á los sufrimientos.

Pero esto para Zola nos es más que un desfallecimiento momentáneo, pues «la fe no resucita, ni de las religiones muertas cabe hacer más que mitologías.» Cree que no es posible que la juventud acepte la fe que muchos pastores de almas le proponen ardientemente, pues no son á propósito para aceptar tal cosa los tiempos de turbación en que vivimos. La única fe posible es la fe en el trabajo, y el autor de *La obra* dice á este propósito lo siguiente: «El trabajo es la única ley del mundo, el regulador que conduce la materia orgánica hacia su desconocido fin. La vida no tiene otra significación ni otra razón de ser; cada uno de nosotros no hace más que aparecer hoy para dar la suma de labor que nos ha correspondido y desaparecer mañana.» En otro párrafo sigue diciendo á este propósito: «Nada existe para los pueblos más nocivo que la ilusión, porque suprime el esfuerzo, nos ciega y es tan sólo vanidad de los débiles. Un hombre que trabaja es bueno. Estoy convencido por lo que á mí atañe que la única fe que puede salvarnos es creer en la eficacia del esfuerzo cumplido. Es indudable que soñar con la eternidad es el más bello de los sueños, pero al hombre honrado le basta con haber pasado por la tierra haciendo su obra.»

No diré yo, como el ilustrado articulista de un periódico conservador madrileño, que las afirmaciones de Zola caerán por su base cuando las generaciones venideras las analicen; ni tampoco afirmaré tan de lleno como el citado articulista que contra las dichas afirmaciones positivistas de Zola protesta la intuición religiosa de todas las conciencias, aun la de aquellas más perturbadas por el error. Para mí yerra en sus apotegmas Zola y se equivoca de medio á medio el articulista de *La Época*, que es el articulista á quien me refiero. Zola reconoce que existe una reacción formidable, que él cree momentánea, contra la ingerencia que en el *sentimiento* pretende ó ha pretendido ejercer la ciencia. Zola cree que el ideal humano está cifrado en destruir todo *ideal*, ensalzando para ello la ciencia y el arte positivistas. Zola además afirma que el hombre debe darse por satisfecho con haber pasado su vida trabajando, «haciendo su obra,» no dando cabida en su mente á ensueños ni amores espirituales de ninguna especie.

Verdaderamente que es singular la coincidencia en que el cristianismo, por Zola tildado de religión muerta, y el positivismo del autor de *Nana*, vienen á ser como la afirmación de una negación de la vida en ambas doctrinas. El cristianismo mira á este mundo como á un valle de destierro, en el cual el hombre no debe amar nada, antes al contrario, rechazar á la naturaleza cuando ésta se manifiesta en nosotros por medio de las pasiones y de los deseos; el cristianismo hace que en lugar de admirar la naturaleza, y de gozar con sus bellezas, y de extasiarnos con su contemplación, y de amar sus encantos, y de arrullar nuestra alma como nuestros sentidos con las voluptuosas caricias de la brisa, de los aromas, de la frescura de la umbría, del beso robado á unos ojos que no han visto todavía más rosas que las de quince abriles, ciñamos nuestro cuerpo de cilicio y miremos como pecado toda sensación de voluptuosidad, todo lazo que nos ate á la tierra: el positivismo de Zola arrancándonos de esas sensaciones dulcísimas, de esos éxtasis del amor, de esos goces que no por indeterminados son menos efectivos, cuando la imaginación se siente subyugada por ese algo que flota en la niebla, en los rayos solares, en las brumas oceánicas, como flotaba, según la Biblia, el espíritu de Dios sobre las aguas; ese positismo, digo, es tan mortal, es tan aniquilador como la intransigencia cristiana; porque si la vida no tiene otra razón de ser que el trabajo encomendado á cada uno de nosotros, y hecha la labor nuestra desaparición es el premio, ¡vive Dios que para tal cosa no han menester esos mismos hombres de la ciencia positivista quebrarse los cascos en averiguar soluciones de ninguna especie!

¡Oh, no! La justicia no es la felicidad ni mucho menos. Aparte de que el concepto de la felicidad y de la justicia, como el del idealismo y del positivismo, varía y se modifica según varían y se transforman las sociedades; por lo tanto, al ideal perseguido por el positivismo habrá de sucederle lo que al ideal social predicado por Cristo, se modificará; pero aparte de esto, digo que el mismo Zola apunta un fenómeno por él observado en las exposiciones de Bellas Artes, que es la respuesta más elocuente dada á sus doctrinas, en cuanto éstas tienen de dogmáticas, de inflexibles. «Ayer, después de quince años, me ha parecido notar – dice refiriéndose á los cuadros que están hechos al aire libre y en la mitad del campo y al sol – que en medio de la fresca limpidez de las obras expuestas, se levantaba cierta especie de bruma mística.»

¡Oh! Si no se levantase esa especie de bruma mística, sería cosa de renegar del artista, preocupado tan sólo con la copia servil de la forma, cual puede hacerla la fotografía. El misticismo que sorprende hoy el artista en el campo como en el mar, existe: ¡como que es el espíritu de que hablo más arriba, ese algo inexplicable que nos emociona!; lo que hay es que en Francia tomaron el rábano por las hojas y achacaron al cristianismo lo que el cristianismo no ha producido; Francia ya no significa todo el mundo intelectual; si no, ahí están Alemania, Austria, Inglaterra y Rusia para rectificar.

R. BALSA DE LA VEGA

30 de mayo de 1893

EXPOSICIÓN DE CHICAGO

CEREMONIA DE LA INAUGURACIÓN

Como en todas las exposiciones universales ha sucedido siempre, la inauguración de la de Chicago verificóse sin que estuvieran ni con mucho terminadas todas las obras é instalaciones. Y sin embargo, cuantos á este acto asistieron no pudieron menos de admirar el colosal esfuerzo que representa haber levantado en el inmenso espacio pantanoso que pomposamente denominan aquellos ciudadanos Jackson Park, más de cien grandiosos edificios que por sí solos ocupan una superficie igual á toda el área del terreno que llegó á llenarse por la mayor de las exposiciones universales hasta hoy organizadas: la de París de 1889.

La ceremonia de la inauguración, que se verificó el día 1.° de mayo, fué un espectáculo imponente. En la gran plaza de la Exposición, cuya superficie es de una milla inglesa cuadrada, habíase levantado la tribuna presidencial: delante de ésta alzábanse tres elevados mástiles que sostenían doradas reproducciones de las tres carabelas con que Colón descubrió el Nuevo Mundo; en el fondo, el magnífico edificio de la Dirección, coronado por hermosa cúpula; enfrente de éste y corriendo á lo largo del lago Míchigan, una columnata; á la izquierda, el palacio de la Electricidad y una fachada del de la Industria, el edificio mayor del mundo; á la derecha, la Galería de máquinas y el palacio de la Agricultura; en el centro, el gran estanque poblado de estatuas, fuentes y grupos plásticos y surcado por góndolas venecianas conducidas por italianos con el pintoresco traje de la antigua República del Adriático, y llenando este inmenso espacio una multitud de trescientas mil personas procedentes de todas las partes del mundo, allí congregada para aclamar al presidente de la gran república y á los ilustres huéspedes de la nación norte-americana, y en primer término á D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, descendiente del descubridor de América.

A las once, Mr. Cleveland ocupó la tribuna, teniendo á su lado al duque de Veragua, á los altos funcionarios de la Exposición, al gobernador del Illinois, al burgomaestre de Chicago, á los ministros y á otros elevados personajes: la aparición del presidente fué saludada con estruendosos aplausos y vítores, y en seguida la orquesta de Teodoro Thomas ejecutó la grandiosa marcha de Colón. Después que el reverendo Milburn hubo rezado una larga plegaria y una señora leído una poesía alusiva al acto de Croffut y la orquesta tocado la sinfonía de *Rienzi*, adelantóse Mr. Davis, director general de la Exposición, y pronunció un discurso, haciendo á grandes rasgos la historia de ésta y dando las gracias á todos los que le habían ayudado en la realización de la empresa y muy especialmente á los gobiernos extranjeros. Siguió á éste el discurso de Mr. Cleveland, quien con voz potente y reposada comenzó por felicitarse de los sorprendentes resultados del genio y de la actividad americanos; saludó con entusiasmo á los que desde remotos países habían acudido á honrar con su presencia ese homenaje á la fiesta de la paz, del trabajo y de la civilización, en la que un pueblo joven, vigoroso é independiente ofrecía al mundo entero las muestras de su progreso, representado no tanto por los grandiosos edificios de Jackson Park y los productos en ellos acumulados, como por la posesión de un gobierno popular cuya grandeza admira todo el orbe: «Hemos reunido, dijo, multitud de cosas bellas y útiles; pero también hemos formado hombres que pueden gobernase á sí mismos.» El presidente terminó su oración con las siguientes palabras: «Fijémonos bien en la significación que en el fondo entraña la ceremonia que estamos verificando: que la impresión de este momento no se borre nunca de nuestra memoria; y así como al oprimir este botón se pondrán en movimiento todas las máquinas que dan vida á esta Exposición, ¡ojalá que nuestras esperanzas y nuestros trabajos puedan servir para despertar fuerzas que contribuyan al bienestar, á la dignidad y á la libertad de la humanidad entera!»

Dichas estas palabras, Mr. Cleveland oprimió el botón eléctrico que tenía delante, y como por ensalmo ondearon en el aire millares de banderas y gallardetes, echáronse á volar verdaderas nubes de palomas, descorrióse el velo que cubría la estatua de la República levantada en el lago, soltaron sus juegos las fuentes y atronaron el espacio las sirenas de los vapores, las campanas y los cañonazos, mientras la orquesta entonaba el himno *Aleluya* y el himno nacional americano entre las ensordecedoras aclamaciones de la inmensa muchedumbre.

Tal ha sido la ceremonia de la inauguración del certamen universal colombiano, que como todo lo que en aquel pueblo se hace ha revestido caracteres de grandiosidad sin ejemplo.



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de Román Ribera
(Exposición Parés)

Muchas son las deficiencias que aún se notan en la Exposición, pero así y todo ésta promete superar á todas cuantas se han celebrado hasta el presente y sobrepujar las esperanzas que hayan podido formarse los que más ciega fe tienen en la poderosa virtualidad de los norte-americanos.

Hasta ahora el éxito económico no ha correspondido á lo que se había esperado: justo es, empero, decir que en las orillas del Míchigan se han dejado sentir hasta hace poco los últimos rigores del invierno, que los árboles apenas tienen hojas, que los céspedes están aún pelados y que la lluvia ó el viento y el frío contribuyen á hacer poco grata la estancia en la Exposición. Esto no obstante, no hay que ser pesimista: durante los meses de junio á septiembre acudirán allí sin duda alguna de toda América y de varios puntos de Europa innumerables muchedumbres.

Y la verdad es que no faltan en la *World-fair* atractivos en los que durante un mes por lo menos podrá entretenerse el forastero que concurra á la Exposición Universal de Chicago.

A.

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

I. – PRELUDIOS

En las grandes catástrofes de la historia, donde sucumben millares de víctimas sacrificadas al furor de las pasiones ó á la fatalidad de los acontecimientos, la enorme suma de dolor que representa la hecatombe casi embota nuestra sensibilidad; porque somos tan finitos, tan limitados, tan pequeños, que lo vasto nos abruma y lo genérico nos es punto menos que indiferente. Para sentir preciso es que reconcentremos el interés, y para sentir profunda y trágicamente la revolución del pasado siglo, que consagremos ese interés al más débil, al más inocente, al más puro de los mártires; al que, cordero sin mancilla, sufrió pasión y muerte por los pecados de todos, y expió los crímenes y los yerros de su raza con torturas que recuerdan las de los hijuelos de Ugolino en la maldita torre. Madres que leáis la historia de Luis XVII de Francia y no lloréis..., ¿lloráis por algo en este mundo?

Antes de referiros cómo padeció el que no fué llamado rey sino en los obscuros bosques de la Vendea ó en las esquivas gándaras bretonas, evocaré rápidamente los primeros y dulces tiempos de su corta vida, que duró diez años, dos meses y doce días, empezando el domingo de Pascua, 27 de marzo de 1785, y acabando el 25 de Prairial, año tercero de la República, ó sea el 10 de junio de 1795.

La popularidad que disfrutaba Luis XVI en los comienzos de su reinado, hizo que fuese acogido con extremos de alegría loca, no sólo el nacimiento de su primogénito, el delfín Luis José Javier Francisco, sino el del segundogénito, Luis Carlos, que al venir al mundo recibió el título de duque de Normandía, provincia monárquica hasta la abnegación, según demostró después. Tuvo el delfín Luis José la gran suerte de morirse á los ocho años de edad, y el terrible peso de la sucesión al ya combatido trono recayó sobre el hermanito menor, que al ser reconocido delfín contaba cuatro años, y llamaba la atención y cautivaba los corazones por el resplandor de su querúbica belleza.

El retrato que contemplo, dibujado y grabado por Regnault según una miniatura de Dumont, representa un niño de inverosímil hermosura. Su faz, del corte más suave y armonioso, ni muy ancha ni muy larga, la alumbran como astros dos ojos grandísimos (que eran azules, con tupidas pestañas obscuras). La boca, llena, delicada y turgente como el fruto del guindo, sonríe abriendo en la cándida mejilla el hoyuelo encantador característico de la niñez. El pelo, ceniciento y ondeado, que era orgullo de la reina, cae en gracioso desorden sobre la garganta de cisne – la garganta de María Antonieta, larga y torneada, perfecta y altiva. – En la barbilla se abre otro hoyuelo gentil. La tez se adivina blanca, fresca, del matiz del raso nacarado que era entonces tan de moda. La estatura de Luis Carlos fué siempre alta á proporción de la edad; el cuerpo, derecho y gallardo; el andar, noble y señoril; la expresión, bondadosa; la acogida, digna y afable; el carácter, vivo, generoso y resuelto, con gran dosis de pundonor; el entendimiento, claro; y en suma, las prendas físicas y la condición moral cual conviene á un reyecito, esperanza de su pueblo y honor de su raza... ¡Raza infeliz!

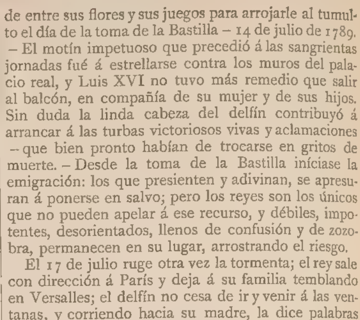


(Facsímile de un grabado hecho por los hermanos Klauber en Augsburgo)

Cuando la muerte de su hermano elevó á Luis Carlos á tan alto puesto, el horizonte de la monarquía iba obscureciéndose cada vez más, y María Antonieta, vuelta en sí, curada de las ligerezas y aturdimientos del período juvenil, ya no era la alegre y burlona delfina ni la brillante reina amiga de bailes, mascaradas y óperas, sino la mujer á quien amaga el infortunio y que toma por lo serio la vida, y la madre inquieta que tiembla ante las sombras de lo porvenir. No es extraño que se convirtiese en institutriz del adorado hijo. Esta innovación casi revolucionaria, á lo Juan Jacobo, de un delfín educado por la reina, cimentó el cariño apasionado entre la madre y el hijo – cariño providencialmente dispuesto como para refinar el suplicio de la madre en el Temple. – Todas las mañanas madrugaba el delfín, y bajando á los jardines de Versalles cogía un precioso ramo y corría á dejarlo sobre el tocador de la reina, para que ésta lo encontrase al despertar. Luego le ocurrió al niño que las flores le gustarían á su madre mucho más si él mismo las cultivase; y con esta idea se dedicó á cavar y regar, ejercicio que desarrolló sus fuerzas y dió á sus mejillas el carmín de la salud.

Su gracia, su tacto cortesano, asombroso en tan pequeña criatura; su espontaneidad, su rectitud natural, su ingenuo hechizo, prendaban á los que le veían de cerca; mas las monerías de los niños reales, celebradas si corren vientos prósperos, pasan inadvertidas cuando graves cuidados hieren el alma y nubes negras encapotan el cielo. Algunas frases ingeniosas y algunos rasgos bonitos del delfín ha conservado, no obstante, la crónica de tan aciagos días. Una vez que el niño cogió á un pajecillo una flauta, y para hacerle rabiar la escondió entre los mirtos del jardín, por no castigar á Luis Carlos castigaron á su perrillo favorito, *Moufflet*. Sublevóse la ingénita lealtad del delfín, y solicitó pasar al cuarto obscuro á ocupar el sitio del perro. Además, llamó al paje, y pidiéndole excusas, le devolvió la flauta.

La revolución sacó por primera vez al niño



de entre sus flores y sus juegos para arrojarle al tumulto el día de la toma de la Bastilla – 14 de julio de 1789. – El motín impetuoso que precedió á las sangrientas jornadas fué á estrellarse contra los muros del palacio real, y Luis XVI no tuvo más remedio que salir al balcón, en compañía de su mujer y de sus hijos. Sin duda la linda cabeza del delfín contribuyó á arrancar á las turbas victoriosos vivas y aclamaciones – que bien pronto habían de trocarse en gritos de muerte. – Desde la toma de la Bastilla iníciase la emigración: los que presienten y adivinan, se apresuran á ponerse en salvo; pero los reyes son los únicos que no pueden apelar á ese recurso, y débiles, impotentes, desorientados, llenos de confusión y de zozobra, permanecen en su lugar, arrostrando el riesgo.

El 17 de julio ruge otra vez la tormenta; el rey sale con dirección á París y deja á su familia temblando en Versalles; el delfín no cesa de ir y venir á las ventanas, y corriendo hacia su madre, la dice palabras que había de repetir en la fecha fatal del 10 de agosto: «Mamá, ya va á volver papá. No tengas miedo: papá es muy bueno y nadie le hará daño.» El anuncio del niño se cumplió: el rey volvió sano y salvo, y hasta vitoreado aquel día.

Por primera vez, el 5 de octubre, cayó sobre Versalles el pueblo de París. Los desastres de la mala administración, el precario estado de la hacienda pública, el hambre y la carestía de las subsistencias formaron y precipitaron á aquella horda – la verdadera horda de la Revolución, guiada por mujeres furiosas, exaltada por canciones cínicas y sanguinarias, espoleada por la embriaguez, armada con hachas, cuchillos y la terrible pica, cuyo natural remate era la cabeza cortada. – Por primera vez también el delfín es despertado á las altas horas, sacado del lecho, vestido aprisa y llevado fuera de su aposento para resguardarle del peligro. ¡En cuántas ocasiones había de volver á interrumpir el santo sueño de la criatura el mismo terror, y cuántas había de ver á su cabecera las caras pálidas, los ojos preñados de lágrimas, los dedos puestos sobre la boca ordenando silencio! «Tengo hambre,» decía el niño. «Hay que esperar á que pase el tumulto, hijo mío,» contestaba la reina, secándose los ojos con un pañuelo. Los amotinados piden que se asome al balcón la reina, la cual se asoma con sus hijos de la mano. «¡Fuera niños!,» gritan los furiosos, temiendo ablandarse, como el 14 de julio, ante la cándida beldad de Luis Carlos y su hermana. La reina, que nada tenía de cobarde, salió sola, arrogante, impávida; y el pueblo, dominado nuevamente, aplaudió.

La oleada del motín arrastraba hacia París á la familia real, y la muchedumbre armada escoltaba las carrozas. Al ver aquellas siniestras cataduras, al oir aquellas voces vinosas, aquellas horribles blasfemias, aquellas cabezas cortadas que adornan las picas, el delfín, sentado en las rodillas de su madre, alza la frente y pregunta atónito: «¿Es este el pueblo, mamá? ¿No dicen que yo debo quererle mucho?» Sin que el niño obtuviese la explicación que deseaba (¡qué de enigmas



Toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. – De un grabado en cobre de Duplessis-Bertaux

HUNOS CARGANDO CONTRA EL ENEMIGO

COPIA DEL CUADRO DE V. CHECA, GRABADO POR I. WEIGAND

semejantes habían de preocuparle después!), llegó la comitiva á las puertas de París, y las mujeres que la seguían gritaban á las que salían á los balcones: «Se acabó el hambre. Nos traemos al panadero, á la panadera y al mocito de la tahona.»



La familia real regresando á París (Copia de un dibujo de la época)

Instaláronse los reyes en las Tullerías, palacio deshabitado y desmantelado desde hacía mucho tiempo. «¡Qué feo es esto, mamá!,» exclamó al pisarlo el delfín. «Hijo mío, respondió su madre, Luis XIV vivió aquí y no se quejaba: no hemos de ser más exigentes que él.»

Un rayo de bonanza lució para la monarquía cuando la Asamblea Nacional, habiendo venido á felicitar al rey, quiso saludar al heredero del trono y le aclamó enternecida. Las esperanzas y los odios empezaban á condensarse alrededor de la criatura: muchos que desaprobaban á Luis XVI sin condenar al trono, indicaban la posibilidad de una abdicación; y el rey, para aquietar los ánimos, anunciaba en plena Asamblea, en febrero de 1790, que educaba á su hijo constitucionalmente, para el nuevo orden de cosas. «Ved á mi hijo, decía el mismo día la reina á la comisión de la Asamblea: quiero enseñarle desde un principio á respetar las libertades públicas.»

Mientras se buscaba en su debilidad antemural contra la Revolución, el niño, privado de los inmensos parques de Versalles, salía los jueves á jugar al huerto de la marquesa de Lede, y recobraba sus aficiones á la floricultura en el diminuto jardín que dentro de las Tullerías le otorgaban. Allí criaba conejos, regaba y plantaba rosales. ¡Melancólicos destinos los de este jardín, situado á la extremidad de la terraza, á orillas del agua! Así como Luis XVI se lo dió al delfín para su recreo, Napoleón lo destinó al del rey de Roma, Carlos X al del duque de Burdeos, Luis Felipe al del conde de París!

Otra gran distracción del niño fué la creación del regimiento de muchachos, que tomó el nombre de *Real Delfín*. Es de advertir que Luis Carlos adoraba, como la mayor parte de los chicos, el aparato militar. Cuando el regimiento de Flandes pasó por Versalles, el delfín se empeñó en saludarle. «Pero ¿qué les vas á decir tú á esos señores?,» preguntaba la reina. «Ya discurriré.» Entró la oficialidad, y el delfín dijo á los de primera fila: «¡Cuánto me alegro de estar entre ustedes! La lástima es que como soy tan chico no les veo á todos.» De pronto, reparando en un oficial muy alto: «Cójame usted en brazos, le suplicó, y así veré á todos estos señores.» Calcúlese su alegría cuando se hubo encontrado al frente de un regimiento que ostentaba engreído el nombre de *Real Delfín*. Fueron los oficiales de este regimiento quienes presentaron á Luis Carlos un regalo de trágica memoria: el dominó hecho por Palloy con mármoles que eran despojo de la Bastilla. Al entregar al niño el siniestro juguete, le recitaron la siguiente estrofa:

> «Lo que de la nación terror ha sido
> mira en lindo juguete convertido.
> Cuando juegues con él, en la memoria
> ten del pueblo el amor y la victoria.»

Cuentan que el regalo no agradó al delfín, que lo guardó en un armario y no quiso verlo jamás. En cuanto al regimiento del *Real Delfín*, representante de la opinión monárquico-liberal, poco tardaron los radicales en ridiculizarle y procurar que se disolviese. Apodáronlo *Real Bombón*, y los padres, miedosos, suprimieron aquella guardia nacional de chiquillos.

Al cultivar su jardincito, sucedíale al delfín que, por la empalizada que lo separaba de la parte no reservada de las Tullerías, le hablasen muchas personas, le pidiesen limosna infinitos pobres, y flores mil bellas paseantes. Las flores las ofrecía con risa halagüeña y la cortesanía del más cumplido galán; las limosnas, con el calor de un corazoncito que ya rebosa compasión y regia munificencia. Los niños pobres, enfermos y descalzos, como por misterioso presentimiento le atraían. Cierto día el rey vió á su hijo contando los escudos que guardaba en un cofre. «¿Esas tenemos, Carlos?,» murmuró risueño el padre. «¿Ya cuentas la hucha como los avaros?» «Papá, respondió la criatura, es para los niños expósitos. Me dan mucha pena. ¡Si vieras qué desgraciados son!» Diríase que en el nervioso, impresionable y exquisito organismo del delfín existía algo que puede llamarse previsión del tremendo destino que se le preparaba. Su alegría y viveza se apagaban por momentos al soplo de auras fúnebres, de estremecimientos indefinibles. Un día, como cogiese para distraerse un tomo de *El amigo de los niños*, de Berquín, y le abriese á bulto, saltó del sofá, con los ojos preñados de llanto, y entregando el libro á su preceptor el abate de Avaux, exclamó consternado: «¡Válgame Dios! Mira por dónde he abierto: ¡por la historia de *El prisionerito!*

También se sabe que, hallándose en su jardín el niño y habiendo solicitado desde fuera una mujer que pidiese al rey para ella ciertas mercedes, la solicitante añadió: «Monseñor, si consigo esta gracia, me creeré tan feliz como una reina.» El delfín, levantándose y mirando á la mujer, contestó en tono reflexivo: «¡Feliz como una reina! Yo conozco una que no hace más que llorar en todo el día.»

Y era verdad. Las demasías provocadas por la fiesta de la federación; la imposición del capellán juramentado á familia tan católica como la de Luis XVI; los reiterados ultrajes; el tumulto siempre rugiendo á las puertas de palacio; la vigilancia injuriosa; los vergonzosos pactos con Mirabeau; las cuelgas de aristócratas en los faroles; las quemas de castillos; los mil sucesos que se precipitaban, parecían colmar la medida de la aflicción y humillación del trono – aun cuando lo venidero se encargó de demostrar que aquello era tortas y pan pintado, y que con las amarguras de tales días pudieran fabricar regocijos los cautivos del Temple. – En suma, la situación bastaba y sobraba para justificar el complot de huída al extranjero, que secretamente empezó á tramarse hacia mayo de 1791. Ya veremos en los sucesivos artículos lo que fué del delfín en los azarosos días del fracaso de Varennes.



EMILIA PARDO BAZÁN

NOTA. – El anterior artículo es el primero de una serie que para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha escrito la ilustre escritora señora Pardo Bazán y que publicaremos sin interrupción en los números sucesivos, ilustrándolos con preciosos grabados de la época.



Las mujeres de París encaminándose á Versalles el 5 de octubre de 1789 (Copia de un grabado de la época)

No dudamos de que nuestros suscriptores han de ver con gusto esta publicación, en la que el interés especial de los hechos adquiere doble atractivo cuando los relata la insigne publicista á la que tantas joyas debe nuestra literatura. – *N. de la R.*

EL POZO DE LA VERDAD

(Conclusión)

Y al Sr. Dulcamara hay que hacerle justicia. No se anduvo por las ramas, sino que á este quiero y á este también, hizo cada regalo que cantaba el credo. Sortijas, pendientes, collares y guardapelos para las mozas, relojes, alfileres, cadenas y botones para los mozos, y gemelos para el alcalde, y cálices y patenas para el cura, y espátulas para el boticario, y unas disciplinas nuevas para el maestro de escuela. Vamos, que aquel gran señor era un arca sin fondo, y la chica iba á ser de seguro la mujer más dichosa de la tierra.

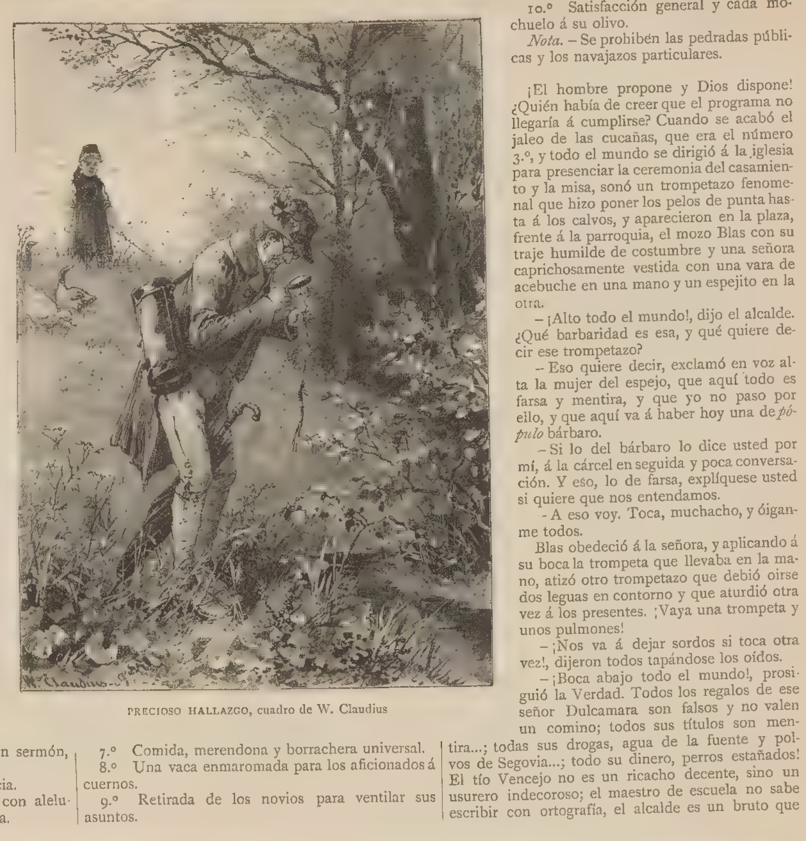
Conquistadas así todas las voluntades, inútil es decir que se tomó á pechos por el pueblo entero la boda de la hija del tío Vencejo, y éste, ostigado por unos y por otros, prometió que el día del casamiento habría tortas y pan pintado para todos los pobres, y agua de limón y cebada para la clase media, y corderos y cabritos para concejales y caciques.

Y llegó el día... terrible para Blas y magnífico para convidados y convidadores. ¡Qué gresca! ¡Qué alboroto! Para que se vea si se había hecho la cosa en grande, conviene examinar la lista de festejos.

PROGRAMA *de las fiestas que se han de celebrar el día... del tal... tal, etc., en el gran pueblo de tal... por cual... con motivo de la boda de Anita, la hija del tío Vencejo, con el gran Sr. Dulcamara, inventor sublime, taumaturgo eximio, químico conspicuo y astrólogo ecuestre...*

1.º Guitarras, bandurrias y castañetas, público.
2.º Baile general en la plaza.
3.º Cucañas con chorizos, jamón, medios duros y otros embutidos.
4.º Misa solemne de un cura solo, con sermón, campanas, organillo y bendición papal.
5.º Ochavos y cacahuets para la infancia.
6.º Procesión del bendito San Zoilo, con aleluyas y panecillos del Santo, de color de rosa.
7.º Comida, merendona y borrachera universal.
8.º Una vaca enmaromada para los aficionados á cuernos.
9.º Retirada de los novios para ventilar sus asuntos.
10.º Satisfacción general y cada mochuelo á su olivo.

Nota. – Se prohiben las pedradas públicas y los navajazos particulares.



PRECIOSO HALLAZGO, cuadro de W. Claudius

¡El hombre propone y Dios dispone! ¿Quién había de creer que el programa no llegaría á cumplirse? Cuando se acabó el jaleo de las cucañas, que era el número 3.º, y todo el mundo se dirigió á la iglesia para presenciar la ceremonia del casamiento y la misa, sonó un trompetazo fenomenal que hizo poner los pelos de punta hasta á los calvos, y aparecieron en la plaza, frente á la parroquia, el mozo Blas con su traje humilde de costumbre y una señora caprichosamente vestida con una vara de acebuche en una mano y un espejito en la otra.

– ¡Alto todo el mundo!, dijo el alcalde. ¿Qué barbaridad es esa, y qué quiere decir ese trompetazo?

– Eso quiere decir, exclamó en voz alta la mujer del espejo, que aquí todo es farsa y mentira, y que yo no paso por ello, y que aquí va á haber hoy una de *pópulo* bárbaro.

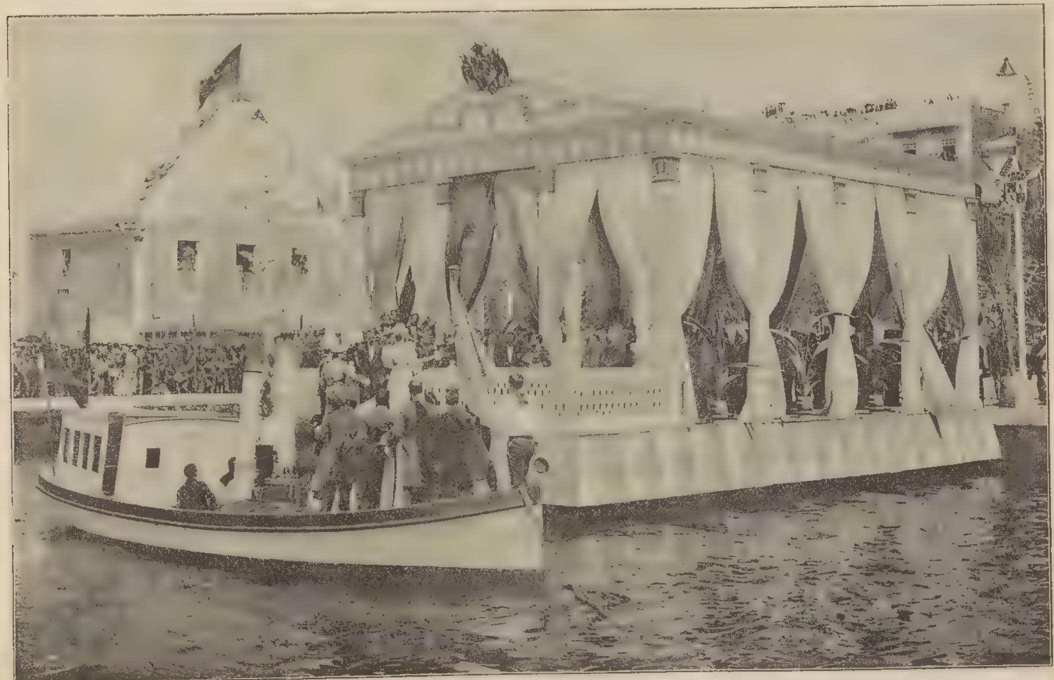
– Si lo del bárbaro lo dice usted por mí, á la cárcel en seguida y poca conversación. Y eso, lo de farsa, explíquese usted si quiere que nos entendamos.

– A eso voy. Toca, muchacho, y óiganme todos.

Blas obedeció á la señora, y aplicando á su boca la trompeta que llevaba en la mano, atizó otro trompetazo que debió oirse dos leguas en contorno y que aturdió otra vez á los presentes. ¡Vaya una trompeta y unos pulmones!

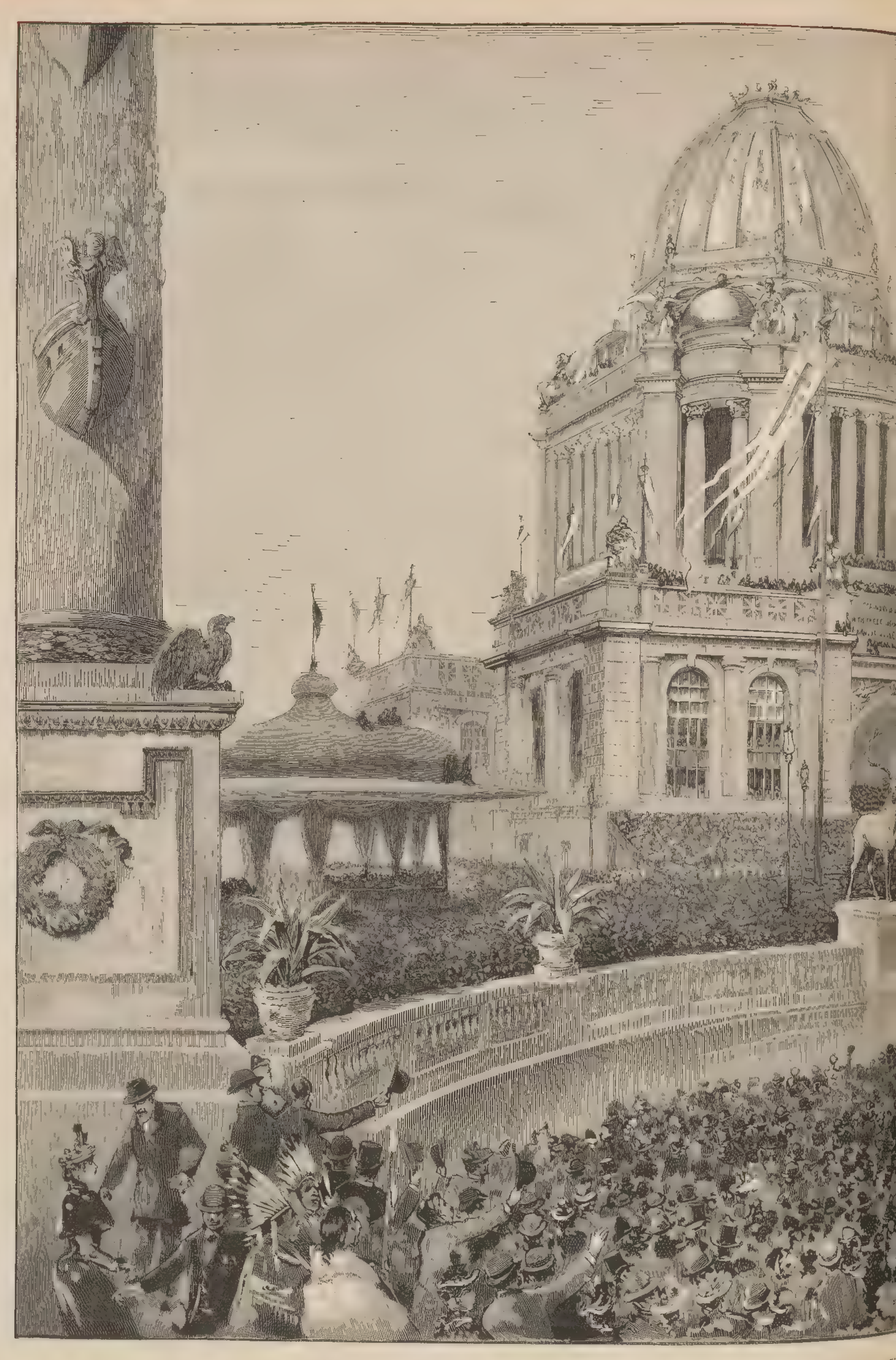
– ¡Nos va á dejar sordos si toca otra vez!, dijeron todos tapándose los oídos.

– ¡Boca abajo todo el mundo!, prosiguió la Verdad. Todos los regalos de ese señor Dulcamara son falsos y no valen un comino; todos sus títulos son mentira...; todas sus drogas, agua de la fuente y polvos de Segovia...; todo su dinero, perros estañados! El tío Vencejo no es un ricacho decente, sino un usurero indecoroso; el maestro de escuela no sabe escribir con ortografía, el alcalde es un bruto que



DESEMBARCO DE LOS INFANTES D.ª EULALIA Y D. ANTONIO EN SAN JUAN DE PUERTO RICO

(De otografía de Feliciano Alonso, remitida por D. Marcelino García)



CEREMONIA DE LA INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO, VERIF



CADA EL DÍA 1.º DE MAYO. ASPECTO DE LA PLAZA DE LA EXPOSICIÓN, DIBUJO DE E. LIMMER

sólo sabe volcar el puchero en las elecciones, el cura no sabe latín, el boticario da polvos de almidón en vez de magnesia y vende quinina fabricada con polvos de espárragos: aquí todos son unos farsantes, embusteros, y van á verlo en seguida.

En efecto, dirigió el espejito hacia la concurrencia, y todo el mundo apareció á los ojos de los demás tal como era y no como parecía. ¡Qué espectáculo! Hombres y mujeres, todos... comenzaron á gritar diciendo: «¡Yo soy un hipócrita!» «¡Yo soy un bribón!» «¡Yo engaño á mi mujer!» «¡Yo desobedezco á mi padre!» «¡Yo se la pego á mi marido!» «¡Yo no tengo un cuarto!» «¡Yo soy un ladrón!» etc., etc., y cuanto más gritaban más se separaban unos de otros.

El gran Dulcamara no sabía dónde esconderse, y Anita diciendo: «Soy una mema,» y Blas exclamando: «Soy un asno,» se abrazaron y echaron á correr del prado, escapando por aquellos trigos. ¡Pareja feliz!

Mientras el alboroto seguía en aumento, los maridos engañados arrancaban del moño á sus cónyuges extraviadas; los electores aporreaban al alcalde; unos gritaban: «¡Al ladron!,» otros «¡Al asesino!,» y todo era destrucción, ruina y estrago, mientras la Verdad, con el espejo en la mano, lanzaba rayos de aquel cristal sobre todos los habitantes del pueblo.

Rendidos, aporreados y con un palmo de lengua fuera de la boca, se miraron unos á otros, y lo cierto es que no parecían seres humanos, sino fieras escapadas de los bosques. ¡Qué de sangre, de arañazos, de cardenales, de torniscones, de repelones y de calvicies prematuras! ¿Y todo por qué? Y sobre todo ¿por quién? Por una mujerzuela de tres al cuarto, por aquel tipo estrambótico y extranjero, sola, sin defensa, sin guardia civil, ni carabineros, ni fuerza pública de ningún género...

-¡A ella! ¡A ella!, gritaron todos. ¡Fuera la bruja! ¡Fuera la tonta! ¡Aquí todo era paz y bienandanza y tranquilidad! ¡Acabar con ella!

Y dicho y hecho: ella se defendía con el espejito; pero una pedrada del boticario hizo saltar el cristal en mil pedazos, y allí fué ella... Entre todos le arrancaron el mueblecillo, le hicieron añicos el vestido, la insultaron, la arrastraron hacia el pozo y la tiraron á él de cabeza. Sobre su cuerpo hecho añicos tiraron cuantas piedras, ladrillos y peñascos encontraron á mano, hasta que éstos llegaron al brocal; y para que jamás volviera á salir de aquella tumba la pobre mujer, siguieron amontonando peñascos y construyeron una torre más grande que la de Babel.

Desde entonces no ha vuelto á reaparecer la *Verdad* sobre la tierra, y *Dulcamara* se pasea triunfante en su carricoche por todos los países del planeta.

Luis M. de Larra



Bellas Artes. – La Asociación Artística Suiza ha comenzado el viaje circular de su exposición de Bellas Artes por las ciudades de Basilea, Winterthur, Schaffhausen, Zurich, Glaris, Constanza, Berna y Saint Gall, en donde terminará el día 26 de octubre. Consta sólo de 212 obras, aunque este número es probable que aumente en Zurich. De los expositores, la mitad son suizos y el resto alemanes, italianos, franceses y españoles. Entre los cuadros al óleo sobresalen los de los suizos Rossis, Menta, Steffans, Muheim, Sandreuter, Rudisuhli, Meyer, Vollmy, Schenker, Balmer y Delfs y los de las señoritas Amans y Erlach; entre las acuarelas llama en primer término la atención el *Canto de coro*, de José Benlliure.

– Los arquitectos muniquenses Seild, Hanberisser y Romeis están trabajando actualmente en los proyectos de reconstrucción del Museo Nacional.

– En el Salón Neumann, de Munich, se ha verificado una exposición de importantes cuadros de Achenbach, Wenglein, Lehnbach, Kaulbach, Díez y otros: llaman en primer término la atención un paisaje bávaro de Leibl con la figura del pintor en traje de caza; una *Traviata*, de Gabriel Max; un precioso interior, de Uhde, y un hermoso asunto de la vida popular veneciana, del malogrado Favretto. También figuran en ella cuadros de Herkomer, Corot, Webbs y otros pintores extranjeros.

– Federico Roeber, el célebre pintor de historia de Dusseldorf, ha terminado un ciclo de once cuadros, tres de ellos de grandes dimensiones, que representan la desaparición de los dioses del Norte y la aparición del Cristianismo en la tierra. Este ciclo es una de las obras más notables que el arte haya realizado en nuestros tiempos, y en su ejecución ha rayado á gran altura su ilustre autor, quien ha consagrado largos años de trabajo á esta obra que ha ejecutado por encargo de un acaudalado personaje, entusiasta por el arte y decidido protector de los artistas.

En la propia ciudad de Dusseldorf ha terminado el profesor Pedro Janssen el gran cuadro correspondiente á la fundación que un habitante de aquella ciudad, Carlos Weiler, ardiente patriota y entusiasta aficionado á las bellas artes, instituyó con destino á la Galería Municipal cuando en 1888 se celebró el sexto centenario de la concesión del derecho de ciudad á Dusseldorf. El cuadro representa la batalla de Worringen, librada en 5 de junio de 1288, después de la cual el conde Adolfo de Berg otorgó aquella concesión agradecido á los servicios que los de Dusseldorf le prestaron en aquel combate; la pintura del célebre artista es una obra maestra y dicho cuadro será probablemente expuesto en Berlín y en Munich.

– En celebración de las bodas de plata de los reyes de Italia el Consejo municipal de Venecia ha instituído una fundación de 100.000 liras (pesetas) cuyos intereses de dos años, importantes 10 000, se destinarán al mejor cuadro presentado en las exposiciones que se celebrarán cada dos años. La Caja de Ahorros de la propia ciudad ha instituído para el mismo objeto un segundo premio de 5.000 liras.

– La Reina Regente ha adquirido en la Exposición del Círculo de Bellas Artes últimamente celebrada en Madrid los siguientes cuadros: *Estudio de naranjos*, de Sorolla; *Un compás de espera*, de Parada y Santín; una marina, de la Torre; un paisaje, de Urgell, y *Cesta de violetas*, de la señorita María Rodríguez Ribera.

Barcelona. – Salón Parés. – Un retrato, un cuadrito que interesa é impresiona vivamente; un ciego anciano y desvalido acompañado por una niña de rostro angelical, y algunos estudios de paisaje, obras del joven pintor Junyent, ocupan buena parte del testero preferente, demostrando con ellas cualidades sólidas de estudio y un progreso evidente.

De Agrasot son una escena valenciana, cuadro de costumbres, ejecutado con minuciosa habilidad, al igual de otro con personajes del siglo XVII.

Un paisaje, de Morera, no recuerda por cierto á otros cuadros del aventajado discípulo de Maes, así como unos bebedores, de Juncosa, recuerdan demasiado á los de Graner, y no por cierto por la pincelada sólida y jugosa de éste.

De Ribas hay una calle de un pueblo de Mallorca, cuadrito agradable, luminoso y finamente ejecutado, y Llombart expone la figura de un peregrino, curioso tipo que no ha mucho recorría las calles de nuestra ciudad con gran regocijo de los chiquillos traviesos y alborotadores, estudio hecho con sobriedad y firmeza, aunque de luz un tanto apagada.

Un pergamino policromado, de Flos y Calcat, hábilmente ejecutado, completaban el número de las obras nuevas de la última semana.

Salón de «La Vanguardia.» – Una gran parte del catálogo ilustrado de la notabilísima colección Spitzer, últimamente vendida en París, algunos de cuyos ejemplares hanse disputado con empeño los principales Museos del mundo, llenaban las paredes de este local, y el público pudo contemplar, colocadas en grandes tableros, las hojas de pruebas fototípicas reproduciendo muchas de las verdaderas riquezas que atesoró en todas las manifestaciones de las artes industriales y decorativas el afamado coleccionador vienés.

Exposición de indumentaria retrospectiva. – Importante por muchos conceptos, rica é interesante hasta para el público profano en achaques de arqueología y de sutilezas artísticas, es esta exposición organizada por la Asociación Arqueológica de nuestra ciudad, que se organizó el domingo 11 del actual y de la que se ocupará La Ilustración Artística con la extensión que se merece.

Teatros. - En el teatro de la Corte, de Karlsruhe, se ha estrenado con aplauso una ópera del maestro de capilla de aquella corte Félix Mottl, titulada *Príncipe y cantor*, que está escrita en el estilo wagneriano y revela gran talento en su autor.

– En el teatro de la Corte, de Viena, se ha estrenado la última ópera de Verdi, *Falstaff*, cantada por los mismos que la estrenaron en la Scala de Milán: á pesar de que el precio de las localidades era triple del ordinario para las dos representaciones extraordinarias que de la ópera se dieron, el teatro estuvo lleno, habiendo concurrido varios individuos de la familia imperial. El éxito ha sido inmenso, sobre todo en el segundo acto y en el segundo cuadro del tercero: todos los artistas fueron muy aplaudidos, especialmente Maurel, que hubo de repetir (cosa casi nunca vista en aquel teatro) el aria *Quand'ero paggio.*

La ópera *Cornill Schut*, libreto de Illica y música de Smareglia, estrenada en el teatro Nacional Bohemio, de Praga, ha tenido un éxito extraordinario: la música es digna de un gran maestro y se distingue por su expresión, por su unidad y por su brillante instrumentación.

En el teatro Balbo, de Turín, se ha estrenado con buen éxito la ópera en un acto del maestro español Sr. Llanos, *Cristóbal Colón.*

Barcelona. – En Novedades la compañía que tan admirablemente dirige el Sr. Mario ha estrenado con gran éxito el hermoso drama en tres actos de D. José Echegaray, *Mariana.* En el Lírico la excelente compañía á cuyo frente están los tan justamente aplaudidos Sres. Ruiz de Arana y Rosell sigue haciendo las delicias del público, habiéndose verificado en él recientemente el beneficio de la señora Valverde, que obtuvo, como siempre, tantas ovaciones como piezas representó. En el Tívoli siguen las representaciones de *Miss Helyet* y se anuncia el próximo estreno de la zarzuela del maestro Serpette *La telefonista*, arreglada á la escena española por el Sr. Granés.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Higinio Gentile, profesor de Historia antigua de la Universidad de Pavía, muy conocido por sus estudios sobre historia romana y por su obra sobre la historia del arte griego y del arte romano.

Juan Manuel Florescu, general y hombre de Estado rumano, ex ministro de la Guerra y ex presidente del Consejo de ministros.

P. Guttmann, director del Hospital Moabit, de Berlín, director del *Anuario para médicos prácticos.*

Hermann Marius, profesor de Pedagogía y Didáctica de la Universidad de Leipzig, autor de varias obras importantes, entre ellas *Estudios de la naturaleza: bosquejos de Botánica y Zoología.*

Antonio Ritter Schmerling, ilustre hombre de Estado austriaco, autor de la Constitución de febrero de 1861, ex ministro y presidente del ministerio imperial, ex presidente del Tribunal Supremo, miembro vitalicio de la Cámara de los Señores y durante algún tiempo presidente de la misma.

Carlos Voillemot, pintor de género francés.

Carlos Pritchard, presidente de la Real Sociedad Astronómica de Inglaterra, profesor de Astronomía en la Universidad de Oxford y uno de los primeros matemáticos contemporáneos.

D. Juan Vilanova y Piera, eminente geólogo y naturalista, catedrático de Paleontología en la Universidad de Madrid, individuo de varias Academias científicas nacionales y extranjeras.

Ilmo. Sr. D. Manuel Gómez Salazar, arzobispo de Burgos, teólogo eminente que dejó bien sentada su fama de tal en el Concilio Vaticano.

Nuestros Grabados

El artista enfermo, cuadro de E. Ravel. – Largo tiempo había trabajado en el cuadro que constituye el centro de sus amores y de sus esperanzas de artista, cuando la enfermedad le obligó á dejar los pinceles: harto se ve que si su mano descansa su pensamiento trabaja sin cesar, representándole en imagen clara lo que debía ser su pintura una vez acabada y aun haciendo resonar en sus oídos los aplausos que su contemplación había de arrancar á los inteligentes. ¡Cuántas ilusiones á punto de desvanecerse! Y sin embargo, el artista enfermo aún confía, aún sueña con recobrar la salud para terminar su obra; el esposo, el padre, todavía espera que los dos pedazos de su alma que en su desgracia le acompañan no han de quedar desamparados cuando más sonriente se les ofrecía la existencia. Estas son las impresiones que el hermoso cuadro de Ravel nos produce, y si tal efecto causa en nosotros ese lienzo, inútil es encarecer la valía que en nuestro concepto tiene.

* * *

Después del baile, cuadro de Román Ribera (Salón Parés). – Al ocuparnos con algún detenimiento de las obras que constituyen la décima Exposición Parés, celebrada en diciembre del año último, hicimos observar, no sólo la valía é importancia de los dos cuadros presentados por Román Ribera, sino también el empeño realizado por este distinguido artista, que quiso demostrar su dominio de la paleta, su pericia en el empleo del color.

El cuadro que reproducimos es una preciosa producción ajustada psíquica y plásticamente á los modernos conceptos, á las nuevas corrientes; pero á pesar de ello, no puede confundirse, tiene el carácter, nótase el sello de la personalidad artística del elegante y distinguido autor de *Coup d' œil*, de la *Salida de baile* y de *L' art dans le marasme.*

* * *

Hunos cargando contra el enemigo, cuadro de Ulpiano Checa. – Muy joven todavía obtuvo el señor Checa una medalla de primera clase en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887 por su hermoso cuadro *La invasión de los bárbaros*, que entonces reprodujimos. Cuantas esperanzas hiciera concebir en aquella ocasión nuestro distinguido compatriota han sido superadas por los brillantes triunfos obtenidos en su gloriosa carrera, y uno de los cuales le ha valido el lienzo que hoy reproducimos, en el que la grandiosidad de la composición corresponde á la magnitud del hecho representado, y las innumerables figuras que en ella entran formando inmenso grupo cuyos últimos términos se pierden á lo lejos en bellísima perspectiva, son por sus actitudes, por la ferocidad de sus semblantes, por el salvajismo de su impetuosa carrera, retratos fieles de aquellos bárbaros que á las órdenes del *azote de Dios* llevaron la desolación y la ruina á los dos imperios romanos.

* * *

Precioso hallazgo, cuadro de W. Claudius. – El amor á la ciencia llega á ser en ciertos hombres una verdadera obsesión, y cuando el estudio ó la casualidad les pone en posesión de algo desconocido no trocaran el hallazgo por la gloria ganada por un general en la más reñida y trascendental batalla. Uno de estos seres es indudablemente el del cuadro que reproducimos, botánico entusiasta y empedernido á juzgar por las trazas, que acaba de dar con un ejemplar raro, precioso. ¡Singular contraste! De fijo que aquella florecilla que con tanto cariño examina ha sido mil veces despreciada por la niña que curiosa le contempla y pisoteada por los patos al cuidado de ella confiados.

* * *

Desembarco de los infantes Doña Eulalia y D. Antonio en San Juan de Puerto Rico. Durante su viaje á Chicago, adonde llevan la representación oficial de España, los infantes Doña Eulalia y D. Antonio detuviéronse algunas horas en la capital de la isla de Puerto Rico. La población estaba espléndidamente engalanada, los edificios ostentaban colgaduras y otras decoraciones y en las calles habíanse levantado magníficos arcos de triunfo dedicados á los ilustres viajeros por el ejército, los voluntarios, el Casino Español y el comercio. Llegados los infantes al palacio del gobernador presenciaron desde allí el desfile de las tropas y voluntarios que cubrían la carrera, y en seguida se verificó la recepción oficial, á la que asistió todo lo más selecto de la sociedad portorriqueña. Después del banquete que en su honor se dió en la Casa Consistorial, trasladáronse doña Eulalia y don Antonio á la magnífica quinta que el gobernador tiene en Río Piedras, y á su regreso pasaron al *Reina Cristina*, en donde obsequiaron con un banquete á las autoridades y personas notables de la ciudad, y después de presenciar los fuegos é iluminaciones de la bahía á las once y media, prosiguieron su viaje á la Habana. La fotografía que reproducimos y que representa el acto de desembarcar los infantes en San Juan de Puerto Rico nos ha sido remitida por nuestro corresponsal D. Marcelino García, á quien damos desde aquí las gracias por su envío.

* * *

¿Cuál es la más bonita?, copia de una fotografía de Otón Scharf. Cuando el aparato fotográfico está en manos de quien siente el arte, sus producciones pueden revestir carácter artístico, y de ello son buena prueba las de que nos ocupamos al hablar de la exposición recientemente celebrada en el Ateneo Barcelonés, las muchas que todos los días figuran en los escaparates de nuestros fotógrafos y las que continuamente vemos procedentes del extranjero. La reproducción que hoy ofrecemos á nuestros lectores, cualquiera la tomara por copia de hermoso cuadro de eximio autor: tanto es el sentimiento artístico que respira.



—¿Quiéres que la enviemos?

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Un día, convencido de que el capitán Sixto era hijo suyo, había otorgado su testamento para depositarlo en la notaría de Revenacq; en el ánimo de Gastón existía entonces completa certidumbre, y por consiguiente su deber era poner en olvido al hermano para acordarse solamente del hijo; la ley civil quiere y dispone que el hijo ilegítimo solamente sea hijo á medias, y en esto obedeció el legislador á consideraciones puramente sociales; pero la ley natural procede por razones mucho más humanas; para ésta un hijo, legítimo ó ilegítimo, es un hijo, y un hermano no es más que un hermano; en virtud de este principio, el hermano había sido sacrificado al hijo, y esto era perfectamente justo. Pero andando el tiempo, un mes antes de morir, aquella fe en su paternidad, quebrantada en el ánimo de Gastón por causas que permanecían aún ocultas, acabó por desvanecerse del todo, y entonces el hijo, que ya no era más que un joven hacia el cual Gastón se sentía atraído sin razón alguna, había tenido que ceder el sitio de preferencia al hermano, y el testamento fué entonces retirado de la notaría de Revenacq.

Indudablemente todo esto no pasaba de la categoría de una suposición, pero le daba mucha fuerza la circunstancia de haber sido hallado el testamento, no en el cajón que contenía los demás papeles de la familia, no en el que estaban las cartas de Leontine Dufourcq y del capitán, sino en otro en el cual solamente había papeles insignificantes.

Si Gastón hubiese considerado aquello como el acta de su última voluntad, ¿era posible que lo hubiese arrinconado de aquel modo? ¿No era lo natural, por el contrario, que una vez retirado aquel documento de casa de Revenacq lo hubiese guardado cuidadosamente en sitio seguro?

Aunque algo sutil este razonamiento, no carecía de verosimilitud y se fundaba también en el perfecto conocimiento del carácter de Gastón, que no obraba nunca ni en nada con ligereza

En realidad podía y hasta debía preguntarse por qué razón si el testador había recogido aquel documento con el propósito de modificarlo ó destruirlo, se le encontraba intacto, tal cual había sido redactado en su forma primitiva; pero esta pregunta llevaba en sí misma su contestación tan sencilla como lógica: para destruir el primer testamento esperaba indudablemente Gastón tener hecho el segundo, y probablemente, casi con seguridad, en el día mismo en que hubiese entregado al notario este segundo testamento, expresión de su voluntad, habría hecho pedazos ó reducido á cenizas el primero.

No lo había hecho así; era verdad que no lo había hecho, toda vez que el primer testamento existía; pero también era verdad que había querido hacerlo; cuando de testamentos se trata, á lo que hay que atender preferentemente y en primer término es á la intención del testador: pues bien; en el caso presente, esa intención se manifestaba con toda claridad, tanto por el hecho de recoger el primero de casa del notario, cuanto por la escasa atención concedida desde entonces á aquel papel sin importancia á la sazón.

Cuando heredamos de un pariente muy cercano, á un padre, á una madre, á un hermano, le sucedemos no solamente en la posesión de su fortuna, sino también en la realización de sus propósitos y de sus intenciones; en esto principalmente puede ser considerado como continuación del testador el heredero.

¿Sería entonces continuar á Gastón, sería realizar sus intenciones considerar como válido aquel testamento?

Barincq preguntando sinceramente á su conciencia y contestándola de buena fe no lo creía.

VIII

Solamente cuando después de largas meditaciones hubo llegado á esta conclusión, logró Barincq conciliar un poco el sueño; una hora bastó para calmar la tormenta que tan violentamente había sacudido su espíritu; cuando despertó el padre de Anie hallóse con la misma tranquilidad de ánimo, con las mismas fuerzas y en el estado mismo en que se hallaba todos los días desde su permanencia en Ourteau.

Después de haber dado su paseo matinal por los establos y por la lechería, Barincq montó á caballo para ir, como hacía habitualmente, á inspeccionar los trabajos y vigilar á los trabajadores; y cuando, en la cumbre de una colina, el curso caprichoso del camino le puso frente á frente de toda la posesión de Ourteau que, con sus campos, sus prados y sus bosques, se extendía bañada en la risueña luz del sol naciente, se encogió de hombros al recordar que, por un momento, había admitido la posibilidad de abandonar todo aquello.

—¡Qué locura habría cometido!, y al mismo tiempo ¡qué engaño!

Y sin embargo, Barincq tenía la satisfacción de decirse que si él hubiese dado crédito al testamento hubiese realizado aquel abandono por muy terribles que las consecuencias de tal acto hubieran sido para él y más todavía para los suyos; para Anie, cuyo matrimonio, como es natural, fracasaría; y para su mujer, cuyo acento vibrante le parecía oir aún como cuando, pocos días antes, le había dicho: «Mientras las cosas vayan bien, también lo iré yo; el día en que el carro se tuerza, no podré resistir más sacudidas.»

¡Cuántas y cuán rudas habrían sido las que acompañasen á su salida del castillo, que nunca había parecido al padre de Anie más agradable ni más hermoso que en aquellos momentos! Todo aquello que le rodeaba jamás había sido tan querido ni tan estimado por Barincq como en aquellos momentos en que pensaba que habría podido verse obligado á dejarlo.

Barincq había detenido su caballo, y durante mucho tiempo permaneció sumergido en una contemplación llena de ternura; después, haciendo un molinete con el latiguillo que llevaba sujeto á la muñeca con una correa de cuero, continuó alegremente su camino.

Nunca se le había visto tan bien dispuesto ni de tan excelente humor como cuando entró en el castillo para almorzar. La señora de Barincq llegaba al mismo tiempo muy despacio y con aire dolorido; su esposo la gritó desde lejos en son de broma:

—Vamos, mamá, vamos pronto; tengo mucha hambre. Y sentándose á la mesa comenzó á cantar un coro de una zarzuelilla antigua:

«Vamos á la mesa, demos al olvido
rápidos momentos de amargo pesar;
que amor solamente y sólo alegría
sitio en el banquete deben ocupar.»

—Que sea muy enhorabuena, dijo la señora de Barincq; prefiero verte así, que tal como estabas ayer noche.

—Eso prueba que, á pesar de tu diagnóstico, no era grave mi enfermedad.

—Lo cual no quita para que te haya tenido agitado toda la noche; he oído desde mi cuarto que te revolvías en la cama tanto y con tanta fuerza, que he estado muchas veces disponiéndome á levantarme para ir á tu lado á ver lo que te sucedía.

—Estaría haciendo ganas.

—Corriente; pero no será malo que procures otra vez hacerlas con menor ruido.

Todo aquel día conservó Barincq su buen humor y su tranquilidad repitiéndose frecuentemente á sí mismo:

—Es evidente que ese testamento no tiene valor alguno; ni lo tiene, ni puede tenerlo.

Pero, al cabo, esta misma repetición concluyó obligándole á preguntarse si cuando un hecho lleva en sí mismo todos los caracteres de la evidencia da con esa evidencia misma tanta preocupación: una vez reconocida y aceptada, todo ha concluído; cuando el sol alumbra, nadie piensa en decirse ni en decir á nadie: «Evidentemente es de día.» ¿No es cosa sabida que la repetición frecuente de una misma palabra indica, poco más ó menos, el carácter de quien maquinalmente la pronuncia y es al mismo tiempo una confesión de sus cuidados y de sus deseos? Si aquel testamento no tenía realmente valor alguno, ¿por qué repetirse á cada instante que no lo tenía?; repetir no es demostrar.

Además era preciso reconocer también que el punto de vista escogido para juzgar un acto puede modificar extraordinariamente el valor que á ese acto se atribuya. No era un extraño, desligado por completo de todo interés personal, el que examinaba la validez de aquel testamento. Si aquel documento en vez de instituir como heredero al capitán Sixto hubiera declarado que heredaba Anie toda la fortuna del tío, ¿cómo lo hubiese juzgado Barincq? ¿Creería de igual modo que evidentemente aquel papel no tenía valor alguno? O bien sin llegar hasta esto, que parecía un poco excesivo, ¿qué pensaría Revenacq si hubiera sido él quien hubiese descubierto aquel testamento perdido?; notario de Gastón, consejero suyo y hasta cierto punto su confidente, y por todas estas razones en situación de estimar con más acierto que ninguna otra persona los móviles que le habían dictado y los que habían obligado después al testador á recogerlo de la notaría y á relegarlo después al olvido con otros papeles insignificantes, ¿lo declararía nulo? En una palabra: las deducciones obtenidas por una conciencia imparcial y desapasionada, ¿serían las mismas que las obtenidas por él, á quien no era posible, aunque con empeño lo procurara, sobreponerse á las consideraciones personales?

El problema era grave, y cuando quedó planteado en su cerebro Barincq se sintió profundamente impresionado; perturbóse la tranquilidad de su espíritu, la serenidad de su conciencia se desvaneció del todo, y lejos de dormir ese sueño profundo que él esperaba después de una noche pasada en vela, volvió á ser víctima de las agitaciones y de las perplejidades mismas de la víspera.

Veinte veces, en el curso de aquella noche, decidió Barincq hablar con franqueza y confesárselo todo á Revenacq, aceptando la determinación que el notario considerase justa; pero no bien adoptaba esta resolución que á primera vista parecía conciliarlo todo, Barincq la abandonaba resueltamente; porque, en último resultado, ¿estaba seguro el padre de Anie de que encontraría en Revenacq, ni en ningún otro, las condiciones de rectitud, de independencia, de imparcialidad de juicio que por exagerados escrúpulos de conciencia no se reconocía él á sí mismo en el grado que apetecía? Nada menos que el reposo de todos, su bienestar, la vida de su mujer, el porvenir de su hija era lo que Barincq iba á poner en manos de la persona á quien consultase; y ante responsabilidad tan grave y terrible, el padre de Anie tenía el derecho, más aún que el derecho, la obligación de sentir indecisiones y dudas.

Que decidiese Revenacq con justicia, Barincq no lo sabía realmente ni con certeza absoluta. Sin duda había muy poderosas razones para considerarlo como hombre de honradez y de rectitud; recto y honrado lo había visto siempre Barincq desde que se conocían. Pero al cabo, tanto la honradez como la rectitud son condiciones de carácter, no de inteligencia; es posible ser el hombre más honrado del mundo, el de mayor delicadeza para todos los asuntos de la vida, y tener, sin embargo, criterio equivocado ó conceptos erróneos. Ahora bien: si Barincq consultaba con Revenacq este asunto del testamento, apelaba á la inteligencia del notario, no á su carácter. Era necesario además tener en cuenta que las causas determinantes del juicio de Revenacq serían los hábitos de la profesión, y en esto había un peligro que podía inspirar legítima desconfianza: si Barincq se recusaba como juez á sí mismo por temor de dejarse influir, aun contra su voluntad, por las sugestiones del interés propio, ¿no podía y no debía temer que Revenacq por su parte cediese á la influencia permanente de su condición de notario, que le haría ver en ese testamento el hecho material, el acta que tenía entre sus manos, más que las intenciones del que la había escrito?

Y sobre esto, á pesar de todas sus divagaciones, Barincq no modificaba su juicio; ante todo y sobre todo era necesario tener en cuenta las intenciones de Gastón, y esas intenciones, cualesquiera que fuesen, habían de tener cumplimiento.

Esto era, en realidad, volver al punto de partida y resumir el razonamiento que le había llevado á deducir que aquella declaración del 11 de noviembre era necesariamente nula; más claro, Barincq se agitaba realmente en el vacío, toda vez que, por escrúpulos de conciencia, rehusaba detenerse en esta conclusión basada en el estudio exacto de los hechos y en la aplicación estricta de las leyes de la lógica.

¿Iba el padre de Anie á continuar siendo víctima de las angustias que en la noche anterior le produjeron fiebre, complicada ahora con los escrúpulos que en su ánimo se habían levantado al comprender que podía estar, sin saberlo, influído por su personal interés y por el cariño á la familia?

Inútilmente se decía Barincq á sí mismo que había buena fe en sus razonamientos, entre los cuales sólo admitía los que hallaba perfectamente ajustados á la lógica; en todo caso no podía menos de reconocer y confesar que todos ellos estaban fundados, así como la conclusión obtenida, no sobre un hecho, sino sobre una interpretación de ese hecho; su convicción acerca de que la retirada del testamento demostraba un cambio en la voluntad de Gastón tenía por base una cosa muy verosímil; pero ¡cuánto más fuerte sería esa convicción, cuanto más indestructible, en cualquiera de sus aspectos, si se pudiese descubrir la causa que había producido aquel cambio!

Gastón había querido que el capitán le heredase, porque le creía hijo suyo; después no había querido que le heredase, porque había dudado de esa paternidad; esto era lo que simultáneamente decían la verosimilitud, la lógica, la inducción, el razonamiento, todo; ¿pero por qué había dudado Gastón de su paternidad? He ahí lo que no se sabía y lo que era necesario precisamente averiguar, porque esta averiguación, si era posible realizarla, confirmaría la verosimilitud, daría fuerza al razonamiento y sería la prueba definitiva y concluyente de los cálculos á que Barincq se entregaba hacía cuarenta y ocho horas.

En la mañana del día siguiente Barincq abrevió mucho su correría por el campo, y á las nueve se apeaba del caballo para entrar en casa de Revenacq; si alguien estaba en condiciones de guiarle en sus pesquisas, ese era el notario; pero como Barincq no podía preguntarle con toda franqueza, comenzó charlando de diferentes negocios, y solamente en el momento de levantarse para despedirse abordó al objeto verdadero de su visita.

—Cuando me hablaste del testamento que había otorgado Gastón, que depositó en tu notaría y que recogió poco tiempo antes de morir, me dijiste que mi hermano lo habría hecho así, bien para modificar algunas disposiciones de ese testamento, bien para destruirlo.

—En aquellos momentos ambas hipótesis eran admisibles; había razones en pro de la una y también las había en pro de la otra; el inventario ha venido á demostrar cuál de ellas era la acertada: la de que Gastón había querido destruir el documento.

De aquella retirada había deducido que el testamento no traducía ya fielmente las intenciones de Gastón.

—Si las hubiese traducido, Gastón no habría retirado de mi casa aquel documento.

– Eso parece evidente.

– Mejor dirías si dijeses que es tan claro como la luz del sol: un testamento no contiene lectura suficientemente agradable para explicar que el testador sienta la necesidad de volver á leerlo de cuando en cuando.

– Desde que hicimos el inventario, ¿no te has preguntado alguna vez las causas que podrían haber cambiado los sentimientos de Gastón relativamente al capitán?

– No por cierto; ¿para qué? Ningún interés había en meditar acerca de esos sentimientos, sino mientras ignorábamos todos si el primitivo testamento había sido destruído y si encontraríamos otro; ahora que no hemos hallado ni el primero ni el segundo, hemos de admitir que aquellos sentimientos se habían modificado.

– ¿Pero qué es lo que ha podido producir esa modificación tan completa?

– Ya te lo he dicho en otra ocasión; la causa única que veo es la duda de Gastón acerca de su paternidad, duda que ha envenenado su existencia.

– ¿Sabes si cuando mi hermano recogió el testamento había sobrevenido algún suceso que confirmase sus dudas y le probase de una manera concluyente que el capitán no era hijo suyo?

– ¿Cómo quieres que sepa yo eso?

– Podías tener algún indicio que, por vago que entonces fuese, tuviese ahora su explicación en el hecho realizado.

– Ningún otro indicio tengo sino la turbación de tu hermano cuando vino á recoger su testamento; pero ignoro completamente sus causas.

– Sin embargo, recuerdo ahora que, cuando hablamos de esto por primera vez, me diste como explicación algún descubrimiento decisivo que Gastón hubiese hecho por aquella época: algún testimonio, alguna carta.

– Como explicación no, como suposición sí: te dije en efecto que era probable que las sospechas de Gastón hubieran sido confirmadas en aquellos días por una carta, por un testimonio, por una prueba cualquiera hallada de pronto y que hubiese venido á demostrarle que el capitán no era su hijo; pero si te dije que esto había podido suceder, no aseguré que hubiera sucedido, ni pude asegurarlo porque no lo sabía. Cuando se investiga, como yo lo hacía entonces, sobre lo desconocido, es menester examinarlo todo, admitirlo todo, hasta lo absurdo.

– No obstante, me parece que no era absurdo suponer que esas habían sido las causas determinantes del cambio de sentimientos producido en Gastón con respecto al que creyó su hijo hasta el día en el cual modificó sus disposiciones testamentarias.

– No era absurdo efectivamente, antes por el contrario parecía lógico, verosímil y hasta probable. Pero la hipótesis para explicar el cambio verificado en la voluntad de Gastón hubiese podido en aquel entonces tener su punto de partida en otra parte; en ti, por ejemplo.

– ¿En mí?

– Sí por cierto: si Gastón, un mes antes de su muerte, retiró de mi despacho el testamento otorgado por él muchos años antes, era porque en aquel momento no expresaba ya sus intenciones.

– ¿Verdad que sí?

– Esto es incontestable; pero ¿de qué intenciones se trata? ¿A quién se referían esas intenciones? ¿Al capitán ó á ti? En mis suposiciones he partido de la creencia de que Gastón había querido variar sus disposiciones testamentarias en favor del capitán; pero para que el trabajo fuese completo habría sido necesario tomar después otro punto de partida del todo diferente; por ejemplo, suponer que tu hermano había querido modificar las disposiciones que, en su testamento, te favorecían ó te perjudicaban.

– ¡Pero es verdad...; piensas eso!

– ¿Tú no habías pensado en esto?

– No... ¡Oh! No.

No ciertamente; Barincq no había pensado en esto; pero ahora todo el edificio que con sus laboriosas meditaciones había levantado, se desplomaba de repente.

– Sin saber yo con toda exactitud, continuó diciendo el notario, lo que contenía el documento que depositó Gastón en mi notaría y que de ella retiró muchos años después, tuve poderosas razones – y ya te dije cuáles eran – para creer que el testador instituía heredero al capitán Sixto, y de aquí partía yo para establecer todas las hipótesis de que hemos hablado acerca del cambio de sentimientos de Gastón respecto al capitán y á la influencia que ese cambio había de tener en sus disposiciones testamentarias. Pero si admitimos que en el testamento figurasen, además del capitán Sixto algunas otras personas, en un concepto cualquiera, todas aquellas suposiciones caen por falta de base, nada, absolutamente nada queda de ellas, porque pudo perfectamente ocurrir que al retirar Gastón el testamento se propusiera sólo modificarlo en lo concerniente á esas otras personas. Así, por ejemplo, si se hubiera tratado de ti, Gastón podría no estar satisfecho de la manda que te hubiese dejado y recoger aquel documento, ya para disminuirla, ya para aumentarla y aun para suprimirla del todo; las tres suposiciones son admisibles, como reconoces sin duda, ¿no es cierto?

– Sí... lo reconozco.

– No necesito decirte que las hipótesis de disminuir tu manda ó de suprimirla por completo las indico solamente para extremar las cosas. Estoy seguro, por el contrario, de que las intenciones de Gastón eran aumentarla; el enojo que sentía contra ti cada vez que pagaba los intereses del capital que te había garantizado, habíase desvanecido una vez saldada aquella cuenta; además de esto, el cariño fraternal había renacido en su corazón con mayor fuerza y con más vida al propio tiempo que sus energías se debilitaban, y que ante la amenaza de próxima muerte buscaba Gastón consuelo y alivio en los recuerdos de vuestra infancia; ves, por lo tanto, cómo las probabilidades de un cambio en sus sentimientos de hermano existen lo mismo ni mas ni menos que existen las de un cambio de sentimientos del padre por el hijo; hubo momentos en que tú no fuiste para Gastón un hermano, pudo haberlos también en que el capitán no fuese un hijo.

– ¿Pero no te sientes inclinado hacia una parte más que hacia la otra?

– Me parecía innecesario decirte que me inclino á creer en la diminución del sentimiento paternal y en el aumento del cariño de hermano. Gastón, herido en su cariño de padre por algún descubrimiento decisivo, no teniendo ya hijo recordó que tenía un hermano; ten por seguro que si no hubiese ocurrido vuestro disgusto no se hubiese unido tan vivamente al capitán; bien así como sin su cariño al capitán, hubiese Gastón sentido más pronto la necesidad de unirse á ti y á tu hija, á la que hubiese querido como si fuese hija suya. Tan cierto es todo esto, que cuando, por causas que desconocemos, se debilitó en Gastón el sentimiento paternal, recogió su testamento y lo destruyó, dejándote así heredero de su fortuna.

– ¡Cuánto celebraría creerte!

Equivocándose acerca del verdadero sentimiento de esta exclamación, creyó Revenacq que Barincq expresaba solamente el pesar producido por la duda de haber recuperado el cariño de su hermano; por eso se apresuró á decirle:

– Si dudas de mí y de mis suposiciones, no puedes dudar de los hechos. El testamento ha sido destruído, ¿no es verdad? Entonces ¿qué más demostración quieres?

IX

¡Destruído! Barincq no habría pedido otra cosa; pero no estaba destruído, y aquella entrevista no hacía sino darle mayor fuerza, porque en lugar de desvanecer ó aclarar las dudas las obscurecía más y complicaba las dificultades

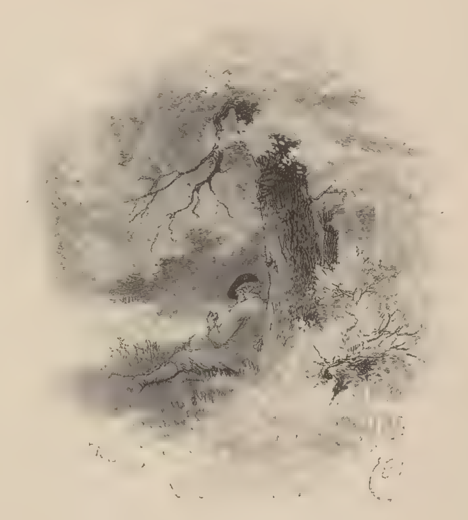
Había sido necesaria una ceguera verdaderamente increíble, que solamente en el interés personal podía tener explicación, para dar por sentado que Gastón tuvo que pensar exclusivamente en su hijo al modificar el testamento, cuando la razón decía que pudo haber pensado en otras personas.

Si en vez de proponerse desheredar á su hijo había querido Gastón desheredar á su hermano, ¿qué valor tenían todas las suposiciones hechas por Barincq y fundadas en la hipótesis primera? Una sola cosa podría darle fuerza, es á saber, el descubrimiento de una prueba y aun solamente de un indicio de que Gastón había tenido motivos bastantes para modificar sus sentimientos relativamente al capitán y para cambiar por lo tanto las disposiciones testamentarias que á él se referían.

Los únicos testimonios que Barincq podía consultar eran las cartas de Leontine Dufourcq á Gastón, así como también las del capitán, halladas cuando se llevó á cabo el inventario. Hasta aquel día Barincq, contenido por un sentimiento de delicadeza con respecto á la memoria de su hermano, no había abierto aquellos legajos; pero en aquellos momentos, tales escrúpulos debieron ceder ante la necesidad de averiguar algo. Después del almuerzo guardó en sus bolsillos las cartas, y para tener seguridad de que ni su esposa ni Anie podrían sorprenderle fué á sentarse en el centro de un bosque apartado y solitario, donde nadie había de pensar en ir á buscarle.

El primer paquete que abrió Barincq fué el de las cartas de Leontine; contenía el legajo unas cuarenta cartas, enumeradas todas de puño y letra de Gastón por orden de fechas; los dobleces, bastante desgastados, demostraban lo mucho y muy frecuentemente que aquellas cartas habían sido leídas.

Y sin embargo, necesitó Barincq muy poco tiempo para cerciorarse de que aquellas cartas, ó al menos la mayor parte de ellas, eran tan insubstanciales y de tal modo incoherentes que no podía Gastón haberlas leído y releído sólo porque en hacerlo encontrase contentamiento. Si las había hojeado con tanta frecuencia



... fué á sentarse en el centro de un bosque apartado y solitario donde nadie le buscaría

que dejara desgastado el papel, menester era que Gastón pidiese á las cartas alguna cosa que las cartas no daban realmente.

¿Y qué podía ser eso que Gastón buscaba? ¿El perfume de un amor cuya memoria era todavía grata, ó el esclarecimiento de un misterio que nunca había dejado de atormentarlo?

Esto era lo que Barincq necesitaba encontrar, ó por lo menos buscar, pero sin preocupación, con independencia y serenidad de ánimo, dispuesto á no dejarse influir más que por la verdad.

La primera carta se refería á la instalación de Leontine en Burdeos, en una casita del muelle de la Souys, esto es, á muy poca distancia de la estación del Mediodía, por la cual Gastón iba á la casa y se ausentaba de ella; Leontine se refería casi exclusivamente á esta vivienda suya, acerca de la cual daba tal copia de pormenores que era muy fácil encontrar aquella casita en el supuesto de que aún existiese.

(Continuará)



MONUMENTOS BUDISTAS EN EL EXTREMO ORIENTE

LAS ESTATUAS YACENTES DE BUDA

El imperio de Birmania posee todavía una enorme cantidad de monumentos antiguos cuyo origen, por desgracia, es incierto. Los pueblos de aquel país no han dejado historia, y las pocas narraciones legendarias conocidas por los indígenas no bastan á establecer las fechas exactas en que tales monumentos fueron construídos, y únicamente el gran poema cingalés, el *Mahavansa*, contiene algunos datos importantes relativos á los mismos. Gracias á ellos se sabe que Promé, población esencialmente religiosa de Birmania, había recibido dos misioneros budistas enviados por el gran rey de la India Azoka, en el año 433 antes de la era cristiana, y llamados Sona y Ultara, que se establecieron en Suvannabhumi (Birmania) y fueron también á la isla de Ceylán, en donde, con ayuda de otros misioneros ó theras, convirtieron á más de cien mil personas. (1)

En aquellos remotos tiempos la capital del imperio era Tagung, ciudad situada en las orillas del río Iraurady, entre las poblaciones de Ava y Bhamo y conocida desde el año 847 de nuestra era con el nombre de Pagan. A partir de esta fecha empieza á conocerse de una manera cierta la historia del país.

La prosperidad de Pagan sólo duró cuatro siglos, durante los cuales edificáronse muchos monumentos budistas. En 1272 de nuestra era, el gran emperador chino Kublai Khan invadió con su ejército tártaro Birmania y logró vencer al valiente jefe de ésta, Nescradin (2), destruyendo casi todo lo que encontró á su paso.

La gloria y la decadencia de Pagan tienen muchos puntos de contacto con la suerte de la antigua capital de Ceylán, Pollonarúa, que tuvo también una época corta de prosperidad y acabó por ser destruída por las guerras.

Los monumentos sagrados de Pagan ocupaban una extensión mayor aún que los de la ciudad cingalesa, estaban construídos en un estilo algo diferente del de éstos y les superaba en belleza y riqueza. El coronel Yule, en su memoria (3) dice que en esas ruinas extraordinarias se descubren restos de 800 á 1.000 templos. Las ruinas amontonadas debajo de la espesa vegetación de los junglares se encuentran en tal estado de deterioro que se hace muy difícil actualmente estudiarlas.

Los monumentos que se pueden ver en Promé, en la provicia de Pegu, están mejor conservados, y los interesantes *topes* que allí se notan, aunque de una época más moderna, excitan mucho más la curiosidad. M. Roberto Boyle, que ha visitado Birmania, refiere en su libro (4) que vió cerca de Promé, descendiendo por el Iraurady, una muralla de roca de más de tres kilómetros de longitud y de cerca de cien metros de altura, en cuya superficie hay esculpida una serie de figuras de Buda sobrepuestas desde la base hasta la cumbre de la roca, algunas de las cuales tienen seis metros aproximadamente de alto y muchas están pintadas con brillantes colores ó doradas.

En Pegu, fundada en 517 ó 573 de nuestra era, actualmente capital de la provincia del mismo nombre, admírase la magnífica pagoda de Soemadu (el gran dios de oro), cuya primera fundación se remonta, según las leyendas, á la época en que penetraron en el país los primeros misioneros budistas: los reyes de Pagu ocupáronse siempre en embellecerla y aumentar su importancia. Tiene unos 100 metros de altura y presenta, según dicen, el mismo aspecto que debía tener hace trescientos ó cuatrocientos años (5).



Fig. 1. Estatua colosal yacente de Buda, en Birmania, 82 metros de longitud (de fotografía)

En 1881, practicando los trabajos para el ferrocarril que va de Rangoon al interior del país, descubrióse una estatua yacente colosal, que representa á Buda soñando en su nirvana y que hasta entonces había permanecido completamente oculta debajo de la vegetación del bosque. El grabado que reproducimos (fig. 1) representa esa figura extraordinaria, construída toda de ladrillos. Según M. Boyle tiene esa estatua 82 metros de longitud por 21 de altura en la espalda: el mayor R. C. Temple dice que sólo tiene 55 metros de largo por unos 14 de alto.

Las proporciones de este monumento, construído probablemente en el siglo XV, son elegantes y su conjunto majestuoso.

Este género de estatuas colosales parece haber sido siempre muy grato para los fieles de la religión budista; en Birmania, en Siam y en Ceylán encuéntranse gran número de ellas, pero pocas hay tan gigantescas como la mencionada.

Las estatuas yacentes construídas de ladrillos están generalmente revestidas de una capa decorada con pinturas brillantes ó doradas. La del reino de Siam, que se ve en Bangkok, en la pagoda de Xetuphon, tiene, según el conde de Beauvoir (6), 50 metros desde la espalda hasta la planta de los pies y está enteramente dorada: su cabeza se encuentra á 25 metros del suelo. Este Buda colosal y de un aspecto magnífico está echado sobre una azotea dorada que le sirve de lecho.

En Ceylán pude ver, cuando mi último viaje, en 1890, algunas de esas estatuas yacentes en el templo de Kalami, célebre lugar de peregrinación situado cerca de Colombo. El Buda es allí de dimensiones más modestas, pues sólo tiene ocho metros de longitud y su túnica está toda ella pintada de un color amarillo brillante con dorados y va adornada con filetes rojos.

Existen también estatuas del mismo género en los curiosos templos de Aliviya Haré, construídos en las rocas, cerca de la villa de Matelé: cuando visité aquellos lugares, los fieles edificaban uno nuevo. Las estatuas que estos templos contienen, construídas casi siempre de ladrillo y algunas veces modeladas con tierra mojada, están ejecutadas muy toscamente. Las más curiosas están talladas en la misma piedra, y éstas son más antiguas y su estudio ofrece muchísimo más interés desde el punto de vista del arte que las otras.

Otra bella estatua yacente es la de Pollonarúa (figura 2): el sitio en que hoy se encuentra está desierto y perdido entre espesos junglares, pero se ve que en otro tiempo formaba parte de un conjunto religioso importante de la ciudad. Ese Buda yacente de granito tiene 14 metros de longitud: la expresión de calma y serenidad impresa en su semblante es notable, lo mismo que la actitud general del cuerpo, cubierto de una túnica de mil pliegues artísticamente esculpidos.

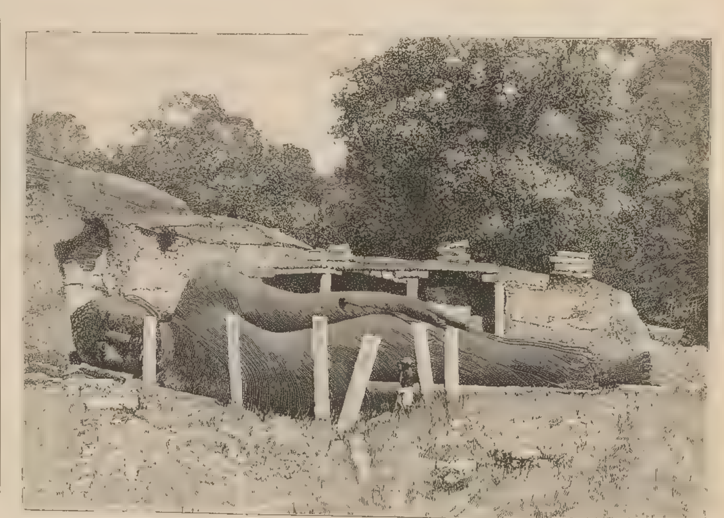


Fig. 2. Estatua yacente de Buda, en Pollonarúa (Ceylán), 14 metros de longitud (de fotografía)

Muy cerca de esta estatua yacente se ve otra de pie, de siete metros de altura, que representa á Anada, el discípulo favorito de Buda; á poca distancia

(1) *The Mahavansa*, cap. XII, págs. 46 y 48.
(2) *Viajes de Marco Polo*, 1269-1295.
(3) *Mission to Ava*, pág. 30.
(4) *A Sanitary Crusade, the East and Australasia.*
(5) *History of Indian and Eastern architecture*, por Jaime Fergusson.
(6) *Java, Siam, Cantón.* Viaje alrededor del mundo por el conde de Beauvoir. París, 1871, pág. 282.

existe un pequeño santuario subterráneo, en el cual se ve otra figura de la divinidad, y finalmente, siempre tallada en la misma roca de granito, otra estatua de Buda sentado en cuclillas sobre un pedestal adornado con leones fantásticos cuyos detalles escultóricos desaparecen debajo del musgo y de las flores: la estatua propiamente dicha tiene unos cinco metros de alto y parece apoyarse sobre el respaldo de una silla tallada en la roca en alto relieve, cuyos ornamentos divididos en tres zonas iguales representan cabezas de dragones de cuyas bocas salen leones. Coronan el respaldo algunas pequeñas pagodas sobrepuestas.

De todas estas esculturas citadas la más bella es indudablemente la del Buda yacente. Estos notables monumentos, de los cuales habla el *Mahavansa*, fueron construídos por orden del rey Prakrama Bahu desde 1154 á 1156 de nuestra era.

ALBERTO TISSANDIER

(De *La Nature*)

CORONA SOLAR

El sol está rodeado de una especie de atmósfera luminosa absolutamente invisible en pleno día y que sólo pueden descubrir los ojos ó los anteojos en los eclipses totales de aquel astro. Por vez primera Arago, en 1842, llamó la atención sobre este hermoso fenómeno que desde aquel momento fué estudiado por los astrónomos. Hase dicho que esta corona del sol, como se la llama, no tenía existencia real, que era simplemente un efecto de óptica producido por el globo luminoso del astro del día. Sin embargo, no es así, y al hacer esta manifestación nos fundamos en que esa corona, especie de aureola que rodea al sol, cambia de forma y de un eclipse á otro no es comparable consigo misma. Violentamente dilatada, con radios inmensos en las épocas de máximo de manchas solares, como se ha visto el día 16 de abril último, está mucho más tranquila y sus contornos se presentan más marcados en las épocas en que el sol no tiene manchas. Además, merced al maravilloso método de M. Fizeau, que permite medir el cambio de sitio de una luz que se aproxima ó se aleja de nosotros, M. Deslandres, en Fundingne del Senegal, nos dice que este movimiento se advierte en la corona, puesto que habiendo observado y fotografiado, durante la totalidad del eclipse, las partes luminosas situadas en los extremos de un mismo diámetro solar, ha comprobado la misma velocidad aproximada de movimiento que la de los dos bordes del sol. Sobre estas fotografías se podrán medir exactamente esas velocidades y será completamente confirmada la consecuencia, hoy muy probable, de que la corona solar gira con el sol del mismo modo que nuestra atmósfera con la tierra.

De suerte que para explicar la existencia de ese apéndice del sol no puede ya decirse que se trata de una simple apariencia.

J. VINOT

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA REVOLUCIÓN EN EL DERECHO *por Agustín Martínez Cavero.* – Obra es esta por demás interesante por las cuestiones que en ella se tratan y por el criterio radical con que el autor resuelve los problemas con las mismas relacionados. En el estudio del hombre, de la colectividad, del poder, del Estado, de la familia, de la propiedad y de la religión expone el Sr. Martínez Cavero teorías dignas de ser meditadas y propone soluciones que si bien á muchos podrán parecer sobradamente radicales entran perfectamente dentro de la ciencia sociológica, y es bueno que se expongan en el terreno especulativo por si algún día las conmociones sociales hacen que se pongan en práctica. Véndese el libro al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Dedícase preferentemente esta revista al estudio de las legislaciones forales en los preceptos que deben sostenerse en vigor, y en la entrega 9.ª que acabamos de recibir comienza la publicación de las *Sentencias dictadas por las Salas de lo Civil de esta Audiencia*, que tanto tiempo hace ansiaban ver publicadas la mayor parte de los jurisconsultos. El gobierno ofreció, en el artículo 6.º de la Ley de Bases de 11 de mayo de 1888, presentar á las Cortes en uno ó varios proyectos de ley los apéndices al Código Civil en los que se contengan las instituciones forales que convenga conservar en cada territorio, y este trabajo se lo da adelantado el señor Bonel en su revista jurídica, inspirándose en un criterio de transacción digno de encomio y con una imparcialidad que honra á quien tales teorías sostiene. Los hombres de ciencia están llamados á coadyuvar á empresa tan levantada y útil para todos. Suscríbese á esta Revista en la Administración (calle de Fontanella, 44, pral.) por doce entregas al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Entrega suelta, una peseta.

CENSO GENERAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA. – La Dirección general de Estadística de la República de Costa Rica ha publicado el censo levantado en 18 de febrero de 1892, que contiene datos muy interesantes acerca de la población, religión, profesiones, instrucción, agricultura, ganadería, industria, comercio y navegación. Es una obra estadística hecha con gran esmero y conocimiento, y los cuadros son muy claros y de sencilla comprensión, y ha sido levantada durante la administración del licenciado D. José J. Rodríguez, consultando para ello sus confeccionadores los censos de Francia, Bélgica y Chile.



¿CUÁL ES LA MÁS BONITA?, copia de una fotografía de Otón Scharf

ESPERAREMOS, *por D. Juan B. Amorós.* – Este es el segundo folleto que destinado á la propaganda de la antropocultura ha publicado el profesor oficial de educación física y presidente de la Sociedad Gimnástica española, Sr. Amorós, y en él se contienen muy atinadas observaciones acerca de la educación física de los niños. Publicado en Madrid, véndese al precio de 5 céntimos.

CATÁLOGO GENERAL DE LOS OBJETOS QUE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA ENVÍA Á LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO, *por David J. Guzmán.* – Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de examinar siquiera ligeramente este catálogo: sólo diremos de él que comprende 1783 artículos perfectamente clasificados, que está precedido por una interesante sección de datos estadísticos y geográficos y lleva como apéndice un notabilísimo estudio sobre el cultivo de algunas plantas y árboles industriales susceptibles de explotarse en aquella República. Todos estos trabajos y estudios son debidos á D. David J. Guzmán, quien demuestra con ellos la justicia de la celebridad de que goza en el mundo americano por su talento y vastos conocimientos y cuán merecidos tiene los títulos, honores y distinciones extranjeros que ostenta.

LA MONTSERRAT, *novela catalana por doña Dolores Moncerdá de Maciá.* – No vacilamos en calificar de joya de la literatura catalana la novela de costumbres que acaba de publicar la distinguida y laureada escritora Moncerdá de Maciá. *La Montserrat* cautiva por su argumento interesante, que se desarrolla en una acción lógica y sencilla, y todos y cada uno de los personajes que en ella intervienen están magistralmente trazados y estudiados con cariño del natural, y como seres de la vida real sienten, hablan y obran. Realzan todas estas bellezas un lenguaje castizo, un encantador perfume de poesía y de sentimiento y un espíritu tan catalán, tan de nuestra tierra, que hace doblemente simpática la obra que nos ocupa y que no vacilamos en recomendar á cuantos se interesan por nuestra literatura regional. *La Montserrat* se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 26 de junio de 1893 — Núm. 600



UN MOMENTO DE DESCANSO, cuadro del renombrado artista Adolfo Menzel



CRÓNICA DE ARTE

Cuando esta *Crónica* vea la luz en las páginas de LA ILUSTRACIÓN, la Exposición del Círculo de Bellas Artes contará algunos días de clausura.

Triste en verdad ha sido también esta jornada para los artistas. De las *seiscientas treinta y seis* obras expuestas, fueron vendidas *doce*. Las entradas de pago han dado un promedio diario de setenta á noventa pesetas. Con una tarjeta entraba una familia entera, con niñeras y ama de cría inclusive. Los jueves, días de concierto, la concurrencia era casi nula. Madrid tiene la cuarta parte de habitantes que París, y en París se han recaudado por entradas á la Exposición de las principales obras de Meissonier, cuando este pintor vivía y en los ocho días que estuvo abierta, doscientos mil y pico de francos, la cuarta parte son *cincuenta mil*, es decir, cuarenta y seis mil y pico de pesetas más que lo recaudado en treinta días por el Círculo de Bellas Artes.

¡Bonito negocio! ¡¡Negocio rodondo!! Ante este resultado no se me ocurre más que hacerme la reflexión siguiente: O somos unos pobrecitos que no podemos distraer una peseta para darnos la satisfacción de espaciar el espíritu contemplando obras de arte, ó estamos en ilustración, en educación intelectual, á la altura de los *pieles rojas*.

No cabe venir con sofismas, asegurando que el marasmo que hoy lo invade todo en nuestra patria, marasmo que yo he reconocido y afirmado que existe, en estas mismas columnas, es el que dió tan tristes resultados para los artistas que exhibieron sus obras en esta Exposición y en la internacional de Bellas Artes. Que esa indiferencia existe, ¿quién lo dudará?; pero que sea total, que alcance á todas las clases sociales, aun á aquellas que pretenden de cultas, de directoras del movimiento intelectual español, no puedo creerlo; sería tanto como creer verdad que Africa comienza en los Pirineos.

Yo creo que esta indiferencia es obra de la escasísima atención y del poco cuidado que los gobiernos han tenido y dedicaron á la enseñanza. En España el hombre de ciencia, como el político, como el literato, como el mismo artista, carecen de toda noción é idea de lo que es la belleza, de lo que el arte significa, del valor que, dentro de la constante evolución hacia el ideal de una perfección posible, tuvo, tiene y habrá de tener el arte. Todos los días hablo con gentes que por su significación en la política, en las ciencias, en todo orden en fin del saber debieron apreciar y sentir las manifestaciones artísticas, pero no es así; estoy esperando á que alguna de esas personas á quienes me refiero, no solamente sean capaces de dar su opinión con conocimiento de causa, sino que me digan que saben distinguir una acuarela de un óleo, para apuntar su nombre con piedra blanca.

He aquí la razón que yo creo encontrar, discurriendo acerca de esta indiferencia de que vengo hablando, para no admitir ninguna otra causa, como la eficiente en absoluto, de los fracasos de nuestras Exposiciones. Por eso he de alabar – alguna vez había de ser – el proyecto del Sr. Moret de incluir en el nuevo plan de enseñanza la de la Historia y Teoría del arte, aun cuando crea yo que dicha asignatura no puede enseñarse en la forma que pretende el ministro de Fomento, por razones que expondré en mejor ocasión.

Y dejando ahora lucubraciones, voy á hacer la reseña de esta Exposición del Círculo de Bellas Artes.

He hablado en otro artículo de los retratos de Sorolla. En efecto, de los tres retratos que expone el autor de *¡Otra Margarita!*, dos son obras maestras. *Isabelita y Thor* y *La nena* pueden adjetivarse de obras maestras. El primero representa á la hija del crítico de arte Sr. Comas y Blanco, niña como de unos once años, de rubia cabellera, vestida de terciopelo negro con un gran cuello de encaje blanco y apoyada la mano derecha en la cabeza de un gigantesco perro danés. El fondo de este cuadro es de una sobriedad grande, y la tonalidad general hace recordar la del *Cómico* de Velázquez. *La nena* no es más que el busto de la hija del artista, niñita de dos ó tres años, de pálida coloración, de ojos obscuros, de cabello corto, sedoso y ligeramente bronceado, tiene por fondo un almohadón color de oro viejo. Todo cuanto se diga en elogio de la verdad con que está pintado este retrato, de suyo dificilísimo por la imposibilidad de obligar al infantil modelo á que no se mueva, será justicia no más. La cabecita de la *nena* está dibujada, modelada y colorida de un modo maravilloso, y la ejecución es de una simplicidad desesperante. Sorolla, inconscientemente, predice con el retrato de su hija el *non plus ultra* de lo que ha de hacer. Yo que le he felicitado desde otro lugar, le renuevo desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el testimonio de mi admiración sincera.

El tercer retrato que Sorolla exhibe está hecho en condiciones pésimas. Muerto el eminente republico D. Cristino Martos, el pintor valenciano tuvo que hacer la efigie del orador demócrata representándole vivo. A pesar de esto, el parecido es indiscutible, y el color, aun cuando un tanto sucio, es castizo.

Sala exhibe también dos retratos: el de su pariente el pintor Plácido Francés, y el de D. José Echegaray. Como interpretado el carácter de la persona, el primero es superior al segundo; como alarde de color y de facilidad de ejecución, el segundo es superior al primero. Ambos son hermosísimos de paleta, pero el de Echegaray especialmente es de una tan buena casta y de tal finura, que dudo mucho de que Sala haya hecho nada más acertado.

En esta Exposición los retratos es el género pictórico que aporta obras de verdadero valor. A los retratos citados deben agregarse el del pintor Sensi, obra de D. Federico Madrazo; el del Dr D. L. C. de Raimundo; el del maestro Bretón, pintado por Plá, y el de Mr. M., hecho al pastel por Mr. Mathias.

El insigne director de nuestro Museo nacional de pinturas, asistiendo á este certamen con el retrato de su colega el italiano Sensi, parece como que quiere indicar á los pintores jóvenes que se dedican á cultivar este género de pintura que las dos primeras condiciones esencialísimas para llegar á dominarlo son un dibujo correcto y un sentimiento de la fisonomía moral del retratado, tan grande como la fidelidad de la imagen externa. La cabeza de Sensi pintada por D. Federico Madrazo reune esas dos cualidades en un grado eminente: en tan alto grado, que hace desaparecer la impresión cenicienta del color con que está colorido este retrato.

Más jugoso de color y fresco es el que Raimundo Madrazo expone. De gran parecido, tocado con una facilidad pasmosa, pese á los desdibujos que en él se advierten, este retrato indica claramente que es de la misma mano que la que pintó el celebradísimo de la que fué esposa del gran Fortuny.

Plá hizo un retrato serio y sobrio del autor de *Fray Garín*; y además de sobrio y serio, bueno de color y bien dispuesto. Mr. Mathias ha probado que con el pastel se puede obtener el mismo vigor de clarobscuro y la misma jugosidad que con las pinturas al óleo, amén de que sabe dibujar.

Después de éstos, los demás retratos pintados exhibidos en la exposición del Círculo de Bellas Artes, si algunos muy discretos, no rebasan los límites de lo vulgar y corriente.

Rendez-vous es un cuadrito de costumbres del siglo pasado, que, con la media figura titulada *Flor de estufa* y *Un resbalón*, *Estudio de naranjos*, *Camino de la sierra*, *Campesina asturiana*, *Campesino* y *Nueva modelo*, forma lo interesante de la pintura de género y costumbres. *Rendez-vous* y *Flor de estufa* son obras de Emilio Sala. El primero es una monería; el segundo, además de su delicada factura, de su finura y de ser un alarde de color, es un feliz hallazgo. Amalgamar la candidez de la jovencita con la picaresca coquetería de la mujer que sabe cuánto vale su belleza, esto es lo que logró Sala en su *Flor de estufa*.

Para provocar ensueños voluptuosos, ahí está aquella hermosa y arrogante valenciana que, como el cura, se incorpora para ir en socorro del monaguillo, el cual, incensario en mano, da un resbalón en las gradas del presbiterio de la iglesia, donde están adornando para la fiesta la imagen de la Virgen. *El resbalón* de Sorolla (!) es un cuadrito picaresco, gracioso, que tiene trozos pintados como Sorolla sabe hacerlo. *Estudio de naranjos* es el otro cuadrito del mismo artista, en el que la luz del sol de Valencia está briosamente interpretada. Este cuadro lo adquirió la reina regente.

Camino de la sierra es una tablita de Moreno Carbonero, luminosísima. *Campesina asturiana*, obra de Tomás García Sampedro, el discípulo predilecto del fallecido maestro Plasencia, recuerda la solidez y corrección de líneas de las estatuas clásicas, y es al mismo tiempo fidelísima interpretación del tipo asturiano. *Campesino* es un tipo, realmente típico, de Navarra, pintado por Bertodano, discípulo también de Plasencia. *Nueva modelo*, un cuadro de género, bien dispuesto, un tanto negro de color, pero muy agradable y entonado: su autor, Cecilio Plá, no tuvo necesidad, para buscar el asunto, de moverse de su *estudio*. El lugar de la escena es el taller del discípulo de Sala, y la *Nueva modelo* con su sombrerito de paja y mostrando la punta de sus pies pequeños y bien calzados, recostada en un diván, mientras el pintor sin soltar la paleta le propone el ajuste y las condiciones á que debe sujetarse para *posser*, es una *modelo nueva* efectivamente, aun cuando lleve ya trabajando hace algún tiempo.

Claro está que hay otros cuadros debidos á artistas cuya notoriedad es grande; pero sería pedirme un sacrificio superior á las fuerzas de mi voluntad mentarlos y verme obligado á decir lo que siento de aquellas obras. Para mí es indudable que las vacilaciones y las diferentes tendencias de las escuelas modernas han ocasionado honda perturbación en muchos de esos artistas, así como el amaneramiento ahogó la personalidad y la espontaneidad de otros. Paso, pues, de largo, por esta vez, por delante de esas firmas, y deteniéndome ante los paisajes y marinas que figuran en esta exposición, diré dos palabras de los lienzos del género que más dignos me parecen de ser apuntados.

Estudio del Pinar de Cercedilla es un paisaje de Beruete, sólidamente pintado y justo de color. De Casimiro Sainz hay varios paisajes y estudios, los cuales no hacen medrar una línea más la talla del infortunado paisajista santanderino; y aun alguno de esos estudios me parece que podría discutirse su paternidad; sin embargo, el mejor de los cuadros de Sainz es el que se titula *Río Manzanares*. Del sevillano Rodríguez figura un paisaje, cuya nota de color es muy fina. De Gartner hay un *Estudio*, perfectamente dibujado y con mucha luz, del río Tajo en Toledo; y de Martínez Abades una marina *Remolque*, cuyas aguas, aun cuando un poco «espesas,» están sin embargo bien movidas.

Antes de terminar este artículo quiero salvar un olvido involuntario. Benlliure (D. José) presenta, ó presentan por lo menos en su nombre, un cuadrito de muy pequeñas dimensiones, pintado con la franqueza con que puede pintarse por un maestro un cuadro de gran tamaño, de color brillante y jugoso, que representa á unos soldados del siglo XVII y á unos mercaderes. Este cuadrito tiene detalles primorosos, como por ejemplo el brocal de un pozo que se ve en primer término. Saint Aubin exhibe tres cuadritos, también microscópicos, dos de ellos, *De visita* y *En un ventorro*, graciosos y picarescos. De Mélida (don Enrique, fallecido hace pocos meses) *La comunión de las monjas* y *Una maja*.

Réstame solamente decir algo de la sección de escultura. Entre los bustos retratos hay tres, uno de ellos notable, obra de Susillo; el retratado es D. Augusto Comas (padre). De Vancells hay también otro busto retrato, digno de especial mención por lo bien modelado; y de Galán otro, muy parecido.

Gandarias presenta varias estatuas, sobresaliendo la sedente del *P. Feijoo*. Alcoverro ha mandado varias estatuillas del género de los *bibelots*, modeladas y movidas con gracia. Amutio una cabeza en bajo relieve representando á Ofelia. Lo demás no descuella por ningún concepto.

El arquitecto Mélida llevó el proyecto de un *Monumento al pueblo de Madrid, verdadero héroe del Dos de Mayo*. De este modelo diré tan sólo que tiene una figura, por cierto lo principal, porque con ella representa al pueblo madrileño, que yo califiqué en otro lugar de hallazgo feliz; es un *chispero*, machete en mano, defendiéndose de dos águilas.

Y doy por terminada la revista de esta exposición, lamentando sinceramente la ausencia de toda originalidad, de entusiasmo, de respeto al arte, que se observa en estas exposiciones últimas aquí celebradas. He visto paisajes de pintores que yo diputé no hace muchos años como paisajistas que llegarían á suceder dignamente al maestro Hais, á Casimiro, á Fernández, que revelan cómo yo me equivoqué. El amaneramiento, la tranquilla, el escaso ó ningún respeto que les merece la verdad: he aquí las actuales condiciones demostradas al presente por esos artistas á quienes en un principio creí tales. Y en el mismo caso se encuentran otros que no son paisajistas, que tienen medallas de oro y de plata por cuadros de todo género.





MONUMENTO QUE EN HONOR DEL PADRE LAS CASAS HA DE ERIGIRSE EN MÉXICO, obra de Agustín Querol, ejecutado por encargo del gobierno méxicano

Confieso que me equivoqué; pero lo grave es que á esos artistas ya no los salva nadie de su prematura decadencia.

Y conste que prometían como prometen los talentos con muestras de un valor innegable.

R. BALSA DE LA VEGA

LOS VICIOS DE NICANOR

Preguntaba, no hace mucho tiempo, un ingenioso y agudísimo autor de epigramas: *¿Dónde entierran á los malos?* Movíale á dirigir esa pregunta, que no ha sido contestada todavía, la circunstancia de hallar en todos los epitafios grabados sobre lápidas mortuorias de un cementerio encomios de los finados. Este había sido funcionario inteligente y probo; aquél patriota consecuente y decidido; el de más allá, honrado y buen padre de familia; el de más acá, hijo cariñoso y amante; la de arriba, esposa fiel y virtuosísima; la de abajo, madre amorosa y sin igual..., y así sucesivamente. Tenía mucha razón el poeta satírico: debe de haber una necrópolis particular en la que duerman el sueño eterno los que fueron en vida malos ciudadanos, esposas desleales ó hijos desnaturalizados.

Verdad es – y esto casi era innecesario advertirlo – que por algo llamamos á la hora de la muerte la hora de las alabanzas; de las alabanzas ajenas, se entiende, porque la hora de las alabanzas propias llega mucho antes, aunque diga el vulgo que la alabanza propia envilece; pues también dice el vulgo aquello de:

Vivimos en un mundo
tan miserable,
que si uno no se alaba,
no hay quien lo alabe.

Cada cual, según su discreción y á la medida de su entendimiento, busca la manera de alabarse, sin que las alabanzas parezcan alabanzas; pero son muy pocos los que logran engañar á sus oyentes. Hay, por ejemplo, quienes llaman *sus vicios* á lo que la generalidad de los hombres tienen por virtudes, y así suelen decir sin empacho: «Tengo el feo vicio de hablar siempre con ruda franqueza;» «Sé que peco de desatento, pero á todo antepongo la verdad;» «Confieso á ustedes, con sinceridad, que soy tonto de capirote; pero las desgracias de mis enemigos más encarnizados me enternecen,» y frases por el estilo, en las cuales el interesado finge tenerse en concepto de rudo, de descortés ó de tonto, para decir que es franco, veraz ó compasivo; habla de sus defectos, rudeza, descortesía y tontuna, para que entiendan todos que tiene las virtudes de la franqueza, de la veracidad y de la filantropía.

Nicanor, muchacho muy dispuesto, y no peor ni mejor que cualquiera otro muchacho, no pertenecía al número de los que hablan de sus vicios para enumerar sus virtudes; pero tenía también un procedimiento, que podríamos denominar de eliminación, para hacer su propio elogio á todas horas. Se hablaba, por ejemplo, en presencia suya de un jugador, y si nadie hablaba del jugador, hacía él que la conversación fuese á parar á ese tema, y Nicanor defendía con vehemencia al aficionado á tirar de la oreja á Jorge. Con tal calor lo defendía y con tanto entusiasmo, que todos acabábamos por creerle abogado en causa propia; alguno de sus más íntimos le decía entonces dándole cariñosas palmaditas en el hombro: «Vamos, Nicanor, confiese usted que también es algo aficionado á verlas venir.»

«Eso sí que no, respondía invariablemente Nicanor, el cual esperaba esta carga y aun la preparaba si era preciso; eso sí que no; tengo mil defectos, un millar de defectos (no decía cuáles, por supuesto), pero ese no; en mi vida he jugado y aborrezco de corazón el tapete verde.» Y explicaba luego que si había tomado con calor la defensa de los jugadores, era porque gustaba de ser indulgente en la vida de otro, para que también hallara indulgencia la suya. Con tal respuesta y con semejante aclaración, quedaba sentado: primero, que Nicanor odiaba el juego; y en segundo lugar, que era indulgente con las imperfecciones de sus prójimos.

Pues se hablaba otro día de un avaro y se agotaba contra él todo el vocabulario de los denuestos; y Nicanor, como de costumbre, se convertía en paladín del acriminado.

«Vaya, decía uno á quien el calor de la disputa enardecía un poco, confiese usted que también tiene algo de avariento, y no seguiremos haciéndole cargos.»

«¡Oh!, eso sí que no, respondía (como siempre) Nicanor; soy hombre, tengo como todos mis defectos; más defectos que otros; acaso más que todos; pero bien sabe DIOS y bien saben los que me conocen un poco, que no tengo ese de la avaricia. Muy al contrario, si de algo peco es de ser manirroto y pródigo.» Y según su costumbre, agregaba que era de los que odian el pecado y compadecen al pecador; que era preciso perdonar para ser perdonado, como ya se indica sabiamente en la oración dominical, y otras cosas por el estilo.

Y... «hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual.»

Nicanor afirmaba, si le suponían vengativo, que tenía todos los defectos del mundo, menos ese; porque precisamente nunca fué rencoroso, y no sólo perdonaba las ofensas, sino que hasta las olvidaba; lo cual, por cierto (decía él) le había perjudicado muchas veces; y cuando se le tildaba de soberbio, replicaba

sonriendo que, por fortuna, entre los muchos defectos que él tenía no estaba el de la soberbia, porque justamente era el más humilde de los hombres; y si alguno sospechaba que fuese perezoso, juraba él y perjuraba que entre sus infinitos vicios no podía contarse el de la pereza, porque justamente á ser laborioso y activo no le ganaba nadie.

De este modo que, según queda dicho, era ni más ni menos un procedimiento de eliminación, venía á resultar que Nicanor carecía de defectos.

El, eso es otra cosa, confesaba humildemente que tenía muchos y que le pesaba el tenerlos; pero nunca supo nadie cuáles fueron; lo que sí se sabía es que poseía todas las virtudes.

Se sabía, vamos al decir, porque Nicanor lo decía, no por otra cosa.

Qué, ¿no conocen ustedes por ahí á muchos Nicanores?

A. SÁNCHEZ PÉREZ



LOS RESTOS DE RAMÓN BERENGUER III EL GRANDE EN LA CAPILLA ARDIENTE INSTALADA EN EL SALÓN DE CIENTO DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE ESTA CIUDAD (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

ORNAMENTACIÓN

Lo habrán leído ustedes en los diarios noticieros.

Se ha observado que este año no hay golondrinas ó que vienen retrasadas.

De esto deducen varios observadores que estamos amenazados de epidemia.

Otros, también observadores, opinan que esas avecillas misteriosas y errantes no vienen á Madrid por falta de ropa de invierno.

Esto lo aseguran ciertos golondrinos sorprendidos por el calor *in fraganti* ropa de abrigo.

Para las modistas y modistos de sombreros de señora, en París, no es un misterio la falta de las inocentes golondrinas.

Hasta hoy las habían respetado todos los pueblos.

Las gentes de campo las miraban con cariño por la tradición y aun las ofrecían lugar seguro para que establecieran sus nidos.

Pero un modisto parisiense, un genio de sombreros para señora, pensó que sería adorno de suma novedad la golondrina y encargó á varios puntos que las cazaran.

Pocos días después llegaban á París remesas de las tiernas avecillas.

Las señoras aristocráticas, con esa delicadeza de sentimientos que enaltece á la mujer en casi todos los países, rechazaban los sombreros con golondrinas.

—¡Es una infamia!, decían unas.

—No los usaremos, afirmaban otras.

Y los modistos se vieron obligados á regalar sombreros á varias señoritas modelos.

Modelos en el vestir, se entiende.

Y ni aun así lograron aceptación entre las señoras de veras.

Pero el destrozo se había consumado.

Centenares de avecillas habían sucumbido en la cacería.

El modisto inventor las ofreció á los *restaurants* baratos, y se vió en la lista de platos de alguno de los citados establecimientos:

«Golondrina embalsamada, con *champignons.*»

«Salmi de golondrina soltera.»

«Golondrina oriental al *Xerès.*»

Por rara excepción pidió alguno de estos platos tal cual parroquiano, pero desistía de clavarle el diente al notar la dureza del pájaro.

—¿Qué carne es esta?, preguntaba horrorizado.

Y el camarero, ya instruído en el asunto, respondía:

—Una carne deliciosa; como no están ustedes acostumbrados á comer bien, cuando se les da un plato delicado protestan. Lo mismo ocurrió días pasados con otro señor, también del abono, que se le dió cabeza de jabalí á la *Pompadour* y se empeñó en que era apócrifa.

—¿Apócrifa?

—Sí, antigua, vamos.

—¡Ya!

—Era el animal de la familia del amo, puede decirse, porque le había cazado el yerno.

—¿El yerno del jabalí había cazado al amo?

—No, señor; el yerno del amo había cazado al jabalí.

Las señoritas de muestra que usaron durante algunos días sombreros con golondrinas, se veían en el boulevard y en los teatros verdaderamente comprometidas.

Un transeunte ó un espectador, según viera en la calle ó en el teatro á cualquiera de las modelos, la apuntaba con el bastón y voceaba:

—¡Pum!

—¡Ay!, solía exclamar asustada la señorita-figurín.

Y el cazador improvisado añadía:

—¡No es á usted, hija, es al pájaro!

—¿Es de usted?, le preguntaba otro.

—¡Adiós, golondrina!, le decía otro, de pasada.

La empresa era superior á las fuerzas de un modisto y hubo de desistir.

Las señoras amenazaron al inventor, así como á sus imitadores, con retirarles la protección que les dispensaban.

Y se salvaron las golondrinas, gracias á tan ilustres protectoras.

El modisto inventor protestó en secreto.

¡Haber invertido un capital en golondrinas y no poder aprovechar ni las plumas!

Entonces pensó en «otros pájaros.»

En los *titís*.

—Esos cuadrumanos, se dijo, usan rabo largo y son aprovechables.

Y el modisto inventó ese plumero en forma de interrogación, que habrán visto ustedes en los sombreros de las señoras.

Son rabos de *tití*, enroscados en parte.

Parecen ganchos para colgar á las que los llevan, vestidas y calzadas, en perchas ó roperos, conforme entran en casa.

La interrogación está muy bien aplicada en la mujer.

Se ve que el modisto es hombre de ingenio agudo.

En el sombrero de alguna muchacha casadera, en expectativa de colocación, significa:

—¿Cuándo encontraré á *ese*?

Ese es un novio que vaya para marido.

En el sombrero de una buena moza:

—¿Valgo ó no valgo?

En el de una jamona sin trichina:

—¿No es verdad que todavía estoy de buen ver?

En el de una viuda que se propone reincidir:

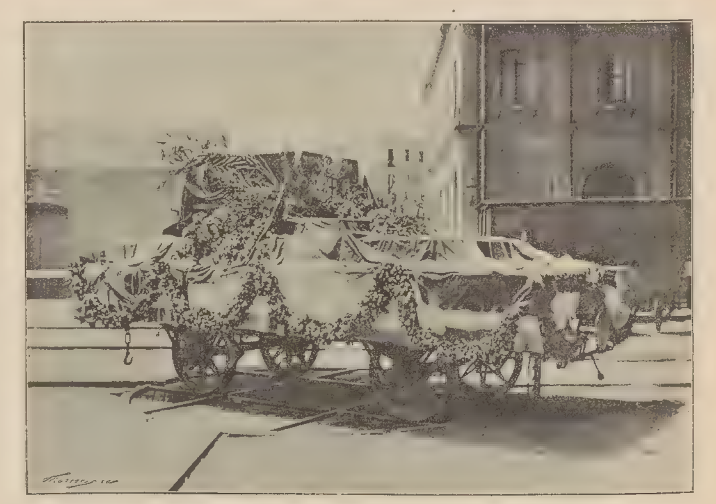
—¿Quién quiere ser el *difunto segundo*, como dicen en los repartos de algunos dramas *caballero primero, caballero segundo*?

En el sombrero de alguna romántica, imitación de las de 1830 á 40:

—¿Me amas ó me intoxico á *migo* misma?

En el de la esposa de un diputado á máquina, recién salido ó recién sacado por primera vez, á fuerza de puños:

—¿No conocen ustedes á mi esposo? ¿Ese que se sienta el tercero á la derecha y dice «sí» ó «no» con tanta elocuencia?



FURGÓN DESTINADO Á CONDUCIR Á RIPOLL LOS RESTOS DE RAMÓN BERENGUER EL GRANDE (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

Bien mirado, la pluma corresponde á la forma de algunos sombreros.

Parecen hostiones de Málaga.

Decían y aún sostienen varios señores que la forma poética está llamada á desaparecer.



VENDEDORA DE FLORES EN FLORENCIA, cuadro de F. Andreotti

Esos sombreros y esas plumas contradicen tal opinión.

Con esos sombreros algunas jóvenes parecen pastorcitas de la Arcadia ó de la Alcarria.

Otras parecen pastores.

Esos plumeros de rabo de mico también recuerdan los tiempos primitivos.

La edad de oro.

Por cierto que la edad de oro debe ser la de los cincuenta años; puesto que los consortes regios celebran á los cincuenta años de casados sus bodas de oro.

Ello es que con esos sombreros y esas plumas van diciendo las muchachas á los transeuntes:

– Adiós, Batilo.

– Piensa en mí, Filemón.

– Te adoro, ¡oh Teótimo!

– Cabe la fuente te espero, Caralampio: ven con el caramillo.

Las señoras mayores parecen con esos sombreros y esas plumas de garabato chinas de nacimiento ó por convicción.

Esas no son plumas, son espárragos cabizbajos.

¿Y las charreteras?

Viendo á ciertas señoras de suyo varoniles con esas hombreras, se siente cierto respeto y así como ganas de decirles:

– Adiós, veterano.

EDUARDO DE PALACIO

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

II. – DE LA FUGA AL CAUTIVERIO

No entraré en detalles de la célebre huída á Varennes, sobrado conocida, mil veces narrada: en la comedia dramática de la frustrada evasión real, sólo



DANTÓN. De un dibujo de Santiago Luis David (1748-1825)

me interesa ahora – y es bastante – lo que se refiere al delfín.

Cuando, discutida la empresa, hecho el plan y llegado el momento de ponerlo por obra, hubo que despertar al delfín para disfrazarle de *Aglae, niña menor de la baronesa de Korff,* la reina le dijo á fin de darle ánimos: «Levántate, que nos vamos á una plaza donde mandarás tu regimiento.» El niño adormilado sacudió instantáneamente el sueño y se echó de su camita. «¡Andando! ¡Vengan mis botas y mi sable!» Y cuando se hubo visto con el ropón y la cofia del femenil disfraz, dijo á su hermana Madama Royale: «Se me figura que vamos á representar alguna pieza.» Pero al subir al coche, como fuese preciso guardar el más absoluto silencio, y Madama Isabel sin querer pisase fuertemente al delfín, éste no dejó escapar ni leve quejido.

Sorprendidos y descubiertos en Varennes, obligados á volver hacia París sin dilación alguna los reales viajeros, el delfín con su disfraz mujeril y su divina belleza atraía las miradas, casi la indulgencia, de la hostil y frenética muchedumbre. «Carlos, le dijo por lo bajo su hermana, ya ves como no era cuestión de representar. – Hace tiempo que lo comprendí,» respondió al mismo diapasón la criatura.

Penoso é intolerable sobre toda ponderación fué el viaje de regreso, entre nubes de polvo, bajo un sol de fuego y escoltado el carruaje de camino de los reyes por una horda que engrosaba, como los ríos, recogiendo á su paso gente y más gente, el ejército informe de los aldeanos armados de hoces, garrotes y sables mohosos. El delfín se resintió: postróle una fiebre altísima; pero las súplicas de su madre no pudieron lograr que le concediesen algún descanso, y hubo que seguir, con el niño enfermo, en brazos de las damas que reprimían los sollozos. Al acercarse ya á París, los comisionados de la Asamblea Nacional se metieron en el coche regio, y hubo una persona más para tener en las rodillas al enfermito, ya repuesto casi. Era el diputado Barnave, que entró en la carroza adusto republicano y salió de ella monárquico, vencido, transformado por la desventura y la interesante dignidad de una mujer y la gracia dulcísima de un rapazuelo. Al ver humedecidos por el llanto los preciosos ojos donde sólo debía brillar el júbilo de la inocencia, Barnave sintió ablandarse sus entrañas; al sentir en sus rodillas el peso sagrado del cuerpo del niño, le amó lo bastante para ofrecerle la vida. ¡Tanta fuerza posee la infinita debilidad de la infancia!

La calentura del delfín provenía de las terribles impresiones de aquel viaje, que al pronto le había parecido una divertida comedia. En la aldeílla de Dormans, donde la comitiva hizo noche, concilió el sueño Luis Carlos, pero fué para sufrir angustiosa pesadilla: vióse perdido, con su madre de la mano, en un bosque profundo y sombrío, donde los centenarios árboles, elevando al cielo sus copas, acrecentaban el horror con la densa obscuridad. De las tinieblas salía, aullando, una manada de lobos, famélicos, amarillentos, de ojos de brasa; y las hambrientas fieras, lanzándose sobre la madre y el hijo, se aprestaban á devorarles. ¡Dantesca visión, formada por el espanto en la tierna fantasía de un niño! Algo muy parecido refiere en la *Divina Comedia* Ugolino, al contar el sueño terrible que desgarró para el preso en la torre de Pisa el velo de lo futuro. ¡Quién pensaría que la pesadilla del delfín, con ser tan horrenda, se quedase atrás de lo que había de ser la realidad! Porque al delfín le devoraron en efecto los lobos del sombrío bosque, pero le devoraron solo, después de arrancarle del regazo materno.

El mismo sueño se repitió la primer noche que, de vuelta de Varennes, pasó la familia real en las Tullerías. Luis Carlos volvió á verse cercado de lobos y de carniceros tigres. Cuando lo refirió en alta voz, al



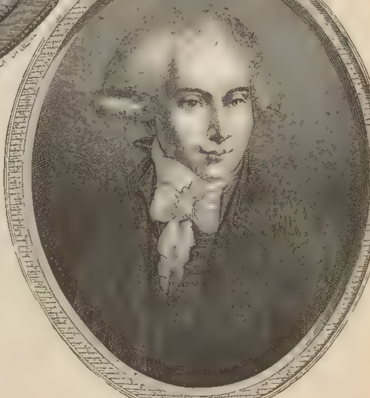
El célebre tribuno MIRABEAU

despertar, los allí presentes se miraron en silencio. No encontraban palabras para desmentir el ensueño, no ya profético, sino meramente simbólico del niño que, al mostrarle su madre á la guardia nacional como iba semi-sofocado de calor, exclamando: «Vean, señores, mi pobre hijo se ahoga,» había oído brotar de entre la muchedumbre esta feroz respuesta: «Aguarda, que ya os ahogaremos de otro modo.»

El año que sigue á la fuga de Varennes transcurre en engañosa quietud: diríase que dormita la Revolución, para despertarse más vigorosa y sañuda. Aunque vigilada de cerca en las Tullerías, goza relativa calma la familia real. Un hecho singular caracterizó aquel período de bonanza en que Robespierre, desalentado, pudo decir: «Amigos, todo se ha perdido.» Y fué que, dando vueltas á la manera de derrocar la monarquía, se pensó en que abdicase Luis XVI y recayese la corona en el delfín. Para sembrar en el pueblo la idea, gentes asalariadas gritaban en el malecón de las Tullerías al ver al delfín: «¡Viva nuestro reyecito!» Bien cara había de pagar el reyecito, cuando lo fué, la funesta herencia de la corona. Hoy, que sabemos lo que esperaba á Luis Carlos, no podemos menos de encontrar patética su exclamación cuando por primera vez, desde la vuelta de Varennes, se permitió bajar á su jardín: «Mamá, dijo, ¡qué bien sabe el aire libre! ¡Qué lástima me dan los que están siempre encerrados!»

Su inteligencia se desarrollaba de un modo sorprendente, lo cual no nos extrañará si recordamos que, al hacerle la autopsia, los médicos habían de declarar no haber visto nunca, en niño de tal edad, cerebro tan pesado y grande. Su educación se completaba con lecciones bien graduadas y estudios serios, y su penetración extremada se revelaba en mil dichos, ya agudos, ya hondos. Habíanle dado, en premio á su aplicación, una armadura chiquita; y un día quiso armarse con ella de punta en blanco, para sorprender á su preceptor. «¿Qué nombre tomas, Carlos?,» le preguntó su madre. «El del caballero Bayardo. – ¿Y por qué? – Porque quiero ser como él, sin miedo ni mancilla.» Su héroe favorito en la historia era Escipión. Le trajeron á enseñar su escudo, conservado en un museo, y volando el delfín fué á buscar su sablecito y lo frotó contra el escudo. «¿Qué es eso, monseñor?,» preguntó el abate Barthelemy, portador de la antigualla. «Que froto mi sable contra el escudo de un grande hombre, para que se me pegue algo,» respondió el niño.

El aniversario del viaje á Varennes lo celebró el pueblo invadiendo las Tullerías y haciendo beber á la realeza, en pocas horas, un cáliz colmado de hieles de ultraje y humillación. Por vez primera fué colocado sobre los rubios cabellos del delfín el gorro frigio, que había de servirle en el Temple de corona de espinas. Las turbas desfilaron ante la mesa que, débil valla, protegía la vida de los niños, á quienes hasta sin querer pudo despachurrar aquel aluvión humano. Era el día en que, desde la terraza, el oficial de artillería que después fué Napoleón el Grande y que presenciaba las escandalosas escenas, montó en cólera y rugió: «¡Lástima no poder barrer esa canalla á cañonazos!» Temblorosa y transida de miedo la reina, acaba por guarecerse con el delfín en un escondrijo practicado en el hueco de la pared. El niño, comprendiendo la necesidad de callar, enmudece y retiene hasta el soplo de la respiración. Pasado el inminente peligro, los miembros de una diputación de la Asamblea Nacional se entretienen en hacer preguntas al delfín, asombrados de su comprensión clara y viva. Un diputado, á propósito de historia, interroga al príncipe sobre la jornada de Saint Barthelemy. «¿Por qué evocar tal recuerdo?,» observa otro diputado más discreto y prudente: «Aquí no hay ningún Carlos IX. – Ni ninguna Catalina de Médicis,» replicó prontamente el delfín, entre los aplausos, las risas y los elogios de todos los diputados.



GUADET, uno de los jefes girondinos

Desde aquellas horas de amargura, en la conciencia del niño, que alcanzaba ya la edad señalada por



El Temple en el último tercio del siglo XVIII. (Copia de un dibujo de F. Holfbauer.)

la Iglesia para el uso de la razón, se hizo luz: luz lívida como la del relámpago. Comprendió la lucha, y que no llevaban la mejor parte en ella los seres queridos. Sintió las angustias del náufrago, cuando sólo debiera sentir el descuido y la imprevisión del que todos protegen y aman. Percibió que tenía enemigos, y que, tan tierno, tan lindo, tan amable, *se le odiaba*. ¿Por qué? Eso sí que no lo comprendía... El caso es que se le odiaba. Un día dijo en voz baja al marqués de Villeneuve, enseñándole cierto juguete, una liebre que tocaba el tambor: «Esta liebre redobla por el rey: es una liebre realista; pero no lo diga usted á nadie, porque me la matarían!»

Sintiendo que cada vez se abría más aterrador el abismo, los reyes intentaron ganar á su causa á algunos de los hombres que mayor ascendientes ejercían en la opinión, y como antaño á Mirabeau, hicieron secretas proposiciones á Dantón y á Guadet. Guadet no se dejó ganar: lejos de eso, fué de los que más adelante votaron la muerte de Luis XVI. Sin embargo, su alma de bronce tuvo un instante de enternecimiento, uno solo; y éste lo causó la vista del delfín, profundamente dormido en su camita. María Antonieta alumbraba: Guadet contempló aquel sueño angelical, y una nube de tristeza y lástima veló su frente. «¡Qué tranquilo duerme!,» murmuró el republicano. «¡Pobre niño!,» suspiró la reina, y cambiaron una mirada. Guadet, conmovido, tomó la manita del delfín que colgaba fuera del embozo, y la besó con los mismos labios que habían de enviar á la guillotina al padre.

Atropellábanse los sucesos; no estaba ya en mano de los hombres contener la ola desencadenada. Acercábase el formidable día 10 de agosto de 1792, fecha roja si las hay. El 9, convencido de la inminencia de un ataque del pueblo, que pedía á voces el destronamiento á la Asamblea, el rey había preparado la defensa de las Tullerías; pero conociendo su acostumbrada humanidad, su repugnancia al derramamiento de sangre, era previsto que esta defensa sería fórmula vana y estéril. María Antonieta, sola y sin otro consejero que su energía, hubiese resistido mejor el embate. No le era lícito á la valerosa mujer más que presenciar y compartir el riesgo. Al despedirse del delfín, la noche del 9, no pudo reprimirse, y las lágrimas de la madre bañaron las frescas mejillas del niño. «Mamá, ¿por qué lloras hoy al darme las noches? Todo el mundo anda asustado... No me acuesto. – Acuéstate, hijo, yo estaré cerquita...,» respondió la reina. ¡Sueño bien corto el de Luis Carlos! A media noche comenzaron á tocar al arma: el eco pavoroso del cañón, el redoble de los tambores y ese indefinible y trágico rumor oceánico que levanta la multitud inmensa en marcha contra algo ó contra alguien. A la primera é indecisa luz del amanecer, despiertan aprisa al delfín, y su madre le toma en brazos. «Mamá, ¿van á hacerle daño á papá? No puede ser: ¡si es tan bueno!» La reina lleva al delfín á la galería mayor del castillo, en que unos doscientos ó trescientos hijosdalgo, resueltos á morir con sus reyes, se agrupan silenciosos. Al ver al niño, gritos de entusiasmo pueblan el aire: cien manos febriles se apoderan de Luis Carlos, y á guisa de viviente bandera lo alzan sobre las cabezas destinadas á rodar bien pronto de los hombros.

Viendo la imposibilidad de resistir al torrente, el rey se decide á buscar asilo en la Asamblea Nacional. Para atravesar el encrespado gentío y no ser despedazados, un granadero coge al delfín, lo levanta en vilo, y le pasa cual otro San Cristóbal. «No tengas miedo. – No, por mí no... contesta el delfín; por papá sí: que no le maten!» El granadero se adelanta, y, entrando antes que nadie en la Asamblea, deja al niño sobre la mesa presidencial. Las lágrimas de la criatura enternecen por un instante á los espectadores de las tribunas, y merced á ese impulso compasivo se le permite á Luis Carlos refugiarse en el seno de su madre.

Con ella se agazapó (es la única palabra exacta, pues allí no se podía estar de pie) en aquella tribuna del *Logógrafo*, que fué como el balcón del Pretorio en la larguísima pasión de la familia real. Entre llanto y estremecimientos profundos, el niño oyó pedir la cabeza de su padre; oyó el decreto que privaba de toda autoridad á Luis XVI; y prestando mejor el oído, hasta pudo escuchar el nombre de Luis XVII, que por vez primera resonó en aquellas dolorosas horas... Los que, mal informados ó atrasados de noticias creían posible aún sostener la monarquía como forma de gobierno, se agarraron á la candidatura del niño que, azorado como paloma entre las uñas del halcón, quebrantado además de sueño, calor y cansancio, se amodorraba ya sobre el hombro materno... En aquellos instantes en que se decidían los destinos de su raza y el suyo propio, la criatura tenía una preocupación viva y honda: saber qué habría sido de su perrillo *Moufflet*, perdido y acaso despachurrado en el tumulto.

Tres días mortales permaneció la familia real, de día en la tribuna, de noche en unas angostas celdas del antiguo convento habilitado para las sesiones de la Asamblea. Carecían de ropa, y el delfín no hubiese podido mudarse á no ser por la generosidad de la embajadora de Inglaterra, la condesa de Gower Sutherland, que por tener un hijo de la misma edad que el delfín, pudo socorrerle. Mientras la Asamblea deliberaba, disponíase la prisión de la familia real y hórrido sepulcro del delfín; el viejo torreón donde un tiempo moraron los caballeros de la Orden del Temple – otra gran tragedia de la historia. – El 13 de agosto, al anochecer, Luis XVI, su mujer, su hermana, sus hijos y servidumbre cruzaban los umbrales del Temple, iluminado por fuera con democráticas lamparillas, por dentro aristocráticamente con centenares de bujías. El delfín, rendido, agotadas sus fuerzas, dormíase en las rodillas de su aya Madama de Tourzel, porque cama no la tenía aún. Fuera, la multitud ebria de vino y sangre bailaba la carmañola; dentro, los prisioneros se extendían en las duras camas, y cerrando los ojos, á obscuras, rezaban al Dios



LUIS XVI EN EL TEMPLE, dibujo de Carneray



EN LA ESPESURA



OSQUE, cuadro de L. Andreotti

vengador é irritado que visita la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

Emilia Pardo Bazán

(Continuará)

MONUMENTO AL PADRE LAS CASAS

PROYECTO DE DON AGUSTÍN QUEROL

Se ha dicho, con razón mil veces comprobada en la historia, que el tiempo se venga de quien no cuenta con él, pues á través de los siglos todo se justifica, y aun de esas mismas justificaciones suelen surgir gigantescas personalidades cuyas virtudes había obscurecido la envidia ó desfigurado la animosidad personal y mezquina de los hombres. Y de esa afirmación viene á darnos gallarda muestra el movimiento de simpatía y admiración iniciado en todos los países hispano-americanos hacia la patria común y hacia sus hijos insignes que hace tantos siglos realizaron la empresa extraordinaria de conquistar para la vida del espíritu y de la civilización aquellos pueblos prehistóricos, sumidos hasta entonces en la más lamentable obscuridad. Venganza terrible que el tiempo realiza ahora contra los falsificadores de la historia.

Mientras en casi toda la América se levantan estatuas al insigne navegante genovés y á los hombres que después trataron de conservar sus conquistas por medio de la bondad y el amor, Méjico se prepara á erigir otro monumento al hombre acaso más eminente de la España maternalmente conquistadora: al nunca bien ponderado Fray Bartolomé de Las Casas, quien por sus virtudes supo merecer el honroso dictado de «Padre de los americanos.»

Y la realización de esta idea, apoyada con decidido empeño y ardoroso entusiasmo por el presidente de aquella República, general D. Porfirio Díaz, ha sido confiada á nuestro insigne escultor D. Agustín Querol, quien ya ha ejecutado y remitido los modelos de su grandioso proyecto.

Si entráramos en el terreno de las consideraciones relativas á la asociación de ideas podría decirse que el monumento en cuestión, destinado á honrar las virtudes de un hombre tan discutido en todos los tiempos como el Padre Las Casas, no podría tener intérprete más apropiado, enérgico y glorioso que el Sr. Querol, que desde los comienzos de su carrera ha sabido romper los convencionalismos del arte, como ahora rompe, para honra suya, el presidente Díaz los convencionalismos de la historia.

El Padre Las Casas, obispo de Chiapas, como dice elocuentemente en un notable artículo el general Riva Palacios, embajador de Méjico en España, «fué el representante de todos aquellos misioneros ó abogados que combatían incesantemente, reclamando libertad y buen trato para los indios; porque el obispo era el adversario más poderoso de los codiciosos encomenderos y de los malos gobernantes de Nueva España, que miraban como letra muerta las benéficas y repetidas disposiciones de los monarcas españoles en favor de los indios; y Las Casas, ni se limitaba á la denuncia del abuso, ni se contentaba con la estéril queja. Indicaba el remedio, anatematizaba la conversión violenta, reprobaba la conquista armada, y usando de sus facultades como obispo, prohibía á su clero que absolviesen en el tribunal de la penitencia á los que tuvieran indios esclavos; y seguro de la verdad y de la justicia de su doctrina, tan intransigente y severo se mostraba, que para él se convertía en enemigo cualquier gobernante que tuviese la menor debilidad ó condescendencia con los que infringían aquellas leyes.»

Tan exacto es este retrato, tan vivo su color y tan cierto y ajustado á la verdad psicológica del personaje, que hacemos nuestras esas palabras para explicar mejor la obra del Sr. Querol. Como se ve, Fray Bartolomé de Las Casas era lo que hemos dado en llamar un carácter, era una gran personalidad dentro del orden riguroso de las ideas elevadas, presentía la marcha de los Estados del porvenir, y de ese modo por intuición maravillosa resulta precursor de una escuela socialista tan honrosa para la humanidad como la que establece en primer término el derecho de gentes.

* * *

La gloriosa figura de este fraile extraordinario ha sido interpretada por el Sr. Querol dentro de la línea enérgica y movida tan peculiar á esa especie de neoclasicismo que constituye por sí la gran personalidad artística del escultor tortosino. Las Casas se levanta sobre un ancho pedestal adornado con las águilas mejicanas, en el centro de un basamento de amplísimas escalinatas; lleva la frente alta y la mano izquierda enhiesta empuñando la cruz redentora, mientras con la derecha recoge sus hábitos hacia atrás para cubrir con ellos el cuerpo desnudo de una indígena que, abrazada á su indio y llevando en los brazos el hijo amado, se amparan todos de aquellas santas vestiduras. Tiene esta composición además un detalle filosófico: mientras los indios se acogen atemorizados, el niño juega con una flecha desprendida del carcax de su padre, nota de carácter profético indicada con la encantadora sencillez de la inocencia.

El grupo está tan admirablemente sentido y comprendido, que por todos sus puntos de vista ofrece las arrogancias y gallardías del arte cuando se apodera de una idea grandiosa; y para que resulte perfecta la armonía entre el concepto psíquico y el desarrollo plástico de esa idea, parece que aquel campeón de la fe y la justicia defiende en tan crítico momento con su pecho y en nombre de la hidalguía castellana los fueros del débil contra el fuerte y con la cruz y en nombre del cielo los derechos del nuevo ciudadano.

El Sr. Querol, acostumbrado á triunfar en Europa, quiere y debe triunfar igualmente en América; el artista que vence siempre en los concursos, el que ha sabido conquistar con aplauso unánime medallas de oro en todos los certámenes internacionales verificados durante los últimos años en Munich, Berlín, París, Madrid y Barcelona, el que supo despertar en España el genio adormecido de Alonso Cano con su célebre escultura *La Tradición* y levantar del moribundo clasicismo rutinario desesperada protesta iniciando una verdadera revolución artística con su grandioso frontón de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid, se presenta ahora en esta nueva obra tan enérgico y arrogante que amenaza invadir el Nuevo Mundo con las hermosísimas producciones de su indisputable talento. Si no era bastante el monumento á Colón que ha de erigirse en Guatemala ó el de los bomberos de la Habana muertos gloriosamente en el cumplimiento de su deber, ha modelado el del Padre Las Casas, que constituirá indudablemente una de las joyas más preciadas de la Nueva España. Méjico, honrando á tan ilustre sacerdote honra por ende á Querol, del mismo modo que Querol honra á España con su prodigiosa labor artística.

Cinco metros deberán tener las figuras de este grupo que será vaciado en bronce; obra colosal como iniciada por el presidente de la República mejicana, general Porfirio Díaz, único hombre que hasta la fecha ha sabido apartar á aquella floreciente nación de las luchas fratricidas para conducirla á la paz más duradera y provechosa, á esa paz benéfica y fecunda que hace pensar en los héroes é impulsa el desarrollo de las ideas saludables por medio de las manifestaciones artísticas. El general Díaz pensando de este modo resulta aún más grande que en el movimiento regenerador de Fuxtepec.

Pero alguien más merece igualmente nuestro aplauso: le merece y muy sincero el representante de aquel país en Madrid, general Riva Palacio, quien recibió el encargo de practicar aquella idea en nuestra patria, y su provechosa ingerencia en el asunto nos recuerda una frase del gran Rubens cuando era enviado especial de su país en Inglaterra. Pintaba el gran autor de *El descendimiento* en los momentos de ocio, cuando gestionaba cerca de aquel gobierno, y en uno de esos instantes un personaje llegó á visitarle quedándose sorprendido de la agilidad artística del enviado: «¡Hombre!, dijo, ¿conque es usted pintor á ratos? - No, señor, contestó el célebre flamenco, á ratos soy diplomático.» Si esta frase no envuelve mortificación alguna para un embajador tan hábil y distinguido como el señor Riva Palacio, téngase por aplicada, en el bien entendido que si no es un pintor como Rubens es tan artista como el primero en cuanto á la literatura y á otras artes se refiere.

Un enviado de semejante magnitud es capaz, no ya de establecer una corriente de simpatía entre los ingratos elementos del estado social, sino que también puede dejar unida para siempre la idea absoluta del arte entre dos naciones que piensan y sienten con la misma cabeza y el mismo corazón. Ejemplo elocuente de esta verdad es el monumento al Padre Las Casas cuyas líneas generales acabamos de diseñar.

Luis Pardo

NUESTROS GRABADOS

M. Roybet, pintor francés premiado con la medalla de honor en el Salón de París de 1893. – Dos cuadros tiene expuestos este artista en el actual Salón de los Campos Elíseos de París; uno de ellos, grandioso, colosal, se titula *Carlos el Temerario en Nesle*, y representa la matanza ordenada por el duque en la catedral de aquella villa, en donde se habían refugiado los habitantes huyendo de los borgoñeses; el otro, titulado *Galanteo*, ha sido unánimemente considerado como una joya, y de él nada decimos porque en breve podrán admirarlo nuestros lectores en las páginas de La Ilustración Artística. Desde el primer momento, la opinión pública designó como digno de la mayor recompensa al autor de esos lienzos, y el Jurado, en efecto, ha concedido la medalla de honor á M. Roybet, cuyo retrato publicamos en esta página.



M. F. ROYBET, pintor francés premiado con la medalla de honor en el Salón de París de 1893

Un momento de descanso, cuadro de Adolfo Menzel. - El cuadro que hoy reproducimos del gran pintor berlinés se aparta por completo del género á que preferentemente se ha dedicado el gran ilustrador de la historia de Federico el Grande, y constituye una nota de observación y de estudio que entra de lleno en la escuela del realismo y aun del impresionismo modernos. Pero ¡cuánta diferencia entre la obra de Menzel y las de aquellos que entienden que la impresión debe traducirse en manchas borrosas, en figuras desdibujadas; en una palabra, cuánta diferencia entre la naturalidad del cuadro que nos ocupa y esas exageraciones y extravagancias que algunos pretenden hacer pasar por última expresión del arte! Ninguna de las cualidades técnicas que toda obra de arte para ser realmente tal debe tener falta en la del ilustre pintor, que á pesar de sus setenta y ocho años siente y ejecuta como en sus mejores tiempos y es una de las personalidades más salientes del mundo artístico contemporáneo.

Vendedora de flores en Florencia. - En la espesura del bosque, cuadros de F. Andreotti. - De distinto género estos cuadros, ambos justifican la fama de que hace tiempo goza su autor en el mundo del arte. Así la figura de la hermosa florista de nuestros tiempos, como la enamorada pareja del pasado siglo, están dibujadas con tanta espontaneidad como corrección y llevan impreso el sello de vida que sólo el genio puede infundir en la producción artística; y tanto la cesta de flores de la una, como el bosque frondoso en el cual ha ido á refugiarse la otra buscando para sus amores asilo oculto á indiscretas miradas, están estudiados con cariño y ejecutados con mano maestra y revelan cuán familiar es al pintor el conocimiento de la naturaleza en sus diversas manifestaciones.

Estudio, cuadro de Manuel Feliu D' Lemus. - Varias veces nos hemos ocupado con verdadera complacencia de las obras de este joven y distinguido pintor, que ofrece la particularidad de que cada una de ellas significa un progreso y revela sus aptitudes para el cultivo del arte que con tanto entusiasmo emprendiera. Desde *El banco de la Parroquia*, que tanta admiración causó, cada nueva producción ha tenido el privilegio de llamar la atención de los inteligentes. Hoy, en los Salones de París, abiertos actualmente, figuran expuestas algunas obras de Feliu. Esta circunstancia demuestra la valía del artista, á quien felicitamos por sus progresos y aplaudimos por su indiscutible mérito.



Bellas Artes. – En la *Fine Art Society*, de Londres, ha expuesto el célebre caricaturista inglés Mr. Linley Sambourne 300 dibujos en su mayor parte originales de las caricaturas políticas publicadas en el *Punch* desde 1888.

– Se ha inaugurado en Berlín una Exposición de Bellas Artes, libre, organizada por numerosos artistas cuyos envíos han sido rechazados por el jurado de la gran Exposición berlinesa, la que pudiéramos llamar oficial: entre estas obras figuran la estatua ecuestre del emperador Guillermo destinada á la ciudad de Stuttgart, obra de Maximiliano Klein, que fué premiada en público certamen.

– El emperador de Austria, protector decidido de las bellas artes, ha adquirido en la última exposición celebrada en Viena once cuadros al óleo de Ameseder, Blaas, Sckhardt, Friedlander, Hampel, Hamza, Kaufmann, Kochanowski, Reichert, Russ y Zewy y una acuarela de Bernt.

Teatros. – En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha cantado recientemente *Falstaff*, de Verdi, por la misma compañía que estrenó la ópera en la Scala de Milán, excepción hecha de Maurel, á quien sustituyó nuestro compatriota el señor Blanchart, que fué muy aplaudido. La obra gustó, pero no produjo entusiasmo.

En el propio teatro se estrenará en octubre la ópera de Rubinstein *Nerón*.

París. – En el Odeón se ha celebrado el centenario de Corneille con una representación extraordinaria, cuyo programa se compuso de un acto del *Menteur*, la tragedia *Horacio* y un apropósito en un acto y en verso de G. A. Guerin, titulado *La mort de Corneille*, cuadro de gran vigor dramático y muy bien escrito. De los últimos estrenos del teatro Libre, sólo obtuvo buen éxito una pieza en un acto de E. Bourgeois, *Marige d'argent*, comedia de costumbres rurales del género realista. En Folies Dramatiques se ha estrenado con buen éxito un mimo-drama en tres actos y un prólogo, de Blanchard de la Bretesche, titulado *Jean Mayeux*.

Londres. - En Covent Garden se han cantado: *Carmen*, *La hebrea*, *Los pescadores de perlas*, *Faust* y *La Favorita*, habiendo sido el mayor éxito en todas esas óperas para Mme. Calvé en el papel de Carmen. En el Albert Hall y en Saint James Hall han dado conciertos Adelina Patti y Sarasate respectivamente, habiendo logrado una y otro grandes ovaciones. En el Drury Lane actúa la notabilísima compañía de la Comedia Francesa, que ha puesto en escena *Les Plaideurs*, de Racine; *Le malade imaginaire*, de Moliere; *Un pere prodigue*, *Par le Glaive*, *Denise*, *Les effrontés*, *Le Filibustier*, *Gringoire*, *Le gendre de M. Poirier* y *Les precieuses ridicules*. En el Lyric sigue cosechando entusiastas aplausos la eminente Duse que, entre otras obras, ha representado *La casa de muñecas*, de Ibsen.

Barcelona. – En Novedades se ha estrenado con gran éxito el drama en tres actos de D. José Echegaray *El poder de la impotencia:* el ilustre dramaturgo asistió á él, así como á las representaciones extraordinarias de su precioso drama *Mariana*, habiéndole tributado el público entusiastas ovaciones. En el Lírico se ha verificado el beneficio del notable primer actor señor Ruiz de Arana, que tantas y tan justas simpatías se ha conquistado en Barcelona: la función fué una serie de éxitos tan grandes como merecidos.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos José de Hefele, obispo de Rottemburgo (Wurtemberg) y antes profesor de la facultad de Teología católica de Tubingen, ilustre historiador eclesiástico.

Juan Pedro Holst, célebre poeta y novelista dinamarqués.

Otón Kauffman, notable pintor berlinés, retratista, de historia y de género.

Julio Scholtz, famoso pintor de historia, profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde, autor de cuadros de gran valía, entre ellos del ciclo de pinturas murales que representan episodios de la vida del duque Alberto, existente en el palacio Alberto, de Meissen.

Carlos Semper, profesor de Zoología y de Anatomía comparada de la Universidad de Wurgburgo y director del Instituto Zoológico-Zootómico, ilustre sabio y viajero, autor de muchas é importantes obras de Zoología.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Solamente en algunas que otras palabras se lamentaba la madre de Sixto de lo triste de aquel su nuevo género de vida, apartada de su hermana, lejos de su país, viviendo en una casa aislada donde tendría por únicas distracciones el espectáculo de los trenes al pasar el puente y la vista de las lanchas del río que, ora subían, ora bajaban, siguiendo el movimiento de las mareas; pero todo esto era un sacrificio que ella hacía á su amor sin lamentarlo.

En la carta siguiente ya aparecían las quejas más determinadas: ¿quién le habría dicho que se vería obligada á ocultarse en un arrabal de aquella gran población, con nombre supuesto, y que la recompensa de su ternura y de su confianza



¡Querida hija mía! ¡Anie de mi alma! ¡Adorada niña!

sería aquella existencia miserable de joven deshonrada? ¿Con aceptarla solamente no estaba dando la mayor prueba de amor que podía darse? ¿Obtendría alguna vez justo pago á aquel sacrificio? Lo único que al presente deseaba era que sus sacrificios sirviesen por lo menos para calmar la manía celosa con que le daba tormento.

Las cartas siguientes se referían también á este tema de los celos, pero de una manera vaga y que nada nuevo decía: Gastón estaba celoso de Arturo Burn, aquel inglés joven que había habitado en la hostería de las hermanas Dufourcq, y Leontine se obstinaba en desvanecer aquellos celos. Ella había visto siempre en Arturo Burn un huésped como todos los demás; si algún sentimiento le había inspirado era lástima. ¿Cómo no había de compadecerse de un pobre muchacho condenado á muerte y que pasaba días enteros aniquilado por sus dolores? Además, ¿cómo ninguna mujer podía sentir amor hacia un enfermo que tenía su cuerpo convertido en un estuche de farmacia? ¿Podía admitirse, razonablemente, que Leontine fuese tan ciega ó tan loca que prefiriese á un hombre joven, sano, vigoroso, dotado de todas las buenas cualidades que hacían irresistible á Gastón, un pobre inválido, fastidioso, siempre cubierto de unturas y emplastos, que olía á enfermedad y á quien las criadas de la hostería, hasta las más serviciales y dispuestas, se resistían á cuidar? Arturo había salido de Peyrehorade al mismo tiempo que Leontine se instalaba en Burdeos, esto era verdad; pero ¿qué importaba? En el caso de que en efecto existiese entre ellos complicidad, ¿no le habría sido fácil á Leontine persuadir á Arturo á que se condujera de modo que no despertara sospechas? ¿Se comprendía, cuando era mayor su interés, tanto por ella como por su hijo, en no provocar esas sospechas, que cometiese Leontine una imprudencia tan estúpida como torpe?

Seguían á estas otras doce cartas escritas en el mismo tono; su lectura demostraba que en el transcurso de muchas semanas Leontine solamente había escrito á Gastón para defenderse, y que á pesar de todo el enojo de éste, no cedía á los razonamientos de la joven. Cuando Leontine no abogaba en defensa de su fidelidad, engolfábase en protestas de ternura, en las cuales se adivinaba que había tomado por modelo *Manon Lescaut*, si bien Leontine, como muchacha poco ilustrada, copiaba servilmente á este modelo: «Te juro, querido Gastón, que eres el ídolo de mi alma y que nadie hay en el mundo sino tú á quien yo pueda amar de la manera que te amo. Te adoro: parte de ese principio, amado mío, y no pienses en ninguna otra cosa.» Gastón, muy aficionado á la caza, pero muy poco á la lectura, sobre todo á la lectura de novelas, había podido tomar todo aquello como original y hasta inédito y contentarse. Tal cual era, nada tenía de inverosímil que Leontine le adorase con toda su alma.

Pero con lo que no podía contentarse seguramente era con las explicaciones relativas á Arturo Burn; la carta que seguía á las ya mencionadas lo demostraba por su papel tan gastado en los dobleces que había sido necesario sujetarlos con tiras de los pliegos de sellos de correos: ¡cuántas veces habría sido leído y releído, estudiado y analizado, desdoblado y vuelto á doblar para encontrarse en aquel estado!

«¿Te parece, ídolo de mi corazón, que si tuviese yo algo que reprocharme te habría confesado nunca que había encontrado á Arturo? ¿Te parece acaso que si hubiese yo querido negar ese encuentro no habría podido hacerlo de manera que quedases convencido de que nada de eso había pasado? No ofrecía esto ninguna dificultad. ¿Quién me había visto? Un hombre en quien no podías tener completa confianza. Podría yo haber negado su testimonio; haberte dicho que no salí de casa aquel día. Y tengo el orgullo de creer que entre el dicho suyo y el mío no hubieras vacilado. Pero eso hubiera sido un engaño, una bajeza, una cosa indigna de mí, indigna de mi amor; habría sido sospechar de ti, cosa que nunca he hecho, cosa que jamás haré, porque no quiero rebajarme á mí misma á tus ojos, ni puedo rebajarte á ti en mi corazón.

»Por eso cuando con el rostro turbado, sombríos los ojos, temblorosa la voz de angustia ó de cólera – me parece que de las dos cosas – me preguntaste: ¿has visto al Sr. Burn?, te respondí: lo he visto; y te expliqué cómo había ocurrido aquel encuentro que se debió á la casualidad únicamente.

»Y no obstante, á pesar de mis explicaciones tan leales como claras, comprendo muy bien que al separarnos ibas enojado conmigo, y lo que es más triste todavía, inquieto y desgraciado. No quiero que esto suceda, amado de mi alma; no quiero que dudes de mí, de mí que te adoro; no quiero que los celos te atormenten; harto has de sufrir ya sólo con nuestra separación. Por eso, después de la horrible noche que acabo de pasar desesperándome y llorando por haberte causado un disgusto, he querido que mi primer pensamiento, al levantarme esta mañana, sea para tranquilizarte repitiéndote lo que ya te he dicho; me parece que cuando veas en orden lo que pienso decirte en esta carta, si es que consigo ordenar mis ideas, reconocerás que en este deplorable encuentro nada hay que pueda disgustarte.

»Como ya te he dicho, yo había salido para dar una vueltecilla por el muelle. En esto hice mal, lo confieso; debí permanecer en casa. Pero ¿qué quieres? Tener por única distracción la de mirar cómo pasan los trenes ó las barcas llega á ser fastidioso, y tener por único ejercicio el de dar vueltas en un jardín del tamaño de una servilleta acaba por marear. En fin, que yo había salido, y maquinalmente, sin saber lo que hacía, sin darme cuenta de la distancia había llegado al extremo del puente, donde me detuve contemplando el movimiento de los buques anclados en la ría, á los cuales la marea alta imprimía movimiento alrededor de las anclas; de pronto noté que alguien se había detenido detrás de mí, á muy poca distancia, y que me miraba fijamente. Ya comprendes lo que esto me asustaría. Entonces, sin volver siquiera la vista, procuré seguir mi camino; pero una mano me cogió dulcemente por el brazo y al mismo tiempo oí la voz de un hombre que con acento inglés me decía: «¿Le doy á usted miedo, señorita?» Era Arturo. Dime tú si á pesar de mis deseos de huir de él podía entonces hacerlo. Me dijo que venía de Arcachón, donde ha permanecido desde que salió de Peyrehorade, y que regresaba á la estación de la Bastida para tomar el tren de París. Por mi parte no le dije ni una palabra, pensando que Arturo se despediría dejándome sola. Pues nada de eso; como había llegado con anticipación, calculó, sin duda, que el charlar un rato conmigo era un modo, como cualquiera otro, de hacer tiempo.

»En este momento, sin duda, pasó por allí la persona que te ha dicho que me vió con Arturo; no pudo ser sino en este momento, porque no estuvimos hablando más que unos ocho ó diez minutos. Te confieso que en aquellos instantes no tenía yo conciencia del tiempo, porque estaba angustiada. Cuando Arturo manifestó la sorpresa que le causaba encontrarme en Burdeos, siendo así que me creía en la Champagna, no supe qué responderle, así como tampoco sabía qué decirle cuando me miraba fijamente; porque bien comprendía yo que mi estado era ya muy visible, como lo eran también mi confusión y mi vergüenza. Aquellos momentos de conversación que se consideran como un crimen cometido por mí fueron, sin embargo, muy horribles. Por último, Arturo se alejó de mí mirándome con aire de lástima, que no era ciertamente para darme valor, y yo regresé á casa reprochándome duramente por aquella malhadada salida, aunque sin prever todas sus consecuencias.

»He ahí la verdad, ídolo de mi corazón, toda la verdad, tal cual te la he dicho ya francamente, tal cual te la repito para tranquilizarte, para devolverte la calma y sobre todo para impedirte que dudes de mí. Pregunta á tu conciencia misma, amor mío, y estoy segura de que su voz te responderá que no tienes derecho á desconfiar de tu Leontine. Escúchala, escucha también á tu razón, la cual te dirá que sería yo la más estúpida ó la más loca de las mujeres si te engañase. ¿Me tienes por estúpida? ¿Crees que estoy loca? Loca de amor sí lo soy; loca de amor por ti lo he sido desde la primera vez que te vi y lo seré hasta la hora de mi muerte. Porque tuve la debilidad de escucharte, porque accedí á tus ruegos, porque no pude resistir á la hermosura de tus ojos, al fuego de tu pasión, á tu elegancia, á tu nobleza, á todo eso que te presta tantos encantos y tal prestigio, ¿puedes creer que me habría yo entregado de la misma manera á cualquier otro? ¡Oh! No; en el mundo no hay para mí más que un solo Gastón, y éste no puede achacarme como delito que yo no haya sabido resistirle.

»Pensar que Arturo Burn pueda ser á mis ojos algo más que un hombre del

todo indiferente, es creerme capaz de la más ruin y la más cobarde de las felonías. Pues qué, ¿si yo hubiese querido á ese pobre muchacho, y hasta si únicamente él me hubiese querido, hubiese tenido ojos para ti?, ¿habría yo consentido en escucharte?, ¿me hubiera entregado á ti como lo he hecho? Arturo es huérfano, es rico, no depende de nadie; ni de su familia, ni de la sociedad, ni de nada; amada yo por él, fácil me habría sido, estando como está efectivamente enfermo y necesitando cuidados..., hablo, por supuesto, del caso de que él estuviese enamorado de mí.

»¿Tienes un solo indicio, una prueba cualquiera, sea la que fuere, para sospechar que alguna vez haya hecho yo estos cálculos? Te lo pregunto, y para que me respondas apelo á tus recuerdos.

»Cuando tú y yo nos conocimos, ¿viste en mí el aspecto de una muchacha subyugada por algún sentimiento tierno, por algún amor, por un compromiso ó, en fin, por proyectos cualesquiera? ¿He opuesto nunca la menor resistencia á lo que has querido de mí? ¿No he sido entre tus manos tan flexible, tan dócil á todos tus deseos como podía serlo una joven completamente libre de toda dependencia.

»No digo esto por haberme entregado á ti por completo, porque al hacerlo de este modo obedecí á mi amor tanto como al tuyo; me refiero á todo lo demás, á lo sucedido después del momento en que fuí completamente tuya.

»Cuando quisiste que ocultase yo mi estado interesante, ¿opuse alguna resistencia? Y sin embargo, me parece que yo tenía derecho á levantar la voz y á decirte que siendo yo una muchacha honrada tenías con respecto á mí contraídas obligaciones de hombre honrado. ¿He hecho esto? No. Me dijiste que era necesario contemporizar con tu padre y con las leyes de la sociedad á que perteneces; que era conveniente esperar, sin apresurarse y sin violencias que todo lo empeorarían; y sin resistencia, aunque no sin dolor, sin avergonzarme, sin mostrar disgusto, he aceptado lo que proponías.

»Has creído que me convenía separarme de mi hermana y abandonar mi casa para venir á ocultarme en este sitio; te he obedecido sin hacerte observación alguna, aunque desde un principio vi con claridad el género de existencia que me imponías: lejos de ti, de quien estoy separada; lejos de los míos, á quienes no veo nunca; presa, abandonada, sola con mis pensamientos que, como yo me figuraba, no pueden ser alegres.

»¿Habría yo aceptado todo esto si ese Sr. Burn no fuese para mí del todo indiferente?

»No he visto nunca sino á ti, solamente he pensado en cuál sería la mayor prueba de amor que pudiera yo darte.

»Para decírtelo todo, para ser completamente franca y leal, agregaré que también he pensado en nuestro hijo y en que tú le pagarías á él lo que por ti hago.

»Nada puede serme tan doloroso como la creencia de que dudas de mí, de que me juzgas desleal y culpable, y es necesario que yo te ame como te amo, que sea tu esclava, una propiedad tuya, para que lo sufra sin revelarme; pero, al fin y al cabo, por muy doloroso que esto sea, cuando me ofendes con tus sospechas no pierdo mi valor, porque sé perfectamente que he de conseguir que varíen tus sentimientos, como sé que lo único malo que hay en ti es tu carácter inquieto y celoso. Eres así, y contra eso no puedo nada; tu espíritu siempre suspicaz te arrebata, y entonces nada puede detenerte, ni la razón, ni la verosimilitud, ni la justicia, hasta que la voz de tu corazón habla para demostrarte el error en que has incurrido.

»Pero si, ahora que te conozco bien, puedo dispensarte esas dudas, no quiero que ellas rocen siquiera la frente de nuestro hijo; no quiero que le contemples con ese aire anhelante y sombrío con que miras á su madre mientras imaginas las cosas más insensatas y más absurdas; por mi hijo no vacilaría yo en sacrificarlo todo y á todo estoy dispuesta; por mi hijo tendrás en mí la mujer más tierna, más humilde, más adicta y más fiel mientras me dure la existencia.

»Entre él y tú no cabe que existan dudas de ningún género; sólo te corresponde decir: soy su padre, le debo la ternura, los cuidados y el amor paternales.

»Por nuestro hijo es por quien te escribo esta carta interminable, no por mí, que á pesar de todo, no creo necesario defender mi causa; causa tan buena que en este mismo momento – estoy completamente segura – sólo piensas en hacerme olvidar el disguto que me has causado. Puedes estar tranquilo, no ha de serte difícil conseguir esto; te bastaría venir á verme para encontrarme la misma que he sido y seré siempre.

»Tu enamorada

»LEONTINE.»

Barincq había leído las cartas precedentes con toda la rapidez que permitía su letra no muy clara; de esta última, por el contrario, pesó á conciencia cada frase, cada palabra, y cuando llegó al final volvió á comenzarla de nuevo.

Pero por muy atentamente que la leyó no pudo encontrar en ella nada que ya no conociese, sino indicaciones acerca del carácter y la naturaleza de Leontine; indicaciones que, á la verdad, justificaban cualquier sospecha.

A pesar de sus protestas de amor y de sus juramentos, aparecía muy claro que aquella coquetilla de pueblo había procedido con Arturo Burn y con Gastón de tal manera que á los dos les contentase, escribiendo probablemente al uno las mismas cartas que escribía al otro, y sin saber ella misma á ciencia cierta cuál de ellos era el verdadero «ídolo de su corazón,» si no es que lo fuesen ambos á un tiempo.

Si era así efectivamente, y todo parecía indicarlo, comprendíase muy bien por qué incertidumbres habría pasado Gastón y cuáles habrían sido las sospechas de aquel hombre perdidamente enamorado de Leontine; pero si durante toda su vida había luchado Gastón con esas dudas terribles, siendo así que se encontraba en mejor situación que nadie para resolver con acierto aquel problema de su paternidad, ¿no era una locura imaginar que al cabo de treinta años podría nadie ver con claridad allí donde Gastón se había perdido entre tinieblas? ¿Y no era mayor locura aún pretender la solución de tan dificultoso problema sin más datos que aquellas cartas? Aun cuando se las leyese y se las releyese mil veces, como sin duda las habría leído Gastón, las cartas no revelarían el secreto que no habían revelado treinta años antes; la lectura de aquellos documentos daba pie para todas las inducciones y para todas las hipótesis, pero no proporcionarían certidumbre alguna si las últimas cartas no eran más significativas que las primeras.

Y no lo eran efectivamente; en todas se defendía Leontine de las sospechas y de los celos de Gastón con las mismas protestas insubstanciales y vagas; en ninguna de ellas abordaba frente á frente los motivos de queja de su amante para destruirlos, solamente contestaba á todos con la consabida frase «te amo: parte de ese principio, cree en mi amor.» Y siempre lo mismo.

Después del legajo en que se contenían las cartas de la madre pasó Barincq á examinar el paquete en que estaban reunidas las del hijo. Limitóse á pasar rápidamente la vista por las primeras cartas de aquel legajo, escritas con ese carácter de letra infantil del que empieza á emborronar papel, y no dió principio á una lectura seria hasta que llegaron aquellas en las cuales podía adivinarse cómo poco á poco el niño se convertía en joven; muy pronto adquirió el convencimiento de que si en vez de tratarse de esclarecer un asunto de paternidad se hubiera querido resolver dudas acerca de la maternidad, Barincq no habría admitido nunca que aquel muchacho, todo sencillez y rectitud, de corazón tierno y al propio tiempo discreto y reservado en sus expansiones, pudiera ser hijo de una coqueta, cada una de cuyas palabras denunciaba un engaño. Tal se mostraba el colegial, tal era después el soldado – con la naturales variaciones de mayor firmeza y de más seriedad que dan los años; — tanta y tan franca sinceridad había en aquella especie de confesión no interrumpida desde los dieciocho hasta los treinta años, que se veía como si se hubiera seguido hora por hora, paso á paso el desenvolvimiento de aquel espíritu, el despertar de sus ideas, la formación de su carácter y de sus sentimientos, la tendencia de su corazón juvenil á los ensueños primeramente, después á la meditación y por último á las realidades de la existencia.

Resultó entonces que aquella lectura comenzada con la esperanza y el propósito de que perjudicara al capitán, muy lejos de perjudicarle le favorecía; siendo, como en efecto era, tan poco parecido á su madre, ¿de quién podía haber recibido las hermosas cualidades que revelaba en cada una de sus cartas sino de su padre?

Y para quien conociese á Gastón parecía que en efecto él era su padre.

X

No era esta la primera vez que advertía Barincq que las personas honradas tropiezan en su vida con dificultades y obstáculos que no detienen nunca á los pillos. Barincq, si hubiese sido un tunante habría destruído sin vacilar y sin que su conciencia le remordiese aquel testamento y en nada habría variado su situación; pero siendo hombre honrado no podía emplear un medio que, para hacer la fortuna de su familia, causaría su propia desgracia envenenando para siempre su existencia. El padre de Anie se conocía á sí mismo y sabía perfectamente que no le era posible soportar sobre su conciencia tan terrible peso, que si le permitía dormir le atormentaría cruelmente al despertar; todas las sutilezas de sus razonamientos nada valían contra aquel pedazo de papel en virtud del cual y con arreglo al código el capitán Sixto era el heredero de Gastón; mientras no hubiese restituído aquella fortuna á su sobrino, que era en realidad su legítimo propietario, Barincq no podía prometerse ni tranquilidad ni reposo.

Esto era la verdad; todo lo demás solamente se fundaba en sofismas dictados por el egoísmo ó sugeridos por el interés personal. Barincq estaba perfectamente convencido de que, á vivir solo, ese interés personal no se habría obstinado con tanto empeño en inspirarle mentidas argumentaciones, las cuales sólo tenían fuerza por lo que podían influir en el bienestar de su mujer y de su hija.

Obtenida como resultado definitivo de sus reflexiones esta conclusión, el deber de Barincq estaba perfectamente definido: volver á su casa, tomar el testamento de Gastón y llevárselo á Revenacq.

Sin embargo, nada de esto hizo y no le faltaron razones para aplazar el sacrificio: por lo que respecta al capitán ninguna prisa había, y unos cuantos días de más ó de menos importaban poco; en lo relativo á su familia, Barincq no podía ni debía, sin preparación, descargar aquel terrible golpe que sumergiría á su mujer en la desesperación y rompería el matrimonio de Anie: hasta él mismo necesitaba reflexionar todavía, orientarse en aquel laberinto de contradicciones en que luchaba. No era asunto aquel en que fuese posible ni razonable resolver con precipitación ó ligereza.

Los días se deslizaban largos y agitados; las noches parecían aún más agitadas y más largas. Pero ¿qué puede el tiempo en lo que no depende de nuestra voluntad? Desgraciadamente la situación no podía variar en tanto que Barincq no se resolviese, bien á destruir el testamento, bien á entregárselo á Revenacq, y por lo tanto los tormentos, las inquietudes, las angustias de Barincq seguían siendo lo que eran, lo mismo que sus remordimientos y su impotencia para acallarlos.

Tal estado de cosas no había podido prolongarse sin llamar la atención de la señora de Barincq y de su hija, y como á todas las preguntas de éstas había contestado Barincq siempre que nada tenía, que no estaba enfermo, la madre y la hija habían consultado entre sí sobre lo que podría motivar aquel inexplicable cambio de carácter, y se fijaron en la sospecha de que pudiese producirlo el casamiento de Anie.

– Tu padre te quiere demasiado y no puede acostumbrarse á la idea de que dentro de poco tiempo habrás dejado de existir para nosotros.

– No dejaré de existir para vosotros; pero aunque llegase el momento en que fuese preciso separarnos, sé perfectamente que en su cariño hallaría fuerzas bastantes para aceptar este sacrificio si estaba convencido de que lo hacía por mi felicidad. Sólo que sería necesario que esta convicción estuviese fuertemente arraigada, y acaso no lo esté lo bastante para no dejar sitio á sus inquietudes.

Con un hombre como el barón, ¿qué inquietudes quieres que tenga?

– Si yo las supiese habríamos salido de dudas.

– Le preguntaré.

La ocasión era demasiado buena cuando la señora de Barincq preguntó sobre esto á su marido para que éste dejase de aprovecharla, explicando las preocupaciones que no le era posible negar y preparando al mismo tiempo la ruptura de sus proyectos matrimoniales.

– Aun cuando ninguna queja precisa tengo del barón, te confieso que no acaba de gustarme.

– ¿Y por qué no me has hablado de eso?

– Precisamente porque ninguna queja determinada y concreta podía exponer; he creído que era inútil disgustarte si, como espero, nada encuentro desfavorable al barón.

– Y entonces, ¿por qué te disgustas tú?

– Porque anhelo saber algo que no averiguo.

– ¿Qué quieres saber?

– Lo que quieren decir las gentes cuando hablan de él, ó para expresarme con más exactitud, lo que no quieren decir; ¿no te has fijado en las reticencias con que se habla siempre del barón?

– Reticencias... me parece mucho.

– Corriente, la palabra importa poco: ¿á qué vienen esas manifestaciones de admiración cortés cuando del barón se habla? ¿Cómo se explica el silencio con que son acogidas nuestras palabras siempre que damos á entender que lo aceptaríamos con gusto por yerno si fuese del agrado de nuestra hija?

– Envidias.

– Es posible; pero no es seguro.

– Pues si no es envidia, ¿qué es?

– Justamente de averiguar eso se trata. Y ahí tienes por qué deseo que no consideres como cosa hecha este matrimonio que, al cabo y al fin, podría no realizarse.

– No has de querer romperle por tan poca cosa.

– No por cierto; pero vislumbro como cosa posible el rompimiento, si...

– ¿Si... qué?

– Si encuentro lo que busco. Y todo esto, como tú comprendes, justifica mis preocupaciones.

– Pero, en resumen, ¿qué es lo que buscas?

– La manera de ver claro lo que me parece obscuro; de precisar con exactitud lo que es vago é incomprensible.

– El barón es un caballero.

– Lo creo así.

– Un hombre de bien.

– Estoy seguro.

– ¿Pues entonces?

– Caballero cumplido y hombre honrado puede, no obstante, ser un mal marido; la responsabilidad de un padre que casa á su hija es demasiado grave para que se deje nada al acaso.

– Te alarmas sin motivo.

– ¿Y qué sabes de eso? Con el mismo fundamento podría yo decirte que por tu parte te empeñas sin razón en ver las cosas tales como las deseas; si este matrimonio puede realizarse, también está en lo posible que no se realice.

– Se realizará.

– No puedes desearlo más que yo.

– Sería la mayor de las locuras tomar seriamente rumores y sospechas sin fundamento; nada hay, nada puede haber que desfavorezca al barón; todo eso que tú juzgas reticencias es solamente, como antes te he dicho, no sospechas, sino envidia; envidia en los amigos del barón porque Anie le lleva una buena dote; envidia en nuestros amigos porque él le trae el título de baronesa.

Barincq esperaba aquella resistencia y no prosiguió discutiendo; dado el primer paso, podía cuando lo considerase conveniente reanudar la conversación sobre aquel rompimiento y conseguir que poco á poco el ánimo de la señora de Barincq se familiarizase con aquella idea hasta admitir la posibilidad del rompimiento.

Con Anie procedió Barincq de la misma manera, pero la acogida que Anie dispensó á las palabras veladas de su padre no se pareció en nada á la que su madre las había dispensado.

– Si hay en este matrimonio algo que te disguste ó te inspire recelos, dijo la joven á su padre, lo mejor será que renunciemos á él inmediatamente.

– ¿No lo sentirías, hija de mi alma?

– Absolutamente nada, puedes creerme; cuando me dijiste que el Sr. de Arjuzanx solicitaba mi mano, te respondí que ni me alegraba ni me entristecía el saberlo; ahora me encuentro como entonces; me parece haberte dicho también, después de un examen de conciencia, que no hallaba en mí sino la indiferencia más absoluta con respecto al barón, y aunque desde aquel día el Sr. de Arjuzanx y yo nos hemos hablado cinco veces, en nada he cambiado desde entonces. En tales condiciones soy de opinión de que, si este matrimonio no te ofrece ya las ventajas que creíste hallar en él y principalmente una completa seguridad, conviene romper antes que llevar las cosas más lejos.

– ¿Y de veras esto no te afligiría?

– ¡Cómo había de afligirme si no estoy segura aún de que aceptase la mano del barón!

– ¿Eso quiere decir que vuestras conferencias en Biarritz no han dado resultado alguno?

– Sí, habrían producido el resultado de aburrirme extraordinariamente si no se hubiesen verificado á la orilla del mar, lo cual era una distracción, y si además no hubiesen estado amenizadas por el capitán.

– ¡Ah! El capitán...

El tono con que Barincq dijo estas palabras llamó la atención de Anie, que le preguntó:

– ¿Por qué te sorprende lo que digo?

Barincq seguía mirándola, y mirándola sin responder estuvo un buen rato, transcurrido el cual dijo:

– Estoy preguntándome si concedes al capitán méritos que niegas al barón.

– No hay para qué establecer comparaciones entre uno y otro.

Barincq volvió á guardar silencio; Anie quedó sorprendida al ver que las manos de su padre temblaban como si el anciano estuviese dominado por profunda emoción.

– ¿Qué tienes?, preguntó.

Barincq no contestó y comenzó á pasear con la cabeza alta, los ojos brillantes y los labios temblorosos. De pronto deteniéndose en su paseo delante de Anie le dijo:

– Tu reflexión con respecto al capitán me ha sugerido una idea; idea que me obliga á rogarte que respondas con entera franqueza á una pregunta mía.

– ¿Tan grave es esa pregunta que de esa manera te conmueve?

– La más grave que en estos momentos puede haber para ti y para mí.

– Entonces pregúntame inmediatamente.

– Si el capitán Sixto hubiese solicitado tu mano, ¿habrías contestado lo que contestas al barón?

– Pero... papá...

– Te ruego, te suplico, querida Anie, que seas franca con tu padre; no sabes qué consecuencias puede tener la respuesta que ahora te pido.

– Bueno; pues te confieso, para repetir tus mismas palabras, que concedo al capitán méritos que en el barón no encuentro.

– ¿Y esos méritos habrían sido á tus ojos bastantes para que, á pesar de lo anómalo de su nacimiento y á pesar de lo escaso de su fortuna, le aceptases por marido?

– Precisamente porque, gracias á la herencia de mi tío, no necesito tener en cuenta la fortuna, me habría gustado escoger mi marido prescindiendo en absoluto de toda cuestión de intereses; no rechazarle porque fuese pobre, no aceptarle porque fuese rico.

– ¿Y lo del nacimiento?

– Eso ya es otra cosa: no es posible negar que en el mundo el barón de Arjuzanx, cuyos antepasados ocupaban elevados cargos en la corte del rey Enrique, tiene posición muy diferente de la del capitán Sixto.

– ¿De manera que por este reparo habrías rechazado al capitán?

– No digo eso: digo que yo habría deplorado que el capitán no tuviese el nombre del barón; pero deploro infinitamente más, por otros muchos conceptos, que el barón no sea el capitán.

– ¡Ah! ¡Querida hija!

– Me has dicho que te hable con franqueza.

Barincq estrechaba entre sus brazos á la joven y no cesaba de besarla diciéndole al mismo tiempo:

– ¡Querida hija mía! ¡Anie de mi alma! ¡Adorada niña!

– ¿El capitán ha pedido mi mano?

– No.

– ¡Ah!

– Pero eso no importa.

– ¿No ha de importar?; es lo más importante. ¿Cómo y por qué me has dirigido esas preguntas? Si te he contestado como has oído es porque me hiciste creer que el capitán solicitaba ser mi esposo.

Anie se desprendió entonces de los brazos de su padre y se aproximó á una ventana para ocultar su turbación. Barincq llegó silenciosamente hasta su hija, y tocándola con la mano en el hombro le dijo con ternura:

– No supongas en mí intenciones que estaban muy lejos de mi pensamiento; te aseguro que en estos instantes nada podía serme más grato que eso que acabas de decirme.

Efectivamente en más de una ocasión había vislumbrado Barincq, si bien con cierta vaguedad, que el matrimonio de Anie con Sixto podría ser el término de las dudas, de los temores y de las zozobras que le angustiaban. Por este medio se arreglaba todo de la mejor manera posible: Anie no perdía la fortuna de su tío y Sixto heredaba á su padre, armonizándose perfectamente los derechos de ambos: no más luchas, no más sacrificios ni de unos ni de otros; no más dudas sobre la validez del testamento ni acerca de la paternidad de Gastón; Sixto gozaría la fortuna, no en concepto de hijo ni como heredero de Gastón, sino como marido de Anie, y ésta por su parte no la disfrutaría en su calidad de sobrina del testador, sino como esposa del capitán.

Si Barincq no se había fijado en esta idea cuando la idea había cruzado por su imaginación; si no había querido ni aun examinarla cuando, á pesar de los esfuerzos que hacía para desvanecerla tornaba á fijarse en su espíritu, era porque la consideraba desde un principio como un cálculo ruin, como una vergonzosa especulación de su conciencia próxima á perderse. ¿No sería aquello vender á su hija? ¿No sería pagar al precio de la vida y de la felicidad de Anie el sosiego y la fortuna de todos? Pero cuando espontáneamente y sin realizar ningún sacrificio Anie prefería el capitán al barón, las circunstancias variaban por completo: en casar á su hija con Sixto no había ni cálculo ruin ni vergonzosa especulación; sin vender á su hija vencía Barincq la insuperable dificultad del testamento y al propio tiempo se realizaba un reparto equitativo de la fortuna de Gastón entre las personas que, por diferentes títulos, tenían derecho á disfrutarla. Y no solamente se conseguía esto, sino que también se aseguraba la felicidad de los contrayentes. ¿Qué mejor marido podía desearse para Anie que aquel buen mozo, inteligente, franco, leal, ante quien se abría el más brillante porvenir? ¿Qué mujer había de encontrar Sixto que con Anie pudiera ser comparada? Estas reflexiones produjeron el arrebato de alegría que experimentó Barincq al advertir que Anie se anticipaba á los deseos que él no se había atrevido á formular.

– Me has hablado con franqueza porque te gusta Sixto y también sabes que tú le agradas.

– Pero no sé nada de eso, dijo Anie volviéndose hacia su padre.

– No lo sabes, pero sí lo sabes, estoy seguro; el capitán no te lo ha dicho, pero eso no quita para que tú estés segura de que te quiere; ninguna muchacha se equivoca en esto. Esto es lo principal; lo demás ya es de poca importancia.

– ¿Y qué quieres?

– Quiero que te cases con el capitán, ya que es de tu agrado.

– Pero, papá, demasiado sabes que las jóvenes no solicitan en matrimonio á los hombres, sino al contrario, han de ser solicitadas.

– Si el barón no te gusta y el capitán sí, como hay por otras mil razones grandes ventajas en que ese matrimonio se realice, hemos de aunar esfuerzos de todos para conseguirlo.

– Sin embargo, yo no he de rogarle que se case conmigo.

– Ni se trata de eso, hija mía; lo que se necesita primeramente es que desahucies al Sr. de Arjuzanx.

– Eso es muy fácil y estoy dispuesta para hacerlo cuando me lo digas. Solamente por no disgustarte había yo aceptado estas entrevistas. Ahora quieres que cesen, pues te obedezco todavía con más gusto. Suceda lo que suceda, te aseguro que no echaré de menos al Sr. de Arjuzanx. No me ha inspirado nunca ni antipatía ni repulsión, eso no; me es indiferente nada más; pero esta indiferencia no me parece que sea lo suficiente para casarse; para amigo, me parece bien; para marido, no. Por mi parte puedes dar por hecho lo que deseas. Pero me alegraría saber por qué razón te parecía muy bien para yerno hace un mes y por qué no lo quieres ahora.

Barincq paró un momento como no sabiendo qué contestar, y su hija siguió diciendo:

– ¿No era entonces ese barón lo mismo que es ahora? Y por lo que respecta al capitán, ¿has sabido algo que le favorezca?

Barincq había tenido tiempo de recobrarse un poco y respondió:

– He oído varias veces hablar sobre el Sr. de Arjuzanx de una manera que no me ha gustado.

(Continuará)



APROVECHAMIENTO DE LA CATARATA DEL NIÁGARA COMO FUERZA MOTRIZ

En distintas ocasiones hemos dado noticias acerca del aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz: en el presente artículo vamos á completarlas publicando algunos detalles técnicos de tan grandiosa empresa.

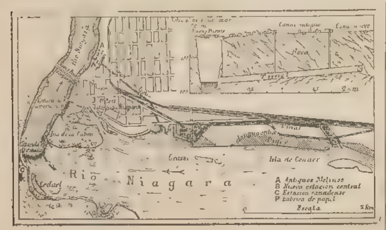


Fig. 1. Plano de las instalaciones para el aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz

La *Niagara Falls Power Company* ha obtenido del gobierno de los Estados Unidos permiso para tomar en la orilla americana una fuerza de 250.000 caballos, y como la fuerza total del agua que por la catarata se precipita se calcula que es de 16 millones de caballos y la citada Compañía sólo se propone aprovechar 100.000, lo que se toma apenas puede afectar á aquella fuerza y por ende en nada perjudicará la belleza del espectáculo que ofrece aquel prodigioso salto de agua.

Lo primero que importaba era regular la orilla en el punto donde la toma había de instalarse, más arriba de la catarata americana, y para ello la sociedad concesionaria construyó un dique de tres kilómetros de largo (fig. 1), gracias al cual se formó un puerto espacioso que es á la vez el punto de arranque del canal. Además construyó un camino que pone en comunicación las fábricas que han de levantarse con el puerto y con los ferrocarriles que pasan por el antiguo puente colgante. La casa de las turbinas está situada más arriba de la catarata al extremo del canal, es decir, al contrario de lo que se hizo en la primera instalación modesta de 1874, en la que las turbinas estaban en la orilla del Niágara debajo de la catarata y á la salida del canal antiguo que tenía un kilómetro de largo, habiéndose adoptado esta modificación porque con la disposición anterior el aprovechamiento de la fuerza es escaso.

En la actualidad se trabaja en el canal entre el puerto y las turbinas (fig. 2) y en la galería entre éstas y la orilla (fig. 3). El canal de derivación tiene una longitud de 600 metros, una anchura de 50 y una profundidad de 4, de modo que conducirá á la casa de máquinas una cantidad de agua extraordinaria. La galería que ha de devolver el agua procedente de las turbinas al río cerca del nuevo puente colgante tiene una longitud de 2.250 metros y una sección de 31. Los trabajadores encontraron al principio arcilla de poca consistencia, por lo que esta parte de la galería debió ser revestida de muro; mucho más abajo apareció exclusivamente la piedra caliza. La parte inferior de la galería será cubierta de planchas de hierro para evitar que el agua en su violenta corriente desgaste la piedra.

La materia explosiva empleada en las minas es la forcita.

Como hemos dicho, esa instalación se encuentra situada en la orilla derecha, la americana, del río; pero como la sociedad concesionaria piensa llevar la fuerza á Búffalo y la distancia resulta mucho más corta por la orilla izquierda, ha obtenido del gobierno del Canadá autorización para construir en ésta una obra de 25.000 caballos de fuerza (C en la fig. 1). La distancia hasta Búffalo es de 122 kilómetros y se calcula que podrá suministrarse á aquella ciudad fuerza eléctrica por el precio de 42'50 pesetas anuales por caballo. La construcción de la obra en la orilla canadiense no ha comenzado todavía.

Las instalaciones hasta ahora construídas para aprovechar la fuerza de la catarata del Niágara son dos: una de la sociedad citada (fig. 1, B) y un molino de papel (fig. 1, P). La Compañía facilita á sus abonados, á su elección, ó bien simplemente la fuerza hidráulica, ó esta fuerza convertida en electricidad. La instalación B puede producir una fuerza de 20.000 caballos, pero por de pronto no se han instalado allí más que dos turbinas Fournayron de 5.000 caballos cada una que han de dar 300 vueltas por minuto y necesitan 16'6 metros cúbicos de agua por segundo.



Fig. 2. Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. Los trabajos en el canal

Las máquinas dinamos, de 2.500 caballos cada una, están directamente acopladas al eje de las turbinas. En el mismo edificio se ha instalado ya el motor hidráulico para la ciudad fabril que ha comenzado á construirse.

El molino de papel está situado, como se ve en la fig. 1, junto á la instalación de la electricidad y tiene derecho á utilizar una fuerza de 6.000 caballos por el precio de 42'50 pesetas anuales por caballo.

Es indudable que muy pronto se harán nuevas instalaciones para utilizar aquel económico manantial de fuerza: por lo que toca á la conducción de la fuerza á larga distancia, prescindiendo de lo que á Búffalo se refiere, todo lo demás está solamente en el papel, especialmente en lo relativo á Chicago; pero dada la prodigiosa actividad de los americanos en punto á electrotécnica, todas estas y otras instalaciones análogas no tardarán en ser un hecho.

(Del *Prometheus*)

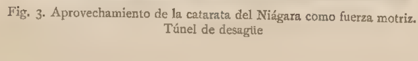


Fig. 3. Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. Túnel de desagüe

* * *

UNA REFORMA EN EL SISTEMA TELEFÓNICO

El jefe de Comunicaciones de Medinasidonia, D. Conrado Moro, ha inventado una reforma para los aparatos telefónicos que, á juzgar por lo que leemos en un periódico técnico, está llamada á tener muy buen éxito.

El objeto primordial de este sistema es: primero, colocar en un reducido espacio los tres aparatos de que consta; segundo, aumentar las condiciones acústicas del teléfono; tercero, que su instalación ofrezca comodidad al servirse de él, y cuarto, que no sea costoso.

Su colocación. – En dos tablas, de veinte centímetros de ancho por cuarenta de alto, van colocados los aparatos; constando una del teléfono y el casquillo de empalme, y la otra del timbre y del relais.

Aumentar las condiciones acústicas. – Las tablas ó platinas referidas están unidas por yuxtaposición, y en las caras interiores van practicadas las ranuras ó cajas convenientes para los hilos, con objeto de que no impidan la unión de las citadas platinas y se evite todo cruce ó contacto. Verticalmente encajan las platinas en una peana, saliendo por la parte inferior los hilos, y practicados taladros en la mesa en que se ha de colocar, no es posible haya el menor cruce de aquéllos.

Fijadas las platinas, por medio de dos escuadras de hierro, á la peana, y ésta, por dos tornillos, al tablero de la mesa, se halla todo el sistema sobre madera y completamente separado de objetos que embeban la tensión de los sonidos, y además contribuye la mesa, sobre la que se halla fijo, al aumento de las condiciones acústicas, puesto que, siendo la madera buena conductora del sonido y haciendo las veces de caja sonora, quedan aumentadas las del teléfono.

Que su instalación ofrezca comodidad al servirse de él. – Teniendo presente que estos aparatos son servidos por empleados de Telégrafos, y que por un mismo individuo se han de manejar el teléfono y el telégrafo, si éstos se hallan distantes ó en condiciones que al funcionar con uno de ellos no se pueda atender al otro, resulta, no sólo molesto, sino que el mejor funcionario contrae responsabilidad por no contestar oportunamente.

Con este sistema se puede muy bien desempeñar sin molestias ambos servicios y por un solo funcionario, pues colocado sobre la misma mesa de aparatos y en la parte izquierda, delante de la rueda envolvente y tan próximo al individuo como lo desee, no ofrece inconveniente ninguno y se puede con sencillez funcionar por telégrafo y hablar por el teléfono sin que haya que molestarse para nada.

Que no sea costoso. - Consta el aparato de dos platinas de madera y una peana, perfectamente pulimentadas y barnizadas, y de dos molduras que cubren el enchufe de las platinas en la peana. Como adorno lleva cuatro clavos de madera colocados en los extremos de la parte superior, y por último un remate de talla. Todo esto, incluyendo su colocación, podrá valer *veinticinco* pesetas, y aún se puede lograr mucha más economía concretándose sólo á la idea del sistema y haciendo abstracción de la parte de adorno.

Recopiladas las indicaciones hechas, resulta que no ofrece obstáculo en la mesa; que es un objeto útil y de adorno; que hace á los teléfonos mucho más sonoros que los colocados en el muro; que es cómodo y ventajoso para prestar ambos servicios, y que su coste es insignificante comparado con los ideados de pupitre, que es á los que sustituye.

El sistema del Sr. Moro ha sido ensayado con muy buenos resultados y sometido á la consideración y estudio de la Dirección general; siendo de esperar que, una vez comprobadas sus ventajas sobre todos los demás hasta ahora empleados, se adoptará en todas las instalaciones telegráficas.

CONRADO MORO

FABRICACIÓN DEL HIELO

La fabricación del hielo es una industria moderna cuya importancia aumenta de día en día, tanto que no parece lejano el momento en que la explotación del hielo natural será sólo una excepción ó un simple recuerdo del pasado.

Como ejemplo de una fábrica de hielo de excepcional importancia puede citarse la instalación frigorífica de Brooklyn, montada por la Compañía Frick, de Waynesboro (Pensilvania). Sus edificios se dividen en cuatro partes: la primera contiene dos generadores de vapor de una fuerza de 100 caballos y sus accesorios; la segunda es una construcción de tres pisos con un aparato de destilación y el condensador de amoníaco que sirve para la producción del hielo; la tercera, la más importante, tiene una máquina frigorífica, tipo *Eclipse*, y dos depósitos de congelación, y la cuarta se compone de un almacén para conservar el hielo. Los depósitos de congelación son de balastro, de 13'50 metros de largo por 11 de ancho y 1'22 de profundidad, y cada uno de ellos contiene 480 moldes de 1'02 × 0'56 × 0'28 metros, que sirven para formar cada uno un pan de hielo de 135 kilogramos.

La máquina *Eclipse* tiene dos compresores de amoníaco verticales, de 0'508 metros de diámetro y 0'915 de recorrido, movidos por un cilindro de vapor horizontal de distribución Corliss, de 0'812 de diámetro y 915 de recorrido. Con 40 vueltas por minuto, esta máquina produce la congelación de 60 toneladas cada 24 horas.

Una condición esencialísima para que el hielo tenga buen aspecto y sea sano es que se emplee agua absolutamente pura, para lo cual se adoptan en esa fábrica especiales precauciones. El vapor que se escapa de la máquina y una cantidad de vapor vivo que se toma en los generadores son conducidos al condensador de que ya hemos hablado, en donde el vapor se condensa, quedando separadas mecánicamente las materias grasas que pudiera contener. El agua destilada se filtra por medio de carbón animal que le quita todo olor y sabor, y luego se enfría en un serpentín y se vuelve á filtrar en un filtro de carbón antes de que llegue á los depósitos en donde se guarda para emplearla después en la fabricación del hielo.

Además, antes de introducirla en los moldes se la filtra de nuevo con esponjas, de suerte que por todos estos procedimientos se obtiene un agua muy pura.

Encima de los depósitos de congelación hay un carretoncito que mecánicamente toma dos moldes á la vez y los lleva á un aparato especial que saca los panes de hielo.

Esta fábrica puede producir de 60 á 90 toneladas de hielo diarias.

LOS RESTOS DEL CONDE DE BARCELONA

RAMÓN BERENGUER III EL GRANDE

(Véanse los grabados de la página 412)

Entre las más brillantes páginas de la historia catalana figuran en primer término las que ocupa el reinado de Ramón Berenguer III el Grande. Nacido en 1082, la muerte violenta de su padre Ramón Berenguer II, *cap d' estopes*, púsole bajo la tutela de su tío Berenguer Ramón II el Fratricida, demostrando desde sus más juveniles años en las campañas contra Tarragona y contra Tortosa ser digno por su valor y su caballerosidad de ocupar un solio que habían honrado con tantas proezas sus valerosos antepasados.

Declarado traidor, fratricida y alevoso por el tribunal de Alfonso VI de Castilla, desaparece Berenguer Ramón II y entra en posesión del trono condal Ramón Berenguer en 1096.

Relatar sus hazañas desde aquel momento exigiría mucho mayor espacio que el de que podemos disponer; de aquí la necesidad en que nos vemos de enumerarlas someramente.

Peleó contra los árabes en Zaragoza, contribuyendo poderosamente á la destrucción de aquel emirato; venció á los árabes de Urgel y Balaguer; conquistó los condados de Carcasona y Rasez, que ya fueran de su casa; marchó sobre las Baleares, nido entonces de piratas, y se apoderó de Palma y de todas las islas, que luego hubo de abandonar al saber que los árabes de Tortosa y Valencia amenazaban á Barcelona; tomó la ciudad de Lérida y más tarde la de Tortosa, llegando, según se cree, hasta Valencia, y en una palabra, en los treinta y cuatro años de su reinado no cesó de pelear contra los infieles, á quienes venció siempre y de quienes sólo fué vencido en la batalla de Corbins.

El ilustre historiador D. Modesto Lafuente dice, al hablar de Ramón Berenguer III el Grande, que fué «el conquistador de Mallorca, el que echó los cimientos de la marina catalana y dió el primer impulso al desarrollo de su industria y comercio, el que en tan revueltos tiempos se había hecho respetar de las naciones extranjeras é impuesto duras condiciones á sus naves, el que había traído á Cataluña un tráfico, una civilización y una literatura que había de producir un cambio benéfico en su estado social.»

Los restos de Ramón Berenguer III fueron depositados, según disposición testamentaria del gran conde, en los claustros del monasterio de Santa María, de Ripoll, siendo en 1803 trasladados al interior de la iglesia, en donde permanecieron hasta 1835. Sacados entonces de la urna que los contenía por desenfrenada turba, quedaron durante tres días abandonados en el claustro, siendo al fin recogidos por el médico D. Eudaldo Raguer, de cuyas manos pasaron en 1838 al Archivo de la Corona de Aragón, gracias á las gestiones del eminente historiador D. Próspero de Bofarull, una de nuestras glorias más legítimas y al que puede considerarse como fundador del tesoro inapreciable que se conserva en el antiguo palacio de los condes de Barcelona y que es la admiración de cuantos sabios nacionales y extranjeros visitan nuestra ciudad.

Terminada casi la restauración del monasterio de Ripoll, natural era que esos restos allí volvieran y al efecto ordenóse la traslación á aquel cenobio, ceremonia que se verificó el domingo 11 del actual, habiéndose concedido por el gobierno de S. M. honores regios al cadáver del gran conde que encerrado en una urna de nogal quedó expuesto durante algunas horas en el Salón de Ciento de nuestras Casas Consistoriales, convertido en capilla ardiente.

A poco más de las once organizóse la comitiva, de la que formaban parte todas las autoridades, corporaciones, los obispos de Tarragona, Vich y Seo de Urgel, numerosas representaciones del clero, de los gremios y sociedades y gran número de invitados dirigiéndose á la catedral, en donde se cantaron solemnes responsos, y desde allí á la estación del Norte. La carrera, cubierta por fuerzas de la guarnición, presentaba pintoresco y animado aspecto por la inmensa muchedumbre que contemplaba el paso del cortejo. Llegado éste al arco de Triunfo, disparáronse las salvas de ordenanza, desfilaron todas las tropas ante el capitán general y se disolvió la comitiva, no quedando en ésta más que las autoridades y personas especialmente delegadas para acompañar hasta Ripoll los restos del conde Berenguer, los cuales fueron colocados en un furgón del tren real dispuesto para la traslación.

En todas las estaciones por donde pasó el tren real esperaban las autoridades, clero y fuerzas de somatenes y guardia civil, que tributaron al cadáver los honores correspondientes. En Vich los restos de Ramón Berenguer fueron llevados procesionalmente á la catedral, en donde se celebró al siguiente día un solemne oficio, siendo después conducidos de nuevo al tren que los dejó en Ripoll, en cuya iglesia de San Eudaldo han quedado depositados hasta que se inaugure oficialmente el monasterio, que será en breve.

Así quedará nuevamente cumplida la voluntad de Ramón Berenguer el Grande, á cuya memoria ha rendido, con motivo de la ceremonia descrita, el merecido tributo de veneración la ciudad que tanta gloria alcanzó en su inolvidable reinado.



ESTUDIO, cuadro de Manuel Feliu D' Lemus

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 3 DE JULIO DE 1893 — NÚM. 601

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El movimiento de unión entre la Iglesia griega y la Iglesia católica iniciado por León XIII. – Necesidad de oponerse al egoísmo de las sectas y de los pueblos. – Admirable método de León XIII. – Los estragos del materialismo. – El Congreso Eucarístico de Jerusalén. – Su importancia. – Su tendencia. – Desarrollo histórico de la Iglesia griega. – Otros asuntos. – Homenajes á Ramón Berenguer III en Cataluña. – Los tiempos medioevales. – Gloria del héroe por haber con sus hazañas contribuído á la unidad nacional. – Conclusión.

El movimiento religioso, conducido ahora con excepcional seguridad en los fines y circunspección en los medios por León XIII al fin y objeto de acercar en todo lo posible dos mundos como el heleno y el romano, cuyos sendos espíritus comulgaran por siglos en la misma Iglesia y tuvieran un solo común ideal, pasma y maravilla hoy á cuantos de cerca lo consideran y estudian. Parece imposible que mientras la industria transforma y transmuta en los inventos de máquinas, como las locomotoras y los telégrafos, todas las resistencias opuestas por el tiempo y por el espacio á las actividades varias del hombre, y une á éste con cadenas tan invisibles pero tan indisolubles como las que atan el planeta nuestro al cielo y al sol, dos factores de unidad como el comercio y el culto, traten, cual tratan en muchos pueblos ufanados con su civilización, de aislar los productos tras las prohibiciones económicas y los espíritus tras las sectas fanáticas, promoviendo apartamientos contradictorios con la unidad á que tienden el hombre y el Universo, muy seguros de hallar en la cumbre de lo creado y de lo increado á Dios. Parece imposible que aticen pueblos tenidos por sabios y cultos la intolerancia y promuevan el aislamiento general. No así León XIII, cada día más empeñado en aplicar su divino ministerio al procomún de las gentes y en recordar á las almas cristianas la consubstancialidad en la misma esencia y la identidad así de sus orígenes como de sus finalidades celestes. Quien desconozca toda la trascendencia de los actos provenientes del Pastor insigne, á cuya palabra deben tantas enseñanzas inspiradísimas los tiempos y los pueblos de ahora, bien puede asegurarse que desconoce la vida moderna y no sabe cómo la sobrecarga y agobia el peso de lo pasado, por las Encíclicas pontificias convertido en impulsor novísimo de la humana libertad y del humano progreso. Monumentos éstas de teología y de política tienden á calmar los ánimos y dicen que una civilización como la cristiana, poseedora por el Evangelio de revelaciones sobrehumanas, debe proclamar la reconciliación universal, no de otra suerte que hace la Iglesia católica en sus santos ritos, cuando al consumir el sacerdote la hostia se oyen



LA TRAPERA, copia de un cuadro de Consuelo Fould

grabado por Kahdemann

resonar entre los cánticos que recuerdan el sacrificio de Cristo y el órgano que acompaña el *Agnus Dei* y el abrazo que se dan los celebrantes, palabras angélicas de perpetua y divina paz.

Lo más admirable y lo más admirado en los procedimientos y obras de nuestro Papa es la unión de una desmesurada grandeza en el fin, apenas comprensible por el entendimiento, con una mesuradísima calma en el proceder, tardo é imperturbable, y con una inflexible lógica del método, sólo comparable por sus vigorosos enlaces y series á los principios matemáticos. Nada de alardeos aparatosos, nada de fantasías contraproducentes, nada de improvisaciones bruscas, nada de impremeditadas violencias; todo en la obra suya está previsto con su anticipación debida, calculado con su exactitud correspondiente, puesto por obra en su sazón oportuna, cumplido y consumado con una inteligencia perfecta del objeto y una medida graduada del obstáculo, sin que lo imposible se intente, ni se perdone medio alguno de superar lo que parece á ojos profanos insuperable ó invencible, cuando resulta racional y hacedero. Advirtiendo hechos que nuestros ojos no advierten, los pone á servicio de propósitos que nuestras inteligencias no adivinan. ¿Quién pudiera creer que de un hecho como la Asamblea eucarística de Jerusalén pudiera deducirse un sistema como el empleado con habilidad suma por León XIII ahora, con el intento de acercar en todo lo posible al mundo latino el mundo griego y preparar el cumplimiento de un deseo tan vivo como el que por todos los espíritus superiores en el mundo griego y en el mundo romano nace hacia la unión de sus dos iglesias?

La verdad es que todos nos sentimos á una en esta contemporánea civilización abrumados por la inmensa pesadumbre de una filosofía desoladora, que suprime toda idealidad y nos reduce á prisioneros dentro de la materia bruta y bajo el fatalismo inconsciente. La verdad es que un mismo soplo asolador apaga el sol divino en la inmensidad y aniquila el humano derecho en las almas. La misma doctrina que nos notifica nuestra orfandad, privándonos de nuestro Padre celestial y de su providencia para entregarnos á la esclavitud y confundirnos con las bestias, nos notifica una esclavitud irremediable, porque los eslabones de nuestra cadena se hallan enlazados con la serie de todos los seres y el horizonte visible de nuestra vida reducido á hundirnos por un aniquilamiento irremisible de nuestro ser en el silencio y en el vacío de la nada. Contra esta doctrina, que á todos invade y todo lo cambia, realmente no se halla ningún antídoto como el propuesto por León XIII al elevar ante nuestros ojos de carne los santuarios donde se consagran todos los ideales y mostrarnos con su sacro índice las arcas que flotan llenas de promesas y esperanzas en este diluvio de lágrimas.

* * *

Pocas asambleas tan oportunas cual el Congreso eucarístico de Jerusalén, últimamente celebrado, y pocos sucesos tan importantes cual la presencia en su seno de cardenales romanos, oídos por todos los asistentes con atención y saludados con reverencia.

Tres ciudades brillan á una con brillo excepcional en la historia del cristianismo: la Jerusalén de los Apóstoles, la Alejandría de los Padres, la Roma de los Papas. La primera trajo el código moral de Moisés, las dos últimas trajeron los pensamientos metafísicos del Pireo y el organismo político del Foro á la iglesia universal. Jerusalén amplió el Decálogo en sus enseñanzas evangélicas; Alejandría la metafísica en su Trinidad cristiana; Roma el derecho en sus cánones inmortales. Ningún sitio, ninguno, para Congreso eucarístico semejante al sacro donde Cristo celebró la cena é instituyó la Eucaristía. Ningún dogma como el dogma eucarístico, por lo universalizado hasta en los cismáticos que han roto la unidad del mundo cristiano y en los herejes que se han alzado en armas por medio del sofisma contra la Iglesia universal y ortodoxa.

Ya sabemos que la verdad católica se halla en el dogma de la presencia real y de la transubstanciación del pan en la carne y del vino en la sangre de Cristo, según lo explicó San Pablo en sus epístolas á los efesios y á los corintios ó lo declaró el cuarto concilio lateranense presidido por Inocencio III en 1215 y lo confirmó el concilio de Trento; pero ya se admita la idea del sacrificio bíblico presentado por Cristo á su Padre celestial en la hora de ofrecerse, nuevo Isaac, él mismo en holocausto; ya la práctica griega que prefiere al pan ázimo el pan de levadura y distribuye á los laicos el cáliz; ya el principio de la comunicación predicado por Lutero, ó el de la conmemoración por Calvino y sus discípulos, ó el zuingleísta del mero símbolo, no puede, no, desconocerse que dogma ninguno, fuera del dogma de la divinidad en Cristo, ha quedado tan subsistente dentro de las comuniones cristianas, quizá porque ninguno representa como éste la idea supraesencial del cristianismo, la difusión de Dios en la Humanidad por medio del divino sacrificio de Cristo y en el hombre por medio de una institución como la Cena en que todos comulgamos y creemos. Aquí está la fuerza perdurable del cristianismo, aquí; en pedir el asentimiento á la creencia, y no al raciocinio; en guardar perpetuamente aquel carácter sobrehumano de religión, que recurre á la intuición y á la fe, únicas alas con las cuales podemos penetrar y sostenernos en los dogmas de la Iglesia, que resplandecen á una con tanta mayor verdad cuanto más rodeados están de misterios, como resplandecen los astros de la noche con tanta mayor luz cuanto más rodeados están de sombras. Por eso León XIII, al expedir esa especie de místicos embajadores al Congreso de Jerusalén, por manera ninguna los ha enviado para que razonen como se razona en las academias científicas y para que discutan como se discute ahora en el Parlamento y en la universidad por los políticos y por los sabios; halos enviado para elevar sobre todo la creencia indispensable á todos, si hemos de contrastar con esfuerzo y con verdad los estragos asoladores de una creencia opuesta en todo á la conciencia, y hemos de entrever con los ojos del alma ese ideal invisible rodeando el mundo visible como lo eterno del tiempo y lo infinito del espacio rodean á todos los planetas y contienen toda la vida.

Y no puede negarse la existencia de una corriente conciliadora entre las Iglesias orientales y la Iglesia católica, muy honda, porque nada tan difícil de cambiar como la superficie y apariencia de una sociedad, aunque se cambien sus tuétanos, y nada tan frecuente como que se acaben las ideas y no se acaben las costumbres y las tradiciones engendradas por esas ideas, como se apagan los soles apartadísimos cuando aún tenemos los rayos, enviados por su disco á nuestro bajo mundo, en la retina.

La historia del pensamiento resulta ya la historia del planeta. Y por eso hemos de creer que la idea lanzada por los emisarios de Roma en el Congreso de Jerusalén es una muy necesitada del tiempo y de todas las largas contenidas en períodos prolongadísimos, no ya para triunfos, para ponerse, digámoslo así, de pie, y echarse á marchar con alguna seguridad por sus naturales caminos. Jamás comprenderemos una idea colectiva ó social en el espíritu como no hayamos visto antes su desarrollo en el espacio. Jamás podremos calcular y medir los obstáculos que ha encontrado un progreso en los tiempos futuros, como no sepamos los obstáculos que haya encontrado en los tiempos pretéritos. Viendo cómo se apartaron la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente; cómo se unieron en breve período para volverse á desunir de nuevo; cómo han vivido separadas, no sin observar que mientras la Iglesia griega se ha roto en cien comuniones más ó menos nacionales, la Iglesia católica se ha conservado en su incontrastable unidad, y mientras la Iglesia griega no ha tenido más que retroceder en el viejo continente asiático, la Iglesia católica se dilata y extiende por el joven continente americano, quizás midamos la desmedida grandeza del proyecto de León XIII. Pero el asunto es largo y lo dejaremos para otro día.

* * *

Una ceremonia barcelonesa nos ha interesado mucho en los días últimos: la traslación del despojo mortal de Ramón Berenguer el Grande á un monasterio, en los anales del arte y del suelo patrios tan importante como el monasterio de Ripoll. Cataluña trae al acervo común de nuestra vida levaduras tales de gloria y de poesía, que componen un recuerdo gloriosísimo de lo pasado y una esperanza bien cierta de grandezas mayores en lo porvenir. Aquellas costas donde comenzara la reconquista del mar Mediterráneo convertido en lago árabe so la catástrofe de Guadalete y alboreara la primer aurora del saber náutico y astronómico cristianos; aquellas ciudades en que una poesía digna de ponerse junto á poesía provenzal irradiaba su júbilo por todas partes y henchía el aire con las resonancias de versos y laudes; aquellas montañas, como el Montseny cubierto de nieves y el Montserrat dentado á manera de una gótica corona compuesta por metales preciosos; aquellas leyendas, corriendo al pie de cada santuario como rico manantial de aguas vivas que fortalece los espíritus y los ánimos; aquellos puertos, de los cuales han salido las naves cuyas quillas dejaron en Parthenope y en Palermo y en Bizancio tantas estelas de inextinguibles recuerdos gloriosos; aquellas tradiciones heleno-latinas, puestas como una franja de perlas en las costas, y aquel espíritu celta de las montañas privan tanto en todos los corazones patriotas é iluminan tanto las inteligencias nacionales, que ningún español deja de considerarlas como factores esencialísimos á nuestra grande y gloriosa nacionalidad, tan hermosa y santificada por cuanto fué antaño, como llena de santas esperanzas por lo que será en el tiempo y en el espacio, iluminados por su grandioso espíritu, uno, como el espíritu divino de quien procede, por toda una eternidad.

Pero Cataluña, lo mismo que todas las tierras europeas, ha pasado por períodos terribles en su desarrollo y ha visto épocas nefastas en su historia, sufriendo enfermedades agudas y semejantes á las que pasa el cuerpo humano en su juventud y en su infancia. Los tiempos de Ramón Berenguer se pueden admirar como se admira la flora gigante y la fauna titanesca de los períodos geológicos antiguos, pero no se pueden evocar para retrollevarnos á ellos sin que la conciencia humana se subleve y se detenga el progreso universal. Digan cuanto quieran los románticos enamorados de la Edad media, ni moralmente pueden compararse aquellos tiempos con los nuestros y aquella barbarie y aquella servidumbre con las libertades modernas y con los humanos derechos. Las ambiciones de una Ermesinda, que se granjea el rayo de la excomunión para blandirlo contra sus propios pupilos, y que vende por cien mil sueldos los dominios condales al mismo legítimo posesor á quien se los había robado; el parricidio perpetrado en la pobre Almodis por Pedro Ramón que quiere teñir su púrpura en la sangre caliente de los suyos; la inmolación fratricida de Abel tan dulce como el *Cap d' estopes*, muerto á hierro por los secuaces de su criminal hermano; aquellas costumbres, que sancionaban todos los malos usos feudales y hacían de la horca, donde pataleaba el pechero, la cumbre y cima de una sociedad entera; las cesiones de territorios al Papa, como le fué cedida Tarragona, y á órdenes entre militares y religiosas, como los templarios, dicen cuán estremecido se hallaba el suelo señorial de aquella tierra y cuán poco transparente y cuán poco respirable parecía un aire cubierto con tan espesas sombras y cargado de tan deletéreos miasmas. ¿Qué diríais si hubiera hoy compañías de vengadores, presididas por el obispo de Vich, como las existentes entonces; y retos, como los retos de Queral y de Folk al conde fratricida delante del rey D. Alfonso VI en Toledo? No hay que desconocerlo, no hay por lo menos que olvidarlo: la grandeza del conde Ramón Berenguer III proviene de lo mucho que combatió á su tiempo y de los triunfos que consiguió sobre aquellos monstruos sociales cuyo concepto quiere hoy restaurar una sistemática y constante apología de la Edad media, que oculta so una hipócrita capa de amor al progreso los más desatentados planes de retrogradación que puedan caber en la humana inteligencia. Quien, como él, juntó á Cataluña Provenza; quien se alzó en virtud y por obra de su autoridad y supremacía eminentes con el Condado de Besalú; quien supo castigar á los Señores de Carcasona y adherir á su diadema un brillante como la Cerdaña; quien segó y echó por tierra los castillos de Ampurias; quien reconquistó á Ibiza y hendió en Mallorca la primer brecha por donde había de penetrar un siglo más tarde con gloria y poderío el conquistador; quien preparó la unión entre catalanes y aragoneses hasta lograr formaran un solo Estado bajo el cetro de su heredero y sucesor, tan sólo acepta los homenajes de cuantos lo reverenciamos por sus esfuerzos en pro de la grande común patria y ponemos su nombre imperecedero entre las estrellas de primera magnitud que lucen y esplenden hoy en el cielo de nuestro espíritu nacional. ¡Profanos á su culto, indignos de su gloria, traidores á su recuerdo, enemigos de su obra todos los que han lanzado en vociferaciones reprobables gritos de triste desacato á la tierra una, cimentada sobre los huesos del héroe, y quieren deshacer lo hecho por esfuerzos como los suyos, que no pueden contrastarse y que han fortificado los siglos en su eternal curso y la historia con su soberana sanción! Así digo ahora, en medio de tantas locuras, que no podrán jamás prevalecer, pero que pueden quizás perturbar, lo mismo que decía cuando, no clamores sin fuerza ni sentido ó manifestaciones aparatosas y de puro teatro, estremecimiento del suelo y tempestades del aire traían á los más enteros corazones desmayos y desesperación: yo, ante todo y sobre todo, quiero ser español; y dondequiera me presente, mi voz lanzará un solo grito, un grito de reconciliación entre todos aquellos que hablan mi lengua y son mi sangre: «¡Viva nuestra España!»

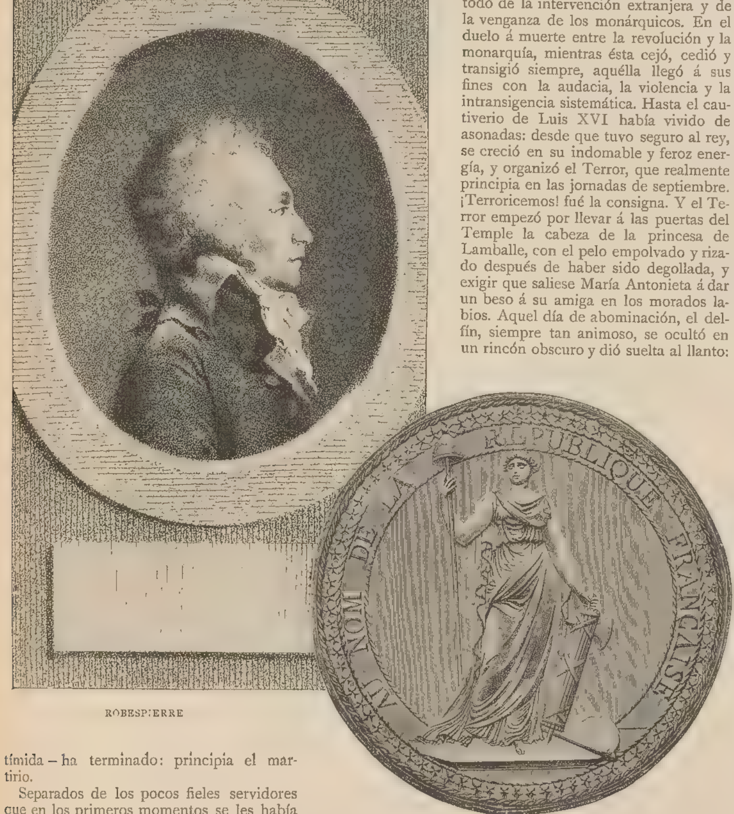
Madrid, 17 de junio de 1893

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

III. – SUBIDA AL TRONO

Desde el ingreso en el Temple, la familia real no es ya sino víctima atada de pies y manos y en poder de la fiera. La resistencia – siempre endeble y



ROBESPIERRE

SELLO DE LA REPÚBLICA FRANCESA (1792-1804)

tímida – ha terminado: principia el martirio.

Separados de los pocos fieles servidores que en los primeros momentos se les había permitido conservar en la prisión, los reyes de Francia conocieron que ni rastro de esperanza les era dable acariciar, y armándose de resignación, organizaron el método de vida menos dañoso á la salud y á la educación de los pobres niños encerrados. Hay que rendir tributo de justicia á Luis XVI y á María Antonieta, reconociendo que, si en el trono le faltó á él la energía y la virilidad, á ella la prudencia y el arte de ganar corazones, en la adversidad y ante el patíbulo descubrieron (lo mismo que las había descubierto la Estuarda) otras cualidades humanas y regias que obligan al respeto y reclaman la simpatía y la admiración. Esta depuración y elevación del carácter por el infortunio, la notaremos hasta en el delfín, calificado por su madre en curioso escrito de «vivo, ligero, violento é indiscreto,» y que tal serenidad, formalidad, moderación y discreción probó en los días de su calvario.

Mucho afligió al niño el verse separado de su aya, madama de Tourzel, á la cual estaba apegadísimo. Viéndole privado de aya y preceptor, su padre se dedicó á la educación de Luis Carlos. Los gustos serios, el espíritu metódico y burgués de Luis XVI, y las ideas pedagógicas á lo Juan Jacobo que, por infiltración insensible, habían penetrado en el cerebro del cristianísimo rey, le hacían apto para el cargo de educador de su hijo. En el solitario torreón nada le distraía de su tarea, y las lecciones del príncipe se sucedían con regularidad y mucho fruto, dadas las notables disposiciones del discípulo. Después del repaso leían juntos á Bernardino de Saint Pierre y algunas novelas del género moral y sentimental tan en moda á la sazón. Este sistema de vida regularizada, idílica y patriarcal hubiese sido muy grata al monarca y del todo conforme á su temperamento, si no la acompañasen terrores bien fundados y miserias y vejámenes infinitos. Se conservan los temas trazados en aquel período por el delfín, y en ellos puede verse cuán hermoso carácter de letra y excelente ortografía adquirió bajo la enseñanza de su padre.

Mientras los prisioneros se entregaban á tan pacíficas tareas, la marea de la revolución, lejos de aplacarse con la detención de la familia real, se embravecía y rugía más que nunca. La razón es fácil de comprender: la revolución tenía entonces sobrado motivo para recelarlo todo de la intervención extranjera y de la venganza de los monárquicos. En el duelo á muerte entre la revolución y la monarquía, mientras ésta cejó, cedió y transigió siempre, aquélla llegó á sus fines con la audacia, la violencia y la intransigencia sistemática. Hasta el cautiverio de Luis XVI había vivido de asonadas: desde que tuvo seguro al rey, se creció en su indomable y feroz energía, y organizó el Terror, que realmente principia en las jornadas de septiembre. ¡Terroricemos! fué la consigna. Y el Terror empezó por llevar á las puertas del Temple la cabeza de la princesa de Lamballe, con el pelo empolvado y rizado después de haber sido degollada, y exigir que saliese María Antonieta á dar un beso á su amiga en los morados labios. Aquel día de abominación, el delfín, siempre tan animoso, se ocultó en un rincón obscuro y dió suelta al llanto: llanto incesante, sin gritos, sin sollozos – ¡llanto de persona mayor, que se *hace cargo* y no puede ni quiere ser consolada!

Después de asegurarlos en el Temple, la revolución soñaba que podían serle arrebatados los prisioneros; reforzaba los fosos, elevaba las paredes, enrejaba las ventanas de la Bastilla del Terror. Un albañil jacobino que trabajaba en las obras, dijo un día orgullosamente al delfín: «Lobezno, la santa libertad nos ha hecho á todos libres é iguales. – Iguales no digo que no, respondió el niño mirando alrededor; pero libres..., vamos, que aquí cuesta trabajillo reconocerlo.»

En tanto que la infeliz familia pudo sufrir reunida, sus males fueron tolerables; pero ya la revolución ensayaba en su presa la inhumana tortura de las separaciones, poniendo entre los que se amaban, no el obstáculo de la distancia, sino el de una pared y algunas puertas de hierro. A María Antonieta la habían apartado de su marido y de su hijo: les veía, pero no la fué permitido, cuando el príncipe enfermó de enfriamiento, asistirle ni pasar las noches á su cabecera. Poco después también cayó malo el fiel servidor Clery, único que restaba al monarca; y como en tales circunstancias las espumas frívolas de la etiqueta habían sido aventadas por el soplo del dolor y de la caridad, el delfín se convirtió en enfermero de su antiguo ayuda de cámara, y le sirvió la tisana y le secó el sudor de la calentura. Un día madama Isabel entregó al niño cierto remedio para Clery. «Dáselo en seguida que venga.» Era muy tarde, las once de la noche, cuando Clery entró en el cuarto del niño, acostado hacía horas. «¡Pst, Clery!, exclamó la criatura. Toma, tengo esto para dártelo...; y mira, ya era tiempo de que vinieras; se me han cerrado muchas veces los ojos.» «Los míos, dice Clery al referir el caso, se humedecieron.»

Acercábase el momento de procesar á Luis XVI, fórmula jurídica que pareció indispensable para agregar á los ingentes montones de cabezas cortadas la del nieto de San Luis. La familia tenía, más que presentimiento, convicción de todo lo que les iba á suceder á los mayores – porque del inaudito suplicio del delfín no cabía idea en mente humana, y en ese punto la realidad estaba llamada á dejarse atrás los mayores desvaríos que puede engendrar el miedo en el corazón de una madre. – El día en que vinieron á buscar á Luis XVI para conducirle á la Convención, mientras en todos los barrios de París sonaba el estruendo de la generala, el niño, inconsciente de lo que sucedía, instó á su padre á fin de jugar con él la acostumbrada partida de *siam*. Luis Carlos tuvo mala suerte: perdió todas las jugadas, y no pudo pasar de diez y seis tantos. «Siempre que tengo este número *dieciséis* he de perder,» exclamó algo enojada la criatura. El rey nada respondió á la fatídica frase. Momentos después le arrebataban á su hijo y se lo llevaban á la reina, porque al acusado no le era lícito conservar tan dulce compañía. Fué uno de los contados momentos en que se desmintieron la resignación y la calma de Luis XVI. Dejó caer la cabeza en las manos, dando señales de aflicción profunda.

No era dudoso el resultado del proceso: la suerte de Luis XVI estaba fijada de antemano. Tal vez la única tortura inesperada para el reo fué la de quitarle á su hijo. Con lo demás contaba, y quizás le sorprendió no perecer de un modo más cruel; mechado á sablazos, como la princesa de Lamballe. Se guar



EXTRAIT

DU PROCÈS-VERBAL

DE L'ASSEMBLÉE NATIONALE.

Du 10 aoust 1792.

L'AN QUATRIÈME DE LA LIBERTÉ.

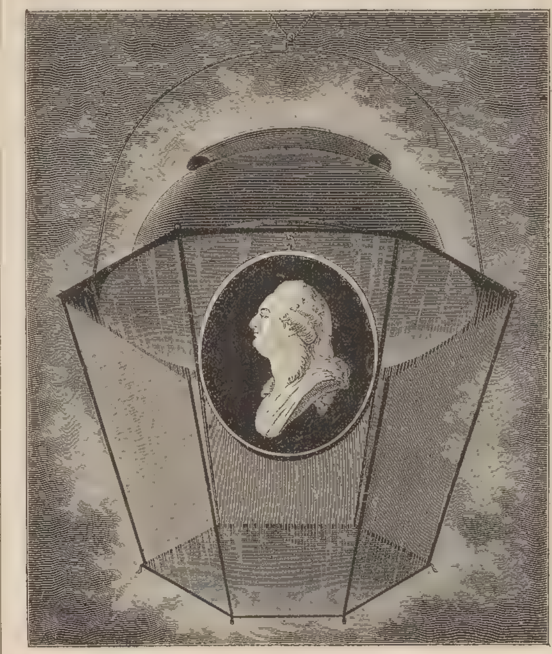
Le roi est suspendu, il reste en otage, l'assemblée nommera les ministres. Lecointe puyraveau

Facsímile del decreto de la Asamblea Nacional de 10 de agosto de 1792. Escrito y firmado por Lecointe Puyraveau, secretario de la Cámara. *Le roi est suspendu, il reste en otage. L'Assemblée nommera les ministres* (El rey queda suspenso en sus funciones y en rehenes. La Asamblea nombrará los ministros.)

daron ciertas formas, resto de aquel respeto sobrehumano que la monarquía infundiera en otro tiempo; y Luis XVI tuvo – por singular excepción – el privilegio de confesarse y comulgar antes de subir al cadalso, el de hacer testamento, el de despedirse de su familia y el de ir en coche al suplicio. El testamento contenía dos párrafos dedicados al delfín, y en los cuales le encargaba que si tenía la desgracia de llegar á ser rey, prescindiese de la venganza. No era retórica de última hora, ni teatral aparato de generosidad para lograr fines políticos de ultratumba: en los dos párrafos hablaban sinceramente el cristiano y el hombre de bien: lo prueba este hecho, referido por madama Royale. «Mi padre, al despedirse de nosotros para siempre, nos obligó á prometer que no vengaríamos su muerte nunca. Por más que estaba muy seguro de que teníamos por sagrada su última voluntad, los tiernos años de mi hermanito le indujeron á desear imprimírsela en la imaginación con mayor fuerza. Tomándole en sus rodillas, le habló así: – Hijo mío, has oído bien lo que acabo de decir; pero como el juramento es todavía más sagrado que la promesa, júrame, alzando la mano, que cumplirás el último deseo de tu padre. – Mi hermano obedeció, deshaciéndose en lágrimas.» No había de llegar nunca la hora de que el hombre recordase el juramento del niño; porque si al hacer caer la cabeza de Luis XVI la revolución sólo consiguió que el rey de Francia se llamase Luis XVII, la conciencia de que el retoño podía sustituir al tronco inspiró, desde el mismo punto de morir el padre, la firme y deliberada resolución de que el retoño se marchitase antes de verse convertido en árbol.

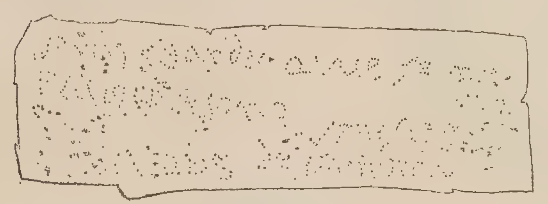
No son los crímenes más negros los que se cometen en el arrebatado y ciego frenesí de la pasión: el cálculo frío dicta á la perversidad atentados más espeluznantes. ¿Qué son los degüellos de septiembre; qué los célebres *chapuzones;* qué los *calentones* de Bretaña y la Vendea; qué la guillotina, al lado del drama mudo que iba á desarrollarse en el Temple; al lado del duelo entre un niño de ocho años y la revolución resuelta á *suprimirle,* pero sin ruido y sin efusión de sangre?

Mientras en las provincias del Oeste, en el ejército del príncipe de Condé, en las Cortes de Cerdeña, Austria, España, Prusia y Rusia y hasta en los Estados Unidos resonaba alta aclamación saludando á «Luis XVII, rey de Francia y de Navarra,» sobre el Temple descendía un ángel de túnica negra, de rostro pálido y triste, de llorosos ojos, portador del cáliz más amargo que se ha ofrecido nunca á mártir alguno, excepto al del Huerto de los Olivos..., y el ángel se sentaba al lado de la camita del rey niño prisionero.



LUIS XVI EN LA LINTERNA

Grabado satírico de la época, en el que se quiere representar al rey como ahorcado en el farol de la plaza de la Grève, donde el pueblo amotinado había ahorcado á algunos aristócratas. – Copia de un dibujo anónimo de la época.



Je suis gardée á vue, je ne parle á personne. Je me fie á vous, je viendrai

Facsímile de un billete escrito en el Temple con la punta de un alfiler, en un pedacito de papel, por María Antonieta y dirigido al conde de Rougeville. – Existente en el archivo nacional de París.

Víctor Hugo, en una oda bellísima, describió á la criatura inconsciente de haber reinado. Yo creo, á pesar de la patética ficción de Víctor Hugo, que el inteligente niño ya comprendía demasiado bien, por su desgracia. Cuando redoblaban los tambores para llevar al patíbulo á su padre, Luis Carlos, desprendiéndose de los brazos de su madre, empezó á abrazar las rodillas de los municipales gritando: «Déjenme pasar; por Dios, déjenme pasar. – ¿Adónde quieres ir?,» le preguntaban casi enternecidos. «¡A hablar al pueblo, para que no mate á papá! ¡A hablar al pueblo! – Venturoso su hermano, el que de pequeñito murió!,» decía la reina aquella misma noche, así que vió al niño caer rendido de sueño en la cama. Razón tenía la madre en envidiar para el menor la suerte del mayor. «¡Hijo mío, le dijo al día siguiente, hay que pensar mucho en Dios! – Sí, mamá, ya pienso en Dios...; pero cuando pienso en Dios, á quien veo siempre es á mi padre.»

Tuvo la viuda de Luis XVI, pasados los primeros momentos, suficiente valor para consagrarse á la educación de su hijo. Era, sin embargo, imposible que tan entera resignación hubiese apagado completamente las últimas chispas de la esperanza, que nunca muere: imposible que no soñasen los cautivos la evasión, la libertad y la vida. Por otra parte, el viejo tronco secular de la monarquía, aunque segado por el hacha, tenía hondas raíces en el suelo: existía mucha gente dispuesta á morir para salvar, ó intentarlo sólo, á los prisioneros del torreón. La compasión de un republicano converso, Toulan, secundada por la adhesión de un hidalgo, Jarjayes, fueron base de un complot atrevido y habilísimo, según el cual la reina y madama Isabel debían burlar la vigilancia de sus guardianes, vestidas de hombre y cubiertas con amplias *carmañolas,* y los niños disfrazados de ayudantes del lamparista que diariamente arreglaba los quinqués en el Temple. Pero las victorias del ejército austriaco, excitando los ánimos en París, hicieron redoblar la vigilancia alrededor del torreón; el éxito del complot pendía de circunstancias pequeñas, que se daban hoy y no mañana; y estas circunstancias, que permitirían salvar á la reina y á Madama Isabel, impedían absolutamente la evasión más difícil, la de los niños. Todas las instancias de los adictos conspiradores se estrellaron contra el firme propósito de María Antonieta de no separarse de sus hijos, de no salvarse sino con ellos. Borre el dedo severo de la historia, ante este recuerdo, toda mancha, toda sombra, hasta la más leve, de la frente de la *austriaca.*

En momentos como los que entonces atravesaba Francia, los pueblos están más que nunca sometidos á los miedos pueriles de la superstición. Poco después de las derrotas del ejército republicano comenzaron á difundirse y á comentarse las añejas profecías contenidas en un librote del siglo XV, olvidado entre el polvo de las bibliotecas y que surgían amenazadoras en período tan azaroso. Decía expresamente el augur Nostradamus: *Juvenis captivatus qui recuperabit coronam lilii..., fundatus, destruet filios Bruti.* No cabía nada más claro: el muchacho prisionero que cuando recobrase la corona flordelisada destruiría á los hijos de Bruto, no podía ser más que el lobezno del Temple. La sección de Finisterre pedía á las demás secciones de París que se uniesen á ella para pedir á la Convención que «adoptase *medidas eficaces* á fin de impedir que el hijo del tirano llegase á suceder á su padre.»

Con todo eso, si en el duelo á muerte entablado entre la Montaña y la Gironda vence la última, otra hubiese sido la suerte de lo que restaba de la familia real. Por su daño, Robespierre y Dantón, dándose un abrazo fatal, concertaron la pérdida de los Girondinos, únicos que conservaban en su alma una chispa de humanidad y en su mente el ideal clásico de una república fuerte, pura, virtuosa al modo romano, sensible y hasta piadosa, justa en su venganza, pero sin verdugos ni crueldades dignas de las hienas. ¡Quién le dijera al rey niño que sus únicas y débiles probabilidades de salvación estaban cifradas en el grupo de convencionales, enemigos de la demagogia sanguinaria, adversarios del Terror, que por el Terror iban á caer vencidos! El arresto de los Girondinos dió la señal de que la criatura inocente fuese atada al poste, y comenzasen las pruebas del tormento, la flagelación y la larga agonía.

Emilia Pardo Bazán

(Continuará)



Grabado de una hoja volante de la época en que se abolieron los títulos nobiliarios y las condecoraciones, las cuales debían entregarse en la secretaría del respectivo ayuntamiento

1793.-LA FIESTA DE LA DIOSA RAZÓN EN PARÍS, cuadro de Coessín de la Tolle, según los documentos de la época


Vista general de la gran plaza ó patio de honor que da frente al lago Míchigan

LOS EDIFICIOS
DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

I

Resuelta en 9 de abril de 1890 la celebración de la Exposición universal columbiana y aprobado por el Congreso de los Estados Unidos en 25 del mismo mes el *bill* concediendo á Chicago el honor de realizar esta grande empresa, nombróse una comisión de ingenieros y arquitectos con el encargo de escoger el sitio más á propósito para ello, comisión á la que se dió el título de Terrenos y Construcciones.

Lo importante era encontrar una extensión de terreno, dentro de los límites de Chicago ó en sus cercanías, en la cual se pudiera construir desahogadamente una serie de edificios que ocuparan por lo menos un área la mitad mayor que los de la última Exposición universal de París; á la que pudieran llegar fácil y económicamente los visitantes y el material; que no estuviera entorpecida por vías férreas, calles, acequias ni cementerios ni con casas ú otros edificios más ó menos aislados que pudieran entorpecer la adquisición del terreno, y prepararlo para el acondicionamiento de todo lo necesario para la Exposición.

Después de muchas pesquisas dióse por fin con el terreno en que ésta se ha construído, de unos 500 acres de superficie á 6 ó 7 millas al Sur de la parte central de la ciudad, con una longitud de milla y media á la orilla del lago y una anchura de tres cuartos de milla. Este terreno era conveniente por muchos conceptos, pero era pantanoso en otros sitios, cubierto de dunas ó médanos arenosos en otros y expuesto á la frecuente invasión de las aguas del lago. Pero la perspectiva que desde él se descubría, la conveniencia de utilizar estas mismas aguas para embellecer con estanques, lagunas é islas artificiales el recinto de la Exposición y las facilidades que para desarrollar la vegetación de jardines, prados, etc., proporcionaban, fueron causas que aconsejaron la adopción de aquel emplazamiento, y la comisión, con la energía que caracteriza á los americanos, puso manos á la obra, y aquel terreno erial y quebrado quedó pronto convertido en un hermoso y dilatado parque, á propósito para el objeto á que se le destinaba.


Palacio de la Administración

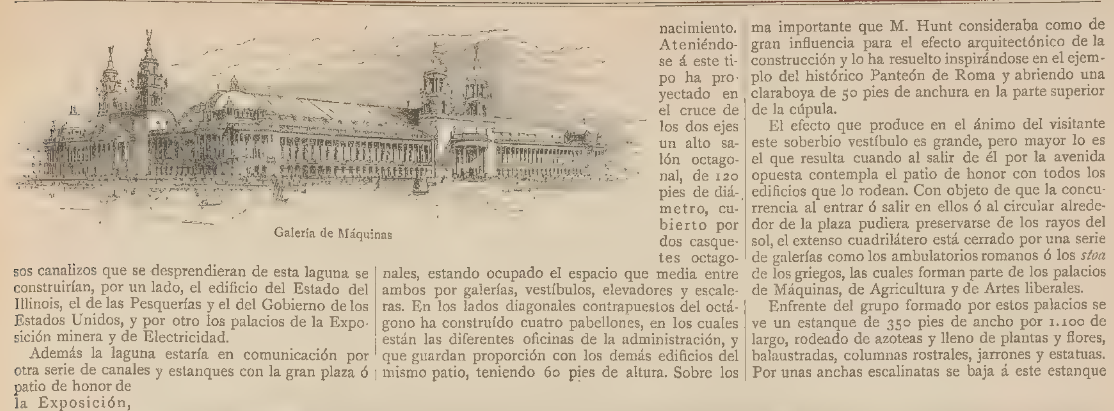
En enero de 1891 reunióse la comisión de arquitectos, con objeto de decidir sobre dos puntos principales: si las trazas y obras de los nuevos edificios habían de correr bajo una sola dirección, y sobre el número y carácter de los que debían construirse.

Con respecto al primer punto acordóse que cada edificio fuese levantado por diferente arquitecto, aunque en su conjunto con arreglo al plan presentado por los Sres. Root, Olmsted y Codman, y en cuanto al segundo se adoptó la distribución siguiente:

La parte Norte estaría ocupada en su parte central por el Palacio de Bellas Artes, con los pabellones del Estado al Norte y al Oeste, mientras que los de los gobiernos extranjeros lo estarían al Este, enfrente del lago, y en caso necesario, en el *Plaisance*, espacio de terreno de seiscientos pies de anchura, situado entre las calles 59 y 60, el cual forma un bulevar que da entrada á la Exposición por el Oeste. En este espacio se reservaban también emplazamientos para la instalación de modelos de aldeas y de grupos de pabellones en que se representara lo más característico de la vida doméstica é industrial de remotos países.

La parte central estaría formada por la laguna, extensión de agua irregular y artificial que debía rodear varias islas, la mayor de las cuales, de 1.700 pies de largo por 200 á 500 de ancho, contendría bosquecillos, parterres, con kioscos y pabellones rústicos en sus orillas. En las otras orillas de esta laguna descollarían el palacio de Transportes, el de Horticultura con sus jardines, el de las Artes de la Mujer, el de Manufacturas y Artes liberales y el Pabellón de los Estados Unidos. Junto á los capricho-


Fachada del Norte del Palacio de Agricultura


Galería de Máquinas

sos canalizos que se desprendieran de esta laguna se construirían, por un lado, el edificio del Estado del Illinois, el de las Pesquerías y el del Gobierno de los Estados Unidos, y por otro los palacios de la Exposición minera y de Electricidad.

Además la laguna estaría en comunicación por otra serie de canales y estanques con la gran plaza ó patio de honor de la Exposición, cuadrilátero regular de 700 por 2.000 pies ingleses, casi igual en dimensión al de la última Exposición de París. A esta gran plaza se podría llegar lo mismo por agua desde el lago Míchigan que por tierra, merced á un sistema de vías férreas que desembocasen al Este y terminaran cerca del palacio de la Administración, el cual debería construirse de modo que sirviera de entrada monumental de la Exposición. Al apearse del tren y trasponiendo este pórtico, el visitante encontraría á la derecha ó sea al Sur las galerías de Máquinas y de Agricultura; á la izquierda los ya mencionados palacios de Minas, Electricidad y Artes liberales, y enfrente, al Este, el lago Míchigan. El centro de este patio contendría un vasto estanque artificial que forma parte del sistema acuático del Parque. En conexión con este estanque, un ancho canal, con terrazas en sus márgenes y cruzado por elegantes puentes, daría paso á otro patio más pequeño situado entre las galerías de Máquinas y Agricultura, patio que contendría una columnata con un arco triunfal en el centro, el cual da paso al departamento de Substancias alimenticias y constituye la parte más meridional de la Exposición

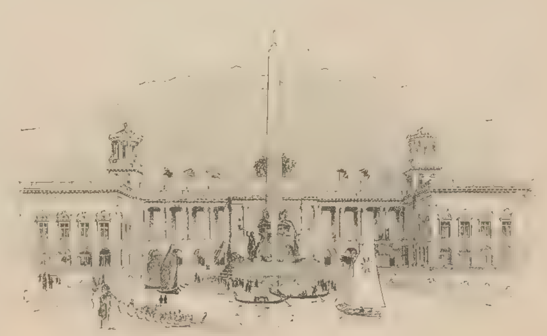

Fuente simbólica del Progreso triunfante de América

Tal fué el plan trazado en un principio y ejecutado después con ligeras modificaciones, y hoy todos los edificios mencionados se elevan ya en el recinto del majestuoso certamen universal.

Los iremos describiendo sucesivamente, empezando por el que se destaca en primer término del patio de honor, cuyo aspecto general representa uno de nuestros grabados, por el palacio de la Administración. Confiada su construcción al arquitecto Hunt, y ocupando un área que mide 260 pies por cada lado, lo ha dividido su constructor en cuatro partes iguales por dos grandes avenidas que se cruzan en ángulo recto, con objeto de edificar al mismo tiempo que un palacio una entrada digna de la Exposición, por lo cual la avenida del Oeste llega por una parte á las líneas férreas que en aquélla desembocan y por otra en un magnífico vestíbulo desde el cual se pasa al patio de honor.

Estas condiciones han sugerido á M. Hunt la idea de construir una especie de templo cívico basado en el modo de las catedrales de gran cúpula del Renacimiento. Ateniéndose á este tipo ha proyectado en el cruce de los dos ejes un alto salón octagonal, de 120 pies de diámetro, cubierto por dos casquetes octogonales, estando ocupado el espacio que media entre ambos por galerías, vestíbulos, elevadores y escaleras. En los lados diagonales contrapuestos del octágono ha construído cuatro pabellones, en los cuales están las diferentes oficinas de la administración, y que guardan proporción con los demás edificios del mismo patio, teniendo 60 pies de altura. Sobre los cuatro pabellones descuella una hermosa galería de columnas rematada en grupos de estatuas de bronce, elevándose á gran altura sobre esta galería la cúpula ó domo central á 275 pies de altura. Enriquecida con adornos escultóricos, entre los que predominan los dorados, esta hermosa cúpula se destaca sobre los demás edificios de la Exposición, indicando desde lejos á los visitantes la situación de su monumental entrada. Su elevación exterior excede en 42 pies á la cúpula de los Inválidos de París, en 45 á la del Panteón de la misma ciudad y en 57 á la del Capitolio de Wáshington, é interiormente tiene 15 pies más que la de los Inválidos, 10 más que el Capitolio, es igual al Panteón de París y 20 pies más baja que la cúpula de San Pablo de Londres. En cuanto á diámetro, aventaja á todas ellas, y por este concepto sólo tiene 20 pies menos que la de la iglesia de San Pedro en Roma.

El método de iluminación de tan espacioso salón de un modo propio y adecuado era un problema importante que M. Hunt consideraba como de gran influencia para el efecto arquitectónico de la construcción y lo ha resuelto inspirándose en el ejemplo del histórico Panteón de Roma y abriendo una claraboya de 50 pies de anchura en la parte superior de la cúpula.


Pórtico de comunicación entre la Galería de Máquinas y el Palacio de Agricultura

El efecto que produce en el ánimo del visitante este soberbio vestíbulo es grande, pero mayor lo es el que resulta cuando al salir de él por la avenida opuesta contempla el patio de honor con todos los edificios que lo rodean. Con objeto de que la concurrencia al entrar ó salir en ellos ó al circular alrededor de la plaza pudiera preservarse de los rayos del sol, el extenso cuadrilátero está cerrado por una serie de galerías como los ambulatorios romanos ó los *stoa* de los griegos, las cuales forman parte de los palacios de Máquinas, de Agricultura y de Artes liberales.

Enfrente del grupo formado por estos palacios se ve un estanque de 350 pies de ancho por 1.100 de largo, rodeado de azoteas y lleno de plantas y flores, balaustradas, columnas rostrales, jarrones y estatuas. Por unas anchas escalinatas se baja á este estanque del cual se desprenden canales cruzados por puentes monumentales. En su margen más próxima á los edificios y en el eje del patio hay otro pequeño estanque circular, al nivel de la terraza superior, flanqueado por dos elevadas columnas que rematan en águilas con las alas desplegadas: en su centro se destaca una galera antigua de bronce, de 60 pies de longitud, con ocho colosales remeras representando las Artes y las Ciencias; á proa una estatua de la Fama; á popa otra



LEYENDA DEL DESIERTO, cuadro de M. Du Mond



LA ADIVINA, cuadro de F. Vinea

del Tiempo, y sentada en un trono sostenido por ángeles, otra personificando la América. Ocho correos preceden la embarcación montados en caballos marinos. Entre estas figuras y un semicírculo formado por delfines brotan surtidores que forman un vistoso juego de aguas. En la parte exterior de este estanque aparece una estatua colosal de la República, y á uno y otro lado de ella una doble columnata semejante á la de la plaza de San Pedro en Roma que, formando los tres lados de un *square*, cierra la gran plaza ó patio de honor hacia el lago. De las dos alas de esta columnata, una está destinada para salón de conciertos, y la otra para casino ó salón de espera de los pasajeros que vayan en bote.

El palacio de las Artes mecánicas, más conocido con el nombre de Galería de Máquinas, ocupa un frente de 842 pies en el lado meridional del gran patio y 500 de profundidad, ocupando nueve y medio acres de superficie. Contiguo á este edificio hay un anejo de 550 pies de largo, de 6 $^{1}/_{4}$ acres adicionales, para las máquinas de mayor volumen. El interior de esta galería es perfectamente adecuado al objeto á que se la destina, á pesar de haber tenido que vencer los arquitectos muchas dificultades locales. Forma tres grandes naves, cuya techumbre de cristales está sostenida por robustas columnas de hierro, y está atravesada en el centro por un crucero de la misma anchura que cada una de las naves. Su exterior es elegante y majestuoso, aun cuando los constructores del edificio han debido armonizar sus líneas con las de los palacios contiguos y por consiguiente no han tenido toda la libertad que deseaban en la traza. Compónese este exterior de dos series de galerías terminadas en cada ángulo en pabellones y cortadas en el centro de las dos fachadas por dos pórticos que sirven de entrada, el del Norte da frente al palacio de la Administración y el del Este al de Agricultura. El espacio intermedio entre los pabellones y las entradas está porticado, pero estos pórticos ó galerías se hallan divididos en dos pisos que corresponden con el interior y ofrecen algún parecido con la famosa columnata del Louvre, teniendo cada división del piso superior 23 columnas de 27 $^{1}/_{2}$ pies de altura á lo largo de las fachadas y 9 hacia el fin de ellas. El inferior lleva arcadas que forman un ambulatorio y están embellecidas con esculturas y relieves que representan escenas del descubrimiento de América y pinturas en que se ven repetidos los retratos de Colón y de los Reyes Católicos así cómo las armas de España.

Los pabellones que hay en las entradas rematan en dos torrecillas, para cuyo trazado han tenido á la vista los arquitectos los ejemplos dejados por los españoles en las iglesias construídas por ellos en Méjico y que terminan en linternas octagonales de tres cuerpos, enriquecidas con balaustradas y estatuas. En la entrada del Norte los arquitectos han construído un templete de planta semicircular, sostenido por columnas de orden corintio, sobre las cuales, intercaladas en una balaustrada, descansan los pedestales de grandes estatuas. La entrada oriental tiene otro pórtico análogo, y los pabellones de los ángulos terminan en redondas cúpulas con pequeñas y elegantes linternas.

El conjunto de este edificio cautiva y agrada y es uno los que más llaman la atención en la Exposición.

Antes de ocuparnos del palacio de Agricultura, el cual se halla al Este del de Máquinas y con su hermosa fachada cierra por el Sur la gran plaza, conviene decir algo acerca de la traza del patio menor que, junto con la parte Sur del canal principal del estanque, une los dos edificios. Las terrazas que hay enfrente de ellos, unidas por un puente echado sobre el canal, y el cierre meridional de este patio, forman á modo de un eslabón que enlaza los dos edificios, unidos además por dos galerías parecidas á la columnata de la de Máquinas y aun á la fachada del Museo de Pinturas de Madrid. Esta elegante construcción está flanqueada por dos pabellones de gusto español sin pilastras y que vienen á ser como alas del edificio principal. Uno de ellos está destinado á restaurant y el otro á reuniones ó congresos. Entre uno y otro corre un bello peristilo y sobre cada cual hay una bonita torrecilla coronada por un mirador circular. En medio de la columnata hay un arco triunfal, y delante del edificio y en el canal una fuente con un alto obelisco rodeado de leones echados.

M. A.

RECTIFICACIÓN

Hemos recibido de D. Francisco Margarit, de Málaga, la siguiente carta que con gusto publicamos porque en ella se rectifica un dato histórico de importancia contenido en uno de los artículos dedicados á la *Exposición histórico-europea*, de Madrid.

«Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA,

»*Barcelona.*

»Muy Sr. mío, de mi consideración y aprecio: He leído en el núm. 596 del periódico que tan acertadamente dirige, y en su interesante artículo referente á la *Exposición histórico-europea*, de Madrid, la noticia de que ha remitido á la misma la Academia de la Historia, para que sea exhibida al lado de tantas otras preciosidades, la primera impresión de las obras históricas del *cardenal obispo de Gerona D. Juan Margarit, primer general y compañero de Cristóbal Colón en las Antillas.*

»El respeto á la verdad histórica me induce á rectificar las aseveraciones contenidas en la referida noticia por confundirse en ella tiempos, hechos y personas, sin duda por la premura con que ciertos escritos se confeccionan.

»El cardenal obispo de Gerona D. Juan Margarit y Moles, canciller de Aragón con el rey D. Juan II y mejor conocido bajo el seudónimo de *el Gerundense*, falleció en Roma á 5 de noviembre de 1484, á los 80 años de edad, y fué enterrado, según el P. Diago, en la iglesia de Santa María del Pópolo.

»Por tanto, no fué posible que acompañara á Colón en ninguno de sus viajes, puesto que el primero de éstos se emprendió el 3 de agosto de 1492, esto es, unos ocho años después de su muerte; por otra parte, jamás perteneció al estado militar, por más que su temperamento fuese harto guerrero, según dan á entender las crónicas de su tiempo.

»Quien verdaderamente pasó en compañía del inmortal Colón á las Antillas en el segundo viaje que partió del puerto de Barcelona fué el capitán Mosen Pedro Margarit, hijo de Luis, que había sido gobernador de la Cámara Real de Sicilia. Crióse Mosen Pedro desde sus tiernos años con el príncipe que más tarde fué el célebre rey D. Fernando el Católico.

»Entusiasmado, como otros muchos, con los entonces recientes descubrimientos, se embarcó con el grande hombre, quien desde luego le distinguió con particular estimación. Este fué el primer general que mandó las armas españolas en el Nuevo Mundo, y no el venerable cardenal, para quien sin duda el cargo militar no hubiera ofrecido novedad.

»Si se desearan mayores detalles, en esa ciudad, emporio del saber, del comercio, de la industria y de la cultura, es facilísimo hallarlos en sus riquísimos archivos y bibliotecas y tal vez también en manos de algunos individuos de la familia.

»Ruego á usted, Sr. Director, me dispense la molestia que pueda originarle, y haciéndole franca oferta de mis servicios, queda de usted afmo. s. s. q. s. m. b.

»FRANCISCO MARGARIT

»Málaga, 14 de junio de 1893.»



Bellas Artes. – Para la nueva Pinacoteca de Munich ha sido adquirido el cuadro de Favretto *Vendedor de estatuas veneciano*, y para la Galería de Munster un paisaje de Enrique Deichter, que representa un brezal westfalio.

Barcelona. – Salón Parés. – Exponen esta semana los hermanos Gelabert un servicio de altar, que con destino á una de las capillas de la restaurada iglesia del monasterio de Ripoll proyectó el joven arquitecto D. Francisco Rogent; obra ejecutada concienzudamente por los artífices al interpretar el concepto de su autor, de aspecto severo y suntuoso y en perfecta armonía con el estilo románico del histórico monumento, símbolo original de la nacionalidad catalana.

Una tela de Barrau, primorosamente pintada, un estudio de mujer, ha merecido el aplauso general del público; de entonación finísima, en su conjunto tienen los detalles todos la calidad que les corresponde, con acentuación decidida y justa. Prueba con esta obra Barrau que no se duerme en sus laureles y que cumple como bueno estudiando con constancia y á conciencia.

Salón de «La Vanguardia.» – Algunos facsímiles de originales ejecutados por distintos artistas españoles que ilustran la obra de M. Fuster, *La acuarela y sus aplicaciones* y una serie de fotografías instantáneas reproduciendo las distintas estaciones de la línea de San Juan de las Abadesas á la llegada del tren que condujo los restos del gran Berenguer III á Vich y á Ripoll, adornan las paredes del local de exposiciones del popular diario, tan concurrido todos los días.

Exposición de Indumentaria retrospectiva. – Los estudiosos, los artistas y el público en general se interesan cada vez más por los verdaderos tesoros que en telas y trajes, en muebles, en pinturas, en joyas y en otros múltiples accesorios del vestido femenino y masculino contienen las numerosas instalaciones situadas en la planta baja del palacio de Bellas Artes. A excepción de la escena que se está terminando, una visita en un salón y con trajes de estilo Luis XV, puede decirse que la exposición está completamente organizada.

Teatros. – El intendente del teatro de la Corte, de Stuttgart, proyecta para el próximo invierno la representación de un ciclo de producciones de Shakespeare durante quince noches.

En el propio teatro ha comenzado la serie de obras ejemplares con la ópera *Fidelio*, de Beethoven.

– Mascagni ha terminado su ópera *Ratcliff*, cuya partitura ha remitido ya al teatro Real de la Opera, de Berlín, en donde se pondrá en escena en la próxima temporada.

– La serie de representaciones wagnerianas que desde el 13 de agosto hasta 29 de septiembre se darán en el teatro de la Corte, de Munich, ha quedado fijada por el orden siguiente: *El anillo del Niebelungo* se cantará en los días 20, 21, 23 y 25 de agosto, 3, 4, 6 y 8 de septiembre; *Las hadas*, en 13 y 27 de agosto y 10 de septiembre; *El holandés volante (El buque fantasma)*, en 15 de agosto y 12 de septiembre; *Tanhauser*, en 11 de agosto y 1, 14 y 19 de septiembre; *Los maestros cantores*, en 17 de agosto y 21 de septiembre; y *Tristán é Isolda*, en 29 de agosto y 17 de septiembre.

Londres. – Actualmente se encuentra en aquella capital el maestro Mascagni, que ha sido objeto de grandes ovaciones dirigiendo en Coven Garden su ópera *El amigo Fritz*, á cuya primera representación asistieron el príncipe de Gales y sus hijos. También se encuentra en Londres el ilustre compositor Boito, en cuyo honor se prepara una representación extraordinaria de *Mefistófeles*. Terminado el ciclo de representaciones wagnerianas en italiano, comenzarán en seguida las alemanas con la de la ópera *Tristán é Isolda*. En Haymarket se ha representado con grandísimo éxito el drama de Ibsen, *El enemigo del pueblo*. En Drury Lane continúa actuando con gran aplauso la compañía de la Comedia francesa. En el Príncipe de Gales se ha estrenado la ópera cómica *Pobre Jonathán*, arreglo del alemán hecho por Mr. Brookfield; la música es del maestro Millocker, pero para la adaptación inglesa ha escrito el Sr. Albéniz algunos números llenos de gracia y de deliciosas melodías: la obra ha sido muy aplaudida.

Barcelona. – Continúan funcionando en Novedades la compañía del Sr. Mario, que logra cada día nuevos éxitos con las representaciones de *Mariana*, y la que dirigen los Sres. Rosell y Ruiz de Arana en el Lírico, en donde se ha celebrado el beneficio de la aplaudida actriz señora Pino. En el Eldorado habrá comenzado, cuando este número se reparta, la serie de representaciones que el eminente actor Sr. Vico ha organizado antes de emprender su excursión por América.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Edwin Booth, eminente actor norte-americano, uno de los mejores intérpretes del teatro de Shakespeare.

Jacobo Karlowitsch Grot, vicepresidente de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, gran conocedor de las literaturas eslava y escandinava.



La trapera, cuadro de Consuelo Fould. – Con la cesta á la espalda y el gancho en la mano y cubierto el cuerpo de miserables vestidos, á los que poco tienen que envidiar los trapos que con tanto afán recoge, trabaja la pobre muchacha á las horas en que las demás descansan, buscando su sustento en lo que los demás desperdician. De cuando en cuando el hallazgo de algún objeto menos insignificante que los que por regla general del montón entresaca, cáusale una alegría que no pudo imaginar el que al montón lo arrojara. *¡Così va il mondo!* ¡Cuántos – como dijo nuestro gran poeta dramático – harían alegrías de las tristezas de otros! ¡Para cuántos es regocijo lo que para muchos hastío! Pero dejando aparte estas consideraciones, digamos que *La trapera*, de Consuelo Fould, sorprendida en el momento de tener uno de aquellos hallazgos excepcionales, está perfectamente observada, arrancada de la vida real, llena de vida y de expresión y ofrece en punto á ejecución un conjunto de primores que acreditan á su autora de artista de gran valía.

Leyenda en el desierto, cuadro de Du Mond. – Cuenta una tradición árabe que un gran jeque, Ben Abdul, distinguía especialmente entre sus esclavas á una joven egipcia y aun acariciaba el proyecto de nombrar por sucesor suyo al hijo que de la misma tenía. Mas los ilustres de la tribu rechazaron tal sucesión é indujeron á Ben Abdul á pedir en matrimonio á la hija de un jeque del desierto. Seguido de gran comitiva abandonó aquél su patria llevando en su séquito á la egipcia y á su hijo: una noche oyó una voz misteriosa que le decía que abandonara á la esclava y al niño para el propio bien de éstos, y así lo hizo; de modo que al despertar la infeliz mujer hallóse sola con el niño en la inmensidad del desierto, sin más provisiones que los restos de la última cena y un cántaro de agua. Tres días permaneció en tan desesperada situación recorriendo en todas direcciones aquella llanura sin límites, sin un árbol, sin una gota de agua con que apagar la abrasadora sed de su hijo. Al fin el pobre niño cayó sin fuerzas y la madre contempló con espanto una bandada de aves de rapiña que en rápido vuelo se acercaban para hacer presa en aquel cuerpo exánime; uno de ellos, un buitre gigantesco, comenzó á describir círculos cada vez más estrechos alrededor del que parecía cadáver, y la madre, cayendo de rodillas y horrorizada, prorrumpió en desesperados gritos para ahuyentar al feroz animal. De repente oyóse una voz que decía: «Vuélvete y encontrarás con qué apagar tu sed: da de beber á tu hijo y nada temas; cobra ánimo y prosigue tu camino, que tu hijo vivirá y será padre de un pueblo.» Así habló la voz en el desierto y la profecía se cumplió.

Tal es la leyenda en que se se ha inspirado el pintor Du Mond, y después de conocida se aprecia en todo su valor la verdad con que ha sido interpretado tan dramático asunto y el vigor con que ha sabido darle forma el renombrado artista francés.

La adivina, cuadro de F. Vinea. – De grande y merecida reputación goza en el mundo artístico el pintor florentino cuyo es el cuadro que reproducimos: su especialidad son las escenas alegres de la vida militar y cortesana, principalmente de la época de los Luises XIV y XV de Francia, y en este género ha producido y produce verdaderas joyas que los aficionados se disputan. Sobresalen en todos sus lienzos la elegancia, la minuciosidad, la corrección, la armonía de los distintos elementos de que se vale para sus composiciones, y de ello se puede convencer cualquiera que atentamente examine *La adivina*, escena admirablemente tratada, en la que todas las figuras y hasta los más insignificantes accesorios llevan impreso un sello de distinción, que es la característica de Vinea.

Edad dichosa, cuadro de O. Beggrov-Hartmann. – ¿Quién más feliz que ese rapazuelo que apovechando un descuido ha podido introducirse en provista despensa en donde no inquietado por nadie puede á sus anchas hacer estragos en las confituras y en la fruta que sólo muy de tarde en tarde y en ración limitada normalmente saborea? El pequeño placer que su travesura le proporciona es para él goce grandísimo y aquel momento será sin duda uno de los más felices de la historia de su niñez. Del artista que tan admirablemente ha sabido sorprenderle nada hemos de decir; su obra, además de intachable desde el punto de vista técnico, es altamente simpática; la expresión de la cara del mucuacho dice más que todos los elogios que al cuadro pudiéramos dedicar.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– ¿Qué decían?

– Nada concreto; pero precisamente esa misma vaguedad de las conversaciones es lo que me ha producido inquietud y recelos. En cuanto al capitán, lo cierto es que me ha sucedido todo lo contrario: empiezo á conocerle desde un punto de vista que aumenta mis simpatías hacia él y las transforma en una estimación razonable y seria.



... llevóse maquinalmente el cucharón á la cabeza para saludarlo á lo militar...

– Y ¿cómo ha sido eso?, preguntó Anie con su viveza característica.

– Leyendo sus cartas á Gastón. Esta correspondencia, que principia cuando de muchacho entra en el colegio de Pau y continúa sin interrupción hasta estos años últimos, ha sido conservada por tu tío; la hemos encontrado en el inventario y la he leído toda. Es una confesión, ó por mejor decir – pues en ella no hay confesión de ninguna falta, – un diario que comprende toda su juventud. Ningún informe, ninguna noticia podrían sustituir á las noticias y á los informes que él mismo da en esas cartas; en ellas puede seguírsele paso á paso y se le ve transformarse lentamente en el hombre que ha llegado á ser de corazón noble, de carácter entero, recto, leal, á quien la mancha de su desgraciado nacimiento no ha conseguido rebajar, sino por el contrario, ennoblecer; en fin, el tipo del esposo que un padre experimentado y conocedor del mundo escogería entre todos para su hija.

Mientras Barincq hablaba sonrióse Anie sin imaginar que la satisfacción expresada por su rostro era una confesión elocuentísima.

– Es decir, que esas cartas..., dijo maquinalmente por decir algo y por el gusto de hablar de Sixto.

– Esas cartas son un panegírico, tanto más interesante cuanto más cierto es que están escritas sin premeditación y al día. ¿Sabes lo que pensaba yo cuando las leía?

– Di.

– Me preguntaba yo á mí mismo cómo tu tío no habría pensado en que os casaríais, con lo cual se armonizaba todo, su cariño al capitán y sus deberes para con nosotros.

– Mi tío no ha manifestado ese deseo.

– Verdad; no lo ha manifestado. Pero lo que Gastón no hizo, por razones que ignoramos ó acaso también porque la muerte le sorprendió, puedo yo hacerlo. Si mi hermano tenía deberes para con nosotros, para contigo, para conmigo, yo, por mi parte, creo tenerlos para con el capitán, que real y verdaderamente algún derecho tiene á esta fortuna que hemos heredado..., aunque no fuese otro que el que da el cariño común: vuestro matrimonio armonizaría todos esos derechos y todos esos deberes y además aseguraría tu dicha. Ya comprendes por qué me has proporcionado tanta alegría al manifestar con franqueza tus sentimientos.

– ¿Y ahora?

– ¿Cómo ahora?

– Quiero decir ¿qué pretendes hacer?

– Voy á casa de Revenacq, que es amigo y consejero del capitán.

– Pero Revenacq no puede ofrecer mi mano á Sixto.

– Claro que no; pero sí puede hacerle saber cuáles son mis ideas con respecto á este asunto; y con habilidad y con discreción conseguir que Sixto comprenda cómo si él quisiera casarse con una linda joven á quien conoce y que ha podido apreciar, no necesitaría sino agradar á esa muchacha, lograr que ella le quisiera, para que, prescindiendo de la escasa fortuna del joven, la familia de la señorita le recibiera con los brazos abiertos. Nada habría en esto que se pareciese á un ofrecimiento que ni tú quieres ni yo consentiría; hay solamente una indicación que las personas ricas deben y pueden hacer á las que no lo son. ¿Ves en esto algo que no te agrade?

Anie, en lugar de responder á su padre, preguntó:

– ¿Y el Sr. de Arjuzanx?

– Le escribiré que nuestros proyectos no pueden realizarse como esperábamos.

– ¿Como esperabais... él y tú?

– Eso es.

– ¿No tienes alguna parte en este rompimiento?

– Ya arreglaré las cosas de modo que me alcance alguna responsabilidad.

– Corriente; pero toma para ti la parte más pequeña y déjame la mayor; así obrarás en justicia. Y quiero además que en lugar de visitar á Revenacq y escribir después al Sr. de Arjuzanx, empieces por escribir á éste y ver después á Revenacq. Conozco á Sixto lo bastante para estar convencida de que éste no se presentará nunca á rivalizar con su amigo. Si presta oídos á esas indicaciones del Sr. Revenacq será de seguro cuando tenga pruebas de que las pretensiones de su amigo no han sido admitidas.

– Tienes razón; voy á escribir inmediatamente al barón y dejo para mañana mi visita al notario.

– ¿Y estás ya conforme con mamá?

– Todavía no; cuento contigo para convencerla.

– Ya sabes que para ella el barón reune todas las buenas condiciones: nacimiento, distinción, gallardía y otras muchas, sin contar con su riqueza.

– Tu madre desea únicamente que seas feliz, y cuando adquiera el convencimiento de que no amarás nunca al Sr. de Arjuzanx, cederá.

– Haré lo que quieras; pero ya que vamos á repartirnos la responsabilidad, repartamos también las dificultades; yo procuraré conseguir que mamá renuncie á un casamiento que desea con entusiasmo; alcanza tú que mamá acepte el que deseas.

– Y tú ¿no lo deseas también?

Anie se acercó á su padre con los ojos bajos y aire compungido y contestó en son de malsana humildad:

– Una hija obediente no tiene nunca otra voluntad que la de su padre.

XI

Mientras Barincq preparaba el borrador de su carta al Sr. de Arjuzanx, Anie declaraba á su madre que después de un detenido y maduro examen de conciencia no podía resignarse á ser esposa del barón.

Las primeras palabras que Anie pronunció acerca de esto produjeron en la señora de Barincq extrañeza; la extrañeza se convirtió en asombro, y el asombro se transformó al cabo en indignación y en cólera, que terminaron en un mar de lágrimas y en un diluvio de quejas. Era la más desdichada de las mujeres. Nadie hacía caso de lo que ella más deseaba. No hallando con quien desahogar su ira, pretendió echar á su marido la culpa de todo.

– Tu padre; sí, señora, tu padre con sus historias necias y sus recelos sin fundamento y sus inquietudes sin causa ha logrado cambiar tus sentimientos con respecto al Sr. de Arjuzanx.

Anie defendió á su padre y respondió que precisamente sus sentimientos con respecto al barón no habían cambiado: eran en aquel momento exactamente los mismos que cuando por primera vez se le habló de aquel matrimonio. El señor de Arjuzanx era del todo indiferente para ella, que no consentiría jamás en ser mujer de un hombre á quien no amase; Anie no amaba al Sr. de Arjuzanx, no le amaría nunca; sobre este punto había consultado á su corazón, no ya una vez sola, sino más de veinte y aun más de ciento, y su corazón le había contestado siempre lo mismo; y no habiéndose de llevar á cabo aquella boda, era conveniente romper cuanto antes aquellas relaciones que habían durado más de lo necesario y que prolongándose más podrían llegar á ser hasta perjudiciales. Pero al no aceptar la mano del barón no renunciaba en modo alguno á casarse; era preciso, por lo tanto, que andando el tiempo nadie necesitase averiguar qué había ocurrido entre el Sr. de Arjuzanx y ella y el porqué no se habían casado.

De todos los razonamientos empleados por Anie, este último fué el que pareció á su madre más justo y de más fuerza; la señora de Barincq se había acostumbrado en sus largos años de desgracia á vivir únicamente con el pensamiento en lo futuro; las seguridades de su presente no habían bastado para habituarla á prescindir de él; el rompimiento de Anie con el barón no era el rompimiento con el matrimonio, y era posible y hasta probable y hasta verosímil que su hija encontrase un partido mejor aún que aquel al cual renunciaba: ¿no podría el barón ser reemplazado por un príncipe? ¿Por qué al hidalguillo no había de sustituir un noble de la alcurnia más elevada?

Entonces la señora de Barincq se calmó; tanto que ella misma quiso dictar la carta para el barón: era conveniente sobre todo huir de explicaciones difíciles y concretarse á decir, con toda la cortesía posible, que no hallándose su hija resuelta á casarse aún, se hacía indispensable suspender aquellas entrevistas que podían tener inconvenientes.

Anie y su padre se miraron, preguntándose mutuamente si debían aprovechar aquel momento para iniciar la segunda parte del problema; pero ni el padre se atrevió ni la hija tampoco; ya era bastante haber conseguido que la madre renunciase al barón; tan importante y tan satisfactorio les pareció aquel resultado, que consideraron prudente contentarse, por ahora, con esto; andando el tiempo se procuraría hacer que fuese aceptado el capitán; ambos comprendían perfectamente que valdría más dar para la ruptura motivo distinto del que la señora de Barincq proponía, en vez de fundarlo en la voluntad de Anie de no casarse por

entonces; pero al decir esto habría sido preciso entrar en explicaciones ante las cuales hija y padre retrocedieron.

Cuando estuvo escrita la carta, la señora de Barincq la leyó dos veces; después, cuando se disponía á ponerla en el sobre, la agitó repetidamente entre los dedos, y mirando á su hija le preguntó:

– ¿Quieres que la enviemos?

– Claro.

– Pues hágase tu voluntad, ¡y quiera Dios que sea para tu bien! ¡Quién sabe si el que ha de reemplazar al barón valdrá lo que él vale!

Estas palabras solemnes no impresionaron ni á la hija ni al padre; ambos sabían cuánto más valía que el barón el que debía reemplazarle.

Al día siguiente por la mañana y cuando se abría el despacho entraba Barincq en la notaría de su amigo Revenacq. Cuando el notario oyó hablar de rompimiento con el barón no manifestó sorpresa alguna, antes por el contrario, dijo á su amigo sonriéndose:

– Te confieso que lo esperaba.

– ¿Y por qué lo esperabas?

– Porque el Sr. de Arjuzanx no era el marido que convenía á tu hija.

– ¿Y no me has dicho nada?

– Debías echarlo de ver tu solo; era mejor así.

– ¿Echar de ver qué?

– Lo que todo el mundo decía.

- Pero ¿qué decía todo el mundo? Más de veinte veces he pretendido profundizar el significado de algunas palabras enigmáticas ó de algunas reticencias extrañas y nadie ha querido responderme. Ahora, cuando las negociaciones matrimoniales se han roto, ¿quieres hablarme con franqueza?

– Se asombraban todos de que consintieras en dar una niña linda como Anie, discreta, de sentimientos elevados, de entendimiento distinguido á un hombre como el barón, que no posee precisamente condiciones parecidas á esas, sino más bien otras contrarias é ellas.

– ¿Pero qué le censuran?

– Que va en velocípedo á París; que se exhibe en traje de gimnasta en las barracas de las ferias; que vive en intimidad con la Hércules del circo ecuestre.

– ¡Ya!

– En Bayona y en Orther no hablaban de otra cosa.

– En Bayona y en Orther son severos.

– Te burlas, á fuer de parisiense escéptico; pero por muy ridículas que te parezcan estas preocupaciones provincianas, ¿crees que un hombre que no tiene más ocupación ni otras aficiones que distinguirse en las luchas del circo, brillar en el *sport*, es marido á propósito para una joven de entendimiento como tu hija? ¿Qué puntos de contacto ves entre ellos? Ten por seguro, amigo mío, que los provincianos no somos tan estólidos como los parisienses se figuran.

– Indudablemente tienes razón, porque á mi hija no le ha gustado Arjuzanx.

– Me parece que ha procedido con cordura, y en lo que á ella se refiere no me causa extrañeza.

– La verdad es que Anie desea en su marido cualidades muy distintas de las que el Sr. de Arjuzanx reune; sólo que un marido con las condiciones que ella exige me parece muy difícil de hallar.

Hubo entonces algunos instantes de silencio; de pronto el notario, acariciándose la barba con la mano, dijo, como si hablara consigo mismo:

– Eso depende...

– ¿De qué depende?

– De las cualidades exigidas.

– ¡Oh! Condiciones solamente morales é intelectuales, y físicas también, porque es necesario, ante todo, que el marido sea del gusto de Anie.

Es muy natural. ¿De manera que la fortuna no entra para nada en vuestras exigencias?.. ¿Ni el nacimiento?

– Para nada.

– ¿Y la posición social?

– Eso es ya distinto

– Es decir, ¿que aceptarías por yerno á un hombre de buenas prendas personales, que tuviese un buen porvenir aunque careciese de fortuna y hasta de apellido ilustre?

– ¿Piensas en persona determinada?

Barincq y Revenacq se miraron durante largo tiempo sin decir una palabra, pero hablándose franca y lealmente con los ojos; por último, el notario rompió aquel silencio para contestar sencillamente:

– Sí.

– ¿Quién?

– Advierte que no estoy encargado por nadie de iniciar negociaciones y que hablo pura y simplemente como un camarada, como un buen amigo..., amigo tuyo en primer lugar y luego amigo de tu hija, que me inspira simpatías muy sinceras.

– Habla.

– ¿No te disgustarás conmigo?

– Dime el nombre del candidato.

– Sixto.

Con mucha timidez y mirando con visible inquietud al rostro de su antiguo compañero había pronunciado Revenacq aquel nombre, pero al oirlo Barincq tendió con toda franqueza la mano á su amigo y le contestó:

– He venido justamente para hablarte de Sixto.

– Yo te habría hablado hace ya mucho tiempo del capitán, si no me hubiera detenido la creencia de que tenías compromisos serios con el Sr de Arjuzanx.

– Estamos con respecto á Sixto en situación muy delicada, porque le hemos privado de una fortuna que él debía considerar como suya.

– En la misma situación, poco más ó menos, estaría Sixto con respecto á vosotros si Gastón no hubiese destruído su testamento.

– De manera que, en puridad, esa fortuna pertenece á nosotros y á él: conque una alianza entre nosotros lo armonizaría todo.

– Muchas veces me he preguntado, sinceramente te lo confieso, cómo no te habría ocurrido esa idea; verdad es que no conoces á Sixto como yo lo conozco y no puedes saber lo que vale.

– Acabo de saberlo leyendo las cartas de Sixto á Gastón, aquellas cartas que encontraste en el inventario. La lectura de esas cartas me ha inspirado verdadera estimación hacia Sixto.

– ¿No es verdad que es muy buen muchacho?

– También he leído las cartas de su madre, y no acierto á explicarme cómo Sixto podía ser hijo de aquella mala pécora.

– Si es, en efecto, hijo de Gastón, esta circunstancia lo explica todo.

– Eso, eso justamente es lo que he pensado; y todas esas cosas, el carácter de Sixto, su probable parentesco, el asunto de la herencia, han hecho que nazca en mí la idea de ese matrimonio, esa idea ha tomado cuerpo y consistencia y se ha arraigado en mi alma, y por esta razón he querido someterla á tu claro juicio para pedirte primeramente consejo y después auxilio en caso de necesidad. Porque aunque yo esté, como en efecto lo estoy, dispuesto á aceptarle por yerno, no sé si él pensará en contraer matrimonio, y aun puesto caso de que lo pensase, ya comprendes que no puedo ofrecerle mi hija.

– Mi verdadera amistad hacia ti y hacia Sixto te garantiza de antemano que soy por completo adicto á él y á ti. Y te lo digo francamente, dadas vuestras situaciones respectivas, me parece que no has podido escoger mejor intermediario. A tu pregunta de si el capitán Sixto piensa en casarse puedo contestar sin vacilaciones afirmativamente. Sixto se casará cuando encuentre la mujer que desea; si ha permanecido soltero hasta ahora es porque no ha encontrado todavía á esa mujer. No le han faltado ocasiones para hacerlo, cosa que no debe causarte extrañeza, si tienes presente que siendo buen mozo, oficial brillante, heredero presunto de Gastón, reunía muchas condiciones para ser un yerno y un marido muy apetecible. Es cierto que ahora la condición de la herencia no existe; pero aun así el capitán está muy lejos de ser una proporción despreciable. Ahora mismo se le presentan dos buenos partidos.

– ¡Ah!

– Sixto no está muy inclinado á aceptar ni la una ni la otra proposición; y es seguro que entre Anie y cualquiera de las otras dos no titubearía.

– ¿Estás seguro?

– Sin ningún genero de duda: tú mismo vas á juzgar ahora. Una de las jóvenes que le proponen es la mayor de las señoritas de Haoraca; y sean cuales fuesen la deferencia de Sixto hacia su general, su adhesión, su respeto á su jefe, á quien estima y quiere, no podrán nunca decidirle á ser el marido de una mujer sin un céntimo, de hermosura discutible, de carácter no muy agradable y que, para remate de fiesta, tiene una madre imposible y cuatro hermanas que probablemente, andando el tiempo, habrían de quedar á cargo suyo; esto sería un verdadero suicidio. Realizable quizá cuando Sixto era el heredero probable de Gastón, este proyecto quedó reducido á la categoría de una locura desde el momento mismo en que el inventario demostró que el testamento en que se fundaban esperanzas razonables no existía, y para que la familia Haoraca no haya renunciado á sus propósitos es necesario que los servicios prestados por Sixto al general sean tantos y tales que den motivo para considerarlo capaz de cualquier sacrificio. Lo que voy á decirte no lo sé por Sixto, que es muy discreto y muy reservado; lo sé por la mujer del jefe de Estado mayor del general: es una señora, prima nuestra, y que por el cargo de su marido está en condiciones muy favorables para saber lo que ocurre en la familia de Haoraca. A pesar de sus apariencias de vigor y de robustez, el pobre general está perdido de reuma y de bronquitis hasta el extremo de pasarse tosiendo diez de los doce meses del año. Si esto fuese público, aunque el general no tiene más que sesenta y dos años se le dejaría de cuartel, y entonces ¿qué sería de sus cinco hijas casaderas? Por esta razón todo el empeño de la familia es ocultar la verdad á fin de que si no consigue el valetudinario jefe ascender á teniente general, conserve el puesto y la categoría que hoy tiene hasta cumplir los sesenta y cinco años. Para lograr este resultado todos los medios parecen buenos, y los artificios y las habilidades que emplean darían risa, si no fuese porque dan lástima. Sixto, que es muy muy buen muchacho y de carácter extraordinariamente dócil y bondadoso, se asoció á esta campaña, y si en las maniobras militares verificadas últimamente, maniobras en las que el general no ha sido más que un inválido, se han salvado las apariencias, al capitán Sixto se ha debido. Sixto ha realizado verdaderos milagros, de los cuales te dará idea aproximada un solo hecho: ha aprendido Sixto á imitar la letra de su jefe, y cuando éste ha de escribir de su puño y letra una carta, la escribe Sixto, por ser en la casa muy frecuente que el general no pueda utilizar sus manos retorcidas y engarabatadas por los crueles dolores del reuma.

– ¡Buen muchacho!

– Ya comprendes lo afortunado que será quien consiga tener por yerno á ese excelente joven; pero por muy animoso que sea no ha de echarse al cuello la cuerda del oficial pobre. Claro es que Sixto no se casará con la señorita Haoraca, como tampoco se casará con la señorita Libourg, la otra novia que le proponen. Esta pertenece á la categoría de las ricas, y precisamente por sus riquezas, procedentes de dos quiebras del padre, no la acepta Sixto; de manera que la chica se verá precisada á contentarse con un hidalguillo del Ruilan; hidalguillo cuyos únicos méritos son conducir imágenes y reliquias de santos en la procesión de Saint-Ceornin, ser santero honorario en Lourdes y tener una larguísima nariz, que justifica, si se quiere, la pretensión del propietario de descender de una hija bastarda de Luis XV.

– Comprendo que la señorita Libourg prefiriese al capitán.

- Y debes comprender asimismo que á ésta y á la señorita Haoraca prefiere Sixto tu hija; de todos modos, pronto sabremos con fijeza á qué atenernos, porque pienso ir á Bayona mañana mismo.

XII

Cuando Sixto, después de haber escuchado durante un cuarto de hora largo las explicaciones algo laberínticas del notario, comprendió lo que significaban y adónde iban tales discursos, principió por encastillarse en la respuesta que Anie había previsto.

– No quiero ser rival del barón, que es amigo mío.

– ¿Tiene usted algo más que oponer á lo que le he dicho?

– Nada más.

– La señorita Anie, ¿parece á usted agradable?

– Me parece hechicera por todos estilos

– Entonces no se pare usted en escrúpulos para los cuales no hay fundamento: no será usted rival del barón, porque Anie ha rehusado las proposiciones de éste.

– ¡Ah! ¿Las ha rehusado? ¿No quiere casarse con el Sr. de Arjuzanx? ¿Pues y eso? ¿Por qué?

Todo esto había sido dicho con una viveza que llamó la atención de Revenacq; evidentemente aquel asunto interesaba á Sixto.

– No he recibido, contestó el notario, las confidencias de esa señorita, que ignora por completo el paso que ahora doy. No puedo, por lo tanro, responder de una manera categórica á las preguntas que usted me dirige. Pero de lo que me ha dicho mi amigo el Sr. Barincq, deduzco que, por unas ó por otras razones, el barón no ha conseguido agradar á Anie; así las cosas, la familia no considera conveniente prolongar más relaciones que el mundo podría interpretar mal, según su costumbre. Además esas relaciones habían comenzado bajo la condición de *sin perjuicio,* según la frase usual entre nosotros. Cuando el Sr. de Arjuzanx expuso á mi amigo Barincq los deseos que abrigaba de casarse con Anie, ésta respondió que en aquel momento no podía aceptar por esposo al barón porque en realidad no lo conocía; pero no queriendo contrariar á sus padres, á quienes vencía la idea de tan ventajoso enlace, se prestó á tratar al barón, como éste deseaba; si con el trato y el conocimiento sus disposiciones con respecto á su pretendiente variaban de un modo favorable para él, lo aceptaría por marido; en caso contrario lo desengañaría con franqueza. A lo que parece, los sentimientos de la señorita Barincq con respecto á Arjuzanx no han variado. ¿No le parece á usted que la situación es perfectamente clara?

– Es muy clara verdaderamente.

– Ahora, ¿por qué el barón no ha conseguido ser amado? Lo ignoro; usted que es tan su amigo puede mejor que yo contestar á esa pregunta.

– ¿Es posible acaso saber por qué se ama ó por qué no se ama? Precisamente porque soy camarada y buen amigo del Sr. de Arjuzanx me parece que reune cuantas condiciones ha menester un hombre para ser amado

– En este caso, y suponiendo que la amistad no haya cegado á usted, el no haber conseguido que esa señorita le ame puede consistir en que exista alguna razón para que la hija de mi amigo Barincq sea insensible á los méritos del señor Arjuzanx. Esta es otra pregunta á la que no puedo contestar; yo, pobre notario, debo concretarme á los hechos. Ahora bien: los que me han impulsado á buscar á usted para hablarle de todo esto pueden reducirse á tres, son á saber: 1.° Barincq siente por usted simpatías y le profesa estimación. 2.° Mi amigo concede muy poca importancia á la fortuna del que haya de ser su yerno. Y 3.° El repetido Sr. Barincq se concceptúa como obligado á continuar, ó si se quiere prolongar, desde cierto punto de vista la existencia de su hermano mayor, que en paz descanse; entiendo por lo tanto que es obligación suya realizar, en cuanto de él dependa, las intenciones y cumplir los compromisos de Gastón. Dicho lo dicho, y sin insistir sobre ello, porque esa insistencia acaso estaría ya fuera de mis deberes profesionales, dejo á usted solo para que reflexione acerca del asunto. Cuando haya usted pensado maduramente y con el necesario detenimiento, escríbame, ó vaya usted á Ourteau; esto me parece que será mejor aún, porque si le ocurría á usted alguna observación ó necesitaba indicar cualquier reparo podría yo contestarle de viva voz inmediatamente: fuí amigo y consejero de Gastón; soy asimismo amigo y consejero de Barincq; profeso á usted amistad verdadera: si entiende usted que en estas circunstancias mis consejos pueden serle útiles, los pongo á su disposición por completo y sin reserva alguna.

Revenacq, después de haber pronunciado esas palabras, dió por terminada la entrevista y se despidió del capitán; para comienzo de las negociaciones había hecho bastante. Aunque, según su propia expresión, fuese Revenach *un pobre notario,* comprendía perfectamente que al dejar como sin intención que con sus palabras se tradujera la insensibilidad de Anie con respecto á los méritos del barón, había planteado en el corazón de Sixto un problema muy interesante y para cuya solución convenía al joven la soledad. Para la pregunta formulada por el notario no existía, no podía existir más que una contestación: – «El corazón de Anie tenía ya dueño.» – De esta contestación al deseo de averiguar quién era ese dueño, no había más que un paso...; no era razonable suponer que ese intrépido y brillante oficial de dragones había de vacilar para darlo.

Lo que el notario había previsto se realizó punto por punto: el capitán Sixto, al hallarse completamente solo, echó de ver que aquella conversación le había interesado; que en su espíritu existía turbación extraordinaria, imposible de definir y que era al propio tiempo dulce y dolorosa.

– ¿Pero qué? ¿Aquella joven hermosísima podría?.. ¿Y por qué no? ¿Qué razón había para que él no hubiese producido en ella la impresión misma que ella produjo en él cuando por primera vez se vieron en la arenosa playa de Biarritz? Cuando Sixto debía razonablemente contener su vuelo ante la consideración de Arjuzanx enamorado de Anie, ésta había sido absolutamente libre para soñar y hasta para decidir desde entonces mismo acerca de su destino. ¿Podía acaso Sixto, en sus condiciones de soldado sin fortuna, con un origen que era una mancha, sin familia, sin relaciones, sin apoyo en el mundo, entablar lucha, competir con un rival como el barón? Eso habría sido, más que una locura, una estupidez. Las muchachas ricas no son para oficiales de tales condiciones. ¿Qué habría podido ofrecer Sixto á la señorita Barincq? Su existencia fué siempre bastante cruel con el capitán para que ésta ignorase que no podía ofrecer nada. No le quedaba, pues, más camino que el de obscurecerse, dejar al barón el principal papel y aceptar el secundario de confidente, y esto fué lo que el capitán hizo. Por eso había visto nacer, acrecentarse el amor de su amigo Arjuzanx, siguió paso á paso su desarrollo y estudió alternativamente los entusiasmos y las inquietudes, las confianzas y los temores, permaneciendo constantemente en segundo término, cariñoso y atento con Anie, pero nada más, y aun casi siempre un poco reservado.

Pero ¿por qué Anie, que no tenía para proceder de esa manera las mismas razones, no podía haber escuchado únicamente los impulsos de su corazón? Su fortuna le permitía hacer en este particular lo que quisiese; amar á quien le agradase, y la autoridad dulce, pero evidente, que sobre sus padres ejercía le aseguraba por anticipado que nunca, por ninguna razón sería contrariada en sus deseos.

Cuando después de algunas horas pasadas al lado de Anie se habían presentado esas ideas á la imaginación de Sixto, habíalas rechazado éste, enojándose contra sí mismo por lo que consideraba como fatuidad; pero en este momento no eran ya esas suposiciones castillos en el aire, no eran ilusiones vanas de enamorado; tenían por base dos hechos reales y verdaderos: el rompimiento con Arjuzanx y el paso que el notario había dado. Indudablemente Revenacq hablaba sinceramente al decir que no recibía las confidencias de Anie y que ésta ignoraba por completo las gestiones iniciadas por el notario; pero era indudable también que aquellas negociaciones se iniciaban con la aquiescencia del padre, el cual de seguro no las hubiese consentido sin la certeza absoluta de que no sería en ningún caso desautorizado por su hija. Las simpatías y la atracción del padre eran también un hecho. Existía además otro hecho que era, si cabe, más significativo y de mayor importancia: el deseo de Barincq de *prolongar* la vida de su hermano mayor, realizando dentro de ciertos límites las intenciones del difunto.

Sixto medía á pasos la habitación; deteníase de pronto, tornaba á sus pasos y repetía maquinalmente palabras entrecortadas:

– Casarse... esta niña hechicera... casarse... ¡casarse! Estas palabras que al casamiento se referían eran las que más á menudo sonaban en sus oídos, como el estribillo de la canción que el corazón inconscientemente entonaba.

¡Qué cambio de existencia el suyo!

En otro tiempo, cuando Sixto se creía heredero de Gastón había soñado un porvenir con hogar, con familia, con todo lo que había echado de menos en su juventud; si el capitán no había realizado tales ensueños tan pronto como anhelaba consistió en que no se lo quiso permitir Gastón, el cual formó empeño en hallar por sí mismo la mujer que á Sixto quería dar, la cual debía reunir tal conjunto de bellas prendas que no era posible tomarla al acaso; era absolutamente preciso buscar y esperar. Pero mientras Gastón buscaba y esperaba, la muerte, que no espera, llegó, y aquel testamento de cuyas principales disposiciones tenía conocimiento Sixto, no fué hallado: desde la riqueza segura que permitía todas las esperanzas y autorizaba todas las ambiciones, el capitán había caído en la miseria. Sin embargo, aquella caída con haber sido muy terrible no logró anonadarlo. Es verdad que en ciertos instantes el joven había sentido impulso de protesta y estuvo próximo á lanzar palabras de ira y de queja: ¿qué había hecho él para ser víctima de tan rudo golpe? Pero Sixto no era hombre capaz de doblegarse ante la mano que lo golpeaba, ni podía entregarse sin consuelo á la desgracia. No podía ser sino soldado; aún se consideraba dichoso porque podía serlo; inmediatamente, abandonando la habitación cómoda y hasta lujosa que las liberalidades de Gastón le permitían ocupar, había alquilado un cuarto modesto, habíale amueblado con sencillez llevando allí las cosas de su pertenencia, y acomodó su existencia nueva á su sueldo de capitán. Llevó á cabo todas estas variaciones dignamente, sin queja, sin jactancia, como sin rubor ya que no sin pena; resolvió someterse y amoldarse á la vida del oficial pobre; así y todo, aún sería la suya menos triste que la de muchos compañeros; pues Sixto no tenía deudas ni pensaba contraerlas nunca.

Y cuando tales proyectos formaba, cuando principiaba á realizarlos, he aquí de repente que el notario con una sola palabra abre á los ojos del capitán las puertas que juzgaba para él cerradas de una existencia dichosa; aquella joven tan linda, en quien Sixto había debido acostumbrarse á ver y á tratar como la esposa de otro, podía ser la suya.

– Pero ¿es verdad esto? ¿Es verdad esto?

Y Sixto se reía en tanto que continuaba midiendo su habitación, cuyo entarimado piso crujía bajo los pasos precipitados del joven.

¡Reflexionar! ¡Bah!.. El notario no lo dejaba, como dijo, entregado á sus reflexiones, sino entregado á la alegría.

Sin embargo, cuando hubo pasado la perturbación de los primeros momentos y Sixto comenzó á tranquilizarse un poco, presentóse á la imaginación del capitán el recuerdo de Arjuzanx, no causándole inquietud, pero sí produciéndole alguna molestia. Si Arjuzanx hubiera sido desconocido ó indiferente para Sixto, no habría éste pensado en él siquiera; hubiéralo considerado como uno de tantos pretendientes desahuciados que andan por esos mundos y que ningún cuidado le daban. Pero con Arjuzanx era cosa muy diferente: eran compañeros, amigos, y casi, casi podría decirse que Sixto era para el barón el confidente de esos amores; esta circunstancia última, sobre todo, colocaba al capitán en situación especialísima, que era indispensable descifrar con claridad, con franqueza, de modo que no quedase sombra de duda, ni resquicio por donde, andando el tiempo, pudiesen tener entrada las quejas, las censuras ó los reproches.



Para lograr esto convenía que mediase entre ambos una explicación y que apareciese muy claro y muy evidente que Sixto no se presentaba en concepto de rival, con el propósito de disputar á su amigo, á su camarada, la mano de Anie; si el capitán solicitaba casarse con la señorita de Barincq hacíalo porque esa señorita era completamente libre; si se adelantaba á ocupar puesto en primera fila después de haber permanecido mucho tiempo casi oculto en la penumbra de los últimos términos, era porque aquel puesto de primera fila estaba desocupado.

(Continuará)

ESPIRITISMO RECREATIVO

A mi ilustrado amigo D. J. P. Capdevielle

No es posible, si no se frecuenta cierta clase de círculos, formarse idea de la importancia grandísima que tienen en la vida social de Madrid las ciencias ocultas, en sus prácticas todas, desde las más inocentes y triviales, á las más peligrosas y trascendentes. La encopetada dama consulta á la sonámbula para *ligar* al amante; el bolsista somete los cálculos numéricos á las comunicaciones espiritistas; la pobre mujer busca loca en el libro de San Cipriano y en los movimientos de la *varita adivinatoria* ó del *péndulo explorador* tesoros que fueron escondidos en tiempos

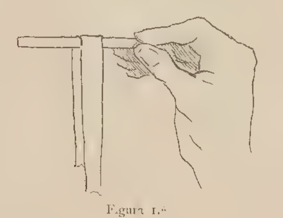


Figura 1.ª

de la dominación árabe, y después, de la invasión napoleónica, y en todos dase la credulidad más uniforme, que desde este punto de vista las diferencias sociales se borran y se agrupan los individuos en un solo montón, encadenados por la atracción de lo maravilloso y el amor innato á lo sobrenatural.

Las barajas, los trípodes, los sortilegios, los maleficios – *ligaduras, anudamientos, levantamiento de figuritas, enclavamiento*, etc., – los filtros y talismanes, las cédulas y nóminas, los ensalmos y amuletos – asunto de que me ocuparé por extenso en ocasión oportuna – tienen vida tan arraigada, partidarios tan decididos, que á no hallarme dedicado á ocupaciones de carácter más positivo y más prosaico acaso, habría de hacerlo notar aun de los más miopes en esta clase de asuntos, y quizás hiciese ver también cómo alguna vez los destinos de esta querida patria se han decidido por los consejos de las jurguinas de nuestra época.

Muchos desgraciados sucumben á las pócimas que han bebido para conseguir la correspondencia á su amor, y no pocos se ven encerrados en los manicomios víctimas de preparaciones que hacen nacer un *cariño loco;* y mueren sin que el médico pueda evitarlo, porque la medicina es impotente, los infelices á quienes se hace el *envoutement* por cualquiera de los procedimientos conocidos - el del limón estrujado con cintas multicolores y anudadas, el del corazón de ternera atravesado por agujas ó alfileres en días fijos y en horas determinadas de la noche y siempre fatídicas y siniestras, ó el de la figurita de cera ó madera, etc., etc.

Se cometen asesinatos por las decisiones de una baraja, y ruedan á la miseria los que confiados en las *videntes* realizan viajes costosísimos para desenterrar tesoros que no aparecen nunca porque el diablo se divierte en hacerlos cambiar de sitio.

Y es tal la influencia moral que ejercen las respuestas obtenidas por los medios empleados, y tanta

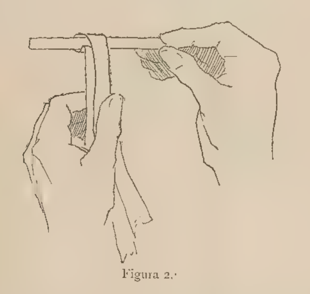


Figura 2.ª

la fe con que se siguen las prescripciones, que todo, aun los asuntos de mayor interés, se pospone cuando se trata de llevar á cabo ó el consejo de una *médium* escribiente – á quien dicta San Agustín ó Napoleón – ó el tratamiento curativo de una seudo-sonámbula que dice pestes de los médicos y saca del cuerpo, *espiritualmente* y por acción á distancia desde su casa á la del *podrido,* – según su estilo peculiarísimo, – todo el pus que éste tiene en el cuerpo – operación que necesita muchas horas de trabajo, – ó las prácticas para ganar loterías y honras, obtener amores, ser dichoso en los asuntos ó dañar á un rival haciendo nudos en el cordón del hábito de un muerto. Y es de ver cómo estas embaidoras curan toda clase de enfermedades, empleando indistintamente el cocimiento de las *nueve hierbas,* emplastos de *piel de culebra,* cataplasmas de *cebolla,* agua cocida con *cuarzo* y otras substancias menos inocentes, el *perejil americano* (la cicuta) y muchas más venenosas y de peligrosa administración. Sin embargo, lejos de perjudicar estos abusos, las que de ellos viven tienen clientela numerosísima que paga mucho, porque también, y á cambio, ve satisfechas sus pasiones y deseos; que en ciudades como esta, la lujuria y la concupiscencia son los grandes móviles de muchas de las acciones humanas.

Conviene notar que no es raro ver á una dama organizando cruzadas contra el vicio, y hablando más tarde con el *demonio,* por intermedio de las *sabias,* para satisfacer los propios, sin sospechar siquiera que la Iglesia condena severamente el pecado horrendo de entregarse al *padre de la mentira,* al *mono* de Dios.

Vivimos en pleno siglo XV respecto al valor que tienen en nuestra sociedad – privadamente, por supuesto, – las prácticas de hechicería en sus aspectos menos sorprendentes y más vulgares: no domina el fenómeno psicológico en sus manifestaciones demoniacas, porque otra es la época y otras son las gentes. Los brujos y hechiceros y los teurgos de la Edad media y del Renacimiento eran artistas, y muchos sabios, además; las sonámbulas, las echadoras de cartas, las adivinas actuales, en su mayor número, son individuos adocenados, rutinarios, *reedificadoras de doncellas,* según la frase de Quevedo, que apenas si conocen algo de botánica en la aplicación á los fenó-

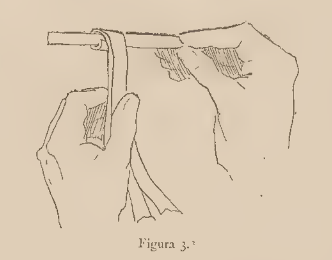


Figura 3.ª

menos anímicos, y que ignoran en absoluto el manejo de las fuerzas orgánicas que existen en el cuerpo humano.

* * *

Entre los procedimientos usados por determinadas personas para consultar los espíritus, figura uno sencillo y maravilloso á la vez:

Se necesitan siete – número simbólico – cilindros de madera – que pueden ser lápices comunes de Faber, – y número igual de cintas ó tiras cortadas de una tela cualquiera, de un centímetro de ancho y cuarenta de largo.

Se toma uno cualquiera de los siete cilindros y se acabalga en él una cinta, por la mitad de su longitud, poco más ó menos (fig. 1.ª); después se arrolla toda la cinta en el cilindro ó lápiz, cuidando de que las dos mitades vayan unidas (fig. 2.ª) y se sujeta el rollo con un hilo para que no se deshaga. Se repite la operación con los siete lápices, y una vez así dispuestos se colocan sobre una cinta de media vara de longitud, en la que se han hecho tres nudos, simbólicos también, con la cual se atan formando un haz; encima de él se pone la mano izquierda, al mismo tiempo que se invoca mentalmente un espíritu en el que se tenga fe; se le pide protección y ayuda, y se le ruega – mentalmente siempre – que responda á la demanda.

Una vez terminadas la invocación y consulta se retira la mano, se desata la cinta de los tres nudos, se rompe el hilo que sujeta la que envuelve á cada lápiz y se desarrolla una á una. Si la respuesta es afirmativa, alguno de los lápices debe hallarse libre de la cinta (fig. 3.ª); si, por el contrario, el espíritu dice que no, todos los lápices permanecerán dentro de sus cintas respectivas como en la figura 1.ª

(El que quiera apreciar el efecto, que haga la experiencia antes de continuar leyendo.)

Puede verificarse todo el trabajo á la inversa: doblar las cintas por la mitad y arrollarlas en los cilindros como lo indica la figura 3.ª; envolverlas hasta terminar y atarlas como en la operación anterior; hacer la consulta y desenvolverlas después, y entonces alguno de los lápices se hallará dentro de la cinta si es afirmativa la respuesta del espíritu.

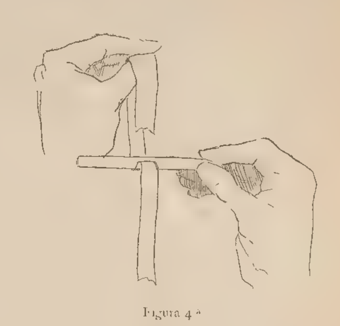


Figura 4.ª

El *secreto* del fenómeno consiste en la manera de desenvolver las cintas: hay que procurar al hacerlo que el extremo que está encima dé una vuelta de más, ó antes que el otro, en vez de ir los dos á la par, y después se continúa el desenvolvimiento paralelamente y el lápiz queda suelto (fig. 4.ª).

El número *siete,* que es el de cilindros empleados, tiene su importancia, si no para influir en la realidad del comercio espiritual, por lo menos para el mejor éxito de la experiencia, porque es lo probable, y así ocurre, que entre siete cintas, alguna no sea desenvuelta paralelamente desde el primer momento, aunque el operador no se lo proponga.

Cuanto á la utilidad práctica de los *tres* nudos, es nula, pero sirve para dar más carácter á la misteriosa operación, á la par que aumenta la credulidad en la eficacia del procedimiento de ligar á los espíritus, atándolos (1).

Para anular la *influencia* de los *espíritus* no hay necesidad de conjuros: basta que una vez envueltas las cintas, se cosan sus extremos para que *nunca* el lápiz cambie de sitio, y se pruebe cómo *en este caso* el poder de los seres de ultratumba es menor que el de tres puntadas.

M. OTERO ACEVEDO

SECCIÓN CIENTÍFICA

APROVECHAMIENTO DE LA CATARATA DEL NIÁGARA COMO FUERZA MOTRIZ

Completando el artículo que publicamos en el número anterior, diremos algo acerca de la instalación montada en la orilla canadiense y que está destinada á proveer de fuerza á la ciudad de Búfalo.

Esta instalación, como puede verse en nuestro grabado, difiere de las que hay establecidas en la orilla americana. En éstas las turbinas están colocadas á la salida del canal, en donde el agua tiene todavía una velocidad moderada, y la galería de desagüe desemboca en la orilla más abajo de la catarata.

En la margen canadiense, por el contrario, el agua tomada más arriba de la catarata cae verticalmente por un tubo de gran profundidad sobre unas ruedas hidráulicas del sistema Pelton, y desde aquí y por una galería horizontal á un banco de rocas situado á mitad de altura de la catarata, por donde se verifica el desagüe.

Las ruedas hidráulicas ponen en movimiento una serie de dinamos Ferranti.

La instalación que se ve en la parte superior del grabado sirve para colocar las máquinas y es retirada una vez colocadas éstas.

EL PRIMER TRANVÍA ELÉCTRICO EN ASIA

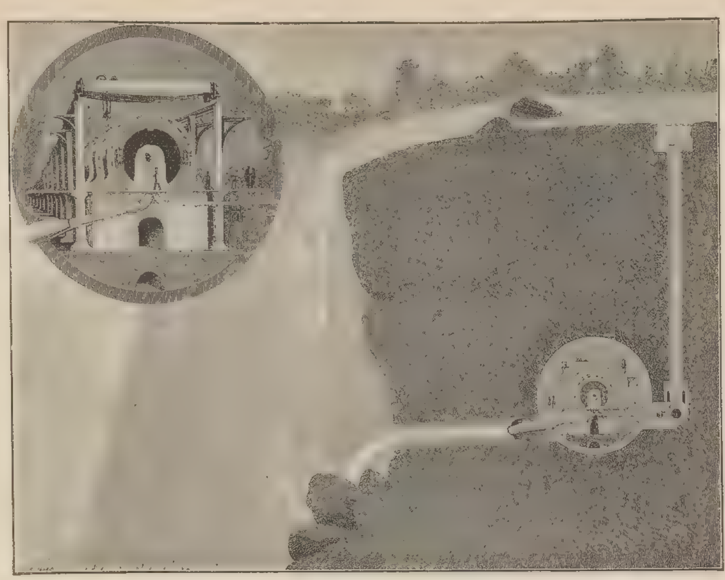
La tracción eléctrica penetra en todas partes: recientemente se ha inaugurado en Bangkok, en el rei-

(1) En cierto modo este experimento no es sino una aplicación de un juego de física recreativa, conocido de antiguo y que describe Jerónimo Cortés en su obra *Fisonomía y varios secretos de naturaleza* (Valladolid. Viuda é hijos de Santarén. Año 1788, pág. 116).

«Tomas tres cedulillas de papel iguales en anchura y desiguales en longitud y en color, y junta todas tres, que estén iguales al cabo y arróllalas hasta el otro cabo: ahora tórnalas á desplegar y hallarás que la cedulilla de en medio se pasó arriba y la que estaba encima se puso en medio; cosa digna de ser notada, cuya causa no sólo nace del arrollar las cedulillas susodichas, sino que principalmente se toma al desenvolverlas. Y advierte que unas veces sucede lo dicho y otras veces no, y procede de la postura de las cedulillas y aun del modo de cogerlas.»

no de Siam, el primer tranvía eléctrico instalado en Asia.

Esta línea, de cinco kilómetros de longitud, funciona con fábrica central, alambre aéreo, trolley y retorno por los rieles, como todos los tranvías americanos. Para las calderas que dan vapor á los motores que accionan las dinamos se emplea como combustible la leña, muy abundante en aquel país. Los generadores eléctricos son del sistema Brush y los motores del sistema Short. Los coches están lujosamente iluminados por cinco lámparas incandescentes de diez y seis bujías, montadas en tensión entre sí y en derivación entre los rieles y el trolley (500 volts), y pueden alcanzar una velocidad de 32 kilómetros por hora, aunque en el servicio normal no pasan de 24. Por la noche, aquellos coches brillantemente iluminados que se mueven sin caballos y sin ruido excitan en alto grado la curiosidad de los orientales y aun de algunos europeos que no habían visto nunca un tranvía movido eléctricamente.



Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. – Instalación en la orilla canadiense

* * *

LA COCINA ELÉCTRICA

El club eléctrico de San Luis (Estados Unidos) hace una propaganda elegante en favor de la cocina eléctrica, habiendo dado recientemente una sesión experimental á la que asistió gran concurrencia de caballeros y señoras, que admiraron especialmente los hornos eléctricos que ofrecen sobre los de carbón y gas ordinarios la ventaja de una limpieza absoluta y de una radiación térmica insensible, pues el calor se desarrolla dentro y no fuera de ellos. En estos hornos se cocieron carnes, pan, tortas, patatas, etcétera, y se preparó el te y el café, todo ello en la sala de recepción para mayor entretenimiento de los invitados.



EDAD DICHOSA, cuadro de O. Beggrov-Hartmann

Imp. de Montaner y Simón

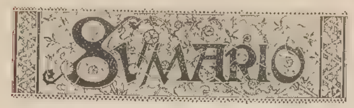
La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 10 de julio de 1893 — Núm. 602

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡DE ÉL!, cuadro de W. Amberg



VERDADES Y MENTIRAS

El ilustre hombre público Sr. Pi y Margall dió á mediados del mes que termina mañana una conferencia en el Ateneo de Madrid, sirviéndole de tema para exponer sus doctrinas acerca de las Bellas Artes el *Carácter y fin del arte.*

A pesar del calor sofocante que se sentía en la cátedra de la docta casa de la calle del Prado, la concurrencia era muy numerosa, y á más de numerosa, de la más culta é inteligente con que cuenta la capital de España. Políticos, artistas, literatos, hombres de ciencia formaban el auditorio del ilustre autor de *Las Nacionalidades.*

Todos sabemos con qué claridad discurre y teoriza el Sr. Pi; todos sabemos cuán grandes son sus conocimientos artísticos, cuán depurado su gusto, y además ninguno de los allí congregados ignoraba que el conferenciante es el autor de una *Historia del Arte* que la estrechez de criterio de un gobierno reaccionario remitió al *índice*, salvándose únicamente de la *razzia* unos cuantos ejemplares del primer tomo. Desde entonces – ya van de esto algunas docenas de años, – Pi y Margall apenas si se ocupara especialmente del arte (al menos que yo sepa); y he aquí la razón del por qué se esperaba con verdadera curiosidad la conferencia de que me ocupo.

Bien sabido tenía yo que las ideas del conferenciante habían de ser motivo de discusiones acaloradas. Terminada la conferencia, se comentaban por los pasillos y salones del Ateneo las afirmativas del orador, y ciertamente que no eran los menos los que las combatían en nombre de los novísimos ideales que de Francia nos vienen. Pero pude hacer una observación curiosísima, y esta observación fué que no hubo dos censores que estuviesen de acuerdo ni que supiesen cuáles eran ó cuáles son, mejor dicho, los *novísimos* ideales en nombre de los que combatían las doctrinas expuestas por Pi y Margall.

***

Pi y Margall es un convencido del trascendentalismo del arte. No voy ahora á examinar si es ó no admisible ese trascendentalismo en los extremos que el conferenciante indicó en su oración; lo haré más adelante: me limitaré primero á dar una ligera idea de las expuestas por el jefe de los federales españoles.

Comenzó afirmando que el arte es una necesidad espiritual innata en el hombre. Para probar esta afirmación hizo una ligera reseña histórica del desarrollo que adquirió, así como de su carácter, en los pueblos de la antigüedad, no olvidándose de llamar la atención del auditorio respecto de aquellas razas que por influencia del clima en que viven son más aptas para sentir la emoción estética y darle forma plástica, poniendo como ejemplo el indio americano, creador de un arte característico y genuino, especialmente en aquellas regiones de América donde el clima es templado. Dirigió después una ojeada rápida al carácter que aquella entidad tuvo en la Caldea, en la Asiria, en el Egipto y en la India. Mencionó brevemente la metamorfosis sublime sufrida por el arte en Grecia y después en Roma y la absorción que de la escultura y de la pintura hizo la arquitectura, sobre todo la cristiana.

La segunda parte del discurso la dedicó el Sr. Pi á definir la teoría del arte. Recaba para la Naturaleza el lugar supremo, en lo que atañe á la realización plástica de la obra pictórica y escultórica, y apunta la selección como necesidad para la síntesis de la belleza y del tipo.

La tercera parte de la conferencia fué la más personal, esto es, en la que expuso sus ideas respecto de la trascendencia que el arte debe tener en el desenvolvimiento de la cultura de los pueblos y en el mejoramiento, por tanto, de la especie humana. Ofreció como ejemplo varias obras de artistas célebres, entre aquéllas, el lienzo de Owerveck, que representa á un esclavo tendiendo á Cristo sus manos ceñidas por la ergástula de la esclavitud. «Nada – dijo poco más ó menos – son ante el sentimiento ni ante las ideas redentoras de los modernos tiempos los cuadros del eximio pintor reusense Fortuny, porque en ninguno, aparte de las brillanteces del color y de la factura, existe motivo moral que los haga perdurables; aconteciéndole lo mismo, salvo tres ó cuatro cuadros, á la obra entera de Meissonier. Por esto creo que el cuadro *Una huelga de mineros en Vizcaya*, de Cutanda, exhibido en la Exposición internacional de Bellas Artes últimamente celebrada en Madrid, tiene una importancia grandísima, y quedará como obra de la pintura contemporánea digna de ser tenida en cuenta por los artistas, como la tendencia necesaria del arte, el cual ha respondido siempre al medio social en que se produjo.»

Esto, salvo la mayor amplitud de las consecuencias filosóficas y sociales y la mayor cantidad de ejemplos que ofreció, amén de la claridad y del método expositivo del orador, es lo que en síntesis dijo en su conferencia el Sr. Pi y Margall.

***

Dando de lado á la primera parte, por cuanto en ella solamente se hizo historia, en la segunda hay una afirmación que yo creo irrebatible: la de que, teniendo para la realización plástica de la obra de arte la vista fija en la Naturaleza, no por eso puede aceptarse como buena aquella que es copia servil de un tipo aislado ó de un motivo cualquiera. Contra tal idea protestaron después de la conferencia muchos artistas y críticos, argumentando que tal fórmula destruye el realismo llevando al pintor como al escultor á fijar de nuevo un canon de la belleza cual lo hicieran los griegos, además de enmendar la plana á la Naturaleza, por el mismo Pi y Margall señalada como el modelo que debe copiarse.

Distingamos. Entre los griegos se tendía á buscar una sola fórmula de la belleza humana, aquella que dentro de la raza purificada por la selección, dispuesta por las mismas leyes, había concebido el genio heleno. Por otro lado, nadie desconoce que informaba en esa idea de la belleza antropomórfica un espíritu religioso, si humano, no por eso menos hierático, que obligaba á una homogeneidad grande al artista. Hoy también buscando la belleza por caminos más anchos y desde otro punto de vista, si es imprescindible el estudio de la Naturaleza y del hombre, no por eso para alcanzar á producir lo bello es menester definirlo concretamente por medio de una fórmula plástica. Dentro de la filosófica, que dice que la belleza no reside en el individuo y sí en la especie, cabe hasta el individualismo; pero, entendámonos, en lo que respecta á la interpretación y al sentimiento.

No faltaría más sino que porque sí, por razones de un orden completamente extraño á lo que el arte es y significa y le está encomendado, por razones de una tendencia científica, cual las de la ciencia analítica de los modernos fisiólogos y psicólogos, convirtieran pintores y escultores, como gran parte de los novelistas contemporáneos sus plumas, los pinceles ó los palillos en bisturís de disección ó en podadera de nada. Pero desgraciadamente creen hoy los más de esos, tocados de la manía del arte-ciencia, que el artista no puede considerarse tal si hace selección alguna, si no describe con el color ó con el barro las deformidades y las macas del individuo, como analiza el histólogo hasta aquellas células que se escapan á la simple inspección ocular. ¿Qué importa la emoción estética provocada por la belleza de la línea, por la misteriosa y armónica combinación del color, por la escena idílica ó trágica, por el drama, por la pasión, por la virtud, por el vicio mismo, si todo esto está representado con tipos que no son sintéticos de una raza, sino ejemplares de neuróticos, ó de gañanes exhaustos de toda condición de belleza? ¡Oh, el realismo!..

Me preguntarán ¿qué entiendo por belleza?, y yo á mi vez pregunto ¿qué entienden por realismo y por naturalismo? Yo creo que la sensación agradable ó repulsiva que causa la vista de un objeto es la que indica lo bello ó lo que no lo es. ¿Contestarán á lo que yo pregunto para que sepamos si están autorizados los que chillaban contra la afirmativa de la segunda parte de la conferencia de Pi, para hablar como lo hacían?

***

Para mí la tercera parte de la oración del autor de *Las luchas de nuestros días* es la que se presta á controversia apasionadísima. La trascendencia del arte, es decir, el arte docente, el arte moralizando, el arte haciendo política ó religión, el arte socialista, ha sido puesto sobre el tapete cien veces y en las cien veces se riñeron batallas descomunales. Proudhón mirando con recelo á los artistas, como dice Zola en *Mis odios*, creyendo que debía admitirlos en su ciudad modelo, por no desperdiciar ninguna fuerza para el logro del eterno ideal del perfeccionamiento de la humanidad y prononiéndose hacer del arte un medio educativo, obligando al artista á prescindir del mismo, para entrar en la cifra de trabajadores que obedecen á las órdenes de una filosofía y de un orden social que pretende poseer la fórmula de la Justicia y de la Moralidad; Proudhón diciendo que diez mil ciudadanos que han aprendido dibujo tienen una fuerza de originalidad, una potencia artística, etc., etc., está muy distante de influir, como han afirmado muchas gentes, en el criterio estético y en el trascendentalismo artístico preconizado por Pi y Margall.

Pi y Margall mira el arte, mejor dicho, la obra artística, desde un punto de vista diametralmente opuesto al estético de Proudhón. Para el gran pensador francés, la forma en sus relaciones más íntimas con la verdad, con la Naturaleza, le preocupa muy poco, mejor dicho, no le preocupa nada; lo esencial es la idea, la fuerza dogmática de la idea: para Pi y Margall, sin que yo niegue que le concede á la idea desarrollada en el lienzo ó en el mármol mayor importancia cuanto más directamente ataña al progreso y á los ideales sociales, sin embargo, está muy lejos de creer que el cuadro que tan sólo evoca un sentimiento, un afecto, una emoción, una sensación puramente pasional, puramente sujetiva, sea obra inferior, ni mucho menos; Pi y Margall es un entusiasta de Delaroche, uno de los artistas menos apegados al arte trascendental y un poeta del drama del Calvario, un pintor casi místico.

No han entendido los que le llamaron proudhoniano lo que Pi con claridad y concisión pasmosa expuso como consecuencia de las dos primeras partes de su oración. El trascendentalismo del pensador federal se limita á recabar del arte que atento al medio social é intelectual en que vive, vea y presienta, como vió y presintió en otros días y en otras sociedades. Claro está que al afirmar que (1) «si hoy rinden el pintor y el poeta culto preferente á la forma, lo rendirán á la idea muy pronto,» es en cierto modo concederle al arte una ingerencia de cuantía en la propagación de los ideales que hoy se inician y por los que luchan en determinadas clases de la sociedad; pero no por esto prescinde de lo que el arte es ni desconoce cuál fué y seguirá siendo su misión primera, puesto que, así en su conferencia como en la obra que cito, dijo: «El arte y la poesía han sido siempre la expresión del *sentimiento:* concurrirán con la ciencia, como jamás concurrieron á realizar nuestros destinos.»

Pero ¿qué otra cosa hicieron los artistas de todos tiempos, sino reflejar la cultura, el medio social, las tendencias que en el orden intelectivo, así en lo que se relacionaba con la política y la religión, como con las evoluciones estéticas que fueron paulatinamente sucediéndose y variando el punto de vista y el concepto de la plástica? El Renacimiento, volviendo por los fueros de la belleza de la forma, tuvo, sin embargo, en todos sus grandes artistas otros tantos caracteres que la interpretaron según su personalísima manera de sentir; y aun dedicando á la forma los esfuerzos gigantescos de que fueron capaces Miguel Ángel, Leonardo de Vinci, Rafael, Cellini, y en fin, la pléyade de maestros inmortales de los siglos XV y XVI que contaron Italia en primer término y después España y Alemania, nadie puede desconocer cómo influyó en la obra de aquellos hombres superiores la corriente intelectual en la filosofía, en la política y en la religión por que atravesaba Europa. Y así como al mirar las Sibilas de la *Sixtina* y las estatuas que decoran el sepulcro del Médicis, ó la misma del *Pensativo* ó la reposada de Moisés, se advierte claramente ese influjo de que hablo, pues parecen leerse en aquellas frentes sombrías las exaltaciones del gibelino y las ideas del filósofo que se desliza de influencias ortodoxas, sin que por esto padeciesen en lo más mínimo los entusiasmos del artista por la forma, así hoy pueden ser perfectamente admitidas dentro del arte las obras que reflejan las grandes luchas sociales, como se pintan y describen la tempestad y la calma, el día espléndido de sol y el triste y obscuro del invierno.

R. BALSA DE LA VEGA

29 de Junio de 1893

(1) *Las luchas de nuestros días:* Francisco Pi y Margall, páginas 435 y 36.

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

IV. - LA CONSIGNA DE LA REVOLUCIÓN

El arma para destruir á los Girondinos fué la acusación de conspirar con objeto de restaurar la monarquía constitucional sacando á Luis XVII del Temple. El arma contra Luis XVII fueron á su vez estos supuestos intentos de los Girondinos. Temía la revolución – y no sin fundamento – que la piedad y la humanidad, dormidas, despertasen á los ecos del llanto de un niño. A aquel niño no le podían hacer subir las gradas de la guillotina: sólo cabía *deshacerse* de él. Vamos á ver lo difícil que es *deshacerse* de una criatura; cuán larga serie de esfuerzos, qué suma de ferocidad se necesita para extinguir la savia vital de un tierno y florido arbusto. Cuanto voy á referir es rigurosamente histórico, probado por medio de documentos, que recogieron con devoto esmero diligentes investigadores, al penetrar, antorcha en mano, en la fúnebre sima del Temple.



GUILLOTIN PRESENTA Á LA CONVENCIÓN EL MODELO DE LA GUILLOTINA, cuadro de J. C. Herterich

Para empezar el suplicio del niño, lo primero que se necesitaba era separarle de su madre, con quien vivía desde la muerte del rey. Guillotinar á la reina era cosa resuelta ya; pero mientras tuviese un soplo de vida, la madre cubriría á su hijo con su cuerpo y le defendería como una leona: había que arrancárselo sin dilación. Otro motivo impulsaba á tan cruel medida: la conspiración (verdadera, no imaginaria, cual la de los Girondinos) tramada por el barón de Batz con objeto de libertar á la reina y á su hijo el delfín Luis Carlos.

Este barón de Batz, muy determinado y aventurero, era el mismo que el día de la ejecución de Luis XVI se apostara en una calle, en compañía de otros tres hombres valerosos, y diera el grito de «¡Ánimo! ¡Salvemos al rey!» Nadie repitió el grito, y dos de los conjurados fueron hechos trizas: otros dos desaparecieron como si les hubiese tragado la tierra. Batz fué de los desaparecidos. Oculto en París, resuelto á burlar él solo al gobierno terrorista, se pierde la cuenta de las tramas que tejió desde su escondrijo: la revolución llegó á cobrarle miedo: medidas severísimas fueron dictadas contra él: púsose á precio su cabeza. Riéndose de tantas precauciones, Batz logró entrar disfrazado en el Temple. En combinación con un municipal realista, preparó disfraces, combinó horas y tiró líneas para hacer evadirse á las tres mujeres y al niño. Hubo que iniciar á mucha gente en el secreto de la empresa: transpiró, y se desgració; no pudo probarse, ni siquiera pudo ser atrapado Batz; pero el rumor de la conjura dió la voz de alarma, y el gobierno revolucionario comprendió al punto que, una vez aislados los miembros de la familia real, no había evasión posible: los unos servirían de rehenes contra los otros.

El 1.º de julio de 1793 decretó la Convención que el niño *Capeto* fuese separado de su madre y encerrado en la prisión más segura del Temple. Resolvióse también dar á Capeto «un preceptor.» A las diez de la noche del 3 de julio, el niño dormía en una cama que, á falta de cortinas, resguardaba de la luz un pañolón de la reina. Esta y su cuñada zurcían las usadas ropas. Madama Royale leía en una Semana Santa. Oyen rechinar los cerrojos, ábrese la puerta y entran seis municipales. Al oir la orden de que son portadores, María Antonieta se incorpora, pálida y casi fuera de tino. «¡Señores, por compasión! ¡El niño me necesita; no es posible separarle de mí!» Por primera vez acaso, las rodillas de la altiva princesa se doblan: la madre no conoce el orgullo: sólo sabe que á su hijo se le arrebatan, y su fiel corazón adivina *para qué*. «Venga el chiquillo, ó nos le llevamos por fuerza.» Despierto al ruido Luis, se cogía llorando al cuello de su madre, y ella, con insensata y sublime resolución, se ponía delante, abría los brazos y quería resistir, ó que la matasen allí mismo. «¡Vaya un alboroto por nada!, dijo un municipal; y á nuestros hijos nos les están acuchillando en la frontera tus amigos!» Esta acusación hizo que prevaleciese la reina sobre la madre. «Mi hijo aún no tiene edad de servir á la patria: cuando sea mayor gozará en consagrarla su vida.»

Después de haber implorado en vano la limosna de unas horas más, las tres mujeres, sucumbiendo á la fuerza, pidieron el favor de vestir por última vez al muchacho, lo cual hicieron entre lágrimas y ternezas, tardando lo más posible, disputando al rigor de los raptores un minuto, un segundo, del tiempo que volaba. Al fin concluyeron: ¡qué remedio! «Acuérdate de Dios y de mí,» dijo la reina al dar el último beso al hijo á quien no había de acariciar más. «No pases cuidado, exclamó un municipal, el chico estará atendido: la nación es grande y generosa.» Cerróse la puerta, y entonces la madre, en convulsivo espasmo, se arrojó sobre la cama vacía y tibia aún, y la mordió y se mordió las manos entre rugidos. Ahora que no estaban allí los verdugos, bien podía ser mujer y madre y fiera. Se había colmado la medida, y la hiel rebosaba. El Terror, al cortar la cabeza á María Antonieta, ya no la hizo daño, porque primero la había sacado del pecho el corazón al robarla el hijo.

El «preceptor» que aguardaba á Luis XVII – en el mismo departamento del torreón que había ocupado su padre – era el famosísimo zapatero cuya celebridad eclipsa á la de los sayones de la torre de Londres, inspiradores de la musa de Shakespeare. En efecto, el papel de aquellos sayones se redujo á sacar los ojos ó estrangular. Antonio Simón estaba encargado de una comisión más delicada, de mayor refinamiento: cegar un espíritu y asfixiar un alma.

De oficio zapatero de viejo, viudo, habíase casado Simón en segundas nupcias con una criada de servir que tenía algunos ahorrillos, y estaba la fea pareja en los primeros meses de luna de miel y deseando sucesión cuando estalló la tormenta revolucionaria. Simón, en su barrio, pasaba por hombre de apacible índole; las modistillas del barrio gastaban bromas con él; los vecinos le otorgaban la estimación que merece el artesano honrado. Y en este concepto de buen hombre inofensivo hubiese vivido y muerto el zapatero Simón, si el volcán no le convierte, de piedra y escoria, en lava encendida. Los antropólogos que estudian el fenómeno moral de las revoluciones, atribuyen cambios como el de la personalidad de Simón á un contagio epidémico, que en el hombre civilizado resucita el salvaje primordial, el homicida oculto, que como el fuego bajo la ceniza, sólo espera la chispa que lo reanime. Taine, en sus estudios sobre la Revolución, reconoce los efectos de la embriaguez del poder en un plebeyo – embriaguez que hace al criminal por ocasión. – Al zapatero de viejo tenía que emborracharle verse dueño absoluto de un niño, que era el rey de Francia.

Simón se había señalado como celoso jacobino, amigo y seide de Marat. La mujer de Simón también prestara servicios á la patria, curando á los marselleses heridos en la jornada del 10 de agosto. Cuando se trató de buscar ayo para Capeto, Robespierre y



Liberté! N.º 727. Egalité!

ADMINISTRATION MUNICIPAL DU CANTON DE BRUXELLES. AN 5ME

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

DEPARTEMENT DE LA DYLE.

CARTE CIVIQUE.

Du Citoyen Antoine Jos. Nuenens.

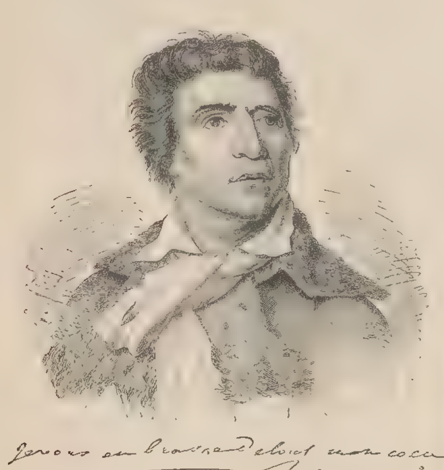
inscrit sur le tableau des habitans de la Commune de Bruxelles N.º 47084 ou il est domicilié rue de l'hopital Section 8 N.º 455 agé de 53 ans

CANTON DE BRUXELLES.

Facsímile de una cédula personal

Marat, unánimes, recomendaron al excelente descamisado Simón. Encerróse con su alumno, del cual le estaba prohibido separarse un negro de uña, y desde aquel instante la pareja empezó á cumplir su oficio religiosamente.

La primera noche no hubo fuerzas humanas que hiciesen acostarse al niño. Por espacio de dos días rehusó el alimento y apenas mordisqueó un mendrugo de pan. Con indignada frase pedía que le enseñasen la ley en virtud de la cual se puede separar á una madre de su hijo. No apartando sus ojos de la puerta, se le iba la mirada adonde tenía el corazón: donde se había quedado la madre. No se quejaba, pero á veces una lágrima gruesa caía de sus azules ojos. Por fin venció la naturaleza, y consintió acostarse y comer algo, pero en silencio. «¿Eres mudo, Capeto?,» preguntó el ayo. «Me callo porque tengo demasiadas cosas que decir,» contestó el chico. «¡Aristócrata! ¡Ignorante! ¡Ya te enseñaré yo las ideas nuevas!»



MARAT. – Copia de un retrato original de Boza (abril de 1793)

Pronto comenzó Simón á poner en práctica su sistema de pedagogía, y el rey niño hizo conocimiento con la humillación del castigo corporal. Nunca su madre ni su padre habían tenido que emplear para regir su educación y su viveza más que el dulce freno del cariño y la ligera severidad del tono de voz. «No debía usted pegarme, decía Luis á su dueño, porque tiene usted más fuerza que yo. – ¡Bestia!, contestaba Simón. ¡Estoy aquí para hacer de ti lo que se me antoje! ¡Viva la igualdad!»

Es forzoso decir – porque la verdad es lo primero en asuntos que atañen á la historia – que Simón, al aceptar el cargo de preceptor del *lobezno,* no había calado hasta el tenebroso fondo de los propósitos y deseos del gobierno revolucionario. Tomando al pie de la letra las enfáticas frases que entonces se estilaban, creía que su misión estaba reducida á «hacer del hijo de Tarquino un hijo de Bruto,» es decir, á convertir á Luis XVII en republicano, demagogo, descamisado y maratista. Para este fin servía todo: chanzas y golpes, exhortaciones é injurias, risas y puntapiés. Capeto sería un buen patriota ó se lo llevaría el diablo. Pero el Comité de seguridad cazaba más largo que el tozudo zapatero.

Sucedió que á los tres ó cuatro días de haber sido entregado Luis á Simón, esparcióse por París la noticia de haberse evadido el prisionerito. Alrededor del Temple se formaron grupos compactos y amenazadores pidiendo que saliese el niño; en vista de lo cual y de la agitación creciente de las secciones, una comisión del Comité de seguridad dirigióse al Temple con el fin de cerciorarse públicamente de que no había tal evasión. Hicieron salir al niño al jardín de la cárcel, y apenas se vió en él la criatura, lanzando gritos que desgarrarían el corazón más duro, empezó á llamar á su madre. «¡Silencio, Capeto!» El niño, en vez de obedecer, decía á los guardias, señalando á Simón: «¡Ni quieren ni pueden enseñarme la ley que ordena que me separen de mamá!» Tal vez el pobre niño esperaba que su madre le oyese gritar y se asomase á la ventana y ver así su adorado rostro.

Entre los miembros de la comisión se contaba aquel Drouet que, reconociendo á Luis XVI en su fuga, fué causa de que se le detuviese: aquel de quien dijo en otra solemne ocasión María Antonieta: «¿Por qué vuelve hoy el hombre de Varennes? ¡Sin duda porque es día de difuntos!» El fatídico Drouet llamó á Simón y se encerraron en un aposento. La conversación que pasó entre los del Comité y el ayo de Luis XVII no se hubiese sabido nunca, á no ser por el secretario del Comité, Senar, que asistió á ella, murió roído de remordimientos y se confesó de ella al morir, como de un crimen.

«Ciudadanos, ¿qué hago del lobezno?, preguntó á los sombríos terroristas Simón. El es muy altanero y muy insolente, pero yo sabré cortarle el revesino. Lo que no respondo es de que no reviente. Pero quisiera que me dijeseis de una vez lo que se piensa hacer con él. ¿Deportarle? – No. – ¿Matarle? – No. – ¿Darle jicarazo? – No. – ¿Entonces? – *¡Deshacerse de él!,*» contestó el implacable perseguidor del padre, pronunciando con fría calma la sentencia del hijo.

Simón debió de respirar anchamente: ya estaba al tanto de la consigna; ni rastro de duda le podía quedar. Y no obstante, con ser tan horrenda la tarea, aún había de encomendársele otra peor: deshacerse de un niño es menos inicuo que forzar sus inocentes labios á que hagan temblar de espanto á la naturaleza.

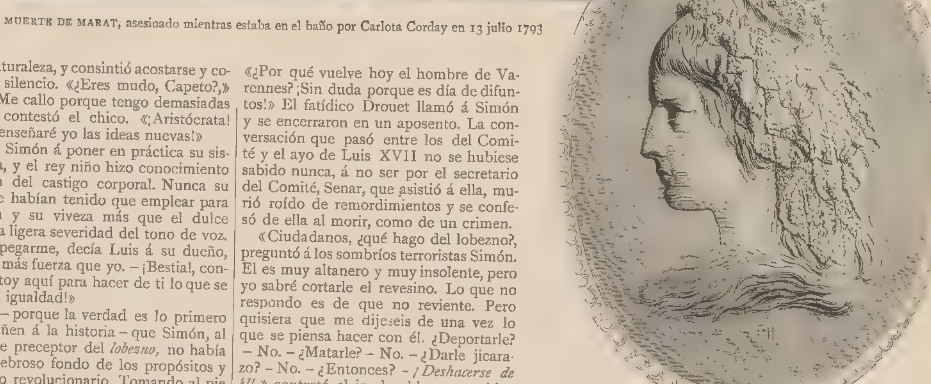
Toda labor se perfecciona con el ejercicio, y el genio se revela en las ocasiones; Simón fué épico, en cuanto verdugo. Denostar y pegar á un niño, y niño nacido en las gradas del trono, es sin duda cruel; pero las humillaciones morales quebrantan más que las físicas, y Simón adivinó esta verdad psicológica.

El día 13 de julio fué asesinado Marat en el baño por Carlota Corday. Simón se contaba en el número de los idólatras del gran terrorista, y su muerte le causó doloroso estupor y después una ira ciega, de las de puño cerrado, que necesitan para desahogarse herir, golpear, deshacer alguna cosa. Mandó traer vino y aguardiente; se exaltó más con la bebida: encendió la pipa, y empujando al rey niño, le dijo sacudiéndole la cabeza y echándola de acá para allá á bofetones: «¡Víbora, ya no te quito ese luto que llevas! Ahora lo llevarás por Marat, el amigo del pueblo. ¡Sí, Capeto vestirá luto por Marat!» Y en efecto, Luis XVII vistió de negro por Marat; así su luto de huérfano se convirtió en hopa de ignominia.

Arreciaban los malos tratamientos, y á los quince días de educación el cuerpo del mártir estaba acardenalado y dolorido. Al saberse la derrota del ejército republicano cerca de Saumur, Simón llamó á su alumno. «Tusamigos nos degüellan. ¡Toma, toma!» Y arrastró á la criatura por el pelo, llevándole de una habitación á otra á empellones. El niño lloraba; lloraba, sí, porque el dolor era mucho, y más la vergüenza y pena de verse así tratado; pero lloraba bajito: Simón no conseguía arrancarle gritos por más que hacía. Y lo que sofocaba la queja en la garganta del angelito de ocho años era sólo una idea: la de que sus gritos podían, al través de la pared, llegar hasta el encierro de su madre y herirla en el alma. Todavía le quedaba mucho que hacer y que trabajar á Simón.

EMILIA PARDO BAZÁN

(Continuará)



MUERTE DE MARAT, asesinado mientras estaba en el baño por Carlota Corday en 13 julio 1793

CARLOTA CORDAY, asesina de Marat



Palacio de la Electricidad

LOS EDIFICIOS
DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

II

Dijimos en el artículo anterior que la gran plaza ó patio de honor de la Exposición estaba limitada al Sur por los palacios de Máquinas y de Agricultura,



Gran pórtico central del Palacio de Agricultura

y entre uno y otro quedaba otro patio menor. El segundo de dichos edificios tiene una fachada al Norte de este patio y otra al Sur, que da al departamento de Substancias alimenticias, ambas de 800 pies de longitud, mientras que la del Oeste, de 500, es fronteriza al patio menor, y la del Este al lago Míchigan. Su área, sin incluir los anejos, ocupa nueve acres y medio ó sea un espacio casi igual al cuerpo principal de la Galería de Máquinas, de la que ya hemos tratado.

Los arquitectos McKim, Mead y White, de Nueva York, han trazado el plano del palacio de Agricultura dejando en el centro de esta área un gran espacio cuadrado, al que van á parar cruzándose dos altas naves, acompañadas á uno y otro lado de galerías de dos pisos, cubiertas de grandes claraboyas para alumbrar bien el espacio interior. Lo que más en cuenta han tenido los arquitectos al trazar la estructura general de este edificio ha sido el interés de la exhibición agrícola, posponiendo á este interés el efecto interior arquitectónico, aun cuando á decir verdad han obtenido este efecto con la grandiosidad de las naves, por las cuales puede circular el público sin confusión y examinando desahogadamente y sin distracciones los objetos expuestos en ellas. La clasificación de los productos ha sido facilitada también por la disposición general del edificio, y el conjunto, aunque presenta cierta amalgama, obedece sin embargo á un plan.

Las cuatro fachadas de este palacio constan de un pabellón central y de otros pabellones en los ángulos, separados aquél y éstos por grandes lienzos de pared, ó mejor dicho, galerías. En ellas predomina el orden corintio, muy enriquecido con diferentes adornos. El pórtico principal tiene columnas de 50 pies de altura sin basas ó pedestales, las cuales soportan un entablamento de 10 pies de alto. Este pórtico da á una anchurosa terraza, desde la cual se ve todo el frente Norte, que lleva un majestuoso estilabato en cada uno de los lienzos de pared, los cuales están coronados con jarrones y estatuas y á cada extremo columnas rostrales. Las columnas del pórtico ó pabellón central son ocho, y las de los ángulos cuatro en cada frente principal. Entre el pórtico central y los pabellones angulares corren espaciosas é historiadas galerías que vienen á ser otras tantas columnatas, en las que se ha seguido el estilo arquitectónico de la Roma imperial.

El propósito de los arquitectos era levantar un templo á Ceres en esta exhibición de productos del suelo. Para ello han hecho un soberbio vestíbulo que da á una rotonda rematada en una cúpula; rotonda que tiene 78 pies de diámetro por 129 de altura, y también de orden corintio, como la fachada exterior, y rodeada de diez y seis grandes columnas, destacándose en el centro la estatua de la mitológica diosa. Varias pinturas alegóricas completan esta hermosa pieza.

A uno y otro lado del pórtico hay dos pequeñas islas del mismo orden, terminadas en un ático en el que campean algunos grupos escultóricos, representando alegorías de la agricultura ó la ganadería y que son análogos á los que descuellan sobre los pabellones angulares.

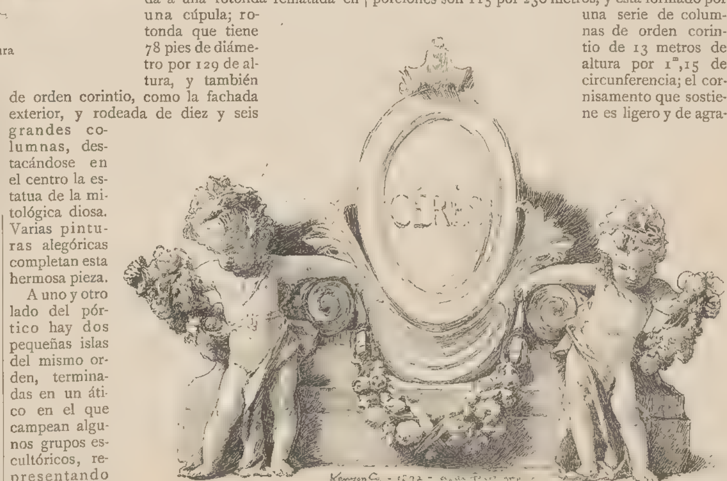
El conjunto exterior de este palacio es del mejor efecto; sólo tiene un piso, y por una escalera monumental se sube á un colosal salón de reunión en el que caben desahogadamente 15.000 personas sentadas.

El palacio de Manufacturas y Artes liberales ocupa un espacio de treinta acres ó sea quince hectáreas próximamente. Su forma es rectangular y la sala central está cubierta por una nave de cristal de ochenta metros de altura que tiene á uno y otro lado galerías de más de un kilómetro de longitud.

Los habitantes de Chicago dicen con orgullo que este palacio es dos veces mayor que la iglesia de San Pedro en Roma y tres veces más espacioso que el Coliseo, en el cual sólo cabían 80.000 personas, mientras que por toda la longitud de este edificio pueden circular 150.000.

El arquitecto de este palacio es M. Jorge B. Post, de Nueva York, y le ha aplicado el estilo corintio. En el centro de las arcadas que constituyen la fachada principal ha levantado una especie de arco triunfal, en el que se notan reminiscencias de los de Constantino y de Trajano en Roma: sobre los tres arcos ó puertas que constituyen esta entrada corre un cornisamento con un alto ático, y las cuatro columnas corintias que en ella campean, de 65 pies de elevación, soportan grupos escultóricos, de los que, así como de varios del palacio de Agricultura, damos en nuestros grabados una muestra.

El palacio de la Electricidad, construído por los arquitectos Van Brunt y Howe de Kansas City, es uno de los más bellos de esta Exposición. Sus proporciones son 115 por 230 metros, y está formado por una serie de columnas de orden corintio de 13 metros de altura por $1^{m},15$ de circunferencia; el cornisamento que sostiene es ligero y de agra-



Grupo alegórico en el Palacio de Agricultura

dable armonía. En los cuatro ángulos del edificio hay pabellones por el estilo de los acrópolis de Grecia y rematados en una torre de 42 metros de altura.

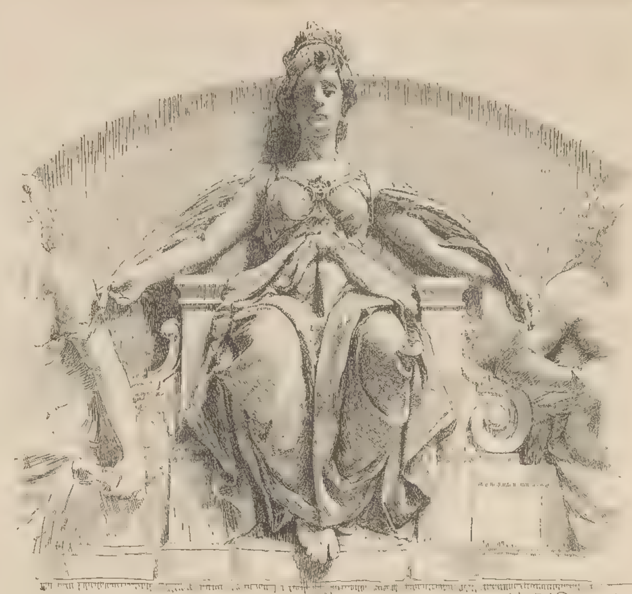
El interior de este palacio está cruzado por naves longitudinales y transversales, cuatro de las cuales dan á las puertas que lleva cada fachada. En el pórtico principal descuella, sobre elevada pilastra, una estatua colosal de Benjamín Franklin en actitud de remontar su famosa cometa, y en el friso del inmenso nicho formado alrededor y detrás de ella se lee el célebre verso de Turgot: *Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis.*

En el frontón y en los lados de este arco hay esculturas representando las dos principales industrias que ha engendrado la electricidad, la luz eléctrica y el telégrafo, y en varios medallones se leen los nombres de Morse y Vail, inventores americanos del telégrafo eléctrico.

M. A.



Una de las doce estatuas que representan los signos del Zodíaco, en el Palacio de Agricultura



Parte del grupo escultórico colocado sobre la entrada principal del Palacio de las Artes liberales y Manufacturas

DIÁLOGOS MATRITENSES

EN LA PORTERÍA DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE ***

– ¡Hola, doña Virtudes! ¿Qué la trae á usted por acá? Usted siempre tan guapota y tan...

– Vamos, Sr. D. Telesforo, no sea usted guasón, que ya no soy ninguna niña.

– No digo yo que sea usted una niña, pero es usted un jamoncito en dulce, que ya, ya.

– ¡Ay, mi Sr. D. Telesforo, ese pillastre de Alberto me ha de matar! Dígame usted, ¿ha venido hoy á la oficina?

– Ahora lo veremos... Mire usted, la capa y el sombrero están en la percha; pero á él no se le ve: tal vez no haya venido.

– ¡Pero si no hubiera venido no estarían ahí la capa y el hongo!

– No se fíe usted de eso, doña Virtudes, porque hace un mes estuvieron esos avíos colgando de la percha una semana entera, día y noche, y échele usted un galgo á Alberto; como que se había ido á tomar la mona á Vicálvaro; y el jefe del negociado le decía al mequetrefe del director: «el auxiliar don Alberto Pindola es el más trabajador de la casa y habrá que ascenderle,» y le ascendieron; ¡vaya si le ascendieron!

– Bastante trabajo me costó; que el jefe del personal D. Gervasio, ya sabe usted que estaba muy en contra; pero al fin, como yo conozco estas cosas de oficinas...

– Sí, sí; ya sé que es usted práctica.

– ¡Hombre, pues si yo no lo soy habiendo nacido en la Caja de Depósitos!

– ¿En la caja nació usted?

– Eso es un decir; no nací en la propia caja, pero soy hija de un tenedor segundo de la clase de terceros, auxiliar de la de quintos.

– ¡Ya!

– Pues mire usted, D. Telesforo, ese pillo de Albertito me tiene con la mar de cuidado, porque ayer por la tarde quedó en que vendría á las once por mí para llevarme á la Alhambra; y ¡que si quieres!.. Hasta la hora presente no le he visto el pelo. Anoche, según dice el *Imparcial,* se tiró un joven desde el viaducto, y yo digo: puede que sea Alberto...

– ¡Ca, no, señora! Si anoche á la una estuvo conmigo en el café de las Antillas echando unas carambolitas. Por cierto que entre el portero de abajo y yo le ganamos tres pesetas que valía el consumo que habíamos hecho. Me dijo que se iba de culebra.

– ¡Ay Dios.., de culebra! Pues entonces ya no dudo que le veré pronto, porque vendrá á pedirme dinero.

– No se lo dé usted.

– ¡Jesús, hijo!, ¿y había de dejarle en la inopia? Es capaz de tirarse al canal.

– (No se perdería nada.)

– Me voy en seguida á casa, no sea cosa que haya vuelto, y si no me encuentra agarra lo primero que ve y lo lleva á empeñar.

– ¡Vaya usted con Dios, doña Virtudes, y no se sofoque, que si ese pillastre se muriera, no le faltaría á usted quien la quisiera!..

– Gracias, D. Telesforo, no se puede decir de este agua no beberé, y en fin... hasta otro rato.

* * *

– Diga usted, buen hombre...

– El buen hombre será usted, tío paleto.

– Vaya, dispense usía que no le *hamos querío desincomodar.*

– ¿Qué querían ustedes?

– *Semos* el alcalde y el síndico de Fuente-Novilla.

– Y á mí pim, ni que fuera el Nuncio.

– *Hamos venío á Madril...*

– Bien podían ustedes haberse limpiado las patas que están ensuciando la alfombra.

– Usía perdone, pero *hamos corrío* tanto hasta topar con el *condenao menisterio...*

– Pues aquí no se admite la gente que viene á estorbar; conque...

– *Pus* venimos á ver al *menistro.*

– S. E. no recibe.

– Es que el caso es urgente...

– ¡Caramba con los tíos, si creerán ustedes que S. E. recibe á todo el mundo!



Detalle de la fuente del Progreso triunfante de América



Vista general del Palacio de Artes liberales y Manufacturas

– El caso es que si hoy *mesmo* no se toma una determinación...

– La determinación que han de tomar ustedes es la de largarse en seguida de aquí. ¿Están ustedes sordos?

– ¡Señor!..

– ¡No hay señor que valga!

– Considere su merced que *semos* unos labriegos que no sabemos explicarnos, aunque bien pagamos la *contrebución*... Usted podría decirnos el modo de...

– Yo no soy maestro de escuela, pero en fin... les daré un consejo. Vayan ustedes y agárrense al cabezón del diputado de su distrito, única manera de no hacer el paso... Y ahora ¡largo, á la calle; que si no, llamo una pareja!.. ¡Pobres diablos, por fin se fueron! ¡Qué sería de estos infelices si uno no fuera tan caritativo y tan... bien criado!

* * *

– ¿Voy bien por aquí al despacho del señor director?

– Sí, señora; pero ahora no se le puede ver, porque la entrada del público no es hasta...

– Oiga, tío *panoli*, ¿se ha figurado usted que porque llevo mantón soy una *resanta*?

– No, hija, ¡qué me he de figurar! Lo que yo pienso es que tiene usted un palmito que da la hora.

– Pues mire usted, lo mismo le parece al señor director; conque...

– ¡Ya!

– Vaya usted corriendo á decirle que está aquí Florentina.

– Voy, voy, aunque lo mejor será que entre usted de rondón, porque usted, según se ve, pertenece al Gobierno.

* * *

– Mi querido, respetable y amabilísimo portero de mi alma y de mis entrañas.

– ¡Hombre, que siempre ha de andar usted haciendo payasadas, que parece un perro sabio!

– ¿Y qué quiere usted que haga el hombre que como yo está en el estado más?..

– ¿Interesante?

– ¡Ca, hombre, qué interesante ni qué calabazas, si hace más de ocho días que no ha entrado alimento cálido en mi estómago!

– Vamos, que está usted hecho un camaleón, que según dicen los filósofos viven de la atmósfera.

– ¡Oh portero sublime y monumental, qué comparaciones tan oportunas y de tan buen gusto! El día que sea repuesto le he de convidar á usted á tomar unas *tintas* de Valdepeñas que hasta allá.

– Y diga usted, ¿eso va á ser pronto?


Estatua de la Abundancia (Palacio de Agricultura)

– Pues á eso venía justamente, á saber si mi solicitud ha sido ya informada por el negociado.

– Mire usted, el oficial encargado de eso hace una semana que está enfermo de una indigestión, el auxiliar se ha ido á Cuenca á una boda y el escribiente no viene á la oficina porque está en casa del diputado que le sacó el destino, poniendo en limpio una tanda de versos, dedicados á don Antonio.

– ¡Vamos, ya! De modo que en realidad el que se ha puesto malo, el que se ha ido á Cuenca y el que le escribe versos á don Antonio soy yo, que no puedo conseguir que ese maldito memorial se despache, y entretanto ni como, ni bebo, ni fumo, ni nada.

– ¡Ps, ahí verá usted!

– Sí, á usted le importa poco, viejo orangután.

– Oiga usted, ¿qué es eso de orangután, so tío? ¡A mí nadie me pone motes!

– No se exalte usted, mi señor D. Telesforo; orangután es... una palabra que en los ministerios extranjeros quiere decir veterano, hombre antiguo en las prácticas administrativas.

– Vamos, eso ya tiene otra cara.

– ¡Toma! ¿Pues creía usted que yo iba á propasarme con el iris de mi estómago, el salvador de mi expediente y el portero más amable de Madrid?

– ¡Bueno, bueno! Ya sé lo que usted quiere...

– ¿Lo sabe usted? ¡Oh talento! ¡Oh penetración!

– Usted querrá que le diga dos palabras al oficial para que... vamos... ¿eh?

– ¡Justo, justo!

– ¡Pues... no me da la gana!

– Paciencia. (No sé cómo no le doy dos puñadas en esa cara de mochuelo...) Otro día estará usted de mejor humor y tendrá la amabilidad de recomendarme.

Bien puede ser.

– A los pies de usted, Sr. don Telesforo. (¡Que no te tragara el suelo, pedazo de barbaro!) Adiós.

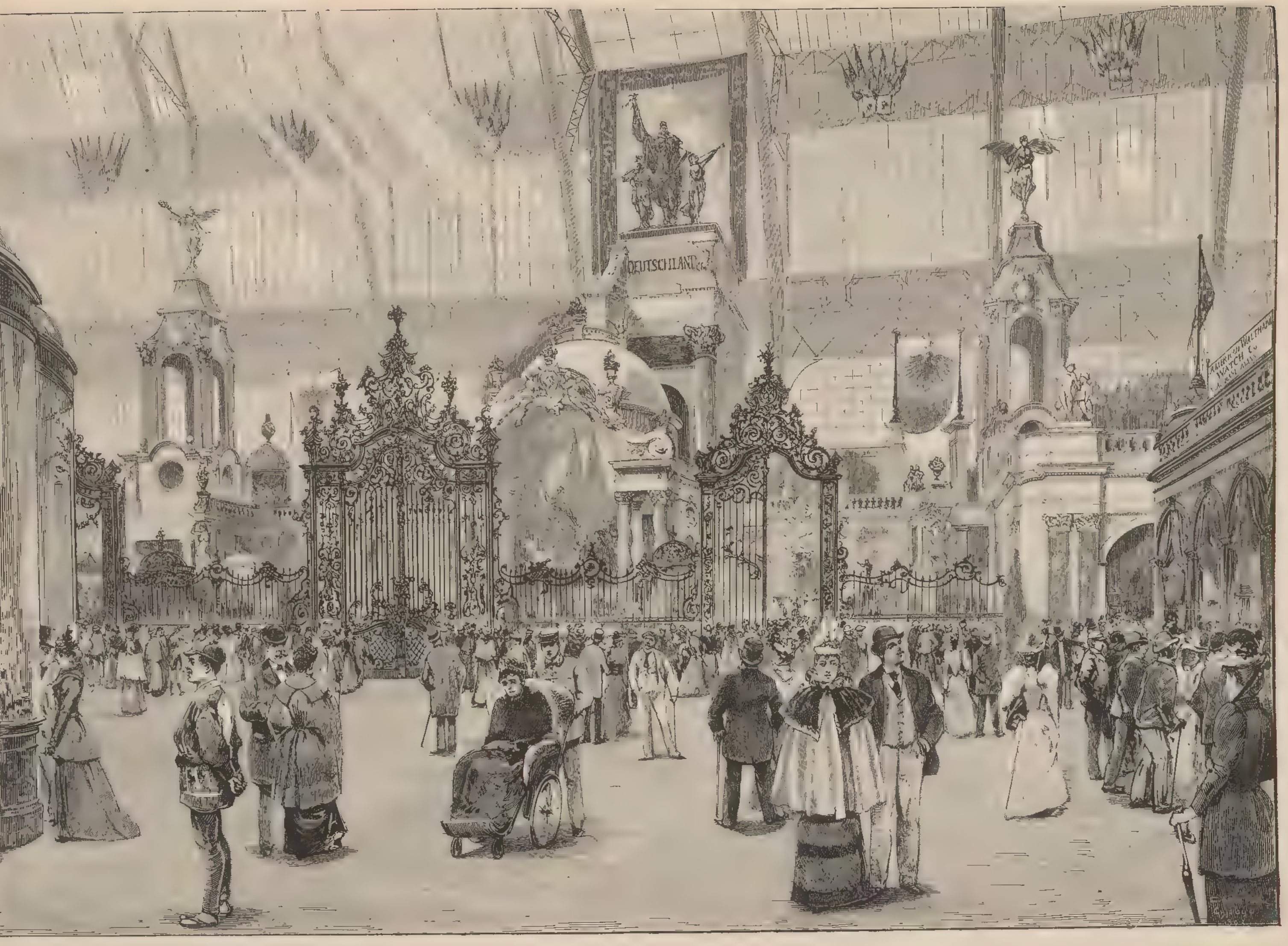
– (¿Qué será eso de orangután? Yo he oído ya esa palabra. Se lo preguntaré á Albertito, que ha estudiado para bibliotecario y debe saberlo. ¡Orangután!)

* * *

– ¡Alberto, eh, chico, Albertito!



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO: INSTALACIÓN DE LA REAL FÁBRICA DE PORCELANAS DE SAJONIA, dibujo original de E. Limmer



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO: SECCIÓN ALEMANA EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA, dibujo original de E. Limmer

– No tengo dinero, conque no se canse usted en llamarme.

– Oye un momento.

– Es tarde y tengo que hacer arriba.

– Si no es para pedirte nada; al contrario, quería decirte que doña Virtudes ha estado aquí.

– Bueno, ¿y qué?

– Que se ha quejado de tu conducta.

– Total, nada. Adiós.

– ¡Ven acá, hombre!

– ¿Va usted á recordarme que le debo un pico?

– No, hombre; únicamente quería saber qué significa eso de orangután.

– Pues orangután es una cosa así... como un hombre que...; en fin, orangután es un *camama* sin vergüenza..., como usted, pongo por caso.

– ¡Ah, pillo! Ya me la pagarás.

– Eso quisiera yo, pagar...; pero no hay de qué.

***

– ¡Caballero, no se puede pasar; S. E. no recibe!.. He dicho que no se puede entrar. Las órdenes son terminantes.

– ¡Es usted un estúpido! ¡Soy el general Mochila! ¡Bárbaro! Se acordará usted de su imprudencia. ¡Badulaque!

– Perdone Vuecencia Ilustrísima y Reverendísima. Como está esto tan obscuro, no he tenido el honor de ver... ¡Dios todopoderoso, ten misericordia de mí!

A. DANVILA JALDERO



Bellas Artes. – En la Galería Grafton se celebrará en el próximo año una *exposición de belleza*, que consistirá en una colección de retratos de mujeres de irreprochable hermosura de todos los tiempos.

– En Chicago se ha inaugurado un monumento que la colonia alemana de aquella ciudad ha erigido á la memoria del poeta alemán Federico Reuter: la estatua de bronce de éste, modelada por Engelmann, de Munich, y fundida por Lenz en Nuremberga, se alza sobre un pedestal adornado con relieves que reproducen escenas de las obras del poeta. En breve se erigirá en la propia capital un monumento á Goethe.

– De entre los cuadros que figuran en la actual Exposición de Bellas Artes, que se celebra en Berlín han sido adquiridos para la Galería de Pinturas de Dresde los siguientes: *Pietá*, de Maximiliano Klinger; un *Paisaje noruego*, de Cristián Kroh; *Zorro y liebre*, de Andrés Liljefors, y un *Estudio*, de Alejandro Harrison.

– En breve se inaugurará en el Museo Wallraf-Richartz de Colonia el departamento nuevamente instalado para las obras de la antigua escuela colonesa: consta de tres salas, y en la disposición de las mismas ha revelado el director Aldenhoven tan buen gusto como inteligencia en la limpia, restauración y colocación de los cuadros, algunos de los cuales han sido devueltos á su forma primitiva, presentándose al espectador como retablos encerrados entre artísticas molduras.

– En el salón Schulte, de Berlín, se ha expuesto una colección de 25 cuadros al óleo y pasteles de Lenbach, entre los cuales llaman la atención los retratos de Gladstone, Bulow, Begas, al óleo, y los del príncipe Bismarck y del general Moltke, al pastel.

– Por Real decreto se ha dispuesto en Bélgica que se celebre este año en Bruselas una gran Exposición internacional de Bellas Artes de obras de artistas vivos de todos los países. El ministro del Interior y de Enseñanza pública está encargado de la dirección de esas grandiosas exposiciones que generalmente se celebran allí cada tres años: la recientemente decretada se inaugurará en el próximo agosto.

– La exposición de caricaturas proyectada en Milán parece que será pronto un hecho: este original certamen promovido por el conocido actor Cayetano Sbodio permitirá estudiar todo el arte gráfico satírico y cómico y el desenvolvimiento de la caricatura. En esta interesante exposición tomarán parte probablemente los principales humoristas y cómicos de todos los países que han sido invitados al efecto.

– En Baden-Baden se ha inaugurado con asistencia del gran duque una exposición de Bellas Artes que ha sido dirigida por Teodoro Schell y en la cual figuran obras de los primeros pintores alemanes, entre ellos, Andrés y Oswaldo Achenbach, Baisch, Bockelmann, Gude, Herkomer, Kaulbach, Keller, Makart, Gabriel Max, Schonleber, Uhde y Vantier. Además de los pintores contemporáneos figuran en la exposición excelentes obras de algunos antiguos maestros.

– El día 28 de junio, y en celebración del aniversario de la coronación de la reina de Inglaterra, descubrióse en el Jardín de Kensington y con asistencia de S. M., una estatua de la soberana, modelada por la princesa Luisa, esposa del marqués de Lorne.

– El emperador de Alemania ha adquirido el cuadro de Bohrd *Primera batalla naval sostenida por el electorado de Brandeburgo, en 1676*, que figura en la exposición anual de Bellas Artes de Berlín.

La Asociación de Industrias artísticas, de Pforzheim, ha organizado una notable exposición de joyería que ofrece un cuadro casi completo de la industria de aquella poblacion así como de los trabajos de la Escuela de Industrias artísticas. En grandes grupos están expuestos también los productos que se exportan á distintos países, las reproducciones de antiguos modelos y además de cuanto á la orfebrería propiamente dicha se refiere, los procedimientos para trabajar las piedras preciosas.

Barcelona. – Salón Parés. – Varias y de distintos artistas son las obras nuevas de la última semana expuestas en este local: dos retratos, ejecutados con la destreza que tiene acreditada Martí y Alsina, del doctor Mascaró y de su señora; un agradable y luminoso cuadrito de Roig y Soler, pintoresco detalle de una de nuestras poblaciones rurales; un estudio de hombre del joven pintor Werhle; la vista de unos jardines, de Trian y Planell, de entonación algo dura; y unos dibujos y estudios al óleo de caballos, vigorosamente trazados por Roig, llenan, junto con unos tapices decorativos de Alsina, el testero de preferencia.

Diputación Provincial. – Acaba de demostrar esta corporación una vez más que el edificio que ocupa corresponde por su aspecto y buen gusto en todos los detalles á lo que debieran ser todas las dependencias oficiales, cosa rara por desgracia. La colocación de las nuevas puertas en la entrada principal con la monumental reja que la remata ha completado el hermoso á la par que severo aspecto del vestíbulo, restituído á su verdadero estado cuando la restauración realizada por el malogrado arquitecto Prats. Tanto el proyecto del actual arquitecto provincial, Sr. Oliveras, como la ejecución en las partes de carpintero y cerrajero, merecen el más caluroso aplauso: demuestra el primero las excelentes cualidades que posee como artista y constructor, y prueban los otros cuánto pueden producir nuestras artes industriales, si corporaciones y particulares imitan el ejemplo de nuestra provincial, produciendo una obra de arte al responder á la simple necesidad de cerrar un portal.

Teatros. – En el teatro Adolfo Ernst, de Berlín, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta titulada *Papá suegro*: el libro está tomado de una novelita francesa; la música, de Alfredo Strasser y Maximiliano de Weinzierl, es bellísima y en algunos números verdaderamente notable.

– El drama musical de Cirilo Kistler, *Kunihilda*, que con tan gran éxito se estrenó hace poco en Wurzburgo, volverá á representarse en aquella ciudad con motivo de la asamblea de profesores que allí ha de celebrarse. Para ello se cuenta ya con el fondo de garantía necesario; las representaciones comenzarán el día 30 del presente mes.

– En el teatro Edén, de Milán, se ha estrenado con gran éxito un nuevo baile de Manzayone, titulado *La fiesta de las rosas*.

París. – El Círculo Funambulesco ha dado en el teatro de Aplicación una representación de una pantomima en un acto, *La revanche de Marguerite*, de León Gandillot, que es una especie de traducción libre ó parodia de *Fausto* hecha con mucha gracia. La Sociedad de grandes audiciones musicales de Francia ha dado en la Opera Cómica una representación de dos obras del siglo pasado, *Les deux avares*, ópera bufa de Fenouillot de Falbare, música de Gretry, y *Le Deserteur*, ópera cómica en tres actos, de Sedaine, música de Monsigny, una y otra poco notables. En la Gran Opera se prepara para la próxima temporada una ópera de la compositora Augusta Holmes, titulada *La montaña negra*, cuya representación durará tres noches.

Londres. – En Covent Garden se han cantado *Lohengrin*, *Faust* y *El buque fantasma*: la compañía de ópera alemana ha comenzado sus representaciones con *Tristán é Isolda*. En Drury Lane la compañía de la Comedia Francesa sigue contando por triunfos las representaciones, habiendo puesto últimamente en escena *Mademoiselle de la Seigliere*, *Le Depit amoureux*, *Frou-Frou*, *Les femmes savantes*, *La Joie fait peur*, *Le Monde où l' on s' ennuie*, *Œdipe*, *Roi*, *Denise* y *L' Autograffe*. En la Alhambra se ha estrenado un baile de gran espectáculo, titulado *Fidelia*.

Barcelona. – Tan inmensas como merecidas son las ovaciones tributadas al Sr. Vico en el Eldorado: todo el mundo sabe de lo que es capaz el primero de nuestros actores cuando quiere, y con decir que en estos días ha querido siempre y de veras, se comprenderá á qué altura habrá rayado en todas las obras que ha puesto en escena. Las representaciones se cuentan por llenos y el entusiasmo del público excede de toda ponderación, recompensando con continuos aplausos y aclamaciones la primorosa labor del gran artista. En Novedades se ha celebrado el beneficio de la señorita Guerrero, estrella de primera magnitud en el cielo del arte dramático español, habiéndole el público reiterado con este motivo las muestras de su admiración y simpatía, que se tradujeron en una ovación entusiasta. En el propio teatro se ha estrenado con gran éxito la hermosa producción del Sr. Pérez Galdós, *La loca de la casa*, que fué un nuevo triunfo para la señorita Guerrero y valió muchos aplausos á todos los artistas de la excelente compañía que dirige el Sr. Mario y muy especialmente el Sr. Cepillo que raya á gran altura en el papel de Cruz. Las ovaciones tributadas al Sr. Pérez Galdós, que ha venido para asistir á las primeras representaciones de su preciosa obra, han sido de las más entusiastas y unánimes que en el teatro hemos presenciado. En el Lírico, donde tantos aplausos ha conquistado la compañía dirigida por los Sres. Rosell y Ruiz de Arana, se ha celebrado el beneficio del primero de estos actores: sabido lo mucho que vale el señor Rosell y las justas simpatías y el cariño que nuestro público le profesa, no hay que decir que la ovación que se le tributó fué tan grande como merecida.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Francisco Erkel, notable compositor, fundador de la ópera nacional húngara, director de orquesta del Teatro Nacional de la Opera, de Budapest, y director de la Academia de Música.

Guillermo Cotton Oowell, uno de los viajeros ingleses que acompañaron á Livingstone en sus viajes de exploración en el continente africano.

Carlos Schlesinger, notable pintor de género y paisajista de Dusseldorf.

Federico Guillermo de Winterfeldt, notable paisajista de Dusseldorf.

Ana Paulowna Barikoff, escritora y poetisa rusa.

Hermán Baumgarten, notable historiógrafo y publicista alemán, profesor de Historia y de Literatura en la Universidad de Strasburgo.

Guillermo Scholz, notable caricaturista alemán, dibujante del periódico satírico berlinés *Kladderadatsch*.

Juan Schrammel, músico austriaco, el más popular de los compositores vieneses.

Guillermo Zulzer, profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Berlín, célebre higienista y fundador de la Asociación alemana para la Estadística médica.

Sir Jorge Tyron, vicealmirante de la armada inglesa que ha fallecido en el desastre del *Victoria*: tomó parte en la guerra de Crimea y en la campaña de Australia, fué secretario del Almirantazgo y á él se debe la notable organización de las reservas navales de Inglaterra.

Carlos Hartfelder, profesor del Gimnasio de Heidelberg, sabio escritor especialmente consagrado á la historia del humanismo, muy conocido por sus trabajos sobre Melanchton y sobre la historia de la guerra de los aldeanos en el Suroeste de Alemania.

Juan Malcolm de Poltalloch, coleccionista artístico de fama europea que había logrado reunir la colección de croquis y dibujos de antiguos maestros más importante de cuantas existen en poder de particulares.

Alberto Schulz, escritor conocido con el seudónimo de San Marte, ilustre germanista y autor de muchos é importantes trabajos sobre las literaturas alemana, francesa y polaca durante la Edad media.

Miguel Peter, profesor de la facultad de Medicina de París, director de una de las más importantes clínicas de aquella capital, individuo de la Academia de Medicina, del Comité consultivo de Higiene y de la mayor parte de sociedades científicas francesas, comendador de la Legión de Honor y una de las mayores celebridades médicas contemporáneas.

M. Lacressonniere, renombrado artista dramático francés que durante cincuenta años recorrió con gran aplauso los principales teatros de París y creó los primeros papeles en las mejores obras de ilustres autores.

Sir Johon Hudson, teniente general inglés que logró gran renombre en las campañas de Persia (1856 y 1857), de la India, de Abisinia y del Afghanistán: al morir era general en jefe del ejército de Bombay.



¡De él!.., cuadro de W. Amberg. – Este título lo dice todo. ¿Qué más explicación necesita el cuadro que reproducimos? *¡De él!* ¿Quién puede ser este *él* más que el novio ausente de la joven que se entretiene en recoger flores campestres, buscando en los placeres de la naturaleza un lenitivo á su añoranza? El pintor, que tan simpático asunto ha sabido concebir para su lienzo, no ha estado menos feliz en la ejecución del mismo: aquellas espléndidas arboledas que en el fondo destacan, el espeso grupo de arbustos silvestres que en primer término se distingue y las figuras que animan la encantadora escena constituyen un conjunto poéticamente compuesto y hábilmente detallado y hacen del cuadro de Amberg una de esas obras en las que la vista se recrea y se deleita el alma.

***

Exposición Universal de Chicago. Instalación de la Real Fábrica de porcelanas de Sajonia. – Sección alemana en el Palacio de la Industria, dibujos de E. Limmer. – La sección alemana del Palacio de la Industria en la Feria del Mundo es una de las más pintorescas y á la vez más grandiosa de la Exposición. En anteriores certámenes universales, los alemanes se habían preocupado poco de la parte decorativa; pero comprendiendo que hoy el elemento estético entra por mucho en tales manifestaciones y que tanto como la bondad de los productos merece atención especial la manera de presentarlos, han hecho en Chicago verdadero alarde de lujo y grandiosidad. Afortunadamente para ellos, algunos de los objetos enviados para ser expuestos son por sí solos elementos bastantes para conseguir el efecto deseado: díganlo, si no, el colosal grupo de la Germania del célebre escultor Begas, que se ve en el centro y en la parte superior de nuestro grabado, y la magnífica verja construída por la casa Armbruster, de Francfort, que separa el vestíbulo de honor de la sección alemana de la gran avenida del Palacio de la Industria. En dicho vestíbulo hay una porción de instalaciones artísticamente dispuestas que contribuyen al embellecimiento del local y forman un conjunto armónico que cautiva.

Entre las principales instalaciones alemanas merece mención preferente la de la Real Fábrica de porcelanas de Sajonia, situada en lugar demasiado poco visible detrás del vestíbulo de honor. Muchos y muy hermosos son los objetos que la constituyen, destacando por encima de los demás dos objetos, uno por su belleza artística y otro por su valor: es el primero un joyero estimado en 10.000 pesetas, de ébano con preciosas aplicaciones de porcelana que representan asuntos alegóricos y están hechas por el procedimiento inalterable de sobreposición de pastas; el segundo es un espejo para tocador con su consola, todo de porcelana y con magníficos adornos de flores, cuyo valor es de 20.000 pesetas.

El número de expositores alemanes en Chicago es de 6.000.

***

El monaguillo, estatua de Manuel Fuxá (Salón Parés). – Laboriosamente y por su propio esfuerzo ha logrado este artista, en un período relativamente breve, que su nombre figure entre el de los más discretos escultores catalanes. La sucesión de sus triunfos en exposiciones y concursos ha patentizado su valía y sus indiscutibles cualidades para el cultivo de este difícil arte. Varias de sus obras figuran en los Museos de la nación ó embellecen en monumentos algunas ciudades de la península. Fuxá, por su temperamento, ha nacido para el gran arte, sin que á pesar de ello deje de dar muestra de su genialidad en esas obras que caracteriza la escultura moderna, distintivas por la intención que revelan. Tal sucede con *El monaguillo* que reproducimos, en el que hay que admirar tanto el amplio modelado como su natural actitud, perfectamente entendida y estudiada, sorprendida tal vez por el artista con tan feliz acierto, que avalora la obra de tal manera que la convierte en una de género tan importante como las que aplaudimos de nuestros primeros pintores.



... y á las seis y cuarto llegaba el enamorado á la verja del castillo, donde encontraba siempre á Anie esperándole

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Sixto conocía demasiado al barón de Arjuzanx para que pudiese esperar que estas explicaciones serían acogidas con tranquilidad completa; pero por lo mismo que le conocía, ó creía conocerlo, no sospechó ni por un instante que de todo esto pudiese resultar un rompimiento de su antigua amistad, ni menos aún un disgusto personal entre ambos; claro es que Arjuzanx sentiría desagrado, quizá cólera, de seguro mortificación de amor propio; pero á eso se reduciría todo: pasado algún tiempo Arjuzanx sería el primero en reconocer que Sixto, al obrar de aquel modo y al darle aquellas explicaciones, había procedido con lealtad y que era necesario someterse á las circunstancias.

Sixto, después de bien meditado todo, escribió á su amigo Arjuzanx anunciándole que al día siguiente le visitaría en Seignos para hablarle de un asunto de interés y de importancia, y suplicándole que si el día y la hora de la entrevista no eran de su agrado le hiciese el favor de señalar otros.

Como ningún aviso en contrario hubiese llegado hasta la mañana del día siguiente á manos de Sixto, éste, algo sorprendido de que Arjuzanx no le hubiese escrito dos líneas siquiera solamente para decirle que le esperaba, tomó el tren para Seignos, muy seguro de que allí encontraría al barón; quedó, por consiguiente, muy sorprendido cuando un jardinero á quien preguntó por el amo le respondió que no estaba en el castillo.

—¿Dónde está?

—No lo sé; pero el señor Toulourene se lo dirá á usted.

Y en efecto, Toulourene, el atleta de circo á quien Arjuzanx había recogido en el castillo para trabajar con él, en apariencia y realmente por caridad desempeñaba, en cierto modo, funciones de mayordomo del castillo, y en concepto de tal debía de saber algo de lo que otros criados ignoraban.

No fué la ausencia del barón lo único extraño que encontró el capitán; cuan-

do se dirigía al castillo advirtió asimismo la falta de numerosos obreros que desde hacía ya tiempo trabajaban afanosamente en la finca y en sus inmediaciones para transformarla en albergue digno de Anie, cuando ésta quisiese habitarla. Veíanse por acá y por acullá herramientas abandonadas, instrumentos arrinconados, andamios á medio construir, paseos no acabados, porque el movimiento de trabajadores había cesado por completo.

Sixto se aproximó al castillo, tiró muchas veces de la campanilla y transcurriendo bastante tiempo apareció por allí una criada, la cual repitió la respuesta del jardinero: el señor barón no está en el castillo.

– ¿Y el señor Toulourene?

– ¡Ah! Verá usted... El señor Toulourene está en la cocina aderezando una asadura de cordero, y cuando está en esa ocupación no es posible molestarlo.

– Corriente, dijo el capitán, pues iré á verlo á la cocina.

Ante un fogón soberbio para carbón vegetal, del que se desprendían numerosas y brillantes chispas, estaba en la espaciosa cocina Toulourene, ceñidas sus anchas caderas de Hércules con amplio delantal blanco, presidiendo con la gravedad que el caso requería el aliño de la consabida asadura, blandiendo, como signo de su autoridad, el cucharón de madera; de pronto y como al dar una vuelta viese Toulourene al capitán, llevóse maquinalmente el cucharón á la cabeza para saludarlo á lo militar y se apresuró á decir:

– ¡Oh! Capitán, dispense usted.

– ¿De qué ó por qué?

– De haberle recibido aquí; pero verá usted lo que pasa: soy extraordinariamente aficionado á la asadura, y en estos lugares no saben prepararla; aquí la fríen con manteca, siendo así que debe freirse con aceite, y como estoy solo me preparo una al estilo de mi país.

– ¿Está usted solo en el castillo?

– Sí, mi capitán. El barón está viajando.

– ¿Desde cuándo?

– Desde el viernes.

– ¿Por mucho tiempo?

– No lo sé; y como usted, mi capitán, es tan amigo del señor barón, ya puedo decirle que esto me atormenta.

– ¿Pues y eso?

Antes de contestar Toulourene echó como media botella de vino blanco en la cacerola, y dijo al propio tiempo:

– Es menester que esto se fría á fuego muy vivo; después mientras se cuece puedo contar á usted lo ocurrido. ¿Quiere usted que vayamos al saloncillo?

– Aquí estamos perfectamente.

– Pues bien: el viernes, cuando yo y el señor barón estábamos trabajando, le trajeron una carta; la lee, palidece su semblante, sus manos comienzan á temblar. No era necesario ser muy listo para comprender que en aquella carta le daban una mala noticia. Sin decirle una palabra me alejé de allí para no molestarle. Dos horas después, ¿á que no se figura usted lo que supe? Apuesto algo bueno á que usted se sorprende cuando lo sepa, como me sorprendió: que había dado orden á todos los obreros de suspender todos los trabajos aquella misma tarde y de dejarlos tal como estuviesen. ¿Qué significa esto? Ya comprende usted que no me ocurrió, ni por asomo, la idea de preguntárselo. Además, aunque me hubiese ocurrido no habría podido preguntar porque no me dió tiempo para hacerlo; hizo que me llamasen, y cuando acudí adonde él estaba me dijo que se proponía viajar; le pregunté, como siempre, adónde le enviaríamos su correspondencia; á esto me respondió que se la guardase aquí. Cinco minutos después montó en su velocípedo, y cátalo viajando con una cara más larga que la que se le puso cuando leía la dichosa carta. ¿Dónde está? Desde el viernes estamos sin noticias suyas. Si usted puede decirme lo que esto significa y lo que debo hacer se lo agradecería muy de veras. Por todas partes me asedian y me marean á preguntas; apenas me atrevo á salir.

Sixto comprendió perfectamente lo sucedido: al recibir la carta en que se le comunicaba la negativa de Anie, el barón había dado orden para que se interrumpiesen los trabajos que solamente hacía para recibir á su mujer, y se había alejado furioso, lleno de desesperación y en todo caso en estado muy violento; pero eran éstas explicaciones que no había necesidad de dar al Sr. Toulourene, el cual, por su parte, hacía cuanto estaba en su mano para consolarse.

Realmente Sixto habría preferido tener una entrevista y explicación con el barón; pero como el ausentarse de aquel modo demostraba muy claramente renunciar á toda esperanza, necesario era aceptar la situación tal cual aquella partida la dejaba: no era ya la mano de una señorita comprometida la que Sixto iba á solicitar, sino la de una señorita sin compromiso alguno. Sixto escribiría á Arjuzanx explicándole bien todo esto, con lealtad y con franqueza.

Así, pues, en vez de regresar á Bayona, el capitán tomó el tren de Puyoo y desde allí se trasladó en carruaje á casa de Revenacq, el cual inmediatamente y muy halagado por el buen éxito de sus negociaciones, se dirigió con el capitán al castillo.

XIII

Cuando Barincq, después de acompañar á Sixto y al notario hasta la puerta del castillo para despedirlos allí, volvió á su habitación, estaba en ella su mujer, que le esperaba ansiosa.

– ¿Qué te han dicho Revenacq y ese joven?, preguntó con vivacidad febril.

Aunque Barincq esperaba esta pregunta y se había preparado con tiempo para darle contestación, no respondió inmediatamente.

– ¿Se trata de un testamento nuevo?

– Nada de eso.

– ¿Entonces?..

– Vas á quedarte sorprendida..., y me parece que también satisfecha.

– Sorprendida ya estoy; satisfecha ¿por qué?

En este momento Anie, presintiendo que su padre podría necesitarla, se presentó en el cuarto.

– Aquí llega justamente Anie, dijo el Sr. Barincq respirando con más libertad, y celebro que llegue porque lo que tengo que deciros es para ella tan interesante como para nosotros; acaso más que para nosotros, por grande que sea nuestro cariño.

Echando de ver que su padre medía sus palabras sin atreverse á decirlo todo, Anie, más resuelta que el Sr. Barincq y decidida á poner término breve á la situación, le preguntó resueltamente:

– ¿El capitán ha venido á pedirte mi mano?

– ¡Anie!, gritó sofocada su madre.

– Precisamente.

– Pero ¿es posible?, vociferó la señora de Barincq.

Después de haber roto el fuego con tal decisión, Anie quiso tomar parte activa en la batalla, y prosiguió diciendo:

– Si el capitán no me hubiese creído en relaciones serias con el Sr. de Arjuzanx, hace ya mucho tiempo que la habría pedido.

– ¿Te lo ha dicho él?, preguntó temblando de enojo la señora de Barincq.

– No podía decírmelo porque es amigo del Sr. de Arjuzanx.

– Pues ¿entonces?..

– ¿Es necesario decir las cosas para que se comprendan?

– ¿Es decir, que os habéis entendido?

– Ya lo estás viendo.

Al oir estas palabras de su hija la señora de Barincq se dejó caer como desvanecida en un sillón próximo, diciendo entre sollozos:

– ¡Desgraciados! ¡Desgraciados de nosotros!

Anie se acercó á su madre y abrazándola tiernamente le dijo:

– ¡Desgraciados!, ¿por qué? ¿Quién es desgraciado de nosotros? ¿Yo? No he experimentado jamás tan profunda alegría ni felicidad más completa ¿Mi padre? No me parece que sus ojos expresen tristeza ni disgusto. ¿Tú?..

– Sí, yo, yo que ahora mismo dudo si estoy soñando ó si me he vuelto loca.

– Pero, madre, ¿qué puedes pedir á un yerno que no lo halles en el capitán Sixto? Es buen mozo, ¿verdad? ¿No es verdad también que tiene maneras distinguidas, aire elegante y que es bondadoso sin parecer débil? ¿No es asimismo hombre de talento? No solamente en lo que se refiere á su profesión – que eso su carrera lo demuestra, – sino en muchas otras cosas: no es Sixto un oficial de esos que no saben otra cosa que llevar airosamente el uniforme; es un alma que comprende y sabe y siente.

– Pero ¿y su nacimiento?

– Te figurabas que iba á solicitar mi mano algún príncipe...

– No hablo de títulos..., hablo de una familia.

Barincq, que hasta entonces había dejado á su hija que sostuviese la discusión, seguro como estaba de que la sostendría con más autoridad que él mismo, quiso apoyarla y comenzó preguntando:

– Y si el capitán fuese hijo de Gastón, este origen ¿no sería el mejor para nosotros?

– Ese origen no podrá hacer que el capitán Sixto no sea bastardo, ni basta para conseguir que tenga familia.

– Pues bien: mejor que mejor, replicó Anie con gran viveza; si no tiene familia nos pertenecerá más por completo; no necesitaré pelear con el suegro, con la suegra, como parientes más ó menos hostiles. Nosotros lo seremos todo para él; tú serás su madre. ¿Te parece poco?

La señora de Barincq, sin responder una palabra, permaneció largo rato clavando en su hija una mirada, en la cual había tanta indignación como enojo; después, dirigiéndose á su marido, le preguntó:

¿Qué has contestado á esos señores?

– Que era necesario, antes de resolver, que consultase tu voluntad y la de Anie principalmente.

– Menos mal; á Dios gracias tenemos tiempo todavía.

La pobre señora se equivocaba completamente en esto; Anie no la dejó el tiempo con que creía contar para apercibirse á la resistencia y discurrir – ya que no era capaz de improvisarlas en el momento – razones á las cuales no hubiese contestación. ¡Caso extraño! No fué la hija quien permaneció cohibida ante la madre; fué ésta la que se dejó convencer por su hija, y se quedó estupefacta del todo cuando cayó en la cuenta de que había dicho *sí*, siendo así que había intentado decir *no*.

Todavía fué mayor el asombro de la señora de Barincq cuando, decidido ya el matrimonio y fijado el día en que había de celebrarse, se llegó al caso de redactar el contrato: pues ¿no se empeñaba su marido en hacer por Sixto más de lo que había prometido al barón de Arjuzanx?

– Pero ¿pretendes arruinarnos?, le preguntaba. ¿Quieres que nos quedemos sin nada absolutamente?

– Y ¿por qué no?

– ¿Para dárselo á un yerno que nada tiene?

– Precisamente porque no tiene nada debemos darle esa compensación.

– Pero eso es una verdadera locura.

– Todo se reduce á que nosotros nos retiremos; lo damos todo á nuestra hija.

– No; no se lo damos á nuestra hija, se lo damos á nuestro yerno. ¡Pues si parece enteramente que piensas en él más que en Anie! ¿Qué te ha hecho? ¿Qué es para ti ese hombre? Vamos, te digo que hay para que una se vuelva loca.

Y como Barincq estaba muy dispuesto á dividir su fortuna en dos partes iguales, una para él mismo y la otra para el capitán, lo cual, según su conciencia, era estrictamente lo justo, en vista de la resistencia obstinada de su mujer vióse constreñido á moderar esos generosos impulsos, que en realidad eran una reparación voluntaria.

– Firmemos ahora un contrato conveniente y regular, dijo la señora de Barincq. Después, cuando haya pasado algún tiempo, cuando veamos lo que es y lo que vale este marido, que entre tú y tu hija me imponéis, ya le daremos lo que merezca. ¿Por qué poner nuestra fortuna en su mano? Los militares son por regla general derrochadores; no veo, no se me alcanza el interés que pueda haber en que le pongamos en condición de arruinarse si le da ese capricho; dale todo lo que quieras y todo lo que sea necesario ó agradable, pero como tal dádiva; como cosa debida y suya, nada más que lo justo y lo decoroso.

Como en puridad importaba muy poco la forma en que se llevase á cabo la restitución que Barincq procuraba, no quiso éste insistir. Sixto iba á tener su parte en la fortuna de Gastón; lo esencial era eso. El padre de Anie estaba muy lejos de pensar que Sixto fuera hombre capaz de arruinarse; pero al cabo y al fin el lenguaje de su mujer era, en aquella ocasión, bastante prudente y demasiado sensato para no tomarle en consideración y aceptarle.

Otro de los temas que discutieron muy acaloradamente fué el ceremonial de la boda. Barincq, con motivo de estar aún tan reciente el fallecimiento de su hermano Gastón, quería celebrar aquel matrimonio sin ostentación alguna; la indispensable bendición nupcial y después un almuerzo para la familia y los testigos le parecía muy suficiente; pero la señora no transigía con ceremonial tan modesto; si su hija hubiese dado su mano al barón, esa sencillez habría sido una

prueba inequívoca de buen gusto; pero casándose con el capitán Sixto, con un Sr. D. Valentín Sixto á secas, parecería que se trataba de realizar el casamiento á cencerros tapados, y esto no era conveniente; se necesitaba, por el contrario, conducirse de tal modo y con tal publicidad que se impusiese silencio á las lenguas maldicientes y aun aprovechar las solemnidades de aquella fiesta para tomar arraigo en el país. Ya habrían pasado para entonces los seis meses de luto riguroso, y ninguna dificultad había en que las puertas del castillo se abriesen á numerosos convidados. Veinte años antes podría haber bastado dar un almuerzo y un baile campestre á los invitados; pero como había ya pasado la moda de esas diversiones cursis, se hacía indispensable preparar un *lunch*, servido en mesitas instaladas en un espacioso pabellón que se levantaría para el caso en el jardín; esto permitía invitar á mayor número de personas: los parientes, los deudos, los afines de la familia de Saint-Christeau, y al igual modo á los oficiales de la guarnición de Bayona, compañeros de Sixto.

Nada menos se necesitó que un período de seis semanas para los preparativos: el equipo, los trajes encargados á París, trajes que una oficiala de *la primour* vino á probar á Ourteau, y la instalación en el castillo de unas habitaciones independientes para los novios, que al propio tiempo pusieron casa en Bayona.

La instalación en el castillo fué también objeto de controversia entre Barincq y su esposa; Barincq, consecuente en sus propósitos de restituir á Sixto lo que á Sixto pertenecía, obstinábase en dejar á Sixto y á Anie las habitaciones principales, es decir, las que había ocupado Gastón y las que ocupaban ahora los padres de la joven; pero la señora de Barincq no aceptó en manera alguna ese arreglo, que consideraba como un desarreglo.

– Pero qué, preguntó indignada, ¿no somos nadie en nuestra casa?

– Ya verás... ¡á nuestra edad!

En este particular Anie se puso resueltamente del lado de su madre, y el señor Barincq hubo de ceder; se convino, pues, en que se arreglaría para los recién casados el piso segundo, al cual Barincq quería trasladarse. Pero ya que no pudo darles la habitación que había pensado, hizo hincapié en lo que respectaba al mobiliario, y escogió, para colocarlo en la casa de sus hijos, todo lo que en el castillo encontró que tuviera un valor como obra de arte ó interés como recuerdo. En el despacho de Sixto el retrato y el escritorio de Gastón; en el tocador de Anie una soberbia alfombra turca; dióle además una librería magnífica de dos cuerpos y cuatro anaqueles de nogal tallado del tiempo de Enrique II; en esa librería había colocado Barincq buena colección de libros escogidos con las más primorosas encuadernaciones; por último, á la alcoba nupcial hizo que llevasen hermosas colgaduras bordadas en plata y en oro, un grandioso lecho con baldaquín del siglo XVII con adornos, cortinajes y pañón de terciopelo labrado por insigne fabricante de Génova.

Como Anie, lo mismo que Sixto, se opusiesen á que Barincq desmantelase de aquella manera todo el castillo para adornar regiamente las habitaciones que se les habían destinado, despojando las demás piezas de cuanto durante una larga serie de años había sido acumulado allí por herencias de familia, el padre de Anie hubo de confesarles el fin que se proponía al realizar aquel trabajo.

– Quiero, les dijo sonriendo cariñosamente, construir para vosotros un nido que sea, en vuestra memoria, á modo de un relicario digno de Anie y de Sixto, de vuestra juventud, de vuestra ternura. Como los deberes profesionales de Sixto y sobre todo las exigencias del general no han de permitiros que llevéis á cabo un viaje de novios – lo cual, si he de hablaros con franqueza, no me aflige, porque los tales viajes de novios, so capa de buscar aislamiento y de huir de testigos importunos, no son en realidad otra cosa que la manera torpe y molesta de asociar á recuerdos dulsísimos otros que parecen profanarlos y que nos privan, si algún día deseamos hacerlo, de encerrarnos en la memoria de días tan felices, – entiendo que el día de vuestra boda debemos pasarlo todo aquí y que en estas habitaciones vuestras debe terminar; para eso justamente las estoy preparando. De sobra sé que en tal día los padres importunan, y por esta razón tengo determinado que mi mujer y yo nos iremos á Biarritz, adonde iréis á buscarnos al día siguiente ó al otro ó cuando os acomode hacerlo. De este modo tendréis la más absoluta libertad en esta habitación que ha sido la de vuestros abuelos: la cadena no habrá tenido solución de continuidad, y andando el tiempo vuestros hijos harán lo que hacéis vosotros, pues el castillo no ha de salir de la familia.

En el transcurso de aquellas seis semanas Sixto fué diariamente al castillo, recorriendo á caballo los treinta kilómetros que hay entre Bayona y Ourteau; las combinaciones de trenes no le permitían utilizar el ferrocarril. A las cuatro menos cinco minutos el asistente del capitán tenía para éste dispuesto un caballo; á las cuatro en punto se ponía en marcha Sixto, y á las seis y cuarto ó seis y veinte minutos llegaba el enamorado á la verja del castillo, donde encontraba siempre á Anie esperándole. El portero tomaba el caballo para conducirlo á la cuadra, donde debía descansar hasta el día siguiente, pues para el regreso á Bayona montaba el oficial otra cabalgadura; y entonces, por el hermoso paseo que sigue la orilla del Gave, los dos novios, charlando, mirándose uno á otro, se dirigían lentamente al castillo.

El paisaje era maravilloso; pero no eran de esas maravillas de lo que los jóvenes hablaban; charlaban á media voz de ellos, nada más que de ellos, de su felicidad presente, de sus bienandanzas futuras. Si alguna vez Sixto se refería al hermoso paisaje que ante su vista se presentaba, era para elogiar el talento de Anie que lo había representado en cuadros admirables. Anie objetaba que Sixto era juez demasiado parcial; pero sobre este particular no había nunca avenencia. Sixto admiraba realmente á Anie, que efectivamente había desarrollado en aquellos meses sus aficiones y que á los ojos del capitán era una artista consumada; nada le parecía más original ni más personal que aquellos cuadros de su novia.

La primera vez que la señora de Barincq oyó hablar de las visitas diarias ofrecidas por el capitán, habíase mostrado muy incrédula; decía que treinta kilómetros de ida y otros treinta de vuelta eran sesenta kilómetros, y que no tardarían en parecerle demasiados; pero cuando se convenció de que ni los sesenta kilómetros, ni el calor, ni la lluvia habían sido parte á que se alterara en lo más mínimo la regularidad de las visitas de Sixto, comenzó á mirar al capitán con mejores ojos y hasta á sospechar que podría haber en él alguna buena condición que ella no había visto; por eso cuando hablaba con Anie de su novio solía respetarle su frase predilecta, la frase que en concepto de la señora de Barincq lo resumía y compendiaba todo: «Decididamente es un joven muy correcto.»

Y para que fuese más correcto aún tenía la señora de Barincq muy buen cuidado de que Manuela no descuidase la pieza que estaba á la disposición de éste, y en la cual, al llegar, se arreglaba un poco y para marchar volvía á ponerse el empolvado uniforme.

Pero esto que parecía correcto en Ourteau, parecía en Bayona, entre los militares, algo exagerado.

– ¿Puede concebirse mayor dislate? ¡Exponerse á reventar dos hermosísimos caballos por una tontuela! ¡Valientes ejercicios se propina el hombre!

Para los compañeros de Sixto aquellos viajes de ida y vuelta eran un exceso; para las mujeres y las hijas de los compañeros eran una verdadera ridiculez.

– ¿No sabe usted que el capitán Sixto se echa al cuerpo sesenta kilómetros á caballo todos los días para ver á su novia y volver á Bayona por la noche?

– ¿Y el general permite eso?

– ¡El pobre general tiene tanta necesidad de Sixto!..

– La verdad es que... ¡En fin! Estas muchachas ricas son tan exigentes. Me parece que si la novia del capitán tuviese un poquito de tacto comprendería que cuando se compra, pagándolo bien, un marido, no es necesario ni conveniente pregonar que se puede obligarle á que haga cuanto se antoje á la novia.

– ¿Irá usted á la boda?

– Quizá; para verlo nada más..., porque promete ser muy divertido el espectáculo.

Mientras llegaba el día de asistir á la boda, nadie dejaba de instalarse un poco antes de las cuatro en el camino de Saint-Palais, so pretexto de dar un buen paseo desde la puerta de Mourserolle hasta San Pedro de Irube, pero en realidad con el fin único de ver pasar á Sixto, el cual apenas si respondía á los que le saludaban, preocupado como iba en equilibrar su paso sobre la cabalgadura y en animarla simultáneamente con la mano y con las piernas para que fuese menos fatigosa su marcha.

– ¡Imbécil!

Las madres que habían recibido educación sólida no dejaban de utilizar la moraleja que se desprendía de aquello, es á saber: que en este mundo pícaro el dinero todo lo puede.

El día de la boda llegó al fin, y contra lo que había pronosticado la señora de Barincq, la cual no cesaba de repetir á todas horas que su fatal estrella les jugaría cualquier mala pasada, todo estuvo dispuesto: los trajes de la novia y los de la madre, la instalación de la casa de Bayona, las habitaciones destinadas á los novios en Ourteau, la tienda espaciosa, el soberbio *lunch*, hasta el tiempo que, según los augurios de la señora de Barincq no podía ser sino execrable, era hermosísimo.

Habíase conseguido que los convidados tuviesen carruajes á su disposición. En Puyoo había landós para recoger á los que viniesen por las líneas de Dax y de Orther al apearse del tren; en Bayona faetones de gran capacidad guiados por cocheros y postillón, cuyas libreas ostentaban anchos galones plateados, y cuyos sombreros, adornados con vistosas cintas, parecían simbolizar la alegría de la fiesta.

La ceremonia estaba señalada para las once y media; cinco minutos antes de la hora señalada entró en el salón el general, que era uno de los testigos de Sixto; vestía de uniforme de gala y se presentó acompañado por su mujer y por sus cinco hijas; Anie salió inmediatamente á su encuentro

– Reciba usted, dijo cariñosamente el anciano contemplando á Anie bajo el velo de desposada que cubría de arriba abajo su magnífico vestido de raso, reciba usted mi felicitación, señorita; es usted la primera novia de cuantas he visto que se halle dispuesta á la hora fijada.

– Es que sin duda, respondió Anie sonriendo, tengo vocación militar.

(Continuará)



El portero tomaba el caballo para conducirlo á la cuadra; y entonces los dos novios, charlando, mirándose uno á otro, se dirigían al castillo

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS IGORROTES

Generalmente se designa con este nombre á los habitantes del interior de Luzón, que viven en los montes de la gran cordillera del Caraballo y en sus ramificaciones y vertientes, en las provincias de Pangasinán, Unión, ambos Ilocos, Abra, Nueva Vizcaya, Cagayán y distritos de Bontoc, Benguet y Lepanto.



El igorrote Tayabán, de la ranchería de Bucquiaván (Islas Filipinas)
(De fotografía remitida por D. Luis Roig de Lluis)

Blumartritt *(Las razas indígenas de Filipinas, Revista de geografía comercial,* t. III, 1890) hace observar que con el nombre de *igolot* designaban los primeros cronistas á los infieles que habitaban las cercanías del monte de Santo Tomás. Más tarde se extendió esa denominación á todos los infieles de carácter sanguinario de la cordillera central y septentrional de Luzón. En la época moderna se aplica erróneamente este nombre como denominación genérica ó colectiva de todos los infieles paganos y salvajes, ocasionándose así gran confusión en la nomenclatura etnográfica del país. Así se habla de igorrotes de Mindanao, igorrotes de Buhi, etc.

Aun los extranjeros empiezan á adoptar esa mala costumbre de la prensa y literatura peninsular y filipina.

Según las indicaciones del doctor Hans Meyer, pertenece el nombre etnográfico *igorrote* solamente á los valientes infieles que pueblan Benguet y Lepanto.

Son de la raza malaya. Hablan un idioma que se divide en cuatro dialectos. El dialecto inibaloi, que se habla en las rancherías de la cuenca del río Agno (Benguet); el cancanai, que se habla en la parte Noroeste de Benguet; el llamado catasán, en las rancherías de Lepanto, situadas en las llanuras y tierra baja del río de Abra, y el último dialecto (suflín), que hablan los igorrotes del monte Datá y sus cercanías.

Son hombres fornidos, corpulentos y bien configurados. El color de su piel es moreno verdusco y cobrizo. Tienen el cabello lacio, grueso y de un negro brillante; los ojos grandes, rasgados; los pómulos de la cara muy prominentes. Visten una clase de calzoncillo llamado *baaé,* de corteza de árbol. Suelen también llevar una manta sobre los hombros, atada por dos puntas en el pecho, la cual no abandonan hasta que se rompe.

Las mujeres usan una especie de almilla abierta por el pecho, y de la cintura hasta las rodillas van cubiertas por la corteza de un árbol ó por alguna tela ordinaria. Hombres y mujeres llevan pendientes de metal, y algunos usan brazaletes y ajorcas de monedas de cobre en los brazos y piernas.

Se pintan el pecho y los brazos con el tizón de un árbol nombrado *saleng,* cuyo color es indeleble; la figura que generalmente copian es la del sol.

Viven en rancherías, fabricándose casas de bambú. La forma de éstas es piramidal; carecen de ventanas, y sus dindines ó tabiques, de caña ó madera, aparecen ennegrecidos por el humo de las teas resinosas con que se alumbran. Su arma más usual es el talibong, hoja con dos filos, punta roma y mango de asta de búfalo, y asimismo el arco y la lanza. Comen la raíz del létaro y carnes de jabalíes y venados. Algunos son antropófagos.

Los igorrotes sometidos al gobierno español son más dóciles y trabajadores, viven con relativa comodidad y se alimentan mejor. Cultivan tabaco y ejercen diversas industrias, como la fabricación de telas y cuerdas con las cortezas filamentosas de algunos árboles, la de cestos y tampipis con cañas y bejucos, la de ollas y *cuacos* (pipas) con barro y la de cuchillos y puntas de lanzas con hierro. También funden el oro que recogen entre las arenas de sus ríos.

Estos salvajes no entierran al que entre ellos fallece hasta ver consumida en orgías toda su hacienda, ocurriendo á veces que tan bárbaros festines han durado un mes, sin que turbasen su gozo las emanaciones infectas del descompuesto cadáver. En sus lutos usan el color blanco, como los chinos (Montero Vidal, *El Archipiélago Filipino).* D. Manuel Scheidnagel *(Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid,* tomo XII), refiriéndose á los igorrotes que pueblan los distritos de Benguet y Lepanto y las comarcas limítrofes, afirma que no pueden suponerse una familia aparte de la del indio filipino, porque así lo revelan, en primer término, sus condiciones físicas y otras de carácter y lugar que hacen comprender inmediatamente que son tan sólo naturales en estado casi salvaje, y dice casi en atención á que no puede calificarse como tal el hombre que se diferencia simplemente del que titulamos civilizado por haber ó no recibido las aguas del bautismo cristiano.

Estos igorrotes viven, en general, sometidos á la autoridad que representa en aquellas localidades el gobierno de España, acatan las órdenes emanadas de la misma, aprecian en mucho sus derechos, cumpliendo ordinariamente los deberes que hasta hoy les han sido impuestos.

El delito común no impera en sus pueblos y rancherías, oyéndose rara vez hablar de asesinatos ó robos de consideración; el estado social en que viven no es en modo alguno depravante, porque respetan los principios morales de la familia como padres, esposos, hermanos; la herencia de bienes y la propiedad adquirida con el trabajo; prestan su concurso personal á los trabajos comunales, así como los auxilios que les exigen para distintos servicios, retribuídos con arreglo á los aranceles; eligen por sí sus mandatarios municipales con la autoridad de la provincia; aceptan el establecimiento de escuelas; satisfacen á la Hacienda pública su tributo, aunque muy exiguo; comercian con los pueblos cristianos; trabajan en los campos para adquirir su sustento; carecen de instintos guerreros ó sanguinarios, circunstancia tan común en el modo de ser de los habitantes salvajes; profesan singular afición á que sus cuestiones ó pleitos sean dirimidos ó substanciados por la ley, nunca por la fuerza, y no se hallan, por último, ni aun desprovistos del pudor en la apariencia pública y aun en gran parte de sus actos íntimos.

Sus viviendas no son, cual se ha supuesto muchas veces, simples chozas ó cuevas de refugio y abrigo; al contrario, aunque por lo común son muy sucias y más que sucias negras (debido á que no dan escape vertical á los humos), la construcción es más sólida, capaz y de mayor resistencia y duración que las del indio. Utilizan siempre al efecto buenas maderas, perfectamente curadas y labradas; forman la trabazón con clavos en los enlaces; todos los materiales que eligen para la edificación son gruesos y fuertes, asentándolos muchas veces sobre piedra, y cercando con frecuencia los solares y campos ó sementeras con muros de la misma especie.

Tal es el pueblo á que pertenece el individuo cuyos retratos publicamos, copias de fotografías tomadas por el distinguido teniente de Estado Mayor afecto á la capitanía general de Filipinas, D. Luis Roig de Lluis, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que para nosotros ha tenido enviándonos aquéllas para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El igorrote Tayabán es natural de la ranchería de Bucquiaván (comandancia político-militar de Bontoc) y constituye un ejemplar notable de su raza por ser contadísimos los igorrotes que tengan barba y bigote.

En la actualidad extingue condena en la cárcel pública de Vigan: el delito (si es que cabe calificar de delito el hecho por él cometido) por que fué condenado á seis años de prisión es el siguiente: dos indios le robaron un carabao y asesinaron á un hijo suyo que quiso impedir el robo. Tayabán para vengar la muerte de éste fué en busca de los asesinos, matólos y cortándoles las cabezas púsolas en un cesto de bejuco, cargado con el cual se presentó al gobernador, y mostrándole aquellos restos ensangrentados díjole que podían hacer de él lo que quisieran, pues estaba satisfecho por haber vengado á su hijo.

Aun desconociendo, como desconocemos, los detalles del suceso, nos parece que si Tayabán hubiese comparecido ante un jurado de padres, á estas horas podría llorar en libertad sobre la tumba de su hijo inicuamente asesinado. – X.

* *
*

LA DISTANCIA DE LAS PLÉYADES

Miss A. Clerke es una astrónoma distinguida que ha tratado diversos asuntos con habilidad consumada. Recientemente ha hecho un trabajo sobre la distancia de las Pléyades, del cual entresacamos las siguientes ideas principales.

En 1839 Bessel midió las distancias relativas de las Pléyades y su posición exacta en la bóveda celeste. Este trabajo fué continuado en 1884 y 1885 por el doctor Elkin. A través de la distancia de cuarenta y cinco años que separa esas dos operaciones, ha sido



El igorrote Tayabán, de la ranchería de Bucquiaván (Islas Filipinas)
(De fotografía remitida por D. Luis Roig de Lluis)

posible comprobar que las principales estrellas del grupo verifican un movimiento marcado hacia el Sureste y que es probable que las nebulosidades que en medio de ellas se ven participan del mismo.

Asimismo se ha comprobado que un pequeño grupo de estrellas de octava y novena magnitud que se ve al propio tiempo que las Pléyades en los telescopios permanece inmóvil mientras las del primer grupo se deslizan por delante de ellas, de suerte que esas pequeñas estrellas están situadas en las profundidades del cielo, mucho más lejos que las Pléyades, y permitirán que éstas proporcionen medidas exactas de su cambio de lugar.

Por de pronto, lo más probable es que el movimiento de la estrella principal de las Pléyades, la conocida con el nombre de *Alción*, con las estrellas vecinas del grupo que la siguen, no es más que aparente y no puede ser debido probablemente á otra cosa que á la traslación de nuestro sistema solar en el espacio, ni ser sino la proyección de nuestro movimiento sobre la bóveda celeste.

Siendo esto así y admitiendo, como se ha propuesto, una velocidad de 25 kilómetros por segundo para nuestro sol, debe deducirse que el paralaje de Alción es de 0",013, es decir, que se necesitan doscientos cincuenta años para que su luz llegue hasta nosotros recorriendo 300.000 kilómetros por segundo.

Este resultado tiene una importancia enorme, porque en primer lugar nos da una idea de la distancia de ciertas nebulosas, las que acompañan á las Pléyades, cuando ninguna nebulosa ha podido prestarse á tal medición porque nunca ha podido comprobarse un cambio de lugar en ninguna de ellas.

Además, según todas las probabilidades, las Pléyades están unidas á la Vía Láctea, de la cual forman parte, y por tanto sería aquélla una evaluación aproximada de la distancia á que pueden encontrarse las demás porciones de esta curiosa zona celeste.

Finalmente, de las observaciones de miss Clerke se desprende que las nebulosas que componen el hermoso grupo de las Pléyades están incomparablemente más cerca de nosotros que las demás.

DESECACIÓN DEL PANTANO DE KANKAKEE DE LOS ESTADOS UNIDOS

El pantano de Kankakee ocupa una superficie de 160.000 hectáreas, está situado en el Estado de Indiana, al Sureste de Chicago, y por él pasa una porción de líneas férreas. El punto más elevado del pantano se encuentra en las cercanías de South Bend, junto á la cual están las fuentes del río Kankakee, que atraviesa ese pantano en toda su longitud, 128 kilómetros. El río Kankakee desemboca, al Suroeste de Chicago, en el río Desplaines, que á su vez desemboca en el lago Míchigan. Entre South Bend y Memence, los dos puntos extremos del pantano, el Kankakee presenta por lo menos 2.000 curvas, y la longitud total entre estos dos puntos, siguiendo el thalweg del Kankakee, es de 386 kilómetros.

Para desecar ese pantano se proyecta construir un canal que recogerá las aguas de los pequeños ríos tributarios del Kankakee y que tendrá la anchura de 8'230 metros en el fondo y la profundidad de 1'830.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESPAÑA MODERNA – Muy notable es el número de esta revista correspondiente al mes actual, que acabamos de recibir. Contiene, entre otros, importantísimos trabajos firmados por Claretie, Sardou, Pontmartin, Lubbock, Lombroso, Posada, Asensio, Caro, Fernández Duro, Sturmalof, Villegas y Castelar, quien en un largo artículo se ocupa del estado actual de la política española, explicando la evolución del posibilismo.

La España Moderna envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

***

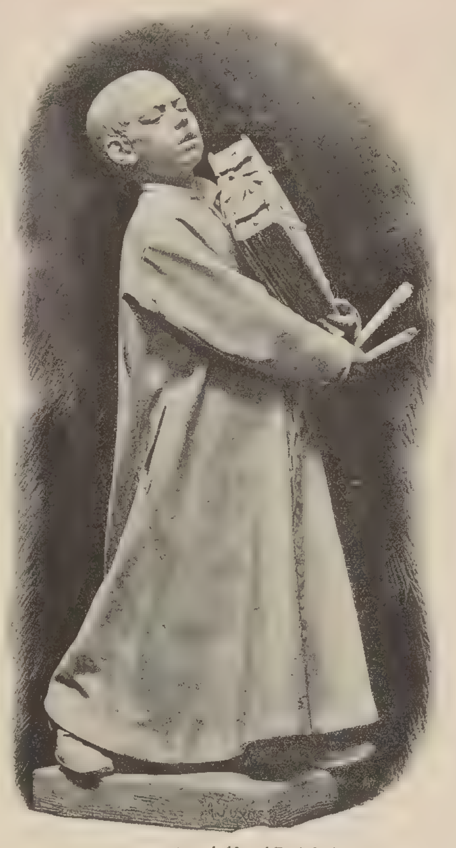
LA CRIMINOLOGÍA, *por R. Garofalo.* – Lombroso en el estudio sobre «Las nuevas teorías del Derecho Penal,» dice que *La Criminología*, de Garofalo, es la obra más importante y más completa dada á luz por los partidarios de la nueva escuela, la indispensable á los abogados y magistrados y la única que reconstituye el Derecho penal por el método experimental. Efectivamente, los capítulos dedicados al estudio del delito natural, el delito según los juristas, la anomalía del criminal, la influencia de la educación sobre los instintos criminales, las influencias económicas, la ley de adaptación, la crítica del sistema penal, las leyes protectoras del delito y otros, son de primer orden, y tanto si se les estudia en el aspecto jurídico, como en el aspecto médico, constituyen un cuerpo de doctrina de verdadera influencia en los tribunales. La obra, que ha sido editada por *La España Moderna*, está además muy bien traducida por D. Pedro Dorado Montero, catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca, é impresa con todo lujo, y forma un hermoso volumen en folio que se vende á 10 pesetas en las principales librerías.

***

PRO PATRIA. – El segundo número de esta importante revista contiene notables trabajos de Emilio Vilanova, Serrano Fatigatti, Balaguer, Leonce Cazaubon, Marco, Feliu y Codina, P. A. Torres, Campoamor, Dicenta, Sánchez Pérez, M. del Palacio, Vital Aza, Núñez de Arce, Llorente, Zahonero, Pedrell, A. García Llansó, Güell y Mercader, un interesante *Memorándum* y el número 2 del *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer.* Suscríbese á esta revista en la Redacción y Administración (Aribau, 30, Barcelona).

***

A NOSSA INDEPENDENCIA E O IBERISMO, *por Accacio Rosa.* – El pensamiento que informa esta obra es demostrar por medio de la historia desde las más remotas edades que la nacionalidad portuguesa por su formación, por su sucesivo desenvolvimiento al través de las vicisitudes de la civilización en que hubo de intervenir y por su estado presente es una nacionalidad perfecta y en estado de no poder desaparecer ó fundirse con otra nacionalidad, y dentro de este orden de ideas combatir el llamado iberismo. En la demostración de sus tesis da muestras el Sr. Accacio Rosa de grandísimos conocimientos históricos y sociológicos que le colocan, á pesar de sus pocos años, á envidiable altura como pensador y publicista. Lleva el libro un notable prólogo del eminente político y escritor lusitano Serpa Pimentel é interesantes cartas del conde de Casal Ribeiro, Azcárate, Oliveira Martins, Labra, Alves Mendes, F. de Antón y Tomás Ribeiro sobre el iberismo: ha sido impreso en Lisboa (tipografía de Silva, rua do Telhal, 8 á 12) y se vende á 600 reis.



EL MONAGUILLO, estatua de Manuel Fuxá (Salón Parés)

***

POESÍAS Y FÁBULAS, *por Ramón de Campoamor.* – El solo nombre de este poeta es la mejor garantía de la bondad de los dos tomos de poesías y fábulas que ha publicado la *Biblioteca Selecta*, que edita en Valencia D. Pascual Aguilar. Cuanto dijéramos en alabanza de las inspiradas composiciones que aquéllos contienen sería una redundancia tratándose del autor de los *Pequeños Poemas.* Los dos tomos se venden al precio de 50 céntimos de peseta cada uno en las principales librerías.

***

NOVÍSIMA LEGISLACIÓN DEL IMPUESTO DE DERECHOS REALES Y TRANSMISIÓN DE BIENES, *por D. José M.ª Ros Biosca.* Contiene este libro todas las disposiciones vigentes desde 1.° de octubre de 1892 debidamente concordadas y anotadas, una introducción con las condiciones económicas, precedentes y resumen histórico del impuesto, una recapitulación de plazos que importa conocer al contribuyente, las funciones de los centros oficiales, formularios de los principales expedientes á que da lugar el Reglamento y un apéndice con el Real Decreto de 4 de abril de 1893 y la Real Orden de 14 de los mismos mes y año reglamentando el impuesto de 0'10 por 100 sobre transmisiones de efectos públicos. Por lo dicho se comprende la importancia de esta compilación cuidadosamente hecha por el Sr. Ros Biosca, doctor en Administración, del cuerpo de abogados del Estado por oposición y del Ilustre Colegio de Valencia. La obra ha sido editada por D. Pascual Aguilar y se vende en las principales librerías á 2'50 pesetas.

***

EL CÓDIGO INDUSTRIAL, *por Pedro Estasén.* – Sobre este importante tema, sobre el espíritu que ha de presidir en este ramo de la legislación de nuestro país y bases sobre que debiera descansar, versó el discurso de recepción recientemente pronunciado en la Academia de Derecho de esta ciudad por el distinguido abogado, escritor y publicista Sr. Estasén. Dedicado desde sus juveniles años á estos asuntos, que como pocos conoce á fondo, trata el Sr. Estasén en su discurso esa materia de una manera magistral, señalando los vicios de que nuestra legislación en punto á industria adolece, y propone reformas y remedios que de ser aplicados, de fijo darían nueva vida á esa importantísima rama de nuestra producción nacional. Avaloran el discurso un estilo elegante y una gran claridad de concepto y de exposición.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 17 de julio de 1893 — Núm. 603

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



NOBLEZA, escultura de Eusebio Arnau

(Salón Parés)



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

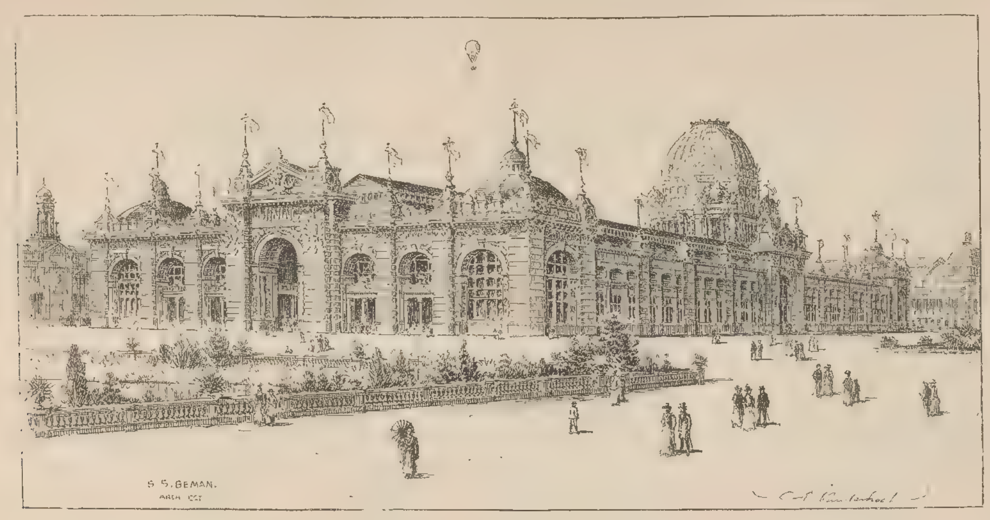
Aficiones de París á las literaturas extranjeras. – Libros varios acerca de diversos pueblos. – Traducciones y comentarios de estas traducciones. – La *Dorotea*, de Lope. – Un libro de Rabbé sobre las mujeres predilectas de Byron. – La condesa Guiccioli como historiadora de su amante. – La primer novia de Byron. – Lady Lamb. – Casamiento de Byron. – Reflexiones. – Conclusión.

No podría hoy argüirse á la gente literaria francesa de menosprecio por las literaturas ajenas. A diario se publican testimonios de una consideración rayana en culto. Las traducciones menudean y nuestros grandes literatos no se quedan á la zaga. Emilia Pardo Bazán, Gaspar Núñez de Arce, José Echegaray, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Manuel Tamayo, Armando Palacio Valdés y otros muchos no me dejarán por embustero en esta incontestable aserción mía. Durante los últimos meses un erudito acaba de publicar la *Dorotea*, el drama-novela de Lope, tan gustado por nosotros, drama cuyos retruécanos de dicción y cuyas alusiones á las letras y ciencias de aquella edad parecían hacer de él un libro únicamente gustoso á nuestro paladar español. No cabe duda: la literatura y la lengua hispanas van saliendo de aquella sistemática elipsis en que las tuvieron los primeros escritores franceses á principios del siglo corriente. No se comprendería hoy un libro semejante al clásico de Chateaubriand que, dedicado á mostrar la supremacía de las artes y letras cristianas sobre las artes y letras antiguas, ignorase por completo autor como quien escribió el *Mágico Prodigioso*, y no mentase para corroborar sus tesis obras tan excelsas como las obras españolas. Mas ahora, los ojos del espíritu francés van convirtiéndose hacia nosotros y el pensamiento suyo concentrándose con verdadera reflexión en el pensamiento nuestro. Bien es verdad que igual ó mayor atención prestan los franceses á todas las literaturas extrañas. Comprendólo muy bien, tratándose de las letras rusas, por la estrecha y cordial alianza establecida entre Rusia y Francia con anudadísimos lazos, á causa de la comunidad en sus intereses frente á Germania. Mas es incomprensible para mí, si no lo explico por devoción al mérito de las literaturas extranjeras, el empeño con que traducen y comentan hoy obras de pueblos tan ajenos á sus intereses como los pueblos escandinavos. Así conozco tres volúmenes compactos sobre los dramas de Ibsen. ¿Qué más? Después de Alemania y Rusia no hay pueblos tan reñidos como Francia é Inglaterra. En Egipto, en Túnez, en Marruecos, en Terranova, en Cochinchina, en Madagascar se cogen á manos llenas los conflictos anglo-franceses y no pasa día sin que las revistas isleñas publiquen cálculos sobre un espantoso choque de las dos naciones rivales. Y sin embargo, Francia sigue prestando preferente atención á las letras inglesas. Un escritor tan competente como Rabbé me ha rejuvenecido, poniéndome á la vista, en volumen recentísimo, lecturas de mis mocedades tan amadas como las historias y tradiciones respecto de los amores del gran Byron, á quien todos admiramos, de mozos, con verdadera y constante admiración. Así he devorado aquellas páginas consagradas á un argumento de suyo dramático, en que los golpes de su corazón desordenado, pero amantísimo, forjan y cincelan hermosas figuras, las cuales parecen idealizadas y mentidas. Con decir cómo yo me tragué un día los dos volúmenes publicados por la condesa Guiccioli respecto de Byron, ambos pesadísimos y abrumadores, paréceme inútil decir el deleite con que habré recogido las amenas páginas de Rabbé sobre las mujeres preferidas por el poeta que ha llenado con su gloria la mitad primera del siglo.

Entre estas mujeres inmortales contaba Quinet á la mencionada condesa de Guiccioli por una de las más bellas formas que ha podido revestir la inspiración sobre nuestra tierra. Y así aquella mujer, que había encontrado al poeta en la mitad de su camino, cuando la desesperación le hervía más rugiente en el pecho, cuando la fe se le apagaba casi con la vida, y le sonriera como sonríe la luna entre los nubarrones de la tempestad, y le calmara con sus lágrimas como la lluvia el hirviente Océano, y le sugiriera versos serenos cuya dulzura entró en la miel más sobrosa que guarda el universo espiritual de las artes, y le moviera con empeño á acciones inmortales como la lucha por la emancipación de los griegos, cuyo recuerdo queda entre los heroísmos y los sacrificios mayores de la historia, aquella mujer es una de esas sublimes musas que pasan cantando, como una bandada de blancas aves místicas, sobre los horrores y las tristezas del mundo. Yo creí siempre que la condesa de Guiccioli, después de haber sonreído á Byron en Venecia, después de haberle llevado á Ravena, después de haber paseado con él melancólicamente á las orillas del Arno, bajo los pinos verdinegros de Pisa, había muerto al día siguiente de la muerte del poeta sobre la tierra de Grecia. ¿Qué podía hacer ya en el mundo? ¿A qué vivir, cuando jamás volvería á ver en la tierra el ruiseñor misterioso que á su lado cantara y transmitiera estos cantos, no al aire vago, cuyos giros los repiten y los disipan en la brevedad de un instante, sino á la gloria, dispensadora de la inmortalidad? No podía yo pensar que la muerte hubiera arrastrado á Byron y perdonado á la condesa. Creí que sus almas se hallaban confundidas hasta el punto de vivir ambas de una misma vida y en un mismo cielo, como esos astros de una constelación que jamás se ven separados y que desde el principio de los tiempos se contemplan mutuamente en la inmensidad del espacio con amorosa mirada. Eloísa no hubiera pasado á la posteridad, no, de haber tenido otro pensamiento que el pensamiento de Abelardo. Para vivir en todos los tiempos ha necesitado morir en el charco de sus lágrimas, sobre las piedras frías del claustro, viuda inmortal del filósofo. Su corazón vive tanto como la ciencia de su amante, porque el corazón de Eloísa encerró lo infinito por al amor, como encerró lo infinito el pensamiento de Abelardo por la inspiración y el raciocinio. La violencia y el odio los separaron; pero ahora sus huesos duermen juntos, confundidos dentro de su sepulcro, en el calor eterno de la llama que los animó durante la vida. ¿Pero qué ha hecho la condesa de Guiccioli? Ha vivido. Y no sólo ha vivido, sino que se ha casado con un marqués rico y senador de Francia, con el marqués de Boissy. Y no sólo se ha casado, sino que viuda de éste ha escrito un libro sobre Byron en dos gruesos volúmenes, inspirados por óptima intención, pero enojosos como toda difusa apología. He recorrido las mil doscientas páginas de sus dos volúmenes, sin encontrar ni una nueva noticia, ni un rayo de inspiración. El cielo no ha querido concedérsela á esta marquesa rica, senadora, patricia, que cubre con flores de luciente seda el esqueleto de su amante. La condesa faltó á su primer marido por Byron. Esta falta sólo podía tener una excusa: la eternidad de su amor. ¿Cómo ha llevado la condesa Guiccioli su luto eterno? Llamándose la marquesa de Boissy; y muerto este cuitado, escribiendo un libro voluminoso, inacabable, sobre Byron, libro que es un apologético enfadoso, cuando debiera ser la poesía lírica escapándose de un alma enamorada. Yo estoy seguro que otro libro escribiera si en su viudez moral se encierra, si arrastra el luto hasta que Dios la hubiera llamado, si va á buscar para tejer una corona al poeta las bien olientes violetas del cementerio de Pisa, en vez de buscar las flores de trapo de los salones parisienses, que sólo huelen á perfumería.

Byron fué desgraciadísimo en su primer amor; y de tan capital desgracia, como de una raíz venenosa, provienen todas cuantas han amargado su vida. El amor, sólo el amor pudo haber creado para Byron un mundo de felicidad y esperanza. Pero el amor más intenso de su vida, el primer amor verdaderamente grave de su corazón no encontró la correspondencia que acaso fuera su eterna felicidad. ¡Amar y no ser amado! ¿Concebís mayor tormento? El corazón solitario sólo engendra serpientes como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida, ni se interesa por vuestra suerte. Los más bellos pensamientos caen por su propio peso en el abismo del alma, pues no tenéis á quien comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podéis salir de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponéis al primer peligro, la jugáis á la primera carta. Como la muerte ha de herir un corazón solitario, la esperáis indiferente. No tenéis con quien compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoísmo se encoge y seca á la manera de esas frutas caídas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazón varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho no están por la sonrisa de una mujer querida, templadas, toman algo de salvaje, como los campos abandonados de cultivo. Después de la tempestad no hay calma; después de la noche no hay aurora; después de la duda no hay fe; después del dolor no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros. Miss Chaworth, abandonando á Byron, acaso le cortó las alas con las cuales se hubiera remontado al cielo, y lo dejó entregado á sus propias pasiones y á la soledad de su pensamiento, entre los torbellinos del mundo. Antes de partirse quiso verla el poeta. En efecto, tuvo valor para arrostrar la mirada de aquella mujer, feliz en otros brazos que no eran los brazos de su primer amante. Pisándose el corazón y las entrañas, penetró en aquella estancia que había creído destinada de suyo á ser templo de su felicidad. La rubia cabeza se inclinó para saludarle. Las miradas de los dos amantes, separados para siempre, se encontraron en aquel supremo adiós. Byron le dijo que su único deseo era la felicidad de su amiga y que se iba contento viéndola feliz; que sentía un gran dolor, pero que ante todo y sobre todo sentía una amistad infinita por ella, hasta el punto de ser capaz de amar á su esposo porque amaba con pasión á la predilecta de su alma, primer aurora del amor en su recuerdo. Cuando veía al hijo de aquella su primera novia, el cual apenas contaba entonces dos años; cuando descubría en su fisonomía rasgos de la fisonomía del padre, su corazón se partía de celos en mil pedazos; pero cuando lo observaba más y veía los ojos de su madre, lo estrechaba contra su corazón y lo besaba hasta sofocarlo.

Hay dos mujeres que han dejado en el ama de Byron inextinguible huella. Hay dos pasiones que han sido la clave de su destino; pasión adúltera la una, pasión legítima la otra; desgraciadas ambas, causas generadoras de todos sus infortunios. Carolina Lamb es la primera que emponzoñó sus días. Hija de una de las principales familias inglesas, educada para las letras, de nervioso temperamento, de imaginación exaltadísima, su amor á las lecturas romancescas, su entusiasmo por la poesía exacerbaron casi todas sus pasiones, prestándole invencible inclinación por las aventuras. Fluye corriente ponzoñosa siempre del error que consiste en no trazar la línea divisoria entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. Aquella joven era, pues, una heroína de novela. El marido suyo no parecía idóneo á contrastar estas exaltaciones de una fantasía lanzada como continuo cohete incendiario en medio de las realidades prosaicas de la vida. Pero aquel matrimonio fué algún tiempo feliz. Ora proviniese su felicidad de mutuo amor, ora de que ninguna ocasión había encendido la fantasía de Carolina, lo cierto es que sus días se deslizaban tranquilamente en la paz doméstica. La joven leía sus escritos á una sociedad reunida en espaciosa biblioteca, y aquellas ocupaciones llenaban su vida, y aquellos aplausos satisfacían su ambición. Ningún matrimonio más feliz en Londres que este matrimonio. Pero cierta noche se encontraron Byron y Carolina en casa de Lady Jersey. La joven se sintió herida súbitamente por aquella mirada de poeta. Ella, que tantas veces pintara el amor, no lo había sentido hasta aquel momento de perdición. Las fantasías de sus novelas se cristalizaron en una pasión que vino á ser toda su alma, toda su existencia. El magnetismo poderoso que poseía como un talismán aquel genio extraordinario, la atrajo invenciblemente. Las fuertes alas de Carolina quedaron pegadas al corazón de Byron. Ya desde aquel momento no hubo para ella ni arte ni poesía; mundo, cielo, idea, vida, fueron para el amor. No la había seducido; la había fascinado. Sin respirar, sin pensar, dirigíase hacía aquella pasión, en cuyos círculos caliginosos iba á dejar la felicidad, la honra y la existencia. El mundo le ofrecía toda suerte de atractivos, la riqueza sus tesoros de placer, la sociedad su respeto, las letras su miel y no su acíbar, el matrimonio su santa serenidad, tres hermosos hijos ese amor que debe rebosar en el corazón de una madre; y todo lo olvidó por su loca pasión. Nada vió, de nada se acordó; ninguna batalla sostuvo con su propia conciencia, á ningún remordimiento plegó su voluntad; la honra y hasta el pudor huyeron arrancados por aquel rayo que se desprendió rápidamente de un cielo sereno. Carolina creyó en aquella noche que desde toda una eternidad había sido predestinada para Byron, y que lanzarse en sus brazos era tan natural á su ser como á los cuerpos inertes buscar su centro de gravedad. El fatalismo sirve siempre para



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. – Palacio de Minería

disculpar la voluntad ante la conciencia. Pero no se contentó con revelarse á su amado, se reveló al mundo. La historia no recuerda un suicidio semejante de la honra. Nombre de su esposo, gloria de su familia, amor de sus hijos, los instintos más poderosos del alma, todo fué arrojado á las llamas de la pasión con estrépito, llamando loca furiosamente al mundo para mostrar el crimen, y riéndose de la tonante voz de Dios, que debía resonar en su alma con la siniestra resonancia del remordimiento.

Esto no podía continuar así. Hubiera corrido Byron gravísimos peligros por una mujer amada, pero no por una mujer de quien sólo gustó un instante. Cuando se disgustó de la pasión, se refugió en la moral. Escribíale cartas bruscas, recordando muchas veces brutalmente á Carolina sus deberes de esposa y de madre. Encarecíale todos los peligros que ambos corrían por sus imprudencias y la necesidad de acabar con aquella situación angustiosa. Carolina, en cambio, se imaginaba señora del corazón de Byron y defendía tal propiedad y señorío con violencia. Celábale, seguíale á todas partes. No hay para qué referir ni ponderar las infidelidades de Byron. Cierta noche recibe en su casa á una dama. Apenas había entrado, cuando aparece á la puerta un postillón que rápidamente se metamorfosea en una mujer. Era Carolina. Byron mismo califica este suceso de «Escena del Faublas.» No tenía remedio. Igual empeño en ambos: en él por romper aquella pasión y en ella por conservarla. No había respeto social que Carolina no atropellase para atraerse el amor, la compasión al menos, del hombre fatal á quien había entregado su alma. Sácanla cierta noche á bailar en uno de los más brillantes saraos de Londres. Y tímida, ruborosa, dirígese al poeta para pedirle permiso. Sin duda recordaba los lamentos de Byron cuando se quejaba en sus primeros versos de que profanos brazos entrelazaban en rápido vals la cintura de su María. Pero Byron responde bruscamente que era inútil pedir permiso á quien no tenía ni derecho ni voluntad de ejercer sobre ella ningún dominio. Entonces Carolina se exalta, grita, se retuerce de dolor en presencia de todo el mundo, ni más ni menos que si estuvieran solos. La malignidad general se reía del glorioso poeta perseguido incesantemente por aquella loca pasión. Miles de aventureros se acercaban á la pobre desdeñada, deshonrada, ofreciéndole su amor y una venganza. Carolina dijo á uno de ellos que no le amaba; pero que ofrecía entregarse á él si provocaba á un duelo á lord Byron y lo mataba. En todo esto veía Byron la exaltación de una fantasía desordenada; pero en realidad era la exaltación de un corazón enamorado. Esas locuras eran pruebas de amor, pruebas de celos, pruebas de que su pasión tocaba en delirio. Un día no pudo sufrir más, y decidió volver á casa del poeta, echarse á sus pies, bañarle en lágrimas las manos, pedirle su amor ó pedirle la muerte, menos temible viniendo de sus manos que aquel prolongado martirio. Entró en la habitación, en aquella habitación á la cual se hubiera reducido por toda una eternidad con tal de tener á su lado el ingrato. No había nadie. Carolina se gozó en recorrer todo el salón, y en registrar todos los muebles con esa tenacidad con que las almas apasionadas se unen á cuantos objetos alimentan su pasión. Reclinóse en los almohadones donde Byron se reclinaba. Sentóse en la silla donde se sentaba Byron. De pronto vió sobre la mesa el libro favorito de su amante. Enternecida por los recuerdos, embriagada por el aroma que se desprendía de aquellas páginas queridas, cogió un lápiz, lo besó, lo humedeció en aquel beso, y luego trazó, dejando caer allí mismo algunas lágrimas, esta súplica de aquel corazón destrozado: «*¡Rememberme!* ¡Acuérdate de mí!

Byron, que estaba decidido á no conmoverse, vió en el ruego una amenaza. Cogió febrilmente su pluma, y trazó estas palabras que le envió bajo un sobre: «¡Acordarme de ti! Hasta que el Leteo no se haya sorbido el ardoroso torrente de tu vida, el remordimiento y la vergüenza resonarán en tus oídos, y te perseguirán como un delirio en la fiebre. ¡Acordarme de ti! Sí, no lo dudes; me acordaré. Y también se acordará tu marido. Ni uno ni otro te olvidaremos. Para él fuiste una adúltera y para mí fuiste un demonio.» Caso cruel éste. Carolina sintió la herida y juró vengarse. El amor se convirtió en odio. No pudo esgrimir un puñal, y esgrimió una pluma. Llenó de veneno su tintero, y lo volcó sobre el nombre de Byron. Reveló al universo su propia vergüenza. Enseñó á la sociedad su seno adúltero, como Agripina su vientre desnudo cuando fueron á matarla despiadadamente los esbirros de su hijo. En seguida la sociedad entera huyó de su lado por no envenenarse con aquella peste moral que despedía su alma. *Glenarvon* se llamaba el libro de su venganza, y en él describía á Byron como el genio del mal, con la seducción y con la perversidad de la serpiente que perdió la primera mujer. Olvidaba que en aquel caso Byron no había sido seductor, sino seducido. Fué adúltera Carolina, pero pagó caro su adulterio. Envejecida en la juventud; desgraciada en el seno de un hogar espléndido; maldecida de la sociedad donde tanto había brillado; enterrada viva con un marido que era su juez y unos hijos que eran su castigo; miserable en su riqueza estéril; infamada por sus propias obras literarias, con cuyo feliz éxito se divulgaba más y más su deshonor y su vergüenza; llorosa siempre y siempre delirante, pero sin alcanzar la compasión; por vida la fiebre, por consuelo el recuerdo de una felicidad pasada, que era su torcedor presente; por todo porvenir el desprecio del mundo y el torcedor de la conciencia; por toda esperanza el triste olvido y la muerte: una enfermedad moral, seguida de una enfermedad física, la postró pronto en el perdurable desmayo de un abatimiento que debía prolongarse hasta el sepulcro. Un día, el poeta, á quien aquella mujer había descrito



CHICAGO. – Estatua de B. Franklin en el Palacio de Electricidad



Estatua de un guardaagujas en el Palacio de Transportes
(Se describirá en el próximo número)

como un malvado, murió en Grecia como un héroe. Su última voluntad pidió el depósito de sus cenizas en la patria ingrata que no había querido honrarse con su genio. Carolina salió casualmente á tomar un rayo de sol á la verja de su quinta. Aquel rayo de sol buscaba al través de las nieblas el ataúd del genio, amante de la luz. En aquel mismo minuto pasaban por el camino, por la puerta del castillo, ante la verja donde Carolina estaba, pasaban hacia la tierra eterna, hacia el descanso eterno, los huesos de Byron, aquellos huesos que cuando irradiaban la vida abrasaron en deseos impuros el seno de la solitaria castellana. Un féretro los encerraba; un paño fúnebre los cubría; un perro acompañaba el féretro, dando lastimeros aullidos. Carolina lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo. Su familia la alzó para llevarla consigo á su cama. No volvió jamás á levantarse. De aquella cama pasó á la tumba. El casamiento de Byron fué la mayor de sus desgracias. Pero no continuemos. Hablaré otro día sobre tal asunto. Heme demasiado extendido ahora. Con Dios. Hasta la próxima quincena.

Madrid, 30 de junio de 1893

LOS EDIFICIOS
DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

III

Siguiendo el orden que nos hemos trazado para la descripción de estos edificios, toca ahora ocuparnos del palacio destinado á la exposición de cuanto se relaciona con la industria minera, tan importante en los Estados Unidos, en muchas de cuyas comarcas es la industria por excelencia. Por esto se le ha concedido una parte tan principal en aquel certamen.

El palacio de Minas y de Minería está situado muy cerca y al Oeste del de Electricidad, paralelamente á él y viene á tener próximamente las mismas dimensiones. El arquitecto Beman, de Chicago, á quien se confió su construcción, ha adoptado para su traza un estilo que participa algo del Renacimiento francés, en el que predomina un espíritu práctico, pero sin caprichos y sin sacrificar ninguna cualidad esencial del arte.

Las dimensiones de este palacio son 700 pies en su mayor longitud y 350 en su anchura máxima. El plano general de este edificio, cuyo interior debería estar ocupado por grandes masas de minerales debidamente clasificados y por máquinas y artefactos de todo género de los que se usan en la explotación de las minas, y requería gran espacio y bastante altura, ha sido trazado por el arquitecto con notable inteligencia y prescindiendo en lo posible de columnas que entorpecieran más ó menos las instalaciones, aunque, como fácilmente se comprenderá, ha apelado á ellas para sostener la techumbre y las galerías laterales, las cuales tienen 60 pies de anchura y están alumbradas con grandes claraboyas. A estas galerías se sube por espaciosas escaleras.

El hierro ha sido el principal material que ha entrado en la construcción de este palacio, sobre todo en su parte interior, habiéndose invertido en junto más de 700.000 kilogramos de él.

Una de las dificultades con que tropezaba M. Beman era la de aplicar á este edificio una arquitectura que, sin dejar de ser más ó menos adecuada á las demás construcciones que lo rodean, pues ya hemos dicho que todos los arquitectos que han tomado parte en esta exposición han procurado armonizar las líneas generales de sus respectivas obras, se adaptase al destino que se había de dar al palacio de que tratamos.

M. Beman ha salido airoso de este difícil empeño, y haciendo que su obra guardara relación, tanto en su distribución interior cuanto en el aspecto exterior, con los productos, toscos y rudos, por decirlo así, que debían exhibirse en aquélla, ha levantado un edificio, sólido, robusto y macizo, que para cuantos no tienen en cuenta la idea que ha inspirado su traza puede parecer un tanto desprovisto de elegancia y de belleza.

La estructura interior con su elevada techumbre está naturalmente en conexión con las fachadas, en las que campean gruesos estribos ó pilastras, que parecen construídas de recia mampostería.

El edificio tiene cuatro fachadas, una de las cuales, la del Sur, da á la gran plaza de la Exposición y la opuesta al lago Míchigan, adornadas ambas de esculturas y atributos relativos á las diferentes industrias que tienen conexión con la explotación minera y otros puramente artísticos ó simbólicos. Como muestra de estas esculturas, incluímos un grabado que representa la estatua de la diosa de la Fortuna, la diosa de los mineros.

Tanto una como otra fachada tienen grandes aberturas ó divisiones, de las cuales la central y las de los extremos están construídas en forma de pabellones, la primera de 80 pies de anchura, cual corresponde á la entrada principal del edificio, y las segundas de 60 pies, dimensión correspondiente á las galerías que van á parar á ellos. El espacio que media entre cada abertura, ó mejor dicho la separación entre una y otra la constituyen, como dejamos dicho, robustas pilastras de mampostería que sirven de pedestal á un cornisamento, al parecer demasiado severo en comparación con los de otros edificios del grupo y el cual sustenta zócalos en los que hay empotradas elegantes astas-banderas.

La más amplia escala de los frentes septentrional y meridional y su carácter más monumental han sugerido al arquitecto la idea de ocupar cada uno de los siete espacios ó divisiones susodichas con un gran arco; estando los de los pabellones angulares cerrados con vidrieras, y los intermedios abiertos con dos galerías; la central, que constituye la entrada, tiene naturalmente un elevado pórtico sobre el cual corre un historiado cornisamento que sustenta un frontispicio en el que descuellan algunas de las esculturas mencionadas.

Este pórtico, aunque elegantemente decorado, no interrumpe la armonía con el resto del edificio; sus proporciones son adecuadas al conjunto de la fachada, echándose de ver que M. Beman ha sacrificado á este conjunto la esbeltez que sin duda se propuso dar en un principio á la entrada principal del palacio. No la coronan estatuas, como en las de otros palacios, sino simplemente dos banderas á uno y otro lado que ondean sobre bonitos zócalos.

Los pabellones de los extremos terminan en bajas cúpulas que rematan á su vez en linternas circulares.



Estatua de la diosa de la Fortuna

A fin de obtener la correspondencia necesaria entre las masas monumentales que forman los extremos del edificio y la parte longitudinal inferior de los otros lienzos con sus nueve aberturas en los lados oriental y occidental del mismo edificio, el arquitecto ha creído necesario establecer en la abertura central de cada uno de estos lados una distribución proporcionada, repitiendo la traza de los pabellones angulares con su alto cornisamento y coronándolos con un frontispicio, pero tratando el arco central como una entrada secundaria.

El arquitecto Beman no se ha atenido á observar en el conjunto de este palacio el estilo clásico con toda precisión, y á decir verdad, en el desarrollo de las fachadas ha aplicado necesariamente un carácter moderno. Con todo, obsérvase en ellas la influencia del ejemplo de los grandes cornisamentos de modillones de los palacios italianos del siglo XVI, así como una porción de detalles de la mejor época de la arquitectura italiana, mezclados con los más elegantes caprichos del moderno Renacimiento francés, y hasta en el modo de tratar las balaustradas y repisas de sus *loggia* y en el orden dórico que las sostienen se notan ciertas reminiscencias de la ornamentación de la Roma de los Césares. – M. A.



Frontón central del Palacio de Agricultura



EL DESASTRE DEL «VICTORIA»

El acorazado *Victoria*. – El acorazado *Camperdown*. – Retrato del vicealmirante Jorge Tryon, comandante de la escuadra del Mediterráneo, que murió á bordo del *Victoria*

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

V. – LA OBRA SIN NOMBRE

Hay en la historia iniquidades á las cuales sólo se puede aplicar la profunda frase de las brujas de Macbeth: *deed vithout name*, obra sin nombre, por honra de nuestra especie, en el lenguaje humano. Simón,



El delfín Luis Carlos Capeto

el *preceptor* de Luis XVII, que tenía ya recibida la consigna que sabemos, iba á recibir otra de mayor alcance y sentido... Respecto á esta consigna, los cronistas, careciendo de datos positivos, proceden por sutiles deducciones, como el juez que, sin prueba testifical, llega á adquirir, coordinando indicios, una convicción moral robustísima. Sábese que el 21 de septiembre – días antes de iniciarse el proceso de la reina, – dirigióse al Temple el siniestro Hebert, y encerróse con Simón en el aposento más retirado de la torre. La conferencia duró largo rato. Generalmente las visitas de los diputados y de los individuos del Consejo municipal se traducían en alguna modificación del régimen interior del Temple, algún aumento de precauciones, algún nuevo vejamen á los prisioneros: esta vez no fué así: nada se cambió, ni se pudo inferir qué objeto llevaba la visita. De los muros espesos y sombríos, de la cerrada estancia donde platicaron Hebert y Simón, sólo transpiraron dos palabras vulgarísimas, pero que dados los acontecimientos pueden encerrar tremendo sentido. «Hasta pronto,» había dicho Hebert, en tono significativo, al separarse de Simón.

¿Qué órdenes fueron las de Hebert al zapatero maratista?

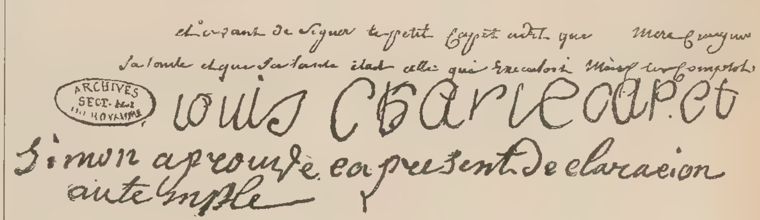
No podían ser las de maltratar con ferocidad sañuda al prisionero, porque ese sistema ya venía practicándolo Simón celosamente, sin que hiciese falta excitarle á cumplir su oficio de atormentador.

Había vestido á su alumno la librea del Terror: la carmañola roja y el gorro frigio. El rey niño hizo al gorro decidida resistencia. Fué la única humillación que no quiso aceptar. Golpeado, amenazado de muerte, no se encasquetó el sangriento gorro. «Déjale, Simón, exclamó la esposa del zapatero. Ya se convencerá.» Era muy cierto que había de convencerse, y la arpía encontró el medio: rapó á punta de tijera los admirables bucles rubios, aquella corona natural que parecía aureola mística de la ungida cabeza, aquel nimbo de seda y oro, delicia de una madre; y como sus antecesores los reyes merovingios, hizo en Luis Capeto la afrenta de la decalvación lo que no hicieran los golpes: la vergüenza le puso el gorro frigio. «¡Hola, Capeto, eres jacobino ya!,» gritó el ayo.

Diariamente aprendía Luis Carlos, entre puntapiés y risotadas, las innobles coplas del arroyo y las fúnebres chanzonetas del patíbulo. Para mejor desorganizar su inteligencia y anularle, dejábanle sin alimento largas horas, y cuando ya el hambre le espoleaba con su impulso ciego, le presentaban comida abundante y vino y aguardiente en vez de agua. Estimulado por la sed, iba acostumbrándose á la bebida, y tan dañoso régimen había detenido el crecimiento de su cuerpo y duplicado la grasa de sus tejidos, con malsana y antinatural obesidad. Tal vez en el vaso de vinazo, que al pronto repugnara á sus delicados sentidos, encontró algún día el olvido de las penas y el sueño de las maternales caricias..., y por eso admitió aquel degradante consuelo, como admitiría más gustoso el de morir. La zapatera utilizaba al reyecito haciéndole fregar, barrer, servir á la mesa, limpiarla el calzado y traerla el calentador; y en los viles menesteres á que se le dedicaba, poco á poco desaparecían la espontaneidad y la gracia de la gentil criatura, dejando en su lugar el aplanamiento del mísero idiota.

Su madre, entretanto, depuesta toda altivez, vencida por sentimientos que suprimen el orgullo, pedía de rodillas que la permitiesen ver á su niño un instante, sólo un instante, aunque no le pudiese abrazar. Convencida de que nunca se lo otorgarían, acudió á una estratagema. Con paciencia de reclusa, aguzando mucho la vista y el ingenio, advirtió que la era posible ver cruzar al niño por la escalera del guardarropa. «El único goce de mi madre, dice Madama Royale, era ver pasar á mi hermano por una rendija.» El paso del niño era una chispa solamente, pero chispa que bastaba para calentar é iluminar el corazón de la madre. Muchos días no obtenía ni ese fugitivo bien: entonces la prisión era más dura, más negro el porvenir.

El martes 30 de julio se contó en el número de los días en que María Antonieta pudo ver á su hijo. ¡Nunca le viera! Al través de la rendija ensanchada por ávida mano, distinguió claramente á Luis. Llevaba el gorro frigio y la carmañola, y Simón le seguía



Facsímile de la firma de Luis XVII y de la del zapatero Simón, puestas al pie de la declaración que este último le obligó á escribir contra su madre. (Consérvase en el archivo nacional de París.)

acosándole con dicterios, patadas y blasfemias. Ignoraba hasta entonces la madre en qué manos había caído Luis; temía, pero también esperaba. Aquella vista dió en tierra por segunda vez con la constancia y la fortaleza de un ánimo varonil. «¡Las lágrimas de mi hijo me han goteado sobre el corazón!,» exclamó dejándose caer sobre su camastro de prisionera. «¡Dios se ha retirado de mí: no puedo ni rezar!,» añadió repitiendo sin pensarlo una gran frase trágica de Shakespeare. «¡Dios mío!, secreteó por la noche Madama Royale á su tía Isabel: ¡qué triste, pero qué triste ha estado hoy mamá todo el día!» Pocos después – el 2 de agosto – venían á sacar á la reina del Temple, á separarla de lo único que la restaba – su hermana y su hija – y trasladarla á la Conserjería, de donde sólo había de salir para el cadalso. Al cruzar la poterna del Temple, la frente de María Antonieta, poco avezada á inclinarse, chocó con la piedra. La preguntaron si se había hecho mal. «Ya no hay cosa que pueda hacerme mal,» respondió la madre que había visto á su hijo temblando y aleteando entre las garras de Simón.

Repito que ciertos pormenores de este drama no se creerían si no constasen en documentos. El mismo día que sacaron á la madre del Temple, Chaumette envía juguetes al rey niño. ¡Extraña blandura y mimo extraño, si no supiésemos que entre tales juguetes figuraba *una guillotina* para descabezar pajarillos! Un municipal de guardia en el Temple mostró pertenecer á la humanidad, quemando el horrible juguete antes que llegase á manos de Luis.

Al resolver el fin de María Antonieta, la revolución, que aún guardaba ciertas formas, quería fundar en algo el holocausto de la reina: en algo que la infamase de raíz, haciendo su memoria perpetuamente execrable. A tal propósito respondían las instrucciones reservadísimas de Hebert á Simón. La obra sin nombre era conseguir que la mancha eterna de María Antonieta se la arrojase á la faz el hijo más idólatra, el niño más prendado de su madre, la más respetuosa y tierna criatura, Luis XVII.

La empresa no era fácil ciertamente. Leyendo sus hechos y dichos, asombra el carácter y el heroísmo que reveló el niño de ocho años para defender su corazón y su dignidad filial.

Con motivo de la fiesta cívica del 10 de agosto, Simón quiso obligar á su alumno á que gritase ¡Viva la República!; pero ni puñadas ni amenazas de muerte bastaron á lograrlo. «Haga usted lo que quiera, dijo el niño, ¡yo no doy ese viva!» Y tal fué su aspecto y tal su mirada al expresarse así, que Simón, subyugado, retrocedió exclamando: «Informaré al gobierdo de *vuestra* conducta.» Era la primera vez que no tuteaba al *lobezno*.

Pocos días después Simón presentó al niño una canción obscena contra su madre y le mandó cantarla. «¡Nunca!,» exclamó el inocente, que sin comprender la torpeza sintió claramente el ultraje. Simón, furioso, le arrojó á la cabeza un morrillo de la chimenea; si el golpe da dos líneas más arriba, parte la sien de Luis. ¡Cuántos dolores le ahorraría!

Seguro de que nada conseguiría por la violencia, pues el niño había resuelto dejarse matar, Simón adoptó el método que sabemos: embrutecer á la criatura con vino, hambre y comida. Cuando nublaron su razón los vapores del alcohol, no fué difícil lograr que cantase todo lo que se le antojaba á su carcelero. Ya salían de los labios lívidos la *Carmañola* y *Madama Veto*, las coplas callejeras húmedas de sangriento fango. Y no obstante, es tan difícil asfixiar un alma, es tal la persistencia del carácter individual, que habiéndose sabido entonces en París las victorias del ejército realista en la Vendea, y preguntándole Simón á su discípulo qué haría si los vendeanos le libertasen, aún contestó regiamente: «¡Te perdonaría!»

Era urgente, sin embargo, acabar de pisotear el tallo de la suave flor. El acusador público, Fouquier Tinville, se quejaba á la Convención de no hallar cargos que formular para la acusación de la reina. Una diputación del Consejo general se traslada al



El zapatero Simón, guardián del delfín



María Antonieta ante el tribunal revolucionario que la condenó á la guillotina

Temple: Simón, avisado de antemano, había tenido á su esclavo treinta y seis horas sin probar alimento ni beber; la mañana del día señalado, en cambio, le hartó de manjares regados con aguardiente. El niño, ebrio y casi inerte, es interrogado: se le hace responder á gusto de la comisión; su mano trémula firma la declaración infame en que se acusa á la madre de abominaciones que la pluma no puede estampar..., y la infeliz criatura recae sobre su jergón, donde inconsciente y aletargado duerme el plúmbeo sueño de la embriaguez.

Cuando el espantoso documento fué leído en presencia de su madre y ante el tribunal revolucionario, preguntaron á María Antonieta si tenía algo que alegar para vindicarse. Ella alzó la cabeza, y majestuosamente, sin cólera, miró al acusador, á los jueces y después convirtió la mirada al público que asistía á los debates. «¿Hay aquí alguna madre?, preguntó en voz fuerte y clara ¡Pues á ella apelo!» Brotó en la sala un murmullo de indignación y piedad; y Robespierre, apenas supo este incidente sublime y horrendo, rompió con el tenedor el plato – es de advertir que estaba almorzando – y gritó: «¡Imbécil de Hebert! ¡Ha hecho de una Mesalina una Agripina, y le ha dado á la austriaca, en su última hora, todo el prestigio de la compasión!»

Condenada á la guillotina, en la madrugada del mismo día en que subió la fatal escalera, María Antonieta escribió extensa carta de despedida á su cuñada Madama Isabel. En ella se lee el siguiente párrafo: «Tengo que hablarte de una cosa que me oprime el corazón: me refiero al niño, que sin duda te ha causado un disgusto terrible. Perdónale, hermana mía del alma. Acuérdate de que es muy pequeñito, y es bien fácil hacer que un niño diga todo lo que se le quiera hacer decir, y más si no lo comprende Día vendrá en que se haga cargo...»

Aquella misma mañana, en el Temple, Simón y su mujer habían hecho una apuesta. La zapatera no creía que fuesen capaces de guillotinar á la reina de Francia: el zapatero estaba seguro de que sí la guillotinarían, por ser cosa resuelta de antemano y sangría indispensable á la salud de la nación. Sostuvo cada cual su parecer y apostaron unos cuartillos de aguardiente. Pocas horas después, segada ya la cabeza de la reina, Simón dijo á su mujer: «Perdiste la apuesta: tienes que pagarla.» Oyólo el niño, y con sencilla curiosidad preguntó qué apuesta era aquella ganada por Simón. «No te importa, gruñó el ayo; pero estáte calladito y obedece, que te tocará tu parte de lo que se apostó.» Y así fué. Trájose el aguardiente; sentáronse los carceleros á la mesa; encendió su pipa Simón, y escanciando al niño una copa le hizo beber y brindar por las ganancias. El niño, sin sospecharlo, brindaba por la degollación de su madre.

Paréceme que no exageré al titular este episodio de la vida de Luis XVII *obra sin nombre*, de esas que estremecen de horror á los siglos venideros.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA CRUZ DE HIERRO

Dando fuertes martillazos sobre un hierro hecho ascua y sujeto por negra tenaza, pasábase Bastián el santo día en un rincón de la herrería y no lejos de la fragua, atento á mirar las innumerables estrellas de fuego que al golpe del martillo brotaban del pedazo de enrojecido hierro que sobre el yunque se apoyaba.

Era Bastián uno de los más arrogantes mancebos que vió nacer jamás el cielo de Córdoba transparente y purísimo; alto, moreno, de fuerte musculatura, de grandes y brillantes ojazos negros, de negrísima y naturalmente rizada cabellera, labios carnosos, espaciosa frente, anchas patillas y aguileña nariz. En el conjunto de su persona toda había un no sé qué de majestuoso y de grande que atraía; su conversación era agradable; no era su boca manantial inagotable de palabras que salen sin ton ni son; hablaba poco, pero lo que hablaba hacíalo con recto juicio y claro ingenio. Había en su acento un tinte de melancolía que cautivaba; de cuando en cuando, un fuerte suspiro brotado de lo más hondo de su corazón hacía que su semblante se ensombreciera un momento; entonces no parecía sino que por sus profundos y negros ojos desfilaba un cortejo de penitas y amarguras. Bastián no era feliz del todo ni mucho menos.

¡Bien lo sabía la ingrata Mercedes, aquella á quien tanto amaba!

Era esta una muchacha de hasta diez y nueve años de edad, morena, de rasgados ojos, negros como el abismo; de rosadas mejillas, de sedosa y negra cabellera, de cintura breve y flexible, alto seno, cuerpo escultural y menudo pie. Cuando pasaba arrogante y llena de majestad, derramando sal y cautivando corazones con su porte de diosa por delante de la fragua de Bastián, éste sentía de súbito que oleadas de fuego subían á su rostro, que sus ojos se nublaban... y daba más fuertes martillazos al enrojecido hierro, hacía saltar innumerables chispas doradas y rojas, y cantaba, cantaba para distraer sus penas:

¡Qué torpe y qué ciega
es esa justicia,
que no ve que tus ojos traidores
asi me asesinan!

* * *

– ¿Sabes lo que se mienta por el pueblo, Bastiancillo? ¿A que no?

– Qué es ello?, preguntó el herrero sin alzar la vista del bruñido yunque.

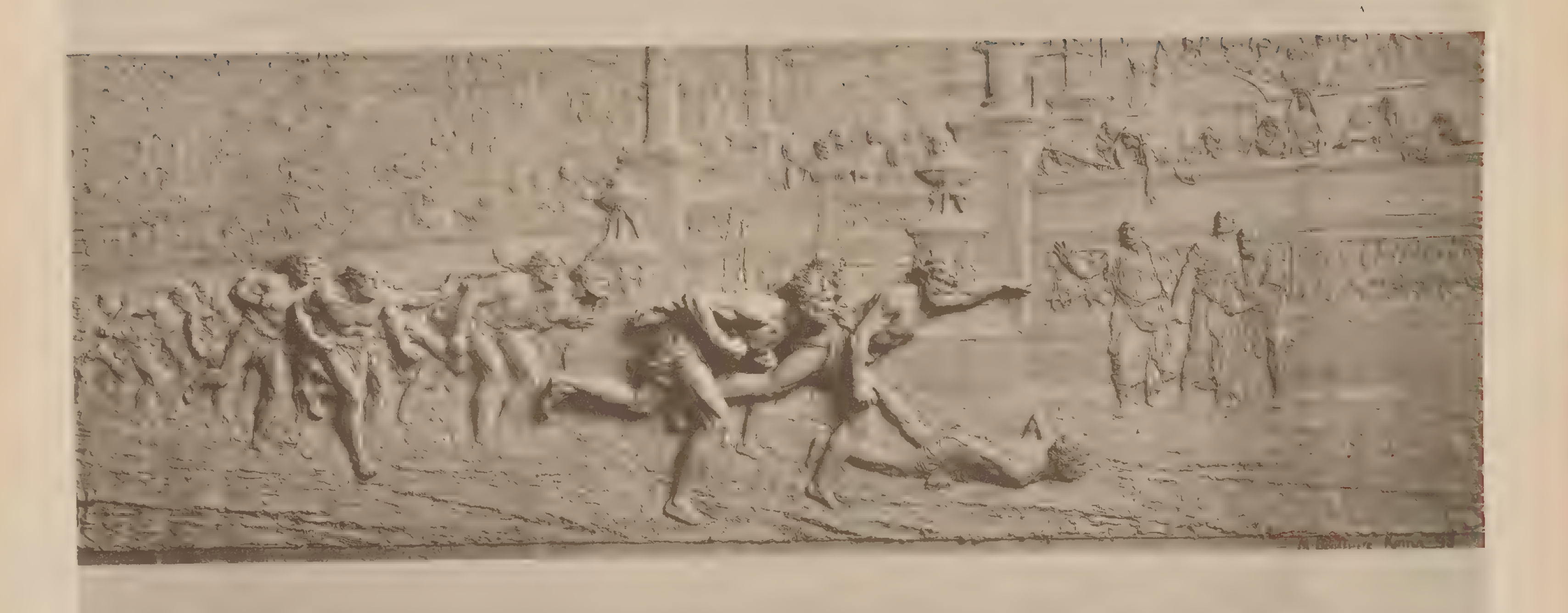
– Que Mercedes se casa.



Fncierro de la reina María Antonieta en la Conserjería, de donde salió para el cadalso



FLORES DE INVIERNO, dibujo original de Francisco Maura



LA CARRERA A PIE, bajo relieve de Mariano Benlliure

Parte de friso destinado á decorar un gabinete del opulento capitalista americano Marquard

– ¿Con Benito?

– Con Benito.

– Siempre me lo había *figurao*. Él la quiere y ella le ama. ¡Pues *na*, que Dios los haga muy dichosos, que ella se lo merece y él!..

Y Bastián quedó inmóvil, con la tenaza y el hierro sobre el yunque, así como el martillo, en cuyo mango apoyó su brazo, permaneciendo el herrero larguísimo espacio de tiempo como abismado en negros y dolorosos pensamientos.

Después se puso á trabajar con nuevo y más gran de afán, con más ahinco de cada vez, cantando, cantando siempre aquella copla, fiel trasunto de sus pensamientos.

***

Y llegó el día señalado para la boda de Mercedes. Todo en casa de ésta era alegría, bulla, animación, algazara, bromas y bailoteo. Aquí, un vejete más alegrillo que de costumbre, suelta un pellizco por lo bajo á alguna graciosa mozuela que le dirige una mirada capaz de incendiar el hielo y de pulverizar las piedras; más allá, en un corro, unos cuantos jóvenes, vaso en mano, cantan que se las pelan alzando infernal jolgorio; allí, un estudiante recién salido de las aulas universitarias arenga al pueblo-rey, ensalzando las excelencias del estado matrimonial y declarando guerra á muerte á célibes y solterones, mientras con el rabillo del ojo hace maliciosos guiños á una morena que le escucha embelesada; en una silla sentado, puestos los pies en los palitroques y encorvado el cuerpo, un airoso mancebo rasguea en las cuerdas de la guitarra hasta casi petrificarse las yemas de los dedos, mientras canta una coplilla que á los novios sábeles á gloria; éstos bailan envueltos en el torbellino de los danzantes, que no desperdician la ocasión de estrechar una cintura breve y sentir en sus mejillas el calor de otro aliento, y en sus ojos las miradas abrasadoras de otros ojos que los fascinan y marean.

El padre de Mercedes charla con unos convidados, viejos y lealísimos amigos; y la madre, entretanto, en un corro de vecinas, escucha con cierta delicia y saborea con refinada fruición los felices augurios de las comadres. Su hija será feliz, ¡pero sin ella, sin su madre!

A este solo pensamiento, los ojos se le anublan y llora... porque su hija, porque su Mercedes va á ser dichosa en brazos del hombre amado...

***

Terminó el bullicio, la jarana y la alegría.

Retiráronse los novios á la alcoba nupcial, hecha una taza de plata según lo blanquísima y pulcra. Medio lelo el novio, contempla con amorosos ojos á su Mercedes mientras ésta siente subir á su rostro todo el fuego que arde en su pecho...

De pronto Benito fija su mirada en la cabecera del lecho, donde se destaca una negra cruz de hierro, admirablemente rematada, obra de tan fina labor que no hay ya más que pedir en justicia.

– ¡Buena cruz!, dice Benito rompiendo el silencio.

– Es regalo de Bastián, dice la novia sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

– ¿Sabes que me llamó la atención no verle esta noche?

– Habrá tenido que hacer.

– En estas ocasiones no hay quehaceres. Pues mira, el regalillo no es malo en verdad. Cuando le vea, ¡no va á ser apretón de manos el que le voy á dar!

***

Pero cuando lo vió fué á la noche siguiente, yendo camino de casa de Mercedes el bienaventurado Benito.

Verle y querer abrazarle fué todo obra de un momento, pero le impuso el fosco semblante del herrero. Sólo se atrevió á decirle:

– Gracias por el regalo, Bastián.

Este, por toda respuesta, sacó de su bolsillo una enorme navaja que brilló un momento como sierpe de plata en medio de la densa obscuridad de la noche; lanzó Benito un gemido agudo y penetrante, y poco después Bastián cerraba la navaja bañada en sangre y se alejaba indiferente, como si nada hubiera hecho, diciendo:

– Debí hacer lo mismo con *ella* y antes de la boda..., pero nunca es tarde para la venganza. ¿Qué me importa ya todo cuanto hay sobre la tierra si ella no ha de ser mía?

Aquella misma noche, el cuerpo inerte de Benito yacía sin vida sobre el lecho mortuorio; á sus pies lloraba desolada la infeliz Mercedes y á su cabecera destacábase negro y tristón el regalo de boda, *la cruz de hierro.*

Manuel Amor Meilán



NUESTROS GRABADOS

ANTONIO VICO

La corta, pero brillantísima campaña que está llevando á cabo este inspirado actor en el teatro del Eldorado, antes de embarcarse para América, nos ha inducido á publicar su retrato, reproducción fiel de una reciente fotografía.

Entre el incomparable actor, única gloria hoy de nuestra escena en el género dramático, y el público barcelonés, media, como ha mediado siempre, una corriente de simpatía que justifica la elección que el primero ha hecho de nuestra ciudad para despedirse transitoriamente de la escena española y las espontáneas y ruidosísimas ovaciones que el segundo diariamente le tributa.

Verdad es que Vico se encuentra en el apogeo de su talento artístico y que en todas las obras que en esta breve temporada ha puesto en escena ha trabajado con fe, con entusiasmo, sin desalientos, sin escatimar ni un átomo de sus probadas fuerzas y avasallando al auditorio con su admirable expresión, con sus sorprendentes detalles y con sus asombrosos recursos escénicos, imposibles de imitar, por ser siempre hijos de la inspiración del momento y poquísimas veces de un detenido estudio de los efectos.

Y esta fe, este entusiasmo, este esfuerzo del genial actor son tanto más meritorios cuanto que trabaja bajo la desagradable impresión de dos adversas circunstancias: el dolor de tener que separarse de su buena esposa y de sus hijos, á los que profesa un cariño que raya en idolatría, y el recelo, instintivo en él de toda la vida, fatídico é invencible, de cruzar en un barco el Océano; circunstancia la primera que le ha hecho ir constantemente acompañado de su numerosa familia en todas sus excursiones artísticas, al paso que la segunda le ha obligado á desechar repetidas veces las proposiciones más ventajosas de cuantas se han podido hacer á un artista.

Apenas hay hombre notable en la historia del que no se conozca alguna debilidad, y esta que acabamos de indicar ha sido la de Vico.

Poco más de treinta años hace que ofreció á este mismo público de Barcelona las aún vacilantes primicias de su arte; hoy, al cabo de tanto tiempo y en el momento de emprender su viaje á Buenos Aires, se despide de él dejándole el grato recuerdo de su genio artístico á la vez que el sentimiento de una separación indefinida. En justa reciprocidad, los barceloneses le despiden con frases de cariño y atronadores aplausos que repercutirán sin duda en todos los países de la América española.

Nobleza, escultura de Eusebio Arnau (Salón Parés). – No trató Eusebio Arnau al modelar el notabilísimo busto que reproducimos de representar plásticamente la genuina personificación de la nobleza de la sangre. Otra aspiración fué la del artista, tan elevada cual el arte que con tanto aprovechamiento cultiva. La nobleza del espíritu inspiró al joven escultor, y preciso es confesar que su última producción, cual todas las que ejecuta el artista inspirado por cuanto lo eleva y engrandece, es verdaderamente genial. Modelada con tanta gallardía como facilidad, bastaría la obra de Arnau para acreditarle de distinguido escultor, si otras de no menores alientos no le hubieran dado ya á conocer como uno de los más discretos escultores catalanes.

El desastre del «Victoria.» - El vicealmirante Jorge Tryon. - Conocida por todos es en estos momentos la horrorosa catástrofe que el día 22 de junio último ocurrió en aguas del Mediterráneo mientras la escuadra inglesa maniobraba delante de Trípoli: una falsa maniobra del buque almirante *Victoria* hízole chocar con el *Camperdown*, sufriendo en el choque tal avería que á los pocos minutos hundíase en el mar, arrastrando consigo poco menos de 400 hombres. El *Victoria* fué construído en Newcastle y lanzado al agua en 1890: su desplazamiento era de 10.470 toneladas y su maquinaria desarrollaba una fuerza de 14.000 caballos, siendo su velocidad máxima de 27 millas y cuarto por hora: tenía 340 pies de eslora y 70 de manga. El grueso de su coraza variaba entre 16 y 18 pulgadas: iba artillado con dos cañones de retrocarga de 111 toneladas, uno de 29 y una porción de otras piezas de menor calibre, y su coste total, inclusas maquinaria y artillería, se estimaba en 817.841 libras esterlinas (20.446.025 pesetas). El vicealmirante Tryon contaba sesenta y un años: entró en la marina inglesa en 1848, y en la toma de Sebastopol, en la guerra de Crimea, en la campaña de Abisinia, en Australia y, en suma, dondequiera que se halló prestó valiosos servicios á su patria: su valerosa muerte fué digna de su vida ejemplar de marino.

Flores de invierno, dibujo original de Francisco Maura. – No forma parte Francisco Maura del grupo de esos modernos pintores que se limitan á reproducir la naturaleza ó el modelo que eligen, con la pasmosa facilidad de la cámara fotográfica. Comprende que la misión del artista no puede ni debe ajustarse únicamente á la exactitud de la ejecución; otro ha de ser su objetivo y más elevados sus propósitos. Maura tiene el temperamento de verdadero artista, y como tal siente y discurre, escogiendo para sus producciones asuntos que revelan la vida íntima de la sociedad en que vivimos. Vivo está todavía el recuerdo de su precioso cuadro *Sin trabajo*, premiado en la Exposición nacional de 1890: *Flores de invierno*, aun siendo un mero dibujo, pertenece al mismo género y resulta no menos sentido.

La carrera á pie, bajo relieve de Mariano Benlliure. – La antigüedad, esta fuente perenne de inspiración, ha dado nuevamente al genial escultor Mariano Benlliure material para una creación admirable. La escena no puede ser más sencilla: el espectador tiene delante de sí un segmento del Circo; avanzan á la carrera y en compacto grupo los corredores que, doblado ya el extremo de la *espina*, se precipitan hacia la meta. En el fondo, amplias graderías llenas de gente, en el centro de las cuales descuella el palco imperial. Clásico el asunto, resulta también clásica la manera con que lo ha tratado Benlliure: en los menores detalles de la composición luce la verdad estética más absoluta, la que no tiene necesidad de descender al verismo trivial ni al repugnante naturalismo. Mariano Benlliure ha hecho este bajo relieve por encargo de un americano muchas veces millonario que quiere decorar un gabinete de su palacio con obras de Lytton, Alma Tadema y de nuestro compatriota. El bajo relieve que publicamos es parte del friso que debe completar Benlliure con obras sucesivas.

Distracción, escultura de Venancio Vallmitjana. – En esta época en que la mayor parte de los escultores vense obligados á luchar á brazo partido con el tanto por ciento, trocando algunos, obligados por la imperiosa ley de la necesidad, su noble misión de artistas por la de meros ejecutores, grato nos es consignar que aún existe entre ellos quien, como Venancio Vallmitjana, ni se doblega ni sucumbe. Maestro de la mayoría de los jóvenes escultores que tanto honran á nuestra ciudad, ha sabido siempre ajustarse á las corrientes de la época. De ahí que á la vez que de su taller de la Rambla de Cataluña salen obras de carácter verdaderamente clásico, como *La Piedad*, produzca también esas preciosas esculturas de sa las ó grupos tan notables como el que damos á conocer á nuestros lectores, sorprendido por el artista en cualquier rincón de Barcelona, en la playa ó en la campiña.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



– Reciba usted mi felicitación, señorita; es usted la primera novia de cuantas he visto que se halle dispuesta á la hora fijada

Como el templo y la alcaldía, situados frente por frente, se hallan á menos de trescientos metros del castillo, se había acordado que, en el caso de hacer buen tiempo, no se utilizarían los carruajes para trayecto tan corto. Cuando la comitiva hubo llegado á la plaza encontró allí á los doce bomberos del pueblo en hilera, y la charanga saludó á los novios con las notas de una marcha.

En aquella iglesia, demasiado pequeña, no se habían visto nunca tantos uniformes; los rayos del sol, pasando con toda libertad por las ventanas sin cristales, hacían brillar el oro de los galones y de las charreteras con resplandores que llegaron á deslumbrar al cura, hombre de carácter sencillo y tímido, el cual en vez de decir las palabras que desde mucho tiempo antes tenía preparadas para esta ceremonia, se limitó á leer, casi deletreándola, la alocución que le servía para todos sus feligreses.

En realidad, aunque el señor cura hubiese estrenado con toda la unción apetecible y por él apetecida su discurso inédito, no habría conseguido que la concurrencia (acerca de cuya religiosidad no cabía la más leve sombra de duda) le escuchase; los allí congregados no tenían oídos, tenían ojos solamente, y en las miradas concentraban todos sus sentidos en aquel momento.

Entre los militares ninguno conocía á la novia; muchos parientes de los Barincq veían entonces á Sixto por primera vez. Todos, por consiguiente, los miraban, los estudiaban, les pasaban revista con extremada curiosidad; los militares calculaban la fortuna de la mujer; los parientes pensaban en el porvenir del marido.

– No reunirán menos de ciento cincuenta mil francos de renta.

– ¿Es de veras? Entonces tendrán un palacio en París.

– Y de todas maneras darán bailes en Bayona.

No eran menos variados los comentarios en lo que respecta á las condiciones físicas de la novia: indudablemente Anie era algo bisoja; no sería extraño que acabase en tísica; era seguro que se teñía el pelo; no podía decirse que su traje fuese muy rico, eso no; pero sí tenía un gusto parisiense realmente escandaloso.

Sixto, que hasta entonces había pasado por el oficial mejor mozo y más guapo de Bayona, tenía todo el aspecto de un hombre humillado.

– ¡Es muy natural! Al fin y al cabo se ha vendido...

La sacristía era demasiado pequeña para tan numeroso acompañamiento, razón por la cual se había resuelto que todos pasasen al castillo y que no hubiese, como suele haber en estas solemnidades, dos categorías de convidados: unos que comiesen y otros que viesen comer.

Barincq cifraba todo su orgullo de propietario en aquel *lunch*, compuesto exclusivamente de productos de su finca: salmones pescados en sus viveros, jamones de su ganado de cerda, faisanes de su corral, caza de sus sotos, flores y frutas de su jardín y de sus estufas.

El banquete tuvo, para hablar con verdad, mejor acogida que los novios; hubo unanimidad de pareceres en declararle muy bueno, no muy distinguido, eso no; pero de calidad excelente, lo cual no es difícil para las personas que no saben lo que gastan.

Anie, del brazo de su marido, iba de unas mesas á otras – ya sin su velo, – dirigiendo á todos, ya algunas palabras afectuosas, ya una dulce sonrisa. El elemento militar habíase agrupado en una parte de la tienda, de la que había tomado posesión. Allí sucedía todo lo contrario de lo que ocurrió en la reunión de pésame de la famila, reunión en la cual todos recibieron á Sixto muy fríamente: en esta ocasión fué con Anie con quien se guardó visible reserva. Tan evidente fué esa reserva, y sobre todo en las señoras, que el capitán juzgó necesario explicar á su mujer lo que motivaba aquella actitud.

– Si supieses, le dijo, cómo y cuánto envidian las muchachas pobres á las señoritas que se casan...

– No acabo de creerlo.

– ¿No crees tampoco que la señorita Laurencia Haoraca, la hija mayor de mi jefe, es la única entre ellas que tiene un sombrero de Lebel y un traje de París? Las otras cuatro no traen sino imitaciones hechas por ellas mismas: labor casera.

– Eso está á la vista, pero no me parece que esa sea razón suficiente para que yo me vista ó deje de vestirme de la misma manera. ¿Te figuras que no he conocido en otros tiempos esos recursos de muchacha pobre? Pues yo no tenía modelos de Lebel para imitarlos.

Pasando de unas mesas á otras llegaron los recién casados á una en rededor de la cual estaban sentados el barón y algunas jóvenes de la comarca. Como el Sr. de Arjuzanx había ido directamente á la iglesia, todavía no se habían visto él y Anie. Hubo entonces un rato de silencio bastante embarazoso, al cual puso término Arjuzanx felicitando á Anie y estrechando la mano á su amigo.

Todos experimentaron al separarse una sensación muy semejante á la de quien se quita gran peso de encima, si bien ninguno quiso manifestarla.

– ¿Sabías ya que el barón estaba de vuelta?, preguntó Anie á su marido.

– No.

– Yo tampoco.

Una hora después, mientras la mayor parte de los convidados se paseaban por el jardín, Anie, que volvía de despedir á sus padres, á quienes había acompañado hasta la verja, se halló frente á frente con Arjuzanx, que se dirigió resueltamente hacia ella.

Fingía el barón mucha calma y completa indiferencia; era fácil, no obstante, adivinar que su sonrisa forzada velaba una emoción profunda.

El barón saludó á Anie y le dijo:

– Amaba á usted tanto, tanto, que ni sus desdenes han podido matar mi amor; amaré á usted siempre y nunca amaré á otra.

Antes que Anie volviese de su sorpresa el barón se había alejado.

TERCERA PARTE

I

Cerca del mar, cuyas brisas quebradas por las dunas refrescan la temperatura, en la confluencia de un riachuelo y de un hermoso río, justamente en el punto mismo en que éste forma una curva elegante y airosa, rodeada por paisajes verdes y opulentos, como son los de Normandía, frente de una extensa llanura cuya lontananza se pierde de vista en valle extensísimo, sería Bayona una de las más lindas ciudades del Mediodía si no la afeasen sus fortificaciones.

Para no estar enjaulados entre esas fortificaciones dichosas, cuya moda pasó hace ya mucho tiempo, los habitantes á quienes no es absolutamente necesario vivir en el interior de la ciudad han labrado viviendas en la carretera de España, en el valle de Nives, siguiendo la corriente del Adour, frente por frente de un hermosísimo paseo flanqueado por corpulentos árboles y al que llaman las *Calles Marinas*.

Justamente una de esas casas era la que Barincq había escogido para sus hijos; no era de las más ricas, pero sí de las más elegantes; por su aspecto parecía una quinta con su arimez festoneado por plantas trepadoras; en medio de un jardín de árboles constantemente verdes, de magnolias gigantescas, con altozanas de que surgía espesísima vegetación digna de las pampas. Dos plazoletas del jardín habían sido destinadas á juegos de agilidad y destreza y una habitación del piso bajo á billar.

Los recién casados *recibían* una vez á la semana: en ese día instalaban en el comedor un ambigú en que había de cuantos productos daban las feracísimas tierras de Ourteau y que justificaba los *ciento cincuenta mil* francos de renta que se atribuían al matrimonio y hasta los *doscientos mil* que algunos estómagos agradecidos se sentían dispuestos á reconocerle.

¿Se debía eso al ambigú? ¿Se debía á los atractivos de Anie? ¿Consistía todo sencillamente en que los recién casados formaban ya parte de la familia militar? La verdad del caso es que Anie había sido aceptada como una gloria para todos.

– Tenemos á la señora de Saint-Christeau, decían, y creían haberlo dicho todo.

Como suele verse á menudo en el mundo de la milicia, habíase unido el nombre de la mujer al del marido, sin que pensase nadie en discutir esto, porque todos lo tenían á gala.

Y aun agradecían más á Anie que hubiese aristocratizado al capitán, porque la joven concedía muy poca importancia á eso, y no pensó nunca en aprovechar su nacimiento para formar, como el vulgo dice, rancho aparte con las de otras señoras linajudas (de las que anteponen el *de* á su apellido) de la guarnición.

Los jueves de los Saint-Christeau estaban tan animados, tan concurridos que comparadas con ellos las recepciones de la generala parecían tristes; en más de una ocasión hubo quien insinuase á la recién casada que debería organizar otra reunión semanal para los domingos.

Anie, sin embargo, consideró que un día á la semana era muy suficiente como tributo al compañerismo.

Además los domingos estaba ya acordado que pertenecían á sus padres y á Ourteau, y los demás días á su marido, á la intimidad, al amor.

Aunque Sixto se hallaba sometido á un servicio muy asiduo al lado del general, que ya no podía escribir absolutamente nada y que en muchas ocasiones guardaba cama durante semanas enteras y no salía de sus habitaciones sino para caer rendido en una silla, abrumado por el esfuerzo que había realizado á toda costa, tenía, sin embargo, algunas horas de libertad por la mañana y por la tarde; horas felices en las que podían ser uno de otro sin que nadie llegase á colocarse entre ellos.

Por la mañana muy temprano paseaban á caballo. Anie, durante unos días pasados en casa de una amiga, recibió unas cuantas lecciones de equitación, y aun cuando no era una amazona perfecta, se tenía bien á caballo, y su agilidad natural, su ligereza, su osadía, su destreza, unidas á los consejos de Sixto, completaban la obra.

Seguían los jinetes las orillas del Adour hasta la valiza de *Blanc-Pignon;* allí ponían sus caballos al galope, sobre la arena blanca sembrada de piedrecillas rojas; atravesaban los pinares que cantaban sus canciones dulcemente tristes y con sus aromas resinosas perfumaban el ambiente hasta el semáforo ó hasta el lago de Chiberta.

Desarrollábanse ante ellos horizontes sin límites, y á sus pies morían suavemente las olas en la arena, cuando no tomaban por asalto la playa lanzando al viento el brillante polvillo de sus blancas espumas que azotaban los rostros de ambos jinetes. Entonces con un movimiento simultáneo que obedecía á un común pensamiento deteníanse Anie y Sixto para mirar en lontananza las blancas velas de un barco inclinado hacia la verde superficie del mar ó el penacho de humo que se elevaba desde un vapor próximo á desaparecer en el azulado horizonte, allá donde el cielo y el mar parecen una sola y misma cosa. Después, continuando su paseo, seguían la grada ó bien los peñascos de la costa hasta el faro de Biarritz, y ya no pasaban de allí porque evitaban adrede el entrar en la población; regresaban á casa por caminos en los que veían más probabilidades de estar solos y de prolongar por más tiempo su conversación. Ocurría casi siempre que á fuerza de charlar y de mirarse en el viaje de ida, se habían retrasado un poco y era necesario apresurarse al volver para recobrar el tiempo perdido; la hora se acercaba; apenas si el infeliz Sixto tendría el tiempo necesario para cambiar de traje antes de presentarse al general, que furioso consigo mismo y contra los demás por la inacción forzosa á que estaba condenado, no permitía ni la más insignificante señal de barro ni los más imperceptibles granillos de polvo en el uniforme.

–¿Cómo puede usted trabajar si se queda usted ya derrengado desde por la mañana? Eso prescindiendo de que huele usted á mar de una manera insoportable.

Oler á mar era una falta que el general no habría perdonado si no hubiese tenido tanta necesidad de Sixto; pero al menos aquella falta era casi la única que el jefe le echaba en cara.

–Es un oficial muy inteligente, muy brillante, de aspecto distinguido, siempre sabrá colocarse á la altura de las comisiones que se le confíen, sean las que fueren, pero huele á mar.

Grave falta era esta para quien, como al general ocurría, solamente olía á cataplasmas, cuando no á láudano ó á menjurges y potingues desagradables.

Otras veces en lugar de montar á caballo, lo cual siempre ocasionaba alguna fatiga á Anie, se embarcaban en una lancha amarrada siempre delante de su casa, y según la marea, ó navegaban río abajo con el reflujo, ó remontaban la corriente con las olas; Anie se sentaba al timón, Sixto tomaba los remos, y así iban sin cansarse mucho hasta que los movimientos de la alta ó la baja marea los tornaban á casa: en esos días Sixto, según su general, olía á cieno.

Ordinariamente el capitán volvía á casa pocos minutos después de las once para almorzar, y en el lindo comedor, muy adornado de flores, delante de la mesa ya puesta encontraba á su mujer que, vestida y arreglada para recibirle, le esperaba. El almuerzo lo servía una linda criada que entraba y salía y un mozo de comedor que subía de la cocina los platos; Anie y Sixto podían hablar libremente, y cuando desde lo más recóndito de su alma salía á sus labios un sentimiento demasiado tierno para ser bien expresado con palabras humanas, expresábanlo con un beso. Cuando las alegrías del presente y la confianza en el porvenir, siempre sereno, les llenaban el alma, siempre tenían, como todos los que han padecido mucho, recuerdos de angustias pasadas.

–¿Quién me hubiera dicho?..

–¿Cómo había yo de creer?..

Pocos minutos antes de la una era menester que se separasen; Anie acompañaba á su marido hasta la verja del jardín, y ocultos por una espesura se besaban por última vez, pero no se abandonaban todavía: después de haber partido el capitán, Anie le seguía con los ojos hasta que caballo y caballero desaparecían bajo la *Puerta Marina.*

Permanecía entonces Anie algunos minutos como aturdida y desorientada; después, para ocupar en algo el tiempo que le parecía interminable, subía á su taller y trabajaba un par de horas. Como allí no tenía los mismos asuntos que para sus estudios le proporcionaba en Ourteau el Gave con sus vegetaciones caprichosas, sus bosques, sus praderas, Anie copiaba lo que tenía á la vista; el aspecto de la ría con la marea alta, el movimiento de las lanchas pescadoras ó de buques, aquellas colinas verdes sembradas de arboledas, de peñascos, de casitas blancas con tejados rojos que bajan desde las llanuras de las Landas hasta las plateadas aguas del tranquilo río.

Para los que están acostumbrados, como Anie lo estaba, á la luz pálida del cielo de París, lo más sorprendente á medida que descienden hacia el Mediodía es la intensidad, siempre en aumento, del brillo de los objetos; la comarca del Loire parece más clara; la Gironda más clara todavía; el Adour, á ciertas horas deslumbra. Lo que Anie procuraba reproducir en sus cuadros era esa luz dulce, vaporosa que no tiene lo claro ni lo áspero del verdadero Mediodía; cuando caía la tarde Anie abandonaba su caballete. Vestíase entonces con apresuramiento y salía á devolver alguna de las numerosas visitas que recibía los jueves, arreglándoselas de modo que siempre estaba en casa cuando volvía á ella su marido.

Desde aquel instante se pertenecían por completo uno á otro; la consigna era terminante: nadie, absolutamente nadie y bajo ningún pretexto podía molestarles ni llegar hasta ellos.

Por de pronto Sixto subía al taller para examinar lo que Anie había hecho durante el día; cuando el estudio no estaba más que esbozado se limitaba á observaciones sin importancia; pero cuando la obra iba tomando vida y color, cuando ya era posible formar una idea de lo que el cuadro sería, llegaban las manifestaciones de admiración y de asombro.

–¿Sabes, decía el capitán muy á menudo, que hay días en que deploro que no tengas necesidad de vender tus cuadros?

–Pues yo no lo deploro por varias razones: la primera y principal porque tal vez las ofertas de los compradores no estarían á la altura de tus elogios.

Sixto no admitía semejante hipótesis.

Después de un rato de conversación ó de un paseo por el jardín visitaban su caballeriza y se dirigían al comedor. Después de comer, si hacía buen tiempo, daban un paseo por el muelle, ó bien, si no estaba muy seguro, tomaban asiento en la galería de su habitación, que daba vista al río; allí, sentados muy cerca uno de otro, continuaban su conversación, contemplando el movimiento del Adour; cuando llegaba la hora de la marea distraíalos el variado espectáculo de los vapores que llegaban con sus faroles encendidos, el remolcador que encendía su máquina para sacar de la barra algún buque de vela, y así se deslizaba el tiempo, como en perpetuo encanto, sin que ni Anie ni Sixto tuviesen conciencia de las horas que pasaban. De pronto, en medio del profundo silencio de la noche, elevábase un rugido sordo que iba creciendo rápidamente.

–¡El expreso de París!

Era, en efecto, el tren descendente que bajaba á toda máquina de la llanura de las Landas; muy luego llegaba á Boucan; veíase después el farol de la locomotora que parecía llegar á precipitarse sobre ellos; poco después pasaba, su rapidez disminuía poco á poco antes de desaparecer en la estación.

Iban á dar las once; había terminado aquel día.

II

Y... sin embargo, en aquel cielo tan sereno, tan límpido, aparecían dos puntos negros: el uno, que inquietaba vagamente á la hija; el otro, que atormentaba al padre.

Cuando el día mismo de la boda oyó Anie al Sr. de Arjuzanx decirle que la amaría siempre y que á ninguna otra amaría, la confusión y la sorpresa de la recién casada habían sido extraordinarias. Mucho rato permaneció como aturdida y fué necesario un gran esfuerzo de su voluntad para que se presentase, tranquila en apariencia, á su marido y á los convidados. Pero la impresión que en Anie habían producido las palabras del barón no se desvanecía por completo; si cuando estaba al lado de Sixto se olvidaba Anie de Arjuzanx, cuando quedaba sola volvía á verlo, recordaba la palidez de aquel rostro, el fuego de aquella mirada, el temblor de aquellos labios cuando decían: «Amaré á usted siempre y nunca amaré á otra » ¿Por qué había pronunciado el barón aquellas palabras? ¿Con qué propósito? ¿Habían sido expresión espontánea de su dolor? ¿Las había pronunciado, por el contrario, con intención determinada? Anie habría necesitado contar á su marido aquella escena; pero no se atrevía temerosa de disgustarlo, y además porque todo lo que se refería al barón, su recuerdo, su nombre, era muy desagradable para Anie. Cuando, transcurrido algún tiempo, vió la joven que Arjuzanx no los visitaba, como ella temió en un principio, comenzó á tranquilizarse; era indudable que el barón había dicho aquellas palabras impulsado por lo violento de la contrariedad sufrida; las había dicho sin saber que las decía, involuntariamente, y Anie se compadecía de él. ¡Pobre muchacho!

Esta compasión no había ido muy lejos, eso no; habíase mezclado, no obstante, con algunos dejos de simpatía: Anie no podía aborrecer á un hombre porque la hubiera amado, porque la amase todavía, sobre todo cuando ese amor no había sido obstáculo para que ella se casara con Sixto. Pero éste, poco tiempo después, que todos los días daba á su mujer noticias circunstanciadas de cuanto hacía mientras estaban separados, le contó que había recibido en la oficina la visita de Arjuzanx; y como Anie se manifestase muy sorprendida, el capitán manifestó que aquella visita tenía explicación sencilla y natural en la intención de demostrarle que no le guardaba rencor por su derrota; su presencia en la boda ya fué significativa; la visita de ahora lo era más todavía. ¿Cómo responder á esto sin contarlo todo? Anie dudó por un instante; después resolvió decididamente guardar silencio. Al fin y al cabo, tal vez tuviese razón Sixto, y en este caso habían de ser consideradas aquellas palabras pronunciadas el día de la boda por Arjuzanx como el grito de un dolor demasiado cruel para dominarlo. Sin embargo, por mucho que Anie se dijo á sí misma en este sentido, no se tranquilizó por completo, y cuando, poco tiempo después, le habló Sixto de una segunda visita del barón, después de otra, comenzó á preguntarse qué amenaza se ocultaría debajo de aquella intimidad por Arjuzanx con insistencia procurada.

Es cierto que el barón no se había presentado en casa de Anie y de Sixto; pero ¿qué debería hacer la joven si alguna vez los visitaba el camarada de su esposo?

Esta pregunta, que Anie se dirigía á sí misma muchas veces, le ocasionaba cierta inquietud, indefinida, vaga, pero persistente. La joven deseaba tranquilidad para ella y más aún para su marido; pero era imposible la tranquilidad si necesitaba defenderse contra uno que la amenazase con amor eterno. Anie estaba muy segura de no dejarse conmover nunca por semejante amor, pero comprendía al mismo tiempo que sería para ella molesto, enojoso, insoportable. La simpatía que Anie había sentido al principio por el amante desdeñado se trocó en hostilidad contra el enamorado perseverante. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Las inquietudes del padre, aunque eran de muy diferente naturaleza, no dejaban de tener importancia y de molestarle.

Cuando quedó convencido que Sixto y Anie se casasen, creyó Barincq que aquel matrimonio pondría acabamiento definitivo á la intranquilidad de su conciencia, y que el testamento de Gastón, ese testamento que tan á menudo, en las noches de insomnio, le pesaba con pesadumbre inmensa como horrorosa pesadilla, quedaría reducido á una insignificante y liviana hoja de papel. Realizada la boda, ¿qué importaba aquel testamento? Que Sixto disfrutase de la fortuna de Gastón como heredero de éste ó como marido de Anie, ¿no era, de hecho, exactamente lo mismo?

Precisamente impulsado por esa idea, estimulado por esa esperanza había procurado realizar aquella boda; habíalo procurado con empeño y lo vió con indecible alegría, considerándose dichoso; pensaba haber alcanzado con esto, no solamente la dicha de su Anie y la de Sixto, sino su propio reposo, su satisfacción personal.

¡Qué dulce consuelo!

Pero, contra lo que Barincq esperaba, aquel consuelo dulce no resultó en la realidad tal cual el padre de Anie se lo imaginara en sus meditaciones, y aque-

lla hoja de papel que creyó ligera como una pluma, comenzaba á ser tan pesada como antes ó más que antes. No experimentaba ya aquellas alucinaciones, aquel sentimiento de ansiedad, de opresión, de angustia, aquellos sudores de muerte que acompañaban á su remordimiento cuando, de sus razones fútiles, había decidido que Sixto no tenía derecho alguno á la fortuna de Gastón; pero de todas maneras, el peso de aquel papelillo volvía á ser demasiado grande para dificultar las digestiones de Barincq.

Consistía esto muy principalmente en que cuanto más iba conociendo á Sixto tanto más profundamente se convencía de que, en efecto, era hijo de Gastón; era en todo y por todo un retrato suyo.

Siempre que Gastón, cuando se hallaba sentado á la mesa, quería decir algo interesante á los que estaban en su rededor, comenzaba invariablemente – sin echarlo de ver ni darse cuenta de sus movimientos – por separar á derecha y á izquierda las copas que delante de sí tenía, dejando aquel sitio de la mesa completamente despejado: Sixto hacía lo mismo, tan exactamente lo mismo, que cuando se le veía parecía que se estaba viendo á Gastón: ¿no era esto muy significativo?

Gastón al reirse levantaba las mejillas y el labio superior, con lo que resultaba la nariz como recortada: la expresión del rostro de Sixto, cuando se reía, era exactamente la misma.

Por último, siempre que Gastón discutía acompañaba sus razonamientos con movimiento de la mano, movimiento que le era peculiar: accionaba primeramente con el dedo pulgar; poco después agregaba al pulgar el índice, y por último reforzaba á los dos el de en medio que, al parecer, venía á completar la demás acción; Gastón hacía esto metódicamente, con el orden mismo que no variaba nunca y que en ningún caso se invertía: pues bien; Sixto repetía idénticos movimientos y en el mismo orden.

¿Qué probaban todas esas semejanzas? Probaban hasta la evidencia que Sixto las había heredado de su padre y que por lo tanto constituían un acta de reconocimiento más convincente que cuantas hubiesen podido levantar todos los alcaldes y todos los notarios del mundo.

Y siendo esto así, Gastón, que tan á menudo había tenido á su lado á Sixto, no había podido seguramente cerrar los ojos á la evidencia, ni rechazar la absoluta, la completa certidumbre de que aquel niño, que era una copia fiel y exacta de su rostro, de sus maneras, de sus costumbres, era y no podía menos de ser su hijo.

Que hubiese dudado de la fidelidad de su querida, era muy probable; pero dudar de su paternidad, no le habría sido posible.

El hecho de retirar el testamento de manos de Revenacq no tenía, por consiguiente, no podía tener el significado que Barincq y el notario le daban equivocadamente; era seguro, segurísimo, que Gastón no había pensado ni por un momento en desheredar á su hijo, ni en hacer, entre su hijo y sus herederos legales, particiones que en nada se fundaban sino en caprichos de la imaginación dominaba por el cálculo del interés personal y por las sugestiones del egoísmo.

En realidad las razones que Gastón había tenido para recoger su testamento no eran conocidas; pero solamente en esto había obscuridad: sobre todos los demás puntos se había hecho la luz, y tan clara, que ningún hombre honrado, después de leer el testamento, podría dudar ni un solo minuto en afirmar que Sixto era el heredero único de Gastón.

Y él, Barincq, él que en todas las circunstancias de su vida solamente había obedecido á los mandatos de su conciencia, ¿podría regatear y dudar en lo que no dudaría ningún hombre honrado?

Si nada tenía que echarse en cara, ¿por qué su conciencia, siempre su amiga, protestaba con tanta violencia después del matrimonio de Anie y de Sixto?

Era necesario reconocer y confesar que aquella boda no había sido otra cosa que un expediente inspirado por el sofisma y el subterfugio.

¿De qué podía quejarse Sixto si de un modo ó de otro venía á disfrutar la fortuna de su padre? ¿No era exactamente lo mismo que la disfrute como heredero de Gastón ó como marido de Anie?

No, señor, no; no era lo mismo; si el capitán Sixto no se quejaba era porque desconocía la existencia del testamento; pero quien como Barincq sí la conocía, ¿era posible que rechazara sus escrúpulos y dijese con serenidad que nada tenía por qué avergonzarse?

Para esto habría sido absolutamente preciso que en el contrato de boda Barincq se hubiese despojado, en favor de Sixto, de toda la fortuna de Gastón. Y haciéndolo así, ¿habría dado á su yerno algo que á éste no perteneciera? Pero como no lo había hecho así, como las cosas se habían arreglado de otro modo, siempre que Sixto daba las gracias, por cualquier nuevo regalo, á su suegro, éste se ruborizaba, porque... ¿acaso aquella generosidad suya no era una restitución?

Como Barincq continuaba engolfado y perdido en medio de estas cavilaciones sin resolver nada, inclinándose hoy á una decisión, inclinándose al día siguiente á otra, fué necesario que realizase una visita para que pusiese término á sus vacilaciones; fué esta visita la de uno de sus parientes, su primo Pedebidou, con quien había tenido en sus años juveniles relaciones de buena amistad y que posteriormente había mediado muchas veces entre él y Gastón á fin de reconciliarlos.

Este Pedebidou, que tenía la primera casa de conservas alimenticias de Orther y de Bayona, pasaba por muy rico, y Barincq lo tenía en ese concepto; pero á las primeras palabras que se cruzaron entre ellos en aquella entrevista, pudo convencerse de que en aquel momento no era rico Pedebidou.

– Querido primo, dijo Pedebidou sin embarazo ni cortedad, vengo á pedirte 80.000 francos que necesito imprescindiblemente para mis vencimientos.

– ¿Tú?

– ¡Así es el comercio! Algunas quiebras extranjeras imposibilitan, hace más de dos meses, la aceptación de mis giros, y además tengo contraídos compromisos de alguna importancia.

– Pero, chico, yo no tengo 80.000 francos: la boda de mi hija, los gastos de su instalación, lo que me cuestan las obras que hago en esta propiedad...

– No te pido tu dinero; te pido solamente tu firma.

– Firmar es pagar.

– Conmigo no. Ven á casa, allí examinarás mis libros; la situación en que me hallo es de apuro pasajero, pero está muy lejos de ser desesperada.

Barincq estaba trastornado; si hubiera sido dueño absoluto de su fortuna habría dado, sin vacilar, la firma que su compañero y pariente solicitaba con tanta franqueza y en la seguridad de que no podrían rehusársela; pero Barincq no era, no, libre, ni dueño de su fortuna; al firmar no comprometía su firma, sino la de Sixto.

– ¿Sabes, dijo sin saber cómo salir de aquel atolladero, sabes que si hubiese yo prestado todo lo que, desde que estoy en el país, me han pedido, no me quedaría gran cosa?

– ¿Cuánto has prestado?

– Nada.

– Entonces te queda todo.

– Pero...

– Por último, ¿puedes ó no puedes hacer lo que te pido?

Reinó entonces un rato de silencio, cruel para ambos, pero acaso más cruel para el que no se atrevía á contestar que para el que esperaba la contestación.

Pero Pedebidou era hombre resuelto y de los que obedecían al primer movimiento: se levantó, pues, y dijo á Barincq:

– Está bien; eres un mal rico; deploro, lo deploro con toda mi alma haberte puesto en el caso de demostrarlo; nunca hubiese yo creído esto de un hombre que ha sido pobre como lo has sido tú.

– Te juro que no puedo.

– Tu fortuna te pertenece.

– No; pertenece á mi hija.

– Adiós.

Barincq pasó una noche terrible; al día siguiente partió para Bayona en el primer tren, y al llegar corrió á la casa de comercio de su primo. Al entrar en el despacho en que Pedebidou, completamente solo, despachaba el correo, le dijo:

– Vengo á traerte mi firma.

Al oir aquellas palabras Pedebidou se levantó precipitadamente, corrió á Barincq y le abrazó.

– Haz que preparen el documento, dijo Barincq, equivocándose acerca de las causas de aquella emoción.

– No puedes, no podrás imaginar nunca lo que tu generosidad me conmueve; pero es ya tarde, querido amigo mío; ahora no puedo aceptar tu firma.

– ¿La rehusas ahora?

– Ayer pude pedírtela porque estaba seguro de que tu dinero no corría ningún riesgo; hoy, sabiendo, como sé, que lo perderías, no puedo aceptarla; acabo de recibir noticias de otras quiebras; todo ha concluído para mí, estoy arruinado.

Aunque aquella noticia fué muy dolorosa para Barincq, éste reconoció, avergonzándose en lo más recóndito de su alma, que tan inesperada solución le aliviaba de un enorme peso.

– ¡Pobre amigo mío, le dijo, pobre compañero!

Y durante algunos minutos hablaron ambos de aquel desastre.

Pero cuando Barincq estuvo fuera de aquella casa, cuando se halló solo en la calle, reconoció con estupor que había sido otra vez un mal rico, según le había llamado su primo.

¡Oh! Estaba decidido á no serlo por mucho tiempo.

III

Era menester que el testamento fuese entregado á Sixto y que la fortuna que en virtud de ese documento le pertenecía pasara por completo á sus manos.

El reposo, la dignidad, la honradez de Barincq lo exigían.

Además, por muy heroica que á primera vista pareciese esa restitución, no era tanto en realidad; que la fortuna de Gastón continuase en poder de Barincq ó que pasara á ser propiedad de su yerno, siempre sería Anie quien la disfrutase, porque Sixto, tal cual Barincq le conocía, no era capaz de malgastarla ó derrocharla.

(Continuará)



– Amaba á usted tanto, tanto, que ni sus desdenes han podido matar mi amor...



LA IMPRESIÓN DE RESTOS HUMANOS EN SCHLESTADT

Creemos que nuestros lectores leerán con interés el relato de un importante descubrimiento arqueológico realizado durante los trabajos de restauración de



Fig. 1. Vaciado tomado de una impresión de un cuerpo humano sobre una masa de mortero, del siglo XI, descubierto en una cripta sepulcral de la iglesia de Sainte-Foy, en Schlestadt (Alsacia). Vista de frente.

la iglesia de Sainte-Foy, en Schlestadt (Alsacia).

Sainte-Foy de Schlestadt, construcción romana muy notable, debe su origen á la condesa Hildegarda, madre de Otón, obispo de Estrassburgo y bisabuela del famoso emperador Federico Barbarroja: esta piadosa dama había hecho construir en 1087 debajo del antecoro una reproducción del Santo Sepulcro de Jerusalén, de las mismas dimensiones que éste, con lo cual atrajo á aquel lugar una muchedumbre de peregrinos cada vez mayor. Sin embargo, el fervor de éstos acabó por enfriarse, y si el recuerdo de la cripta no nos hubiese sido conservado por el antiguo autor *Beatus Rhenanus*, muy pronto habría sido dada al olvido porque fué cegada en época indeterminada, pero seguramente posterior á la época en que *Rhenanus* escribía. La misma basílica antigua, cuya restau-



Fig. 2. El mismo vaciado visto de perfil

ración completa se ordenó hace muy pocos años, hubo de sufrir durante los ocho siglos de existencia varias transformaciones más ó menos bárbaras.

Removiendo el suelo de la iglesia se encontró el año pasado una abertura que daba acceso á dos pequeños subterráneos, situados uno junto á otro, y á los cuales se llegaba por dos escaleras laterales. Continuáronse las excavaciones, y el arquitecto encargado de los trabajos tuvo la suerte de descubrir primero tres tumbas vacías y luego otra de grandes dimensiones, que databa del siglo XI y que contenía gran cantidad de restos de objetos varios y entre ellos un bloque de mortero que llamó poderosamente la atención del arquitecto, pues creyó ver en él la impresión de un cuerpo humano.

Hízose un vaciado, y grande fué la impresión, la emoción casi, que experimentaron cuantos vieron que el vaciado era un busto de mujer tal como lo reproducen los grabados (figs. 1 y 2) que publicamos. ¿Quién era aquella muerta de fisonomía tranquila y dulce y cuyas facciones melancólicas llevan impreso el sello de una nobleza evidente? Tal ha sido el problema que desde entonces ha preocupado á los arqueólogos: algunos han querido ver en ella á Hildegarda, pero pronto esta creencia hubo de quedar destruída por contradicciones cronológicas irrefutables, y hoy se admite, y con razón, que el precioso hallazgo se refiere más bien á la hija de la condesa Hildegarda, su muy amada Adelaida, como la llamaba en la carta de fundación. De todos modos, á juzgar por las huellas que en el molde ha dejado un tejido de admirable finura, de nipe sin duda, el cuerpo debía pertenecer á una persona muy distinguida y dada á las prácticas religiosas, pues no se nota ninguna señal de joya.

A fines del siglo XI, una epidemia de peste negra asoló la Alsacia, y la historia pretende que Hildegarda, lo mismo que su hijo Conrado y que su hija Adelaida, sucumbieron á la terrible enfermedad: esta circunstancia explicaría el procedi miento de inhumación profiláctico que se adoptó para sepultar el cadáver, y sin embargo el rostro de éste no revela la menor huella de sufrimiento físico. De este detalle podría deducirse que Adelaida, padeciendo quizás de otra enfermedad, falleció extenuada por la fatiga y por el dolor de haber perdido á su madre y á su hermano, y que los sobrevivientes, presa de terror, la enterraron como á una apestada, conservando de este modo lo que ahora constituye un importante descubrimiento.

Ahora bien: ¿cómo se explica que una capa de mortero basto haya podido conservar huellas en algunos puntos casi microscópicas? Según opinión del canónigo Dacheux (1) (el sabio presidente de la *Sociedad para la conservación de los monumentos históricos de Alsacia*, á cuya amabilidad debo la mayor parte de los datos consignados y las fotografías que los dos grabados reproducen), la cal que contenía el mortero filtrándose á través de la arena y del casquijo se endureció rápidamente sobre el cuerpo, y la masa entera acabó por formar un solo bloque y cuando el cadáver se descompuso quedó el molde guardando intacta, durante siglos, la imagen del cuerpo que en él se había incrustado.

El sepelio debió hacerse muy precipitadamente, pues la cabeza inclinada ligeramente sobre el hombro derecho parece haber cedido al peso del casquijo y de los escombros con que á toda prisa debieron cubrir el cadáver. El lado izquierdo ha sufrido: el ojo se halla hundido en su órbita, la mejilla, la oreja y los cabellos están algo chafados y la nariz ligeramente deprimida hacia la derecha. En cambio, el lado derecho, el cuello y la garganta han sido respetados. El pecho aparece cubierto por una camiseta de punto de lana cuyas mallas se dibujan perfectamente.

Desgraciadamente falta la parte inferior del cuerpo, que fué destruída por la piqueta de los demoledores: á lo sumo si los fragmentos del molde nos revelan la existencia de huellas de telas de extremada finura una y más bastas otras.

Lo repito: el aspecto de esta mujer, salida casi viva de su tumba después de ocho largos siglos, produce una emoción fácil de comprender, y sirviéndome de las mismas palabras del canónigo Dacheux, terminaré diciendo: «No es una obra de arte lo que á nuestra vista se ofrece, sino la misma naturaleza con la expresión viva de un ser real.»

Clemente Dreyfus

(1) L. Dacheux, *Sainte-Foy de Schlestadt. Su Santo Sepulcro y sus tumbas*. Estrassburgo, 1893.

ESTATUA DE ARAGO EN EL OBSERVATORIO DE PARÍS

En 1886, con ocasión de celebrarse el centenario del nacimiento de Arago, las personas que se habían encargado de organizar esta solemnidad creyeron que los homenajes que se habían tributado en provincias al eminente astrónomo no eran bastantes para lo que éste merecía, y resolvieron perpetuar el recuerdo de aquel grande hombre erigiéndole por suscripción nacional una estatua en París, delante del Observatorio que tanto había ilustrado con sus importantísimos trabajos.

A este efecto constituyóse un comité presidido por el almirante Mouchez: este sabio director del Observatorio ocupóse con gran actividad y entusiasmo en recoger las suscripciones y en solicitarlas haciendo valer los grandes servicios que Arago durante su hermosa carrera prestó á la ciencia y á su patria.

«Su vida, decía el almirante Mouchez en la circular que se redactó para fomentar la suscripción, es demasiado conocida por todos para que sea necesario recordar al presente otra cosa que los principales rasgos de la misma.



La estatua del célebre astrónomo Arago, inaugurada en París en 11 de junio de 1893

»Por una excepción única en los fastos del Instituto, Arago fué nombrado á los 23 años individuo de la Academia de Ciencias, al regresar de una importantísima y muy afortunada expedición geodésica por España y las islas Baleares, en donde durante tres años su vida hallóse muchas veces comprometida en circunstancias críticas, nacidas de los acontecimientos y de las guerras de aquella época. Los servicios prestados, sus raras facultades, su notable elocuencia le valieron en 1830 el nombramiento de secretario perpetuo de aquella corporación, y desde aquel alto puesto no cesó hasta el fin de su vida de ejercer la más poderosa y bienhechora influencia en el progreso de las ciencias, ya por sus propios descubrimientos, ya por la fecunda y generosa cooperación que prestó á los principales sabios de su tiempo, á quienes alentaba y sostenía con toda su autoridad. A él se debe especialmente el descubrimiento del principio fundamental de la telegrafía eléctrica y él fué también quien hizo votar por las Cámaras como diputado su aplicación al servicio público cuando el gobierno pretendía reservarse el uso exclusivo de la misma como del antiguo telégrafo Chappe. Profundamente liberal y consagrado al bien público, Arago utilizó toda su influencia en la Cámara de diputados y en el Consejo municipal de

París, del que fué muchos años presidente, para hacer adoptar todas las medidas favorables al mejoramiento moral y material de las clases populares en los diversos ramos del servicio, como la instrucción pública, la higiene, la vialidad, el saneamiento de la ciudad. A él se debe, entre otros, el pozo artesiano de Grenelle que nunca se habría terminado sin su perseverante voluntad.

»Dotado del espíritu y de la pasión por la vulgarización de las ciencias, creó y siguió durante veinticinco años el admirable curso de astronomía popular que tanta gloria dió al Observatorio de París y á su ilustre director. A él se debe también la publicidad de las sesiones del Instituto y de las actas de las mismas.»

Este llamamiento dió grandes resultados, y el día 11 de junio último se verificó la inauguración de la estatua de Arago, en presencia del ministro de Instrucción pública, del hijo de Arago, actualmente embajador de Francia en Berna, del director del Observatorio y de representantes de autoridades y corporaciones.

La estatua ha sido modelada por el escultor M. Oliva, que falleció poco después de terminarla, y fundida en bronce por Durenne: Arago está de pie, mirando al Observatorio, envuelto en una capa que recoge con la mano izquierda, y con la mano derecha levantada y los dedos estirados en ademán de demostración: tiene á sus pies un instrumento astronómico. La estatua se alza sobre un gran pedestal de piedra en el cual se lee la siguiente inscripción: *Francisco Arago*, 1786-1853. *Suscripción nacional.*

El monumento está situado delante de la verja del jardín del Observatorio, en la plaza que se extiende en el ángulo que forman el boulevard Arago y la calle Faubourg Saint-Jacques. Edificado en la línea de la avenida central del jardín, el monumento resulta estar en el meridiano de París, como la de Verrier, colocada al otro lado del Observatorio.

GASTÓN TISSANDIER

(De *La Nature*)

* * *

CUIDADOS QUE DEBEN PRESTARSE Á LOS LESIONADOS POR LAS DESCARGAS ELÉCTRICAS

El doctor Assmann ha publicado recientemente en el *Das Welter* un curiosísimo estudio acerca del tratamiento que debe aplicarse á los que por desgracia sufren lesiones, más ó menos graves, por efecto de las descargas eléctricas. Según el sabio doctor, son diversos los efectos producidos por las descargas, conforme lo demuestran los numerosos experimentos comprobados, puesto que de ellos se desprende que no es única la fuerza, sino varias, subdivididas en múltiples ramificaciones. La fotografía ha venido á demostrar que al resplandor vivísimo del relámpago sucédense otros más débiles que surgen en diversas direcciones. De este antecedente puede inferirse que la potencia de los últimos resplandores es menor que la del producido por la corriente principal.

El doctor Assmann cita en su interesante trabajo un accidente ocurrido en los alrededores de Berlín durante el verano de 1891: hallábase un pelotón de soldados haciendo el ejercicio y sobre ellos prodújose una fuerte descarga eléctrica. El oficial y un trompeta cayeron exánimes, volviendo á la vida el primero al cabo de algunos momentos, no así el infeliz trompeta, que quedó tendido sobre el césped, muerto, inanimado. Repuesto el oficial, dispuso se aplicara á su subordinado el método de respiración artificial que con tanto éxito se utiliza con los ahogados. El éxito coronó tan humanitarios esfuerzos, recobrando el trompeta la vida. El doctor Assmann supone que si este tratamiento pudiera ensayarse en los campos de batalla con los combatientes derribados por las explosiones de la pólvora y á los que se considera como muertos, recobrarían la vida cual aconteció con el soldado que se refiere.



DISTRACCIÓN, escultura de Venancio Vallmitjana

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 24 de julio de 1893 — Núm. 604



FLORES CAMPESTRES, cuadro de G. Bellei



CRÓNICA DE ARTE

Con la subida de la columna termométrica, que alcanzó á la sombra en algunos días de la pasada semana á los 36 grados centígrados, coincidió la marcha de bastantes pintores en busca de fresco, de paisajes menos áridos y abrasados que los que rodean esta villa y corte, de otros modelos que no sean los eternos *neutros* de aquí, los cuales así remedan la aldeana como la más elegante y picaresca de las *cocottes* que pasean sus gracias por el Retiro, bien un *cantaor* de cara angulosa y mortecinas mejillas ó un caballero de coleto y chambergo.

En Madrid, pues, quedan los artistas á los que la índole de sus trabajos no les permite abandonar sus estudios. Domínguez, por ejemplo, empeñado en grandes obras decorativas, no abandonará esta villa sino para ir á San Esteban de Pravia (Asturias) á colocar en el palacio que en el lugar del Pito edificaron los Sres. de Selgas un techo que debía haber pintado el malogrado Plasencia. Por cierto que de esta obra, como aconteció con las del ilustre muerto, tendrán los lectores de La Ilustración Artística conocimiento muy pronto.

Y como á Domínguez, le sucede que no podrá salir de Madrid á Arroyo, el catedrático de Historia y Teoría del Arte de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado, quien está pintando un gran lienzo en el que representa al profeta Ezequiel prediciendo la resurrección de la carne; asunto verdaderamente cuajado de escollos y que entra de lleno en el campo del más exaltado misticismo cristiano de los siglos medios, creadores de la celebérrima pintura mural *La danza de la muerte*.

Otro de los pintores que tampoco saldrá, como venía haciéndolo durante los veranos á pintar en Asturias tipos, paisajes y costumbres de allí, es Cecilio Plá. Trabajos de índole decorativa y varios otros encargos urgentes le retienen en la corte este año; pero, en cambio, Moreno Carbonero está en un hotel de Málaga pintando costumbres del país andaluz; Sorolla salió para Valencia, donde piensa residir hasta los primeros días de noviembre; Martínez Cubells visitará la ciudad de los Paleólogos, la vieja Bizancio; Cutanda está en Avila, donde se dedica á trabajar en dos cuadros que se titularán *Cristo y las golondrinas* y *Locura ó santidad;* Ferrant marcha á Galicia á pasar los días estivales en una casa de recreo cercana á la Coruña, y varios otros artistas se distribuyen por las provincias del Mediodía y del Norte de España.

***

Bastantes escultores hállanse al presente atravesando uno de los períodos peores que hay en la vida artística, el de la incertidumbre.

Mis lectores saben ya que hace algún tiempo se convocó á dos concursos, uno para elevar en Manila un monumento á Legazpi y al P. Urdaneta, otro para erigir una estatua á Pelayo en Covadonga. A ambos concursos acudieron gran número de artistas, algunos premiados con medallas de oro en Exposiciones nacionales y que alcanzaron la adjudicación de importantes obras escultóricas en concursos recientemente celebrados.

Dada la distancia que hay entre Madrid y la capital de las islas Filipinas, es casi seguro que no se sabrá hasta principios del próximo mes de agosto el nombre del escultor á quien el Jurado allí nombrado al efecto haya concedido la ejecución del primero de los monumentos dichos. La expectación, pues, es grande, porque se han cruzado recomendaciones importantes entre la capital de la metrópoli y la capital filipina; y el que más y el que menos pretende, por virtud de sus influencias, que los veinte mil duros que se abonan por el monumento sean el premio de sus afanes.

Algunos de los proyectos me son conocidos. Ninguno, á mi juicio, revela nada nuevo; pero en cambio tienen casi todos una condición que Clarín dice no existe en la obra de arte; esta condición es la de ser discretos. No puede decirse (hablo de los proyectos que conozco, como presumirán mis lectores) que se distingue uno solo, apartándose de lo corriente, de lo visto. Parece que todos los escultores se han puesto de acuerdo para interpretar las figuras de Legazpi y del P. Urdaneta. Poco más ó menos la disposición del grupo y la actitud de las estatuas es una misma.

Respecto del segundo concurso, ó sea el convocado por la Diputación provincial de Oviedo para elevar una estatua en Covadonga á Pelayo, desde ahora puedo adelantar la noticia, sin que esto sea ejercer de profeta, que dará gran juego y que volverán á recrudecerse las luchas y las polémicas que se suscitaron recientemente con motivo de los concursos abiertos para decorar el nuevo edificio de la Biblioteca de esta Corte.

Concurren á este certamen bastantes más escultores que al primero; y entre los que asisten, cuéntase á un académico de la de San Fernando. Además créese, con bastante fundamento para ello, que el premio está concedido ya en Oviedo á un escultor hijo de aquella provincia; pero como la Academia de Bellas Artes es la llamada á juzgar los bocetos y proyectos que se presentan, pues está declarado como lugar y monumento nacional Covadonga, y aquella corporación, según tengo entendido, está bastante quejosa de la provincial que abrió el concurso por no haber estimado convenientemente ésta que la Academia redactase las bases del certamen, es probable que el dictamen del cuerpo consultivo esté muy lejos de satisfacer los deseos de aquellos (si es cierta la especie) que pretenden favorecer á determinado escultor.

Pero una nueva complicación viene á enredar más el asunto y á enardecer los ánimos. Si es cierto que un académico toma también parte en el concurso, sus colegas tienen que proceder con arreglo á la real orden dictada por el Sr. Linares Rivas, y por lo tanto inhibirse de conocer en dicho concurso, ó caso de que saliese premiado el boceto del académico proceder á nuevo examen.

Es verdad que el nombre del autor del modelo que resulte agraciado no se puede saber *oficialmente* hasta que se abra el sobre; pero lo que me ocurre á mí, les ocurre á todos aquellos que de arte se preocupan y que por lo tanto viven en este pequeño mundo: que sabemos de quiénes son todos y cada uno de los modelos que se han visto ya en Oviedo y que se verán aquí cuando pasen las vacaciones. Además, no es difícil ni mucho menos sacar por el hilo el ovillo de la paternidad de las obras; es decir con esto, que aquí conocemos perfectamente la *manera* y el estilo de los artistas, especialmente de los que manejan el palillo y el barro, y claro está que el incógnito desaparece para los académicos lo mismito que para los que no lo son; y esto sabido, ocurre preguntar: ¿qué determinación tomará la ilustre corporación de la calle de Alcalá?

***

El día 25 del pasado mes de junio se inauguró la estatua erigida en esta corte y emplazada en el cruce de las calles de Felipe IV y de Moreto á Doña María Cristina de Borbón.

En otro lugar he dicho que Mariano Benlliure merecía la más entusiasta enhorabuena por la estatua de la *Historia*, que aparece sentada en un pedestal saliente del primer cuerpo del monumento.

Es esta figura una de las más primorosamente modeladas que ha producido Benlliure. Movida con majestad soberana, elegante y severa la actitud, colocados con arte exquisito los paños, la estatua de la *Historia* será siempre tenida como una de las producciones que honran el genio del escultor valenciano. ¡Quién pudiera decir otro tanto de la efigie de la cuarta esposa de Fernando VII!

Yo no sé en qué pensaría mi querido amigo Mariano cuando modeló esta figura. Le dió á los brazos el mismo movimiento, y le colocó las manos á la misma altura y en la misma posición; la izquierda cogiendo la cola del largo vestido de corte, la derecha empuñando un rollo de papeles. En esta forma los brazos, que como la cabeza están modelados de modo exquisito, semejan dos asas. Por otro lado, la estatua está modelada y proporcionada para ser vista á mucha menor altura, resultando por virtud de esto que aparece mezquina la cabeza y corta en general la figura. El plegado de los paños del vestido es duro, demasiado duro.

Por lo que respecta al parecido, Benlliure debió inspirarse en los retratos que de la reina pintara Lopez, recién llegada á España, cuando todavía era muy joven y no se había desarrollado en todo su esplendor la belleza de la princesa de la casa de Parma.

La parte arquitectónica del monumento tiene un marcado sabor del estilo ornamental del *imperio.* Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta que por los días en que María Cristina se unió al *Deseado* tal era el gusto dominante, el arquitecto Sr. Aguado acertó. El segundo cuerpo sobre todo recuerda la traza de un gran número de relojes de bronce de la citada época, que, como dicho segundo cuerpo, afectan un trozo de fuste de columna que termina en cornisa y arranca de una faja, formada de cabezas de león, frutos y flores; simbolizando la abundancia, etc., etc., de la regencia de María Cristina. El primer cuerpo es octagonal y almohadillado.

Los escudos y demás ornamentación de la parte arquitectónica del monumento están ejecutados con gran primor. Los dos bajos relieves en bronce representando el Convenio de Vergara y el acto de entregar la reina el *Estatuto,* por la altura á que están colocados es punto menos que imposible poderlos apreciar; sin embargo, se advierte en ellos acertada distribución de los grupos, y esa facilidad de factura que es privilegio exclusivo de Benlliure.

En general el monumento tiende demasiado á la indeterminación, á causa de su traza circular. La vista no reposa y el primer golpe de vista es bastante poco simpático; mirado con más detenimiento resulta más agradable, y lo perfectamente construído y labrado de los detalles concluye por hacer simpática esta obra. Pero lo deplorable es sin duda alguna la altura del monumento. O sobra pedestal ó falta estatua. Desde el natural punto de vista, la efigie de la reina no puede apreciarse, y resulta mezquina á pesar de sus tres metros de *talla*.

***

Balart se ha ocupado hace pocos días del cuadro de Villegas *La muerte del torero*, á propósito de la exposición que de este lienzo y del de *La Dogaresa* hizo en Roma el célebre artista español, antes de remitirlos á Munich, donde actualmente figuran ó deben figurar en la Exposición de Bellas Artes que en este mes se celebra en la ciudad artística por excelencia de Alemania.

Lenguas se han hecho los periódicos italianos de estos cuadros, que dan como obras prodigiosas. El entusiasmo allí en Roma despertado con la exhibición de las últimas producciones de Villegas fué tan grande, que más de un diario de la Ciudad Eterna instó al gobierno para que adquiriese *El triunfo de la Dogaresa*, á pesar de que el precio que el artista puso á su obra representa una fortuna.

Mi querido y respetable amigo D. Federico Balart, en un artículo que publicó en *El Imparcial* correspondiente al lunes 10 del mes que corre, se lamenta de que *La muerte del torero*, cuadro eminentemente español por el asunto y por la paleta, pueda ser adquirido por una nación extranjera. Al mismo tiempo se hace eco mi respetable amigo del rumor circulado por Madrid respecto á la posibilidad de poderse adquirir para nuestro Museo del Prado el lienzo en cuestión, por cuanto el artista se avendría fácilmente á hacer una rebaja considerable en el precio, por el placer de que su obra no saliese de su patria.

Yo puedo afirmar, pero de una manera terminante, que Villegas aceptaría las proposiciones que el gobierno español le hiciese para la compra de *La muerte del torero:* claro está, que siempre que estas condiciones fuesen razonables, como por ejemplo, rebajar el cincuenta por ciento del precio en que lo daría á otra nación ó á un particular cualquiera.

Pero ¡buenos están los tiempos para comprar *cosas inútiles!* Cuando para escatimar unos cuantos miles de pesetas, se trata de la acumulación de enseñanzas que, como la de Historia y Teoría del Arte, que por iniciativa del actual ministro de Fomento deben establecerse en los Institutos, necesitan un personal que sepa hacer demostraciones gráficas, medio el más indicado para obtener verdaderos resultados, ¿cómo vamos á pedir la *gollería* de que venga á nuestro museo nacional una joya de la pintura contemporánea?

R. Balsa de la Vega

14 de julio de 1893



Vista general del Palacio de Transportes

LOS EDIFICIOS
DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO
IV

El palacio de Transportes está situado en el extremo Sudoeste de Jackson Park, entre los de Agricultura y de Minas, y dado el objeto para que está destinado, muy próximo á las vías férreas.

Como es de suponer, la mayor parte de este edificio se ha construído de un modo adecuado á exhibir en él cuanto constituye la historia de la locomoción humana, desde el cochecito de niños hasta las grandes locomotoras y los inmensos y elegantísimos vagones Pulman, que son una especialidad notable de los ferrocarriles de los Estados Unidos. A este fin contiene espaciosas naves, por las que corren rieles que se cruzan en ángulos rectos y constituyen una serie de vías férreas, entre las cuales queda espacio suficiente para la más desahogada circulación.

El área de que disponían los arquitectos Adler y Sullivan, de Chicago, les ha permitido dividir su construcción en varias secciones á lo largo y á lo ancho y darla un desarrollo de 960 por 256 pies, ó sea 293 metros por 78, aparte de otros pequeños edificios accesorios.

La nave central es la más anchurosa y su altura proporcionada á los objetos expuestos, que requieren considerable espacio vertical, y á uno y otro lado de ella hay dos galerías, por donde pueden correr vehículos y cuantos medios de transporte por tierra y agua ha sido posible colocar y clasificar allí. Cada galería, lo propio que la nave, están cubiertas con dobles techumbres de claraboyas, siendo la techumbre de la segunda bastante más alta que las de las primeras, de suerte que en los lados se han podido abrir grandes vidrieras semicirculares que iluminan suficientemente el interior del edificio.

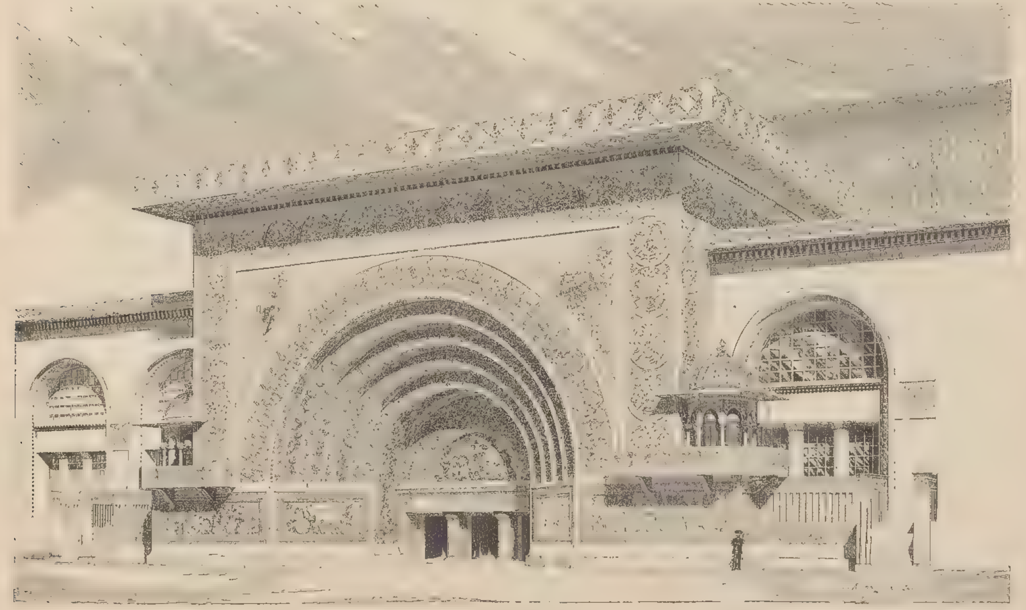


Vista general del Palacio de Horticultura

La fachaha de éste es sencilla y de amplias proporciones, corriendo á todo lo largo de ella espaciosos ventanajes análogos á los del techo de la nave central. Estos ventanajes, las entradas, la ornamentación y el perfil general del edificio le comunican un aspecto de templo americano moderno, que adolece de cierta monotonía.

Lo más notable en cuanto á construcción y traza es la entrada principal, á la que los arquitectos han dado el nombre de «Puerta de Oro.» Inspirándose en los pórticos de algunos monumentos de la India, como el de la gran mezquita de Delhin, ó del Tadhj-Mahal de Agra, han construído una entrada principal, que consiste en un pabellón rectangular de grandes proporciones, en cuyo centro se abre un elevado arco de medio punto de considerable diámetro, arco cuya abertura va disminuyendo interiormente merced á una serie de otros arcos de menor diámetro hasta quedar reducida la puerta á dimensiones regulares, pero que parecen pequeñas en comparación del gran desarrollo de la arcada principal.

Todo este pabellón está cubierto de bajos relieves y arabescos de estilo más ó menos puro, representando los primeros los diferentes medios de locomoción usados desde la antigüedad hasta nuestros días. A uno y otro lado de esta entrada campean sobre ligeras terrazas dos elegantes y pequeños pabellones ó kioscos que son reproducción exacta de algunos dejados por los emperadores mogoles en la India.



Puerta de Oro en el Palacio de Transportes

En la misma fachada y á ambos lados hay dos puertas de menores dimensiones, con arquitrabes historiados y flanqueadas de pedestales que soportan grupos de estatuas apropiadas al edificio, de las cuales podrá formarse una idea por la del guardaaguja que reprodujimos en nuestro número anterior.

El palacio de Transportes, en su conjunto, no es de los que más llaman la atención desde el punto de vista artístico; pero está perfectamente apropiado para su destino especial.

Los arquitectos Jenney y Mundie, de Chicago, á quienes se confió la construcción del palacio de Horticultura, han podido disponer para ello de un hermoso emplazamiento con un frente de 1.000 pies que mira á la laguna, y formar jardines ornamentales y parterres entre esa larga fachada y la orilla del agua. La traza de este edificio consiste principalmente en una serie de galerías de 50 á 70 pies de anchura, cubiertas de cristales y acondicionadas de modo que contienen elegantes jardines, los cuales reciben la necesaria luz solar, á cuyo fin sólo se les ha dado 22 pies de altura. Como esta altura es solamente la tercera parte de la de los edificios adyacentes y era menester que el conjunto de este palacio no dejara de estar en relación con ellos, los arquitectos lo han conseguido agregando á los extremos Norte y Sur dos pabellones de elegante estilo florentino, de 50 pies de altura, y divididos en dos pisos, en los cuales no solamente se han colocado colecciones y modelos de botánica y horticultura, sino también espaciosos restaurants con vista á los jardines.

Un tercer pabellón situado en el centro de la fachada, que sirve de entrada principal al edificio, está en conexión con una cúpula central de 180 pies de diámetro y cuya techumbre es de cristales. Este pabellón, como se ve en el grabado, está dividido en tres partes; la de en medio tiene un elegante pórtico, y las de los lados rematan en cúpulas más bajas que la central, armonizando con ella. El pórtico es un elevado arco triunfal, con un vestíbulo profusamente decorado con esculturas y bajos relieves, entre ellos el que representa «El sueño de las flores,» composición graciosa y bien entendida, cuya reproducción damos en este mismo número. Los dos pequeños pabellones cuadrados que, según acabamos de decir, flanquean este arco, están asimismo adornados con bajos relieves de estilo veneciano. En esta parte del edificio, lo propio que en toda la fachada, predomina el orden jónico, pero en mucha mayor escala, y el cornisamento del pórtico lleva un friso bastante más ancho que el de los pabellones angulares y enriquecido con bellas labores escultóricas, copia de las aplicadas por los maestros italianos en los monumentos de la época de los Césares.

El resto de la fachada, asimismo decorado, aunque la ornamentación responde más bien al gusto del Renacimiento veneciano, está dividido en grandes ventanajes semicirculares que ocupan casi toda la altura de aquélla, separados por pilastras de orden jónico. La ornamentación del friso consiste en amorcillos, guirnaldas de flores y festones, que atestiguan abundantemente el ameno carácter de los objetos y producciones de la naturaleza á cuya exhibición está destinado el edificio. En dicha ornamentación los arquitectos se han inspirado discretamente en el ejemplo dejado por el Sansovino en la Biblioteca de San Marcos de Venecia, ejemplo que debe haber ejercido gran influencia en la disposición que han adoptado para el coronamiento, característico de este elegante edificio, con balaustradas y bellos remates, en varios de los cuales se destacan elevadas astas en las que ondean gallardetes y oriflamas de vivos colores, los cuales contribuyen á aumentar el aspecto alegre de la construcción que nos ocupa.

En suma, el palacio de Horticultura responde por todas sus condiciones perfectamente á su objeto, y aunque su traza se diferencia bastante de la arquitectura, más severa, por decirlo así, de los edificios que lo rodean, no carece de la gracia y dignidad que deben acompañar á toda obra de arte de esta naturaleza.

En este palacio debe haber siempre exposiciones florales al aire libre, y en su interior hay varios estanques reservados para las ninfeas y demás especies acuáticas, así como grandes espacios destinados lo mismo para las plantas comunes que para las excentricidades de la flora cultivada.

La parte escultórica y ornamental de este edificio ha sido confiada al escultor Loredo Taft, de Chicago.

Lo que desde luego llama la atención y excita el interés al contemplar un nuevo edificio de esta Exposición, el destinado al trabajo de la mujer, y llamado, por abreviar, simplemente «Palacio ó Pabellón de las Mujeres», consiste en que es producto de un certamen abierto entre las de los Estados Unidos. Toda composición arquitectónica, lo propio que cualquiera obra de arte, personifica más ó menos las cualidades de quien la traza ó ejecuta, y por ello en esta construcción se revela el carácter femenil de quien ha ideado su plan. La vencedora en este concurso ha sido la señorita Sofía G. Hayden, discípula de la escuela de Arquitectura del Instituto tecnológico de Massachusets, establecida en Boston.

Aunque el edificio se diferencia bastante de sus colosales vecinos, y en muchos detalles se echa de ver el sexo del arquitecto, no por eso deja de ocupar un lugar digno y meritorio en Jackson Park, pues además de estar perfectamente adecuado á su objeto, se advierte en él delicadeza y elegancia en el trazado, ingeniosos detalles y cierto sentimiento que podría calificarse de graciosa timidez, pero combinada con posesión notoria y evidente de los conocimientos técnicos que distinguen á la autora.

Esta ha debido tener en cuenta al combinar su plano que le era forzoso distribuirlo de modo que estuviese convenientemente distribuída una exposición general de las obras de la mujer bajo sus diferentes aspectos, industrial, artístico, educativo y social. Obedeciendo á esta necesidad, ha incluído en él departamentos para exhibir cuanto se relaciona con las obras caritativas, en las que tan principal parte toma el bello sexo, un modelo de hospital y de jardín de recreo para niños, una exposición retrospectiva, salas de varias dimensiones para congresos mujeriles, otras para conferencias, bibliotecas y oficinas. Todos estos departamentos están contenidos en un área de 400 pies de largo por 200 de ancho, contigua por el Norte al palacio de Horticultura y en el eje de Midway Pleasance.

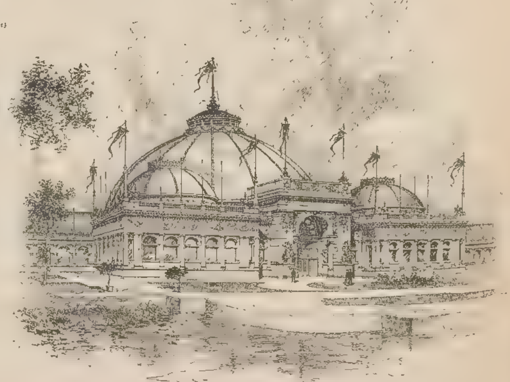
La laguna que da frente á este palacio forma una bahía de más de 400 pies de ancho, en el centro de la cual hay un desembarcadero, cuya escalinata va á parar á una terraza que conduce á la puerta principal del edificio.

Este, según acabamos de decir, contiene una serie de departamentos, todos los cuales convergen á un gran *hall* ó salón central, cubierto de cristales y por tanto profusamente iluminado. Los departamentos

Grupo escultórico del Palacio de Horticultura, que representa el sueño de las flores



Palacio de las Artes de la Mujer



Cúpula central y pórtico del Palacio de Horticultura



SAN CRISTÓBAL, cuadro de Pedro Stackiewicz

están divididos en dos pisos, rodeado el superior de galerías que dan al salón central, como los arcos que suele haber alrededor de los antiguos patios italianos. Tanto las habitaciones del primer piso como las del segundo reciben luz del salón central y de las grandes ventanas que dan á la fachada.

La parte exterior del palacio de las Mujeres recuerda el estilo de las antiguas villas ó suntuosas quintas del Renacimiento italiano. Entre un pabellón central y dos angulares corre en la planta baja una espaciosa galería porticada, mientras el piso superior, algo reentrante y dejando por consiguiente una azotea formada por la techumbre de dicha galería, consiste en un lienzo de pared con grandes ventanas. La entrada central se compone de tres arcos semejantes á los de la galería, y sobre ellos hay una columnata de orden corintio coronada por un frontispicio adornado de bajos relieves y en conexión con la azotea á que nos hemos referido.

El mismo estilo se ha adoptado en los pabellones angulares y en las entradas laterales, los cuales en lugar de columnas tienen anchas pilastras y están coronados por una balaustrada, en algunos de cuyos pedestales campean altas estatuas.

El carácter general de este pabellón es, por decirlo así, más bien lírico que épico; pudiendo á pesar de esto asegurarse que el palacio de las Mujeres ocupa dignamente su puesto en la Exposición con cierta gracia modesta en armonía con su uso y con la índole de su autora.

Después de una competencia, en extremo encarnizada, entre los escultores del bello sexo de la Unión, se otorgó la ejecución del frontispicio de la entrada principal y la de las estatuas y esculturas que adornan el resto del edificio y los jardines á la señorita Alice Rideont, de San Francisco de California. Huelga asegurar que estas esculturas son otros tantos emblemas del gran trabajo de la mujer en el mundo, y que la crítica no puede menos de reconocer en ellas todas las nobles y poéticas cualidades de arte de que siempre ha dado pruebas.

M. A.

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

VI. – EMPAREDADO

La parte más ardua y delicada del encargo confiado por la república á Simón estaba cumplida: la firma del hijo había arrastrado á la guillotina á la madre, cubierta de ignominia y saturada de hiel. Faltaba sólo concluir la obra, suprimiendo la frágil existencia cuya prolongación alentaba el heroísmo de los insurrectos vendeanos. No era empresa que requiriese gran derroche de habilidad; sólo exigía tener, en vez de la víscera que llamamos corazón y donde la piedad suele encontrar albergue, una piedra, un durísimo guijarro. Simón parecía revestido de cuanta ferocidad requiere el oficio de matar lentamente á una criatura; sin embargo, su condición de ser perteneciente á la especie humana constituía un obstáculo impensado: ahí tropezó la consigna de los jacobinos.

En primer lugar, Simón había llegado á aburrirse del encierro y á hastiarse de su inconcebible papel. Que en un momento de frenesí ó de borrachera puedan cometerse las mayores iniquidades y llegar hasta la antropofagía, como llegaron los que guisaron y comieron el corazón de la princesa de Lamballe, no significa que un día tras otro y á sangre fría sea factible prolongar el martirio de un ser indefenso. En honra de la humanidad es preciso reconocer que las heces añejas de la crueldad y de la ira le provocan náuseas. Simón desfalleció ante la atroz tarea. – Por lo que hace á la mujer del zapatero, ya desde el primer día mostró que en su tosca y plebeya alma había algo que se parecía á la compasión. No se sabe que haya pegado ni dicho palabras brutales al prisionerito.

Puede sospecharse que la misma ferocidad de Simón procedía del tedio que le causaba el encierro y del deseo de que se acabase pronto tan sombría y desconsolada faena. Cierto día que el municipal Barelle, por raro caso apiadado del niño, indicaba á Simón la conveniencia de tratarle más benignamente, el zapatero contestó vendiéndose: «Yo sé lo que hago y por qué lo hago. Otro en mi lugar *se daría más prisa.*»

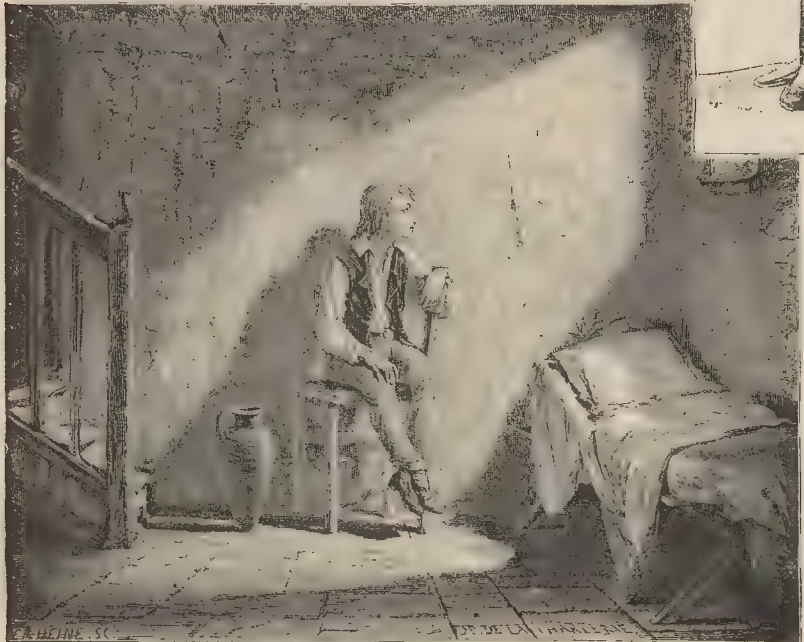
Para entretener su fastidio creciente, Simón, de noche, arma orgías con los demás municipales, y en ellas interviene el rey niño, escarnecido y depravado ya. Otro solaz del ayo fué hacer que su alumno declarase nuevamente, no contra su madre, porque ya la habían degollado, sino contra su tía y su hermana, acusándolas de inteligencias con conspiradores, de ocultación de falsos asignados y de otros delitos no menos imaginarios y absurdos. El procedimiento era sencillo: se escribía la delación, y al niño, beodo, se le cogía la mano y se le llevaba para que firmase. El carácter de letra de la firma delata sobradamente esta violencia.

Entre los historiógrafos de Luis XVII, algunos aseveran que, obligado por la fuerza á firmar papeles cuyo contenido no entendía, pero cuyo sentido y objeto presentía confusa y dolorosamente, el niño, no teniendo otra forma para protestar, se encerró en un silencio absoluto. Ni amenazas ni palizas pudieron sacarle de aquel mutismo, último baluarte de la desesperación. Es, en efecto, la palabra manifestación suprema de la sociabilidad; nos pone en contacto con nuestros semejantes y hasta con los irracionales: al perro, al caballo, al pájaro favorito le decimos palabras cariñosas, y nos oyen y nos entienden y nos corresponden á su manera. Pero el infeliz niño podía creer que se había acabado ya el género humano y hasta los irracionales que aman al hombre, y que sólo quedaban en el mundo las hienas. A las hienas no se les habla.

Aquella actitud pasiva, aquella sumisión, aquel niño petrificado, encogido, inmóvil en un rincón de su cárcel, no daban tela al zapatero-verdugo. No había ni pretexto para las acostumbradas mofas, para los cotidianos puntapiés. Lo único que sacó de su atonía á la criatura prisionera fué el incidente que los revolucionarios triunfantes llamaron *la conspiración de los canarios.* He aquí en qué consistió la famosa conspiración. Existía en el guardamuebles del Temple un canario mecánico, que volaba, sacudía las alas y hasta cantaba una canción realista. Dos ó tres empleados del Temple, compadecidos del abatimiento del niño, recabaron de Simón que le diese el pájaro. Hubo que componerlo, y ya compuesto, el prisionero lo recibió con entusiasmo; pero al convencerse de que no era un pájaro de verdad, cesó de hacerle caso: no lo miró siquiera. Entonces, Meunier, que en secreto se interesaba por el niño, le trajo unos cuantos canarios de verdad, entre ellos uno enseñado, y el ave gentil triunfó de la melancolía de Luis Carlos: ¡tan fácil es el consuelo en la niñez! Inseparables el ave y el niño, estaban todo el día jugando y halagándose. Poco había de durar aquel consuelo por milagro obtenido en una hora de benevolencia de Simón. A la primer visita de comisario, no sólo fueron recogidos los pajarillos, sino que en la cinta rosa atada á la pata del favorito se vió un alarde aristocrático: de aquí procedió el nombre de *conspiración de los canarios* – cuyo gorjeo alarmó á la república.



Tipo de un jacobino (1)
(Copia de un dibujo de la época)



El delfín en su encierro en el Temple

La *conspiración de los canarios* produjo el efecto de reanimar los dormidos furores de Simón contra su esclavito. De aquel último período de autoridad del zapatero son los rasgos más crueles entre los que nos ha conservado la historia. El arrastrar al niño por los cabellos sobre las baldosas; el lanzarle contra la pared; el echarle á rodar de un puntillón, y luego ya en el suelo molerle á coces; el despertarle de noche, á las altas horas, en invierno, soltándole un cubo de agua fría sobre el pecho y la cara; el sacudirle zapatazos con grosero zapato claveteado; el estirarle las orejas hasta arrancárselas, fueron arbitrios de aquel hombre cansado ya de su misión, sediento de volver á la calle, al club y á las vociferaciones de la asonada, é impaciente por *despachar*.

Y no pudo. La vida es terca: nadie calcula la suma de dolores y martirios que es capaz de resistir un niño de exquisita organización y cortísima edad. La revolución conoció que era preciso inventar otros medios: Simón se declaró vencido, y el 5 de enero de 1794 hizo dimisión de su cargo, optando por el de «consejero general,» incompatible con el puesto bien retribuído que disfrutaba en el Temple. Dice al llegar aquí un elocuente biógrafo del rey niño: «La miseria incalculable de la opresión que Simón ejercía, no es más que el prólogo del suplicio de Luis XVII. Falta lo más terrible: hasta ahora el niño luchó con el hombre; pero

---

(1) En la parte anterior de la gorra se ve bordado un ojo abierto y debajo la palabra *Surveillance*, emblema de la sociedad cuyos miembros se llamaban *celadores* (vigilantes ó [illegible]cos) *de la autoridad*. Sobre el pecho cuelga una medalla [illegible] da á conocer como miembro del club de los jacobinos. La campana que lleva en la mano derecha significa que está pronto á tocar á rebato á la primera sospecha de peligro que pueda amagar á la patria En los papeles que tiene en la mano izquierda están escritas las fechas de 14 de julio de 1789 y 10 de agosto de 1792. En el cinturón se ven dos pistolas, y pendiente del mismo un gran sable. Por calzado lleva los característicos zuecos de madera del campesino francés.

va á luchar contra la soledad.» Había en el Temple un cuarto obscuro, donde se alojaran anteriormente Clery y la mujer de Simón. Semiprivado de ventanas que dejasen pasar el aire puro y la luz del cielo, pues solo tenía unos ventanucos que se cerraron y obstruyeron *ad hoc*, el que iba á ser calabozo del niño recibía por un caño las pestíferas emanaciones de los retretes Cuando digo calabozo, debiera decir tumba, porque Luis XVII no fué *encerrado*, sino *emparedado* allí. En efecto, la puerta quedó, no cerrada, sino condenada por medio de fortísimos clavos y sólidas barras de hierro: á la altura de una cancilla fué serrada la madera y sustituída por reja espesa y doble. Una especie de torno, segurísimo también, servía para presentar al cautivo el alimento. Por allí devolvía él los platos vacíos y la ropa sucia. La única y dudosa claridad que penetraba en la tumba de Luis XVII era la de ahumado reverbero colgado frente á la reja por la parte exterior. Un tubo de calorífero, pasando por entre la reja, tenía por oficio calentar el encierro. Lo malo es que los encargados de encender el calorífero, unos días no lo encendían porque se les olvidaba, y otros lo cargaban hasta tal extremo, que el niño estuvo á punto de perecer asfixiado.

Así quedó establecida la situación de Luis XVII. Soledad, obscuridad é incomunicación absoluta; ni una voz, ni un rostro de hombre: manos desconocidas que depositan en el reborde del torno una escudilla: sombras que pasan y ni se distinguen de la penumbra de la mazmorra. – Por singular coincidencia ó por refinado ingenio de los atormentadores, Luis XVII estrenó su sarcófago el aniversario de la degollación de Luis XVI: el 21 de enero de 1794.

Una de las positivas adquisiciones científicas de nuestra edad es la higiene de la niñez. El cultivo de la tierna planta humana ha hecho progresos admirables, y hoy sabemos que el niño, para criarse fuerte, alegre, robusto y lleno de inteligencia, necesita ejercicio, oxígeno, gimnasia, luz, el estimulante poderoso del calor solar, el tónico vigoroso de las auras salobres en que el mar parece ofrecer á nuestros pulmones su vitalidad generadora y su bullente energía. Hoy se coge á un niño empobrecido, raquítico, exhausto, de piernas como hilos y pesada cabezota, de tejidos blanduchos y huesos inconsistentes, y se le lleva al sanatorio, enclavado en la playa, oreado por áspera brisa que huele á yodo, y á los pocos meses el espinazo está derecho, la sangre rebosa hierro, el músculo adquiere solidez de mármol, los ojos brillan, las mejillas atezadas adquieren arrebol de manzana sanjuanera, la boca ríe, y el incesante juego delata la necesidad de expansión y el equilibrio de la salud. Pues bien: antes que la medicina racional investigase el modo de fortalecer á los niños débiles, la revolución había averiguado el otro término del problema, ó sea el modo de acabar sin ruido ni violencia con un niño de naturaleza privilegiada – tan privilegiada que había resistido al método pedagógico de Simón. – Lo que no habían hecho los golpes, los denuestos, el alcohol, la depresión moral y la tortura física, lo podían hacer el lento envenenamiento del aire respirable, la privación de luz, la roezón de la melancolía y del tedio, los fantasmas de la soledad, y la escrófula segura, infalible, la escrófula que disuelve las carnes y convierte en pus el licor de las venas.



Facsímile de un grabado de la época de la Revolución que representa á un ciudadano francés buscando la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad* que se burlan de él; y mientras se esfuerza en vano por lograr su intento, está expuesto á encontrarse en brazos de la muerte.

Están conformes los pedagogos modernos en que el castigo llamado del *cuarto obscuro* es peligrosísimo cuando se aplica á niños nerviosos, sensibles, que padecen de miedos y espantos. Cuatro horas de *cuarto obscuro* pueden depositar en el tierno cerebro los gérmenes de la demencia. La revolución sentenció á Luis Carlos de Borbón á cuarto obscuro perpetuo; entregó á aquella criatura al terror indefinible, emparedándolo vivo y dejándole á solas con las tinieblas, el silencio y la fetidez de su lúgubre prisión. Mientras el rey niño se pudría sobre la paja de su camastro, en la plaza pública funcionaba á más y mejor la guillotina, con tal actividad que fué necesario presentar una moción para que se evitase que los perros vagabundos acudiesen todos los días á abrevarse de la sangre que formaba un lago al pie del patíbulo. Sin embargo, al lado del martirio del niño, la guillotina apenas infunde horror. Muerte al fin rápida, no cabe equipararla á la agonía pausada, sorda, continua, del inocente.

En la perpetua penumbra en que vegetaba Luis XVII, casi no podía saber cuándo era de noche. Sabíalo porque una voz dura y bronca le gritaba, á cierta hora, que se acostase. No se le prescribía ocupación alguna: se le había privado de libros, de juguetes, de utensilios; tenía una escoba para barrerse el cuarto, pero sus brazos enflaquecidos ya carecían de fuerzas para manejarla: las inmundicias se amontonaban, el ambiente era de pútrida sentina, y el prisionero respiraba letales miasmas que emponzoñaban su pulmón. Los restos de la miserable comida, los mendrugos de pan abandonados, atraían á las ratas, que ya pululaban en el calabozo y que de noche compartían el lecho del pobre emparedado, mordiéndole cruelmente cuando no tenía fuerza para rechazarlas. Arañas asquerosas, descolgándose de la pared, caían sobre el escuálido rostro: el frío de sus patas sutiles le hacía estremecerse al principio; después ya ni intentaba sacudirse el repugnante insecto. El cuerpecillo y la cabellera del preso eran nido de sucios parásitos: la miseria se comía al nieto de San Luis. El niño ya ni lloraba; las lágrimas se habían agotado en los ojos casi ciegos por la adaptación á la obscuridad y por tanto como lloraran en otros días. No podía andar: lleno de llagas cancerosas y tumores fríos, se arrastraba á la reja cuando las voces injuriosas de los inspectores le llamaban para cerciorarse de que «no se había evadido el *lobezno*.» Y sin embargo, aún no venía la muerte...

Sabia providencia fué la de demoler el Temple; porque manchaba á Francia y eclipsaba cuanto pudo tener de beneficioso el regimen nuevo aquel calabozo, aquel cubil, aquel *in pace* de la Inquisición revolucionaria, donde se consumió Luis XVII.

VII. – TERMIDOR

Espanta ciertamente pensar en los sufrimientos físicos del niño emparedado, pero estremecen más aún los morales. Porque en criatura tan delicada, sensible y afectuosa, con edad suficiente para percibir todos los horrores del abandono y la miseria, y sin la edad que se requeriría para luchar con la situación y dominarla en lo posible, el estado del ánimo debió de ser infinitamente más lastimoso que el del cuerpo.

El adulto abrumado por la desdicha á veces la considera expiatoria; la explica por antecedentes. Pero ¡qué misterio tan inconcebible para la débil razón de un niño el de aquel martirio siempre creciente y cada día más intolerable! Sin duda que cuando Luis XVII palpitaba en las garras del zapatero Simón, debió de creerse el más infeliz de los humanos. ¡Quién le diría que en la fétida tumba donde le encerraron echaría de menos – y así tuvo que suceder – los puntapiés del zapatero jacobino!

Hay en nuestra historia un episodio que recuerdo involuntariamente, mientras escribo la tristísima vida del hijo de Luis XVI. Es el suplicio del santo niño de la Guardia, aquella tierna criaturita á quien los judíos hicieron padecer las torturas y ultrajes de la Pasión de Jesús, y que la Iglesia cuenta entre sus gloriosos mártires. El crucificado de la Edad media, en los sudores y bascas de su agonía, seguramente fué más dichoso que el emparedado del siglo XVIII. Su pasión fué más corta: su espíritu no llegó á desfallecer, pues veía abrirse los cielos y oía los cánticos de los ángeles. Pero en la interminable subida al calvario de Luis XVII, ni el entusiasmo embriagador de la fe pudo ofrecer á sus desecados labios el brebaje de adormidera que embota el dolor.

¿Qué pensaría la desdichada criatura en la profundidad de su nicho? ¿Qué diálogo entabló con el Dios en quien le habían enseñado á creer desde la cuna, del cual nadie le hablaba en los años del suplicio, y cuya eternidad única afirmó un día enérgicamente bajo el látigo de Simón? ¿Cómo rezó, cómo se resignó aquel inocente? ¿Por qué fenómeno de reflexión prematura, como fruto madurado á deshora por el infortunio, germinó en él el acerado estoicismo que le veremos demostrar, y á la vez el ansia infinita de la muerte libertadora?

Hubo días en que hasta el mezquino sustento, el pan y agua del calabozo, faltó á Luis XVII. ¿Descuido ó refinamiento de barbarie? No se sabe; lo cierto es que cuando no le echaban su pitanza, el niño no la pedía: ni un gemido salía del hediondo zaquizamí. La queja y el llanto de las criaturas son una muestra de espontaneidad y vida: para que el niño calle teniendo hambre y miedo, pensad qué espantosa de-



Facsímile de un grabado de la época que representa á Robespierre ejecutando por su propia mano al verdugo, después de haber hecho guillotinar á todos los franceses.



VICTIMA INOCENTE, cuadro de D. Carr



EN EL BAÑO, cuadro de Fred Morgan

presión sufrirá su atribulado espíritu. Hay detalles que dudo si debo recordar, porque acaso su exagerado horror los hace inverosímiles. En seis meses el niño sólo se mudó dos veces la ropa interior; y como ya las fuerzas le faltaban, acabó por no desnudarse sus harapos, y por no poder andar el pasillo que conducía á la letrina del calabozo. Un marmitón de las cocinas del Temple, que miró al través de la reja con curiosidad de ver al prisionerito, apartó horrorizado la faz. «¡En ese cuarto no hay cosa que no rebulla!» exclamó, viendo el confuso hormigueo, el corretear de ratones, arañas y avechuchos. Lo único que no rebullía era el preso, tendido en la cama, rendido á la modorra y al ensueño febril. Como ningún lamento salía del fondo de aquella tumba, lo más doloroso de esta tragedia sólo puede suponerse, no referirse.

Mientras la inteligencia del niño se extinguía y su cuerpo se pudría lentamente, fuera del Temple poquísimas personas conocían su verdadera situación y el género de muerte á que se le condenaba. Sabían el hecho del cautiverio, no el modo. Hágase esta justicia á una nación entera: los Chaumette y los Hebert, los terroristas y los bebedores de sangre, que ostentaban á la faz del mundo, con afectación y alarde teatral, la guillotina, ocultaron el atentado siniestro en la sombra y el sigilo que sirven de manto al crimen, y los que no calaban el espesor de los viejos muros contemporáneos de Felipe el Hermoso, pudieron ignorar aquella iniquidad suprema. Verdad que el Terror, en su período álgido de homicida demencia, oprimía á París: que las proscripciones arreciaban: que nadie se atrevía ni á respirar: que el amigo temblaba á la denuncia del amigo, el padre á la del hijo: que, para coronar la obra, los dueños de la nación «decretaban la alegría,» y declaraban que á los aristócratas se les conocía en la *cara larga y tétrica.*

No podía ya prolongarse estado tal de violencia y susto. Vino Termidor, y Barras estableció situación más tolerable sobre las cortadas cabezas de Robespierre, Couthon, Hanriot, Saint Just y demás fieras con rostro humano. En la misma hornada que Robespierre, en la propia carreta, al lado del *incorruptible,* iba el zapatero Simón, el verdugo de Luis Carlos. Cuando pasaba la carreta por la calle de San Honorato, una señora joven, linda, de dulce expresión, lanzóse sobre Robespierre que ya casi no podía oir (porque tenía rota la mandíbula y un ojo saltado del pistoletazo con que quiso precaver el patíbulo), y en tono sañudo le gritó: «¡Monstruo, desciende al infierno cargado con la maldición de todas las madres!» ¿Pensaría aquella dama en el rey niño?

Sea como quiera, Termidor iba á repercutir en los muros del Temple – Tenía por entonces Barras un amigo, criollo de la Martinica, llamado Laurent. Ardiente republicano, joven aún, culto y afable, Laurent alimentaba vehementísima pasión por las flores y la jardinería. Afición tan pacífica y dulce, que agrada pensar que Luis XVII – otro aficionado á la floricultura – va á caer en manos de Laurent, nombrado por Barras, el 11 de Termidor, *custodio de los hijos del Tirano.*

No podía sospechar Laurent, al entrar en el Temple y dirigirse, en ejercicio de sus funciones, á la prisión de Luis XVII, que iba á hacerse cargo de un espectro. Al mirar por la reja; al advertir el olor á cementerio que salía del cubil; al oir la voz extinta de la criatura, que á la pregunta «¿Capeto, estás ahí?,» contestaba un *sí* imperceptible, el corazón del mozo republicano tembló en el pecho. Muchos años después de tan lastimosa escena, confesaba Laurent que al ver á Luis XVII «había pensado en Dios.»

El custodio se dió prisa á reclamar, á enterar al Comité de salud pública del estado del niño. Acudieron los comisarios y mandaron forzar la reja y abrir la puerta. Hízose así, no sin ruda labor, y la tumba del emparedado quedó franca, y pudo verse al Job infantil, tendido en su lecho, ó por mejor decir, en el asqueroso conjunto de harapos que de lecho le servía. Pudo verse su carita lívida, sus ojos extraviados, su cabeza que parecía una gusanera, sus miembros deformados por las escrófulas y sus llagas ulceradas y cruentas. Ni el abrirse la reja, ni el caso extraordinario de entrar en su tumba seres humanos, sacó de su marasmo al rey niño. Apenas se volvió, mirando de reojo á los que se inclinaban sobre él transidos de espanto. Al lado de su cama vieron los comisionados intacta la pitanza del prisionero. «¿Por qué no comes?,» preguntaron compadecidos. Luis XVII callaba. Un comisionado viejo, en tono afectuoso, insistió: «¿Por qué no has comido?» Y el niño, sin levantar la cabeza, con glacial serenidad respondió: «Porque quiero morir.» Ya no pudieron sacarle otra palabra.

¡Tenía nueve años! Y por la senda de espinas había llegado á aquel propósito de *hombre,* de hombre mártir, de hombre héroe: sin lágrimas, sin quejas, sin protesta alguna, Luis XVII quería morir.

Diríase que palabras tan profundamente tristes no pueden ser sobrepujadas en amargura. Sin embargo, pronunció después otras más hondas, más trágicas aún.

Es el caso que, desde la bienhechora visita de la comisión, la suerte de la criatura había cambiado. No se le volvió á emparedar: á la reja sustituyó una puerta: cárcel, no sepulcro. Oreada, barrida y limpia, la cárcel se hizo habitable. Al desenterrado se le dió el refrigerio del baño, el puro goce de la fresca ropa blanca, los cuidados del médico que le curaba las úlceras, el aseo del pelo cortado y bien peinado, el honor de un traje fino y decoroso. Y apenas el niño se convenció de que ya estaba fuera del pudridero y que Laurent le mostraba compasión, se desató su lengua muda hasta entonces y preguntó con sincerísimo asombro: «¿Pero por qué me cuida usted á mí?» ¿No es cierto que esta frase es todavía más triste que el «quiero morir» de la estoica víctima?

Bajo el poder benigno de Laurent fueron otorgadas al niño algunas alegrías que nunca pensó probar más. Alegrías que cualquier gurriato descalzo disfruta á toda hora, pero que á Luis XVII se le habían vedado, al sentenciarle á perecer enterrado vivo. Un paseo por la plataforma de la torre; un poco de aire libre y directo; la vista de un árbol; el canto de un pajarillo posado entre sus ramas... ¡para el prisionero qué fiesta! Otro día no fué un ave canora, sino un regimiento estrepitoso, con sus tambores y cornetas, sus pífanos y sus banderas desplegadas. La criatura postrada y de agobiado espinazo, enderézase de repente; leve carmín tiñe sus pálidas mejillas... Un escalofrío de placer le recuerda quizás sus aficiones militares, el brillante regimiento del *Real Delfín*... ¿Dónde estarían los soldados de aquel regimiento? ¿Dónde los adictos suizos, los fieles guardias de corps, los elegantes hidalgos de las antesalas de Versalles? ¡Si pudiese saber cuántas arrogantes cabezas habían caído en el cesto fatal!

En las almenas de la torre, entre las grietas de los sillares vetustos, brotaban amarillentos y ahilados unos alhelíes silvestres, unas esparcidas matas de jaramago. Las pupilas del niño fueron á posarse en las mezquinas flores, con ansia que Laurent comprendió. Una seña del custodio autorizó al prisionerito para cogerlas. Fué arrancando una por una, y sus dedos flacos las agruparon como en forma de ramillete. Poco después bajaba la escalera de la torre, y se paraba ante una puertecilla del tercer piso. Allí, con inexplicable expresión en la mirada, soltó sobre el umbral sus flores y las contempló en silencio; después inclinando la cabeza permaneció inmóvil. «¡Te equivocas, Carlos!, observó Laurent: esa no es tu puerta.» «No me equivoco,» respondió el niño, que siguió bajando las escaleras. – La puerta donde Luis Carlos había soltado el haz de flores, correspondía á la prisión de su madre...

Es de notar que Luis XVII sabía la ejecución de su padre, pero la de su madre la ignoraba. Nadie – ¡extraña compasión, ó no menos sorprendente cautela! – le había dicho que María Antonieta é Isabel de Francia no pertenecían ya al mundo de los vivos. El huérfano podía suponer que aún le sería dado ver el rostro de su madre. Siempre que, pensativo y silencioso, fijaba en Laurent las azules y lánguidas pupilas, su ojeada no expresaba otra cosa: era una interrogación, era un ruego, era un llamamiento á lo que todo hombre debe tener de común con la humanidad: la santa piedad filial. Pero Laurent enmudecía, y los labios del niño jamás se entreabrieron para dar paso á las palabras de que estaba lleno su lacerado corazón.

Con la fuerza de voluntad que presta el martirio, calló, y sólo aquel ramillete carcelario de pobres alhelíes reveló lo más íntimo de su pensamiento.

Emilia Pardo Bazán



Flores campestres, cuadro de G. Bellei. – No suelen ser las más bellas las flores que en los jardines se crían á fuerza de cuidados; en el campo, en el bosque crecen florecillas que por sus colores, por su aroma y por su rara estructura son encanto de los sentidos. Y lo que con las flores acontece sucede también con los niños y con las jóvenes: en las ciudades, en los salones, donde el artificio suple tantas veces á la naturaleza, encuéntranse, es cierto, bellezas que cautivan, pero que por lo general carecen de ese sello especial que sólo el aire respirado en toda su pureza, el sol absorbido en toda su intensidad imprimen en la humana criatura. Contémplense las cuatro caras que entre plantas silvestres ha trazado el habilísimo pincel de Bellei, y en todas ellas se verá resplandecer una hermosura natural que no han bastardeado los afeites ni las exigencias de la moda, y una plenitud de vida no debilitada por las malsanas influencias de un medio ambiente en que difícilmente se conserva la salud del cuerpo y en que con tanta facilidad se quebranta la salud del alma. Es un cuadro, un bellísimo juguete, podríamos decir, lleno de vigor y lozanía, en el que las plantas sirven de elegante marco á los bustos de cuatro muchachas no menos lindas y frescas que la vegetación que las rodea.

***

San Cristóbal, cuadro de Pedro Satackiewicz. – Conocido es el episodio de la vida de San Cristóbal que en su precioso lienzo reproduce el pintor ruso Stackiewicz, y fuerza es confesar que el artista ha sabido expresarlo con un vigor extraordinario. En las dos figuras del cuadro, aun prescindiendo de la técnica magistral con que están dibujadas, siéntese toda la grandeza de la escena; la de Jesús es delicada y graciosa y, sin embargo, adivínase en ella al Ser sobrenatural, de origen divino; la del Santo revela por modo admirable la sorpresa del hombre vigoroso que siente sobre sí un peso infinitamente superior al que el cuerpo del niño podía hacer suponer, y el esfuerzo que tiene que realizar para atravesar el río con su preciosa carga. Las agitadas aguas de tinte sombrío y el tenebroso firmamento cruzado por fulgorosos relámpagos contribuyen poderosamente á hacer resaltar el interesante grupo sobre el cual parece difundirse una luz misteriosa que contrasta con las negruras que lo circundan.

***

Victima inocente, cuadro de D. Carr. – Tiene la sociedad grandes injusticias y una de ellas es la que de una manera tan sentida nos ofrece el notable pintor inglés Carr. Esa pobre mujer que lleva en brazos á un tierno infante y conduce de la mano á una niña de corta edad, es objeto de las injurias y de los sarcasmos de sus convecinos que vengan en ella el crimen cometido por su esposo en un momento de obcecación, quizás impulsado por el hambre. El mundo es implacable y las pequeñas poblaciones suelen ser, en casos como el de este cuadro, refinadamente crueles: pocos ven en la infeliz esposa á la madre afligida que, privada de todo recurso, tiene no obstante que atender á la subsistencia de sus hijos; casi todas miran en ella no más que á la compañera del criminal, para quien la cárcel será castigo insignificante comparado con el dolor que ha de producirle el pensar en el abandono en que por su culpa quedan los suyos. Sin embargo, en la mujer del lienzo de Carr se advierte cierta serenidad que conforta; parece como que, despreciada y abandonada por los hombres, siéntese sostenida por una fuerza interna que le hace confiar en Aquel que, perdonando á los culpables, se apiada siempre de las víctimas inocentes. Las demás figuras de este lienzo que aparecen en segundo término no están menos bien trazadas, así la del rudo campesino que amenaza con el puño cerrado á la infeliz madre, como las de las vecinas que con desdeñosa compasión la miran y se entregan á nada caritativos comentarios.

***

En el baño, cuadro de Fred Morgan. – Como tantos otros, es éste uno de los asuntos que más veces han servido de tema á los pintores, y por lo mismo necesítase gran talento artístico para que la obra en él inspirada no resulte vulgar ó no traiga á la memoria otra análoga. Que el cuadro de Fred Morgan no es una vulgaridad, que el artista ha demostrado excepcionales dotes al pintar una escena cien veces tratada, cosas son que á la vista saltan, y no es preciso un gran esfuerzo para apreciar en lo que valen las dos figuras que ocupan casi todo el lienzo, esa madre cuyo semblante revela la más cariñosa solicitud y ese niño que lucha entre el temor y el deseo de refrescar su cuerpecito en las límpidas aguas, mirando á éstas con ojos en los cuales se lee la esperanza de un placer ansiado, pero al mismo tiempo agarrándose tímidamente á la que amorosamente lo sostiene, cual si temiera que el mar ha de arrancarlo para siempre de sus brazos.

***

A la salud de la novia, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Recientemente reunimos en un solo número las producciones más notables de este excelente pintor valenciano, y con tal motivo rendímosle el justo tributo de nuestra admiración por sus relevantes cualidades, apuntando algunas noticias respecto de su vida artística y de su significación. Agrasot rinde especialísimo culto al país que le vió nacer, y si bien ha producido cuadros de género notabilísimos, sus más geniales obras hállanse inspiradas, quizás, en las escenas y costumbres de la región valenciana, que sabe interpretar magistralmente. *A la salud de la novia* pertenece á esta clase, y basta examinar el lienzo para aquilatar las cualidades que atesora el maestro y su perfecto conocimiento de la animada escena y de los tipos que ha tratado de representar.

Al contemplar esta escena, cuantos hayan estado en ese hermoso verjel de España que se llama la huerta de Valencia no podrán menos de convenir que abunda en colorido local, que esas jóvenes son genuinamente valencianas, los hombres fieles trasuntos de los naturales de aquel país, el patio de la alquería con su indispensable emparrado reproducción exacta de los que allí se encuentran en todas partes, los trajes sobre manera apropiados, y la escena, llena de animación y movimiento, característica de las costumbres valencianas.

Varios lienzos remitió Agrasot á la Exposición de Bellas Artes de 1892, y si bien no había de hallar en ella la confirmación de sus méritos, el honroso cargo de Jurado que en ella desempeñó privóle, sin duda, de agregar un triunfo más á los ya obtenidos.



– Pues entonces, acepta lo que te ofrezco. ¿No es mejor que me tengas á mí por acreedor único?

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Para llevar á cabo la entrega del testamento había, no obstante, una gran dificultad ante la que Barinq paró indeciso por algún tiempo.

Lo mejor era seguramente que Sixto hallase, por casualidad, aquel testamento en el escritorio de Gastón, como Barincq lo había encontrado; pero para conseguir esto era necesario comenzar por poner el testamento en el escritorio, y como la llave no se hallaba en poder de Barincq, este medio era irrealizable; fué preciso, por consiguiente, apelar á otro medio todavía más sencillo.

En la tarde de cierto domingo, cuando Sixto regresaba á Bayona con Anie en carruaje, Barincq, fingiendo como pudo la más absoluta indiferencia, entregó á su yerno un legajo de papeles, diciéndole:

– Toma esos papales que he hallado revolviendo libros.

– Y ¿qué quieres que hagamos con esto, papá?, le preguntó Anie.

Eso no te importa; son papeles que sólo conciernen á Sixto y que éste leerá con gusto, según creo, cuando tenga algún rato desocupado.

– Pues ¿qué son?, dijo Sixto.

– Es la colección de las cartas que has escrito á Gastón desde la infancia hasta su muerte. Hay también varias cuentas y facturas. Todo eso se encontró al hacer el inventario en un cajón que por lo visto estaba dedicado á cosas tuyas. No se tomó nota de ello por tratarse de papeles sin importancia. Hace ya mucho tiempo que debí dártelos y lo olvidaba siempre.

Todo esto fué dicho con tranquilidad completa y con indiferencia absoluta; después Barincq se despidió de sus hijos y volvió al castillo.

Pero á la mañana siguiente fué á almorzar con sus hijos, anhelando saber si Sixto había abierto el paquete; intacto lo vió en la mesa de su yerno.

– ¡Calla! ¿Tu marido no ha abierto ese legajo?

– El pobre, cuando vuelve á casa viene tan fatigado y tan harto de los papelotes que el general le hace leer y escribir, que siente verdadero horror á los papeles.

– Me parece, no obstante, que no hace bien en dejarse arrastrar por esa antipatía; al fin y al cabo, en ese legajo de cartas se halla toda su juventud.

– Se lo diré.

El viernes, cuando volvió Barincq pretextando cualquier cosa, porque no tenía costumbre de ir á Bayona dos veces en la misma semana, el paquete seguía lo mismo, intacto.

Barincq esperó hasta el domingo, pero ni su hija ni Sixto hablaron del paquete; nada nuevo había sucedido por consiguiente.

Sólo diez días después ocurrió que una tarde en que hacía mal tiempo, volvió Sixto á casa antes que su mujer, á quien ocupó el fatigoso encadenamiento de visitas que debía devolver y para cuya contabilidad habría sido necesario una teneduría de libros; solo en la casa hasta que Anie volviese, y no teniendo cosa mejor en que ocuparse el yerno de Barincq, abrió el legajo.

No tenían para Sixto gran interés aquellas cartas, las primeras de las cuales había olvidado por completo y estaban escritas con lenguaje infantil, algo contenido por el respeto que aquel á quien iban dirigidas le imponía.

Dejándolas á un lado tomó Sixto el paquete de cuentas, el cual por las cifras de las facturas no dejaba de ser curioso. Aquello era lo que habían gastado por él; lo que él había costado.

Examinaba el capitán aquellas cuentas, unas en pos de otras, cuando se fijó su mirada en una hoja de papel sellado escrita de puño y letra del Sr. Saint-Christeau.

¿Qué era aquello?

Sixto leyó.

Aquello era... el testamento del Sr. Saint-Christeau; aquel testamento que Sixto conocía; el que debía ser hallado al practicarse el inventario y que había escapado á las pesquisas de Revenacq, porque no se habrían examinado aquellas facturas una por una para clasificarlas, y la hoja de papel se habría deslizado entre dos papeles insignificantes.

Antes de que Sixto hubiese logrado reponerse de su sorpresa entró Anie, y como de costumbre, se fué rápidamente hacia su marido para darle un beso.

– Calla, le dijo riéndose, ¿al cabo te has decidido á leer esos papeles?

Pero aún no había terminado su pregunta, cuando la expresión del rostro de Sixto la dejó sorprendida.

– ¿Qué tienes?, preguntó. ¿Qué tienes? ¡Dios mío!

Sixto, entregando á su esposa el documento, respondió:

– Mira lo que he encontrado entre esos papeles; léelo.

– Pero este es el testamento de mi tío Gastón, exclamó Anie no bien hubo leído las primeras palabras.

– Lee, lee.

Anie concluyó la lectura, y entonces mirándole preguntó á su marido con voz temblorosa:

– Y ¿qué piensas hacer?

– Pues ¿qué quieres que haga?, respondió con sencillez Sixto. ¿Puedes imaginar siquiera que voy á servirme de este documento para molestar á tu padre que se considera tan feliz con ser propietario de Ourteau? ¿Para quién trabaja? Para nosotros. ¿A quién da las rentas? A nosotros. No, no; este testamento que, te lo digo francamente, me alegro de haber encontrado por un sentimiento de gratitud hacia el Sr. Saint-Christeau, no saldrá nunca de este cajón en que voy á encerrarle y tu padre ignorará siempre que ese papel existe.

Anie echó los brazos al cuello de Sixto y le besó nerviosamente derramando un mar de lágrimas.

– Pero, preguntó Sixto, ¿qué pensabas de mí?

– Lloro de orgullo.

IV

De cuando en cuando Sixto hablaba á su mujer del barón; unas veces había ido Arjuzanx á visitarle, otra vez se habían encontrado por casualidad; de todas maneras y con gran disgusto de Anie, aquellas relaciones continuaban y no tenían trazas de concluir.

Un día, Sixto, con embarazo que no le fué posible disimular, dijo á su esposa que el barón había alquilado en Biarritz una posesión de las que por toda aquella comarca se llaman *villas* y que había convidado á estrenarla á él y á varios amigos, entre ellos de la Vigne.

– ¿Has aceptado?

– Puedo excusarme todavía con cualquier pretexto.

– ¿Por qué habías de excusarte?

– Si te desagrada.

– Siempre es desagradable para mí no tenerte á mi lado; pero no soy tan ridícula que pretenda secuestrarte, ya que me censuran porque te monopolizo.

– No te importe lo que digan ni lo que dejen de decir.

– Sí, amigo mío, es necesario que me importe; no debo pretender que seas dichoso solamente con mi cariño; estoy obligada además á procurar que tu vida esté á cubierto de toda crítica. Con tus compañeros de armas nadie está más expuesto que tú á murmuraciones caprichosas. ¿No estáis todos vaciados en el mismo molde? Ves, ves á comer con el Sr. de Arjuzanx y diviértete como los otros. Realmente lo que más me desagrada en esto no es el que tú vayas á casa del barón, sino que te verás obligado un día ú otro á devolverle este convite.

– Entonces lo mejor es no ir.

– Eso es difícil.

– Y ¿qué hacemos?

– Pues nada; vas, como lo has prometido, y no hay que hablar más. Reconozco y confieso que no tengo razón; me lo digo y me lo repito á mí misma; pero por muchos esfuerzos que yo haga no puedo acostumbrarme á la idea de que entre Arjuzanx y nosotros se establezcan relaciones. Como pretendiente me inspiraba antes una repulsión invencible cuyo resultado fué una resuelta negativa: pues bien; te juro que el hombre continúa siéndome antipático.

– ¿Tienes del barón algún motivo de queja?

– No, por desgracia; si lo tuviese, todo estaba arreglado.

– Arjuzanx es orgulloso y delicado. Si tú lo tratas con cierta reserva, no insistirá en visitarnos.

– El papel que me corresponde no es muy agradable.

– En mi posición es imposible que yo lo tome á mi cargo; parecería un celoso.

– Un celoso vencedor. En fin, ve por esta vez á esa casa. Después ya resolveremos más despacio lo que nos parezca mejor. Te aseguro desde ahora que mis sentimientos con respecto al barón no han de modificarse nunca, y nada puede imaginarse más enojoso que las relaciones sostenidas con personas que no nos inspiran ni simpatías ni confianza. Cuando os veo á ti y á él, tan diferente el uno del otro, no puedo menos de preguntarme cómo habéis podido ser amigos en el colegio.

Aunque Sixto amaba demasiado á Anie, para que pensase en nada de otro modo que ella, creyó que, por esta vez, era excesiva la severidad de la joven; no, Arjuzanx no era tan antipático como decía Anie; era iracundo, sí, señor; violento, algo terco, perseverante en sus odios; todo esto era verdad; pero nada de esto llegaba al extremo de que el barón fuese molesto ni ridículo.

Anie, si hubiese podido adoptar libremente una resolución, no habría permitido á Sixto que aceptase el convite del barón; habría buscado, y de seguro habría encontrado, la manera de que Sixto rehusase, sin que pareciese que era ella la que le obligaba á rehusar; pero justamente en aquella ocasión Anie carecía de esa libertad: solamente el nombre de uno de los convidados por Arjuzanx había privado á la joven de su libertad y la obligaba á sellar los labios.

En la época en que Sixto visitaba, como novio ya admitido, á Anie, en sus conversaciones de enamorados por los jardines de Ourteau, había querido ella que su esposo futuro le explicase bien lo que era y cómo era la sociedad en que había de entrar al verificarse el matrimonio, como en una especie de compañerismo forzado; cuáles eran sus costumbres, sus usos, sus inclinaciones, sus vicios, sus ridiculeces, sus buenas cualidades, sus virtudes; de aquellas largas conversaciones sobre ese asunto había obtenido Anie una enseñanza que se proponía no poner en olvido nunca.

Había entre los oficiales de la guarnición uno, el subteniente *la Vigne*, que estaba casado con una muchacha de la ciudad; muchacha cuyo padre acababa de labrarse una fortuna enorme en el comercio y en la clarificación de petróleo. La joven, educada en el convento más aristocrático de Burdeos, dió en la manía de las vanidades mundanas, vanidades á las que por carácter y por temperamento se inclinaba naturalmente; y cuando tornó á Bayona, al hogar honrado, pero humilde y burgués, de su familia, no quiso aceptar por marido á un hombre de negocios y que pudiese tener relaciones mercantiles con su padre.

Por eso, luego que la educanda del convento aristocrático estuvo en posesión de la herencia de su madre, presentóse como pretendiente un oficialito buen mozo, que á su vistoso uniforme y á su profesión honrosa siempre unía el prestigio de un nombre, ó para hablar con más exactitud, de la apariencia de un nombre, *Ruchot de la Vigne*. El nombre habíalo recibido de su padre, propietario rural de los más modestos; la apariencia del nombre debíalo á los frailes que lo habían educado. «¿Cómo es eso?, le habían dicho cuando se presentó como alumno en el colegio. ¿Ruchot? ¿Ruchot solamente? Es indispensable añadir algo á ese apellido. ¿El padre de usted poseerá cualquier cosa? – Sí, tiene una viña. – Pues perfectamente. Desde hoy nombraremos á usted Ruchot *de la Viña;* bien así como nombramos Moutón *del Prado*, Jannot *del Vado*, Petit *de la Bolsa*, etc., á varios de sus condiscípulos; esto es de efecto excelente en los cuadros de matrícula, y después, andando los tiempos, puede servir para lograr un buen matrimonio.»

Efectivamente, esto le había servido para casarse con la hija del comerciante en petróleos refinados; señorita que jamás hubiera consentido en ser la señora de Ruchot á secas, y que se sentía halagada cuando la anunciaban como señora de *la Vigne*. Es cierto que en los asientos de la Alcaldía habían suprimido, sin apelación, el de *la Vigne*, pero en el registro parroquial se lo habían otorgado generosamente, y hay que advertir que la iglesia estaba llena de gente y que en la Alcaldía no había nadie.

Convertida ya en la señora de *la Vigne* la recién casada concedía siempre capitalísima importancia á su nobleza; si sus ropas blancas, sus vajillas, sus carruajes, sus alhajas no llevaban bordadas ó dibujadas las armas de la casa, tenían adornos y emblemas que desde lejos semejaban armas de nobleza y que para la hija del comerciante en petróleos lo eran en efecto. Al comprarse un oficial del ejército creyó buenamente la señora de *la Vigne* que había comprado, con él, todo el regimiento y toda la oficialidad de la plaza, general inclusive. Cuando decía á su marido: «¿No es ese un oficial de tu regimiento,?» parecía como si hablase de alguno que le perteneciera del todo y á quien podía exigir por derecho propio deferencia y agradecimiento.

Las historias que acerca de este matrimonio corrían por la ciudad eran numerosas y divertidísimas todas y aún las alegraban más los camaradas del señor de *la Vigne*, á quien regocijaba tanto como la vanidad de la mujer la esclavitud del marido, verdadero perrillo atado á quien su mujer sacaba continuamente á pasear y que no tenía derecho á dar un paso, ni á pronunciar una palabra, ni á gastar un céntimo sin obtener previamente la autorización de su esposa.

Anie, que también se había casado con un oficial pobre, habíase prometido á sí misma no incurrir en tales ridiculeces y procurar que ninguno de sus actos pudiese evocar el recuerdo de las exigencias de la señora de *la Vigne* ó dar motivo á comparaciones que por la semejanza de su posición respectiva habrían sido muy fáciles. De sobra sabía Anie que estaba exenta de esa vanidad; pero como amaba de verdad á su esposo, ¿conseguiría prescindir de exigencias matrimoniales á las que su amante corazón pudiera arrastrarla?

El problema tenía para Anie gravedad y la ocasionaba inquietud; por eso cuando Sixto hubo pronunciado el nombre de su camarada de *la Vigne*, dijo, sin vacilar un instante solo: «Es preciso aceptar.»

V

Cuando Sixto llegó á casa de Arjuzanx empezaba á ser tarde, y todos los convidados se hallaban reunidos en el salón principal de la *villa*, cuyas ventanas daban al mar; estaban allí algunos propietarios de las cercanías, rusos, españoles y además los compañeros de armas de quienes el barón había hablado á Sixto.

– Creíamos, dijo uno cuando vió entrar al marido de Anie, creíamos que no vendrías.

– ¿Por qué razón?

– ¡En luna de miel!

– Una cosa es miel y otra cosa es liga.

El banquete se había dispuesto con el evidente propósito de dejar buen recuerdo en los convidados y conquistarlos para otros convites; los manjares servidos procedían todos de los puntos que de ellos recibían fama: pollas de la Bresse, hortalizas de las Landas cogidas en las tierras mismas de Arjuzanx, *foie gras* de Nancy; en cuanto á vinos el anfitrión hizo gustar á sus comensales las mejores marcas, auténticas todas.

Lo que no pareció de primera clase fué la conversación, constantemente sostenida en el terreno de lo fútil é insubstancial; como aquellos compañeros de mesa á quienes la casualidad había reunido no tenían ideas comunes, ni costumbres análogas, ni relaciones de ninguna clase, hablaron del clima de Biarritz, después de la temperatura y de la playa y de las casas de campo de aquellos alrededores y de los habitantes de sus casas, y por último de los casinos.

– Es muy agradable y muy conveniente que haya dos casinos; cuando el concurrente ha quedado completamente limpio en uno, puede ir en busca del desquite al otro.

Arjuzanx no era, sin embargo, de esa opinión; en su concepto el juego no podía ser verdadero entretenimiento sino entre buenos amigos; solamente así podía jugarse con tranquilidad, seguro de no ser engañado y sin exposición de sentarse al lado de alguna persona de esas á quienes no queramos saludar cuando nos las encontramos por la calle; si, además de estos inconvenientes, era necesario vigilar atentamente al banquero para ver si intentaba algún *pego* ó algún *salto* y no perder de vista á los *puntos* por si se proponían *levantar algunos muertos*, convertíase al juego en un trabajo ímprobo y desagradable, que solamente podían aceptar los que buscaban en él un modo como otro cualquiera de ganarse la vida.

– Así, pues, caballeros, dijo el barón para concluir, si alguna vez por la tarde ó por la noche tienen ustedes el capricho de tallar algunos centenares de francos, consideren como real y verdaderamente suya esta casa; ténganla desde ahora como un círculo del que todos nosotros somos socios y al cual pueden ustedes traer á sus amigos.

La comida, aun siendo, como efectivamente lo fué, muy abundante, concluyó al cabo; trasladáronse los convidados al salón; fumaron allí exquisitos habanos mientras contemplaban el mar; pero ni el reflejo de la lucha sobre las olas, ni los resplandores de la luz giratoria de Saint-Martín, resplandores que con isocronismo inalterable nacían y morían en las profundidades azuladas de la noche, eran espectáculos á propósito para llamar por mucho tiempo la atención de aquellos jóvenes no muy contemplativos.

Aún se hallaban á medio consumir los cigarros cuando ya los convidados del barón se miraban con aire vago é inquieto unos á otros como preguntándose mutuamente:

– ¿Y qué vamos á hacer ahora?

Uno de los convidados, recordando entonces el ofrecimiento de Arjuzanx, dió contestación á esta pregunta, preguntando á su vez:

– ¿No podríamos jugar un rato?

Diez voces apoyaron la proposición simultáneamente.

– Sólo pido á ustedes, dijo entonces el Sr. de Arjuzanx, el tiempo necesario para quitar la mesa; estaremos en el comedor mejor que aquí; además enviaré á buscar barajas porque no las tengo.

Un cuarto de hora después los jugadores se hallaban sentados á la mesa en que habían comido y el banquero decía:

– No va más.

Sixto, de *la Vigne* y otro de los comensales habían permanecido en el salón y allí continuaban charlando; Arjuzanx se acercó á ellos y preguntó:

– ¿No jugáis vosotros?

– Voy en seguida, respondió de *la Vigne.*

– ¿Y tú, Sixto?

– No; no juego.

– Sin embargo, antes jugabas.

– ¡Bah! En el colegio.

– Y en Saint-Cyr también, dijo de *la Vigne.*

– Sí, he jugado, replicó Sixto, cuando el ganar ó el perder cien francos me crispaba los nervios, apresuraba los latidos de mi corazón, inundaba de sudor mi frente; pero ahora ¿qué impresión ha de producirme la ganancia ó la pérdida?

– ¿Y las emociones del juego?, preguntó el barón.

– No deseo procurármelas; muy al contrario, estoy decidido á evitarlas.

– Lo cual significa que no estás seguro de ti mismo.

– ¿Quién puede estarlo?

– Si no has traído dinero, dijo insistiendo Arjuzanx, mi bolsa está á tu disposición, y á la de usted también, Sr. de *la Vigne.*

– Acepto veinticinco luises, dijo de *la Vigne* en un tono que demostraba lo desprovisto de su bolsillo.

La Vigne, luego que el barón le entregó la cantidad solicitada, se trasladó apresuradamente al comedor, convertido en sala de juego.

– He ahí, dijo Arjuzanx en tono irónico y un sí es no es desdeñoso, una prueba de que la señora de *la Vigne* ata muy corto á su marido.

Sixto no contestó, pero transcurridos apenas dos minutos se aproximó á la mesa y apuntó diez luises á una carta.

El capitán ganó; dejó su puesta y lo que había ganado y ganó por segunda vez; repitió la operación y volvió á ganar.

Entonces recogió sus mil seiscientos francos y tornó al salón muy sorprendido al advertir que había experimentado una emoción que no podía ser explicada por ganancia tan insignificante.

¡Cosa extraña en verdad! En el tiempo que habían durado aquellos tres golpes á una carta, había experimentado los mismos estremecimientos, las angustias mismas que tan hondamente le perturbaban cuando niño en el colegio y cuando joven en la escuela de Saint-Cyr.

¡Cuánta razón había tenido al decir á Arjuzanx que nadie estaba seguro de sí mismo!

– ¿Por qué no había de marcharme?

Pero la misma vergüenza mal entendida que le había obligado á poner diez luises á una carta le detuvo. ¿Qué se diría de él?

Encendió un cigarro y comenzó á fumar aproximándose á una ventana; pero hasta la ventana en que fumaba Sixto llegaban, para mezclarse con el ronco murmullo de la marea, los ruidos del comedor; de cuando en cuando la voz del banquero ó de los puntos, el chocar de las monedas de oro y el crujir de los billetes dominaban los murmullos vagos é indefinidos: «Juego, van, no va más. Cartas: un cinco, un nueve.»

¿Se dejó arrastrar el esposo de Anie por el amor propio? ¿Cedió al poder de la magia del juego? ¿Fué impulsado por la sugestión de aquellos ruidos del oro y de los billetes? Sea de esto lo que fuere, el hecho es que, aún no habían pasado diez minutos cuando Sixto volvía á la improvisada sala de juego y jugaba cincuenta luises, que tuvo la suerte de ganar.

Hasta entonces había jugado de pie; sin darse cuenta de lo que hacía, casi maquinalmente, acercó una silla y se sentó: el capitán estaba cogido por el engranaje de aquella máquina.

Entonces se apoderó de Sixto la embriaguez del juego, le arrebató del todo y anuló su entendimiento lo mismo que su voluntad; dejó de ser hombre para ser única y exclusivamente jugador; fuera del juego ya no existía absolutamente nada para el joven.

De una partida en otras el juego adquirió pronto proporciones febriles, vertiginosas; Sixto, en un momento de arrebato, comenzó á tallar, ganó, perdió, volvió á ganar y tornó á perder, y después de varias alternativas á la una de la madrugada estaba debiendo: cuarenta mil francos á Arjuzanx, cinco mil á de *la Vigne*, veinte mil á los otros; total sesenta y cinco mil francos, representados por tarjetas en las cuales había escrito con lápiz lo que á cada uno debía.

Entonces Arjuzanx llevó á Sixto á su despacho, y cuando estuvieron solos le dijo:

– Si quieres pagar lo que debes pongo á tu disposición veinticinco mil francos. Hay entre esos jugadores algunos extranjeros que no te conocen: acaso te convendría saldar tus cuentas con ellos inmediatamente.

– La verdad es que lo celebraría.

– Pues entonces, acepta lo que te ofrezco. ¿No es mejor que me tengas á mí por acreedor único? Entre nosotros esto no tiene consecuencias; tú me pagarás cuando quieras.

VI

Desde el muelle vió Sixto la luz de una lámpara en el cuarto de su mujer, y al ruido que produjo para abrir la verja apareció Anie en la galería.

El capitán llegaba pensando que su mujer estaría ya acostada y que probablemente la encontraría dormida, lo cual aplazaría las explicaciones hasta el día siguiente; pero no, Anie le esperaba y la confesión había de comenzar en seguida.

Mientras Sixto atravesaba el jardín, había desaparecido la luz del cuarto de Anie, y cuando penetró en el vestíbulo ya encontró en él á su esposa que con cariñoso interés le contemplaba.

– ¿Estabas ya impaciente?

Anie había oído con mucha frecuencia á su madre decir al Sr. Barincq: «Amigo mío, no trato de dirigirte censuras,» no podía, por lo tanto, incurrir en el



Desde el muelle vió Sixto la luz de una lámpara en el cuarto de su mujer, y al ruido que produjo para abrir la verja apareció Anie en la galería

desacierto de las mujeres que alardean de su indulgencia; mientras bajaba la escalera había procurado poner en sus ojos la expresión más cariñosa y en sus labios la más dulce sonrisa; pero cuando á los rayos de la luz que en la mano llevaba vió la joven el rostro alterado de su esposo, aquella expresión de tranquilidad y de alegría desapareció.

– ¿Qué tenía Sixto?

(Continuará)



UN MOTOR SENCILLO

Sabido es que la técnica moderna tiende á convertir directamente, hasta donde sea posible, el calor en trabajo; pero el camino generalmente seguido para

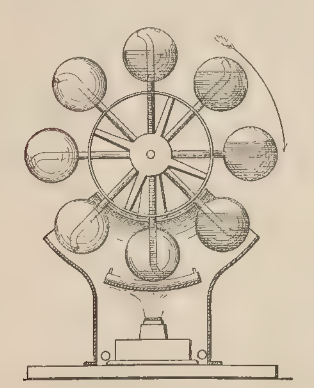


Fig. 1. Termomotor Iske

llegar á este resultado dista mucho de acercarse al ideal concebido. En la máquina de vapor el procedimiento es complicado y largo y la utilización de la energía, por ende, poco satisfactoria desde aquel punto de vista. Grandes motores que conviertan directamente el calor en energía no existen, como no existen motores que directamente transformen el calor en fuerza eléctrica: la columna térmica no ha logrado hasta ahora ser utilizada sino en modelos relativamente pequeños y no ha sido posible por este medio directo conseguir un efecto de utilidad en cierto modo favorable.

Crookes adoptó un método especial para transformar directamente en trabajo mecánico los rayos de calor y de luz, y demostró por vez primera con su radiómetro que era posible sin auxilio extraño alguno conseguir la transformación continua del calor en trabajo; pero el radiómetro ó molino de luz nunca podrá ser utilizado en gran escala: la sola circunstancia de que ese aparato sólo funciona en un espacio completamente vacío de aire basta para que sea inútil para grandes aplicaciones.

Una senda enteramente nueva y en extremo interesante para nosotros han emprendido en estos últimos años el inglés Francisco Mitchell y el americano Iske: ambos, aunque independiente uno de otro, han concebido y estudiado el mismo pensamiento y han llegado por consiguiente á construir dos aparatos muy parecidos hasta en su forma.

Empezaremos por ocuparnos someramente del principio del aparato de Iske, conocido desde 1888.

Muchos de nuestros lectores conocerán un instrumento que los físicos denominan *krioforo*, y que consiste en dos esferas de cristal unidas entre sí por un tubo de la misma materia encorvado: una de las esferas está llena de éter y en la otra y en el tubo se ha hecho el vacío. Si calentamos, por poco que sea, una esfera del aparato, la fuerza expansiva del éter aumenta de tal manera que toda la masa del líquido pasa rápidamente á la otra esfera, sucediendo lo propio cuando se enfría aquélla. Iske ha unido entre sí varios de estos krioforos formando con ellos una rueda tal como representa nuestro grabado (fig. 1): cada dos esferas de las que forman la periferia de esta rueda están unidas por medio de un tubo de cristal que llega casi hasta el fondo y está encorvado en su extremo en la misma dirección en todas las esferas. Debajo de esta rueda, compuesta de seis krioforos, hay un foco de calórico formado por una lámpara de alcohol cuya chimenea envuelve la parte inferior de la rueda. Si suponemos el líquido distribuído en cada krioforo de la rueda tal como el grabado representa, aquélla rodará en el sentido que la flecha indica hasta que las esferas llenas se encontrarán en la parte inferior del aparato: una vez en esta posición, la llama de la lámpara calentará las esferas y la fuerza expansiva del vapor de éter llevará el líquido hasta las esferas superiores por medio del sistema de tubos, con lo cual se modificará el centro de gravedad de la rueda, produciéndose una nueva rotación en la dirección de la flecha. La curvatura del extremo del tubo dentro de las esferas se explica fácilmente, pues gracias á ella se consigue mayor efecto de aprovechamiento ó, en otras palabras, para que cada esfera al abandonar el contacto de la lámpara pueda quedar completamente vacía. La sensibilidad de ese aparato es tal que cualquier calor, por pequeño que sea, es suficiente para producir una enérgica rotación de la rueda; así, por ejemplo, el aparato se mueve con sólo que se le exponga un rato á los rayos del sol.

La figura 2 representa el aparato Mitchell, cuya estructura interior no hemos de describir, bastando consignar que no se diferencia esencialmente del termomotor Iske, y únicamente el número de secciones de la rueda que contienen el líquido es mucho mayor.

Si estudiamos atentamente el proceso que en tales aparatos se desarrolla, veremos que en realidad se produce en ellos directamente el movimiento por la acción del calor. En efecto, á medida que el calor llega á una de las esferas, aumenta la fuerza expansiva del vapor en el interior de la misma contenido, con lo que se produce la ascensión del líquido, y durante ésta la fuerza expansiva del vapor disminuye, lo cual, como es sabido, equivale á un consumo de calórico. El motor es en cierto modo prototipo, por cuanto produce directamente movimientos rotatorios y no exige por ende maquinaria alguna para convertir en rotatorio un movimiento horizontal.

No cabe afirmar ni negar la posibilidad de que se utilice en gran escala el principio en que se fundan los dos motores descritos; pero este aprovechamiento no parece inverosímil si se tiene en cuenta que este mecanismo no exige ningún aparato de enfriamiento, ni condensador alguno, ni ningún aparato complicado que ocasione muchos rozamientos.

Por lo que hace al motor Mitchell, ya ha sido aplicado en instalaciones para la ventilación.

(Del *Prometheus*)

***

APARATO DE SALVAMENTO Y DE EXTINCIÓN DE INCENDIOS

La instalación que presenta nuestro grabado es un aparato á la vez de salvamento y de extinción de incendios, inventado por el americano Mr. Pauly. Todo él se apoya en un armatoste afirmado sobre un carro, y consiste principalmente en una serie de escaleras que encajan unas en otras y que por medio de un arco dentado pueden ser colocadas en la posición necesaria.

En lo alto de cada escalera hay una plataforma que se apoya en la escalera principal. Las escaleras sueltas constituyen una comunicación cómoda con la calle, sirven para conducir las mangueras al punto preciso y son un medio para escapar del peligro del fuego.

En cada plataforma hay un cabrestante, gracias al cual puede establecerse una comunicación entre aquélla y el edificio incendiado, merced á cajas de salvamento colgadas de cuerdas, las cuales también pueden utilizarse para llevar agua á la casa que es pasto de las llamas.

(Del *Scientific Americain*)

***

NUEVO BUQUE INSUMERGIBLE

El teniente M. de Sayce, de Bristre, ha atravesado recientemente el Paso de Calais en un *buque-miniatura insumergible*, que tal es la calificación que ha

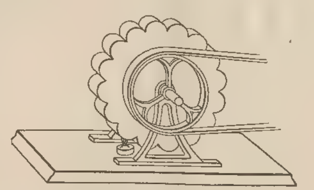


Fig. 2. Termomotor Mitchell

merecido el invento del valeroso oficial. El peso del esquife no excede de 15 kilogramos, siendo sus dimensiones 2'55 metros de longitud por 0'80 de ancho. El buque hállase completamente cubierto de un tejido finísimo, á excepción de un orificio ó agujero abierto en la cubierta, destinado á alojar el cuerpo del atrevido argonauta. El buque, cuyo velamen consiste en dos mesanas del tamaño de un delantal, llénase de aire para hacerlo insumergible. La materia de que está construído facilita muchísimo su desmontaje, plegándole y desplegándole con suma facilidad.

La travesía entre Bouvres y Bulogne se ha efectuado felizmente. El teniente M. de Sayce ha podido vencer, provisto de un remo de doble paleta, las corrientes y la marea, empleando catorce horas, sin tener necesidad de recurrir al auxilio del buque que á corta distancia iba siguiendo al diminuto esquife, que levantado por las olas, ofrecía el aspecto ó la apariencia de un sencilllo juguete.

Agrega la revista de donde tomamos esta noticia que el buque miniatura no embarcó ni una sola gota de agua durante el trayecto recorrido, de donde resulta que es impermeable é insumergible.

***

RECOLECCIÓN DE LA CANELA EN THANH-HOA (TONKIN)

La canela de Thanh-Hoa, llamada canela real, es tan estimada de los annamitas, que un pedacito de esta aromática corteza ofrecida á un mandarín con-



Aparato de salvamento y extinción de incendios

sidérase por éste como un regalo de excepcional importancia.

La recolección verifícase en la época en que la savia derrama torrentes de vida por todo el árbol, que después de cortado despójasele de la corteza por completo, sin perdonar las más delgadas ramas, y envuelta cuidadosamente con sus hojas entiérranla durante cuatro ó cinco días, al cabo de los cuales córtanla en pedazos regulares de 40 centímetros de longitud, que colocan de manera que se sequen sin recibir los rayos del sol, ya bajo cobertizos de ramaje ó en el interior del mismo bosque.

Contra lo que se ha supuesto, esta planta no se cultiva por los naturales, quienes limítanse á obtener los beneficios que les proporciona, arriesgándose á penetrar en los inhabitados é intrincados bosques que cubren los montes Muongo ó algunas regiones ó comarcas pertenecientes al Annam. Esta clase de árboles alcanzan una altura de ocho á diez metros, no excediendo de cuarenta centímetros el tronco.

A modo de tributo, cada cantón debe entregar al rey cierta cantidad de canela anualmente. De ahí que cuando un indígena descubre uno de estos árboles tiene el deber de ponerlo inmediatamente en conocimiento del alcalde del pueblo, quien á su vez lo participa al Quang-phu (subgobernador) y éste al Tong-doc (gobernador de la provincia), que se apresura también á dar cuenta del hallazgo á la corte de Hué. El Quang-phu designa acto continuo algunos hombres para que custodien el árbol y se establezcan junto á él, cuya vigilancia no abandonan hasta el preciso

momento en que tiene lugar la recolección, en presencia del citado Quang-phu, ó bien del mandarín enviado para fiscalizar la operación. La totalidad de la recolección debe remitirse al monarca, que á pesar de las severísimas disposiciones por él dictadas, no puede evitar, sin embargo, que las remesas disminuyan, mermadas por las sisas de los funcionarios poco escrupulosos que están encargados de su conducción y custodia.

Las minuciosas precauciones tomadas por la corte de Hué y las reglas establecidas para regularizar la recolección de la canela y su conservación en los almacenes reales, bastan para demostrar la estima en que se tiene y que por lo tanto no es uno de los artículos de comercio. Las pequeñísimas cantidades, que con dificultad pueden adquirirse, procedentes todas ellas de fraudes ó sustracciones cometidas por los naturales, véndense á precios elevadísimos. Un trozo de corteza de cuarenta centímetros de longitud por tres de diámetro véndese á ochenta francos.

Severísimas son las penas que se imponen á los defraudadores, citándose entre ellas la decapitación, que alcanza hasta á los altos funcionarios. Y tal es así, que hace pocos años fué decapitado el Quang-phu de Phu-tó (provincia de Thanh-Hoa) por haberse descubierto que ocultaba una cantidad de tan preciado producto.

Cierto es, sin embargo, que algunos indígenas, especialmente los que residen en las comarcas montañosas, llegan á apropiarse algún árbol, sólo de ellos conocido; mas es preciso que adopten muchas precauciones para no ser descubiertos, ocultándolo hasta á sus más íntimos amigos.

Algunos annamitas, temerosos de los grandes castigos que les amenazan, conviértense muchas veces en falsificadores.

Al efecto, provéense de una pequeña cantidad de canela real que someten á la ebullición mezclada con pedacitos de otra corteza de igual ó semejante apariencia y que por tal procedimiento satúrase de la verdadera canela, despidiendo el mismo aroma y casi el mismo sabor.

Los annamitas utilizan la canela para la preparación de substancias medicamentosas, empleándola también, al igual que nosotros, como cordial.

* * *

EL VEGETAL MÁS GRANDE DEL GLOBO

Hasta hace cuarenta y cinco años, el boabab, *Adansonia digitata*, era el árbol más grande entre los conocidos. Citábanse algunos ejemplares cuyo tronco medía ocho metros de diámetro, y aun hoy considérase á este árbol, verdaderamente colosal, como el elefante de los vegetales. Esto no obstante y por más que se creía que no podía existir competidor al boabab, hase descubierto en California otro árbol gigantesco, el *Wellingtonia, Wasingtonia, Sequoia gigantea*, ya que se le conoce con los tres nombres, cuyo tronco alcanza diez metros de diámetro y ciento veinticinco de altura.

La mayor de estas coníferas existe á cincuenta millas de Vesalia. Su tronco tiene cuarenta y cuatro pies ingleses de diámetro, ó sean catorce metros aproximadamente. Su altura excede de ciento treinta metros.

Hace veinte años descubriéronse en Australia algunos Eucaliptus gigantes; pero el mayor de ellos, ó sea el *Eucaliptus sequans*, no llegaba á la mitad de las dimensiones del *Sequoia;* y preciso es convenir que tiene bien merecido su nombre de dominador, puesto que reina y se distingue sobre los de su mismo género.

Mas aunque los árboles que citamos alcanzan tan considerables dimensiones que dan lugar á suponer que determinan un límite, existen otros vegetales más gigantescos. Nos referimos á las lianas, algunas de las cuales miden ciento cincuenta metros de ancho. Para conservar ejemplares de tan extraordinarios vegetales han establecido los ingleses un interesantísimo museo en la isla de Ceilán, en el que existen lianas variadísimas cuyas dimensiones exceden de las que indicamos.

Otra planta existe, la higuera de las Pagodas, *Ficus indica ó religiosa*, cuyas dimensiones sorprenden. Y como cita final, aparte de las algas y los sargazos, cuya longitud alcanza muchos kilómetros, según afirma Trouessart, haremos mención especial de un colosal bananero que se levanta en los alrededores de la ciudad de Broach (India inglesa), cuya copa mide seiscientos metros de circunferencia.

(De *La Nature*)



Á LA SALUD DE LA NOVIA, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO XII — BARCELONA 31 DE JULIO DE 1893 — NÚM. 605

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESPUÉS DEL BAILE
copia del cuadro del pintor polaco Holewinski

SUMARIO

Texto. - *«La loca de la casa,» drama de D. Benito Pérez Galdós*, por J. Yxart. - *Los edificios de la Exposición universal de Chicago*, por M. A. *Recuerdos del centenario rojo. Luis XVII. VIII. El tránsito. IX. Post mortem*, por Emilia Pardo Bazán. - *Miscelánea.* - *Nuestros grabados.* - *Anie* (continuación), novela por Héctor Malot. - SECCIÓN CIENTÍFICA: Varios. - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - *Después del baile*, cuadro de Holewinski. - *Los edificios de la Exposición de Chicago*, seis grabados. - *¿Qué me querrá?*, cuadro de E. de Blaas. - *Facsímile de un cartel que los ciudadanos franceses fijaron al exterior de sus casas* y *Un guardia nacional francés en* 1793. - *Emigrantes dirigiéndose al embarcadero*, cuadro de Luis de Engelen. - Boya eléctrica en el puerto de Nueva York. Nuevo zoo-cauterio de M. Brenot. - Triciclo acuático y terrestre. - *Las Santas Mujeres*, bajo relieve de Rafael Belliazzi.

LA LOCA DE LA CASA

DRAMA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

Empezaré por contar en breves palabras el argumento. Después de todo, aunque muy usado, este es el medio más seguro para obtener la mayor claridad en las revistas dramáticas. La experiencia no me enseñó hasta ahora otro mejor.



MARÍA GUERRERO en el papel de Victoria en *La loca de la casa*

El argumento de *La loca de la casa*, por lo que se refiere á los simples hechos, cabe en pocas líneas. La escena, en Cataluña y en una casa-torre de los Moncadas. Moncada es un comerciante, hasta entonces riquísimo y poderoso, que al empezar la acción está arruinado. De aquí la angustia y trastorno consiguiente en la familia y entre los amigos. La familia del banquero se compone de una hermana solterona y beata y de dos hijas: Gabriela, que va á casar con el hijo de la marquesa de Malavella, y Victoria, ausente, novicia del Socorro. Los amigos son dicha marquesa, con sus dos hijos Jaime y Daniel, y algún otro personaje secundario. Indicada en las primeras escenas la situación de Moncada, sale otro personaje: José Cruz. Ese Cruz es un hijo de un antiguo criado de la casa. Se fué á América de simple jornalero y vuelve hecho un Creso, un potentado, aunque tan bruto y tan cerril como siempre. Pero á fuer de advenedizo, ha concebido la idea de todos ellos, llámense Napoleón ó Pepe Cruz: la de entroncar con sus antiguos amos. Prendado de Gabriela, aspira á hacerla suya. Una conjuración de la tía solterona y del segundo de la casa favorece este proyecto, que salvaría de la deshonra á Moncada con la fortuna de Cruz. Pero Gabriela no tiene alma para tamaño sacrificio. Quien ha de consumarlo es Victoria. ¡Victoria, vuelta del convento por unos días, enterada del tremendo conflicto, concibe el aventurado designio de sustituir á su hermana, y ofrecerse en holocausto al monstruo, redentor de la familia! Cruz acepta de buen grado y se realiza la boda. Una vez realizada, se empeña la lucha entre los dos caracteres opuestos de Cruz y Victoria, y en la batalla queda derrotado Cruz, vencido por el amor paternal, por la tierna esperanza de ser padre. En este punto termina el drama.

Del cual no dan idea estos simples hechos. El verdadero drama trasciende y va más allá de los mismos; el verdadero drama se encuentra sólo en dos caracteres: Cruz y Victoria. Todo está en ellos, todo absolutamente. Basta observar dos cosas. Perez Galdós ha colocado la acción en Cataluña y entre catalanes. Pues bien: representada la obra en Barcelona, ningún espectador, que yo sepa, echó de menos la carencia de colorido local. Se prescindió en absoluto de esta parte. Moncadas y Malavellas lo mismo pueden ser catalanes que de otra región de España, pero nadie se fijó en que abortara el designio del autor. Todos teníamos los ojos en Cruz, y no tampoco por catalán, que tampoco lo es del todo, sino por ser él quien es. Por otra parte, ni la misma quiebra de Moncada ni el episodio basado en un antiguo crédito de la marquesa interesan realmente, si no es con relación á la recia batalla espiritual de Cruz y Victoria. Lo repito: el drama está exclusivamente en ellos. Hay que ver, pues, antes que todo, quién es Victoria y quién es Cruz. Conocidos estos personajes, la obra adquiere toda su potencia y su altura: la contienda en que se empeñarán, aparece de pronto como guerra de gigantes.

Cruz es, en primer lugar, el hombre de tosca y humilde cuna que se elevó por su solo esfuerzo. Cruz es *pueblo;* menos que *pueblo*, es *plebe* que se ha enriquecido. Con esto, Cruz es además una voluntad, una voluntad enérgica, vigorosa, indomable, en cuerpo hercúleo y robusto; es una fuerza, una fuerza natural: la naturaleza misma. Armado, como dice él mismo, «de sus brazos forzudos, de su voluntad poderosa, de su corta inteligencia,» arrancó á las entrañas de la tierra, allá en California, el oro y la plata, esto es, el poder social. Avaro, codicioso, con la ciega y desapoderada pasión de poseer, - como todos los que se han enriquecido por sí mismos, - aquella ruda voluntad y aquella su fuerza natural se convierten en el mismo espíritu de la propiedad y de la posesión. Cruz, que es el hombre primitivo por su rudeza, es el fundador de civilizaciones por su amor á la propiedad. Y este amor reviste todas las formas del egoísmo brutal. El mismo lo dice también: «hálleme amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y la civilización.» Cruz es un espenceriano: desconoce... es más... aborrece la compasión. Uno de los artículos de su ley es no dar nada graciosamente: «El que no puede ó no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto á quien sepa trabajar. No debe evitarse la muerte del que no puede vivir.» ¡La compasión! La compasión es la lepra de las sociedades caducas, y trae consigo la mendicidad, la vagancia, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el esperarlo todo de las recomendaciones. Con esto, Cruz ni tiene religión ni de donde le venga. No cree en otra virtud que el trabajo, ni en otros milagros que los de la constancia en el mismo. Su única honradez, cumplir lo pactado; mirar su palabra como un Evangelio. Tal es el hombre apareciendo en la casa de Moncada en quiebra, como un nuevo ser en medio de nuestra sociedad caduca, en quiebra también: ¡por un lado, un primitivo, en fuerza de su barbarie y crudeza de palabras!: por otro lado, un tipo novísimo de una civilización avanzada, en fuerza de representar la apoteosis de la voluntad individual y del trabajo moderno, armado para la lucha con el mayor poder de selección: ¡la fuerza sin la caridad!

Veamos ahora á Victoria. Victoria es el polo opuesto, la antítesis y el contraste con Cruz, en todo y por todo. Victoria es la nata y la flor de esa civilización refinadísima y ya caduca, que viene á derribar y á vigorizar Cruz con su barbarie. Victoria, joven, bella, de educación esmeradísima, dispuesta á consagrarse á Dios, al amor espiritual y divino, á la caridad, al amor humano, divino todavía, pues no se comprende sino por amor á Dios en la criatura; Victoria es todo lo opuesto á Cruz: es el alma, enfrente de la fuerza ciega; es el espíritu, ante la naturaleza; es la educación, la instrucción, la elevación intelectual de siglos enteros de trabajo, refinando la especie hasta la mayor espiritualidad, enfrente de la aspereza bárbara del hombre que empieza á vivir; es la abdicación de sí propio, en contraste con el egoísmo; es la compasión, la caridad ardiente, universal, abrazándolo todo, vivificándolo todo, sosteniéndolo todo, enfrente de la fuerza brutal que intenta expurgar, seleccionar, arrasar por alcanzar la perfección. Es la doctrina de Cristo, opuesta á la doctrina de los modernos filósofos darwinistas y evolucionistas.

Pero entre Cruz y Victoria, tan opuestos en todo, hay un lazo de unión, un parentesco y semejanza. Si Cruz es fuerte y obstinado, Victoria también lo es. Si Cruz tiene los músculos de acero, Victoria tiene de acero los grandes resortes del alma. ¡Una voluntad indomable, frente á frente de otra voluntad más indomable todavía! Y además de esto, una imaginación ardentísima, que se inflama y se apasiona por todo lo extraordinario y arriesgado, por todo lo excepcional y sublime, como es para Victoria salvar á su padre con el sacrificio de su cuerpo, entregado á un hombre zafio y cerril, y domesticar, vencer, salvar á ese mismo hombre, trayéndole al espiritualismo y á la vida. ¡El drama así planteado, en lo que tiene de concreto, es bello é interesantísimo; en lo que tiene de simbólico, de representativo de ideas, es más interesante todavía, es grandioso; tiene inmensurables proporciones, y sin dejar de ser muy teatral, muy interesante y claro para el que se atenga á su armazón exterior, crece y se agiganta en la imaginación, y se halla muy por encima, pero muy por encima de cuanto nos dió el teatro español moderno, hasta ahora.

Pero este combate colosal y dramático de Cruz y Victoria como personajes y de Cruz y Victoria como ideas, tan admirablemente planteado en la exposición, ¿qué forma, qué desarrollo, qué desenlace tiene? En otros términos: planteado el drama, ¿el drama resulta? Esta es toda la cuestión que suscita *La loca de la casa*. Y esta cuestión está resuelta en pocas palabras. El drama resulta mientras dura su planteamiento, mientras se prepara la batalla; pero el drama se achica, se empequeñece y cae, en cuanto se trata ya de construir sobre aquel plano, en cuanto empieza ya aquella batalla. Los dos actos primeros son hermosos, son magistrales; los dos actos últimos son muy inferiores, una verdadera equivocación. En los dos actos primeros el pensamiento se nos aparece luminoso, grande y trascendental; y en cierto modo poemático, tal como hemos intentado presentarlo. En los dos actos últimos, aquel pensamiento pierde sus proporciones, se atenúa, se desvanece; es más: queda contradicho en varios pasajes, hasta el punto de suscitar la sospecha de que hemos visto en la exposición más de lo que contiene.

Tres pasajes hay en la primera y excelente parte de la obra, que son de un efecto dramático poderoso. El primero, la presentación de Cruz. Es una escena preciosa aquella en que Cruz, rodeado de la familia de los Moncadas y de los Malavellas, recuerda cándidamente su humilde pasado de bestia de carga, y expone, no sin altivez y con ruda franqueza, su presente de hombre poderoso y bravío, su credo de energía y fuerza, opuesto al de los enclenques *señoritos de carrera* y á los aristócratas tronados y famélicos. Esta exposición atrae: las rudas y hermosas frases de Cruz sacuden los nervios y aceleran el curso de la sangre con un placer algo más vivo que el de la muelle y ripiosa rima ó los párrafos acicalados ó sonoros. Lo propio puede decirse del carácter de Cruz: interesa y se impone. El espectador más distraído siente que se halla ante una nueva especie de hombres, dispuesta á renovar, á transformar, á destruir ó regenerar hasta el fondo una civilización que se acaba, la cual no entiende aún á Cruz, y se espanta y protesta por boca de aquellas solteronas místicas, de aquellas rancias marquesas con sus créditos antiguos, de aquellos hombres de carrera, *cerebrales* y cavilosos, llenos de teorías, pero extenuados de cuerpo. El cuadro es bello y admirablemente trazado.

Otro le aventaja, en mi sentir, y sin duda en el sentir de la mayoría de los espectadores: la aparición de Victoria: ¡una verdadera aparición en el sentido castizo y propio de la palabra! Allá al final del último acto, cuando Gabriela ya rechazó indignada la velluda manaza de Cruz; cuando con esto abortó la conjuración familiar, mejor intencionada que bien conducida; cuando el mismo Cruz, herido en su amor propio, ruge y aulla y clama por la fatal ruina de la casa, y el infeliz Moncada dobla por fin la cerviz al peso de su desventura, aplastado en el sillón de su bufete á la vista del espectador..., entonces... entonces se destaca de aquel fondo sombrío una visión risueña, luminosa, ideal. Es Victoria, la novicia del Socorro, con su hábito de inmaculada blancura y su blanca toca que encuadra el candoroso rostro. Resalta del fondo y avanza, apacible, silenciosa, de puntillas, cándida y sonriendo como una colegiala. Lleva una palma de Ramos, una palma de triunfo en la mano; en la cintura, el rosario y la cruz. Se acerca á su padre, le arranca de su pesadilla abrumadora. «¿No me esperabas?.. Mira lo que te traigo... ¡Para mañana, domingo de Ramos!..» Y á la vista de su hija y del palmito, el desdichado rompe á llorar y besa las manos de su hija. Por su imaginación ha cruzado como un relámpago una idea dulce y amarga á un tiempo, graciosa é irónica á la vez. En su aflicción suprema, ¿qué significa la llegada de su hija con una palma de triunfo? ¿Es símbolo de inesperado cambio en su malaventura? ¿Es contraste irónico, como tantos ofrece la vida en los grandes trances? Esto puede decir el viejo Moncada con su llanto. Pero el espectador ve más: ve aquella



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. – Palacio de Bellas Artes

misma coincidencia, aquel mismo contraste y algo más. No aparece la monja en vano. Ella será la domadora de Cruz; ella será la caridad y el amor, opuestos á la fuerza y á la brutalidad. Y el aplauso estalla ante aquel grupo, ante aquel toque ideal, aquella nota suavísima y cándida: ¡la silueta de una mujer de nívea blancura con la cimbreante palma en la mano! ¡Hay pocos finales de acto tan bellos, tan conmovedores, tan sintéticos y comprensivos de ideas, como aquel final!

Pero ya enterada de lo ocurrido, ya conocedora del carácter de Cruz, le asalta á Victoria, la loca de la casa, la idea del sacrificio; estremece todo su ser «la chispa de las resoluciones supremas.» Ella será quien salve á su padre, casándose con Cruz; ella será quien dome á éste. ¡Cómo aparece la idea, cómo hurga, cómo labra, cómo se apodera de la voluntad, cómo por fin se realiza abordando de frente y cuerpo á cuerpo la cuestión con Cruz: esto es lo que se desarrolla en una serie de escenas admirables del acto segundo, rematadas por aquel precioso diálogo de Victoria y Cruz, el primer combate, donde se siente ya, con la fiera oposición de dos voluntades poderosas, la atracción secreta que han de sentir mutuamente aquellos dos seres. ¡Rica labor de psicólogo, que acaso ya no interesa tanto al espectador vulgar, y que la crítica necia y noticieril ni comprende ni siente, vengándose de su ignorancia con atribuir á pedantería el placer sincerísimo y vivo de los más atentos! No obstante, cuando esta labor adquiere más relieve dramático, y vuelve á palpitar – como he dicho – la lucha de aquellos dos caracteres, el público siente de nuevo el poderoso interés de todo el problema planteado.



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. – Palacio del Gobierno de los Estados Unidos

Por desgracia, aquí acaba este interés, aquí acaba este problema: la lucha entre Victoria y Cruz, la fuerza y el espíritu, la brutalidad de un positivismo enérgico y la mansedumbre de un amor ardiente. Yo no sé imaginar en qué forma concreta y teatral había de continuar la batalla, ni qué pensamiento debía inferirse de ella. No sé si era bien que triunfase Cruz ó que venciese Victoria. Soñaba, sí, vagamente, con una reconciliación, una síntesis; porque la verdad es que á estas alturas, sólo amplias, grandes, generosas síntesis caben ya tratándose de tan hondos principios, de los cuales todos tienen igual derecho á la existencia: porque la humanidad ya no puede volver á ser como Victoria, la mística y tierna doncella clorótica, ardiendo únicamente en amor por los humildes y los enfermos, ni puede ser como Cruz, hirsuto y despiadado gorila, sin otra cualidad que la fuerza ni más virtud que el trabajo. Soñaba, repito, con una reconciliación, una fusión, una compenetración conyugal – *duo in carne una* – de la caridad y la virilidad, del trabajo moderno y del misticismo antiguo; lo soñaba todo, todo... menos aquellos dos últimos actos.

He insinuado que todo en ellos se desvía y empequeñece: es la verdad. La enérgica voluntad de ambos protagonistas se trueca en testarudez de esposos mal avenidos; su mutuo propósito de atraerse y amarse, en alevoso designio de dominarse y ser molestos. La comprensible ansia de posesión de Cruz toma las formas de la mezquina avaricia, de la codicia al céntimo. En cuanto aquellos dos héroes se casan, quedan reducidos á las proporciones de dos burgueses ordinarios. Cruz, sobre todo, nos da tales chascos, que acabamos por desconocerle por completo. Le creímos primero ingente y hermosa representación del hombre nuevo, del hombre del trabajo, del obrero que entra por fin en el escenario del mundo y mira de alto abajo á los hombrecillos de carrera, á la aristocracia podrida. Y luego resulta que, por codicia y sólo por codicia, deja que se le encare uno de aquellos hombrecillos y le grite en



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. – Palacio de las Pesquerías

sus barbas: «¡yo soy un hombre como tú!,» y le arroje á la cara el talón de una deuda. Desconocemos á Cruz: le teníamos por codicioso en grande, no por avariento en pequeño; sobre todo, no le teníamos por vil ni por cobarde. En otro episodio nos causa mayor sorpresa. Imaginábamos que era el hombre nuevo en el modo de poseer, manejar y *sentir,* si cabe decirlo, la riqueza material; no pensábamos que fuera el burgués, el burgués explotador que se queda atrás entre nuestra civilización, por pequeñez de miras. Esto creímos, y con asombro, por lo inesperado, vemos que Victoria le dice que ella quiere meter mano en su gaveta para repartir lo atesorado, «¡para nivelar, para nivelar!» De modo que la socialista es la religiosa, es la monjita. Y nuestro interés, nuestra curiosidad por toda idea moderna, se vuelve de pronto de Cruz á Victoria: ¡hétenos despistados! ¡Por último, por último... desencanto y sorpresa mayores! Hemos creído que al autor, como á nosotros, Cruz le era simpático, extremadamente simpático; hemos creído que le imaginaba, *si no todo el bien social,* por lo menos una parte *del bien social:* el trabajo y la autonomía de la voluntad. ¡Pues no! La obra termina con esta frase de Victoria: «*¡Tú eres el mal!* Pero ¿qué haríamos *los buenos* si no tuviéramos por fin el domeñarte?» Esta declaración, aun viniendo de Victoria, trastorna todas mis ideas concebidas. Esta victoria *completa* de la religiosa, de la espiritualidad, no me satisface; me destruye la obra. Me parece... ¡lo diré!.., me parece una concesión al público vulgar, ya que la idea no tiene, no puede tener perfecta congruencia con el resto del drama ni con las ideas del autor.

Y aquí termino. ¿Me es necesario resumir? No. Creo que, á despecho de mi inhabilidad, se habrá visto perfectamente lo que he dicho: que el drama se alza cien codos por encima de lo que se escribe y piensa en España. Pérez Galdós conserva su alta primacía de ser el más profundo pensador de todos los escritores contemporáneos españoles y muestra en los dos primeros actos un arte de maestro delicadísimo. Pero al lado de esto, ó las exigencias del público, ó la dificultad de hallar una forma dramática á la segunda parte de la obra, dejan ésta interrumpida y como pendiente y sin acabar. *La loca de la casa* no es como *Realidad,* obra completa, obra extraordinaria.

J. YXART

LOS EDIFICIOS

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

V

Al encaminarse desde la parte Sur del recinto de la Exposición á la que enlaza la del Norte y del centro y en el sitio en que la laguna interior se pone en comunicación por medio de caprichosos canales con el lago Míchigan, hay otros dos edificios situados en la prolongación del eje principal del palacio de Manufacturas y Artes liberales que ya dejamos descrito: estos edificios son el palacio de las Pesquerías y el del Gobierno de los Estados Unidos.

El primero está destinado, como su nombre lo indica, á la exhibición de cuanto se relaciona con las industrias marinas y en especial la de la pesca, y ha sido construído por el arquitecto H. Ives Cobb, de Chicago. Situado á la orilla de uno de los citados canales, dos elegantes puentes lo ponen en comunicación con la parte Sur de la Exposición, y más directamente con el palacio del Gobierno, que se levanta en la otra orilla.



CHICAGO. – Capitel en el Palacio de las Pesquerías

Fórmalo un gran cuerpo de edificio central con pabellones poligonales á ambos lados de verdadera originalidad y de estilo románico español, pabellones que se enlazan al edificio principal por medio de galerías de planta curvilínea. En el centro de la nave que constituye dicho cuerpo de edificio se alza una gran torre circular cuya altura es igual á la anchura de la nave, ó sea de 80 pies, la cual lleva en los extremos de dos diámetros que se cruzan en ángulo recto cuatro torrecillas poligonales del mejor gusto, y que contienen en su interior escaleras por las cuales se puede salir á un balconaje exterior. La altura total de la torre central, que remata en una airosa linterna, es de 150 pies.



CHICAGO. – Capitel en el Palacio de las Pesquerías

La entrada de este palacio no presenta el carácter monumental de las de los otros; al contrario, es sencilla y adecuada al carácter general del edificio y la flanquean dos torrecillas cuadrangulares rematadas en tejadillos piramidales. La techumbre de este palacio es de tejas doradas, como dorada es una parte de la pared, á pesar de lo cual el edificio no ofrece el aspecto chillón que podría suponerse.

La ornamentación es apropiada al objeto del edificio: así los capiteles de las columnas de los arcos como los frisos y demás partes arquitectónicas que las admiten, llevan esculpidas formas de la fauna y flora marinas, como peces de todas clases, cangrejos, langostas, serpientes acuáticas, ranas, tortugas é infinidad de algas de gran longitud que forman elegantes entrelazos y combinaciones.

Enfrente de ese edificio y, según queda indicado, en la orilla opuesta del canal, se alza el palacio del Gobierno de los Estados Unidos, cuya traza es debida al arquitecto W. J. Edbrooke. Hállanse en él expuestas las colecciones oficiales de los diferentes departamentos del Gobierno, como Guerra, Agricultura, Gobernación, Correos, etc. El departamento de Marina, con su exposición naval, ha exigido la construcción de una sección accesoria, y en el lago se ve un modelo exacto de un acorazado de primera clase completamente equipado. En el espacio que media entre el edificio y el mismo lago hay pabellones destinados á hospital de marina, á aparatos y ejercicios diarios de una estación de salvamento, á un observatorio naval, á una sección de faros, y por último se ha establecido también un campamento de tropas regulares de los Estados Unidos.

El palacio del Gobierno, construído con materiales del Estado de Wáshingthon, ocupa un área de 73 metros por 47 y da una idea curiosa de la arquitectura extraña y nueva de este joven y poderoso país. Además de las contribuciones particulares, el Estado ha invertido 260.000 pesetas en el trazado de los planos y construcción de este edificio y proporcionado más de cien mil dollars para las colecciones de su exposición.

Pero el conjunto general del edificio, aunque curioso, ó mejor dicho, vistoso y construído con excelentes materiales y á pesar de haber presidido en él una cuidadosa mano de obra, carece de esas cualidades de elegancia y belleza que se echan de ver, con pocas excepciones, en los otros. Representa en el arquitecto talento de organización, pero no ingenio artístico. Su masa es pesada, las líneas no guardan las debidas proporciones, y hasta la ornamentación es pobre. No cabe negar que ofrece cierto carácter monumental; pero dadas sus dimensiones, mucho más reducidas que las de otros palacios de esta misma Exposición, échase desde luego de ver que la cúpula central es desproporcionada para el resto del edificio, lo propio que la puerta principal, con su cuerpo saliente y su elevado arco, que en nuestro concepto cuadraría mejor á un palacio de mucha mayor extensión.

Otro tanto sucede respecto de los pabellones angulares, sobrado bajos para su anchura. En suma, todo es aquí sólido, macizo, pero de escaso gusto é inspirado en un estilo práctico más bien que artístico.

El interior está mejor distribuído y por sus espaciosas naves y galerías, iluminadas con inteligencia por medio de grandes claraboyas y de ventanas laterales, permite la desahogada colocación de los objetos expuestos y la libre circulación de los visitantes.

Exento de los defectos que hemos indicado respecto del edificio anterior aparece el palacio de Bellas Artes, pues sus condiciones arquitectónicas reunen á la esbeltez el buen gusto. Hállase situado en la parte septentrional de Jackson Park, siendo el último edificio que contiene la Exposición por este lado, y le rodean los pequeños pabellones levantados por los diferentes Estados de la Unión así como por algunos gobiernos extranjeros. Consta sólo de planta baja, cuya fachada principal da asimismo á un gran estanque, al que se baja por una anchurosa escalinata: aunque construído en estilo jónico, su arquitecto, M. Atwood, ha sabido imprimirle cierto sello de rara originalidad contemporánea.

Sus dimensiones son 200 metros por 100, y está constituído por una gran nave y un crucero que se cortan en la parte central y en cuya intersección hay una cúpula de 35 metros de diámetro por 42 de altura. Dos pabellones anejos, situados á derecha é izquierda del cuerpo principal del edificio y unidos á él por medio de galerías, están destinados á diferentes exhibiciones artísticas.



CHICAGO. – Interior de la rotonda del Palacio de Bellas Artes

La rotonda que remata en la citada cúpula es una de las partes más elegantes y mejor entendidas del interior de este edificio. De planta octagonal, pone en comunicación al crucero con las naves por elevados arcos que recuerdan los de la Tribuna del Palacio de los Uffizi de Florencia, arcos en los cuales se destacan dos columnas que sostienen una cornisa á lo largo de la imposta, habiendo sobre ella algunas estatuas. Otras puestas sobre pedestales ocupan el espacio que media entre los arcos. El friso de donde arranca la cúpula lleva estampados los nombres de los artistas más famosos de todas las épocas y naciones, y la ornamentación general de esta rotonda es de la mayor propiedad y buen gusto, pudiendo calificarse de pieza principal de este palacio.

No hay otro, por su conjunto y sus detalles, que mejor merezca la distinción de que se le conserve después de cerrada la Exposición. – M. A.



¿QUÉ ME QUERRÁ?, cuadro de E. de Blaas

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

VIII. - EL TRÁNSITO

El nuevo custodio del rey niño, Laurent, iba cansándose, lo mismo que se había cansado Simón, de la soledad y fastidio del encierro, por lo cual y merced á ciertos secretos hilos que por extraordinario supieron los realistas manejar con arte, fué nombrado adjunto de Laurent el pacífico y excelente Gomin, á quien tantas pruebas de compasión debió el cautivo. A este Gomin, y á Lasne, que fué á su vez adjunto de Gomin cuando Laurent cesó en el cargo, se deben los pormenores de los últimos días de Luis XVII, que han disipado las sombras de misterio en que la Revolución quiso envolver fin tan triste.

Porque no se crea que, aplacado el Terror, estaba conjurado su sangriento fantasma, ni que la Convención daba por nulo el antiguo plan de suprimir al vástago del «último tirano.» Los procedimientos se habían suavizado algo; los propósitos eran idénticos. La Convención y el Comité sabían que el niño estaba sentenciado; un convencional había dicho en plena sesión, refiriéndose á Luis XVII: «Ese chico no llegará á la mayor edad.» No obstante, como la vida es tenaz y reflorece, sospechábase que el niño, por medio del aire puro, de la alimentación substanciosa y variada, del movimiento y del juego, aún podía vencer la anemia y las escrófulas y salvarse. Por eso persistieron en los rigores del encierro, de la privación de ejercicio, del sustento escaso y malo, consistente en un poco de carne cocida, negruzca y repulsiva, unas lentejas insípidas y un pan más duro que las piedras. Contra estas crueldades nada pudo la excelente voluntad de Gomin ni de Lasne, siempre recelosos además, de comprometerse, de hacerse sospechosos y de ser reemplazados por gente de peores entrañas, que agravase los sufrimientos de la criatura enferma. «Había en su carita, dice Gomin, un sello de dolor y muerte que partía el alma.»

Al tercer día de desempeñar su cargo Gomin, no pudiendo dar al preso comida regeneradora, trájole cuatro tiestos floridos. Le recompensó de su buena acción el mágico efecto que causaron. El niño llegaba á sí las flores, las olía, las palpaba, las besaba. Al fin, sus ojos secos volvieron á humedecerse con rocío bienhechor: por vez primera desde que le habían desenterrado, Luis Carlos vertió una lágrima. Fué su acción de gracias muda y elocuente; porque si bien no es cierto que Luis Carlos guardase silencio absoluto (como afirma la leyenda), desde la fatal declaración contra su madre, era realmente difícil sacarle una palabra del cuerpo.

Lo que más admira al que lee los fastos de la Revolución, es ver á una familia real - en épocas de tanto prestigio para las monarquías - entregada al suplicio, sin que los demás reyes de Europa comprendiesen todo el alcance del hecho y se manejasen resuelta y eficazmente para salvarla. En cinco ó seis años que duró la humillación y desaparición casi completa de la familia de Luis XVI, ¿se comprende que España, Austria y los Borbones italianos no pudiesen coger en medio á Francia y aplastarla como á una nuez? No es mi propósito insistir en el aspecto exterior del drama que refiero: sólo me importa de él lo concerniente al débil ser que ya se acerca al fin de sus dolores. Y por eso he de contar que, á principios del año 1795, la propuesta del rey de España, que ofrecía reconocer la República si le entregaban al hijo de Luis XVI para ponerle á la cabeza de un Estado independiente, empeoró la situación del prisionero, bien ajeno á que en España se le quería hacer rey de Navarra y Bearne. Cambaceres exclamó en la Convención: «Ningún riesgo hay en tener presos á los individuos de la familia Capeto: en expulsarlos lo hay muy grande. Casi siempre la expulsión de los tiranos prepara su restauración, y si Roma hubiese puesto á buen recaudo á los Tarquinos, no tendría que combatirlos después.» La Convención estuvo conforme y votó el perpetuo encierro - ó sea la muerte - de Luis Carlos.

Parece que por entonces el estado de salud del niño era menos desastroso: un poco de matiz rosado volvía á sus demacradas mejillas. Un día del mes de enero, en que hacía mucho viento, llenóse su prisión del humo de la estufa, y Gomin aprovechó esta circunstancia para suplicar al comisario de servicio - un tal Careaux - que permitiese al preso bajar al cuarto de los custodios. Así se hizo, y Luis Carlos, por vez primera, salió de sus cuatro paredes y comió en compañía de otras personas. Era la comida mucho mejor que la suya, y hasta había una torta de *frangipán* con azúcar molido. El niño, al pronto, mostraba apetito excelente; pero la dureza de Careaux, sus palabras agrias y una frase que exhaló sobre la «inutilidad de la vida del chiquillo» le quitaron inmediatamente las ganas: ni comió más, ni siquiera quiso probar la torta. «La dejé porque era de aquel hombre,» confesó al día siguiente. Diríase que desde entonces el niño sintió realmente lo inútil de su amarga vida. Detúvose la convalecencia; reapareció la fiebre, y los tumores de las muñecas y las rodillas se abultaron.

Poco tiempo después, como Gomin propusiese al niño una partida de damas, él se levantó, y, cosa rara, fué derecho á su guardián, mientras con el dedo señalaba á la puerta. «¡No se puede!,» respondió apenado el custodio; y el niño, echando fuego por los ojos, murmuraba: «¡Quiero *verla* una vez; *verla* una vez sola, antes de morir!» Seguía ignorando la suerte de su madre; creía que estaba aún allí, á dos pasos de él, llorando por él. Viendo que Gomin no accedía, echóse desesperado sobre la cama, sollozando y gritando con tal fuerza, que Gomin, para contenerle, tuvo que decirle: «¡No querrá usted que me condenen á muerte!» El niño, al oir esto, calló... y el llanto volvió al corazón de donde salía. Poco después exclamó mirando á Gomin: «¡A quién habré yo hecho daño!»

Hacia el mes de abril, aquel corderillo moribundo tuvo un lindo arranque, digno de ser notado. Como su custodio Lasne le recordase, para animarle y distraerle, el regimiento del *Real Delfín,* añadiendo que andando el tiempo el coronel había de ser digno de los soldados, el niño miró alrededor, y con ojos brillantes y en voz sonora exclamó: «¿Me has visto tú con mi espada?»

Largo tiempo desoyó la Convención el aviso de los custodios, que pedían un médico para el niño. Por fin, el 6 de mayo, como advirtiesen que el niño expiraba, vino el sabio Desault, el cual dijo sin rebozo que se había tardado demasiado en llamarle, y que el niño sucumbía al marasmo y al agotamiento, consecuencia del género de vida á que se le sujetaba. Esto mismo lo repitió donde pudo, gruñendo que mal podía dar remedios de botica á quien necesitaba el aire del campo y la libertad. Un comisario preguntó cierto día al viejo facultativo: «¿El muchacho no tiene remedio? - Yo lo temo, contestó Desault, pero hay en el mundo gentes que lo esperan.» Estas fueron las últimas palabras de Desault en la torre del Temple, y de las últimas en el mundo, pues á los dos días, preguntando Lasne y Gomin por qué no volvía el médico, les respondió otro comisario: «No le esperen; ayer se murió.» Defunción súbita y extraña, atribuída por el vulgo al veneno.

Pelletan, médico del Hospital, reemplazó á Desault. Como se indignase en voz alta, al ver que molestaban al enfermito con atroces rechinamientos de cerrojos, el niño, siempre fijo en el pensamiento de que allí cerca padecía su madre, suplicó acongojado: «No alce usted la voz: nos puede oir *ella* y enterarse de mi mal.» Por orden del médico fué trasladado á una estancia más ventilada y clara, de más sol. «Estará usted contento aquí», indicó el custodio. El niño le echó una de sus expresivas y profundas miradas. «¡Siempre solo!, dijo muy bajo. ¡Mi madre en la otra torre!»

Eran los dolores del moribundo harto recios, á causa de la hinchazón de las articulaciones, y Gomin acertó á decirle: «Me aflige verle á usted padecer tanto. - Consuélese usted, respondió el chico, que no padeceré siempre.»

En efecto, acercábase ya la gran consoladora, la muerte que liberta, redime y baña el espíritu en paz divina. La víctima no podía resistir más: sus fuerzas se habían agotado. Fueron sus últimos instantes tan poéticos, que el Shakespeare que escribiese la tragedia del inocente rey niño nada tendría que inventar ni que añadir, ni podría encontrar más bellas palabras, sueño más patético y dulce. De puro hermoso parece inverosímil, aunque es la estricta verdad.

Viéndole amodorrado é inerte sobre la almohada, preguntóle Gomin: «¿Está usted peor?» Y el niño, con gran dulzura: «Estoy mal, pero menos que antes: ¡como la música es tan preciosa!» Ya se comprende que ninguna música, ni siquiera el más leve ruido, se escuchaba en la sombría torre. Gomin, admirado, interrogó: «¿Dónde oye usted esa música? - ¡Allá en lo alto! - ¿Hace mucho? - Desde que está usted de rodillas. ¿Cómo no la oye usted? ¡Escuche, escuche!» Y con ojos de éxtasis, con el alma ya fuera del cuerpo, el niño se echaba de la cama. De pronto se estremeció y con arrebato inexplicable dijo, abriendo los brazos: «¡Entre tantas voces he conocido la de mamá!»

¡Visión venturosa, final admirable de una existencia en la cual, sobre torturas nunca imaginadas y asechanzas nunca vistas, sobrenadó fuerte, puro, sublime, intacto, un sentimiento, un amor, una pasión sin límites: la del hijo por la madre - como había sobrenadado la de la madre por el hijo!

No fueron, sin embargo, las últimas palabras de la criatura. A Lasne, que había subido á relevar á Gomin, le preguntó blandamente: «¿Habrá oído esa música mi hermana? ¡Ojalá!» Y al mismo tiempo las pupilas del agonizante se clavaron en la ventana: hizo un movimiento de inmenso júbilo, y volviéndose á Lasne, murmuró: «Tengo que decirte una cosa...» Prestó oído el custodio... y sólo advirtió un débil suspiro... el postrero.

Lasne, años después, declaró que había permane

TERREUR DES ROIS
RÉUNION DES RÉPUBLICAINS
UNITÉ
INDIVISIBILITÉ
DE LA
RÉPUBLIQUE
LIBERTÉ
ÉGALITÉ
FRATERNITÉ
OU LA
MORT

Facsímile de un cartel que los ciudadanos franceses fijaron al exterior de sus casas para dar testimonio de su republicanismo y librarse de persecuciones

Soldats républicains, ~~la patrie vous regarde, la~~ ~~la gloire vous appelle.~~ Les mânes de vos frères égorgés vous ~~appellent~~ implorent; la gloire vous appelle, la patrie vous regarde, ~~l'Europe entière vous contemple~~ les représentans ~~de la nation~~ de la convention ~~français~~ vous encouragent et vous guident; marchez frappez; que dans un mois, le peuple français soit vengé, la liberté affermie, la république triomphante, que les tyrans et les esclaves disparoissent de la terre; qu'il n'y reste plus que la justice, le bonheur et la vertu.

Robespierre

Facsímile de una carta de Robespierre dirigida en nombre de la comisión de Salvación pública al ejército en 26 de octubre de 1793

cido una hora ó más sin poder apartar la vista del cadáver, de la carita serena, descolorida, de los vidriados ojos azules, donde todavía brillaba un reflejo de celeste gozo. Y añadía el custodio de Luis XVII que en aquella solemne hora «ofreció á Dios no apartarse nunca de la virtud.»

IX. - POST MORTEM

Diríase que, al expirar el rey niño, las iras de la revolución habían de aplacarse y dejar en paz sus extenuados restos, su cuerpo demacrado y consumido y su cabeza abrumada de dolores inconcebibles. No fué así. Hasta en la fosa veremos cómo llevó adelante la revolución su terrible consigna: *deshacerse* de Luis XVII. Otros personajes expiaron delitos, errores, faltas: Luis XVII expió el *haber nacido.* Existir fué su crimen, y no existir, ni aun en la tumba, el castigo á que le condenaron.

Dispúsose la autopsia del niño así que se comprobó su muerte. Los facultativos registraron aquel pobre cadáver, cuya descripción anatómica horroriza, como horroriza la narración de premeditado y alevoso asesinato. En efecto, según declararon los médicos, todos los órganos y vísceras del niño – cerebro, corazón, hígado, estómago – revelaban salud y complexión robustísima: lo que le había matado era el marasmo, y la tuberculosis que de él se engendrara. Sin las privaciones, las torturas y la refinada combinación de dos procedimientos espantosos – el martirio y la miseria, – la criatura hubiese vivido dilatados años, sana y fuerte. La enfermedad se la derramaron en los labios, cual se derrama un frasco de ponzoña.

Cuando se supo la muerte del que el pueblo seguía llamando *delfín,* formáronse grupos alrededor del Temple. Una mujer con el pelo suelto y un haz de flores marchitas en la mano, quiso forzar la puerta y entrar á contemplar el cadáver. Lloraba, gritaba y repetía: «¡Quiero volver á ver al niño! Un día, en su jardín de las Tullerías, me dió estas flores, y se las he de poner sobre la caja.»

La Convención y el gobierno revolucionario, desde el primer momento, aspiraron á quitar toda importancia al suceso. «Es un hecho insignificante,» repitióse en las esferas del poder. «Que se le entierre sin ruido ni aparato,» añadieron. Tal fué el misterio y la aparente indiferencia que envolvió esta muerte, que hasta hace bien pocos años se negó que existiese el acta de defunción de Luis XVII, obscurecida en los archivos del *Hotel de Ville.* Cuando tendieron al niño en el ataúd – era el miércoles 10 de junio de 1795 – un comisario de los que allí se encontraban, movido de piedad al ver el cuerpo desnudo, ofreció su pañuelo para envolverle la cabeza. Clavaron el ataúd de pino; envolviéronlo en raído paño negro, y lo sacaron, antes de anochecer, á las siete de la tarde. Al salir el féretro, el custodio Gomin dijo al empleado que le seguía: «Ya no hace falta cerrar la puerta de hierro.» Pasaba la fúnebre comitiva por la calle de Popincourt, á tiempo que varios chiquillos del pueblo, al saber el nombre del que llevaban á enterrar, se colocaron en fila y se descubrieron respetuosamente.

Estaba dispuesta la última morada de Luis XVII (luego veremos cómo no fué última) en el cementerio de Santa Margarita, modesta y vieja parroquia no muy distante del Temple. Abierta ya la fosa en el rincón de la izquierda, fué depuesto en ella el ataúd, y cubriéndole la tierra, no quedó señal visible del lugar en que descansaban los restos del rey niño. Como en el sepulcro de Cristo, se dejaron allí centinelas, á fin de que los adictos no viniesen de noche á sustraer el cadáver.

Desde el punto mismo de la inhumación, y á pesar de estas precauciones, empiezan á espesarse las tinieblas y á reinar la incertidumbre y el misterio. Mientras Lasne afirma que Luis Carlos fué sepultado en una hoya abierta ex profeso, el bedel y el sepulturero de Santa Margarita aseguran que le enterraron en la fosa común; pero que ellos (habiendo tenido cuidado de hacer en el ataúd una señal con tiza), á la tercera noche, cuando ya cesó de estar vigilado el cementerio, desenterraron la caja, se cercioraron de que en ella yacía un niño con el cráneo abierto por el escalpelo, y le enterraron en lugar aparte, marcado con signos que permitían reconocerle. El enterrador, al proceder así, calculaba que andando el tiempo cambiaría de faz la política, y una restauración probable le recompensaría por haber reservado el cuerpo de Luis XVII.

Contrasta esta afirmación con la del general conde de Audigné, el cual asegura que el cadáver del rey niño fué sepultado al pie del torreón del Temple, y que él mismo presenció cómo por casualidad se descubrieron, removiendo el foso, los restos, envueltos en cal viva, é imposibles de confundir, por el tamaño del esqueleto, grande para niño y chico para hombre, y por las imborrables huellas de la autopsia que conservaba el cráneo.

Sin embargo, ni la versión del sepulturero ni la del conde parecen adoptadas por la historia. Otra versión más verosímil, más conforme á la revolucionaria consigna de *suprimir* á Luis Carlos, de borrar, si posible fuese, hasta su nombre de la memoria humana, es la que ha prevalecido, envolviendo definitivamente en sombras el último destino del mártir del Temple.

Según declaró en 1816 Luis Antonio Charpentier, jardinero mayor del Luxemburgo, el 25 de Prairial del año III fué llamado por el comité de su sección, y allí se le ordenó que volviese de noche, acompañado de sus dependientes provistos de azadones y palas. Concurrieron puntualmente á la cita (no se jugaba entonces con la autoridad), y un miembro del comité, ciñendo su faja tricolor, les llevó, primero en coche y luego á pie, sin pronunciar palabra, al cementerio de Clamart. Allí se les mandó cavar una hoya de seis pies de largo y tres de ancho. Hiciéronlo con el mismo extraño silencio, y acabada casi la hoya, vieron abrirse la puerta del campo santo, y bajarse de un coche otros tres hombres con faja tricolor, que traían consigo un féretro no muy grande. Colocado el féretro en la nueva fosa, se ordenó á los jardineros colmarla: hecho lo cual, se dispuso que pisasen el terruño é hiciesen desaparecer el menor vestigio de la obra. En seguida, y sobre la misma tierra que ya cubría el ataúd, se les advirtió á los obreros que ¡ay de ellos si dejaban rezumar el secreto!: la indiscreción costaría la cabeza al que la cometiese. Repartiéronse asignados á los trabajadores, y uno de los de la faja tricolor dijo riendo á sus colegas: «Trabajo le mando á Capetillo si quiere reunirse con su familia.»

Cuando la restauración se dedicó á la piadosa tarea de rebuscar y exhumar los restos de la familia real para ofrecerles digna sepultura, lo contradictorio de las versiones que al niño se referían, la casi evidencia de que la revolución había adoptado sus precauciones trasladando á Luis XVII de Santa Margarita á Clamart y acaso de Clamart á otro punto, y las chanzonetas de la prensa de oposición, que satirizaba pesquisas cuyo fruto pudo ser honrar por restos de María Antonieta los de alguna ignorada víctima de la guillotina, concurrieron á impedir que se indagase activamente el paradero del cadáver del niño. Y de aquí resultó lo que era natural que resultase... Negóse la realidad de la muerte de Luis XVII, y por consiguiente la legitimidad de Luis XVIII. Surgieron los falsos Luises, los impostores que tanto han dado qué decir y qué soñar.

Hay en el sentimiento monárquico exaltado un matiz de romanticismo que no se ha estudiado lo bastante. Merced á este sentimiento (que podemos clasificar entre los del orden estético) el respeto á una institución se convierte en culto á un individuo, al cual reviste de todas las perfecciones ideales en cuerpo y alma. Un rey amado tiene que ser guapo, animoso, noble, digno, ora santo (como nuestro Fernando), ora mártir (como Ricardo Corazón de León y Luis XVII). Pues bien: si la imaginación pretendiese agrupar en una sola persona todas las cualidades y circunstancias que exaltan el amor, el entusiasmo y la abnegación absoluta, no llegaría á formar tipo tan completo como el de Luis XVII. Hermosura que atrae; niñez que enternece; carácter regio bien demostrado en tan corta edad; un amor filial que vertía sangre por mil heridas; un infortunio que no puede hallar términos de comparación en ningún infortunio humano..., todo se reunió en Luis Carlos de Borbón para encender hasta el fanatismo la devoción de sus partidarios. Si Luis XVIII llegó á ocupar el trono de hecho, Luis XVII, el crucificado del Temple, se captó los corazones. Cuéntase de un jefe *chuan,* que al pegar fuego á las ropas untadas de pez



Un guardia nacional francés dirigiéndose al cuerpo de guardia. Copiado del *Diario de la toma de Francfort* (1793)

de un niño hijo de un republicano, le dijo rechinando los dientes: «Por Monseñor el Delfín.» Si el rasgo parece salvaje, citaremos otro, el del realista oficial de marina fusilado en Quiberón, y en cuyo pecho encontróse un relicario chico, que encerraba una rosa



EMIGRANTES DIRIGIÉNDOSE Á ...



ARCADERO, cuadro de Luis de Engelen

seca y este rótulo: «Regalada por Monseñor Luis, Delfín de Francia.»

No: á Luis XVIII, hermano del rey, no se le podía adorar como al niño infeliz, esperanza, delicia y dolor de la patria. Y la revolución, al suprimirle cadáver como le había suprimido vivo, no hizo sino abrir las puertas de la leyenda, fomentar el mesianismo legitimista, dar cuerpo á la novela de una evasión secretísima, de una huída al extranjero, y más tarde, de una reaparición de Luis XVII.

Leyendas como esta pululan en la historia: desde Barbarroja dejando crecer en profunda caverna su barba centenaria, y Artús oculto bajo tétrica forma de cuervo, hasta los falsos Demetrios de Rusia y los falsos don Sebastianes de Portugal, el pueblo se ha empeñado en arrebatar á la muerte á los soberanos que amó; y si – como en el caso del niño Demetrio y en el de Luis XVII – rodea cierta penumbra los últimos instantes y el sepelio de los héroes, la leyenda brota espontáneamente, cual flor azul nutrida con las lágrimas y regada por las tristes lluvias que empapan la solitaria é ignorada fosa...

El no haberse encontrado los restos del niño; la oposición del gobierno restaurador á que se buscasen; ciertas palabras y acciones de Madama Royale, hermana de Luis XVII y después duquesa de Angulema, fueron otros tantos pilares en que descansó la impostura. No apareció un solo Luis XVII: surgieron tres ó cuatro. Sobre todo uno de ellos, el famoso relojero Naundorff, fué para muchos realistas acérrimos el verdadero cautivo del Temple, el niño rey. Ni le faltaron historiadores que sostuvieron sus afirmaciones, ni testigos que las robustecieran. No ha mucho que la prensa francesa habló largamente de Naundorff y su familia, y al leer los artículos que entonces se publicaron, dudas y zozobras y curiosidades sin fin agitaban el espíritu, cautivo de la historia singular de aquel nuevo Gabriel de Espinosa, cuyos labios sellaba voluntario silencio. Mas si la imaginación pretende echarse á volar, la historia seria, documental, enemiga de lo extraordinario y lo maravilloso, únicamente nos dice que Luis XVII falleció en el Temple y fué inhumado en Santa Margarita. – El mejor comentario á su destino serían las palabras que Esquilo pone en boca de Prometeo encadenado.

«¡Oh deidad veneranda de mi madre! ¡Oh éter, que haces girar la luz común para todos! Viéndome estáis cuán sin justicia padezco.»

EMILIA PARDO BAZÁN



Bellas Artes. – A fines de septiembre se celebrará en Nuremberga un congreso de historia de las Bellas Artes: el comité organizador, compuesto de los artistas profesores Holtzinger, F. Craus, C. de Lutzow y Oechelhauser, invita á todos los representantes de las sociedades artístico-científicas, de los museos, etc., y proyecta celebrar en aquella ciudad una exposición de obras de arte propiedad de particulares.

– El Parlamento de Baden ha votado la suma de 500.000 pesetas para añadir á la Galería de Bellas Artes de Karlsruhe dos salas destinadas á pintura y dos á escultura: al propio tiempo que estas obras se terminará la ornamentación pictórica de la escalera del edificio. Los dos grandes lienzos de pared y las lunetas que han dejado libres los frescos de Mauricio de Schwind se cubrirán con cuadros que han sido ya encargados al pintor Gleichanf.

– El escultor francés Mercié ha terminado ya el modelo del monumento á Meissonier que en la próxima primavera ha de inaugurarse en los jardines del Louvre: el artista presenta al famoso pintor vestido con su blusa y sentado en un sillón en actitud meditabunda y con la paleta en la mano, tal como se le encontraba en su taller cuando estaba trabajando.

– Las autoridades municipales de Wiesbaden han tomado recientemente los acuerdos necesarios para proceder al embellecimiento de la nueva Casa Consistorial. En el salón de sesiones se colocarán dos grandes lienzos que representarán el asalto de las murallas romanas de la ciudad por los germanos y la entrada del emperador Guillermo en Wiesbaden después de descubrir el monumento de Niederwald. En el salón de fiestas se pondrán los retratos del emperador y de la emperatriz actuales, de Guillermo I, de Federico, del emperador Adolfo de Nassan y del gran duque Adolfo de Luxemburgo y figuras alegóricas de la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

El pintor A. de Heyden ha terminado el friso del salón de la Casa Consistorial de Berlín, que consta, como en otra ocasión dijimos, de veinte escenas de la vida berlinesa: las últimamente pintadas son un café en un jardín público, un mercado de los que semanalmente se celebraban en aquella capital, la extinción de un incendio y la llegada del despacho anunciando la victoria de 2 de septiembre de 1870, fecha de la batalla de Sedán. Para completar la ornamentación faltan doce retratos de otros tantos berlineses célebres de la época en que se construyó el edificio, que se colocarán en las lunetas de aquel salón.

– La asociación de acuarelistas alemanes celebra actualmente en Dresde una exposición en la que figuran notables obras de Stahl, Herrmann, Skarbina, Bantzer, Fritz, Bartels y Kampf.

– En el campanario de la iglesia parroquial de Hassfurt (Franconia) se ha descubierto una estatua de madera de San Juan Bautista, que se atribuye al famoso escultor alemán Tilman Riemenschneider.

– En la capilla de la abadía de Boppard (Prusia rhenana) se han encontrado varias y excelentes pinturas murales del siglo XIII: estas pinturas, que representaban asuntos religiosos, habían sido cubiertas por varias capas de cal, habiéndose dispuesto que se proceda á su completa restauración.

– En Nantes se ha inaugurado la estatua que aquella población ha erigido á su hijo adoptivo, el ilustre doctor Angel Guepin, el autor de la famosa *Historia de Nantes* y el fundador del dispensario oftalmológico gratuito. La estatua es obra del escultor Carlos Le Bourg y en el zócalo se ha grabado la admirable divisa que fué la norma de la vida de Guepin: *Aux plus desherités, le plus d' amour* (A los más necesitados, la mayor suma de amor).

– Para la Galería de Pinturas del Instituto Stadel de Francfort en el Mein han sido adquiridos en la subasta de la colección Bohm cuatro cuadros, que son: *Mañana en las montañas del Rhin*, de Pedro Becker; *La antigua cochería*, de A. Burger; *Santa María Magdalena en la mañana de Pascua*, de E. de Steinle y un retrato de niño de Felipe Rumpf.

– Se ha inaugurado en Munich la Exposición anual de la Sociedad de Artistas, en la que figuran 2.000 obras. De las naciones extranjeras la que está mejor representada es Inglaterra, siguiendo luego Bélgica, Holanda, España, Italia y Francia, esta última con una porción de hermosas esculturas.

En la propia ciudad actívanse los trabajos para inaugurar cuanto antes la exposición de los secesionistas á la cual se sabe que concurrirán muchos y muy notables artistas extranjeros.

– El compositor francés Eugenio de Henbay está escribiendo actualmente la música para una ópera cuyo libreto le ha dado el célebre poeta Francisco Copée, tomándolo de su drama *El violinista de Cremona*.

Barcelona. – *Salón Parés.* – Importante y variada fué la exposición de estos últimos días. Ribera presentó una media figura de mujer, elegante, fina de color y de sólida ejecución, como suya; Tamburini, una cabecita pintada con jugosa frescura; otra Graner, de un campesino, viva, sobre uno de esos fondos indecisos peculiares á este artista, y B. Casas, una cabecita también discretamente estudiada.

Urgell sobresalía con una marina, de conjunto armonioso, impresionado de luz y de acentuación total más decidida que en muchas de sus obras anteriores.

Francisco Miralles, recién llegado de París, figuró con un retrato hábilmente ejecutado del Dr. Liciaga, y con una escena, pintada con la brillantez que él acostumbra, de nuestro Paseo de Gracia.

La fundición de Federico Masriera brillaba de una manera notable en el salón, así por el valor artístico de los modelos, como por las excelentes condiciones de reproducción en las obras expuestas; el grupo de Campeny, *Bisonte atacado por unos lobos*, obra vaciada en bronce por encargo de un aficionado *yankee*, pondrá en buen lugar en el otro continente, tanto á nuestra escuela de escultura cuanto á la fundición artística barcelonesa.

Si las dificultades vencidas con verdadera maestría en la fundición de un grupo como el expuesto, por su estructura y dimensiones merece los plácemes más sinceros, no deben escatimarse tampoco al busto de Carlos III, de Mena, hábilmente reproducido á cera perdida con exquisita limpieza, ni al retrato de señora, obra modelada años atrás por el malogrado Nobas.

Teatros. – El comité constituído para las representaciones de ópera que se han de dar en Gotha anuncia que el 27 de este mes se cantará *Medea*, de Cherubini; el 29 *Caperucita roja*, de Boildieu, y el 30 y 31 las óperas premiadas en el concurso de que en otro número dimos cuenta, *Evanthia*, de Pablo Umlauft, y *La Rosa de Pontevedra*, de José Forster.

– En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha estrenado una ópera en cuatro actos, *El gitano*, de Ricardo Stieblitz, cuya partitura revela en su autor grandes conocimientos en la instrumentación y contiene bellísimas melodías. La ópera ha sido muy aplaudida.

París. – En el teatro de Aplicación se han estrenado: *Le nez d' un notaire*, graciosa comedia en dos actos tomada de la novela del mismo título de Edmundo Abont, y *La poudre aux moineaux*, una y otra de un joven y distinguido escritor, M. Carlos Esquier. En el Ambigú ha tenido gran éxito un interesante drama en cinco actos y once cuadros de M. Pablo Mahalin, titulado *Valmy*.

Londres. –Se ha estrenado con muy buen éxito en Covent Garden la ópera de Mascagni, *I Rantzau*, dirigida por su autor: éste ha recibido de la reina Victoria una invitación para que dirija en el palacio de Windsor una representación en la que en presencia de la familia real se pondrá en escena *Cavalleria rusticana* y el segundo acto de *L' amigo Fritz*, que cantarán la señora Melba y los Sres. de Lucia y nuestro paisano el aplaudido tenor Viñas.

Barcelona. Las principales compañías dramáticas que actuaban en nuestra capital han terminado sus tareas después de haber hecho una fructífera campaña. La del Sr. Vico, que actuaba en el Eldorado, ha marchado de ovación en ovación, especialmente en las funciones dadas á beneficio del galán joven D. Antonio Perrín y de aquel distinguido actor; pero la que el público le tributó la noche de su despedida ha excedido á toda ponderación y á cuanto hasta el presente se ha visto en Barcelona. En el mismo teatro empezará á actuar una compañía de ópera italiana bajo la dirección del maestro Goula (hijo). En Novedades ha sido también cariñosamente despedida la compañía dirigida por D. Emilio Mario, después de haber reproducido en esta capital el interesante drama *La Dolores*, admirablemente escrito por el Sr. Feliu y Codina, en el cual ha obtenido un señalado triunfo la señorita Guerrero, y estrenado el precioso drama del Sr. Pérez Galdós, *La loca de la casa*, y la comedia de D. Miguel Echegaray, *Abogar contra sí mismo*, uno y otra con brillante éxito. En el Lírico terminó sus compromisos la compañía dirigida por los Sres. Rosell y Ruiz de Arana, que por espacio de algunos meses ha hecho las delicias de los aficionados al género cómico de buena ley. La zarzuela *Abelardo y Eloísa*, estrenada en el Tívoli, ha dado escasísimo resultado; en cambio *La telefonista*, arreglo del francés por D. Salvador Granés, con bella música de Serpette, está proporcionando muy buenas entradas, á pesar de sus chistes de color algo más que subido.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Maximiliano Hantken, director del Instituto de Paleontología de Budapest, fundador de la Sociedad Geológica de aquella ciudad é individuo de la Academia Húngara.

Santiago María G. de Crussol, duque de Uzés, individuo de una de las familias más nobles de Francia, que había recientemente emprendido un viaje de exploración al Africa central, en donde ha muerto.

Doctor Nils Gustavo Kjellberg, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Upsala y uno de los más célebres frenópatas de Suecia.

Guy de Maupassant, renombrado escritor é inspirado poeta francés, autor de hermosas poesías, novelas y cuentos y colaborador de los principales diarios y revistas de París.

Gabriel Balart, director del Conservatorio del Liceo de Barcelona, notable compositor, autor de muchas y aplaudidas zarzuelas, sinfonías, romanzas y piezas de concierto y de baile.

Don Juan Tutau, distinguido economista y ministro de Hacienda en tiempo de la república española.

Don Alejandro Rodríguez Arias, teniente general del ejército español: tomó parte en la guerra de Santo Domingo, en la campaña de Cuba, en la guerra carlista y ha fallecido desempeñando el mando superior de la isla de Cuba.

Otón Bach, director del Mozarteum de Salzburgo, director de la Sociedad de Filarmónicos de Viena, compositor de óperas y de piezas sinfónicas, religiosas y de música *di camera*.

Enrique Schaumann, pintor alemán de género y de animales, presidente de la Asociación Artística de Stuttgart.

Juan Schindler, notable escultor ornamentista vienés.



Después del baile, cuadro de Holewinski. – Fuente de emociones es un baile para toda joven, y más si la joven es linda como la que pinta Holewinski: á él acude llena de ilusiones, animada por el deseo de ver al que supo conseguir su cariño ó por la esperanza de encontrar allí quien sepa hacerse dueño de los tesoros de amor que su pecho encierra, y de él regresa unas veces con una ilusión más, otras con una esperanza menos, ya inundada el alma de inefables delicias, ya traspasado el corazón por punzantes desengaños. La beldad del cuadro que reproducimos no ha recogido á buen seguro en el baile tan amargo fruto: su cuerpo más que del cansancio material se reposa de esa dulce fatiga que nace de unas horas de placer no turbadas por el más pequeño desasosiego, y en su rostro se revelan el bienestar que producen el deseo satisfecho y la pasión correspondida, la tranquilidad que engendra la confianza en el bien amado, la voluptuosidad que despiertan el recuerdo del lícito goce saboreado y la seguridad del próximo logro de un ferviente anhelo.

¿Qué me querrá?, cuadro de E. de Blaas. – La faja de canal que corre en la parte inferior del cuadro de Blaas es un indicio de que la obra está inspirada en la que con razón se llama perla del Adriático, pero más convincente que este indicio es la prueba plena que nos suministra la figura que en ella destaca. Cualquiera que haya visitado Venecia y recuerde el tipo de la veneciana de la clase baja, no podrá engañarse respecto de la procedencia de la heroína del lienzo que nos ocupa: en muchas partes se encuentran cuerpos esbeltos, formas esculturales, cabelleras espléndidas que en negros rizos se desbordan sobre la frente y las espaldas; pero lo que sólo en Venecia se encuentra son esos ojos llenos de luz que atraen y esas miradas todo fuego que abrasan. No cabe duda: es veneciana esa muchacha que se pregunta *¿Qué me querrá?* Pues ¿qué ha de querer de ella – decimos nosotros – sino decirle una vez más que la adora, hacerla partícipe de sus proyectos y de sus esperanzas, arrancarle nuevas promesas amorosas, y quizás, aprovechándose de la soledad del sitio, robar á sus labios uno de esos besos en que se condensa todo el proceso de una pasión? ¿Acertamos al contestar en estos términos? Estamos seguros de ello, y si nuestra convicción vacilara nos afirmaría en ella la expresión de esa hermosa cara en donde más que la pregunta leemos las respuestas que dejamos escritas.

Emigrantes dirigiéndose al embarcadero, cuadro de Luis de Engelen. – No hace aún muchos años, la emigración á América se alimentaba de los que no, contentos con el bienestar, modesto, sí, pero bienestar al fin, de que disfrutaban en su patria, íbanse á lejanas tierras en busca de mayor fortuna; hoy no es el afán del oro el que impulsa á los emigrantes, es el hambre, la necesidad de procurarse en otros continentes el pedazo de pan que su tierra les niega. Antes se abandonaba el hogar con la esperanza de volver rico al rincón en donde se nació; ahora el que emigra sabe que su peor desgracia ha de ser el regresar, porque el regreso significa que la miseria de allá devuelve al emigrante al país de donde la miseria de acá lo arrojara. Así el espectáculo de un embarque de emigrantes tiene mucho de lúgubre, y aun cuando entre tantos infelices no falta quien intente engañar con falsas muestras de regocijo el dolor propio y el ajeno, todos en el fondo llevan clavado en su pecho el mismo puñal, la casi seguridad de que abandonan su ingrata patria para siempre, la certeza de que allende los mares les espera una vida de sacrificios sin la esperanza de un porvenir risueño; saben que no van á enriquecerse, sino á vivir, y ¡dichosos aún los que vivir puedan! Sugiérenos estas tristes reflexiones el magnífico lienzo de Engelen, esa composición grandiosa que además de ser una obra acabadísima desde el punto de vista técnico, tiene todo el vigor, todo el relieve, todo el sentimiento de la realidad magistralmente presentada por un artista que además de ver, observar y reproducir de un modo maravilloso, siente hondo y sabe hacer vibrar en los demás las mismas fibras que en sí mismo se agitaron.

Las Santas Mujeres, bajo relieve de Rafael Belliazzi. – Belliazzi es uno de los escultores napolitanos más renombrados y á su cincel se deben los principales monumentos que son hermoso adorno de la antigua capital de las dos Sicilias. Recientemente ha terminado un bellísimo sepulcro que en el cementerio de Nápoles ha de encerrar los restos mortales del gran patriota y célebre escritor italiano Francisco de Santis. Destinado á un panteón del propio cementerio está terminando el bajo relieve que reproducimos, y en el cual se advierten tantas excelencias de composición y de ejecución que ellas por sí solas bastan para justificar la fama de que disfruta el artista.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Anie conocía perfectamente á su marido; existía entre ella y él estrechísima y completa comunidad de ideas, de sentimientos, para que la expresión del rostro de Sixto no la impresionase hondamente; Anie, á pesar suyo, instintivamente, formuló en voz alta la pregunta que, sin ella darse cuenta, había subido desde su corazón á sus labios.

– ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha sucedido?

– Voy á decírtelo ahora; subamos.

En realidad esto era preferible; se ahorraban el embarazo y la tarea de preparar el golpe.

Una vez en su habitación Sixto refirió á su mujer, en muy pocas y muy rápidas palabras, todo lo que en casa de Arjuzanx había sucedido: su pérdida y la suma á que esa pérdida ascendía.

Conforme iba hablando veía Sixto que la expresión de angustia dibujada al



– ¡Sesenta y ocho mil francos!, gritó la señora de Barincq

principio en el rostro de su mujer y que la obligaba á fruncir las cejas y á apretar los dientes, se desvaneció; aún no había terminado Sixto su relación cuando Anie se acercó á él, lo abrazó y lo besó apasionadamente, gritando:

– ¿Y por eso me has dado un susto tan espantoso?

– Pues qué, ¿no es nada esto?

– ¿Qué importa?

– Es preciso pagar.

– Bueno, pues pagarás. ¿No puedes tomar sesenta y cinco mil francos sobre tu fortuna sin que esto resulte una catástrofe?

Al oir estas palabras el semblante sombrío del capitán comenzó á serenarse.

– Entonces, replicó sonriéndose, no hay más que tomar esos sesenta y cinco mil francos de la caja.

– No hay sino pedírselos á mi padre, lo cual haré mañana mismo por la mañana.

– Lo cual haremos, replicó Sixto; bastante haces con tomar parte en esta enojosa gestión, cuya responsabilidad debía llevar yo solo.

Arregladas las cosas de este modo, podía ya la joven hacer una pregunta que tenía hacía un rato en la punta de la lengua y que ahora no podría parecer á Sixto expresión de queja ó de censura.

– Pero ¿cómo has perdido esa suma?

– ¿Cómo? ¡Ah!

Anie vaciló unos instantes y por último dijo:

– ¿Eres jugador?

– Lo he sido en dos épocas: á los quince años en el colegio; á los veinte en Saint Cyr. A los quince años perdí en cierta ocasión ciento veinte francos jugando á la dobla contra Arjuzanx. Figúrate lo que eran ciento veinte francos para mí que solamente poseía veinte sueldos que me daban cada semana, y qué emoción experimentaría yo; por fortuna Arjuzanx me dió siempre el desquite y acabé por quedar en paz. Andando el tiempo también jugué en Saint Cyr y perdí mil doscientos francos, los cuales durante mucho tiempo han pesado con horrible pesadumbre sobre mi conciencia. Desde entonces no he vuelto á tocar una carta, y de esto hace ya doce años. ¿Cómo he podido dejarme arrastrar otra vez, siendo así que ni me gusta el juego ni me gustan los jugadores? No lo sé; ha sido un vértigo. Además, debo confesártelo, ya que nada te oculto, algunas burlas que, aun siendo dirigidas á de la Vigne, me pareció que pasaban por encima de la cabeza de éste para llegar hasta mí.

– Entonces, dijo Anie, has hecho bien.

– Es posible que haya hecho bien, efectivamente; pero en lo que he hecho mal ha sido en no detenerme á tiempo.

– Y ¿quién tiene la seguridad de detenerse á tiempo?

– Todas las borracheras son iguales; llega un momento en el que ya no sabe uno lo que hace; en que el hombre se convierte en juguete de impulsos misteriosos, á los cuales obedece teniendo la convicción clara y perfecta de que procede como un miserable dejándose arrastrar por tales impulsos. Esto me ha ocurrido, lo cual no atenúa en nada mi responsabilidad ni mi culpa.

Al día siguiente, no por la mañana como quería Anie, sino por la tarde, luego que Sixto se vió libre, partieron él y Anie en carruaje para Ourteau, adonde llegaron al anochecer. Barincq, que volvía en aquel mismo momento á su casa, llegó justamente á tiempo para dar la mano á su hija al bajar ésta del carruaje que los había conducido.

– ¡Qué sorpresa tan agradable!, dijo Barincq besando tiernamente á su hija. ¿Qué os trae por acá?

– Vamos á decírtelo así que esté mamá para oirlo.

– Pero, en fin, estáis buenos, eso es lo esencial, y vais á comer con nosotros. Manuel, vete inmediatamente á la cocina y di que los señoritos comen con nosotros. Precisamente he reservado esta mañana un hermosísimo salmón para enviároslo.

Barincq había dado el brazo á su hija.

– Y el negocio que os trae ¿no se puede explicar sino delante de tu madre?

– Creo que es lo mejor.

– Entonces, vamos á buscarla en seguida.

Ambos entraron en el salón donde se hallaba la señora de Barincq, cortando á la luz de la lámpara con una plegadera las hojas de una revista que seguramente no leería nunca, pero á la cual estaba suscrita porque le parecía esto muy propio de una propietaria de un castillo.

– Anie, dijo Barincq al entrar, tiene que decirnos algo importante.

Ya no era posible retroceder; Anie, pues, comenzó sin detenerse:

– Sí; un contratiempo que anoche ocurrió á mi marido.

– ¡Un contratiempo!, dijeron simultáneamente los esposos Barincq.

– Sí; en una reunión en casa de Arjuzanx le comprometieron á que jugase y perdió...

– Sesenta y cinco mil francos, dijo Sixto terminando la frase de Anie.

– ¡Sesenta y cinco mil francos!, gritó la señora de Barincq, de cuyas manos cayeron al suelo la revista y la plegadera.

– Que venimos á pedirte, papá, dijo Anie mirando á su padre.

– Sí, respondió Barincq en tono franco y sencillo; vosotros no podéis pagar esa cantidad.

– Y las deudas de juego, dijo Anie, se pagan á las veinticuatro horas.

– Es verdad.

Desde que se verificó el matrimonio de Sixto y de Anie, la señora de Barincq, al ser testigo de la felicidad de su hija, habíase dulcificado mucho con respecto á su yerno, al cual solamente llamaba la buena señora «querido Valentín, mi buen yerno y hasta mi hijo;» pero la pérdida de sesenta y cinco mil francos la trastornó.

– ¿Cómo, señor mío, gritó, usted se permite perder sesenta y cinco mil francos?

– ¡Ay! Sí, mamá.

– Y ¿cómo ha perdido usted esos sesenta y cinco mil francos?

– El cómo importa poco, interrumpió Anie.

– Al contrario, importa muchísimo. ¿Conque es decir, que es usted jugador, caballerito?

– El perder casualmente una cantidad al juego no es ser jugador, replicó Anie.

Sin contestar á su hija, la señora de Barincq se levantó, se acercó á su esposo y le dijo:

– ¡Ya lo ves! Has casado á mi hija con un jugador.

– Pero, amiga mía...

– No te dirijo censuras, no te acrimino, demasiado cruelmente pagas ahora tu culpa. ¡Pobre padre! Para ese fin tú has sacrificado á nuestra hija.

Después, volviéndose repentinamente hacia su yerno, le dijo:

– ¿Cómo no ha tenido usted la lealtad de prevenirnos de que tenía usted el vicio del juego?

– Pero, mamá, interrumpió Anie, Valentín no tiene ese vicio; hace doce años que no ha tocado una carta.

– Pero cuando la toca nos cuesta muy caro.

Barincq creyó que aquellas palabras le permitían poner término á una escena que para él era tanto más injusta, cuanto más veces se decía á sí mismo en voz baja que Sixto tenía derecho perfecto á perder lo que era suyo.

– Ahora sólo se trata de pagar, dijo.

Pero su mujer no se dejó atajar la palabra.

– No trato de acriminar á Sixto, replicó; pero vuelvo á decir que cuando un hombre trata de formar parte de una familia, debe en conciencia confesar sus vicios...

– Pero, mamá, Valentín no tiene vicios.

– Tal vez será virtud eso de jugar. Pues sigo creyendo y diré siempre que cuando un hombre logra la fortuna inesperada..., sí, señor, inesperada por muchos conceptos, de ser escogido por una señorita perfecta y de entrar en una familia... en una familia también perfecta, debe considerarse suficientemente honrado y suficientemente dichoso para no buscar distracciones fuera de casa...

En tanto que la señora de Barincq decía todo esto con vehemencia extraordinaria, Anie miraba á su marido, que inmóvil, sereno al parecer, pero muy pálido, no decía una palabra; Anie, interrumpiendo á su madre, dijo á Sixto:

– Vámonos.

Pero el padre la detuvo cogiendo su mano.

– No hay razón alguna para que tu madre diga lo que dice, ni la hay tampoco para que os marchéis. En estas circunstancias solamente hay que hacer una cosa: pagar. En esto, sólo en esto hemos de ocuparnos ahora.

– Y ¿dónde está el dinero?, preguntó la señora de Barincq.

– No lo tengo, pero lo encontraré. Sixto, hijo mío, acompáñame á casa de Revenacq. Tú, Anie, quédate con tu madre y procura que atienda á razones.

– Necesito hablarte, gritó la señora de Barincq indicando á su marido que la siguiese.

– ¡Y nada has dicho del testamento!, exclamó Anie arrojándose á los brazos de su marido cuando los padres salieron de la habitación. ¡Ah, querido Sixto! ¡¡Amado Sixto!!

– Precisamente el testamento ha sido lo que ha sellado mis labios. Además, cuando tu madre me decía que un marido que tiene la suerte de encontrar mujer como tú no debe buscar distracciones fuera de su casa tenía razón mil veces.

– Eres un ángel.

VII

Barincq no tenía, para dárselo á Sixto, sesenta y cinco mil francos en su caja ni en casa de su banquero, ¡qué había de tener! No disponía siquiera de diez mil, ni aun de cinco mil.

Todo el metálico y todos los valores que existían en la herencia de Gastón habían sido empleados en transformar la tierra de Ourteau; en hacer desmontes, levantar almacenes y establos, comprar máquinas, adquirir ganado vacuno y de cerda Tanto era así, que Barincq, para hacer frente á los gastos ocasionados por la boda de su hija necesitó recurrir á un empréstito.

Pero esta circunstancia no le inquietaba; la realidad había justificado todas las previsiones del padre de Anie; ni uno solo de sus cálculos resultó equivocado; no habían de transcurrir muchos años para que su posesión transformada diese todos los resultados que Barinq se había prometido de aquella transformación y aun muy superiores á los que él calculaba: era aquella una fortuna cierta y tan fácil de manejar que, para el caso de que Barincq faltase, Anie y Sixto no tendrían que hacer más sino confiar la administración á un hombre honrado para que continuase por muchos años dándoles la misma renta.

Sin embargo, aun hallándose asegurado el porvenir, el presente no dejaba de ofrecer dificultades; y cuando, en medio de los ahogos del momento contra los cuales necesitaba luchar Barincq diariamente, sobrevenía una petición de más de sesenta mil francos que era necesario pagar en plazo angustioso de pocas horas, no había medio de realizarlo sin apelar á otro empréstito.

Esto fué lo que explicó leal y sinceramente á su yerno el padre de Anie mientras se dirigían á casa del notario; y como Sixto, avergonzado y confuso, manifestase la pena que le causaba haber ocasionado tal molestia y tanta perturbación en la vida reposada y tranquila del anciano, éste no consintió que el asunto fuese colocado en ese terreno.

– Te he dicho ya, hijo mío, que te considero como copropietario de la herencia de Gastón. Cuando te dije aquello no te lo dije por decir; no fué aquella una promesa vaga, hecha en la esperanza de que no sería necesario cumplirla. No necesito ni quiero tus excusas. Diré más: si lo sucedido me disgusta por lo que os perjudica á vosotros, casi no me desconsuela porque me ha permitido demostrarte la sinceridad de mis palabras.

– No tenía yo necesidad de esta prueba.

– Lo sé. Pero, ya que las cosas han venido rodadas de este modo, vale más que ambos las miremos desde ese punto de vista y no pensar sino en la mayor intimidad que este incidente determinará entre nosotros.

– Querido padre, es usted demasiado bueno para mí, demasiado indulgente.

– ¡Quién es capaz de medir la fuerza del impulso á que has obedecido!

Barincq medía, no obstante, y le medía perfectamente, aquel impulso, en el cual vió un fenómeno de herencia. Pues qué, ¿no había sido Gastón más de una vez víctima de aquella embriaguez del juego, siendo así que por lo general y en casi todos los asuntos de la vida procedía con serenidad, con calma y era perfectamente dueño de sí mismo? ¿Qué de extraño había en que Sixto se hubiese dejado arrastrar por aquella pasión? ¡Bienhaya quien á lo suyo se parece! El hijo semejaba al padre hasta en esto. Si se consideraba como un bien que Sixto se pareciese en muchas cosas á Gastón, era necesario aceptar el parecido completo, lo mismo para lo malo que para lo bueno, lo mismo para los defectos que para las excelencias. De todas maneras, algo había de afortunado en este contratiempo: el hecho de que hubiese sobrevenido antes de que Sixto descubriese el testamento de Gastón. ¿Qué habría sucedido y hasta qué extremo se habría dejado arrastrar el joven si se hubiese engolfado en aquella malhadada partida algunos meses, algunas semanas ó algunos días después, enterado ya de que era el único heredero de la fortuna de Gastón y no contenido por el temor de que había de pedir la cantidad perdida? Mientras que ahora, en las circunstancias presentes, aquella pérdida podía y aun debía – á juicio de Barincq ser provechosa lección para lo futuro, por aquello de que el gato escaldado del agua fría huye; Sixto guardaría memoria de aquel disgusto.

Revenacq no tenía los sesenta y cinco mil francos en su casa; pero prometió entregarlos en la mañana del día siguiente en Bayona; sólo que el empréstito, dado lo apremiante del plazo, no podía negociarse con el Banco hipotecario en condiciones moderadas, sino con un prestamista duro, que se aprovecharía de las circunstancias para exigir un interés de cinco por ciento, primera hipoteca sobre todas las tierras de Ourteau, no solamente por la cantidad de sesenta y cinco mil francos, sino por ésta y por todas las prestadas anteriores, es decir, por ciento diez mil francos, para ser el solo y único acreedor.

Como no era posible esperar, fué necesario someterse. Al regresar Sixto volvió á sus lamentaciones por haber envuelto á su suegro en tan desagradable negocio.

– Permítame usted decirle que considero el sacrificio que le impongo como un préstamo para cuya devolución quiero que se disminuya en diez mil francos anuales la pensión que usted nos tiene señalada.

– No lo has pensado bien, hijo mío.

– Al contrario, no pienso en otra cosa; estoy seguro de que Anie unirá á los míos sus ruegos para que se arregle todo de esa manera: esta supresión no ha de ocasionarnos grandes privaciones y será para mí una lección merecida y provechosa.

– No hablemos de eso.

– Suplico á usted que me permita hablar.

– No, no y mil veces no. Sí, comprendo perfectamente las razones que te obligan á proponerme eso; estimo tu delicadeza en lo mucho que vale, créeme; esa es la respuesta que das á lo que mi mujer te ha dicho hace poco. Me hago cargo de que sus palabras te han herido, te han mortificado. Pero si persistieses en tu empeño, demostrarías un rencor incompatible con un carácter noble, como



– ¿Cómo siempre lo mismo?

es el tuyo. Ya ves, amigo mío, cuando se trata de personas entradas en años es preciso que se las juzgue teniendo en cuenta siempre lo que han padecido, y tú sabes que en lo que respecta á dinero la vida de mi pobre esposa no ha sido sino un martirio prolongado.

– Aseguro á usted que no guardo rencor á la señora de Barincq; tenía razón sobrada en cuanto me ha dicho.

– Lo cual no obsta para que hubiera hecho mejor en no decirlo, supuesto que para nada servía.

Aunque en realidad Sixto no guardaba rencor á su suegra, no desistió en modo alguno de reembolsar al Sr. Barincq sus sesenta y cinco mil francos por medio del descuento de la pensión señalada. Así se lo explicó á su mujer aquella misma noche al entrar en Bayona.

– Aunque fueses, en efecto, el marido pobre de la señorita Barincq rica, me parecerían exagerados tus escrúpulos; ya comprendes que no puedo participar de los escrúpulos del marido rico, que se ha casado con una muchacha pobre y que no tendría más que pronunciar una palabra para tomar lo que se molesta en pedir. En fin, basta que tengas empeño en devolver esa renta para que yo lo tenga también. Ten por seguro que el gastar diez mil francos de más ó de menos al año es para mí absolutamente lo mismo; ya nos arreglaremos para economizar eso.

Al entrar en casa halló Sixto una carta del barón, recibida durante la ausencia de los dos esposos; la leyó y se la entregó á Anie para que también la leyera. Decía lo siguiente:

»Querido compañero: Parto para París, de donde no regresaré lo menos en ocho días; no te apures por mí para nada; tómate el tiempo que necesites, estos ocho días ó los que quieras. Tuyo

»D' ARJUZANX.»

– Ya ves, dijo Sixto.

– ¿Qué?

– Que Arjuzanx no es lo que crees.

– Sí, veo que ese amigo ha jugado contra ti y ha jugado fuerte cuando vió que estabas de malas.

– Hombre, en su lugar cualquier jugador habría hecho lo mismo.

– Bueno: eso quiere decir que hay que tratarle como jugador, no como amigo.

VIII

Cuando se expresó de este modo tenía Anie segunda intención, la de que aquellos sesenta y cinco mil francos fuesen remitidos á Arjuzanx el mismo día que el barón regresara á Biarritz. Pero á Sixto no pareció bien este procedimiento.

– Arjuzanx prestándome veinticinco mil francos procedió como amigo, decía Sixto á su esposa; en este concepto le debo consideraciones, á las que faltaría remitiéndole con un criado su dinero.

A esto no podía replicarse; todo lo que Anie pudo lograr de su marido fué que en vez de ir á Biarritz por la noche, fuese por la tarde, antes de comer, lo cual haría que la visita fuese más corta.

No eran todavía las cinco cuando Sixto llegó á casa de Arjuzanx, á quien encontró jugando al *ecarté* con uno de los rusos que habían comido con él ocho días antes; dos de los convidados á la misma comida estaban sentados cerca de ellos.

Hasta que Arjuzanx se levantó no pudo Sixto llevárselo aparte á una habitación contigua; una vez allí, le dijo:

– He venido á traerte lo que te debo.

Y uniendo á las palabras la acción, dejó encima de la mesa varios fajos de billetes que había sacado de su cartera.

– ¿Qué viene á ser todo esto?, preguntó Arjuzanx.

– Los sesenta y cinco mil francos que te debo.

– No me debes más que veinticinco mil que te presté.

– Eso es; y además cuarenta mil que me ganaste.

Arjuzanx tomó tres de aquellos paquetes; dos grandes y uno pequeño, guardó los veinticinco mil francos en el bolsillo de su americana, y después, rechazando los otros fajos, dijo á Sixto:

– Recoge eso.

El capitán lo miró asombrado.

– ¿Has podido figurarte, dijo el barón, que aceptaría yo esos cuarenta mil francos?

– Me los ganaste.

– Hice muy mal. El demonio del juego perturbó mi conciencia. Me dejé arrastrar por el vértigo de la ganancia, como te dejaste arrastrar tú por el de la pérdida. Pero cuando recobré la razón, me reconvine á mí mismo por aquellos minutos de extravío.

– No puedes, sin embargo, hacerme un regalo que yo no aceptaría.

– No pienso en tal cosa; pero puedes ganar lo que perdiste y quedamos en paz. Así lo hicimos, no lo habrás olvidado, cuando en el colegio te gané ciento veinte francos, para reunir los cuales habrías tenido más dificultad entonces que la que te ofrecía ahora reunir esos cuarenta mil francos. Entonces fuimos al desquite. Hagamos ahora lo mismo.

– Es imposible.

– ¿Por qué?

– Porque...

Arjuzanx atajó á Sixto la palabra, diciendo:

– Ya sabes que soy testarudo; se me ha metido en la cabeza que no he de tomar tu dinero y no lo tomaré.

Y al decir esto Arjuzanx volvió al salón dejando solo á Sixto en aquella estancia.

Colocada la cuestión en aquel terreno, no había posibilidad de continuar disputando; el capitán recogió los billetes, los colocó inmediatamente en su cartera y fué á reunirse con su amigo Arjuzanx muy decidido á enviarle aquellos cuarenta mil francos en un talón del Banco.

Mientras Sixto y Arjuzanx hablaban iban llegando algunos amigos de los que habían asistido á la comida anterior, entre ellos el Sr. de la Vigne: la partida continuaba.

Durante algunos minutos Sixto permaneció de pie cerca de la mesa de juego mirando distraído y como sin verlos á los jugadores y frente á frente de Arjuzanx, que también de pie miraba el juego; Sixto dió un paso atrás con el propósito de retirarse discretamente; pero en aquel momento mismo, Arjuzanx, que había visto el movimiento y adivinado la intención, dijo al capitán:

– ¿Quieres jugar contra mí veinticinco luises?

Sixto vaciló durante dos segundos; principiaba á la sazón otra partida; los jugadores iban á levantar su carta, que acababa de darles; á Sixto le pareció entonces que todas las miradas se fijaban en él para preguntarle.

– ¿Por qué no?, contestó.

En realidad, ¿por qué no había de aceptar el desquite que Arjuzanx le ofrecía? Quinientos francos, puesto caso de que los perdiese, no le ponían en grave apuro; si los ganaba eran ya un comienzo de devolución; unas cuantas jugadas con fortuna disminuirían tal vez el número de meses de privaciones que debía imponerse Anie.

Sixto perdió.

– ¿Doblamos?, preguntó Arjuzanx.

– Doblemos.

Sixto volvió á perder.

Quinientos francos no tenían gran importancia, pero mil ya tenían alguna; era preciso, por consiguiente, ver de recuperarlos.

– ¿Continuamos?, preguntó Sixto.

– Con mucho gusto, respondió Arjuzanx.

– Sixto va á cegarse, dijo la Vigne á un amigo que tenía cerca.

– Ya lo está.

Efectivamente, para quien tuviese algún conocimiento de los jugadores, era muy fácil observar los cambios evidentes que de un momento á otro se verificaban en la fisonomía del joven; al principio, cuando Arjuzanx se había dirigido á él proponiéndole jugar veinticinco luises, Sixto se había ruborizado como presa de lo que denomina el vulgo la negra honrilla; después se tornó repentinamente pálido al responder «¿por qué no?;» ahora aquella palidez había aumentado, los labios de Sixto se movían nerviosamente, sus manos estaban agitadas por invencible temblor; inclinado hacia la mesa parecía como si con los ojos tomase las cartas de las manos del que tenía la baraja y las echase él mismo, imitando, sin advertirlo, al jugador que inconscientemente mueve la cabeza, los hombros, los brazos, todo el cuerpo, siguiendo el movimiento de la bola de la ruleta.

Las cartas, sin embargo, no quisieron obedecer á aquella sugestión magnética; por tercera vez fueron contrarias á Sixto.

Era evidente que la suerte había de cambiar.

– ¿Seguimos?, preguntó.

– ¡Pues no que no!, respondió Arjuzanx.

Aquella vez le tocó ganar á Sixto.

Hallándose en su juicio el joven debió detenerse entonces; dándose por contento de salir bien librado; ¿pero qué jugador escucha los consejos de la prudencia cuando le sonríe y le es propicia la fortuna? Si la suerte se acerca, ¿no será una locura rechazarla?

– ¿Continuamos?, preguntó Sixto.

– Como quieras.

– ¿Cien luises?

– Todo lo que gustes.

Sixto ganó otra vez.

Decididamente estaba de vena; unos cuantos golpes en ese camino y podría devolver á su suegro el dinero que tanto trabajo le había costado pedirle.

– ¿Doblamos?, preguntó.

– Desde luego, contestó Arjuzanx.

A la palidez de Sixto había reemplazado un color rojo producido por oleadas de sangre que subían desde el corazón á las mejillas y á la frente; respiraba con más fuerza y ya no temblaban sus manos.

Todos habían formado círculo alrededor de Arjuzanx y Sixto; todos prestaban más atención á este duelo que á la partida misma; partida que resultaba insignificante comparándola con la lucha de los dos amigos.

– Aunque el barón se hubiese propuesto perder adrede no se conduciría de otro modo, dijo la Vigne al compañero que tenía á su lado.

– ¿Qué dice usted?

Quisiéralo ó no, la verdad del caso es que Arjuzanx continuó perdiendo.

– Empiezo á sospechar que has firmado pacto con la Fortuna, dijo el barón á Sixto.

En aquel momento se presentó en la sala un criado.

– Por supuesto, dijo Arjuzanx, dirigiéndose al mismo tiempo á la Vigne y á Sixto, ustedes se quedan á comer.

Ambos trataron de rehusar.

– Sixto, persuade á la Vigne con tu ejemplo; y usted, Sr. de la Vigne, convenza usted á Sixto con el suyo.

Se insistió y se tornó á insistir por una y por otra parte.

Arjuzanx cortó la discusión abriendo un escritorio portátil y diciendo:

– Ahí tienen ustedes recado de escribir, pongan ustedes sendos telegramas y serán llevados inmediatamente á las oficinas.

Ya el Sr. de la Vigne estaba escribiendo; cuando dejó el puesto fué reemplazado por el capitán, que escribió:

«Me quedo á comer con la Vigne; hasta la noche. – VALENTÍN.»

Cuando entregaba el despacho á su amigo Arjuzanx le dijo éste:

– ¿Te convences ahora de que negándome á recibir tu dinero presentía yo de que te desquitarías pronto? Esto parece la continuación de nuestra famosa partida de Pau.

Aquella insistencia impresionó á Sixto: ¿qué razón tenía Arjuzanx para obstinarse con tan poco disimulo en empujarle al juego?

Sixto fluctuaba entre estas dos hipótesis: acaso Arjuzanx deseaba ocasionarle nuevas pérdidas; tal vez avergonzado por su ganancia, solamente buscaba ocasiones de perderla.

Así había procedido cuando muchacho en el colegio; ¿por qué ahora no había de conducirse del mismo modo? Nada se veía en el barón que permitiera suponerle convertido en avaro, duro al ganar y dispuesto á hacer uso de medios desleales con respecto á un camarada. ¿No había reconocido y confesado él mismo que hizo mal dejándose vencer por aquella especie de vértigo que le impulsaba á jugar fuerte contra un amigo que estaba de malas?

Esto no obstante, y á pesar de cuanto él mismo se decía, Sixto no dejó un solo instante, en toda la comida, de lamentar no haber regresado á Bayona; parecíale insubstancial y vana la conversación de sus compañeros de mesa. Seguro estaba el marido de Anie de que aquel comedor no le vería mucho entre sus concurrentes. ¡Ah! Como tuviese la fortuna de aprovechar aquella velada para recobrar una parte de lo que tan estúpidamente había perdido ocho días antes, aquella velada sería la última que Sixto pasaba en casa de su amigo Arjuzanx. ¡Pues no faltaba más! Había vivido completamente retirado cuando era soltero, y ahora que poseía un hogar delicioso, una mujer joven, hermosa, de talento, adorada, ¿podría abandonar todo eso por estas reuniones estúpidas, insoportables?



– Te he dicho ya, hijo mío, que te considero como copropietario de la herencia de Gastón

Aunque Sixto tenía muy poca experiencia en asuntos de juego, sabía, por haberlo oído decir á personas entendidas, que para el jugador tiene mucha importancia la severidad y la continencia en el régimen de vida; cuando el hombre se halla congestionado por una digestión laboriosa, cuando se ha excitado por repetidas libaciones, suele no ser dueño de sí mismo, y llegado el momento de un golpe decisivo carece de serenidad en los juicios y le falta la calma en las resoluciones.

(Continuará)



LAS BOYAS ELÉCTRICAS DEL PUERTO DE NUEVA YORK

Acaba de hacerse en los Estados Unidos una interesante aplicación de las boyas eléctricas que han sido colocadas por el Light House Board en uno de los canales de entrada del puerto de Nueva York. La utilidad de esta clase de boyas es incontestable, especialmente en las regiones brumosas; mas es empresa en extremo dificultosa y delicada, ya por los cuidados que exige su colocación, la seguridad de los cables y la duración de las lámparas, expuestas, como es consiguiente, á los violentos choques de los témpanos de hielo y á los bruscos enfriamientos. La punta de Sandy Hook, en donde se ha instalado un faro y un aparato de señales de alarma, ha sido convertida en el centro productor de la corriente que se transmite á siete boyas, de las cuales cuatro son rojas y tres blancas: seis de ellas están dispuestas para indicar la dirección del *Gedney Channel* y la restante para la del *South West Spit.* Conforme vamos á demostrar, la instalación ha sido bastante complicada.

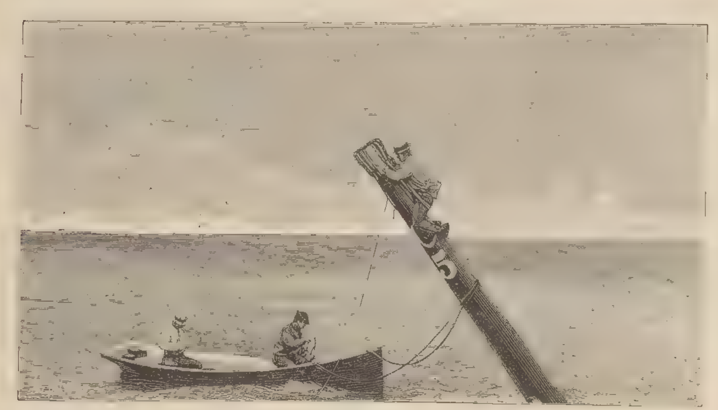


Fig. 1. Boya eléctrica del puerto de Nueva York. Montaje de una lámpara

Las boyas de que se trata son flotantes, y como quiera que en el sitio donde se hallan instaladas no existe gran fondo, inclínanse algunas veces en la forma que representa la figura 1. Afectan la forma de un largo cilindro de madera de cedro (fig. 2), habiéndose adoptado esta clase de madera no sólo porque es la más á propósito para resistir los choques de los buques, sino también porque es la que mejor flota y permite sostener las lámparas á la mayor altura posible sobre el nivel del agua. Desde el puente de un buque de regular tonelaje distínguese la luz blanca de la boya á distancia de cinco millas náuticas; cuanto á la luz roja, que como se sabe tiene menos fuerza, vese desde dos millas y media. Cada una de estas boyas mide quince metros de longitud: habiéndose observado que al cabo de los seis meses pierden gran parte de su flotabilidad, se las reemplaza ó sustituye á la terminación de cada semestre. No creemos necesario hacer notar que todas las boyas están sujetas por su parte inferior por medio de un disco de metal cuyo peso es equivalente á 2.268 kilogramos. Una profunda entalladura practicada en el mástil permite alojar el cable que termina en la lámpara, entalladura cuidadosamente tapada y calafateada. Respecto del cable interior hállase unido al exterior de modo que pueda evitar los desperfectos ocasionados por las rozaduras. Las boyas del Gedney Channel están dispuestas por series de tres, de manera que los tres cables de las boyas rojas, por ejemplo, se unen en una caja de junción sumergida cerca de la última, desde donde van á parar á la instalación central de Sandy Hook.

Fig. 2. Detalle de la boya eléctrica.

Y ya que nos ocupamos de los cables, no creemos ocioso hacer algunas indicaciones respecto de los cables defendidos por una sencilla envoltura. Precisa examinarlos de vez en cuando para corregir las averías que en ellos ocasionan las anclas de los buques ó por las dragas que determinan nudos cual los que se forman en las cuerdas de cáñamo. De ahí que se produzca la fractura de la cubierta protectriz y en su consecuencia circuitos y extinciones. Ha sido, pues, preciso proteger los cables por una doble cubierta de mucha consistencia, envolviendo el todo de un compuesto asfáltico, residuos bituminosos de petróleo disueltos en sulfuro de carbono.

Delicada empresa ha sido la de la elección de las lámparas incandescentes que debían emplearse, con mayor motivo cuando ha debido renunciarse á las lámparas de arco. Al empezar el servicio, ó sea en un período que abraza desde noviembre de 1888 hasta septiembre de 1891, empleóse el tipo comercial ordinario de las lámparas de cien bujías; pero la temperatura que se desarrollaba era tan elevada, que á los veinte minutos de funcionar calentábase el cristal de tal manera que no era posible tocarlo, y en invierno el agua helada al mojarlo producía la rotura, á pesar de la tela metálica protectora. Fué preciso adoptar la lámpara de 127 milímetros, que alumbra más y es de mayor duración, conforme lo demuestra el hecho de que durante ocho meses de invierno sólo han debido reemplazarse 29 ó 30 lámparas, una de las cuales ha alumbrado por espacio de 2.407 horas en las condiciones más desfavorables. Para evitar el inconveniente de las heladas se ha recurrido al medio de hacer funcionar la dinamo de Sandy Hook antes de ponerse el sol, con cuyo procedimiento se consigue que se funda el hielo que se forma en invierno en las lámparas.

La estación generatriz posee dos máquinas de cilindro vertical que desarrollan una fuerza de ocho á diez caballos, y dos dinamos Edisson que producen respectivamente 165 volts y 29 amperes, de los que absorben las boyas y el faro de Sandy Hook 156 volts y 29 amperes. El cable triple sumergido mide 8 kilómetros y otros 8 kilómetros el conductor sencillo.

Al efectuarse los primeros ensayos de este sistema de boyas surgieron dudas acerca de su importancia. Hoy todos se felicitan de los lisonjeros resultados obtenidos. La prueba más convincente de la eficacia y buenos servicios que prestan estas boyas demuéstrala el considerable número de buques que frecuentan el canal, tanto de día como de noche.

Es una nueva ventaja que deben todos agradecer á la electricidad.

Daniel Bellet

(De *La Nature*)

* * *

EL DUQUE DE UZÉS

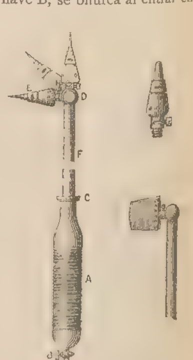
La triste noticia del fallecimiento del duque de Uzés, que había emprendido un importante viaje de exploración en el territorio africano, ha impresionado dolorosamente. Con verdadero interés, no exento de simpatía, fijábase el público en el joven explorador que prefirió arrostrar los peligros que había de ofrecerle un viaje de tal índole y la gloria que reportan los descubrimientos, á las comodidades de que podía disfrutar en París, gracias á su jerarquía y posición. El misterio que envuelve tantas regiones del continente africano fué causa para que M. de Uzés, animado de nobles propósitos, lo escogiera para la realización de su atrevida empresa. Al efecto, organizó la expedición, tomando á Brazzaville como punto de partida; pero la insurrección de los árabes contra el nuevo Estado del Congo obligóle á retroceder, ante la imposibilidad de franquear la ruta que había de conducirle á los grandes lagos. A esta circunstancia se debe que el jefe de la expedición ofreciera su apoyo y el de sus compañeros al agente francés del Alto Oubangui, para castigar á los asesinos del explorador M. de Poumayrac. La campaña fué dura y penosa, y el duque de Uzés, ya atacado de una afección especial que cubre las piernas de dolorosísimas úlceras, vióse obligado á retirarse. Ya en Abidas la disentería atacó á la mayor parte de los expedicionarios, y M. Jullien, uno de los compañeros del duque, en un lastimoso estado de extenuación, dirigióse hacia la costa para recobrar algunas fuerzas y reembarcarse para su país. A los pocos días se recrudeció la enfermedad que afligía á M. Uzés, quien emprendió el camino de Loango para embarcarse allí en un buque portugués. La muerte sorprendió al valeroso joven, que apenas contaba veinticuatro años, precisamente la víspera de embarcarse para su país, en donde el clima natal y los cuidados de su familia hubieran, quizás, determinado el restablecimiento de su salud.

* * *

ZOO-CAUTERIO PARA LA CIRUGÍA VETERINARIA

Es generalmente conocido el termo-cauterio Paquelín, destinado hoy para las aplicaciones de las puntas de fuego. Mas vistos los inconvenientes que algunas veces ofrece, á pesar de su indiscutible importancia, hasta el extremo de convertirlo en delicado y peligroso, propúsose M. Brenot perfeccionarlo de manera que pudiera adoptarse especialmente para las aplicaciones de la cirugía veterinaria. En el instrumento del doctor Paquelín, una corriente de aire á través de la bencina contenida en un frasco se carboriza, trasladándose á una punta de platino, que se somete á la acción de una lámpara de alcohol. Arde el vapor de la bencina y la incandescencia se mantiene indefinidamente por medio de la corriente de aire, que se precipita ó modera á voluntad del operador. Estas operaciones resultan perfectas cuando se practican con absoluta tranquilidad en un gabinete; pero preciso es tener en cuenta que los veterinarios vense obligados, casi siempre, á operar en una granja, en una cuadra ó en un patio, al aire libre y con la circunstancia agravante de tener que ajustarse á todos los movimientos del caballo sometido á tal tortura; resultando, por lo tanto, difícil el empleo del instrumento.

El aparato que conviene, pues, aplicar debe constar de una sola pieza, dotado además de un medio que permita calentarlo automáticamente, sin el auxilio de la lámpara de alcohol. He aquí cómo el citado M. Brenot ha resuelto el problema. El instrumento compónese de un mango carburador A (véase el grabado) sobre el que se atornilla una pequeña cubeta C, á la que sigue el tubo F del instrumento, que termina en una rosca que sujeta la punta E. El tubo de entrada, provisto de una llave B, se bifurca al entrar en el mango, atravesando uno de sus conductos la sección A, y termina en el punto F, adonde conduce el aire. Cuanto al otro, se abre en la referida sección A, conduciendo el aire, que al recorrer por toda su longitud cárgase de vapores al pasar por unas esponjas empapadas de esencia que se hallan colocadas en el mango del instrumento. Las dos corrientes se reunen en el punto F y se dirigen unidas á la punta del aparato.



Nuevo zoo cauterio de M. Brenot

La calefacción se practica sencillamente, bastando para lograrla hacer maniobrar el tornillo H que cierra un conducto lateral que termina en la pieza E, provista de los tubos necesarios, de modo que el aire carburado, inflamado por tal medio, quema la punta

exteriormente. Cuando ésta alcanza un rojo vivo, ciérrase el tornillo H, y por un mecanismo fácil de comprender, la corriente refresca la parte interior de la punta, caliéntala simultáneamente y transporta la incandescencia á su extremidad.

Es muy conveniente regular y clasificar la carburación del aire, y á este efecto presta señalados servicios el tornillo B, ya que según sea su posición abre más ó menos las dos partes del tubo bifurcado, y permite el paso del aire más ó menos carburado, hasta llegar á la saturación.

La cubeta C sirve para facilitar la carga del mango.

La punta no es la única forma de las quemaduras que se practican, puesto que en algunos casos es preciso cauterizar grandes superficies, por cuyo motivo hállase provisto el aparato de varios juegos que afectan distintas formas y dimensiones.

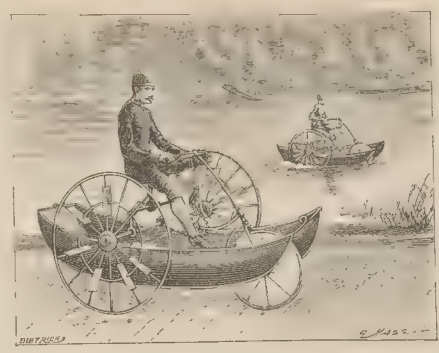
Bajo diversas aplicaciones de relativa utilidad préstase el nuevo aparato al fotograbado, por cuyo motivo creemos que será justamente apreciado por todos aquellos que de él pueden obtener beneficiosos resultados.

* * *

IMPORTANCIA DE LA INDUSTRIA DEDICADA Á LA CONSTRUCCIÓN DE VELOCÍPEDOS

Digna es de llamar la atención la importancia y desarrollo que ha alcanzado esta modernísima industria en el breve espacio de algunos años. En Francia elevóse en 1891 el valor de los velocípedos, ya montados ó desmontados, á la respetable suma de doce millones de francos, reduciéndose á siete millones en el año último. En Inglaterra fabrícanse anualmente 130.000 velocípedos, y Coventry ocupa en esta industria á 15.000 obreros. Calcúlase que en la vecina nación existen 300.000 velocepidistas. En 1892 la prefectura de París expidió doce mil permisos de circulación, sin que esta cifra signifique el número exacto de aparatos existentes en la capital de Francia, que se supone ascienden á 30.000. Bélgica posee también muchos millares, y en España va aumentando cada día la afición á esta clase de *sport*.

* * *



Triciclo acuático y terrestre

TRICICLO ACUÁTICO Y TERRESTRE

El inventor Mr. Thore J. Olsen, de Chicago, ha proyectado y construído recientemente un sencillo triciclo que funciona á voluntad, lo mismo en tierra firme que sobre la superficie de las aguas. Nuestro grabado representa este curioso aparato, que consiste en dos barcas gemelas, íntimamente unidas y colocadas entre las tres ruedas de que se halla dotado el aparato. La manivela que hace maniobrar las ruedas desempeña el mismo oficio en tierra que en el agua, de manera que el triciclo flota ó se desliza indistintamente.

Cuando se trata de hacer funcionar el triciclo en el agua, las barcas gemelas sostienen el aparato y el velocipedista hace maniobrar las ruedas que, provistas de pequeñas paletas, convierten el aparato en un buque impulsado por igual medio que los primitivos buques de vapor.

En tierra es idéntica la acción del velocipedista: el aparato conviértese en un triciclo ordinario y las barcas quedan suspendidas á veinte centímetros del plano terreno. Este aparato se recomienda por su perfecta estabilidad, de manera que el inventor, que, como es de suponer, ha logrado adquirir gran práctica en su manejo, hácele funcionar seguidamente en tierra, en los lagos y en los ríos, sin tomarse la molestia de variar el sillín. La única prevención que es preciso adoptar, consiste en que la entrada en un río, lago, etc., no sea violenta, y que el triciclo se deslice por una pendiente suave y sin accidentes. Las barcas gemelas son de tela alquitranada, sumamente livianas, y el mecanismo del aparato es tan simple como práctico. Así lo afirman los revisteros americanos.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN *por autores ó editores*

EL CASTILLO DE BURGOS, *por Eduardo de Oliver-Copons.* – Las ciencias históricas llevan hoy un rumbo distinto del que hasta hace poco siguieron, y abandonando el antiguo sistema desenvuélvense en monografías, en estudios parciales de una época, de una nación, de una personalidad determinadas. Nadie puede desconocer el progreso que este procedimiento significa y las ventajas que tal método entraña, pues dados los incesantes estudios y los continuos descubrimientos es imposible, si la obra ha de resultar buena, que un solo hombre escriba una historia universal, ni casi la de una nación. A este pensamiento obedece el libro que nos ocupa, y sin vacilar afirmamos que su autor, el distinguido capitán de artillería Sr. Oliver-Copons, ha llenado perfectamente la misión que el moderno historiógrafo debe proponerse. La índole de esta sección nos impide entrar en detalles acerca de esta obra, en la que la historia del castillo de Burgos aparece íntimamente enlazada con la de la ciudad que á su pie se asienta y que por su importancia durante la Edad media mereció el dictado de Cabeza de Castilla: por esta razón sólo diremos que es una monografía interesantísima que abarca la historia del castillo y ciudad famosos desde fines del siglo IX hasta nuestros días, tomada de las verdaderas fuentes adonde debe el historiador acudir, y que está escrita con la sobriedad que tan bien cuadra á la obra histórica y con una elegancia de estilo que revelan al literato de buena cepa. El libro, que lleva preciosas ilustraciones de Barrio, Cortés, Gil y Pedrero y que está impreso con gran lujo, se vende en Madrid y Barcelona á 15 pesetas y á 16'50 en las restantes provincias y en Ultramar.

LAS SANTAS MUJERES, bajo relieve de Rafael Belliazzi

UNA VISITA AL MUSEO BIBLIOTECA BALAGUER, *por A. García Llansó.* – Cuantos visiten el hermoso Museo Biblioteca Balaguer que en la pintoresca ciudad de Villanueva y Geltrú ha levantado el desprendimiento patriótico del catalán por tantos conceptos ilustre, el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, han de agradecer á nuestro compañero de redacción Sr. García Llansó el trabajo que ha realizado en el folleto que nos ocupa, y que, como su título indica, es al par que una guía un interesante recuerdo de la visita hecha. En él pasa revista con ilustrado criterio de las distintas secciones de que consta el Museo Biblioteca, haciendo resaltar las muchas bellezas y los muchos objetos notables que encierra, en cuyo examen revela el autor su erudición y conocimientos artísticos. El folleto lleva bonitas ilustraciones de Joaquín Diéguez y se vende al precio de una peseta.

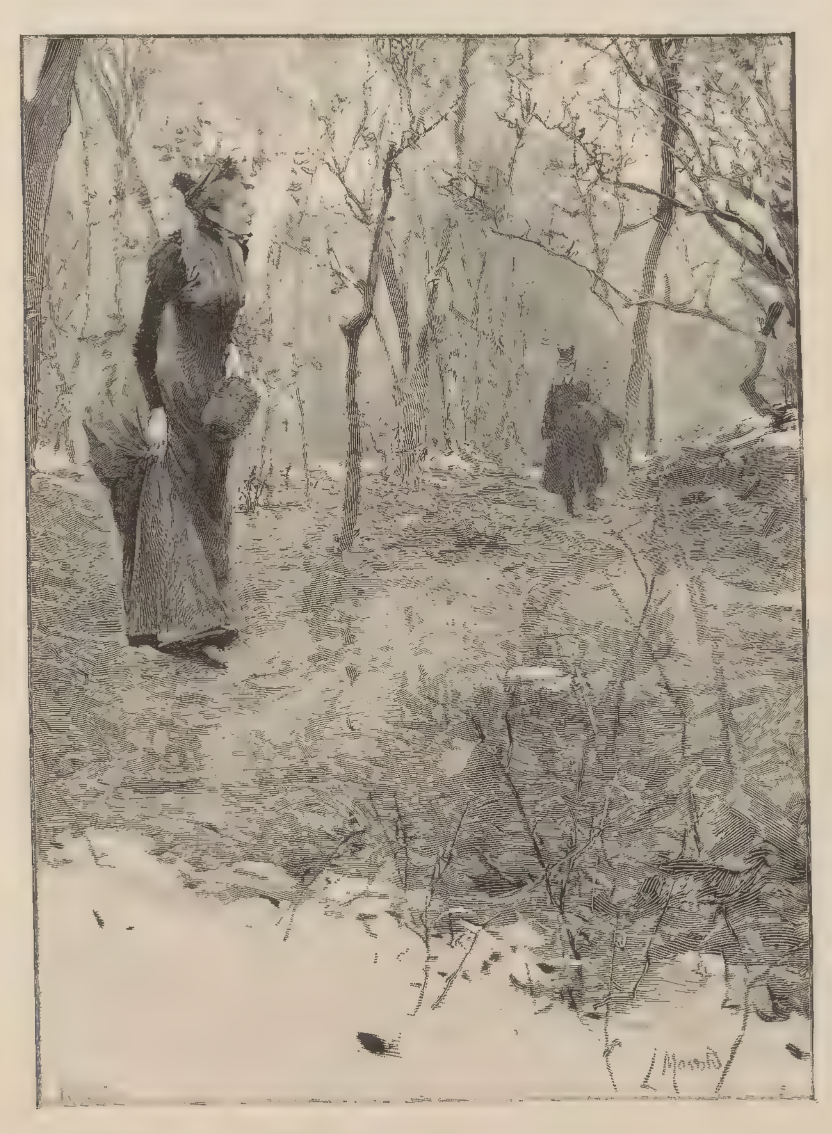
OR, *tragicomedia en tres actos y en verso, original de Frederich Soler Hubert.* – El éxito que cuando poco ha se estrenó obtuvo esta nueva obra del inspirado y fecundo dramaturgo catalán Sr. Soler, nos releva de entrar en el examen de esta tragicomedia, que publicada en un tomo elegantemente impreso se vende al precio de 2 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XII — BARCELONA 7 DE AGOSTO DE 1893 — NÚM. 606

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PASEO MATUTINO, dibujo de A. Marold



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Guido de Maupassant. – Su vida y su muerte. – Progenitores y caracteres de la escuela naturalista. – Balzac. Flaubert. – Madame Bovary – Aparición de Goncourt y de Zola. – El naturalismo en las letras clásicas. – El naturalismo en las letras españolas. – Trabajos de Maupassant. – Duelos por su desgracia y por su muerte. – Supersticiones de la escuela realista. Conclusión.

El malogro de un escritor tan adaptado al gusto contemporáneo, así por sus calidades como por sus defectos, cual este infeliz Maupassant, de lauros espontáneos ceñido en sus mocedades y acabado dentro de triste manicomio cuando frisaba ya con la ple-



GUIDO DE MAUPASSANT

nitud ó madurez de su vida, se presta tanto al dolor y al lloro y al duelo, que el gran sollozo despedido por la prensa parisiense á la muerte suya, resuena por su intensidad natural en todas partes y penetra con sus acentos acerbos todos los corazones. ¡Ah! Desde la hora en que, dentro del espacio infinito, presidida por el tiempo eterno, sólo queda una materia inerte con unas leyes implacables, materia fría de suyo ante todas las penas y á todos los clamores sorda, leyes indiferentes al daño que hace su propio cumplimiento, no hay sino darse con el cráneo en las sólidas paredes de nuestra cárcel y declararnos esclavos de la fuerza bruta, huérfanos de la Divina Providencia. No hay para qué levantar los brazos al vacío, ni para qué dirigir oraciones al silencio, ni para qué cincelar por medio de las virtudes propias alma y cuerpo imperfectos; la nada nos corona y el atavismo nos forma con los estiércoles y los detritus de las sepulturas, porque no hay un Dios en el universo, ni hay la más mínima libertad en el hombre, compuestos de materia todos y regidos por el destino ciego, acompañado de la fuerza bruta. Cuando se profesan tales repulsivos dogmas de las escuelas positivistas al uso, auméntase por sí el espanto de la muerte y sus horrores, en términos que una conclusión y acabamiento de tal género, una metamorfosis de quien ha sido alma con idea é inspiración en menos que bestia, en residuo propio para el abono, como cualquier despojo ó excrecencia de la vida más vulgar y ordinaria, cerrando todo motivo de oración y toda esperanza de inmortalidad, hace al hombre ¡ay! el más infeliz de los seres criados y al universo el más atormentador de los calabozos posibles.

La muerte de Maupassant parece dar fundamento á la escuela materialista para muchos de sus sofismas, consistentes en hacer de la fisiología una psicología, dando al cuerpo y á sus humores la sustantividad que los espiritualistas reconocemos en el alma y en sus facultades. Porque tuvo en sus familias varios locos el cuitado y ha muerto de locura él también, los materialistas le sacan al caso la punta y dicen cómo precisa reconocer la herencia, fisiológico principio en que fundara Zola una sucesión de novelas, aprendidas su mayor parte, con todo el naturalismo que quieran darle sus admiradores, en volúmenes donde ha colocado sus tipos, verdaderos casos curiosos de patología y de clínica, parecidos á los fenómenos expuestos en las ferias y á las excepciones acotadas á cada página en las obras reconocidas de texto por los consejos directores en instrucción pública del estudio facultativo y legal de la medicina. Cierto que las condiciones fisiológicas propias de nuestro cuerpo se transmiten por la generación y por la sangre á los sucesores y herederos; pero falso, completamente falso, que se transmitan las virtudes más íntimas y las facultades más preciosas del alma, cuya personal sustantividad queda en la persona poseedora de todas ellas sin transmisión posible á los venideros. El talento no se hereda, exclama el sentido común. Y en confirmación de esto mostradme un Demóstenes que haya subseguido al orador inmortal, como me mostráis un rico que ha heredado la riqueza y un epiléptico que ha heredado la epilepsia de sus progenitores y abuelos. El alma está en sí; es por sí misma; posee una libertad no permitida en el cuerpo, sujeto á las leyes físicas y químicas; forja la idea que no puede confundirse con secreción alguna del cerebro; y después de haber pasado por el tiempo sintiendo y pensando, imperecedera y espiritual, se vuelve á la etérea luz de donde ha dimanado ó venido y entra en la eternidad con Dios.

Pero sea de todo esto lo que quiera, Guido de Maupassant pertenece á la teoría naturalista, sustentada por una escuela en la cual entran muchos dogmas de pura convención y muchas pasiones de pura secta. El estético y el filósofo de tal escuela, en mi sentir, fué Hipólito Taine, quien presentaba como un acabado modelo al autor de la *Cartuja de Parma*, novelista y viajero de mucha observación en su criterio, pero de poco fuste en su estilo. Mas el pontífice universalmente proclamado de la iglesia se llama Balzac, quien, poeta y pensador al mismo tiempo, ha dado en sus novelas, sugeridas por un criterio experimental de primer orden y realzadas por una copia de ideas extraordinaria, el arquetipo de las producciones realistas y los ejemplares componentes de una liturgia literaria, elevada entre los naturalistas ya por larga serie de trabajos y esfuerzos continuados á tradición casi religiosa y á símbolo casi horaciano, como entre los clásicos las poéticas consagradas por la reverencia de los maestros y por la sucesión de los siglos. Observador en la *Fisiología del matrimonio*, filósofo en la *Busca de lo absoluto*, tragico en el *Tío Goriot*, tierno y sentimental en el *Lirio del Valle*, fantaseador y fantaseador originalísimo en la *Piel de Zapa*, no puede negársele una sede primera en el colegio casi augural de los gloriosos franceses que han honrado las letras y las ciencias en esta nuestra fecundísima edad, y cuyos nombres pasaron á todas las edades como bellísimos ornamentos de nuestro planeta y honra inextinguible de nuestra especie.

Quizás hubiera quedado solo y sin discípulos ni escuela, cual esos colosos hundidos en las arenas del desierto como una petrificación de los tiempos pretéritos, á los cuales rodea una soledad que realza mucho su magnitud, si Balzac no tuviera por heredero Flaubert, Flaubert no tuviera por heredero Goncourt y Zola, Zola no tuviera por continuador Maupassant, sin que mentemos á Champfleury ni á Sthendal por no haber obtenido universal ronombre y no haber suscitado ni los entusiasmos ni los vejámenes de sus célebres coviandantes por las sendas naturalistas. Hijo de un gan cirujano, y de competencia quirúrgica también por el medio donde se criara y por la educación que recibiera, Flaubert agarra los tipos de sus novelas naturalistas en la realidad, y desvistiéndolos de todo ropaje que no sea su propia piel, los extiende á una en el gabinete anatómico de su observación, y escalpelándolos vivos, apasionadísimos, abrasados en los ardores de su sangre, sácales las entrañas calientes y palpitantes todavía, mostrándolas al público en una desnudez que no consiente la universal malicia de nuestros contemporáneos, y que sólo disculpan la impecabilidad del paraíso y la inocencia del salvaje. No tan profundo pensador como Balzac, pero mayor y más eximio estilista, después de haber escrito *Madame Bovary* para decirnos por qué se ahogan en atmósfera de oxígeno aquellos seres nacidos para respirar como los peces en atmósferas de hidrógeno, después de habernos mostrado en la esfera social todo esto, convirtió á lo pasado sus ojos, y nos evocó, en cuadros históricos de una verdad maravillosa, conseguida por una incomparable prestidigitación literaria, el Egipto de los penitentes y la Cartago de los fenicios, cual pudiera un espiritualista de tomo y lomo hacerlo en ideales fantásticas resurrecciones de la Religión y de la Historia.

Pero ni las *Tentaciones de San Antonio* ni la figura de *Salambó* se cuentan como verdaderas obras del arte naturalista; cuéntanse la ya mencionada *Madame Bovary* favorecida del público, y la menos favorecida que ésta y titulada *Educación sentimental.* De aquí partieron los Goncourts y Zola. Llamaránme los lectores caviloso; mas yo digo que allá en la superior antigüedad clásica, cuando aparecen las naturalistas producciones de Aristófanes sucediendo al idealismo del *Prometeo* y del *Edipo*, las artes griegas de la palabra y del cincel acaban como se acaba la literatura latina en cuanto suceden á las *Georgias* de Virgilio *Las cenas* de Frimalción. El poema de Lucrecio, inmediatamente anterior al siglo de oro y á los maestros clásicos, no puede compararse con las obras naturalistas antiguas por una razón muy obvia: porque si bien nos canta la Naturaleza, y la Naturaleza sin dioses, aquejado del sentido pesimista y materialista con que lo contagiaran las asoladoras guerras civiles, verdadera epidemia moral, pertenece á la metafísica, y no conozco nada tan opuesto á la expresión escueta y á la exactitud matemática y á la fotografía servil del realismo como la filosofía. Por eso hele yo dicho siempre á la incomparable pintora del San Francisco de Asis, mi amiga Emilia Pardo Bazán, genial de suyo en el pensamiento y en el concepto profundos, como varia y rica en el copioso y amplio estilo literario é histórico, que ni ella ni los predecesores por ella buscados en las letras patrias pertenecen al realismo, sino en cuanto pertenece la fidelidad con que los cuerpos ascetas de nuestros escultores piadosos se hallan tomados de la vida, y los Rinconetes y Cortadillos de nuestros libros picarescos del natural, y del vulgo los ocurrentes graciosos en el *Castigo sin venganza* y en el *Tetrarca de Jerusalén.* La raza hispánica es una raza creyente, una raza espiritualista, una raza de idealismo-connatural, á su complexión, una raza de aventuras increíbles, una raza que lejos de someterse á la realidad, quiere con empeño esclarecerla y derretirla en su pensamiento, como quiere dominarla por esa incontrastable voluntad que venció Asia y descubrió América.

Guido debe pasar por el gran miniaturista y el gran acuarelista de su familia espiritual y de su escuela literaria. En cuentos fáciles y narraciones cortas ha llegado á maestro, como esos artífices que ponen un retrato de preciosa ejecución sobre una cajita de oloroso rapé. Pero esto en él es lo artificioso y hecho adrede, como el encargo de un maestro en retórica para un premio de curso. Lo que principalmente al artista embarga y ocupa en su obra es vivir. La vida le inunda y en la vida se baña con un placer que podríamos llamar verdaderamente físico, como el que tiene cada ser animado cuando se apropia la parte de creación que le corresponde, por sus órganos de nutrición y de respiración, los cuales á una le aportan el jugo y savia de la Naturaleza y lo transmutan en la substancia propia de cada cual. Escritor instintivo no cultivara la frase, y antes la dirá como le brota en la pluma y en la lengua, con una espontaneidad sólo domada por los ejercicios de copia del mundo, enseñados por Flaubert, como enseña un maestro de dibujo á sus escolares sumisos el arte de reproducir con sus negros lápices el natural expuesto ante sus ojos. Así franco, así vivo, así exento de convenciones, así en una ignorancia de nuestros tormentosos ideales y de nuestras inquietudes políticas, que le han hecho con razón y verdad el tipo de artista más ingenuo y natural que hay dentro del naturalismo compuesto por tantas y tan artificiales é inverosímiles componendas. No le creo lector de nuestros escritores del género picaresco, que piden para ser comprendidos en nuestro *Lazarillo* ó en nuestro *Tacaño* un conocimiento de la lengua patria muy superior al que tienen la mayoría de los españoles; mas sí lo creo un copista muy afortunado de aquella obra francesa, más española que todas nuestras obras juntas, el *Gil Blas de Santillana.* Lo que principalmente de nuestros realistas ha cogido el escritor malogrado es la salud, la robustez, la verdad. Muy enfermizos, por criados en estufas y por emperradísimos en plañer á diario los desequilibrios de nuestra humanidad, desequilibrios mayores á medida que más alto se asciende, nuestros artistas y literatos pedían quien los contrastase y Maupassant los contrastó por su conformidad con las fatalidades irredimibles y por su ingenua y candorosa sinceridad. Así jubilante y jubiloso en sus comienzos; pero al fin cambió. Los asedios

de la demencia se manifestaron en desarreglos de nervios, y los desarreglos de nervios le pusieron en trances de muerte continua y diaria. Por eso indudablemente una de sus obras más altas es aquella conocida con el título de *Pedro y Juan*, en la cual está profundamente sentido el mal congénito á la humanidad que lleva señalada en su frente la marca del Destino.

¡Poeta, pobre poeta! Indudablemente los hombres no saben cuán imposibles las grandes cualidades sin los correspondientes defectos. No saben que toda virtud extraordinaria, que todo mérito sobresaliente, nacen de un desequilibrio entre las facultades humanas. No saben que así como los órganos de los animales corresponden á sus destinos en la creación, las facultades eximias de los genios corresponden á sus destinos en la sociedad y en la historia. Preguntadle á Dios por qué no canta el águila como el ruiseñor. Preguntadle por qué no tiene el caballo la fiereza del toro. No queremos tampoco persuadirnos á considerar cuántas fatalidades nos abruman dentro y fuera del organismo. Yo, espiritualista, declaro que se halla, como dije arriba, en el alma el talento. Pero no soy tan ciego que desconozca la influencia del cuerpo sobre el alma, no; antes la reconozco y la proclamo. Así comprendo se diga que todo talento sobrehumano resulta una enfermedad en cualquier entraña. Comprendo se diga que tal ópera encantadora y tal melodía dulcísima, las cuales os transportan al mundo sobrenatural de los ensueños, se generaron por una triste aneurisma; que tal poema, capaz de sugeriros los más sublimes efectos, se trazó con pluma empapada en hiel; que tal obra, cuyas huellas nunca se borran del espíritu y del planeta, devoró á su creador; que tal discurso, destinado á despertar toda una generación, resultó al sacudimiento de un ataque casi epiléptico del sistema nervioso; que tal potencia intelectual, extremada de suyo hasta pesar los astros en su balanza, traer la luz de Sirio á vuestras manos y describir los límites de la humana razón, se ha conseguido á costa de una esterilidad en la vida del todo irremediable y de una impotencia eterna en el cuerpo, paralizado para las facultades productoras por la sublime fecundidad del pensamiento y del espíritu. Pero todo esto para mí, toda la tristeza producida por la posesión del genio sobrenatural en las almas primeras y mayores, únicamente me demuestra lo divino de su origen y lo eterno de su duración en otro mundo mejor. No creáis en la impasibilidad marmórea de inertes y frías estatuas que han querido á sí darse Goethe y Rossini; no creáis en esa indiferencia olímpica con que han penetrado desde las tormentas del mundo en los cielos de la inmortalidad, como si aquí en la tierra fuesen ya de piedra pentélica y no de esta carne que abrasa nuestros huesos y en nuestras venas hierve. El genio es una enfermedad casi divina: el genio por lo menos es el más inhumano de los martirios. El poeta se apodera de las montañas, de los mares, de la luz, de las estrellas, de los soles, para convertirlo todo en ideas dentro del horno abrasador de una suicida inspiración. El poeta tritura la creación para moler en ella los colores de sus cuadros. Pero no puede intentar tal trabajo titánico sin destrozarse completamente. No se puede atravesar el fuego sin abrasarse; no se puede subir á las alturas del aire sin asfixiarse; no se puede acercar el cuerpo á la nube tonante sin recibir en tan fácil conductor de la electricidad los latigazos de las asesinas centellas. Esos privilegiados seres, que suben desde la tierra tan alto y que llegan á convertirse en espíritus puros como los ángeles de la teología católica, tendiendo desde los escollos del mal sobre los humanos naufragios el faro de ideas recogidas por generaciones de generaciones, han tenido que alimentar el resplandor alzado de la lámpara de su cerebro, han tenido que alimentarlo con lágrimas de sus ojos y sangre de sus corazones.

Madrid, 20 de julio de 1893.



LA CATÁSTROFE DE ANZUOLA. – El coche truck de 1.ª y 2.ª, de donde sacaron los tres primeros muertos. En segundo término se ve el caserío de Isturioz convertido en hospital provisional (de fotografía remitida por D. L. de Regil, de Bilbao)

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

Descritos en anteriores artículos los principales edificios de esta Exposición, conviene ahora dar una ligera idea de algunas de las secciones en que se divide y que pueden calificarse, tanto de exhibiciones, cuanto de espectáculos de recreo para los visitantes.

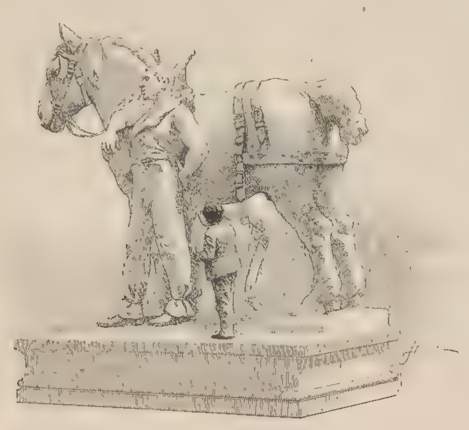
La principal de ellas es la que lleva el nombre de «Midway Plaisance,» la cual es en realidad una anchurosa calle ó avenida que se extiende desde Jackson Park hasta el Parque de Wáshington, teniendo á



LA CATÁSTROFE DE ANZUOLA. – Vista del estado del tren á la mañana siguiente del descarrilamiento. Los vagones derribados junto á la vía son el coche buffet y el truck de 1.ª y 2.ª; la brigada de la Empresa aparece subiendo el último coche de 3.ª hecho pedazos (de fotografía remitida por D. L. de Regil, de Bilbao)

uno y otro lado diferentes y entretenidos pasatiempos, como teatros orientales, colecciones zoológicas, jardinillos con cervecerías, etc., los unos presentados por contratistas, los otros construídos por los gobiernos europeos.

Aquello es una verdadera Babel en la que se oyen todos los idiomas del mundo y resuenan todos los instrumentos conocidos, en especial las gaitas escocesas; en que es dado contemplar las diversas razas humanas con sus variados trajes y sus costumbres particulares, y en que el curioso á quien no interesen las artes y las ciencias que en otros recintos tienen su asiento, puede distraerse agradablemente uno ó más días.



CABALLO NORMANDO COLOSAL, escultura situada delante del Palacio de Agricultura de la Exposición universal de Chicago

Entre sus exhibiciones figuran aldeas de muchas regiones del globo, siendo aquí, como en la última Exposición universal de París, la calle del Cairo la que más llama la atención por su verdad: la arquitectura egipcio-árabe de sus construcciones, tan nueva en Norte-América, las pinturas de la vida de aquel país, y sobre todo la muchedumbre que circula, compuesta de derviches, comerciantes, alquiladores de camellos y asnos, chiquillos y mujeres veladas, excitan altamente la curiosidad de los yankees.

Las aldeas irlandesa, japonesa y austriaca son de las que más llaman la atención.

En el teatro turco se representan piezas, pantomimas y juegos lo mismo que en Constantinopla; en el Argelino se aplauden las danzas características del Norte de Africa.

Por el paseo se encuentran armenios, turcos con sus armas peculiares, indios y hasta algunas de las amazonas del Dahomey, hoy más que nunca admiradas á causa de la celebridad adquirida en su reciente guerra con Francia.

Todos estos pueblos de origen extranjero han ido á la Exposición so pretexto de dar una idea de la vida y costumbres que observan en sus respectivos países, pero en realidad para sacar dinero á los sagaces americanos; tanto es así, que la primera palabra inglesa que todos aprenden es «money;» palabra que les parece resumir en sí todo el idioma.

El «Ferris Wheel» ó Columpio de Ferris, rival de la Torre Eiffel de París, considerado como una verdadera maravilla de atrevimiento y de mecánica, se halla situado en el extremo de Midway Plaisance. De él nos ocuparemos en el próximo número con el detenimiento que merece.

Además de esta sección, exclusivamente destinada al recreo del público, puede éste hallar continuas distracciones contemplando las obras de arte aisladas de que está salpicada la Exposición. Entre ellas hay dos que detienen especialmente á los visitantes: el toro y el caballo normando, ambos de tamaño colosal, que se hallan delante del palacio de Agricultura. Los grabados que incluímos en este número dan idea de lo que son estas esculturas y de sus proporciones, comparadas con las de las personas que junto á ellas están fotografiadas.

Si, prescindiendo ahora de la calidad de los objetos expuestos por las diferentes naciones en los respectivos palacios, nos fijamos en el gusto artístico, en el efecto que producen á la vista las instalaciones y que tanto contribuye en estos certámenes á atraer al público, debe confesarse que no en todas ha presidido el arte, la gracia y la originalidad que tanto fueron de admirar en la sección española de la Exposición de Barcelona.

Sin perjuicio de ocuparnos oportunamente de nuestra sección en la de Chicago, dedicaremos ahora algunos párrafos á las instalaciones primeramente terminadas allí, y entre ellas las de Austria y Alemania.

El día en que la Exposición se inauguró, el palacio de la Industria aparecía poco menos que desierto. La mayor parte de las secciones extranjeras estaban todavía por montar, y aun en la misma sección americana había verdaderos montones de cajas y cajones cerrados. Sólo dos secciones constituían una excepción: la alemana, y sobre todo la austriaca, contigua á aquélla, que formaba un hermoso oasis en medio de aquel desierto de cajas y andamios. El espacio destinado á esa sección no es tan grande como el que ocupa su vecina, por la razón de que Hungría ha sido la única, entre todas las naciones civilizadas del globo, que nada ha enviado á la Feria del Mundo, y aun por parte de los industriales austriacos hay muchísimos, entre los más renombrados, que no han concurrido al certamen de Jackson Park, con gran sentimiento de los admiradores de la industria artística austriaca, que tiene en América un mercado importante.

La artística fachada de la sección austriaca con sus elevados y hermosos pabellones, álzase al lado de la alemana, menos monumental, menos grandiosa que ella, pero quizás más elegante: lo mismo puede decirse de los objetos expuestos. La gran industria está más pobremente representada en la austriaca que en la alemana, en cambio tiene más brillante representación la industria artística. ¿Quién no conoce los bellísimos productos de las fábricas de cristal de Bohemia, los primorosos trabajos en cuero, bronce, esmalte, marfil y nácar con los cuales los austriacos se han colocado, desde hace tiempo, muy por encima de los mismos franceses, y los innumerables géneros llamados de galantería ó de fantasía, esa especialidad austriaca que tanta salida tiene en los mercados de todo el mundo? ¿Quién no ha visto los elegantes muebles de madera encorvada que se han conquistado puesto preferente en todos los países del globo? Muebles de estos los hay en la India como en Africa, en la América del Sur como en las Indias orientales; son allí los muebles favoritos y hasta en el Oeste americano están cada día más en uso. Lo propio acontece con la cristalería de Bohemia que adorna las mesas de todos los americanos ricos.

Pocas secciones de la Exposición son más visitadas por la gente elegante que la sección austriaca, y los muchísimos objetos de fantasía y de escritorio, carteras, marcos para cuadros, estuches, monederos, petacas, boquillas y otros objetos de espuma, etc., etc., encuentran numerosos compradores.

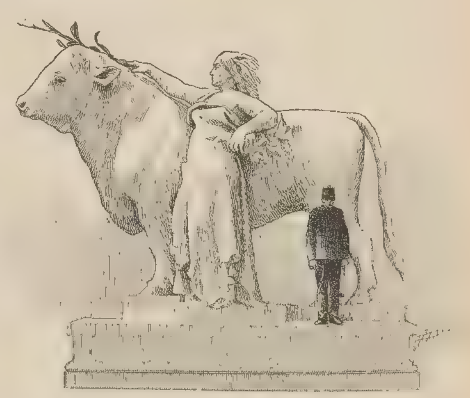
Pero también bajo otros conceptos tiene Austria notable representación en Jackson Park: en el palacio de Bellas Artes son muy admirados los cuadros de los pintores vieneses; en el Midway Plaisance hay cafés y cervecerías vienesas, y el notabilísimo fragmento de la Antigua Viena, procedente de la Exposición teatral celebrada el año pasado en la capital de Austria, constituye una de las principales curiosidades de Jackson Park.

En el fondo del grabado que de esta sección publicamos está indicado por medio de unos cuantos rasgos ligeros una construcción notable. El techo del palacio de la Industria es uno de los mejores puntos de vista desde los cuales puede contemplarse toda la Exposición y la grandiosa ciudad del lago Michigan, y como los sillones con ruedas desempeñan allí un papel importantísimo, algunos empresarios concibieron la buena idea de poner en el centro del palacio sillones de esos, con los cuales se puede subir á la cubierta del mismo, á una altura de 80 metros: el medio que para ello se utiliza es una especie de andamiaje de acero, de construcción elegante, por el cual ascienden los sillones mencionados. La primera impresión que produce el ver ascender y descender rápidamente esos aparatos por entre los barrotes y montantes de aquella torre al descubierto es de temor; pero los americanos están acostumbrados á tales instalaciones atrevidas y los empresarios de esta especie de ascensores hacen un magnífico negocio. Durante todo el día vense pasear por la cubierta del gigantesco edificio multitud de personas, que vistas desde abajo parecen hormigas, y la verdad es que cuando el calor aprieta ningún sitio ofrece más encantos que aquel paseo aéreo, en donde se disfruta de un fresco agradabilísimo y desde donde se descubre un bellísimo panorama. También tiene grandes encantos el ascenso y el descenso verticales mientras se está en el interior del palacio, pues durante ellos se descubren á vista de pájaro las distintas secciones de los diversos países y se comprende tal como realmente es la grandiosidad del recinto en que tantas maravillas se han reunido.

Pero hay que advertir que todos los espectáculos anejos á este gran certamen, todos los pasatiempos, todas las curiosidades y todas las comodidades que se ofrecen al público exigen un suplemento de gastos, que por lo general son elevados, y la prensa americana, y en especial la de Nueva York, que no mira con buenos ojos la preferencia dada en esta ocasión á su próspera rival Chicago, los ponen muy de relieve.

Fíjanse principalmente los periódicos de la Unión en que mientras los gastos de la primera Exposición americana sólo ascendieron á ocho millones de dollars, en la de Chicago se han despilfarrado de un modo criminal (son sus palabras) treinta y dos millones, y esta cantidad enorme ha de salir en gran parte del bolsillo de los visitantes. Como prueba de ello indican que el elevado precio á que se han concedido á los contratistas algunos privilegios obligan á éstos á elevar los que exigen al público, y, por ejemplo, los sillones rotatorios que en la Exposición de Filadelfia costaban cincuenta centavos por hora y además dos dollars de depósito de alquiler, en Chicago cuestan setenta y cinco centavos y seis dollars respectivamente. En esta última Exposición se hace pagar el agua para beber, cosa que jamás sucedió en aquélla. En Filadelfia había sillas, bancos, etc., en todos los edificios y jardines de su Exposición; en Chicago el que esté cansado y desee sentarse ha de hacerlo en el suelo ó pagar una silla.

No dejan tampoco los expresados periódicos de hacer resaltar la diferencia entre los precios que rigieron, no ya en las fondas y casas de huéspedes, sino en los restaurants del interior de la Exposición de Filadelfia, comparados con los de la de Chicago, los cuales son infinitamente superiores, llegando á calificar á los dueños con los adjetivos más duros.



TORO COLOSAL, escultura situada delante del Palacio de Agricultura de la Exposición universal de Chicago

Por estas razones, á pesar de sus maravillas y de los innegables atractivos que ofrece, el éxito de la Exposición actual es dudoso, como es problemático que sus organizadores se reintegren de los treinta y dos millones de duros invertidos en ella.

M. A.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO.--LA SECCIÓN AUSTRIACA EN EL PALACIO DE MANUFACTURAS,
dibujo original de E. Limmer

LO QUE VI DE LA COMUNA DE PARIS (1)

I

Había terminado la guerra franco-alemana, y al mismo tiempo mi cometido de corresponsal de un gran periódico, por lo cual marché á Londres apresuradamente para ocuparme en escribir un libro en el que narraba cuanto había presenciado en aquella tremenda lucha.

Trabajaba diez horas diarias en mi tarea, y teníala ya muy adelantada cuando ocurrió el movimiento de la Comuna de París.

El director del *Daily News* llegó precipitadamente á mi casa, y habiéndome instado vivamente para que marchara á París, pues era inminente allí una crisis, salí de Londres el 19 de mayo para trasladarme á la capital francesa, y después de tropezar con varias dificultades que me hicieron perder algún tiempo, conseguí por fin penetrar en ella, recorriendo á pie el trayecto desde la estación de San Dionisio.

París tenía un no sé qué de sombrío, pero reinaban la tranquilidad y el orden. Sin embargo, aunque eran las primeras horas de la mañana, no se oía el tañido de ninguna campana de los templos, percibiéndose en cambio claramente en aquella mañana de primavera el lejano cañoneo de las baterías de Versalles por el Oeste y el Sudoeste del recinto.

– Eso es de Issy, díjome tranquilamente la dueña del kiosco de la esquina de la plaza de la Opera, mientras me vendía un diario.

Preguntéla cómo podía distinguir el sonido de los cañones de Issy del de las baterías del Bosque de Boloña.

– Advierta usted, contestó, que hace ya muchos días que oigo esa deliciosa música, y que por lo tanto he llegado á ser entendida en la materia. El cañoneo de Issy es más penetrante y claro, porque el fuerte está en una altura y nada entorpece la emisión de los sonidos; mientras que éstos se embotan en el Bosque á causa de los numerosos troncos de árboles, sin contar que el sonido ha de elevarse además sobre el recinto, el viaducto del camino de hierro y la colina de Passy.

La mujer hablaba con tanta calma y tranquilidad como si se tratase del tiempo, y si he de ser franco, añadiré que cuanta gente andaba por allí manifestaba la misma indiferencia. Ciertamente, nada indicaba que los de Versalles caerían sobre los comunistas antes de que se pusiera el sol de aquel sábado.

Yo tenía en París un caballo que había dejado allí desde los días del armisticio; era el mismo con que pasé por la puerta de San Ouen para entrar el primero en París después de la capitulación, y recordaba que los hambrientos habitantes de Belleville habían mirado al robusto cuadrúpedo con ojos de codicia. Encontré el caballo muy pronto, pero á la puerta de la cuadra hallábase un centinela: la Comuna había exigido la entrega del animal, mas el encargado de cuidarle se resistió con el pretexto de que pertenecía á un extranjero, y para zanjar por el pronto la cuestión se puso dicho centinela hasta que las autoridades resolviesen lo que se debía hacer. El soldado no quiso permitirme entrar en la cuadra, ni menos consintió en que me llevase el caballo, y á mi vez debí dejar la cuestión pendiente.

Desde allí encaminéme al ministerio de la Guerra de la Comuna, situado en la parte Sud del río, y allí encontré la persona que necesitaba, la cual me presentó á un caballero que era el segundo jefe de Estado Mayor. Díjele que deseaba un pase para presenciar las operaciones militares en calidad de corresponsal; saludóme inclinando la cabeza, y volviéndose hacia un teniente le mandó escribir la orden. El oficial comenzó á extenderla al punto, preguntándome si la quería para ver las operaciones exteriores ó interiores, á lo cual contesté que deseaba un salvoconducto para ir á todas partes y verlo todo. El subjefe, Lefébre Tonciér, firmó al punto y díjome que si alguna vez necesitaba cualquier informe ó noticia podría recurrir á él. Con esto saludóme cortésmente y me despedí. Creo que aquel fué el último pase firmado por la autoridad comunista.

El general Dombrowski, último de los muchos generalísimos de la Comuna, hacía día y medio, poco más ó menos, que ejercía el mando. Se me indicó que su cuartel general se hallaba al Oeste, en el castillo de la Muette, detrás del recinto y junto á la estación de la vía férrea de Passy. Sin perder momento me dirigí á la parada de coches de la plaza de la Concordia y dije al primer auriga que deseaba ir al castillo. «No puede ser, caballero, contestó, porque tengo hijos.»

Otro cochero, menos tímido, avínose á conducirme hasta la entrada de la calle Mayor de Passy, y convenido el precio, emprendió la marcha.

Al pasar por el puente de Jena la batería comunista, situada en el Trocadero, rompió el fuego, y el Monte Valeriano contestó al punto. Dos ó tres de esas bombas cayeron á la puerta de una tienda, y una de ellas partió la columna de un farol cerca de nosotros. Al ver esto, mi cochero hizo retroceder el vehículo, y por poco le vuelca en su apresuramiento para alejarse cuanto antes de aquella vecindad tan peligrosa.

No tenía más remedio que apearme é ir á pie por la calle Mayor. Aquí no había apenas gente, pero en cambio vi un considerable número de agujeros abiertos por las bombas; varios guardias nacionales, algunos individuos de marina y de tiradores habíanse alojado en las casas y paseaban perezosamente de un lado á otro. No observé señales de temor en ninguna parte, aunque las bombas caían de continuo en las inmediaciones. Al llegar á la extremidad de la calle torcí á la derecha para pasar por una puerta grande que daba entrada á una avenida de árboles, al fin de la cual elevábase el castillo de la Muette.

Dombrowski me recibió cordialmente, ofreciéndome desde luego permiso para agregarme á su Estado Mayor, en el caso de aceptar yo la posición tal como se presentaba.

– Estamos aquí algo comprometidos, dijo, sonriendo y encogiéndose de hombros, porque el fuego es bastante formal y continuo.

Dombrowski era hombre de unos cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, muy aseado al parecer y vestía uniforme obscuro con pocos adornos. Su rostro tenía cierta expresión inteligente y la mirada era penetrante. A primera vista, cualquiera hubiera simpatizado con él; pero contábanse cosas muy negras de su historia. Llevaba bigote y perilla, y tenía costumbre de estirarse esta última cuando hablaba. No conocía el idioma inglés, pero sí el alemán, y bastante bien. Su Estado Mayor se componía de ocho ó diez oficiales, los más de ellos jóvenes, que parecían tomar muy en serio sus ocupaciones, y sin duda éstas no les dejaban tiempo para pensar también un poco en el agua y el jabón.

El general Dombrowski comía, leía y hablaba al mismo tiempo; mas apenas era posible oir su voz á causa del estruendo de la artillería y el silbido de las bombas. Manifestó mucha ansiedad al preguntarme si yo podría indicarle algo sobre las probabilidades de una intervención alemana, y por lo que dijo me pareció que le habría satisfecho esta última solución del problema.

Estábamos comiendo la ensalada, cuando de pronto entró el comandante de un batallón, con el rostro ennegrecido por la pólvora y al parecer muy agitado. Dijo que las tropas de Versalles penetraban ya en el recinto por la puerta de Billancourt, que él había defendido hasta entonces con su gente; que el fuego de artillería de Issy era tan vivo, que sus fuerzas debieron buscar un refugio; y que cuando las tropas de Versalles llegaron en son de ataque, fué preciso salir á descubierto para contestar al fuego del enemigo. En el mismo instante, añadió, las bombas menudearon de tal manera y causando tal estrago, que el comandante hubo de retroceder con su tropa, acercándose entonces las fuerzas de Versalles á la puerta, que ahora se hallaba en su poder. Entre los soldados del comandante cundió el pánico, y aunque trató de reunirlos, dándoles sablazos de plano, no había conseguido nada; de modo que su batallón acababa de abandonar definitivamente el recinto.

Las tropas de Versalles, dijo para terminar, estaban concentrándose en considerable número para reforzar á los que habían tomado la puerta de Billancourt.

Dombrowski esperó á que el oficial concluyera su relato; entonces alargóle un vaso de vino, sonriendo, y comenzó á comer su ensalada con mucha serenidad, aunque algo pensativo, hasta que al fin levantó la cabeza.

– Envíese á buscar al ministerio de Marina, dijo, una batería de siete cañones; y que vengan los tiradores montados de... (no entendí el nombre que dijo). Los batallones de la guardia nacional irán donde se les designe, para lo cual han de estar preparados á las siete. Yo mismo dirigiré el ataque.

Debo advertir aquí que el ministerio de Marina se hallaba convertido en arsenal, y para que se forme idea del estado de cosas en aquellos días, baste decir que el oficial á quien Dombrowski dictó la orden, polaco como él, ignoraba cuál era el edificio destinado al ministerio de Marina. Cuando se le indicó, hizo la observación de que tal vez no le fuera dado obtener toda una batería.

– Pues traiga usted lo que pueda, contestó Dombrowski, dos, tres ó cuatro cañones, ó los que le sea posible adquirir. ¡Vamos, en marcha y obedecer!

Esta era la fórmula acostumbrada de aquel pequeño dictador, que no carecía de genio y energía. La voz de mando era magnífica, y hubiérase dicho al verle y oirle que estaba muy acostumbrado á dictar órdenes.

Mientras que Dombrowski comía los postres, consistentes en unas ciruelas, entró precipitadamente otro comandante para dar una queja.

– General, dijo, me censuran porque tengo un Estado Mayor muy numeroso, y he recibido orden de venir á traeros el parte.

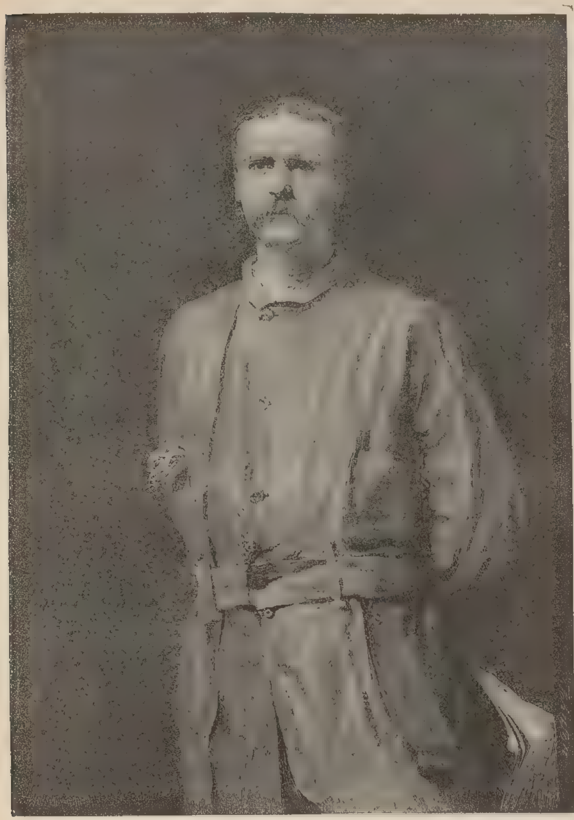
El general tomó el papel y leyólo con atención.

– ¡Un comandante con diez oficiales!, exclamó. ¿Cómo puede ser esto?



Fusilamiento de los generales Clemente Thomas y Julio Lecomte, en Montmartre, el 18 de marzo de 1871

(1) Terminada la interesante serie de artículos en que la distinguida escritora señora Pardo Bazán ha hecho un detenido estudio de los sucesos más culminantes de la Revolución francesa de 1789, damos hoy principio á otra serie debida á la pluma de M. Archibaldo Forbes, en la cual, como testigo de vista é imparcial de los hechos, describe los ocurridos durante las sangrientas luchas de la Comuna de París, de esa nueva revolución que, aunque casi á un siglo de distancia, viene á ser complemento de la primera, razón que nos ha inducido á publicar los artículos de M. Forbes á continuación de los de nuestra compatriota.



ARCHIBALDO FORBES

Y levantando el brazo con expresión indignada, añadió:

– ¡Ved, ciudadano comandante, aquí estoy yo, que soy el general, y no tengo á mis órdenes más que nueve hombres, mientras que usted necesita diez! ¡Le concedo tan sólo un secretario; retírese y obedezca!

El bueno del comandante salió sin decir más palabra.

Las bombas seguían cayendo. Dombrowski me dijo que el castillo de la Muette pertenecía á un amigo de Thiers, y que por lo tanto, aunque se sabía que era su cuartel general, habíanse dado órdenes para no maltratarlo mucho. A esto diré tan sólo que si se hacían esfuerzos para respetar aquella propiedad, los artilleros de Versalles eran muy malos tiradores, pues una bomba atravesó la pared de cerca, y otra chocó en la esquina de la casa con tal fuerza que yo creí que había penetrado por la pared. Dombrowski era hombre de nervios muy fuertes y tenía perfectamente aleccionados á sus oficiales. Cuando estalló aquella bomba el general estaba hablándome, y yo hice un movimiento; pero él, inmóvil como una roca, siguió hablando con la misma naturalidad. Los oficiales que estaban sentados alrededor de la mesa no hicieron más caso de la explosión que si hubiese caído allí una pelota. Un asistente estaba llenando mi taza de café, y su pulso no se alteró en lo más mínimo: aquel hombre debía tener los nervios de hierro. Ignoro hasta qué punto llegaría la serenidad é intrepidez de los individuos del Estado Mayor en otras partes, pero los que formaban el de Dombrowski eran un modelo en este sentido.

El ayudante del general me condujo al tejado, donde había un observatorio; la escalera y las habitaciones del piso superior hallábanse muy maltratadas por las bombas, á pesar de la amistad que M. Thiers profesaba al dueño del castillo; y en cuanto al observatorio, construído con tablas, estaba acribillado de balazos de los fusiles Chassepot. Apenas asomé la cabeza imprudentemente, atraje tal granizada de proyectiles, que no me dió vergüenza retirarme con mucha precipitación.

El parque del castillo de la Muette baja en suaves pendientes hasta el recinto enfrente de Passy, pero no se podía ver éste á causa del follaje; más allá había un claro y después las densas espesuras del Bosque de Bolonia, detrás de las cuales extendíase el lecho del gran lago. De aquella franja de bosque salían de vez en cuando pequeñas columnas de humo, procedentes de cañones aislados, pero no vi ninguna batería montada. Más lejos humeaban también á intervalos las carabinas de los tiradores de Versalles, situados allí seguramente para cazar los federales que estaban en el recinto y en las otras avanzadas que había enfrente de Passy y de Auteuil. A cierta distancia de la puerta de Passy, los comunistas hacían jugar una batería de continuo con bastante buen efecto. Aquella posición no había sido muy maltratada, pero se hubiera podido tomar por asalto sin gran dificultad, á no ser por un bastión construído durante el sitio de los prusianos. La puerta de Auteuil y el recinto hallábanse convertidos en una ruina. Dombrowski no pudo menos de reconocerlo, pero dijo que la fortificación exterior se podía conservar muy bien.

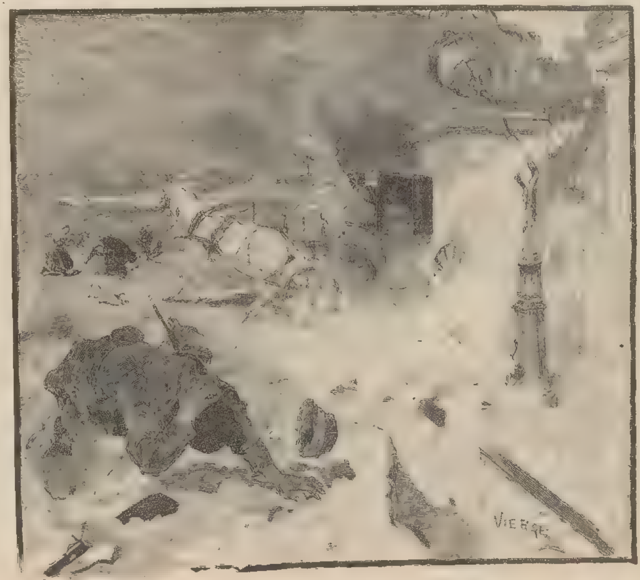
A mí no me pareció grave obstáculo para hombres resueltos á tomar aquel punto ó perder sus vidas, y que era además muy conveniente para las fuerzas de Versalles, que no estarían así tan expuestas. Más al Sud, por la puerta de Billancourt, el recinto no valía gran cosa y ningún hombre hubiera necesitado alas para introducirse allí: esta opinión mía se confirmó cuando me hallaba con Dombrowski, al recibir éste, como ya he dicho, un parte anunciando que los de Versalles habían tomado la puerta.

Era más peligroso que divertido permanecer en el observatorio y tardé muy poco en bajar. Dombrowski, espada en mano, daba en aquel momento tres órdenes á la vez, y detúvose para preguntarme qué me parecía la perspectiva que acababa de ver. Contestéle que en conciencia debía decirle que no era nada tranquilizadora para los federales.

– Ahora estoy dando una orden, repuso Dombrowski, por la cual sabrá que abandono el recinto desde la puerta de Auteuil hasta el río. Si usted es militar debe reconocer el hecho de que nuestra pérdida del fuerte Issy nos impide conservar esa parte de la fortificación continua de que hablo. Hace ya algunos días que he previsto la necesidad de hacer lo que ahora pongo por obra, y he procurado una segunda línea defensiva, cuyo contorno señala el viaducto de la vía férrea; es tan fuerte como el recinto, y más fácil de conservar. Si los de Versalles se han apoderado de esa puerta, su posición no les servirá gran cosa. De todos modos, quiero darles algo que hacer, y esta misma noche me propongo atacarlos. Es probable que retrocedan, perdiendo su conquista, en cual caso deberán comenzar de nuevo mañana. Sin embargo, no voy á batirme con la formal intención de recobrar esa condenada parte del recinto, como lo demostrará la orden que acabo de dar para que se publique; ahora quiero luchar un poco por mera afición, pues todos mis compañeros, lo mismo que yo, están animados de un espíritu batallador y agrádales batirse, sobre todo cuando yo los dirijo.

No me fué posible determinar con precisión entonces, ni podía hacerlo ahora tampoco, si las palabras de Dombrowski eran una mera bravata ó si aquel hombrecillo hablaba en serio. Como quiera que sea, prometióme que no marcharía sin mí, y en efecto, al poco rato recibí un recado urgente del general, diciéndome que iba á marchar al punto.

Encontré al hombrecillo montado en un caballo de gran alzada que hacía muchas corbetas en aquel instante, lo cual me hizo pensar en el mío, que aún estaría descansando en la cuadra con su centinela de vista. Habíanse recibido ya varios partes del jefe comunista que ocupaba Point du Jour, pidiendo inmediatos socorros, pues los que defendían allí las posiciones se veían muy acosados. El cañoneo y el fuego de fusilería desde el Sena hasta la puerta de Neuilly



Efectos de una bomba



UNA HISTORIA DE AMOR, cuadro de A. Johnson



AQUEL QUE NO HAYA PECADO QUE ARROJE LA PRIMERA PIEDRA..., cuadro de Rembrandt, existente en la colección del duque Marwouft

eran cada vez más vivos á medida que avanzábamos por la calle de Mozart; las baterías de Versalles tronaban estrepitosamente, y aunque hubiesen quedado montados algunos cañones en el recinto, no habría sido posible contestar á su nutrido fuego de pesados proyectiles.

Archibaldo Forbes

(Continuará)



Bellas Artes. – Con el nombre de Exposición libre de Bellas Artes de Berlín se ha inaugurado una exposición en la cual figuran las obras rechazadas por el jurado de admisión del gran certamen artístico que actualmente se celebra en aquella ciudad, y al lado de ellas otras muchas que no pudieron ser rechazadas por la sencilla razón de que no fueron presentadas oportunamente. Examinando las obras expuestas se ve – al decir de una revista artística alemana – que, con muy escasas excepciones, quizás con una sola, el jurado ha procedido con entera imparcialidad, pues de las obras expuestas como rechazadas bien pocas llenan las más elementales exigencias artísticas. Las únicas excepciones de esta afirmación son un cuadro de Meckel, un boceto de monumento de Klein y dos pasteles de Munch. Uno de estos últimos lo ha considerado la crítica como lo mejor que hasta ahora haya producido ese notable pintor berlinés; el boceto de Klein obtuvo el primer premio en el concurso celebrado hace poco en Stuttgart para erigir un monumento al emperador Guillermo. En cuanto al cuadro de Meckel, con no ser de lo mejor por este artista producido, es notable de todas maneras y hoy inspira á los berlineses mayor interés, pues por causa del mismo puede decirse que se ha suicidado no ha mucho su autor. Creemos que han de interesar á nuestros lectores algunos detalles de este suceso que vamos á referir. El difunto artista proyectaba exponer en el Salón Schulte, de Berlín, una colección de cuadros suyos, lo que no llegó á realizar, entrando luego en tratos con el comité de la Exposición de Bellas Artes para exponerla en ese certamen, pero se le dijo que el jurado escogería cinco obras suyas de entre las que creyese oportuno remitirle. Meckel envió cuadros de los cuales fué rechazado uno, el que ahora figura en la Exposición libre: los otros cuatro fueron colocados en sitios que el pintor juzgó poco á propósito para que produjeran el debido efecto. Los amigos de Meckel creen que éste, cuyo temperamento era excesivamente nervioso, comenzó á preocuparse de la injusticia con él cometida que le impedía gozar del gran triunfo en que él confiaba, y no pudiendo resistir esa impresión se suicidó de un pistoletazo. Este suceso ha conmovido profundamente á la sociedad berlinesa, donde Meckel gozaba de grande y merecida fama.

Volviendo á la Exposición libre, diremos para terminar que los críticos berlineses opinan unánimemente que sus organizadores no han conseguido el efecto que se proponían y que su Salón dista muchísimo de parecerse al que en otro tiempo formaron en París los *refusés* del Salón oficial.

– El escultor Pablo Dubois ha sido nombrado director de la Academia de Artes plásticas de París.

– El escultor de Karlsruhe, Volz, ha terminado y expuesto al público el modelo del sepulcro que ha de encerrar los restos del difunto príncipe Luis Guillermo de Baden. El monumento representa al príncipe tendido en el lecho mortuorio, puesto sobre un sarcófago ricamente adornado, y será colocado en el mausoleo que se ha de erigir en el jardín de los Faisanes, junto al palacio ducal de aquella ciudad, según los planos del difunto Francisco Bar. El mausoleo, que será de estilo gótico y costará 750.000 pesetas, quedará terminado en el presente año.

– Para la Galería Nacional de Berlín han sido adquiridos cuatro cuadros al óleo de H. Muhlig, Luis Herzog, Luis Dill y O. Frenzel, tres acuarelas de L. Dettmann, una figura de bronce de J. Gotz, una figura de madera de Jorge Busch y el modelo en yeso de *El escultor*, de Fernando Lepke: todas estas obras forman parte de la exposición que actualmente se celebra en la capital de Alemania.

– Durante el primer mes en que ha permanecido abierta, se han despachado 300.000 entradas de pago para visitar la Exposición de Bellas Artes de Berlín, habiéndose recaudado la cantidad de 125.000 pesetas. El número de obras vendidas es extraordinario, según dicen los periódicos alemanes, y el éxito de la lotería organizada por la Asociación de Artistas berlineses ha superado á todas las esperanzas: el número de billetes vendidos ha ascendido á la cifra de 70.000; los tres primeros premios eran de 8.750, 6.250 y 3.750 pesetas y comprendían: el primero tres cuadros al óleo, el segundo tres cuadros al óleo, una acuarela y una estatua de mármol, y el tercero tres cuadros al óleo y una estatua de bronce.

El Jurado ha resuelto no conceder más que tres grandes y seis pequeñas medallas de oro y algunas menciones honoríficas.

– El pintor berlinés Pablo Meyerheim ha regalado al Gabinete de Grabados, de Dresde, 36 estudios de su padre Eduardo, fallecido en 1879, que en su tiempo gozó de gran reputación por sus dibujos de la vida popular de Berlín. El mismo Gabinete ha recibido por donación testamentaria algunos centenares de dibujos y pruebas de grabados que constituyen la labor artística completa del dibujante y grabador de Dresde Augusto Mauricio Retzsch (1779-1857), muy famoso en su tiempo.

– A mediados de noviembre próximo se verificará en Dusseldorf una gran fiesta artística organizada por la asociación conocida con el nombre de *Malkasten*. La Feria del Mundo que se celebra actualmente en la gran ciudad norteamericana ha inspirado al pintor Seyppel, encargado de la organización de aquélla, la idea de una parodia de la gran Exposición universal. Conocidos el ingenio y la esplendidez de los artistas que forman el *Malkasten*, fácil es imaginar lo que será esa fiesta que promete superar á cuantas dicha asociación ha llevado á cabo hasta ahora y en la cual habrá también su Salón internacional de Bellas Artes, que siempre ha sido una de las partes más interesantes y curiosas de esa clase de festejos.

Barcelona. Salón Parés. – Miralles ha tenido expuesto estos días un cuadrito de aspecto agradable y de un asunto de actualidad, propio de la estación en que nos hallamos. Una familia correctamente elegante disfrutando de las delicias del campo, un pequeñuelo retozando con su mamá alegremente sobre el césped, elegantes señoritas, lacayos, un coche al fondo, etc.; todo pintado, si no concienzudamente, con hábil facilidad y que atrae las miradas del espectador.

Un joven, Sr. Tejada, que esgrime sus primeras armas en público, ha presentado un cuadro de regular tamaño que publicaremos en breve y que á vuelta de deficiencias propias de quien empieza á andar el camino del arte, manifiesta cualidades dignas de estímulo, sobre todo por la sinceridad con que las aplica. Puede decirse que la obra está bien concebida, mejor que ejecutada, tanto en la unidad total como en ciertos detalles; pero así y todo, es muestra de que al seguir aplicando la observación atenta del natural, como demuestra el autor en su primer cuadro, verá por completo colmadas sus aspiraciones de artista.

Exposición general de Bellas Artes de 1894. – El ayuntamiento constitucional de esta ciudad ha publicado ya la convocatoria para la segunda exposición que ha de celebrarse en el mes de abril del año próximo venidero, ateniéndose á lo acordado por la corporación anteriormente. En breve aparecerá el Reglamento propuesto por la Comisión organizadora.

Nuestros más calurosos plácemes á nuestro ayuntamiento por el interés con que procura corresponder á lo que exige la cultura de Barcelona y desean cuantos en materias de arte se ocupan por su profesión ó aficiones.

Teatros. – *París.* – En Folies Dramatiques se ha estrenado con buen éxito un vaudeville en tres actos de Busnach, titulado *Cliquette*, con lindísima música del maestro Varney.

Londres. – En Covent Garden han terminado las representaciones wagnerianas en alemán, habiéndose puesto en escena *Los maestros cantores* y *Siegfried*, que fueron muy aplaudidas, sobre todo la última. En el propio teatro se han estrenado las óperas *Amy Robsart* y *Veiled Prophet*. La primera, de Isidoro de Lara, revela un gran progreso con respecto á la última del mismo autor, *The Light of Asia*, y en ella se destaca más la personalidad del compositor que, aunque influído por la música de Massenet, entra casi de lleno en el procedimiento de Wagner; el libreto, obra de Harris y Milliet, está tomado de una novela de Walter Scott; la ejecución fué muy notable por parte de Mme. Calvé y de los Sres. Alvarez y Lasalle. La segunda, *Veiled Prophet*, es del compositor Stanford, que la escribió en 1877 y fué estrenada en alemán, en Hannóver en 1881, habiendo sufrido desde entonces varias modificaciones: el libreto, de Mr. Barday Squire, está basado en la primera leyenda del poema de Tomás Moore, *Lalla Roock*, titulada *El velado profeta de Khorasán*. La notable compañía dramática inglesa que dirige el eminente actor Enrique Irving y que actuaba en el Lyceum, se dispone á hacer una *tournée* por los Estados Unidos, en donde trabajará en San Francisco, Portland, Tacoma, Seattle, Minneapolis, Saint Paul, Chicago, Nueva York, Boston, Filadelfia y Wáshington, poniendo en escena *Becket*, *Enrique VIII*, *El mercader de Venecia*, *Luis XI*, *Olivia*, *Carlos I* y algunas otras de las mejores obras del repertorio inglés.

Madrid. – En los jardines del Buen Retiro ha comenzado sus representaciones una compañía de ópera bajo la dirección del maestro Camaló, que ha puesto en escena con buen éxito *Lucía*, *Fausto*, *Favorita* y *Hugonotes*. En el Príncipe Alfonso se ha estrenado con aplauso una zarzuela de espectáculo en dos actos, *Los voluntarios*, de Fiacro Yrayzoz, música del maestro Jiménez.

Barcelona. – En Novedades ha terminado la temporada que tan brillantemente ha sostenido por espacio de dos meses la excelente compañía del Sr. Mario, habiendo estrenado últimamente con buen éxito *La huelga de hijos*, comedia de D. Enrique Gaspar, de argumento interesante y escrita con la galanura, la gracia y la difícil sencillez que son la característica del autor de *La levita*, y habiéndose celebrado los beneficios del Sr. Cepillo, que tantos y tan merecidos triunfos ha obtenido en la presente temporada, y del Sr. Mario, el actor mimado de nuestro público: uno y otro lograron entusiastas ovaciones. En el Eldorado actúa una muy aceptable compañía de ópera dirigida por el maestro Goula (hijo), que ha puesto en escena con buen éxito *La Hebrea*, *La Favorita*, *La Africana*, *El Trovador* y *Los Hugonotes*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

El Excmo. Sr. D. Enrique Enríquez y García, conde de las Quemadas, teniente general del ejército español, ex comandante general de Alabarderos, condecorado por valiosos servicios prestados en tiempo de paz y de guerra con las grandes cruces de San Hermenegildo, Mérito Militar é Isabel la Católica.

El barón de Bauer, general de artillería austriaco, ex ministro de la Guerra, comandante general de Viena, que se distinguió extraordinariamente en las campañas contra Italia de 1859 y 1866.

Carlos Federico Burkhard, notable sanscritista austriaco, el primer filólogo que emprendió el estudio del idioma cachemir, una de las lenguas de la India septentrional.

Francisco Duchinski, historiador polaco.

Carlos English, contraalmirante de la armada y uno de los oficiales más distinguidos de la marina norteamericana.

Antonio Ghislanzoni, célebre poeta y libretista italiano, autor del libreto de *Aida* y de muchos otros en número de sesenta por lo menos.

Roberto Montgomery, excelente pintor marinista holandés.

Francisco Nissel, poeta dramático austriaco que gozaba de gran popularidad especialmente entre el público vienés.

Dr. Juan Rae, distinguido médico inglés, famoso explorador de las regiones árticas que visitó por vez primera en 1846 y en las cuales descubrió importantes territorios, autor de innumerables trabajos científicos que publicó la *Royal Geographical Society*, de Londres.



Paseo matutino, dibujo de A. Marold. – Cuéntase Marold entre los primeros dibujantes franceses y las principales revistas que en la vecina República se publican disputanse sus trabajos; su firma es conocida de los lectores de La Ilustración Artística, que han podido admirar sus preciosos dibujos en algunas novelas ilustradas que publicamos, y esto nos releva de insistir en lo que vale el tan justamente renombrado artista. *Paseo matutino* es una página bellísima en la que el invierno se ofrece á nuestros ojos en toda su desnudez y con el tinte melancólico que constituye lo que pudiéramos llamar nota poética de la estación cruda: la figura de mujer que anima el triste paisaje tiene ese sello elegante que revela á la parisiense y que pocos saben reproducir con tanta gracia y fidelidad como Marold.

***

La catástrofe de Anzuola (de fotografía). – Entre las varias versiones que han circulado acerca del terrible descarrilamiento ocurrido en Anzuola, en la línea férrea de Durango á Zumárraga, el día 14 de julio último, tiénese por más exacta la que supone que la rotura de uno de los topes del último vagón motivó el descarrilamiento de éste, que inclinándose á un lado cayó en un precipicio de unos 30 metros de declive, arrastrando consigo á otros cinco coches más. La catástrofe ocurrió á poco de salir el tren del apeadero de Anzuola, en un sitio en donde existe una curva de unos 100 metros de radio: los tres últimos vagones quedaron hechos astillas y de ellos fueron sacados el mayor número de heridos y contusos; el coche buffet sólo dió media vuelta y quedó á unos tres metros de la vía, sufriendo los que en él iban sólo ligeras contusiones; el coche truck se detuvo á causa de haber tropezado uno de sus extremos con una chavola, falleciendo tres de las personas que en él iban, entre ellas D. Pedro Uruchurtú, alcalde de Deusto. El número de heridos graves, algunos de los cuales fallecieron poco después, y leves fué considerable. Los vecinos de Anzuola con el ayuntamiento á la cabeza, los aldeanos de los caseríos inmediatos, las autoridades y vecinos de Vergara, los padres dominicos, los médicos de las poblaciones cercanas, todos acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe, prestando grandes servicios á los heridos y rivalizando en celo para asistirlos. El caserío de Isturioz, que se ve en nuestros grabados, quedó convertido en hospital de sangre. Tales son los principales detalles del terrible suceso, uno de tantos que con demasiada frecuencia ocurren en nuestras líneas férreas y que ni siquiera pueden atenuarse, como acontece en la mayoría de los que en el extranjero acaecen, por el movimiento extraordinario de las líneas ni por la velocidad vertiginosa de los trenes, circunstancias que no concurren en nuestros ferrocarriles. Las vistas que publicamos están tomadas de fotografías que ha tenido la amabilidad de remitirnos D. L. de Regil, de Bilbao, á quien damos las gracias por su atención.

***

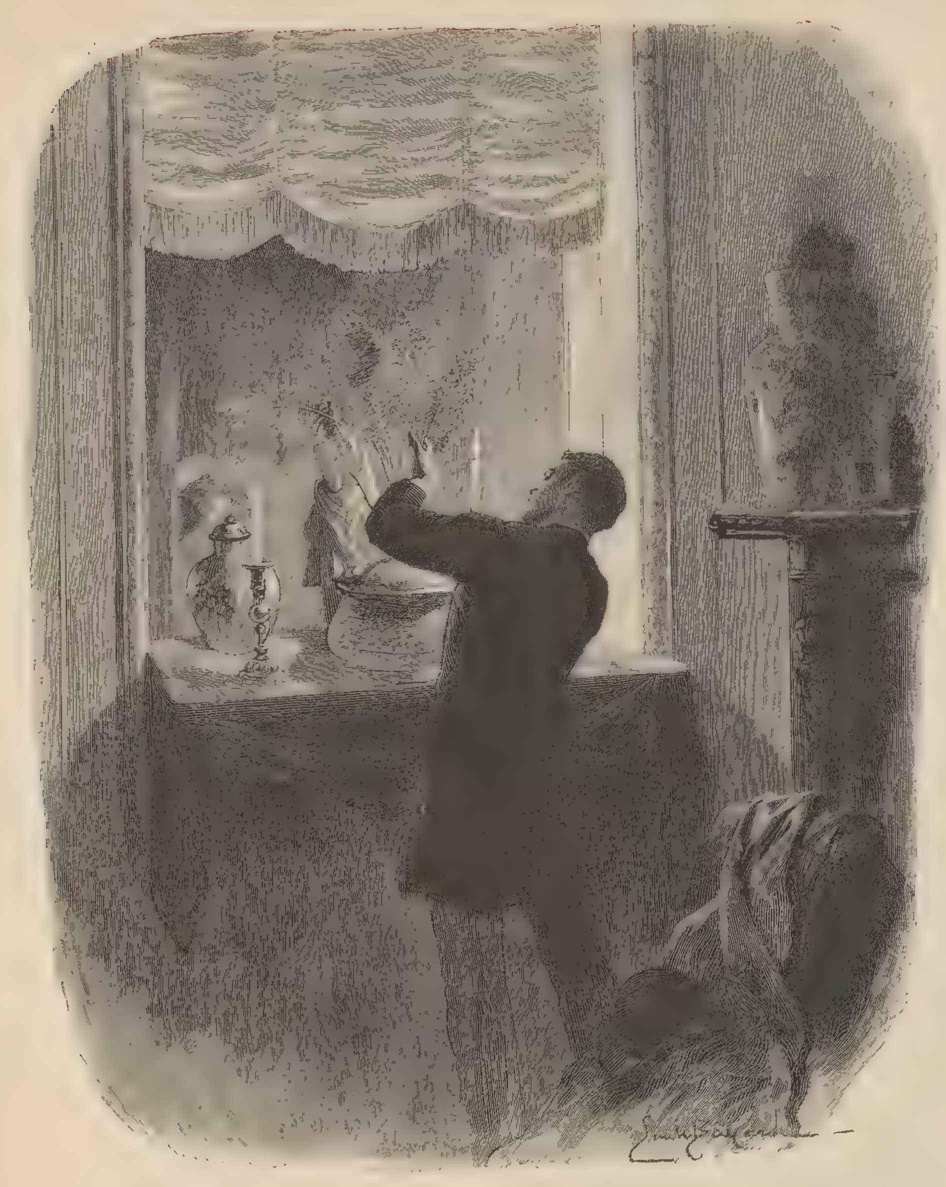
Aquel que no haya pecado que arroje la primera piedra..., cuadro de Rembrandt. – Tantas veces hemos tenido ocasión de ocuparnos del gran artista flamenco, que cuanto dijéramos ahora sería necesariamente repetición de lo que en otros números de La Ilustración Artística hemos consignado. Además, en la historia del arte hay figuras que con sólo nombrarlas se alaban: cuando se oye pronunciar los nombres de Velázquez, Murillo, Rafael, Ticiano, Rubens, Ribera, Rembrandt y tantos otros, inmediatamente la memoria asocia á ellos las páginas más gloriosas de los anales de la pintura. ¿A qué, pues, hablar detalladamente de una obra determinada de alguno de ellos? ¿A qué reproducir una y otra vez los elogios que han llegado á hacerse lugares comunes tratándose de tales maestros? Limitémonos, por consiguiente, á ofrecer á nuestros lectores el magnífico grabado de Baude que tan cabal idea da del cuadro en que Rembrandt representa una de las escenas del Nuevo Testamento, aquella en que, en presencia de la mujer adúltera y de los que la acusaban, pronunció Jesús las sublimes palabras de caridad y de perdón que la humanidad debiera tener siempre presentes y que por desgracia han sido en todo tiempo punto menos que completamente olvidadas.

***

Una historia de amor, cuadro de A. Johnson. – No de otra cosa que de una historia de amor puede tratar el libro que con tanto interés lee la joven del notable cuadro de Johnson: véase la atención que presta á la lectura, estúdiese la expresión de su rostro, y tratándose como se trata de una muchacha en la edad de las ilusiones, cuando sus oídos apenas están acostumbrados á esas frases que tan dulcemente suenan en boca del rendido amante y cuando quizás sus labios no han pronunciado todavía una palabra de amorosa correspondencia que el rubor mantiene en el corazón aprisionada, se comprenderá que aquella atención y la expresión aquella sólo pueden obedecer á una causa, á la identificación de su lectora con el asunto del libro leído, y esa identificación en el presente caso y por lo que dejamos dicho únicamente se explica tratándose de la historia de unos amores.

***

Las hermanas de la Caridad, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Esas heroínas que el mundo conoce con la denominación de *Hermanas de la Caridad*, y que cual verdaderos ángeles consagran su existencia al alivio de las dolencias que afligen á la humanidad, han hallado siempre escritores y artistas que las enaltezcan, que canten sus virtudes ó pinten su abnegación. Si así no fuera, si la humanidad no patentizara su reconocimiento por quien por ella se sacrifica, exponiendo su vida en los campos de batalla ó aspirando los deletéreos miasmas hospitalarios, merecería la calificación de ingrata. Agrasot, que como verdadero artista siente y discurre, ha tratado de representar á las hermanas de la Caridad en uno de los más interesantes escenarios do ejercen acción y prodigan sus cuidados, en el hospital, logrando producir una bellísima composición que cautiva por el sello de verdad que en ella ha impreso.



Sixto, separando con una mano las hojas del helecho y aproximando con la otra el candelero al cristal, trató de ver el interior del dormitorio

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

En la partida que Sixto deseaba comenzar, para aprovecharse de aquella ráfaga de viento favorable que parecía haber comenzado á soplar, era indispensable que conservarse todo esto y que no estuviese ni un momento bajo la influencia ni del cerebro sobrexcitado, ni del estómago ahito; por consiguiente, comió poco y bebió menos, á pesar de la insistencia del barón, cuya amabilidad y cuyas burlas, pues de la una y de las otras echó mano, resultaron igualmente inútiles para apartar á Sixto de su propósito de sobriedad.

Cuando los comensales se trasladaron desde el comedor á la sala, Sixto no se apresuró para acercarse á las mesas de juego, que estaban preparadas ya; para el *baccarrat* una grande y dos pequeñas para el *ecarté:* el joven quería escoger el momento oportuno y no incurrir en la locura de los que corriendo detrás del dinero se lanzan ciegamente á la lucha. Se proponía bajar á la arena con paso firme y seguro; ya que un rato de suerte le había permitido recuperar trescientos luises, debía manejarse con aquella cantidad para ver si ganaba sus cuarenta mil francos; pero sin comprometerse nunca.

Como, pensando todo esto, permaneciese Sixto en el hueco de una ventana, Arjuzanx se le acercó diciendo:

- ¿No me quieres dar el desquite?

– A ti es á quien corresponde dármelo.

– Estoy á tus órdenes.

– En seguida; permíteme fumar un cigarro.

Cuando acabó el cigarro se aproximó Sixto á la mesa del *baccarrat,* pero no se sentó; quería conservarse de refresco para su partida con Arjuzanx; además tuvo miedo de agotar su buena suerte en jugadas insignificantes, figurándose por su-

perstición de jugador que no podía contar con la fortuna para mucho tiempo y que no debía exigir á su suerte una serie muy larga de golpes favorables; cuando lograse unos pocos, sabría detenerse en el camino.

Por último quedó desocupada una mesa de *ecarté,* Sixto hizo una seña al barón, y quiso, por aquella vez, tener él mismo las cartas que habían de decidir en aquella lucha.

– ¿Cuánto?, preguntó Arjuzanx sentándose enfrente de Sixto.

– ¿Te parece bien que juguemos cien luises?

– Perfectamente.

Jugando aquella cantidad Sixto se creía prudente, porque no era probable que de las tres partidas que aquella puesta le permitía jugar con sus ganancias, perdiese las tres; podría defenderse caso de que la suerte se le mostrase adversa, y en un momento cualquiera tropezar con la serie en que fundaba sus esperanzas.

Al tomar las cartas se convenció Sixto, y este convencimiento le produjo gran alegría, de que sus manos no temblaban y de que era completamente dueño de su corazón y de su cabeza: veía, sabía y juzgaba lo que estaba haciendo.

Arjuzanx, al contrario, parecía conmovido, y mirándole con atención se veía claramente que no era el mismo de otras veces; su tranquilidad, su indiferencia característica habían desaparecido y se advertía en sus ojos negros un resplandor que les prestaba una expresión de dureza que Sixto no había observado nunca.

Pero no eran aquellos momentos á propósito para entregarse á observaciones de esa índole; Sixto debía consagrar su atención toda, entera y por completo á su juego y al del adversario.

La fortuna, lejos de volverse contra él, prosiguió siéndole propicia.

– ¿Doblamos?, preguntó Arjuzanx.

– Por de contado; ¿no está dicho?

– Dicho queda de una vez para siempre.

– Para siempre, por lo menos hasta que nos pongamos de acuerdo para concluir este convenio.

– No reñiremos.

Poco á poco habían levantado sus cartas.

– ¿Pido?, preguntó Arjuzanx.

– Yo no quiero.

Arjuzanx tenía un juego malísimo; el de Sixto no podía ser mejor.

– No vas á tardar mucho tiempo en ganar los cuarenta mil francos perdidos, dijo Arjuzanx.

– No me disgustaría.

– Ya ves cómo he hecho perfectamente en obligarte á comer conmigo.

Algunos de los convidados, cuando vieron que Sixto y el barón se sentaban á la mesa de *ecarté,* abandonaron el *baccarrat,* que se arrastraba miserablemente, y formaron corro en torno de los dos amigos, contemplándolos atentos y silenciosos.

Arjuzanx ganó entonces tres puntos, lo cual le hizo decir:

– Comienzo á defenderme.

Sin embargo, perdió la partida; pero ganó la siguiente y volvieron á comenzar con una puesta de cien luises que también ganó.

– ¿Vamos á la dobla?, preguntó.

Sixto vaciló un instante; se preguntó á sí mismo si no estaría agotada ya su vena; pero como había hecho cuatro puntos contra cinco se figuró que la fortuna fluctuaba aún y que le sería posible retenerla un momento.

– Sí, contestó.

También entonces hizo cuatro puntos contra cinco; pero esta vez ya no vaciló; estaba ya en descubierto y era necesario por lo menos quedar en paz; ya que Arjuzanx aceptaba el juego á la dobla, todo se reducía á seguir hasta que ganase una vez; cuando esto sucediera se detendría y no volvería á tocar una carta; era irracional, imposible, absurdo, contrario á todas las reglas admitir que esto no sucedería alguna vez; ¡no es el juego una báscula dispuesta con arreglo á leyes, inmutable!

– Adelante, dijo; lo mismo siempre.

Entonces se apiñaron todos en torno de los dos jugadores; pero ninguno les hablaba, ni les preguntaba directamente, solamente por medio de ojeadas expresivas y miradas rápidas se cambiaban allí impresiones.

Sixto advirtió con sorpresa que por el cuello le caían gotas de sudor, lo cual le produjo desasosiego; era evidente que no dominaba ya sus nervios; sin embargo, no tuvo fuerza bastante para aprovechar esta observación; estaba seguro de que la emoción no había de quitarle su perspicacia.

Por lo menos sí le privó de su atrevimiento; por prudencia, por excesiva precaución pidió cartas y las dió cuando habría debido rehusarlas y jugar con valentía.

Después de haber perdido con aquel sistema tres partidas seguidas, resolvió cambiar; no era la mala suerte lo que le hacía perder, era su torpeza y era también la calma de Arjuzanx, atento siempre á defenderse y á utilizar los descuidos del adversario, sin que lo importante de la partida influyera lo más mínimo en su ánimo. ¿No podría yo, se preguntaba Sixto con ansiedad, tener esa misma calma por unos minutos, por algunos segundos que acaso serían suficientes?

Pero el cambio de método no determinó cambio de suerte; muy al contrario, si antes había cometido errores por excesiva timidez, siguió cometiéndolos por exagerados atrevimientos. Y cada vez que perdía exclamaba:

– Adelante; siempre lo mismo.

Los que seguían atentamente las peripecias de aquel duelo podían notar en el tono con que la frase misma era pronunciada diferencias que decían mucho sobre el estado de ánimo en que Sixto se hallaba; al propio tiempo su rostro y sus manos habían perdido por completo el color.

En la medida misma en que la puesta iba creciendo se modificaba también la actitud de los espectadores; habían comenzado por mirar aquella lucha con cierta curiosidad reconcentrada y silenciosa; al llegar al punto en que estaba, escapábanse de vez en cuando exclamaciones sordas, gestos, que producían en Sixto mayor sobrexcitación, porque cuando todos, todos unánimemente, se maravillaban de aquella desdicha, era evidente que ya no podía durar mucho; un solo momento de fortuna y se desquitaba de lo perdido aquella noche. No esperaba á más.

Aún jugó otras dos partidas y las dos con igual desgracia; y como Sixto repitiese la frase «Adelante; lo mismo siempre.» Arjuzanx nada dijo; era la primera vez que no respondía á la frase de Sixto con la palabra «Perfectamente.»

El barón guardó silencio durante algunos segundos; después apoyando ambas manos en la mesa, se levantó, y mirando fijamente á Sixto, preguntó con voz muy seca y muy dura:

– ¿Cómo siempre lo mismo?

– ¿No está convenido que doblamos siempre?

– Convenido está, mientras no variemos el convenio.

A estas palabras siguió otro rato de silencio, al cabo del cual continuó diciendo el barón en el mismo tono duro y claro:

– Y me parece que ha llegado el caso de variar. ¿Cómo estamos ahora?

Contó las fichas colocadas delante de sus cartas.

– Llevo ganadas siete partidas. ¿No es cierto?

– Sí, contestó Sixto, casi ahogándose.

– Hemos puesto, al empezar, cien luises; los cuales se han convertido, jugando á la dobla, en cuatro mil francos; después en ocho mil; luego en dieciséis mil; á la otra partida en treinta y dos mil; á la siguiente en sesenta y cuatro mil; á la inmediata en ciento vientiocho mil, y por último, en esta en doscientos cincuenta y seis mil; así estamos ahora.

Al llegar aquí el barón se detuvo y con la mirada pareció tomar á sus convidados por testigos de la exactitud de su cuenta, que había hecho sin vacilación alguna; pero nadie pensó en asentir con el gesto, ni aun con la mirada, pues cada cual seguía con interés el drama que, en presencia de todos, se desarrollaba y que todos comprendían y sentían que era espantoso, aunque ignorasen cómo había nacido y qué desenlace tendría.

– ¿Estamos jugando como niños ó como hombres?, continuó diciendo Arjuzanx.

Sixto no respondió; veía entonces cómo y cuánto se había equivocado sobre las intenciones de Arjuzanx, que lejos de procurar que se desquitase de la pérdida de sus cuarenta mil francos no había tenido otro propósito que obligarle á perder una cantidad mucho más considerable; al propio tiempo se fijaba en un hecho, insignificante al parecer, pero que en aquellas circunstancias era decisivo: el cuidado que Arjuzanx ponía en no hablarle á él directamente y sobre todo en no tutearlo.

El barón prosiguió:

– Si nuestro dinero no está encima de la mesa, encima de la mesa está nuestra palabra; y puedo jugar cien mil francos y aun doscientos cincuenta y seis mil francos bajo mi palabra, pero no quinientos doce mil que acaso exceda el compromiso á que se pueda atender.

Calló Arjuzanx; los circunstantes evitaron cuidadosamente cruzar entre sí miradas en que pudiesen ser traducidas sus impresiones; no faltaron amigos prudentes que, por si acaso, se alejaron de la mesa de juego, bien que sin abandonar la sala: la Vigne no fué de éstos; muy al contrario, había quedado libre un sitio al lado de su compañero y se apresuró á ocuparlo.

Pero nada indicaba que Sixto pudiese dejarse arrebatar por la ira hasta el extremo de producir escándalo; antes bien, su actitud pareció la de un hombre que hubiese recibido en la cabeza un golpe terrible.

Esto no obstante, transcurridos algunos segundos, se levantó y dijo:

– Es evidente que no tengo aquí esos doscientos cincuenta y seis mil francos.

– ¿Pero no está admitido entre hombres honrados que se concedan veinticuatro horas para pagar deudas de juego?

IX

Cuando Sixto se encontró en la acera de la calle sintió que alguien le cogía del brazo; volvióse bruscamente; era la Vigne, que le preguntaba con interés:

– Pero ¿cómo has caído en ese lazo?

– ¡Ah! No lo sé...

– ¿No has comprendido que Arjuzanx iba á cosa hecha?

– Sí; demasiado tarde.

– ¿Volvemos á casa?

Sixto no respondió.

– ¿Quieres que tomemos un coche?

– No, quiero estar solo; necesito andar.

– Pues te bajas del coche cuando lleguemos á Bayona.

– ¿No me dejarás en paz, hombre?

– Dispensa...

Sixto, á pesar de su trastorno, comprendió que había tratado mal á su compañero y se apresuró á decirle:

– Ten seguridad, amigo mío, de que te he agradecido la espontaneidad con que te has puesto al lado mío cuando el barón hablaba.

– Era natural.

– Has creído que podría surgir una disputa; no podía ser, porque Arjuzanx estaba en su derecho y yo no tenía razón alguna. Gracias.

Y al decir esto, Sixto tendía la mano á su amigo.

La Vigne, sin embargo, no se movía.

Pero no había dado tres pasos cuando se detuvo y dijo en voz alta:

– La Vigne.

Este se apresuró á colocarse al lado de Sixto.

– Toma, dijo entonces el capitán entregándole dos fajos de billetes de Banco.

– ¿Qué es esto?

– Cuarenta mil francos que te suplico me guardes; como te propones ir en carruaje van más seguros en tu poder que irían en el mío; me los entregarás mañana.

Dicho esto, el capitán dejó á su amigo en medio de la calle y la Vigne observó, con gran extrañeza, que Sixto en lugar de dirigirse hacia Bayona tomaba el camino diametralmente opuesto, como si se propusiera ganar la playa de los Bascos.

Esta era en efecto la intención de Sixto; su resolución estaba definitivamente adoptada: pensaba arrojarse al mar desde lo alto del peñasco negro y cubierto de espuma que se levanta verticalmente en medio de la playa.

Con este propósito bajó por las calles desiertas de la ciudad hacia el Puerto Viejo; más que andar, corría, y en en su carrera precipitada ni advertía siquiera que azotaba su rostro el viento frío que soplaba furiosamente con un ruido siniestro que dominaba los roncos mugidos de la marea alta.

La idea del suicidio había surgido en el ánimo del capitán cuando el barón pronunciaba esta frase: «Aunque nuestro dinero no está encima de la mesa, encima está nuestra palabra.» Sixto comprendía perfectamente que su honor estaba comprometido; solamente poseía su existencia para pagar su deuda; la daba.

Había el joven pasado ya los baños del Puerto Viejo y adquirió la certidumbre que la pleamar no debía de retrasarse mucho; cuando se arrojase desde el peñasco, le recibirían las olas y le arrastrarían inmediatamente.

Sixto pensaba en su muerte sin ninguna debilidad; todo habría concluído; concluído para él, concluído para los suyos, á quienes Sixto no arruinaría al arruinarse.

Pero al pensar en los suyos, al pensar en su mujer se estremeció. ¡Ah! Al morir no sacrificaba solamente su vida, sacrificaba al mismo tiempo la felicidad de la esposa adorada. ¡Qué desesperación, qué catástrofe, qué vacío para Anie! Solamente dos meses llevaba de casada. ¡La pobre era tan dichosa en lo presente! ¡Formaba tan hermosos proyectos para lo porvenir! ¡Y no volvía á verle! ¡Y él, él no la había besado por última vez!..

Sixto se detuvo; vaciló unos instantes y después retrocedió para tomar el camino de Bayona. Tenía veinticuatro horas de que disponer todavía; por lo menos faltaba algún tiempo hasta la mañana siguiente en que se supiera lo que había sucedido.

¡Cuántas veces había recorrido el joven con su mujer, ambos á caballo, aquel camino mismo que ahora seguía Sixto á pie, solo, en las tinieblas de la noche! La evocación de estos recuerdos tuvo benéfico influjo en los pensamientos del capitán, porque le arrancó por un momento de las angustias del hoy y del mañana para trasladarle al pasado, tan lleno de recuerdos dulces ó apasionados, tiernos ó alegres.

Muy cerca estaba de Bayona cuando en medio del silencio de la noche oyó dar las dos en el campanario de la catedral; en lugar de penetrar en la población, pasó á lo largo de las fortificaciones y bajó hasta el paseo de las Marinas.

Aquella noche su casa estaba completamente á obscuras; Anie no le había esperado. Sixto abrió las puertas procurando no producir ruido y encendió una bujía que estaba preparada en la meseta de la escalera.

Al llegar á la puerta de sus habitaciones se aproximó con mucho cuidado, estuvo escuchando algunos instantes y nada oyó; indudablemente Anie se había dormido. Entonces, en vez de penetrar en aquel cuarto, levantó con grandes precauciones el picaporte de la puerta de su despacho, entró en éste y volvió á cerrar la puerta con mucho silencio.

Encima de la chimenea y en el tabique de separación entre la alcoba y el despacho existía una ventana que cerraba un cristal hermoso, cubierto con un transparente medio bajado á la sazón; la ménsula de la chimenea, común á las dos habitaciones, hallábase adornada en la parte que correspondía á la alcoba con una escultura pequeña en el centro y dos lámparas á los lados, y la parte correspondiente al despacho con un jarrón, en el cual había plantado un helecho y dos candelabros.

Sixto, separando con una mano las hojas del helecho y aproximando con la otra el candelero al cristal, trató de ver el interior del dormitorio. Por de pronto sus miradas se perdieron en la obscuridad; pero después, formando con la mano una especie de pantalla que proyectaba hacia adelante la luz de la bujía, vislumbró en el lecho, frente á él mismo, la cabeza de Anie que se destacaba sobre la blancura de la almohada.

Anie no se movía, no le llamaba; era evidente, por lo tanto, que dormía. Esta seguridad le consolaba; podía disponer de algún tiempo.

Durante las dos horas empleadas en recorrer el camino de Biarritz á Bayona, Sixto no había pensado únicamente en su mujer; había formado un plan cuya ejecución resultaba más hacedera con aquel sueño; no quería sólo el joven besar por última vez á su esposa, de quien iba á separarse para siempre, deseaba además que Anie tuviese y conservase sus pensamientos últimos; sentóse, pues, á su mesa, colocada delante de la chimenea, y comenzó á escribir:

«Tus presentimientos no te engañaban: convertido, no comprendo por qué, en enemigo nuestro, tuyo, mío, ha querido vengarse de ti, de mí; ciego, arrastrado, loco he jugado y he perdido doscientos cincuenta y seis mil francos, además de lo que había perdido anteriormente. Al recobrar la razón he reflexionado; he visto la situación como se ven las cosas en la soledad y de noche, de un modo claro, evidente, sin ilusión ni mentira; de esta convicción fría, serena, ha resultado la determinación – que es objeto de esta carta: – darte un adiós. Un adiós, un adiós, hermosa y querida Anie. ¡Ah, sí, querida, muy querida! Más ahora que en los días de felicidad... Voy á dejarte para morir. Pero el morir no es lo que me entristece y espanta; lo que me aflige es romper para siempre nuestra dulce vida de amor; no ver más á mi Anie, y además dejar á su corazón la duda de si habrá sido adorada como debía serlo, como creía serlo. ¿Comprenderá mi Anie que quiero desaparecer porque la amo con toda mi alma, mucho más que á mí mismo, y prefiero – procurando lo que es mejor para ella – saber que será viuda trágicamente, antes que esposa empequeñecida por un marido sin honra?

»No puedo pagar mi deuda y no quiero pedir nada á tu padre, á quien esta pérdida arruinaría. No queda, pues, otro remedio que separarme de ti, arrancarme yo mismo de tus brazos, con el pensamiento de que te dejo casi íntegra la fortuna, desde ahora más tuya que antes, que te permitirá vivir independiente y orgullosa.

»¿Comprendes ahora que mi amor es tal cual tú podías desearlo, y que al morir no te abandono?

»Piensa, por el contrario, que próximo á ti, mezclada y confundida mi vida con la tuya, me he ratificado con más fuerza en esta determinación de no volver á verte y de dejarte que vivas sin mí en la flor de tu juventud y de tu hermosura.

»Solamente he pensado en tu tranquilidad y he dado al olvido cuán breves fueron nuestras horas de amor. He puesto en olvido también que una mujer adorada se me escapa de los brazos en los primeras emociones de nuestras existencias fundidas en una sola, y que ebrio de amor por ti, me separo de ti, sollozando, hecho pedazos el corazón y soñando en la eternidad de mi amor, cuando para mi amor no hay mañana.»

X

Sixto había escrito con precipitación y sin detenerse una sola vez; concluída su carta la leyó, y entonces tuvo un minuto de desfallecimiento. ¡Cuánto la quería! Y sin embargo, por culpa suya, locamente, neciamente la arrojaba á la desesperación cuando le habría bastado dejar que se deslizase por sí sola su existencia para hacerla feliz.

Su propia indignación contra él mismo le sacó de aquel estado de debilidad; bajando ambas manos, entre las cuales había hundido su cabeza, volvió á tomar la carta, la puso en un sobre, en el que escribió el nombre de Anie, y la colocó en el sitio más visible de la mesa.

Aún no había terminado: con mucho silencio, tomando mil precauciones, abrió uno de los cajones de su mesa, cerrado con llave; buscó después algo en aquel cajón, procurando que no crujiesen los papeles que en él había; sacó el testamento de Saint-Christeau; después, prendiéndole fuego con la luz de la bujía, lo arrojó á la chimenea, donde el documento ardió del todo, produciendo una llama que iluminó todo el despacho, desde el piso hasta el techo.

Con esto, cuanto Sixto había determinado estaba hecho; ya podía ir al lado de su mujer; iban á dar las cuatro, todavía le quedaban tres horas de existir para ella.

Cuando Sixto entró en el dormitorio, Anie levantó la cabeza y dijo como despertándose:

– ¡Hola! ¿Ya estás aquí?

Sixto se acercó al lecho, se inclinó hacia su mujer, y dándole un beso muy tierno y muy prolongado dijo:

– Es necesario que no te enojes conmigo, me he retrasado..., ya te explicaré...

– Pero si no estoy enojada contigo.

Si el capitán hubiese estado más tranquilo habría notado indudablemente que la voz de Anie temblaba demasiado para ser la de una persona que acaba de despertarse; pero la emoción que le dominaba no le permitía hacer observaciones.

La verdad era que Anie no se había despertado entonces, porque no estaba dormida.

Al recibir el telegrama de su marido cuando le esperaba para comer, experimentó una conmoción violentísima, desproporcionada al parecer si se la comparaba con la causa insignificante que la había producido.

¿Por qué se quedaba Sixto en casa del barón? ¿Cómo olvidaba la promesa de volver inmediatamente? Y, lo que era más grave todavía, ¿cómo no pensaba en que después de los temores manifestados por su Anie aquel telegrama iba á sumergirla en la inquietud y en la angustia?

Era aquella la primera vez que Sixto dejaba de cumplir una palabra que hubiese dado á su mujer y la segunda que no la acompañaba en la comida, y siempre por el barón. ¿Qué le anunciaba aquella intimidad que ponía miedo en su ánimo?

Anie no pudo comer y muy temprano subió á sus habitaciones, figurándose que para esperar estaría allí mejor que en ninguna otra parte. Entonces comenzó á calcular la hora probable de que volviese su marido, y de sus cálculos obtuvo la consecuencia de que Sixto volvería entre diez y once.

Para matar el tiempo la joven tomó un libro y procuró leer; pero las líneas bailaban delante de sus ojos y Anie no consiguió entender lo que leía. Si continuaba de esta manera los minutos iban á ser eternos. Envolviéndose en un abrigo salió á la galería para contemplar el movimiento del río. La noche era triste y sombría; ni en las aguas, ni en la tierra, ni en el cielo vió nada que ocupase su espíritu y le arrebatara hasta el país de los ensueños, en que el tiempo se desliza sin saber cómo.



Casi inmediatamente entró Sixto en la alcoba y se dirigió al lecho

Transcurrido algún tiempo Anie volvió á su libro, después lo cambió por otro que acaso tendría más interés; pero no tardó mucho en dejarlo como había dejado el primero; tornó á la galería, allí trató de adivinar lo que no podía ver; volvió á sus habitaciones, bajó al piso entresuelo para limpiar un fanal que de pronto necesitaba limpieza; rompió dos juguetes de porcelana; se enojó mucho por su torpeza y subió otra vez á su cuarto, donde se arrojó medio tendida en un sillón: allí permaneció de este modo hasta las diez.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PUERTO NUEVO DE TÚNEZ

Nadie pone ya en duda la importancia de Túnez. Los 130.000 habitantes que contiene conviértenla en una de las más populosas ciudades árabes, y su situa-



Fig. 1. Draga utilizada para la construcción del puerto de Túnez. – Terraplén formado por la extracción del fango

ción en un golfo, cual la antigua Cartago, conviértela también en un centro comercial. Por desgracia, puede decirse que no ha tenido puerto hasta nuestros días, y no ha podido, por lo tanto, gozar de las ventajas que en otro caso hubieran reportado á la ciudad africana incalculables beneficios. Situada en las riberas del lago Bahira, sepárala del mar un arenoso istmo, llamado Lido, en el que se levanta la histórica fortaleza llamada la Goleta. El lago presenta una superficie de 7.000 hectáreas, más de 10 kilómetros de ancho y una circunferencia aproximada de 36 kilómetros, variando la profundidad entre 60 centímetros y un metro, ya que es el vertedero de los albañales de Túnez, y los depósitos que éstos forman elevan su fondo constantemente.

A la infección de las aguas del lago hay que agregar la imposibilidad que existe para que los buques de alto bordo puedan penetrar en él, puesto que sirviendo de punto de unión entre el lago y el mar un estrecho canal de 25 metros de ancho, sólo es dable recorrerlo á las barcas y buques de poco tonelaje. No es posible calcular el número de operaciones y transbordos que han de sufrir las mercancías destinadas á Túnez, que, por otra parte, tampoco pueden desembarcarse en la Goleta. Los grandes vapores vense obligados á anclar á 1.200 ó 1.500 metros de la playa, debiendo utilizarse grandes lanchas para el transbordo de los viajeros y de las mercancías. Cierto es que al llegar á la Goleta puede hacerse uso de la vía férrea para dirigirse á Túnez, ó bien de las barcas que lentamente se encaminan á la capital, pero preciso es tener en cuenta que el precio de transporte desde Túnez á la Goleta devenga algunas veces 60 francos por tonelada y que las barcas encallan con frecuencia en el fango del canal ó del lago. Tal estado de cosas hacíase insoportable para el comercio, imposibilitando por completo las transacciones. De ahí que se celebrara un convenio á fines de 1881 entre el gobierno del Bey y la Sociedad de Construcción de Batignolles, renunciando al poco tiempo ésta á la concesión, pero encargándose de la construcción por cuenta del Estado. El presupuesto de tan importante obra fijóse en 12 millones de francos.

La creación del puerto puede considerarse ya como un hecho. Si nos fijamos en el grabado que reproduce el plano, se podrá apreciar desde luego la economía del proyecto. Un antepuerto constituído por un canal que cruza el mar, de 7 metros de fondo, 1.200 de longitud y 100 de ancho, corta el istmo arenoso del Lido y se prolonga por medio de otro canal en curva. Recorridas estas distancias, ó sean los dos canales, rodeados de rocas, conforme reproduce nuestro grabado, penétrase en el lago. Para ello ha sido preciso dejar á la derecha y hacia el Norte un pequeño lago de 6 hectáreas y de 2'80 metros de profundidad, rodeado de muelles, que se destinará al servicio de los buques consignados á la Goleta. Dificultades gravísimas ofrecía abrir un canal en lecho tan fangoso, y para lograrlo ha sido preciso practicar obras de extraordinaria importancia. Empezóse por clavar grandes estacas, hundiéndolas á 8 y 9 metros de profundidad para poder formar las orillas del canal, que miden 9 kilómetros de longitud. Realizada esta operación, pudieron las dragas funcionar hasta lograr que el perfil de este canal igualara al de Suez, de manera que los buques puedan cruzarlo sin el menor entorpecimiento. Las dos compuertas hállanse á 160 metros una de otra, no ocupando el perfil del canal más que una parte de este espacio. Los taludes forman una pendiente muy suave. Gran parte del légamo que extraen las dragas depositase al otro lado de las compuertas, de manera que forma amplios terraplenes que en lo porvenir servirán de asiento al doble bulevard que se proyecta construir entre la Goleta y Túnez. En uno de nuestros grabados vese la forma en que se acumula el légamo al salir de la draga, y en otro reprodúcese una fotografía, tomada des-



Fig. 2. Nuevo puerto de Túnez, con la vista del doble terraplén

de Túnez, en la extremidad del canal, en que se distingue el terraplén á que nos referimos detrás del buque que figura anclado en primer término. Hase provisto también á Túnez de un lago de 12 hectáreas, abierto también en fangoso fondo, que alcanza una profundidad de 6'80 metros en la baja mar. En tres de sus lados existen amplios muelles construídos sobre el mismo lago, quitando espacio á las aguas. En la actualidad hanse construído únicamente muelles provisionales de madera, no habiéndose todavía resuelto la forma que han de afectar las construcciones definitivas.

Estimamos tan útil como conveniente para completar estas indicaciones consignar algunos guarismos respecto de la suma de trabajo que representa la construcción de este puerto. Ha sido preciso remover una cantidad enorme de tierras y emplear grandes masas de materiales, como madera, piedras, cal, etc. Hanse extraído cerca de cinco millones de metros cúbicos de escombros, que en su tercera parte ha sido preciso transportar á más de 20 kilómetros. Para el dragado y extracción del légamo, la Sociedad de Batignolles ha debido construir innumerables piezas y aparatos de todas clases, lo mismo para la fabricación y colocación de los bloques artificiales, que para fijar las grandes estacas, etc. El material para el dragado estaba circunscrito especialmente á una draga provista de largo conducto que vertía los escombros á 90 metros de distancia. Otra draga podía combinarse con otras de bomba para arrojarlos por otros tubos hasta 400 metros. Todo este material se expidió desde París para Túnez en julio de 1888.

Por lo expuesto, vese que los trabajos se han ejecutado con admirable rapidez, siendo justo agregar que el material ha respondido perfectamente á las necesidades de la construcción sin que haya sido necesario practicar grandes reparaciones.

En agosto de 1890 terminaron las obras en el Lido, los muelles del lago en mayo del mismo año, y en agosto de 1891 las de la sección del Norte. Durante todo este período de tiempo, las dragas funcionaron sin interrupción, empleándose 700 operarios en su servicio. El puerto terminóse por completo el día 14 de enero del mismo año, y como quiera que en el contrato fijóse la fecha de entrega en julio del año próximo, resulta que la Sociedad ha cumplido con sobrada antelación el compromiso contraído. Gracias á ello podrá Túnez aprovecharse pronto de su nueva situación marítima. Gran número de buques han entrado ya en los lagos y todo hace esperar que el comercio de aquella ciudad experimentará nuevo y poderoso impulso.



DANIEL BELLA

(De *La Nature*)

***

EL BUQUE SUBMARINO DE LA MARINA ITALIANA

La navegación submarina tiene para la marina militar excepcional importancia. Este problema, puesto que tal resulta, después de haber sido estudiado en Francia, Inglaterra, Rusia y España, llama actualmente la atención en Italia.

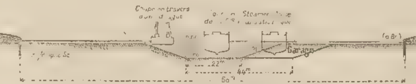
En Civitta-Vecchia se ha ensayado oficialmente un buque submarino inventado por el ingeniero italiano Bolsamello, al que ha titulado *Bala náutica*, en razón de su forma esférica. Al acto asistieron represen-

tantes de los ministros de la Guerra y de Marina. La maquinaria, instalada en el interior del buque, facilítale los medios para marchar, maniobrar, sumergirse ó ascender á la superficie de las aguas con la mayor facilidad. El casco híllase provisto de varios lentes que permiten á la tripulación, no sólo examinar la ruta que sigue el submarino, sino que también percibir los objetos sumergidos que se desee extraer del fondo del mar, á cuyo efecto está dotado de unos á modo de arpones que pueden manejarse desde el interior. M. Bolsamello ha basado su invento en la ley del peso específico de los cuerpos esféricos, que, como se sabe, soportan, cuando están sumergidos, una presión débil distribuída por igual en toda su superficie. La forma especial que afecta este buque permítele sumergirse á mayor profundidad que á los demás submarinos conocidos. Los ensayos practicados, según afirma el redactor corresponsal de la *United Service Gazette,* han sido completamente satisfactorios, aun los llevados á cabo estando la mar gruesa y picada, ya que el buque se ha sumergido y vuelto á la superficie con la mayor facilidad. La hélice de que se halla dotado permítele también marchar y maniobrar á voluntad. Varias fueron las pruebas que se verificaron para comprobar la bondad del aparato, y una de ellas consistió en arrojar al mar grandes piezas de fundición que fueron extraídas por los arpones del submarino, manejados desde el interior de éste.

Algunos ingenieros que presenciaron los ensayos, á bordo del buque afirman unánimemente que el submarino está perfectamente adaptado para el salvamento de objetos preciosos sumergidos, pudiendo ser al propio tiempo un poderoso instrumento ó máquina de guerra.

GOLFE DE TUNIS — EL BAHIRA OU LAC DE TUNIS — TUNIS — LAGOULETTE — Garage — La Marine

Plano del nuevo puerto de Túnez



Perfil del canal del puerto de Túnez

* * *

MONEDAS DE HIERRO

Los Mois, tribus semibárbaras que ocupan un vasto territorio al Sudeste de Cambridge, de cuyo reino dependen, saben extraer los minerales de hierro y forjan las armas é instrumentos de que se sirven. Dan al hierro la forma de pequeños lingotes, que constituyen la única moneda para los cambios y transacciones comerciales.

Esta moneda especial sólo circula en la región del gran lago de Attapen.

Cierta analogía existe con la moneda utilizada por los habitantes del archipiélago de las Palaos, que, como se sabe, emplean grandes piedras para sus transacciones. Estas piedras afectan la forma circular, con un agujero en el centro, variando su diámetro entre veinte centímetros y un metro.

(De *La Nature*)



HERMANAS DE LA CARIDAD, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 14 de agosto de 1893 — Núm. 607

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesante novela de Pedro Mael UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE, ilustrada por Alfredo París



Monumento erigido en Budapest en honor de los «honved» (defensores de la patria), húngaros.

Obra de Jorge Zala



VERDADES Y MENTIRAS

Como flecha disparada por el vigoroso brazo de algún Robin-Hook marcha el arte á dar en el blanco de una fórmula definitiva, así en lo plástico como en lo que concierne á la idea.

Cumplíale á este siglo, cuyo dinamismo en todo orden de ideas es tan grande, indicar el rumbo que el arte habrá de seguir en los últimos años que aún le restan (al siglo) de vida, y cómo debe hacer su entrada en la centuria próxima. Y ese rumbo señalado ya viene á ser en apariencia – no más que en apariencia – la negación de una de las más grandes glorias conquistadas por la ciencia de estos cien años, que en breve se extinguirán: el positivismo científico y filosófico.

No más que en apariencia, dije, son las novísimas corrientes que al arte empujan en estos días negación ó protesta del espíritu científico moderno, que presta á la crítica elementos tan valiosos como los que constituyen el determinismo. Bien meditado esto, nadie podrá negarme que, en efecto, al positivismo y á la experimentación científica débense en parte las evoluciones de la estética dentro del camino de la verdad. En parte, porque á la historia, á la etnografía y análogas no puede tampoco negárseles su influencia en este punto.

La ciencia moderna aportó al arte cantidad grande de nuevos elementos, si algunos inconscientemente adoptados antes de ahora por el artista, los demás desconocidos para éste. Y tales elementos científicos modificaron el punto de vista estético, haciendo más sujetiva, más íntima y por eso para mí más delicada la emoción que produce la obra de arte ejecutada con arreglo á la amplitud que dentro de la verdad más rigurosa esos elementos de origen científico señalan.

Taine ha demostrado de un modo admirable cómo la influencia del medio social, la del natural, la etnográfica ó de raza, y por lo tanto el temperamento dominante en todos los individuos de un mismo pueblo, amén de la característica antropomórfica, son tan varias cuantas son las distintas razas, pueblos, culturas y naturaleza que existen en el mundo. Y no cabe dudar que, en efecto, la producción artística y literaria, como la científica é industrial, no solamente se diferencian entre sí según de donde proceden, sino que suelen ser totalmente distintas.

Estas son las verdades que el determinismo científico y el análisis filosófico de la crítica moderna han venido á demostrarnos; si bien es verdad que en pasados siglos algunos pensadores adivinaron aquellas verdades, como por ejemplo, el Dr. Juan Huarte, citado por mi querido amigo el catedrático de esta universidad central Sr. Carracido, en una conferencia á propósito del regionalismo en las universidades, cuando dice en su libro *Examen de ingenios:* «Examinemos el ingenio y costumbres de los catalanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, extremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, vizcaínos, navarros, aragoneses y los del riñón de Castilla, ¿quién no ve y conoce que éstos difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero también en las virtudes y vicios del ánima. Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento.»

Pero ha menester que no desconozcamos, sin embargo, que por razón quizá de la diferencia en las «virtudes y vicios del ánima» de que habló Huarte, el sentimiento estético como la imaginación son asimismo elementos que se caracterizan en la obra de arte de distintas razas y pueblos, determinando una nota más ó menos idealista, según las fases del sentimiento generador. De ahí que no pueda ni deba prescindirse de aquello por Zola indicado como *quimera nociva,* el ensueño, la ilusión, ese algo que en el espíritu humano vive y vivirá eternamente, pues al contrario de lo que el insigne novelista francés afirma, la ilusión ha movido siempre la humanidad en impulso de avance. ¿Qué otra cosa que la ilusión de alcanzar por medio de la ciencia, del positivismo científico, la perfección soñada, es la que alienta al mismo Zola?

* * *

Á cualquiera parecerá que estamos á gran distancia de la novísima fórmula, por ahora la que parece definitiva, encontrada para el arte. Nada menos cierto. Estamos tocando con la mano esta cuestión, que es la motivadora de este artículo.

Lo que queda dicho es únicamente para fijar mi actual punto de vista. No quisiera que se me tachara de idealista cuando tan poco tengo de tal, y por eso he procurado determinar hasta qué punto creo y tengo por artículo de fe las verdades que, entre hipótesis á porrillo, la ciencia experimental nos ha revelado y que se relacionan directamente con el arte. Y esto dicho, veamos si acierto á exponer claramente cuál es la nueva fórmula de expresión del sentimiento por medio del pincel, del palillo ó de la pluma.

Creyóse por la escuela naturalista que la misión del arte en cuanto á la idea generadora debía ser la investigación científica: claro está que pintando fondo y figuras del cuadro sin separarse ni una línea de la verdad eterna, esto es, de la traza y color del modelo. Y con esta creencia por base, los naturalistas modernos diéronse á ayudar á la ciencia en sus análisis, marchando sobre el firme del experimentalismo y tratando de indagar por medio de la investigación psico-física cómo y cuándo y de qué modo se producen los fenómenos patológicos y fisiológicos.

Hasta el presente, artistas de la escuela naturalista y hombres de ciencia no han podido ni inquirir siquiera el porqué de una ley física. En vano echaron el microscopio á las células y celdillas más sutiles que envuelven, así el cerebro como las demás partes del cuerpo humano. Si alguna hipótesis fundada en un caso aislado ha podido formular la ciencia, esa hipótesis vino á ser destruída por centenares de casos completamente distintos, viéndose por tal motivo incapacitada la ciencia de poder probar el determinismo que rige á la materia inerte. Pues bien; aparte de que el artista tiene por virtud de su sacerdocio la misión de producir la belleza sin meterse en averiguaciones perfectamente ajenas al arte, la estética naruralista aún causó mayor perturbación en el desarrollo de aquella entidad que el empeño científico de crear tipos y caracteres con arreglo y á la medida de lo determinado por la ciencia experimental, y esa perturbación fué la de obligar á una selección de motivos, de ideas y sentimientos que concurriesen á regular la marcha de la sociedad, encaminándola hacia la perfección.

Los huesos de Proudhon debieron saltar de contento en su tumba. El gran socialista, pretendiendo un arte dogmatizante, moralizador y pedagogo, perfecta y exclusivamente utilitario, adivinó la estética científica de los naturalistas. La fealdad humana, así la física como la moral, tuvo su culto por exigencias de esa tendencia pedagógica de la estética y por exigencias de clínica. No pudiendo el arte-ciencia penetrar más allá de la materia, abandonó al hombre moral, el espíritu, por serle inanalizable y estar envuelto en las sombras del misterio donde la *quimera* se forja. Y el modelo, el caso clínico escogido, no lo fué allí donde el equilibrio natural entre el cuerpo y el espíritu podía servir de punto de partida para, sin separarse un ápice del realismo, dar forma plástica al tipo de belleza que naturalmente existe en la colectividad, no; el modelo lo buscó el estético naturalista en el ser desequilibrado, en el neurótico.

Borráronse, pues, de un solo golpe todos los esfuerzos de la labor artística de docenas de siglos, y se trató de disecar aquella parte de nuestro cerebro donde residir puedan la inspiración y el sentimiento. El servilismo fué la fórmula plástica de estética de tan pequeños, de tan estrechos horizontes.

* * *

No en vano vive en nosotros y nos anima *ese algo* que arrollando las flaquezas de la materia – como dice un pensador ilustre – es como el embrión de las ideas, el núcleo de las sensaciones morales. *Ese algo,* el espíritu, llegó á no poder prescindir de su atmósfera peculiar: la que le proporcionan las sensaciones externas y que ponen en movimiento la fantasía; y concluyó por rebelarse contra el estrecho y mezquino círculo del *estudio del mundo sensible* en que se revuelve ahogadamente, respirando miasmas y contemplando deleznable materia, el naturalismo. Protestó, sí, el espíritu, en nombre de lo eterno, y lo eterno no es ciertamente, para el arte sobre todo, aquello que refleja tan sólo una parte de los elementos de que se sirve para exhibirse. Vino, pues, la reacción, y como ye he apuntado hace años, con un carácter eminentemente místico é idealista. Salimos de un extremo para caer de bruces en otro.

Zola mismo, llamando á la juventud al trabajo, señalando en las obras pictóricas expuestas en los últimos *Salones* de París cómo la Naturaleza (paisaje y marina) es una de las manifestaciones plásticas del arte que más le agradan, abdica en cierto modo de sus intransigencias de escuela. Pero donde se advierte más claramente el nuevo rumbo del arte y cómo va imponiéndose la nueva fórmula, es en la última obra del gran novelista de los Rougon, *El Doctor Pascual.*

Claro está que la tal fórmula se advierte en esta novela, como se advierte en una habitación al parecer herméticamente cerrada ligera ráfaga de aire, sin que se sepa por dónde se cuela. La parte científica de *El Doctor Pascual,* el resumen de aquella larga familia de alcoholizados, idiotas, alienados, etc., á duras penas se lee, y si se lee es gracias al arte exquisito del gran maestro; se asfixia uno leyendo aquella enorme historia de una familia atacada por la neurosis; en cambio aquellos capítulos descriptivos, así de la escena en la era, como de los tipos del último de los Rougon, sano de todo, y de su sobrina, serán leídos mientras existan artistas y aficionados. Pero obsérvese cómo el vientecillo de que hablo más arriba se coló de rondón en el gabinete de trabajo de Zola, porque si la mansedumbre y la bondad del *Doctor* y la apasionada alma de su sobrina no son característicos de tipos románticos, confieso que no sé lo que es romanticismo.

* * *

¡Quién podrá negar que el arte en general ha tomado rumbo hacia la fusión de las escuelas antagonistas, la que vive fuera del mundo sensible y la que tan sólo de él se preocupa! Miremos hacia Inglaterra y veremos aunándose ya ese misticismo de que tanto he hablado, ese idealismo, con la más pura realidad, así en la figura como en el paisaje y la marina. Desde las melancólicas ensenadas de la costa de Gales hasta los verdes valles de Escocia; desde las praderías de una extensión sin fin y cuyos horizontes formados por montañas azules que velan blandas pero compactas masas de brumas, hasta los matorrales de los condados de Norwik, toda la obra pictórica de este género tiene un suave velo que pudiéramos llamar con Chesneau místico, tanto más amable cuanta mayor es la verdad, el respeto con que está pintado el natural.

Rusia, con sus artistas místicos cristianos de la fibra filosófica de Tolstoi y, como el célebre conde literato, realistas y originales y típicos, cuando dejando el pincel del fanático pintan las heladas estepas y galopando por la blanca é inconmensurable llanura los pequeños y enjutos caballos que tiran del pesado trineo campesino ó el cosaco que se destaca sobre el blanco deslumbrador de la nieve que cubre oteros y rellanos, imprimen tal sello de melancolía á sus cuadros, que traen á la memoria el recuerdo de las austeridades de los pintores ascetas de la España de los siglos XVI y XVII.

Austria y Hungría, como las mismas escuelas alemanas, entran á pasos agigantados en la senda que forman la conjunción de la más cruda realidad con el más dulce de los sentimientos que el amor de la Naturaleza produce en el alma de los verdaderos artistas.

R. BALSA DE LA VEGA

29 de julio de 1893.

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE CHICAGO

En la parte septentrional de Jackson Park y cerca del palacio de Bellas Artes álzanse multitud de edificios de los más diversos estilos arquitectónicos, pero pintorescos casi todos ellos, que atraen con preferencia las miradas de los visitantes de la Feria del Mundo: son las construcciones levantadas por cada uno de los Estados de la república norteamericana. Ocupan en número de unos cincuenta un espacio de cerca de medio kilómetro cuadrado, y por sí solos constituyen una exposición que permite formarse cabal con-



Edificios de los Estados de Míchigan y de Indiana

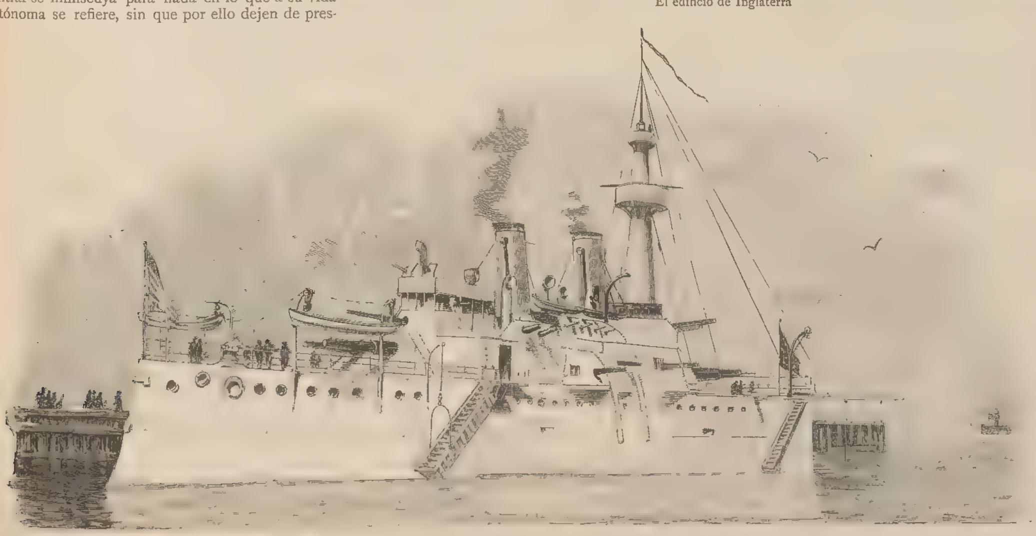
Edificio del Estado de San Francisco. – Trozo de calle con los edificios de varios Estados

cepto de la América del Norte; pues mientras los ciudadanos han concurrido individualmente á la grandiosa manifestación de Chicago, los gobiernos de los distintos Estados han procurado presentar en ella á los ojos de los extranjeros cuadros vivientes de las riquezas naturales, de los productos industriales y aun de sus sistemas administrativos con el objeto, no sólo de mostrar á la faz del mundo su estado de progreso y pujanza, sino que también de atraer á sus territorios colonos de otros países.

La autonomía de los Estados que forman la gran república es mucho mayor de lo que generalmente se cree en el viejo continente. Cierto que en vastísimos territorios de la Unión se observan la misma configuración del suelo, el mismo clima y hasta el mismo género de vida, razón por la cual son escasas las diferencias que entre los habitantes de varios Estados existen; pero éstos sienten verdadera adoración por la que muchos han dado en llamar patria chica, únense estrechamente siempre que de defender sus intereses se trata, y no consienten que el gobierno central se inmiscuya para nada en lo que á su vida autónoma se refiere, sin que por ello dejen de pres-



El edificio de Inglaterra



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Reproducción del buque de guerra norteamericano *Illinois*. (Dibujos originales de E. Limmer.)

tarle el más decidido concurso en todo cuanto afecta á las relaciones internacionales y al cumplimiento de los tratados particulares que con él tiene convenidos cada Estado.

Manifestación de este espíritu de independencia fué el deseo de construir edificios propios para las exposiciones que pudiéramos llamar regionales, habiendo votado los distintos Parlamentos las sumas necesarias, que en muchos Estados excedieron de un millón de dollars y en los demás alcanzaron cifras muy considerables, que permitieron montar instalaciones notables todas y verdaderamente maravillosas algunas.

Concebido y aceptado el proyecto, esforzóse cada Estado por dar á su edificio el carácter de su propia cultura, y así se ve hoy en aquel extremo del parque de Jackson que mientras los viejos Estados de Nueva Inglaterra han construído los suyos adoptando el estilo colonial holandés ó inglés de los pasados siglos, los del Sur han empleado con gran elegancia y habilidad las columnatas que tanto abundan en sus capitales y los amplios miradores y balcones desde los cuales los dueños de las haciendas recrean la vista contemplando sus plantaciones de algodón ó de caña de azúcar.

Siguiendo este sistema, la Florida ha reproducido el antiguo y sombrío fuerte de Marion, en San Agustín, y Tejas ha rodeado su esbelto edificio de acebos y cácteas, árboles que tanto abundan en su territorio. Pero de todas estas construcciones la más grandiosa y la más notable es sin disputa la de San Francisco de California, que se ve á la izquierda de uno de nuestros grabados, y es una reproducción exacta de la antigua misión española de San Gabriel, que sombreada por frondosos naranjos y parras existe todavía en la región meridional del Estado californiano. Y para que la copia recuerde de una manera más completa al original, el jardín que rodea la misión está plantado de palmeras, naranjos y limoneros y por entre las balaustradas de las azoteas asoman las ramas de las cácteas y las palmitas. El interior de este edificio contrasta con el exterior: afuera, el pasado con sus recuerdos; adentro, el presente con todas sus riquezas, representadas por los magníficos frutos naturales de aquel bendito suelo que formando colosales montones llenan las magníficas salas, siendo la admiración de cuantos visitan la antigua misión de San Gabriel.

El Estado de Wáshington expone sus productos forestales de una manera muy original: el edificio que ha levantado en Jackson Park está construído con gigantescos troncos sacados de sus extensas selvas, de 30 á 40 metros de altura y de 50 el que á modo de mástil se alza delante de la construcción. Visitando el edificio por dentro, se ve que la riqueza de aquel Estado no estriba únicamente en los bosques, sino que entran también por mucho en ella los terrenos de cultivo, como de ello es buena muestra la reproducción en miniatura de una hacienda con sus campos, dependencias, graneros, trabajadores, etc.

Los edificios de los Estados de Indiana y Míchigan, que se ven á la derecha del grabado que antes citamos, difieren esencialmente de los de otros Estados, pues en ellos en vez de exponer los productos del suelo se han instalado clubs y salas de recepción para los habitantes de los mismos que visiten la exposición, así como las oficinas para las comisiones oficiales respectivas.

En otros edificios la exposición de productos tiene un carácter secundario, de suerte que los mármoles, maderas, muebles, cuadros, esculturas, vidrios pintados, etc., se han empleado simplemente los unos como materiales de construcción y como adornos de los recintos los demás. Algunos contienen una sección especial destinada á exposición histórica, en donde hanse reunido reliquias, estandartes, documentos y otros objetos relativos á la accidentada historia de aquella república.

Muy cerca de este que bien puede denominarse barrio norteamericano, encuéntrase el internacional, es decir, el de los palacios erigidos por las naciones extranjeras que han concurrido al gran certamen en la orilla del Míchigan y en la especie de península que arrancando de éste separa el North-Pond de la inmensa laguna central.

Dejando para otro artículo la descripción de los demás, sólo diremos en éste algo del palacio de Inglaterra que uno de nuestros grabados reproduce. El *Victoria Home,* como le llaman los americanos, es indudablemente uno de los que más interés ofrecen al visitante: construído según el pintoresco estilo del tiempo de Enrique VIII, consta de una planta baja de ladrillo, adornada con esculturas de terracotta, sobre la que se alza un piso que cubren unos tejados de madera obscura, del centro de los cuales surge una airosa torrecilla. Una ancha escalinata da acceso á un vestíbulo cuyos techo y paredes están cubiertos de ricos artesonados y por el cual se entra en el club y en las oficinas de la comisión inglesa.

Entre los muchos y notables objetos que llenan los salones de este palacio llaman la atención los mapas y documentos pertenecientes á Sebastián Cabot relacionados con sus viajes á América, con los cuales ha querido sin duda Inglaterra recordar la parte de gloria que á uno de sus hijos corresponde en la historia de los descubrimientos realizados en el continente americano.

Si los países del globo han rivalizado en esfuerzos por honrar con sus productos la Exposición de Chicago, correspondiendo de esta suerte á la invitación que les dirigiera el gobierno de los Estados Unidos, justo es decir que éste por su parte ha hecho cuanto ha podido y debido para que aquélla tuviera toda la importancia que las naciones extranjeras tenían derecho á exigir en un certamen que se les presentaba como aconteciniento de caracteres verdaderamente excepcionales.

En efecto, aquel gobierno tiene en Jackson Park una representación brillante y en sus instalaciones pueden admirarse los progresos de todos los ramos de la administración pública, desde el servicio de correos hasta los más modernos adelantos en materia militar y de la marina de guerra.

Un solo detalle dará á nuestros lectores idea de la verdad de lo que decimos. Deseaba el gobierno central enviar á Chicago uno de los grandes acorazados de su armada; pero á la realización de su propósito oponíase en primer término la circunstancia de que uno de esos buques de diez á doce mil toneladas, el *Illinois* por ejemplo, no habría podido salvar por su gran calado los bajos del canal de Welland, y en segundo que, aun vencida esta dificultad material, la expedición hubiera sido imposible por oponerse á ella los tratados existentes entre los Estados Unidos y el Canadá, tratados que prohiben que ningún buque de guerra norteamericano ó canadiense, excepción hecha de los pequeños guardacostas, permanezca en los grandes lagos que á aquéllos separan y cada una de cuyas orillas pertenece á uno de ellos.

En vista de esto, y no queriendo por otra parte el gobierno yankee que dejara de estar representada de un modo ú otro en la Exposición su marina de guerra, concibió el original proyecto de construir un buque de ladrillo asentado sobre estacas clavadas en el fondo del lago Míchigan. De ladrillo son efectivamente el casco y las torres de la reproducción del *Illinois,* que representa uno de nuestros grabados, y algunos de los grandes cañones que constituyen la artillería (?) del barco son de madera cubierta de una capa de cemento; en cambio, todos los cordajes y las disposiciones interiores de los puentes en nada difieren de los que se ven en los buques de veras. Dentro del *Illinois* se ha organizado una exposición interesantísima de todo cuanto á la marina y á la navegación se refiere, pudiéndose admirar en ella, entre otras cosas curiosas, mapas y planos con el sistema de faros, señales y vigilancia de costas de los Estados Unidos y otros con los resultados de las expediciones llevadas á cabo por los norteamericanos para estudiar las corrientes marinas, los tornados, los ciclones, los movimientos de los grandes témpanos en las aguas de la Unión, etc., documentos que demuestran la parte importante que los yankees han tenido en las empresas llevadas á cabo por el mundo civilizado para el estudio del mar y de la seguridad de la navegación.

Completando lo que dijimos en el artículo anterior respecto de la calle del Cairo, publicamos hoy la vista de esta exhibición, una de las más interesantes de Midway Plaisance, y añadiremos algunos datos á los que acerca de la misma tenemos consignados. Como obedeciendo á un conjuro mágico que en el presente caso han sido el talento de los que han dirigido la obra y la esplendidez del que la ha costeado, hase levantado en los pantanosos terrenos que se extienden junto al lago Míchigan un barrio de la antigua capital egipcia tan fielmente y con tanto acierto reproducido que nada encuentran á faltar en él los mismos que han visitado la ciudad tomada por modelo: vense allí las mismas casas con sus fajas horizontales blancas y encarnadas, y las misteriosas celosías al través de las cuales brillan á veces unos ojos negros que clavan sus ardientes miradas en los que por las calles transitan; las mismas mezquitas de artística arquitectura con sus grandes portales, sus cúpulas filigranadas y sus esbeltos almimbares, desde donde el almuédano invita todas las tardes á los fieles á la oración; los mismos pequeños cafés, bazares y tenduchos, en donde se expenden los artículos de las más variadas industrias orientales.

Y no se limita á los edificios la fidelidad de la reproducción: si egipcias son las construcciones, egipcios son también la vida y el movimiento que en aquellas calles se notan. Por cientos se cuentan los egipcios que, vestidos con sus pintorescos trajes, por allí circulan y allí trabajan, confundidos entre los cuales circulan el grave turco con su chaquetilla roja, el corpulento sirio envuelto en su túnica azul por debajo de la que asoman holgados calzones, el árabe vistiendo el blanco albornoz y cubierta la cabeza con el turbante, el negro á cuyo lado parecen algo menos que mulatos los hombres de color del Sur americano y tantos otros ejemplares de las típicas razas de Oriente, formando un conjunto abigarrado de colores espléndidos sobre los cuales destacan como feas manchas los antiestéticos trajes de las civilizaciones modernas.

Como ya en otra ocasión dijimos, Midway Plaisance reune otros muchos atractivos además del que acabamos de describir, y de algunos de ellos nos ocuparemos en posteriores artículos. Para terminar el presente y completar la descripción de los grabados que en este número publicamos relativos á la Exposición de Chicago, réstanos solamente ocuparnos del interior del palacio de Horticultura, de cuyas condiciones arquitectónicas hemos hablado en otro artículo, al tratar de los edificios levantados en Jackson Park.

Pocos países han llegado en materia de floricultura y jardinería á la altura que los Estados Unidos, que derrochan sumas fabulosas cuando de tales materias se trata. En todas las grandes ciudades hay establecimientos importantísimos exclusivamente dedicados á la venta de las flores más preciosas y de las plantas más raras, y las exposiciones florales que todos los años se celebran en Nueva York, en Chicago y en otras capitales constituyen acontecimientos de primera magnitud en la vida social de las mismas.

Con estos precedentes, lógico era suponer el cuidado especial que los organizadores del certamen consagrarían á esa sección, y la verdad es que el espectáculo que allí se ofrece al visitante no puede ser más hermoso. En aquellas galerías cubiertas de cristales osténtanse formando torres, pirámides y arcos de triunfo colosales los más variados y ricos frutos: allí se pueden admirar en toda su grandeza y variedad los inmensos tesoros de la flora del continente norteamericano, especialmente en punto á plantas de adorno y en semillas. Desde las raras coníferas y los musgos del Norte hasta la esbelta palmera y el cocotero del Sur, admíranse en esa sección plantas de todos los climas y de todas las especies, figurando al lado de las cácteas y pitas de los territorios de la Unión que un tiempo fueron españoles los más preciosos ejemplares de otras plantas de México, de las Indias Orientales y de la América Central. Pero más interesantes aún son las bellísimas orquídeas de Venezuela, de una delicadeza de colores, de una elegancia y diversidad de formas y de una variedad tales que es imposible formarse siquiera idea de ellas en Europa. El que se pasea por entre aquellos grupos de árboles, plantas y arbustos créese transportado á una de las selvas vírgenes de las regiones meridionales del Nuevo Mundo, y apenas puede concebir cómo toda esa vegetación que necesita los rayos de un sol abrasador ha podido ser trasladada al frío Norte, á las orillas del lago Míchigan.

La parte más hermosa de la sección de horticultura es indudablemente la gran rotonda de cristales con sus galerías construídas á 20 metros del nivel del suelo, en las cuales hay instalados cafés y restaurants desde donde la vista se posa sobre un océano de verdura que se ofrece á los ojos del espectador en toda su magnificencia tropical.

En el centro de la rotonda hay una montaña artificial en cuya cumbre brotan innumerables cristalinas fuentes que descienden por entre musgos y helechos y á la sombra de palmeras de infinitas clases, humedeciendo con sus aguas orquídeas y flores nunca vistas y saltando por entre peñascos de cuyas quiebras salen preciosas pitas que elevan sus ramos floríferos hasta tocar las copas de las gallardas palmeras.

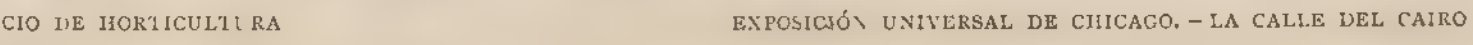
Esa rotonda es uno de los sitios más encantadores de la Exposición y el lugar predilecto de la sociedad elegante que á ésta acude. Una puertecita practicada entre las rocas de la montaña artificial da acceso á una preciosa gruta, cuyas paredes, techo y pavimento están materialmente cubiertos de brillantes cristales y estalactitas de mil formas á cual más variada que reproducen la famosa *Crystal Cave* descubierta hace pocos años en el Dakota meridional y que por su grandiosidad y magnificencia recuerda á la célebre *Cueva del Mammuth* de Kentuky.

Hagamos por hoy punto final en nuestra tarea de describir las principales curiosidades de la Exposición Colombina que continuaremos en sucesivos artículos. – A.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. INTERIOR DE LA ROTONDA DEL PALACIO DE HORTICULTURA





EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – LA CALLE DEL CAIRO

LO QUE VI DE LA COMUNA DE PARIS

II

Algunos refuerzos esperaban á Dombrowski en el muelle de Auteuil, protegidos en parte por las casas contra el espantoso fuego que abrasaba aquel punto. Las noticias que el general recibió fueron muy desagradables cuando llegó al Instituto de Ste. Perine,



Una sesión secreta de la Comuna

ocupado por una especie de cuartel general. El comandante del batallón 93 de la guardia nacional era quien había ido al castillo de la Muette para decir á Dombrowski cómo habían sido arrojados sus hombres de la puerta de Billancourt. Por los informes que allí obtuve rápidamente, supe que las fuerzas de aquel jefe, concentrándose después, extendiéronse por el parapeto del recinto, entre las puertas de Billaucourt y Poin du Jour, y por el Norte más allá de la de San Cloud. Durante algún tiempo defendieron las posiciones con tenaz porfía, bajo un fuego terrible; pero al fin hubieron de retroceder sufriendo graves pérdidas, sobre todo por los disparos de la artillería de Versalles y de las inmediaciones del Bosque de Boloña. La puerta de San Cloud, así como la de Point du Jour, cayó también muy pronto en poder de las tropas del gobierno, que después de ocupar el recinto con numerosas fuerzas, así como las casas adyacentes, envió considerables destacamentos á reconocer las calles de Marvis y Billancourt. Uno de ellos pudo penetrar hasta el viaducto de la vía férrea, pero fué rechazado.

Dombrowski se sonrió cuando le comunicaron estas noticias, y entones pensé en su «segunda línea defensiva,» y en las seguridades de que «la situación no era tan crítica.»

Entretanto, eran ya las nueve de la noche, y hubiérase dicho que los de Versalles concentraban sus tiros sobre el recinto, pues el fuego comenzó á ser muy vivo alrededor del Instituto, donde llovían los proyectiles. Dombrowski y su Estado Mayor mostrábanse muy activos y audaces, y parecióme que su gente estaba animada del mejor espíritu. Hubo algunos gritos de entusiasmo cuando se dió la orden de avanzar, y las fuerzas, compuestas principalmente de tiradores y hombres que vestían el uniforme de zuavo, según pude ver en la obscuridad, pusiéronse en movimiento en dirección á la calle de la Municipalidad (así se llamaba entonces, mas creo que ahora lleva el nombre de calle Miguel). Dos cañones de artillería de montaña rompieron el fuego sobre la izquierda de la citada calle, y protegida por él, la infantería avanzó á paso de carga; pero casi en el mismo instante produjose cierta confusión á causa de una nutrida descarga que partió principalmente de la pared que circuye el cementerio de los Pobres. Los federales se desbandaron por derecha y por izquierda; pero algunos concentráronse en el ángulo de la pared del cementerio, mandados por un joven oficial que recordé haber visto en el castillo de Muette á la hora de comer. Siguiéronse algunos momentos de nutrido fuego; después los federales cedieron, y muchos fugitivos llegaron á la carrera hasta donde estábamos, pero sin su valeroso jefe. Entretanto parecióme que se había trabado una lucha casi cuerpo á cuerpo en el exterior del viaducto, pues oía el incesante silbido de las balas y los gritos y maldiciones de los comunistas, no pocos de los cuales debían el valor que desplegaban á las influencias alcohólicas. De vez en cuando resonaba un grito, seguíase una breve lucha y oíase una descarga, acompañada de corridas.

Poco después de las diez era evidente que la lucha había terminado casi para los federales. Hacía largo tiempo que no veía á Dombrowski: un oficial me dijo que le habían matado junto á la pared del cementerio, donde cayó bajo su caballo, y otro me aseguró haber visto al intrépido general batiéndose contra un marinero de Versalles que le acosaba con su bayoneta.

Después de aniquilada la Comuna se acusó á Dombrowski de traidor á la causa que pretendía servir; mas yo puedo asegurar, por lo que de él vi, que se portó como hombre sincero é intrépido soldado; y habiendo perdido su vida en la lucha, no me parece verosímil que se hubiera vendido á los de Versalles.

Después hubo un repentino pánico, y me alegré de poder retirarme á la «segunda línea defensiva,» nada fácil de reconocer como tal, por lo cual supuse que Drombrowski se había permitido una fanfarronada al hablar de este recurso. Una vez detrás de la vía férrea, las fuerzas federales defendieron su terreno algún tiempo; las descargas que se oían á intervalos anunciaban los ataques de los destacamentos sueltos de Versalles; pero á eso de las once reinó al fin tal tranquilidad, que yo creí que todo había concluído por aquella noche. La pausa, sin embargo, fué engañosa; los de Versalles debían haber suspendido el fuego para descargar después un golpe más seguro, é indudablemente sus fuerzas penetraban entonces en el espacio situado entre el recinto y la línea de la vía férrea, movimiento que practicarían silenciosamente, mientras que ocupaban las encrucijadas con sus cañones. Por nuestra retaguardia podíamos oir cómo tocaban generala en las calles de París. Un oficial de Estado Mayor que hablaba el inglés tan bien como yo, acercóse á mí y díjome que desconfiaba de aquella pausa, temiendo que hubiese llegado la hora suprema. Era cerca de media noche cuando estalló un nutrido fuego de artillería y fusilería contra el viaducto, y en el mismo instante percibióse el estrépito de nutridas descargas por el Norte. Alguno gritó: «¡Estamos cercados! ¡Los de Versalles entran por las puertas de Auteuil, de Passy y de la Muette!»

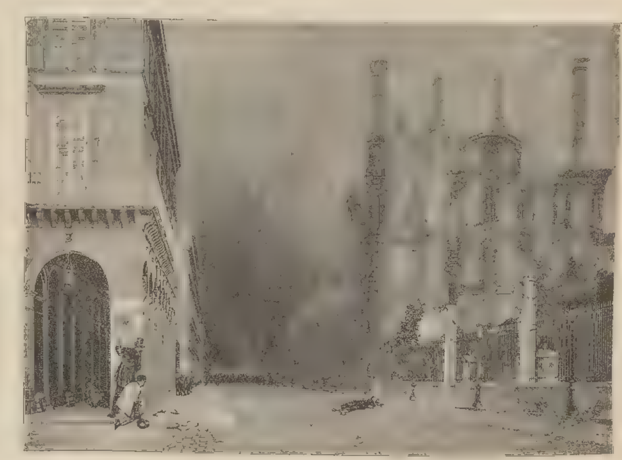
No fué necesario más para que se produjese el pánico, y al punto oyóse el grito de «¡Sálvese quien pueda!» También oí gritar: «¡Nos han vendido!»

Arrojáronse armas por todas partes; muchos individuos se despojaron de sus uniformes, y cada cual confió su salvación á las piernas, dirigiendo muchos oficiales aquella fuga. Creí, sin embargo, que ni Dombrowski ni los individuos de su Estado Mayor eran hombres para huir; pero á decir verdad, no vi á ninguno de ellos. También se gritó que llegaban numerosas fuerzas por el Sud, y al oirse esto menudearon las blasfemias y aumentó la confusión; como si esto no fuese bastante, llegaron batallones ó destacamentos arrojados de sus posiciones y aumentaron el número de fugitivos, acrecentando el pánico y arrastrando á los demás en su fuga.

Hubo un intervalo de tumulto durante el cual, en la obscuridad y en mi relativa ignorancia de aquella parte de París, no pude saber adónde me conducía aquella muchedumbre de fugitivos. El camino era ancho, y eché de ver que le limitaba por la derecha el Sena; según supe después, consultando el mapa, acabábamos de atravesar el muelle de Passy. Al poco tiempo me separé de los fugitivos para dirigirme por una silenciosa calle de la izquierda, y durante algún tiempo anduve por ella sin saber dónde me hallaba. El caso es que llegué al rayar el día á la plaza del Rey de Roma (llamada ahora del Trocadero); la niebla era muy densa, lo cual limitaba mi campo visual y tan sólo sabía que estaba completamente solo. A los pocos pasos me encontré á retaguardia de una batería situada al Oeste, de la cual faltaban todos los cañones excepto uno, desmontado sin duda por una bomba enemiga, y que vi entre los fragmentos de la cureña; casi junto á estos últimos, y muertos seguramente por la explosión que destrozó la pieza, yacían allí dos ó tres comunistas.

Cuando hubo más luz y la bruma comenzó á disiparse, vi las pendientes del Trocadero á mi izquierda y supuse que estaba en la batería del mismo, de la cual había oído hablar á Dombrowski la noche anterior. Mirando hacia el Oeste, á lo largo de la Avenida del Emperador (ahora de Enrique Martín), vi otra batería que avanzaba al paso, precedida de algunos destacamentos de marineros. No necesité preguntarme si aquellas fuerzas podían pertenecer á las tropas derrotadas y fugitivas de la Comuna; no podía ser, y á primera vista comprendí que eran tropas de Versalles que iban á tomar posesión del Trocadero. A decir verdad, si no hubiese habido otra evidencia, su manera de anunciarse, disparándose cuatro ó seis tiros, era harto concluyente. No hice caso omiso de la advertencia, y tomé la dirección de los Campos Elíseos. Poco después hallábame en la magnífica avenida que se prolonga junto á la calle de Chaillots, como á la mitad de la distancia entre el Arco del Triunfo y el Rond Point; y de pronto, alrededor de la noble columna que conmemora el valor francés, vi alineados en buen orden varios batallones, cuyos soldados llevaban pantalón encarnado. Hasta allí, pues, habían conseguido invadir á París las tropas de Versalles en las primeras horas del día 22. Las fuerzas regulares se apiñaban en la plaza de la Estrella tan densas como eran las de los bávaros el día de la entrada del ejército alemán tres meses antes. No se apuntaba hacia ellos ningún cañón desde la gran barricada federal de la plaza de la Concordia; pero veíanse en ella algunos guardias nacionales, que de vez en cuando disparaban un tiro inútilmente contra las densas masas de las tropas de Versalles. Estas últimas parecían tomar las cosas con mucha calma, cual si quisieran asegurarse bien del terreno antes de avanzar. Tenían una batería de montaña en acción un poco más abajo del Arco, y con ella barrían los Campos Elíseos bastante bien.

Me dirigí hacia el parque Monceau, cuando encontré una persona que me dijo que las tropas de Versalles, marchando desde el Arco por la avenida de la Reina Hortensia (ahora de Hoche), habían caído sobre los comunistas, derribando una barricada, y evitándoles la molestia de concluirla al tomarla á la bayoneta. En este punto faltóme muy poco para quedar cercado, pues mientras hablaba con dicha persona resonó un grito, y vi un momento después que numerosas fuerzas de Versalles, precedidas de algunos cañones, marchaban por la avenida de Friedland hacia el bulevard de Haussmann. Apenas tuve tiempo de cruzar por su frente, y conseguido esto las seguí por calles laterales. De vez en cuando hacían un nutrido fuego, hasta que llegaron al fin al espacio abierto que hay á la entrada del bulevard Haussmann, frente á los cuarteles de la Pepiniere. Esta era una posición muy ventajosa para dominar los alrededores, y fácilmente se podía comprender la táctica de los jefes de Versalles. Ocupando con numerosas fuerzas y artillería ciertos puntos del centro, de cada uno de los cuales radiaban varias encrucijadas en diversos sentidos, su designio era dividir París en sec-



Aspecto de la calle de Rívoli en tiempo de la Comuna



Lucha en una barricada del bulevard Haussmann

para presenciar una encarnizada lucha en el ataque á la barricada que había en el punto de intersección de la calle Trouchet. Dos muchachos que estaban cerca de mí cayeron heridos, y una bala chocó contra la columna del farol que me resguardaba. Una mujer se desvió de la esquina de la calle de la Chaussée d' Antin, vino á recoger la bala, y alejóse tranquilamente palmoteando con loca alegría.

Después de comer y de escribir un par de horas resolví ir á la estación de la vía del Norte para ver si podía conseguir por un medio ú otro que se dirigiese una carta mía á Londres. En el camino vi cosas muy extrañas. ¿Qué era, por ejemplo, una especie de ceremonia que se celebraba en la calle de Lafayette, esquina de la de Lafitte? Allí había un vagón, un *spahi* negro como la noche y un oficial con el acero desenvainado; alrededor veíase una compacta multitud, y en el centro ardía un gran montón de papeles. ¿Quemaban acaso los libros del Banco inmediato ó los títulos de los propietarios? No: los papeles de un batallón comunista era lo que destruían así, tal vez para que no se pudiesen presentar pruebas comprometedoras. El episodio me pareció una indicación significativa del principio del fin, y no faltaban otras señales para confirmar mi idea, como por ejemplo, que se buscaran con ansiedad los pasaportes ingleses.

Poco después se recibió la desagradable noticia de que los prusianos habían detenido en San Dionisio todos los trenes que salían de París, é impedían á todo el mundo atravesar sus líneas; pero siempre quedaba una probabilidad. Soborné á un empleado de la vía férrea para que saliera de París por el túnel del camino de hierro; y en el caso de llegar á San Dionisio, debía dar mi carta á una persona de quien podía confiar para que la expidiera. Mi emisario ocultó la carta en una bota y púsose en marcha, habiendo prometido volver á mi hotel á las ocho de la noche para darme cuenta del resultado de su comisión; pero no volví á verle ni oí hablar más de él.

Cuando volvía de la estación del Norte me ocurrió un incidente que pudo muy bien ser trágico. Como oyese que hacían fuego en dirección á la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, dejé la calle de Lafayette para tomar la de Chateaudun; mas al llegar á la plaza, en cuyo centro se eleva la iglesia, encontréme en el interior de un extraordinario triángulo

ciones y aislar éstas una de otra barriendo las calles limítrofes con un vivo fuego. Desde aquella posición de la Pepiniere, por ejemplo, se dominaban perfectamente el bulevard Haussmann hasta la calle Taitbout, y el bulevard Malesherbes hasta la Magdalena, asegurando el acceso al gran bulevard y á la plaza Real, por la que bastaba bajar para sorprender por retaguardia la barricada de los comunistas, situada frente á la plaza de la Concordia.

Deseoso de ver lo que ocurría en otras partes de la ciudad, dirigíme por calles desviadas hacia el palacio real. Parecía que las bombas estallaban en todo París, y yo vi muchas granadas de mano reventar á gran altura; varias de ellas cayeron cerca de la Bolsa, cuando yo pasaba; en los bulevares y sus inmediaciones, del todo desiertos, no se encontraba alma viviente, y tan sólo de vez en cuando veíanse pasar en distinta dirección algunos reducidos destacamentos de guardias nacionales. Hubiera sido difícil decir si los comunistas trataban de hacer frente ó de retroceder; pero lo cierto es que por todas partes se levantaban barricadas con mucha precipitación. De todas ellas pude evadirme hasta que llegué á la plaza del Palacio Real, donde se construían dos, una á través de la calle de San Honorato, y la otra á la entrada de la calle de Rívoli, entre el Louvre y el hotel del mismo nombre. Los materiales de la segunda consistían principalmente un gran número de colchones de un almacén próximo, que se arrojaban por las ventanas, y de otros de los cuarteles de la plaza del Carrousel. La barricada de la calle de San Honorato se componía de muebles, con varios coches y ómnibus, y se me obligó á tomar parte en su construcción.

Cuando se me permitió marchar, lo primero que hice fué mirar la calle de Rívoli, y observé que los comunistas habían levantado una gran batería á través de un punto de unión con la plaza de la Concordia, armada de cañones que al parecer hacían fuego en dirección á los Campos Elíseos. Saliendo de las inmediaciones del palacio real me encaminé hacia el nuevo teatro de la Ópera, y apenas llegué al bulevard reconocí que los de Versalles debían haber ganado ya la Magdalena, pues entre ésta y su posición de los cuarteles de la Pepiniere no quedaba ya ningún obstáculo. Habían levantado una barricada, compuesta de troncos de árboles y barriles, á través del bulevard de la Magdalena, y los comunistas tenían otra, compuesta en particular de carros, á la entrada de la calle de la Paz. Por el pronto no se hacía fuego, y á la entrada de la tarde resolví volver á mi hotel en la Cité d' Antin para almorzar.

Saliendo del bulevard por la calle de Taitbout me encontré detenido por una multitud de gente al acercarme al fondo del bulevard Haussmann; mas á fuerza de empujones llegué á ocupar la primera línea de los curiosos, y presencié un singular espectáculo. Frente á mí, en el lado más lejano al bulevard Haussmann, veíase otro grupo, y entre éste y el nuestro extendíase el ancho bulevard, donde las balas de las fuerzas de Versalles caían sin cesar por estar dichas tropas á mil varas más de altura. Este obstáculo de fuego de fusilería era lo que había detenido á la multitud á cada lado, y comprendíase muy bien que no quisieran seguir adelante, pues en el espacio que separaba los dos grupos veíanse no pocos muertos y heridos, que pagaban su atrevimiento por haberse empeñado en pasar. El hambre me aguijoneaba de tal manera, que se antepuso á mi prudencia, y atravesé el bulevard sin más avería que un balazo que me traspasó el faldón de la levita, y la bolsa del tabaco. Un muchacho que me siguió no fué tan afortunado; cierto que atravesó también, mas no sin una herida en el muslo.

Después de almorzar en mi hotel, situado junto á la calle de Lafayette, corrí al punto en que ésta confluye con el bulevard Haussmann, y llegué á tiempo


Los cañones de Montmartre en la víspera del 18 de marzo de 1871

de barricadas. Había una á través de la extremidad de la calle de San Lázaro, otra al fin de la de Loreto, y una tercera entre la iglesia y el frente de la plaza, mirando á la calle de Chateaudun. La particularidad de esta disposición consistía en que cada una de aqué-



ABANDONADA, cuadro de Mateo Balasch



UN DESENGAÑO, cuadro de Héctor Tito, expuesto en la «Royal Academy,» de Londres

llas podía ser enfilada por el fuego dirigido contra las otras; de modo que los defensores se exponían ellos mismos á recibirle de flanco, por retaguardia y de frente. Yo me preservé lo mejor posible en el pórtico de la iglesia para observar el desenlace de aquel estado de cosas; pero mi curiosidad pudo costarme cara, porque dos veces estuve á punto de ser fusilado, primero por los comunistas, y luego por los versalleses que se apoderaron de la barricada de la calle de San Lázaro. A última hora de la tarde, el grueso de los comunistas que se retiraban pareció tomar la dirección de Montmartre, desde donde sus cañones hacían fuego por encima de la ciudad contra la artillería de Versalles, situada ahora en el Trocadero. Las fuerzas del gobierno, por su parte, avanzaban también deliberadamente hacia Montmartre, y antes de anochecer llegaron á la plaza de Europa, á espaldas de la estación de San Lázaro. Desde este punto, por el Norte, sus fuerzas avanzadas mantenían una línea desde la calle Trouchet hasta la Magdalena, sosteniendo el fuego á lo largo del bulevard Haussmann, mientras que con su batería de la Magdalena habían desmontado la de los comunistas del bulevard de los Capuchinos á la entrada de la calle de la Paz. Los rebeldes se hallaban indudablemente desmoralizados; pero en todas partes mostrábanse muy activos en la construcción de barricadas.

A eso de las ocho de la noche el fuego cesó en todas partes, y durante un intervalo reinó la más completa calma. ¡Qué extraño pueblo me parecieron esos parisienses! El tiempo era magnífico, y la escena que se ofreció á mis ojos en las estrechas calles inmediatas á la de Lafayette recordóme el aspecto que presentaban las de Nueva York un domingo del verano anterior al amanecer. Hombres y mujeres estaban sentados tranquilamente á las puertas de sus casas, conversando sobre los sucesos y los rumores del día; los niños jugaban alrededor de las barricadas, y sus madres no hacían aprecio apenas del lejano toque de generala ni del estrépito producido por una bomba al reventar, y sin embargo, la brisa suave de aquella hermosa noche llevaba en sus alas las fuertes emanaciones de la sangre y de los cadáveres diseminados por el suelo á menos de trescientas varas de distancia.

ARCHIBALDO FORBES

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. En el Palacio de Cristal de Munich se ha inaugurado la Exposición de técnica pictórica, organizada por la Sociedad para el procedimiento racional en pintura. En ella se encuentra reunido todo cuanto á la técnica, así antigua como moderna, se refiere, desde la del antiguo Egipto hasta la de nuestros días. La referida sociedad, dando toda la importancia que se merece al hecho de que mientras algunos cuadros de no lejana fecha aparecen con evidentes signos de deterioro, la inmensa mayoría de los que cuentan siglos de existencia conservan su frescura, se preocupa en estudiar las causas de la deficiencia moderna en materia de colores y en enseñar la manera de remediarla; y á este fin obedece la Exposición ha poco inaugurada, en la cual hay obras pictóricas de todos los tiempos y géneros, que además de servir al indicado propósito utilitario, permiten hacer un estudio comparativo muy provechoso para la historia del arte.



APUNTE, dibujo de Mateo Balasch



APUNTE, dibujo de Mateo Balasch

– Las tres grandes medallas de oro concedidas por el jurado de la última Exposición internacional de Berlín lo han sido á los siguientes artistas: la primera al pintor Pedro Janssen, de Dusseldorf, por su cuadro *Intervención decisiva del monje Walter Dodde y de los aldeanos en la batalla de Worringen.* 1288; la segunda al pintor Hermán Prell, de Dresde, por sus tres cartones para los frescos que por encargo del Estado ha de pintar en la Casa Consistorial de Hildesheim; y la tercera al escultor ruso Marcos Antokolsky, residente en París, que por vez primera ha concurrido á la Exposición berlinesa con cuatro obras verdaderamente maestras.

– De los cuadros que han figurado en la última Exposición de la Asociación de Artistas de Munich han sido adquiridos por el príncipe regente: *Madre é hijo*, de Artz; *Tulipanes y jacintos*, de Korter; *Palomas*, de Pennasilico; *Público agradecido*, de Schmuz-Baudis; *Madona*, de Clara Walter, y *De luto*, de Girón: para la Pinacoteca, *Primer cuartel de* 1813, de Hackl; *Puerto de Hoorn*, de Janssen; *En los campos*, de Jernberg; *Monumento de la duquesa Max*, de Rumann; *Crepúsculo*, de Milesi: *Recolección del heno*, de Schleich; *Campo de avena*, de Volkmann; *En el Cáucaso*, de Roubaud; *Molino de aserrar*, de Schindler; *I lock my door*, de Khnopf, y *Lago de Gare*, de Brown: varios particulares infinidad de obras, entre ellas algunas de nuestros compatriotas Mestres, Barbasán, García y Rodríguez y Sánchez Barbudo; y finalmente el representante de la Exposición permanente de Artes é Industrias Artísticas de Weimar varias obras de van Bosse, Canal, Caprile, Douzette, Kubierschky, da Molin, Muhlig y Schwar.

– Reinaldo Begas, el famoso escultor berlinés, ha terminado los modelos de tamaño natural de la estatua ecuestre y del genio que guía el caballo destinados al monumento nacional que ha de erigirse en Berlín á la memoria de Guillermo I. Se está trabajando también en los modelos de la ornamentación plástica del zócalo y del grandioso pórtico que ha de rodear al monumento y en el cual en vez de las estatuas de generales en un principio proyectadas se colocarán representaciones alegóricas de los reinos de Prusia, Sajonia, Baviera y Wurtemberg y estatuas representativas de las distintas armas. Se proyecta cubrir con una gran pintura la pared de este pórtico cuya longitud es de 150 metros. La inauguración del monumento se verificará probablemente el 22 de marzo de 1897, fecha en que se cumplirán 100 años del natalicio del emperador.

– El comité encargado de levantar un monumento á Bismarck ha acordado aplazar la ejecución del mismo hasta que se haya erigido el del emperador Guillermo, pues estima que sería poco respetuoso para el soberano honrar antes que al gran emperador al que fué su canciller.

Teatros. – Las representaciones ejemplares verificadas en Gotha, de las que nos hemos ocupado en otra ocasión, comenzaron con la *Medea*, de Cherubini, que se cantó en presencia del duque Ernesto, del príncipe y de la princesa herederos de Meiningen y de muchos intendentes y directores de teatros alemanes Siguió luego la representación de *Caperucita encarnada*, de Boildien, después de la cual se han puesto en escena las dos óperas premiadas en el concurso ha poco allí celebrado, *Evanthia*, de Pablo Umlauft y *La rosa de Pontevedra*, de Forster. La música de la primera es de estilo wagneriano y en ella abundan las bellezas, algunas de primer orden; la segunda pertenece al género italiano y parece inspirada en las obras de Mascagni, y aunque revela no escaso talento en su autor contiene algunas trivialidades.

La ópera *Evanthia* se cantará en breve en los principales teatros de Leipzig y Colonia.

Londres. – En el Strand Theatre se ha estrenado una comedia de Mr. C. H. Abbott, titulada *The Sleepwalker* (El sonámbulo), de argumento ingenioso y complicado que da lugar á escenas graciosas y hábilmente trazadas. Terminada la temporada de ópera y hecho el resumen estadístico de las representaciones, resulta que en once semanas se han cantado veinticinco óperas, entre ellas cinco completamente nuevas para el público londinense. Se han puesto en escena: *I Pagliacci*, doce veces; *Cavalleria rusticana*, nueve; *Carmen*, siete; *Lohengrin*, *Faust* y *Romeo y Julieta*, seis; *Tannhauser* y *Las Walkirias*, tres; *La Favorita*, *El buque fantasma*, *Los Hugonotes*, *Los maestros cantores* y *Siegfried*, dos; y *La Hebrea*, *Tristán é Isolda*, *I Rantzau*, *Rigoletto*, *Amy Robsart* y *El velado profeta*, una. Como *levers de rideau* se han cantado: *Orfeo*, seis veces; *Filemón y Baucis*, cinco; *Djamileh* y *El amigo Fritz*, cuatro, y *Los pescadores de perlas* é *Irmengarda*, una. Para la temporada de verano de 1894 se anuncian las nuevas óperas *Damnation de Faust*, de Berlioz, *William Ratcliffe* y *Vestalia*, de Mascagni; *Falstaff*, de Verdi; *Manon Lescaut*, de Puccini, y *Signa*, de F. H. Cowen.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Guillermo Bode, paisajista alemán cuyos cuadros son muy celebrados por el sentimiento poético de la naturaleza que revelan y por la finura con que están ejecutados.

Menotti Themer, pintor inglés, individuo de la Academia, cuyos cuadros son muy estimados especialmente en Inglaterra y América.

José Isola, célebre pintor italiano, maestro de los principales pintores jóvenes de Italia, entre ellos el famoso Barabino, y jefe de la escuela pictórica genovesa.

Isabel Rossi, condesa de Gabardi-Brocchi, notable escritora italiana.

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Budapest en honor de los «honved» (defensores de la patria), húngaros, obra de Jorge Zala. – Hace poco se ha inaugurado en la capital de Hungría el monumento nacional que reproducimos, en honor de los *honved*, de aquellos patriotas húngaros que en 21 de mayo de 1849 sucumbieron en el asalto que, á las órdenes del general Gorgey, se dió contra la ciudad de Budapest, arrojando de ella á la guarnición austriaca que mandaba el mayor Hentzi. Sobre un pedestal en el que se leen las inscripciones «A los héroes anónimos» y «1849. 21 de mayo. Por la patria libre,» álzase la estatua de un *honved* apoyando su planta sobre un cañón y los restos de una cureña y empuñando con la diestra el sable y con la izquierda la bandera de la victoria; la gloria, con las alas extendidas, está en ademán de ceñir las sienes del héroe con una corona de laurel. La impresión total que produce el monumento armoniza por completo con la idea que en su erección ha presidido, y la obra es bajo todos conceptos digna de la fama del ilustre artista que la ha ejecutado.

Abandonada, cuadro de Mateo Balasch. – Pertenece el autor de este cuadro y de los *Apuntes* que en esta página publicamos á la joven generación pictórica, y aunque nacido á la vida artística en un período de transición, lleno de dudas y vacilaciones, no ha sentido de una manera marcada el influjo de las corrientes modernistas y sigue con preferencia el estilo de la escuela idealista y romántica que se defiende todavía de los ataques del realismo. Pensionado en Roma, estudió las grandes obras del arte y tuvo el buen acierto de cultivar el dibujo y estudiar el natural, dos cosas que caben dentro de todas las escuelas. Su cuadro *Abandonada*, al par que nos muestra al artista enamorado de lo dramático, revela un paisajista que sabe ajustarse á la verdad de la naturaleza, que elige como escenario de los asuntos que imagina. Balasch ha obtenido, según parece, una bolsa de viaje de la Diputación de Barcelona y se propone pasar una temporada en París, donde completará su educación artística estudiando las obras del arte moderno, cuya impresión no borrará de fijo la huella que han dejado en su espíritu los cuadros de los grandes maestros del arte antiguo. Balasch tiene talento, y si no le faltan fe y perseverancia conseguirá tener verdadera personalidad, que es á lo que debe aspirar siempre el artista.

Un desengaño, cuadro de Héctor Tito. – En el número 527 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y á propósito del cuadro *Los zapatos nuevos* dijimos algo acerca de este pintor que figura entre los más distinguidos de Italia. La obra del mismo que hoy reproducimos pertenece á un género distinto de aquél, tiene un sello eminentemente dramático y presenta una escena que se desarrolla entre personajes y en un medio aristocráticos, así como la acción de la otra era de carácter popular. En *Un desengaño* se adivina el fin de una amorosa historia, el rompimiento tras una discusión violenta que corta de pronto un pasado lleno de dichas y esperanzas. El cuadro resulta sentido y su ejecución intachable: la figura de mujer es interesante, la reproducción en el espejo de la del amante es de un efecto bellísimo y todos los detalles revelan el gusto y el talento del autor.

El rey y la reina de Siam. El rey de Siam cuenta en la actualidad cuarenta años, su figura es graciosa y habla con facilidad varios idiomas, especialmente el inglés: su traje generalmente consiste en un chaquetón blanco, pantalón de seda y medias azules; pero en las ceremonias oficiales usa un uniforme militar, compuesto de casco blanco, túnica del mismo color y medias y zapatos negros. Come á la europea y á la siamesa: los platos que se sirven en su mesa van cubiertos con un cono encarnado y sellados, y antes de que el rey los guste ha de probarlos un oficial de boca. El palacio en que habita es una verdadera fortaleza circuida por una triple línea de murallas, y en su arquitectura se nota una extraña mezcla de los estilos europeo y asiático, en la que destaca el tejado nacional en forma de tiara de los reyes de Siam.

El reciente conflicto con Francia, felizmente terminado, ha dado cierta notoriedad al monarca siamés y á su esposa la reina Savangwadana, que si no el trono, ha de compartir el corazón de su marido con otras 600 mujeres que componen el harén del rey de Siam.



—¡Doscientos cincuenta y seis mil francos!, exclamó el general. ¿Está usted loco?

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

Entonces Anie se desnudó con lentitud y se arregló un gracioso tocado de noche; como Sixto había manifestado sorprenderse, casi enojarse, la primera vez que su esposa le había esperado, no quería Anie que aquella noche sucediera lo mismo; hallándola dormida, comprendería Sixto inmediatamente que su mujer no pensaba dirigirle reconvención ninguna.

Pero Anie no se durmió, y si el tiempo le había parecido pesado cuando podía moverse, ir, venir, pasear, empezó á ser verdaderamente insoportable en la obscuridad de la alcoba y en la inmovilidad del lecho; el reloj del vestíbulo daba las horas y las medias, pero el intervalo que mediaba entre las unas y las otras le parecía tan excesivamente largo que muchas veces se figuró Anie que el reloj estaba parado.

Las once, las once y media, las doce, las doce y media, la una... ¿Era posible? ¿Por qué no volvía Sixto? ¿Qué le había ocurrido? En la obscuridad de la noche, ¿no podían haberle sorprendido y asesinado en aquellos caminos desiertos? Anie veía como si estuviese pasando por ellos los sitios peligrosos, los recodos del crimen.

Inquieta, desasosegada saltó del lecho para leer el telegrama, que sabía de memoria: «Hasta la noche;» esto no era decir: «Volveré tarde.» «Hasta la noche,» significaba evidentemente antes de las doce. Y sin embargo, era ya la una y media; las dos, las dos y media.

Anie tenía calentura; había momentos en que escuchaba los ruidos exteriores con tal ansiedad y con tan vivo interés que su corazón parecía haberse detenido dejando de latir.

Por último, poco después de haber dado las dos y media reconoció la joven

sobre la arena del jardín el paso con que tan familiarizados estaban sus oídos y súbitamente una frescura consoladora sustituyó al ardor de la fiebre que la devoraba. ¡Era él! ¿Qué importaba ya, toda vez que llegaba, el motivo de su tardanza? Pues qué, ¿no había mil razones (que entonces se presentaban á su imaginación, cuando pocos minutos antes no se le ocurría ninguna) que hubieran podido detenerle?

La joven, sin embargo, advirtió con alguna extrañeza las precauciones que tomaba Sixto para subir, así como se sorprendió de que su marido en vez de entrar desde luego en la alcoba se dirigiese al despacho. ¿No sentía, pues, aquella impaciencia febril con que ella le esperaba?

No pudiendo dominarse más, pensó Anie saltar de la cama para salir al encuentro de Sixto y abrazarle y besarle apasionadamente; ¿pero no habría en esto una especie de reconvención muda que podía entristecerle? Pensando esto creyó que lo mejor sería no moverse y fingirse dormida.

Por eso cuando Sixto levantó el transparente y proyectó sobre Anie la luz de su bujía la encontró sumergida en un profundo sueño, tan profundo que cualquiera otro que no hubiese estado tan perturbado como Sixto lo estaba se habría preguntado seguramente si aquel sueño era natural ó fingido.

Entre sus párpados medio cerrados había visto Anie, iluminado por la bujía, el semblante convulso y trastornado de su esposo, y esta observación, unida á las muchas precauciones adoptadas para no despertarla, reproducía su alarma y sus inquietudes.

¿Qué sucedía? O por mejor decir, ¿qué había sucedido?

La puerta de comunicación entre el dormitorio y el despacho estaba cerrada, por consiguiente nada podía ver ni oir la joven de lo que pasaba en el despacho; y como no se atrevía á incorporarse en el lecho – lo cual le hubiese permitido dirigir sus miradas por encima de la meseta de la chimenea – no veía tampoco á su marido, lo cual indicaba que éste debía de haberse sentado á la mesa de escritorio, colocada precisamente delante de la chimenea.

Afortunadamente la disposición particular de aquellas dos habitaciones y de sus mobiliarios respectivos favorecían los deseos de Anie: la cama, el cristal, la mesa de escritorio de Sixto se encontraban en una misma línea recta, y en la pared opuesta del despacho, como en la prolongación de la misma recta, frente por frente de la cabecera del lecho había colgado un espejo con una inclinación tal que reflejaba la mesa de Sixto y la chimenea. Si Anie encontraba una manera de colocar la cabeza sobre la almohada que le permitiese mirar al espejo, á través de la ventana, vería lo que su marido estaba haciendo.

La joven logró sin dificultad lo que se proponía, procurando no hacer movimientos demasiado bruscos que habrían llamado la atención de su marido; éste á la sazón escribía.

¡Qué sombrío estaba su rostro! ¡Qué agitación se notaba en su mano! De vez en cuando deteníase un momento y después volvía á comenzar con una decisión y un apresuramiento que demostraban tanto la claridad de sus ideas cuanto la violencia de su emoción. Cuando vió Anie que su marido después de terminar la carta rendía la cabeza entre sus manos, manifestando terrible dolor y desesperación y desaliento, sintióse acometida de un temor que no la dejaba respirar.

¿A quién escribirá? ¿Qué escribirá? Muy horrible debía de ser el contenido de aquella carta cuando de tal manera trastornaba á su esposo.

Anie vió después que Sixto escribía algo en el sobre; por la brevedad adivinó que se trataba de un nombre solamente, corto como el suyo, compuesto de cuatro ó cinco letras. Pero ¿por qué le escribía si sólo necesitaba abrir una puerta para estar á su lado?

Había en todo esto un misterio que Anie, en la perturbación que sentía, no lograba penetrar.

Además la joven seguía con la vista á su marido y no podía detenerse en reflexionar ni en hacer cálculos por su cuenta.

Cuando Sixto sacó de un cajón de su mesa un papel en el cual Anie había visto un sello, creyó reconocer la joven el testamento de su tío Gastón; pero el movimiento hecho por Sixto para quemar aquel papel á la luz de la bujía y arrojarlo después á la chimenea fué tan rápido que no pudo la joven cerciorarse de que había visto bien; una gran claridad de llama reflejada por el espejo llegó hasta la alcoba, alumbrando por un momento aquella obscuridad, y sólo duró dos ó tres segundos.

Casi inmediatamente entró Sixto en la alcoba y se dirigió al lecho; fué realmente un milagro que Anie no se vendiese cuando su marido, después de contemplarla unos instantes, la besó en la frente.

Poco después Gastón ocupaba su sitio en el lecho al lado de Anie y ésta necesitaba hacer un esfuerzo supremo para no arrojarse desolada en sus brazos.

XI

Los ruidos de la ciudad y del puerto comenzaban ya á confundirse á lo lejos, cuando Sixto, aniquilado por las emociones, se quedó dormido, inclinada su cabeza sobre el hombro de Anie.

Ésta permaneció inmóvil durante una hora muy larga para no turbar aquel pesado sueño; aunque era grandísimo su anhelo de averiguar lo que contenía el papel escrito por Sixto, acerca del cual su angustiada imaginación le hacía sospechar las cosas más terribles sin que la pobre joven se atreviera á fijarse en ninguna ni tampoco á rechazarla, no se movió del lecho. Si ella podía levantarse antes que su marido, podría ver el papel; si por el contrario Sixto se levantaba primero, Anie seguiría siendo víctima de su ansiedad y de su angustia.

Los cristales de las ventanas que daban á Oriente comenzaban á blanquear, ya en el cielo se dibujaban estas franjas de clarobscuro que anuncian la proximidad del día; unos cuantos minutos más y la costumbre de levantarse á determinada hora iba á despertar á Sixto.

Efectivamente el marido de Anie se movió un momento; creyó la joven que ya se despertaba, pero Sixto se limitó á levantar la cabeza del hombro de su esposa y volvió á dormirse; entonces Anie pudo, con mucha precaución, deslizarse de la cama al suelo.

Procurando no producir ruido se dirigió al despacho cuya puerta no había sido cerrada y llegó á él conteniendo hasta la respiración. Precipitadamente fué á la mesa y se apoderó de la carta que estaba encima; pero como el día no era aún demasiado claro, no pudo leer lo que había escrito en el sobre, Anie se aproximó á la ventana y separando una cortina leyó:

«Anie»

No se había equivocado: temblando de pies á cabeza como una azogada bajo la mano pesada y fría de la desgracia que sobre ella caía, abrió el sobre con una horquilla de las que sujetaban sus cabellos.

Antes de terminar la lectura Anie lanzó un grito espantoso, atravesó corriendo el despacho y la alcoba y llegó hasta el lecho, donde se lanzó sobre su marido estrechándole entre sus brazos:

– ¡Morir tú!

Sixto la miró como aturdido; después, como viese que Anie tenía la carta en sus manos, preguntó:

– ¿Has leído?

– ¿Acaso estaba yo dormida?

– Pues si has leído, nada tengo que decirte.

– Estás loco.

– ¡Ah!

– Pero esta fortuna, todo lo que poseemos, te pertenece.

– He quemado el testamento.

– Sea tuya, sea nuestra, ¿qué importa si con ella podemos pagar lo que debes?

– Tu padre no debe nada.

– No le conoces; mi padre pagará como pagarías tú mismo; tu muerte no vendría á resolver nada; y aunque algo resolviera, ¿crees que querríamos una fortuna lograda á este precio?

– No quiero arruinar á tu padre; no quiero arruinarte.

– Convéncete de que pagaremos; debiendo tú, debemos nosotros; esta fortuna no es nuestra, es tuya, y aun cuando fuese nuestra sería lo mismo. ¡Dices que has reflexionado! No, no has reflexionado; bajo el golpe de la desgracia está extraviada tu razón. ¿Puede haber para nosotros algo más precioso que tu existencia? ¿Te figuras, adorado esposo, amor de mi alma, que si tú murieses no moriría yo contigo?

Mientras hablaba así con desordenada vehemencia Anie estrechaba á Sixto entre sus brazos y sólo dejaba de hablar para cubrir su rostro de besos apasionados.

– ¡Ah! ¡Dices que me quieres! ¿Y demuestras tu cariño abandonándome? ¿No es todo preferible á esta separación? ¡La ruina, la miseria! ¿Por ventura no las conozco? ¿Qué sería para mí esa tranquilidad de que hablas? No quieres que me vea empobrecida por causa de un marido culpable; ¿quedaría yo menos empobrecida cuando pagásemos lo que has perdido?

Estas manifestaciones impetuosas de amor trastornaban á Sixto y comenzaban á quebrantar su propósito.

– No puedo pedir nada á tu padre.

Tú no, yo sí. Salgo para Ourteau. En cinco horas estoy de vuelta aquí con mi padre; esta noche pagas.

– ¿Y dónde quieres que tu padre encuentre esa cantidad?

– No lo sé, pero la encontrará; hipotecará algo, venderá, hará lo que sea preciso.

– Sí, venderá su tierra, que era su encanto.

– Su tierra no ha sido suya nunca; es tuya.

– Esa generosidad vuestra, ese sacrificio, ¿no me convertirán en el más miserable de los hombres? ¿Qué voy á ser después de esto para todo el mundo?

Estas palabras de su marido dieron ánimos á Anie, que respiró algo más tranquila; cuando su marido pensaba en el porvenir era que empezaba á estar convencido.

– ¿Ha deshonrado nunca á nadie una deuda de juego pagada? Quedando á salvo tu honra, ¿qué importa lo demás? Con tal de que vivamos juntos, cualquier rincón de la tierra me parece aceptable.

El tiempo apremiaba; era necesario adoptar prontas determinaciones; en la situación de vacilaciones y dudas en que Sixto se hallaba en aquel minuto, no podía conseguirse esto si Anie no se resolvía á dirigirlo todo. Comprendiéndolo ella así, le dijo:

– Parto para Ourteau inmediatamente; tú vas á ir á la oficina como todos los días, y en llegando allí confiesas todo lo sucedido al general; dentro de muy poco la ocurrencia será conocida en todas partes; es preferible que tu jefe sepa la verdad por ti mismo. Pero antes de separarnos vas á jurarme, poniendo tus labios sobre lo míos, que puedo tener en ti confianza completa.

Tranquila ya, tanto por este juramento cuanto por el abrazo lleno de gratitud y de promesas de amor y muestras de remordimiento con que Sixto se había despedido, partió Anie para Ourteau al propio tiempo que su marido se dirigía á la oficina.

No bien entró en ella fué llamado por el general; éste había pasado muy mala noche, y para consolarse sentía la necesidad de tener alguien á quien reñir; apenas vió á Sixto le preguntó:

– ¿Ha paseado usted esta mañana?

– No, mi general.

– En efecto, hoy no huele usted á mar.

– Sin embargo, he pasado parte de la noche fuera de casa, dijo Sixto aprovechando la ocasión que se le presentaba.

– ¿Con la Sra. Sixto? ¡Extraña ocurrencia!

– No, mi general. Solo; y la noche ha sido terrible para mí.

– ¿Sí?

Inmediatamente Sixto contó lo que había pasado sin atenuar nada.

– ¡Doscientos cincuenta y seis mil francos! exclamó el general. ¿Está usted loco?

– Sí, lo he estado.

– ¿Y ahora? ¿Va usted á pagar ó no va usted á pagar?

– Mi mujer, que acaba de partir para Ourteau, afirma que su padre pagará.

El general, que en un acceso de cólera se había levantado, medía el despacho arrastrando la pierna y murmurando por lo bajo:

– ¡Un oficial agregado á mi persona!

De pronto deteniéndose enfrente de Sixto le preguntó:

– Y ahora ¿qué se propone usted hacer?

– Desapareceré, mi general, si usted me concede mi libertad.

– ¡La libertad de usted! Me importa muy poco la libertad de usted... No se ha visto nunca una cosa como esta. ¡Doscientos cincuenta y seis mil francos además de los setenta y cinco mil! ¡Esto es realmente insensato!

Después, advirtiendo que iba á dejarse dominar por la cólera y recordando cuánto le perjudicaba el irritarse, se dominó y dijo á Sixto:

– Caballero, vaya usted á cumplir sus obligaciones.

Al cabo de un cuarto de hora el general llamó á Sixto otra vez; el joven encontró á su jefe más tranquilo y esperó á que le dirigiese la palabra, como lo hizo efectivamente preguntándole:

– ¿Está usted en disposición de oir un buen consejo? Váyase usted al Tonkin. Mi hermano está indicado para una comandancia en aquel punto; si como es posible no tiene persona de su confianza, acaso consienta en llevar á usted con él. Dentro de dos años, cuando usted regrese, todo se habrá olvidado. Envíele usted un telegrama en este sentido.

– Esta última prueba de interés que usted me da quedará grabada en mi corazón.

– Da lo mismo; no comprenderé nunca que cuando tantos infelices pierden su salud por ganarse la vida, haya hombres afortunados que encuentren placer en destruir la suya.

Entretanto seguía Anie el camino de Ourteau estimulando al cochero para que anduviese de prisa. Al verla entrar su padre lo mismo que su madre adivinaron en la fisonomía trastornada de la joven que debían prepararse á resistir un golpe cruel.

Anie explicó inmediatamente lo que había sucedido; escuchaba su padre anonadado, y su madre la interrumpía frecuentemente lanzando exclamaciones de indignación.

– ¿Se figura acaso tu marido, gritó la señora de Barincq, que vamos á pagar también esta cantidad y á reducirnos á la miseria por causa suya?

Entonces Anie refirió la historia del testamento de Gastón; cómo lo había encontrado Sixto; por qué no había querido utilizarlo; en qué ocasión lo había reducido á cenizas, y después de haber contado todo esto dijo á su madre:

– Por consiguiente, lo que ha perdido era suyo.

Pero la señora de Barincq, no queriendo dar su brazo á torcer, preguntó:

– ¿Y qué prueba hay de que ese testamento era legítimo?

A esto contestó su marido:

– Es evidente que ese testamento era el mismo que Gastón había depositado en casa de Revenacq y que era perfectamente legítimo.

– Legítimo ó no, ya no existe.

– Para los demás es cierto; para nosotros, como si existiera.

– ¿Piensas pagar?

– No veo la manera de hacer otra cosa.

– ¡Arruinada otra vez! ¡Cuánto más habría valido morirse que ver esto!

No se reducía todo á tener el propósito de pagar, era necesario saber dónde y cómo se encontraría el dinero necesario. El Sr. Barincq y su hija se dirigieron desde luego á casa de Revenacq; pero cuando el notario hubo escuchado la relación de Anie manifestó su desesperación elevando al cielo los brazos.

– No creo que haya quien consienta en prestar doscientos cincuenta y seis mil francos sobre las tierras de Ourteau, que están ya gravadas con una hipoteca de ciento diez mil.

– Pero estas tierras, dijo Anie, valen más de un millón.

– Eso depende de muchas cosas: del que haya de dar el dinero y de la ocasión en que se le pida. Consideren ustedes además que en la propiedad están haciéndose reformas, que los trabajos emprendidos están principiando y que no han de dar sus resultados hasta que transcurra mucho tiempo; que para muchas gentes esos trabajos han disminuído en un cincuenta por ciento lo menos el valor de esas tierras. Este lenguaje que empleo ahora es el de los prestamistas. Indudablemente tendremos contestación satisfactoria para estas observaciones; pero ¿cómo serán recibidas? De todas maneras, no tengo cliente alguno á quien pedir prestada esa cantidad en tales condiciones.

– ¿Y no podría usted encontrar un prestamista dirigiéndose á otro notario?, preguntó Anie.

– Encontraremos siempre las dificultades que acabo de exponer á ustedes; pero en fin, podemos intentarlo en Bayona.

– Llevaré á usted y á mi padre allí en el coche.

Revenacq vacilaba aún, pero cedió por último.

Era la una de la tarde cuando llegaron á Bayona, y habían dado las cuatro cuando Barincq, acompañado de Revenacq, hubo concluído sus visitas á los siete notarios de la población: de estos siete, cuatro rehusaban decididamente el negocio y tres exigían tiempo; era necesario tomar informes y valuar las tierras.

– No tenía yo grandes esperanzas, dijo Barincq, pero estaba en la obligación de hacer la tentativa; ahora no nos queda más remedio que dar un paso y, por muy doloroso que para mí sea, es preciso darlo: ver al Sr. de Arjuzanx, que debe de estar seguramente en su casa esperando á Sixto: vamos á Biarritz.

En efecto, el barón estaba en su casa y recibió inmediatamente á Barincq y á Revenacq.

– No me presento á usted en nombre de mi yerno, dijo Barincq; me presento en mi nombre propio para sustituir al Sr. Sixto en concepto de deudor de usted.

El barón permaneció impasible y en la actitud fría y altanera que desde el principio de la entrevista había adoptado.

– Vengo por consiguiente como deudor de usted por la cantidad total de trescientos cuarenta mil francos á preguntarle qué arreglo podría convenir á usted para el pago de ese capital.

– ¿Arreglos?

– Se darán todas las garantías necesarias, dijo Revenacq acudiendo en auxilio de su antiguo compañero cuya emoción daba lástima.

– Y yo, continuó Barincq, añado á lo dicho por mi amigo que los plazos señalados por usted quedan desde luego aceptados con una sola condición: la de que estén escalonados razonablemente.

– Usted es hombre de negocios, dijo el barón con altanería.

– Lo he sido.

– Y viene usted á proponerme un negocio; bueno como negocio, porque usted, propietario rico, viene á sustituir á su yerno que nada tiene y acepta usted como suyas las deudas de Sixto.

Aquí Arjuzanx interrumpió por un instante su discurso, lo cual hizo que Barincq se creyese en el caso de contestar:

– Exactamente, hago mía esa deuda y me reconozco como deudor único.

Arjunzanx, que estaba sentado, se levantó y contestó con altivez fría:

– Caballero, no hago negocios; se trata de una deuda de juego que debe pagarse dentro de las veinticuatro horas, no de una deuda ordinaria para la cual se pueden pactar acomodamientos ante notario; no acepto á usted como mi deudor; creo preferible conservar el verdadero.

– Usted mismo acaba de decir que ese deudor carece de fortuna.

– Precisamente por eso tengo empeño en que sea él mi deudor; esto demuestra que no soy un hombre metalizado, como sin duda usted creía. El yerno de usted ha hecho traición á mi confianza, á nuestro compañerismo, á nuestra amistad. Me ha quitado la mujer á quien yo amaba; le quito su honra; estamos pagados.

Cuando Barincq y Revenacq se encontraron fuera de la casa anduvieron un gran rato uno al lado de otro sin cruzar una sola palabra.

De pronto el notario, como si dejase escapar lo más íntimo de su pensamiento murmuró:

– ¡Qué hombre!

– ¡Y habría podido ser marido de mi hija! Por muy culpable que sea el desdichado Sixto, á lo menos tiene corazón.

Los dos amigos llegaron á la estación del ferrocarril; al penetrar en la estación dijo Barincq sonriendo melancólicamente:

– Pues señor, para haberme pasado toda mi vida pensando en el bien de mi prójimo, he despachado bastante mal los asuntos de mi familia y los míos.

– ¿Y ahora?

– Ahora no queda más remedio que vender las tierras.

– Pero en esta estación, en tales condiciones, la venta sera desastrosa.

– ¿Y qué hemos de hacer? Soportaremos el desastre.

– ¡Pobre amigo mío!

– Sí, el sacrificio será duro; me había yo enamorado de estas tierras con ese amor tenaz propio de la vejez; en ellas había puesto mis últimas esperanzas; pero me digo á mí mismo que realmente no he sido nunca legítimo propietario de la hacienda, y que si el testamento de Gastón hubiera sido presentado á su debido tiempo, nada de lo que ha ocurrido habría pasado: yo no me hubiese establecido en Ourteau, ni hubiese emprendido estas obras, el Sr. de Arjuzanx no hubiese pensado en pedirme la mano de Anie, Sixto no se hubiera casado con ella y hoy no caería yo pesadamente desde las alturas de una posición desahogada al abismo de la miseria.

XII

Iban á dar las seis y media en el reloj de la *Oficina Cosmopolita*, y Bernabé en el hueco de una ventana acechaba á lo lejos por la carrera la llegada del ómnibus del ferrocarril de Vincennes.

En aquel momento el director, Sr. Chabertón, salió de su despacho, acompañado por un cliente, y todos los empleados en sus respectivas jaulas enrejadas se pusieron con afán al trabajo.

– No se le distingue todavía.

– Pues ya que aún tenemos tiempo, dijo en son de súplica el cliente, déjeme usted explicarle...

Pero el Sr. Chabertón, sin prestar oídos al que le hablaba, se aproximó á uno de los enverjados y dijo:

– Sr. Spring, que no dejen de estar arregladas para mañana por la mañana las patentes inglesas del asunto Roux.

– Lo estarán.

Chabertón, dirigiéndose á otra de las jaulas, continuó diciendo:



– Sr. Barincq, dijo, ¿está concluído ese dibujo?

– Sr. Morisett, mañana así que usted llegue ha de preparar un estado de los gastos de Ardant.

– Sí, señor.

– Tiene usted que observar un dato de mucha importancia, dijo el cliente empeñado en hacerse oir.

Pero Chabertón, que hacía oídos de mercader á estas recomendaciones de última hora, prosiguió su correría por delante de las jaulas de sus empleados.

– Sr. Barincq, dijo, ¿está concluído ese dibujo?

– Lo estará dentro de media hora.

– Suplico á usted que no resulte demasiado seco, que tenga algo de *chic;* es necesario colocarse dentro de las corrientes modernas.

Bernabé se adelantó y dijo:

– El ómnibus.

Chabertón entonces se echó al hombro el abrigo, tomó en la mano su bastón que hasta entonces había llevado debajo del brazo, y se dirigió apresuradamente hacia la puerta, seguido siempre de su interlocutor, el cual por lo visto estaba resuelto á no soltarlo ni á tres tirones.

Cuando la puerta de las oficinas se hubo cerrado detrás de ambos personajes, levantóse gran estrépito en los escritorios, é inmediatamente sacó Srping del cajón de su mesa una lámpara de alcohol y la encendió.

– Ya se conoce que hoy es martes, dijo Belmanieres, ya principian las porquerías inglesas.

– Ya se conoce, replicó Spring, que hoy, lo mismo que todos los días, continúan las sandeces groseras del Sr. Belmanieres.

Contra su costumbre Belmanieres no se enojó; antes por el contrario, dijo con mucha tranquilidad:

– Eso prueba que las costumbres no son como la existencia; en la existencia hay variedad, en las costumbres hay monotonía. Yo, por ejemplo, soy tan grosero y tan sandio hoy como lo era ayer y como lo era hace seis meses, y el Sr. Barincq en vez de representar el papel de ricacho rural como hace seis meses, dibuja en madera para la *Oficina Cosmopolita*, donde afortunadamente para él ha encontrado su antiguo puesto.

– No mezcle usted al Sr. Barincq en sus bromas, dijo en tono de autoridad el cajero.

– Lo que digo, replicó Belmanieres saliendo de su habitación, nada tiene de ofensivo para el Sr. Barincq; muy al contrario, proclamo y proclamaré siempre en voz muy alta que un hombre de sesenta años cuando se encuentra repentinamente arruinado y tiene la suficiente entereza de carácter para volver á sus antiguos trabajos sin lanzar una queja, merece toda mi estimación. Si en otras ocasiones me he permitido dar alguna broma al Sr. Barincq, estoy resuelto á no dárselas en lo sucesivo, y ya que se me ha presentado la oportunidad de decirle cómo pienso, se lo digo. Así soy: digo lo que pienso, todo lo que pienso, francamente, y me importa un rábano que algunos se disgusten. Ya lo oye usted, Sr. Morisett, me importa un rábano, menos todavía.

Belmanieres gritaba esto delante del cuchitril del cajero, adoptando aires provocativos; de pronto la puerta de la oficina se abrió y esta circunstancia restableció el silencio.

– ¿Mister Barincq?, dijo una voz con acento extranjero.

– Aquí está, respondió Bernabé, conduciendo al recién llegado á la mesa del Sr. Barincq.

– *¡Do you speak english!*

– Sr. Spring, gritó Barincq.

– El Sr. Spring apagó su lámpara de muy mala gana para acudir al llamamiento; entonces comenzó entre el Sr. Spring y el extranjero una conversación en inglés.

– Dice este caballero, tradujo Spring, que ha visto en el *Salón* dos cuadros firmados Anie; que esos cuadros le han gustado y que desea comprarlos; como en el catálogo ha leído que para esto es preciso tratar con usted en esta oficina, pregunta el precio de estos cuadros.

– Mil francos contestó Barincq.

– Dice este caballero, prosiguió traduciendo Spring, que si le parece á usted bien dará mil quinientos francos por los dos; y que si la señorita Anie tiene otros cuadros del mismo género, es decir, que representen paisajes de la misma comarca y del mismo colorido brillante, probablemente los comprará y quiere verlos.

– Diga usted á ese caballero, respondió Barincq, que puede ir mañana ó pasado mañana á Montmartre, calle del Avreuvoir; indíquele el itinerario que ha de seguir para llegar á esa calle.

Sin preguntar más, el aficionado entregó su tarjeta á Spring, se despidió con una ligera inclinación de cabeza y salió de la oficina.

La tarjeta sólo contenía lo siguiente:

CARLOS HALIFAX

75, Trimountain Str. Boston.

Barincq no tuvo tiempo para recibir las felicitaciones de sus compañeros porque anhelaba concluir pronto el dibujo para llevar cuanto antes tan buena noticia á su casa de la calle del Abreuvoir.

Cuando Barincq entró en el taller en que se hallaban su mujer y su hija, Anie comprendió inmediatamente que había ocurrido alguna cosa agradable.

– ¿Qué sucede?, preguntó Anie con interés.

Barincq contó la visita del americano.

– ¡Hola! ¡Hola!, dijo sonriéndose Anie.

– ¡Hola! ¡Hola!, repitió Barincq como un eco.

– ¡Mil quinientos francos!

Y mirándose uno á otro, hija y padre comenzaron á reir.

– ¡Hola! ¡Hola!

– ¡Hola! ¡Hola!

La señora de Barincq no tomaba parte en aquella escena de alegría; antes por el contrario, mirando á su marido y á su hija con extrañeza les dijo:

– Me admira que podáis reir.

– Me parece, dijo Barincq, que hay bastante motivo.

– ¿No te lisonjea este gran éxito de los paisajes de Ourteau?, dijo Anie.

– No me habléis de Ourteau en la vida, gritó la señora de Barincq.

– Mamá, hemos de ser justos: á Ourteau debo el estar casada con un hombre á quien quiero con toda mi alma; aquellas tierras de Ourteau me han enseñado á ver la naturaleza; si no hubiese sido por Ourteau seguiría confeccionándome bonitas túnicas de papel para pescar un marido que probablemente no encontraría nunca. Y sin mi permanencia en Ourteau continuaría yo pintando cuadros con arreglo á patrón de taller... y los americanos no me los comprarían. Si soy feliz, si tengo en mis manos un medio de vivir con desahogo y de que vosotros viváis conmigo, ¿no vale esto tanto como una fortuna?

TRADUCCIÓN DE A. SÁNCHEZ PÉREZ

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA ELECTRICIDAD EN ALEMANIA

ASCENSORES ELÉCTRICOS. – GRÚAS ELÉCTRICAS. – EMPLEO DE MOTORES ELÉCTRICOS EN LOS TALLERES

Las aplicaciones eléctricas son más numerosas cada día, y se comprende, puesto que la energía eléctrica se presta á una serie de transformaciones que pueden ser en alto grado favorables para satisfacer las necesidades de la industria.

Entre los países de Europa en donde más abundan y prosperan esas aplicaciones preciso es citar á Alemania, cuyos industriales emplean la electricidad para mover los ascensores, las grúas, las maquinarias de grandes talleres y otras instalaciones mecánicas.

En las grandes ciudades alemanas son muy numerosos los ascensores que funcionan por medio de la presión del agua procedente del conducto de la distribución general de la ciudad y recogida en un depósito en la parte superior de la casa ó conducida allí por medio de una bomba y de un motor de gas. Si suponemos un ascensor de una fuerza de 500 kilogramos instalado en una casa de 18 metros de altura que efectúe 100 viajes al día, el precio de entretenimiento para la carga máxima resultará á 1'287 pesetas diarias con una bomba y un motor de gas, dado que éste consume 900 litros por caballo y hora y que el precio del gas es de 20 céntimos el metro cúbico, y de 11'075 con el agua de la población calculada á 0'18 pesetas el metro cúbico. En las mismas condiciones, un motor eléctrico realiza igual trabajo por 1'675 pesetas para la carga máxima y de 0'968 para las dos quintas partes de la carga total, puesto que la energía eléctrica cuesta 30 céntimos por kilovat y hora. Además de la economía procurada hay que tener en cuenta que aplicando la electricidad á los ascensores se evitan multitud de complicaciones en la instalación, en la explotación y en el servicio de los mismos.

Entre las diferentes grúas eléctricas hasta el presente construídas mencionaremos la instalada en el puerto de Hamburgo para descargar los buques, que representa nuestro grabado fig. 2. Está fijada en un inmenso puente móvil que funciona sobre el muelle, y su mecanismo va encerrado en un pequeño compartimiento de hierro que sostiene una gran palanca de 10'75 metros: en su extremo hay una polea por la cual se desliza la cuerda que sostiene los fardos. La fuerza de la grúa es de 2.500 kilogramos. Un motor de 40 caballos imprime el movimiento á la cuerda para subir ó bajar las diferentes cargas y otro de 8 caballos permite hacer girar la palanca y llevar los fardos sobre el muelle. La energía eléctrica la suministra la estación de alumbrado del puerto. Las maniobras son sencillísimas y pueden ser ejecutadas con toda la rapidez deseable, y para evitar los accidentes que pudiera ocasionar la rotura de un cable completan la instalación una porción de aparatos se seguridad. El empleo de la electricidad en esa grúa ha permitido realizar notables economías que ascienden á 20 y hasta á 25 por 100 sobre los sistemas de vapor.



Fig. 1. Vista de un taller de Berlín que funciona por medio de la electricidad

Ocupémonos ahora de la introducción en los grandes talleres de los motores eléctricos que ofrecen ventajas inapreciables. Hasta ahora las transmisiones mecánicas se verificaban por medio de largos árboles, poleas y correas que se cruzaban en todos sentidos, sistema que además de las muchas complicaciones á que daba lugar disminuía notablemente los productos, hasta el punto de que no era caso raro el de que sólo se utilizase como potencia útil el 15 ó el 20 por 100 de la potencia total disponible de la máquina. Con los motores eléctricos se evitan todos estos inconvenientes. Nuestro grabado fig. 1 representa un importante taller mecánico de Berlín, en donde hay establecida una distribución de energía eléctrica: cada obrero tiene delante de sí ó á su lado una toma de corriente con su conmutador para alimentar el motor que quiere hacer funcionar: todas las transmisiones intermedias quedan suprimidas y los motores pue

den ser parados en el momento mismo en que no es necesario su funcionamiento. Difícil sería, en el estado actual, apreciar exactamente la economía que puede resultar del empleo de tal sistema, pero cabe asegurar que no serán pequeñas y que compensarán sobradamente los gastos efectuados para reemplazar las actuales transmisiones. En el primer término de nuestro grabado se ve funcionar una máquina perforadora portátil colocada sobre un carretoncito móvil; por medio de un cable fino se toma una derivación de corriente; á la izquierda y á la derecha hay diversos motores y en la parte superior un puente móvil que puede correr en toda la longitud del taller y transportar las piezas de un extremo á otro.

En Francia existen pocas aplicaciones mecánicas de la energía eléctrica análogas á las descritas; pueden, sin embargo, citarse algunas interesantes instalaciones, especialmente en los talleres militares de Puteaux, en los talleres que la Compañía del ferrocarril del Norte tiene en Saint-Ouen-les-Docks y sobre todo en los talleres de una fábrica de máquinas de coser establecida en París, en donde las 128 máquinas funcionantes habrían necesitado una serie de transmisiones complicadísimas.



Fig. 2. Grúa eléctrica del puerto de Hamburgo

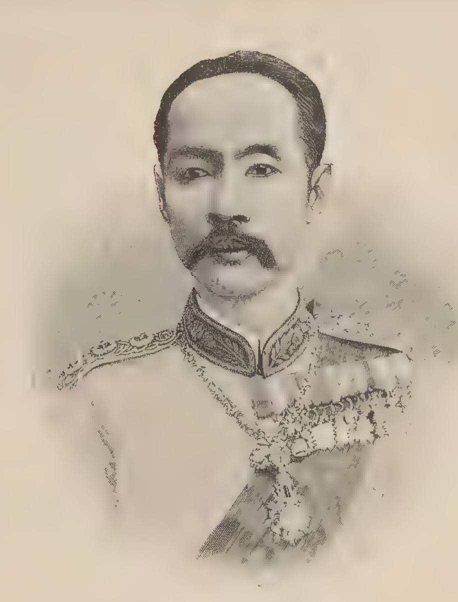
Además de las ventajosas condiciones de funcionamiento que puede procurar la transmisión de la energía eléctrica en un taller, hay que tener también en cuenta la mayor seguridad que resulta de este sistema, pues suprimidas gran parte de las transmisiones serán indudablemente menos frecuentes los accidentes personales. Asimismo es posible con este sistema colocar los generadores de vapor y los motores á buena distancia cuando su presencia en la fábrica pudiera constituir un peligro, como sucede, por ejemplo, en las fábricas de productos químicos, de pólvora, de aserrar, etc.

Por todas estas razones, las empresas de este género pueden adquirir gran desarrollo y hasta alcanzar tanta importancia como las del alumbrado.

Y el día en que las aplicaciones eléctricas adquieran este desarrollo, las estaciones centrales podrán utilizar un material que actualmente permanece inactivo y se abaratará considerablemente la energía eléctrica.

J. LAFARGUE

(De *La Nature*)



CHULALONGKORN I, REY DE SIAM (de fotografía)



SAVANGWADANA, REINA DE SIAM (de fotografía)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 21 de agosto de 1893 — Núm. 608

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo tercero y último de la obra de D. Antonio Flores AYER, HOY Y MAÑANA, con ilustraciones de Nicanor Vázquez

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La Indo-China. – Causas del interés que ha tomado por ella la diplomacia universal. – Despejo de incógnitas en las alianzas europeas. – Caracteres opuestos de la India y de la China en el espacio y en el tiempo. – Elementos de conflicto en la moderna Indo-China. – El sacrificio de Siam. – Los ingleses en Egipto y el jetife de Egipto en Constantinopla. – El califato musulmán. – Las competencias coloniales entre Inglaterra y Francia. – Conclusión.

Durante los días últimos no se habló de otra cosa en el mundo europeo que de la Indo-China. Próximos los franceses á un estruendoso rompimiento con Siam, temíamos todos violentísimos encuentros entre los dos Estados, en cuyas incidencias varias pudiera encenderse la guerra europea, y tras la guerra europea retrogradar el mundo moderno al cesarismo, que trae aparejada la barbarie. No se concentra la luz intelectual en foco tan grande y vivo como Francia, para que todos cuantos tenemos el culto á las ideas podamos convenir sin pena en verlo extinguirse ó debilitarse sin remedio. Y como en el planeta merezca Europa y en Europa merezca Francia el concepto de un condensador del alma de la humanidad y de la tierra, todos los hombres y todos los terrícolas que vivimos en ese aire vital del espíritu tenemos obligación de conservarlo, pues lo habemos menester ciertamente, como han menester de luz y calor solares todos los seres vivientes. Contando Francia hoy amigos tan dudosos como los rusos y enemigos tan resueltos como los alemanes, preguntámonos con anhelo sus partidarios hasta dónde llegará la increíble amistad de Rusia con Francia, pues el odio de Alemania sabemos hasta dónde llega, que es hasta valerse de cuantas coyunturas favorables se le presenten para hostilizarla, y si es preciso, hundirla. Durante larguísimo transcurso de tiempo nues-



UN INTRUSO, cuadro de Paris, grabado por Baude

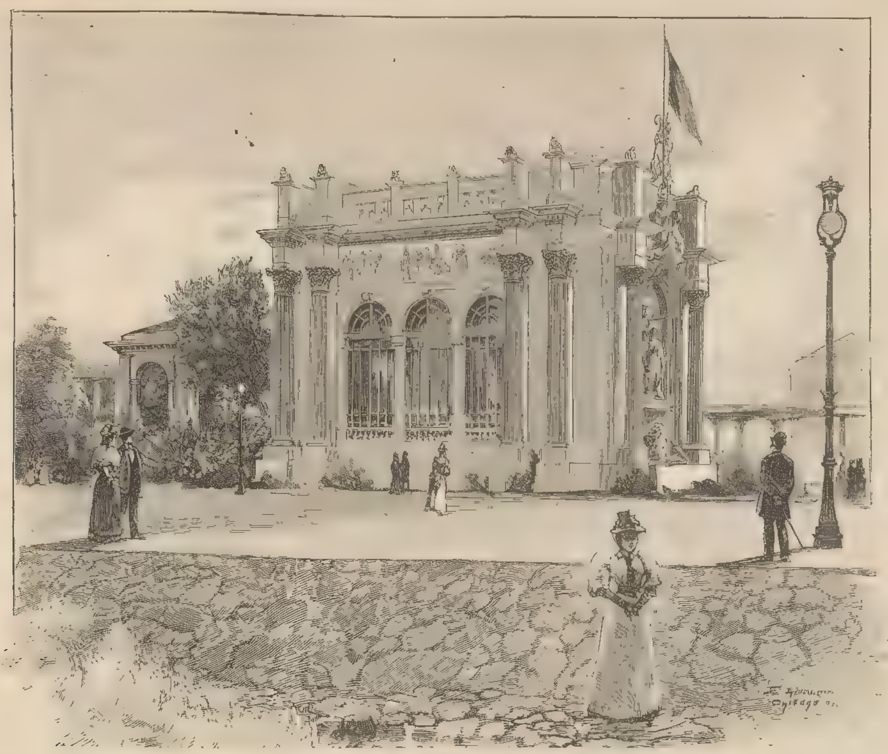
Salón de los Campos Elíseos. 1893

tro siglo corrió en el tranquilo cauce de la inteligencia y amistad entre Francia é Inglaterra subsiguiente á las guerras napoleónicas. Lo mismo la restauración, que la monarquía de julio, que el tercer imperio creyeron indispensable, para preservarse de Rusia y Austria, unirse con la Gran Bretaña. El abandono en que Inglaterra, encontrándose al frente y cabeza de ella un hombre tan de progreso y de humanidad cual nuestro eximio amigo el gran Gladstone, dejó á Francia en su conflicto con Prusia, y el tristísimo acuerdo de no coadyuvar, como Gambetta deseó en su tiempo, á la ocupación del Nilo con los ingleses, determinaron una separación entre las dos potencias más civilizadas y más civilizadoras del globo, haciendo inclinarse y torcerse hacia Rusia á Francia y hacia la triple alianza de alemanes, italianos y austriacos á la pacífica y parlamentaria Inglaterra. Mas todo esto se halla envuelto en los pliegues de un verdadero misterio. Nadie sabe hasta qué punto es amiga de Francia Rusia. Nadie sabe hasta qué grado propende á la cuádruple alianza Inglaterra. De aquí el interés consagrado por todos los políticos á la cuestión de Siam. En ella íbamos á despejar una incógnita y á ver cómo se agruparían los factores de la civilización en un verdadero conflicto. Mas, lo confieso, mi curiosidad no llega, magüer mi oficio de cronista é historiador, hasta querer enterarme de lo que sucederá en el día de la catástrofe, cual no quiero saber tampoco lo que sucederá el día de la natural extinción de nuestro planeta. Yo sigo creyendo, sin fundamento acaso, que si un día chocase Rusia con su natural enemiga Germania, los fusiles franceses se dispararían por sí solos, según el mucho carbón moscovita mezclado por el sentimiento público á su pólvora, mientras que si Francia cayese por su mal dentro de un conflicto análogo al de Rusia con Alemania, se mirarían mucho los rusos antes de auxiliar al verbo encarnado de la Revolución y de la República. En el mundo esclavón todo entero acaso predominan los afectos de amor á Francia por el correspondiente desamor á Germania; mas en el imperio moscovita, si reina entre las muchedumbres de los mujichs el odio á Germania, entre las gentes de distinción dura hoy mismo el culto á las ideas hegelianas y á las instituciones francesas, por lo cual se les ha llamado y se les llama hoy mismo á quienes tales ideas profesan los occidentales. Mas los verdaderos publicistas del terrón y del terruño ruso parecen á una enemigos de Francia y enemigos de Alemania. Yo creo haber leído en los escritores panslavistas á la última moda que la escuela liberal es el mayor enemigo de Rusia, que precisa espiar á los liberales como fieras dañosas y delatarlos al czar sin piedad al fin de ver si hay ó no justicia y los descabeza el verdugo cual merecen, que no tienen título y derecho alguno al afecto amistoso de Rusia los franceses modernos; y así, lo más interesante de todo en un conflicto entre Francia é Inglaterra era saber hasta qué punto ayudarían Rusia y los rusos á Francia, como Alemania y los alemanes á Inglaterra. No debe, por tanto, parecernos mucho que las gestiones de Rosebery en Londres y las gestiones de Dufferin en París se hayan reducido á indagar hasta dónde se hallaban de acuerdo los republicanos con el czar, maltratándolos en el caso de una inteligencia y defiriendo á un arreglo en el caso de litigar tan sólo por sus exclusivos intereses.

El uso ha llamado Indo-China de antiguo á una sola región, y esta región lleva el doble nombre de dos regiones aproximadas en el espacio, pero separadísimas por su naturaleza física y por la índole intelectual y moral de sus respectivos habitantes. Espléndida, multicolor, calurosa, oliente, la India subyuga ojos y olfato y oído con sus varios matices, con sus estruendos fragorosos, con sus aromas penetrantísimos, con su vida rebosante y de plétora, la cual, á modo de gigantesca erupción, estalla en fulguraciones volcánicas, dentro de cuyas vivas llamaradas y ardientes hervideros se contienen seres innumerables y parecidos al polvo de átomos encerrados en las emanaciones del sol. Aquellos fuertes aromas de la canela y del sándalo mezclados con las evaporaciones miasmáticas del juncal espeso y rojo; aquellos jugos que ahora os dan latidos tales como si la sangre se os doblara en las venas, y ahora os matan como un veneno sutil; aquellas palmas bajo las cuales penden los cocos y los dátiles, así como aquellas lianas cargadísimas con ramilletes y guirnaldas de gayos colores junto á molestos insectillos de voraces aguijones; tantas bellezas unidas con los microbios coléricos que se difunden desde los pantanosos ríos á los aires, con las víboras y las serpientes que alzan sus áspides de las entreabiertas fauces y silban, con los tigres que despiden del centelleo de sus ojos y del maullido de sus gargantas fosfóreos ecos de muerte sobre aquella gestación infinita de seres, todos embriagados por el exceso de la vida; tales contrastes, tan lejanos del desierto semítico cual de la serenidad helena, forman uno de los más extraños conjuntos que jamás hayan podido verse bajo el cielo, cual si, en vez de pertenecer tal región á este nuestro planeta, perteneciese á otros espacios más animados por el éter en otras fajas de lo infinito. Poned sobre aquel teatro las amplias piscinas religiosas sombreadas por sacros árboles, á cuya sombra los fieles se bañan; las capillas cargadas de amuletos y exvotos, donde los bracmanes se dan á sus múltiples devociones; las pagodas de mármoles y oro, parecidas por su brillo á monumentos labrados con pedrerías; las plantas litúrgicas, á la universal adoración asignadas por los dioses, mostrando varias de sus ramas teñidas en púrpura y otras varias plateadas, con lo cual prestan á la vegetación tonos metálicos; las rocas, por cuyos boquetes creen los fieles pasar de un estado de su ser á otro estado, y decidme luego si puede una externa y material naturaleza concordarse mejor con la índole íntima y con el espíritu interno de aquellas gentes que produce y cría. ¡Cuál contraste con China! Esta se parece mucho á las regiones occidentales de nuestra Europa y á las regiones varias de la América del Norte. Si bien por el Thibet y la Tartaria entra territorio tanto en las regiones boreales, mientras por la Indo-China entra en las regiones tropicales, la uniforme planicie del centro presta por su parte también monotonía y uniformidad indecibles, así al imperio como al pueblo. En el incendio casi solar de aquella extremada vida india, la fantasía de su población aria estalla como una grande fulguración astral, enviando en las nubes de humo rojizo, en los océanos de fuego voraz, en las cataratas de materias candentes á lo infinito, diosas y dioses sin número. En China la planicie uniformemente verde, la cordillera tirada según líneas regulares, los ríos de llanas orillas y de fácil navegación invitan á la medida y al cálculo y á la proporción, por lo cual quizás este pueblo extraño hace de las matemáticas como una teología, de los números como unos dioses y de las medidas como unas leyes. Bien opuestas India y China en verdad; mas á pesar de opuestas, han reunido sus nombres para darle á gran parte del Asia tal dispar denominación. Así como la India se asienta en la península gangética, se asienta en otra península cercana la Indo-China, en la península transgangética. Con la palabra Thai desígnanla sus habitantes, que significa tierra de libres. La parte más característica de toda ella por su nativa congruencia con el medio ambiente y de mayor importancia por su grandeza y por su población, es el disputadísimo y litigioso imperio de Siam, por quien hemos estado á dos dedos de la guerra universal. Encerrado entre la Birmania de los britanos y el Cambodge de los franceses, con cinco millones de habitantes en espacio de una extensión mayor que la extensión de Francia, los grandes ríos que lo bañan, llenos de cocoteros y de bambúes, le prestan su carácter propio de inmensa marisma, cargada con arrozales inacabables, que le dan grandes riquezas, y provenida de aluviones con detritus oceánicos, que le dan la inconsistencia casi de un barco, pues no parecen otra cosa sino naves sus cabañas casi acuáticas, movibles de continuo, á cuyas puertas nadan los ánades con los cisnes, por cuyas cercanías se pasean los elefantes y saltan los monos, sobre cuya techumbre gritan las monstruosas iguanas.

Nos hemos detenido ante la región esta, no ciertamente por entretenernos en meros recreos descriptivos, por caracterizar con sus elementos de vida sus elementos de conflicto. A su cabeza China, y á sus pies el mar Índico, y á un lado Birmania, y á otro lado Cambodge y Annam y Tonkín, no hay para qué decir cuántos conflictos puede suscitar con las naciones que se llaman protectoras de sus aguas y de sus tierras, no hay para qué decirlo, mucho más cuando son estas dos naciones, una tan colonial de antiguo como Inglaterra, y otra con tan grandes tenacidades á colonial aspirante como Francia. Basta decir que la corriente fluvial mayor de Indo-China, el Mekong, tiene una porción de factorías y poblaciones francesas, así como diversos pueblos ribereños admiten un protectorado francés, para decir cómo se disputarán tácita ó expresamente los situados en este punto con los ingleses situados en Birmania el imperio de Siam, mediador plástico entre ambas regiones, que puede, á guisa de puente levadizo echado sobre las aguas, levantándose ó bajando de continuo á voluntad, separarlas ó unirlas. Reíos de los barcos franceses apresados por Siam, del mal tratamiento inferido á los comisionistas, del disparo hecho sobre las cañoneras; todo eso es á la postre un conjunto de bien buscados ó bien invenidos pretextos para que Francia crezca y Siam decrezca en el Mekong. Y extendido Siam entre Birmania inglesa y Cambodge francés, no quiero deciros que toda mengua de Siam por las fronteras vecinas á Francia daña de rechazo á Inglaterra por causa de las fronteras birmanas, y que todo paso de Francia se halla sujeto á suscitar grandísimas aprensiones en el inmenso imperio británico. Por eso cuando un día supimos el *ultimátum* francés á Siam que demandaba mayor espacio en el Mekong, y tras el *ultimátum* vimos el bloqueo, recelando que con Francia estuviese Rusia y con Inglaterra Germania, temimos la conflagración universal. Pero el carácter industrial y mercantil, mejor dicho, el carácter trabajador de Inglaterra presta indudablemente á la grande nación un amor de la paz europea, muy análogo con el que siente la república sajona en el Nuevo Mundo por la paz universal. Y, amén de este carácter, Inglaterra tiene hoy al más humanitario de sus estadistas en la cabeza del gobierno, y este grande humanitario se halla metido en el problema de mayor dificultad que planteara en su vida, la reconciliación de Inglaterra é Irlanda. El proceder prudentísimo y conciliador y mesurado de lord Rosebery concuerda con esta situación del británico imperio en tan difíciles instantes, y sirve á la política gladstoniana con suma fidelidad en el mundo, al conjurar ese conflicto, contra lo que decían y aseguraban supersticiones bien infundadas, aunque muy extendidas, al punto de parecer universales. El ministro de Relaciones Exteriores no ha querido proteger muy resueltamente al rey de Siam, ó sea «el padre de la vida,» como le llaman sus vasallos, y ha dejado que Francia se dilate á su gusto por los ríos y lagos vecinos á las posesiones suyas declarando intangibles los territorios antes birmanos y hoy siameses por cesión de Inglaterra, sitos allende el 18° de latitud. Así ha querido establecer la especie de neutra zona, indispensable al amortiguamiento de todos los choques posibles entre Francia é Inglaterra en aquellos espacios. Hecho esto, conseguido esto, no tenía Inglaterra interés ninguno en que Francia se dilatara más ó menos por el Mekong y en que Siam perdiera más ó menos aguas en la fangosa marisma, sobre cuyos caños y canales se levanta este inmenso imperio. Evitar un conflicto de graves consecuencias para la paz intercontinental; evitar un bloqueo del Menan y del Mekong, que hubiese dañado al comercio británico en aquellos apartados territorios; averiguar hasta dónde llega el afecto amistoso á Francia de Rusia y qué impaciencia tiene Alemania por el rompimiento de hostilidades con Francia: he ahí todo lo capital ocurrido en las disidencias últimas entre los dos Estados libres, terminadas ya por un definitivo arreglo en que ambas á dos acaban de sacrificar á Siam.

Hartos motivos de disentimiento hay entre Francia é Inglaterra por la ocupación del Nilo, para que vengan las cuestiones del Mekong ahora y aflojen más y más los lazos indispensables al progreso universal. Sobre si había el joven virrey egipcio de ir ó no al Bósforo, hase armado contienda diplomática entre los embajadores de una y otra potencia, tan grande, que han colocado en gravísimo aprieto y apuro al sultán turco, necesitadísimo de unos y de otros. La fama, desde los comienzos del reinado de Abbas, imputaba un despego intensísimo del joven colegial teresiano á los tutores británicos, por detentarle su tesoro y ocupar militarmente su imperio, so pretexto de mantener el canal por completo libre y de conjurar las irrupciones nubias, á cada instante amenazadoras del bajo Nilo, y por lo mismo dañosísimas á la independencia y á la integridad del Egipto. La fama no marró en sus aprensiones, pues ha poco tiempo quiso el secuestrado monarca medir toda la extensión de su autoridad, nombrando un gobierno de su confianza, y tuvo que ceder á las imposiciones extranjeras, empeñadas en guardar allí un gobierno británico. Con suma facilidad se alcanza, por ende, cuánto contenderían entre sí los diplomáticos rusos y franceses de un lado y los diplomáticos alemanes y británicos del otro acerca de la expedición á Bizancio de un vasallo bizantino tan sujeto á triste vasallaje por la gente cristiana. En razón de los territorios asiáticos, Rusia; Inglaterra, en razón del imperio indio, donde hay tantos musulmanes; Francia, en razón de su Argelia y de su Túnez, pueden llamarse potencias islamitas y han por fuerza y necesidad de tratar y extenderse con las autoridades instituídas por el Alcorán y por las tradiciones alcoránicas en el planeta. Y la institución alcoránica por excelencia en el mundo es el califato, equivalente dentro de sus condiciones propias al grande Lama del Thibet, al Papa de Roma y al Patriarca de Grecia. La posesión del califato fué así la piedra preciosa, por cuyo logro lucharon los Absidas con los Omniadas, parientes del Profeta, en una guerra de exterminio, y por cuya representación se dividieron estas dos familias cercanas, pero enemigas, sentándose la una en el trono de Damasco y la otra en el trono de Córdoba. Nada más tentador al sultán que ser califa, sobre todo á este sultán sa



exposición universal de chicago. – El edificio de Francia, dibujo de E. Limmer

bio é idealista, hoy reinante sobre Constantinopla; pero su origen tártaro, su sangre mogólica, su apartamiento fisiológico de las razas árabes puras le impiden completar su autoridad política con su autoridad religiosa, por vinculada esta última en gente del Yemen, según la liturgia alcoránica, gente que haya nacido bajo las palmeras, cuyas melodías unísonas acompañaron la voz del profeta en los oasis de Arabia y en las riberas del Nilo, así como que haya de sus abuelos recibido aquella sangre, cuyo carmín tendió una estela roja de conquista desde los campos de Bagdad hasta los campos de Poitiers. Mas en el asalto con que á diario la gente cristiana de todo el mundo arremete á la gente del Islam, cuando en los Balkanes ha perdido tantos florones trocados en gobier-



exposición universal de chicago. – Los edificios de Suecia y de la India, dibujo de E. Limmer



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Parte del pórtico que une el Palacio de Máquinas y el de Agricultura

nos eslavos; cuando Chipre y Túnez acaban de caer en manos infieles; cuando Grecia le pide desde las últimas islas restantes bajo la media luna en sus mares hasta los desfiladeros de Macedonia y requiere de su patrimonio Italia Trípoli; cuando Rusia le detenta Crimea y Georgia, extendiéndose cada día más por Armenia y grabando en sus escudos desde el Ararat y el Cáucaso hasta las montañas del Gran Mogol en Tartaria, justo debía parecer á los musulmanes dar de mano á todas las aprensiones más ó menos supersticiosas respecto de sangre más ó menos límpida, reconociendo por califa de todos los creyentes al heredero único de aquellos sultanes antiguos, que dieron al Alcorán, cuando perdía su Granada en Occidente, la mayor de sus victorias, el triunfo sobre Constantinopla en Oriente. Hase notado mucho que Abdul-Assis trata como vasallo al buen Abbas, no llevándolo consigo á las mezquitas en las ceremonias solemnes; pero como amigo también, habiéndolo alojado en sus jardines del Bósforo; y ¡cuánto, al verse todavía con reyes por vasallos, las ideas panslámicas, nunca en el Bósforo apagadas, habránse por todas partes difundido á la vista de aquellos dos interlocutores, enamorados de las grandezas pasadas con un amor que sólo experimentan los nacidos para representar las irremediables decadencias presentes! ¡Cuál número de veces le habrá referido el uno, salvado de Rusia por Inglaterra, en el tratado de Berlín, que borró la humillación de Andrinópolis, al otro, pupilo de Inglaterra todavía, el momento de la toma de Constantinopla por un ilustre antecesor suyo, cuando los aires se poblaban de viajeras golondrinas mientras los campos de blancas tiendas; y el sultán, después de haber orado á Dios y tenido con sus generales consejo, en una mano cogió la cimitarra de Ostman y en otra mano el libro de Mahoma, con una mirada penetró en el cielo de la oración y con la otra mirada empujó á sus pies los cañones, y tras sesenta horas de terribles encuentros en torno de los muros, donde pereció el postrer Constantino, las espadas volvieron á sus vainas y los arcos al ángulo de su reposo, el humo de los combates se desvaneció en el cielo y cayó sobre la tierra el polvo, porque á la campana maléfica difundiendo blasfemias en el aire siguió el piadoso muezín entonando desde los alminares palabras laudatorias de Alá y sobre Santa Sofía brilló la media luna que ampara y esclarece á los buenos!

Madrid, 5 de agosto de 1893.

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO (1)

I

El monumento, por así llamarlo, que los yankees presentan para emular la gloria de Eiffel y achicar las proporciones de su gigantesca torre, es la rueda ideada y llevada á cabo por el ingeniero Ferris, que uno de los grabados reproduce.

La «Ferris Wheel» es una mole que tiene 755 pies de circunferencia por 250 de diámetro. Su complicada maquinaria está movida por la fuerza de dos mil caballos, aunque no usa ni necesita más que cien libras de vapor, á decir de los que la manejan.

Los vagones que claramente se distinguen en el grabado tienen dos filas de asientos, clavados á cada lado del coche aéreo, y están por precaución cerrados hasta la mitad con cristales. En estos asientos caben cuarenta personas y si es día de apuro van holgadamente otras veinte de pie.

El sistema de entrar y salir se hace sencillamente: en las plataformas descansan tres vagones á un tiempo y cada vuelta se detienen para echar afuera á los que han dado las dos á que da acción el medio peso que se paga por darlas.

El efecto que producen estas vueltas resulta admirable: el panorama que se descubre es delicioso, y sobre todo el conjunto de la ciudad inmensa y extensísima, con sus hermosos campos, apenas poblados de casitas que semejan chalets suizos, y con su atmósfera negruzca y cerrada por el humo que se escapa de tantos miles de chimeneas es nuevo y asombroso. Aumentemos las vistas naturales con la grandiosidad aparente de los edificios que constituyen la *Gran feria del mundo,* y con el lago inmenso que la baña, internándose en su recinto por medio de canales que surcan pequeños botes de nafta y poéticas góndolas más ó menos venecianas, y tendremos, si nos hacemos cargo de todo esto, que verdaderamente es la «Ferris Wheel» lo más llamativo de la Exposición.

Otra de las cosas en la cual fundan los chicaguenses su orgullo artístico es el peristilo del que reproduce otro de los grabados la mitad con el arco central y el edificio destinado á conciertos que á su lado se halla. A este edificio le hace *pendant* el «Casino.» El peristilo se compone de 48 columnas que representan los Estados y Territorios de la Confederación americana.

Sobre cada columna hay una estatua masculina representando las razas india y caucásica; por cierto que se advierte en el *desnudo* muy desnudo de los hombres blancos que ya las remilgadas norteamericanas soportan sin ruborizarse el arte en todas sus fases y con todas sus consecuencias.

Era tiempo; pero la verdad es que no veo la necesidad de estas desnudeces en estatuas de tan escaso valor y de tan poquísimo mérito, mal que pese á los americanos.

El arco central llamado «Colombino» tiene apariencias de grandiosidad; pero si reparamos en el grupo que lo corona, advertiremos que los yankees, ni las cosas grandes, que son su fuerte, pueden hacer completas. El carro triunfal, los caballos, las mujeres que los sujetan, los caballeros que se ven á los lados y el Colón que de pie sobre la carroza pregona su triunfo previendo su apoteosis, parecen figuritas para rematar un ramillete de confitería.

La colosal (por lo grande) estatua que sobre pedestal de cemento surge del canal y representa á la República y al Estado de Illinois, es el colmo de todos los mamarrachos y de todas las herejías artísticas que aquí se han cometido. La estatua está hecha de staff, una composición de yeso y fibra vegetal que da al yeso consistencia y de la cual están asimismo revocados todos los edificios por dentro y por fuera. El staff puede ser muy consistente como yeso, no lo dudo, pero como combustible tampoco tiene precio; de ahí que cuando prende el fuego en el staff no se acabe sino con la destrucción completa de lo incendiado.

No se han contentado estos señores con que la estatua fuese blanca, y le han dado un baño amarillo que causa impresión á los aldeanos; no falta quien crea que es de oro, porque las cosas se aprecian según las personas que las poseen.

Los norteamericanos tienen fama de ricos, rumbosos y derrochadores, y aunque los dos últimos calificativos no les cuadran, se les atribuyen maravillas que no hacen.

Resultado: que así como la rueda merece conocerse, la estatua merece conocerse también... por lo mala. Pero que no lo sepan los yankees.

EVA CANEL

Chicago, 25 de julio de 1893

(1) Con este artículo comenzamos la publicación de la serie de los que sobre la Exposición universal de Chicago escribe desde aquella ciudad expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestra corresponsal la notable escritora Eva Canel.

* * *

Conforme ofrecimos en nuestro número anterior, diremos hoy algo de los edificios que Francia, Suecia y la India han levantado en la Exposición de Chicago y cuyas vistas reproducen nuestros grabados de la página 539.

El palacio del gobierno francés es de estilo del Renacimiento y tiene su fachada principal delante del lago Míchigan: dos pabellones laterales salientes cierran un jardín en el cual se ve una hermosa fuente de bronce. En uno de estos pabellones está la interesantísima instalación de la ciudad de París, ya conocida por haber figurado en otras Exposiciones; en el otro se exponen reliquias, documentos, armas y otros objetos relativos á Lafayette, el héroe francés que en la gran guerra de la independencia americana puso su espada al servicio de Wáshington y que todavía hoy es un lazo de unión entre Francia y la América del Norte.

El palacio de Suecia es una notable reproducción de un ejemplar de la arquitectura sueca de los siglos XVI y XVII con sus curiosos pabellones, cúpulas y torrecillas. Aun cuando Suecia, que posee en Jackson Park su edificio independiente del de Noruega, no tiene relación histórica alguna con América, la exposición de productos de sus industrias y artes y de muchos objetos dignos de atención que tiene instalada en aquel edificio es bajo muchos conceptos interesante. Artículos de oro, plata, cristal y porcelana, minerales, telas, etc., etc., llenan los amplios salones, embellecidos además con multitud de cuadros y retratos. En los pabellones de los ángulos, cuyo interior presenta un aspecto altamente artístico, se admiran preciosos muebles, tapices, cortinajes, bordados y otros objetos de arte.

Enfrente del palacio de Suecia álzase un gran pabellón construído según la pintoresca arquitectura india, cubierto de filigranadas labores y de adornos elegantísimos: no es un edificio levantado por el gobierno; es simplemente un establecimiento en donde se sirve te y junto al cual se encuentra un bazar en donde algunos indostanos de atezado rostro venden objetos de bronce, marfil y madera delicadamente labrados, y telas, bordados, chales y tapices en tanta cantidad que llegan á formar verdaderas montañas. Por desgracia en todos estos productos se advierte la influencia de la cultura europea, con lo cual dicho se está que han perdido gran parte de sus encantos las antiguas labores genuinamente indias.

En el reducido espacio que queda entre los palacios de Suecia y de la India circulan los trenes del ferrocarril sobre estacas que los americanos han construído en Jackson Park á imitación de los aéreos que existen en Nueva York y en Chicago: á 10 metros sobre el nivel del suelo deslízanse sobre los rieles esos trenes que mueve la electricidad y que constituyendo el único medio de comunicación dentro de la Exposición, apenas bastan para transportar á la multitud de visitantes cansados que desean trasladarse cómodamente de un lado á otro. Esta escasez de medios de transportes es uno de los grandes inconvenientes que allí se notan, pues las distancias que hay que recorrer á pie son á menudo de cinco y hasta de ocho kilómetros. Parece mentira que á los americanos, hombres prácticos si los hay, no se les haya ocurrido instalar en el parque Jackson un ferrocarril del sistema Decauville, que de fijo hubiera producido pingües ganancias. – A.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

La «Ferris Wheel» (Rueda de Ferris), carrousel aéreo de gigantescas proporciones. Dibujo de E. Limmer

LO QUE VI DE LA COMUNA DE PARIS

III

De corta duración fué el intervalo de quietud en París durante la tarde del lunes 23 de mayo. Antes de media noche, en ocasión de hallarme en mi hotel Chaussée d'Antin, tumbado en el sofá y vestido aún, comenzó otra vez el fuego, y no pude dormir á causa del ruido que producían las bombas en el inmediato bulevard Haussmann. En los intervalos que mediaban entre los cañonazos percibíase el estrépito de las ametralladoras, y podía oir cómo rebotaban los proyectiles en el asfalto del bulevard, en tan considerable número, que hubiérase dicho que granizaba. Algunas veces oía también el rumor de un fuego más distante, pero no me fué posible determinar en qué dirección.

Aquello continuó toda la noche, sin que al amanecer cesase tampoco el ruido. Apenas rayó el alba aventuréme á ir hasta la peligrosa esquina de la calle de la Chaussée d'Antin, y asomando la cabeza cautelosamente, miré hacia el bulevard Haussmann, que presentaba un espectáculo desolador. En la ancha vía veíanse diseminados algunos cadáveres, y otros junto á las puertas de las casas; varios de ellos hallábanse en parte ocultos por el ramaje de árboles que la tempestad de proyectiles había tronchado; los faroles y los kioscos estaban completamente destrozados, y veíanse sus fragmentos esparcidos en todas direcciones.

Por esta parte no habían avanzado seguramente las fuerzas de Versalles durante la noche, y hasta parecía en cierto modo que habían retrocedido y que los comunistas ocupaban posiciones abandonadas por ellas el día antes. La gran batería de los primeros, situada enfrente de los cuarteles de la Pepiniere, en la extremidad del bulevard Haussmann, posición que los de Versalles tomaron la mañana anterior, hallábase ahora silenciosa; pero estas fuerzas tenían como punto avanzado la pequeña batería situada en la intersección de la calle de Tronchet, de la que se habían apoderado la víspera. Sobre ese punto, la batería de la Pepiniere rompió muy pronto el fuego de cañón y ametralladoras, dirigido á la extremidad oriental del bulevard, donde algunos guardias nacionales, aprovechando cuanto podía servirles para resguardarse un poco, disparaban algún tiro de vez en cuando.

Los sargentos comunistas corrían por los lados de las calles, ordenando á los inquilinos de las casas que cerrasen las ventanas, pero dejando abiertos los postigos: esta precaución tenía sin duda por objeto evitar que los partidarios de Versalles hicieran fuego contra los insurgentes desde sus moradas. Debe advertirse que por parte de los comunistas no se había intentado nunca ocupar las casas para hacer fuego desde ellas contra sus enemigos; habíanse contentado con utilizar sus barricadas y todo aquello que en las calles podía escudarles de una manera ú otra. Los de Versalles, por el contrario, según se dijo, habían ocupado las casas y hacían fuego desde las ventanas. Yo no puedo asegurarlo, porque no lo vi; pero sí diré que procedían siempre con la mayor prudencia, y que excepto en casos aislados no habían sido muy emprendedores ni hubo nada notable en la lucha cuerpo á cuerpo.

A eso de las seis fuí á dar un paseo, aunque no era cosa nada agradable en tales momentos y se debía proceder con la mayor circunspección. Llegado al bulevard de los Capuchinos, vi que aún le guardaban considerables fuerzas de guardias nacionales, la mayoría de éstos embriagados, pero notábase en los demás mucha animación. La barricada que había entre el principio de la calle de la Paz y la esquina de la plaza de la Opera, y que los cañones de Versalles habían destrozado en parte la víspera con su nutrido fuego desde la Magdalena, habíase reparado completamente y estaba ahora reforzada con varias piezas y ametralladoras. Los oficiales comunistas me aseguraron que el fuego oído durante la noche era principalmente el que ellos hicieron desde la barricada, tan nutrido que obligó á los de Versalles á retirarse de su posición de la Magdalena.



Fusilamiento de comunistas

Este informe se confirmó hasta cierto punto por el hecho de que los grandes bulevares no sufrían ahora el fuego de la artillería de Versalles. Tuve el honor de tomar café con algunos hospitalarios guardias nacionales, que estaban bastante bebidos, y después dirigíme hacia el palacio real para averiguar qué había ocurrido durante la noche en las calles de San Honorato y de Rívoli. Algunas de las calles traveseras habían padecido mucho á consecuencia del fuego de cañón, que aún continuaba, aunque no con tanta fuerza; pero las barricadas de la plaza del Palacio Real conservábanse intactas aún y armadas, y la que cruzaba la calle de Rívoli en su punto de unión con la plaza de la Concordia hallábase todavía en poder de los comunistas, prueba evidente de que las tropas de Versalles no habían podido tomar aún la plaza. La calle de San Honorato, que recorrí en la dirección Oeste, estaba defendida por varias barricadas, en las que vi destacamentos de hombres embriagados, pero resueltos al parecer á defenderse. La barricada más fuerte se elevaba en la confluencia de la calle de San Honorato con la calle Real. Aquí presencié un hecho de los más extraños que había visto hasta entonces. Los de Versalles ocupaban con numerosas fuerzas la calle del Arrabal de San Honorato, que era la continuación de la de San Honorato, al Oeste de la calle Real; de este modo hallábanse á retaguardia de la gran batería comunista que daba frente á la plaza de la Concordia, y sin embargo, no podían tomarla por retaguardia á causa del fuego cruzado de la barriada que había á través de la calle de San Honorato. Además de esto, hallábanse bloqueados por el fuego que los de Versalles hacían desde el palacio del Cuerpo legislativo á través del Sena, dirigido contra la batería comunista, situada al pie de la calle Real y que batía aquella encrucijada por retaguardia.

Hacia la Magdalena no se veían ya tropas de Versalles, por más que hubiesen llegado la víspera con numerosas fuerzas para ocupar este punto, que al parecer proponíanse conservar. Evidentemente, su táctica era no arriesgarse y economizar vidas en cuanto fuese posible. Un ataque directo á lo largo de aquel ancho bulevard les había costado, en efecto, mucha sangre; y como los del calzón encarnado habían salido hacía poco de su cautividad entre los alemanes, no tenían grandes alientos. Muy pronto se vió que el sistema de los jefes de Versalles durante la noche había consistido en *retroceder para saltar mejor*.

De regreso á mi hotel, reconocí cómo las tropas de Versalles se preparaban para efectuar un gran movimiento por su izquierda. El día antes habían llegado á la estación de San Lázaro, al parecer en su marcha sobre Montmartre; ahora se habían apoderado de la plaza é iglesia de la Trinidad, á la entrada de la calle de la Chaussée d' Antin, y dirigíanse hacia el Este por las más estrechas calles, en vez de atravesar el ancho bulevard Haussmann.

Entre las diez y las once, los que estábamos en el hotel oímos el estrépito de un nutrido fuego á espaldas de la Cité d' Antin; y corriendo hacia la calle Lafitte, observé que los de Versalles habían recobrado la plaza de Nuestra Señora de Loreto, el triángulo de barricadas en que me vi comprometido la tarde anterior, y que se abrían paso ahora á lo largo de la calle de Chateaudun, que desemboca en la calle de Lafayette, muy al Este de la Cité d' Antin.

Entretanto, manteníase un fuego infernal á lo largo del bulevard Haussmann, tanto que mi hotel corría peligro de quedar cercado. Desde la calle de Lafayette, á la cual me atreví á volver, pude observar la barricada que los comunistas habían levantado en el punto de confluencia con la calle de Chateaudun, á lo largo de la cual hacían un fuego espantoso los federales. Sin embargo, éstos retrocedieron al fin después de una tenaz resistencia, y los de Versalles ganaron la posición dominante. Yo vi á los del calzón encarnado trepar por la barricada á medida que iban saliendo por la calle de Chateaudun, y posesionarse de la que había á través de la de Lafayette, por lo cual hicieron un fuego horroroso que alcanzaba á la extremidad del bulevard Haussmann, mientras que otras tropas del Gobierno hacían nutridas descargas en esta vía, protegiéndola el fuego de cañón, que describía una parábola sobre sus cabezas. De este modo los destacamentos comunistas que aún quedaban cerca de la extremidad del bulevard Haussmann, no muy fuertes por el número de hombres, pero sí muy obstinados, fueron sorprendidos de frente y por retaguardia, y en rigor también de flanco, porque un fuego de carabina les alcanzaba á lo largo de la Chaussée d' Antin desde la iglesia de la Trinidad.

Observaré de paso que, hallándome en la extremidad de una proyección al pie de la calle de Lafayette, me vi cogido entre tres fuegos; no se veía un solo paisano de puertas afuera, y hasta las mujeres, tan aficionadas á los fragmentos de bombas, hallábanse entonces á cubierto. Los comunistas, viendo que el bulevard Haussmann era demasiado peligroso para ellos, abandonáronle uno tras otro, aprovechándose de la protección que les ofrecía el teatro de la Opera.

A pesar de todo, las fuerzas de Versalles retrocedieron; de modo que á las dos y media no habían recorrido todo el bulevard Haussmann hasta más allá del teatro de la Opera: era evidente que no querían exponerse más. A eso de las cinco y cuarto, los comunistas bloqueaban á la columna con un fuego intermitente: dos minutos á paso de carga habrían bastado para que las tropas regulares se apoderasen del bulevard en toda su extensión; mas no quisieron hacer este esfuerzo, prefiriendo abrirse paso á través de las casas, derribando paredes, para hacer fuego después por las ventanas. Así quedó libre la calle para la artillería y las ametralladoras, y á fe que no se escaseó su fuego. Las granadas y balas pasaban por delante de mi esquina como un huracán; oíase sin cesar el silbido de los proyectiles y el estrépito de los cristales que se rompían; mas tan escasos eran los defensores, que apenas murió algún hombre por efecto de aquel gasto de municiones, aunque es probable que se resintieran los nervios de los pocos comunistas que allí habían quedado. Indudablemente



El pabellón de Flora, en el Louvre, después del incendio


Las tropas de Versalles agasajadas por los habitantes del bulevard Haussmann

su posición era desesperada, y debieron reconocerlo así, mas parecían empeñados en resistir hasta lo último. Sus esfuerzos fueron realmente heroicos; cuando todo parecía concluído, cogieron un cañón no sé dónde, acercáronle á la entrada de la calle de Halevy, é hicieron fuego contra la posición enemiga en la iglesia de la Trinidad. Aquello fué un caos espantoso, á la vez que imponente: no pude presenciar más que un episodio; pero el estrépito que llenaba el aire indicábame que también se libraban combates en otros puntos. Sobre el humo de la pólvora el sol brillaba alegremente, y á pesar del olor de aquélla y de las emanaciones de la sangre, la atmósfera parecía embalsamada. Era uno de aquellos días en que se apetece reposar sobre la hierba bajo la copa de un árbol frondoso, viendo cómo retozan los corderos, muy lejos de pensar en estas sangrientas luchas de los hombres que se aniquilan con saña cruel y feroz.

Durante una hora ó más, mis vecinos los comunistas, que habían recibido refuerzos, dieron tregua á las tropas de Versalles á fin de bajar por el bulevard Haussmann, y otra vez contestaban al fuego de las tropas leales desde la iglesia de la Trinidad y la barricada de la calle de Lafayette. La casa de la esquina de la derecha de la calle de la Chaussée d' Antin, cuya proyección me servía de refugio, acababa de incendiarse, con no poca desesperación mía; pero antes de que las llamas pudieran molestarme seriamente, era probable que la peligrosa crisis terminara. Furioso y mortífero era el fuego á mi alrededor, pero sobre todo hacia el teatro de la Opera; á intervalos vi algunos combates casi cuerpo á cuerpo en el espacio libre que había enfrente de mí, y también observé que varios hombres avanzaban á lo largo del edificio por debajo del alero del tejado. Como no me era posible distinguir el color del pantalón, no sabía con certeza si eran soldados de Versalles. Una mujer se había reunido conmigo en el sitio en que me hallaba, y hubiérase creído que tenía algún amuleto para preservar su vida, pues una y otra vez avanzó en medio del fuego, mirando con la mayor calma á su alrededor, y volvió para referirme con singular volubilidad los detalles de cuanto había visto. Estaba convencida de que los soldados que avanzaban eran los de Versalles, aunque, según le indiqué, la bandera roja ondeaba aún sobre la estatua en la cúspide del alto edificio. Los que estaban en el hotel, á nuestra retaguardia, parecían participar de la misma opinión, y agrupados tímidamente en la puerta cochera, gritaban «¡Bravo!,» aplaudiendo calurosamente porque creían que los de Versalles llegaban.

La mujer tenía razón; soldados de línea eran los que llegaban, protegidos por el parapeto del teatro de la Opera, y la gente del hotel corrió en medio del fuego agitando los pañuelos y aplaudiendo. La bandera tricolor ondeaba sobre el pórtico más próximo, y la roja en la extremidad más lejana. De repente vimos bajar por el bulevard un muchacho que llegó hasta la esquina de la calle de Halevy, llevaba calzón rojo y era hijo de un soldado de línea; iba solo, pero esto parecía complacerle; se colocó detrás de un árbol, y disparó su primer tiro contra un comunista que andaba de un lado á otro en la intersección de la calle Taitbout. ¿Cuándo dejará un francés de ser dramático? El muchacho hizo fuego con petulancia; volvió á cargar con la misma, y disparó su segundo tiro tomando una posición estudiada. Los del hotel le aclamaron, aplaudiéndole ruidosamente. El muchacho hizo entonces una seña, siempre con su aire dramático, para que se retiraran á un lado sus admiradores, porque se disponía á tirar hacia la calle de Lafayette contra un pequeño grupo de comunistas que desde un ángulo de la calle Lafitte tomaban por blanco al joven tirador. Este último hizo una señal á sus compañeros con exagerados ademanes, como esos que se pueden ver en un melodrama terrorífico; mientras que las balas de los comunistas cortaban la corteza y el ramaje del árbol que servía de parapeto al muchacho. ¡Ah! Al fin cayó; pero había dado pruebas de intrepidez. La mujer que estaba á mi lado y yo cruzamos para recogerle del suelo; pero bien podíamos habernos ahorrado la molestia y el peligro, porque el muchacho había muerto á consecuencia del balazo que le atravesó la cabeza.

Este breve episodio fué cosa de pocos minutos, y cuando terminó fijamos la vista en el teatro de la Opera. Habíase traído una escalera, no sé de dónde, y un soldado de Versalles subía hacia la estatua de Apolo, que dominaba la plaza de la Opera. Arrancó la bandera roja y sustitúyóla con la tricolor en el momento en que la cabeza de una numerosa columna de Versalles, saliendo de la calle de la Chaussée d' Antin, á través del bulevard Haussmann, avanzaba á paso de carga.

La excitación llegó entonces á su colmo; los habitantes salieron de las casas llevando botellas de vino; por las ventanas se arrojó dinero á la calle; las mujeres abrazaron á los soldados, y oyéronse los gritos de «¡Viva la línea!» Las tropas fraternizaban, aceptando los obsequios; pero debo confesar que su disciplina era admirable. Cuando los oficiales llamaron á los soldados, éstos obedecieron al punto, y acto continuo reformáronse las compañías. Gracias á las fuerzas de Versalles, volvíamos á ser gente de orden, y nos era dado rechazar toda clase de relaciones como las que habíamos tenido temporalmente con los comunistas, á los cuales se comenzaba á batir resueltamente.

Las tropas de Versalles, caballería, artillería é infantería, llegaban de continuo por la calle de Chaussée d' Antin y la de Halevy, desembocando en el gran bulevard de la plaza de la Opera, á fin de sorprender por el flanco y la retaguardia á los rebeldes, los cuales conservaban aún posiciones y habíanse posesionado del bulevard de los Capuchinos casi hasta la Magdalena. Esto no se consiguió sin una empeñada lucha y considerables pérdidas, pues los comunistas se batían como leones, utilizándose de todo punto que les pudiera preservar un poco del fuego. Hasta cuando se alcanzó el triunfo de que acabo de hablar, la situación era singularmente comprometida. Los de Versalles, avanzando por la calle de la Paz, amenazaban la plaza de Vendome, pero evitando la lucha de cerca; mientras que los comunistas, por su parte, amenazados de esta suerte de que se les cortase la retirada, empeñábanse en conservar sus barricadas con cañones al pie de la calle Real y en la extremidad occidental de la de San Honorato. Esta última se había reforzado muy bien, convirtiéndola en una verdadera fortificación, y así es que, aun cuando la artillería de Versalles la batiera desde el palacio del Cuerpo legislativo, los cañones que tenía á retaguardia eran suficientes para neutralizar en parte los esfuerzos de las tropas que deseaban apoderarse de la Magdalena. Comenzaba á desear con ansiedad comunicar algunas noticias, y á fin de informarme sobre si había algún medio de enviar una valija á Versalles desde la embajada inglesa, situada en la calle del Arrabal de San Honorato, me encaminé por el bulevard Haussmann. Ahora estaba tranquilo, y pude ganar, gracias á varios rodeos, la calle de Aguesseau, que desemboca en el arrabal, casi enfrente de la embajada inglesa. Las bombas reventaban con frecuencia en las inmediaciones; pero mi asunto era urgente, y desde la esquina de la calle de Aguesseau penetré en la del Arrabal de San Honorato, pensando que me sería fácil introducirme en la embajada; pero hube de retroceder, porque un casco de bomba silbó junto á mi cabeza, tocándome casi la barba. Aquella calle era un enorme tubo, el más propio para el fuego de cañón; era imposible permanecer allí un momento; mas suponiendo que pronto disminuiría, esperé en un portal por espacio de una hora. A mi alrededor había varias ambulancias (como se llamó á los hospitales de sangre en la última guerra). En los patios de varias casas vi colchones y jergones tendidos por el suelo, y en ellos soldados que se quejaban. En las calles, detrás de las barricadas y en su inmediación veíanse muchos cadáveres, principalmente de guardias nacionales.

Al anochecer, aún estaba esperando en el mismo sitio, y el fuego parecía aumentar más bien que disminuir; pero yo no podía perder más tiempo. Para vol-


Aspecto del Hotel de Ville después del incendio, visto desde el Sena



LOS SUCESOS DE SIAM

VISTA DE LA CIUDAD REAL EN BANG-KOK. — EL BUQUE «JUAN BAUTISTA SAY» DE LAS MENSAJERÍAS FLUVIALES DE COCHINCHINA. — LOS BUQUES DE GUERRA FRANCESES DELANTE DEL CONSULADO DE FRANCIA EN BANG-KOK



TARDE DE ESTÍO, cuadro de H Caffieri

ver á mi hotel tuve que cruzar la línea de la artillería de Versalles, que seguía haciendo fuego desde la iglesia de la Trinidad, y bajar después por la calle de Halevy hacia el punto donde el ruido indicaba que la lucha persistía. Los artilleros recibieron una entusiasta ovación de los habitantes de la Chaussée d' Antin, donde en todas las ventanas veíase la bandera tricolor, que ondeaba á impulsos de la brisa, mientras que á intervalos oíase el grito de «¡Viva la línea!»

Sin embargo, aún quedaba mucho que hacer. Las balas perdidas silbaban por todas partes, tanto que las mujeres, que mostraban un singular valor, dieron á los proyectiles el nombre de gorriones.

Cuando cerró la noche, por la calle de San Honorato, la plaza de Vendome y las inmediaciones del palacio real oyóse el estrépito de la artillería de grueso calibre, el fuego de las ametralladoras y de fusilería, produciéndose á veces explosiones que hacían retemblar el suelo.

Después de una noche de horrores que pareció interminable, apareció la mañana del miércoles 24 de mayo. ¡Qué espectáculo tan desconsolador iluminaran los primeros rayos del sol!

Archibaldo Forbes

(Concluirá)



Bellas Artes. – La Sociedad de acuarelistas de San Petersbugo proyecta celebrar en 1895 en aquella capital una gran Exposición internacional de acuarelas.

– El gobierno belga ha encargado á los escultores Van der Stappen y Meunier una porción de esculturas que han de embellecer el Jardín Botánico de Bruselas: en el centro de éste se erigirá un grupo colosal que representará al Tiempo mostrando su camino á la Virtud y estará rodeado por cuatro estatuas de las estaciones del año. Detrás del mismo se levantarán las figuras del Día y de la Noche. De este grupo central arrancarán á modo de abanico multitud de esculturas que reproducirán asuntos de jardinería y de historia natural.

– Además de las obras que indicábamos en una anterior *Miscelánea*, han sido adquiridos para la Galería Nacional de Berlín, procedentes de la Exposición allí celebrada, cuadros al óleo de Gude, Henseler, Jernberg, Saltzmann, Spangenberg, Weisshaupt y Wenglein, seis acuarelas de Kroner y una estatua de Stuck.

El Museo Silesiano, de Breslau, ha adquirido una estatua de Arturo Volkmann que representa á Hércules joven: á la Galería de la propia ciudad ha sido regalado por el Dr. Promnitz un hermoso cuadro de Carlos Marr que representa un grupo de niñas encaminándose á la aldea en donde han de recibir la primera comunión.

Maximiliano Rooses, conservador del Museo Plantin, de Amberes, ha publicado un trabajo sobre los precios que en los Países Bajos se pagaron por las obras de arte en los siglos XVI y XVII, consignándose en él entre otros datos los siguientes: Rubens recibió en 1611 por el *Descendimiento de la Cruz* 4.375 pesetas; por la *Comunión de San Francisco* 1.375, y por los 21 cuadros que con sus discípulos pintó desde 1622 á 1635 para la Galería de los Médicis 125.000: el mismo pintor pedía por sus retratos 44 pesetas, por un dibujo 36, 21 y 15, según fuese de tamaño en folio ó en cuarto ó en octavo. Van Dyck por el retrato de Carlos I que existe en el Louvre recibió 2.500 pesetas; por su *Cristo en la Cruz*, que se conserva en la catedral de Mechel, 1.125, y por su *Gólgota*, que se encuentra en Gante, cobró 1.500. Jordaens por el gran cuadro que figura en la sala de Orange del palacio del Bosque en la Haya cobró 5.375, y por cada uno de los cuadros de su Historia de los bátavos 1.080. Los famosos grabadores Teodoro y Cornelio Galle, Pedro de Jode y Lucas Vostermann cobraban por un grabado de gran tamaño 125 pesetas. *Et sic de cæteris.*

– En Bingen se ha constituído una Asociación de cuadros de Jesucristo, cuyo objeto, según el artículo primero de sus estatutos, es exponer en distintas ciudades pinturas, así originales como buenas copias de obras maestras, que representen escenas edificantes y bellas de la vida de Jesús, especialmente los milagros, fomentar su venta y comprarlas por cuenta de la Asociación, en parte para rifarlas entre sus asociados, en parte para formar una galería propia. Quedan excluídas las obras que reproduzcan un asunto religioso que no cuente una tradición de un siglo por lo menos. Inútil es decir que esa Asociación truena contra las tendencias de todas las escuelas modernas que «sólo rinden culto á lo feo, despreciando los elevados ideales en que ya se inspiraron los griegos en la mejor época de su arte,» y especialmente contra aquellos artistas que sin sentirlos de corazón pintan asuntos religiosos «en los cuales la mano tosca de la técnica moderna despoja de toda su santidad á la figura del Gran Fundador de la religión cristiana.» La primera exposición celebrada por esa asociación consta de 14 copias de cuadros antiguos (de Giotto, Masaccio, Fiesole, Leonardo de Vinci, Ticiano, Rafael y Palma el viejo) y dos originales de Schandolph y Mintrop.

– En una subasta de grabados de Rembrandt procedentes de la colección Holford, verificada por la casa Christie Manson y Wood, de Londres, han alcanzado algunos ejemplares precios exorbitantes. Tres de ellos, *Cristo curando á los enfermos*, *Rembrandt con la espada* y *Efraim Bonus*, produjeron 142.500 pesetas: el primero de los tres es un ejemplar único y del segundo sólo existen, además del vendido, tres ejemplares en otros tantos museos públicos. El precio total de los grabados vendidos en un solo día ascendió á 500.000 pesetas.

– Los artistas de Dusseldorf están haciendo grandes trabajos para la fiesta del *Malkasten* de que hablamos en una de nuestras anteriores *Misceláneas*. Además de una rifa de cuadros y objetos de arte de los asociados, cuyos productos, que son siempre cuantiosos, se destinan á la Sociedad de Amparo y á la Caja para las viudas de artistas, habrá, como dijimos, un Salón internacional que se titulará *Salón del porvenir* y en el cual se satirizará la pintura que se supone ha de predominar en los tiempos futuros. También se publicará un álbum para el cual han ofrecido los principales poetas y prosistas alemanes varios trabajos que ilustrarán los más reputados artistas. El consejero Augusto Bagel, socio de honor de la Asociación de Artistas de Dusseldorf, que es la que organiza la fiesta, costea todos los gastos que ocasione la publicación del referido álbum.

– En el concurso celebrado para la reedificación de la Opera Cómica de París ha ganado el primer premio de 10.000 francos el proyecto del arquitecto Bernier que reune, al decir del Jurado y de cuantos lo han estudiado, todas las condiciones estéticas y técnicas exigibles en esta clase de construcciones. Además han sido concedidos un premio de 6.000 francos á Larche y Nachon, otro de 4.000 á Blondin y cuatro de 2.000.

– En una iglesia de Dresde se han descubierto muchas esculturas antiguas de piedra arenisca, alabastro y madera, en su mayor parte fragmentos de sepulturas procedentes del templo que se incendió en 1727: entre ellas llaman la atención un relieve de alabastro de la tumba del caballero Gunther de Bunau, fallecido en 1562, obra del escultor de la corte Juan Cramer, varios fragmentos del siglo XVII, un Cristo de tamaño natural y un crucifijo de alabastro. A excepción de estos dos últimos, que han quedado en la iglesia, los demás objetos han sido trasladados al Museo Municipal.

– Con ocasión de restaurarse la antigua iglesia de Watervliet, en la Flandes oriental, se han descubierto recientemente en ella restos preciosos de frescos que datan de la Edad media: además se ha visto que el templo posee una porción de monumentos notables del arte antiguo, la mayor parte de ellos en estado lamentable. Entre los cuadros se han encontrado algunos de Quintín Massys y de Gaspar de Grayer.

– En la Fine Society de Londres ha expuesto Mr. Alfredo Parsons una colección he cuadros pintados durante una estancia de nueve meses en el Japón, en los cuales ha descrito por modo admirable la naturaleza de aquel país sin cuidarse para nada de que en sus obras apareciese retratado el pueblo japonés. Los jardines, los bosques, los campos, aquella vegetación en suma que tanto sorprende al viajero y que tan bien describen escritores como Pedro Loti, aparece reproducida en toda su magnificencia de formas y en toda su brillantez de colores, revelándose en cada cuadro el sentimiento de un poeta y el talento de un gran artista.

En el propio local tenía expuestas Mr. Roussoff una serie de acuarelas sobre asuntos tomados de la vida egipcia á cuyo estudio se ha dedicado aquel pintor inglés con tanta constancia como éxito.

Barcelona. – Salón Parés. – Las últimas obras expuestas han sido varias figuritas en barro cocido de Carcasó, obritas ligeras, pero que demuestran las facultades de su autor, y una colección de dibujos del joven artista Sr. Simont, entre los cuales sobresale un carbón de grandes dimensiones. Constituye este trabajo, como los demás, un simple estudio; pero por su tamaño, por el conjunto y la escena desarrollada sin pretensión ninguna y por el cariño y conciencia con que ciertos detalles están ejecutados merece esta obra especial mención y se hace acreedor su joven autor á que se le estimule por la seguridad de que con estudios seriamente ejecutados, como éste, adquirirá indudablemente lo que entrevé en sus aspiraciones de artista.

Salón de «La Vanguardia.» – Ha coincidido la última exposición de este local, formada por numerosos grabados alusivos al trágico destronamiento del infeliz Luis XVI de Francia, con la aparición en nuestras páginas de *El centenario rojo*, de la insigne escritora Doña Emilia Pardo Bazán, circunstancia que ha aumentado, si cabe, el número de visitantes en el concurrido vestíbulo de nuestro querido colega, deseosos de contemplar la representación gráfica de muchas de las peripecias por que pasó la desdichada familia real al ser presa y juzgada y condenada por los tribunales revolucionarios.

– Se ha publicado y hemos recibido el Reglamento de la segunda Exposición general de Bellas Artes que se celebrará bajo los auspicios y dirección del Ayuntamiento de esta ciudad del 23 de abril al 29 de junio de 1894. Se admitirán obras de Pintura, Dibujo, Grabado y Modelos escenográficos – Escultura, Arquitectura, – sin que cada artista pueda presentar más de cuatro obras por cada sección, á menos que, á juicio del Jurado, la naturaleza del asunto exija mayor número y las condiciones del local lo permitan. El plazo fijo para la recepción de las obras será desde el 26 de marzo hasta el 5 de abril inclusive. Los gastos de transporte, ida y vuelta, correrán á cargo del expositor, exceptuándose las obras de artistas nacionales y extranjeros que hayan obtenido primeros premios en Exposiciones nacionales ó universales. El Jurado de admisión lo formarán nueve individuos de la Comisión organizadora y nueve artistas elegidos por los expositores á quienes les haya sido admitida alguna obra en la Exposición anterior ó en Exposiciones nacionales ó extranjeras. El Jurado de recompensas estará constituído por tres vocales elegidos por cada sección y seis de la comisión organizadora. El Jurado podrá conceder un premio de honor y 24 diplomas, repartidos entre los tres grupos de Pintura, Dibujo y Grabado – Escultura, Arquitectura, – según el número é importancia de las obras expuestas en cada sección. Se asignan para adquirir la obra que obtenga el premio de honor 10.000 pesetas y 40.000 para doce de las obras distinguidas con diploma. Esta última cantidad se distribuirá á juicio del Jurado, verificándose la compra á los tipos que se señalen, mediante la conformidad de los autores. En la Exposición figurará una sección especial destinada á las reproducciones de obras de Arquitectura, Escultura, Pintura y Artes suntuarias, pudiendo el Jurado premiarlas con los diplomas que considere de justicia.

Teatros. – En el Nuevo Teatro, de Leipzig, se ha estrenado una opereta en tres actos, *José Galeano*, letra de M. Singer y música de Julio Stern, vieneses ambos: la música de esta obra, que fué bien acogida por el público, aunque tiene algunas reminiscencias de otros compositores, abunda en números agradables.

– En el teatro Kroll, de Berlín, se ha verificado con gran aplauso la primera representación de una ópera romántica, *El herrero de Gretna-Green*, cuya música, de Juan Doebber, es casi toda del género melódico.

– En Wurzburgo han comenzado las representaciones de la nueva ópera *Kunihilda*, de Cirilo Kistler, que ha sido puesta en escena con gran lujo y ha conseguido un éxito completo.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Rafael García Santisteban, distinguido escritor español, autor de multitud de zarzuelas, en su mayor parte bufas, que lograron gran aplauso y popularidad, y de algunas celebradas obras dramáticas: era diplomático jubilado con la categoría de ministro plenipotenciario, y además de sus obras literarias deja escrito un *Manual de extradiciones*.

Federico Adami, notable prosista y poeta alemán y crítico teatral.

Alejandro Brown, astrónomo inglés, autor, entre otras, de la importante obra *Los principales eclipses solares en los siglo* XVII *y* XVIII.

Juan Federico Jencke, fundador y director de la *Institución de sordo-mudos*, de Dresde.

Wassili Iwanowitch Popoff, vicealmirante ruso, jefe de la Administración principal de la Construcción y armamento de buques.

Mario Uchard, distinguido novelista francés.



Un intruso, cuadro de Paris. Dígase lo que se quiera, el mundo está todavía dividido en castas, y lo más gracioso del caso es que tal división no sólo existe entre los seres racionales, sino que también entre los brutos imperan estas distinciones. El precioso cuadro de Paris es una gran verdad: el pobre borriquillo será siempre un intruso para los caballos de media sangre ó de sangre entera; la aristocracia equina siempre mirará con desprecio al humilde asno que intente codearse con ella. Y, sin embargo, si á estudiar fuéramos quién más utilidades presta, quién vale más, tal vez... Pero dejemos este orden de consideraciones que podría llevarnos muy lejos, y en presencia de la bellísima obra de arte que reproducimos, admiremos la perfección con que está compuesta y ejecutada y unamos nuestro aplauso al que el público ha otorgado en el último Salón de París al autor de *Un intruso*.

Vistas de Siam. – Bang-Kok, la capital del reino siamita, divídese en tres partes, la ciudad real, la siamesa y la exterior que por medio de sus arrabales se va poco á poco confundiendo con el barrio europeo. La primera, separada del resto de la población por muchos canales y circuída por una muralla con muchas puertas y torres, contiene los palacios del rey y del segundo rey con sus hermosos jardines, patios, templos, ministerios, cuarteles, colegio militar y demás dependencias oficiales. El palacio, de construcción reciente, es un imponente edificio, cuyo arquitecto, un italiano, ha sabido armonizar con exquisito gusto el estilo europeo y el siamita. Pero éste no es más que el palacio que se enseña á los europeos; la vivienda real propiamente dicha y demás dependencias de la casa del monarca, entre ellas el harén, constituyen otra pequeña ciudad amurallada en la cual ningún extranjero puede penetrar.

Otro de los grabados que publicamos reproduce el buque correo *Juan Bautista Say*, de la Compañía de las Mensajerías fluviales de Cochinchina, que es el que el día 13 de julio dirigía por la desembocadura del Me-Nam á los buques de guerra franceses el *Comete* y el *Inconstant* que se vieron de improviso cañoneados por los siamitas.

En el tercer grabado se ven los buques franceses anclados delante del Consulado general de Francia: en primer término está el *Lutin*, en segundo el *Inconstant* y en tercero el *Comete*. Los edificios que se ven en el fondo son: de izquierda á derecha, la Aduana, el Consulado general de Francia, el Oriental Hotel y la iglesia de la Asunción.

Tarde de estío, cuadro de H. Caffieri. – Huyendo de los ardores del sol, se han refugiado esas dos niñas á la grata sombra de frondosos árboles, y allí sobre la alfombra de tupida hierba entreténense cogiendo hiedra y flores silvestres con que entretejerán una corona para llevar á los pies de la imagen de la Virgen que adorna el templo de su aldea y á la cual dirigen sus oraciones infantiles. Tan sencillo asunto ha servido al autor del cuadro que reproducimos de tema para una composición de esas que llegan directamente al alma después de recrear los ojos: en toda ella se desborda ese sentimiento que inspiran los idilios, que se bebe en la naturaleza, eterna fuente de la poesía, la verdadera generadora de la obra artística. *Tarde de estío* no asombra por su interés dramático ni por su complicada labor, pero deleita por la placidez que respira y al propio tiempo cautiva por su ejecución primorosa.

Contravapor, cuadro de F. Sallé. – Bien pudiera llamarse á este cuadro el reverso de la medalla del anterior: en él la nota dramática predomina por completo. Contemplando la figura del maquinista que apoyado con vigoroso esfuerzo sobre la palanca pretende detener el tren que conduce, se presiente la catástrofe próxima y se adivinan la angustia, el terror, la desesperación de aquel hombre de cuya mano tantas vidas dependen, y la abnegación del héroe que lejos de intentar con la fuga la salvación difícil, pero posible, espera en su sitio, á pie firme, la muerte segura, sabiendo que él ha de ser la primera víctima del desastre. El cuadro de Sallé es de los que impresionan profundamente, no sólo por el asunto, sino por el vigor con que está pintado; parece como que el artista, identificándose con la situación terrible que reproduce, trazó aquellas líneas y aquellas sombras sintiendo todo el horror de un gran peligro inmediato y marcó con enérgicas pinceladas el coloso de hierro que sobre los rieles se desliza, las figuras de los que tratan de contenerlo y las llamaradas y el vapor que el hogar y la caldera vomitan. Comprendemos el efecto que *Contravapor* produjo en cuantos visitaron el último Salón de los Campos Elíseos de París.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

I

EN EL NORTE

A Levante y á Poniente, por el Sud y por el Norte, las olas de un mar gris y sombrío rodando con infinita tristeza y monotonía bajo un cielo sin sol. Y sobre la extensión inmensa, un buque largo y estrecho, coronado de un penacho de humo que el viento muy bajo esparce en espesos copos que tardan en perderse en el aire ambiente.



Arbola el pabellón francés y su marcha es rápida como la de los mejores transatlánticos

Hace doce días que ese buque ha salido de Cherbourg. No es un buque de guerra, por más que brillen dos cañones de acero sobre sus castillos de proa y popa. Arbola pabellón francés y su marcha es rápida como la de los mejores transatlánticos. A pesar de su velocidad y de los días que lleva de viaje, sólo ha alcanzado la altura del 70° paralelo: alguna causa de orden natural y lógico habrá retardado su marcha.

Principia ya la primavera, y á fin de ganar tiempo, los navegantes han emprendido el viaje contando aprovechar el mes de abril. Esto hace que se deba avanzar con mucha cautela, porque ha empezado ya el deshielo. En la punta de Ekersünd el navío tuvo que detenerse breve espacio por el encuentro de algunos grandes témpanos errantes. Después, cuando el mar quedó libre, avanzó á lo largo de los altos acantilados de Noruega, por la región de los fiords. En estos momentos el cabo Norte está tan sólo á algunos minutos al Este. Mañana ó pasado, según lo permitan las corrientes templadas, el buque se acercará á la costa, y el 15 de mayo el Océano Boreal estará completamente libre.

En el castillo de popa conversan dos hombres, arrellanados en sillones, dando la espalda al buque.

Uno de estos dos hombres es joven, pues parece no contar más allá de veintiocho años. Es alto, de anchos hombros, bien proporcionado. Su interlocutor, á pesar de que tiene blancos la barba y el pelo, no representa más de cincuenta años. Hablan con gran interés del objeto y de las condiciones del viaje.

– Desde que salimos, nuestra *Estrella* se porta admirablemente, como uno de esos buques ya acostumbrados á todos los mares. Permitidme que os felicite, pues es un navío modelo y tenéis mucha razón en estar orgulloso de él, ya que sois su padre.

– Sin duda alguna soy su padre... adoptivo. Pero antes que á mí se deben sus condiciones marineras al comandante Lacrosse. A él y á ti, mi querido Huberto ¡os debo muchísimo! Hace ya tres años que, sin que lo sospechéis siquiera, os estoy desvalijando materialmente, pues me aprovecho de vuestra ciencia y de vuestra práctica combinadas.

– ¡Vaya! No hablemos de mi experiencia, mi querido tío; tengo muy poca y por entero pertenece al comandante Lacrosse. Por lo que á mí toca...

– ¿No eres acaso el inventor de ese submarino en el que tanto confiamos?

– Confieso de buena gana que algo tengo que ver en el asunto; pero hasta ahora no hay nada comprobado, y por otra parte no se debe á mí solo el descubrimiento. Mi hermano Marcos ha trabajado tanto como yo, y si los ensayos confirman nuestras esperanzas, suya será toda la gloria.

El Sr. de Keralio se echó á reir.

– ¡Ah, ya!, dijo. ¡Ya tenemos otra vez el famoso secreto en campaña! Ese secreto que no debéis revelar sino en hora oportuna.

– Precisamente; ese secreto que antes de divulgarse necesita que se aquilate por medio de una experiencia incontrovertible.

– En tal caso, ha llegado el momento de intentarla, profirió detrás de ellos la voz fresca de una joven.

Los dos se volvieron.

– ¡Hola, prima!, exclamó Huberto, inclinándose respetuosamente.

– ¿Vienes á recordarnos que es la hora de almorzar, Isabelita?, preguntó el Sr. de Keralio. No sé si se debe al viento fresco que sopla; pero la verdad es que siento un apetito mayor que de ordinario, y que el estómago parece que adelanta como los relojes.

La joven tendió su mano á Huberto y acercó la frente á su padre.

– No, padre, replicó; apenas son las diez de la mañana. He venido para asistir al magnífico espectáculo que se prepara, pues el comandante Lacrosse asegura que dentro de poco rato asistiremos á una verdadera iluminación de los hielos.

Y sin más preámbulos, tomando un sillón igual al de los dos hombres, se sentó junto á ellos.

La que acababa de hablar era una joven alta y hermosa que contaría veinte años á lo sumo. Tenía negro el pelo y azules los ojos, como se ven en las razas de origen kimrico é ibero, tales como los irlandeses, los gaélicos de Escocia y los bretones de la costa. Su cuerpo, esbelto y bien formado, denotaba un vigor poco común entre las mujeres, al propio tiempo que los reflejos metálicos que despedían á veces sus pupilas, al fruncir el entrecejo, indicaban una gran energía. Se adivinaban en ella el alma y los nervios de una verdadera heroína, desprovista de petulancia, pero también de falsa timidez.

Isabel de Keralio era hija única de un propietario é industrial poseedor de tierras y talleres en el Canadá, donde se estableciera su familia hacía dos siglos. Pedro de Keralio, de origen bretón, había vuelto al país de sus antepasados y se había establecido cerca de Roscoff en una magnífica propiedad que allí poseía. Isabel tenía apenas diez años al volver á su antigua patria. Había crecido en compañía de las gentes de la costa, pero bajo la continua inspección de su padre, que quedó viudo poco tiempo después de nacer su hija. A ésta le conservó los cuidados asiduos y casi maternales de Fina Le Floc'h, su nodriza, que la quería entrañablemente. Al propio tiempo, el riquísimo canadiense, que no tenía más familia, llamó cerca de él á dos sobrinos huérfanos, de dieciocho y veinte años, Marcos y Huberto d'Ermont, hijos de una hermana suya que murió poco después que su esposo el capitán de navío Roberto d'Ermont. Huberto había terminado sus estudios preparatorios en la Escuela Naval. Su tío no quiso disuadirle de su propósito; antes por lo contrario, le animó á seguir la gloriosa carrera que había empezado. Dos años más tarde, el joven empezaba su carrera de marino en calidad de aspirante de segunda clase.

En aquel momento era teniente de navío. El ministro, que le había otorgado licencia ilimitada para dar impulso á la generosa y patriótica tentativa del Sr. de Keralio, permitía de esta manera que el oficial tomara parte en los riesgos, pero también en la gloria que debía resultar de esta expedición á esas regiones de las que han vuelto tan pocos exploradores.

El hermano mayor de Huberto, Marcos d'Ermont, de complexión delicada y enfermiza, pero de gran inteligencia, se había dedicado al estudio de las ciencias físicas. A los treinta años era uno de los sabios más distinguidos de la capital; su nombre había brillado diversas veces asociado á útiles descubrimientos. No había podido acompañar á su hermano y á su tío en su expedición; pero desde dos años antes se dedicaba en compañía de Huberto á misteriosas y difíciles pesquisas que debían dar mayores probabilidades de éxito á aquel viaje, gracias al invencible poder de la ciencia.

Isabel de Keralio había recibido una educación y tenía un carácter que se parecía poco al de nuestras señoritas francesas. Gracias á la larga estancia de su familia en América, y quizá por vía de costumbre lentamente adquirida, poseía aquella energía viril que de tal modo contrasta con la dulzura, la languidez y las tímidas gracias de las mujeres de la vieja Europa. Diestra en todos los ejercicios corporales y dotada de alta cultura intelectual, hubiese sin duda asustado á un novio que la conociera menos que Huberto.

Pero éste conocía mucho á su prima y sabía que aquellos modales bruscos en nada perjudicaban las cualidades exquisitas de la señorita de Keralio, y que solamente servían para disimular á ojos poco perspicaces los tesoros de caridad y ternura que encerraba aquella alma escogida. Por otra parte, Isabel se despojaba en la intimidad de aquella brusquedad aparente y recobraba todos los encantos de su sexo, sabiendo ponerlos de manifiesto, ejerciendo, gracias á ellos, una poderosa seducción sobre cuantos la rodeaban. Música habilísima, ya dejara correr sus dedos sobre el teclado, ya diera rienda suelta al raudal vibrante de su voz admirable, encarnaba entonces toda la armonía íntima, de la cual su belleza no parecía sino el exterior reflejo.

Se habían desposado espontáneamente, con el consentimiento del Sr. de Keralio, y quedó resuelto que el matrimonio se celebraría el día en que Huberto hubiese conquistado las charreteras de teniente de navío.

A los veintisiete años las poseía ya. Pero entonces un nuevo retardo había surgido para impedir aquella unión tan deseada por una y otra parte.

Pedro de Keralio no era marino, pero había navegado lo suficiente para no temer nada del mar. Por lo contrario, sentía gran afición hacia él, y llegado á la edad en que la mayor parte de los hombres se apartan de todo trabajo y de toda fatiga, concibió el proyecto de dedicar á la ciencia una parte de su inmensa fortuna. El patriotismo había dado á esta noble idea un carácter de conmovedora grandeza, y un día, en alta voz, ante un auditorio de amigos invitados á los desposorios de Huberto y de Isabel, había dicho:

– En cuanto mi hija se habrá casado, realizaré un proyecto que acaricio desde hace mucho tiempo. Iré al polo. No quiero que se diga que Nares, Stephenson, Aldrich y Markham, es decir, unos sajones, en 1876; que Greely Lockwood y Brainard, americanos, es decir, otros sajones, en 1882, han ido más allá del 83° paralelo, sin que los franceses hayan hecho más que ellos.

Isabel lanzó una exclamación.

– ¡Cuando me habré casado! ¡Pues bien: aun cuando todos mis amigos afeen mi conducta, no quiero que se diga que Isabel de Keralio deja de tomar parte en tan gloriosa empresa! Conozco bastante el corazón de Huberto para saber que me permitirá seguir á mi padre en ese viaje hacia lo desconocido.

Algunos amigos aplaudieron; pero el mayor número protestó.

– Hija mía..., dijo el Sr. de Keralio.

Isabel no le dejó concluir. Se acercó á él, le abrazó estrechamente con dominadora ternura, y replicó;

–¡Chit, padre! Ni una palabra más; quedamos conformes. Me has educado de tal modo que, en opinión de mucha gente, antes parezco un muchacho que una mujer. Iré al polo Norte. Y sabed además, papá, que no os desobedezco, pues acabáis de prometerme á Huberto, y su autoridad desde hoy es para mí igual á la vuestra. ¡Ea, hablemos de la expedición!

El Sr. de Keralio se dirigió entonces á Huberto.

– He de recurrir, pues, á ti, yerno mío, para que hagas entrar en razón á esa locuela. ¿Quieres hacerlo?

Huberto, puesto así entre dos fuegos, se levantó.

– Querido padre, contestó, pues ya puedo daros ese título, trataré de disuadir á mi prima de ese proyecto lleno de peligros; procuraré demostrarle que tal resolución es muy difícil de cumplir por parte de una mujer; pero si no quiere plegarse á mis consejos, si de todos modos se empeña en seguir su voluntad, desconociendo el peso de más prudentes determinaciones, entonces me permitiré pediros á mi vez tomar parte en esos peligros. Dondequiera que Isabel de Keralio vaya, yo, Huberto d'Ermont, su novio y pronto su marido, iré también.

Pedro de Keralio no supo qué contestar.

Por lo que hace á los espectadores, aun cuando encontraban extravagante tal resolución, sabían que eran muy capaces de seguirla los que la adoptaban.

Todo el mundo se limitó, pues, á llenar las copas de champagne, y se pronunció un brindis especial en honor y por el éxito de la expedición futura.

De este modo había nacido la idea de esta expedición al polo Norte.

Pero una vez de acuerdo todos, era preciso organizar el plan. El Sr. de Keralio obtuvo primeramente para Huberto la necesaria licencia, y después avisó á un antiguo amigo suyo, Bernardo Lacrosse, ex oficial de la marina francesa, á quien su falta de fortuna había obligado á dejar el servicio del Estado para tomar el mando de un transatlántico. Después de cinco años de ejercerlo, el comandante Lacrosse había formado parte, en calidad de oficial voluntario, en una expedición rusa que iba en demanda del polo Norte por Nueva Zembla. Más tarde y como primer oficial de un navío francés, había partido para los mares Antárticos. Volvía apenas de esa expedición, cuando una carta de su amigo de Keralio le reclamaba su concurso en nombre de su antigua amistad y de la ciencia.

Se había apresurado á acceder á aquel deseo, y luego, de acuerdo con su amigo y Huberto d'Ermont, había escogido y alistado la tripulación de la *Estrella Polar*, que ese era el nombre que se quería dar al buque.

Se procuró que todos los que debían ser compañeros de viaje fueran gente franca y jovial, pues el buen humor y la animación son cualidades preciosas para afrontar los riesgos y la monotomía de expediciones de tal especie. Los tres iniciadores de la campaña hicieron una elección escrupulosa de la tripulación, empezando por los oficiales y médicos. Así pues, sólo se veían rostros francos y alegres entre aquellos marinos.

El estado mayor estaba formado así:

Comandante de la expedición: Pedro de Keralio, 50 años.

Comandante de la «Estrella Polar:» Bernardo Lacrosse, teniente de navío, 48 años.

Tenientes: Paul Hardy, 28 años; Luis Pol, 27 años, alféreces de navío retirados; Juan Remois, capitán de marina mercante, ex alférez auxiliar de navío, 34 años.

Médico: Andrés Servan, 40 años. *Cirujano:* Félix Le Sieur, 38 años.

Primer maquinista: Alberto Mohizan, 30 años.

Químico-naturalista: Hermann Schnecker, 36 años.



En tal caso ha llegado el momento de intentarla, profirió detrás de ellos la voz fresca de una joven

A la lista de oficiales era preciso añadir el nombre de Huberto d'Ermont, teniente de navío con licencia ilimitada.

Todos habían pertenecido á la marina militar, y de consiguiente cada uno de ellos representaba un caudal de conocimientos y de energía considerables.

Por lo que hace á los marineros se habían escogido con igual cuidado, y por una especie de egoísmo nacional, el Sr. de Keralio había querido que todos fuesen bretones ó canadienses, es decir, hijos de su doble patria.

Luego se había procedido al armamento del navío. La *Estrella Polar* no había navegado todavía y se estaba terminando en el astillero de Cherbourg para una casa armadora que acababa de quebrar. Era un vapor de 800 toneladas, aparejado de corbeta y construído para la navegación de altura. Bernardo Lacrosse, que había visitado todos los puertos de Francia durante un período de dos meses, había tenido la suerte de descubrir literalmente aquella «estrella» sobre su basada. Inmediatamente lo había comprado por cuenta del Sr. de Keralio y mandado que siguieran los trabajos, pero haciendo reformas en su construcción, teniendo en cuenta que debía atravesar é invernar entre los hielos.

El navío estaba provisto de dos máquinas Compound de triple expansión y de 500 caballos de fuerza. Estaba formado de una carena cuyas costillas, muy cóncavas, soportaban tres puentes y estaban revestidas de madera de teck, dejando entre ellas y la quilla un hueco de 22 centímetros relleno de estopa y de virutas de palmeras. La quilla, la carlinga, el codaste y la roda eran de acero y recubiertos de una especie de vaina de cobre.

El cobre había sido empleado con intención de dar mayor elasticidad á la quilla. También se empleó en los botalones y en todas las junturas del armazón, lo que permitía al navío sufrir fuertes presiones sin peligro de que cediera. Un árbol longitudinal unía entre sí las diversas partes del buque que de este modo resultaba un conjunto casi homogéneo. El espesor de las planchas de teck variaba entre 225 milímetros en el centro del navío, 120 á proa y 100 á popa.

Toda la bodega se dividía en varios compartimientos estancos. Además del forro de estopa y virutas entre las dos quillas, todas las paredes y techos habían sido tapizadas de delgadas hojas de fieltro comprimido para impedir la pérdida de calórico y la humedad que podía venir de fuera. Para preservar el timón del choque de los témpanos, se habían colocado á sus lados largas vigas revestidas de hierro formando gaviete, con ayuda de las cuales sería posible desmontarlo y colocarlo sobre el puente.

La roda se perfilaba describiendo una curva que dejaba gran salida á las aguas y terminaba en un espolón de tres metros de largo, igualmente de acero. Se había adaptado en la proa, además de las cabrias de vapor, el aparejo Pinkey y Collins de que se sirven los balleneros para evitar durante los grandes fríos que los hombres deban maniobrar los rizos. Unas mangas de lona enchufadas en las válvulas de escape permitían proyectar el vapor sobre los hielos más cercanos, en un radio de cinco metros alrededor del buque.

Los detalles del armamento no habían sido menos cuidados que el casco y arboladura. La *Estrella Polar* poseía, además de los dos cañones de diez centímetros colocados sobre el puente, los cañones revólvers Hotckiss, cuatro fusiles-arpones y dos obuses lanzacabos. Contaba tres balleneras, cinco canoas para navegar entre hielos, enteramente revestidas de escamas de cobre, y cuyas quillas podían en caso de necesidad adaptarse sobre patines ó ejes para el arrastre. En fin, en la popa y bajo una cubierta que le protegía de la humedad del exterior, se abrigaba el misterioso submarino, acerca del cual el Sr. de Keralio acababa de felicitar á Huberto d'Ermont.

. . . .

La conversación, interrumpida durante un momento por la llegada de Isabel, empezó de nuevo con mayor viveza entre las tres personas.

– Querido primo, dijo la joven volviendo al pensamiento común, os decía hace un momento que me parecía llegada la ocasión de comprobar vuestro descubrimiento y el de Marcos.

El teniente de navío preguntó alegremente:

– ¿Vuestras palabras se deben á simple curiosidad, ó bien debo traducirlas por el interés que os inspiran los esfuerzos de mi hermano y los míos?

La joven frunció el entrecejo; pero aquella irritación pasajera desapareció pronto y contestó con su más dulce sonrisa:

– ¿Dudaríais un momento de ello, querido Huberto? ¿Me juzgáis tan ignorante en cosas científicas? Sin duda que la afección que os profeso y la fe que tengo en vos hacen que sienta algún temor por el re-

sultado de ese descubrimiento; pero á deciros la verdad, os confieso que ante todo me preocupa el resultado práctico que esa invención puede proporcionar á nuestra campaña, y que me parece que me sois más caro desde que sé que poseéis un secreto que podríamos llamar la panacea de nuestra expedición.

Y una sonrisa ligeramente irónica asomó á los labios de la linda joven.

Huberto d'Ermont no había llegado todavía á la edad en que se dominan fácilmente y de un solo esfuerzo todas las impaciencias. Aquella inocente mofa de su prima faltó poco para que le impulsara á traspasar los límites de la reserva que se había prometido guardar.

Pero por muy violento que fuera su deseo de patentizar á la joven el mérito de su descubrimiento, supo, sin embargo, dominarse, recordando que había prometido no explicarse sino en un punto y hora determinados.

Pero aun cuando no tuviera el derecho de hacerlo, le quedaba por lo menos la facultad de defenderse. Se levantó, pues, de su sillón con vivacidad, y tendiendo la mano á su prima le dijo:

– Si gustáis bajar en compañía de mi tío hasta mi camarote, señorita incrédula, podré enseñaros, si no el descubrimiento ya aplicado, por lo menos los instrumentos en qué se funda.

Isabel se levantó á su vez muy contenta.

– ¡Vaya, Huberto! Me parece que tomáis la cosa con más calor de lo que convenía. ¿Es preciso que os repita que mi duda es sólo fingida, y que, por lo contrario, tengo en mucho vuestro saber y el de vuestro hermano Marcos?

El Sr. de Keralio dijo bromeando:

– Sin duda, hija mía; pero como me parece que perteneces á la escuela de Santo Tomás, que no quería creer sin haber visto, lo mejor es que, puesto que Huberto nos invita, puedas cerciorarte de ello.

Los tres se dirigieron hacia la escotilla.

En el momento en que ponían el pie en el primer escalón subió el comandante Lacrosse.

– ¡Pardiez, Bernardo!, dijo Keralio. Supongo que también os interesará ver los tesoros de ciencia almacenados en el camarote de mi futuro yerno.

Y pasando su brazo por el de Lacrosse, le arrastró en seguimiento de los dos jóvenes.

El interior de la *Estrella Polar* estaba decorado como el de un yate de recreo. Los corredores, el salón, el comedor y la sala de fumar estaban adornados con arrimaderos de nogal moldeado. Los camarotes de los oficiales daban al comedor, y los del Sr. de Keralio, de su hija, del comandante Lacrosse y de Huberto d'Ermont estaban alrededor del salón.

En el camarote de Huberto fué donde entraron los cuatro visitantes. Estaba amueblado con extraordinaria sencillez, pero con perfecto conocimiento del arte de utilizar el mayor espacio posible. La litera, instalada en un ángulo, reposaba sobre cuatro cajones que servían de armario. El tocador y la mesilla de noche estaban juntos en un mueble de forma circular, que daba vueltas sobre sí mismo y que bastaba hacer girar para que apareciera un elegante pupitre provisto de taburete con respaldo.

En el ángulo opuesto se veía una caja de acero cuyo espesor desafiaba toda tentativa de fractura y cuya combinación de letras garantizaba su impenetrabilidad.

Huberto indicó á sus compañeros sillas en que sentarse.

– Aunque estoy en vuestra casa, querido tío, dijo, como este rincón me pertenece, gracias á vos, permitidme que haga los honores de él y que empiece por mi prima, que es la que más duda y la que siente mayor curiosidad.

Tomó un manojo de llaves de su pupitre y ofreciéndolo á la joven:

– ¿Queréis introducir esta llave en la cerradura de esta caja?, preguntó.

Y al mismo tiempo, con la mano derecha combinaba las cifras, de manera que Isabel no tuvo más que volver la mano.

Se oyó el ruido de seis cerrojos que se descorrían á la vez y el de un resorte poderoso, y apareció el interior de la caja distribuído en divisiones simétricas.

– ¡He aquí el tesoro!, dijo Huberto con gesto de cómica declamación.

– Veamos el contenido, respondió el Sr. de Keralio.

Huberto se inclinó y retiró de una de las divisiones diversos objetos de forma sencilla, y que á la primera mirada no dejaban adivinar su objeto.

Eran cilindros de acero de un peso relativamente considerable; medían cerca de treinta centímetros de diámetro, y terminaban todos en cánulas cerradas por una doble anilla á la cual se adaptaba un doble tornillo de cierre parecido al de las espitas de gas.

Bernardo Lacrosse tomó la palabra.

– No es preciso ser muy listo para adivinar que estos cilindros contienen algo. ¿Me será permitido preguntar qué es ello?

Huberto d'Ermont se puso un dedo en la boca.

– No, por ahora. Lo habéis adivinado; estos cilindros contienen «algo» que no puedo explicaros hasta tanto que nos hallemos en tal situación que ningún traidor, si lo hubiera, pueda aprovecharse de ello. Sabed únicamente que estos cilindros encierran el secreto de nuestra victoria cercana: el calor y la fuerza, la luz y el movimiento. Con ellos, y gracias á ellos, no encontraremos obstáculos. Ellos son los que nos llevarán hasta el polo.

Los tres amigos de Huberto quedaron por un momento sorprendidos ante ese discurso.

– ¡Pardiez! Querido d'Ermont, repuso Lacrosse, si todo es como vos decís, he ahí un secreto que es preciso guardar con cuidado.

El rostro de Isabel había tomado una expresión pensativa.

– ¿A qué traidores hacíais alusión, Huberto?, preguntó.

El joven iba á contestar, sin duda, cuando la puerta del camarote se abrió bruscamente, entrando por ella un magnífico perro de Terranova que fué á descansar sobre las rodillas de Isabel su grande é inteligente cabeza.

– ¡Buenos días, Salvator!, dijo alegremente la joven, acariciando al hermoso animal.

Huberto pareció contrariado.

– ¿Habíamos dejado abierta la puerta?, preguntó con viveza.

Y cogiendo el cilindro de acero lo metió en la caja y cerró ésta con precipitación.

Por la abertura de la puerta entró una nube de humo de tabaco, y Huberto, que se había lanzado al salón, vió la silueta de un hombre de alta estatura que se perdía en la obscuridad del pasillo.

– ¡El Sr. Schnecker estaba ahí!, exclamó, frunciendo el entrecejo.

– ¿Nuestro químico?, preguntó Isabel.

– Sí, nuestro químico, un sujeto que no me gusta nada, añadió d'Ermont.

– ¡Vaya, Huberto! ¿Qué decís?

– Digo lo que pienso, respondió el oficial. Por otra parte, querida prima, ¿queréis interrogar á un testigo imparcial?

Antes que hubiese podido contestar, y en tanto que miraba á su primo con sorpresa, éste levantó con la mano la cabeza del perro, y mirándole en los ojos, le dijo:

– ¿Verdad, Salvator, que eres amigo del señor Schnecker?

Salvator enseñó su doble hilera de dientes, en tanto que un gruñido de cólera se escapaba de su ancho pecho.

II

EL FUERTE ESPERANZA

El 15 de mayo la *Estrella Polar* había rebasado el cabo Norte. Hasta entonces el plan que había prevalecido era seguir el camino del Noreste. Se quería, en efecto, seguir las huellas de la expedición del *Tegettohoff*, dirigida desde 1872 á 1874 por Payer y Weyprecht, que desde la Nueva Zembla, á los 76° de latitud Norte, había ganado una tierra desconocida que se denominó Tierra de Francisco José, y se supuso que alcanzaba desde el 80° al 83° paralelo.

Este plan, además de que dejaba á los viajeros europeos la facultad de estar más cercanos al viejo continente, adulaba asimismo su amor propio, que estribaba en abrirse una vía completamente nueva. «Sería mucha desgracia, había pensado el Sr. de Keralio, no poder hallar un paso más allá del 30° de longitud oriental entre el Spitzberg y las tierras fragmentarias de la Nueva Zembla.»

El comandante Bernardo Lacrosse había combatido este proyecto con razones muy concluyentes. Además de que de este modo se fiaba todo al azar, se malbarataba como por fanfarronería la experiencia de los anteriores viajeros, y singularmente los descubrimientos hechos en la Tierra de Grinnell en 1875 y 1876, por Nares, Markham y Stephenson, y más recientemente, de 1881 á 1884, por Greely, Lockwood y sus valientes é infortunados compañeros.

Bernardo Lacrosse razonaba con gran sentido práctico.

– Siguiendo esa vía, decía, tendremos por lo menos un camino abierto hasta el 83° paralelo. El canal y el estrecho de Smith y la bahía de Lady Franklin son hoy día puntos de abrigo suficientes para gentes de ciencia y de energía.

Y añadía también:

– Es de temer, por otra parte, que el deshielo haga punto menos que imposible nuestra marcha hacia el Este en un sitio en que hay tan pocas tierras, y que nos arrastre, á pesar nuestro, hacia el Oeste. Sería tiempo perdido, ya que deberíamos invernar cerca de Islandia, con el inconveniente además de que agotaríamos nuestras provisiones antes de haber recorrido el tercio de nuestro camino.

Este parecer fué muy pronto confirmado por los hechos.

Desde la mañana del 16 de mayo se advirtió que el campo de hielo, casi completamente compacto, no dejaba paso á la *Estrella Polar*. Las múltiples tentativas que se hicieron no dieron más resultado que una pérdida de tiempo, y el 25 de mayo se estaba á cuatro grados más abajo hacia el Oeste.

La vía, obstruída hacia Oriente, parecía, por singular ironía, abrirse hacia Poniente.

El empeño del Sr. de Keralio cedió ante la evidencia de los hechos, y siguiendo los prudentes consejos del capitán mandó que se cambiara la dirección del buque.

Con gran satisfacción de todos se abandonó, pues, el camino cerrado del Noreste, dirigiendo la proa hacia el horizonte contrario, y la *Estrella Polar* marchó directamente hacia la punta meridional del Spitzberg.

El mar, que cada vez estaba más libre, les permitió llegar allí el 15 de junio, cuando hacía 80 días que navegaban desde la salida de Cherbourg. Se había llegado al 78 grado de latitud boreal. Sólo faltaban salvar cinco para llegar al extremo límite de las investigaciones humanas; pero todos comprendían que se había llegado al término de lo factible y que entonces empezaba la verdadera campaña, llena de luchas y de esfuerzos. Para atravesar en trineo tres de esos grados, Nares, Markham, Stephenson y luego Greely, Lockwood y Brainard habían tardado dos mortales años.

Era preciso apresurarse. El verano de los polos es muy corto y después de julio empieza el enfriamiento. Desde que atravesaron el círculo polar no se hacía ningún gasto de luz, pues el sol de media noche bastaba para iluminarlo todo. Desde quince días antes sólo aparecían pequeños témpanos que iban alejándose á merced de las corrientes. Pero el capitán no confiaba en aquella bonanza, y cada vez que le hablaban del soberbio tiempo que hacía, movía la cabeza con aire de duda y decía:

– ¡Paciencia! No olvidéis que estamos en la parte menos peligrosa de los mares polares y que no empezaremos á padecer sino cuando estemos en Groenlandia.

Tenía razón. En vano se trató de poner proa al Norte pasando de la extremidad meridional de Spitzberg, pues el *pack* ó campo de hielo cerró el paso á la *Estrella Polar* desde el segundo día de navegación. Tampoco fué posible mantener la ruta hacia el Oeste por el 78° paralelo, pues el empuje de los témpanos impelía el navío hacia el Sud.

Así se derivaron tres grados y luego el campo de hielo se abrió de nuevo bajo la influencia de una corriente templada. El comandante Lacrosse se dirigió oblicuamente hacia el Noroeste. El 25 de junio se había ganado de nuevo el 78°; la costa de Groenlandia apareció circundada de una franja de hielo que no tenía menos de 35 millas, y el cabo Bismarck acusó su negra silueta hacia el Norte.

A causa del cuidado con que debía navegar, la *Estrella Polar* llevaba una marcha muy lenta; apenas de ocho nudos por hora (1). A medida que el buque avanzaba hacia el Norte, los témpanos aumentaban en número y tamaño, y se sucedían unos á otros como rosario enorme de flotantes islas. Hasta entonces no se topaba sino con bloques planos, con fragmentos de *ice-fields*.



(Continuará)

(1) El nudo ó milla marítima equivale á 1.852 metros.

SECCIÓN CIENTÍFICA

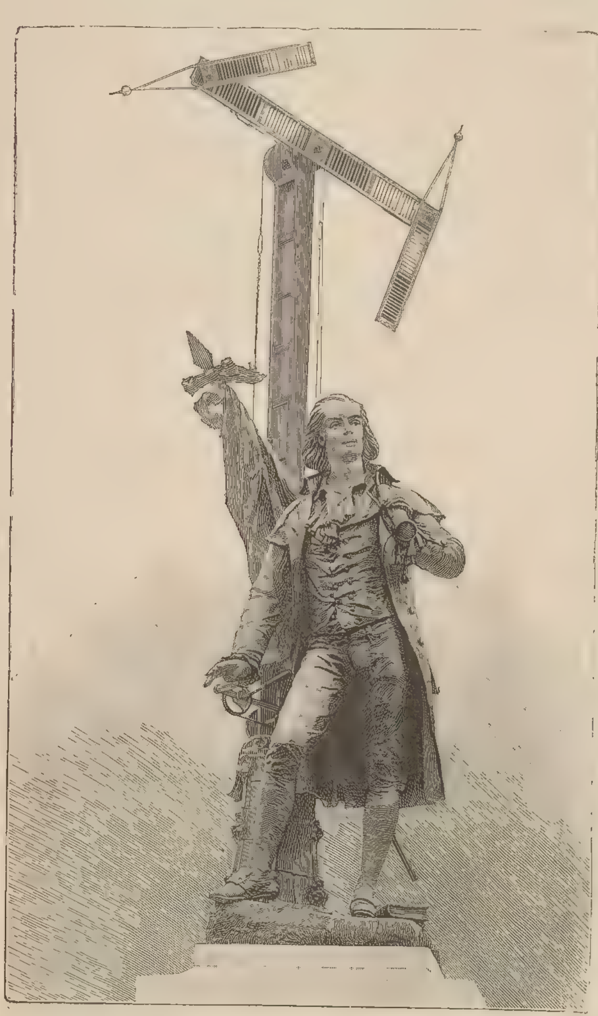
LA ESTATUA DE CLAUDIO CHAPPE
INVENTOR DEL TELÉGRAFO AÉREO

El día 13 de julio último se inauguró en París, en presencia de los individuos del Gobierno, del Consejo municipal de la ciudad y de la Administración de correos y telégrafos, la estatua de Claudio Chappe, el inventor del primer aparato que permitió las comunicaciones á distancia, el creador de las primeras líneas telegráficas.

El monumento se eleva en el cruce que forman la calle de Bach y el bulevard San Germán, sitio con mucho acierto escogido por estar inmediato al lugar en donde se hallaba centralizado el servicio de los telégrafos aéreos, ó sea la casa núm. 9 de la calle de la Universidad, y próximo al domicilo del inventor, que habitaba en la esquina de la calle de Bach y del muelle de Orsay.

El creador de la telegrafía había sido casi olvidado, y apenas si se sabía dónde reposaban sus restos cuando M. Ernesto Jacquez, bibliotecario de Correos y Telégrafos, propuso á la Administración de éstos que se colocara siquiera un busto sobre su tumba; y como para esto se necesitaban fondos, M. Jacquez concibió la idea de dirigirse á todos los empleados de correos y telégrafos para obtener, por medio de una suscripción, la suma necesaria, y durante dos años dedicóse con tanta actividad como entusiasmo á la realización de su proyecto.

El éxito fué muy superior á las esperanzas, puesto que la suscripción produjo 38.000 francos, lo cual permitió ampliar el primitivo proyecto y erigir un monumento en vez de colocar un busto en la sepultura. Convocóse un concurso entre los escultores, y un Jurado, compuesto de los principales artistas franceses, otorgó el primer premio á M. Damé: justo es consignar que la elección no podía ser más acertada, porque el monumento es realmente bello.



Estatua erigida en París en honor de Claudio Chappe, inventor del telégrafo aéreo

Sobre un alto pedestal de mármol, en el que el arrista ha modelado una figura de Mercurio llevando en sus manos una carta de la que brota la chispa eléctrica y uno de los brazos movibles del telégrafo aéreo, álzase la estatua de Claudio Chappe con un anteojo en la mano: detrás de ésta el aparato de que Chappe fué el inventor. De un pináculo gótico salen los montantes en forma de escalera, en cuyo extremo va fijada la pieza cuyos movimientos, completados con los de los brazos, formaban un conjunto de señales que representaba un vocabulario de 196 palabras. La figura de Chappe, lo propio que el aparato en que se apoya, es de bronce: la estatua, concebida y ejecutada con gran sencillez, no tiene nada de esa *banalidad* que se advierte en muchas estatuas oficiales y honra grandemente al artista.

En el pedestal, además del relieve, hay tres inscripciones: en la cara izquierda, *Claudio Chappe presenta el invento del telégrafo aéreo á la Asamblea Legislativa en 22 de mayo de 1792 y es nombrado ingeniero telegrafista por la Convención Nacional en 26 de julio de* 1793; en la de la derecha, *Primeras noticias telegráficas recibidas en París pocas horas después de acaecidos los sucesos: reconquista de Quesnoy y de Condé.* 15 *y* 30 *de agosto de* 1794; la de la cara posterior recuerda á los cuatro hermanos de Claudio Chappe, Ignacio, Pedro, Abraham y Renato, que no sólo le ayudaron á perfeccionar su invento, sino que además le prestaron para la creación de la Administración de correos y telégrafos una colaboración tan leal como fecunda, y quedaron, después de él, al frente de este importante, y útil servicio, el uno hasta 1823 y los dos últimos hasta 1830.

Cuando se consideran los inmensos servicios prestados por el telégrafo de un siglo á esta parte, cuando se conocen las inauditas dificultades que fué preciso vencer para establecer de un modo práctico las primeras comunicaciones, causa asombro que la memoria de Claudio Chappe haya quedado sepultada durante tanto tiempo en el olvido. Si alguien ha merecido bien de su patria es indudablemente el que consagró su fortuna y su vida á dotar á su país de tan útil invento.

Nacido en Brulon (Sarthe) en 1763, Chappe estudió sucesivamente en La Fleche y en Rouen, entró en el seminario y al salir de éste fué nombrado sacerdote comendatario, es decir, sin obligaciones religiosas, y dotado con dos importantes beneficios, dedicándose en seguida á las ciencias físicas y consagrando á sus experimentos una parte de sus rentas. Pero suprimidos en 1789 por la Asamblea Constituyente los beneficios, Chappe se vió privado de sus principales recursos y hubo de renunciar á sus trabajos, yéndose á vivir con su familia: contaba entonces veintisiete años. En medio de los desórdenes de toda clase que agitaban á Francia no pudo permanecer inactivo, y se propuso servir á su país dotándole de una máquina que permitiera al gobierno transmitir rápidamente sus órdenes á distancia. Comunicó su proyecto á sus hermanos, que fueron sus colaboradores, y su familia no vaciló en proporcionarle los medios materiales de realizar su proyecto. Dejando á un lado los detalles de sus experimentos, que duraron quince meses, sólo diremos que á fines de 1791 sus ensayos fueron bastante concluyentes para que fuese á París á proponer la adopción de su invento. El Gobierno le autorizó para que verificase algunas pruebas, mas apenas instalados sus aparatos fueron destruídos durante la noche, sin que haya podido saberse jamás quiénes fueron los autores de este acto de vandalismo. A pesar de esto, Chappe no desmaya: aprovechando la experiencia conseguida con sus primeros ensayos, construye nuevos aparatos con tal perfección que no sufrieron modificación alguna importante en los sesenta años en que fueron utilizados, pudiendo en 22 de marzo de 1792 ofrecerlos á la Asamblea Legislativa, en donde su hermano Ignacio representaba el departamento del Sarthe. El ofrecimiento fué aceptado y se dió orden de que se hicieran experimentos; pero de pronto fué incendiada la máquina por un populacho ignorante que se figuraba que aquellos aparatos habían de servir para poner en libertad al rey entonces prisionero. Poco después se disolvía la Asamblea Legislativa y el desgraciado Chappe hubo de esperar hasta 1.º de abril de 1793, fecha en que la Convención reconoció la utilidad de su invento.

Entonces se le prestó ayuda y protección suficientes para que nadie atentase contra sus aparatos, y se delegó á Lakanal y á Dannou para que estudiasen los ensayos, y el día 27 de julio del propio año el invento era reconocido como realmente práctico y la Convención nombraba al ciudadano Chappe ingeniero telegrafista con el sueldo de *cinco libras diez sueldos,* con misión de crear las líneas consideradas necesarias.

Entonces es cuando hay que ver al desgraciado inventor luchando contra las dificultades que constantemente le suscitaban la ignorancia de las poblaciones, la falta de medios de transporte y sobre todo la carencia de dinero, pues la mayor parte de sus obreros no quisieron aceptar los asignados, única moneda que el gobierno ponía á su disposición.

Esto no obstante, gracias á su perseverancia y á su increíble energía, construyó la línea de París á Lille con dieciséis estaciones y el 15 de agosto de 1794 los aparatos transmitían el primer despacho anunciando la reconquista de Quesnoy. La telegrafía había entrado al fin en los dominios de la práctica, conseguido lo cual era preciso crear nuevas líneas, escoger las estaciones, comprar los terrenos, construir máquinas, instruir un personal de empleados y organizar, en suma, toda una administración. Dificultades sin cuento, originadas principalmente por la falta de dinero, eran obstáculo continuo á la buena marcha de los trabajos; á pesar de todo, Chappe las vence y en cuatro años construye la línea de París á Estrassburgo con cincuenta estaciones.

Ayudado por sus cuatro hermanos, permanece en su puesto hasta 1804; pero en aquella época comienza á sentir los efectos del excesivo trabajo á que se ha dedicado durante catorce años, su salud se altera profundamente, su razón se perturba y el 23 de enero de 1808, á la edad de cuarenta y dos años, se suicida arrojándose á un pozo. Sus aparatos sirvieron hasta 1855, fecha en que fueron sustituídos por el telégrafo eléctrico: el último despacho fué, como el primero, el anuncio de una victoria: la toma de Sebastopol.

Para hacerse perfectamente cargo de las enormes dificultades con que hubo de luchar Claudio Chappe, es preciso leer el interesante libro que M. Ernesto Jacquez acaba de dedicarle *(Claude Chappe. Notice biographique)*: en él puede seguirse paso á paso la accidentada vida del inventor, que se consagró por entero á la realización de su proyecto con el sólo fin de ser útil á su país, y de ella podrá deducirse cuán bien merecida es la estatua que le ha erigido la familia telegráfica por él fundada. – X.

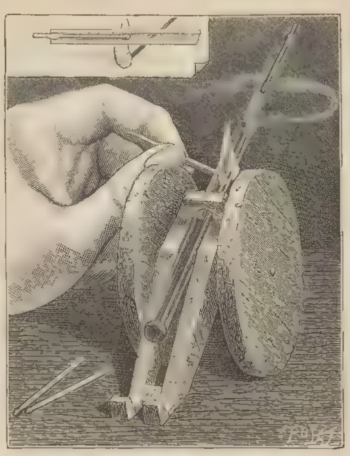
PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

CAÑÓN IMPROVISADO

Tómese un tubo de cristal de tres milímetros de diámetro interior y de unos diez centímetros de largo y ciérrese uno de sus extremos con lacre; córtese en un tapón de corcho una pieza cuadrada de dos centímetros de lado y practíquese en ella un agujero por donde se introducirá el tubo de cristal, que deberá ajustarse exactamente al orificio, colocándolo de modo que el extremo abierto mire hacia adelante; clávese con alfileres esta pieza cuadrada al extremo de dos tiras de corcho que hacen las veces de gualderas; fíjense finalmente por medio de alfileres las dos ruedas que podrán ser discos de cartón ó de corcho, y tendremos el cañón y la cureña.

Falta procurarse la espoleta, la carga, el taco y el proyectil, lo cual no será difícil, pues todo puede encontrarse reunido en un objeto de fácil adquisición, en uno de estos fósforos largos y gruesos, llamados fósforos bujías, escogiendo para ello una que tenga la cabeza azul, de esas que se encienden con explosión á consecuencia de tener mezclada con la pasta fosfórica una pequeña cantidad de clorato de potasa.

Cójase el fósforo entre el pulgar y el índice de cada mano muy cerca del extremo opuesto á la cabeza, estrújesele en todos sentidos de modo que se desprenda la estearina y quede al descubierto la torcida y aproxímense los dos extremos rígidos de manera que la porción de torcida descubierta forme como un taco, según indica el detalle de nuestro grabado. Preparado así el fósforo, introdúzcase por el tubo de cristal metiendo primero la cabeza y empújese hasta que la porción hinchada de la torcida cierre á modo de taco la boca de aquél, aunque no herméticamente. Cargada así la pieza, colóquese otra cerilla encendida debajo del tubo de cristal calentando especialmente el extremo en donde está la cabeza fosfórica, y al poco rato se producirá una detonación, y el proyectil, ó sea la cerilla, será lanzado á una distancia de cinco ó seis metros. Procúrese clavar las ruedas en una tarjeta para evitar el retroceso del cañón. Este retroceso se manifestará en el tubo de cristal, que se correrá hacia atrás en la pieza de corcho que lo sostiene.



Un cañón improvisado

A pesar de su poca consistencia, este cañón puede hacer hasta 100 disparos sin sufrir ningún desperfecto: si el alma de la pieza se llena de grasa, espérese á que se enfríe y límpiesela con una de esas escobillas que sirven para limpiar las boquillas.

Este juego de salón inofensivo que acabamos de describir puede servir en las tertulias para organizar entretenidos juegos de tiro al blanco, pues la cerilla al ser disparada deja en el papel una señal.

ARTURO GOOD

(De *La Nature*)

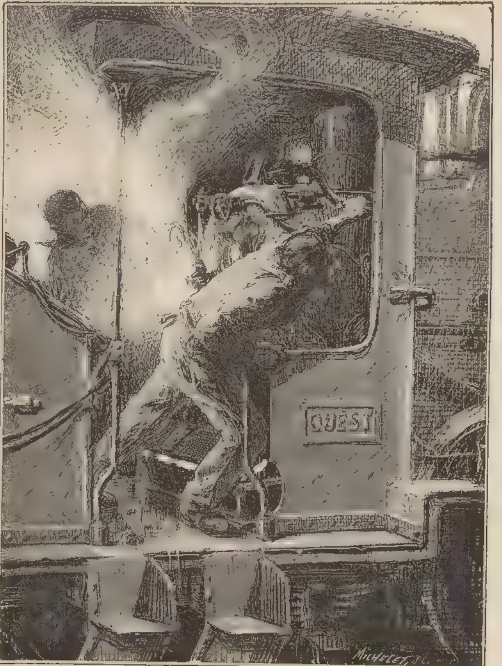
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CONGRESO JURÍDICO IBERO-AMERICANO, REUNIDO EN MADRID EL AÑO 1892. – Bien notoria es la importancia que revistió el Congreso jurídico celebrado con motivo de las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América, y al que concurrieron los más eminentes jurisconsultos españoles y americanos: de gran interés fueron los temas en él discutidos y en extremo notables los trabajos en que tales temas se desarrollaron. La Real Academia de Jurisprudencia, promovedora del Congreso, ha reunido en un voluminoso tomo todos estos trabajos que ni siquiera someramente podemos enumerar por falta de espacio, pero de cuya valía podrá formase idea con sólo tener en cuenta que fueron presentados por las lumbreras del foro y de las academias de nuestra patria y de las repúblicas hispano-americanas. El libro, que ha sido impreso por los Hijos de Manuel Ginés Hernández, de Madrid, constituye un verdadero monumento erigido á la ciencia jurídica que deben consultar y estudiar cuantos á ésta rinden culto ó por ella se interesan.

***

CRÓNICAS POTOSINAS, *por D. Vicente G. Quesada*. – Imposible nos es, dada la índole de esta sección, hacer un estudio de esta interesantísima obra del actual ministro plenipotenciario de la República Argentina en Madrid, que á su condición de verdadero diplomático une la de literato eminente, no sólo celebrado en su patria, sino en las demás repúblicas del nuevo continente y en nuestra misma España. *Crónicas potosinas* son una colección de narraciones interesantísimas de costumbres medioevales hispano-americanas que arrancando del descubrimiento del famoso mineral de Potosí van siguiendo el curso de los sucesos relacionados con el modo de ser de los indígenas y de los conquistadores durante los siglos XVI y XVII, presentando como síntesis de cada época el acontecimiento que más dominó la atención durante la misma. La materia tratada por el señor Quesada es nueva, y por la habilidad con que ha sabido tratarla tiene todo el interés del trabajo histórico y toda la amenidad y encanto de la novela. Lleva el libro multitud de notas que, además de demostrar el profundo estudio hecho por el autor de la bibliografía hispano-americana, sirven de apoyo á los hechos que relata. Otro de los atractivos que reune esta obra es la forma en que está escrita; el estilo participa de la sobriedad que debe exigirse al historiador y de la galanura que caracteriza al buen novelista. La obra forma dos voluminosos tomos y ha sido editada en París por la Biblioteca de Europa y América.



CONTRAVAPOR, cuadro de F. Sallé (Salón de los Campos Elíseos, de París, 1893)

***

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por don León Bonel y Sánchez*. – Se han publicado las entregas 10 y 11 de esta interesantísima revista que contienen, entre otros trabajos, la por tantos conceptos notable Memoria que, debida á su presidente Sr. Bonel, eleva la Academia de Derecho de esta ciudad al Ministro de Gracia y Justicia sobre las reformas que deben introducirse en las leyes de Procedimiento Civil y Criminal y en el Jurado. Es un trabajo que honra á su autor y á la corporación cuya presidencia ocupa y que merece ser estudiado por cuantos se interesan por la ciencia jurídica. El Sr. Bonel demuestra en su Memoria haber estudiado profundamente todos los problemas relacionados con el derecho procesal y conocer á fondo los defectos que entraña esta rama del derecho y los medios indispensables para corregirlos

***

INDEMNIZACIÓN Á LAS VÍCTIMAS DEL DELITO, *por R. Garofalo, traducción de Dorado Montero*. – Después del éxito que ha obtenido en España *La Criminalogía*, de Garofalo, nada diremos en elogio de la *Indemnización á las víctimas del delito* (que es la segunda parte de la *Criminalogía*), sino que esta nueva obra del ilustre autor italiano es, en nuestra opinión, de más importancia jurídica que la primera. Editada por *La España Moderna*, se vende á 4 pesetas en las principales librerías.

***

LA ESPAÑA MODERNA. – El último número de esta importante revista es notabilísimo. Contiene una novela entera, *Aguas primaverales*, de Turguenef; *Los mesones*, cuento, por Daudet; *Las costumbres literarias del tiempo presente*, por Caro; Un magnífico estudio de Alexis acerca de los *Rougon Macquart*, y del *Doctor Pascual*, la famosa novela de Zola; y otra porción de trabajos muy notables de Lubbock, Carrer, Lombroso, Mélida, Villegas, Castelar, etc.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 28 de agosto de 1893 — Núm. 609

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Incendio del almacén de hielo artificial en la Exposición universal de Chicago, en el que perecieron más de treinta bomberos



CRÓNICA DE ARTE

La vida artística sufre en Madrid una paralización completa. El calor horrible que estamos soportando con más resignación que Silvela á D. Antonio, obligó á las gentes que disponen de su dinero y de su persona á salir precipitadamente para lugares donde las brisas marinas ó las umbrías de las montañas y de los bosques hagan tolerable la temperatura elevada que hace días viene sintiéndose en toda ó casi toda la península.

Madrid ha quedado por nuestro; y *nosotros* somos los periodistas, los empleados, «algún que otro ministro,» media docena de directores, subsecretarios, académicos y magistrados de tanda y los mangueros y barrenderos de la villa. Los artistas levantaron el vuelo, y no el de la fantasía, y desaparecieron de esta abrasada y pestilente capital de la monarquía española. En los escaparates de los mercaderes de cuadros no se ven más que obras de antiguo conocidas, ó *tablitas* de esas que á última hora, en cuatro trancos, entre trago y trago de cerveza y desvanecimientos producidos por el calor que convierte los estudios en hornos, hicieron aquellos pintores que no han podido resistir la nostalgia del *dolce far niente* que acomete mirando el flujo y reflujo del mar, ó escuchando cómo el viento entona sus monótonas y adormecedoras sinfonías entre las hojas de los árboles.

Volvieron, pues, sobre su acuerdo cuantos pintores, á principios de verano, hicieran formal promesa de no abandonar á Madrid. Y con los pintores se marcharon poetas y literatos, músicos y actores; tan sólo quedan aquí dos ó tres nombres en las letras y en las artes, esperando la ocasión propicia para también ellos dar en el campo espacio á su espíritu.

Los escultores son los que no se han movido de Madrid. Amarrados al bloque de mármol ó al barro, por la índole de su arte forzosamente tienen que hacer de la necesidad virtud. Y aquí están. El mismo Querol que debía haber partido para Carrara hace un mes, todavía se encuentra entre nosotros. Es verdad que el contratiempo que le produce la forzosa permanencia en esta corte, se lo ha compensado la noticia oficial en la que desde Manila se le comunica haber sido premiado su boceto *Patria Fides*, con que asistía al concurso abierto en aquella capital para elevar un monumento á Legazpi y al P. Urdaneta.

Querol y Parera han sido los vencedores en esta lucha; Querol alcanzando el primer premio, Parera el *accésit*. Cataluña sigue, hasta el presente, arrollando con sus escultores á los de las demás provincias.

Yo que he visto varios de los bocetos enviados á Manila para el citado concurso, entiendo que el de Querol, teniendo grandes cualidades – no en vano su autor figura entre los escasísimos escultores de gran talla de España, – sin embargo, me pareció y me sigue pareciendo una de las obras que no inmortalizarán el nombre del artista tortosino. Quizás la rapidez con que está concebido y desarrollado el pensamiento haya sido causa de las deficiencias que yo encuentro en esta obra; siendo la deficiencia principal, á mi modo de ver, la de no estar comprendidos los caracteres morales de los estatuados; y más que esto, por no estar en el fraile y en el guerrero simbolizado el lema *Patria* y *Fe*.

Creo firmemente que Querol meditará sobre esto que desde estas columnas le digo. No eran los militares, los guerreros españoles de los siglos pasados, fáciles de confundir con los de nación alguna, y mucho menos los que luchaban en aquel siglo de los Pizarros, Hernán Cortés, Juan de Austria, gran duque de Alba y Álvaro de Bazán. Si creyentes fervorosos hasta el fanatismo, sin embargo, no miraban mucho que digamos hacia el cielo, antes por el contrario, altivos y fieros, batalladores hasta llegar con sus proezas á rayar en la epopeya, los músculos de sus cuellos estaban rehacios á toda flexión que significara levantar la cabeza para la contemplación de alguien más alto que ellos mismos. Ni sus ojos se alzaban tampoco de la altura aquella que medía la talla del que osara cruzar con el suyo su acero. Ni aun para jurar, en los rostros de tales gentes se reflejaba gran cosa la unción, el misticismo que trata de imprimir á la arrobada cabeza de Legazpi el Sr. Querol. Los nobles y los guerreros, españoles todos que ceñían hoja de acero toledana ó florentina, juraban puesta ó extendida la mano sobre la cruz de su espada, ó bien empuñándola solamente. Y aun cuando mi amigo el Sr. Querol lo crea extraño á lo que voy diciendo, le recordaré sin embargo que muy escasos fueron los motes de los blasones de la nobleza de Castilla donde se leyera una frase mística. Recuerde: «Después de Dios, la casa de Quirós;» «Con enemigos y sin enemigos,» «Luchando siempre,» «A mi vista huyen,» y era un hacha de armas sobre campo rojo. Pues bien: vístanseles á Legazpi hábitos iguales á los que viste el P. Urdaneta, y parecerán ambos una misma figura. Para mí no ha adivinado el Sr. Querol á Legazpi, representante del poderío de España en los días de Felipe II.

En cambio la figura del P. Urdaneta peca de demasiado movida. Bien es cierto que el célebre fraile era un temperamento enérgico, más, mucho más resuelto que Legazpi; pero ante el simbolismo al cual debió sujetarse el artista, claramente expresado en el lema *Patria Fides*, al de Urdaneta corresponde de derecho simbolizar la Religión, como á Legazpi la idea de la Patria. Y esto en cuenta, paréceme al ver así trocados los papeles, que por equivocación el señor Querol le puso faldas al que debía llevar las calzas.

Por otro lado, las dos figuras con el mismo movimiento de cabeza, el paralelismo de las actitudes, la ausencia del motivo principal, de lo que motiva la inmortalización del fraile y del soldado, de la tierra, en fin, que iban á gobernar y á concluir de someter á nuestro dominio, todo esto hace del monumento una obra cuya idea generadora está incompleta. Porque yo no creo que la figura que aparece entre las columnas del pedestal y sentada en la basa del primer cuerpo represente á Filipinas. Si mi memoria no me engaña, pues en este instante no tengo á la vista copia fotográfica alguna del proyecto, esta figura más simboliza la Historia – ese eterno ripio de la escultura moderna, – que no otra cosa. Además, si por acaso representara á Filipinas, ni el lugar adonde relegó el escultor la figura ni su carácter é indumentaria están dentro de la verdad relativa, que siempre debe existir en la obra de arte de este género.

¿Bellezas? Las *tendrá* grandes cuando Querol desarrolle á todo su tamaño esta obra. Entonces podrá admirarse cómo el autor de *La Tradición* convierte en carne palpitante, mórbida ó tendinosa, según de quien trace la figura, la informe masa de barro ó el enorme bloque de mármol; entonces podrá admirarse cómo expresan los rostros de esas hoy figuritas casi deshechas cuanto el artista quiere que expresen; entonces paños y armaduras serán de tela y de acero respectivamente: entonces aparecerá el escultor en todo su valer, y cuenta que éste es grande.

***

Hace días recordaba yo al Sr. Moret, ministro de Fomento, que debía plantearse, si no venían mal dadas, su proyectado plan de enseñanza, cuando este plan hubiera sido aprobado por el Consejo de Instrucción pública; y que para entonces veríamos entre varias anomalías, perfectamente perjudiciales para la enseñaza, una á propósito de la cual le llamaba la atención; pues siendo la nueva asignatura de Historia y Teoría del arte de una necesidad grande, con el sistema económico de las acumulaciones se convertiría en lastre intelectual inútil.

La enseñanza de la Historia del arte como de la Teoría precisa que la den personas idóneas que hayan dedicado su vida á estudios de esta índole y que además reunan la condición esencial de poder hacer sus explicaciones por los medios gráfico y plástico.

Así lo entienden en Francia, en Inglaterra y en otras naciones, y así lo ha entendido la academia de Bellas Artes de San Fernando, al conceder al señor Arroyo la cátedra de Historia y Teoría del arte que se explica en la escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado. Sobre sus contrincantes, por otro lado sapientísimos, tenía el Sr. Arroyo, á juicio del tribunal, la condición de poder dibujar trajes, monumentos y cuantos objetos sean necesarios para hacer comprender claramente al alumno la cronológica transformación que fueron sufriendo, así la indumentaria, como los usos y costumbres de los pueblos, y con ellos la arquitectura y la escultura.

Recientemente dió en la escuela de Bellas Artes de París el miembro del Instituto M. Heusey una sesión pública de Historia de la Indumentaria. He aquí cómo refiere esta sesión uno de los diarios parisienses.

«Curiosísima ha sido la sesión ayer celebrada en la escuela de Bellas Artes.

»En la sala del hemiciclo llamado de Paul Delaroche (á causa de haber pintado en él este célebre artista los retratos de los principales artistas del mundo), M. Heusey, individuo del Instituto, continuó la explicación de su historia de los trajes de la antigüedad, con la ayuda, no de maniquíes, como hasta ahora venía aconteciendo, sino con la de modelos de carne y hueso.

»En dos horas reconstituyó á nuestra vista varias épocas de Egipto y de Asiria, no en sus monumentos, sino en sus modas. J. Bian mismo, acostumbrado á vestir las reinas de tragedia ó de drama lírico y que asistía á esta sesión, tenía celos de la facilidad y propiedad exquisita con que aquel sabio y artista práctico ceñía y plegaba el suave lino á los cuerpos de los modelos que representaban Faraones, y las lujosas y caras telas con que vestía á los niños que recordaban á los hijos de Asuero. Todo esto en medio de unánimes aplausos de los concurrentes.

»M. Heusey, para concluir, nos representó sobre un trono rodado de la época S. V. P. á un monarca del siglo X con la tiara en la cabeza, la maza de armas en la mano y la espada en la cintura.»

***

Otra noticia que acabo de leer en *La Liberté* me hace pensar en la enorme paralización que, sobre la que hoy se advierte, van á tener las artes en España, con motivo de las desdichadas economías con que tan fieramente se castiga en estos presupuestos el de Fomento.

El ministro de Bellas Artes de Francia ha confiado una misión á M. Antony Valabrigue con el objeto de que estudie los museos del Este y del Norte de Francia, de Bélgica y de Alemania.

«Poeta y escritor de arte, Valabrigue viene estudiando hace largo tiempo los grandes y los pequeños maestros del siglo XVII y del XVIII.

»Amante – dice el periódico de donde copio estas líneas – de los caracteres independientes y que se revelan por su originalidad, busca en todo el modo de reconstituir, con gusto y gran conciencia del cargo que le está confiado, las más puras glorias del arte francés.

»Después de haber examinado algunos de los museos del Norte y del Este de Francia pasará M. Valabrigue al Sud de Alemania con el objeto de visitar Augsburgo y Munich. Hará una detenida visita á los maestros franceses, cuyas obras son numerosas en Dresde y en Berlín. Esta visita dará por resultado una colección de documentos y estudios interesantísimos.»

Lo mismito que en España. Es verdad que aquí no nos hace falta para nada la reconstitución de la Historia de nuestro arte. Cierto que nuestras artes industriales, nuestra arquitectura, nuestras mismas artes de la escultura y pintura son tributarias del extranjero; cierto que aquí no tenemos un solo libro de donde sacar en limpio cuál ha sido ya y debe ser el valor de nuestro arte; pero ¿no les parece á ustedes que entre esto, que al cabo produce beneficios positivos, y regalar á un contratista de envases de mercurio 600.000 pesetas, lo segundo es lo legítimo?

***

El notable escultor sevillano Susillo ha sido encargado por el ayuntamiento de Sevilla para modelar la estatua de la infanta Luisa Fernanda, que deberá erigirse en la ciudad del Guadalquivir.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 14 de Agosto de 1893.

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE CHICAGO

Más de la cuarta parte del palacio de la Industria ocupa la sección de los Estados Unidos, tres veces mayor que la de Francia ó la de Alemania; pero si los objetos en ella expuestos guardaran en punto á cantidad la misma proporción que tienen en la francesa ó en la alemana, es decir, si el número de los

mismos de igual clase se limitara al de los que en esas dos otras secciones se han juntado, las colosales dimensiones que hoy presenta quedarían considerablemente reducidas. Además, entonces el efecto que ahora produce la desmedida abundancia desaparecería en buena parte, y se vería que la instalación norteamericana está muy por debajo de las instalaciones de las naciones más adelantadas de Europa, y en algunas ramas de la industria, especialmente de las industrias artísticas, resultaría verdaderamente pobre.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – La sección de los Estados Unidos en el Palacio de la Industria

El examen atento de la sección industrial de la América del Norte es uno de los varios desencantos que experimentan los que visitan el parque Jackson. Cierto que allí la industria se presenta con caracteres grandiosos y abarca todo lo imaginable; pero sólo brilla por la precisión con que aparecen elaborados los objetos: todo se hace con máquinas que producen de una sola vez docenas, centenares, millares de éstos; pero cuando se contemplan los muebles, los bronces, los artículos de plata y los de uso corriente, cuando se admira la inmensa cantidad de lo producido, se ve que falta en todo el sello individual, se echa de menos la mano del trabajador que imprime el verdadero carácter, se observa, en suma, la ausencia completa de estilo nacional en el conjunto.

La sección norteamericana en el palacio de la Industria es un amontonamiento de productos fabriles hecho sin orden ni concierto: cada expositor ha construído á su antojo su instalación sin obedecer á plan alguno, y así como todas las secciones europeas ostentan artísticas fachadas y elegantes vestíbulos en donde presentan instalados con el mejor gusto los objetos más importantes, en aquélla falta el sentimiento artístico y aun el *confort* que tan gratos son al visitante y que contribuyen no poco al buen efecto que causan las del viejo continente. En éstas admíranse los más hermosos productos del arte industrial, tales como tapices, bronces, estatuas, esculturas, porcelanas, metales labrados, encajes, etc.; en la de los Estados Unidos todo es frío, y lo único que en ella sobresale son joyas, piedras y metales preciosos, relojes y otras cosas por el estilo. El artículo adocenado predomina por completo, y en él no cautiva la forma por lo artística, sino por lo práctica, y en este concepto sí que tienen allí mucho que aprender los europeos. Pero éstos llevarán siempre gran ventaja á los americanos: mucho de lo que en América se produce puede ser imitado y aun falsificado por nuestros industriales; en cambio el yankee, por regla general tendrá que limitarse á examinar platónicamente, por decirlo así, la producción industrial de Europa; pues, aun prescindiendo de lo caros que resultarían los artículos á causa de lo elevado de los jornales, difícil había de serle llegar á tener obreros dotados de esa habilidad y de ese gusto que el trabajador europeo puede decirse que respira en el taller y lleva disuelto en la sangre, siendo el continuador de una obra cuya tradición se han transmitido unas á otras innúmeras generaciones.

A la entrada de la sección norteamericana y en el centro del palacio de la Industria álzase una especie de campanario de cuarenta metros de elevación, que se ve en el grabado que reproduce aquélla: en el cuerpo inferior, cuyos ángulos están coronados por cuatro torrecillas, tiene el director general de la Exposición varios elegantes salones; en el superior hay un reloj con un *carillón* que ejecuta escogidas piezas.

Una de las pocas instalaciones que constituyen una excepción hasta cierto punto de lo que llevamos dicho acerca de la industria americana, es la de los joyeros de Nueva York Tiffani y compañía, razón social muy conocida también en nuestro continente: en su grandioso pabellón y dentro de aparadores forrados de espejos centellean á millares las más sorprendentes piedras preciosas, rubíes, esmeraldas, brillantes como nueces y otras varias por valor de muchos millones.

Las joyas en que estas piedras están montadas y multitud de objetos de oro y plata que allí pueden admirarse son de dibujo elegante, de un gusto exquisito; por esto hemos dicho que esta instalación es una excepción de la regla general; pero... esos dibujos, esas monturas débense á artífices de Europa que la casa Tiffani ha llevado á los Estados Unidos, y de aquí que al señalar la excepción hayamos añadido que sólo lo era *hasta cierto punto*, porque en resumidas cuentas resulta que en todo ello el yankee ha puesto el dinero y el europeo el arte. Con lo cual queda aquella regla una vez más confirmada.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – La sección francesa en el Palacio de la Industria

Francia ocupa uno de los puestos de honor en el centro del palacio de la Industria, y su instalación produce admirable efecto, confirmando los productos en ella expuestos la merecida fama de que gozan los franceses de ser los primeros en punto á industrias artísticas y demostrando á la vez los incesantes progresos que en esas ramas del saber humano realizan.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – La sección italiana en el Palacio de la Industria

Esto unido á la práctica que tienen en materia de exposiciones permitía asegurar de antemano el triunfo de Francia en la de Chicago, y así ha sido efectivamente: la victoria de la industria francesa ha sido completa, sobre todo en aquellas ramas, en que los franceses son los primeros y los americanos los últimos.

La fachada de la sección francesa que da á la avenida principal del palacio, sin ser tan artística como la alemana es imponente y digna de los objetos que contiene: domina en ella un grandioso portal adornado con banderas, por el cual se penetra en el patio de honor característico de todas las exhibiciones francesas, en donde hay expuestos los artículos de todas las manufacturas del Estado y en cuyo centro álzase la estatua de la República, modelada por Falguieres en veinte días, según se dice.

Las paredes están colgadas de los últimos productos de las famosas fábricas de Gobelinos de París y Beauvais, verdaderas obras maestras, únicas en su género, cuya perfección nadie ha podido superar ni igualar siquiera. Entre todos esos preciosos tapices llévase la palma en Chicago el conocido con el nombre de *El ahijado de las hadas*, salido de la fábrica de Beauvais, en cuya confección se han empleado cincuenta años y cuyo valor no baja de dos millones y medio de reales. Enfrente de éste admírase otro tapiz, también preciosísimo, que es una alegoría de las artes y de las ciencias, según un boceto de Ehrmann, y está destinado á la Biblioteca Nacional de París.

Generalmente goza de más fama la fábrica de Gobelinos de París que la de Beauvais, pero á juzgar por lo expuesto en Chicago no está muy justificada esa preeminencia: en la primera se han fabricado hasta ahora las piezas grandes; en la segunda se confeccionan comúnmente los pequeños tapices destinados á la venta ordinaria, y las telas para muebles, en las cuales se reproducen preferentemente los encantadores cuadros de Watteau.

De estas telas se ven algunas en los muebles que expone Francia y que por la variedad de sus estilos forman una colección de gran interés, tanto más, cuanto que los ebanistas expositores han dispuesto sus instalaciones de modo que el visitante pueda ver en ellas habitaciones completas en las cuales no falta el menor requisito, no sólo en lo referente al mueblaje, sino que también en cuanto tiene carácter de adorno, como cortinajes, alfombras, bronces y demás accesorios de las viviendas modernas.

Conocidos en todo el mundo son los magníficos productos de la fábrica de porcelana de Sevres; el número de los expuestos en Jackson Park supera al de los que figuraron en la última Exposición universal de París y hay entre ellos algunos ejemplares nuevos.

La sección de bronces ostenta preciosos objetos, sobresaliendo por encima de todos ellos el magnífico y colosal jarrón dibujado y modelado por Doré que figuró en la Exposición universal de Barcelona. La de piedras preciosas y labores de orfebrería contiene muchas maravillas que merecen figurar como las primeras en su género en la *feria del mundo*. No menos que ésta llaman la atención las secciones de confecciones y artículos de tocador parisienses, especialidades en que París impone la moda al orbe entero.

Pero lo que más interesa y sorprende en la sección francesa es la parte destinada en el primer piso á las artes liberales: grandes cuadros al óleo, que representan las principales ciudades de Francia, alegorías, gobelinos, etc., adornan la escalera que conduce á aquellos salones, por los cuales circulan los visitantes asombrados ante la importancia de lo que en ellos se exhibe.

En suma, Francia, como de costumbre, llévase la palma en la Exposición de Chicago, y hasta los mismos alemanes confiesan que si en algunas cosas ha quedado por debajo de Alemania, en muchísimas, en las más importantes, la deja muy atrás.

* * *

Los productos italianos ocupan en el palacio de la Industria un espacio bastante reducido, casi la mitad del área que tienen las secciones belga ó japonesa; pero la pequeñez queda sobradamente compensada con el gusto que caracteriza á los italianos en materia de industrias artísticas. Además la colocación de los objetos expuestos es tan elegante que bien merece esa sección el calificativo de monada del gran certamen.

Lo primero que se encuentra al entrar en ella es un busto bastante bueno del rey Humberto, alrededor de cual hay agrupadas multitud de bellísimas esculturas de mármol y de madera, muchas de ellas muy notables y algunas admiradas ya en anteriores Exposiciones.

Varias casas venecianas exponen artísticos bronces, artículos de cristal magníficos y casi por nadie igualados, muebles tallados reproducciones de antiguos modelos y hierros labrados; Florencia presenta sus mayólicas y *faiences*, copias en su mayoría de esos viejos y preciosos ejemplares que en Italia tanto abundan, y los milaneses tienen allí hermosas sederías y otros tejidos. Pero lo que más se admira en la sección italiana es la riquísima colección de encajes venecianos, entre los que sobresalen los de Burano. La antigua y un día floreciente industria encajera había casi por completo desaparecido en la ciudad de las lagunas, cuando hace aproximadamente veinte años una ilustre dama italiana fundó en Burano una escuela de encajes en donde la generación joven pudo aprender tan delicado arte bajo la dirección de viejos maestros.

Los resultados de esa patriótica empresa pueden admirarse actualmente en la Exposición de Chicago, y á ellos se debe que los encajes venecianos hayan reconquistado la universal fama de que un tiempo gozaron y que temporalmente habían perdido.

* * *

Para terminar este artículo descriptivo de los grabados que referentes á la Exposición de Chicago publicamos, réstanos sólo dar cuenta del incendio ocurrido el día 11 de julio en los grandes almacenes en donde se fabricaba el hielo artificial. El origen del siniestro se atribuye á las substancias químicas destinadas á esta fabricación que en aquel local había acumuladas y que en un instante convirtieron el edificio en una inmensa hoguera. Los bomberos se situaron en la torre central, para desde allí dirigir mejor los chorros de agua que arrojaban potentes bombas de vapor: de pronto la torre se hundió cayendo en medio del espantoso brasero, y aquellos héroes, víctimas de su deber, perecieron carbonizados unos y aplastados otros en la calle adonde se arrojaron buscando contra una muerte segura una salvación imposible.

A pesar de esto, pocos instantes después otros cincuenta bomberos y algunos soldados ingleses subieron al tejado del edificio principal, en parte incólume todavía; pero las llamas que ardían en el interior no tardaron en atacar aquel punto y el techo comenzó á hundirse. Aplicáronse escaleras á las paredes; pero el calor era tal, que se hacía muy peligroso encaramarse por ellas: esto no obstante, algunos bomberos, dando pruebas de un valor heroico, lograron salvar á algunos de sus camaradas en medio de las frenéticas aclamaciones de la numerosa muchedumbre que contemplaba el siniestro espectáculo.

El número de muertos no bajó de treinta, siendo mucho mayor el de heridos á consecuencia de la catástrofe.

El incendio produjo naturalmente gran agitación entre cuantos se encontraban en Jackson Park, y los expositores y guardianes de las galerías, aun las que estaban más lejos del fuego, se apercibían ya para poner á salvo los objetos de más valía, caso de que el fuego se propagara.

Pero gracias al valor de los bomberos y al viento favorable, el incendio fué localizado; de lo contrario hubiérase propagado á otros edificios de la Exposición, y no es aventurado asegurar que, de haber sucedido así, la catástrofe hubiera sido tan horrorosa que á estas horas estaría convertido en llanura cubierta de ruinas y cenizas el parque de Jackson en donde tantas maravillas han juntado el genio y el trabajo. A.



RETRATO DEL CONDE DE ARUNDEL, pintado por Van Dyck (… en la colección del duque de Sutherland)

LO QUE VI DE LA COMUNA DE PARÍS

IV

Las llamas del palacio de las Tullerías, rociado con petróleo, quisieron competir al parecer con la suave luz de la mañana, produciendo vívidos resplandores que iluminaron á míseros franceses, los cuales se regocijaban en el espectáculo, haciendo fuego al mismo tiempo contra sus compatriotas á favor de una barricada. ¡Cómo ardía el palacio! Las llamas se enseñoreaban en las históricas habitaciones, convirtiendo en brasas el rico mobiliario, lamían los techos, haciendo saltar los cristales y salían fuera. El ala del edificio á que se daba el nombre de Príncipe Imperial, enfrente del jardín, fué la primera donde comenzó sus estragos el devorador elemento, y á las ocho de la mañana casi toda aquella parte del edificio se había consumido. Cuando yo llegué á la extremidad de la calle del Delfín, las rojizas llamas elevábanse desde el ángulo que da frente á los jardines reservados á la de Rívoli: allí estaba el pabellón Marsan, que comprende las habitaciones ocupadas por el rey de Prusia y su séquito durante su visita en París en el año de la Exposición. Voraces llamas salían en aquel momento por la ventana junto á la cual solía sentarse Bismarck para fumar, contemplando la ciudad de París y sus habitantes. De repente oí un pavoroso estruendo. ¿Era una explosión, ó la caída de algún techo? No lo supe; solamente vi una espesa columna de negro humo y un mar de chispas, algunas de las cuales llegaron hasta mí. Me pareció prudente mantenerme á respetable distancia de aquel sitio, y en su consecuencia me dirigí á la plaza del Palacio Real, que no era muy segura aún á causa de las balas y granadas que llegaban de continuo de las inmediaciones de la casa ayuntamiento. Frente á mí elevábase la gran arcada por donde las tropas debían penetrar en la plaza del Carrousel, é ignoraba si allí se hacía fuego aún. Si hubiera sido posible romper la arcada, todavía se podía salvar el Louvre con sus artísticas riquezas. Las llamas se corrían de una ventana á otra y de chimenea en chimenea, y llegaban ya más allá del arco; el pabellón de la Biblioteca, que ponía en comunicación las Tullerías con el Louvre y que se mandó construir por el último emperador para establecer allí su biblioteca privada, era ya pasto del fuego, y si no se hacía algún esfuerzo para contener el progreso de las llamas, el Louvre y sus inapreciables tesoros quedarían pronto reducidos á cenizas. A decir verdad, el fuego estaba ya en el Louvre, ó poco menos, pues el pabellón de la Biblioteca se consideraba como una parte de aquél, y lo mismo sucedía en el palacio real y en la casa de la ciudad, donde la hez de los comunistas se ocultaba entre los incendiarios; el ministerio de Hacienda y otros varios edificios públicos y particulares ardían también.

Me alejé triste y profundamente disgustado de aquel espectáculo de inicua destrucción; pero aún me condolió más el que presencié después. Los soldados de Versalles, estacionados al pie de la calle de San Honorato, entreteníanse en cazar comunistas; y la clase baja de los parisienses me pareció entonces lo más vil y despreciable, á la vez que lo más cruel que he conocido. El día anterior había gritado: «¡Viva la Comuna!,» sometiéndose á ser gobernado por ella; y hoy se restregaba las manos con indecible regocijo porque podía denunciar á un comunista, revelando en dónde se ocultaba. Las mujeres eran las que más afán tenían en cumplir con este patriótico deber; conocían los escondrijos donde los pobres diablos se hallaban ocultos, y apresurábanse á conducir á los soldados de Versalles al sitio con la alegría de verdaderos demonios. Uno de los comunistas que cogieron era hombre alto, pálido, sin sombrero, cuya expresión no tenía nada de innoble; su labio inferior temblaba, pero su mirar era resuelto, y hasta traslucíase en los ojos cierto orgullo.



Fusilamiento por los comunistas de los rehenes que tenían en la cárcel de la Roquette (24 de mayo de 1871)

– ¿Es un verdadero rebelde?, pregunté á la persona que estaba á mi lado.

– Me parece dudoso, contestó; creo que es un lechero á quien debe algunos cuartos la mujer que le ha denunciado.

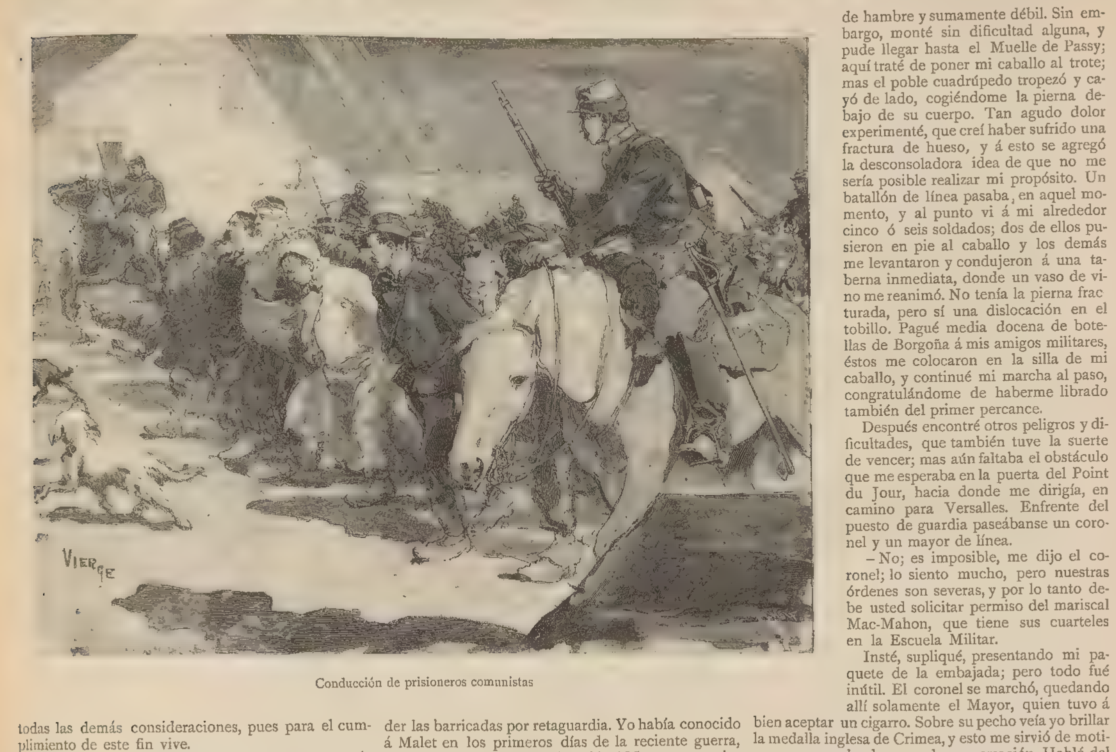
Un momento después todos comienzan á gritar, y mi vecino más que todos: «¡Matarle, matarle!» Y las mujeres son las que más se hacen oir. Un brazo se levanta en el aire, en el que se ven los galones de oficial; el desventurado prisionero recibe el primer golpe en su cabeza desnuda, y después otro y otros que le descargan con las culatas de las carabinas; el infeliz cae, se vuelve á levantar, rueda por tierra de nuevo, pero los golpes menudean siempre sobre él. Cierto impulso británico me induce á esforzarme para llegar hasta la víctima, deseoso de salvarla si es posible; mas no hay medio de penetrar á través de la multitud. Se hace fuego sobre el cadáver, y como si esto no bastase, descárganse sobre aquel cuerpo inanimado más golpes aún, que resuenan como los que se dan sobre una masa inerte. No faltó allí, sin embargo, alguna mujer que tenía sentimientos de tal, pues en vez de gritar «¡matadle!» se desmayó, y apenas recobrado el conocimiento, separóse de la multitud, avergonzada sin duda, para volver á su casa. De todos modos, la verdad es que la dignidad de hombres había muerto en la soldadesca de Francia, pues de no ser así, no habría cometido semejantes actos.

La Comuna se hallaba ya en una situación desesperada, pero era dura para morir, y aún mostraba sus colmillos ensangrentados. Ya no tenía terreno alguno al Oeste del bulevard Sebastopol desde el río al Norte de la Puerta de San Dionisio; la plaza Vendome había sido tomada á las dos de la mañana después de una lucha tenaz; el último comunista de su guarnición había caído, atravesado por las bayonetas, en la gran barricada de la calle Real, y el grueso de las fuerzas de Versalles se podía concentrar ahora sin temor hacia la Magdalena. Sin embargo, los feroces jefes de la Comuna estaban aún en posesión de la casa ayuntamiento, contra la cual dirigían un nutrido fuego las baterías de Versalles. No se hubiera podido hacer más bombardeándola. Los comunistas, de espaldas á la pared, batíanse encarnizadamente, no ya para salvar la vida, porque ésta les importaba poco aparentemente, sino para hacer todo el daño posible antes de morir. Los de Versalles no se atrevieron á terminar pronto aquella lucha, atacando directamente las barricadas que había alrededor de la casa ayuntamiento, sin duda porque temían las explosiones; pero minaban y proseguían sus trabajos de zapa, rompiendo paredes y avanzando poco á poco; de modo que solamente sería cuestión de algunas horas atravesar el cordón. Entretanto los comunistas sembraban el fuego y la destrucción sobre París con salvaje furia. Tan pronto caía una lluvia de bombas sobre los Campos Elíseos como se oía reventar un obús en el batido bulevard Haussmann ó estallar una granada hacia la avenida de la reina Hortensia. Cortado el camino desde la Chapelle y la estación del Norte, los comunistas se aferraban aún á la barricada de la calle de Lafayette, cerca de la plaza de Moutholon: sus defensores tenían abierto el camino de la retirada en dirección á Belleville. Los prusianos, sin duda, les habían dejado allí por retaguardia, como los dejaron en la Chapelle; pero Belleville no estaba bien resguardado ni por delante ni por detrás, y á mí me pareció que era muy posible que durante algunos días se prolongase la lucha en aquella escabrosa y turbulenta región, pero que allí tendría la Comuna su último punto defensivo. En cuanto á los que se hallaban en la casa ayuntamiento, podía decirse que estaban entre la espada y la pared; por fuera el enemigo armado, y dentro el fuego encendido por los mismos defensores. ¿Consentirían éstos en asarse, ó arriesgarían la vida en la punta de la bayoneta? Esta fué la pregunta que yo me hice al alejarme de los soldados que golpeaban los cadáveres en los lechos de flores del jardín de la Torre de San Jacques, tratando inútilmente de ver algo de la casa ayuntamiento desde el Puente Nuevo. La fachada que da hacia el muelle estaba oculta por espesas columnas de humo, á través de las cuales veíanse brillar é intervalos las llamas.

Más hacia el Oeste continuábase la diversión de la mañana: repetíanse las denuncias á cada momento y se hacían nuevos prisioneros para sacrificarlos después; de modo que fué un alivio para mí alejarme del teatro de aquellas indignidades. Entonces me encaminé á la plaza de Vendome, que yo deseaba ver por haberme dicho que veinticinco comunistas habían defendido aquel punto durante algunas horas. En la plaza acababan de concentrarse considerables fuerzas, y varios centinelas vigilaban las ruinas de la famosa columna. Bajo la gotera que hay frente al hotel Bristol vi un cadáver casi destrozado, y dijéronme que era el del capitán comunista de la barricada antigua, la cual había defendido hasta lo último disparándose un tiro cuando no pudo resistir más. Los soldados de Versalles descargaron sus carabinas sobre aquella masa de arcilla que antes era un hombre. En otro lugar de la plaza vi un segundo cadáver, el de una mujer, el de una arpía, que se batió en la barricada de la calle de la Paz con un tesón y una furia dignos de mejor causa. Podían haberla fusilado sí, porque cuando una mujer empuña las armas, pierde inmunidades; pero aunque sólo fuese por respeto á la memoria de sus madres, los soldados debieron cubrir los miembros desnudos de aquella infeliz con sus harapos para que no se ultrajara la decencia.

La calle Real estaba ardiendo de una extremidad á otra, sin duda con gran descontento de los aficionados á la buena cerveza inglesa; la cervecería de la esquina de la calle del Arrabal de San Honorato hallábase convertida en montón de ruinas abrasadas; y desde esta esquina hasta la plaza de la Magdalena no se veía una sola casa á cada lado de la hermosa calle que no fuese pasto del fuego. Las llamas se habían corrido por la calle de San Honorato, y ahora se abrían camino á lo largo de la calle de Boisy. Con dificultad se respiraba en aquella atmósfera de humo de petróleo; el sol lucía, pero su color estaba dominado por el de la conflagración, y sus rayos obscurecidos por el humo resplandeciente, de color negro azulado, que por todas partes se elevaba con rapidez en los aires, llenando los ojos de agua, introduciéndose en la garganta, envenenando el sentido del olfato y produciendo casi la asfixia. En la calle del Arrabal de San Honorato, las goteras estaban llenas de sangre; había una barricada en cada intersección; habíanse acribillado á balazos las fachadas de las casas, y por todas partes veíanse cadáveres. Al llegar yo á la puerta que conduce al patio de la embajada británica, vi apoyada en uno de los pilares una figura que me produjo profunda impresión, y es necesario explicar por qué me afectó así.

Ni mis colegas ni yo habíamos podido enviar fuera de París el más pequeño pedazo de papel desde la noche del domingo, y ahora era la tarde del miércoles. Seguramente no habíamos permanecido por gusto ni por excitación junto al ensangrentado lecho de muerte de la Comuna, y no hacíamos más que cumplir con nuestro deber. A mí me repugnaba mucho presenciar aquella espantosa lucha momentánea; pero el espectáculo se me imponía por mi profesión, y con toda la rapidez posible era preciso transferir las escenas que se habían grabado en mi retina mental, para que mi diario las publicase, á fin de dar á conocer los acontecimientos cuyo desenlace interesaba á todo el mundo. Esta aspiración debe absorber siempre al corresponsal de guerra, con exclusión de



Conducción de prisioneros comunistas

de hambre y sumamente débil. Sin embargo, monté sin dificultad alguna, y pude llegar hasta el Muelle de Passy; aquí traté de poner mi caballo al trote; mas el poble cuadrúpedo tropezó y cayó de lado, cogiéndome la pierna debajo de su cuerpo. Tan agudo dolor experimenté, que creí haber sufrido una fractura de hueso, y á esto se agregó la desconsoladora idea de que no me sería posible realizar mi propósito. Un batallón de línea pasaba, en aquel momento, y al punto vi á mi alrededor cinco ó seis soldados; dos de ellos pusieron en pie al caballo y los demás me levantaron y condujeron á una taberna inmediata, donde un vaso de vino me reanimó. No tenía la pierna fracturada, pero sí una dislocación en el tobillo. Pagué media docena de botellas de Borgoña á mis amigos militares, éstos me colocaron en la silla de mi caballo, y continué mi marcha al paso, congratulándome de haberme librado también del primer percance.

Después encontré otros peligros y dificultades, que también tuve la suerte de vencer; mas aún faltaba el obstáculo que me esperaba en la puerta del Point du Jour, hacia donde me dirigía, en camino para Versalles. Enfrente del puesto de guardia paseábanse un coronel y un mayor de línea.

– No; es imposible, me dijo el coronel; lo siento mucho, pero nuestras órdenes son severas, y por lo tanto debe usted solicitar permiso del mariscal Mac-Mahon, que tiene sus cuarteles en la Escuela Militar.

Insté, supliqué, presentando mi paquete de la embajada; pero todo fué inútil. El coronel se marchó, quedando allí solamente el Mayor, quien tuvo á bien aceptar un cigarro. Sobre su pecho veía yo brillar la medalla inglesa de Crimea, y esto me sirvió de motivo para reanudar de nuevo la conversación. Hablé del antiguo compañerismo de franceses é ingleses durante aquellos días de fatigas y de angustias delante de Sebastopol; díjele que aquella medalla que lucía su pecho era un recuerdo de la reina de Inglaterra, y preguntéle si no le parecía muy sensible detener á un correo portador de importantes comunicaciones para la soberana. El guerrero veterano miró con prudencia á su alrededor, y al ver que estábamos solos, sin pronunciar una sola palabra, señalóme silenciosamente con el pulgar sobre su hombro el túnel que se prolongaba bajo el recinto, en cuya extremidad veíase el campo libre.

Cuando hube pasado por delante del centinela que había á la salida, respiré con toda la fuerza de mis pulmones, y con el mejor ánimo continué mi marcha hacia Sévus, en cuyo punto dejé mi caballo para tomar un carruaje que me condujese á Versalles. Allí residía mi antiguo correo, que estaba al servicio del «Daily News.»

Cuando avanzaba por la ancha avenida entre Viroflay y Versalles, dí alcance á un convoy cuyo aspecto era bastante mísero. En filas de seis en fondo

todas las demás consideraciones, pues para el cumplimiento de este fin vive.

En la noche del martes no pude soportar más tiempo el bloqueo; y era forzoso que alguien saliese aunque debiera bajar del recinto por una cuerda. En su consecuencia acordóse hacer una tentativa en la mañana del miércoles; de ella se encargó un colega, cuyo sereno valor se había puesto á prueba varias veces, que tenía un buen caballo, conocía París perfectamente y contaba con muchos amigos oficiales del ejército de Versalles. Se encargó de una copia de las cartas que yo había escrito por duplicado en los momentos de reposo que tuve durante la lucha; nos estrechamos las manos, deseándonos la mejor suerte, y en la tarde del miércoles felicitábame, aunque sin la seguridad de poder hacerlo, de tener ya mi correspondencia en camino, poco más ó menos hacia Abbeuille, en dirección á Calais.

Esta agradable impresión se desvaneció bruscamente por lo que mis ojos vieron al entrar en el patio de la embajada. Mi desgraciado colega estaba apoyado contra uno de los pilares, muy indispuesto al parecer, pues tenía el rostro lívido y las facciones desencajadas. Había tratado de salir para desempeñar su comisión, y no dudo que hizo atrevida y enérgicamente cuanto era posible; pero su tentativa fracasó. Habíanle maltratado, disparando algunos tiros que por fortuna no le hirieron; además de esto se le denunció como espía prusiano, y casi fué un milagro que escapara de la muerte. ¡Pobre compañero! Tenía la ropa manchada de la sangre de otros á quienes también se denunció y que no pudieron escapar. Renunciando á su propósito, creyó más prudente retirarse, y se refugió en el patio de la embajada, calculando que aquí era donde más fácilmente me vería, para darme cuenta del mal éxito de su comisión.

Como consecuencia de este fracaso, correspondíame á mí, por supuesto, hacer la tentativa. Reflexioné algunos momentos, y después me dirigí á la cancillería de la embajada, donde encontré al Sr. Malet, ahora embajador británico en Berlín. Malet, que era entonces segundo secretario, había permanecido en París para representar á la Gran Bretaña, cuando Lord Lyons, con el resto del personal de la embajada, emigró á Versalles al comenzar los disturbios de la Comuna. Podía decirse que Malet había estado entre las ruinas, porque los destrozos de la gran casa eran considerables. El salón de baile, en parte hundido, era un caos; en todas las habitaciones habíase aumentado la ventilación por los agujeros que practicaron las bombas, y en las paredes del jardín veíanse grandes boquetes por los cuales habían pasado los de Versalles en su progreso estratégico para sorprender las barricadas por retaguardia. Yo había conocido á Malet en los primeros días de la reciente guerra, cuando salió de París en dirección á Meaux con varias comunicaciones para Bismarck. Esta vez le encontré en su despacho; díjele que mi intención era tratar de salir, y le pregunté si deseaba que llevase algo suyo á Versalles.

– Amigo mío, contestó, es inútil que pruebe usted, pues ya he enviado dos mensajeros esta mañana, y ambos han regresado después de haberse hecho fuego contra ellos. Será preciso esperar un día ó dos hasta que las cosas se arreglen.

– Yo marcharé hoy mismo é inmediatamente, repuse. Usted puede ayudarme, y al mismo tiempo utilizar mi salida para su servicio. Ponga usted los partes bajo un sobre oficial, dirigido «A. S. M. la reina de Inglaterra» y confiémelo á mí. De todos modos, no resultará de esto ningún perjuicio.

Después de elegir las comunicaciones de mayor importancia, Malet las puso en un gran sobre, y sin perder tiempo dirigíme á la cuadra donde mi caballo debía estar aún. El centinela comunista se había relevado á sí propio de aquel servicio, y de consiguiente no había obstáculo; pero el pobre animal, privado de alimento tantas horas, estaba medio muerto


Fusilamiento de rehenes por los comunistas en la calle de Haxo (26 de mayo de 1871)



EN EL TEMPLO DE BACO, cuadro de Juan Muzzioli



UN DESAFÍO EN ALBANIA, cuadro de Pablo Iwanowitch

un destacamento conducía más de dos mil prisioneros comunistas. Pacientemente, y con cierto aire de orgullo, avanzaban atados brazo con brazo; entre ellos iban muchas mujeres, algunas de ellas de aspecto feroz, pues eran las que se habían batido en las barricadas; pero otras mostrábanse tímidas, y supuse que iban allí tan sólo para acompañar á sus padres ó parientes. Todos llevaban la cabeza descubierta, é iban cubiertos de polvo; los rayos de sol ardiente sofocaban á los prisioneros, y no era esto lo único que les ofendía, sino también los sablazos de plano que á veces descargaban los cazadores de Africa que constituían la escolta de aquellos infelices.

La experiencia propia, no obstante, debía enseñar á los soldados á ser más humanos con sus prisioneros, recordando que ellos también lo habían sido y que no se les maltrató durante la penosa marcha desde Sedán hasta el punto de su cautividad en Alemania. Ahora no eran ya prisioneros; acababan de obtener un triunfo, y en el orgullo de la victoria debían mostrarse más misericordiosos con aquellos miserables comunistas. Si uno de éstos caía rendido de cansancio ó por otra causa, poníase término á sus padecimientos en el acto, y he aquí por qué mi caballo había estado á punto de tropezar varias veces con los cadáveres tendidos en medio del camino en todo el trayecto desde Sévus.

A la cabeza de la sombría columna iban trescientos ó cuatrocientos hombres atados con cuerdas, todos ennegrecidos por la pólvora, y entre ellos vi muchos con pantalón encarnado, sin duda desertores. Me pregunté por qué estarían allí, pues tanto les hubiera valido morir batiéndose en las barricadas en vez de sobrevivir para servir de blanco dentro de un día ó dos, de espaldas á una pared, á las balas que debían poner fin á su vida.

Entregar las comunicaciones de Malet al primer secretario de la embajada (M. Sackville West) y tomar después un bocado, fué cosa que no me detuvo en Versalles más de media hora, y después ya corría en un vehículo por la vía de circunvalación, á través de Ruel y Malmaison y el puente de barcas más arriba de Argenteuil, en dirección á San Dionisio y la vía férrea.

Cuando avanzaba por la verde orilla del plácido Sena, ofrecióseme á mi vista un espectáculo que jamás se borrará de mi memoria. Sobre las blancas casas el sol reflejaba aún sus rayos, y no los retenía á pesar de los actos que iluminaban; pero á través de su brilante luz surgían y parecían luchar entre sí negruzcas ondas, columnas y repliegues de espeso humo, y de pronto resonó un espantoso crujido y obscurecióse el aire. No se debía esto al estrépito del fuego de la artillería; era sin duda resultado de alguna horrible explosión que sin duda acababa de conmover á París hasta en sus cimientos. Después se elevó por los aires una inmensa columna de blanco humo, con un resplandor rojizo, tal como el que los hombres describen cuando el Vesubio está en erupción; luego se formaron ligeras ondas que se desvanecían en el horizonte, así como la onda producida por la piedra arrojada en un estanque se extiende hasta morir en la orilla del agua.

La multitud de alemanes que estaban sentados junto al Sena observando atentamente, experimentaron una fuerte excitación, que bien hubiera podido comunicarse á todo el mundo. La hermosa capital, ahora la horrible París, batida por todas partes, ardiendo, inundada de sangre; tal era el espectáculo que se ofrecía á la vista de todos. ¡Y esto en el presente siglo!.. ¡ah, hace poco más de veinte años, cuando Europa se jacta de su civilización y Francia hace alarde de su cultura, mientras que sus hijos se destrozan entre sí y París arde como una hoguera cuyas llamas se elevan hasta el cielo! No faltaba más que un Nerón para completar el cuadro.

Viajando con toda la rapidez posible y escribiendo mucho durante todo el camino, así en el tren como en el vapor, llegué por fin á Londres el jueves, 25 de marzo, y el sábado, 27, hallábame otra vez en París. Todo había terminado ya virtualmente; los prisioneros que los comunistas tenían en la Roquette habían sido fusilados, y la casa ayuntamiento habíase derrumbado el mismo día que yo me marché. Los rebeldes estaban ya dando las bocanadas en el Chateau-d'Eau, en los cerros de Cheaumont y en Pere-Lachaisse; y en la tarde del 28, al cabo de una semana de lucha, el mariscal Mac-Mahon había anunciado que era «completamente dueño de París.» Al otro día visité el cementerio de Pere-Lachaisse, donde se habían disparado los últimos tiros. Los fuegos del vivac se alimentaban con los recuerdos de piadosas tristezas, pero en el cementerio mismo no había habido gran lucha; la prueba infalible de ésta son las señales de numerosos balazos, y en Pere-Lachaisse se veían pocas; pero en cambio habían caído muchas bombas, y los destrozos que causaron eran por demás sensibles. Sin embargo, lo que me produjo más dolorosa impresión en Pere-Lachaisse hallábase en el ángulo Sudeste, donde había existido una cavidad natural junto á la pared divisoria: aquel hueco estaba ahora lleno de cadáveres; allí yacían unos sobre otros, cubiertos de una capa de cloruro de cal: doscientos por lo menos estaban visibles; y los que se hallaban debajo, del todo ocultos por las capas de tierra: entre aquellos cadáveres distinguíanse los de muchas mujeres. En un sitio de aquel horrible montón iluminado por la luz del sol vi un brazo muy redondeado, cuya mano tenía una sortija en el dedo anular; un poco más allá, un busto que había perdido su forma, y alrededor rostros lívidos cuyo solo aspecto hacía estremecer, facciones que habían perdido su forma humana, en las que podía adivinarse aún la expresión de la ferocidad y la angustia de la agonía. Apenas podría dar idea del horrible efecto que me produjo aquel polvo blanco cubriendo los ojos de los cadáveres, los dientes oprimidos y las barbas enmarañadas. ¿Cómo murieron aquellos hombres y mujeres? ¿Se les condujo en un carro para dejarlos allí formando espantoso montón en aquel agujero de muerte del Pere-Lachaisse? No; la cavidad se había llenado con los cadáveres recogidos allí cerca, y no era difícil adivinar la causa. Se colocó á los prisioneros junto á una pared próxima, y allí fueron fusilados, sin que pudiera escapar ni uno solo.

¡Volvamos la espalda á esa horrible escena de sangre, rogando al Todopoderoso que no permita otra vez que el mundo civilizado pueda presenciar el cúmulo de horrores de que fué testigo París en aquellos hermosos días del verano de 1871!

ARCHIBALDO FORBES



Bellas Artes. – En Stuttgart se ha anunciado un concurso entre un reducido número de artistas para el monumento que ha de erigirse al emperador Guillermo: las condiciones son que en el monumento debe haber una estatua ecuestre en bronce de tamaño natural del difunto monarca, y que el coste de la misma y de todos los demás trabajos secundarios no ha de exceder de 187.500 pesetas. Lo particular del caso es que antes que éste habíase celebrado otro con el mismo objeto y otorgádose el premio al escultor Maximiliano Klein.

– En virtud de disposición testamentaria del presidente del tribunal de apelación de Dresde, Nossky, ha adquirido la Galería de Pinturas de aquella ciudad una colección de 40 cuadros.

– En el Palacio de la Industria de París va á abrirse dentro de poco una Exposición que resultará de extraordinario interés para cuantos se preocupan de las aplicaciones del arte á los productos industriales. Se trata de presentar un conjunto lo más completo posible del arte árabe, á cuyo fin ha procurado reunirse, procedente de museos y de colecciones particulares, cuanto pueda dar idea de las mil bellezas que en arquitectura, en tejidos, en cerámica, en metalistería, en vidriería, en mosaicos y en otras industrias exornadas por el arte y la fantasía produjeron y todavía producen los árabes. Obedece el móvil de esa nueva Exposición al propósito de fomentar la industria artística, especialmente en Alger, centro á propósito para la creación ó reproducción de tipos del estilo árabe, y es consecuencia de seguro del gran favor que entre el público culto gozan los productos artísticos de Oriente, como lo prueba la reciente creación de Museos de arte árabe en París y en Alger. Plausible iniciativa la de reanudar las tradiciones artísticas, preferibles siempre, en defecto de tipos nuevos, sólidos, razonados y bellos, á la chabacanería industrial que en nuestros días predomina. ¿Cuándo intentaremos nosotros algo parecido?

Barcelona. – Salón Parés. – Una media figura de Ribera, felicísima de entonación y de luz, fresca de color y correctamente dibujada, como todo lo suyo, brilla en el sitio de preferencia, junto á un gran friso, con tendencias á lo decorativo, de Ricardo Martí; bien hallada agrupación de flores que campean sobre el fondo de un jardín. Especialista en esos temas pictóricos, no hay que decir que el conjunto agrada, resulta brillante para el público y demuestra á los ojos del entendido la diestra habilidad del técnico que lucha con seguridad con las insuperables dificultades de un natural inimitable.

Salón de «La Vanguardia.» – Estuvo expuesto últimamente en este local un proyecto de iglesia para el vecino pueblo de Vallvidrera, obra del maestro de obras Sr. Soler y Catarineu y concebida y trazada con verdadera conciencia y conocimiento del estilo románico. La planta, las secciones y las fachadas dan á conocer en su conjunto y en sus detalles los conocimientos de su autor como constructor y como artista, en esa feliz adaptación del primitivo estilo religioso entre nosotros á una fábrica moderna.

Variada colección de grabados polícromos, pertenecientes al inteligente director de *El Suplemento*, de esta capital, fueron también expuestos esos últimos días, curiosa é interesante muestra del *cromo* por medio del grabado en hueco, que tan en boga estuvo á principios de este siglo y á últimos del anterior, y algunos de cuyos ejemplares alcanzan precios excepcionales en el comercio de las estampas.

Teatros. – En el teatro Lessing, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso un nuevo drama en cuatro actos de Max Nordau, *El derecho de amar*, en el que se trata del matrimonio moderno bajo un criterio moral á la antigua.

– En Oberammergau han comenzado las representaciones del drama de Molitor *La rosa de Sicilia*, bajo la dirección del burgomaestre Lang, que fué quien dirigió las de la *Pasión* en 1890; esta obra, de la cual sólo se darán ocho representaciones, trata de la vida de San Vito.

– Han comenzado en Munich las representaciones wagnerianas con la ópera *Tannhauser*, para la cual se ha construído nuevo decorado, atrezzo y demás accesorios.

– Durante el próximo otoño se estrenará en el teatro Víctor Manuel, de Turín, una nueva ópera del maestro Tarrasa, titulada *Manilha*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Dr. Sáenz Díez, sabio químico español, catedrático de la facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, individuo de la Real Academia de Medicina.

Juan Martín Charcot, una de las mayores glorias de la medicina contemporánea. Próximamente publicaremos su retrato y biografía.

Alfredo Catalani, célebre músico italiano, autor de multitud de piezas para orquesta y cuarteto, de varias obras sinfónicas y de algunas óperas, entre ellas *Loreley*, *Dejanice*, *Edmea* y *Wally*, que estrenada con gran aplauso en la Scala de Milán, se representó con mucho éxito en los principales teatros de Italia y Viena: era profesor de alta composición en el Conservatorio milanés.

Sir Eduardo Hamley, general inglés que tomó parte en la campaña del Este de 1854 y 1855, asistió á la toma de Sebastopol y durante la guerra egipcia mandó la segunda división: era notable escritor y deja escritas, además de varias obras de técnica militar, dos novelas y varios estudios críticos.

Pablo Ivanowitch Kasanski, más conocido con el nombre de Amfilochi, uno de los más ancianos y sabios jerarcas de la iglesia griega ortodoxa, célebre en el mundo científico por sus trabajos é investigaciones arqueológicos.

Oscar Justino, notable escritor y poeta dramático alemán.

A. A. Looijen, célebre numismático holandés, director del Gabinete Numismático de El Haya.

Guillermo Bosch, distinguido escultor alemán.

Augusto Glaize, famoso pintor francés, uno de los últimos sobrevivientes de la escuela romántica, cultivador de todos los géneros, el religioso, el histórico, el filosófico, el milológico y el legendario: había obtenido numerosas medallas en los Salones y en el de 1855 le fué otorgada la de primera clase, siendo además nombrado caballero de la Legión de Honor.



Retrato del conde de Arundel, pintado por Van Dyck. – No hemos de repetir aquí lo que en otras ocasiones hemos dicho de este célebre pintor flamenco del siglo XVII y de sus magníficas obras, joyas de inestimable valor que embellecen los principales museos y colecciones particulares. El conde de Arundel, cuyo retrato pintado por Van Dyck reproducimos, fué quien invitó al famoso artista, que se encontraba en Amberes, á pasar á Inglaterra, y lo recomendó tan eficazmente al rey Carlos I, que desde su llegada le distinguió con su favor, le nombró su primer pintor y caballero, le señaló una pensión de 200 libras esterlinas anuales, y además de darle dos magníficas residencias para verano é invierno, quiso hacer construir para él un palacio en Londres.

En el templo de Baco, cuadro de Juan Muzzioli. – La escena tan grandiosamente pintada por Muzzioli representa una fiesta en el templo de Baco, y á juzgar por el escaso número de los que en ella toman parte, el culto á Dionisos y el paganismo en general debían hallarse en sus postrimerías. Alzase en el fondo la estatua del hijo de Júpiter y Semell, de la cual sólo se ve una parte, y delante de ella el ara destinada á los sacrificios; al compás de desenfrenada música bailan las bacantes la danza dionisiaca, y al pie del altar, vencido por las libaciones, casi yace amodorrado uno de los devotos, á quien una de aquéllas trata en vano de reanimar. Esta obra del renombrado pintor italiano, cuya firma es bien conocida de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, figuró en la Exposición universal de París de 1889 y mereció entusiastas alabanzas del público y de la crítica.

Un desafío en Albania, cuadro de Pablo Ivanowitch. – El autor de esta obra nos ofrece un episodio de la vida popular iliria, pintado con tan vigoroso sentimiento de la realidad, que sólo contemplando la agrupación y las actitudes de cuantos personajes en él toman parte se explica el significado de la escena reproducida. Se trata de dos guerreros que se odian á muerte, y queriendo de una vez acabar sus antiguas rivalidades se han dado cita en lugar apartado de la población, y allí, rodeados de sus respectivos partidarios, apercíbense á la lucha. Puestos frente á frente y empuñando sendos sables esperan la señal para comenzar el combate, que será sin cuartel y no terminará sino con la muerte de uno de los adversarios. El cuadro de Ivanowitch, además del interés dramático que despierta, atrae por lo pintoresco de los trajes, de las armas, de los dijes que constituyen el traje nacional albanés.

Buenos camaradas, cuadro de Golleron. – ¡Extraños contrastes los que la guerra ofrece! En ella el hombre llega á convertirse en fiera que obra impulsada por el espíritu de la destrucción, y es al propio tiempo ángel que realiza actos de sublime caridad; el instinto de conservación le hace cruel y egoísta, y sin embargo, á veces ante la contemplación del mal ajeno olvida el suyo y expone su vida por salvar la del compañero de armas á quien momentos antes quizá no conocía. Golleron ha pintado uno de esos actos de abnegación que se han repetido hasta lo infinito en la historia de la humanidad, y las dos figuras de su dibujo sintetizan admirablemente esas manifestaciones de amor al prójimo que tan frecuentes son en una guerra: ambos soldados están heridos, y en el fragor de la pelea cualquiera de ellos no habría probablemente vacilado en hacer del cuerpo del otro parapeto para resguardar el suyo; pero terminada la batalla, aunque no pasado el peligro de persecución, el que menos ha sufrido no vacila en cargar con el camarada, aun á riesgo de que, dificultada así su fuga, resulte su salvación imposible. El precioso dibujo que publicamos es reproducción hecha por el mismo autor de un cuadro que estuvo expuesto en el Salón de los Campos Elíseos de París del presente año y que mereció entusiastas y unánimes elogios.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Pero empezaban ya á llegar otros menos lisos, rayados en sentido longitudinal y como hinchados á trechos por enormes burbujas ó descalabrados por profundísimas hendiduras, tersas y brillantes como las del cristal roto. Detrás de éstos aparecían otros mucho mayores, más altos y deformes, que desde lejos presentaban extraño aspecto. Algunos recordaban la forma de una vela dibujada apenas en el horizonte, y aquella flotilla de hielo iba engrosándose á medida que se acercaban los viajeros á la Tierra de Francisco José, descubierta por Payer en el curso de su viaje á bordo del *Germania* y del *Hansa*.

En fin, el 30 de junio la *Estrella Polar* atravesaba el canal del fiord y echaba el ancla bajo ese mismo 76° paralelo en que se había tocado ya en Spitzberg. Había llegado el momento de poner en ejecución la segunda parte del plan del Sr. de Keralio. Consistía en dejar en tierra la mayor parte que fuese posible de la gente, para permitir á la *Estrella Polar* bajar aprisa hacia el Sud y embarcar gran número de perros y esquimales, que en breve serían necesarios para el arrastre.

Verdad es que este plan había sufrido tales modificaciones, que casi no parecía el mismo. Se había perdido un tiempo precioso en tentativas infructuosas hacia el Este, y en lugar de haber remontado hasta la Tierra de Francisco José se estaba ahora en la costa oriental de la Groenlandia, debajo del monte Pettermann. De allí en adelante los expedicionarios se prometían seguir una ruta oblicua desde el 24° al 55° paralelo de longitud occidental, á fin de cruzar, si era posible, el camino de Lockwood en 1882, por el 82°, 44 latitud Norte. Era un proyecto grandioso y erizado de dificultades; pero, como decía el Sr. de Keralio, ¿cuál es el obstáculo capaz de detener á un francés?

Quedaban cuarenta y seis días al comandante Lacrosse para ganar el Sud de la Groenlandia, doblar, si era preciso, el cabo Farewell y traer al fiord de Francisco José los perros necesarios para las expediciones en trineo.

Afortunadamente, aquel era el momento del año en que reinaba mayor calor en aquellas latitudes desoladas. La *Estrella Polar* no había padecido ninguna avería durante sus tres meses de navegación, y tenía provisiones suficientes de combustible para que, hasta después de su vuelta, pudiese emprender una nueva campaña de navegación si el mar no se cerraba ante su atrevida marcha.

Gracias á las medidas tomadas con anterioridad y perfectamente calculadas, el desembarco se verificó en sólo veinticuatro horas. La franja de hielo tenía únicamente unas seis millas de espesor; pero tenía tal solidez que no había qué temer del deshielo ni de los choques de los témpanos. Aquella aglomeración de hielos se halla fijada en aquellos parajes desde muchos siglos, y parece tener su asiento encima de las rocas, sobre las cuales se eleva dos ó tres metros sobre el nivel de las aguas libres. Para mayor seguridad, antes de proceder al desembarco, Lacrosse hizo un sondeo que acusó veinticinco brazas de profundidad de hielo, cimentado sobre un lecho de sienito y de rocas esquistosas. Se veía claro que la costa se elevaba en suave pendiente hasta el nivel de la tierra firme.

Al propio tiempo que los viajeros, se desembarcaron grandes piezas de madera, numeradas, que debían servir para construir una barraca que abrigase á los viajeros. Como ya muchas veces se habían ensayado en montar y desmontar las piezas, se ganó también mucho tiempo y fué obra de un momento la construcción de la casa. La suavidad excepcional de la temperatura, que marcaba de mediodía á las tres de la tarde 9 grados centígrados y 5 entre media noche y las tres de la mañana, hizo más fáciles los trabajos. En pocas horas, el Fuerte-Esperanza – así se le había llamado antes de montarlo – estuvo listo para recibir las doce personas que quedaban en tierra, á saber: el Sr. de Keralio, su hija Isabel, su sobrino Huberto d'Ermont, la nodriza Tina Le Floc'h, el doctor Servan, el naturalista Schnecker y los seis marineros bretones Guerbraz, Helouin, Kermaidic, Cariou, Le Maout y Riez.



Pero ya Huberto, Isabel y Guerbraz escalaban las colinas más bajas

A esas doce personas confió el resto de la tripulación el cuidado de añadir á la casa las dos alas que serían necesarias para servir de habitación á los treinta y tres marineros y oficiales que quedaban á bordo del navío y que debían volver allí, desde el cabo Farewel, para pasar todos juntos los largos meses de la invernada.

El terranova Salvator siguió á tierra á Isabel y su nodriza, pues no sabía vivir lejos de su joven y valiente ama.

En 1.° de julio por la mañana, el comandante Lacrosse, después de un banquete dado á bordo de la *Estrella Polar* y de haber estrechado la mano de todos cuantos ponían por primera vez el pie sobre la Tierra Verde del Norte, dió la señal de marcha, prometiendo estar de vuelta á fin de agosto.

Hubo un momento de indecible tristeza cuando el steamer se conmovió bajo la primera impulsión de su hélice. Por muy grande que fuera el ardor de aquellos exploradores intrépidos, no pudieron por menos de sentir aquella primera separación, así los que quedaban en tierra y que iban á experimentar por primera vez los rigores del clima polar, como aquellos que volvían hacia el Sud para comunicarse nuevamente con sus semejantes y á pisar tierras menos inhospitalarias.

Pero como se tenía la seguridad de la próxima vuelta de los expedicionarios, presto se rehicieron los que quedaban de la mala impresión que la partida de los otros les produjo, y se dedicaron á emplear lo mejor posible el tiempo que les quedaba antes de la llegada del invierno.

Su primer trabajo fué el arreglo de la casa.

Esto constituía una verdadera obra de mecánica industrial y de higiene. En su actual estado y sin contar las dos alas que después debían flanquearla, tenía un diámetro de doce metros que formaba la cuerda del semicírculo que lo constituía. El diámetro de sus alas debía tener tres metros más de cada lado de ese semicírculo. El conjunto del edificio representaba, pues, un círculo cuya segunda mitad sobresalía más que la primera, en tanto que el patio interior tenía un área de $6^{m},50$, cubierta por un toldo.

Las divisiones de este extraño edificio, parecido á los panoramas de las ciudades, constituían una serie de salas, ó por mejor decir de compartimientos, habitados por muchos huéspedes á la vez. Una de estas salas, la mejor amueblada, se reservó á Isabel y su nodriza. Además de los dos comedores distintos – uno para los marineros y otro para los oficiales – la casa encerraba una cocina común, tres cuartos de baño, un laboratorio de física y química, un espacio para las observaciones meteorológicas, una farmacia, una enfermería, diez cuartos de servicio común en junto y ocho habitaciones además.

Esta distribución se había hecho siguiendo los planos del Sr. de Keralio, que había tenido muy en cuenta las observaciones del doctor Servan.

Con muy legítimo orgullo hizo, pues, los honores de aquella casa á sus compañeros, que eran así sus huéspedes, y les dió extensas explicaciones de aquel edificio.

– Recordad que esta casa se compone de piezas numeradas y que por lo mismo es fácil de montar y transportar como ahora hemos hecho. Tenemos una doble pared de madera y en su parte interior, la que da á nuestras habitaciones, se halla recubierta de una lona alquitranada que disimula los tubos de aire caliente que han de servir para mantener aquí una atmósfera templada. Las dos paredes se hallan separadas por un espacio de 25 centímetros é interior y exteriormente están recubiertas de planchas de papel superpuestas. Para mayor abrigo vamos á tapizar las paredes de lana.

Y no olvidaba ningún detalle, y mostraba á sus maravillados compañeros las columnas de cobre y acero que sostenían la armadura, la ingeniosa disposición de puertas y ventanas, los techos con lucernas que daban paso á la luz suprimiendo así las corrientes de aire inevitables que engendran las puertas y ventanas, y por último, el piso de fieltro, sostenido por traviesas de hierro recubiertas de madera.

Una galería circular ponía en comunicación las diversas habitaciones y permitía pasar de una á otra sin necesidad de utilizar las puertas interiores.

En tanto que se visitaba aquel edificio levantado y amueblado en menos de cuarenta y ocho horas, el químico Schnecker, que lo observaba todo con la más minuciosa atención, exclamó de repente:

– ¡Ah, caballero! He aquí una cosa que no me parece tan adecuada como las demás!

– ¿Qué?, interrogó el Sr. de Keralio.

– ¡Vuestras chimeneas, pardiez! Además de que su construcción no permitirá dar un calor suficiente, ¿queréis decirme de dónde pensáis sacar el gas para alimentarlas?

Antes que el padre de Isabel hubiese podido contestar, lo hizo d'Ermont:

– Caballero, dijo riendo, os haré observar que si quisiéramos obtener gas, en el sentido vulgar de la palabra, es decir, bicarburo de hidrógeno, la cosa no nos sería quizá imposible, pues no deben faltar yacimientos carboníferos en los alrededores. Nares y Greely los encontraron casi á flor de tierra en Port-Discovery en las costas de la Tierra de Grinnell. Pero á eso podríais contestarme que más sencillo sería quemar el carbón mismo, y tanta razón tendríais cuanto qué, según podéis ver, esas chimeneas han sido construídas para diversos fines.

En tanto que decía estas últimas palabras, Huberto tiró de una argolla que hizo volcar el hogar. La placa de cobre que ocupaba el fondo desapareció y quedó en su lugar un hornillo para cok ó carbón vegetal.

Schnecker abrió desmesuradamente los ojos.

– He aquí una buena chimenea, Sr. d'Ermont. Pero permitidme, sin embargo, haceros observar que no entiendo por qué se ha hecho la especial para gas, puesto que no debemos emplearlo.

– Nada de eso he dicho, contestó sonriendo el teniente de navío.

– Entonces... tampoco comprendo. ¿Dónde están

nuestros tubos y gasómetros, los condensadores y alambiques? ¿Dónde hallaréis el calor necesario para destilar el carburo?

—¡Bah, contestó el joven, ya lo encontraremos! Y dejad que á mi vez me admire, Sr. Schnecker, que un químico como vos exija el empleo de métodos tan embarazosos como inútiles para viajeros como nosotros.

—¡Cómo inútiles!, exclamó el alsaciano. ¿Vais á hacerme creer que pueden obtenerse las calorías necesarias sin recurrir á los procedimientos de la industria moderna?

D'Ermont se echó á reir, y poniendo la mano sobre el hombro de su interlocutor le dijo:

—No pretendo que lo creáis sin enseñároslo. Hay gases y gases, y me bastará poseer un agente calórico diez, veinte, cien veces superior á los de la industria moderna, para realizar ese milagro que negáis, señor Schnecker.

El químico meneó la cabeza.

—No lo niego, Sr. d'Ermont; lo dudo, que es otra cosa.

Al mismo tiempo se frunció su frente y echó una mirada oblicua y penetrante sobre el teniente de navío

Isabel de Keralio sorprendió esa mirada, pero no demostró la impresión que le producía, reservándose el derecho de observar más atentamente á aquel hombre que iba á participar de la vida común. Sin embargo, recordó que días atrás, á bordo de la *Estrella Polar,* su novio había demostrado repugnancia hacia el Sr. Schnecker y comunicado en cierto modo á Salvator la animadversión que experimentaba hacia el químico.

—Rivalidad de sabios, se dijo; todo se reduce á eso.

Y como Isabel era la más confiada y generosa de las criaturas, no se entretuvo en profundizar más aquel incidente, como tampoco se acordaba ya del primero.

Bien pronto se tocaron los resultados prácticos de aquella casa construída científicamente por el señor de Keralio y el doctor Servan. A pesar de la gran elevación de la latitud, aquel último período del verano polar fué notablemente caluroso. La temperatura se elevó á 16 grados y llegó á parecer insoportable á los viajeros.



El toro hizo frente al marino y arremetió contra él

Aquellas jornadas de inacción se consagraron por entero á la caza y pesca. Isabel tomó parte en uno y otro ejercicio, que eran la única distracción posible, además de que otros motivos aconsejaban á los navegantes hacer nuevas provisiones. No se podía prever la duración de su estancia en aquellas tierras desoladas y era prudente asegurarse víveres frescos para el invierno.

La caza fué abundante, sobre todo la caza de pluma. Guerbraz, que era el mejor tirador, mató en una sola mañana dos docenas de palos-eiders. Se mataron también por centenares ó se aprisionaron entre las telas ptarmigans ó perdices polares, lummes y dovekies, especie de palomos ó más bien gaviotas de carne crasa, pero suculenta.

Por la mañana del quinto día de la instalación del Fuerte-Esperanza, Guerbraz llegó corriendo y contestó con palabras entrecortadas á las preguntas de Huberto d'Ermont:

—¡Bueyes, á dos millas hacia el Norte!

Isabel, que lo había oído, exclamó:

—¡Bueyes, bueyes almizcleros! ¡Yo también os sigo!

Desde algunos días á aquella parte, la joven se había puesto un vestido á propósito para aquellos ejercicios violentos. Se sentaba de un modo maravilloso y no se podía pedir mayor elegancia y gracia á una mujer bajo aquel traje casi masculino.

Llevaba un pantalón de lana recia, sobre el cual campeaban unas polainas de cuero que le subían hasta las rodillas. Unas sayas cortas parecidas á las que llevan las cantineras, una blusa bastante larga y una gorrilla de piel de marta cebellina, provista de pasamontes, completaban su traje. Llevaba, además, una carabina que era una obra maestra de precisión y de moldeado artístico, y colgaban de su hombro izquierdo el zurrón y la cartuchera.

Equipada de este modo, Isabel siguió los pasos de Huberto y de Guerbraz.

Cuando salían de la casa se cruzaron con el químico Schnecker.

—¿Dónde vais, corriendo de este modo?, preguntó el alsaciano.

D'Ermont contestó con laconismo:

—¡Bueyes! ¡Si queréis venir, apresuraos!

El sabio no se hizo repetir el aviso, y se lanzó hacia la casa para tomar su fusil.

Pero ya Huberto, Isabel y Guerbraz escalaban las colinas más bajas, procurando ocultar su presencia detrás de las rocas desprendidas de la cumbre, y se aproximaban tan aprisa como podían al rebaño de los bueyes almizcleros. No era de los más numerosos, pues se componía solamente de un toro, dos vacas y dos becerros. Las cinco bestias pacían sin desconfianza la escasa hierba que crecía en la costa, sin prever la agresión que se preparaba contra ellas.

De repente los dos cazadores y su compañera llegaron á tiro de fusil, y tres detonaciones estallaron á un tiempo. Cayeron una de las vacas y un becerro; el macho, herido también, se levantó, sin embargo, y escapó con los otros fugitivos, dejando tras de él un reguero de sangre.

Esto es precisamente lo que no quería el marinero Guerbraz que le había herido. Sin cuidarse del peligro que corría, el bretón se lanzó detrás del animal y llegó á tiempo de cortarle la retirada.

Entonces la escena cambió bruscamente y se hizo por todo extremo dramática.

Guerbraz, pescador de Islandia y de Terranova, acostumbrado de antiguo á navegar por los mares del polo, estaba dotado de un vigor prodigioso. Había ya descolgado de su cinto un hacha de corto mango con la cual se proponía herir al animal en la nuca, más abajo del formidable collar que le forman sus gruesos cuernos, cuando el toro, renunciando á la fuga, hizo frente al marino y arrremetió contra él.

Guerbraz, llevado de su propio impulso y arrastrado además por la pendiente del terreno, no tuvo tiempo de apercibirse á la defensa. La bestia furiosa le encontró en la bajada; pero por suerte el almizclero no cogió de lleno á su adversario, sino que, tocándole de refilón, le hizo rodar sobre el terreno pedregoso.

Pero el toro, después de haber corrido unos treinta metros, se había detenido, y revolviéndose iba á pisotear ó á herir con sus formidables cuernos á Guerbraz, que, aturdido por la caída, no podía prevenirse.

De repente estalló una nueva detonación, y el *ovibus*, herido de muerte, cayó rodando á los pies del marinero mudo de sorpresa.

Isabel llegaba corriendo, empuñando todavía el arma humeante. Guerbraz cogió su mano y se la besó con respeto.

—Me habéis salvado la vida, señorita, dijo, ¡Hasta que pueda desquitarme! ¡En vida y en muerte!

Isabel de Keralio, sofocada por la carrera, no podía hablar, cuando ocurrió otro incidente.

Sonó un quinto disparo, y Huberto d'Ermont, que iba á reunirse con sus compañeros, sintió el viento de una bala que pasó rozando casi su rostro. Volviéndose con el entrecejo fruncido, advirtió que á unos sesenta pasos más atrás estaba el químico Schnecker, que era el que acababa de hacer fuego.

—¡Sois un torpe, Sr. Schnecker!, gritó con voz en la cual vibraban una sorda cólera y una punzante ironía.

III

LA ANTECÁMARA DEL POLO

Los tres principales testigos de este drama guardaron el más absoluto silencio sobre este último episodio de una caza tan agitada; pero Isabel, vivamente impresionada, pudo ver cómo su primo y Guerbraz cambiaron una mirada de inteligencia.

Los dos hombres se conocían desde muchos años, pues Guerbraz, aunque de más edad que Huberto, había servido á sus órdenes cuando éste era alférez de navío. Era evidente que la torpeza de su compa

fiero les parecía sospechosa. Schnecker había hecho fuego cuando ninguna razón plausible había para tirar, pues Isabel había salvado al bretón y los dos bichos que sobrevivían habían desaparecido ya detrás de un pliegue del terreno.

Sin embargo, el naturalista se adelantaba con la gorra en la mano, inclinándose y sonriendo de un modo obsequioso.

Trataba de excusarse.

–¿Parece, Sr. d'Ermont, dijo, que por poco causo una desgracia? Dispensadme, pues soy muy corto de vista. En mi vida volveré á disparar un tiro.

–Haréis bien, caballero, contestó el joven, poco sufrido de sí.

Y volviéndose de espalda apresuró el paso, á fin de regresar lo más pronto posible en compañía de Isabel á la casa.

Pero acudían ya el Sr. de Keralio, el doctor Servan y los cinco marineros atraídos por los disparos.

Se dió la orden de despellejar en seguida á los animales para no dejar tiempo de que las carnes se impregnaran del olor del almizcle que no hubiera dejado comerlas. Esta tarea terminó muy pronto, y cuatrocientos kilogramos de carne fresca fueron á aumentar las provisiones del almacén.

Vueltos á Fuerte-Esperanza, Huberto se encerró con su futuro suegro, el doctor y Guerbraz para meditar juntos acerca del grave incidente que acababa de ocurrir.

La conferencia fué de las más conmovedoras. Pedro de Keralio, bueno por naturaleza, no podía creer en una mala intención, máxime cuando no había ningún motivo para inspirarla.

–Os puedo asegurar, dijo, que nuestro compañero es extraordinariamente miope.

–¡Bah!, replicó d'Ermont, cuando se es tan cegato, nadie se aventura á tirar, y por otra parte y por más que procure explicármelo, no puedo comprender cómo un tirador cuya bala pasa tan cerca del rostro de un hombre ha podido tomar este hombre por un bisonte.

Y añadió con el buen humor que le era peculiar.

–Nos toca, pues, abrir los ojos, y abrirlos bien; pues, sin esto, el digno Schnecker tendría el derecho de tomarnos á todos por bestias.

Sus compañeros rieron del equívoco, pero el asunto era demasiado grave para que se olvidara tan pronto, así es que el Sr. de Keralio no pudo por menos de hacer esta observación:

–¿Por qué motivo habría cometido tal crimen? Ninguno de nosotros le ha hecho daño alguno, ni le ha manifestado la menor desconfianza.

–Dispensad, dijo Huberto con el mismo buen humor; hay alguien que se lo manifiesta desde el primer día. Salvator no le puede tragar.

–Es verdad, dijo el doctor, y el argumento es de peso. El instinto de los animales y particularmente de los perros lo tengo yo por infalible.

Se interrumpió y dirigiéndose al Sr. de Keralio le dijo:

–¿Vaya, de donde habéis sacado ese químico que tira tan mal?

–De París, replicó el padre de Isabel. Me fué recomendado eficazmente por personas muy conocidas, miembros del Instituto y sociedades científicas de los departamentos.

–En este caso, dijo el doctor pensativo, habrá sido una veleidad personal por su parte que no sé cómo explicarme; uno de esos sentimientos profundamente bajos y viles que nacen á veces en el alma humana, pues una gran inteligencia no es garantía de que el que la posee tenga gran corazón y buen carácter.

–Será preciso vigilarlo entonces, opinó el Sr. de Keralio.

–Yo me encargo de este cuidado dijo Guerbraz.

Después de estas palabras se separaron, dándose cita para el estudio de las costas y el examen de los mapas.

A decir verdad, éstos eran de lo más incompleto que puede imaginarse, y la expedición, en el punto en que se encontraba, hallábase enfrente de lo desconocido. Lo poco que se sabía era puramente hipotético. La costa de la Groenlandia oriental no se sabe de fijo por dónde corre más allá del 78°.

Los sondeos practicados en el Spitzberg han dado profundidades considerables, y parece que ninguna tierra se interpone entre el 7° de longitud oriental y el 20° de longitud occidental.

La hipótesis de un mar muy grande y por consiguiente sometido á la influencia de corrientes templadas y de grandes mareas era muy plausible. Actualmente desde lo alto de los acantilados de la costa los exploradores lo veían completamente libre, y en toda la zona que descubría su vista por la parte de tierra no advertían ninguna de esas anfractuosidades que en el canal Kennedy ó en el de Robeson transforman los fiords del Oeste en glaciares que engendran enormes icebergs. Por todos estos motivos era de creer que sería posible un viaje marítimo durante la primavera próxima.

Entretanto el verano acababa rápidamente y las señales precursoras del invierno se acentuaban más y más. Por la mañana y á la caída de la tarde se formaba en la superficie del agua una delgada capa de hielo, de esas que los canadienses llaman *frazi*. Además, la noche, la terrible noche polar se aproximaba y el sol de media noche bajaba lentamente hacia el horizonte Sud. El 25 de agosto el viento Norte había aumentado seis ó siete centímetros la capa de hielo y la eterna franja adherida á las costas había tomado ese tinte azul que caracteriza las nuevas cristalizaciones.

Era cuestión ya de ponerse los trajes que exigía aquel rápido descenso de temperatura. Para conservar la soltura y ligereza de los marinos y á fin de que no permanecieran inactivos, el teniente d'Ermont ocupó á los tripulantes en la tarea de mantener libres los pasos del hielo para cuando llegara la *Estrella Polar*. Durante los intervalos de descanso se construían las alas de la casa, y allá hacia el 15 de agosto estuvo del todo terminado el edificio y dis puesto para recibir á sus nuevos inquilinos.

Desde entonces sólo se pensó en la vuelta del buque, y cada día las miradas ansiosas de los invernantes interrogaban con afán el horizonte del Sud.

El mar se cubría de bloques de dimensiones diversas. Era evidente que la vasta extensión de agua entre la Groenlandia y el Spitzberg hacía difícil y lenta la formación del gran campo de hielo que se solidifica con la rapidez del rayo en las bahías y estrechos del Norte de América.

Sin embargo, el descenso continuo del termómetro hacía inminente la gran congelación que se acercaba de hora en hora. Desde el Norte llegaban grandes bergs ó montañas de hielo con su escolta de témpanos más pequeños y restos de campos de hielo que soldándose unos á otros constituyen el gran pack, como vulgarmente se llama á esa llanura sin fin y desolada que cubre en invierno la vida oculta en el fondo de los mares. La temperatura media en el mes de agosto fué de 6 grados, y parecía templada relativamente á gentes que en su país y en invierno sufren temperaturas 12 ó 15 grados más frías.

Isabel no perdió ni por un momento su vivacidad y buen humor, y por lo contrario, parecía tener prisa en ver llegar el invierno, pues éste debía inaugurar los grandes experimentos astronómicos y meteorológicos. ¿No sería además el precusor de la primavera, época consagrada á las exploraciones y viajes en trineo, si no era posible empujar más adelante la *Estrella Polar* por el camino del Norte?

El Sr. de Keralio no participaba de la misma opinión, y sentía amargamente la condescendencia que tuvo por el capricho de su hija, temiendo por ésta la llegada de los grandes fríos.

Las primeras nevadas, la insidiosa aparición de la muerte en sus formas más lúgubres, ensombrecían su pensamiento como aquella inmensa bóveda de la cual el sol iba á desaparecer durante cuatro interminables meses.

Pero conocido que el mal estaba ya hecho y que no era posible remediar las consecuencias de su condescendencia, ocultaba sus temores con objeto de no alarmar á Isabel y de que no perdiera el buen humor y la fuerza moral de que tanta necesidad tendría para sufrir los horrores de la invernada.

Cada día crecía más el trabajo de los expedicionarios. En una de sus excursiones hacia el monte Petermann, el teniente d'Ermont había descubierto una abundante mina de hulla, que resultaba un verdadero depósito puesto por la naturaleza en sus manos casi á flor del suelo. De allí se extrajo cantidad suficiente para el gasto de dos inviernos y se depositó el precioso mineral en grandes montones junto á las galerías, teniendo buen cuidado de construir un cobertizo de madera recubierto de lona alquitranada para preservar de la nieve aquel combustible indispensable.

Entretanto se esperaba la vuelta de la *Estrella Polar* con creciente impaciencia. Cada día que transcurría engendraba una nueva angustia, pues son conocidos de todos los caprichos de los mares del polo. Dos veces en menos de tres días se amontonaron en el horizonte enormes masas que hicieron temer que se cerrase el paso por donde debía llegar el navío.

Así es que cuando el gaviero Kermaidic al bajar de su cuarto de vigía el 22 de agosto anunció la aparición del vapor, estallaron clamores de alegría entre los invernantes.

El vapor aparecía á lo lejos y el viento que soplaba del Sud dejaba libres las cercanías de la costa. Los icebergs y los témpanos corrían todos en dirección del Spitzberg. El navío podría entrar en el fiord á la caída de la tarde.

Mas aquel cálculo resultó fallido, pues bruscamente á las cinco de la tarde y en el momento preciso en que los fanales de la *Estrella Polar* revelaban su presencia á unas tres millas de la costa, el viento saltó al Noroeste y produjo un rápido descenso de la columna mercurial. El termómetro marcó en seguida 22 grados bajo cero.

Fué preciso pasar la noche en una cruel incertidumbre y esperar hasta la mañana siguiente á las diez, en que advirtieron que el navío había derivado dos millas más hacia el Sud y vieron que la capa de hielo nuevo tenía un espesor de dieciocho centímetros.

Afortunadamente las aguas invadían el campo de hielo, rechazando los témpanos errantes y dejando así agua suficiente para que el navío pudiera llegar á fiord. Gracias á su espolón y á la potencia de su máquina, la *Estrella Polar* pudo abrirse camino á través de los innumerables témpanos que sin cesar obstruían su paso. A las dos en punto, después de haber roto á fuerza de ariete el hielo de la superficie en los canales de mar que quedaban todavía libres, la *Estrella Polar* echó el ancla en el fiord de Francisco José, al pie de acantilados de 300 metros de altura que debían protegerle lo mismo que á Fuerte-Esperanza.

Los habitantes de la casa se lanzaron al paso de los tripulantes del navío, dando gritos de alegría, y acogieron con la más conmovedora efusión á aquellos hombres á quienes durante un instante pensaron tardar mucho tiempo en volver á ver. Estos, por su parte demostraron viva alegría, pensando que en tierra les aguardaba una casa cómoda y construída y amueblada según los más minuciosos preceptos de la higiene. Por la noche se celebró un banquete y todos los asistentes brindaron con el mayor entusiasmo por el buen éxito de la expedición.

Al día siguiente el Sr. de Keralio, ejerciendo por primera vez de jefe, reunió á todos los expedicionarios á fin de leer el reglamento.

A semejanza de lo que hizo la expedición inglesa de 1876, los oficiales dividieron á sus hombres en pelotones que tenían obligación de dedicarse á distintas tareas. Además de éstas todos y cada uno fueron sometidos á la obligación de tomar parte en las faenas generales y comunes que exigían servicio cotidiano, tanto en el interior del fuerte como cuando llegase el momento de las exploraciones.

Además de esto se pasó revista al equipo y armamento y el médico inspeccionó cuidadosamente á todos los marinos, pues la necesidad de conservar una salud robusta era una de las principales para salir con bien de la empresa acometida.

Resultaron de este recuento y distribución, dejando aparte el cuerpo de oficiales, treinta hombres útiles entre marineros y obreros, de los cuales veinte eran bretones y diez canadienses. Cada uno de ellos recibió una carabina Winchester de cañón corto y de 600 metros de alcance, con ciento veinte cartuchos, un revólver de modelo semejante á las carabinas francesas con diez paquetes de cartuchos, un cuchillo de caza, una hacha de mango corto, cuyo filo estaba recubierto de una funda de latón y además un estuche completo de campaña, con cortaplumas de cuatro hojas, tijeras, hilo y aguja y peine y cepillo. Como prendas de vestir les dieron tres pantalones de lana dulce, tres camisas de franela, dos chalecos y dos blusas, un abrigo forrado de pieles, un pasamon-



tes con capuchón, una gorra de piel de nutria, dos pares de mitones de lana, un par de guantes forrados, un par de botas de cuero para el verano, dos pares de mocasines y dos pares de polainas de lana. Las medias de lana quedaron en reserva en el almacén, pues no debían entregarse á los marineros sino mediante un bono de sus respectivos jefes de pelotón.

Quedaban también en el almacén doce fusiles de caza que se prestarían á los mejores tiradores.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PUENTE PALACIO EN LA RÍA DE BILBAO

Este precioso puente, que sirve de lazo de unión á Las Arenas y Portugalete, ha revelado por lo bello, lo útil y lo nuevo un genio prepotente y de rica fantasía dentro de la industria moderna: el ingeniero M. Alberto de Palacio.



Fig. 1. Vista parcial del puente al colgar el transbordador

Las extraordinarias condiciones de esta construcción, no sólo revelan ya al autor con un genio excepcional, sino que prueban que aun entregado á las grandes lucubraciones de su espíritu sabe sujetarse á las exigencias de las especulaciones económicas.

El Sr. Palacio ha consagrado unos cuantos años á la realización de esta obra, en los cuales no le han faltado ciertamente sinsabores, y para que se realice de una manera cumplida el que todo lo genial lleva consigo las amarguras de lo mediocre, acaso los mismos que con el tiempo estaban destinados á ser los que más directamente aprovechan su obra han sido causa de ellas. Es claro, es difícil que á un especulador le sepa bien que una obra, por muy original que sea y por muchas dificultades que se presenten en el camino de su realización, cueste 670.900 pesetas si está presupuesta en 500.000; pero es más fácil y muy agradable el recoger un ingreso del duplo de lo presupuesto y recibir felicitaciones y arcos de triunfo por el agradecimiento que los pueblos sienten.

El viernes 28 del pasado julio se verificó el acto de la bendición é inauguración pública de esta gigantesca obra del genio y de la constancia del notable arquitecto é ingeniero D. M. Alberto de Palacio, habiendo tenido lugar en los días anteriores las pruebas particulares y oficiales con un resultado altamente satisfactorio por lo que respecta á la parte técnica de su ejecución.

Esta grandiosa obra es un monumento de Vizcaya, á cuya importante industria minera y á la vida y movimiento de Bilbao en sus relaciones con Portugalete y Las Arenas ha prestado un inmenso servicio, asegurando un paso constante, rápido y seguro entre ambos pueblos de las dos opuestas orillas del Nervión, los cuales están unidos á la capital de Vizcaya por vías de comunicación rápidas y directas, dos ferrocarriles casi paralelos á la ría y dos tranvías que siguen la misma dirección á los dos lados de la misma.

Hace algunos años, el Sr. Palacio se consagraba con una tenacidad singularísima á resolver el importante poblema de establecer la comunicación y los medios de transporte entre los pueblos de la desembocadura de la ría, habiendo formulado varios proyectos, tales como el de un túnel por debajo de la ría, el de un puente giratorio, el de un puente fijo superior y el de una vía férrea apoyada, por la que circulaba un bastidor metálico con sus ruedas correspondientes, hasta que se fijó definitivamente en el que ahora acaba de inaugurarse y que consiste en cuatro torres, dos á cada lado del río, de 45 metros de altura, la mayor conocida en los de este sistema, y un tablero horizontal que va de unas á otras y en la que hay establecida una línea férrea de cuatro rieles de 8 metros de anchura total, sobre la cual circula un tren de rodillos acoplados que soportan la plataforma ó carro transbordador, capaz para 150 ó 200 personas y un carruaje cualquiera, que se transportan de uno á otro lado como por el aire, fuera del alcance de las olas y al nivel de los muelles de ambas orillas, en un minuto de tiempo, sirviéndose de ingenioso y fácil sistema de suspensión por medio de fuertes y resistentes cables cruzados, á fin de evitar los efectos de los vientos fuertes que pudieran producir oscilaciones peligrosas ó molestas.

El movimiento es producido por una máquina de vapor situada en una de las torres, que mueve un cable sin fin; y como los movimientos de la plataforma son independientes del agua, va y vuelve de uno á otro lado con gran suavidad, sin cuidado de que haya tropiezo alguno con las embarcaciones que cruzan la ría.

El embarque y el pasaje se verifican sin incomodidad alguna, como si fuera un carruaje de los más *confortables,* y no existe el temor de que un desperfecto interrumpa los viajes, porque están tomadas todas las medidas y precauciones necesarias para sustituir en brevísimo tiempo cualquier pieza ú organismo que se deteriore.

El carro transbordador puede soportar 30.000 kilogramos y en él pueden pasar sin inconveniente alguno caballerías, carruajes, vagones con carga y hasta locomotoras por medio de una rampa que permite el acceso al transbordador sin desenganchar y sin apearse los viajeros.

El presupuesto total de la obra concluída del todo es de 670.900 pesetas, algo más de lo que se había calculado en un principio, lo cual es propio de todas las grandes empresas, y ha sido debido á inconvenientes surgidos en la ejecución de las obras; y el de los gastos anuales, entretenimiento y conservación serán de 10.950 pesetas, habiéndose calculado el producto líquido anual en 96.000 pesetas.

En el curso de las obras no ha habido accidente ni desgracia alguna entre los obreros, y á pesar de ser una obra tan grandiosa, única en el mundo, todo cuanto se previó hace tres años, al proyectarla, se ha cumplido con exactitud matemática, sin el menor error de cálculo ni falsas maniobras, á pesar de que se conceptuaba por muchos como imposible y quimérica su realización por la dificultad aparente con tanto acierto vencida de evitar las oscilaciones, habiendo sido necesario para corroborar la opinión y las afirmaciones del Sr. Palacio respecto á este punto, pedir su parecer al eminente ingeniero de París M. Brüll, quien hizo por encargo de la Compañía del puente un notabilísimo trabajo de cálculos, con los que vino á demostrarse matemáticamente la posibilidad del proyecto y el brillante resultado que auguraba para el mismo, como se ha visto ahora. Dicho señor ingeniero resolvió también algunas diferencias de apreciación, de carácter puramente técnico, suscitadas entre el Sr. Palacio y el distinguido ingeniero constructor D. Fernando Arnadín, siendo su dictamen en esta cuestión una obra maestra suficiente á formar una reputación, si ya no la tuviera creada y bien cimentada en su larga y brillante carrera, de la que es testimonio el aprecio y estimación en que le tienen sus compañeros de la Sociedad de Ingenieros de Francia, de la que ha sido presidente.

También merece especialísima mención el ingeniero constructor que con acierto singular y sin emplear andamio de ninguna clase ha montado los elevadísimos pilares de hierro del puente y el tablero horizontal, todo al aire, por medio de cables ingeniosos y pies derechos de madera de cuatro metros de longitud.

En una palabra, esta es una obra de exactitud y precisión admirables; un puente rígido y en completo equilibrio, cuyos pilares tienen 62 metros de altura y 45'10 desde el tablero del puente hasta las aguas de la ría en la sobrepleamar equinoccial, siendo la flecha actual del tablero $0^{m},20$ en sentido no horizontal y 160^{m} de luz total de eje á eje de pilares.

El motor es una máquina de vapor de dos cilindros de alta presión y de marcha continua, que mueve un árbol, el cual transmite la fuerza por ficción, comunicando el movimiento hacia atrás ó hacia adelante ó permaneciendo, á voluntad, en reposo. Su potencia es de 25 caballos, pudiendo desarrollar 35, pero no son necesarios más que de 6 á 8 para la marcha ordinaria, y la velocidad del transbordador, que es de cero al empezar y al terminar el viaje, alcanza hasta 3 metros por segundo, siendo nula la oscilación aun con el viento más fuerte.

Este puente, que hace honor al talento y á la iniciativa de su inventor D. Alberto Palacio, producirá, á no dudarlo, inmensos beneficios al comercio y á la industria y á las relaciones de toda clase entre los pueblos de las dos orillas del Nervión y al de Bilbao, por la rapidez, comodidad y seguridad del transporte, toda vez que puede pasar diariamente de 8 á 10.000 viajeros sin contar las mercancías, ganados y vehículos de toda especie, lo que autoriza á asegurar que el movimiento y el tráfico actuales entre ambas márgenes del Nervión ha de triplicarse ó cuadruplicarse.

Antes de terminar este artículo, reproduciremos algo de lo que acerca de este puente dice el importante periódico *L'Illustration,* de París:



Fig. 2. Vista superior del tablero

«Generalmente la travesía de las desembocaduras ó entradas de puertos análogos, se verifica por medio de puentes giratorios ó levadizos ó corredizos, que tienen múltiples inconvenientes, puesto que cuando están abiertos interrumpen la circulación: además exigen potentes máquinas para maniobrar sus masas, y finalmente sólo sirven para cruzar distancias relativamente cortas.

»El puente transbordador, que ninguno de estos inconvenientes ofrece, es digno por ello de admiración y recuerda por su originalidad las atrevidas construcciones que parecían ser especialidad exclusiva de los ingenieros norteamericanos.»



Fig. 3. Conjunto del puente, visto desde la iglesia de Portugalete

Estos conceptos, vertidos por un francés, son el mejor elogio de la obra del Sr. Palacio, pues sabido es cuán parcos en alabanzas son nuestros vecinos cuando de algún español se trata.

Las fotografías que reproducimos nos han sido remitidas por D. Antonio Berdegué, de Bilbao, á quien damos nuestras más expresivas gracias por su atención.

X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

El Señor y lo demás, son cuentos, *por Leopoldo Alas (Clarín).* – Decir hablando de un libro del Sr. Alas que cuanto contiene está bien pensado y mejor escrito, que es original en sus ideas y hasta en su título (hallazgo feliz de su autor), profundo en sus juicios y ultracorrecto y elegante en su estilo, es decir lo que por sabido huelga. Los que desdeñen su última obra creyendo que por tratarse de una colección de cuentos han de hallarse con una serie de narraciones triviales, andarán tan equivocados como los que por ser de filósofo y crítico tan eminente le teman al libro en cuestión, suponiéndole conjunto de abstrusas teorías y de abstractas especulaciones. Cuentos son los trabajos coleccionados y todos encierran no pequeño sentido filosófico; pero ni los cuentos tienen nada de común con los vulgares relatos que generalmente se nos ofrecen con tal denominación, ni el sentido filosófico traspasa un punto los límites en que la amenidad se convierte en aridez. Todo el mundo puede hallar en el libro grato entretenimiento; muchos encontrarán en él además materia para meditación y estudio no menos gratos. Si no fuera un lugar común tan gastado, diríamos que pocas obras en su género se ajustan tan perfectamente al precepto de Horacio como la última publicada por Clarín. *El Señor y lo demás, son cuentos*, elegantemente editado por el Sr. Fernández Lasanta, de Madrid, se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

Album Pons. – Nueva muestra de su ingenio ha dado el conocido caricaturista Angel Pons en el álbum que nos ocupa; las historietas y escenas en éste dibujadas, unas veces provocan la carcajada franca que arrancan los trabajos análogos de los alemanes, y otras hacen asomar á los labios la sonrisa picaresca que producen las obras de ciertos dibujantes franceses. No se crea por esto que Pons es imitador de unos ni de otros: Pons tiene personalidad propia, hija de la observación atenta, de un criterio justo y de un lápiz seguro y sobrio que en cuatro líneas traza una figura y expresa lo que ésta siente. Además, en muchas de sus caricaturas se revela un espíritu crítico no vulgar que fustiga todo lo censurable sin acudir á medios poco dignos: sus críticas son alfilerazos que señalan el lado ridículo de los hombres y de las cosas, no con intención dañina, sino como saludable advertencia. El álbum, editado por el Sr. Fernández Lasanta, se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.



BUENOS CAMARADAS, dibujo de P. Golleron

¡A los toros! Album tauromáquico, *por don Daniel Perea.* – Mucho se ha publicado sobre la fiesta nacional española; pero no vacilamos en afirmar que nada de cuanto hasta hoy se ha hecho en este género da una idea tan completa y tan exacta de las corridas de toros como el álbum que acaba de editar D. Hermenegildo Miralles. El nombre de Perea es la mejor garantía, no sólo de la exactitud con que están reproducidos los principales lances de una corrida, sino además de la perfección que en punto á dibujo y á color tienen las acuarelas en el álbum contenidas. Estas son en número de 28, reproducidas por la cromolitografía, y cada una de ellas es un verdadero cuadro de mérito lleno de verdad y de vida. Acompaña á cada lámina una explicación de la escena en la misma representada, en castellano, francés é inglés. Contiene además el álbum la célebre marcha de la manolería de la popular zarzuela *Pan y Toros*, del maestro Barbieri, con bonitas ilustraciones del mismo Perea. Creemos que el Sr. Miralles ha tenido una excelente idea al publicar ese álbum para uso de españoles y sobre todo de extranjeros, que podrán gracias á él conocer de verdad la fiesta que tanto les entusiasma y acerca de la cual tan equivocadas ideas tienen. Véndese el álbum al precio de 20 pesetas en las principales librerías y en casa del editor, Bailén, 59.

Dedicatorias, *poesía por C. del Castillo.* – Nuestro distinguido colaborador Cayetano del Castillo, cuyos bellísimos artículos en prosa han podido saborear los lectores de La Ilustración Artística, es á la vez que elegante y castizo prosista inspirado poeta, como elocuentemente lo demuestra el tomo de poesías que hace poco ha publicado. Las contenidas en el libro pertenecen á varios géneros y en todas ellas campea gran inspiración y una armonía de lenguaje que cautiva y en todas abundan los más bellos pensamientos y las más justas imágenes. Véndese el libro al precio de 5 pesetas en las principales librerías y en la casa del autor (Párraga, 9, Granada).

Tragedias, *por el Exmo. Sr. D. Víctor Balaguer.* – La Biblioteca popular catalana ha publicado su tomo IV, que contiene tres tragedias catalanas del eminente literato Sr. Balaguer: son *Lo guant del degollat*, *Las esposallas de la morta* y *Los Pirineus*. Nada hemos de decir acerca de ellas; el nombre de su autor ocupa en la literatura patria un puesto harto eminente para que hayamos de ensalzar sus obras, tanto menos, cuanto que las tragedias figuran entre sus más bellas producciones. El precio del tomo, que se vende en las principales librerías, es de 2 reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 4 de septiembre de 1893 — Núm. 610

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COLOQUIO AMOROSO, cuadro de Emilio Sala



EMILIO SALA FRANCÉS

Al poco tiempo de llegar á Roma, traídos por el deseo de estudiar las maravillas artísticas que aquí han reunido el acaso unas veces, muchas los Verres, que abundaron siempre, por más que á Cicerón en su tiempo uno parecía extraordinario, cierta noche, en el círculo que entonces tenían los españoles, un compatriota indicándonos un estudioso engolfado en no sabemos qué lecturas, nos dijo: «ese es Sala.» Lo veíamos por primera vez y lo miramos atentamente; cuando se ha visto no se olvida. Bajo de cuerpo, fuerte, de tez morena y ojos claros, de fisonomía movible, acreditando temperamento nerviosísimo; de mirar profundo, que quiere conocer lo que no se dice, que anhela saber lo que se ha querido decir en lo que se ha dicho: este es el hombre físicamente hablando; son sus rasgos principales, que lo dan á conocer y bastan, pues no es novia que ponemos en feria, ni protagonista de novela sentimental que deba hacer fortuna con la figura.

El también había venido á estudiar y estudiaba: á fuerza de méritos, con que en cualquier parte hubiera podido labrar una fortuna, en nuestra patria ganó una pensión gubernativa; cerró el ya célebre estudio que tenía en Madrid, dejó el país y vino á la Ciudad Eterna, lleno de ilusiones, que es el medio más seguro de cosechar amarguísimos desengaños. España tiene aquí una Academia de Bellas Artes, que mantiene descuidando obligaciones que no puede negar: dejando de cumplir últimas voluntades que debían ser sagradas, disminuyendo sufragios que dejaron pagados, para bien de sus almas, piadosos fundadores, recompuso un antiguo convento allá en el Panirolo, lejos de todo movimiento intelectual; de lo que fué un día casa de recogimiento y oración, fundada como la histórica iglesia aneja por nuestros Reyes Católicos, hizo mala hospedería, donde cobra casa y estudio á jóvenes que cree dignos de venir á la llamada escuela de arte. Tal es el régimen que allí se observa, tan grandes las contrariedades que experimenta el pensionado más sufrido, que bien pronto tiene que sublevarse, como lo hizo Sala. Siguiendo la opuesta de los antiguos romanos, que maltratados subieron al Aventino, él desde otra histórica colina bajó al valle, plantando sus reales en el barrio artístico por excelencia, en la calle de Margutta, al pie del Pincio, junto á la plaza de España, en el centro de la ciudad, no lejos de museos y monumentos, al paso de compañeros y modelos, donde sin viajar podía hallar cuanto deseara, donde mejor que nada estaba en su casa.

Por sus obras de nombre, de fama, hacía tiempo no nos era extraño el esclarecido artista: muchas veces en la patria habíamos sentido deseos de llegar hasta él, para conocer personalmente al pintor que seducía con sus producciones; pero cuantos escucharon nuestro deseo, nos hicieron desistir; nos decían que su carácter era tan seco, que rayaba en violento; que era de genio tan adusto, que degeneraba en cosa peor, y francamente estos informes nos hicieron desistir, sin pena, pues lo importante son las obras artísticas; en gran número de casos puede dejarse á un lado quien las produce. Sala ha sido después para nosotros prueba de lo mucho que se inventa para hacer picantes las biografías de hombres célebres. ¿Dónde está ó en qué consiste aquella sequedad de carácter que podría hacerlo antipático? ¿Dónde aquella violencia que imposibilitaría toda discusión? ¿Dónde de aquellas excentricidades con que muchos han querido caracterizarlo? Nada de esto encontramos en el tiempo que lo hemos tratado; siempre hallamos al hombre serio, al caballero cumplido, al amigo leal. Tiene, sin embargo, un defecto grandísimo, no dependiente de su carácter, sino resultado de los tiempos que corren: para Sala no hay mas línea que la recta, no emplea trochas, ni veredas; llegará tarde, pero llega sereno, tranquilo, con la conciencia en paz; resultará agrio, pero únicamente por haber dicho la verdad. Si alguno quiere sentir halagado su amor propio, no busque á Sala sin poderosos justificativos de sus deseos; si alguien, procediendo de buena fe, quiere un consejo sano, que vaya seguro de encontrarlo. Creemos haberlo retratado moralmente y entendemos no son necesarios más luz ni más color para ponerlo de relieve: nos queda por hacer su historia, que es breve; el estudio de sus méritos, tan grandes, que sin la audacia que da el buen deseo, no lo emprenderíamos.

Emilio Sala Francés nació en Alcoy el año 1850. Muy niño aún, su familia se trasladó á Valencia, donde comenzó á educarse y donde principió á manifestar inclinación hacia el arte que ha sido su encanto y por el que ha luchado hasta el sacrificio. Desde luego tropezó con la oposición de los suyos, enemigos de que emprendiera una carrera en que la fama es casi siempre póstuma y en que las inciertas ganancias no bastan las más de las veces para cubrir perentorias necesidades y por consiguiente mucho menos para asegurar el porvenir, que es lo que preocupa más á los padres cuando piensan en los hijos. He aquí por qué los suyos, que pertenecían al comercio, quisieron que Emilio hiciera lo mismo, y precisamente para esto era para lo que menos había nacido y lo que más odiaba sin ocultarlo; pero como ningún joven de sentimientos elevados debe romper abiertamente contra las disposiciones paternales, Sala, que los ha manifestado siempre, cedió por el momento, sin renunciar en absoluto al cultivo de sus aficiones: de la trastienda hizo estudio; con lo que á otros jóvenes sirve para distraerse en días de asueto, adquiría lo necesario para el cultivo del arte, y de este modo pasaba la vida soñando con mejores días, y su familia permanecía tranquila, pensando que diversión por diversión, mejor era aquélla que ninguna, y que al fin su espíritu reflexivo acabaría por plegarse totalmente á los prudentes deseos que todos le manifestaban, cuando llegara á la edad de comprender que si la gloria es efectivamente una gran cosa, con la gloria no se come. La corriente que por fuerza superior tiene su cauce marcado, no se ataja con presas, ni se desvía sin correr segurísimo riesgo de que vuelva á su lecho, y esto sucede más con las vocaciones del espíritu que con los ríos.

Por el tiempo en que nuestro artista sostenía esta lucha, fué nombrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Valencia un primo suyo, D. Plácido Francés, y aquí del dicho «con achaque de primo entro y te veo.» Fueron primero visitas de pariente, después entretenimiento que robaba tiempo á la tienda, por último lección formal, que avivó el deseo sentido desde hacía tanto tiempo, hasta hacerlo irresistible. Si poco después decayó en la marcha, se debe á lo rudo é ingrato que es el comienzo de cualquier cosa, y un ligero paréntesis en las lecciones fué sólo descanso para acometer con mayor empuje: la familia, pues, que contra todo lo que anhelaba y se había prometido, veía cada día más seguro el triunfo de las aspiraciones del joven, determinó poner coto á lo que ya degeneraba en rebelión, y tomó una medida violenta, la de enviarlo á una casa de comercio en París. Allí había de tener el tiempo más tasado, los principales serían menos complacientes, los recursos escasísimos, el trabajo más duro, y por tanto ¡adiós arte y pretensiones de gloria! Comprendiendo Sala que así tendría que ocurrir, si la amenaza se realizaba, se aprestó á la defensa, buscando por abogados á los mejores y más antiguos amigos de la casa, y ellos tomaron la causa del joven con tanto calor, que por aquella vez no sólo resultó exento de pena, sino que le permitieron tomar lecciones de D. Salustiano Asenjo.

A partir de este momento, ó para precisar más, desde el 9 de junio de 1864, puede decirse que Sala comenzó su carrera artística: principió á ver obras y tratar artistas, escuchar opiniones y analizar juicios, haciendo tan rápidos progresos, que ocho meses después, cuando no sabemos por qué causas dejó de frecuentar la clase, sabía bastante para comenzar á pintar, y comenzó, en efecto, sin maestro, copiando de cuadros y cromos que le venían á mano, haciendo naturaleza muerta y reproduciendo objetos que sin gasto podían servirle de modelo. Iba ganando paulatinamente la partida empeñada con tanto ahinco entre él y su familia, y ésta, viendo que la resistencia era inútil, le hacía, según los casos, pequeñas concesiones: una de éstas fué la de que asistiera á las clases elementales de la Academia y concurriera otra vez á casa de su pariente D. Plácido Francés. En ambos sitios aprovechó el tiempo; pero tal vez más que las lecciones del maestro, le sirvió de poderoso estímulo el trato con discípulos más aventajados que él. De los adelantos conseguidos en aquel breve intervalo dió pruebas en la Exposición regional de Valencia, donde presentó un «Bodegón» que le valió una segunda medalla: este premio marca su primer paso en la difícil carrera que había emprendido; lo colocó entre los pintores y le creó por tanto las primeras enemistades: ya era del oficio.

Poquísimas veces hemos hablado con Sala de su vida y de sus obras, pues no es tema que le agrada; pero procurando investigar las causas de sus cambios de manera, nos hemos convencido siempre de su indiscutible valer, de su amor al estudio, de su gran talento de observación y de su constancia en perseguir el ideal del verdadero artista, esto es, el anhelo por llegar á la expresión perfecta del natural, sin incurrir en los defectos que engendra en muchos la mala inteligencia de este término, que en boca de no pocos es desgraciada muletilla de que se abusa, queriendo justificar caprichos y excentricidades. Sala como pintor se debe á sí mismo: lo aprendido en el corto tiempo que frecuentó clases y profesores, no bastaba para emprender una senda que continuada pudiera llevarlo á la altura en que hoy se encuentra, y sin su real temperamento de artista no hubiera pasado del amaneramiento que se invetera fatalmente é impide ver la verdad y expresarla debidamente. Al poco tiempo de haber reanudado las lecciones, su maestro Francés le manifestó que no podía continuarlas: otra vez Sala se halló solo; no envanecido con un premio que hubiera cegado á otros muchachos de su edad, ni descorazonado por una situación comprometida, siguió adelante y comenzó á pintar en una habitación de su casa, sirviéndose de modelo por medio de un espejo, y al mismo tiempo estudiaba, analizaba y comparaba cuanto caía ante su vista. El primer motivo de comparación entre lo que había aprendido de su maestro, que llevaba ó podía llevar á exageración de color, y el extremo opuesto, lo tuvo con el cuadro de Domingo «El duelo,» expuesto en Valencia, antes de que figurara en Madrid; pero en aquella antítesis, constituída por dos extremos que deben evitarse, el estudio de los términos no puede precisar cuál es el justo medio. Primer problema, primera lucha y grandísimo motivo de trabajo y empeño, en que comenzó á ejercitar su juicio en materia de pintura.

Poco después de cuanto estamos refiriendo, achaques del comercio le hicieron ir á la feria en Albacete: desde allí, auxiliado por unos parientes y contando con otros que tenía en la corte, fué á Madrid, realizando uno de sus sueños: ver el Museo, ó más preciso, ver las obras de Velázquez, fuente perenne é inagotable de enseñanza para los que quieran aprender á pintar. Aún recordamos la noche que Sala, con la sencillez de lenguaje que le es propia, nos contó sus impresiones ante las obras del maestro por excelencia; no olvidaremos nunca la claridad de su disertación, explicando la técnica sencilla con que el autor de la «Rendición de Breda» consiguió maravillosos resultados, y lo admiramos al exponer las sensaciones que experimentó en presencia de aquellos cuadros que pasman, y cómo fué para él una revelación observar que en la paleta que tiene el pintor de las «Meninas» había siete colores, con los que podía y debía realizarse todo. Aquel viaje ha tenido grande importancia en su vida artística; en los pocos días que duró, estudió también los cuadros de Rosales, cuyas fotografías conocía y comprendía admirables, y en el tiempo breve que duró la provechosa excursión no paró ni descansó un momento; lo devoró todo, sin perdonar nada; hizo dos estudios en el Museo, volviendo y revolviendo adonde debía estudiar; analizó, desmenuzó obras y obras, y desde la mañana hasta la noche no hacía otra cosa que dar pasto á su eterna curiosidad, pues otra de las condiciones sobresalientes de este hombre es la resistencia. Ni su cuerpo siente la fatiga, ni su espíritu se cansa; anda, sube, baja, recorre una sala, retrocede, avanza de nuevo, parece que no mira, y al salir se observa que ha tomado en consideración hasta detalles que parecen insignificantes. Volvió á Valencia repleto de observaciones nuevas, que aprovechó en los trabajos sucesivos: se hallaba en el primer período de reflexión y comenzó á buscar ejecución, sobriedad y corporidad, que eran las condiciones que había notado en las obras estudiadas y que sobre todas deben campear en las obras pictóricas.

A los elementos recogidos en su breve viaje, se

unieron otros que aportaron á su espíritu las conquistas de la Revolución de septiembre de 1868. La libertad de la prensa, la circulación de libros, la destrucción de muchos prejuicios, sirvieron á nuestro artista eficazmente: comenzó á estudiar, y bien pronto, con acertado criterio, supo escoger é hizo lectura favorita de autores serios, cuyas obras enseñan siempre; aislado en el estudio que se había improvisado en un cuarto de su casa, dividió el tiempo; dió parte al cultivo del arte por el arte, esto es, al estudio, y el resto lo pasaba absorto en lecturas filosóficas y literarias. No diremos que la cultura de Sala sea superior á la de este ó el otro artista, pues en todo, y en esto más, las comparaciones son odiosas, pero aseguramos que la suya es vastísima. Queriendo desentrañar y explicarse dificultades que muchos resuelven sin comprender, estudió la parte de la física referente á la luz, y cuando explica efectos conseguidos ó que deben conseguirse, más que un pintor resulta un hombre de ciencia: partidario del positivismo inglés, le son familiares las concepciones filosóficas de aquella escuela y por derivación los puntos generadores de la misma y las consecuencias que de ellas se han desprendido; amante de la bella literatura, conoce suficientemente á Esquilo y Aristófanes, á Dante y Calderón, á Shakespeare y Cervantes; y cosa rara, esto que para muchos hubiera representado una distracción peligrosa, Sala lo ha hecho sin perder tiempo, porque artista de corazón y de mente, todo, absolutamente todo, lo ha puesto al servicio del arte. El gran caudal de conocimientos recogidos le sirve siempre; aquel estudio ha



UNA BELLA DE ANTAÑO, cuadro de Emilio Sala

sido y es valiosísimo elemento, que le ha hecho maestro en la parte dificilísima de la composición.

Espíritu observador se fija en todo, no deja nada por analizar, ni cosa de que no tome apuntes; de aquí esas composiciones maduras y razonadas á que dan realce su maestría en el dibujo y su brillante colorido. Estas condiciones, los frutos de sus lecturas y las enseñanzas recogidas, las puso de manifiesto en 1871 en el cuadro que presentó en la Exposición de Madrid «La prisión del príncipe de Viana:» en dos figuras supo compendiar un libro importantísimo de nuestra historia; con un personaje que de pie, en actitud violenta, ordena airado la satisfacción de un deseo conseguido á costa de odiosa traición, y otro que arrodillado á sus pies, implora sumiso, no el cumplimiento de la ley, sino lo que el sentimiento paternal otorga siempre, Sala ha hecho revivir un período tristísimo, hace recordar una época espantosa de partidos y banderías. El príncipe de Viana, que después de sangrientas luchas, en que siempre llevó la peor parte, se había retirado á Mesina y en amena soledad cultivaba la filosofía y las letras y dormía sueño de poeta en los brazos de la Cappa, salió de allí engañado por falsas promesas de quien menos podía esperarlas, y volvió á la patria, donde hasta la muerte le persiguieron el odio de su desamorado padre, los rencores de su vengativa cuanto hermosa madrastra, doña Juana Enríquez. Las manifestaciones de regocijo con que los catalanes recibieron al príncipe cuando desembarcó en Barcelona, avivaron el despecho del rey, que hipócrita siempre y tenaz en los propósitos que le sugería la



COMPÁS DE ESPERA, cuadro de Emilio Sala

esposa que había sucedido en su corazón y en el trono de Navarra á la bondadosa doña Blanca, si aparentó una vez reconciliarse con su hijo, fué para tratarlo inmediatamente con más rigor. Hallándose D. Juan en Lérida, celebrando cortes, llamó al príncipe don Carlos, y éste, desoyendo prudentes advertencias de sus partidarios, sin intimidarle la observación de que hasta podían darle un bocado de difícil digestión, se presentó á su padre. No bien lo tuvo allí, aquel raro monarca que, preocupado siempre en lo que menos le importaba, comprometía frecuentemente la tranquilidad de sus Estados, dió orden de que lo prendieran y trasladaran á un castillo: se ejecutó el mandato, sin que sirvieran de nada al desventurado hijo ni sus lágrimas, ni sus promesas de sumisión y obediencia.

Este momento escogió el artista para asunto de su cuadro: aquella obra realizada con mil trabajos, supliendo con ingenio faltas materiales, empleando como modelos á amigos de buena voluntad, arreglando por sí trajes é indumentos de que carecía, es una creación que nadie hubiera afirmado pertenecía á un joven que se hallaba aún en los albores de su carrera; quien había pintado aquello, sabía de memoria á Velázquez y á Rosales, los había mirado con el amor y entusiasmo que merecen los grandes maestros, había comprendido perfectamente cuál era el medio seguro para llegar á la verdad en pintura, y estaba tan próximo de la absoluta posesión de mérito tan grande, que su cuadro, saludado con unánime aplauso, obtuvo segunda medalla, no dándosele primera porque, á juicio del jurado, el autor era demasiado joven.

Aquel cuadro que hemos admirado muchas veces, que á pesar de los años que hace dejamos de verlo lo tenemos siempre presente, es segurísimo argumento en pro de una idea clara como la luz: la de que para aprender á pintar no hace falta salir de nuestra patria. Salid al extranjero, si queréis, para ampliar conocimientos; venid para ejercitar el juicio y discernir con precisión; viajad para estudiar historia del arte en los monumentos; id donde queráis para dar pasto á la imaginación y abrir nuevos horizontes á la mente; recorred el mundo buscando elementos aptos para el cultivo particular de este ó el otro género; pero para aprender á pintar, para poder resolver las dificultades técnicas, para adquirir seguro medio de expresión, seguid en la patria, estudiad á Velázquez, proponéoslo como modelo y basta. Sala había hecho esto ya, y si entonces no llegó á lo que después ha llegado, se debe á que naturalmente en la época de transición en que se hallaba, los elementos aglomerados no se habían fundido y existían aún soluciones que necesitaba completar. Por lo demás, el cuadro tiene la principal condición de una obra de arte: se explica en seguida, y el público que no podrá decir ese es D. Juan II de Aragón ó ese es el príncipe don Carlos, comprende que el uno ordena y el otro implora; pero no así, en términos generales, sino en el tono que resulta del conocimiento histórico. Aquel que ordena la prisión y á cuyas órdenes nadie puede negarse, no da la representada por el artista, seguro, como debía estarlo, de que será obedecido; la da dominado por el odio; en su faz hay una expresión de rabia y satisfacción, que forman singular contraste, y es que Sala no perdió de vista que debía representar á un padre que odiaba, en un rey que llegaba á la satisfacción de apetecida venganza. La misma verdad late en la representación del otro personaje; se ve al príncipe, cuyos derechos hollados toda la vida no le hacen olvidar que es hijo de quien lo persigue con encarnizamiento. Algunos le acusaron de haber exagerado los movimientos, de que hay dureza en la expresión; mas no sabemos, después de estudiar historia, de qué manera se puede presentar á D. Juan II de Aragón en una obra pictórica.

Aquélla, realizada con la fe ciega del creyente, es término divisorio en la vida de Emilio Sala, es límite que separa una época en que luchaba por ser artista única y exclusivamente, con la nueva que le abrió su triunfo, que fué decisivo adiós á las cosas comerciales. Una vez en Madrid, adonde fué con el cuadro, dió rienda suelta á sus aficiones; para él aquello era otro mundo, á cuya vida debía hacerse, y si caminando tuvo que dejar muchas ilusiones en los zarzales de que están llenas sus sendas, aprendió no poco de lo que se refiere á los hombres y á las cosas, para lo que ciertamente no es la mejor escuela el seno de la familia. Fué grande fortuna suya, sobre todo en aquella ocasión, ser, como ha seguido siendo, de los hombres que ni se crecen por las alabanzas, ni se ciegan con las lisonjas. No se deja embriagar Sala con el incienso que se quema en nuestro país á los pies del principiante que se significa, y en el que unas veces la impetuosidad propia del carácter meridional, otras designios encubiertos, nos hacen ver en muchas ocasiones un Rafael en ciernes ó un Miguel Angel en pañales, cuando en la generalidad de los casos, aquellas obras sin precedentes, con que muchos nos entusiasman, son destellos geniales que no se repetirán.

Establecido ya en Madrid, siguió trabajando con afán y cultivando el trato de literatos y artistas, principalmente de Rosales, cuyas obras admira siempre. Un día supo que Fortuny, recién llegado de Granada, tenía expuestas algunas obras en el estudio de D. Federico Madrazo, y allá fué en compañía de Casado, que galantemente se ofreció á presentarlo. Aquel género nuevo que iniciaba el autor ilustre de la «Batalla de Tetuán,» fué una revelación para nuestro artista; pues como él mismo decía, nunca pudo imaginar perfección tan grande, gusto tan delicado, ni filigranas tan admirables. Dignas son en verdad de ser admiradas aquellas joyas del malogrado artista, y en cualquiera de ellas hay material de estudio, aun para los que se crean maestros. Así lo entendió Sala, quien al salir en compañía del laureado autor del «Testamento de doña Isabel la Católica,» pudo ver que el juicio propio no era exagerado, escuchando las sabias y atinadas observaciones de aquel insigne maestro, á quien parecía no quedaba nada por aprender y que se lamentaba con la sinceridad y buena fe que le eran peculiares de que la escasez de su vista, tan delicada ya, no le permitiera llegar á realizar tanta belleza. Impresionado profundamente, se encerró en su estudio; tenía para vivir el producto del cuadro premiado que le compró el gobierno y le pagó al cabo de algunos años, á fuerza de influencias, y se ayudaba con algunos cuadritos que hacía para la venta. Así siguió estudiando con el ahinco de siempre, buscando la perfección, sin olvidar nada, pero sin plegarse á esta ni á la otra manera. En la Exposición de 1874 presentó algunas obras de comercio, en que siempre se veía al maestro, y fué individuo del jurado de la misma, aprendiendo entonces no poco y decidiendo por aquellas enseñanzas no volver á desempeñar tan honroso como comprometido cargo.



EL COLUMPIO, cuadro de Emilio Sala

En 1878 hubo en Madrid nuevo certamen artístico, en el que dió señalada prueba de los adelantos considerables que había realizado. Presentó en ella un cuadro de caballete, su «Guillén de Vinatea,» maravilla de dibujo y color, modelo de composición y de reconstrucción histórica: página de la historia valenciana, representa la viril entereza de un pueblo que protesta contra censurables condescendencias de un rey, que por favorecer á la familia perjudicaba al Estado. En la Exposición de 1882 obtuvo otra medalla de oro por los techos que presentó, destinados al palacio del rico capitalista D. Juan Anglada, obra de suma importancia, tanto por la sobriedad de ejecución, como por la brillantez del colorido, como por la riqueza de fantasía que en ella campea.

Dadas las prescripciones reglamentarias que regían en nuestra patria y que aún rigen, según creemos, la carrera oficial de Emilio Sala había terminado, pues no podía conseguir más premios. Los conseguidos debían haberle servido para algo; pero en España como en todas partes, una cosa es lo que es, y otra muy distinta lo que debe ser: le habían ofrecido que contribuiría á la decoración de San Francisco el Grande; mas cábalas é intrigas hicieron ilusoria su esperanza; pretendió una plaza que había vacado en la Escuela de Artes y Oficios, y le fué negada. Abrió después clases en su casa, y obtuvo resultados brillantísimos; pero con lo que conseguía de sus lecciones no podía pensar que se aseguraba el porvenir: entonces comenzó á trabajar su mente la idea de emigrar, la idea de abrirse campo para cultivar el arte como él lo entendía; pero careciendo de medios debía esperar ocasión favorable para realizar su deseo. Esta se presentó al vacar una pensión de mérito en la Academia de Bellas Artes de España en Roma, que solicitó y obtuvo; quien tenía sobrados méritos para ser director de la misma, no podía carecer de los que se exigían al pensionado.

Decidido á comenzar de nuevo, levantó casa y estudio; se despidió de su familia en Valencia y emprendió el viaje á esta tierra, donde á cada palmo halla el artista material suficiente para estudiar encantado. Aquí lo conocimos, y en verdad, á primera vista no nos resultó simpático; sin la declaración que nos hacían de que era él, hubiéramos creído se trataba de un oficial de baja graduación, procedente de la clase de tropa, vestido de paisano; la primera vez que habla con cualquiera ó concurre á sitio donde nunca estuvo, marca en su rostro la desconfianza; mas poco á poco se serena, paulatinamente deja comprender su alma de niño, revela sus entusiasmos, manifiesta sus conocimientos sin petulancia y se ve al hombre y al artista desde un punto de vista muy diferente del en que se le ha contemplado antes. Aquí aprovechó el tiempo perfectamente, sin dejar de ver nada; sin temor al reuma, sin miedo á las proverbiales fiebres romanas, pasó días y días respirando miasmática humedad en la iglesia subterránea de San Clemente, copiando frescos que se conservan allí, recuerdos del arte de la Edad media y cuya importancia para la historia es mayor que la de los que exornan algunos lóculos de las veneradas Catacumbas; amigo de sabio y virtuoso sacerdote empleado en el Vaticano, solicitó por su conducto y no descansó hasta obtener permiso para tomar apuntes de la soberbia decoración con que el Pinturichio embelleció las salas de los Borgias, tan poco conocidas como dignas de ser estudiadas: no perdonó Museo, ni dejó de visitar monumento, y cada vez creció más su cu-



LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS, cuadro de Emilio Sala, premiado con medalla de oro en la Exposición de Berlín

riosidad, resultado del constante afán de instruirse. Refractario y mudo para las personas que no conoce, se hace expansivo y locuaz con sus amigos: blasona de ignorar la vida particular de los artistas y la reconstruye con el conocimiento perfecto que tiene de las obras de todos; resume, sintetiza, analiza, y sus observaciones, hijas de su práctica y no de teorías, adquieren personalidad pasmosa.

Cumplido el tiempo que debía permanecer en Roma, mas quedándole todavía un año de pensión, viajó por las ciudades principales de esta península que tuvo tantas cortes y en la que el estudioso halla tesoros de conocimientos en todos los ramos: visitó no sólo Nápoles, Florencia, Pisa, Milán y Turín, itinerario que siguen los que vienen, únicamente para poder decir después que han estado en Italia, sino también las poblaciones que decaídas de la importancia política que gozaron, conservan sin embargo recuerdos inolvidables del amor que tuvieron por las artes los príncipes que las dominaron, sin dejar de ser por esto sangrientos héroes de guerra: recorrió la Toscana y la Umbría, fué á Ravena, donde se pueden estudiar monumentos bizantinos de grandísima importancia, tan bien conservados, que parece fué ayer cuando se retiraron los mosaístas; á Mantua, Verona y muchas más ciudades de Lombardía, donde florecieron escuelas pictóricas que pueden competir muy bien con la toscana y probar con su historia que al renacimiento del arte en Italia no contribuyeron sólo los compatricios de Cimabue y Giotto. El caudal de conocimientos recogidos fué inmenso, y buena muestra de ello dió en la Memoria que como pensionado tenía que presentar al Ministerio, y en la que se ocupó de los Prerrafaelistas: trabajo de grandísima erudición, está sembrado de atinadas observaciones y claros juicios, que prueban su gran talento y lo bien que siempre ha sabido aprovechar el tiempo.

Establecido después en París, el primer trabajo que realizó en la capital de Francia fué el gran cuadro que debía constituir su último envío como pensionado de mérito en Roma. Es creencia general que la locución castellana «sacar el Cristo» con que se indica el empleo de un argumento sin réplica, tiene un fundamento histórico. Al poco tiempo de haber caído Granada en poder de las armas cristianas, los Reyes Católicos, creyendo que no tenían ya necesidad de los judíos, que en más de una ocasión les habían servido bien, ó influídos por el fanatismo religioso de las gentes que los rodeaban, dieron el cruel cuanto desastroso decreto de expulsión de los judíos. Aquellos desgraciados, que por tantos siglos habían habitado nuestra patria, que tenían en ella sus intereses, sus afecciones y sus recuerdos, se vieron obligados á abandonar el territorio en el perentorio plazo de cuatro meses, sin que al salir pudieran exportar oro ni plata: vanas fueron todas sus prácticas para mitigar una orden cruel é inhumana, que todos los historiadores extranjeros han juzgado como merece, que entonces podía explicarse perfectamente por el carácter de los tiempos, cosa que no acontece hoy que el antisemitismo se ha puesto á la orden del día. Cuentan que por no perdonar medio alguno, ofrecieron á Fernando é Isabel treinta mil ducados de oro, si dejaban sin efecto el decreto. Aunque no existe documento histórico que lo asevere, la tradición afirma que los reyes, piadosos y seducidos por la brillante oferta, se inclinaban á retirar la orden; mas Torquemada, allí presente y principal instigador de la exagerada intransigencia religiosa, sacando un crucifijo que puso sobre la mesa, dijo: *Judas Iscariote vendió á su Maestro por treinta dineros de plata: vuestras altezas lo van á vender por treinta mil: aquí está, tomadle y*

Kiosco de la real fábrica de tabacos *La flor de Cuba*, de D. Manuel del Valle.

vendedle, y se retiró no sin haber conseguido que, impresionados los monarcas, dejaran de dar oídos á súplicas y promesas. Ni podemos ni debemos discutir la veracidad del hecho, que histórico ó tradicional, dió origen á la citada locución vulgar y asunto para que Sala hiciera un cuadro, que es sin duda uno de los mejores producidos en la época presente. En el centro se hallan los reyes, sentados bajo rico dosel; en la actitud y en el gesto de ambos se advierte la sorpresa que les causa la audacia del intransigente fraile, sin que sea igual en ambos personajes, pues cada uno manifiesta el sentimiento en la forma que el carácter histórico de ellos prescribe. Torquemada después de arrojar sobre la mesa el crucifijo, se vuelve airado para salir, y el infeliz hebreo que se halla de espaldas al espectador da un paso atrás, seguro de haber perdido su causa; aquella cara que no se ve, se adivina: tan grande es la expresión en el movimiento. Todos los demás personajes, damas, pajes, caballeros y curiales se hallan tan perfectamente relacionados por sus gestos y actitudes, que ninguno huelga y en cualquiera puede estudiarse una sensación. Pintado con la sin igual maestría que tiene Sala, resulta sobrio de color, pero de tonos tan justos, que la vista se reposa admirándolo: estudiado en sus menores detalles se ve el trabajo concienzudo de un hombre jamás satisfecho de lo que hace, que lee eternamente para inspirarse, que lo revuelve todo para que la indumentaria sea justa, para que la crítica no pueda advertirle ni el más ligero anacronismo ni la más insignificante impropiedad.

Este cuadro, que conforme las disposiciones reglamentarias debía quedar propiedad del autor, estuvo en la última Exposición de París, y el jurado francés, que naturalmente debía favorecer sobre todo lo que más sigue las tendencias del arte que se cultiva en aquella nación, no dió á Sala más que una segunda medalla: verdad es que de tamaña injusticia tuvo compensación en Berlín hace dos años, donde con la misma obra consiguió una primera.

Cuando después de larga ausencia lo visitamos nuevamente en su estudio de la rue Rochechouart, hallamos al hombre de siempre y fueron deleitosas las horas que pasamos junto á él, escuchándole proyectos realizables todos y de los que ninguno se hará práctico por el tiempo en que vivimos y por la incuria de los hombres: entonces le oímos repetir sus acertadas observaciones acerca de las reformas necesarias en la enseñanza y lamentarse de la situación en que por desgracia se hallan en nuestro país el arte y los artistas, acabando por confesar tristemente que si tocaran á empezar, tal vez seguiría otra senda.

Queriendo ser breves, como nos habíamos propuesto, nos hemos extendido demasiado, sin ennumerar el mayor número de sus obras; verdad es que haciéndolo, el artículo hubiera llegado á libro.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

II. – LOS MEJORES TABACOS DEL MUNDO

Una de las cosas que más atraen en el palacio de Agricultura de esta que han dado en llamar la «Feria del Mundo,» es la instalación que han hecho los tabaqueros cubanos. Darán una idea de su belleza las fotografías que acompaño, así como los kioscos de D. Manuel Valle y de D. Calixto López, que van aparte, dejarán apreciar mejor el gusto y gallardía que ha presidido á las construcciones. Los tabaqueros cubanos vienen soportando hace tiempo una paralización grande en la manufactura, resistiendo con valor extraordinario la crisis desencadenada sobre su industria.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Vista de la sección española en el Palacio de Agricultura

Sabido tenemos que todos los gobiernos castigan en sus aranceles el tabaco de nuestra Gran Antilla, como se castigan los artículos de lujo; y al propio tiempo no debemos olvidar que la política proteccionista, universalmente desarrollada hoy, es otro enemigo formidable con el cual tienen que luchar cuerpo á cuerpo, sin rodela ni coraza, los fabricantes de tabacos de la isla de Cuba.

Esto no obstante, lucharían con ventaja si los gobiernos españoles parasen mientes en la conveniencia de tener siempre floreciente dicha industria y en crecimiento constante. Nadie más interesado que el gobierno español debe estar en que esto suceda: la industria tabaquera está en Cuba, en la Habana sobre todo, fuertemente ligada al comercio, y si las fábricas no trabajan, el comercio sufre la consiguiente paralización. Por cada fábrica que en la Habana se cierra, ábrense cinco en los Estados Unidos, y por cada una que allí disminuye sus operarios, diez los aumentan aquí, donde poco á poco se van formando colonias temibles de insurrectos cubanos y de peninsulares descontentos de su gobierno.

Ahora bien: con todo y á pesar de esto, los fabricantes de Cuba han concurrido á esta Exposición, más que con lujo con fastuosidad; se han presentado á la faz de los yankees que pretenden cerrar, por envidia, las puertas á los tabacos nuestros, con toda la arrogancia de aquel que tiene conciencia de su valer. El Bill Mc-Kinley recarga en un 168 por ciento la manufactura tabaquera cubana, y el millar de tabacos que en una fábrica de primera clase en la Habana cuesta 45 duros véndese en la gran república en 110 *dollars* con 20 centavos, gracias al famoso Bill.

De si los tabaqueros han tenido orgulloso tesón presentándose como se han presentado, júzguese contemplando la instalación, siquiera sea en grabado.

La vista del departamento español en el palacio de Agricultura es muy bonita, como podrán apreciar los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: copia la galería de la iglesia de San Gregorio de Valladolid y produce el mejor efecto. Los kioscos, bellos todos, y todos elegantes y del mejor gusto, forman conjunto armónico y atraen al visitante. Es una instalación que honra al que la hizo, D. Rosendo Fernández, cuyo retrato reproducen hoy las columnas de este periódico: es asturiano, como lo son la mayor parte de los tabaqueros, pero el Sr. Fernández no pertenece al gremio.

Casi me cuesta trabajo escribir «Sr. Fernández,» porque en la Habana sus amigos, que lo son todos, le llaman Rosendo á secas, y allí Rosendo no puede haber más que uno.

Nació en Luarca, un poético puerto de mar de mi querida provincia, y niño aún vino á las Américas, como vienen otros, á probar fortuna, pero con soñadora imaginación, con exquisita nobleza de sentimientos y con temperamento de artista. Le sedujo la litografía y se hizo litógra-

Kiosco de la fábrica de tabacos de D. Calixto López antes Bances y López

fo, pero litógrafo de talla, sin olvidar por esto sus aficiones al *bel canto,* que estudiaba con entusiasmo para llegar á ser lo que es, un excelente aficionado.

Formó familia: contrajo matrimonio con una distinguida señorita, sobrina del conde de Casa Sedano, y por este motivo se encuentra emparentado con antiguas y nobles familias de la isla.

Rosendo Fernández tiene un puesto en la política insular, como tiene un asiento en todos los salones y una frase de cariño para él en todos los labios. Como presidente de la sección de «Recreo y adorno» del «Gran Centro Asturiano» de la Habana, hizo maravillas de buen gusto; y mientras el decorado actual exista no dejará de flotar por aquellos espléndidos salones el espíritu que les dió vida.

Cuando al bondadoso presidente del Centro, D. Manuel Valle, le consultaban ó preguntaban algo, «Allá Rosendo,» contestaba; porque Rosendo representaba para el Sr. Valle la confianza y el buen gusto.

Llegó el momento de tomar parte activa en la Exposición de Chicago, y la Cámara de Comercio, oficialmente encargada de este cometido, rogó á Fernández, que pertenecía á su junta directiva, que viniese á organizar los trabajos.

Excuso advertir que sin sueldo ni remuneración, al poco tiempo lo nombró el gobierno delegado de Cuba y Puerto Rico.

Por veinte días vino y estuvo seis meses. Decir cuántos fueron sus afanes y su entusiasmo por colocar muy alto el nombre de las Antillas españolas sería pálido: sólo contemplando su obra y viéndola coronada por el éxito se puede apreciar lo que le debe Cuba.

Ni uno solo de cuantos miembros cuenta la delegación española ha dejado de quererlo. Desde el señor Dupuy de Lome, que lo distinguía extraordinariamente, hasta el último criado de las instalaciones, sentían por Rosendo verdadero cariño. Ayer ha marchado por la vía de Nueva York, y parece que entre los españoles falta algo.

No se crea por esto que el delegado de Cuba es hombre bullanguero ni siquiera alegre; por el contrario, es serio, casi seco, retraído y formalote. La simpatía que inspira es hija de sus prendas personales, de su honradez, de su nobleza de sentimientos y de su lealtad para todos.



D. ROSENDO FERNÁNDEZ,
de la Cámara de Comercio de la Habana, Comisario especial representante de Cuba y Puerto Rico en la Exposición universal de Chicago

La Cámara de Comercio de la Habana debe á Fernández la mayor parte de la honra que le cabe por haber quedado á grande altura en el certamen Colombino, pero los expositores de Cuba no saben todo lo que le deben.

Un dato que puede dar á conocer al noble asturiano: El Sr. Dupuy de Lome quiso con fuertes empeños que el delegado de Cuba y Puerto Rico perteneciese al jurado; y como los jurados perciben setecientos cincuenta pesos con que les recompensa la empresa de esta *gran feria,* Rosendo Fernández no quiso aceptar, so pretexto de marcha, para que no se creyese que buscaba la remuneración y por no quitar á otro esa cantidad.

Este es el hombre que llevó á cabo la instalación cuyas vistas envío. Y como en lugar de carta de más, todavía peco por carta de menos, creo que merece la pena de ser conocido.

EVA CANEL

Chicago, 29 de julio de 1893

FEDERICO MEDIANO

Todos recordamos aquel simpático sacerdote de quien dice nuestro insigne y queridísimo Campoamor:

«El cura del hogar de la Horadada,
como todo lo da, no tiene nada.»

Pues bien: Federico Mediano se parecía mucho á ese cura de la Horadada; mejor dicho, era lo mismo que él, salvo lo de cura.

Pero lo daba todo y por consiguiente no tenía nada, y lo daba ajustándose al precepto que, en el versículo 3.º del sexto capítulo de su Evangelio, establece Mateo (ó *San Mateo,* no vaya á pensar algún fusionista que aludo á Sagasta) y que dice: *Cuando dieres limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.*

Precepto del cual, dicho sea entre paréntesis, se olvidan á menudo personas que pasan por muy caritativas y que hasta alardean de serlo y á quienes, por lo tanto, pueden ser aplicadas las palabras del mismo San Mateo: *Cuando des limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser estimados de los hombres: en verdad os digo que ya tienen su recompensa.*



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Vista de la exhibición de tabacos cubanos en el Palacio de Agricultura, tomada de frente



MODERNISTA DE ANTAÑO, cuadro de Emilio Sala



UN CONCIERTO EN EL BOSQUE, cuadro de Emilio Sala

Ahora no existen sinagogas, ni los dadivosos hacen tocar la trompeta para que las obras de caridad que ellos realizan sean publicadas; pero hay periódicos y abundan los *reporters*, y del beneficio que el rico hace al pobre se entera media humanidad, la cual se encarga de contárselo á la otra media. – Conque, según Mateo, ya están recompensados. Advertencia que, si he de hablar con franqueza, empequeñece mucho la máxima, pues supone que todo bienhechor del prójimo aspira á ser recompensado; bien en este mundo con la estimación de los hombres, bien en el otro con su pedazo de paraíso.

Federico Mediano, hay que decirlo en honra suya y por respeto á la verdad, no pensó nunca ni en el un premio, ni en el otro. Era caritativo, porque, como suele decir el vulgo, *le salía de adentro*. Ignoraba si tenía el deber de consolar al triste, ó de dar de comer al hambriento; pero teniendo él dinero, nadie carecía de dinero á su lado.

Se lo pedían y lo daba; le pedían más y daba más; continuaron pidiéndole y continuó dándolo, hasta que se quedó sin una peseta.

Dicho se está que, aun siendo Federico muy reservado, y aun absteniéndose, como en efecto se abstenía, de contar á nadie el empleo que daba á su capital, la cosa se supo, por lo que aumentaron los pedigüeños y nacieron las murmuraciones.

«Ese chico es tonto de capirote,» decían los unos; «Está loco de remate,» exclamaban otros; «Tiene un corazón de oro» afirmaba éste; «Posee condiciones de ángel,» sostenía aquél, y aquél y éste y los otros y los unos estaban conformes en creer que pronto no tendría Federico sobre qué caerse muerto, porque á ese paso la vida era un soplo.

Y acertaron; ¿pues no habían de acertar?

Del mucho dar y del ningún recibir resultó que Federico Mediano, á quien sus amigos en la bonanza llamaron *Federico el Grande* y al que en la desdicha denominaban *Federico el Pequeño*, vino á quedar más pobre que las ratas; que, según la frase vulgar, son los animales más pobres de la creación, y aunque él seguía siendo, como dice el poeta,

«De humor generoso y franco,
y aunque para regalar
el mundo le venía escaso;
lo que es para su traer
llegó á no tener un cuarto (1).»

ó si lo prefieren ustedes (para que nos entendamos mejor) un céntimo, que es todavía menos.

No voy á pintar el cuadro de las amarguras que probó el infeliz Mediano cuando hubo de convertirse de protector en protegido.

Hay en nuestro país una copla muy antigua que dice de este modo:

«El que quisiere saber
de qué color es la pena,
siente plaza de soldado
y auséntese de su tierra.»

Ni el inventor de ese cantar, ni el vulgo que después lo ha acogido bajo su amparo y protección y le ha popularizado, saben, con respecto á esto de colores, de la misa la media.

Para saber de qué color es la pena y el desabrido gesto que tiene y conocer las asperezas de su trato, lo más conveniente es necesitar un duro y no tenerlo.

Así, dicho de pronto, el caso no parece tan grave. «¡Bah!, piensa uno, si necesito un duro y no lo tengo, lo pido á un amigo, de esos muchos á quienes he convidado á comer varias veces y que se han bebido mi vino y se han fumado mis tabacos.» Así lo pensó Federico, así, ni más ni menos, la primera vez que se halló en un apuro. No se trataba de buscar cinco pesetas... ¿Qué habría hecho él con cinco pesetas? Necesitaba lo menos, lo menos, *quinientos duros* para salir de un compromiso. Quinientos duros de los cuales la mitad estaba destinada á socorrer á una familia indigente.

Con absoluta confianza, con la completa seguridad de quien va á *llegar y besar el santo*, salió Federico de su casa y se dirigió á la de su más querido y más obligado amigo; formuló sencillamente su pretensión, y al formularla tendió la mano para recibir las 2.500 pesetas, como la tiende el que acaba de dar un billete de Banco para que le entreguen el cambio.

Pero como el amigo no se apresuró á darle aquella cantidad, ni otra alguna, Federico hubo de retirar la mano y salir de la casa algo descorazonado, si bien muy seguro de que, en efecto, por rara coincidencia, el amigo á quien había visitado se encontraba en situación parecida á la suya.

(1) Conste que ese cachito de romance es plagio, si bien un poco desfigurado por exigencias de la historia.

Pero cuando, después de haber visitado á media docena de amigos, advirtió que las coincidencias se repetían, comprendió al cabo que los amigos, buenos para recibir favores, suelen ser malos para hacerlos. La lección fué dura y además llegó tarde.

Federico empeñó, vendió, malbarató cuanto tenía y llegó á verse en el caso terrible de necesitar, no diez mil reales, sino *un duro*, úno nada más.

Por pesimista que sus desengaños le hubieran hecho, no pudo ni quiso pensar que existiese quien le negara cinco pesetas. Echóse por lo tanto á la calle, resuelto á pedir el duro al primer conocido con quien tropezara.

«No, no es poco trabajo hinchar un perro,» como decía aquel loco de quien habla Cervantes; pero es mucho más pedir un duro. Federico tropezó durante el día con tres ó cuatro docenas de amigos, ni una sola vez al estrechar la mano de cada uno de aquellos ciudadanos había dejado de decir, para su capote: «A este se lo pido,...» y en efecto, volvió á casa despeado y sudoroso sin habérselo pedido á ninguno.

Iba muy resuelto á exponer su necesidad; pero sobrecogíale un temor invencible, la voz se le anudaba en la garganta, sentíase avergonzado, tímido, y aplazaba para más propicia ocasión la solicitud.

«Nada, que no lo pediré nunca, dijo por último; no puedo, no puedo.»

Pero como había necesidad de hacerlo, resolvió escribir. Le costó mucho, muchísimo, redactar las cartas *petitorias*; pero dió, al cabo, con una fórmula que, sin dejarle del todo satisfecho, le ruborizaba menos que las otras; sacó de ella una docena de copias en las que solamente varió los nombres de los destinatarios respectivos, las puso en el correo, para lo cual se desprendió de sus últimos céntimos, y hecho esto, se volvió á casa y esperó. Y esperó tres días; tres días que le parecieron tres eternidades; tres días en los cuales no durmió porque el sueño no acudió á consolarlo, en que no comió porque ni sentía los estímulos del hambre; ni, aun habiéndolos sentido, habría tenido con qué aplacarlos. Al cuarto día, el cartero le llevó dos cartas del interior; afortunadamente para Federico el reparto del interior es gratuito, de no serlo, el pobre Mediano se habría visto en la imposibilidad de pagar al cartero.

«Por fin,» exclamó Federico, respirando con algún desahogo, y su pecho se abrió dulcemente á la esperanza; muy poco duradera fué aquella su última alegría.

De las dos cartas, era la una de un su antiguo protegido que acudía á él – sabiendo *lo bueno que era*, – para que le prestase cinco duros; la otra era de un amigo cariñoso que le decía: «Mi buen Federico, no has de engañarme aunque te lo propongas. Sé que eres *muy bueno, demasiado bueno*, y adivino que tratas de asociarme, sin que yo lo sepa, á una de esas obras de caridad que tú realizas. Por eso no te envío ni te enviaré las cinco pesetas que me pides. Si fuesen para ti, te daría cuanto poseo; pero no quiero ser tan bueno como tú eres.»

Leídas aquellas cartas, Federico sonrió dulcemente, pensó en que conservaba aún la fama de bueno, y comprendió para qué podía servirle; se dirigió tranquilo y resignado y sonriente al lecho, del cual se había levantado para recibir aquellas dos cartas, y no volvió á levantarse.

Cuando, dos días después, los vecinos penetraron en la habitación de Federico Mediano, lo hallaron muerto.

La ciencia dijo que había fallecido de hambre.

Sus amigos afirmaban que se había muerto de bueno.

¡Oh!, y le hicieron solemnes funerales y le costearon un entierro y le consagraron artículos necrológicos en la prensa...

. . . .

¡Embusteros! ¡Hipócritas!.. Habrían quizás evitado su muerte prestándole algunas pesetas.

A. Sánchez Pérez



Bellas Artes. – El ministro de Instrucción pública en Francia ha encargado recientemente al pintor Rixeus un importante cuadro destinado al Museo de Versalles, y cuyo asunto debe ser: el cincuentenario de Pasteur.

– La Exposición anual de Munich ha visto aumentarse recientemente el número de obras que en la misma figuraban con los numerosos envíos que, una vez cerrados los Salones de París, han hecho varios notables pintores franceses, entre ellos Bonnat, Bretón y otros. Entre los cuadros remitidos figuran *Carlos el Temerario* y *Galantería*, de Roybet, que obtuvo el premio de honor en el último Salón de los Campos Elíseos.

– Como en las principales ciudades alemanas, ha surgido en Dresde una disensión entre los artistas: los secesionistas, en número de 45, han constituído una *Asociación libre de artistas de Dresde*, presidida por el pintor Bantzer, de la cual forman parte, entre otros, los notables pintores Roberto Díez y Kiessling y los arquitectos Hanschild y Graebner y que proyecta celebrar una Exposición durante el próximo otoño.

– La ciudad de Elberfeld (Alemania) anuncia un concurso entre arquitectos alemanes y austriacos para la construcción de una nueva Casa Consistorial: los premios que se adjudicarán serán, uno de 12.500 pesetas, uno de 6.250, dos de 3.750 y dos de 2.500, total 31.250.

– El rey de Sajonia, que por disposición testamentaria del duque Guillermo de Brunswick, fallecido en 1884, heredó el castillo de Sibyllenort (lugar de las sibilas), en Oels, Silesia, ha regalado al Museo Patrio de Brunswick una porción de retratos de individuos de la familia real, procedentes de aquella residencia, y otra porción de objetos interesantes que son otros tantos recuerdos de aquella dinastía.

– La Nueva Pinacoteca de Munich ha adquirido en la Exposición internacional de Bellas Artes que en aquella ciudad se está celebrando el boceto del monumento á la duquesa Max, obra de Rumann, y varios cuadros de Hackl, Jansen, Jernberg, Schleich, Volkmann, Schindler, Roubaud, Milesi, Khnopff y Brown.

– Un comerciante y ex concejal de Leipzig, Hugo Scharf, ha dejado en su testamento un legado de 115.250 pesetas para el Museo de Industrias Artísticas de aquella ciudad.

– El conocido comerciante de objetos de arte Beugniet, recientemente fallecido en París, ha legado al Estado una curiosa colección de paletas de los principales artistas del presente siglo con interesantes croquis de los mismos y sus respectivas firmas. Esta colección se conservará en uno de los museos públicos.

– Ha sido regalada al Estado ruso la importante colección Tretjakoff, compuesta de 1.287 cuadros, 518 dibujos y 9 esculturas de artistas rusos y 90 obras de artistas extranjeros

– En Bérgamo se proyecta la erección de un monumento á la memoria del insigne compositor Donizetti.

Teatros. – *París.* – Han comenzado las representaciones de la temporada de 1893 á 1894 en la Comedia Francesa, representándose el día de la inauguración la tragedia de Racine *Britannicus*, y la comedia de Moliere *Le malade imaginaire*; el teatro ha sido objeto de una completa restauración que ha aumentado considerablemente sus condiciones de comodidad, elegancia y belleza. En el Ambigú se ha estrenado un melodrama de espectáculo en cinco actos y diez cuadros, de Rodaz y Lefevre, con linda música de Pessard, titulado *La nuit de Noel*, de argumento interesante y puesto en escena con gran lujo y propiedad.

Londres. – En el teatro Adelphi se ha estrenado con buen éxito un drama de Mr. Pettit, titulado *A Woman's Revenge* (La venganza de una mujer), que pertenece al antiguo género melodramático.

Madrid. Con destino al teatro de la Comedia ha terminado D José de Echegaray una comedia en tres actos titulada *La rencorosa*, que durante la próxima temporada estrenará la excelente compañía que dirige el Sr. Mario. Fl propio dramaturgo está dando la última mano á un grandioso drama en tres actos y un epílogo, cuyo título es *A orillas del mar*.

Barcelona. · El empresario del teatro del Liceo, Sr. Bernis, tiene ya contratada la compañía que durante la próxima temporada ha de actuar en aquel coliseo: forman parte de ella las sopranos señoras Damerini, Vitali Augusti, De Macchi y Carolli, la mezzo-soprano señora Mas, la soprano ligera señorita Roelants, los tenores Rawner y Daddi, los barítonos Lherie y Terzi y el bajo Dadé. Las óperas que se pondrán por vez primera en escena en Barcelona serán: *Manon Lescaut*, de Puccini; *I Pagliacci*, de Leoncavallo; *Damnation de Faust*, de Berlioz, y *Las Walkirias*, de Wagner. A juzgar por estas noticias, la temporada promete ser buena para los aficionados y digna de nuestro gran teatro.

En el teatro del Tívoli se ha estrenado con excelente éxito una zarzuela en un acto titulada *Patria*, letra de los Sres Moragas y Alvarez y música del maestro Sadurní: la obra está muy bien escrita é interesa por su argumento, y la música es bellísima y tiene algunas piezas verdaderamente notables.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

D. Cayetano Vidal y Valenciano, catedrático de Historia de España de la Universidad de Barcelona, notable literato, autor de varias novelas, entre ellas *Rosada d' estiu*, ex presidente de la Real Academia de Buenas Letras, miembro correspondiente de las Academias Española y de la Historia.

Carlos Guillermo Balsgard, profesor y miembro de la Academia de Bellas Artes de Copenhague, encargado de la Galería de Pinturas particular del monarca.

Enrique Cramer, profesor de psiquiatría de la Universidad de Marburgo, célebre frenópata alemán.

Ssergei Michailowitch Georgijewsk, profesor de lengua y literatura chinas en la Universidad de San Petersburgo.

Carlos Muller, notable pintor alemán, director de la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf, especialista en la pintura histórico-religiosa.

J. Sommerbrodt, profesor extraordinario de la facultad de Medicina de la Universidad de Breslau, célebre especialista para las enfermedades de los órganos respiratorios.

Constancio Wurzbach, bibliógrafo, biógrafo y poeta austriaco, autor de la obra única en su género *Lexicón biográfico del Imperio austriaco*.

Antonio Emilio Blanche, famoso alienista francés, individuo de la Academia de Medicina, director del conocido establecimiento de Auteuil, autor de multitud de notables memorias sobre los *Homicidios cometidos por los locos*, *La locura con[illegible] da como causa de divorcio* y *La melancolía*.

Ernesto II, duque de Coburgo Gotha, príncipe que se dedicaba á los viajes y á los estudios literarios y musicales: c[illegible] so tres óperas *Casilda*, *Santa Chiara* y *Diana de Solange* y deja escritas varias obras de viajes y unas interesantes memorias en tres tomos.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Además de las camas de madera provistas de colchón, se había reservado una especie de litera de piel de bisonte para cada dos hombres, teniendo en cuenta las excursiones que se harían en otoño y primavera.

Desde el primer día se desembarcaron los perros, que eran cuarenta, y el marinero Owen Carré, ballenero canadiense, quedó encargado de educarlos, lo cual distaba mucho de ser una prebenda para el pobre muchacho.

Los días siguientes se dedicaron á estibar de un modo definitivo todo cuanto se pensaba dejar á bordo de la *Estrella Polar*. El timón fué desmontado y puesto sobre cubierta, y lo mismo se hizo con las hélices. Las distintas piezas del árbol se engrasaron con gran cuidado y se recubrieron con una funda de cuero curtido. Amarráronse las barquillas con solidez sobre el puente, se desmontaron los palos y se cubrió de un extremo á otro el buque con una triple envoltura, después de cerrar cuidadosamente todas las aberturas, exceptuando la escotilla que daba acceso al interior.

Quedó convenido asimismo que si la casa sufría alguna avería los expedicionarios se refugiarían á bordo de la *Estrella Polar*.

En fin, para guardar la quilla del empuje eventual de los hielos y de la presión enorme que podían ejercer sobre ella, corriendo así el riesgo de ser aplastada como una cáscara de nuez, se la rodeó de un armazón de acero cuyas bandas, reunidas entre sí por una serie de cruces de San Andrés, reposaban sobre viguetas de acero recubiertas de madera. De este modo, y como por el juego de dos colosales ballestas, en caso de que la presión resultara muy formidable, por la compresión de ese armazón de acero, el buque quedaría levantado sobre el hielo y no debería temer el aplastamiento. Ese sistema era invención de Roberto d'Ermont y todo el mundo tenía gran confianza en él.

Terminados ya los preparativos, sólo faltaba esperar la llegada de los días de prueba.

Estos se aproximaban rápidamente. Por el aire cruzaban anchas bandadas de aves de paso que en verano se arriesgan hasta aquellas altas latitudes. Algunas manadas de lobos y de zorras *isatis* aparecieron en las cercanías de Fuerte Esperanza, é Isabel tuvo ocasión de dar caza á aquellos visitantes importunos. Pero los cazadores quedaron con las ganas de cazar, pues ni zorras ni lobos esperaron su aproximación. Se mataron, sin embargo, algunos dovekíes y termiganes, cada vez más escasos desde que el verano terminaba, y una media docena de tornasolados patos.

El 28 de agosto fué preciso encender las estufas, pues el termómetro había bajado bruscamente á cero y las heladas se sucedían unas á otras sin esperar la llegada de la noche.

El doctor Servan, hombre de muy buen humor y emprendedor por naturaleza, dió á la señora de Keralio el título de «directora de Bellas Artes y Juegos públicos.» El mismo se arrogó el título de secretario organizador, y desde entonces ni uno ni otro descansaron ni un momento, pues ambos sabían que en una expedición polar conviene tanto cuidar del estado de ánimo de los expedicionarios como de su salud física.

Por orden suya estaban en muy buen estado todos los juguetes necesarios, de los cuales los ingleses, esas gentes soberanamente prácticas, no se separan jamás, ni siquiera en sus viajes, tales como billas, volantes, palas, criketts, etc. Una área de sesenta metros de diámetro, escogida en sitio abrigado y preparada convenientemente igualando el suelo, fué, sobre la roca viva, el lugar destinado á aquellas diversiones. Los carpinteros de la tripulación la rodearon de una empalizada de pies derechos que se unían entre sí por medio de cuerdas alquitranadas. A su alrededor y de dos en dos metros se elevaban postes más altos de los cuales debían pender lámparas eléctricas, pues el Sr. Schnecker había ofrecido fabricar cuanta luz eléctrica fuera necesaria durante la estancia en Fuerte-Esperanza.

No fué esto todo. Bajo la hábil dirección de Owen Carré y de su teniente Jim Clerikisen, esquimal que habían tomado á bordo en Frederikshaab, los perros quedaron muy pronto adiestrados para los ejercicios de arrastre. Esto proporcionaba también una nueva distracción, cual era las carreras de trineos sobre el hielo de pack.

Entre los perros groenlandeses, que se había pagado muy caros, había seis ejemplares de una belleza admirable, que pertenecían á la especie que se denomina Terranova genéricamente, y de un modo más especial, Labrador.

El Labrador es más corto de patas que el Terranova propiamente dicho. Es más vigoroso generalmente, pero también más difícil de educar. El hurto de cuanto está al alcance de sus patas ó de su hocico constituye en él una costumbre y nunca llega á respetar los bienes ajenos.

El hermoso Salvator, traído de Francia, manifestaba abiertamente su inmenso desdén por esos perros plebeyos, destinados al arrastre, y respecto de sus congéneres del Labrador afectaba esa especie de superioridad que la gente de las ciudades se arroga sobre los campesinos. Pero de todos modos, como no era pendenciero, nadie trató de disputarle la primacía, y su distinción incontestable, su fuerza verdaderamente prodigiosa, le garantizaban el respeto de aquellos semisalvajes con los cuales se dignaba de vez en cuando conversar en la lengua especial que usan todos los perros del mundo. El resto de su tiempo lo consagraba al servicio particular de sus amos, ó mejor dicho, de su ama, pues era el compañero asiduo de Isabel de Keralio y su edecán en las excursiones, á veces arriesgadas, que hacían por los alrededores del fuerte. Bien pronto se convirtió en su guía, y en muchas ocasiones le había salvado de graves peligros, particularmente una vez en que distraída iba á topar con un oso gigantesco que rondaba cerca del campamento.

Si Salvator era para Isabel un guardia de corps de cuatro patas, tenía también ésta un servidor y un amigo fiel en el marinero Guerbraz, desde que le salvó la vida cuando la aventura del toro almizclero.

Guerbraz era uno de esos hombres extraordinarios á los cuales Dios ha otorgado, como para demostrar la potencia de la especie humana, uno de esos vigores prodigiosos que parecen ser patrimonio exclusivo de los grandes paquidermos.

Aquel bretón era fuerte como un rinoceronte; jugaba con pesos de cincuenta libras, rompía de un golpe de barra de hierro el cráneo de cualquier animal, y cuando sus manos, verdaderos garfios de abordaje, se habían fijado sobre un objeto habría sido posible cortarlas, pero no hacerles soltar su presa.

Había consagrado su existencia á Isabel de Keralio, desde que ésta se la salvó de un modo tan oportuno como valeroso.

La joven por su parte se mostraba conmovida por esa afección tan grande, y en todas las ocasiones que podía demostraba á Guerbraz la confianza que le inspiraba.

Entretanto, la aproximación de la terrible noche polar hacía sentir su influjo en los ánimos. Tan sólo los canadienses parecían no cuidarse de ello, pues estaban ya acostumbrados á los terribles fríos del Septentrión. Los otros veían con una especie de temor religioso cómo se iba acortando el día y la invasión ascendente de las tinieblas, que disipaban sin embargo prolongados crepúsculos.

¿Dónde pararía el buen humor de los expedicionarios cuando el manto de luto envolviera definitivamente el hemisferio boreal?

Nerviosa é impresionable como era Isabel, tenía mucho mayor mérito que supiera disimular sus propias impresiones. A medida que el invierno adelantaba, ponía más esmero en mantener la alegría entre sus compañeros. Tomaba parte en todas las excursiones y prestaba buenos servicios ayudando al levantamiento de mapas de la costa. Cuando el día 4 de septiembre el sol abandonó á media noche el firmamento, quiso despedirse del astro, y acompañada de su primo y de Guerbraz subió á un pico que se elevaba cerca del cabo Ritter y asistió á aquella melancólica puesta.



El vapor aparecía á lo lejos... (véase página 565)

La temperatura era relativamente templada y el cielo purísimo. El sol se había elevado sobre las colinas que tienen sus estribaciones al pie del monte Pettermann, y durante unos momentos pareció detenerse acariciando los hielos del monte Payer; después, continuando su descenso, se dilató su disco, se amortiguó su brillo haciéndose su luz de un rojo encendido, y durante un momento pareció que había incendiado el monte con sus fuegos eternos. Después, más y más dilatado, de forma elíptica y no circular, su disco fué cayendo hasta que desapareció del todo. La noche polar había principiado.

Pero todo estaba presto para recibir dignamente el reinado de las sombras. Los últimos trabajos se acababan en derredor de la casa. Un talud de hielo corría á lo largo de las paredes del fuerte hasta la altura del techo casi, pero prolongando los aleros de éste por encima del muro.

El vacío que quedaba entre el hielo y las paredes se colmó con paja y virutas y con las cenizas procedentes de las combustiones.

Por tal manera abrigados y protegidos los exploradores no debían temer por su seguridad; pero sabiendo por las relaciones de sus predecesores cuán peligrosas son las campañas de otoño, acordaron previamente el plan que en lo sucesivo deberían seguir sin apartarse nunca de él.

IV

UN TRAIDOR

El 5 de octubre el Sr. de Keralio reunió consejo de todos los oficiales de la expedición y de aquellos individuos que por su saber y experiencia podían prestar buenos servicios.

Se reunieron en el comedor de la oficialidad, presidiendo el Sr. de Keralio la sesión y actuando de secretario el teniente Hardy. Teniendo en cuenta la im-

portancia del acto y cuanto interesaba el conjunto de las operaciones que iban á emprenderse, no se excluyó á nadie, y por otra parte, solamente el químico Schnecker inspiraba alguna sospecha. Pero como su presencia era casi indispensable para discutir los proyectos y comprobar las hipótesis, fué también llamado, y el Sr. de Keralio evitó con gran cuidado que se hiciera alusión alguna á los hechos hasta entonces inexplicados que habían motivado aquellas dudas en algunos ánimos.

Se habían reunido alrededor de una mesa cerca de la chimenea; en su calidad de comandante de la expedición, el Sr. de Keralio tomó la palabra:

– «Caballeros, dijo, solamente por pura fórmula y en su conjunto recordaré la historia de las expediciones polares que han precedido á la nuestra, y únicamente hablaré de aquellas que han llegado á las más altas latitudes.

»Estamos actualmente á 76 grados de latitud septentrional, es decir, sobre la costa Oriental de Groenlandia.

»Las más altas latitudes alcanzadas hasta aquí, lo fueron por Parry, el 23 de julio de 1827, 82° 45'; por Payer y la expedición austriaca, en 8 de julio de 1873 y 15 de agosto de 1874, 83° 7'; por Markham, el 12 de mayo de 1876, 83° 20' 26"; y por Lockwood y Brainard el 13 de mayo de 1882, 83° 23' 06".

»Después de esta fecha no se ha hecho ninguna nueva tentativa.

»Ahora bien: las observaciones de Lockwood señalan su punto máximo alcanzado á los 40° 46' de longitud occidental, según el meridiano de Greenwich. Nos encontramos, pues, á 7° 24' de este punto sobre la misma comarca, siguiendo una línea oblicua, á 185 leguas ó sean 639.984 metros.

»Se trata de llegar más allá. Lo haremos.»

En el momento en que el Sr. de Keralio pronunció estas últimas palabras, una aclamación unánime brotó de todos los labios:

– ¡Bravo! ¡Hurra! ¡Viva el Sr. de Keralio!

El padre de Isabel sonrió, y reclamando silencio repuso:

– No, caballeros, no es á mí á quien debéis aclamar, pues yo no soy sino un instrumento, el menos autorizado de vosotros. Trabajamos para la humanidad, para la ciencia y para Francia, nuestra patria, siempre gloriosa, y para probar al mundo que ese país de las grandes abnegaciones no se deja adelantar por nadie en el espinoso y difícil camino del honor y de la bravura

– ¡Viva Francia!, gritaron frenéticamente todas las bocas.

Hubo, sin embargo, una sola voz que no se mezcló en aquella aclamación patriótica. Fué la del químico Schnecker. La mirada perspicaz de Alain Guerbraz no había perdido aquella inexplicable abstención.

– ¡Oh!, pensó el bretón, he de saber qué especie de alemán cubre tu piel de alsaciano.

Pero nada quiso decir todavía y continuó escuchando con atención al Sr. de Keralio.

– Dos vías tenemos, continuó diciendo éste, para adelantar: la de tierra, por medio de trineos; la del mar, según creen todos los exploradores de la vertiente occidental, pues el pack no se forma sino á trozos en el brazo de mar que nos separa del Spitzberg. En el primer supuesto, y eliminando absolutamente el segundo, el camino más corto es remontar hasta el cabo Bismarck, y de allí lanzarnos, á través del continente groenlandés, hacia el cabo Wáshington, desde donde podríamos subir hasta el 85 grado ó quizá hasta el polo mismo.



Sin embargo, el naturalista se adelantaba con la gorra en la mano (véase pág. 565)

Una nueva salva de aplausos saludó esta declaración.

– ¡Eso es, eso es!, exclamaron los oficiales con entusiasmo.

– En su consecuencia, prosiguió el Sr. de Keralio, debemos velar por todos los medios posibles para la conservación de nuestro navío, pues será probablemente el vehículo de nuestra campaña de verano. Desde el 1.° de junio al 15 de agosto podemos haber salvado el trozo que nos queda por recorrer y resuelto el problema que tantos otros antes de ahora han tratado vanamente de resolver. Una vez en el 83° paralelo, siete grados más de camino no han de asustarnos, máxime si, como dice Greely, se encuentra más allá de ellos el mar libre.

Todo el mundo asintió á aquellas palabras, y durante unos momentos la conversación se generalizó.

Una voz, sin embargo, vino á echar una nota discordante en aquel concierto de adhesiones.

– Siento no participar de la confianza general, dijo Schnecker. ¿Me permitís que presente algunas pequeñas objeciones?

– Sí, Sr. Schnecker, respondió Keralio. Nosotros os contestaremos.

– Muy bien. Lo primero que me ocurre preguntar, es lo que pensáis hacer de la casa de Fuerte-Esperanza.

– Pues, replicó el capitán Lacrosse, el comandante ha contestado ya á esa objeción. La casa será desmontada de nuevo y pasará otra vez á la bodega del buque. Cuando lleguemos al cabo Wáshington, para pasar nuestra segunda invernada, la montaremos otra vez.

– Parece que no dudáis de nada, capitán, refunfuñó el químico. ¿Y de dónde sacaréis el combustible necesario para vuestras calderas? Pues creo que las dos mil toneladas de carbón embarcadas en la *Estrella Polar* no bastarán para mantener templada la atmósfera de nuestra vivienda y alimentar los hornos de nuestro steamer.

– ¡Bah! Sr. Schnecker, sin duda no tenéis en cuenta que la Providencia se ha tomado ya el trabajo de proporcionarnos el combustible necesario.

Estas palabras las había pronunciado el teniente Remois con tanta vivacidad y confianza que comunicó en seguida su convicción á los demás.

– Ya comprendo, contestó el sabio, que hacéis alusión al yacimiento de hulla del cual hemos tomado ya bastantes provisiones; pero aun cuando fuera muy abundante, la mina no nos seguirá en nuestro viaje. Y en cuanto á embarcar el combustible, hay que renunciar á ello; la *Estrella Polar* no podría con tal exceso de carga.

– La *Estrella Polar* puede con eso y mucho más, exclamó el capitán con viveza. Y por otra parte, suponiendo que tengáis razón, mil toneladas bastan para llegar al cabo Wáshington.

El químico no parecía convencido.

– Concediendo que podamos llegar al citado cabo, ¿cómo nos arreglaremos? Lockwood no señala huellas de carbón en los sitios á que llegó.

Esta persistencia en contradecir molestaba visiblemente á todos, y Huberto d'Ermont, no pudiendo contenerse más, dijo:

– ¿Y quién os ha dicho, caballero, que si el carbón nos falta no hemos de encontrar otro combustible? Quiero ser sincero, y desde ahora puedo deciros que poseemos ese combustible supletorio en un volumen tan reducido que no será ni un estorbo ni un exceso de carga para la *Estrella Polar*. Diré más. Hasta admitiendo que se nos cierre la vía marítima, podremos transportar ese combustible extraordinario en los trineos con la ventaja inapreciable de encontrar en él, no solamente el calor, sino la luz y un agente dinámico más potente que el mismo vapor.

Entonces todos se volvieron hacia d'Ermont; una especie de admiración se leía en todos los rostros. Pero en algunos de ellos se podía también adivinar como cierto temor de que Huberto hubiese hablado sin ton ni son ó quizá para burlarse de su interlocutor.

El joven comprendió que de tales dudas podía surgir una especie de malestar moral para sus oyentes, si no se apresuraba á explicarse de un modo más claro, dando, ya que no una demostración total, una especie de prueba de lo dicho.

– Caballeros, dijo, no quiero dejaros bajo la impresión de una duda angustiosa. He aquí el sentido de mis palabras. Mi hermano, Marcos d'Ermont, químico como el Sr. Schnecker, ha tenido la gran fortuna de hacer un descubrimiento precioso y sin precedentes. Esta invención, que por primera vez aplicaremos de un modo práctico, es muy reciente, pero me permite casi aseguraros el buen éxito de nuestra empre-

sa. Sabed, por el momento, que mi hermano ha logrado liquidar y hasta solidificar – y por lo mismo encerrar en un volumen muy reducido en proporción con su potencia – un gas primordial, un cuerpo simple que hasta aquí pasaba por fijo.

Todos se habían levantado. Huberto hablaba con una sinceridad y un calor que hicieron penetrar la convicción en todos los ánimos; pero todavía otra vez Schnecker levantó irónicamente la voz:

– ¡Vaya, Sr. d'Ermont, dijo, por mucha estima y consideración que me merezca vuestro hermano, me parece que lo que decís es demasiado! Quisiera ver eso para creerlo.

Un murmullo de desaprobación acogió aquellas palabras.

– Ya lo veréis, caballeros, respondió tan sólo Huberto, y bien pronto.

Así terminó el debate y el incidente.

El Sr. de Keralio aprovechó el silencio que siguió á aquella revelación para decir:

– Además de los recursos ordinarios con que contamos, poseemos dos que se relacionan con el admirable descubrimiento que acaba de revelarnos el señor d'Ermont. Ya sabéis, señores, cuántos métodos han sido aconsejados por nuestros predecesores para llevar á buen término las expediciones polares. Hoy, gracias á los adelantos verdaderamente maravillosos de la ciencia, no hay ninguno de esos métodos que no pueda aplicarse, con tal de que tenga una base racional. Entre los medios considerados como prácticos por los hombres de experiencia, dos sobre todo parecen racionales para llegar hasta el polo. Si el gran desierto de hielo no puede romperse para dejar paso á un buque, puede, sin embargo, ser salvado por encima ó por abajo; por encima merced á un aerostato, y por abajo por medio de un buque submarino que pueda navegar á seiscientos pies de profundidad. Esos dos medios los tenemos á nuestra disposición; poseemos un globo y poseemos un submarino. Podemos por lo tanto marchar atrevidamente hacia el Norte, y á menos de una catástrofe, que es imposible prever en estos momentos, sentaremos nuestro pie en el centro mismo del polo y la bandera de Francia tremolará orgullosa en el sitio á que nos habrá conducido la fortuna.

Al oir estas palabras entusiastas, todos los congregados se levantaron poseídos de honda emoción, y en el mismo instante Isabel, acompañada de su nodriza que traía una fuente llena de vasos y botellas, entró en el comedor. En una mesa algo distante se veía un servicio completo para el te y el *punch* que iban á servirse.

El comandante Lacrosse dijo sonriendo al teniente Pol:

– Haced entrar á todos los marineros. El Sr. de Keralio quiere darles una buena noticia.

Esta orden recibió ejecución al instante y toda la tripulación entró respetuosamente y se alineó alrededor de la mesa.

El Sr. de Keralio resumió cuanto acababa de decir á los oficiales y añadió al terminar:

– Amigos míos, ha llegado la hora de empezar los trabajos penosos. No os recuerdo vuestras obligaciones, sino para haceros comprender lo que unos á otros nos debemos. Todo dependerá, así la salud como el buen éxito, de la común concordia y de la unanimidad de nuestros esfuerzos. Antes, pues, de empezar nuestros reconocimientos preliminares es natural que nos unamos en un sólo impulso de amor hacia la patria. ¡Viva Francia!

Todos repitieron aquel grito patriótico, y Schnecker que conoció que le observaban, gritó como los otros: ¡Viva Francia!

Isabel circulaba entre las filas distribuyendo copas de Champagne. Se descorcharon las botellas y empezó á correr con abundancia el espumoso vino. Luego hirvió el agua en las teteras, en tanto que el *bol* del ponche quedaba envuelto en una aureola de vivas y azuladas llamas.

– Es preciso acabar alegremente la velada, exclamó la joven.

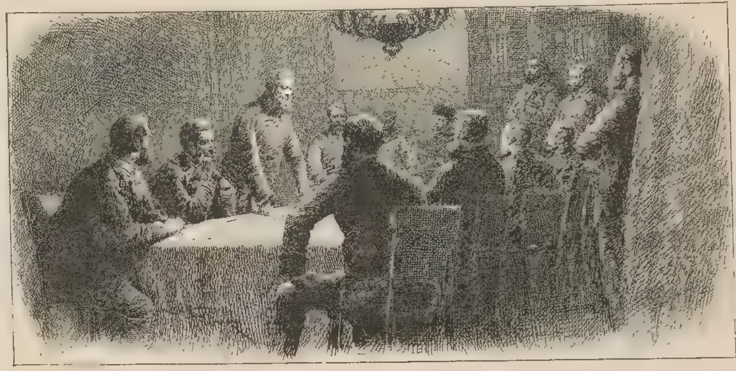
Todo estaba previsto, pues el piano había sido sacado también de la *Estrella Polar*. Isabel se sentó en el taburete y sus dedos ágiles recorrieron el teclado. Los oficiales dieron el ejemplo y todos rivalizaron en buen humor y animación hasta una hora muy avanzada de la noche. Se bailaron toda suerte de bailes, pues además de polkas, valses y rigodones, se saborearon también las danzas más exóticas. Los canadienses bailaron *gigues* más ó menos escocesas y los bretones ejecutaron tangos y piruetas que en su larga vida de marinos habían visto bailar en comarcas semicivilizadas.

Isabel tomó también parte con su primo d'Ermont en el baile, pues el teniente Pol y el doctor Servan eran excelentes músicos y la reemplazaron en el piano.

Se cantaron varios trozos de música, algunos recitaron ó leyeron poesías y el químico Schnecker divirtió á sus compañeros merced á proyecciones luminosas ejecutadas por medio de una linterna mágica.

A las dos de la madrugada, *cuando moría el día*, se distribuyó un último vaso de ponche y todos fueron á acostarse sanos de cuerpo y de espíritu.

Media hora más tarde todo dormía en el campamento, en tanto que el frío insidioso é implacable hacía bajar la columna mercurial hasta 20 grados bajo cero. Un solo hombre, espoleado por la envidia que sentía, no participaba del reposo general.



Se reunieron en el comedor de la oficialidad, presidiendo el Sr. de Keralio la sesión.

Desde que empezó la invernada había conseguido que le dejaran dormir en el laboratorio, del cual era director, y aun cuando en aquel momento la atmósfera se enfriaba considerablemente en aquella habitación, estaba de pie ante la cama, fruncido el entrecejo y contraídas las manos.

De cuando en cuando una sorda imprecación se escapaba de sus labios.

– ¡Oh, maldito sea ese d'Ermont! ¡Cuánto le aborrezco! ¡Cómo se acaba de burlar de nosotros! ¡Cuánto orgullo y cuánta ironía demostraba la frase que me ha dicho al terminar: «Ya lo veréis, caballero.»

Se interrumpió y dió algunos pasos por la habitación.

– ¿Y si no se equivocaba? ¿Si fuese cierto lo que dice? ¿Cuál es ese gas que su hermano ha conseguido solidificar? Hasta ahora no conozco sino el ázoe que pueda reducirse de tal modo. ¿Pero qué haría del ázoe? No creo que vayamos á fecundizar las tierras del polo ni á hacer menos comburente el oxígeno de esas regiones. Y por otra parte ese gas, según dice, es á la vez combustible y agente. ¿Será el hidrógeno?

Se estremeció y durante algunos instantes quedaron hoscas y pensativas sus facciones.

Después, paseando de nuevo, se abandonó á su cólera. De sus labios salían exclamaciones violentas, que entrecortaban sus frases incoherentes y amargas.

– Locuras, sueños, he aquí á lo que se reduce todo eso. ¡Las tonterías de Cailletet conduciendo al hidrógeno! ¡Doscientas cuarenta atmósferas de presión! ¡Y Pictet liquidándolo y solidificándolo á 650 atmósferas! ¡Imposible!

Se cruzó de brazos, y mirando los hornos, crisoles y retortas colocadas ante él, exclamó:

– Y si esto fuera posible, ¿no habrían hecho este descubrimiento mis compatriotas de Alemania? ¿Hay uno solo de esos celtas capaz de tal esfuerzo?

Pero por más que hablara no se convencía á sí mismo; no estaba seguro de su propia duda.

– En verdad que no sé por qué pronuncio esos nombres de Francia y Alemania. ¿Acaso representan algo á mis ojos? ¿No son por ventura monogramas de mezquinas creencias, de predilecciones degradantes, palabras que realizan el más absurdo de los conceptos, la Patria! Yo no tengo patria, reniego de todas; la mía me ha deshonrado y condenado á muerte por una acción que los braquicéfalos hinchados de cerveza llaman «crimen de derecho común.»

Se interrumpió diciendo esto porque creyó oir ruido de voces á través de la puerta.

Olvidando el frío, se quitó los zapatos y llegó de puntillas hasta la puerta, aplicando el ojo á la cerradura por donde pasaba un hilo de luz.

El cuarto del lado del laboratorio era el de Isabel de Keralio. En aquel mismo momento, ésta en compañía de su padre y del doctor Servan escuchaba las teorías de su primo Huberto. Y el traidor Schnecker, palpitante, con el corazón lleno de amargura, oyó como un eco de su propio pensamiento las palabras con que el teniente de navío explicaba á sus compañeros el secreto del cual iba á depender el éxito de la expedición.

– Sí, decía Huberto, todos esos objetos que os he enseñado son cilindros de aluminio que encierran tubos de acero de gran resistencia. Todos estos tubos van á parar á una espita cerrada por medio de un mecanismo que permite el escape brusco ó graduado, según se desee, del gas hidrógeno líquido que contienen.

– ¡Hidrógeno!, no pudieron por menos de exclamar los tres oyentes estremeciéndose en sus sillas.

– ¡Hidrógeno!, repitió sordamente Schneker, cuyos puños se crisparon.

– Sí, contestó con altivez Huberto, en cuya mirada brilló una chispa de orgullo; este es el descubrimiento que en lo sucesivo hará inmortal el nombre de Marcos d'Ermont, de mi hermano.

El alemán había retrocedido y no sentía la mordedura del frío, sino la del furor que de él se había apoderado.

– ¡La gloria de tu hermano!, murmuró. Si no has mentido, Huberto d'Ermont, si este descubrimiento admirable se ha realizado, esa gloria no tendrá otro teatro que la tierra glacial y desolada que nos sostiene y morirá aquí desconocida del resto de los hombres!

En aquel momento un ladrido breve y gutural sonó al otro lado de la puerta.

– ¡Ah!, exclamó Schnecker con voz sorda, también el perro está ahí:

El silencio reinaba en el cuarto de Isabel de Keralio y Schnecker pudo oir claramente como uno de los interlocutores decía:

– Debe haber alguien en el laboratorio. Vamos á verlo.

El químico comprendió que era peligroso para él dejarse sorprender en el seno de aquella obscuridad y encendió una bujía. Cuando Huberto d'Ermont se presentó con sus compañeros en la puerta del laboratorio, encontraron á Schenecker contemplando apaciblemente el fondo de un alambique.

– ¡Pardiez, Sr. Schnecker, gritó el doctor Servan, heos aquí en condiciones de perder vuestras extremidades!

Aquella reflexión del médico hizo comprender al químico su verdadera situación. Miró sus manos y las vió azuladas.

– Vaya una imprudencia, continuó el doctor; entrad, entrad en seguida en la habitación de la señorita Isabel, pues dentro de dos minutos quedaríais sin manos.

Y diciendo estas palabras, le empujó hacia la habitación caldeada, que en un momento y por haber dejado abierta la puerta había perdido diez grados de calor.

Cuando Schnecker se hubo alejado, los cuatro interlocutores se miraron con penosa sorpresa. Aquel encuentro inesperado no era muy á propósito para disipar sus dudas, sino para acrecentarlas.

Por lo que hace al químico, reconfortado ya, sólo se acordaba de una cosa.

En la babitación de la señorita de Keralio había visto el arca de hierro que á bordo estaba en el camarote de Huberto. Se habían olvidado de cerrarla y por la abertura había podido distinguir numerosos tubos alineados en el interior.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CANAL DE CORINTO

El día 6 del próximo pasado agosto se celebró la inauguración oficial de esta obra grandiosa que deja convertida la península de Morea en una isla. La inauguración material, sin embargo, se había verificado un mes antes, pero el ímpetu con que las aguas se precipitaron por la trinchera impidió entonces destruir los últimos obstáculos y fué preciso aplazar aquella ceremonia en tanto que las máquinas removían y separaban los restos de una roca que obstruía una de las bocas del canal.

Obra es ésta que ya los antiguos proyectaron, y las primeras noticias que de ella se tienen remontan al tirano Periandro, 625 años antes de la era cristiana: también intentaron su realización algunos emperadores romanos, especialmente Claudio, Calígula y Nerón; pero no pudieron llevarla á cabo, sea porque estuviesen ocupados en otras empresas para ellos más importantes, sea que fuesen impotentes á luchar contra las supersticiones, ya que los sacerdotes de Corinto, temiendo que los extranjeros, una vez abierto el canal, no irían á depositar sus ofrendas en los templos de que ellos eran guardadores, apelaron á los oráculos y á otros medios de intervención de las divinidades para aterrorizar á los obreros y á ahuyentarlos de aquellos trabajos.

El proyecto que ahora se ha realizado data de doce años. En el congreso geográfico internacional celebrado en Venecia en 1881, el general italiano Esteban Turr anunció que habiéndose obtenido del gobierno griego la concesión para la apertura del canal, el ingeniero jefe del canal de Suez, Mr. Gerster, había ido á estudiar sobre el terreno para formular el proyecto. Mr. Gerster indicó tres trazados: uno que coincidía con el de los ingenieros del tiempo de Nerón, de 6.342 metros de longitud y una altura máxima á perforar de 78; otro de 6.742 por 73, y otro de unos once kilómetros. Aunque el segundo ofrecía alguna ventaja sobre el primero en punto á extracción de tierras, escogióse éste porque era en línea recta y porque además de atravesar terrenos poco resistentes estaba flanqueado por algunas depresiones que permitían con poco gasto arrojar á ellas los escombros.

Constituída la *Sociedad internacional del canal de Corinto,* el general Turr, concesionario de la empresa, cedióle sus derechos, comenzando los trabajos en mayo de 1882. Muchas y muy grandes fueron las dificultades con que hubo de luchar la empresa; pero la mayor de todas fué la económica: la quiebra del *Comptoir d'Escompte* produjo la de la sociedad fundada por Turr, que hubo de ser declarada en liquidación por sentencia del tribunal del Sena de 12 de febrero de 1890.



Sobre las ruinas de esa sociedad fundóse otra, autorizada por real decreto del gobierno griego de 12 de marzo de 1890, con un capital de cinco millones de liras y 46.667 obligaciones al portador, privilegiadas y garantizadas con hipoteca sobre el canal, que continuó los trabajos comenzados por la anterior y que habían estado durante algún tiempo en suspenso, habiéndolos terminado felizmente en julio del año actual. De suerte que en la construcción de tan importante obra se han invertido doce años, habiendo sufrido una interrupción de poco más de uno, cuando el traspaso de la concesión de una á otra sociedad.

Lo que antiguamente era istmo, presenta una depresión natural entre las cordilleras de los Geranci ó Makriplayos al Norte y de los Onianos al Sur, y en el punto en que aquél presenta la distancia mínima entre los golfos de Corinto y de Egina ó Atenas, es decir, el punto por donde se ha trazado el canal, se descubrían, al empezar la construcción de éste, vestigios de los trabajos emprendidos por Nerón, de quien se dice que fué llamado precipitadamente á Roma por haber estallado una sedición cuando acababa de dar el primer golpe de piqueta inaugural de la obra.

Como restos de los antiguos trabajos se han encontrado pozos de ataque de 3 á 16 metros de profundidad, que han resistido incólumes la acción de los diez y ocho siglos transcurridos desde que fueron perforados. Además conserva el istmo en toda su longitud las ruinas de la gran muralla *Hexamilia,* destinada á defender al Peloponeso contra las invasiones de Oriente, aunque algunos autores, entre ellos Beulé, afirman que aquellos restos pertenecen á las murallas construídas por el emperador Valeriano y fortificadas más tarde por Justiniano y sucesivamente por Manuel Comneno en 1413 y por los venecianos en los siglos XV, XVI y XVII.

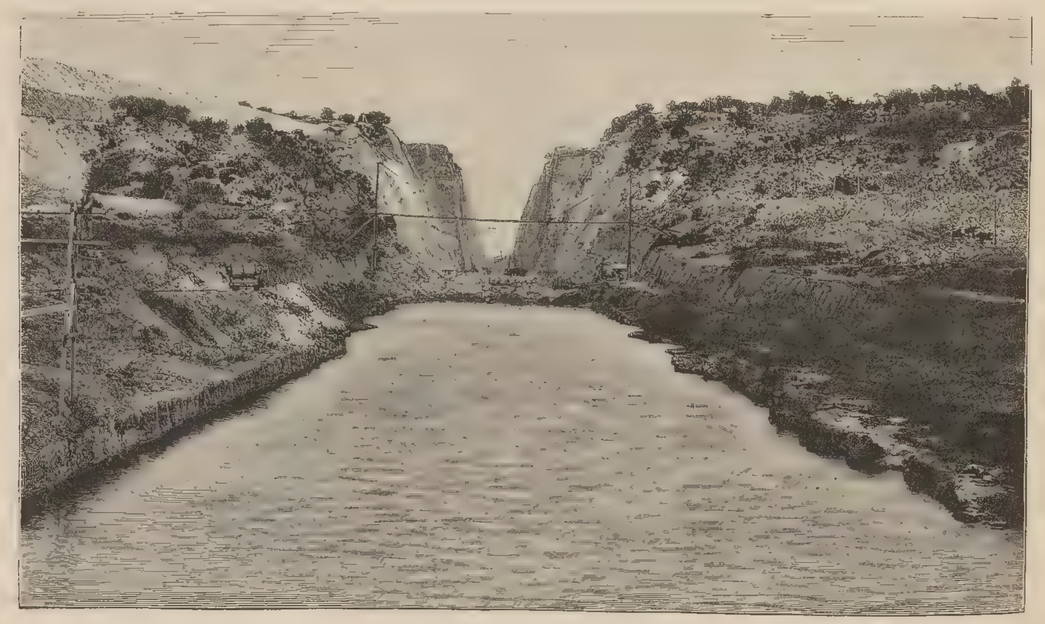
Inútil parece encomiar las ventajas que de la apertura del istmo de Corinto ha de reportar la navegación: con el canal el viaje de los buques del Adriático al Pireo se acorta en 185 millas y en 95 el de los que se dirigen á ese puerto procedentes del Mediterráneo; pero no es esto sólo, sino que además se evitarán las embarcaciones los peligros que para ellas significaba hasta ahora el doblar el cabo de Matapán, el *Tœnarium promontorium,* sobre el cual se ven aún las ruinas de un templo á Neptuno, junto al que, según dice la mitología, se refugiaron los vientos malignos para acechar y atacar á los navegantes.

Con la apertura del canal perderá gran parte de su importancia el puerto de Nea Corinto, Corinto la Nueva, pues los buques seguirán su ruta sin detenerse en él como hasta ahora hicieron: en cambio, en las dos entradas de aquél se han fundado dos aldeas, Polidonia en la parte del golfo de Corinto é Isthmia en la del de Egina, que es probable sean, andando el tiempo, dos capitales importantes.

En uno de nuestros grabados se ve cruzada la trinchera por un puente de hierro de construcción reciente, por el cual circula el ferrocarril que atraviesa el istmo uniendo las dos estaciones de Nea Corinto y Kalamaki.

Como se comprenderá, los trabajos para realizar esta obra han debido ser difíciles y costosísimos. Además del dragado fácil de los antepuertos, toda la dificultad consistía en extraer los escombros de una trinchera única de 9.500.000 metros cúbicos con taludes construídos á una pendiente de $^1/_{10}$, compuesta de un macizo roqueño central que fué atacado por medio de pozos y del cual se hicieron saltar 5.500.000 metros cúbicos por medio de poderosos explosivos modernos.

Las margas azules ó calcáreas arcillosas, ligeramente magnesianas, del istmo han sido una dificultad grave para los ingenieros: además en la perforación de aquél se han encontrado multitud de grietas, provenientes de accidentes geológicos, llenas de arena, de casquijo y otros materiales movedizos que han obligado á tomar en muchos puntos una pendiente de $^1/_5$ y á levantar en toda la extensión del macizo central, ó sea cuatro kilómetros, un muro de revesti-

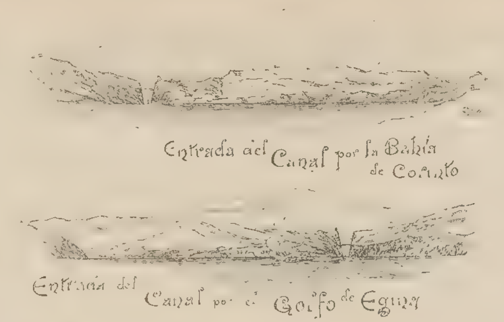


Interior del Canal por el lado del golfo de Egina

miento de mampostería destinado á evitar que los desprendimientos cegasen el canal.

Estos trabajos, que en un principio no pudieron ser previstos, han ocasionado un aumento de gastos considerable y quizás hubieran constituído una imposibilidad de ejecución absoluta sin los interesantes estudios é investigaciones de los Sres. Saint Ives, ingeniero jefe de puentes y calzadas, y Fuchs, ingeniero jefe, y sin la perseverancia de M. Quellenec, ingeniero de puentes y calzadas, jefe de la misión francesa de los trabajos públicos en Grecia.

En extremo interesante para el turista será la travesía de este canal, construído en un terreno poblado de recuerdos de todas las edades y en cuyas paredes han dejado sus huellas los esfuerzos de generaciones sucesivas. Cierto que las viejas generaciones con los instrumentos rudimentarios de que disponían y cuyo elemento esencial era la mano de obra humana podían idear, proyectar y aun á veces esbozar trabajos de este género, pero carecían de los medios de acción necesarios para llevar á término esas grandes obras en las cuales las dificultades se revelan y aumentan á medida que se avanza hacia el fin deseado.



El empleo de las substancias explosivas, de las potentes dragas, de los excavadores ó terraplenadores de vapor ha desempeñado su papel importante en la terminación de esta obra: la substancia explosiva bien utilizada en sondeos racionales posee una fuerza de descombramiento casi ilimitada, y en cuanto á las dragas y á los terraplenadores de vapor la potencia de cada caballo de fuerza puede estimarse igual á la de diez hombres que trabajen sin descanso, de suerte que cada una de estas máquinas representa el esfuerzo de 150 ó 200 hombres. – X.

***

FOTOGRAFÍA DE LO INVISIBLE

Con este título ha enviado M. Zenger á la Academia de Ciencias de París dos fotografías tomadas durante la noche del 17 al 18 de agosto último, una á las diez y otra á las dos de la madrugada, desde una ventana que daba sobre el lago de Ginebra.

Estas fotografías reproducen, aunque muy débilmente, la imagen del lago y del Mont Blanc, que á simple vista era imposible percibir en la obscuridad.

En presencia de estas fotografías, el académico M. Bertrand hizo notar que esa imposibilidad de distinguir el lago y la montaña era sólo relativa y dependía más ó menos de la vista del espectador, de suerte que tales fotografías resultan ejecutadas en una luz muy poco intensa, pero no son de un objeto invisible. Lo mismo acontece con las fotografías de la bóveda celeste, en las que se ven muchas estrellitas invisibles á simple vista.



RETRATO Y ESTUDIO DEL PINTOR EMILIO SALA, EN PARIS

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 11 de septiembre de 1893 — Núm. 611

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



QUIEN ESPERA..., cuadro de L. Blume Siebert



VERDADES Y MENTIRAS

Cuando este artículo salga á la pública luz en las columnas de La Ilustración Artística, los acontecimientos políticos que en los momentos actuales se desarrollan, habrán tomado un rumbo definido y claro. Cuál sea éste, nadie por hoy puede adivinarlo.

Pero sea dicho rumbo el que quiera, ora naveguemos hacia la restauración de la normalidad de la vida social, al presente turbada hondamente; bien vayamos á un período revolucionario, tengo por cierto que estos períodos anormales de los pueblos contienen los gérmenes de nuevas ideas, de aspiraciones más ó menos justas, de algo, en fin, que instintivamente se agita y se presiente cuando se rompen ó se pretenden romper los moldes de lo constituído y aceptado.

Porque es conveniente no olvidar cómo la secularización de las distintas fórmulas convenidas para el régimen de los pueblos, está en relación inversa del dinamismo de la civilización. Secularizar nada en ningún orden ni en principio alguno, así social como religioso, político, científico ó artístico, equivale á tanto como á haber alcanzado el discernimiento de lo infinito, de lo que rebasando los límites de cuanto la razón y el sentimiento humanos pueden apreciar, haya de ser tan amplio en su esencia, que en él puedan vivir y adquirir forma todas las manifestaciones del sentir y del pensar.

Por eso creo necesarios estos sacudimientos que de tiempo en tiempo agitan, trastornan y llevan á los pueblos á lo desconocido; porque creo que no pudiéndose encontrar la fórmula de lo absoluto, lo relativo habrá de serlo siempre mayor ó menor, según que la decadencia ó la elevación del nivel intelectual se acentúen; y ese relativo debe sufrir las modificaciones y transformaciones de cuanto es humano. Y como á esos movimientos populares la historia viene señalándoles en todas aquellas páginas en que de ellos se ocupa como elemento primordial el del sentimiento, yo creo que puede buscarse una íntima relación entre el estado revolucionario social de hoy y las evoluciones que vienen sucediéndose rápidamente en el campo artístico filosófico.

No quiero recordar á este propósito aquellas grandes revoluciones que transformaron la faz de las sociedades y en las que tuvieron tanta parte las artes y las letras. Bien conocidas son de todos para que necesite apuntarlas aquí. Me limito, pues, á trazar un paralelo entre los movimientos políticos acaecidos en un siglo que comienza en 1789 y la marcha del arte.

Vese en Francia cómo se pone á la cabeza del movimiento pictórico, reemplazando, mejor dicho, echando por tierra al arte de los Bucher, Watteau, Fragonard, etc., el autor del *Juramento del juego de pelota*. David, imprimiendo en sus cuadros la severidad y el sentido moralizador, catoniano, que pretendían imprimir al nuevo régimen los revolucionarios de buena fe, aquellos á quienes obscurecieron los Marat y Robespierre, uno con sus violencias de autócrata, otro con sus instintos de felino, no hacía más que responder á un sentimiento – generoso indudablemente – de la parte sana del pueblo que derrocara una monarquía secular, y que miraba á la república romana de los días de Bruto como modelo que debía ser imitado. David pinta inspirándose – como he dicho en cierta ocasión y hoy repito después de cinco años – en los mármoles paganos, por creer que en ellos, en aquellas maravillosas obras de la pagana Roma, y por ésta á su vez copiadas de las griegas, encontraría el espíritu y el sentido políticos que debían reflejarse en el arte de la republicana Francia. Pintura y escultura, oratoria y literatura, filosofía y poesía, fueron por aquellos tiempos de la primera república francesa imitación ó algo así como rapsodia de los frescos de Pompeya, de las estatuas y bajos relieves de Grecia y Roma, de los días de los Pericles y de los triunviros, de los Cicerón y Catilina, de los Lucano y Ovidio.

Pero no en la forma solamente todas estas artes y ciencias de lo bello sufrieron el influjo del espíritu revolucionario, sino también en la idea generadora. David, como sus discípulos, pinta *Sabinas, Belisarios*, mezclándolos con la reproducción de hechos históricos. *Las Horas, Las Piérides*, cuantos mitos y simbolismos las teogonías paganas inventaron, fueron reproducidas por el pincel ó el cincel de los artistas de los últimos años del siglo pasado. Las corrientes políticas, buscando un cauce á propósito por donde deslizarse, quisieron marchar por aquel por donde en pasados siglos se había deslizado la vida política y social de Roma, exenta todavía de los órganos de un estado político como el que comenzó á ser en el imperio de Julio César. La revolución francesa se produjo porque las inmoralidades de todo orden de la monarquía; la absorción de todo poder por parte de una clase privilegiada; el acaparamiento de cuanto significaba un privilegio, siquiera éste no rebasara de las lindes de la especulación puramente intelectual, pesaron lo suficiente en las colectividades ilustradas para que éstas, ahondando en el estudio de lo que la personalidad humana es y significa ante la sociedad, lanzasen á los cuatro vientos las primeras ideas de la igualdad del hombre. El pueblo acogió estas ideas con tanta más vehemencia cuanto que por medio de la literatura, de la poesía, de las artes plásticas, llegaban hasta él, hiriendo, antes que su inteligencia, su sentimiento.

Tan cierto es esto, que reinando en España Fernando VII se prohibió la importación de toda obra de filosofía y de literatura, como la reproducción plástica de nada, que pudiera ser interpretada por nadie en contra ó menoscabo de la autoridad absoluta del rey y de la religión.

Pero no en vano nuestro Feijóo, como Jovellanos y Moratín y D. Ramón de la Cruz y el cáustico y terrible lápiz de Goya, habían roto la quietud mortal de una nación meticulosa, fría, hipócritamente religiosa, como dice un académico, nada sospechoso por cierto de revolucionario. El primero, acometiendo la empresa de expurgar errores, de vivificar cuanto de la inteligencia era, y parecía muerto ó desquiciado; el segundo, hablando en nombre de los intereses de los pueblos; el tercero, poniendo en solfa la pedantería de los sabios con sotana y sin ella, que pretendían seguir ejerciendo censura sobre todo cuanto el ingenio del hombre produjera; el cuarto, lanzando al medio del palenque literario y aportando por este modo elementos estéticos nuevos al cuarto estado; el quinto, zahiriendo con ruda igualdad, así al rey como al magnate, al clérigo como á las gentes de las últimas capas sociales.

De este movimiento democrático y profético de las artes y de la filosofía resultaron aquellos otros movimientos políticos que en España se conocen por constitución del año 1812, por la revuelta de Cabezas de San Juan, por el Estamento, por las luchas sangrientas entre realistas y liberales.

Se avecinaba en Francia un período constituyente, después del reinado de Napoleón y del de aquel otro Luis, durante los cuales las luchas políticas tuvieron verdadero carácter social, y las artes iniciaron el período de los grandes ensueños, de la fermentación de las ideas que desde Hugo á Proudhon matizaban un altruísmo sublime. El período romántico se inició; se desbordaron los sentimientos todos del alma en torrente inmenso, obligando al pensador á soñar, á vivir dentro del mundo del espíritu, y á éste á templarse á fin de poderse elevar hasta aquellas alturas donde la lucha de los egoísmos, de las ambiciones, de las preocupaciones, de todo, en fin, cuanto es patrimonio de la imperfección humana, decide de los destinos de las sociedades. Entonces las páginas más grandes de la literatura, las obras más hermosas del pintor y del escultor, aparecen inspiradas en sentimientos de un deseo sublime, el de amar la tradición con el espíritu moderno; y mientras los derechos del hombre se sancionan y las reivindicaciones de las clases desheredadas se manifiestan con terrible empuje, Hugo traza cuadros sociales como *Nuestra Señora* y *Los trabajadores del mar;* Delacroix pinta *Los cruzados;* Delaroche glorifica los genios de la pintura y de la escultura en el hemiciclo de la escuela de Bellas Artes, al par que reproduce con verdad hondamente filosófica escenas luctuosas de tiempos en que las guerras de religión siembran de cadáveres las calles de las ciudades más importantes de Europa; Proudhon lanza el anatema más espantoso que en ningún tiempo se lanzó sobre la organización social de este siglo.

Revoluciones políticas y revoluciones artísticas marchan á la par, en busca de un mismo ideal, si bien el arte va delante. Así aconteció en España en épocas no muy lejanas ciertamente.

A partir de 1858 á 1866 es imposible separar los éxitos pictóricos de los sucesos políticos, ligados íntimamente. Asistimos en este espacio de tiempo á la consumación de uno de los fenómenos más interesantes que suelen tener lugar en los períodos de gestación de las grandes revoluciones, las cuales afectan en todos sentidos á las ideas como á las prácticas consuetudinarias de un pueblo.

Este fenómeno acaeció en el orden artístico, por olvidar, mejor dicho, por no ser comprendidos de los políticos avanzados, hombres de letras casi todos, los verdaderos revolucionarios del arte, los precursores de Rosales. Aquéllos buscaron apoyo en la pintura para acometer con coraje el planteamiento de sus ideas. Veamos cómo.

Convencidos los progresistas de que la guerra de Africa había sido una magnífica *castaña* con que O'Donnell y su partido distrajeran las aspiraciones del país, relativas á un cambio político, y plenamente seguros de que la unión liberal, por tal medio aseguraba su existencia por largo tiempo en el poder, trataron los primeros de atacar por cuantos medios tuviesen á la mano al embaucador gobierno; y uno de los medios fué el de aprovechar la influencia que en las masas ejerció y ejerce siempre el arte, pues llega hasta ellas por el sentimiento.

Les venía de perlas, pues, las tendencias avanzadas de los artistas que aparecían luchando en las Exposiciones nacionales de 1860, 62 y 64 con cuadros más ó menos directamente inspirados en las tendencias exaltadas. En *La rendición de Bailén*, en *Independencia y libertad*, en *Los comuneros*, en el *Desembarco de los puritanos*, en *Fernando el Emplazado* y en otros de esta índole, vieron Olózaga y sus amigos motivo y materia bastantes, á propósito para despertar entusiasmos por su causa y lanzar agudos dardos al gobierno, bajo la salvaguardia de la crítica pictórica.

Y si en el campo político lidió ayer el arte, hoy lo hace en el campo social, y lidia también con vigor, manteniéndose, hoy como ayer, en la altura en que debe mantenerse esta entidad, antes que todo encargada de la sublime misión de producir la belleza, de llevar al alma y al corazón emociones y sentimientos puramente pasionales.

La evolución actual de la pintura como la de la literatura misma hacia el idealismo, que emana de la realidad; ese movimiento del arte buscando en el medio social, en que se agitan y viven el obrero y el labriego, campo para su inspiración; ese religioso entusiasmo con que el pintor busca en la naturaleza, además del color y de la línea, ese algo misterioso que se produce de la conjunción de aquellos elementos y que se advierte en sus manifestaciones, ya de calma, ya de furor, ya de melancolía; esa evolución de la estética hacia el sentido de un amplio acatamiento de todo cuanto reproduzca la verdad, todo esto coopera de un modo decidido al planteamiento y resolución de problemas tan graves, como son el socialismo, la vindicación del proletariado, la autonomía de las distintas y diversísimas colectividades que forman en los grandes Estados.

En Francia, Beraud glorifica al obrero, como Planellas y Cutanda en España, como los pintores bucólicos al labriego, como las escuelas regionalistas las aspiraciones históricas de pueblos y razas.

R. Balsa de la Vega

EL PILLÍN

Durante cuatro ó cinco años ha sido el «terror de los esposos» en Ciudad Real. Allí tuvo de todo: amores, desafíos, conflictos graves y una erupción cutánea, producida por el abuso de las bebidas alcohólicas. En diciendo Pepe Salchichín, todo el mundo exclamaba en Ciudad Real:

– ¡Valiente calavera! ¡Cuidado si *la ha corrido* ese hombre!

Cansado de la vida de provincias, se vino á Madrid, dispuesto á adquirir fama de seductor y á pasar por uno de los primeros truhanes conocidos.

– ¡El que me la dé á mí tiene que ser muy listo!, decía Pepe á cada paso.

Y, en efecto, cualquiera se la daba á él.

Lo primero que hizo fué echarse una novia, corista de Eslava, y después otra, hija de un escribano de número, y en seguida otra, cigarrera, y así sucesivamente hasta once ó doce. Hoy regañaba con una,

mañana hacía las paces y al día siguiente volvía á regañar... Era un verdadero pillín el tal Pepito. ¡Y cómo le envidiaban los demás huéspedes de la casa!

Doña Pía, la patrona, siempre le estaba diciendo:

– Guíese usted por mí, D. Pepe; recójase usted más temprano; no beba usted coñac, que es muy peligroso. No hay más que fijarse en esa nariz para comprender que tiene usted una irritación muy grande. Usted se está matando á sí mismo.

– Doña Pía, contestaba Pepe, el mundo se ha hecho para que nos divirtamos. ¿Qué quiere usted, que me meta fraile cartujo?

– Bueno es divertirse, pero no tanto. Tuve un huésped, que era poco más ó menos como usted, y no quería seguir mis consejos, hasta que un día estando comiendo unas patatas guisadas comenzó á ponerse rojo y á echar fuego por las ventanas de la nariz.

– ¡Qué atrocidad!

– Lo que ustey oye. Vino el médico de la casa de socorro y dijo que aquello era una inflamación...; en fin, á los dos días el pobre joven estaba de cuerpo presente. Por cierto que tuvimos que meterle en la despensa, porque los demás huéspedes estaban horrorizados y no querían ver el cadáver.

¡Bueno es Pepe para dejarse guiar por doña Pía ni por persona alguna! El sigue haciendo la vida de costumbre y se mete en todos los sitios peligrosos, porque es lo que él dice:

– Muy listo tiene que ser el que me la dé á mí...

Días pasados uno de sus compañeros de pupilaje tuvo la desgracia de que le robasen el reloj en el tranvía.

¡Qué de cosas le dijo Pepe!

– ¡Pero hombre! ¡Parece mentira! ¡Dejarse robar el reloj! Nunca lo hubiera creído de usted.

– A cualquiera puede sucederle otro tanto, contestaba la víctima.

– A cualquiera menos á mí, gritaba Pepe irguiéndose con arrogancia. No ha nacido quien me robe.

Pero pasaron dos ó tres días y Pepe se presentó á la hora de comer con el semblante alterado y el pulso trémulo.

– ¿Qué le pasa á usted?, le preguntó uno de los huéspedes.

– ¡Qué me han robado el reloj!, dijo Pepe descargando un puñetazo sobre la mesa.

Todos los allí presentes soltaron el trapo, y Pepe se puso furioso.

– Vamos, tranquilícese usted, murmuraba doña Pía mientras aderezaba la lechuga.

– Participo á ustedes que el reloj tiene que parecer ó pierdo el nombre que tengo. Ya he dado parte á la policía.

– ¿Pero cómo ha sido?...

– Pues nada: yo iba calle de Atocha abajo en compañía de una mujer...

– No diga usted más, alguna infeliz víctima de su pasión.

– ¡Pchs! ¡Qué se le va á hacer!, dijo Pepe con aire de orgullo satisfecho. Iba acompañando á una mujer preciosa...

– ¡Ah, pillín!

– Pero esto no es del caso. De pronto ella quiso subirse al tranvía para volver á su casa, donde su ausencia podría llamar la atención. Estrecho su mano, la prometo volver á verla al día siguiente y me dirijo con ella hacia el tranvía. Un jovenzuelo se interpone entre nosotros para subir también, y siento de pronto un escarabajeo especial en el bolsillo del chaleco, pero no fijo la atención en este detalle y me despido de mi amada con una frase cariñosa. Diez minutos después voy á consultar mi reloj para saber la hora, y... el reloj no estaba en su sitio.

El otro huésped, víctima también de un robo semejante, no pudo menos de echarse á reir recordando las frases de Pepe.

– ¿Conque á usted nadie le roba?, decía el huésped tapándose la boca con la servilleta. ¡Ja, ja, ja!

– No se ría usted, porque no estoy para bromitas.

– Pero...

– Sepa usted que el reloj tiene que parecer, porque á mí nadie me la da en este mundo, y soy capaz de irme á la prensa y armarle un escándalo al gobernador civil.

Al pobre Pepe le habían robado el reloj cortándole la cadena que lo sujetaba y dejándole un trozo, del cual pendía el medallón.

– Y gracias que me han dejado este dije, que es para mí de gran mérito, exclamaba Pepe contemplando el medallón y el trozo de cadena á él unido.

– ¿Es algún recuerdo de familia?, preguntóle la patrona.

– No; es un recuerdo de unos amores desgraciados. La mujer que me lo regaló fué una de mis víctimas inocentes.

– ¿Murió?



PROYECTO DE MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN MANILA Á LA MEMORIA DE M. LÓPEZ LEGAZPI Y FRAY ANDRÉS DE URDANETA. Premiado en el concurso celebrado en aquella capital el 19 de junio de 1893. Autores: D. Agustín Querol, escultor; D. Luis M.ª Cabello y Lapiedra, arquitecto.

– No, señora; se me volvió loca por celos.

– ¡Pobrecita!

– Y hoy la tiene usted en Miguelturra sentada en el portal de su casa, sin probar más alimento que alpiste, ni más bebida que aceite de almendras dulces.

Durante ocho días no se habló de otra cosa que del robo cometido en la persona de Pepe.

– ¿Sabe usted algo?, le preguntaban los compañeros de mesa.

– Por ahora no; pero estamos sobre la pista. El inspector no descansa hasta dar con la prenda y con el culpable.

– ¿Cree usted que parecerán?

– Como si lo viera.

Mientras los huéspedes se entregaban al bacalao con tomate que les servía la patrona con mano solícita, oyóse sonar el timbre de la escalera.

– ¿Quién es?, preguntó doña Pía por el ventanillo.

–¿Vive aquí un caballero á quien le robaron un reloj en la calle de Atocha?, dijo una voz varonil desde el exterior.

–Sí, aquí vive.

–Pues vengo...

te de cadena que no ha podido llevarse el ladrón.

–¿Para qué?

–Para ver si es la misma que aparece unida á un reloj que hemos rescatado de manos de un ratero.

Pepe abandonó el comedor, rápido como una gacela; fuése á su cuarto; abrió con mano febril el cajón de la cómoda y extrajo de él el trozo de cadena y el medallón anexo.

–Aquí está, dijo de vuelta en el comedor entregando ambas prendas al hombre del gabán.

–¿Qué duda cabe? Pues hombre, ¿cree usted que si nó lo fuera le entregaría el medallón? ¿Por quién me toman ustedes? Otra cosa no tendré, pero en punto á experiencia de la vida habrá pocos que me echen el pie delante...

Doña Pía meneaba la cabeza en señal de asentimiento.

–La verdad sea dicha, pocos habrá más tunos que D. Pepe, y no es porque esté delante, dijo la patrona. El que se la dé á él ya podrá ser listo.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Un concierto en la aldea alemana, dibujo de E. Limmer

–Pase usted.

Entró en el comedor un hombre alto, embutido en un gabán color de café con leche; en la mano llevaba un bastón con puño de hueso y usaba antiparras azules. Pepe se había puesto de pie y miraba al récién llegado con gran curiosidad.

–Pues yo soy vigilante de policía, siguió diciendo el hombre del gabán.

–¿Me trae usted el reloj?, preguntó Pepe lleno de júbilo.

–No, señor; pero lo traeré mañana.

–¿Mañana?

–Estamos sobre la pista; pero necesitamos la parte...

–Perfectamente, murmuró éste guardándose cadena y medallón en el bolsillo.

Después púsose el sombrero, hizo una reverencia y desapareció tranquilamente por el foro.

–¿Lo ven ustedes?, decía Pepito radiante de júbilo. De seguro que el reloj rescatado es el mío.

Los demás huéspedes se miraron recelosamente.

–¿Pero conoce usted á este sujeto?, le preguntó un huésped.

–¿A cuál?

–Al que acaba de estar aquí.

–No le he visto nunca.

–¿Será efectivamente de la policía?

–Muchas gracias, doña Pía, exclamó Pepe.

En aquel momento el timbre de la escalera volvió á sonar y doña Pía fué á abrir la puerta, recibiendo de manos de un mozo de cordel una carta para Pepe.

–¿Es para mí?, preguntó el interesado paseando su mirada orgullosa por todo el comedor.

–¡Ah, tunante!, dijo uno de los huéspedes. Será alguna cartita amorosa.

–Quizás, murmuró Pepe.

Pero de pronto perdió el color, restregóse los ojos, hirió con el tacón de la bota el pavimento y reclinó la cabeza sobre el respaldo de la silla.

–¿Se pone usted malo?, le preguntó la patrona.

–¡Pillo! ¡Tunante!, gritó Pepe estrujando entre sus manos la carta recibida, que estaba redactada en esta forma:

«Me alegraré que al recibo de la presente se halle usted sin novedad. Y muchas gracias por el medallón y trozo de cadena que ha tenido usted la bondad de entregarme. Necesitaba ambos objetos para completar los que he adquirido procedentes del chaleco de usted.

»Adiós, *panoli*. – *El rata primero.*»

Los huéspedes, al leer la carta, reían como locos; y dijo uno de ellos:

–Hay que desengañarse. Por algo llamaban á don Pepe el terror de Ciudad Real.

LUIS TABOADA



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO – Molinos y turbinas de viento, dibujo de E. Limmer

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

La aldea alemana levantada en Midway Plaisance no es simplemente una sección alemana de la Exposición, sino que constituye, por decirlo así, un pedazo de Alemania transportado á orillas del Michigan y emplazado entre Java, Egipto y Turquía: en ella hasta los menores detalles producen en el que la visita la ilusión de que se encuentra en el corazón mismo de la nación germánica.

De todas las instalaciones análogas que se ven en Jackson Park ésta es sin duda la más completa y notable, mereciendo incondicionales elogios los que han realizado aquella obra y muy en primer término



FERIA EN UN PUEBLO DE LA ALTA MONTAÑA ROMANA, cuadro de Mariano Barbasán



LOS HUNOS EN LA GALIA, copia del cuadro de G. Rochegrosse, por el mismo autor (Salón de los Campos Elíseos de París, 1893)

C. B. Schmidt, alemán de origen y avecindado desde hace muchos años en América.

El edificio más grande y más importante de la aldea alemana es el magnífico castillo antiguo con sus arcos y saledizos, sus murallas y sus fosos. ¡Cuán raro efecto ha debido producir esa pintoresca aldea á los habitantes de Chicago acostumbrados á sus casas de más de veinte pisos, construídas de piedra y de hierro!, y ¡cuánto debieron sorprenderse al atravesar el puente levadizo y penetrar en la aldea por el sombrío portalón!

Con una seriedad digna de alabanza, los autores del proyecto se han atenido en su ejecución estrictamente al antiguo original alemán, evitando todo reclamo, toda innovación, hasta el punto de no haber colocado letrero alguno en la puerta de roble que conduce al lugar en donde están instalados los cafés y los restaurants, lo cual no impide que los americanos con su notable instinto adivinen el significado de aquellos pórticos y llenen las mesas para conocer los guisos de la verdadera cocina alemana y gustar los mejores vinos alemanes, que se les sirven en bellos y típicos vasos éstos, y aquéllos en platos y sobre manteles y servilletas reproducción fiel de los que antiguamente se usaban en Alemania.

El ala derecha de la aldea está ocupada por una porción de interesantísimas colecciones, entre las que destácanse el grupo Germania, compuesto de 50 figuras con trajes alemanes vestidas, y la colección de armas del consejero municipal de Grossenhain (Sajonia), Sr. Zschille. Esta colección, de un valor incalculable y quizás la mejor de cuantas existen en poder de particulares, ocupa varias salas y constituye una de las principales curiosidades de la Exposición, sobre todo para los americanos, que en aquellos objetos artística y pintorescamente agrupados pueden contemplar y admirar un período histórico para ellos desconocido, la Edad media.

Aquellas preciosas armaduras, yelmos, armas, bordados, arneses, utensilios domésticos, despiertan admiración grande, y las colecciones de esculturas, dijes, tejidos y porcelanas allí reunidas completan la interesante instalación que permite conocer la vida y costumbres de gentes de los pasados tiempos.

Las demás casas agrupadas en semicírculo alrededor del castillo son también imitaciones de antiguas construcciones alemanas, tales como la casa de la alta Baviera en 1480, con su original arquitectura gótica y sus entablamentos; la casa alemana de 1650, construída según el estilo del último período del Renacimiento; la casa de la baja Sajonia de 1570, y la de la Selva Negra.

Toda la parte occidental de la aldea alemana está ocupada por un jardín de conciertos poblado de cervecerías, en donde dos veces al día tocan alternando dos bandas militares, la de los guardias de Corps y la de infantería de la guardia prusiana, compuestas de cien músicos cada una. Antes de comenzar el concierto, desde lo alto de una gran torre una banda de trompas y cornetas deja oir una *fanfare*, mientras la infantería ejecuta en la plaza de la aldea el simulacro de un cambio de guardias en Berlín, espectáculo que siempre atrae multitud de espectadores.

El visitante europeo queda no poco sorprendido al encontrar entre las antiguas ruinas toltecas del Yucatán y las viviendas troglodíticas de los aborígenes norteamericanos una sección exclusivamente destinada á los molinos de viento, en la que estos aparatos, unos altos, otros bajos, cuáles grandes, cuáles pequeños, y casi todos pintados con colores chillones, aparecen por docenas montados en armatostes especiales, algunos de ellos tan elevados como pequeños campanarios. Su forma es nueva, extraña, completamente distinta de la que suelen tener tales aparatos en algunos países de Europa, los cuales en su mayoría son de sistemas antiguos, de cuando no se conocían ni el vapor ni la electricidad, con sus negras casuchas y sus aspas que difícilmente mueve el aire.

Los molinos de viento son tanto ó más necesarios que en nuestro continente en América; en las grandes praderas del Oeste y en las mesetas que se alzan entre los Montes Roquizos, se pasan á veces semanas y aun meses sin que llueva, á consecuencia de lo cual sécanse los ríos, y las gentes que allí viven hállanse sin agua en aquellos territorios desprovistos de bosques. Los mismos ferrocarriles llegan á carecer de agua para alimentar las calderas de sus locomotoras y se ven obligados á llevarlas en tanques especiales. En cambio no falta en aquellas comarcas el viento, que á veces se convierte en furioso huracán, circunstancia que han aprovechado los colonos para utilizar un elemento contra otro, es decir, el aire contra el agua, y á este efecto han abierto profundos pozos en las praderas hasta encontrar la humedad deseada y colocado en ellos molinos de viento que extraen el para ellos tan precioso líquido.

Estos molinos consisten en armatostes de hierro que sostienen la ligera rueda de brazos múltiples y cuya altura depende de la situación del pozo.

La importancia que, por lo que dejamos indicado, tienen en la América del Norte los molinos de viento explica que se les haya destinado en Jackson Park una sección especial que á título de curiosidad reproducimos. – X.

EL TROFEO

Tal y como era Vázquez, que era en su clase digno ejemplar de su educación y de su época, ó sea un desalmado caballero lleno de los vicios que engendra infaliblemente la fecunda ociosidad y de los defectos que capitanea el defecto mayor del egoísmo, sentía, sin embargo, un hondo afecto especial y concreto hacia su único amigo Torres, su compañero de esparcimientos mundanos, y de casa, y de mesa, y de comunidad de bienes en los diez años que vivieron juntos.

Que Torres quisiera también á Vázquez como le quería, no era extraño, porque Torres, pervertido más bien por debilidad y por hábito que por organización, era buen sujeto en el fondo. Pero que Vázquez quisiera á Torres haciendo en su obsequio la sola excepción de su brutal misantropía, no dejaba de ser un verdadero fenómeno psicológico, y una evidente prueba de que no hay mala naturaleza donde no quepa alguna vez un buen sentimiento, digan lo que quieran los pesimistas.

Sí, sí: aquel Vázquez que no había amado á nadie ni á nada en la vida; que no había tenido familia; que había sido abandonado en el estricto término legal por cierto tutor empedernido; que no había estudiado, ni padecido, ni reflexionado nunca; que sólo había visto en las mujeres el placer y en los hombres la competencia, sin sospechar que pudieran servir para algo más; aquella sensibilidad, en fin, atrofiada y ciega desde sus albores, practicaba el culto de un cariño, de su cariño fraternal á Torres el bueno, á Torres el débil. Que vinieran una mañana á decirle en su cama que el globo terráqueo iba á estallar en el espacio como arpa vieja, si él no se levantaba, y de seguro se hubiera vuelto del otro lado. Pero que le dijesen que iban á arrancar un cabello á Torres, si él no lo impedía, y todos los héroes de la Historia se hubieran quedado tamaños en su comparanza.

***

Calcúlese, pues, la estupefacción amarga de nuestro paseante en Corte, cuando una mañana, de primavera por cierto, entró Torres en su cuarto á decirle, sin preparación y á quemarropa, que se iba á casar. Saltó su cuerpo fuera del lecho, como impulsado por una catapulta; la habitación empezó á dar vueltas alrededor de su cabeza, y sintió como si le penetrase un estoque por el costado izquierdo.

¡Ah! ¡Cómo maldijo entonces á su pereza orgánica, aquella incurable pereza que él llamaba la querencia de la eternidad, y que le había siempre impedido acompañar á su amigo al Retiro, antes del al-



¿QUÉ TAL ESTOY?, cuadro de F. Dvorak

muerzo! ¡Cómo maldijo á la estación irritante, alteradora y florida! ¡Cómo maldijo á la revolución que había dado á Madrid ese Parque, ese respiradero, ese campo de citas! Porque Torres había conocido en el Retiro á la mujer con quien, á falta de otra solución cien veces propuesta y rechazada, se casaba: una viuda francesa, joven, rubia, esbelta, vestida y calzada en París, es decir, elegantísima, y hablando en español chapurreado con una gracia inmensa; gracia resultante de una imaginación fosfórica, y de carácter más alegre que unas pascuas, el carácter de una solemnísima coqueta.

* * *

Sobre esto de la coquetería de Anaïs, que así se llamaba, se hablaba en Madrid mucho, y se contaban historias alarmantes, sobre todo la del difunto esposo que, según las crónicas, había muerto hecho un carbón sobre las parrillas de los celos. ¡Y venir Torres el bueno, Torres el débil, á aumentar el número de los achicharrados del matrimonio, en las mismas barbas de aquel Vázquez que tanto le quería! Pero no hubo remedio; porque cuando Torres dijo á Vázquez que si no se casaba con aquella mujer, que se le había metido en la sangre, se pegaría un tiro, Vázquez cedió, dando un puntapié moral á su voluntad propia. ¿Tenía él acaso voluntad superior á la de Torres el débil?

Pero ceder en lo del casamiento no era descuidarse respecto á sus resultas; y Vázquez se dedicó, cuerpo y alma, á velar por el Torres casado, con una original mezcla de padre y de Otelo, de interés profundo y de terrible desconfianza, que era lo que había que ver. Torres puso casa aparte con su esposa; pero Vázquez dejaba la suya después del desayuno, y no salía de la de su amigo, donde almorzaba y comía, más que para ir de compras, de visitas, ó de paseo con el matrimonio, ó al teatro algunas noches. Y mientras el buen Torres, embaucado y sorbido el seso por su compañera, no se cuidaba más que de aquella dulce envenenadora de sus venas; y mientras la francesa se dejaba querer y mimar, Vázquez ejercía de tutor de la pareja, como si en el mundo no hubiese casinos, ni caballos, ni mujeres, ni barajas, ni camorristas, ni nada.

El mundo madrileño ridiculizó al principio desaforadamente al tutor y á los pupilos; pero luego tuvo que contentarse con hacerlo en voz baja, porque Vázquez dió dos estocadas magníficas á dos de los críticos. Y en su virtud, la tutoría siguió su curso normal durante el primer año; hasta que un día, y de repente, con gran asombro de todos los círculos, dejó Vázquez de exhibirse con el matrimonio, y hasta dejó de ir á casa de Torres, según se supo.

* * *

¿Qué había pasado? Pues había pasado, fuerza es decirlo, que la francesa era una bribona, como otras muchas coquetas abusivas, de todos los países; que, cuando se vió en posesión absoluta del débil Torres y su fortuna, aquella linda loca de atar se hartó hasta la saciedad de su deficiente señor legal, y se propuso buscar sus satisfacciones por otras vías que la ley veda: que el tutor, con su voluntad de hierro, se le hizo odioso, y que resuelta ante todo á librarse de aquella fuerza opresora, se decidió... ¿á qué piensan ustedes? ¿A enamorar á Vázquez? Precisamente; á enamorarle, para anularle. El procedimiento es conocidísimo.

La ira dolorosa que sintió Vázquez cuando comprendió el pérfido procedimiento, no es para dicha. Cómo significó su desprecio, cómo esquivó los ardides seductores, cómo rugió en aquella situación repugnante, no es para descrito. Pero todo inútil; la coqueta despechada demostró cien veces al anómalo calavera que no tenía más remedio que sucumbir, ó hacer una de pópulo bárbaro. Y como esta barbaridad sería la ruina y la muerte de la dicha del buen Torres, Vázquez dijo un día á su amigo que el mundo está lleno de miserables, y que estos miserables murmuradores le acusaban de parásito usufructuario y sórdido en aquella casa, y que en lo sucesivo se verían poco, aunque él desde lejos seguiría velando por su felicidad.

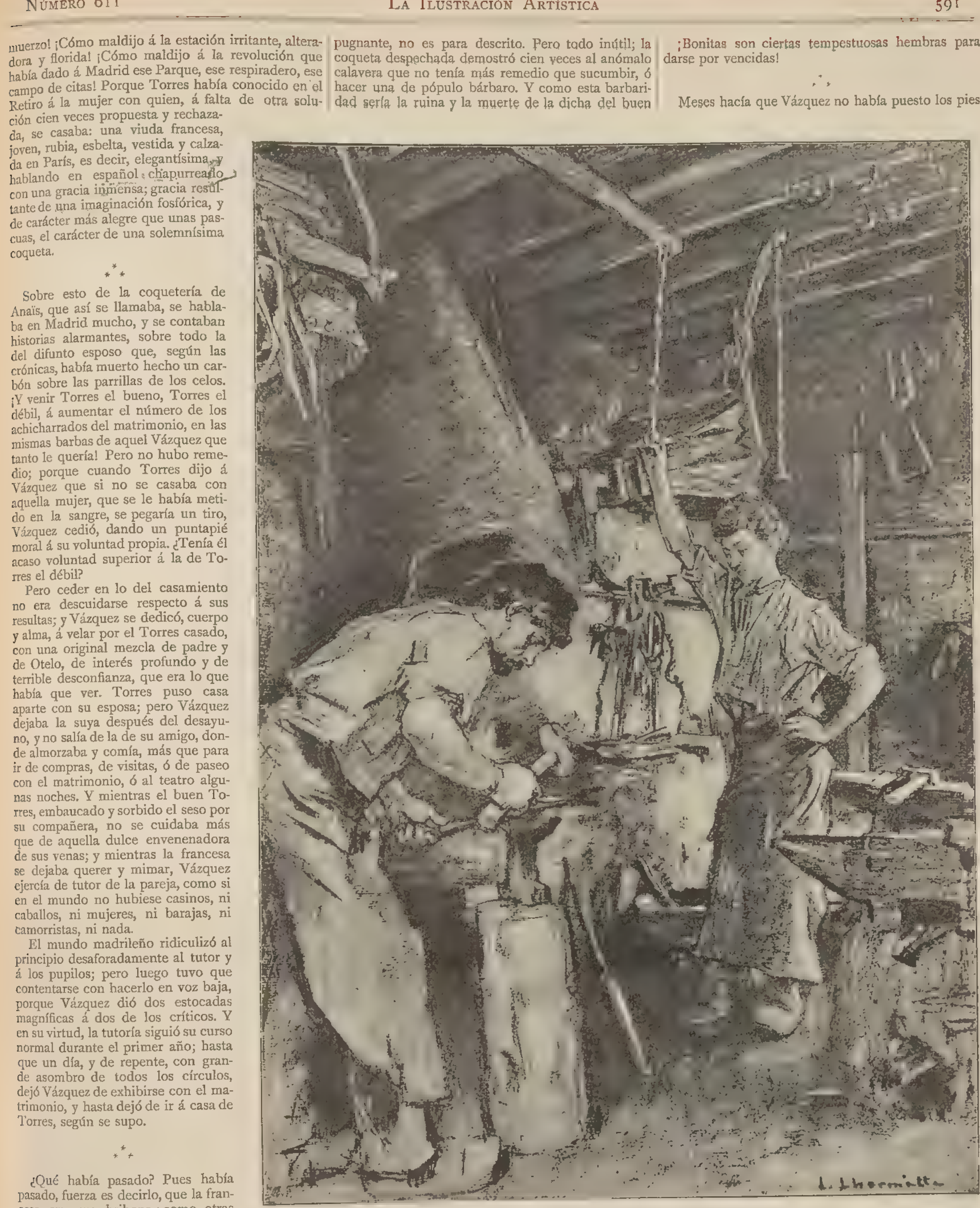
Torres dijo á Vázquez que enviase el mundo á paseo. Vázquez dijo á Torres que para él era cuestión de decoro, y Torres se sometió al alejamiento, que fué cada vez mayor. Pero la francesa, para quien el ojo avizor de Vázquez era más entorpecedor y más intolerable de lejos que de cerca, no cejó en su torpe propósito, como se verá.

¡Bonitas son ciertas tempestuosas hembras para darse por vencidas!

* * *

Meses hacía que Vázquez no había puesto los pies en casa de Torres, cuando una tarde, al volver aquél de su paseo á caballo y desmontarse á la puerta del club, halló en ésta á un criado de su amigo con una carta *de la señora*, según le dijo, que le fué preciso abrir, y en que le escribía que su marido estaba enfermo en cama desde el día anterior y que deseaba verle. Y hete aquí al adusto retraído volviendo á montar, y salvando de un galope la distancia que le separaba de la mansión matrimonial, á cuyo portero dió las riendas y cuyas escaleras subió rápidamente al compás sonoro de sus espuelas y con su fino látigo inglés en la mano.

El débil Torres sufría, en efecto, una grande exci-



EL HERRERO, dibujo de León Lhermitte



LOS JUEGOS FLORALES, cuadro de Luis Jiménez Aranda



SANTAS JUSTA Y RUFINA, cuadro de Domingo Fernández y González

tación nerviosa, según el médico. Se le había propinado fuerte dosis de bromuro, que al fin logró narcotizarle; y sólo tuvo fuerzas para decir á su amigo que no le abandonase, porque estaba seguro de que su presencia le pondría bueno. Después cerró tranquilamente los ojos y empezó á dormir, quedando Vázquez solo á su cabecera, pues la francesa se había retirado al entrar él, para reposar también un rato: ¡estaba tan cansada la pobre!

Era al anochecer. La alcoba quedó en silencio profundo, y Vázquez, recostado en su butaca, se puso á pensar en la maldad de las mujeres en general y de aquella pérfida rubia en particular, jurando para sus adentros que sabría arrancar los dientes á la víborilla. Y terminado su acto mental y como quiera que la obscuridad aumentaba, empezó también, sin pensarlo, á dormitar.

De pronto creyó sentir el leve ruido de unas faldas que se aproximaban: entreabrió los párpados y vió, en efecto, á la francesa que, envuelta en vaporosa bata blanca, sueltas las doradas trenzas sobre la espalda, suelto también y abierto con premeditación visible el ajuste superior de su traje y sosteniendo con su breve mano la delantera que dejaba ver sus zapatitos de raso, se adelantó suavemente como una aparición, llegó hasta él, y con un cinismo verdaderamente diabólico inclinó su cabeza hasta la de su enemigo y puso con fementida resolución sus finos labios en los labios de Vázquez...

Se oyó en seguida una interjección feroz, una voz varonil que dijo: «¡Atrás, canalla!..,» un latigazo, la caída de un cuerpo en la alfombra, y un minuto después la puerta de la escalera al cerrarse violentamente.

* * *

El mundo madrileño supo al otro día que la francesa había sido expedida á Francia con el rostro cruzado por un negro surco, y que el buen Torres se había vuelto á vivir con el desalmado Vázquez. Algunos aseguraron también que, al instalarse de nuevo en su antiguo cuarto, el débil protegido había colgado en sitio preferente el látigo de montar de su protector, como una alhaja, como una reliquia, como un trofeo.

S. López Guijarro



Bellas Artes. – La Asociación de cuadros de Jesucristo que se constituyó hace poco en Budesheim de Bingen (Alemania), y de la cual hablamos en una de nuestras anteriores Misceláneas, parece que no prosperará por falta de asociados y sobre todo por carencia de fondos para organizar exposiciones y comprar cuadros. Hasta ahora las copias pertenecientes á los individuos de la Asociación permanecen instaladas en la casa rectoral de Budesheim.

– En Gante se ha abierto nuevamente, después de larga clausura, la Galería de Pinturas, que ha sido ensanchada y modificada y á la cual han ido á parar multitud de cuadros notables que se conservaban en las Casas Consistoriales, en las iglesias y en otros edificios públicos y particulares. En aquel museo se ha instalado una sala especial para las obras de los pintores ganteses, en las que figuran, entre otros, diez grandes lienzos del célebre maestro Gaspar de Crayer.

– Para el Museo South-Kensington de Londres ha sido adquirido el famoso y riquísimo tapiz de la mezquita de Ardebil (Persia), que se considera como uno de los más preciosos ejemplares de la antigua tapicería persa.

– Rubinstein, que actualmente se encuentra en Italia, ha terminado su ópera *Cristo*, que él mismo estima como la obra capital de su vida.

Varia. – La Comisión organizadora de la Exposición universal internacional que se proyecta celebrar en Madrid desde abril á octubre de 1894, lleva muy adelantados sus trabajos, habiéndose ocupado hasta ahora de la organización de los servicios, confección de reglamentos, publicación de carteles y prospectos en seis idiomas distintos, preparación de la opinión en provincias y en el extranjero, constitución de comisiones de propaganda y, en suma, de todos los trabajos preliminares de tan laudable empresa, y actualmente se ocupa en la formación de los planos, que en breve estarán terminados.

La Exposición se celebrará en el Palacio de la Industria y de las Artes, cedido por el Gobierno de S. M., edificio que mide 200 metros de fachada por 114 de máxima profundidad y en el cual pueden albergarse de cinco á seis mil expositores; pero comprendiendo que esto solo no bastaba para una exposición universal, los organizadores han entablado con los propietarios de los terrenos vecinos á aquél gestiones que han dado el más satisfactorio resultado.

Los trabajos de propaganda han demostrado, según parece, que la idea de la Exposición es acogida con calurosa simpatía en el país, en las naciones vecinas y hasta en las regiones más apartadas, en donde se forman comisiones nacionales, siendo de creer que el número de expositores será considerable y escogido.

El Consejo general de la Exposición, que está patrocinada por S. M. la Reina Regente, funciona bajo la presidencia de los Excmos. Sres. D. Alejandro Pidal y Mon y D. Juan Navarro Reverter y de él forman parte importantísimas personalidades nacionales y extranjeras.



El celebrado pintor Augusto Glaize. – Augusto Glaize, recientemente fallecido á la edad de ochenta y un años, era uno de los últimos sobrevivientes de la escuela romántica. En el taller de los Deveria, que fueron sus maestros, aprendió á tratar los asuntos históricos en la forma pintoresca y anecdótica que tan en boga estuvo en tiempo de Luis Felipe, consiguiendo desde sus comienzos un éxito que no se ha desmentido en toda su larga carrera, durante la cual cultivó todos los géneros: la pintura religiosa que le valió una serie de premios en los Salones de 1842, 1844 y 1845, la filosófica, la mitológica y la legendaria. En el género filosófico su mayor triunfo fué *La picota*, vasta composición en la que representó atados al poste de infamia y custodiados por todos los vicios á todos los mártires de la fe, del ideal, de la ciencia y de la verdad: Jesús y Juan Huss, Homero y Cervantes, Palissy, Galileo, Dante, Gutenberg, Lavoissier, etc. Por este cuadro ganó una medalla de primera clase en la Exposición Universal de 1855 y la cruz de caballero de la Legión de Honor. Entre sus obras más notables figuran *Dante escribiendo su poema inspirado por Beatriz* (1847) y el decorado de una capilla de la iglesia de San Gervasio, en París, en la cual trazó la historia de Santa Genoveva.



El celebrado pintor francés Augusto Glaize, fallecido recientemente

Quien espera..., cuadro de Blume Siebert. – Dice el refrán que *quien espera desespera*, pero también puede suceder que el que espera se aburra y al fin y al cabo se duerma, como le sucede al personaje del cuadro que reproducimos, en quien más que el afán por ver á la que ama y le ha citado puede el cansancio, consecuencia quizás de una noche de insomnio pasada en forjar planes y en buscar conceptos para acabar de rendir al objeto de su cariño. Verdad es que el lugar de la cita convida al reposo y que el sueño debe venir naturalmente en aquella umbría, llamado por el monótono murmullo de las hojas acariciadas por el céfiro. Es de esperar, sin embargo, que el dormido amante no tardará en despertarse: si su instinto no le advierte de la presencia de su amada, no faltará una mano que le vuelva á la realidad, más hermosa para él que sus sueños, por dulces que éstos hayan sido.

Proyecto de monumento á Legazpi y Urdaneta, obra de D. Agustín Querol y de Luis M. de Cabello. – En reñido concurso ha obtenido el primer premio el proyecto ideado por los Sres. Querol y Cabello para el monumento que en Manila ha de erigirse en honor del conquistador de las Filipinas D. Manuel López de Legazpi y del religioso agustino Fray Andrés de Urdaneta. Nuestro querido colaborador el distinguido crítico Sr. Balsa de la Vega ha emitido en la *Crónica de Arte* publicada en el número 609 un juicio acerca de esta obra, que nos releva de entrar en detalles acerca de la misma, por lo cual nos limitaremos á enviar nuestra más cordial enhorabuena al Sr. Querol y á felicitar también á la ciudad de Manila que en breve contará con un monumento debido á un arquitecto tan distinguido como el Sr. Cabello y á un escultor que, como el autor de *La tradición*, ha conseguido uno de los primeros puestos en el mundo del arte contemporáneo.

Feria en un pueblo de la alta montaña romana, cuadro de Mariano Barbasán. – Lejos de la tierra española, en Roma, en la ciudad que fué centro y emporio de las artes todas, existen aventajados artistas que, como Barbasán, honran á nuestra patria y representan una grata esperanza por el arte pictórico. Pensionado por la Diputación provincial de Zaragoza, ha logrado aquél demostrar en un breve período de tiempo cuán merecida es la distinción de que fué objeto y cuánto puede esperarse de quien como él comprende y siente el verdadero arte.

El vendedor de estampas, recuerdo de tipos y costumbres de la patria española, los *Alrededores de Tívoli* y el cuadro que reproducimos, inspirados por el atractivo del país en que reside, son lienzos que demuestran sus alientos y sus condiciones de buen colorista, no contagiado por las extravagancias y los tonos terrosos que palidecen la paleta de aquellos que se olvidan de las tradiciones artísticas españolas.

El último cuadro de Barbasán resulta trasunto fiel de las costumbres de los pueblos romanos y atrae por el asunto altamente pintoresco y simpático, dado el ambiente local y el brillante contraste que ofrecen los trajes de los *ciociaros*.

Los hunos en la Galia, copia del cuadro de G. Rochegrosse. – Interesante por el asunto, que representa el saqueo de una *villa* galo-romana por los hunos, el cuadro de Rochegrosse que reproducimos y que fué uno de los más admirados en el último Salón de París, lo es más, si cabe, por sus méritos técnicos: la ejecución de la obra es digna del gran artista que dibuja como pocos, domina el colorido y es consumado arqueólogo, cualidad esta última que le ha servido mucho para pintar la escena de pillaje de los soldados de Atila. Otra cualidad notable tiene el cuadro, y es la relativa sobriedad con que está tratado el asunto, que se prestaba á presentar figuras en horribles contorsiones, sangre, llamas y demás aparato que no habrían dejado de utilizar otros pintores menos escrupulosos, más amantes del efecto, á cualquier costa conseguido, que de la verdad con recursos racionales lograda.

¿Qué tal estoy?, cuadro de F. Dvorak. – El nombre de Dvorak va siempre asociado á una de esas obras que si no suspenden el ánimo, como esas grandes máquinas (perdónesenos el galicismo) con que tratan de deslumbrar ciertos pintores, cautivan nuestros sentidos é impresionan dulcemente nuestra alma. Bien pueden saberlo los lectores de La Ilustración Artística, á quienes el nombre de este pintor es bien conocido por haber visto reproducidos en nuestras páginas los mejores cuadros por él pintados. El que hoy publicamos puede calificarse de monada; mas no se entienda esta palabra en el sentido académico de cosa fútil y sin importancia, sino en el vulgar de cosa elegante, bella, graciosa y al propio tiempo magistralmente ejecutada, cualidades todas que se admiran en la hermosa joven ataviada con el pintoresco traje japonés.

El herrero, dibujo de León Lhermitte. – Entre los artistas franceses que han seguido la senda del impresionismo ruralista, que tanta fama póstuma ha valido al malogrado Millet, sobresale León Lhermitte, que mucho antes de ser conocido en su patria gozaba de gran celebridad en Inglaterra por sus dibujos y aguas fuertes, que se disputaban los inteligentes y aficionados. Nacido en 1844 en Mont-Saint-Pierre (Aisne) fué, siendo aún muy joven, á París, en donde estudió bajo la dirección de M. Lecoq de Bois-Beaudran, maestro de discípulos tan notables con Fantin-Latour, Cazin y otros. Los comienzos de su carrera fueron difíciles; pero á su primer triunfo conseguido en el Salón de 1874, en el que obtuvo una medalla de tercera clase, sucedieron muy pronto otros, hasta que en el Salón de 1889 obtuvo la medalla de honor, siendo al propio tiempo distinguido con el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. De lo que vale como pintor es buena prueba el cuadro *Las lavanderas*, que publicamos en el número 437 de La Ilustración Artística; de su maestría como dibujante puede juzgarse por *El herrero*, que reproducimos, y en el cual son de admirar, además de la corrección, un vigor y una valentía que armonizan perfectamente con el asunto tratado y que pocos artistas saben emplear sin incurrir en censurables exageraciones.

Los juegos florales, cuadro de Luis Jiménez Aranda. – Luis Jiménez Aranda, hermano de otros dos pintores, D. José y D. Manuel, que gozan de tan merecida como justa reputación en el mundo del arte, debe, como aquéllos, á sus propios méritos cuanto es y cuanto vale. Trasladado á Roma en 1866, en unión de su paisano Villegas, sometió su pincel, arrastrado por las corrientes entonces imperantes, al género de majos y casacones, resucitando el siglo XVIII en cuadritos tan intencionados como simpáticos. Cuando la suerte empezó á concederle sus favores y viéronse recompensados sus afanes, si bien dentro de los mismos moldes, produjo obras que le dieron ya á conocer, creándole una verdadera personalidad. *La lección de baile*, *Revelación*, *La lección de guitarra*, *La antesala de un ministro*, *Un concurso de violinistas*, *Las niñas casaderas*, *Entre dos fuegos* y otros más, entre ellos *Los juegos florales*, que reproducimos, preciosa composición que evoca el recuerdo de una fiesta perpetuada en nuestra región, bastan por sí solos para crear una reputación y para que se reconocieran en Luis Jiménez dotes y alientos de verdadero artista.

Trasladado á París, en donde reside desde 1877, lanzóse al combate, teniendo el valor de presentar lienzos inspirados en escenas de la vida moderna, en los concursos en donde era limitado el número de los que, como él, profesaban los nuevos ideales. *Le fumier*, *Un almuerzo de trabajadores* que ya conocen nuestros lectores, – *Viejo solterón*, *Campesinas picardas*, *Bretonas en la iglesia*, *Le premier mot d' amour*, *Contratos*, *El traje nuevo*, *Le carreau du Temple* y *La visita de una sala del Hospital*, inspirado en una escena de la vida real con pasmosa exactitud, han sido los cuadros producidos en la nueva fase artística de Luis Jiménez.

Admiradores del verdadero mérito y entusiastas por cuanto pueda significar una gloria, á la vez que una reivindicación para el arte patrio, hemos dedicado estas desaliñadas líneas al artista, como una muestra de consideración que nos merece quien al elevarse ha logrado tambien elevar, en el extranjero, el concepto artístico de nuestra patria.

Santas Justa y Rufina, cuadro de Domingo Fernández y González. – El distinguido pintor español Fernández y González, pensionado en Roma, ha representado en este cuadro un trágico episodio del tiempo de la dominación romana en España, durante el reinado de Diocleciano. Justa y Rufina vivían pobremente en Sevilla á mediados del siglo III, y habiéndose negado á ofrecer sacrificios á la diosa Selembo (Venus), fueron encerradas en la cárcel y condenadas á muerte, después de haber sido sometidas á crueles tormentos. Cuando los jueces penetraron en la prisión para conducir al circo á las dos doncellas, Rufina les mostró el cadáver de su hermana Justa, que había perecido de hambre: Rufina fué más tarde arrojada á un león; mas como la fiera no quisiese devorarla, fué quemada, martirio que sufrió con admirable y santa resignación. La Iglesia católica ha santificado á las dos hermanas, y Sevilla y otras muchas ciudades las han declarado sus patronas.

La primera riña, cuadro de A. Corelli. – ¿A qué explicar lo que representa el bonito cuadro de Corelli? ¿Por ventura aquellas dos figuras tan deliciosamente sentidas no expresan con toda la claridad apetecible lo que el autor quiso significar? Contemplándolas harto se ve que la ofendida es ella, y que él, arrepentido de lo hecho, arde en deseos de solicitar el perdón de su falta, que de fijo le será concedido en cuanto se atreva á implorarlo. Al fin y al cabo todos sabemos lo que son riñas de enamorados, nubes de estío que pronto se disipan y tras de las cuales aparece el sol más radiante y el cielo más límpido.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. — ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

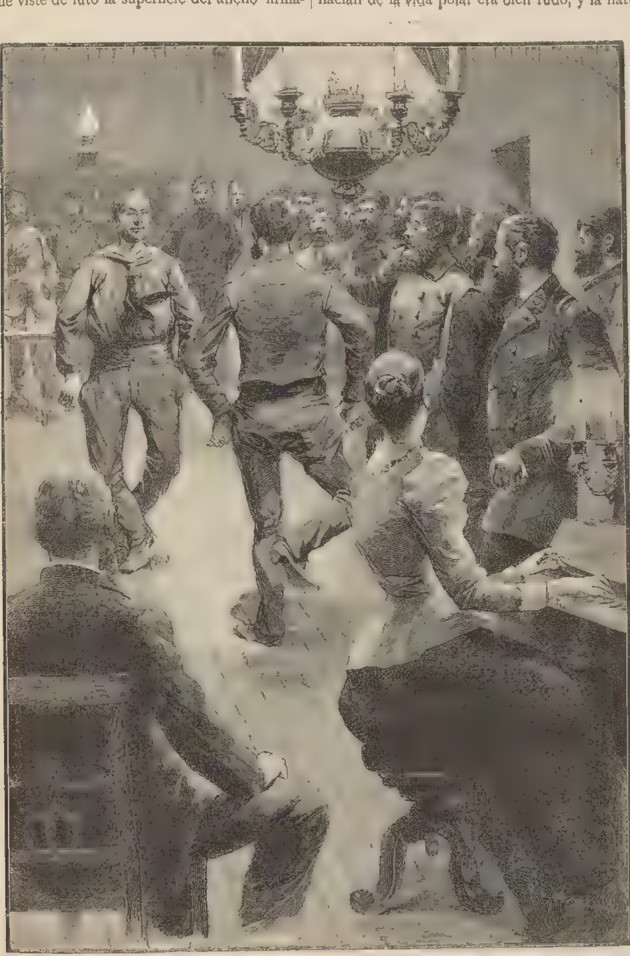
V

LA INVERNADA

El frío había vuelto á tomar triunfalmente posesión de sus dominios, gracias á las tinieblas de la noche polar que viste de luto la superficie del ancho firmamento. Merced á los prudentes cálculos que se hicieron antes de la construcción é instalación del Fuerte-Esperanza, los invernantes habían padecido muy poco todavía. En efecto, entre las espantosas temperaturas del exterior y las que en lo interior proporcionaban las estufas siempre encendidas, había casi constantemente una diferencia de 30 á 40 grados.

Así es que por consejo de los dos médicos se había levantado delante de cada puerta una especie de cobertizo vacío para permitir á los que salían acostumbrarse á la enorme ruptura de equilibrio que había entre las dos temperaturas.

Hasta el solsticio la poca luz que brillaba en el firmamento no merecía el nombre de día. Era una especie de vago crepúsculo que á las veces teñía de vivísimos tonos rojos y violados el extremo límite del horizonte. Para prepararse á la gran expedición que se había fijado para el 15 de abril, se dedicaban todos los días hábiles del otoño á explorar los alrededores, y así poco á poco los viajeros adquirieron conocimiento exacto de su dominio. Estas expediciones se hacían siempre en trineos que tan pronto arrastraban los perros como los marineros. El aprendizaje que hacían de la vida polar era bien rudo, y la naturaleza parecía complacerse en demostrar con cuánta constancia quería defender las regiones del polo contra la curiosidad humana.



Los canadienses bailaron *gigues* más ó menos escocesas (véase pág. 581)

Los primeros arrastres sobre todo fueron terribles. Los organismos no estaban todavía aclimatados á aquellas temperaturas de 24, 28 y 32 grados bajo cero que casi invariablemente reinaron desde 15 de octubre al 1.º de mayo. Y sin embargo, los viajeros aprovechaban cuanto podían la experiencia de sus predecesores, pues en lugar de telas muy gruesas y pesadas habían adoptado para sus trajes las lanas dulces y ligeras que dejan libre el juego de los miembros. Un doble pantalón, una camiseta y encima de ésta una blusa de lana muy tupida y sobre esto un abrigo corto forrado de pieles constituían el traje de los hombres, juntamente con una gorra de piel, polainas que cubrían las botas, provistas de suelas de madera, y unos mitones de lana encima de guantes de piel forrados.

No hay necesidad de decir que Isabel había adoptado un traje parecido, preparado desde hacía ya mucho tiempo. En cuanto á su nodriza, con sus anchos hombros y su pesado andar, parecía una verdadera bestia salvaje, enfundada en aquel traje que no brillaba ciertamente por su elegancia.

El Sr. de Keralio fué quien dió primero ejemplo de valor y resistencia. El 15 de octubre, acompañado del doctor Servan y de los marineros Guerbraz y Carré, emprendió la exploración de la costa en un trineo tirado por doce perros. Salidos del cabo Ritter bajo el 76° paralelo, los exploradores rebasaron el cabo Bismarck y se lanzaron atrevidamente hacia el Norte. La costa se prolongaba casi en línea recta hasta el 79°. Allí oblicuaba hacia el Oeste y los viajeros pudieron comprobar con alegría que aquella desviación formaba ángulo suficiente para permitir el acceso del cabo Wáshington entrevisto por Lockwood en 1882. Sólo faltaba saber si la vía marítima quedaría también expedita. Aquella primera excursión hecha á través de borrascas de nieve y con una temperatura media de 18 grados bajo cero, terminó en el grado 81. Un pico vagamente entrevisto en el Noroeste recibió el nombre de Monte Keralio, al mismo tiempo que se bautizaba como cabo Servan el promontorio que sirvió de límite á los viajeros.

Fué preciso volver. Durante los primeros cuatro días habían recorrido 125 kilómetros; pero luego, como los hombres se debilitaron y el camino era más y más penoso y más áspero el frío, sólo se adelantó á razón de 25 kilómetros diarios. La exploración duró en junto unas cuatro semanas. Las literas de piel de bisonte fueron un gran recurso para los pobres caminantes, que volvieron extenuados de fatiga y ateridos por el frío. Por fortuna la acogida que recibieron al llegar los reconfortó muy pronto. Lo raro fué que Guerbraz, el más robusto de la expedición, era el que más había padecido de los rigores del clima, hasta el punto de helársele un trozo de la oreja izquierda.

Por turno salieron á efectuar expediciones los demás grupos, unos hacia el Norte, otros hacia el Oeste. Entre todos fueron bastante afortunados para traer algunos kilos de carne fresca que renovaron las provisiones y rompieron la monotonía de las comidas, pues el pemmican y el pan comprimido habían estragado todos los paladares y estómagos.

El invierno y la gran noche polar condenaron á los viajeros al reposo, pues no podía pensarse en llevar la luz indispensable para alumbrar el camino y éste ofrecía grandes peligros á través de los barrancos y quebraduras de los *hummocks*. La orden del día fué dada con arreglo á lo que habían hecho los precedentes invernantes, y todos quedaron encerrados en la casa.

Allí el trabajo no faltaba, ya que era preciso no descuidarse nunca en velar por la seguridad del edificio, amenazado sin cesar por las tormentas del Sudeste. El invierno, á pesar de aquellos fríos excesivos, quedaba de cuando en cuando interrumpido, por decirlo así, por corrientes templadas, y advirtiendo algunos canales de agua en el pack, los viajeros creyeron exactas las presunciones que se tenían acerca de que el mar de la Groenlandia era más libre que los mares de Barentz ó del Norte-América. Evidentemente alguna rama del Gulf-Stream corre por aquellas altas latitudes y permite siempre la dislocación de los hielos.

Maravillosamente resguardada por su cintura de icebergs, la *Estrella Polar* no sufrió nada de las presiones desmedidas del hielo. Su cuna de acero cumplió perfectamente su cometido, y las articulaciones del armazón de metal funcionaron bajo la presión, librando así al navío de ella. El 15 de noviembre, el capitán Lacrosse, escalando los témpanos que rodeaban al navío, encontró á éste con la quilla fuera del agua, materialmente suspendido á dos pies encima del nivel del campo. Sondeos practicados inmediatamente le tranquilizaron contra el riesgo de un encallamiento perpetuo. El hielo subyacente no tenía sino tres metros de espesor y el agua se mantenía debajo á la temperatura de un grado hasta la profundidad de 25 á 40 brazas

El 25 de noviembre el frío heló el mercurio y fué preciso recurrir á los termómetros y barómetros de alcohol puro. Los días siguientes reinaron temperaturas todavía más espantosas, y el 22 de diciembre, después de una rápida subida de la columna termométrica (−22°), el frío llegó al mínimum alcanzado raras veces por los exploradores, es decir, á 56 grados bajo cero.

Tal fué la intensidad del frío, que algunos de los hombres enfermaron. Fué preciso proceder á la amputación de dos dedos de la mano izquierda del marinero bretón Leclerc.

Pero el caso más alarmante fué el de la nodriza Tina Le Floc'h.

La bretona, acostumbrada al clima húmedo y templado de su país, no podía soportar aquellos fríos horribles, tanto menos, cuanto que en aquellas altas latitudes no hay apenas humedad que los temple. La más ligera omisión en el cuidado de la casa produce en seguida funestas consecuencias. Si no se rasca á menudo el suelo, se cubre rápidamente de una capa de escarcha; si la temperatura interior desciende solamente uno ó dos grados, el aliento se transforma inmediatamente en finísimos copos de nieve que se fija en las habitaciones, saturándolas de ácido carbónico. Una corriente de aire que penetre en las habitaciones de una manera impensada, basta para ocasionar al momento descensos de temperatura capaces de originar congestiones y pulmonías.

Los primeros arrastres sobre todo fueron terribles

Una mañana, Huberto d'Ermont anunció al consejo de oficiales que iba á aplicar por vez primera, el medio de que disponía para combatir aquel temible enemigo que tanto les hacía padecer. El mismo día realizóse el experimento. Las estufas colocadas en todos los cuartos de la casa dejaron de arder bruscamente por habérseles quitado el carbón, y antes que los marineros, estupefactos al ver que se apagaban las estufas, hubiesen vuelto de su sorpresa, la parte superior de ellas giró rápidamente y en su metálico reflector ardieron cuatro lenguas de fuego de color rojizo que daban un calor intenso y poca luz. Al propio tiempo, en vez de las lámparas cuyo aceite se había congelado, en lugar de las bujías y de los ensayos de luz eléctrica que el químico Schnecker había intentado, fulguraron en mecheros dispuestos al efecto anchos abanicos de bicarburo de hidrógeno.

¡Gas en aquellas latitudes! Aquello parecía milagroso. ¿Quién había realizado aquel prodigio?

No faltó quien se lo explicara antes que todos, y fué el alemán convertido en alsaciano. Al comprobar que Huberto no había mentido y que supo mantener lo que prometiera, rechinaron sus dientes y entró en acceso de furor.

El hidrógeno de los tubos era lo que producía aquel resultado maravilloso, y por la noche, al preguntarle al joven cuánto gas se había consumido, respondió sonriendo:

–¡Oh, muy poco! Apenas 40 decímetros cúbicos!

¡Cuarenta decímetros cúbicos! Aquello equivalía á un centímetro cúbico del mismo gas en estado sólido. El descubrimiento de Marcos d'Ermont era auténtico; la práctica lo sancionaba. Con algunos tubos de aquel maravilloso producto se podía desafiar el más riguroso invierno, y Huberto podía decir, renovando la fórmula de Arquímedes:

«Dadme un condensador y deshelaré el polo.»

Pero no debían ceñirse allí los resultados admirables del descubrimiento. Al día siguiente del ensayo se verificó un verdadero banquete en el comedor de los marineros. Los hornillos de la cocina ardieron de un modo maravilloso, ya que una sola llama, alta de cuatro milímetros, bastaba para desarrollar un calor de 1.800 grados, hasta el punto que era preciso moderar aquel calor infernal por medio de una ingeniosa proporción de distancias. Es sabido, en efecto, que la combustión del hidrógeno en el aire da la casi increíble temperatura de 1.789 grados, superior en 189 grados á la del hierro en fusión.

Durante la comida, en tanto que los vasos chocaban alegremente y que maravillados los tripulantes pedían en broma que se les dieran trajes de dril, el doctor Servan hizo esta observación menos alegre:

–¡Vaya, vaya, no hablemos demasiado! He observado algunos rostros y algunos labios, y esto me ha hecho pensar en que debíamos redoblar las precauciones higiénicas. ¡Ojalá tuviésemos algunas hierbas frescas á nuestra disposición!

–¡Que no quede por eso!, replicó alegremente Hubertó. Si el Sr. Schnecker me quiere ayudar, construiremos un invernadero.

–¡Un invernadero!, exclamó el alemán.

–Sí, señor, y en él haremos que crezcan legumbres primerizas: zanahorias, escarola, rábanos, etc., todas las plantas refrescantes.

Todos se miraron con estupor, pero el químico reía con sorna. Sin embargo, el entusiasmo fué comunicativo y un ¡hurra! unánime estalló de un extremo á otro de la mesa.

–¡Legumbres!, exclamó el teniente Remois. Pues ya que estáis en ello, sería conveniente también tener algunos frutos.

–¡Sí, sí, frutos!, exclamaron todos entusiasmados por aquellas esperanzas.

–¿Y por qué no fresas?, dijo bromeando Isabel.

–Aunque no lo creáis, mi querida prima, tendremos fresas y legumbres en primavera. Sólo falta esperar el tiempo que necesitarán para germinar y crecer.

La comida terminó con estos nuevos auspicios. Al siguiente día, todos los hombres de la expedición trabajaban con febril actividad para convertir uno de los cobertizos en estufa. Un segundo tabique de madera vino á añadirse al primero, y el hueco que quedaba entre los dos se rellenó de cenizas y cisco. Dos estufas móviles se instalaron á cada extremidad y, al propio tiempo, en cada ángulo se colocó una lámpara eléctrica.

En fin, alrededor de los tabiques se removió cuanto se pudo el suelo helado, después de regarlo con agua hirviente.

–Pero, exclamó el teniente Hardy, ¿creéis que el frío va á desaparecer por esa poca de agua hirviente?

–¡Paciencia, querido amigo, paciencia!, contestó Huberto. El Sr. Schnecker os dirá que basta evitar el frío durante un día.

En la banda de tierra regada de este modo alrededor del invernadero, se enterró una barrilla de hierro continua, cuyas extremidades se fijaron en las dos estufas. De este modo bastaba poner incandescentes esas extremidades, para mantener en la tierra una temperatura templada, y húmeda por la fusión del hielo del propio suelo.

–Muy bien, dijo el incrédulo Hardy; pero ¿dónde encontraremos tierra vegetal?

–Sabed, caballero, replicó el alemán, que cualquier tierra es vegetal para los horticultores hábiles.

De tiempo en tiempo los obreros interrumpían su trabajo para contemplar la tarea ya hecha y quedaban extáticos ante ella, no creyendo casi á sus ojos. ¡Un invernadero, legumbres y frutos á los 76° de latitud boreal, en plena noche polar y con una temperatura de 40 grados bajo cero!

Pero ni Huberto ni Schnecker hablaban en balde. Ahora se trataba de encontrar la tierra y el abono.

No podía pensarse en desmenuzar las rocas vecinas, absolutamente heladas hasta seis ú ocho metros de profundidad. Para fecundizar la tierra, conforme á las reglas de aquel nuevo arte de jardinería improvisado, Schnecker hizo extender sobre ella una capa de ceniza fría. Pero á aquel lecho de ceniza urgía añadir cuanto antes una segunda capa de fecundación. ¿Dónde encontrarla?

Cuando se le hizo esta pregunta, el químico contestó riendo:

–¡Bah! Esto no es tan difícil como parece. En la *Estrella Polar* hay cuanto necesitamos.

Y al día siguiente, doce hombres, dirigidos por Guerbraz, se encargaron de sacar de la cala del steamer toda la arena y paja que se necesitaba.

Interinamente se colocaron ambos materiales en el centro del invernadero, y en seguida Schnecker empezó las operaciones químicas indispensables para convertir la paja en abono.

Desmenuzada hasta el punto de convertirla poco menos que en polvo, fué sometida á una cocción de dos horas en agua hirviente. Luego en aquella mezcla se echaron todos los detritus orgánicos que pudieron recogerse, y era en verdad necesaria toda la paciencia de un químico enamorado de su arte para dedicarse á un trabajo tan nauseabundo como fatigoso.

Cuando quedó terminada esta tarea Huberto d'Ermont fué á felicitar al alemán.

–Querido Sr. Schnecker, dijo, creo que sólo falta azoar de un modo suficiente este abono que ya me parece muy rico. ¿No lo consideráis así?

–¡Pardiez!, contestó el alemán, creo que el hombre que ha solidificado el hidrógeno, bien puede encontrar algunos litros de ázoe líquido.

–Es verdad, dijo el teniente de navío. He aquí el ázoe pedido.

Y diciendo esto, presentó el sabio un cilindro de 40 centímetros de longitud por 20 de diámetro.

Aquel cilindro, instalado sobre un caballete y provisto como los demás de una espita con volante, fué puesto en comunicación con un barril de cristal bastante grueso, provisto de un doble conducto.

El interior del barril se llenó de una mezcla líquida de hidrógeno y carbono que tan ávidos se muestran del ázoe.

Entonces, con infinitas precauciones, los dos hombres abrieron la espita y dejaron que el líquido cayera gota á gota en la mezcla, donde, á medida que volvía á adquirir su elasticidad gaseosa, quedaba absorbido con rapidez. Esta operación duró cerca de dos horas y después el abono fué rociado con el líquido fecundante.

–Ahora, dijo Schnecker, sólo falta regar cada día nuestro sembrado.

–Yo me encargo de ello, repuso alegremente Isabel, pero ¿cuánto voy ganando?

–Fijad vos misma el salario.

–Sólo pido que me dejéis plantar algunas flores entre las legumbres.

Todos aplaudieron á la señorita de Keralio, y alguien dijo que sólo faltaban algunos pájaros moscas para creerse en una selva americana.

El abono fué extendido por el suelo y luego se cubrió con una capa de arena de 15 centímetros de espesor, que fué también regada con la mezcla amoniacal.

–Ahora, dijo Schnecker, ya no falta sino sembrar.

Se dejó que aquella *tierra* reposara un día bajo la doble acción del calor subterráneo y de la luz eléctrica fuertemente proyectada por globos de cristal deslustrado, y al día siguiente por la mañana se sembraron todos los granos en los cuales se fundaba la esperanza de una buena cosecha. Un cuadro de fresas fué puesto bajo la más inmediata acción de las lámparas, y la escarola, los rábanos, las zanahorias y el perejil se colocaron en los demás, en tanto que Isabel hacía sembrar diversas semillas de flores anuas junto á los tabiques.

–¡Y ahora, á la merced de Dios!, dijo Pedro de Keralio.

Efectivamente, desde entonces para adelante sólo debía esperarse la labor de la germinación.

El empleo del hidrógeno como combustible y lumínico produjo maravillosos resultados; tanto, que sin el espectáculo de la tremenda noche polar que se divisaba en el exterior, hubieran podido los expedicionarios creerse en plena primavera.

Sin embargo, por consejo de los dos médicos, d'Ermont redujo el consumo de dicho gas. Había po-

derosos motivos que aconsejaban tal medida. Era el primero el deseo de conservar una buena provisión de aquel elemento prodigioso para poder subvenir á las necesidades futuras; y el segundo, que aquella combustión de hidrógeno, si bien muy atenuada por el paso del gas á través de una capa de cisco, agotaba rápidamente la provisión de aire respirable en aquellas habitaciones herméticamente cerradas, cosa que hizo temer por la salud de todos.

Fué preciso volver

A la primera objeción contestó Huberto que había hidrógeno bastante para tres inviernos; pero nada contestó á la segunda, pues comprendía que aquella temperatura anormal sólo podía obtenerse en detrimento de la combustión interna de los pulmones. Quedó, pues, convenido que en cuanto remitiera un poco el frío se volvería al antiguo sistema de calefacción por medio del carbón, y que el precioso gas no se utilizaría sino para la alimentación de los productos azoados del suelo.

Entre la más grande calma se llegó á mediados de enero, época en la cual anunció el sol su vuelta tiñendo á ratos de blanco el horizonte.

En cambio, los invernantes pudieron observar magníficas auroras boreales.

Esos fenómenos eléctricos eran tan frecuentes que ya nadie hacía caso de ellos, como no fuera para temer las tremendas borrascas de que generalmente eran los precursores, y que más de una vez fueron tan violentas, que la casa sólo se salvó de una completa destrucción á causa del abrigo que le prestaban las altas rocas.

Se temió también por la integridad del navío; pero el comandante Lacrosse que, no pudiendo resistir su impaciencia, salió con el teniente Remois y seis hombres, pudo convencerse con inmensa alegría que el buque continuaba incólume, sostenido por su cuna de acero y fuerte como el primer día. Grandes témpanos le rodeaban y el bauprés se hallaba literalmente aprisionado entre dos de ellos, lo cual constituía un riesgo, puesto que, si la presión se acentuaba por aquella parte, podía la *Estrella Polar* ceder por la popa y perder así la magnífica situación en que estaba. Para evitar ese riesgo se encendieron las calderas, y tres horas después, gracias á potentes y continuos chorros de vapor de agua, el buque se veía libre de aquel abrazo que podía resultar mortal.

Con la primavera iba á volver el tiempo de las excursiones y de la caza; pero la primavera del polo, que también empieza en 21 de marzo, es una entidad muy problemática y había que aprovechar los pocos días buenos que tiene para tratar de subir más al Norte, bien en trineos, bien á bordo de la *Estrella Polar*.

Sin embargo, empezaban á notarse entre la gente los efectos de la larga claustración. Los síntomas del escorbuto se iniciaban en algunos, y aparecían las encías tumefactas y sanguinolentas, los dolores de muelas y neuralgias, y la hinchazón de las articulaciones y los dolores reumáticos hicieron que los médicos aconsejaran los ejercicios físicos á todo el mundo. A pesar del frío, que era intensísimo todavía, salieron los hombres al campo libre en cuanto fueron bastante largos los crepúsculos del mes de febrero.

Los vestidos á propósito que usaban y las fricciones y los baños calientes habían mantenido casi en todos la elasticidad de miembros que era precisa para pisar aquel terrreno quebrado. Y gracias á los poderosos medios caloríficos de que disponían, no corrían el riesgo de que, como los hombres del *Alerta* y del *Fort Conger*, encontraran á la vuelta sus camas convertidas en tablas por el rigor de la temperatura. La estufa seca y el lavadero que corrían á cargo de Tina Le Floc'h prestaban á los habitantes de Fuerte-Esperanza el inmenso servicio de tenerlos constantemente provistos de ropa blanca limpia y de desinfectar todas las mantas de las camas.

No se descuidaba tampoco el capítulo de las distracciones, pues en el polo es indispensable ante todo mantener la animación á fin de que no decaiga la entereza de carácter.

Aquellas diversiones se dejaron á cargo de Isabel de Keralio, y no pasó un domingo ni un día festivo sin que por la mañana se celebraran ejercicios religiosos y por la noche representaciones teatrales ó bailes. Se organizaron también una serie de conciertos vocales é instrumentales, y se tomó tanta afición á aquellas fiestas íntimas, que el día anterior ya se discutía el programa del siguiente día.

Cada vez la *soirée* iba precedida de un banquete cuya lista hubiese hecho honor á un cocinero de las zonas templadas. Gracias á las numerosas provisiones que se trajo consigo la expedición y á la reserva de la carne de caza que se había hecho, se pudo mezclar de un modo tan armónico como variado la carne fresca y las conservas.

Cuando empezaron á ser comestibles las legumbres sembradas, las comidas del domingo resultaron un verdadero banquete. Gracias además á la ingeniosidad del marinero Leclerc y á la experiencia de Tina, se llegaron á guisar el pemmican y los bizcochos de modo que podían comerse á gusto. Colaborando ante los hornillos, los dos bretones llevaron rápidamente su arte culinario á alturas hasta entonces no sospechadas.

No era esto todo, y otras ocupaciones secundarias interesaban á los invernantes.

Efectivamente, tres de las perras de la jauría esquimal habían aumentado la población canina con una docena de cachorros. Fué preciso cuidar muchísimo á los perritos, y á pesar de ello murieron tres, pero los nueve restantes crecieron muy robustos.

No era por cierto uno de los espectáculos menos conmovedores de aquella vida claustral ver á Isabel ocupada en distribuir la pitanza á los pequeñuelos, á los que permitía dormir en un rincón del invernadero, donde dejaba entrar las tres madres para cuidar á sus cachorros.

VI

UN ACCIDENTE

Las excursiones se hicieron diariamente desde el 1.º de marzo. Tocaban á su fin los últimos días de invierno y se acercaba el momento en que el sol brillaría de continuo sobre el horizonte.

Esto facilitaba mucho los paseos y permitía contemplar espectáculos maravillosos en aquel paisaje desolado, pero imponente.

Los alrededores del cabo Ritter estaban cuajados de colinas que se elevaban en suave pendiente. Desde su cúspide la mirada dominaba el país entero, y cuando la atmósfera era transparente era aquel uno de los más hermosos espectáculos que se pudieran ver.

Así es que Isabel no cesaba de hacer excursiones, y un día, volviendo de una de ellas, exclamó:

– Me parece que acabaré por creer que el polo se parece al paraíso terrenal.

Sin embargo, el viento del Norte, glacial y violento, contradecía aquellas alabanzas.

El Sr. de Keralio, no cesaba de recomendar á su hija la mayor prudencia.

– Estamos en el momento más peligroso del año, y no pasa un día sin que advirtamos numerosas grietas en el hielo. Las diferentes temperaturas bastarían para explicar su aparición; pero sabemos además que la costa oriental de la Groenlandia está bañada por una rama del Gulf Stream, y por lo tanto se marcan en ella elevaciones de temperatura desconocida en la costa occidental, en el canal Robesson y en el estrecho Smith. Es preciso, pues, vigilar siempre el suelo que se pisa, pues es fácil verse arrastrado por algún alud ó por la marcha de los glaciares.



(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL DOCTOR CHARCOT

La ciencia acaba de perder á uno de sus más ilustres representantes, un sabio eminentísimo cuyo nombre brillaba con gran esplendor, no sólo en Francia, su patria, sino en el mundo entero. En todas partes se le consideraba con justicia como innovador atrevido, como profesor de portentosa elocuencia y como jefe de escuela cuya influencia ha sido preponderante en los progresos de la medicina contemporánea.

El eminente doctor J. M. Charcot: nació en París en 1825, murió en las cercanías de Chateau-Chinon (Nievre) el 17 de agosto de 1893. (De una fotografía de Nadar.)

Juan Martín Charcot fué un parisiense en la más pura acepción de la palabra: nacido en París en 1825, puede decirse que casi nunca abandonó su ciudad natal. Su juventud fué laboriosa: después de haber seguido sus estudios clásicos, se dedicó á la carrera de medicina, y apenas *debutó* en ella, hízose notar por la sagacidad de sus observaciones, por su excepcional inteligencia y por su ardor en el trabajo. Fué sucesivamente interno, jefe de clínica en 1852 y se doctoró en 1855. Los muchos premios que obtuvo en la facultad atrajeron hacia él la atención de sus colegas: en 1856 se le nombró médico de los hospitales, en 1860 profesor sustituto y en 1862 médico en el hospicio de la Salpetriere, en donde dió, á poco de su ingreso, las conferencias que tanta fama le conquistaron. El profesor, en vez de estacionarse dentro de los límites de la ciencia adquirida, aceptaba y enseñaba, escogiéndolas con tanto talento como acierto, todas las ideas nuevas, todas las innovaciones fecundas y prácticas.

Charcot no se circunscribía á la enseñanza de su clínica de la Salpetriere, sino que por el contrario, además de ésta, explicaba un curso de Patología externa en la Escuela práctica. En 1873 se le confió la cátedra de Anatomía patológica de la facultad de París, que desempeñó hasta 1883, y la Academia de Medicina no tardó en abrirle sus puertas admitiéndole en el número de sus individuos.

Una vez en posesión de tan brillante situación científica y médica, dedicóse Charcot á los grandes trabajos que debían hacer imperecedero su nombre: en efecto, á partir de 1877 el sabio maestro ha elucidado multitud de cuestiones relativas á las enfermedades del hígado, de los riñones y de la medula y enriquecido la Fisiología contribuyendo á la creación de la célebre teoría de las localizaciones cerebrales. Todos sus estudios han producido sus frutos y se refieren á una porción de problemas de la patología cerebral ó de las afecciones nerviosas, habiendo sido fecundos en resultados prácticos, especialmente en lo que concierne á la ataxia locomotriz, á las perturbaciones medulares, á la afasia, al histerismo y á la gran neurosis. El doctor Daremberg, en un reciente trabajo necrológico, ha dicho con razón: «Charcot ha puesto orden y precisión en una infinidad de problemas médicos en los que antes de él sólo imperaba el desorden.»

La obra capital de Charcot fué su estudio de las enfermedades nerviosas. Desde hace muchos años, las lecciones del maestro puestas en práctica en la Salpetriere y relativas á la gran neurosis, al hipnotismo y á las diferentes formas del histerismo, han venido llamando la atención universal. En ninguna cátedra oficial habíase osado abordar el estudio de todo este orden de fenómenos que desde la antigüedad han apasionado la curiosidad pública y burlado la sagacidad de los observadores: Charcot quiso someter estos extraños fenómenos al examen escrupuloso del método experimental, estudiándolos con gran clarividencia, logrando reproducirlos á voluntad y revelando á menudo la existencia de hechos extraordinarios que antes de él se consideraban quiméricos. Las conclusiones del maestro ¿no se han apartado nunca del terreno del más absoluto rigor científico? No nos atrevemos á contestar á esta pregunta; pero fuere cual fuere la contestación, es indudable que Charcot ha derramado nueva luz sobre un vasto campo de investigaciones hasta entonces envuelto en tinieblas. En este orden de investigaciones Charcot no sólo ha logrado, como todos los demás, grandes descubrimientos médicos, sino que además ha abierto á la ciencia nuevos horizontes, ha iniciado á multitud de discípulos y ha fundado una escuela, hoy día célebre, conocida con el nombre de Escuela de la Salpetriere, que difunde luz brillante, así por los trabajos realizados, como por el número de hombres eminentes que la componen.

En la Salpetriere es donde Charcot demostró más elocuentemente su genio de investigación, la seguridad de su ciencia y la autoridad de su palabra: allí organizó multitud de instalaciones útiles, fundó un museo anatomo-patológico y un laboratorio de investigaciones con un taller fotográfico para registrar los fenómenos nerviosos; allí hizo construir, hace algunos años, salas de electroterapia admirablemente organizadas; allí finalmente inauguró las conferencias que en 1883 se transformaron en cursos de las enfermedades nerviosas.

Charcot, además de individuo de la Academia de Medicina, lo fué de la de Ciencias, habiendo sido también presidente de la Sociedad Anatómica, vicepresidente de la de Biología y comendador de la Legión de Honor.

El gran clínico falleció en 17 de agosto último, casi repentinamente, á consecuencia de una afección cardíaca, cerca de Chateau-Chinon, á orillas del lago de Settons, durante un viaje de placer que en compañía de varios amigos había emprendido en el Morván. Su cadáver fué conducido al cementerio, seguido de numeroso acompañamiento, del cual formaban parte todas las notabilidades científicas de París y que presidía el hijo del ilustre sabio, Juan Charcot, interno de los hospitales, digno discípulo de su padre, que es de esperar mantendrá á gran altura el nombre preclaro que le ha sido legado.

La obra de Charcot es considerable: ha publicado gran número de memorias, artículos y estudios sobre las enfermedades crónicas y nerviosas, sobre el reumatismo y reblandecimiento cerebral. Todos sus escritos son conocidos, apreciados y solicitados por los médicos del mundo entero: sus lecciones son uno de sus mejores títulos á la gloria y han sido traducidas á todos los idiomas. Unos y otras continuarán siendo consultados con provecho; pero, en cambio, ya no se oirá más la palabra del maestro, aquella palabra vibrante que el orador reforzaba con enérgicos ademanes y que doquier era escuchada con admiración.

Gastón Tissandier

(De *La Nature*)

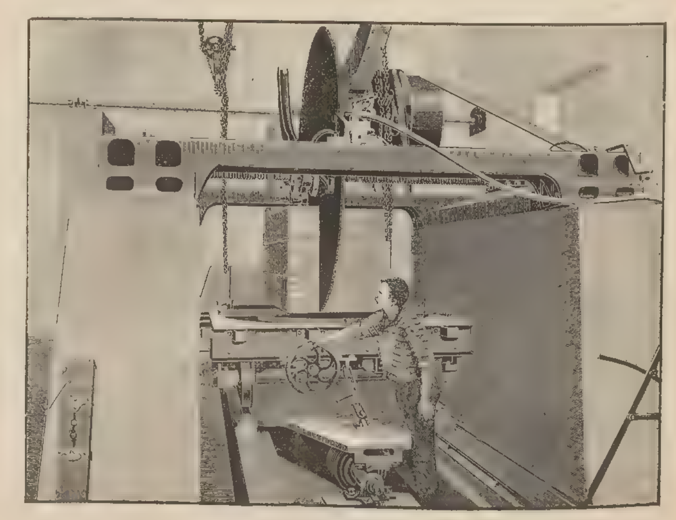
* * *

SIERRA CIRCULAR PARA ASERRAR PIEDRAS

La máquina que reproducimos y que ha sido inventada por J. T. Pearson, de Burnley (Lancashire), constituye un notable progreso en la industria de aserrar piedras: hasta ahora sólo se aserraban con ayuda de unas barras de hierro que se movían en sentido horizontal sobre arena húmeda que hacía las veces de los dientes de las sierras. Pearson ha sustituído este sistema por medio de ruedas circulares con dientes, cuyas puntas son de diamante y que dan de 400 á 1.000 vueltas por minuto. La piedra que se ha de aserrar va colocada en una especie de carro que se mueve sobre rieles y que avanza merced al mecanismo cuyo timón maneja el obrero, el cual puede variar la velocidad según la dureza del material: el bloque de piedra descansa sobre un disco movible, gracias á lo que puede ser aserrado por ejemplo diagonalmente y obtenerse de esta suerte piedras angulares. Cuando la sierra ha terminado su obra, el carro retrocede y deja su lugar á otro previamente cargado.

Según parece, esta máquina puede aserrar las piedras más duras con la misma facilidad que si fuesen madera y con una rapidez de 20 á 50 veces mayor que por el antiguo procedimiento sin necesidad de emplear arena, perdigones ni polvo de diamante. Como fuerza motriz pueden utilizarse el vapor, el gas ó el agua, y un solo hombre basta para servir la sierra.

(Del *Prometheus*)



Sierra circular para aserrar piedras

NUEVO ALUMBRADO DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD DEL PUERTO DE NUEVA YORK

Universalmente conocida es la magnífica estatua de Bartholdi que se alza á la entrada del puerto de Nueva York: de día, el efecto que produce es imponente, pues el extremo de la antorcha que sostiene llega á una altura de 93 metros, pero por la noche es invisible y en vez de iluminar necesitaría ser iluminada.

Cuando se construyó la estatua no se había previsto otro género de alumbrado que el de encender algunas luces detrás de las ventanas practicadas en la diadema, cuando lo que se requería era hacer luminosa la antorcha. En un principio se proyectó colocar en el balcón que rodea á ésta lámparas eléctricas con reflectores que proyectasen la luz sobre la misma, pero por desgracia las planchas de cobre, forzosamente oxidadas, nada habrían reflejado á menos de que se las hubiera dorado. Entonces se quiso instalar en la llama de la antorcha un potente foco eléctrico visible desde todo el horizonte, y puesto en ejecución el proyecto quedó aquél instalado en noviembre de 1886: habíanse colocado al efecto lámparas de arco en la especie de cámara que forma el revestimiento de la llama y practicado en éste una serie de agujeros circulares para dar paso á la luz. Pero con ello no se consiguió iluminar la estatua, pues el color negro del cobre absorbe enorme cantidad de luz, y aunque M. Bartholdi estaba satisfecho, el público no lo estaba, pues la luz de la antorcha parecía de lejos una estrella. Pidióse entonces que se dirigiese un chorro luminoso hacia el cielo para iluminar las nubes y que se alumbrase la diadema, y á este propósito M. Bartholdi aconsejó que se colocaran en ésta fuegos de diversos colores.



Nuevo alumbrado de la estatua de la Libertad del puerto de Nueva York

Desde fines de 1892, sin embargo, el alumbrado fué modificado según un proyecto originalísimo de Mr. David Porter Heap. Antes de esta modificación la antorcha contenía 9 lámparas de arco, equivalentes á 2.000 bujías cada una, y apenas se las veía al través de los agujeros de que hemos hablado; actualmente las nueve lámparas han sido reemplazadas por una sola de 5.000 bujías, cuya luz irradia al exterior en todas extensiones por haberse quitado las planchas de la antorcha al nivel de la lámpara y en una altura de 46 centímetros, operación difícil por la forma de aquélla. En el interior una serie de espejos de aluminio convenientemente inclinados reflejan la luz horizontalmente; además alguna luz se escapa también por los agujeros, y en lo alto de la llama de la antorcha se ha practicado una abertura cerrada por cristales blancos, encarnados y amarillos. Otros reflectores envían una porción de luz á las nubes.

Alrededor de la diadema hay 50 lámparas incandescentes de 50 bujías cada una y de diferentes colores, que vistas desde el puerto hacen el efecto de una corona de piedras preciosas, y por último un proyector eléctrico ilumina la estatua de arriba abajo.



LA PRIMERA RIÑA, cuadro de A. Corelli

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 18 de septiembre de 1893 — Núm. 612

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MIGNON, estatua en barro cocido de Venancio Vallmitjana



LOS DINEROS DEL SACRISTÁN...

En un lugar de la Mancha, que *Albaladillo de Abajo* tiene por nombre, y cuya única particularidad consiste en que no hay *Albaladillo de Arriba*, de quien sea preciso diferenciarle, existía no hace muchos años un maestro herrador. Albéitar examinado, hombre de ciencia, según él mismo aseguraba, de conciencia, á juzgar por la opinión que de él tenían todos los vecinos, y de paciencia, conociendo á su terrible esposa doña Prisca Serrano y Zengotita, mujer de grandes pretensiones, de agrio carácter y de fisonomía hombruna y desapacible. Tenían ambos cónyuges un hijo de 25 años, alto, fornido, trabajador y de genio alegre y expansivo. Por los achaques del viejo, el muchacho llevaba verdaderamente todo el peso del trabajo en fragua y herrería, y sólo para casos de medicina bestial se reservaba el padre su autoridad y prestigio. Algunos mozos de fuelle y yunque, de mezquino jornal y músculos de acero, completaban todo el personal de la casa.

La tal doña Prisca se había criado en buenos pañales; hablaba de sus ascendientes con toda la prosopopeya de una hidalga de gotera, y sostenía con alcaldes, escribanos y abogados grandes disputas sobre su antiguo patrimonio y sus herencias pasadas, presentes y futuras, asegurando que debía ser rica, que lo sería de seguro y que sólo le faltaba para eso que fallecieran diez ó doce tías millonarias, que andaban desperdigadas por esos mundos de Dios, sin más parientas que ella, para colmarla de riquezas. Aseguraba además la buena señora que su padre al morir en la mayor miseria no era pobre, sino avaro, y que de seguro debía haber escondido ó enterrado su tesoro, que aún no había podido ser descubierto, pero que lo sería el día menos pensado. Cierto que D. Lesmes Serrano fué durante diez años secretario del ayuntamiento y luego se *quedó* con los consumos otros cuatro años y más tarde subarrendó los pastos de tres quintas de propios, y siempre había manejado dinero ajeno, que es según dicen la mejor manera de tenerlo propio; pero ello es que á su muerte no se encontró un solo real en el cajón de su mesa, y hubo que enterrarle casi de limosna. Sin embargo, doña Prisca, siempre procurando darse tono y prefiriendo tres ó cuatro vestidos de seda, llenos de manchas y girones, á uno de percal limpio y nuevo, aseguraba que era noble, que era distinguida, que era ilustre y que sería rica, para aturdir á amigas y convecinas con el lustre y la fortuna de su casa.

En la de al lado y separadas ambas sólo por una pared medianera, existía una tahona, ó panadería, ú horno de pan, que de los tres modos la llamaban en el pueblo, y de la cual era dueño el tío Lamprea, hombre de 56 años, rechoncho, coloradote y forzudo, padre de una lindísima muchacha de diez y nueve abriles, rubia como unas candelas y fresca como una lechuga. La tal Lucigüela era capaz de volver tarumba al más pintado, por su gracia y su cara; no es extraño por lo tanto que bebiera por ella los vientos Lucas el herrero, hijo del albéitar y de doña Prisca, y menos extraño aún que ella le correspondiera con toda la alegría de su cuerpo y todas las fuerzas de su alma, á pesar de la oposición del tío Lamprea á emparentar con sus vecinos, no tanto por pobres, y eso que lo eran bastante, como por vanidosos y estirados.

Además, decíase por el pueblo, aunque él lo negaba á marcha martillo, que el tío Lamprea era hombre de dinero; que si no gastaba un céntimo en distracciones para él, ni en trajes y moños para su hija, no era por no sobrarle, sino porque ahorraba y guardaba cuanto podía, temeroso de épocas calamitosas ó de desdichas públicas y privadas. Y algo debía haber de verdad en esto, porque él compraba el trigo aun antes de la cosecha, y siempre estaba dispuesto á subir el pan, ya porque no lloviera bastante, ó porque lloviese demasiado, ó porque helaba, ó porque hacía calor, ó porque el sultán de Marruecos estaba enfermo, ó porque la reina de Inglaterra pensaba tomar baños.

Y por estas voces y porque en último caso más pronto se arruina un albéitar que un panadero, y mejor pueden pasarse las caballerías sin herraduras que los hombres sin pan, los padres de Lucas no veían con malos ojos á Lucigüela y el padre de ésta veía con la peor gana del mundo á Lucas. En cuanto á los chicos no tenían en cuenta semejantes razones, ni se entregaban á más cálculos que á quererse porque sí y á jurarse constancia y amor eternos, como hacen siempre hombres y mujeres desde el momento que empiezan á gustarse recíprocamente.

Y á todo esto D. *Alifonso* el albéitar, como le llamaban todos los albaladijenses, no podía dormir por el ruido descomunal que sobre su alcoba hacían, sin duda á millares, las ratas y ratones del desván. Como la casa medianera era la tahona y en el granero de la misma estaban los depósitos de trigo para la elaboración del pan, sin duda se pasaban del granero del tío-Lamprea al desván de D. *Alifonso*, no por buscar mejores alimentos, sino por el placer de recorrer países desconocidos. Dábase á los diablos el albéitar y perseguía sin tregua á los animalejos; pero ni la ferocidad de varios gatos, ni la intoxicación por los fósforos y el arsénico dieron resultado. Las ratas se reproducían, se aumentaban, y sus jaleos nocturnos eran irresistibles.

Harto ya de quejarse en vano, decidió emprender una campaña y vencerlas en singular y descomunal combate, y obligando á doña Prisca á que le ayudara en la empresa, alumbrando con un candil el campo de batalla, se subió una noche al desván con un martillo y una tranca para concluir con las que encontrara á trastazo limpio, y ver si de ese modo se aterraban las supervivientes y huían para siempre de aquel país inhospitalario.

Subieron los conyuges la angosta escalera y penetraron con el posible silencio en el desván: tal era el número de los bichos, que al aturdirse y correr en distintas direcciones, cayeron cuatro ó cinco á los estacazos que á la ventura repartió el albéitar, y esto le envalentonó hasta tal punto que comenzó á correr persiguiéndolas por el buhardillón con verdadera saña.

Pero ¡cosa rara!, casi todas huyeron en formación correcta, gateando por un pie derecho y desapareciendo á los ojos de *Alifonso* por un agujero, hecho sin duda por ellas mismas. Como se atropellaban unas á otras para escapar por el mismo sitio, pudo el albéitar cebar su cólera en ellas y hacer más víctimas; pero no satisfecho aún con aquella hecatombe, levantó el martillo y comenzó con él á dar golpes en la pared medianera.

Al segundo martillazo se desprendieron varios yesones de la pared y algunos pedazos de ladrillo cayeron al suelo; pero al tercero... ¡inesperada peripecia! un arroyo de oro acuñado brotó del tabique como manantial de agua purísima al toque de azada milagrosa. Onzas, medias onzas, ochentines, monedillas de cinco duros inundaron el suelo y rodaron hasta los confines del desván con ruido encantador y sonido metálico vibrante y simpático... ¡Una fortuna!.. ¡Un tesoro!..

– ¡Es de mi abuelo! ¡Es de mi padre!, gritaba doña Prisca, pero con acento sordo y tembloroso. ¡Cuando yo te decía que era rico, poderoso, y que todo es mío, mío exclusivamente!

– ¡Caracoles! ¡Coge y calla!, decía el buen D. *Alifonso*, llenándose los bolsillos y echando á granel las monedas en el delantal de su esposa. ¡Que no nos sientan! ¡Que no oiga nadie lo que hablamos! ¡Somos ricos!..

– ¡Soy rica, soy rica!, le contestaba Prisca. ¡Yo sola!.. ¡Yo soy la heredera! ¡Ya tendrás tu parte, mi hijo también la suya, pero os la daré yo!..

– ¡Ya ajustaremos cuentas!.. Ahora á casa, abajo con nuestro tesoro.

Cesó la lluvia del áureo manantial, y recogieron por los rincones las monedas corredoras; delantal y bolsillos parecían llenos según pesaban, y con tan preciosa carga bajaron ambos cónyuges á su alcoba, cerrando la puerta, digo mal, todas las puertas que á ella conducían.

Procedieron á la operación delicada y alegre de contar á lo que ascendía el tesoro encontrado, operación que se interrumpía á cada momento por exclamaciones, risas, saltos y zapatetas. ¡Seis mil cuatrocientos veinticinco duros! ¡Extraño pico! Había que subir al desván y registrar otra vez todos los rincones y sobre todo el agujero de donde había salido aquel río. Quizá hubiera más; tal vez les esperaba otra remesa.

No una vez, sino tres y cuatro subieron aquella noche los afortunados, sin que pudieran encontrar más que dos monedas de cuatro duros escondidas entre los cascotes. Por el temor de despertar á su hijo ó á algunos de los vecinos, no dieron más martillazos sobre las paredes que según ellos podrían encerrar nuevos filones de mineral aurífero, pero sí convinieron en repetir de cuando en cuando la ascensión y los reconocimientos y tanteos. Mientras, doña Prisca cogió un puñado de monedas, sin contarlas, y fuélas repartiendo por el pueblo á cambio de telas, cintas, adornos, comestibles caros y aparatosos, escandalizando á los modestos comerciantes y haciendo que el pueblo entero acudiera en tropel á su domicilio para averiguar y comentar la ocasión de tan extemporáneo despilfarro.

Fué preciso contar á todos, en diferentes tonos, que la herencia de una de las millonarias tías de Prisca había llegado. ¿Por quién y cuándo? No supieron decirlo. ¿A cuánto ascendía la herencia? A muchos... muchísimos miles de duros. ¿Qué iban á hacer con ella? Gastársela alegremente. El más aturdido fué Lucas, aquel mozo fornido y trabajador, amante de la bella Lucía, que ahora podía casarse con ella sin oposición del padre. ¡Pues no era interesado ni avaro el tío Lamprea! ¡Lo que sentiría él era no tener seis hijas en vez de una y que no pudiera Lucas casarse con todas ellas! Pero contaba el buen Lucas sin la huéspeda, y la huéspeda era su madre, que ahora no miraría con buenos ojos semejante bodorrio.

Su hijo iba á ser desde aquel momento D. Lucas, y á estrenar trajes todos los domingos, y á no trabajar los demás días de la semana, y á ser un buen partido para las labradoras ricas, y por lo tanto, la chiquilla del panadero, aunque su padre ahorraba buenos cuartos, según voz del pueblo, era muy poca cosa para el ex herrador afortunado.

En los pueblos, y sin duda por la carencia de buena educación social y por ignorancia de lo que se llama en los grandes centros *conveniencias* y *corrección*, no se saben ocultar con decorosos disimulos los cambios de opinión, descubriéndose en seguida y á las claras la avaricia y la sordidez. Por eso no sorprendió á nadie que el panadero fuese el más asiduo adulador de doña Prisca, y que dándola la razón en todas sus extravagancias, la dijera sin cesar:

– Vecina: usted es la que ve claro en estos asuntos, y los demás son tontos. Gaste usted cuanto se le antoje, que de lo suyo gasta. Vístase usted á su gusto; los adornos y las cintas la sientan muy bien. ¡Ya se la conoce á usted que se ha criado en buenos pañales! ¡Está usted mucho más joven que la alcaldesa! Mi hija dice que nadie sabe vestirse tan bien como usted y la toma á usted por modelo. Los pobres chicos se adoran y yo no quiero oponerme á su felicidad. Yo no soy rico como usted, ni mucho menos; pero cuando yo me muera, algo y aun algos se encontrarán los chicos, que les vendrá muy bien á los nietos.

Y la verdad es que los chicos se querían de veras y no hicieron caso de la oposición de la madre de Lucas, como antes tampoco habían hecho caso de la negativa del padre de Lucía. Las onzas del difunto corrían que era un gusto por comercios y tiendas; se compró un gran caballo para Lucas y una mula blanca para el albéitar, y se encargó una tartana á Albacete, y comenzaron los tratos para adquirir un olivar y dos majuelos, y todos los días había comilonas y meriendas en la era del pueblo y jiras á la ermita del Consuelo.

En una palabra, en tres meses se gastó de tal modo en aquella bendita casa, que una noche en que Prisca y su esposo hicieron el recuento de su tesoro, vieron con terror que no quedaban dos mil duros de los seis mil cuatrocientos veinticinco encontrados en el agujero del desván. ¡Horror de los horrores! Era imposible. ¿Cómo y en qué se había gastado tanto dinero? No hay más: algún ladrón casero había ido robándoles poco á poco. Pero ¿quién, cuándo? Esta idea era terrible, y no los dejó dormir en algunas noches.

Por fin, los viejos llamaron á consejo á su hijo y le explicaron minuciosamente todo el suceso, desde el casual y sorprendente encuentro del tesoro hasta el temor que los asaltaba de ser robados miserablemente. Al saber el chico que la tal herencia no era tan pingüe como su padre había dicho, y que sólo quedaban de ella cuarenta mil reales poco más ó me-

nos, les convenció de la necesidad de apresurar su boda para disfrutar de lo poco ó mucho que tuviese el tío Lamprea, antes que doña Prisca diera fin á su bolsa, con tanta más razón cuanto que echadas las cuentas minuciosamente del dinero gastado, se venía en conocimiento de que el único ladrón del tesoro era el desmedido despilfarro de la heredera.

Se tanteó otra vez el desván con prolijo rebusco y no quedó raja ni agujero sin registrar, ni pie derecho sin mover, ni viga sin examinar. ¡Nada! La mina era única, y explotado ya el filón, no había esperanza de otro nuevo.

Se siguió al pie de la letra el consejo de Lucas. Sus padres pidieron oficialmente al tío Lamprea la mano de su hija, rasgo que sorprendió tanto al padre, como á la chica, como al pueblo entero, que sabían los humos de doña Prisca y la habían oído abominar de tal enlace, y se señaló fecha para el matrimonio, con beneplácito de todos.

No hubo manera de encerrar en prudentes límites la prodigalidad de la futura suegra. Hasta de Madrid vinieron al pueblo galas y joyas para la desposada, y cuando todo el mundo asombrado criticaba á Prisca por tales excesos, el tío Lamprea la decía á gritos:

– Muy bien hecho, vecina. ¡Para los hijos todo es poco! Gaste usted, triunfe, el dinero se ha hecho para rodar, y sobre todo, usted gasta de lo suyo, y nadie debe meterse en camisa de once varas. Los que la critican son envidiosos que nunca han tenido una peseta ó avaros miserables que jamás han sabido gastarla. Toda la vida se hablará con asombro de la boda de mi hija, porque yo, aunque no soy rico, también pienso pagar el gran banquete de la boda y gastarme lo menos dos mil reales para que se harten de jamón y vino los convidados.

Como todo llega en este mundo, llegó el día marcado para la ceremonia. Novios, testigos, vecinos y convecinos aparecieron en confuso tropel y alegre algarabía. El cura esperaba en la iglesia y el tío Lamprea había entrado en su casa pretextando un olvido y encargando que le esperasen todos un momento.

De pronto, y en lo más animado de la reunión, se oyó un quejido prolongado y terrible, un grito incopiable y estridente, y apareció la cabeza del tío Lamprea por la buhardilla de su desván, pálida y desgreñada.

– ¡Favor! ¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Me han robado, me han robado!, gritaba el pobre hombre con alaridos terribles.

Pintóse el estupor en todos los semblantes; entraron en la casa los más valientes; subieron los escalones de cuatro en cuatro y presenciaron un espectáculo incomprensible.

El tío Lamprea, loco y fuera de sí, corría desde un pie derecho á la ventana y mostraba á todos un agujero cerca de la pared medianera, con su puertecilla de hierro abierta.

– ¡Aquí, aquí... estaba mi hucha! Aquí he ido metiendo años y años todos mis ahorros, todas mis ganancias; y hoy que iba á guardar siete onzas de oro, producto de estos últimos tres meses, al abrir mi escondite le he encontrado vacío y deshecho. ¡Miren ustedes..., nada! Los ladrillos rotos por el otro lado, por el desván del albéitar... ¡Me han robado! ¡Ellos han sido! ¡Seis mil cuatrocientos veinticinco duros, en onzas de oro, en ochentines, en monedas de cinco duros!.. ¡Los mato, los mato, y los echo á presidio, y los meto en la cárcel ahora mismo!

Sería imposible describir el espanto y la indignación que se apoderó de los oyentes al escuchar al tío Lamprea. Corrieron á casa del albéitar, subieron á su desván y vieron el agujero destrozado. Aquella era la herencia falsa, la riqueza repentina de doña Prisca.



LA HORA DEL BAÑO EN VENECIA, cuadro de Ricardo Madrazo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891)

Esta dió un grito y se desmayó, no sin decir:

– ¡Infames! ¡Calumnia! ¡El tesoro era mío, de mi padre, de mi abuelo!

– ¡Gaste usted, doña Prisca, que de lo suyo gasta!, la dijo un chusco recordando los consejos del tío Lamprea, y todo se convirtió en burla, chacota, algazara y comentarios, mientras la justicia acudía presurosa á enterarse de lo ocurrido.

En tres días no hubo paz ni quietud en el pueblo. Todo el mundo, alto y bajo, tomó parte en el extraño acontecimiento, y por consejos del alcalde, el cura y el juez de paz, se verificó una avenencia entre los dos partidos beligerantes. El tío Lamprea recibió de manos del albéitar lo poco que quedaba de la hucha; la boda se celebró con modestia y casi á obscuras; no hubo banquete ni baile, y Lucas prometió solemnemente herrar sin descanso toda su vida para mantener sus obligaciones sin ayuda de su suegro, que no volvió jamás á dirigir la palabra á doña Prisca. Esta murió de un berrinche de vergüenza á los cuatro meses del escándalo, y el panadero no volvió á bajar el precio del pan en todos los días de su vida.

LUIS M. DE LARRA

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

III. – PALACIO DEL BRASIL

El palacio que últimamente se ha inaugurado ha sido el del Brasil, y por cierto que es el más hermoso ó de los más hermosos que se levantan en la «Ciudad Blanca.» Noventa mil pesos ha costado y no lo pongo en duda, pues además de ser espléndido edificio, como puede verse por la fotografía que envío, están sus dos pisos cubiertos por riquísimas alfombras, que valen algunos miles de duros, dada su gran extensión.

Este palacio lo ha construído el Brasil exclusivamente para exhibir el café; toda la planta baja está llena de tan exquisito grano, y parece mentira que á tan larga distancia hayan transportado enormes cantidades sólo para regalarlo. Ninguna manera mejor de abrirle mercados. Al lado de su palacio ha levantado el gobierno brasileño un kiosco rodeado de mesas y de sillas, donde sirve gratis café á todo el mundo desde la una hasta las cuatro de la tarde: excusado es decir que acuden miles y miles de personas y que se aguarda turno El servicio es elegante y esmerado; el café está bien hecho y es bueno; el paraje delicioso, debajo de los árboles á orillas de un canal y sobre césped limpísimo y verde.

¿No es acaso bastante para que acuda todo el mundo?

Muchas personas se dan cita *en el Brasil* á las dos y á las tres de la tarde.

Si la nueva república sudamericana se hubiese presentado dignamente en manufacturas, donde no tiene



FIESTA DE LA ASOCIACIÓN DE ARTISTAS DE BAVIERA. – EL WALDMEISTER Y SU SÉQUITO



Nuestra corresponsal en Chicago, Eva Canel y su hijo, en el Niágara

cosa digna de mención, podría decir que había quedado á grande altura. Con su edificio particular y con el derroche de café y azúcar se porta como si fuese imperio todavía.

LA CALLE DEL CAIRO

La calle del Cairo es una ramificación de *Midway Plaisance,* y Midway Plaisance una avenida donde han levantado sus edificios todas las naciones más ó menos bárbaras y donde se canta en todos los idiomas con las músicas más extrañas y haciendo cuanto se puede inventar para atraer el público dentro de sus cafés, de sus teatros y de sus barracones. Allí están los bazares turcos y persas, las tiendas de los argelinos, las mezquitas de los árabes, las sinagogas de los judíos; todo se amontona en aquel mundo abreviado que se recorre durante una tarde, pudiendo pasar del teatro javanés á una aldea irlandesa, y de aquí á las cuevas de los esquimales, y de éstas á las infernales minas del Colorado.

En Midway Plaisance está la calle del Cairo, una calle cerrada en la cual se paga para entrar; con sus casas perfectamente hechas y su alta torre adonde el muhecín sube para cantar las oraciones de su religión como si estuviese en pleno Egipto. Los vecinos de esta calle se han posesionado de ella tan á la perfección, que cuesta trabajo al visitante darse cuenta del lugar en donde se encuentra. Todas las plantas bajas están ocupadas por tenduchos donde se venden baratijas á montones y tapices de todos tamaños, tejidos con hilo de oro. La mayor parte de estos tapices reproducen la figura de Colón, ó el «Angelus,» ó las carabelas.

En la calle del Cairo hay burros y camellos enjaezados que sin cesar corren y trotan de un extremo á otro produciendo sustos, gritos y carcajadas, según quien los cabalga y cómo. Algunos porrazos suelen llevar los yankees y las misis, cosa que nos hace perecer de risa á los españoles, pues nada pienso ver más ridículo que un hombre y una mujer afianzados con uñas y dientes á la montura de un camello: el hombre con los pantalones encogidos; la mujer, impávida, enseñando hasta la rodilla, sin rubores ni cortedades, y los dos ajenos completamente á la rechifla de los viandantes.

Y esto no lo hacen una ni dos ni veinte personas, no, señor: se remudan á cada vuelta las parejas; pero el espectáculo subsiste los días enteros y las semanas y los meses.

Los ejercicios de equitación en burro presentan diferente aspecto. Por regla general montan en los borriquitos mujeres solas; pero como la montura sobre ser pequeña no ofrece comodidades y los animalitos pegan brincos trotando, los árabes, que trotan á pie al igual de los burros, abrazan á las escrupulosas y púdicas miss por la cintura y recorren así todo el trayecto; algunas más *miedosas* rodean con su brazo el cuello del espolista.

¡Y cuidado que están sucios los tales árabes!

EL GRAN ZEIBEK

Uno de los tipos más curiosos de *Midway Plaisance* es el *Gran Zeibek,* un turco de barba rubia que cuenta 62 años y que representa unos 35, á mucho que nos propongamos apurar la inspección de su fisonomía. El Gran Zeibek, cuyo curiosísimo retrato envío, es el jefe de guías en Esmirna; empleo que debe al sultán de Turquía, que lo distingue mucho por su adhesión y por sus conocimientos geográficos.

Zeibek lleva siempre sobre sí un arsenal como signo de su probado heroísmo en las infinitas batallas en que se ha encontrado; también ha peleado con el ejército inglés y está condecorado por la reina Victoria: ostenta una medalla como prueba, orgulloso y poseído de su significación.

Zeibek habla los idiomas inglés y francés, á la perfección el primero y bastante bien el segundo. Conmigo estuvo finísimo, haciéndome unas cuantas zalemas porque celebraba yo sus méritos, y porque le compré la fotografía, que dicho sea de paso no las vende baratas.

Y no le falta razón: ¿acaso tenemos diariamente la oportunidad de conocer al *Gran Zeibek?* Me dijo que estaba en posesión de siete esposas, pero que sólo había traído dos: una de ellas, jovencita y no mal parecida, se me presentó: estaba sencillamente vestida á la europea. Le pregunté si vivía en paz y santa calma con todas ellas y si su amor no prefería á ninguna. ¡Preferencias! ¿Quién dijo preferencias? Mahomet ordena que se las quiera por igual á todas, y las peloteras domésticas no tienen precedente, á decir de Zeibek, en los hogares turcos. En esta calle que yo llamo *de las naciones* hay muchos judíos que hablan nuestro castellano antiguo y que á pesar de ser turcos dicen ser israelitas españoles. Jamás he creído ver un grado tal de patriotismo atávico. Me han tratado con sin igual cariño, mostrándose contentos de oir hablar el *buen español,* y uno de ellos, rico mercader, dueño de un bazar espléndido, me hablaba en impersonal con la mayor cortesanía.

¿No merecen todo nuestro cariño estos seres que suspiran por la patria española en una época en que vemos algunas criaturas renegar del amor de sus padres?

Quedamos muy amigos el *gran* turco y yo, prometiéndole preguntar por él cuando vaya á Esmirna. Según Zeibek debe coincidir mi viaje con la Exposición de Constantinopla, proyectada para dentro de dos años: ha quedado en acompañarme personalmente, dispensándome la honra de ser mi guía. ¡Allá veremos!

EVA CANEL

Chicago, 15 de agosto de 1893

CONTROVERSIAS ARTÍSTICAS

«Una en el clavo y ciento en la herradura.»

Con este refrán, no muy escogido para hablar de Bellas Artes, pero que encaja como medalla en su troquel, se me ocurrió empezar este capítulo ó artículo, con motivo de cuanto, bien y mal, se discute y se escribe sobre ese asunto, y particularmente en lo tocante á Pintura y Escultura, que parece ser el campo preferido para lucirse y entregar cuartillas á la voracidad de la prensa periódica, basando sobre la premura el mérito para el premio, ó cuando menos llamar la atención, *formando atmósfera.* Concretado á esas dos manifestaciones de lo bello, se dejarán ahora las demás á sus respectivos paladines, no menos numerosos, y tanto ó más si cabe enredados en la madeja de divergencias apreciativas y controversias, que al fin y al cabo más conducen á la confusión que al esclarecimiento, que no siempre de la discusión brota la luz, que el saber conocer brota del estudio: y por la falta de éste no estamos acordes todavía en muchas definiciones y aclaraciones – llevando traza de tardar en ello – referentes á varios puntos preliminares, cuyo claro conocimiento es indispensable para entendernos. Es lo cierto, en el punto á que se llegó, que los creídos y tenidos por competentes, colocados en el escalado rango de críticos, se presentan en número mucho mayor que el de los verdaderos inteligentes y los artistas de buena ley, y en esa falange activa, suelta la lengua y ligera la pluma, son más los que perturban y desvían, que los que pensando y premeditando lo que dicen, guían y dirigen. Supuesto que yo no me considero con suficiente competencia en el reducido número de los segundos, me coloco en el numeroso grupo de los primeros, no sólo modestamente, sino, ya que tantos caben, con la sana intención de que no se me eche fuera del corro.

En tal concepto, metido y terciando... podría decirse *milloneseando* en el asunto, se me permitirá ó me permitiré preguntar.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – El palacio del Brasil

















EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO.--LA CALLE DEL CAIRO

¿Por qué apreciamos, juzgamos y criticamos y sobre todo escribimos... que eso es lo peor, porque de la charla poco queda... por qué tan á la ligera y con tal divergencia de criterio en los puntos en que por sus condiciones esenciales son incontrovertibles... por qué violentar lo que no puede doblarse sin romperse... por qué tergiversar y resolver el fundamento firme en que se apoyan las plásticas manifestaciones de lo bello, la Pintura y la Escultura? ¿Acaso ese libérrimo derecho de juzgar, más bien usurpado que adjudicado, más bien tolerado que reconocido, se fundará sobre la libertad misma por la que solamente puede producirse la exteorización del sentimiento de lo bello, y en consecuencia su vibración? ¿Por eso acaso? No: eso no puede ser; porque aun cuando sea cierto que no existe la regla fija y rígida que limitaría el arte á segura ciencia... no lo es menos que en toda libertad hay un freno, y que ni al arte puede faltar; porque esa libertad artística, dígase así, careciendo de canon, de límite y de un principio y un fin, llegaría pronto á la licencia y al desvarío; y en uno y en otro caso no tendríamos como genuina manifestación de lo bello las obras de Bellas Artes. De consiguiente, si la libertad en la manifestación no es libérrima; si esa libertad puede ser negativa, lo sería á los principios, y á los fines del arte, claro es que no puede ser libérrima tampoco su apreciación y su crítica. Si empezamos por no tener clara idea de esos principios, ni en concepto no más de buen sentido, á falta de conocimientos profundos en tales filosofías... ¿cómo discutir con claridad?, ¿cómo guiar y dirigir?

De esto se desprenden muchas otras y poderosas causas no exentas de equivocación ó intencionadamente falseadas, las cuales ocasionan tanta disidencia en la crítica artística, cuya dilucidación, más que eso, reviste ya el carácter de pugilato del ingenio para defender ó atacar, según la impresión, el criterio ó las miras que elevan ó que rebajan... porque de todo hay en la viña del Señor. Es innegable que si en esto hay mucho embrollo, ha de ser motivado por una causa primordial: siendo esto así, hay necesidad de conocerla y precisión de arrancarla de cuajo, sustituyéndola con otra sólida y determinante, y afirmados en ella poder entendernos mejor, prescindiendo por de pronto de muchos extremos secundarios, los cuales son en último resultado lo que son á los principios los sistemas, no más que puntos de roce entorpeciendo el regulado movimiento del eje que sólo necesita los dos firmes extremos de apoyo. Fijémonos, pues, en lo que ha de tenerse presente cuando de una cosa se trata ó respecto de la que se discute, en lo que le es esencial, en los principios que le son propios, ó en los extremos culminantes, de los que no se puede prescindir, ni por ningún concepto faltar á ellos; y así discutiendo referente á Bellas Artes, no podemos prescindir de su principio esencial, que es lo bello, ya por la hermosura de la forma, como por la hermosura del espíritu, escogida y depurada la una, trasparentado é idealizado el otro, ó sea *Naturalismo* é *Idealismo*. No podemos separarnos de estos dos extremos perfectamente conocidos, de esos dos fines claramente deslindados, que como dos ejemplos, casi principios... (si su ciencia pudiese dividirse) se nos ofrecen como límites del campo de deliberación, del que no puede salirse, ó en el que se ha de venir á parar: puntos de apoyo del eje principal de esa maquinaria de la inteligencia creadora del arte, de ese fruto del estudio, de ese esfuerzo humano, que conocemos por medio del *sentimiento de lo bello*, expresado y exteriorizado por esas manifestaciones especialísimas y arrebatadoras del talento y del genio, á las que se da el nombre de *obras de Bellas Artes*.



TURNO IMPAR, cuadro de Francisco Masriera

El equilibrio y la armonía de ellos, la conveniente y necesaria unión de estos dos extremos, el *Naturalismo* y el *Idealismo*, será la verdadera perfección relativa ó finita de la obra de arte; el *desiderátum* del artista; la demostración del talento y del genio; el resultado de la inteligencia; lo que arrebate, conmueva y eleve.

Esos dos extremos ó principios que podemos tomar cómo ejemplos y bases son: el arte griego pagano, que en su período de mayor perfección de carácter presentó la depuradísima belleza de la forma, mirada con tal amor, que llegó á confundirse en una especie de culto, y como era natural, dió á la vez idea de la hermosura del espíritu, llegando al extremo de poderse apreciar como un misticismo: el arte cristiano en su período de creencias firmísimas, tan sencillas como casi fanáticas, algunos siglos después, en la misma Grecia y en el resto de Europa, presentó el nuevo y distinto carácter del estudiado descuido de la belleza de la forma, concretándose á dar idea de la hermosura del espíritu, con lo cual se llegó también, aunque en sentido distinto, á otro género de misticismo.

Esa unidad esencial del arte de lo bello, es el verdadero espíritu de las Bellas Artes, cuyas obras, paganas ó cristianas, debidas á dos móviles en cierto modo diversos, á pesar de su aparente contrasentido, como prueba indiscutible de su indivisible esencia, siempre lo bello, ofrecen un resultado idéntico; que no podía producirse otra cosa, siendo uno mismo el espíritu que impulsaba. En el carácter, dígase así, del arte del sensualismo por el naturalismo de la forma, un principio de sentimiento religioso encaminado á la belleza del espíritu por medio de la belleza de la forma; en el carácter del arte de la contemplación por el sentimentalismo, ajeno á la materia, otro principio de sentimiento religioso, encaminado á la belleza del espíritu por medio de la inspiración. En unas y otras de esas obras de arte, y en su más alto grado de perfección relativa, igual belleza en su principio generador, identidad de misticismo en la exteriorización del sentimiento. Coloquémonos mentalmente en las dos épocas; analicemos y deduzcamos.

La apreciación y crítica artísticas no pueden ser sólidas fuera de ese círculo anchísimo, pero círculo al fin: en él y dentro de él es preciso colocarnos para entendernos: fuera de él, ó sea fuera del carácter esencial á lo bello, no existe punto de apoyo para discutir cosa alguna relacionada con el arte de lo bello, ni siquiera sobre las condiciones de las obras de Bellas Artes... Fuera de esta base, se estará en falso... en el vacío, y en el vacío no cabe apreciación, ni crítica, ni controversia: lo que por una ú otra de sus condiciones no pertenezca al orden de la belleza está fuera de él; y como fácil y claramente pueden conocerse y distinguirse las obras de arte, en condición de tales, y con mayor facilidad se conocen las que de tal condición carecen, las que se presentan fuera del orden de lo bello, sea cual fuere el modo de sentirlo y el buen deseo de manifestarlo, si no se obtiene ni aparece la belleza de la forma y lo bello del espíritu, no serán otra cosa que extravíos y aberraciones... Y eso se compadece, pero no se discute.

¿A qué, pues, su discusión? ¿Con el intento vano de hacer que sea lo que no es, ni puede ser?

¡Imposible!

JUAN O-NEILL

LA SOMBRA

– ¡Es bellísima!

– ¡Adorable!

– Y vedla: ¡qué andar más majestuoso! ¡Parece una reina!, pero la reina de la hermosura caminando sobre corazones.

– No; que eso sería suponerla cruel, y basta advertir la dulce expresión de sus ojos para saber que es mujer de alma sensible.

Esto, y otras cosas por el estilo, decían *soto voce* allá á un extremo del gran salón de baile, sazonándolo con sonrisas maliciosas y lúbricas miradas, unos cuantos jóvenes pertenecientes á lo más linajudo de la aristocracia.

Y había ciertamente razón para miradas, sonrisas y comentarios.

Estimulantes, y estimulantes de sobra, para poner en acción lengua y ojos eran aquel concurso de femeniles maravillas y los varios y sabrosísimos incidentes que á cada instante surgían.

La fiesta estaba en realidad espléndida: las paredes cubiertas de ricos tapices, los techos de pinturas de afamados artistas y el suelo de magnífica alfombra. El decorado lujosísimo lo realzaba la luz que, inundándolo todo, daba esplendores nuevos y nuevas bellezas á cuanto acariciaban sus rayos de oro.

Pero lo que prestaba al espectáculo tonos y matices de fantástico sueño de hadas; lo que evocaba, no con los contornos borrosos del recuerdo, sino con la precisión de líneas, el vigor de colorido y la plasticidad de formas que tienen los cuadros reales, aquellas fiestas paganas de la Roma del imperio, en que la voluptuosidad recibía culto de diosa y el ciego

amor hería los corazones, no con flechas, sino con miradas y sonrisas; lo que ponía en tensión los nervios y excitaba la codicia de los jóvenes que asistían al baile eran las damas y *damiselas* que, ataviadas primorosamente, mostraban los tesoros de sus perfecciones.

Y pasaban, pasaban una tras otra, como en mágico y embriagador desfile, dejando un rastro de hermosos resplandores.

– Es la mujer de más mérito que he visto en mi vida, exclamó uno de los del grupo antes referido.

– Es cierto, vale mucho la condesita; y me extraña que, siendo rica, joven y hermosa, permanezca tanto tiempo viuda.

– La viudez, sin duda, tiene para ella encantos y seducciones grandes, que quizás en el matrimonio no encontraría.

– Tú, con filosofías quieres poner digno remate á la noticia y predecir los sucesos; pero ahí viene Pepito, y él nos explicará mucho mejor su estado de ánimo. ¡Ven acá, hombre, ven acá, que caes aquí como llovido del cielo! Dicen que estás triste y que la condesita es más ingrata que hermosa, y ¡mira que es hermosa!

– Estoy más alegre que nunca, replicó Pepito, y no sé si Cármen Peláez es ingrata ó no lo es.

– Pero no seas tan lacónico; y tú que la tratas con intimidad, dinos algo con respecto á ella; vamos, habla.

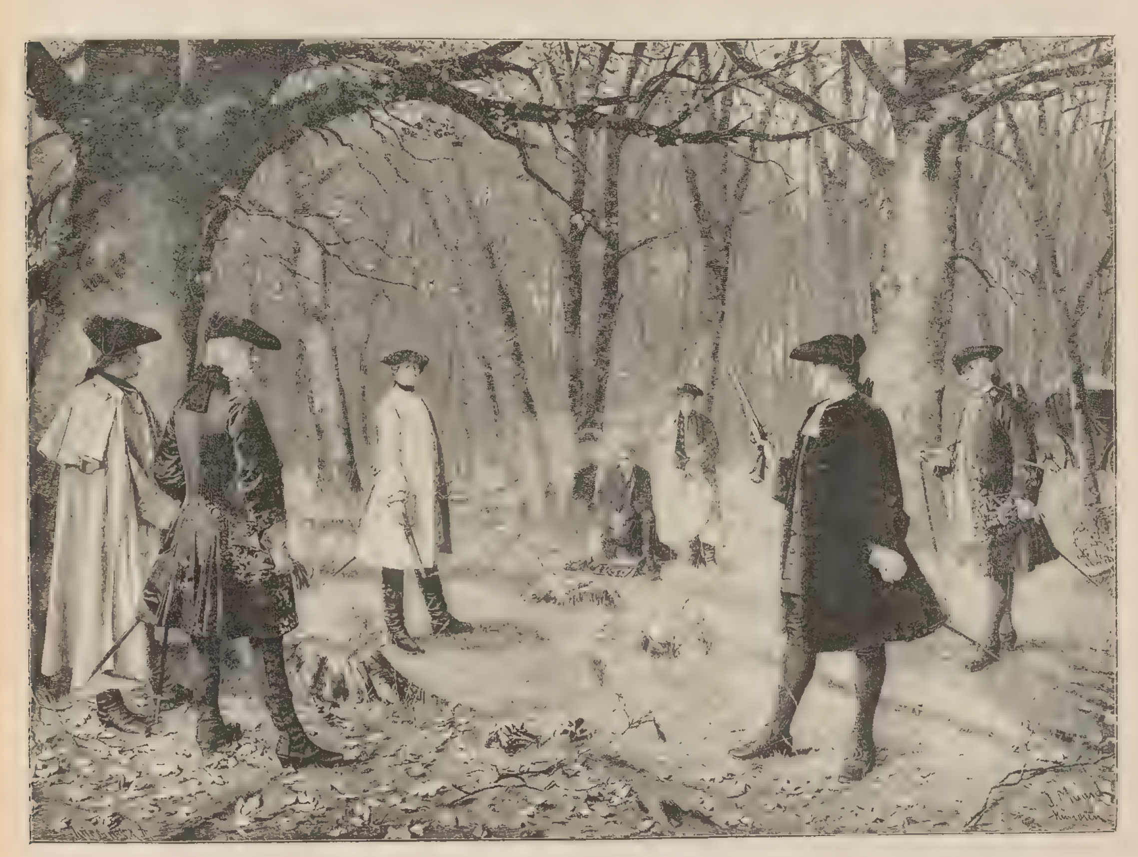
– Que es muy guapa; que tiene una conversación encantadora, y... nada más.

– ¿Nada más? ¡Por Dios!

– ¿Os parece poco?

– Sí, poco, poquísimo; lo que has dicho lo sabemos.

ca ó un verdadero desarreglo mental ó una ridiculez digna de risa y mofa? Yo he pensado seriamente en hecho tan enigmático y originalísimo, y no doy en la clave para descifrarlo; porque téngase en cuenta que para mí hay clave, y no es ni la ridiculez ni la locura, sino algo misterioso, algo que se pierde en las brumas de lo desconocido y que, si acaso, el más perspicaz logra ver de ello contornos que se difuminan en la lontananza, formas vagas imposibles de precisar. Yo no sé; pero cuando veo á la condesita me parece que una niebla la envuelve; niebla que oculta á los ojos del mundo algo siniestro, niebla que adquiere algunas veces tintes rojizos, como si se hubiera formado de las evaporaciones de un lago de sangre y lágrimas. Decidme: ¿qué os parecen sus ojos? Admirables, ¿no es verdad? De mirada dulcísima, impregnada de halagos y caricias, ¿no es así?.. ¡Son verdes!



UN LANCE DE HONOR, cuadro de T. Munch

Y una sonrisa irónica dilató los labios del que tal suposición lanzaba.

– Eres incorregible: no puedes hablar sin morder.

– Lo he dicho sin malicia.

– Como tú lo dices todo; allá va, y otros se encargarán de interpretarlo y sacarle jugo.

– Pero los malévolos sois vosotros, no yo: ¿qué mal hay en decir que la viudez tiene encantos y seducciones? Ahora, si estas palabras queréis esclarecerlas con los rumorcillos que propalan algunos envidiosos, entonces bueno.

– ¿Pues qué dicen?, interrumpió un jovenzuelo á quien apenas apuntaba el bozo.

– Nada, majaderías: antes, que si Pepito Estrada era muy afortunado, que si privaba con la condesita, en fin, cosas así; nada, repito.

– ¿Y ahora?

– ¿Ahora? Ahora Pepito está triste, y en cambio Enrique Durante se considera el hombre más feliz de la tierra: ya veis, naturalísimo; la vida es esta: tal vez mañana esté alegre Pepito y Enrique triste. La dicha es como el sol; cuando para unos anochece, amanece para otros; y hay que tener paciencia, que el sol vuelve y la dicha torna.

– Pues entonces... ¡vaya!, os lo contaré: prestad atención y escucharéis algo que de fijo ignoráis.

– Somos todo oídos.

– Pues he aquí la verídica historia: Carmen Peláez es una mujer excepcional, hermosa, discreta, de gran cultura, de conversación chispeante; un compendio admirable de belleza y de gracia. Pero, amigos, tiene una, que yo me atrevo á llamar extravagancia, y que individuos de su servidumbre me han referido en secreto, llenos de verdadera extrañeza. Preguntaréis vosotros: ¿qué es ello?, pues sencillamente que duerme con luz. ¿Os reís? ¡Bien, escuchadme; escuchadme y os convenceréis de que es una extravagancia enorme! En su dormitorio, que no es grande, además de una magnífica lámpara que se halla en el centro, pendiente del techo, hay otra en cada uno de los cuatro extremos de la habitación; ¡pues todas ellas se encienden antes de que la hechicera condesita vaya á acostarse, y continúan encendidas hasta que se levanta la sílfide! Aquello es una verdadera iluminación; el dormitorio está como si en pleno día el sol lo alumbrara con sus más brillantes claridades. ¿Queréis decirme si esto no pasa de extravagancia y llega cuasi á las lindes de la locura? ¿Queréis decirme si esto no signifi-

Tienen el color del mar; pero del mar, no cuando está en calma, no cuando la brisa agita levemente su superficie, no cuando refleja en sus ondas cristalinas los esplendores del cielo, sino el verde obscuro del mar turbulento, del mar que brama y encrespado levanta sus fauces de monstruo. ¡Ah, sí, sí: sus ojos! Yo los he visto bien, y tienen el mismo brillo metálico que la ola rugiente, la misma atracción irresistible que el abismo tenebroso. ¡Y qué boca más fresca, qué lábios más sonrosados; parece que están pidiendo un beso! Pues fijaos bien: ved cómo se pliegan; acentuad ese mohín que tanto os encanta, y tendréis un gesto que revela carácter antojadizo y cruel. En resumen, yo no os lo niego, es hermosísima y me gusta mucho. Tiene las perfecciones de líneas de una estatua griega, los atractivos embriagadores de la vida rebosante de juventud y fuerza y las arrulladoras suavidades y las amorosas dulzuras de las almas apasionadas; pero á pesar de todo ello, desde que supe lo de la iluminación del dormitorio me inspira la amable condesita extraños sentimientos.

La peroración de Pepito fué oída por unos con indiferencia, por otros como desahogo ridículo de sus agravios de amante desdeñado. Lo de la iluminación



UN DISCÍPULO DE SAN FRANCISCO, dibujo de José M. Marqués



EL GENERAL PRIM EN LA BATALLA DE LOS CASTILLEJOS, cuadro de José M. Marqués

se juzgó como una necedad de la maledicencia, que se entretenía en cosas fútiles y sin substancia.

JOSÉ DE ROURE

(Concluirá)



Bellas Artes. – En Maguncia se proyecta erigir en honor de Luis Lindenschmid, el fundador del Museo central Romano-Germano, un monumento que se construirá según un modelo que al morir en 1892 dejó el famoso escultor Antonio Scholl.

– El profesor F. Wagner, de Munich, ha recibido el encargo de reproducir las antiguas pinturas que decoraban la fachada de la Casa Consistorial de Mulhausen, edificio construído en 1552 según el estilo del renacimiento alemán. Para esa reproducción cuenta aquel pintor con fotografías que se sacaron cuando todavía se conservaban aquellas pinturas.

Para la Nueva Pinacoteca de Munich se ha adquirido el famoso cuadro de Wálter Firle, *Padre Nuestro*, habiendo facilitado algunos particulares la cantidad necesaria para comprarlo.

– El pintor muniquense Francisco Matsch está terminando un gran lienzo de 32 metros cuadrados, que representa á Aquiles triunfante, arrastrando el cadáver de Héctor ante los muros de Troya, y que está destinado á la quinta que en Corfú posee la emperatriz Isabel de Austria.

– La Exposición de los secesionistas muniquenses contiene, distribuídos en 13 salas, 649 cuadros al óleo, entre ellos 322 extranjeros; 135 acuarelas y dibujos, de ellos 38 extranjeros, y 37 esculturas, de las cuales son extranjeras 31.

– El Ayuntamiento de Mánchester, por recomendación de su Comité de Instrucción técnica, ha nombrado al célebre artista Wálter Crane Director general de la Escuela de Bellas Artes con el sueldo anual de 600 libras esterlinas (15.000 pesetas): la obligación del nuevo director consiste en consagrar sus servicios á la escuela *una semana* durante el curso; pero los que le han nombrado *esperan* que en el caso de que Mr. Crane descubra en los alumnos buenas disposiciones para el arte les dedicará más tiempo del que el nombramiento le exige.

Teatros. – En el teatro Viejo de Leipzig se ha estrenado con buen éxito una graciosa opereta de León Treptow, titulada *Las tres gracias*.

– En el teatro Lessing de Berlín se ha estrenado una comedia en cuatro actos, *El coronel de Branitz*, que fué recibida con gran aplauso, y cuyo autor, Rodolfo Strass, demuestra con ella haber hecho, á pesar de ser muy joven, un estudio profundo del alma y de la vida humanas.

– En el teatro Regional y Nacional Tcheque de Praga se está representando un ciclo de las ocho óperas del compositor bohemio Federico Smetana *Los brandeburgueses en Bohemia*, *La novia vendida*, *Dalibor*, *Libussa*, *Dos viudas*, *El beso*, *El secreto* y *La pared del diablo*. Smetana fué director de aquel teatro desde 1866 hasta 1874, en que hubo de renunciar á ese cargo por haberse vuelto completamente sordo, y falleció en un manicomio en mayo de 1884.

– Para la próxima temporada de 1893 á 1894 prepáranse en el teatro de la Corte, de Viena, entre otras novedades, las óperas *Mirjam*, del compositor vienés Ricardo Henberger; *El beso*, de Smetana, y *Cornelio Schut*, del maestro italiano Smareglia.

– En el teatro de las Arenas Nacionales se ha estrenado, vertida al italiano, la zarzuela de Burgos con música de Chueca y Valverde, titulada *Cádiz*: la obra, puesta en escena con gran lujo, ha sido acogida con gran aplauso.

– En Catania y en Milán se ha representado con poco éxito una comedia del célebre poeta racionalista y socialista italiano Mario Rapisardi, titulada *La familia de D. Teófilo*: la obra pertenece al género satírico, es de tesis, pesada y declamatoria.

– En Londres se proyecta la representación de una obra de Shakespeare en un escenario igual á los en que se verificaban las representaciones teatrales en el siglo XVI; los trajes serán los del tiempo de la reina Isabel, y á ambos lados de la escena habrá grupos de espectadores vestidos según la moda de aquella época.

– En Munich sigue representándose con gran éxito el ciclo de óperas de Wagner; comenzó con *Las hadas*, á la que han seguido *El holandés volante*, *Los maestros cantores*, *El oro del Rhin*, *Las Walkirias*, *Siegfrido* y *El crepúsculo de los dioses*.

– Con motivo de las próximas fiestas se estrenará en Calatayud, lugar en donde se supone la acción de *La Dolores*, este precioso drama de D. José Feliu y Codina, quien ha sido oficialmente invitado por el Ayuntamiento bilbilitano para asistir á las representaciones de su bellísima obra.

– En el Prado Suburense de Sitjes se ha verificado una fiesta modernista, de la que formaba parte la representación del drama del escritor belga Maeterlink, *La intrusa*, fiel y correctamente vertido al catalán por D. Pompeyo Fabra. En esa obra no hay, por decirlo así, argumento; es esencialmente sugestiva, y su autor sólo se propone producir en el público una impresión de miedo, de terror, y preciso es confesar que lo consigue por completo. El éxito de *La intrusa* fué grande, habiendo contribuído no poco al mismo los actores que la representaron, uno de ellos Rusiñol, el celebrado pintor, y otro Casellas, el distinguido crítico artístico de *La Vanguardia*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Julio Knoch, célebre embriólogo y naturalista ruso.

Enrique Lange, notable cartógrafo y geógrafo alemán, desde 1868 presidente de la oficina de planos de la Real Dirección de Estadística de Berlín.

Gustavo Passavant, cirujano alemán de reputación europea.

Alejandro Strauch, secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias rusa, naturalista de gran reputación.

Pacífico Valussi, decano de los periodistas italianos.

Guillermo Jorge Cusin, notable pianista, organista y violinista inglés, maestro de capilla de la reina Victoria, autor de varias obras musicales, entre ellas un oratorio, *Gideon*, dos oberturas de concierto, una serenata nupcial compuesta con motivo de la boda del príncipe de Gales y un concierto en *la menor*.

Anais Segalás, célebre poetisa francesa, novelista y autora dramática que alcanzó gran renombre á mediados de este siglo y que la generación presente tenía en inmerecido olvido.

Luis Julián Franceschi, notable escultor francés premiado en distintos Salones de París, caballero de la Legión de Honor, autor de la *Fortuna* que existe en el Museo del Luxemburgo, de multitud de hermosas estatuas y de los bustos retratos de la mayoría de celebridades literarias y artísticas parisienses.

Gastón Thys, pintor francés que obtuvo el primer premio de Roma por la sección de pinturas, en 1889, por su cuadro *Jesús curando á un paralítico*, y una mención honorífica en el Salón de 1891.

Miguel Andriolli, famoso dibujante polaco.

J. W. Casilear, paisajista americano.

Augusto Dieck, notable pintor de historia alemán y autor de muchos y muy celebrados cuadros religiosos.

Juan Klaus, grabador y pintor retratista austriaco.

Ernesto Picchio, conocido con el nombre de Piq, pintor francés, exaltado anarquista, cuyas principales obras son *La muerte de Baudin* y *El triunfo del orden*, que representa un fusilamiento en masa de comunistas parisienses en 1871.



Mignon, estatua en barro cocido de Venancio Vallmitjana. – La historia artística de este distinguido escultor es una continuada serie de triunfos. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento, y la mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen en Vallmitjana la superioridad indiscutible, á la que le dan derecho los largos años de penosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus obras, muchas de las cuales sirven de preciado adorno en regios salones y de complemento al embellecimiento de nuestra ciudad.

Devoto ferviente del arte, no se desdeña, á pesar de su reconocida competencia, en tomar parte en los certámenes y concursos en donde por medio de sus obras puede dar muestra de sus grandes alientos.

Laborioso é infatigable, no da tregua á los palillos, modela esos preciosos barros que encantan por sus elegantísimas líneas y produce obras tan importantes como la *Piedad*, inspirada en igual concepto que la que inmortalizó a Miguel Angel, y el monumento á los mártires de la Independencia, que hemos tenido ocasión de admirar en su taller.

La hora del baño en Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona en 1891). – Por más que alguien dijo, con sobrada razón, que los grandes hombres no dejan sucesores, ó lo que es igual, que el ingenio no se transmite, no puede aplicarse esta afirmación á los que se consagran al cultivo del arte. Gloria de España son todos los artistas que pertenecen á la familia Benlliure, como ilustres son asimismo los Mélida y los Madrazo, que constituyen hoy ya una verdadera dinastía.

El nombre de Madrazo representa una gran personalidad en el arte español contemporáneo, y á su sombra, bajo su amparo, han aumentado su valía las ramas de aquel añoso tronco que aún hoy tiene savia bastante para prestar vida.

Ricardo es una de esas ramas, tan frondosa, tan pujante, que da opimos frutos. Italia, el país encanto de los artistas y de los poetas, ha inspirado á Ricardo Madrazo sus más bellos cuadros, entre los que figura el que reproducimos, recuerdo de la ciudad de las lagunas, que reproduce una escena de familia, tierna y sencilla, avalorada por el sitio y la acción en que se desarrolla.

Fiesta de la Asociación de Artistas de Baviera, en Munich. – Hace poco la Asociación de Artistas, de Munich, ha celebrado grandes festejos con motivo de la colocación de la primera piedra para un nuevo Palacio de los Artistas, ceremonia que presidió el príncipe regente Leopoldo y á la cual concurrieron casi todos los príncipes de la casa real, entre ellos la infanta de España doña María de la Paz de Borbón y los primeros artistas bávaros. Siguióse á ésta una fiesta en la cervecería *Salvator*, un concierto y una lotería de cuadros de los mejores pintores, como Kaulbach, Menzel, Wimmen y Defregger. Pero el número culminante de los festejos fué el que se celebró en los hermosos bosques de Feldaffing, á orillas del lago Starnberg, que surcaban numerosas góndolas cubiertas de flores y vistosamente iluminadas. El grabado que reproducimos representa al *Waldmeister* (inspector de los bosques) con su séquito de ángeles, músicos y genios que desfiló delante de los príncipes entonando cantos populares.

Nuestra corresponsal en Chicago, Eva Canel y su hijo, en el Niágara. – Nacida en Galicia, Eva Canel lleva en su alma el espíritu emprendedor que impulsa á los hijos de aquella poética región á buscar en lejanos países ancho campo en que desarrollar sus múltiples aptitudes: así ha recorrido, primero en compañía de su esposo, el notable y fecundo literato D. Eloy Perillán Buxó, y sola, después de fallecido éste, los principales Estados de América, cuyas costumbres tan admirablemente describe en sus artículos. Templado su ánimo á todas las contingencias de la vida, desde las más favorables á las más adversas, ni las mayores contrariedades la han abatido nunca, ni la prosperidad adormeció sus viriles energías. Muerto no hace mucho su esposo, de quien sólo heredara un nombre honrado cuanto ilustre, consagróse por entero al cuidado de su hijo, por cuyo amor, rayano en idolatría, ha acometido las más levantadas y difíciles empresas, ha realizado los más nobles sacrificios y ha vencido obstáculos ante los cuales más de un hombre habríase confesado impotente y en los que no repara la abnegación de una madre.

Ni esta es ocasión ni tenemos espacio para juzgar á Eva Canel como escritora: su nombre es bien conocido en el mundo de las letras españolas, y los innumerables artículos en éste y otros periódicos publicados y sus novelas *Trapitos al sol*, *Manolín* y *Oremus* le han conquistado honrosísimo lugar en nuestra literatura entre los autores que mejor observan, con más provecho estudian, más justamente juzgan y con más elegancia escriben.

De algún tiempo á esta parte Eva Canel reside en la Habana, adonde la llevó el deseo de estar lo más cerca posible de su hijo, que se educa en Nueva York y que con razón constituye su encanto y su esperanza. La Cámara de Comercio de aquella ciudad la nombró cronista de la Exposición universal de Chicago, en donde tiene también la representación de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y desde donde nos ha enviado como recuerdo particular la fotografía que reproducimos, aun á riesgo de que por nuestra indiscreción incurramos en su desagrado, en la seguridad de que nuestros suscriptores han de agradecernos que les demos á conocer á la que con su pluma tantas veces les ha embelesado, á la distinguida escritora á quien desde estas columnas enviamos la expresión de nuestros afectos más cariñosos.

Turno impar, cuadro de Francisco Masriera. (Salón Parés.) – Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en este mismo lugar las obras del eximio pintor Francisco Masriera, que con su hermano José sostienen tan alto el pabellón del arte en nuestra querida Barcelona, que casi juzgamos inútil encarecer las bellezas de la nueva obra de que hoy damos copia, una de las que más justamente llamaron la atención de los inteligentes y aficionados en la última Exposición anual del Salón Parés.

Francisco Masriera ha alcanzado la categoría de maestro en su arte: sus lienzos llevan el sello especial, elegantísimo y delicado, que es el distintivo de todos los que brotan de su brillante paleta.

En el *Turno impar*, como en todos los cuadros de este artista, obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á su prodigiosa habilidad, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

Un lance de honor, cuadro de T. Munch. – Por mucho que contra él truenen la moral y el sentido común de consuno, el desafío ha sido, es y será, cuando menos en nuestro tiempo, un medio de reparar el agravio inferido ó de vengar la sufrida afrenta. ¿Qué importa que las más de las veces el agraviado resulte vencido, uniendo al mal moral el daño material, quizá la muerte? ¿Qué importa que el procaz ofensor pueda verse envuelto en esa aureola que acompaña siempre al que triunfa, sea cual fuere el terreno en donde venza? Contra la lógica, contra el sentimiento cristiano álzanse esas nefandas conveniencias sociales que no creen borrada una ofensa hasta que ha corrido sangre, sea del culpable, sea del inocente, que esto es lo que á la sociedad menos le importa. En el duelo se han inspirado multitud de artistas que han visto en sus lances, en los sentimientos que animan á los actores y á los testigos y aun en los sitios en donde suele efectuarse ancho campo para sus concepciones artísticas: Munch, el renombrado pintor muniquense, es uno de ellos, y el cuadro que reproducimos demuestra que ha sabido sacar gran partido de todos aquellos elementos, haciendo de sus figuras modelos de expresión é imprimiendo en el paisaje el sello de tristeza que caracteriza á la estación otoñal.

Un discípulo de San Francisco.--El general Prim, cuadros de José M. Marqués. – Después de haber logrado conquistarse envidiable cuanto merecido renombre como paisajista, ha pretendido Marqués alcanzar igual notoriedad como pintor de figura. *Las dos madres*, *Un grupo de judíos*, *¡Cuántos dioses hay!*, así como un considerable número de estudios, han venido á demostrar cuánto puede esperarse en ese género de este artista en quien sus relevantes cualidades hállanse avaloradas por su incansable laboriosidad. Espinosa es la senda emprendida y sembrada de dificultades y obstáculos; mas no dudamos de que Marqués vencerá por completo cuantos en su empresa encuentre, y logrará colocarse en ese género á la misma altura á que ha alcanzado con sus bellísimos paisajes.

El dibujo representando á *Un discípulo de San Francisco*, entregado al estudio y al ascetismo, es un bello trabajo, y el retrato del héroe de los Castillejos, del legendario general de la guerra de Africa, en cuyo recuerdo van unidos la gloria de nuestras armas y de un período de grandeza, revela en su autor cualidades no comunes. Cierto es que la concepción más grande que se conoce del caudillo ilustre es el gran lienzo de Regnault, en el que se representa al general Prim en todos sus aspectos, en sus múltiples significaciones; pero no ha sido tal el empeño de Marqués, ni de emular por lo tanto la obra del gran maestro, resultando su cuadro una composición merecedora de aplauso.

Recuerdos del país de hierro, cuadro de Vicente Cutanda. – Vicente Cutanda, de verdadero temperamento artístico, hase dado á conocer y conquistado merecido renombre por la elevación de conceptos y la virilidad que sus obras revelan. A los lienzos de carácter histórico han sucedido los de costumbres, los que retratan el modo de ser de nuestra sociedad, que busca el artista en donde aparece más grande, más viril, más española, en las regiones cantábricas. Los descendientes de los pueblos celtas, galaicos, astures ó vascos tienen en Cutanda el fiel y constante encomiador de sus cualidades, puesto que en sus lienzos reproduce las patriarcales costumbres de aquellas provincias ó representa á sus habitantes en acción, en la grandiosa actividad de su trabajo, en los altos hornos ó en las minas, en donde arrancan de las entrañas de la tierra el más útil de los metales, el hierro, que se convierte en instrumento de paz, engendrador de la riqueza, ó en arma defensora de la integridad de la patria.

Una huelga en los altos hornos, justamente premiado con medalla de oro en la última Exposición nacional, y *El país del hierro*, que reproducimos, atestiguan la genialidad de Cutanda y su buen criterio, puesto que conforme dijo Hewens: «El pintor que pinta á la sociedad que le rodea, aporta materiales para la historia.»

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Isabel escuchaba aquellos prudentes consejos, pero no podía por menos de dejarse arrastrar por su afición á las excursiones, y algunas veces olvidaba lo que le decían su padre y sus compañeros.

Un acontecimiento terrible no tardó en confirmar aquellos temores.

No había que cuidar solamente de las grietas y aludes, sino que sobrevinieron otros riesgos no menos graves.

En los primeros días de marzo, Riez, Carré, MacWright y el teniente Hardy, que eran los mejores cazadores de la expedición, notaron huellas de lobos y de zorras á muy corta distancia del fuerte. Al día siguiente advirtieron también pisadas de animales más corpulentos.

Aquellas noticias causaron gran alegría en el fuerte, pues probaban que la caza reaparecía, y anunciaban, al propio tiempo, un verano excesivamente precoz.

Efectivamente, el 10 de marzo, con una temperatura de 15 grados bajo cero, que fué la media de aquel mes, los cazadores tuvieron la suerte extraordinaria de alcanzar un rebaño de cinco bueyes almizcleros, de los cuales cuatro quedaron tendidos y despellejados en un momento, aumentando sus carnes las provisiones de la despensa.

Pero el día 12 el teniente Pol, que había salido solo, se encontró de manos á boca con un gigantesco oso blanco. Según la costumbre de los de su especie, empezó por huir, lo que permitió al teniente operar una corta retirada; pero al cabo de haber andado un kilómetro en dirección del fuerte, vió al volverse, que el animal retrocedía y se disponía á atacarle con tan rápido paso que le hubiera alcanzado en breve.

Por fortuna algunos marineros advirtieron el riesgo del teniente, y cargando sus fusiles y lanzando grandes gritos adelantaron hacia el animal, sobre el que hicieron fuego momentos después. El oso desapareció, no sin dejar un reguero de sangre, lo que demostraba que una de las balas cuando menos había hecho blanco.

Por más que le dieron caza, no pudieron alcanzarle, y lo sintieron mucho, porque la carne del oso pasa entre los esquimales y europeos que han visitado aquellas comarcas por la más suculenta de todas.

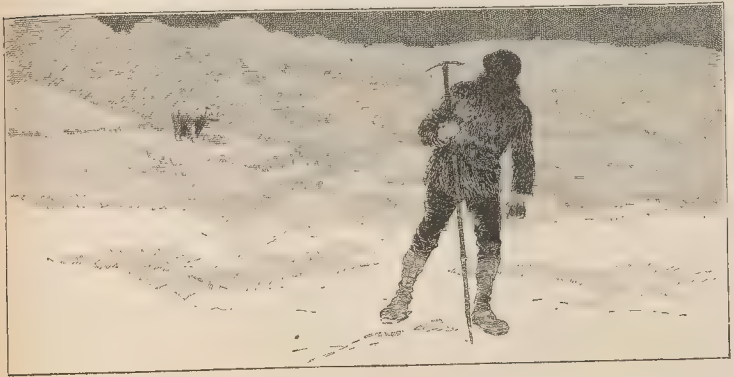
Por la noche se comentó mucho la aventura, y al día siguiente, que era domingo, sólo se habló de ella durante los entreactos de la representación teatral. Y también recordaban todas las escenas de la caza, y allí mismo improvisaron una representación de ellas para dar clara idea á sus compañeros de la aventura.

Se había esperado que el plantígrado aparecería de nuevo por las cercanías del Fuerte-Esperanza; pero como no lo vieron ni al día siguiente ni en los sucesivos se creyó que se había alejado del cabo Ritter, escarmentado quizá por la herida recibida.

Fué preciso resignarse á no comer patas ni filete de oso, que son los bocados más suculentos; pero dos esquimales, Hans y Petricksen, que formaban parte de la expedición pescaron muchas focas y marsoplas, con lo cual pudo variarse la comida, amén de algunos congrios y salmones, que también se cobraron.

El día 20 se había ya olvidado el incidente y salió Isabel acompañada del fiel Salvator y Guerbraz á recorrer los alrededores.

Aquella mañana del 20 de marzo, famosa en París por florecer el castaño de los Cien Días, Isabel llegó en su excursión hasta el centro mismo del glaciar que servía de lecho á la *Estrella Polar*.



El teniente Pol, que había salido solo, se encontró de manos á boca con un oso

El steamer, más y más libre de la presión de los hielos, reposaba ya sobre la blanca alfombra que su quilla empezaba á hundir, marcando ancho surco en ella. A su alrededor iban fundiéndose las capas sucesivas de hielo, y por los agujeros que en la superficie aparecían podía ya verse la de la roca que había protegido el navío del empuje del mar libre al helarse.

Por esa dirección se encaminó la señorita de Keralio que, ya de mucho tiempo antes, había formado el proyecto de escalar los enormes bloques que estrechaban al steamer. Este, muy inclinado, apoyaba el extremo de su gran verga hacia el lado de estribor, y esta pendiente transformaba el palo en una verdadera escala que Isabel subió, sostenida por el hercúleo brazo de Guerbraz.

Los témpanos se amontonaban como una escalera de cíclopes, que la joven se apresuró á salvar con la elasticidad y la ligereza de una corza; pero en lugar de llegar lo antes posible á lo alto, se entretuvo en saltar de escalón en escalón, sin escuchar los consejos del buen Guerbraz, asustado de aquella audacia.

De repente, y cuando ya se decidía á llegar á la cima, se detuvo bruscamente, lanzando un grito de terror.

Se hallaba separada de su fiel compañero por una distancia de más de cien metros. Guerbraz se lanzó á socorrerla, comprendiendo que sólo un peligro inminente había podido aterrorizar de aquel modo á su atrevida compañera. Llegado á lo más alto de los bloques que componían aquella escalera titánica, Guerbraz se explicó el terror experimentado por Isabel.

A menos de diez pasos de ella y al otro lado de una grieta que apenas tenía un metro de anchura, un oso gigantesco balanceaba con movimiento regular su cuerpo, inclinando al propio tiempo á uno y otro lado la cabeza, que era relativamente pequeña.

Era evidente que el animal estaba hambriento, pues no hay ejemplo de un oso ahito que no huya al aproximarse un hombre. El plantígrado movía las patas, una en pos de otra, y abría y cerraba alternativamente sus anchas fauces negruzcas, de entre las cuales pendía su lengua roja, con el mismo anhelo que se mueve la de un perro sediento.

– Volved, señorita, volved, gritó Guerbraz desesperado.

La joven lo oyó y se volvió tratando de retirarse; pero el oso comprendió sin duda que se le escapaba la presa, dió un paso adelante y con poderoso empuje apoyó sus patas sobre la orilla opuesta de la grieta, haciendo crujir las quijadas y lanzando un sordo gruñido.

Guerbraz había empuñado ya su revólver, al propio tiempo que el hacha que jamás le abandonaba, y tomaba ya carrera para saltar sobre el témpano en que estaban Isabel y su terrible adversario, cuando se produjo un fenómeno inesperado.

Al empuje de las enormes patas del plantígrado, la grieta se extendió con siniestro ruido hasta la base misma del témpano. Arrastrado por su empuje el enorme animal cayó en el hueco, en tanto que el amontonamiento de témpanos oscilaba, desprendiéndose del resto del banco. Bajo una presión extraordinaria, el suelo del campo de hielo reventó, y una columna de agua, formando una enorme ola, se estrelló oblicuamente contra el iceberg que rompía los hielos de alrededor y se alejaba rápidamente de la costa, solicitado, sin duda, por alguna corriente templada que pasaba por la base del campo de hielo.

Entonces llegó el turno de tener miedo á Guerbraz, que á su vez lanzó un grito. Por los relatos de otros expedicionarios, sabía que muchas veces masas enormes de hielo se desprenden de la costa, y empujadas por las corrientes llegan hasta aguas más templadas, donde se deshacen rápidamente. Aquella hipótesis hacía más crítica todavía la situación de Isabel, abandonada sobre su isla flotante.

La verdad era que en aquella época del año, el témpano no podía derivar mucho porque no había ninguna vía practicable aun á través de la aglomeración del pack.

Efectivamente, al cabo de unos cien metros se detuvo bruscamente, dejando detrás de él un enorme agujero lleno de agua, que no tardó en cubrirse de una delgada capa de hielo.

Guerbraz estaba desesperado.

Disparó por dos ó tres veces su revólver al aire á fin de avisar del peligro á sus compañeros. Y cuando el enorme témpano se empotró en el icefield que crujió bajo su peso, el marinero pudo advertir á Isabel de pie sobre una especie de cornisa, cortada á pico á una altura de treinta metros sobre el nivel del campo.

La situación se hacía más crítica á cada momento.

Para socorrer á la joven, Guerbraz se dejó deslizar tan aprisa como pudo por la pendiente que ya había salvado. Para ir donde estaba Isabel era preciso dar la vuelta al navío, y esto es lo que hizo saltando de arista en arista por sobre témpanos y grietas, hasta que llegó sobre la superficie helada del fiord.

Pero allí, un nuevo espectáculo le petrificó de horror. El oso, á pesar de la caída que diera, caída considerablemente peligrosa por el agua á la cual fué á parar, se había levantado y el marino pudo ver cómo se dirigía cojeando hacia la especie de pico sobre el que la joven estaba, por decirlo así, suspendida.

El marino lanzó fuertes gritos para llamar la atención del oso, que vaciló un instante, y que luego con el mismo balanceo pesado continuó adelantando hacia el iceberg.

Guerbraz estaba loco de dolor. Llamó á Isabel.

– Señorita, tratad de encontrar un camino y de saltar para venir hacia mí.

La joven, colocada como estaba, no podía llegar, mas comprendió que el aviso del bretón le señalaba algún peligro inminente. Corrió hasta el extremo de la plataforma para buscar un camino.

¡Ay! El bloque estaba cortado verticalmente y aquella pared de hielo no tenía ninguna aspereza; era tan lisa como un muro de estuco ó de mármol.

Isabel agitó los brazos y el viento hizo llegar á Guerbraz estas dos palabras.

– ¡No puedo!

Al otro lado del bloque, el oso, que no se veía, empezaba su penosa ascensión.

Jamás el pobre Guerbraz había sufrido tan cruelmente.

Una resolución desesperada se le ocurrió. Llegó corriendo hasta el pie del témpano, y abriendo los brazos se preparó para recibir en ellos á la joven en el momento en que se dejara caer.

Era una resolución loca, pero que justificaba la confianza que tenía el marino en sus fuerzas casi sobrehumanas.

Isabel comprendió la maniobra del marino, y con la mirada midió la altura; pero espantada se echó otra vez para atrás.

En el mismo instante casi y sobre la plataforma apareció la cabeza del oso con sus ojos sanguinolentos y sus fauces rojas. La joven, vencida por la emoción, vaciló y cayó desmayada.

Guerbraz apuntó lo mejor que pudo y la bala de su revólver reventó el ojo izquierdo del oso. El monstruo, más furioso por la herida, lanzó un sordo rugido y se precipitó sobre su inanimada presa.

Pero entonces se reprodujo el fenómeno que momentos antes había desprendido el témpano de la costa. El pico osciló, crujió y hendiéndose de arriba abajo, quedó partido en dos mitades enormes. El oso quedó en una de ellas, en tanto que Isabel, deslizándose suavemente y sin sacudidas, desaparecía en la grieta que acababa de abrirse.

No era la misma muerte que antes la que amenazaba á la joven; pero no por eso era menor el peligro.

Sin pensar más en el animal, que huía espantado á consecuencia de aquel doble accidente, Guerbraz había saltado hacia el agujero á riesgo de ser tragado también.

Entonces vió á la joven desmayada y suspendida entre cielo y tierra y sostenida únicamente por el grueso abrigo que la cubría. Si el hielo hacía un solo movimiento más, quedaba todo consumado. Isabel estaba irremisiblemente perdida, pues caía en el inmenso agujero y tendría por losa uno de los enormes témpanos que cercaban aquel sitio.

En aquel momento aparecieron otros marinos, que atraídos por la doble detonación del arma de Guerbraz, habían asistido á aquella escena y visto la fuga del oso y la caída de Isabel. Diez hombres saltaron en seguida sobre el témpano y trataron de salvar á la joven.

Pero todos los esfuerzos hubieran sido inútiles sin la intervención de Salvator.



La joven, vencida por la emoción, vaciló y cayó desmayada

El perro no había vacilado un momento. Merced á algunos saltos prodigiosos, había alcanzado la grieta, se había deslizado por ella con maravillosa agilidad, y mordiendo fuertemente la capa de la joven, con movimiento lento y continuo había atraído á ésta hacia la pendiente exterior del abismo.

Allí fué donde Guerbraz y sus compañeros pudieron recogerla desmayada.

En un instante hicieron con fusiles y estacas unas parihuelas para transportar á la joven. En el fuerte la consternación fué grandísima cuando vieron el triste cortejo, pero el doctor Servan y su colega tranquilizaron pronto á todo el mundo.

Isabel de Keralio estaría buena antes de ocho días.

La aparición del sol fué la señal de la libertad. Del fondo de los corazones brotó un himno de reconocimiento y de bendiciones hacia el Creador.

No se hubiera podido esperar un verano más precoz ni un tiempo mejor. Verdad es que continuaba todavía reinando un frío espantoso, pero las excursiones largas eran ya posibles cada día y al llegar al fuerte se reconfortaban los expedicionarios. Aun cuando el frío debía continuar hasta mediados de abril, parecía haber llegado el momento decisivo de ponerse en campaña y de lanzarse sin vacilación hacia el Norte. Una vez alcanzado el 85° paralelo, se prometían poder terminar su expedición sin grandes dificultades si, como creían sus heroicos predecesores, continuaban hasta más allá las tierras.

Muchos de los invernantes echaban de menos el tiempo que habían pasado en Fuerte-Esperanza, pues ya se habían acostumbrado á la vida que allí se llevaba y nadie sabía lo que el porvenir les reservaba en las ignotas regiones donde jamás ha puesto la planta ningún hombre. Verdad es que esperaban durante la invernada siguiente poder montar el Fuerte-Esperanza muchos grados más lejos; pero para esto era preciso que el mar estuviera libre y que la *Estrella Polar* pudiera conducirlos ó precederlos.

La duración de los preparativos para la marcha permitió á los exploradores emprender nuevas excursiones de vanguardia. D'Ermont y Pol fueron los primeros que se lanzaron por el camino del polo. Sus observaciones confirmaron las del Sr. de Keralio y las del doctor Servan. La costa de la Groenlandia á partir del cabo Bismarck cambiaba bruscamente de dirección y se inclinaba hacia el Noroeste, á menos que se tratara solamente de una península prolongada en aquella dirección.

El día 20 de marzo los trabajos de instalación á bordo habían terminado y los viajeros volvían á ocupar los camarotes de la *Estrella Polar*.

A fin de que los tripulantes no padecieran las consecuencias del brusco cambio de temperatura entre Fuerte-Esperanza y el interior del buque, Huberto, ayudado de Schnecker, estableció la calefacción por medio del hidrógeno, y fueron tan notables los resultados de aquella elevación de temperatura, que cedió el hielo que aprisionaba la cuna de acero y el navío reposó otra vez la quilla dentro del agua, rompiendo la capa ya adelgazada del extenso campo, merced á potentes chorros de vapor. Estas operaciones preliminares de la dislocación del banco terminaron en 1.° de abril y la instalación á bordo fué definitiva.

Entonces tuvo que procederse á demoler la casa que tan buenos servicios había prestado y á transportarla pieza por pieza á bordo del steamer. Fué una tarea larga y penosa, pues el frío era muy riguroso, y durante las jornadas de trabajo nuchos hombres, indemnes hasta entonces, tuvieron que ser conducidos á la enfermería á consecuencia de olvidar las precauciones que se les recomendaran. Seis marineros en estado más ó menos grave tuvieron que ser conducidos á la enfermería antes que hubiese llegado el momento de abandonar el fiord á bordo del buque.

Sin embargo, no había decaído el ánimo de los tripulantes, y el sol luciendo sobre el horizonte había reanimado á todos los que padecieran á consecuencia de las tinieblas de la noche polar. Pero lo que contribuyó más que todo á despertar el entusiasmo, fué el resultado de la cosecha, que se verificó en 10 de abril.

Se había preservado de la demolición el invernadero, resignándose á no destruirlo, pues nadie sabía si sería preciso retroceder de nuevo hasta el cabo Ritter. Se convirtió, pues, en almacén de aprivisionamiento para el viaje de vuelta, y se guardaron allí todas las reservas de carne fresca que no se necesitaran para el consumo diario y que se debían á los buenos tiradores de la tripulación.

La cosecha había sido magnífica. Por la acción de los cuatro «soles» eléctricos y por el constante calor mantenido en el suelo, la arena azoada había competido con las mejores tierras vegetales. Se cogieron ochenta ó cien zanahorias, treinta manojos de rábanos, que los marineros declararon tener un sabor exquisito, una docena de manojos de berros y más de ciento cuarenta matas de escarola, lechuga y achicorias. En cuanto á frutas la cosecha fué menos abundante, pues solamente dió unas pocas fresas, cuya insipidez hizo que nadie las comiera. En fin, Isabel pudo hacer, además de un ramillete para ella, una cosecha de flores suficiente para adornar todos los ojales, y con aquella condecoración de un orden desconocido, los hombres sanos y los inválidos asistieron todos al banquete de despedida dado á bordo del vapor. Prolongadas y alegres aclamaciones estallaron en honor de la heroína que era el hada protectora de la expedición y la hermana de la caridad al propio tiempo.

Después de esto se separaron no sin gran emoción. El comandante Lacrosse se quedó á bordo solamente los hombres necesarios para las maniobras y los que estaban enfermos. Esto hizo que Isabel se decidiera también á quedarse para cuidarlos, y reclamó asimismo la presencia del doctor Servan, que sólo á regañadientes cedió á su compañero Le Sieur su puesto en la columna que iba á seguir el camino de tierra.

Quedó convenido que en cuanto fuese posible esta columna seguiría la costa á fin de mantener constante comunicación con el navío.

El 20 de abril, y después de un fuerte huracán de viento Sud, apareció el cielo limpio de nubes grises, y el sol, que estaba ya muy alto sobre el horizonte, hizo subir dos grados la temperatura. Aquella diferencia de niveles termométricos se anunció por prolongados crujidos del hielo, y el 21 el Sr. de Keralio y el comandante Lacrosse, desde lo alto de las colinas que dominan el cabo Ritter, advirtieron un vasto canal de agua libre á unos 600 metros de la costa.



La columna hizo alto y levantó tiendas para vivaquear

El 26 el campo de hielo en que reposaba la *Estrella Polar* quedó hendido en toda su longitud. El enorme campo que soportaba el buque se desprendió de la costa y empezó á derivar hacia el Océano. Fué tan rápida esta derivación que los hombres de la expedición terrestre no tuvieron tiempo de desembarcar y fué preciso que esperaran que el vapor, libre del todo, pudiera llevarlos al extremo del cabo Bismarck. Para esto fué preciso aguardar el día 30, pues el buque no pudo librarse enteramente del icefield que le aprisionaba sino después de derivar medio grado hacia el Sud.

El 1.º de mayo se había efectuado el desembarco. La columna exploradora se componía de los señores Keralio d'Ermont, Hardy, el doctor Le Sieur y los marineros Carré, Leclerc, Julliat Binel y Mac-Wright. Guerbraz, primer contramaestre, quedaba encargado de vigilar á los marineros.

A fin de estar continuamente en comunicación con el navío, sólo se llevaron víveres para tres días de marcha. Esto era el mejor medio para alcanzar el fin indicado y al propio tiempo para suprimir bagajes, haciendo así la marcha más fácil. A menos de una catástrofe, imposible de prever, se debía llegar al cabo Wáshington en menos de un mes, pues sólo era preciso recorrer 350 kilómetros.

La temperatura templada que se disfrutaba era un poderoso auxiliar para los exploradores. Era de temer, en efecto, que el estado del mar no permitiera á la *Estrella Polar* subir hacia el Norte; pero respecto á esto había dos testimonios contradictorios: el de Nares y Markham, detenidos el 21 de mayo á los 83° 20′ 26″, que no habían podido avanzar á causa de extenderse ante ellos el pack interrumpido, y el de Greely, fundado en las observaciones de Lockwood y Brainard, que, en la propia estación y llegados á los 83° 23′ 8″, habían debido retroceder por la dislocación de los hielos y la presencia de numerosos canales en el pack. En breve se sabría si estaba la razón de parte de los ingleses ó de los americanos.

VII

EL CABO WÁSHINGTON

La primera etapa pareció corroborar lo afirmado por los ingleses.

Apenas se habían andado diez millas cuando la expedición tuvo que detenerse porque se había perdido de vista el buque.

Era evidente que la *Estrella Polar*, luchando continuamente contra el deshielo, debía conquistar metro á metro el terreno. Tan lejos como alcanzaba la vista de los viajeros el mar estaba helado. Aquel campo desolado tenía una regularidad aflictiva; era una llanura siniestra apenas interrumpida aquí y allá por cordilleras de témpanos. Nada se movía ni vivía en ella, y aquella inmovilidad mortal desesperaba la mirada.

La columna hizo alto y levantó tiendas para vivaquear hasta la llegada del navío. Si éste no aparecía era prueba de que sería preciso renunciar á la esperanza de viajar por mar.

Se esperó la noche con el corazón angustiado, pues nadie había previsto aquella eventualidad desconsoladora. Así es que nadie se resignaba, y cuando se hundieron en las literas de piel de bisonte, á pesar de la suavidad relativa de la temperatura, todo el mundo echaba de menos la casa abandonada, y esto aumentaba la irritación causada por la esperanza fallida.

– Amigos míos, dijo el Sr. de Keralio para poner término á aquella situación, lo mejor que podemos hacer es aplazar toda conjetura y dormir.

Pero nadie durmió largo rato. A media noche sopló fuerte viento del Sud, acompañado de siniestros ruidos que producía el pack deshelándose. Aquellas cortas horas de tinieblas pasaron entre aquellos rumores lúgubres, y los viajeros, ya poco acostumbrados á ellos, los oyeron con terror, y la aparición del día fué saludada con verdadero entusiasmo.

Entre los crujidos del hielo, el oído ejercitado de los marinos había creído percibir el choque seco de las olas contra los bancos de la costa. La esperanza renació en ellos, pues aquel ruido era de buen augurio, ya que presagiaba la ruptura del pack.

Los que primero lo oyeron no se atrevieron á comunicar sus esperanzas á los demás, no queriendo producirles una desilusión si se habían equivocado; pero por la mañana ya no fué posible ninguna duda: era el mar, el agua salada y verde lo que aparecía á los ojos de los marinos.

Del inmenso icefield de la víspera no quedaban sino aquí y allá fragmentos enormes, pero aislados, gigantescos escombros que una corriente de agua arrastraba hacia el Este. Al mismo tiempo una humareda de aspecto extraño aparecía en el horizonte Sud. La *Estrella Polar* había vencido el obstáculo y corría á toda velocidad en busca de los exploradores. Un formidable hurra saludó aquella aparición.

Lockwood tenía razón; el Océano paleocrístico no era permanente; el mar libre aparecía entre los navegantes.

Pero éstos no se hacían muchas ilusiones, ya que sabían que aquellos súbitos deshielos van seguidos de congelaciones no menos rápidas. Por fortuna, el viento no varió de cuadrante, sino para saltar del Sud al Sudeste y volver al Sud. A las seis de la mañana la *Estrella Polar*, después de haber cambiado señales con los peatones, seguía su camino hacia el Norte. Ya no debían volverse á encontrar hasta el 78° paralelo, donde se racionaría de nuevo la expedición.

Llegados á aquel punto y con una temperatura media de 14 grados, el primer pelotón volvió al navío, después de haber recorrido 200 kilómetros. Un segundo pelotón de seis hombres mandado por el teniente Pol se lanzó por la vía de tierra. Era el 8 de mayo.

Pero allí el navío experimentó una nueva contrariedad. El viento saltó bruscamente al Noroeste, y antes de dos horas el mar quedó helado. Al propio tiempo el termómetro bajaba hasta 28 grados bajo cero, temperatura verdaderamente cruda para aquella estación.

Fué preciso buscar un refugio en un recodo de la costa, y allí se pasaron dos días, pues á consecuencia de la baja continua de la temperatura, hubo una verdadera tempestad y los témpanos se amontonaban unos sobre otros, amenazando aplastar bajo su masa al navío.

En aquella situación tan crítica, el comandante Lacrosse tuvo una idea muy práctica. Los dos cañones de la *Estrella Polar* se cargaron con obuses de melinita y rompieron el fuego contra el banco de hielo con tanto cuidado y encarnizamiento como si se tratara de asaltantes humanos. Al propio tiempo como el agua no faltaba, no se cesó de proyectar chorros de vapor sobre el hielo. Después de treinta y ocho horas de aquella lucha de titanes, la tripulación, quebrantada, pudo al fin gozar de un reposo que merecía.

El 9 volvió á emprenderse la marcha, gracias á un canal de agua que se declaró á lo largo de la costa. Forzando vapor, dejó á los individuos de la expedición terrestre el cuidado de levantar el plano del país, y salvó, con una velocidad de catorce nudos, los 150 kilómetros que le separaban aun del 80°. Allí tuvo que detenerse para esperar á los excursionistas.

El tiempo era horroroso. Las borrascas de nieve se sucedían una á otra, y el frío, volviendo á sus rigores, dificultaba mucho las maniobras del buque.

Por vez primera Isabel sintió haber tomado la resolución de ir al polo. No porque temiera por ella, sino por las fatigas que veía padecer á sus compañeros y sobre todo á su pobre nodriza, que había vuelto á contraer una bronquitis que ya la aquejara durante los primeros fríos y que la hacía padecer de un modo cruel.

El doctor Servan oyendo la tos de la pobre bretona, auguraba un mal resultado que, á su juicio, sólo podía evitarse reimpatriando á Tina.

Pero esto, á pesar de los buenos deseos de todos, resultaba impracticable, pues aunque el mar estuviera libre hacia el Norte, nadie podía asegurar que lo estuviera algunos grados ó minutos más abajo, ya que no ha habido hasta ahora quien se explique los caprichos de aquellos mares y latitudes.

El único recurso que quedaba era salir de la región de las tempestades y buscar un abrigo para construir una estación estival que preparase la próxima campaña de invierno.

El 10 de mayo el termómetro marcaba aún 24 grados bajo cero. La nieve, que había cesado de caer, permitió á los navegantes descubrir el panorama, subiendo á las cofas ó á las últimas vergas.

Aquel panorama tenía la grandeza de los sueños de una imaginación calenturienta.

¿Dónde terminaba aquella tierra groenlandesa?

En cuanto abarcaba la vista, la costa, por brusca variación, volvía á inclinarse hacia el Noroeste, y altos, inflexibles, ingentes, se alzaban enormes acantilados de 600 á 800 metros sobre la superficie de las aguas, como muralla infranqueable, sin una rada, sin una solución de continuidad.

Uno de los marineros, á pesar de la mala impresión que aquella muralla inflexible producía, ó á causa de ella, dejó escapar una exclamación:

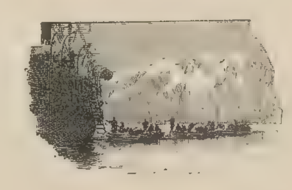
– ¡Es la barrera del infierno!

La frase fué afortunada y la repitieron todos.

Ningún nombre había más adecuado que aquél. La *Estrella Polar* parecía una cáscara de nuez bajo aquellas rocas gigantescas. Pero entretanto, el canal de agua que seguían los navegantes se alejaba más y más de la costa, dejando entre ésta y el buque un espacio helado de más de tres millas, cosa que era extraña, atendiendo lo avanzado de la estación.

La mala impresión producida por el cansancio y por la contemplación de aquella pared temerosa reapareció el 12. Los hombres que formaban la expedición terrestre no aparecían por ningún lado á pesar de que debía haberse agotado su provisión de víveres.

El 13 fué todavía mayor la angustia. Los que iban



á bordo, detenidos por aquella colosal barrera no podían hacer nada en favor de los extraviados; pero éstos podían dar alguna señal de su presencia y no la daban.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL INGENIERO BILBAÍNO D. M. ALBERTO DE PALACIO

Hay hombres para quienes todo lo grande y excepcional tiene irresistible atractivo, para quienes no parece existir la palabra imposible y que desdeñando las



D. M. ALBERTO DE PALACIO
distinguido ingeniero y arquitecto bilbaíno

cosas fáciles se enamoran de las empresas que otros tacharían de utópicas ó quiméricas. Triunfar allí donde otros han sido vencidos, acometer lo que ha hecho desmayar á muchos, sufrir los contratiempos con estoica calma y salvar todos los obstáculos, por poderosos que sean, ese es su mérito, esa es su ambición, que nunca se cifra en lo que está al alcance de las inteligencias vulgares y rutinarias que se asustan ante cualquiera innovación si se sale de lo normal, regular y sencillo. Ni las fatigas les arredran, ni las contrariedades les enfrían, ni los fracasos les desalientan, porque pertrechados con las armas de la ciencia y estimulados por su genio, tienen la intuición maravillosa que les hace adivinar lo que no saben y aportar nuevas conquistas al caudal científico de cada época y de cada pueblo.

De estos hombres es D. M. Alberto de Palacio, autor del puente que reprodujimos en el número 609 de La Ilustración Artística y de los proyectos que reproducimos en el presente.

Palacio es un espíritu inquieto y batallador, en cuya mente bullen y se agitan mil ideas y proyectos diferentes, algunos realizados ya, otros á punto de realizarse y los más ocultos en la mente del que los concibió y acaso ignorados para siempre. Asombran á cuantos le escuchan la variedad y multiplicidad de sus concepciones, basadas todas en los más estrictos principios científicos y encaminadas á hacer más cómodas, fáciles y baratas la vida de los pueblos y sus relaciones entre sí.

Alberto de Palacio reune á una naturaleza privilegiada de complexión vigorosa un carácter de acero, fuerte contra toda resistencia, flexible cuando las circunstancias le demuestran que ceder es acercarse al logro de sus nobles propósitos. Su enérgica voluntad y la fe y convicción que le animan y que sabe comunicar á cuantos le tratan se revelan en su semblante y sobre todo en sus ojos, de mirada viva y escrutadora, en su palabra fácil y persuasiva, en su voz de timbre vigoroso y simpático, en sus ademanes agitados al compás de sus pensamientos.

Con tales condiciones y con el caudal de conocimientos sólidamente cimentados que atesora Palacio está llamado á realizar grandes empresas, si no todas las que ha soñado y aun madurado su cerebro, las suficientes para inmortalizar su nombre.

No ha faltado quien le llamara soñador y visionario y calificara sus proyectos de utopías y quimeras; pero así como Arquímedes probaba el movimiento andando, Palacio ha contestado á los que tales cosas de él decían realizando aquello mismo que declaraban de muy difícil si no de imposible realización. Así aconteció con el puente transbordador de que nos ocupamos en el citado número 609 de este periódico.

Sus victorias han ido llevando la fe y el entusiasmo al ánimo de los más tímidos y descreídos, que ya hoy no se asombran de lo colosal de sus proyectos porque se han convencido de lo que sabe, de cómo quiere y de cuánto puede en el terreno de la ciencia.

Entre los muchos proyectos que actualmente acaricia, dos merecen especial atención: es el uno el de cubrir la ría desde el puente del Arenal ó de Isabel II y el de los Fueros, y el otro el de unir ambas márgenes del río Nervión por medio de un puente movible de vía submarina. De uno y otro vamos á ocuparnos someramente.

Bilbao tiene necesidad absoluta de unir por ancha vía la ciudad antigua con su ensanche: el magnífico puente del Arenal hoy resulta insuficiente para las necesidades de aquella villa y además desabrigado, así para el invierno como para el verano. El proyecto de Palacio, que dos de nuestros grabados reproducen, satisface esa necesidad y es por añadidura sano y cómodo. Cubre la parte rectilínea de la ría entre los antes citados puentes, dejando grandes luces laterales, y sus arcos, más altos que los de aquéllos, permiten fácilmente la navegación. Sobre este gigantesco puente, de 200 metros de anchura, debe alzarse un gran edificio con un pasaje central de 20 metros de ancho por 200 de largo que una los dos puentes extremos y cuyos suelo y techo han de ser de cristal y los paramentos laterales de mármol.

Las vías que dejaría libres este puente, construído á 4 metros sobre los muelles, serían: dos puentes cubiertos paralelos al del Arenal, de 8 á 10 metros de ancho; un pasaje cubierto que uniría ambos puentes, y un paseo alrededor del edificio que enlazaría los puentes por la parte exterior.

Los puntos de apoyo de este edificio monumental, subdividido en varias casas de cuatro pisos, estarían dispuestos en cuatro filas de pilares, dos de sillería, uno en cada muelle, y dos de tubos de acero, en el río, estando unidas las cabezas de todos ellos por armaduras de formas convenientes, que constituirían la base del edificio, cuya planta baja se destinaría á establecimientos de lujo y los pisos á viviendas. La solidez de la construcción la garantiza la naturaleza del fondo del río, que es de roca viva, esquisto arcilloso calcáreo duro.

El presupuesto para cubrir la ría es de 1.182.000 pesetas y el de la construcción total de 7.125.000.

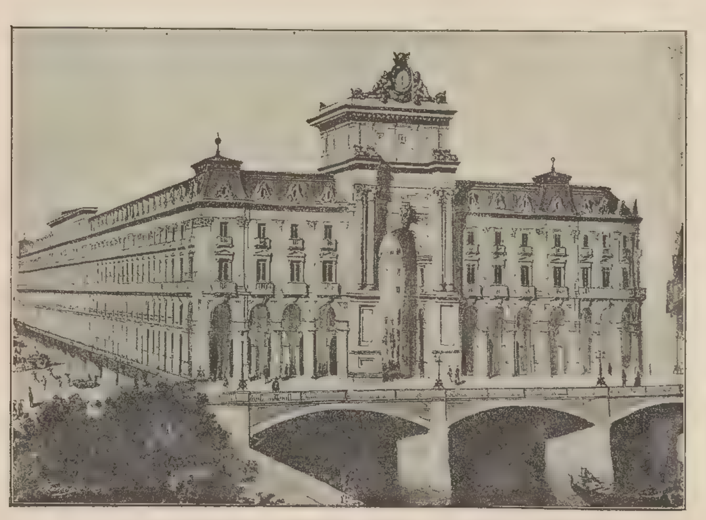
El segundo proyecto, que reproduce otro de nuestros grabados, consiste en el establecimiento de una



Vista del pasaje interior del puente colosal sobre el Nervión

vía horizontal submarina al nivel inferior del *thalweg* del río, sobre la cual se deslizaría un vehículo de gran estabilidad y de condiciones especiales para el transporte de pasajeros y mercancías de una á otra orilla del Nervión, en el sitio denominado el Desierto. Este puente rodado se compondría: 1.°, de los muelles de acceso, necesarios porque el talud natural de la orilla impediría que á ella atracase el transbordador; 2.°, de la vía submarina, y 3.°, del puente rodado ó carro transbordador.

En la imposibilidad de explicar detalladamente cada una de estas partes, diremos algo de las dos últimas. La vía, perfectamente asentada, de bastante peso, estable y segura, tendría 180 metros de largo por 10 de ancho y estaría compuesta de otras dos vías paralelas de 0'60 metros de anchura fuertemente arriostradas una con otra por tirantes de hierros en forma de ⌶, de 9'40 metros de longitud y 14'30 kilogramos de peso por metro lineal. El peso de la vía sería de 350 kilogramos por metro lineal, y los distintos elementos de 10 metros de longitud de que se compondría estarían sólidamente acoplados y todo el sistema iría contenido en una masa de hormigón, asentada, á su vez, sobre una capa de escollera de tres metros de espesor. En cuanto al puente rodado ó carro transbordador, sería un sólido armazón de cuatro columnas de forma casi cúbica, de más base que altura, y completamente diáfano para dar paso al agua: tendría 100 metros cuadrados de base (10 × 10) y 9'60 metros de altura, con lo cual resultaría imposible un vuelco por un tropiezo ó por un desperfecto de los carriles. En su parte superior habría una plataforma de 12 × 11 metros de superficie (132 metros cuadrados), colocada un metro por encima de la pleamar viva equinoccial y dividida en cinco compartimientos simétricos: el central para la maquinaria



Puente colosal sobre el Nervión (Bilbao), proyecto de D. M. Alberto de Palacio

y vigilancia, los dos inmediatos para viajeros de segunda y vehículos, y los dos extremos para viajeros de primera. El compartimiento para vehículos podría soportar 4.000 kilogramos de sobrecarga. La máquina de vapor actuaría directamente sobre la hélice, que serviría de propulsor y podría avanzar y retroceder á voluntad. Para el deslizamiento sobre la vía servirían cuatro pares de ruedas, llevando cada juego de éstas un quitaobstáculos y un tubo que recibiría aire comprimido de la máquina para remover y apartar el fango que pudiera depositarse en la vía. El mecanismo está dispuesto de tal suerte que una vez puesto en movimiento el transbordador pueda éste pasar en un minuto de una á otra orilla.



Puente rodado sobre el Nervión para cruzar este río en el punto llamado el Desierto, proyecto de D. M. A. de Palacio

Con la inventiva del Sr. Palacio, acompañada de su indiscutible ciencia, puede esperarse que dentro de pocos años Bilbao y Vizcaya contarán con obras gigantescas debidas á su genio, que está consagrado al bien del país, al que Palacio ama como el primero y por cuyo engrandecimiento halla pequeños todo trabajo y todo sacrificio.

Pero D. M. Alberto de Palacio, en medio de sus relevantes cualidades, tiene un defecto: la afición á la grandiosidad, en algunos casos casi rayana en lo imposible, si no científica por lo menos prácticamente. Pruébalo, entre otros hechos, el de no haber sido admitido su proyecto de monumento para la Exposición de Chicago, porque la Junta organizadora de la misma consideró la obra excesivamente grandiosa y de un coste inmenso.

Cuando reprodujimos las vistas del puente transbordador, consignamos algo de lo que en honor de Palacio dijo á propósito de aquella obra un importante periódico francés: posteriormente, una de las principales ilustraciones inglesas, siempre parcas en elogiar á los extranjeros, ha dedicado alabanzas al sabio ingeniero bilbaíno que, joven todavía, constituye ya una gloria de nuestro mundo científico.

Al honrar hoy nuestras columnas con el retrato del Sr. Palacio y con la descripción de dos de sus más importantes proyectos, hacemos votos por que éstos, así como otros que su fecunda inventiva vaya elaborando, se lleven á la práctica para honra de España y provecho de la industria vizcaína. – X.



RECUERDOS DEL PAÍS DEL HIERRO, cuadro de Vicente Cutanda

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

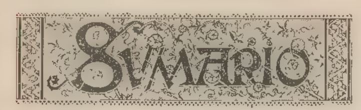
Año XII — Barcelona 25 de septiembre de 1893 — Núm. 613

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.--LA BATALLA DE FLORES,

copia del cuadro de Harry Finney



CRÓNICA DE ARTE

Nuestro representante en Wáshington y delegado regio en la Exposición universal de Chicago, señor Dupuy de Lôme, elevó una protesta al jefe de recompensas de dicha Exposición Mr. Teacher, á propósito del resultado obtenido por los artistas españoles en aquel certamen. Protesta enérgica, fundada, á mi entender, en razones de tanto peso, que seguramente no derribarán la lógica de los *yankees* ni de cuantos, intentando salvar su amor propio, traten de refutarla.

Pero yo entiendo que no merecía la pena el desastre sufrido por nuestros artistas en la Exposición que actualmente se celebra en la ciudad del lago Míchigan de la molestia tomada por el Sr. Dupuy de Lôme. Desde el instante mismo en que se tuvo conocimiento del verdadero valor que, desde el punto de vista de la especulación de tal idea, esto es, de la significación que dentro del complejo é interesantísimo campo de la evolución artística y estética modernas tenía el tan famoso como fracasado certamen, todo el mundo que vive y alienta en este medio dejó de preocuparse de lo que allá se hiciera, y nadie se ha sorprendido al saber nuestro fracaso artístico.

Sin embargo de esto, siquiera sea á título de curiosidad y de enseñanza para el porvenir, bueno es que sepan los artistas españoles algo de la historia de esto que algunos titulan *fracaso* y que para mí queda reducido simplemente á uno de tantos desengaños como venimos sufriendo los españoles, merced á nuestro carácter en demasía impresionable.

***

Anunciada la Exposición universal de Chicago, é invitada España á concurrir á ella, se presentó en Madrid un caballero norteamericano, muy conocido en Chicago y sus alrededores como persona peritísima en cosas de arte. Este caballero fué al Círculo de Bellas Artes de Madrid á invitar á su vez personalmente á los artistas para que concurriesen con sus obras á la *feria del mundo,* prometiéndoles (en inglés, por supuesto) que como allí era casi desconocido el arte español, se le abriría un mercado que podría amorcillar de libras esterlinas ó de otras monedas equivalentes los no muy repletos bolsillos de nuestros escultores y pintores.

Con grandes muestras de entusiasmo fueron acogidas por cuantos escuchaban (traducidas al español) las ofertas y discursos de propaganda de Mr. Valsey C. Ives – que éste es el nombre del norteamericano de marras, – y desde aquel punto y hora comenzaron una serie de obsequios en honor de este ser excepcional, nueva personificación del *Pactolo,* y al propio tiempo á disponerse para asistir al gran certamen dignamente. El *mister,* á cambio de las puertas que abría á nuestro arte, no pidió más que la *representación* de todos los artistas que enviasen obras á Chicago, naturalmente, deduciendo por la tal representación el correspondiente tanto por ciento, etc.

A todo esto el actual ministro de Fomento señor Moret, aconsejado por alguien y guiado por grandes deseos de acertar, encargó por medio de una real orden al Círculo de Bellas Artes de la misión de admitir ó rechazar las esculturas y pinturas que deberían ser remitidas á la Exposición norteamericana. No faltó quien advirtiese al Sr. Moret que el Círculo de Bellas Artes, por su carácter de Sociedad puramente particular, no debía ser el encargado de aquella misión, pues no representando como no representa dicha sociedad sino á un escasísimo número de artistas, la elección del jurado clasificador no tendría valor alguno, ó por lo menos muy escaso; cosa que en efecto pudo comprobarse, pues hemos visto que son 122 los artistas que exhiben sus obras en Chicago y que no han querido someterse al examen del Círculo, mientras los que se sometieron á la alta sabiduría de aquel tribunal no llegan á 96.

No habré de decir si el jurado del Círculo de Bellas Artes supo limitarse á las atribuciones que le habían conferido, ó rebasó las lindes de lo prudente; cosa es esta que me tiene sin cuidado y que nada quita ni pone al relato de la historia que estoy haciendo; lo que sí es menester hacer constar la declaración de Mr. C. Ives cuando nuestro delegado regio y el de Bellas Artes pedían más y mejor local para la exhibición de las obras de arte españolas; dicho Mr. C. Ives respondió que «el Círculo de Bellas Artes de Madrid le había dicho que para sus cuadros tenía bastante con el concedido y que no quería más.» Si es cierto lo afirmado por Ives, bien vale la pena de preguntarle al Círculo de Bellas Artes en virtud de qué atribuciones limitaba el espacio, dejando fuera de concurrencia á los artistas – como he dicho más arriba, la mayor parte – que no consideraban al jurado quién para que les juzgase sus obras.

Ya remitidas todas á Chicago, el Círculo de Bellas Artes pidió al ministro de Fomento que enviase con viaje y dietas pagadas á la Exposición un individuo de aquella sociedad. Yo he visto la negativa que á lo pretendido dió el ministro, y en su nombre el director general de Instrucción pública. El individuo á quien aludo volvió á la carga y pudo por fin conseguir lo que deseaba. Con el carácter de *perito técnico* se embarcó para la ciudad *yankee* el Sr. D. Juan Espina y Capo.

Lo que en Chicago aconteció solamente lo saben en Madrid contadas personas. El Sr. Dupuy de Lôme se abstuvo por completo de toda inteligencia con el Sr. Espina en lo tocante á la distribución de premios, y en vista de que el delegado de Bellas Artes Sr. Pavía Berminghan renunciaba el cargo por causas que algún día sabremos, el Sr. Dupuy de Lôme dejó en absoluta libertad al Sr. Espina para que se entendiera como quisiera con sus compañeros de jurado. Debo advertir que dicho Sr. Espina, al abandonar la delegación el Sr. Pavía, escribió al Círculo notificando el suceso, y que con este motivo fué nombrado miembro del jurado internacional, merced á una carta firmada por varios socios.

Y llegó el momento en que debían otorgarse los premios. El Sr. Espina dice en un documento, que quizás algún día saldrá á la luz pública, que no se hizo más que justicia. Por su parte el corresponsal de *La Epoca*, el Sr. Vilardell, escribe lo siguiente:

«Cuando escribí mi carta anterior, el fallo del jurado de Bellas Artes era un secreto, y no pude, por lo tanto, hacer más que adelantar algunos nombres de artistas agraciados. Hoy debería continuar el secreto; pero como los periódicos de Chicago han publicado esta mañana (12 de agosto) las listas generales de los premios concedidos, no tengo por qué callar lo que afecta á España, y puedo hacer públicas mis opiniones, como ofrecí en la citada carta, y decir que el fallo del jurado ha sido una completa derrota para los artistas españoles.

»Ser profeta del pasado es cosa muy fácil, y como no quiero pasar por tal, al declarar que este resultado lo tenía previsto, debo hacer constar que en carta particular escrita hace más de dos meses al director de *La Epoca* decía: «La sección de Bellas Artes será »un fracaso.»

Espero que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reconocerán en mí, ya que no otra cosa, buena fe y deseo de acierto. Alguna vez fustigué, según después me dijeron, con dureza á nuestros artistas, porque descuidaban demasiado el estudio asiduo de cuantas cosas son necesarias hoy al arte, así en plástica como en lo que corresponde á la idea; pero también creerán cuantos este artículo lean que á pesar de mis censuras he reconocido el valor de nuestro arte en general, considerándolo como el que más vitalidad y más energía tiene del arte latino de hoy; por lo que, al saber el resultado obtenido por España en Chicago, y cómo á este resultado cooperara un artista español, no pude menos que sentir allá en lo íntimo algo así como desfallecimiento y angustia, cual si presintiera la proximidad de un desastre para un gran número de nuestros artistas, que con su falta de tacto van á dar de bruces en derrumbaderos y malos pasos como el presente.

El Sr. Dupuy de Lôme debió sentir algo parecido á lo que yo expreso, cuando al saber el fallo del jurado dirigió la comunicación que he mencionado al comienzo de estas líneas, protestando de un modo enérgico contra lo que él y todo el que tenga dos dedos de sentido artístico consideran como un acto de polaquismo, al que asintió – casi afirmaría que inconscientemente – el *perito técnico.* Pero el *perito técnico* Sr. Espina, sin duda porque no se le pueda exigir por nadie la responsabilidad moral en que ha incurrido – responsabilidad en la que tienen la culpa por partes iguales el afrancesamiento mercantil de Mr. C. Ives y la forzosa ignorancia de las discusiones de los jurados á que se vió condenado el Sr. Espina por su desconocimiento del inglés – ha dirigido una réplica al Sr. Dupuy de Lôme, en la que afirma que todo lo hecho, y como apunté más arriba, lo está con arreglo á la más estricta justicia.

Pero ¡vaya usted á poner puertas al campo! Los recelos, las suspicacias se han hecho, y, la verdad, la exculpación y defensa que de sus actos hace el señor Espina en la contraprotesta á que aludo, á nadie convencerán, puedo afirmarlo. Me abstengo de juzgar este documento, y tan sólo como corolario de lo relatado voy á añadir unas cuantas reflexiones.

¿Cómo un artista puede admitir que la misma recompensa se otorgue á cuadros premiados con medallas de oro en nuestras Exposiciones nacionales que á los que no han obtenido más que medallas de tercera clase?

¿Es posible que un *perito técnico* dé el mismo valor á *Los amantes de Teruel* ó á *¡Otra margarita!*, que á lienzos que ni siquiera merecieron una segunda medalla?

¿Es posible que un Vallmitjana, un Susillo, un Atché, un Ferrant, un Cutanda y otros artistas de esta talla puedan quedar desairados allí donde exhiben sus más famosas obras, y en cambio merezcan los honores de la victoria artistas que comienzan y cuyas producciones hemos calificado recientemente de menos que medianas?

Buena es la democracia; pero á *este extremo llevada,* ¡vive Dios que ya no puede tolerarse, y que quien consienta que se ponga en práctica merece toda clase de censuras y que se le exijan satisfacciones categóricas y terminantes!

***

La marejada que con estas malas nuevas se levantó entre la gente del arte es enorme; todos van á preguntarse las razones que obligaron al Sr. Pavía Berminghan á dejar el puesto de delegado de Bellas Artes, y si el Sr. Espina tenía conocimiento de los durísimos ataques que á aquel señor se le dirigieron desde el periódico *The Chicago Herald.* Y además de estas preguntas también se hacen otras no menos interesantes; entre ellas la razón que obligó al señor Espina á no contestar como se merecía á los desplantes del citado periódico respecto del arte español, así como á las sandeces encasquetadas en folletos y conferencias por el Sr. Walsey C. Ives contra el arte y los artistas de esta tierra de los Rosales, Fortunys, Pradillas y Villegas.

Esperemos á que rompan el silencio los señores Dupuy de Lôme, Berminghan y Espina.

Mientras tanto me permito felicitar por su acierto al Sr. ministro de Fomento.

R. BALSA DE LA VEGA

LOS JARDINES DE LA INFANCIA

Tres veces feliz el niño que vive rodeado de una dorada bruma á través de la cual brilla el sol y en la que todas las cosas buenas maduran y la inteligencia se desarrolla tranquila en un cuerpo sano. En esos años, en los que demasiado á menudo nada se siembra para el niño, recogiendo éste tan sólo las simientes esparcidas que llegan hasta él por casualidad, ¡cuánto podrá hacer en pro de la niñez el que una á los conocimientos científicos la solicitud maternal! De ello nos da ejemplo María Putnam Jacobi en su «Experimento en la educación primaria.»

De mí sé decir que á los ocho años pude adquirir ya el conocimiento de los géneros y de las especies. Aún me parece ver el terrado con pavimento de piedra y los arcos de una casa asiática; el vívido sol de Oriente declinando sobre el verde espacio de la inmensa llanura de Mesopotamia, cubierta de brillante hiniesta y de anémonas; sobre mis rodillas los pétalos del almendro, del ciruelo y de la rosa amarilla de Persia, y en mi interior el ardiente deseo de acumular conocimientos para toda la vida.

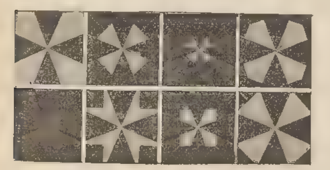
Pero no todas las mujeres pueden llegar á la maternidad dotadas como lo estuvo la señora Jacobi. Cada uno de nosotros, si es digno de tener padre, ama á éste de todo corazón, y abriga la creencia de que jamás hubo otro como el suyo. Con ojos más sobrios y más ejercitados por la experiencia, vemos ciudades enteras llenas de casas, en las que la más aparente y visible diferencia entre los niños de los ricos y de los pobres consiste en que los unos van



ISABEL PALMER PEABODY

por las calles con nodriza y los otros sin ella. En su afanosa vida, la mayoría de los padres se hallan entregados continuamente á sus ocupaciones, á veces día y noche, sin que les sea siempre posible atender á todo, llenando sus múltiples compromisos; y en el mayor número de casos, el niño no adquiere más conocimientos que los que le proporciona la casualidad, los criados y los hijos de los vecinos. No es necesario referirnos también á ese otro mundo en que la pobreza y el crimen arrojan á numerosos padres al pie de la cruz en que los tiernos niños son crucificados.

El problema de la educación para las diversas clases consiste, pues, en suministrar elementos propios y útiles durante los primeros años en que el niña comienza á dejar á la familia sin entrar en la sala del colegio. En ese período, es decir, desde los tres á



Papel doblado. Primera lección de geometría

los siete años, el cerebro, según nos dice Bain, crece con la mayor rapidez, y todo el sér del niño recibe su primera impresión consciente de la familia, de la iglesia, del estado, de las leyes y de la vida social.

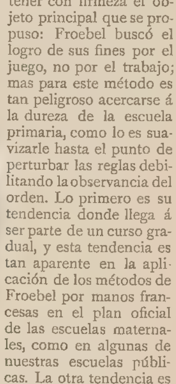
¿Qué cosa hay más brutal que los juegos inventados por niños inocentes? ¿No conocemos á alguno que haya tratado de matar ó atormentar á su animal favorito? ¿No hemos encontrado todos al niño que, al ser conducido á la habitación mortuoria donde yacía el cadáver de su compañero, lo primero que hizo fué preguntar con la torpe avaricia de sus cuatro años: «Ahora que Pedro ha muerto, ¿no me darás su caballo y su tambor?» Es necesario avivar la imaginación inerte del niño, despertando sus emociones; es preciso llenar el horizonte vacío. Ningún niño que no haya sido enseñado podrá reconstruir esos fructuosos, pero olvidados años, en que la humanidad alcanzó sus primeros y mayores triunfos; en que los dedos humanos aprendieron por primera vez á tejer la flexible corteza y las manos á modelar la arcilla, y en que los roncos gritos del barbarismo fueron reemplazados por la naciente música de la civilización.



Marcha infantil en un jardín de la infancia de una institución privada

Froebel trató de ocupar bien esos años de la niñez. El niño piensa solamente por símbolos, ó en otros términos, explica todo cuanto ve, no por lo que recuerda de la experiencia ajena, como le acontece cuando es adulto, sino clasificando y comparando sus propios conceptos ó símbolos de lo que él mismo ha visto. Su única actividad está en el juego. La escuela – ha dicho J. C. Federico Rosenkranz – comienza por enseñar los convencionalismos de la inteligencia. Froebel quiso que los niños más jóvenes recibieran una educación simbólica en juegos, recreos y ocupaciones que simbolizaran las primitivas artes del hombre. Con este objeto le instruye en varios trabajos primitivos, como trenzar, tejer y modelar, por medio de entretenimientos en que se hacen jugar todas las relaciones sociales, sin faltar los cantos y el uso sencillo del número, de la forma y del lenguaje. Todas las aptitudes representan un papel en su múltiple propósito inspirando al niño, despertando su interés, conduciéndole por la senda que la humanidad ha seguido y enseñándole á dominarse en sus relaciones sociales.





Cuento sobre el mar, en un jardín de la infancia público, de Nueva York

El sistema tiene sus peligros palpables. Cuanto mejor y más complicado es el instrumento, más habilidad se necesita para usarle sin riesgo. Los jardines para la infancia requieren personas prácticas, pues con maestros triviales podrán degenerar fácilmente en mero pasatiempo y ahogar toda tendencia á fijar la atención, la aplicación y el ingenio. Por apreciable que sea ese sistema en sus indicaciones para el cuidado y desarrollo de los niños, su parte alegre necesita tener por base el propósito y la teoría que tan alto grado alcanzaron en la mente de Froebel cuando abrió su primera escuela en un pueblecillo alemán, por cuya calle principal corría un arroyo y por cuyos callejones de noche se paseaba silencioso el alabardero cantando las horas. Ocioso sería suponer que Froebel fundó un sistema perfecto, ó insistir en todos los detalles del credo de los jardines de la infancia; pero han bastado cuarenta años desde la muerte del fundador para que la fe degenere en religión y secta. Es preciso, sin embargo, mantener con firmeza el objeto principal que se propuso: Froebel buscó el logro de sus fines por el juego, no por el trabajo; mas para este método es tan peligroso acercarse á la dureza de la escuela primaria, como lo es suavizarle hasta el punto de perturbar las reglas debilitando la observancia del orden. Lo primero es su tendencia donde llega á ser parte de un curso gradual, y esta tendencia es tan aparente en la aplicación de los métodos de Froebel por manos francesas en el plan oficial de las escuelas maternales, como en algunas de nuestras escuelas públicas. La otra tendencia es aparente en los jardines de la infancia de *amateur* y en la obra del gran número de personas que entran en un campo difícil con medios deficientes.

Suiza, la única república de Europa en aquella época, fué el primer país que adoptó el método de Froebel, aunque en algunas de sus ciudades los jardines de la infancia han sido hasta ahora sostenidos por asociaciones particulares. Francia, otra república, cuenta más niños que comienzan su educación bajo una adaptación del sistema de Froebel que todas las demás naciones juntas. El mismo Froebel opinaba que «el espíritu de la nacionalidad americana era el único del mundo con el que su método estaba en completa armonía y en el cual ninguna barrera se opondría á sus legítimas instituciones.» Las cifras que se verán después sobre el desarrollo de los jardines de la infancia en este país son la mejor prueba de la verdad del aserto de Froebel. El ministro prusiano Raumer fué censurado por haber prohibido en 1851 en Prusia los jardines de la infancia, pero demostró los conocimientos de su clase y los instintos del burócrata.



Niños fabricando cilindros de arcilla

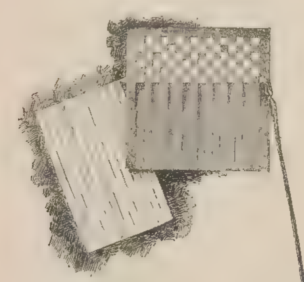
Dentro de sus límites de años, de método y de objeto, los jardines de la infancia proporcionan el más feliz comienzo para la educación del niño en un estado democrático, porque éste reconoce la actividad voluntaria del individuo como el mejor medio de educación, y el contacto social como su mejor agente. El mismo Froebel rehusó educar al hijo de un duque solo, y para sus propios sobrinos buscaba los compañeros que la escuela común proporciona, y que hoy se evitan demasiado á menudo con perjui-

cio de ricos y pobres. La historia ha de escribir aún algunos capítulos antes de que pueda emitir juicio sobre el imperioso joven que lleva el yelmo de Germania coronado con el águila de plata, el joven más poderoso que ha ocupado un trono europeo desde el tiempo de Carlos V; mas es claro que en el espacio de tres ó cuatro siglos él es el único personaje real que ha escapado de la paralizadora influencia de la «educación de príncipe,» cuya soledad es tan grave mal como el exceso de compañeros. La madre del actual emperador rompió con las tradiciones de su familia y de su casta, poniendo á su hijo en un jardín de la infancia y luego en la escuela con otros muchachos. Es muy significativo que ese carácter real, tan moderno por su actividad, tan arcaico en sus aspiraciones, sea el primero entre los gobernantes de la tierra que haya sentido el contacto de Froebel en la niñez.



«Los pajaritos del bosque,» juego de los jardines de la infancia

Menos importante es, sin embargo, considerar el efecto de este método en el heredero de Alemania, quien al fin y al cabo pertenece al ayer, que su influencia en los herederos de la república de América, que son de mañana. Todos vemos y sentimos y padecemos por ciertos defectos en los resultados de la educación de la inmensa mayoría de nosotros: la falta de iniciativa social, la poca consideración á los derechos de los demás, el afán por las diversiones y la incapacidad para encontrar placer sin ellas se manifiestan en todas partes. Este defecto social, tan grave en sus resultados, es la consecuencia natural é inevitable de las escuelas dadas á la rutina, entorpecidas por la disciplina y por las reglas, y á las cuales ha precedido una breve infancia, en la que no se corrigió el instinto del juego, dirigiéndole convenientemente, ni se inculcó tampoco la consideración social á los derechos de los demás.



Papel tejido. Lección de números y colores: enseñanza de la vista y del tacto

La doble desgracia de nuestro sistema de escuelas públicas, que ha hecho tanto que su perfeccionamiento es la empresa que más esperanzas infunde y la más apetecible de las reformas, consiste en que no enseña á los niños á pensar, y en que la gran masa de éstos en nuestros distritos fabriles termina su tiempo de escuela á los diez y doce años de edad, habiendo comenzado á los siete ú ocho.

Tres ó cuatro años es el plazo máximo que la inmensa mayoría de los niños asiste á nuestras escuelas públicas. El principal valor de los jardines de la infancia, como parte del sistema de escuelas públicas, consiste, por lo tanto, en aumentar casi el doble, en circunstancias favorables, el tiempo que los niños permanecen en la escuela; y esto, que no duplicaría el coste de nuestro sistema de escuelas públicas, aumentaría considerablemente el contingente de alumnos. El primer grado de nuestras escuelas públicas viene á ser de un 30 por ciento del servicio total. Para mantener semejante primer grado, escribe Mr. Anderson, superintendente de escuelas en Milwankee, los jardines de la infancia deben ser por necesidad mucho más grandes, y si sus patrocinadores insisten en el curso de dos años, será indispensable un aumento considerable en la renta para sostener las escuelas. Pero este gasto, contrariamente al que se consagra á los grados más altos, se empleará en un número siempre creciente; y la influencia de la nueva educación cortará la pirámide por la base, no por la punta. De su efecto moral sobre los niños abandonados en nuestras calles podemos juzgar por la experiencia de San Francisco de California, en donde de nueve mil niños procedentes de los barrios habitados por pobres y criminales, que asistieron á los jardines de la infancia libres, de la Asociación de la Puerta de Oro, uno solo se encontró más tarde arrestado después de practicarse una cuidadosa información y de ejercerse la mayor vigilancia durante años en las prisiones. Contra este hecho no se puede argumentar. El coste del pauperismo y del crimen ahorrado en ese solo grupo de niños en una sola ciudad habría sido suficiente para satisfacer la contribución de los jardines de la infancia en toda la Unión durante diez años.

Pero lo bueno tiene más importancia en el esfuerzo social que lo malo. Durante un período de diez á quince años, en todas las discusiones sobre nuestras escuelas públicas ha predominado el convencimiento de que éstas lo habían hecho todo menos educar, y los comerciantes, propietarios, colegios y escuelas profesionales se han lamentado á una de que los alumnos de nuestras escuelas públicas no podían servirse del conocimiento adquirido. No son propios para adaptarse á la fábrica social; se pasan los exámenes con toda facilidad, excepto los que impone la vida propia, en el cual las reglas no tienen valor, y ningún sistema de educación con los defectos mecánicos de rutina, grados y exámenes se reforma nunca por sí solo. «Las cuestiones científicas, dijo Goethe á Echermann, son muy á menudo cuestiones de vitalidad;» y esto es igualmente cierto para las de educación. «En las universidades, añadió Goethe, eso también se mira como una propiedad que les ha sido legada; y si alguno opone alguna cosa nueva que contradiga ó tal vez amenace alterar el credo que durante años hemos repetido, transmitiéndolo á los otros, todas las pasiones se levantarán contra él, y no se perdonará esfuerzo para aniquilarle.»

El más seguro remedio contra todo esto es introducir en la escuela niños enseñados bajo diferente principio, cuyas preguntas crearán diferentes métodos haciendo inevitables nuevos procedimientos. Los jardines de la infancia aportan todos los años á las escuelas comunes materiales frescos, llenos de vida, bien dispuestos; que han aprendido á pensar; que en seis meses pueden hacer el trabajo que exigiría un año por el antiguo sistema; que saben manejar el lápiz con ligereza, para quienes resulta más fácil aprender lo que por medio del dibujo ó de la escritura haya de enseñárseles. El niño así enseñado está ya bien dispuesto para pensar por sí mismo y en su propia persona, es suficiente para transformar á cualquier maestro amante de su trabajo.

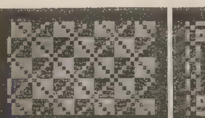
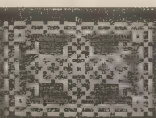
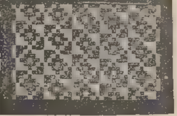
Y estos excelentes resultados se consiguen sin fatigar la atención de los niños, antes bien entreteniéndolos con juegos, pasatiempos y ejercicios que les hacen ver en las escuelas centros de recreo, á los que acuden no sólo voluntariamente, sino, además, con afición decidida. Los conocimientos más variados se fijan en su mente escuchando los cuentos que les recita la maestra; oyendo una narración relacionada, por ejemplo, con el mar, aprenden multitud de cosas sobre fauna y flora marinas que de otro modo sería casi imposible hacerles entender. Otras veces es el juego de los pajaritos en el bosque el que les instruye acerca de una importante especie zoológica. La geometría, esa ciencia difícil hasta para el hombre, penetra insensiblemente en la inteligencia del niño, á quien se le entretiene fabricando figuras geométricas de arcilla, ó haciéndoselas recortar en papel, ó entregándoselas hechas ya, para que con ellas construya distintos objetos, en cuya confección ejercita su ingenio y su paciencia.



Objetos que sirven de asunto en las pláticas matutinas con los niños

Iguales procedimientos se emplean también para desenvolver los sentidos, el de la vista y el del tacto especialmente, para lo cual sirven papeles tejidos de distintos colores, y en general para desarrollar paulatinamente todas las facultades anímicas del niño, que en las conversaciones matutinas y en presencia de los objetos más variados adquiere poco á poco nociones de multitud de ramas del saber humano que no olvidará de seguro mientras viva. Al par de la inteligencia desarróllase en los jardines de la infancia el cuerpo del infantil alumno: los ejercicios gimnásticos proporcionados á su corta edad, las marchas, los paseos, etc., contribuyen á mantener y robustecer la salud del cuerpo, tan indispensable para que se conserve y afirme la viveza del espíritu: *mens sana in corpore sano.*

De algunos de esos juegos, ejercicios y procedimientos dan idea los grabados que acompañan al presente artículo, viendo los cuales se comprenden las inmensas ventajas que á la educación reporta este sistema y el imponderable beneficio que la niñez y la humanidad entera recibieron de Froebel, el ilustre pedogogo que con los jardines de la infancia dió nuevas y firmes bases á la enseñanza de los niños y un punto de partida sólido para la educación de los hombres.

Algunos inventos de papel tejido que demuestran cómo se desenvuelve la inventiva

La obra de introducir este nuevo sistema en las escuelas públicas de los Estados Unidos se ha efectuado en casi todas las ciudades en que se encargaron de tal misión nobles y celosas mujeres que abrieron jardines de la infancia libres á sus propias expensas, á menudo con la cooperación de maestros, como el doctor William T. Harris en San Luis, ó el doctor James Mac Alister en Filadelfia, siempre



VISTAS DE COSTA RICA (de otografías remitidas por D. Antonio Font)

con la conversión eventual de las escuelas de pensión, que no tienen derecho, después de todo, para hacer experiencias con el dinero público antes que las empresas privadas.

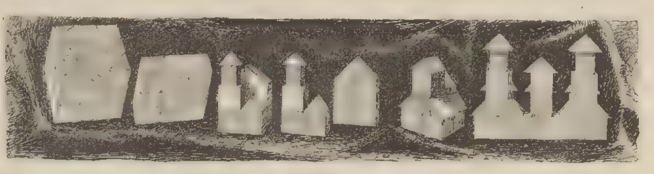
Veinte años después de la muerte de uno de los dos grandes maestros del siglo (el otro era Pestalozzi) la situación era la siguiente: Froebel había sido re-



Ejercicio núm. 3. – Una serie de formas, cada una de las cuales es desenvolvimiento de la anterior

chazado por su país, y se le expulsó de Prusia por decreto ministerial, á pesar de que aun allí, la hija de una noble madre, la emperatriz Federico, había educado á sus propios hijos con arreglo á su plan, presidiendo una sociedad para introducir el sistema en su país. Francia esperó todavía la caída del imperio para ver la aceptación de los métodos de Froebel en las «escuelas madres.» Austria-Hungría, bajo la naciente libertad, hija del desastre, comenzaba á introducir los jardines de la infancia, que han realizado allí inusitados progresos como parte de su reciente y rápido desarrollo. Italia (1868-1871) había visto ya abiertos los primeros jardines de la infancia que al cabo de veinte años de libertad y unidad debía producir los instructores que adoptaron el nuevo sistema en las escuelas públicas del reino. Finlandia, ese pequeño rincón que está bajo la férula de Rusia, debía introducir el sistema doce años después. Inglaterra, que estaba reorganizando su sistema de escuelas por el acta sobre educación de 1870, no hizo aprecio alguno del nuevo método, y cerca de veinte años después uno ó dos maestros nombrados por la Junta de escuelas de Londres y una vigorosa pero ineficaz propaganda dieron á conocer todos los progresos hechos hasta entonces. En Londres, en Mánchester y en Dublín existen excelentes instituciones; mas en cuanto se refiere á la influencia de la opinión pública, nada se había adelantado ni aun en 1889.

En nuestra patria, es decir, en los Estados Unidos, en 1870, el magnífico trabajo hecho para organizar y metodizar la instrucción local desde veinte años antes había puesto de manifiesto los funestos principios de la rutina mecánica. A Dios gracias, no había aquí ministro de instrucción, ni gran sistema nacional, ni licencia del gobierno para los maestros, ni «pagos según los resultados,» como en Inglaterra. El país era libre; pero cada centro de instrucción se hallaba también en manos de escuelas aferradas á los antiguos



Ejercicio núm. 5. – Sucesión de formas

métodos y de maestros que seguían la rígida rutina, sin haber medios organizados para introducir la reforma general.

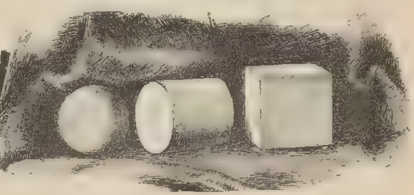
¿Cómo se había de abrir camino, pues, este nuevo método vital en el desierto de las escuelas? Pues por el más sencillo de los medios, por el experimento; por las mejores directoras, por mujeres que hicieron de su tarea un sacerdocio. Yo no sé que antes de 1870 se haya publicado un solo libro en este país sobre los jardines de la infancia. El *Diario americano de educación,* fundado en 1855 y que cesó en 1881, no había hecho sino una sola referencia á Froebel ó á aquellos jardines, y esto no antes de haber llegado al tomo 28.º; pero en un período de cinco años (1871-76) aparecieron diez y siete obras, iniciando una polémica al frente de la cual estuvo la señorita Isabel Palmer Peabody. Después comenzaron á presentarse apreciables mujeres, no pocas de las cuales organizaron y abrieron jardines de la infancia libres. En Boston fué la esposa de un afortunado propietario; en San Luis la hija de un hombre notable en el comercio y en la política, y en San Francisco un humilde maestro, apoyado por las mujeres de recientes millonarios y hábilmente secundado por una joven que repitió en Nueva York, en los dos últimos años, los trabajos para conseguir esta reforma, á la cual había dado principio en San Francisco mucho tiempo antes. En cada ciudad esta reforma siguió el mismo curso, sólo que en San Francisco las escuelas no fueron transferidas nunca al Estado, mientras que en Milwankee su primera introducción se efectuó únicamente por iniciativa pública. En San Luis, la primera escuela se abrió en agosto de 1873, y en 1877 contábanse ya setenta. En Boston había catorce, con ochocientos alumnos; en Filadelfia 32 jardines de la infancia fueron en enero de 1887 traspasadas al Estado por la Sociedad de Escuelas Primarias. En octubre de 1892, de las cuatro ciudades donde este sistema se halla más cumplidamente establecido, Boston tenía 36 jardines de la infancia con 2.008 alumnos; San Luis, 88 con 5.398; Filadelfia, 64 con 3.800, y Milwankee, 30 con 2.873. En San Francisco, la Asociación de la Puerta de Oro ha recibido desde su organización 260.000 duros, y la ciudad cuenta con 65 jardines de la infancia libres.

El doble peligro que amenaza á esas instituciones consiste en que se tomen, por una parte, como puro juego; y por otra, en que se conviertan en una mera escuela subprimaria, con libros y pizarras. Por eso no podemos determinar su progreso en general; pero si hemos de dar crédito á informes del Inspector de Enseñanza de los Estados Unidos, vemos que aquéllos demuestran un aumento que promete convertir muy pronto el sistema en universal. Debe advertirse que en 1870 no se contaban en este país más que cinco jardines de la infancia. Desde 1870 á 1873 estableciéronse en Boston, Cleveland y San Luis varios de éstos, en los que se fijó la atención pública por los esfuerzos de la señorita Isabel Palmer Peabody, que es quien más trabajó en los primeros jardines de este país. Tomando en cuenta los jardines de la infancia públicos y privados, el sistema se desarrolló rápidamente, según se puede ver por las cifras que á continuación copiamos y que comprenden datos de los cuatro años siguientes:

	1875	1880	1885	1891-2
Escuelas. . . .	95	232	413	1.001
Maestros. . . .	210	524	902	2.242
Alumnos. . . .	2.809	8.871	18.780	50.423

Hasta 1880, estas cifras, excepto las de San Luis, se refieren casi todas á escuelas privadas. En 1885 los jardines de la infancia públicos no excedían á una quinta parte del número de escuelas ni contenían más de una cuarta parte del de alumnos. En las últimas cifras que se dan en esa tabla hay 724 jardines privados con 1.517 maestros y 29.357 alumnos; mientras que el número de esas instituciones públicas asciende á 277, con 725 maestros y 21.066 alumnos: de modo que estos últimos tienen ahora un 27 por 100 del total de las escuelas, un 35 de los maestros y un 42 de los alumnos. Ese aumento de los jardines de la infancia en un período de quince á diez y seis años es tan extraordinario como estimulante, no menos por el número que por el apoyo que el público dispensa á esas escuelas. Tengo ante mí una lista de 118 asociaciones de jardines de la infancia diseminadas por el país, cada una de las cuales representa una sociedad fomentadora del sistema de Froebel en algunas de sus muchas formas de aplicación para el trabajo de la enseñanza; y veo que la caridad en favor de estas instituciones ha contribuído al trabajo más importante de crear instituciones para los ciegos, los mudos y los débiles de inteligencia, lo cual tiene un valor incomparable.

Sin embargo, por grande que sea este progreso, el jardín de la infancia no figura sino en una parte infinitesimal en nuestro sistema de enseñanza en su conjunto, pues de las listas escolares de 1888 á 89 resultó que solamente un 94 por 100 recibían instrucción elemental, y de éstos, menos de un quinto del 1 por 100 obtuvo las ventajas de los jardines de la infancia. De las diez y seis ciudades americanas con una población de más de 200.000 habitantes en 1890, tan sólo cuatro, Filadelfia, Boston, Mildwankee y San Luis, incorporaron estos jardines en gran escala á sus sistemas de escuelas públicas. Otras cuatro, Nueva York, Chicago, Brooklyn y Buffalo, tienen asociaciones organizadas para introducir el nuevo método como parte de la educación pública libre. En San Francisco los jardines de la infancia se mantienen sin aparente probabilidad de que sean agregados al sistema de escuelas libres; y solamente Baltimore, Cincinnati, Cleveland y Detroit cuentan asociaciones caritativas ó religiosas que sostienen esas instituciones. En este estado se encuentra en los Estados Unidos la obra completa de proporcionar una educación especial á los niños de 3 á 6 años de edad. Compárese esto con Francia, donde las escuelas ma-



Ejercicio núm. 2. – La base de los jardines de la infancia, de la cual derivan todos los juegos y ocupaciones

ternales, comenzadas por Oberlin en 1771, y á las que Mme. Millet comunicó nueva vida en 1823, adoptaron de hecho el principio y la práctica de Froebel, y contaban en 1887 con 741.224 alumnos entre las edades de 3 á 6 años, en una población que sólo es dos terceras partes inferior á la de los Estados Unidos y donde la proporción de niños es mucho menor.

Sin embargo, si semejantes movimientos para asegurar la educación de una clase ó la adopción de un nuevo sistema de enseñanza se comparan con el de los jardines de la infancia, este último podrá considerarse sin rival en la historia de la educación nacional. La causa de esas escuelas, que redondean la obra y suplen la responsabilidad de las madres, ricas ó pobres, apeló al instinto maternal de las mujeres dondequiera que se presentó. El movimiento ha sido esencialmente suyo; le han dirigido, sosteniendo las escuelas y las asociaciones, y la misma obra se ha de llevar á cabo en todo el país. No hay ciudad, ni pueblo, ni caserío que no esté dispuesto á tener su asociación; y la experiencia ha demostrado que esas escuelas no se introducirán ó establecerán nunca sino bajo la presión del sacrificio propio. Las dificultades se han desvanecido, los maestros se multiplican y los gastos se reducen. Ahora no se necesita más que el esfuerzo personal para que el éxito sea completo y la adopción universal.

Talcott Williams

LA SOMBRA

(Conclusión)

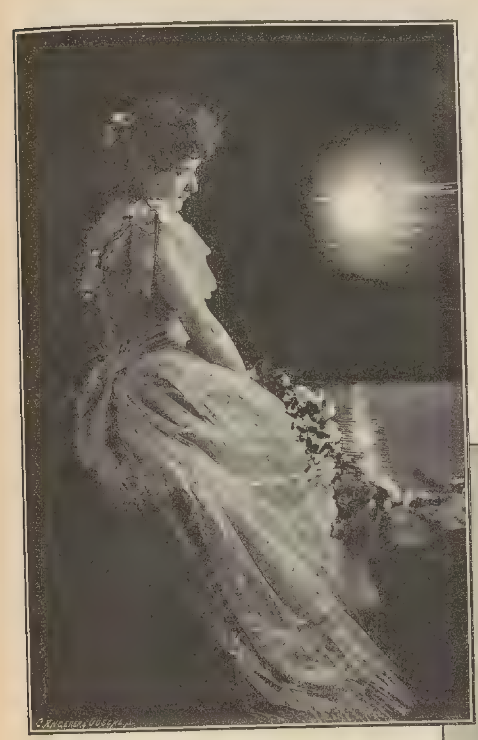
«¡De prisa, de prisa, que tengo sueño!,» decía Carmen Peláez, con ademán erizado de brusquedades y voz en la que había mucho de frialdad y de dureza, á la doncella que la ayudaba á despojarse de los atavíos y del traje lucidos en el baile. «¡Qué torpe eres!,» exclamaba á cada instante; y sus cejas se fruncían, adquiriendo su divino rostro un tinte sombrío...

Se recogió el suelto cabello que, semejante á man-

to de ébano, le caía sobre los desnudos y escultóricos hombros; dió los últimos toques á su *toilette* nocturna, y dijo á la doméstica, que sumisa esperaba órdenes: «¡Vete!»

Una vez sola empujó la puertecilla que comunicaba el tocador con el dormitorio, y entró en éste.

Encendidas estaban todas las luces. La condesita



avanzó; pero en su andar se advertía algo de indecisión; había en sus pasos tortuosidades, serpenteadores movimientos en su cuerpo estremecido á veces por súbitas é inexplicables sacudidas nerviosas. Miró con mirada recelosa, al par que espantada, en torno suyo, y después un destello de alegría mefistofélica brilló en sus ojos, una leve sonrisa dilató sus labios, y su pecho mórbido y redondo se alzó, dejando ancho camino á un suspiro de satisfacción.

Resueltamente adelantó hacia el lecho, entró en él, y bien arropada ya quedó inmóvil, pero con los ojos abiertos, muy abiertos, como si causa poderosísima le impidiera cerrarlos. Por fin, el sueño con sus letárgicos besos, fué entornándole suavemente los párpados hasta cerrárselos por completo.

Dormía, sí, dormía; pero era aquél un dormir intranquilo, un dormir zozobroso, como si una pesadilla embargara su espíritu desgarrándolo con torturas de infierno.

***

No hay máscara que oculte las deformidades del alma como un rostro hermoso.

Carmen Peláez, que parecía un ángel, guardaba allá en los senos más hondos de su ser, en los rincones más obscuros de su espíritu, una historia de trágicos horrores.

Casada sin amor con un viejo millonario de estirpe nobilísima, sintió á poco de compartir su lecho con aquel hombre decrépito espolazos formidables del deseo, desordenados apetitos de la carne, anhelos de placeres no gozados, de felicidades vislumbradas, pero no sentidas; esas ansias sin nombre, indefinibles, vagas, pero imperativas, apremiantes, que envuelven en ardorosas llamaradas el cuerpo y hacen que ráfagas de vértigo crucen siniestras por el cerebro.

En aquel lecho de tristes nupcias lloraba Carmen todas las noches, con lágrimas amarguísimas, la desconsoladora y espantosa viudez que sufría en su matrimonio; y consumida en el fuego de sus pasiones, fué lentamente, pero de modo decisivo é incontrastable, influyendo el organismo en el espíritu, hasta que abrasado todo su ser en aquella hoguera en que las virtudes quedaron convertidas en ceniza, inspiración satánica hizo germinase en su alma la idea del crimen.

Primero apareció embrionaria, débil, tímida; cobardemente fué creciendo; con lentitud avanzó hacia el corazón y hacia el cerebro, y ya en ellos los invadió rápidamente; y orgullosa de su triunfo, tomando proporciones gigantescas, los aprisionó en las redes del odio.

Planta trepadora semejaba, que nace raquítica, se desarrolla con dificultad al principio; pero cuando encuentra el tronco á que ha de adherirse, se enrosca á él, lo estrecha, y crece y crece con increíble prontitud.

Decidida ya, no esperó Carmen para ejecutar el infame proyecto muchos días. Las vehemencias de su temperamento la impulsaban á realizar aquél, y su conciencia nada oponía á ello.

Una noche, las alas fatídicas del ángel del mal se agitaron en la conyugal estancia, produciendo un rumor de lúgubres resonancias. Hálito ponzoñoso envenenó la atmósfera; y allá, en el lecho, se escuchó la respiración anhelante del infeliz conde de Peñaobscura. Después la respiración se hizo fragorosa; luego sólo se percibió el débil, el quejumbroso silbido del aire al salir de los pulmones y pasar por los labios entreabiertos; más tarde un largo suspiro, y por último nada.

En aquel mismo lecho brillaron en la sombra toda la noche, sin obscurecerse un momento, dos puntos luminosos, fosforescentes, que á veces despedían cárdenos resplandores como de relámpago.

Cuando hubo amanecido, los ayes y lamentaciones de la condesa atrajeron á la servidumbre, que encontró inerte, rígido, frío, tendido en el lecho, con expresión de augustia infinita en el rostro, el cadáver del marido sin ventura.

Se esparció la noticia, y acudió el médico de la casa, quien, ignorante ó necio, certificó que el conde había fallecido á consecuencia de una súbita é imprevista congestión cerebral.

Verificado el entierro con la pompa y ostentación de rúbrica en tales casos, y pocos días después, Carmen Peláez entraba en posesión del título y bienes de su difunto esposo por anterior disposición testamentaria del mismo.

El veneno había sido un amigo discreto para aquella mujer sin entrañas.

***

¡Hay Dios, sí, hay Dios! ¡Dulce consuelo para los buenos!

Rica, libre, hermosa, joven, ¿qué más podía desear



D. FRANCISCO VALIENTE, pintor costarriqueño

para ser feliz? Y sin embargo, Carmen Peláez no lo era. ¡Sublimes sarcasmos del destino! La voluntad humana se estrella ante la justicia divina: del mal no nace más que el mal; el crimen obstruye el camino de la dicha...

La condesita, como ya empezaban á llamarla entonces, transcurrido el tiempo durante el cual los formalismos sociales la condenaban á sufrir retirada en su casa los rigores del luto, comenzó á asistir á los saraos, á las fiestas, á toda clase de diversiones. Y se mostró tan ocurrente, tan dispuesta á reir, tan amable y discreta, que pronto fué la animación de las tertulias y reuniones y la estrella de los salones elegantes de la corte.

Nadie advertía aquella febril ansiedad de placeres y de emociones, aquel deseo constante de aturdirse en los vertiginosos transportes del baile; nadie, nadie advertía que Carmen Peláez buscaba el ruido, la agitación; y los buscaba como el desdichado busca, en las somnolencias de la embriaguez, el reposo para su torturado espíritu.

¿Era remordimiento? No. ¡El tigre jamás lo siente! Era miedo, era el instinto de conservación agobiado de zozobras y de cobardes recelos.



BELLEZAS COSTARRIQUEÑAS, retratos pintados por D. Francisco Valiente

Cuando dejaba caer su cuerpo en el lecho y su cabeza en la almohada para encontrar el descanso apetecido, después de las fatigas ocasionadas por el placer, de allá, de un extremo de su dormitorio, veía surgir una sombra, al principio disforme, pero que lentamente se espesaba, adquiriendo precisión sus contornos, tomando cuerpo, consistencia de cosa real; una sombra amenazadora que agitaba en el aire



LA DESPEDIDA, cuadro de D. Laugée (Salón de París, 1893)



EL PRÍNCIPE GUILLERMO II DE ORANGE Y SU PROMETIDA LA PRINCESA MARÍA ENRIQUETA STUARDO,
cuadro de Van Dyck, existente en el Museo de Amsterdam

unos brazos esqueléticos; una sombra que á sus ojos, desmesuradamente abiertos por el espanto, tenía todas las apariencias del conde infeliz, sin piedad asesinado.

La primera noche que aconteció esto la pasó presa de angustias sin término, de un terror supremo; quiso gritar y la voz se apagó en su garganta; intentó incorporarse y huir y no pudo moverse, pues se hallaba sujeto su cuerpo por las cadenas invisibles del miedo.

Con las claridades del alba, se disipó la obsesión; y la antes atribulada condesita, ya serena y tranquila, consideró puerilidad de niño asustadizo lo ocurrido, y quedó dormida.

Llegó la noche siguiente; al entrar en su dormitorio, de uno de los rincones le pareció que surgía la sombra; hizo un esfuerzo, y sonriéndose se acostó; pero apenas hubo entrado en el lecho, la sombra brotó ante sus ojos más cerca, más grande, más amenazadora; el pavor esclavizó de súbito todo su ser, y quedó inmóvil, muda, con la boca entreabierta, los labios temblorosos, el pecho estallante, mirando, mirando sin cesar, como atraída por ella, á la fantástica aparición. Y vió cómo aquellos manchones de sombra que semejaban brazos iban extendiéndose, extendiéndose; cómo la amenazaban aquellas manos enormes, y cómo se crispaban y retorcían aquellos dedos filamentosos.

Y así permaneció sin voz, sin movimiento, absorbida por la sombra fatídica de trágicos augurios, hasta que las rosáceas luces del día desvanecieron la aparición. Mas ¡ay! esta vez la sonrisa no agitó sus labios, el sueño no vino á prestarle consuelos, y la doncella que á la hora acostumbrada entró á despertarla, supo que la señora estaba enferma.

Una idea aterraba á la condesita: la sombra de su marido quería vengarse, y quería vengarse estrangulándola con aquellas manos sarmentosas y aquellos dedos que parecían garfios y que ella había visto agitarse amenazantes.

Desde entonces, como la obscuridad la atemorizaba, ordenó que en su dormitorio colocaran varias luces y que estuvieran encendidas siempre, durante toda la noche. Pero á pesar de ello, no pudo verse libre de la espantable aparición.

Al pasar cerca de cualquier sitio en donde se espesaba un poco la sombra, surgía imponente y colérica, amedrentando el espíritu de Carmen Peláez y haciéndola huir despavorida.

***

La noche en que Pepito refirió en el baile la que él llamaba extravagancia de la iluminación, la condesita se quedó profundamente dormida á los pocos minutos de acostarse.

La lluvia caía, produciendo sordos rumores, y el viento azotaba con furia los aleros de los tejados. Era una cruda noche de otoño.

Una ráfaga del huracán, que gemía lúgubremente al estrellarse en las paredes de las casas, abrió de pronto y con estruendo la mal cerrada ventana del dormitorio de Carmen, y apagó de un soplo las encendidas lámparas.

El ruido la despertó; y al abrir los ojos, la sombra fatal, el fúnebre fantasma, apareció ante ellos respirando odio, reclamando venganza, haciendo contorsiones, moviendo los brazos y avanzando, avanzando lentamente hacia el lecho.

La hermosa no dió un grito, no exhaló un ¡ay!, vió adelantar hasta ella la sombra, la percibió cerca, muy cerca; sintió la opresión de aquellos dedos en su garganta y cómo iban apretando, apretando.

Se ahogaba, no podía más. El pecho quería estallarle: ¡qué angustia!, ¡qué agonía! Frío sudor inundó su frente; los ojos se le enturbiaron, algo como una niebla obscureció su cerebro y, por último, una violenta sacudida estremeció, con estremecimientos de epiléptico, su cuerpo, que volvió á quedar inmóvil.

El viento seguía resonando con lúgubres sones, y la lluvia cayendo con rumor monótono y triste.

***

La aurora con sus tintas de oro y nácar alumbró á la mañana siguiente, al bañar con suaves claridades de ópalo el dormitorio de Carmen Peláez, un cuadro sombrío.

La condesita, la hermosa inspiradora de tantas ilusiones y de amores tan profundos, la que fué encanto de cuantos la miraron, yacía sin vida en el lecho.

Pero ¡qué transformación había operado la muerte en su rostro, siempre tan divino! Estaba lívido, desencajado, horrible; con los ojos ya sin luz, abiertos, muy abiertos, como mirando con ansia á la eternidad.

¡Qué agonía más tremenda, más cruel, su agonía! ¡Cuán hondos misterios encerraba aquel cadáver!

El médico manifestó que la señora condesa de Peñaobscura había sucumbido á consecuencia de un ataque apoplético.

¡Allá la ciencia con ello! Pero los que estamos en los secretos de la vida de Carmen Peláez, los que sabemos su dramática historia, creemos y seguiremos creyendo que murió estrangulada por la sombra, por aquella sombra vengadora.

¡Hay Dios, sí, hay Dios! ¡Dulce consuelo para los buenos!

JOSÉ DE ROURE



En el bosque de Boulogne. La batalla de flores, cuadro de Harry Finney. – De todas las fiestas que la moda ha introducido y entronizado en las grandes capitales, ninguna tan bella como la batalla de flores, en la que combinados por manos artísticas osténtanse en toda su magnificencia los más hermosos encantos de la naturaleza. Y no es éste el solo atractivo que tiene: sobre fondo de camelias, gardenias, claveles, rosas, nardos ó lirios destacan las más graciosas femeniles figuras que arrojan sobre las de otros coches ó sobre la multitud que á pie pasea lindos ramilletes, perfumados proyectiles cuyo golpe recibe con sensación dulcísima el feliz mortal á quien van dirigidos. El notable cuadro de F. Harry Finney da perfecta idea de un detalle de esa fiesta en París, y por él puede formarse concepto del conjunto, multiplicando por mil ó más el coche cubierto de flores que representa y la joven elegante que desde él dispara diminutos *bouquets*, y poblando con la imaginación de jinetes el paseo y de curiosos la pista.

Vistas de Costa Rica. – Los grabados que publicamos en la página 621 reproducen algunos de los monumentos y lugares más interesantes de las ciudades de San José y Puerto Limón: la primera es capital de la floreciente república de la América central y cuenta 19.326 habitantes; la segunda lo es de la comarca de su nombre, y á pesar de su escasa población (2 144 habitantes) es un puerto muy importante del Atlántico que está unido con San José por medio de un ferrocarril que atraviesa también las provincias de Cartago, Heredia y Alajuela y una de cuyas estaciones, la de Reventazón, representa uno de los grabados de la lámina.

Bellezas costarriqueñas, retratos pintados por José Valiente. – Es el Sr. Valiente oriundo de Colombia y cuenta hoy treinta y un años; hizo sus estudios de literatura y filosofía en Cartagena, y obtenido el grado de bachiller comenzó la carrera de Medicina, que hubo de abandonar al fallecer sus padres, dedicándose entonces al estudio de la fotografía y de la pintura, á la que desde su niñez había mostrado gran afición. En 1880 trasladóse á Costa Rica y de allí á los Estados Unidos, en donde visitó con gran provecho los mejores talleres fotográficos y estudios de pintores, estableciéndose algún tiempo después en San José de Costa Rica, en donde alcanza actualmente continuos lauros como fotógrafo y como pintor. En la Exposición nacional costarriqueña de 1886 obtuvo dos medallas de primera clase y la Academia universal de Ciencias y Artes de Bruselas le ha distinguido con la medalla é insignia de primera clase. El Sr. Valiente es el pintor favorito de la alta sociedad de Costa Rica, y los retratos de las beldades costarriqueñas que reproducimos justifican el favor de que allí goza el distinguido artista.

El célebre explorador africanista Emín-Bajá. – Todas las dudas que desde hace algún tiempo se tenían acerca de la suerte de Emín-Bajá nan quedado desvanecidas con el relato que de su muerte acaba de hacer á su llegada á Londres M. J. A. Swamm, residente hace tiempo en Ubiqui, en el lago



EL CÉLEBRE EXPLORADOR AFRICANISTA EMÍN-BAJÁ

Tanganica, como agregado de las sociedades misioneras. M. Swamm recibió hace poco, en su citada residencia, una carta en que se le preguntaba qué debía hacerse con los efectos de Emín-Bajá, en vista de lo cual hizo varias investigaciones y supo que Emín había sido asesinado en el país de Manyema y que sus treinta soldados nubios habían sido también asesinados y comidos por los salvajes. Esta noticia la supo por cuatro conductos distintos. Emín había atravesado el país de Ricumba, y habiendo llegado á la residencia de un jefe de un grupo de árabes, le preguntó que adónde iba, á lo que contestó: «Voy á la costa.» Entonces otro árabe le apostrofó diciéndole: «Eres Emín-Bajá, el que ha matado árabes en el lago Victoria. ¡Voy á matarte!» Y desenvainando un largo cuchillo le cortó la cabeza, siendo inmediatamente muertos y devorados los nubios que componían el séquito del explorador. M. Swamm ha dado orden de buscar los papeles de Emín: según una correspondencia de Nyangué, Emín-Bajá fué asesinado el día 26 de febrero á orillas del Lualaba por el árabe Saidie. Emín, desde que se separó de Stanley, había sido el ídolo de los colonos alemanes.

La despedida, cuadro de D. Laugée. – Laugée es uno de los pintores que en Francia cultivan con más provecho el género histórico; pero de cuando en cuando sale de París y se retira al campo, en donde acopia materiales para hermosos cuadros ruralistas, de los cuales *La despedida*, expuesto en el último Salón, ha sido uno de los más elogiados: justísimas nos parecen las alabanzas que ha merecido, pues el grupo de la madre anciana y de la muchacha que de ella se despide para ir á servir como criada á la ciudad vecina constituye una hermosa nota de sentimiento.

El general Miribel, jefe del Estado Mayor francés. – Francia acaba de experimentar una pérdida grande, casi irreparable, con la muerte del general Miribel. Nació éste en 1831 en Montbonnet (Isére) y después de haber hecho sus estudios en la Escuela politécnica y en la de aplicación de Metz, comenzó su carrera militar en 1855 tomando parte como



EL GENERAL MIRIBEL, jefe del Estado Mayor general francés, fallecido en 12 de septiembre de 1893

oficial de artillería en la campaña de Italia, en la que obtuvo la cruz de la Legión de Honor por su conducta en Majenta. Herido en Solferino, al fin de aquella guerra era capitán y con este grado empezó la campaña de México, después de la cual fué nombrado oficial de la Legión de Honor y más tarde agregado militar en Rusia, puesto que dejó voluntariamente en 1870. Colocado al frente de la artillería de la división Maussión, batióse en Chatillón, en Malmaisón, en Champigny, donde obtuvo el grado de coronel, en Bourget y Buzenval. En 1875 fué nombrado general y á poco el ministro de la Guerra Rochebouet lo eligió como jefe de Estado Mayor. Nombrado en 1888 comandante del 6.° cuerpo de ejército, ocupó este puesto hasta que Mr. Freycinet, ministro de la Guerra, lo llamó á las funciones de jefe del Estado Mayor general del ejército. Miribel era con razón considerado como un estratégico de primer órden: ha establecido cinco planes de defensa de la frontera francesa del Este, ha estudiado la defensa del Jura y se ha ocupado últimamente de la frontera de los Alpes. Ha muerto después de haber terminado el programa que se había trazado, y su muerte ha sido considerada como una desgracia nacional en Francia, en donde Miribel constituía un orgullo legítimo y una fundada esperanza.

Guillermo II de Orange y María Enriqueta Stuardo, cuadro de Van Dyck. De éste, como de otros muchísimos cuadros del célebre pintor flamenco que hemos publicado, nada podríamos decir que no fuese repetición de lo que en distintas ocasiones hemos consignado. El nombre sólo de Van Dyck vale por toda una explicación y lleva en sí mismo la mejor crítica. Pero ya que no hablemos del cuadro ni de su autor, séanos permitido llamar la atención sobre las innumerables bellezas del grabado, cuya finura de detalles, suavidad de tonos y limpieza de líneas llegan al máximo de cuanto puede alcanzar el arte del buril y justifican la fama de que goza el renombrado artista francés Carlos Baude.

D. José Joaquín Rodríguez, actual presidente de la República de Costa Rica. – Nació el señor Rodríguez en San José, capital de la Republica, en 1837, y en 1856 pasó á estudiar la carrera de Derecho en Guatemala, en cuya universidad conquistó uno de los primeros puestos. En 1862 regresó á su patria, en donde terminó sus estudios, alcanzando bien pronto gran nombradía como abogado. En 1870 fué nombrado magistrado de la Corte Suprema, cargo de que le desposeyó á los cuatro años la dictadura; en 1880 fué elegido diputado en la Constituyente convocada por el general D. Tomás Guardia; en 1886 nombrósele secretario de Estado y en 1888 Presidente de la Corte Suprema, y en 1.° de diciembre de 1889 una inmensa mayoría del pueblo costarriqueño le eligió para presidir los destinos de la nación en el período de 1890 á 1894. D. José Joaquín Rodríguez es hombre de espíritu recto, de carácter enérgico y sencillo, de hábitos de orden y economía, trabajador, católico cumplido á la vez que tolerante y fiel observador de la ley, y goza de una cuantiosa fortuna debida á su solo y honrado esfuerzo. En el tiempo que lleva al frente de la República ha reformado la instrucción primaria, ha organizado la inmigración que antes no existía, y su administración marcará una época célebre en los anales costarriqueños por su pureza en el manejo de los fondos nacionales.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

¿Qué hacer en tal contingencia? Se reunió consejo de oficiales, al que fueron admitidos los contramaestres. Y era tal la angustia que todos sentían, que cuando el segundo contramaestre Riez propuso volver hacia atrás, solamente el comandante Lacrosse y Huberto d'Ermont se mostraron opuestos á ello.

Lo que acabó de dar más fuerza á tal determinación fué que el vigía anunciaba la aparición de un ejército de témpanos. El parecer de la mayoría se había impuesto, y el comandante Lacrosse iba á dar, bien á su pesar, la orden de torcer el rumbo, cuando Isabel de Keralio apareció en la sala.

Por costumbre se hablaba delante de ella de cuanto interesaba á todos, y jamás se le ocultaban las resoluciones que se habían tomado. En breves palabras le dió cuenta el comandante Lacrosse de lo que iba á hacerse; pero no pudo por menos de hacer constar su opinión contraria en tales términos:

– Por lo que á mí toca, dijo, siempre he pensado que el hombre que va hacia adelante tiene más probabilidades de buen éxito que el que retrocede, y que, á falta de valor, el mismo interés aconseja siempre ir hacia adelante.

La joven no pudo contenerse y exclamó:

– ¡Qué! ¿Ese es el partido que se toma? ¡Qué! ¿Por algunos presagios de mal augurio vamos á renunciar á una victoria que todo nos hace esperar? ¿No veis que retroceder es casi lo mismo que renunciar al resultado de la expedición? Una de dos: retrocediendo, ó volvemos á Francia ó al cabo Ritter. ¿Qué ganamos en el último caso? Un retroceso de cuatro grados no puede mejorar nuestra suerte. Estamos á 169 millas del punto que Lockwood y Brainard alcanzaron, desprovistos de todo recurso y á pie. La buena estación se acerca y tenemos víveres en abundancia. ¿Y en tales condiciones abandonaríamos la lucha? ¿Hemos de declararnos vencidos al primer obstáculo? Nadie os dice que dentro de unas horas no termine ese acantilado, ya que un límite ú otro ha de tener. ¿Soy yo, una mujer, la que ha de recordaros que esas rocas no son sino un accidente del suelo, un levantamiento intermitente de la corteza terrestre? Mañana, pasado mañana á más tardar, el sol nos habrá dado una temperatura más templada y el mar estará libre. Los hielos que ahora se señalan no pueden ser sino un resto del pack que hemos ya atravesado.

Hablaba con tal emoción y con convicción tan grande, que la asamblea vacilaba. Un último argumento salido de sus labios vino á decidir la victoria.

– ¿Y vamos á abandonar así á nuestros amigos, á nuestros hermanos que están en tierra? ¿Cómo imaginar que podamos hallarlos hacia el Sud cuando han ido hacia el Norte?

Tenía razón; todo indicaba que los expedicionarios, no queriendo seguir la península á lo largo de las costas acantiladas, la habían atravesado, y que les aguardaban más arriba. Retroceder era dejarlos sin víveres en una costa inhospitalaria.

– Vamos, señores, un esfuerzo, uno nada más, añadió Isabel. Todo me dice que en breve vamos á ver el límite de esta muralla, en forma de un cabo ó una playa que la bruma nos oculta, pero que la experiencia nos dice que debe estar en el 81° paralelo. Vamos, ¡cobrad ánimo por nuestra propia gloria y por la de Francia!

Todos los hombres se levantaron electrizados y un solo grito salió de todos los labios:

– ¡Adelante! ¡Viva Francia!

Y el comandante Lacrosse dió orden de activar los fuegos.

Isabel tuvo razón y se cumplió una vez más el refrán: «De audaces es la fortuna.» Al cabo de unas horas de navegación cambió el viento y los hielos se convirtieron en un mar completamente libre, en cuya azulada superficie se veían algunos témpanos aislados que huían como gaviotas presas de espanto.

Entonces se advirtió que 10 millas más al Norte terminaba el acantilado en una punta estrecha y baja. Cuando el buque, que navegaba con una velocidad de quince nudos, hubo llegado á la altura del promontorio, se pudo divisar el mar azul que se extendía hasta perderse de vista, en tanto que la costa groenlandesa volvía á torcerse hacia el Noroeste.

De repente estalló una detonación sobre la costa. Miraron los navegantes y vieron una débil humareda sobre acantilados bajos. Los compañeros estaban allí.

Sobre la cubierta de la *Estrella Polar* sonaron entusiastas hurras, y el navío, ciñéndose á la costa, fué á echar el ancla muy cerca del cabo tan gloriosamente doblado.

– Este cabo, exclamó el comandante Lacrosse descubriéndose, no puede llevar sino un nombre, el de la mujer heroica que nos ha devuelto nuestro valor. De aquí en adelante se llamará el *Cabo Isabel*.

Durante los días sucesivos continuó felizmente la navegación hasta que el 28 de mayo, cuatro semanas después de la salida del cabo Ritter, el buque echó su ancla en la punta más septentrional de la Groenlandia, á los 83° 54' 12". Desde allí la costa se dirigía hacia el Sudoeste. En el horizonte se abría una bahía y en el centro de ella había una isla, que se reconoció en seguida por la de Lockwood, y al final de aquel hermoso panorama aparecían las negras rocas del cabo Alejandro Ramsay.

Se había llegado al promontorio que los dos héroes de la misión Greely habían bautizado, sin pisar el suelo, empero con un nombre caro á todos los corazones americanos: el cabo Wáshington. Desde aquel momento todos los predecesores quedaban distanciados; Francia había ido más lejos.

La alegría fué inmensa entre los marinos y nadie dudaba ya del buen resultado final. Con adelantar 6° 4', ó 606 kilómetros, se pisaría el mismo polo.

El cielo se mostraba enteramente propicio. Aquella costa que Lockwood y Brainard habían hallado rodeada de hielo, pero de la cual habían visto desprenderse al año siguiente los nevados bancos, estaba completamente libre de su frío cinturón.

Entretanto el termómetro marcaba temperaturas verdaderamente excepcionales. Durante algunos días llegó á señalar 14, 16 y 18 grados sobre cero, cosa que no era natural durante aquella estación.

Los navegantes aprovecharon aquella temperatura más que templada para hacer excursiones por el interior, cuya vegetación les pareció muy abundante y espléndida para tales latitudes, y para comprobar todos los descubrimientos de sus predecesores y rectificar sobre un nuevo plano la inexactitud en que habían incurrido. Se cazó en abundancia. Bueyes almizcleros, osos, ptarmigans, eiders, dovekíes y demás seres que pueblan aquellas regiones proporcionaron carne fresca y buenas reservas.

Sobre la cubierta de la *Estrella Polar* sonaron entusiastas hurras

Finalmente, el 10 de junio, ante el mar libre, se decidieron á tomar tierra y hacer los preparativos para la segunda invernada.

El sitio se escogió con gran cuidado, al abrigo de los vientos del Norte y protegido por una verdadera barrera de rocas. Entonces pudo comprobarse que el cabo Wáshington se halla situado exactamente á los 83° 35′ 6″ de latitud boreal y á 42° 12′ de longitud occidental. Quedaban, pues, todavía por recorrer 1° 24′ 54″, ó sean 141 kilómetros 484 metros, antes de alcanzar el 85° paralelo.

¿Qué hallarían allí?

¿Sería una tierra nueva, una isla fragmentaria de Groenlandia, pero más vecina del polo, ó bien un vasto continente helado que llegara hasta el polo y que quizá le rebasaba para continuar hacia el Norte de Siberia, adelantando, aquí y allá, alguna península desconocida, de la cual la tierra de Francisco José, descubierta en 1871 por Payer, no sería sino un promontorio?

Tan lejos como alcanzaba la vista, sólo se descubría el mar libre.

El comandante Lacrosse se aprovechó de ello para hacer avanzar cuanto pudo la *Estrella Polar* hacia el Norte, pues como el verano de aquellas regiones dura apenas dos meses, todo aconsejaba á los expedicionarios que adelantasen entonces cuanto les fuese posible. Con el beneplácito de todos y entre el general entusiasmo, las hélices del navío atornillaron las olas y la *Estrella Polar* marchó hacia adelante.

Después de veinte millas de navegación se encontraron numerosos témpanos procedentes del deshielo de algún fiord convertido en glaciar, y diez millas más lejos se tuvo que adelantar con muchísimas precauciones, porque los témpanos se espesaron más, denunciando la existencia de un pack, del cual se adivinaba la presencia.

Se había ya rebasado el 81° paralelo, cuando el 18 de junio el vigía gritó *¡tierra!*, y á unas diez millas de distancia hacia el Norte pudo verse una cadena no interrumpida de colinas encerradas en un marco colosal de hielo adherido á las costas.

La *Estrella Polar*, cambiando de ruta, costeó el obstáculo hacia el Oeste, esperando encontrar una salida. Pero no fué así. La zona de hielo y tierra continuaba indefinidamente y los expedicionarios tuvieron que convencerse de que, en lo sucesivo, la vía marítima se cerraba para ellos.

Se tomó la altura del sitio en tanto que inútilmente se buscaba un punto á propósito para anclar. Ni á 200 ni á 250 brazas se halló fondo, y esto creaba una mala situación al buque.

El Sr. de Keralio reunió á sus oficiales.

—Señores, les dijo, desde ahora tenemos el derecho de mostrarnos plenamente satisfechos del resultado de nuestros esfuerzos. Nadie ha ido tan lejos por el camino del polo, pues nos hallamos á los 84° 35′ de latitud boreal. Sin esa malhadada barrera que el pack opone, llegaríamos hasta el 85° paralelo. Pero lo que el camino no puede hacer, quizá sea factible por tierra. Veinte kilómetros apenas nos separan de la isla que allá vemos, y por lo tanto, voy á tomar el mando de algunos hombres para tratar de llegar hasta allí. Nos llevaremos víveres suficientes para una larga marcha, y Dios mediante espero que llegaremos á ese punto desconocido del globo, que ha sido ya objeto de tantas tentativas heroicas.

Algunos trataron de disuadirle de su resolución, pero el Sr. de Keralio no los escuchó, afirmando que los años no le estorbaban todavía para llevar á cabo la empresa, y que, puesto que era él quien había organizado y costeado la expedición, podía, sin que se le tachara de exceso de egoísmo, apropiarse el mérito del descubrimiento.

—Estoy persuadido, exclamó en un arranque de entusiasmo, que detrás de esa barrera hallaré el mar libre.

Ante aquella resolución anunciada con tanta firmeza, sus compañeros se inclinaron y sólo se ocuparon en organizar la expedición.

Por la mañana del 21 se desembarcó el mayor de los trineos para poder colocar en él una barca por si se encontraban vías de agua. Como el Sr. de Keralio iba á emprender una tentativa decisiva, se decidió que se llevara el globo y las piezas del submarino, que se cargaron sobre dos trineos más y que se hallaban destinados á investigaciones aéreas y submarinas.

Hasta entonces se había mantenido el más impenetrable secreto acerca de los medios que se querían emplear para aprovechar aquellas máquinas, en las que, sin embargo, todo el mundo fundaba grandes esperanzas.

El Sr. de Keralio tuvo que someterse al parecer de todos, que era que llevase la mayor gente posible, pues bien se necesitaría para el arrastre y para el manejo de aquellos inventos.

La tripulación de la *Estrella Polar* quedó, pues, reducida al mínimo indispensable. Isabel permaneció en ella para cuidar á los enfermos, ayudada por la pobre Tina Le Floc'h. El comandante Lacrosse retuvo cerca de él á los tenientes Pol y Hardy y al cirujano Le Sieur, pues nadie pudo disuadir al doctor Servan de acompañar á su amigo Keralio en aquella expedición, de la cual todos comprendían la importancia. También formó parte de ella Huberto, pues era casi necesaria su presencia para el manejo de los artefactos que se iban á ensayar.

Se separaron el mismo día para ponerse en camino, quedando convenidos en que el vapor buscaría á toda costa un desembarcadero, bien al Este, bien al Oeste de la tierra divisada para procurar establecer comunicación con los excursionistas.

Quedó convenido también que si la tierra descubierta era una isla los exploradores volverían atrás antes de tres semanas, y hechas estas recomendaciones se separaron, hundiéndose la pequeña columna en la zona de los hielos, en tanto que el vapor navegaba con rumbo al Este.

La precaución de apartarse de aquellos parajes fué tomada muy á tiempo, puesto que el 22 se desencadenó un temporal deshecho que producía olas enormes, lo cual indicaba la gran profundidad de aquel mar, y témpanos gigantescos saltaban á guisa de monstruos prestos á devorar el navío. Dos días después de correr aquel temporal, la *Estrella Polar* entró en una región de calma, á los 0° 0′ 3″ de longitud oriental á medio camino del Spitzberg. Como el mar se mostraba libre y no se veían más tierras en lontananza, el buque navegó atrevidamente hacia el Norte y así llegó hasta el 85° paralelo.

Aquel triunfo fué acogido con gritos de entusiasmo y de júbilo por la tripulación entera. Ningún hombre había llegado á latitud tan alta. El comandante Lacrosse reunió á toda la gente sobre cubierta y les dirigió una corta alocución, en presencia de Isabel de Keralio. El cielo estaba sereno, el mar libre, la atmósfera templada, y á no ser por la presencia de algunos témpanos la expedición hubiera podido creerse en las zonas medias del globo, allí donde crecen árboles y frutos y pacen los rebaños y las aguas del mar están tibias por el sol que las calienta. Para colmo de fortuna, los cuatro enfermos que aún quedaban en cama pudieron levantarse y unirse á la general alegría.

Para dejar en lo posible huella de su paso los navegantes echaron al mar un barril vacío y cuidadosamente alquitranado, dentro del cual se había encerrado la declaración siguiente, escrita en pergamino:

«Hoy sábado 26 de junio de 189.... el navío la *Estrella Polar*, perteneciente al Sr. de Keralio, comandante Lacrosse; tenientes, Hardy, Pol y Remois; doctores, Servan y Le Sieur, llevando á bordo la señorita de Keralio, Corentina Le Floc'h, su nodriza, y veinte hombres de tripulación, de los cuales seis están enfermos, pero sin gravedad, después de haber dejado en tierra, á los 84 grados de latitud septentrional y 41 de longitud occidental, á los Sres. de Keralio, jefe de expedición; H. d'Ermout, teniente de navío con licencia ilimitada; el doctor Servan, el químico Schnecker, veinte hombres de tripulación, entre los cuales va el primer contramaestre Guerbraz, y treinta perros, todos dispuestos á hacer una exploración por vía terrestre, ha salvado felizmente el 85° paralelo, á las once y cuarenta y cuatro de la mañana. Cielo claro, sol espléndido, temperatura 7 grados; ninguna tierra á la vista. ¡Viva Francia!»

Seguían las firmas de todos los viajeros presentes.

El barril fué llevado á popa, donde había el cañón de salvas, y en el momento en que el cañón dejó oir su voz de bronce, hurras frenéticos saludaron la explosión.

Después se celebró un banquete á que asistió todo el personal y se pronunciaron muchos brindis por el buen éxito de la exploración.

Como sólo faltaban cuatro días para el 1.° de julio; como se sabía, además, que no podía confiarse mucho en la duración de aquella calma, Lacrosse decidió poner proa al Oeste, á fin de juntarse con los exploradores antes de la fecha designada para la reunión.

VIII

ADIÓS Ó HASTA LA VISTA

El 28 la *Estrella Polar* estaba á la vista de la isla descubierta una semana antes. Al día siguiente echaba ancla en una rada admirablemente abrigada y cuyos niveles en pendiente suave facilitaban el acceso.

En seguida se desembarcó, y un pelotón, compuesto de Isabel, del comandante Lacrosse y de ocho hombres, se ocupó en investigar activamente el interior.

La joven experimentó gran alegría al ver rota de aquel modo la monotonía del viaje.

Desde la partida de la columna sentíase invadida de una tristeza creciente.

Sin que pudiera explicárselos, siniestros presentimientos asaltaban su espíritu. Su corazón se oprimió al despedirse de los individuos de la expedición y al presentar su frente al beso paternal. Aquel beso había dejado en su alma como una huella de luto. Mil pensamientos la torturaban, haciendo surgir ante sus ojos espantosas visiones. La región desolada que atravesaban no era ciertamente propia para alegrar la mirada, á pesar de la presencia del sol que lucía perenne en el horizonte.

Pasado el solsticio, la joven creyó haber vuelto á la eterna noche polar, según los sombríos pensamientos que asaltaban su alma.

Pero no quiso rendirse y procuró cuanto pudo distraerse y vencer su tristeza. El piano volvió á ocupar su sitio acostumbrado en el salón, y la música la alegró un tanto, lo mismo que á sus compañeros que, como ella, también se sentían ganados por la melancolía de aquellas zonas mortales.

Pero á la larga también la cansó la música, é Isabel no puso los dedos sobre el teclado sino para distraer á sus compañeros de viaje. Trató entonces de entregarse á ocupaciones más fútiles, pero la lectura tampoco la distrajo sino á medias.

Así es que acogió con entusiasmo la proposición de desembarcar.

No tenía para acompañarla á Guerbraz, pero le quedaba á su fiel Salvator.

En compañía de su perro saltó, pues, el 30 de junio sobre la isla, ó mejor sobre la arista larga de unos 50 kilómetros y ancha apenas de tres ó cuatro, y escaló la cadena de montañas que la atravesaba en toda su longitud.

Tenía necesidad de estar sola. La violencia que se hacía sobre sí misma desde hacía tantos días, ó mejor dicho, desde la separación de los viajeros de la columna, había quebrantado sus nervios. Allí, en aquellas soledades, sentada sobre una especie de pico desnudo, á cerca de 800 metros de altura, abarcando con la mirada los dos lados de la isla, Isabel no pudo contener sus lágrimas. Estas corrieron abundantes y ardientes por sus mejillas, aliviando su corazón y mezclándose á los reproches y á los vagos remordimientos que le suscitaba su conciencia por el más ínfimo de sus recuerdos.

Ahora se acusaba, pobre niña, en medio de aquellas sombrías aprensiones, de haber sido la causa involuntaria, no sólo del pesar que experimentaba, sino además de los peligros que iban á correr su padre, su novio y todos los compañeros que momentáneamente tenían ligado al suyo su destino. Si en lugar de haber aplaudido los proyectos del Sr. de Keralio y de animarle á realizarlos con su loca proposición de tomar parte en el viaje, le hubiera disuadido de ellos, quizá la ciencia hubiera perdido algo, pero ¡cuánto ganaran el reposo y la seguridad de aquellos que le eran caros!

Lloraba silenciosamente, y Salvator, que comprendía que su ama estaba triste, había colocado suavemente su hermosa cabeza sobre las rodillas de Isabel, mirándola con ojos en que se leían la inteligencia y la conmiseración.

La joven vió aquella mirada y dijo al perro.

—Iremos á buscarlos: ¿verdad, Salvator?

Este contestó á su manera, lanzando un ladrido y meneando la cola.

Isabel quedó casi consolada.

Recorrida ya la isla, el comandante Lacrosse, después de bautizarla con el nombre Courbet, dió orden de levantar anclas y navegar hacia el Oeste.

Se navegó hasta entonces en agua profunda; pero el 8 de julio los vigías hicieron observar que se hallaban en el centro de una especie de lago de más de diez millas de diámetro y casi enteramente ceñido por altos hielos paleocrísticos. El agua era allí de una maravillosa limpidez y la sonda explicó pronto las causas del fenómeno. Había allí solamente veinte ó treinta brazas de fondo. Los grandes icebergs no podían transpasar la muralla que las rocas los oponían, y quedaban por lo mismo alejados de aquel lago, que no otro nombre podía darse á aquella extensión de agua.

El comandante Lacrosse estaba perplejo á más no poder. Habían pasado las tres semanas de plazo que se fijaron para encontrar á los viajeros, y, por otra parte, no era posible permanecer en aquellos sitios sin temor á verse envueltos por la barrera de hielos que empezaba ya á formarse.

Debían los expedicionarios volver hacia el cabo Wáshington, abandonando á sus compañeros á las torturas del hambre y á una muerte cierta. El problema era verdaderamente temeroso, ya que nadie

quería echar sobre sí la responsabilidad de resolverlo en uno ó en otro sentido. Por fin el comandante Lacrosse reunió á la tripulación y dijo:

– Seríamos unos miserables si abandonáramos á nuestros compañeros sin hacer cuanto pudiéramos por nuestra parte para unirnos á ellos. Prolonguemos nuestra estancia aquí durante todos los días que que-



En seguida se desembarcó...

dan de buen tiempo, y entonces tomaremos una suprema determinación.

Durante las dos semanas siguientes los exploradores navegaron de Este á Oeste, pasando la isla Courbet sin rebasar aquel terrible 85° paralelo convertido en límite de su carrera y punto de cita dado por sus compañeros.

Cada noche traía un frío más intenso entre sus sombras. Apenas había transcurrido un mes desde el solsticio de verano, y ya el invierno anunciaba sus vueltas con lúgubres signos. Los días de sol eran más raros y en cambio la niebla daba una tristeza horrible al horizonte. Empezaban á soldarse unos á otros los témpanos y era evidente que dentro de pocas semanas el buque quedaría preso en el campo de hielo.

Así estaban todos llenos de angustia y perplejidad, cuando el 22 de julio por la mañana, al cabo de un mes, día por día, del desembarco de la columna, el teniente Hardy, que estaba en el puente, oyó una detonación que partía de la isla.

Mandó contestar en seguida con un cañonazo. El comandante Lacrosse, avisado por el ruido, subió á cubierta y dió orden de activar los fuegos. Una hora más tarde el navío estaba en la misma rada que abandonó días antes.

A medida que la *Estrella Polar* se aproximaba á la isla se distinguía desde cubierta un grupo de hombres de pie en la playa, que multiplicaban sus gestos y sus gritos. Cuando las barquillas del vapor hubieron atracado, los hombres del steamer y los de tierra se echaron en brazos unos de otros, interrogándose mutuamente sobre sus aventuras.

Los peatones estaban quebrantados, exánimes casi, víctimas, desde hacía diez días, de una alimentación insuficiente é insana.

Después de descansar y de una comida abundante que reparó sus fuerzas, aquellos hombres relataron las torturas sin ejemplo á que les había sometido la lucha sostenida contra los obstáculos naturales y la inclemencia de los elementos.

Entre los que acababan de llegar al steamer se encontraban Huberto d'Ermont, el químico Schnecker y Guerbraz. El doctor Servan les impuso veinticuatro horas de absoluto reposo.

Después, Isabel de Keralio, devorada por la inquietud, fué á suplicar á Huberto que le contara cuanto había pasado desde el momento de la separación.

El relato del teniente de navío fué conmovedor.

Durante las primeras horas, la columna, animada por una esperanza inmensa, había recorrido activamente gran trecho de terreno, á pesar de las dificultades que á su marcha oponían los témpanos que erizaban el icefield adherido á la isla Courbet.

Desde el extremo de la isla se advirtieron nuevas tierras á una distancia de veinte millas, y hasta las cuales se extendía el pack que contaban todos atravesar por medio de los trineos.

Después de una marcha penosa y por todo extremo difícil sobre el campo de hielo, llegaron los expedicionarios sobre tierra firme. Era también una isla como la Courbet, y se extendía desde los 86.° á los 86.° 23, lo cual le daba una anchura de 38 kilómetros.

Mas allá, el pack se extendía de nuevo; pero juzgando por señales que no podían engañar, tales como gigantescas ampollas, hielos de un azul inmaculado, se adivinaba la presencia de tierras fragmentarias, de islotes que avanzaban mar adentro en el océano paleocrístico, sirviendo de base al enorme campo de hielo que gemía continuamente anunciando el deshielo, más inminente cada día.

Dondequiera se formaban charcos, y bajo las plantas de los viajeros se abrían de continuo vías de agua que cortaban la comunicación con el Sud.

Tan temerosas eran las señales de deshielo, que llegó el momento de pensar de volver atrás so pena de ver cerrado del todo el camino.

Es verdad que se poseían tres embarcaciones, de las cuales una sería más útil que todas: era el submarino, construído con planchas de aluminio, metal tan ligero que los marinos no querían creer que pudiese servir de cesta para el aerostato, del cual se iba á probar la fuerza ascensional.

Viendo que la vía terrestre quedaba cerrada, no quisieron demorar el ensayo de la aérea. Para tal fin se escogió un islote plano que emergía unos 60 metros sobre el nivel del mar, y ancho de 600 á 800 metros en todos sentidos.

Fué una escena profundamente conmovedora aquella tentativa hecha en condiciones excepcionales. Quedó convenido que el primer ensayo se verificaría manteniendo cautivo el globo.

Los exploradores hicieron una nueva recapitulación de cifras, y se encontraron con las evaluaciones siguientes:

Tres hombres, pesando por término medio 80 kilogramos cada uno.	240 kilog.
Instrumentos de precisión.	30 »
Barquilla de aluminio.	1950 »
Peso total. .	2220 kilog.

Aquella cifra era inferior en 580 kilogramos al peso del globo construído en 1852 por Enrique Giffard.

El globo formado por una doble envoltura de seda, cuyas costuras estaban cubiertas de gutapercha, tenía la forma de «cigarro» adoptada por todos los aeronautas y especialmente por los capitanes Renard y Krebs. Medía 12 metros de diámetro central y 44 de longitud. La red que le envolvía venía á terminar sus mallas todas en una sola cuerda horizontal que sostenía la barquilla, la cual tenía 8 metros de largo y 3 de ancho, y cuya figura reproducía exactamente la del aerostato.

La operación empezó á las siete de la mañana. Entonces era ya imposible mantener el secreto acerca del maravilloso descubrimiento de Marcos d'Ermont.

Y además, aunque se tuviera alguna desconfianza respecto de Schenecker, como no podía volver á Europa sino con ellos, por el momento no había que temer nada de su parte.

Huberto explicó, pues, los medios con que contaba. Los tubos llenos de hidrógeno solidificado representaban en conjunto un total de 10 metros cúbicos ó 10.000 litros, lo cual representaba unos 25.000 metros cúbicos de gas, que era la cantidad que se necesitaba para llenar el globo de gas hidrógeno.

Un solo hombre era capaz de ayudar á Huberto en la delicada y peligrosa operación de hinchar el globo. Schnecker, junto con dos marineros, preparó todo lo necesario para construir tubos de plomo, ya que la rapidez de dilatación del hidrógeno y su excesiva tenuidad no permitían el empleo de simples tubos de caucho.

Al mediodía había terminado el hinchamiento, y el aerostato, lleno como un huevo, se balanceaba majestuosamente, detenido por sus amarras y por los enormes cables que iban á retenerle á una altura de 800 metros. Pero les esperaba una doble decepción.

Primeramente la bruma que cubría el horizonte no les permitía ver á lo lejos. Además, hasta cuanto alcanzaba la vista, los hielos paleocrísticos ó permanentes, así llamados por Nares y Markham, cubrían el mar, advirtiéndose hacia el Norte como un movimiendel campo de hielo. La segunda sorpresa, bien desagradable por cierto, fué que, llegado á 400 metros, el globo rehusó elevarse más.

En vano se suprimió el lastre y se elevó solamente un hombre; el fenómeno persistía. Se multiplicaron las ascensiones á diversas horas del día y de la noche y el resultado fué siempre el mismo.

Como aquello no podía explicarse por la rarificación del aire, no hubo más remedio que rendirse á la evidencia y reconocer que en aquellas alturas se producían perturbaciones magnéticas desconocidas en otras regiones, y que descomponían las capas de atmósfera, formando gases más ligeros. Además los desarreglos de circulación y respiración, los signos de cianosis, más agudos después de cada tentativa, las palpitaciones violentas y marasmo muy intenso, probaban que el aire era irrespirable en aquellas alturas.

Se tomó el partido de dejar remontar el globo sin llevar á nadie, pero tampoco traspasó el límite alcanzado. Los hombres de la expedición quedaron descorazonados, viendo que la suerte les arrebataba aquel medio en que fundaban tantas esperanzas. Al fin y para probar un último medio, se construyó con gran prisa una barquilla de tablas que no pesaba más allá de 400 kilogramos, y d'Ermont dió orden de que se abandonaran globo y barquilla á merced del viento, arriesgándose Schnecker y él á lanzarse libres de toda amarra á las regiones del aire. Extraña opresión sobrecogió á todos los espectadores de aquella última escena, pero poco duró la angustia.

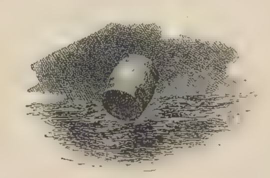
Empujado por una brisa Sudeste, el aerostato corrió rápidamente hacia el Norte sin elevarse más que las precedentes veces. Se le pudo seguir con la mirada durante tres horas, hasta que desapareció en el horizonte.

¡Pero cuál no sería la admiración de los espectadores cuando á la mañana siguiente casi á la misma hora lo vieron muy cerca de ellos! Se había detenido á unos dos kilómetros de distancia sobre un gigantesco banco de hielo. Se arregló á toda prisa una barquilla para ir á buscar á los aeronautas. Schnecker estaba desmayado, presentando todos los signos de la asfixia, y en cuanto á d'Ermont, estuvo muchas horas completamente quebrantado y sin poder explicar lo que había ocurrido. El relato que hizo, después de reparadas sus fuerzas, lo repetía ahora á su prima Isabel.

El globo, arrastrado por una corriente Sudeste, había remontado directamente hacia el Norte, en una extensión que los viajeros evaluaron en unos 200 kilómetros. Allí el viento se había desviado poco á poco, y bien pronto los aeronautas habían advertido que tomaban la dirección del Oeste; pero lo que les parecía más raro es que no adelantaban más hacia el Norte, sino que corrían sin moverse de la línea de altitud alcanzada que les pareció ser el 88° paralelo.

La bruma intensa que les envolvía hacía imposible una seguridad absoluta acerca de ello.

Por fortuna lució el sol, y disipando la niebla dejó



entrever á los viajeros un espectáculo grandioso, único, casi fantástico.

El mar libre estaba bajo sus pies y se extendía hasta perderse de vista por el Sud, Este y Oeste; pero por el Norte sus olas se estrellaban contra una infranqueable barrera de hielo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS PAI-PI-BRIS EN EL JARDÍN DE ACLIMATACIÓN DE PARÍS

Cuando pasamos la vista sobre un mapa de Africa occidental, sorpréndenos la escasez de datos que poseemos acerca de la parte á que se ha dado el nombre de Costa del Marfil, pues apenas vemos indicados algunos ríos y unas pocas aldeas. Aquellas posesiones francesas son todavía desconocidas, y el inmenso territorio que se extiende entre Liberia y el país de los achantis está aún por descubrir. De aquí el interés que ofrece el estudio de los habitantes de aquella comarca, los pai-pi-bris, que la Sociedad colonial francesa de la Costa del Marfil ha llevado al Jardín de Aclimatación de París.



Fig. 1. Tres tipos de hombres pai-pi-bris, de la Costa del Marfil, en el Jardín de Aclimatación de París (de fotografía)

Esa denominación de pai-pi-bris aplícase á un territorio, al conjunto de las tribus comprendidas entre los ríos Lahon y Cavally, más bien que á una sola de éstas, y comprende las poblaciones que conocemos con los nombres de grevos, avekvomes y hasta de aradianes ó jacks-jacks. Los indígenas del Jardín de Aclimatación proceden del país que se extiende entre el Sassandré y el Cavally, de las aldeas de Trepovo, Sassandré, gran Dewin, Bereby y Cavally, situadas en la costa; pero algunos son oriundos del interior, de regiones distantes 150 millas de aquélla. Estos habitantes del territorio Pai-Pi-Bri tienen, pues, por vecinos al Oeste y al Este los krumen, las poblaciones llamadas buburis al Norte de la laguna de Ebrié, los agnis y ochines que habitan los territorios de Gran Bassam y de Assinia. En número de sesenta y seis constituyen un conjunto poco homogéneo, siendo principalmente dignos de estudio los treinta y cinco hombres que sobre el césped del Jardín de Aclimatación forman un pequeño campamento aparte: ellos son los verdaderos pai-pi-bris y en ellos se encuentran fácilmente los caracteres distintivos de la raza Kru. Nuestros grabados representan á los pai-pi-bris y además á algunos indígenas del Baol, que les acompañan, lo cual permitirá comparar á unos con otros.

Esos hombres de la Costa del Marfil ofrecen un conjunto de caracteres muy especiales: fuertes, vigorosos y dotados de excelente musculatura, son por regla general muy altos. Algunos de ellos parecen más flacos; pero á pesar de esto, no ceden en punto á fuerza á aquellos de sus compañeros cuyos relieves musculares se presentan más marcados. Sus facciones son regulares, su frente recta y saliente y sus protuberancias frontales y arcos superciliares prominentes; la nariz en unos es recta aunque no aguileña, en otros remangada y en muchos chata, y las ventanas y alas nasales anchas en todos. Tienen los labios gruesos, especialmente el superior, y ninguno presenta el menor signo de prognatismo; la barba es medianamente encorvada, la oreja está provista de buenos bordes y el lóbulo se aparta perfectamente. Sus cabellos son cortos y crespos, y la barba y el bigote están representados en sus rostros por unos pocos pelos: únicamente el jefe Arna tiene barba regularmente poblada. Están dotados de fuerte dentadura, y por su cabeza prolongada de delante atrás son claramente dolicocéfalos. El color de su piel varía desde el negro de ébano hasta el rojo caoba obscuro, pasando por el color de chocolate: sabido es, en efecto, que en la raza negra, como en la nuestra, hay diferencias de piel según los individuos, sin que por este solo signo puedan establecerse distinciones de origen. Sus manos son finas y sus dedos largos, excepto el pulgar, que á veces es algo corto, y como en la mayoría de los negros encuéntrase en ellos esa prolongación del antebrazo que tanto choca á nuestra estética convencional: sus pies son largos y muy anchos. De sus músculos los más desarrollados son los pectorales.

Esos indígenas que habitan en la costa mantienen actualmente continuas relaciones con los europeos, cuyos barcos hacen escala todas las semanas en todos los puertos de la Costa del Marfil, habiéndose resentido bastante sus costumbres de este frecuente trato, y siendo, por ende, preciso penetrar en el interior para encontrar los caracteres etnográficos de otro tiempo. Como estos caracteres son comunes á un gran número de poblaciones del tipo negro, examinaremos las particularidades que pueden presentar en su vida nutritiva, sensitiva, afectiva, intelectual y social.

Los pai-pi-bris se alimentan de arroz, casabe, bananas y de los productos de su caza ó de su pesca; comen en común alrededor del hogar que establecen al aire libre, y no como otras poblaciones en el interior de sus cabañas: su bebida habitual es el agua ó el vino de palma ó de bambú, pero por desgracia el alcohol ha penetrado entre ellos en forma de ron y de ginebra. Son muy aficionados á los manjares recargados de especias y no miden la pimienta con que sazonan su arroz y sus berenjenas.

Son muy sufridos para el dolor, y la sensibilidad general no presenta al parecer en ellos modificación alguna notable; en cambio su sensibilidad especial está muy desarrollada, en particular el olfato y el oído. Gústanles los ruidos estridentes, siendo para ellos una música tanto más armoniosa y agradable cuanto más estrepitosa, y los colores chillones: en la Costa del Marfil las telas más solicitadas son las de arco iris y las tricolores. Todo lo que brilla, todo lo vistoso constituye su encanto. Las cuentas de vidrio, el coral, en cuya elección son muy difíciles, el marfil, el oro, la plata, el cobre y hasta las simientes son por ellos utilizados en brazaletes, anillos para las muñecas, los tobillos, los brazos y los codos, y en sortijas para los dedos de la mano y del pie, añadiendo á veces á estos adornos cascabeles y campanitas. En sus collares se encuentran perlas, arillos, monedas, fragmentos de madera envueltos en un pedazo de piel de mono, conchas, etc.

Los afeites representan también un papel importante en su adorno: rojos, verdes y sobre todo amarillos, empléanlos en diferentes dibujos; el blanco se reserva generalmente para la joven soltera. El tatuaje está muy generalizado, y los dibujos que con él se hacen varían hasta lo infinito y se aplican á distintas partes del cuerpo. En general trázanse sobre la piel rosetones ó cruces simétricamente dispuestas sobre la región pectoral ó en los brazos y piernas: á menudo también se ven en la parte lateral del cuello anchas fajas de tatuaje compuestas de pequeñas vejigas sobrepuestas, consiguiendo esta elevación cutánea por medio de fricciones con arena sobre las incisiones epidérmicas. Según parece, hay ciertos oficios, como los barqueros, que tienen tatuajes especiales. En ellos no vemos ninguna mutilación corporal; sin embargo, muchos se liman en forma de ángulo los dos incisivos medios superiores, lo cual les permite escupir mejor y á mayor distancia. Los hombres llevan los cabellos cortos, pero se dejan crecer algunos mechones circulares ó largos en las partes laterales ó anteriores del cuero cabelludo ó en el vértice, que recuerdan los tejos tan extrañamente recortados de los antiguos jardines. Las mujeres se hacen cinco ó seis trenzas cortas.

Los vestidos se confeccionan con telas de importacion; pero en los territorios del interior téjense algunas con cortezas. Según la fortuna del individuo, la tela de su traje es de seda, de terciopelo ó simplemente de algodón.

Los pai-pi-bris son muy aficionados á la música, que para ellos no sirve más que de acompañamiento á sus danzas, especialmente las guerreras: los instrumentos que tocan son el tam-tam, una especie de castañetas y algunos de cuerda. Los bailarines entonan mientras bailan cantos de caza, de pesca ó de guerra, que se transmiten unos á otros, pero que á veces también inventan.

Las demás artes son allí rudimentarias: los dibujos que se ven en sus instrumentos son de lo más primitivo y su escultura es de lo más basto. Saben, sin embargo, confeccionar máscaras guerreras que se esfuerzan por hacer repulsivas.

Son alegres, indolentes y perezosos, astutos y embusteros; pero poseen algunas buenas cualidades, tales como la amistad, los sentimientos de familia y sobre todo el respeto á la hospitalidad. La mujer es sierva del marido, que la compra á sus padres, y tiene



Fig. 2. Mujeres pai-pi-bris, en el jardín de Aclimatación de París (de fotografía)

á su cargo pesados trabajos. El matrimonio no va acompañado de ninguna ceremonia y únicamente lo precede el envío de algunos carneros á la familia de la novia. La poligamia está permitida, pero se halla forzosamente limitada por la fortuna del marido, así es que los más sólo tienen una ó dos mujeres. En caso de repudiación, que es frecuente, la familia de la mujer conserva lo que recibió cuando la boda; pero si la esposa abandona voluntariamente á su marido, debe devolverle lo que éste ha dado á sus padres.

Los pai-pi-bris son muy guerreros y usan como armas el fusil de chispa, que cuidan mucho y adornan, el arco y las flechas algunas veces envenenadas; son fetichistas y para ellos hay muy pocos objetos que no puedan ser fetiches, habiéndolos contra el dolor de cabeza y de muelas y para tener hijos.



Fig. 3. Tipos negros diversos, indígenas del Baol, etc., que acompañan á los pai-pi-bris, exhibidos en el Jardín de Aclimatación de París (de fotografía)

Los ritos funerarios varían según las tribus, de las que unas entierran los cadáveres y otras los abandonan al pie de un árbol. El rey falla los litigios; la pena de muerte es frecuente y la de cárcel no existe; como castigos corporales se aplican los palos, la introducción de pimienta en los ojos ó en la boca, y las incisiones en los brazos y piernas en caso de robo: en caso de rapto el raptor paga una multa.

Las tierras pertenecen al rey y la agricultura se reduce á poca cosa, pues la naturaleza lo hace casi todo. Los pai-pi-bris son excelentes cazadores y pescadores, y dirigen con suma habilidad las piraguas. Sus chozas están construídas con adobes y cubiertas de hojas de bambú. Sus costumbres se perpetúan por la tradición, pues ignoran la escritura.

DR. PABLO RAYMOND

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA RESPONSABILIDAD EN LAS HISTÉRICAS, *por el doctor A. Velázquez de Castro.* – Es éste indudablemente uno de los problemas más interesantes de la ciencia médico-legal en nuestros días y de los que más deben preocupar á los magistrados, médicos y jurisconsultos, si la administración de justicia criminal ha de ser algo más que la aplicación literal de la pena al hecho concreto, sin ahondar en las causas que pueden modificar la responsabilidad del presunto delincuente. Sobre este tema versó el discurso pronunciado por el Dr. Velázquez de Castro, académico numerario y presidente de la sección de Medicina de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada, en la solemne sesión pública inaugural que esa corporación celebró en 29 de enero del presente año. El trabajo del Sr. Velázquez de Castro, gallardamente escrito é inspirado en las ideas científicas modernas, es notabilísimo por muchos conceptos, pues revela un estudio profundo de tan trascendental problema, un criterio rigurosamente científico y altamente humanitario y una erudición vastísima. Al romper una nueva lanza en favor del verdadero concepto de la responsabilidad criminal, en contra de añejas y absurdas preocupaciones, el Sr. Velázquez de Castro ha prestado un valioso servicio á la ciencia y á la sociedad.

LA ESPAÑA MODERNA. – El último número de esta importante revista contiene interesantes trabajos firmados por Cherbuliez, Daudet, E. Caro, Lubbock, Lombroso, P. Alexis, Bergeret, Mouton, Fernández Duro, Castelar y Villegas. *La España Moderna* envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

CESARINAS, *por D. Manuel José Quintana.* – La Roma del tiempo de los césares con sus magnificencias y sus vicios ha servido al distinguido diplomático español Sr. Quintana de asunto para el libro que nos ocupa y que consta de dos partes: una que el autor califica acertadamente de escenario, y otra en la cual se traza la historia de las protagonistas que sirven de título á la obra. La primera es una descripción tan completa como interesante de la antigua sociedad romana, de sus costumbres, leyes, vida doméstica, juegos, etc.; en la segunda se hace la historia de las mujeres de César, Augusto, Calígula, Claudio y Nerón, y en una y otra revela el Sr. Quintana profundos estudios y erudición vasta, condiciones que unidas á la amenidad de la narración hacen del libro una obra tan instructiva como de agradable lectura. La obra *Cesarinas* ha sido impresa en Orizaba (México) y editada por don Pablo Franch: la edición que de ella se ha hecho no está destinada á la venta.



DON JOSÉ JOAQUÍN RODRÍGUEZ,
actual Presidente de la República de Costa Rica

TRATADO LEGAL DE LAS SUCESIONES HEREDITARIAS, *por D. Cándido de Ulzurrun y Orue.* – Que la sucesión es una de las materias más importantes del derecho no se necesita decirlo, porque está en la conciencia de todos cuantos directa ó indirectamente han podido apreciar lo que son testamentos y sucesiones intestadas. El Sr. Ulzurrun titula su obra *Exposición de los principios del Código Civil español sobre las sucesiones;* pero el libro es algo, mucho más que esto, pues abundan en él los comentarios que revelan los vastos conocimientos jurídicos de su autor, abogado fiscal de Audiencia territorial, y que justifican la distinción que ha merecido del Ministerio de Gracia y Justicia al declarar la obra de mérito, previo el informe favorable de la Real Academia de Ciencias morales y políticas. Este utilísimo libro ha sido editado por D. Pascual Aguilar, de Valencia, y se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

LA JUSTICIA, *por H. Spencer.* – Esta obra, que acaba de ver la luz en lengua castellana, es la última publicada por el ilustre filósofo inglés é indudablemente la mejor de las suyas. Los tratados acerca de *La idea de la Justicia, El derecho de propiedad, El derecho de testar, La libertad de trabajo, La libertad de la palabra y de la imprenta* y *Los derechos llamados políticos* están de tal manera pensados y escritos, que puede asegurarse que el sabio filósofo deja dicha, de hoy para siempre, la última palabra acerca de tan importantes materias. Este libro forma parte de la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia que publica en Madrid *La España Moderna* y se vende en las principales librerías al precio de 9 pesetas.

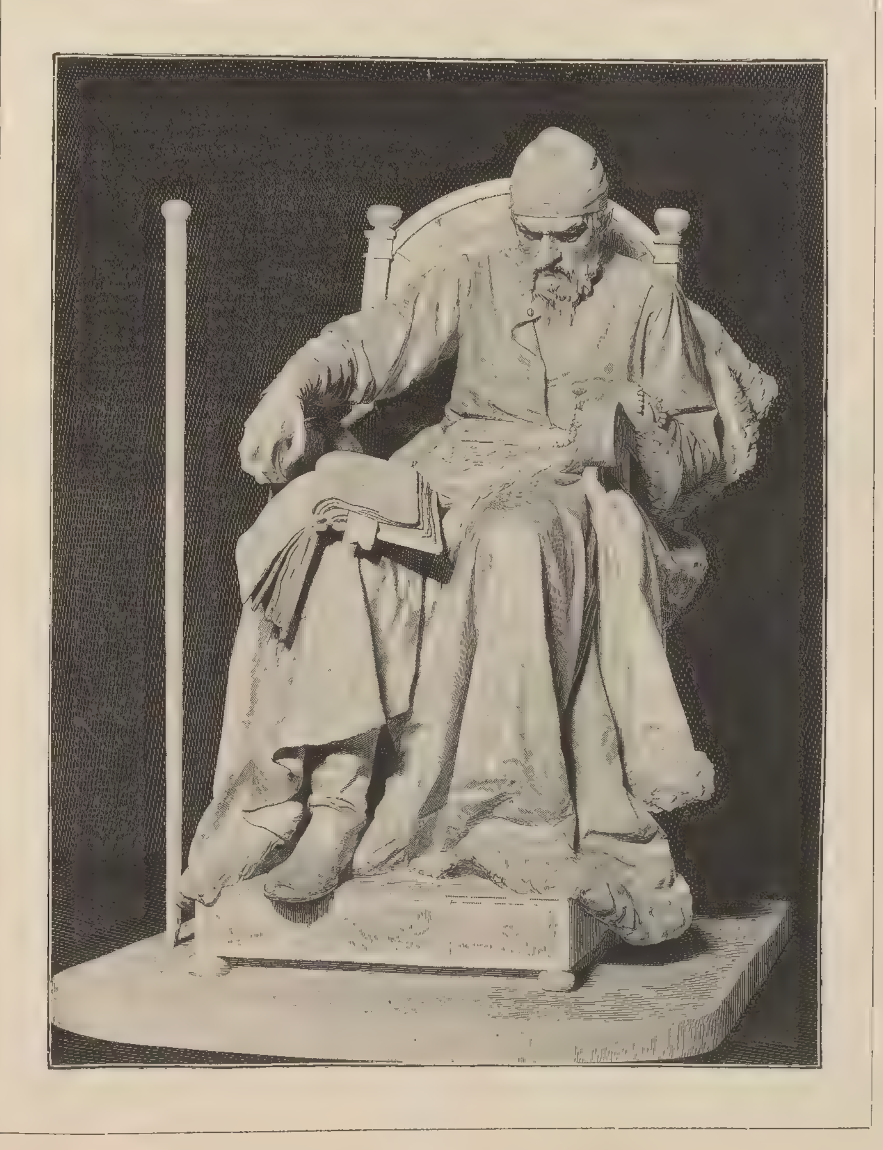
COLECCIÓ DE TRAVALLS LITERARIS, *per Robert Robert.* – Roberto Robert es más conocido en la literatura castellana que en la catalana, y sin embargo en catalán escribió algunos artículos, cuadros de costumbres populares, que son verdaderas joyas y que han servido de modelo á los que después han cultivado este género. Casi todos ellos se publicaron allá por los años de 1865 y 1866 en *Un tros de paper* y en *Lo noy de la mare,* periódicos cuyo recuerdo no han logrado borrar los innumerables semanarios que desde su desaparición se han ofrecido al público, y cuyas colecciones constituyen hoy una curiosidad bibliográfica. Por esta última razón no vacilamos en afirmar que serán innumerables los aficionados que agradecerán á los editores de la *Biblioteca Popular Catalana* el haber coleccionado los trabajos de Robert, que á pesar de los años transcurridos conservan toda la gracia y frescura que siempre queda en las obras de los ingenios. El precio del tomo, V de la *Biblioteca,* es 50 céntimos de peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 2 DE OCTUBRE DE 1893 — NÚM. 614

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



IVÁN EL TERRIBLE, estatua en mármol de M. Antokolskij



JOSÉ GARNELO

En este período laborioso en que las verdaderas manifestaciones de la cultura patria se abren paso difícilmente á través de las que lo son de un plasticismo procaz; en esta época de creaciones tan diversas como opuestas, en que se crea y destruye, en que la cátedra ilustra al mismo tiempo que el circo embrutece y en que se confunden de modo lamentable



JOSÉ GARNELO Y ALDA, distinguido pintor español

opuestas calificaciones, aplicándose el título de artista lo mismo al ridículo *clown* que al que se inspira en nobles ideales, y en que la lasciva *flamenca* despierta entusiasmos á expensas de los girones de su femenil pudor; en esa violenta conjunción de barbarie é ilustración, de adelanto y retroceso, hállase perplejo el artista verdadero, falto de puras fuentes en donde beber la inspiración y desprovisto de los nobles ejemplos que pudieran ofrecerle la sociedad que le rodea, el pueblo en que reside y la patria á que pertenece.

En este siglo, que sintetiza los esfuerzos reunidos de la humanidad, que marca la gloriosa marcha del progreso en todas sus más brillantes manifestaciones y en el que todas las ramas del humano saber han logrado mayores conquistas que las representadas por las pasadas generaciones, asemejándose á las anteriores edades por las desviaciones que produce la perversión del gusto, que sólo se halla satisfecho ante las crudezas del realismo literario, artístico y dramático, como en algunas de las pasadas centurias, opérase en las artes un laborioso período de evolución, impotente todavía para crear reglas propias y exclusivas que al determinar escuela expresan el carácter y la vida de los pueblos en donde se producen.

Hubo una época en que pintores tan ilustres como Rosales, Palmaroli y Fortuny hicieron concebir la esperanza de que se iniciaba una nueva era de independencia para el arte patrio, reconquistando la alta consideración que en los pasados siglos gozó la escuela española; mas la prematura muerte del primero y del último y la falta de aventajados imitadores han sido causas para que su paso entre nosotros pueda considerarse como la rápida y periódica aparición de uno de esos cuerpos celestes que dejan en pos de sí las tinieblas de la duda, la grata impresión que su vista produce y el deseo de descubrir el arcano de su misteriosa marcha.

Cual si en España no existieran obras ejemplarísimas, cual si nuestros museos y templos no guardaran verdaderas joyas de arte, y como si en la tradición y la historia patria no pudiera hallar el pintor fuentes inagotables de inspiración, los artistas siéntense atraídos por la ciudad en donde han florecido aquellos con cuyo nombre y con cuyas obras nos envanecemos. Los gobiernos, las diputaciones y ayuntamientos, y hasta los particulares, sintiéndose contaminados por la misma apreciación, suponiendo quizá que en Roma se forman los artistas como en el yunque se forja el hierro, destinan cantidades para sufragar la estancia y educación de aquellos que por sus especiales aptitudes constituyen una esperanza. Y preciso es confesar que ni el elevado concepto del arte que pueden inspirar las grandiosas ruinas y monumentos, ni las notables obras de los grandes maestros que atesora y enriquecen á la Ciudad Eterna, bastan por sí solos para convertir en artistas á los jóvenes pensionados.

La pintura religiosa ó histórica, géneros ambos que con afán inconsciente escogen cuando tratan de dar muestras de su valer, no responden á las corrientes modernas ni á las novísimas ideas que significan las grandes evoluciones de la humanidad. La mayoría de los pintores no tienen en cuenta que el cultivo de la pintura histórica exige un caudal de conocimientos ó una genialidad que sólo alcanza un artista en cada época. Las mallas, las calzas, trusas y casacones les seducen por las notas que el color produce, y las disponen y agrupan ateniéndose únicamente á la agradable y armónica combinación, olvidando que bajo la blusa del obrero, la levita del ciudadano, del airoso pañuelo de seda ó de la aristocrática capota, laten corazones, germinan afectos, bullen pasiones y se forjan dramas, tan íntimos, tan vivos y violentos como los que han conmovido el sentimiento popular ó sintetizan los ideales de nuestros pueblos.

Así lo ha comprendido José Garnelo, conforme lo demuestran sus últimas producciones, entre las que tan ventajosamente figuran: *El duelo interrumpido, ¡Sin trabajo!, Suicida por amor, La duda*, etc. Cierto es que en el primer período de su carrera artística, durante su pensionado en Roma, dejóse arrastrar por la corriente imperante; pero el contagio no agostó al artista, que con su *Muerte de Lucano* y *La madre de los Gracos* halló medio para darse á conocer, demostrando sus alientos y discreción.

Cuanto es y cuanto vale débelo Garnelo á su propio esfuerzo. Debe clasificársele entre los artistas de verdadero temperamento, poseedor de indiscutibles cualidades para el cultivo del arte pictórico y de los llamados ó escogidos para sostener, por medio de sus obras, el buen nombre y las gloriosas tradiciones del arte patrio. Nacido en Valencia y educado en Sevilla, centros ambos de famosas escuelas, pudo Garnelo inspirarse en las obras notables de sus maestros, y recoger en la sevillana especialmente, ante los lienzos de Murillo, Valdés y Zurbarán, tan provechosas enseñanzas que á ellas debe tanto como á las que pudo cosechar en la Academia de Bellas Artes. Empezó haciendo versos y estudiando filosofía, y acabó por ser el más aventajado discípulo de Eduardo Cano primero, y del malogrado Plasencia después. Tales progresos realizó, que al alcanzar el cuarto año académico se le confió y aceptó un encargo de importancia, cual fué el decorado de la capilla del Asilo de Montilla, fundado por una piadosa dama, en cuyos muros y cúpula representó á los *Evangelistas, El Santo Padre* y una bellísima composición que tituló *Un canto á la Virgen*.

Hoja del álbum de José Garnelo



Hoja del álbum de José Garnelo

Cobrados ánimo y dinero, según dice el mismo Garnelo, emprendió una obra de verdadero empeño, por el asunto y por las dimensiones del lienzo, *La muerte de Lucano*, que justamente premiado en la Exposición de 1887, fué adquirido por el Estado y figura en la sección de pintura contemporánea del Museo Nacional. A este cuadro siguió el no menos notable representando á *La madre de los Gracos*, también premiado, que constituyó su primer envío de pensionado, plaza que alcanzó por oposición. Estos dos cuadros y algunos otros de menor importancia forman, por decirlo así, la primera etapa artística de Garnelo, dan á conocer al pintor de relevantes cualidades y siempre discreto, pero sujeto todavía á los ideales académicos y á las corrientes imperantes.

El duelo interrumpido, remitido desde Roma en concepto de trabajo extraordinario, señala una nueva fase, revela al pintor y al artista, inspirándose en el concepto moderno, que rinde á la época en que vive el tributo que se le debe. Siguió á éste *¡Sin trabajo!*, verdadera página de la vida real y positiva, exposición de un problema social que el artista no titubea en hacer patente, condolido por el que sufre y temeroso por las soluciones; *Suicida por amor*, dramática escena que conmueve é interesa, y *La duda*, que magistralmente acusa las luchas del espíritu, la batalla librada entre el deber impuesto y la pasión que domina; tales son los más importantes lienzos de Garnelo, aquellos en que se manifiesta su genialidad, aquellos que indican lo que es y lo que de él puede esperarse.

«Garnelo – dijo Comas y Blasco – es de la madera de los buenos pintores y de los pocos de quienes se puede asegurar de antemano que llegarán á ser verdaderos maestros, como alguien por ignorancia ó dolo no le tuerza en su camino.»

Nosotros, aun abundando en las mismas apreciaciones, creemos firmemente que José Garnelo tiene verdadero temperamento de artista, y aunque como todos los humanos está sujeto á equivocarse, jamás caerá en la vulgaridad. Difícil es prever adónde le conducirán sus laudables esfuerzos; pero sea cual fuere el resultado, no titubeamos en afirmar que su nombre figurará siempre entre los de los artistas distinguidos, honra de las artes patrias, y que la obra de Garnelo será de las que más avalora el tiempo, ese factor que sepultando en el olvido lo vulgar eterniza lo que produce el verdadero talento.

A. GARCÍA LLANSÓ

LA SEÑORA DE LANUDO

Hace unos dos meses que tomó el cuarto 2.º de la casa en que vivo y muero, puesto que es cosa averiguada que todos los que vivimos vamos muriendo poco á poco, un matrimonio gordo, muy entrado en años, ó mejor ó más propiamente dicho, muy salido de años. Pregunté á la portera á qué casta de pájaros pertenecía el matrimonio, y me dijo que él se llamaba D. Juan Lanudo y había estado muchos años en Filipinas colocado, y ella doña Conchita, y era su mujer, bien que ella, la portera, no les había visto casarse.

Y con estas noticias quedó satisfecha mi curiosidad y quedó tranquilo mi espíritu, pues ya no podía temer que mis nuevos vecinos fueran gente sospechosa, ó intentaran poner casa de huéspedes, ó una modesta timba, ó establecer alguna industria de mal género... Un empleado que viene de Filipinas, después de haber pasado allí mucho tiempo, no es en manera alguna persona de quien pueda sospecharse que venga á hacer fechorías en la casa que alquila en Madrid: las fechorías las habrá hecho allá, y acá ya no tiene para qué hacer otra cosa que darse buena vida.

El día siguiente me encontré en la escalera al vecino, que me saludó con una especie de berrido, lo que no me extrañó sabiendo que el hombre era Lanudo. A los pocos días recibí una tarjeta en que don Juan Lanudo y señora me ofrecían la nueva habitación, y dije á mi mujer: «¡Vaya!, un día de éstos, en cuanto el sastre me traiga la levita de *tricot* barato y el chaleco de terciopelo verde que me está haciendo, bajaremos á visitar al Sr. Lanudo.»

Una tarde encontré en el portal á la señora de Lanudo, que estaba hablando con la portera. Me miró con curiosidad y se echó á reir cuando la saludé reverente quitándome el sombrero. La mañana siguiente entraba en el portal cuando yo salía á la calle, y se rió también.

«¿De qué se reirá esta señora?.., me pregunté. Yo no soy un Apolo ni mucho menos, pero me parece que no hay razón para que se ría de mí la Lanuda. Si se ríe otra vez le voy á preguntar por qué se ríe.» La señora, eso sí, habría sido guapa en sus buenos tiempos; los ojos, especialmente, los tenía hermosos y jóvenes, y todas sus facciones, aunque abultadísimas, revelaban que á los veinte años habría tenido muy buen ver.



LA MARQUESA DE N..., cuadro de José Garnelo

La cuarta vez que la señora de Lanudo se rió al saludarla yo, y se rió más descaradamente todavía, hallábase delante de su puerta del segundo piso y yo subía al mío. Me detuve y con mucha cortesía le pregunté:

– ¿Quiere usted, señora, hacerme la merced de decirme por qué se ríe usted cuando yo la saludo?.. Esta es la cuarta vez, y, francamente, tengo curiosidad de saber...

– Sí, señor, me contestó riéndose, se lo voy á decir á usted: me río porque está usted muy tonto.

– Señora, muchas gracias.

– Muy tonto, repitió, y no se incomode usted, que no lo digo por ofenderle...

– Bueno, no me incomodaré; pero ¿podrá usted decirme por qué soy tonto?..

– Sí, señor, sí, señor, que se lo diré á usted. ¡Pues á buena parte viene usted!.. Así como así, no la hay más clara que yo.

La criada, una negrita, había abierto la puerta.

– ¿Quiere usted pasar y descansar?, añadió la de Lanudo.

Y luego preguntó á la criada:

– ¿Se marchó el señor?..

– Sí, señora, respondió la fámula, y dejó dicho que iba á Ultramar y que vendría tarde.

– Pase usted, vecino, pase usted, repitió la señora, que le voy á decir á usted por qué le llamo tonto.

La criada estaba asombrada.

– Señora...

– Vamos, hombre, continuó sin dejar de reirse; pase usted, que aquí no nos comemos á la gente. ¿No es verdad, chica, añadió dirigiéndose á su criada, que no has visto que nos comamos á ningún caballero?..

La doméstica se rió estúpidamente.

Entramos la señora y yo, y la criada cerró la puerta.

La de Lanudo me hizo entrar en la sala, y quitándose rápidamente la mantilla de encaje, que tiró sobre una silla, y poniéndose en jarras me preguntó:

– Pero ¿usted no me conoce?.. ¡Y no quiere usted que le llame tonto!..

– Señora, yo...

– ¡Hombre de Dios!.. ¿No te acuerdas ya de la Concha?..

– ¿De San Sebastián?.. Sí, voy todos los años...

– ¡Qué gracia! ¿No te acuerdas de la calle del Lobo?.. ¿No te acuerdas del *Pajarito*?.. ¿No te acuerdas de la fonda de Perona, en la calle de Cádiz?.. No te acuerdas de los cubiertos de dos pesetas?.. ¿No te acuerdas del café de Venecia?.. ¿No te acuerdas de *La Rivera*, en el callejón de la calle de Sevilla?.. ¿No te acuerdas de mí?..

– ¡Ah, sí! ¿Tú eres Concha?..

– ¡Bobo! ¿Pues no te lo estoy diciendo?..

– ¿Quién te había de conocer, tan gruesa y tan?..

– Dilo, hombre, dilo, tan vieja, ¿verdad?.. Vieja de



SUICIDA POR AMOR, cuadro de José Garnelo (Exposición internacional de 1892)

cuerpo, pero joven de alma siempre. Por eso conservo la memoria de las personas que he querido...

– ¡Hace treinta y cinco años que nos conocimos!

– Justamente, tú eras un pipiolo, un estudiante de Medicina... ¿Eres médico ya?.. ¿Has acabado la carrera?.. Porque entonces perdías los años enteros sin ir un día á clase.

– Y ¿quién tenía la culpa?

– Yo, hijo, yo, no lo niego. Te conocí una noche en la fonda de Perona. El maestro Oudrid había convidado á comer á todo el cuerpo de baile del Príncipe, donde él dirigía la orquesta, porque le habían tocado cuatro mil reales á la lotería... ¡Cubierto de á dos pesetas!, cosa excelente. Un puré obscuro y espeso, que se chupaba uno los dedos, después sesos y criadillas de ternera con puré de patata, sus truchas á la vinagreta, su flan, su arroz con leche y su queso... Tú estabas en una mesita inmediata y no comías, diciéndome cosas, ¿te acuerdas?.. «Joven, ¿cómo se llama usted?.. ¡Qué rebonita que es usted!.. ¡Por usted me perdía yo de buena gana!..» ¡Gran pillo! No fuiste tú quien se perdió, sino yo... Cuando salimos te pusiste á mi lado y me acompañaste hasta la puerta del teatro en la calle del Lobo... ¡Qué alegría te dió cuando te dije que era bailarina!.. ¡Jesús! Me enamoré de ti como una loca... Hay que disculparme; yo no tenía motivos para tener mucha vergüenza, que se diga. Mi padrastro, que le llamaban *El Pajarito*, había sido un bailarín de primera, pero la bebida le quitó las facultades y no ganaba dos reales... Mi madre murió en el hospital, y mi padrastro me enseñó á bailar... A los diez años ya andaba yo por el escenario como por mi casa, y todos los del teatro me hacían fiestas, porque era yo una chica muy mona, aunque me esté mal el decirlo... Allí crecí, allí me crié, entre cómicos, músicos y danzantes... Ya ves, no podía yo ser, pongo por caso, como una novicia del Sagrado Corazón... ¡Sí, sí, bonitas cosas aprendía sin querer y bonito lenguaje oía!.. Y en el teatro no era donde veía yo peores ejemplos. En mi casa, es decir, en la de mi padrastro *El Pajarito*..., que era el tío más canalla... ¡Dios le haya perdonado!.. Tú no me hablabas el lenguaje desvergonzado del *Pajarito;* tú eras vivo, alegre y muy regracioso, pero con vergüenza... aunque poca... y te apoderaste de mi corazón, y que te quise de veras..., y *El Pajarito,* que nos sorprendió una noche en el *restaurant* aquel de *La Rivera,* en el callejón inmundo que había en la calle de Sevilla, me quiso matar... porque te quería... y á ti, ¿te acuerdas?..

– Sí, sí me acuerdo; me vino á provocar y me amenazó con que me había de hacer jigote...

– Y tú, en medio de la calle, le arrimaste dos bofetadas que le volviste loco... ¡Resalado! Aquella acción tuya me entusiasmó. *El Pajarito,* que en todas partes cobraba el barato y pasaba por un valiente, acabó allí su carrera de guapo. Después no había noche que no le pegara alguien. ¡Qué año aquél!.. ¿Te acuerdas?.. Nos amábamos más que los amantes de Teruel. Tú no tenías dinero, pero no faltabas al teatro ninguna noche. Como que fuí yo misma á ver á D. Julián, D. Julián Romea, que era un caballero, y le dije: «D. Julián, me va usted á dar un pase para una persona que tiene delirio por usted y no puede venir al teatro, porque le falta lo principal.» Y D. Julián me dijo: «Esa persona, ¿tiene delirio por mí ó por ti, chiquilla?..» «Por los dos, D. Julián.» «Pues anda y di que te extiendan el pase...» Parecía que aquel amor tan desaforado no iba á concluir nunca... ¿Por qué acabó?..

– Porque vino de Utrera mi padre, se enteró de que hacía dos años que no iba yo á cátedra, me suprimió los diez reales que me pasaba para la patrona, el lavado, el planchado y los gastos extraordinarios, y me llevó al pueblo..., y no nos volvimos á ver. Volví á los cuatro meses, y te busqué y supe que habías ido á París.

– Sí, hijo. ¿Qué había de hacer? Fuí con Ruiz á bailar en un teatro que llamaban de la *Gaita*.

– De la *Gaité*.

– Y volvimos locos á todos los franceses y á Napoleón.

– Y te consolaste de mi pérdida.

– *Arrastrao,* ¿qué había de hacer?... Y volvimos á España derrotados, porque el empresario quebró, y nos partió dejándonos allí sin un recurso. Pero Dios quiso que allí conociera á Lanudo.

– ¿Tu marido?..

– Sí, era allí dependiente, corredor ó no sé qué en una oficina de hacienda... El jefe era un Sr. Peral, muy aficionado al teatro, que le había yo conocido en el del Príncipe, muy amigo de D. Julián y autor de alguna comedia.. Cuando supo el Sr. Peral que estábamos tan perdidos los de la compañía de baile español, nos envió á Lanudo con un socorro, Dios se lo habrá pagado en la gloria, y Lanudo al verme se quedó turulato, el pobre; tal impresión recibió, mirándole yo..., como tú sabes que miraba yo en mis buenos tiempos...

– Sí, lo comprendo, lo comprendo.

– Que se enamoró como un tonto, y se tambaleaba de la fuerza de la emoción el hombre... El día que íbamos á tomar el tren para volver á España, vino Lanudo por la mañana y me dijo que si yo no le amaba estaba decidido á tirarse al Sena... ¿Qué hubieras hecho tú si Lanudo te hubiese dicho lo que á mí?

– Yo le hubiera dado dos bofetadas como á tu padrastro *El Pajarito*.

– Pues, hijo, yo..., por compasión, ¿sabes?.., por compasión, porque Lanudo estaba en una disposición que se moría... Pidió licencia, nos vinimos juntos á Madrid, pidió colocación para Ultramar, consiguió un destino para la Habana y se casó conmigo... Me parece que me dió pruebas de...

– ¡Oh!, seguramente.

– No lo hubieras hecho tú.

– Me parece que no.

– Porque tú eres un pillo y él un hombre de bien sin malicia ni trastienda. No creas que le engañé, eso no; le conté mi historia y lloró conmigo. Por supuesto que me retiró de las tablas.

– Es claro. Hizo bien.

– Es un hombre muy mirado y muy celoso.

– Y ¿le has sido fiel?

– Por estas cruces te lo juro. Acaso, si hubiera encontrado por allá á un grandísimo pillo que tú conoces...

– Por fortuna, ¿no fué ese pillo á Ultramar?

– No, y así mi marido ha podido dormir tranquilo y dedicarse á hacer una fortuna...

– ¿Tenéis fortuna?

– Ya lo creo. Mi marido, aunque parece tonto, no lo es. Treinta años seguidos ha estado colocado, sin una cesantía, en buen predicamento con todo el mundo, ascendiendo por sus pasos contados, en la Habana, en Puerto Príncipe, en Puerto Rico... Después pasamos á Filipinas, hemos corrido todas las islas, y por fin, en Manila diez años... Mi marido, se jubiló por imposibilidad física, aunque no está malo, pero ya estaba cansado, y temía además que el mejor día una mala voluntad le armara un lío, por envidia, sólo por envidia, y como tenemos ya para vivir..., nos hemos venido, y aquí estamos provisionalmente, porque mi marido va á comprar un hotel en la Castellana, ya tiene uno en tratos..., y piensa que recibamos y demos reuniones, porque Lanudo, puedes hacerte cargo, habiendo ocupado altos puestos allá, conoce la mar de generales y de intendentes y de gobernadores, y buenos regalos que hizo á algunos, y ahora le han dado la Gran Cruz, y trata de presentarse candidato á senador, y sobre todo, hijo, tiene mucha *guita*, como decía mi padrastro *El Pajarito*, y todo Madrid querrá venir á nuestro hotel de la Castellana.

– Celebro mucho tu buena fortuna, Conchita, y la de Lanudo también.

– Ya le verás. Parece tonto á primera vista; ¡pero sí, sí, tonto es el hombre!

– Sí, ya se conoce que es avisado.

– ¿Y tú has prosperado?.. ¿Acabaste la carrera?..

– Sí, hija; pues si no la hubiera acabado cuando ya estoy acabando la de la vida...

– ¿Te casaste, por supuesto?..

– Sí, y enviudé y me volví á casar, y tengo trece hijos.

– ¡Jesús!

– Figúrate las visitas que habré tenido que hacer y las fórmulas que recetar y las miserias físicas que ver y el contingente que habré dado á los cementerios para poder criar y educar trece hijos. Pero gracias á Dios he llegado á reunir una buena clientela. Este clima de Madrid es cada vez más dañino, y la



¡SIN TRABAJO!, cuadro de José Garnelo (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890)



CORNELIA, cuadro de José Garnelo (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

vida que aquí se hace, generalmente, es la más apropiada para adquirir enfermedades, con lo que un médico bien reputado siempre tiene trabajo... Estoy, pues, contento de mi suerte y no envidio á tu señor Lanudo con su dinero y su hotel y su Gran Cruz. ¿Y no habéis tenido hijos?..

– No, no hemos tenido... Por eso, como no tenemos hijos, dice Lanudo que para qué hemos de guardar lo que tenemos... Y ya que he vivido tanto tiempo con economía, para no gastar y porque no tuvieran que hablar las malas lenguas, ahora que ya no depende de nadie, á lucir y á divertirnos...; y no ha de parar, me ha dicho mi marido, hasta que le den un título. Quiere que seamos marqueses ó *condeses*...

– Bien, hija. Me alegraré que seas condesa.

– No te rías, que cuando Lanudo se empeña en una cosa...

– No, si no dudo que conseguirá el título. Y adiós, hija, mi gallarda bailarina de hace treinta y cinco años y mi excelentísima señora condesa de fin de siglo... Celebro mucho que te hayas dado á conocer. Yo no te habría conocido nunca.

– Yo á ti siempre, aunque te hubiera visto mucho más viejo y con la barba arrastrando por el suelo; porque yo, gran tunante, siempre he tenido más corazón que tú y más memoria.

. . . .

Advertencia. – El autor no ha hecho otra cosa que dar forma á lo que le refirió el distinguido doctor X..., amante de la bailarina Conchita en sus verdes años, y convecino ahora de los señores de Lanudo hasta que éstos vayan á ocupar el hotel que han comprado en la Castellana, donde ya anuncia la prensa que muy pronto se reunirá la mejor sociedad de Madrid.

El doctor X me ha ofrecido presentarme.

Carlos Frontaura

DOS ORADORES

(BROCHAZOS)

Al joven adalid de la palabra Fernando de Antón

I

Hasta que no dejan de molestarle las toses y los estornudos con que el auditorio prepara su silencio, no ha de comenzar él la meditada disertación; y cuando ya ni el zumbido de un insecto, ni la caída de un bastón, ni el crujir de una silla, ni el cuchichear más leve le distraen, hace una pertinente reverencia, limpia sus quevedos, deja el pañuelo en la mesa de la plataforma que al alzarle sobre los oyentes parece que eleva al mismo tiempo la ciencia que aquellos labios bebieron en los libros, y con mal disimulado desvanecimiento, con ademán previsto, corriendo parejas la pulcritud y el porte con lo irreprochable y culto de la palabra, dejando adivinar por la actitud, el gesto y los modales la puntuación estudiada de las oraciones, la reposada marcha de la cláusula y la natural caída del período, razona portentosamente su conferencia.

¿Quién es ese filósofo?

II

Pero el libro de la historia se abre á nuestros ojos. ¿Quién audaz ha puesto las manos en él y sobre nosotros lo esgrime como un arma? ¿Quién con paso firme asalta la barra ó la tribuna? ¿Quién es ese hombre de actitudes arrogantes y varonil ademán y bizarra presencia y altivo continente y mirada de fuego y enérgica palabra y barba hirsuta y luenga cabellera?

Su poderosa voz nos sacará de dudas.

Por su discurso va á pasar el drama del género humano.

Ya comienza: sucédense las frases, las oraciones se impulsan, los pensamientos se toman por asalto, las cláusulas se atropellan improvisadamente y los períodos estallan al caer de sus labios á la muchedumbre, como granadas que en los combates de la idea hubiese cargado con metralla de aplausos el genio de la inspiración.

¿Quién es ese artista?

III

Antes, el salón alfombrado, cautivos el pensamiento en la fórmula y en el plan las partes del discurso, como la luz que ilumina el recinto está encerrada en sus globos esmerilados; ahora, la plaza pública atronada por un tumulto popular, el juego de pelota con ventanas abiertas, el patio descaperuzado y, como la luz del sol, libres los pensamientos y la arenga.

Allí, la Oratoria Didáctica, cuidada la faz, con afeite el semblante, el vestido esmeradamente confeccionado y puesto; aquí, la Oratoria Política popular, flotando las greñas, lleno el barbado rostro del polvo que levanta á cada paso, el sombrero al aire y desabrochada la levita.

IV

Ese artista y ese filósofo son dos oradores.

Pero el uno es el Ateneo; el otro el Club.

El puesto de aquél está en las Academias; el de éste en las barricadas.

El primero necesita la objeción; el segundo la lucha.

El uno es la lógica, y convence y enseña; el otro es la pasión, y se impone y arrastra.

Aquél es el escudo que defiende para conducirnos á la conquista de la verdad por la senda de la victoria; y éste es la espada que relumbra sobre las cabezas, y que hiere lo mismo para que lleguemos al triunfo que al vencimiento, al poder, á la abyección, á la libertad, á la servidumbre.

La elocuencia del uno brota en el paraninfo ó en la cátedra; la del otro, en la acera ó en los balcones que dan á la calle.

El uno asombra y pasma; el otro seduce y arrebata.

Con aquél se va al templo de la ciencia; con éste al campo del combate.

La elocuencia del primero expone y plantea, razona y demuestra; la del segundo afirma y apostrofa, niega y conjura, flagela y contunde.

Aquél se va llevando el reino de nuestras ideas paso á paso; éste asalta de golpe el imperio de nuestros corazones.

Delante del uno, la mesa y el libro; delante del otro, la barandilla y el espacio.

Elevad las bóvedas para que vuelen las concepciones del uno; abrid escotillones para que lleguen bien á lo profundo las tempestuosas manifestaciones del otro.

Aquél, hablando de los hombres, se dirige á la ciencia, á la verdad, á Dios, que están arriba; éste, hablando de Dios y de la verdad y de la ciencia, se dirige á las multitudes, que están abajo.

El uno llegará á la fuerza por medio de la ley de su elocuencia; el otro llegará á la ley por medio de la fuerza de su palabra.

El uno es el apóstrofe; el otro, el anatema.

Alrededor del primero, el profesorado y los laureles; alrededor del segundo, las masas y las bayonetas.

Aunque apliquéis al uno, para juzgarle, el microscopio que tiene la crítica para contar los hilos á la inteligencia, ni antes ni después de aplicárselo resultará pequeño; pero el otro no resultará grande, si no le miráis con el anteojo de larga vista que tiene la admiración para observar por los espacios al genio que pasa, ya alumbrando como los soles, ya espantando como los cometas.

V

Llevad al primero á la sala de las sesiones, sentadle en el sillón académico, el vaso de agua y la escribanía por delante, y llenando el recinto silencioso un auditorio inteligente y más ó menos iniciado en los secretos de la ciencia; dejadle que recoja sus ideas, que repase las notas del sumario, y que comience, con voz algo apagada para dominar más al silencio, pero con palabra insinuante y siempre la propia, y bien pronto correrá por los oyentes el murmullo del asentimiento.

¡Mirad cómo le atienden!

Con Minerva y Polimnia por jueces podéis examinar el pensamiento, el plan, las formas interiores y las expositivas de su trabajada y admirable oración, que desde el exordio al epílogo, y conservando la unidad *estilista*, ni reprodujo ideas, ni se separó de la tesis, ni abandonó el tema á digresiones inútiles ni á los caprichos ó extravíos de la improvisación. Va por senda segura, y sabe adónde llegará.

En su camino le sostiene la ciencia.

VI

Sacad al segundo al centro de la plaza, colocadle sobre la gradas de un pedestal, sobre una mesa del café de la esquina, sobre un coche de punto; rodeadle de esa masa ignorante y heterogénea, amontonada de improviso y engrosada continuamente con el estudiante y el menestral, con mujeres y granujillas, poetas y desocupados, periodistas y vendedores callejeros; dejadle lanzar al aire su palabra valiente, vibrando en el metálico timbre de su voz, muy luego enronquecida por la lucha, y bien pronto resonarán vivas y aplausos, gritos y aclamaciones; y sobre cestos y sombrillas y abanicos y calvas, se alzarán los bastones, los puños, las mangas de camisa, las monteras de pelo, los hongos y los sombreros de copa alta, y se agitarán como las del mar las olas de la muchedumbre, y arrastrarán el coche, llevando al orador en triunfo.

¡Mirad cómo le siguen!

Y si este era su intento, ¿á qué con la retórica en una mano y en la otra el libro de la intolerancia, á qué le preguntáis por el discurso?

Nada le importa copiarse y reproducirse; nada le importan el exordio ni la narración ni la confirmación ni la refutación ni el epílogo ni siquiera la tesis ni aun á veces el tema. El ve su intento, el fin propuesto, allá á lo lejos, y olvidando la senda que se trazó, salta los obstáculos, va por otras sendas y llega.

En el camino le sostiene el instinto y le visita siempre la inspiración.

Dos minutos antes de hablar piensa todo lo que va á decir; álzase, comienza, y se le olvida todo, y entonces todo lo improvisa; y al improvisar los períodos, por perdurable milagro de su ingenio, improvisa su gloria.

VII

Ahora ya los conocéis.

Aquél es más crítico y éste más artista.

Aquél salió del Peripato y de la Universidad; éste de la Naturaleza y de la Revolución.

Uno es el Profesor; otro el Tribuno.

¿Cómo se llaman esos propagadores de las ideas? Un didáctico griego: Isócrates.

Un cordobés de memoria tan milagrosa que puede repetir dos mil nombres por el orden en que le son pronunciados por una sola vez; que recita uno por uno los versos que declaman sus condiscípulos del aula de Masilio, y que reproduce portentosamente, después de medio siglo, los discursos de los oradores de Roma: es Marco Anneo Séneca.

¿Quiénes son esos agitadores de las turbas?

Un alano gigantesco: Dantón.

Un coloso de la elocuencia al raso: O'Conell.

Enrique Funes

A LA PRENSA

(No es una dedicatoria, ¿eh?)

Para las personas de buena voluntad, la prensa es el tribunal de apelación en casos de injusticia, según ellas.

El poder supremo.

La palanca para remover el mundo.

La fuerza motriz de la sociedad.

El buzón general.

Un artículo de primera necesidad.

Privar del diario político á un hombre de partido, leal y consecuente, siquiera sea insignificante, es quitarle la vida.

Lo que lee, aunque sea con dificultad, en el periódico de su comunión política, es la verdad.

Tal vez la alta consideración que merece á las gentes la prensa periódica, las impulsa á llevar á ella los asuntos de la vida privada.

Verdad es que, como me decía ó me declamaba un artista en obra prima, con casa abierta, porque funcionaba en un portal:

– El hombre público no tiene vida privada. Las paredes de su casa han de ser de cristal.

– ¿De roca?, le preguntaba yo, y él continuaba:

– Su esposa, si la usa, ha de ser diáfana...

– Sus hijos, transparentes, ¿eh?

Y así proseguía, ensartando disparates sobre algo que había oído y algo que inventaba.

Quien le hubiera negado algo de cuanto decía el periódico de su color, habría tenido que verse con el *maestro* cara á cara, ó lezna á lezna, ó tirapié á tirapié.

La esposa viril aconseja á su marido, cesante por economías:

– ¿Por qué no te vas á la prensa, Silvestre?

– ¿A qué prensa, mujer?, pregunta él.

– A los periódicos; que pongan al ministro como un trapo; que cuenten tus méritos; que hablen de tu familia; que le insulten, que le exijan tu reposición inmediata. ¡Ah, si estuviera yo en tu cazadora ó en tus calzones, otro gallo nos cantara!

– Mujer, si yo no soy gallo.

– No tenía yo ministro para media hora.

– Lo creo.

A lo mejor se presenta en la redacción un caballero que quiere hablar con el director.

– Usted dirá...

– Pues yo soy casado, caballero: lo lamento, pero la verdad por delante.

– Por mí no lo lamente usted; yo no pensaba en pedirle su mano.

– Mi esposa es una mujer de carácter violento. Si usted me viera el cuerpo, se conmovería.

– Y aun me repugnaría tal vez; lo creo.

– Ya hemos andado por justicia algunas veces; pero no nos divorciamos, por más que yo la digo, hasta en francés: «Vamos, *divorcons.*»

– Y todo eso ¿á mí qué me interesa?

– Quisiera que usted, no en un artículo de fondo, no, en un suelto la llamase al orden y la dijera lo que debe una mujer al hombre que la dice su esposa.

– Por decírselo, únicamente...

– Y porque lo es. A ver si se asusta y se domestica y vuelve en mí. Por supuesto, que yo abonaré lo que eso valga.

Otra vez es un padre tierno y cariñoso cuanto disgustado porque el periódico no se ocupa, según era de esperar, ó según él esperaba, de los adelantos de su hijo.

– Vea usted: justamente en esta certificación de la academia de «primísimas letras» acredita el director, que es D. Celedonio, algo paisano mío, que mi niño ha hecho un examen brillante en lectura y escritura infantiles.

– Y ¿qué?

– Que no han publicado ustedes su nombre en la lista de los aprobados en el colegio donde se educa mi hijo.

– Pero si aquí no hemos publicado semejante lista. No habría periódico suficiente para publicar los nombres de todos los niños que asisten á los colegios públicos y á los particulares y se examinan.

– Yo quisiera estimularle así; que viera su nombre en caracteres de imprenta. Y su madre se volvería loca.

– Hombre, en ese caso mejor es que no se publique.

– Aunque me costara alguna cosita..., unos puros de á quince céntimos ó unos cafés...

– Tenga usted la bondad de dejarnos en paz: es la hora de trabajar y de hacer el periódico.

– Pues no sé qué papeles son estos que no sirven para complacer á una familia y alentar á la juventud estudiosa.

Otro ejemplar:

– Traigo á ustedes este comunicado de pago, ¿eh? Pero quiero que salga mañana sin falta, á la cabeza del periódico.



TIEMPOS DUROS, cuadro de Huberto Herkommer



¡PREMIADO!, cuadro de José Joaquín Tejada (Salón Parés)



DON QUIJOTE PRONUNCIANDO EL DISCURSO SOBRE LAS ARMAS Y LAS LE



...S, copia del cuadro de Sir Juan Gilbert, expuesto en la Real Academia de Londres

– Eso no puede ser.

– Verán ustedes: es de interés original. «Sr. director..., etc... Hace algún tiempo que un miserable, establecido en la casa contigua á la mía y comerciante, como yo, en los mismos géneros coloniales, viene estafándome y estafando al público ilustrado, aprovechándose de la confusión que por la proximidad de las dos tiendas resulta.

»Como el tal Mendiánez es un ladrón de caminos y yo no quiero que nos confundan, he resuelto acudir á los tribunales para enviarle á un presidio, tarea muy fácil, puesto que es un falsificador de billetes y...»

– Eso no es publicable.

– ¿Por qué razón?

– Porque no es estilo para un periódico

– Pueden ustedes limarlo un poco.

– ¿Qué limarlo ni qué?..

– Es que traigo un anuncio para que me le publiquen ustedes todo un mes, ¿eh?

Otro caso:

– Señor Director.

– Usted mande.

– Gracias: pues vengo sobre eso del suelto que han puesto ustedes referente á Juan Mollate, sobre eso de una puñalá que, al parecer, dió á otro intitulao *el Nene* ú Pedro Costal, que fayeció deseguida. Pues bien: que ese Juan Mollate infrasquito, que asesinó al parecer al supuesto Pedro, no he sido yo, como lo prueba el que esté suelto y libre, como ustedes pueden comprobar si gustan... Y nada más y *laus te Deum*.

– Será usted complacido.

– Sí, hombre, porque en el barrio soy más conocido que la ruda, y en cuanto han leído eso se han alborotao. Por fin, lo que son las equivocaciones, que hasta estuvieron en casa unos guardias á prenderme.

– Sí, ¿eh?

– «Con la cara y el pelo;» que se convencieron deseguida y yo tomé el olivo y me vine aquí para *ratificar;* porque soy suscritor hace tres años y pico.

Otro D. Juan Mollate, residente en Filipinas, escribe también cuando lee la noticia, que es al mes, y se publica un suelto en que se dice:

«El Sr. D. Juan Mollate, funcionario en Filipinas, nos escribe desde Manila diciendo que no fué él el Mollate que robó un reloj al cadáver de Pedro Costal, después de haber descosido á éste.

»Hacemos esta declaración con sumo gusto...»

Un beodo, saliendo de la redacción de un periódico, en una de estas noches últimas, para pedir que pidiesen la cabeza del sereno de una calle céntrica porque le había sacado de una taberna, á ruego del dueño, clamaba indignado á *voces solas:*

– Y ¿ese es un periódico? ¡Mentira! ¡Ese es un libelo indecente! Donde no se ampara al huérfano de tinto como yo, ¿qué se puede esperar?

EDUARDO DE PALACIO

MISCELÁNEA

Bellas Artes – En la bóveda de la cripta de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, de Liegnitz (Prusia), se han encontrado seis figuras de apóstoles, de piedra arenisca, pintadas, que por su estilo, así como por las esculturas de los zócalos sobre que estuvieron colocadas, pertenecen al siglo XII.

Barcelona. – Salón Parés. – Pocas son las obras nuevas expuestas últimamente.

Un paisaje, al parecer de localidad americana, de Sola, pintor francés, en la sección de Pintura. Esta obra, ejecutada con gallarda soltura, aunque ligera y algo abocetada en parte, revela con sus cualidades y deficiencias un temperamento que posee felices disposiciones, aunque predominando la habilidad en la hechura.

De Marinas es una estatuita de salón en mármol, *Mignon*, concienzudamente ejecutada, especialmente los brazos y la cabeza: en conjunto resulta una figura algo desmedrada, pero de impresión simpática y agradable.

Casas Consistoriales. – Durante cinco días ha estado expuesto al público en la Sección de Fomento el proyecto de urbanización de la plaza de Cataluña, obra del arquitecto Sr. Falqués, digna en todo de la reputación de tan distinguido artista.

Teatros. – La segunda serie de las representaciones wagnerianas en Munich ha obtenido igual éxito que la anterior, produciendo cuantiosos resultados á la empresa. Entre los concurrentes abundan los extranjeros, particularmente ingleses y franceses, contándose entre éstos muchos directores de teatros y de orquesta.

París. – Se han estrenado con mediano éxito: en Vaudeville, un vaudeville en tres actos de Albin Valabregue, *Blas-Bleu*, sátira dirigida contra las literatas presuntuosas, ridículas y sin talento, y en la Opera, *Diodamie*, ópera en dos actos, letra de E. Noel y música de E. Marechal: el libreto, tomado de un antiguo poema latino incompleto, tiene por asunto un episodio de la vida de Aquiles y no ofrece interés alguno; la partitura carece de unidad, pasando de lo elevado á lo vulgar, de la sobriedad del drama lírico al convencionalismo de la antigua ópera, sin razón que justifique esos cambios de estilo; esto no obstante, tiene algunos números agradables, entre ellos un coro de pescadores, un preludio, un baile y un dúo de amor. – Entre las novedades que prepara la Opera para el próximo invierno figuran: *Thais*, ópera de Massenet; *Lancelot*, de Joncieres, y *Brunequilda*, ópera que dejó incompleta Guiraud y que está terminando Saint-Saens.

Londres. – Se han estrenado con buen éxito: en Court Theatre, *The other Fellw*, versión inglesa del vaudeville de Feadeau y Desvalliere, *Champignol malgré lui;* en la Alhambra, la «segunda edición» del baile de gran espectáculo, *Chicago;* y en Haymarket, *The Temtpter* (El tentador), hermosa comedia romántico-fantástica, admirablemente versificada y concebida con



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. – LA JUSTICIA, estatua de plata maciza de tamaño natural, expuesta por el Estado de Montana en el Palacio de Minería.

elevado espíritu filosófico y que los críticos londinenses colocan á la altura de las mejores producciones de los clásicos. Para esta obra ha escrito algunos números de música, preciosos todos ellos, el notable compositor inglés Eduardo German.

Barcelona. – En el Principal funciona con gran aplauso la compañía italiana que dirige el notable actor Sr. Emmanuel y de la que forma parte la célebre actriz señora Reiter, habiendo puesto en escena las obras más notables del moderno repertorio y *Las bodas de Fígaro*, de Beaumarchais. En el Tívoli actúa una compañía de ópera bajo la dirección del maestro Petri, que ha estrenado en dicho teatro con buen éxito la hermosa ópera de Bretón, *Garín*. Romea y Eldorado habrán inaugurado, al repartirse este número, la temporada de 1893 á 1894. En el Lírico se ha dado, en honor de los extranjeros que han tomado parte en el Congreso literario aquí celebrado, una función de gala por las compañías que dirigen los Sres. Bonaplata y Tutau.

NUESTROS GRABADOS

Iván el Terrible, estatua de M. Antokolskij. – Entre los más famosos escultores contemporáneos figura el artista ruso Antokolskij, residente desde 1880 en París, una de cuyas cualidades características es la de huir por sistema de todo cuanto huele á dioses y héroes de las antigüedades griega y romana y evitar en lo posible el desnudo en las figuras femeniles. Su principal labor es la reproducción de la belleza varonil y su mayor empeño, coronado por el éxito más completo, dar á todas las figuras la expresión psicológica que revele su modo de ser íntimo. La estatua de Iván el Terrible que reproducimos es buena prueba del genio de Antokolskij, pues en ella revélase de una manera clara el modo de ser de aquel soberano ruso, que si fué llamado el Terrible, también mereció el dictado de Grande, y que mientras por un lado oponía un dique á la barbarie rechazando la invasión de los tártaros, por otro fomentaba la civilización llamando á Rusia á los más famosos sabios y artistas extranjeros.

Tiempos duros, cuadro de Huberto Herkommer. – Aunque oriundo de Baviera, Huberto Herkommer hizo sus estudios artísticos en Inglaterra y ha llegado á formar parte de la *Royal Academy*, de la que es uno de los miembros más distinguidos y respetados. Su carrera es una serie continuada de triunfos obtenidos en todos los géneros, retrato, paisaje y cuadros de costumbres, en los cuales ha creado tipos que han tenido multitud de imitadores. Es además hábil escultor, músico y arquitecto, y aunque parezca mentira, aun en medio de tantas ocupaciones encuentra tiempo para dedicarse al grabado, á labrar metales, á esculpir en madera y á representar comedias. De su valía como pintor da idea el cuadro que reproducimos, bellísima composición en la cual así es de admirar el interesante grupo de las figuras como el paisaje, triste cual la situación de aquella familia obrera que vaga casi al azar en busca de trabajo y que rendida por la fatiga y por el hambre se ha detenido á descansar al borde del camino.

¡Premiado!, cuadro de José Joaquín Tejada. – ¡A cuántas y cuán poco consoladoras reflexiones se presta este cuadro! No hemos de apuntarlas aquí, porque bastante se ha dicho en todos los tonos contra ese juego en que es banquero el Estado, percibiendo un premio que no cobraron nunca ni el inmundo garito donde deja sus ahorros el obrero, ni el Casino de Mónaco donde pierden fortunas los potentados. Los que estudien atentamente el cuadro de Tejada hallarán en él motivo suficiente para perder las ilusiones, si es que las tuvieren, que engendra la lotería: por cada uno que como el mozo de cordel puede exclamar *¡Premiado!* hay cien para quienes la lista oficial es la más cruel de las decepciones. ¿Cómo se comprende, pues, que aún haya quien á ese juego se entregue? La razón es bien sencilla: todo el que toma un billete se figura que ha de ser aquel *uno;* nadie imagina que haya de verse incluído entre los otros *cien*. El lienzo de Tejada es una obra acabada de observación; cada una de sus figuras es la personificación de uno de los varios grupos en que pueden clasificarse los jugadores; y en cuanto á la ejecución, los elogios que mereció cuando estuvo expuesto hace poco en el Salón Parés demostraron patentemente lo que vale el joven artista pensionado por la Diputación de Santiago de Cuba.

Don Quijote pronunciando el discurso sobre las armas y las letras, cuadro de Sir Juan Gilbert. Los que recuerden el pasaje de la obra de Cervantes á que la escena en este cuadro reproducida se refiere, los que en aquel libro imperecedero hayan estudiado el modo de ser de los personajes que en el lienzo figuran, y sobre todo del caballero andante, esa creación portentosa, ese prodigio de observación y estudio psicológicos, que aun hoy es asombro de los sabios, no podrán menos de reconocer que el pintor inglés Gilbert ha sabido interpretar maravillosamente el asunto que le inspiró la historia del ingenioso hidalgo. Todo en ese cuadro revela al artista genial, cuyo pensamiento supo asimilarse por completo al de Cervantes, y cuyo pincel logró estampar en la tela líneas y tonos de corrección intachable, y encontrar la expresión oportuna para D. Quijote y para cada uno de los huéspedes que en torno de la mesa de la venta escuchaban los hermosos conceptos que sobre el ejercicio de las armas y de las letras exponía el caballero de la Triste Figura. En Inglaterra se presta verdadero culto al Quijote, y allí se encuentran las mejores bibliotecas cervantinas: no es, pues, de extrañar que el artista haya hecho de uno de los episodios del libro tema para su grandiosa composición, ni que haya acertado en ésta la verdadera nota que tan difícilmente suelen hallar los extranjeros cuando de cosas de nuestra patria se trata.

Exposición de Chicago. – La Justicia, estatua de plata maciza de tamaño natural. – Muchas son las curiosidades que en la Exposición de Chicago figuran, pero pocas habrán llamado tanto la atención como la estatua presentada por el Estado de Montana, de plata maciza y de tamaño natural, que pesa 1.600 libras y cuyo valor es de 307.675 pesos. A título de curiosidad, no de obra artística, reproducimos esta nueva muestra de originalidad de los yankees.

Vendimiadoras montillanas, cuadro de Eloisa Garnelo. (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). No es la señorita Garnelo mera aficionada, es digna hermana del distinguido pintor José Garnelo y discretísima artista, conforme lo patentizan sus continuados triunfos. Dióse á conocer en la Exposición de 1887 por medio de un bellísimo cuadro representando á Cora en el momento de contemplar amorosamente la silueta de la figura de su novio trazada en la pared, á cual circunstancia atribúyese el vigor del dibujo, obra justamente aplaudida por la delicadeza del concepto y por su ejecución. Siguieron á ésta otros cuadros recomendables que figuraron en el certamen de 1890, y por último, las *Vendimiadoras montillanas*, premiado en la Exposición de 1892, trasunto fiel del natural, asunto interpretado felizmente y en el que hay que admirar la exactitud del colorido y su agradable entonación.

El Excmo. é Ilmo. Sr. obispo de Astorga. – El sabio y virtuoso prelado cuyo retrato publicamos era oriundo de Reus, ciudad en donde fué consagrado obispo hace seis años. Falleció el día 19 de septiembre último en Tavara (Zamora), en



EL EXCMO. É ILMO. SR. D. JUAN B. GRAU,
obispo de Astorga. Falleció en 19 de septiembre último

donde se hallaba practicando la visita pastoral, víctima de una dolorosa enfermedad que sufría en una pierna. D. Juan B. Grau y Vallespina, que así se llamaba, ha muerto á la edad de sesenta años.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Todo quedaba explicado. Poderosas corrientes magnéticas, determinadas quizás por la rotación de la tierra, hacían imposible la ascensión á las altas capas de la atmósfera. Todo hacía pensar que más allá de aquella muralla infranqueable, la atmósfera disminuía su espesor, compelida, probablemente, por la fuerza centrífuga.



Bruscamente se produjo una conmoción violenta y el globo se alejó con rapidez terrorífica

Schnecker, viendo la poca distancia que separaba la barquilla de las olas, creyó que caían.

–¡Estamos perdidos!, exclamó con terror.

Huberto tampoco estaba tranquilo.

–Lo más tremendo, murmuró, es que no salgamos de esta zona de rotación. Lo más probable es que continuemos así, dando vueltas alrededor del 88° pasando por el Norte de América, del Kamtchatká, de Siberia, de Rusia y de Suecia.

Aquel temor era fundado, y claro se veía que arrastrado por el movimiento tangente á la circunferencia del enorme glaciar, el globo daría vueltas con la tierra alrededor de aquel eje ideal que termina en los polos, si alguna interrupción de la corriente magnética no detenía aquella rotación fantástica.

Esto fué afortunadamente lo que sucedió. Bruscamente se produjo una conmoción violenta y el globo se alejó con rapidez terrorífica de aquella muralla de hielos. Luego, ganando otra vez las alturas, se dirigió por el camino que había seguido.

Al poco tiempo la atmósfera se saturaba de vapores pesados, como si de alguna conflagración latente se desprendieran cantidades prodigiosas de ácido carbónico. Schnecker fué el primero que sintió los síntomas de la asfixia, y d'Ermont, viendo el campamento á lo lejos, abrió las válvulas para bajar, pero cayó también desvanecido en el fondo de la barquilla.

No terminaba todavía allí la relación del joven teniente.

Después de aquella tentativa poco afortunada, se celebró consejo, y fué el de la mayoría que se volviera hacia atrás.

–El polo es inaccesible, decían los pesimistas.

El Sr. de Keralio había protestado con toda energía de aquella debilidad de sus compañeros.

–Señores, dijo, nunca se nos presentará una ocasión tan buena como ésta. Los señores d'Ermont y Schnecker nos han dicho el resultado de su viaje. Parece que el círculo glacial que rodea el polo no puede ser salvado por medio de un globo. ¿Pero no tenemos, acaso, otro recurso? Ese submarino que no ha podido servir como cesta aérea, va volver á su primitivo destino, y si no hemos podido pasar por encima del campo de hielo pasaremos por debajo.

Un largo estremecimiento corrió por entre las filas. Exceptuando Huberto y dos marineros, nadie se sentía con valor para arrostrar tamaña empresa. Se procedió á votación, y 16 votos contra 4 decidieron que debía volverse á la isla Courbet.

El Sr. de Keralio no pronunció una palabra más; pero fué fácil advertir que no se resignaba fácilmente á aquella determinación que consideraba como una debilidad.

La víspera del día fijado para la retirada definitiva, una abundante tormenta de nieve y lluvia les obligó á permanecer bajo las tiendas. Cuando salieron de ellas observaron con estupor que el submarino, la reserva de tubos de hidrógeno, el Sr. de Keralio y los marineros Riez y Leclerc habían desaparecido. En su tienda había una carta que decía así:

«No temáis por nosotros; me llevo á Leclerc y á Riez y nos vamos en el submarino. Sólo intentaré lo que sea buenamente posible. – KERALIO.»

No se podía pensar en perseguirlos. Eran libres de obrar á su guisa y Keralio era el jefe de la expedición. Celebraron consejo los que quedaban, y decidieron que antes de hacer nada era prudente concertarse con el capitán Lacrosse.

Se retiraron, pues, hacia la isla Coubert.

. . . .

Tal fué el relato que hizo Huberto á su novia.

La joven, profundamente comovida, lloraba amargamente, y se quedó encerrada durante muchas horas.

Cuando reapareció ante su primo y el comandante, que ya discutían acerca de la resolución que debían tomar, su rostro estaba tranquilo y su decisión tomada.

–¿Qué habéis decidido, señores?, preguntó.

–Nada todavía, señorita, contestó Lacrosse. Esperamos vuestro parecer.

Isabel se sentó y con voz muy clara dijo:

–¿Supongo que no imaginaréis abandonar á mi padre?

–Nadie aquí, señorita, tiene intención de abandonarle, contestó el comandante.

La joven tendió la mano á los dos hombres.

–Jamás he dudado de ello. Sólo he querido decir que aun cuando todas las leyes divinas y humanas os aconsejaran volver hacia el Sud, yo permanecería aquí hasta que mi padre parezca.

–Teniendo esto en cuenta, el Sr. d'Ermont y yo hemos pensado en una solución que conciliara las exigencias de vuestro corazón y las del interés general.

–¡Ah!, exclamó vivamente Isabel. ¿Cuál es esa solución?

–Hela aquí. Volveremos al cabo de Wáshington y dejaremos allí la mayor parte de la gente dentro del Fuerte-Esperanza. Nosotros volveremos aquí é invernaremos, ya dentro del buque, ya dentro de otra casa que construyamos. Desde aquí podemos buscar, en los dos meses de día que quedan, las huellas del Sr. de Keralio.

Así quedó convenido, y Bernardo Lacrosse, subió á cubierta y dió las órdenes necesarias para que la *Estrella Polar* tomara el camino del Sud.

Nunca expedición polar alguna había obtenido tamaños resultados. En menos de dos meses, unos franceses habían reconocido la costa Noreste de la Groenlandia; habían descubierto un isla bajo el 85° paralelo, y tierras mal exploradas, bajo el 86°. Mejor aún: dos de entre ellos, en un viaje á través de los aires, habían alcanzado el 88° y comprobado la existencia del gran pack polar, sospechada por sus predecesores.

Ahora, ante todo, era preciso asegurar la estancia de los que quedaban en el cabo Wáshington y arrancar al Sr. de Keralio á los horrores del frío y del hambre.

Como la temperatura era muy templada todavía, la *Estrella Polar* llegó al cabo Wáshington en tres días. Dejó allí doce hombres y sólo se llevó diez para la isla Courbet, donde llegaron al cabo de siete días.

El 5 de agosto, cuando Isabel, á la que acompañaba su nodriza, puso por segunda vez el pie sobre la isla más septentrional del globo, dijo Huberto con emoción:

– Ahora es cuando empieza nuestra verdadera campaña.

Al día siguiente, cuando la *Estrella Polar* llegó á la rada de la isla, á la que dieron el nombre de Rada Larga, el camino estaba cerrado por los témpanos. La misma naturaleza fijaba los cuarteles de invierno de los exploradores.

IX

UNA MUJER VALIENTE

Como había dicho Huberto, entonces empezaban las verdaderas dificultades.

Primeramente, se hizo el inventario de todas las provisiones y recursos de que se disponía.

Ante todo, y como medida de seguridad, se puso en seco sobre su cuna de acero la *Estrella Polar*, aprovechando para ello una quebradura de la costa. Se la recubrió por medio de un gran toldo de lona embreada, que formaba pendiente para permitir el escape de aguas y nieves, y para mayor seguridad, se caló toda la arboladura. Se construyó luego la casa, y como no se hallaba en tan favorable situación como en el cabo Ritter, para estar en constante comunicación con el buque y resguardarse en él si era preciso, se construyó entre él y la casa un corredor que hiciera fácil el acceso.

Se decidió asimismo que en caso de ser muy crudos los fríos se habitarían de nuevo los camarotes, los cuales, por otra parte, no serían jamás abandonados del todo, pues una tercera parte de la tripulación permanecería constantemente en aquel punto hasta la nueva primavera.

Las provisiones eran todavía abundantes, y había quedado convenido además que en los primeros días de octubre los expedicionarios que quedaban en el cabo Wáshington harían una excursión para aprovisionar á sus compañeros de la isla Courbet.

Tocante á municiones de armas de fuego había á bordo más que suficientes. Y en cuanto al hidrógeno, quedaban tubos en abundancia en la bodega del buque y en poder de los del cabo Wáshington, además de los que en el submarino había embarcado Pedro de Keralio.

La cantidad de hidrógeno líquido que se había embarcado á bordo de la *Estrella Polar* era de 20 metros cúbicos, representados por 8.000 tubos, que formaron buena parte del cargamento del buque. En la caja de Huberto sólo habían cabido unos 100. Se gastaron también 400 tubos para hinchar el globo y el Sr. de Keralio se había llevado 600 para hacer funcionar su submarino, cantidad suficiente para tal objeto. El resto, ó sean 6.500 tubos, se había repartido entre las dos estaciones, cada una de las cuales tenía, pues, 3.250 para atender á sus necesidades.

El laboratorio se puso en condiciones de producir oxígeno puro por medio de la descomposición de agua y ázoe, por si quería renovarse la dichosa tentativa del año anterior.

Pero Isabel hizo observar que aquellos preparativos no podían ser de ninguna utilidad, ya que lo primero era salir en busca del Sr. de Keralio.

El invierno anunciaba ya su regreso y era preciso activar las pesquisas si no quería perderse toda esperanza de hallar á los desaparecidos, pues la temperatura el día 6 de agosto llegó á 8 grados bajo cero.

La salida de la primera expedición quedó fijada para el día 7 y fué Isabel la que mostró mayor actividad y ánimo.

Con su buen humor y su entusiasmo infundió valor á todos y era de ver con cuánto afán trabajaba en cuantos preparativos se hacían, ordenándolos con exquisito cuidado y manteniendo el ánimo de todos los expedicionarios.

Aquella expedición partió alegremente. Por la mañana se habían cargado tres trineos con todo lo necesario para una expedición lejana. Huberto y Guerbraz mandando seis hombres iban en ella, y como las recientes heladas habían soldado las grietas del pack, todos estaban seguros de poder aventurarse sobre su superficie para atravesar las 20 millas que separaban la isla Courbet de las tierras del Norte.

Pero desgraciadamente fué preciso renunciar á aquella esperanza, ya que desde la tercera milla fué imposible adelantar. Las mareas, todavía muy potentes, impidieron que el hielo se aglutinara, y Guerbraz estuvo á pique de caerse en una de las grietas que se abrió bajo el peso de los trineos.

Su vigor y su destreza le sacaron del mal paso y no tuvo que deplorarse ni la pérdida del más mínimo objeto.



...pero se juzgaron bien recompensados los viajeros con el hallazgo de un *cairn* de piedra

Un kilómetro más lejos se reprodujo el accidente, que costó esta vez la vida á un perro, y no hubo más recurso que retirase, tardando seis mortales horas en recorrer los siete kilómetros adelantados, corriendo gravísimo riesgo la pequeña columna.

Durante aquella expedición desgraciada, Isabel dió pruebas de un valor admirable, y sólo derramó algunas lágrimas cuando Huberto d'Ermont dió la orden de retirada que aconsejaba la prudencia más elemental.

Se tuvo que esperar tres días más para renovar la tentativa, y sólo se decidieron á hacerlo el 10 cuando, después de una noche glacial en que el termómetro había bajado á 17 grados, se juzgó que el pack estaba practicable.

Aquella vez obtuvieron buen éxito.

Haría cuatro semanas que habían marchado el jefe de la expedición y los dos marinos. No era posible hallar sus huellas sino marchando hacia las tierras del Norte. Esto es lo que se hizo resueltamente y se llegó á ellas al caer de la tarde. Se habían padecido grandes fatigas; pero se juzgaron bien recompensados los viajeros con el hallazgo de un *cairn* de piedra ya recubierto de un verdadero manto de nieve, dentro del cual hallaron un documento que decía:

«Hemos llegado hasta aquí en buena salud. Seguimos el 41° de longitud occidental hasta que hallemos la barrera de los hielos ó el mar libre.»

En aquella estación ya no había que pensar en el mar libre. Al Norte, al Este, al Oeste se extendía la inmensa llanura helada. Los expedicionarios sólo tenían, pues, que seguir la ruta indicada para hallarse con los atrevidos peones.

Esto es lo que hicieron.

La jornada del 11 fué consagrada al reposo, bajo las tiendas.

El 12 el termómetro llegó á 22 y 28° bajo cero.

Se entraba en el período de los grandes fríos y no había ahora para resguardarse de ellos el abrigo de Fuerte-Esperanza.

Por fortuna el sol brilló en el firmamento y subió la columna mercurial hasta 6 grados

Entonces se dió la señal de partida.

Pero antes Huberto trató de convencer á su prima de que volviera hacia la isla Courbet, pues con aquel clima riguroso y sin estar abrigados por una casa, se corría el riesgo de un accidente.

Huberto se acercó á su prima y le dijo con ternura:

– Amiga mía, ¿queréis permitirme que os dé un consejo?

– Decid, contestó con viveza la señorita de Keralio.

– Escuchadme, continuó Huberto. Vuestra presencia entre nosotros no es necesaria aquí. Habéis ya dado pruebas de un invencible valor llegando hasta este límite y os pido, tanto por vos misma, cuanto por mí, que no llevéis más lejos vuestro empeño. Ahora que sabemos ya de un modo fijo el camino que han seguido los que buscamos, podéis estar tranquila y dejarnos hacer solos el resto del camino.

– Y ¿qué haré yo?, preguntó ella.

– Vos, Isabel, volveréis al buque. Nuestro valiente Guerbraz os acompañará.

Mas la valerosa joven no quiso de ninguna manera escuchar aquellas reflexiones que sugerían la prudencia y el amor, y dijo á su primo:

– Huberto, debéis ser mi marido andando el tiempo, y entonces acataré vuestros mandatos. Pero hasta entonces, y como me debo á quien me dió el ser, ni habrá peligro que me espante ni obstáculo que me detenga. He salido para juntarme con mi padre y cumpliré mi voto.

– ¿Y si las fatigas que debamos padecer son superiores á las fuerzas de una mujer?

– Yo no he de quejarme. ¿Creéis que no soy capaz de cualquier sacrificio en favor de aquellos á quienes amo?

– No he querido decir eso. Pero ¿si después de la fatiga y del sacrificio viene la muerte?

– Moriremos juntos, Huberto.

Huberto vió que aquella resolución era inquebrantable y se inclinó ante ella.

Se prosiguió la expedición á través de hielo reciente y de vías de agua, y aun cuando se hacían cada vez más penosas las marchas, nadie se quejó, é Isabel soportó con valor verdaderamente heroico aquellas rudas pruebas.

A cada alto se hacía repetir por Huberto las peripecias y visiones de su viaje en globo, y preguntaba:

– ¿Es una verdadera muralla de hielo lo que os ha detenido?

Y añadió en seguida:

– Perdonad esta insistencia, amigo mío, pero debéis comprender que sólo os hago estas preguntas para adquirir nuevas fuerzas y constancia, pues cada afirmación vuestra tranquiliza mi ánimo.

Y su primo contestaba afirmativamente, y los dos hablaban sin cesar de las hipótesis que podían hacerse respecto á lo que hubiera detrás de aquellas murallas levantadas por el dios del Frío.

¿Era un océano destinado á permanecer eternamente incógnito? ¿Era un reducido continente?

Pensando en lo que habría sido de su padre y de sus compañeros, por dos ó tres veces concibieron esperanzas presto disipadas.

Con los cambios de luz experimentaron los exploradores toda suerte de espejismos. Tan pronto advertían montañas que jamás habían existido, como se les aparecían valles preciosos cubiertos de vegetación lujuriante. Los espejismos de las regiones polares son todavía más tremendos que los del Sahara. En uno y otro caso sólo se ve lo que está *ex abundantia cordis*.

Pero á despecho de sus meteoros fascinadores, la persistencia de bajas temperaturas bastaba para recordar á los viajeros la realidad de su situación.

Mas á medida que el invierno recobraba sus dominios, el viaje se efectuaba mejor, si bien surgían nuevos riesgos. Ahora se podían recorrer cinco y seis millas á pie enjuto, sin necesidad de barca alguna. El hielo se había hecho más compacto y desapareció el temor siempre presente de las grietas. Los perros que arrastraban los trineos se mostraban dóciles, pero era probado que aquella raza groenlandesa guardaba mucho todavía de sus primitivas costumbres y que reaparecía en ella el instinto carnicero al menor asomo que se presentara de satisfacerlo.

Así es que se tenía que guardar con gran cuidado todas las provisiones.

Uno de los episodios más característicos de aquella expedición se produjo una mañana, cuando los viajeros no habían salido todavía de sus tiendas ni abandonado sus literas de piel de bisonte.

Salvator, que, en razón de la confianza que inspiraba, andaba suelto y que quizá por esto inspiraba celos á sus congéneres, estaba ya, á pesar del frío, que alcanzaba 28° bajo cero, rondando por los al-

rededores del campamento, y por descuido involuntario del esquimal Petricksen habían quedado mal atados los perros del Labrador, que, compelidos por el hambre, rompieron del todo sus cuerdas y se hallaron en libertad.

Su primer impulso, en cuanto se vieron libres, fué correr por la llanura, dándose á la fuga, quizá por re-



Salvator saltó sobre el trineo abriéndose paso por entre los asaltantes

miniscencias atávicas, y habían aprovechado el sueño de los viajeros para lanzarse á través del pack sin tener ninguna gana de volver á la servidumbre; pero en cuanto hubieron errado á la ventura y convencidos de que nada qué comer hallarían en aquel desierto desolado, primero uno, después otro, volvieron todos hacia el campamento, acordándose de la pitanza diaria.

Viendo que los hombres no se habían levantado, pensaron sin duda que era buena la ocasión para darse un verde, y todos á la vez, como si obedecieran á una orden recibida de antemano, se dirigieron al trineo de las provisiones.

¿Existe una lengua canina? Hay que creerlo así, pues instantáneamente los fugitivos, convertidos en merodeadores, se reunieron alrededor del trineo que tenían el deber de arrastrar y que ahora querían entrar á saco.

Ayudados por su excelente olfato se dirigieron á la parte posterior del trineo, donde, efectivamente, se hallaban amontonadas las provisiones del viaje.

Un perrazo de pelo rojo, fuerte y vigoroso, dió la señal de ataque, y saltando sobre la caja que guardaba la carne fresca, con una formidable dentellada rompió el hule que la cubría y sacó un pedazo de carne que no pesaría menos de un kilogramo.

Se dice que el ejemplo es contagioso y así hay que creerlo. En pos del primero se lanzaron todos los perros, y no hubo uno que no tomara parte en el festín, que se efectuaba á la sordina, sin un ladrido, como si aquellos animales comprendieran lo arriesgado que era llamar la atención de los viajeros con una alegría intempestiva.

Pero mientras los groenlandeses se dedicaban á pillar á más y mejor, ocurrió un incidente inesperado.

Salvator, advirtiendo el pillaje, quiso oponerse á él y saltó de repente sobre el trineo, abriéndose paso por entre los asaltantes y dispuesto á defender las provisiones. Hubo un momento de estupor entre la hambrienta jauría. No comprendían aquellos salvajes cómo un individuo de su raza podía tener el atrevimiento de oponerse á su empresa en vez de participar de ella. Pero los rencores entre pobres y ricos, entre salvajes y civilizados, aconsejaron á los habitantes del hielo dar una lección á aquel hermano degenerado, y sin lanzar un solo ladrido, el más fuerte de ellos se abalanzó de nuevo sobre el trineo. Salvator le cogió por el cuello y le rechazó. Después hizo lo mismo con otro y otro. Viendo los groenlandeses que no valía el valor individual contra aquel perrazo, se lanzaron contra él cuatro á la vez.

Hasta entonces, ninguno de ellos había ladrado; Salvator tampoco. Al recibir el cuádruple ataque, rechazó con agilidad y fuerza maravillosa al primero, hirió al segundo, reventó un ojo al tercero y echó al cuarto ensangrentado sobre el hielo.

Aquello era demasiado. Los demás perros rompieron en un ladrido furioso, como un toque de ataque salvaje, y todos á la vez se lanzaron sobre Salvator. Eran entonces verdaderos lobos los asaltantes, y el combate homérico que empezó de uno contra todos amenazaba concluir mal para Salvator, pues la lucha era sin tregua ni misericordia.

Salvator estuvo sublime. Sangriento, desgarrada la piel por veinte heridas, cubierto de espuma y sangre el hocico, resistía sin ceder á la canalla exasperada. En su furor, y sin cuidarse de que sus hazañas iban á poner en apuros á sus amos, estranguló magistralmente á dos de sus adversarios.

Pero hubiera sucumbido abrumado por el número si el estrépito infernal del combate no despertara á los viajeros.

Huberto y Petricksen, que fueron los más listos en levantarse, provistos de largos látigos y pegando á derecha é izquierda sin compasión, consiguieron reducir á la obediencia á los más encarnizados asaltantes. Salvator mismo, arrastrado por el ardor del combate, no se calmó hasta que sintió el cuerpo ceñido por el látigo.

Cuando todo quedó apaciguado pudo verse que la bravura de Salvator había sido más perjudicial que útil. Además de los dos perros muertos, habían quedado cuatro estropeados de tal modo que no había que pensar en engancharlos sino después de largo reposo.

Fué preciso, pues, permanecer dos días en el teatro de la lucha antes que se pudiera marchar de nuevo.

Salvator, sin embargo, sólo recibió caricias y se le dió durante dos días ración doble, pues desde entonces los expedicionarios podían estar seguros de tener un auxiliar poderoso.

El frío no era muy intenso; pero el cielo se cubrió de densas nubes que anunciaban próximas y grandes borrascas. Al propio tiempo crujidos siniestros y repetidos inspiraron graves temores acerca de la corteza helada que pisaban. Era, pues, urgente adelantar lo más rápidamente posible antes que el manto de nieve que cubriría todo hiciese desaparecer bajo su sudario el límite de la tierra firme. Desde el 12 al 15 de agosto los expedicionarios hallaron bastantes canales de agua, pero estrechos y desmedrados. Sin embargo, hicieron preciso el empleo de las barquillas y esto hizo mucho más penosa la marcha.

Isabel, siempre animosa y decidida, no exhaló una queja ni vaciló un punto durante aquellas fatigosas jornadas.

Sólo contestaba con sonrisas á las inquietas miradas que sobre ella lanzaba Huberto. A cada pregunta que, movido de su solicitud, le hacía el joven oficial, contestaba invariablemente: «Estoy bien; no os inquietéis por mí.»

El 16 cayó una copiosa nevada, lo que hizo muy difícil el arrastre. Apenas se adelantaron tres leguas aquel día.

El 17 la tempestad fué tan violenta que hubo que permanecer bajo las tiendas. Huberto y Guerbraz, infatigables, las levantaron, afianzándolas con los trineos. Una hora bastó para amontonar junto á ellas una capa de dos metros de espesor. Refugiados bajo aquella especie de grutas, los viajeros no padecieron mucho de la horrible temperatura que sobrevino y que llegó á 38 grados bajo cero. Allí permanecieron, oprimidos por indecible angustia á causa de los crujidos siniestros del pack.

El 19 por la mañana, Isabel, que había sido la primera en salir de la tienda al ver que cedía la borrasca, lanzó un grito que hizo salir á sus compañeros.

El sol lucía en el firmamento; á menos de quinientos metros de las tiendas, el mar, en olas casi negras por lo obscuras, se entregaba á su movimiento eterno.

Los viajeros habían oído por la noche los chirridos de un nuevo deshielo.

Huberto tomó la altura. Habían derivado cuarenta minutos al Oeste, llevados por un enorme témpano que tendría una milla de diámetro.

Todos cayeron de rodillas elevando á Dios sus oraciones. Estaban en su mano, á merced de los elementos. ¿Dónde irían á encallar?

X

EL TRAIDOR

Entretanto, allá abajo, en el Mediodía, entre los hombres confiados al comandante Lacrosse había estallado una traición.

Desde hacía mucho tiempo era, si no prevista, sospechada, y Huberto, al abandonar el buque, había dicho á su comandante:

– No sé por qué; pero más que nunca me siento impulsado á desconfiar de Schnecker. Ignoro qué motivos tiene este hombre para perseguirnos con su odio; pero conozco que no ha aplacado el que le inspiramos. Sin que llegue á acusarle, yo que he visto su buena voluntad durante el viaje en globo, siento por él una inexplicable antipatía.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL «CAMPANIA» Y EL «LUCANIA»

Los dos nuevos paquebotes con que se ha aumentado recientemente la ya tan reputada flota de la compañía Cunard son el último resultado de la lucha entablada desde hace muchos años entre las distintas compañías transatlánticas para poner cada una los barcos más grandes, más cómodos y más rápidos.



Fig. 1. Vista de la popa del *Campania*, que indica la disposición de las hélices

El primer buque de vapor que cruzó el Atlántico fué el *Savannah,* que en 1819 hizo su travesía en veinticinco días. El vapor sólo se consideraba entonces como auxiliar, puesto que únicamente hizo funcionar las ruedas durante diez y ocho días, economizando la madera de pino que alimentaba la caldera: el principal papel desempeñábanlo las velas, que hoy han sido completamente suprimidas en los últimos modelos de construcción naval, en los cuales los mástiles no sirven para otra cosa que para sostener las señales y los puestos de vigía.

El primer viaje del *Savannah* demostró que podían emprenderse los grandes viajes transatlánticos con la misma seguridad que los viajes pequeños costaneros, y esta certidumbre hizo que en 1830 se estableciera un servicio regular de vapores al través del Atlántico, con la misma exactitud y regularidad que un servicio de ferrocarriles. Esta idea está hoy completamente realizada, pues haga el tiempo que haga, sea la estación que sea, bastan seis días para recorrer la distancia que separa á Liverpool de Nueva York.

El siguiente cuadro dará una idea de los progresos realizados en estos vapores en cincuenta años por medio de una comparación entre lo que en 1840 era el buque *Britania* y lo que el *Campania* es en la actualidad:

Elementos de funcionamiento	*Britania.* 1840	*Campania.* 1893
Provisión de carbón en toneladas..	570	2.900
Flete en toneladas..	224	1.620
Número de pasajeros..	115	1.700
Potencia indicada en caballos. . .	710	30.000
Presión en kilogramos por centímetro cuadrado..	0'63	11'60
Consumo de carbón en kilogramos por caballo-hora en el indicador.	2'32	0'68
Velocidad en millas marinas (de 1852 metros) por hora.. . . .	8'5	22
Toneladas de carbón consumidas por viaje y plaza.	4'7	2'75

En lo que vamos á exponer hablaremos sólo del *Campania,* actualmente en servicio ya, pues como el *Lucania* es absolutamente idéntico, su descripción no sería más que una repetición inútil.

El *Campania* es notable por sus dimensiones: tiene 189'7 metros de eslora total y 183 entre perpendiculares, un tonelaje de 12.950, una fuerza de 31.000 caballos y una velocidad que en las pruebas ha llegado á 23'18 nudos (42'9 kilómetros) por hora.

A pesar de sus grandes dimensiones, el *Campania* no está construído para recibir una gran carga, pues la maquinaria ocupa la mayor parte del lugar disponible, y los pasajeros, los equipajes y el correo llenan casi todo el resto. El buque sólo puede recibir 1.620 toneladas de mercancías, y más especialmente carnes en conserva, gracias á las máquinas heladoras que pueden fabricar doce toneladas de hielo diarias.

La rapidez de construcción de ese gigantesco buque no es menos notable que sus dimensiones y honra en alto grado á los talleres de Fairfield.

El contrato entre la compañía y la casa constructora se firmó en agosto de 1891: la primera plancha fué llevada al arsenal en 22 de septiembre, y menos de un año después, el día 8 de septiembre de 1892, fué botado al agua. El 17 de marzo de 1893 el buque, completamente equipado, salía de Glascow, y el día 1.º de abril, después de algunas pruebas preliminares llegaba á Liverpool.

La construcción del casco no ha ofrecido más que un detalle especial que creemos conveniente consignar. Para el timón se necesitaba una plancha de acero de un tamaño excepcional (6'60 metros de longitud, 3'45 de anchura y 0'03 de espesor): ninguna casa inglesa quiso aceptar el encargo de una pieza de tales dimensiones, por lo que la compañía hubo de dirigirse á la casa Krupp, de Essen (Alemania). Este paso levantó grandes protestas en Inglaterra, siendo lo más curioso del caso que los que más gritaron fueron precisamente aquellos constructores que habían rechazado el pedido.

La figura 1 representa claramente la popa del buque casi terminada, con la gran plancha del timón de que acabamos de hablar y las dos hélices dispuestas una á cada lado.

El vapor que hace funcionar al motor lo proporcionan doce grandes calderas de 5'40 metros de diámetro y otras dos más pequeñas, de 3, que sirven para los aparatos de maniobras en los puertos, pero que en caso de necesidad pueden aumentar con su producción de vapor la de las grandes.

La figura 2 representa el conjunto de esas catorce calderas, que tienen 102 hogares, antes de su instalación en el *Campania.* Como van colocadas en el centro del buque, habrían ocupado el mejor sitio destinado á los pasajeros si hubiesen estado provistas de las escotillas ordinarias; para evitar ese inconveniente ha sido preciso hacer llegar el aire al departamento de máquinas por medio de inmensos ventiladores que funcionan mecánicamente.

Los motores del *Campania* son dos, cada uno de los cuales hace funcionar una hélice: cada motor tiene cinco cilindros (dos de alta presión, uno de presión media y dos de baja presión) que impulsan tres

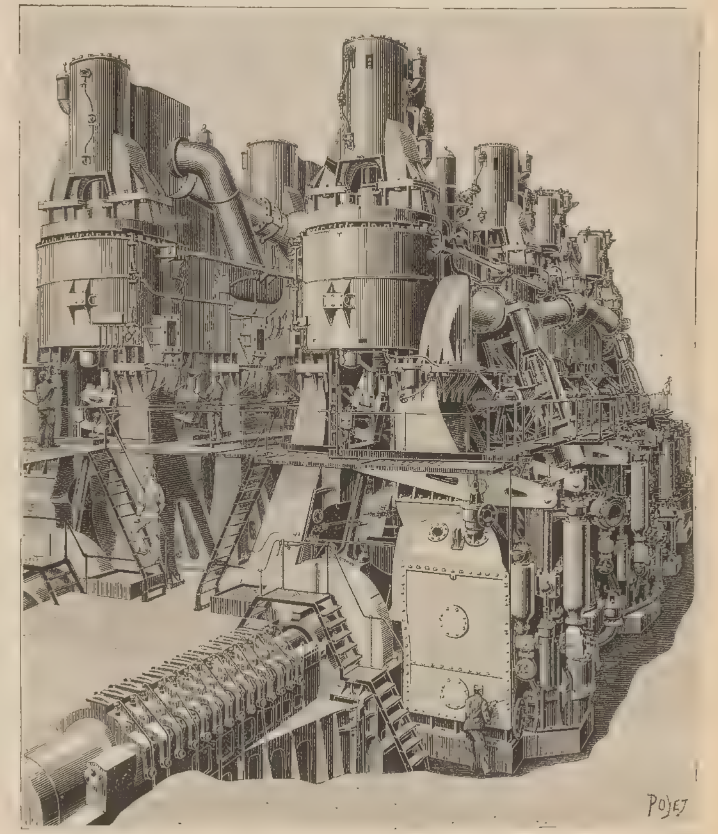
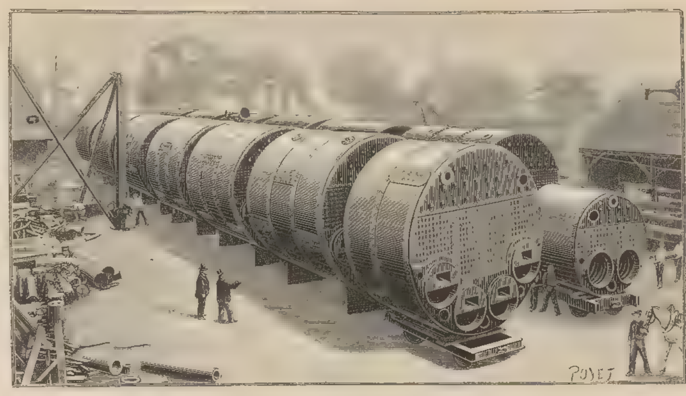


Fig. 2. Máquinas motrices del *Campania* y del *Lucania,* los nuevos paquebotes transatlánticos ingleses

manivelas, de las cuales las dos de los extremos son gobernadas por un cilindro de baja y otro de alta presión, y la del centro por un cilindro de presión media. La adopción de cinco cilindros ha reducido las dimensiones de los de baja presión; sus diámetros son respectivamente de 0'95, 2 y 2'50 metros: la marcha común del émbolo es de 1'75 metros, y la altura de las máquinas desde el suelo á la cúspide de los cilindros superiores de alta presión excede de 14 metros. El árbol del motor tiene un diámetro de 65 centímetros: cada una de sus partes intercanjeables pesa 14 toneladas, y añadiendo á ellas la parte que descansa en el suelo se llega á un peso de 110 toneladas para cada uno de los árboles montados y puestos en su sitio.


Fig. 3. Conjunto de las baterías de calderas del *Campania* antes de ser colocadas en su sitio

La figura 3 representa el conjunto de máquinas de esos nuevos paquebotes.

El alumbrado de éstos, exclusivamente eléctrico, está asegurado por una doble instalación generatriz: cada instalación comprende de dos dinamos Siemens de 420 amperes y 100 volts que pueden alimentar 700 lámparas incandescentes, de modo que las 1.350 lámparas de 16 bujías que lleva el buque absorben una fuerza de 135 caballos.

El lujo que en estos buques preside es superior á cuanto pueda desear el más exigente y comodón de los modernos ingleses. La tripulación y el personal lo forman 415 individuos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

PRO PATRIA. – El último número de esta notable revista contiene interesantes trabajos de Cutchet, Millien, Contamine de Latour, Fastenrath, Creus y Esther, Marco, Felíu y Codina, Grilo, Enseñat, Sánchez Pérez, Campoamor, Balaguer, Alcover, Llorente, Chabal de Uzés, Balsa de la Vega, Bonaventura, Güell y Mercader y García Llansó.

***

EFEMÉRIDES ARGENTINAS, *por R. Monner Sans.* – Las efemérides tienen mayor importancia de la que comúnmente se les concede, pues á la par que recuerdan una fecha memorable contribuyen poderosamente, por su concisión y claridad, á propagar y generalizar noticias de hechos históricos, que para muchos serían ignorados si sólo constaran en los voluminosos libros que de historia se ocupan. Partiendo de este principio, creemos que el Sr. Monner Sans ha prestado un valiosísimo servicio á la República Argentina, que es su segunda patria, publicando las *Efemérides argentinas*, fruto no sólo de labor pacientísima sino de estudio profundo, que revela los vastos conocimientos de su autor el distinguido y fecundo publicista que en tan lejanas tierras sostiene á gran altura el buen nombre literario de España. El libro ha sido elegantemente editado por Jacobo Peuser, en Buenos Aires.

***

PRINCIPALES MOLUSCOS, GUSANOS É INSECTOS QUE ATACAN LA VID, *por Rafael Janini.* – Esta obra, cuya importancia en un país vitícola como el nuestro se demuestra con sólo enunciar su título, es digno complemento de la del ilustre profesor de Montpellier, P. Viala, *Las enfermedades de la vid*, de cuya versión española, hecha por el autor de la que nos ocupa y publicada por el mismo editor que publica ésta, hablamos oportunamente. Imposible enumerar ni siquiera someramente las materias interesantes todas de que el libro trata: baste decir que en nuestro concepto constituye un estudio completo de los parásitos de la vid y de los tratamientos que hay que emplear para destruirlos. Esta obra, ilustrada con setenta grabados y tres cromos, y á la que precede un prólogo de D. Casildo de Azcárate, director de la Estación patológica de Madrid, honra á su autor, notable ingeniero agrónomo, director de la Estación enológica de Valencia, ex director de la Estación de ampelografía americana y profesor de la Escuela de peritos agrícolas de la misma ciudad: ha sido editada en Valencia por D. Pascual Aguilar y se vende á 3 pesetas.



VENDIMIADORAS MONTILLANAS, cuadro de Eloísa Garnelo,
Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de J. Prieto)

***

LA LOCOMOTORA SIN HOGAR, *por León Francq, traducción de Francisco Aced y Bartrina.* – El ingeniero civil francés, inventor de la locomotora sin hogar, ha escrito recientemente un libro en el que con gran espíritu científico y económico hace un estudio comparativo de los diversos sistemas de locomotoras, y explica la aplicación de su invento á la tracción ferroviaria y á los tranvías, y lo compara con las locomotoras con hogar ú ordinarias y con las de aire comprimido. Es un estudio interesante y útil que con buen acierto ha vertido al castellano el profesor mercantil Sr. Aced y Bartrina, de Madrid.

***

LA ESPAÑA MODERNA. – Muy interesante es el número de esta revista recién llegado á nuestras manos. Contiene una cantidad enorme de lectura tan notable como la novela de Turguenef, *Demetrio Rudin*, que se publica íntegra: un cuento de Daudet y otro de Mendes; *La belleza de la naturaleza*, por Lubok; *El sufragio llamado universal*, por el ilustre sociólogo G. Tarde; *El fin de la Bohemia*, por Caro; *Madama de Souza*, por Sainte-Beuve; *El doctor Pascual*, estudio crítico, por Emilia Pardo Bazán; *La indumentaria en la Exposición de arte retrospectivo*, por C. Narváez, y *Crónicas de actualidad*, por Fernández Duro, Villegas, etc., etc.

Esta magnífica revista envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida en tarjeta postal al administrador, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

***

LOS HIJOS DE DON SILVESTRE, juguete en un acto original de Juan Fábregues y Sintes. Mahón, imprenta de Bernardo Fábregues. Precio una peseta.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XII — BARCELONA 9 DE OCTUBRE DE 1893 — NÚM. 615

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL EMINENTE NOVELISTA EMILIO ZOLA

Presidente y representante de la «Societé des Gens de Lettres» en el Congreso periodístico recientemente celebrado en Londres

(De una fotografía de A. Nadar, París)



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El hambre de la muerte. – Amigos ilustres muertos en el mes último. – Súbita desaparición del gran médico Charcot. – Particularidades singularísimas de su trance último. – Su persona. Su casa. – Su familia. – Su arte. – Su museo. – Su ciencia. - Su hospital. – Sus conversaciones con el gran poeta Sully-Proudhome. – Complemento de su ciencia en la eternidad. – Muerte de Ruchonnet en Suiza. – Orígenes de este ilustre repúblico. – Su radicalismo. – Errores particulares de la escuela radical en el cantón de Vaud y generales en la confederación helvética. – Cargos ejercidos por Ruchonnet. – Servicios prestados al progreso en la legislación y en la política. – Conclusión.

No hay sino recogerse dentro de sí mismo un mes, apartándose de la comunicación diaria con el mundo, para ver que ninguna fuerza igualará en la naturaleza de modo alguno á la fuerza desplegada por el hambre de la muerte. Los dominios de ésta se dilatan por los más remotos espacios del infinito material, y sus sombras se atreven á los más luminosos astros del vívido universo. Como todo nace, todo muere. Y como todo muere, las constelaciones más hermosas, las pléyadas lucientes anoche mismo en los bordes orientales del cielo azul y retratadas en las ondulaciones argénteas del Océano en calma, tendrán que apagarse como cualquier luciérnaga titilante bajo una hoja de cardo y al amor de un arroyo seco. Nada sabemos tan seguramente cual que habremos de morir en seguida, y nada olvidamos con mayor facilidad. Pero las vidas de aquellos que nos acompañan, cayendo como granos de un inmenso reloj de arena en lo vacío á cada segundo, nos avisan, al choque suyo con la tumba y al estremecimiento que dejan en el tiempo con sus ondas concéntricas arremolinadas sobre las espirales del abismo negro y mudo, cómo á todos nosotros igual corriente nos impele, bien ó mal de nuestro grado, hacia la eternidad. Yo no he querido leer periódicos en treinta días, por una necesidad de reposo tras penosísimo trabajo, sólo semejante á la necesidad imperiosa de sueño tras larga vigilia, y heme hallado, cuando entro de nuevo en mis faenas, al recorrer las colecciones de diarios atrasados y recogidos en el hogar durante mi ausencia, que han muerto en ese brevísimo período amigos con quienes tuve fraternales relaciones en largos períodos de mi existencia, y á quienes debí una estimación profunda sin medida, como un cariño verdadero sin límites, cuyos recuerdos interesan á mis lectores, porque los nombres de seres tan ilustres quedarán en la historia mientras subsista la tierra.

¡Qué dramas compone á la continua el destino llamado casualidad en las vulgaridades al uso! Lope, Ibsen, Echegaray son, en comparación del fértil misterioso dramaturgo, niños de teta. Ninguna invención semejante á las encontradas por tan grande inventiva. Charcot pasó sus días conjurando los desarreglos nerviosos y los desperfectos cerebrales, cuyos estragos traen aparejadas muertes repentinas, y murió de repente, sin agonía ni estertor, á súbito asalto de la enfermedad combatida por él, en rápido viaje, sobre los colchones de un albergue campesino, la noche de su llegada, entre médicos aterrados del fulminante golpe, como si la muerte hubiese querido mostrar lo vano del saber, incapacitadísimo de penetrar en los hondos misterios que lo envuelven todo y de conjurar las leyes fatales que todo lo rigen y ordenan. Paréceme verlo con su aire natural, que tenía mucho del aire de los abates antiguos y de los filósofos modernos; afeitado como un cura, fuerte y robusto como gañán, siempre observando y aprendiendo para enseñar á los demás el fruto de sus observaciones y de sus estudios, con algo de taumaturgo unido en él á lo mucho que tenía de sabio, en su lenguaje tan exacto como un matemático y en sus reservas tan misterioso como un iluminado, sonriente con escepticismo un poco burlón al par que grave con gravedad un poco excesiva, las cejas fruncidas y la frente surcada por los trabajos continuos del pensamiento en acción, dotado de unos tan profundos y tan grandes y tan extraños ojos, que al reflejaros en ellos, creíais haberos asomado á los eternos ideales.

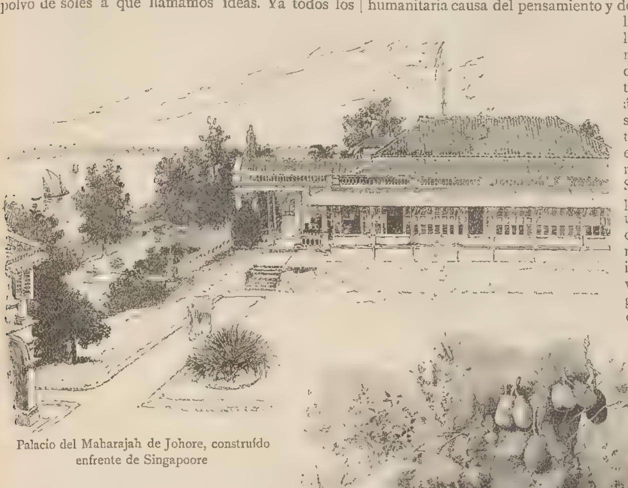
Yo, gracias á Dios, nunca estuve malo. A mis sesenta cumplidos años échome á reñir en salud con todos los jóvenes. Así no conocí á Charcot como cliente, lo conocí como amigo. En uno de mis viajes tuve la honra de que á su mesa me invitase y después me ofreciese un deliciosísimo sarao de familia, cuyo recuerdo queda entre los más gratos y bendecidos de mi vida, tan festejada por mis numerosos amigos, y que de tantas festividades análogas guarda memoria en su larguísimo transcurso. El caserón enorme habitado por Charcot parecía un convento, un hospital, una clínica. Desde la verja os enterabais de que ibais á un templo consagrado al alivio de los dolores materiales, pues todo converge allí á la consulta del sabio por el doliente y en todas partes descubrís las señales de los cuidados que arbitra un propósito metodizado del alivio y del socorro. Y á estos caracteres propios de una casa donde la ciencia dominaba, uníanse muy selectos caracteres artísticos, cual en la casa connatural á un pintor y á un literato. Charcot juntaba en su hogar con todos los enseres propios de las manipulaciones científicas preciosísimos objetos de arte, los cuales, no solamente convidaban al recreo, servían de reposo á la vista y aun de alivio á las dolencias. Además un rayo de verdadera luz espiritual, un gorjeo de ruiseñores amantes, un regocijo saludable llenaban y henchían el albergue de tanto estudio, cuando discurrían sobre las alfombras del salón ó sobre los céspedes del jardín, como apariciones celestes, las dos hermosas é inteligentes hijas del doctor, la casada y la soltera, en compañía de numerosas amigas, presidiéndolas con sumo cuidado la señora de la casa, muy próvida y muy respetable, quien de todo se curaba; pues en aquella reunión, después de haber ejercido la caridad con los enfermos y ayudado á la obra común, unas leían libros compuestos en todas las lenguas modernas, muy cultivadas allí; otras asestaban la máquina de fotografiar para obtener grupos combinados por su arte consumadísimo; cosían éstas y bordaban como si tuvieran en sus dedos los hilos tejedores de pétalos y corolas; pintaban aquéllas cuadritos muy bien dibujados, y muchas cantaban á maravilla, perfectamente acompañadas, no sólo por el piano y el violín clásicos que resonaban á una con frecuencia, por guitarras españolas, semejantes á orientales guzlas, cuyos melancólicos rasgueos nos traían al Sena verdinegro reverberaciones del opalado Guadalquivir, y á los nervios, sobrexcitadísimos por el exceso de vida, rebosante de continuo en las grandes ciudades, aquellos sedativos efluvios, guardados en los aromas del azahar diluído en abril y mayo por los aires de la encantadora Sevilla.

Charcot creía en la virtud médica del arte. Gran observador de la histeria y de sus antídotos, aconsejaba muchas veces la difusión de unas notas del arpa ó del violín en los nervios agitados á los estremecimientos producidos por la electricidad animal. Así es que observaba las enfermedades nerviosas, tanto en los casos que le ofrecía su clínica y su consulta, cuanto en los tipos que le presentaban las letras y las artes. Al entrar en las salas precedentes á su cátedra del Hospital, veíais reproducidos en lienzos, en grabados, en fotografías, todos los cuadros célebres, representativos de las afecciones histéricas ó nerviosas. El endemoniado de la Transfiguración rafaelesca; el vidente de las celdas angélicas en Florencia; el místico arrobado que Murillo evoca sobre fondos de una luz como increada, y el penitente que Zurbarán pone allá en los hondos claustros de un monasterio parecido á funeraria ciudad; una predicación de San Ignacio, ideada en rapto de idealismo por artífice tan positivista como Rubens; los labios de aquellos borrachos del gran Velázquez, los cuales contraen ó estiran las evaporaciones del vino embriagador y los ojos sublimes de una Santa Teresa ó de una Concepción inundados por las revelaciones celestiales; todo aquello que puede significar ascenso y descenso en las escalas y gradaciones de nuestra vida por los impulsos del fluido nervioso, todo estaba como en breve museo de copias, animada biblioteca compuesta con las observaciones hechas por los artistas en sus prolijos estudios ó de las adivinaciones sobrenaturales por esa ciencia intuitiva congénita con los reveladores de lo bello, cuyas almas, así como se anticipan á los sucesos por una profecía inconsciente, adivinan las fórmulas científicas á virtud de una segunda vista magnética mucho antes de que la haya podido definir el raciocinio y comprobar la experiencia.

Yo nunca olvidaré una visita que hice á la Salpetriere, acompañado por él mismo en persona. Guardaba con los prototipos perdurables del arte y con los libros clásicos de la ciencia en aquellas largas estancias del Hospital todas las rarezas que pueden producir los desarreglos nerviosos y todos los fenómenos que pueden ofrecer los sueños magnéticos é hipnóticos en personas, aunque muy enfermas y achacosas, muy vivas y muy aparejadas á vivir largo tiempo. Aquella su clínica me parecía en algunos instantes un gran centro de profundos estudios y en otros instantes un teatro de divertidos espectáculos. Curábase á su cuidado personal cierto pobre factor de ferrocarril, quien, al taponazo de un vagón, quedó paralítico de los dedos. ¡Oh influencia del sueño magnético! Si despierto, no había medio alguno de moverselos, rígidos como palos; pero en cuanto la mirada hipnótica del doctor lo adormecía, movíalos como abogado en informe ó como cubiletero en pruebas. No lejos del cuarto donde se hallaba este infeliz, veíase una mujer, quien despierta no podía ni ver las agujas, retorciéndose como una poseída ó como una loca en cuanto las atisbaba por cualquier lado; mas dormida por los conjuros magnéticos, aunque le picaban en la cara y en las manos con cien de ellas, no sentía dolor alguno, antes bien satisfacción y regocijo. La sugestión, tan disputada y combatida; el influjo natural de unas personas sobre otras, experimentábase allí con pruebas indestructibles. Yo he visto expresar al rostro de una joven histérica en sueño hipnótico cuantos afectos le decía yo al oído del doctor, que le mandaba expresase por medio de una simple presión de las manos, apenas perceptible y tan callado como una orden del pensamiento. Nadie me lo ha contado; yo lo he visto. Y por cierto que aquella joven, indiferente á todo en su vida normal, pues ahí estaba su achaque crónico, en la insensibilidad y en una indiferencia con la insensibilidad congruente, manifestaba los arrobos de la visión extática y los embobamientos del amor místico en su rostro como pudiera Santa Teresa en sus libros y el Beato Angélico en sus figuras. Ahí hay un misterio que lo porvenir aclarará. Poco después de que Galvani viera moverse la rana muerta y como revivir bajo el tonante látigo de la chispa eléctrica, nadie hubiera dicho las virtudes varias de aquel fluido, sólo encontrado por los antiguos en el ámbar, de cuyo cuerpo le provino su nombre, cuando nosotros lo hemos encadenado por la mano de los atrevidos Prometeos del mundo moderno y constreñídole á que lleve sobre sus chispas nuestra palabra, esculpa nuestros relieves, cante nuestra música, impela nuestras moles, esclarezca con argéntea luz nuestras noches, comunique unos con otros á todos los pueblos del planeta en rápidos mensajes; haciendo de la centella y del rayo asesinos, como un éter vivificante y creador. ¿Qué no puede guardar el magnetismo animal en sus misterios y secretos, cuando tales cosas ha hecho y tantos milagros ha obrado la cósmica electricidad? A pesar de tal esperanza, no puede uno desconocer que la sugestión, la hipnosis, la histeria, el influjo de unos ojos sobre otros ojos y de unas personas sobre otras personas, toda esta sirte de secretos ha perdido con la muerte de Charcot al mayor y más ilustre y más sabio entre todos sus observadores.

Una grande predilección de la suerte ha querido que yo conociera y tratara los hombres mayores de mi tiempo. Y como he conocido y tratado al gran médico de nuestros días, á Charcot, he conocido y tratado á uno de los primeros poetas contemporáneos, á Sully-Prudhome. Imposibilitado éste de ir á escanciar sus inspiraciones en ternuras como las de Alfredo Musset y en melancolías como las de Alfonso Lamartine y en síntesis como las de Víctor Hugo, dióse al especial ministerio de concentrar en el áureo pomo de una forma perfecta la quinta esencia de unas ideas originales y profundas. Para conseguir cosa tan difícil, en cuya consecución no marró por cierto, apenas le bastaban las personales sugestiones de su genio, tenía que apelar al estudio. Y como en el estudio no se registra ningún problema parecido por su trascendencia y gravedad á este problema de la revelación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, tan inspirado escolar atormentaba de continuo á la ciencia con interrogaciones como las dirigidas por Hámlet al perdurable silencio de las tumbas. Y en vista de que tal problema, verdaderamente martirizador, pide para sus dilucidaciones posibles, así la fisiología como la psicología, y fuera Charcot por su profunda ciencia y por su larguísima experiencia un fisiólogo profundo, principalmente consagrado á investigar los misterios de las comunicaciones de las almas con los cuerpos, así como de las almas entre sí, no le dejaba su curioso interlocutor un punto

de reposo con inquisiciones á cual más curiosa, sobre principios á cual más abstruso. Sentábase por una larga costumbre allá en nuestras reuniones científicas junto al médico, y con sus temarias preguntas, unidas á las mesuradas respuestas de éste, hubiérase podido escribir un diálogo de Platón, suscitando ese polvo de soles á que llamamos ideas. Ya todos los



Palacio del Maharajah de Johore, construído enfrente de Singapoore

misterios se habrán esclarecido para Charcot, y ahora sí que podría decirle á Sully-Proudhome algo sobre las almas, si viniese desde otro mundo mejor, donde habrá entrado con mayor copia de noticias sobre este mundo sublunar que el resto de los mortales y habrá completado su ciencia humana con las divinas revelaciones.

Si la ciencia de Francia con Charcot ha perdido uno de sus grandes maestros, ha perdido la política de Helvecia con Ruchonnet una de sus mayores ilustraciones. También conocí á este repúblico eminente y también le quise y me quiso con amistad verdadera. He tenido la honra de visitar su casa y de tratar á su familia en mis peregrinaciones frecuentes por Europa y en mi relación estrecha con todos cuantos sirven al humano progreso. Ruchonnet era lo contrario de Charcot. No había en él asomo ninguno de misterio, de revelación, de hipnosis, de taumaturgia: la ciencia política contemporánea con todo su positivismo, y la ciencia penal con toda su profundidad, y el gobierno de los pueblos libres constituían los objetos capitalísimos de sus actividades múltiples y le prestaban gloriosos timbres y blasones, los timbres y los blasones morales compatibles con una democracia, la estimación de sus conciudadanos y de sus coetáneos adquirida en largos y honrosísimos servicios. Ruchonnet había estudiado mucho, y el estudio dádole un radicalismo científico, propio de quien mira siempre al ideal y no mide los recortes y los achaques que deberá de sufrir cuando haya de contenerse y encerrarse dentro de la realidad, limitada é impura. Pero nacido en la tierra del método político, en la Gran Bretaña, y natural por sus abuelos y progenitores de la libre Suiza, estas dos patrias de su alma le dieron aquella medida y templanza, en vano pedida á los radicales franceses y españoles, quienes creen posible crear una sociedad nueva en un día y al eco de una palabra, como supone la *Vulgata* en sus torcidas traducciones que hizo Dios la Creación. El radicalismo suyo algo cooperó á que las ideas democráticas llegasen á exagerarse un tanto dentro del cantón de Vaud, quien se vió afligido por utopía tan exagerada de suyo é inaplicable á la economía pública como el impuesto progresivo, el cual, á modo y manera de los demás sofismas del socialismo puestos en práctica, empobrece á los ricos sin enriquecer á los pobres. Un error económico en el cantón de Vaud el impuesto progresivo, y un error en toda la Confederación el servil traslado á la política helvecia de las leyes bismarckianas contra la Iglesia Católica y de sus coacciones, imbéciles por inútiles, constituyen los dos errores del partido radical en Losana y en Suiza, de los cuales errores no puede Ruchonnet eximirse, por la responsabilidad correspondiente á cada individuo en la común correspondiente á todas las colectividades de que forma y compone integrantísima parte.

Mas digámoslo en puridad: dejando á un lado tal concomitancia por su nombre de radical con las escuelas radicales, Ruchonnet ha servido mucho y á conciencia, con grandísimo y glorioso empeño, la humanitaria causa del pensamiento y de la conciencia libres. Cuando las exageraciones religiosas de protestantes y católicos á una cayeron sobre aquel extraño ejército espiritual denominado de Salvación, y presidido por una generala digna de figurar entre las iluminadas y videntes del gran período de la Edad Media, Ruchonnet interpuso autoridad y nombre propio entre las pasiones contrarias, evitando á su patria el delito de violencia material sobre los espíritus incoercibles y el deshonor consiguiente á todo acto de intolerancia y de persecución religiosas. Talento práctico el suyo, acostumbrado desde sus albores á encerrar en fórmulas concretas y claras los principios de legislación y de gobierno concebidos por la filosofía progresiva, no dejó de rendir parias al ideal cuando defendía contra las supersticiones ortodoxas de las comunidades cristianas y contra los tumultos de un pueblo moralmente sublevado el derecho de todos á la profesión de sus creencias, aunque falsas y extravagantes, mientras no trasciendan á cualquier acto definido de criminal en las legislaciones vigentes. E hizo esto, no sólo con los medios coercitivos que á todos los gobiernos presta la naturaleza misma del Estado, con las influencias múltiples, connaturales á una palabra fluyente sin vacilaciones, y tan clara en él como conspicua era su inteligencia y tan pura era su vida honrada.



El fruto del árbol durián

Con efecto, Ruchonnet ha tenido la gloria mayor que puede tener un hombre aquí en el mundo; Ruchonnet ha gobernado por el voto consciente de sus conciudadanos un pueblo libre. Individuo de la comisión ejecutiva que dirige á Suiza, renovable cada dos años, pero reelegible de derecho por tiempo indefinido y siempre reelegida, Ruchonnet ha desempeñado lo mismo el departamento llamado por nosotros de Gracia y Justicia que el departamento llamado de Estado por nosotros ó las relaciones exteriores, con una extraordinaria competencia de sabio consumado y con un grande pulso de verdadero estadista. En el primero de los departamentos, en Justicia, supo avivar la legislación mercantil con los principios de la ciencia moderna y establecer la uniformidad posible allí donde los individualismos de las entidades cantonales y un exagerado principio de variedad llevan al mantenimiento de los usos locales algo reaccionarios y á un poder de las entidades diversas algo parecido á la anarquía. Y habiendo hecho esto por el progreso legislativo de su patria cuando ha tenido la cartera de Justicia, cuando ha tenido la cartera de Estado ha puesto empeño en mantener la neutralidad nacional con energía, y en conjurar, evocando este salvador principio, conflictos, quizás posibles, de prometerse alguno de los contendientes europeos, apercibidos á cruzar sus armas, que pudiera sentir debilidades en sí ó complacencias con sus poderosos vecinos la gloriosa confederación helvética. ¡Vida bien honrosa la vida y muerte justamente llorada la muerte de Ruchonnet! A tránsito tal de nuestro mundo al superior que allende la tumba nos aguarda, se le debe creer y se le debe llamar una resurrección.

LA VIDA EN LA PENÍNSULA
DE MALACA

Muy joven aún, y sin mucho conocimiento del mundo, salí de Londres el 24 de mayo de 1882, con destino á la factoría de los Estrechos de Singapoore, para explotar unos cafetales en la península de Malaca. Acompañábame mi socio, que era agente de S. A. el Maharajah de Johore.

Pasando por Alejandría llegamos á la isla de Colombo, donde se ven algunos de los más hermosos paisajes de la India; la ciudad de Kandy, situada en el punto más elevado, es el lugar de destierro del Bajá-Arabí, á quien el gobierno británico permite vivir con las mayores comodidades, concediéndole todo, excepto la libertad.

Salimos de allí para Singappore el martes por la tarde y llegamos á nuestro destino el miércoles de la semana siguiente. Me produjo honda impresión la belleza del puerto, en donde me recibió el secretario europeo del Maharajah de Johore, quien me condujo al hotel de Europa.

La ciudad de Singapoore es muy particular: las casas de un solo piso carecen de chimeneas; la población es cosmopolita, componiéndose en parte de chinos, javaneses, siameses, malayos y japoneses; el número de indígenas era entonces de 300.000, contándose solamente 350 europeos. La nueva ciudad de Singapoore fué fundada en 1822 por Sir Thomás Stamford Raffles, cuya estatua fué inaugurada durante el jubileo de la reina Victoria. Con este motivo celebráronse festejos entre los indígenas, en particular los chinos, quienes organizaron una procesión de linternas que se extendía en un espacio de tres millas.



Bungalow (vivienda europea) en el camino de Johore



El camino de Johore

A los pocos días de hallarnos en Singapoore se reunió con nosotros el príncipe Mat, sobrino del Maharajah de Johore y comisario de policía. Por aquel tiempo Su Alteza proyectaba la construcción de una vía férrea en su dominio, y yo estaba encargado de conferenciar con el soberano sobre este asunto en favor de un conocido contratista de caminos de hierro, de Londres. En su consecuencia, solicité del monarca una entrevista sin pérdida de tiempo; el secretario inglés me presentó al secretario indígena Datu Ana; éste me hizo cruzar los terrenos del palacio, conduciéndome después á la cámara de audiencia, que era un salón muy espacioso.

El palacio de Istana es de madera, con cimientos de ladrillo; pero la construcción interior es de mármol de Italia; mide 160 pies de longitud, no tiene más que un piso y está protegido por una cerca, llegándose á él por una larga vía circular, semejante al muelle de un reloj. Un magnífico jardín, donde hay una rica colección zoológica, rodea el edificio.

Datu y yo esperamos una hora larga en la cámara de audiencias antes de que el soberano se dignara presentarse; cuando llegó, seguíanle dos servidores, uno de los cuales llevaba un cajón de plata lleno de cigarrillos, y el otro una cajita de fósforos. El monarca vestía una especie de blusa de seda blanca, ceñida á la cintura por una faja azul del mismo tejido; calzaba sandalias adornadas de piedras preciosas, y llevaba muy corto el cabello, blanco y naturalmente rizado; me llamó la atención su gran bigote, blanco también y muy espeso, así como las cejas.

Me levanté, haciendo una profunda cortesía; y el rey Abubaker, adelantándose, con la sonrisa en los labios, ofrecióme su mano, que yo estreché ligeramente. Habló en malayo, y el intérprete de la corte me tradujo sus palabras de bienvenida.

Acto continuo, el rey me invitó á tomar un refresco y un cigarro, el cual sacó de una petaca de oro, regalo del príncipe de Gales. Abubaker contaba entonces cincuenta años.

Después de haber permanecido breves minutos en pie, el soberano me indicó que podía tomar asiento, y él hizo lo mismo, pidiendo á sus servidores otro cigarro. Para corresponder á su invitación acepté un poco de la popular bebida inglesa; mientras que él, como cabeza de la iglesia mahometana, solamente tomó limonada.

El rey hablaba inglés muy bien; pero en aquella entrevista formal se expresó en malayo. Díjome que el estado de su tesoro no le permitiría entonces construir la proyectada vía férrea; pero que yo sería muy bien recibido siempre en el palacio cuando quisiera visitarle. Durante mi residencia de cinco años en Johore he jugado al billar muy á menudo con el rey Abubaker, el cual parece tan apasionado por esta diversión como por la caza, particularmente la del tigre.

Después de la audiencia, Datu me enseñó todas las dependencias del palacio. Esta residencia oficial domina los Estrechos de Malaca y está enfrente de Singapoore. Se compone de varias series de habitaciones; á un lado hay varias para los huéspedes casados, y en el otro están las destinadas á los solteros, pues el soberano tiene allí siempre mucha gente.

El Maharajah posee también el título de sultán de Johore, gracias á la cortesía de la reina Victoria, emperatriz de la India, siendo Johore un Estado independiente. El rey no tiene para su uso más que tres habitaciones, una de las cuales conduce al harén.



Vestíbulo de mármol del palacio del Maharajah de Johore

Esta última dependencia constituye un cuerpo de edificio separado; la construcción es de mármol, y no tiene más que un piso, consistiendo su adorno en palmas y flores; en el centro hay una espaciosa habitación cuadrada, y contiguas á ella unas cincuenta alcobas. Las cuarenta mujeres del sultán eran en su mayor parte circasianas, compradas por aquél. La sultana, ó esposa legal, residía en el palacio de Maor, situado á unas doscientas millas del de su señor, con el cual no estaba en buena inteligencia hacía diez años. Dos niños y una niña son los príncipes y la princesa oficiales.

Una vez penetré en el harén por casualidad; pero mi permanencia allí fué muy breve. Deseaba ver al Maharajah trabajando, y como siempre había mucha gente deseosa de hablarle y no pocas dificultades para conseguirlo, quise ganar tiempo introduciéndome en el despacho por una puerta lateral; pero equivoqué el camino y encontréme de improviso en el harén. Había allí un oficial encargado de vigilar á las mujeres, y apenas me vió, gritóme qué hacía en aquel sitio. Inútil me parece añadir que dí media vuelta y me alejé con toda la rapidez posible.

El interior del harén era magnífico: del techo pendían ricas lámparas; varias pinturas, representando la belleza femenil, adornaban las paredes, y una lujosa alfombra cubría el suelo. También vi varias fuentes y observé que se quemaban perfumes. Las mujeres, sentadas en diversos sitios, fumaban ó entreteníanse en arrojar joyas al aire para volver á cogerlas. Sin embargo, me aturdió de tal manera hallarme en semejante sitio, que fijé muy poco la atención en cuanto me rodeaba. Es muy difícil, hasta para las señoras, obtener entrada en el harén; mi esposa lo intentó varias veces sin poder conseguirlo. El sultán recibe á sus mujeres todos los lunes para que le presten homenaje y expongan sus quejas; reúnense á las seis de la mañana, y al presentarse Su Majestad se arrodillan exclamando: «¡Nuestro rey!»

El Maharajah, antes de que los ingleses fueran á Johore vivía en una choza de barro, comía sin tenedor ni cuchillo, é ignoraba el valor de sus bienes. Ahora habla inglés. Sus rentas provienen de las plantaciones y de su participación en los beneficios que las minas de estaño reportan. El soberano es realmente un propietario de tierras, y cobra el tanto por ciento sobre las utilidades que producen. Vive más en Singapoore que en Johore; allí tiene sus caballos, entre los cuales se encuentran algunos de subido precio, y no va al segundo de los citados puntos más que los días de fiesta para visitar á su pueblo, el cual lleva muy á mal que no se presente tan á menudo como él lo cree necesario.

El rey es muy bueno y bondadoso para su gente, y hará casi todo cuanto se le pida. En toda la localidad no hay ni un solo pobre, malayo, se entiende, pues cada uno de los que deberían pedir limosna disfruta de una pensión. Los magistrados y agentes de policía cobran sueldo mensualmente.

La relación entre Singapoore y Johore viene á ser la misma que entre Londres é Irlanda. El Maharajah posee tierras en Singapoore; pero nada tiene que ver con el gobernador, aunque, por lo que hace al rango, ocupa el primer lugar después de aquél. Cuando muera, todos sus bienes pasarán al gobierno inglés.



Parte de la aldea de Johore: á la izquierda del grabado un teatro al aire libre



Mujer indígena de Johore

Dos cañoneros y un ejército de quinientos hombres eran las fuerzas de que disponía el gobierno.

El clima es húmedo, el termómetro marca de 80 á 100 grados Fahrenheit durante todo el año, y abundan mucho las fiebres á que se da el nombre de *malaria*.

La tierra tiene color rojizo y es muy fértil. Muchos habitantes ganan la subsistencia cultivando el arroz y el *ratán* (caña de Indias). No plantan árboles y limítanse á cultivar los que ya crecen, cuyo follaje es magnífico. La piña, el mango y la banana se crían en estado silvestre. El fruto indígena más notable es el durián: el árbol crece hasta una altura de sesenta pies y su ramaje se extiende como el de un roble, necesitándose siete años para que produzca fruto, pero al cabo de este tiempo echa flor anualmente; el fruto es grande, tiene un color verde claro y se puede comer á los nueve meses, caracterizándose por su sabor á fresa, pero el olor es tan desagradable, que durante los tres primeros años de mi permanencia en el país no pude probarlo. Por sus dimensiones y forma se parece á la piña, y crece en las bifurcaciones de las ramas del árbol.



Bosque entre Singapoore y Johore

Los minerales más notables que allí se producen son el estaño y oro.

Todas las magnificencias del Oriente, los frutos deliciosos y otros diversos productos apenas compensan los tormentos de aquel clima, y sobre todo la terrible fiebre producida á causa del excesivo calor y de la humedad.

El malayo es de escasa estatura, pero fornido, caracterizándose particularmente por su nariz aplanada, su piel de color cobrizo, y su cabello largo y sedoso. Generalmente, el traje de hombres y mujeres se reduce al *sarong*, especie de faldilla, sobre la cual se ponen una blusa; pero en el interior del país ninguno de los dos sexos usa ropa alguna. Los hombres suelen cubrirse la cabeza con un turbante de terciopelo negro, pero las mujeres no llevan nada. Por lo regular, todos tienen buena dentadura, mas por desgracia se la tiñen de negro con una substancia vegetal.

Los malayos son fieles adoradores de Mahoma; abstiénense de comer carne de cerdo, ó ninguna otra si la res no ha sido muerta por manos del indígena; y nunca toman bebidas alcohólicas. Están sujetos á una enfermedad que es una especie de locura, la cual sobreviene con frecuencia cuando el hombre se halla en la flor de su edad. Recuerdo que una vez, en ocasión de pasearme por una de las calles más pobladas de Johore, un individuo fué atacado de este mal con tal violencia, que el paciente mató á cinco hombres antes de que se le pudiera dominar.

Las chozas de los malayos suelen estar construídas sobre estacadas de bambú encima del agua, y el techo consiste en hojas de palmera que preservan á los habitantes de las inclemencias del tiempo. El objeto de estas construcciones sobre el agua es ponerse fuera del alcance de los insectos y animales dañinos. La fibra del coco se emplea para hacer esterillas que les sirven de lecho. En cuanto al mobiliario, en el sentido vulgar, es cosa desconocida. El arroz y el pescado, que constituyen los primeros artículos alimenticios, se preparan en medio de la habitación.

Por regla general, los casamientos se efectúan muy pronto, y es costumbre que el novio haga un buen regalo á su suegro, regalo en que se incluye invariablemente cierta suma en metálico, de la que el suegro no puede hacer uso sino en ciertos casos, como el de divorcio, y entonces se entrega la suma á la mujer para su manutención.

La incompetencia en los asuntos de la casa, el descuido y la incompatibilidad son buenos motivos para el divorcio, que el sacerdote debe legalizar. La falta de fidelidad por parte de la esposa se castiga invariablemente con el empalamiento. La infidelidad del hombre no se castiga. Al asesino se le impone la pena de muerte por medio del *kris*, espada pequeña, de hoja dentada y de acero muy ordinario, que se guarda con las joyas de la corona y se venera como objeto sagrado.

Los malayos son sumamente supersticiosos; cuando el Maharajah fué á Londres para asistir al jubileo de la reina Victoria, compró una costosa bomba de incendios, que fué enviada á su capital. De regreso el rey, quiso probarla; pero habiendo un indígena recibido el chorro y sido lanzado á muchos pies de altura, muriendo á consecuencia de la caída, los indígenas consideraron la bomba como un fetiche, y ninguno se quiso acercar á ella.

El Estado de Johore cuenta unos cincuenta mil habitantes, y la población de su nombre unos diez y ocho mil. Esta última es poco más que una serie de grupos de casas que se extienden en un espacio de varias millas, y no faltan en ella tiendas, bazares y hasta teatros. Cierto día fuí á ver la representación de una compañía de chinos, y la función duró desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche; desempeñábase una tragedia, y los ejecutantes lucieron muy buenos trajes. Esto lo hacen los chinos establecidos allí en considerable número como braceros, pues los malayos son demasiado perezosos para trabajar. En aquellas aguas abunda la pesca, y los pescadores llevan una parte de su mercancía á los bazares, donde la cambian por arroz y otros artículos. Estos bazares se construyen con cañas de bambú, y su techo se compone de hojas de palmera secas.

Los botes de los indígenas llamados *praus* se construyen sin clavos, uniéndose las tablas por medio de clavijas y ratán. Hasta las velas son de hoja de palmera cosidas; el cable se hace con ratán verde y es muy fuerte y el ancla es de madera con dos pesadas piedras.

Una vez al año, cuando reinan los tifones, todas las casas que hay á lo largo de la orilla del agua quedan inundadas.

El gobierno se encarga de la construcción de lo que llaman casas de reposo, las cuales sirven también de posadas; pero en ellas no se da alimento ni hay más mobiliario que unas pequeñas camas para que los viajeros pasen la noche. La llave de la casa se guarda en la estación de policía. Si á un hombre le sorprende la noche fuera de su domicilio, no será seguro para él volver á su alojamiento, porque podrían salirle al encuentro algunos tigres en el camino, refugiándose entonces en esas casas de reposo que están separadas unas de otras por una distancia de ocho á diez millas.

Los chinos son los principales mercaderes y banqueros ó *chitties*, según los llaman, y casi todos proceden de Bengala: los *chitties* toman dinero á crédito de los bancos de Singapoore y después lo prestan á mayor interés á los malayos y á los chinos, que les dan en garantía sus cosechas, las cuales venden aquéllos en Singapoore. Esos prestamistas son muy miserables, guardan su dinero en cajas y duermen sobre ellas, viven en casas de alquiler y á veces se da el caso de que se alojen hasta cincuenta en una habitación.



Mujeres malayas recogiendo te



El papanatas. – Tipos de visitantes de la Exposición de Chicago, por A. Castaigne

Todos los negocios se hacen á crédito: aquel que entra en un bazar y pide un refresco no paga en metálico, bástale dar un *chit*, ó nota, que se hace efectiva en cierta fecha. Si se toma un carruaje para recorrer la localidad, el pago se verifica de igual modo; se da al conductor un *chit* y se le dice dónde y cuándo ha de cobrar. Esas notas sirven también como dinero corriente, puesto que pasan de un mercader á otro y se descuentan. Inútil parece decir que los *chits* no se admiten de aquellos que no están en posición de pagarlos, de modo que si alguno está sin trabajo es necesario que busque quien firme por él. Cuando un deudor comparece ante el tribunal, si puede probar que no tiene ocupación alguna ni medios de subsistencia, se declara su deuda cancelada.

Todos los *chitties* llevan afeitada la cabeza y visten ropa muy ligera, y las señales que llevan en el pecho y los brazos indican que han cumplido con sus deberes religiosos. A orillas del camino se ve una especie de barracas de tablas que el gobierno manda construir para que los mahometanos se entreguen á sus oraciones. Estos últimos tienen buenas iglesias, mas no van á ellas sino en días especiales; ayunan un mes al año, no tomando ningún alimento desde las seis de la mañana hasta igual hora de la tarde.

La vida en el *bungalow* en la India fué inventada por los europeos, y es un término medio entre el método de vida indo-oriental y el adoptado por los blancos. Durante el día se cierran las ventanas del *bungalow* de tal modo que no puede penetrar la luz del sol, y si el europeo es hombre entendido nunca saldrá entre las once y las tres del día. La cocina está separada de la casa, con la que se halla en comunicación por un pasadizo cubierto; las alcobas están en el segundo piso, y el comedor y la sala abajo. Como Singapoore se halla tan cerca del Ecuador (á un grado) es de día á las seis de la mañana y obscurece á la misma hora de la noche durante todo el año. A las seis y media de la mañana se sirven refrescos, á las once el almuerzo y la comida á las siete. Algunos toman el te á las cinco de la tarde. Los europeos que habitan en esos *bungalows* son casi todos plantadores de café, y ahora tratan de cultivar el te, mas el suelo no parece prestarse mucho á este cultivo. La alimentación en el *bungalow* consiste en pollos, arroz, carnes ahumadas y una gran variedad de frutos. Durante las horas de comer un inmenso abanico sujeto en el techo sobre la mesa se mantiene en movimiento continuo por manos de un criado. En una larga pértiga de bambú se ata un pedazo de tela que hace las veces de cortina; esta pértiga pasa á través de un agujero abierto en el lado de la vivienda, y un hombre que hay fuera la mueve sin cesar. Si no fuese por esta circulación artificial de aire, el europeo no podría comer cómodamente.

En la selva hay muchas serpientes que penetran en las casas en busca de las ratas, pero nunca entra más de una á un tiempo, pues no hay alimento suficiente para dos. No son venenosas, pero sí muy fuertes, como la especie pitón, cuyos ejemplares miden á veces cuarenta pies de largo: una vi cuyo cuerpo tendría un pie de diámetro.

En las selvas se cogen algunos tigres en zanjas practicadas á diez varas del camino: estas temibles fieras osan llegar hasta el pueblo en algunas ocasiones, y se las ha visto nadar hacia la isla de Singapoore.

El gobierno ofrece una recompensa de quinientos duros por cada tigre, muerto ó vivo.

Cuando los malayos quieren cazar tigres por diversión abren un hoyo de diez pies de profundidad, dando al fondo doble anchura que la de la boca, á fin de impedir que el animal salte fuera después de haber caído. Hecho esto, cúbrese la boca del hoyo con zancaje y hojarasca, y junto á la misma abertura se ata un ternero á un árbol. Al ver la presa, el tigre se precipita sobre su víctima y cae en el hoyo; entonces se coloca una jaula de bambú sobre éste y se va llenando de tierra, de modo que el animal se eleva gradualmente hasta la superficie. Una vez en la jaula, los malayos forman el suelo de la misma con cañas de bambú entrelazadas y ratán, y terminada esta operación se pueden llevar la fiera. Las armas de fuego se usan poco, pues son peligrosas para los hombres y los perros.

Generalmente los tigres caen sobre su presa después de anochecer, y á causa de esto no es nunca seguro recorrer aquellos caminos á tales horas. Asegúrase que el tigre elige su hombre durante el día, siguiéndole tal vez á larga distancia hasta que anochece, y entonces le ataca sin vacilar. Los indígenas temen mucho á esas fieras, y es casi imposible inducirlos á salir de su casa después de las seis de la tarde. Yo he pagado veinte duros á un hombre para que llevara un mensaje al Maharajah pasada dicha hora.

En Johore hay muchas variedades de monos; la especie más notable es el *wow-wow*, que no es salvaje ni feroz, anda derecho como un hombre y no tiene cola, y al cual no se le suele dar caza. Cuando los malayos cogen alguno, lo venden en las ciudades como animal favorito.

En los alrededores de Johore las aguas están llenas de cocodrilos, á los que á menudo sirven de pasto los niños malayos que pescan desde los botes: el gobierno paga una prima de veinticinco duros por cada cocodrilo muerto, y por las serpientes uno.

Los malayos no son muy sociables. En su día de domingo, que sigue á nuestro viernes, dejan el trabajo á mediodía para ir á la mezquita.

La principal industria que allí ejercen los europeos es la plantación de café. Lo primero que han de hacer es solicitar del Maharajah un espacio de 300 á 500 acres de la selva; prenden fuego á todo lo que contiene, y dejan solamente los árboles en esqueleto para que entren en descomposición y fertilicen el terreno. Cuando los árboles del café alcanzan seis pulgadas de altura forman con ellos líneas, dejando de uno á otro un espacio de cuatro pies, y á los tres años comienzan á producir. La flor es de un color blanco muy puro y de notable fragancia. Los árboles se podan para que no tengan más de siete pies de altura, y si no se hace esto alcanzan la de veinte sin dar fruto y la raíz del uno destruye las de los otros. En su primer desarrollo, la baya se parece mucho á la aceituna, sólo que es redonda; si está madura, presenta un color rojizo, análogo al de la guinda, y tiene dos huesos, que son las bayas del café. La flor se mantiene veinticuatro horas en el árbol; después cae, y al cabo de un mes el fruto está ya maduro. El árbol del café da flor dos veces al año y suele producir dos cosechas. Después de recogidas las bayas se pelan y colocan en cobertizos para que fermenten; allí han de estar de diez á quince días; después de lavadas y secas se almacenan y guárdanse en sacos para el embarque.

John Fairlie

LA PROFESIÓN

(episodio de la vida real)

I

La víspera por la noche los cohetes habían anunciado la solemnidad. De tiempo en tiempo subía al espacio uno de aquellos fuegos de artificio, dejando tras de sí una estela semejante á tenue lluvia de oro, y estallaba á grande altura con detonación seca.

El día de la ceremonia una bandera blanca y azul flotaba en la celosía que recataba el interior del campanario en el convento.

Blanco y azul. ¡Qué hermosos colores y cómo retratan la pureza del pensamiento y los idealismos del alma en la fugitiva nube y en el espacio radiante!

Las campanas de metálicos sonidos volteaban veloces, y cuando fué llegada la hora acudió á la santa casa numeroso concurso de invitados.

El severo edificio aparecía más animado que de costumbre y respirábase allí una atmósfera de fiesta que rompía la uniformidad de las horas de calma y quietud.

En el fondo del Compás que separa la calle de un muro al que da prestigio la efigie de la titular, destácanse unos pocos árboles (acacias y álamos), y surge en pos de aquel ingreso de ramas y hojas la fachada del convento, de gótica decoración, finísima de líneas, con elegante portada y en ella esculpidos regios blasones heráldicos, y con esbelta y sencilla torre que aún conserva primorosos azulejos árabes.

La profesión religiosa revistió carácter imponente y grave. Para la comunidad significa este acto un acontecimiento jubiloso, y he aquí por qué resplandecía la iglesia, hábilmente engalanada.

En el altar mayor, al lado del Evangelio, se destacaba una escultura del Niño Jesús, una cestilla contenía el velo destinado á la nueva religiosa, y sobre una bandeja veíanse los hábitos y una corona de flores.



Recién llegado de la aldea. – Tipos de visitantes de la Exposición de Chicago, por A. Castaigne


Indiferente


Difícil de contentar


El que todo lo admira

Tipos de visitantes de la Exposición de Chicago, por A. Castaigne

Bendecidos aquellos objetos, colocada la comunidad en el coro bajo con velas encendidas, en tanto la novicia ocupaba el centro, próxima á un altar, acercóse el prelado á la reja del referido coro y dirigió á la protagonista de la ceremonia las preguntas de rúbrica, que la interpelada escuchó de rodillas al lado de la superiora. Seguidamente el prelado entregó á la maestra de novicias el hábito y la correa, y la mujer que abandonaba para siempre las terrenas pompas, vistió el distintivo de su nueva vida, recibió de manos de la superiora las Constituciones de la orden y el libro de la Profesión, y poco después leía en voz alta su ingreso en la comunidad.

Colocóse en cruz la novicia en el centro del coro, el prelado la roció con agua bendita, entonaron un responso, tocaron á difunto las campanas y resonó bajo las bóvedas del templo un *Tedéum*.

Terminado éste y mientras los cantores salmodiaban el himno *Magne páter Agustine,* la profesa abrazó á sus compañeras de comunidad, oyó la misa, recibió la sagrada comunión, repitiéronse los salmos y las antífonas, y por tres veces el *veni, sponsa Christi;* el prelado colocó el velo á la religiosa, la bendijo, ciñó su cabeza con la corona y pudo entonces aquella mujer decir *in mente:* «Todo se acabó.»

¿Quién era aquella religiosa?

No importa saberlo.

¿Por qué había profesado?

Ningún interés tiene el inquirirlo.

Consumóse el hecho, y reunido el convite en el locutorio se dispuso á festejarlo, ajustándose á las prácticas de siempre, á comer y beber con mayor ó menor apetito, de suerte que las pastas, los dulces, los helados, los licores circularon profusamente y sirvieron de paréntesis, puntos y comas al tema de la profesión.

Los distintos grupos hacían comentarios en armonía con los caracteres de las personas que los formaban, y era de ver la diversidad de opiniones formuladas.

Un sacerdote sostenía vivo diálogo con un caballero, y sus apreciaciones tenían aspecto de controversia.

– Es una verdadera felicidad, decía el cura, la vocación de esta joven.

– ¿Por qué?, preguntó el individuo mencionado.

– Dios ilumina el alma.

– Lo creo, como buen católico, pero. .

– ¿Acaso usted cree y duda á un tiempo?

– Es que la sociedad reclama el concurso de todos.

– ¿Esta mujer no le presta el suyo?

– Lo prestaría igualmente eficaz fuera de este recinto. La casada, la madre de familia, pueden ser santas.

– Eso es una vulgaridad.

– Es una afirmación comprobada.

– No importa. Consagrarse á Dios tiene más mérito.

– Sin duda; pero también se gana el cielo en lucha con la vida del mundo, resistiendo las seducciones y evitando los escollos que amenazan la virtud.

– ¡Bah! Desengáñese usted. La existencia conventual...

– No la critico, antes bien la respeto.

– Pues, amigo mío, no nos entendemos.

El cura iba á seguir, mas en aquel momento acercóse al grupo una dama de distinguido porte, y le dijo:

– Amable párroco, me despido de usted.

– ¿Tan pronto?, observó el ministro del Señor.

– Mi hija Leonor está afectada por la ceremonia que ha presenciado, y no cesa de llorar.

– ¡Calle, calle!, repuso el sacerdote dirigiéndose á Leonor, hermosa joven de diez y ocho años. ¿Qué significa eso?

– Padre, contestó la muchacha, me inspira profunda pena haber presenciado un entierro en vida.

– Niña, ¿sabe usted lo que dice?

– ¡Ya lo creo!

– Luego usted pertenece al mundo.

– A Dios, á mi madre y á mi novio.

– Y yo les daré la bendición con la ayuda del cielo, exclamó entonces un canónigo, amigo de la señora.

El párroco guardó silencio.

II

La profesión es la línea divisoria entre dos mundos, entre el presente y el futuro.

Todo ello resulta material, porque á despecho de las expresiones visibles de un cambio esencialísimo en la manera de ser, el pensamiento subsiste íntegro y con la libre acción de que se halla dotado; y si el cuerpo queda prisionero, si lo retienen muros y rejas, el pensamiento se burla de esos alardes y vuela á las regiones donde ve los objetivos que ambiciona, ó retrocede al ayer, se deleita en la contemplación de los días fenecidos, y el alma ya se estremece de placer, ya sufre horribles angustias, según que esos días le brindaron glorias ó duelos.

Sin embargo, en muchas ocasiones el divorcio con la sociedad es completo, y tanto afecta al espíritu como á la materia.

¿Cuándo sucede así?

¡Quién lo sabe!

La realidad es una; la realidad es la puerta cerrada para siempre.

¿Y la lucha? ¿Y las pasiones? ¿Y las flaquezas de la criatura humana? ¿Y las inevitables llamaradas de ensueño con turbadoras seducciones?

Pero se dirá: «Esto es desconfianza y duda, porque la vocación existe.»

Cierto que existe; mas como permanece oculta en el fondo de la conciencia, se confunde con la resignación. ¿Hay, acaso, signos exteriores que la denuncien? ¿Tiene la aspiración á la vida de monja algo característico y peculiar?

Comprendo la atracción de lo abstracto aplicado á la celda, pero me asaltan algunas prevenciones en presencia de la muerte simulada de una mujer joven y hermosa que renuncia á todo para vestir tosco y severo traje, para ver segar sus cabellos y oprimido su rostro en el blanco lienzo de la toca.

Lo pequeño, lo insulso, lo cándido, lo pueril, en consorcio con lo elevado, lo trascendental y lo serio, forman los sumandos, las columnas de la humanidad, y prescindir de todo es empresa de titanes.

El hecho de despojarse del oropel mundano puede constituir un sacrificio, tanto como una inclinación. En el primer caso, la mujer que profesa inspira lástima; en el segundo, envidia.

III

Era la madrugada y la nueva monja no había podido dormir.

Flotaban en su cerebro los detalles de la profesión y sospecho que se preguntaría si soñaba despierta, según acontece en las supremas crisis de la vida, en las cuales resistimos tenazmente creer lo que nos sucede.

Decía que estaba despierta á la madrugada; una madrugada de verano granadino, espléndida, con mil aromas indefinibles, con piadas de golondrinas y cantos de ruiseñores, con susurro de agua que caía en



LA LECCIÓN INTERRUMPIDA, cuadro de L. Alvarez



EL ZURCIDOR DE ALFOMBRAS, pastel de Gilbert, existente en la Galería del Luxemburgo (París), grabado por H. Rabeuf

Primer premio en la Exposición celebrada en Londres por la Sociedad internacional de grabadores en madera

las fuentes de los cármenes, con intermitentes rumores de las hojas de los árboles, movidas un instante por pasajera ráfaga de viento, con estrellas rutilantes en el firmamento y con majestuosa luna en la plenitud de sus fases.

La monja percibía ese conjunto de encantos que llegaban hasta los muros del convento y allí se detenían, en apariencia no más, pues su dejo blando y acariciador penetraba en el interior del recinto y, á la manera de visiones seductoras, de geniecillos juguetones que llevan consigo el compendio de las aspiraciones humanas en sus complejas expresiones, hacía presa en la infeliz, le mostraba en oposición de su existencia un mundo anchuroso, emociones que respondían á las fibras de su corazón y goces que satisfacían sus ansias.

Era, en suma, aquella fantasmagoría algo parecido á la silueta de todos los ideales que puede acariciar la mujer..., la vida del hogar, el casto amor de los hijos, cuanto de puro y elevado la ennoblecen y dignifican.

No había escoria ni torpe impureza en la fascinación que evocaba la noche, á favor de sus peculiares signos de desvarío, y las divagaciones perseguían un fin hermoso.

La mujer parecía extasiada, cuando de repente irguióse; brillaron sus ojos, los cerró después y quedó inmóvil, al punto que, sin las lágrimas que en hilos transparentes se deslizaban por sus mejillas, se la hubiera juzgado muerta.

Una guitarra y un cantar. He aquí el origen de su transformación.

Un joven obsequiaba á su novia con una serenata; pero la guitarra hablaba, gemía, suspiraba, y la voz, identificándose al instrumento músico, lo completaba y embellecía.

IV

Seis meses más tarde y en la humilde casa frente á la cual había vibrado la guitarra en serenata, nutrida de ternura, celebrábase una boda.

Los novios realizaron sus anhelos y, como la noche de la profesión, los cantares iban acompañados por las sonoras cuerdas.

Entretanto, las campanas del convento vecino tocaban á muerto por la monja á quien hace referencia este relato.

Murió, pues, y extinguióse con ella el misterio de su vida.

¿Fué dichosa? ¿Fué infortunada?

Media docena de árboles y un trozo de firmamento bastan para la satisfacción del espíritu. Con ambos factores se sueña y se goza, y la divagación nos esclaviza y nos conduce á mundos inaccesibles para nuestras débiles fuerzas.

El problema subsiste en tal punto. Si la monja había limitado sus penas á tan placentero cuadro, nada pudo apetecer.

En el caso contrario... ¡Desgraciada!

Augusto Jerez Perchet



Bellas Artes. – En París se está colocando actualmente en el jardín del Louvre la estatua ecuestre de Velázquez modelada por Fremiet, el cual ha representado al inmortal pintor á caballo, con espada y sombrero con plumas, ceñido por corona de laurel y empuñando en la diestra el tiento, actitud á nuestro entender mas teatral que verdadera.

– Con destino al Museo de Ginebra ha sido comprada en 75.000 francos una estatua de Trajano, en mármol de Paros, procedente de los alrededores de la antigua Ostia.

– La herencia artística de Godofredo Semper ha sido entregada en parte al gobierno sajón con destino á la Academia de Dresde y en parte al Museo Semper creado en Zurich, habiendo correspondido al primero 1.200 dibujos y 476 al segundo.

– La Unión de Artistas y Aficionadas, de Berlín, que desde hace tiempo constituye, por su escuela de dibujo y pintura, un centro importante de estudio de las bellas artes para la mujer, se ha construído un edificio propio, cuyo coste asciende á 250.000 pesetas, que contiene, además de varios locales para el Liceo Victoria, una porción de magníficos talleres y un hermoso salón para exposiciones.

– El compositor francés Veronge de la Nur está escribiendo la partitura para una ópera *Los Labdácidas*, cuyo libreto ofrece la particularidad de estar escrito *en prosa*. Este libreto, tomado de la tragedia *Edipo*, de Sófocles, es obra del mismo autor de la música.

– En Vicenza (Italia) se ha inaugurado un monumento erigido á la memoria del poeta Jacobo Zanella, obra del escultor Carlos Spazzi.

– Trátase de celebrar en Brujas el cuarto centenario de la muerte de Hans Memling, á cual propósito, además de la organización de un cortejo histórico que represente todas las glorias artísticas de aquella ciudad, se verificará una Exposición general de las obras de tan eximio pintor.

– Bajo la presidencia de Arsenio Houssaye se ha constituído en París un comité para la erección en el jardín del Luxemburgo de un monumento á la memoria de Henry Murger, cerca del que existe dedicado á Teodoro de Banville. El escultor Bouillón es el encargado de ejecutar la obra, en la que figurarán las dos heroínas de la *Vie de Boheme*, *Musetto* y *Mimi*.

– El Jurado de la sección de Bellas Artes de la Exposición de Chicago ha concedido los siguientes premios: 81 á Alemania, 104 á Inglaterra, 95 á la América del Norte, 26 á Austria, 37 á España, 16 á Suecia y Noruega, 12 á Dinamarca, 27 á Holanda, 38 al Japón, 2 á Suiza y 18 á Polonia. Los artistas españoles premiados son: Alcoverro, Folguera, Marinas, Querol, Trilles y Viziano (escultores), Alvarez (L.), Alvarez Dumón, Beruete, Bilbao, Domínguez, Garnelo, Gartner, Hidalgo, Jiménez Aranda (J.), Jiménez Aranda (L.), Loubere, Luque Roselló, Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Pelayo, señorita de Pirala, Planella, Ramírez Ibáñez, Ruiz Luna, Rusiñol, Santa María, Simonet, Sorolla, señorita de Souto y Tapiró (pintores), Pellicer y Tapiró (acuarelistas), Pando y Pellicer (dibujantes), Dalet y Repullés (arquitectos). El fallo del Jurado, en lo que concierne á los artistas españoles, ha sido protestado y es muy probable que este asunto dé mucho juego.

– La Asociación de Artistas de Viena ha publicado el programa de la tercera Exposición Internacional de Bellas Artes que en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Academia se celebrará desde 1.º de marzo á 31 de mayo de 1894. El objeto de esa exposición es presentar un cuadro completo de la producción artística moderna, y al efecto se señalará á cada Estado un sitio especial para que pueda instalar las mejores obras que en él se hayan producido. Los premios que se otorgarán serán: Uno de 400 ducados concedido por el emperador; tres medallas de oro, concedidas por el archiduque Carlos Luís; varias grandes y pequeñas medallas de oro concedidas por el Estado; el premio Reichel, de 1.600 florines, y el premio del barón Konigswarter, de 500 florines. Los tres premios en metálico sólo podrán concederse á artistas austriacos; los demás podrán ser otorgados lo mismo á los austriacos que á los extranjeros. Los individuos de la Asociación trabajan con seguridad de éxito para lograr que el emperador, el gobierno austriaco y el municipio vienés destinen importantes sumas á la compra de obras expuestas: además se verificará una lotería de éstas.

– El compositor dinamarqués Augusto Enna, autor de la aplaudida ópera *La bruja*, ha terminado otra titulada *Cleopatra*, cuyo libreto ha tomado el joven poeta Einan Cristiansen de una novela del escritor danés Rider Haygard.

Barcelona. – La iglesia de Santa Ana y el hermoso claustro contiguo á ella acaban de ser restaurados de una manera inteligente y acabada, bajo la inmediata dirección del arquitecto Sr. Villar. No es costumbre, hasta ahora no lo fué al menos entre nosotros, la realización de trabajos parecidos. Felizmente, de algún tiempo á esta parte se han dado algunos ejemplos, lo que demuestra, con la elocuencia de los hechos, el desarrollo progresivo de la cultura y buen sentido artísticos en nuestra ciudad.

Refiriéndonos al que nos ocupa, debemos decir que merece los más lisonjeros plácemes la restauración escrupulosa de que así el claustro como la iglesia han sido objeto, restituyendo á esas construcciones su primitivo aspecto, sobrio y severo, pero bello en su conjunto y los más insignificantes detalles.

Salón de «La Vanguardia.» – Las acuarelas originales de Daniel Perea, que reproducidas en cromo-litografía acaba de publicar D. Hermenegildo Miralles, formando un álbum titulado *A los toros*, llaman la atención del público en este local. Ninguno mejor que el popular artista madrileño sabe reproducir con dibujo más suelto y espontáneo, ni con mayores conocimientos *técnicos*, las peripecias de una corrida en todos sus detalles y aspectos, por lo que debe considerársele como una verdadera especialidad en su género.

Teatros. En Hamburgo se ha representado en alemán, con buen éxito, la comedia francesa de Feydeau y Desvallieres, *Champignol malgré lui*.

En Celle (Alemania) se ha estrenado un drama en tres actos, de Juan de Basedof, titulado *Ante el tribunal*, que ha causado gran impresión en el público y ha tenido un éxito completo.

– En el teatro alemán de Praga se ha cantado con gran aplauso la ópera *Boabdil* del compositor húngaro Moszkowski, estrenada en Viena durante la última temporada.

– Varias asociaciones de Viena han sometido á la consideración de la intendencia del teatro de la Corte y á la dirección del teatro Popular Alemán, de aquella ciudad, un proyecto por todo extremo laudable, cual es el de que todos los jueves por la tarde se den en aquellos coliseos representaciones gratuitas para los estudiantes de la Univerdad y del Instituto, poniéndose en escena las obras más notables de los clásicos alemanes y las mejores comedias populares. El municipio de Viena subvencionaría á dichos teatros abonándoles los gastos que las representaciones ocasionaran.

– En el teatro Real de Berlín se estrenará en breve una ópera en un acto, titulada *Mara*, letra de Arel Delmar y música de Fernando Hummel.

En el teatro de la Corte de Stuttgart se ha representado por vez primera en alemán la ópera de Verdi *Falstaff*, con asistencia de gran número de directores de escena y compositores extranjeros, habiendo sido entusiastamente aplaudida la última partitura del fecundo y genial maestro.

– La ópera de Puccini *Manon Lescaut* ha sido representada en Lucca con gran éxito.

París. – Se han estrenado con aplauso: en la Opera Cómica, dos óperas cómicas en un acto, *Le diner de Pierrot*, de L. Hers, cuya música agrada por lo sencilla y melodiosa, y *Madame Rose*, de A. Banés, que ha escrito una partitura agradable con alegres *couplets*, sentidas romanzas y piezas de conjunto bien compuestas; y en el Odeón, un drama en cuatro actos, *Frederique*, de A. Generés, obra de las llamadas de tesis, en la que se trata el problema de si una hija de una mujer galante, sustraída desde niña á la influencia de su madre y educada cuidadosamente, puede escapar á la ley de herencia y ser una mujer honrada: el autor lo resuelve afirmativamente.

Madrid. – Han inaugurado la temporada de 1893 y 1894 los teatros de la Comedia y Lara: en el primero la excelente compañía del Sr. Mario ha reproducido el hermoso y aplaudidísimo drama de Felíu y Codina *La Dolores*; en el segundo, donde actúa la notable compañía de los Sres. Rosell y Ruiz de Arana, se ha estrenado con buen éxito una divertida pieza en un acto, *Jugar por tabla*, de Zamora y Caballero.

Barcelona. – En el Principal se han puesto en escena, entre otras obras, *Il Re Lear* y *Nerón*, de cuyos protagonistas hace verdaderas creaciones el actor Sr. Emmanuel, y *Mam' Zelle Nitouche*, en el que la señorita Reiter ha alcanzando una gran ovación y demostrado que su gran talento artístico se adapta maravillosamente á los más diversos géneros. En Romea se han estrenado *La feina de 'n Jafá*, graciosa pieza en un acto de don Ernesto Soler, que fué muy aplaudida, y *María de Montpeller*, drama histórico en cuatro actos de D. José M. Valls y Vicens, bien versificado, pero abundante en situaciones falsas é inverosímiles. En el Tívoli continúan las representaciones de *Garín*, alternando con las de otras óperas del repertorio corriente. En Novedades han terminado las representaciones de *El húsar* y habrá empezado á funcionar, al repartirse este número, una compañía dramática, dirigida por el aplaudido actor Sr. Simó.

Necrología. - Han fallecido recientemente:

El príncipe Guillermo Schleswig-Holstein, hermano mayor del rey de Dinamarca, general de la caballería austro-húngara, que se distinguió en las guerras sostenidas por el Austria en 1848, 1849 y 1859

Hamilton Fish, político norteamericano, secretario de Estado durante la presidencia del general Grant, ex gobernador de Nueva York, senador y en 1869 embajador de los Estados Unidos en París.

Julio Franceschi, notable escultor francés.

Emmerich Nagy, famosa trágica húngara.

N. D. Aschuroff, notable novelista ruso.

Miguel Lentz, poeta luxemburgués, autor del *Feirwohn*, el himno nacional de Luxemburgo.

Adolfo Ivón, pintor de batallas francés, autor de los conocidos cuadros *La retirada de Rusia* y *La toma de la torre de Malakoff*, oficial de la Legión de Honor; después de la guerra franco-alemana, dejó la pintura de asuntos militares y se dedicó á los retratos.

T. H. Parke, médico mayor del ejército inglés: tomó parte en la expedición al Nilo para libertar á Gordon y en la de Stanley para libertar á Emín-Bajá. El célebre explorador inglés le dedica en su famosa obra los más entusiastas elogios.

Sir Alejandro Galt, uno de los más eminentes hombres de Estado canadienses, ministro de Hacienda varias veces, miembro de la comisión inglesa que firmó en 1871 el tratado de Wáshington, autor de varias obras, entre ellas *El Canadá desde 1849 á 1859*.

Tomás Guillermo Kennard, uno de los más sabios ingenieros ingleses, entre cuyas principales obras se cuentan el magnífico viaducto de Crumlin (País de Gales) y varios puentes sobre el Ebro, sobre el Tajo y sobre el Tiber.



El eminente novelista Emilio Zola. – El insigne autor de los *Rougon Macquart* ha conseguido en Londres un nuevo y gran triunfo por el discurso pronunciado en el Congreso de periodistas recientemente celebrado en la capital inglesa sobre el tema *El anónimo en la prensa*. Emilio Zola ha sido festejado con gran entusiasmo por la Asociación de literatos y periodistas ingleses, que han rendido el debido tributo de admiración al que con razón llaman apóstol de la literatura de fines del presente siglo y profeta, cuyo genio brillará todavía en el mundo literario cuando se hayan extinguido ya otras estrellas que hoy se consideran de primera magnitud.

Tipos de visitantes de la Exposición universal de Chicago, dibujos de A. Castaigne – Aunque sacados á luz con motivo de la llamada Feria del Mundo, bien puede afirmarse que los cinco tipos admirablemente apuntados por A. Castaigne son cosmopolitas, y pueden, con muy ligeras variantes, encontrarse dondequiera que se ofrece al publico un espectáculo que se salga de los límites de lo ordinario. Miren nuestros lectores los cinco dibujos que reproducimos, y digan si el tipo del papanatas, del lugareño, del indiferente, del difícil de contentar y del que todo lo admira no les son conocidos; y si, como es seguro, los conocen, podrán apreciar cuán acertadamente ha sabido estudiarlos y darles forma el habilísimo artista.

La lección interrumpida, cuadro de L. Alvarez. – Poco aficionado á reproducir en el lienzo escenas contemporáneas, el notable pintor español Sr. Alvarez busca por regla general asuntos para sus cuadros en los pasados tiempos, y ora se inspira en personajes ó tipos históricos de otras edades, como en *La silla de Felipe II* y *El señor feudal*, ora en las costumbres de nuestros abuelos, como en *Una visita de pésame* y las *Bodas del duque de Frías*, cuadros todos estos que con otros varios de tan celebrado artista han podido admirar los suscriptores de La Ilustración Artística. Al último de los indicados géneros pertenece *La lección interrumpida*, obra de correcta y elegante factura, cuyos dos personajes constituyen un grupo encantador por lo admirablemente que el pintor ha sabido expresar sus afectos y cuyos accesorios justifican el buen gusto del Sr. Alvarez y su maestría desde el punto de vista de la técnica.

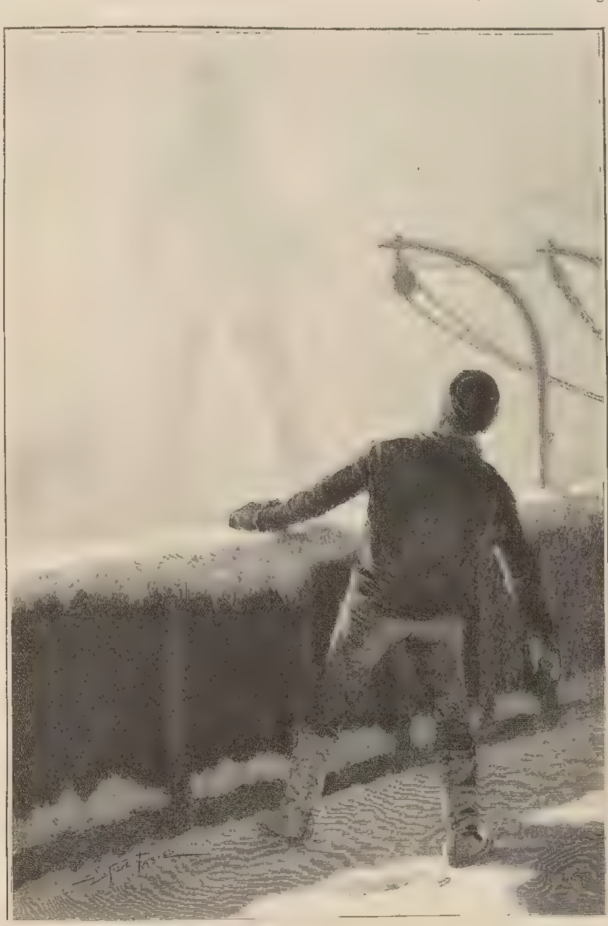
El zurcidor de alfombras, pastel de Gilbert, grabado de Rabeuf. – En una exposición recientemente celebrada en Londres por la Sociedad internacional de grabadores en madera ha obtenido el primer premio el grabado de Rabeuf que reproducimos, y á poco que nos fijemos en él comprenderemos que el Jurado ha procedido con gran justicia, pues en realidad la obra del célebre grabador francés merece ser calificada de maestra en su género y demuestra el grado de perfección que ha alcanzado en nuestros tiempos la xilografía, que si un día fué inferior al grabado en metales, hoy le supera bajo todos conceptos, así por su dulzura y delicadeza como por la fidelidad con que reproduce el espíritu y la intención del dibujo. En cuanto al pastel de Gilbert, de que es copia el grabado de Rabeuf, no se sabe qué admirar más en él, si la figura del zurcidor, llena de expresión y de vida, ó las piezas de la obra en que trabaja y que revelan en su disposición total, en sus menores pliegues y en sus dibujos la mano de un artista consumado que concibe con amplitud y detalla con sin igual maestría.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

No era necesario más para despertar la suspicacia del comandante respecto de los malos propósitos que pudiera abrigar el alemán. Una casualidad providencial había dado consistencia á sus propias sospechas, y se propuso saber lo que había en el fondo de aquel asunto.



El ser que veía era sobrenatural, á no dudarlo, pues tenía á lo menos seis metros de altura

Cuando marcharon Isabel y Huberto en busca del Sr. de Keralio, Schnecker se había ofrecido con insistencia para acompañarles. Bernardo Lacrosse se había opuesto á ello invocando una razón muy plausible.

–Sr. Schnecker, había dicho, vuestra presencia es indispensable entre nosotros. Sólo vos podéis reemplazar al Sr. d'Ermont y vuestra contrata como químico me obliga á deciros que permanezcáis á bordo.

Era una fórmula cortés por medio de la cual el comandante expresaba su voluntad.

Dos días antes, Bernardo Lacrosse, pasando su revista de costumbre por el barco, había visto entreabierta la puerta del laboratorio químico. Movido por un impulso de curiosidad, había penetrado allí y encontrado, entre diversos instrumentos, una hoja de pergamino doblada, que abrió sin pensar que cometía una indiscreción.

Aquel documento era un diploma de doctor en ciencias, librado por una Universidad alemana al Sr. Hermann Schnecker, natural de Kœnigsberg, cuya filiación, muy detallada, no dejaba ninguna duda acerca de la autenticidad del personaje.

Aquel descubrimiento había producido en el comandante Lacrosse una penosa impresión.

El hombre que se había hecho recomendar á Keralio por muchas notabilidades de Francia é Inglaterra, que se había alistado entre los miembros de la expedición en calidad de alsaciano, había usurpado aquel título. Era un alemán, ó mejor dicho, un prusiano.

El capitán Lacrosse se propuso esclarecer aquel misterio.

No tardó en presentarse ocasión favorable.

La *Estrella Polar* había empezado sus trabajos de invernada, y desde 1.º de agosto el capitán puso en vigor el reglamento ordinario de invierno. En lugar de levantar una casa, se vivía á bordo, lo que ofrecía ventajas desde el punto de vista del gasto de combustible.

Se lograba además con ello que no resultara tan pesado el servicio de vigilancia de noche y día, pues habiendo más hombres, no tocarían tan á menudo las guardias.

Quedó convenido que las guardias serían de dos horas, exceptuando durante los días de gran frío.

Entonces los hombres velarían solamente una hora y de dos en dos.

Una noche, el marinero canadiense Gaoudoux quedó espantado por una extraña aparición.

El cielo estaba límpido y las tinieblas no debían durar más que un par de horas; pero desde que hubo desaparecido el sol del horizonte, la luna no dejó pasar sus rayos sino á través de una de esas heladas nieblas que los ingleses llaman *frost rime*, que no se levantan á más de veinte metros sobre el suelo.

Aquella misma niebla se volvía invisible cuando cada una de las moléculas de aire helado se convertía en una lente de inconmensurable poder para agrandar los objetos.

Gaoudoux, de pie en la popa, paseaba á su alrededor una mirada distraída, pues no había que temer por entonces nada de los hielos exteriores, que no estaban soldados y que eran poco gruesos. El comandante había impuesto aquellas guardias de noche para acostumbrar á los tripulantes á los rudos servicios del invierno.

Aquella guardia era, pues, de pura precaución, ya que no había que temer riesgos del exterior y que la *Estrella Polar* se hallaba perfectamente abrigada por los acantilados de la Rada Larga.

¡Cuál no sería, pues, el terror y la sorpresa del marinero al ver que surgía del campo de hielo la silueta de un gigante de proporciones apocalípticas!

El terror sobrecogió á Gaoudoux y le dejó paralizado por un momento.

El ser que veía era sobrenatural á no dudarlo, pues tenía á lo menos seis metros de altura. La luna lo dibujaba claramente sobre el fondo obscuro de la bruma.

El marino, alarmado, lanzó un grito, al cual el teniente Hardy se apresuró á contestar.

Bastó á éste una sola mirada para comprender que la fantástica aparición no era sino un efecto de óptica producido por la refracción de los rayos á través de la bruma.

Pero al mismo tiempo, y por otro motivo, el oficial concibió cierta inquietud.

¿Quién era aquel hombre que corría á tal hora sobre el campo de hielo?

Cogió la bocina y llamó al misterioso fantasma, que, en vez de contestar, pareció querer sustraerse á la atención de que era objeto, y pudo verse cómo decrecía su espectro hasta que se perdió entre la trama espesa de la niebla.

El teniente se armó de un sable y de un revólver, y seguido de dos marineros, también armados, se lanzó en persecución del fugitivo.

Este, dejando que sus perseguidores se extraviaran siguiendo una pista falsa, y ocultándose entre los témpanos y arrastrándose materialmente, llegó al buque, donde penetró por la proa. Allí, empujando sin ruido una de las escotillas, ganó el departamento de los oficiales y cerró la puerta tras de sí.

Durante aquel tiempo Hardy y sus compañeros buscaban en vano entre el hielo. A bordo el incidente era ya conocido y todos habían subido sobre cubierta esperando la vuelta del teniente. El comandante Lacrosse no había dado importancia á ello y se había contentado con decir:

–¡Bah, todavía están fuera los Sres. Lesieur, Schnecker y un marinero que han ido á hacer observaciones al Norte de la rada. Uno de ellos es indudablemente el que hemos advertido, y la distancia, demasiado grande, no le habrá dejado oir nuestro llamamiento.

Lo que parecía confirmar aquella opinión fué que el fenómeno se renovó á la vuelta de Hardy y de los dos marineros. No se vió un solo gigante, sino tres.

El comandante Lacrosse los llamó con la bocina.

–¿Sois vos, Hardy?, preguntó.

–Sí, somos nosotros, contestó la voz clara y distinta del teniente.

Cuando llegaron éstos á bordo, no habiendo encontrado á nadie, fué preciso confesarse que si la aparición se había desvanecido, no era á causa de no

haber oído la voz, pues á una distancia superior, el oficial y sus dos compañeros habían percibido claramente las menores vibraciones de las palabras del comandante Lacrosse.

Este no demostró la turbación que aquel descubrimiento le causaba. Para combatir la especie de terror supersticioso que aquel acontecimiento había hecho nacer, mandó distribuir una ración de aguardiente, y á pesar de que el frío era intenso redobló las precauciones de vigilancia haciendo montar dobles guardias sobre cubierta.

Después de lo cual bajó de nuevo á su camarote para descansar.

Hacía apenas un cuarto de hora que estaba allí, cuando llamó su atención un ruido singular y continuo que parecía venir de la bodega y semejante al silbido que lanza un gas cuando se escapa por una espita.

Lacrosse, que ya estaba acostado, se levantó con sobresalto y escuchó. Más y más alarmado, abandonó su camarote y corrió hacia las máquinas, donde estaba instalado el gasómetro con su caldera de dilatación. Pensaba que quizá alguno de los maquinistas utilizaba la caldera para algún servicio particular.

Muy pronto vió que no había nada de aquello. Ni el vapor rugía en las calderas, ni los fuegos estaban encendidos, pues solamente ardían dos horas cada día á fin de que el hielo no estropeara los recipientes y tubos.

La calefacción se hacía por medio de carbón, como de costumbre, pues Schnecker, de acuerdo con los oficiales, había creído conveniente reservar el hidrógeno para la época de los grandes fríos.

¿De dónde procedía, pues, aquel rumor insólito?

Sin demostrar su aprensión, que venía corroborada por los incidentes anteriores, el comandante llamó á Hardy y le dijo lacónicamente:

– ¡Escuchad!

El teniente escuchó y percibió aquel extraño ruido.

Los dos oficiales volvieron hacia sus cámaras, cuando un incidente insignificante les indicó la pista verdadera.

De repente Hardy tropezó á consecuencia de haberse enredado el pie en la alfombra que cubría el suelo. Se enderezó, masculando una maldición, y encendió una lámpara para reconocer la causa del tropiezo.

Entonces advirtieron que la alfombra estaba levantada y que debajo de ella, una trampa que daba acceso á la cala, estaba mal cerrada.

Era evidente que alguien la había abierto y que quizá estaba todavía allí dentro. Una sospecha acudió al comandante, que dijo á su compañero:

– Hardy, ¿queréis llamar á dos hombres? Haremos que bajen ahí.

¿Comprendió Hardy la intención del capitán? El caso es que en seguida llamó á los marineros y les indicó que pene traran por la escotilla.

Los dos marinos, obedeciendo lo que se les mandaba, se deslizaron sin ruido por la estrecha abertura, y saltando en silencio por sobre los fardos que allí se amontonaban, se esforzaron á través de las tinieblas en llegar hasta el centro del navío, donde se abría la gran escotilla cuadrada de carga y descarga.

Allí, el ruido que había despertado las sospechas del comandante se oía más fuerte; era un silbido continuo y penetrante, acerca del cual no tuvieron ninguna duda.

– Es el gas que se escapa, murmuró Gaoudoux al oído de su compañero.

Este, en vez de contestar, le dijo:

– ¿Oyes?

– Sí, parece que mueven las cajas de metal.

Y el ruido se repitió, patentizando que alguien andaba hacia proa.

Gaoudoux buscaba las cerillas que tenía en el bolsillo, cuando su compañero le dijo:

– ¿Quieres que vuele el buque?

El otro comprendió, quedando helado de espanto.

Entonces, sin importarles ya nada el ruido que pudieran hacer, se lanzaron, tapándose la boca con un pañuelo, pues la atmósfera se llenaba de gases deletéreos, en pos del que andaba por allí. Sus ojos, acostumbrados á la obscuridad, advirtieron una sombra que trataba de ocultarse.

Entonces, seguros ya de que tenían que habérselas con un hombre y no con una sombra, los dos marineros corrieron en seguimiento del misterioso y peligroso investigador.

En tanto que Gaoudoux, comprendiendo la inminencia del peligro, corría hacia el tubo del cual se escapaba el gas y cerraba la espita, cesando entonces el ruido, su compañero perseguía al intruso.

Cuando ya extendía la mano para cogerlo, se escurrió entre él y la pared y huyó por el mismo camino por donde vinieron los marinos.

Estos siguieron la caza sabiendo que sólo había abierta la salida donde les esperaban el comandante y el teniente, los cuales no dejarían escapar al desconocido.

Esto fué lo que sucedió.

Al oir rumor de pasos precipitados, los dos oficiales, comprendiéndose con una mirada, cerraron la trampa y dejaron que el intruso saliera por allí como las figuras de las cajas de resorte.

No tuvieron que esperar mucho.

Dos manos se pusieron sobre los bordes de la escotilla y luego apareció una cabeza. Finalmente un hombre salió del agujero con el traje manchado de polvo y de alquitrán y el rostro azulado por un principio de asfixia. Antes que hubiese podido alcanzar la puerta, Hardy y Lacrosse le cogieron, impidiéndole toda resistencia

El comandante de la *Estrella Polar* no pronunció una sola palabra. Lo que había sucedido lo tenía previsto desde hacía mucho tiempo. Pero el teniente Hardy, que no sospechaba, no pudo por menos que lanzar una exclamación de sorpresa:

– ¡Cómo! ¿Sois vos, Sr. Schnecker? ¿Qué diantre hacíais abajo?

El químico estaba desconcertado, pero la exclamación del teniente le volvió su presencia de ánimo.

Trató de echar la cosa á broma, y prorrumpiendo en risa, dijo:

– ¡Pardiez! ¡Señores, podéis alabaros de haberme hecho pasar un miedo atroz!

– ¿Por qué... miedo?, repitió Hardy más y más extrañado.

El comandante Lacrosse intervino bruscamente.

– ¿Qué hacíais en la cala á esta hora, Sr. Sechnecker?, preguntó con rudeza.

El químico había tenido tiempo de preparar su defensa y contestó:

– Había bajado para cerrar la espita de uno ó dos tubos de hidrógeno, de los que había oído que se escapaba el gas hace un instante.

La excusa era plausible; la conducta del químico quedaba explicada. Había oído antes que el mismo Lacrosse el ruido del gas y no había vacilado en bajar á la cala para salvar á la tripulación de una muerte horrorosa. Si esto era verdad, no debían hacérsele cargos, sino tributársele elogios.

El comandante Lacrosse se sintió un instante muy perplejo, pues no sabía qué conducta seguir ni qué actitud guardar delante de aquel hombre injustamente sospechoso.

Pero en aquel mismo momento Gaoudoux y su camarada salían de la escotilla.

Al verlos el alemán cambió de color y su rostro se contrajo. Todos observaron entonces aquel inexplicable cambio de expresión; pero entre ellos había tres que no sabían de lo que se trataba, y por lo tanto, miraban alternativamente á su comandante y á Schnecker, sin comprender nada de lo que pasaba.

Lacrosse indicó con un signo á Gaoudoux que contestara él, y con voz bronca formuló esta pregunta:

– ¿Qué habéis observado en la cala?

La respuesta de los dos marineros fué idéntica y espontánea. Habían oído ruido y visto moverse una sombra. En tanto que Gaoudoux cerraba el tubo de gas, su compañero perseguía al desconocido, y éste resultaba ser el químico Schenecker.

Pero al mismo tiempo los dos parecieron confusos del resultado obtenido.

Era visible que ninguna sospecha sentían por su parte de aquel personaje y que ni siquiera les habría ocurrido pensar nunca que pudiera ser un traidor.

El comandante Lacrosse comprendió que las pruebas morales que poseía no eran sino presunciones, sin que tuviera pruebas materiales.

Entonces le vinieron más que nunca á la memoria las palabras y sospechas de Huberto, y creyendo leer en la fisonomía del alemán signos de alegría y triunfo, despidió á los marineros.

Dirigiéndose á Gaoudoux le dijo:

– Quédate aquí cerca. A la primera palabra entra.

Luego, deteniendo con un gesto al teniente, que se disponía á salir:

– Quedaos, Hardy, dijo; os necesito.

Su tono revestía tal gravedad que por tercera vez se turbó el químico.

El comandante le había señalado una silla rogándole que se sentara.

La conversación que siguió fué breve, pero tremenda.

Bernardo Lacrosse fué derecho al bulto. Empezó así:

– Sr. Schnecker, podéis consideraros dichoso de que no os mande fusilar ahora mismo; pero tengo interés en deciros que sólo es cuestión de tiempo el hacerlo.

Había pronunciado aquellas palabras mirando al químico con mirada firme, clara y fría como una hoja de acero. El químico se puso lívido, y el teniente Hardy se estremeció y palideció también. Diálogo por tal modo empezado no prometía acabar bien. Sin embargo, el joven oficial no se apresuró á juzgar á su jefe.

Bernardo Lacrosse, conservando su calma, prosiguió:

– Vuestra declaración contiene una contradicción manifiesta. Acabáis de decir hace un momento que habéis bajado á la bodega para cerrar los tubos de los cuales se escapaba gas, y mis dos marineros acaban de decirme que esos tubos estaban todavía abiertos. Además, habéis huído al aproximarse ellos, y esto prueba que no eran buenas vuestras intenciones. A decir verdad, debo añadir que hace tiempo os vigilo y que tengo mis razones para obrar así. De vuestra respuesta va á depender la opinión que formaré de vos definitivamente.

El miserable había reaccionado todavía contra la sorpresa de aquella declaración. Miró con descaro al comandante y contestó cruzándose de brazos:

– Sois el amo á bordo, caballero; interrogad, pues.

Lacrosse se volvió hacia el teniente y dijo:

– Hardy, sois el único testigo de esta escena, pero sois hombre de honor y buen francés. Vuestro testimonio me basta. ¿Queréis servirme de secretario por un momento?

El comandante no podía haber hecho mejor elección, puesto que Hardy era un modelo de honor y de lealtad.

Tomó una pluma y papel, y transcribió el corto interrogatorio que sigue:

– Sr. Schnecker, estáis inscrito á bordo en calidad de químico de la expedición. Haced el favor de decirnos vuestro nombre y títulos.

– Que no quede por eso, gruñó el alemán. Me llamo Hermann Schnecker, he nacido en Mulhouse y he hecho mi carrera en la Universidad de París.

– ¿Tenéis algún diploma de los vuestros aquí?

– No. Los he dejado en París, ya que no me pareció necesario traérmelos. Por otra parte, los servicios que he prestado á la expedición son las más seguras garantías de mi ciencia.

Lacrosse no pudo contener un movimiento brusco.

– No se trata aquí de vuestra ciencia, dijo. Si reclamo vuestros títulos es con otro objeto. ¿Podéis enseñármelos, sí ó no?

– No; os repito que los he dejado en mi casa de París.

– En este caso no extrañéis que hasta nueva orden, yo, por mi parte, crea que sois Hermann Schnecker, súbdito alemán, nacido en Koenigsberg, doctor por la Universidad de Dresde.

El golpe era rudo. El químico, muy pálido, se levantó queriendo protestar.

– He aquí la prueba de lo que digo, añadió el comandante de la *Estrella Polar*, enseñando al teniente Hardy el documento encontrado por él en el laboratorio.

– Caballero, exclamó Schnecker, esto es un abuso inicuo de poder.

Lacrosse, impasible, replicó:

– Acabáis de reconocer hace un momento que soy el amo á bordo. En consecuencia, y aun cuando ignoro los motivos que han podido incitaros á ello, os acuso de haber atentado á la seguridad de la tripulación y al buen éxito de la expedición, echando á perder nuestra reserva de hidrógeno líquido. No quiero decidir de vuestra suerte antes de la vuelta del señor de Keralio, que es el jefe de la expedición; pero desde ahora decido que quedéis arrestado en vuestro cuarto bajo la vigilancia de un marinero, y que no salgáis sino por orden mía ó de algún oficial de la *Estrella Polar*.

Y dejando que el traidor protestara cuanto quisiera, el comandante llamó con la bocina.

Un minuto después, entregaba á Gaoudoux un revólver cargado, é indicándole al químico, dijo:

– Vas á conducir al señor á su camarote; que no salga de allí á no ser por orden mía. Y si hace cualquier tentativa de rebelión ó de violencia, mátalo. ¡Vé!

El alemán salió con los dientes apretados, y cerrados los puños, echando al impasible canadiense una mirada de furiosa cólera y de odio implacable.

XI

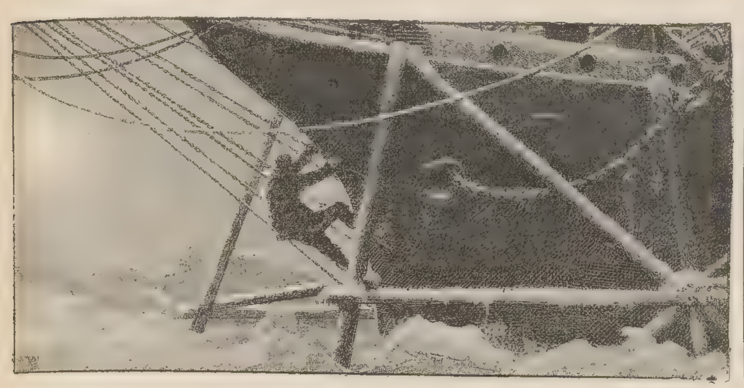
EMPAREDADOS

A través del campo de hielo, cada día más compacto, Isabel y Huberto, junto con sus compañeros, seguían entretanto su camino en pos de los viajeros que no volvían.

La llanura erizada de témpanos enormes se extendía muda y desolada ante su paso, dificultando su

marcha. Empezaban á sufrir cruelmente y les asaltaban súbitos desfallecimientos. Pero haciendo un esfuerzo para no demostrarlos, guardaban todos silencio, y aquel silencio era más elocuente que una queja.

Diez veces ya, desde su salida del navío, habían sufrido la violencia de terribles borrascas; y el camino se alargaba en su sombría monotonía, y el cielo, siempre gris, parecía un sudario inmenso que envolviera la tierra.



Ocultándose entre los témpanos y arrastrándose materialmente, llegó al buque, donde penetró por la proa

Nada anunciaba la proximidad de aquel muro de hielo que d'Ermont y Schnecker no pudieron salvar con ayuda de su globo. ¿Había cambiado de sitio, se había disgregado, ó era sólo una alucinación que habían tenido los dos hombres, víctimas del vértigo de los hielos?

Aquella pregunta flotaba continuamente en el ánimo de Isabel, y á pesar de la energía sobrehumana que la sostenía, no podía por menos de sentir honda desesperación. Acababan ya los últimos días de agosto, y no se había logrado más que durante los primeros.

Bruscamente, en la mañana del 26, los viajeros tuvieron una sorpresa.

Acababan de tomar la altura de aquel punto: 87°, 44'. El firmamento, envuelto en espesa bruma, les pareció, sin embargo, más claro y más alto que de costumbre. El viento, muy fuerte durante la noche, había cesado, y una calma insólita, inexplicable, reinaba en la atmósfera. Al propio tiempo, y por uno de esos caprichos extraños, á los cuales ya todo el mundo se había acostumbrado, el mercurio subía dentro de su tubo de cristal, que en aquel momento sólo marcaba 12 grados bajo cero.

De repente, sin que nada dejara presentir tal cambio, la cortina de vapores se rasgó de alto á abajo. El sol, que no había brillado desde hacía una semana, apareció espléndido y sus destellos tiñeron de oro la superficie del pack. Los hielos azulados fulguraron parecidos á gigantescos diamantes, y de un extremo á otro de la helada llanura todo irradió luz, todo brilló despidiendo claridad incomparable.

Isabel no pudo contener un grito de admiración.

–¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso!, repitió muchas veces.

Sus ojos, un momento deslumbrados, se acostumbraron á la magnificencia del espectáculo. Los exploradores podían medir con su vista toda la extensión del campo que pisaban. A menos de una milla, el hielo, cortado á pico, dejaba sitio á una extensión de agua azul, tornasolada de oro, que le formaba como una especie de franja, sobre la cual resaltaba más la blancura inmaculada del pack.

–¡El mar!, exclamó Isabel. ¡El mar libre, enteramente libre!

Al oir aquel grito, acudió Huberto d'Ermont, seguido de los demás viajeros.

Era efectivamente el mar, una masa tan líquida, tan movida, que viéndola nadie hubiera imaginado que pudiese hallarse en aquella latitud.

–¡Sí, el mar, exclamó Huberto; pero después del mar el cinturón de hielo!

Y mostraba con su índice el horizonte.

Allí aparecía otra línea blanca que no podía confundirse de ninguna manera con el firmamento, pues en aquella hora, y rechazando los rayos del sol, brillaba con tal intensidad, que la mirada no podía fijarse en ella.

Los viajeros sabían á qué atenerse. No, d'Ermont y Schnecker no se habían engañado. No, no habían sido juguetes de una alucinación. Habían visto con sus propios ojos aquella muralla paleocrística, aquel muro virgen del cual el polo se ceñía para rechazar las tentativas atrevidas de los mortales. Tal como aparecía entonces, confirmaba lo que de él habían dicho sus primeros descubridores.

Ante aquel aspecto, todos los ánimos se reanimaron, y abandonando los trineos y el campamento, se lanzaron hacia las orillas de aquel océano misterioso que, bajo aquella claridad deslumbradora, les parecía ser efecto de un espejismo.

Pronto lo hubieron alcanzado, y después de recorrer dos kilómetros, hundían sus manos en el agua helada, que les parecía más templada, después de sentir requemada su piel por aquellas temperaturas verdaderamente insoportables.

¡Ay! Sólo fué una alegría momentánea, pues el temor acababa de renacer.

No habiendo encontrado al Sr. de Keralio en el trayecto que acababan de recorrer, ¿cómo era posible esperar alcanzarlo después? ¿No estaban ya en los mismos límites del globo?

Una tristeza horrible se apoderó de todos, llenándoles de angustia, y fué también Isabel la que primera reaccionó.

Se dirigió á sus compañeros:

–Señores, dijo, me parece cierto esta vez que mi padre y sus dos compañeros han realizado su proyecto y han coronado triunfalmente su tentativa.

Huberto la miró sorprendido.

–¿En qué os fundáis para hablar así?, preguntó.

–Es muy sencillo. Estamos junto al mar libre y tenemos ante nosotros la muralla de hielo que no habéis podido salvar en globo el Sr. Schecker ni vos. ¿No se ha llevado mi padre el barco submarino?

–Todo es exacto; pero no comprendo dónde queréis ir á parar.

–Veamos, continuó Isabel. ¿No indica esto que la expedición submarina ha sido feliz? A no ser por eso, á falta de los viajeros que buscamos hallaríamos por lo menos el barco submarino.

–Es verdad, dijeron sus compañeros rindiéndose á la evidencia.

Sin embargo, Huberto pensó que aquello podía probar que los viajeros se habían sumergido bajo las olas para probar de pasar bajo el muro de hielo permanente; pero que nada indicaba que hubiesen vuelto.

Se esforzó para alejar de su ánimo aquellas previsiones dolorosas, y asintiendo á las palabras de su prima dió la orden de levantar la tienda en el punto á que se había llegado á fin de estar allí el mayor tiempo posible en espera de los viajeros.

Entretanto se visitarían los alrededores y se estudiaría la configuración de aquellos raros parajes.

Aquel plan fué adoptado y se siguió al pie de la letra.

La jornada del 27 fué tan hermosa como la anterior, pero el termómetro marcó 20° bajo cero. El primer cuidado de los viajeros fué correr hacia la orilla para ver el estado del mar.

Las olas se movían libremente y ni la menor cristalización empañaba la superficie. El estupor de Huberto fué muy grande viendo que á quince pies de profundidad, el termómetro subía hasta 4.°, temperatura normal del agua.

El mar del polo no sufría, pues, la acción del hielo de los alrededores

Entonces, más que nunca, los viajeros sintieron el deseo de salvar aquella barrera de hielos y penetrar en el polo misterioso que latía detrás de la formidable muralla de icebergs.

Emprendieron de nuevo la marcha, pero circularmente esta vez, siguiendo una paralela al Océano paleocrístico. En todas partes vieron las mismas grietas que poco á poco habían sido desgastadas en sus bordes por la acción de las aguas. Aquí y allá el pack, de un espesor que variaba entre 12 y 18 metros, se hallaba hendido por grietas estrechas que se podían saltar á pies juntos. Pero desde luego se veía que bajo la acción de las tempestades del Sud podía aquella masa dislocarse en témpanos enormes y dejar paso entre sus vastos canales para la marcha del gran navío.

Nares tenía, pues, razón desde su punto de vista y Lockwood también, afirmando el primero que el mar libre es un mito, y asegurando el segundo, después de su viaje de 1883, que había visto el mar libre azotando las costas septentrionales de la Groenlandia.

Resumiendo la impresión de todos, Huberto d'Ermont pensó que la acción del frío, variando con los años y con las estaciones, debía ejercerse sobre todos los puntos del Océano, y que la zona libre que estaba ante ellos debía su inmunidad á alguna corriente caliente que pasaba bajo el mismo polo.

No había que vacilar. Huberto dió la orden de botar al mar una chalupa y se embarcó en compañía del teniente Pol. Izaron las velas y se dejaron llevar por una brisa sudoeste.

Eran las diez de la mañana cuando partieron, y á las once de la noche estaban de vuelta, cuando el sol se hundía en el horizonte Sud. Habían recorrido 16 millas antes de alcanzar los acantilados de hielo.

Allí su curiosidad había sido despertada muy pronto por lo raro de aquellos acantilados que les parecieron más bien colocados sobre un zócalo de granito que inmergidos en el Océano. Pronto salieron de dudas.

El enorme muro paleocrístico no tenía ningún contacto con el agua; reposaba sobre una especie de acantilado de granito que se hundía en las profundidades del mar. Esta observación la hicieron atravesando, merced á un bote, el brazo de mar que les separaba de aquel muro, y echando la sonda se vió que á 225 brazas no se encontraba fondo todavía.

Desde entonces todo quedaba explicado. La masa oceánica que separa el polo de las tierras más cercanas, rueda en volutas prodigiosas de aguas templadas por una corriente subterránea ó por la acción latente de un foco de ignición desconocido. El frío no ejerce acción sobre ella en aquellos niveles, y solamente la superficie sensible á la temperatura exterior sufre la influencia de los grandes descensos termométricos.

D'Ermont y Pol dedujeron de ello que el polo debía hallarse en una gran isla enteramente cubierta de hielo. Era preciso renunciar por entonces á llegar hasta él, puesto que la barrera de monstruosos carámbanos no contenía ninguna grieta ni asperidad que facilitara el paso ni siquiera el escalamiento.

Cuando volvieron encontraron á los demás hombres desesperados.

Había sobrevenido un incidente de la mayor importancia.

La señorita de Keralio había desaparecido.

Guerbraz, profundamente conmovido, explicó á Huberto cuanto sucediera.

Cuando partió la chalupa para ir á explorar la muralla de hielo, los hombres restantes habían marchado hacia el Este. Habían llegado sin dificultad hasta el sitio en que los témpanos se multiplican con una frecuencia sólo comparable á la que tienen los montículos de tierra pulverizada que denuncian la frecuencia de hormigueros. Algunos de estos montículos tenían una altura extraordinaria llegando hasta 20 ó 30 metros de elevación. Se habían salvado algunos y los exploradores iban á volver ya fatigados al sitio de partida, cuando de repente Guerbraz encontró una botella que yacía sobre el hielo.



(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UN BUQUE DE GUERRA AMERICANO CON ESPOLÓN

Los Estados Unidos son, que sepamos, la única potencia marítima que ha botado al agua un buque exclusivamente de espolón: este buque, que es el que

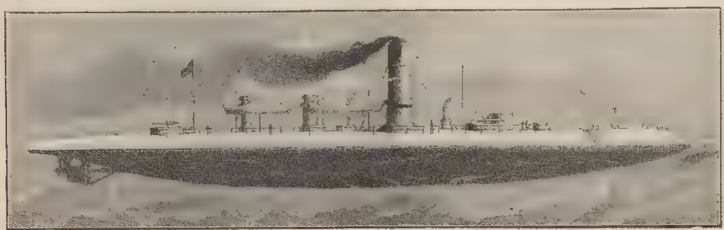


Fig. 1. El *Katahdin*, buque de guerra americano con espolón

reproduce la figura 1, se llama *Katahdin*, nombre de la montaña más alta del Estado del Maine. El *Katahdin* es un acorazado con dos hélices que, aparte del espolón, no lleva otras armas que cuatro cañones de tiro rápido para defenderse de los ataques de los torpedos: tiene 75 metros de eslora y 12'45 de manga en la línea de flotación, y su desplazamiento, cuando va enteramente cargado, es de 2.155 toneladas.

Su cubierta, en forma de concha de tortuga, se compone de planchas de acero de 15 centímetros de grueso.

Lo más singular de este buque es la forma de la parte de él que va dentro del agua, que por delante y por detrás es plana y cuyas paredes, como indica la fig. 3, son marcadamente inclinadas.

El casco del buque es naturalmente doble y el espacio intermedio está dividido por medio de paredes transversales en un gran número de celdas impermeables.

Lo que más dificultades ha ofrecido en la construcción del buque ha sido, como se comprenderá, el espolón, cuya sección longitudinal representa la fig. 2 El espolón es de acero colado y está unido al casco del buque de tal manera que la sacudida causada por el choque que ha de producir se distribuye por todo el barco: este choque, dada la velocidad de 17 nudos por hora que tiene el buque, equivale al de un martinete de vapor de 2.000 toneladas moviéndose con igual velocidad.

Como fuerza impulsiva lleva el buque dos máquinas de triple expansión con una fuerza total de 4.800 caballos.

El *Scientific American*, de donde tomamos los anteriores datos, no dice cuál es el objeto de las dos especies de chimeneas que se alzan detrás de la chimenea principal.

Los hombres peritos en materias navales no podrán menos de extrañar probablemente que los Estados Unidos hayan construído un buque de esta clase, pues el espolón es un arma de dos filos que puede volverse contra el mismo que la usa: en efecto, si inmediatamente después de haber clavado el espo-

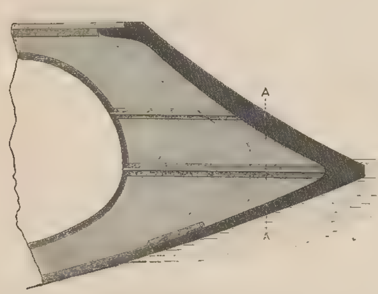


Fig. 2. Sección longitudinal del espolón del *Katahdin*

lón no retrocede rápidamente el buque que lo clava, como es muy posible, corre peligro el agresor de hundirse en el mar con el agredido.

(Del *Prometheus*)

LA TERMOGÉNESIS DE LOS ANIMALES INVERNANTES

En el congreso recientemente celebrado en Besanzón por la Asociación francesa para el progreso de las ciencias, M. Rafael Dubois, profesor de la Facultad de Lyón, ha dado cuenta de sus interesantes estudios sobre la termogénesis de los animales invernantes, que demuestran la importancia de la fisiología comparada en el estudio de la calorificación animal. Una marmota puede, en dos ó tres horas, elevar la temperatura de su cuerpo 30 ó más grados, gracias á una acción nerviosa refleja cuyo punto de partida está en el tubo digestivo y en los órganos ordinarios cuando el despertar es espontáneo. Merced á numerosas vivisecciones practicadas en marmotas dormidas, M. Dubois ha podido reconocer los trayectos centrípeto y centrífugo y los centros en donde se produce el reflejo calorígeno.

La excitación centrípeta recorre la medula por los cordones posteriores; pero si se practica una sección completa de la medula al nivel de la primera vérte-

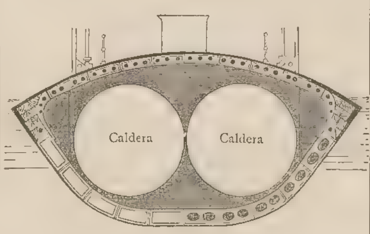


Fig. 3. Sección vertical del *Katahdin*

bra dorsal, se dificulta muchísimo la calorificación automática, que se imposibilita en absoluto si la sección se hace al nivel de la cuarta vértebra cervical, á partir de la cual todas las secciones completas del eje cerebro-espinal producen el mismo efecto. Lo propio sucede cuando se practica por el método de Goltz, es decir, con un chorro de agua, la destrucción de las capas corticales de los hemisferios cerebrales, en cual caso el animal no puede calentarse automáticamente, se *olvida* de producir calor, como los mamíferos y las aves se olvidan de alimentarse y de moverse si se les priva de la substancia gris de los hemisferios.

La vía descendente del reflejo calorificador está en el eje gris de la medula y en el sistema gran simpático: la extirpación de los ganglios semilunares dificulta la calefacción modificando el funcionamiento de los órganos glandulares viscerales y especialmente el del hígado, órgano que M. Dubois considera como foco principal donde se produce el calor destinado á ser luego distribuído en el organismo por medio de la sangre. Mediante exploraciones directas hechas con el termómetro y las agujas termo-eléctricas y mediante ligaduras, ora de los vasos que llevan la sangre al hígado, ora de los que la recogen de éste, M. Dubois demuestra claramente el papel calorificador que desempeña la glándula hepática, papel que en los demás mamíferos es muy difícil evidenciar. La llegada de sangre más caliente al corazón aumenta la actividad del músculo cardíaco cuyos latidos se aceleran porque funciona como un músculo termosistáltico.

M. Dubois prueba experimentalmente que se ha atribuído al mecanismo respiratorio un papel demasiado importante en la generación del calórico: en efecto, si se corta la medula de una marmota dormida al nivel de la cuarta vértebra cervical ó del bulbo, es imposible elevar la temperatura del animal por medio de la respiración artificial, por muy acelerada que ésta sea.

La tonicidad muscular, que algunos suponen de acción muy importante en la producción del calor animal, no interviene en ésta, al decir de M. Dubois, sino de una manera accesoria. En una marmota muy amodorrada todos los músculos flexores se encuentran en un estado de semi-contracción, lo que hace que el animal esté hecho una bola durante el sueño invernal, y sin embargo, su temperatura no excede más que en algunas décimas de la del medio ambiente. Además, la poca importancia de la tonicidad muscular en la calorificación animal puede demostrarse por medio de un experimento de resultado indiscutible: si se le corta á un conejo la medula al nivel de la cuarta vértebra cervical, se enfría rápidamente porque se encuentra en un estado análogo al del invernante, y sin embargo, la tonicidad muscular es exagerada y aun á veces hay verdaderas contracciones musculares. Si en otro conejo se suprime completamente la tonicidad muscular destruyendo la medula desde la cuarta vértebra cervical hasta su parte terminal, el animal se enfría como el anterior y aun algo menos de prisa. Este resultado no depende en manera alguna de que uno de los animales irradie menos calor que el otro, sino de que ni uno ni otro producen calor bastante para luchar contra el enfriamiento, y esto puede demostrarse introduciendo á los conejos, objeto del experimento, en el calorímetro diferencial de d' Arsonval.

M. Dubois rechaza también la teoría del calentamiento por el calofrío: cierto que se producen contracciones fibrilares en algunos músculos de la marmota que está en vías de calentamiento automático, pero esas contracciones son efecto y no causa del mismo. Los calofríos musculares se presentan muy marcados en los músculos maseterinos, muy desarrollados en la marmota, pero se les puede hacer cesar inmediatamente en un lado comprimiendo la carótida correspondiente: en este caso continúan en el lado opuesto. En los animales recién muertos pueden provocarse estos calofríos musculares inyectando aceite caliente en la carótida ó aplicando sobre el músculo una ampolleta de cristal llena de agua caliente.

Esas consideraciones y otras muchas que sería largo exponer, mueven á M. Dubois á deducir que el calor animal en el estado estático, es principalmente de origen glandular, que el hígado es el órgano termógeno y que se equivocan los que atribuyen al calofrío y á la tonicidad muscular un papel importante en el calentamiento ó en la lucha contra el enfriamiento.

M. Dubois añade que el calor que se produce durante el trabajo muscular no debe ser considerado como una pérdida de energía comparable con la que resulta del roce en las máquinas: la elevación de la temperatura del músculo es una necesidad de su funcionamiento, como lo prueba el hecho de que no puede funcionar en cuanto este calor le falta.

Estos experimentos ingeniosos modifican notablemente las ideas admitidas sobre el origen y el papel del calor, aclaran mucho algunos puntos de la termogenesia animal y hacen dar un gran paso á esa cuestión fisiológica que tantos atractivos ofrece al hombre de ciencia y que ha sido objeto de tantas controversias.

A. Menegaux

(De *La Nature*)

* * *

EL TELAUTÓGRAFO

El profesor E. Gray acaba de inventar un instrumento al cual ha dado este nombre.

Hemos visto el aparato funcionando en en las oficinas que la compañía fabricante tiene en Nueva York. Es una verdadera maravilla por la exactitud con que el receptor reproduce automática y simultáneamente todas las letras, rayas y signos que traza el lápiz sobre el papel. Se han hecho ya ensayos con un circuito de 40 millas de longitud y el resultado ha sido completamente satisfactorio.

Sentimos no poder hacer una descripción del mecanismo interior del aparato, porque el privilegio de examinarlo nos fué negado, lo mismo que á todos los demás que manifestaron ese deseo: diremos sólo que es una especie de teléfono ó telégrafo que en vez de la palabra hablada ó signos convencionales transmite á grande distancia el autógrafo de cualquiera persona con todos sus puntos, sus comas, rayas ó diseño de una casa ó cualquiera otro trabajo de pluma. Decimos con igual facilidad, dando á entender que el aparato hace lo mismo la transmisión de lo uno que de lo otro; mas para transmitir un retrato ó un diseño precisa desde luego que la persona que haga la transmisión sepa dibujar, reproduciendo con un estilete en una hoja de papel la figura que se le ponga de modelo.

La estructura del telautógrafo es muy sencilla. Se compone de un transmisor y de un receptor y cualquier cosa que se escribe en el primero se reproduce automáticamente en el segundo.

Signos arbitrarios, dibujos, diagramas, números, tablas numéricas y notas taquigrafiadas, todo se transmite lo mismo.

El que hace la transmisión se queda con una copia y el receptor recibe un duplicado exacto de ella.

El transmisor es un estilete de pizarra ó un lápiz ordinario que tiene cerca de la punta dos hilos de seda atados de modo que forman un ángulo recto. Las otras dos puntas de los hilos están unidas al aparato, siguen los movimientos del lápiz y regulan el impulso de la corriente que gobierna el lápiz automático que está colocado en la estación que forma el otro extremo de la línea.



Bajo relieve del *Monumento de la Victoria* que publicamos en la pág. 664, obra de Lormier

Se usa papel ordinario de cinco pulgadas de ancho puesto en la máquina en forma de rollo.

A la izquierda del papel hay una palanquita que se mueve á mano y hace que se vaya desenrollando para que avance poco á poco, pero de una manera continua, en el transmisor. Un tubo de vidrio capilar puesto en la unión que forman dos brazos de aluminio constituye la pluma receptora, la cual se moja con la tinta que baja por un tubo de goma colocado en uno de estos brazos.

Los impulsos eléctricos que vienen por el alambre de la línea hacen que la pluma del receptor siga todos los movimientos que la mano del remitente imprime al lápiz con que escribe á varias millas de distancia.

La pluma, al pasar sobre el papel, va dejando un rastro de tinta que no es sino el facsímile de la palabra del dibujo trazado por el lápiz.

El telautógrafo tiene sobre el telégrafo la ventaja de que lo puede usar cualquiera sin haber hecho los estudios especiales que necesita el telegrafista; sobre el teléfono tiene la de que no necesita que haya una persona que esté siempre pendiente de responder á la llamada, sino que el mensaje queda escrito en letra clara y legible sobre el papel del receptor y puede leerse á cualquier hora del mismo día ó varios días después.

La rapidez con que se mandan los mensajes depende de la rapidez con que escribe la persona que lo usa. El promedio es de 20 á 30 palabras por minuto.

(De la *Ilustración Norteamericana*)

EL MONUMENTO DE LA VICTORIA

recientemente inaugurado en Dunkerque

El día 10 de septiembre último inauguróse en Dunkerque un monumento que los habitantes de aquella ciudad designan con el nombre de monumento de la Victoria y que está destinado á perpetuar el recuerdo de la heroica defensa contra los ingleses que al mando del duque de York pusieron sitio á la plaza en 1793.

He aquí algunos párrafos referentes á este hecho memorable que tomamos de la *Historia de la Revolución francesa* de M. Thiers:

«Mientras que Houchard apresuraba sus preparativos, Dunkerque oponía una vigorosa resistencia: el general Souham, secundado por el joven Hoche, que se condujo en aquel sitio de una manera heroica, había rechazado ya varios ataques. Los sitiadores no podían abrir fácilmente la trinchera en un terreno arenoso, en cuyo fondo se encontraba el agua á sólo tres pies de profundidad.

. . . .

»Habían llegado los últimos días de agosto, y según el uso de la antigua táctica, Houchard comenzó por una demostración sobre Menín, que sólo condujo á un combate sangriento é inútil. Después de haber dado esta alarma prelimimar, avanzó siguiendo varios caminos hacia la línea del Iser, pequeña corriente que le separaba del cuerpo de observación de Freytag.

. . . .

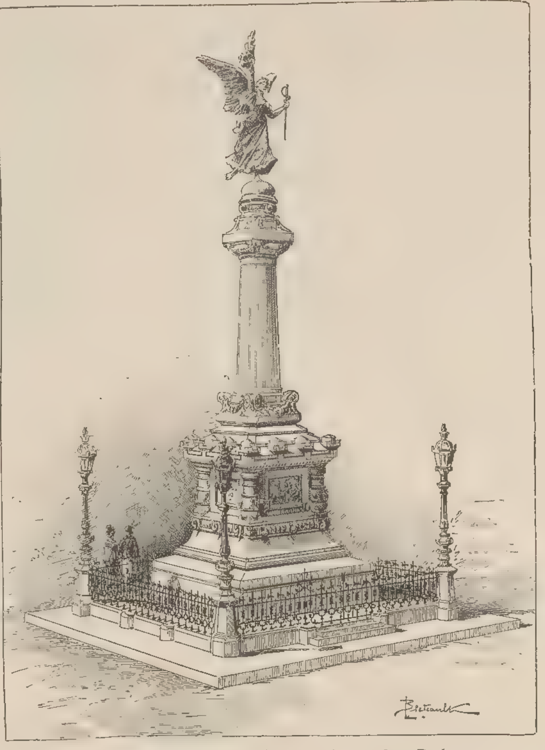
»Freytag había dispuesto su cuerpo de ejército en una línea bastante extensa, y sólo tenía una parte de él á su alrededor cuando recibió el primer choque de Houchard. Resistió en Herseele; pero después de un combate bastante reñido, vióse precisado á repasar el Iser, replegándose sobre Bambeke, y después á Rexpoede y Killem.

. . . .

»Freytag quiere entonces marchar aquel mismo día hacia adelante y recobrar á Rexpoede, á fin de unirse con la división de Walmoden. Llega á dicho punto en el momento en que entraban los franceses; trábase un reñido combate, y Freytag cae herido y prisionero. Sin embargo, declinaba ya el día; Houchard, temiendo un ataque nocturno, se retira fuera de la ciudad, y sólo deja en ella tres batallones. Walmoden, que se replegaba con su división comprometida, llega en aquel momento, y resuelve atacar vivamente á Rexpoede, á fin de abrirse paso; empéñase una sangrienta lucha en medio de la noche; el camino queda expedito y Freytag libre, y el enemigo se retira en masa al pueblo de Hondschoote. Situado contra el Gran Moër y en el camino de Furnes, este pueblo era uno de los puntos por donde se debía pasar al retirarse sobre Furnes. Houchard había renunciado á la idea esencial de maniobrar hacia Furnes, entre el cuerpo de sitio y el de observación, y por lo tanto no le quedaba más recurso que atacar siempre de frente al mariscal Freytag, cayendo sobre el pueblo de Hondschoote. El día 7 se pasó observando las posiciones del enemigo, defendidas por una considerable artillería, y el 8 se resolvió el ataque decisivo. Por la mañana avanza el ejército francés sobre toda la línea para atacar de frente; el ala derecha, á las órdenes de Hedouville, se extiende entre Killem y Reveren; el centro, mandado por Jourdan, marcha directamente desde Killem sobre Hondschoote, y la izquierda ataca entre Killem y el canal de Furnes. La acción se empeña en los sotos que cubrían el centro, y de una parte y otra se dirige la mayor parte de las fuerzas á este mismo punto. Los franceses vuelven varias veces al ataque de las posiciones, y al fin se hacen dueños de ellas; mientras triunfan en el centro, los atrincheramientos son tomados en la derecha y el enemigo se resuelve á retirarse sobre Furnes por los caminos de Houthem y de Hoghestade.»

»Mientras ocurrían estos sucesos en Hondschoote, la guarnición de Dunkerque, conducida por Hoche, hacía una salida vigorosa, poniendo á los sitiadores en el mayor peligro. Al día siguiente del combate celebraron éstos un consejo de guerra, y reconociendo que estaban amenazados por detrás, y en vista de que no llegaban los armamentos que debían servir para bombardear la plaza, resolvieron levantar el sitio y retirarse á Furnes, donde acababa de llegar Freytag, reuniéndose allí todos en la noche del 9 de septiembre. Tales fueron aquellas tres jornadas, que tuvieron por objeto y resultado replegar el cuerpo de observación á retaguardia del de sitio, siguiendo una marcha directa. El último combate dió su nombre á esta operación, y la batalla de Hondschoote fué considerada como la salvación de Dunkerque.»

El monumento que reproducimos consiste en una esbelta columna asentada sobre bello pedestal y coronada por la estatua de la Victoria con las alas desplegadas, que empuña con una mano la espada y con otra una corona: en el pedestal hay algunos hermosos bajos relieves, uno de los cuales publicamos en la pág. 663. El conjunto de esta obra del célebre Lormier es severo y majestuoso.



MONUMENTO DE LA VICTORIA recientemente inaugurado en Dunkerque en conmemoración del sitio sufrido por aquella ciudad en 1793. Obra de Lormier

Imp. de Montaner y Simón



Año XII — Barcelona 16 de octubre de 1893 — Núm. 616



EL GRAN DUQUE ALEJO ALEJANDROVITCH

Almirante general, gran maestre de la marina rusa



EL ALMIRANTE AVELANE

Comandante en jefe de la escuadra



EL CAPITÁN DE NAVÍO TCHOUKHNINE

Comandante del *Pamiat Azova*

Los jefes de la escuadra rusa que se encuentra actualmente en el puerto de Tolón



VERDADES Y MENTIRAS

Verdades y mentiras titulo esta sección, en la cual hace tiempo que vengo exponiendo cuantas de las primeras y de las segundas creo encontrar en el análisis que mensualmente hago en estas columnas de las ideas estéticas y de las manifestaciones artísticas modernas. No sé si cuadrará el título de esta sección á lo que hoy quiero decir; pero si acaso los asiduos lectores de La Ilustración Artística encontraran que, en efecto, no se compaginan gran cosa el citado epígrafe y lo que por virtud de una especial y momentánea disposición de mi ánimo, poco afecto ciertamente á pasearse por los espacios infinitos de la fantasía, voy á escribir, desde luego les suplico un total perdón por el engaño, pues á sabiendas lo cometo. Por lo tanto, diré lo que el autor de *El Diablo Mundo* á sus lectores con motivo de su *Canto á Teresa:* «Sáltelo el que no quiera leerlo.»

***

Descendí del ómnibus frente á la cátedra abulense, sería cosa de las diez escasas de la noche. Desapareció el incómodo vehículo por una de las estrechas y solitarias calles, y al perderse á lo lejos los ecos últimos del gemir de la destartalada diligencia y de los cascabeles de los caballos, el silencio se hizo y me envolvió cual si fuese impalpable sudario.

En el hueco de la puerta del hotel quedé absorto y como aturdido mirando cómo se perdían en las negruras del tormentoso cielo las rectas y duras líneas de la catedral y de las casas solariegas que la rodean. En mis oídos todavía vibraban, martillándome el cráneo, los mil ruidos y voces discordantes sin ilación alguna que ponen fiebre en el alma y en el cuerpo, en estas capitales modernas, cuando el tañido ronco de una campana tocando á cubrefuego, cual si fuese la violenta bocanada de viento huracanado que arrebata las hojas y descuaja la arboleda, así limpió mi cerebro de confusiones y mis atormentados oídos de fenómenos acústicos. Medí entonces la grandeza del solitario reposo en que vive Avila, y á la memoria me vinieron aquellos versos del Tasso que comienzan:

Ecco fra le tempeste é i fieri venti...

pues si azarosa fué la vida del autor de *L'Aminta*, como la de casi todos los grandes poetas y artistas de aquellos tiempos, no lo es menos la del hijo del siglo que tiene por campo de su actividad los centros de la vida de este último tercio de la centuria actual.

Del vértigo pasé en un momento al reposo absoluto. Los muros de las casas repetían el golpe seco y rápido de mis pasos. Recorrí la ciudad de los *Caballeros* en una hora, sin que en el decurso de ella encontrase una persona. Unicamente, allá, bajo los soportales del Mercado grande, la vista de alguno que otro paseante hacía desvanecerse la idea de que Avila estuviera desierta.

***

Con un cinturón de piedra se rodea la ciudad de Avila, como si de este modo pretendiera aislarse del vital aliento de la vida moderna, que para ella fué aliento mortal. Y así aislada, Avila tiene el encanto melancólico, más que melancólico, doloroso, con que se ofrecen á la contemplación del historiador, del poeta ó del artista, las grandezas que fueron.

Recorriendo sus calles, á cada paso se produce en el ánimo esa sensación triste de que hablo. Ya es la catedral, por Quadrado adjetivada de *belicosa,* por su guerrera arquitectura, y bajo cuyas bóvedas se casó Juan II de Castilla, y le fué impuesto el hábito de Santiago al célebre favorito D. Alvaro de Luna, y se reunieron en distintas ocasiones, ya los nobles que habían de realizar aquel acto de rebeldía contra Enrique IV – por la historia conocido por la *farsa de Avila,* – ya los comuneros cuyas cabezas debían rodar en ominoso patíbulo; bien la casa-fuente de los Dávilas, con sus blasones esculpidos en granito, ostentando divisas dictadas por el orgullo del poderío alcanzado por sus nobles poseedores; ora la basílica de San Vicente, levantada, según tradición, en el mismo lugar que el mártir y sus santas hermanas regaron con su sangre, – basílica que recuerda á Fernando el Santo; – bien la formidable puerta del Alcázar, con sus dos cubos de berroqueña y sus no menos formidables matacanes y barbacana; ó la calle de *Pedro Dávila,* ostentando la imponente, severa y elegante mole de casa solariega llamada de Medinaceli, con su almenada torre; ora el Palacio Polentinos, cuyos puerta y claustro son de exquisito gusto del italiano renacimiento.

Pero cuando la sensación dolorosa que evoca la vista de tanto poderío ya desaparecido llega á dominar por completo al visitante, es cuando éste atraviesa las solitarias calles por la noche, á la luz de la luna. Los edificios desmochados parecen reconstruirse; y si por acaso ve cómo se abre la puerta de alguna vivienda y se desliza á lo largo de la calle y por la sombra al que acaba de abandonar aquella casa, perdiéndole de vista al cabo, envuelto en las tinieblas, creyérase todavía en días en que, repleta Avila de magnates tan levantiscos como enamorados, estaba en el apogeo de su esplendor. La realidad viene al fin á desvanecer impíamente tan soberano sueño de artista; y lo desvanece del modo más trágico, más terrible que imaginarse puede, del mismo modo que á D. Félix de Montemar sus ansias de enamorado, mostrándole de la tapada dama la espantosa mueca de la calavera que aquél soñaba celestial belleza. El más ligero ruido se le figura al nocturno visitante crujir de celosía por donde quizás asome la faz la mujer siempre vista en sueños; y al alzar los ojos para columbrarle el rostro, solamente mira los anchos ventanales, al través de los que se advierte el centellear de las estrellas, y como inundándolos la luna semejan los ojos sin luz del ciego vueltos al cielo en un momento de amargura; y aun se creyera á la grieta que del alféizar baja á perderse en el espeso muro lágrima allí cristalizada.

***

Para templar las grandes exaltaciones nerviosas, esos desequilibrios constantes que acometen cuerpo y espíritu y que al cabo suelen, más á menudo de lo que creen las gentes, llevar á quien los sufren al manicomio ó al limbo de la imbecilidad y de continuo á la más desconsoladora de las indiferencias, mal este último de que adolece la generación actual, es un sedante, un lenitivo la contemplación de ciudades que, como Avila, á las bellezas artísticas de otros siglos, por otras ideas y sentimientos creadas, une la mística quietud, el reposo que va aparejado á la resignación y al respetuoso cariño, al recuerdo de glorias, si desvanecidas para siempre, no por eso menos grandes ni menos honrosas.

Cada edificio, cada estatua, cada almena, cada calle, cada iglesia trae á la memoria hechos, cosas y personas que significan en la historia política, religiosa, social é intelectual y artística de la patria un paso dado hacia adelante, el jalón de las nuevas instituciones jurídicas, la iniciación de un nuevo estado político, la idea de nuevos derechos que columbraron genios ignorados unos, reverenciados otros, combatidos los más. Contemplando ciudades como Avila se advierte cómo llega hasta el fondo del alma brisa consoladora de fe, cómo aquélla se eleva hasta las regiones donde solamente dominan las fuerzas morales é intelectivas, y cómo acalladas las pasiones que se despiertan en la lucha diaria por la vida, no por las ideas, se revela nuestro ser inteligente con relieve salientísimo, tocado por las altas virtudes que emanan exclusivamente del *yo* moral.

Si el creyente se anega en abstracciones del dogma y con fervor cristiano admira extático aquellas pintadas vidrieras de la catedral, y discurre con religioso recogimiento bajo las altas y ojivales bóvedas, y siente escalofríos de entusiasmo al escuchar la salmodia litúrgica que repercute en los más obscuros y apartados ángulos del templo, y se postra de hinojos ante el sepulcro de San Vicente que guarda la románica basílica en honor del mártir elevada, y cree escuchar cómo tañen sus arpas y laúdes los bienaventurados cuando el órgano lanza sus notas, aquel á quien las creencias religiosas no alcanzaron á dominar lo suficiente para obligarle á hincar la rodilla ante el santo, ante el sepulcro del mártir, ante la cruz, no con menos fervor, no con menos entusiasmo y sintiendo también el escalofrío de lo sublime, admira, ya las pintadas vidrieras donde en mística composición reprodujeron los artífices y artistas de la Edad media y de comienzos del Renacimiento escenas piadosas, ya las altas y elegantes bóvedas que cruzan sutiles y complicados nervios de piedra, bien la iconíctica portada de San Vicente, bien la imagen de San Segundo ó el místico y sombrío carácter de las románicas iglesias que guarda dentro de sus ciclópeos muros la adusta y solitaria Avila.

Para el que, exento de fe católica y buscando tregua en la lucha diaria, va á ciudades como la de los *Caballeros,* con el propósito de espaciar el ánimo, apartándole momentáneamente del vigilante cuidado á que está sujeto en esta guerra sin término, donde no se guerrea con espada y á pecho descubierto y por abrir paso á grandes ideas, sino con puñal y defendido el estómago con la coraza del egoísmo, es indudable que encontrará en los recuerdos que de otros siglos existen en aquéllas, motivo sin cuento para que espíritu é inteligencia, sentimiento y fantasía, remonten el vuelo á las regiones serenas de la Historia, de la Filosofía, del Arte de la ciencia misma, abarcando en conjunto el concepto moral de las sociedades cultas. Para el que cree, para el que mira en la lucerna circular del templo románico ó en sus estrechos ajimeces ó en los agudos ventanales de la iglesia gótica, el ojo parpadeante y temeroso de los profetas, y allá en el parteluz del pórtico, la severa imagen de Cristo ó del Eterno, estas ciudades tienen el encanto de la fascinación.

***

Bellas son las estatuas orantes y yacentes que guardan las iglesias de Avila; pero de las primeras tres no acertara á decir cuál es la mejor; de las segundas no hay disputa en declarar soberana á la del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y existente en la suntuosa iglesia del convento de Santo Tomás, extramuros de la ciudad.

En el mismo templo que el hermano de Juana la Loca duerme el sueño de la muerte un hombre, un fraile, á quien defienden y censuran todavía las gentes con ardor; pero he de significar, sin embargo, que sus mismos hermanos de religión, acaso pretendiendo tender un espeso velo sobre la memoria del fraile de que hablo, y quizás pensando en que algún día pueda quedar olvidada su sepultura, taparon con gruesa tarima la lápida que cubre los huesos del primer inquisidor general, de Torquemada.

Tras la capilla mayor de la catedral hállase el enterramiento del célebre Tostado. De riquísimo alabastro y de más rica y exquisita talla es el retablo que sirve de fondo á la sedente estatua del sabio pacientísimo obispo escritor. No sé á punto fijo quién fué el artista que trazó y esculpió esta obra preciosa que tanto se parece en líneas y buen gusto á los altares de San Segundo y Santa Lucía, existentes también en la catedral, y al famoso retablo de alabastro, como los citados, que es adorno insustituíble de la sacristía. Para mí tengo que los escultores que esculpieron la efigie del Tostado y los altos y bajos relieves de los retablos dichos, ó no eran españoles, ó si lo eran habíanse venido de Italia sin parar mientes en ningún otro arte. Aún recuerdo la figura de un Profeta y un medallón con tres cabezas de mujer, partes, medallón y figura del altar de la sacristía, que parecen modelados por discípulos de Miguel Angel y de Rafael. Sobre todas una de las femeniles testas del medallón parece copia de la cabeza de la Virgen por el de Urbino pintada en *La Perla.* Por lo demás, estas obras de arte del Renacimiento tienen bien poco de místicas.

Pero volviendo á las estatuas sepulcrales, la orante de San Segundo, obra del famoso Berruguete, es verdaderamente admirable. Aparte ya de la amplitud un tanto barroca, pero de majestuosísima línea y de traza briosa, del conjunto de la estatua, del movimiento majestuoso de toda ella, la cabeza del Santo no creo que pueda esculpirse hoy, que tanto se habla y se vocea el naturalismo.

Y si esta estatua es una de las obras maestras del egregio discípulo de Miguel Angel, y tal admiración me causó, las de los esposos Velasques, ampliadores del templo del convento de San José, primero que fundó la mística doctora de Avila Santa Teresa, por su carácter, por su traza, por la corrección exquisita de sus líneas y por la fidelidad con que parecen estar retratados ambos consortes, son otras dos joyas que deberían reproducirse en yeso y figurar los vaciados

en nuestro ya soberbio museo de reproducciones.

La cabeza del caballero parece esculpida por un Theothocopuli escultor. Aquella severidad de líneas, aquella severísima gravedad de la aguileña cara; aquel cráneo de hundidas sienes alzándose sobre la descomunal y primorosamente rizada gola; aquellas manos descarnadas y finas, y en la dama (no por cierto de gran belleza) los amplios pliegues del manto, la exquisita y sencilla disposición de los paños y el redondo y mórbido pecho cuyas blanduras se presienten al través de la labrada cotilla del justillo, son cosas todas que asombran, que dejan admirado á quien como yo por primera vez veía tales joyas de nuestro arte escultórico.

Porque, indudablemente, estas estatuas están esculpidas en España y por un artista castellano. Ningún otro, no ya de extranjera nación, ni de otra región de la península que la castellana, podía esculpir y sentir con tal verdad, con tanto sentido estético y al propio tiempo del medio natural y de raza, estatuas semejantes. Y contemplando estas obras, volvíame un ovillo para encontrar la razón del porqué no se hace por quien puede y debe hacerlo un amplio y concienzudo estudio de toda la obra escultórica nacional, en gran parte desconocida, y se trata de recabar para España el puesto que de derecho le corresponde en la historia del arte de la estatuaria.

Mimbres y tiempo me faltan; que de no faltarme tiempo y mimbres y aun teniendo en cuenta mi insuficiencia, algo intentaría.

***

Vean ahora mis lectores si me he mecido mucho tiempo en las regiones de la fantasía. Comencé soñando y concluyo despierto. Creí que iba á contarles un cuento de caballería, con castellanas y donceles, y termino describiendo estatuas y monumentos en estilo mondo y lirondo

R. BALSA DE LA VEGA



LA CARTA, cuadro de Jan van Beers, grabado por Ruffe

JAULA DE ORO

(NOVELA RÁPIDA)

La historia que voy á contarte, vida mía, es una de tantas vulgarísimas que tienen su génesis en el arroyo. Haz porque en el pabellón de tus oídos no caigan mis palabras como ecos de una charla más ó menos lírica. Atiende:

I

Nació la heroína en una casa de los barrios bajos, colmena en que zumban sus penas y alegrías las más pobres abejas de la humanidad, gente artesana que vive en las estrecheces de los cuartuchos que fabricó la avaricia de los ricos... Ya ves que Angeles – se llama así la protagonista – no nació en un palacio ni mucho menos. Tuvo por cuna la que sirvió á un sinnúmero de chicuelos que la precedieron en eso de despertar al mundo... Creció la rapaza: fué dueña de contados juguetes, dos ó tres muñecas de trapo, cacharritos, cintas y cachivaches mercados en la feria, regalo unos de «manía» y otros de la madrina *señá* Rosa, mujer de rumbo y dueña de una afamada frutería... Caricias y mimos tuvo la chicuela, que en eso son pródigas las madres. «Papá» y los grandullones de los hermanos equilibraban las dulzuras con el amargor del trato suyo: pegaban con ella – la más ingeniosa de la casa – el mal genio adquirido en la taberna ó en el taller... Aprendió la mocosa secretos del vivir que no son para dichos: la mayoría en el arroyo, el resto en el hogar: fueron sus maestros de picardía los ganapanes y granujillas del barrio... En la escuela no adquirió Angeles conocimientos de monta: leer á trompicones, escribir garrapatos sin pizca de ortografía, hacer labores, y en materia geográfica saber que la tierra tiene la forma de una naranja y que España no está en Marruecos..., y pare usted de contar. Esto y una superficial idea de historia sagrada, y cata educada á una futura madre de familia.

II

Angeles, vida mía, tuvo una emoción vivísima cierta tarde en que un chiquilicuatro de la vecindad, aprendiz de ebanista por más señas, la dijo (supongamos el diálogo):

– Chica, ¿sabes una cosa?

– *¿Cuála?*

– Que me gustas mucho.

– ¿De veritas? (Así con sorna.)

– ¡Ya lo creo, mujer! Eres la mar de guapa y paeces ya una presona formal.

– Y ¿á qué viene el decirme eso?..

– Pues ahí verás tú... (Pausa.) La verdá, yo tenía que decirte una cosa mu grande... Vamos, yo quería que tú... Eso.

– Pero ¿te has vuelto tartaja hombre?...

– No..., no... Te vas á reir de mí, y lo que tengo que decirte es mu formal... ¡Por estas!.. (Aquí un beso en el centro de los dos índices unidos en forma de cruz.)

– Habla.

– Ahí va...

Y el muchacho, rojo como la amapola y cual si la frase que iba á balbucir encerrase un mundo de angustia y afán amoroso, dijo acercándose aún más á la interlocutora y así, con los ojos que parecían acariciar á los que le interrogaban, no muy desdeñosamente:

– ¿Quieres ser mi novia?..

Precedió una pausa. Angeles quedóse mirando de hito en hito al aprendiz. Reflejó en sus pupilas una alegría de satisfacción: coloreáronse sus mejillas. Cerraron sus labios de clavellina la pausa con un «Sí» que cayó en los oídos de Nicasio como eco de una nota dulcísima. ¡Por vez primera supuso el rapaz que el cielo y la tierra sonreíanle su dicha!..

III

No; no podían saber aquellos dos niños lo que significa y vale «amor,» esa palabra tan eufónica, base de todas las heroicidades y extravíos de los humanos... Nicasio considerábase feliz, cada día más; emborrachábase de ilusiones y su Angeles era la hada que constantemente canturreaba en torno suyo una canción sublime que él no sabía definir ni comprender. ¿Qué había de saber de estas sublimidades un aprendiz de ebanista?.. Lo sentía, eso sí, allá en lo hondo del pecho... Angeles, después de Dios, de la Virgen del Carmen y su madre la buena *señá* Paca, era lo que el rapaz más quería, y á veces sus amores todos los relegaba al olvido: el recuerdo de su novia apoderábase del cerebro suyo, no muy gastado en sentir ni discurrir efectos psíquicos, y el caballero de blusa padecía melancólicas somnolencias; su desconocimiento de las vicisitudes de la vida, su atroz ignorancia de lo divino y humano coadyuvaban como obreros diligentes á construir la más deliciosa de las fantasías... Andando el tiempo, cuando «saliese» de quintas, él, Nicasio, se casaría con Angeles... Y ¡qué boda iban á hacer *ellos*, Dios santo!.. Formaría época en los fastos de la calle... Para tales gollerías y lujos en el casorio, Nicasio trabajaría en el taller á destajo, y en vez de meterse como tantos otros á borrachín ó á dilapidar los ahorros en vicios, ¡nada!, se compraría una una hucha y céntimo á céntimo – cada céntimo representando una gota de sudor, muchas privaciones y mayor número de esperanzas – reuniría cuatro ó cinco mil reales, ¡un fortunón para quien en su vida vió juntos cien duros!.. Vivirían él y su Angeles como unos señores; solitos, queriéndose muchísimo... *El* prometíase no andar á la bribia, ni como señor Pedro, el oficial de la ebanistería, haríale el diablo ensayar la solfa en las espaldas de su mujer... Mucho cariño, algo de mimo y á vivir en santa paz, criando los hijos con el producto del trabajo... ¿Qué más puede apetecer un hombre sino pasar su existencia lo más feliz posible y copiar un día y otro, siempre igual y ajustándose á la tradición, la vida de la clase proletaria?..

¿Y Angeles?.. Sus sueños no era esos: gustábale sí alardear de su amorío; pero ¡ay! aquel Nicasio – un pedazo de pan – no era ni con mucho lo que ella ¡ambiciosa! creía merecerse... ¡Bonito porvenir el que la esperaba casándose con un «chico de oficio,» que á lo que más podía aspirar era á ser oficial y cobrar á diario como *máximum* cinco ó seis pesetas! Y esto después de muchos años, cuando Lucina convirtiese el perfilamiento señoril de Angeles en contorno de

comadre... Cuando una caterva de chicuelos propios la rodeasen... Pasar trabajos y fatigas, y luego ¿qué? Ser la *señá* Fulana, la vecina del corredor, la mujer del ebanista: he aquí todas las pragmáticas que en lo porvenir disfrutaría en su casorio con aquel pobre de «Nisio» – como ella le llamaba, – un buen hombre ¿quién lo duda?, pero que con su hombría de bien nunca realizaría los ambiciosos sueños de lujos, placeres y consideración social fantaseados por Angeles desde el punto y hora en que pudo apreciar que las muchachas guapas pueden ser ó no felicísimas según que elijan un pobre ó un rico. Esto ya es un cálculo mercantil... Y cuando la mujer discurre en materia de contabilidad, su lógica irrefutable es axiomática.

IV

Ser bonita y no ir con arreos de lujo es para la sociedad ser bonita á medias: parece que la tela grosera y el empaque modesto retraen las miradas; en cambio, las que lucen trajes de rica estofa, alhajas é imperdibles, son contempladas con avidez ansiosa y un continuo moscardeo de elogios zumba agradablemente en su derredor... A las que no pueden lucir más que un rostro bonito ¡nada!, si acaso un brutal chicoleo de estudiantillo ó menestral... Demás de esto, que modifica el exagerado amor propio de las hijas del pueblo, Madrid es una tentación perpetua, un peligro inminente para la que carece de fuerza de voluntad necesaria para mantenerse dentro de la esfera en que la encajó la suerte... ¡Cuántas veces, vida mía, tú y yo hemos podido observar á una joven de pañuelo ó velo á la cabeza, parada delante de los escaparates de las tiendas de lujo, mirando con ojos codiciosos los muestrarios de pedrería, sedas y artículos impuestos por la moda!.. Esas vitrinas semejan cajas de joyas malditas que Mefistófeles ofrece á cambio de su virtud á esas Margaritas anónimas, no tan inocentes ni amantes como la del inmortal poema de Goethe... Angeles sentía atracciones y desvanecimientos al analizar lo que la caprichosa fantasía ofrece á los ricos... Presentía en todo aquello un Fausto, y el recuerdo de Nisio – el probrete Nisio – era en tales horas una protesta henchida de odio, algo de lo que murmuraría – á ser posible – una mariposa de irisadas alas si de pronto una fuerza misteriosa le arrancase aquellas bellas partes de su cuerpo y éste quedase convertido en sombrío corselete de la átropos, la mariposa de «cabeza de muerto...» ¡Nunca tal profanación!.. Angeles no la consentiría: quería ser mariposa brillante, y á realzar su hermosura tendían todas sus aspiraciones... Por Nisio sentía lástima, porque el tal era un alma de Dios, pero su conmiseración no la llevaría á cometer la tontuna de casarse con él... ¡Bah! ¿Era acaso ella la única muchacha que por conveniencia propia enviaba enhoramala á su primer novio?..

V

Nunca experimentó Nisio mayor angustia que cuando hubo de presentársele hecha una fiera la madre de Angeles, demandándole cuenta del sitio en que se encontraba su hija... El ebanista, al pronto, imaginó que su futura suegra había perdido el magín. ¿Preguntarle así y en tales modos el paradero de Angeles?.. ¡Virgen! ¿Y qué se creía aquella mujer?.. Si Angeles habíase despedido de él contadas horas hacía... Por más señas, después del «Adiós, hasta mañana» de rúbrica, la moza enfiló calle ariba del hogar paterno... Ahí todo lo que Nisio sabía... Reflejaba tal acento de verdad su narración, que la madre de Angeles, asiendo de la blusa al jovenzuelo y zarandeándole, impulsada por aquella rabia sorda, desencadenada por todo su organismo, barboteó con palabras sibilantes, mientras que los ojos enrojecidos por un gran lloro flameaban:

– ¡Lo que tú dices, Nisio, es el evangelio!.. Mucha verdá, hijo mío... Tú eres demasiado güeno pa burlarte así de ese modo de una madre... Tú no sabes, rapaz, lo que yo sufro... Mi hombre quiere matarme; dice que yo tengo la culpa de que se haya marchao Angeles... ¡Yo! ¡Calcula!.. Y lloraba ya de pena, esperando que tú el día menos sabío con el aquel de la boda la desapartases de mi lao... ¡Yo tener la culpa!.. ¡Yo!..

Y repetía la infeliz aquel «yo» desesperante, mientras que Nisio, pálido, las manos metidas en los bolsillos de la blusa, escuchaba todo tembloroso aquel discurso ilógico en la expresión, aquella protesta que tocaba en su alma á punta de lanza, rasgando cendales de ilusión y escapándose por entre sus girones una á una con velocidad asombrosa el cúmulo de dichas encerradas... La madre evitó el borbotón de palabras con un sollozo, digno punto final del exordio de su charla... Luego, con más energía, hablando casi á gritos, gesticulando, sin importársele nada el sitio del arroyo que había escogido para sus confidencias, prosiguió:

– Ya, ya adivino Nisio lo que ha pasao... Mi Angeles ¡gran bobo! no te quería á ti, ¿sabes?.. ¡Ni te ha querido nunca!.. ¿qué había de quererte?.. Sus cariños los fingía en el barrio pa disimular, ¿oyes?.. ¡La muy endina!.. Yo, yo misma he creío que mi hija te tenía mucho afeto... Ahora, ahora que sé que tú iznoras too, recuerdo que muchas veces suspiraba por ir á casa de su madrina, ya sabes quién es, la que tié el puesto de fruta en la calle del Carmen: una tienda la mar de lujosa y en donde compra género la gente de campanillas... Se había aficionao mi Angeles á ir muy pulida y lujosa, como si fuera hija de unos marqueses... ¡Ya tú ves... habiendo nacío en la pobreza nuestra, tales fantesías!.. ¡Si te digo que en la frutería algún señorito la ha encalabrinao los cascos! y... ¡Dios mío, á estas horas!.. No, no debe ser... ¿Verdá tú que ella no será tan creminal pa con sus padres?.. Nosotros que la hemos enseñao á ser mujer de bien como la que más... ¿No es eso, Nisio?.. Tú nos conoces... ¡Virgen del Amparo, qué desgracia!.. ¿Dónde estará esa muchacha?... ¿Qué habrá pasao?.. ¡Nisio, Nisio, hijo mío! ¡Qué más hubiéramos querío los de la familia que tú te hubieras casao con «ella,» que era de tu igual! Naide hubiere dicho ni palabra; pero, ahora, too el barrio la traerá en lenguas... ¡A mi hija!.. ¡¡A mi Angeles!!.. ¡Infame!.. ¡¡¡Mala hija!!!... ¡No sé cómo no me muero de vergüenza!.. ¡Ay, Virgen mía del Carmen!..

Y la madre de Angeles, febricitante, loca, caído el pañolejo que cubría sus canas, y éstas azotadas por el aire, rompió á llorar en tanto el hipo de su desconsuelo entrecortaba los sollozos. Pálido, tembloroso, mudo, fija la vista en el suelo, Nisio acercóse instintivamente la siniestra mano allí junto al corazón que, como un preso rabioso, golpeteaba las paredes de su estrechísima cárcel.

– Señá Patro, vamos á buscar á Angeles, fué lo único que se le ocurrió decir á Nisio en medio de la estupidez moral en que le había sumido la noticia.

– ¿Y dónde?, preguntó la madre refregándose los ojos con el reverso de la manga y mirando esperanzada al jovenzuelo.

– A la frutería.

* * *

Las únicas noticias que dió la madrina respecto de Angeles fueron ineficaces... La frutera no sabía nada de nadie; únicamente habíase fijado en que desde hacía poco tiempo un señorón muy rico iba con asiduidad á la tienda y gustaba de charlotear con Angeles.

Nada más.

EPÍLOGO

De seguro, amada mía, que anhelas ya conocer el desenlace de esta historia... No te impacientes: ya toca á su fin.

Cinco ó seis años transcurrieron sin tener Nisio noticias de Angeles, y en este plazo... ¿á qué pintarte un héroe novelesco ni á qué mentir románticamente, si el héroe y la novela son realidades que á diario se ofrecen á nuestra vista?.. Nisio sin olvidar aquel primer amor – la página más hermosa en el prosaico libro de su existencia – llegó á sentir enamoricamientos hacia otra muchachita llamada Rosario (que bien será ofrecértela, si no tan hermosa de cuerpo, más bella de alma que su predecesora en los amores de Nisio).

Ello es – y así ocurre en este mundo sublunar para descontentamiento de los que andan á caza de sublimes martirios é idealidades – que cierto sábado en que el cielo ofrecíase tan risueño como el afán amoroso de Nisio, éste y Rosario escucharon la famosa epístola.

Días después, los padres de la novia, que padecían monomanía por eso de organizar bullangas y huelgas campestres, idearon merendar en unión de sus hijos, allá en el vivero á la sombra de un corpulento arbusto en cuyo tronco los cortaplumas de unos cuantos novios melancólicos grabaron en la corteza iniciales, nombres y fechas que pregonasen su íntima ventura (para el resto de los mortales risible é indiferente).

A corta distancia de donde se encontraban Nisio, su mujer, sus suegros y una docena más de convidados, hallábase otro corro de gente principal, si no mentían sus galas y aristocrático perfil: formaban este grupo cuatro señoras jóvenes y otros tantos caballeros que reían y bromeaban lindamente.

No ocurrió cosa mayor en ambas jiras: ya cerca del anochecer levantaron el campo los del corro de Nisio, lanzando al aire cánticos y retazos de conversación alegre y maleante.

Y bueno será, vida mía, que aquí yo, sin ser mago ó adivino, sino valiéndome de los privilegios concedidos á quien narra historias, novelas ó cuentos, te haga notar que en aquella tarde bulliciosa vibró una nota sombría, en la que nadie (á no ser quien hubo de sufrir su eco) paró mientes: uno de tantos dramas inadvertidos que se desarrollan en torno nuestro... La protagonista de éste lo fué Angeles.

Tu intuición femenil habrá ya adivinado la triste odisea que por el ambicioso afán de lujo y regalo hubo de recorrer Angeles, una de aquellas cortesanas que en el corro de los señoritos divertía á éstos fingiendo divertirse.

Al ver á Nisio sintió quebrársele el hililo de su ficticia alegría, enmudecieron sus labios, púsose pálida, tembló, y antes que advirtieran los demás el cambio, pidió como gracia á su dueño que la libertase de estar en aquel sitio, porque se sentía indispuesta.

Pocos minutos más tarde Angeles, á solas en su gabinetito, digno de una reina – y ella lo era de la voluptuosidad – lloraba amargamente. El origen del lloro estaba en la escena de plácida ventura que la casualidad puso ante sus ojos en el vivero aquella tarde... Nisio, loco de contento como un marido felicísimo: su mujer sonriendo su dicha, saboreándola, por así decirlo, y enorgulleciéndose de que los demás convidados coreasen alegremente aquel placer suyo tan sencillo como legítimo... ¡Ah, Angeles podría haberle experimentado!.. ¡Maldito afán de lucimiento! ¡Malditos lujos de joyas y galas así conquistados!.. ¡Malditos vestidos y cintajos que al ceñirse al cuerpo ¡hermoso esclavo!, parecen trocarse en irrompibles cadenas que merman el propio albedrío!.. ¿Y para qué el lujo y para qué el lucimiento?.. Para revolverse muerta de hastío en una jaula de oro, que si en un principio deslumbra y atrae, luego sus barrotes imposibilitan el considerarse libre... Nada de corazón, nada de sentimiento puede tener la esclava tan espléndidamente recluída para que pregone la liberalidad de su señor.

– ¡Ah, Dios mío!, debió pensar Angeles, cuando calmada del paroxismo de dolor y remordimiento sintiese la nostalgia del bien perdido, si pobre en la forma, rico en el fondo de afectos y ternuras: ¿y para servir de vilipendio deshonré el nombre de mis padres, fuí perjura y soñé que á las mujeres les bastaba ir lujosas para que el mundo entero las rinda pleitesía?.. ¡Qué locuras ambicionamos las pobres!.. Luego, cuando se conquistan, como yo he conquistado, tales lujos, notamos ya tarde que la consideración social se obtiene por la educación, el pudor y el rango... ¡Precisamente lo que nosotras no poseemos!..

. . . .

Concluí la historia, amada mía. Haz tú el comentario que gustes... Para relatos parecidos á este, únicamente la mujer sabe resumir su fin moral en una frase...

Alejandro Larrubiera

EL ARTE EN TURQUÍA

Un museo de pinturas y de arqueología y una escuela de Bellas Artes en la capital del imperio otomano no son cosas que concuerdan exactamente con la idea que generalmente se tiene de la ignorancia y preocupaciones de los turcos: este progreso, conseguido desde hace pocos años, se debe principalmente á O. Hamdy Bey, director del Museo imperial de Estambul; pero la idea del Museo es más antigua y fué consecuencia del movimiento de la «Joven Turquía,» y en particular de las altas miras de Munif-Bajá, ministro de Instrucción pública durante largo tiempo, á cuya iniciativa se debió el establecimiento, hará unos veinte años, de un museo que se instituyó en la antigua iglesia de Santa Irene.

Los primeros directores, Gould y Dethier, eran extranjeros, el uno nombrado bajo la influencia inglesa, y el otro por la de los alemanes. En tiempo de Dethier las colecciones eran enviadas desde Santa Irene al kiosco de Chinili, un pabellón que hay en los jardines del antiguo palacio de la Punta del Serrallo. Ese kiosco es interesante en sí como una de las primeras construcciones erigidas por los turcos de Constantinopla, y también como una admirable muestra de la magnífica porcelana genovesa de aquel período. Por desgracia, y según suele suceder siempre en el Oriente, una vez erigido el edificio, no se tuvo el menor cuidado para conservarle, y en su consecuencia, gran parte de la porcelana ha caído, y aún hay montones de fragmentos en una de las habitaciones inferiores. Sin embargo, á pesar del descuido y del abandono el pabellón de China sigue siendo una encantadora construcción.

Dethier era hombre instruído, pero tenía poca idea



RETRATO DE LA REINA MARÍA ANTONIETA célebre pintura de fines del siglo pasado debida á la señora Vigée-Lebrun,

(De fotografía de Braun, Clement y Compañía, Dornach y París.)

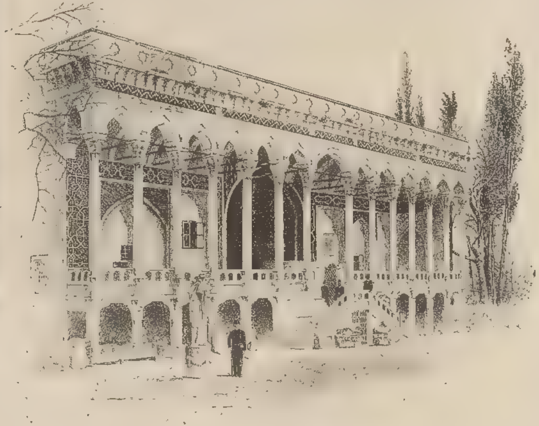

El pintor y arqueólogo turco Hamdy Bey

sobre el modo de dirigir un museo. No se permitía ver las colecciones, y en tiempo de este director hacer una tentativa para copiar una inscripción ó bosquejar una figura considerábase poco menos que como un crimen; mientras que, por otra parte, no se ejercía la suficiente vigilancia para evitar la desaparición de algunos interesantes objetos, sustraídos sin duda para enriquecer otras colecciones. No obstante, el material arqueológico abunda en el imperio turco, y aún queda una buena serie de objetos de valor. Algunos de ellos, como la Artemis de Lesbos, la Minerva de Trípoli en Berbería, y la Venus de Cyme, por no citar otros, son verdaderos tesoros del arte griego, dignos de ser comparados con las más hermosas obras de cualquier museo de Europa.

En aquellos días, la ley concedía al excavador una tercera parte de los objetos encontrados, una al dueño del terreno y otra al gobierno; pero la ley no se observaba, y otorgáronse firmanes especiales á diversos exploradores; de modo que con frecuencia, como por ejemplo en el caso de las famosas excavaciones alemanas en Pérgamo, el museo turco no obtuvo comparativamente nada. Sin embargo, donde la cosecha es tan rica no faltan objetos preciosos, y hasta de Pérgamo enviáronse algunos de gran importancia á Estambul.

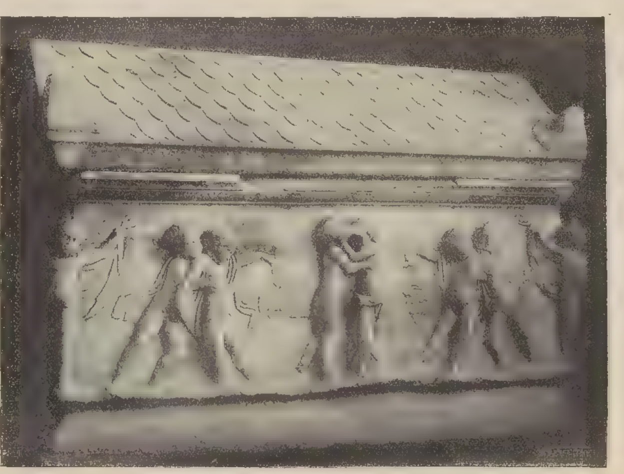
Dethier murió en 1881 y fué reemplazado por Hamdy Bey, descendiente de griegos. Su padre, de muchacho, fué conducido como esclavo á Constantinopla en donde se granjeó el favor de un turco muy rico, Edhem Bajá, quien le dió educación europea, llegando á ser con el tiempo gran visir en el imperio.

Su hijo Hamdy ingresó como pupilo en Saint Cyr, pero al cabo de un año rogó que se le permitiera seguir la carrera civil. Su petición fué atendida, y se le envió á París para estudiar leyes en la Sorbona, donde se aficionó mucho á las obras artísticas y solicitó ingresar en la Escuela de Bellas Artes como estudiante de pintura. Dedicaba tres cuartas partes del año al arte, y una al estudio de las leyes; así pasaron sus cuatro años, y completó el curso de sus estudios legales, «exhibiendo» al mismo tiempo su trabajo en la Escuela de Bellas Artes. A poco de haber regresado á Constantinopla para continuar su carrera, publicó un artículo sobre las inconsistencias del procedimiento judicial en Turquía, artículo que desagradó al gran visir, y como éste era enemigo del padre, nombró á Hamdy para desempeñar un cargo de poca importancia en Bagdad, lo cual equivalía á una forma política de destierro.


El kiosco Chinili en Constantinopla

Hamdy consiguió muy pronto el favor del gobernador general de Bagdad, el famoso y enérgico Midhat-Bajá, que trataba entonces de introducir toda especie de reformas europeas; ingresó en el cuerpo de tropas árabes irregulares, y agregado á su escolta tomó parte en la guerra contra Hajji Tarfa y los árabes Affech de los pantanos de Niffer.

Merced al favor de Midhat-Bajá, Hamdy ocupóse en trabajos artísticos y arqueológicos, dirigiendo excavaciones en la colina de Nebbi Yunus, á la vista de Nínive, mientras que bosquejaba y pintaba los poéticos paisajes y pueblos de la tierra de Harounner-Raschid. A los dos años, Ali-Bajá le nombró cónsul en Bombay; pero habiéndole sobrecogido en camino las fiebres, aprovechóse de este incidente para volver á la capital, siendo entonces nombrado secretario de legación en San Petersburgo. Cansado pronto de esta especie de honroso destierro, suplicó que se le permitiera dimitir para retirarse á la vida privada, y habiéndose accedido á su petición, consagróse en cuerpo y alma al arte.


Sarcófago griego existente en el Museo imperial de Constantinopla

Un día, al volver de su acostumbrado paseo, encontró su taller invadido por emisarios del palacio, que se habían apoderado ya de un gran lienzo que representaba un episodio de la guerra de los Affechs, y esperaban al artista á fin de conducirle á presencia del soberano: semejante intimación podía significar la muerte ó el destierro; pero también la gloria y los honores. Por fortuna, fué entonces para honrar á Hamdy: Abdul-Haziz había admirado la pintura, y regaló al artista una caja de rapé cuajada de diamantes, nombrándole introductor de embajadores.

Vuelto así á la vida oficial, pronto estuvo en peligro de verse obligado á renunciar al arte, pues las ocupaciones se multiplicaron para él, sobre todo después del advenimiento de Midhat-Bajá al poder. Desempeñó algún tiempo el cargo de Prefecto de Pera, el barrio «Franco» de Constantinopla, y durante la guerra rusa prestó un servicio muy activo en los ejércitos de su país; pero su carrera política se resintió de la caída y desgracia de Midhat-Bajá. Hasta él mismo llegó á infundir sospechas, y hubo de retirarse otra vez á la vida privada, en la que, sometido algún tiempo á la vigilancia de la policía, se consagró con afán á su arte.

En 1881, recobrado el favor, nombrósele director del Museo imperial en Estambul, posición que ha ocupado desde entonces, y también llegó á ser individuo de la comisión mixta de la Deuda pública, que ha hecho mucho para restablecer la hacienda pública y su solvencia.

Hamdy es un pintor de no escaso mérito, y prácticamente el primero que Turquía ha producido, habiendo sido no sólo tolerado, sino honrado y protegido por un gobierno reaccionario y fanático, hecho tanto más digno de notarse cuanto que los musulmanes y especialmente los turcos parecen ser enemigos del arte, tal como nosotros lo entendemos, por cuanto su religión prohibe la reproducción de la forma humana. El arte islamita quedó confinado á la arquitectura, á los arabescos y á la ornamentación floral. Supónese que los árabes se han distinguido en esto; pero si no me engaño, todas sus más hermosas obras fueron hechas por operarios indios, persas, judíos y cristianos: la antigua porcelana que comunica tan inimitable encanto de color á la mezquita griega de Broussa se fabricó en las factorías genovesas, y la mezquita misma es una imitación del arte indio. Las mezquitas de Constantinopla, cuando no fueron primitivamente iglesias, son imitaciones de los templos bizantinos, y hasta el kiosco de Chinili, más original aparentemente que la mayoría de las construcciones turcas, presenta marcados vestigios de haber sido construído por griegos. En cambio los turcos desterraron rigurosamente de todos sus edificios la pintura y la escultura en sus más elevadas formas. En Santa Sofía, Cora y otras iglesias, los hermosos frescos y pinturas fueron cubiertos de estuco y cal, y toda la estatuaria que sobrevivió á los latinos bárbaros fué destruída por los turcos. De suerte que después de la conquista turca, la pintura y la escultura fueron artes perdidas en Constantinopla; y he aquí por qué mereció particular interés la tentativa de Hamdy para volver á introducirlas, previo el consentimiento y aprobación de su Gobierno.

Para conseguir esto, Constantinopla debe acudir al Occidente, y su arte no puede ser al principio más que la trasplantación de los métodos de alguna escuela de la Europa occidental. El mismo Hamdy es realmente un pintor francés. A decir verdad, su estilo y método son persas, y solamente sus asuntos y la particular apreciación de éstos tienen carácter turco. Se distingue por la exactitud con que representa los tejados persas y las construcciones de piedra; pero agrádale también pintar las mujeres turcas con sus graciosos *ferrejees*, y rara vez hace un cuadro sin figuras. Su asunto favorito es el interior de las tumbas reales, con sus ricos adornos, sus exquisitos calados y asombrosos manuscritos iluminados, á cuyo conjunto prestan sin duda animación dos ó tres hermosas mujeres que leen el Alcorán ó se entregan á sus oraciones.

Hamdy, más artista que arqueólogo, quiso rehusar

al principio el nombramiento de director del Museo; pero como era evidentemente el hombre más apto del imperio para desempeñar semejante cargo, el sultán le impuso su voluntad, aunque aceptando por condición que se variase la ley respecto á las excavaciones y se consignase en el presupuesto una reducida suma para el Museo, mediante lo cual comprometíase á organizar en el término de diez años una institución de esa especie que, si bien limitada, sería digna de su nombre. También obtuvo permiso para establecer una escuela de Bellas Artes que se instaló con carácter provisional en un edificio perteneciente al antiguo palacio; está organizada como la de Bellas Artes de París, con sus tres departamentos de arquitectura, escultura y pintura, y tiene establecido un gran premio de Europa á fin de que los alumnos sobresalientes puedan continuar sus estudios en los grandes centros artísticos del mundo.

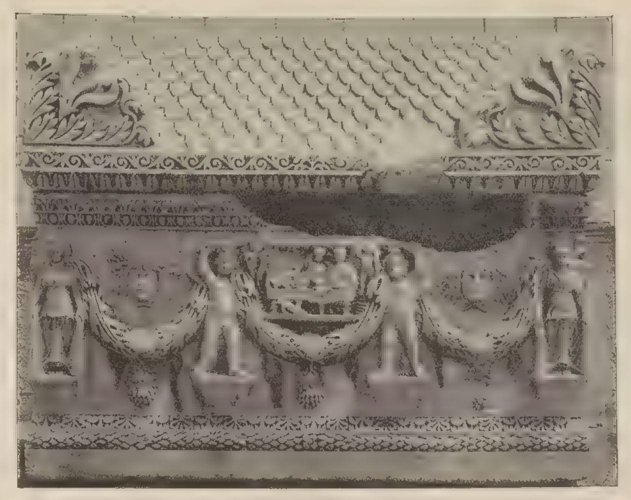
Cuenta la escuela con unos cien estudiantes, los más griegos y armenios, súbditos del sultán; pero también hay turcos, y entre ellos algunos softas de turbante blanco.

No puede predecirse el resultado de esos esfuerzos, pero cabe esperar que ese impulso es precursor de un renacimiento de vida artística en Constantinopla.

Hamdy-Bey es más conocido por sus descubrimientos arqueológicos que por sus obras artísticas. En 1883, después de nombrársele director del Museo, exploró en compañía de Osgan Effendi el soberbio túmulo de Antíoco de Commagene en la nevada cumbre del Nemroud Dagh, ó Montaña de Nimrod; pero lo que completó su fama fué el descubrimiento del asombroso sarcófago de Sidón en el año 1888. Un picapedrero había encontrado en un olivar de los arrabales de la ciudad de Saida (Sidón) una antigua tumba: noticioso del descubrimiento Hamdy, hizo practicar excavaciones en el sitio, y encontró dos tumbas, una fenicia, muy antigua, y otra griega, más moderna.

En la fenicia se encontró el ataúd y el cuerpo de Tabnith, rey de los sidonios y sacerdote de Ashtareth; el féretro, que era de piedra, había pertenecido en otro tiempo á un general egipcio llamado Panephtah, y aún conservaba una inscripción jeroglífica. Tabnith al comprar el sarcófago hizo poner en él otra inscripción con su nombre y títulos; y asegurando que no había tesoro alguno en su ataúd y sí solamente sus cenizas, hacía un llamamiento á los sentimientos religiosos para que no se abriera ni profanara su tumba. Además, para mayor seguridad de su familia cubrió su sepulcro con una mole de piedra de diez metros de longitud, y gracias á esta precaución Hamdy encontró el ataúd intacto y el cuerpo de Tabnith dentro. Este se había conservado merced á una especie de líquido que debió evaporarse ó disminuir, dejando en descubierto un pequeño espacio de la porción superior del rostro: dícese que esta parte descubierta se arrugó, al paso que el resto de la cara cubierto por el líquido se mantenía fresco y bien conservado. Desgraciadamente, por ignorancia de los trabajadores se vertió el líquido, pero es de esperar que futuros descubrimientos nos revelen el secreto de un interesante método de embalsamar.

Pero el descubrimiento de la tumba fenicia, por importante que sea resulta insignificante, comparado con el de los sarcófagos griegos, con esculturas policromas, hallados en la tumba más reciente. Cuatro de éstos son los más magníficos que se han encontrado en parte alguna, y se consideran como joyas del arte plástico griego del período alejandrino.



Sarcófago sirio-griego, existente en el Museo imperial de Constantinopla

A mi modo de ver, el mejor de ellos por su interés y belleza es el de Sidón, que Hamdy encontró en una especie de cámara en el fondo de la excavación y que reproduce uno de nuestros grabados, y ante cuya vista se emocionó de tal manera que se echó á llorar como una mujer.

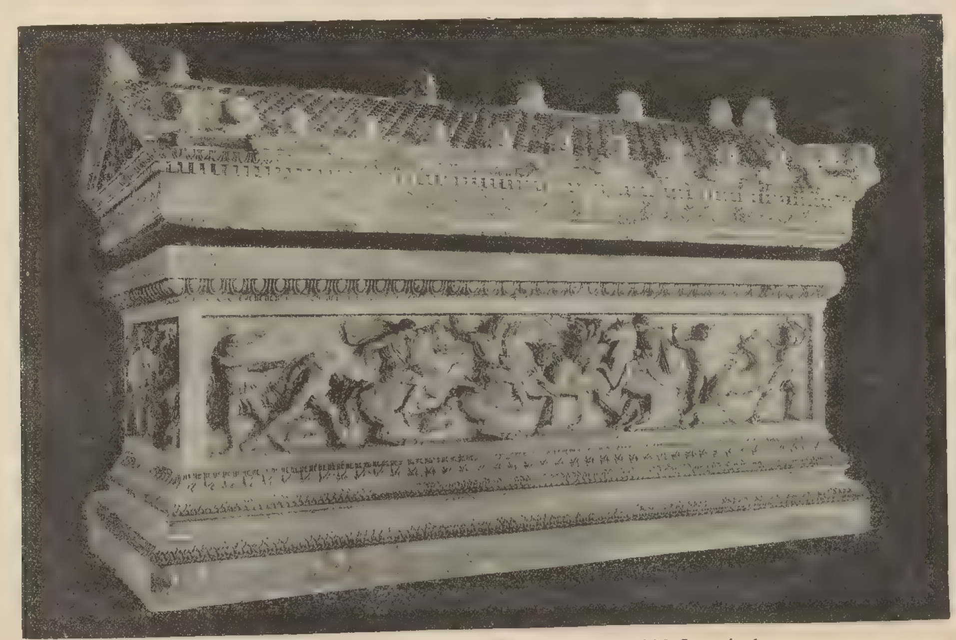
Pudiera creerse que exagero en cuanto á la excitación nerviosa producida por el precioso hallazgo; pero como persona desinteresada confesaré que cuando aquel sarcófago se desembaló á mi presencia, mi asombro y entusiasmo no tuvieron límites.

Hamdy se inclina á creer, fundándose en la figura de Alejandro al frente de sus guerreros, que el ataúd era el del mismo conquistador, aunque parezca contradecirlo la tradición de su entierro en Alejandría.

En cuanto á la ejecución, prescindiendo de otros detalles, diré que las figuras del fondo son de muy alto relieve, casi estatuas en pie, y que en aquellas paredes del sarcófago se ven casi todos los grados del relieve hasta la pintura en superficie plana, siendo preciso recurrir al tacto para saber dónde acaba la escultura y dónde empieza lo pintado.

El movimiento y realismo de la escena en su conjunto, así como de cada figura, aventaja como escultura á cuanto yo conozco. Este realismo se representa con detalles mecánicos; de manera que no solamente se aplicaría á todo el color debido, sino que los trajes nacionales serían un portento de exactitud, y las caras verdaderos retratos: los objetos de madera ó metal, lanzas, escudos y otros, eran de estos mismos materiales donde el relieve lo permitía. En un punto, no obstante, este realismo no existe, como por ejemplo, en los leones y leopardos que se representan en la escena de caza y que son monstruosidades de un tamaño desproporcionado.

Cuando se encontraron todos esos sarcófagos, hallábanse considerablemente deteriorados; mas, por fortuna, casi todas las piezas conservábanse en su sitio, y todas se han restaurado admirablemente. Os-



El sarcófago de Alejandro descubierto en Sidón, existente en el Museo imperial de Constantinopla



LAS DOS NOVIAS, cuadro de Jose Weiser ([illegible])



LA BODA DEL TORERO, cuadro de Salvador Viniegra

gan Effendi, que se encargó de unir algunas, á veces hasta ciento, en un sarcófago, procedió con tal habilidad, que aquel que visita el museo cree ver instalados todos los objetos que allí hay.

Una vez encontrados los sarcófagos, no era cosa tan fácil retirar de una zanja de cuarenta pies de profundidad aquellas moles de mármol de nueve ó diez pies de longitud por cuatro ó cinco de anchura y de elevación, con una cubierta casi del mismo tamaño; pero aprovechando un declive en el terreno, abrióse un túnel que llega al pie de la zanja, y los sarcófagos fueron arrastrados hacia arriba por medio de cuerdas y fuerza animal. Después se construyó una vía á través de los jardines, y por ella se les condujo hasta la orilla del mar, distante unos tres cuartos de milla.

Llegados á Constantinopla, surgió otra dificultad: no había sitio para exponerlos, ni siquiera para depositarlos. El kiosco de Chinili estaba completamente lleno, inclusos el sótano y los jardines, por lo cual

Los sarcófagos permanecieron en sus cajas durante tres años y la prensa extranjera acusó á Hamdy de incapacidad, precisamente cuando trataba de obtener fondos para construir un nuevo museo. Al fin el sultán le entregó el dinero necesario, y se erigió un edificio, cuyo piso inferior se destinó para colocar la colección de sarcófagos más preciosa del mundo por todos conceptos. Esta colección se exhibió al público en julio de 1891.

En el invierno de 1891-92 dirigió Hamdy varias excavaciones en Lagina (Asia Menor), donde descubrió el friso de un templo de cuarenta y ocho metros de longitud, entero (así lo escribe), que considera más importante aún que los sarcófagos de Sidón. Además del museo se ha formado otro departamento donde se colocan objetos encontrados por los alemanes en Zingirli. En la entrada del kiosco de Chinili se ven varias baldosas asirias excavadas por los ingleses en Nínive; y en un cuarto cerrado se encuentra, juntamente con el curioso león de Hittite de Marash, una rica colección de inscripciones Hincaríticas en piedra, así como antigüedades de Babilonia, excavadas por De Sarzec en Tello. Además de estos y otros objetos, cuyo número aumenta á causa de las excavaciones dirigidas por extranjeros, se han hecho numerosas adquisiciones resultantes de confiscación, entre ellas la famosa inscripción de Siloani, la más antigua y larga inscripción hebrea que se ha encontrado hasta ahora.

La ley sobre excavaciones que ahora rige es una traducción de la griega, ligeramente alterada, y contiene muchas restricciones para los que á tales trabajos quieran dedicarse.

Se ha criticado á Hamdy por haber introducido aquella ley en Turquía, pues las condiciones de los dos países son del todo desemejantes. En Turquía no hay anticuarios ni arqueólogos, como no sean súbditos extranjeros, y tal vez algunos griegos en puntos como Constantinopla y Esmirna; no hay tampoco relación lógica ó histórica entre Constantinopla y las antigüedades de Palestina ó Mesopotamia; y estudiar éstas en la capital turca es lo mismo que hacerlo en Berlín, París, Londres, Nueva York ó Filadelfia. Además, el gobierno no está interesado en proveer medios para colocarlas en museos, á fin de que sean accesibles á los estudiantes; y á pesar de su buena voluntad, el director del Museo imperial no puede cuidarse de los muchos materiales que ahora tiene entre manos.

El gobierno concede maravillosas ruinas á los colonos circasianos para construir sus casas, y les permite guardar sus ganados en esos templos y palacios de los antiguos, tan bien conservados. Hace poco se construyó un dique para contener las aguas del Eufrates, y para la obra empleóse considerable número de ladrillos de la antigua Babilonia.

Hamdy ha luchado seguramente mucho para remediar estos defectos; mas por grande que sea su voluntad, un hombre no puede atender á todo. El museo y los exploradores extranjeros han de cooperar para la conservación y exploración de las inestimables antigüedades del imperio otomano. Si se estimulara á los extranjeros á explorar y excavar, otorgándoles una parte de los objetos que encontrasen, el museo de Stambul, lejos de ser robado, aumentaría sus colecciones más rápidamente que ahora.

Pero si Hamdy ha cometido un error en su tentativa para aplicar la ley griega á las condiciones del imperio turco, debe confesarse que en parte le indujeron á ello los abusos que con la primitiva ley se cometían. Cierto arqueólogo inglés bien conocido equipó hace pocos años un pequeño bote en las islas griegas, é hizo desembarcos piráticos en la costa turca para enriquecer las colecciones de Londres. Un explorador francés, que obtuvo primero su firmán para excavar en Samotracia, se arregló después de modo para que una corbeta francesa visitara la isla, y habiendo desembarcado algunos marineros, se llevaron los objetos excavados *vi et armis*.

Hamdy merece los mayores elogios por sus esfuerzos, casi únicos, para proteger la arqueología en su país, y se le debe prestar amistosa cooperación por parte de todos aquellos amantes del arte que están interesados en que se conozcan los tesoros arqueológicos que el imperio turco posee.

John P. Peters

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Tréveris se proyecta erigir un monumento á la memoria del elector y arzobispo Balduino de Luxemburgo, durante cuyo gobierno (1307 á 1354) la archidiócesis alcanzó su apogeo. El monumento consistirá en una fuente gótica coronada por la estatua de Balduino.

– En el Panteón de París se ha colocado el modelo en yeso del grandioso monumento de la República que por encargo del gobierno francés ha modelado el escultor Falguieres: la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad están en él representadas por tres matronas de tamaño colosal. En el zócalo hay varios relieves, alegorías de la Ley y de la Fama y un grupo en el cual se ve á un soldado defendiendo á la patria y junto á él á una mujer que tiende suplicante las manos hacia la estatua de la Libertad.

Barcelona. – Salón Parés. – En el presente mes se han reanudado las exposiciones semanales algo interrumpidas por la ausencia de público y de artistas durante la estación estival.

El taller de González é hijos, que tan brillante papel representó en la última Exposición de Industrias Artísticas con sus primorosos trabajos en metalistería, expuso últimamente una lámpara de pie y dos candelabros de hierro forjado que merecieron justos y merecidos elogios de los inteligentes. Por fortuna, tras tantos años de marasmo é inacción en la aplicación del arte á las obras de metal, se opera de algún tiempo acá un verdadero renacimiento, que con demostrar las cualidades de muchos artífices comprueba el progreso realizado en el gusto del público al preferir los modestos trabajos forjados en hierro á las obras de relumbrón con que la quincallería extranjera invade nuestros bazares.

En la sección de pintura, una niña echada, de Tamburini, ocupa el centro del lienzo de preferencia, obra de ejecución simpática y agradable y de clara entonación. De Agrassot son dos figuras, un labrador valenciano de pie, apoyado en un muro, tañendo la bandurria, y una aldeana pasiega echando de comer á unas gallinas, dos cuadritos pintados con un cuidado que raya en la minuciosidad propia algunas veces de ese artista.

Mestre expone una serie de pequeñas telas con los asuntos propios de su especialidad, temas de paisaje animado con grupos de vacas; una de ellas, de robusta entonación, con un cielo de nubarrones que á trechos se reflejan en el suelo húmedo y fangoso, atrae con preferencia las miradas.

Un cuadrito de costumbres del artista valenciano Gómez, pintado con habilidad, y dos pequeños estudios de Auerbach completan la primera exposición de esta temporada.

Salón de «La Vanguardia.» – Vistas y escenas de Marruecos, en una escogida colección de excelentes fotografías, llaman poderosamente la atención del público, con el doble interés que les prestan los recientes acontecimientos de Melilla.

Teatros. – El drama de Schiller, *Guillermo Tell*, que hasta ahora no había podido representarse en Rusia por haberlo impedido la censura, se pondrá en breve en escena en San Petersburgo y en Moscou, pues la Administración suprema de la prensa ha consentido al fin en que se representara aquel hermoso drama.

– El célebre compositor Pedro Mascagni está escribiendo un drama cuyo papel de protagonista interpretará el notable actor italiano Ermette Novelli.

París. – Se han estrenado: con regular éxito en Menus Plaisirs *Les Colles des femmes*, opereta en cuadro actos, letra de Jaime y Keroul y música de Luis Ganne; con muy buen éxito, en Varietés, *Madame Satán*, vaudeville en tres actos y cinco cuadros de Blum y Touché, de argumento extravagante, pero desarrollado con mucho ingenio; y en el Gymnase, *La Chrisalide*, comedia en un acto de Mauricio Drack, y *Un evengeance*, interesante drama en tres actos de Enrique Amic.

Londres. – En el teatro de la Comedia se ha estrenado con gran éxito un drama de Mr. Sydney Grundy, titulado *Showing Wind* (Quien siembra vientos...), obra de tesis, al estilo de las de Dumas, hijo, y de argumento interesante, en la que se fustiga á la sociedad porque considera más punibles las faltas de la mujer que las del hombre y sobre todo porque hace recaer sobre los hijos las culpas de sus padres

Madrid. – En Lara se ha estrenado una comedia en dos actos, *González y González*, arreglo de la francesa *Durand et Durand*, hecho por el Sr. Pina y Domínguez, y en Eslava una zarzuela en un acto, *El cornetilla*, letra de Perrín y Palacios, música del maestro Marqués: ambas obras han sido muy aplaudidas.

Barcelona. – En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito la zarzuela en un acto *Vía libre*, letra de Arniches y Lucio, música del maestro Chapí. En el Principal se ha verificado el beneficio de la primera actriz señora Reiter, que obtuvo una ovación tan grande como justa en la representación de *La dama de las Camelias*. En el Tívoli continúa la compañía de ópera que dirige el maestro Pietri. Ha comenzado la temporada de Novedades: la compañía dirigida por el reputado actor Sr. Simó ha puesto en escena con aplauso, entre otras obras, *La Dolores*, de Felíu y Codina, y *La parentela*, de Colomer.

Necrología. Han fallecido recientemente:

Luis Eugenio Hatin, el Nestor de los periodistas franceses, autor de la *Historia política y literaria de Francia*.

Yoshito Inoko, profesor extraordinario de la Universidad japonesa de Tokío, conocido en el mundo médico por sus trabajos farmacológicos y fisiológicos.

Alberto Moore, célebre pintor inglés, de tendencias artísticas greco-japonesas, individuo de la Real Academia de Londres.

Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal, notable economista, defensor entusiasta de la producción nacional, ex diputado, en la actualidad senador, consejero de importantes compañías de crédito y de obras públicas, caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, comendador de Carlos III y oficial de la Legión de Honor.

NUESTROS GRABADOS

Los jefes de la escuadra rusa que se encuentra actualmente en Tolón. – Recientemente acaba de llegar á Tolón una escuadra rusa, á la que los franceses se proponen agasajar espléndidamente. Los retratos que reproducimos son los de los principales jefes de la misma y acerca de cada uno de ellos vamos á dar breves noticias. El gran duque Alejo Alejandrovitch es el gran maestre de la escuadra rusa, tiene cuarenta y tres años y se parece mucho á su hermano el tsar: es muy estimado y querido en la armada rusa y siente verdadera pasión por cuanto á la marina se refiere. El contraalmirante Avelane, que manda la escuadra, nació en 1839 y fué promovido al grado que hoy tiene en 1891: ha mandado el *Vestuik*, el *Rynda* y el *Svetlana* y desempeñaba el grado de jefe de estado mayor de la marina en Cronstadt cuando un decreto imperial le confió recientemente el mando de la escuadra del Mediterráneo. El almirante Avelane arbola su pabellón en el acorazado *Emperador Nicolás I*. El capitán de navío Tchoukhnine es uno de los oficiales superiores más distinguidos de la marina rusa y manda el gran crucero acorazado *Pamiat-Azova*.

La carta, cuadro de Jan van Beers. – En el número 510 de La Ilustración Artística publicamos el retrato del autor del cuadro que hoy reproducimos, y con tal motivo dijimos algo acerca de la vida y de la labor artística del gran pintor belga. Por no incurrir en repeticiones y por tratarse además de un artista que lleva en su nombre su mejor recomendación, nos limitaremos á manifestar simplemente que, en nuestro sentir, *La carta* merece figurar entre las mejores producciones de su autor, por cuanto reune en grado superlativo la naturalidad, la gracia, la elegancia y la finura de ejecución que son las cualidades características de Janvan Beers.

Retrato de María Antonieta, por Mme. Vigée-Lebrun. – María Luisa Vigée nació en 1755 y había alcanzado ya gran fama como retratista cuando en 1776 se casó con Lebrun: fué amiga de la reina María Antonieta, de la que pintó más de veinticinco retratos, y al estallar la revolución, salió de Francia, siendo muy bien recibida en las cortes extranjeras, cuyos soberanos se hicieron retratar por ella. En 1801 volvió á París, en donde siguió obteniendo grandes triunfos y en donde falleció en 1842, habiendo pintado durante su larga vida 662 retratos, 200 paisajes y 11 cuadros de otros géneros. El retrato de María Antonieta que reproducimos lo pintó para la emperatriz María Teresa, que quiso tener cerca la imagen de la hija de quien hacía tantos años vivía separada. Mme. Vigée Lebrun dice en sus Memorias hablando de la reina de Francia: «Es difícil formarse idea de tanta gracia y de nobleza tanta. El color de su cara era tan hermoso que su piel no ofrecía la menor sombra y en mi paleta no había colores que pudieran comunicar á mi cuadro la frescura y delicadeza del original.»

Las dos novias, cuadro de José Weiser. – No creemos necesario hacer la descripción de este cuadro, porque harto clara aparece en el título la intención del pintor, que quiso ofrecernos el contraste de dos hermanas, consagrada una al Señor, dispuesta otra á unirse al hombre amado y ambas buscando la felicidad por distintos aunque igualmente santos caminos, la religión y la familia. Pertenece este lienzo á un género que la pintura modernista tiende á proscribir; pero, sin entrar en discusiones sobre esta difícil cuestión y entendiendo como entendemos que el arte es vario como la naturaleza en que debe inspirarse, y que la manifestación artística puede emplear tantos procedimientos cuantos sean los temperamentos de los que al arte se dedican y los sentimientos que en ocasiones dadas impulsen su pincel, no vacilamos en afirmar que cuadros como *Las dos novias* son y serán siempre de los que emocionan y deleitan y constituirán por ende un timbre de gloria para sus autores, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan.

La boda del torero, cuadro de Salvador Viniegra – ¿Hemos de afirmar una vez más lo que vale y lo que en el arte español contemporáneo significa el Sr. Viniegra? ¿Hemos de reproducir los calurosos y sinceros elogios que tantas veces hemos prodigado al pintor que, ausente de España, sólo parece vivir de recuerdos de su patria y en asuntos netamente españoles inspira sus obras y traslada á sus lienzos al par que las costumbres pintorescas de nuestro pueblo los inmensos tesoros artísticos de nuestras iglesias? Del cuadro de hoy debiéramos decir lo que de muchos anteriores hemos dicho; sus cualidades son las mismas que las que hemos admirado en *La firma del contrato de boda*, *La inscripción en el registro bautismal* y tantos otros; sus bellezas no necesitan demostración, se sienten y se comprenden á primera vista. Limitémonos, pues, á admirar y aplaudir una vez más al celebrado autor de *La bendición de los campos*.

Santa Teresa de Jesús, cuadro de Eugenio Gimeno Regnier. – Jamás ha rodeado de modo tan resplandeciente la aureola de la gloria el nombre de una mujer, como acontece con el de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, á quien la Iglesia venera por la pureza de su vida y su amor á la humanidad. Varios son los artistas que han tratado de representar en el lienzo la imagen de la santa é insigne doctora que tan brillantemente descuella entre los grandes escritores del siglo XVI y los grandes místicos de nuestra patria. El célebre pintor valenciano Juan de Juanes, contemporáneo de la fundadora, pintó un notabilísimo lienzo, que al igual del que posteriormente pintó Ribera, considéranse como dos obras maestras. Alonso Cano, Velázquez y Murillo inspiráronse también en la interesante figura de Teresa de Jesús, á la que han rendido asimismo el merecido tributo los pintores modernos, conforme y entre otros lo demuestran los lienzos de Benito Mercadé y Alcázar Tejedor.

El Sr. Gimeno Regnier ha tratado de que en su obra se marcase el sello especial de una época, y preciso es confesar que ha logrado su objeto, pues el retrato que reproducimos parece obra de alguno de los buenos artistas místicos del siglo XVII.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. — ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Aquella botella contenía un papel, que Isabel se apresuró á leer. Desde que hubo puesto los ojos en el documento, fué presa de una agitación febril.

– ¡No volveré al campamento hasta que haya encontrado á mi padre!, exclamó. Guerbraz, entregad este papel al Sr. d'Ermont cuando vuelva, diciéndole que mi padre está aquí, y que yo no he de parar hasta que le encuentre.

Entonces, á pesar de todas las observaciones que le hicieron, empezó á correr por los témpanos y desapareció antes que pudiera pensarse en seguirla.

– ¿Y no la habéis seguido?, exclamó Huberto, loco de dolor.

– Perdonad, capitán, no hemos hecho otra cosa; ahora volvemos para tomar víveres y proseguir nuestra persecución. ¿Queréis venir con nosotros?

D'Ermont se había detenido. Bajo los rayos oblicuos del astro leía el documento encontrado, que decía así:

«16 de agosto de 189... Sin esperanza de que se encuentre, tiro este documento en el seno del mar libre que dentro de poco ya no lo será. La congelación sube ahora desde el Sud hacia el Norte, y nos sostenemos sobre un témpano que deriva hacia el Este. Todos nuestros instrumentos han quedado en la canoa, puesto que un golpe de mar nos ha privado impensadamente del submarino, cuando volvíamos del polo. El doble viaje de ida y vuelta se ha verificado con toda felicidad. El polo es una isla ceñida por arrecifes que sostienen una verdadera muralla de hielo. Hemos pasado por debajo, á una profundidad de unos doscientos metros. Si el mar se congela trataremos de encontrar el barco. Latitud 87°, 48', 20", longitud occidental 42°, 16'. Esta es la última altura que hemos tomado ayer, y la pérdida del submarino ha sobrevenido á las seis y quince de esta mañana. Nos quedan diez libras de pan comprimido y ochocientos gramos de pemmican. Si la tripulación de la *Estrella Polar* encuentra esta botella, que nos busque al Este.»

Cuando hubo terminado su lectura, el oficial sintió un estremecimiento.

– ¡Adelante!, exclamó, y que Dios nos ayude; no tenemos un minuto que perder.

Tomó el camino del Noreste. De repente Huberto exclamó dirigiéndose á Guerbraz:

– ¿Y el perro? ¿Qué habeis hecho de él? ¿Ha seguido á la señorita Isabel?

Guerbraz vaciló un momento y luego contestó:

– Es probable, capitán, pues desde que la señorita nos abandonó no lo hemos visto más.

D'Ermont lanzó un suspiro de alivio y levantó los ojos al cielo.

– ¡Bendito sea Dios! Siempre servirá para evitar algún peligro á Isabel.

Al cabo de algunas horas de camino y por muy grande que fuera la energía de aquellos hombres, quedaban rendidos andando por aquel terreno quebrado y erizado de témpanos. Tres de los hombres cayeron extenuados y fué preciso levantar las tiendas, ya que el termómetro marcaba 34 grados bajo cero.

Huberto hizo levantar las tiendas. El cielo estaba puro y no amenazaba ninguna nevada, por lo cual todo el mundo se tranquilizó y se empezaron los preparativos para descansar.



Huberto dió orden de botar al mar una chalupa

Se preparó en seguida la comida, y á fin de facilitar la cocción y para desentumecer á los marinos, d'Ermont hizo que se encendiera el hornillo de gas hidrógeno.

D'Ermont por su parte no cuidaba de su cansancio ni de su propia seguridad; así es que tomando apenas un poco de caldo casi hirviendo, se lanzó al exterior, dejando á sus hombres bajo el mando del teniente Pol.

El doctor Servan y Guerbraz corrieron tras de sus huellas y no tardaron en alcanzarlo.

Huberto se retorcía las manos con desesperación.

– ¿Habéis visto el barómetro?, dijo. Dentro de poco vamos á tener una espantosa borrasca de la que no sé cómo saldremos nosotros mismos, y pensar que esa desdichada ha salido sin tomar ninguna precaución, sin llevarse provisiones. ¡Si por lo menos la encontráramos viva!

Corrían con toda la velocidad que les permitía el suelo del *pack*, hinchado por enormes verrugas, cayendo aquí, levantándose allá y hundiéndose á veces en grietas rellenas de nieve.

El firmamento se cubría de nubes con rapidez, signo inequívoco de que la tempestad se acercaba á toda velocidad.

Los tres hombres hicieron una bocina con sus manos y llamaron á Isabel con toda la fuerza de sus pulmones.

Sólo el silencio les contestó. De repente Guerbraz tuvo una feliz inspiración.

– Llamemos al perro, dijo.

Sin esperar siquierra el consentimiento de sus compañeros, gritó con voz fuerte:

– ¡Salvator! ¡Salvator! ¡Salvator!

Los tres se callaron y prestaron oído, pues les había parecido oir un grito lejano.

No se engañaban, y entre dos ráfagas del viento que barría el suelo, una queja lamentable, un ladrido siniestro, uno de esos gritos que no pueden oirse sin hacer estremecer al hombre más valiente, llegó hasta los exploradores.

– ¡Ah, Dios mío, gimió d'Ermont, ha muerto!

– ¡Valor capitán, exclamó el enérgico Guerbraz; adelante!

Segunda vez la desolada queja del perro vibró en el aire.

– Salvator no gemiría así si Isabel estuviese viva, dijo Huberto.

– Es preciso no desesperar nunca, dijo el doctor doblando el paso.

Guerbraz, para darse ánimo á sí mismo, prorrumpió en esta exclamación:

– ¡Mantente firme! ¡Salvator, firme, que allá vamos!

Ahora las ráfagas eran del Sudoeste y se llevaban su voz. Al mismo tiempo, espesos copos azotaban su rostro y la alfombra de nieve se espesaba bajo sus pies. Por fortuna, el terrible frío que reinaba, un frío de 42° bajo cero, endurecía el suelo. No corrían, volaban.

Les pareció que después de unos minutos de carrera sonaban más cercanos los aullidos del perro.

Sí, se acercaban. El valiente animal había venteado las emanaciones de los tres hombres y en lugar de la queja lúgubre de antes lanzaba sonoros aullidos.

Guerbraz fué el primero que lo vió.

Salvator estaba acurrucado ante un enorme témpano de diez metros por lo menos de altura. Aquel montículo estaba formado por trozos enormes de hielo conglomerados entre sí por la nieve fresca. A cada instante se espesaba más aquel mortero de nuevo género, á pesar de los esfuerzos del animal para apartarlo con sus patas. Delante del perro se advertía la huella de un paso recientemente abierto y vuelto á tapiar en seguida por el hielo y la nieve.

Los tres hombres desembarazaron muy pronto el paso con las culatas de la carabina, y como si no hubiese esperado más que aquella ayuda, Salvator, precipitándose sobre la delgada capa que obstruía el paso, la rompió con su choque y desapareció dando furiosos aullidos.

Huberto se tendió sobre el suelo al nivel del orificio y llamó:

– ¡Isabel! ¿Estáis aquí? ¡Responded por Dios!

Una voz que parecía muy débil y que se hubiera dicho que salía del centro de la tierra, replicó:

– Sí, Huberto, aquí estoy; no estoy sola; mi padre...

El resto de la frase no pudo oirse. Por otra parte no era necesario. En seguida los tres hombres se pusieron á trabajar, y el hombro hercúleo de Guerbraz derribó los muros de aquella tumba de hielo, bajo la cual había sepultados algunos vivos.

Huberto con un reguero de pólvora produjo una explosión para conmover los bloques monstruosos que el frío había soldado entre sí.

Al cabo de veinte minutos de esfuerzos sobrehumanos se rompió la muralla del sepulcro y apareció una especie de corredor subterráneo.

Los tres hombres lanzaron un grito de sorpresa. Lo que tomaron por un témpano no era otra cosa que la popa del submarino, cuyo resto del casco se hundía profundamente en la nieve. La capota que tenía levantada le daba el aspecto de una de esas barracas de las cuales se encuentran todavía vestigios en las regiones más septentrionales de la Groenlandia y de la tierra de Grinnell.

Huberto saltó sobre los témpanos que dominaban el barco aprisionado y penetró en el interior, donde vió un espectáculo horrible.

Isabel, pálida como un cadáver, estaba arrodillada ante una criatura humana, á la cual no parecía quedar ya un soplo de vida. De cuando en cuando, entre los amoratados y apretados labios del desdichado vertía algunas gotas de aguardiente, después de separar con las manos los dientes del moribundo.

– Huberto, dijo rápidamente, éste es mi padre, vive todavía. Sus dos compañeros han muerto. Encontraréis sus cuerpos cerca de la máquina. El frío los ha matado. No tenían combustible y sus provisiones estaban heladas.

El doctor Servan, que se hallaba ya al lado del señor de Keralio, dijo:

– Es preciso que uno de nosotros vaya á buscar refuerzo, pues no podemos de ninguna manera abandonar á Isabel y á su padre aquí, y esta temperatura es insoportable.

D'Ermont vacilaba. Objetó que su presencia podía ser útil allí.

Guerbraz fué el que les sacó de apuros con una idea que le sugirió su buen deseo.

– ¡Qué vaya el perro!, dijo.

Todos le comprendieron.

Sacando la cartera, Huberto escribió en una hoja esta carta al teniente Pol:

«Enviad tres hombres con víveres y uno de los tubos de hidrógeno. Seguid al perro; él os enseñará el camino.»

Arrancó la hoja de la cartera y la fijó en el collar del perro.

Sólo faltaba que Salvator comprendiera lo que se esperaba de él y quisiera ir al campamento.

Isabel se encargó de aquel cuidado. Contaba con razón con la maravillosa inteligencia de Salvator, tan superior á la de sus congéneres. Saliendo, pues, del submarino aprisionado, subió sobre un témpano, acarició al valiente perro, é indicándole la dirección del Sudoeste, cerrado por una cortina de nieve ininterrumpida, le dijo:

–¡Vé y tráelos, Salvator!

El perro lanzó un alegre ladrido, miró un momento á su ama y partió rápido como una flecha.

XII

BAJO LAS OLAS

Costó mucho volver á la vida al moribundo.

Pero su constitución robusta, los cuidados de Isabel, la ciencia del doctor Servan le volvieron á la vida, y desde el tercer día pudo levantarse, haciendo así revivir la esperanza en todos los corazones.

Se le hicieron tomar alimentos bien dosificados, pues nada es tan funesto como las indigestiones que siguen á las largas inaniciones.

Pero antes de que esa especie de resurrección se produjera, tuvo que procederse á dar sepultura á los dos bretones, pues bretones eran los dos primeros individuos de la expedición que hallaban la muerte en aquellas inhospitalarias tierras.

Nada tan lúgubre como aquel entierro. La luz que lo alumbró era pálida y gris y el frío que se sentía sumamente horroroso.

Fué preciso proceder á aquel último acto conforme las circunstancias lo permitían.

El hercúleo brazo de Guerbraz fué el que abrió en el campo de hielo una fosa ancha y profunda de cuatro pies que abrigara los cuerpos de aquellos heroicos compañeros.

Cuando se verificó la fúnebre ceremonia no hubo ojos que no estuvieran cuajados de lágrimas. Aquellos hombres merecían el llanto de sus compañeros, que corrió abundante sobre su tumba.

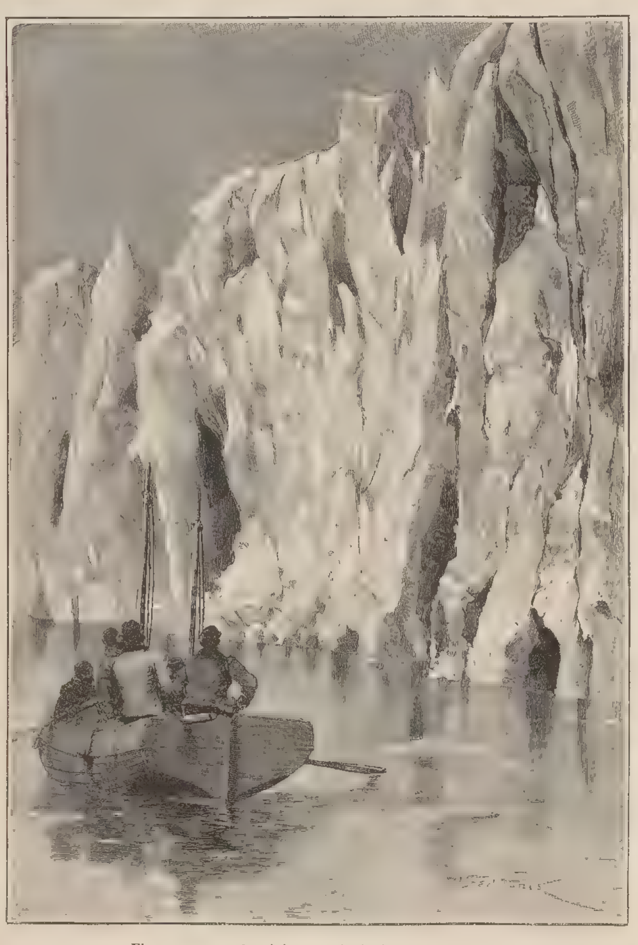
Después de aquella tarea fúnebre y cuando se hubo en cierto modo extinguido la emoción que causó á todos, el Sr. de Keralio, que ya había readquirido fuerza, explicó su odisea.

Pero antes, todos quisieron saber de labios de Isabel sus aventuras desde que emprendió la fuga tan dichosamente inspirada, y como guiada por el amor filial pudo al cabo descubrir á su padre bajo el siniestro amontonamiento de témpanos.

Y ésta las explicó con toda ingenuidad.

Desde que salió del sitio en que había dejado á sus compañeros, su instinto la había guiado, no solamente hacia el sitio que indicaba la carta de su padre, sino hacia la parte más accidentada del pack, que es la que era de más reciente formación, y donde, por lo mismo, debía hallarse la expedición de los tres hombres que habían ido en busca del polo.

No se había engañado. Con un extraordinario poder de observación, con una seguridad de que no se hubiera creído capaz á una mujer, sirviéndose de la experiencia que había adquirido para atravesar las regiones glaciales, adelantó rápidamente hacia la dirección que de antemano sabía, y empezó á escudriñar todos los témpanos que á su paso encontraba, sabiendo ya por su forma cuáles eran los sólidos y cuales los que cubrían cavidades profundas.



El enorme muro paleocrístico no tenía ningún contacto con el agua

Así llegó enfrente del montículo que recubría el submarino, y quedó parada un momento pensando que allí quizá habían encontrado sepultura los que buscaba.

Salvator había llegado también junto al témpano y gruñía sordamente, de un modo que hizo estremecer á la joven.

Fatigada ésta por la rápida marcha y no habiendo tomado alimentos desde hacía doce horas, estaba sumamente nerviosa é impresionable.

Comprendiendo que allí estaba quizá la tumba de su padre; Isabel azuzó al perro, que dando la vuelta al enorme trozo de hielo, se detuvo junto á uno de los ángulos y empezó á escarbar con verdadero frenesí.

Isabel le ayudó en su tarea. Tan impaciente como el animal, comprendiendo que algo insólito ocurría detrás de aquella muralla de témpanos y viendo confirmadas sus anteriores sospechas de que existía una cavidad debajo del hummok, procuró y consiguió escalar éste sin grandes dificultades.

Entonces sucedió lo que no podía ser sino una tremenda catástrofe y que por fortuna fué causa ocasional de la salvación del Sr. de Keralio.

El hielo, sumamente delgado, cedió bajo el peso de Isabel y ésta se hundió en un verdadero tubo de nieve, cuyo nivel inferior tocaba á la escotilla del submarino, que había quedado abierta. Allí se encontró junto á su padre inanimado y ante los cadáveres de sus compañeros que yacían algunos metros más lejos. Su desesperación fué inmensa, pero á fuer de mujer inteligente y serena principió por lo primero, que era en aquel momento conservar á su padre el soplo de vida que le quedaba. Por fortuna había conservado una pequeña bota de aguardiente y procuró introducir entre los labios del moribundo algunas gotas de aquel licor que podían reanimarlo.

Entonces fué cuando la encontró Huberto d'Ermont, apenas Salvator le hubo indicado el sitio.

Huberto había encontrado al perro trabajando desesperadamente por abrirse paso al través del hielo, porque mientras, con riesgo de su propia vida, prodigaba á su padre los más solícitos cuidados, el frío implacable cerraba poco á poco el paso por donde había descendido y amenazaba sepultarla con los infelices allí olvidados.

Lo que sucedió después aconteció en medio de los más extraños cambios de temperatura. La tormenta de nieve cuya violencia tantos temores había inspirado, fué por fortuna de corta duración y así llegó el día 1.º de septiembre.

Entonces fué preciso celebrar consejo: la estación estaba tan avanzada que parecía temeraria toda tentativa para llevar más adelante la expedición; pero con la salud recobraba el Sr. de Keralio la energía, y cuando se sintió repuesto relató toda la historia de su aventura.

De lo demás apenas se acordaba la valiente joven; pues desde que vió á su padre en seguridad, la emoción, la fatiga y el frío horrible que había padecido la rindieron.

–Sí, dijo; he visto el polo: poco ha faltado para que no pudiera alcanzar mi deseo. Esta muralla de hielo que se levanta ante nosotros no tiene la misma composición que los bloques paleocrísticos sobre los cuales descansamos, pues no tiene contacto con el mar.

–Efectivamente, exclamó d'Ermont; el teniente Pol y yo hemos podido comprobarlo de una manera precisa. Esa muralla descansa sobre una base de rocas compactas y duras que llegan hasta profundidades enormes del Océano. Sin embargo, nada autoriza á creer que no existan fallas y hendeduras en aquel basamento, algo así como túneles ó pasos submarinos.

–Sí, existen, hijo mío, y cuanto de ellos pudiera deciros sería una repetición de lo que consigné en el documento que ya conocéis, gracias á la botella: por ellos hemos llegado hasta el extremo opuesto de ese cinturón granítico, donde hemos sido rechazados por una fuerza invencible, por una especie de remolino prodigioso que nos ha lanzado fuera de la periferia y obligado á volver atrás, ya que no podíamos vencer aquella fuerza centrífuga. Si no hemos luchado más contra aquella fuerza ha sido porque nos hallábamos en la imposibilidad de hacerlo, puesto que en mitad del camino nos ha faltado el combustible. Si mis dos marineros están muertos y á mí me habéis hallado moribundo, ha sido culpa de alguien á quien no conozco, pero contra quien no obstante debo formular una acusación tanto más grave cuanto que exige una penalidad.

–¿El combustible?, exclamó vivamente Huberto. ¿No os habíais llevado muchos tubos de hidrógeno

líquido? ¿No habíais tomado una cantidad suficiente?

—Sí, la cantidad hubiese bastado de sobra, puesto que nos llevamos diez tubos que representaban ochocientos mil litros de gas, y la maniobra del submarino no exigía más que la mitad. ¡Juzgad de mi estupor cuando advertí que de los diez tubos había cinco vacíos!

—¡Vacíos!, exclamaron todos entre sorprendidos é indignados.

—Vacíos, añadió el padre de Isabel, ó mejor dicho, vaciados á propósito. La espita fué abierta, y desde hacía mucho tiempo las capilaridades no contenían ni un átomo de gas. El crimen debió ser cometido, bien á bordo, bien durante nuestra invernada en el cabo Ritter. No me atrevo á pronunciar ningún nombre, y, sin embargo, uno asoma á mis labios.

—¡Hermann Schnecker!, exclamó Huberto con violencia.

—No acuséis á nadie todavía, querido Huberto, pues sólo el tiempo puede descubrir al malvado. Para ello haremos todas las pesquisas necesarias.

Entonces contó todas las peripecias de aquella conmovedora campaña: su vuelta después del fracaso padecido por el submarino, su encallamiento en la costa, el arrastre sobre el hielo del *pack*, una tempestad sin precedentes que había roto el *pack* como se chafa la cáscara de un huevo, la carrera desesperada de aquellos desgraciados, ateridos de frío y famélicos, á través de mil obstáculos en busca del débil esquife que contenía todas sus esperanzas; luego el submarino hallado después de mil peripecias y la reinstalación de los tres hombres moribundos en aquel estuche de aluminio completamente congelado y casi más frío que la temperatura exterior. Los dos marineros sólo entraron allí para morir con cuatro horas de intervalo. En fin, el Sr. de Keralio cayó á su vez, y hubiera perecido infaliblemente sin la intervención milagrosa de su hija.

Aquel relato produjo una impresión profunda sobre cuantos lo oyeron.

La emoción llegó á su colmo, cuando el padre de Isabel, volviendo á su idea fija, repuso:

—Pero si la ausencia de hidrógeno me ha impedido realizar mi proyecto, ahora no existe ya este obstáculo. Estáis abundantemente provistos de este gas bienhechor; saquemos á flote nuestro submarino y empezaré de nuevo la empresa. No quiero que se diga que he naufragado dentro del puerto.

Huberto d'Ermont intervino entonces.

—Tío mío, dijo, entra en mis proyectos llevar á buen término esta expedición; pero debéis comprender que no podemos de ninguna manera permitir que os asociéis á nuestras fatigas y á nuestros trabajos. Por otra parte, el doctor aquí presente os dará los consejos que le dicten su ciencia y su amistad. El submarino puede llevar cinco hombres á bordo. Nosotros sólo seremos tres para llevar á buen término nuestra empresa; Guerbraz, yo y un tercer voluntario.

Una voz sonora y vibrante se elevó. Era la de Isabel.

—El tercero, ó mejor dicho, la tercera, seré yo. Ya que el estado de salud de mi padre no le permite tomar la parte que le estaba reservada en el descubrimiento, yo, su hija, ocuparé su puesto, y espero que no serviré de estorbo.

Se trató en vano de disuadir á Isabel. Ni los argumentos de su padre ni los de sus compañeros bastaron para convencerla ni para amortiguar su entusiasmo.

Entonces, como el tiempo urgía y era preciso aprovechar los últimos días del verano, se decidió apresurar la expedición. Ocho días á lo sumo debían bastar á los osados exploradores para llegar al eje del mundo y estar de regreso. El Sr. de Keralio, por grandes que fueran sus deseos de acompañar á los expedicionarios, hubo de ceder á los prudentes consejos del doctor Servan, habiéndose convenido que se quedaría en la tanda esperando á que volviera el submarino ó que, guiado por unos cuantos marineros, regresaría á la *Estrella Polar* que continuaba invernando en la isla Courbet.

Convenido esto y luego de haber recompuesto las averías del submarino é inspeccionado las carlingas, los tabiques, el árbol, la hélice, las máquinas y hecho jugar todos los resortes de aquella máquina admirable de aluminio, se procedió al aprovisionamiento, y el 2 de septiembre, después de haber arrastrado el buque hasta la orilla del mar, se le botó al agua, y al día siguiente, 3 de septiembre, Isabel, Huberto d'Ermont y Guerbraz se embarcaron, después de cambiar con sus amigos y deudos fuertes apretones de manos.

El submarino llevaba un nombre que sólo despertaba esperanza, el de *Gracia de Dios*.

Era verdaderamente un buque perfeccionado y que ya su primer experimento había dado por bueno.

Tres hombres bastaban para su maniobra.

Se componía de cinco partes: la máquina en el centro; en la proa un tubo lanzatorpedos y la cámara de marineros; en la popa el camarote del oficial, precedido de un cuarto que estaba junto á la máquina. Huberto cedió el camarote á su prima, quedándose con el cuarto.



Nada tan lúgubre como aquel entierro

En la parte de abajo y á los lados del barco, dos grandes cavidades se llenaban ó vaciaban proporcionalmente, según las profundidades que se querían alcanzar. Encima y sobre la cámara de popa, una caja conteniendo aire respirable aseguraba la vida de los tripulantes.

Pero la maravilla de aquel mecanismo ingenioso era la aplicación sagaz que había sabido dar al hidrógeno el Sr. de Keralio, ayudado por la experiencia de los dos hermanos d'Ermont.

Estaba dispuesta del modo siguiente:

El hidrógeno, al salir del tubo de acero, pasaba á una primera cámara de dilatación destinada á amortiguar su violencia, y luego se introducía en el cilindro motor, que contenía el pistón, por el juego alternativo de un cajón enorme. Mezclado con cierta cantidad de aire, el gas recibía el choque eléctrico de una chispa de una bobina Rumhkorff. Bajo aquella influencia, la combinación del hidrógeno con el oxígeno ambiente producía agua, que era recibida en un cubo y rechazada al exterior por una bomba de gran potencia, en tanto que la dilatación del resto de la mezcla, obrando sucesivamente sobre las dos caras del pistón, producía el vaivén de éste.

Cada vez que completaba su curso el gas se escapaba por orificios exteriores, chimeneas agujereadas por conductos capilares inaccesibles á la invasión del agua. El mecanismo de la distribución consistía, pues, en la oscilación de las cajas que abrían y cerraban sucesivamente los orificios del cilindro y en la apertura alternativa de circuitos que daban paso á la chispa eléctrica para llegar á los aparatos inflamadores.

Era la última palabra de la navegación submarina, y los viajeros tenían entre sus manos el más potente de los agentes en forma de hidrógeno líquido ó sólido encerrado en tubos que antes de partir examinó Huberto, el cual pudo ver con alegría que ninguno de ellos había sido objeto del atentado cuya naturaleza explicara tan formalmente el Sr. de Keralio. La hora escogida para partir era la del mediodía. En el momento preciso los recipientes del submarino se llenaron de agua y el barco se hundió progresivamente bajo las olas.

Tan grande era la limpidez de las capas del mar paleocrístico, que durante cinco minutos los espectadores de aquella escena pudieron seguir el descenso del *Gracia de Dios*, pero después le perdieron de vista.

Llegado sin obstáculo á una profundidad de quinientos metros, el buque remontó inmediatamente á la superficie: como se podía atravesar al aire libre y en plena luz toda la zona del Océano que rodeaba al polo, era inútil gastar tontamente el precioso gas antes de llegar á la cornisa de granito que sostenía el banco de hielo.

El submarino, dotado de una velocidad de doce nudos por hora, únicamente hizo uso durante esta travesía de tres horas de sus velas de fortuna ó treos y de sus largos remos. Llegado hasta el borde mismo de la roca, y después de haber estudiado aquella muralla con gran cuidado, Huberto decidió remontar algunos segundos hacia el Este.

La naturaleza de los lechos del suelo parecía indicar, en efecto, que en esa dirección encontraría más fácilmente los conductos subterráneos cuya presencia le había revelado el Sr. de Keralio.

A las dos y media el *Gracia de Dios* sumergió de nuevo. Lo hizo con gran lentitud y prudencia, sin dejar de observar el muro que le barría la ruta del polo.

Gracias á las proyecciones de los aparatos eléctricos que consigo llevaban los expedicionarios, pudieron éstos escudriñar los últimos rincones de esos cimientos del globo.

A ochenta brazas, la muralla pareció desgarrarse y el submarino se encontró ante una bóveda que formaba túnel bajo la masa granítica. El haz de rayos eléctricos que proyectaban las lámparas del buque reveló pronto á los viajeros la existencia de un corredor prodigioso. Instruído por el Sr. de Keralio acerca de la estructura de aquellos arrecifes gigantescos, Huberto d'Ermont no dudó un instante de que se hallaba en presencia de uno de esos caminos fabulosos por los cuales el padre de Isabel había encontrado ya su camino hacia el Norte.

Dejó, pues, que el barco bajara unos diez metros más, y advirtió con gran contento que hacia abajo la grieta se ensanchaba de un modo prodigioso. Lo que no era sino una simple raja á ochenta brazas de la superficie del mar, se convertía en una cúpula á las ciento cincuenta. Y la mirada maravillada de los viajeros no cesaba de contemplar y admirar la esplendidez del cuadro que se desarrollaba ante ellos, pues parecía aquella gruta un verdadero palacio de hadas.

A derecha y á izquierda y alcanzando profundidades tapizadas de densas sombras, la bóveda formaba salas sucesivas sostenidas por gigantescas columnas. Aquí y allá aparecían formas arquitectónicas, flechas, frontones, y más lejos parecían surgir edificios extraños en el seno de los cuales se movían formas desconocidas.

A veces, en medio de aquellas tinieblas misteriosas surgía un rayo de luz azul ó violeta, amarillo ú opalino, y entonces el mar, súbitamente iluminado, dejaba ver inconmensurables profundidades.

—Ved ahí, Isabel, dijo de repente Huberto, cómo acabo de descubrir la causa de las auroras boreales. Es evidente para mí en este momento, que los dos polos son inmensos condensadores de fluidos y que las iluminaciones maravillosas de estas aguas deben proyectar en el firmamento esas claridades extrañas



que tantas veces nos han llenado de admiración durante nuestra invernada del año anterior.

—Sin duda tenéis razón, Huberto, contestó la joven. Pero según vos, ¿cuál es la causa de este fenómeno?

(Continuará)



Fig. 1. Almuerzo en el observatorio del faro flotante *Ruytingen*

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS FAROS FLOTANTES

Dados los progresos de la industria moderna, la navegación en alta mar dista mucho de presentar los peligros que antes ofrecía; pero queda aún un peligro grave para el marino, y es la tierra, es decir, el camino que al acercarse á la costa ha de recorrer para llegar al puerto y que tantas veces está sembrado de temibles escollos.

Los faros y las indicaciones de los semáforos están á menudo demasiado lejos para guiar al navegante, y algunas veces la tierra permanece oculta debajo del horizonte cuando el buque se halla ya empeñado sobre fondos peligrosos.

De aquí la necesidad urgentísima de las señales fijas ó flotantes determinadas geográficamente y marcadas en las cartas de aterraje con su coloración metódica de día y su manera de alumbrar si están provistas de un aparato focal.

El servicio de faros y valizas inspira hoy el más vivo interés á todos los que de cosas marítimas se ocupan.

Bastaría citar algunas entradas de puertos muy frecuentados para hacer comprender cuánta pericia, cuánta práctica, cuántos cuidados exige el gobierno de un buque que se acerca á tierra y también cuáles instalaciones deben establecer los ingenieros para marcar claramente, así de día como de noche, el camino que ha de seguirse.

La cuestión del valizaje y sobre todo del valizaje luminoso ha hecho asombrosos progresos desde el momento en que los nuevos procedimientos metalúrgicos han dado la solución de los problemas por aquélla planteados, y poco á poco las naciones marítimas han instalado en los puntos más difíciles de sus aterrajes valizas fijas, linternas, buques faros, boyas sencillas ó luminosas que son para los marinos datos precisos de la ruta que han de seguir para llegar á puerto con toda seguridad.

Entre estos aparatos merecen puesto preferente los faros flotantes, que son, á no dudarlo, los pilotos del porvenir: los paseos marítimos iluminados por el gas ó por la electricidad han salido ya de la esfera de la fantasía y de la caricatura: nietos de los que tendieron los grandes cables, los hijos de la generación presente establecerán con éxito el valizaje luminoso transoceánico.

Los primeros faros flotantes se establecieron en Francia en 1860: el *Ruytingen* que reproducimos sustituyó recientemente á otro del mismo nombre instalado en 1869 en aguas de Dunkerque y es de planchas de acero de un espesor de 9 á 11 milímetros. Mide 30 metros de eslora, 7'80 de manga y 4'12 de puntal; su casco pesa 103.000 kilogramos y desplaza 387 toneladas. Su estabilidad está asegurada por su gran anchura, por 90.000 kilogramos de lastre y por dos fuertes quillas laterales que se oponen á los bandazos; está anclado á 20 metros de fondo sobre el banco mismo y puede en caso de necesidad largar 300 metros de cadena. Sus áncoras tienen la forma de una seta de hierro y pesan 2.000 kilogramos.

Delante del bao maestro álzase un mástil corto y grueso bien sujetado, sobre el cual se iza á 12 metros por encima del horizonte la jaula que contiene el aparato luminoso, compuesto de nueve lámparas dispuestas en grupos de tres con reflectores paralélicos: el sistema gira alrededor del mástil y produce un resplandor rojo cada veinte segundos. A una altura de 20 metros el mástil termina en una bola construída con círculos de hierro, que tiene seis metros de circunferencia y en cuyo interior pueden sentarse cómodamente diez personas: uno de nuestros grabados reproduce esta especie de observatorio.

En previsión del caso, por otra parte muy difícil, de que el buque-faro hubiera de navegar con sus propios recursos, lleva un velamen cuya superficie ha sido calculada para los grandes temporales, únicos que pueden romper las cadenas.

La cala del *Ruytingen*, además de espaciosos alojamientos para el capitán, oficiales y marineros con todas las dependencias necesarias, contiene la potente máquina de aire comprimido que hace funcionar la sirena durante las nieblas; por si ésta se estropeara, tiene á prevención el barco una campana que pesa 70 kilogramos.

El servicio de los buques-faros está desempeñado por un personal numeroso y escogido entre los viejos marinos de guerra y mercantes. Cada pontón tiene una tripulación de ocho hombres mandados por un capitán de buque mercante de los que hacen viajes de altura, práctico conocedor de los sitios locales y experto en la maniobra de los barcos-faros.

El relevo de este personal se efectúa cada quince días... si el tiempo lo permite, y en invierno acontece muy á menudo que el tiempo no concede este permiso y hay que esperar entonces una coyuntura favorable.

Este relevo es más difícil de lo que á primera vista parece. En primer lugar es preciso ir lejos en un vapor especial que remolca una chalupa; luego hay que transportar víveres, agua dulce, grandes latas de petróleo, alquitrán, etc. Si todo se redujera á que los del faro saltasen al vapor y viceversa, la operación sería más fácil; pero lejos de esto, hay que verificar un verdadero desembarco en alta mar, y sabido es que los trabajos de esta naturaleza son imposibles aun en un puerto, cuando el mar está alborotado.

Para que el relevo se efectúe normalmente conviene llegar hasta tocar al pontón, y entonces todo se hace de prisa y bien. También puede verificarse, en ciertas circunstancias, el transbordo por medio de la chalupa, pero esto exige que se adopten grandes precauciones para que la chalupa atraque sin riesgo junto al pontón.



Fig. 2. El faro flotante *Ruytingen*

La vida de los marinos á bordo de los buques-faros es generalmente monótona; su principal ocupación consiste en arreglar con cuidado y limpieza extremados su *casa de campo*. Pintar, barnizar y pulir, he aquí todas sus ocupaciones; fuera de esto, los pontoneros se entretienen en varias labores, una de las cuales es la construcción de barcos casi microscópicos que son un modelo de paciencia por lo perfectos en sus pequeñas dimensiones.

De cuando en cuando, un temporal viene á romper esa monotonía y entonces el barco se agita, se fatiga, casi navega. Algunas veces redobla el viento sus esfuerzos y arranca al pontón del escollo en que está anclado: este accidente, que no tiene nada de agradable, no disgusta sin embargo á los tripulantes del pontón, que con aquella navegación forzada se sienten rejuvenecidos y recobran el vigor de otros tiempos para luchar con las embravecidas olas. A consecuencia de estos incidentes, muchos buques-faros han realizado travesías á la vela, tan singulares como llenas de emociones, en medio del furor del Océano, evitando la tierra y haciendo rumbo hacia alta mar. Bien lastrados, muy estables y mandados y maniobrados por marinos expertos siempre han salido bien de estos malos pasos.

Cada pontonero recibe al año un sueldo de 1.000 francos y víveres para ocho meses: cuando están en tierra se utilizan sus servicios para las reparaciones de las valizas. Inútil nos parece consignar que las tres cuartas partes de esos valientes están condecorados con la medalla de salvamento.

Su divisa es «Paciencia, exactitud y abnegación.»

(De *L'Illustration*)

***

LA COMBUSTIÓN SIN HUMO

La combustión sin humo es el sueño dorado de todas las industrias, especialmente de aquellas que están establecidas en el interior ó cerca de las ciudades: muchos son los aparatos fumívoros cuya adopción se ha propuesto, pero ninguno ha dado resultados completamente satisfactorios. He aquí un sistema digno de llamar la atención de los industriales.

El combustible en vez de ser introducido en pedazos, como ahora se hace, es previamente reducido á polvo por medio de muelas. En lugar del hogar ordinario se encuentra una cámara de combustión en forma de pera, revestida de ladrillos refractarios y provista de un aparato deyector, parecido á los que se emplean en los hogares de petróleo: en esa cámara hay dos aberturas, una en el eje de la caldera y en el sitio que en los actuales hogares ocupa la puerta, y otra en el extremo opuesto de la cámara que sirve de orificio á un tubo de aire que arrastra constantemente el polvo de carbón á la cámara de combustión y que, orientado de una manera conveniente, está dispuesto de modo que el polvo se dispersa por todo el hogar. Una vez inflamado este polvo, la combustión continúa de una manera intensa y regular bajo la acción de la corriente de aire que lo arrastra y que se regula de una sola vez, según la cantidad de polvo necesaria á la producción del calor que se desea. El polvo de carbón está en una caja de donde el aire comprimido lo recoge por medio de un mecanismo muy ingenioso y lo lleva al hogar.

El aire y el combustible están, pues, íntimamente mezclados en la zona de combustión, al paso que la corriente de aire que ha servido de vehículo al polvo pierde la mayor parte de su velocidad: de suerte que la combustión es completa.

El aire puede ser previamente calentado utilizando el calor de los gases que se desprenden en la chimenea, y también puede mezclársele con una corriente de vapor que se descompone en hidrógeno, cuya combustión hace elevar la temperatura del hogar.

Este sistema permite mantener constante esta temperatura, apagar instantáneamente el fuego y suprimir las chimeneas altas é impide la formación de escorias.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESPAÑA DE HOY, *por R. Monner y Sans.* – Cuando tanto se dice en contra ó menosprecio de nuestra patria, cuando los extranjeros y aun algunos españoles hablan con desdén de nuestro atraso moral y material suponiendo que la España que todo lo fué un día hoy está casi por completo apartada del movimiento progresivo del mundo civilizado, conforta el ánimo de los que creemos que ni el mal es tan grande ni el remedio tan difícil escuchar una voz entusiasta, elocuente, que aun prescindiendo del pasado gloriosísimo reclama para la España de la presente centuria el respeto que se merece un pueblo que todavía trabaja y produce mucho, lo mismo material que moralmente. Esta voz la deja oir desde la República Argentina el notable publicista español Sr. Monner y Sans en la obra que nos ocupa: en ella afirma que no han muerto el arte, ni la literatura, ni la filosofía en un siglo en que han vivido Goya, Rosales, Palmaroli, Gisbert, Fortuny, Madrazo, Benlliure, Susillo, Mélida, Vallmitjana, Espronceda, Zorrilla, Bécquer, Campoamor, Núñez de Arce, Donoso Cortés, Balmes, el P. González, Azcárate, Pi y Margall, Aparici y Guijarro, Rivero, Pidal y Mon, Castelar, Valera, Pérez Galdós, Pereda, la señora Pardo Bazán, Palacio Valdés, Castro y Serrano y tantos otros que son gloria del mundo científico, artístico, filosófico y literario. Y lo que afirma en la esfera moral afírmalo también en lo que al trabajo material se refiere con buen acopio de datos que prueban elocuentemente que nuestra producción, nuestro imperio colonial, nuestro comercio, nuestra marina y nuestras obras públicas distan mucho de desempeñar un papel desairado y antes bien ocupan un lugar digno en el concierto de las naciones europeas. El folleto del Sr. Monner es la obra de un patriota y de un castizo escritor, y merece por ello entusiasta elogio de los amantes de nuestra patria y de las letras españolas.

*
* *

LA PRIMERA CRÍA, *por M. González García.* – Es ésta una narración novelesca muy interesante de costumbres campesinas portorriqueñas, pero en el fondo es algo más, puesto que en el relato va envuelta una cuestión social de gran trascendencia para aquella hermosa antilla española y se plantea un problema cuya solución creemos deberían estudiar los que se hallan en condiciones de hacerlo. *La primera cría* ha sido premiada con diploma de honor y medalla de primera clase en el certamen celebrado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País el 12 de octubre de 1892 con motivo de la celebración del *Cuarto centenario del descubrimiento de América* y ha sido editada por la *Ilustración Portorriqueña.*



TERESA DE JESUS
1515 + 1582

Cuadro de Eugenio Gimeno Regnier

*
* *

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Con la entrega 12 de esta importante publicación ha terminado el primer grupo de suscripción á la revista que tan acertadamente dirige el digno magistrado de esta Audiencia, D. León Bonel y Sánchez. En lo sucesivo *Los apéndices al Código Civil* y la reputadísima *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, de Madrid, se fundirán en una sola publicación en la cual todos los magistrados, jurisconsultos y aficionados á estudios jurídicos encontrarán cuanto necesiten conocer sobre legislaciones, común y forales, jurisprudencia y cuestiones doctrinales, y los suscriptores podrán hacer consultas que serán publicadas y contestadas por el orden en que se presenten, si el director lo cree procedente. Para terminar el índice general y el Reglamento para la ejecución de la Ley Hipotecaria se publicarán entregas suplementarias fuera de abono al precio de una peseta cada una. La administración de *Los Apéndices* correrá en lo sucesivo á cargo de D. Julián Martínez, Espoz y Mina, 17, pral., Madrid.

*
* *

LOS OJOS NEGROS, *por D. José Borrás.* – El notable poeta Sr. Borrás y Bayonés, de alguna de cuyas obras nos hemos ocupado en otras ocasiones, acaba de publicar, con el título de *Los ojos negros*, un idilio-elegía en setenta estrofas todas muy sentidas y abundantes en pensamientos bellísimos que avalora una versificación correcta y fluida. La composición del Sr. Borrás tiene el corte de uno de esos pequeños poemas que tan justo renombre han dado á Campoamor y contiene bellezas de fondo y de forma que, dentro de su indiscutible originalidad, recuerdan el estilo del ilustre autor de las *Doloras.* Véndese el idilio-elegía del Sr. Borrás en las librerías de San Martín (Puerta del Sol, 6) y de Fe (Carrera de San Jerónimo, 2), Madrid.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 23 de octubre de 1893 — Núm. 617

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DEL ARTE MODERNO



LA SOPA

Notable cuadro de David Nillet



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El problema de nuestra regeneración económica. – Necesidad de consagrar á él todas nuestras fuerzas. - Nuestro destino en Africa. – Su inevitable cumplimiento. - Su inmanencia en el tiempo y en el espacio. – Conflicto de Melilla. Causas permanentes del conflicto. – Historia de los hechos. – Necesidad de moderar nuestros ímpetus. – Gloria inmarcesible á los muertos y para los vivos. – Conclusión.

Embargados estábamos por el problema de nuestra regeneración económica, tan dificultoso de suyo, cuando súbitamente salta por un camino erizado de agudas espinas nueva dificultad: un combate muy heroico en sí, cual todos los empeñados por el ejército español, pero un combate desdichadísimo, no solamente á causa de los muertos que ya hemos inmolado en él, á causa de los compromisos que engendra en lo presente y del trabajo que para lo futuro apercibe. Así como tenemos en el planeta los iberos una sarta de perlas inapreciables con el collar de islas tendido sobre los mares, que muestra, hoy aún, haber sido nosotros los reveladores de su mayor parte á los viejos pueblos históricos, tenemos en Africa una línea de posiciones sobre su costa norte y cerca del maravilloso estrecho nuestro, indicativas del ministerio que cumpliremos allí, pese á quien pese, por imposición del tiempo y del espacio, tan soberana, que nadie podrá hurtarse á sus mandatos nunca, y tan cierta, que no podrá menos de cumplirse, sean cualesquiera las tardanzas en su realización y cumplimiento. Ceuta, Melilla, las Chafarinas, Alhucema están ahí como fiadoras de nuestras arraigadas esperanzas. Podrá tener el inglés en Marruecos una ó más factorías; podrá el francés urdir amistades más ó menos sinceras y relaciones más ó menos frecuentes con el sultán marroquí; podrá el italiano diputar á las poblaciones costeras del Mogreb los grupos de ingenieros que ya conocemos y que alguna ilusión de su patria denuncian; podrá el alemán aquistar una especie de protectorado diplomático, al fin de ir engrandeciendo su hegemonía sobre las potencias, adquirida con sus triunfos guerreros en Francia; pero no podrá pueblo ni gobierno ninguno romper aquellos lazos que unen la península de Occidente á su codiciada presa; pues cuando toquen al reparto de Africa, precisará fundarlo en la Geografía y en la Historia, en el tiempo y en el espacio invencibles, y no contra su imperio, teniendo éste, como tiene, por lo eficaz y fuerte, algo de fatal y de divino. Mas para ofrecer á Dios, en su providencial obra, toda la cooperación que deba el humano albedrío y su esfuerzo, precisa ¡oh! ser alguien, ser un pueblo respetable y respetado, con su cuestión política resuelta, con sus libertades necesarias aseguradas, con sus partidos todos dentro de la legalidad, con su orden interior completo; sin esas neurosis producidas por el choque de una reforma cualquiera con la epidermis de los intereses particulares; sin esos partidos extremos amenazando, el uno, por nuestra derecha, con la horrible guerra civil, y el otro, por nuestra izquierda, con el cantón anarquista; sin estos presupuestos en canceroso déficit que nos tienen colgados sobre la bancarrota y el deshonor; sin esos regionalismos, todos de apariencia y superficie, pero debilitantes, empeñados bajo mentidos lemas de progreso en hacernos caer de espaldas sobre los fraccionamientos feudales de la Edad media; sin esas propensiones al pronunciamiento dentro y á los conflictos fuera, que nos trajeron aquella sucesión de convulsiones internas, las cuales nos han arruinado con sus luchas en el Norte y en el Mediodía, y aquellos embarazos externos, como los traídos por la guerra con Chile y el Perú, ó por la reincorporación de Santo Domingo, los cuales sólo sirvieron para mermar nuestra influencia en América, donde tiene un hogar nuestra patria, y detener el ejercicio de aquellos ministerios civilizadores en el mundo, á que nos obligan y nos impelen el recuerdo de nuestra gloriosísima historia, siempre admirada por todos, y el poder de un talismán tan prestigioso como nuestro esclarecido y respetado nombre, que llevan impreso en el planeta de un modo indeleble desde los abismos del mar hasta las estrellas del cielo.

Mucho enaltece á todos los españoles el amor á España, que se revela en cada conflicto con Africa, y el coraje sublime que muestran allí, como en todas partes, nuestros heroicos y mártires soldados. Pero no imitemos aquello de tanto quiere á sus hijos la gata que se los come, y no vertamos en suicidas holocaustos inútiles una sangre tan preciosa como la sangre de nuestro ejército nacional. Toda política en el continente africano debe reducirse por nuestra parte á conservar aquello que poseemos y mejorarlo; pero sin pedir una pulgada de terreno más para nosotros, en el temor natural de levantar una caza que otros únicamente pueden ahora, en esta coyuntura, correr y cobrar. Y si no, recojámonos dentro de nosotros mismos y meditemos con verdadera reflexión. Habíamos concentrado todo el pensamiento y todo el esfuerzo de la política española en declarar primero los derechos congénitos á nuestra naturaleza y en organizar después la soberanía nacional para resolver el problema político. Hecho esto, nos habíamos consagrado luego al aumento de ingresos y á la diminución de gastos, que nos granjease un presupuesto nivelado, capaz de resolver el problema económico. ¡Ah! Con grandes obstáculos tropezaba el problema político, por la ceguera de nuestros partidos, pero quedó resuelto el día de la proclamación del sufragio; con grandes obstáculos tropieza el problema económico, pero está en vías de resolverse con que solamente se subordinen todas las cuestiones á la cuestión de Hacienda y todos los servicios se regulen con aquella modestia exigida por nuestra grande tradicional pobreza. Ser libres, ó dueños de nuestra política y de nuestra economía, sin tener que mirar á nadie la cara: he ahí la norma natural á guardar y el objeto capitalísimo á requerir por un verdadero estadista, si quiere levantar sus obras con arreglo á los cánones de la lógica, como levanta el arquitecto sus edificios con arreglo á los cánones de la mecánica. Por eso, por la fuerza que los consiguientes extraen de los antecedentes y de las premisas las consecuencias, al sufragio universal triunfante siguió el presupuesto de la paz establecido y planteado por el consentimiento universal. Y hallándonos en tal situación, á la hora suprema de un progreso tan extraordinario y de un logro tan increíble como el haber sometido á la economía la política, ¿no aparecerá como una diversión peligrosa del objeto común cualquier impremeditado conflicto? Yo lo temo en grado altísimo; y como lo temo en grado altísimo, creo deber mío dar el grito de alarma contra excesos, así de acción como de palabra, cuyos resultados están vistos: suscitar para los demás una cuestión gravísima, preñada de amenazas, puesta por el destino á dos dedos del abismo donde hierven las cóleras continentales, capaz de fulminar sobre nuestra cabeza una responsabilidad tan grande, como la que traen aparejadas catástrofes inminentes, bajo cuya pesadumbre pudiera perderse y concluirse la civilización europea.

Todo estaba en paz. La nube condensada en Tánger por el partido tory para ganarle la mano al partido wigh y vencerlo por alardeos de patriotismo en las elecciones, habíase disipado con la licencia dada, tras la victoria del último, por su nuevo ministro lord Rosebery al célebre Smith, quien tomando al formidable Marruecos por el pobre Zancíbar, donde había logrado traspasar á Inglaterra el protectorado de Alemania, se partió á Fez en una especie de protectora embajada, con todo el aparato requerido por lo descabellado del objeto y por lo complicadísimo del argumento, encontrándose la horma de su zapato en desaires y disgustos y tropelías y burlas, cuyos estragos lo pusieron fuera de quicio, hasta el punto de hacer creer que pondrían fuera de quicio también á su gobierno, soñando, por tal imprevisión, la hora de una cruenta venganza, como la puesta en práctica por Inglaterra para desquitarse de las ofensas del rey Teodoro de Abisinia; y con esta venganza coincidiría el juicio final de Marruecos, y con este juicio final, tan ocasionado á irreparables catástrofes, la conflagración europea, que costaría cara, muy cara, de seguro, no sólo á nuestro continente y á sus Estados, á toda la tierra y á toda la humanidad. En cuanto se disipó esa nube, como antes de que la nube se formara, el empeño de una buena política española debía consistir en guardar la estabilidad á toda costa, sin poner la mano sobre un átomo de tierra, para no dar malos y desastrosos ejemplos. Así decía yo, frente á un discípulo mío, tan querido y admirado como el Sr. Moret, quien había querido poner un cable allá en la isla del Perejil, cuando era en el último ministerio Sagasta ministro de Estado, que lo dejara por Dios, pues no quería yo nos saliera ese vegetal en la frente. Teníamos, pues, verdadero motivo para creer asegurada la paz y conservado por todas partes y por todos los pueblos el *statu quo*, cuando se desploma sobre nuestras espaldas un tan horrible accidente como esa desgracia de Melilla, en que una vez más hemos demostrado cómo todo lo espontáneo, todo lo genial, todo lo intuitivo, todo lo indeliberado, todo lo inconsciente, todo lo divino, el coraje, la fuerza, el empuje, la grande abnegación, el estro para los combates, el amor al sacrificio y al martirio aparecen siempre sublimes en nosotros, mientras imposible todo lo reflexivo, todo lo consciente, todo lo meditado; es decir, Administración y Gobierno.

Mas historiemos los acontecimientos. Nuestras posesiones de Africa no están circuídas por una especie de marca, como la que tienen Argel y Orán; hallándose por necesidad expuestas á los continuos asaltos de una raza tan guerrera como la raza marroquí, la cual, si no puede pelear con el infiel, ó sea con el cristiano, pelea entre sí, entre sus familias, como presa de una inquietud nerviosa, de una inquietud secular, de una inquietud atávica, patentemente mostrada por ese afán de correr la pólvora en ruidosas fiestas, y alardear de guerra en espectáculos continuos, y salir de cabalgatas vertiginosas á las cacerías, y justar en combates de ostentación y de aparato, como si necesitara ver el relámpago perdurable, oir el trueno siniestro y acerar todos sus miembros y todos sus nervios y todos sus músculos en luchas perdurables. ¿Qué ha de resultar en tal estado? Un conflicto perpetuo. Ese pueblo guerrero, al ver las insignias y enseñas de una religión y de un imperio contrarios á su religión y á su imperio sobre puntos que cree pertenecerle, no se acuerda de ninguna consecuencia, ni mide ningún obstáculo, ni siente ningún recelo, y se lanza muy ciego sobre la presa como el milano sobre la paloma, como el pez grande sobre el pez chico, como el tigre sobre la jirafa, como las especies carniceras unas sobre otras con la ineluctable fatalidad impuesta por un instinto invencible, que produce lo conocido en nuestro moderno lenguaje con el nombre muy acertado de guerra por la vida. Entre nuestras posesiones llenas de cristianos y las marcas circunstantes llenas de moros se suscitarán siempre conflictos que nos exponen á una guerra perdurable. No tuvo ninguna otra causa la guerra emprendida con Marruecos bajo la dirección del general O'Donnell: un ataque de los moros á Ceuta. Así es que, al acabarse la campaña y venirse á términos de paz entre los combatientes, convínose para evitar nuevos conflictos en poner amplias marcas alrededor de nuestros fuertes y ciudades, como amortiguantes de los encuentros y de los choques. Pero la imposibilidad de poblar estas marcas por cristianos y la inquietud congénita con el ánimo y el temperamento de los moros habrán de traer, en inconformidad de éstos con la diminución de su territorio, conflictos cuyas consecuencias se contienen y encierran en este dilema: ó parciales encuentros de guerrillas continuas, ó nueva guerra para conseguir mayor y más amplio territorio en torno de nuestras plazas.

En esta general situación de las posesiones africanas brota el conflicto presente con las tribus marroquíes cercanas á nuestros fuertes. Habíamos pactado en el convenio de Vad-Ras una indemnización para nuestro tesoro, que se nos satisfizo con religiosa escrupulosidad, y una zona en torno de nuestras plazas, que nunca jamás fué bien establecida y designada, parte por las muchas largas que á todo nuestras oficinas dan en su inveterada indolencia, parte por las muchas resistencias que á todo los marroquíes oponen de suyo en su casi mecánica inercia. Entrado en el ministerio de la Guerra el general López Domínguez, estudió la extensión de tales zonas, y no pudo menos de advertir como las había disminuído para nosotros la vieja indiferencia consuetudinaria nuestra y aumentádolas para las kabilas el instinto de aproximación á las plazas españolas, de continuo sitiadas por sus ensueños fantásticos, pero eternos, de una recuperación inmediata. Si mis informes no mienten, la zona de Ceuta, muy disputada siempre por los marroquíes, se conserva con mayor cuidado que la zona de Melilla, muy abandonada en los últimos tiempos. Y dado tal abandono, como en los escollos brota la vegetación cuando el oleaje salobre se retira, y bajo las exterminadoras lavas el viñedo cuando aquéllas se solidifican

y enfrían, en estas zonas, circunstantes alrededor de las fortificaciones hispano-africanas, van apareciendo y desapareciendo á la descuidada tribus nómadas y aduares errantes, demostrativos del empuje que tiene y de la extensión que toma por todas partes el florecimiento eterno de la vida. Bajo imperiosas órdenes del ministro de la Guerra, perteneciente por su historia y por sus servicios militares á una fracción del ejército que hoy podríamos llamar, como se llamaban en Roma los Escipiones, africana, el gobernador de Melilla comenzó á extender la neutral zona entre la plaza y sus vecinos, limpiándola de familias nómadas y estableciendo en el punto más estratégico de su terminación el fuerte llamado de Sidi-Auriach. Esto, que hubiera podido intentarse tras la guerra sin dificultad alguna, debía chocar con muchísimos obstáculos en la coyuntura y sazón presentes, cuando creían los moros baldío ya este canon del tratado y fiaban su dominio sobre aquel espacio á las prescripciones de una larguísima ocupación. Así comenzaron por enviar un hajá á nuestro gobernador, el heroico general Margallo, en demanda del desistimiento, y concluyeron por amenazar, sin empacho ni escrúpulo, el tomarse la justicia por su mano y acudir en tropel tumultuoso al derribo de las fortificaciones incipientes. En vano el general demostró la imposibilidad para nosotros de mantener á sus anchas las poblaciones españolas, sin los desahogos ofrecidos por una zona neutral, cuya propiedad se había sancionado por su propio emperador en solemnes pactos diplomáticos, donde constaba la extensión pactada, dentro de la cual se hallaban las estratégicas defensas, indispensables á nuestra seguridad. No hicieron caso alguno de las observaciones los rifeños; y como les falta idea clara de haberse obligado á sí mismos con las obligaciones contraídas por su lejano y nunca bien obedecido sultán, se atrevieron, según habían dicho, á tomarse la justicia por su mano, y comenzaron todos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, sin parar mientes en las consecuencias dañosas, sin sentir ningún escrúpulo, cerrando con los nuestros en formidable ataque de mil contra uno y destruyendo el fuerte de Sidi-Auriach por medio de esas irrupciones bárbaras, en que los irruptores parecen multiplicarse como las langostas en sus devastadoras nubes de asolación y como las moscas en los cadáveres amontonados por las matanzas del combate. Tanto es así que, después de haber pasado tamaña tromba de musulmanas cóleras por cualquier terreno, queda en una desolación tal éste, que parece han arruinado los irruptores hasta las ruinas y matado á la muerte misma, si es permitida la hipérbole.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Aldea de los indios de Vancouver

No puede, no, decirse adónde ha rayado el heroísmo de nuestros soldados. Las lenguas humanas no tienen voces expresivas de tanta sublimidad. Cuando todo se cerraba para ellos; aquel cielo mahometano, que diríais por los ángeles exterminadores y apocalípticos del Alcorán henchido; la tierra, sólo apropiada de suyo á las kabilas, que parecen unas con sus horrorosos arenales erizados de cactos; so el asalto del rifeño, anheloso de sangre y aullando cual perro hidrófobo con alaridos terribles y combatiendo hasta usar desde las gumías y los rifles á las uñas y los dientes en sus esfuerzos por exterminar al contrario; aquellos soldados españoles, cada uno contra ciento lucharon cual si no estuvieran sujetos á la muerte y vendieron caras sus vidas en una especie de sublime suicidio. Se necesita ver un rifeño para sentir cómo aborrecen y matan esas gentes. Fornidos y nervudos al mismo tiempo; adobados por las evaporaciones del desierto y curtidos por los calores del Africa; la gumía sobre su costado y el rifle al ojo como integrantes órganos de su cuerpo; un mechón, largo como la cola de un caballo, en lo alto de la cabeza rapadísima, para que los cojan en la hora de su muerte por allí los arcángeles y se los lleven al paraíso de Mahoma; ligera túnica pegada por completo á las carnes y que no embaraza ninguno de sus movimientos; la mirada relampagueando iras y el pecho produciendo implacables odios, no combaten por lo-



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO – El teatro chino, dibujo de E. Limmer

gros de la guerra, combaten por el exterminio de sus enemigos, y se gozan como tigres, á quienes en su crueldad se parecen, matando, no hasta donde pide la necesidad, matando por el placer que les procura la matanza, durante la cual respiran como un edénico aroma el hedor de la caliente recién vertida sangre. Se necesita la fibra española, el parentesco nuestro con tierras parecidas en lo ardientes á la suya, el menosprecio de la muerte connatural á la raza nuestra, para hacer lo que hiciera el corto destacamento defensor de la fortaleza en construcción: resistir tanto tiempo con corto número, intentar después y cumplir una retirada honrosísima, sumarse luego con los soldados de la guarnición é imponer el necesario respeto á los ciegos, que mataban en su furor con la misma indiferencia con que matan en el mundo la tempestad y la epidemia. Delante de tal holocausto no tenemos que hacer sino adorar á los sacrificados como se adora en el catolicismo á los santos é inscribirlos en el calendario de nuestros mártires. Dar lo más preciado que pueda tener el hombre, la vida, necesaria, no sólo á él mismo, á todos los que le aman y él ama, por la colectividad que forman sus conciudadanos allá lejos, ¡oh! es acto tan meritorio, que sólo debe quedarnos espacio y ánimo para el culto ardoroso de este milagro moral, presentándolo, no sólo como ejemplo á las jóvenes generaciones herederas del tesoro acumulado por santos sacrificios, como prueba de la vitalidad que late con fuerza en el seno de una raza, dispuesta siempre al sacrificio por su patria. Tiempo tendremos de juzgar á quién corresponde la responsabilidad de un hecho, no feliz de suyo, y menos en estas circunstancias; hoy sólo nos toca recogernos un momento en el duelo que todos los españoles sentimos, y conmemorar en el culto á los muertos este sacrificio más, presentado por sus heroicos hijos á la madre España, tan digna del religioso amor que le han profesado todas las generaciones suyas en toda la continua sucesión de los tiempos.

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

IV. – EL URUGUAY EN CHICAGO

La República Oriental del Uruguay es una de las más hermosas de la América española y está, felizmente, de algunos años á la fecha entregada á la paz y al reposo que tantos beneficios reporta á los pueblos cultos. Preséntase el Uruguay en este certamen con sus productos naturales, que son muchos y buenos, descollando sobre todo las lanas y los cueros, fuente principal de su riqueza. Exhibe abundancia de cereales, aguardientes, vinos, licores, perfumería, confitería y sobre todo galletas y conservas en abundancia, así como aceites y legumbres. Como se verá por la fotografía de su departamento en el palacio de Agricultura, Liebig hace una brillante instalación de su «Extracto de carne,» que pone fuera de concurso, y de cuyo extracto riquísimo hacen caldo que sirven gratis al público en general durante cuatro horas diarias. La gente se atropella por tomar el líquido reparador de las fuerzas perdidas con el ajetreo que *se traen*.

El Uruguay presenta una grande y hermosa colección de fotografías del hermoso y moderno «Barrio Reus,» trabajo ímprobo de un español que llevó sus energías y su actividad al Plata; que proyectó y llevó á cabo las obras que perpetúan su nombre, edificando una barriada de casas cómodas y sanas para obreros, y que desengañado, lleno de amarguras, pobre y mal comprendido por los que sólo le han hecho justicia después de muerto, pasó á mejor vida sin lograr ver terminada su benéfica y magna obra.

También ha mandado la República Oriental fotografías de sus mujeres; de aquellas mujeres que gozan á la par de las limeñas fama universal de hermosas y distinguidas, y cuyos retratos constituyen el mejor adorno de la instalación.

Expone asimismo la menor de las hermanas platenses buen material de escuelas, y entre varios trabajos un volumen en forma de periódico, impreso y dibujado por los alumnos de la Escuela de artes y oficios, que da clara muestra de los adelantos que Montevideo ha hecho en este esencialísimo ramo de la instrucción popular. He visto en esta sección uruguaya un mapa muy curioso.

La parte de la esfera que presenta el continente americano está formada con los nombres de las naciones, las ciudades, los pueblos y los ríos del Nuevo Mundo, impresos en letra menudísima, pero perfectamente legible sin ayuda de microscopio ni de lente. Termina este curioso mapa una cabeza de Colón, dibujada sobre la forma de imprimir, con la biografía del descubridor, impresa en lengua italiana: el parecido es exacto á los retratos más vulgares, y que por serlo se nos antojan los auténticos.

La biografía es una curiosidad de mucho gusto, que revela un tipógrafo excelente: como dibujante y como geógrafo también puede apostárselas con cualquiera el autor de tal mapa.

En la instalación del Uruguay encontré todo el afecto de los buenos amigos y toda la distinción de los caballeros, y no podía ser menos. Cuantos han venido en la comisión y cuyos nombres no estampo, porque escribo en viaje y no tengo tarjetas á la vista, son modelo de caballeros cumplidísimos. Todos ellos, así como también el cónsul, han mostrado complacencia por que la Ilustración Artística publicase vistas de la instalación de su patria.

El delegado general Sr. Gómez Ruano, hombre distinguidísimo y amable, es uno de los que más legítimas simpatías goza entre sus compañeros. El señor Gómez Ruano pertenece al alto cuerpo docente de la República Oriental y honra la Universidad uruguaya por su talento y por su modestia.

¡Justo es que se le haga justicia!

Eva Canel

* * *

CHOZAS DE LOS INDIOS DE VANCOUVER

La parte Sudeste del Jacson Parck está destinada á las instalaciones antropológicas, y aunque es bastante dudoso que la antropología tenga lugar propio en una Exposición universal en donde se compara la civilización de fines del siglo XIX con la cultura del XV, de todos modos las grandes y notabilísimas colecciones que el *Smithsonian Institute* de Wáshington ha presentado en un edificio especial son interesantísimas, sobre todo en cuanto las completan las instalaciones especiales que alrededor de ese edificio hay establecidas. A un lado se alzan reproducciones exactas de las ruinas toltecas de Yucatán, principalmente del Uxmal; á otro, y sobre una gran roca artificial, se ven los muros de las viviendas troglodíticas del Sur del Colorado y del Arizona, en las cuales hallaron refugio los primitivos habitantes del continente americano, y entre unas y otras se levantan á orillas del lago South Pond algunas chozas de los indios de Vancouver. Estos, como los chinooks, los haydahs, los babinehs y otros, se parecen exteriormente mucho á los malayos y á los polinesios, existiendo también esta semejanza en las costumbres, usos y trajes, lo cual nos permite deducir que, si no una descendencia directa, ha habido por lo menos un cruzamiento intenso entre aquellas razas y las de Occidente. Así inducen á creerlo las dos docenas de individuos que presididos por Toquasa, la hija del caudillo, habitan aquellas cabañas. Delante de cada una de éstas hay un *totem*, poste heráldico que sólo se encuentra entre los indios del Noroeste y cuya altura varía entre cinco y diez metros, consistente en un tronco de árbol con toscas esculturas, que son las armas de los antepasados de cada familia: estas esculturas representan caras grotescas y animales raros, están pintadas con colores chillones, especialmente azul y encarnado, y son el orgullo de los habitantes de las chozas.

Si penetramos en una de éstas veremos que en el centro de un gran local obscuro arde sobre el suelo un fuego cuyo humo lentamente se escapa por el techo: en las paredes están las camas dispuestas como los camarotes de un buque y delante de las cuales hay tendidas en el suelo pieles de animales; sobre los cofres toscamente labrados que constituyen el único mobiliario de esas viviendas se ven varios utensilios domésticos, cucharas y escudillas de cuerno, sedales con anzuelos de madera, remos, arcos y flechas. Los vancouverianos, de roja piel y ojos rasgados, permanecen agazapados en sus pieles y envueltos en pañuelos ó mantas, prendas que sólo se ponen por consideración á los que en Chicago les visitan, pues en su país no llevan otra cosa que un delantalito que apenas les cubre la cintura. Delante de las cabañas y amarrados á la orilla del lago mécense en las aguas de éste un par de canoas, consistentes en troncos ahuecados por medio del fuego y con altas rodas de formas extrañas.

Los vancouverianos aliméntanse especialmente de pescado; son grandes marineros y nadadores y no vacilan en lanzarse al mar con tiempo tempestuoso y alejarse muchas millas de la costa en sus frágiles embarcaciones.

EL TEATRO CHINO

Extraños golpes de gong y un estrépito capaz de destrozar los oídos más fuertes, producido por varios instrumentos de cuerda y de viento, atraen la atención del que visita Midway Plaisance hacia un templo chino de admirable aspecto, delante del cual álzanse dos pagodas con varios pisos y abigarradas pinturas. Ídolos gigantescos, dragones, figuras monstruosas con caras horribles adornan la entrada de aquel edificio, en cuyo interior hay instalada una casa de te en donde varios hijos del Celeste Imperio con sus largas trenzas y bordados trajes sirven la aromática bebida. Una escalera conduce desde allí al primer piso, en el cual está instalado el templo, poblado de centenares de ídolos grotescos colocados en multitud de altares, envueltos en vestiduras fantásticas y adornados con todos los atributos de su divinidad. En el centro del templo se ve tendido sobre el suelo un dragón de 50 metros de largo, el animal emblemático del imperio chino.

Junto al templo está el teatro, reproducción exacta de los de China, aunque más limpio y más bellamente adornado, en donde un centenar de cómicos, entre ellos muchos actores escogidos entre los más notables de su país, representan el repertorio chino, que, como se comprenderá, casi nadie entiende, sin que pueda saberse si se trata de una comedia ó de una tragedia. Por cierto que al inaugurarse la Exposición comenzó aquella compañía á representar una obra... que á fines de septiembre no había concluído todavía, lo cual, dicho sea de paso, les tiene sin cuidado á los espectadores que llenan todos los días el teatro movidos sólo por la curiosidad de ver en qué consiste el arte escénico de los chinos. En el fondo del escenario, de cara al público, siéntanse seis músicos que no cesan de tocar durante toda la función mientras un actor recita el monólogo del ser y del no ser, á lo Confucio, ó mientras otros ejecutan sus pantomimas. En nuestros teatros los músicos no tocan más que cuando el telón está corrido; en cambio entre los chinos la música empieza cuando el telón se levanta y no cesa hasta que vuelve á bajar.

La decoración es siempre la misma, una mezcla extravagante de interior de casa, de selva y de prado: en el centro de la escena hay seis ó siete cajones de varios colores que, según se encarga de explicar el director de escena, representan un palacio, ó una choza, ó un templo, ó una cama, en fin lo que el argumento exija, lo cual no deja de ser muy cómodo para aquellos escenógrafos. Las sillas, las mesas y otros muebles los sacan á la escena los trabajadores sin curarse de la representación y sin que los actores dejen por ello de declamar. En cambio los trajes son lujosísimos, de seda y otras telas preciosas, llenos de bordados, aplicaciones de oro y brocados: completan el adorno magníficas joyas, coronas y armas como las mejores que puedan ostentar los más famosos actores y actrices europeos.

Los actores recorren la escena moviendo de la manera más extraña los pies y las manos y procurando sacar de sus gargantas los más raros sonidos: su principal arte consiste, al parecer, en hacer los gestos más extravagantes. Las actrices son desconocidas en la escena china, pues todos los personajes hembras son representados por hombres que se esfuerzan por imitar la voz y los ademanes femeninos; y preciso es confesar que logran su empeño de imitar al otro sexo mucho mejor que nuestras actrices cuando han de desempeñar papeles varoniles. – A.

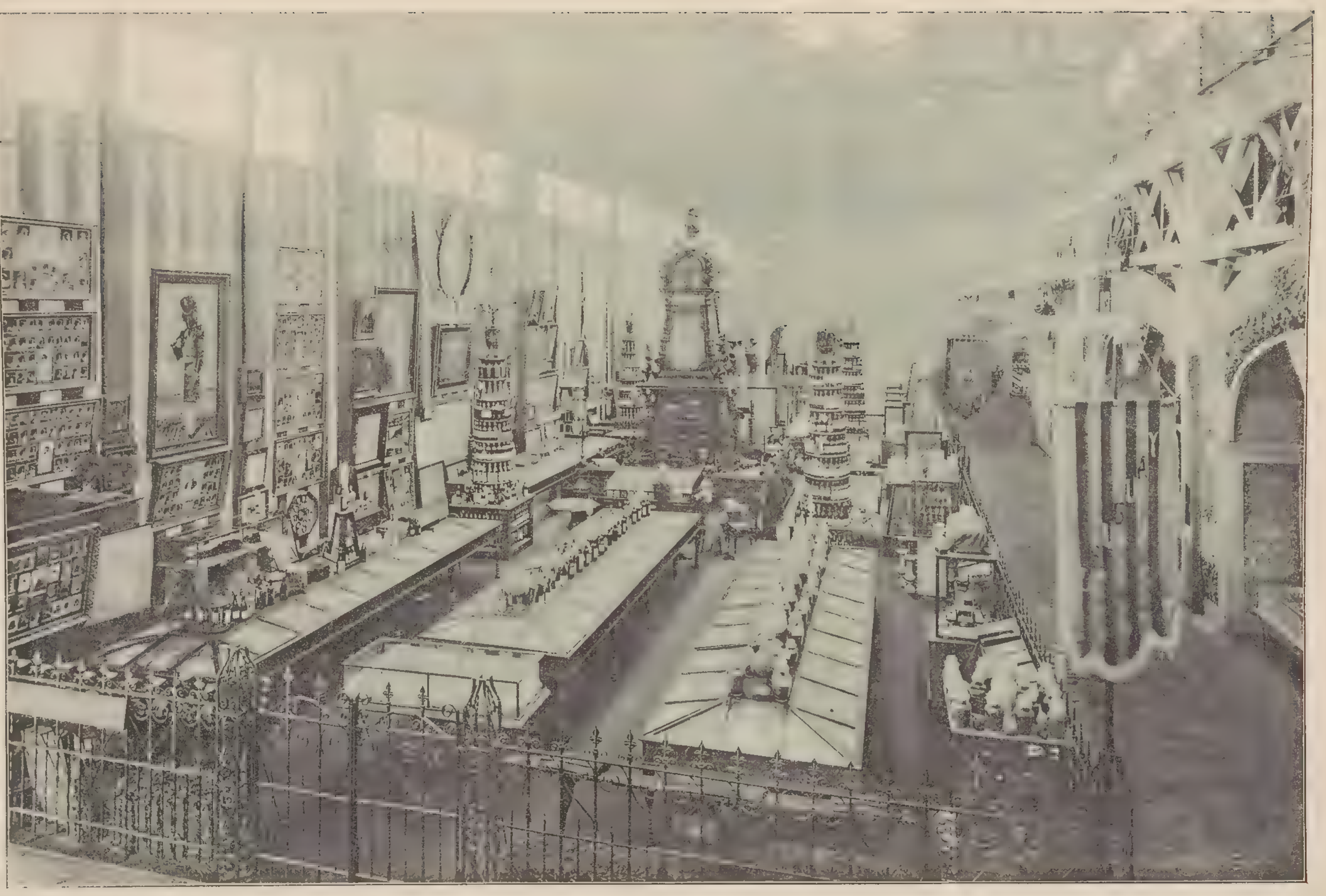
CRÓNICA DE ARTE

Sustraerse á la influencia que ejercen los acontecimientos actuales, especialmente sobre los que vivimos en contacto inmediato con la opinión pública y á cada instante sentimos sus vibraciones con toda su intensidad inicial, es punto menos que imposible. Y considero de tal importancia para la vida de la patria lo que acontece en las vecinas costas africanas del Mediterráneo, que tan sólo á un esfuerzo supremo de la voluntad deben mis lectores que me ocupe en relatar el movimiento artístico verificado en este último mes.

Hago esta declaración previa, porque antes de entrar de lleno en el cumplimiento de mi deber de mero cronista de arte he de decir algo que á las mientes me viene en este instante, y que tiene por origen la obsesión de que arriba hago mérito.

Una rama de la pintura existe, cultivadísima en Francia, tenida muy en cuenta por los artistas alemanes, ingleses y rusos, que ha producido frutos opimos; esta rama de la pintura es la militar.

Dando de lado á los pintores de otros días, no por eso es reducido el número de los que viven y ganan *batallas* con sus batallas, tipos y escenas de la vida de la milicia. Francia es la nación que ofrece mayor contingente de cuadros del género. Desde el año de 1859 al 60 en que Meissonier inauguró, como dice el notable escritor Sr. Barado, la serie de sus pinturas que reconstituyen plásticamente una interesantísima parte de la epopeya napoleónica, comenzó de



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO.-INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EN EL PALACIO DE AGRICULTURA

nuevo á otorgársele á esta rama pictórica una importancia grande. Y digo de nuevo porque ya se la habían otorgado David, Gerard, el barón Gross Vernet (estudiado atentamente por Fortuny), pintando *El paso de los Alpes, Austerlitz, Eylau, Las Pirámides* y otras batallas y combates.

Desde Meissonier, pues, renace con pujanza la pintura militar, y la cultivan con éxito creciente Regnault, Protais, Philipoteau, Detaille, Neuville, Berne-Bellecour, Lergent y otros en Francia; como en Inglaterra O'Neil, Hercomer, Morris, Seymour; y Luders Krickel Lang y varios otros en Alemania; en Rusia descuella Wereschagin con un carácter verdaderamente épico; en España, Cusachs, Unceta y ayer el maestro Balaca.

Pero observamos un fenómeno singular que se produce al resucitar otra vez la pintura de costumbres militares y que merece que se fije en él la atención de todo el mundo. En las naciones que mayores energías cuentan, así en el orden intelectual como en el material, esta pintura alcanza un auge grande y pudiera decirse que es la que sirve de contrapeso al movimiento iniciado hacia las escuelas místicas, las cuales tienen como característica la contemplación y el reposo. En Inglaterra Morris pinta, no el soldado de hoy, sino el soldado del porvenir en su celebrado lienzo *Sons of the Brave* (Hijos de valientes). En Alemania, Crofts hace una obra llena de interés dramático al pintar para Francia la desastrosa jornada de Sedán y que tituló el artista *Gravelotte*. En Francia – no mencionando á Meissonier, que hubo de limitarse á las guerras de Napoleón – el muerto Neuville traza una maravilla al delinear las figuras de *El último cartucho*. Y en esas naciones, asiento hoy de la cultura en su más alto concepto, donde el altruísmo se manifiesta con verdadera energía, así en el derecho político como en las especulaciones de las modernas filosofía y ciencias morales, la pintura militar tiene por derecho propio importancia grande.

UN TELEGRAMA, cuadro de L. Max Ehrler

Verdaderamente que es digno de ser atendido y estudiado este fenómeno, con el cual parece indicarnos la realidad lo utópico del sueño de una paz perpetua. No; no es posible, no será posible quizás nunca que se realicen esos idealismos sublimes de la fraternidad universal. La lucha por la vida, así en el individuo como en las naciones, existirá mientras tanto existan éstas y los caracteres étnicos y las tan diversas como desequilibradas fuerzas productoras de la naturaleza. La lucha es la vida; con la lucha se manifiestan las energías todas del hombre. La historia nos enseña cómo á las grandes guerras y á las grandes revoluciones se deben las conquistas del saber; y los pueblos, cómo los individuos, son tanto más respetados cuanto mayor es el equilibrio entre sus fuerzas intelectivas y materiales.

Y el arte, cuya misión es la de conmover nuestro corazón y nuestra alma, ejerce una influencia innegable en el sentimiento humano, elevando su espíritu, haciéndole vibrar con modulaciones distintas; y claro está que el amor de la patria, el más sano, el que no aparece manchado por egoísmo alguno, el más sublime de todos los amores, el que más abnegación pide, puesto que pide hasta el sacrificio de la vida, se muestra con todo su esplendor en la guerra, donde el artista aspira á grandes bocanadas el hálito dramático que da vida á ese amor. Por eso, la pintura militar, especialmente cuando reproduce una escena de sangre, donde cada soldado es un héroe, como que en aquella escena palpitan al unísono los corazones de cuantos en ella toman parte, la representación plástica de la colectividad luchando por un sentimiento produce una doble emoción estética á la que no iguala la otra alguna.

Que en España el sentimiento patrio existe vigoroso no cabe dudarlo; pero es una energía psíquica á la que no ayudan aquellas otras de la misma índole y mucho menos las materiales. Desgraciadamente nuestro poderío ha menguado en razón directa del impulso que otros pueblos dieron á su cultura. Y esto que parece una paradoja, esto que parece estar en abierta oposición con los altruísmos de la filosofía moderna, en la cual la ética parece influirla de un modo casi total; esto, repito, es, en el terreno de la realidad, un hecho innegable. Allí donde las ciencias, las artes, la industria, alcanzaron elevado puesto, las fuerzas materiales son mayores que en aquellos otros pueblos donde industria, arte y ciencia viven muriendo y debiendo su existencia al influjo que el dinamismo intelectual ejerce y ejercerá siempre. Por esta razón el arte tiene en la pintura militar una rama cuya misión es noble y levantada, porque despierta y conserva vivo un sentimiento viril, enérgico, y al propio tiempo hace la causa de la piedad poniendo de relieve todo el épico horror de la guerra.

En España apenas si se cultiva la pintura militar. Cusachs y Unceta, en segundo término Esteban y Navarro, son los pintores del género. Pero es que en España el sentimiento de nuestro poder es tan menguado que á duras penas logra formar un pequeño ambiente. Hoy, con motivo de los acontecimientos acaecidos en Melilla, se demuestra con demasiada claridad que si el amor patrio existe vigoroso como sentimiento, la fría razón nos dice por otro lado cuán débiles son nuestras fuerzas. Así, en el organismo anémico, las ideas son tristes y opacas y en el cerebro no palpitan grandes energías; así, en los pueblos el marasmo y el escepticismo crecen y los anulan cuando dejan de ser fuertes y viriles; y el arte se manifiesta varonil ó afeminado, épico ó pueril, según el ambiente social en que vive. Por eso carecemos de pintura militar...

* * *

Y dejando ya estas filosofías, haré crónica.

Los sucesos, así de política interior como los internacionales, apenas si dejan lugar á que la atención se detenga en el examen y solución de otros asuntos. El concurso que en estos momentos se está celebrando para escoger el modelo de la estatua y monumento que en Covadonga quiere elevar al *re-Pelayo* la Diputación provincial de Oviedo, apenas si logra atraer la curiosidad, no ya del público, sino también de cuantos viven en las esferas del arte. Y cuenta que dichos estatua y monumento significan en dinero medio millón de reales, y desde el punto de vista artístico un problema históricoestético para cuya resolución han debido revolver muchos documentos y meditar muchos días cuantos artistas concurren al certamen.

Diez son los proyectos y bocetos ó modelos de estatua que habrán de ser juzgados por la Academia de San Fernando. Como una de las condiciones del concurso exige que sean anónimos los trabajos, solamente he podido averiguar los nombres de seis escultores, y éstos son: Querol, Folgueras, Alcoverro, Marinas, Parera, y Gandarias. Ya ven los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que casi todos los artistas aquí nombrados figuran en la plana mayor de la escultura española contemporánea.

Los jueces de este concurso son las dos secciones técnicas de arquitectura y escultura de la Academia, las cuales ya se han reunido para estudiar separadamente las obras. La lucha es grande y la expectación de los escultores mucho mayor.

Por mi parte poco puedo decir respecto de la bondad de los trabajos expuestos; apenas si he podido echarles una ojeada rapidísima, pues no solamente no se han expuesto todavía al público, sino que está prohibida terminantemente la entrada en el salón donde las estatuas y proyectos arquitectónicos se hallan colocados. Sin embargo, pude advertir que, respecto de indumentaria, á excepción de uno, todos los escultores estuvieron desacertados, y algunos desacertadísimos, puesto que se han atrevido hasta con la cota de malla y el mandoble inclusive. Por lo que atañe á la interpretación de la legendaria figura del héroe de Covadonga, no he visto tampoco mayor acierto.

En verdad de hecho, la figura de Pelayo solamente como simbólica puede ser admitida para su realización plástica. Tan borrosa aparece en las crónicas, aun en aquellas más cercanas á la época en que e

héroe realizó, ayudado por un puñado de montañeses asturianos, ó de wisigóticos refugiados en las inaccesibles quebradas de las montañas de Asturias, el hecho glorioso conocido en la historia con la denominación de «batalla de Covadonga,» que algunos historiadores dudan, si no de la existencia de Pelayo, por lo menos de que éste fuese un príncipe de la sangre real de Witiza, llegando hasta poner en tela de juicio su origen étnico. Agreguemos á este particular que en el relato de los acontecimientos anteriores y posteriores á la batalla apenas si se destaca la personalidad de Pelayo, así como las obscuridades que se advierten en esos mismos relatos, cuando apuntan algo que se relaciona con su carácter privado, especialmente por lo que se refiere á la amistad ó amores de Munuza con su hermana, hacen de todo punto imposible suponerse el tipo moral del primer rey de la reconquista. Por esta razón dije más arriba que solamente como simbólica puede ser admitida la figura de Pelayo para darle forma con el barro.

Ya desde este punto de vista creo que la estatua debe simbolizar la fuerza y la fe cristiana. Con la lanza y con la cruz se alcanzaron las más grandes victorias que registran los anales de los primeros siglos de nuestra reconquista (y digo de los primeros siglos, porque no siempre la cruz y la lanza, por más que aparezcan juntas, consiguieron algunas de aquellas victorias en que luchaban unidos el noble y el prelado). Además de la fuerza y de la fe, en Pelayo se simbolizan la rudeza de una raza altiva y batalladora, indomable, y por último la idea de la patria. Por esto creo, al mirar aquellos modelos, faltos muchos, como he dicho, de verdad histórica en la indumentaria, serios y reposados en la actitud, unos finos y elegantes otros, otros sin carácter moral alguno, éste que parece un abanderado, aquél que recuerda vagamente cierta estatua de Carlomagno, el de más allá á un noble cualquiera del siglo XIII, que nuestros escultores si bien prueban una vez más que conocen los secretos de su arte, no así que se hayan detenido en el examen y estudio de la figura de Pelayo. Un escultor estuvo acertado, á mi ver, en el movimiento general de la estatua, en el tipo y en la indumentaria (salvo algún detalle), menos en el rostro y en la expresión. Veremos si la Academia de San Fernando piensa como yo.

* * *

Ayer 12, cuantas gentes paseaban á la caída de la tarde por el Prado y por la plaza de Madrid ó de la Cibeles, pudieron contemplar un hecho edificante. Varios mangueros y empleados del municipio, á cuya cabeza estaba un capataz, desmontaban por orden del alcalde de esta muy noble y muy culta villa del oso y del madroño las estatuas de yeso emplazadas sobre sus correspondientes pedestales, en la entrada del citado paseo del Prado, que representaban – mal ó bien, que esto no he de decirlo – á Villanueva, Lope de Vega, Fernández de Oviedo y Ramírez de Madrid, conocido por el *marido de la Latina*, la sabia dama de la reina Católica. Pero lo edificante era el modo de hacer la operación. Principiaron por el arquitecto Villanueva. Atáronle una maroma á la cintura, le suspendieron en el aire y... se hizo veinte pedazos; del suelo se recogieron millares de fragmentos. La misma suerte sufrieron las restantes. Los mangueros de la villa se tiraban unos á otros y por divertirse, ya la cabeza de Lope de Vega, ya los brazos de Ramírez de Madrid, bien la pensadora testa del cronista...

A todas estas, los escultores no saben todavía, y después de un año transcurrido, si cobrarán su trabajo.

* * *

Consolémonos pensando que en París va á honrarse al gran pintor español, autor de *Las Meninas*, al inmortal Velázquez, erigiéndole una estatua ecuestre.

Un periódico parisiense explica en los términos siguientes el porqué de representar á caballo á don Diego Velázquez de Silva: «Un diario español – dice *La Liberté* – se extraña de que se haya pensado en representar á Velázquez á caballo. Nada más natural, y la obra de M. Fremiet será históricamente exacta.

»La estatua será colosal, del tamaño llamado *triunfal*. Velázquez parece marchar al paso de un robusto caballo andaluz, con una palma de laurel en la mano. Está admirablemente colocado en la silla. Le cubre la cabeza un amplio sombrero con larga pluma, de donde se escapa la espesa y crespa cabellera, partida en dos masas iguales que llegan hasta la gola. Viste la pequeña capa exornada con la cruz de Santiago y puesto el collar: botas ajustadas... Así aparece en traje de gran ceremonia, como cuando precediendo – en calidad de *aposentador mayor* – al cortejo real, hizo su entrada en Fuenterrabía, para presidir los preparativos de la entrevista allí realizada de Felipe IV y Luis XIV, en el mes de junio de 1660.

»Lebrún lo pintó en un cuadro de *La Conferencia* ya viejo y cercano á la muerte. Pero para la fisonomía del maestro, M. Fremiet tuvo en cuenta un documento más seguro; el admirable retrato que de Velázquez existe en la Pinacoteca de Munich.»

* * *

Todavía no sabemos oficialmente á qué atenernos respecto de los premios de la Exposición de Chicago.

R. Balsa de la Vega

Madrid 14 de octubre de 1893



ALICIA, cuadro de Guillermo M. Chase

LA MADRE DEL TENIENTE

(EPISODIO DE AFRICA, 1860)

Las fechas solemnes de nuestra niñez son lápidas conmemorativas, cuyos rótulos se hacen más visibles cuanto más el tiempo transcurre. Conozco lápidas de esas; algunas hay sobre mi corazón... ¿Os reís de que mi corazón pueda con tanto peso? No, no puede... Se me figura ver esas lápidas dentro de mí, como una hilera de losas de nichos; hé aquí la inscripción de una de ellas:

1.º DE ENERO DE 1869

Pero bien; no es ese sepulcro el que voy á destapar ahora; ya lo hice alguna vez, y recientemente, para escribir un libro que no se publicó aún, titulado *Guerras Pasadas*. Dejo, pues, esa losa y bajo ella todo aquel concertante fantástico y aterrador de barricadas, redobles de tambores, gritos de furia, vibrar de cornetines, descargas de fusilería, maldiciones, lamentos, cañonazos, edificios que se derrumban, y todo lo demás que la fantasía del lector quiera añadir sobre una población asaltada por tropas de su mismo gobierno, y una milicia nacional, frenética, que lucha con bravura, sin saber lo que defiende...

Dejo eso, para pensar en la fecha del día que sigue; la del 1.º de Enero trae á mi memoria la del día 2. Los nacionales huían, ó fueron fusilados, ó estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de aquello *que pasó*. La furia de los soldados había ido extinguiéndose, como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplé admirado la alegría y la animación de estos hombres que, horas antes, lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas á cuantas personas encontraron en su camino. Era de noche; la ciudad estaba á obscuras; los faroles fueron rotos; las cañerías de gas obstruyéronse; en algún ventanucho, ó en el pretil despedazado de algún balcón, ardía una luz tenue que puso tal ó cual vecino; acá y acullá escuchábase el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un reducto ó tras el tabique de un caserón que se derrumbaba.

– Patrona, había dicho un soldado. ¿No habrá por ahí unos leños que quemar?

No había. Mi madre lo expuso así. El soldado, sin enfadarse, dijo:

– Los traeremos entonces.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica, de palo santo, y las hojas de nogal con bellas incrustaciones de un armario que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento; la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima, de la cual éramos vecinos; intentó mi madre oponerse con blandura á que se quemasen maderas tan preciosas; los soldados echáronse á reir; un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el centro de la espaciosa cocina una gran hoguera; los soldados estaban alrededor calentándose, bebiendo, apostando, inventando acertijos, contando cuentos ó hazañas los unos de los otros, recordando escaramuzas... Este hablaba de su novia, aquél de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... La estancia se llenó de humo de los cigarros... Hablaban á la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa á lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, el cinturón



DESPUÉS DE LA ORGÍA,



flojo, desabrochado el peto, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis, que hoy no puedo explicarme tampoco; las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas parecíanme de una viveza y de un color sorprendentes; no he visto nunca más color de oro ni tonos azules tan brillantes ni tan bellos, como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera... ¡Bien es verdad que tampoco he vuelto á tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

– ¡Basta, basta, que el sargento Rodríguez va á hablar!

Reinó un silencio... como el de la calle, que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas, como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta hora para dar sus sones, tan quejumbrosos como el gemido de los centinelas... Las llamas pareciéronme más vivas, más ondulosas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso...; las sombras de los soldados, proyectadas en las paredes de la cocina, grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos todos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolvíase el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolveríase en su roja púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos á todos.

– Pues señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más ó menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido á cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y palmas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido á pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente; mientras hablaba, arrollósele hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza, y crespo, erizado en el bigote.

– En los muelles de Málaga y en las calles próximas había más de sesenta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vítores; las calles se cubrían de banderas; los balcones estaban atestados de niñas bonitas, cada una con su pañuelo flotándolo, cada una con su ramo de flores de los huertos malagueños; los curas nos bendecían, las campanas repicaban, las madres se arrojaban á nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; el suelo de las calles por donde íbamos estaba lleno de *juncias* y de clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquél! Una muchacha de mantilla negra, hermosa como el cielo, con ojos grandes como el mar, de cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino á mí con un manojito de rosas; yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil, y perdido el seso por la patria y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice ¡pum! le dí un beso en un carrillo! Quedé loco de espanto, pero ella gritó: ¡Viva España! ¡Viva la reina!.. Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando, con el manojo de rosas en el cañón de mi fusil, y orgulloso como si llevara con él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

Aquella misma noche fuí con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña. Recuerdo que vivía la señora en la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general á la señora: «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado á traición por unos riffeños.» Me puse más blanco que el papel, mientras la señora leía... ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora, ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío!

Dobló la carta preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo... Se los dije... El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes á D. Leopoldo O'Donell... ¡Qué día!.. La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos; negáronselo, por no estar restablecido del todo; insistió, diciendo que era una vergüenza, que quería ganar los galones de verdad, y accedió al fin el gobernador, no teniendo otro entonces que le inspirase igual confianza. Era por la tarde; partimos; poca gente: el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo, preguntándome si quería seguirle; el bigotillo rubio se le erizaba como á los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas; no sé qué cosa me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí; designó á los otros. ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Ala! ¡Ala! De pronto... ¡Virgen! Entre unas pitas, una detonación; cae el teniente, el caballo escapa, nosotros disparamos sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos á las pitas... Un moro muerto, otro herido... Al herido lo llevo á Melilla un soldado nuestro, y yo sigo á galope con los otros. Cumplo el encargo del gobernador, volvemos, y al llegar á las pitas, voy á buscar el cadáver del pobrecillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... ¡Estaba allí, menos la cabeza!.. La cabeza la enviaron los moros al gobernador de Melilla, mofándose de él y del muerto, y encargando al Gobernador que se la mandaran á su madre, como un regalo de las kabilas del Riff.

Sin chistar oyó la señora lo que le conté, pero le corrían por la cara lagrimones como puños.

– ¿Está prisionero el moro herido?, me preguntó.

– Sí, señora.

– ¿Le conocería usted si le viera?

– Sí, señora.

– ¿Quiere usted venir á Melilla?

Me parece que oigo todavía aquella voz de la señora; parecía la voz de un muerto. Le dije que sí, pero que con qué licencia.

– La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví; tenía ya la licencia; aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar á Melilla se presentó la señora al gobernador; pidió ver al moro; se lo concedieron.

– ¿Es este?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

– Sí, señora.

– Déjenos solos.

Los dejé.

¿Qué hablaron la señora y el morito? ¡Quién sabe! Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro, pareció más muerta que nunca... ¿Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad?

Cuando el moro se alejó, la señora me dijo:

– Sargento Rodríguez, he averiguado quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló. No fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora; el que fué, huyó y está vivo. A éste que hoy libertamos le daré todo cuanto poseo para que haga lo que yo le mande; nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted acompañarme?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta; pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón. «Sí,» dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos á caballo, los dos solos; el moro esperaba... Fué la primera vez que un pillo de esos cumplió lo que ofreció, porque más traicioneros y más malos no los vi nunca... Pero es lo que pienso. ¡Mediaban en el asunto los monises de la señora!

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

– Este hombre afirma que el moro á quien buscamos se llama Mahomet Jara, y que vive con su madre.

– Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si le mató él y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me dijo muy serena:

– Este no fué; le miré los ojos y no los agachó; un asesino agacha los ojos si le mira la madre del hombre á quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet, el que murió y éste; el que murió no pudo cortarle la cabeza; éste tampoco, pues cayó prisionero. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre:

– Mahomet, es un cabo de kabilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá: se ven de noche en un chozón oculto entre unas jaras; éste que nos guía es el medianero de los dos...

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

– Aquí es, díjola en un español que merecía cuatro tiros.

– Llama, ordenó la señora.

Llamó y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

– Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

– Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba; la señora empuja con fuerza, y se mete de pronto; nada se oye... Los minutos me parecían siglos... Creí que era ya un viejo, cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

– ¿Qué ha pasado?, le pregunto.

– Venga usted.

La seguí; llegamos; el postigo abierto; un gran candilón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubremente sobre el cuerpo de Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada. Me asusto, no por el muerto, sino de pensar en la brava sangre de aquella mujer.

– Salgamos, digo.

– Todavía no, responde ella.

Saca el puñal de la herida, y cercena de un golpe la cabeza del moro; cógela del pelo, la lía en un paño, salimos, se dirige la señora al moro que aguardaba.

– Aquí tienes, le murmura, dándosela.

La toma el moro y se escabulle sin chistar.

– ¿A quién se la lleva?, pregunto á la señora, muerto de espanto.

Y la señora responde:

– A su madre.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

NUESTROS GRABADOS

La sopa, cuadro de David Nillet. – Representa este cuadro una escena rústica en toda su austera sencillez: la decoración es fea y triste, los personajes vulgares y en actitudes abandonadas, y á pesar de esto, el conjunto de esta composición, que á primera vista parece sin atractivo para los que distraídamente la miran, tiene un sello de sinceridad tal que fascina á cuantos con atención la contemplan. Y este resultado se debe al mérito de una observación justa y de una ejecución franca, cualidades merced á las que un verdadero artista se impone al publico comunicando interés á los más vulgares episodios de la vida ordinaria que, sin el auxilio del arte, pasarían inadvertidos.

Un telegrama, cuadro de L. Max Ehrler. – ¡Quién puede adivinar el terrible drama cuya última escena representa el hermoso lienzo del notable pintor alemán Max Ehrler! El telegrama que pone el colmo á la desesperación de esa joven hasta el punto de impulsarle á empuñar el arma con que ha de terminar sus sufrimientos, quizá le anuncia la muerte del amante idolatrado, quizás la deshonra del esposo. ¡Quién sabe! Por si alguno tachase de inverosímil la escena ó de exagerada la situación sólo le diremos que hace algunos días en uno de los principales hoteles de Madrid ocurrió un hecho idéntico al que el grabado reproduce, es decir, el suicidio de una hermosa dama á poco de haber recibido un telegrama en que se le anunciaba, al parecer, la muerte de cierto joven. De la interpretación del asunto, ¿qué podemos decir una vez conocido éste? La figura de la joven está tan bien sentida, hay tal intensidad en la expresión de su dolor, tanta desesperación en su actitud que su vista emociona profundamente; y cuando un artista sabe emocionar hasta este punto, es que su genio ha sabido dar con un tema hondamente humano y su talento ejecutarlo con maestría.

Alicia, cuadro de Guillermo M. Chase. – Mr. Chase es una de las personalidades artísticas más salientes de los Estados Unidos y de las que más han contribuído al desenvolvimiento del arte moderno en aquel país. La Liga de Estudiantes de bellas artes de Nueva York, en donde se educan mil alumnos, cuéntale entre sus profesores desde 1879, época en que regresó á su patria después de haber estudiado las escuelas europeas y especialmente la de Munich, acerca de las cuales posee conocimientos completos.

Mr. Chase es individuo de la Academia Nacional y Presidente de la Sociedad de Artistas Americanos, y de su valía como artista es clara prueba el retrato de niña que publicamos, en el cual se advierten todas las buenas cualidades que tanta fama han dado á las escuelas alemanas y especialmente á la muniquense, cuyas enseñanzas tan admirablemente ha sabido aprovechar el autor de *Alicia*.

Después de la orgía, cuadro de Swedomsky. – Entre los más famosos pintores rusos ocupa uno de los primeros lugares el artista cuyo es el cuadro que reproducimos. La antigüedad con sus pintorescas costumbres le atrae y la grandiosidad de las composiciones con sus dificultades parece que le fascina moviéndole á acudir á todos los recursos del arte para vencer los obstáculos. El asunto del lienzo *Después de la orgía* harto se comprende con sólo ver los semblantes macilentos, las actitudes de cansancio, consecuencia de la distensión que sucede á todo exceso: de su ejecución queda dicho todo no más que calificándola de digna del ilustre émulo de Makowsky, Siemiradzky y demás portaestandartes de la pintura en Rusia.

D. Carlos María Ocantos, notable novelista bonaerense. – El Sr. Ocantos, que figura entre los primeros escritores de la República Argentina, nació en Buenos Aires en 1860 y á los catorce años compuso su primera novela que no llegó á publicarse. Cursó la carrera de derecho, pero comprendiendo que su carácter no era para el foro, dedicóse de lleno á su aficiones literarias. En 1884 ingresó en la carrera diplomática, habiendo desempeñado desde entonces los cargos de primer secretario de la Legación en Río Janeiro y de la Legación en España, donde desempeñó, además, el puesto de Encargado de Negocios: quizás por esto son tan vivas las simpatías que siente por la nación española.

Como novelista es quizás el de más alientos que tiene la República Argentina: ha publicado hasta hoy las novelas siguientes: *León Saldívar*, *La Cruz de la Falta*, *Quilito*, *Entre dos luces* y *El candidato* y, según noticias, está dando la última plumada á otra titulada *La Nueva Safo*.

El Sr. Ocantos, á pesar de su juventud, es más que una esperanza una gloria legítima de las letras argentinas.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

– La busco y no la encuentro, respondió Huberto. A menos que para explicar esos fenómenos lumínicos no admitamos la existencia en el polo de un hogar extraordinariamente activo, de movimiento, algo así como una catarata desmedida por la cual caigan miles de millones de metros cúbicos de agua.

– ¿Y esa causa bastaría para explicar todo lo que vemos?

– Sin duda, ya que el calor, la luz y la electricidad no son sino modalidades de un mismo principio: el movimiento.

En aquel punto les interrumpió un grito dado por Guerbraz. El marinero que estaba en la proa con el ojo aplicado á los lentes de cristal para vigilar el camino exclamaba:

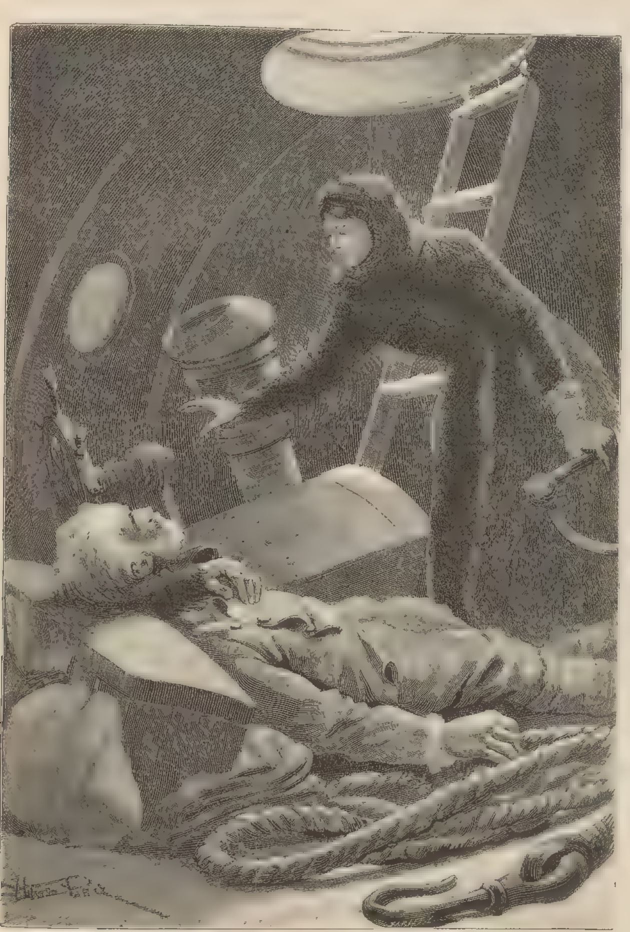
– ¡Comandante, creo que remontamos!

Huberto se lanzó á su lado y miró. Una claridad esplendente inundaba el interior del buque, y tan vivos fueron sus destellos que las lámparas de incandescencia parecieron amarillear y apagarse. El joven, lleno de estupor, corrió al manómetro que indicaba la presión.

– No, dijo, no subimos.

Movida por un sentimiento de curiosidad, Isabel descorrió las demás portas que dejaban penetrar la luz, y un triple grito de admiración estalló dentro del submarino.

– ¡Flotamos en plena luz!, exclamó la entusiasmada joven.



Allí se encontró junto á su padre inanimado

Decía verdad.

Era un verdadero deslumbramiento. Si no se hubiesen visto los muros y las columnas que sostenían aquel maravilloso edificio, se hubiera creído en pleno cielo, dentro de la aureola misma del sol. A cien metros encima de sus cabezas, los viajeros veían la bóveda parecida á un techo de cristal. Los muros y las columnas se revestían de esplendorosos prismas. Zafiros, esmeraldas y amatistas brillaban allí, y de cuando en cuando parecía verse el centelleo deslumbrador de las facetas del diamante. En las profundidades se veían caer cascadas de piedras preciosas, nunca soñadas con la imaginación siquiera. El agua, invisible, había cedido su sitio á la atmósfera de claridad radiosa.

– ¡Dios mío!, murmuró Isabel dirigiendo una plegaria al Creador. ¡Cuán admirables y hermosas son vuestras obras!

El agua de aquel sitio tenía una temperatura primaveral. Los viajeros tuvieron que despojarse de sus vestidos polares.

– ¿Dónde estamos?, preguntó Huberto sobrecogido de una vaga inquietud.

Como una respuesta á sus palabras, se extinguió bruscamente la iluminación. Todo volvió á quedar entre densas tinieblas. Al mismo tiempo, un rudo choque hizo gemir la armazón del submarino. El *Gracia de Dios* se detuvo por modo súbito.

XIII

EN EL POLO

Reinó un momento de indecible angustia entre los navegantes.

La violencia de la conmoción había hecho perder el equilibrio á todos, y sin el socorro de los brazos de Huberto, Isabel se hubiese estrellado indefectiblemente la cabeza contra las viguetas metálicas del submarino.

Pero reflexionando un poco, Huberto se explicó la causa del fenómeno, pues la obscuridad sólo duró un momento.

En aquella región saturada de fluido, una arista saliente, una columna, hacían las veces de formidables acumuladores, y el buque, pasando cerca de uno de ellos, había producido una descarga eléctrica bastante fuerte para determinar la extinción de todas las claridades. La extremada penetrabilidad del medio ambiente había sólo salvado al buque de una destrucción cierta.

Por desgracia, la sacudida había derribado una parte del edificio y el *Gracia* de Dios se hallaba ahora en el fondo de un callejón sin salida. Era preciso, pues, apartarse de allí.

Enfrente de él tenía el submarino un tabique de enormes bloques que no podía derribar el esfuerzo de su máquina, pero que un potente explosivo podría apartar.

Isabel antes que sus compañeros adivinó el sistema y dijo:

– Ha llegado el momento de lanzar un torpedo.

– Había pensado en ello, contestó Huberto; pero temo recurrir á ese medio extremo.

– ¿Qué teméis, pues? ¿Pensáis que puede hundirse esta bóveda?

– No, no es esto lo que temo, sino el remolino formidable que producirá el explosivo en ese espacio cerrado, pues podríamos ser proyectados contra el fondo.

– ¿Preferís, pues, quedar en este callejón?

– Como no podemos perder tiempo, respondió su primo, á probar, y ¡que Dios nos tenga de su mano!

El torpedero hizo máquina atrás hasta un espacio de trescientos metros. La cavidad se prolongaba mucho más hacia adelante debajo de la bóveda: la parte de la bóbeda submarina en donde se encontraban los viajeros era un verdadero nicho cuyas dimensiones era imposible calcular á primera vista. Pero desde aquel momento Huberto se sintió tranquilizado, pues comprendió que bastaría que el submarino retrogradara en tanto que avanzaba el torpedo, para poner al submarino al abrigo de la brusca conmoción de las capas de agua.

La maniobra no fué muy larga. El torpedo fué lanzado por el tubo de proa, y en tanto que adelantaba en línea recta y explotaba al tocar á la pared, el buque retrocedió prudentemente.

El choque del explosivo determinó un remolino formidable y el submarino fué sacudido durante unos momentos como por las olas monstruosas de una tempestad; pero como el remolino no le empujó contra ninguna de las paredes, pudo al cabo de poco rato hacer máquina avante y Huberto vió que el torpedo había abierto camino entre las rocas.

Resueltamente imprimió al buque la mayor velocidad posible, cuidando de no acercarse demasiado á las paredes de aquel túnel prodigioso.

Pero era preciso salir de allí. Consultando su cronómetro, advirtió que hacía dieciocho horas que habían abandonado á sus compañeros y diez que navegaban sumergidos. A pesar de todas las precauciones tomadas y del oxígeno puro que vertían los tubos, la atmósfera era muy densa ya en el buque. El ácido carbónico, según su costumbre, se depositaba en el fondo, y Huberto lo advirtió bien pronto, pues Guer-

braz, que se había bajado para recoger un objeto, fué presa de un síncope, y no se hubiese levantado si d'Ermont, comprendiendo lo que sucedía, no le hubiese levantado en seguida.

Aprovechó aquel incidente para prevenir al marinero y á su prima del riesgo que corrían bajándose, y al propio tiempo les indicó que urgía salir de aquel subterráneo si no se quería agotar la provisión de oxígeno y gastar la que se destinaba para la vuelta.

En su consecuencia aconsejó á Isabel que se fuera á descansar y á Guerbraz que hiciera lo propio, prometiéndose dejarles que durmieran aquélla seis horas y éste cuatro, pues tenía motivos suficientes para esperar que en ese tiempo el torpedero terminase su viaje al través de ese terrible conducto subterráneo.

La marcha del submarino no había sido muy rápida, y durante aquellas horas de inmersión sólo se adelantaron unos 60 kilómetros, teniendo en cuenta las revueltas del camino y los cambios de orientación que alguna vez se notaron.

Huberto veló solo por la seguridad del buque, cosa que le produjo triple trabajo, pues además de atender á su propia ocupación hubo de hacer las veces de vigía en lugar de Guerbraz y de observar la brújula y los cronómetros, faena que hasta entonces corriera á cargo de la señorita de Keralio.

Como medida de precaución encendió bujías á diversas alturas graduadas del buque, para que, al apagarse, le dieran previo aviso de la invasión del ácido carbónico.

Tomadas todas estas disposiciones, el teniente de navío dirigió una afectuosa mirada al valeroso Guerbraz, su atrevido compañero de aventuras, y á aquella hermosa y joven criatura que había de ser su esposa una vez realizada su peligrosa expedición. Luego se colocó en el centro del torpedero y le hizo tomar de nuevo su andar de catorce nudos.

Sin embargo, la inquietud, esa inquietud profunda que experimenta siempre el varón más fuerte al luchar contra los elementos, se apoderaba de él, y ahora, que no tenía que fingir ante sus compañeros, su frente se arrugaba y se crispaban sus manos. El señor de Keralio le había hablado de aquel viaje subterráneo, pero nada le había dicho que pudiera hacerle prever la duración del mismo, y al oficial le parecía que esa duración se prolongaba demasiado.

Aquella submersión prolongada le asustaba.

Aquella bóveda enorme parecía aplastarle con su pesadez.

Durante un momento imaginó que era la inquietud moral la que le producía tal molestia; pero bien pronto se dió cuenta de que obedecía á una causa física.

La atmósfera se viciaba más y más. Las capas inferiores, bajo la presión del aire respirable, despedían lentamente óxido de carbono. Dos de las bujías encendidas hacía poco rato se habían apagado ya, y el gas carbónico llegaba á la altura de un pie sobre el pavimento.

Alrededor del buque las aguas permanecían luminosas, absolutamente saturadas de electricidad. ¡El buque atravesaba una aurora boreal permanente... y líquida!

Huberto miró ansiosamente por la proa y le pareció observar una degradación inexplicable de matices. Proyectó mayor cantidad de hidrógeno en el motor y alcanzó una marcha de diez y seis nudos.

Pero entonces se produjo un fenómeno singular.

El oficial, que tenía los ojos fijos sobre la brújula, advirtió con estupor y espanto que el *Gracia de Dios* derivaba en un ángulo de 45 grados.

Casi al mismo tiempo se extinguió por completo la espléndida iluminación. Huberto proyectó el haz eléctrico hacia fuera y no advirtió ningún muro, ninguna columna.

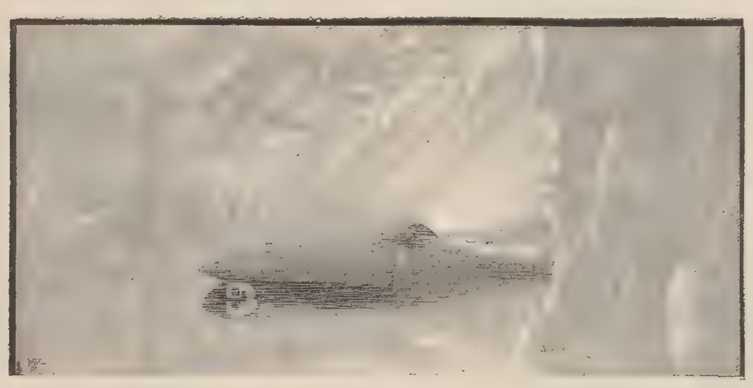
—¿Habremos salido del túnel?, se preguntó.

Para saberlo, no había más que un medio: remontar.

Esto es lo que hizo el joven teniente.

Pero para ello le era preciso el socorro de Guerbraz, pues había que mover las pesadas cadenas que retenían las tapas de los depósitos de agua. Así lo hicieron, y el buque, libre de lastre, remontó á la superficie lo mismo que una burbuja enorme.

Al mismo tiempo el mar recobraba su iluminación interna: el inmenso foco eléctrico que en sus abismos se encerraba enviaba en todas direcciones sus rayos de un color blanco violáceo.



Los muros y las columnas se revestían de esplendorosos prismas

Pero desde el momento en que Huberto hubo abierto la capota para dejar penetrar el aire exterior, que en un momento purificó la atmósfera viciada, el joven tuvo la explicación del fenómeno de la desviación de la aguja que tanto le había asustado.

Habían llegado al otro lado del cinturón de hielos al que soporta el armazón de rocas polares. El mar en que flotaban, libre completamente en aquel momento, tenía una blancura lechosa. Una extraña agitación le animaba, en tanto que un ruido sordo, no interrumpido, llegaba al oído de los viajeros.

Encima de ellos, un cielo azul purísimo se dilataba. Tal era su pureza que se advertía la presencia de las estrellas. Mirando mejor, advirtieron los dos hombres que el cielo azul formaba un círculo alrededor del cual se amontonaban las nubes y las brumas de las regiones de donde venían, y demostrando que más allá de los límites de los hielos paleocrísticos, el frío volvía por sus derechos.

El submarino continuaba derivando. El ángulo, que era de 45° hacía un momento, había llegado á los 60°, prueba segura de que el barco no marchaba hacia el polo, sino que seguía una tangente á un último círculo polar del cual no podía todavía apreciarse la extensión.

La verdad apareció deslumbrante, más de lo que había osado presumir, á los ojos de Huberto.

—¡La rotación de la tierra!, exclamó á voz en grito en tanto que Guerbraz le miraba con estupor sin comprenderle.

El joven dió algunas explicaciones al marinero.

En vez de entrar en lucha directa y además imposible contra la fuerza inmensa que movía las olas en el mismo sentido de la rotación del globo, el buque atacó la líquida masa al soslayo. Huberto estaba seguro ahora de no ser víctima de un vórtice aspirante; pues, al contrario del Maelstrom, aquel remolino lanzaba desde el centro á la periferia todos los cuerpos que en él flotaban.

Hacía ya seis horas que dormía Isabel, y su primo, juzgando que aquel reposo bastaría á la joven, y no queriendo privarla de la magia de aquel espectáculo, la llamó

La joven lanzó una exclamación admirativa en presencia de aquel espectáculo.

El problema del cual perseguían la solución, la había recibido durante su sueño. Se había dormido bajo las aguas y despertaba al aire libre y vivificante, á algunos kilómetros apenas de aquel polo tan anhelado.

—¿Vamos?, preguntó sin preámbulos á su novio.

—Sí, vamos allá, contestó riendo Huberto.

Y con su índice mostraba á los ojos maravillados de su prima una línea blanquecina que aparecía á algunos millares de brazas, sobre la cual había una especie de bruma en forma de anillo.

El buque avanzaba con rapidez. Saltaba, por decirlo así, de uno en otro círculo concéntrico, aproximándose á la arista del enorme embudo.

De repente se elevó un clamor áspero y salvaje, y al propio tiempo la niebla se disipó, dejando ver el fondo del abismo.

Fué una ojeada sublime, un espectáculo único, como los ojos de los mortales no pueden imaginar.

El centro del polo era una tierra.

Pero ¡qué tierra y qué centro! ¡El paraíso, arrebatado al primer hombre, estaba allí!

¡Ah, sí! Aquel espectáculo era único. Alrededor de aquella tierra central, el mar elevaba sus olas á guisa de gigantesca corona y á una altura de 20 metros, cuya pendiente, lisa por la parte del polo, parecía una muralla de cristal, sobre la que había una franja de espuma más blanca que la nieve, que lanzaba á lo alto brillantes copos de rizada agua.

El submarino, acentuando sus movimientos, llegó hasta aquella cresta, y los viajeros, maravillados, pudieron saciar sus ojos en la contemplación de aquel edén.

Parecía que viajasen por las inexploradas regiones del sueño y que hubiesen pasado á otro mundo.

Debajo de ellos, la tierra polar, vestida de una verdura maravillosa, parecía enorme viviente esmeralda. Arbustos enanos, pero provistos de espeso follaje, desplegaban toda la pompa y seducción de una flora desconocida en los demás puntos del globo.

La atmósfera templada demostraba que reinaba una primavera eterna sobre aquel punto inmóvil del globo, donde no soplaba otro viento que el levísimo producido por el remolino de las aguas, cuya espuma caía en chispas que ostentaban todos los colores del iris como cascada continua de brillantes.

Apenas el *Gracia de Dios* hubo llegado á la cresta, cuando, llevado por su propio peso, fué bajando por la pendiente, hasta que encalló en la fina arena que formaba la playa de la tierra polar.

—¡Oh!, exclamó Isabel, batiendo palmas. ¡Esto debe ser la entrada del paraíso!

—Es verdad, dijo Huberto, y confieso que esto trastrueca todas las visiones que del polo me había forjado.

—¡Pardiez!, replicó Guerbraz, yo siempre me había imaginado que el polo debía estar ocupado constantemente ó por el mar sin límites ó por un volcán en continua erupción.

—Sí, Guerbraz; y los sabios también lo creían y tenían sus razones para ello. Pero no habían tenido en cuenta el fenómeno de la rotación que nosotros hemos comprobado. Una sola cosa extraño, y no puedo explicármela.

—¿Cuál?, preguntaron sus compañeros.

—Que en el polo, la noche debe durar exactamente seis meses, y no es posible imaginar cómo vive toda esa vegetación durante las largas tinieblas.

Nadie supo qué contestar. Pero la misma naturaleza se encargaría de explicar aquella extrañeza.

El oficial había notado que en el momento en que la proa del submarino tocaba á la playa, había brillado una luz rápida y una sacudida bastante fuerte había rechazado el buque hacia el agua.

Pero á la larga y después de una serie de chispas que descargaron la electricidad del suelo, el débil casco de aluminio había acabado por tomar tierra.

Aquella observación había bastado á d'Ermont para tomar algunas precauciones.

Se había dicho que todo el islote hacía oficio de una botella de Leyden, y que todo contacto debía romper el equilibrio de las fuerzas magnéticas esparcidas por la superficie.

En consecuencia, no quiso poner el pie sobre aquella tierra sin tomar antes las debidas precauciones. Corrió, pues, hacia proa y tomó una percha, la cual debía ayudarle á saltar y evitar el choque.

Pronto advirtió que su teoría era exacta.

Isabel, que había saltado antes que nadie pudiera presumirlo, lanzó un grito de terror y cayó derribada sobre la arena; pero se levantó en seguida sonriendo, y dirigiéndose á su primo, que llegaba asustado, le dijo:

—No os asustéis; ya veis que no he muerto.

—Pero habéis cometido una imprudencia, mi hermosa prima. ¿No habéis advertido que esta tierra está saturada de electricidad?

—No, ciertamente, no lo había advertido; pero ahora que lo hemos experimentado no hablemos más del asunto. Lo mismo da. Pero ¡qué país tan lleno de encantos es el polo!



Mirando mejor, advirtieron los dos hombres que el cielo azul formaba un círculo

– Es verdad, dijo Guerbraz que, saltando á su vez, acababa también de ser derribado.

– ¡Vaya!, exclamó d'Ermont sonriendo, no nos falta sino tomar posesión de nuestro reino.

Empezaron en seguida y examinaron primero la costa.

Fué aquello una sorpresa continua.

Advirtieron la mucha densidad del agua que ceñía la isla como la contraescarpa de un fuerte. Como aspirado por una succión gigantesca, el agua se elevaba en una suave pendiente de unos cincuenta metros por veinte de altura, formando así con la tierra polar una verdadera cubeta de la que esta tierra era el fondo.

Se veía á ésta hundirse y prolongarse por bajo de aquella muralla moviente, de agua tan densa que se hubiese creído solidificada. Huberto, más y más extrañado, trataba de explicarse aquel problema.

No hallaba más que una solución; pero no le satisfacía.

Pensaba que quizá aquel islote estaba formado por un solo bloque granítico sin una grieta ó concavidad. Sólo así se comprendía que la rotación del globo alrededor de su eje hiciera mantener las aguas muy por encima del nivel de la tierra y formase de tal modo aquella muralla mucho más duradera y resistente que las de granito. Unicamente por la lenta sucesión de miles de siglos podría modificarse aquel estado de cosas que confundía la razón humana.

Pero aquella hipótesis, para aceptarla, debía ser comprobada, y no había medio de hacerlo.

Los tres compañeros ganaron el interior de la isla y se esforzaron en ganar el centro de la misma.

Pero esto era difícil: la aguja imanada no era de ninguna utilidad y no marcaba á derechas, sino que tomaba cualquier dirección. Tampoco había ninguna estrella que pudiese dar indicaciones precisas por más que, á pesar de la luz del día, pudieran distinguirse algunas constelaciones, especialmente la Osa mayor.

Fué preciso, pues, recurrir á un medio artificial.

Puso un palo sobre el buque y sobre él una bandera tricolor. Después midiendo idealmente un ángulo recto se encaminó hacia el vértice del mismo.

Atravesaron una especie de selva enana. Había allí toda suerte de plantas; desde las aromáticas que crecen en los montes de las zonas templadas y frías, hasta las que se desarrollan en las selvas tropicales. Tan espesa era la vegetación que casi no podían abrirse camino los viajeros. En cuanto á la fauna, era más rara todavía. Aquí y allá revoloteaban algunas mariposas sobre extrañas flores de orquídeas. Algunos pájaros semejantes á las golondrinas y al pardillo de las zonas frías daban caza á las mariposas. Lagartijas de rara forma corrían entre las quiebras de aquella tierra, que era tan compacta que parecía hecha de panes de arcilla.

Pero á medida que avanzaban, sentían los viajeros que el terreno bajaba. Decididamente, la rotación dejaba sentir sus efectos, no sólo en el mar, sino en tierra. El polo, tan lleno de revelaciones sorprendentes, aún parecía guardar más.

– Si continuamos así, dijo alegremente Isabel, el centro del mundo bien puede ser que sea un agujero.

– Acertáis, señorita, replicó Guerbraz; mirad hacia allá.

Acababan de llegar á un punto de la pendiente, desde el cual la mirada, al través de la verdura, podía ver el centro de la isla. Por todos lados bajaban hacia el centro suaves pendientes alfombradas de verdura. En el fondo había un valle circular y en el centro del valle un lago de aguas tan puras, tan quietas, tan transparentes, que se le hubiera tomado por una masa de plata maciza, si de un mismo centro no brotara un chorro de agua que se elevaba á prodigiosa altura y caía en cascada finísima que ostentaba todos los colores del arco iris.

No pudiendo apenas creer todos á sus ojos, apresuraron el paso y llegaron al lago.

Isabel de Keralio tenía razón: el centro del mundo era un agujero.

XIV

FUERA DEL CENTRO

Sí, el centro del globo era un agujero, pues cuando los viajeros llegaron á sus orillas el lago había desaparecido, el surtidor con él, y en su lugar se veía un espantoso abismo, un agujero de 1.000 á 1.200 metros de diámetro que tenía las paredes perpendiculares, casi lisas, del cual no se veía el fondo, pero cuyo vacío horroroso, lleno de vértigos, parecía tapizado de vapores tumultuosos, cuya superficie ondulaba á unos diez metros por debajo de la orilla, sin llegar á ella jamás. Los tres exploradores tuvieron un mismo pensamiento y lanzaron un mismo grito.

– Hemos sido juguetes de un sueño ó de un espejismo.

Sin embargo, se detuvieron, pues la fatiga les rendía. Aquella sucesión de maravillas tan raras como impensadas había mantenido en tensión su espíritu, y la luz del día, no interrumpida, no les permitió calcular las horas. Cuando Huberto consultó el reloj, advirtió que habían pasado veintidós horas desde que estaban en el islote. ¡Veintidós horas: un día y una noche! La naturaleza reclamó sus derechos y el sueño rindió á todos.

Levantaron la tienda, y como los sacos de piel de bisonte eran inútiles bajo aquella temperatura, no los abrieron y se echaron vestidos encima de ellos.

Largo y profundo sueño les mantuvo inmóviles durante muchas horas. Al despertar fué grande su sorpresa cuando vieron que el lago había reaparecido y que la columna de agua se elevaba como la víspera á ciento cincuenta pies de elevación, coronándose de un penacho de diamantes líquidos.

– ¡Oh! ¡oh!, exclamó d'Ermont. Empiezo á comprender. Esto es una fuente intermitente, una especie de geyser maravilloso. El agua de donde sale se encuentra, gracias al movimiento de la tierra, tan pronto encima como debajo del orificio que vemos ahí cerca. De ahí la fuga de las aguas y su vuelta periódica cada doce horas. Por lo que hace al surtidor, se debe ciertamente á una presión suplementaria, y su gran altura obedece á la pesadez menor que tiene el aire en el polo que en el ecuador.

Aquella segunda hipótesis podía comprobarse fácilmente, lo que se hizo por medio del barómetro. Para confirmar la segunda, d'Ermont recurrió á un procedimiento muy sencillo.

Fué á situarse en la extremidad opuesta del lago y echó en la superficie una rama de árbol, previamente despojada de sus hojas y á la cual se había atado un trozo de ropa de color.

La rama pareció primeramente que guardaba el sitio en que la habían tirado.

Pero al cabo de cierto tiempo, se alejó insensiblemente del borde y fué hacia el centro del lago, no siguiendo una recta, sino describiendo una línea curva que le hizo recorrer sucesivamente todos los puntos cardinales. Al cabo de seis horas habían desaparecido de nuevo las aguas bajo su capa de vapores. Huberto echó entonces la sonda, que acusó 60 metros de profundidad. Quedaban, pues, seguros de que el fondo de las aguas se hallaba á 120 metros poco más ó menos, teniendo en cuenta la diferente altura de las orillas.

A todo esto, había transcurrido ya el quinto día desde que los jóvenes se habían separado de sus compañeros, y era preciso pensar en la vuelta. Huberto repetía, riendo, con una variante, el verso de La-Fontaine:

No sólo debo ver, sino salir de aquí.

Hasta entonces todo había ido perfectamente, y hecha excepción de algunos incidentes de detalle,



habían tenido siempre buena suerte y buen camino. Ahora el problema era de excepcional gravedad.

(Continuará)

SECC IÓN CIENTÍFICA

MÁQUINAS PARA VOLAR

El problema de la locomoción aérea á voluntad viene preocupando desde hace muchísimo tiempo á los sabios y aun á muchos que no lo son y que tratan de conseguir por medios empíricos lo que aquéllos no han logrado aún realizar con sus estudios y experimentos científicos. Las soluciones que á este problema se ha querido dar son de dos clases: unas tienden á encontrar la dirección de los globos, otras á facilitar al hombre un aparato que le permita tender el vuelo por los espacios aéreos.

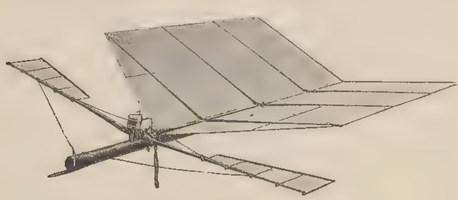


Fig. 1. Máquina para volar de Mr. Hargrave

Las pruebas verificadas con los aerostáticos aumentan de día en día el caudal de conocimientos sobre la física de la atmósfera que tan necesarios son para los que persiguen el descubrimiento de la navegación aérea.

Hoy en día, la mayor parte de los que á tales inventos se dedican consagran su inteligencia y su trabajo preferentemente á las máquinas voladoras propiamente dichas. Los más toman como modelo para sus experimentos á las aves, al paso que algunos opinan que el vuelo de los insectos es el que mejores enseñanzas puede ofrecer para inventar el vuelo del hombre. Y no es sólo en el papel en donde se consignan los proyectos *voladores*, sino que no son en escaso número las tentativas prácticas que en mayor ó menor escala se han realizado, y en la actualidad casi todas las naciones se disputan el honor de haber producido la primera máquina realmente propia para volar; lo cual no quiere decir que los Estados, como tales entidades, hayan hecho nada para fomentar la técnica *voladora*, puesto que todo cuanto hasta ahora se ha hecho para llegar al gran descubrimiento del vuelo del hombre se ha verificado en el terreno pura y exclusivamente particular. Los Estados demostrarán su interés por esta clase de trabajos cuando alguien haya cruzado por los aires á voluntad, es decir, cuando pasada la hora de los sacrificios llegue la hora de sacar provecho del descubrimiento.

Las pruebas privadas se han realizado en todos tiempos: en un principio hiciéronse en el mayor secreto, pues lo menos que se llamaba á los que á tales aventuras se lanzaban era visionarios, originales y charlatanes; pero desde que la gente se ha ido acostumbrando á los globos henchidos de gas, se ha modificado el concepto en que se tenía á los que quieren volar sin gas y sin globlo, y hoy que los trabajos de éstos tienen un carácter científico se les mira con mayor repecto.



Fig. 2. Cilindro de la máquina para volar de Mr. Hargrave

Generalmente son hombres de escasa fortuna los que, en su afán por hacer avanzar un paso á la cuestión del vuelo humano, se contentan con emplear el poco tiempo que sus habituales ocupaciones les dejan en meditar sobre el trascendental problema y con gastar sus escasísimos recursos en probaturas. Por esto los progresos realizados para conseguir el más rápido de todos los medios de locomoción se parecen por desgracia á la marcha de la tortuga. En estos últimos tiempos, sin embargo, el estudio del problema ha tomado mayor vuelo, y ya se oye decir con alguna frecuencia que también personas ricas se ocupan del asunto con abnegación y entusiasmo: siguiendo las cosas así, ¿quién sabe si el hombre saludará al nuevo siglo volando?

Pero dejándonos de fantasías, digamos algo real y positivo, para lo cual nos ofrece datos el periódico técnico *Engineering*.

Mr. Lawrence Hargrave de Sydney, que hace tres años publicó en aquel periódico dibujos y resultados de varios modelos de máquinas para volar, reproduce ahora en el mismo otros aparatos que son impulsados por el aire comprimido y por el vapor. La fig. 1 reproduce uno de ellos, compuesto de un juego de alas en la parte delantera y una gran superficie de velas en la posterior: este modelo, que ha recorrido una distancia de 150 metros, está montado en un tubo de acero de 50 milímetros de ancho por dos metros de largo, que contiene aire comprimido á 15 atmósferas. Un pequeño cilindro (fig. 2) de 50 milímetros de diámetro y 30 de altura hace funcionar el aire sobre las alas, que tienen 70 centímetros de largo y una superficie de 1.400 centímetros cuadrados. La superficie de las velas es de dos metros cuadrados y el peso total del modelo de 1'75 kilogramos.

Más favorable se presenta la cuestión de números en el aparato de la fig. 3, movido por el vapor que se produce en una caldera de tubo espiral, montada horizontalmente y alimentada por una pequeña lámpara de alcohol que funciona como una lámpara de Loth. Mr. Hargrave dice que ha tenido que fabricar muchas calderas antes de haber obtenido una á propósito. La que reproduce el grabado va envuelta en una capa de amianto y consiste en un tubo de cobre de cuatro metros de largo por seis milímetros de ancho.

Conservo aún una caldera para máquina de volar muy semejante, que fabriqué hace 20 años y que ha sido el origen de la caldera de tubo en serpentina que luego he fabricado para toda clase de usos industriales. También yo creía que la condición principal de una máquina para volar era obtener una caldera ligerísima, y aunque luego mudé de opinión y di mayor importancia al verdadero conocimiento de la presión del aire, los resultados con mi caldera conseguidos fueron tan excelentes que hube de considerar mi fábrica de calderas de seguridad como producto anejo á mis trabajos técnico-voladores.

La cuestión del peso del motor se ha creído resuelta con el empleo del aluminio y del magnesio, pero la utilidad de estos metales ha sido exagerada: además los metales puros pueden utilizarse á lo sumo para el armazón, aunque los mejores materiales para las alas son la madera y la tela.

Mr. Hargrave ha utilizado hábilmente todos los recursos y experimentos técnicos, pero sus tentativas nos demuestran que si es fácil fabricar motores fuertes y ligeros, no está en éstos el punto capital para la solución del problema, pues hoy en día la cuestión de la fuerza ha perdido gran parte de su importancia.

La cuestión del vuelo apenas ofrece en teoría dificultades esenciales, pero en la práctica surgen obstáculos que el teórico ni siquiera llegó á imaginar: una de las cuestiones que más presenta es la de la estabilidad, pues por más que las teorías digan y por más ajustados á los principios científicos que estén los aparatos, el viento se burla de todo y hace de éstos juguete de sus caprichos.

¿Hay que renunciar, pues, á la esperanza? ¿No existe medio de dar al aparato la estabilidad que indispensablemente requiere? Estas preguntas han sido contestadas muy contradictoriamente. Algunos creen que por medios mecánicos puede obtenerse esa estabilidad, y una asociación de ingenieros notables de Augsburgo se ha impuesto la tarea de regular mecánicamente el vuelo de los aparatos alados; pero hasta ahora, á pesar de los muchos experimentos hechos, no han logrado su objeto.

Pero aun suponiendo que esta parte del problema se resolviera, es decir, que se lograra encontrar un medio mecánico seguro de dar al aparato estabilidad propia, es muy problemático que aun entonces desapareciera todo el peligro que la falta de estabilidad entraña; pues entiendo que con el aparato para volar sucede lo que con las bicicletas, en las cuales sólo se consigue una estabilidad permanente modificando de continuo el centro de gravedad: por hacerlo así constantemente los pájaros nos parece su vuelo tan fácil, seguro y elegante.

Del mismo modo un hombre que volase por los aires graduando siempre la posición de su centro de gravedad podría en muchos casos dirigir con seguridad su aparato. Ya se comprenderá que el que á tales experimentos se dedica no debe lanzarse desde un principio desde grandes alturas, sino que ha de proceder gradualmente: es preciso comenzar por tirarse desde una altura pequeña y llevando alas no muy grandes; pues de no hacerlo así, ya se encargará el viento de demostrar que con él no se juega y que en ciertas circunstancias puede el experimentador ser arrebatado á muy altas regiones, de las cuales no desciende el principiante sin exponerse á grandes peligros. Los experimentadores han de proceder, por consiguiente, con gran prudencia, no usando al principio alas de más de 8 ó 10 metros cuadrados y no lanzándose á las pruebas con vientos que corran más de cinco metros por segundo, es decir, efectuándolas solamente cuando reine lo que se llama ligera brisa. Haciéndolo así puede tomarse más vigoroso impulso contra el viento y, saltando de una altura de dos ó tres metros, recorrer una distancia de 15 á 20 metros.

Si se continúan con constancia los ensayos, poco á poco se logrará vencer la resistencia de vientos más impetuosos, se podrán emplear alas de 15 metros cuadrados y será fácil arrojarse á volar desde mayores alturas, sobre todo teniendo cuidado en buscar un terreno blando y en que el sitio no sea muy abrupto.

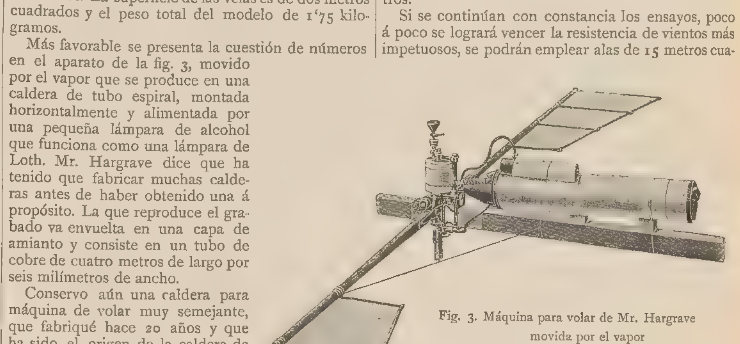


Fig. 3. Máquina para volar de Mr. Hargrave movida por el vapor

Los americanos han montado en sus establecimientos de baños una especie de montañas rusas que lanzan á los bañistas al agua haciéndoles describir un arco muy abierto. Con este *sport* acuático tiene alguna semejanza nuestro sistema para volar: en vez de la montaña rusa, nos servimos del impulso contra el viento, y en cuanto al agua que recibe á aquellos nadadores no la necesitamos, porque nuestro vuelo no se parece al de la piedra lanzada, sino al del pájaro que lentamente desciende hasta el suelo. Además, nuestro vuelo, después de alguna práctica, es diez veces más largo que el de las montañas rusas acuáticas americanas y el tiempo en que se mece uno en el aire es diez veces mayor que el que en el aire permanecen los que se lanzan por aquellas montañas.

Y cuando, además de esto, se adquiere la habilidad necesaria para desviarse á voluntad del camino recto, ya se tiene la idea completa del vuelo libre. Pero en este punto hay que tener en cuenta que es condición esencial ir descendiendo siempre contra el viento, como lo hacen los pájaros, pues está en la naturaleza de las alas el que reciban siempre el aire de frente. Cuando se vuela en la misma dirección del viento, es preciso moverse con más rapidez que éste, lo cual ofrece en el descenso el peligro de dar un tumbo mayúsculo. De suerte que lo mejor es volar contra el viento y contra el viento descender al suelo.

Tres años hace que me dedico á esos ejercicios, y el constante progreso en el perfeccionamiento de los aparatos y la mayor seguridad conseguida me han demostrado que el camino por mí seguido es el verdadero. Sin embargo, es muy práctico aprender bien á volar con velas, por ser éste el método de vuelo más fácil, antes de aventurarse á volar con alas movibles.

En cuanto á mí, después de haberme lanzado muchas veces á volar con vela desde pequeñas alturas, poco á poco pude atreverme á arrojarme desde alturas mayores. En los alrededores de Berlín hay desgraciadamente muy pocas eminencias naturales ó montículos á propósito para tales tentativas, por lo cual me vi obligado á construirme un sitio especial desde donde pudiera cómodamente emprender el vuelo: en efecto, construí en la colina de Mayo, junto á Steglitz, una especie de cobertizo en forma de torre que me servía de almacén para guardar mis aparatos y desde cuya cubierta sembrada de césped emprendía mis ejercicios de vuelo.

Los grabados que reproducen fotografías instantáneas tomadas por el Sr. Ottomar Anschutz representan uno de mis aparatos más modernos en distintas posiciones durante el vuelo.



Fig. 4. Experimento con la máquina para volar de Otón Lilienthal

La fig. 4 representa el primer salto desde el borde del cobertizo y en él está tomado de frente el aparato, el cual tiene una forma parecida á la de las alas de un murciélago extendidas. Las alas de aquél pueden plegarse como las de éste, haciéndose así más fácil su conservación y transporte. El armazón del aparato es de madera de sauce y la tela que lo cubre es de algodón: la superficie total del mismo es de 14 metros cuadrados y su peso de 20 kilogramos.

La altura desde donde el salto se efectúa es de 10 metros sobre el terreno que rodea el cobertizo, y con alguna práctica se puede, saltando desde ella, recorrer volando libremente una distancia de 50 metros, cortando el aire en una inclinación de 10 á 15 grados.

Haber conseguido este resultado es indudablemente un progreso no pequeño, pues ya hemos visto que no basta dejarse caer para descender suavemente hasta el suelo. En efecto, cualquier aparato provisto de alas mecánicas debería, según las leyes naturales, ir descendiendo sin sacudidas y recorrer de este modo y en dirección inclinada un buen espacio antes de llegar á tierra; y sin embargo, si se quiere intentar esta prueba, la máquina en un principio parece portarse perfectamente, pero al poco rato las esperanzas se desvanecen y la realidad se encarga de demostrar que en la navegación aérea por medio de aparatos voladores hay que tener en cuenta un factor principalísimo, el viento que se encarga de echar abajo los cálculos mejor hechos y de desacreditar los mecanismos más ingeniosamente construídos. El viento hace que el aparato pierda la libertad de que al pronto gozara y le lleva y le trae á su capricho, aumentando de un modo prodigioso su velocidad, volviéndolo de arriba abajo y lanzándolo por último violentamente contra el suelo, en donde se estrellará y romperá en mil pedazos el aparato. Y es en vano que se hagan tanteos cambiando el centro de gravedad, pues lo que suele conseguirse con esto es que el aparato, en vez de caer de un modo, caiga de otro.

En un aparato que adoleciera de tales defectos, sería una verdadera temeridad que el hombre se lanzara al espacio; por lo mismo lo primero que en tales máquinas ha de conseguirse ha de ser una estabilidad completa, una seguridad casi absoluta de no ser juguete del viento.

Esa estabilidad creo haberla conseguido con mi aparato, y así lo prueban las fotografías instantáneas que durante mis experimentos se sacaron.

Otón Lilienthal

(Concluirá)

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

Los fenómenos naturales que nos sorprenden y admiran despiertan necesariamente el interés de cuantos los presencian y hacen nacer en ellos el afán por conocer sus causas y las leyes por que se rigen. Exponer las unas y explicar las otras, he aquí el objeto de la obra del ilustre físico francés M. Guillemin. Pero en libros de esta índole en que se trata de materias esencialmente científicas, existe una dificultad que no todos los autores saben vencer, y es la de poner los conocimientos al alcance de todas las inteligencias. Vulgarizar la ciencia, hacer que sea patrimonio de todo el mundo, he aquí la mayor gloria del que habiendo llegado á dominarla siente el deseo de comunicarla á los demás.

Bien puede afirmarse que nadie mejor que Guillemin ha conseguido tan loable objeto: su libro contiene la última palabra de la ciencia física; nada falta en él de lo que con los fenómenos de la naturaleza se relaciona, y sin embargo, aun los menos versados en estas materias comprenden perfectamente lo que en otros libros encontraran ininteligible y ven desvanecerse todas las dudas que la contemplación de hechos extraños y sorprendentes hiciera surgir en su mente.

El péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea y cuanto con la gravitación y la gravedad se relaciona; la acústica, los instrumentos músicos y demás aplicaciones de la teoría del sonido; la luz con todas sus aplicaciones, tales como los faros, el microscopio, el telescopio, la fotografía, el heliograbado, etc.; el calor, el magnetismo y la electricidad, con la brújula, el telégrafo, el micrófono, el alumbrado eléctrico, la galvanoplastia, los pararrayos y el teléfono, así como las máquinas industriales de vapor, los ferrocarriles, la navegación, y finalmente la meteorología con sus terribles manifestaciones de las fuerzas de la naturaleza, terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, glaciares, tempestades, corrientes marítimas, etc., tales son las materias de que la obra se ocupa en la forma más amena que imaginarse pueda. Y al interés excepcional del texto júntase el que le prestan los innumerables y preciosos grabados que lo ilustran y que contribuyen á hacerlo comprensible, especialmente para la mayoría de los lectores que lejos de los grandes centros no tienen ocasión de contemplar esas máquinas, esos novísimos y admirables aparatos de que se valen los eruditos para realizar sus prodigiosos descubrimientos.

El mundo físico forma tres abultados tomos y se vende en rústica á 30 pesetas: también se admiten suscripciones por cuadernos al precio de 50 céntimos de peseta uno, que consta de 40 páginas.

Los pedidos y suscripciones deben hacerse á esta casa editorial (Montaner y Simón, calle de Aragón 309 y 311) ó á nuestros corresponsales.



CARLOS MARÍA OCANTOS
notable y distinguido novelista bonaerense

* * *

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ECONÓMICA ILUSTRADA

LA SAGRADA BIBLIA, *por D. Félix Torres Amat.* – Con razón se llama á la BIBLIA el libro de la humanidad, libro en el cual han estudiado los sabios y se han inspirado los poetas y los artistas de todas las edades, libro con cuya lectura los débiles se fortalecen y se consuelan los afligidos. La BIBLIA es en el hogar doméstico la presencia del espíritu de Dios en el seno de la familia. Por esto es el libro único en el número y variedad de sus reproducciones y por esto realiza una obra meritoria todo el que contribuye á propagarlo, y la realiza en mayor grado el que publica una nueva edición en condiciones que la hagan más asequible por su precio y más agrabable á la vista por las condiciones materiales de la misma.

La edición económica publicada por esta casa editorial llena cumplidamente estos fines; pues á un ínfimo precio une la cualidad de ir ilustrada con más de mil grabados y cuarenta láminas sueltas.

Respecto de la ortodoxia de esta edición, la garantizan por completo no sólo el ser debida la traducción al sabio obispo de Astorga D. Félix Torres Amat, sino el haber estado sometida la edición á la censura eclesiástica de persona tan competente é ilustrada como el Rdo. Doctor D. José Ildefonso Gatell, cura párroco de la parroquia mayor de Santa Ana. Esta edición lleva además del texto castellano el texto latino completo.

La Sagrada Biblia, edición económica, forma tres voluminosos tomos lujosamente encuadernados, que se venden al precio de 40 pesetas. También se admiten suscripciones por cuadernos á dos reales uno, repartiéndose gratis las 40 láminas.

Los pedidos deben dirigirse á esta casa editorial (Montaner y Simón, calle de Aragón, 309 y 311) ó á nuestros corresponsales.

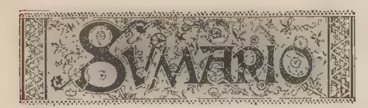
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 30 de octubre de 1893 — Núm. 618



LA PAZ ES LA FUERZA DE UNA NACION, grupo escultórico de Gustavo Eberlein



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Para conocer Africa basta con estudiar un tipo africano, pues la uniformidad de las instituciones ha destruido la variedad de los caracteres. La conformidad con las fatalidades históricas, la indiferencia al mal lejano, la imprevisión ciega llevaron razas tan fuertes y tan ilustres en otro tiempo, como hoy es fuerte y es ilustre la raza anglo-sajona en el mundo, á irremediable decadencia. Acordaos, si no, de los árabes. ¿Quién que los haya seguido en la historia, en la realidad de ayer, los conocerá al presente, en la realidad de hoy? Conservan todas sus preeminencias fisiológicas y hasta morales; conservan la elevada estatura, las distinguidas maneras, el temperamento nervioso, la grande agilidad maravillosa, la destreza en cabalgar, el arte en el manejo de las armas, los ojos profundos, la mirada escudriñadora, los labios perfectamente dibujados, la frente espaciosa, la nariz aguileña, la color atezada, la elevación de miras y la profundidad de sentimientos que los constituyeron en los más sabios y los más guerreros y los más ricos entre todos los pueblos, desde el siglo VII hasta el siglo XIII de la moderna historia.

Y sin embargo, esos pueblos han tocado en la última decadencia. Las ciudades que habitan parecen estercoleros; los templos que consagran parecen vacíos; las playas que dominan parecen despobladas; su religión se ha convertido en una fuerza mecánica desprovista de toda idealidad y su ciencia en un fuego fatuo que sólo anuncia la existencia de mondados huesos esparcidos por solitarios y antiguos campos de batalla. Donde ponen la planta desaparece la civilización. Bagdad, Damasco, Tiro, Alejandría, Jerusalén, Constantinopla, Atenas, las ciudades más activas y más gloriosas, dominadas por ellos, han perdido el don de las altas inspiraciones y se han resignado al culto de una tradición muerta. Y esos mismos hombres, hoy tan decaídos, en aquella Europa que buscaba la piedra filosofal por la alquimia y la eterna vida por el misticismo acreditaron los métodos experimentales, y rehicieron los intrumentos científicos; en medio de pueblos dedicados á la penitencia y que sólo esperaban oir la trompeta del Juicio y reunirse en el valle de Josaphat para lanzar sus almas en la humareda del planeta reducido á cenizas, llevaban el astrolabio á los espacios, la balanza á la química, el álgebra á las matemáticas, la hidrostática á la agricultura; y traduciendo á Platón y Aristóteles para los filósofos, á Hipócrates y Galeno para los naturalistas; levantando el primer observatorio astronómico en la Giralda de Sevilla y la primera escuela médica en la bahía de Salerno; inventando la trigonometría esférica y la agrimensura, el ácido sulfúrico y el ácido nítrico, la refracción de la luz, al mismo tiempo que sostenían el calor de la ciencia en nuestros huesos ateridos y anticipaban la obra del Renacimiento indispensable á la unidad de nuestra vida, conseguían que el Universo no quedara huérfano del humano espíritu, cuyo resplandor se hubiera apagado por completo á los pies de una intolerante teocracia y en las sombras de una espesa barbarie.

El árabe tiene de suyo inclinación á las meditaciones profundas y afán de comparar las realidades del mundo y de la vida con la idealidad de su eterno Dios. Nuestro admirable escritor Pedro Antonio de Alarcón describe perfectamente en su pintoresca *Guerra de Africa* aquellos inmóviles santones de Tetuán, asentados sobre las piedras como las estatuas sobre los pedestales, que no convertían los ojos á mirar nuestros soldados en sus vistosas revistas, ni aplicaban el oído á escuchar nuestras músicas en sus armoniosas marchas. La idea de Dios inunda su alma, y en esta inundación todo lo que no sea Dios desaparece. Así no hay dioses ni santos en su religión uniforme. Si acaso entra algo humano, es un profeta capaz de entrever al Creador con alguna más claridad que el resto de los mortales y de anunciarlo al mundo con mayor poesía y elocuencia. No les mostréis, pues, cosas bellas con ánimo de conmoverlos, porque en su interior compararán nuestras frágiles creaciones con la hermosura eterna; ni cosas grandes ó poderosísimas con ánimo de asombrarlos, porque para ellos no puede haber poderío como la virtud creadora que colgara en los espacios la tienda azul de los cielos y suspendiera en lo infinito, por cadenas invisibles, las áureas lámparas de las estrellas: toda sabiduría humana se eclipsa á sus ojos ante la omnisciencia divina, y no merece ni la pena de una velada, y toda voluntad, por avasalladora, por incontrastable que sea, se somete á otra voluntad más impetuosa que los huracanes juntos y más fuerte que las fuerzas cósmicas, á la omnipotente voluntad de Dios. Delante de ese ideal nuestras obras artísticas son cadáveres, sombras nuestras ideas, juguete nuestra mecánica, caprichos de niños nuestras libertades de ciudadanos. Contábame un andaluz el viaje que emprendió por España con cierto rico árabe de Tánger. Mostrábale el surtidor de la Puerta del Sol, y respondía: «Dios es más alto.» Medíale las dimensiones del Escorial, y le decía: «Dios es más grande.» Llevábalo por las alamedas de Aranjuez, y exclamaba: «Dios es más hermoso.» Conducíalo al Museo de pinturas, y pasaba ante los cuadros pensando en la ciega idolatría que usurpaba tristemente á Dios su facultad de animar los seres. Desde nuestros teatros hasta nuestros Congresos, todo pasó ante sus ojos, no ya sin conmoverlo, pero sin impresionarlo siquiera, como si no pasase. Solamente un día su sentimiento se exaltó hasta el delirio. Llegaron á Granada.

Subieron al cerro de la Alhambra. Pasaron las umbrosas alamedas por donde bajan susurrando los claros arroyuelos. Detuvieron un momento la vista en las torres bermejas doradas por el sol, en los mármoles del interrumpido palacio imperial, en los bosques del Monte Sacro, en las quebradas márgenes del áureo Darro, en los blancos miradores y alminares del Generalife que se destacan sobre el cielo azul, entre adelfas, cipreses y laureles. Por fin atravesaron la puerta del árabe alcázar y dieron con el patio de los Arrayanes. La fisonomía del árabe se contrajo, sus ojos se obscurecieron y sólo se aumentó su silencio. De aquella alberca ceñida de mirtos, con sus ajimeces bordados como encaje, sus galerías ligeras y aéreas, sus aleros incrustados, sus frisos de azulejos, sus pavimentos de mármol, pasaron al patio de los Leones, al bosque de ligeras columnas, sostenes de arcos que parecen prontos á doblarse, como las hojas de los árboles, al menor soplo del aire que pasa por los intersticios de su gracioso y transparente alicatado. El árabe, pálido como la muerte, se apoyó en una columna para poder continuar en aquella visita. Por fin, cuando penetró en las estancias y alzó los ojos á las bóvedas compuestas de estalactitas empapadas en colores brillantísimos; y leyó las leyendas místicas ó guerreras que esmaltan las paredes, semejantes á visiones orientales; y se detuvo en aquel camarín incomparable que se llama el mirador de Lindaraja, á través de cuyas celosías se esparce la esencia del azahar y se oye el rumor de la vega: su emoción iba rompiendo toda conveniencia y mostrándose en sacudimientos del cuerpo, semejantes á los espasmos de la epilepsia. Ya en el salón de Embajadores, con el Darro á una frente y á la otra el patio de los Arrayanes; las paredes de mil matices, adornadas con los escudos de los reyes; los ajimeces bordados con todos los prodigios de la fantasía asiática; las puertas, recuerdos de los días del esplendor y de la fortuna, cuando desde las tierras más remotas venían unos á recibir luz de tanta ciencia, y otros de tantas artes placeres y encantos; las bóvedas incrustadas en marfil y oro; las letras, semejantes á las grecas de una tapicería persa, repitiendo entre las hojas de parra y de mirto y de acanto cincelados los nombres de Dios, el corazón le saltaba en pedazos, y un inmenso lloro, un largo sollozo llenó aquellos abandonados espacios, henchidos de invisibles sombras augustas, con el dolor de toda su triste y destronada raza.

Así no debe maravillarnos lo que pasa en Melilla y dondequiera tropiezan los árabes con algún recuerdo vivo de su perdida soberanía y de su vasto imperio. Compuesta la gente del Magreb por los reflujos de los árabes hispanos hacia el Africa desde sus paraísos del Andaluz, no pueden jamás conjurar el mesiánico ensueño de un próximo regreso adonde tan felices fueron y de un recobro súbito de aquellos esplendores con que brillaban en otro mejor tiempo. Junto al corazón llevan el alfange ó gumía, y junto á la gumía del combate perpetuo llevan la llave que debe abrirles las puertas de los hogares abandonados por sus padres en Córdoba y Sevilla y Granada, donde todavía suenan las guzlas acompañando con sus rasgueos á los romances y difundiendo notas en el aire tan melancólicas y dulces como el susurro de las brisas aromadas por los jazmines y como los balanceos del cogollo de las palmas en los altos cielos. Y como Ceuta, Melilla, los puntos hispánicos de Africa representan los jalones puestos por nosotros, contrafuertes detentores de la inundación perdurable con que sueñan aquéllos; de aquí encuentros y conflictos, también perdurables, que no tendrán más término que una imposición forzosa en Marruecos del dominio cristiano como en Egipto, como en Argel, como en Túnez. Y este dominio pertenece de suyo á las naciones que la Geografía y la Historia designan para tal fin; por las cuales designaciones nos pertenece á nosotros el imperio de Marruecos, de cuya integridad debemos curarnos con celo, hasta que suene la hora de cumplir y realizar nuestros antiquísimos derechos.

Los recuerdos de Africa en Occidente nos traen á la memoria recuerdos de Asia, recuerdos de Oriente; y los recuerdos de Asia y de Oriente nos traen á la memoria Rusia, invasora cada día mayor del mundo asiático y protagonista hoy del continente europeo. Imposible decir cómo los franceses han recibido á la marina rusa en Tolón y cómo luego han festejado en París y en toda Francia los queridos huéspedes. Ha rayado el entusiasmo en delirio y el delirio en frenesí. La nación de los humanos progresos, unida con el imperio de la inmovilidad, ofrecen un extraño espectáculo que atrae y fija naturalmente la universal atención como todo cuanto es singularísimo. Ríense mucho los alemanes de este matrimonio parecido al de la Serenísima República veneciana con el Gran Turco; pero fuerza es decirlo, si hay una contradicción patente de Francia con sus ministerios providenciales é históricos, hay otra contradicción mayor en el pueblo italiano, al aliarse con aquellos bárbaros, como les llamaban ellos á los alemanes, que tuvieron puesto el pie tanto tiempo sobre la garganta de Italia. Los dos pueblos latinos hánselo arreglado de modo allá en la sirte de sus emulaciones y rivalidades, que si triunfa uno de los contendientes desaparece Italia, y si triunfa otro de los contendientes Francia, mientras á los dos monstruosos imperios que han de luchar tras estos hermanos en guerra nada puede sobrevenirles, y quedarán íntegros é incólumes en sus respectivos territorios, perdiendo en el caso más nefasto para ella Prusia su Alsacia y su Lorena, mientras que nada perderá en caso alguno Rusia.

Seamos justos. Hubo un momento en el cual Francia, por todos los pueblos abandonada sin compasión á su infortunio, no tuvo más que un amigo en Europa y en América, el czar Alejandro II. Por ese apego de los espíritus débiles á la conquista y á la fuerza, todo el mundo se iba con los alemanes y se reía de los franceses. Hasta un historiador tan eminente como el anglo-americano Bancroffth, ministro de los Estados Unidos en Berlín, osó comparar la confederación germánica, fundada por la fuerza y la conquista, con la confederación sajona, fundada por la libertad y por el derecho. Si Dios no pone tiento en su pluma, hubiese ido hasta á comparar el férreo Moltke, de roja sangre manchado, con el dulce Wáshington, esclarecido por las más progresivas y luminosas ideas. Así Víctor Hugo fustigó al historiador diplomático en fulminantes versos dantescos, clavando su memoria sobre la picota, donde se penan las grandes ingratitudes colectivas y seculares. Lafayette sirvió al poeta contra semejante cortesano de Bismarck. Imperaba una tan extraordinaria enemiga contra Francia, que, sin haber pasado un lustro siquiera de su derrota, Bismarck intentó exterminarla, y se apercibió á nueva guerra, en fines del setenta y cuatro, para perpetrar esta obra de radical exterminio. Pero, sabedor de ello Alejandro II, opúsose con todas sus fuerzas, evitando así un atentado que hubiera sido verdadera catástrofe, no sólo del pueblo francés, de toda la humanidad y de toda la tierra. Ahí está el antecedente verdadero y casi único en torno del cual, como en torno de un solo núcleo, se ha condensado esta especie de amistad entre Francia y Rusia que precede á las grandes y definitivas alianzas.

Pero, con esto y con todo, había muchos espíritus superiores, muy resistentes á la inteligencia francorusa, y muy temerosos de que no sirviese ni á la civilización europea, ni á la Francia democrática nunca. Los eslavos de Rusia, ortodoxos, comunistas, invasores, siervos, aviénense muy mal con estos pueblos progresivos de Francia, que han inscrito en sus pabellones y grabado en sus timbres los principios de la civilización cristiana y que han difundido el aire vital de nuestro espíritu con su soplo vivificador á los cuatro puntos del cielo. Luego parecía la cosa más natural del mundo la compensación de los imperios boreales de la disciplina, de la obediencia, del

silencio con la fraternidad de los pueblos de Occidente, incluso Inglaterra, gloriosos fundadores de la libertad moderna, que lucen la lengua de fuego del espíritu progresivo sobre sus cabezas y llevan el Verbo de la civilización universal en sus labios. Así Gambetta repugnó siempre todo género de alianzas con Rusia y siempre quiso la inteligencia con Inglaterra. De aquí, de tal predilección suya, el empeño en que tomase Francia una especie de condominio con Inglaterra en Egipto. No fué posible, gracias á una oposición implacable del radical Clemenceau. Así, cuando se fueron los ingleses á Egipto solos y se levantaron con Túnez tan á deshora los franceses, quedó para siempre rota la inteligencia entre los pueblos occidentales. Y el empuje atrás fué tan violento y llegó tan lejos, que Ferry quiso retroceder hasta el sueño fantástico de una reconciliación estrecha con la invencible Alemania. Mas el servicio prestado por el czar á Francia y el odio conocido entre Alemania y Rusia determinó el pensamiento con la voluntad del pueblo francés á esta grande amistad que ahora se revela con tan ruidosos alardeos.

No llegaréis á creerlo, si os digo que se antepuso á todos estos hombres de Estado en previsión una mujer, mi amiga madame Adam. Cuando nadie creía ni en la posibilidad siquiera de aproximación entre una República tan avanzada como Francia y un Imperio tan absoluto como Rusia, ella creyó y esperó. No hay sino leer la Revista fundada por su patriotismo y sostenida por su tenacidad para persuadirse á la creencia mía de que vió desde más lejos venir esta especie de aurora boreal de los hielos del Norte sobre los horizontes de Francia, perturbando con sus efluvios magnéticos todos los imanes puestos en los diversos barcos de combate que corrían sobre los agitados mares de la política francesa. Como en los tiempos de sus padres galos, á quienes debiera la visión profética y el empuje furioso, amén del amor exaltado de la patria, Julieta Lambert, nombre cariñoso de sus gloriosísimos comienzos, erguida sobre la piedra del holocausto é invocando los manes de las generaciones muertas, al pálido rayo de la luna llena cernida por los robles, ha dicho los dogmas sacros de la nacional religión en fórmulas verdaderamente sibilinas y señalado con ademanes de una energía furiosa y voces de una gran elocuencia el camino de los combates por donde van los fuertes al sacrificio y al triunfo. No creo que ninguna de las mayores mujeres francesas, cuyas obras han engrandecido las letras nacionales en este siglo, ni madame Stael, musa un día de la escuela constitucional, ni Jorge Sand, musa otro de la escuela democrática, tuvieran jamás como madame Adam semejante intuición maravillosa, que no ha quedado allá en lo vago y en lo profético y en lo abstracto, no, se ha puesto en marcha con una celeridad mayor que aquella de la luz, con la celeridad incomparable de una idea, y ha reunido Francia con Rusia por una guirnalda de inspirados y profundos pensamientos.



TRISTE REGRESO, cuadro de M. Carbonell Selva, premiado con medalla de 2.ª clase en la Exposición internacional de Bellas Artes de Madrid de 1892

Nadie puede, pues, disputar la primacía de su previsión y de su acierto en adivinar el punto adonde han llegado los comunes afectos entre Francia y Rusia. Pero, conociendo lo que presiente y adivina un corazón de mujer, si ama de veras, no debe, no, extrañarnos, aunque mucho la consideremos y admiremos, esta previsión de mi admirable amiga madame Adam. Dejando aparte su clarísimo talento, sugeríale tales adivinaciones el amor entrañable á su madre Francia. Imaginaos el regocijo de una y otra. Pero no hay dicha completa. En medio de tales regocijos han muerto dos ilustraciones francesas, el mariscal Mac-Mahón y el compositor Gounod. Yo he conocido y he tratado al uno y al otro, inspiración éste mesurada y reflexión aquél sencilla. Nadie se olvidará nunca de aquello que uno y otro han dejado como estelas de sus almas en los surcos del tiempo y del espacio. Ha derramado el uno la sangre de sus venas por la patria y el otro regueros de armonías como chispas de una luz espiritual, y los dos han ilustrado su tiempo, sin llegar el uno, magüer gran general, á las alturas del héroe, ni el otro, magüer gran músico, á las alturas del genio. El general ha muerto cuando las grandes alianzas establecidas entre dos pueblos preparaban alimento nuevo á su heroísmo, y el artista cuando componía el *Requiem* destinado á comunicar su alma con la eternidad, trayéndole las visiones anticipadas de Dios. ¡Que duerman uno y otro en eterna paz!

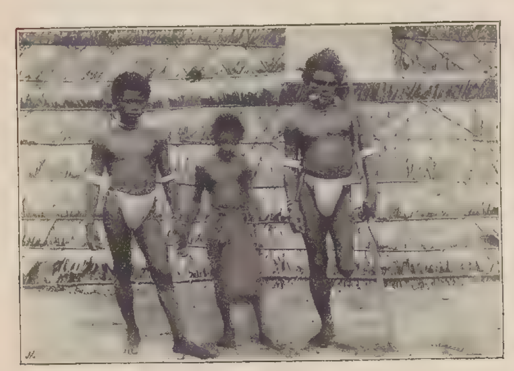
Madrid 19 de octubre de 1893



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – PASEO Á ORILLAS DEL LAGO, dibujo de E. Limmer

LAS ISLAS SALOMÓN

Las islas que constituyen el archipiélago Salomón están situadas entre los 5° y los 12° de latitud S. al Este de Nueva Guinea y en la parte de la Oceanía á



Habitantes de San Cristóbal (islas Salomón)

que los geógrafos han dado el nombre de Melanesia. En 1886 Alemania se anexionó las del NO. y hace pocos meses Inglaterra ha extendido su protectorado, nombre que hoy ha sustituído á lo que en otro tiempo se llamaba conquista ó toma de posesión, á la parte meridional de dicho archipiélago, que comprende las cinco grandes islas de San Cristóbal, Melaita, Guadalcanar, Florida é Isabel y de veinte á treinta más pequeñas, en una de las cuales, Ulana, está la misión de la Iglesia anglicana.

Los nombres españoles de algunas de estas islas revelan desde luego que su descubrimiento se debe á nuestros compatriotas. Y en efecto, en 1567, el marqués Alvaro Mendaña de Neira recibió del virrey del Perú, Lope García de Castro, la orden de explorar el Océano Pacífico, juntamente con el título de general y dos naves muy mal abastecidas y tripuladas por 125 marineros y cuatro pilotos, entre éstos el experto Hernando Gallego.

Al cabo de algunas semanas de feliz navegación, hallándose á unas 900 leguas del Continente americano, divisó Mendaña una pequeña isla á la que dió el nombre de *Buen Jesús*, y habiendo avanzado otras 15 leguas divisó una tierra de mayor extensión que llamó de *Santa Isabel*. Allí se detuvo, dando comienzo á las primeras relaciones de los europeos con los pueblos indígenas de la Polinesia. No tardó en conocer que aquellos pueblos, cuyos recursos alimenticios eran escasos, practicaban la antropofagía, y si en un principio trató con ellos del modo más pacífico, bien pronto se rompieron las hostilidades y en la lucha sucumbió un polinesio. Sucesivamente visitaron los españoles *La Galera, Buenavista, San Dimas, Sezarga, Guadalcanar,* donde perecieron tres de los descubridores á manos de los indígenas, y *Borcé*, llamada *San Jorge* por los expedicionarios. En tanto que Men-



Almacenes de comercio en Aotah (islas Salomón)

daña, con una de las naves, tocaba en estas islas, el piloto Hernando Enríquez, con la otra, completaba la exploración del archipiélago; pero no hay datos seguros acerca de las tierras que descubrió. Reunidos los dos buques, parte de sus tripulaciones exploró *La Atreguada*, las *Tres Marías* y *San Juan*, regiones en las que la resistencia de los indígenas fué tan grande que Mendaña hubo de quemar una de sus poblaciones. Poco después Fernán Muñoz Río, enviado delante por Mendaña, llevando en su compañía al hábil Hernando Gallego, recorrió de nuevo el archipiélago á pesar de las hostilidades, que generalmente sucedían á una acogida amistosa, y que fueron funestas á varios españoles. Disminuían los víveres; y siendo cada vez menos probable y fácil el establecimiento de una colonia, el general consultó á Hernando Gallego sobre la oportunidad de continuar el viaje, y merced á la pericia del último pudieron todos volver á las costas de América, no sin peligros ni sin haber sufrido las más crueles privaciones.

El viaje de vuelta hasta Colima costó cinco meses de navegación, y el viaje completo trece meses y once días, pues los navegantes llegaron al Perú en marzo de 1568. Pasó Mendaña sin pérdida de tiempo á Lima, pero no consiguió que su viaje despertara entusiasmo alguno en el Perú, por lo cual, sin duda para no perder todo el fruto de sus trabajos, juzgó conveniente, aprovechando la época en que vivía, aficionada á tales leyendas, hacer del archipiélago que había visitado una descripción semejante á la del imaginario país de *El Dorado*, á pesar de que de dichas islas sólo conocía, y no de un modo perfecto, la geografía. Por esto el archipiélago recibió el nombre de *Salomón*, por suponer, ha dicho un escritor extranjero, que la escuadra del famoso rey de los hebreos había ido á buscar allí todo el oro con que adornó el templo de Jerusalén.

La fábula de Mendaña gozó del mayor crédito en el siglo XVII, y á ella alude Gemelli Carreri al citar, con los nombres de *Ricca d' Oro* y *Ricca di Plata*, dos islas situadas por los 34° de latitud N. Las islas de Salomón, por tanto, poseedoras de soñadas riquezas, motivaron un segundo viaje en el que Mendaña debía figurar también como jefe, pero murió en la travesía sin haber podido llegar á ellas.

El derrotero de las islas Salomón quedó ignorado y hubieron de transcurrir dos siglos antes que se encontrara otra vez. Su posición había sido indicada con demasiada vaguedad para que fuera posible encaminarse á ellas con seguridad, y la relación del piloto Gallego se había conservado secreta, por temor de que sirviese de guía á los marinos de otras naciones hacia esas islas justamente reivindicadas por España, de suerte que hasta hace poco tiempo no ha sido revelada, comentada y traducida. Por fin, Carteret en 1767, exactamente dos siglos después del viaje de Mendaña, Bougainville al año siguiente, y Surville en 1769, recorrieron de nuevo los pasos y estrechos descubiertos por el marqués español, pero creyendo haber encontrado nuevas islas, les dieron una nomenclatura diferente. Las investigaciones de Buache y de Fleurieu, en que se comparaban los itinerarios de los viajeros, devolvieron á los marinos españoles la gloria que les correspondía.

Hace diez años, el gobierno colonial de Queensland (Australia) fijó su atención en el mencionado archipiélago, no tanto con la idea de recoger las fabulosas riquezas en oro y perlas que indicaba la tradición, cuanto con la de anticiparse á los alemanes que exploraban aquellas islas, estableciendo factorías tan cerca de la costa australiana. En 1883 resolvió tomar alguna determinación y ésta fué la de enviar una expedición á la parte oriental de Nueva Guinea. Mientras tanto los alemanes se habían instalado en una considerable porción NE. de esta isla y algo después en la mitad del grupo de las islas adyacentes de Salomón; y los ingleses, imitándolos, han puesto bajo su jurisdicción la otra mitad, como queda dicho al principio.

Este archipiélago, en su conjunto, comprende unos 44.000 kilómetros cuadrados, suponiéndose que su población llega á 175.000 habitantes (Reclus). Algunas de las islas son montañosas y hay cumbres que tienen hasta 8.500 pies de elevación. La tierra es generalmente fértil, y gracias á las lluvias, la vegetación rica y variada, abundando el cocotero, el árbol del pan, el ñame y el sagotal; actualmente se ha introducido la caña de azúcar y el algodón. Según aseguran los indígenas, todavía hay monos antropoideos en las islas de Malaita, Guadalcanar y San Cristóbal, pero ningún zoólogo europeo los ha visto. A excepción de los cerdos, los perros, una zarigüeya y un ratón, los extranjeros que visitan esas tierras no han encontrado mamíferos indígenas. Entre las aves, la paloma es la más común y el principal agente de dispersión de las plantas. Los reptiles, tan escasamente representados en la mayor parte de las islas oceánicas, son bastante numerosos en las Salomón; vense en éstas sobre todo enormes sapos, y cuando el descubrimiento de Isabel por los españoles, éstos destruyeron templos en que se adoraban sapos y culebras. Los cocodrilos, venerados todavía por los insulares, son bastante comunes, lo mismo en el agua sa-



La aldea de Ugi en las islas Salomón

lada que en la dulce; se les teme poco, y según creencia popular, únicamente son peligrosos para las mujeres infieles.

Los isleños son en su mayoría de estatura regular y bien proporcionados; su color es moreno subido y la cabellera abundante y muy crespa. La diferencia entre la robustez y energía de los habitantes de estas islas es bastante notable, pues al paso que los de Bougainville, Choiseul y Nueva Georgia son débiles y pobres, los de Malaita y Guadalcanar se distinguen por su vigor y carácter económico. Según parece, desde que están en contacto más frecuente con los viajeros han abandonado gradualmente la práctica del canibalismo, pero hay motivos para creer que aún está en uso en las aldeas del interior.

Los habitantes del archipiélago son por lo general pérfidos y vengativos, según aseguran los ingleses, pero añaden que si se les trata bien son servidores fieles. Profesan la poligamia, y cuando una mujer llega á la edad nubil, el que la pretende ha de pagar por ella mil dientes de perro que, junto con los de vaca marina y barbas de ballena, son la moneda corriente en el país. La práctica del infanticidio, muy común en ciertas islas de la Melanesia, se observa también en las Salomón. En Ugi, cerca de la costa oriental de San Cristóbal, los padres suelen matar á sus hijos recién nacidos; la población se recluta mediante la compra de esclavos en la tierra vecina, y en lugar de hijos el anciano tiene por apoyo mozos comprados, que quedan libres en la edad viril.

Los grabados que ilustran este artículo, y que dan exacta idea del aspecto de dichos indígenas, están reproducidos directamente de fotografías recientemente hechas en aquellas islas. – X.



Indígenas de las islas Salomón

CASTO PLASENCIA

Veo y oigo el bostezo de muchos al leer el nombre que va al frente de este artículo. Aquiétense los manes de mi ilustre amigo y maestro. Los nombres de Rosales y Fortuny no producen tampoco otro efecto en sus colegas vivos. Y aun así, pueden darse por satisfechos los tres grandes pintores; no cayó sobre ellos más que la indiferencia. ¿Quiénes son los que se acuerdan todavía de Rui-Pérez, de Zamacois, de Bécquer, de Manzano, del vivo y eximio Mercadé?

No censuro. Es ley social la que se cumple. Mientras el héroe, el sabio ó el artista atiende afanoso á su misión en la sociedad, coadyuvando con el valor, con la ciencia ó con el arte á la obra de perfección soñada por el hombre, la sociedad le halaga, le mima, le admira, le ciñe fresca corona de laurel; pero traspone ese artista, ese sabio, ese guerrero los umbrales de la muerte, y primero la indiferencia, después el olvido, sellan con doble sello la losa sepulcral. La sociedad necesita fuerzas vivas; la sociedad ha menester ideas, sangre hirviente, nervios y células grises que arrojar al fondo del vaso de la feroz é implacable clepsidra, que debe marcar la hora de nuestra bienandanza.

Yo miro como venturoso para Plasencia aquel minuto en el cual cesó de latirle el corazón. Sería horrible para mi respetado amigo la muerte á que condena el mundo al ayer vigoroso atleta, hoy valetudinaria ruina humana. El hombre civilizado no es de mejor condición que el caballo. Viejos ambos, uno muere como puede; al otro ó lo degüellan para arrancarle la piel y aprovechar su esqueleto, ó le llevan al monte para que termine allí su vida; en la cuadra ocuparía un lugar destinado al potro.

Quedan del sabio, del guerrero, del artista las obras y las hazañas. Las generaciones se suceden y reciben de aquellas obras, de aquellos hechos hálito de vida para poder luchar y vencer. ¿Qué les importa el hombre? La esencia intelectiva es lo que buscan; el vaso que contenía la esencia nada significa. No se cuidan de averiguar si al evaporarse aquélla se rompió el continente ó si todavía está intacto. ¿Para qué? Es menester apagar la sed, y mientras el árbol nos da su fruto le cuidamos; el árbol deja de producir y el hacha del leñador lo hace astillas. ¿Quién se acuerda después del árbol? Cuando más, de la sed que nos mitigó, y aun así el recuerdo acude á la memoria cuando la sed vuelve á molestarnos.

* * *

Plasencia fué pintor mural, pintor de género, de hechos históricos, acuarelista. Cuando le dijeron que su temperamento artístico no le permitía manejar el pincel de marta en obras donde el detalle exige el mismo cuidado que lo demás del cuadro, contestó con la pequeña tablita de costumbres rurales asturianas, *Eva y Adán,* maravillosa obra llena de verdad, prodigio de paleta y de observación psíquica, encanto y admiración de propios y extraños. Pinta la cúpula de la capilla de Carlos III de San Francisco el Grande, derrama en aquella colosal composición la luz á torrentes, el sentimiento, la gallardía toda del genio – porque Plasencia era el único artista genial que vivía en España; – rebosa á Jordán como pintor mural, no rebuscando efectos ni retorciendo figuras como el veneciano; iguala á Goya en brillantez, da con su obra citada la nota más alta en la pintura decorativa y termina su trabajo en siete meses. Se acercaba el verano y dispuso la maleta para trasladarse á San Esteban de Pravia, rincón delicioso de Asturias adonde el río Nalón llega para fundirse con el Cantábrico. «Voy á pintar algo, me dice, estoy cansado de figuras de tres metros.»

¿Quién no conoce *La fuente de Roque* y *Las lavanderas,* prodigiosos cuadritos de treinta ó treinta y cinco centímetros de longitud, pintados durante aquel verano de 1886? La crítica enmudeció. El maestro le había probado que abarcaba lo colosal y lo microscópico y que en ambos géneros medía la talla de los gigantes.



Mujeres de Ugi (islas Salomón)

Un día, cierta alta personalidad política le pidió una acuarela para el *Album* que la Academia de Jurisprudencia quería regalar – como en efecto lo hizo – á la que es hoy emperatriz de Alemania. «No soy acuarelista. – Usted lo es todo si quiere,» le contesta el peticionario. Plasencia remitió á la comisión encargada del *Album* un «tour de force,» *El Trovador.* Las revistas é ilustraciones alemanas, austriacas é inglesas reprodujeron la celebrada acuarela. Pietsch, el célebre crítico berlinés, escribía un artículo en la *Gaceta de Berlín,* diciendo que no sabía cómo encomiar obra tan admirable. «Créanme ustedes, no hice más porque deseaba salir del compromiso,» repetía Plasencia al oir las traducciones de los encomiásticos ditirambos de la crítica.

Ocurrió en la manera de Plasencia un cambio notable hacia la sinceridad, desde que se dedicó á pintar las escenas de la vida rural, durante sus excursiones veraniegas. Si antes recurría al convencionalismo obligado, que distingue al pintor mural ó decorativo y buscaba la línea con sujeción á las enseñanzas de los grandes maestros en el género, trazando de memoria algunas veces escorzos y aun figuras enteras y forzando las tonalidades y el clarobscuro, así que pintó los primeros cuadros en Asturias, frente á frente de la naturaleza, comenzaron á desaparecer los convencionalismos todos, y su *Psiquis conducida por los amores* y la *Alegría* y *La noche y el sueño,* últimas grandes composiciones que trazó, aparecen como modelos de sencillez en los escorzos y en la agrupación y como insuperables de vigor lumínico, sin que hubiese de recurrir á los obscuros decididos.

Para su temperamento de colorista sobrio y de dibujante grandioso, las templadas tonalidades de la región Noroeste de nuestra península, como la robusta y arrogante línea de aquella raza, fueron lo que el anillo al dedo. Con gran sentido estético, en vano buscaba Plasencia aquí en la corte, especialmente en la mujer, proporciones y contornos medianamente correctos, que le sirvieran para dar forma á su ideal de la figura humana, por él sentida con la arrogancia y majestad de un artista heleno en cuyo espíritu latiere enérgico el amplio del concepto estético moderno. Al regresar de Asturias, costábale trabajo enorme



Una muchacha de las islas Salomón

ceñirse á la convencional luz del estudio, á la mezquina línea del modelo, al artificioso medio de rebuscar posturas, posiciones, lo que se llama *parti pris,* y al otro de amontonar telas brillantes, plantas de salón ó trastos de lujo. Desde su cuadro *En mi estudio,* pintado por el año de 1880, hasta el que tituló *La Cigarra* (ambos lienzos representan dos bellas mujeres, sentadas en un mismo sillón de tijera), hay la diferencia que separa al artista que pretende halagar la moda, del que está resuelto á no darle entrada en su estudio. La primera de las figuras dichas tiene por fondo jarrones, almohadones, armaduras, telas riquísimas; la segunda solamente luce los hombros desnudos sobre el almohadón del respaldo del asiento; el fondo es simplemente una tinta obscura. La naturaleza hizo sobrio y sencillo á Plasencia.

Cuando volvió de la Exposición universal de París de 1889, dijo á varios amigos: «He ido á convencerme de que voy por buen camino; pensé que no

debía buscar la verdad fuera de la naturaleza, y los pintores ingleses me lo afirmaron, y gran parte de los franceses lo mismo. La pintura, como el arte en general, necesita vivir la mitad del año entre bosques con los labriegos y al lado del mar con las gaviotas.»

***

Las grandes obras, mejor dicho, las obras maestras de Plasencia son: la gran pintura mural de la cúpula de la capilla de Carlos III de San Francisco el Grande; *Psiquis conducida al Olimpo por Mercurio, Anacreóntica y Venus aérea*, pinturas decorativas propiedad de los marqueses de Linares; *Psiquis conducida por los amores, El juego de billar*, el de los *dados, La Alegría* y *La noche y el sueño* (1), que decoran los salones del palacio que los señores de Selgas poseen en la aldea de *El Pito*, término de San Esteban de Pravia (Asturias). De los cuadros de costumbres rurales, los verdaderamente insuperables son *El mentidero* y *La siesta*, adquiridos por dos ricos aficionados de Buenos Aires. De sus acuarelas, *El viejo verde*, propiedad de D. Adolfo Calzado, y la citada *El Trovador*. Como *morçeaux* de pintura difíciles de igualar, recuerdo ahora *Cabeza de viejo*, que pertenece á D. Luis Ocharan, y *En oración*, regalado á Su Santidad León XIII.

Además de los apuntados, Plasencia pintó más de diez grandes cuadros murales y decorativos y de veintitantos cuadros de género, gran número de retratos, dibujos, estudios á la acuarela, al carbón, al óleo, á la aguaza, á la pluma y al lápiz.

Cuando ideaba alguna de sus composiciones decorativas, después de leer con gran cuidado aquellos pasajes mitológicos que le parecían más pictóricos, se tumbaba en el suelo boca arriba, y en un lienzo paralelo á su posición, la horizontal, con el carbón y con lápices al pastel iba trazando rápidamente las figuras, obligando al modelo, suspendido del techo del estudio por medio de un aparato, á tomar las posiciones que le indicaba. Así de este modo pasaba días enteros, resolviendo todas las dificultades hasta las más insignificantes con el objeto de no preocuparse, al desarrollar la composición, de otra cosa que del dibujo y del color.

Recuerdo en este momento – y lo recordaré toda mi vida – el efecto que me causó el boceto de su último trabajo – que dejó por terminar – *La noche y el sueño*. Soy supersticioso, no puedo sustraerme á esta debilidad impropia de un entendimiento medianamente despierto; así que cuando vi, repito, en aquel boceto la figura que representa la media noche sosteniendo un buho, no pude contenerme y le dije al maestro: «D. Casto, borre usted ese animalucho; es de mal agüero.» Plasencia comenzó á reir, y salió al estudio donde trabajaban sus discípulos, compañeros míos, á darles cuenta de mi superstición. Las risas duraron largo rato. Yo me marché hondamente afectado. Algo presentía que no me atreví á comunicar á nadie. Dos meses después Plasencia caía en cama para no levantarse jamás.

¡Qué noche la del 17 al 18 de mayo de 1890! Los dos enormes salones estudios, débilmente iluminados por varias bujías, estaban llenos de amigos, admiradores y discípulos del maestro. El silencio era imponente. De cuando en cuando, algunos redactores de los periódicos de la corte penetraban hasta el salón estudio principal á enterarse del curso de aquella horrible agonía que en espasmos violentos sacudía la poderosa naturaleza del celebrado artista. La consternación de todos era inmensa. Las lágrimas rodaban silenciosas por los rostros de muchos. Cada grito de dolor exhalado por el agonizante producía el efecto del espanto en cuantos allí estábamos. Todavía reconoció, tres ó cuatro horas antes de morir, á su ilustre amigo el entonces ministro de Estado Sr. Marqués de la Vega de Armijo. Después se apagó su inteligencia; tan sólo el dolor le arrancaba frases, ininteligibles casi todas. La luz de la aurora principiaba á blanquear, transparentándose débilmente á través de las cortinas de la lucerna del estudio. Una bujía que alguien colocó al acaso debajo de la *Victoria alada*, reproducción en bronce de la que se encontró en las excavaciones de Herculano, arrojaba al techo la silueta de la deidad de la gloria, la cual con un brazo extendido ofrece eternamente al genio la corona de laurel. Un sueño parecía aquella figura aérea, dibujándose en el techo de lona del salón. Todos miramos á un tiempo la aparición sublime, y contemplándola estuvimos, con los ojos arrasados de lágrimas, hasta que los rayos del nuevo sol la borraron. En aquel momento, un quejido del moribundo seguido de pavoroso silencio nos hizo comprender que el espíritu del grande hombre había dejado de animar su cuerpo. No sé todavía de quién era aquella voz que sonando á sollozos nos dijo: «¡Señores, D. Casto Plasencia acaba de dejar de existir!»


LA ALEGRÍA. – Techo pintado por Casto Plasencia, existente en el palacio de los Sres. de Selgas

***

¿Para qué hacer ahora su biografía? Olvidado el hombre, lo que importa es su obra.

R. BALSA DE LA VEGA

(1) Del *Juego del billar* y de las dos últimas pinturas aquí mencionadas damos copia exacta á nuestros suscriptores en el presente número.

DIÁLOGOS MATRITENSES

JARDINES DEL BUEN RETIRO. – GRAN CONCIERTO

– Caballero, usted dispense, esta silla está tomada.
– Caballero, usted dispense, es para mi señora que está sin poderse sentar desde que comenzó la función.
– Lo siento mucho, pero no puedo dársela á usted porque la necesito.
– ¿Para poner los pies?
– Para eso, sí señor.
– Lo primero es ser galante.
– No lo niego, pero estas sillitas me han costado mucho de adquirir, y después de andar cargado con ellas ya comprende usted...
– Eso es un abuso, su entrada de usted no le da derecho más que á un asiento.
– Pues yo me tomo dos.
– Y los demás que se fastidien.
– Eso es.
– Es usted un grosero.
– Y usted un deslenguado.
– ¡Caballero!
– ¡Caballero!
– Yo le diré á usted lo que... ¡Ah! Allí se desocupan dos sillas... Estas no se me escapan.

***

– ¿Qué es esto que acaban de tocar?
– No lo sé, se me ha perdido el programa; pero me parece que debe ser cosa así como una marcha fúnebre dedicada á una suegra.
– ¡Jesús, hijo! Tú siempre estás pensando en la suegra.
– Claro, como que es lo que me escuece. Es una calamidad mayor que la de *Consuegra*, que hace tiempo ha caído sobre mí. Pues poquito que me fríe á mí la sangre tu mamaíta con sus chismes, sus enredos y sus diplomacias. Si tu padre no fuera tan calzonazos como es...
– Mira, para hablar de esas cosas, aunque no hubiéramos salido de casa no habríamos perdido nada; al contrario, nos hubiéramos ahorrado algunas pesetas. Bien dice Petra que con el marido ni á la gloria.
– Bueno, callaré, pero todo se andará. Mira, ahora entran tus papás. Vamos á saludarlos, así de paso si van á tomar helados puede que nos conviden.

***

– Chico Gasparito, ¿qué haces ahí en las tinieblas? Levántate y vamos á dar una vuelta durante este intermedio, que creo que hay algo que te interesa.
– Iré por complacerte únicamente, porque estoy de lo más aburrido. La verdad es que cuando se cumplen los veinte ya se fastidia uno de todo.
– Pues, hijo, no lo entiendo; yo soy más viejo que tú y no me aburro jamás habiendo mujeres bonitas y música como la que tocan esta noche.
– ¡Qué feliz eres! Estoy seguro de que mirando todas esas horizontales que andan por ahí revoloteando te crees en el harén del Gran Señor. En cuanto á mí, lo mismo aquí que en la Castellana ó en el Real, estoy siempre más abroncado que un inglés en domingo. Luego esto, desde que hace calor, está de lo más cursi. Voy á adelantar mi viaje á Biarritz.
– Déjate de reflexiones, camueso; á ti lo que te hace falta es ocuparte en algo y abandonar la carrera de vago, que hace tiempo has abrazado con una constancia digna de mejor causa.
– ¡Ah, *mio caro!* Eso del trabajo es un específico anticuado y que hoy está muy desacreditado.
– ¡Válgame Dios, qué niños éstos!
– Mira la Conchita qué mirada tan expresiva me ha lanzado. Si está muerta por mis pedazos; lo mismo le sucede á la hija del conde del Rastro. Yo no sé en qué consiste que todas las chicas que valen algo se fijan en mí.
– Eso indica su buen gusto.
– Sí, hombre; si yo tuviera humor tendría más relaciones que pelos tengo en la cabeza y con lo mejor de Madrid, pero...
– Es cursi eso también y sin duda por esto te contentas con hacerle el oso á la cocinera de tu casa.

– Vaya, vaya; estás muy satírico esta noche; te dejo, me voy al Círculo un rato.
– ¿A arreglar el país?
– Otra cursilería; voy á ver si le doy cuatro golpes á un billetito de cincuenta pesetas.
– Eso sí que es distinguido y *fashionable*.

* * *

– ¡Fíjate, Gutiérrez! ¡Qué traje tan rimbombante lleva la de Gracia y Justicia! ¡Parece una perdiz! ¡Y qué sombrero tan estrafalario! No será de casa Honorine como el mío.
– Mujer, ¿quieres callar y dejarme oir las *Bacantes* que están ejecutando?
– ¿Y qué significa eso de las *Bacantes*?
– Pues significa unas... unas... damas romanas que bailaban con el emperador.
– ¿Con qué emperador?
– Con cualquiera.
– Sería con Julio César.
– Sí, eso debe ser.
– Gutiérrez, ¿has observado lo que ha hecho al pasar la de Verdecilla?
– No, ni me importa.
– Tú siempre estás en Belén; pues le ha dado una carta á aquel rubito.
– Puede.
– Vaya, si es un escándalo lo mismo que la de Pérez Calzones; mira que entre ella y el teniente están dando cada escándalo; pues y la viudita de... Pero qué es eso, ¿te duermes?
– No me duermo, estoy meditando.
– Si casi roncabas.
– No es verdad.
– Mira, allí viene D. Práxedes.
– ¿Dónde, dónde?
– ¡Allí, allí! ¿Lo ves?
– Sí, sí.
– Siéntate aquí delante, así te verá mejor; á ver si nos saluda.
– ¡Vaya usted con Dios, Sr. D. Práxedes! Beso á usted la mano. Adiós. Adiós.
– ¡Qué fino es! Te ha llamado Pepe.
– Pues si es todo un caballero y ya sabe él distinguir. Pues, señor, la verdad es que esto es un paraíso y no sé como hay quien vive en Madrid y no viene aquí todas las noches. ¡Pero qué campechano es don Práxedes!..

* * *

– ¡Hola, D. Pantaleón! ¡Qué mala cara tiene usted! ¿Que le duelen las muelas?
– No, señor, lo que me duelen son las dos pesetas que me he gastado para oir un concierto del cual apenas puedo dar cuenta.
– ¿Cómo es eso?
– Figúrese usted que estaba paseando por el Prado, vi entrar la gente y el programa me sedujo. Ya ve usted: «Serenata en do bemol,» de Mercadante; una «Tanda de valses nihilistas,» por Cawasperoff; la «Cantiga húngara,» de Rubinstein, y una pieza nueva de un autor anónimo, titulada «Penelope,» en que según el programa se oyen los suspiros de los amantes, los ladridos del perro al reconocer á Ulises y hasta los puntapies de éste á los *lipendis* que le cortejaban la mujer. Yo, que soy entusiasta por la música clásica descriptiva, tomo la entrada y me coloco á distancia conveniente, no contando con unas señoras que estaban á mi lado y que no cesaron un momento de hablar de modas, hasta que terminó la primera parte. Cojo la silla y me puse allá lejos, pero no oía una palabra; sólo porque el director de orquesta movía la batuta comprendí que tocaban la segunda parte. Desesperado ya, me he colocado aquí junto al kiosco, lo cual ya comprende usted que es un disparate... ¡Pero, señor, esto es un escándalo! Aquí el que viene por amor al arte, dígame usted, ¿dónde se coloca?

* * *

– Pérez va al cuarto de montaña, y Garciota, ¿te acuerdas de aquel bárbaro de García?, por fin ascendió y ha pescado un buen destino en la Dirección. Por el tío, por supuesto...
– Pues, chico, yo no puedo lograr que me saquen de Melilla y estoy ya de moritos y moritas hasta la coronilla.
– Hombre, ¿y qué se hizo de Jeremías, aquel compinche tuyo de caballería que tuvo aquella trapatiesta con el gobernador de Granada?..
– ¿Aquel? Retirado anda por ahí, dando lecciones de esgrima.
– ¡Oh! Aquel era un portento manejando el sable.
– Sin guasa, por supuesto.
– Claro.
– Oye tú que eres abonado á estos jardines, ¿conoces á aquellas dos de traje claro que están allá enfrente... bajo de la acacia?
– Mucho; son gente de historia. La morena del sombrero rosa. . . . .
. . . .
– ¡Diablo! ¿Y la otra?..
– La rubia esa dicen que. . . . .
. . . .
– Pues están un par...
– Esas no vienen al Buen Retiro por ti ni por mí; esas andan á caza de jóvenes ingenuos y recién heredados y no de capitanes *cigarrosos* como nosotros.
– ¿Te acuerdas de la niña de la Ronda de San Pablo? ¡Perico, qué tiempos aquellos de Barcelona!
– La catalanita que has nombrado era una perla.
– Tú debiste casarte con ella.
– ¡Ojalá! Pero entonces tenía la cabeza llena de humo y creía que iba á ser general antes de diez años.
– Sí, sí, general. Bien andan las cosas, no se arma una bronca por un ojo de la cara. Ya debíamos haberle metido mano á Portugal ó á Marruecos, pero no hay hombres.
– Si se armara algún jaleo revolucionario, pero gordo, muy gordo.
– Si nadie tiene un real.
– Pues por lo mismo.
– Qué, chico, si ahora las revoluciones son un negocio como otro cualquiera.
– Pero en fin, tenemos un consuelo.
– ¿Cuál?
– Que van á reformarnos el uniforme.



EL JUEGO DEL BILLAR. – Pintura decorativa de Casto Plasencia, existente en el palacio de los Sres. de Selgas



CURIOSIDAD INFANTIL, cuadro de Federico Kallmorgen



ALEGORÍA DE LA NOCHE.—**Pintura decorativa de Casto Plasencia,** existente en el Palacio de los Sres. de Selgas

– ¡Jesús, hija, qué tronado está hoy esto! ¡Cómo se conoce que no aprieta el calor!

– Pues á mí me parece que no está tan mal.

– Claro, para ti en estando ese monigote de Pepito, que al verte pone unos ojos que parece un carnero degollado, ya está todo bien. ¡Qué mal gusto tienen las niñas de hoy!

– Pero, mamá, si Pepín...

– Déjate de pepinos y mira aquellas fachas que vienen hacia aquí. ¡Cosa más cursi!

– Serán provincianas, porque si no, no se comprende. La del vestido verde parece una lechuga.

– Mira, mira las de Canariete. ¡Cómo las ha saludado Jacobo! Yo no sé como el general no hace una barbaridad.

– El sombrero de las de Mirlo-Triste parece un manguito viejo. Y lo será, porque hay pocas tan sencillas y de tan buen gusto como nosotras. Pero, hija.., Adelita, ¿qué te pasa, te da el ataque? ¡Ah, ya, vamos! Es que Pepín te hace muecas desde allá enfrente. Si no fuera porque las entradas nos las ha regalado Felipe, en seguida nos íbamos á casa; pero despídete del Buen Retiro, porque no volvemos más... á no ser que nos regalen otras entradas.

A. Danvila Jaldero

MISCELANEA

Bellas Artes. – Los hermanos Tretjakoff han regalado á la ciudad de Moscou una colección artística compuesta de más de 1.800 obras y un edificio especial para colocarla con la condición de que siempre ha de ser gratis la entrada en esa galería. Constará ésta de veintidós salas en las cuales se instalarán 1.844 objetos de arte, de ellos 1.756 de artistas rusos clasificados en 1.276 cuadros, bocetos y estudios al óleo, 471 dibujos al lápiz, á la pluma, al carbón y tinta china y acuarelas, y 9 esculturas. Entre las obras extranjeras hay 83 cuadros y dibujos de Bonnat, Laurence, Munkacsy, Vautier, Calame, Achenbach, Meissonier, Menzel y otros. El pintor ruso Wereschtschagín tiene allí 230 obras. Entre las esculturas hay dos obras de Antokolsky, un *Ecce homo* y el *Iván el Terrible* que publicamos en el número 614 de esta Ilustración.

– Por encargo del Ministro de Cultos de Prusia, el profesor Kips, consejero de la fábrica de porcelanas de Charlottemburgo, ha emprendido en compañía del pintor Achtenhagen un viaje de estudio á Italia para buscar material artístico para cumplir los encargos de objetos de arte de porcelana que el Instituto ha recibido con motivo de la Exposición de Chicago.

– En el cementerio del Pere Lachaise, de París, se ha inaugurado un bello monumento dedicado á Anatolio de la Forge, obra del escultor Barrias.

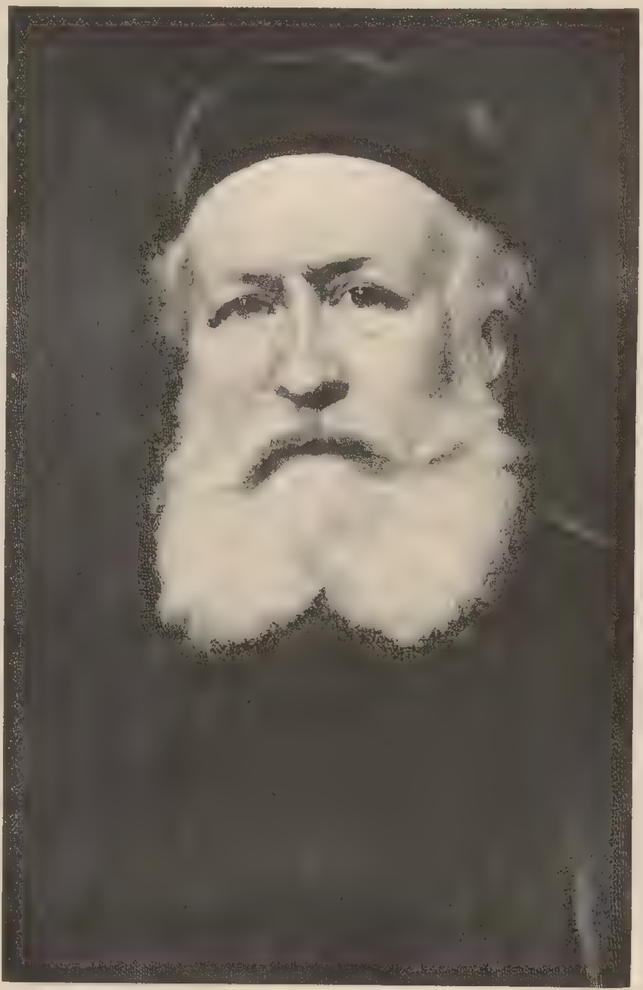
Teatros. – En el teatro Manzoni de Milán se ha estrenado con aplauso una ópera del maestro Cayetano Cipollini, titulada *Il piccolo Haydn.*

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón, *Vercingetorix,* drama en cinco actos y ocho cuadros de Edmundo Cottinet, de carácter patriótico y cuya acción se desenvuelve en Roma y en la Galia en tiempo de César; en el Vaudeville, *La Provinciale,* comedia en tres actos de Alexis y Giacosa, en que se hace una pintura exacta de caracteres y costumbres provinciales; en Folies Dramatiques, *Patard, Patard et Comp.*, graciosa opereta en cuatro actos de Sylvane y Clairville con agradable música de Gregh; en el teatro municipal de la Gaité, *Les bicyclistes en voyage,* vaudeville de gran espectáculo en tres actos y siete cuadros, de Chavot y Blondeau, con música arreglada por C. Malo y un baile con bonita música de Carmán; en los Bouffes du Nord, la sociedad «L'Œuvre» ha representado un drama en cuatro actos de Ibsen, *Romersholm,* traducido por el conde de Prozor, obra obscura, simbólica, pero que impresiona hondamente como todas las del gran dramaturgo noruego; y en el Teatro Nuevo, *La Pretentaine,* pieza de espectáculo en tres actos de Perrier y Benedite, música de L. Vasseur.

Londres. – Se han estrenado con éxito: en el Príncipe de Gales *A Gaiety Girl,* opereta de Hall y Greenbank; en el Lyric *Little Christophe Columbus,* opereta de Sims y Raleigh, con bella música de Caryll; en el Savoy *Utopia Limited,* ópera cómica de Sullivan y Gilbert; en el Princess *Miami,* ópera arreglada de un melodrama de Buckstone por Hollingshead y Warram St. Leger, con bellísima música de Haydn Parry. Sarasate ha comenzado con el grandioso éxito de siempre sus conciertos en Saint James Hall.

Madrid. – Ha comenzado la temporada en el Real, habiéndose cantado *Hugonotes, Gioconda, Lohengrin* y *Rigoletto:* han sido muy aplaudidos en la primera y última la señora Darclée y el Sr. Marconi, en la segunda la señora Bonaplata y los señores De Marchi y Menotti, y en la tercera la señora Bonaplata y el Sr. Marconi; el Sr. Goula cuenta el número de ovaciones por el de óperas que dirige. En la Comedia se ha estrenado con regular éxito una comedia en tres actos de D. Juan José Herranz, titulada *El hogar moderno,* obra muy bien escrita, pero de un género algo anticuado. En Lara ha obtenido un nuevo triunfo el reputado escritor D. Antonio Sánchez Pérez con un juguete cómico en un acto, *Saltos de liebre,* de ingenioso enredo, abundante en chistes y escrito en el estilo fácil y castizo que es peculiar á su autor.

Barcelona. – Se han estrenado: en Eldorado, con un éxito imponderable, la hermosa zarzuela en un acto de D. Miguel Echegaray, música del maestro Fernández Caballero, *El dúo de La Africana,* que es una verdadera joya en su género, así por su libro como por sus bellísimos números musicales, entre los que sobresalen un coro y la célebre jota, pieza que produce verdadero entusiasmo; en Novedades, *¡Dios!,* melodrama en tres actos del conocido escritor Sr. Martínez Barrionuevo, de argumento interesante y muy bien desarrollado, sobrio en efectos y admirablemente escrito, y *La pubilleta,* lindísima comedia en dos actos del laureado poeta Sr. Riera y Bertrán. En el Principal ha terminado sus representaciones la excelente compañía del notable actor Sr. Emmanuel, de la que forma parte la célebre actriz señorita Reiter: entre las obras últimamente puestas en escena citaremos *Otello* y *Hamlet, Dora* y *Nana,* que han valido entusiastas ovaciones á los dos citados actores. En el teatro de la Gran Vía funciona una compañía dramática á cuyo frente están el distinguido actor Sr. Tutau y la aplaudida actriz señora Mena; entre las obras representadas ha sido muy aplaudida *Mariana,* de D. José Echegaray. En el Circo Ecuestre actúa una compañía de zarzuela que dirigen los Sres. Guerra y Tormo y que pone en escena obras escogidas.



El ilustre compositor Carlos Gounod, fallecido en París el día 18 de octubre de 1893

NUESTROS GRABADOS

La paz es la fuerza de una nación, grupo escultórico de Gustavo Eberlein. – Con destino á la escalera del Museo de Stuttgart ha modelado el escultor Eberlein dos grupos colosales, uno de los cuales reproducimos y que junto con otras obras grandiosas del mismo figuraron en la Exposición de este año de Berlín. Esta escultura, que por su grandiosidad asombra, deleita por la vida y el movimiento impresos en cada figura, por su elegancia de líneas, por la poesía que toda ella respira y por la ausencia de todo convencionalismo y de cuanto trascienda á pedantería artística.

Triste regreso, cuadro de M. Carbonell. – Fué el Sr. Carbonell discípulo de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad y desde los primeros tiempos en que se dió á conocer al público con sus lienzos de costumbres, tipos y paisajes de Cataluña, consiguió con justicia pláceme y elogios. En la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid fué premiado con medalla de segunda clase por el cuadro *Triste regreso* que reproducimos y que es una nota hondamente sentida y perfectamente ejecutada.

Exposición universal de Chicago. Paseo á orillas del lago, dibujo de E. Limmer. – Extiéndese este paseo en el parque Jackson á lo largo de todo el lago y constituye uno de los sitios más agradables de la Exposición, no sólo por la deliciosa temperatura de que en él se disfruta en los días calurosos, sino por la multitud de distracciones que al extranjero allí se ofrecen. Sobre este paseo da la fachada del Palacio de la Justicia, cuyas colosales proporciones pueden desde allí apreciarse mejor que desde ningún otro punto: visto desde el paseo se comprende que quepan holgadamente 300.000 personas en aquel edificio, el mayor de cuantos en el mundo se han construído.

Curiosidad infantil, cuadro de Kallmorgen. – Cuantos cultivan la pintura y armados de sus trebejos recorren los campos en busca de asuntos que como en ninguna parte les ofrece allí la naturaleza, habrán sido testigos cien veces de escenas análogas y podrán apreciar, y con ellos también muchos que sin ser pintores han acompañado á alguno de éstos en sus excursiones, la verdad del cuadro de Kallmorgen, célebre pintor de Karlsruhe que á pesar de su juventud relativa, pues cuenta treinta y siete años, ha logrado alcanzar un puesto eminente en el arte alemán.

El eminente compositor Carlos Gounod. – ¿A qué hacer una necrología del ilustre compositor recientemente fallecido? ¿A qué narrar sus primeros estudios en el Conservatorio de París bajo la dirección de Halevy, su estancia en Roma como pensionado, sus primeros éxitos en la música religiosa, su viaje á Viena, los grandes triunfos que le valieron algunas de sus óperas, las decepciones sufridas en sus últimos tiempos? El nombre de Gounod será siempre una estrella de primera magnitud en el mundo del arte musical, y sus obras vivirán eternamente: el maestro que deja á la posteridad piezas como la *Serenata de María Tudor*, óperas como *Fausto* y *Filemón y Baucis*, oratorios como *Redención* y *Gallia*, el que ha sabido enternecernos con notas tan delicadas como las de *La marche funebre d' une marionnette* y arrobarnos con acentos tan sublimes como los del *Ave María*, ha conquistado gloria imperecedera y se ha hecho digno de la inmortalidad.

La cita, cuadro de Horacio Lengo. – Nació Lengo en Málaga, y aficionado desde muy joven á la pintura estudió con Fernández del Rincón y en 1868 pasó á París, en donde recibió lecciones del célebre Bonnat, realizando rápidos progresos que le permitieron concurrir á las Exposiciones de aquella capital. Al cabo de algunos años regresó á Madrid, en donde obtuvo envidiables éxitos: en 1890 puso fin á su vida, dícese que desesperado porque una enfermedad le privó de seguir trabajando. El número de sus cuadros es incalculable: su especialidad fueron los pájaros y las flores, que pintaba como pocos, revelando en la corrección de su dibujo cuánto aprovechara las enseñanzas del gran maestro francés, y en la riqueza del colorido la influencia de la hermosa tierra en que naciera.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

Aquella tierra del polo, aquel islote extraño estaba situado á unos 400 metros bajo el nivel del mar, éste le ceñía con una infranqueable barrera de olas, y más allá empezaba otra vez la muralla de rocas, de la cual quizá sería difícil encontrar el misterioso camino.



D'Ermont vió que se hundía bruscamente en el abismo

El problema era temeroso; pero era preciso resolverlo sin tardanza, y se hizo una primera tentativa, que consistió en lanzar el submarino en la cintura misma del islote, y ensayar por medio de la hélice la subida hasta la cresta de aquel extraño embudo.

El esfuerzo fué infructuoso. El débil barco de aluminio no pudo triunfar de la resistencia de las aguas.

El movimiento giratorio del círculo efectuábase con igual fuerza á ambos lados de su línea, pero por el en que estaban los expedicionarios no podía verificarse la inmersión porque se hacía preciso remontar una pendiente de veinte metros sin auxilio de ningún apoyo líquido.

El desencanto de los viajeros fué grande, y durante un momento poco faltó para que se convirtiera en desesperación.

– ¿Estamos, quizá, condenados á permanecer en el polo?, preguntó Isabel.

Sonreía hablando de esta manera, pero sus palabras demostraban inquietud.

– No, contestó Huberto, que quería tranquilizarla; saldremos de aquí. ¡Pero cuánto siento no haber traído el globo! La fuerza centrífuga que nos privaba la entrada en el polo nos hubiera servido perfectamente para salir de él.

Dos mortales días transcurrieron entre aquella perplejidad y angustia.

Cada día el teniente iba á los bordes del lago é interrogaba á las sombrías profundidades. Hizo así diversas observaciones que no contribuyeron á tranquilizarle. Los insectos y mariposas que había en la isla no eran bastante poderosos para haber podido llegar hasta allí desde tierras lejanas, y era preciso, por lo tanto, que en el mismo islote encontraran su alimento.

Una mañana Huberto advirtió que la fauna de la isla había aumentado con uno ó dos pájaros nuevos que pertenecían á la familia del murciélago. Siguiendo el vuelo de uno de ellos, d'Ermont vió que se hundía bruscamente en el abismo que dejaban al retirarse las aguas del lago. Dedujo de ello que en aquel agujero debía haber vastas cavidades, tan pronto secas como sumergidas. Había podido comprobar además que las aguas del lago eran dulces. De allí á formar el proyecto de salir del polo por el lago no había más que un paso. Una serie de cálculos que resultaron exactos permitieron al joven adquirir la certeza de que su proyecto era, no solamente razonable, sino de una ejecución relativamente fácil.

En compañía de Guerbraz empezó á trabajar para realizarlo, y el submarino fué desmontado y transportado á orillas del lago.

– ¿Qué pensáis hacer?, preguntó con curiosidad Isabel.

El joven sonrió y le explicó su plan.

– Querida Isabel, dijo, me comprenderéis en seguida. El agua de este lago es dulce, lo que prueba que no tiene comunicación con el mar. Tarda doce horas en llenar una cavidad de 120 metros de profundidad por 100 de ancho; esto demuestra que una inmensa capa de agua subterránea se extiende en los alrededores del polo, y que por cada lado ha de tener una salida de más de 60 kilómetros. A cada vuelta que da la tierra, esta agua vuelve á su punto de partida. Pasa, pues, por todos los puntos cardinales y colaterales, y por lo mismo por el 41 grado de longitud occidental. Nos bastará, pues, bajar con ella á las entrañas de la tierra para que esta agua, bajando, nos lleve hasta el punto externo de su comunicación con la tierra. Sabemos que la muralla de rocas y el campo de hielo se hallan á una distancia de 40 kilómetros y que la superficie de nuestro islote es un círculo de 25.000 metros cuadrados. Dejándonos, pues, llevar por una de las ramas de la corriente subterránea, estamos seguros de llegar á un islote cualquiera del mar libre que se halle en comunicación con el nuestro por medio de ese corredor subterráneo. La presencia misma del mar libre, la existencia de esa prodigiosa fuerza magnética, nos aseguran que esta hipótesis es cierta.

Hablaba con tal convicción, que la joven la compartió en seguida.

– ¡Bravo!, exclamó, y vaya por el corredor subterráneo.

Había transcurrido el octavo día. Los cálculos de d'Ermont le hicieron conocer que convenía embarcarse á mediodía en punto.

El submarino fué, pues, botado al agua y su tripulación de tres personas se embarcó inmediatamente.

Como se había previsto, el descenso se verificó circularmente, lo cual permitió inspeccionar las paredes del abismo.

Hasta 60 metros de profundidad, el lago era un pozo cilíndrico cuyas paredes lisas y sin grietas parecían ser obra de los hombres.

Pero llegado á aquella profundidad, la enorme chimenea se convertía en una serie de corredores y grutas sin término, parecidos punto por punto á los que había seguido el submarino á la ida.

Huberto advirtió bien pronto que su cálculo sobre las dimensiones del abismo no era exacto por lo que se refería al fondo. En efecto, llegado á ciento veinte metros, distancia en la cual el marino pensaba encontrar fondo, el buque reposó sobre una inmensa extensión de agua, bajo una bóveda de rocas brillantemente iluminada por efluvios eléctricos; pero la sonda marcó 240 brazas.

Desde entonces la verdad saltaba á los ojos de los navegantes. Lo que causaba el desnivel del lago no era sino la diferencia de altura entre los dos puntos extremos del polo, desnivel debido á la inclinación del eje terrestre. Esto explicaba por qué el pozo se convertía en lago ó precipicio según las horas.

D'Ermont dejó á la casualidad el cuidado de dirigir el submarino hacia una salida. Hasta aquel momento el barco había flotado sobre la superficie del Océano subterráneo; pero viendo las vastas dimensiones de la caverna, se cerró la capota, se obturaron todas las salidas y el *Gracia de Dios* se hundió otra vez entre las aguas.

Por fortuna la iluminación interna de aquella gruta y el calor que esparcía el potente foco eléctrico hacían aquel viaje menos fatigoso y menos peligroso también que el primero.

Sólo quedaba un temor: el de meterse en un callejón sin salida, donde les dejarían abandonados las aguas. Pero d'Ermont apresuróse á tranquilizar á sus compañeros contra estas hipótesis quiméricas: la presencia del aire respirable en tales profundidades y aun cierta brisa tibia que allí se dejaba sentir bastaban para demostrar hasta la evidencia que en aquellos maravillosos conductos reinaba una corriente de atmósfera. Además las dimensiones anormales de los mismos probaban que á su vez debían vaciarse en parte en el momento en que el globo cambiara de posición.

Los tres amigos se unieron en una oración común al Creador de todas las cosas, y reconfortados por su plegaria, se hundieron resueltamente en los túneles subterráneos.

Pero aquella vez, á la sorpresa que sentían se unía un sentimiento de espanto legitimado por el encuentro de cosas totalmente imprevistas.

Hasta allí, en efecto, los navegantes sólo habían tenido que luchar contra los elementos y habían sabido vencer todas las resistencias y esquivar todos los peligros. Pero ahora, en el seno de aquella obscuridad y de aquellas aguas límpidas, surgían extrañas apariciones, se movían formas dignas de las más horribles pesadillas, tales como se describen en las leyendas teratológicas.

– ¡Capitán!, exclamó de repente Guerbraz, santiguándose. Mirad qué cosa tan horrible.

Isabel y Huberto se precipitaron simultáneamente hacia las portas.

Un monstruo acababa de surgir de entre las sombras que proyectaba una columna. Avanzaba, nadando entre dos aguas, al encuentro del submarino. El cuerpo tenía unos seis metros de longitud, y estaba provisto de aletas, ó mejor, de patas cortas parecidas á las de los cetáceos, y terminaba en un cuello muy largo, en cuyo extremo aparecía una cabeza relativamente pequeña y parecida á la de un lagarto. Detrás de aquella muestra extraña de una forma desaparecida desde hacía millares de siglos, aparecían otros animales mucho mayores, mezcla híbrida de ballena y cocodrilo, bestias disformes que tenían las pupilas cortadas en facetas y dientes de saurios.

D'Ermont no pudo retener un grito de espanto al mismo tiempo que de sorpresa.

– ¡Misericordia! ¡Es el mundo antediluviano que resucita!

Y maquinalmente empezó á pronunciar los nombres de aquellos animales, enumerando las especies.

– Aquel, con su cuello de cisne, es el plesiosaurio; aquellos son ictiosaurios; allá arriba, sobre aquellas cornisas de roca, ved los megalosaurios; debajo de los otros hay familias enteras de escualos gigantescos: peces espadas, tiburones, sierras, martillos.

– ¿Qué va á ser de nosotros?, exclamó Isabel aterrorizada.

El espectáculo era efectivamente aterrador. El débil barco había entrado en un verdadero nido de monstruos anteriores á la época cuaternaria. Ellos habían sobrevivido á las catástrofes del globo y en las aguas dulces y templadas del centro de la tierra habían hallado un abrigo contra el enfriamiento de la superficie. Y la presencia de aquel intruso, de aquel pez de metal, les había sorprendido primeramente y les irritó después.

Agrupados á su alrededor, como fomando una liga tácita, servían de escolta al submarino, y era de temer un ataque simultáneo que hubiera hecho trizas el *Gracia de Dios*.

D'Ermont no se turbó y recurrió á un medio bastante radical.

Juntando en un haz los diversos hilos de la batería que servían para el alumbrado del buque, puso aquella pila de nuevo género en contacto directo con la cubierta metálica del submarino, transformándola así en un carrete de incalculable potencia.

– Agarraos bien, gritó á Isabel y á Guerbraz. Es probable que recibiremos alguna sacudida.

Apenas había cesado de hablar, cuando media docena de bestias apocalípticas se precipitaron contra el barco.

El choque fué rudo. Veintidós pares reunidos habían dado al torpedero una fuerza capaz de derribar un rebaño de bueyes. Los monstruos, que no esperaban aquel choque que por contacto se transmitió á los otros que les seguían, en un momento se dispersaron y huyeron en todas direcciones.

– ¡Ya era tiempo!, afirmó Huberto con un suspiro de satisfacción. ¡Dios sea loado! Si ese sistema no nos hubiera dado buen resultado, no tenía sino otro que no me inspiraba mucha confianza.

– ¿Cuál?, preguntó Isabel todavía agitada por la emoción.

– Habría puesto uno de nuestros tubos de hidrógeno líquido en contacto con el agua y lo habría abierto bruscamente. Esto hubiera producido un descenso tan rápido de temperatura, que hubiese matado á muchos de esos animales que han tenido el mal gusto de sobrevivir al diluvio.

En tanto que aquella conversación proseguía, el *Gracia de Dios* se alejaba á toda velocidad de aquellos parajes.

El submarino había encontrado una galería ancha que siguió en toda su longitud.

Durante cuatro horas navegó de aquella manera sin tener ningún mal encuentro.

Al fin, por la diminución progresiva de la luz interior, los pasajeros comprendieron que salían de la zona magnética, para entrar en la de las tierras menos favorecidas. Se recurrió á los proyectores del submarino, y uno de los primeros rayos emanados de aquel potente foco mostró el fondo á menos de 20 brazas.

El buque vació las cajas del agua y subió á la superficie.

Todo cuanto había presentido Huberto d'Ermont se realizaba.

El submarino flotaba sobre una superficie de agua dulce de maravillosa limpidez, encerrada en una vasta caverna casi enteramente igual á la del polo. Un punto claro, pequeño como la luz que pudiera brotar de una lenteja, brillaba hacia el Sud. Guerbraz dirigió el barco hacia aquel punto. Era la abertura de la gruta. Las aguas del lago formaban allí en verano una cascada que caía de más de cien metros de altura. Pero en aquel momento el frío había solidificado el agua y convertido las primeras caídas en ancha gradinata de cristal. Debajo se extendía el banco de hielos paleocrísticos que forma el cinturón del polo, y más abajo estaba el mar libre azotando con sus olas la base de las rocas.

– ¡Estamos salvados!, exclamó Isabel.

Aun faltaban correr muchos peligros y pasar muchas fatigas; todavía sería preciso sufrir mucho, pero á lo menos se había alcanzado el fin que se perseguía y obtenido el resultado deseado.

Unos hombres habían logrado al cabo penetrar en el polo y volvían de allí trayendo indicaciones y datos precisos.

Se sabría, de entonces para en adelante, no solamente entre los sabios, sino que lo sabrían también los menos ilustrados, que el polo Norte es una isla donde reina una temperatura primaveral, gracias á la influencia combinada de los rayos solares y de los efluvios magnéticos; que aquella isla está bañada por un mar libre, separado éste á su vez en dos zonas distintas por una muralla de rocas coronadas de hielos eternos, y que no es imposible descubrir en esta muralla las grietas que por los estrechos subterráneos ponen en comunicación estos dos círculos concéntricos del océano paleocrístico.

Quizá aquel pasaje descubierto permitiría también que un buque llegara al centro del globo.

Se sabría además que una serie de conductos subterráneos y submarinos ponen en comunicación, no solamente los dos mares, sino también las tierras árticas y el polo mismo, y que otros viajeros, usando igual procedimiento, podrían renovar la tentativa que dos hombres y una mujer acababan de realizar.

Aquellas reflexiones alegraron el ánimo de los viajeros.

– Veamos, dijo Huberto; no hemos terminado todavía nuestra tarea. Es preciso transportar nuestro buque sobre las rocas, lo cual no dejará de ser un trabajo fatigoso.

Fué preciso trabajar diez horas en desmontar, transportar y montar de nuevo el submarino.

Lo más penoso fué el transporte de las piezas á través de los témpanos, sobre los que se resbalaba de un modo horroroso llevando peso encima. Sin embargo, al cabo de aquellas diez horas, el submarino se balanceaba apaciblemente sobre el mar libre, y los tres compañeros, seguros ya de la vuelta, después de haber fijado sólidamente su embarcación bajo el abrigo de unas altas rocas, pudieron entregarse á las dulzuras del sueño.

Antes de hacerlo, Huberto tomó la altura para saber la posición exacta del túnel subterráneo. Se hallaba situado á los 41° 48' de longitud occidental del meridiano de París.

. . . .

Doce días habían transcurrido desde la marcha de los atrevidos exploradores, cuando éstos llegaron al campo donde les esperaban sus amigos. Tres de ellos únicamente quedaban allí. Por prudencia habían tenido que enviar á los otros al vapor, entre ellos al Sr. de Keralio, á quien había sostenido hasta entonces su energía.

El teniente Pol, el doctor Serván y un marinero no habían querido abandonar aquel paraje, esperando á Isabel y á sus dos compañeros. El primer ser que acogió á éstos fué el valiente Salvator. No se le pudo contener en la orilla, y lanzándose al agua, nadó hacia el submarino, del cual Isabel le facilitó el acceso, con el concurso de Guerbraz.

El valiente perro fué pródigo en demostraciones de alegría, y sus transportes eran extremados, pareciendo que no podía saciarse de mirar á Isabel.

La templada atmósfera del polo se había convertido en un frío intenso, y la vuelta á la isla Courbet fué muy penosa, pues la temperatura estuvo casi siempre á 40 grados bajo cero. Pero la dicha de volver á la estación, la satisfacción de haber vencido todos los obstáculos, sostuvieron el valor y las fuerzas de los exploradores. El 20 de septiembre, después de haberse juntado con un pelotón de socorro que les enviaba el navío, alcanzaban por fin la *Estrella Polar*.

¡Ah! Allí les esperaban dolorosas noticias.

No solamente supieron la traición y los proyectos nefastos del químico Schnecker, sino también la muerte de dos marineros del vapor y además supieron que en el cabo Wáshington también la muerte había aparecido. Por último, Tina Le Floc'h estaba en cama y el doctor Le Sieur no le daba más que algunos días de vida.

La segunda invernada de la expedición, á despecho del buen éxito obtenido, se anunciaba bajo funestos auspicios.

XV

UN SITIO

La situación de los expedicionarios no dejaba nada que desear.

La *Estrella Polar*, bien abrigada, no debía temer ni del empuje del mar ni de las sacudidas del icefield. Sólidamente empotrado en su cuna de acero, entre dos altas murallas de sienito, sólo debía esperar la vuelta del buen tiempo para regresar á Francia por los mares del Sud.

Las provisiones no faltaban. Además de la reserva de hidrógeno líquido había bastante carbón para la calefacción diaria. La luz alumbraba también, y si no había gran provisión de víveres frescos, había buena cantidad de conservas para salvar á todos de las contingencias que pudieran presentarse.

Además los cazadores de la tripulación esperaban poder matar alguna pieza antes de la llegada de la temerosa noche polar y aun se habían recibido del cabo Wáshington noticias satisfactorias acerca de la presencia de animales tan variados como numerosos en cuya caza podrían entretenerse los tiradores durante la campaña de otoño.

No había por qué preocuparse por los hombres que gozaban de buena salud.

Desgraciadamente, los ánimos andaban decaídos por las noticias que acerca de la suerte de sus compañeros de fatigas y de miseria trajera el Sr. de Keralio, y algunos casos de escorbuto que se presentaron, acompañados de disentería, habían acabado con el buen humor de todos y agotado las fuerzas de los pobres enfermos.

Isabel, que desde el primer día se encargó de cuidar del personal, tenía mucho trabajo.

Se multiplicaba, llevando por dondequiera las medicinas, que aliviaban los males físicos, y la esperanza y el ánimo levantado que hacen desaparecer los morales. Pero tenía que emplear toda su fuerza de voluntad para no entristecerse ella misma, sobre todo cuando recordaba el estado de su pobre nodriza Tina Le Floc'h.

La pobre bretona estaba condenada y lo sabía, y sin embargo, no se quejaba de aquella expedición que había abreviado sus días, que quizá transcurrieran tranquilos y más largos en su querida Francia. Pero nunca pronunció una palabra amarga que demostrara que se hallaba convencida de ello, y ahora, desde que supo que Isabel había vuelto sana y salva, parecía sentir impaciencia de ver á aquella niña que había criado á su seno y á la que había servido casi de segunda madre.

Arrastraba penosamente su triste existencia entre los muros de planchas de aquel buque inmóvil, viviendo en aquella atmósfera tan poco favorable á la respiración, en aquella luz artificial de las lámparas eléctricas. La noche polar era para ella más terrible que para todos los demás, y sin embargo la soportaba sin murmurar.

El invierno era riguroso sin medida. Los grandes fríos del año precedente quedaban distanciados. El 20 de noviembre el mercurio se heló dentro del termómetro, y en 1.° de diciembre llegó su turno á los alcoholes y ácidos, que se espesaron como jarabes. A partir de aquel momento, la temperatura se mantuvo casi siempre á 40 grados bajo cero. En los primeros días de enero bajó á esos niveles extraordinarios de 50, 52, 54 y 56, en que el frío se muestra implacable y mata muchas veces como el rayo.

Una rigurosa higiene tuvo que ser ordenada y aplicada. Se prohibió en absoluto salir á los hombres mientras duraran aquellos fríos.

En vez del carbón ardió desde entonces el hidrógeno en las estufas, y así pudo conservarse una temperatura casi constante de 4 grados.

Por fortuna el invierno, si fué terrible, fué relativamente corto.

El 15 de enero el termómetro subió bruscamente al punto de congelación del mercurio, á tiempo que una presión barométrica anunciaba una tempestad del Sud que no tardó en llegar y que fué horrorosa, habiendo durado tres días.

A pesar de la buena situación en que se hallaba la *Estrella Polar*, padeció sin embargo de una manera indecible por los embates de aquella borrasca, y hubo momentos en que sus habitantes temieron que se rompiese la cuna de acero que la sostenía.

Una roca de un peso enorme se desprendió de las crestas de la muralla, y cayendo á pico privó al artimón de su cofa y de su verga y hundió la cubierta en la popa. Entre los camarotes que aquel accidente destruyó había los de Isabel y los de su nodriza. Además dos marineros fueron alcanzados por el bloque. Uno de ellos murió en seguida, y el otro quedó con una pierna rota sucumbiendo luego á consecuencia de la amputación que se consideró indispensable.

Todo aquello era causa de una gran tristeza que la llegada del sol no disipó.

Cuando llegó febrero, el frío había bajado á 25 y 30 grados. A fin de que no decayeran los ánimos, el comandante Lacrosse dió orden de emprender de nuevo las excursiones por el exterior, y un primer pelotón, mandado por el valiente Guerbraz, se dirigió hacia el cabo Wáshington, donde llegó á los seis días de una marcha penosísima. Dejó los hombres, y los que volvieron al steamer trajeron noticias desconsoladoras. El teniente Remois había muerto á consecuencia de una enteritis producida por el frío, y dos marineros canadienses habían sucumbido también.

En conjunto habían fallecido doce hombres desde el principio de la expedición. Quedaban todavía treinta y un hombres y dos mujeres.

Se celebró consejo á bordo de la *Estrella Polar* para decidir si era preferible seguir divididos ó bien juntar de una vez los dos grupos de la expedición, bien en el cabo Wáshington, bien á bordo del buque.

Este parecer fué el que prevaleció, y en consecuencia se dió orden á los que estaban más hacia el Sud de que lo más pronto posible fueran á reunirse en la isla Courbet con sus compañeros, pues así se podía cuidar mejor á todos y habría un gasto mucho menor de combustible.

Se procedió también á juzgar definitivamente al traidor Schnecker que, reconocido culpable por todos, sólo debió su salvación al buen corazón de Isabel, que se opuso con todas sus fuerzas á que se le impusiera la merecida pena.

La joven se presentó con las lágrimas en los ojos ante sus jueces y les dijo:

– Señores, no invocaré para enterneceros sino una sola consideración. Doce de los nuestros han muerto ya, víctimas de las enfermedades de este clima; otros morirán probablemente también, y mi corazón lleva ya luto por un ser que le es muy caro. Os ruego que no añadáis por la ejecución de una sentencia

justa, pero rigurosa, un medio á aquellos de que la muerte se sirve para segar nuestras filas. No queráis manchar de sangre vuestras manos, aunque sea por un motivo justo. Sé que este hombre es un miserable que ha atentado contra la vida de cada uno de nosotros y contra la de todos; que, por su crimen, dos de nuestros valientes marineros yacen envueltos en blanco sudario en las tierras polares, y que el jefe de nuestra expedición, mi padre, ha sido víctima de un atentado dirigido contra él por este infame. Pero quiero olvidar sus crímenes para no recordar sino los servicios que prestó antes, y que este hombre ha sido nuestro compañero de sufrimientos y de esfuerzos. Dadle tiempo de comprender la enormidad de su crimen y de arrepentirse de él.

Aquellas palabras conmovieron al tribunal.

Se hizo comparecer al miserable en presencia de un abogado improvisado, y se le dijo que por intercesión de la señorita Keralio se le otorgaba el beneficio de circunstancias atenuantes. En consecuencia, se le guardaría á bordo hasta la vuelta; pero en cuanto se pisara de nuevo el suelo francés, sus jueces de ahora le entregarían á los tribunales para que decidieran de su suerte.

Schnecker dió las gracias á su bienhechora; pero se veía en sus palabras menos reconocimiento que satisfacción por ver que escapaba á un suplicio inmediato. Se le guardó, pues, en su camarote con un marinero de guardia, que se relevaba cada dos horas, pero bien pronto, ante la seguridad de que no podía fugarse, se le vigiló menos y se acabó por dejarle en libertad dentro del buque.

Entretanto se hacían en éste los últimos preparativos, no sólo por la vuelta de la expedición del cabo Wáshington, sino también para preparar la marcha.

La temperatura, que era más templada; el deshielo, que había comenzado á trechos para interrumpirse de nuevo; la persistencia de tempestades que venían del Sud, todo anunciaba que la primavera sería muy precoz.

Durante aquel tiempo Huberto d'Ermont, el señor de Keralio, el doctor Servan, el teniente Hardy é Isabel ocupaban sus ocios en escribir la relación detallada de aquel viaje sin precedentes y que importancia tan grande tenía para los hombres de ciencia.



Fué preciso trabajar diez horas en desmontar, transportar y montar de nuevo el submarino

El 10 de marzo se operó la reunión de los del cabo Wáshington con los que estaban á bordo.

Pero se hizo en tales condiciones, que nadie de los que hicieron aquel viaje debía olvidarlo jamás.

Desde que se tomó la decisión, cada día salía de la *Estrella Polar* un grupo de seis hombres para ir á recibir á los que venían de la corte groenlandesa. Aquellas expediciones ofrecían bastante riesgo, pues cada día sufría variación la superficie del pack. A cada paso surgían los mismos peligros de siempre; el Océano, del cual se sentía el bullir debajo de la corteza helada, tendría las mismas asechanzas de siempre: témpanos que se derrumban, grietas que se abren, vías de agua que se declaran, terreno que se hunde. Además, los invernantes, fundándose en las observaciones de Lockwood y Brainard, tenían derecho á creer que la costa de la Groenlandia ofrecía menos seguridad que la extensión inmensa que luego se transforma en mar.

El 10, el grupo acostumbrado había hecho seis millas cuando vió el grupo de sus compañeros. Los doce hombres que lo componían parecía que apresuraban el paso y se les veía correr con toda la velocidad que les permitían sus piernas. No traían sino un trineo y algunos perros, y fué evidente al cabo de un rato que aquellos hombres trataban de escapar á un peligro inminente.

Bien pronto no quedó ninguna duda.

Los primeros que llegaron se apresuraron á explicar su situación.

Apenas habían recorrido seis ó siete kilómetros desde la salida del cabo Wáshington, cuando los perros empezaron á dar muestras de un terror invencible. Los hombres habían querido saber la causa de aquello y pronto la supieron. A unos centenares de metros de los trineos había dos osos de talla gigantesca. Contra su costumbre y cobardía, aquellos animales no habían huído; pero los disparos de arma de fuego lograron que se retirasen.

Aquel primer encuentro se había olvidado casi, cuando, 10 kilómetros más abajo, habían aparecido tres nuevos osos.

Estos parecían menos atrevidos, pero más tenaces que los otros dos, y habían seguido al grupo desde su encuentro hasta que levantó el campamento.

Por fortuna, aquellos tremendos compañeros de viaje se recelaban de las armas de fuego y se mantuvieron á respetuosa distancia. Los marineros pasaron una noche desesperada, y al día siguiente vieron con gran espanto que en vez de tres osos tenían doce que les seguían.

En tales condiciones el peligro era extremo, y los infortunados viajeros comprendían que si no salvaban en una jornada los 70 kilómetros que les separaba de la *Estrella Polar* se verían atacados por la noche.

La inminencia del peligro les había dado alas y habían hecho esfuerzos verdaderamenee sobrehumanos.

Pero las bestias, famélicas y comprendiendo que iba á escapárseles la presa, se habían acercado más y parecían dispuestas á atacar. Los fugitivos, sin embargo, habían recorrido ya las dos terceras partes del camino y podían esperar llegar sin grandes dificultades al buque salvador, cuando de repente se presentó una nueva manada de osos.

Entonces tomaron los que huían una resolución heroica.

Desenganchando los perros de uno de los trineos dejaron á éste en el camino, teniendo buen cuidado de poner en descubierto cuanto los osos podían devorar.

Los perros habían sido trasladados al primer trineo, en el cual se colocaron todos los hombres extenuados por las fatigas de esa marcha forzada, y la expedición había echado literalmente á correr sobre el pack.

Pero aquello no había dado más que un momento de tranquilidad á los que huían. Los asaltantes devoraron en un instante cuanto contenía el trineo y continuaron la persecución.

En el momento en que el pelotón de refuerzo acababa de unirse á los pobres emigrantes del cabo Wáshington, éstos veían ya la vanguardia de sus enemigos.

– Son veinte por lo menos, exclamó el contramaestre Gulvinec, que era el que mandaba el destacamento desde que murió el teniente Remois.

El teniente Hardy, que iba al frente de los hombres que llegaban de refuerzo, dispuso que los fugitivos con el trineo llevasen la delantera, y él se quedó con sus cinco hombres para cubrir la retirada.

Cuando el primero de los osos llegó á tiro de fusil le envió una bala que alcanzándole entre las dos paletillas le echó á rodar á diez pasos, como herido de un rayo.

– ¡Bravo, capitán!, exclamaron sus compañeros entusiasmados por su puntería.

Pero aquella hazaña cinegética distó mucho de tener ninguna utilidad.

En un momento los restantes osos destrozaron y comieron al muerto, y después, sin remordimientos por la brutal acción que habían cometido, continuaron las huellas de los fugitivos.

Pero éstos, ayudados y protegidos por sus camaradas, habían podido ya llegar al buque, y cuando los plantígrados alcanzaron corriendo los costados del buque, se encontraron sólo con el armazón de hierro y sin ningún hombre ni perro que devorar, pues todos estaban á bordo.



(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINAS PARA VOLAR

(Conclusión)

Las figuras 5, 6 y 7 representan distintas fases del vuelo realizado con mi aparato. Mientras está uno en el aire va cambiando el centro de gravedad, con lo cual se imprime al aparato la dirección que se quiere. El viento, como es natural, desempeña en esto un papel importante y sólo á fuerza de alguna práctica se consigue calcular todas las contingencias de la corriente de aire y gobernar con seguridad el aparato.



Fig. 5. Máquina para volar de Otón Lilienthal

A consecuencia de las grandes desigualdades que en su marcha presenta el viento y de la considerable tensión de las alas, sucede á veces que una de éstas se levanta más que la otra, como lo indica la fig. 8, en la que el ala izquierda aparece más levantada que la derecha: en este caso hay que estirar las piernas hacia el lado izquierdo, con lo cual se lleva á esta dirección el centro de gravedad, se aumenta el peso del ala izquierda y se restablece de esta suerte el equilibrio. Para facilitar la colocación debida del aparato sirven las dos superficies que puestas en la parte trasera hacen las veces de timón.

La fig. 9 demuestra con cuánta facilidad puede cogerse el aparato: en éste no va el hombre sujeto á la máquina y sin embargo la seguridad es completa, pues se apoyan los brazos sobre dos almohadillas situadas en el armazón y con las manos se empuña una barra transversal, quedando el resto del cuerpo libre para ejecutar toda suerte de movimientos.

Los experimentos que actualmente estoy haciendo los realizo en las colinas de Rhinower, entre Rathenow y Neustad, cuya altura es de 80 metros. Estas colinas incultas y que presentan en todas direcciones un declive de 10 á 15 grados son muy á propósito para verificar sin peligro pruebas desde grandes alturas, y desde su cumbre he podido recorrer volando una distancia de 250 metros.

Si estas colinas estuvieran en los alrededores de Berlín, de seguro que se establecería un nuevo *sport*, pues de todos los *sports* hasta ahora conocidos ninguno produce un movimiento tan agradable como el de deslizarse suavemente y sin sacudida alguna por el aire, y aun creo que realizaría un buen negocio el que montase una instalación en las inmediaciones de una gran capital. Este sería el mejor medio para hacer progresar el problema de la navegación aérea, pues en poco tiempo se dedicarían á este ejercicio una porción de jóvenes que llegarían á dominar el aparato y procurarían, en competencia, hacer cada día nuevos esfuerzos que aumentando la distancia recorrida aportarían nuevos elementos para la solución de aquél: con ello se irían también perfeccionando los aparatos no solamente en su construcción, sino en los modos de manejarlos. Lo sucedido con el *sport* velocipédico permite suponer los resultados que en otro *sport* se obtendrían: compárese lo que hacen los velocipedistas de hoy con lo que algunos años atrás realizaban y se verá lo que puede esperarse para la navegación de esos estímulos y competencias.

De generalizarse este *sport*, pronto á las sencillas velas se agregarían alas, pues una vez conseguida una gran destreza en descender por el aire desde grandes alturas es fácil mover con los pies ó por cualquier medio mecánico unas alas debidamente conformadas, de modo que se consiga cada vez mayor amplitud en el vuelo libre hasta lograr el vuelo horizontal, siquiera por un tiempo dado aprovechando las buenas circunstancias del viento.

La principal dificultad del vuelo del hombre ha sido y es el primer impulso del mismo y no la cuestión de fuerza para mover las alas.

Según juicio emitido por una de las primeras autoridades en ciencias físicas y mecánicas, el desarrollo de la técnica voladora se ha visto en su tiempo muy perjudicado. Partiendo de falsas hipótesis y dando al trabajo de volar mucha más importancia de la que en realidad tiene, díjose que las mayores aves de rapiña habían alcanzado el límite del vuelo, tanto más cuanto que esos animales, como exclusivamente carnívoros, son los que mayores aptitudes dinámicas poseen; y los que tal afirmaban añadían que, puesto que el hombre pesa mucho más que el condor, el vuelo humano debía ser considerado como un imposible.

Hay que confesar que el tamaño de los individuos que vuelan entraña ciertas dificultades para el vuelo; pero estas dificultades no consisten en el acto material de volar, puesto que los voladores más corpulentos son los que mejor vuelan en cuanto se encuentran en el aire libre. La dificultad para los voladores grandes está únicamente en el primer impulso. Sabido es que todas las aves de gran tamaño empiezan su vuelo corriendo durante largo rato contra el viento y que algunas, como el albatros, no pueden echar á volar en terreno llano, sino que para moverse libremente en el aire han de lanzarse desde una peña ó desde una eminencia cualquiera del terreno. Aquí parece que está el límite natural del tamaño de la fauna volante.



Fig. 6. Máquina para volar de Otón Lilienthal

El hombre puede, empero, montar estaciones desde las cuales le sea dado lanzarse al espacio y poder mover libremente su aparato en el aire: para ello basta una colina cualquiera desde cuya cima pueda tomarse en cualquiera dirección y sobre una superficie apropiada impulso contra el viento.

Quizás el presente trabajo contribuya á desvanecer antiguas preocupaciones y á conquistar nuevos adeptos á la importante cuestión de la locomoción aérea á voluntad.

Y aun cuando por de pronto el *sport* de cruzar libremente el aire sólo fuese considerado como un ejercicio corporal útil y como un pasatiempo agradable y en este concepto arraigara en las costumbres, siempre tendríamos que gracias á él habríanse aumentado con uno muy eficaz los medios hasta hoy empleados para combatir ciertas enfermedades, sobre todo aquellas que tienen su origen en la vida antihigiénica de las modernas ciudades.

OTÓN LILIENTHAL

(Del *Prometheus*)

ISLAS QUE DESAPARECEN

Durante los últimos doce años han desaparecido de la superficie del mar, sin que de ellas quede el menor vestigio, varias islas pequeñas bien conocidas de los marinos que hacen la navegación del Pacífico.

Nadie puede explicar este fenómeno de otro modo que por la suposición de que por algunos puntos el fondo del mar ha ido bajando con extraordinaria rapidez, aunque no con tanta violencia que la baja pudiera producir gran agitación en las aguas; pero lo cierto es que ya no existen muchos de los islotes más ó menos grandes que desde hace muchos años estaban marcados en las cartas.

Uno ó dos buques de guerra enviados á explorar algunos de esos islotes han pasado días y semanas buscándolos sin resultado alguno, por más cálculos que los oficiales hacían para cerciorarse de que no habían equivocado el rumbo.

En 1890 el buque de guerra *Egeria* fué á visitar unos arrecifes que se sabía existían en alta mar á poca distancia de los archipiélagos de Samoa y Tonga, y que desde hacía muchos años estaban marcados en las cartas hidrográficas, pues se trataba de explorarlos con objeto de señalarlos con más precisión. El barco, después de buscar en vano dichos arrecifes, tuvo que volver al punto de partida.

Hace varios meses se anunció la desaparición de una gran masa de tierra larga y estrecha, llamada «Isla de la Expedición,» conocida de cuantos marinos han viajado por la costa Noroeste de Australia. Esta isla era tan grande, que si una convulsión repentina hubiera sido la causa de la sumersión, el fenómeno se habría conocido, porque á la hora de la ocurrencia se habrían agitado considerablemente las aguas de todas las costas inmediatas.

Desde hace años, los buques pasaban cerca de esta isla muy de tarde en tarde, y por eso la causa de su desaparición sólo vino á notarse en los primeros meses del pasado año, cuando un buque que anduvo sondando el lugar en que antes estaba la costa, no encontró fondo hasta una profundidad de ochocientos pies.

De ser ciertas las noticias que se recibieron del archipiélago malayo, el famoso volcán Aboe ha destruído por completo la isla de Sanguir, á que servía de corona.

En el mes de junio del año pasado, una de las explosiones del Aboe, que á intervalos se llenaba de escombros, fué la causa de su completa destrucción. El ruido producido por la erupción podía oirse con claridad á una distancia de 500 millas.

Toda la parte occidental de la isla quedó enterrada bajo montones de lava; en la catástrofe perecieron más de 2,000 personas, y las aguas del mar, en una distancia de varias millas á la redonda, quedaron cubiertas con una capa de lava.

No sabemos si las últimas noticias respecto á la suerte que corrió la isla Sanguir son verídicas, pero los *Anales de Geografía* de París, una de las publicaciones más fidedignas entre las que se ocupan de asuntos geográficos, aseguran que las últimas manifestaciones volcánicas han destruído la isla por completo, y que la de Sanguir ha desaparecido.

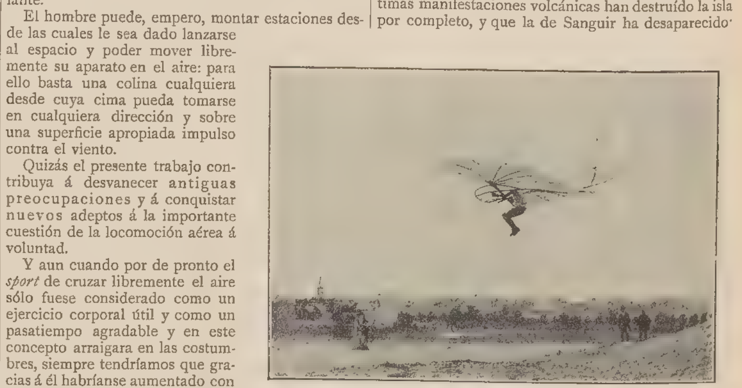


Fig. 7. Máquina para volar de Otón Lilienthal

Si esto es así, parece indicar que la baja del fondo del mar, debida á las erupciones volcánicas continuas, fenómeno que no es raro en tales casos, es el factor de la desaparición de Sanguir, pues la isla no pudo haber volado con la erupción, como lo hizo una gran


Fig. 8. Máquina para volar de Otón Lilienthal


Fig. 9. Máquina para volar de Otón Lilienthal

parte de la Krakatoa, sin que se hubiera sabido muy pronto en millas de longitud en las costas inmediatas.

***

EL GIGANTE DEL OCÉANO

Entre las empresas colosales de *fin de siglo* que se llevan á cabo por las grandes naciones del mundo civilizado, está en proyecto actualmente la construcción de un vapor monstruo, que se llamará *El Gigante*, por la compañía de navegación transatlántica titulada *White Star Line*. Este vapor tendrá 700 pies de longitud, ó sea tan largo como lo fué el inútil *Leviatán*, el *Great Eastern*, repitiéndose la historia, aunque en esta segunda edición se harán las grandes reformas y mejoras que aconseja la experiencia á costo de aquel inmenso vapor que tenía muchos defectos de construcción que en *El Gigante* se corregirán. Por ejemplo, éste llevará máquinas de 45.000 caballos de fuerza, mientras que las del *Great Eastern* sólo tenían 10.000, demasiado puntal y demasiado ancho; mientras que *El Gigante*, con poco más ó menos las mismas dimensiones, estarán éstas más hábilmente distribuídas con arreglo á los modelos más recientes en el corte de los vapores modernos. En cuanto á su andar se pretende que haga la travesía entre Nueva York y Liverpool en cinco ó seis días, ó sea en la mitad del tiempo que empleaba el primer *Leviatán* en hacer la misma travesía; y podrá transportar, además de la carga, de cuatro á cinco mil pasajeros en cada viaje.

COMUNICADO

Sr. Director de La Ilustración Artística

Muy Sr. mío y de toda mi consideración: El artículo publicado con la firma del Sr. Balsa de la Vega sobre la Exposición de Chicago y que apareció en el número 613 del periódico de su digna dirección, me obliga á suplicarle ordene la inserción de las adjuntas líneas que en contestación al referido escrito creo necesarias por ahora.

Seguro de que me complacerá, atendido lo justo de mi petición, tengo el gusto de ofrecerme de usted affmo. S. S. q. b. s. m.

Juan Espina

Sr. D. Rafael Balsa de la Vega

Muy Sr. mío y de toda mi consideración: A mi regreso de Chicago he leído el artículo que usted ha publicado en el número 613 de La Ilustración Artística con motivo de lo que en la exposición verificada en aquella ciudad haya podido suceder en los diversos trabajos á que se presta este género de asuntos.

No me tomaré la molestia de contestar á lo que usted dice, porque nada hay más lejos de lo cierto en esta delicada cuestión. Unicamente diré que este asunto no es de los que puedan tratarse á la ligera y por medio de preguntas y reticencias y mucho menos estampando, como usted lo hace, en letras de molde nombres propios de personas respetabilísimas que se encuentran muy lejos para poder defenderse.

Dejo, pues, íntegra á los señores aludidos la defensa, é íntegra también la gloria del artículo á los que hayan podido inspirárselo á usted.

Siga usted, pues, escribiendo largo, tendido y enérgico, que yo, mientras con mi honra no se relacione en lo más mínimo ni aun siquiera por lo más remoto, he de guardar silencio por lo menos hasta que personas enteradas usen de la palabra que yo renuncio por ahora.

Sin más por hoy queda de usted atento y S. S. q. b. s. m.

Juan Espina

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Homenaje á Zorrilla, *por D. José Antonio Calcaño.* – A poco de ocurrida la muerte del inolvidable vate, que aun lloran y por mucho tiempo llorarán los amantes de las letras patrias, escribió el laureado poeta venezolano D. José Antonio Calcaño un bellísimo poema en que se cantan las glorias del genio insigne á cuya memoria está consagrado. Esta composición tan inspirada como sentida y bien escrita revela el estudio que el señor Calcaño ha hecho de la obra de Zorrilla y la influencia que la poesía de éste ha ejercido sobre el autor: es además valioso el poema del Sr. Calcaño por constituir un homenaje de América al poeta español por excelencia. *Homenaje á Zorrilla* ha sido editado por el periódico *El Cojo Ilustrado*, de Caracas.



LA CITA, cuadro de Horacio Lengo

***

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso Literario Internacional por el Muy Iltre. señor D. Manuel Henrich, alcalde de Barcelona, presidente honorario del Congreso, el 24 de septiembre de 1893. – Bien merece calificarse de notable esa oración con que inauguró sus tareas el Congreso recientemente celebrado en esta ciudad por la *Association Internationale Artistique et Littéraire:* á pesar de su corta extensión, que no podía ser mayor dado el carácter de la misma y la ocasión en que se pronunciaba, descríbense en ella á grandes rasgos las glorias de Barcelona, especialmente en materias de legislación, y cuanto la capital de Cataluña ha hecho y hace para fomentar el progreso de nuestra patria.

***

Elements de Grammaire Francaise, deuxieme cours, *por D. Cayetano Castellón.* – Con este segundo curso queda terminada la obra del ilustrado catedrático del Instituto de Jerez, Sr. Castellón, de cuya primera parte nos ocupamos oportunamente con el elogio que se merecía. Digno de iguales alabanzas es el segundo curso últimamente publicado, pues en él se explica con claro método todo cuanto con la sintaxis y ortografía se relaciona, haciendo de fácil comprensión para los alumnos estas dos partes gramaticales que en todos los idiomas ofrecen grandes dificultades cuando no se conoce una lengua como el Sr. Castellón demuestra conocer la francesa. Cada lección va seguida de un ejercicio oral y al final del libro hay una lista de nombres que cambian de significación cambiando de género, otra de los nombres que tienen género distinto en castellano y francés, y un vocabulario. El libro, escrito todo él en correcto francés y lujosamente encuadernado, se vende á 7 pesetas ejemplar.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 6 de noviembre de 1893 — Núm. 619

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS NOVIOS POR LA GATERA, dibujo de J. García Ramos



VERDADES Y MENTIRAS

Hablemos de arte, aun cuando los momentos actuales no sean propicios á esta conversación.

Hablemos de arte, pero no de arte realizado con el pincel ó el cincel, en el libro, ó con el compás.

Hablemos de ese arte cuyos motivos dramáticos todavía no han conmovido á nuestros artistas, y que tanto valor ético y estético tienen; hablemos de esa gran tragedia cuyo prólogo se ha puesto ya en escena en Melilla.

El pintor, como el escritor, son los artistas que están en condiciones superiores sobre los demás, dados los medios de expresión de que disponen, para lograr por entero con la obra de carácter militar uno de los fines del arte. El literato puede arrancar lágrimas ó exclamaciones de entusiasmo describiendo el héroe, la heroicidad, el conjunto. El pintor puede llevar al espectador hasta obsesionarle de tal modo, que éste se crea en mitad del campo de batalla.

Desde el punto de vista ético, es inmensa la importancia de la obra de arte de este género. A la virilidad que despierta el heroísmo colectivo ó individual; á la influencia que ejerce en el ánimo, inclinándole á la piedad, el relato ó la representación plástica de un episodio sangriento; á la emoción profunda que producen en un pueblo las vicisitudes de una guerra, debe unirse ese espíritu de altruísmo que se cierne, aun en medio de los apasionamientos despertados por la lucha, sobre la humanidad culta. Y en la obra de arte, en el cuadro que representa uno cualquiera de esos momentos sublimes y dramáticos á un tiempo, se advierten todos esos sentimientos de admiración del valor, de piedad, de entusiasmo, de odio, de amor á los suyos, produciendo este conjunto de ideas y sensaciones, por el artista impresas en el lienzo, además de la emoción estética en grado máximo, un efecto moral de grandeza inconmensurable, aun en aquellas inteligencias que menos preparadas se hallen para percibir el valor del concepto de una entidad moral.

No lo dudemos, la pintura del género llamado militar, muy especialmente la que representa episodios de guerra, tiene un poder de obsesión superior á casi todos los demás géneros de pintura.

Y si dejando á un lado su importancia ética, miramos la pintura de episodios guerreros desde el punto de vista de la belleza plástica, es indudable que ésta se produce con majestad avasalladora. Figurémonos un campo de batalla en el momento mismo en que los dos ejércitos que la riñen se encuentran decididos á vencer. Allá, una masa de caballería que avanza sobre el llano, en rápida carrera, sable en alto y que como violenta ráfaga de huracán invade todo hasta tropezar con las puntas de las bayonetas de los infantes enemigos, que en compactos cuadros, una rodilla en tierra, ven teñirse de sangre la triaungular hoja de acero al hundirse en el pecho del caballo detenido así en su vertiginoso galopar. Mas allá, mezclados hombres y caballos, se agitan entre nubes de humo y polvo. En lo alto de la loma, la trinchera ó el reducto vomitando llamaradas, de cuyo seno parte la metralla que abre claros enormes en la compacta columna de los regimientos que á la carrera suben el repecho. Aquí, el ayudante de órdenes tendido sobre el cuello de su caballo que vuela más que corre. Allí, la batería que se atasca y los artilleros que empujan unos las ruedas, otros que descargan sobre los lomos de los mulos sendos latigazos. Ya es el jinete que abre de pronto los brazos soltando las bridas y el punzante sable ó la tercerola, y cae rodando de la silla, mientras la cabalgadura, loca de espanto, desbocada, se interna en la campaña; ya es un puñado de hombres quienes saltando por los cuerpos de sus compañeros, desgarradas las ropas, ensangrentados, la faz descompuesta, los ojos saliéndoseles de las órbitas, huyen despavoridos á campo traviesa. Todos estos episodios, todos estos tipos, todos esos sentimientos expresados, ya colectiva, bien individualmente, tienen sobrada importancia como hechos y como revelación de estados pasionales y patológicos que solamente se advierten en el caso concreto de una guerra.

Precisamente en estos momentos estoy recordando la impresión estética que me produjeron dos cuadros de asuntos militares, *Saludo á los heridos*, de Cossaks, y *Recuerdos de mi niñez*, de Neuville.

¡Oh! ¿Cómo no ha de producir emoción inmensa el cuadro de Cossaks, *Recuerdos de mi niñez*, si reune, á las bellezas de una plástica admirable, las de una escena dramática en alto grado, cuya contemplación evoca al par de recuerdos de los infortunios sin igual de un pueblo despedazado por la ambición de tres potencias, cobardes para ser grandes, un sentimiento infinito de piedad? ¿Quién no siente, frente á ese cuadro y más siendo latino, como la vergüenza de no haber podido evitar la espantosa catástrofe de Polonia, nosotros, los pueblos que en el Mediodía de Europa habíamos ejercido tanta influencia intelectual en el resto del mundo civilizado? ¿Quién no siente el vértigo del terror, viendo cómo aquella abalancha de cosacos, látigo y sable en mano, recorre las calles de la capital de Polonia, cargando sobre el pueblo indefenso? ¿Quién no se conmueve ante la vista de aquella jovencita de singular belleza, que huye despavorida defendiendo el delicado rostro del látigo del cosaco, ó ante el rasgo de valor de aquel caballero que se lanza entre los cascos de los caballos á salvar á una niña que ha caído arrollada por los que huyen? En *Saludo á los heridos*, de Neuville, la emoción es de otro grado, y si menos dramática que la que produce el cuadro de Cossaks, más consoladora á pesar del motivo que inspiró al célebre pintor francés su obra. Allí están los vencedores á caballo, no arrogantes, no con el empaque y altivez del guerrero, sino con la nobleza y la compasión y el respeto que para los fuertes de espíritu tiene la desgracia. Los heridos y prisioneros al propio tiempo, vienen en pelotón, rotos, demacrados, apretando todavía los dientes con rabia, no humillados, y pasan por delante de los vencedores que en fila, el kepis en la mano el general, y la plana mayor levantando la mano derecha hasta la altura de la frente, hacen el saludo de ordenanza. El valor, el amor de la patria, el respeto mutuo que ha impuesto un alto sentimiento de humanidad, ese altruísmo que, producto de la especulación ética de la moderna cultura, está en nosotros, los hijos de este siglo, modificando nuestro modo de ser social, todo esto se advierte en este cuadro como componente estético, avalorado por la belleza plástica.

Y esta belleza, que es grande en la pintura militar, donde el tipo, la arrogancia, la expresión, el color, las agrupaciones, todo es de suyo eminentemente plástico, lo es mucho más por la condición dramática, determinada, perfectamente definida de los motivos.

Pero nuestros artistas todavía no han sentido esa necesidad de vigorizar, de robustecer el espíritu con la vista de esas grandes exaltaciones de un sentimiento inmaculado, y el lápiz trazando esas escenas llenas de virilidad, de color, de luz. La campaña del Rif se presta como ninguna otra para que el colorista, para que el pintor que busca la representación de pasiones y afectos claramente expresados en el rostro y en el movimiento general, le *gros motive*, á que somos tan aficionados los españoles, haga de Melilla, y quizás de Marruecos, muy pronto, escuela y estudio de un género aquí no cultivado. Yo quisiera que este género implantase en España. Y lo quisiera porque donde hay virilidades y entusiasmos y energías, siquiera sean belicosas, hay también vida espiritual, cultura, y la lucha por la existencia puede realizarse en condiciones que aseguren el éxito.

Pero esta indiferencia del artista español (no como español, entendámonos) esta indiferencia, digo, del artista español ante cuadros y asuntos tan llenos de vida, tan pasionales, tan hondamente filosóficos, que tanta influencia podrían ejercer en pro del movimiento artístico de España, puesto que, además de abrir un nuevo camino en el arte patrio, mejor dicho, de ampliar su campo, podrían quizás ser un motivo de educación artística, por cuanto por razón de los asuntos, apropiados al carácter meridional impresionable de nuestro pueblo, creo que serían entendidos y apreciados; esta indiferencia, repito, pone de relieve una verdad dicha por mí hace años en periódicos y revistas y que no por amarga es menos cierta. Nuestros pintores, con condiciones naturales para el manejo de la paleta, para el dominio de la parte técnica de la pintura, como no tienen ni los mismos pintores italianos, carecen de personalidad propia ni saliente ni de ninguna especie, salvo media docena de maestros que viven fuera de España y que alcanzaron aquella época en que la independencia pictórica de la escuela española la defendían Rosales, Fortuny, Domingo, etc. Hoy hemos vuelto á los años aquellos en que se libraban batallas entre románticos y clásicos, por que en Francia lidiaban los Ingres y los Delacroix, no ciertamente porque aquí nuestros artistas hubiesen alcanzado esos exquisitismos estéticos y plásticos, además de los filosóficos que en la nación vecina obligaban á luchar. Hoy, como entonces, las teorías de la estética moderna, las tendencias de las filosofías místicas, como las de escuelas socialistas, como las doctrinas del naturalismo literario y las del materialismo científico, no penetran en los talleres de nuestros pintores y estatuarios. Hoy, como entonces, si algún movimiento, como, por ejemplo, el bucólico, se advierte en nuestro arte y alguna tendencia á lo místico le halaga, es pura y simplemente porque la *mancha*, la *silueta*, el *compuesto*, los tipos ó accesorios se prestan á los alardes de la paleta, y al propio tiempo no exigen gran dominio de la línea ó de la forma. Hoy, como entonces, el artista español no se ha detenido á pensar, ni durante un cuarto de hora, el porqué de esas evoluciones estéticas, el porqué de esas tendencias nuevas de las escuelas artísticas. Carece de iniciativa propia; por eso no va á Melilla ni uno solo. Por eso el arte de la pintura militar, que requiere gran cantidad de sentimiento, de energías espirituales, de carácter, en fin; que requiere ser sentido en grado máximo por cuanto ha de ser personalísimo, puesto que de otro modo es vulgar, y tan insoportable como el género flamenco de aquí, no tiene en España representación alguna, excepción hecha de dos pintores.

Para el cuadro histórico tan cultivado entre nosotros, basta una página de Mariana ó de Lafuente, de Thierry ó de Winkelman, de Lasrrant ó de Macaulay, y los colores de la indumentaria; para la de género, un mantón de Manila y una guitarra; para la de costumbres, dos vestidos de faya y un sombrero de paja de señora; pero para la pintura militar hay que tener fusiles y cañones y caballos, y sobre todo haber vivido en campaña ó en el cuartel. Es decir, hay que trabajar, no solamente con el lápiz, sino con el alma y aspirar aquel ambiente...

Bien sabe Dios cuánto deploro los grandes terremotos sociales, que sumen en la miseria, en el dolor, en el seno de la muerte, cientos y cientos de familias; bien sabe Dios cuán aficionado he sido y sigo siendo al arte que tiene la Naturaleza por maestra é inspiradora; bien saben las gentes cuánto me extasío admirando la producción artística que evoca dulces y hondos pensamientos, ideas templadas y elevadas, que provoca á la meditación, que me envuelve en suave manto de melancolía; pero no por eso dejo de creer necesidad imperiosa el despertar de energías, de ideales que borran ó tratan de borrar los egoísmos groseros de un humanitarismo inconcebible, y de esta creencia mía nace la convicción, por otra parte certificada con la realidad de los hechos, de que la pintura del género militar tiene una importancia enorme, no tan sólo por su belleza propia, sino también porque al existir, allí donde se produce se advierte un ambiente de actividad, de cultura y de energías que son precisas para que los pueblos hoy puedan vivir la vida moderna.

R. Balsa de la Vega

EL CONVITE DE D. CELESTINO

Hombre más cariñoso que D. Celestino no le hay en el mundo. A mí me quiere de un modo extraordinario, y siempre que me ve, lo primero que hace es tenderme los brazos y estrecharme contra su corazón.

Su señora es también muy amable y expresiva, porque dice que ella quiere á los amigos de su marido como á cosa propia y que su casa está siempre á mi disposición.

He oído decir que D. Celestino ha hecho su fortuna prestando al 36 por 100; pero á mí no me consta, y sobre todo, conmigo se manifiesta siempre espontáneo y jovial. Ahora se empeña en que yo pase el verano en su pueblo, donde tiene una casa de campo preciosa, según dice.

– Sí, hombre, véngase usted con nosotros á Villamendrugo. Ya verá usted qué país aquél tan delicioso. Por dondequiera que dirija usted la mirada, no verá más que verde.

– Yo he pensado ir á Portugal, le contesto.

– Portugal, Portugal. Ya quisiera Portugal tener las truchas de Villamendrugo. ¡Qué truchas! ¿Pues y



ALONSO BERRUGUETE, estatua de José Alcoverro

los tomates? ¿Y el queso? ¿Y las judías blancas? Aquello es manteca pura.

– Sí, añade la señora, lo que debe usted hacer es venirse con nosotros á Villamendrugo. ¡Si viera usted qué casa tenemos!

– Sería abusar...

– ¡Qué disparate! Nos haría usted un favor inmenso. Ya sabe usted cómo es Celestino; en tomándole afición á una persona, no descansa si no la tiene siempre á su lado. Es lo único que nos falta en Villamendrugo: un amigo de verdad, con quien jugar una partidita de tresillo y echar un párrafo; porque allí la gente es un poco arisca. Va usted á saludar á uno, y le suelta una coz. El año pasado nos pusimos á jugar al tute con el secretario del ayuntamiento, y sólo porque le ganamos tres reales y medio nos quiso tirar las fichas á la cara... Celestino, enséñale la pantorrilla á este caballero.

– ¿Para qué?, pregunto yo alarmado.

– Para que le vea usted una cicatriz que tiene, contesta la señora. Se la hizo el teniente alcalde de Villamendrugo, con el tacón de la bota, al ver que Celestino le había retirado el saludo.

D. Celestino se remangó el pantalón para enseñarme la cicatriz y pude convencerme de que el teniente alcalde debía de ser un solemne bruto.

– Conque ¿contamos con usted?, me dice D. Celestino.

– Ya tengo dispuesto mi viaje á Portugal, le contesto.

– Pues aprovecha usted los preparativos para venirse con nosotros.

– Pero...

– Nada, nada; usted se viene á Villamendrugo con toda su familia.

– Va usted á ver la casa que tenemos. Es lindísima, dice la esposa de D. Celestino.

– El caso es que ya he escrito á Portugal y me han tomado casa, replico yo.

– Pues vuelve usted á escribir diciendo que se la alquilen á otro. No ha de faltar quien la tome.

A tanto insistir, me decido por veranear en Villamendrugo con toda mi gente

– Sí, voy diciendo por el camino en dirección á mi casa. Escribiré deshaciendo el contrato. Así como así, D. Celestino me asegura que en Villamendrugo lo pasaré perfectamente... ¡Qué matrimonio tan simpático! ¡Y qué empeño el suyo de que vaya á parar á su casa! ¡Pocos amigos habrá como éstos! Nunca creí que don Celestino me tuviese tanta simpatía, pero se conoce que me quiere de corazón... Nada, nada; desisto de mi viaje á Portugal.

En esto llego á mi casa, donde comunico la resolución á mi familia. Esta se sorprende y protesta, porque ya lo tiene todo preparado para el viaje al vecino reino.

Antes de convencer á mi esposa, tengo necesidad de librar una batalla.

– Sabe Dios cómo será ese pueblo, dice mi mujer.

– Precioso. D. Celestino me asegura que lo pasaremos perfectamente. Y sobre todo, hazte cargo de que nos vamos á ahorrar mucho dinero.

En esto los niños empiezan á llorar porque creen que hemos renunciado al viaje. Yo procuro convencerles, pero como no se callan me irrito y les pego á todos, uno por uno y correlativamente. Mi mujer me llama verdugo; mi suegra, que es una especie de hiena macho, viene hacia mí esgrimiendo los puños y quiere pegarme. Yo me hago fuerte y grito:

– Es inútil la oposición. Iremos á Villamendrugo de grado ó por fuerza. Yo no desairo á D. Celestino por nada de este mundo. ¡No faltaba más! Un hombre como él, que nos abre su casa y nos ofrece manutención, comodidad y cariño acendrado.

No sin reservas mentales y miradas iracundas de mi suegra, convenimos todos al fin en que hay que cambiar de ruta y escribo á un amigo de Portugal diciéndole que disponga de la casa. El amigo contesta muy ofendido echándome en cara mi falta de formalidad y exigiéndome una indemnización en metálico porque el dueño de la finca asegura que ha perdido, por mi causa, otro alquiler ventajoso.

Tengo que calmar la justa indignación de mi amigo enviándole el dinero y pidiéndole perdón por añadidura.

– ¡Bah!, me digo á solas. De todas suertes el veraneo me va á salir por una friolera. D. Celestino pone á mi disposición su casa y su cocina...

– No esperamos más que la resolución de ustedes para echar á andar, me dice D. Celestino al día siguiente.



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de José Alcoverro

–¿Cómo?

–Quiero que hagamos el viaje juntos. Por consiguiente, usted dirá cuándo nos ponemos en camino.

–Mi señora tiene todavía que terminar algunos detalles, contesto.

–Pues dígale usted que los aligere todo lo posible, porque el día 6 hay fiesta en Villamendrugo y sería una lástima que no la viéramos.

–Nada, nada; diré á mi mujer que arregle las cosas lo antes posible.

–Es lo mejor. Ya verá usted, ya verá usted qué verano vamos á pasar.

–Lo único que sentiré será que los niños les ocasionen alguna molestia.

–¿A nosotros? ¿Por qué?

–¡Como ustedes no han tenido nunca familia!

–Está usted muy equivocado, dice la señora de D. Celestino. Yo tuve un niño que se nos crió muy hermoso; pero una noche lo dejamos al sereno, por un olvido, y á la mañana siguiente nos lo encontramos tieso encima de una cesta.

–¡Pobrecito!

–¡Ay! No puede usted figurarse el disgusto que yo tuve. Después nos nació otro, pero cuando iba á cumplir ocho días se nos volvió loco.

–¡Qué cosa tan rara!

–Había usted de verle llevándose las manitas á la cabeza y dando chillidos como un ratón. ¡Dios nos hizo mil favores con llevárselo!

–Pues los míos son bastante traviesos.

–¿Y eso qué importa? En Villamendrugo tienen bastante campo donde correr.

Cuando dije á mi esposa que era preciso activar los preparativos del viaje, comenzó á gruñir.

–¿Cómo quieres que acabe en pocos días todo lo que tengo que hacer?, me dijo furiosa.

–Pues toma una costurera, para que te ayude.

Vino, en efecto, la costurera, y entre ella, mi mujer y mi mamá política dejaron las cosas arregladas en cuatro ó cinco días.

–¡Ea! Ya nos podemos marchar cuando quieras, me dijo mi esposa.

Fuí á ver á D. Celestino, á quien encontré en la cama, con un pañuelo atado á la cabeza y otro sujetándole la nariz.

–¿Qué es esto?, pregunté sorprendido.

–¿No sabe usted lo que le ha pasado?, exclamó su esposa. Pues que anoche se cayó de la cama y rompió con la cabeza el vaso de noche. ¡Si viera usted cómo tiene la nariz! Parece un repollo.

–¡Qué desgracia!

–Mucha, dijo D. Celestino con voz doliente. Hoy han tenido que darme el chocolate con una caña, porque tengo toda la boca dolorida.

–¿De suerte que ya no nos podemos marchar?

–Sabe Dios cuándo estaré en disposición de ponerme en camino.

Y pasaron ocho días, durante los cuales mi mujer y mi suegra me armaban un escándalo diario.

–¿Y para esto hemos estado dándole á la aguja una semana entera?, gritaba la madre de mis hijos. ¡Ay qué maldito viaje!

–Yo no tengo la culpa.

–Tú y nadie más que tú, gritaba mi suegra. Ahora te ha dado por D. Celestino y en lo que menos piensas es en tu familia. ¡Quiera Dios que este viaje no nos salga caro!

–Pero, señora, ¿no comprende usted que hay cosas en la vida de las que no podemos prescindir? D. Celestino se empeña en llevarnos á su casa, y lejos de incomodarnos con él, debemos estar muy agradecidos.

–¡Quiéralo Dios!

Por fin D. Celestino se vió libre de inflamaciones y emplastos.

–Conque, ya lo sabe usted, me dijo, mañana salimos para Villamendrugo. Puede usted decirlo en su casa.

–Estoy deseando encontrarme allí, añadió la esposa. Ya verá usted qué casa tenemos.

Y llegó el instante supremo de encajonarnos en el tren.

La esposa de D. Celestino y la mía se abrazaron en la estación como si se hubieran criado juntas. Mi suegra apeló al recurso de la sonrisa para disimular la fiereza de su carácter, y ambas familias nos instalamos en un coche de primera.

El tren comenzó á rodar, y D. Celestino, colocando ambas manos sobre mis rodillas, me dijo cariñosamente:

–Vaya, vaya; al fin he realizado mi deseo de llevarme á ustedes á Villamendrugo. ¡Vale más que Portugal! ¡No existe término de comparación! Es un pueblo muy sano. ¡Qué repollos aquéllos!

–¡Y qué aguas!, dijo la esposa.

–¡Y qué truchas!

–¡Y qué alcachofas!

–Estoy deseando conocerle, dije yo.

–Le gustará á usted mucho, aseguró la esposa de D. Celestino.

–¿En Villamendrugo hay mar?, preguntó uno de mis niños.

–No; pero tenemos una charca muy hermosa, contestó D. Celestino.

–Ya verán ustedes qué casa tenemos, dijo la esposa. Es un palacio.

–¡Ay, qué gusto!, gritó mi niño el menor.

–Y van á estar ustedes muy bien, siguió diciendo la esposa de D. Celestino. Hay una fonda muy buena...

Mi mujer, mi suegra y yo nos miramos con asombro.

–Sí, dijo D. Celestino. Lo más que les costará á ustedes el pupilaje serán unas tres ó cuatro pesetas por persona.

–(¡¡ !!)

Luis Taboada

FRANCISCO SCHUBERT

COMPOSITOR AUSTRIACO

Ningún gran poeta se ha sumergido tanto en los misterios de la música como el austriaco Grillpárzer, el amante de la soledad y de la severidad, que buscaba en los sonidos el olvido de la miseria humana. Ha puesto en música hasta una canción de Heine, la que empieza: *Du schœnes Fischermædchen* (Graciosa pescadorcilla). El, cuyos versos no tienen la sonoridad de las canciones de Goethe ni de las de Heine, en las cuales asoma ya el botón de la melodía, celebraba la música como la más libre de las artes, como la que habla un lenguaje no comprendido por los esbirros, como al querube que no pueden prender los guardias.

En los bosques de Viena recogió *Grillpárzer* sus pensamientos y *Schúbert* sus melodías en que resuena todo lo profundo que conmueve el ánimo de un vienés, el calor y el gracejo de su sentimiento, su ligereza y su alegría. *Schúbert* idealizó el sentir de su ciudad natal haciéndolo el bien común del pueblo alemán y un tesoro del mundo. El es el Cid de la música, pues cuando muerto celebraba sus mayores triunfos, creciendo su grandeza de año en año. Parecía que soñaba y que se le escuchaba hablar en sus sueños. Cada año salieron de su tumba voces dulcísimas hablándonos de obras desconocidas del maestro vienés, cuyos sonoros labios, cuando aún vivía, habían buscado en vano oídos abiertos. En frente del sordo titán que se llamaba Beethoven era *Schúbert* casi un mudo, cubriendo aquél con su voz poderosa el son más suave de éste, que de Beethoven había recibido el nombre y santo de su creación, pareciéndose al joven pájaro que, sintiéndose como asombrado por el don de cantar que despertóse en él, ensaya quedo su canción hasta que con la costumbre de escuchar crezca su aliento y su esfuerzo de trinar. Una composición de Beethoven hizo época en la carrera artística de *Schúbert*. Al escuchar el ciclo de canciones titulado: *A la amiga lejana*, que salió en 1816 y en el que se desplegó una armonía riquísima y hasta entonces desconocida en la canción alemana, se inspiró en aquel nuevo principio lírico, cuyo centro no es la figuración plástica, sino el temple que producía efectos nuevos é inesperados. Así la musa de *Schúbert* debió sus creaciones más bellas al genio de Beethoven. Pero éste, que en sus obras dejaba enigmas á la humanidad que no podía resolver sino el amor y la constancia de los oyentes, cubrió con su sombra profunda la figura del joven, y sólo cuando había una pausa en la composición musical después de la muerte de Mendelssohn y de Schumann, resonaba más clara la voz de *Schúbert*, así como el ruiseñor que casi olvidaban en medio del bullicio del día levanta su dulce y armonioso canto cuando los otros pájaros ya enmudecieron. Y en el autor de canciones incomparables, cuya juventud caía en la edad de oro de nuestra música clásica, se conoció un artista que había cultivado todos los géneros del arte y que, si no tenía la universalidad de los pensamientos ni la lógica del desarrollo de Beethoven, ostenta en cambio en su círculo más estrecho un juego de colores y de matices infinitos, siendo su música el eco que devolvió más hermosas las voces alegres de Viena y las bocinas de su bosque.

La vida de *Schúbert Franzl* – como lo apellidaban sus paisanos – era un martirio. El gran músico cuyas melodías despiertan nuestro entusiasmo y nos encantan cual rayos de sol, fué pobre como un ruiseñor. Su amigo más noble, el caballero José de Spaun, que como empleado de la Hacienda fué agraciado con un título de nobleza en recompensa de un servicio de cincuenta años, dice en sus memorias respecto á *Schúbert*: «Su condición era verdaderamente abrumadora. No encontraba ningún editor que se hubiese atrevido á ofrecerle la suma más pequeña por sus hermosas creaciones. El que fué tan rico en melodías no tenía bastante dinero para alquilar un piano. Pero las dificultades de su condición no disminuyeron su amor á la música. Debía de cantar, pues el canto era su vida. Fué siempre alegre, y por espacio de muchos años fué el huésped de su antiguo amigo en la común cena alegre que se prolongaba con frecuencia más allá de media noche. A veces pasaba la noche en mi cuarto durmiendo siempre bien y teniendo las gafas sobre sus ojos hasta en su sueño. Al día siguiente, apenas había vestido su ropa de levantar, componía las canciones más bellas.»

En cuanto á su aspecto, su amigo el pintor Mauricio Schwind decía de él que semejaba un cochero corpulento. No importa; mientras siguiendo á los impulsos de su genio componía sus melodías que brotaron de una siembra de lágrimas, era ardiente y se parecía á una sonámbula.

Llamaremos el saludo de un genio á otro estas frases de Roberto Schumann: «Si la fecundidad es la señal más característica del genio, *Francisco Schúbert* figura entre los más grandes. Había un tiempo en que yo no quería hablar de *Schúbert*, no atreviéndome á contar de él sino por la noche á los árboles y á las estrellas. ¿Quién no se extasía? Encantado de ese nuevo ingenio cuya riqueza me parecía ilimitada, sordo respecto á todo lo que podría hablar contra él, no pensaba sino en él. *Schúbert* será siempre el favorito de la juventud: tiene lo que ésta quiere, un corazón abundante, pensamientos atrevidos; le cuenta historias románticas de caballeros, niñas y aventuras; tiene también chiste y humor, pero no demasiado para perjudicar al temple fundamental, á la disposición blanda. Da alas á la fantasía del que toca ó canta sus composiciones. Comparado con Beethoven es un niño que juega entre gigantes. Pero comparado con los demás es el músico más atrevido y más independiente. Tiene sonidos para los sentimientos más finos. Su música es tan variada como las aspiraciones humanas. Cuanto mira con los ojos y toca con la mano, lo convierte en música; de piedras que arroja, como Deucalión y Pyrrha, brotan figuras humanas. Era el más egregio después de Beethoven. La bondad de sus obras puede consolarnos de la muerte prematura de ese primogénito de Beethoven. Ha alcanzado más que nadie en tiempo tan breve. Con faz serena pudo arrostrar la muerte, y si en su tumba se lee que se enterraba con él «una posesión hermosa, pero aún más hermosas esperanzas,» nosotros no queremos pensar agradecidos sino en aquélla. Hizo bastante, y ha de ser celebrado quien cumplió tanto.»

La claridad cristalina de sus composiciones nos recuerda la quietud serena de los antiguos, pero su esencia y su carácter hacen de él un genuino romántico que con mano segura dominaba toda la escala de los sentimientos desde la sonrisa de la alegría hasta la explosión de la desesperación. Su esfera era la canción artística, que comparada con la canción popular, esa sencilla flor silvestre que nos saluda en medio de hierbas olorosas al borde de una fuente ó á la sombra de árboles seculares, y que encontramos en todos los pueblos, sobre todo en la nación alemana, en la italiana y en la española, es la magnífica centifolia ó la camelia que nos encanta en el jardín ó cual ramillete aromático en los cabellos de hermosa mujer.

Entre sus cien canciones mencionaremos su primera, la que nació en 1815 como fruto delicioso de una sola tarde, esa canción de las canciones, el *Erlkœnig* (rey de los alnos), que estribando en la poesía de Goethe contiene los efectos todos de fuerza dramática y de colorido animadísimo que la música podría producir en la forma reducida de una canción. ¿Quién lo imaginaría? Sólo poco antes de morir saboreó Goethe, gracias al arte incomparable de la ilustre cantante Guillermina Schroder-Devrient, las bellezas del *Erlkœnig* de Schúbert. Lo mismo que Goethe se interesó Beethoven sólo en sus postrimerías por las composiciones del modesto músico, exclamando ante esos saludos de la naturaleza, ante esas canciones que nos trasladan á la fuente cristalina de los bosques: «¡Hay en *Schúbert* una centella divina!»

El mismo Schúbert no recordaba todas sus canciones. Cuando un día le presentaron una de éstas pareciéndose á las florecillas que forman el aliento perfumado de las primaveras, preguntó: *Schaut's, des Lied is nit unebn, von wem ist denn das?* (Esa canción no es mala, ¿de quién es?) ¿Quién enumeraría, pues, todas las canciones notables del maestro vienés? Me limitaré á citar *El caminante*, los ciclos de las poesías de Guillermo Müller, titulados *La hermosa molinera* y *El viaje de invierno*, y el ciclo *Canto de*



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Instalación de juguetes de la ciudad de Sonneberg, dibujo de E. Limmer



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – La danza argelina, dibujo de E. Limmer



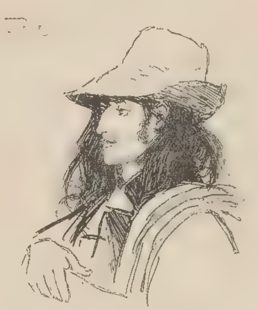
Una visita á los gitanos

cisne, en el que se encuentran algunas poesías de Heine, por ejemplo la que empieza *Am Meer* (En la mar).

Dicen que halló las poesías de Müller en casa de un amigo, se llevó el tomo sin que éste lo supiese, y al día siguiente le sorprendió con el libro y la bellísima música *La hermosa molinera*.

Además de sus canciones ocupan un puesto privilegiado en nuestra literatura musical algunas composiciones de cámara y su última sinfonía, que llamaremos la décima musa después de las nueve engendradas por Beethoven. Escribió también las óperas *Alfonso y Estrella*, *Fierabrás* y la opereta *La guerra doméstica;* pero la posteridad le llamará siempre el gran lírico, pareciéndonos el genio de la primavera que corona el mundo con botones y flores, dejando la tormenta y la cosecha á las estaciones que siguen.

En la existencia tranquila de *Schúbert* no hay otro romanticismo más que la pobreza del artista. Vió la



Tipo de gitano mendigo

luz solar en Viena el 31 de enero de 1797, como cuarto hijo de un pobre maestro de escuela á quien su esposa Isabel Fitz, que había sido cocinera, parió catorce hijos. Francisco debió su educación musical al regente de coro Miguel Holzer, que dijo de él: «Mi discípulo lo debe todo al buen Dios,» y en 1808 entró de alumno en el convento y de niño de coro en la capilla imperial de Viena. De 1813 á 1817 ayudó á su padre en su cargo de maestro. En 1818 y 1824 estaba en la casa de campo del conde de Esterhazy, situada en Hungría, donde fué á la vez el maestro y el amigo. Como Dante vió su estrella en Beatriz, Petrarca en Laura, Miguel Angel en Victoria Colonna y Tasso en Leonor, el pobre *Schúbert* amaba á la joven condesa Carolina Esterhazy. Pero mientras el amor á la que era inaccesible á sus deseos fué para *Schúbert* un sueño, una ilusión, la amistad era para él una realidad, haciéndose el músico, que parecía vivir siempre en una Arcadia poética, en una Atlántida mágica, amar tanto por su alegría, que las tertulias en que en sus mocedades tomaban parte muchos otros artistas, pintores y poetas, se llamaban *fiestas schubertianas.* Murió Francisco en Viena el 19 de noviembre de 1828. Era como si Beethoven, á cuyo entierro había asistido y en el cual se había inspirado su genio, se le hubiese llevado á la tumba. Su obscuro calvario se convirtió, al morir él, en un altar resplandeciente de luces. En un huerto del cementerio central de Viena tiene un sepulcro privilegiado, un sepulcro de mérito junto á Beethoven. Y desde 1872 vese la figura de *Schúbert* en mármol de Carrara en el *Stadtpark* de Viena en medio de flores. Hermoso es el monumento que se yergue sobre intangible pedestal formado por las obras del artista, sus inmortales canciones.

JUAN FASTENRATH

LA TIERRA DE LOS GITANOS

I

Hallándome en Filadelfia fuí á visitar por primera vez la tierra de los gitanos. En la época á que me refiero, la mencionada ciudad me parecía muy triste; mas ahora, después de largos años de ausencia, me encantan sus elegantes calles, flanqueadas de dos líneas inmensas de casas de mármol blanco y de ladrillo rojo; las magníficas mansiones coloniales, abandonadas por la moda largo tiempo ha; las antiguas iglesias, con su reducido cementerio, y los establecimientos públicos, donde se reunen tantos franceses. Todo esto me seduce ahora, y mi ciudad me parece más hermosa y pintoresca que muchas de las que tienen mayor fama en el mundo; si en otro tiempo me aburrí de ella, como todos los buenos hijos de Filadelfia, fué porque había visto poco. Necesitaba algo nuevo, algo extraño, algo diferente, que rayase en lo novelesco; y esta novedad, esta novela, este contraste, parecióme que los encontraría en los gitanos: yo era joven, y á mis ojos llevaban en sí todo el reflejo del Oriente, todo el misterio de lo desconocido.

Llegados los primeros días de la primavera, cuando los árboles comenzaban á reverdecer y se oía el alegre gorjeo de los pajarillos, solíamos dirigirnos con mi tío Ham Breitmann y á veces también con J..., aficionado como yo á los gitanos, por la calle Ancha á los arrabales, porque allí era donde en el sitio llamado Parque de Oakdale, en parte cerrado por una línea de frondosos árboles, tenía establecido su campamento la familia de los Castelloes, que viajaba en la dirección Norte después de haber pasado el invierno en la Florida. Debo añadir que en ninguna parte, desde uno á otro extremo de Filadelfia, fuimos recibidos nunca con tanta cordialidad como en aquellas tiendas de lona pardusca, donde se nos invitaba á sentarnos sobre una alfombra extendida en el suelo, pues se ha de advertir que los Castelloes eran ricos. Nos servían cerveza en jarros de plata, señalado cada cual con diferentes iniciales, y sabían distraernos con la narración de curiosos incidentes; mientras que los niños y los perros se revolcaban sobre las altas hierbas, y la cabra favorita entraba en la tienda para restregarse contra el anciano jefe de la tribu y los caballos pacían bajo los manzanos.

Pero en el otoño, cuando el aire era más bien frío que fresco, y los campos estaban magníficos con sus matices de escarlata y oro, y cubiertos de brillantes crisantemos, dirigíamos nuestros pasos á Camden, á cierta distancia de la ciudad, donde Davy Wharton y los Boswells tenían su campamento. También allí éramos recibidos muy cordialmente, como todos los viajeros que iban á visitar á la tribu. Algunas veces veíamos en las calles más populosas algún gitano que nos sonreía, ó en las inmediaciones de la ciudad divisábamos de pronto una tienda de campaña á orillas del camino, y estos encuentros inesperados tenían para mí todo el encanto de lo imprevisto. En no pocas ocasiones nos alejamos mucho de Filadelfia para ver una feria de campesinos en cualquiera ciudad de Nueva Jersey, y recuerdo que en cierta excursión de este género fuí presentada á los Lovell.

Parecíame á mí entonces que nada podía ser tan encantador como el género de vida de aquel pueblo extraño, errante siempre á su antojo, trasladándose desde los verdes pinares del Maine á los lejanos naranjales del Sud; plantando sus tiendas tan pronto á la sombra de floridos jardines como en regiones abrasadas por el sol; durmiendo y entreteniéndose con sus cantos y danzas, y sin pensar en el resto del mundo que se ufana y agita en medio de la miseria. Cuando yo comunicaba estas reflexiones á mi tío, reíase de la mejor gana y decíame que si yo pudiese ver los gitanos húngaros me causarían mayor admiración aún, porque eran más típicos, más salvajes é independientes, y porque en sus cantos y representaciones se revelaba toda la extraña belleza y la poesía de su vida.

Cierto domingo por la mañana, cuando pasábamos por la calle de Chestnut, encontramos tres gitanos que me causaron el mayor asombro: eran de elevada estatura, delgados y musculares, con facciones muy



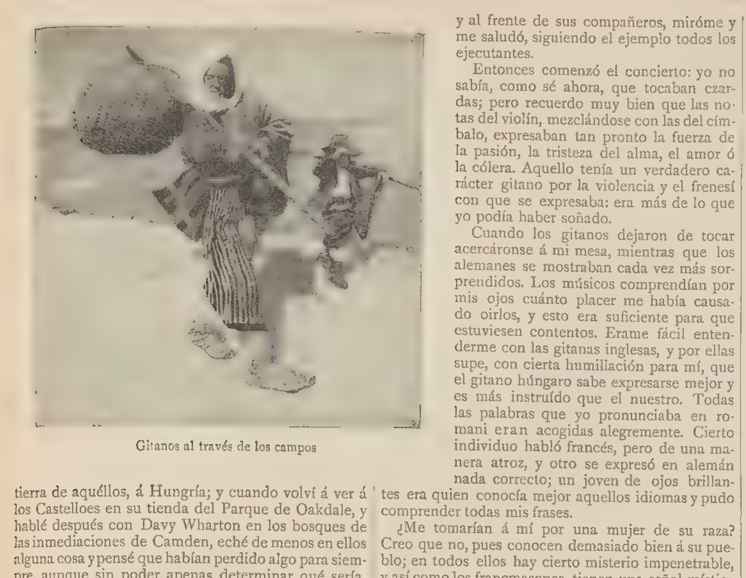
agraciadas, como las de las figuras que yo he visto en muchos antiguos cuadros florentinos; su cabello, largo y negro, pendía en rizos sobre los hombros; llevaban gorras negras de piel, una línea de botones de plata como adorno en en sus chaquetas azules, y al hombro unos grandes sacos de lona. Mi tío los detuvo para hablarles: eran gitanos de Hungría, y cuando sonrieron pude admirar sus blancas dentaduras, así como el brillo de sus ojos al oir la primera palabra que se les dirigió en su dialecto.

Pero muy pronto se agolparon alrededor muchos curiosos que nos molestaban con sus preguntas. «¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Qué dicen?» Esto era intolerable, y estrechando las manos de aquella buena gente, nos despedimos.

Así se despertó mi simpatía por los gitanos: después de aquel encuentro comprendí que nunca estaría contenta hasta que hubiera ido á la verdadera



Gitano de pura raza



Gitanos al través de los campos

tierra de aquéllos, á Hungría; y cuando volví á ver á los Castelloes en su tienda del Parque de Oakdale, y hablé después con Davy Wharton en los bosques de las inmediaciones de Camden, eché de menos en ellos alguna cosa y pensé que habían perdido algo para siempre, aunque sin poder apenas determinar qué sería.

Un año después, cuando llegó el verano, mi tío emprendió una excursión hacia el Norte para recorrer los pinares, y pasó largas horas en los *wigwams* indios; mientras que yo me aburría en mi casa, oyendo continuamente el monótono canto de los grillos.

Pero una mañana leí en la columna de anuncios del *Ledger* que los gitanos húngaros iban á dar un concierto en los jardines de Manerchor, lugar que no frecuentan las personas de la clase acomodada, porque lo creen inconveniente. Esto podía ser en mí una ligereza, pero poco me importaba que se criticase, tratándose de ir á ver los gitanos.

II

Era una noche de julio muy calurosa cuando Ned, mi hermano, y yo tomamos el primer tren de la noche para ir á los jardines de Manerchor. Mi familia quedaba en la Granja, sentados todos á la puerta para aspirar la suave brisa que apenas refrescaba la sofocante atmósfera. Pronto llegamos á los jardines: apenas eran las siete y media, y el concierto no comenzaba hasta las ocho, así es que había muy poca gente sentada á las mesas puestas debajo de los árboles.

Los camareros nos miraron con cierta curiosidad: fuimos á sentarnos junto al sitio destinado á los músicos, y no pasó mucho tiempo sin que viéramos llegar dos ó tres de los ejecutantes. No llevaban gorras de piel ni botones de plata, ni tampoco el cabello rizado; pero no podía dudar de lo que eran. Más morenos y de tez más curtida que las de los Lovell ó las de los Davy Wharton, reconocí en ellos al punto gitanos, no solamente por el aspecto, sino por sus ojos y facciones.

El reloj del café marcaba las ocho menos diez; los camareros, moviéndose al fin con más actividad, comenzaron á pasar y repasar con jarros y vasos de cerveza; los alemanes, asiduos concurrentes al jardín, ocupaban rápidamente las sillas alrededor de las mesitas, y á los pocos instantes vi que algunos hombres entraban con varios instrumentos. No había tiempo que perder, y al punto nos acomodamos en el mejor sitio, pues yo no quería perder ni una sola nota de la música.

Entretanto los músicos tomaban posición preparando sus violines; el director, con el suyo levantado y al frente de sus compañeros, miróme y me saludó, siguiendo el ejemplo todos los ejecutantes.

Entonces comenzó el concierto: yo no sabía, como sé ahora, que tocaban czardas; pero recuerdo muy bien que las notas del violín, mezclándose con las del címbalo, expresaban tan pronto la fuerza de la pasión, la tristeza del alma, el amor ó la cólera. Aquello tenía un verdadero carácter gitano por la violencia y el frenesí con que se expresaba: era más de lo que yo podía haber soñado.

Cuando los gitanos dejaron de tocar acercáronse á mi mesa, mientras que los alemanes se mostraban cada vez más sorprendidos. Los músicos comprendían por mis ojos cuánto placer me había causado oirlos, y esto era suficiente para que estuviesen contentos. Érame fácil entenderme con las gitanas inglesas, y por ellas supe, con cierta humillación para mí, que el gitano húngaro sabe expresarse mejor y es más instruído que el nuestro. Todas las palabras que yo pronunciaba en romani eran acogidas alegremente. Cierto individuo habló francés, pero de una manera atroz, y otro se expresó en alemán nada correcto; un joven de ojos brillantes era quien conocía mejor aquellos idiomas y pudo comprender todas mis frases.

¿Me tomarían á mí por una mujer de su raza? Creo que no, pues conocen demasiado bien á su pueblo; en todos ellos hay cierto misterio impenetrable, y así como los francmasones, tienen una señal mística que les sirve para reconocerse. Muy impresionables y de rápida comprensión, adivinaron, sin embargo, que yo era su amiga. El jefe, como para darme una prueba de su deferencia, presentóme á su mujer, que viajaba con él; hízola sentar á mi lado, y después, con la gracia característica de esa gente y según la costumbre húngara, envió á buscar cerveza y chocó su vaso con el de mi hermano y el mío, ofreciéndonos su amistad.

Después de esto, el director de la orquesta, Karl Sentz, quiso que sus compañeros tocaran algunos valses y oberturas; y mientras lo hacían, el joven de ojos brillantes, llamado Rudi, según me dijo, inclinóse hacia mi silla y murmuró en alemán: «Ahora tocan con los papeles á la vista; pero nosotros nos guiamos casi siempre por el corazón.»

Las czardas se repitieron después una tras otra, llenando de música y alegría aquel tranquilo rincón de Filadelfia, y cuanto más tocaban los ejecutantes mayor era su entusiasmo. Sus negros ojos brillaban; tenían el rostro encendido, y cuando se apoderaba de ellos el frenesí, gritaban al compás del violín, quedando luego como sumidos en un éxtasis.

Aquel concierto fué el principio de una larga serie de otros á cual más agradables, y no me faltó cuanta música pudiera desear. Una semana tras otra los gitanos dieron á conocer su repertorio en los Jardines de Manerchor, sin que yo faltase una sola noche.

Una familia de gitanos

Los tales conciertos, contrariamente á lo que yo esperaba, alcanzaron gran éxito; y muy pronto acudió mucha gente de todo Filadelfia, así como de los arrabales, reuniéndose en Manerchor un público numeroso. Tal vez algunos no iban por el placer de oir la música, y sí atraídos por la animación que encontraban en aquel sitio; mas como quiera que fuese, la concurrencia era cada vez más lucida. Desde entonces no fué raro ver en reuniones de buen tono algunos de esos bohemios, fáciles de conocer por sus casacas azules y su calzón encarnado.

Transcurrió el mes de julio y también el de agosto; los gitanos se habían contratado para tocar en los jardines de Manerchor solamente un mes; mas el pueblo de Filadelfia comenzaba á tomar el gusto á su música, y en su consecuencia resolvieron dar algunos conciertos más en el Parque de Belmont, sitio más propio para tales fiestas y más pintoresco por la vista del río que desde él se disfrutaba.

La música de los gitanos parecía allí más apasionada y producía más profunda impresión. Los violines emitían notas más sentidas y plañideras, y los mismos ejecutantes entusiasmábanse al parecer cuando cantaban algunas de sus czardas.

En Belmont fuí tan obsequiada por los gitanos como en Manerchor; en los intervalos de descanso venían á sentarse junto á mí, y á veces paseábamos juntos por el silencioso parque; de modo que al fin se formó entre nosotros un verdadero lazo de amistad. En tales ocasiones hablábanme de la extensa llanura de Hungría, de los salvajes valles de los Kárpatos, de sus familias y de sus relaciones.

Una noche Rudi me dijo que sus compañeros y él deseaban que fuese á oirlos á la mañana siguiente, porque tocarían como nunca lo habían hecho, á fin de que formase clara idea de cuanto eran capaces de hacer con sus violines. Añadió que dentro de una semana iban á salir de Filadelfia, y que tal vez pasaría mucho tiempo sin que volviéramos á verlos, pues proponíanse recorrer otras ciudades americanas. Rudi me preguntó si accedería á sus deseos.

Ya se comprenderá que contesté afirmativamente, dada la extraña simpatía que me inspiraban aquellos bohemios, y que me valió no pocas censuras, tal vez merecidas. El último concierto debía darse en Manerchor, y mi amigo J... me acompañó á los jardines, donde los gitanos me esperaban mucho antes de comenzar la función. El jefe se adelantó para recibirme y condújome á la mesita, que llamaban «mía,» invitándome á sentarme junto á su mujer.

Los músicos se esmeraron como nunca; Rudi tenía razón; hasta entonces no supe yo cuánto podían expresar los violines y los címbalos.

Por cierto que aquel día me ocurrió una aventura que al principio me inquietó; los gitanos miráronme desde que llegué con extraña expresión y sonriéndose con aire triunfante, y en su proceder observé cierto misterio que me hizo entrar en temor, así es que mientras ejecutaban una de sus czardas intenté esca-



Tipo de gitano



GITANA GRANADINA, dibujo de Isidoro Marín



UN NOVILLERO DESDICHADO, dibujo de Carlos Arregui

par de aquel sitio; pero la esposa del director, que estaba sentada á mi lado, quiso detenerme y me hizo decir por uno de sus compañeros, que hablaba inglés, que no me fuera porque su jefe deseaba comunicarme algo de mucha importancia. Como se comprenderá, esto aumentó mi sobresalto: insistí, pues, en marcharme, pretextando que deseaba aprovechar el primer tren, y entonces el intérprete me dijo que el director de la compañía deseaba pedirme aceptara por esposo á su hermano, hombre muy rico y excelente músico.

Este era el proyecto que había producido en aquella gente el cambio por mí observado. Sabiendo ya á qué atenerme, contesté que me era imposible aceptar aquella proposición y apresuréme á abandonar el jardín, sin averiguar cuál de los músicos gitanos era el que deseaba ser mi marido.

Desde que me ocurrió esta aventura, ya no pensé más que en Hungría, imaginándome que era una especie de paraíso terrestre, donde se vería al verdadero gitano, con su caballo negro, sus botones de plata en la chaqueta, su violín en la mano, y recorriendo los bosques ó los poblados.

Un año después de los sucesos referidos, J... y yo nos habíamos casado y viajábamos. No nos detuvimos más que algunos días en Londres; pero bastaron para que la casualidad me proporcionase ocasión de encontrar á uno de mis antiguos conocidos de Manerchor, Jore, quizás mi antiguo pretendiente, que nos saludó y felicitó cordialmente. Al despedirse dímosle una tarjeta, y prometió ir á visitarnos á nuestro hotel; mas no se presentó, y nunca más he vuelto á ver al que quizás, según presunción mía, era el pretendiente que me propusieron sus compatriotas en Filadelfia.

Transcurrieron algunos años, y durante este tiempo tuvimos algunas veces ocasión de ver gitanos húngaros en los jardines de Londres ó en reuniones particulares, y en 1889 encontramos también algunos en la Exposición de París.

Al fin, cierto día, repentina é inesperadamente recibimos una invitación para ir á Hungría: sin pérdida de tiempo, á las pocas horas nos ocupábamos en hacer nuestros preparativos de viaje, y al día siguiente nos poníamos en camino.

Isabel Robins Pennell

(Concluirá)



Bellas Artes. – He aquí algunos datos acerca de la última gran Exposición de Bellas Artes celebrada en Berlín, que en nuestro concepto ofrecen interés. Durante los 127 días en que ha permanecido abierta ha sido visitada por más de 800.000 personas, cifra que da un promedio diario de 6.000, y se han vendido en ella 271 obras por valor de 375.000 pesetas. En cambio no se han despachado todos los billetes de la lotería. Aun cuando no se ha hecho una liquidación definitiva de gastos é ingresos, tiénese por seguro que quedará un remanente de 80 á 90.000 pesetas que se distribuirá por mitad entre la Asociación de Artistas Berlineses y la Asociación de Individuos de la Academia. Esta última destinará la parte que le corresponda á la compra de obras en la próxima Exposición.

– En el Salón Schulte, de Berlín, se han expuesto recientemente obras de los primeros artistas alemanes y extranjeros entre las cuales han llamado especialmente la atención cuatro nuevos cuadros de Pradilla, sobre todo un hermoso paisaje que representa un parque italiano y el boceto de un hermoso techo.

Barcelona. – Salón Parés. – Variada fué la Exposición de obras nuevas en esta última quincena: de pintura un país y dos cuadritos de flores de A. Tolosa; una escena un tanto cómica de Mestres, un artista en peligro por el paso de una manada de vacas, pintado con robustez y de aspecto total agradable, por la entonación jugosa y la luz decidida, al contrario del país de Tolosa, de tonalidad fría é indecisa. De Rusiñol, dos estudios de su excursión á Mallorca, llenos de luz, tranquilos y armónicos como la naturaleza misma: uno que representa el porche de una casa es inmejorable; simple y de una intensidad luminosa el fondo, que cautiva poderosamente. Del joven artista Sr. Alsina, tres lienzos para la decoración de una escalera, hábilmente ejecutados, y una marina; una serie de estudios de Carreras, acertadísimos de color algunos de ellos, como los dos países y los interiores en que respectivamente se reproducen, una señora apoyada á la pared en actitud que revela triste desconsuelo y otra sentada á una mesita leyendo, y de Cabot Negrevernis, por último, unos paisajes, de ejecución algo insegura.

En la sección de escultura figuraron unas cabezas de estudio de Murillo, modeladas con excesiva prolijidad tal vez, pero no exentas de buenas cualidades, los retratos de un militar, en busto, y de una señora sentada, de cuerpo entero, á poco tamaño, de Julio Martí, de ejecución sobria y discreta, y una placa funeraria, fundida en bronce en los talleres del Sr. Masriera y Compañía, obra bien trazada en su conjunto, hechos con esmero todos los detalles y de aspecto apropiado al objeto á que se destina, otra prueba palpable del renacimiento de las Artes decorativas entre nosotros.

Teatros. – En el Coliseo de Guatemala, la compañía que dirige el distinguido primer actor Sr. Amato ha puesto en escena con gran éxito la obra de D. José Echegaray *Mariana*.

– En el teatro Unter den Linden, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso una opereta, *Sataniel*, cuya música, de A. Ferron, es muy original y de corte elegante y gracioso.

– En Darmstadt se ha cantado la ópera de Berlioz *Benvenuto Cellini*, que ha sido muy aplaudida.

– El director del teatro Central, de Berlín, ha anunciado un concurso para premiar una obra dramática popular berlinesa; el premio es de 1.500 marcos (1.875 pesetas) y además se asegura al autor de la que resulte premiada la cantidad de 3.000 marcos (3.750 pesetas) como derechos de representación.

– Los premios instituídos por el Ministerio de Instrucción pública de Italia para las mejores obras representadas últimamente en teatros italianos han sido adjudicados en la siguiente forma: 5.000 pesetas á la comedia *La deshonesta*, de Ravetta; 3.000 á *Doctor Muller*, de Scalinger; 2.000 á *Dura ley*, de Traversi, y 2.000 á la comedia en un acto *Misterio*, de López.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Mr. David James, célebre actor inglés.

J. Botermans, notable escultor holandés.

Luisa Francois, una de las mejores novelistas alemanas.

Julio Kulka, notable escritor vienés y crítico de teatros que hizo en Viena y fuera de Viena gran propaganda en favor de las tendencias realistas.

Mr. Ford Madox Browne, ilustre pintor de historia inglés, uno de los más importantes defensores y cultivadores del prerafaelismo moderno, autor de muchos cuadros notabilísimos y de los preciosos frescos del Town Hall de Manchéster.

Sir Guillermo Smith, individuo del Senado de la Universidad de Londres, registrador del Real Fondo Literario, rector de la Escuela de San Pablo, autor del *Gran Diccionario de Antiguedades griegas y romanas*, del *Diccionario de biografía y mitología greco-romana*, del *Diccionario de la Biblia* y de otras importantes obras.

Guillermo Georgy, reputado pintor alemán.

Mr. C. B. Birch, notable escultor inglés, individuo de la Real Academia de Londres.

Arnaldo Carlos Jorge de Kameke, ex ministro de la guerra prusiano, general de infantería, uno de los militares que más se distinguieron en la guerra franco-prusiana.

Ercole Rosa, famoso escultor italiano, autor del grupo de los hermanos Cairoli erigido en el monte Pincio, en Roma, y del monumento que se ha de erigir en Milán á Víctor Manuel.

Carlos Pedroti, célebre compositor italiano, autor de varias óperas, entre ellas *Tutti in maschera*, que ha sido representada en los principales teatros del mundo.

Mario Patricio Mauricio Mac-Mahón, mariscal de Francia, duque de Magenta, ex presidente de la República, uno de los generales más ilustres de Francia, cuyo nombre cubrióse de gloria en las campañas de Crimea y de Italia, en la guerra franco-prusiana y en la de la *Commune*.

Miss Enriqueta Montalba, notable escultora inglesa.

Lord Vivian, embajador de Inglaterra en Italia.

Pablo Borgmann, pintor de género y retratista alemán, director de la Escuela de Pintoras de Karlsruhe.

Carlos Pedrotti, compositor italiano, autor de varias óperas, director de la Escuela superior de Música de Pésaro.

Luis Spangenberg, notable paisajista alemán, individuo de la Academia de Bellas Artes de Berlín.



Los novios por la gatera, dibujo de J García Ramos. – El genial pintor sevillano Sr. García Ramos, tan ventajosamente conocido por sus lienzos y dibujos de tipos, cuadros y costumbres andaluzas, nos ha ofrecido nueva ocasión para publicar y dar á conocer una de sus originales producciones, rica en detalles, bella por su dibujo y sanamente intencionada, porque en las obras de este distinguido artista hay que observar, además de su notable ejecución, una nota marcadamente humorística, pero de un humorismo sano y delicado, que aun reproduciendo escenas y costumbres del vulgo, no se acanalla jamás, no ofende ni lastima. *Los novios por la gatera* es una obra genial, retenida quizás por el artista, y observada con interés y con igual deseo reproducida, cual si la hubiese copiado del natural, sorprendiendo á los novios que faltos de comunicación, sin rejas ni ventanas, aprovechan para contar sus amores el agujero practicado para paso de los gatos en la puerta de la casa de la gentil sevillana.

Alonso Berruguete. – Cristóbal Colón, estatuas de José Alcoverro. – En ocasión reciente, con motivo de la publicación de su bonita estatua *¡Al Pardo!*, tuvimos ocasión de hacer constar los méritos y alientos de Alcoverro, algunas de cuyas obras figuran coronando monumentos públicos ó han sido premiadas en Exposiciones. Las que hoy publicamos bastarían por sí solas para testimoniar las cualidades y aptitudes del artista, pues ambas reproducen el personaje que el artista propúsose representar. La de Berruguete, premiada en público concurso por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, embellece la gran escalinata que da acceso al suntuoso palacio destinado á Museos y Bibliotecas, ha poco terminado en la coronada villa, y en la segunda ha logrado el Sr. Alcoverro interpretar la venerable y simpática figura del gran navegante genovés, á quien los Católicos Reyes debieron el más brillante florón de su corona.

Exposición universal de Chicago. – *Instalación de juguetes de Sonneberg. – La danza argelina*, dibujos de Limmer. – Una de las instalaciones más curiosas de la sección alemana de la Exposición de Chicago es la de juguetes de la ciudad de Sonneberg, que ha hecho de esta industria una especialidad en todo el mundo conocida. Ocioso es decir que mientras la Exposición ha permanecido abierta ha sido esa instalación el encanto de la gente menuda y aun de las personas mayores, pues la industria moderna ha llevado este ramo á un grado de perfección tal, que sus productos entretienen y deleitan, tanto á los hombres como á los niños. Fíjense nuestros lectores en el grabado que reproducimos y comprenderán que aquel montón de objetos artísticamente combinados haya sido la admiración de los visitantes de la Gran Feria.

La danza argelina es una de las muchas que han podido contemplar los visitantes de la Exposición en el lugar de la misma llamado Midway Plaisance: en el café argelino, al compás de extraña música, las almeas ejecutan la danza de su país, mezcla de movimientos graciosos y elegantes y de difíciles contorsiones. En Argelia las bailarinas pertenecen á la clase más ínfima del pueblo, y desde pequeñas se adiestran en las danzas del vientre y de las abejas, en los peligrosos juegos de las espadas y en otros varios ejercicios que algunas veces sorprenden y otras repugnan; los mahometanos pertenecientes á las clases elevadas consideran como cosa despreciable el baile, no sólo el que se ejecuta en público, sino que también el que entre nosotros se llama baile de sociedad.

El general Margallo. – Ha sido una de las primeras víctimas de la actual campaña de Africa: su valor rayano en temeridad, su noble impulso de llevar ayuda á los que en situación comprometida se encontraban, su honor excitado por las afrentas que á España infirieron las kabilas, su legítimo deseo de castigar á los que tan sin piedad habían agredido á sus soldados, tal vez el propósito de no volver á España sin los laureles de la victoria, lleváronle en las jornadas de 27 y 28 de octubre último á los puestos de más peligro para animar con su ejemplo á sus tropas.



DON JUAN GARCÍA MARGALLO

general de brigada, muerto en el campo de Melilla en 28 de octubre de 1893

Encerrado en el fuerte de Cabrerizas Altas durante la noche del 27 al 28, en la mañana de este último día, viéndose atacado por los rifeños que por todos lados le cercaban y ante el inminente peligro de que los asaltantes se apoderaran del fuerte, organizó una resistencia desesperada y brillante.

«El general Margallo – dice el Sr. Morote, corresponsal de *El Liberal*, que estuvo en el fuerte durante aquella jornada – está en la explanada del fuerte. No puede concebirse qué valor demuestra ante las balas, que le rodean por todas partes. Impávido, imperturbable, con una temeridad que nos produce escalofríos, da voces de mando, arenga á los soldados, grita á cuantos le rodean y alza de cuando en cuando la cabeza para mirar serenamente alguna bala que silba cerca de él. En un momento en que se vuelve para dar una orden, un proyectil le alcanza y cae instantáneamente muerto.»

El general D. Juan García Margallo nació en Montáñez (Cáceres) en 12 de julio de 1839, fué cadete en 1855 y alférez en 1858: tomó parte en la primera guerra de Africa á las órdenes de O'Donnell y en la última guerra carlista, y obtuvo todos sus grados, hasta el de coronel, que ganó en 1875, por méritos de guerra. En 1890 fué ascendido á general de brigada y poco déspues nombrósele gobernador de la plaza de Melilla.

El general Margallo ha muerto heroicamente y su nombre figurará en los anales de nuestras guerras al lado de todos aquellos que al dar sus vidas por la patria se han hecho acreedores á un puesto de honor en las páginas de la gloriosa historia militar de España.

Gitana granadina. – Vendedores de carbón, dibujos de Isidoro Marín. – Varias veces nos hemos ocupado de las obras del joven cuanto discreto pintor granadino Isidoro Marín, dándolas á conocer por medio del grabado á nuestros lectores. Ellas demuestran la valía del artista, revelan su espíritu observador y retratan con admirable fidelidad los tipos y costumbres de aquella región española, en donde todo rebosa vida, color y movimiento. Poco, pues, hemos de agregar á lo que ya hemos dicho de Isidoro Marín, debiendo limitarnos á llamar la atención acerca del notable dibujo que representa á una gitana con su *rucho*, copiado felizmente entre los que constituyen la población gitana, que se aloja en las cuevas existentes en los alrededores de la antigua capital de los monarcas nazaritas. No es menor el mérito del dibujo que reproduce una recua de burros conduciendo serones de carbón, nota característica y que desde luego llama la atención de los que visitan Granada.

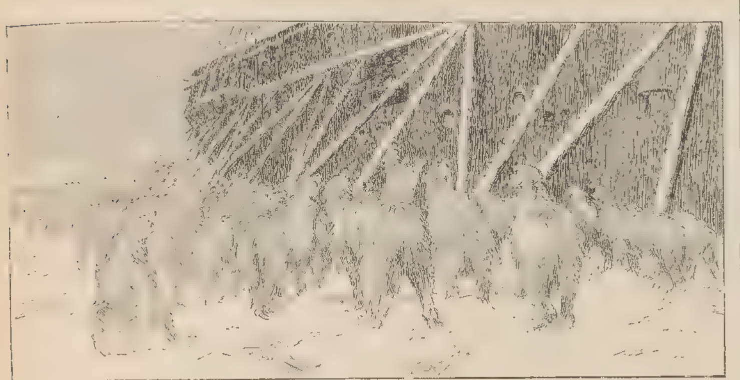
Un novillero desdichado, dibujo de Carlos Arregui. – Desdicha fué, sin duda, para el rapaz que su madre lo hallara junto á las verjas del Buen Retiro jugando al toro y á saltacabrillas, olvidado de que en la escuela recibiría más provechosas enseñanzas. La sorpresa del muchacho arrancado del grupo de sus camaradas, la actitud de la madre, los detalles y pormenores, todo ha sido bien interpretado por el joven pintor madrileño Carlos Arregui, de quien hemos tenido ya la complacencia de publicar otros dibujos no menos discretamente ejecutados y concebidos. Arregui ha creído que la mejor enseñanza podría recibirla de cuanto le rodea, y de ahí que se haya dedicado con especial predilección á copiar y reproducir escenas de la villa del oso y el madroño, en la que nació y vive el joven artista. El natural es el mejor maestro, y si Arregui prosigue la senda emprendida podrá aspirar con justicia á alcanzar el galardón que se concede á los que saben aprovechar por medio del estudio y la laboriosidad las cualidades y aptitudes con que les dotó la Providencia.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. – ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONCLUSIÓN)

Aquello debió producir muy mal efecto entre los osos; pero como estos animales tienen fama de pacienzudos y filosóficos, se reunieron en consejo, y empezaron el sitio de la *Estrella Polar* en toda regla.



Empezaron el sitio de la *Estrella Polar* en toda regla

No era que hubiese ningún peligro para los expedicionarios con la presencia de los osos, pero resultaba ésta muy fastidiosa.

Efectivamente, en tanto que aquellos vecinos permanecieron allí, no podía pensarse en las excursiones que imponía la higiene más elemental. Era preciso, pues, desembarazarse de ellos lo más pronto posible.

Quedó decidido que no se vacilaría respecto á los medios que debían emplearse, siendo los más violentos y expeditivos los que por mejores fueron reputados.

Los sitiados se distribuyeron en tres secciones de diez hombres cada una, mandadas por el comandante Lacrosse, por d'Ermont y por Hardy.

A cada sección se le señaló un día de guardia y una función determinada.

Hasta entonces poco se habían inquietado los de la *Estrella Polar* con tan pesada compañía, pero fuéles preciso conceder á los osos mayor atención cuando vieron que el número de animales aumentaba en fantásticas proporciones.

Un día, cuando montaba la guardia el teniente Pol, no pudo por menos de exclamar;

– Vamos, parece que llueven osos.

– ¿Qué queréis decir con eso?, preguntó el comandante, que había oído la exclamación.

– ¡Diantre!, dijo el joven oficial riendo; vedlo vos mismo. Ayer había veintidós osos por aquí, y que me maten si ahora no hay cincuenta.

Al comandante Lacrose bastóle echar una ojeada alrededor del barco para convencerse de que el teniente no exageraba: por todos lados se veían osos, y el número de cincuenta, por extraordinario que pareciera, no era en modo alguno exagerado. Esta observación le causó verdadera inquietud.

– Algo extraño debe haber ocurrido en estos parajes, exclamó.

La situación, sin ser verdaderamente crítica, era algo peligrosa, pues se veía bien claro que, empujados por el hambre, llegaría pronto el momento en que los osos asaltarían el buque.

En el interior de éste el estado de los enfermos no mejoraba. Hacia el 15 de marzo un recrudecimiento del frío obligó á los invernantes á encerrarse de nuevo en el barco: el mercurio se había vuelto á congelar, y el hielo del pack, que parecía próximo á romperse, había recobrado su espesor y consistencia anteriores.

Para colmo de desdichas, el escorbuto hizo su aparición entre los hombres válidos de á bordo, y el cirujano Le Sieur, el compañero y ayudante del doctor Servan, debió también guardar cama, vencido por el exceso de fatiga.

Pero lo que más afligía á los testigos de aquel lúgubre drama era la lenta agonía de Tina Le Floc'h. La pobre nodriza se moría en efecto, y no había sistema humano de salvarla, ni siquiera de hacer menos amargos sus últimos momentos.

Isabel, aunque rendida de cansancio, no abandonaba ni un momento la cabecera de la enferma.

La moribunda no conservaba ninguna esperanza, y tan sólo sentía morir sin volver á ver la tierra de Armor.

La señorita de Keralio renovaba su energía y sus cuidados para prolongar una existencia que se acababa.

Por otra parte, el sitio de los osos había engendrado otro riesgo. La atmósfera interior iba haciéndose irrespirable, y la provisión de oxígeno líquido estaba agotada, pues sólo quedaba un tubo que se guardaba para un caso extremo y especialmente para uso de los enfermos. Era urgente airear los camarotes y la bodega, cosa que no podía hacerse sino abriendo con precaución las portas, lo cual no bastaba para purificar la atmósfera cargada de ácido carbónico.

No eran solamente los gases de la calefacción cotidiana los que mantenían esta atmósfera mefítica, sino principalmente las respiraciones acumuladas y provenientes algunas de ellas de pechos enfermos, y también las emanaciones de la cocina, cuyos rancios olores apestaban el aire ambiente y debían excitar el apetito voraz de los osos obligados á tan largo ayuno.

El equinoccio había pasado y el frío continuaba reinando.

El día 2 de abril, los oficiales, por consejo del doctor Servan, decidieron que se abriesen las escotillas y que, á pesar de que el termómetro marcaba 30 grados bajo cero, se dejasen abiertas durante unos minutos.

Después de largas discusiones nadie quiso que se distribuyera el contenido de un último tubo de oxígeno líquido que quedaba.

Entonces, con infinitas precauciones para atenuar la brusca entrada del frío, pues en el interior del buque aún había seis grados de calor, se abrieron poco las portas hasta que la temperatura llegó á cero, para que no hiciera demasiada impresión la entrada del aire exterior por las grandes escotillas.

Luego se levantó la tapa de la escotilla mayor, y en aquel momento un ruido singular que se oyó en la cubierta del buque llamó la atención de todos.

Pasos pesados, ruido de cuerdas que se rompen, arañazos significativos y crujidos insólitos del maderamen denunciaron la presencia de huéspedes extraños en el barco.

A los primeros rumores que se oyeron, comprendieron ya de qué clase de huéspedes se trataba.

– ¡Los osos!, exclamó con voz fuerte Guerbraz, que vigilaba la maniobra de aeración.

No tuvo tiempo de decir más. Las maderas de la tapa crujieron bajo un peso considerable y se hundieron, y por la abertura aparecieron las fauces sanguinolentas y los ojos rojos de un oso, en tanto que una corriente de aire helado hacía violenta irrupción en flancos del navío.

XVI

BATALLA Y SALVACIÓN

La situación era verdaderamente crítica.

Engolosinados por las emanaciones del steamer, los terribles plantígrados, sobreponiéndose al cabo á su temor y más atrevidos por la ausencia total de movimiento, se habían decidido á tentar el abordaje. Habían podido operar sin resistencia, y la abertura de las escotillas les permitía atacar ahora la tripulación de la *Estrella Polar* hasta sus últimas trincheras.

La gran escotilla, cediendo al enorme peso del oso, había caído sobre el hombro de Guerbraz, que recibió un choque formidable. El hércules bajó la escalera con sus compañeros, llevando la alarma al interior del buque. En cuanto al oso, encontrando vacía la plaza y libre el camino, había avanzado gruñendo y en el momento en que los hombres reaparecieron con armas, encontraron el gigantesco animal á la entrada del corredor.



El animal engolosinado empezó á devorar el cadáver

Inmediatamente, carabinas y revólveres hicieron fuego, y apenas había dado dos pasos caía muerto.

Desgraciadamente, detrás de aquél habían penetrado tres osos más.

Dos de ellos, asustados por las detonaciones, volvieron á subir por la escalera más aprisa que bajaron; pero el tercero, azorado, equivocó el camino, y en vez de huir hacia la escotilla, se metió en la parte del corredor que daba á los camarotes. Allí era precisamente donde estaban los enfermos.

En aquel momento, Isabel, sentada cerca de su nodriza, se esforzaba en consolar á la pobre mujer. Una piadosa conversación se había entablado entre ellas; y la joven, supliendo en cuanto podía los consuelos de un sacerdote, trataba de reconfortar el ánimo de la bretona.

– La vida es corta, mi buena nodriza; todos un día ú otro debemos abandonarla. Afortunadamente esto es sólo un mundo de paso, y más allá encontramos la verdadera vida, aquella en que el duelo y el sufrimiento son desconocidos y donde se goza la dicha más pura y la presencia de las personas que en este mundo hemos querido.

Hablando de este modo enjugaba las lágrimas que corrían por los ojos de la pobre mujer, y la moribunda, consolada, la miraba sonriendo y le contestaba así:

– ¡Oh, hijita de mi alma!, decía. Siempre continúas siendo para mí lo que eras en otro tiempo, la niña buena y cariñosa, temerosa de Dios y que compadecía y socorría á los pobres! Siento que bajo tu mano, bajo tus ojos y escuchando tus palabras, la muerte será menos dura.

De repente, el ruido de las detonaciones hizo estremecer á las dos mujeres.

Isabel se levantó sobresaltada y corrió á la puerta, que entreabrió. Retrocedió espantada lanzando un grito.

El oso estaba á dos pasos de ella buscando una salida para huir. Al ver la puerta entreabierta se precipitó.

La señorita de Keralio tuvo por fortuna tiempo de cerrarla, y palpitando de miedo, se arrimó contra ella para contrarrestar en lo posible el empuje del animal.

Pero este choque no se produjo.

¿Había renunciado el oso á su proyecto ó se había marchado?

En tanto que la joven se hacía esta pregunta, el drama al cual ella había escapado se proseguía en el fondo del pasillo.

Isabel, aunque rendida de cansancio, no abandonaba ni un momento la cabecera de la enferma

En aquel sitio estaba situado el camarote del químico Schnecker. El traidor, á pesar de la gracia que se le había hecho, no había renunciado ni mucho menos á la idea de venganza. Cuando se le hubo dicho la medida de que sería objeto en la primera escala que en puerto francés hiciese la *Estrella Polar*, no vivía sino para satisfacer este deseo de venganza.

«Muerte por muerte, se había dicho, tanto monta morir en seguida, y así por lo menos escogeré yo el género de muerte, y será tal que destruya conmigo hasta el último germen de esta expedición que tanta gloria habría de proporcionar á estos hombres que me han condenado y que yo execro.»

La ocasión acababa de ofrecerse á él para poner en planta su infernal proyecto.

Se había dado orden de extinguir los fuegos, pero no debía durar tal extinción mucho rato, sino el necesario para renovar la atmósfera del steamer. En consecuencia, las estufas continuaban en situación de poder volver á encenderse, dejando tiempo suficiente para renovar el aire. Por lo que hace á los tubos, quedarían abiertos continuando su oficio de verter gas en la cámara de dilatación.

Bastaba, pues, que Schnecker pudiera llegar allí, abrir las espitas conductoras y acercar una llama á ellas para que instantáneamente se produjera una espantosa catástrofe. Estallaría una explosión formidable; el hidrógeno, merced á los terribles carburos que genera, y que se conocen en las minas con el nombre de *grisou*, se esparcería en torbellinos de llamas por el interior de la *Estrella Polar*, destruyéndolo todo á su paso y quemando el desgraciado buque y á cuantos le habitaban.

La horrible alegría del miserable debió ser parecida á la que sienten los demonios mirando las calamidades que engendran.

Todo favorecía su proyecto. La tripulación estaba distribuída en todos los puntos en que era necesaria su presencia, y la llegada inesperada de los osos había hecho que se reunieran todos los hombres en un solo punto.

El químico llegó, pues, sin dificultad hasta el departamento de los hornos. Estaba vacío. Pero llegado allí, advirtió que, por medida de precaución, Huberto había separado el tubo de la cámara de dilatación. En las cañerías no quedaba, pues, sino el hidrógeno ya repartido por el recipiente. Para abrir éste, ó para romper uno de sus conductos, era preciso operar una presión violenta. Como no tenía ningún instrumento á mano, se fué hacia su camarote cogiendo rápidamente un escoplo y un martillo. De repente un soplo cálido y un ruido sordo hizo que se volviera. Se detuvo lívido, sin voz, y sus cabellos se erizaron sobre su cráneo.

El oso, buscando una salida y no pudiendo forzar la puerta del camarote de Isabel, empujó la del químico. Entró sin resistencia. Entonces pasó una escena horrorosa.

El animal, irritado, se levantó sobre las patas traseras, llenando el estrecho espacio con su cuerpo. Schnecker, asustado, quiso huir, lanzando un grito agudo inarticulado. Pero el monstruo, sin duda creyendo que se le atacaba, se convirtió á su vez en agresor. Una lucha furiosa empezó entonces, pero no fué larga; no podía serlo. En un abrir y cerrar de ojos el alemán fué derribado, desgarrado por las zarpas del oso y aplastado entre sus poderosos brazos. Y por dos veces las fauces repugnantes del plantígrado se cerraron sobre la cabeza de Scnecker, que quedó convertido en una masa informe. El animal, engolosinado y viendo que encontraba un festín donde sólo buscaba una puerta de escape, empezó á devorar el cadáver.

Pero los gritos de Schnecker se habían oído y todos acudían. Isabel, generosa como siempre, fué la primera en acudir en socorro del miserable traidor.

Había cogido de una mesilla de noche un revólver. Armarlo y salir afuera no había sido para ella sino cuestión de un instante. Había corrido directamente al camarote de Schnecker; pero, por muy rápida que hubiese sido su acción, llegaba tarde.

Salvator, el fiel Salvator, había comprendido el peligro que corrían cuantos le amaban, y de un solo brinco, sin medir su valor el peligro que afrontaba, se había precipitado sobre el enemigo y le había hecho presa en el cuello. Pero el pobre perro había presumido demasiado de sus fuerzas. Por mucho que fuese su valor no podía salir con bien de su empresa. Así es que el monstruo lo había aprisionado bajo su enorme pata y amenazaba romperle las costillas con su formidable presión. Y aun si Salvator se escapó con bien fué debido á una circunstancia fortuita.

El oso, á quien habían distraído en su ocupación, que consistía en devorar al miserable Schnecker, después de haberse levantado un instante, había caído otra vez sobre sus patas, derribando al perro debajo de él. Salvator, aunque medio ahogado, escapaba por lo menos al abrazo del plantígrado. Fué el momento en que Isabel intervino muy á tiempo. Cuatro veces descargó su revólver sobre el animal, y cuatro veces lanzó éste rugidos de dolor, pues las balas habían penetrado en su cabeza y en su cuello. Desgraciadamente aquellas heridas, aunque graves, no lograron sino exasperarle más. Se levantó por tercera vez, sacudió el perro y se precipitó sobre Isabel.

Todo habría acabado para la joven, si en aquel momento Guerbraz no hubiese intervenido en la lucha enarbolando un hacha.

Blandida por aquella mano de hércules, el arma cortó á cercén una de las patas del monstruo, y en tanto que rugiendo de dolor caía en el suelo, un segundo golpe le hendió el cráneo.

Aquella vez la enorme bestia cayó para no levantarse más, tapando bajo su masa el cuerpo destrozado del químico.

Entretanto, por la escotilla abierta había penetrado gran cantidad de aire. Un frío intenso se sentía en el navío, que media hora antes tenía todavía una atmósfera tan templada.

Era preciso, pues, encender de nuevo los fuegos. Se tapó otra vez el peligroso orificio y el gas fué puesto en comunicación con las chimeneas.

Tranquilos ya respecto á los resultados de aquella agresión, los oficiales de la *Estrella Polar* deliberaron acerca del partido que debían tomar. El consejo fué breve y el plan quedó convenido. Ante todo urgía desembarazarse del cadáver del animal.

Guerbraz fué también quien se prestó á salir para saber la situación del exterior.

Abrió con precaución una de las puertas que daban á la galería de popa. El atrevido gaviero, por una maniobra hábil, se encaramó sobre cubierta, llevando un revólver y una carabina.

Las noticias que dió fueron satisfactorias.

Sorprendidos y asustados por las detonaciones, los

osos se habían marchado de un sitio en que tales ruidos y trepidaciones se oían. Sólo quedaban dos sobre el puente.

Huberto, el comandante Lacrosse, los tenientes Pol y Hardy escoltaron á Guerbraz, y tres detonaciones estallaron y cayeron al suelo los dos osos. Después de lo cual, los hombres volvieron á hacer guardias, pues era preciso que no pudieran los osos hacer ninguna nueva tentativa.

Terminado el equinoccio, se había entrado en la época de día perenne, y exceptuando una media hora en que el sol se ocultaba, no había que temer sino el exceso de luz.

Pero aun cuando esa noche fuese muy corta, no por ello dejaban de adoptarse medidas de precaución y se hacían proyecciones eléctricas sobre el campo de hielo.

Al mismo tiempo los dos cañones-revólveres Hotchkiss fueron puestos en batería y cargados de metralla, y su primera descarga mató á seis osos entre las apretadas filas de sus compañeros.

El frío, después de una recrudescencia tan cruel, remitió algunas veces, y el 28 de marzo el mercurio, bruscamente deshelado, subió, sin pararse, hasta 10 grados.

Al día siguiente, 29, una violenta tempestad del Sud que llenó los ecos con los crujidos de los icebergs y los ruidos fúnebres del campo de hielo, duró largas horas y produjo algunos desperfectos de poca consideración en el buque.

También entre los varios efectos que causó hubo el de alejar por algunas horas á los osos.

El día 31 pudo juzgarse de los efectos de la tempestad. La *Estrella Polar*, inclinada sobre su basada, había separado las armaduras de acero de ésta de modo que todo su peso cargaba sobre la quilla: una profunda grieta se abría delante de su roda y esa circunstancia hacía prever la libertad próxima.

Pero los animales hambrientos reaparecieron y se llegaron á contar cuarenta otra vez alrededor del buque. Era fácil conjeturar que las fieras no tardarían en hacer una nueva tentativa de asalto contra el steamer.

Efectivamente, á los dos días se verificó, y el ataque fué tan completo y tan unánime que después de haber muerto los marinos con sus carabinas y cañones-revólveres una docena de asaltantes, debieron sin embargo aquéllos batirse en retirada y encerrarse en el interior del navío. Entretanto había sido preciso echar al campo de hielo el cadáver de Schnecker. El traidor no había tenido siquiera los honores de la sepultura y los plantígrados habían devorado sus restos.

A pesar del horror de esta escena, nadie había sentido gran conmiseración por ese criminal, herido en el momento mismo en que se apercibía á perpetrar el más abominable de los delitos.

Los seis animales muertos habían sido cuidadosamente despedazados, y el proverbio *no hay mal que por bien no venga* habíase justificado al pie de la letra, pues aquella aventura había proporcionado á los marinos preciosas pieles y una gran cantidad de carne fresca.

Mas era preciso á toda costa acabar con los osos que quedaban. La idea que había concebido el químico para la pérdida del navío, Huberto la aprovechó para su salvación. Sacrificó para tal objeto un tubo de hidrógeno líquido, y después de tomar consejo de sus compañeros, se decidió que se incendiaría la cubierta y que después se apagaría aquel incendio. El medio era muy sencillo. Los tubos que servían para repartir interiormente el gas, fueron por unos instantes puestos en comunicación con el exterior. Se dispuso cuanto era necesario para interrumpir la corriente á la primera señal. Luego todas las espitas fueron abiertas á la vez y proyectaron 400 metros cúbicos de gas sobre la cubierta. Bastó introducir allí la llama de una estopa colocada al final de una pértiga para provocar la inflamación inmediata del hidrógeno.

Una verdadera tromba de fuego barrió el navío de proa á popa con una rápida deflagración y con un ruido formidable.

La arboladura del buque no padeció apenas, y en cambio los huéspedes de cubierta que parecían estar allí muy cómodamente, quemados de un modo horroroso por aquel desencadenamiento de un infierno artificial, dejaron una docena de muertos ó moribundos sobre el navío, en tanto que el resto huía lanzando aullidos de dolor y espanto.



El ataque fué tan completo y tan unánime...

Fué el final de aquel largo sitio que había durado dos semanas. El medio empleado dió además por su violencia un resultado que no se esperaba. Bajo aquella temperatura de 1.700 grados el hielo que rodeaba la *Estrella Polar* se fundió hasta una profundidad de tres pies, y el buque vió abrirse nuevamente el camino de regreso. Lo que en los días anteriores era una hendedura se convirtió bruscamente en una ancha faja de agua, y el sol de abril con su calor más largo y por ende más benéfico aumentó el efecto producido por aquella violenta cuanto feliz tentativa.

Desde la verga más alta, el vigía avisó que grandes trozos de campo iban ya á la deriva. Los osos habían huído; se bajó sobre el hielo y se quitó la armadura que resguardaba el buque, formándole la cuna de ballestas. El steamer, rompiendo al cabo el hielo, reposó segunda vez en el agua.

En fin, el 15 de abril se abrió un canal de agua ante el buque. Todo estaba presto para la partida.

La *Estrella Polar*, después de estar dos días bajo presión, dió su primera vuelta de hélice. El espolón de acero revestido de cobre se hundió como una cuña entre los bloques disgregados y empezó la batalla contra los témpanos.

No fué, sin embargo, tarea fácil vencer todos los obstáculos que sin cesar se presentaban delante del valeroso buque; pero la heroica tripulación había triunfado de dificultades algo más temibles. Un ardor invencible la animaba: todos querían volver victoriosamente á su patria.

Cuando, lejos ya de la isla Courbet, se vió que las proporciones de ésta disminuían y que ante el tajamar del buque se abría el Océano libre, resonó en el buque un himno de alegría y de gracias en honor del Dios que de tantos riesgos y peligros había salvado á los que sobrevivían. Durante aquella expedición habían tenido que deplorar muchas desgracias y hasta habían conocido la traición; de cuarenta y tres que habían salido de Cherburgo volvían veintiocho, y aun quizá se perdiera algún otro compañero, pues había ocho enfermos á bordo; pero la esperanza había nacido en todos los corazones al sentir los primeros efluvios de la vieja Europa que el mar Océano besa y fecundiza.

No había que pensar en volver al cabo Wáshington, sino en aprovechar las ventajas que ofrecía una primavera prematura y excepcionalmente cálida; así es que se abandonó la casa de madera. Cualquiera expedición futura se tendría por dichosa encontrando allí un asilo preparado, con provisiones cuidadosamente encerradas en cajas construídas *ad hoc*. Además era preciso asegurar cuanto antes á los enfermos un medio de mejorar su situación, si es que era tiempo todavía.

. . . .

Fué verdaderamente un gran día aquel en que la *Estrella Polar*, después de dos meses de una dura navegación, echó el ancla en Cherburgo. Pero ¡ay!, durante el camino y cuando se estaba frente de las costas escocesas, murió la pobre Tina Le Floc'h en brazos de su querida Isabel, quien no la abandonó un momento, prodigándole toda suerte de consuelos.

La joven no podía consolarse de aquella muerte y llevó luto por su nodriza, habiendo dispuesto que la enterraran en su querida tierra de Bretaña, tierra natal en donde había querido descansar. Muchos días hubieron de transcurrir antes de que se disipase la nube de tristeza que cubría el rostro encantador de la señorita de Keralio.

Pero no pudo por menos de sentirse halagada ante las aclamaciones delirantes con que fué acogida en París su presencia.

Todos los supervivientes de la expedición fueron partícipes de su gloria, como lo habían sido de sus penalidades. El Presidente de la República quiso recibirlos y felicitarlos en el Elíseo. Los ministros y sociedades científicas les colmaron de distinciones y recompensas. Se aplaudió el decreto que confería la Legión de Honor á la heroica francesa, cuyo nombre figuró entre los de los Sres. Keralio, Lacrosse, d'Ermont, Pol, Hardy, Servan, Le Sieur y Guerbraz, y se concedieron medallas de oro conmemorativas á los demás individuos de la valerosa tripulación.

En el banquete que se les ofreció dijo el Sr. de Keralio, contestando al ministro de Marina:

«Sí, señores, hemos podido alcanzar el polo en honor de Francia; pero hemos hecho más todavía abriendo el camino á otros exploradores.»

Y como el comandante Lacrosse dijera:

–¡Es lástima que la *Estrella Polar* no pudiera forzar por sí misma la barrera!

–Comandante, replicó Huberto, tranquilizaos; nuestro primer esfuerzo ha sido feliz. Cuando queramos empezar de nuevo *nuestra* prueba, lo haremos en un navío de hierro que reciba su impulso de esos medios todopoderosos que la ciencia ha puesto

en nuestras manos. Aquel día, querido comandante, romperemos con dinamita la muralla de rocas que encierra el polo y plantaremos los colores franceses en las orillas del lago central que atraviesa el eje del mundo.

Aquellas palabras de generosa confianza fueron saludadas con generales aclamaciones.

Los exploradores debían después gozar de un reposo que tenían bien ganado. Todos los que habían tomado parte en aquellas fatigas y trabajos inconcebibles fueron invitados á las fiestas que no tardaron en celebrarse en honor del casamiento de Isabel de Keralio con su primo Huberto d'Ermont. Aquel día el novio pudo poner en la canastilla de su novia el despacho de capitán de fragata y el que otorgaba á Marcos d'Ermont, individuo de la Academia de Ciencias, la roseta de la Legión de Honor.

Y como el matrimonio se celebró durante los primeros días de invierno, se renovaron las maravillas del cabo Ritter y Fuerte-Esperanza y de la *Estrella Polar*. Los salones de á bordo fueron alumbrados eléctricamente y caldeados por el hidrógeno; se hicieron excursiones por la rada de Cherburgo, á bordo del submarino *Gracia de Dios,* y diez soberbios osos blancos, presididos por Guerbraz, fueron á felicitar á los recién casados en dialecto céltico y franco-canadiense del siglo décimoséptimo. En fin, un castillo



de fuegos artificiales brilló sobre la cubierta de la *Estrella Polar* para recordar el famoso incendio que hicieron preciso los osos.

–¡Bah!, decía Guerbraz, resumiendo la común impresión: aun cuando todo es hielo en el polo Norte, no hace sin embargo frío bastante para helar los corazones de la gente honrada.

Traducción de Augusto Riera

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO SISTEMA PARA PREVENIR LAS COLISIONES DE TRENES. SISTEMA PELLAT

En estos últimos años han ocurrido muchos accidentes ferroviarios, y de ello deduce el público, no sin razón, que los sistemas actualmente adoptados presentan defectos, sea teóricos, sea prácticos. Es, pues, de interés dar á conocer un sistema fundado en un principio completamente distinto del que sirve de base al *block system,* que es el que hoy en día se emplea.

M. Pellat, profesor de Física de la Sorbona (París), ha inventado un conjunto de aparatos que vamos á describir. La vía está dividida en secciones de 50 á 100 kilómetros, y en medio de cada sección hay un *puesto-vigía* en donde un empleado conoce á cada momento la posición de todos los trenes que circulan en su sección. He aquí cómo puede obtenerse este resultado.

En el puesto-vigía, un movimiento de relojería hace girar un cilindro sobre el cual pasa una tira de papel impregnada de yoduro potásico: sobre el papel apóyase una aguja de acero que termina en una punta de platino R (fig. 2), la cual está unida por medio de un alambre á un pedal Q colocado sobre la vía. Por otra parte, el eje E del cilindro está en comunicación con el polo negativo de una pila P cuyo polo positivo comunica con la parte inferior del pedal. Cuando pasa un tren, su peso hace que el pedal baje, con lo que se cierra el circuito, el yoduro potásico se descompone en el punto en que la aguja toca el papel, y el yodo puesto en libertad se manifiesta por un punto negro.

En la longitud de una sección puede disponerse un pedal á cada kilómetro, y cada uno de estos pedales va unido por medio de un alambre especial á una aguja del puesto-vigía y todas estas agujas están dispuestas á lo largo de una generatriz del cilindro. Cuando un tren oprime á su paso un pedal, la aguja correspondiente que lleva un número, reproducido en el pedal, marca un punto negro sobre el papel yodurado. De suerte que siempre sabe el empleado sobre qué pedal acaba de pasar un tren y ve, por ejemplo, si un tren expreso amenaza embestir por detrás á un tren ómnibus ó si dos trenes lanzados en la misma vía en sentido inverso van á chocar, etc., catástrofes que puede impedir, puesto que puede avisar á los maquinistas de estos trenes.

En efecto, en el centro del intervalo comprendido entre dos pedales hay lo que se llama el *aparato de contacto*, que consiste en un tambor metálico de unos 80 centímetros de diámetro y 20 de altura. La locomotora lleva un cepillo metálico de fibras horizontales que en el momento de pasar el tren hace girar el tambor, el cual está todo él protegido contra la lluvia, la nieve y el granizo por medio de una caja de hierro galvanizado: sin embargo, en los dos extremos de un mismo diámetro A y A' (fig. 3) el tambor sale por fuera de la caja y estas partes son precisamente las que toca el cepillo de la locomotora. Como este cepillo es muy largo (1'30 metros), puede establecer una comunicación metálica con el tambor, aun cuando las partes salientes de éste, es decir, las no protegidas por la caja, estén cubiertas de nieve, puesto que hace girar el tambor.

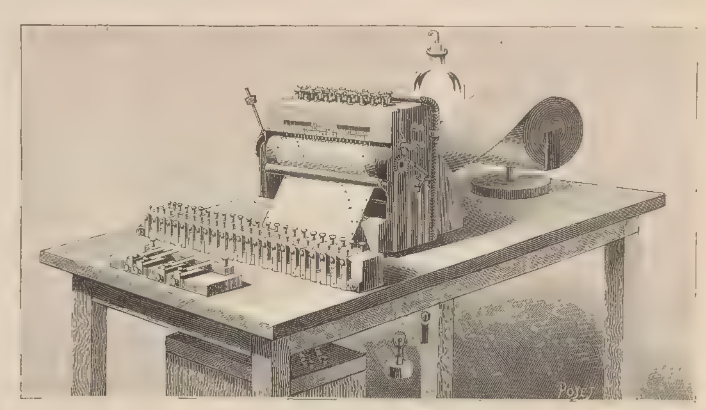


Fig. 1. Aparato registrador de la marcha de los trenes, sistema Pellat

En el puesto-vigía hay dispuestos en fila, como teclas de un piano, *conmutadores de desencajamiento*, cada uno de los cuales lleva dos números, los de los pedales entre los que se encuentra el tambor con el cual va á entrar en comunicación el conmutador. Cuando el empleado pone el dedo sobre un conmutador, una pila hace funcionar un revelador de corrientes que pone en comunicación la pila con el tambor de que hemos hablado. El cepillo de la locomotora, eléctricamente aislado de la masa metálica general de la máquina, comunica con uno de los extremos del hilo de un *electro-imán Hughes* cuyo otro extremo comunica, por medio de una pila montada en la locomotora, con ésta y con el riel. Por consiguiente se tiene un circuito cerrado cuando un tambor está en contacto con el cepillo de la locomotora: en este momento desencájase el electro-imán y ese desencajamiento pone en acción un silbato de vapor cuyo ruido avisa al maquinista.

Como se ve, el maquinista no tiene que mirar á lo lejos las señales ópticas que la niebla, por ejemplo, puede hacer difíciles de ver, sino que es avisado por un sonido agudo que se produce en su misma máquina y que no cesa hasta que el mismo maquinista ha vuelto á encajar la armadura del electro-imán: de modo que es bien difícil, como se comprenderá, que no haga caso de esta señal.

Fig. 2. Esquema del aparato

La figura 2 representa esquemáticamente el conjunto del sistema Pellat: la aguja J está en comunicación con el pedal Q, mientras que el cilindro E está en relación con el polo negativo de la pila P, situada en el puesto-vigía. El conmutador de desencajamiento F está unido al polo positivo de la pila *n*, que hace funcionar el relevador R y permite comunicar el tambor U con el riel V. Para todos los pedales sólo hay un alambre de retorno, utilizado también para el circuito de la pila, con la que puede comunicar cada conmutador. Todos los alambres que van desde el registrador á los diversos pedales están contenidos en un cable subterráneo que tiene aproximadamente un dedo de grueso y cuya cubierta de plomo sirve de alambre de retorno.

Desde un puesto-vigía se puede comunicar también con las estaciones situadas en la sección en donde el puesto se encuentra. Por medio de otros conmutadores G y del alambre N (fig. 2) puede hacerse funcionar en las estaciones una señal óptica ó acústica para avisar la proximidad de un tren.

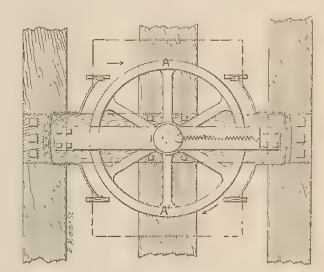


Fig. 3. Tambor que sirve para poner en relación la locomotora con el puesto-vigía. – A, A'. Los dos extremos del diámetro del tambor que salen fuera de la caja protectora y con los cuales roza el cepillo metálico que va en la locomotora.

La figura 1 representa un modelo que ha sido enviado á la Exposición de Chicago: en primer término se ven los conmutadores mediante los cuales se establece la comunicación con las estaciones, en el segundo los conmutadores de desencajamiento y en el último las agujas del aparato registrador. La vía, que no está figurada en el grabado, tiene una longitud de siete metros y presenta veinticinco pedales, y en ella se mueven dos pequeñas locomotoras por medio de las cuales pueden realizarse los varios casos posibles de colisiones de dos trenes.

En resumen, el sistema de M. Pellat presenta múltitud de particularidades interesantes: en cada momento se conoce la situación exacta de todos los trenes que circulan á lo largo de una sección, y puede establecer una comunicación inmediata con uno ó varios maquinistas y advertirles, por medio de una señal que necesariamente han de oir porque está situado en la misma máquina, que hay peligro de colisión y que deben por lo mismo disminuir su velocidad y hacerse bien cargo de la situación.

Ningún otro sistema presenta reunidas todas esas ventajas, y es de esperar, por consiguiente, que será ensayado y que la práctica sugerirá sin duda las modificaciones de detalle que acaben de perfeccionarlo.

León Dufour

EMIGRACIONES DE PECES

En la memoria anual recientemente publicada por la Comisión de pesquerías de Escocia hay consignados datos y experimentos muy interesantes acerca de las emigraciones de los peces destinados á la alimentación del hombre.

El estudio de las emigraciones de los arenques y bacalaos, por ejemplo, ha cautivado durante muchos siglos la atención de los sabios; pero sólo desde hace cuatro años, es decir, desde que la Comisión de Pesquerías comenzó sus experimentos, ha sido posible recoger algunos datos exactos sobre esta cuestión.

El procedimiento seguido por los comisarios encargados de las observaciones sobre las emigraciones de los peces ha sido el siguiente: una vez pescados los peces se les marcaba con un número de orden, se les inscribía en un registro y luego se les soltaba, ofreciéndose una pequeña prima á los pescadores que habiéndolos luego pescado los llevaban á la Comisión.

La operación de marcar los peces resultaba muy complicada. Ensayóse sin resultado el color, adoptóse luego el sistema de marbetes, y únicamente el latón pareció reunir las condiciones necesarias. Entonces se fabricaron delgados discos circulares que se ataron á la cola de los peces por medio de alambres de aluminio; desgraciadamente á la larga el agua del mar hace muy frágil este metal, por lo que tal procedimiento hubo de ser abandonado. Por último, el método más reciente y hasta ahora el mejor consiste en fijar en medio de un anzuelo minúsculo en la parte dorsal del pez un diminuto marbete de latón oblongo con un solo número.

Unos cuatro mil peces de más de veinte especies distintas han sido pescados, marcados é inscritos como hemos dicho y arrojados nuevamente al mar, la mayoría de ellos en la embocadura del Forth y la bahía de San Andrés. De las 1.250 platijas inscritas, la Comisión ha recuperado 103: el tiempo medio entre el momento en que se las soltó y el en que fueron pescadas de nuevo fué de 239 días, y la distancia media recorrida de unos diez kilómetros. De las observaciones hechas sobre las platijas resulta que éstas tienden á permanecer cerca de las costas, á lo largo de las cuales se escalonan lentamente, pero siguiendo una dirección bien definida. De 337 limandelas se recuperaron 11 que habían recorrido una distancia media de 22 kilómetros y algunas llegado hasta 60: la duración media de libertad para las limandelas no fué sino de 178 días, lo cual demuestra que estos peces cambian de lugar con mucha más velocidad que las platijas, pero sin seguir una dirección particular. De 196 bacalaos se recogieron 10, algunos de los que, en 74 días, por término medio habían recorrido 83 kilómetros.

Los comisarios han repescado dos rayas de 71, un rodaballo de cuatro, un lenguado de 173 y en cambio no han recogido ni un solo salmonete de 69, lo cual demuestra que estas diversas especies de peces cambian de residencia muy de prisa ó que emigran demasiado lejos para que sea posible, á lo menos por ahora, seguir y anotar sus evoluciones.

Aunque estos experimentos no han dado hasta ahora resultados definitivos, es de esperar que con el tiempo proporcionarán indicaciones preciosas para la ciencia ictiológica.

(De *La Nature*)



GRANADA. – VENDEDORES DE CARBÓN, dibujo de Isidoro Marín

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XII — Barcelona 13 de noviembre de 1893 — Núm. 620



PUERTA EN EL PATIO DE LOS NARANJOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA,
dibujo á la pluma de Manuel García Rodríguez

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Aunque adrede apartáramos los ojos de Africa para convertirlos á cualquier otro punto ú objeto, no podríamos, por el imperio que con sus fascinaciones hoy ejerce sobre nosotros esta parte del mundo. Ya se ve: tenemos allí empeñado en lucha desigual y terrible lo mejor de nuestra sangre y vida, el ejército español, tan audaz en sus acometidas como sufrido en sus resistencias, valeroso hasta la temeridad en el arranque y en el empuje, resignado hasta el martirio en todos los trabajos y en todas las adversidades. No conozco marcialidad como la nuestra en gente ninguna. Cuando topáis en vuestros viajes con un soldado alemán, veis en seguida cuanto por ajustarlo al tipo de su clase han hecho la ciencia y el estudio, sobreponiendo una segunda naturaleza bélica, resistente y fuerte, sobre su propia naturaleza germánica, bonachona y dulce. No así en España. Vestís á un muchachuelo de soldado y parece haber vivido en la milicia desde sus primeros días y nacido militar hecho y derecho. Esta indómita complexión española, de un individualismo tan ajeno á toda disciplina y obediencia, posee flexibilidad tan maravillosa, que á la menor imposición de conciencia se acomoda con lo pedido por el deber, trocándose por esta virtud suya sin esfuerzo y con espontaneidad, siempre que de lo militar se trata, el imberbe recluta en veterano perfecto á los pocos días de cuartel y ejercicio. No necesitábamos que nos instruyera la experiencia en aquello contenido dentro de nosotros y que constituye nuestro moral patrimonio; pero si la pena causada en todo ánimo patriota por este adverso caso del choque tremendo en Melilla, choque tan inesperado é importuno como terrible, puede mitigarse con algo, es con la consideración de que ahora como siempre ha mostrado el ejército su antiguo valor, que lo coloca sobre todos los ejércitos del mundo, y la nación esta identidad fundamental de todos sus hijos en las mismas ideas y en los mismos propósitos, cual si tuviesen un alma sola; identidad por la cual nos hemos salvado de cien conflictos y conseguido vencer á la fatalidad y al destino, grabando los blasones y timbres del imperio español de los arenales de Marruecos á las maniguas de Cuba.

Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más enérgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja en mucho al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores alemanes que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose de la gran deficiencia de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco volente y activa. Nosotros los españoles no caeremos en semejante neurosis que Schopenhauer lamentaba en los germanos. ¡Ah! Nosotros aborrecemos y amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto al estoico Catón en trance de matarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del dictador todopoderoso, los republicanos andaluces, los últimos republicanos, diéronle tal susto en sus campos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Marco Tulio á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas le impide cerrar el templo de Jano y hace morder el polvo á las legiones de Agripa. Levanta y reconstruye Carlomagno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los sultanes hasta los papas, y España disipa tal encanto en Pavía. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún monarca se atrevió á cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquél un primer golpe que precedió y anunció el golpe último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderón aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Si pudiera dudarse, ahí está el descubrimiento y apropiación de América.

La actual campaña de Africa ofrecerá, por la conformación del suelo y por la índole del pueblo, allí, dificultades infinitas. Comenzad por que aparece cosa del todo imposible vivir, como suelen hacer los ejércitos sobre el país, riscoso de suyo y estéril, en que apenas hay otra cosecha sino los chumbos, y que pide hasta en los viajes más cortos una copiosa provisión móvil y ambulante de todo lo necesario á la más vulgar y rudimentaria subsistencia. Hoy mismo no se puede ir de Argel á Fez sino con una escolta semejante á un ejército, aunque sólo se bordea el Rif, impenetrable casi á los viajeros. Pero ¿qué digo á los viajeros? El mismo emperador de Fez y las mismas tropas regulares ó moros de Rey, cual se llaman en la lengua nuestra, no pueden someter aquellas rebeldes tribus ó kabilas que componen verdaderas compañías guerreras casi nómadas y del todo insumisas, las cuales meten á sus pequeñuelos y mujeres en madrigueras semejantes á las del topo y se meten ellos en cavernas semejantes á las del tigre. Así un emperador de Marruecos tiene que pasar la vida combatiendo con aquellos mismos á quienes llama vasallos, y conquistando por el hierro y el fuego, por el combate perpetuo y el exterminio radical, las mismas tierras que ha recibido en herencia. El emperador Ismael, quien recuperó Tánger de los ingleses y entabló relaciones diplomáticas con Luis XIV, una especie de Pedro el Grande marroquí, durmió trece años vestido y con armas. El último sultán Sidi-Mohammed, á quien los franceses vencieron en Isly, nosotros en Tetuán, debió tales sendas derrotas más que á la voluntad é iniciativa de los cristianos, á las resistencias é indocilidades é insumisión de sus gentes. Nunca se han posesionado los emperadores por completo del berberisco. Cada villorrio de éstos aparece como un atrincheramiento y cada hogar de sus respectivos jefes como una fortaleza. Tienen presteza y nerviosidad de gamos, furor y crueldades de tigres. Las gumías y los rifles hállanse tan apegados á ellos como á los leones sus garras y como á los jabalíes sus colmillos. Se parecen menos al tigre que los árabes, por más francos; pero entre todas las tribus guerreras del planeta no se conoce ninguna tan irascible. Al ladrón le cortan la mano derecha y el pie izquierdo si el robo es de poca consideración, y le traspasan los ojos con un hierro candente si es considerable. La venganza y el desquite personales con todos los horrores de la ley del Talión reinan allí sin restricciones y sin límites. Todo jefe de tribu presenta el cuerpo acribillado de cicatrices por haberle malherido en cien ocasiones diversas el filo de la gumía esgrimida y la bala del rifle disparada por aquellos mismos que le aclamaran y le siguieran en mil combates. Por el agua se derrama en aquellos riscos y desiertos bereberes tanta sangre que podrían llenarse y henchirse las disputadas cisternas. ¡Cuán avizores los ojos para columbrar el enemigo lejano; cuán abiertos los oídos para percibir cualquier hostil rumor; cuán husmeadoras las narices de todo rostro adverso conocido por el olfateo con la infalibilidad del instinto! Cuando disparan los capitanes de aquellas compañías los dos tiros litúrgicos, equivalentes al toque de rebato nuestro, aunque se hallen solos, congregan en seguida tanto número de soldados, idos al usual y antiguo llamamiento, que parecen habitadas las entrañas del subsuelo y resucitados los muertos.

Pero ¡ah! la vecindad de tales gentes al Estrecho gaditano, quizás el sitio más importante de toda la tierra, por abrir á los pueblos del Atlántico las vías del Mediterráneo y á los pueblos del Mediterráneo las vías del Atlántico, les asigna un papel tan extraordinario en los conflictos europeos, que á cada paso se os presentan como los protagonistas de la historia contemporánea, cual hoy lo son á todas luces. Así no hay cuestión alguna en Europa, ni la cuestión de Oriente, que alcance la gravedad inmensa del problema berberisco, la cuestión de Occidente. Inmóviles en su tradicional barbarie; refractarios á los progresos industriales y científicos; resueltos á que la vida culta en ellos no penetre, ni los despierte la máquina de vapor con sus silbidos, ni los ilumine y esclarezca el reflector eléctrico que convierte las centellas homicidas, el relámpago y el trueno, en benéficos rayos de luz vivificante, podrían, si los dejásemos de la mano, volver á los tiempos de nuestras madres, á los tiempos de nuestra infancia, cuando no podían arriesgarse las mozas y los mozos levantinos por las playas de su encantado mar azul, temerosos de que surgiera en sus carabos el pirata y los llevase á las mazmorras y á los harenes del más deshonroso y rudo cautiverio. Dejar la guarda del hercúleo canal y del extremo de nuestros viejos continentes y del espacio comprendido entre la boca del Moluya y la boca del Mediterráneo y del camino hacia las dos Américas en manos tan audaces y aviesas como las marroquíes, ¡ay! tiene inconvenientes tales, que nos obliga y constriñe al cumplimiento de una finalidad tan humanitaria como refrenar los crueles instintos de semejantes fieras y someterlos por fuerza y por necesidad al yugo de la civilización y sumergirlos en el movimiento de todos los progresos. Y para ilustrar el espacio comprendido entre los dos mares y el Atlas, que llamamos imperio de Marruecos, no hay nación alguna en el mundo con las aptitudes, con las cualidades, con la indisputable idoneidad nativa del pueblo español, destinado á ello por el espíritu suyo, por el tiempo en que ha vivido, por el espacio donde se dilata, por Dios y su Providencia.

Así, pues, ya que un unánime consentimiento de todos los pueblos desinteresados y una herencia de glorias y recuerdos inmortales y unos decretos tan categóricos é imperiosos como los que formulan la Geografía y la Historia en el asunto del predominio natural de los pueblos cultos sobre los pueblos atrasados, deciernen Marruecos á nuestra protección, debemos estar todos los españoles á una convenidos por tácito pacto en no forzar los hechos hasta encontrarnos plenamente seguros del debido logro de nuestras seculares aspiraciones, que nos exigen robustez en el cuerpo, suma de fuerzas, concierto en hacienda y en administración, desahogo económico, disciplina social, regreso de nuestras perturbaciones tradicionales al orden indispensable para todo continuado esfuerzo y para toda gran empresa. Mirémonos en el espejo de lo acaecido á Italia últimamente. Quizás Túnez le hubiera sido reservado por Europa, si no se impacienta en el deseo vivo de la consecución del codiciado logro y no sacude con sus propias manos un árbol del cual no debía probar la fruta. El problema de Marruecos, planteado por nosotros á deshora, puede producir la guerra europea; y la guerra europea puede traernos, si por modo indirecto y como de soslayo entráramos en ella, tremendas responsabilidades. Ya sabemos que una gran parte de la opinión inglesa pide la restitución de Tánger, adquirida para la península por Alfonso de Portugal el Africano y regalada por los traidores Braganzas á los Estuardos restaurados en odio á España, como si fuera todavía una parte integrante de Inglaterra, cuando la perdieron hace dos siglos, y que otra gran parte de la opinión francesa pide toda la banda oriental del Mogreb confinante con Argelia; por lo cual nosotros debemos mantener la estabilidad de tal territorio bajo su actual emperador y sostener el fiel en la balanza con ánimo de que no comience un reparto, en el cual, saliendo bien librados, podíamos obtener una porción, tocándonos, como nos toca, el todo, que alcanzaremos con un poco no más de habilidad, espera y paciencia. Interésanos después de haber desconcertado á Bismarck en el asunto de las Carolinas con tanto acierto como fortuna, no hacer ahora el juego de Bismarck, indisponiendo á Francia con Inglaterra, para que, triunfe quien triunfe, quede todo el continente, bien á merced y arbitrio de Alemania, bien á merced y arbitrio de Rusia. Bismarck sueña con indisponer á Inglaterra y Francia por Tánger, cual indispuso á Italia y Francia por Túnez. Y así como cuando tuvo poder llevó los hechos por ese camino, ahora que sólo tiene influencia lleva por ese camino las indicaciones. Y contra nuestros intereses designa el objetivo de Tánger á Inglaterra, y contra nuestros intereses designa el objetivo de Touat y de Fidjid á Francia, para que choquen allí con estrépito, y dado ya este choque tenga que arrastrar á Italia Inglaterra en su auxilio, é Italia tenga que arrastrar los dos Imperios de la triple alianza. He ahí el abismo que oculta en su seno la pavorosa cuestión de Occidente. Hay que bordearlo á toda prisa, quedándonos en nuestra saludable neutralidad y reteniendo el Estado marroquí en su *statu quo* habitual. Castiguemos con un gran escarmiento á los moros del Rif, escarmiento tan rápido como ejemplar, y volvamos, después de satisfechos, al hogar donde nos llaman el culto á nuestra joven libertad y el cuidado de nuestra convaleciente Hacienda. Así sea. – E. C.



GRITO DE GUERRA, dibujo de R. Caton Woodville

ORILLAS DEL DEVA

CARTAS Á LA SEÑORITA DOÑA EMMA DE MADRAZO

I

Fres del Val, 3 *de septiembre de* 1893.

¿Lo recuerda usted, mi gentil amiga, *ma gento damo*, como dicen los trovadores provenzales? ¿Recuerda usted aquellas excursiones, tan deliciosas, y para mí tan inolvidables, por las cercanías de la solitaria Alzola? ¿Recuerda usted, sobre todo, la última, la que realizamos hace apenas cuatro días?

Por mi parte, declaro que no puedo, ni debo, olvidar el encanto de los días que juntos hemos pasado en Alzola, con esos excelentes compañeros y esa sociedad selecta congregada cada tarde á la sombra del suntuoso platanar, que tan gallardamente se eleva ante las puertas del balneario. No puedo tampoco, ni quiero, olvidar nuestras excursiones á la pintoresca Elgóibar, á Plasencia y su magnífica fábrica de armas, á Eibar glorificada por su opulenta industria, á Motrico, la patria del inmortal Churruca, á Marquina con la solemne y misteriosa Salve cantada por sus monjes de rozagantes capas blancas, y á todos esos otros lugares deliciosos, que tanto hubieron de impresionarme y tan halagadores recuerdos me dejaron.

La verdad es, amiga mía, que siento añoranza de ellos... y también de usted. Precisamente, por serme tan gratos, son de mí más añorados. Y permítame que se lo diga con este vocablo catalán tan determinadamente explícito y tan propio, del que hacen uso provechoso Emilio Castelar y Marcelino Menéndez Pelayo, sin embargo de no ser admitido aún por la Academia, y que su esclarecido padre de usted, nuestro sabio compañero de ella, nos ayudará de seguro á recibir y á fijar algún día en el Diccionario de la lengua.

Y al llegar aquí, pues que acabo de citar á su señor padre, no debo pasar adelante sin consagrarle un recuerdo. Hemos hablado de él repetidas veces, y usted sabe por consiguiente hasta qué punto le estimo y respeto, como á todos los Madrazo, que es una verdadera dinastía de príncipes del arte y de la ciencia. Desaparecieron ya los hombres de la *Vieille Garde*, como decía Napoleón en uno de sus más supremos instantes de prueba. Quedan ya muy pocos. Por fortuna Pedro Madrazo es uno de éstos. En tiempos que hoy son verdaderamente prehistóricos, más que por lo lejanos por lo olvidados, contribuyó al renacimiento literario, científico y político de nuestra España querida, junto con aquella hueste y aquellos hombres de fe, de virtud, de ideal y de patriotismo, á quienes tanto parecen desdeñar hoy muchos que sin ellos no hubieran existido. No soy yo de éstos. Nunca comulgué con la ingratitud y la injusticia. Por esto consagro siempre en mis pobres escritos un tributo de honor á los que fueron, y hoy, en la personalidad ilustre de su padre de usted, un saludo de respeto á los que son.

Y dicho ya esto, vuelvo á mi punto de partida. Decía, ó iba á decir, que vine aquí, á estas tierras de la noble Burgos, y á las ruinas de Fres del Val, donde me hospedo, en compañía de todos aquellos recuerdos de Alzola y con la añoranza de ellos. Y como considero que uno de mis primeros deberes es el de escribir á usted, así lo cumplo, ante todo, al llegar á mi primer sitio de descanso, fechando mi carta en este monumental claustro del siglo XV, que me recuerda el de Poblet, y que su actual propietaria, nuestra excelente amiga la marquesa de Villanueva y Geltrú, está inclinada á restaurar y mantener por hidalgo empeño de patriotismo y para timbre y honor del arte y de la historia.

Escribiendo á usted, amiga mía, se me imagina que prosigo conversaciones interrumpidas con la gentil dama, que á los atractivos de sus gracias y bondades de su corazón une las altezas del alma y los vuelos del ingenio, amable compañera de nuestras excursiones y centro y vida de aquellos corros que al comienzo de cada tarde se forman en el platanar de Alzola, donde, precisamente á esta hora en que pongo estas líneas, se departe tan agradablemente, con tanto derroche de ingenio y tanto primor de discreteo.

Así, pues, *ma gento damo*, y siguiendo nuestras interrumpidas conversaciones, ¿recuerda usted nuestra excursión de hace cuatro días?

Ibamos costeando las orillas del peñascoso Deva, de ese río que en lugar de recibir su nombre al nacer, lo recibe al morir, como sucede precisamente á los inmortales. ¡Qué orillas más deliciosas, ¿verdad? A cada paso, bosquecillos de olorosos manzanos con sus copas cuajadas de rubicundas ó amarilleadas pomas; á cada revuelta, casitas, chozas, ermitas ó caseríos, que parecen tener algo de invenible por lo que tienen de ocultos y perdidos en aquellas profundidades de castañares y robledales de inculta espesura; y siempre, á cada momento, profusamente tendidos por todo lo largo del camino, hermosos grupos, ó mejor tupidos macizos de helechos, que parecen puestos adrede para saludar al viajero con sus bordadas y columpiantes ramas, á manera de penacho de sueltas y onduladoras plumas.

Ya recordará usted como, al terminar nuestro almuerzo en Alzola, decidimos de repente irnos á la cercana villa de Deva, para asistir al espectáculo de la marea viva, la pleamar, que según opinión de gente entendida, debía ocurrir á las cuatro de la tarde de aquel mismo día, 29 de agosto. Salimos de Alzola en animada caravana y en ligeras cestas, todas con su entoldado zarzo, por aquella hermosa carretera donde se va como por un paseo, gracias á recibir especial y constante cuido; con lo cual ni su firme se quiebra, ni sus guijos se hacen polvo, ni su polvo barros. Así son generalmente, según pude observar, todas esas provincias vascas. Forman verdadero contraste con las otras carreteras de las demás provincias, singularmente de la mía, señaladas por su descuido, é impracticables por su polvo, sus barros y sus baches.

Al llegar á Deva, de quien toma nombre el río al morir en los brazos de la mar, asistimos á un grandioso espectáculo. El río, ó quizá, para decirlo con más propiedad, la ría, estaba imponente y soberbia. El agua llegaba ya á su mayor altura, cubriendo casi los ojos del puente que une las dos orillas. Aquel entonces opulento Deva, que pocas horas antes era sólo un arroyo, cuyo cauce, más que lecho del agua, parecía serlo de una cantera por el gran número de peñas que en él se aglomeran y atumultúan; aquel antes mísero Deva se nos presentaba á la sazón lleno de agua de borde á borde, de mar á mar, como con orientalista frase dicen los del país, solapando todo lo que enseña los demás días, sin asomar ni el borde de un canto, y pareciendo, al contrario, que todas aquellas peñas amontonadas en su fondo se habían trocado por arte de magia en ligeras y flotantes barquichuelas que surcaban su límpida planicie.

Cortando las rizadas aguas, en que llegaban á notarse los vuelcos del oleaje, se veían barcas, esquifes y góndolas, entre ellas la llamada *Amparo*, de nuestros buenos amigos los marqueses de Valmar, con sus arreos, dorados y molduras de góndola veneciana, todas empavesadas con banderolas ó estandartes, gallardetes ó señeras, y en todas ellas hermosas muchachas con elegantes trajes de frescos y vivos colores, bateleras improvisadas, que con el arresto de la mocedad y la codicia del placer, volaban de una en otra orilla, juguetonas, arriscadas, indiferentes al peligro y atentas solamente al goce.

La carretera que cruzamos sigue las ondulaciones del río, y á su vez las ondulaciones de la carretera son seguidas por el tren, que recientemente inaugurado, viene á enturbiar con la peste de su humo la nitidez de aquella atmósfera perfumada, y á despertar con sus silbidos de fiera y sus rugidos de monstruo los ecos dormidos de las montañas. Es realmente curioso ver lagartear por entre riscos al rampante tren de vía estrecha, que allí, movedizo y culebreante, perdido entre aquellos peñascos, sorteando abismos, escalando cuestas, describiendo curvas y desprendiéndose fragorosamente por atrevidas pendientes, parece, visto de lejos, un juguetón tren de muñecas, uno de esos diminutos caminos de hierro que mueven á su placer los niños por las pulidas superficies de planchas metálicas. Y sin embargo, es aquella una vía férrea que asombra, y que, más que asombra, espanta. Prescinde muchas veces de túneles para darse el placer de proyectar arriscadas curvas al aire libre, bordeando profundas simas, como quien ama el peligro, sin pensar que es frecuente en quien lo ama perecer en él.

Podrá ser lo que decía nuestro ilustre amigo Gabriel Rodríguez, que tanto respeto me infunde por su sólida instrucción y por sus vastos talentos, y también por la firmeza y el valor heroico con que se apartó un día del campo político, donde hubiera podido intentarlo todo y serlo todo. Podrá ser, repito, y será, lo que nos decía Gabriel Rodríguez, de que esa vía férrea es tan perfecta como puede ser la que más, y que no tiene ni mayor ni menor peligro que otra cualquiera. Será así, no lo dudo; pero ¿quién le pone puertas al campo?, ¿quién á la fantasía?, ¿quién al miedo?

El que viaja en este tren, llamado recientemente con mucha oportunidad por un distinguido redactor de *El Imparcial* el tren de los suicidas, va con el alma pendiente de un hilo, sobre todo en el trozo de vía que enlaza á Zumárraga con Vergara. El tren pasa allí rozando abismos que da espanto mirar; baja, ó por mejor decir, se despeña por pendientes que aterran; describe curvas que azoran por lo inverosímiles... No es un viaje, no; es un sobresalto.

Y de tal suerte debe ser así, que yo recuerdo perfectamente que, al encontrarme con usted en Alzola, y al preguntarle: «¿Vino usted en el tren por vez primera?,» se apresuró usted misma á contestar, como saliendo al paso á mi pensamiento: «No, señor, no; por última.»

Atravesamos la villa de Deva por junto á su alameda, al trote de los caballos y al volar de la cesta, yendo directamente al sitio que llaman *el mirador* ó *la miranda*. Es un punto, una lengua de tierra que avanza, como si quisiera arrojarse al mar, situada en el primer recodo ó sea el primer arranque de la carretera que conduce á Zarauz y á San Sebastián. Hay en aquel sitio un antepecho de defensa, y fronteros á él, de cara al infinito, unos bancos allí puestos para brindar á los transeuntes asiento, descanso y espectáculo. ¡Qué hermoso, ¿verdad?, qué hermoso y qué soberbio miramar!

Ya una vez allí...

Pero observo que mi carta va tomando proporciones desusadas, y no es justo robar á usted tanto tiempo con la lectura de esta larga epístola, monopolizando su atención que pueden reclamar mejores y más útiles ocupaciones.

Concluyo aquí mi carta de hoy, prometiéndome terminar cuanto he de decir en la que le escribiré mañana.

Víctor Balaguer

(Concluirá)

. . . .

LA TIERRA DE LOS GITANOS

(Conclusión)

III

Pocos días después estábamos en Hungría, donde comenzamos por visitar un pueblecillo que, según nos dijeron, era el tipo de todos los del país. La calle principal, muy extensa, estaba flanqueada por casitas muy blancas; á lo largo de una especie de muelle elevábanse varias líneas de mástiles; y más allá, en una arboleda, que prestaba sombra á dos tranquilos estanques, vimos el primer campamento húngaro. De las tiendas salieron hombres que vestían como los campesinos, mujeres andrajosas con los pies descalzos, y niños desnudos y algunos muy negros. De buena gana nos habríamos acercado; pero hacía horas que recorríamos en bicicleta los senderos arenosos que en la baja Hungría llaman carreteras, y estábamos rendidos.

Llegados á Raab, era tal nuestra fatiga que apenas podíamos tenernos en pie, y así es que después de cenar preferimos acostarnos á dar una vuelta por la ciudad. Ni siquiera pregunté si se hallaban en ella los gitanos que veníamos á buscar desde Londres, pues en aquel momento no hubiera dado un paso para ver á ninguno. Sin embargo, apenas conciliábamos el primer sueño, oímos en medio del silencio de la noche una especie de suave melodía, en la que reconocí una de las czardas que tanto me agradaron siempre. Los ejecutantes eran unos gitanos que se hallaban cerca de nuestro alojamiento, y su música duró tres ó cuatro horas. En aquella primera noche que pasaba en Hungría, agradóme mucho oir sin ver; y parecíame soñar, sabiendo que estábamos realmente en la tierra de los gitanos.

A la mañana siguiente alquilamos un bote en Grau, la Roma de Hungría, pues nos proponíamos hacer una excursión por el Danubio. Ibamos sentados sobre cubierta; de pronto oí un sonido semejante á un triste lamento; al volver la cabeza observé que era producido por el violín de un pequeño gitano, sentado en un montón de cajones de una embarcación inmediata, que no dejó de tocar su instrumento hasta que el sol se ocultó tras las colinas y hasta que un fuerte resplandor nos señaló Budapest destacándose en las tinieblas. Cuando llegamos al hotel de Hungría, otra vez oímos la música, pero mucho más ruidosa: los gitanos estaban en el comedor, que en realidad era el patio, adornado con mucho verde y abundantes flores; de modo que parecía un jardín, iluminado por farolitos de color y lleno de brillantes uniformes de los oficiales húngaros y los elegantes trajes de las bellezas del país.

Los músicos, que habían dejado de tocar mientras nos sentábamos, inclináronse alrededor de una mesita, mientras que el director, sacando una bandeja, pasó de mesa en mesa, sonriendo y saludando á cada momento. ¡El verdadero gitano, que no quiere servir á nadie, y que solamente toca por gusto, pedía limosna!

Terminada la colecta volvieron á tocar; pero la música comprada por algunas monedas no tenía encanto para mí, pareciéndome lánguida y sin expresión, y salí desilusionada de allí.

En las dos semanas siguientes mi desencanto fué en aumento. Nuestro imaginario Budapest, con sus palacios de mármol y su aspecto oriental, parecía una



Gitanos de regreso de la feria

verdadera Chicago, con bulevares, luz eléctrica y máquinas. Desde nuestra ventana el aspecto era mucho más agradable, sobre todo en las primeras horas del día, cuando el sol iluminaba las colinas de Buda y los postigos verdes del palacio real.

En cuanto á los habitantes, correspondían por su aspecto á la ciudad. Los hombres vestían correctamente según la moda inglesa, y las mujeres ostentaban las de París.

Ni en Francia ni en Italia vive la gente tan al aire libre como en Hungría, y así es que cuando los nuevos amigos que teníamos en Budapest nos dijeron que los gitanos tocaban en el Margaretheninsel, isla del Danubio, nos embarcamos en el pequeño vapor que presta el servicio y allí nos dirigimos. Hasta la hora del crepúsculo nos entretuvimos recorriendo los jardines llenos de flores y visitando todo lo más notable. La orquesta de gitanos estaba ya preparada, y en ella vi algunos individuos que parecían judíos, notando también que pasaban la bandeja más á menudo que en Hungría ó en el café de la Opera.



La feria de los gitanos

Otra tarde fuimos al jardín de Volks, y era tan intenso el calor de aquel mes de septiembre que apenas se podía andar, por lo cual franqueamos en un antiguo ómnibus la extensa calle de Andrassy, donde no hay dos casas parecidas, según dicen los ciudadanos jactanciosos. Aunque el sol estaba muy alto aún, la música había comenzado ya, y entre los gitanos vi también esta vez muchos judíos. Antes de que acabásemos de tomar nuestro helado nos presentaron la bandeja dos veces.

Por más que aquellos músicos tocasen al aire libre, noté la falta de ritmo y decadencia que me habían hecho soñar en los humildes jardines Manerchor; y por otra parte los gitanos que estaba viendo, con sus levitas negras y feo traje, parecíanme más bien criados con librea.

Poco después de nuestra visita al jardín de Volks oímos hablar de la feria anual de Budapest, á la cual acuden familias enteras de gitanos que hacen el viaje desde los Kárpatos solamente para ir á vender cucharas de madera y platos ó vasijas. Todo el terreno destinado á la feria estaba ocupado por tiendas de campaña y barracas, y allí pululaban los campesinos húngaros con su acostumbrado traje, chaquetón adornado con botones de plata y botas de montar; mientras que las mujeres llevaban varias faldas sobrepuestas, el cabello engalanado con cintas de vivos colores y calzado con grandes tacones, pero contábanse no pocas que iban descalzas. Vimos allí eslovacos de las montañas con el cabello enmarañado y largo y sus chaquetas de piel de carnero; judíos polacos con mucha grasa encima; agentes de policía, y servios que vestían en parte al estilo turco. En fin, de todo había allí menos gitanos; no encontré ni uno solo.

Habíamos pasado algún tiempo entre las barracas, cuando el sonido de una música nos atrajo otra vez al punto de partida. Ocho ó diez restoranes que por la mañana estaban cerrados hallábanse ahora abiertos, y de ellos salían sonidos agudos y ruidosos á veces. Varios servios tocaban allí un pequeño y curioso instrumento, que tanto tenía de mandolina como de violín, y entre ellos vimos gitanos que se habían mezclado con la multitud sin que los viésemos, sin duda porque vestían un traje que no llamaba apenas la atención.

Entramos en una de las tiendas, y en ella vimos algunos gitanos que por su rostro atezado y su mirada tenían un aspecto más salvaje que cuantos había conocido hasta entonces; dos ó tres eran tan amarillos como los indos, y en sus ojos observé el verdadero brillo característico en los individuos de la raza, así como lo eran también sus facciones. El jefe de la cuadrilla estaba evidentemente embriagado. Al vernos entrar hizo señal para tocar una czarda, pero la música que nos dieron fué tan desagradable como el aspecto de los ejecutantes.

En nuestras correrías nocturnas por las calles oíamos á veces tocar en algunos restoranes ó casas de bebida de poca importancia; pero nunca entramos en ninguno de ellos, sabiendo muy bien que llamaríamos la atención. De muy buena gana dábamos limosna á los gitanos errantes que á veces nos salían al encuentro en el camino, los más de ellos muchachos ó niños muy graciosos; pero no así á los que pretendían ser músicos, cuando en realidad no eran más que mendigos.

Lo mismo nos sucedía cuando visitábamos los pueblecillos de los alrededores; allí veíamos siempre campesinos bailando las czardas; mas apenas echaban de ver los gitanos nuestra presencia, dejaban de tocar para pedir.

Un día fuimos á comer al brillante patio del hotel, y cuando llegamos todo estaba lleno de gente y la música había comenzado ya. No sé si fué una ilusión mía, mas parecióme que los violines y los címbalos emitían allí sus verdaderos sonidos, produciendo una música verdaderamente característica.

Racz Pal era el director de orquesta. Dijéronme que era uno de los treinta y tres hijos del más famoso gitano del mismo nombre.

Apenas hacía cinco minutos que estábamos sentados, cuando Racz Pal comprendió que su música nos producía impresión; y es que los gitanos estudian á sus oyentes hace tantas generaciones, que comprenden por instinto cuándo producen efecto en quien los escucha. Nos observó silenciosamente, y llegado el momento de presentarse con la bandeja, que no se hizo esperar mucho, preguntáronnos qué deseábamos que tocase. Por primera vez quise hablar en su dialecto al gitano, aunque sólo dije dos ó tres palabras en romaní; pero me contestó en correcto inglés con expresión muy digna; y cuando volvió á ocupar su puesto, los ejecutantes no tocaron más que czardas, valses y overturas, como los que habíamos oído en Manerchor y en Belmont.

La música no se interrumpía más que cuando Racz Pal se acercaba para preguntarnos qué más queríamos oir, y confieso que la escuché con el mayor gusto, porque evocaba en mi espíritu muchos recuerdos.



Mujer y niño gitanos de la tribu de los Giorgos

Un día de aquella misma semana, J... había salido para evacuar algún asunto y yo estaba comiendo sola en un aposento junto al patio grande, cuando de pronto oí pasos, y Racz Pal, con su bandeja en mano, apareció en el umbral de la puerta. Dejó aquélla en una silla, acercóse á mí y comenzó á hablarme en romaní con tanta rapidez, que no pude comprender bien todas sus palabras.

¿Conque usted habla romaní?, preguntéle.

– Sí, señora, contestó; no hablo otra cosa con mi gente, y por dondequiera que usted viaje, en la llanura y en Transilvania, oirá nuestro idioma.

Después de esta conversación J... y yo pensamos que sería lo más acertado aprovechar el resto del mes de septiembre para continuar nuestra correría, y resolvimos emprender la marcha el lunes siguiente.

El día de la víspera fuímos al sitio llamado «Quinta de Blocksberg,» en donde se celebraba el aniversario de un santo muy popular.

No éramos allí los únicos extranjeros; también había algunos americanos que, así como nosotros, debieron conservar un buen recuerdo de aquella fiesta. Después de cenar resonó en la puerta la música de los gitanos, que acababan de llegar bien preparados con sus violines y címbalos.



Pareja de novios gitanos


Gitanos dirigiéndose al mercado

Cuando pasamos al jardín, vimos que estaba iluminado con farolillos de colores, pendientes del ramaje de los árboles. Los gitanos fueron á situarse en el terrado para tocar las czardas, y un momento después comenzaron á llegar muchas parejas de bailarinas.

Como yo había dirigido algunas palabras en su dialecto al director de la orquesta, éste se me presentó durante el primer descanso y díjome que en obsequio mío tocaría un *tacho Romani gilli*, verdadera canción gitana. La oí con la mayor atención, y admiróme por lo apasionada y vigorosa. Dicen que los gitanos no tienen música propia; mas declaro que jamás he oído canción tan extraña ni de tan salvaje carácter como el *gilli*.

Los primeros albores de la aurora anunciaban ya el próximo día, y aún duraba el baile, que se prolongó hasta que los rayos del sol iluminaron las aguas del Danubio.

Aquella fué nuestra última noche en Budapest, la noche en que vimos realizados nuestros sueños; mas aún no existía allí el gitano perfecto; en adelante sabríamos que no se le debía buscar en las ciudades, sino en su propia casa, es decir, en los caminos ó carreteras.

IV

En un día caluroso y bajo un cielo ardiente sin nubes comenzó nuestro viaje en el tren, lleno de viajeros que hablaban alemán, húngaro ó una lengua desconocida.

Durante toda la tarde estuvimos cruzando una vasta llanura sin árboles, y al anochecer llegamos á Debreczin, pequeña ciudad húngara verdaderamente típica, donde sólo permanecimos el rato preciso para ver las mujeres extrañas con el rostro casi tapado, al estilo oriental, y más extraños aún, los hombres, con sus altos gorros de piel de carnero, que estaban esperando en la estación y ofrecían un conjunto singular.

A la siguiente mañana vimos por todas partes altas montañas, que parecían cerrarnos el paso. Jamás olvidaré nuestra llegada á Maramaros Szeget, á la pálida luz de la aurora: un centenar de hombres ó más, semejantes á otros tantos salvajes, con largas melenas de cabello lacio y muy androjosos, saltaron del tren, y á una voz de mando formáron se en línea, marchando después de dos en dos con paso militar hacia la ciudad. Nosotros los seguimos en nuestras bicicletas, juntamente con una escolta de judíos polacos. Al llegar á la plaza vimos otros muchos hombres formados en filas, silenciosos y taciturnos, y cada cual con una hoz al hombro. Yo me pregunté si aquello sería el principio de alguna rebelión de campesinos en aquel remoto rincón de la Hungría del Noroeste. Pero no, los hombres de las guadañas eran labradores, que aguardaban allí con la esperanza de que alguno les contratara.


Labradores gitanos esperando contrata

A la mañana siguiente emprendimos la marcha tan temprano, que solamente los segadores nos vieron salir. Durante la primera parte del viaje cruzamos por varios pueblecillos, donde nos admiró la robustez de las mujeres, muchas de las cuales, luciendo delantales de charros colores, ocupábanse en sacar agua de los pozos con sus jarros de estilo griego. Al anochecer nos detuvimos en Telso Banya, alojándonos en la única posada que allí se encuentra. El dueño, un magyar bonachón, nos presentó al punto diversos manjares para que eligiésemos lo que quisiéramos comer; al mismo tiempo oímos hablar algunas palabras en romaní; y cuando encendieron las luces, mi vista se fijó al punto en varios violines que estaban sobre la mesa, alrededor de la cual hallábanse sentadas cinco ó seis personas de atezado rostro. Eran gitanos; pero como no tocaban y estábamos rendidos, poco después nos retiramos á descansar.


Una visita á los gitanos

Al otro día emprendimos la marcha en dirección al valle, siguiendo la línea del río, dejando atrás numerosos campesinos que iban á las minas de oro, y algunos carros ocupados por wallachs, que como nosotros se dirigían á Nagy Banya.

En este último punto era día de mercado, y la plaza estaba completamente llena de hombres, que con sus chaquetones de piel de carnero ofrecían un singular golpe de vista entre los numerosos bueyes blancos conducidos allí para la venta. Siempre nos maravillaba en aquellas ferias la extravagante diversidad de trajes, que diferían tan sólo según la ciudad ó pueblo de donde los campesinos procedían. Después de estar en aquel ruidoso mercado de Nagy Banya, fué para nosotros singular contraste entrar en una casa donde vimos bosquejos de Rembrandt, dibujos de Víctor Hugo, elegantes tapicerías, libros de los más modernos y personas vestidas á la última moda de Londres y París. El dueño de la casa era un bravo patriota del año 48, hombre de cabello blanco, que se enorgullecía de haber tomado parte en todas las batallas libradas en Europa en favor de la libertad; magyar de corazón, frunció el ceño cuando le hablamos en alemán; pero nos manifestó sus simpatías apenas dejamos este idioma por el francés.

Con placer recuerdo los días que pasé en Nagy Banya, pues allí estuve como en un paraíso. Por las tardes paseábamos en jardines llenos de flores, desde donde se veían las distantes montañas; á caballo recorríamos el fresco valle donde se encuentran las minas de oro, y en el pequeño parque nos reuníamos con la familia del patriota, que me colmaba de atenciones. No hay nada en el mundo comparable con la bondad húngara, y los nuevos amigos que teníamos allí creían siempre no haber hecho lo suficiente para complacernos.

El dueño puso á nuestra disposición un carruaje para ir á ver las chozas de gitanos que había en los arrabales del pueblo, y ya desde lejos divisamos las espirales de azulado humo que me eran tan familiares desde que estuve en Camden. Nunca olvidaré el grupo que vimos delante de una choza, alrededor de una olla pendiente de unas estacas sobre el fuego. Una mujer joven, verdaderamente hermosa, con la dentadura blanca como la nieve, tenía un niño en la falda, y en torno suyo había otros tres, muy morenos también y desnudos; á pocos pasos, un hombre joven, casi negro, paseábase de un lado á otro. Al divisarnos uno de los niños, púsose en pie de un salto y corrió hacia un campo de trigo para ocultarse entre las espigas.

Aquellas chozas no eran tiendas de gitanos, pues tenían paredes y techos de argamasa, y sus habitantes, por más que estuvieran desnudos como salvajes del desierto, habían renunciado para siempre á la dulce vida libre de los que no reconocen á ningún hombre por amo y hacía muchos años que se habían establecido en el dominio de un gran señor, que les


Una choza de cañas de maíz

permitía estar allí, exigiendo en cambio un día de trabajo por semana á cada cual.

Al fin abandonamos Nagy Banya y nos dirigimos á Dees: por el camino sólo encontramos un vagón donde iban dos gitanos con dos muchachos, lo cual me extrañó, porque yo esperaba encontrar á cada paso en los caminos de Hungría alguna caravana, y no gitanos sueltos viajando en vehículos. Aquellos fueron los únicos que vimos en la parte Norte de Transilvania.

Cuando pregunté la causa de esto en las ciudades por donde pasamos, nos dijeron que era muy raro en verdad que los gitanos viajasen desde un punto á otro, pues las leyes locales contra ellos en cada departamento eran severas. Ya no son esos gitanos libres como al ave en el aire, sino como el pájaro en su jaula.

Nos causaba honda pena ver á las mujeres cavando en los campos ó en los caminos, y á las niñas, con sus delicadas facciones y sus pañuelos á la cabeza, á guisa de turbante, acudir corriendo para vernos pasar. En cuanto á los hombres, casi siempre los encontrábamos trabajando en servicio de algún labrador.

Cuando nos internamos más en el país supimos que no se celebraba feria ni mercado sin que acudieran los gitanos. Allí estaban los hombres con sus cestas y cepillos para la venta; rara vez con caballos; mientras que las mujeres, provistas de sus palas y cubos, esperaban á que alguien solicitara sus servicios.

Por lo demás, nunca nos engañábamos en cuanto al tipo: aunque esos bohemios vistiesen el traje de labrador, presentaban caracteres que nos revelaban con seguridad al gitano de raza. Sin embargo, esto no impedía que fuesen poco menos que animales. Durante horas enteras veíaseles sentados al sol, con las rodillas abrazadas, esperando á que «cayese algo que hacer;» y cuando J... ofrecía tabaco á cualquiera de aquellos hombres, no siempre se movía para acercarse á recibirlo. Más á menudo, cual si temiesen que se les molestara para algo, echaban á correr con la rapidez de un ciervo; y no se debía esperar darles alcance, pues parece que tienen alas en los pies.

No hay ciudad ni pueblo que no tenga su barrio de gitanos, y en todas partes me llamó la atención el inerrable instinto que los conduce á elegir siempre los sitios más amenos y poéticos para establecer su vivienda ó acampar.

Al fin de nuestra primera semana de viaje llegamos á Bestercze, pequeña ciudad sajona que está casi en el Bukovina. Aquí exploramos todos los alrededores con la esperanza de encontrar al verdadero gitano de pura raza en algún camino; y gracias á nuestras bicicletas, nos alejábamos á veces mucho, visitando pueblos de nombres extravagantes, muy lejanos de las vías férreas; pero en todas nuestras excursiones no encontramos más que el pastor, con su rostro casi negro, y gendarmes armados de sus carabinas.

Un día tuvimos la suerte de encontrar un pueblo habitado sólo por gitanos. Volvíamos del Bukovina, y al franquear una depresión de terreno en la falda de la montaña, vimos en una solitaria colinilla un grupo de chozas. Ningún sendero encontramos para llegar allí; pero esto no nos impidió llegar. Al principio no vimos á nadie; pero muy pronto comenzaron á presentarse hombres, mujeres y niños andrajosos y de mísero aspecto. El techo de sus chozas se componía de ramaje de árboles, que aún conservaba sus flores silvestres. Los hombres, muy desaseados, llevaban la camisa abierta, dejando ver el pecho; las mujeres iban descalzas, aunque tenían el cuello adornado con collares de monedas de plata del siglo último, y los niños, según costumbre, andaban por allí desnudos: todos los hombres, algunos de ellos muy semejantes á bandidos, llevaban puñales en el cinturón; de modo que si hubiesen querido nos habrían robado hasta la camisa, porque estábamos indefensos y completamente en su poder; mas nos recibieron como amigos, con una cortesía que nos admiró.


Una familia de gitanos en marcha

Todos esos gitanos pertenecen á una clase diferente de la de aquellos que frecuentan los mercados y visten como los campesinos; y para señalar la distinción, hacía largo tiempo que se habían cortado sus rizos, renunciando á sus botones de plata, y esforzándose para tener el aspecto de un húngaro ó wallach de la ciudad.

Con los primeros que hablamos fuimos los mejores amigos apenas pronuncié dos palabras en su dialecto.

Ni en Bestercze ni cerca de este punto había verdaderos gitanos, y de consiguiente era inútil permanecer allí, donde no encontramos más que pobreza y miseria en aquella solitaria colinilla de la montaña.

Otra vez emprendimos nuestra peregrinación, cruzando llanuras y montañas, y dirigiéndonos hacia el Este llegamos casi á la Moldavia. Siguiendo el curso del Maros vimos otra vez gitanos en los caminos y entre las grandes rocas y en cuevas subterráneas, donde viven salvajes y sin música. Después penetramos en el mismo corazón de Szeklerland, visitando sucesivamente Maros Vasarhely, Szekely, Udvarhely, Czik, Szerda y Sepsi Szent Gyorgyo, esas ciudades de nombres terribles, donde los hombres se jactan de ser hijos de los más antiguos hunos, de aquellos que siguieron al feroz Atila en sus salvajes correrías, á los cuales se recuerda al fijar nuestra vista en su penetrante mirada.


Guía de Dées

Un domingo, á últimos de septiembre, vimos en un remoto pueblo de montaña unos wallachs que bailaban cerca de la iglesia al compás de la música de dos gitanos que vestían de campesinos. Las mujeres se distinguían por sus delantales de colores charros y sus collares de abalorios; llevaban en el cabello muchas cintas, y todos los hombres se habían engalanado con una flor colocada sobre las orejas; en el sombrero lucían plumas de gallo, y en las botas campanillas que resonaban á cada movimiento.

Pasamos todo un día en Maros Vasarhely en compañía del Dr. Herrmann, que nos ofreció acompañarnos para visitar las chozas de gitanos de la montaña. Se nos trató con mucha deferencia, y nuestra visita á dicho pueblo no dejó de ser provechosa.

Allí tuvimos ocasión de ir á la feria de caballos y ganado, donde los gitanos abundaban. Por la tarde recorrimos los extensos prados, y en la orilla del río pude ver al fin verdaderas tiendas de gitanos, alrededor de las cuales jugaban varias niñas en quienes observé el sello característico de la raza. Más allá de las tiendas veíanse caballos, vacas y cerdos, pues aquellos gitanos se habían hecho labradores; uno de ellos me enseñó su ganado, y preguntóme por los gitanos de nuestro país. Recuerdo muy bien el detalle, porque aquel hombre fué el único que manifestó interés por la gente de su raza.

Con el mes de octubre se comienzan á ver esas ferias en todas las ciudades y pueblos, y muchas mañanas nos despertaron vendedores y compradores con el ruido que hacían debajo de nuestras ventanas. En los pueblos más pequeños, de los cuales visitamos algunos, todo era confusión y alegría durante los días de feria.


Labriegos gitanos



MARCHA AL TRAVÉS DEL DE



RTO, DIBUJO DE R. CATON WOODVILLE

Octubre es el mes de la vendimia en los extensos viñedos del Este de Transilvania, que nosotros visitamos en los días más brillantes de aquel mes, saboreando de continuo las ricas uvas que allí se encuentran. Solamente para formar idea de los trabajos y operaciones que con tal motivo se practican llegamos hasta la pequeña ciudad sajona de Mühlbach, con sus antiguas y ruinosas murallas y su magnífico templo fortificado. Allí también vimos una cuadrilla de gitanos músicos que tocaban todas las tardes y habían llegado de lejanos pueblos. Los tziganes eran numerosos, y casi todos labradores acomodados.

Dos días después nos hallábamos en Kolszvar, paseando otra vez entre los viñedos y comiendo uvas. Habíamos llegado á este pueblo como extranjeros, pero se nos recibió como amigos, teniendo el gusto de que nos acompañaran toda una mañana el maestro de escuela y el cura. No nos faltaron allí tampoco gitanos y czardas á la hora de comer, y al mismo tiempo recreábamos la vista en la sinuosa corriente del Szamos y en las nebulosas montañas por donde habíamos cruzado desde nuestra salida de Torda.

Con los mismos amigos fuimos á cenar á la ciudad, y después se presentó Pongratz con sus músicos; Pongratz, á quien se invita á las fiestas de los reyes y emperadores, y que ahora, desde la muerte de Racz Pal, es el más famoso director de orquesta gitano que se conoce en toda Hungría. Nos hizo el honor de acercarse á nuestra mesa y «tocar al oído,» y en su música hallé algo de eso que hace soñar, evocando recuerdos del pasado.

Al salir de la fiesta, una hora antes de amanecer, vimos varios jóvenes que, con el sombrero echado hacia atrás, dirigíanse á sus casas cantando las czardas con que los gitanos habían sazonado el vino. El sereno, con su chaquetón de piel, hacía su ronda aún, golpeando el suelo con el chuzo á cada paso. Esto fué lo último que vimos en Kolszvar, donde todo nos pareció muy característico.

La noche era muy fría, y al amanecer vimos todas las montañas inmediatas cubiertas de nieve. Había comenzado el invierno, y al menos por aquel año debíamos renunciar á las excursiones por los caminos. Cerca de Kolszvar tomamos el tren para Budapest.

No habíamos encontrado el verdadero gitano de pura raza, como no fuera un hombre viejo con quien hablamos en Burzenland. Nos dijeron que era el único que había quedado en Transilvania, donde todos los hombres de esa raza se hacen labradores, degradándose rápidamente hasta convertirse en siervos. Nuestro gitano libre como el ciervo en el bosque, como el pez en el agua y como el ave en los aires, se ha extinguido para siempre en Hungría. En nuestro país se había realizado mejor el ideal que concebimos: Davy Wharton en Camden, Rudi en los jardines de Manerchor, y no Pongratz en Kolszvar, Goghi en Bestercze y Racz Pal en Budapest, eran el *tacho Romani y chais*.

Algunas veces nos preguntamos si nosotros mismos no somos los únicos seres humanos que pueden considerarse libres como el ciervo en el bosque, como el pez en el río y como el ave en los aires.

ISABEL ROBINS PENNELL

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - El jurado constituído en Budapest para premiar el mejor boceto de monumento á Andrassy ha otorgado el primer premio al famoso escultor húngaro Jorge Zala, el segundo al célebre escultor alemán Gustavo Eberlein. El proyecto de Zala representa á Andrassy sobre un pedestal de cuatro metros de alto, de estilo del Renacimiento, en el cual hay dos figuras alegóricas, la Paz y la Riqueza, y dos relieves que reproducen uno la fiesta de la paz de Berlín (copia del cuadro de Werner) y otro el acto de la coronación. El boceto de Eberlein es de gran efecto plástico, pero poco original: en él Andrassy va montado sobre un caballo que una hermosa matrona conduce de la mano.

- En la Galería Nacional de Berlín se han expuesto las obras por la misma adquiridas en el presente año, entre las cuales hay paisajes, marinas y animales de Gude, Saltzmann, Frenzel, Spanzenberg y Dettmann, de Berlín; Yernberg, Herzog y Muhlig, de Dusseldorf; Weishaupt, Wenglein y Dill, de Munich, y además retratos de Hoffmann, de Fallersleben y del egiptólogo Lepsius, pintados respectivamente por Henseler y Biermann.

- En la Exposición celebrada por los secesionistas de Munich, que se cerró el día 22 de octubre último, se han vendido obras por 125.000 pesetas, ó sea el 12 por 100 del valor de las enviadas para la venta. El producto de las entradas asegura el pago ofrecido de la parte de deuda contraída para construir el nuevo palacio de exposiciones edificado en aquella capital por cuenta de la asociación.

- La Galería Nacional de Londres ha adquirido el famoso cuadro de Hogarth, *El tribunal del jefe de la escuadra*.

- En Mulhausen (Alemania) el profesor Wagner está trabajando en la restauración de las antiguas pinturas de la Casa Consistorial, figuras alegóricas pintadas sobre un fondo de ladrillos encarnados, que han servido de modelo para el adorno de una de las fachadas que hasta ahora habían estado sin decorar.

Barcelona. - Salón Parés. - Interesante, numerosa y variada es la exposición de las obras últimamente expuestas en este local. Una colección de escenas familiares y estudios, ejecutados con soltura, agradables por su coloración é impregnados de verdad, del pintor Gómez Soler, llama con justicia la atención general, pues realmente revela en su autor un progreso. Regular número de cabezas de estudio de Bruil, con indecisión y vaguedad alguna, pero bien aceptables otras por su expresión y color. Torras y Farell ha presentado diversos retratos en claro-obscuro, de buen dibujo y buena entonación; uno de ellos, el del *amateur* Sr. Nicolau, bien resuelto por su actitud natural y expresión.

La industria artística se ha representado por una cuna de caoba, de Rafael Costa, decorada con pinturas y ligeros toques de oro; decoración apropiada al estilo *rococo*, á que pertenece este mueble, nueva muestra de que el arte va infiltrándose en los trabajos de nuestros industriales.

Teatros. - En Roma y en Turín se ha representado el drama de Tolstoi *El poder de las tinieblas:* los dos primeros actos fueron fríamente acogidos, pero el resto de la obra entusiasmó al público. Según parece, se trata de un drama horripilante, «monstruosamente terrible ó locamente sublime,» al decir de un periódico italiano.

- En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se han estrenado dos óperas en un acto, *Gringoire*, de Ignacio Brull, y *Mara*, de F. Hummel; una y otra fueron muy aplaudidas. *Mara* es del género de *Cavalleria rusticana;* el libro, de A. Delmar, es altamente dramático y la música pertenece al estilo wagneriano.

- En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, se ha representado con muy buen éxito la ópera en dos actos de Juan B. Pergolese *La serva padrona*, escrita hace 162 años.

- En la Arena Nacional, de Florencia, se está representando con gran éxito una versión italiana de la popular zarzuela *La Gran Vía*.

En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha dado con gran éxito una representación del drama *Mahoma*, de Voltaire, traducción de Goethe.

Londres. - Se han estrenado con éxito: en el teatro Daly una comedia de gran espectáculo en tres actos, arreglo del alemán por Blumenthal y Kadenburg, titulada *The Orient exprés:* y en la Opera Cómica, la Sociedad del Teatro Independiente un melodrama histórico titulado *A Questión of memory*, de dos escritores que ocultan sus nombres bajo el seudónimo de Michael Field, cuyo argumento está basado en un episodio de la revolución de los húngaros contra Austria en 1848. Después del melodrama, los artistas de la Sociedad representaron en francés el precioso drama en un acto, de Francisco Coppée, *Le Pater*.

París. Se han estrenado con éxito: en el Chatelet la comedia de magia en tres actos y veinte cuadros, de gran espectáculo, *Chat du Diable*, de Nuiter y Treffen, música de Offenbach, que no se había representado aún en Francia á pesar de haber sido escrita hace veinticinco ó treinta años para Inglaterra, en donde ha tenido siempre un éxito extraordinario; y en Gymnase la comedia en un prólogo y tres actos de Sardou y Moureau, *Madame Sans Gene*, que es la historia anecdótica de la mariscala Lefebvre: la obra es interesante con escenas magistralmente desarrolladas y efectos dramáticos de primer orden y está admirablemente escrita.

Madrid. - En el teatro Real se ha estrenado con poco éxito la ópera del maestro Puccini *Manón Lescaut*, bien instrumentada, pero pobre de inspiración; en su desempeño obtuvieron muchos aplausos la señora Darclée, el tenor Sr. Cremonini y la orquesta, muy bien dirigida por el maestro Goula. En el Español ha comenzado sus tareas la compañía que dirigen los conocidos actores Sres. Mata y Bueno. En el teatro Moderno (antigua Alhambra) ha debutado con muy buen éxito la compañía italiana del Sr. Emannuel y señorita Reiter, que últimamente estuvo en el Principal de Barcelona. En Apolo se ha estrenado con mediano éxito una zarzuela en un acto, *Los descamisados*, de López Silva y Arniches y música de Chueca: el libro, aunque chistoso, no ofrece interés alguno, y la música, con ser del popular é inspirado maestro, no pasa de regular.

Barcelona. - En el Tívoli ha comenzado sus representaciones una compañía cómico-lírica que está representando con buen éxito la popular zarzuela de gran espectáculo en tres actos de Ramos Carrión y música de Fernández Caballero, *El siglo que viene.* En el Circo Barcelonés se ha estrenado con aplauso una graciosa zarzuela en un acto, *Una ópera en Azuqueca*, letra del Sr. Granés y música de García Vilamala.

- La inauguración del Liceo ha sido este año una noche de horrores y de luto para nuestra ciudad. En la crónica correspondiente de *El Salón de la Moda*, que acompaña á este número, se describe detalladamente la espantosa catástrofe que manos tan criminales como cobardes produjeron en nuestro hermoso coliseo. Omitimos, pues, ocuparnos de ella para evitar repeticiones, y hacemos nuestros los conceptos que en dicha crónica se consignan, de dolor al recuerdo de las víctimas, de compasión para sus familias, de execración para los autores de tan vil atentado.

Necrologia. - Han fallecido recientemente:

Carlos Bell Birch, conocido escultor inglés y hábil dibujante sobre madera y sobre piedra.

José Hellmesberger, director de orquesta de la Opera Real en Viena, notable violinista, director del Conservatorio de la Sociedad de Filarmónicos de la capital de Austria.

NUESTROS GRABADOS

Puerta en el patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla, dibujo á la pluma de Manuel García Rodriguez. - A la galantería del distinguido paisajista sevillano debemos el notable dibujo que publicamos, copia de la interesante puerta que da acceso al poético patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla. Nuestros lectores conocen ya, por haber figurado las reproducciones en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, varias obras del Sr. García Rodríguez, que tan justa como merecida fama ha sabido conquistarse en el género especial que con tanto aprovechamiento cultiva. Nuestro amigo forma parte de esa pléyade de artistas que en la bella ciudad andaluza tan alto conservan el buen nombre de la escuela que tanta gloria logró para el arte pictórico español, ofreciendo la particularidad, en el período de su moderno renacimiento, que todos los artistas residentes en la que fué sede de San Isidoro son pintores genuinamente españoles, ya que reproducen los tipos, costumbres y paisajes de aquella región.

Monumento erigido en memoria de la batalla de Trenton en la ciudad de este nombre. - La batalla de Trenton (26 de diciembre de 1776) fué una de las más importantes libradas contra los ingleses, y la victoria allí conseguida por Wáshington una de las más brillantes de aquella guerra. El Estado de Nueva Jersey, deseando conmemorar aquel trascendental suceso, ha erigido en su capital, Trenton, un monumento cuyo modelo reproducimos, proyectado por Juan H. Duncan. Consiste en una columna dórica de granito, de 135 pies de alto, coronada por una estatua de bronce colosal de Wáshington, ejecutada por el escultor W. R. O'Donoran; en las cuatro caras del pedestal hay otros tantos bajos relieves representando distintos incidentes de la batalla. Un ascensor eléctrico permite subir por el interior de la columna hasta llegar á la estatua, desde donde se disfruta una vista magnífica.



Modelo del monumento erigido en Trenton (Nueva Jersey, Estados Unidos) en memoria de la batalla allí librada por Wáshington contra los ingleses en 1776.

Grito de guerra - A través del desierto, dibujos de R. C. Woodville. - Como pocos artistas trata el célebre dibujante inglés Woodville los asuntos que tienen por personajes y por escenarios tipos y lugares del continente africano. Hay en todas sus composiciones tales vigor y fuego y vida, que sólo alcanza el lápiz cuando el que lo maneja siente de veras el tema que quiere reproducir por haber estudiado á fondo sobre el terreno las figuras, los paisajes, las costumbres, la existencia toda del país adonde quiere transportar al que contemple su obra. El árabe de *Grito de guerra* que detiene al fogoso corcel para excitar con sus gritos y con sus ademanes á los compañeros que le siguen y el árido paisaje que sirve de fondo al hermoso grupo del jinete y del caballo; la infeliz pareja de *A través del desierto* que camina recelosa de las dos fieras que parecen acechar el momento oportuno de lanzarse sobre ella y la inmensa planicie sin un árbol, sin una mata, caldeada por un sol que cae á plomo, que penosamente cruzan aquellos desdichados, tienen, amén de la intachable corrección con que todo está ejecutado, tal fuerza de expresión, que mirando los dos dibujos siéntense calofríos ante la idea del salvaje furor de aquel guerrero y al pensar en los horrores de esta marcha, á cuyas penalidades quizás pondrá término una muerte horrible entre las garras de los fieros animales.

Un recluta por fuerza, dibujo de J. H Roberts. - Aunque al protagonista de esta escena, maldita la gracia que debió hacerle verse convertido en recluta por fuerza, no deja de ser cómica la situación de este infeliz entre un escuadrón de caballería á todo correr, rodeado de soldados que se ríen á mandíbula batiente de su facha y de su azoramiento. Y el suceso tiene aún más gracia por ser el dibujo, según el autor del mismo afirma, copia del natural y tomado de un croquis sacado durante las últimas maniobras efectuadas en Inglaterra. Quizás el buen señor, picado de curiosidad, quiso ver demasiado de cerca las evoluciones del ejército, y su caballo, recordando tal vez antiguos hábitos, se lanzó en medio de sus compañeros y con ellos emprendió veloz carrera; quizás se trata de algún propietario rural ó médico de pueblo que yendo á visitar sus propiedades ó á sus enfermos se vió sorprendido en su camino por aquella avalancha de jinetes, y quieras que no, para no ser arrollado, hubo de volver grupas y acomodar su paso al de los militares. De todos modos, su situación nada tiene de envidiable, y á buen seguro que si el caso es, como dicen, histórico, el pobre hombre no se habrá repuesto todavía del susto que se llevara.



– Ustedes dispensen, dijo Luis acercándose y llevando la mano al sombrero...

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

–¡Hasta mañana, caballeros!

–¿Te marchas ya?

–Sí.

–¿Has perdido?

–¿Perdido? No. Digo: creo que sí.

–No será mucho cuando no sabes cuánto.

–¿Mucho? No: no debe ser mucho; unas cinco mil pesetas, me parece.

–¡Cinco mil pesetas! ¿Y lo dices tan fresco?

–Pues qué quieres, ¿que lo diga sudando?

–Ya sé que no es para ti gran cosa esa cantidad; pero al fin son cinco mil pesetas, ¡mil duros!

–Igual á veinte mil reales; estoy enterado; vaya, adiós, Roncalito: me caigo de sueño; me he aburrido en la ópera; me he aburrido jugando, y si me descuido bostezo hablando contigo.

–¿Y Camila?

–Debe estar durmiendo; son las cuatro, y no es hora, me parece, de estar rezando el rosario.

–Hombre, no digo tanto; podía estar en un baile.

–Pues no está. Adiós.

–Adiós, Luis. Que duermas bien.

Este corto diálogo fué sostenido por dos hombres en un salón del *Veloz Club*.

Contaría el uno treinta y cinco años, era lo que en el lenguaje vulgar llamaríamos buen mozo, y revelaba en su porte, en la distinción de sus maneras y en la elegancia de su persona pertenecer á la clase más elevada de la sociedad masculina.

Su interlocutor, un chiquillo espigado, un mozalbete de bigotillo chino temeroso de cubrir completamente el labio, y patillitas avaras, tacañas, rehacias en crecer; pero todo lustroso, abrillantado, rizadito y cuidado como planta exótica en invernáculo de floricultor.

Era Delfín Roncal hijo primogénito del marqués del Arroyo, tonto de capirote, aficionado á las bellas artes, según decía, galanteador de tiples de ópera y de coristas de zarzuela cuando el Real se cerraba, conquistador de camareras de establecimiento balneario y hazmerreir de señoritas poco aficionadas á los *titis*.

Tenía veinte años y representaba diez y seis: nadie llevaba una moda antes que Roncalito, ninguno le aventajaba en la variedad y surtido del guardarropa, y pocos podrían decir que fuesen sus papás tan complacientes como lo era el marqués para pagar cuentas: en cambio Roncalito no contaba ni podía contar con mayor cantidad en metálico que cinco duros cada domingo, por lo cual lo de las galanterías de *prima-donnas* era un exceso infantil de poca trascendencia.

El buen mozo á quien Roncalito llamara Luis salió del Veloz después de haberse dejado poner un gabán de ricas pieles y de subirse el cuello hasta cubrir las orejas: cuando puso el pie en la acera de la calle de Alcalá sintió un escalofrío; estaba helando como hiela en Madrid una noche serena del mes de enero.

Tomó hacia la izquierda y siguió por la calle abajo en dirección al Prado.

Cerca de la iglesia de San José distinguió un bulto: era una mujer que al verle se dirigió á él resueltamente:

– Caballero, le dijo sollozando, una limosna para mi madre que se muere.

El *clubman* continuó su camino sin dar señales de haber visto á la mendiga, y la había oído sin embargo. Pero ¿quién hacía caso? Las muchachas perdidas, las viejas viciosas y los chiquillos desarrapados que todas las noches le salían al paso le dieron ya muchas desazones. Le habían contado lástimas, penas horribles, miserias espeluznantes y se conmoviera algunas veces hasta el punto de tomar las señas de sus domicilios, después de socorrerlos con largueza, para buscarles acomodo y remediar sus necesidades; pero ni uno le dijera jamás la verdad. ¿Cómo había de hacer caso? Estaba dispuesto á no dejarse engañar más, así lo había jurado la última vez. Pero aquella voz que entre sollozos pedía una limosna para su madre le había llegado al corazón, hiriendo las fibras del sentimiento: era un acento dulce, desgarrador... Sí, como se lo habían parecido otros... No, no: sonara diferente en sus oídos. ¿Cómo había podido dejar de atenderle?.. Volvería atrás; sí, volvería: si le engañaban una vez más, bien: ¿qué más daba?; pero no podría pasar la noche tranquilo recordando aquella voz y aquellos sollozos.

Sin reflexionar más, dió la vuelta cuando estaba ya cerca de la fuente Cibeles, y á paso largo llegó hasta la calle del Caballero de Gracia sin divisar á nadie; miró hacia la calle de las Torres, dobló la esquina de la casa conocida con el fúnebre nombre del «ataúd,» y por más que miró á uno y otro lado no vió un alma viviente. Sufrió con esto una contrariedad grandísima; pero un tanto consolado con la idea de haber puesto de su parte los medios para encontrar de la mendiga, tomó de nuevo su camino, pensando en quién sería aquella joven desventurada, pues joven debía ser á juzgar por el metal de su voz.

A la entrada del paseo de Recoletos encontró al sereno, que indudablemente lo esperaba, pues al verle se puso en movimiento, adelantándose á recibirlo.

– Buenas noches, señorito.

– Buenas noches, Tomás: ¿No ha venido por aquí una joven que pide limosna para su madre?

– *Biénenle* tantas, señorito... Buenas pécoras están. ¿Pues *non* decía el señorito que no lo *enjañarían*? Han de *enjañarlo* mientras viva, porque tiene muy blandas las entretelas del corazón.

– Pero dime, ¿ha venido alguna esta noche?

– Esta noche, esta noche...; pues mire, esta noche paréceme que *goben* no ha venido *ninjuna;* vino la *pelada*, una *pedijuañera* que cuenta cada noche una cosa más triste... Yo téngole ofrecido darle un *jolpe* con el chuzo que le parta en dos la cabeza.

– Pero ¿no podría usted buscarme una que estaba hace un momento junto á San José?..

– ¡Tu, tu, tu, tu! ¡Échele un *jalgo!* ¡Sabe Dios por *onde* andará. Iría de retirada; á estas horas ya no se detienen mucho. No piense en ella, porque sería algún peine como las otras.

El caballero caminaba á buen paso, seguido del sereno, y llegaron á una elegante casa del paseo de Recoletos; abrió el orensano la puerta y penetraron ambos en un portal espacioso, con estatuas y escalera de mármol, bombas esmeriladas en brazos de gas y puertas de cristales de colores.

Como persona que conoce á ciegas el terreno, echó delante el buen mozo, sin cuidarse de la mortecina luz que irradiaba el empañado cristal del farolillo que pendía del chuzo, y Tomás siguiéndole diligente llegó tras él hasta el primer piso, en donde se abrió la puerta antes que fuese preciso tirar del llamador.

– ¡Adiós, Tomás!

– Descansar, señorito, respondió el sereno dando la vuelta y bajando la escalera con más calma que la había subido.

Luis Pacheco era el dueño de la casa magnífica en que acabamos de entrar y habitante en el piso principal: no tiene título ni lo necesita; pero es rico, riquísimo, gracias á las aficiones acaparadoras de su padre, un banquero de la clase de barrenderos de tienda de la calle Imperial, ascendido por matrimonio con la hija del principal y consagrado millonario por el especialísimo tacto en los negocios y por amistades ocultas con cierto ministro de Hacienda, del cual había sido Pacheco, padre, agente de Bolsa sin título oficial ni papeles sospechosos.

Cuanto el padre tuviera de avaro teníalo de espléndido el hijo; el banquero Pacheco no hacía limosnas sin bombo y platillos; si se trataba de suscripciones públicas eran sus mil duretes los primeros, pero que no se le ocurriese á nadie pedirle para una caridad vergonzante, como él llamaba á las que no salían en los periódicos; se sulfuraba, trataba de sablistas á los que recurrían á su caja atraídos por los encomiásticos sueltos de los periódicos, y pateando de coraje echaba malpareciendo al que osaba molestarle. Su hijo era todo lo contrario, tirando en esto un poco más á la madre, excelente mujer que jamás pudo creer que era *excelentísima señora* porque su marido lo fuese, merced á la gran cruz de Isabel la Católica. Sólo una vez apareció el nombre de doña Jesusa Sánchez de Pacheco en los papeles públicos y con la *excelencia* en letras gordas: la pobre señora acababa de morir y no podía protestar de una cosa que siempre había prohibido, temiendo á las burlas de sus antiguos vecinos de la calle Imperial. Su hijo hubiera respetado la voluntad de la madre hasta después de muerta, pero el marido y la nuera encastilláronse en que fuesen las papeletas de defunción redactadas con las generales de la ley y como á la familia convenía.

A los veinticinco años casara Pacheco á Luis, su hijo único, con una joven de veinte, guapa de veras, rica también y con saneada dote ganada por su padre, un leonés enriquecido en Cuba y trasladado á Madrid en clase de banquero y negociante.

Camila Flórez había sentido alegría verdadera al saber el marido que la destinaban, y Luis Pacheco declarara gustarle la novia y estar satisfecho con la elección de su padre.

Una muchacha de las circunstancias de Camila Flórez no podía menos de ser pretendida por muchos, y siendo Luis el preferido, claro estaba que recibía Pacheco una honra que no por ser merecida podía dejar de ser apreciada.

La pareja que hacían era envidiable. Se celebró la boda con inusitada pompa y salieron los novios para el extranjero: pasaron en Suiza, Francia, Italia, Austria y Rusia la primavera y el verano, pero regresaron precipitadamente á Madrid en el otoño para recibir el último aliento del Sr. Flórez, que murió dejando á su hija, única también, unos trescientos mil duros, después de liquidar todo como Dios mandaba.

– Caballero, una limosna para mi madre, que se muere

Los padres de Luis quisieron que el matrimonio viviese con ellos, y aunque no gustaba mucho Camila de austeridades y sencilleces á las cuales era su suegra muy dada, tuvo que conformarse, ya porque no creyera oportuno rebelarse contra lo que su marido aceptaba gustoso, ya porque su carácter frío y reservado no le permitiese hacer otra cosa.

Seis años vivieron los viejos Pacheco después de casarse su hijo, y cuando el marido cerró los ojos, un año y medio después que su mujer, entró Luis en posesión de su capital que, según supo al poco tiempo de hacerse cargo de todo, triplicaba el de su mujer.

Edificaron la casa del paseo de Recoletos, reservándose el primer piso, amueblado con lujo extraordinario, y comenzaron una vida nueva, sin hacer mermas en el total y solamente gastando la renta, que daba lo suficiente para vivir con esplendidez. El nombre de Luis Pacheco, aunque apreciado y conocido en los círculos elegantes, no sonó con aureola de fausto hasta que murió el banquero; en cambio nadie sabía que diese limosnas ni tuviese la monomanía filantrópica de su padre, por más que á cencerros tapados debía hacer mucho bien, por cuanto se susurraba algo. El sereno estaba enterado de lo que le había ocurrido con algunos mendigos; á él mismo le había dado más de mil reales para gastos de una pulmonía, y entre la servidumbre, los porteros y los vecinos se sabía que hacía caridades en grande; pero como no le gustaba que se divulgase, todo Dios lo repetía como secreto de oreja.

La señora era de la escuela de su suegro: bombo y platillos; si no, no había limosnas. Este y otros defectos que Luis encontraba á su mujer hacían que no hubiese entre ellos fusión de almas; él no la contrariaba, la quería, la respetaba por sus buenas condiciones de esposa y madre, pero sentía un vacío grandísimo á su lado cuando se daba cuenta de que aquella mujer no sentía hondo ni pensaba alto.

Frecuentaban la sociedad, los teatros y los paseos; pero el comedor de Luis Pacheco no se exponía á miradas profanas. Camila era muy aficionada á las diversiones de fuera de casa, pero odiaba molestarse en la suya, y por una aberración de su espíritu mezquino sentía que la gente y el bullicio natural en banquetes y reuniones desluciesen los muebles, estropeasen las alfombras y desarreglasen lo que bajo su dirección estaba siempre tan arregladito.

Porque Camila, cosa rara en hija única de hombre rico, tenía pequeñeces de cursi á pesar de su natural elegante y de haber sido educada por una madre muy puesta en puntos. Era orgullosa en sumo grado, y tenía en tanto su virtud y su buen nombre, que se diría fuesen las demás mujeres malas esposas y peores madres. Si alguno de sus dos hijos estaba enfermo, y Camila, cumpliendo con deberes sagrados, pasaba la noche velándolo, hacía resaltar el *sacrificio* y el amor maternal, asegurando que ella, sólo ella era capaz de tales abnegaciones.

Ordenó el médico que un verano fuesen las criaturas á la montaña de Santander, pero á una aldea para hacer la vida campestre, y Camila no encontraba palabras con que encomiarse. ¡Ir ella á semejante desierto! ¡Dejar San Sebastián y dejar Biarritz!.. Eso no lo hacía ninguna madre, sino Camila Flórez de Pacheco.

No dejar sus hijos con amas ni con niñeras, llevarlos ella misma á paseo, también eran virtudes suyas, exclusivamente suyas.

Y el caso era que su marido estaba penetrado de estas verdades y admiraba á Camila en su aspecto de madre sublime. También él creía que era sola, que no había otra, y vivía supeditado á la voluntad de la mujer virtuosa; pero aparte de aquella admiración nada quedaba para su mujer en el corazón de Luis.

Cuando nosotros le encontramos, él mismo lo ha dicho, acababa de perder cinco mil pesetas en el juego; no era jugador, pero una ó dos veces al mes solía dejarse comprometer por matar el aburrimiento, sólo por eso; jamás ganaba; ya sabía que no le era favorable la fortuna.

Nadie aseguraba que tuviese otros entretenimientos; ni producía escándalos, ni persona alguna hubiera podido acusarle de faltar á la fe jurada en los altares.

Si algo pudiese haber, era tan íntimo, tan recatado que no lastimaba el decoro de la esposa, ni ofendía á la sociedad con el mal ejemplo.

Luis entró en su tocador, se dejó quitar el abrigo y el frac por el ayuda de cámara, se puso un elegante batín de paño gris adornado con pasamanería azul y se encaminó al dormitorio de su esposa por un pasillo corto que comunicaba con el tocador de Camila.

En esta pieza había una luz con bombita color de rosa que daba aspecto fantástico: del mismo color estaban las paredes tapizadas. Pasó sin detenerse á un antedormitorio, y allí, despacio, como quien no quiere despertar á una persona dormida, entreabrió las cortinas para aplicar el oído: escuchó un momento y le pareció por la respiración de su esposa que ésta dormía profundamente; quiso volverse para no molestarla y tropezó con una silla.

Camila, que tenía el sueño ligero, despertó al oir el ruido y dijo un tanto sobresaltada:

– ¡Luis!

– Sí, hija, soy yo: sentí que dormías y no quería molestarte.

– ¡Sí, buen dormir te dé Dios! Luisito ha tosido toda la noche y me he levantado lo menos diez veces.

– Pero, hija, ¿por qué no se queda una doncella en el cuarto de los niños? ¿Qué necesidad tienes tú de levantarte para nada?

– Ya sabes que eso no puede ser: yo no soy como otras madres, que pueden estarse muy tranquilas mientras sus hijos andan en poder de criadas: ¿cuándo has visto tú que yo haga tal cosa?

– No digo eso, hijita; pero cuando no es más que un simple catarrito...

– Pues ni eso. ¿Qué hora es?

– Si te lo digo, me llamarás perdido y otras lindezas.

– ¿Es muy tarde entonces?

– Cerca de las cuatro y media.

– ¿Pues de dónde vienes á estas horas?

– Del Veloz.

– O de donde te dé la gana: no sé para qué te pregunto. ¡Vaya una hora de retirarse! Entretanto el padre se divierte, la madre pasando malas noches con sus hijos.

– Debes suponer que no se me podía ocurrir tal cosa habiéndoos dejado perfectamente.

– ¡Perfectamente y sabes que no he ido al Real porque estaba Luisito malo!

– ¡Malo! Cualquiera diría que me he ido yo dejándolo enfermo: me dijiste que estaba resfriado y nada más.

– Bueno, bueno; si yo no digo nada, si no me quejo porque hayas ido sin mí, si yo sé que las madres que sabemos serlo tenemos deberes que vosotros no conocéis: en fin, hijo, diviértete cuanto puedas, que á mí me tiene sin cuidado; estoy satisfecha con el amor de mis hijos; si no los tuviese á ellos, acaso me importase más; pero teniéndolos...

Camila temblaba de rabia; hubiera querido saltar de la cama y arañar á su marido por lo que ella suponía falta de consideración á sus sacrificios de madre; pero se contuvo, creyendo mortificar más á Luis con el desprecio que con los gritos.

– Es decir, dijo éste molestado con las últimas frases de su mujer, que yo no te importo y que te da igual que sea bueno ó que sea malo.

– ¡Igual!

– ¡Está bien!

Luis se encaminó al dormitorio de los niños, que comunicaba con el de Camila, los besó con cuidado para no despertarlos y volvió á salir pasando por delante de su mujer sin darle las buenas noches. En el tocador se detuvo un instante: creyó que lo llamaría: no fué así, pero oyó un ruido grande como de un mueble que se cae y supuso que se había levantado y había tirado alguno con ira.

Quiso enterarse de lo que había sido y volvió atrás: miró con disimulo separando apenas el *portier*, y como el dormitorio estaba iluminado con un globo azul que alumbraba pálidamente la estancia, vió á Camila sentada en una marquesita y poniéndose las medias con precipitación.

«¡Pobrecilla, pensó, casi tiene razón! Yo estuve en la ópera, y aunque me he aburrido, á ella no le consta: entretanto, cumplía sola los deberes que debíamos compartir; después fuí al Veloz para perder mil duros... Debo entrar, debo desenojarla.»

– Pero, hijita, ¿qué haces? ¿Te estás vistiendo?

– Sí.

– ¿Adónde vas?

– A ninguna parte; pero si vuelve á toser el niño, ya estoy vestida.

—Vamos, no seas tonta y acuéstate; ahora mismo voy á llamar para que venga Manuela y...

—¡No quiero á nadie!

—Pues me quedaré yo.

—¡A buena hora! Tampoco te necesito.

—¡Camila, no me contestes así, porque yo no te hablo en ese tono! Ya te he dicho otras veces que me disgustan mucho las altanerías.

—¿Pues en qué tono quieres que te hable? ¡Pretenderás que te mime todavía!

—No pretendo nada sino que me trates como yo te estoy tratando.

—No faltaría más sino que me tratases mal.

—Si continúas así, me obligarás á ello á pesar mío.

Camila se levantó violentamente, y entrando en el cuarto de sus hijos dijo con altanería:

—¡Después de venir á las cuatro y media, insultarme!

Luis se contuvo á pesar de sentir impulsos de entrar tras ella para preguntarle quién insultaba á quién, y sin hablar otra palabra se dirigió á su cuarto, en donde el ayuda de cámara le esperaba para desnudarle: prestamente lo hizo, y al poco rato se retiraba el sirviente dejándole acostado.

Pacheco se revolvía en la cama sin poder pegar los ojos: aquel disgustillo con su mujer, que no por ser igual á otros dejaba de molestarle, teníalo por castigo de la Providencia: había desoído la voz lastimera de una desdichada que pedía pan para su madre, y tenía Luis eso por suficiente motivo para ser castigado. ¡Quién sería aquella infeliz! ¡Dónde viviría! Hubiera dado otros mil duros sobre los perdidos por saber de ella: de todos modos, no debía vivir lejos de San José. Si la necesidad y la desesperación habían lanzado á la mendiga á la calle, no se habría alejado mucho de su casa y menos á tales horas. Al día siguiente se proponía recorrer todas las casas de apariencia pobre de las cercanías de la iglesia. Sí, lo haría: el éxito era dudoso, pero buscaría hasta convencerse de que no se albergaba por allí.



—Pero, hijita, ¿qué haces? ¿Te estás vistiendo?

Á ver si podía dormir con esta idea. Estaba nervioso, recordando á Camila y sus desplantes. ¿Qué haría? ¿Se habría vuelto á la cama? Seguramente. ¡Claro! Como que no tenía necesidad de estar levantada... Si no se había acostado, peor para ella: él no tenía la culpa, conque... Eran las seis cuando Luis Pacheco pudo conciliar el sueño: á las siete soñaba con una joven demacrada, harapienta y llorosa, que le pedía limosna: él la estrechaba entre sus brazos para consolarla y dar calor á sus miembros ateridos. A las nueve se despertó sobresaltado: Camila daba voces y Luis tiró del cordón de la campanilla.

El ayuda de cámara, interrogado por su amo, dijo que la señora reñía con toda la servidumbre.

—¿Pero el niño está peor?

—Está muy bien: levantado y jugando.

—¿Qué pasa entonces?

—No puedo decir al señor: un mal día para nosotros: la señora tropieza hoy con todo lo que no es de su agrado.

—Los nervios, ¿eh?

Joaquín, el ayuda de cámara, calló: era un muchacho muy prudente y bien educado, hijo de familia distinguida que había venido á menos y que no pudiendo seguir una carrera costeada por su madre viuda, estudiaba la de Aduanas, gracias á las horas que con gusto le dejaba libres su amo. Trataba éste en la intimidad á Joaquín poco menos que si fueran de igual clase: hablábale algunas veces de política, muchas de los cantantes del Real ó de las obras estrenadas, y solía mandarlo al teatro, con lo cual daba muestras de saber apreciar cuánto valía aquel joven que á costa de tantos sacrificios seguía una carrera y enviaba á su madre la mayor parte de su salario. Joaquín sentía adoración por su amo: hubiera dado la vida por él si necesario fuese; y aunque respetaba á la señora y la quería por ser quien era, seguramente que ni un mes la hubiese resistido si á su servicio le destinasen. Era buena, sí: no se la podía llamar mala; tenía cualidades no comunes á las mujeres de su posición general, pero le faltaba algo también para Joaquín, y aunque Dios le librase de comunicárselo á nadie, comprendía que le faltaba grandeza de alma, aquel *pensar alto* que su propio marido echaba de menos. Cuanto bueno hacía era cacareado por ella á falta de otras personas que lo cacareasen. No dejaba de ser orgullosa, altiva y egoísta para las contemplaciones y los halagos.

Nada, absolutamente nada había podido inculcarle su marido de aquellas emanaciones generosas que de sus acciones y de su sentir se desprendían.

—Conque la señora se ha levantado con nervios, ¿no es eso, Joaquín?

El muchacho sonrió respetuosamente mirando al señor, pero no contestó nada.

—No; si puedes decirme lo que te parece: vamos, ¿qué crees tú que tiene?

—Al parecer ha dormido mal: se ha levantado á las siete, y como no acostumbra madrugar no se encuentra bien: eso he supuesto yo.

—Eres un caballero en toda la extensión de la palabra, querido Joaquín: criterios y corazones como el tuyo son los que yo busco. Seguramente has sido uno de los maltratados por los nervios de la señora, y la disculpas sin embargo. ¡Si todos tuviesen la grandeza de tu alma!..

—La señora no se ha metido conmigo.

—No te creo: reñir á los demás y dejarte á ti... no puede ser. ¿Acaso no conoces tú y no conozco yo que te tiene entre ojos?.. Dice que yo te quiero mucho y no le falta razón; ¿pero por qué ha de ser esto motivo para que ella no te quiera? Estas, estas pequeñeces son las que amargan mi vida.

—La señora quiere mucho al señor, y yo disculpo el egoísmo que se basa en el amor.

—Tú lo disculpas todo, porque tienes criterio y espíritu elevado, y cuanto más me convenzo de ello más te quiero. Si en lugar de ser un hombre, querido Joaquín, fueses una mujer, ¡pobre Camila, pobres de mis hijos y pobre de mí!

—Yo le ruego al señor que no diga eso y menos que lo piense: la señora es buena, virtuosa, le ama, adora á sus hijos...

—Sí, sí, tienes razón, posee esas cualidades; pero ¡ay, Joaquín!, en ella no son virtudes.

Pacheco calló arrugando el ceño, y el ayuda de cámara se entretuvo arreglando algunas cositas para hacer tiempo antes de preguntar:

—¿No quiere el señor dormir otra horita? ¿No le parece temprano para levantarse?

—No: me voy á vestir: prepárame traje de mañana y capa.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINA DE VAPOR DOMÉSTICA, DE PETRÓLEO

Los motores de petróleo tienen la gran ventaja de no exigir sino un combustible de fácil adquisición y de uso cómodo; pero en su funcionamiento presentan ciertas dificultades y bajo otros conceptos además dejan también que desear.

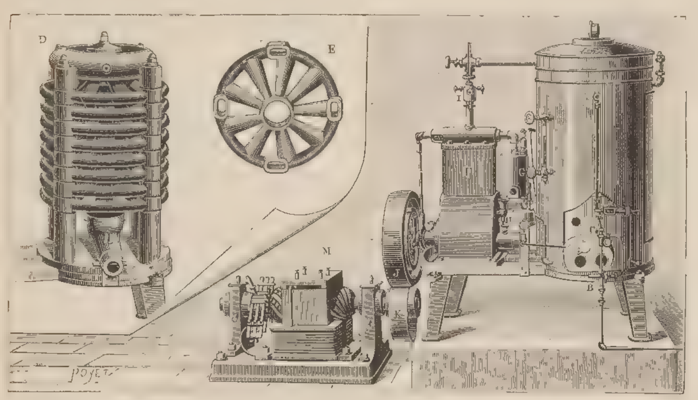


Fig. 1. Vista en conjunto del motor doméstico que pone en movimiento una máquina dinamo Rechniewski. Detalles de la caldera calentada con petróleo

Un inventor americano, Mr. Rochester, ha procurado combinar un motor en el cual se utilizan las propiedades del vapor de agua y las ventajas del petróleo como combustible, y ha construído un pequeño motor doméstico que la figura 1 reproduce y cuya descripción vamos á hacer.

El aparato, en su conjunto, consta de una caldera y de un motor: nuestro dibujo reproduce el volante J del motor accionando directamente por fricción y mediante una correa intercalada K una dinamo Rechniewski de escasa potencia. La caldera está formada por una serie de elementos tubulares de acero sobrepuestos, como se ve en la figura D del detalle, uno de cuyos elementos reproduce la figura E. Todos estos tubos están unidos entre sí y en la parte inferior está el mechero. La caldera va provista de una doble cubierta para evitar las pérdidas de calor por irradiación, y una cúpula situada en la parte superior de la misma permite recoger el vapor seco.

El combustible está constituído por aceite de petróleo que llega á la mecha por un tubo B de un depósito colocado cerca de la caldera: este petróleo es pulverizado por medio de un chorro de vapor tomado en la parte superior de la caldera. En cada uno de los conductos de vapor y de petróleo hay reguladores de membrana metálica cuyos detalles indica la figura 2: estos reguladores obran sobre una membrana que abre ó cierra el conducto de llegada en una proporción inversa á la presión de la caldera, y cuando se llega á la presión máxima el regulador de vapor puede hasta suprimir por completo la llegada de éste, resultando de aquí que la presión sigue siendo constante y que no hay que temer explosión ni gasto inútil de combustible. Un pequeño depósito de esencia H sirve para alimentar una mecha de alumbrado, en la cual se inflama el petróleo pulverizado á medida que es proyectado en el hogar.

Fig. 2. Diversos reguladores: AB, regulador de llegada de petróleo; ECD, regulador de llegada de vapor; FGH, flotador regulador de llegada del agua de alimentación.

El agua de alimentación llega á la caldera por medio de una pequeña bomba movida por el mismo árbol del motor: esta bomba, que no se ve en nuestro grabado, empuja el agua hacia un calentador de serpentina G, alrededor del cual circula el vapor de escape antes de salir fuera. Un flotador F (fig. 2) regula automáticamente por medio de una transmisión la llegada del agua, de manera que se mantenga siempre el mismo nivel en la caldera. El agua así calentada pasa á la base del hogar por un conducto que se distingue en la figura 1. El vapor al salir de la caldera llega por un tubo de admisión I al motor F (fig. 1), el cual está construído según los principios de la máquina Westinghouse y es de dos cilindros, de efecto simple. En el bastidor de la máquina hay una cámara cerrada en la cual las bielas se sumergen á cada vuelta en el aceite. El volante J va provisto de un regulador de fuerza centrífuga que obra sobre la admisión y que impide todo escape de velocidad superior al 2 por 100.

El consumo medio de combustible de estos motores es, según los datos facilitados por los depositarios que la compañía tiene en Francia, los señores Rogers y Boulte, de 1'70 litros por caballo-hora, y como el petróleo que se usa vale unos 30 francos los 100 kilogramos, el precio de cada caballo-hora no excede de cuarenta céntimos. Las potencias de los motores varían de 0'5 á 4 caballos y la velocidad angular varía entre 500 y 350 vueltas en el modelo de 0'5 caballos y de 300 á 500 en el de 4. Los pesos del conjunto son respectivamente de 80 y 500 kilogramos para esas dos potencias límites. El mismo motor puede funcionar con gas á razón de 1'5 metros cúbicos por caballo-hora.

Finalmente hay que tener en cuenta que este motor no produce polvo, ni ceniza, ni humo y que requiere poca vigilancia.

Creemos que esta máquina de vapor doméstica podrá prestar servicios siempre que se necesite una fuerza motriz de poca potencia, económica y práctica. Este motor es muy usado en los Estados Unidos para los trabajos de granjas, para los pequeños alumbrados eléctricos, en los talleres de aserrar, en las imprentas y aun entre los carniceros que mueven con él las grandes cuchillas de cortar carne. Las lecherías lo usan también para poner en movimiento las mantequeras y los drogueros para hacer funcionar los molinillos de café. Muchos de estos industriales utilizan el vapor de escape para varias calefacciones.

Hay también un modelo especial de cambio de marcha que se presta perfectamente á la navegación de recreo y que puede funcionar á gran velocidad sin comunicar á la lancha ninguna trepidación.

La presión calculada es de 5'5 kilogramos por centímetro cuadrado, pero en caso necesario puede llegar hasta 9 y 10 kilogramos sin peligro alguno.

J. Lafargue

ELEVACIÓN DE UNA CHIMENEA SIN APAGAR LOS FUEGOS Y SIN PREVIO ANDAMIAJE

Hace poco se ha llevado á cabo en Nancy, en los talleres de hilado y tejido de los hijos de Manuel Lang, en Bonsecours, una operación muy curiosa y digna de ser consignada.

Una chimenea de treinta metros de altura no tenía tiro bastante para las calderas de vapor cuya fuerza se había duplicado para tener una fuerza motriz más considerable; era, pues, preciso ó bien construir una nueva chimenea al lado de la antigua ó parar la fabricación durante ocho días para aumentar la altura de la existente en unos diez metros. Una y otra solución debían ser muy onerosas y no se sabía á cuál inclinarse, cuando un ingeniero dió á conocer á los propietarios de la fábrica el sistema sumamente práctico que para esta clase de trabajos empleaba un contratista alemán, Augusto Bartling, de Bernburg (Anhalt), sistema que vamos á explicar.

Ayudado por un compañero, el señor Bartling empieza por aplicar contra las paredes y sobre la cornisa del basamento ó zócalo de la chimenea una primera escalera que fija allí introduciendo entre dos ó tres junturas de ladrillos tres garfios de hierro encorvados, uno en la base, otro en el centro de la la escalera y el tercero en el último escalón: sobre este último garfio apoya una nueva escalera que fija en las paredes de la chimenea, como la anterior, por medio de algunos ganchos de hierro hundidos por debajo de un peldaño en una juntura del enladrillado, y así sucesivamente. Cuando este andamiaje de escalera llega á lo alto de la chimenea, establecen en él una polea simplemente fijada en una escuadra de madera que se clava al extremo de la última escalera: esta polea sirve para subir materiales.

Pero antes de elevar la chimenea es preciso quitarle la cornisa en que termina, trabajo que en un día realizan aquellos dos hombres. Para ello preparan de antemano semicírculos de hierro que se aparean de dos en dos por medio de pernos, formando de esta suerte coronas del mismo diámetro que la chimenea; fijan el primer círculo debajo de la primera moldura de la cornisa y suspenden de él varios garfios encorvados en forma de S y en éstos escuadras de madera sobre las cuales colocan simplemente una tabla de dos en dos escuadras alrededor de la chimenea: estas tablas se unen por medio de algunos clavos. El grabado que publicamos, tomado de una fotografía, da á comprender mejor que cualquier explicación lo atrevido y sencillo de ese andamiaje, en el que no hay ni una cuerda que sirva de baranda y subidos en el cual aquellos dos hombres armados con la piqueta van separando las capas de ladrillo y cogiendo los materiales arrancados los arrojan al espacio. Es un espectáculo aterrador.



Trabajos de elevación de una chimenea de fábrica

Una vez derruído de este modo el capitel de la chimenea fué preciso comenzar la elevación de la misma. La polea fijada en lo alto de la última escale-

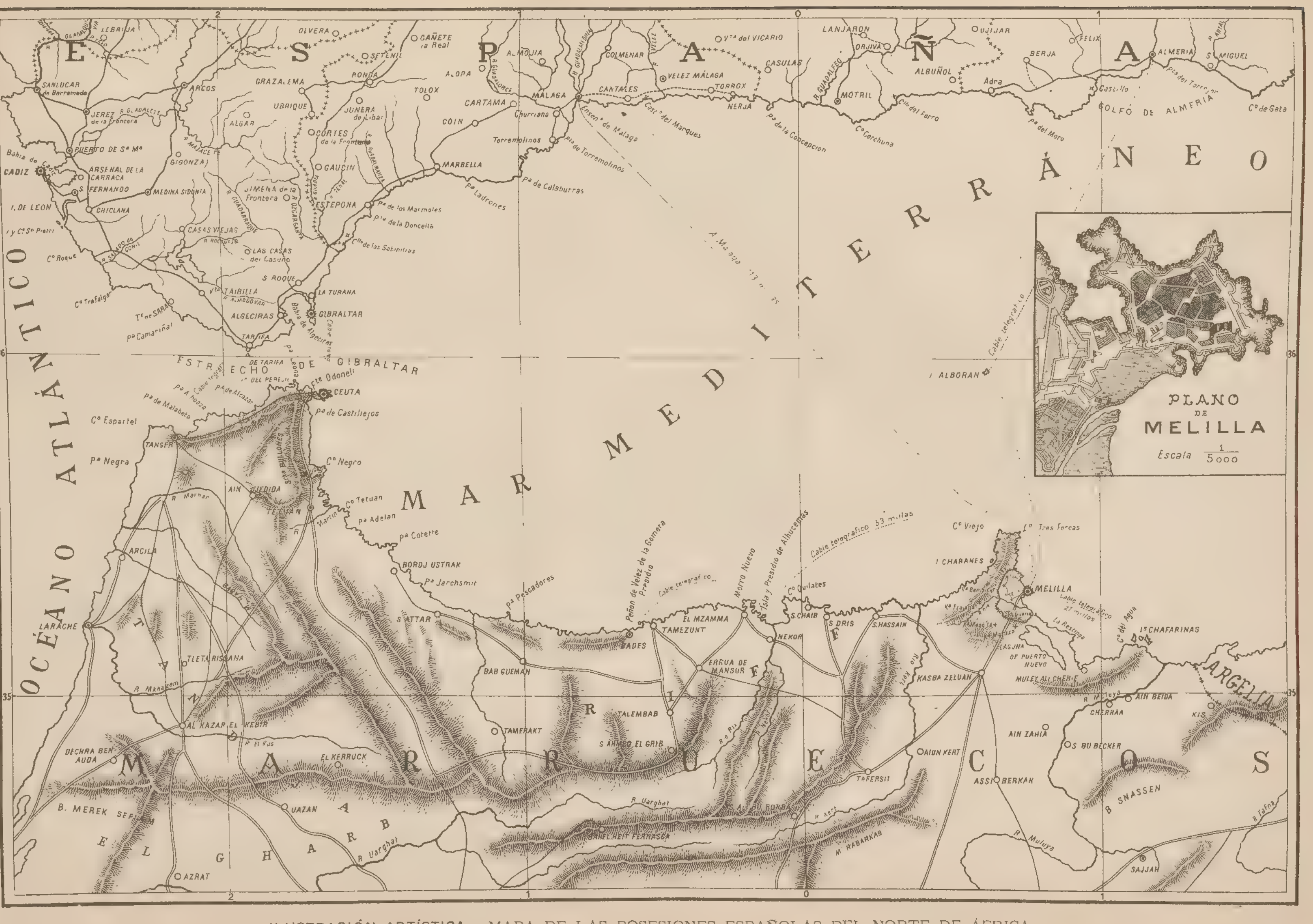


ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.– MAPA DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS DEL NORTE DE ÁFRICA

CROQUIS DEL CAMPO DE MELILLA

ra sirvió para subir el mortero y los ladrillos: un albañil por aquellos dos trabajadores contratado hacía maniobrar la cabria de abajo, cargaba los cubos y los subía. Era entonces curioso ver á los dos hombres de pie delante del orificio de aquella chimenea, que no cesaba de vomitar gases y humos, echando tranquilamente paletadas de mortero sobre la hilada de ladrillos ya colocada, poniendo otra encima y dando continuamente vueltas alrededor de su frágil andamio.

Cuando hubieron elevado de este modo su construcción en 1'50 metros, fijaron sobre esta parte fresca todavía un nuevo cinturón de hierro fuertemente apretado por medio de tuercas, y suspendían de él, como en el primero, garfios en S para apoyar nuevamente una por una las escuadras de debajo de ellos y elevar su andamio.

Y cada día la altura de la chimenea aumentaba de un metro á 1'50. Ocho días después la obra quedaba terminada, el pararrayos otra vez en su sitio, el andamio desmontado y las escaleras de acceso retiradas. Esta chimenea es la primera construída en Francia según este sistema, pero en Alemania y en Alsacia hay muchas, entre ellas las de las fábricas de productos químicos de Thann y de la Compañía del gas de Mulhouse.

A. Bergeret

(De *La Nature*)

CULTIVO DE LA COCA

Desde que se ha aislado el alcaloide de la coca *(Erythroxilon Coca)* y que la medicina utiliza su acción anestésica sobre las mucosas, ha aumentado mucho el pedido de esa substancia, y de aquí que el cultivo del arbusto se extienda rápidamente en muchos grados de latitud á lo largo de los Andes, desde Nueva Granada hasta Bolivia.

El verdadero indigenato de la coca no se determinó hasta que aclaró la cuestión A. de Candolle, quien en su *Origen de las plantas cultivadas* demuestra que aquella planta es indígenea de Nueva Granada y del Perú.

El método generalmente seguido, desde que en las Cordilleras se vuelve á explotar la coca, que ya se explotaba en el Perú en tiempo de los incas, apenas difiere de los antiguos procedimientos. Aunque el arbusto es originario de *tierra caliente*, la altura más favorable para el cultivo del mismo es la de 1.000 á 2.000 metros. La multiplicación se hace por medio de granos que se siembran en agosto en pequeñas cajas, y en el verano siguiente los plantones son trasladados á los bancales, espaciándolos de metro en metro, expuestos al sol y á su tiempo binados y sachados. El suelo ha sido previamente cavado, pero no abonado, y cuando los arbustos están agotados son sustituídos por otros. Según la fertilidad del suelo, los arbustos alcanzan una altura normal de uno á dos metros, muy inferior á la que tienen en estado silvestre, pero se limita así para conservar la cosecha de hojas. La recolección la hacen mujeres que proceden á ella tres veces al año, á principios de enero, por San Juan y por Todos los Santos, arrancando las hojas una á una, excepto las del extremo de las ramas. Las mejores hojas son de un color verde obscuro y tienen dos surcos longitudinales en el limbo de cada lado del nervio mediano que distinguen la verdadera coca de las demás especies del género *Erythroxilon*. Las hojas son luego extendidas sobre una era de piedras que formen una superficie muy unida y expuestas al sol: allí se secan colocándolas en capas delgadas y volviéndolas de cuando en cuando con un rastrillo; para esta operación bastan tres ó cuatro horas. El tiempo brumoso y húmedo perjudica á la mercancía. Una vez secas las hojas son comprimidas en prensas de madera, como paquetes de tabaco, y se forman con ellas balas de 25 libras, dos de las cuales unidas constituyen un *tambor*. En esta forma la mercancía es expedida á la costa, envuelta en encerados si el tiempo está lluvioso, y desde allí remitida á Europa para ser entregada al comercio.

E. André

(De *La Revue horticole*)



UN RECLUTA POR FUERZA, dibujo de J. H. Roberts

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1893 — NÚM. 621



MOROS DE REY, reproducción de un dibujo de E. H.

Sumario. – TEXTO. – Crónica de arte. – Orillas del Deva. – Los sucesos de Melilla. – Lo eterno. La Pola (novela). – Nuestros grabados. – Libros recibidos.
GRABADOS. – Moros de rey. – En el Frontón barcelonés y su vista exterior. – Marruecos. Captura de un criminal. – Melilla: La alcazaba, Puerta de entrada, El mercado las «Barracas.» – D. Manuel Ortega Sánchez Muñoz. – Vista de Melilla. – La danza del otoño. – Mari Guari, espía moro. – A bordo del «Conde de Venadito.» – Melilla. El Mantelete.

CRÓNICA DE ARTE

No sabe todavía la Academia de San Fernando qué hacer con los proyectos del monumento que habrá de erigirse en Covadonga en honor de Pelayo.

Voilá l' embarras du choix, como diría cualquier académico de la sección de Escultura: por un lado, el resentimiento que contra la Diputación de Oviedo guarda la alta corporación académica con motivo de haber prescindido la primera de los consejos de la segunda para la redacción del pliego de condiciones del concurso; por otro lado, la falta de claridad de que adolece la citada convocatoria, que se presta á dudas é interpretaciones varias; por otro, las presiones que de Asturias han caído sobre algunos de los individuos de la de San Fernando; por otro, las recomendaciones de aquí; por otro, cierto deseo de hacer justicia que anima á una parte de la Academia... en fin, un atolladero casi tan grande como el en que está metido el Sr. Moret, ministro por partida doble, á propósito de sus reformas de la enseñanza y las negociaciones con el sultán de Marruecos.

Verdaderamente que, á no estar las gentes demasiado preocupadas con tantas catástrofes como en el transcurso de una semana han llovido sobre esta desgraciada nación y fija la mirada de todo el mundo en ese conflicto hispano-marroquí, el concurso citado, abierto por la Diputación provincial de Oviedo, habría dado de sí algún que otro escándalo provocado y algún que otro interesantísimo diálogo (además de interesante edificante) entre expositores, jueces, prensa y diputados provinciales ovetenses.

Un mes, largo de talle, hace que los inmortales de la calle de Alcalá (secciones de Arquitectura y Escultura) se han dedicado á estudiar los proyectos presentados á concurso. En todo este tiempo no han podido, por lo visto, formar juicio concreto alguno, á pesar de que no son más de diez los trabajos que se disputan el premio y de que pueden descontarse de la labor de comparación lo menos seis. Tanta parsimonia llama la atención de los pocos que siguen atentamente el curso de este parto laboriosísimo, y que temen, no sé si con razón ó sin ella, que al fin y al cabo ó salgan la justicia y por lo tanto el arte un tanto descalabrados, ó cortando por lo sano y para huirle el bulto á recomendaciones de peso, declaren los señores como la convocatoria está mal redactada y que no pueden desempeñar su cometido.

Lo cierto es que, excepción hecha del modelo cuyo lema es *Spes Patriæ* y de los bocetos de las estatuas señaladas con los de *Initium* y *Pro Patria*, los demás proyectos, así escultóricos como arquitectónicos, son otras tantas lamentables equivocaciones sufridas por distinguidos artistas. Los mismos que modelaron – con verdadero cariño, con demasiado cariño – las estatuas citadas se equivocaron de medio á medio, así en lo de interpretar el tipo legendario y eminentemente simbólico de Pelayo, como en lo que respecta á la indumentaria. Y no digo nada de los arquitectos: alguno hay que exigiendo la convocatoria que la traza del pedestal tuviese carácter puramente románico ó visigótico (siglo VIII), da como bueno un castillo del siglo XIV, con sus correspondientes cubos y torreoncillos adosados en los ángulos del cuerpo central.

Cierto que así el autor de *Initium* como el de *Pro Patria* se corrieron hasta el siglo XIII (cinco siglos más del pactado) en busca de mandobles con los que el buen Pelayo no soñó jamás, y que en los trajes de aquella misma centuria buscaron uno á propósito para vestir al vencedor de las huestes de Darío; pero en cambio de tales desaciertos, se advierte el conocimiento técnico del arte. Paños, carnes y armas están construídos con amor en estos bocetos.

Pero nada más tienen de notable. Preocupáronse los escultores de copiar el modelo, y olvidaron lo principal, adivinar el símbolo; y como quiera que el símbolo en este caso concreto es la síntesis de una raza, de una fe y de la patria, tal y como la comprendían una época y una sociedad de las cuales, si desde un punto de vista tenemos datos bastantes para su definición, desde otros apenas hemos logrado columbrar después de minuciosos trabajos de investigación histórica nada concreto, resulta que, á pesar de las condiciones plásticas que avaloran los dos modelos citados, éstos no responden al concepto que de la figura de Pelayo han podido formarse á una el historiador y la imaginación popular.

No le demos vueltas; la representación pictórica ó escultórica del príncipe visigótico, aventurero, noble romano (*rumi* como lo señalan los cronistas árabes) ó *condottiero*, que allá en las abruptas montañas de Asturias supo cortar la serie de victorias de las armas musulmanas, no puede ser la de un héroe de tantos como registran los anales de la historia de nuestra reconquista. Y no ciertamente porque sus hechos de armas hayan tenido mayor importancia material que los de Jaime el Conquistador, de Alfonso VIII ó de Rodrigo Díaz de Vivar, pues en verdad de cosas, las victorias de Pelayo no rebasan los lindes de lo pequeño, sino porque significan el primer jalón puesto en la obra de la liberación de la patria, no tan sólo materialmente, al arrojar la morisma de un pedazo de territorio ibero, ofreciendo así lugar y asilo seguros á los españoles, sino también y muy especialmente por el efecto moral producido en los abatidos ánimos de los expoliados.

Todo esto debieron tener presente y con todo esto debieron contar los escultores que concurren al concurso, para dar forma con el barro á la figura de Pelayo; y porque el boceto *Spes Patriæ* se acerca más que los restantes al concepto que por la reunión de todas estas circunstancias, en su mayor parte psicológicas, parecen determinar al héroe de Covadonga, y que le colocan á medias entre el mito y lo real, es por lo que, sin vacilar, le considero como el único boceto acertado, que sin que alcance desde ningún punto de vista lo extraordinario de la obra del genio, no por eso cede á la del talento más reflexivo y eminentemente artístico.

Aparece la estatua ó boceto señalada con el lema dicho *Spes Patriæ* en actitud serena y arrogante á la par. Con la mano izquierda levanta sobre su cabeza la *Cruz de la Victoria* que, según la tradición, la recibió Pelayo del cielo; con la derecha empuña la corta espada heredada por los visigodos del soldado romano. El plinto sobre que se yergue la figura simula un trozo de quebrado monte, y Pelayo, cual si quisiera escalar la cima de la montaña donde se libra el combate, para desde allí dominar por entero aquel lugar en el cual se decide por medio de las armas de los destinos de la patria, y animar, mostrando el lábaro santo y su propio valor, á sus huestes, asienta el pie derecho en alto pedrusco, mientras de los abiertos labios parece escaparse el grito de guerra ó la primer palabra de triunfo. La redonda capa flota al viento, y bajo la coraza de cuero y escamas de metal – coraza semejante á la loriga romana – se adivina la fuerte musculatura del héroe. Cúbrele la cabeza un casco cónico de cuero, cruzado por fajas metálicas, y de las abarcas suben trenzadas largas correas que defienden la robusta pierna, firme de traza y de correcto dibujo.

La parte flaca de esta figura es el rostro. Todavía no se han desligado, por lo menos una gran parte de nuestros escultores, de ciertos convencionalismos académicos en lo tocante al gusto estético con referencia al realismo. El rostro de la estatua de Pelayo es, en esta de que me ocupo, un rostro que carece por completo de los rasgos que determinan ó distinguen á una raza. Cualquiera que tenga una mediana educación artística habrá visto cien rostros como este del boceto *Spes Patriæ*. Así puede ser la cara del soldado de Marathón, como la del Apolo de Belbedere, como la de Júpiter. Por exceso de respeto al tradicional tipo masculino que creó el griego, adoptó el romano, interpretó el renacimiento, disfrazó el neoclasicismo y las Academias tradujeron tomándolo del disfraz último, todavía hay artistas que (al fin y al cabo educados en ese medio escolástico de nuestra enseñanza artística) si aceptan como bueno el realismo, es en cuanto no rompe determinadas fórmulas que para la interpretación y expresión de la belleza aprendieron de sus rancios maestros. Así, por ejemplo, las líneas del rostro, el movimiento de los brazos y de las piernas, el plegar de los paños, etc., no pueden ser otros que los que señalan aquellas máximas recogidas en un libro por un famoso profesor de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado (dicho profesor ha fallecido ya). Una de las máximas decía: «Cuando avance la pierna derecha, debe retirarse á la vida privada el brazo del mismo lado,» etcétera, etc.

Pues bien: el autor del boceto señalado con el lema *Spes Patriæ*, si supo olvidar en otras obras, como en esta misma, esas doctrinas de peregrina hermosura por su alto y amplio concepto, no por eso ha mostrado que el olvido ha sido total, ni que su educación estética, á pesar de que tiene vistas al realismo, es todo lo firme y segura que debiera ser. Huyó de trazar la fisonomía ruda, salvaje y enérgicamente altiva que caracteriza la raza gótica, porque le pareció fea la verdad. Le pareció feo un rostro de pómulos pronunciados, de nariz corta, de labios gruesos, de ojos hundidos y sirviéndole de pabellón espesas cejas, la barba larga; en lugar de este tipo modeló otro que ni es clásico ni realista.

En lo tocante á la parte arquitectónica de este proyecto, tengo para mí que es el único también que llena todas las condiciones exigidas en la convocatoria, y además es el que puede considerarse como obra completamente original.

Mientras, como he dicho, todos ó casi todos los arquitectos que á este certamen concurren han buscado con empeño el detalle decorativo olvidando la línea, el autor ó autores del pedestal de *Spes Patriæ* no han perdido de vista punto tan interesante como el del mayor rigorismo histórico, y al propio tiempo supieron encontrar un motivo nuevo, no visto, cosa que no acontece muy á menudo.

Este monumento es cuadrangular y el primer cuerpo está flanqueado por torrecillas también cuadradas y almenadas, que le imprimen gran apariencia de solidez y fortaleza. Sobre este primer cuerpo ó basamento se levanta otro con columnas, y los frentes de éstas se hallan interrumpidos por un saliente en el que se ve una hornacina.

En el frente principal mírase la estatua de la Victoria; en los laterales van dos bajos relieves conmemorativos de la batalla de Covadonga y de la proclamación de Pelayo, y en el hueco alzado se pondrá una inscripción.

Este segundo cuerpo sirve á su vez de basamento á una pirámide truncada, que es un cuerpo de transición entre el robusto central y el capitel sobre que descansa la estatua. El capitel se compone de un friso que corre por debajo de una serie de ménsulas ó canecillos que forman la cabeza coronada por escudos.

Vistazo rápido fué el que pude echar á los demás proyectos arquitectónicos en los primeros días de su exposición; más tarde los he visto detenidamente; en ambas visitas solamente el de *Spes Patriæ* atrajo desde luego mi atención. Arquitecto y escultor han marchado de perfecto acuerdo. Pedestal y estatua forman un monumento histórico, artístico y estéticamente homogéneo.

Moreno Carbonero, el autor de tantos cuadros de género admirables, acaba de pintar otro, digno de sus anteriores. Moreno Carbonero es un admirador de Cervantes y de su obra inmortal. Ya cuando aún no tenía veinte años pintó un cuadro que fué premiado, si no me equivoco, con medalla de segunda clase; este cuadro, exhibido en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1878, representaba el donoso episodio del carro de las cortes de la muerte, vulgarmente conocido por el lance de D. Quijote con los cómicos. Desde aquella Exposición á la fecha el autor de *La conversión del duque de Gandía* no cesó de inspirarse en Cervantes, alternando con las páginas de *Gil Blas* y con alguna de cierta novela del insigne muerto Alarcón.

El cuadro que en la actualidad tiene expuesto en el estudio de su amigo y colega Sr. Maureta representa el episodio ó la famosa y nunca bien ponderada aventura con que topó el no menos imponderable D. Quijote, yendo de carretera con su buen escudero (no recuerdo en este momento hacia qué lugar); aventura en que hubo de librar descomunal combate con aquel fiero vizcaíno que llevaba presas en su carroza á sus amas, en compañía de unos frailes, que á las primeras de cambio ó de mandobles tomaron las de Villadiego á lomos de sus orejudas cabalgaduras.

En la *Crónica* próxima me ocuparé de este lienzo bellísimo, en el cual Moreno Carbonero hizo verdaderos primores, jugando con la luz del sol y con la pasmosa habilidad de su ejecución y buen gusto. Y para esa misma *Crónica* dejo también el hablar algo de algo que he visto remitido desde el Rif por varios laureados pintores que á allí se han ido en busca de algo nuevo, que si tienen empeño en buscar seguramente encontrarán.

R. BALSA DE LA VEGA

ORILLAS DEL DEVA

CARTAS Á LA SEÑORITA DOÑA EMMA DE MADRAZO

(Conclusión)

II

Fres del Val, 4 de septiembre

Si mal no recuerdo, amiga mía, interrumpí ayer mi carta en el momento de llegar á Deva y en aquel en que la cesta nos dejaba al pie del miramar.

La marea era viva. Todo cuanto es playa los demás días, aparecía entonces sumergido en el agua que avanzaba en flujo inundante, y que, al encontrarse con un paso abierto entre dos montes, se abalanza á



Vista exterior del Frontón Barcelonés, proyectado y construído por el arquitecto D. Enrique Sagnier y Villavechia

remontar el Deva, convirtiéndole por larga pieza en un gran brazo de mar, como si pretendiera hacer navegable aquel río, que ya hubo de serlo algún día hasta llegar á Alzola, si no se engaña en su decir la gente.

Y no debe engañarse, creo. Así debió de ser, ya que á corta distancia de Deva, en el caserío de Salsiola, que otros llaman Sociola, todavía existen los restos de un bastimento que se dice haber sido astillero, y guarda este nombre; y en la misma Alzola, todos pueden ver un grandioso edificio, que parece fué antigua aduana, con arcos que apoyan sobre las peñas más hondas sus robustas pilastras, en las cuales aún se ven las anillas de hierro allí colocadas para amarre de las barcas.

No podíamos apartar nuestras miradas de aquel maravilloso panorama abierto á nuestros ojos.

Frente á nosotros el mar; el mar Cantábrico en toda su infinidad; el mar verde, como le llamaron los poetas; el mar plomizo, como tal vez debiera llamarse; plomizo como el cielo euskaro, que es, por ley general, un cielo triste y nebuloso, bien distinto por cierto de aquel cielo esplendoroso y limpio de mis orillas mediterráneas espejándose en la mar azul de los latinos.

A lo lejos se veían llegar flotas de barcas pescadoras que venían á buscar el puerto, como vuelos de pájaros que tornan para su nido. ¡Qué efecto nos hacían á Magín Morera y á mí aquellas barcas con su vela cuadrada, tan distinta de nuestra airosa vela latina, que así se hizo sin duda, con su forma de ala de golondrina, para que la lancha pescadora del Mediterráneo pudiera volar mejor! Porque nuestras lanchas mediterráneas, mi querida Emma, no lo dude usted, tienen alas y vuelan.

Morera, ya usted lo sabe, es un poeta catalán que vive á temporadas en las costas cantábricas, donde compuso un ramillete de hermosas poesías que titula *Lequeitianas*, destinadas cuando se publiquen á revelar su inspiración y su genio.

Al ver acercarse aquellas barcas, Morera y yo, debe usted recordarlo, pues que en aquel momento nos dispensaba el honor de atender á nuestra plática, discurríamos acerca de lo que pensaría una pobre vela latina transportada de repente y como por encanto á estos mares, en medio de tanta vela cuadrada. – «¡Ah!, le dirían éstas sin duda. Tú debes ser del país de las golondrinas. ¿A qué viniste aquí, donde hay luces y mares y espacios que no son tuyos? ¡Vuélvete, pobrecita vela, vuélvete; que ni estas aguas ni estas costas ni estos cielos se hicieron para ti!» Y la vela se volvería entonces tristemente, recogiendo su ala de golondrina, pobrecita y sola, á buscar el país del sol y los esplendores de la mar latina.

Cuando nuestros ojos se fatigaron á fuerza de perderse en lo infinible y de sondear lo insondable, descendieron á fijarse en la aturbonada congerie de rocas que se agrupaban á nuestros pies, caótico roquedal por entre el que se introducía la mar rugiente batiéndolo sin descanso. Veíamos llegar olas gigantes como montañas verdinegras, que avanzaban hacia nosotros, y que, al estrellarse en las peñas, cubriéndolas de espuma, nos enviaban á todos cuantos estábamos en lo alto, con la purísima esencia de su llovizna, los acres perfumes de la mar brava.

Tras de nosotros se abría en suave pendiente la carretera de Francia, cruzada á cada paso por esas chillantes y musicales carretas de bueyes, que son especialidad de las comarcas euskaras, y por las airosas cestas y lujosos landós en que las elegantes damas y familias residentes por temporada en Deva van á sus romerías de placer ó á sus paseos y excursiones de holganza.

La carretera sigue costeando el monte que adelanta su cabo mar adentro, frente á otro monte y cabo que avanzan por la izquierda con la otra carretera que lleva á Motrico, el monte *tricua*, ó sea el del erizo, en cuya falda viven los más duros marinos y los más valientes hombres de mar de aquellas costas; y á Lequeitio, la de tradicionales costumbres, orgullosa con su famoso palacio de Baroa, que hoy poseen los catalanes condes de Torregrosa, y con el petulante lema de su escudo en que se proclama gallardamente, aunque en latín, y como si tal cosa, debeladora de reyes, subyugadora de monstruos horrendos, y poderosa así por la mar como por tierra. *(Reges debelavit, horrende cœtis subjecit, maris terrisque potens.)*

Es admirable aspecto el de estos dos gigantes montes asentados sobre peñas y roquedales, que avanza cada uno por su lado, hacia la derecha el uno y hacia la izquierda el otro, dividiéndose en dos cabos, que creo se llaman de Machichaco y de la Higuera, y abriéndose para dar paso al mar, que entra en aquella concha á recibir el tributo del Deva y besar sumiso las plantas de la hermosa villa del mismo nombre, extendida por la falda del monte Anduz con todo el lujo y belleza de sus hoteles y villas; con sus características casetas de baños en la playa; con sus señoriales caseríos que se encaraman por el monte para darse el honor de levantar encastillados miramares en luengos y sombrosos parques; con su iglesia del siglo XV, que tiene un claustro, singular por su ojivas, y un pórtico de templo, más singular todavía, por cierta piedra que puede encerrar un misterio; con su azoradora vía férrea de muñecas, y su tercera carretera y su río que ambos remontan á Vergara la del abrazo y la del Cristo de Montañés, á Plasencia la del hierro y de los cañones, á Alzola la de aguas salutíferas, á Eibar la de las incrustaciones de oro y plata, y á la hechizadora Bilbao, poderosa y potentísima rival de Barcelona.

Y á propósito de Eibar. ¿Recuerda usted también la tarde que allí fuimos en excursión con el coronel Miret y el barón de Terrateig, que acababa de llegar y nos traía con él los recuerdos y efluvios de aquella



EN EL FRONTÓN BARCELONÉS, dibujo de J. Cabrinety

embelesante Valencia, siempre aromatizada por las flores de sus jardines y los cantos de sus poetas? Fuimos á visitar á Plácido Zuloaga. ¡Qué bella casa la suya, con aquellos escudos en la imafronte, como dirían los eruditos, en su frontón ó en su fachada, según decimos los mortales; con su primoroso balcón de esquina, su majestuosa escalera, sus espaciosos salones y sus seducientes vistas al río y al monte! ¡Qué hermosa casa, y en ella qué tesoro! No me refiero á los artísticos objetos de incrustación que tanta fama y gloria dieron á Zuloaga, sino á las obras de arte que éste tiene en su casa, lienzos, tablas y cobres de pintores célebres, vidrios de Venecia, ricos esmaltes, arquillas de la Edad Media, muebles y objetos de todas épocas, preciosidades sin cuento y sin cuenta; todo lo que nos enseñó con amabilidad exquisita, junto con preciosos cuadros de su hijo el pintor, destinado indudablemente á ser una gloria en las huestes de la moderna escuela impresionista.

Salimos de Deva á la caída de la tarde y á la hora misteriosa del crepúsculo vespertino. Si con buen pie habíamos entrado en la risueña villa del Monreal-Anduz, con mejor fortuna salimos, ya que una casualidad feliz nos hizo tropezar con el duque de Rivas, llegado allí aquella misma tarde. Pude con este motivo abrazarle, y tuve en ello gran placer; que, sobre ser todo un caballero, es un alma noble, un talento superior y un poeta eximio, continuador del camino de gloria trazado á la familia por el autor inmortal del *Don Alvaro*.

Ya sabe usted con qué pena nos alejamos de Deva sin dar un abrazo á nuestro excelente amigo el marqués de Valmar, ni tener tiempo de visitar su casa palacio, de que usted me contó maravillas. Pero no dejaré de hacerlo otro año, si Dios me otorga este placer. Es deuda de honor en mí la de pagar este homenaje al ilustre patriarca que es modelo de hidalgos, espejo de literatos y envidia de laboriosos.

Era ya tarde. Era la hora aquella en que el delicioso Héspero, como dice nuestro dulce Meléndez,

cual precursor de la noche,
por el Occidente sale.

Nuestros compañeros de viaje apremiaban, y dimos la vuelta para el balneario de Alzola, pasando otra vez por aquellas orillas que, si son encantadoras llenas de color, de luz y de vida, á la hora del sol, no lo son menos ciertamente á la hora del crepúsculo vespertino, cuando avanzan las sombras de la noche y se llenan aquellos bosques de misterios y aquellas hondonadas de visiones. La luna enviaba un rayo de moribunda luz á aquellas soledades de nunca turbado silencio, hasta que vino á romperlo el silbato de la locomotora, que silbando y rugiendo pasó por junto á nosotros como alma que lleva el diablo envuelta en nubes de humo y de fuego.

Junto á Salsiola nos enseñaron un monasterio abandonado y en ruina, que proyectaba su descarnada silueta á la luz de la luna por entre los árboles. Es un sitio romántico, allá en lo profundo á orillas del río, lugar triste y solitario rodeado de sombras y misterios, al que la obscuridad de la noche daba más atractivo y más carácter.

– Es un sitio adrede para leyendas, dije. Por fuerza debe tenerla.

Y la tiene, según luego me la contaron.

Por cierto que no es una de esas leyendas ñoñas y sin miga, como tantas otras. No: tiene vida, tiene color, tiene luz, tiene drama, con algo de la de Hero y Leandro en sus comienzos y con mucho de Dante en sus finales.

Voy á narrársela á usted... si acierto, que lo dudo. Para contar, para referir esta leyenda, que yo titularía *El farol del pecado* si me atreviese á escribirla, se necesitaría algo de aquel *quid* que pocos tienen... y que también es conveniente que tengan pocos.

No pudiendo, pues, hacerlo como quisiera, me limitaré á contársela á usted como sepa y puedo, breve y sencillamente, para que, á falta de mayor mérito, tenga el de su sobriedad al menos.

Comenzaremos por titularla *El farol del pecado*. Ya que no se escribe como debiera, conviene nominarla; que en el título, ó yo me engaño mucho, está lo más señalado.

En el monasterio de Salsiola, y en época de su esplendor, vivía un monje que andaba siempre solo y retraído. Había sido en el mundo noble hidalgo, capitán de caballos intrépido y gallardo, galanteador afortunado. Cuitas de amores ó reveses de fortuna le llevaron á buscar la paz del claustro, que no halló por cierto en el solitario monasterio. La frialdad del hábito no apagó las pasiones que en él ardían. La soledad, el rezo, la penitencia, no fueron flagelación, sino yesca de pecado y espuela de apetito para su alma, que cuanto más opresa se hallaba, más salteada se sentía por ansias de lanzarse á mayores y más arrebatados vuelos.

No hay que averiguar cómo principiaron sus amores con la dama de Orizábal.

Desde las ventanas de su celda veía á lo lejos la torre cuadrada de la casa señorial donde moraba su amada.

Sólo muy de tarde en tarde podían verse y hablarse los dos amantes, y siempre en el secreto de la noche, rodeados de tinieblas y peligros; que era el marido de la dama tan celoso de su mujer, como guardador de su honra.

Cuando el Sr. de Orizábal se ausentaba de su casa, empujado por sus goces ó requerido por deberes, la dama encendía un farol en lo alto de la torre, señuelo pecador que llamaba al monje, atrayéndole á clandestinas y adúlteras citas.

Por las noches en que el farol aparecía en la almena de la torre cuadrada, el monje, sosegado el convento, salía misteriosamente de su celda, y, encelado, á obscuras y á tientas como quien va á hurto de amores, sin otra luz que *aquella que en su corazón ardía*, remontaba la pedregosa orilla del Deva hasta alcanzar un sitio donde era fácil vadear el río, á la otra banda del cual se alzaba la casa de Orizábal. Muchas noches ocurría tener que pasar el río á nado; y sólo salvándole de esta suerte, era como llegaba á los brazos de la dama de Orizábal, lo mismo precisamente que Leandro á los de su Hero.

Cierta noche, y á hora desacostumbrada, apareció el farol del pecado llamando al monje. No esperaba éste la cita. Túvola dos noches antes, y no era de creer que el Sr. de Orizábal, llegado precisamente el día anterior, hubiese vuelto á marchar al siguiente; pero, aunque extrañado y con la alarma del recelo, acudió con presura. Salió del monasterio, furtivamente como siempre, cuidando de no turbar el sosiego de la santa casa; escaló las rocas; se deslizó por entre los peñascales con peligrosas prisas que eran diligencias de su ansiedad, y viendo brillar el farol con luz amorosa, luz que hubo de parecerle más viva que nunca, tan viva cual pudiera ser la de su deseo, vadeó sin dificultad el río, que aquella noche no venía crecido, como si quisiera facilitarle el paso, y llegó á la contraria orilla. Pero no acudió á recibirle allí su amada, solícita y diligente como las demás noches. Quien estaba allí era el esposo ofendido, al frente de un grupo de asalariados servidores, los cuales cayeron sobre el monje sin ventura, cortándole á cercén la cabeza, que entregaron á su señor, y despidiendo por las peñas el descabezado tronco.

Dueño ya de aquel sangriento trofeo el Sr. de Orizábal, fuése sosegadamente para su esposa, que á recaudo tenía desde que hubo descubierto el misterio de sus amores y la clave de sus citas; y dando orden para maniatarla, prendió á su cinto, á guisa de escarcela, la cabeza del amante, y mandó en seguida que mujer y cabeza se depositaran en el lecho, que fué tálamo de su adulterio, y se emparedasen en la torre, que fué sepulcro de su honra. En seguida abandonó para siempre aquella casa, cuyo sitio y cuyas ruinas aún conservan hoy el nombre de *Torre de la emparedada*.

Así acabaron aquellos amores, y así los tristes amantes.

Pero aún vive el monje descabezado; aún vive, ya que no por misericordia, por milagro de Dios. Se cuenta que de entonces acá, todas las noches, promediada la media, que es la hora del castigo, así en aquellas noches de tranquilidad y luna como en aquellas de obscuridad y tormenta, todas, sin faltar una sola, se ve vagar al monje por las orillas del Deva, vestido con su hábito penitente, pero descabezado y llevando en la diestra el mismo farol de la torre que le llamaba á sus criminosas citas, condenado por voluntad divina á no tener paz ni reposo en su sepulcro hasta encontrar su cabeza, que eternamente busca, eternamente en vano, alumbrando siempre sus pasos y pesquisas con *el farol del pecado*.

Y esta es la leyenda del monje de Salsiola, mi amiga Emma. Esta es; y ya con ella doy fin á esta segunda y larga carta, que ha debido hallar difusa y somnífera sin duda. Dichosa ella, y más yo, señora mía, si por suerte no comunicó á usted el sueño que al mío robé yo para escribirla.

VÍCTOR BALAGUER

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

I

Pedro Estopiñán, por cuenta del duque de Medinasidonia, de quien es teniente, se apodera de Melilla en 1446; un siglo después la incorpora Felipe II al Estado; en 1631 la sorprenden los moros y cuesta mucho recuperarla; medio destruída por los temblores de tierra en 1669, agobiada por el hambre, acosada á la vez por los moros, se abandona el fuerte de Santo Tomás. En el olvido, sin defensa, con sólo algunos hombres que viven y sucumben como mártires, en 1678 se abandona otro fuerte, el de San Lorenzo; un año después, el de San Francisco. Al fuerte de Santiago lo sitian poco más tarde miles de moros; los españoles del fuerte se resisten, hacen en la chusma gran mortandad, pasan muchos días, nadie acude en su auxilio, tienen hambre, tienen sed, pero luchan aún. Desfallecen... y luchan... van á morir... Para que después de muertos el fuerte no sea tomado, deliberan; pronto viene la conclusión; es unánime; volar el fuerte; lo hacen así, vuela el fuerte, y los españoles, hechos pedazos, hallan su sepultura bajo aquellos queridos pedruscos que enrojecieron poco ancon su sangre. ¡Fecha gloriosa... 14 de septiembre de 1679!

Continúa Melilla en miserable abandono; sin embargo, las escasísimas guarniciones de todas las épocas la defienden como el hombre á la mujer adorada. Melilla, pues, vive por casualidad milagrosa en poder nuestro. En 1694 la sitia Muley Ismaíl; la rechazan los sitiados, la bloquea Ismaíl durante mucho tiempo, y la abandona al fin, convencido de la imposibilidad de vencer con su gran ejército al puñado miserable de españoles que la plaza defienden. En 1697, otra fecha de gloria, los moros asaltan la plaza y son rechazados; en 1715 sufre otro cerco riguroso que dura mucho. Viene un tratado de paz que los moros no cumplen. En 1794, un formidable ejército, con Sidi-Mohamet-ben-Abdalá á la cabeza, sitia nuevamente á Melilla: consta la guarnición de ochocientos hombres escasos; resisten cuatro meses; Mohamet retírase al fin convencido también de la inutilidad de su tarea; hay otros convenios, de que las kabilas se mofan, y la plaza continúa en el mismo estado de abandono; mientras deja una y cien veces lavada la honra española, mientras mueren de hambre sin dejar de combatir, mientras Europa está en espectación ante la heroicidad de aquel puñado de hombres, España se acuerda de Melilla; España la halaga y la bendice; después, las guarniciones continúan en el olvido y es necesario otro nuevo monte de cadáveres españoles mutilados, destrozados, profanados, para que España vuelva á pensar en Melilla... España no; sus gobiernos.

Así continúa hasta 1840: la plaza está sin víveres, como siempre; los presidiarios sublévanse; los rifeños embisten con verdadera furia y degüellan las guardias; la guarnición hace salidas que asombran, sublimes en realidad, arrancando á los pechos españoles lágrimas de dolor y orgullo... ¡Estéril todo!

Sigue la campaña del 60, que alcanza ya á nuestros padres; donde nuestros padres luchan como leones; donde el ejército español, cubriéndose de gloria y admirando á las potencias extranjeras, obtiene un inmenso lauro por cada batalla sostenida... ¡Vergüenza y duelo! Campaña más gloriosa, sí, pero más estéril que ninguna.

Viene el tratado de Vad-Ras; por este tratado España tiene derecho á un pequeño territorio comprendido entre Melilla, dentro de un semicírculo y el radio que se desarrolle por el alcance de un cañón de 16: resulta el radio de unos 3.000 metros, unas 1.600 hectáreas. Los españoles, como siempre, no cuidan de ocupar esa tierra. En 1870 azota el paludismo á la población; origínase por la humedad del río del Oro, cuyo cauce corre lamiendo la muralla; decídese desviar el cauce unos doscientos metros y es preciso un cuerpo de ejército para obligar á las kabilas á que nos permitan hacer estas obras en territorio español. Pasa otra vez la nube. Nuevos y vergonzosos olvidos de Melilla. Con la guerra civil es olvidada ya del todo, y viven sus escasas fuerzas con escaramuzas siempre, con sangre siempre y con maldiciones de madres infortunadas que lloran á sus hijos, maldiciones y sangre que caerán sobre la cabeza de nuestros gobiernos. En 1884 se ocurre al fin edificar en el cerro de San Lorenzo el primer fuerte, por el plan de defensa de Roldán Vizcaíno; sigue después el de los Camellos, detrás el de Cabrerizas Bajas y á seguida el de Rostrogordo, que toca, como el de Cabrerizas Altas, el límite español por la parte derecha del río del Oro. Este plan, aprobado por el gobierno, debe tener á la izquierda y por la parte que da al Gurugú otros fuertes, de los que sólo se construyó el de los Camellos. Estará uno próximo á la casa de la marina, sobre la playa de los Cárabos; otro, ya en el límite español, y el de Sidi-Auriach – origen de la guerra del Rif, – que tiene á la derecha la Alcazaba y la Mezquita, y á la izquierda el poblado y la huerta de la Mezquita. Llegamos, pues, con sólo una breve idea general de la historia de Melilla desde su ocupación por los españoles, á la fecha triste del 2 de octubre.



MARRUECOS. - CAPTURA DE UN CRIMINAL, dibujo de Ralph Peacock



MELILLA. – LA ALCAZABA (de una fotografía)

II

El general Margallo manda la plaza; su historia es limpia; todo el mundo asegura que es un hombre de honor, y él lo prueba. Lo primero que se hace para las obras del fuerte Sidi-Auriach es un barraconcillo donde guardar las herramientas. Durante la noche lo destruyen los rifeños. Margallo, que ha presentido lo que ocurrirá, pide á Madrid gente. El general abunda en razones para temer, no sólo porque lo reconoce así su experiencia de soldado, sino porque se le advierte por las kabilas que no permitirán allí construcción alguna; es tierra sagrada para ellos por estar próxima á la Mezquita. Los españoles no hacen caso, y dan principio á las obras, que son destruídas también; la mañana del 2, á trabajar de nuevo. Hay cuarenta hombres en el fuerte, que son envueltos y arrollados por los moros. Empieza la guerra.

El escaso número de españoles no puede resistir á la feroz muchedumbre, y tampoco puede retirarse por lo mismo; Margallo envía rápidamente setecientos hombres del batallón disciplinario y regimiento de Africa: la lucha es inmensa; la retirada es verifica con doce españoles muertos y multitud de heridos. Los presidiarios que trabajan en el fuerte pelean con las armas inútiles ya de esos heridos y esos muertos españoles, que podrán ser bajas en campaña por el honor y engrandecimiento de su nación, pero que serán solamente víctimas infelices de otra guerra vergonzosa y sin fruto. En este día, de recordación infausta, los españoles combaten y mueren como la historia atestiguó durante siglos y siglos; levantándose cada uno un pedestal, que las mujeres españolas desde las penumbras de sus templos y desde sus tristes hogares silenciosos adornarán con siemprevivas de su corazón, y cada español regará con lágrimas de fuego.

Los combates parciales de este día de dolor y orgullo para la nación española, en que grupos de dos ó tres soldados españoles se defienden contra apiñados remolinos de la rencorosa y salvaje chusma del Rif, bastarían para que otra cualquier nación se conceptuara la primera del mundo. ¡Y qué! Los soldados se retiran en espera de unos refuerzos que no van, y los moros se posesionan del campo español. Las imaginaciones se exaltan, el humo de los cerebros meridionales llega á las nubes; pero la plaza de Melilla continúa sin gente y sin provisiones, y los moros atrincherándose en el campo español y mofándose de Melilla y de España. La movilización de tropas, sin embargo, es inmensa; á contar los batallones y regimientos que van al Rif, según los telegramas y las gacetillas de los periódicos, no habría volúmenes suficientes para extender su nomenclatura, pero en Melilla cuando esto ocurre no habrá ni 6.000 soldados.

Necesítase ahora un afilado pensamiento de acero para abrir surco y obtener la verdad, en ese monte inconmensurable de telegramas, notas oficiosas, gacetillas, artículos y sueltos publicados, reproducidos, estirados y vueltos á reproducir, que llevan la confusión al cerebro más firme. Del 2 al 27 de octubre no ocurre nada. Margallo se muestra indeciso; se le vitupera su indecisión... ¿Y por qué? Margallo no hace otra cosa que reflejar la incertidumbre de sus superiores. ¿Por qué se ha de pedir á un subalterno, por serenidad y firmeza que tenga, aquello de que carece el superior á cuyas órdenes está? Si se inculpa hoy á un muerto sin defensa, para eludir, quizá quien le inculpe, responsabilidades pavorosas, téngase en cuenta que el muerto no hablará para defenderse. Se destituye al general Margallo, se nombra á otro, llegan las jornadas del 27 y 28, Margallo se hace matar por la vergüenza de que ha de salir de Melilla sin prestigio, y he aquí, por las vicisitudes de la suerte, un hombre popular, desacreditado y muerto en sólo algunos días... Desacreditado, no... Supo morir... España le llora y le venera.

MELILLA. – PUERTA DE ENTRADA (de una fotografía)

Con Margallo caen multitud de inocentes que no han tenido la culpa de la desesperación de su general, ni de los errores de los gobernantes; nuevas fechas dolorosas y sublimes en que el español combate pecho á pecho contra un enemigo á quien por su gran número le es imposible vencer; sin embargo, no desalienta, sufre hambres y lucha aún sin que la sangre preciosa que derrama pueda fructificar en bien del país amado; como siempre, los hechos heroicos se multiplican; el oficial pelea bravamente y sucumbe; los soldados mueren abrazándose en fiera acometida á los que les asedian: adolescentes, niños casi en su mayoría, se lanzan nuestros soldados como fieras, luchan como cíclopes y caen como héroes; retíranse al fin ante la inmensa superioridad del número. La noticia se extiende como nube luctuosa; en toda España se oye un alarido de dolor, y las hordas del Rif cantan ferozmente su victoria en nuestro campo, extendiéndose y rastreando por las hondonadas y por los cerros, con sus chilabas sucias y sus atezados y feroces rostros, como viscosidades pestilentes de la tierra.

Llega Macías al mismo tiempo de morir Margallo; toma posesión, dispone algunas medidas de acierto, arroja á los moros de la Aduana del Rey, expulsa á los judíos, ordena la construcción de barracones para las tropas... De repente publica el gobierno un extraordinario de la *Gaceta* contando á los españoles que nuestras tropas han obtenido un formidable triunfo. La noticia produce un efecto mágico; la alegría enloquece las almas; en toda la nación hay manifestaciones de entusiasmo; el júbilo se desborda de los pechos... Los moros han sido atacados por nuestras tropas; no pueden resistir las formidables cargas á la bayoneta del batallón disciplinario, huyen hasta el Gurugú; el «Conde de Venadito,» «La Numancia,» «Alfonso XII» y el «Isla de Cuba» los cañonean incesantemente, haciendo en las masas de moros mortandad horrible... El general Macías pone telegramas al gobierno, manifestándole que el campo español está limpio de moros; toda la prensa lo confirma; todo el mundo está convencido de que es así; cada pecho español es una gloria abierta de par en par á la esperanza de que todo concluya con satisfacción y orgullo nuestro... ¡Ay! Pero por esas puertas de la gloria que se abren de par en par en los pechos españoles, métese como un cuchillo, en vez de la esperanza, la triste convicción de que los moros son dueños de parte de nuestro campo, de que nos hostilizan desde nuestras trincheras y de que están en la persuasión de que nuestros fuertes serán suyos.

El abatimiento que esto produce se acentúa con la alegría del ministerio. El ministerio parece muy dichoso porque espera una nota del sultán.

El sultán á todo esto es un personaje que no habla; está entre bastidores: como el escenario tiene tanto fondo – todo Marruecos, – resulta que el sultán no parece en parte alguna; tarde ó temprano tiene que parecer, pero no sabemos si su presencia servirá para el desenlace del drama, ó para que se meta ya en acción verdaderamente y que todo lo ocurrido se guarde como prólogo...

Pero no. ¿A qué engolfarnos en pesimismos? Las tropas de Melilla pueden ya llevar convoyes sin que los moros las hostilicen; en el campo reina tranquilidad seráfica; el sultán sólo está á dos jornadas, y de un instante á otro ha de llegar para que todo quede arreglado amigablemente, y el gobierno español tendrá la fortuna de haber conseguido con su habilidad y con su prudencia que no estalle una conflagración en toda Europa.

Efectivamente, el sultán no ha llegado, pero el gobierno recibe una nota del sultán... El sultán se dispone á castigar á las kabilas... El sultán se duele mucho y no hace más que sufrir por la agresión hecha á los españoles; á nosotros, á un pueblo tan ami-



MELILLA. – MERCADO EXTERIOR CONOCIDO POR LAS «BARRACAS» (de una fotografía)

go del sultán; el sultán quiere conservar nuestro cariño; el sultán está frenético de coraje y corre contra las kabilas... Pero el sultán, que ha tardado mes y medio en dar señales de vida, ahora estará, de seguro, otro mes y medio representando el papel de que hace alguna cosa, sin que sepa nadie á qué atenerse tampoco.

Con estas noticias coincide la suspensión de hostilidades de los moros; se achaca por unos á carencia de municiones; por los más, á la muerte de Alí el Moreno y otros morazos de influencia que los mantenían en su coraje contra los españoles: en conclusión, esto aumenta la alegría de los ministros, porque lo achacan al temor que los produce la próxima llegada del sultán. Y así es; el buen hombre debe estar muy próximo; las kabilas deben estar ya muy asustadas, y la nota del sultán, que se conceptuó como un gran éxito, debió ser sin duda muy satisfactoria, porque el general Macías pide muchísimo material y refuerzos; los fuertes todos y las embarcaciones españolas cañonean sin parar al enemigo, y el ministro de la Guerra se apresura á mandar soldados, hasta el punto de haber salido de Barcelona en un día solamente más de dos mil hombres. ¡Gran Dios!.. ¿Qué hubiera ocurrido, caso de no ser satisfactoria la respuesta del sultán?.. Adelante: no es una crítica esta, es una crónica: la hora del *juicio* no llegó aún; pero sin uno querer, se deslizan al volar de la pluma pequeños comentarios que saltan del corazón como gotas de sangre.



DON MANUEL ORTEGA SÁNCHEZ MUÑOZ, jefe de la primera brigada del segundo cuerpo de ejército de operaciones en Melilla (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

Se tienen noticias de que los moros están tranquilos; inmediatamente se sabe que no lo están; de pronto que piden una tregua, que se la da Macías de venticuatro horas para que cesen de una vez en sus hostilidades, que se cumple el plazo, y que los moros que *ansían* la paz como la salvación, ni contestan siquiera; que da principio el cañoneo otra vez, y que debe correr prisa; que en el interior del Rif *se proclama la guerra* y que los moros dicen que *no quieren más batallas*, porque sus trigos no florecen; que el sultán viene á Melilla, pero que no viene el sultán, que viene un hijo suyo; que no viene un hijo suyo, pero que manda caballería mora; esta caballería no es caballería, se desmiente por completo; son cien emisarios que manda el sultán á las kabilas para pedirles por favor que cesen en sus hostilidades contra los españoles. A seguida se sabe que el sultán sigue en Tafilete... Se habla de contrabandos, de angustias, de bajezas; se habla también de otra victoria obtenida por España sobre los rifeños; pero la opinión duda y nadie se entusiasma, por temor de que no vaya á ser como aquella en que el campo español quedó limpio de moros, y por esa incertidumbre y malestar que producen noticias tan contradictorias; pues á la par que se sabe que no se dispara un solo tiro, y que los moros están pacíficos y con nadie se meten, se sabe también que disparan una descarga contra Macías, salvándose el general por milagro, y que no cesa el cañoneo sobre el enemigo. El gobierno calla y hace mal; la prensa diciéndolo todo, lo que es y lo que no es, hace peor, y continúan recibiéndose noticias sin tregua, de aquí, de allí, de todas partes, que se desmienten todas en el mismo día y en el mismo periódico que las da.

Resumen: la situación es la siguiente: el sultán re-



VISTA DE MELILLA DESDE EL FUERTE DE SAN LORENZO Y DEL FUERTE VICTORIA GRANDE (de una fotografía)



LA DANZA DEL OTOÑO, COPIA



… Gabriel Max

mitió su segunda nota: el gobierno está intranquilo porque en ella nada se habla de indemnización: no hay confianza maldita en lo que el sultán dice, y se piensa ganar el tiempo perdido en espera de esa contestación, lanzando inmediatamente sobre las kabilas un numeroso cuerpo de ejército que las confunda y aplaste de una vez; – ¡hora solemne por la cual suspiran todos los españoles!

¿Llegará?.. Trece mil hombres hay en Melilla; en Andalucía, cuatro brigadas, hasta el complemento de los veinte mil, para marchar al punto; el ministro de la Guerra dice que va á Melilla ó deja de ser ministro. De esto han resultado graves disidencias: unos ministros se oponen, otros le ayudan, y López Domínguez continúa preparándolo todo para su marcha á Melilla sin hacer caso de nadie. Si va, si las operaciones que han de seguir revisten la grandeza de un verdadero acontecimiento para España, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA estará allí, y estas crónicas se escribirán sobre el mismo campo de operaciones. ¡Ojalá no se necesite! ¡Ojalá concluya todo, como tal vez suceda, prontamente, con algún honor y sin más sangre perdida! Porque es una triste verdad; empeñados ya en la lucha, acariciaría la victoria nuestros pechos con su ardiente soplo; nos embriagaría, nos cubriría de flores; pero de esos laureles, de esas flores mismas, brotarán después los empréstitos, las contribuciones, el hambre, la miseria, la ruina total en fin, serpiente que asoma la cabeza silbando para abogar de una vez entre sus anillos á este pueblo valeroso y sin fortuna.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



MELILLA. – MARI GUARI, ESPÍA MORO HECHO PRISIONERO (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

LO ETERNO

I

Nos queríamos con tal locura, que únicamente la intensidad de nuestro cariño podía darnos fuerzas para vencer los obstáculos que á todas horas se oponían á nuestra felicidad.

Guardada *ella* como favorita de caprichoso sultán, y rodeada de espías y carceleros que la seguían á todas partes investigando sus actos y estudiando el sentido de sus palabras, veía transcurrir los días eternamente iguales, tristes y aburridos, cuando nuestras diarias entrevistas fueron á romper aquella insoportable monotonía.

¡Espías y carceleros!.. ¿De qué han de servirle al que siente una pasión tan grande como la que poco á poco fué apoderándose de todo mi ser?..

¡Carceleros y espías!.. ¿Qué pueden importarle al que, amando con verdadera locura, vence las dificultades que se le presentan y en cada nuevo obstáculo cobra fuerzas para proseguir la lucha con más fe, con más entusiasmo?..

Todos los días, cuando el cielo empezaba á cubrirse de sombras, de trecho en trecho iluminadas por el tenue fulgor de las estrellas, dirigíame á la casa que *ella* habitaba en las afueras de la capital, donde tenía la seguridad de hallarla esperándome, siempre amante, siempre cariñosa.

Llegaba, por fin, á divisar los muros de la casita, y entonces comenzaban los cuidados para no ser visto, las precauciones para no ser conocido... Tendido sobre la hierba arrastrábame hasta encontrar la tapia que escalaba penosamente, y después, andando sobre las puntas de los pies y poniendo el mayor cuidado para no hacer el más leve ruido al atravesar los matorrales, acercábame á la casa donde en uno de los balcones del primer piso estaba *ella*, ligeramente inclinada, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

– ¡Chist!.. ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

Y trepando al balcón, penetraba en la estancia, sudoroso, jadeante, como un salteador vulgar, con las botas llenas de barro, el traje hecho jirones y las manos ensangrentadas, arrojándome en los brazos de mi amada, que con cariñosa solicitud ponía en orden mis ropas, prodigándome las más dulces caricias, los cuidados más afectuosos.

¡Cuánto amor derrochábamos en aquellas horas que transcurrían con velocidad pasmosa!

¡Qué de juramentos y promesas nos hacíamos, hasta que allá, á la madrugada, veíame precisado á salir de allí con las mismas exageradas precauciones que había tenido necesidad de poner en práctica al entrar, á fin de no ser visto ni oído, en tanto que *ella*, mirándome dulcemente, me hacía la eterna recomendación, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

– ¡Chist! ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

II

Exigencias de la lucha por la vida obligáronme á partir lejos, muy lejos de la capital. No diré que en la ausencia olvidara por completo aquel amor que tan dulces horas me había proporcionado, pero sí que seguramente el recuerdo de la mujer amada permanecía aletargado en mi pecho, cuando, de vuelta otra vez en la corte, supe que la mujer objeto de mi amor continuaba, como en tiempos anteriores, reclusa en la misma casita blanca de las afueras.

Como por encanto surgió ante mi vista todo aquel pasado de dicha y placer, haciéndome pensar, con miedo al principio, con resolución después, los medios de que pudiera valerme para reanudar las antiguas relaciones con aquella virtud de la que sólo habían triunfado mis palabras ardientes y mis apasionadas caricias.

Y hablando solo, pretendiendo disculpar á mis propios ojos la conducta desleal y desagradecida que durante mi ausencia hube de observar con aquella mujer que me adoraba, emprendí el camino tantas veces recorrido, dirigiendo mis pasos á la casita tantas veces visitada.

Nunca se me hizo tan largo el trayecto... Andaba y andaba... y al propio tiempo iba preparando una especie de discurso que pensaba decirla de rodillas á sus pies y cubriendo de besos sus manos para conseguir el perdón de mi falta... Sentía que mi antiguo amor resucitaba con nuevas fuerzas y prometía agotar con ella toda mi elocuencia á fin de convencerla de que mis juramentos serían eternos... ¡Cuesta tan poco engañar á las mujeres desengañadas!..

Ya, por último, divisé la casita... Todo en ella estaba igual... El muro, los árboles, las enredederas... Acercábame con cuidado poniendo en práctica las mismas precauciones de antaño...

Escalé el muro, atravesé los matorrales, y en la precipitación por llegar pronto no reparé que arañaba mi rostro, desgarraba mis ropas y ensangrentaba mis manos... ¿Qué importaba? ¡Era feliz, feliz por volverla á ver!..

Y avanzaba emocionado, palpitante, sediento de amor...

De repente, me detuve asombrado... *Ella*, mi adorada, estaba allí, en el mismo balcón de siempre, ligeramente inclinada con un dedo puesto sobre los labios, diciendo quedo, muy quedo, á un individuo – ¡que no era yo! – y que en aquel momento escalaba la tapia:

– ¡Chist..! ¡Cuidado, por Dios! ¡Que no te oigan!

JOSÉ JUAN CADENAS

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

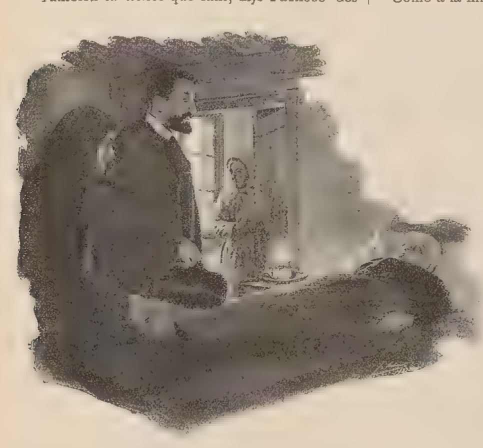
(CONTINUACIÓN)

– ¿Saldrá el señor á pie con este frío?

– Sí, tengo que hacer una cosa urgente.

Joaquín se sorprendió de veras de aquella salida: era la vez primera que su amo salía á tales horas, por un quehacer urgente. ¿Qué podía ser que no lo mandaba á él, para quien al parecer no tenía secretos?

– También tú tienes que salir, dijo Pacheco después de un rato; te dejaré cinco mil pesetas para que las entregues al conserje del Veloz de mi parte: ya sabe á quién las ha de entregar.



... Hacía tres segundos que reflexionaba sin pensar en la joven

Joaquín adivinó que su amo había jugado y perdido aquella cantidad: sufrió como si le hubiesen asestado un golpe en el corazón, pero no dijo una palabra.

– Yo voy á una aventura, Joaquín: ¿qué te parece?

– No será mala cuando va el señor.

– Pues guárdame el secreto, porque te la voy á contar. Anoche cuando yo bajaba la calle de Alcalá me salió al encuentro una mujer, que debía ser joven, y con voz entrecortada por los sollozos me pidió una limosna para su madre: no hice caso, suponiéndola una de tantas cómicas de la miseria, y seguí sin contestarla ni mirarla; pero cerca ya de la Cibeles reflexioné: volví atrás y no pude encontrarla: te juro que he pasado la noche desasosegado y hasta he soñado con ella el poco tiempo que he dormido.

– Ya me figuraba yo que las aventuras del señor tenían que ser de esta clase.

– Pues mira, se me ha metido en la cabeza que aquella infeliz no era una farsante ni una perdida: estoy intrigado y revolveré Roma con Santiago para encontrarla.

– Me parece difícil.

– Voy creyendo que sirvo para juez de instrucción, porque se me han ocurrido grandes medios: recorrer todas las casas de pobre apariencia que haya en las cercanías de San José. Si la pobre era lo que yo me figuro, una infeliz vergonzante, á tales horas no debía estar lejos de su casa.

– El señor tiene razón, y por ese medio tal vez la encuentre: acuérdese el señor que en las calles de San Miguel y la Reina hay algunas casas de apariencia humilde...

– Tienes mucha razón. Prepara la ropa en el tocador: la señora no pensará nada bueno de esta salida después de haber venido tan tarde; pero ¡bah!, ya se le pasará el enojo.

– ¿Por qué no se lo cuenta el señor?

– Dios me libre: creería que llevo malas intenciones ó se burlaría de mí: no quiero que sepa nada.

Luis Pacheco se vistió, saludó á su mujer, que le contestó mal humorada, besó y acarició mucho á sus hijos y salió dejando á Camila confusa por aquel desusado madrugón.

A buen paso se encaminó á la calle de Alcalá, y cuando hubo llegado á la esquina de la del Caballero de Gracia se detuvo reflexionando. ¿Entraría por la de las Torres? ¿Subiría la de San Miguel? Después de titubear un momento, decidióse por esta última, recordando las advertencias de su ayuda de cámara.

Como á la mitad de la calle vió un corro de mujeres del pueblo delante de una puerta que daba entrada á un zaguán de buen aspecto; discutían accionando con las desenvueltas maneras del pueblo bajo madrileño. La que hablaba con más calor, llevando la voz cantante, era una mujer entrada en años, frescota y armada de escoba, sobre la cual apoyaba el lado izquierdo.

– Este es el mundo, hijas: unos tanto y otros tan poco, decía con tono sentencioso.

Luis, que oyó estas palabras en el momento de pasar, sintió la curiosidad de preguntar lo que se trataba.

– Ustedes dispensen, dijo acercándose y llevando la mano al sombrero, cosa que le granjeó desde luego las simpatías de la mujer de la escoba. ¿Ha ocurrido algo por aquí?

– Poca cosa, señorito; pero si usted fuese de la autoridad, me alegraría que se enterase.

– Sí lo soy, contestó Pacheco agarrándose á la inocente mentira que le sugirió la mujer.

– Pues ya verá usted: en una *guardilla* vivía una pobre mujer, gallega, con una hija que estudia para *cantanta* y cantaba no sé dónde: mientras la chica ganaba algo y la madre cosía en las casas iban bien; pero hace seis meses que la pobre mujer dejó de trabajar por enfermedad, y con seis reales que daban á la muchacha, pues diga usted, ¿qué se puede hacer? Se fué poniendo cada vez más malita la madre: ¡claro!, el médico de la casa de socorro venía cuando venía, y las medicinas no llegaban nunca, y el pan estaba en la tahona, y la carne en la carnicería: el caso es que la pobre mujer fué de peor á peor, y la hija lleva dos meses sin cantar y se han quedado hasta sin cama. Anoche cuando me retiré yo, que soy la portera para servir á usted y á Dios, entré á verlas y todavía les dí un poco de caldo, porque me parecía que en todo el día no habían probado gracia del Señor: yo no sé qué pasaría después, porque me fuí á mi cuarto, y á eso de las cinco de la mañana oí voces; se levantó mi hombre, y total que no sabemos por qué ni por qué no, y Dios me libre de malos pensamientos, pero la chica había salido después de cerrada la puerta de la calle y cuando volvió encontró á su madre muerta.

Luis Pacheco se estremeció: sintió que le oprimían el corazón, y dijo precipitadamente:

– ¿Quiere usted enseñarme la buhardilla en que sirve esa desgraciada criatura?

– Sí, señor, con mucho gusto: mire usted, señorito, aquí hemos hecho todo lo que hemos podido, le dimos algo de nuestra pobreza para amortajarla y ahora anda mi marido corriendo los pasos para que se la pueda enterrar, porque como no hay certificado de médico ni cosa que lo valga... ¡Ay, señorito! ¡Qué cosas se ven con eso de la caridad! Muchos miles y mucha bambolla. Esta pobre chica acudió á la parroquia, acudió á las juntas y á cuanto hay que acudir. ¡Que si quieres! En unas le pedían la cédula, en otras la papeleta de comunión, en otras la partida de bautismo... Mire usted que si esa chica se ha perdido por dar pan á su madre, no tiene ella la culpa; sobre la conciencia de otros va. Creo que no han sido unas cualesquiera, y ya se las conoce que han tenido principios, porque Polita es, no despreciando á nadie, una chica muy lista y muy buena. Me contó un día la señora Rosa, que tenía aquí una sobrina que está riquísima; pero la maldecida no las socorría ni quería verlas, porque lo tenía á menos: creo que es una señorona que gasta coche. Esta mañana le dije yo á Polita: ¿por qué no manda usted un recado á casa de su prima? ¿No le había de dar á usted siquiera para enterrar á su tía? Y me contestó que ni siquiera sabía dónde vivía ahora; pero aunque lo supiese, que no hubiera mandado. Dice que las ha visto alguna vez yendo ella muy repantigada en el coche y que ha vuelto la cabeza. «Ya que ha muerto mi madre de hambre sin recibir de ella un socorro, no quiero que reciba la sepultura,» me dijo; y tiene razón, señorito. ¡Qué perras son algunas mujeres! Aquí es, dijo la portera parándose y cesando de hablar, cosa que no había hecho desde que la interrogara Luis.

– Llame usted, y si no quiere usted entrar no entre.

– No, señor, no entro ahora, porque tengo sola la portería; á ver si viene mi marido y se puede arreglar esto.

– Cuando venga su marido hágale usted subir, y tome usted por haberse molestado.

Pacheco dió á la portera dos duros, y ésta, deshecha en ofrecimientos y cumplidos, arqueaba el cuerpo cuanto le era posible. Tardaban en abrir la puerta y la buena mujer llamó de nuevo.

– No faltaba sino que le hubiese sucedido algo á la chica...

Pero la puerta se abrió, apareciendo en el dintel una joven pálida, demacrada, abrigada apenas con una toquilla rota, el cabello en desorden y los ojos encarnados de llorar.

– ¿Es el señor forense?, preguntó.

– No, hijita no, contestó la portera, es un caballero de la autoridad, muy caritativo y bueno, que entra por las puertas de su casa como si entrase Dios.

Luis agradeció la presentación entusiasta y sincera que la portera hacía de su persona, y pasó sin pronunciar palabra: había reconocido la voz de la mendiga y un agudísimo dolor le partía el alma. ¿Por qué no la escuchara la noche anterior?..

Sin preocuparse de la joven dió dos pasos adentro y tropezaron sus ojos con un cuadro imposible de describir: en el suelo, sobre un jergón de paja, yacía el cadáver de aquella desventurada mujer, muerta de hambre, de frío y de dolor la noche antes. En una taza desportillada, mediada de agua con una capa de aceite, ardía, chisporroteando ya, una mariposa cuya luz falta de brillo daba de lleno en la fisonomía de la muerta, aumentando lo amarillento del rostro demacrado por el hambre y por los sufrimientos. En un barreño, también desportillado, había blanca ceniza y dos pucheros de barro sin tapas; aquella ceniza sin fuego atería el ánimo tanto como la temperatura de la buhardilla atería los miembros; dos sillas bajas sin respaldos, con la paja de los asientos erizada; un baúl de cuero, antiguo y despellejado, y una percha de hierro de cuyos dos únicos ganchos pendían unas prendas de ropa que debían haber sido negras, era el único ajuar de la miserable vivienda, por la cual no se podía caminar de pie sin encorvar la espalda.

Los nobles sentimientos de Luis se rebelaron contra tan espantosa burla de la muerte. ¿Qué podían haber hecho aquella niña y aquella anciana para ser víctimas de un destino cruel?

Hacía tres segundos que reflexionaba sin pensar en la joven: volvió la cabeza y la encontró á su espalda mirando fijamente el cadáver de su madre y derramando lágrimas silenciosas que hilo á hilo rodaban por sus mejillas.

– ¡Pobre niña!, dijo con ternísimo acento Luis. No llore usted más: sólo siento no haber llegado á tiempo para evitar la muerte de su madre si era posible: no se aflija usted, juro no abandonarla y servir á usted de padre.

La joven levantó los ojos electrizada por aquellas palabras que le parecían bajadas del cielo, y los fijó con tal expresión de gratitud en la Providencia que en figura de un apuesto caballero se le presentaba, que Luis en un exceso de paternal solicitud atrajo á la niña hacia sí, abrazándola para envolverla con su capa.

– Está usted yerta, ¡pobre criatura! En cuanto llegue el portero le daré mis órdenes, y pronto tendrán usted y el cadáver de su madre todo lo que necesi-

tan. ¿Es usted gallega, según me ha dicho la portera?

– De la provincia de León, rayando con Galicia.

– También me ha dicho que es usted corista y que se llama usted Polita.

– Me llamo Leopolda; pero siempre me han llamado Pola y Polita: soy corista por ganar algo, pero estudio canto en el Conservatorio.

– ¿Y no tiene usted familia en Madrid ni en su país?

– En mi país algunos parientes, en Madrid no, señor.

– Entonces me ha engañado la portera cuando me ha dicho que una prima...

– Yo no cuento á esa para nada ni quiero recordarla: la perdono por haberse avergonzado de nuestra pobreza, pero no quiero ni pensar que existe. Mi pobre madre vino á Madrid confiada en la proteción que pudiera prestarle la hija de su cuñado, y sufrió atroz desengaño: era tan mala como mi tío, que jamás tuvo para nosotros una peseta: mi prima recibió á mi madre con el mayor orgullo: le daba un duro que mi madre no aceptó, y le dijo que no podía atenderla sino ocultamente, porque no quería que su esposo pudiese echarle en cara que tenía parientes pobres. La idea de que su marido se enterase la sublevaba. Cuando mi madre rechazó el duro le llamó pobre orgullosa, y la infeliz salió de allí ahogándose de pena. Yo había quedado en nuestro pueblo con unos parientes: mi madre se puso entonces á servir para reunir lo necesario y traerme á su lado: á los seis meses me reuní con ella. También yo entré como niñera en una casa, los señores me querían mucho; sin embargo, no podían tenerme: yo no hacía más que llorar, y mi pobre madre, que sufría horriblemente cuando le decían que me pasaba el día sollozando, decidió poner un cuartito y que trabajásemos en casa ó que aprendiese yo un oficio. Ni las privaciones ni las necesidades me hacían mella, vivía con mi madre, no se rebelaba mi espíritu contra la triste condición de sirviente y era feliz cantando como un pájaro desde que me levantaba hasta que me acostaba. Hubo de gustarle mi voz á un profesor de canto que vivía en la misma casa, y aconsejó á mi madre que me matriculase en el Conservatorio, prediciéndole para nosotros un porvenir brillante; mi madre comprendió las razones del buen señor; pero no podíamos disponer del dinero de la matrícula; apenas ganábamos lo suficiente para no morirnos de hambre. El maestro entonces habló á los vecinos, y entre todos me proporcionaron cinco duros para matrícula y métodos. Hace de esto cuatro años, cuatro años que hemos sufrido toda clase de privaciones: me contraté en un teatro como corista, pues era imposible que viviésemos con lo que mi madre ganaba cosiendo; pero hemos llegado á este extremo á causa de la enfermedad de mamá y de no tener yo trabajo: tampoco he podido matricularme en este curso.

– ¿No tiene usted padre, por lo que se desprende?

– Murió cuando apenas contaba yo tres años: era abogado allá en el pueblo: mamá tenía de su dote unas tierras y una casita que se consumieron después de muerto papá, y entonces fué cuando la infeliz determinó venir á Madrid. El padre de mi prima era hermano del mío; pero no queriéndose conformar con la modesta posición de mis abuelos, unos señores arruinados, marchó á las Américas, en donde hizo gran fortuna. A papá *lo estudiaron*, pero no le dieron otra cosa, y mi hermano jamás le hizo caso ni volvió á pensar en el pueblo ni en la familia. Cuando papá murió le escribió mi madre y no obtuvo respuesta: la pobre creyó que la hija de semejante hombre podía ser mejor, pero se llevó chasco.

– ¿Cómo se apellida usted, Pola?, preguntó Luis, creyendo sacar por el apellido de la joven el de su infame tío.

– Suárez.

Nada le dijo á Luis este vulgarísimo patronímico, por lo cual abandonó la idea de averiguar más. ¿Y qué le importaban? Eran unos perversos de los cuales no debían ocuparse.

– ¡Bueno, bueno, Polita! Prométame usted no afligirse: ya le he dicho que yo seré su padre. ¡Cuánto tarda el portero!

– Váyase usted: no lo espere...

– Si no siento que tarde por mí, lo siento por usted.

En aquel momento llamaron á la puerta.

– ¡Ahí debe estar!, dijo Pola desenvolviéndose de la capa y corriendo á abrir.

Luis y Polita habían estado de pie todo el tiempo sin hacer caso de las dos sillitas desvencijadas: el portero, que no era otro el que llamaba, entró gorra en mano, como que ya le había dicho su mujer con qué clase de persona tenía que habérselas.

– Felices, señorito: ya me ha dicho la mujer que me mandaba usted subir.

– Sí, necesito que vaya usted inmediatamente á una funeraria y que vengan para encargarse de todo lo concerniente al entierro de la señora de Suárez, que ahora resulta viuda de un íntimo amigo y protector mío; ya ve usted si estoy obligado.

Pola miraba con asombro al caballero desconocido.

– Se hará lo que usted mande, señorito.

– ¿No habría en la casa un vecino compasivo que nos permitiese trasladar el cadáver de esta señora y que recogiese hasta mañana á esta señorita?

– A la señorita... sí, señor, dijo el portero sin atreverse á llamar Pola á secas, como siempre, á una joven protegida por caballero de semejante apariencia; pero el cadáver..., aguarde usted..., si no lo supiera el casero... Hay un segundo desalquilado... y es muy bonito...

– ¿Un segundo?, lo tomo ahora mismo. ¿Cuánto vale?

– Doce duros al mes; pero hay que pagar mes adelantado y mes en fianza.

– Está bien: veinticuatro duros; pues vaya usted á casa del casero, haga usted el recibo y de allí á la funeraria para que arreglen abajo la sala donde se ha de colocar el cadáver.

Y sacando una cartera de piel de cocodrilo, tomó de ella ciento cincuenta pesetas en dos billetes y se las entregó al portero.

– Le sobran á usted seis duros para que coja usted un coche, y disponga usted de lo que sobre.

El portero estuvo á punto de caer de espaldas; no sabía lo que le pasaba: la muerte de la señora Rosa les traía la felicidad á todos. ¡Seis duros, y dos á su mujer ocho..., y esto para empezar!

– Señorito, dijo el portero regresando desde la puerta, aunque sea mucho atrevimiento, ¿su gracia de usted para hacer el recibo?

Pacheco titubeó un momento, y resueltamente dijo, moviendo la cabeza:

– Hágalo usted á nombre de la señorita Leopolda Suárez.

– Está muy bien.

– ¡Ah! Y dígale usted á su mujer que busque una persona á quien dejar en la portería y que suba.

– En seguida, señorito: hasta luego.

Apenas hubo salido el portero, cuando Pola se arrodilló á los pies de Luis, abrazándole las rodillas y sollozando:

– ¿Qué hemos hecho nosotras para merecer tanto bien?, preguntaba la infeliz. ¡Madre, madre de mi alma!, prosiguió arrojándose sobre el cadáver, ¿por qué no vives ahora?, ¿por qué no se abren tus ojos para ver á nuestro bienhechor?, ¿por qué tus labios no pueden decirle aquel «Dios se lo pague» con que recibías las limosnas que nos hacían? ¡Qué tarde ha llegado ésta para ti!

Luis sintió una punzada en el corazón.

Las amargas frases de Pola le hacían recordar su indiferencia, de la cual nada podía consolarlo desde que sabía lo terrible de aquella desventura.

– Pola, serénese usted; se lo suplico y perdóneme que yo sea culpable de parte de su desgracia.

– ¿Usted?

– ¡Yo, sí! Anoche... (Luis no sabía cómo decirlo para no ruborizar á la joven; ella no le había contado detalles menudos, y por consiguiente aquél tampoco), anoche salió usted...

– Sí, señor: á las cuatro de la mañana, desesperada, loca de dolor, mi madre se moría, yo tenía esperanza de traer algo para hacerle un caldo en cuanto amaneciese... Pero...

– Yo fuí el que desoyó la súplica de usted junto á San José.

– ¿Usted?

– Yo, sí, que arrepentido volví desde la Cibeles á buscarla, aunque inútilmente.

– Eché á correr por la calle de Alcalá arriba pensando en los que debían salir del casino y del Veloz: me metí en el portal de éste y aguardé á que bajase alguien.¡ Bajaron!; pero por mi desgracia fueron dos infames, uno de los cuales me era conocido, porque siempre le veía entre bastidores cuando yo estaba en el coro de Eslava.

– ¿Cómo se llamaba?

– No sé: mis compañeras le llamaban Roncalito.

– Le conozco, es un necio.

– Es más, es un malvado: yo tenía la cara medio cubierta y no pararon hasta que á la fuerza me la descubrieron: ni mis lágrimas ni mis sollozos les conmovieron. Roncalito al verme dijo: «Pues si es la galleguita,» así me llamaban en Eslava sin saber por qué, pues yo siempre dije que no soy gallega, y aquellos dos muchachos sin corazón me insultaron, suponiendo que iba á engañarlos, y Roncalito se vengó de mí pagándome el desprecio con que respondí á ruines proposiciones que hace un año me ha hecho. Cuando pude desasirme de las garras de aquellos lobos eché á correr por la calle de Peligros. Un sereno me detuvo, le dije que me perseguían, que había ido á pedir limosna, y el hombre, compadecido de mis lágrimas, me acompañó hasta la calle del Clavel. En el final de la de Peligros todavía llegaban á mis oídos las voces de aquellos perversos que desde la esquina de Fornos gritaban entre carcajadas y palabrotas: «¡Gallega! ¡Galleguita!» En mi vida he sufrido más, caballero. Cuando llegué aquí á tientas porque no tenía fósforos para subir la escalera, cuando llamé á mamá inútilmente, cuando al tocarla retrocedí asustada porque sentí su cuerpo yerto, el primer impulso que sentí fué de alegría: había sufrido la horrible pena de verme salir á implorar la caridad, pero no sabría que me habían insultado tratándome como á la más degradada de las mujeres; esto hubiera sido mil veces más cruel para ella.

– ¡Miserables! ¡Me las pagarán!, dijo Luis en un arranque de nobilísima indignación!

– ¿Se puede, señorito?, preguntó la portera empujando apenas la puerta que abierta dejara su marido.

– ¡Adelante!, contestó Pacheco.

– Estoy á su disposición, señorito: ya he puesto una sustituta en la portería.

– Es necesario que entretanto arreglan el piso segundo, busque usted brasero y que proporcione usted un mantón á esta señorita para que se abrigue y que le mande usted traer un chocolate ó un café bien caliente; yo necesito marchar, enviaré unos muebles para que arreglen de pronto una habitación en donde la señorita Pola pueda estar bien; los que vengan con los muebles ya tendrán órdenes mías. ¿Tiene gabinete el piso que hemos alquilado?

– Sí, señor, y muy hermoso con alcoba grande, la sala también tiene alcoba, y el comedor otra, y una para muchacha en el pasillo, y cocina con su despensa: el cuarto es claro y alegre como una bendición de Dios: estará allí Po... la señorita Polita como en el cielo, y si quiere muchacha tengo yo una sobrina que, aunque me esté mal el decirlo, no hay otra más honrada en todo Madrid.

– Bueno; sí, señora; pues si usted responde de ella la tomará.

– ¿Que si respondo? Como de mí misma.

– Bien: pues ahora vea usted si alguna vecina quiere hacer compañía á esta señorita mientras usted vuelve con el café, el mantón y el brasero: de ninguna manera la dejen ustedes sola: no la propongo salir de aquí, porque no creo que consienta en dejar el cadáver de su madre.

– ¡Mamá mía de mi vida!, gritó Pola arrojándose otra vez sobre el miserable jergón.

– Polita, ofrézcame usted no abandonarse al dolor, y si no me lo cumple será prueba de que le importa poco disgustarme.

– ¡Oh, no; no lo crea usted: yo haré cuanto usted quiera que haga! ¡Pero mi madre, mi madre!

A las doce en punto entraba Luis Pacheco en un almacén de muebles, compraba un ajuar modesto y unas alfombras á medio uso, y lo mandaba todo con gran premura con órdenes concluyentes y daba una buena propina á los mozos. Hecho todo, tomó en la Puerta del Sol un tranvía, y á la una entraba en su casa, donde se le esperaba para almorzar, con el propósito de volver inmediatamente á la calle de San Miguel para arreglar con los dependientes de la funeraria la clase de entierro que debía hacerse á la señora de Suárez.

Los niños charlaron durante el almuerzo haciendo olvidar á su padre las impresiones de aquella mañana; pero Camila, que exageraba el amor á sus hijos, procuraba mostrarse despegada como nunca con su marido.

¡Después de acostarse la noche anterior dejándola levantada y nerviosa, haber salido temprano sin darle explicaciones, y volver tan indiferente, sin hacer cosa por desenojarla!, era tan nuevo para Camila y hería de modo tal su orgulloso puntillo, que sin pensar en el espectáculo que estaba dando delante de los criados, hablaba con sus hijos de una manera irónica y poco conveniente para que Luis dejase de violentarse.

– Saldremos, hijos míos, saldremos, decía la madre; no necesitamos compañía de nadie, y esta noche tampoco iré al teatro; me quedaré con vosotros, que no soy yo de las que prefieren las distracciones á la compañía de sus hijos.

– Cualquiera diría que desde que eres madre no has ido á ninguna parte.

– No faltaba otra cosa sino que pretendieses también tenerme encerrada. ¡Claro, de ese modo estarías más en libertad!

– ¡Pero si yo no quiero la libertad, mujer!

– ¡Podías tener más!

– ¿No salimos juntos todas las noches? ¿No te acompaño á bailes, teatros y diversiones?

– ¿Había de ir sola?

– No digo eso, pero repito que al oirte pudiera creerse que estás día y noche con tus hijos en brazos.

– ¿No los saco á paseo todas las tardes? ¿No los velo y me quedo en casa cuando están enfermos?

– Sí, como todas las madres.

– ¡Como todas no! Demasiado sabes que yo no admito en eso comparaciones con ninguna.

– ¿Qué supones que ha hecho mi madre conmigo cuando era niño?

– ¡Me parece que es muy distinto!

– ¿Por qué? ¿Porque mi madre pertenecía á otra clase? No es una razón: yo quisiera que todas las mujeres supiesen educar como educaba mi madre y tuviesen tan despejada la inteligencia y tan elevado el espíritu.

– ¡Las elevaciones de siempre!

– Bien, bien, hijita: la cosa no merece la pena de discutir en ese tono: parece que me estás riñendo.

– ¿Riñéndote á ti? ¡Como si tú aguantases riñas mías!

– Ni tuyas ni de nadie.

– ¿Quién sabe?

– ¡Camila!, dijo Luis secamente.

Calló ella y solamente los niños continuaron charlando.

Cuando hubo terminado el almuerzo se levantó Luis; acarició á sus hijos, recomendándoles alegremente que se apeasen en el Retiro y que corriesen mucho por las *avenidas*, y salió del comedor sin decir á Camila una palabra.

Se encaminó á su despacho, encendió un puro y comenzó á pasearse distraído.

Su mujer estaba furiosa. Bien lo veía: aparentaba enojos porque se había retirado tarde, y no era aquello solo, otras veces ocurriera la mismo y el enojo no resistiera al almuerzo siguiente: él solía darle bromas, y ella cedía dejándose embromar. Pero que aquella mañana hubiese salido y que él no procurase como otras veces contentarla, eran cosas que en el carácter de Camila debían hacer estragos: ella, acostumbrada á los mimos y siendo esclava de la adulación y de las contemplaciones, debía sentir accesos de furor rabioso. Pues no pensaba ceder: no eran aquéllas maneras de tratarla: estaba muy mal acostumbrada: tenía buenas cualidades, no se las negaba, sabía apreciarlas; pero ¿eran acaso suficientes para labrar la felicidad de un hombre? ¡Que era virtuosa! Virtuosa á la manera que ella entendía la virtud; siendo fiel á su esposo, besuqueando á sus hijos y sacándolos á paseo ella misma, cosa que también tenía Camila por virtud; pero la verdadera virtud, la que estribaba en las facultades del alma, ó en los productos de la inteligencia, la que hacía el bien por el bien y odiaba el mal instintivamente, la que en forma de abnegación llegaba hasta el sacrificio sin esperanza de recompensa..., ¡ésta no la conocía su mujer! Harto lo deploraba, harto dolor le producía tal convencimiento. ¡Virtud, virtud! ¡Mujer virtuosa, Pola! Esa era la verdadera virtud, la de aquella criatura privilegiada, hecha á imagen y semejanza de Dios, que la había formado. No sabía si era bonita, no sabía si era fea, no podía decir cómo tenía los ojos ni de qué color eran sus cabellos; pero no dudaba de encontrarla bonita cual ninguna el día que se propusiese mirarla. ¡Pobre Pola! ¿Cómo estaría? Iba de nuevo: con aquel mismo traje y con la capa, como que no pensaba salir de la casa mortuoria. ¡Cuánto se alegraba que su mujer estuviese de monos y dijera que no saldría en la noche! ¡Mejor! Así podría él acompañar á la pobre niña; le obligaría á acostarse, que buena falta le hacía. ¡Infeliz, cómo había dormido en aquel jergón!..

Pacheco llamó, y acudió Joaquín sin hacerse esperar.

– ¿Fuiste al Veloz?

– Sí, señor.

– Entregaste al conserje las cinco mil pesetas sin dificultad ninguna, ¿verdad?

– Sí, señor.

– Bueno; pues voy á salir otra vez.

– ¿El señor no quiere vestirse?

– No; ¡ah!, y no tengas hoy prisa para salir de clase, porque tampoco me vestiré esta noche... Te asombrará, ¿eh?

– No, señor.

– Eres demasiado prudente, Joaquín, dijo Luis sonriendo.

– ¿El señor sale de capa ó de abrigo?

– De capa.

Joaquín fué á esperar á su amo en el recibimiento.

Pacheco se dirigió á las habitaciones de su mujer, besó á los niños con las caricias y las alegrías de siempre y salió diciendo á Camila:

– Hasta luego.

– Hasta luego, contestó ella con indiferencia.

Pero apenas hubo desaparecido su esposo, se arrojó sobre el sofá y comenzó á morder el pañuelo, á romper los encajes que adornaban su elegantísima bata y clavar las uñas en el raso del asiento.

Nadie, al verla una hora después paseando en carruaje con sus hijos, hubiera dicho que aquella mujer se había puesto sesenta minutos antes como una pantera hostigada por domador temerario.

Luis salvó en pocos minutos la distancia que media desde el paseo de Recoletos á la calle de San Miguel. Cuando llegó subían muebles todavía; pero ya estaban alfombrados el gabinete y la alcoba, por lo cual quedaron inmediatamente arreglados y la cama hecha. El gabinetito tenía chimenea, y la portera, que había mandado á llamar á la sobrina y quería pasar por mujer previsora, hiciera subir leña y había encendido algunos troncos, por lo cual estaba el gabinete más que templado.

El dependiente de la funeraria aguardaba órdenes. Luis encargó un entierro modesto, pero con nicho á perpetuidad; y cuando el comerciante lúgubre salió para volver seguidamente con los palitroques, los paños, los cirios y el ataúd, Pacheco subió á la buhardilla para sacar á Polita de allí.

Al ver á su protector se iluminó el rostro de la joven: ya estaba cambiada: habían recogido sus cabellos en rodete sujeto sobre la nuca y la envolvieron en un pañolón negro de ocho puntas.

– Bajemos, Pola: véngase usted á su nuevo cuarto.

– ¡Mi madre!, contestó sollozando, ¡cuando mi madre!

– ¡Bueno: pues cuando su madre!

Todo se hizo rápidamente y antes de obscurecer había logrado Luis á fuerza de súplicas y de ruegos que Polita se metiese en cama ¡Qué impresión la de la pobre niña, al sepultar su cuerpecito entre sábanas limpias y hundir el muelle colchón, que parecía mecerla convidándola al sueño con sus movimientos! ¡De todo se ocupó Luis! De que buscasen una modista para que hiciese los lutos, una bata lo primero, y de encargarle al propio tiempo que comprase un pequeño ajuar de ropas blancas: un equipo modesto, lo que convenía á una huérfana pobre.

Pola lloraba con doble pena, cuanto más sentía el calor de aquella cama deliciosa como jamás la hubiera tenido: las del pueblo no valían nada, y eso que las había echado muy de menos, buenas y limpias, sí; ¡pero tan blanda, tan blanda!..

La hija cariñosa hubiera ocupado contenta el lecho mortuorio que ocupaba su madre porque ésta sintiese aquel calor, aquel bienestar, aquella dicha...

Luis fué al Veloz y desde allí envió un recado á su casa avisando que no iría á comer por estar al lado de un amigo enfermo. Quería evitar nueva discusión que le impidiese salir en la noche. Encargó dos cubiertos en una fonda y se quedó al lado de la cama de Pola para obligarla á que ella comiese.

Nunca Pacheco había comido más á gusto, á pesar de la incomodidad de un velador que servía de mesa y que se tambaleaba, obligándole á ser esclavo de sus defectuosas patas. Las palabras de aquella criatura angelical, sus frases de agradecimiento, dulces como las de una Purísima, el asombro que revelaba por una dicha tan grande como inesperada, eran otras tantas nuevas impresiones que absorbían el alma de Luis, envolviéndole suavemente en la atmósfera soñada por él y ansiada para complemento de su vida.

A las diez de la noche dormía Polita, rendida por el cansancio y por el dolor. Luis recomendaba el silencio á todo el mundo; parecía que cuidase á una hija enferma: á la una no se había despertado; estaba en lo más profundo del sueño. Luis sentía cierta impaciencia; no sabía lo que ocurrir pudiera en su casa y comenzaba á desasosegarse. Dejó órdenes á los que velaban el cadáver y también á la portera y á la sobrina, recomendándoles mucho que no dejasen levantar á la señorita hasta que llegase él por la mañana, y marchó sintiendo dejar á la joven, pero impaciente por el recibimiento que le aguardaba en su propia casa.

¿Entraría en el cuarto de su mujer? Sí, como otras noches, sin variar de costumbre; no dijese que él daba pie para que ella se enojase. Motivos tenía para mostrarse muy serio... pero ¿qué hacerle? No alcanzaba más Camila: tenía la desgracia de carecer de talento y...

Llegó Pacheco á su casa: cuando Joaquín abrió la puerta, preguntó Luis inmediatamente como si temiese una desgracia:

– ¿Hay novedad?

– La señora se acostó con dolor de cabeza.

– ¿Está enferma?

– Su doncella no me ha dicho más.

Soltó Luis la capa y el sombrero y se encaminó al dormitorio de su mujer: creyó percibir quejidos y se detuvo. Sí, Camila se quejaba. ¡Pobrecilla! Acercóse á la cama y la preguntó que tenía; tres veces le fué preciso repetir la pregunta para que contestase la primera.



... nadie, al verla una hora después paseando en carruaje con sus hijos, hubiera dicho que aquella mujer se hubiese puesto poco antes como una pantera...

– ¿Qué tienes, hijita?

– La cabeza me duele.

– ¿Pero te duele mucho?

– ¡Me muero!

– ¡Jesús, hija, no digas eso!

– Sí; poco me ha faltado para volverme loca: sola, sin madre y sin saber dónde estabas para llamarte.

– Pues ya me tienes aquí: ¿quieres que venga el médico?

– ¡Bueno!

Joaquín fué á llamar al doctor, y antes de una hora decía éste que no encontraba nada de particular á la interesante enfermita: un poco nerviosa... tonterías; con tila y azahar, listos.

Camila se puso furiosa. Asegurar que no tenía nada equivalía á llamarle mimosa y á decir que se quejaba de vicio; ¡ella, que sufría muchas veces sin que nadie lo supiese por no dar disgustos ni apurar á su marido!.. ¿Cómo habría vuelto del paseo para haberse metido en cama sin acompañar á sus hijos en la mesa?.. ¡Malísima, sí, señor, malísima!

El doctor sonrió con el enojo de Camila, y al salir dijo á Luis:

– Eso no es más que un poquito de genio.

No le parecía lo mismo á Pacheco: sería efecto del mal carácter, sería lo que fuese; ¡pero cuando Camila no había comido con sus hijos!.. ella tenía razón; debía de haber estado muy mal. Tendría otros defectos, no lo negaba... ¿pero quejarse de vicio ni hacer farsas?..

Luis pasó el resto de la noche al lado de su mujer hasta las seis de la mañana, en que ella, asegurando que se encontraba perfectamente, le rogó que se retirase.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Moros de rey, dibujo de E. H. – Los moros de rey ó *mejasnias* constituyen en Marruecos el arma á cuyo cargo se halla el servicio que entre nosotros desempeñan la guardia civil y las fuerzas de seguridad: cada gobernador de ciudad, kabila ó aduar cuenta con el número que cree necesario para hacer que su autoridad sea respetada; pero los indómitos súbditos del sultán se ríen de los tales moros, que bien puede decirse que de nada sirven, como desgraciadamente para nosotros se ha demostrado varias veces en nuestras posesiones del Norte de Africa, en donde los rifeños, á pesar de ellos, han dirigido contra nuestras plazas brutales atentados que aquéllos no han podido nunca evitar ni reprimir.



MELILLA. – Á BORDO DEL «CONDE DE VENADITO» (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

Frontón barcelonés, proyecto de D. Enrique Sagnier y Villavechia. – No es el juego de pelota diversión moderna ni originaria de la región vasca. Los griegos y romanos diéronle excepcional importancia, y en todas las provincias españolas gustaron sus habitantes de este agradable pasatiempo, por el que sintieron especial predilección algunos de nuestros monarcas, entre ellos Felipe el Hermoso, quien contrajo en un partido de pelota la pulmonía de que falleció. No es, pues, este juego originario de la región vasca; pues si bien es cierto que durante muchos años sólo en aquel país entregábanse á este saludable ejercicio, conocióse también en las demás peninsulares. Circunscrita modernamente la diversión á las provincias del Norte, ha ido extendiéndose y contagiando paulatinamente á las inmediatas hasta llegar al centro, Madrid, en donde existen hoy tres ó cuatro frontones. Sorprendía, pues, que en nuestra ciudad no se hubiese restablecido este que pudiéramos llamar legendario pasatiempo, y quizás hubieran transcurrido algunos años más á no haber partido la iniciativa de varios acaudalados aficionados, quienes confiaron el estudio del proyecto y consiguiente ejecución al inteligente arquitecto don Enrique Sagnier, que ha sabido dar cima á su trabajo levantando un edificio modelo entre los de su clase y verdaderamente bello en su construcción. Hállase éste emplazado entre las calles de la Diputación, Sicilia y Cerdeña, ocupando un aérea de más de 4.000 metros cuadrados, circuido por una bonita verja de hierro, que limita asimismo los jardines que rodean las construcciones. A unos 20 metros de la puerta de ingreso levántase una elegante y grandiosa rotonda, que constituye el *salón-vestíbulo*, de 16 metros de diámetro, en la planta baja, y otro salón de iguales dimensiones en el plano principal, ambos bella y ricamente decorados. Un amplio corredor pone en comunicación con la *cancha* y la gran *escalera de honor*. Desde la *rotonda* se comunica también con el *café restaurant*, de 22 metros de largo por 12 de ancho. El *Frontón* propiamente dicho hállase formado por dos paredes: el *frontis*, de más de 12 metros de altura, de mármol, y la *pared izquierda*, de piedra escogida. El juego tiene 68 metros de largo, dividido en 17 cuadros, de cuatro metros cada uno. El pavimento ó *cancha*, de 11 metros y 10 centímetros de ancho, es de piedra artificial. La arena ó sea el espacio entre la *cancha* y las sillas de los espectadores mide seis y medio metros en los dos primeros cuadros y se ensancha hasta 11 en los últimos. Hay cinco filas de sillas de *cancha* resguardadas por elegante baranda de hierro. Los tendidos divídense en tres secciones, distinguiéndose por los colores rojo, blanco y gris. La galería paseo, palcos y paraíso son de hierro, con esbeltas columnas y jácenas, bellamente decoradas. En el resto del edificio existen las oficinas, salas de descanso, cuartos para pelotaris, enfermería, baños, etc., etc.

En el frontón, dibujo de José Cabrinety. – El nombre de Cabrinety es bien conocido en el mundo artístico por ir unido al de innumerables y preciosos dibujos que han ilustrado interesantes libros, muy especialmente novelas de nuestros primeros autores: algunos han figurado también en La Ilustración Artística, y actualmente en la sección de novela ilustrada pueden admirar nuestros lectores sus elegantes y correctas composiciones. Cabrinety atiende tanto al conjunto cuanto á los detalles más insignificantes, y estudia concienzudamente el original que ha de ilustrar, apodérase del modo de ser físico y moral de los personajes, dedica especial atención á los lugares, y así resultan sus ilustraciones verdaderos cuadros llenos de verdad y de vida. El delicado dibujo suyo que hoy reproducimos demuestra cuánto domina el natural, cuán bien sabe escoger las notas de impresión y cuán correctamente las traduce en líneas, contornos y sombras, en los que domina un sello de distinción que sólo logran dar á sus obras los verdaderos artistas que sienten sinceramente la emoción de lo bello.

Marruecos. Captura de un criminal, dibujo de Ralph Peacock. La administración de la justicia en materia de delitos reviste en Marruecos formas terribles: los procedimientos son sumarísimos y los castigos horrorosos, y en caso de no ser cogido el autor de un crimen son responsables por él los individuos de su familia, los deudos y aun los amigos. Toda esta ferocidad se refleja en el precioso dibujo de Peacock: el criminal y los que lo custodian revelan en sus rostros y en sus ademanes, el uno todo el terror que es capaz de sentir el alma de un fatalista al pensar en la horrible pena que le espera, y los otros el furor que anima á los pueblos salvajes cuando hallan ocasión de saciar en alguna víctima, inocente ó culpable, sus sanguinarios instintos.

La danza del otoño, cuadro de Gabriel Max. – Este cuadro, como otros muchos del famoso pintor austriaco, es una pintura eminentemente alegórica: representa las tristezas otoñales expresadas por el tono general de la composición y por el contraste entre la melancólica figura de la enlutada dama y las que cogidas de la mano y formando rueda se entregan á una danza que sólo tiene de tal el movimiento rítmico, pero no la animación que suele ser compañera obligada del baile. Max es uno de los pintores poetas por excelencia y tiene como pocos el poder de impresionar á los que sus obras contemplan, haciéndoles sentir lo que él siente, comunicándoles las emociones de su alma; es decir, consiguiendo el efecto que sólo es dado alcanzar al genio que á su sentimiento artístico une un dominio completo de la técnica del arte, cualidades que reune en alto grado este célebre pintor austriaco.



MELILLA. – ALOJAMIENTO DE TROPAS (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

Los sucesos de Melilla. – *Vistas de Melilla.* – Esta plaza está situada al Norte de Marruecos frente á la costa de Almería; es el mayor de los presidios menores que tiene España en la costa septentrional africana, y la ciudad y una parte de sus fortificaciones ocupan una península que por un istmo de rocas se une al Continente, en el cual se hallan las fortificaciones que constituyen los recintos segundo y tercero, las cuales ocupan mucho mayor espacio que toda la península: por la parte de mar hay la caleta llamada del Galápago, al Norte; una caletilla con playa y el muelle de la Marina, al Sur; y otro muelle llamado de la Florentina, al Este. Los fondeaderos de Melilla tienen malísimas condiciones: así el destinado para barcos chicos como el que sirve para anclar los buques de gran calado están expuestos á los tiros de los rifeños, como ha podido comprobarse por desgracia en recientes desembarques de tropas. La población es triste y sus calles irregulares y todas en cuesta; sus edificios principales son la iglesia, el gobierno militar, el parque y el hospital. La vega de Melilla se dilata al Sur y al Oeste de los recintos exteriores y está fecundizada por el río de Oro, de curso muy limitado, pues no alcanza más que un desarrollo de 20 kilómetros: la cuenca de este río está rodeada en forma de herradura por una serie de montes que la envuelven completamente, constituyendo una barrera sólo franqueable por la parte oriental al pie del cerro más elevado de la cordillera, que es el Gurugú.

En el campo exterior de Melilla hay construídos actualmente los fuertes de San Lorenzo, situado á 500 metros de la plaza, Camellos á 1.200, Cabrerizas Bajas á 1.200, Cabrerizas Altas á 2.000 y Rostrogordo á 2.300.

A igual distancia que este último, pero en el lado opuesto mirando desde Melilla, debe establecerse el de Sidi-Auriach, cuya construcción, comenzada por el general Margallo, ha sido causa de la actual lucha, pues los rifeños quieren impedir á todo trance que tal fuerte se levante, porque desde él se domina la mezquita de su nombre y el cementerio.

El general de brigada D. Manuel Ortega Sánchez Muñoz. – Nació el Sr. Ortega en Puebla de Almuradiel (Toledo) en 8 de marzo de 1840; entró en el colegio de Infantería á los diez y seis años y salió de él en 1860. Ascendió á capitán en 1866 por su comportamiento en los sucesos de junio: ganó sus grados hasta el de teniente coronel en sus campañas de 1872 á 1876 contra los republicanos en Andalucía y contra los carlistas en la Mancha y en las Provincias Vascongadas. En 1887 fué ascendido á coronel por antigüedad y en 1892 promovido al generalato.

Desde que se embarcó en Málaga para Melilla el día 16 de octubre último ha tomado parte principalísima en las operaciones de la campaña del Rif, y á él y á las tropas que con tanto valor como pericia dirige debióse el triunfo del día 30, en que consiguió aprovisionar y con ello salvar de una ruina inminente á la guarnición de Cabrerizas Altas y á los corresponsales de varios periódicos en el fuerte sitiados. En el parte oficial de aquel combate dice el general Macías, comandante de la plaza, dirigiéndose al ministro de la Guerra: «Recomiendo eficazmente á V. E. al general Ortega por el feliz éxito de esta arriesgada operación.» Este es el mejor elogio que puede hacerse de tan bizarro militar.

Mari Guari, espía moro hecho prisionero. – En uno de los combates de los primeros días de noviembre fué hecho prisionero el espía moro Mari Guari: habla éste bastante correctamente el español y se dice hijo de español y mora. No es de los más fanáticos en religión ni de los más encarnizados enemigos de España; entiende que los rifeños no saben en la que se han metido, pero que una vez puestos en la lucha la sostendrán mientras les quede un cartucho. Está muy agradecido al capitán de nuestro ejército Sr. Mazuza, que en ocasión reciente le salvó la vida. El día 6 Mari Guari fué llamado por el general Macías, y después de hablar largamente con éste y con el brigadier Ortega, fué conducido al camino de Camellos, desde donde dirigióse solo adonde estaban algunos rifeños y con ellos se encaminó hacia Sidi Auriach. Al día siguiente volvió al campo español, trayendo noticias de los moros que, según él, se mostraban dispuestos á cesar en la guerra: la salida del convoy que el día 9 aprovisionó á los fuertes sin ser hostilizado, pareció confirmar estas buenas intenciones; pero posteriormente los rifeños han disparado de nuevo contra los nuestros, y es de presumir que seguirán disparando hasta que llegue el instante del gran escarmiento, que según parece no se hará esperar mucho.

A bordo del Conde de Venadito. – El día 21 de octubre último el *Conde de Venadito* hizo el primer disparo contra las kabilas, volviendo por el honor ultrajado de nuestra bandera. El entusiasmo que tal hecho produjo fué grande, no sólo en Melilla, sino en toda España, que saludó una vez más á nuestra marina por haber dado la señal de una lucha difícil, pero necesaria; llena de sacrificios, pero al fin de la cual ha de brillar más limpio que nunca el nombre de la patria. El *Conde de Venadito* quedó terminado en Cartagena en 1891 y está perfectamente artillado, llevando, entre otras piezas, varias ametralladoras y un cañón Hontoria de tiro rápido.

Manda el *Conde de Venadito* el distinguido oficial de nuestra armada Sr. Díaz Moreu, que en las actuales circunstancias se ha hecho digno de los mayores elogios, como cuantos á sus órdenes han contribuído al buen éxito de las operaciones emprendidas.

Después del cañoneo del día 21, todos los corresponsales residentes en Melilla dirigieron al comandante del *Conde de Venadito* el siguiente mensaje de felicitación: «A V. E. nos dirigimos para felicitarle. A la marina española y á V. E. su valeroso y digno representante le ha cabido la honra de ser el primero en romper el fuego contra las kabilas del Rif que mataron á nuestros soldados y que mancillaron nuestra bandera. ¡Viva España! ¡Viva la marina española! Loor al comandante del *Venadito*, á su oficialidad y á su marinería. Hoy es el primer día que alentamos, que sentimos orgullo de llamarnos españoles, que vindicamos nuestra afrenta.»

Alojamiento de tropas. – No está la plaza de Melilla dispuesta para alojar muchas más tropas de las que suelen constituir su guarnición; así es que el alojamiento de las fuerzas enviadas para sostener la presente campaña ha sido uno de los problemas más difíciles que allí ha tenido que resolverse, habiendo sido preciso desalojar entre otros el barrio del Polígono, de ordinario ocupado por una población, hebrea en su mayor parte, que se dedica al comercio al por menor.

El barrio del Mantelete. – Se levanta entre las murallas y la puerta exterior de la plaza: en él hay varios pabellones militares para oficiales, tiendas de judíos, cafés moros, casetas para la consignación de vapores, el mercado de Melilla y la Aduana. En la actualidad el Mantelete ha perdido el aspecto característico que le daba la abigarrada población de cristianos, judíos y moros por haber sido expulsados de él los últimos.

Todos los grabados que publicamos referentes á los sucesos de Melilla, excepto las vistas de la plaza, están tomados de fotografías sacadas por la ambulancia que en el teatro de la guerra ha establecido el fotógrafo de Madrid Sr. Company.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

BARCELONA, *por M. Martínez Barrionuevo.* – El título de esta obra, *Barcelona monumental, pintoresca y artística, de costumbres, de tipos y paisajes,* abona el interés de la misma, la cual abarca todo cuanto se relaciona con la historia, vida y modo de ser de nuestra ciudad: por lo que toca al autor, el nombre del señor Martínez Barrionuevo es harto conocido para que nadie pueda dudar de la bondad de su libro, reflejo fiel de sus propias impresiones, sentidas por un alma de poeta que siente y pinta la realidad estudiada y observada durante su larga estancia entre nosotros. Aumentan el valor del libro las preciosas ilustraciones que contiene, debidas á Apeles Mestres, Cuchy, Cusachs, Eriz, Galofre, Llimona, Llovera, Masriera, Pascó, Pellicer, Ribera, Riquer, Soler y Rovirosa, Tamburini y otros ilustres artistas catalanes. *Barcelona* se reparte en cuadernos de veinte páginas, á una peseta uno: constará de 35 á 40 cuadernos. Se suscribe: en Madrid, Manuel Pla, Ancha de San Bernardo, 19, pral.; en Barcelona, Carmen, 34 (Dirección), y en provincias y América en casa de los corresponsales.



MELILLA. – EL MANTELETE, reproducción directa de una fotografía remitida por el Sr. Company, de Madrid

BIBLIOTECA ILUSTRADA. – Con muy buen acuerdo han empezado los editores de esta ciudad Sres. Roura y Castillo la publicación de esta biblioteca, en la que se han publicado hasta ahora obras de los más afamados autores de todos los países en condiciones verdaderamente excepcionales. La biblioteca forma dos secciones, la primera á dos reales tomo y la segunda á una peseta: los volúmenes que componen la primera están ilustrados con grabados en negro y los de la segunda en varios colores. Entre las obras hasta ahora publicadas (ocho volúmenes cada serie) figuran algunas de Wáshington Irving, Walter Scott, Grant, Tolstoy, Fenimore Cooper y otros no menos notables. En suma, la *Biblioteca Ilustrada*, por sus condiciones de fondo, forma y baratura, merece el mayor elogio. Los tomos de la misma se venden en las principales librerías y en casa de los editores, calle Ancha, 25.

PRO PATRIA. – Interesantísimo como todos los de esta importante revista es el número correspondiente á octubre último, en el que se publican notables trabajos de Balaguer, Fite é Inglés, Riva Palacio, Marco, Mera, Bartrina, Sánchez Pérez, Arteaga, Bonaventura, Toda, Pardo de Tavera, Cutchet, Güell y Mercader y García Llansó.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 27 de noviembre de 1893 — Núm. 622



SANTANDER.-PLAZA DE VELARDE CALLE DE LA RIBERA Y MUELLE DE CALDERON

ADVERTENCIA

No habiéndose podido terminar dentro del plazo que teníamos calculado los grabados que han de ilustrar el tomo primero de las TRADICIONES PERUANAS, hemos tenido que demorar el reparto del mismo á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal, quienes lo recibirán con uno de los próximos números.

SUMARIO

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

III

No, señores: ahora resulta que no es tampoco un hijo del sultán el que viene sobre las kabilas; es un tío; este tío maldecirá á los rifeños como no cesen en sus hostilidades contra los españoles; pero lo más probable es que no llegue, ó que llegue cuando nuestras tropas hayan dado ya cuenta de los bandidos del Rif; y eso que, ya lo veis, los pobres soldados de España, obedeciendo órdenes superiores, hacen todo lo posible también por estarse quietos, mientras el enviado del sultán, hijo, hermano, tío ó lo que sea, no arroje su maldición sobre los rebeldes. Tendremos, á lo último, que el ministro de Estado habrá de cesar en esas astutas y asombrosas negociaciones diplomáticas que en bien de España sostiene, dejando á nuestras tropas que las concluyan *de por sí* lo más pronto y lo más honrosamente posible. Después, cuando todo acabe, que llegue en buen hora ó no llegue el hermano, el hijo ó el tío. Este personaje recuerda al matón andaluz que siempre llegaba tarde al lugar del peligro: en cierta ocasión hubo una gran sarracina entre unos andaluces, y era esperado para terminarla por su influjo y su poder de bravo; llegó cuando los andaluces de la pelea estaban ya por el suelo; uno, medio expirando, dijo señalándole:

– Ya salió el arco iris.

El matón le preguntó, resoplando fuerte:

– ¿Y por qué me *ice ja* mí eso?

– Porque el arco iris no sale nunca, sino después de pasada la tormenta.

Pues bien: ese tío que viene con la maldición será el arco iris del cielo tormentoso del Rif. Mientras tanto, el pueblo se consuela con sus vivas á España, y despide á los batallones con entusiasmo delirante, que no logra apagar la misma decepción que sufre al ver que los batallones no hacen nada en Melilla. En Málaga es donde toman más relieve esas escenas, con una de las cuales bastaría para estudiar la idiosincrasia de un país. Los malagueños con muy poco se exaltan. Figuraos lo que será cuando existen para exaltarse motivos suficientes. Allí es donde las despedidas á los soldados adquieren proporciones más dramáticas, más pintorescas, más conmovedoras. Como se está más cerca del Rif, los moros parecen más grandes, su intención más mala, su catadura más horrible y la situación de nuestros soldados más peligrosa: en cada puerta de casa, en cada banco de plazuela, en cada esquina de calle, hallaréis una moza de corazón luctuoso que enjuga las lágrimas con un pico del delantal, y estrechando la mano del hombre, le pide entre sollozos que al pelear *con el moro* no deje de la memoria á la pobrecita madre, ni á la Santísima Virgen, que le dará su amparo. «Con lo de Melilla – me escriben desde allí, – hemos enloquecido; todos los días entran y salen tropas, las campanas repiques y más repiques desde por la mañana hasta la noche, y de noche es un jubileo de luminarias, de colgaduras, de gritos de alegría: te digo que todo el mundo está loco de entusiasmo; será que yo no lo entiendo, pero se me figura que, cuando los pobrecillos del ejército vuelvan – los que logren volver – vendrían perfectamente las manifestaciones de ahora; el corazón se encoge y la garganta se aprieta, al pensamiento de que toda esa alegría es porque van esos pobrecitos soldados á que los maten.» No, no mil veces; sería otra fatalidad más que los soldados españoles no fuesen despedidos con esas grandes notas de entusiasmo y esas lágrimas de afecto y esa ovación constante. Ellos se van y llevan en su sangre, en su corazón, en su memoria, en su ser todo, el dulce arrullo de aquella gran ola de entusiasmo y alegría que los envolvió, y es lo que les mantiene en la pelea, lo que mitiga su hambre, lo que apaga su sed; es todo eso, que unido con su carácter, con su despreocupación y con su nerviosidad asombrosa, consiguió en todas las épocas al soldado español el renombre que hoy tiene aún. El soldado es lo único que en España hay que no degeneró; el soldado es la flor única que conserva su perfume entre aquellas hermosas flores ya marchitas de nuestras grandezas muertas; el soldado es la noble reliquia que tenemos para recordar lo que fuimos; el soldado, aparte de su bravura, su sumisión y su carácter sufrido, es generoso y sabe agradecer; no acertará quizá á explicarse sus sentimientos, pero sabe que existen y lo sabemos nosotros; esas despedidas ruidosas, con iluminaciones, con colgaduras, con regalos, con repiques de campanas, con gritos delirantes y con lágrimas de emoción, es lo que hará de cada chiquillo de esos un héroe en la pelea; el que deja novia, padres ó hermanos, vence ó muere con aquellas queridas y fantásticas figuras flotando en su espíritu; pero hay otra cosa que le ayuda á vencer ó á morir con nobleza; otra cosa que, aunque lo creáis imposible, vale tanto ó más que la novia, el padre ó el hermano; es aquel aliento misterioso de abrasador perfume que lo acariciaba al partir á la pelea, es el recuerdo de aquella ola gigante que lo envolvía con espuma de flores y zumbido de aplausos y vivas; todo esto, es la patria; la patria con esas grandes muestras le dice al soldado: *confío en ti*, y el soldado responde muriendo por la patria, como hijo que defiende el honor y la gloria de su madre.

Despidamos á las tropas entusiastamente, sí; démosle los aromas de nuestra alma; démosle los alientos de nuestra vida en el adiós majestuoso; ondeemos banderas; que pasen, en fin, por ese gran arco de triunfo que España les ponga como pórtico de luces, para entrar en el Rif; que si el soldado muere, morirá dichoso recordando á España, y si es vencedor tendrá en esas ovaciones un bello anticipo de las que le correspondan al volver.

También aquí hemos despedido á la tropa; también aquí se presenciaron escenas que conmovían: recuerdo aquella mañana de brumas, aquel piso húmedo, aquel cielo, como una gran sábana gris, con manchones acá y acullá, donde parecían clavarse las agujas de las torres, como estalagmitas que escalaron las nubes: al puerto, á los muelles, á los balcones, á las azoteas agolpábase la multitud conmovida y ansiosa. El *Turia*, el *Menorquín* y el *Nuevo Mahonés* eran los puntos de concentración de todas las miradas: el imán irresistible que las atraía: en las fachadas del paseo de Colón advertíase una pintoresca y extravagante mezcolanza de colores; la multitud aglomerábase allí en azoteas, balcones y ventanas como imponente ola que hizo brecha con su empuje en el muro que la contenía; el mar saltaba también en olas formidables sobre el muelle del Este, tendiéndose después en inmenso tejido de espumas, hasta morir en las aguas tranquilas del puerto; los barcos izaban todos sus banderas, é infinidad de embarcaciones atestadas de gente mecíanse alrededor de los buques como diminutas palomillas grises que fueran á posarse en sus cascos.

Llegó la hora: sólo vi partir á uno de los buques, al *Nuevo Mahonés*. Los que partían estaban contentos; los que nos quedábamos, tristes; no sé qué hay de misterioso y grande en esa satisfacción de los que van á la muerte tal vez, y la melancolía de los que se quedan, sin abrigar por la muerte temor alguno. El vapor silba, el barco leva anclas, los pechos se conmueven, las banderas ondean y crujen con el viento como si adquiriesen tensión nerviosa, porque las hebras de su tejido se convirtieron de pronto en fibras humanas. Se oyen aplausos, vivas, gran clamoreo, frases que la emoción entrecorta, y al moverse el buque en aquellas aguas serenas, hasta las olas acarician su casco, con silencioso beso de hembra enamorada, para darle también su despedida.

El buque va alejándose; oficiales y soldados saludan y vitorean á España y á Barcelona; el entusiasmo aumenta entre los que se van, y un silencio respetuoso domina á los que se quedan. ¿Podrá creerse que ese silencio es frialdad? No. Se engaña si alguno cree que los catalanes sienten ó aman menos que los castellanos ó los andaluces; la humanidad en todas partes es la misma; no consiste en el sentimiento, consiste en la manera de expresarlo; un meridional no ama menos ni más que uno del Norte, ni se apasiona más ó menos tampoco; lo que hay es que no exhibe éste su pasión, que es reservado, que se reconcentra en sí: el hombre del Norte hace otra vida de su amor, la amolda á la suya y se identifica con ella: el meridional necesita cantar sus amores para que sus melodías lleguen al corazón de los otros y sean felices también con ellas: el del Norte no, ese oculta su amor en el fondo de su pecho y lo guarda de todo el mundo; el otro goza más con que gocen los que le rodean comprendiéndole; éste goza más cuando más fundido y oculto tiene su amor en la urna de su pecho...

Con estas reflexiones levanto la cabeza; el buque, al que seguíamos en un pequeño barco, está ya distante; va convirtiéndose en una mancha obscura, como aquellas que salpican el cielo; pero todavía se distinguen allá unos alegres puntitos rojos; son los pantalones de la tropa aglomerada sobre cubierta; esos puntitos rojos llegan hasta mí como relámpago de la franca alegría con que el soldado español va al combate; esa alegría que nunca pierde y que constituye la nota más sublime de su valor...

Miro hacia Barcelona... ¡Qué triste todo! La ciudad se envuelve en un sudario de brumas; sus edificios, sus torres se ven allá de un modo confuso, vago, inexplicable, como en el calor y el entusiasmo de una gran fiesta de amores distinguiríase la visión de la muerte...

¿Qué hay en Melilla entretanto? ¿Cuál es su situación? La crónica de la semana con respecto á la guerra ha de ser brevísima; en el campamento se reunen constantemente batallones y batallones; la animación aumenta; sigue cañoneándose al campo enemigo; siguen los combates parciales, en que los soldados demuestran su poder y arrojo; se ven ejemplos de patriotismo y generosidad; organízase una partida de presidiarios para la caza del rifeño, como las que se organizan para la caza del lobo, que más que lobos son los salvajes del Rif; esta partida la manda un hombre cuyo valor asombra, es el capitán Ariza, que deja casa, familia, amigos y comodidades de la fortuna, y deja su cargo en el ejército para ir voluntariamente á la guerra; se le concede capitanear una partida de cuarenta penados, los entusiasma con su tranquilo valor, los electriza con ejemplos de una temeridad que enloquece, y los miserables penados se cubren de gloria un momento y otro. ¡Qué oleadas de bienestar se meten en mis pulmones y en mi sangre al deciros que el capitán Ariza es malagueño!

Con las temeridades de Ariza; con la bravura de los penados que le siguen; con la presencia en el campamento español del moro Hach, adicto á España como el más exaltado de nuestros patriotas; con el fin desastroso del cantinero de uno de los fuertes; con la historia de los convoyes que salen de la plaza y son hostilizados por los moros; con el sigilo traicionero de esa chusma hedionda del Rif, que va cautelosamente en mitad de la noche á soltar descargas cerradas al mismo Melilla, retirándose después como espectros terroríficos que se desvanecen en la sombra, dejando en el corazón la sorpresa y el coraje que no puede estallar sobre ellos; con la muerte de otro penado valeroso á quien acribillan las balas rifeñas por haberse comprometido él á ir solo con encargos distintos á los fuertes, encargos que cumplió como promesas de religión antes de morir; con las nuevas hazañas del capitán Ariza y sus hombres; con el entusiasmo que produce en el ejército la pública felicitación que el general Macías hace á los penados y á su capitán; con la sensación de orgullo que nos causa el saber que los rifeños han concluído por apodar á los hombres de Ariza *la partida de la muerte;* con la admiración que sienten españoles y rifeños ante la singularidad extraña de que en la *partida de la muerte*, á pesar de los estragos que produce y de los actos, no ya de valor, sino de temeridad que ejecuta, no haya habido ninguna baja; con el malestar sordo que hay en los combatientes de las primeras jornadas, porque no hubo justicia, á lo que se dice, en las recompensas; con la continuación de las pesquisas por la guardia civil en el asunto del contrabando de armas, que tomó aspecto grave por las muchas personas, de arraigo algunas en el mismo ejército, que se susurra están comprometidas; con esto, en fin, y la balumba inmensa de telegramas que se publican para ser desmentidos y de sueltos y artículos que no sabemos adónde van ni de donde vienen, comidilla revuelta y vuelta á revolver, que á los de otra nación cualquiera volvería locos, pero que á los españoles nos restaura y da bríos, por eso de que nos hemos alimentado en todas ocasiones con *comidillas;* con todo esto está distrayéndose la opinión durante la semana, mientras en Madrid los ministros discuten á todas horas si debe ir López Domínguez á Melilla ó no debe ir, y mientras López Domínguez continúa diciendo que irá á Melilla ó se irá á su casa y lo tiene todo preparado para ir y se asegura ya que irá.

Hay que dejar aparte los aguijonazos de las oposiciones y de los enemigos del ministro de la Guerra, por la mira más ó menos personal que en este asunto lleve, y de que no debieran hacer armas jamás los que estudian con imparcialidad este asunto, porque en último caso, tan español como cualquier

español es el ministro de la Guerra, y tanto derecho tiene como cualquier español á que se le crea honrado y amante de su patria; dejando aparte, digo, esos aguijonazos y esas inculpaciones, atmósfera de que los hombres de espíritu sereno deben huir para no



SANTANDER. – EL VAPOR «CABO MACHICHACO» QUINCE MINUTOS ANTES DE LA EXPLOSIÓN (de fotografía de D. Pablo Duomarco, remitida por D. Pascual Urtasun)

inficionarse con ella, se convendrá á última hora en que es á López Domínguez á quien debemos llevar en palmas, porque es el único hombre del ministerio que la guerra quiere, y con la guerra el suspirado instante de satisfacción desagraviadora; bien entendido que, al hablar de la guerra, no se trata de conquistas, sino de un solo y formidable empuje en que tomase la nación represalias, aunque sean crueles, para que sirvan al par de castigo severo al enemigo traidor que siempre nos acecha.

He de decir ahora para satisfacción cumplida que el mensajero del sultán llegó; pero el mensajero al fin no fué un tío, fué un hermano, y el sultán lo escogió tuerto para más decoro; se llama Muley Araaf. Las carantoñas y las manifestaciones que hizo el buen señor antes de llegar á Melilla no tienen número... Macías le advierte con mucha lisura que será cañoneado también cuando venga si los moros no suspenden las hostilidades y si no presenta él bandera blanca; se hace así; las hostilidades se suspenden, Muley Araaf es recibido con gran ostentación, las tropas españolas se forman, Macías sale á su encuentro por la puerta del Mantelete, acompáñale brillantísima escolta, compuesta de secciones de todas las armas, se saludan Muley Araaf y Macías, da principio la conferencia, los soldados españoles están ansiosos de saber lo que resulte por el temor de que sea una paz que no les permita honroso desquite, y los ministros esperan anhelantes también lo que Macías diga para discutir sobre la marcha la determinación que ha de tomarse.

López Domínguez no está conforme con eso, no se aviene á razón ninguna, declara que todo eso es vergüenza, afirma que no concederá ni un minuto de aplazamiento en las operaciones y que no hay modo de un arreglo pacífico, y da al general de la plaza órdenes terminantísimas de que no acepte tregua alguna en las hostilidades del campo si Muley Araaf las pide. Por esta actitud del ministro de la Guerra y por la de Sagasta, que se plañe lastimeramente porque cese el conflicto de Melilla, haciendo todas las concesiones que se necesiten con tal de que no se gaste más dinero, se comprenden las profundas divergencias que hay en el gobierno y lo fatal y terrible que pueden ser para nosotros.

***

No cerraré mi crónica sin decir antes que en medio de la ansiedad de todo el mundo por saber lo que de la conferencia de Macías y Muley Araaf resulte, ha caído como un rayo un telegrama gravísimo; asegura que se unieron gran número de kabilas, que se han presentado amenazadoramente en toda la cuenca del río del Oro, que la situación del ejército español es apuradísima y que no se pueden enviar auxilios por falta de buques.

La ansiedad que hay por saber lo que resulte de la conferencia y la espectación profunda producida por ese despacho han podido solamente hacer olvidar un poco la ira que se levantó en los corazones con las jeremiadas del Sr. presidente del Consejo de ministros. El pueblo español no quiere guerra; pero quiere paz honrosa.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LA CATÁSTROFE DE SANTANDER

La fecha del 3 de noviembre de 1893 será de recordación terrible cuanto imperecedera para Santander y para toda España: la catástrofe ocurrida aquella tarde en la hermosa ciudad montañesa llenará una de las paginas más tristes de la historia de nuestras calamidades nacionales.

A las dos de la tarde del citado día inicióse un incendio á bordo del vapor *Cabo Machichaco* de la casa Ibarra y C.ª, de Sevilla, que llevaba entre otra carga más de 1.600 cajas de dinamita, de 35 kilogramos cada una; acudieron á él las autoridades de la población y millares de curiosos llenaron el muelle de Maliaño, junto al cual estaba atracado el buque, y los demás muelles y sitios próximos. Cuantos trabajos se hicieron para atajar el fuego resultaron inútiles, en vista de lo cual pensóse en echar el barco á pique, abriéndose para ello boquetes en los costados. Eran poco menos de las cinco de la tarde cuando sonó una detonación horrenda: el buque *Cabo Machichaco* acababa de hacer explosión sembrando de cadáveres el muelle y llevando la ruina, la muerte y la desolación á todos los ámbitos de la ciudad.

¿Qué sucedió en aquellos momentos? Nadie es capaz de describirlo. Los testigos presenciales hablan de un estampido horrísono; de una tromba de agua de millones de toneladas, que inunda el muelle en una extensión de 600 metros tierra adentro y que arrastra luego al mar un montón inmenso de carne humana; de una lluvia de proyectiles, algunos de muchos kilogramos de peso, que siembran la muerte por los sitios más apartados del de la catástrofe; de cuerpos mutilados que yacen exánimes; de heridos que se retuercen en las convulsiones de la agonía, lanzando horribles ayes; de gentes que huyen aterrorizadas; de otras que acuden en auxilio de los que en el muelle quedan; de muchas que corren alocadas buscando entre los vivos ó entre los muertos personas queridas.

Y para colmo de tantos horrores, la explosión del buque produce el incendio de algunas casas de la calle de Méndez Núñez, una de las principales de la ciudad, y en pocos instantes arde toda la manzana y viénense abajo magníficos edificios, dejando en la más completa ruina á muchos que hasta entonces como ricos se consideraban.

De la catástrofe han resultado más de 600 muertos y millares de heridos: las pérdidas materiales producidas por la explosión y por el incendio son incalculables.

Entre los muertos se cuentan las primeras autoridades de Santander.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al reproducir hoy en sus páginas algunos detalles de la catástrofe, se asocia de todo corazón al dolor inmenso que tan hondamente aflige á los santanderinos.

Los grabados que publicamos son copias de fotografías que nos han sido remitidas por D. Antonio Berdegué, comisionado por esta casa editorial, don J. P. de Barbáchano y D. Vicente Rodríguez de Soto, nuestros corresponsales en Santander, y por don Pascual Urtasun, fotógrafo de aquella ciudad, á quienes damos nuestras más expresivas gracias. – X.

LA MUJER DEL SR. LÓPEZ

ADÉCDOTA CONTEMPORÁNEA

I

El Sr. López, ó *de* López, que de ambas maneras solían nombrarlo, era un pobre cesante de Loterías, no tan gracioso como el que sacaron á escena, con muy buena sombra, por cierto, Estremera y Chapí en el lindísimo juguete *Música Clásica*; pero casi tan necesitado como aquél y tan ganoso de ser repuesto como son casi todos los cesantes de Loterías... y de cualquier otro ramo de Hacienda.

Precisamente por trabajar para su reposición vino á Madrid, desde no sé dónde, el supradicho Sr. de López, á quien acompañó su mujer, una buena señora, muy entrada en años y muy metida en carnes, que no quería separarse de su marido ni en la próspera ni en la adversa fortuna.

Ya sabían ellos que había de costarles Dios y ayuda conseguir la anhelada reposición; pero como López no había hecho en su vida otra cosa, ni servía para nada que no fuese acudir con puntualidad á la oficina y trabajar á conciencia en su negociado, decidieron sacrificar algunos ahorrillos que constituían el gato de la señora; y una vez en Madrid, se instalaron en humildísima casa de huéspedes y comenzó López su campaña.

¡Y qué mal cariz presentó el pleito desde un principio! Muy difícilmente logró López hablar dos ó tres veces con el jefe del personal; al director lo saludó un día y al ministro ni siquiera pudo verlo de lejos, aquello era para desesperarse. Pasaban días, pasaban semanas, pasaban meses y las economías de la mujer de López mermaban á ojos vistas. Todas las tardes; mientras el infeliz pretendiente y su compañera sostenían heroica lucha con los garbanzos, *pequeñitos, pero duros*, que les servía la patrona despiadada, contaba López á la mujer de López los desaires del oficial y las sobarbadas de los porteros, y ella decía á su marido que los ahorros de la hucha se agotarían muy pronto y que era necesario activar el sitio.

Este cambio de impresiones, como ahora decimos, era realmente muy poco agradable, y terminada la colación y concluído el relato de los sucesos del día, acostábase la señora, que procuraba olvidar sus penas y sus zozobras durmiendo, y daba cuatro chupadas á su pitillo el pobre López, mientras se distraía leyendo en un libraco antiguo, colección de chistes y cuentos, agudezas y epigramas, que para solaz y esparcimiento del ánimo había pedido prestado á un su compañero de oficina.

Aburrido, desesperado estaba López cierta noche y casi resuelto á darse por vencido y á tornar á su pueblo, donde si no tenía qué comer, tampoco sería el hazmerreir de porteros mal educados y de zafios ordenanzas, cuando hojeando la colección tropezaron sus ojos con el siguiente epigrama, muy conocido y muy antiguo, pero que López no había leído nunca:

¡Un ascenso ha conseguido
el marido de Librada,
sin que el hombre haya tenido
que moverse para nada.
¡Ella sí que se ha movido!



SANTANDER. – CASAS DE LA CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ POR LA PARTE QUE DA AL MUELLE DE MALIAÑO (de fotografía de D. Aniceto González, remitida por D. V. Rodríguez de Soto)

La lectura del epigrama fué para López una revelación... Sintió, al leerlo, algo parecido á lo que debió de sentir el matemático griego cuando saltó del baño gritando *¡Eureka, Eureka!* López no saltó del baño, entre otras razones porque no estaba bañándose, ni en la casa de pupilos se gastaban esos lujos; López no salió gritando por la calle «¡lo encontré, lo encontré!..» pero sí despertó á su cónyuge, la cual dormía muy tranquilamente, y le dijo: «Me parece que he discurrido un medio de conseguir que me repongan. Será necesario que sacrifiquemos alguros duros; pero de todas maneras estamos sacrificándonos.» La mujer de López, que no discutía jamás con su marido, pero que había oído decir siempre que en *este Madrid* todo cuesta dinero, halló muy razonable lo que López decía; se incorporó un momento, y de debajo de su almohada sacó un envoltorio de trapos, cuyo núcleo, que tardó bastante en aparecer, lo constituía un calcetín, donde la pobre señora guardaba sus capitales. Marido y mujer hicieron arqueo, del cual resultó que poseían sesenta duros y algunos céntimos de peseta, á lo cual había que agregar, en el activo, el importe de una semana de pupilaje que por adelantado habían satisfecho aquella mañana misma, y de lo que había que considerar como pasivo, treinta pesetas, que era preciso tener aparte para comprar los billetes de tercera cuando regresaran al hogar doméstico.

López calculó que cuarenta duros bastarían para realizar el proyecto que había concebido; los tomó, devolvió el resto á su mujer, que tornó á esconderlo entre infinitas vueltas y revueltas del envoltorio. López salió inmediatamente de la casa de huéspedes, y su mujer, después de colocar del mejor modo posible debajo de la almohada el lío, reanudó con la mayor tranquilidad su interrumpido sueño.

II

López había cursado en Madrid algunos años de la Facultad de Derecho; no concluyó la carrera, eso no; ni se examinó siquiera de la asignatura de Derecho Romano; pero fué estudiante, y como estudiante vivió en Madrid, cuando mozo..., que también López había sido mozo, y algo calaverilla y bastante mujeriego, antes de ser empleado de Loterías.

En su vida de devaneos estudiantiles y de bailes en Capellanes conoció á una muchacha muy graciosa y de muchísima travesura, á quien sus compañeras de taller, como también los estudiantes de entonces, entre los cuales tenía mucho partido la chica aludida, apodaban *la Morenita*.

Algunas locuras había hecho López por la *Morenita* y más de un disgusto y más de dos hubo de dar á los padres gastando en convidarla á cenar, ya el dinero recibido para la matrícula, ya lo que le producían los libros de texto mal vendidos al primer librero de viejo del convento de la Trinidad... (que ya no era convento). Pero, aun con eso, el pobre López no tuvo nunca ni había esperanza de que tuviese capital para sostener mucho tiempo á la *Morenita* con todo el lujo y todo el aparato que su argumento requería. Las relaciones de la traviesa muchacha con López, aunque muy cariñosas y muy íntimas, duraron poco... Ambos comprendieron que no era posible prolongarlas durante largo tiempo, y se separaron, de común acuerdo, pero quedando muy buenos amigos.

La *Morenita* había prosperado; todavía estaba de muy buen ver; pero ya se la nombraba *Juana la Morena* entre las gentes alegres de cascos. De lo próspero de su fortuna había enterado ella misma á López una mañana, en que dirigiéndose el cesante al ministerio de Hacienda, se encontró, de manos á boca, en la Puerta del Sol con su antigua amiga.

Y justamente á casa de ésta se encaminó el buen López, cuando, después de haber tomado los cuarenta duros del tesoro conyugal, salió de la vivienda que él y su esposa usufructuaban.

Todo se lo habría esperado *Juana la Morena* menos recibir á deshora de noche aquella visita de su antiguo amigo, á quien, sin embargo, acogió muy afectuosamente y con grandes y sinceras manifestaciones de alegría.

– ¿Qué traes por aquí, picaronazo?, le preguntó riéndose cuando lo vió entrar en la sala. Vamos, prosiguió diciéndole, siéntate á mi lado, tunante, como te sentabas hace veinte años en aquella salita de nuestro entresuelo de la calle de la Biblioteca; y dime lo que te sucede... porque tú no has venido aquí á humo de pajas.

– Ganas tenía de verte, contestó López, eso es la verdad; y aunque algo hablamos la otra mañana en la Puerta del Sol, no me hubiera ido tranquilo al pueblo sin echar un párrafo contigo para recordar nuestra aventurilla de antaño... ¡Y cuidado si estás guapota!... No pasan años por ti.

– ¡Bah, bah, bah!.. Que no me tomes tú el pelo ahora... A perro viejo no hay tus tus... Si te traes algo, me lo dices sin tantos requilorios ni tanto jarabe de pico...

– Pues bien: quiero que me hagas un favor.

– ¡Acabáramos!.. Así se dice... Echa por esa boca, y si puedo... está hecho.

– Sí puedes, y además, para ayudarte á poder traigo yo aquí cuarenta *chuchos* que voy á darte ahora mismo.

– No son malas ayudas; pero paga adelantada es paga graciosa. Guarda por ahora el *parné*, que gracias á Dios, no lo necesito, y sepamos de qué se trata, que ya me has metido en curiosidad.

López, acercándose más todavía á *Juana la Morena*, explicó al oído de su amiga lo que se proponía. De perlas hubieron de parecer á Juana las explicaciones, porque las acogió con repetidos movimientos de cabeza, señales evidentes de asentimiento, y las interrumpió más de una vez con ruidosas carcajadas.

Cuando López hubo concluído de hablar y hubo cesado de reir Juana, ésta, recobrando oportunamente el aire grave de quien trata un negocio serio, dijo:

– Me parece bien, muy requetebién lo que piensas, y creo que podré servirte. Yo misma no; estoy ya muy *fondosa* y muy estropeada... y además en Madrid me conoce todo el mundo;... pero hay aquí una Lolilla, andaluza ella, y con una carita de santa, que parece talmente que nunca ha roto en su vida un plato, y con más malicia y más gracia que pueda haber en un seminario conciliar. Voy á llamarla; la enteramos del asunto; le das los cuarenta *chulés*, y me dejo cortar la mano derecha si no desempeña la comisión mejor que nadie... porque tiene una labia y un ángel que se lleva de calle á las gentes.



SANTANDER. – INTERIOR DEL DEPÓSITO DE LA COMPAÑÍA ARRENDATARIA DE TABACOS
(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegué)



SANTANDER. – CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ POR LA PARTE QUE DA AL MUELLE DE MALIAÑO (de fotografía de A. González)



SANTANDER. – ENTRADA DE LA CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ
(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegué)

Y diciendo y haciendo, mandó que compareciese Lolilla, que en efecto parecía una colegiala inocentona y candorosa: sonreía con timidez; miraba con dulzura, hablaba suavemente.

– Aquí tienes á tu mujer, dijo al verla entrar *Juana la Morena* á su amigo López: mira, Lola, el señor es tu marido, dijo á la recién llegada; y hecha tan concisa presentación, el pretendiente explicó á Lolilla el proyecto á cuya realización debía contribuir, y Lola, que era muy aficionada á cosas de teatro y á representar comedias, acogió la idea con entusiasmo y ofreció desempeñar bien su papel.

Para ello, sin embargo, después de recibir los cuarenta duros, pidió instrucciones.

– Me parece, contestó López, que no las necesitas. Estas doscientas pesetas te las doy para que me sirvas. Como hagas eso, quedarás con la intención libre para servirte á ti misma ó hacer lo que mejor te parezca oportuno.

. . . .

Muy pocos días después, la señora de López, conseguida ya la reposición (con ascenso) del cesante de Loterías, abandonaba la casa de huéspedes en que tanto había padecido, y emprendía muy satisfecha el viaje de regreso á la *casa pairal*, largo tiempo abandonada.

III

Han transcurrido siete años.

López se halla accidentalmente en Madrid adonde ha sido llamado por el jefe para una comisión del servicio.

Una tarde, al pasar por la calle de Preciados, oye á un caballero que desde el carruaje le grita:

– ¡Eh, López, López, señor de López!

Detiénese López, el carruaje se detiene también, el caballero que lo ocupa desciende y se va derecho hacia López con los brazos abiertos.

– ¿Usted por aquí, Amigo López? ¡Cuánto tiempo sin verlo!.. ¿Qué es de su vida?

– Pues, ya ve usted, lo de siempre..., contesta López, sin saber cómo decir á su interlocutor que no lo conoce.

Este lo adivina y se apresura á gritar, riéndose y abrazándolo cada vez con más fuerza:

– ¿Usted ya no se acuerda de mí?

– Realmente, no caigo.

– Soy Pérez, Pérez de Quintales, el jefe del personal de Hacienda, cuando hace algunos años vino usted á gestionar su reposición. Ahora soy subsecretario. Con tantos cambios como han ocurrido en estos tiempos, he logrado ascender. ¿Usted habrá venido con la señora?

– Sí, señor.

– ¡Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de verla! Y es una excelente persona, y ¡qué humor el suyo! Siempre tan de broma... sin pasar los límites de lo lícito, por su puesto. No deje usted de darle recuerdos míos.

– Lo haré así y los estimará mucho.

– Y á propósito... ¿cuánto tiempo se propone usted pasar aquí?

– Acaso pasaré cuatro ó seis días.

– Entonces ¿aún estará usted entre nosotros el miércoles?

– Tal creo.

– Pues véngase al ministerio ese día; pasa por allí la cabalgata y verá cosa digna de verse. No deje de llevar á la señora; le gustará... á ella que es tan alegre y tan animada...

Efectivamente, López acompañando á su esposa fué al ministerio; la mujer estuvo como una reina (según ella decía), en el mejor sitio del mejor balcón, donde lo vió todo perfectamente.

Pérez de Quintales columbró desde lejos á su protegido, y se fué á él en derechura; cogióle cordialmente la mano y gritó:

– ¡Amigo López, cuánto le agradezco que haya venido! ¿Está con usted la señora?

– Sí. Ahí la han colocado.

– Voy á saludarla. Hágame usted el favor de presentarme por si ella no se acuerda.

López lo hizo así; y en efecto, la señora no se acordaba de Pérez Quintales (á quien nunca había visto) y Pérez Quintales tampoco se acordaba de la señora de López (con la que no había hablado en su vida); ninguno de los dos se atrevió, sin embargo, á decir lo que pensaba... Cruzáronse entre el uno y la otra algunas palabras insignificantes, y Pérez puso muy pronto término á situación tan embarazosa.

Cuando Pérez se alejaba, á pasos precipitados, del balcón, alguien le oyó murmurar: «Pero ¡Dios mío, cómo se ha desfigurado en tan pocos años!.. Verdad es que la vida que traía;... pero nada, parece otra.»

La señora de López nunca supo que el subsecretario, que tan fino le pareció, la había confundido con una amigota de *Juana la Morena*.

. . . .

Ahora no vayan ustedes á decirme que si López fué marido un poco imprudente; que si el ministro fué hombre un mucho incauto; que Quintales fué mal fisonomista, y que si torna y que si vuelve, y que nada de esto es verosímil... porque *mutatis mutandis* (y desde luego cambiando los nombres) lo he referido tal y cual me refirió el hecho mi querido y buen amigo *Pepe Zahonero*. El cual conoció personalmente al subsecretario, y á la señora de López, y á López, y hasta por referencia, según tengo entendido, á la *Morenita*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL CIGARRO HABANO

Frustrada por completo la sorpresa que con más temeridad que buen tino intentara el coronel R* con sus escasas tropas, rechazadas éstas por un enemigo superior en fuerzas y bien parapetado, convirtióse luego la retirada en fuga á campo abierto, y los soldados cristinos apelaron al único recurso que tenían, fiando la salvación á la ligereza y acosados de cerca por los carlistas.

– Puesto que todo el mundo corre... ¡á correr!..., se dijo el capitán Montoro, que había sido el primero en el ataque y el último en volver las espaldas.

Y después de romper de un pistoletazo la cabeza de un absolutista que se aproximaba en exceso, empezó á saltar como un gamo.

Pero á los pocos saltos tuvo que pararse en seco. Cinco ó seis carlistas que parecían salidos por escotillón le cerraban el paso, intimándole se rindiera. El fugitivo, á cuyos oídos debía de sonar mal el requerimiento, intentó aún replicar á cuchillada limpia; pero antes de que pudiera él darse cuenta, salió despedido de su diestra el sable que empuñaba, al choque de otro acero vigoroso: desarmado, indefenso, el oficial bajó la cabeza, mordiéndose rabioso los labios y murmurando una maldición.

Veinte minutos después, custodiado por un alférez y algunos soldados, penetraba en un caserón donde tenía la división carlista sus cuarteles. Apenas había andado cuatro pasos por el interior de una tan inmensa como destartalada sala, cuando se halló frente á frente al coronel Gomerano, un hombre joven, de marcial aspecto, que retrocedió al ver ante sí á Montoro.

– ¡Cómo!, exclamó entre asombrado y dolorido. ¿Eres tú, Camilo?

– El mismo que viste y calza. ¿Qué tal vamos, Marcial amigo?

– ¡Ira de Dios! ¿Por qué te has dejado coger?, prosiguió el coronel con violencia.

– ¡Vaya una pregunta y vaya un modo de recibir á los amigos!.. Si te crees que ha sido por mi gusto...

– ¡Desgraciado! Más te valiera hacerte matar en el campo de batalla antes que...



SANTANDER. – AUDIENCIA Y CASAS CONTIGUAS (de fotografía de D. Aniceto González, remitida por D. J. P. de Barbáchano)

– ¡Oiga! ¿Te propones acaso hacerme meter cuatro balas en el cuerpo?.. ¿Te callas?.. Habla, chico, no te apures... Si tengo que morir, moriré y sin pestañear.

Gomerano, emocionado, se mordía los labios; luego, balbuceando, en frases entrecortadas indicó á su antiguo compañero de armas la terrible verdad. Aquella misma mañana, al salir del pueblo el general jefe de las fuerzas de D. Carlos, le había comunicado la terminante orden: «Todo oficial cristino que cayera prisionero, fusilado.» ¡Y el destino, el maldito destino quería que el único oficial prisionero, tras el frustrado ataque de una columna liberal, fuese precisamente Camilo Montoro! Antes que la guerra estallase, Montoro y Gomerano habían servido juntos como subtenientes en el mismo regimiento; después, cuando la sangrienta contienda dividió á los españoles en dos bandos encarnizados, Marcial se fué con el pretendiente, en cuyas filas alcanzó el grado de coronel. Camilo era capitán tan sólo cuando la casualidad los puso nuevamente en contacto. No había existido nunca, á la verdad, entre los dos oficiales, cuando el servicio del rey Fernando VII les uniese aún bajo la misma bandera, una amistad entrañable. Diferencias de carácter y sobre todo de opiniones políticas separáronles desde los primeros tiempos; pero ¡qué mucho!, al fin y al cabo habían sido compañeros de armas, leales y corteses: eso de fusilar á un antiguo camarada no podía menos de parecer cosa muy dura al coronel Gomerano. Pero ¿qué remedio quedaba?.. Las leyes inflexibles de la guerra, de la ordenanza... de... de... la necesidad de represalias..., el... Y Marcial, acongojado, buscaba fórmulas y paliativos, razonando con frase torpe, no sabiendo cómo hacer comprender á su prisionero la oportunidad de que se dejase fusilar.

– ¡Cómo ha de ser!, replicó el *reo* haciendo un esfuerzo sobrehumano para aparentar serenidad y para sonreir. Y añadió tras breve pausa. ¿A qué hora?

Marcial volvió á vacilar y á balbucear. Luego indicó á medias palabras, que las tropas acantonadas debían abandonar el pueblo al rayar el alba, y que por lo tanto era «conveniente» que todo quedase despachado antes de emprender la marcha.

Camilo se puso pálido. ¡Al rayar el alba!.. Había cerrado la noche por completo; corrían entonces los últimos días de junio, ¡y se levanta tan tempranito la aurora en este mes!

– Supongo, articuló el joven, que no se me rehusarán los auxilios de la religión.

– Claro que no, replicó vivamente Gomerano; estamos precisamente en la casa rectoral y el padre Lobo es un excelente sujeto.

– Y supongo también que antes se me dará de cenar.

– Sin duda..., ya lo creo. Cenarás con nosotros..., si te parece bien, exclamó Marcial encantado de que el prisionero tomase las cosas con tanta filosofía.

– Me parece de perlas. No me gusta estar solo en la mesa. Deseo que me trates bien... Ya ves..., será mi última comida... Recuerda que soy goloso y además que á los condenados á muerte no se les niega nada.

– Quedarás complacido. Lozano, dígale á la señora Mónica que se esmere y que nos dé lo mejor que haya en el corral y en la despensa del señor cura.

***

Una hora más tarde, el capitán Montoro, sentado á la derecha del coronel, cenaba en compañía de la oficialidad carlista. Los comensales no podían menos de sorprenderse y de admirar la pasmosa serenidad del mozo que con un pie ya en el sepulcro manejaba tan gallardamente el tenedor y parecía olvidar por completo el tremendo epílogo que debía tener aquel banquete. Un sincero interés se pintaba en las miradas de todos, y aquellos hombres avezados á afrontar la muerte á diario se sentían el pecho oprimido ante la proximidad de la muerte ajena.

Entretanto la noche adelantaba... Camilo, charlando por los codos, bebiendo á más y mejor, procuraba mantener con una excitación febril aquel valor alegre, brillante, que quería desplegar hasta el último momento. Platicaba sonriente con unos y con otros, refería lances de guerra, anécdotas, chascarrillos..., y la noche seguía su curso.

Hacíase tarde: Gomerano, que no imaginara que la cena se prolongase tanto, había consultado más de una vez su reloj á escondidas; y nervioso, abstraído, no osaba, empero, insinuar á su convidado la *oportunidad* de levantarse de la mesa y de preparar el alma para cuidados más serios y apremiantes. Dos ordenanzas acababan de servir el café, y un viejo comandante, sacando una mugrienta petaca, ofrecía un cigarro á Montoro, diciéndole con voz bronca que procuraba hacer cariñosa:

– Tome usted, capitán; de veras siento no poder ofrecerle un buen habano, pero en campaña se fuma lo que se puede.

Brincó de repente Montoro sobre su silla... Tomó el cigarro, lo dejó sobre la mesa, y volviéndose hacia el coronel le preguntó con acento ligeramente tembloroso:

– Dime, Marcial, ¿tienes un buen tabaco habano?, ¿una breva legítima del Rey?

– No; aquí no gastamos más que puros franceses..., y gracias. Estoy seguro que ninguno de estos señores podría brindarte un cigarro decente.

Todos los oficiales movieron negativamente la cabeza, mirando al cristino, cuyos ojos brillaron de una manera extraña. Respiró con fuerza, y dirigiéndose de nuevo á Gomerano exclamó:

– En este caso, chico, te vas á ver en un compromiso. Lo siento por ti; pero si no me das un cigarro habano, una breva legítima, te encontrarás en la absoluta imposibilidad de fusilarme. No, no estoy loco, añadió observando las miradas de los presentes y el gesto de Gomerano. ¿Te acuerdas del último partido de pelota que jugamos cinco años atrás en Pamplona? ¿Recuerdas que te gané? ¿Recuerdas que el precio de la apuesta fué un cigarro habano? Pues bien: este cigarro habano no lo he fumado todavía: me lo debes; por consiguiente paga... antes de fusilarme.

Soltaron la risa los oficiales; tan buen humor en aquellos momentos les hechizaba. Gomerano sonrió á su vez y dijo:

– Sí; recuerdo todo eso..., creo que no nos habíamos vuelto á ver desde entonces...

– ¡Oh! No tomes la cosa á broma; paréceme que mi situación es bastante seria para andar con chanzas. Las deudas de juego son deudas de honor, y el honor no te permite fusilarme sin haber pagado antes.

El joven se había puesto en pie y hablaba con acento tan grave y vibrante, eran su rostro y su ademán tan enérgicos y tan solemnes, que los oficiales cesaron de reir y un silencio profundo reinó en la vasta sala. El mismo Gomerano, inmutado, permaneció un minuto inmóvil. Luego, con gesto severo y triste, dejó caer estas palabras:

– Camilo, se va haciendo tarde; es hora ya de que pienses en asuntos más serios y trascendentales para tu alma.

– ¡Poco á poco!, replicó violentamente el capitán; no eludas la cuestión y acuérdate ante todo, si eres caballero, de lo que significa un compromiso de honor y de lo que vale una palabra empeñada. Las apuestas que se pierden se pagan: que se trate de un millón, que se trate de un cigarro lo mismo da. ¡Señores!, añadió volviéndose hacia la oficialidad que escuchaba silenciosa y palpitante; ¡señores!, sois mis adversarios, sois mis enemigos, sois los enemigos de mi reina y de mi bandera, pero sois todos hombres de honor y á vosotros os hago jueces y árbitros de la cuestión: decidid en conciencia.

– ¡A fe mía!, dijo impetuosamente un jovencito que llevaba uno de los apellidos más ilustres de España, juro por mi nombre que el capitán está en su derecho.

– Creo lo mismo, opinó sentenciosamente el comandante veterano.

Y los demás, levantándose de sus asientos uno tras otro, confirmaron el fallo.

– Pero ¿y mi deber, mi consigna?, gritó Gomerano exasperado.

– ¿A mí qué me importa tu consigna? Cúmplela; pero antes cumple conmigo. Mi derecho es preferente al tuyo.

– ¿Pero de dónde demonios quieres que saque yo tu habano?

– Esto no es cuenta mía. El deudor es quien ha de proporcionarse los medios de pagar, no el acreedor. Quiero mi habano: arréglate tú como puedas.

La atención de los circunstantes estaba tan absorbida, que ninguno paró mientes en un nuevo personaje que desde algunos minutos era mudo testigo de aquella extraña escena. Envuelto en un holgado manto militar, cubierta la cabeza por una boina de la que pendía rica borla de oro, plantado junto al umbral de la puerta escuchaba inmóvil. Por último se adelantó hasta el sitio donde estaban sentados los dos principales actores del lance, y la luz de los candiles iluminó su semblante atezado, severo.

– ¡D. Rafael!, murmuraron los oficiales levantándose á un tiempo y guardando una actitud respetuosa.

– Coronel, dijo el recién llegado con acento breve, frío, cumpla usted la palabra dada; ahí tiene un habano legítimo; déselo usted á este caballero.

Y su diestra alargaba á Gomerano un magnífico cigarro, que Marcial tomó haciendo un saludo militar y entregó á Montoro. Este había palidecido espantosamente, pero logró reponerse al punto, é inclinándose con extremada cortesía dijo:

– Un millón de gracias, mi general.

– Supongo, replicó éste, que ahora estará usted dispuesto á...

– ¿A morir?, continuó el capitán con altanería y terminando la frase del caudillo carlista, sí, señor. Pero supongo también que V. E. me dejará fumar antes mi habano; de lo contrario no me explicaría el obsequio.

– Fume usted, capitán; esperaremos.

Durante media hora reinó en la sala un silencio de muerte que nadie se atrevía á interrumpir. Montoro, impávido, desdeñoso, haciendo gala ante aquellos adversarios de su causa y de su vida, que le contemplaban con mal oculta admiración, de un valor sin debilidades, aspiraba tranquilamente el humo del exquisito habano y seguía con la vista las blancas espirales que subían hasta el techo después de flotar como leves y aromáticas nubecillas. Los dos tercios del largo veguero estaban ya consumidos, cuando el fumador se puso en pie para dirigirse á D. Rafael y decirle sonriendo:

– General, este cigarro es riquísimo, pero demasiado largo y no quiero abusar de la amabilidad de V. E. ni robarle un tiempo precioso. Señores, cuando ustedes gusten...

Al mismo tiempo tiraba la punta del cigarro, que con gran sorpresa de todos recogió el general para alargarlo á Montoro, mientras con su acento impasible le decía:

– No tire usted esta colilla, capitán; sería una ingratitud... Conserve usted mientras viva los restos de un cigarro al que debe usted la vida y la libertad.

. . . .

Y ahí tiene el lector explicado por qué en la capilla de la Virgen del Salto hay, entre varios exvotos, un relicario de plata, larguirucho, al través de cuyo cristal se ve una colilla de puro.

JUAN BUSCÓN

EL GENERAL DE BRIGADA

D. HIGINIO DE RIBERA

Vivo está todavía el recuerdo de la entusiasta despedida que el pueblo de Barcelona tributó á los batallones que constituyen la brigada del general Ribera. El ayuntamiento en pleno y la población en masa acudió á los muelles para obsequiar y aplaudir á los valientes soldados, jefes y oficiales que abandonaban cuanto podía serles más querido para defender en tierra africana los derechos de la patria. Todos partieron animados de levantados propósitos, en todos podía observarse igual entusiasmo, dispuestos á demostrar en los combates cuán justificado fué el cariñoso saludo de la ciudad de los condes.

No cabe dudar que en Melilla cumplirán como buenos, con mayor motivo si se tiene en cuenta el prestigio y las dotes militares que tanto distinguen al caudillo, al jefe superior que ha de dirigirlos en el combate. El historial del general Ribera es garantía de que la primera brigada del 4.º cuerpo de ejército dejará bien sentado su pabellón en los campos de Melilla.

D. Higinio de Ribera estudió en el colegio de Toledo, siendo promovido á alférez con destino al batallón de cazadores de Arapiles en 1.º de enero de 1861. En el siguiente año de 1862 fué trasladado al de Ciudad Rodrigo, y en el de 1865 nombrósele ayudante del general Rubín, capitán general de Granada, en cual cargo cesó en 1866 para ocupar su puesto en el citado batallón de Ciudad Rodrigo, tomando parte en la acción de Llinás de Marcuello, y por este hecho de armas fué ascendido al empleo de teniente en 1867.

En 1868 fué destinado al batallón cazadores de Barbastro, que se hallaba de guarnición en Málaga, encontrándose en varios combates librados por las tropas con los republicanos, ascendiendo á capitán en dicho año por méritos de guerra, con destino al regimiento de Saboya. En 1872 fué trasladado al de América, en el que empezó la campaña contra los carlistas, formando parte de las columnas de Mola y Martínez, Macías, Gamir, Baldrich, Cabrinety y Mercado, hasta que con motivo de los sucesos promovidos por la indisciplina del ejército pidió el reemplazo para Vigo, su pueblo natal, en donde permaneció hasta 1874, en cual fecha volvió á incorporarse al ejército activo, sirviendo á las órdenes del general D. Pedro Esteban, tomando parte en gran número de hechos de armas, entre ellos el de Prats de Llusanés, toma de Olot por el general Martínez Campos, y sitio y toma de Cantavieja. Por los méritos contraídos en estas acciones fué ascendido á comandan-

te, teniente coronel y grado de coronel, confiriéndosele el mando del batallón de la reserva núm. 34, cuya organización llevó á cabo. En 1876 fué ascendido por el rey D. Alfonso XII á coronel, confiándosele el mando del batallón cazadores de Alfonso XII.

Desde 1884 á 1891 desempeñó el cargo de comandante militar de la plaza de Puigcerdá, hasta que fué ascendido á general de brigada en 5 de noviembre de 1891. Mayor espacio del que podemos disponer sería preciso para enumerar los eminentes servicios que prestó á la heroica villa durante el largo período que desempeñó la comandancia general, ya que entre ellos figuran importantísimas mejoras de beneficiosos resultados para aquella población. Puigcerdá ha sabido demostrar en cuánto estima los esfuerzos y la afición que por ella siente el general Ribera nombrándole su hijo adoptivo y ofreciendo el raro hecho de haber llevado á cabo una suscripción verdaderamente popular para ofrecerle un bastón de mando, en la que tomaron parte todas las clases sociales, contribuyendo el obrero con su modesto óbolo.

Tal es el general D. Higinio de Ribera, con cuya amistad nos honramos, y al que dedicamos estas líneas y publicamos su retrato como muestra del cariño y consideración que nos merece tan bravo y distinguido militar, haciendo fervientes votos para que él y la brigada á sus órdenes regresen pronto á nuestra ciudad con los laureles de la victoria y sin que su regreso haga derramar lágrimas por los que no puedan ya volver al hogar de la familia. - X.



EL GENERAL DE BRIGADA D. HIGINIO DE RIBERA

jefe de la brigada que salió de Barcelona para Melilla el día 14 del actual (de fotografía de A. y E. F. dits Napoleón)

¡TILÍN... TOLÓN!..

– Me pides, hija mía, un consejo, dijo el cura de Villavieja, y bien sabe Dios que no sé qué aconsejarte.

– Padre, añadió Rosa, la muchacha más bonita del pueblo, ya sabe usted que Pacorro es todo un hombre de bien..

– Sí, hija mía, pero ¿qué quieres que te diga? Eso del matrimonio es muy grave asunto, y yo, la verdad, no me atrevo á decirte nada. Pacorro es, en efecto, todo un buen muchacho, pero el diablo las enreda; la vida de casado es muy distinta á la que hace ahora, será para él una vida nueva; todo tiene sus quiebras en este mundo, y el que ahora es un mozo enamorado puede luego volverse un marido gruñón é insoportable... Nada, nada; no quiero cargar mi conciencia con la responsabilidad de un matrimonio que lo mismo puede salir bien que mal... No faltaría luego quien me echara la culpa...

– ¡Padre!, suplicó la muchacha.

– Esto es muy delicado, insistió el cura; consulta con tu madre, nadie mejor que ella podrá leer en el porvenir de su hija: el corazón de una madre no se engaña nunca.

– No me atrevo..., antes quiero que su *mercé*, tan bueno, tan amable, me aconseje y me guíe.

– No puedo, no debo... Además, ¿tú le quieres?

– Con toda el alma, padre.

– Pues entonces, ¿á qué aconsejarte? Sería en vano; de todas maneras, á los quince abriles, y enamorada por añadidura, siempre harás lo que mejor te venga en ganas...

– No, padre...

– Pues entonces, nada de consejos: no seré yo quien ejerza presión en ese corazón de oro; pero oye una conseja, y luego que la hayas oído, quédate con la moral del cuento.

– Pues ya escucho, padre.

Y el bueno del sacerdote, sacando el pañuelo de hierbas y limpiándose el sudor que corría por su espaciosa frente, se sentó en el banco de piedra, en que Rosa se arrellanaba, en el poyo de la puerta de la iglesia. ¡Qué grupo más encantador



BARCELONA. – EMBARQUE DE TROPAS PARA MELILLA (de fotografía de Xatart)



SANTANDER. - EL VAPOR «CABO MACHICHACO» VISTA TOMADA POR LA POPA DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN

(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegué)



SANTANDER. – EL VAPOR «CABO MACHICHACO» VISTA TOMADA POR LA PROA DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN

(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegué)



SANTANDER. – CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ



SANTANDER. – CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ



SANTANDER. CALLE DE CALDERÓN DE LA BARCA: EDIFICIO DE LA COMPAÑÍA SINGER Y AUDIENCIA (de fotografías de D. L. Linacero remitidas por D. Antonio Berdegué)

y más sencillo formaban la joven y el anciano! Si aquello no era una confesión, bien sabe Dios que el grupo del clérigo y la aldeana era tan hermoso como severo y tan natural como agradable.

He aquí cómo comenzó el cura:

«En un pueblecito que antes había muy cerca de aquí y cuyo nombre no hace á mi relato, habitaba una hermosísima zagala, de gracias muchas, de años muy pocos y de nombre Rita. Vivía con su madre en uno de los cortijos del tío Lucas, y aunque una y otra no gozaban de vida muy desahogada – que jamás fué de labradores el ser felices por completo, – nunca les faltaba en el camaranchón tocino añejo, vino de dos años y hogaza de dos libras. Rita era la moza más garrida del contorno en diez leguas á la redonda; los zagales iban de los pueblos comarcanos tan sólo para verla, y en verdad que la chica lo merecía. ¡Con qué desenvoltura llevaba la mantellina en día de fiesta; con qué sal bailaba en la plaza al son del tamboril; cómo repicaba las castañuelas, y con qué gracia salía de la iglesia, llevándose detrás todo el cortejo de los chicos solteros de la aldea! Alguna vez su presencia en la iglesia distrajo de la meditación religiosa á algún muchacho, y más de una vez el mozo que ayudaba á misa, por mirar á la joven de hito en hito, confundió un «kirie» con un «ora pro nobis» y se ganó un regaño del páter por volver la cara adonde estaba la zagala.»

El padre hizo una pausa y continuó:

«El tío Lucas tenía un hijo, alto como una palmera y fuerte como un roble; orgulloso como hijo del ricacho, tenía en cambio un corazón como un bendito y un gusto refinado como un sibarita. Una tarde de baile en el ayuntamiento, el mozo declaró á Rita sus amorosas ansias con toda la rudeza de que es capaz un aldeano, pero con toda la sinceridad de quien no sabe mentir y con toda la fogosidad de una pasión cierta. Rita, que ya sentía simpatías por el mozo y que tampoco andaba muy fuerte en tiquismiquis de palabrería, accedió al punto á las pretensiones del muchacho, sin reparar, en su inocencia, que aquel á quien entregaba el corazón era el hijo de su amo, el heredero del primer contribuyente de la aldehuela, el primogénito del tío Lucas. Desde aquel día los novios, en la creencia de todos los enamorados, que piensan que todo lo iguala y lo vence el amor, los dos muchachos dieron principio á unas relaciones amorosas que sólo advirtió D. Casto, que así era como llamaban al padre cura del lugar; después las supo la madre de Rita, más tarde el tío Lucas, que puso el grito en el cielo, y luego los treinta vecinos de la aldea, que se dieron á murmurar como otras tantas comadres resentidas.

»Un día, al ponerse el sol, llegó Rita á casa del señor cura, á la sazón en que éste se hallaba rezando las oraciones. «Vengo, le dijo la muchacha, á que usted me aconseje qué es lo que debo hacer; el tío Lucas y mi madre dicen que ó me caso en seguida con Luis ó que se han acabado las relaciones, que ya van para largo. Luis consiente en que nos casemos; de mí depende tan sólo..., ¿qué hago?» El bueno de D. Casto se vió tan perplejo como yo, ahora que tú me pides también el consejo; la muchacha llorosa y suplicante le apremiaba como tú á mí, y ya iba haciéndose monótono el silencio, cuando D. Casto, subiéndose á la frente las antiparras, dijo: «Hace tiempo, hija mía, que vengo observando tus amores y conozco tu corazón mejor que el mío; pero el caso te aseguro que es de conciencia... Tú quieres mucho á Luis, ¿verdad?.. Pues mira, cuando mañana suene el toque de oraciones en la iglesia, pon el oído atento á las campanas; reza, reza mucho y procura enterarte de lo que dicen...» «Pero, padre, preguntó Rita, ¿las campanas hablan?» «Sí, hija mía; escúcha las mañana... Si las campanas dicen *¡tilín, tilín!*, cásate con tu novio, no dudes un instante, es que dicen que *sí;* pero si oyes, por el contrario, que las campanas dejan oir ásperamente su *¡tolón, tolón!*, no cedas, es que dicen que *no* con energía, y es que debes romper tus relaciones con el hijo de Lucas y dar al olvido estos amores.» Al siguiente día, á eso de las seis, cuando ya el sol empezaba á colorear de rojo la campiña, Rita oraba fervorosamente en la iglesia, ante aquella imagen que la vió bautizar, y cuando el crepúsculo obscureció la aldea, y las tinieblas se hicieron más densas, y sólo turbó la tranquilidad del templo el chisporrotear de alguna lámpara de aceite que se apagaba en alguna hornacina, las campanas principiaron á sonar. El toque de ánimas se escuchó sonoro retumbando en la bóveda, Rita puso toda su atención en los oídos, sintió como si el corazón le latiera más fuerte y la sangre se le subiera al cerebro, escuchó, y ¡oh, alegría!, las campanas decían claramente *¡tilín... tilín!..*; no cabía duda, eran ellas que decían dulcemente que *sí*, que *sí*... en sus lenguas de bronce. A los pocos días Rita se unió en lazo indisoluble con el hijo del ricacho; á la boda asistió el padre cura como era natural, y cuando, acabado el baile, Rita se acercó al padre diciéndole gozosa: «Las campanas dijeron que sí,» contestó el cura sonriendo tristemente: «Las campanas siempre han dicho lo mismo; estabas enamorada de Luis, y aunque hubieran dicho *¡tolón!* en el más bronco de sus tonos, el deseo las hubiera hecho sonar en tus oídos con el más argentino y agudo *¡tilín!*»

Al llegar aquí, Rosa clavó sus negros ojos en el cura, y con gran interés, reflejando la curiosidad en su linda cara, preguntó:

– Señor padre, ¿y fueron felices Rita y Luis?

A lo que contestó el cura levantándose del poyo de piedra:

– No, hija mía; yo también había oído el toque de oraciones y las campanas habían dicho *¡tolón... tolón!..*

P. GÓMEZ CANDELA



Bellas Artes. – El dentista norteamericano residente en París Dr. Evans, el mismo que en 4 de septiembre de 1870 acogió en su casa á la destronada emperatriz Eugenia y la ayudó á huir á Inglaterra, ha hecho donación á un comité de compatriotas suyos que cuida del alojamiento de las muchas artistas que de los Estados Unidos acuden á la capital de Francia, de un magnífico edificio situado en el arrabal de Passy, en el cual serán admitidas 50 pensionistas. La casa tendrá, además de las habitaciones, salones de reuniones, de conversación y de lectura y un gran jardín. Las pensionistas podrán seguir sus estudios en los talleres y cátedras de París que tengan por conveniente.

– El arquitecto A. Messel, de Berlín, ha terminado el proyecto de Museo que ha de erigirse en la ciudad de Darmstadt; el edificio será del mismo estilo del Renacimiento, algo barroco, del palacio-residencia del gran duque, y su construcción costará 1.775.000 pesetas.

– La memoria oficial de los Museos de Berlín correspondiente al segundo trimestre del presente año da cuenta de muchas y muy valiosas adquisiciones. La Galería de Pinturas se ha enriquecido con dos obras de gran mérito: una figurita de mujer, de Alberto Durero, del período de su segunda estancia en Venecia, que ha sido comprada en Londres y que es una obra maestra de dibujo, modelado y finura de color, y *La muerte de María*, precioso cuadro regalado por el Sr. Wernher, alemán residente en Londres, de la antigua escuela flamenca, que unos atribuyen á Durero y otros á Schongauer y que según parece formaba parte de la galería Sciarra, de Roma. En punto á esculturas se han adquirido: un relieve de sepulcro ático que representa á un niño con un pájaro en la mano; otro relieve de Donatello, *La flagelación de Jesucristo;* cuatro relieves de altar, de Daucher; una *Adoración de los Reyes*, de un ilustre escultor augsburgués; un altar procedente de Hesse, y un retablo suabio del siglo XVI. A la colección de esculturas han sido regalados además varios objetos procedentes de la venta Spitzer celebrada no ha mucho en París, trabajos en marfil, en boj, en piedra y en bronce de la Edad media y varias tablas de Donatello, Riccio y otros. Para el Monetario se ha comprado la colección de Dannenberg, compuesta de 5.000 piezas, muchas rarísimas y muy artísticas. También se han hecho importantes adquisiciones para el Gabinete de Grabados, para el Antiquarium y para la sección egipcia. Con destino á la Galería Nacional se han comprado en 18 430 pesetas dos cuadros de Wisniewski y uno de Scheurenberg, y en 2 844 tres dibujos de Menzel y varios de Neher y Wernher.

En Londres se han celebrado recientemente varias exposiciones artísticas parciales. En la de la Real Sociedad de Artistas británicos han llamado la atención un grandioso paisaje, de composición sencilla, pero de mucho efecto, de J. Ollson; otro, de grandes dimensiones también, de Adán E. Proctor, que es un hermoso estudio del natural; un grupo de mujeres en el mercado de Dordrecht, de G C. Haite; un niño, de Sherwood Hunter; un gracioso *Juicio de París*, de R Machel; dos acuarelas, de Wyke Bayliss, presidente de la Sociedad, que representan la iglesia de Fra Angélico en Fiesole y una basílica de Roma, y otras varias obras de F. Cavley Robinson, R Morley, A. W. Strutt, Corbould, Carlton Smith Lomax, Almond y algunos más.

En la Galería Burlington, Mr. Carlos Sainton ha expuesto una colección de primorosos dibujos hechos por el procedimiento de punta de plata, que consiste en dibujar con un estilete de plata sobre una plancha esmaltada y que estuvo muy en boga en los siglos XV y XVI. Los dibujos de Mr Sainton se distinguen por su finura y precisión de líneas.

En la Galería Tooht se han exhibido magníficos cuadros de Carlos Muller (Un patio del palacio de los dux de Venecia y una fiesta veneciana, *La Scalpa)*, de Linell (Paisaje de otoño), Jhon Gilbert (Guerreros medioevales atravesando un bosque), Bouguereau (Ofrenda al Amor, que figuró en el último Salón de París), Dagnan Bouveret (En el bosque, que tanto llamó la atención en el Salón del Campo de Marte de París, de este año), Logsdail (El Banco de Inglaterra, lleno de vida y movimiento), Deutsch (Escena oriental), Alma Tadema (Rivales sin saberlo), Kiesel (una cabeza de muchacha lindísima) y Favretto (un grupo de jóvenes venecianas).

– En la última Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Munich ha obtenido una medalla de segunda clase el celebrado pintor español Luis Alvarez

– De la Galería de Pinturas de Wiesbaden ha sido robado un cuadro de Kronberger de 21 centímetros de alto por 16 de ancho: titúlase *Crónica alegre* y representa á un anciano monje leyendo.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Weimar, se ha estrenado una ópera en tres actos de Meyer Olbersleben, titulada *Clara Dettin:* el libreto tiene por asunto los amores del conde palatino Federico I y Clara Dettin; la música es muy agradable, sobre todo la del segundo acto, que produce gran efecto.

– En Cracovia se ha inaugurado recientemente el teatro Nacional Polaco, que es un magnífico edificio.

– En el teatro Alfieri, de Turín, se ha estrenado con entusiasta éxito un drama de Camilo Antona Traversi, titulado *Danza macabra.*

– En el teatro de la Corte, de Munich, y en el de la Ciudad, de Colonia, se ha representado por primera vez en ambos la ópera de Mascagni *I Rantzau*, con mediano éxito.

Gounod dejó por terminar una ópera *Maitre Pierre*, cuyo libreto, de Luis Agallet, tiene por argumento los amores de Abelardo y Eloísa. Dícese que Colonne, el antiguo director de la Gran Opera, que se propone construir un nuevo teatro Lírico, trata de adquirir aquella partitura, en la que, según parece, hay gran inspiración y mucho sentimiento místico.

– Massanet ha terminado una ópera en un acto, *Le portrait de Manon*, que se representará en la Opera Cómica de París y actualmente está trabajando en una ópera titulada *La Navarraise* y destinada al Covent Garden, de Londres

– En Milán se ha estrenado con gran éxito la ópera de Leoncavallo *I Medici*, primera parte de la trilogía que está componiendo y que completarán *César Borgia* y *Savonarola.* Aunque la nueva ópera contiene toda ella grandes bellezas musicales, sobresale el acto tercero, que fué estrepitosamente aplaudido.

París. – En la Renaissance ha sido un acontecimiento el estreno de *Les Rois*, drama en cuatro actos que Jules Lemaitre ha tomado de su novela del mismo nombre: de argumento interesante, desarrollado en escenas de gran vigor dramático, especialmente en los actos segundo y cuarto, y admirablemente escrito, *Les Rois* ha sido considerada como obra maestra. En su desempeño ha estado á gran altura Sarah Bernhardt. En los Bouffes Parisiens ha tenido muy buen éxito la opereta en tres actos *Mam'selle Carabin:* el libro, de F. Carre, recuerda en algunas escenas la *Vie de Boheme*, de Murger; la música, de Pessard, es inspirada, graciosa y está muy bien instrumentada. En el teatro Libre se ha estrenado un interesante drama, *Une faillite*, adaptación del de Bjoernstierne Bjoerson: tal autor, compatriota de Ibsen, es en el teatro todo lo contrario de éste; es simplemente autor dramático, no poeta reformador, y su filosofía es menos elevada, pero más clara y más real que la del autor de *Pere Gynt.* En los Bouffes du Nord ha tenido gran éxito *Un ennemi du peuple*, que ha puesto en escena la sociedad L'Oeuvre y que es sin disputa una de las mejores obras de Ibsen. En el Palais Royal se ha estrenado con éxito mediano una entretenida comedia de Meilhac y Saint Albin, titulada *Leurs Gigolettes.* En el teatro Cluny se ha estrenado con buen éxito una revista de espectáculo, *Ah! la pau... la pau... la pau*, de Miller y Gandillot.

Madrid. – En el Real se ha cantado con mediano éxito la ópera *Fidelio*, de Beethoven, habiéndose aplaudido solamente la sinfonía y el preludio del tercer acto; con escaso éxito también se ha cantado *La bella fanciulla di Perth*, de Bizet. La tiple señora Gargano, que ya cantó en aquel coliseo el año pasado, ha obtenido en *Luccia* un triunfo que con ella ha compartido Marconi. En la Comedia se ha estrenado con gran aplauso la comedia de Enrique Gaspar, *Huelga de hijos*, que estrenó el último verano en esta ciudad el Sr. Mario: se ha estrenado también un gracioso juguete en un acto de Eduardo Lustonó, *Manzanos y guindos.* En Lara se han estrenado con buen éxito dos juguetes en un acto, *El brazo derecho*, de Arniches y Lucio, y *El bastón*, primera obra de Luciano Boada. En el teatro Moderno continúa trabajando con excelentes resultados la compañía Emmanuel-Reiter, de quienes hace grandes elogios la prensa madrileña.

Barcelona. – En el teatro de la Granvía se han estrenado un interesante melodrama, *El bisabuelo ó la familia Fauvel*, arreglo de D. Eduardo Vidal y Valenciano, y *La Nana*, parodia de *Mariana*, de D. Manuel Rovira. En Romea se ha estrenado con excelente éxito un drama en tres actos de D. Francisco J. Godo, titulado *La Mare de Deu del Mont.*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Ossip Ivanovitch Kablitz, escritor ruso más conocido bajo el seudónimo de Inoff

Mauricio Manuel Lansyer, notable marinista y paisajista francés.

Gustavo Mutzel, famoso pintor de animales berlinés y excelente dibujante

Mr. Carter H Harrison, alcalde de Chicago.

Carlos Bodmer, paisajista, litógrafo y grabador suizo, uno de los últimos sobrevivientes de la escuela de Barbizon.

Pedro Eugenio Emilio Hebert, escultor francés, autor de multitud de esculturas alegóricas y de bustos retratos.

Le Fort, vicepresidente de la Academia de Medicina de París, uno de los primeros cirujanos de Francia y de los más estimados catedráticos de la Universidad parisiense.

Juan Matejko, el primero de los pintores polacos contemporáneos, ex director de la Academia de Bellas Artes de Kracovia, la mayoría de cuyos cuadros reproducen hechos de la historia de Polonia.

Eduardo Schleich, paisajista muniquense.

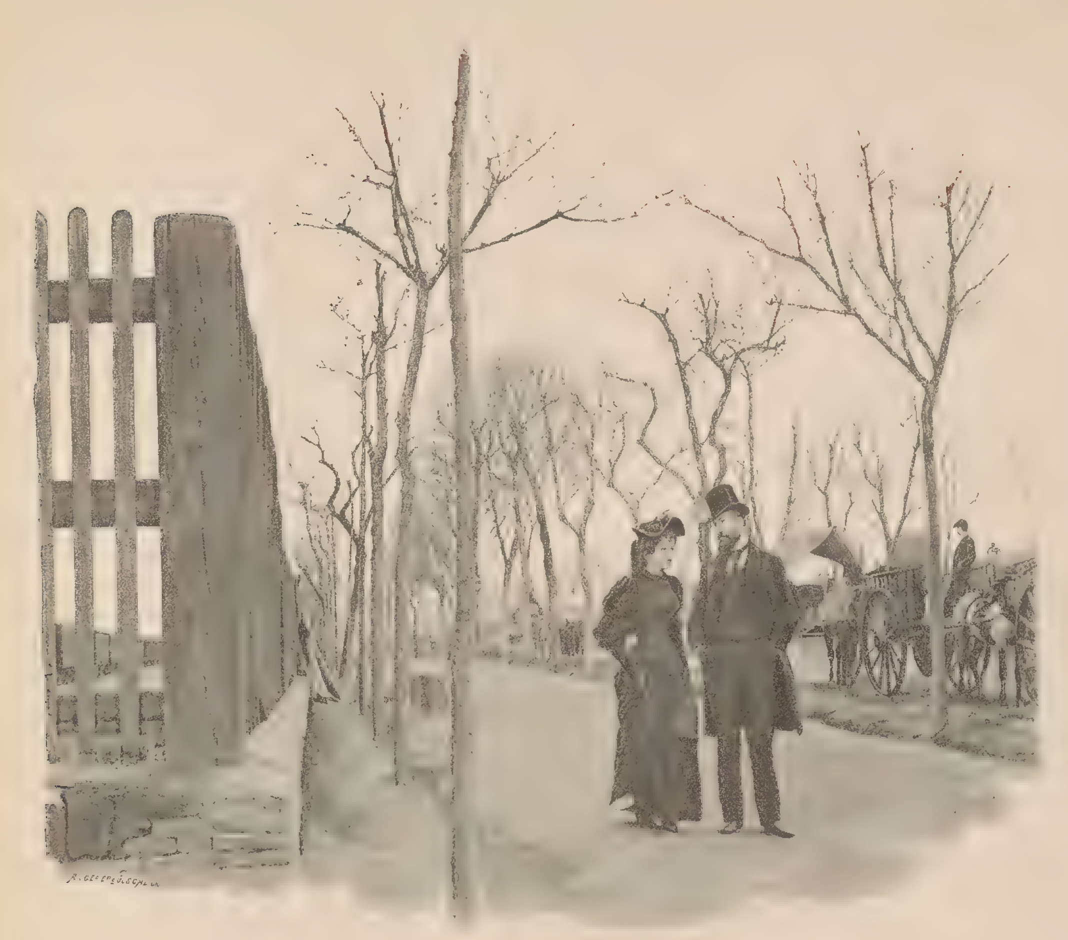
Pedro Iljitsch Tschaikowsky, uno de los más notables compositores rusos y de los que más han atendido en sus obras al elemento nacional: entre sus principales obras se cuentan las óperas *Mazeppa* y *Eugenio Oneguine*, los bailes *Sneegourotchka* y *Casse-Noisette* y el poema sinfónico *La Tempestad.*

Sir Andrew Clark, famoso médico inglés, presidente del Colegio de Médicos de Londres.

Pedro Laffitte, profesor de Historia general de las Ciencias en el Colegio de Francia, uno de los discípulos predilectos de Augusto Comte y de los más entusiastas propagandistas del positivismo.

G. Mutzel, notable pintor de animales y dibujante berlinés, especialmente conocido por haber ilustrado la popular *Vida de los animales*, de Brehem.

Pedro M. Tirard, uno de los políticos franceses contemporáneos más importantes: fué ministro de Agricultura y Comercio en 1879 y en 1882 y de Hacienda en 1882 y 1889 y presidente del Consejo de Ministros en 1887 y 1889.



... se fueron por aquellas soledades altas de la corte, charlando mucho, mucho...

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Luis no se acostó: á las nueve era el entierro de la señora de Suárez y no podía faltar. ¿Quién, si no, acompañaría el cadáver de la infeliz hasta la última morada?

A las ocho de la mañana salió, cuando su esposa, que no se había levantado, lo suponía descansando, y á las doce volvió, después de haber cumplido con exceso los deberes que su alma noble y su filantropía le habían impuesto.

Comprendió que con la nueva salida matutina había perdido en el buen humor de su esposa cuanto con acompañarla hasta las seis de la mañana ganara; pero ¿qué hacerle?

La discusión fué agria: Luis salió de casa enojado y volvió á la hora de comer: comió sin dirigir á Camila ni la mirada ni la palabra, y ésta, haciendo alarde de su mal humor, desfogábalo con los criados. Sabía lo mucho que á su marido mortificaba que riñese á Joaquín, y la emprendió con él hasta el punto de llamarle bruto. Joaquín se puso lívido, pero no replicó: mediaba su amo, al cual adoraba, y ningún concepto proferido por la señora podía herir al fiel sirviente.

Ante tamaña injusticia estalló la cólera de Luis que, olvidándose de sí mismo, lanzó contra su mujer algunos insultos. A Camila le dió un ataque de nervios y fué preciso llamar al médico de nuevo. El doctor encontró á la señora de Pacheco bufando, pateando y retorciendo los brazos.

— ¡Suéltenla! ¡Suéltenla!

— ¡Doctor, dijo Luis asustado, que se deshace la cabeza!

— ¡Suéltenla digo! Eso no es nada.

— ¡Sí; no es nada!, saltó Camila furiosa: para usted no es nada lo que yo tengo.

— ¿Eh? ¿Qué tal?, dijo el doctor, que era un viejecito cargado de rectitud y de ciencia.

Pacheco miró á su mujer y al doctor sin atreverse á confesar que había sido burlado: acostaron á la enferma, y Luis pasó la tarde y la noche midiendo por pasos el dormitorio de su mujer ó sentado á la cabecera de su cama.

¡Pobre Polita! No había vuelto á verla después de enterrar á su madre ¿Qué diría? Extrañaría su conducta y que no fuese á verla en todo el día: era natural. A los diez y seis años se encontraba sola, huérfana, sin nadie... Sin nadie no, porque lo tenía á él, ¡á él que estaba dispuesto á ser su padre! ¿Por qué le interesaba tanto aquella niña? No lo sabía; cuanto hiciese por ella le parecía obligatorio: haber desoído su llanto la noche que le pidiera limosna, teníalo Luis por una falta que era preciso expiar. Por él había ido al portal del Veloz, por él recibiera los insultos de Roncalito, por él había encontrado á su madre muerta... ¡El alma de Luis era tan grande, que hasta las culpas de la fatalidad cargaba sobre sí!

Ha pasado un mes y Polita no es la misma niña de traje raído y velo pardo que asistía á las clases del Conservatorio y cantaba en el coro de un mal teatro para ganar seis reales: es una mujercita modesta, sencilla, formalita y triste, porque el recuerdo de su madre no la abandona un solo instante; su bienestar le parece una mueca de la suerte: ¡Disfrutarlo ella y no haberlo disfrutado su madre! Ningún dolor retrospectivo pudiera atormentarla más que el recuerdo de las necesidades de aquella santa mujer, cuyo paso por el mundo había sido una tortura continuada. Vivía tranquila con aquella criada, sobrina de la portera, que era buena muchacha y disponía las cosas de casa con la experiencia de que Pola carecía.

Todas las tardes la visitaba su bienhechor. ¡Cuánto lo quería Pola y con qué afán aguardaba sus diarias visitas! Estaba poco tiempo con ella, el necesario para ocuparse de lo que la interesaba; nada más.

A los ocho días de muerta su madre le había dicho:

— ¿Está usted en disposición de hacer algo? ¿Se aburre de la nueva existencia?

— ¡Oh, sí!, contestara Pola. Quiero trabajar: ya sé que no puede durar esta vida.

Al día siguiente un profesor y una profesora recibieron el encargo de instruir á Polita.

Aquel trabajo era para la huérfana la mayor de las dichas: ¡estudiar, aprender, saber tanto como había sabido su padre!.. Bellas aspiraciones que jamás creyó poder realizar.

Luis Pacheco no volvió al Veloz y dejó de ser socio; había echado sobre su caja una obligación sagrada, y aunque sus riquezas le permitían estos y otros actos de filantropía, su conciencia, exigente por demás, no le consentía hacerlos extrayendo cantidades del fondo común, de lo que á sus hijos pertenecía. «Castigaré mis vicios, decía, y saldré ganando. No prestaré á esos zánganos que suponen engañarme con promesas de devolución: evitaré los compromisos de juego, y todo gasto que sea personal, exclusivamente mío, queda suprimido para dedicarlo á mi hija adoptiva: ni la sociedad podrá reprocharme ni mi conciencia argüirme.»

¿Por qué no había dicho Luis á Polita quién era? No sabría explicárselo. De cuanto le pasaba con aquella criatura no podía darse cuenta. Todo lo hacía inconscientemente: pensaba en ella de día, de noche, en todas partes y á todas horas; pero siempre al foco luminoso de su imaginación asomaba la silueta de la mendiga y la figura extenuada de la niña harapienta, encerrada en aquella buhardilla horrible.

La jovencita del piso segundo, vestida con sencilla bata de paño negro, peinada con modestia elegantísima y sentada al lado de la chimenea, no duraba en sus recuerdos más que el tiempo que tardaba en bajar la escalera de su casa y salir á la calle.

Pola no sabía que Luis era casado ni dónde vivía: le había dicho que se llamaba Luis García y no había mentido: García Pacheco era el apellido de su padre; ¡pero decía tan pequeña cosa el primero!, que no tardó en desaparecer para ocultarse detrás de una G, no muchas veces estampada por el banquero Pacheco. Su hijo, que por Pacheco era conocido, continuó con la misma costumbre, y solamente en su partida de bautismo figuraban unidos los dos apellidos paternos. Nada había contado Luis á su protegida, que por otra parte no mostraba afán por conocer detalles. Su única curiosidad consistía en pretender averiguar qué había hecho ella para merecer la dicha que disfrutaba y hasta cuándo debía durar, pues que no quería serle tan gravosa.

– Déjese usted de esas cosas, le contestó un día Pacheco, y tenga la seguridad de que no quito á nadie lo que á usted dedico; estoy pagado con las notas de sus maestros: á este paso llegará usted á ser una sabia.

Polita sonrió por vez primera desde que había quedado huérfana, pero sonrió con expresión celestial y seráfica, que hizo temblar á Luis: creyó que el espíritu de un querubín había contraído el rostro de Pola para dejar paso á un efluvio celeste.

Desde aquella tarde varió en la cámara obscura de su cerebro la primitiva plancha, en la cual guardaba como el avaro su tesoro, el rostro afligido de la hija acurrucada á los pies de su madre muerta.

Hemos dicho que había transcurrido un mes y que la huérfana dedicaba las horas del día á los estudios y labores que le señalaban sus maestros. Si á Pola le hubiesen preguntado cuánto tiempo hacía que su madre había muerto, contestase que el día anterior; pero si alguien le asegurase que solamente un mes hacía que trataba á D. Luis y que gozaba de aquella vida tranquila, sin vacilar lo hubiese negado, jurando que habían pasado lo menos dos años.

Luis creyó que á Pola le convenía hacer ejercicio y la recomendó que saliese algunas tardes con la muchacha á pasear por las afueras, donde tomase sol y hubiese mucha gente. Pola se resistía.

– ¿Por qué?, le preguntó Pacheco.

Después de titubear un poco, respondió con el acento más amante y candoroso del mundo:

– Porque me privaría de pasar ese tiempo al lado de usted.

Luis hubiera besado paternalmente á la cariñosa niña; pero la idea de asustarla, de que pudiese suponer en él pensamientos interesados, le contuvo.

– Vendré más tarde, le dijo: de cinco á siete. ¿Está usted conforme?

– Sí, señor; saldré para darle gusto, pero volveré prontito.

Esto dicho con entusiasmo, con impulsos de abrazar á su protector y contemplándole con el cariño que á su madre pudiera haber contemplado, hizo que Luis, cerrando los ojos y cogiendo entre sus manos enguantadas la cabeza de Pola, estampase un beso en su frente, á cuyo choque brotó el llanto de las pupilas de la joven y comenzó á sollozar con esos ahogos de placer que ni se explican ni se comprenden; se sienten y basta.

Pacheco hizo esfuerzos por saber qué había motivado aquella explosión de dolor.

– Perdóneme usted: me acuerdo de mamá y de papá, de los dos: ¡pobres!, ¡pobres!..

– Yo he tenido la culpa, Polita: usted es la que ha de perdonarme; pero en algunos momentos se completa en mi mente la ilusión de que soy su padre y de que visito á una hija enferma, desgraciada... Descuide usted: sabré contenerme para evitarle otro mal rato.

– ¡No, por Dios, no! Si no es mal rato; si es la dicha que me ahoga, la felicidad que me oprime el pecho...

Desde aquel día presentaba Pola su tersa frente á los labios de Luis, y éste los estampaba en ella con dulzura infinita.

El mes de mayo llegó á Madrid con su cortejo de lilas, pájaros, fiestas, sol y gorjeos de golondrinas. Las noches eran tibias, perfumadas y poéticas para las almas que vienen á la tierra envueltas en un jirón arrancado á los ropajes del arte.

Luis soñó una noche que Pola ya no salía por la tarde y que era él, él quien la daba el brazo para perderse juntos en los altos de la Castellana y en la ronda de Recoletos. A la noche siguiente puso su sueño en práctica; la sacó él á paseo y se fueron por aquellas soledades altas de la corte, charlando mucho, mucho; contentísima ella, feliz y dichoso él, sin ambicionar más, sin mayores deseos, sin fiebres y sin inquietudes.

Habló tanto Polita, que Luis quedó asombrado de lo que sabía aquella muñeca. ¡Vaya unos problemas intrincados de mundología en que se enfrascaba la muchacha!

– Pero diga usted, Polita, ¿le han enseñado eso los profesores?

– Los profesores no enseñan estas cosas; las enseñan las madres.

– ¿Luego la de usted era ilustrada?

– En mi país decían que tenía tanto talento como mi papá; y mi papá tenía mucho, no crea usted: ¡jamás había perdido un pleito!

Desde aquella noche apenas una dejó Luis de pasear con Pola. Su mujer se retiraba tarde del paseo vespertino con sus hijos y ya no salía. Verdad que tampoco él la decía que saliese, cosa que mortificaba muchísimo á Camila, revelándolo en sus reticencias y en sus desplantes de mal humor. Como esto ocurría casi diariamente, había llegado á ser demasiado tirante la vida de los esposos. Si un día se levantaba Camila de buen humor, gracias al talento, á la bondad y al cariño que su marido le consagraba á pesar de sus defectos, duraban poco los rayos de alegría; la cosa más pequeña volvía á exasperarla en cuanto creía que le habían faltado nimios detalles en la consideración y los mimos que ambicionaba.

– Yo podía disculpar sus pequeñeces y sus defectos si el amor los dictase, pensaba Luis; pero es el egoísmo, la vanidad, el deseo de ser la primera. ¡Dios mío, qué alma tan chiquita en un cuerpo tan hermoso y qué alma tan grande en el cuerpecito menudo y endeble de Polita!

¿Hubiera hecho un cambio Luis á serle posible? ¿Aceptaría la transfusión de almas si se la propusiesen?

Seguramente no: á Camila no la comprendía dulce, delicada, poética ni grande, como no comprendía á Pola hermosa, alta, esbelta, en medio de un salón del gran mundo repartiendo sonrisas fingidas ni hablando mal del prójimo. Pola, envidiosa y pequeña de espíritu, no era Pola: Camila, magnánima, exenta de celos raquíticos y de ridiculeces, no hubiera sido Camila. Esta era la compañera, la madre de sus hijos, la reina de su hogar, la que llevaba su nombre y tenía derecho á sus consideraciones; pero ¡cuántos años había vivido huérfano de alma, sin otra que respondiese á la suya, sin saber cómo se identificaban dos seres en un solo ser moral, ni cómo se amaba, ni cómo se sufría, ni cómo se gozaba adorando á un imposible, pues que imposible le parecía á Luis que jamás Pola pudiese ser suya!

Y era verdad, él amaba á la niña; la amaba, sí, aunque continuaba ignorando si era fea ó bonita, no se daba cuenta. Cuantas veces intentaba recordar sus facciones, tantas se le representaba sonriendo como aquella tarde que la llamara sabia, y no veía más. Una expresión celestial, un rostro de ángel; la imaginación se mostraba rebelde á invocarla de otra manera. La mendiga y la huérfana habían desaparecido para quedar medio borrosas en el reflector de los recuerdos.

Los paseos nocturnos llegaron á ser para Luis la mayor necesidad de su vida. La estación avanzaba, y como su esposa y sus hijos salían tarde y no regresaban hasta las ocho de la noche, ya no pensaba Camila en volver á salir; pero pensaba, y acaso con dobles intenciones, en el viaje veraniego y en adelantar éste lo más posible. Su marido estaba preocupado, bien lo veía. No era el mismo. No la contemplaba, no le prodigaba mimos y atenciones; salía sin ella, no la invitaba á pasear con él ni á nada que fuese encontrarse juntos y solos. Era necesario salir de Madrid y salir cuanto antes. La vida de verano era más unida, más íntima, y quizás algunos meses de agruparse en torno de su esposa y sus hijos volviesen á Luis á las antiguas costumbres.

Camila sufría como ella era capaz de sufrir: rabiosamente, herida en el amor propio; y desdeñando, á cambio de creerse desdeñada. Abordó la cuestión de viaje: dijo que los niños necesitaban salir de Madrid cuanto antes, y Pacheco dejó á su mujer la elección del punto adonde debían dirigirse.

Insinuó algo que á Camila llenó de asombro, haciéndola saltar de cólera: ¡quería que fuesen solos y quedarse él pretextando negocios!.. Luis presintió sobre su hogar la más grande de las tempestades y volvió sobre sus palabras.

– Iremos adonde quieras y cuando quieras, dijo. Yo estaré dispuesto cuando tú lo estés.

Aquella noche sentía Luis mayor necesidad de ver á Pola. Tenía prisa, estaba desasosegado, le parecía que iba á perderla para siempre y no pudo regularizar los latidos de su corazón hasta no encontrarse á su lado y oir su voz y estampar el beso fraternal sobre su frente pura y sin mancha.

Pola estaba contenta como nunca. La vida tranquila y regalada había operado un cambio grandísimo en su carácter. Era siempre la niña de aspecto enfermizo y melancólico, pero también era la joven de inteligencia formada, de soltura en el decir, de madurez en el pensar y de sublimidades poéticas en el sentimiento. Estudiaba y leía mucho, muchísimo. Las labores de mano eran su martirio. «Bordando no se ocupa la imaginación,» había dicho un día á su profesora. «Hagamos un cambio, enséñeme usted francés solamente.» Quedó así acordado, y á los tres meses sostenía Pola sus conversaciones en el idioma de Racine con la profesora. Quería guardar el secreto á su protector.

– Cuando pueda hablar de corrido con él, lo sabrá. Hasta entonces, no, decía.

La noche en que Luis se hallaba preocupado por la proximidad del viaje era la elegida por Polita para sorprenderle con sus progresos de idiomas. En el Conservatorio había comenzado el italiano, que le era facilísimo, aunque suponía haber olvidado algo; pero aun así podría lucirse con Luis, que se alegraría, se pondría muy contento, como siempre que le enseñaba las notas de los maestros: más, mucho más.

Pola había querido interrogar á su corazón alguna vez sobre los lazos que le unían al bondadoso amigo. Por poco que supiese, no dejaba de comprender las pasiones á que el hombre está sujeto: á ella le habían hablado cínicamente, le habían hecho infames proposiciones que rechazara llorando: suponerla capaz de semejantes cosas, era juzgarla como no merecía ser juzgada. Y más que á ella insultaban á su madre tales proposiciones. Los hombres que la veían entre bastidores cuidando á su hija, protegiéndola con su mirada y escudándola con su virtud, ¿no comprenderían que era una señora honrada, la viuda de un abogado ilustre?.. Polita creía que todo el mundo debía conocerles en el rostro que eran diferentes á otras madres y á otras hijas. Sabía que la protección de los hombres á las muchachas era pocas veces desinteresada, así lo había comprendido en su carrera de miseria; sabía que con la honra se comercia, porque hay muchos que la compran y algunas que la venden; pero que á ella la tomasen por una de éstas, le apenaba el ánimo y le había hecho derramar lágrimas abundantes.

¡Luis! Luis sí que era bueno, sí que era noble: él no la quería con bastardas intenciones; procuraba hacerle creer que sentía por ella el cariño de un padre... ¡De un padre! ¡Qué padre tan joven, tan guapo y tan elegante! Pues ella no hubiese querido ser su hija: no, no; siendo su hija no lo querría tanto: ¿Acaso había querido á su padre como quería á Luis? ¡A Luis! Ya le llamaba por su nombre á secas; él lo había querido rogándoselo con insistencia, y la verdad era que desde la noche que se aboliera el *don* tenía más confianza con su protector.

¿La quería éste como lo quería ella? Sí: no cabía duda: sólo queriéndola mucho se podía hacer lo que Luis hacía con ella y por ella. ¿Pensaría quizás en que fuese su esposa? ¿Sería el primero acaso? ¡Oh! Esta dicha no le cabría en el pecho: hubiera sido tan grande, tan grande, que no creía poder resistirla si llegaba el caso.

Paseaban por lo alto del hipódromo charlando, charlando; unas veces en francés, otras en castellano: Luis se había sorprendido muchísimo y agradablemente, como pensara Pola. ¡Qué abrazo tan estrecho había ganado con sus progresos! Luis la encontraba encantadora y distinguidísima hablando francés. ¡Qué dicción tan correcta! ¡Qué pronunciación tan suave! Si parecía una *miss* londinense empleando el idioma galo.

Bajaron á la Castellana y tomaron asiento en un banco del paseo: la noche convidaba á los goces del alma: la luna estaba en su apogeo, el firmamento ta-

chonado de estrellas, el ambiente perfumado, la atmósfera seca y el paraje poéticamente solitario... Luis había llegado á olvidarse de lo que tanto le preocupaba, del veraneo.

– Polita, dijo Pacheco acariciando una mano de la niña y mirándose en sus ojos, ¿no le llama á usted nada la atención cuando conversamos en francés?

– No, señor.

– Pues nos hablamos de tú.

– ¿Sí?, preguntó asustada y poniéndose encarnada Polita.

– Fíjese usted.

– ¡Oh! Por mi parte ya pondré cuidado para evitarlo.

– ¡No, Pola! ¿Acaso teme usted algo porque nos tuteemos? ¿No le he dicho á usted que soy su padre? Hablémonos de tú, Polita: muchas hijas usan con sus padres esta confianza.

– Yo la usaba con los míos.

– Entonces, ¿por qué yo he de ser menos? ¿No me ha dicho usted antes que tanto como á su padre me quiere?

– Sí, sí, tanto; ¡acaso más!

– Gracias, hija mía, gracias: queda pues convenido, ¿eh? ¡Me tutearás! ¡Nos tutearemos!

– ¡Sí!, respondió Pola con voz que salió de sus labios envuelta en perfumes del alma.

– Comencemos pues: vamos á ver, dime algo; pronto, prontito. ¿No ves que aguardo impaciente?.. No seas cruel, Pola: ¿por qué callas ahora?

– No sé qué decir.

– Con haber añadido un pronombre, ya me hubieses hecho feliz: ¡tú, tan gramática, tan juguetona con el idioma!.. Háblame, Pola; pero háblame mucho, muchísimo.

– ¿Pero qué diré?

– ¿Ves? No me quieres como á tu padre; si me quisieras me complacerías en una cosa tan pequeña, tan pequeñita...

– ¡Sí que te quiero, sí; no te incomodes!

Luis lanzó un grito ahogado, y abrazó á Pola estrechándola fuertemente: no podía soltarla, no sabía cómo enlazara los brazos en su espalda: era tan feliz, tan dichoso, que la vida se le escapaba en el aliento, y el corazón quería saltar hecho pedazos, sintiendo que era cárcel estrecha la cavidad del pecho.

Un imperceptible grito de Pola operó rápida reacción en Pacheco; la estaba haciendo daño; él con su musculatura robusta con sus brazos de gimnasta no podía menos de triturar aquel cuerpecito delgado que parecía quebrarse al contacto del viento.

Luis soltó á Pola diciendo:

– ¡Soy un bárbaro!

Ambos callaron; ninguno de los dos se atrevía á romper el silencio.

– ¡Luis!, dijo ella por fin.

– ¡Pola!, respondió él, como si aquella voz le despertase de un sueño.

– ¿Crees tú que las almas de los que mueren van á vivir á un astro?

– ¿Quién te ha dicho eso?

– ¿Pues yo no leo?

– ¿Pero quién te ha proporcionado esos libros?

– La profesora.

– No; no creo esas cosas.

– ¡Qué pena!

– ¿Por qué?

– Yo quisiera que las creyeras.

– ¿Que tú lo quisieras? ¿Y por qué motivo?

– Porque si yo me muriese tendrías esperanzas de volver á verme y sabrías que yo te esperaba en Venus ó en Saturno... no, no, en Venus; es más bonito.

– ¿Y por qué te has de morir tú primero, hija mía? ¿Por qué no he de ser yo?

– ¿Tú? ¿Tú?, preguntó Polita con asombro y rodeando la cintura de Luis como si quisiera librarle de la muerte.

– Vaya, vaya; ninguno de los dos. ¡Valiente tontería!

– Pero dime: ¿crees que podremos estar juntos en la otra vida?

– ¿Quieres que te engañe?

– No, no; eso es un pecado; no se miente.

– ¡Pues no lo creo!

– Entonces... si me quieres como yo á ti debes sufrir mucho con la idea de perderme.

– ¿Perderte?

Esta vez fué Luis el que pretendió salvar á Pola de un peligro imaginario.

¡Perderla! ¡Qué cruel era esto! Y no había otro remedio; sus deberes de padre, de esposo y de caballero le obligaban á... De caballero, sí: á poco que aquella vida continuase, él no podría evitar una explosión de amor. Pola le amaba, lo conocía: había amor en sus ojos, amor en sus palabras, amor en sus pensamientos... Y él... él la idolatraba; y de aquel amor puro, céfiro suave, corriente formada por un divino soplo, podía dimanar el vendabal, la tormenta, el simoun aterrador y envolvente.

¡Jamás! Primero la muerte que deshojar la pristina flor de su pureza. ¡Cometer una cobardía, una infamia!, porque ambas cosas fuese abusar de la situación y de la inocencia de Pola, ¡oh, no! Luis, que se sublevaba contra las miserias sociales ¿había de acabar por ser miserable? El que reprochaba á su propia esposa la pequeñez de sentimientos, ¿había de rebajarse hasta ser más pequeño que nadie?

Callaba, sufría y pensaba. Pola soñaba en aquellos instantes, á juzgar por su mirada fija en el astro de la noche y por la seráfica expresión de su rostro.

– *Salve dimora casta e pura,* cantó de pronto con voz dulcísima y potente.

Luis se puso de pie como si una corriente eléctrica le hubiese levantado, y cayó de rodillas delante de Pola, escondiendo el rostro entre los pliegues de su falda.

– ¡Pola! ¡Pola! ¡Criatura celestial!, gritó. ¡Sálvame!

Y rompió á llorar como un niño. Aquel llanto partía el corazón de la joven, pero los ojos de ésta permanecían secos. ¿Por qué lloraba Luis? ¿Por qué lloraba? ¿Por qué le pedía á ella, á ella, huérfana infeliz, que lo salvase? ¿Qué misterio encerraban sus palabras y qué nueva desgracia le amenazaba? ¿Algún recuerdo? ¡Tal vez! ¿Traería á su memoria aquel canto un dolor antes sufrido ó una dicha pasada?

Pola no tuvo valor para interrumpir á Luis: apretó su cabeza, acarició sus cabellos y le llamó:

– ¡Luis! ¡Luis! ¡Papá mío!

Pacheco levantó entonces la frente y alzó los ojos hasta encontrar los de Pola.

– ¡Hija mía, sí, hija mía!

La niña enjugó las mejillas de su protector y estampó en ellas un beso filial.

– ¿Ha pasado eso, verdad?, preguntó. Pues siéntate tranquilo y dime qué recuerdo trajo mi canto á tu pensamiento y qué pena se ha renovado en tu corazón.

Pola sufría horriblemente con aspecto de tranquila indiferencia.

Para ella era seguro que aquel *Salve dimora* había evocado recuerdos tristes á su amigo del alma.

– Habla, Luis; dime qué te he recordado sin querer.

– Nada.

– ¿Nada?

– Te lo juro.

– ¿Qué tienes entonces?

– No puedo explicarlo: al oir tu voz, que yo no había oído, sentí pena, alegría, ilusiones, desencantos... todo lo que se puede sentir gozando y sufriendo al propio tiempo. Jamás se me había ocurrido oirte cantar; es más, he llegado á olvidar que estudiabas; para mí has nacido en la noche triste que te vi sin adivinarte; me pareces tan mía, tan hija de mis afectos, de mi cariño y de mis obras, que no recuerdo ni quiero recordar lo que de tu vida pasada me has contado. Tu voz, tu voz dulcísima me ha despertado de un letargo indigno de mí, de un sueño egoísta y me ha reprochado duramente lo poco que por ti hago.

– ¡Luis, por Dios! ¿Lo poco que por mí haces?

– Sí, muy poco. Encerrarte, tenerte oculta, cortar la brillante carrera de tu vida.

– No quiero nada, nada; mis afanes de saber, mis sueños de gloria, mis ambiciones artísticas han muerto; quizás también he perdido la voz.

Luis estaba resuelto: el llanto había descargado su pecho; la tensión de los nervios cediera de pronto, y el cerebro, enseñoreado de su ser moral, dominaba al sentimiento; la sangre circulaba sin apresuramientos, y el organismo laxado descansaba después de una sacudida mortal.

– ¡Pola, hija mía!, dijo pasados los momentos de vacilación, debes continuar tu carrera, pero no aquí; en Italia.

La niña sintió un dolor tan agudo en el alma, que creyó morir y no pudo articular palabra. La echaba de su lado, quería alejarla, le pesaba... Era natural: ya le parecía á ella demasiada felicidad y demasiados sacrificios por parte de él. ¡Lejos! ¡lejos! ¿Y podría vivir lejos del único ser que tenía en la tierra, del que había reemplazado á su madre, del que como á hija la trataba? ¡Oh! ¿Y cuándo le proponía que continuase su carrera? Después de hacerla ver el cielo, después de acostumbrarla á vivir retirada, dichosa por estar oculta á miradas cínicas y feliz por verle á él sólo, ¡á él, en quien había reunido todos los amores de la tierra y todas las ilusiones del cielo! ¡Morir! ¡Qué bello, qué dulce hubiera sido morir el día anterior, llorada por Luis y llevándose al mundo del no ser material la idea de reunirse con él allá, en uno de aquellos puntos luminosos que poblaban el firmamento!

– ¿Callas, Pola? ¡No me contestas! ¿No quieres contestarme? Dime, ¿qué piensas?

– ¿Qué pienso? No pienso nada. Es decir, pienso que tiene usted razón, que debo estudiar, que es preciso cambiar de vida.

– ¡Pola, te lo suplico! Háblame como antes; no me desgarres el alma y compadécete de mis sufrimientos. ¿Me juzgas mal, verdad?



Desde aquel día presentaba Pola su tersa frente á los labios de Luis, y éste los estampaba en ella con dulzura infinita

– Yo no puedo juzgar mal á mi padre, al que me ha sacado de la miseria, al que ha dado sepultura digna á mi madre del alma; pero comprendo que debe ser así. Es necesario que trabaje, que gane la subsistencia...

– ¡Calla! No sigas. ¡Me supones tan pequeño, tan mezquino, tan raquítico!.. ¿Y eres tú la niña de alma gigante, la mujer de espíritu elevado, la que no comprende miserias ni pequeñeces, la que tan mal me juzga? No, Pola, yo no necesito que ganes la subsistencia. Soy rico, muy rico, nunca te lo he dicho, demasiado rico. Si deseo que acabes tu carrera no es por el interés material que pueda reportarte, es para regularizar tu vida, para que tenga tu alma la válvula de seguridad que necesita: el arte y la escena harán que no estalle hidrópica de pasión y de sentimiento. Porque tú me amas, ¿verdad, Pola? Me amas como los ángeles deben amar, como yo te amo, como yo te adoro, Pola, como te idolatro.

El corazón de la niña no pudo resistir más. Lanzó un ¡ay!, un ¡ay! ahogado, desplomando el busto sobre Luis, que la sujetó rodeándole la cintura y recogiendo en el pecho su cabecita. Lo menos diez minutos tardó Pola en darse cuenta de sí: Luis le prodigaba palabras tiernas y se reprochaba la imprudencia de su amor, la fogosidad con que le había hablado, todo se lo reprochaba para castigar su infamia; su infamia, sí; porque lo fuera dejarse vencer por la pasión y olvidar sus honrados propósitos.

Esto pensaba Luis y esto constituía su principal martirio.

Polita volvió en sí paulatinamente. Contestaba por señas á las preguntas de Pacheco, y por fin habló, pero tan débilmente que apenas se despegaban sus labios.

No llegó á reanimarse completamente; pero en cuanto tuvo fuerzas para caminar, tomó el brazo de Luis y se pusieron en marcha.

– Nos meteremos en el primer coche que encontremos, dijo Pacheco.

– ¡No, no, que llegaríamos antes!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ORQUESTA ELÉCTRICA

La electrotécnica celebra actualmente un gran triunfo con la orquesta eléctrica inventada por J. B. Schalkenbach, que excita la admiración de cuantos visitan el Palacio de Cristal de Leipzig, en donde funciona. Este invento parece realizar uno de los cuentos fantásticos de Hoffmann, y en verdad que el que oye las combinaciones de sonidos que por todos lados se producen merced á la electricidad, se cree transportado al país de las maravillas. El inventor maneja aquel instrumento de una manera admirable, sacando de él efectos realistas de mil formas á cual más bella y sorprendente y sonidos dulcísimos y llenos de sentimiento.

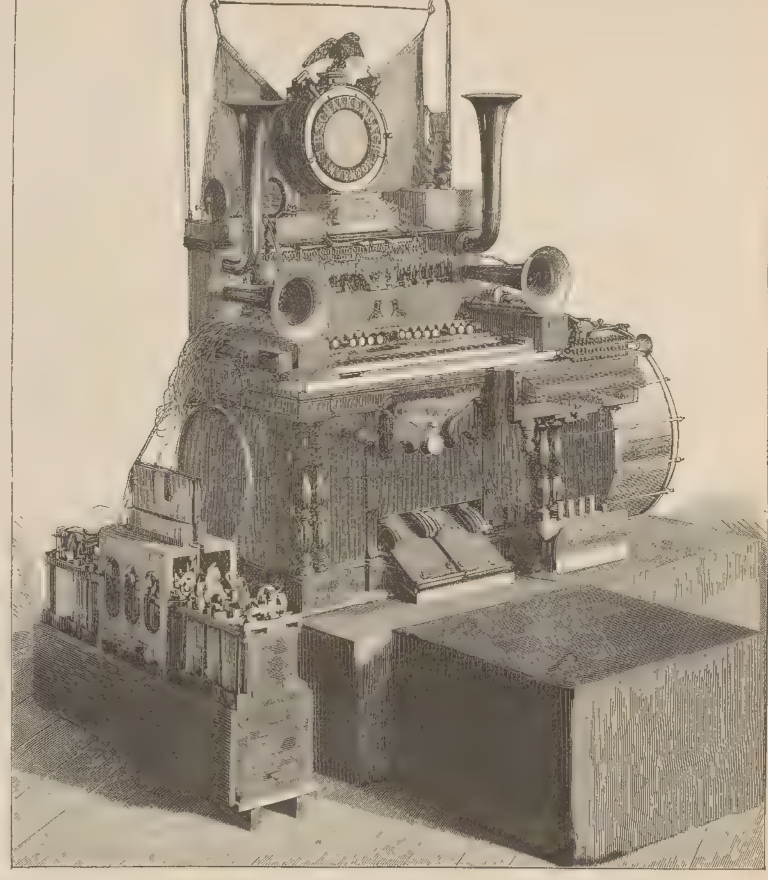
La forma del instrumento es la de un gran pianino ó armónium con dos teclados sobrepuestos, por medio de los cuales y merced á un ingeniosísimo sistema de tubos se producen todos los sonidos. A derecha é izquierda de la parte superior del instrumento central hay unas aberturas de cobre en forma de tubos por donde se escapan los sonidos. El instrumento está en comunicación por medio de alambres eléctricos con un gran número de instrumentos secundarios distribuídos por todo el local, tales como el xilofón, el tambor, el trino de los pájaros, el tamtam, etc., bastando oprimir un botón de marfil de los que se ven sobre los teclados para que funcione el registro que se quiera, y de la voluntad del ejecutante depende extasiar á los oyentes con algún idilio acompañado del dulce vibrar de las campanitas, ó entusiasmarles con algún himno bélico con sus cañonazos y disparos de fusilería, y todo ello sin más que doblar la muñeca, la rodilla ó el pie.

El pedal es de gran importancia para el aumento de sonoridad y los efectos de vibración.

Aunque la orquesta eléctrica sirve principalmente para la música de gran efecto que pudiéramos llamar sensacional, puede ser también utilizada para ejecutar música seria: lo que sí requiere indispensablemente es un gran local.

El inventor de este instrumento, alemán de origen, aunque la suerte le llevó en edad temprana á Inglaterra y á Francia, une á sus grandes aptitudes musicales vastos conocimientos electrotécnicos: esa unión de dos cualidades que rara vez suelen encontrarse juntas en una misma persona, es indispensable también en el que quiera tocar con éxito la orquesta eléctrica, pues sólo así conseguirá los necesarios efectos.

(De la *Illustrierte Zeitung*)



Orquesta eléctrica de J. B. Schalkenbach

*
* *

EL QUESO MONSTRUOSO DE LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

Los visitantes de la Exposición de Chicago han podido admirar allí la grandiosidad de los edificios y los progresos de la industria norteamericana, pero no han encontrado el asunto nuevo, inédito, sorprendente por su concepción ó por su ejecución, que se ha dado en llamar el *clou* de las Exposiciones universales En París, en 1867, el *clou* fué la forma del palacio que realizaba con raro acierto la clasificación económica del ilustre Le Play; en 1878 el Palacio del Trocadero; en 1889 la torre Eiffel.

Sea por falta de tiempo ó por escasez de inventiva, es lo cierto que los organizadores de la Exposición de Chicago nada han hecho que merezca ser recordado con el carácter antes indicado.

La concepción más sorprendente en este orden de ideas ha sido la rueda de Ferris que reprodujimos y describimos en el número 608 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Fuera de este *clou* curioso, pero de interés secundario desde el punto de vista práctico, pueden sin embargo citarse algunas exposiciones especiales que han presentado un carácter original. A título de tal citaremos el queso monstruoso canadiense que representan nuestros dibujos, copias de fotografías.

El queso monstruoso, el *Canadian Mite* como lo llamaron sus expositores, simboliza la actividad y la potencia de la industria lechera en el Canadá: en esta rama de la industria agrícola no había de tener competencias, como lo prueba el hecho de que de las 135 medallas y diplomas otorgados á la industria quesera, se ha llevado 126.

El queso monstruoso viene á ser como el monumento conmemorativo de este triunfo: tiene 1'80 metros de altura, 8'50 de circunferencia y pesa unos 10.000 kilogramos; para la fabricación de una pieza de tal magnitud se habrá necesitado toda la leche que en un día hayan dado 10.000 vacas.

Confeccionado en la *Dominion Experimental Dairy Station, Perth Ontario*, el *Canadian Mite* ha puesto á contribución para hacer su entrada en el mundo once queserías de los alrededores durante algún tiempo y ha sido comprimido en un molde cilíndrico de acero que conservó durante la exposición á fin de evitar que se deformara por los lados: las dos bases quedaban, sin embargo, al descubierto. Dos gorrones permiten moverlo de arriba á abajo cada seis semanas, cambiándolo de posición, operación indispensable para que pueda conservarse aquel queso colosal.



Fig. 1. Transporte del queso monstruoso del Canadá *(Mammoth cheese)* y de su carromato por la vía férrea á la Exposición de Chicago. – Llegada con la charanga de Pensilvania (de una fotografía)

Para transportarlo á la Exposición ha sido preciso construirle un carro especial que no sin grandes trabajos lo condujo á Chicago, en donde fué recibido por la charanga de Pensilvania. La figura 1 representa la ceremonia de la llegada del queso á la Exposición por ferrocarril. En el primer vagón hay el armatoste que ha servido para sostener durante la *World's Fair* la instalación quesera canadiense; el segundo sostiene el queso encerrado en su vaina de acero. La figura 2 reproduce el aspecto del queso expuesto en Chicago.

En el sitio que allí ocupó fué preciso apuntalar el subsuelo, pues su primer acto, digno de un gigante de tal calibre, fué hundir el pavimento.

El jurado de la sección de Agricultura, procediendo con un rigor que tanta grandeza hace aparecer aún más severo, no quiso creer bajo sola palabra en las cualidades que la *Dominion Experimental Dairy Station* atribuía á su obra; así es que se practicó una sondeadura en los flancos del monstruo hasta una profundidad de 70 centímetros, y los peritos cataron concienzudamente aquel producto que, á lo que parece, encontraron exquisito, juzgándolo digno de la más alta distinción.

Todo parecía indicar que aquel coloso sería la pieza de resistencia de algún banquete pantagruélico de clausura de la *World's Fair:* esa ágape hubiera dejado en el espíritu de los invitados, además de la admiración producida por el *tour de force* industrial, aquel especial agradecimiento, á veces sincero, que aquende el Atlántico se denomina «el agradecimiento del estómago.»

Pero un inglés acechaba el famoso queso con aquel espíritu de lucro que caracteriza al anglo sajón, y apenas cerrada la Exposición colombiana, el Barnum se propone pasear su presa sólidamente encadenada sobre su famoso armatoste á través de las principales ciudades de la Gran Bretaña y de Irlanda. ¡Pasear por las ciudades de la Irlanda pobre y famélica tal prodigio alimenticio! ¡Qué crueldad! Es preciso ser inglés para concebir tal idea.

Si el bueno del queso canadiense se acuerda durante su proyectada excursión de su origen francés, se secará de verguenza.

MAX DE NANSOUTY

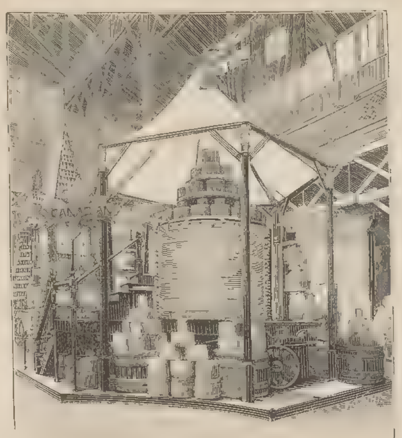


Fig. 2. El queso monstruoso de 10.000 kilogramos, en la Exposición de Chicago (de una fotografía)

UN CAÑON TORPEDO SUBMARINO

Entre los buques de guerra que el gobierno brasileño ha comprado recientemente en los Estados Unidos figura el *Destroyer*, que ha sido construído según los planos del famoso capitán Ericson.

La particularidad que distingue á este buque es un cañón submarino colocado en la proa, que puede lanzar un proyectil torpedo á unos 100 metros de distancia: el cañón está situado á unos tres metros debajo de la superficie del agua; se carga por la culata, y por medio de una serie de palancas la válvula que hay colocada en la boca se abre automáticamente y se cierra del mismo modo después que ha sido lanzado el proyectil. Este es un torpedo de acero de 9 metros de longitud y contiene en su cámara anterior una carga de 14 kilogramos de algodón pólvora que hace explosión en el punto de choque.

El *Destroyer*, que tiene 39 metros de longitud, es de hierro, y su proa y su popa tienen la misma forma, de suerte que puede moverse con igual velocidad en ambos sentidos: está protegido por un doble puente blindado, y el espacio entre ambos puentes, ó sea en una altura de 90 centímetros, está lleno de corcho y de sacos de aire.

Una especie de coraza de 60 centímetros de espesor, colocada en la proa en ángulo de 35 grados, está sostenida por 1'50 metros de armadura y asegura la protección de la tripulación y de las máquinas, poniéndolas á cubierto de los disparos del adversario.

En su posición de combate el *Destroyer* sólo expone fuera del agua unos pocos centímetros de superficie, de suerte que presenta muy escaso blanco á los proyectiles enemigos. El cañón submarino se dispara por medio de un circuito eléctrico que pasa por la torre vigía, situada detrás de la armadura y desde la cual se puede cerrar el circuito.

(De *La Nature*)



SANTANDER. – DEPÓSITO DE LA COMPAÑÍA ARRENDATARIA DE TABACOS
(de fotografía de D. L. Linacero remitida por D. Antonio Berdegué)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA. AMPLIACIÓN SINTÁCTICA, *por R. Monner y Sans.* – El distinguido catedratico de la Escuela Nacional de Buenos Aires, continuando su *Gramática de 1.° y 2.° año*, ha publicado la Ampliación sintáctica correspondiente al tercer año, en la que lo mismo en la teoría que en los ejercicios prácticos demuestra su autor cuán á fondo conoce el idioma castellano y el estudio que ha hecho de los clásicos españoles. El libro ha sido publicado en Buenos Aires.

RAJOLINS, *per Antoni Careta y Vidal.* – La Biblioteca Popular Catalana ha publicado su sexto volumen, que contiene seis bellísimas narraciones del conocido escritor Sr. Careta y Vidal, casi todas ellas justamente premiadas en públicos certámenes. Véndese á 50 céntimos de peseta en las principales librerías y en la Dirección, Montaner, 10, Barcelona.

LA ODISEA DE PABLO MORPHY EN LA HABANA, *por Andrés Clemente Vázquez.* – Bien conocido es entre los ajedrecistas el nombre de Pablo Morphy, quien después de varios triunfos obtenidos en el noble juego en las principales ciudades americanas, estuvo en la Habana en 1862 y 1864, venciendo á cuantos con él lucharon y admirando á todos los aficionados por su sin par maestría. D. Andrés Clemente Vázquez, cónsul general de México en la Isla de Cuba, ha reunido en un interesante folleto, que ha publicado la Biblioteca de *El Fígaro*, los artículos que la prensa habanera le dedicó y las principales partidas por Morphy jugadas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XII — Barcelona 4 de diciembre de 1893 — Núm. 623

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MUERTE DEL BEDUINO, cuadro de C. R. Huber

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores de la *Biblioteca Universal* el primer tomo de TRADICIONES PERUANAS, ilustrado por D. Nicanor Vázquez.

SUMARIO

Texto. – *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. – *Al borde de la tumba*, por M. Ossorio y Bernard. – *Los sucesos de Melilla. Crónica de la guerra*, por M. Martínez Barrionuevo. – *Tánger*, por X. – *Nuestros grabados.* – *La Pola* (continuación), novela original por Eva Canel, con ilustraciones de J. Cabrinety. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Los baños del Peñón en México.* – *El Judío errante en la Salpetriere.* – *Fotografía en colores.*

Grabados. - *Muerte del beduino*, cuadro de C. R. Huber. – *Tipos árabes*, tres dibujos de José Benlliure. – *En el Parc Monçeau*, cuadro de Ramiro Lorenzale. *Nuevo puente sobre el Vístula, en Fordon, y su interior*, dos grabados, de fotografía. – *Tipo moro, Músico árabe* y *Una mezquita en Uazán*, dibujos de G. Montbard. – *Mártires cristianos en el circo*, cuadro de G. Mantegazza. – *Desterrados á Siberia*, cuadro de W. Schereschewski. - *Mezquita de Tánger.* – *Bailarina berberisca en un campamento de askaris.* – *Batería de la ciudadela de Tánger.* – *El capitán D. Francisco Ariza, jefe de la sección de penados guerrilleros en Melilla.* – Establecimiento de aguas minerales del Peñón, en México (de fotografía). – Figs. 1 y 2. Teófilo M. y Moser B..., llamado Moisés, israelitas, neurópatas viajeros. – *La escuadra inglesa del Mediterráneo.*

VERDADES Y MENTIRAS

Por ley natural, el hombre, aun aquel que con mayor aplomo juzgue y estudie las cosas todas que tengan excepcional interés; aun aquel que más fríamente pueda apreciar y discutir de hechos que tengan el privilegio de exaltar el ánimo, no tan sólo del individuo, sino el de la colectividad; aun aquel, en fin, cuyo temperamento se someta á los fríos mandatos de la razón, y anulando los impulsos del sentimiento, piense, sienta y obre con arreglo á la lógica del determinismo más inflexible, aun ese mismo hombre no puede sustraerse al cabo y en determinados instantes á la sugestión de ciertas ideas, como contraste de otras, cuyos caracteres se definen ó dibujan por sentimiento é inconscientemente en nuestro corazón.

Y digo esto recordando cómo en mis anteriores artículos, sugestionado por los acontecimientos de excepcional importancia que se están desarrollando en Marruecos, y que llevan camino de conducirnos á extremos temidos hace tiempo por las naciones todas de Europa, me he ocupado en definir á la ligera el valor filosófico y estético de un género pictórico, hoy cultivado con gran cariño en los mismos pueblos donde se ha iniciado la evolución mística del arte; y como en este instante, por ministerio de esa ley natural del contraste y obedeciendo también al cabo á la influencia de lo que es inmanente en mi carácter, esto es, oponer hechos á hechos, casos á casos, efectos á efectos, y sobre todo el deseo de no encerrar estos artículos dentro de límites de un solo punto de vista, me obliga á, enfrente de una idea sustentada, oponer otra diametralmente opuesta; pues entiendo que solamente del estudio de las distintas manifestaciones del sentimiento por medio del arte puede alcanzarse á columbrar la verdad.

Después de todo, las tensiones psico-físicas á que nos obligan estos grandes extraordinarios casos que forman época en la historia de los pueblos, no pueden resistirse á una misma intensidad mucho tiempo. Ni la vida de un pueblo y desarrollo de esta vida pueden suspenderse por motivo alguno, aun cuando este motivo sea, como al presente en España, una guerra. Que por virtud también de las energías que despierta tal contingencia, las ideas, aun aquellas que parecen más distanciadas de lo apuntado, adquieren más vigor, más persistencia, por la fuerza de su virtualidad. Y especialmente las ideas que en busca de lo eterno, de lo inmutable, como son la belleza y la verdad, se agitan y manifiestan al sentimiento por medio del arte, esas prosiguen en su desenvolvimiento y alcanzan su plenitud, quizás más rápidamente, cuando por una causa extraordinaria la actividad de un pueblo se acrecienta.

He aquí la razón que invoco para hablar hoy, después de mis anteriores artículos, de la evolución mística del arte, cada día más acentuada, como he dicho al comenzar este escrito, en las naciones donde el espíritu guerrero predomina. Me pareció oportuno volver á discurrir respecto de la nueva escuela estética, porque he visto hace unos días varios cuadros ingleses, donde esa escuela, mejor dicho, ese sentimiento contemplativo que hoy invoca el artista moderno al estudiar la Naturaleza, se advierte con tal fuerza que me ha subyugado. Comparé, y entre lo pasajero y lo extraordinario, como es la guerra, y lo perenne y lo eternamente bello, como es la Naturaleza, no vacilé un instante.

«De mis soledades vengo,
A mis soledades voy »

¡Oh! No hay duda, no; la vista de esos paisajes me recordó otros; y ya que el recuerdo viene á mí, como si quisiera obligarme á no ceder en el empeño de mostrar – siquiera sea por medio de la palabra escrita – lo cierto de la tendencia nueva del arte, por su belleza perdurable, por ser en la *gran madre* donde reside toda inspiración y todo amor, ahora ofrezco en estas columnas á la consideración de cuantos me lean y como contraste de los cuadros guerreros que intenté dibujar en otra ocasión y de las sensaciones estéticas que aquéllos producen, otro cuadro distinto y otras sensaciones.

Ahí va el cuadro.

Allá, siguiendo la carretera de la costa, los pinares coronan las montañas, bordan las laderas, sombrean los torrentes; y los pinos, desplegados en batalla como soldados gigantes de colosal ejército, parecen registrar sombríos toda la extensión del turbulento mar. El ruido de las pisadas del campesino se pierde entre el bramar del Océano y el zumbido melancólico de las ojivales copas de los árboles de *oro*. La hoja seca de éstos tapiza el suelo, despidiendo aromático resinoso olor; el tojo con sus flores amarillas y sus punzantes y espinosas ramas crece á la protectora sombra de aquellos árboles; las peñas se miran cubiertas por el aterciopelado liquen y por entre las resquebrajaduras de las peñas asoman sus corolas los diminutos y poéticos *Forget me not.*

La brisa marina, moviendo blandamente las copas de los pinos, les hace remedar largo y monótono canto onomatopeyo; y al fondo de la barranquera por donde se desliza humilde y silencioso el riachuelo, llega grave y melancólico aquel murmurio solemne, casi humano, interrumpido de cuando en cuando por el encontronazo de las olas con los escollos que del monte avanzan á su encuentro; encontronazo que retumba en todo el valle que allá abajo, muy abajo, verdea.

Nada más abrupto, nada más rudo y grandioso que este paisaje que intento describir. Decidme si tal paisaje no tiene la belleza subyugadora que puede ejercer sobre nuestro espíritu influencia moral capaz de llevarnos al más alto grado de sensibilidad para la especulación ética. Y sin embargo, á estas líneas hay que unir el color, cuyo encanto es indefinible.

Allí está el pinar, el pinar azul cuando el sol desaparece tras de la inquieta línea del Océano y de los valles se eleva la bruma, finísima, refrescante, que acompaña al crepúsculo vespertino; el pinar negro, cuando desde el cenit los rayos solares le hieren perpendicularmente y por los claros de los troncos de los pinos se mira el luminoso color cobalto del mar, sirviendo de fondo al bosque gótico y sombrío siempre; el pinar gris, cuando la niebla, á la carrera, salvando con silencioso vuelo picachos y altas crestas abate al cabo el fantástico volar para envolver en sus impalpables gasas húmedas las aldeíllas del valle, le oculta ofreciéndolo á nuestra vista como inmaterial y fantástico coro de monjes encapuchados; el pinar á trozos de plata, á trechos negruzco, cuando la luna de enero le baña con los rayos de su luz fría y blanca, cual la del globo esmerilado que encierra la luminaria que alumbrará el final del siglo XIX; el pinar verde, cuando la tramontana invernal obscurece ó quema la hoja del álamo y arranca la del manzano y del chopo y la hierba del prado se torna del color de la tierra.

¿Fáltale á este paisaje algo que le saque de su estática y le muestre á los ojos del artista, más que como sujeto, como escenario donde se exhiban el amor, la familia, los estremecimientos de la pasión?.. Colocadle el tipo que le corresponde. Allá va la mocita, con su pañuelo de brillantes colores anudado sobre la cabeza y envolviendo las largas trenzas, el brazo desnudo, el rastrillo de madera al hombro y la soga de juncos en la mano, ceñido el talle por justillo prieto y sobre él corto pañuelo de talle estampado, los pies desnudos y canturriando la canción de sus abuelos. Allá está en lo más áspero del pinar el mozo robusto, inmediato á él la carreta á que están uncidos los mansos bueyes, hoz en mano talando el tojo, recogiendo leña seca, cargando el carro y desapareciendo al cabo en el hondo camino del monte. Allá está...

Qué quieren mis lectores; yo encuentro en este paisaje, hondamente místico, realismo hasta no poder más, motivo grande para, si de filosofar se tratase, decir algo que contrastase con la filosofía de los otros géneros pictóricos. Pues qué, ¿no tiene tanta importancia y valor moral como el cuadro histórico, ó el que representa hechos heroicos, ó tiende á mostrarnos una fase cualquiera de los grandes problemas de la vida moderna?

A este país de los pinos no llegan los chasquidos de la mina que el egoísmo, las ambiciones y las fórmulas positivistas de la sociedad moderna abrieron, á la par de los negros abismos donde la hulla torna de su color, el corazón y los deseos redentores del minero; ni llegan tampoco los lamentos del burgués que rendido por el titánico esfuerzo hecho para asirse del único cabello de la fortuna, rueda exánime, agotada la vida del espíritu, deshecho el cuerpo, aniquilado por la atmósfera mortífera que flota en estas grandes capitales, en estos circos, al parecer sin fieras, pero de donde todos salen heridos, mortalmente los más.

Al seno de estos vallecillos, guardados por espesos pinares, los que con las agudas lajas del monte les ocultan del resto del mundo, el arte como el artista debe venir á buscar vida, color, línea firme y robusta. Al seno de estos vallecillos no pueden ir la molicie, la moda, el agiotismo, la cortesana, el político, el novelista de la neurosis, el pintor de las llagas de las lacras sociales, el pintor de la materia, de esa materia envuelta en sedas y con adobos de menjurjes olorosos y podredumbres de orgía. La moda, porque desgarrarían sus trajes el punzante tojo y la áspera peña; la molicie, porque no podría caminar al borde del precipicio y pisando el quebrado sendero; el agiotista, porque se creería muerto para el fraude; el político, porque de maestro de conmover las masas en el comité y en el Congreso, se encontraría pequeño ante la oratoria sin palabras de la Naturaleza, oratoria que así conmueve las entrañas del sabio como las del niño; el novelista de la neurosis, porque el mar le escupiría al rostro la vida que él no siente en sus venas ni presiente en la de sus modelos, y el pino le hablaría en lenguaje para él desconocido; el pintor, porque no adivinaría la profunda verdad de tanta y severa emoción estética como encierran el turbulento mar, el río montañés *que escapa receloso como montañés legítimo por no ver gente*, el estrecho valle, el empinado monte.

Toda esta filosofía, todo este valor estético, toda esta belleza plástica existen en el cuadro del género bucólico. En la reproducción pictórica de uno de esos grandes episodios de la guerra, el artista traslada al lienzo un movimiento exaltadísimo – hasta rebasar en ocasiones las lindes marcadas por la naturaleza á la razón – de un sentimiento grande, pero definido, concreto; en la reproducción del cuadro arriba descrito, el pintor debe fijar en el lienzo con parecido grande las líneas no advertidas en el paisaje, en el mar, en la figura campesina, más que por el artista mismo; líneas que son al cuadro bucólico lo que al militar el movimiento pasional, el espíritu dramático; lo que al histórico la compenetración psicológica de los personajes y del ambiente; lo que al de género el análisis íntimo y delicado del motivo social que lo inspire.

Para mí tengo por cosa cierta que esa interpretación del sentimiento místico que produce en el artista la contemplación de la Naturaleza, es cosa de por sí tan abstacta, tan difícil de concretar con el pincel, cuanto más dulce y serena y profundamente moral es. De ese encanto que se ve y se adivina á un tiempo en el espectáculo de la Naturaleza, brota viril, pero templada, la emoción estética, invadiendo el ánimo como las brumas el valle; así como mirando la función de guerra, esa emoción se produce en grado superlativo, pero obligando al espíritu y á los sentidos á una tensión terrible. Y sin embargo, por tan distintos caminos y con tan diferentes motivos viene el arte á cumplir una misma misión y á producir un mismo efecto.

Hablo de la misión del arte, y cualquiera creerá que me refiero á algo utilitario, aun cuando esta utilidad sea, como entienden ciertas escuelas filosóficas, puramente pedagógica. No, ciertamente. Ya he dicho alguna vez y en este lugar mismo que el arte no puede, no debe ser dogmatizante ni pedagogo; sería limitar la esfera del sentimiento, de la inspiración, de la verdad, de lo bello. Lo que hay es que el arte, ejerciendo como ejerce influencia innegable sobre el espíritu, sobre nuestra sensibilidad nerviosa, sobre nuestro temperamento en cuanta parte éste tiene de psicológico, y como el objeto de aquella entidad es el de realizar lo bello, y lo bello está en la verdad, y la verdad por sí misma es siempre noble y única, y la más alta expresión de lo que no es sino lo que es, claramente se advierte cómo su influjo en el hombre ha de revestir un carácter eminentemente relativo por lo que atañe al sentimiento.

Y es indudable que, aun en el temperamento más rebelde para el gustar de las emociones templadas y puramente sujetivas del arte, éste ejerce influencia moral inapreciable, y le lleva á sentir la misma emo-



TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure

ción y los mismos movimientos psíquicos que siente y gusta el temperamento opuesto, el de quien percibe los más pequeños y delicados motivos estéticos. Por eso el cuadro donde se representa el drama con todo sus incidentes y caracteres y el que representa un motivo como el que ofrecer pueda el bosque en el melancólico otoño ó la costa en el rudo invernal, concurren á un mismo fin y ejercen una misma influencia, bien sobre un temperamento, bien sobre otro.

Por eso he mirado con asombro á cuanto, así por lo que se refiere á la forma, al modo plástico, como por lo que afecta al motivo, al concepto inspirador, han pretendido defender una escuela y no admitir como bueno aquello que no haya sancionado la rutina.

Precisamente si el arte ha de ser, como es, grande, infinito, á la absoluta libertad lo ha de deber. Lo bello y lo verdadero no distingue el vicio de la virtud, ni lo ortodoxo de lo heterodoxo. Un pintor moralista tiene del arte una idea tan mezquina como de la eternidad el humano.

R. BALSA DE LA VEGA

AL BORDE DE LA TUMBA

Tristemente impresionado regresaba á Madrid desde el cementerio municipal del Este, dejando en él, durmiendo su sueño postrero, á mi amigo de la infancia el ilustre abogado Pablo Díez. Todo había sido excepcionalmente extraño en aquella desgracia; el casi completo abandono en que mi pobre amigo había fallecido, contando con familia numerosa; el abultado sobre que poco antes de fallecer me había confiado, con el expreso encargo de que no lo abriera hasta después de su entierro; la recomendación de que su cadáver permaneciera tres días en el depósito y sin recibir sepultura, y la suplica de que yo le visitara en cada uno de los tres días.

¡Pobre Pablo! Siempre había sido maniático y extravagante; pero como esto no era un obstáculo para dejar de cumplir sus últimas voluntades, durante tres días le había visitado en el depósito de cadáveres, y una vez transcurrido el plazo habíase dado cristiana tierra á su cuerpo, con asistencia únicamente del capellán del cementerio y de mí. Allá quedaba en la zona de la izquierda del triste recinto, que lentamente va recibiendo á cuantos han representado algún papel más ó menos importante en la comedia de la vida humana.

Una vez en casa abrí el sobre, y en cinco pliegos de papel de cartas pude leer la siguiente narración que, cambiando nombres, me parece prudente dar á la estampa.

Tiene la palabra mi amigo.

I

En el mes de mayo último, hallándome á primera hora de la tarde paseando en el Retiro, caí á tierra con un síncope, que hizo suponer á muchos de los transeuntes, según supe más tarde, que había perdido la vida en él. Me es imposible en estos momentos precisar detalles del suceso: sólo recuerdo que perdí la vista, que me zumbaron fuertemente los oídos y que sentí un hormigueo extraordinario en el brazo izquierdo y pierna del mismo lado. Todo esto debió de ser cuestión de segundos, pues inmediatamente perdí toda noción de la vida.

¿Cuánto duró este fenómeno morboso?

Lo ignoro... Ni siquiera he querido preguntarlo.

Cuando pude darme cuenta de que aún vivía, lo hice con verdadero espanto. Me hallaba vestido y sobre mi lecho; pero imposibilitado de todo movimiento. Mis ojos veían, pero debían estar inmóviles; los sonidos fueron llegando á mi oído, primero muy vagos, después más acentuados y precisos. Quise gritar y no obedeció mi lengua; quise tirar del llamador de la campanilla y mi brazo permaneció inerte y falto de toda acción. Intenté incorporarme; quise llamar á mi mujer y á mis hijas, y comprendí que era imposible. ¿Sería aquello la muerte? ¿Sería una agonía de que no me daba cuenta?

...Lo único positivo era que mi cuerpo estaba como clavado al lecho, que yo no sufría dolores, y que lenta y gradualmente parecía volver á la existencia, aunque sin habla y sin movimiento, como ya he dicho.

Un reposado rumor de voces llamó muy luego mi



EN EL «PARC MONCEAU,» cuadro de Ramiro Lorenzale

atención: los que lo producían hallábanse en mi gabinete, que comunicaba con mi alcoba; pero sólo uno de ellos me era conocido: el doctor Esquivias, mi médico, que ocupaba el sillón de junto á mi mesa; otros dos individuos ocupaban butacas.

– Es natural, decía el doctor: las pobres familias en estos casos se aferran á la más remota esperanza, y de aquí el haberles hecho venir, cuando todos estamos de más.

– Menos un forense, objetó sentenciosamente otro de los interlocutores.

– Y el resultado estaba previsto, siguió diciendo el doctor Esquivias; la lesión pulmonar complicada con los fenómenos cardíacos; una notoria insuficiencia mitral... El pobre D. Pablo ha arrastrado una vida ficticia, y lo verdaderamente milagroso es que no haya muerto antes.

– Gracias al celo y á los conocimientos de usted, dijo el otro individuo que hasta entonces había permanecido callado.

– Al celo, concedo; pero en cuanto á los conocimientos, la presencia de un especialista como usted se imponía en esta casa, y cien veces había recomendado que llamaran á usted.

– Y ¿deja bienes de fortuna?, preguntó el otro

– Ignoro ese punto, respondió mi médico, aunque supongo que sí, porque su bufete de abogado era reputadísimo. Siempre me abonó religiosamente mi asistencia, y ahora su viuda hará lo propio con la cuentecita que la presentaré, incluyendo la consulta de ustedes, si les parece.

– Es natural: la pobre señora no estará ahora para nada.

– Despídanos usted de ella, amigo Esquivias, pues tengo que marchar.

¿Pesa mucho el trabajo?

– No tanto como sería de desear. Voy á ver cómo sigue de su jaqueca la generala Egea.

– Pues yo, dijo el otro, me voy á casa de la baronesa del Campo.

– ¿Está enferma?

– Como ella quisiéramos estar... Voy á convencer al barón de que es de todo punto necesario para la enfermedad que supone padecer su esposa, que la lleve, ó mejor aún, que la deje ir este verano á Cauterets. Aquellas aguas producen también un efecto mágico á un amigo de los barones.

– Este es el mundo...

El doctor Esquivias tocó un timbre y se presentó mi criado, mi fiel Bautista, con abrigos y sombreros. Después las voces fueron alejándose...

¡No me habían dirigido aquellos hombres una sola mirada!

II

En cambio y apenas salieron de mi despacho los doctores, entraron un momento varios amigos de la casa, clientes, vecinos y algunas mujeres, entre ellas mi mujer y mis dos hijas.

– Yo continuaba viéndolo y escuchándolo todo; pero inmóvil, mudo, yerto.

– Le ha matado el exceso de trabajo, decía mi esposa, y su empeño por lucir á las chicas, con el carruaje á diario, el turno en el Real, los trajes de París y los viajes de verano.

¡Mi mujer acusándome..., suponiéndome autor de sus despilfarros y del de mis hijas!.. Hasta puntualizaba su acusación, diciendo lo del abono al teatro Real, que yo había combatido siempre, teniendo al cabo que transigir en aras de la paz doméstica.

– ¡Y ya se acabó todo!, añadió la mayor de mis hijas.

– Ya sólo podemos pensar en los lutos, agregó la pequeña.

– Con lo cual estará usted preciosa, le dijo en un aparte un gomoso, que aunque había frecuentado mucho la calle, ignoraba yo que subiera á mi casa.

– Y en el entierro, dijo mi mujer. Aunque nos quedemos sin un real, quiero que el pobre lleve la gran carroza de la funeraria y media plana en *La Correspondencia.*

– Hay que buscar la lista de las señas, interrumpió mi hija mayor.

– La tendrán los pasantes en su despacho.

– Pues hay que dar con ella, dijo una señora mayor, á la que siempre había consagrado involuntaria antipatía. Ya que la desgracia es irremediable, hay que cumplir con todas las relaciones y pensar en el mundo, puesto que en él habéis de vivir.

Y mis dos hijas, ligeras como si se tratara de acudir á una fiesta, se alejaron casi corriendo y seguidas del mozalbete que utilizaba para sus requiebros amatorios aquellos tristes instantes. Algunos los siguieron y otros se quedaron hablando en voz baja.

– ¡Ea!, dijo entonces la señora mayor: no se apure usted, que un esposo como D. Pablo lo mismo da tenerle en el cementerio que en casa. Si usted quiere haré que los periódicos de mañana publiquen un gran elogio del difunto, que esto contribuirá á que asista más gente al entierro, y de paso avisaré á la funeraria... Están ustedes con mucha calma. Cuando murió mi difunto, lo tenía yo todo tan preparado que creo que no había exhalado aún el último suspiro y ya estaba como un príncipe metidito en su caja y en la cama imperial...

Cada vez que recuerdo aquellas conversaciones, me produce tan terrible efecto que ignoro cómo pude sobrevivir á ellas. Pero así estaba escrito; y yo seguía inmóvil, cadavérico, viéndolo todo con espantados ojos, oyéndolo todo y sin poder hablar ni dar señales de mí.

III

El tiempo corría entretanto: el péndulo del reloj me lo advertía incesantemente, y en mi despacho hablaban en voz baja.

Pero no eran la señora mayor, ni mis hijas, ni los vecinos, ni el pollo almibarado: eran mi mujer y mi primer pasante Martínez, á quien yo había sacado de la nada, asociándole á mi bufete, y en quien siempre depositara omnímoda confianza. Hablaban en voz baja; pero mi oído, más fino que nunca, percibía todas sus palabras. Estaban distantes, pero mi vista seguía todos sus movimientos. El, sentado junto á mi mesa de despacho, iba abriendo uno tras otro todos sus cajones, y examinando ligeramente sobres, apuntaciones y legajos: ella, de pie é inclinada sobre el respaldo, le hacía insinuaciones y advertencias.

– Es inútil, decía mi esposa; creo que lo del testamento no pasó de proyecto. ¡Era tan descuidado!..

– En último resultado, observaba él, todo se reduce á un sencillísimo *ab intestato,* gracias á las niñas; pero prosigamos buscando...

– No, no te molestes.

«¡No *te* molestes!..» Creí haber entendido mal; no era posible que mi mujer emplease una fórmula de confianza á que yo no me había atrevido nunca.

– Bueno; ya buscaremos más despacio, porque no sólo es el testamento lo necesario. Hay que reunir todos los resguardos y garantías de su fortuna; hay que hacer un inventario de sus créditos y de sus débitos, para asegurar *tu* porvenir y el de *tus* hijas. Pero no *te* apresures, que para eso estoy yo aquí y para algo fuí depositario siempre de la mayor confianza de Pablo.

Así..., Pablo á secas.

Mi esposa, sin duda por el buen parecer, se llevó el pañuelo á los ojos.

– Tienes que armarte de fortaleza, le decía Martínez, pues estos trances siempre son muy amargos. Pero yo velaré por vosotras, salvaré vuestra fortuna y seguiré en el bufete para el despacho de todos los asuntos pendientes.

– Sí..., sí... ¡Pero me quedo sin marido!

Entonces pasó una cosa horrible y que recuerdo con espanto. Martínez, agarrando á mi esposa por la cintura, la impulsó suavemente hacia sí, fijó sus ojos en los de aquella mujer y dijo en voz baja..., muy baja:

– ¿Sin marido?.. Eso será porque lo quieras así.

Una nube, no sé si de sangre ó de llanto, nubló mi vista, y volví á quedar sumido en la obscuridad.

IV

Cuando de nuevo distinguí los objetos, no estaban allí mi mujer ni mi primer pasante.

En cambio entraba y salía en el gabinete mi fiel criado Bautista. Una vez, después de observar por junto á la puerta de entrada, se arrimó á mí, llevando un traje negro que depositó á mi lado, registró los bolsillos de mi chaleco é hizo pasar á los del suyo varias monedas de oro y plata, que llevaba yo encima; me sacó del bolsillo interior de la levita la cartera y extrajo de ella varios billetes de Banco que guardó arrugados en el bolsillo del pantalón; y en tanto que penetraban en mi despacho varios hombres conduciendo una caja de cinc, dosel, túmulo y cirios, Bautista colocó un quinqué sobre mi mesa de noche y empezó á darme rudas sacudidas para aligerarme de las ropas que llevaba, murmurando entre dientes:

– Preparemos el *pelele.*

Ignoro si fué el terror, la soberbia ó los movimientos que sufría mi cuerpo lo que produjo la reacción: el caso es que mi lengua pudo articular angustiosamente: «¡No! ¡No!,» en tanto que una de mis manos derribaba el quinqué puesto á su alcance y la otra se aferraba á los cabellos del criado, mientras éste y los dependientes de la funeraria, poseídos también de espanto, gritaban:

– ¡Luz!.. ¡Luz!.. ¡El señor ha resucitado!

. . . .

¿Comprendes ahora, amigo mío, por qué he querido que seas cumplidor de mi última voluntad?

¿Comprendes los tormentos que habrán acibarado mi vida desde el suceso referido, mi alejamiento casi completo del mundo, mi repulsión á la familia, la despedida de casa de mi pasante Martínez y de mi criado Bautista, mi quiebra con el doctor Esquivias y mi deseo de que mi cuerpo estuviera tres días sin enterrar?

¡Ah! Qué bien lo dijo un famoso autor cómico:

«Para aprender á vivir
no hay cosa como morir...
y resucitar después.»

M. OSSORIO Y BERNARD

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

IV

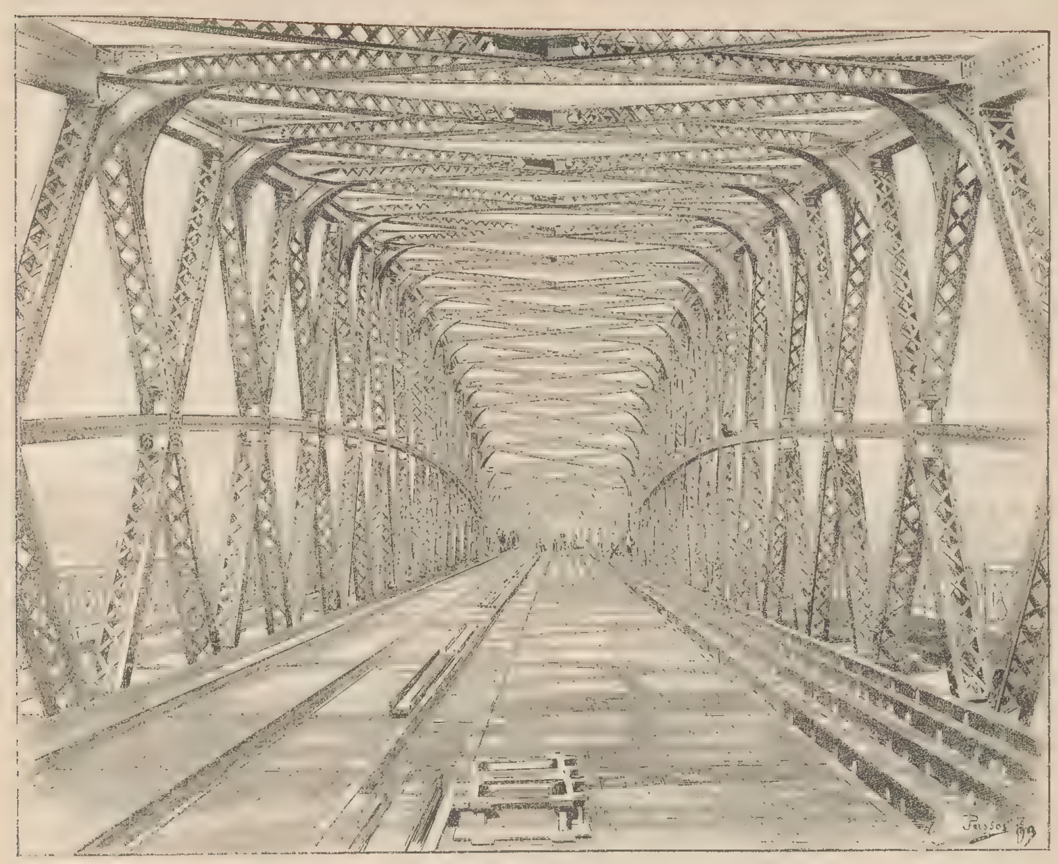
Más importante que todo en esta cuestión, más triste, más profundo, porque se nos ha metido en las entrañas y en los huesos como dolor gangrenoso, es la nota de haber sido llamadas las reservas inútilmente y sin previsión de ninguna clase, para que al llegar esos hombres á su destino contaran al punto con los elementos de vida necesarios. Con la inquietud, con la prevención que hay en España contra todo lo que los ministros puedan hacer y que de los ministros venga, un motivo que en otras ocasiones y con otro gobierno pasaría como inadvertencia remediable, ahora es fundamento para que el clamor se escuche en toda España como un alarido indignado de protesta...

¡Qué frío hacía! El aire azotaba los rostros; desde el interior templado del gabinete, ¡qué bien contemplábanse al través del cristal las caras ateridas de los transeuntes! Las hojas de los árboles, como lluvia de partículas de oro oxidado, caían con lentitud extendiéndose por las ramblas en alfombra amarilla; el cielo cubrió sus hermosuras con siniestra máscara de plomo, y por esa alfombra y bajo ese cielo y con aquel aire helado que encogía los músculos hicieron su entrada en Barcelona los hombres de las reservas, á cuerpo, con blusilla los más, encorvados por el frío, metida la cabeza en los hombros, las manos en el pecho, en los bolsillos, ó cruzándose de brazos para darles calor entre éstos y el pecho. Así los vi pasar á sus cuarteles, adusta la cara, los ojos fijos y el pensamiento distante. ¡Ni esos rostros plácidos, ni esas risas bulliciosas, ni esa despreocupación y atolondramiento feliz del soldado español! Nada. Unicamente faltábales la cuerda para que aquellos hombres hubiesen parecido presidiarios.

¡La partida, más dolorosa y más cruel que el arribo! ¡Oh contraste! Brisa templada besa los rostros; desapareció la alfombra de tonos amarillos; el cielo no tiene la máscara siniestra; lo único pavoroso que se nota en aquel cuadro de hermosuras, que el sol ilumina fríamente, es la despedida hecha á aquellos hombres por la multitud que lo invade todo; porque no es la despedida que se hizo á los soldados del *Menorquín,* el *Turia* y el *Nuevo Mahonés:* eran libres allí todos los hombres, y dispuestos á pelear por su patria; hombres de patriotismo son también ahora, pero dejan casi todos al partir un hogar deshecho, una mujer que gime, hijos que tendrán hambre... No, no es el viva patriótico lo que llena ahora los aires y los corazones; es el grito lastimero de la mujer desesperada y el llanto del niño – florecilla triste, á quien se arranca del tronco robusto que, quizás, en adelante no le nutra ya con su savia ni su hálito caliente.

En aquella despedida todo aplaudió; en esta todo llora.

Para los ilusos, para los optimistas, la desilusión no puede ser más triste; en vano queremos poner la gasa dorada de nuestra imaginación delante del hondo abismo que abre á nuestros pies su gigantesca boca; en vano queremos poner más oro en ese tul con esperanzas inverosímiles; mas ó menos dorado, el tul siempre se transparenta y la boca del abismo está allí; que lo diga, si no, el gobierno actual y la gestión de ese gobierno, no en el asunto de Melilla precisamente, sino en cualquiera de los detalles, por ínfimo que sea, de ese mismo asunto, desde el primer tiro disparado por las tropas españolas, hasta el momento solemne de la conferencia de Macías y Muley Araaf. Todavía se ha tenido bastante ilusión para dar importancia á esa conferencia y esperar ansiosos su resultado, debiéndose comprender de nuevo que nada útil, nada positivo, nada verosímilmente hacedero se podría alcanzar de esa entrevista. Al aludir al mi-



INTERIOR DEL NUEVO PUENTE SOBRE EL VÍSTULA, EN FORDON. Dibujo de Passos, tomado de una fotografía



NUEVO PUENTE SOBRE EL VÍSTULA, EN FORDON (de una fotografía de O. Ewald, de Bromberg)

nisterio actual, no es precisamente porque á él deba achacársele el pecado; con otro ministerio cualquiera ocurriría lo mismo: fusionistas, conservadores, republicanos, todos, hay que decirlo de una vez: no son los ministerios, no son las instituciones, es la nación misma. ¿Acaso los ministerios no salen de España? ¿No somos tan españoles como los ministros? No es España nación para nada útil ni práctico; una enfermedad nos pierde, la apatía; es la gangrena que come nuestro corazón, estamos en la agonía; teníamos fuerzas, gran robustez; por eso, la agonía es larga y dura siglos; pero la gangrena nos matará, todo lo acusa; la historia de Melilla desde que es plaza española, ¿qué es sino una formidable y aterradora muestra de nuestro carácter viciado, de nuestro encogimiento paulatino, de nuestra decadencia, de nuestra sequedad, sustentada solamente con rancios orgullos que nos impiden ver con sus ofuscaciones nuestra silueta raquítica, recortándose con sus protuberancias deformes en la luz esplendorosa de la verdad?

Observadlo y hallaréis que por apatías pasadas fué preciso comenzar esa guerra vergonzosa, donde sólo se habló de castigos enérgicos para los del Rif, siendo nosotros hasta ahora los castigados únicamente; por apatía fueron asesinados, mutilados, profanados nuestros hombres; por apatía murió el 28 de octubre aquel general de quien parece que todo el mundo se olvidó; por apatía se derramó tanta sangre hasta hoy en los campos del Rif, y por apatía no sabe el gobierno lo que hacer, ni sabe cerebro humano por mucha magnitud que tenga, no ya predecir, hoy 25 de noviembre, en que este párrafo se escribe, lo que resultará de ese engendro repugnante que se llama asunto del Rif, sino de llevarlo á camino fácil para la resolución que menos nos avergüence. No hay hombres; las energías se gastaron; aquellas grandes aptitudes de nuestros políticos y nuestros guerreros de ayer, últimas muestras de nuestra savia perdida, no existen... ¡Altivos troncos que derribó el hachazo de la muerte, sin dejar un solo brote que hoy pueda darnos su aroma y fortalecernos con el apoyo de su brazo robusto! Los grandes héroes de la guerra del 60: los Prim, los O'Donnell, los Olanos; aquella pléyade de guerreros invictos han sido hasta ahora, en la guerra de hoy, un capitán de guerrilleros y unos pobres presidiarios. Honor al capitán Ariza y á los suyos; pero España no necesita allí cazadores de fieras, necesita generales sabios y de corazón que lleven á nuestros hombres á la victoria, fortificando así sus espíritus abatidos con la inercia en que viven y la humillación de un agravio que necesitan lavar.

Pero voy á lo trivial, á lo artificioso, á lo de siempre, á la gangrena. Verificase la entrevista del gobernador de la plaza y Muley Araaf; al fin los ministros tienen datos muy interesantes sobre ella; son las doce en punto de la mañana; es la hora de la entrevista; verificase en el campamento de instrucción; se presenta el príncipe; le precede el bajá del campo y le escolta un cuerpo de infantería y caballería; el gobernador de la plaza se adelanta y saluda á Araaf; el regimiento de Santiago forma en línea y hace los honores; las brigadas forman también, pero cada una en el mismo terreno en que acampa, para evitar confusión. ¡Qué lindo cuadro! ¡Cuán vistoso! Los cascos brillan, los banderines flotan... Pero lo más bello será oir al príncipe: el príncipe habla; habla para entonar la cantilena de siempre: que el sultán es un amigo del alma de los españoles; que el sultán va á morirse de pena si los españoles no queremos ser sus amigos; que el derecho de España es justo; que nadie debe prohibir que edifiquemos cuanto nos parezca en territorio español; que se dará á las kabilas tremendo castigo; *pero*... pero que pide un plazo para que pueda el sultán llegar á Fez á fin de alejar las kabilas del interior: insiste mucho; Macías, en nombre del gobierno, niega; no hay plazo que valga; ni un minuto de detención se dará á los trabajos, ni al envío de tropas á Melilla, si nos conviene. Araaf insiste aún y pide más todavía; pide que los rifeños puedan entrar en la plaza; que reanuden sus negociaciones comerciales; que comience de este modo la dulcificación de asperezas; Macías niégase también, aprieta el príncipe en sus peticiones, ofrece rehenes, ofrece cortar mil cabezas *como corte de cuentas*, y Macías continúa en su enérgica actitud, de que impone al gobierno; el gobierno dice á Macías inmediatamente que aprueba su conducta, y en nombre del gobierno también hace saber Macías al príncipe que España mantiene la reclamación, exigiendo el estricto y rápido cumplimiento del artículo 7.° del tratado de Vad-Ras; España, en fin, dice al príncipe, que declina sobre el imperio de Marruecos toda clase de responsabilidades, y que no es ya con las hordas del Rif con quien ha de entenderse, sino con Marruecos mismo. Resumen: que Araaf se aleja de nuestro campo, encogiéndose de hombros ó poco menos, como dando á entender que hizo todo lo que pudo, y que no puede él con las kabilas, ni cree que pueda el sultán tampoco.

TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure

Presintiéndose por la opinión el resultado de la famosa conferencia, á nadie extraña; pero se quería la confirmación oficial para ver entonces la actitud del gobierno: la efervescencia y expectación empiezan otra vez, alienta un poco la esperanza de que sepamos ser dignos ante esa nube del asunto del Rif que nos amaga para inutilizarnos por siempre en el sentido moral, ó para que nos permita levantar la cabeza sin rubor, probando que somos españoles aún; el corazón alienta de nuevo, el espíritu flota otra vez en claros mundos de gloria...; pero, ¿á qué negarlo?, flota con un miedo horrible de caer á lo mejor y despeñarse, embadurnando con la inmundicia del fondo sus alas blancas.

Esa actitud del gobierno, esas manifestaciones enérgicas al sultán, ¿son reales? ¿Son de buena fe? ¿No es una campanada patriótica que da el gobierno con intención de vivir aún, mientras nuestros sentidos, ganosos de fantasías, se adormecen á su arrullo otra vez, y se anegan embelesados en sus halagadoras vibraciones? No, no es posible; seamos pesimistas, pero no por sistema; seámoslo por prevención y para que el golpe, de donde viniere, nos coja avisados. Vale más creer, que lo que ya dije de nuestro raquitismo y nuestra miseria; convicción dolorosa que está en el alma de todos, aunque todos por debilidad queramos desprendernos de ellos en vez de buscar ávidamente la medicina que nos cure; que esa convicción —digo— por lo mismo de ser tan triste, tan fría, tan cruel, lleve al gobierno á una reacción restauradora y saludable... Corto de raíz porque conviene más no pensar en eso, y continúo anotando los puntos más salientes que arroja la crónica de estos días.

En toda España se comenta la contestación del gobierno á Muley Araaf; en ese mismo consejo en que se acuerda la contestación, despuntan como de costumbre las dos notas más opuestas que en el gabinete hay: López Domínguez pide acción inmediata, radical, furiosa; afirma que en Melilla esperan órdenes 16.000 soldados y que están 8.000 dispuestos en Andalucía para marchar al punto. Moret todo lo opuesto: pide mucha quietud, pide mucha calma: ¿esperará Moret el resultado de otras habilísimas negociaciones, que pudiera haber entablado ya? ¡Qué inquietud, qué pavura nos acomete á tal pensamiento!

Entretanto la crisis ministerial parece innegable; toda la prensa clama; los momentos son críticos; los cabildeos, las conferencias, las *interviews*, la comidilla, en fin, la eterna comidilla de siempre va adquiriendo un olor especialísimo de manjar suculento. Se habla de la dimisión de Moret, de la del ministro de la Guerra; éste jura y perjura que á Melilla ó á su casa. Háblase también de un gobierno nacional;... pero cuando más segura se cree la marcha de López Domínguez al campo de operaciones; cuando está en el ánimo de todos que López Domínguez conservará, sin embargo, la cartera, encargándose interinamente del despacho el general Seriñá, se sabe de pronto que Moret no dimite, que á López Domínguez se le ha convencido y que se nombra á Martínez Campos general en jefe del ejército de operaciones en África. La *Gaceta* publica el nombramiento, y se oye un clamor universal de aplauso; ya hay un hombre independiente y enérgico acaudillando las tropas españolas, y á este hombre por mil circunstancias, conocidas de todos, se guardarán muy bien nuestros gobernantes de traer y llevar sin motivos serios y gravemente fundamentados.

La creencia es unánime: con Martínez Campos en Melilla, ó se avanza de una vez arrostrándolo todo, ó de una vez se concluye, acabando al fin, sea como fuere y cuanto más pronto mejor, con estas agonías é incertidumbres dolorosas.

El tiempo era malo en Melilla; mejora mucho; los temporales se aplacan; parece que todo se alegra; hay gran actividad y animación con la esperanza de próximas é importantes operaciones. Macías manda al campo enemigo á un moro, ardiente partidario de



TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure



UNA MEZQUITA EN UAZÁN, dibujo de G. Montbard

España. Este moro regresa y dice que los rifeños están atrincherados desde el cabo de Tres Forcas hasta la frontera argelina; dice también que los moros no sufrieron grandes pérdidas, y esto inspira dolor y coraje á los españoles que anhelan represalias como se anhela el bien único. La nota alegre repercute después en el campo con más tensión; es para recibir á los nuevos regimientos que llegan; Muley Araaf escribe entretanto á Macías reiterándole su petición de que permita la entrada á mercaderes rifeños, se le niega otra vez, y mientras, Martínez Campos se pone en camino y se sabe que el ejército de operaciones se formará así:

General en jefe, capitán general D. Arsenio Martínez de Campos.

Primer cuerpo: Comandante en jefe, teniente general D. José Chinchilla.

Segundo cuerpo: Comandante en jefe, teniente general marqués de Estella.

General jefe de Estado Mayor, general Macías. Segundo jefe, el general de brigada D. José Bascarán.

Cuartel general: Jefe, general de brigada D. Angel Aznar; y estarán allí también los generales de división Berriz y Salcedo; los de brigada Ortega, Monroy, Castillejo, Ribera, Echagüe, Molins y otros que no han sido nombrados aún.



TIPO MORO, dibujo de G. Montbard

Como comprobación de la fuerza moral y del poder grandísimo que el enviado del emperador de Marruecos ejerce sobre las kabilas, y con esto, el emperador mismo, viene una súplica del príncipe Araaf para que se le permita guarecerse en el campo español contra las iras rifeñas; el primer movimiento de los gobernantes y de España es el de siempre, el quijotesco, el hidalgo, el de ampararle; pero es una torpeza; como hidalguía, sí; como razón de Estado, no; dejando al príncipe á su buena ó mala fortuna, más pronto se entendería el sultán con las kabilas y nosotros tendríamos resultados más positivos. ¿Por qué no dejarlos que se destrocen? Toda la sangre que ellos viertan será sangre preciosa ahorrada á nuestro ejército.

Pero es imposible continuar; concluyo esta crónica en medio de la gran expectación de los españoles; cuando con más bríos vuelven al corazón las esperanzas; cuando la ilusión abre de nuevo y de par en par sus puertas de oro en los hombres sencillos y de buena fe; cuando se discuten con más calor las determinaciones del gobierno; cuando Martínez Campos llega á Melilla, después de una marcha triunfal y de una ovación en cada ciudad y en cada aldea del trayecto; cuando empieza á construirse el reducto que originó el combate del 27, en el que trabajan cien penados y muchos ingenieros; cuando por el sultán se hacen apresuradamente requisas de tropas, sin que se sepa si son para combatir á las kabilas ó á los españoles, y cuando todo el mundo piensa, en fin, que el nombramiento de Martínez Campos para general en jefe del ejército de operaciones será un agua poderosa que queme todo lo gangrenado y ahonde la quemadura hasta llegar á los huesos, con tal de que resulte completa la cauterización.

M. Martínez Barrionuevo

TÁNGER (1)

Los ingleses, que poseyeron esa plaza desde 1662 á 1664, conservaron en ella después de esta fecha gran influencia que poco á poco ha sido sobrepujada por la de Francia. Tánger es, por decirlo así, el centro de comunicación entre Marruecos y los Estados civilizados de Europa, todos los cuales tienen allí sus cónsules ó sus residentes. El gobernador de Tánger y de su provincia es el ministro de Negocios Exteriores del sultán de Marruecos, y de aquí la importancia que tiene desde el punto de vista internacional la ciudad. Extiéndese ésta formando anfiteatro junto á la bahía de su nombre, hállase rodeada de una muralla en bastante mal estado y está dominada por la ciudadela y defendida su rada por una serie de baterías escalonadas. Sus calles, como las de todas las ciudades árabes, son irregulares, estrechas y sucias, y tiene varias y hermosas mezquitas, un convento de franciscanos con una capilla, que es el único templo católico de todo el imperio; varias sinagogas, y algunos hoteles europeos. Tánger cuenta 20.000 habitantes, en su casi totalidad árabes; hay también allí bastantes judíos y algunos europeos, los más de éstos atraídos por el benigno clima de que en aquellas costas se disfruta.

Para los europeos Tánger tiene muchos atractivos, pues aparte de la novedad que para los de nuestro continente ofrecen el lugar, sus habitantes y los usos y costumbres de éstos, la colonia extranjera celebra frecuentes reuniones, y organiza animadas excursiones á los pintorescos alrededores é interesantes partidas de caza en los extensos bosques vecinos.

El artista encuentra en la capital marroquí asuntos inagotables para obtener maravillosos efectos de luz y de color y copiar hermosos tipos de mujeres, tomando por modelo, ya que son las más abordables, las bailarinas berberiscas, que ejecutan sus danzas en el interior de la ciudad ó delante de las tiendas que algunos indígenas y askaris tienen levantadas en sus cercanías. – X.

(1) Véanse los grabados de la pág. 786.



MÚSICO ÁRABE, dibujo de G. Montbard



MARTIRES CRISTIANOS EN EL CIRCO, cuadro de J. Mantegazza



DESTERRADOS A SIBERIA, cuadro de W. Schereschewski



Mezquita de Tánger

NUESTROS GRABADOS

Muerte del beduino, cuadro de C. R. Huber. - El desierto es su elemento; allí nació, allí vivió errante, allí muere abandonado el beduino. Su existencia más tiene de la de la fiera que de la del hombre: come cuando puede y lo que puede; montado en su escuálido caballo, que corre como el viento, y armado de la espingarda ó del fusil, cada uno de cuyos tiros cuesta una vida, recorre la arenosa y ardiente llanura acechando el paso de una caravana para satisfacer en ella sus rapaces y sanguinarios instintos. Un encuentro desgraciado, el hambre ó la sed acaban con él, y su cuerpo allí queda á merced de algún ave de rapiña ó de una fiera que por tales sitios se aventure. El cuadro de Huber aterra en medio de su sencillez: un cadáver tendido sobre la arena, un caballo que relincha tristemente junto al que fué su dueño y una nube de polvo que el viento levanta en aquella caldeada atmósfera han sido para el notable pintor alemán elementos suficientes para componer una obra de efecto sorprendente.

Tipos árabes, dibujos de José Benlliure. - ¿A qué elogiar una vez más á nuestro ilustre compatriota D. José Benlliure? La honra que nos dispensa colaborando frecuentemente en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ha dado á menudo ocasiones para hablar de su vida y de sus obras y para ensalzar sus méritos cual se merecen. Los dibujos que hoy reproducimos hízolos Benlliure durante un viaje que ha poco realizó á Africa, y bien claro se advierte la impresión del natural en esos tipos árabes llenos de vida y trazados con un vigor y una seguridad que desde luego revelan la mano de un maestro.

En el Parc Monceau, cuadro de Ramiro Lorenzale. - Hijo y discípulo Ramiro Lorenzale del respetable D. Claudio Lorenzale, que tanto ha significado en el renacimiento artístico en nuestra región, continúa las tradiciones de su familia. Laborioso y entusiasta por el arte, que con provecho cultiva, es, quizás, demasiado exigente para consigo mismo, ya que demuestra especial empeño en vencer dificultades y no exhibe ó enajena sus obras hasta que, si no complacido de su labor, hállase satisfecha su severidad artística.

Joven todavía, ha sabido ya distinguirse, así en la pintura de género como en la de costumbres ó genuinamente española, y cuenta en su carrera artística algunos triunfos logrados en los certámenes y exposiciones.

El cuadro que reproducimos, adquirido recientemente por un acaudalado coleccionista, es una bellísima producción, recuerdo de su estancia en la capital de la vecina nación.

Puente sobre el Vístula, en Fordon. - Este puente, recientemente inaugurado en la provincia de Posen, es, como puente de ferrocarril, el más largo de Alemania y uno de los más largos de Europa: tiene 1.325 metros, ha costado 10 millones de pesetas y se ha construído en dos años y medio. Consta de 18 arcos, los cinco del río de 100 metros de ancho y los otros de 62. La construcción superior del puente es de hierro fundido, habiéndose empleado 11 millones de kilogramos de este metal. Las vías están colocadas entre los montantes: la distancia entre éstos es de 10 metros, de los cuales aquéllas ocupan 4'15 y el camino para tranvías y otros vehículos 6'50. Entre las vías y este camino se alza una verja de 2'50 metros de altura. En la parte de afuera de los montantes hay á cada lado del puente un camino de 1'50 metros de ancho para peatones. El autor del proyecto de este puente y director de la construcción de hierro es el ingeniero Merthens, de Bromberg, muy renombrado en Alemania por otros trabajos análogos.

La mezquita de Uazán. Tipo moro. Un músico árabe, dibujos de Montbard. - Uazán, la ciudad santa, se halla situada en la vertiente septentrional del Sebú, á mitad del camino entre este río y Alcázar-Kebir, en una comarca fértil, poblada de olivos y de encinas. El scherif de Uazán es el santón más importante de todo el Magreb, como descendiente directo de Mahoma, y su influencia hubiera podido superar á la del mismo emperador, el cual no es considerado como verdadero soberano sino después de haber recibido de él el debido homenaje. La mezquita que se alza sobre la tumba del santo fundador de la ciudad fué construída por Muley Abdallah; su esbelto alminar está cubierto de preciosas porcelanas, y en su interior se encierran innumerables riquezas y una magnífica colección de manuscritos árabes. El tipo moro y el músico árabe que publicamos son dos bellos ejemplares de la raza que puebla la ciudad de Uazán y sus airededores.

Mártires cristianos en el circo, cuadro de J. Mantegazza. - Aunque la escena que este lienzo representa ha sido cien veces reproducida, Mantegazza, á fuer de artista de buena cepa, ha sabido hacer, no un simple cuadro más sobre el mismo tema, sino una obra notabilísima, en la que sobre el abocetado fondo de la multitud apiñada en las gradas del circo destaca un grupo bellísimo, de gran efecto dramático por el contraste entre la exaltación religiosa del hombre que parece querer detener á las fieras enseñándoles la cruz y el arrobamiento místico de la joven que aguarda tranquila el momento en que será despedazado su cuerpo y su alma podrá volar al fin libre al seno del Señor.

El capitán Ariza. - Algo ha dicho de este valiente guerrillero nuestro querido colaborador Sr. Martínez Barrionuevo en sus *Crónicas de la guerra*, y si en esta sección hubiéramos de



EL CAPITÁN D. FRANCISCO ARIZA
jefe de la sección de penados guerrilleros en Melilla

referir hazañas de su accidentada vida militar faltaríanos espacio, aunque no relatásemos sino una pequeña parte de ellas. Nació D. Francisco Ariza Gómez en Antequera el 23 de junio de 1846, y en 1868 ingresó en el ejército, marchando en seguida á Cuba y conquistándose bien pronto en aquella difícil y empeñada campaña inmarcesibles laureles por sus actos de valor temerario y por sus atrevidos cuanto hábiles golpes de mano. Apenas iniciada la guerra de Melilla, Ariza, que se encontraba en Barcelona en situación de reserva, pidió y obtuvo permiso para marcharse á Africa, en donde ha organizado una guerrilla de penados que, conducidos por él, á nadie temen, á todo se atreven y luchan como fieras contra las fieras, oponiendo á la emboscada el acecho, á la traición la astucia, al desprecio de la vida la más absoluta indiferencia ante la muerte. Ariza y sus guerrilleros se han coronado de gloria y han merecido que España entera les admire, siendo de esperar que el gobierno, haciéndose intérprete de los unánimes deseos de la nación, otorgará la debida recompensa á esos héroes concediendo al uno el premio que dentro de su carrera le corresponda y haciendo uso de la gracia de indulto para esos penados que al dar su sangre por la patria redimen de la manera más hermosa, si no todas, por lo menos una gran parte de sus anteriores culpas.



Batería de la ciudadela de Tánger

Desterrados á Siberia, cuadro de W. Scherechewski. - El triste convoy ha llegado á una de sus etapas; en lóbregos calabozos, confundidos hombres y mujeres, viejos y niños, tratan de descansar de las fatigas de la jornada. Los más en vano buscan reposo: la conciencia de su horrible suerte puede en ellos más que el cansancio y los mantiene en vela; los menos, vencidos por el desfallecimiento, se rinden al sueño. Con el alba los presos continuarán su marcha, y pisando nieves, azotados por el viento, calados por las lluvias, ateridos de frío y de hambre pasarán días y semanas y meses hasta llegar al fin de su viaje, á las estepas de Siberia, ese infierno de los vivos donde un Dante podría escribir con letras de sangre otro *¡Lasciate ogni speranza!* más terrible aún que el que puso el poeta florentino á la puerta del infierno de los muertos.

Scherechewski es polaco, reside en Munich, y en sus principales lienzos reproduce los horrores del despotismo moscovita con un vigor dramático y una valentía artística que demuestran que sirven de guía á su pincel el genio de un maestro y el corazón de un filántropo.

La escuadra inglesa del Mediterráneo. - Para contrarrestar en cierto modo la presencia de la escuadra rusa en Tolón, Inglaterra dispuso que la escuadra inglesa del Mediterráneo, al mando de lord Seymour, visitase el puerto de Spezzia. Nuestro grabado reproduce esta escuadra antes de que se le diera la orden de reunirse en Gibraltar con la del Canal con el objeto sin duda de estar en observación de lo que pueda ocurrir en la costa de Marruecos con motivo de los sucesos de Melilla.



Bailarina berberisca en un campamento de askaris



Pacheco no las dejó hasta que el tren hubo partido

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— Esta contestación, que equivalía á un poema de amor, no alteró en nada la última resolución de Luis. Durante el desmayo de Pola se había jurado ser fuerte y lo sería; aquella locura debía pasar, volvería á ser el padre, discurriría, maduraría el proyecto de enviar á Italia á su protegida, y pondría fin á los peligros que les cercaban; la salvaría torturando su corazón; á ella podrían consolarla el arte, los aplausos, la gloria; él se consumiría en las soledades de su hogar, tan frío, tan humano; y en aquel gabinetito que quedaría impregnado del perfume celestial de Pola; porque el piso segundo de la calle de San Miguel, amueblado por él, precipitadamente primero y con refinamientos delicados después, se conservaría tal y conforme estaba; sería su refugio. Allí escribiría á Pola, allí leería sus cartas, allí soñaría con ella, allí podría idolatrarla sin reservas.

Ocho días habían transcurrido desde la noche inolvidable para ambos; ni una palabra que la recordase pronunciaran en este tiempo; los paseos nocturnos habían continuado sin embargo. Pola no quería preguntar qué secreto le guardaba Luis; sabía que la amaba; también él sabía que lo amaba ella. La diferencia de posición indudablemente á los dos los sacrificaba; tendría padres; había dicho que era muy rico; ella fuera corista, fuera mendiga... ¿cómo podía soñar en que la admitiesen en su seno? Quería ser artista, una *estrella* del canto. Quería conquistar nombre refulgente, porque sentía dentro de sí el soplo divino del arte y las ambiciones del genio. «¡Quién sabe, se dijo: aristócrata del talento, quizás pueda igualarme á los que seguramente hoy me despreciasen!»

Luis no tenía la culpa; Luis no veía el pasado, ya se lo había dicho, y sufría mucho, sí que sufría; era necesario ayudarle, y ella tan débil, tan niña, tan desgraciada daría muestras de un valor á toda prueba.

— Y bien, Pola, dijo Luis haciendo un esfuerzo sobre sí mismo. ¿Sabes que he pensado mucho en ti?

— Lo creo, respondió la joven esforzándose por disimular que sufría horriblemente.

No le cabía duda; se trataba de su carrera.

— Pues he pensado en tu viaje á Italia, y ya tengo persona de confianza que te acompañe.

— ¿Ya?, preguntó Polita de una manera inexplicable.

— Sí; es una señora distinguidísima, de austeras virtudes y muy instruída, nadie más á propósito: ¡No sabes qué contento estoy por haber encontrado tan á satisfacción mía lo que me preocupaba en extremo! Ha viajado mucho con su difunto esposo, un pedagogo ilustre, y es sola, habla francés, habla italiano y es muy cariñosa. ¿Qué tal?

— ¡Bien!, respondió Polita con tristeza.

— Mañana vendrá por la tarde; aquí estaré yo: le he dicho que soy tutor tuyo, y no he mentido: ya tiene instrucciones sobre el género de vida que yo quiero

que hagas, y llevará cartas para los maestros que deben perfeccionar tu educación lírica: poco nos falta, pues, que ultimar; tu equipaje y el suyo.

Pola se iba poniendo lívida: la vida tranquila, la dicha presente iba á terminar pronto, muy pronto: perdería de vista aquella casita, aquel gabinete tan mono, en el cual era feliz estudiando y esperando á Luis: ya no volvería á pisar la sala en donde el cadáver de su madre yaciera por algunas horas... Necesitaba valor, mucho valor, y lo tendría. ¡Vaya si lo tendría!

Á expensas de su salud y de su vida hizo un esfuerzo.

– ¡Cuánto sufre!, pensó Pacheco, y soy yo el que la martiriza; ¡yo que diera mi vida por su felicidad y por sus alegrías! Si supiera que soy casado sufriría más aún; perdería toda esperanza y se dejaría morir: la conozco bien... Es necesario que viva, que viva para el arte, ya que no puede vivir para mí.

– ¿Sabes en lo que estoy pensando?, preguntó Pola acercándose más á Luis y tomándole una mano: en que seré reina de la escena, en que se cumplirán las profecías de mis maestros, pero se cumplirán sobrepujando sus predicciones: siento como nunca fiebre de grandezas, de brillo de sol, de vida exterior; necesito que me aplaudan, que me consideren, que me adoren y que me envidien.

– ¿Todo eso necesitas? ¿Para olvidarte acaso de mí?

– ¡No! Para que te envidien á ti. También pienso en mi prima: ¿quieres creerlo? Desde que hemos tomado esta resolución he vuelto á recordarla, y sueño con vengarme de ella. ¿Te asombras, verdad? ¡Vengarme yo que no siento odios por nadie! Pues por mi prima sí que los siento: podría perdonarle mis sufrimientos, mis humillaciones; pero las humillaciones y los sufrimientos de mi madre no tienen perdón; no puede haberlo en el corazón de una buena hija.

– ¡Despréciala!

– Antes podía, ahora no puedo. El deseo de engrandecerme va unido al deseo de humillarla. Perdóname, Luis; creo que sería capaz de enloquecer á su esposo si llegase á poner en mí los ojos. ¡Oh! Hacerla pasar las torturas que sufrió mi madre, es lo que me preocupa desde hace ocho días.

Y era cierto. Se había refugiado Pola en el odio que sentía hacia la hija de su tío para distraer el dolor de una separación cruel; la esperanza de ser admirada, de valer ella más, pobre huerfanita, que la dama rica y fastuosa, mitigaba en parte el dolor que le atenaceaba el alma.

– No digas eso, Pola: tú no eres capaz de engañar á nadie, ni de fingir amor, y menos por venganza: no confundas los resentimientos justísimos que sientes con el odio, que no cabe en tu pecho: si mañana tu prima te pidiese pan á ti que no lo has recibido de su mano, ten la seguridad de que no la imitarías.

Los preparativos de viaje adelantaban en casa de Pacheco: Camila andaba revuelta con modistas, sombrereras, zapateros y comerciantes de novedades; esto la distraía de sus malos humores, pero no la impulsaba á ser amable ni á doblegarse á su marido. «Estoy herida, pensaba, y debe ser él quien pida misericordia.»

Pero Luis no la pedía ni parecía preocuparse de los desplantes de su mujer. Era el mismo para sus hijos, para sus servidores, para todo el mundo; pero algo invencible, algo inexplicable le apartaba cada vez más de Camila. Los defectos de ésta se atropellaban por salir á la superficie; las comparaciones no cesaban de mostrarse implacables con los deberes y en lucha abierta reñidísima con éstos. El alma de Camila era enemiga de la suya; la de Pola su gemela, su igual; y sin embargo, ¡era preciso huir de la hermana querida para vivir encadenado á la hermanastra odiosa!

Sus hijos, sus hijitos inocentes remachaban la cadena, sus deberes de hombre honrado, la idea de que ninguna falta imperdonable podía reprochar á Camila; pero... si otra mujer que no fuese tan pura ni tan ideal como Pola le inspirase aquella pasión, ¿hubiera sido tan mirado y tan fiel cumplidor de sus deberes? ¡Otra mujer! ¿Cuál? ¡Ninguna! ¿Acaso había fijado jamás el pensamiento dos días en una misma? ¿Acaso había sabido lo que era amor hasta que había conocido á la niña desvalida?

El viaje estaba fijado: Luis no quería dejar á Pola en Madrid, quería enviarla delante, prefería ser él quien la viese partir, quien sufriese las torturas mayores.

La víspera del día que debía salir Luis con su familia para San Sebastián salió Polita para Italia con su dama de compañía. Pacheco no las dejó hasta que el tren hubo partido: ¡aquel tren que se llevaba su vida!

Pola no pudo llorar: estaba desencajada, tenía fiebre y temblaba como había temblado tiritando de frío en la desmantelada buhardilla. Hasta que no sintió el traqueteo del convoy, hasta que no perdió de vista á su protector, hasta que no se rompieron una por una todas las fibras de su ser, no pudo derramar una lágrima.

– ¡Llore usted, hija mía! Llore usted mucho sobre mi pecho: yo seré su madre cariñosa, dijo la viuda de Altuna, que así se llamaba la compañera de Polita.

Luis volvió á la calle de San Miguel sin detenerse: subió de dos en dos los escalones, llamó con furia y entró sin hacer caso de la criada, que todavía estaba sollozando por su señorita: entró en el gabinete, se precipitó en el dormitorio y se arrojó sobre la cama de Pola, ocultando el rostro entre aquellas almohadas que conservaban el perfume de sus cabellos y las emanaciones de su aliento.

– Señorito, señorito, ¡por Dios!, dijo la muchacha, ¡ya volverá, ya la veremos!

Pacheco lloró, lloró mucho sobre el lecho que le recordaba al ángel adorado.

Eran cerca de las nueve cuando llegó á su casa: necesitó hacer sobrehumanos esfuerzos para contenerse: apenas comió, y apenas pudo fijar su atención en la deliciosa charla de los niños.

Se levantó de la mesa para encerrarse en sus habitaciones.

Camila, á quien no pasó inadvertido el malestar de Luis, hízose la desentendida y no le preguntó si estaba enfermo: para ella era indudable que dejaba algo en Madrid y que sentía marcharse.

Al siguiente día parecía Pacheco más animado. Salió por la tarde, fué á visitar el nido en donde refugiaba su alma enferma, entregó dinero á la criada, le dió órdenes y se despidió hasta dentro de dos meses.

– ¿Irá usted á ver á la señorita?

– No. Hasta que ella venga á Madrid no la veré.

Las cartas de Pola debían ir á la calle de San Miguel. La muchacha recibió un ciento de sobres con sus correspondientes sellos para que las encerrase de nuevo y las reexpidiese á San Sebastián sin perder correo.

Los ocho días que tardó Luis en saber de Pola fueron terribles. ¡Por fin, habían llegado bien; estaban instaladas, lindamente instaladas en Milán!

Luis pidió la dirección á San Sebastián; el retraso que las cartas sufrían yendo á Madrid era para él mortificante por demás.

Pasó el verano pendiente del correo, esperando impaciente, contando los días, las horas y los minutos y desesperándose y telegrafiando inmediatamente si una carta no llegaba el día que debió llegar. A los pocos de establecerse en Milán comenzó Pola sus lecciones; tenía mucha prisa y no quería perder el tiempo. El maestro, á quien la voz de la españolita había llenado de admiración, estaba asombrado de los progresos de su discípula; era un genio musical, era un prodigio de agilidad y un portento de comprensión; en una palabra, era el arte mismo aquella criatura que acababa de cumplir los diez y siete años.

Así se lo escribió la señora de Altuna á Luis, sin que Pola lo supiese. También le comunicaba, según las instrucciones que de él había recibido, que la salud de la niña era delicada; decía que nada la dolía, pero según opinión de ella sufría muchísimo moralmente. Pocas veces sonreía; besaba con transporte las cartas de él y la suplicaba luego que á nadie se lo dijese. Paseaba poco; sus estudios y la correspondencia con su protector eran la preocupación constante de su existencia; no vivía para nada más sino para volver á Madrid con un nombre célebre.

La familia de Pacheco regresó á la corte en el mes de octubre. Apenas llegó Luis á su casa salió de nuevo para visitar la de Pola: todo estaba limpio y en orden como si allí viviese ella; la muchacha era excelente y Pacheco la quería mucho; al verla no pudo menos de abrazarla con alegría; creyó que iba á ver á Pola, á encontrarla en su gabinete. ¡Qué desencanto y qué pena!

Todos los días de aquel invierno fué Pacheco á la calle de San Miguel, allí pasaba la tarde y á veces algunas horas de la noche; allí recibía las cartas, allí las contestaba, allí soñaba despierto y allí veía flotar la imagen de Pola, embriagándole con sus palabras de agradecimiento y con sus sonrisas de amor.

Un día del mes de enero, aquel en que precisamente hacía un año que Luis volvía á su casa después de haber perdido cinco mil pesetas, último dinero que jugara, fué como de costumbre más preocupado, más triste. Los recuerdos eran vivos y por lo tanto crueles.

¿Se acordaría Pola de aquella fecha? ¡Vaya si se acordaba! Allí tenía un paquete, un paquete grande y abultado. Era una carta de muchos plieguecillos, un retrato en el traje de Rosina del *Barbero*, y muchos recortes de periódicos. ¡El asombro! ¡Lo nunca visto! Pola había *debutado* hacía quince días; no quisiera comunicárselo antes para no tenerlo impaciente por el éxito. Dos horas tardó Luis en hacerse cargo de todo; bien es verdad que empleó una contemplando el retrato. Hablaba con la criada como si hablase con una amiga, le comunicaba todo, le traducía los sueltos, besaba la fotografía. ¡Qué linda, qué linda estaba su Pola, su Polita! Era hermosísima; lo veía en la cartulina y no lo había observado en el original; no había mujer más encantadora en el mundo. Parecía una muñeca vestida de máscara; pero ¡qué muñeca más perfecta, más seductora! ¿Era de su Pola aquella carita picaresca? Era su niña, su angelito aquel que los periódicos llamaban «diablillo andaluz.» Estaba transformada. ¡Qué bella, qué bella le parecía!

La prensa de Milán apuraba el lenguaje de las alabanzas: ruiseñor era un adjetivo pálido, sin color y sin expresión, comparado con lo que *la Pola* merecía: *la Pola* le llamaban.

Polita explicaba á Luis su éxito. «Sólo tú me faltabas,» decía.

Había estudiado primero el *Barbero* por capricho de su maestro y lo había cantado tres noches gratis. Ahora estudiaba *Lucía*, la cantaría también, y así sucesivamente hasta hacer un repertorio de las óperas que más le gustasen. Una vez hecho y cuando en toda Europa se hablase de ella y se la desease, saldría de Milán contratada; hasta entonces no.

La satisfacción, la íntima felicidad que presumía había de tener al recibir aquellas noticias quisiera que la sintiese en aquel día tan señalado para ambos, y por eso la retrasara; le pedía perdón por tamaño egoísmo. No le hablaba de sus ansias de verle; no le decía que lo adoraba. Jamás tocaba este punto, como no lo tocaba Luis en sus cartas; pero en cambio la señora de Altuna era más explícita; le participaba que había llorado mucho la noche del *debut* después de la función, y que dijera: «¿De qué me sirve la gloria, si no le veo?»

Luis no podía salir de aquel gabinetito. Allí gozaba, allí era feliz y presumía que le esperaban fuera los desencantos de la realidad.

La vida de su hogar no era íntima; no podía violentarse más de lo que se violentaba, pero tampoco era tan tirante como había sido. Acompañaba á su esposa al Real, á bailes y á reuniones, y nada más; cuando estaban solos, ninguno de los dos hablaba; él no sabía qué decir; ella esperaba que le dirigiese la palabra.

Camila era lo que se llama una mujer hermosa y solicitada por los que encuentran muy sabrosa la fruta del cercado ajeno. Pacheco lo sabía; sin embargo, estaba tranquilo; conocía á su mujer y hubiera jurado que el orgullo de Camila era el más fiel guardador de su honra. Antes de conocer á Pola reconocía que su mujer era un adorno que podía satisfacer el amor propio de cualquiera; después de aspirar el perfume delicado de la violeta humilde, le pareció insoportable la camelia altiva.

Contento, contentísimo llegó Pacheco á su casa. Había puesto en el correo la contestación á la carta que tan feliz le había hecho; no pudiera contenerse y hablara en ella de amor, de ilusiones, de belleza, de flores, de pájaros, de querubines y de cuantas cosas poéticas á su mente acudieran. No pudo calcular el daño que con aquellas frases había de causar en las heridas de Pola. Sólo pensaba en la contestación. ¿Por qué la vista de aquel retrato le había excitado los nervios hasta el punto de hacerle quebrantar sus juramentos? No lo sabía, no podía explicárselo. ¿Le parecía otra Polita? ¿Era ya más mujer y menos ángel? ¿Hubiera dejado de respetarla si á su lado la tuviese? ¡Quién sabe!

La idea de que había debutado, de que había reído y jugado en la escena y de que el tenor, en forma de Almaviva, la había estrechado entre sus brazos, le hacía morir de celos; pero también le impulsaba á mirarla bajo otro aspecto más terrenal y menos celeste. Mientras había permanecido en su casita, recordaba la misma Pola de antes de partir; una vez en la calle, una vez á solas con su cerebro saturado de Rosina y viéndola por el prisma de los sueltos que había leído, era la mujer, era la artista, era la *prima donna* picaresca tan celebrada.

Lo primero que le comunicó Joaquín al entrar en el despacho fué que Luisito, el niño mayor, estaba enfermo. A media tarde lo habían acostado; el médico no había hecho más que recetar; tenía mucha fiebre y no se podía diagnosticar así de repente.

Luis corrió á verle; allí estaba la madre muy afligida; no se puso menos el padre. Casi se reprochó su conducta; había estado ausente entretanto su hijo sufría.

En toda la noche no se apartaron ni Luis ni Camila de la cabecera de la camita. El dolor los estrechaba; algunas veces acariciaba Pacheco á su esposa

para infundirle alientos, asegurándole que no sería nada.

Al día siguiente declaró el médico que se trataba de una pulmonía. Los padres dieron al niño por muerto, viendo la cara que ponía el doctor para decirlo.

Luis no pensó ya en Pola, ni en ir á recoger sus cartas, ni en escribirle. Su hijo se moría, su hijo del alma, un hermoso ángel de nueve años que era la dicha del hogar. Camila estaba desolada; la pena le hacía olvidar sus resentimientos, deponer su carácter y refugiarse en su marido. Éste la recibía en sus brazos con amor, con transportes delirantes de pena y de compasión; la cuidaba como al enfermito, la mimaba como á él y no recordaba que tuviese defectos, ni mal humor, ni pequeñez de sentimientos, ni que fuese egoísta ni destemplada. Era la madre de aquel pedazo de sus entrañas, era la compañera de su vida, era carne de su carne y sangre de su sangre. Le dolía á él lo que á ella le dolía, sufrían ambos por la misma causa; ya no había diferencias, ni aparecían las mezquindades de espíritu, ni se advertía la falta de inteligencia, ni existían defectos de ninguna clase. Había quedado la madre, la madre de los hijos propios circundada con la aureola del sufrimiento.

A los cuatro días el niño era cadáver; el dolor de los padres no tuvo límites; la razón de Camila estuvo en peligro, y Luis creyó también volverse loco; mas sobreponiendo sus penas al dolor que le atenaceaba el alma, dedicó todos sus esfuerzos á consolar á Camila y á cuidar al pequeño Juanito, único amor que les quedaba. Volvieron para los esposos los días amantes de su tranquilo matrimonio, más amantes aún, porque Luis no se apartaba ahora de su mujer y no la dejaba sola un momento para que no se entregase al dolor. Hacía un mes que no pensaba en Pola, ni en sus cartas, ni en ir á la calle de San Miguel, ni en nada que no fuese el hijo muerto y el dolor de la madre.

Los periódicos sacaron á Luis de su letargo. Daban cuenta, traduciendo de los periódicos italianos, del éxito colosal, nunca visto, alcanzado por una compatriota en Milán. Jamás habían oído los milaneses una *Lucía* mejor cantada; el aria de la locura fuera un prodigio de agilidad, de floreos divinos, de trinos celestiales, de *picados* limpísimos y de realismo espeluznante. Las gentes se atropellaban al escenario para ver á la cantante, una jovencita interesantísima, creyendo que la locura no era fingida y que aquellos movimientos, aquellas miradas incoloras y vagas, que revelaban un trastorno momentáneo del cerebro, eran efecto de repentina demencia. La eximia artista había sido presa de un accidente que la tuviera tres horas insensible, sin darse cuenta de nada de lo que á su alrededor pasaba, y volviera á la vida cuando los médicos desesperaban de salvarla. La Pola, que así se llamaba el nuevo astro, continuaba en estado relativamente satisfactorio, aunque muy delicada.

Para Luis fué una revelación la noticia; había llegado á olvidarse casi por completo de su protegida.

—¡Pobre niña!, se dijo; y felizmente no le habrán faltado recursos; si no, ¡qué hubiera sido de ella! Esta tarde recogeré sus cartas y la escribiré; pero ahora, ahora mismo voy á poner un telegrama urgente. ¿Cómo estará? Creerá que la he olvidado, que la abandono...

Escribió precipitadamente y llamó á Joaquín.

—Toma, le dijo, sin perder momento pon ese parte urgente; corre.

El ayuda de cámara obedeció incontinenti y antes de dos minutos estaba en la calle.

¡Lucía!, ¡cantara *Lucía!* ¡Qué interesante habría estado Pola con su ropaje blanco y su cabello suelto! ¡Qué bien sentaría á su semblante dulce y triste el dolor de la víctima desposada!

Cuando el ayuda de cámara volvió del telégrafo, estaba Luis todavía en la misma postura que se había quedado, con los codos sobre la mesa y la frente apoyada en ambas manos.

La presencia de Joaquín le hizo lanzar un grito; recordó el contenido del telegrama, recordó lo que había escrito. ¡Qué horrible pena iba á causar á Pola con su revelación! ¿Qué diría al recibir aquellas noticias?

«Enfermedad y muerte de mi hijo tuviéronme medio loco; no te olvido: hoy escribo.» Esto pusiera Luis sin darse cuenta, atento solamente á la verdad, y esto transmitiría el hilo eléctrico. ¡Qué imprudencia! ¡Pobre Pola! Comprendería que era casado: podría explicarse su conducta con ella. ¿Sabría apreciarla? Ya no le quedaría duda de que la amaba de veras. ¿Qué diría? ¿Querría contestarle?

Aquella tarde fué á la casita de Pola: encontró á la criada asustadísima, porque suponía que alguna desgracia ocurriera al señorito. Cartas de su protegida y de la señora de Altuna, telegramas, todo lo encontró Luis en el gabinete. ¡Cómo le reprochó su silencio leyendo aquellos amargos renglones impregnados de lágrimas! También se había dirigido Polita á la muchacha y ésta le contestara que nada sabía del señorito.

Luis escribió una carta muy larga: hacía referencia á la noticia telegráfica de la mañana, y explicaba todo: su amor, su respeto, su situación...

Jamás enamorado alguno supo expresar mejor la pasión sin esperanza y la lucha del corazón entre el amor y los deberes de alta moral; su sacrificio era inmenso; el mundo no hubiera sabido apreciarlo; pero apreciándolo ella...

Después de escrita esta confesión sentíase Luis más tranquilo; arregló cuentas con la criada, fué á tomar una letra de cinco mil francos sobre Milán, la metió dentro de la carta, y una vez puesta en el correo volvió á casa; era la vez primera después de la muerte de su hijo que se apartaba de Camila. Para ésta no pasó inadvertida la salida de aquella tarde y Luis comprendió que su mujer estaba disgustada; volverían á las tiranteces antiguas si él no procuraba regularizar su vida haciendo que ella la regularizase; pero Camila, acostumbrada de nuevo á ser la preocupación constante de su marido, ya no cedería de grado su imperio soberano.

Conforme pasaban los días, volvía la figura de Pola á enseñorearse nuevamente del cerebro de Luis.

Creyó éste que contestaría la niña al telegrama y esperó inútilmente con impaciencia difícil de ocultar.

Durante dos ó tres días fué por mañana y tarde á la calle de San Miguel. Camila tornaba á ponerse furiosa: diariamente también se reanudaban los llantos por el hijo adorado; el desamor de que acusaba á su marido y las faltas de consideración que según su criterio cometía con ella, acababan por una explosión de lágrimas que dedicaba á Luisito: el amor de la madre se desbordaba más cuanto más sentía que el de la esposa iba siendo otra vez relegado.

Por fin llegó la contestación á la carta de Pola; había tardado tres días en contestar, por ocupaciones, decía ella, pero la señora de Altuna comunicaba á Luis que por enfermedad; la salud de la señorita era delicadísima, pues la noche que había cantado *Lucía* ya la dieran por muerta.

Pola no contaba nada á su protector: le hablaba sí de sus ilusiones artísticas, de sus triunfos y de todo con indiferencia: «Si hubiera sabido que eras casado, no hubiese aceptado tu protección sin el consentimiento de tu esposa: háblale de mí y dile que comparto con ella el agradecimiento que te guardo.» Esto decía Pola como si su alma no se hubiese roto en pedazos al escribirlo. Hablábale de la muerte del niño muy condolida, y le aseguraba que si la vida de ella pudiera devolver la suya al angelito, la diese sin titubear y sonriendo.

Luis leyó esta carta llorando; las frases de Pola eran su martirio, su tortura; eran la última esperanza: ya lo sabía todo; ya le olvidaría; quizás escuchase de otros hombres frases amorosas, y las escuchase para no pensar en él, para olvidarle. Olvidarle no: Pola no era de las que olvidan. ¡Le recomendaba que hablase de ella á Camila! ¡Pobre niña! Juzgaba el alma de las otras mujeres por la suya. ¡Oh! ¡Si Camila hubiese tenido su alma!..

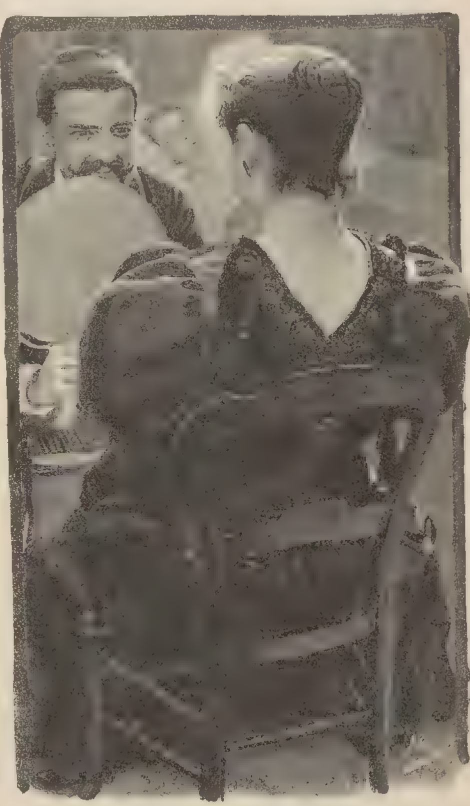
La carrera de Pola estaba terminada y firmó su primera contrata para Nápoles. Aquel día escribió á Luis:

«No me envíes más dinero, decía; pronto seré rica; ya gano más de lo que necesito para mí y para esta segunda madre que me ha deparado el cielo: vende mis muebles, Luis; tal vez no vaya jamás á Madrid, y si voy, ¡cuán penoso me sería entrar en aquel gabinete en donde pasé los mejores días de mi vida!»

Pacheco creyó morir de pena. ¡Vender sus muebles!.. ¿Deshacerse de aquel nido en donde encerraba su dicha? No: no lo haría entretanto no tuviese otro recuerdo más vivo de ella.

En Nápoles hizo Pola furor como en Milán; de allí pasó á Roma, de Roma á Turín y de Turín á Florencia.

En este punto se agravaron sus males, y un médico español le recomendó que volviese á España. El nombre de Pola era ya un amuleto para las empresas, y todas solicitaban á la cantante.



Algunas veces acariciaba Pacheco á su esposa para infundirle alientos...

Acababa el verano, y aquel otoño debía cumplir Pola su compromiso de cantar en Londres: Luis estaba en San Sebastián luchando entre sus deberes recargados por las exigencias de Camila y su anhelo de ver á Pola, su desesperación porque no la veía.

—¡A España! Todavía no, dijo Pola; iré cuando me sienta mejor.

Aludía la niña á sus males del alma.

Fué, pues, á Londres y firmó allí su contrato para Lisboa.

La señora de Altuna temía mucho el mareo y ponía reparos á embarcarse; pero Pola dijo que rompería su contrato antes que pasar por España. No hubo remedio, y ¡dichosa terquedad!, pues que el viaje por mar sentó admirablemente á la joven, que recobró casi por completo su salud.

En noviembre llegó á la capital lusitana; cuando Luis supo que la tenía tan cerca tembló de emoción: verla, verla era el afán de su alma: «¡verla y morir después!,» decía, golpeándose el corazón.

La escribió pidiéndole consejo para ir á Lisboa, y Pola contestó que no, que no fuese: «déjame vivir algún tiempo más,» decía.

Este grito escapado del alma después de nueve meses que ni una palabra revelaba que Pola continuase adorando á su protector, fué un puñal de dos filos para Luis.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS BAÑOS DEL PEÑÓN EN MÉXICO

Las montañas mexicanas, las vastas mesetas de la Sierra Madre, en donde están situadas las principales ciudades de México, reunen excelentes condiciones sanitarias, aunque lo contrario crean algunos europeos. Reina allí el clima de la zona intertropical, una primavera eterna, con un cielo límpido y una atmósfera que constituye un elemento de inmunidad contra esa gran enemiga de la vida humana, la tuberculosis.

Hace algún tiempo un médico francés, M. Jourdanet, en su libro *México y la América tropical* afirmó que el aire de las alturas mexicanas es mucho mejor contra la tuberculosis que todas las linfas conocidas, inclusa la de Koch.

Recientemente en el Congreso médico celebrado en Berlín un profesor mexicano, el Dr. Liceaga, presentó una memoria sobre la benignidad atmosférica de la cordillera mexicana con relación á la tuberculosis. Apoyándose en datos estadísticos irrecusables, el Dr. Liceaga hace especial mención de las populosas ciudades de Zacatecas, Oaxaca, etc., en donde la tuberculosis pulmonar es desconocida ó poco menos, y señala otras, como la capital, México, en donde la tuberculosis se desarrolla en proporción notablemente inferior á la que se observa en las ciudades europeas. En resumen, de la citada memoria se desprende el hecho importante de que el aire de todas las poblaciones de la meseta central ejerce saludable influencia sobre los tuberculosos procedentes, sea del extranjero, sea de las tierras bajas de México, que si no se curan por completo experimentan allí notable alivio.

Pero la meseta central, ó sea el valle de México, además de estación sanitaria para los tuberculosos es una estación balnearia de primer orden. A cuatro kilómetros de la ciudad de México brotan las aguas del manantial del Peñón, que han sido clasificadas entre las bicarbonatadas mixtas y que tienen gran analogía con las de Royat y Mont-Dore. Cerca de la fuente álzase la pequeña montaña roqueña, Cerro del Peñón, y al otro lado, al pie de éste, extiéndese la superficie tranquila del lago Texcoco.

Las aguas del Peñón eran ya muy conocidas de los antiguos aztecas, de ese pueblo primitivo del Anahuac que bordaba una leyenda sobre cada maravilla terrestre y que también inventó una para aquel manantial suponiendo que brotó en el sitio mismo en donde cayó mortalmente herido, durante una batalla, un famoso guerrero. Este origen sobrenatural respondía á las virtudes curativas que aquellas gentes atribuían á las aguas del Peñón, de las que se servían en pociones y fricciones contra sus padecimientos. Los conquistadores españoles establecieron allí piscinas y fuentes, y por medio de excavaciones y pozos artesianos alumbraron nuevos manantiales al lado del primero.

Recientemente, gracias á la iniciativa de un eminente hombre de Estado mexicano, D. Manuel Romero Rubio, se ha levantado en el sitio donde brota el manantial un magnífico establecimiento que responde á las modernas exigencias de la hidroterapia: es un gran edificio de dos pisos, en donde se encuentran al lado de las salas y gabinetes balnearios otras tantas habitaciones *confortables*, fonda, restaurant, salones de reuniones, de billar y de lectura; en una palabra, todas las dependencias juntas de un balneario y de un casino europeo. Galerías hermosamente decoradas de estilo azteca, bañeras inundadas por suave penumbra, piscinas y sudatorios construídos y adornados según el gusto clásico inspirado en el recuerdo de las termas de Pompeya y de Roma: he aquí lo que encuentra allí el visitante.



Establecimiento de aguas minerales del Peñón, en México (de una fotografía)

En el centro de una de sus galerías hay una gran fuente de aguas minerales potables, coronada por un ídolo gigantesco, copia exacta de uno de esos monolitos aztecas que de cuando en cuando descubren los excavadores en el Anahuac.

El grabado que publicamos, tomándolo de una fotografía, reproduce el establecimiento de baños mexicanos del Peñón.

Quevedo

* * *

EL JUDÍO ERRANTE EN LA SALPETRIERE

Hay siempre algo de verdad en las leyendas, aun en las más embrolladas: tal sucede, por ejemplo, con la tan conocida del Judío errante, que puede explicarse invocando los ejemplos tomados de la neuropatología. Sobre este asunto acaba de publicar el Dr. Enrique Meige un trabajo en extremo curioso que vamos á extractar.

Conocido es el origen de la historia del eterno viajero, Cartófilo, Ahasvero, Isaac Laquedem, según los países. Cartófilo parece ser que era portero del pretorio de Poncio Pilatos, y cuando Jesucristo transpuso el umbral de la puerta díjole, dándole un puñetazo: «¡Anda, Jesús, anda más de prisa! ¿Por qué te detienes?» Jesús, volviéndose á él, le replicó: «Sí andaré; pero tú esperarás mi segunda venida y andarás sin cesar.» Según otra versión, Ahasvero es un hombre alto, de luenga cabellera, judío de nacimiento, zapatero de oficio, «que asistió á la muerte de Jesucristo y que desde entonces vive.» Sea lo que fuere de estos orígenes, los historiadores están conformes en presentar al Judío errante andando á la ventura, atravesando rápidamente ciudades, apareciendo tan pronto en Hamburgo, como en Moscou, como en París, pero siempre con el mismo aspecto. Los autores de estampas están también de acuerdo al representar los retratos siempre según el mismo modelo: un tipo judío envuelto en luenga capa, con barba y cabello rizados, de mirada lánguida, cejas tristemente contraídas, etc.



Fig. 1. Teófilo M... israelita, neurópata viajero

Evidentemente los historiadores y los grabadores no se han puesto de acuerdo de un extremo á otro de Europa para hablar del Judío errante ó retratarlo: éste ha existido realmente, y los que de él hacen mención obran de buena fe. ¿Cómo, pues, ajustar la uniformidad de las descripciones, esa vida y esa marcha eternas con los datos de la ciencia? Según M. Meige, ha habido varios judíos errantes que han sido tomados por un solo y mismo individuo, porque todos tienen siempre el mismo aspecto general: estos individuos eran judíos neurópatas dominados por la necesidad de viajar y á menudo procedentes de un mismo origen. Es más, enfermos de estos los hay aún y algunos han podido verse en la Salpetriere, adonde los atraía la reputación universal de M. Charcot. Basta observarlos aun superficialmente y hacerles referir su historia para ver en cada uno de ellos al mismísimo Judío errante.

Entre los casos recogidos por M. Meige citaremos el de Moser B..., llamado Moisés, de treinta y ocho años de edad, judío polaco nacido en Varsovia (figura 2). De niño fué recogido por la autoridad militar rusa y puesto en una escuela especial, en donde recibió cierta instrucción. Instigado por sus superiores para que abjurara de la religión judía, luchó durante largo tiempo antes de decidirse á renegar de la fe de sus mayores, y sintiendo que no tardaría en sucumbir huyó de pronto y salió de Rusia. Tenía entonces quince ó diez y seis años y no sabía oficio alguno, y desde aquel momento empezó á ir errante de país en país sin objeto determinado. En Budapest se casó y permaneció algún tiempo en aquella capital, en donde tuvo tres hijos; pero esta parada era demasiado larga para él, y la necesidad de viajar le atormentaba incesantemente, hasta que se llevó á su familia á Jerusalén y allí la abandonó para recorrer el mundo. Cada cinco años hacía una visita á los suyos, permanecía al lado de éstos unos días y emprendía de nuevo la marcha hacia nuevas tierras. En cuanto á la razón que de continuo le obligaba á cambiar de lugar, «era - dice - el deseo de encontrar un remedio al mal que sufría desde la edad de veinticinco años, que no me daba tregua ni reposo y acerca del que he consultado con todos los especialistas del mundo.» De esta suerte ha recorrido Polonia, Alemania, Austria, Bélgica, Inglaterra, etc., hasta que la nombradía de la Salpetiere atrajo á Moisés á París en 1892: allí se presentó vestido con un levitón negro, viejo y remendado, recordando su aspecto al de los judíos polacos. Su rostro flaco y demacrado desaparecía bajo una barba larga é inculta y una cabellera grasienta; su frente, alta, estaba surcada por profundas arrugas; sus espesas cejas se juntaban sobre la nariz formando



Fig. 2. Moser B... llamado Moisés, israelita, neurópata viajero

dos pliegues muy marcados que daban á su fisonomía una expresión atenta y dolorosa; su nariz aguileña caía sobre unos labios gruesos y estaba separada de las mejillas por profundas arrugas. Conocía el inglés, el turco, el ruso y el hebreo, pero hablaba principalmente el alemán. Al encontrarse en presencia del doctor Charcot refirióle la larga historia de sus sufrimientos y leyóle una lista detallada de los síntomas que sentía. A veces describía sus padecimientos con entusiasmo, luego se enternecía de pronto y se ponía á lloriquear. Si se le proponía un tratamiento escuchaba con atención, y después se sonreía, movía la cabeza con ademán de incredulidad y decía que cuanto había probado había sido siempre inútil. Moisés estuvo un año en París sometido á un tratamiento eléctrico; pero viendo que no se remediaba gran cosa, partió de allí en busca de una curación que no había de encontrar.

Lo mismo le sucedió á Teófilo M., de Wilna, de cuarenta y dos años (fig. 1): empezó á viajar joven; frecuentó los hospitales de Rusia, Alemania, Austria, Inglaterra, y sólo estuvo algunas horas en la Salpetriere.

La historia de otros enfermos es la misma que las de estos dos. Comparando los neurópatas viajeros entre sí y con el Judío errante, llama desde luego la atención el origen idéntico de todos ellos, que parecen haber salido del mismo punto, situado en los confines de Alemania, Polonia y Austria. Todos son políglotas, pero hablan preferentemente el alemán; el Judío errante hablaba también el idioma de cada país; todos son judíos y dentro de sí sienten el impulso que les hace viajar casi siempre sin causa aparente, á menudo para consultar un médico nuevo. Viven de limosnas y de lo que les dan sus compatriotas de cada país; como el Judío errante, visten muy pobremente y llevan una gran capa ó una levita larga hasta los pies; son casi siempre hombres de treinta á cuarenta años que representan muchos más por las arrugas que surcan su rostro; llevan la barba larga é inculta, que es quizás el signo característico en ellos. La fisonomía de todos los neurópatas viajeros expresa sufrimiento, cansancio, desesperación: la cara flaca, los pómulos salientes, las mejillas hundidas y las arrugas de la frente son cosas que se encuentran en todos esos enfermos y en los retratos.

Desde el punto de vista patológico, los neurópatas viajeros son, ante todo, extenuados, nerviosos, neurasténicos, y presentan todos los caracteres físicos y psíquicos de éstos y algunas veces también la historia. El Judío errante no parece tampoco que gozara de un gran equilibrio nervioso, porque siempre que pudo hablar con alguien se dió á conocer como perseguido.

ENRIQUE COUPIN

(De *La Nature*)

FOTOGRAFÍA EN COLORES

Según vemos en un periódico francés, el profesor G. Lippmann ha realizado nuevos progresos en su sistema para obtener fotografías en colores, habiendo presentado en una de las últimas reuniones de la Sociedad francesa de Física las últimas pruebas hechas según su procedimiento por M. Lumiere. Consistieron éstas en paisajes admirablemente reproducidos y en los primeros retratos en color obtenidos del natural, entre ellos el de un oficial de ejército cuyos galones y botones del uniforme tenían reflejos metálicos y el de un químico rodeado de bocales llenos de soluciones de variados colores. En esos clisés las carnes y los diversos tonos aparecen con una pureza y riqueza de matices admirables.

Estos resultados son notables, pero no pasan por ahora de experimentos de laboratorio: el método no está todavía bastante perfeccionado para la práctica ordinaria, porque las actuales preparaciones sensibles son poco permanentes y producen resultados muy desiguales, sin que se sepa aún la causa de tales anomalías.

Téngase, además, en cuenta que la fotografía de los colores obtenida por el método interferencial no se presta ni probablemente se prestará nunca á la reproducción en papel. Los colores se obtienen sobre cristal y sólo son visibles cuando la placa está en una posición conveniente con relación á los ojos de los que la miran. De modo que hay que mirar el clisé por reflejo, y si se quiere enseñar la imagen colorada á varias personas á la vez, es preciso proyectarla en la obscuridad por medio de un aparato reflector luminoso que produzca el mismo efecto que una linterna mágica.



LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO (de una fotografía)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XII — BARCELONA 11 DE DICIEMBRE DE 1893 — NÚM. 624

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo primero de la obra de D. Ricardo Palma
TRADICIONES PERUANAS, con ilustraciones de Nicanor Vázquez



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS, general en jefe del ejército de Africa

(De fotografía de D. J. Martí)

SUMARIO

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

V

Martínez Campos llegó á Melilla después de aquella serie de ovaciones obtenidas en su marcha, sin que se interrumpiesen un solo instante, desde Madrid



D. MIGUEL MARTÍNEZ CAMPOS
ayudante del general en jefe del ejército de Africa
(de fotografía de J. Martí)

al africano suelo; lo febril, lo inmenso, lo sobrenatural de la expectación fué en Málaga; allí, donde todos los espíritus parecían cansados de aquella tensión perenne de cada día, de cada noche, de cada minuto; allí, donde se creyera que ya no había pechos para aclamar, ni manos para aplaudir, ni ojos que llorasen, ni flores en los huertos para arrojarlas á las tropas que iban á la guerra; allí, donde creíase imposible que hubiese ya nada de esto, en fuerza de lo que ya se aplaudió, de lo que ya se lloró y de las flores que llenaron ya las calles como alfombra blanda tendida para el soldado español, hubo más aplausos, más vivas, más lágrimas y más flores que nunca: fué un delirio, un frenesí; el corazón desbordábase con aquel torrente de llamas de las imaginaciones andaluzas, aquel sol plácido de noviembre, aquellas caricias bienhechoras del aire que gime y aquel eterno color azul de las alturas. En los círculos, en las



D. RAFAEL MORENO
ayudante del general en jefe del ejército de Africa
(de fotografía de J. Martí)

calles, en el hogar, en los balcones, en las ventanas – aquellas ventanas clásicas de tiestecillos, entre cuyas hojas infiltrase el relámpago de los ojos de la malagueña, – en todas partes y en todos los tonos se lanzó la misma nota: la del placer infinito que produjo la noticia de ser nombrado el general para el ejército de Melilla.

Después de esto y aparte del entusiasmo de todas las poblaciones de España, que no cesa, levantándose más á cada segundo – con la despedida de los soldados al campo de operaciones, – después y aparte de esto, digo, nada ocurre en algunos días que merezca notarse; hay que poner en duda, como siempre, toda esa acumulación de telegramas, gacetillas y artículos, de que es imposible hacerse eco por temor de que después haya uno ayudado á propalar perjudiciales y estrambóticas fantasías; lo que hay seguro es que Martínez Campos conferenció inmediatamente con el príncipe Araaf; que mantuvo éste sus súplicas de que los moros continuasen en su comercio con Melilla y sus afirmaciones de que trabajaba para la sumisión completa de algunos rifeños intransigentes, que son los que soliviantan y enardecen á los demás; que Martínez Campos se negó á todo de una manera rotunda, como lo hizo Macías desde el principio; que concedió el general un plazo de veinticuatro horas al príncipe para que se internase en el interior, ó se amparara en nuestro campo, porque él empezaría inmediatamente de cumplido el plazo las operaciones para el avance; que cumplido el plazo las operaciones dieron comienzo con gran expectación y ansiedad de todo el mundo, sin que hasta ahora se sepa, aunque ya se sabrá de seguro cuando estas líneas se publiquen, si Araaf se quedó en el Rif ó pasó á nuestro campo... Y con todo esto, se ha sabido á la vez que un penado maltrató torpemente á un moro adicto nuestro; que se le formó sumaria al punto y que fué fusilado; de aquí resultó la orden de que se desarmase á *la partida de la muerte*, la más hermosa disposición que Martínez Campos pudo tomar desde su corta estancia en Melilla, por aquello que dije en la anterior crónica, de la tristeza que, sin ahondar mucho, produce en el corazón el pensamiento de que los héroes de la campaña del Rif fueran unos presidiarios. De formarse la partida, lo mismo se hubiera podido formar con hombres del ejército. El ejército disciplinado y noble es el que debe pelear por la patria; los presidiarios, á presidio.

Sidi-Mohamet Torres envía una circular al cuerpo diplomático; recomienda con mucho miedo gran circunspección para que se evite en lo posible que los súbditos de las respectivas naciones puedan dar ocasión á encuentros con los naturales del país; en otro lado se asegura terminantemente que el emperador no tiene ganas de hacer sacrificios para castigar á los rifeños; que espera con el mayor reposo á que los



D. LAUREANO DEL BUSTO
ayudante del general en jefe del ejército de Africa
(de fotografía de J. Martí)

castiguen los españoles, como lo hace Francia con los argelinos cuando precisa... Por lo demás, la actitud de los moros hasta hoy no puede ser más seráfica, y hay en el mismo campo español quien cree que se construirá el fuerte Auriach sin que sea preciso sostener combate alguno. Martínez Campos no cesa mientras tanto en sus aprestos; prepárase todo, y el día 30 empiezan las obras, colocando antes las tropas de este modo: una guerrilla delante del fuerte, pero sin traspasar el límite de nuestro campo; una compañía de ingenieros está en el lugar mismo en que el fuerte ha de ser emplazado, para que reanuden las obras; á esta compañía de ingenieros le ayudan cien penados; una brigada, la del general Ortega, colócase en las avanzadas del fuerte de Camellos; refuerza la brigada una batería de montaña; otra brigada, la de Monroy, está dispuesta entre los fuertes de Cabrerizas, protegiendo con esta colocación la margen derecha del río del Oro; el reducto X está defendido por una batería, y tres piezas de Santiago hay en los tres reductos Y; la brigada del general Ribera, que cumple la orden del día, está de reserva en Camellos, y los regimientos de la Constitución, Canarias y Santiago quedan en la llanura. Todo el mundo está dispuesto, con raciones dobles, material de sanidad y cuanto se necesita, en fin, para emprender un combate largo y decidido. En la orden del día, en que el general Martínez Campos explicaba la colocación de las fuerzas, añadió sabios consejos de táctica, manifestando que si hubiera lucha no creía preciso recordar á los jefes y oficiales que con el ejemplo se hace valeroso el soldado; que ninguna fracción podía retirarse de su puesto sin orden de su inmediato jefe; que aun en este caso remotísimo, haríase el movimiento escalonado, sin perder la unión y la disciplina; que en el movimiento de avance se tendría cuidado grandísimo de no adelantar más de lo que se ordenó para que no quedasen retrasados los sostenes; que no se haría fuego sin que lo mandaran los oficiales; que se procurara, siempre que fuese posible, recoger las cápsulas para que el enemigo no las utilizase; que cuando los accidentes del terreno lo permitieran, se cubriesen los tiradores y los sostenes, procurando dirigir los ataques de flanco á las trincheras, y combinando el fuego con los ataques de frente; que la línea avanzada de guerrillas debía ser á intervalos grandes y haciendo fuego los mejores tiradores, hasta que descubierto el enemigo, se tomaran otras medidas, y en fin, que confiaba, caso de que se rompiese el fuego, en que los soldados españoles cumplirían la misión honrosa que les confió la patria, que les estaba contemplando.

Así comenzaron el día 30 las obras del fuerte Sidi-Auriach. El fuego no se rompió.

A las cuatro de la tarde se suspenden las obras; ordena Martínez Campos la retirada; ni un solo hombre queda para impedir que los trabajos sean destruídos si los moros se oponen á ello, y es la prueba á que Martínez Campos somete los deseos de paz de los moros. La noche transcurre con una tranquilidad de limbo: al amanecer se nota con cierta admiración que las obras ejecutadas el día antes no han sido destruídas... ¿Habrá que traer documentos que comprueben lo que voy á decir ahora? En el corazón de muchos de aquellos hombres..., de la mayoría..., de todos, para decirlo de una vez, ¿no hubo un latido más fuerte, de ira quizás..., ¡quién sabe si de dolor!, porque las obras hechas el día antes se encontraron intactas? Aquellos soldados españoles que han paseado toda la nación para llegar á Melilla; que en todas partes fueron acogidos como salvadores; que en todas partes ofrecieron pelear por el honor de España hasta morir; que en todas las almas encontraron admiración, patriotismo, caricias para animarles á la pelea y ovaciones prematuras por las victorias que habían de ganar seguramente; aquellos soldados, desde el primero hasta el último, ¿no se habrán encogido de hombros, pensando con iras calladas que el desenlace no tiene relación, por su pequeñez, con aquello avasallador y grande, de las lágrimas del hijo de cuyos brazos le arrancaron, de la desesperación silenciosa de la mujer amada que le vió partir, de los gritos delirantes de las multitudes al despedirles y de las flores que á su paso les pusieron como alfombra?..

No, nada quiero añadir por mi cuenta, hagamos crónica: desde el instante en que se ve que ni un solo tiro se dispara para la construcción del fuerte Sidi Auriach, aplácanse los delirios que produjo el nombramiento de Martínez Campos para general en jefe del ejército de operaciones en Africa; opínase que la satisfacción producida por el nombramiento no ha dado lugar á comprender bien la manera como se hizo; la reacción no puede ser más desconsoladora; en cuatro días solamente cambia la faz por completo... ¡Triste condición nuestra la de levantar un ídolo para cortar sus manos á continuación y escupir á sus ojos, sin causa realmente grande para levantarlo y sin motivos tampoco que justifiquen después la caída!

Sigue la construcción del fuerte; pero con gran disgusto de Martínez Campos; resulta hoy, como de costumbre en las cosas de España, que el emplazamiento del fuerte en aquel sitio es un disparate; que no debía construirse allí; que el sitio no reune condiciones: Martínez Campos afirma que el fuerte se hará de todas maneras, pero no porque sea necesario, sino por decoro español; por esto mismo no será fuerte, ni nada; será algo construído allí para que los rifeños vean que se construyó; tenemos, en fin, que el fuerte *de verdad* hay que construirlo en otra parte. Una idea aterradora: ¿no será esa la satisfacción que á los rifeños se da para que no hagan armas contra nosotros, quitando ocasión á la tremenda cólera que se levantaría en toda España como *simoun* inmenso que todo lo barriese ya de una vez? No, no seamos pesimistas; eso fuera ya nuestro último dolor, nuestra vergüenza última; ábrase el alma, sonría el cielo, llegue la luz é inúndenos...

Pero lo admirable es que haya quien se entregue

á cavilaciones, buscando la explicación de la actitud pacífica de los rifeños: «que no se tiene la seguridad de que obedezca dicha actitud al influjo del príncipe moro; que no se sabe qué ideas son las de las kabilas, ni lo que piensa el sultán; que el sultán hacía levas de tropas para combatir no se sabía á quién; luego, que el sultán despidió á sus tropas, prueba evidente de que el mismo comino le importaban los rifeños que los españoles; que se ven hogueras de noche en las montañas vecinas, sin que se atine á saber si esas hogueras son para llamar á los rifeños contra los españoles, ó para que ayuden á Muley Araaf,» y por todas partes, en fin, obscuro siempre todo. Lo de Melilla siempre será lo que ha sido desde que empezó *eso:* será agua turbia.



LA GUERRA DE AFRICA. – FUERTE DE ROSTROGORDO (copia de una fotografía remitida por S. Muchart, de Málaga)

Lo que hay que creer como más acertado, como producto de una lógica que no tiene vuelta es, que los rifeños están pacíficos á la vista de los 25.000 españoles que ven allí cerquita, á sus mismas narices, aunque muy pacíficos también, ciertamente; vengan promesas de las kabilas, vengan juramentos del bajá de que el cariño que nos tienen no ha de perecer nunca; vengan saludos embusteros, frases dulzonas de asesinos cobardes, que acarician con la mano izquierda, llevando en la derecha el puñal oculto á la espalda; sí, venga todo, humillaciones; rastrerías, propósitos de amistad que no se rompa; venga todo, que cuando los españoles hayan desaparecido, vendrá también la sorpresa de noche á la guardia raquítica que allí quede, vendrá la matanza, vendrá el degüello, vendrá la mutilación y la profanación de los cadáveres y vendrá por último la risotada horrenda del rifeño con las convulsiones de su risa aterradora de burlas sobre las breñas y entre los jarales del Gurugú.

Con lo de haberse celebrado á petición de los artilleros el día de Santa Bárbara una misa que se celebra con imponente solemnidad; con saberse que continúan las obras de Sidi Auriach sin que nadie se oponga á ello; con las noticias de la agitación que produjeron en las kabilas Maymó Mohatar y Alí Rubio, excitando á la de Benisicar á renovar la lucha para impedir que las obras se efectúen; la esperanza de que el bajá del campo de Mazuza y Frajana pueda contener esos nuevos impulsos hostiles; los telegramas de casi todas las provincias afirmando que no queda satisfecha la opinión con el envío de 25.000 hombres á Melilla para construir un fortín; la negación absoluta de los rumores espeluznantes que se levantaron referentes al río del Oro; que Martínez Campos resintió de su herida; el próximo envío al sultán, *cuando se halle en Marruecos,* de nuevos agentes diplomáticos; la nueva ruptura del cable, y el bando, en fin, que publicó el general en jefe del ejército, en que se amenaza con pena de la vida á los que no entreguen las armas y municiones que tengan sin permiso de la autoridad, á los que retarden la llegada de los confidentes, á los que publiquen noticias que produzcan tibieza en las tropas, á los que propaguen noticias también sobre la situación del ejército ó los planes de guerra, á los que atenten contra la vida de los parlamentarios ó les insulten, y á los que rebasen sin permiso la primera línea de los fuertes; con todas estas noticias, que no quitan ni aumentan la gravedad de la cuestión magna, cierro mi crónica. Entretanto empieza ya á hablarse de la vuelta del ejército; ese no es motivo para que dejen de estar llegando tropas aún al campo de operaciones. Una observación: si para salvar á la patria, que es cosa tan urgente, empleó el ejército en llegar á Melilla el tiempo que se sabe, es posible que al regresar emplee más tiempo aún. Cuando la cola del último batallón esté en su cuartel, es posible que las kabilas hayan vuelto *á su tema...* Sería preciso entonces que el ejército volviese, y España, nueva Penélope, pasaríase la vida en el mayor éxtasis, tejiendo y destejiendo su tela; sólo que la mujer de Ulises se tomó estos trabajos para salvar su honra, y no se sabe todavía para qué se los está tomando España.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



LA GUERRA DE AFRICA. – KABILAS DEL RIF, de un croquis enviado del teatro de la guerra



GIBRALTAR

1. El Peñón, visto desde la frontera española. – 2. La ciudad vista desde el muelle. – 3. Los diques sumergidos delante de las baterías rasantes.

GIBRALTAR

Los sucesos de Melilla llaman la atención de Europa sobre este importante rincón del Mediterráneo. Trátase no sólo de la continuación de la lucha varias veces secular entre la civilización y el fanatismo establecido en nuestras puertas, sino que también de no dejar que las llaves del Mediterráneo caigan en manos demasiado poderosas.

Los ingleses poseen Gibraltar; durante muchos años, en tiempo de la marina de vela, esta situación les permitía cerrar el camino á una potencia enemiga que no habría podido sin grandes peligros aventurarse en el estrecho; pero en la actualidad, aunque Gibraltar continúa siendo una fortaleza inexpugnable, su importancia estratégica es muy escasa, pues ni la playa domina el paso del estrecho ni podría proteger más que medianamente una escuadra amiga atacada por fuerzas superiores: además su territorio es demasiado pequeño para contener un ejército de campo atrincherado. A decir verdad, Gibraltar no es ya más que un depósito de carbón muy fortificado, al par que un gran centro de contrabando que Inglaterra tolera en detrimento de España.

Concíbese, sin embargo, que ese conjunto de fortificaciones sería formidable si se le podía completar con algunos puntos bien escogidos en la otra costa del estrecho, y en ello no deja de pensar un momento la diplomacia inglesa. ¡Vigilen, pues, los interesados!

Gibraltar es de un aspecto pintoresco é imponente á la vez: la vista que publicamos está tomada desde la frontera española, á la cual está unido el Peñón por un istmo estrecho que constituye la zona neutral y cuya anchura disminuye por la acción de las corrientes marinas, pudiendo predecirse que Gibraltar acabará por estar separado del continente si no se toman medidas para evitarlo.

Tiene la ciudad 24.000 habitantes, entre ellos 6.000 de guarnición: la población es en su mayoría española, pero cuenta además muchos marroquíes, judíos y otras gentes del Mediterráneo. El clima es bastante desagradable, caluroso y febril: las montañas que rodean Gibraltar detienen los vientos del Este, que sólo llevan allí brumas persistentes.

La verdadera curiosidad de Gibraltar son las fortificaciones: las baterías rasantes que se extienden desde el puerto al extremo Sur forman una línea abaluartada con cañones de regular calibre y protegida por un dique á flor de agua que á unos 100 metros corre paralelo á ella. Hay también una serie de baterías blindadas y acasamatadas con piezas de 38 toneladas y más que maniobran por medio de máquinas hidráulicas enterradas á gran profundidad. Al pie del paseo llamado la Alameda, un cañón de 100 toneladas domina la mayor parte de la bahía. Pero las baterías más interesantes

son las tres filas abiertas en el espesor mismo de la montaña: la más alta domina el mar desde una elevación de más de 200 metros. El valor de estas baterías es muy dudoso, pues el humo no permitiría hacerlas funcionar mucho tiempo y la conmoción de los disparos quebrantaría el peñasco: por esto sin duda no se las utiliza para las salvas. Pero de todos modos, *Los dientes de la vieja*, como se las llama, producen profunda impresión vistas desde el pie del acantilado.

La vida en Gibraltar no es muy alegre; el terreno y las casas son medidos á los habitantes con gran parsimonia; el régimen administrativo es el de estado de sitio permanente. Al ponerse el sol ciérranse todas las puertas, las patrullas circulan por las calles y nadie puede andar por éstas sin autorización. Sin embargo, de algunos años á esta parte, esta prohibición no es tan absoluta, y en la Alameda se encuentra gente hasta hora muy avanzada de la noche.



1. Paseo y batería de la Alameda. - 2. Las baterías subterráneas

Baterías denominadas *Los dientes de la vieja*

Las calles de Gibraltar, con muy pocas excepciones, son estrechas, tortuosas y sombrías, verdaderas callejuelas que recuerdan los tiempos de la dominación árabe, y entre sus principales edificios sólo hay uno de mérito artístico, la iglesia del Corazón de Jesús, de construcción reciente; de los demás, poco notables desde el punto de vista del arte, merecen ser mencionados la Bolsa, el palacio del gobernador, la iglesia mayor, Santa María la Coronada, la iglesia protestante de la Santísima Trinidad, los hospitales civil y naval, y sobre todo la Biblioteca militar, situada en la plaza de Artilleros, que posee 40.000 volúmenes, un gran servicio telegráfico y una imprenta donde se imprime la *Crónica*, periódico oficial.

Fuera de la Puerta Nueva, hacia el Sur, encuéntrase una gran explanada que sirve de campo de maniobras y en uno de cuyos extremos hay un hermoso circo teatro: hay también por aquella parte bonitos y hermosos paseos, donde se levantan las estatuas de lord Elliot y de lord Wéllington.

La ciudad está surtida de agua por un hermoso acueducto y por gran número de cisternas que aprovechan las filtraciones del monte y las aguas llovedizas; además se construyó hace poco en la falda del monte una cisterna colosal de cabida incalculable.

Una de las particularidades que ofrece el Peñón de Gibraltar es la de ser en la actualidad el único punto del continente europeo en donde todavía se encuentran monos en estado salvaje y pertenecientes á la misma especie que los que hay en Marruecos: su número ha ido, sin embargo, disminuyendo continuamente, y hoy en día apenas si queda allí un centenar de ellos. Estos cuadrumanos son inofensivos y además están muy protegidos por los reglamentos de policía, que por cierto no pecan de blandos en este punto; son de regular tamaño y en los hermosos días cálidos se les ve trepar ágilmente por las montañas. Son bastante sociables y no huyen á la vista de los curiosos que se acercan á contemplarlos: estos curiosos son casi exclusivamente extranjeros, pues los habitantes de Gibraltar hacen poco caso de esos animales. – X.

D. GIL ESCARDILLO

DIPUTADO Á CORTES POR CABEZABAJA

Por supuesto, que doña Nicolasa no es de las mujeres crédulas que tienen fe en sus maridos. Precisamente su cualidad característica es la suspicacia, y su vanidad consiste en proclamar que á ella no se la pega ningún chato. Y como su marido es chato, de aquí que todo el mundo en el pueblo haya creído siempre que la frase de doña Nicolasa es una alusión delicada y un aviso discreto á aquel caballero. Porque el marido de doña Nicolasa es todo un caballero, y así lo dice él á boca llena siempre que hay oportunidad, ó aunque no la haya. Es D. Gil Escardillo, el afortunado esposo de doña Nicolasa, la persona más significada é importante de la villa de Cabezabaja, que lo es de distrito electoral, jefe del partido liberal del mismo distrito, y diputado á Cortes por primera vez en la presente legislatura. Hace años que hubiera podido obtener esta honrosa *embestidura*, como él ha escrito en una alocución de gracias á los electores en Cabezabaja; pero su mujer no quería separarse de él, ó mejor dicho, que él se separara de ella, no por otra cosa sino porque temía que D. Gil se extraviase en la corte, con lo que habría sufrido mucho la buena señora en su vanidad... Esta vez cedió la celosa esposa y dejó que sacaran de las urnas á su marido, por varias razones: la primera porque con esta elección quedaba perfectamente consolidado el prestigio político de la familia, y después porque ya se había calmado mucho la fiebre amorosa que le devoraba en otros tiempos, y últimamente porque Escardillo desde que ha dado en padecer diviesos no está el hombre para aventuras, ni es de creer que dama alguna caiga en la pecaminosa tentación de disputar á la propietaria del sujeto las preferencias de semejante estafermo.

Víno se, pues, D. Gil á Madrid á jurar el cargo, y se instaló en una fonda principal, porque lo primero que le prohibió su mujer fué que se alojara en ninguna de las llamadas casas de huéspedes, porque en estas casas bien sabía ella que había patronas, y entre éstas, sin querer agraviar á la clase, algunas solían ser, por varios conceptos, un gran peligro para sus huéspedes. Y precisamente, en Cabezabaja vivía doña Gertrudis Lomo y Lomo, que hacía seis años no sabía si su marido era muerto ó vivo, porque el tal, buen apunte, tuvo que ir á Madrid á asuntos propios, y se hospedó en casa de una viuda, que recibía huéspedes por conocimiento, y por no pagar contribución, y de la noche á la mañana desaparecieron de Madrid la viuda y el marido de doña Gertrudis, con rumbo á Buenos Aires, desde donde escribió aquél á un amigo para que tranquilizara á la esposa abandonada. Este ejemplo lo tienen muy presente las casadas de Cabezabaja, y siempre que el marido de alguna viene á Madrid le dicen á su mujer las amigas: «No vaya á hacer el tuyo lo que hizo el de la pobre doña Gertrudis.» Verdad es que este marido prófugo, sobre ser más joven que D. Gil, no vino con la *embestidura* de diputado; que en este caso, ya habría sido más cauto; porque, lo que decía doña Nicolasa, un diputado no puede hacer ciertas cosas, y aunque no quiera, ha de ser forzosamente una persona de mucha seriedad, de mucho respeto, de mucho señorío y de *muchisma* vergüenza, y ha de andar con pies de plomo para que no se diga, porque toda la nación tiene en él los ojos fijos, frase tomada del manifiesto de D. Gil á los electores, en demanda de sufragios, escrito por el secretario del ayuntamiento, hechura de D. Gil (el ayuntamiento y el secretario).

Teniendo esta elevada idea de las funciones á que había sido llamado su marido, quedó algo más tranquila doña Nicolasa, ya que no quiso traerla consigo, porque, es claro, mientras estuvieran las Cortes abiertas, para nada podía contar con él, pues tan importante cargo le absorbería todo el tiempo, y además había que considerar también que un hombre como él, de tan pocas necesidades, gastaría muy poco en Madrid, y viniendo ella, el gasto hubiera sido mucho mayor, y aunque tenían buena fortuna, ni á él ni á ella les gustaba derrochar el dinero. Ya tendría ocasión de lucirse doña Nicolasa si, como esperaba don Gil, porque se lo había prometido el jefe del partido, le nombraban gobernador de la provincia, que tenía empeño en serlo para que se las pagasen todas juntas los enemigos políticos; y para conseguir este resultado era preciso que él mismo ejerciera la autoridad, pues los gobernadores que enviaba el gobierno, aunque le reconocían por cacique indiscutible é insufrible, no tenían todo el empuje que él deseaba para quedar bien servido en sus justas venganzas.

Con tan buenos propósitos vino D. Gil á la corte, y escribió á su mujer todos los días ponderando la amabilidad de D. Práxedes y la buena cara que le ponía Gamazo, y que Montero Ríos le sonreía, y que el ministro de la Guerra le había ofrecido poner en Cabezabaja un depósito de caballos sementales, lo que daría grande importancia á la localidad, y en fin, que no tenía un momento para nada, pues le había nombrado de casi todas las comisiones, empeñándose los ministros en que persona de sus luces les ayudara á sacar á flote la nave del Estado, que los pícaros conservadores habían dejado casi embarrancada. «Del Congreso á la fonda y de la fonda al Congreso, esta es mi vida, decía el solapado representante del país; y gracias que tengo buena naturaleza, porque otro caería malo.»

Al principio escribía todos los días á su Nicolasa; después tres veces á la semana, luego dos, y llegó semana en que no recibió más que una tarjeta postal, en que decía D. Gil: «Querida Nicolasa: Estoy buenísimo, pero esto no es vivir; estoy ocupadísimo. No me dejan un momento. Un día de estos empezaré á hablar. No tengo más remedio. Los ministros que me rodean y están esperando que acabe estas cortas líneas te saludan y te besan los pies. Tuyo, *Gilito*.»

El mismo día que doña Nicolasa recibió esta tarjeta postal llegó á Cabezabaja, de regreso de Madrid, el procurador Cañizo, que fué por la tarde con su hermana á visitar á doña Nicolasa. Cañizo no es muy devoto de D. Gil, pero su hermana es íntima de doña Nicolasa, y aquél hace por ella el sacrificio de visitar la casa del cacique. Todos preguntáronle noticias de lo que había visto notable en Madrid.

– Pues lo más notable que hay ahora en Madrid es la *Bella chiquita*, dijo.

– ¿Qué chiquita es esa?, preguntó doña Nicolasa.

– Una francesa muy bien formada, que canta y baila por lo escandaloso...

– ¡Jesús! ¿Y la gente va á verla?..

– Todo el mundo. Yo fuí dos veces, y las dos encontré allí á D. Gil con otros diputados.

– ¿D. Gil?.. ¿Mi marido?.. ¡Imposible!.. Tomaría usted á otro por él...

– Señora, ¿cree usted que no conozco yo á don Gil?.. También le he visto en *Fiesta alegre*.

– ¿Dónde?..

– En el juego de pelota...

– ¡Ave María! ¿Mi marido jugando á la pelota?..

– No, á la pelota precisamente no jugaba, pero apostaba y vi que perdía...

– ¿Que perdía?..

– Sí, señora; no tiene nada de particular. En todo juego unos ganan y otros pierden...

La hermana de Cañizo, conociendo que doña Nicolasa estaba á punto de estallar, dió por terminada la visita, y se llevó al imprudente procurador.

Doña Nicolasa no sabía lo que le pasaba. La idea de que su marido se había desatado en Madrid la atormentaba cruelmente, y discurría cómo tomaría venganza del grandísimo tuno. Era preciso cogerle *in fraganti*.

Al anochecer ya tenía formado su plan. Cogió alguna ropa, haciendo con ella un lío; dijo á los criados que se iba á pasar unos días con su cuñada en Cabezalta, que era la estación inmediata del ferrocarril, y se fué á esperar el tren. Tomó billete para dicho pueblo, pero al llegar á la otra estación lo tomó para Madrid.

II

En el camino, ya que no podía dormir, acabó de redondear su proyecto.

En la estación de Madrid tomó un coche y se hizo llevar á casa de la Montilla, una prima de doña Nicolasa que ha sido cantante de zarzuela y ya no canta por haber perdido la voz, y vive retirada, comiéndose una rentita regular que hizo en el teatro, porque su marido (q. e. p. d.) y ella fueron siempre muy económicos y arreglados. Siempre habían estado en buenas relaciones las dos primas. La Montilla había sido muy traviesa, y de ella esperaba la diputada que inventase alguna astucia con que sorprender al marido extraviado, pues no podía menos de estarlo, si era cierto que Cañizo le había visto en el Circo y en el Juego de pelota.

No se equivocó doña Nicolasa; su prima, que la recibió cariñosamente, tomó á su cargo, en cuanto supo los resquemores que traía, el empeño de buscar traza con que averiguar y seguir los pasos del presunto infiel. Éste no la conocería ya; sólo una vez la había visto, hacía diez años, y fué en el teatro, estando ella vestida de recluta en la zarzuela *Catalina*. Era imposible que la conociese.

– Si estuviéramos en Carnaval, dijo la ex actriz, la careta nos serviría grandemente, haciendo fácil nuestro empeño; pero no importa. Yo te aseguro que hemos de ponernos muy cerca de tu marido y no te ha de conocer. Por lo pronto, querida prima, tú que eres morena, vas á ser blanca y rubia. Precisamente conservo de mis tiempos de teatro tinturas que le costaron un sentido á mi difunto, con las que te convertiré en un momento en una Ofelia. Tú no sabrás quién era Ofelia... Una inocente, que no se parecía á ti ni mí. Vestirás alguno de mis trajes, que ahí los tengo apolillándose, un traje de seda color granate, que jamás ha podido soñar tu marido que vería á su mujer de tal guisa aderezada. Hija, no extrañes en mi lenguaje el empleo de ciertas palabras que no se oirán en Cabezabaja. Son resabios de aquel dichoso tiempo en que yo cantaba los versos de Camprodón. ¿Dices que tu marido vive en una fonda?

– Sí.

– ¿Sabrás el número del cuarto?

– El 13.

– Pues al 14 ó al 15, ó al más inmediato que se encuentre vamos á vivir nosotras. Para saber lo que hace tu marido lo mejor es vivir junto á él.

Doña Nicolasa se prestó gustosa á cuanto quisiera hacer su prima. Dos horas después, blanca, rubia, vestida con su falda granate y su cuerpo azul, encerrado el talle en un corsé de cien ballenas, que era una obra de arte, colocados admirablemente suplementos de algodón en el pecho y las caderas, doña Nicolasa se miró al espejo y no se conoció .. Pero se gustó..., ¡como que parecía tener veinte años menos! Completó su disfraz un espléndido sombrero copiosamente adornado de plumas y pájaros, como jamás se había conocido semejante en el pueblo, y una manteleta de seda, cuajada de encajes y abalorio, en conjunto un traje de gran fantasía, según dijo la Montilla. Ésta se vistió sencilla y modestamente como correspondía al papel que se proponía representar de señorita de compañía de la condesa, porque doña Nicolasa sería condesa de los Tilos. La cómica sacó dos saquitos de mano, donde puso algunos objetos, y á las doce en punto llegaban en un coche á la fonda en que se hospedaba el diputado por Cabezabaja.

Pidieron habitación, y dijo la Montilla al encargado de la fonda:

– Una habitación que no sea el número 13. La condesa tiene mucho miedo á ese número.

– Daré á la señora el 14, que ha quedado vacante.

– No estará al lado del 13, porque á la señora condesa acaso no le gustará la aproximación. ¿Verdad, señora?..

– Es la habitación inmediata, dijo el hombre.

– Bueno, dijo doña Nicolasa; no siendo el 13, lo demás no me importa.

Y las dos se instalaron en el 14, que tiene una puerta de comunicación con el 13.

– ¿Almorzará la señora condesa?, preguntó el hombre.

– Ya lo creo, contestó la Montilla, y yo también almuerzo.

– Pues ya se va á servir el almuerzo.

Fuése el hombre, y las dos primas oyeron que llamaba en el 13 y la voz de bronce y desagradable de D. Gil, que decía:

– ¡Adelante!

– D. Gil, á almorzar, díjole el de la fonda.

– Allá voy. ¿Han venido huéspedes al cuarto ese?, preguntó D. Gil.

– Son *huéspedas*, una condesa y su doncella.

– ¡Sopla! ¿Condesas tenemos?, exclamó D. Gil.

D. Gil quedó solo y tarareaba la marcha de *Cádiz*, pero súbitamente calló. En el cuarto inmediato hablaban alto. Escuchó.

– Señora, decía la Montilla á su prima, ya sabe usted lo que le ha recomendado el Sr. conde, que se divierta usted, que vaya á los teatros, al juego de pelota, á ver á la *Bella chiquita* en el Circo, á paseo, á todas partes, porque lo que usted necesita es mucha distracción para curarse la anemia. Ahora vamos á almorzar. En esta fonda, que nos ha recomendado el Sr. conde, se come muy bien, segun dice... Conque á comer bien, y á divertirse en estos días que vamos á estar en Madrid, esperando al Sr. conde.

No oyó D. Gil la contestación de la condesa, pero oyó abrir la puerta del 14, y en el mismo punto abrió él la suya con el propósito de salir á la galería al propio tiempo que la condesa y ver qué tal pinta tenía esta dama anémica que pasó por delante de él llevando á su izquierda á la camarera. D. Gil hizo una profunda reverencia á la condesa, y llegando á la escalera se adelantó, y con la mayor cortesanía le ofreció el brazo, diciendo:

– Si me dispensa usted el honor de aceptar mi brazo hasta el comedor...

Doña Nicolasa dudó un punto si aceptaría el brazo de su marido ó le cruzaría la cara con el enorme abanico; pero su prima la miró, y la airada esposa dominó su indignación y aceptó el apoyo que le ofrecía el galante diputado, que en llegando al comedor

volvió á saludarla finamente y fué á ocupar su asiento á la cabecera de la mesa. Era ya el huésped más antiguo y la presidía.

Por cierto que doña Nicolasa no pudo menos de asombrarse de que en tan poco tiempo, en dos meses, su marido hubiera experimentado tan notable mudanza. Nunca le había visto ella tan arriscado y tan fino, ni tampoco tan bien vestido y llevando la ropa con tanto garbo y gentil desembarazo. Aquel chaleco blanco primorosamente planchado, aquel cuello de camisa con los picos doblados, aquella corbata sujeta con una sortijilla en que relucía una piedra que sin duda era preciosa, el pelo peinado y abierta la raya en medio del cráneo, la cara pulcramente afeitada, y en fin, el aire desenfadado y resuelto de su persona daban al diputado un aspecto completamente nuevo á los ojos de doña Nicolasa. Él, en su casa de Cabezabaja, tan arisco y poco expansivo, en la fonda de Madrid bromeaba y reía, hablando con los demás huéspedes, entre los cuales había otros dos diputados de la mayoría que se sentaban á derecha é izquierda del presidente.

–Tarde nos retiramos anoche, D. Gil, díjole uno de los colegas. Le oí á usted toser en la galería..., serían las tres de esta madrugada... Yo no podía dormir.

–Sí, ayer hice todo el día la vida del hombre malo, contestó don Gil muy jovial.

–¿Jugó usted y perdió?..

–Algo hubo de eso...

–Si no fuera usted calaverón y hubiera ido como nosotros á oir á Gamazo...; pero no pareció usted por el Congreso.

–Estuve en *Fiesta alegre* toda la tarde, y me costó veintitantos duros que me hizo perder el *chiquito de Andoaín*... Desde allí fuí al Casino, donde nos reunimos á comer y á quitar el pellejo á Gamazo algunos diputados vinícolas, quiero decir interesados en...

–Ya, ya entendemos.

–Amigo, en el Casino se come bien, pero bien. ¡Qué sopa de rabo de buey! ¡Y qué langosta con mayonesa!.. Y un vino de Jerez que quita las penas.

–Y luego irían ustedes á la reunión de la comisión de los vinos en el Congreso...

–Yo, no; encargué á Pitos que dijera que me adhería á lo que se acordase, y me fuí al Circo á ver á la *Bella chiquita*.

–¡Por la tarde el *Chiquito*, y por la noche la *Chiquita!* D. Gil, le veo á usted en camino de perdición.

Y D. Gil se reía como un bobalicón.

–Es la tercera vez que veo á la *Bella chiquita*, y lo que siento es que le van á prohibir bailar por el escándalo que arma el público.

–Yo no la he visto.

–Ni yo.

–Pues aconsejo á ustedes que la vean.

–¿Es muy niña?..

–No, señor, veinte años y pico...; pero una mujer superior..., de la que no se ve así como se quiera.

–D. Gil no contará esas impresiones á su señora, me parece.

–¡Ja, ja! Dios me libre. Si ella supiera quién es la *Bella chiquita* y que he ido á verla tres veces, ya tenía yo jaqueca para el resto de mi vida... Y tampoco le mandaré este retrato de la individua que compré anoche por dos pesetas.

–¡A ver, á ver!..

Y el retrato pasó de mano en mano hasta llegar á las de doña Nicolasa, que, poniéndose en pie, rasgó con rabia la fotografía, hizo de ella menudos pedazos, y sin que la Montilla la pudiera detener, fué por detrás de las sillas que rodeaban la mesa hasta la cabecera, ocupada por el diputado, y se los tiró á la cara.

–¿Qué es esto, condesa?.., preguntó sorprendido el legislador.

La Montilla, que había seguido á doña Nicolasa, la recogió en sus brazos, porque la pobre esposa cayó con un síncope cuando iba á increpar al marido.

Todos acudieron á la paciente; sentáronla en un sillón; hiciéronla aire; le quitaron el sombrerón, que había conservado puesto, y trataron por todos los medios conocidos de hacerla recobrar el sentido.

–¿Quién es esta señora?.., preguntó á D. Gil uno de los diputados.

–Es una condesa que ocupa desde esta mañana el cuarto inmediato al mío... No la conozco, sólo sé que es condesa, que está anémica, que ha venido á Madrid á divertirse y que dentro de unos días vendrá su marido el conde...

En este punto, doña Nicolasa abrió los ojos, se puso en pie, y abriéndose paso se abalanzó á D. Gil y cogiéndole de las solapas del chaleco le gritó:

–¡Infame, infame!

–¡Nicolasa!.., exclamó con espanto el representante de Cabezabaja.

–¡La condesa Nicolasa!.., dijo uno de los diputados, sin poder contener la risa.

–¡Todo acabó entre nosotros!.. Yo no quería creer que tuviera usted tan poca vergüenza, y he venido á convencerme. Convencida ya, me vuelvo á Cabezabaja...

–¡Por Dios, Nicolasa!.., murmuró corrido y confuso el gran cacique.

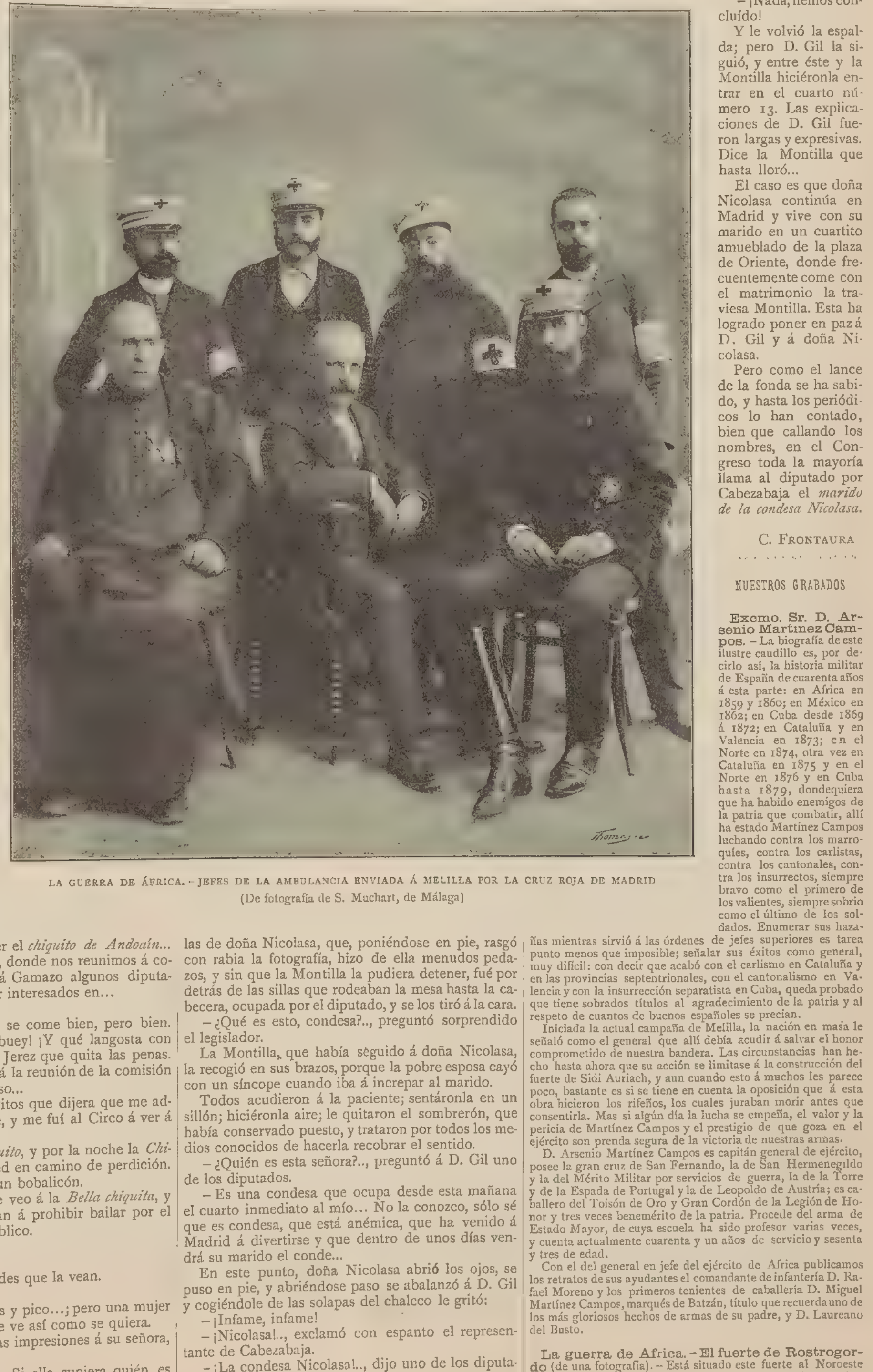
–¡Nada, hemos concluído!

Y le volvió la espalda; pero D. Gil la siguió, y entre éste y la Montilla hiciéronla entrar en el cuarto número 13. Las explicaciones de D. Gil fueron largas y expresivas. Dice la Montilla que hasta lloró...

El caso es que doña Nicolasa continúa en Madrid y vive con su marido en un cuartito amueblado de la plaza de Oriente, donde frecuentemente come con el matrimonio la traviesa Montilla. Esta ha logrado poner en paz á D. Gil y á doña Nicolasa.

Pero como el lance de la fonda se ha sabido, y hasta los periódicos lo han contado, bien que callando los nombres, en el Congreso toda la mayoría llama al diputado por Cabezabaja el *marido de la condesa Nicolasa.*

C. FRONTAURA



LA GUERRA DE ÁFRICA.–JEFES DE LA AMBULANCIA ENVIADA Á MELILLA POR LA CRUZ ROJA DE MADRID
(De fotografía de S. Muchart, de Málaga)

NUESTROS GRABADOS

Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos. – La biografía de este ilustre caudillo es, por decirlo así, la historia militar de España de cuarenta años á esta parte: en Africa en 1859 y 1860; en México en 1862; en Cuba desde 1869 á 1872; en Cataluña y en Valencia en 1873; en el Norte en 1874, otra vez en Cataluña en 1875 y en el Norte en 1876 y en Cuba hasta 1879, dondequiera que ha habido enemigos de la patria que combatir, allí ha estado Martínez Campos luchando contra los marroquíes, contra los carlistas, contra los cantonales, contra los insurrectos, siempre bravo como el primero de los valientes, siempre sobrio como el último de los soldados. Enumerar sus hazañas mientras sirvió á las órdenes de jefes superiores es tarea punto menos que imposible; señalar sus éxitos como general, muy difícil: con decir que acabó con el carlismo en Cataluña y en las provincias septentrionales, con el cantonalismo en Valencia y con la insurrección separatista en Cuba, queda probado que tiene sobrados títulos al agradecimiento de la patria y al respeto de cuantos de buenos españoles se precian.

Iniciada la actual campaña de Melilla, la nación en masa le señaló como el general que allí debía acudir á salvar el honor comprometido de nuestra bandera. Las circunstancias han hecho hasta ahora que su acción se limitase á la construcción del fuerte de Sidi Auriach, y aun cuando esto á muchos les parece poco, bastante es si se tiene en cuenta la oposición que á esta obra hicieron los rifeños, los cuales juraban morir antes que consentirla. Mas si algún día la lucha se empeña, el valor y la pericia de Martínez Campos y el prestigio de que goza en el ejército son prenda segura de la victoria de nuestras armas.

D. Arsenio Martínez Campos es capitán general de ejército, posee la gran cruz de San Fernando, la de San Hermenegildo y la del Mérito Militar por servicios de guerra, la de la Torre y de la Espada de Portugal y la de Leopoldo de Austria; es caballero del Toisón de Oro y Gran Cordón de la Legión de Honor y tres veces benemérito de la patria. Procede del arma de Estado Mayor, de cuya escuela ha sido profesor varias veces, y cuenta actualmente cuarenta y un años de servicio y sesenta y tres de edad.

Con el del general en jefe del ejército de Africa publicamos los retratos de sus ayudantes el comandante de infantería D. Rafael Moreno y los primeros tenientes de caballería D. Miguel Martínez Campos, marqués de Batzán, título que recuerda uno de los más gloriosos hechos de armas de su padre, y D. Laureano del Busto.

La guerra de Africa. – El fuerte de Rostrogordo (de una fotografía). – Está situado este fuerte al Noroeste de Melilla, á una distancia de 3.500 metros de la plaza y sobre



UN DÍA DE AUDIENCIA, COPIA



J. Jiménez Aranda, grabado por J. V. Valla

una altura de 124 metros: como uno de los más avanzados sobre los límites del campo tiene gran valor estratégico; pero por lo mismo que se halla muy lejos de la plaza, su situación es expuesta y puede llegar á ser en algunos casos verdaderamente comprometida, como sucedió en los últimos días de octubre y primeros de noviembre, durante los cuales hubo que trabar serios combates para lograr su aprovisionamiento. Rostrogordo fué construído según el proyecto y bajo la dirección de D. Eligio Souza, siendo gobernador de Melilla el general Mirelis.

Kabilas del Rif, de un croquis. El rifeño, con la característica trenza que á modo de coleta adorna su cabeza afeitada en el resto, tiene generalmente una vida sedentaria, es de constitución vigorosa, trabaja con algún esmero sus tierras, y aunque inquieto y soberbio procura siempre esquivar el peligro y no comprometer su hacienda cuando perseguido por la voracidad de sus kaíds tiene necesidad de defenderla. La ruda independencia de que alardean esos moros fronterizos de nuestras posesiones de Africa ha producido varias salvajes agresiones de su parte, como la que ha dado lugar á la actual campaña. El rifeño, sin desdeñar la lucha frente á frente cuando el odio de raza ó el fanatismo religioso le impulsa, prefiere la guerra de traiciones, sorpresas y emboscadas, para la cual sabe aprovechar como pocos el menor accidente favorable del terreno; se muestra cruel con el vencido, y en sus instintos sanguinarios no respeta ni siquiera á los muertos, cuyos cuerpos mutila con horrible ensañamiento.

Tal es el pueblo con quien tantas veces hemos luchado y que en la actualidad obliga á España á mantener en la plaza de Melilla un numeroso ejército, si no para vengar por ahora sus anteriores desmanes, para evitar nuevas tropelías.



EL TENIENTE GENERAL EXCMO. SR. D. JOSÉ CHINCHILLA Y OÑATE
comandante general del segundo cuerpo del ejército de Africa

La guerra de Africa. – Jefes de la ambulancia enviada á Melilla por la Cruz Roja de Madrid. - Cierto es que los ejércitos modernos cuentan hoy con elementos de que carecieron los que existieron hace cuarenta años, y que como factor importantísimo, al movilizarse, van acompañados de brigadas sanitarias, provistas de cuanto la ciencia aconseja para socorrer á los heridos en el campo de batalla. La experiencia, sin embargo, ha probado que la asistencia oficial, ó sea la adscrita á los cuerpos armados, no podía llenar, en determinados casos, cumplidamente su sagrado cometido, dando con ello lugar á que la iniciativa particular aportara su auxilio para aminorar en lo posible las desgracias que ocasione la guerra. En Suiza germinó la idea, que fué acogida fervorosamente por todos los que imados de cristianos



EL TENIENTE GENERAL EXCMO. SR. D. F. PRIMO DE RIVERA
comandante general del primer cuerpo del ejército de Africa

sentimientos, se hallan dispuestos á practicar las santas doctrinas del Crucificado. Ejércitos de paz, compuestos de médicos, practicantes, camilleros y de esas heroínas que conocemos con la denominación de *Hermanas de la Caridad*, constituyen la falange de la Cruz Roja, destinada al socorro de heridos en campaña. En España hállase la sociedad perfectamente organizada, conforme lo demuestran las expediciones de material sanitario remitidas á Melilla desde varias provincias y el personal que se ha trasladado á la plaza africana. Madrid remitió un servicio completo de Sanidad Militar compuesto de camillas, colchones, mantas, sábanas, catres, muletas, botiquines, etc. El alto personal de la ambulancia constituíanlo el Rdo. D. Mariano Antonino Herrero; el Excmo. Sr. marqués de Casa Pacheco, vicepresidente de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja; D. Juan Cortellini, tesorero; D. Ramón García Rodrigo Nocedal, y los doctores D. Ricardo Moragas y Ucelay, D. Víctor Gutiérrez Romillo y D. Manuel Rodríguez. El personal subalterno hállase formado por un oficial de secretaría y un escribiente, cinco practicantes de cirugía, dos de medicina, uno de farmacia, un jefe de camilleros, un carrero, un corneta, un ordenanza y veinticinco camilleros.

¡Bien haya tan laudable institución y bien hayan los que abandonan su bienestar exponiéndose á las contingencias de una campaña, animados sólo del deseo de socorrer á sus semejantes!

Un día de audiencia, cuadro de José Jiménez Aranda. – Bien conocido de nuestros lectores es el nombre de este pintor ilustre, muchas de cuyas obras han sido reproducidas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dándonos repetidas ocasiones para ensalzar justamente sus talentos y decir lo que representa este artista en la historia contemporánea del arte español. Su cuadro *Un día de audiencia* es como una síntesis de sus aptitudes artísticas en el género que con predilección cultiva: en él se revela el conocedor de los tipos y costumbres de nuestros antepasados á principios de este siglo; el pintor enamorado de aquella indumentaria pintoresca como pocas, y como pocas rica en colores vivos y matices delicados; el dibujante correcto que cuida con solícito esmero de la forma; el artista asombrado ante la grandiosidad y belleza de nuestros monumentos arquitectónicos; el maestro, en suma, que siente hondamente la emoción estética y para quien no tiene secretos el arte de expresarla plásticamente.

El teniente general Excmo. Sr. D. F. Primo de Rivera. – El general Primo de Rivera es uno de los oficiales generales de más brillante historia del ejército español. Peleando siempre por el honor de nuestra bandera conquistó sus grados y alcanzó inmarcesibles laureles: un solo hecho de armas de los muchos por él realizados basta para probar sus méritos, la batalla de Montejurra y la consiguiente toma de la plaza de Estella en febrero de 1876. Allí se cubrió de gloria y demostró ser tan hábil estratégico como valiente soldado el que hoy manda el primer cuerpo de ejército de Africa y que por aquella acción de guerra alcanzó el título de marqués de Estella.

El teniente general Excmo. Sr. D. José Chinchilla. – Comenzó su carrera militar el actual comandante del segundo cuerpo de ejército de Africa en 1852, y después de haber tomado parte importante en las jornadas de Madrid de junio de 1856, pasó á Cuba con el general Serrano en 1857, en 1860 á Santo Domingo y en 1862 á México. En 1864 volvió á Santo Domingo, regresó á España al terminar aquella guerra, y al iniciarse la lucha separatista volvió á Cuba y de regreso á España combatió valerosamente contra los carlistas en el Norte. Es teniente general desde 1884; ha sido capitán general de Aragón en 1884, de Canarias en 1885 y de Cuba en 1889 y ministro de la Guerra en 1888. Al ser recientemente destinado á Africa desempeñaba la jefatura del cuarto cuerpo de ejército.

El general de división Excmo. Sr. D. Manuel Macías (de una fotografía). – Tiene el general Macías una brillantísima hoja de servicios, llena de hechos notables por él realizados en Santo Domingo, en la guerra carlista y en Cuba: terminada esta última, en la que alcanzó el grado de brigadier y la gran cruz del Mérito Militar, desempeñó tres años el cargo de comandante de Melilla. A poco de iniciarse los actuales sucesos fué nuevamente enviado con igual carácter á aquella plaza, y hoy es jefe del Estado Mayor general del ejército allí en operaciones. Los importantes trabajos de atrincheramiento por él llevados á cabo en el campo de Melilla durante su corto mando último han merecido grandes elogios del general Martínez Campos, quien, gracias en buena parte á ellos, ha podido comenzar inmediatamente después de su llegada la construcción del fuerte Sidi Auriach.

Sres. Jefes y Oficiales del regimiento de infantería de Toledo núm. 35 á su salida de Granada para Melilla (de fotografía de los Sres. Señán y González). – A la galantería de nuestros buenos amigos los excelentes fotógrafos granadinos Sres. Señán y González debemos la fotografía que reproduce nuestro grabado representando á los señores jefes y oficiales del regimiento de Toledo, agrupados en el histórico patio de los leones de la Alhambra, momentos antes de abandonar la que fué capital de los monarcas nazaritas, para unirse al segundo cuerpo de ejército de operaciones en Melilla. Granada, al igual de las demás ciudades andaluzas, despidió al regimiento con patriótico entusiasmo, demostrando con ello el interés que en todos despierta la guerra y el cariño que merecen los valientes oficiales y soldados, que en cumplimiento de su deber no titubean en derramar su sangre y exponerse á mil peligros por defender los derechos de la patria.

¡Dios haga que puedan regresar con los laureles de la victoria, alcanzada con pocos sacrificios!

El niño Raul Fausto Capablanca, notable ajedrecista (de una fotografía). – Nació Raul Fausto Capablanca en el Campamento del Príncipe (Habana) en 19 de noviembre de 1888. Un día en que su padre, primer teniente de caballería, se lamentaba de la ausencia de su jefe, el general Loño, con quien solía jugar al ajedrez, díjole el pequeñuelo: «Yo me he aprendido las jugadas del general, y si tú quieres perder ahora, juega conmigo.» Comenzaron la partida y á los pocos minutos el chiquillo capturó á su padre casi todas las piezas y le obligó á rendirse.

Desde entonces el niño Raul es la admiración de los concurrentes al Club de ajedrecistas de la Habana, en donde juega solamente los domingos porque su padre, con muy buen acuerdo, no le permite jugar sino de tarde en tarde á fin de que no se fatigue su infantil imaginación, y eso que, según frase del presidente de aquella sociedad, «parece que los cálculos no le cuestan esfuerzo alguno, como si no tuviera que trabajar con el cerebro, sino sólo con la vista y con las manos.»

El juego de Raul, más que profundo y reposado es rápido y brillante y amenizado con frases picantes, con las cuales fustiga á sus adversarios derrotados. Para jugar el incipiente Ruy López se arrodilla en una silla, se apoya en el tablero con los brazos cruzados, y como un *Petit Caporal* mandando en jefe, tan pronto como su contrario juega le dice con inimitable gracia á cualquiera de los espectadores para que le ayude á ejecutar sus movimientos las jugadas que hay que hacer, y cuando el enemigo se le rinde se baja de la silla, hace en el suelo algunas piruetas y se vuelve á sentar esperando nuevos desafíos.

¿Cómo ha podido comprender este niño los principios de tan complicado juego sin que nadie se los haya enseñado y sólo viendo jugar en silencio á su padre y á otras personas? El caso es realmente fenomenal y constituye una de esas maravillas que de cuando en cuando denotan la existencia de un genio privilegiado.

Raul es el *champion* de los ajedrecistas infantiles, pues no se sabe que nadie á su edad haya podido comprender y ejecutar los planes de la ciencia de Steinitz.



EL GENERAL DE DIVISIÓN EXCMO. SR. D. MANUEL MACÍAS
jefe del Estado Mayor general del ejército de Africa

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

«Me ama todavía y me ama como yo la amo, decía Pacheco. ¿Por qué no he de esperar ahora la dicha? Ya sabe que no soy libre, que no puedo darle mi nombre; sabe también que he cumplido mis deberes de caballero, mis obligaciones de hombre honrado... ¿Soy yo culpable si el amor me abrasa y si loco me dejo arrastrar por una pasión que del más puro afecto ha nacido? No iré á Lisboa, no iré; pero ella vendrá, yo quiero que venga; lo quiero: Si me ama como yo la amo, ¿qué nos importa el mundo ni los seres que lo pueblan? Sin ella no quiero la vida, no la necesito.»



Pero Luis, á la vista de su niña querida, de su amor celestial, se arrojó sobre ella.

Recibió Pola una contrata en blanco de la empresa del Real de Madrid. Sus luchas fueron terribles; aceptó por fin, pero exigiendo *debutar* un día señalado del mes de enero y con *Lucía*. La empresa asintió sin vacilar.

Luis creyó morir de placer cuando recibió la noticia; pero Pola exigía que no la viese hasta después de su *debut;* al día siguiente del estreno se trasladaría del hotel á su casita, ya que la conservaba, y allí se verían; antes, de ninguna manera; si Luis no prometía y juraba cumplir esto, rompería el contrato que acababa de firmar.

Pero Luis lo prometía todo por volver á verla.

No faltaban dos meses para lograr esta dicha, y le parecía que estaba tan lejos...

Nunca sus impaciencias ni sus desasosiegos fueran iguales.

La empresa del Real lanzó al público el nombre de la celebridad; había contratado á la Pola; una *estrella* que no cumpliera los diez y nueve años. Pidieron datos biográficos y la artista los envió cumplidos: nada quiso ocultar; relató su vida entera sin reservas, desde que sus recuerdos aparecían en el pueblecillo de la provincia de León, que recordaba siempre, hasta su *debut* en Milán con el *Barbero de Sevilla.* Calló solamente el nombre de su protector y el de su prima, pues que ambos figuraban en la interesante biografía; y como se llamaba Leopolda Suárez, la sociedad madrileña se dió á buscar una dama encopetada que llevase aquel apellido; no pudo dar con ella.

¡Qué grande vió Luis á Pola en aquella franqueza y en la reserva que usaba con el nombre de la prima infame! Madrid entero estaba intrigado. No era el menos contento Roncalito. «¡La Pola, hombre; la galleguita, se decía, haber llegado tan alto! Ya será menos montaraz, ya sabrá apreciar lo que vale un muchacho aristócrata que viste frac correctamente; le pediré perdón por las inconveniencias de aquella noche, y la trataré con los mayores respetos... Las muchachas así.... salidas de la nada, son muy dadas á que las traten como á grandes señoras.»

Se anunció la llegada de Pola; la empresa y algunos abonados, tan curiosos como desocupados, fueron á la estación á esperarla. El efecto que su presencia produjo fué desastroso; los retratos la favorecían muchísimo; tenía bonitos ojos, negros y grandes; nariz correcta, cejas arqueadas, boca chiquita, dientes diminutos, pelo castaño y sedoso; pero ¡era tan poquita cosa, tan menuda, tan delgadita, y tenía una mirada tan triste y apagada, que no correspondía la mujer á lo que se decía de la cantante! Los abonados le pusieron un pero enorme: con aquella expresión seráfica y aquella humildad no se iba á ninguna parte.

En fin, allá verían si habían de aplaudir ó de silbar.

Pola paseó la mirada por el andén; hubiera querido que Luis faltase á su juramento; casi le reprochó el cumplimiento estricto de su palabra; quiso hospedarse Pola en un hotel, y en todo el trayecto desde la estación á la Puerta del Sol no dejó de mirar por la ventanilla del carruaje; pero no vió á Luis.

¡Cómo le latía el corazón! Escribió inmediatamente una carta; era para él; le decía que había llegado, que *debutaría* á la noche siguiente, y que al otro día estaría en su gabinetito á las dos de la tarde; no iría más temprano para que no dejase Luis de almorzar con su familia. Ni una palabra de amor, ni una. Pacheco no había ido de ocultis á la estación, ni había visto á Pola; pero estaba en la casa de la calle de San Miguel cuando llegó á ella la señora de Altuna; también él tenía esperanzas de que Pola no pudiese resistir al deseo de ver su gabinetito.

Luis abrazó y besó á la excelente señora. Tantas eran las preguntas que le hacía, tan pronto exigía las respuestas, que no había medio de entenderse; pero lo supo todo, todo; que Pola no vivía más que para él y que vivía muriendo porque le adoraba, y sabía que su dicha era imposible de realizar.

«¡Oh! No, no es imposible, pensó Luis; yo te probaré hasta la evidencia que los lazos del alma los forma Dios, y que ninguno hay más santo ni más grande que el del amor.»

Contestó á Pola: «Respiro el aire que tú respiras; estoy cerca de ti; siento los latidos de tu corazón; me miro en tus ojos; ya soy feliz, Pola;» y no pudo escribir más. La señora de Altuna le prometió volver en la tarde con otra carta y volvió. En ella no hacía referencia la joven á las frases de amor que Luis le había escrito por la mañana. Le repetía que *debutaba*, le rogaba que fuese á oirla y que llevase á su esposa.

Este ruego hizo á Luis muy mal efecto. «Busca un escudo contra sí misma y contra mí; quiere evitar que yo entre en su cuarto, pensó. Pues bien: procuraré que vaya Camila. Desde la muerte de nuestro hijo no hemos vuelto al Real; yo no tendría tampoco pretexto para ir sin ella. ¿Querrá?»

Luis pensaba todo esto yendo á su casa á la hora de comer, preocupado con las emociones de aquel día y prometiéndose rondar aquella noche el hotel en donde se hospedaba Pola para estar cerca de la criatura idolatrada.

La señora de Altuna le había dicho que respetase el capricho de Polita. «Si le veo antes de mi estreno y si visito antes también la tumba de mi madre, no respondo de mi éxito; debo cumplir primero con mi obligación,» dijera la joven.

No sabía Luis cómo entablar con su mujer la conversación sobre el acontecimiento lírico que para la noche siguiente se preparaba; temía venderse, y temía que la suspicacia de Camila, siempre maliciosa y dispuesta á juzgar mal, cayese en la cuenta de que tenía demasiado interés por oir á la Pola.

Cuando Luis torturaba la inventiva para hablar de lo que tanto le preocupaba, se estremeció como si lo hubiesen pinchado; su mujer le preguntaba un tanto confusa si iría al estreno de la célebre artista.

– ¿Por qué me lo preguntas?

– No: por nada. ¡Como viene precedida de tanta fama!..

– Sí; dicen que es sorprendente.

– Por eso.

– ¿Quieres que vayamos?

– Yo no tengo interés: ya sabes que mi ánimo no volverá á estar jamás dispuesto á diversiones; pero si por mi causa has de dejar tú de ir, iremos.

– Pues iremos; esta misma noche voy á comprar el palco.

– Es inútil, no hay ninguno; pero estuve hoy en casa de la marquesa del Arroyo y me invitó para el suyo; con mandarle un recado diciéndole que aceptamos...

La del Arroyo era la madre de Roncalito, y Luis odiaba al muchacho hasta el punto de necesitar contenerse para no pegarle cuando le echaba la vista encima. Sin embargo, aceptó.

– El hijo de la marquesa conoce á esa cantante, dijo Camila con indiferencia, y asegura que es verdad cuanto dice la biografía; lo que no sabe es el nombre de su protector.

– ¿Y sabe el de su prima?, preguntó Luis para disimular su turbación.

– Creo que no, replicó Camila, no hemos hablado de esto.

Si Luis hubiera mirado á su esposa, advirtiera en ella alguna turbación; pero harto preocupado con la que él sentía, continuó comiendo y mirando al plato para mejor disimular.

No se habló más; enviaron la contestación á la marquesa, y quedó convenido que asistirían al estreno de la Pola.

* * *

El teatro Real lucía sus mejores galas.

Temprano se había dado cita la concurrencia, y antes de comenzar la ópera, ya la brillante sala estaba llena. Había intranquilidad en los ánimos, desasosiego en el pensamiento, y todo el mundo aguardaba con impaciencia jamás sentida en tales casos.

¡La Pola! Este nombre corría de boca en boca: los que la habían oído ensayar aquella mañana, no pudieron formar idea, porque no había hecho otra cosa, como quien dice, que escuchar la orquesta y conocer á sus compañeros. La empresa mostrábase reservada; el director de orquesta encogía los hombros, arqueaba las cejas y extendía el labio inferior; los primeros violines respondían con un «veremos» á quien los interrogaba, y los abonados que la conocían personalmente aseguraban que como mujer no valía un comino. Pero, en fin, la fama era extraordinaria.

Los reyes y las infantas ocupaban su palco también antes que comenzase la función; el entusiasmo era grandísimo.

No había sido Camila de las últimas en llegar, y entró en el palco antes que la del Arroyo. Luis estaba pálido, desencajado; no sabía lo que pasaba por él; no había podido comer, el estómago rechazaba todo alimento, tal era la revolución que traía el regulador de su organismo. El corazón se le había repartido por todo el pecho, los oídos le zumbaban, las piernas parecían de trapo y el brazo apenas podía sostener el de su mujer. Hubiera querido Luis que ya estuviesen los marqueses en el teatro; temía encontrarse solo con Camila cuando apareciese Pola; temblaba como el criminal novel cogido in fraganti. ¿Y si no podía contenerse y delante de su mujer se vendía? Estar allí, allí, tan cerca de ella y no entrar á verla, á estrecharla, á impedir que saliese al público... Luis se arrepintió por vez primera de haber enviado á Italia á su protegida; él tenía la culpa de que toda aquella gente fuese á juzgar á Pola, á censurarla ó aplaudirla, á lo que fuese, pero siempre á ocuparse de ella, de ella, que estaría temblando como él temblaba... Pola debía estar sufriendo horriblemente, pero él sufría muchísimo más; hubo momentos en que se le turbó la vista y creyó desvanecerse; jamás se había violentado tanto; nunca tuviera necesidad de hacer mayores esfuerzos con haber hecho muchos en el espacio de dos años. Camila parecía también impaciente y preocupada.

El primer acorde de la orquesta produjo en Luis una violenta conmoción; ahogó un grito y apretó el corazón temeroso de que saltase hecho pedazos: en ese momento entraron los marqueses del Arroyo y su hijo; con el movimiento de entradas y saludos pudo reaccionarse Luis un tanto.

Roncalito y el marqués insistían para que Pacheco aceptase un puesto visible, pero se negó pretextando que se encontraba atrás mucho mejor. Ni sabía lo que pasaba por él, ni lo que sentía, ni lo que deseaba; apenas veía, y cuando sintió la voz de Lucía y el murmullo del público, se levantó sin poder contenerse; la voz había llamado á su alma con un repique alborotador; el recuerdo de aquella noche de luna, de aquel *Salve dimora* tan dulce y arrobador, vino á salvarle de no cometer una imprudencia: vió á Pola sentada en el banco de piedra del paseo á su lado, abandonándole la mano y cerrando los ojos; era completa la ilusión. Pero ésta duró poco: no pudo conformarse y miró, miró ansiosamente, miró con amor infinito á su niña, á su pequeña encantadora: era ella, era la misma, con su aspecto enfermizo y triste; ¡pero qué voz!, ¡qué voz del empíreo era la suya! El público estaba electrizado y estalló en un aplauso. Roncalito se puso de pie, alzó los brazos y aplaudía adelantando el cuerpo sobre la cabeza de su padre.

– ¡Brava! ¡Bravísima!

Pola paseó la mirada por la sala, inclinó primero el busto haciendo una reverencia á los reyes que la aplaudían con entusiasmo y saludó después al público. Luis creyó que las miradas de Pola le buscaban: no hizo nada para que le viese, pero tampoco se ocultó; quedó inmóvil, pálido y con los ojos fijos en la criatura idolatrada. ¡Qué bella era! ¡Qué hermosura tan dulce y tan expresiva la suya!

Al terminar el acto, volvió á levantarse el telón para que saliese la Pola; el público estaba contentísimo y se prometía un concertante y un rondó excepcionales.

Luis no pudo moverse del palco, pero Roncalito salió disparado; iba corriendo á saludar á la *diva*, eran antiguos conocidos y amigos. Pacheco le hubiera ahogado de buena gana por embustero y por malvado; recordaba lo que le había contado Pola.

La marquesa declaró que le gustaba mucho la artista; era fuertemente simpática aquella carita de muñeca linda, y aquellos ojos y aquel cuerpo endeble prevenían en favor de sus condiciones morales.

Camila apenas hablaba: parecía preocupadísima. La platea de la marquesa estaba situada casi enfrente del palco regio, y la de Pacheco no quitaba ojo á los reyes cuando aplaudieran con muestras de simpatía hacia la cantante; cualquiera diría que sentía envidia de ésta.

Roncalito volvió mohino: la Pola no había querido recibirle; es decir, no podía recibir á nadie; así lo dijera su dama de compañía, una señora que se daba tono de reina destronada.

– ¿No tiene madre?, preguntó Camila echándose los gemelos á la cara, por lo cual no pudieron advertir que se turbaba para preguntarlo.

– ¿Pues no ha leído usted su biografía?, saltó Roncalito dándose humos de muy enterado.

– ¡Ah! Sí, es verdad.

– Se la encontró muerta de hambre y de frío una noche que volvía de pedir limosna. ¿Y querrán ustedes creer que siento así como remordimiento? ¿Que de qué? Pues de no haberla socorrido, porque aquella noche bajaba yo del Veloz y la encontré en el portal... y... vamos, que fuimos crueles con la pobre muchacha. ¡Quién había de pensar!

Luis miró á Roncalito con ira.

– Yo quería hablarle esta noche para pedirle perdón y ofrecerle mis respetos; pero si no se la puede ver... lo dejaremos para otra noche: en el otro intermedio volveré... ¡Quién sabe si el protector anónimo la prohibe que reciba visitas! Será un viejo verde, egoistón, que todo lo quiere para sí.

Pacheco hubiera pulverizado á Roncalito.

El segundo acto mantuvo latente el entusiasmo del público. El heredero del marquesado del Arroyo se deshacía las manos aplaudiendo rabiosamente, hasta llamar la atención de los artistas, que miraron al joven y cuchichearon entre sí; la *diva* dirigió también la vista al palco, y por un instante sintió que le faltaban los alientos; fijó sus ojos grandes y negros en Camila de un modo amenazador, y Camila bajó los suyos como si aquellos ojos le hubiesen clavado dos puñales.

Luis vió á Pola fijarse con insistencia en su mujer y creyó que ya la conocía.

– ¿Será casualidad ó habrá preguntado?.., se dijo. De lo que estoy seguro es de que no me ha visto á mí. ¡La miró tanto á ella y con una expresión!.. Creo que la miraba con odio... ¡Odio, no! Los ángeles no pueden sentirlo por nadie y menos por una mujer que de nada es culpable

– Me ha reconocido, dijo Roncalito lleno de orgullo, se ha fijado en mí: le han llamado mis aplausos la atención.

– ¡Qué necio!, pensó Luis.

– ¡Allá voy otra vez!

Y Roncalito salió del palco atropellando sillas.

¡Qué ganas se le pasaron á Luis de darle un achuchón!

– ¿Por qué no vienes, Luisillo?

– No tengo ganas de moverme.

– Estás electrizado, ¿verdad?

– Sí.

– La cosa no es para menos, chico; el fin del mundo en *Lucías*, lo nunca visto. ¡Cómo saldrá ese *rondó!*

Antes de un cuarto de hora ya estaba Roncalito de vuelta; pero qué satisfacción; qué alegría le retozaba por todo el cuerpo.

– La he visto, he hablado con ella; me colé con el empresario, que entraba con un gentilhombre. Sus majestades la han felicitado con mucho cariño, y es una buena chica. ¡Queréis creer que al recibir el recado de los reyes se echó á llorar!..

Luis levantó los ojos al palco regio; si hubiera podido estrechar contra su corazón á los soberanos los hubiera estrechado con gratitud sin límites.

– Pues, entré, dijo Roncalito, hablando atropelladamente; fuí á besarle la mano, pero se conoce que todavía no está hecha á galanterías, y se retiró. La dama de compañía, que parece un rey de armas, estaba allí tiesa y espetada, como si fuera su madre; contesta ella á todo y mete su cucharada; habla más que la Pola. Le pedí perdón por aquella tontería y me dijo que no quería recordarla. ¿No les dije á ustedes antes que había reparado en mí? ¡Vaya! Pues me preguntó quién era usted, Camilita.

Luis tembló y Camila se puso pálida.

– Lo raro es que la conoce, porque le dije: la señora de Pacheco, Camila Flórez. «Sí, me contestó, Suárez Flórez.» Ya ve usted, yo no lo sabía; siempre he oído decir Flórez Flórez, y...

Un rayo que hubiera caído á los pies de Luis no le hubiera hecho peor impresión. Recordó detalles; el origen de su suegro, la provincia donde había nacido aquél, la estancia en Cuba; todo, en fin, y vió claro, muy claro: su mujer era la prima de Pola, era la criatura infame que no había tenido compasión de su tía ni de una niña huérfana.

Entretanto Camila balbuceaba un «no sé,» Luis la miraba de un modo tan despreciativo que Camila sintió el peso del desprecio, y por vez primera en la vida se vió pequeña, humillada ante la grandeza de su prima, y lo que era peor, ante su propio marido. Aquella mirada se lo decía todo, y hubiera querido estar en su casa á solas con Luis para mostrarse arrepentida; pero estaba allí y era necesario disimular, fingir, torturarse y luchar consigo misma. ¡Qué mal dita ocurrencia la suya! No había podido resistir á la tentación de oir cantar á su prima. ¡Quién había de pensar que la viese, ni que aquel mentecato hiciese tonterías por hablar á la cantante!..

Luis sufría horriblemente. ¡Pensar que una mujer sin corazón era la madre de su hijo; pensar que llevaba su nombre!.. La hubo creído pequeña, fría, indiferente, orgullosa..., pero infame no la hubiera considerado jamás..., y lo era, sí que lo era; si no amor, le había tenido consideración y atenciones, pero desde aquel instante había concluído todo entre ellos; ni los lazos del afecto de familia podían quedar. ¡Desprecio, sólo desprecio le inspiraba aquella mujer á quien la sociedad citaba como modelo de virtudes caseras! ¡Oh! La Providencia tenía castigos espeluznantes, ocultos entre los inescrutables códigos de su justicia; la dama, la gran señora, la orgullosa que había desoído la voz de la sangre, la que hacía alardes de caridad y virtudes, arrojaba de su casa á dos infelices parientes que le pedían protección y amparo, tan sólo por no confesar que había pobres en su familia. El pensamiento de Luis voló al cielo buscando á su hijo. Decía todo el mundo que había sacado Luisito el carácter de su padre y Juanito el de la madre: Juanito vivía; Luis había muerto. ¿Sería posible que estuviese él condenado á vivir entre una esposa y un hijo de alma raquítica? Le quedaba Pola, Pola que lo amaba como los ángeles aman á Dios; ya no había obstáculos entre ellos ni consideraciones de familia que se opusiesen á la dicha de ambos; cuando supiese que aquella prima odiada por ella era su esposa, cuando le recordase que había dicho en un momento de arrebato que hubiera sido capaz de robarle su marido para vengarse de ella; entonces, sí; entonces no habría dique en la moral social ni en el sentimiento para contener la pasión desbordada.

– Todavía he de volver á la carga, dijo Roncalito, á ver si logro introducirme de nuevo, y le preguntaré, si es que á usted le interesa...

– No, replicó Camila, pudiendo á duras penas disimular. ¡Quién sabe!.. En el extranjero acaso...

Luis la hubiera ahogado. Ni entonces quería confesar que era su prima. Se había hecho pública su perversidad con la biografía de la Pola; la sociedad buscaba entre sus mujeres distinguidas una que fuese capaz de tal villanía, y Camila menos que nadie podía ser desposeída de la aureola de virtud que la circundaba. No había de ser ella la que lo dijese. Con cuánto placer hubiera gritado Luis: «¡Yo soy, yo soy su protector!»

Llegó el momento supremo para Lucía, el *rondó;* ninguna artista podía vanagloriarse de obtener un aplauso con sólo presentarse en la escena, flotante la enmarañada cabellera y envuelta en blancos ropajes. No era la Lucía de siempre con su bata de nansuk elegante y correcta, su pelo tendido y alisado y su brazo coquetamente desnudo, apareciendo incitante debajo de la manga perdida. Era la loca tranquila, la demente por amor, que imprimía á su albo traje en los pliegues y los recogidos el sello de la demencia. La cabellera espléndida y sedosa de Pola caía enmarañada con arte, desbordándose por el pecho después de cubrirle la espalda; sus ojos parecían más grandes y tenían fosforescencias incompatibles con la locura; sin embargo, nadie al contemplarlos podía dudar que veía la pupila de una loca reflejando las perturbaciones del cerebro.

Cantó Polita, y el público llegó al delirio; señoras y caballeros de pie aplaudiendo, agitando los pañuelos, arrojándole flores arrancadas á gentiles cabezas y á escotes pronunciados y prodigándole delirantes adjetivos, todo formaba un espectáculo único en los fastos líricos de la corte de España.

Pola miró al palco en donde había visto á su prima; quiso hacerle sentir el peso de su triunfo, anonadarla con su gloria; pero entonces, entonces se presentó á sus ojos la figura del hombre amado, que sin reservas y sin ocultarse la contemplaba extasiado, inmóvil y pálido como un cadáver.

– ¡Luis! ¡Luis!, gritó el alma de Pola, y cayó sin sentido como *cae el cuerpo muerto,* que dijo Dante.

La presencia de Luis en aquel palco y su repentina vista acabaron con sus fuerzas físicas.

Bajó el telón rápidamente; la confusión fué grandísima, espantosa; todos corrían á enterarse presurosos del estado de la *diva;* nadie podía entenderse, hablaban á gritos, comentaban el accidente, inventaban causas; en una palabra, parecía que la voz de «fuego» hubiera sonado en la sala llevando el espanto á los espectadores.

A la caída de Pola, respondió un grito horrible de Luis. «¡Pola! ¡Pola de mi alma!,» dijo, y salió del palco, frenético, sin sombrero, sin abrigo y sin pararse en medir las consecuencias de tan imprudentes palabras.

El espanto de Camila, de los marqueses y de Roncalito fué grande. Nadie se atrevía á romper el silencio; semejante revelación era terrible. Roncalito salió detrás de Pacheco: no podía conformarse con la pasividad de su papel.

Llegó Luis á la puerta del cuarto de Pola atropellando á todo el mundo, abriéndose paso á puñetazos. Los que le conocían supusiéronle con la razón extraviada; los que no sabían quién era le creyeron médico.

Una muralla humana defendía la puerta; Luis hubiera saltado por encima de todos.

La señora de Altuna, que oyó su voz, gritó desde dentro: «¡D. Luis, D. Luis!» La multitud, respetando aquel enigma para mejor tener después la satisfacción de descifrarlo, abrió paso al loco que se precipitó en el saloncito, sobre cuyo diván descansaba el cuerpo inmóvil de Pola.

– Otro ataque como el de Milán, dijo llorando la desolada señora abrazando á Luis.

Pero éste, á la vista de su niña querida, de su amor celestial, se arrojó sobre ella, besándola y prodigándole las caricias más tiernas.

– Es su protector, su segundo padre, dijo en alta voz la compañera de la *diva*, creyendo necesaria tal explicación.

El médico de la empresa estaba tomando disposiciones.

– Ante todo sacarla de aquí, doctor, dijo Pacheco.

– Aguardemos á que vuelva en sí primero.

– No, no. Véngase usted con nosotros á casa; la llevaremos; su abrigo, dijo Luis, venga su abrigo.

La señora de Altuna descolgó una capa de pieles, recogió sus hermosos cabellos dentro de una cofia y la envolvió abrigándola mucho.

Luis tomó en brazos á Pola como si fuese una pluma. Los curiosos apiñados á la puerta del cuarto le abrieron paso, y Roncalito sorprendido de tamaña confianza dijo en alta voz:

– ¡Pero Luis, pero Luis! ¡Camila te espera, hombre!

– Dila que se marche; ahí tendrá su coche; yo voy con mi hija adoptiva.

– ¡Tú, tú eres el que!..

– Yo, yo soy el que...

Roncalito no quiso escuchar más y volvió corriendo al palco.

– ¿Sabe usted por qué la Pola me preguntaba por usted, Camila?

– No, dijo temblando y creyendo que se había descubierto su parentesco.

– Pues, porque... porque... Luis es su protector: el que le dió la carrera... el incógnito interesante y simpático de la biografía; sólo nos falta saber quién es la prima... No tenga usted celos, Camilita, porque sería... vamos, sería... no sé cómo decirlo... cambiarla á usted por una chiquilla espurriada... No lo creo.

Camila no escuchaba.

– ¿Pero no viene á buscarme?, ¿no viene?

– ¡Quia! Si la lleva en brazos desmayada para el hotel, y va como salió de aquí, de frac y sin sombrero.

– Pero me ha dejado en el teatro por acompañar á... esa...

– Dijo que se fuese usted, que ahí tendría el coche.

Camila rugió de ira: la marquesa se ofreció á llevarla en el suyo; Camila no quiso aceptar.

– No necesito á nadie, dijo, gracias; saldré con ustedes, y nadie sabrá...

Con efecto, salieron juntos. El marqués dejó á la de Pacheco dentro de su coche, y ésta llegó á casa llorando de rabia. Desnudóse rasgando los vestidos, y ni de dar un beso á su hijo se acordó aquella noche.

Aguardó levantada hasta la mañana siguiente. Luis no llegaba; por la mañana envió á Joaquín al hotel donde la Pola se hospedaba, y volvió éste diciendo que la cantante había sido conducida á una casa particular.

Camila esperó inútilmente. En todo el día no pareció Luis ni envió un mal recado. También aquella noche la pasó en vela, aunque acostada.

Al tercer día de ansiedades y zozobras disponíase á jugar el todo por el todo averiguando el paradero de Pola, segura de que con ella estaba su marido. Los periódicos no le decían nada nuevo; lo que ella sabía; lo que en el teatro había pasado, pero nada más; la *diva* había sido casi secuestrada por su protector. No se hacían más comentarios románticos y pintorescos, ni otra cosa que pudiera sacarla de las ansiedades en que estaba. ¡Oh! ¡Bien se había vengado aquella chiquilla; bien la humillaba robándole su esposo á la faz del mundo! No creía en las casualidades; Pola lo habría buscado, acaso su madre, y lo habrían enloquecido con intenciones aviesas; le deseaba la muerte, sí, se la deseaba con toda su alma ¡Infame! Razón había tenido en no recibirlas ni protegerlas. No pasaba de ser una aventurera, una perdida...

Joaquín pidió permiso para hablar á la señora. Quería comunicarle que el señor acababa de llamarlo por medio de una tarjeta y salía en aquel momento obedeciendo las órdenes.

– No vaya usted; que venga él.

– La señora comprenderá que no puedo excusarme.

– ¿Y dónde está?

– En la calle de San Miguel, núm.... El señor no me ordena guardar el secreto.

– Está bien.

Joaquín salió y Camila se arrojó llorando en aquel sofá donde otra noche clavara las uñas. Luchaba entre los celos rabiosos que la atormentaban y su dignidad ofendida y su orgullo pisoteado. ¡Jamás, jamás perdonaría á su marido aquella infamia, aunque se lo suplicase en la hora de la muerte! ¿Iría á sorprenderlos, á insultarlos, á confundirlos con su presencia?.. ¿Y su decoro de gran señora y su nombre de prudente y altiva?..

Cuando Luis, loco de dolor, entró en el carruaje que á la puerta del vestuario del Real aguardaba á Pola, estrechando el cuerpecillo inmóvil de ésta, dió la orden de ir á la calle de San Miguel; allí, á su casa; tal vez su cama le vuelva la vida; quizás aquellas paredes reanimen su corazón y su cerebro.

El coche partió á escape, después de recibir órdenes el cochero, por la calle de San Miguel, triste y en semiobscuridad: no transitaba nadie á semejantes horas.

El sereno se aproximó al ver parar un carruaje particular; abrió la puerta, y la señora de Altuna se precipitó en el portal, subiendo á tientas la escalera y cayendo y hocicando en todos los escalones. Llamó con furia y repetidas veces; entretanto Luis, alumbrado por el sereno y seguido del médico, subía lentamente con su preciosa carga.

La criada de Pola se levantó despavorida; la confusión fué grandísima. Inmediatamente se pusieron sábanas á la cama, y antes de cinco minutos estaba Pola descansando en aquel lecho, del cual no había dejado de acordarse ninguna noche desde que saliera de Madrid.

El médico recetó, el sereno fué á la botica, la portera y el portero bajaron despavoridos al primer aviso de su sobrina, y ésta encendió la chimenea para templar el gabinete y comunicar calor al dormitorio.

Luis no se apartaba de la cabecera de Pola, llamándola y acariciándola como había llamado y acariciado á su Luisito cuando temía perderle.

A pesar de los medicamentos, no cedió el síncope hasta las cinco de la mañana. Cuando Pola levantó los párpados vió á Luis á su lado, á Luis que delirante la llamaba, estremecido de alegría porque ya se miraba en sus ojos. Una sonrisa divina contrajo los labios pálidos de Polita.

– Sí, contestó la niña. Ya puedo morir.

– ¿Morir?, no, amor mío: vivir para mí; para mí, que te adoro.

El doctor prohibió toda conversación y se retiró, prometiendo volver á las diez de la mañana.

Volvió con efecto, pero aseguró que á pesar de la mejoría que creían observar, Pola estaba peor, mucho peor. La fiebre había aumentado y no había medio de hacerla callar á la niña, por más que se la recomendase el silencio.

Quería charlar con Luis. ¡Tenía tantas cosas que decirle!..

Hablaba de su triunfo, de los que obtendría, del mausoleo que levantaría á su madre, de las limosnas que enviaría á los necesitados de su pueblo, y todo ganado por ella, por ella...

– ¡No, Pola mía! No cantarás más; yo no quiero, ¿oyes?, no quiero; soy rico, muy rico...

– Pero tienes esposa, tienes... tienes un hijo.

– Mi hijo... Sí, mi hijo..., pero mi esposa no es digna de que yo la quiera.

– ¿Te es infiel?

– No.

– Entonces no es indigna de tu cariño, Luis.

– ¿Pero no sabes quién es mi esposa? ¿No lo sabes?

Pola dió un grito; lo recordaba todo; había visto en el mismo palco á Luis y á Camila. Se incorporó en un acceso de fiebre y quiso levantarse delirando y llamando á voces á su madre.

– ¡Madre mía, madre idolatrada! ¡Dios es justo, y él te ha vengado, castigándola en lo más grande, en lo más doloroso, en el amor!

Después de la explosión nerviosa que la revelación produjo en Pola, cayó sobre las almohadas desfallecida. «¡Luis, Luis!, decía con voz apagada; perdónala... y ámala... ¡Pobre mujer, pobre mujer! La muerte de su hijo basta para purificarla.

– ¡Pola, criatura celestial! ¿Y eres tú la que me pides que la ame?

– Sí, yo. En cuanto me ponga bien marcharé de Madrid, Luis; no debemos estar cerca. ¿Verdad que no debemos? ¿Me olvidarás? Yo quiero que me olvides; si yo me muero de amor no hago daño á nadie; pero tú, sí; tú no te perteneces; eres de..., de mi prima. Yo la he perdonado; Luis perdónala tú también.



La marquesa se ofreció á llevarla en su coche

– Luis, dijo débilmente, *io t'amo*, y volvió á cerrar los ojos.

– ¡Pola, Pola de mi vida! Pequeña hermosa, ¿te acuerdas, te acuerdas de cuando te llamaba mi pequeña?

Fué necesario incomodarse con Pola para que callase. El médico dijo que estaba peor y que no había esperanza: duraría pocos días; la materia había sucumbido al espíritu; allí no existía ya más que un alma potente, grande, inmensa; pero la cárcel que

aquel gigante encerraba era incapaz de sostener su peso, el espíritu de Pola no se avenía con semejante cuerpecito.

Al cuarto día de fiebre, rebelde á todo tratamiento, dijo el médico:

– Esto se apaga. Le quedan pocas horas de vida.

Luis creyó volverse loco y se abalanzó sobre la cama.

– ¿Qué tienes, Luis? ¿Lloras porque pienso cantar en San Carlos de Nápoles? ¡Nápoles! ¡Qué bello es Nápoles! ¡Si supieras cuánto he pensado en ti paseando por aquella campiña! ¡Qué derroche de luz y de colores ha echado la naturaleza sobre aquel pueblo! ¡Qué marco de bellezas, qué borrachera de poesía! Allí he sufrido mucho, muchísimo; todas eran para mí noches de luna. ¡Noches de luna! ¿Te acuerdas de las noches de luna, Luis? La luna de la Castellana, la luna del campo. ¿No es verdad que hay dos lunas en el firmamento? Dos, sí. La que vemos cuando somos felices y la que nos alumbra cuando somos desgraciados. Luis, Luis, ¿crees ahora que se enlazan allá... en un astro... las almas de los que se han amado en la tierra?

– Sí, Pola, sí; creo todo lo que tú crees y amo lo que tú amas.

– Pues ama á Camila.

– La odio porque tú la odias.

– ¿Yo? ¡Dios mío! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Odiarla? ¡Á una mujer desgraciada..., á mi prima!.. Mírame, Luis, yo soy Pola, y Pola no es mala ni rencorosa, ¿verdad? Polita no sabe ser esas cosas feas... Oyeme atento, muy atento. He leído, no sé en qué libro, que cuando Dios da permiso á un alma para que volando, volando, baje á la tierra, á esconderse en el huequecito invisible de nuestro ser material, suelta detrás de aquélla, otra igualita, hermana gemela, tanto que se las tendría por dos mitades de un todo si fuese posible observarlas. Como de la gloria no han salido juntas, ni sabe la que salió primero que ha de salir la segunda en seguimiento suyo, vuela, vuela por los espacios hasta que encuentra el refugio que le ha destinado el que lo dispone todo; la otra, cansada de correr y de revolotear, fatigada y triste por no haber encontrado á su compañera, se guarece en el primer cuerpo que le depara la suerte; á la primera la coloca Dios, á la segunda la fatalidad. El alma que salió del cielo después que la tuya fué la mía: ha vagado errante por la superficie de la tierra sin encontrar á su hermana; pero cumpliendo la ley del gran legislador, llegó á reunirse con ella; ¿mas cuándo? Después de haber corrido y luchado tanto, que rendida por la fatiga, cae exánime, sin fuerzas para continuar el camino... Y vuelve al cielo, Luis, vuelve al cielo, de donde ojalá no hubiera salido.

– ¡No; no puede ser, Pola, no puede ser; tu alma no se apartará de la mía!..

– Allá... allá nos veremos.

– ¡No! ¡Aquí, aquí, Pola de mi vida, no me dejes, no me abandones, llévame contigo!..

Ocho días hacía que Luis no se apartaba de Pola. Estaba ésta sentenciada á quedarse muerta como un pajarito, sin espasmos, sin contorsiones, sin agonía; la enferma asombraba á los médicos; no creían que pudiese vivir tanto. La calentura, que no había cedido un momento, desapareció; parecía más animada y no tenía fiebre; pero las fuerzas decayeron inmediatamente; los ojos se apagaban, se le afilaba la nariz, arañaba las sábanas con sus deditos descarnados y entreabría los labios que se iban obscureciendo con un borde fúnebre. De las extremidades de la enferma huía el calor, para refugiarse en su pecho, último baluarte de la vida, y el médico ordenó que se la frotase con Jerez ó con ron muy buenos.

– Se va, Luis, se va.

– ¿Quién, vida mía?

– Mi alma del lado de la tuya.

– ¡Pola! ¡Pola de mi vida, no me digas que te vas y que yo me quedo!

– Tú te quedas, sí, te quedas... para tu esposa, para tu hijo..., para los pobres..., para las hijas desgraciadas que en noches crudas te pidan pan para su madre... Todo lo que poseo es para la señora de Altuna, ¿sabes? También mi casita, continuó Pola con voz apagada, mi nido de venturas... Que viva aquí... Tú vendrás alguna vez..., alguna...

Ruido de voces que acaloradamente discutían en el recibimiento llegó hasta el lecho de la moribunda.

Era que Camila, fuera ya de sí, no pudiendo soportar por más tiempo lo que suponía ultraje nunca visto ni hecho á mujer alguna, se había decidido á despreciar las conveniencias sociales y se presentaba á sorprender á los amantes, acompañada del juez y testigos para entablar una demanda de divorcio.

La señora de Altuna se oponía á que entrase nadie en el dormitorio de la moribunda; pero Camila, inexorable, terrible en su odio contra *los infames*, insistió á pesar de oir que Pola estaba expirando.

La autoridad se impuso: cuando Luis, atraído por las voces y reconociendo la de su esposa, cruzaba el gabinete para salir á la sala, iba dispuesto á no consentir que Camila pasase adelante: la conocía bien y sabía que el despecho, sólo el despecho la condujera á casa de su prima.

Pero su sorpresa hubo de trocarse en espanto: la presencia de aquellos caballeros que acompañaban á Camila fué una herida más que su esposa le infería: un nuevo insulto al ángel que expiraba, un odioso atropello de aquella mujer sin corazón.

Al saber de lo que se trataba, le asaltaron impulsos de ahogar á su mujer; pero se contuvo mirándola con expresión de infinito desdén.

Pola quiso hacer un esfuerzo para incorporarse y la fué imposible. Oía, sin embargo, y lo comprendió todo. Era el último dolor que la fatalidad le deparaba antes de abandonar este valle de lágrimas.

– Señor Juez, dijo Luis con acento alterado, estoy al lado de un ángel moribundo, que sobre merecerme el cariño de la hija más amada, es prima carnal de mi esposa.

Si los ojos de Camila hubieran sido basiliscos pulverizasen á Luis en aquel instante.

– ¡Luis!.. ¡Camila!.., dijo Pola con voz apagada. Venid...

Luis corrió al lado de la moribunda. Camila quedó inmóvil; la voz que la llamaba no le pareció de la tierra, y el recuerdo de *Lucía*, cantada con gemidos celestiales por aquella niña expirante, pasó por su mente suavizando las asperezas de su situación.

– Señora, acérquese usted, le dijo el juez con acento imperioso. Su prima moribunda la ha llamado.

Maquinalmente dió Camila unos pasos y quedó á los pies de la cama con el rostro ceñudo por las violencias de su carácter y quizás pesarosa de su última y más grande imprudencia.

Pola se moría, se moría por segundos.

– ¡Luis, perdón para... mi prima!..

– ¡Pola de mi vida, calla; no pidas perdón para ella!

– ¡Camila!.. ¡Camila!, balbuceó Pola. ¡Perdóname tú!..

– ¿A ti? ¿A ti?, gritó Luis. ¡A ti, alma pura y sin mancha! ¡A ti, ángel entre las mujeres! ¡Ella! ¡Ella es la que ha de pedírtelo por esta nueva infamia que comete contigo!

Camila continuaba ceñuda mirando alternativamente á uno y á otro sin pronunciar palabra, pero abrasándose quizás por vez primera en celos grandísimos y nobles.

Ella jamás había visto á su marido tan amante, tan apasionado, tan loco, tan delirante; besaba la cabeza, las manos y el rostro de Pola, con transporte, con locura; debía amarla con pasión infinita, sobrenatural. Camila sintió envidia de Pola: ella, la mujer elegante y hermosa, llena de vida y rodeada de los placeres que la riqueza proporciona, envidiaba á la cantante moribunda, al esqueleto animado por un soplo de vida que se acababa, se acababa...

– ¡Luis... perdón... pa...ra ella!.. ¡No me ol... Camila... no me olvidéis!

Se oyó un grito horrible, un grito que arrancó otro de dolor á la garganta de la esposa humillada.

Era Luis que se abrazaba frenético y desesperado al cuerpo inmóvil de la Pola.

EVA CANEL



SRES. JEFES Y OFICIALES DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE TOLEDO NÚM. 35 Á SU SALIDA DE GRANADA PARA MELILLA (de fotografía de los Sres. Señán y González)

EL SERVICIO DE CORREOS EN CHINA

Ahora que el gobierno chino ha anunciado una reforma en el sistema postal del Imperio, creemos interesante dar sobre el sistema hasta hoy vigente algunos detalles que contiene una memoria del cónsul de los Estados Unidos en Fu-Cheú.

Empresas particulares han establecido desde hace mucho tiempo las comunicaciones postales entre las distintas provincias imperiales por medio de las *tiendas de cartas:* para este servicio no se emplea otro sello que el del dueño de la tienda. Los edictos del emperador y otros mensajes oficiales son transportados por corredores que andan hasta 250 millas diarias, y en los distritos en que se emplean caballos ó mulos cada jefe de estación ha de tener 10 ó 20 de éstos.

Este sistema, parecido al *Express delivery* americano, además de cartas transmite pequeños paquetes y asegura contra las pérdidas, para lo cual el expedidor muestra el contenido de la carta ó paquete al dueño de la tienda, el cual lo registra, cierra y sella. Los gastos de transporte de los valores varía según la cuantía de éstos, y la tasa de las cartas según la distancia. El dueño de la tienda da un recibo al expedidor, siendo desde entonces responsable de la carta ó paquete. Como estas tiendas son de empresas particulares hay entre ellas gran competencia en beneficio del público. En algunas provincias los dos tercios del precio de transmisión los paga el remitente y el resto el destinatario. En Sang-Hai hay unas 200 tiendas de cartas, cuyos empleados recorren las casas en busca de clientes.

En el Norte de China, donde abundan los caballos, los portadores de cartas van montados: cada uno de éstos lleva de 70 á 80 libras de cartas y anda á razón de cinco millas por hora, cambiando de caballo en cada estación hasta que llega al límite de su trayecto, en donde entrega su carga á otro mensajero y éste á su vez á otro y así sucesivamente. El servicio no se suspende por causa del mal tiempo. En los trayectos de poca importancia, en el centro y en el Sur de la China, los mensajeros van á pie; y para evitar que sean atacados por los ladrones de caminos, cada distrito paga una cantidad fija á éstos, quienes, en cambio, no sólo respetan á los mensajeros, sino que, además, impiden por todos los medios posibles que otros ladrones los ataquen.

En China hay dos clases de sellos: uno, introducido por Sir Roberto Hart, sólo se emplea en las aduanas chinas; el otro es un sello local, empleado en Shang-Hai por una compañía extranjera.

(De la *Revue Française*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESPAÑA MODERNA. – El último número de esta importante revista publica notables originales de Barbey d' Aurevilly, Daudet, Banville, Richepín, Caro, Sainte Beuve, E. de la Barra, Tarde, Taine, Musset, Castelar y Villegas. Dirección y Administracion, Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, principal. Madrid.

***

ESTUDIOS DE HIGIENE GENERAL. – Contiene este libro interesantes trabajos de los célebres médicos Hirsch, Koch y Wurzburg, de Berlín, y Stokvis, de Amsterdam, compilados y traducidos por F. Murillo Palacios, miembro efectivo de la Sociedad Quirúrgica alemana. La importancia de las materias justifícase sólo con el título, y los nombres citados son la mejor garantía de la competencia con que están tratadas – Véndese á 3 pesetas el ejemplar en las principales librerías.

***

LAS INSTITUCIONES ECLESIÁSTICAS, *por Herbert Spencer*. – Es ésta una de las más importantes obras del autor de *La Justicia*, y aunque todo el libro es de gran trascendencia social, sobresalen en él los capítulos referentes á la idea religiosa, al sacerdocio, á las jerarquías eclesiásticas, á la Iglesia y el Estado, á la influencia moral de los sacerdotes, al pasado y porvenir de las instituciones eclesiásticas y al pasado y porvenir de la religión. Este libro, que está traducido por el catedrático de la Universidad de Oviedo señor Posada, se vende en las principales librerías al precio de 6 pesetas.

***

MARRUECOS, *por Manuel Olivié*. – Pocos libros habrá de tanta actualidad como éste, que formando parte de la colección *Aspiraciones nacionales de España*, ha publicado el Sr. Olivié, de algunas de cuyas obras nos hemos ocupado otras veces con el elogio que se merecen La falta de espacio nos impide hacer un juicio de *Marruecos* y nos obliga á indicar simplemente las materias de que trata: son éstas El Mogreb-el-Aská (noticias geográficas y etnográficas sobre Marruecos), el islamismo, las instituciones sociales que consagra el islamismo, la tiranía y la anarquía en Marruecos, y Marruecos ante Europa Todos estos puntos están tratados con gran conocimiento de causa y elevado criterio, sobre todo el último, en que se estudia en todos sus aspectos nuestra misión en el Norte de Africa. Este libro, al que acompaña un mapa de España, del imperio marroquí y de Melilla y su campo, ha sido impreso por la casa Henrich y C.ª, de esta ciudad, y se vende á 4 pesetas.



EL NIÑO RAUL FAUSTO CAPABLANCA, notable ajedrecista (de fotografía)

***

LOS FUSILES MODERNOS EN AUSTRIA-HUNGRÍA, *por D. José Boado y Castro*. – Al punto á que han llegado las cosas con el estado de paz armada en que Europa se encuentra, es de grandísima utilidad el libro que nos ocupa. Austria ha dado uno de los pasos más importantes en las cuestiones de armamento de repetición, y el estudio del Sr. Boado es de lo más completo é interesante que pueda desearse, desprendiéndose de él provechosas enseñanzas merecedoras de que sean utilizadas en nuestra patria á fin de que no nos veamos en la precisión de recurrir al extranjero, contando como contamos con elementos que bien aprovechados bastarían para satisfacer todas las necesidades nacionales. Los apéndices que lleva la obra sobre fusiles y carabinas de cuartel, pólvora sin humo y municionamiento, son importante complemento del libro, que interesa, no sólo al militar y al armero, sino que también á las personas ajenas á la milicia. La obra tiene abundantes grabados intercalados en el texto y cinco láminas en colores y se vende en las principales librerías á 6'50 pesetas.

***

OBRAS DE FRAY VICENTE SOLANO. – Se ha publicado el tomo segundo de las obras del notable filósofo de la orden de menores en la república del Ecuador Fray Vicente Solano: contiene notables estudios sobre física é historia natural y sobre política nacional y extranjera, varios escritos literarios (prosa y poesía) y algunos artículos de polémica religiosa, política y literaria. El libro ha sido impreso en el establecimiento tipográfico de *La Hormiga de Oro*, en esta ciudad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO XII — BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1893 — NÚM. 625

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS, copia del celebrado cuadro de Alberto Durero

pintado en el año 1509 y existente en la Galería de los Uffizi, de Florencia

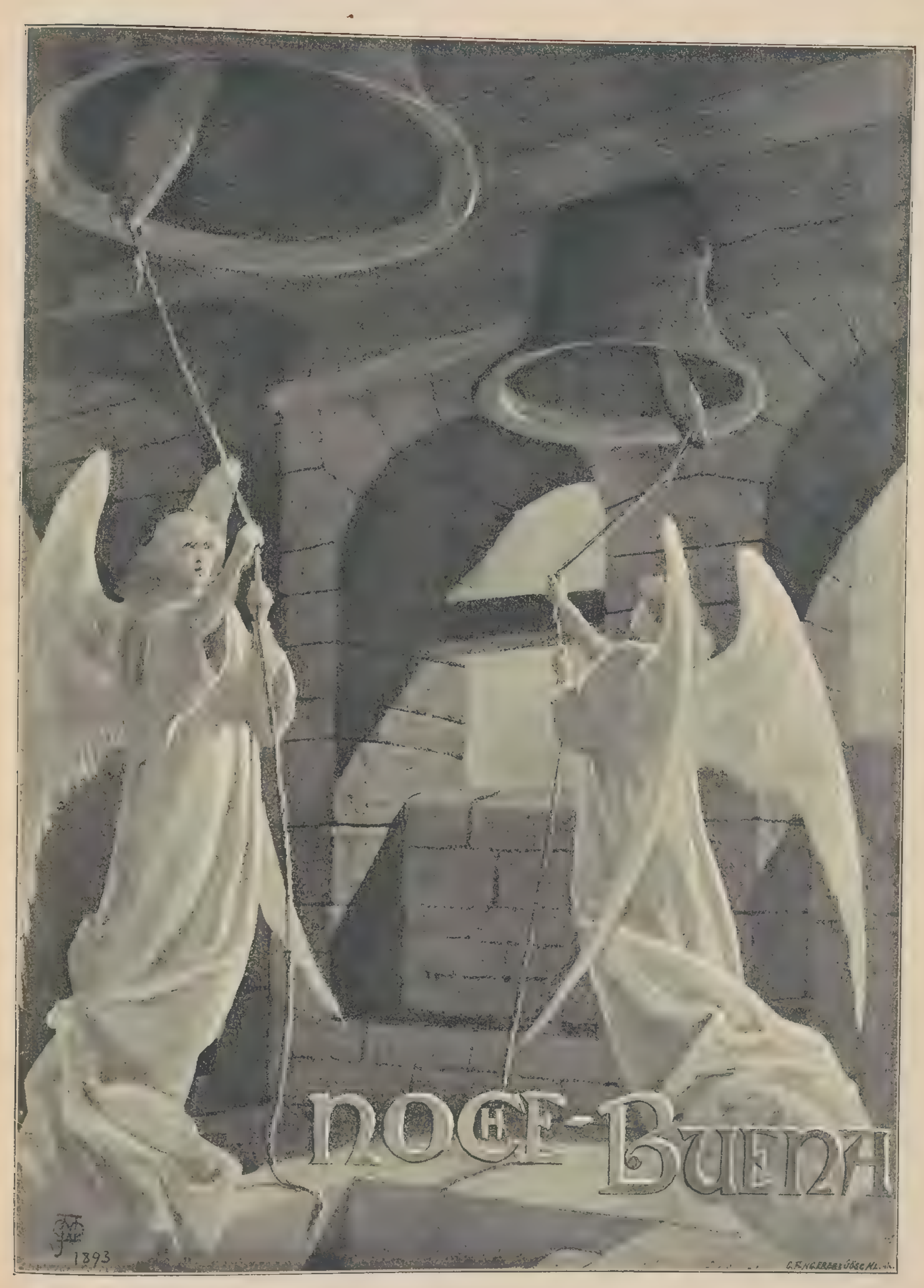
SUMARIO

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Los dos evangelistas narradores de la Natividad de Cristo son Mateo y Lucas. El primero la menciona tan sólo al comienzo de su capítulo II, diciendo: «Y como naciese Jesús en Belén de Judea, por los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente á Jerusalén. Y preguntaron: «¿Dónde se halla el rey de los judíos que ha nacido? Su estrella se ha visto en Oriente y nosotros llegamos á reverenciarle.» Al oir esto el rey Herodes, turbóse mucho y con él toda Jerusalén. Convocados á este respecto los príncipes de los sacerdotes, así como los escribas del pueblo, preguntóles dónde había de nacer Jesús. Y le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por el Profeta. Y tú, Belén, de tierra de Judea, no eres pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador que sostenga y dirija mi pueblo Israel.» Entonces Herodes, reuniendo en secreto á los magos, sacó de ellos el tiempo en que les apareciera la estrella, y enviándolos á Belén, dijo: «Id allá y preguntad con diligencia por el niño. Y después que lo halléis, avisádmelo, para que yo también vaya y lo adore.» Y ellos, oído al rey, se partieron. Y la estrella, vista en Oriente, les dirigía y guiaba en todo el camino, hasta que, llegados á su término, se posó donde Jesús estaba. Y notada la detención de tal estrella, holgáronse con verdadero intensísimo gozo. Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María.» Hasta aquí San Mateo. Veamos á San Lucas ahora. «Y aconteció en aquellos días que saliera edicto, por Augusto César ordenado, mandando empadronar á todos los hombres. Tal empadronamiento se cumplió cuando gobernaba Cirenio la Siria. E iba cada cual á empadronarse por este superior mandato en la respectiva ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto pertenecía, según su estirpe, á la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer, su desposada, la cual María estaba encinta. Y aconteció que, hallándose allí, vinieron aquellos días, en los cuales debió parir ella. Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el mesón. Y rondaban pastores por la misma tierra, velando de noche sobre su ganado. Y vino del cielo un ángel del Señor sobre todos ellos, y el éter celeste los circundó con su resplandor, y tuvieron gran miedo. Mas díjoles el ángel: «No temáis, porque aquí, ahora, os doy nuevas de mucho regocijo para todo el pueblo. Haos nacido en la ciudad de David hoy un Salvador, que es Cristo. Y se os revelará esto por señales. Hallaréis al niño envuelto en pañal y echado en pesebre.» Y súbito fué con el ángel una muchedumbre de los ejércitos celestiales, quienes alababan al Criador y decían: «Gloria en las alturas á Dios, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.» Y como los ángeles volvieran al cielo, dijéronse unos á otros los pastores: «Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que nos ha sucedido, manifestado ya por el Señor.» Y hallaron á María y á José con el niño acostado en el pesebre. Y, al verle, notificaron lo que les revelaran de él; y todos los que oyeron, se maravillaron de cuanto los pastores decían. Mas María guardábalo en su corazón. Y se volvieron los pastores loando y glorificando á Dios, por haber pasado como se lo anunciaron á ellos.» Hasta aquí los Santos Evangelios.

La vieja literatura, preciada de ortodoxa, no se contenta con esta narración de la Natividad del Señor, en cuya doble autenticidad hay que librar todo lo sabido respecto de tal hecho. Así refiere que María pidió á San José licencia para disponer fajos y mantillas en que abrigó á su hijuelo. Tela de lino hilada por sus propias manos y urdida le valió para primer pañal; tela de lana ligera y suave le sirvió para la primer mantilla. Tejióle más tarde adrede para él túnica inconsútil. Y no se contentan los escritores ortodoxos con saber la materia de que se componían los vestiditos de Jesús, también saben el color, blanco y morado; también saben que previno José flores y hierbas y otros aromas, de los cuales María compuso agua olorosa, y rociando los fajos, doblólos, aliñólos, los guardó en una caja, donde los llevó después consigo á Belén. Y saben más, saben que, determinado el día de su partida para cumplir el edicto de Augusto, con diligencia salió José por Nazareth en busca de cualquier animalejo sobre que llevar á su esposa, y le costó mucho trabajo encontrarlo por el número de gentes idas á cumplir el edicto. Y saben que, tras varias diligencias y penosos cuidados, José dió con pobre jumentillo, sobre cuyo lomo colocó á María juntamente con aguaderas y zurrones, en que iban panes, frutas y peces, ordinario manjar de que se nutrían y regalaban. Y aun dicen más, aun dicen que, tras cinco jornadas, llegaron á Belén, sábado, en punto de las cuatro de su tarde, hora en que, por el solsticio de invierno, el sol se despide y se avecina la noche. Y siguiendo en su narración cuentan cómo no hallaron los esposos posada, pues nadie quiso abrigarlos; cómo, á virtud y por obra de todo esto, se refugiaron en la cueva de Belén; cómo esta cueva miraba seguramente hacia el Norte; cómo José limpió el suelo y los rincones de la cueva en gran trecho; pues corridos los ángeles de verlo en tal faena, descendieron allí hasta barrerla y desempedrarla por completo.

El grande arte, sobre todo la pintura, ha exaltado el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores, entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á paredes, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño Dios, desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que á una, con los humos de sus alientos, lo abrigan; el varón justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la madre, absorta en ver y contemplar al tierno recién nacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bello argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en tal obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura y antigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen todo su fondo. En segundo término álzase lo que podríamos llamar campesino sombrajo: una choza meridional, á todos los vientos abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel suelo no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombran. En tan mullido y verde tapiz, bien puede reposar el Niño Dios, con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura, la vejez, contemplan á una, en éxtasis, el cuerpecillo, donde se compendian la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la escena, con reposo digno de cualquier estatua clásica, en edad que no puede atraer á las mujeres ya, muy anciano, diciendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más alígero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chio, escanciado en copas áureas cinceladas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo XV y las alboradas hermosísimas del siglo XVI, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraordinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble Adoración de los Pastores, preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándonosla para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la fresca encarnación de los tiernos cuerpos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros. ¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! La verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa como nadie los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indo europeos, en sus composiciones todas. Nadie ha pintado como él ese resplandor de lo supraesencial, en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación etérea que todo lo esclarece con el calor divino que todo lo vivifica sugiérenle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San Juan, del evangelista que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor alguno adivinaciones como las suyas de lo que significan, así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea substancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama *La Noche* al cuadro maravilloso del museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús. Y le llama *La Noche* porque todo está obscuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mística luz desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que de pronto vierais en profunda obscuridad la Vía Láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, como iluminan con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se vea y adivine por la fe. A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su adoración de los Pastores. El sevillano excelso, cuando no traza las concepciones etéreas, que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas, como cualquier literato y pintor, aquejado, por desgracia, de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad, no hay como ver la *Sacra Familia del Pajarito*. Banco y formón de San José; devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas á los pies de éste; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje obscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el pañal en que descansa jugueteando su Hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, el cual no muestra idealidad alguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al bra-



ALEGORÍA DE NOCHEBUENA, dibujada por Apeles Mestres

zo, vuelve de cualquier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Todos estos cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo, que celebramos por estos días y encarecemos en la festividad poética de la Natividad del Señor.

EMILIO CASTELAR

LA NOCHEBUENA EN MADRID

I

No se ha perdido todavía, y hay que desear que no se pierda y creer que no se perderá en Madrid la cristiana costumbre de celebrar las familias la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; pero, aunque duela, es preciso reconocer que existe gran diferencia entre lo que era antes y lo que es ahora la Nochebuena.

Hemos progresado mucho, no se puede negar, en lo material; pero en lo moral hemos perdido bastante, y por esto hay ahora muchos hogares fríos, tristes; mucha aparente riqueza y mucha espantosa miseria; muchas desapoderadas ambiciones y muchas terribles caídas; mucha farsa y poco dinero; y sin embargo, todos los días son días de fiesta en Madrid, que es el pueblo más pobre y más divertido del Universo.

La Nochebuena ha sido siempre la fiesta del hogar, la fiesta de los viejos y de los niños, esencialmente. Para aquéllos era la noche de los recuerdos dichosos de la juventud y de la edad madura; para los niños la noche de las puras y candorosas alegrías, de las inocentes risueñas esperanzas, de las leyendas maravillosas. Ahora van ya quedando pocos de aquellos viejos sanos de alma y cuerpo que, después de una labor honrada de largos años, tenían con que vivir y se holgaban de verse en la Nochebuena rodeados de la familia que habían formado cristianamente... Los viejos de nuestros días ni tienen salud, ni humor, ni dinero; los consume el tedio, los postra la diabetes, los empobrece el casino y se los come la usura. Sus hijos y sus yernos campan por sus respetos, meten la cabeza donde pueden, en el Congreso, si tienen esa suerte, y hacen la oposición á sus padres, á sus abuelos y al lucero del alba. Y en cuanto á los niños... ¿dónde están los niños?.. Ya no hay más niños que los que están en mantillas. Los otros, los que van á la escuela, más que con el *Juanito* y el *Amigo de los niños* se deleitan leyendo en *El Liberal* el proceso de la *Bella chiquita* y riéndose de los *padres de familia.*

La Nochebuena era la fiesta de los pobres, de los pobres resignados á la pobreza y al trabajo. Había también alegría en el hogar del pobre, que tenía el corazón libre de la envidia, esa ponzoña de nuestros tiempos. Poseía el pobre la noción cristiana de la igualdad, que no es como ahora quieren sus falsos redentores que la entienda. Sus necesidades no eran tantas como ahora; no se las había creado, y por consiguiente no sufría el tormento de no poder satisfacerlas. En sus tristezas le consolaba la fe, el supremo bien que ahora se le arrebata desapiadadamente al pobre, dándole en cambio aspiraciones imposibles que son para él un tormento cruel y para la sociedad una terrible amenaza perturbadora.. . . . . . .

. . . .

II

En aquellos tiempos, que ya son remotos, cuando no ocurría, como ahora en Madrid, todos los días un suicidio por lo menos; cuando el juego de la pelota era sencillamente ejercicio de chicos y no iban á presenciarlo las damas y los caballeros, ni servía de pretexto al más escandaloso de los juegos; cuando no había en las calles principales y en los círculos de la gente más empinada *timbas* donde los incautos y los viciosos dejaran el dinero, privando así de todo recurso á sus familias; cuando sólo tenían carruaje los que lo podían pagar holgadamente; cuando eran pocos los que *ponían casa* y coche á las mujerzuelas, y aquellos pocos se guardaban muy bien de hacer alarde de su debilidad; cuando la gente se regocijaba grandemente en el teatro, aunque no le sirviesen á diario, como ahora, el adulterio en todo drama y las desvergüenzas en casi todas las obras cómicas..., había mejor humor y más dinero. Y lo que es en Nochebuena, pocos eran los que no tenían algo con que celebrarla.

Claro que entonces se mataba algún que otro loco, algún que otro desesperado, produciendo la desgracia, por poco frecuente, escándalo y consternación, compadeciendo todo el mundo al suicida; entonces también hallaban el incauto y el vicioso casas de juego, pero contadas y ocultas; por las mujeres arruinábanse los que no sabían dominar sus pasiones, que siempre hubo sobre la tierra hombres *chiflados,* como ahora se dice; y había, en fin, maridos extraviados y esposas enteramente perdidas; pero semejantes ejemplos citábanse como casos extraordinarios, y hablaban las gentes misteriosamente de estas debilidades humanas que ahora á nadie asombran, como que con ellas estamos enteramente familiarizados.

III

¡Qué Nochebuenas tan animadas y alegres las de otro tiempo! Todo el mundo cenaba fuerte, todo el mundo menos los que no tenían qué cenar, que algunos se verían en este apretado caso; pero ahora, ahora se queda mucha, pero mucha gente sin cenar, y este año más que el pasado, y probablemente el año que viene más que en el presente, porque cada año estamos más tronados.

El ministro de Hacienda con sus reformas ha dejado sin cena en esta Nochebuena y en otras muchas malas noches á muchísima gente. La negra cesantía, sin derechos pasivos, ha desmantelado muchos hogares y anticipado un aguinaldo de hambre á los pequeñuelos que antes alimentaban sus padres con el auxilio de Santa Nómina bendita. Desde que se planteó el Presupuesto vigente viven condenados á ganarse la vida como puedan y sepan muchos padres de familia, de los que no se meten con la *Bella chiquita,* que sólo sabían ganársela extractando expedientes y sirviendo al Estado, que es á las veces el amo más ingrato y cruel, especialmente con los que mejor le han servido.

Las beneméritas clases pasivas, ese batallón sagrado de vetustas viudas, de huérfanas doloridas, doloridas por la orfandad y la forzosa soltería, pues en casándose ya no les da el Estado el alpiste; de guerreros retirados con sus averías, de reumáticos jubilados, de exclaustrados que no se curan jamás de la nostalgia del convento..., sufren este año en sus haberes mayor descuento que antes, con lo que no tendrán los pasivos una Nochebuena alegre, y seguramente se verán obligados á prescindir del clásico besugo, tan popular y estimado entre las gentes modestas, para quienes el salmón es un pescado fabuloso...

Los contribuyentes hállanse también de bonito humor; trabajan para el fisco, que con los peores modos se lleva cuanto ganan, y si se quejan de que no les queda una peseta, no faltará periódico ministerial que les acuse de ser unos egoístas y no tener patriotismo ni vergüenza. A tales tiempos de libertad hemos llegado, que no la tiene uno siquiera para poner el grito en el cielo cuando le sacan las tiras del pellejo.

Unicamente los empleados en activo podrán este año festejar la Nochebuena y la conservación de su empleo, por si en el próximo no tienen ocasión de regocijo porque los hayan enviado ya al panteón de los cesantes. Los desmoches sucesivos que vienen presenciando desde el año anterior son un precedente poco tranquilizador para los servidores del Estado.

Este año, como todos, nos ofrecerán Lhardy y otros *restaurauteurs* en sus escaparates el espectáculo lucтuoso y apetitoso de los faisanes, los pavos y los capones cebados, los embutidos más elegantes, si en esto de los embutidos puede haber elegancia, y en fin, una diversidad sublime de manjares traídos de todas las partes del mundo; pero la *burguesía* pasará de largo, que no están los tiempos para regalarse el estómago propio con tan exquisitas cosas, y menos aún para regalarlas á los demás. Solamente algún que otro grande de España, los ministros, los altos empleados que sean poco previsores, tal cual vengadora pródiga de lo ajeno... y de lo propio, el primer tenor del Real y los embajadores de las grandes potencias podrán gastar el dinero en comer lo que en aquellos escaparates se ofrece á quien lo tiene de sobra. Los burgueses regularmente acomodados tendrán que contentarse este año con el desmedrado pavo callejero, sospechoso de viruelas, con las sardinas de Castro Urdiales y las nueces y castañas con que se entretiene á los chicos y se les compensa la falta de cosa de más substancia,... y los pobres... ¡cuántos verán la procesión de las ánimas!...

El hábito del ahorro se pierde en nuestro país, como se han perdido tantas buenas costumbres. Todo el mundo, lo mismo el que tiene mucho que quien tiene poco, gasta en lo superfluo acaso más que en lo necesario, y hay, por consiguiente, un desequilibrio económico general. El gobierno nos ha venido dando el ejemplo, y lo hemos seguido con la mayor solicitud muchos años. Hay mucha diferencia entre aquellos tiempos en que sólo había un coche para todos los ministros, que iba á buscar primero á uno y luego á otro y á otro después para llevarlos al ministerio ó devolverlos á sus casas, y estos felicísimos tiempos en que tienen coche pagado por el Estado los ministros, los subsecretarios, otros altos funcionarios y hasta los chicos secretarios del Congreso. En el material de las oficinas se gastaba con mucha parsimonia; ahora ese material importa una cantidad fabulosa, y hasta los escribientillos escriben cartas á su novia en papel con membrete del Ministerio ó de la dependencia en que sirven.

Todo el mundo, en la clase media, que suele ser la más tronada, usa la moqueta para cubrir el piso y desecha la estera de cordelillo, que en otros tiempos cubría el pavimento de casas muy principales. Con el sistema novísimo de pagar á plazos semanales los muebles, las camas y otros muchos efectos, todo el mundo adquiere lo que no podría adquirir pagándolo al contado; verdad es que lo paga más caro, y algunos pobretes que antes de haber satisfecho el importe completo dejan de pagar, por no poder, una ó dos mensualidades, con la misma facilidad con que compraron á plazos las cosas se quedan sin ellas, y, naturalmente, sin el dinero que aprontaron. Yo tenía un amigo que decía á los que íbamos á su casa: «Todos estos muebles que ven ustedes aquí los he pagado á más precio que los hubiera pagado Manzanedo.» Y preguntándole cómo podía ser eso, replicaba: «Porque los he comprado á plazos.»

Todo el mundo está apurado en el presente momento histórico; á todo el mundo le preocupa más el hoy que el mañana, porque se vive al día, se vive como se puede ó como no se puede, y el mes último del año es ya para pocos el mes del balance satisfactorio, del regalado gusto de haber ganado y ahorrado más que los años anteriores; es, por lo contrario, el mes de la bolsa vacía, de la desesperación, del espantoso *déficit,* de las exigencias y las amenazas de los acreedores.

Y como vivimos de esta suerte hace años, y cada vez con más agravantes circunstancias, la Nochebuena nos coge de un humor tan negro, exceptuando á los que han sido agraciados en el sorteo de la lotería del día anterior, que ni ganas de cenar nos quedan, y eso teniendo algún dinero, aunque poco.

Por consiguiente, ya no puede asegurarse como en otro tiempo que la simbólica fiesta de la Nochebuena se celebra en todos los hogares de Madrid y junta á todas las familias para regocijo de los niños y de los viejos, de los que acaban de entrar en la vida y de los que van acercándose á la eternidad. ¡Dichoso hogar aquel en que el amor reune en Nochebuena á los abuelos orgullosos de sus hijos, á los hijos idólatras de sus padres, á los nietos felicísimos que no ven nunca nubes en la frente de los que les dieron el ser, y crecen en medio de la alegría más pura, viendo siempre sonrisas, oyendo siempre frases de cariño y desconociendo las siniestras sombras de la discordia en la familia!..

La Nochebuena es ya poco bulliciosa en Madrid. En alguna calleja se oye el desagradable ruido que hacen unos chicos dando golpes sobre una lata que contuvo petróleo; en alguna otra se oyen canciones sin poesía con acompañamiento de zambomba y sartén, y en las prevenciones de policía duermen la mona unos cuantos desventurados que se gastaron en vino los pocos céntimos que constituían su fortuna. Los vendedores de la plaza Mayor quéjanse todos los años de vender menos que vendían antes, y los que en los portales de Santa Cruz ofrecen á los chicos los nacimientos de corcho con las figurillas de barro laméntanse de que ya no hay gusto para comprar á los pequeñuelos portales de Belén, reyes magos, pastores con ofrendas y demás piezas *escultóricas* alusivas á la Nochebuena No hay, en efecto, gusto ni dinero tampoco.

En suma, la fiesta de la Nochebuena en Madrid ha quedado reducida á unos cuantos banquetes en casas aristocráticas, á las cenas de las familias bien avenidas, que todavía hay, gracias á Dios, familias unidas que siguen la tradicional costumbre de celebrar la memorable fecha del nacimiento de Nuestro Redentor, y á las destempladas aguardentosas voces de los infelices que entretienen el frío y el hambre cantando coplillas y armando ruido bajo la vigilancia de los guardias de seguridad que están de servicio.

Donde no hay harina todo es mohina, y hace ya tiempo que este axioma es de gran actualidad en Madrid y en toda España.

CARLOS FRONTAURA



LA NOCHEBUENA EN MADRID dibujo de Manuel Domínguez, grabado por Sadurní

LA NOCHEBUENA EN MALLORCA

EL ÁNGEL Y EL DIABLO

Entre los suculentos platos literarios con que, en celebración de la gran fiesta del hogar, se obsequia á las personas mayores en el presente número de La Ilustración Artística, justo es que se sirva á la gente menuda alguna ligera golosina, como este cuento que para ella he aderezado.

A principios del siglo xvi, la pintoresca villa de Sóller, situada en el fondo de un ameno valle, entre altas montañas de la cordillera Norte de Mallorca, se componía de *posadas de payés*, abiertas los días festivos y cerradas el resto de la semana; de cuatro tiendas de mercería y comestibles, y de unas cuantas casas de menestrales, principalmente cardadores y tejedores de lino crudo y lana del país. La población se hallaba desparramada por alquerías y cortijos, por granjas y casas de montaña.

Una de las vertientes más pobladas del valle era la conocida con el nombre de *Las Moncadas*. Acá y allá se veían rústicos caseríos con cisterna y horno de pan cocer; buenas viñas en escalonados bancales, y de sol á sol se mezclaban con el alegre y variado canto de los pájaros las pausadas canturías de los labradores.

Día 24 de diciembre de 1517, una hora después de anochecer, se calentaban bajo la campana de la chimenea y ante un hermoso fuego de troncos de olivo, en el espacioso hogar de una de aquellas casas de campo, el honor Pedro Garau, su mujer, llamada Magdalena, y dos hijos de ambos: Gabriel, que había de hacer su primera comunión en la primera Pascua Florida, y Antonia, que tenía ocho años.

Pedro frisaría en los cuarenta. Era alto y fornido de espaldas, de rostro moreno, vivo de potencias y noble de corazón.

– ¡Demasiado noble!, solía decir Magdalena, que no le consideraba bastante rico para ser tan generoso

No se quejaban de su desprendimiento los verdaderos pobres de la comarca, ni los de puntos más lejanos, que le hallaban siempre con la mano abierta y dispuesto á hacer un favor.

Por esto, cuando Pedro bajaba á la villa los domingos para oir misa y hacer provisiones, era un placer ver cómo todo el mundo le saludaba, cual si pasase un gran señor.

Digo mal, porque al gran señor, el muy noble don Arnaldo de Rocafons, que dominaba como un reyezuelo absoluto á la población rural de aquella parte de Sóller, no le saludaban las gentes sino á disgusto y temblando.

Precisamente hablaban de él en el hogar de Pedro Garau.

– ¿Decías, pues, Magdalena?..

– Que la mujer de Miguel del Salt ha estado aquí y me ha contado muchas cosas de Rocafons.

Rocafons era la residencia señorial de D. Arnaldo: un castillo roqueño situado en uno de los picachos de la escarpada costa, cerca de lo que es hoy Balitx d' Amunt.

– Hablemos bajo, que no nos oigan de fuera, añadió la mujer de Pedro.

No era fácil que nadie les oyese, porque la noche era fría y obscura, y la casa más próxima estaba á un tiro de ballesta. ¿Quién diablos iba á andar por allí á tales horas?

– Miguel del Salt llegó ayer y vino solo. Ya sabes que había ido á la guerra con D. Arnaldo, y recordarás la alegría que causó á todo el mundo el ver partir al Sr. de Rocafons. ¡Era tan malo! Pues bien: ya no le volveremos á ver.

– ¡Diantre! ¿Pues qué le ha pasado?

– Que ha muerto en tierra de moros.

– No es que yo quiera mal á su ánima... ¡Ojalá Dios la haya perdonado! Pero juraría que á estas horas, D. Arnaldo está en compañía del demonio, de quien debía ser próximo pariente.

Apenas había pronunciado Pedro estas palabras, cuando se oyó un aldabonazo en la puerta y una voz delicada que decía:

– Hermanos, abrid, por caridad, á un pobre viajero que viene rendido de cansancio.

– ¡Virgen Santa!, exclamó temblando Magdalena. ¿Quién será?

– ¡Abre!, dijo Pedro. No está la noche á propósito para que tengamos aguardando á la puerta al que nos pide refugio.

Magdalena abrió el postigo y se encontró en presencia de un paje, de simpática figura, joven, rubio, ricamente vestido.

– ¡Buenas noches!, dijo, entrando, con voz dulce y aire risueño.

– ¡Santas y buenas!, contestaron á un mismo tiempo marido y mujer.

– Vengo de lejos; estoy muy cansado; la noche es obscura y fría... He visto luz y he pensado que me convendría descansar un rato y pedir informes sobre el camino, pues sentiría extraviarme.

– ¡Bien venido seáis! Disponed de nosotros y de cuanto hay en esta casa. ¿En qué podemos serviros?

– Vuestra bondad me confunde. Sólo quisiera un pedazo de pan y una escudilla de agua, y descansar un poco.

– Sentaos y seréis servido.

El paje tomó asiento en uno de los bancos del hogar. Magdalena le puso al lado la cesta del pan, un plato de aceitunas y medio queso. En tanto, Pedro le sirvió una botella de vino, diciéndole:

– Con este frío y de viaje, no conviene beber agua.

Y añadió al fuego un par de troncos de olivo, que ardieron en seguida en viva llama.

El paje sólo tomó un bocado de pan con unas pocas aceitunas y un sorbo de vino. Luego hizo sentar sobre sus rodillas á la pequeña Antonia, que se había acercado á él llena de curiosidad y asombro, y empezó á contarle cuentos que le dieron mucho gusto. Gabriel, que se había sentado á los pies del viajero, en el extremo de un grueso tizón, le escuchaba también con la boca abierta.

– Dime, tú, ¿eres buen muchacho?, le preguntó el paje, después de concluído un cuento lleno de interés y de buenos consejos para los niños.

– Que lo digan mis padres, contestó con ingenua gracia Gabrielito.

– Tus padres se ríen... Se me figura que están contentos de ti. ¿Has de ir esta noche á la Misa del Gallo?

– No, señor. Mi padre dice que me cansaría mucho, y mi madre teme que me constipe. Pero me gustaría ir.

– ¡Y á mí también!, exclamó Antonia. Dicen que ven al Niño Jesús en un pesebre, muchos corderos con sus pastores, y San José, y la Virgen, y un buey y una mula. ¡Qué bonito debe ser!

– Pues voy á suplicar á vuestros padres que os dejen ir. ¿No es verdad, dijo dirigiéndose á éstos, que vais á darles ese gusto?

– ¿Contáis ir vos?, preguntó Pedro.

– Yo no falto nunca.

– Pues les llevaremos, ya que así lo deseáis.

Los niños iban á saltar de alegría, cuando les paralizó un tremendo golpe dado en la puerta y una voz estentórea que gritaba:

– ¡Mil rayos! ¡Abrid... abrid pronto, que á mí no se me tiene á la inclemencia como á un perro!

Y se oyeron más recios golpes, acompañados de otros gritos y blasfemias.

Magdalena se persignó y su marido fué á abrir la puerta.

Un hombre vestido de negro, con botas altas y espada al cinto, entró echando maldiciones y tirándose de los pelos de una luenga barba roja.

– ¡Voto á Barrabás! ¡Qué noche para un largo viaje! ¿Dónde he venido yo á parar? ¡Ea! Una rama al fuego, y sacad lo mejor que tengáis para cenar.

Pedro y Magdalena estaban como petrificados. Los niños se habían cubierto el rostro con las manos, acurrucándose junto al paje.

– ¿No habéis oído?, gritó el recién llegado. Miradme bien. ¿No me conocéis? ¡Ja, ja, ja! Yo soy D. Arnaldo de Rocafons.

Y el caballero del negro traje prorrumpió en una carcajada tan estridente, que hizo temblar de miedo á Pedro y á su mujer, quienes no se explicaban cómo veían en carne y hueso á aquel maldito D. Arnaldo, de cuya muerte habían hablado precisamente aquella misma noche. ¿Y lo de venir de lejos á tales horas, sin caballo ni escudero?

Pedro echó una rama al fuego y Magdalena sirvió á su terrible huésped las provisiones que le quedaban. En pocos minutos, D. Arnaldo se lo tragó todo. Levantóse de la mesa refunfuñando y fué á sentarse en un banco del hogar. Hasta entonces no reparó en el paje.

– ¿Quién eres tú?, le preguntó haciendo un horrible gesto.

– Soy paje de un señor tan humilde como poderoso.

– ¿Qué señor es ese?

– No puedo decirlo, porque viajo de incógnito.

El de la barba roja le volvió las espaldas malhumorado y preguntó á Pedro:

– ¿Y tú, qué dices de mi visita? ¿No te figurabas que yo llegase algún día á honrar tu casa?

– No, señor, contestó Pedro con temblorosa y apagada voz.

– ¿Y qué dirás cuando sepas que estoy resuelto á pasar aquí, en vuestra compañía, esta maldita Nochebuena?

– Pero D. Arnaldo, ¿y la Misa del Gallo?, se atrevió á objetar Magdalena.

– No iréis por esta vez. ¿Qué falta os hace ir á oir cantuseos ridículos?

– Todo buen cristiano, objetó Pedro, está obligado á asistir á las solemnidades con que la Iglesia honra al hijo de Dios. Quiero ir á la Misa del Gallo y me acompañarán mi mujer y mis hijos.

– ¡Miserable, replicarme á mí!.. Repito que no iréis. ¿Has olvidado que tengo en Racafons una encina donde he mandado ahorcar á más de una docena de rebeldes que desobedecieron mis órdenes?

Al recuerdo de la famosa encina, Pedro se estremeció de espanto. Pero recobrando en seguida su valor, replicó al terrible caballero de este modo:

– Haréis, señor, lo que os plazca; pero nosotros iremos á la Misa del Gallo.

El de Rocafons se puso en pie de un salto, echando chispas por los ojos; desenvainó la espada y se echó á fondo contra Pedro con intención de pasarlo de parte á parte.

Pero con la rapidez del pensamiento, se interpuso el paje exclamando:

– ¡Atrás, Lucifer!

Desenvainó un puñal que llevaba sujeto á su cinto de oro, cogióle por la reluciente y afilada hoja y presentó á la vista del caballero la empuñadura, que tenía la forma de una cruz.

Inmediatamente se alzó del suelo una gran llamarada que envolvió al del traje negro, y él y el paje desaparecieron un instante entre una espesa columna de humo que subió por la chimenea.

Cuando el humo se hubo disipado, el negro personaje había desaparecido y el paje se había transformado en un ángel de hermosas alas de oro.

Pedro, su mujer y los niños se hincaron de rodillas, llenos de admiración.

El ángel les mandó levantarse y les dijo:

– Buenos cristianos, id á la Misa del Gallo y rogad á Dios con devoción. Es cierta la noticia que hoy os han dado de la muerte de D. Arnaldo de Rocafons. Aquel déspota inhumano expía hace tiempo sus iniquidades en eternos suplicios. Hoy Lucifer ha tomado su forma para impedir que fueseis á celebrar el nacimiento del Niño Jesús, venido al mundo para destruir el poder del espíritu infernal. Tranquilizaos; el valor y la fe de que habéis dado prueba, os han salvado para siempre. Id á la Misa de Navidad y veréis después que hasta en la tierra recompensa Dios las virtudes, y muy particularmente la caridad, esa virtud por excelencia que tenéis arraigada en vuestro corazón.

Esto dicho, el ángel desapareció.

Las campanas anunciaban con sus resonantes ecos la hora de ir al templo.

Una comparsa de vecinos que iba reclutando gente para ir á la Misa nocturna, hizo irrupción en la casa. Pedro recomendó á su mujer y á sus hijos que no dijeran una palabra de cuanto acababan de presenciar, pues era exponerse, sin provecho alguno, á que les tomaran por visionarios ó trapaceros.

La comparsa, engruesada con Garau y su familia, emprendió la marcha hacia el pueblo, precedida de dos mozalbetes que alumbraban con antorchas hechas con mazas de estopa impregnadas de resina.

El templo se llenó de fieles y la Misa revistió la solemnidad de costumbre. Lo que más interesó á Gabriel y Antonia fueron el canto de la Sibila, los villancicos y la cueva de Belén, en que se representaban al vivo los principales episodios del nacimiento de Jesús.

A la salida de la iglesia volvió á reunirse la misma comparsa, la cual hizo más de una estación para aceptar un bocado en casa de unos parientes, donde se remataba la Nochebuena improvisando glosas con acompañamiento de guitarra y rociando con vino blanco de cosecha propia la tradicional *coca* de Navidad, costumbre que aún sigue inalterable entre los campesinos de toda la isla.

De regreso á su casa, Pedro y Magdalena encontraron una borrica en la cuadra, una docena de ovejas en el aprisco, seis graneros llenos de trigo, abundantes provisiones de toda clase en la despensa, las arcas llenas de ropa blanca y dos talegas de onzas de oro en el pequeño armario del dinero.

Gabriel y Antonia hallaron una cesta repleta de barquillos y turrones, y un Nacimiento muy bonito en un hueco de la escalera.

Las talegas de onzas no duraron muchos años. Poco á poco, todo aquel dinero se fué en limosnas. Lo cual no impidió que aquellas buenas gentes viviesen holgadas y felices el resto de sus días.

Juan B. Enseñat



LA NOCHEBUENA EN MALLORCA, cuadro pintado por Juan Bauzá, grabado por Sadurní



LA NOCHEBUENA EN ANDALUCÍA

EL BAILE DE LOS ABUELOS

dibujo de J. García Ramos

EL BAILE DE LOS ABUELOS

Más ligera esa copla; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante;
describa la mudanza curvas y brincos;
esos pies más veloces; ¡aire y más aire!
Está la rancia abuela bailando alegre
la danza en que lucieron sus mocedades,
y acuerda los tapices frescos de Goya
con la arcaica mantilla y el corto traje.
De su boca, hecha pliegues, abre la risa
las mandíbulas mondas en dos mitades,
y con los largos dedos castañetea
ceñida á la cadencia de dos compases.
Formando vivo corro gozan los nietos
ante aquella figura de otras edades,
á quien la santa dicha que el cuadro llena
quita un siglo de encima para que baile.
En rápido desfile ve con la mente
de sus años floridos el loco enjambre,
y *oye* con la memoria las serenatas
que daban á sus rejas tiernos galanes.
Al ir girando inquieta, grita un acento:
«¡Que el abuelo haga bríos y la acompañe!»
Y el abuelo, un caduco león vencido
por cien años de luchas y de pesares,
adelanta hacia el centro con la sonrisa
inocente de un niño sobre el semblante,
yergue la curva espalda dando á su cuerpo
de un currutaco el porte fino y amable,
y encajando en la danza por la juntura
matemática y justa de dos compases,
adorable y gracioso, la vuelta imita
que va dando su esposa para *liarle*.
¡Qué menudos punteos! ¡Qué primorosas
idas hacia los lados y hacia adelante!
Bailan el baile clásico, la danza pura
que ya la gente joven bailar no sabe.
Su ritmo acompasado recuerda el ritmo
de un español y viejo noble romance,
y está pidiendo el lienzo de un cuadro antiguo
la castiza finura de sus modales.
El concurso admirado bate las palmas
y andaluzas hipérboles mezcla en el baile,
y al ver danzar dos siglos, uno ante el otro,
le embarga un sentimiento profundo y grande.
Más ligera esa copla; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante;
describa la mudanza curvas y brincos;
esos pies más veloces; ¡aire y más aire!

«ZAMBOMBEO»

Una zambomba de Vélez
con un carrizo de á vara
y la piel bajo el carrizo
abierta y atirantada,
toca una linda mozuela
mojando la mano en agua,
mientras resuena la fiesta
donde se bebe y se canta
En la punta del carrizo,
atado con cinta grana,
un grupo de cascabeles
escandaliza la sala,
y al runrún de la zombomba,
coro de voces borrachas
cantan así, mientras truenan
en el aire las sonajas:
«En el Portal de Belén
entró un gitano con gracia,
y logró robar la mula
que al Niño Dios calentaba.»
-¡Eh, patrona! - grita un mozo
á la que fríe la masa -
¿qué hacen ahí ezoz guñueloz
que naide les ve la cara?
Pa que oz coma er que quiera
prepongo una coza, vaya.
(Expectación en la gente
un punto el bullicio para,
y oir con ansia se espera
lo que propone el que habla.)
- Prepongo que en dende ahí
toz loz guñueloz que zargan,
ze echen á roá po er zuelo
pa que haiga jorgorio y *gata*.
- Quítate de ahí cernícalo,
miá que te doy con la tranca.
- Poz que venga el aguardiente
pa remojá la garganta.
- Echa una copla primero,
no ze bebe zin ganarla.
- Zi tengo de puro zeca
la zaliva jecha gacha;
zi paece mi lengua, vamo,
un refilo, po lo áspera.
¡Que ma jogo; venga vino!
- ¡Mardita zea tu eztampa!
Toma la boteya y bebe;
toma y bebe, pero canta.
- Venga; no decirme na
jazta que ar zuelo me caiga.
- ¡Güen gaznate!
- ¡Güen embúo!
- ¡Gran tonel!
- ¡Zoberbia panza!
- ¡Eh, que te duermez bebiendo!
- Home, ziquiera dezcanza.
- Que vaz á enterrá la copla
en medio de eza riada.
- ¡Riada! Eze ez er diluvio
univerzá.
- ¡Basta, basta!
Y quitando la botella
de manos del que la agarra,
y limpiándose el borracho



LA NOCHEBUENA EN ANDALUCIA.-FIESTA DE FAMILIA, dibujo de J. García Ramos



LA MISA DEL GALLO EN SEVILLA, dibujo de J. García Ramos

con el puño de la manga,
entonó este villancico
al rumor de las sonajas:
«En er Portal de Belén
entró juyendo una rata,
y er Niño corriendo de eya
ze metió en una canazta.»
–¡Malazombra!
–¡Tragavino!
–¡Azaúra!
–¡Tarambaina!

. . . .

Y la zambomba de Vélez
con su carrizo de á cuarta
y la piel bajo el carrizo
abierta y atirantada,
moviendo sus cascabeles
escandaliza la sala
y *ameniza* con su estruendo
la escena de gente baja.

–

LA CENA ARISTOCRÁTICA

Está el salón cuajado de regias hermosuras
y está ornada la mesa con platos y con flores,
y en los espejos amplios que prenden las molduras
la escena reproduce su lujo y sus primores.
Envueltas las arañas en fulgurantes nimbos,
bañan la fiesta rica cual de otra Babilonia,
y entreabre á sus reflejos sus pálidos corimbos
la hortensia, puesta al lado de cálida begonia.
Chocan en desafío cuchillos y cucharas
y aumentan los rumores ardientes de la orgía,
pasa la loca risa brillando por las caras
y un piano cerca esparce su alegre melodía.
Vienen en finas fuentes aves de azul plumaje,
guisadas con tal arte que admira los sentidos,
palomas de albas plumas lo mismo que un encaje,
faisanes esplendentes de mágicos vestidos.
Desfilan por la mesa los peces matizados
en salsas en que agota la mente su inventiva,
ostras en sus estuches de concha nacarados,
langostas cuya forma parece que está viva.
En los cristales leves los vinos burbujean,
Jerez, Montilla, Málaga, derraman sus aromas,
y en ellos los matices diversos centellean
que tienen colibríes, quetzales y palomas.
Lanza el *champán* sus salvas, y con rumor sonoro
da en la ensanchada copa que á un cáliz se parece,
y de ella rebosando los átomos de oro
forma colgante randa donde la luz se mece.

En tanto las hermosas recógense los trajes,
se aprestan las parejas al baile bullicioso,
y en un salón que luce grandiosos cortinajes
el piano las enlaza con ritmo cadencioso.
Girando en torbellino desfilan abrazadas
al son de un vals brillante que excita á la locura,
y copian sus figuras las lunas azogadas
como un fingido baile de lujo y de hermosura.
Las rosas en los senos se agitan temblorosas
y en los alientos beben el soplo de las brisas,
flotan las cabelleras deshechas y sedosas
y estalla entre los labios el coro de las risas.
En tanto á los balcones llamando la alborada
echa su luz de pascua sobre la mustia escena,
y escribe con su dedo de lumbre arrebolada:
«¡Pasó con sus locuras la alegre Nochebuena!»

–

EN LA MISA DEL GALLO

Quien quiera ver cosa buena
á través de una mantilla
y que le deje la pena,
que oiga misa en Nochebuena
en el templo de Sevilla.
Haga mucha devoción
y refrene los sentidos,
que hay ojos de tal pasión
que se clavan decididos
en mitad del corazón.
Y puede ocurrir tal vez
que al postrarse ante el altar
quien á su Dios rinda prez,
no pueda el ojo quitar
de las rosas de una tez.
Mucha cara de azucena,
mucha moza de Triana,
del centro y la Macarena,
cobija en la Nochebuena
la santa iglesia cristiana.
Y en medio de tal enredo,
no hay en el templo sonoro
quien consiga estarse quedo,
ni quien rece un solo credo
sin exclamar: «¡Yo te adoro!»
¿Cómo ha de estar el creyente
al lado de una capilla
humillado y reverente,
si tiene la gloria enfrente
envuelta en una mantilla?
Dice el pobre yo pequé
y al Hijo de Dios bendice;
mas no lo dice con fe,
que absorto ante lo que ve...
no sabe lo que se dice.
De buena gana rezara:
«Sevillana dulce y cara,
yo creo en tu faz morena,
y á tu verita pasara
bailando la Nochebuena.»
Al pandero escandaloso
de metálicos ruidos,
une el templo prodigioso
del órgano melodioso
los aflautados sonidos.
Por las naves misteriosas
va la gente de ansia llena
viendo caras primorosas
como se ven las hermosas
en una alegre verbena.
Un chiste arrojado al paso,
un requiebro á una mujer
de fino cutis de raso,
oye el que cruza al acaso
y sonríe sin querer.
Que el carácter andaluz
dondequiera que se halle
hace á la pena la cruz,
y en el templo y en la calle
va derramando la luz.

–

MÚSICAS LEJANAS...

Ya se van las comparsas, ya van cantando
el postrer villancico de Nochebuena;
¡ay de aquellos que el goce de otra esperando,
les sorprenda viniendo de luto llena!
Habrá en la mesa un sitio triste y desierto
donde falte la copa de la alegría,
y sonará á campana que toca á muerto
el choque de los vasos entre la orgía.
Músicas que á lo lejos aún resonáis
con vaguedad de ensueño que halaga y hiere,
y que entre vuestras notas algo lleváis
de eso que siente el alma por lo que muere:
parad ante las rejas sólo un instante
y gozad de la dicha las frescas rosas;
¡quizás cuando de nuevo paséis delante
no hallaréis tras los hierros á las hermosas!
Lanzad nuevas canciones de Nochebuena
que oigan los corazones estremecidos,
porque ya estaréis mudas mientras la pena,
como mientras la lluvia callan los nidos.
La juventud alegre tiene cien alas
para cruzar sus cielos deslumbradores,
y hay que atar de sus cintas, lazos y galas
el carro rubicundo de los amores.
Parad ante su gloria, músicas bellas;
aún rutila el lucero de la mañana,
y cual notas de un himno van las estrellas,
mariposas azules, en caravana.
«¡Amad – decid – la risa, las ilusiones,
las tradiciones santas y seculares,
las guitarras que llevan en sus bordones
del pueblo los anhelos hechos cantares!»
No os vayáis, leves sones que el aire mece,
borrando en nuestro pecho las alegrías...
ya Sirio baja al monte, y es que fenece
esta noche de vagas melancolías.
¿En qué hogar, cuando vuelva, no habrá canciones
ni vibrarán los himnos que antes sonaron?
¿En qué liras humanas, los corazones,
no cantarán las cuerdas que antes cantaron?



¡Oh madre que en tus brazos tenerme ansías!,
contigo tendrá músicas mi Nochebuena;
¡pues con que tú me mires y te sonrías,
mi alma de artista canta, vibra, resuena!

SALVADOR RUEDA



LA NOCHEBUENA Á BORDO, dibujo á la pluma de Nicanor Vázquez

LA NOCHEBUENA Á BORDO

(BOCETO MARÍTIMO)

Bien se dejaba ver que aquella noche ocurría algo extraordinario y grato á bordo del magnífico transatlántico de unas 13.000 toneladas de desplazamiento que surcaba las aguas de alta mar con una velocidad de 23 millas por hora (1). Revelábase la «satisfacción interior» que allí reinaba en el lucir de las portillas de luz de cámaras y camarotes, que en largas filas brillaban sobre el negro fondo del imponente casco, y en el ir y venir continuos que podía observarse á través de ellas; cuando de ordinario y á tales horas, las más de las luces de á bordo estaban apagadas, y todo el mundo, menos el personal de vigilancia, recluído en los camarotes y durmiendo.

Arriba, en la cubierta alta, el servicio continuaba como siempre: el oficial de cuarto hacía su guardia paseándose por el puente, situado á 18 metros de altura sobre la línea de flotación; iba el hombre arrebujado en su capotón de mar, obscuro y recio, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos metidas en las amplias mangas; la gorra de hule encasquetada hasta tocar por los lados y por detrás el levantado cuello del abrigo, y mostrando los pies por debajo de éste, que pies habría de seguro dentro de aquellas dos enormes botas de agua macizas y pesadas que se arrastraban sobre el enjaretado á impulsos de una marcha acompasada y lenta: de cuando en cuando penetraba el hombre en la caseta que promediaba el puente; echaba una mirada á la carta de marear extendida y sujeta allí en una mesilla, bajo los rayos vivos de un farol de *ojo de buey;* arrojaba un gruñido, muestra de satisfacción probablemente, y en seguida volvía á emprender sus idas y venidas por el puente, con la mismas gentileza y donosura que emplean los osos para revolverse en sus jaulas, y hasta parecido á ellos por su aspecto.

Por encima de él, á 30 metros sobre la superficie del mar, los serviolas, pegados á las luces de situación, y los vigías, inmóviles también en su caseta, dominando un horizonte de 15 millas de extensión, luchaban con el sueño, la humedad y el frío, despabilándose y como resucitando cada diez minutos para atronar el espacio con sus alertas; y por debajo los hombres del timón, cogidos á la rueda, seguían silenciosos como autómatas hercúleos las indicaciones que con manoteos expresivos y frases breves les dirigía el timonel, cuya mirada no se apartaba ni un instante de la temblona aguja de bitácora.

La densa niebla que envolvía al buque dejábase rasgar como con pena por éste, lagrimeando y enganchándose en pegajosos girones á sus palos, formando como una pantalla impenetrable ante los potentes haces fotoeléctricos de sus faroles reglamentarios, cuyos reflejos blancos, rojos y verdes, mezclábanse con ella en confusos torbellinos, parecidos á los de fuentes luminosas ó danzas serpentinas; ardiendo luego en explosiones de luz, surcadas de fugaces chispas, encima de las dos anchurosas chimeneas, análogas á cráteres, y estremeciéndose por último con renitencias de masa elástica, cuando el grito estridente de la sirena vigilante hendía los aires cada cuatro minutos.

Abajo, en lo más profundo del buque, en el infierno de las máquinas, todo continuaba también como en los demás días del viaje. El maquinista de servicio, de pie en su balconcillo, fijos los ojos en el manómetro situado junto al reloj, empuñada la inquieta palanca del regulador, atento al timbre y á la bocina de comunicación con el puente, levantaba la voz de vez en cuando hasta dominar el estrépito horroroso, formulando una orden concisa y rápida que era obedecida al punto por una legión de condenados, pues tal parecían los fogoneros, medio desnudos, sudosos y anhelantes que, ó bien abrían los 102 candentes hornos, con tremendo chocar de portezuelas, para rellenarlos de carbón en paladas monstruosas (como que iban á alimentar 30.000 caballos), ó para rascar las parrillas con gruesos y largos ganchos, ó bien se lanzaban como monos gigantescos á lubrificar, llenándolas de aceite y sebo, todas las conyunturas de aquellas poderosas máquinas, las que llevaban el movimiento, imprimiéndoles una velocidad de más de 200 revoluciones por minuto, á las dos grandes hélices de tres alas que impulsaban el buque.

Y sin embargo, á pesar de la inmensa responsabilidad abrumadora que pesaba arriba sobre el hombre del puente; á pesar del trabajo penosísimo que gravitaba en el principal encargado de la máquina; á pesar de la ruda labor que tenían que soportar los auxiliares de uno y otro; á pesar de los veinte hermosos botes de salvamento, preparados siempre y listos para mitigar los horrores de un naufragio, y á pesar de la niebla reinante, que es el enemigo más temible que tiene hoy la navegación, el magnífico transatlántico estaba de fiesta: una fecha, el 24 de diciembre, se había impuesto por un día á los severos reglamentos de á bordo, á las costumbres ordenadas y metódicas que rigen en esos pueblos flotantes, y en éste se celebraba la tradicional Nochebuena, con los recursos disponibles, ni más ni menos que en cualquier otra ciudad.

Que ciudad y populosa (por más señas) era ya el buque aquél. Ciudad amurallada con costados de acero que ocupaba una extensión de unos 190 metros de largo por 20 próximamente de anchura máxima y sobre otros 20 de altura *habitable,* vivían en su seno más de 3.000 personas, distribuídas en autoridades y clases sociales; lo mismo que en los pueblos de tierra firme... sólo que mejor Cuatrocientos quince individuos constituían el personal que pudiéramos llamar administrativo; de ellos, sesenta y uno, con el capitán y los oficiales, formaban los altos cuerpos consultivos y ejecutivos; ciento noventa y cinco, desde el ingeniero jefe hasta el último fogonero, iban afectos á las múltiples máquinas, y ciento cincuenta y nueve, entre los que se contaban el cocinero primero con sus pinches numerosos, criados y camareros, asumían los servicios de policía urbana y sus anexos.

El resto de los habitantes, ó sea la población civil, constaba de seiscientos pasajeros de 1.ª clase, la aristocracia, los privilegiados que bebían *champagne* pagándolo aparte en las comidas, y jugaban las libras esterlinas, prodigándolas en apuestas y otros mil pasatiempos; cuatrocientos de 2.ª, que representaban la burguesía ó clase media acomodada, procurando siempre estirar un presupuesto inflexible, pero tratando á la vez de imitar en todo á los primeros, aun á costa de los más ridículos esfuerzos, y de unos mil de 3.ª, emigrantes en su mayoría, familias enteras, pobres y miserables, que buscaban en la expatriación un *modus vivendi;* el pueblo soberano que miraba hacia popa con ojos de envidiosa codicia y que por las tardes amenizaba la travesía armando bailes y canturreos allá á proa, recogiendo monedas de la aristocracia y aplausos de la clase media. ¡Como en la vida!, que diría de Maupassant.

Todos, sin embargo, en la noche de que hablamos, coincidían en un pensamiento único y todos procuraban divertirse celebrando á la par la Nochebuena. Cuatro días de navegación habían curado ya á todos del mareo y establecido cierta inmidad entre los pasajeros de las distintas clases y de éstas entre sí; todos ellos se conocían, de vista por lo menos. El capitán, viejo lobo de mar, confirmación viviente de aquella frase feliz según la cual «no es el corazón la

(1) Todos los datos numéricos contenidos en el presente *boceto* son verdaderos y están tomados del *Lucania* y del *Campania,* los dos últimos transatlánticos mandados construir por la compañía Cunard para la línea de Liverpool á Nueva York. *(N. del A.)*

entraña destinada por Dios á la elaboración del pensamiento,» sentía hondo, pero pensaba, naturalmente, poco y mal; en nombre de la compañía ofreció un extraordinario á los pasajeros de 1.ª, y un árbol de Navidad, cargado de golosinas y juguetes, para los niños de 1.ª y 2.ª A los de 3.ª los hubiera partido un rayo, bien á pesar del capitán, si un ingeniero eminente, cargado de hijos, que iba en 2.ª, no hubiera propuesto algo en su favor, y si un tocinero retirado, ahito de millones, que iba en 1.ª con la aristocracia, no hubiera secundado la idea, comprometiéndose á sufragar los gastos. Para todos hubo, pues, fiesta y jolgorio, aunque es preciso decir que allí, como en todas partes, los que más se divirtieron y gozaron más en la improvisada fiesta fueron los infelices de 3.ª, el pueblo soberano.

Aquella noche sonaron las diez impunemente, y las luces de á bordo, que á esa hora se apagaban de ordinario, siguieron brillando hasta muy tarde; las 1.350 lámparas eléctricas con que contaba el buque permanecieron encendidas, y bien puede asegurarse que sus 22.000 bujías no alumbraron hasta cerca de la amanecida más que caras felices y satisfechas; el fluido eléctrico recorría, más apresurado, si cabe, que de costumbre, las 50 millas de alambre conductor de que podía disponer á bordo para llevar más pronto á todas partes la alegría de sus luces, desde los dos potentes dinamos que funcionaban en el sollado hasta el último rincón del animado departamento de 3.ª

Pero no todos gozaban, no; sería un error creerlo: cuando el grandioso salón de 1.ª con sus dorados techos de cuatro metros de altura estaba más concurrido y resplandeciente, llenas sus cuatro largas mesas de alegres comensales, un señor de barba blanca, pero fuerte él y vigoroso todavía, antiguo oficial de marina que viajaba solo, no dejaba de pensar, cabizbajo y preocupado, en la triste Nochebuena que se pasa en los buques de guerra, donde cada tripulante está aislado con sus recuerdos, sin que puedan distraerle de ellos ni los cantos regionales á que se entregan por grupos los marineros españoles hasta las doce, ni las alegres dianas y repiques que á esa hora suenan en los buques militares extranjeros. Al observar la preocupación que se reflejaba en el rostro del viejo, un joven, vecino suyo de mesa, le interrogó acerca de su extraña actitud, que contrastaba tanto con la de los demás, obteniendo esta respuesta, resumen y compendio de la *Nochebuena á bordo:*

«Amigo mío, la Nochebuena es una fiesta genuinamente familiar, y sólo rodeado cada cual de su familia y en casita es como puede disfrutarla bien.»

FEDERICO MONTALDO



LA NOCHEBUENA EN EL MAR, dibujo de F. Lindner

LA NOCHEBUENA EN EL MAR

«¿Me pedís que os cuente algo de mi vida de marino? – nos decía cierta Nochebuena mi abuelo, mientras mi padre descansaba al amor de la lumbre de sus diurnas faenas y mi madre daba la última mano á la cena que, á juzgar por los olorcitos que de la cocina hasta nosotros llegaban, prometía exceder á la de los días ordinarios. – Voy á satisfacer vuestra curiosidad; que también á mí me gusta remozarme refiriendo añejas historias. Mas así como otras veces he interesado vuestra imaginación haciéndoos suspirar por los países lejanos cuyas maravillas os describía, hoy quiero, por el contrario, todo lo que para el ausente de ella vale la familia, ese conjunto de amores á cuyo calor el hogar más pobre, la aldea más humilde, el país más triste puéblanse de encantos que lejos de él en vano trataréis de encontrar en el palacio más suntuoso, en la ciudad más rica en el más sorprendente paisaje que pudo fabricar el hombre ó crear la naturaleza.

»Y, pues, en Nochebuena estamos, dejadme que recuerde otras dos Nochebuenas, la primera y la última que pasé en el mar. Son dos notas tristes que aun hoy, al acudir á mi memoria me conmueven; pero la tristeza que su recuerdo en mí produce desvanécese al verme rodeado de todos vosotros, pedazos de mi alma, que con vuestros cuidados y vuestras caricias alegráis los últimos días de este pobre viejo, cuya existencia camina rápidamente hacia su ocaso.»

Y enjugándose una lágrima, comenzó el abuelo su relato en estos términos:

«Tenía doce años cuando me embarqué como grumete en el bergantín *San Antonio*. El mar ejercía sobre mí irresistible influjo: junto á él había nacido, y jugando en sus orillas ó bañándome entre sus olas pasé los primeros tiempos de mi niñez. Llegada la hora de escoger una profesión, opté por la de marino.

»Ni contento ni pesaroso iba á separarme de mis padres: apenábame, por un lado, dejarlos; pero por otro me alegraba la idea de comenzar mi vida de hombre, y de comenzarla en el mar, que tanto me atraía. Pocos momentos antes de embarcarme miré á nuestra casita, que muy cerca de la playa se levantaba, y miré al barco que airosamente se mecía á pocas brazas de la costa, y ¿por qué negarlo?, fué mayor en mí el ansia de verme instalado en el buque que la pena por alejarme de mi hogar.

»Sentía verdadera vocación por el oficio.

»Hicieron desde el bergantín la última señal: mi padre, esforzándose por aparentar una impasibilidad que desmentían sus ojos húmedos y su voz temblorosa, abrazóme fuertemente y apenas pudo recomendarme que me portara siempre como un hombre honrado; mi madre cubrióme de besos; pasóme al cuello un escapulario de la Virgen de los Desamparados, y anegada en llanto encargóme que me acordara mucho de ellos y que le rezara á La que nunca deja de velar por sus hijos.

»De haberse prolongado mucho aquella escena hubiera acabado con mi fortaleza, haciendo así más dolorosa la despedida; por fortuna el marinero que debía acompañarme hízome entrar con él en el bote que nos condujo al bergantín: poco después, el *San Antonio*, desplegadas al viento sus velas, fué alejándose de la costa, que no tardó en desaparecer por completo de nuestra vista.

»Pasaron días y días, y la vida de á bordo me entusiasmaba cada vez más; y eso que la labor era dura, el descanso poco y la comida menos que mediana. Distinguióme el capitán desde el primer momento, y con las suyas captéme en seguida las simpatías de toda la tripulación. Me acordaba de los míos, ¡vaya si me acordaba!, de



LA NOCHEBUENA EN EL MAR, cuadro de Eliseo Meifrén, reproducido directamente por Thomas

mi madre sobre todo; pero su recuerdo apenas si me entristeció al principio, y al fin acabé por familiarizarme con la ausencia.

»Una noche – llevábamos tres semanas de navegación – observé en el barco mayor animación que de ordinario: hacíanse en él preparativos como para una gran fiesta, y los marineros subían de la bodega cargados de botellas y de cajas que iban depositando sobre la mesa de la cámara. A las diez llamónos allí á todos el capitán, y á su invitación cajas y botellas fuéronse vaciando como por encanto. Aquel inusitado acontecimiento excitó mi curiosidad, y no pudiendo al fin contenerme preguntéle á uno de los que á mi lado estaban á santo de qué nos obsequiaban con tan abundante festín. «¡Cómo! – me contestó el marinero á quien me había dirigido. – ¿No sabes que es Nochebuena?»

»Quedéme confuso al oir esta respuesta, y poco á poco una melancolía indefinible se apoderó de todo mi ser: la palabra *Nochebuena* traía á mi memoria recuerdos que hasta entonces no se habían despertado. Sentíme solo en medio de toda aquella gente cuya alegría me hacía daño, y faltándome aire que respirar en la cámara, apresuradamente subí á cubierta. La noche era hermosa, el mar estaba tranquilo y nuestro barco se deslizaba suavemente por la superficie del agua, en cuyo fondo reflejábanse titilando al movimiento de las olas los infinitos astros que brillaban en el firmamento. Apoyéme en la borda y clavé mis ojos en el horizonte, buscando entre aquellas sombras lo que evocaba mi deseo; pero nada descubría: el mar y el cielo uníanse en una línea indefinida que mi vista no podía atravesar.

»¡Tal vez desde más alto!, me dije, y trepando por las movedizas escalas situéme en la cofa y seguí escudriñando la inmensidad del Océano. De pronto fingióme la imaginación allá lejos, muy lejos, una luz: sí, aquella era, allí estaba el faro que se alzaba cerca de mi pueblo; siguiendo el camino de la costa se llegaba á mi playa; junto á la playa estaba mi casa, y en la casa mi padre entreteniendo á mis hermanitos con la historia de Belén y de los pastores, mientras esperaban que mi madre sacara del horno la dorada torta con que solía obsequiarnos en la Nochebuena.

»Ante aquel cuadro que veía con los ojos del alma; ante el dolor que, producido por mi ausencia, adivinaba en el corazón de mis padres, no pude reprimir los sollozos ni contener mis lágrimas; y mientras llegaban á mis oídos los gritos y la algazara de los que abajo celebraban el nacimiento del Niño Jesús, hinquéme de rodillas, saqué el escapulario de mi pecho y exclamé besando fervorosamente aquella imagen y puesto en los míos mi pensamiento: «¡Virgen de los Desamparados, que pronto los vea!»

»¡Qué triste fué para mí aquella Nochebuena, la primera que pasaba en el mar!

»Transcurrieron muchos años: iba ya para viejo y no podía quejarme de la suerte. La fortuna me había favorecido, y gracias á mi trabajo y á mi economía contaba con lo necesario para vivir tranquilamente el tiempo que de vida me quedara. Era segundo de la fragata *Esperanza*, y con aquel viaje terminaba mi existencia de marino.

Hacía una semana que habíamos salido de Valparaíso con rumbo á España, y llevábamos dos días de temporal que con grandes dificultades veníamos sorteando. En la noche del tercero el mar tomó un aspecto imponente: nos envolvía una cerrazón completa; las olas barrían la cubierta del buque como fiera que husmea y lame su presa antes de devorarla, y el viento arrancaba de las jarcias lúgubres gemidos y hacía crujir la obra muerta con ruidos siniestros. La *Esperanza* defendíase, sin embargo, heroicamente; y si un instante se hundía en abismos que parecían sin fondo, era para surgir al poco rato en la cima de encrespados montes de agua que la alzaban á vertiginosas alturas. Como irritado por tamaña resistencia, arreció el temporal en sus furiosas acometidas, y nuestro barco sin gobierno comenzó á ceder. De pronto abrióse en la fragata una vía de agua que era inútil empeño querer atajar, y perdidas ya todas las esperanzas dispusimos los botes, y huyendo de una muerte pronta y segura buscamos en aquellas frágiles embarcaciones una salvación remota, casi imposible.

»Pero antes de abandonar el buque, el capitán, cumpliendo su último deber, metió en una botella, que echó al agua, un papel en que con mano insegura trazara estas palabras: «Fragata *Esperanza*, de Santander, á pique: tripulación se embarca en botes. ¡Dios nos proteja! En alta mar, en la Nochebuena de 185...»

»¡Otra vez aquella fecha que en medio del Océano me recordaba el apacible cuadro de mi hogar! Mis padres habían muerto, pero en la casita que se alzaba en la lejana playa esperábanme entonces mis hijos y un nietecito, tú, Pedro, que habías nacido después de mi partida. ¡Cuántos besos te di con el alma en aquella horrible noche! ¡Cómo le pedí á la Virgen que me concediera la dicha de verte!

»Y la Virgen me escuchó.

»¿A qué describiros las horas de mortal angustia que en el bote pasamos? Cien veces sentimos la muerte junto á nosotros, y otras tantas un milagro nos arrancó de sus manos. Amaneció al fin, y con el nuevo día amainó el temporal: la Providencia puso en nuestro camino un vapor francés, que nos recogió, como poco antes había recogido á nuestros compañeros de las otras embarcaciones, y á todos nos dejó en el primer puerto de escala. Al cabo de algunos días veíame otra vez entre los míos, de quienes no he vuelto á separarme y á cuyo lado espero morir si el cielo me otorga esa gracia única que ya he de pedirle.»

Era yo muy niño cuando mi abuelo nos refirió estos dos episodios de su vida de marino, pero todavía conservo grabada en mi alma la impresión que me produjeron y la alegría que reinó durante la cena que puso término á la velada: parecíanos á todos que nunca nos habíamos querido como aquella noche.

Desde entonces, cuando llega la Nochebuena y en fiesta íntima de familia conmemoramos el nacimiento del Niño Dios, al sentirme envuelto en aquel ambiente de felicidad y de cariño, no puedo menos de consagrar un piadoso recuerdo á los pobres niños que en aquellas horas cruzan los mares lejos de sus padres y á los infelices que tal vez en aquellos momentos luchan en medio del Océano con la muerte y en un grito de suprema angustia envían el último adiós á sus hijos. – A.

LA NOCHEBUENA EN GALICIA

Es la Navidad la fiesta *católica* por excelencia, la fiesta universal que estremece de alegría los ámbitos del mundo: sin embargo, cada región le imprime su carácter propio, adoptándola á su peculiar manera de concebir la idea religiosa. Yo os diré cuáles son en mi tierra los regocijos y las nostalgias de la gran noche; cómo se siente y cómo se celebra ese momento divino, que por medio del radiante arco iris de la esperanza une la tierra árida y fría al cielo azul turquí tachonado de magníficas estrellas.

No busquemos la fiesta de Navidad en casa del pudiente. La riqueza es cosmopolita y enemiga jurada de las dulces tradiciones y las viejas costumbres: el lujo es monótono, igual á sí mismo en todas las comarcas del planeta. Para la cena de Navidad, lo mismo en Vigo que en París, el rico abre la ostra salobre y hace saltar el corcho del Champagne bullidor. En la morada del rico apenas distinguiríais la Nochebuena de cualquiera otra noche del año, si los niños no reclamasen, ya el extranjerizo *árbol de Navidad*, ya el clásico, neto y castizo *belén*.

¡Los niños! Son los verdaderos tradicionalistas; son los únicos que aún conservan y cultivan el recuerdo de la más alta fecha que registra la historia. Gracias á los niños, no han olvidado enteramente las personas mayores que hace diez y nueve siglos vino al mundo, en un establo, El que nos había de redimir, muriendo muerte de cruz.

¡Los niños! Ellos se han reservado el privilegio de poner en escena el hermoso drama plástico del advenimiento de Cristo á la tierra. Siempre que se acerca la Navidad, puéblase mi imaginación de reminiscencias de la niñez de mis hijos. Me veo comprando el *belén* en la plazuela de Santa Cruz, escogiendo figura por figura, buscando los reyes más barbudos y de túnica más rozagante, las más gentiles zagalejas, los dromedarios más reverendos y los cabritillos más blancos, y eligiendo después un magnífico *portal* y una imponente lejanía de palacios y torres de cartón que contrastase bien con la sierra cubierta de escarcha y el profundo valle en cuyas grutas oraban los pastores. Me veo desempaquetando en Marineda aquella carga parecida al retablo de Maese Pedro, y revistiendo de follaje la habitación donde queríamos ofrecer el *belén* á la admiración de la chiquillería. Y el fresco musgo de la Granja de Meirás imitó praderas, y los pedazos de una luna de espejo remedaron el serpear del río caudaloso, y gasas de suaves colores fingieron horizontes celestes, y la estrellita, puesta muy en alto, lo iluminó todo con fantástico esplendor... ¡Mil veces feliz edad la que se alumbra con una estrella de talco y ve el cielo en unos pliegues de tul!

En el campo no se arma el *belén:* el lujo de los juguetes es desconocido para los niños pobres. Los muchachos de la aldea, en estos días del año, lo que hacen es ir de puerta en puerta entonando con voz plañidera y acento nasal los villancicos de *Aninovo*. Y á las puertas de las chozas – las puertas más fáciles de abrir para el que pide – se asoman buenas mujeres, vejezuelas compasivas de esas que reservan siempre á las criaturas una sonrisa y un sentencioso consejo; y en los raídos y abollados hongos ó en las miserables boinillas – porque la rica y graciosa *monteira* ya cayó en desuso – llueve la espiga de maíz, el pedazo de *borona*, el puñado de habichuelas ó castañas, ó el torrezno rancio. Colecta humilde, sabrosa para los pedigüeños. Con ella se refocilarán en esos días que así celebra el millonario como el mendigo. En Galicia, lo mismo que en el resto de España, el pueblo los solemniza; pero seamos sinceros ante todo y observemos que esta gente inmutable, por la cual diríase que resbala sin profundizar la corriente de los siglos, lo que conmemora no es tanto la fecha cristiana del *Nadal*, como la renovación del año, la crisis de la madre naturaleza, que una vez más resucita triunfadora. Este período en que la tierra, sacudiendo el letargo invernal, siente los primeros latidos de los gérmenes que pronto romperán el surco, es el que el aldeano celebra, es la primera fiesta heliástica del año, sólo comparable á la de las lustraciones, la de San Juan – día en que, á la madrugada, el sol baila de júbilo en el firmamento.

Guiado por la confusa pero tenaz memoria del atavismo, el aldeano, en los últimos días del año, que para nosotros evocan el culto del Redentor espiritual, evoca á su vez las enseñanzas de los primitivos institutores religiosos que tuvo Galicia – los druidas. – En esta fecha era cuando los *hombres del árbol* cortaban de la sagrada encina, con hoz de oro, el *gui* ó muérdago, á la claridad del plenilunio; y el teatro de la escena era el bosque mismo, la horrenda selva, el *lubrego*, porque el celta no erigía templos, siendo para él la naturaleza toda inmenso altar. – En esta fecha se cumplían los más solemnes ritos de aquella religión naturalista y panteísta que á duras penas y superficialmente desarraigaron los valerosos apóstoles cristianos.

Entrad en la cocina que sirve de salón al labriego, y donde se reune y agrupa la familia al calor del hogar. Bien pronto advertiréis que, bajo el nombre de Navidad, lo que allí se está celebrando no es sino la druídica fiesta del fuego. Esa llama alta y viva, que dibuja sobre las paredes amasadas con pedruscos y *cal de sapo* las siluetas de los que rodean el lar, procede del gran tizón de Año Nuevo, del leño inmenso destinado á arder ocho días, y que á pesar de la olvidada ó ignorada prohibición de los Concilios, se enciende y cuida como cuidaban el fuego sagrado las vestales. Por nada del mundo renunciarían á encender el leño simbólico, pues sus vagas supersticiones de palingenesia y su firme creencia en la inmortalidad del alma les impulsan á preparar el foco en que han de calentarse los espíritus de los antepasados, que vienen del otro mundo ateridos por el hielo de la eterna sombra. El leño misterioso de Navidad no se enciende sólo para los vivos: los muertos acuden á participar de su calor. Por eso cuentan que ante el sacro fuego – ante la resplandeciente y terrible faz de *Agni*, numen del hombre primitivo, conjurador de la frialdad de las edades paleolíticas, – el campesino gallego no se atreve á cometer impureza alguna, y la mujer, requestada por el marido al pie del hogar, recházale con energía exclamando: «¡Que nos ve la lumbre!»

No impide, sin embargo, el respeto al fuego que en la cocina, durante la noche de Navidad, se cante, se ría, se beban largos tragos de picante y fresco mosto, y se saboreen entre festiva cháchara los harinosos *zonchos* ó castañas que en bien abrigada olla se cocieron con su piel. El viejo de los donaires cuenta historias de gorja, anécdotas en que la malicia y la ingenuidad se dan la mano; los rapaces galantean muy de cerca á las rapazas; los muchachos ya se caen dormidos, como cae del árbol la pera en sazón; el ciego de la viola entona con voz aguardentosa el villancico ó narra el secular romance; los casados hablan del tiempo y de la cosecha – los dos tópicos del agricultor, – y mientras tanto, una mujer, de edad madura, de curtido rostro, la dueña de la casa, permanece silenciosa y hasta se diría que la luz de la ahumada candileja y el ardiente reflejo del tizón hacen rielar una lágrima en sus ojos... Es que piensa en sus dos hijos menores, los que emigraron en tiempos difíciles, yéndose allá, muy lejos, á no sé qué mortífera comarca brasileña; y como ni una carta, ni una noticia ha recibido en cinco años, la madre, en esta noche, en medio de esta jovial algazara, discurre si aquellos dos pedazos de sus entrañas, tan mozos, tan colorados, tan rubios como eran, habrán venido en espíritu, desde el reino de las tinieblas, á calentarse en el fuego santo.

Emilia Pardo Bazán



LA NOCHEBUENA EN GALICIA, copia de una pintura de Cecilio Plá, grabada por Sadurní



LA NOCHEBUENA EN LIMA

dibujo de J. Cabrinety, según croquis remitido por D. Ricardo Palma, de Lima

EL MES DE DICIEMBRE

EN LA ANTIGUA LIMA

I

Allá en los tiempos del rey, la conclusión de año era, en la ciudad fundada por Pizarro, de lo bueno lo mejor. Mes íntegro de *jaraneta* y *bebendurria*.

Raro era el barrio en que el 8 de diciembre no se celebrara, en algunas casas de la circunscripción, con lo que nuestras bisabuelas llamaban *altar de Purísima*. Armábase éste en el salón principal, y desde las siete de la noche los amigos y amigas invitados empezaban á llegar.

Principiábase por un rosario de cinco misterios acompañado de cánticos á la Virgen, seguía una plática devota pronunciada por fraile de campanillas comensal de la familia, y dábase remate á la función religiosa con villancicos alegres bien cantados, al compás de clavicordio y violín, por las criadas de la casa, á las que se asociaban otras de la vecindad.

Después de las diez de la noche, hora en que se despedían los convidados de etiqueta, principiaba lo bueno y lo sabroso. Jarana en regla. Las parejas se sucedían bailando delante del altar el *ondú*, el *paspié*, la *pieza inglesa* y demás bailes de sociedad por entonces á la moda.

Por supuesto que las copas menudeaban, y ya después de media noche se trataba á la Purísima con toda confianza; pues, dejándose de bailecitos sosos y ceremoniosos, entraba la voluptuosa *zamacueca* con mucho de arpa y cajón.

Y el altar de Purísima duraba tres noches, que eran tres noches de jaleo, en las que so capa de devoción había para las almas mucho, muchísimo de perdición.

II

Desde el 15 de diciembre comenzaban las matinales misas de aguinaldo, en las que todo era animación y alegría. ¡Qué *muchacheo* tan de *rechupete* el que en esas mañanas se congregaba en las iglesias para tentación y pecadero del prójimo enamoradizo!

Una orquesta criolla, con cantores y cantoras de la *hebra*, hacía oir todos los airecitos populares en boga, como hoy lo están el trío de los *Ratas* ó la canción de la *Menegilda*. Lo religioso y sagrado no excluía á lo mundanal ó profano.

Al final de la misa un grupo de *pallas* bailaba *cachua* y el *maisillo*, cantando coplas no siempre muy ortodoxas.

Una misa de aguinaldo duraba, como la de Nochebuena, por lo menos un par de horitas: de siete á nueve. Esas misas sí que eran cosa rica, y no insulsas como las de hogaño. Ya en la Misa de Gallo no hay pitos, canarios, flautines, zampoñas, matracas, bandurrias, zambombas, canticio ni bailoteo; ni los muchachos rebuznan, ni cantan como gallo, ni ladran como perro, ni mugen como buey, ni maullan como gato, ni nada, ni nada de lo que los viejos alcanzamos todavía, en el primer tercio de la república, como pálida reminiscencia del pasado colonial.

III

La Nochebuena, con su *Misa de Gallo*, era el no hay más allá del criollismo.

Desde las cinco de la tarde del 24 de diciembre, los cuatro lados de la plaza Mayor ostentaban mesitas en las que se vendía flores, dulces, conservas juguetes, pastas, licores y cuanto de apetitoso y *manducable* plugo á Dios crear.

A las doce sólo el populacho quedaba en la plaza, multiplicando las libaciones. La aristocracia y la clase media se encaminaban á los templos, donde las *pallas* cantaban en el atrio villancicos como este:

Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos á Belén;
que mañana es fiesta,
pasado también.

A la Misa de Gallo seguía, en las casas, opípara cena, en la que el *tamal* era plato obligatorio. Y como no era higiénico echarse en brazos de Morfeo tras una comilona bien mascada y mejor humedecida con buen tinto de Cataluña, enérgico Jerez, delicioso Málaga y alborotador *quitapesares* (vulgo, legítimo aguardiente de Pisco, de Motocachi ó de Locumba), improvisábase en familia un bailecito al que los primeros rayos del sol ponían remate.

En cuanto al pueblo, para no ser menos que la gente de posición, armaba jarana hasta el alba alrededor de la pila de la plaza. Allí las parejas se descoyuntaban bailando zamacueca; pero zamacueca borrascosa, de esa que hace resucitar muertos.

IV

Como los altares de Purísima, eran los *nacimientos* motivo de fiesta doméstica.

Desde el primer día de Pascua armábase en algunas casas un pequeño proscenio, sobre el que se veía el establo de Belén con todos los personajes de que habla la bíblica leyenda. Figurillas de pasta ó madera, más ó menos graciosas, complementaban el cuadro.

Todo el mundo, desde las siete hasta las once de la noche, entraba en el salón donde se exhibía el divino misterio con entera llaneza. Cada nacimiento era más visitado y comentado que ministro nuevo.

Cuando llegaban personas amigas de la familia propietaria del nacimiento se las agasajaba con un vaso de aloja, chicha morada ú otras frescas horchatas bautizadas con el nada limpio nombre de *orines del Niño*.

En no pocas casas, después de las once, cuando quedaban sólo los vecinos y amigos de confianza, se armaba una de golpe al parche y fuego á la lata. Se bebía y *cuequeaba* en grande.

El más famoso de los nacimientos de Lima era el que se exhibía en el convento de los padres belethmitas ó barbones. Y era famoso por la abundancia de muñecos automáticos y por los villancicos con que festejaban al Divino Infante.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, el 6 de enero, día de los Reyes Magos, se cerraban los nacimientos. De suyo se deja adivinar que aquella noche el jolgorio era mayúsculo.



Y hasta diciembre del otro año, en que, para diferenciar, se repetían las mismas fiestas sin la menor variante.

RICARDO PALMA

Lima, octubre de 1893



LAS PASCUAS DE NAVIDAD
EN CATALUÑA

Las he pasado algunos años en las melancólicas regiones del Norte, lejos del esplendoroso cielo de España, y en medio de aquella brumosa atmósfera comprendí y sentí la amarga significación de la palabra *añoranza*, que han tomado del catalán algunos eximios escritores castellanos.

Parece que la mano de un invisible enemigo va echando gota á gota en nuestro corazón una cruel ponzoña que le oprime y tortura, en tanto que el frío va calándose por todos los poros del cuerpo y el alma desfallece como ateriéndose al soplo glacial de la soledad que la rodea. Es una ansia febril por recobrar una dicha desvanecida; es un martirio indecible engendrado por el acerbo convencimiento de que no es dable alcanzar aquel bien tan ardorosamente apetecido. Eramos muchos los que, espantados por la perspectiva de semejante suplicio, emigrábamos volando como las golondrinas en busca del sol que dora y calienta las alegres playas del Mediterráneo. A medida que nos íbamos aproximando á las venturosas regiones del Mediodía, todos repetíamos con enternecimiento aquel cantarcico popular que en invierno entonan los niños de las montañas catalanas: *– sol, solet, – vinem á veure; – sol, solet, – vinem á veure, – que tinch fret* (Sol, solito, ven á verme; sol, solito, ven á verme, que tengo frío).

Al atravesar las gargantas de los Pirineos, que nos parecían las puertas del paraíso, comprendíamos también toda la filosofía de un refrán que en otros tiempos nos pareció vulgar é insignificante: *Per Nadal cada ovella en son corral* (Por Navidad cada oveja en su corral).

En efecto, este adagio recuerda una de las costumbres más características de la tierra catalana, porque la fiesta de Navidad es una fiesta esencialmente patriarcal.

Un amigo mío, capitán de buque, me dijo un día: – Si me contaran que se ha descubierto un Robinsón en una isla desierta, apostaría doble contra sencillo á que había de ser catalán. Tan acostumbrado estoy á encontrarme con paisanos de usted en todas partes.

Pues todos esos hombres diseminados por la haz de la tierra se sienten acometidos aquellos días de una verdadera nostalgia, echando de menos el calor y la poesía del hogar paterno. La fiestas de Carnaval las pasan tan alegremente en Venecia, en Roma, ó en Nueva Orleans como pudieran hacerlo en su patria; pero las de Navidad, no. Así son muchos los que, hallándose en el extranjero, hacen todos los esfuerzos imaginables para pasar esos días al lado de su familia.

Su reunión, en día tan señalado, es de rúbrica. Las aulas de las universidades están cerradas, los colegiales también tienen vacaciones, los comerciantes y los industriales suspenden sus tareas. Nada impide la congregación de todos los individuos de la familia en torno de la mesa presidida por el abuelo.

¡Cómo se nota la falta de los ausentes! El militar que se halla de guarnición en una remota provincia, el marino que está viajando por lejanas regiones, pueden estar seguros de que su recuerdo enturbiará el gozo de aquella fiesta íntima.

Este banquete familiar también tiene su aspecto tradicional en cuanto al *menú* ó lista de los platos que en él deben servirse, pues algunos de ellos son de absoluta necesidad para que la fiesta no pierda su carácter, amoldado á una costumbre inmemorial.

Tal es, por ejemplo, y en primer término, el pavo asado y relleno de tocino, manzanas, ciruelas ú otros ingredientes, á gusto del consumidor; porque en este punto se deja mucha latitud al criterio individual. Hay casas en donde se convierte la panza del enorme volátil en una verdadera enciclopedia.

Algunos innovadores, más amigos de los buenos bocados que de las tradiciones culinarias, han osado reemplazar el clásico pavo con el faisán trufado. Es un acto evidentemente revolucionario; pero no cabe negar que representa un gran progreso.

En mi niñez no se comían turrones ni barquillos sino durante las fiestas de Navidad y en las de la Circuncisión del Señor y la Epifanía. Para esos días se guardaba también el vino añejo reservado para las grandes ocasiones, el vino de *derribre les fagots*, como dicen nuestros vecinos los franceses.

Todo esto ha cambiado. No falta quien pretende



La comida de familia

que es un mal. Hay muchos modos de ser sibarita. Según esta teoría, el colmo de la felicidad, para un gastrónomo, sería comer bacalao todos los días de trabajo á fin de encontrar más sabrosa la carne que comiera el domingo.

Mi amigo Oller ha descrito con sumo gracejo en su *Febre d'or* uno de esos característicos ágapes familiares.

Es preciso haber estado en Barcelona la noche de la víspera de Navidad para hacerse cargo del prodigioso consumo que ocasionan de toda suerte de comestibles. Como éstos rebosan materialmente de los mercados, los vendedores se desparraman á centenares por las plazas y los paseos adyacentes pregonando á voz en grito sus mercancías.

Legiones de aldeanos acuden de todas las comar-



Camino de la ciudad

cas de Cataluña trayendo de sus villorrios y caseríos grandes manadas de payos, gallinas y patos, innumerables conejos, liebres y perdices y enormes provisiones de manzanas, ciruelas, pasas, melones y otras



Nota lúgubre de Nochebuena

frutas, amén de los quesos y salchichones de sus respectivas comarcas.

En verdad es un cuadro por todo extremo animado y con sus puntos y ribetes de fantástico el de la bulliciosa muchedumbre que va formando corros en torno de aquellos rústicos cuyas fogatas hacen un



A la Misa del Gallo

raro contraste con la deslumbradora luz de los aparatos eléctricos.

Pero no sé nada que traspase el corazón como el espectáculo de la miseria turbando con una nota lúgubre la regocijada armonía de ese cuadro que recuerda los banquetes homéricos, las mesas francas de la Edad media y el despilfarro gastronómico de las bodas de Camacho. ¡Qué triste ver al mendigo tender su demacrada mano tiritando de frío bajo sus mugrientos harapos, cuando el mundo cristiano se apresta á celebrar con tanta alegría el nacimiento de Aquel que se sacrificó para redimirnos á todos y dignificar á los desheredados!

Al dar la última campanada de las doce empieza en todas las ciudades, villas y aldeas la típica Misa del Gallo. No hay organista que en tal coyuntura no haga ostentación de su genio y destreza improvisando aires pastoriles con acompañamiento de gaitas y zampoñas y gorjeos de pájaros. A la verdad no fuera justo calificar de caprichosas estas habilidades, con las cuales luce el artista su pericia y el instrumento su abundancia de registros, pues no sin razón se toca la música pastoril cuando recuerda la Iglesia el nacimiento de un Dios que quiso nacer en un pesebre y rodeado de pastores. Pero en las poblaciones que se pican de cultas no sale tan bien librado el buen sentido artístico de la audacia de los organistas que profanan la majestad del templo haciendo resonar bajo sus bóvedas las sensuales melodías de las óperas en boga.

Dice la Academia, á propósito de la palabra *Nacimiento*, que significa entre otras cosas la «representación del de Nuestro Señor Jesucristo en el portal de Belén; la cual suele hacerse formando un portalito y adornándolo con las imágenes de los que se hallaron en él y con las figuras correspondientes á este misterio.» En Cataluña hay una grande afición á estas representaciones, que muchas veces dan lugar á los más candorosos anacronismos. He visto muchos nacimientos en los cuales los pastores catalanes, vestidos á la usanza de nuestro siglo, matan el tiempo conversando con los legionarios romanos. Por cierto que en uno de esos *pesebres* – como se les llama en catalán – lo hacían debajo de un puente colgante. Los *moros* se paseaban por aquellas soledades cual si ya fueran dueños de la Palestina. Los edificios eran todos de arquitectura genuinamente catalana, á excepción del lugar del nacimiento, que era, no un pesebre, como lo quiere la tradición, sino un templo gótico arruinado.

Hoy se hacen los nacimientos con más pretensiones artísticas: los edificios, las figuras y los vegetales tienen el color local adecuado al asunto y se fabrican con esmero. En cambio, la vanidad ha sustituído en muchas partes al espíritu religioso que impulsaba á muchas familias á cantar devotos villancicos ante el grupo de la Sagrada Familia.

El día de Santo Tomás empiezan en Barcelona las renombradas ferias, en las cuales se proveen los *pesebristas* de los adminículos necesarios para la formación del nacimiento.

Allí pueden estudiarse las diversas evoluciones del *nacimiento*, porque al lado de los acueductos romanos y los villorrios orientales de corcho correctamente fabricados, asoman las masías catalanas de cartón, y junto á los hebreos irreprochablemente caracterizados, las típicas barretinas, aquellos cerdos con patas de alambre que parecen empeñados en lucir su gordura tendiéndose patas arriba y otras típicas ingenuidades propias de la infancia del arte *pesebrista*.

Otra de las costumbres típicas del día y la víspera de Navidad es la de las rifas callejeras, en las cuales se sortean gallos, conejos y platos de dulces. En los cafés-restaurants se rifan pavos y botellas de vino generoso. Esto fué causa, no ha muchos años, de que un periodista francés dijese con la ligereza que á nuestros vecinos caracteriza: «En Barcelona juégase descaradamente á la ruleta en mitad del día, y es de ver cómo acuden á ella las señoras al salir de misa, llevando todavía en la mano el devocionario.» A esto llaman ellos escribir *Impresiones de viaje*, y de este modo aprende el pueblo francés las cos-



Rifa callejera

tumbres de las naciones extranjeras, juzgando actos sin conocimiento de causa y criticando costumbres con censurable ligereza.

No deja de ser curioso el gran papel que desempeña el gallo en todas estas manifestaciones de júbilo religioso; fenómeno que induce al espíritu menos dado á investigaciones arqueológicas á sospechar que por algo debe entrar en ello el simbolismo. En efecto, en las literaturas orientales el canto del gallo ahuyenta á las malignas potestades nocturnas, despierta á la aurora y hace levantar á los hombres.

Du Cange, en su admirable *Glossarium*, nos cuenta que Prudencio, poeta latino natural de Calahorra, que floreció á mediados del siglo IV, jugando del vocablo con las voces *crista* – cresta, – *cristeus*, *cristiger* y *cristatus*, compara á Nuestro Señor Jesucristo con el gallo rogándole que arroje al sueño, que rompa las cadenas de la noche, destruya el pecado y nos redima de las tinieblas en que vivimos envueltos, trayéndonos la luz del nuevo día.

¿Es admisible la explicación? Someto el caso al dictamen de los folk-loristas.

J. COROLEU

(Ilustraciones de J. L. PELLICER)





LA PLAZA DE ARMAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN LOS DIAS QUE PRECEDEN Á LA NAVIDAD, dibujo de L. Izaguirre

POSADAS Y NAVIDAD

(COSTUMBRES DE LA CIUDAD DE MÉXICO)

Sentada frente al piano Pleyel, Lola y sus cuatro amigas ensayaban la tarde de un día 18 de diciembre las letanías de la Virgen Madre.

Aquella noche iba á ser la tercera de *posadas;* le tocaba á Lola, es decir, al coronel, padre de la joven morena que se hallaba sentada frente al piano y que se había empeñado en lucirse en el canto. Las dos primeras noches las *posadas* fueron de muchachos, y solamente los niños y niñas, hijos del coronel dieron lucimiento á la *posada.* Las dos noches anteriores los muchachos habían cantado el *Sancta María* y el *Virgo Virginum,* llevando en procesión tres esculturas en cera, defectuosas y pequeñas, que representaban al patriarca castísimo vestido con túnica verde y amarilla capa, á su santa esposa sentada sobre un asno y á un ángel que lo conducía. Aquel grupo en cera lo compraron los hermanos menores de la primogénita del coronel el 16 de diciembre por la tarde, en una de tantas barracas como se levantan todos los años en los días que preceden al de Navidad en derredor de la plaza principal de la ciudad de México. En una de esas barracas, formadas con madera y lona muy blanca, se compraron también las ramas frescas de ciprés y el heno para adornar el altar que servirá á los santos peregrinos durante los nueve días de *posadas,* así como los confitillos para llenar los diminutos cestos de papel con que el dueño de la casa obsequiara á los invitados.

Además de los confitillos, los cestos de papel, los *cacahuates* y los *texocotes,* los muchachos compraron la piñata, que consistía en un cántaro cubierto con papel de colores y figurando una bruja montada sobre una escoba. Con las frutas llenóse la piñata, y antes de las siete de la noche los hermanos de Lola colgaron el cántaro-bruja en la entrada del comedor, y se comenzó la *posada* con el rezo del rosario, al terminar el cual, los muchachos de la casa y los invitados recorrieron los corredores y el interior de la morada del coronel, llevando en andas á los peregrinos y cantando: *Sancta María, Santa Virgo Virginum,* á lo que el coro contestaba con el repetido: *Cra pro nobis, Ora pro nobis.*

Luego, algunos que llevaban bujías de colores para alumbrar á los peregrinos entraron en el comedor; y los otros, los que cargaban con los santos, quedáronse en la pieza contigua para pedir la *posada,* cantando los siguientes versos frente á la puerta cerrada:

«Quién les da posada á estos peregrinos
que vienen cansados de andar los caminos.»

Los del comedor contestaron con otros, negando la *posada;* pero á instancias de los primeros, los segundos ceden, se abre la puerta, se vitorea á los santos peregrinos y se les coloca en su altar. Después los muchachos se fueron vendando los ojos uno á uno hasta que el más afortunado rompió la piñata, y todos en grupo se arrojaron al suelo á recoger las frutas que caían del cántaro. Por último repartiéronse entre los invitados los cestitos de papel con confites, y á las diez todos dormían en la casa del coronel.

Así como la primera fué también la segunda noche; pero á la tercera, Lola, entusiasmada, se encarga de dar mayor brillo á las *posadas.* Como ella era la hija primogénita y casi la madre de aquella familia, pues el coronel había enviudado desde hacía largo tiempo, era su consentida, y fácilmente obtuvo de su padre que hubiese baile desde esa tercera noche, ó lo que es lo mismo, que las *posadas* fuesen formales, para lo cual vendrían todas sus amigas. Por eso la tarde del 18 de diciembre ensayaba frente al piano las letanías de María Santísima. Sobre la mesa del comedor había botellas de coñac, jerez y champagne de la Viuda, una lata de te para los ponches y trescientos pasteles encargados á una pastelería francesa.

Cuando se levantaron de frente al piano, Lola propuso á sus amigas ir á la plaza principal para comprar la *colación,* esto es, los *cacahuates,* los *texocotes* y los confitillos, que se repartirían después de la *posada.* El amarillento sol de diciembre había desaparecido bajo la línea de montañas que circunda el valle mexicano, y el cielo transparente del invierno en las zonas templadas comenzaba á obscurecerse ya, cuando la joven morena y sus amigas llegaron á la plaza Mayor. Los argentados fulgores de los focos eléctricos y las lámparas amarillentas de las barracas alumbraban el gozo de aquella multitud compacta y complexa que se paseaba por entre los puestos de frutas y juguetes. Los vendedores voceaban á gritos su mercancía; en las barracas se distinguía la colación formando pirámides blancas y rosadas; en el suelo había también pirámides de naranjas, *texocotes* y otras frutas de la estación, y frente á esas pirámides, fogatas de madera resinosa... La tercera noche de *posadas* se rezó y cantó rápidamente, y rápidamente también se pidió la *posada;* pero en cambio desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada se bailó con entusiasmo.

Al despedirse los invitados, se repartieron entre ellos los gastos de las seis noches restantes; cada amigo se hizo cargo de una, y se convino en que la Nochebuena le tocara al coronel y que se bailara hasta el amanecer.

Ya desde la cuarta noche, casi todas las muchachas tenían su *oso,* es decir, su galán que las cortejaba, y durante el vértigo de los valses, en el balanceamiento de los schotisch ó en el voluptuoso descanso de las danzas, ellos se inclinaban á los oídos de ellas, que se sonrojaban ó sonreían.

Llegó el 24 de diciembre, y desde por la tarde Lola estuvo disponiendo los mariscos y la ensalada para la cena de media noche. Antes del obscurecer, ella, sus hermanos y sus sirvientas salieron á comprar las *piñatas* y la *colación.* Aquella tarde la plaza principal de México con sus puestos y su inmenso gentío exhalaba alegría extrema.

Dos horas antes de media noche, la campana mayor de la iglesia catedral y las de muchos templos llamaban á Misa del Gallo; por las calles, innumerables grupos de trasnochadores bebían y cantaban al son de sus guitarras; en derredor de la plaza mayor seguía el bullicio atronador de compradores y de vendimieros.

Entretanto en la casa del coronel terminábanse los preparativos para la cena y para el *nacimiento.* En el fondo del salón habían colocado los muchachos una mesa, y con cajas de cartón formaron una gradería que cubrieron de heno: allí iba á estar el

nacimiento, exhalando aroma de ramas frescas y de musgo, ostentando en la grada más alta un portal de cartón, bajo el que se hallarían arrodillados los padres excelsos del Niño Redentor. A las once y media se sirvió la cena y con ella la tradicional ensalada teñida de rojo con el zumo de la remolacha. Cuando sonó la media noche se arrulló al Niño Dios y se le colocó en el *nacimiento.*

A la una de la madrugada comenzó el baile. Lolita y su *oso,* lo mismo que sus amigas y sus galanes, se tuteaban ya, y se citaban para el baile de compadres el próximo 6 de enero, baile en el cual la suerte designará por compadres á aquellos mismos que habían formado parejas amorosas durante las *posadas.*

Cuando llegó la luz de Navidad, ellos, abrigados hasta el cuello, ofrecieron sus brazos á ellas, que escondían sus interesantes cabecitas entre la nutria de los mantones y pelerinas; los hombres estaban soñolientos, pálidos; las jóvenes, con las mejillas coloreadas por la fatiga del baile y las brillantes pupilas hundidas entre sombras negruzcas, salieron apoyadas en los brazos de sus acompañantes para seguir después su peregrinación en la vida, quizá muy larga, quizá cortísima.

Y mientras los grupos de jóvenes de ambos sexos se alejaban de la casa del coronel, el tardío sol amarillento de diciembre comenzaba á lanzar perezosamente sus resplandores desde el espléndido y eterno azul del cielo mexicano..., ¡eterno, sí!, porque hasta en los días más crudos del invierno la ciudad de México conserva visible su colosal cinturón de montañas azules y su esplendente firmamento azul también.

ALBERTO LEDUCH

NOCHEBUENA BATURRA

Así como en los rebordes de la tartera se encuentra solidificado en amarillenta membrana todo lo más substancioso del caldo y en la pared interior de un vaso de leche se halla lo más nutritivo, sólido y condensado de la nata, cuando se trata de usos populares y de costumbres típicas de una región, habréis de buscarlos en su periferia, en las paredes de la provincia, en los rebordes del partido, en esos pueblecillos obscuros y apartados, en los cuales por carecerse de medios de comunicación, todavía se come, se bebe, se viste y se calza como hace cien años, al revés de las grandes capitales, donde á la continua se siente la influencia de la corte, como la corte á su vez se nota influída por las modas y corrientes del «cerebro del mundo.»

Yo, el más *zaragozica* de los zaragozanos, el desterrado que con más nostalgia piensa en la capilla de la Virgen, en las ondas del Ebro y hasta en las ventoleras de la *Muy Benéfica,* me guardaré muy bien, tratándose de pintar costumbres típicas y regionales, de llamar en mi auxilio á las dos ó tres musas que podrían ayudarme desde las orillas del Ebro, ni de sacar á colación el Coso ni la calle de Predicadores.

No; en Zaragoza no hay calzones cortos ni *cacherulos* pintarrajeados ni fajas moradas, cuyas múltiples vueltas hacen vientre empreñado del vientre más varonil; allí se ha perdido la indumentaria aragonesa y el *folk-lore* regional; sólo queda el corazón muy grande, muy hermoso y muy guardado para no usarlo más que cuando hace falta; la altivez de la raza, aquella altivez de nuestros abuelos que apoyándose en la *Firma,* en la *Manifestación* y en el *Justiciazgo* se oponían á los reyes, cuando los reyes no respetaban traba ni cortapisa alguna; el valor heroico y silencioso de los sitios, del cinco de marzo, de la epidemia colérica; valor este último que movió al gobierno á premiar en masa á todo Zaragoza colgando del escudo municipal la gran cruz de Beneficencia, honrosa y leve carga, que por honrosa y leve aguanta tan sólo el león rampante de nuestro escudo. Y como expresión del alma recatada y pudorosa, también queda allí el acento aragonés profundo, bajo, cavernoso como el vibrar de los bordones en nuestras guitarras, brusco y duro porque no se amolda ni se tuerce, lleno de aristas; pero ¡bah! sin tantas aristas, esquinas y puntas, ¿deslumbraría tanto el brillante? Además que el habla aragonesa, si en el hombre parece tosquedad, en la mujer es yema del corazón y hondo quejido del alma; jamás los tonos atiplados ni los acentos melifluos expresarán las grandes pasiones; nunca el clarinete ni el violín darán las notas humanas y sentidas del violoncello y del oboe; en momentos supremos de ansiedad como en momentos supremos de dicha, no se buscan halagos del oído, sino consuelos que bajen hasta el alma, y sólo el acento de la mujer aragonesa con sus palabras prolongadas y sus sonidos finales inacabables tiene el grueso espesor, la seriedad hermosa, la hondura insondable de lo que brota del corazón, que está más hondo de lo que parece.

Me alejo, pues, de la orilla del Ebro en la seguridad de que en cualquiera de los confines de las tres provincias aragonesas hallaremos una Navidad que nos desquite al lector y á mí de las molestias del viaje. Podrá ser en el somontano de Huesca, ó bien faldas arriba del Pirineo, en algún pueblecillo de los que vigilan la marcha tortuosa y flamígera del Gállego y del Aragón, los astutos ríos que nacidos en la montaña evitan bajar en línea recta para no despeñarse y trazan mil revueltas, espirales y rúbricas, llevando un camino más seguro, aun á trueque de hacerlo más largo. Podrá ser que nos internemos en la sierra de Albarracín ó en cualquier otro abrupto paisaje turolense donde las avaras rocas guardan vírgenes riquezas mineras, aún no explotadas ni visitadas siquiera por el ferrocarril; acaso tomando el Moncayo por faro de nuestro viaje, me marche con el lector hacia Cinco Villas, ó bien recordando los jugosos melocotones encaminemos nuestros pasos por la ribera del Jalón, de ese río mal genio como todos los chiquitines, tan pronto imperceptible como un hilo, tan pronto inmenso como una sábana de tres telas. El sitio es lo de menos; romero más ó menos en el fogón, mayor ó menor holgura en los calzones, el hogar aragonés siempre es el mismo, ya esté en la raya de Francia, ya en los límites de Castellón, ya en los confines de Soria, ya en las cercanías de Sigüenza. En todos nos recibirán con la guitarra tañida con más ó menos brío, en todos beberemos la copa de aguardiente con guindas ó el vino seco negro y espeso como sangre enferma, en todos tendremos el plato de los pastores de Navidad, las migas muy aceitosas, muy pellizcadas y muy relucientes, porque en Aragón no se comprende á los pastores de Belén más que comiendo migas; y para algo se ahorra el aceite del candil y se sustituye la luz mortecina de la pringosa mecha de algodón por la astilla resinosa que arde con vivísimos resplandores llorando lágrimas pegajosas y por el incendio de los bojes que al chamuscarse bajo la gran campana llenan la cocina de chispas bulliciosas, de toda una magia de luces, de alegre y continuo castañeteo producido por el estallar de las fuertes y menudas hojas.

El encebado de los pavos y de los capones, la fabricación casera del turrón y las faenas de la recolección de oliva anuncian las fiestas de Navidad, casi tanto como el bloque del calendario americano que colgado en la pared va perdiendo sus últimas hojas y los rigores de la estación con sus crudísimas madrugadas que llenan de *rosadas* el campo y espolvorean los árboles de blancos y poco durables *dorondones.*

¡Cuán divertida para los chicos la hora de la comida de los pavos! Además de la suculenta *pastura,* del *panizo* y de todos los despojos de la cocina, se les hace tragar nueces enteras abriéndoles con trabajo el pico y pasándoselas á fuerza de dedos por el *garganchón;* cuando tienen repleto el buche se les emborracha con ron para que tengan la carne blanda, y entonces es cosa de verles con la cresta y el moco pletóricos de sangre, enarcando el lomo hasta tomar su cuerpo forma esférica, haciendo la rueda con el obscuro abanico de su cola y lanzando ese zumbido sólo comparable á la escapada general de una bandada de gorriones.

Desde el corral donde comen y se atracan los pavos, entra la chiquillería en la cocina. Allá sobre las gigantescas *estrévedes* fijas en el rescoldo y en la brasa de los tizones se alza el caldero monumental, sólo empleado para calentar el agua de la colada y para cocer la pasta del mondongo. Ahora aparece lleno de mieles, de piñones y de almendras que cuajan poco á poco hasta formar, según el grado de cocción y la calidad de las materias primeras, lo mismo el suculento mazapán que nada tiene que envidiar al de Toledo, que el sabroso *turrón de tabla* que hace coger á los chicos su primer dolor de muelas y hace perder á los viejos el último colmillo de sus encías.

En el campo, mientras se sacude á los olivos con largas varas y se llega á las ramas últimas, gracias á la elevada máquina del *camajuste,* el pueblo entero prepara las rondas, las canciones, las demandas, los obsequios de Navidad. No hay sufragio universal ni representación del pueblo tan auténtica y completa como esa complejísima reunión de la gente baja al pie de los troncos retorcidos y polvorientos del olivar. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todo el mundo acude á la recolección; la bandada popular cae sobre las olivas como antes cayeron las bandadas de tordos.

De noche se arreglan las guitarras, se confeccionan las zambombas atando con *liza* un pergamino á la boca del puchero, se discurren las *cantas* de jota y se habla de los obsequios que prepara la gente rica.

– El señor alcalde – dice un mozo – ha recibido un cajón de bizcochos de Calatayud, y dice que todo será para nosotros.

– ¿Todo? ¿Hasta las tablas?

– Hasta las tablas pa quemarlas en la hoguera de Noche Güena.

– ¿Y qué más ha traído el ordinario de Zaragoza?

– ¡Qué más!, ¡qué más! Pa los ricachos de la plaza ha traído tres cajones de higos de Fraga, que me río yo.

– Y esos, ¿nos los comeremos ú qué?

– Pues, ¿qué ha de hacer? *Masiau* que me entero yo dónde tienen laminerías, y dónde no las tienen, pa que aquella noche vayamos donde haiga y tomemos el camino que más nos cumpla.

Y en efecto, el día 24 apenas empieza á caer la tarde se reune toda la *matraquería* con mucha gana de comer y con mucho hueco en la faja para guardarle cosas á la parienta ó al cortejo. Requieren las vihuelas, las guitarras y los requintos; se embozan en las mantas, cuya inútil capucha forma un pico allá cerca del suelo, y en un santiamén salen á la calle y «encienden vivas» á las guitarras, como ellos dicen.

En todas las casas ricas aguardan la invasión y tienen las colaciones preparadas; la sopa de ajo muy hervida y con mucho huevo; el blanco y ternísimo cardo, que es la verdura de Navidad, como la espinaca es verdura de la Cuaresma; las botellas de licor en cuyo vientre flota el anís en rama; las frutas secas diseminadas á granel por mesas y bancos, y como centinelas del banquete los rechonchos *botos* apoyados en la pared, porque el vino sin duda no les permite mantenerse derechos.

De casa en casa y de colación en colación recorren los mozos todas las calles del pueblo y todas las fases de la alegría. En el hogar de algún ricacho no deja de encontrarse el *nacimiento,* fabricado á costa de mucha paciencia, de no poco papel de estraza y de más engrudo que paciencia y papel de estraza. Está colocado sobre una mesa de aplanchar y en el fondo de una alcoba que sirve de escenario. Se ven muchas montañas, riscos y picachos como cumple á la topografía popular de los santos lugares; el nacimiento es de suyo cosa intrincada, laberíntica y de no pocos alti-bajos. El portal de Belén, un portal aislado por donde no se entra á parte alguna, cobija al Niño Dios, á la Virgen y á San José, sin olvidar á la mula y al buey consabidos. Más lejos comen migas unos pastores, vigilados desde lo alto por un ángel que va á caerse en medio de la cazuela; los Reyes Magos bajan con sus camellos por puntiagudos riscos, difíciles de atravesar hasta para las cabras; arriba y abajo corren fuentes que ya no pueden ser más cristalinas porque no les falta ni el azogue; pastoras, soldados, campesinos y otros actores que no hablan se dirigen hacia el portal llevando á cuestas corderillos, gallos y bultos sospechosos; y presidiendo esta general movilización de toda la Judea, la estrella de talco, la imprescindible estrella que con su opacidad forzosa y su rabo larguísimo, más que estrella gloriosa de Belén parece un cometa de mala sombra.

Ya han recreado su vista los rondadores, ya se han puesto de turrón «hasta tocárselo con el dedo,» como dicen allá, y ya la trabajosa lengua no acierta á repetir las coplas, ni los dedos temblones pueden herir la destemplada prima del guitarro.

Las campanas de la iglesia voltean llamando á los fieles; se aproxima la hora de la Misa del Gallo; el Niño Jesús se yergue sobre el altar mayor, rodeado de brillante aureola, y las flautas del órgano preludian la misa de los pajaritos, mientras el turíbulo lleno de incienso inunda las naves de perfumadas nubecillas.

La gente rica tiene su puesto en el presbiterio; los pobres se codean y empujan en todos los ámbitos del templo; los chiquillos hacen sonar sus botijitos llenos de agua imitando el piar de los gorriones; todo es alegría, júbilo y contento en la casa del Señor, mientras afuera todo es obscuridad, ventisca y frío.

Nacido el Niño Dios, la iglesia se va quedando sola, las calles desiertas y el pueblo tranquilo; retíranse los mozos á empezar sobre el lecho la difícil digestión de tanto comistrajo; duérmense los niños empuñando aún el silbato ó la pandereta, y los primeros albores del día dejan ver sobre la espadaña, sobre el tejado, sobre los arbotantes y contrafuertes de la iglesia del pueblo, sábanas blanquísimas de nieve, encajes helados que se dejan caer en hebras estalácticas, albos perfiles que matan la dureza de los esquinazos, por todo el edificio blancura de ropa nueva y calados níveos de mantillas jamás soñadas, toda la canastilla del niño recién nacido que los ángeles volcaron sin duda sobre los tejadillos del humilde templo cristiano.

LUIS ROYO VILLANOVA



LA NOCHEBUENA EN ARAGON, dibujo de Vicente Cutanda, grabado por Sadurni



LA ZAMACUECA (de una fotografía remitida por D. Benito García Valdivieso, de Valparaíso)

LA NOCHEBUENA EN CHILE

AYER Y HOY

«Estamos á 24 de diciembre. Toda la ciudad de Santiago se encuentra en movimiento.

»El señorío hace sus preparativos; se come más temprano, y las muchachas han permanecido sin vestirse ni lavarse hasta las cuatro de la tarde. Muchas de ellas, en *papillotes* y desceñidas las batas, atraviesan de carrera los patios y corredores de las casas para evitar alguna mirada furtiva que pueda hallarlas menos *comme il faut* que de costumbre.

»El *medio pelo* está más animado, más gozoso; se han hecho grandes aprestos para la trasnochada.

»Las hijas han pedido vestidos nuevos á sus madres, y éstas han *sacado* los cortes *al fiado*, obligándose á dar *un tanto* todos los meses. Por de contado, una semana antes de que Cristo venga al mundo, no hay una pollita de esas de calle atravesada ó de casita chica que no haya trabajado cosiendo ó bordando hasta el amanecer.

»La *gracia*, dicen las madres de estas palomitas, está en que las niñas puedan lucir sus vestidos nuevos en la Cañada (Alameda) y que nosotras podamos también sacar algo que nadie nos haya visto.

»Son las ocho de la noche.

»La Cañada presenta el alegre aspecto de una inmensa feria.

»En una extensión de por lo menos tres millas, limitada al Oriente por el convento del Carmen alto y al Poniente por la estación de los ferrocarriles, bulle una compacta muchedumbre, compuesta de todas las clases y jerarquías sociales. En las dos calles laterales de este grandioso paseo se extiende una cintura de *puestos, ventas,* ventorrillos y ramadas, que harían creer al curioso que toda una población ahuyentada de sus hogares por algún terremoto ú otra parecida calamidad, había escogido aquel sitio como lugar preferente para sus tiendas.

»En cada *puesto* ondea al viento una bandera: el tricolor nacional está obligado á proteger siempre el arpa y la vihuela en dondequiera que hagan resonar sus armonías. Viandas de todo género, licores, frutas, empanadas, dulces, flores, ramitos de albahaca, ollitas de las monjas, horchata con *malicia* (aguardiente), juguetes y cuanto inventó la gula chilena de más apetitoso para los blindados estómagos del pueblo soberano, forman la nomenclatura del comercio de Nochebuena.

»Una población de quince á veinte mil almas flota á su alrededor, zumbando, como las abejas en enjambre, en torno de ese lecho de dudoso perfume en que cada sentido tiene su representante y cada vicio su expresión elocuente.

«¡Sandillas güenas, fresquitas las sandillas!» – «¡A lorchat bien helaa!» – «¡Que se acaban las empanaítas, calientitas, de durce y con pasas!» – «¡Al durce, al durce!,» gritan á voz en cuello los vendedores.

– »¡Ay, hijita!, dice á su hija una rolliza mamá de pañuelo amarillo, y con un barniz de *crema* en la cara que la hace parecer un mascarón de proa; comamos una sandillita, porque estoy que ya reviento de ganas de dar gracias á Dios con una buena rebanaa.

»Una oleada de gente, oleada de pueblo soberano, que despide el olor nauseabundo propio de las muchedumbres y lanza los gritos de esa hidra de cien cabezas llamada alegría popular, nos separa de la matrona untada de crema.

»Acerquémonos á las ramadas, vulgo *chinganas*, donde se oye el animado *tamboreo* acompañando á la vihuela y al arpa.

»A su alrededor aumentan los gritos: «¡Ponch en leche bien helao!» – «¡Calientito el chocolate, niñas!» – «¡Que se acaban los duraznos, mi arma!» Una vieja con un par de muchachas del *medio pelo* colgadas de la pretina y seguida de otros tantos *siúticos* (cursi), pasa en ese momento cerca de nosotros pechando con el empuje de un toro, y entra en una ramada donde zapatea una pareja enardecida con los cantos voluptuosos y atronadores de la *zamacueca*.

»Al entrar en la ramada, los dos *siúticos* corren á ofrecer ponche en leche á las chiquillas, y éstas, sin hacerse mucho de rogar, beben en un enorme vaso llamado *potrillo*, que por lo menos cincuenta habían llevado ya á la boca.

»Apenas concluyen los danzantes, toma uno de los *siúticos* de la mano á la mejor parecida de las niñas, y se coloca á su frente en el centro de la *cancha*, con pañuelo empuñado. A los pocos segundos principia la *zamacueca* con un coro de palmoteos, risotadas, gritos y tamboreos.

»Al llegar al *tondondoré*, la concurrencia no puede permanecer en sus asientos. Todos de pie, unos con la mano sobre la cadera, otros con un vaso de ponche y haciendo *guaraguas*, parecen querer lanzarse sobre la niña y quitársela al *futre*, el cual *escobillando* y *zapateando* con una agilidad asombrosa, defiende á su compañera haciéndola la *rueda* con *hartas guaras*.

«¡Arrúgala, negro!» – «¡Cómetela, diablo!» – «¡Estrújala, hijito!,» aullan los mirones que forman un grupo compacto á la entrada de la ramada, y la niña y el mozo *aleonados* con los gritos, se arrugan, se estrujan y se *hacen huincha*, hasta que por fin, hincando el *futre* la rodilla en tierra, cae exclamando: «¡Ay juna, de cinco tres!,» con lo que se repite el otro pie, continuando hasta el amanecer el zapateo, las tonadas, los vivas, el licor y las *pechas* de los que entran á renovar las hazañas de sus antecesores.

»Tal es la *Nochebuena* y tal la *zamacueca*, bailada por la gente de baja clase. Este baile, gracioso de por sí cuando es ejecutado con moderación, degenera en una torpe payasada cuando los danzantes pertenecen á la última clase del pueblo y los anima más de lo necesario la chicha y el ponche.

»La zamacueca reune al encanto de sus giros la gracia más refinada en las ondulaciones del cuerpo y el manejo del pañuelo. Este es el baile de que, sin duda, puede sacar más partido un cuerpo airoso, y como la chilena lo tiene, y mucho, resulta que la *zamacueca* es la danza que más entusiasma á los extranjeros que lo ven por vez primera, acostumbrados como están, en sus respectivos países, á ver bailar por el pueblo los mismos estirados bailes de los salones.»

Esto era hasta ayer la *Nochebuena* en Santiago, según nos la describe D. Recaredo Tornero en el artículo que dejamos transcrito, y que corre inserto en el *Chile Ilustrado*.

Hoy esta fiesta ha perdido notablemente en animación y entusiasmo. Los palacios que pueblan en toda su extensión la Alameda de Santiago, hacen ya imposible el establecimiento de aquellas ramadas en que se bailaba tan ruidosamente la popular *zamacueca*. Las ventas de refrescos y dijes de Navidad y el tradicional embanderamiento del gran paseo santiagués es lo único que nos queda de aquellos tiempos.

Una parte, no muy numerosa, de la alta sociedad acude aquella noche á pasear algunos instantes por la Alameda. A las diez de la noche ya todas esas familias se han retirado, y desde esa hora hasta el amanecer la suntuosa avenida es frecuentada únicamente por el *medio pelo*, la clase baja y algunos trasnochadores enamoradizos, que prefieren las Venus pedestres que por ella pululan, á las discretas y recatadas señoritas de los salones.

En las habitaciones de la buena sociedad la velada no se prolonga más allá de la media noche. Por el contrario, la clase media rara vez apaga las luces de las suyas antes de que la claridad del alba las haga innecesarias.

La beata y demás gente de iglesia celebra también esa noche concurriendo á la clásica *Misa del Gallo*, que á las doce se celebra en casi todos los templos.

Esto es todo lo que nos queda de aquella en otro tiempo tan celebrada Nochebuena. – Nadie.



Y soñando en estas cosas el ex teniente despertó tendido en el lecho del dolor, envuelto en la semiobscuridad de la misérrima estancia

LA NOCHEBUENA EN EL CAMPAMENTO

(Ilustraciones del malogrado Julio Gros)

– De cuantas noches he pasado en los campamentos, dijo sentenciosamente el capitán Unceta, estas fueron siempre las más tristes. Y cuenta, añadió después de ligera pausa, que algunas celebré en operaciones, apercibida el arma y poco distante el enemigo; mas con ser todas ellas poco gratas, ninguna tan melancólica como la presente Vea usted los rostros de esos muchachos. Ni un canto, ni un bailoteo, ni una mala borrachera; la enfermería está que rebosa, el servicio abruma á los útiles, y al paso que vamos, temiéndome estoy que los Reyes Magos van á encontrarnos metidos en la barraca. ¡Valiente noche, alférez Campuzano!

– ¡Paciencia, mucha paciencia, mi capitán!, contestó un alferecillo delgadito y enteco que, envuelto en holgadísimo impermeable, escuchaba las palabras de su inmediato superior. Si dijera á usted que estoy en mejor disposición de ánimo faltaría á la verdad. El recuerdo de lo que dejé allá en la península me trae de mal humor. La poca confianza que tengo en esa propuesta me pone nervioso. Cada día me parece más incierta la esperanza de que esta guerra de Cuba acabe en bien, si es que acaba ó no concluyen con nosotros las balas ó las enfermedades.

– Esto es lo menos malo que puede acontecernos. Cuando se ve un día y otro día frente á frente la muerte, concluye uno por familiarizarse con ella. Y ¡qué cara tan pésima tiene la..! (y lo soltó redondo). ¿Se acuerda usted del sargento que enterramos ayer? ¡Pobre muchacho! El no creía morirse, mejor dicho, él no quería; pero en cuanto vió llegar al *pater*..., vaya, vale más no acordarse; el rostro de aquel hombre se me quedó grabado en el alma. Y es lo que digo yo: venga enhorabuena la *baja*, pero venga envolviendo una bala, que así es como deben morir los soldados; porque esperarla tendido en un camastro ó en una hamaca, contar los minutos que nos faltan ó que nos sobran..., vamos, que eso es muy duro y que yo no me conformo; quiero decir en suma, que me sublevo y que me llevan los mil demonios. Pues... otra parecida nos espera con ese desdichado de la 4.ª, que está ya si las lía ó no las lía. Ya uste sabe quién; véalo y dígame si la cosa es para gastarlas muy alegres. ¡Camarada, vaya una noche!

– ¿Se refiere usted al carlista deportado?

– Al mismo; y por cierto que me causó gran conmiseración saber que ese infeliz fué teniente en las filas de D. Carlos. Bien se ve, por el respeto que le tienen los de su procedencia, que es persona de calidad y que ha ejercido mando entre ellos. Así me lo aseguró días pasados un soldadito de la compañía, y esta es otra razón para que me inspire lástima. ¡Qué diablos! Esas son opiniones y gustos de los hombres... ¿No es verdad, mi alférez?

– Pues que Dios le conceda lo que mejor le convenga, contestó Campuzano, y á nosotros la propuesta aprobada y algunos tarritos de Ginebra para ir tirando como se pueda. Por de pronto voy á llamar á Sánchez para que nos prepare algo con que cele-

brar esta santa noche, y por ahora dése usted un latigazo del tinto para ir haciendo boca... ¡Ea! ¡A la salud de usted, mi capitán!

– Pues á la de usted y por muchas Navidades, mi alférez.

¡Quién pudiera pintar las bellezas de la noche cubana!.. Y era aquella una de las más hermosas que contemplaron humanos ojos. La manigua poblada de rumores, el ambiente lleno de armonías, el firmamento cuajado de estrellas, el aire impregnado de perfumes; luz melancólica en los espacios, obscuridad en la tierra; la misteriosa labor de la vida continuada en la sombra; el himno eterno del amor subiendo constante á los cielos... Nadie diría que en la espesura se hallaran en vela centenares de hombres, acurrucados unos entre las matas, de pie otros junto á las barracas del campamento. Ni los delata el *quién vive* de los centinelas ni los denuncian los fuegos del vivac. Ni un canto, ni la señal más insignificante de vida. Es la consigna, consigna que también se cumple en aquella noche que el mundo cristiano celebra con alegría ruidosa y que trae á la mente los recuerdos más placenteros.

Pero sobre el campamento pesa un manto de tristeza. La fiebre, el escorbuto, la disentería han causado muchas bajas; y los que todavía alientan, después de larguísimas jornadas hechas bajo los rayos de un sol abrasador, cruzando ciénagas y arroyos, sabanas y manigua, mustios y cabizbajos no parecen acordarse de que, según reza el cantar, aquélla *no es noche de dormir*. Algunos de estos soldados son nuevos en las fatigas de la guerra americana, totalmente distinta de las peninsulares, porque en ella la lucha ha de sostenerse con igual ó mayor tesón contra el clima que contra el enemigo, enemigo éste traidor porque espera en acecho, emboscado, favorecido por el terreno, contrariedades y azotes á los cuales hay que añadir la falta de recursos y á veces largos períodos de total aislamiento: causas todas que pesan terriblemente en el ánimo del recién llegado. ¿Cómo extrañar, pues, que el número de enfermos sea en el campamento tan crecido, si la columna lleva penosos días de operaciones con gente nueva y en la zona más mortífera de la isla?

Allá están echados sobre los humildes lechos de la enfermería los míseros enfermos. La 4.ª tiene hasta doce, entre ellos Larramendi, el ex teniente de D. Carlos. Todos ellos son mocetones altos y de buena musculatura, aunque demacrados y enflaquecidos por distintas enfermedades. El pasaje de los más por aquella barraca suele ser corto. Larramendi tiene marcado el *vencimiento* de una letra girada á muy corto plazo – son frases del doctor; – pero el desdichado vive con el espíritu muy lejos de aquel mísero rincón. El ángel del sueño se adelantó al ángel de la muerte. Y el ex teniente alienta con el pensamiento puesto en otra noche de alegre recordación.

Fué allá en el Norte; fué en una Nochebuena no tan triste ni tan silenciosa como esta, aunque pasada sobre el duro suelo; mas ¡ay! que aquel suelo era el muy querido de la madre patria. Ardían alegres las hogueras y en torno de ellas cantaban y reían los soldados, corría la bota y pasaba de mano en mano la calabaza. «¡Ea, muchachos, esta es la última!, gritaban los oficiales de D. Carlos. El año que viene, el rey en Madrid y vosotros en casa. Buen ánimo, que la *causa* es justa y Dios nos ampara...» Y los soldados entusiasmados vitoreaban á sus jefes, y el alegre concierto de gritos y canturías subía á los cielos entre el humo de las hogueras. Las penas, ¡al saco con ellas! La vida... ¡el Corazón de Jesús la protegerá! Los padres y los hijos, ¡no los abandonará el rey! Otra acometida y el ejército real cruzaría el Ebro y avanzaría hasta Madrid, llevando por delante á los liberales en completa derrota... Luego...

Y soñando en estas cosas el ex teniente despertó tendido en el lecho del dolor, envuelto en la semiobscuridad de la misérrima estancia.

Sí, esta era la realidad, la triste realidad de una guerra cuyas vicisitudes le habían colocado en el número de los vencidos y de los prisioneros deportados. Recordaba confusamente la derrota, aquellas horas de lucha en que su batallón defendió á fuego y bayoneta las alturas de Lumbierri, los camaradas arrebatados por el remolino de la pelea; luego la posición envuelta, la compañía prisionera, las tristezas del vencimiento, los días melancólicos pasados en el depósito, y, por último, la deportación, el alejamiento quizás definitivo de la patria...

¿Morir? Poco le importaba á él esa cosa, si no triunfaba la causa... Aunque... sí; le importaba algo morir lejos de la patria y lejos de sus amores. Y en aquella hora de soledad y de tristezas, en aquellos momentos de aislamiento, al evocar este recuerdo, terrible congoja apoderábase de su espíritu.

Una violenta sacudida le despertó. A su lado estaba el capitán Unceta.

– ¡Arriba, muchacho! ¿Qué diablo está usted hablando de la patria? La patria está aquí, donde estamos nosotros, donde está la bandera. Por ella combatimos y morimos. Y ¿hay algo más hermoso? Y ¿cree usted que pueden olvidarnos jamás los que quedaron allá en España? Pues mire, aunque así fuese, valdría lo mismo, porque aquí no queda otro recurso que luchar, que combatir á la desesperada; y la lucha, el combate, siempre engrandecen al hombre. Conque ¡pecho al agua! Quiero decir que apure usted esta medicina y... ¡á la salud de la novia, si es que alguna dejó usted por allá!

Los ojos del enfermo brillaron con los más vivos fulgores, como si en ellos se hubiesen concentrado todas las energías de aquel pobre cuerpo; pero éste no hizo movimiento alguno.

Tocólo el capitán y echó de ver en él una frialdad marmórea; examinólo el doctor y se limitó á decir:

– Más necesitado está del *pater* que del médico... Que llamen al primero cuanto antes. Vive todavía, pero ya perdió sus facultades. Cosa de minutos.

Y así era en efecto; el alma había emprendido ya el viaje á través del Océano del infinito, mientras en el cuerpo luchaban aún las últimas energías vitales.

El ángel de la muerte siguió al ángel del sueño.

A la luz opaca de la aurora, despertó la gente y volvió á reinar la vida en el campamento.

– ¡Vaya una noche, camarada!, gritó el alférez Campuzano al encontrarse de manos á boca con su capitán. Esta es la hora en que pensando en si hoy recibiríamos el correo, apenas si he podido conciliar el sueño. ¡Si por lo menos viniera aprobada la propuesta! Considere usted el caso. Dos cruces rojas, tres menciones honoríficas, grado y sobregrado... y confiese si tengo motivos más que suficientes para impacientarme. Pero... así y todo, vale más no hacerse ilusiones. No, no lo conseguiré. Estoy seguro de que algún envidioso de la Plana Mayor me birla ese empleo.

– Pues ¿creería usted que á mí me ocurre lo propio y que también pasé la madrugada pensando en el asunto? Le confieso que un desengaño sería cosa grave, y creo por lo mismo que para prepararse á recibirlo debiéramos saludar el día con unas ginebritas. Luego tomará usted el *parte*, á bien que puedo desde ahora adelantarle una *novedad*, el fallecimiento de ese muchacho de la 4.ª ¡Pobre Larramendi! Su agonía será el recuerdo más saliente de esta Nochebuena.

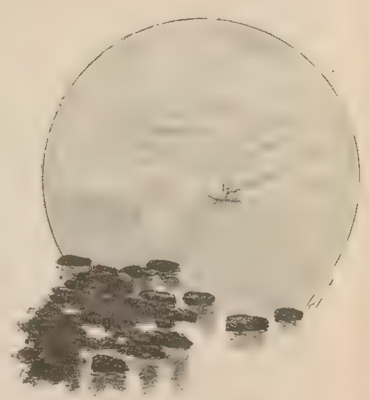
– Dios me los procure mejores de este día, exclamó Campuzano poniendo los ojos en el cielo. ¡Por lo menos, si la propuesta hubiese *cuajado*!..

Y con efecto, al promediar el día el cartero del regimiento hizo entrega al jefe del mismo de un abultado pliego, pliego que encerraba la noticia de un canje de prisioneros celebrado en la península, en virtud del cual Larramendi y sus camaradas debían ser conducidos nuevamente á la patria y al campo carlista, y que contenía también la no menos *sensacional* de haberse concedido otra *mención honorífica* al capitán Unceta y al alférez Campuzano.

– ¡No se lo decía á usted, mi querido alférez!, exclamó con tono dolorido el capitán. A tal día tal noche. ¡Que le vayan al pobre Larramendi con la noticia! ¡Valientes jugarretas tiene la fortuna!

Francisco Barado

¡No se lo decía á usted, mi querido alférez!





CAMINO DE LA IGLESIA (1840), dibujo de J. L. Pellicer

LA NOCHEBUENA EN CUBA

En todos los países americanos, especialmente en los de origen latino, conserva la festividad de Nochebuena un sello propio, peculiarísimo, que permite al escritor de costumbres – por poco observador que sea – describirla con fidelidad y sin esfuerzo alguno de imaginación; tan fácilmente como copia el pintor la fruta del tiempo ó el plumaje del ave, en sus *bodegones* y estudios de naturaleza muerta, contando con la inmutabilidad del color y de la forma, en sus invariables modelos.

Mas para encontrar la típica, la genuina *Nochebuena* de Cuba, habría que remontarse á la época cuasi primitiva de 1840 á 1850, en que la antigua sociedad cubana poseía hábitos y fisonomía propios: impónese el seguirla en sus diversas vicisitudes hasta 1872, en que el rigor de la guerra alejó del país á cuasi todas las familias de abolengo criollo y trajo grandes masas de inmigrantes europeos, importadores de diversiones, cantos populares, fiestas religiosas y usos peculiares á cada región de donde procedían, y que infiltrándose en el modo de ser local, fueron borrando los caracteres originales de nuestras costumbres, hasta el punto de que hoy puede asegurarse que ya no existe en Cuba la *Nochebuena cubana*.

¿Exageración? – De ninguna manera. – La guerra de los diez años fué para la metrópoli algo así como la reconquista del país, y explícase de este modo la desaparición de todo lo tradicionalmente cubano, anterior á la guerra y el porqué en la actualidad – y no siendo en los campos del interior – se viva, se edifique, se vista y se eduque en todas las poblaciones de la isla según la norma europea.

La esclavitud – esa llaga aún sangrienta del *buen tiempo antiguo* – era factor importantísimo, pincelada genérica en todos los cuadros de nuestra vida íntima; y en fiestas como *Nochebuena* y *Reyes*, la nota dominante en el tono, la figura principal en el lienzo. – La esclavitud ha desaparecido – ¡loado sea Dios! – y con ella los rasgos salientes de cuasi todas las escenas cubanas, en que el esclavo desempeñaba papel capital y característico, como podrá apreciarse en el curso de este ligerísimo artículo.

* * *

Allá muy lejos – hace medio siglo – la Habana de piedra y la Habana viviente eran ciudad y vecindario muy distintos de los de ahora.

Las casas se construían *á prueba de bomba*, gruesas y gachas para resistir á los huracanes, y las que tenían más de un piso – á no ser algún palacio – no alcanzaban en sus balcones mayor altura que la de un moderno entresuelo. – Se almorzaba á las nueve, se comía á las tres, se merendaba á las cinco y se cenaba á las ocho. Con tal régimen de vida, ¿se concibe que nuestros abuelos celebrasen la *Nochebuena* cenando á la media noche? No por cierto. Al toque de *queda*, en las iglesias, y en los cuarteles y prevenciones, cerrábanse las puertas de la ciudad; recogíanse los tranquilos ciudadanos, y los parrandistas y trasnochadores (siempre los hubo en todas partes) veíanse obligados á esperar el día en las afueras, sorteando el paso de las rondas, hasta que el toque de *diana* les permitía volver á intramuros.

Las familias opulentas marchaban al *cafetal*, al *ingenio* ó á la *estancia* desde el día 8 de diciembre y regresaban á la capital después de *Reyes*.

Las de la clase media observaban la *vigilia de Navidad* cenando á las nueve y esperando en vela los repiques de la media noche del 8 de diciembre, con los cuales anuncian todas las parroquias á la vez el misterio de la *Concepción*. Rezaban entonces una *corona* (siete Ave Marías) é íbanse á dormir.

A esa piadosa velada se la llamaba entonces *Nochebuena chiquita*.

El 24 de diciembre, los que sin ser ricos gozaban de algún desahogo de posición, invitaban á sus amistades á cenar el clásico *lechón tostado*, el pavo asado ó relleno, arroz en blanco, fríjoles negros, ensalada de lechugas y rabanitos. Perdóneseme lo minucioso del detalle; pero importa al espíritu de este trabajo acentuar con insistencia el *menú* siempre idéntico de la cena criolla de Navidad, en la cual sucedía rara vez que se introdujese algún postre exótico, y donde lo corriente era que después de los platos de cocina y antes del café se sirviese á los comensales *buñuelos de catibía* ó de *malanga*, rociados con almíbar ó con *melado* de caña.

Los proletarios, las familias pobres, cenaban poco más ó menos lo mismo; sustituyendo al lujoso pavo algún par de pollos, y al imposible lechón entero algunos cuartos de asado, adquiridos en las tabernas, figones y *tahonas* que especulaban con su venta.

La gente alegre y la del bronce, curiales y covachuelistas, tenorios y pendencieros, quedábanse de propósito fuera de puertas, y buscaban alguna taberna, figón ó casa desalquilada en los ejidos y barrios desiertos, y allí, á puerta cerrada, se entregaban al placer de una cena borrascosa, en cuyo *menú* resultaban también indispensables los fríjoles negros y la ensalada de lechugas.

Los esclavos cenaban en las cocinas las sobras de los amos; y los mancebos y dependientes del comercio, en tahonas, ferreterías, *campecherías* y en toda otra tienda de cierta importancia, no hacían la comida el día 24 de diciembre. Sus principales y capataces obsequiábanles con una opípara cena, que regularmente traía por consecuencia la aplicación de *calas*, *purgas*, *eméticos* y otras drogas; *plus* inesperado de los tragones y de los ahitos.

En los cuarteles y destacamentos repartíase á la tropa con el rancho de la tarde doble ración de pan y de vino, y á los presos en el antiguo *Consulado* y en las correcciones y fortalezas hacíaseles igual obsequio.

Cuanto á las monjas y frailes, aquello era un diluvio de regalos.

Los fieles católicos habaneros cumplían con celo el precepto de pagar diezmos y primicias á la iglesia de Dios, y los pobrecitos frailes y las tristes monjas no tenían manos ni cuevas ni sótanos bastantes para recoger y guardar lechones cebados, aves, huevos, aceite, frutas, menestras y hortalizas, que en *arrias* sucesivas llegaban á las puertas de los conventos, enviadas desde el campo por los devotos pudientes.

* * *

No he de pasar á describir la antigua cena de los ricos, en el cafetal ó en el ingenio, sin anotar el detalle capital de la Nochebuena cubana: *la Misa del Gallo.*

El 8 de diciembre comienzan las misas de *Aguinaldo*, y la Misa del Gallo es la última de aquéllas.

En los pueblos del campo acudían los guajiros con *fotutos* y *guamos* (1), y al principio y fin de las misas de aguinaldo mezclaban el ronco sonido de sus bocinas con el alegre repique de las campanas, los cantos del coro y las salmodias del sacerdote; pero en la Misa del Gallo, que se efectuaba á la media noche del 24 de diciembre, uníase á los estruendosos *fotutos* el canto agudo del gallo, imitado con la voz por los campesinos y repetido con algarabía infernal por cuantos concurrían á la iglesia y por los gallos auténticos en los gallineros del caserío.

LA FIESTA DE NOCHEBUENA EN EL CAFETAL

dibujo de J. L. Pellicer

Según me explicaba mi abuelo, diósele tal nombre á la misa nocturna porque se esperaba á que el gallo cantase á media noche, para comenzar á *dejar misa* en los campanarios de las iglesias.

Tal costumbre no tomó incremento en la Habana hasta los años de 48 al 50, época en que bien servidas de alumbrado público y de serenos las calles de la capital, podían arriesgarse las familias á transitar por ellas, mientras que en tiempos anteriores, la dama ó el señor que deseaba asistir al templo tenían que hacerse acompañar de uno ó más criados provistos de faroles para alumbrar el camino.

En lo antiguo era, pues, raro que asistiese á la fiesta de media noche persona alguna de viso; en cambio los jóvenes de vida alegre y las mozas de *picos pardos* concurrían sin falta á la tumultuosa misa, imitando hasta enronquecer el grito del vigilante centinela del gallinero.

Terminada la misa salían en parrandas y cantando *boleros*, *pasacalles* y canciones, acompañados por algún diestro y mimado tocador de guitarra; mas téngase presente que estas alegres comparsas se organizaban *fuera de puertas*, y aun así, hurtaban el encuentro con alguna patrulla, porque los *cabos de ronda* (de los cuales son, en lo moderno, fea caricatura los alcaldes de barrio) no se paraban en pelillos y enviaban á dormir sobre las duras *tarimas* de la prevención á los contraventores del *bando de buen gobierno*.

Tales fueron las costumbres hasta que estalló la guerra. Desde el año 68 al 78, la inquietud y la zozobra, el miedo á las explosiones de la pasión política excitada, los atropellos históricos y sangrientos de la soldadesca, la emigración al extranjero debilitaron esta arraigada costumbre cubana, que reapareció prostituída y escandalosamente desfigurada en el año 1878 en que terminó la lucha separatista.

Y afírmolo así, porque desde entonces á la fecha concurre á la Misa del Gallo un público abigarrado de borrachos, mujerzuelas y gente sucia en tal mayoría, que obscurece el ligerísimo sabor local que pudiera gustarse todavía observando á las muy contadas y piadosas familias que asisten al templo como para que no se borren para siempre las antiguas tradiciones cubanas.

Y para colmo gran parte de nuestra *juventud dorada*, separándose por completo del tipo legendario del caballero cubano – culto y generoso, cortés y bondadoso hasta la familiaridad con los inferiores, pero incapaz de degradarse voluntariamente, – nuestra juventud de hoy, repito, se confunde con aquella hez, la imita, la envalentona y la sobrepuja en groseras audacias, en chistes soeces, en irreverencias salvajes, que han traído por lógico resultado el que sean ya contadas las parroquias que se deciden á celebrar la Misa del Gallo, temerosos sus jefes de los escándalos y desórdenes que han promovido los *jovencitos*...

* * *

Trasladábase la familia á la finca, estancia, ingenio ó cafetal en los primeros días de diciembre.

Los amos, más para satisfacer su vanidad, contemplándose señores de tantas vidas esclavas, que para acallar los gritos de su conciencia, iban por sí mismos á repartir el *aguinaldo* á los pobres negros, que recibían á la familia con toda clase de manifestaciones de júbilo, no sólo por imposición de su ignominia, sino porque, á las veces, el niño ó la señorita tomaban afecto á algún *criollito* de la dotación, á tal ó cual criada de la casa de vivienda, ó bien el amo era quien se fijaba en la buena presencia de algún esclavo ágil y robusto, que resultaría un brillante calesero, y esta predilección solía servir como casualidad redentora de los rudos trabajos del ingenio á los esclavos que venían luego con los amos á la Habana, cuando éstos abandonaban la finca.

El día de Navidad se repartía á los negros su *esquifación:* un gorro de lana y un sombrero de *empleita*, un chaquetón de *barragán*, una frazada, una camisa y un pantalón de *rusia* ó *cañamazo* á los varones. La frazada y chaquetón, un pañuelo de *bayajá* y otro de percal estampado, camisón y saya de *rusia* á las hembras. A los criollitos sólo se les repartía camisones largos y gorros de lana. Ni zapatos, ni almohadas, ni *catre*... ¡Y esto se daba dos veces al año á los que amasaban con su sudor y su sangre la riqueza, en ocasiones fabulosa, de los amos del ingenio!

Verdad es que también había amos espléndidos que añadían á la *esquifación cachimbas* de barro para los hombres, collares de cuentas y abalorios para las mujeres y cucharas de palo, platos y jarros de hojalata para toda la dotación de la finca.

Repartida la ropa, desfilaban ante el señor los esclavos, á quienes se daba el *aguinaldo* en dinero, según su *categoría:* los carreteros, carpinteros, *hormeros* (2), los ayudantes de máquina, los *contramayorales* y los fornalleros eran los preferidos: recibían como *aguinaldo* desde una onza hasta un doblón. Las *paridas*, las enfermeras, las viejas inútiles que cuidaban y criaban á los criollitos tenían también preeminencia y recibían mayor cantidad que las otras esclavas empleadas en el campo. El resto de la dotación recibía de *aguinaldo* uno ó dos pesos en plata.

Terminada la distribución del dinero, se les daba *el día* á los *negros*, que inmediatamente corrían al *barracón*, sacaban sus atronantes tambores y bailaban su *tango* delante de la casa de vivienda, vitoreando en sus cantos á cada uno de los miembros de la familia del amo. Despedíales éste cuando el ruido le molestaba, y retirados los esclavos en su barracón continuaba el *tango* y baile (3) durante el resto del día y de la noche, después de celebrar su cena, cuyos elementos se proporcionaban ellos mismos con las crías y siembras de sus *conucos*.

Cuanto á los amos, celebraban también la Nochebuena en la casa de vivienda, acompañados á la mesa por el cura ó el médico del pueblo ó el capitán del partido, y terminada la cena, bien se organizaba una *timba* entre los concurrentes mayores de edad, ó bien salían todos á caballo á visitar *las sitierías* ó *tejares* anexos al ingenio, gozando allí del espectáculo que también se ha perdido ya en las costumbres cubanas: el *guateque* de los guajiros.

* * *

Tal era el aspecto genuino de la fiesta de *Navidad* en la antigua sociedad cubana. Desde el año de 1850 á la fecha ha sufrido distintas modificaciones.

Derribadas las murallas y organizado un buen cuerpo de policía, permitióse á los negros el pasear por las calles agrupados en cabildos y al son de sus tambores y músicas. Prostituyeron esa concesión los *ñañigos* criollos, que señalaban cada Nochebuena con riñas y asesinatos. Prohibióse la salida de estos *juegos* ó comparsas perturbadoras; pero los *ñañigos* organizaron *claves*, disfrazando su música, y comparsas de *mundeles* que burlaban la prohibición gubernativa, porque no llevaban los trajes de aquéllos y pasaban como *rumbas* ó *mayombes* inofensivos. Pero vino la guerra. En los primeros años se impidió toda clase de aglomeración de gente; decayó la costumbre sustituída por otras, y los pocos antiguos moradores que permanecieron en la Habana durante el sangriento período, pudieron observar cómo á los cabildos africanos sucedió el carro de sidra con gaita y tamboril; cómo se reunían alrededor del pedestal vacío desde el 68 hasta el 75, en el parque de la Habana, multitud regocijada de astures y gallegos entonando los *ixuxús* y los cantos de su país, y cómo á la cena criolla se mezclaban manjares de todas procedencias nacionales y extranjeras. Así la Nochebuena actual en Cuba es ni más ni menos que la de cualquiera nación civilizada, con una agravante universal: aquí enviamos ya de regalo á los amigos en los alrededores de Pascua tarjetas de *Christhma*, como los ingleses y yankees; *poissons de Paques*, como los franceses; *cocas* y *monas*, como los catalanes y mallorquines; torres de huevos, como los belgas... En las casas de la clase media se pone la mesa como para un banquete, y resulta *cursi* el plato de fríjoles; en las tertulias de los ricos se da el *beso debajo del muérdago* como en la antigua Germania, y en la moderna metrópoli neoyorquina y hasta en los hogares de los antiguos esclavos – hoy ciudadanos cultos – se levanta el árbol de Navidad sostenido por un «Noel» intruso, importado de las manufacturas de Europa, para borrar y hacer desaparecer nuestras tradiciones y costumbres.

¡Ah!.. En vano buscará el criollo del año 1894 algo que le recuerde el aspecto de un zaguán habanero en noche de *Navidad* treinta años atrás. Los amos, de tertulia en el estrado; la mesa, dispuesta en la saleta del fondo esperando la hora de la cena; y los criados, agrupados en la puerta de la calle escuchando distraídos los ecos de la sala, y puestas sus almas en sus oídos para apurar la salvaje armonía de una *marímbula* que toca con discreto temor el viejo esclavo calesero, fumando su cachimba de barro y medio dormido sobre el quicio de piedra de la portada!..

Felipe López de Briñas



(1) Bocinas hechas con el caracol nombrado *cobo*.

(2) En aquella época elaborábase el azúcar en *panes*, y el *hormero* constituía un cargo importante.

(3) Los negros criollos nacidos en el ingenio bautizaron ese baile *congo*, herencia de sus padres, con el nombre de *yuca*.

LA NOCHEBUENA EN PUERTO RICO

No he de meterme ahora en dibujos de moralista para determinar si la Nochebuena de nuestros padres era más morigerada y juiciosa que la nuestra, ó si resultaba, por consiguiente, más conforme con el suceso admirable y trascendental que en ella se conmemora. Quédese esta labor para los filósofos sin apetito y sin olfato que conserven la serenidad y el aplomo que nos faltan á nosotros, los pecadores, en cuanto empieza á declinar diciembre y percibimos en los hogares el olor de la canela y el retintín acompasado del almirez.

Lo más que se nos puede pedir en estos días es que pintemos el caso, como diría mi ilustre y bondadoso amigo D. José M.ª de Pereda.

Daré, pues, principio á mi trabajo con algunas pinceladas, y al final de ellas, si el tiempo lo permite, empezará la meditación.

* * *

¡Cómo me entusiasmaban las *trullas* de Navidad en los primeros años de mi residencia en este país! Era yo entonces un arrapiezo de catorce abriles, que no tenía ojos más que para contemplar la maravillosa variedad y hermosura de estas campiñas tropicales, ni oídos más que para recrearme en la charla hiperbólica y picaresca de los jíbaros (1), en su música insinuante y en la chistosa y disparatada inventiva de su cantar.

Habituado al paisaje montañoso y sombrío de la región más septentrional de España y al carácter un tanto retraído y metódico de sus moradores, me impresionaban muy vivamente el delicioso panorama de los campos de Puerto Rico y la espontaneidad característica de estos isleños, que conservan todavía muchas costumbres pintorescas del pueblo andaluz.

¡Qué noches de Navidad he pasado en su compañía! Desde la víspera tenía ya preparado mi *chiringo*, especie de caballejo vivaracho, *mignon*, casi ratonil, pero dotado de gran resistencia y de admirable agilidad para subir vericuetos y andar muy rápidamente por cualquier vereda peligrosa.

Nada de silla, gualdrapa ni otros arreos monumentales de la equitación. Ajustaba sobre los lomos del caballito una rodilla de hollejo de plátanos, colocaba encima un aparejo de juncos, fresco y leve, y sobre estas dos armaduras un par de banastillas de mimbres, que rematan en cincho por la parte inferior, para asegurar bien la montura al cuerpo del animal. Entre esas banastillas se sienta el jinete, dejando colgar un pie por cada lado del pescuezo del *chiringo*, y en el sobrante del aparejo, hacia las ancas, se acomoda además una jibarita cantadora y bailadora, porque era de ley que en estas caravanas de Nochebuena se cabalgase por partida doble. Así, en numeroso grupo, emprendíamos la marcha desde el obscurecer, en busca de casas de labriegos acomodados, en donde bailar, cantar y comer *arroz con perico*, manjar indispensable de Nochebuena y Reyes, aderezado con jengibre, leche de coco y melaza, amén de algunos polvos de canela, clavillos de especia ó granos de anís.

En la primera casa que encontrábamos se daba el toque de asalto con el tiple, las vihuelas y los *güícharos*, especie de calabazas huecas con rayas en el exterior, por encima de las cuales se pasa una varilla metálica produciendo un ruido infernal. Cantábamos algunas coplas alusivas al arroz con dulce, al nacimiento de Jesús y al baile que se preparaba. Si no advertíamos en seguida por el movimiento de los platos ni por el olor á especias la proximidad del obsequio, añadíamos, como á modo de indirecta, la siguiente copla:

> Venga el aguinaldo
> si nos lo has de dar,
> que la noche es corta
> y hay mucho que andar.

Después de hacer el consiguiente estrago en el *arroz con perico* y de bailar en danza íntima por espacio de una ó dos horas, nos daban ron á los hombres y mistela ó *agualoja* á las mujeres, y nos despedíamos para asaltar nuevas casas y dejar aquélla expedita á las demás *trullas* del vecindario, que no tardarían en llegar allí en busca del aguinaldo.



CARAVANA DE NOCHEBUENA, dibujo de Cuchy

Y así se pasaba la Nochebuena en los campos de Puerto Rico, noche en que nadie dormía, y al cabo de la cual quedaban cojos los *chiringos*, roncas las cantadoras y trasnochados y completamente molidos todos los habitantes de la comarca.

* * *

Hoy he vuelto á la campiña después de una ausencia de veinticinco años, y observo con tristeza que van perdiendo mucho de su animación y colorido propios aquellas costumbres patriarcales.

El jíbaro, tan comunicativo y jaranero en años atrás, se trueca visiblemente en receloso y tristón. La propiedad rural se va concentrando en poder de magnates que ni siquiera viven en sus fincas, y los pobres campesinos se van reduciendo casi todos á la mísera condición de proletarios. Con la pequeña propiedad rústica va desapareciendo también el *chiringo*, que fué por largo tiempo como el apéndice indispensable del alegre morador de nuestras campiñas. Ahora la noche de Navidad suele ser para ellos tan triste como las demás noches del año, si es que no les entristece más aún el recuerdo de las pasadas alegrías, y no repiten, apenados de verse á pie, los conocidos versos del *jíbaro:*

> «¡Todos diban á caballo,
> y el que menos diba en yegua!»

* * *

La Nochebuena en los grandes centros urbanos de Puerto Rico y entre gentes acomodadas no presenta rasgos característicos muy notables que merezcan una especial descripción. Empezó por parecerse á la Navidad clásica de nuestros padres en la península española, de donde se importó la costumbre, y ahora se va pareciendo á la de todos los pueblos cultos de la cristiandad, en el refinamiento gastronómico y en la tendencia más ó menos acentuada hacia el exceso en el comer y el beber.

La cultura y el cosmopolitismo del paladar es un hecho muy curioso que ejercitará largamente á los etnógrafos del porvenir. La civilización antigua tenía su principal manifestación en la indumentaria, en los juegos olímpicos, en la arquitectura, en la poesía y en el saber de legisladores y filósofos; pero la comida y la bebida dejaban mucho que desear. Nadie daría hoy un maravedí por aquel famoso vino de Chipre y aquella ponderada ambrosía que llegó á ser el trago predilecto de los dioses. El vino era de uva, eso sí; pero Pasteur no había descubierto aún la teoría de los fermentos, y la transformación alcohólica se operaba en tinajones inmundos, de una manera irregular y desaseada. Se bebía en vasos de metal, en tazas de barro y hasta en cuernos, para que no se echase de ver que era sucio y falto de transparencia. Causa horror el pensar hasta dónde hubiera ido la incontinencia de Baco, si hubiese podido beber en cristales de Bohemia el chispeante vino de Champagne, el manzanilla de Sanlúcar ó el amontillado de Jerez.

La comida era todavía peor, por lo grosera y repulsivo de su apariencia; sería jugosa y alimenticia, si se quiere; pero no incitante y tentadora en el aspecto ni en el olor. Y no hablemos ya de la edad Antigua ni de la Media: ayer mismo, como quien dice, se festejó como á un héroe y hasta se le dió un título de nobleza al inventor de la sopa de ajo.

Todavía no hace dos lustros que aquí, en Puerto Rico, se conformaban los más exigentes gastrónomos con cenar en Nochebuena algún cochinillo asado, si



es que no preferían los entonces codiciados *pasteles de hoja* ó el arroz con gallo muerto. Si después de la cena tomaban algunos tragos de lo tinto y se endulzaban el paladar con tal cual trozo de turrón alicantino, del que se parte con hacha, considerábase ya esta golosina como el colmo del regodeo pascual.

(1) Campesinos portorriqueños sin instrucción.

Ahora ¡bendito Dios! ya ni los más modestos paladares se conforman con las frituras de antaño, y los pasteles se han relegado casi por completo á la

LA SERENATA, dibujo de Cuchy

repostería política. Todos aspiramos á comer, en estos días por lo menos, jamones de York, embutidos de Bolonia, queso de Roquefort ó de Mont d'Or, higos de Smirna, dátiles berberiscos, mazapán toledano, pastas de Astorga, tocino del cielo, cabello de ángel y vino de la tierra de María Santísima.

El hecho es que el paladar y el estómago se van refinando cada día más, y siguiendo así no estará muy lejos el tiempo en que la nueva generación se burle y hasta se avergüence de lo que comíamos nosotros, creyendo comer algo bueno, en celebración del nacimiento de Jesús.

***

Y terminaré aquí con algunos buñuelos de filosofía gastronómica, para que haya de todo en este revoltillo portorriqueño de Navidad.

Nunca he podido explicarme por qué la Nochebuena ha de ser noche de locuras y de excesos, y cómo para celebrar el nacimiento del Redentor, que siempre recomendó el ayuno y la continencia, hemos de echar la casa por la ventana, comer más de lo regular y á deshora, y convertir, por último, una conmemoración cristiana en verdadera bacanal.

¡La Navidad y el pavo! He aquí dos palabras bien distintas, que casi se repelen en fuerza del antítesis, y sin embargo, acuden hoy, unidas, á la mente de todo fiel cristiano, por una extraña asociación de ideas. Lo cierto es que nos conjuramos precisamente en este santo día contra esos animales, y á la voz de que ha nacido el Mesías, hacemos con los inocentes pavos lo mismo que mandó hacer el rey Herodes con los niños inocentes.

***

La intención será todo lo buena que se quiera, *ma il peccato è grosso*, como decía cierto clérigo italiano.

Por dondequiera que se mire, nuestra Navidad resulta una fiesta predominantemente pagana.

Puede decirse que esa noche todos llevamos la perseverancia en las mandíbulas y la fe en el cielo... de la boca.

Y como la costumbre se generaliza y se acentúa más y más á medida que transcurre el tiempo, no será extraño que en los futuros almanaques lleguemos á ver anunciada esta conmemoración en la forma siguiente:

Diciembre, 24, etc. *Día de fiesta y noche de vigilia con abstinencia... de templanza y formalidad. Se abre la boca y se cierran los Tribunales.*

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

LA NOCHEBUENA EN VALENCIA

(EN EL PISO PRIMERO, EN EL TEMPLO Y EN EL DESVÁN)

I

La Manuela, una pobre mujer que vivía en el *porche* (1), por caridad del amo de la finca, llamaba tímidamente y pedía con llanto en los ojos que no chillasen tanto los rapaces, pues su hija, la única que tenía, estaba mala..., ¡muy mala!.., y aquellas músicas y aquellos gritos infantiles destrozaban su cráneo.

– Descanse usted, Manuela, callarán – contestó la señora del primer primer piso, y dando un pedazo de torta fina á éste, otro de casca al de más allá y de turrón á quien lo quiso, les ordenó que se largaran al patio á tocar los condenados instrumentos; allí no los oiría la enferma.

Un regimiento de soldados no hubiera movido más estruendo que aquellos diablejos movieron al bajar la escalera de dos en dos peldaños y hasta de tramo en tramo... Unos chillaban, otros reían.

El hijo mayor de la casa, un guapo mozo, y su tía, una respetable cuarentona, entraron en el piso quejándose de los codazos y trompicones recibidos en la *Plaza Redona*, á la cual designan los valencianos con el nombre de *Clot*... «Aquello era un hormiguero de gente..., no se podía dar un paso... Las vendedoras de aves, sentadas en el suelo, en una silla ó en los bancos de la plaza, gritaban como energúmenos y pedían un dineral por una gallina tísica. – Y á propósito de tísicas – dijo la tía contando sus lamentaciones, – ¿cómo está la chica de Manuela?.. ¿Peor?.. ¡Válgame Dios!.. Esa muchacha no hará muchas Navidades.»

El sobrino de la buena señora palideció un poco al escuchar aquella predicción... Se retorció distraídamente las dudosas guías de su incipiente mostacho, y aprovechando la libertad en que le dejaban todos los de la casa entró en su cuarto, sentóse ante la mesa, apoyó los codos en ella y la frente en las palmas de las manos, y dejó escapar un suspiro de aflicción, profundo, angustioso, uno de esos suspiros que se exhalan una sola vez en la vida.

Entretanto, la madre lo disponía todo para cenar, la tía mandaba al horno por la calabaza, pues dejara de ser Nochebuena para un valenciano si calabaza no comiese, y las criadas pelaban el pavo en la cocina contando cuentos ó canturreando villancicos.

Poco rato después llegó el jefe de la casa, que en vano trataba de ocultar bajo la capa la provisión de castañas tostadas, bellotas é infinidad de golosinas que compró para los chicos, quienes al verlo entrar en el patio subieron con él... Oyóse una voz que dijo: «¡A la mesa!,» y todos acudieron, menos Rafael, el hijo mayor, cuya madre tuvo que ir á buscarlo á su cuarto. Cuando volvió con él pudieron notar los demás que la pobre señora estaba algo seria y que su hijo tenía los ojos enrojecidos y pálido el semblante... La familia interrogó al joven, y él, dejando asomar á sus labios una sonrisa forzada, contestó:

– ¿Creeréis que me había dormido?

II

La Nochebuena se celebra en Valencia del mismo modo que en otras capitales; pero en ninguna con tan franca alegría como allí, sin duda porque sus hijos son de carácter expansivo, y como ellos mismos dicen, *festero*. La cena es de ayuno y muy pocos se permiten empezar el pavo aquella noche... Lo que nadie olvida es la *carabasa al forn*, la enorme calabazona que, partida en dos mitades, es cocida en el horno sobre una hoja de lata y sabe á mieles y gloria... Los ricos y la clase media la mandan cocer para ellos, los pobres la compran cocida ya, bien en la plaza ó á la *carabasera* que va por las calles voceando su mercancía, la cual vende en pequeñas porciones, á rajas, como en Madrid y en Barcelona venden los melones... Las familias se unen para pasar la noche jugando á juegos de prendas, cantando, bailando y riendo alegremente hasta que suenan en el reloj los tres cuartos para las doce, hora de acudir á la *Misa del Gall*.

La multitud invade las iglesias.. Por lo regular, cada cual va á la más cercana, y bien se comprende, por los sencillos trajes de muchas señoras, que si van á misa aquella noche es debido á que al otro día precisa mangonear mucho en la cocina y no queda tiempo para salir de casa... Mas, á pesar de la algazara, enemiga de la devoción, con que acude la gente joven, y á pesar de que algunos gastan pesadas bromas, por ejemplo, echar tinta en la pila del agua bendita para que los feligreses se pinten dedos y cara, aún hay quien asiste á la Misa del Gallo porque halla en ello uno de los goces más puros del alma... Aquella noche el organista procura lucirse, y es cosa de creerse transportado á los cielos cuando por aquellas bocas de metal salta un torrente de notas que repercuten en las capillas y flotan y vibran en los ámbitos del templo. Uno de esos suaves sostenidos en que la voz va adelgazándose poco á poco y suena al fin como un eco de algo que se aleja ó de algo que se extingue, embarga y suspende el ánimo; y cuando ese mismo hilo de voz toma cuerpo otra vez y exhala una de esas modulaciones que semejan un sollozo tierno y conmovedor, como de alma enamorada que vagase triste y sin norte por el espacio, las lágrimas acuden á los ojos, el corazón se dilata y los labios formulan una oración.

Para sentir tan tiernas emociones acude bastante gente á la Misa del Gallo; pero son los más aquellos que se permiten la licencia de hablar en voz alta; son los más aquellos que van á ver los rostros divinos de las hijas de aquella mi adorada Valencia, paradisíaco verjel, cuyas flores tienen el perfume de los suspiros de las bellas y del cual dijo nuestro inolvidable Zorrilla que es

«... la florida puerta del cielo,
el balcón por donde abre la aurora el día.»

Al salir de la Misa del Gallo y dentro aún del templo algún individuo lanza sonoro quiquiriquí... Tal cual grupo de jóvenes alegres se aleja cantando villancicos y lo que no lo son... Los muchachos dan de mano á las zambombas y panderetas, y no faltan tampoco quienes, acreditando en mal hora que los hijos de aquella bendita tierra tienen la sangre ardiente y el genio pronto, ven amanecer el día de Navidad en la casa de socorro ó en las Torres de Serranos (1).

III

Rafael salió de casa con su familia á las once y media para dirigirse á San Martín, iglesia en la cual, según consejo de un amigo inteligente en música, debían oir la Misa del Gallo... El joven confesó, una vez en la calle, que tenía hecha formal promesa á unos amigos de reunirse con ellos en la catedral... Sus padres diéronle permiso para ir á cumplir su palabra, y el joven, dando media vuelta, tomó... no el camino de la catedral, sino el de su propio domicilio. Entró en el patio de éste, subió precipitadamente la escalera, llegó á la puerta del desván y se detuvo... A través de las rendijas salían los débiles destellos de una luz... En aquellas alturas no se escuchaba el más leve rumor de la algazara propia de tal noche... Rafael miró al interior del mísero cuartucho por el ojo de la cerradura... y un calofrío estremeció su ser... En aquella estancia no había más muebles que dos sillas, una mesa, una máquina de coser, un cesto con ropa y la cama, y en aquella cama... un ángel, sí, un ángel de cabellos blondos y rizados, un ángel cuyo rostro estaba pálido como blanco lirio marchito, y cuyos labios, entreabiertos y secos como los de un sediento, se contraían de vez en vez dolorosamente... Aquella infeliz joven apenas contaría diez y ocho años... Sus grandes ojazos azules, todos pupila, fijaban su calenturienta mirada de triste expresión en una estampa de la Virgen... A intervalos una toseci-

(1) Desván.

(1) La cárcel.



POR AGUINALDOS

PUESTO DE LIMONES Y BEBIDAS

EN LA HUERTA

INSTRUMENTOS OBLIGADOS

EL MERCADO

LA MISA DEL GALLO

LA NOCHEBUENA EN VALENCIA, dibujo de Germán Gómez



LA NOCHEBUENA EN GUATEMALA, dibujo del artista guatemalteco D. Manuel Rivera Cabezas

lla débil..., tan débil que casi no parecía tos, destrozaba su pecho, y entonces la madre de la pobre niña apresurábase á incorporarla en el lecho, á estrecharle las manos..., ¡á besarla en la frente, mientras el llanto rodaba por sus mejillas!.. ¡Pobre mujer!.. Considerad: ¡No tenía otra cosa en el mundo que aquel ángel tan puro como el sueño de una Virgen!

Rafael seguía junto á la puerta, inmóvil, con la mirada fija en el lecho y conteniendo la respiración, temeroso sin duda de ser oído.. ¡Dos semanas llevaba haciendo lo mismo cada noche! Cuando todos dormían en su casa, él se entregaba á aquella dolorosa contemplación; y al regresar á su cuarto, iba con el semblante lleno de lágrimas y cubierto de mortal palidez... ¿Por qué no entraba en el desván? Porque tenía conciencia, porque era preciso contener los impulsos del corazón... Él había visto á aquella desgraciada bajar y subir por la escalera, la había saludado..., se habían sonreído... y nada... nada más. Después la soñó... Después la quiso con toda su alma; pero ella está ya enferma, y él, que tanto la quería, calló su amor, comprendiendo que la joven iba á morir pronto, ¡muy pronto!, víctima de aquella condenada máquina, de la falta de alimentación y de los sufrimientos morales que minaban más y más su pobre naturaleza... ¿Qué podía hacer él? Nada. ¿Qué podía ofrecerle? Nada.. ¡Oh, si se hubiera atrevido á hablar con su padre de aquel fuego que sentía..., de aquel amor!.. Pero era inútil intentarlo; lo sabía muy bien, y por eso callaba..., ¡callaba, esperando entre mortales angustias el triste fin de la desventurada niña!

Aquella noche estaba peor que nunca... Su madre vertía triste lloro y ella la acariciaba, mirando al cielo, como si dijera: «¡Allá nos encontraremos, madre mía!» Un golpe de tos sofocó á la enferma, hizo ésta un esfuerzo para decir algo, se llevó las manos al pecho y algunas gotas de sangre mancharon sus labios. Después... ¡silencio sepulcral!.. La anciana sollozaba, estrechando á su hija fuertemente. ¡Ah! ¡Cuando al fin la soltó, aquel cuerpo virginal desprendióse inerte de sus brazos!..

– ¡Socorro!.. ¡Vecinos!.. ¡Hija mía!.. ¡Se muere mi hija!, exclamó la pobre mujer... Y corrió á la puerta, la abrió temblando, dió un paso... y se detuvo sorprendida... El señorito del segundo piso, apoyado en la pared, sollozaba dolorosamente, teniendo el pañuelo entre los labios y vertiendo un raudal de llanto.

– ¡Rafael!, exclamó la anciana.

– ¡Angela amada!, murmuró el joven con infinita amargura.

E instintivamente aquellos dos seres, heridos por una misma desgracia, se abrazaron con efusión, á tiempo que subía por la escalera la familia de Rafael canturreando á coro y entre alegres risas:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad...»

– ¡Noche... buena!, murmuró Rafael entre sollozos. ¡Ah! Noche de llanto es esta, cuyo recuerdo jamás se borrará de mi mente... ¡Pobre Angela!.. ¡Pobre amor mío!

LUIS DE VAL

LA NOCHEBUENA EN GUATEMALA

Guatemala, como todas las ciudades y pueblos de América y de Europa, celebra la Nochebuena con festejos y jolgorios que pueden considerarse como de carácter cosmopolita y con fiestas y ceremonias de color puramente local.

¿A qué hablar de los primeros si en todas partes se parecen? Con decir que se come y se bebe y se baila y se trasnocha para asistir á la Misa del Gallo queda consignado cuanto sobre esto decirse pueda.

Veamos, pues, lo que es genuinamente guatemalteco, describamos, bien que á grandes rasgos, las costumbres verdaderamente indígenas, empezando por los *nacimientos*, en los cuales hay mucho de lo que en ellos vemos en todas partes, pero algo también que es característico de Guatemala.

En conjunto, un *nacimiento* es en Guatemala lo mismo que en otras localidades: un retablo que representa un paisaje más ó menos auténtico de Judea con sus montañas y su riachuelo que desemboca en modesto lago, sus pastores y sus rebaños, todo sirviendo de marco y de accesorios al nacimiento propiamente dicho, ó sea al rústico portal donde se ve al Salvador acostado sobre humildes pajas, teniendo á su lado á José y á María y detrás al buey y á la mula tradicionales. Las figuras son buenas esculturas de madera, si se trata de un retablo de *casa grande;* pero si es de gente pobre ó del pueblo, son de barro ó de trapo, trabajadas con suma habilidad por los indígenas de la antigua Guatemala.

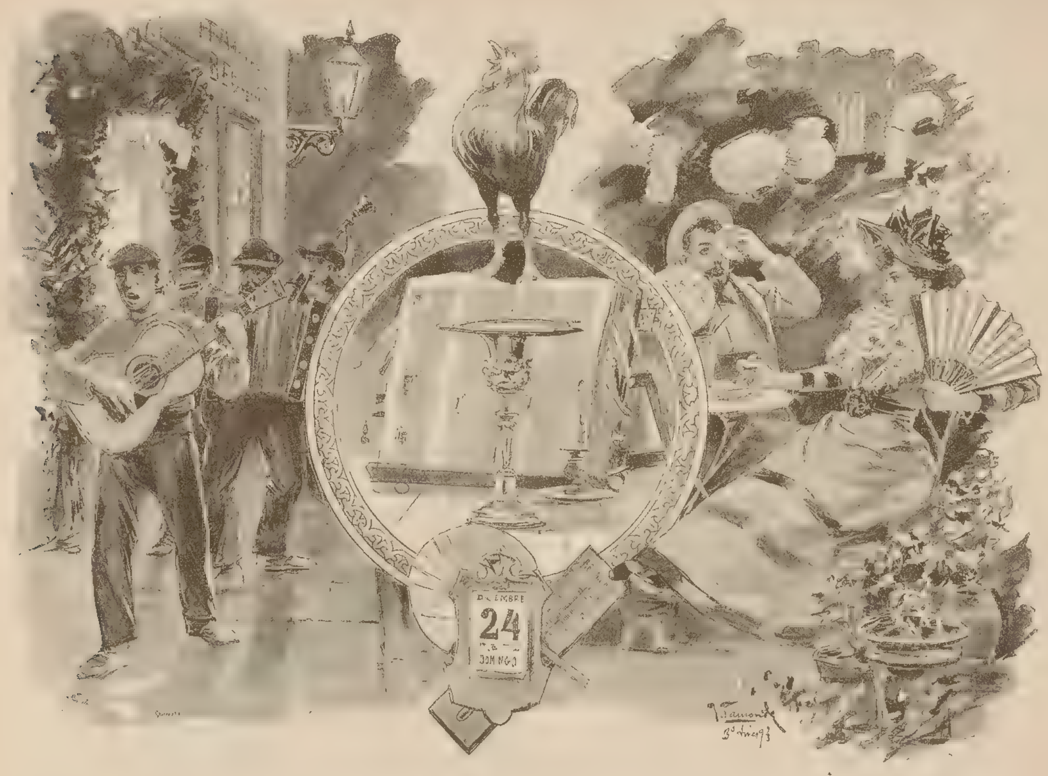
La particularidad de los *nacimientos* guatemaltecos está en primer lugar en el modo de adornarlos con hojas de *pacaya,* rosarios de manzanillas, racimos de naranjas, *guiscoyoles* y otras frutas del país, y en segundo y principal término en el afán que muestran sus confeccionadores por representar en ellos escenas y personajes modernos y por ridiculizar las costumbres y la vida política del país, exponiendo á las sátiras de los que los visitan á los altos empleados y aun á los ministros de la nación.

El *acabo de novena,* ó en otros términos el sarao, la *tumbarria* ó el *rumbo,* es la fiesta que se celebra el último día del novenario del Niño Dios. Nueve días pasan los concurrentes rezando devotamente el rosario y la novena, y en el último, después de concluirse los rezos, los dueños de la casa suelen obsequiar á sus contertulios con barquillos, agua de canela, horchata y otros refrescos. Terminado el piscolabis, empuña la guitarra algún *tocador,* y acompañado de muchachos que tocan pitos de agua, tambores, triángulos y *chinchines,* puntea un *son* á cuyo compás bailan un zapateado las *mengalas* y los de chaqueta y á veces también las de túnico y los de levita.

Las *posadas* son procesiones que durante nueve días se celebran á las siete de la noche en la Parroquia Vieja: la Virgen y San José son conducidos en andas, acompañados de *alumbradores* y gentes devotas que cantan coplas sagradas alusivas al nacimiento del Mesías. Cada día van á distinta casa á *pedir posada,* y después de ceremonias tiernas y sencillas la casa se abre y allí *pasan la noche los señores,* como dicen los *chapines.* El último día, ó sea el 24 de diciembre, la procesión se dirige al templo de la Parroquia Vieja, cuya plaza presenta alegre y pintoresco aspecto por la gran concurrencia que allí acude y por los puestos de *batidos, tamales,* buñuelos y otras chucherías que en ella se levantan. Esa noche la procesión entra á las doce, hora en que comienza la popular Misa del Gallo.

Dos palabras, para terminar, sobre las *sarabandas:* éstas son orquestas de indios, compuestas por lo general de arpas y violines con que los naturales tocan melancólicas piezas indígenas, casi siempre á las puertas de los templos.

He aquí descrita la parte típica de la Nochebuena en Guatemala, que fielmente ha reproducido en su dibujo el muy distinguido artista guatemalteco señor Rivera. – X.



LA NOCHEBUENA EN BUENOS AIRES, dibujo de Vaamonde

LA NOCHEBUENA EN BUENOS AIRES

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir...

Y ¡cómo ha de ser noche de dormir!.. El termómetro marca la friolera de 30° (temperatura capaz de *dar calor* á cualquier fiesta) y el enjambre de bichos de todos tamaños, ya grandes y pesados, ya esbeltos y de brillantes colores, un verdadero museo viviente molesto y animado, presagia tormenta, y la presagia de un modo atroz: ora sentando sus reales en la humeante sopa; ora llenando las blancas cuartillas que la pluma ha de *arar* para abrir el surco que requieren las ideas al ser trasladadas al papel; ora, y ahí se ceban y mueren, pegándose al tubo del quinqué casero, ó dejando más inservibles que de costumbre los faroles del alumbrado público; ora, en fin, zumbando, picando y ensañándose con nuestra epidermis... ¡Qué noche!.. ¡Nochebuena!

Así lo ordena el calendario, así lo consagra la tradición, y obedeciendo á uno y á otra decimos «hoy es la Nochebuena,» pero no lo notamos.

Y es que Buenos Aires no la celebra con el estruendo que la celebran Madrid, Sevilla, Barcelona, etc. Al arrancar la hoja del almanaque de pared, y al ver suplantado por un 24 el 23 que arrojamos indiferentemente á la papelera, el corazón nos da un vuelco, y es que al arrancar la hoja nos entregamos de lleno á los recuerdos y comparamos.

Nada de oir retumbar en nuestros oídos el *zum zum* de las zambombas, el repiqueteo de las castañuelas, el rasgueo de guitarras y bandurrias, el bullicio aquel tan característico en Nochebuena, tan *único* y tan español...

El poco bullicio que notamos en Buenos Aires es hijo indudablemente del cosmopolitismo. No hay uniformidad en la manera de celebrar fechas.

Junto al aparatoso *árbol de Navidad*, que en tal ó cual fiesta social atrae la atención del mundo elegante y de sus pequeñuelos, y en la casa del lado, si á mano viene, encontramos una familia modesta, española, inglesa ó francesa, que celebra á su manera, al estilo de su país y sin exterioridad alguna, la memorable y tradicional fiesta. Pero todo queda en casa; nada de ruidosas exterioridades. A lo sumo, la Misa del Gallo, con mucha suntuosidad y tanta algazara como falta de fervor. Después... nada. Desiertas las calles, animados algunos hogares. Allá en los suburbios (en las *orillas*, decimos en esta tierra) alguna vieja, apegada á las costumbres de antaño, celebra sigilosamente y para solaz de sus relaciones la iluminación de un *nacimiento*. Y ahí está lo típico, lo raramente típico, lo que desaparece y lo que, repito, sólo alguna vieja *china* conserva incólume á pesar de la avalancha de *gringos* innovadores que cada día cambian las costumbres que fueron...

El *nacimiento* es algo imposible de definir y analizar. Una mesa cubierta con blanco (ó verde, no importa, y mejor si es verde) mantel. A un lado una



maceta; y ya tenemos un bosque. Más allá un San José, una vaca, una cuna y un Niño Jesús. Verde musgo cubre el piso que es atropellado sin piedad por un *gaucho* recortado de una caja de fósforos... Unos hilos no invisibles sujetan á la altura del cielo unas nubes de algodón en rama,... y así por el estilo.

El cuadro no puede ser más pintoresco, ni tener más color.

Bien que por lo general, la ya inverosímil heroína del *nacimiento* que hemos descrito es de color cobrizo ó negro retinto. El *nacimiento* se remoja por parte de los concurrentes con caña ó ginebra. ¿Guitarras?.. No faltan, y por ende no escasean *milongas*, *tristes* y otros sentidos cantos populares.

Y á propósito de ginebra, bebidas y comestibles. Los mercados *funcionan* toda la noche, lo propio que los despachos de bebidas, unos y otros adornados con verde follaje y alumbrados á la veneciana... Lo que es en cuanto á comer y beber, puede decirse que se come y se bebe mucho. Claro que los que hacen una *recorrida* salen luego por esas calles cantando y vociferando... Pero son pocos; el calor asfixiante quita ánimos al más pintado.

A las tres de la madrugada el movimiento es nulo. Anímanse los *restaurants* con las *parejas* ó pandillas que en coche descubierto han ido á Palermo, el hermoso paseo y jardín, á respirar y á tomar refrescos, y... nada, absolutamente nada más.

La Nochebuena es una de tantas noches. Si quitamos la Misa del Gallo, el ya rarísimo *nacimiento* y el mayor consumo de comestibles y bebidas, no encontramos nada que llame públicamente la atención.

Los poetas sentimentales no nos pueden hablar de niñas muertas de frío y de hambre. El calor por una parte, y por otra la abundancia, ó á falta de ésta el desprendimiento natural de esta tierra, hacen desaparecer los cuadros tétricos de la vista del espectador.

A lo sumo hallamos en los diarios alguna noticia concebida en estos términos: «Ayer el termómetro marcó 30°...»

¡Buena *Nochebuena!*

Y vaya este boceto á codearse con otros más animados y descritos por mejor pluma, y resultará pobre é insignificante...

Correrá parejas con la noche del 24 en Buenos Aires.

ENRIQUE COLL

LA NOCHEBUENA EN GUIPÚZCOA

A mi amigo el ilustre vascófilo
D. Antonio Arzac.

Guipuzcoano de la clase de ridículos por los tiempos que corren y nos corroen, vivo hace treinta años en Madrid, con el pensamiento fijo en San Sebastián, mi pueblo, sumido en los horrores de una nostalgia que sólo un trabajo incesante mitiga durante

el invierno, y desaparece por completo en el verano, cuando dejo la corte y sus penumbras y respiro el aire libre en mi ciudad natal.

Pero hay en todo el año una noche para mí famosa y temible; noche en que la nostalgia me ataca despiadadamente y me destroza el alma y el espíritu; noche en que, á pesar de hallarme rodeado del afecto de todos los míos, tengo que rendirme á discreción, inepto para luchar contra recuerdos que constituyen obsesión implacable y dolorosa.

Esa noche es la del 24 de diciembre, la Nochebuena. El ruido de tambores, rabeles y zambombas que atruena las calles y plazas de Madrid; la feria de la plaza Mayor y de Santa Cruz, con su pantagruelesco mercado y sus clásicas panderetas; el bullir de los grandes, el correr y gritar de los chicos; todo ese clamoreo informe de muchedumbre alegre y satisfecha que corre á buscar indigestiones para conmemorar la Natividad de Jesús, me recuerda mi país, mi pueblo, mi gente.

Y en medio de la animación popular me encuentro más aislado; el estrépito de la multitud me suena á hueco, y la algazara de una ciudad, el jolgorio de un pueblo ebrio de alegría, vienen á ensanchar cruelmente el vacío de mi corazón.

Entonces me repliego sobre mí mismo, me autosugestiono, y mi único consuelo es llamar á la *loca de la casa*, la cual acude en mi auxilio, me arranca de la corte y, en alas de la fantasía, me traslada inmediatamente á San Sebastián.

***

Acaba de anochecer: los pescadores, los únicos ausentes sempiternos, los de la diaria preocupación, han vuelto de la pesca del besugo y se hallan en sus hogares del barrio de la Jarana.

La población – la antigua, la de las murallas – parece yerta de frío. No suenan zambombas ni da dentera el chirrido de los rabeles, como en Madrid.

De vez en cuando se divisan pequeños grupos que van y vienen por las calles y desaparecen en un portal. Y las sonajas de la panderas suenan *pianísimo*, y la luz de los faroles baila fantásticamente en las aceras y en el arroyo.

Las familias cenan alrededor de la mesa, donde el besugo hace el principal gasto. De pronto llaman á la puerta, ábrese ésta de par en par y la claridad de un farol enorme alumbra uno de los grupos que poco há transitaba por las heladas calles.

– *¡Aguilando!*, clama una voz.

Y acto continuo, la voz canta, acompañada en unísono por las demás del grupo.

Cantan en vascuence aires de circunstancias, en tiempo de *Zortziko*, lento y solemne, que acentúa la pandera marcando el ritmo con vigor.

A veces la canción tiene un estribillo, caso en el cual la *soprano* del grupo entona el *aria*, en cuyo final se desploma el coro con entusiastas acentos. Todo ello termina con un *¡aguilando!* feroz, gritado por toda la masa.

En general, la gente del muelle y los niños y niñas, estos últimos formando siempre grupos aparte, se lanzan al idioma castellano, vocalizando desatinadamente y estropeando la prosodia, con la siguiente canción:

Esta *noche* es Nochebuena
Y no es *noché* de dormi i-i-ir
Lá Virgen *ésta* de pa-a arto
Y á las *dosé* ha de pari-ir.
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo,
Candsido Dios!

Nada puede dar idea de la belleza de esta melodía popular (que reproducimos al final del artículo), impregnada de una dulzura y de una sencillez admirables, y que se canta acompañada únicamente por la pandera acentuando la corchea y las dos negras del compás.

***

La noche avanza lentamente. Los grupos de mujeres, de niñas y de niños han verificado sus rondas, han penetrado en las casas donde hay nacimientos, los han visto y se han llevado gozosos el clásico *aguilando*, como ellos dicen anagramatizando el sustantivo español.

Y la voz de *¡aguilando!* resuena otra vez, entonada ahora con acento ordinario y robustísimos pulmones.

Abrese de nuevo la puerta y, á la luz del farol, se divisa nuevo grupo compacto, oscuro, sombrío, que adquiere en las penumbras del descansillo de la escalera caracteres de tétrica aparición.

Son los aldeanos, los *caseros*, como allí los llamamos todos. Vienen envueltos en sendos *kapuzayes*, hopalandas de paño burdo que caen hasta las rodillas y se sujetan á la cintura con una cuerda.

Un inmenso capuchón tapa la cara y deja solamente al descubierto los ojos, que brillan á la tenue luz del farol, como fulgura de noche la mirada de los lobos.

Y los caseros cantan, siempre en vascuence y con voces que se arrastran con deliciosas vocalizaciones, aires vascos de un sabor áspero y especial, sin ritmo, ni compás, ni armonía; melodías de imposible anotación que traen el frío ambiente del campo, y se exhalan de la garganta ruda del aldeano, esparciendo aromas de planta silvestre arrancada á la dormida vegetación.

Si el aguinaldo cae, la turba canta agradecida una canción que termina así:

Echiontako echekoandriak
Ama Virgiña diruri.
(La señora de esta casa se parece á la Virgen.)

Pero si cualquier desplante del grupo se ha opuesto á la prodigalidad de la *echekoandre*, entonces los caseros aullan:

Echiontako echekoandriak
. Diabru zarra diruri.
(La señora de esta casa parece un diablo viejo.)

Este final, en caso de negativa de aguinaldo, es el de rúbrica; pero raras veces lo emplean los indignados caseros, sino que hay que taparse los oídos para no escuchar los horrores que salen de aquellos labios contra la señora de la casa, contra la *echekoandre*.

A las nueve y media ó las diez, engullido el besugo, los nacimientos se apagan, dejando oir el murmullo del agua que corre por los diminutos arroyuelos.

Si la noche es de calma, la ciudad duerme sin que se perciba su respiración. Si la noche es de viento, el vendaval zigzaguea por las angostas calles, mugiendo tristemente, como perro que olfatea la muerte con lúgubres ladridos.

Todo el mundo á la cama. Los grandes reposan, los niños sueñan. ¿Con quién? Con *Olentzaro begui gorri* (Olentzaro el de los ojos encarnados).

¿Quién es este fantástico personaje?

¿Arranca de alguna leyenda?

Nada de eso; ni leyenda ni personaje.

Olentzaro es corrupción de *onentzaroa* (la mejor noche), que Larramendi traduce *Nox Nativitatis Domini*, de lo cual se deduce que el vocablo compuesto significa la Nochebuena.

¿Y *begui gorri?* No es fácil hallar la relación exacta que pueda existir entre unos ojos colorados y la clásica noche de Navidad.

¿Serán la antonomasia del besugo por los ojos encarnados del sabroso pez?

Una lógica asociación de ideas habrá unido tal vez los susodichos ojos á la noche de *onentzaro*, convirtiendo ésta en *olentzaro* y á éste en personaje de fantasía, con el aditamento de la vista roja.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que *Olentzaro begui gorri* existe en la mente de los chicos cuando llega la noche de Navidad, y que esa denominación sintetiza elocuentemente la naturaleza, el carácter indígena de la Nochebuena en la capital de Guipúzcoa.

***

Saliendo de la ciudad y entrando en el campo, la celebración de la Nochebuena se reduce á la cena tradicional con que los *caseros* rompen la monotonía del manjar diario, cantando además las alabanzas de Cristo, en aires populares originalísimos, que repercuten en las fragosidades de los montes y cuyo origen se pierde en la oscuridad impenetrable del *folklore* éuskaro.

No sé hasta qué punto se conservan en los caseríos de Guipúzcoa las tradiciones de la Nochebuena. La capital las ha perdido completamente al ensancharse y tomar el aristocrático color que hoy le distingue, como corte veraniega, entre todas las de España.

Hoy la Nochebuena se reduce á ostentar las familias pudientes que tienen niños en casa magníficos nacimientos, en los cuales se gasta un dineral.

Hay pequeñas orquestas que recorren las calles y postulan *pro domo sua*, muy diferentes á la que en 1865 se formó con jóvenes distinguidos de San Sebastián con el objeto de reunir fondos para ayudar á Santander, donde el cólera hacía estragos.

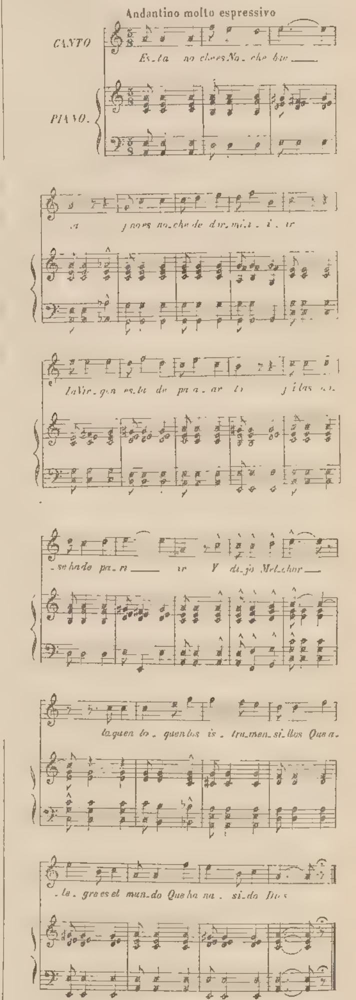
Endosaron entonces los citados jóvenes el *kapuzay* de los *caseros* y recorrieron la población y visitaron las casas, cantando y pidiendo una limosna para las familias que el cólera había dejado en la miseria.

La cuestación dió magníficos resultados, y aquel año la Nochebuena fué en verdad *onentzaroa* (la mejor noche), puesto que se honró al Salvador de los hombres practicando una de las virtudes más sublimes recomendadas por El en sus predicaciones: la Caridad.

La Nochebuena, en suma, patrimonio ayer de todos, es actualmente en San Sebastián, como en todas las capitales y poblaciones de alguna importancia, diversión de niños, y representa para ellos la figura brillante de un espléndido cotillón.

Y hasta el aldeano, á quien las vías de comunicación y los clamores de la prensa mantienen en comercio constante con todo el país, ha perdido mucho de la leyenda que le rodeaba como una aureola de inmaculada honradez y de patriarcales costumbres, y se acerca cada vez más al tipo humano que Zola ha pintado con tan terribles colores en *La Terre*.

Por eso, cuando llega en Madrid la noche del 24 de diciembre, mi nostalgia se aviva con el recuerdo del *Olentzaro begui gorri*, y me aferro tanto más á ese recuerdo, cuanto que el gran *Olentzaro* hace hoy reir á los niños y despertaba en mí, hace cuarenta años, emociones indefinibles que el transcurso del tiempo no ha podido ni podrá nunca borrar.



Mientras los rabeles, los tambores, las panderas y las zambombas escandalizan á todo Madrid en la Nochebuena, yo me sentaré al piano y cantaré con lágrimas en los ojos:

Y dijo Melchor:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo
Candsido Dios!..

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

Horcas Coloradas, 7 diciembre 1893

Acampados en este valle estrecho, arrullados por el mar, que nos habla de la Patria, y en lo alto, las crestas del Gurugú, que nos pregonan la existencia de razas batalladoras y fieras, la vida se desliza aquí con unas energías y un contento por todo extremo agradables.

Intuitivamente, el soldado aprecia y saborea esos dos grandes sentimientos y esos nobles impulsos.

Ante mis ojos se extiende el campamento: cabalmente los batallones que se ocultan bajo las tiendas del frente pertenecen al cuerpo de ejército de Cataluña, Cazadores de Figueras y de Barcelona; regimientos de Albuera, de Luchana, de San Quintín y de Asia: en la cresta están los valencianos, Mallorca: al frente los madrileños, Canarias y Wad-Ras; y á la derecha los andaluces y castellanos, Pavía, Toledo, Cuba y Cataluña.

Por todas partes ecos de la madre tierra, nombres gloriosos, cánticos del fiero catalán, del tozudo y noble aragonés, del burlesco madrileño, del andaluz decidor y alegre... ¡Qué hermoso es vivir en el riñón de la raza, palpitando con sus arranques y teniendo delante y á la espalda los ideales de la tradición y los impulsos del hogar santo!

Hasta ahora no se ha disparado un tiro por el ejército que rige el insigne Martínez Campos. Se construye el fuerte de Sidi-Auriach, afianzando así el derecho de España; se espera al brazo el arma, para representar la fuerza y la prudencia de la patria, y todo el mundo, desde el recluta al generalísimo, tiene fe en la causa, conciencia de su valía, coraje y perspicacia suficientes, lo mismo para acometer si se nos agravia, que para castigar ó permanecer quedos si así se dispone.

Los moros andan retraídos; unos dicen que se ocupan en las faenas de sementera, otros aseguran que nos temen. El hecho es que sólo se ven, desde la meseta de Sidi-Auriach, cruzar de Frajana á Mazuza, arreando el pequeño asno, en bandolera el fusil, esbeltos, majestuosos, despreocupados, como si nada hubiese ocurrido los días 2, 27 y 28 de octubre.

Españoles estar farrucos; moritos querer paz. Esto dicen ahora; hace 15 días decían, gritando desde los bordes del foso de nuestros fuertes: *Cabo de guardia salir, que morito ser farruco y español estar gallina.* Con estas frases en la mente, frases que si bien se mira sintetizan la conducta anterior y presente de esos bárbaros rifeños, todo el mundo se pregunta: si no se les castiga y nuestro ejército regresa á España sin haber hecho patente su bizarría, ¿volverán esos salvajes á sus fierezas y mañas de antaño?

***

La vida se desliza aquí con la normalidad que ostenta siempre un ejército organizado. Cerca de 20.000 hombres, agrupados en la zona comprendida entre el Polígono y la plaza, trabajan, se adiestran y realizan las funciones todas de la profesión.

Las brigadas que no están de facción en Sidi-Auriach, tiran al blanco ó hacen instrucción como si estuvieran en Carabanchel.

El servicio se realiza con los rigores que se exige al frente del enemigo. Todo el mundo, desde el general en jefe al soldado, viven bajo la tienda, comen lo que hay, beben lo que pueden, y sólo tienen acopio abundantísimo de buen humor, de entusiasmo y de orgullo.

Cuando al caer la tarde regresan las tropas al campamento y comienzan á iluminarse los conos de lona, que semejan luciérnagas de opacos resplandores, se ve bajo las tiendas, á unos escribir, á otros limpiar sus arreos, á los de más allá bailotear al son de una vihuela, cantar en coro á los otros, y en todas partes poesía, jácara, animación y estruendo.

Nadie diría que aquella gente ha comido frugalmente, ha dormido en suelo duro y humedecido por la lluvia, ha trabajado durante diez horas seguidas.

Y es que, sin género de duda, el vigor y el aliento de la raza existen en su total integridad, sobre todo cuando se les sabe despertar con una aspiración noble, con un ideal de raza, con un arranque de enojo patrio, como supone y entraña el problema planteado por los bárbaros del Rif sobre las mesetas de Sidi-Auriach y al pie del fuerte de Cabrerizas Altas.

***

Ayer tarde fuí á ver el famoso fuerte, teatro de los tristes sucesos acaecidos durante los días 27 y 28 del pasado.

Desde lejos blanquean y resplandecen sus almenados torreones. Desde cerca el ánimo se entristece recordando las vidas sacrificadas por las balas de esos montaraces enemigos. Delante de la puerta del fuerte, dos crucecitas de palo marcan las sepulturas de dos valientes: en el foso, en una sola tumba, yacen otros ocho valerosos soldados... Frente á la puerta, cerca de la garita, el sitio donde cayó el infeliz general Margallo; en todas partes recuerdos luctuosos, remembranzas de duelo y de amargura.

Tuve el gusto de contar los blancos hechos en el lienzo del fuerte principal, trozo comprendido entre la puerta y el torreón NO. Pasan de 50 los impactos que se observan. En una puerta chapada que se sacó de sus goznes para que tapara una tronera durante la mañana del 28, se ven 18 balazos; en los lienzos laterales, en las almenas, en los bordes del foso, se observan también huellas del certero fuego.

Un soldado, testigo y copartícipe en los sucesos, me decía que el fuego salía de las cañadas vecinas, sin que apenas se viesen los moros. Solamente se vió un grupo de unos 500 que tuvo la osadía de coronar la cresta de la Cañada de la Muerte, como se llama á la más inmediata á Cabrerizas Altas.

La tribulación de los primeros instantes pudo engendrar exageraciones en cuanto al número é importancia del enemigo, que ha señoreado nuestro campo durante un mes. Pero de cualquier modo, fuerza es convenir, luego de ver el terreno, que el tiro de aquellos fieros andrajosos era certerísimo, á mansalva y admirablemente aprovechado.

***

El hermano del sultán continúa en Frajana dedicado á su tarea de apaciguar rifeños, valiéndose del eterno procedimiento marroquí de «divide y vencerás.»

Desde este ejército nada sabemos de notas diplomáticas, ni de cabildeos ni monsergas de cancillería.

Por eso mientras las operaciones no comiencen, si es que comienzan, me dedicaré á trazar cuadros de esta hermosa vida militar, cien veces más bizarra y de más robustos tonos que la vida militar de guarnición.

JOSÉ IBAÑEZ MARÍN

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

VI

Si de lo que se ha escrito del asunto de Melilla durante las últimas dos semanas, procura alguien extraer la esencia imparcial y severamente, se hallará la triste corroboración de todas las amarguras que ya apunté en mis anteriores crónicas: esta crónica no puede ser larga de ningún modo; sería un calvario lleno de cruces, y cada cruz la conmemoración de algo que no nos honre.

¿Qué se puede decir? Que las tropas continúan en Melilla tranquilamente, que siguen las obras del Sidi-Auriach, que se simulan batallas en el campamento, ya que no las hay de veras, y que estas luchas de mentirijillas son para obtener más tarde el resultado práctico de que en alguna ocasión las tropas, si hay lucha de verdad, se vean en apuro doloroso por falta de municiones... Y no continuaré comentando esto, porque me pudieran contestar al instante que ese caso es imposible que llegue, contándose como se cuenta con la previsión y pericia del gobierno, y me recordarían las pruebas que ya dió de saber evitar los conflictos previniéndolos oportunamente.

La gran epopeya – no sé qué otro nombre darle que resulte de más resonancia – ha sido el *ultimátum* que se remitió á Mohamed Torres por Martínez Campos, en que se le exigían no sé qué número de cosas: una fuerte indemnización, el castigo inmediato de los rifeños promovedores de la guerra, la entrega de trece mil fusiles que se suponen en poder de las kabilas y la rectificación de la zona neutral, donde en lo sucesivo no podrá levantarse edificación alguna. Hubo un consejo importante, donde los ministros opinaron: ¡Nada, duro y á ellos como no accedan á lo que se les pide! En realidad, si todo eso pudiéramos obtener de las kabilas y del emperador podría España darse por satisfecha, aunque á regañadientes, y pelillos á la mar; quedando alerta, muy alerta en lo sucesivo para tomar desquite serio en la primer coyuntura. Pero ¿será cierto que se han pedido al emperador y á las kabilas tales bellezas? Siempre habrá que descontar mucho. ¿Qué razones hay para creer que sea ésta una verdad, cuando ni una sola verdad se ha visto ni se ha probado desde el día 2 de octubre? ¿Acaso hemos hecho otra cosa que gritar y bullir, ni más ni menos que las kabilas cuando van á lanzarse al combate, sin obtener nada provechoso? Solamente que las kabilas cuando entonan su tremenda algarabía es para animarse mutuamente á la pelea, y nosotros hemos gritado hasta aquí por el capricho deleitoso de ejercitar nuestra laringe. ¡Ni nos hacen caso, ni nos acordamos nosotros á la media hora de lo que motivó nuestros gritos!

El sultán sigue tan perdido como desde el comienzo de la campaña: no toméis esa expresión como ofensiva para el egregio monarca; no es un perdido ni mucho menos; que sin saber dónde él está hemos podido inquirir, sin embargo, que su fortuna es de quinientos millones de pesetas, ni un ochavo moruno más ni menos; no, lo que quería decir es que no parece, que sigue entre cortinas, y aquí las cortinas son Mohamed Torres y Araaf, detrás de los cuales el emperador se ríe con toda su alma de las notas y reclamaciones diplomáticas.



MULEY HASSÁN, emperador de Marruecos
Dibujo que ilustra un trabajo recientemente publicado por el africanista Gerardo Rohlf

Cuando conviene á la política del sultán, sus dos representantes se apresuran á decir que tienen poderes omnímodos para resolver aquello de que se trate; recordaréis los poderes amplios de que venía revestido el príncipe Araaf, y sin duda habréis oído decir en muchas ocasiones que el ministro del emperador en Tánger los tenía igualmente. ¿No era justo creer que entre el ministro y el príncipe podría haberse resuelto todo? Hubo ilusos que abrigaron esa esperanza. El príncipe Araaf sacudió de sí el *ultimátum* como una avispa de aguijón venenoso, se le envió á Mohamed Torres en el *Isla de Luzón*, y el *Isla de Luzón* ha sido la pesadilla de los españoles durante los días que empleó en ir á Tánger y en volver: cuando esto escribo aseguran los telegramas que el *Isla de Luzón* acaba de anclar en aguas de Melilla y que debe traer pliegos de Mohamed Torres. Nada se sabe de los pliegos; lo que se sabe positivo es que Mohamed Torres dice que *no tiene poderes* para resolver el asunto. Como Araaf.

Tres días han pasado desde que escribí lo anterior; quise darme esta tregua á ver si un acontecimiento imprevisto ponía en mi pluma otras vibraciones, glosas de otros tonos más alegres. No, los aires que han venido no son los mejores para España, enfermo que necesita brisas puras; pero como de una ó de otra manera, sin respirar no se puede vivir, tiene que contentarse con esos; son aires de paz. No nos metamos, por Dios, en seguir punto por punto los trabajos laboriosos de los ministros para llegar á esta gran hora de nuestra dicha. Alegrémonos, mejor es así. Las condiciones de paz no pueden ser más halagüeñas para nosotros... Como no se saben fijamente, cada ciudadano español puede imaginárselas á su gusto, y era lo que afirmaban los optimistas: que todos quedaríamos satisfechos. Hay una condición importante, la que trata de la zona neutral. Respeto á la propiedad rústica roturada, á los edificios consentidos y á la mezquita como lugar sagrado. Importancia, sí la tiene; pero por lo visto es para ellos. Termino este párrafo haciendo constar la sorpresa que ha producido, lo pronto que Mohamed Torres y el príncipe Araaf tuvieron poderes para la conclusión de este tratado. Se recordará que tres días antes carecían de ellos.

Sea como sea, lo consolador es que el ejército

vuelve; vuelve sin disparar un solo tiro, á lo que se presume. ¿Qué importa si vuelve tan honrado y tan valeroso como se fué? Si algo turbio resultara de todo esto, ¿qué culpa tendrían esos miles de hombres disciplinados y fuertes, ese ejército que tantas páginas de luz y sangre dejó escritas en los anales españoles con las puntas de sus bayonetas? ¿Repetiré lo que dije ya otras veces? El soldado es lo único que en España hay que no degeneró; el soldado es la flor única que conserva su perfume, entre aquellas hermosas flores ya marchitas de nuestras grandezas muertas, el soldado es la vieja y pura reliquia que España guarda como memoria de lo que fué.

El ejército vuelve; vuelve quizás de mal humor porque no pudo por su propia mano vengar las víctimas. La nación quizá se recoja en un sentimiento de pena callada, acompañando así al ejército en su disgusto; pero no todo es sombrío, no todo huraño; hay una multitud santa y amable que sonríe y tiembla... ¡Las madres y las novias! Fueron las primeras en lanzar á la lucha á los hombres de su amor por un sentimiento de dignidad patriótico, y serán las primeras en ir á recibirlos por otro sentimiento: el de las almas dignas que han cumplido un deber y obtienen el pago en supremos goces...

Para disipar ideas tristes contra esos aires que á España envuelven; para poner en el corazón otro sentimiento y en el espíritu otras alas que nos aparten de humanos errores y nos conduzcan por contados segundos á sanas esferas, hay que pensar en el espectáculo de aquel altar erigido en una colina junto á las hordas del Rif, en aquellos veinte mil hombres que rinden sus armas sumisos al levantarse la Hostia y en aquel sol que cae sobre todos como bendición sublime, arrancando destellos al dorado cáliz, donde la sangre de Jesús palpita, destellos que parecen de lágrimas de Dios por aquella otra sangre de nuestros soldados, vertida por infieles en donde mismo el altar se levantó.



TIPO DE UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

Tocan diana: el soldado asoma soñoliento á la abertura de su tienda, regocíjasele el corazón: el cielo le sonríe alegre, el sol le inunda amoroso, su sangre circula rápida: el campamento va animándose, se mueve todo, todo brilla, la confusión aumenta, el espectáculo es pintoresco, brillante; ya están vestidos, forman: ¡ved ahí á los soldados españoles! La patria se conmueve de orgullo contemplándolos; pero la patria suspira también al pensamiento de que esa juventud no se engalane con preseas de enemigo, de que esas energías no se aprovechen. La patria dice que una guerra le costaría mucho dinero y muchos hombres; pero dice también que esa guerra sería, de seguro, poderoso reconstituyente para nuestra sangre que se vicia, para nuestros tegumentos que se aflojan, para nuestro raquitismo, en fin, que no sabe nadie adónde nos llevará; no son estos aires belicosos, no: es patología pura.

Solemne misa en la que innumerables bocas de cañones están dispuestas á mantener la palabra de Dios; en la que un ejército fuerte ansía conmovido una señal de despecho, siquiera, en la aborrecida chusma, para pasar el límite y ocupar rápidamente pueblos y ciudades. ¡Segundo grandioso en que la Hostia se levanta, en que músicas baten himnos, en que las frentes humíllanse y en que los pechos se hinchan de una savia poderosa que

KABILAS DEL INTERIOR ACUDIENDO EN AUXILIO DE LOS RIFEÑOS

aligera la respiración y humedece los ojos, y hasta las puntas de las bayonetas parecen temblar, al rendir armas, señalando á la vez como dedos rígidos los campos salvajes adonde quisieran ir con ese tabernáculo ante el cual se postran, con esa Hostia que se levanta y con ese sacerdote que oficia.

No hay guerra; el ejército vuelve si no surgen complicaciones que nadie se figura; lo dije: de las madres y de las novias es el regocijo. ¡Cuánta alegría las que pensaron en una triste Nochebuena de lágrimas é inquietudes! Habrá bailes en el hogar, jubileo de cantos, retozos y entremeses de historias de campamento. La madre confortará plácidamente sus ateridas manos junto al enrojecido tronco; la novia bailará en la fiesta, luciendo sus mejores galas, palpitante el corazón por el honesto placer y abrasadas las mejillas como las ascuas del fogón en que la madre conforte sus ateridos músculos. Noble hija del pueblo, ¡cuántas horas de labor penosa te habrá costado el rico pañolón que esa noche de alegría cubra tus hombros! Cuando te cases, esa prenda estará en tu boda; cuando nazca tu primer hijo, esa prenda será la primera también que se luzca; si el hijo de tus entrañas muere, será la colgadura que la sala del muertecito adorne entre un brillante granel de rosas amarillas; cuando tu marido esté sin trabajo, ese pañuelo irá al Monte de Piedad y le habrás besado antes y le habrás bañado con puras lágrimas de recuerdos dulces. Tú eres honrada y noble; tú eres pura y fuerte; tú te educas en el bien verdadero; tú te preparas en la gran escuela del trabajo y las resignaciones para dar después á la nación los hijos que luchan por ella y la salvan y la glorifican... ¡Ríe ahora! Alégrate de la vuelta del soldado; goza con el perfume de su gracia y de tu amor; aprovecha tu juventud, que luego confortarás tu cuerpo aterido junto al tronco abrasado como tus mejillas lo están ahora; que todo eso es el arco de flores por donde entras en tu vida de casada. ¡Oh tristezas! ¡Oh amarguras! Allí vendrán los sufrimientos, allí las lágrimas, allí el suplicio; pero te mostrarás allí con todas tus grandezas y todas tus dignidades, sobreponiéndote con serenidad de gloria que ni tú misma comprendes, á los insultos tal vez de un marido grosero, á las miserias de una enfermedad, á las agonías de un trabajo continuo y á la gran hecatombe, por último, de ver cómo te quitan, para que muera quizás en la guerra, al hijo adorado que rasgó tus carnes al surgir á la vida y que se nutrió con la savia de tu pecho sano y robusto.

Las madres y las novias sonríen; consuélenos esto de la inquietud que puede causarnos el desenlace que el asunto de Melilla va á tener. El príncipe se ofrece en rehenes, y se compromete á prender á los que él dice ser los verdaderos culpables del conflicto actual, no á los que los españoles puedan designar como á tales; á Maimón porque sabe que se halla fuera del alcance de su mano, no á Alí el Rubio, ni al santón de la Puntilla, verdaderos causantes de la guerra. Y aun en esto muéstrase cicatero el hermano de S. M. Sherefiana, pues no dice que entregará los culpables á España para que por nuestra mano los castiguemos, sino que quiere enviarlos á Tánger para que allí los castiguen (?) las autoridades imperiales.

El emperador escribe á la reina respetuoso mensaje prometiendo con mucha seriedad un castigo terrible para las kabilas revoltosas, las conferencias de Araaf y Martínez Campos menudean que es una bendición, los moros entran ya en el campamento, las relaciones comerciales se reanudan, Castelar felicita á Sagasta, Moret está contentísimo y esto acaba así sin que sepan los ministros cómo, sin que lo sepa España, sin que lo sepa nadie, y yo acabo también sin acabar, á la manera que el asunto de Melilla, diciéndote, lector benévolo, en el rinconcito de esta última plana guardado aquí expresamente para la última hora, que esta hora no puede ser más triste. Y si he de coger la pluma de nuevo, ¡quiera Dios que no sea para contarte lástimas, como hasta aquí lo hice por este luto nacional, sino para que se bañe en agua de rosas con nuestros corazones, entonando á la vez un himno glorioso á la España invicta!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

NUESTROS GRABADOS

El actual sultán de Marruecos, Muley Hassán, es uno de los hijos menores de su antecesor Sidi Mahomed, á quien sucedió en 25 de septiembre de 1873; y aunque no estaba indicado para soberano, las intrigas del harén le valieron el trono que debía ocupar su hermano Sidi Hamed.

Muley Hassán cuenta cuarenta años y es de hermosa presencia: Edmundo de Amicis, que en 1876 estuvo en Fez con la embajada italiana, se deshace en alabanzas del *Apolo negro*, como él le llama; en cambio Luis Pietsch, que algunos años después acompañó al embajador alemán Dr. Weber, dice hablando del sultán: «No he visto en modo alguno confirmada la descripción del poético cronista de la embajada italiana Sr. de Amicis, que quiso ver en aquel hombre grave, enfermizo y cansado el ideal de la varonil belleza que pueda soñar una odalisca.»

Los principales viajeros describen á Muley Hassán diciendo que es de arrogante figura y que su rostro moreno con barba negra no carece de belleza, un tanto apagada por la expresión de tristeza y de sufrimiento que nunca desaparece de su cara.

Muley Hassán no es mejor ni peor que los que le han precedido, está muy pagado de sí mismo y convencido de ser muy superior á sus súbditos como descendiente que es de Mahoma.

A sus súbditos les trata como siervos, por no decir como esclavos: los saquea cuanto puede, los mata por cualquier pretexto, y en sus arbitrariedades sólo le contiene algo la presencia de los embajadores de las potencias europeas.

Durante su reinado han ocurrido graves revueltas en sus dominios, que ha sofocado siempre por los más bárbaros procedimientos, y con frecuencia tiene que emprender viajes por sus estados para reducir á las tribus rebeldes y percibir exorbitantes impuestos.

El sultán de Marruecos se encuentra siempre acosado por la diplomacia europea, especialmente por la inglesa y la francesa, aquélla con la vista fija en Tánger, ésta codiciando la anexión del oasis de Tuat á sus posesiones africanas. En cuanto á España, la proximidad de los súbditos marroquíes á nuestras plazas de la costa de Africa ha sido causa de frecuentes conflictos entre la diplomacia española y la del sultán, y fuerza es confesar que si en los tratados hemos salido vencedores, en la práctica no hemos obtenido las ventajas que teníamos derecho á esperar.

El actual conflicto de Melilla está probando una vez más cuán difícil es entenderse por las vías diplomáticas con el emperador de Marruecos, ante cuyas evasivas, expedientes dilatorios y promesas más ó menos sinceras se estrellan todas las reclamaciones de nuestro ministro de Estado. Buenas palabras no les faltan á Muley Hassán ó á sus representantes; en cuanto á buenas obras, ya es otra cosa.

***

Las hogueras que por espacio de algunas noches brillaron en las cumbres del Gurugú, durante la presente campaña de Melilla, constituyen un sistema de señales que, reproducidas de monte en monte, significaban la demanda de auxilios que los rifeños dirigían á las kabilas del interior: este sistema muy en boga entre los pueblos salvajes ó poco civilizados, suele producir resultados sorprendentes, pues casi nunca dejan de acudir en ayuda de sus hermanos aquellos cuya cooperación se solicita. Nuestro grabado representa un grupo de marroquíes que perfectamente armados y equipados para la lucha dirígense en veloz carrera á compartir con los rifeños las vicisitudes de la guerra.

***

Los otros dos grabados son un tipo de berberisco y el retrato de un jefe de tribu árabe, y acerca de ellos nada hemos de decir, porque harto conocidas son las cualidades de esta raza que aún conserva algunos rasgos de su antigua valía.



UN JEFE DE TRIBU ÁRABE (de una fotografía)

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XII — BARCELONA 25 DE DICIEMBRE DE 1893 — NÚM. 626

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SITUACION APURADA, grupo escultórico de Eusebio Arnau

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

No hay mal que cien años dure, ni Academia de Bellas Artes española que no resuelva los asuntos que se le propongan. Sus sudorcillos les costó, pero al fin y al cabo salieron del apuro los señores inmortales de la calle de Alcalá.

Seguramente que á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se les habrá olvidado el «asunto» de que hablo. ¡Es claro! Después de dos meses, larguitos de talle, que hace que comenzó la vista de este curioso é interesantísimo pleito, no es de extrañar que no se acuerden de lo que se resolvía en tal litigio.

Pues, sí, señores; la Academia de Bellas Artes de San Fernando emitió ya su parecer respecto de los proyectos arquitectónicos y escultóricos presentados al concurso, que para elevar en Covadonga una estatua y monumento á Pelayo había abierto la Diputación provincial de Oviedo. ¿Qué parecer fué el emitido? *Ecco il segretto.*

Visitaba Posada Herrera cierta iglesia de Roma, y hacía su visita tarareando un aire de zarzuela muy en boga por aquellos días (allá por el año de 1844 ó 1846), cuando acertó á pasar muy cerca del futuro presidente del gabinete izquierdista un purpurado; y como éste le llamase la atención respecto de la irreverencia con que hacía su visita, el solitario de Llanes le contestó, mientras sonreía socarronamente: «Estoy en el secreto.»

También por aquí estamos en el secreto de la resolución académica. Y esta resolución se parece á la que Alejandro dió al célebre nudo de Gordio; porque si no es cortar por lo sano declarar que las obras de artistas como Marinas, Alcoverro, Gandarias, Querol, Parera, Alsina, Folgueras, etc., y las de arquitectos tan notables como los citados escultores no llenaba ninguna las condiciones exigidas en la convocatoria, que venga Dios y lo vea.

Ya en la última *Crónica* exponía los motivos que obligaron á la Academia á resolver el asunto tan fuera de justicia, y por lo tanto no volveré á exponerlos; pero sí diré algo que me baila en el cuerpo y que me parece digno de ser tenido en cuenta por alguien.

Se trata de un caso de lesa moralidad. La Academia de San Fernando por boca de algunos de sus individuos dijo, cuando se conoció el texto de la convocatoria, que era imposible resolver nada, dada la obscura redacción de los términos en que aquélla estaba concebida; pues ni por lo que á las atribuciones que á la Academia se le concedían, ni por lo que á la parte técnica ataña, la citada convocatoria era viable. ¿Cómo, pues, aceptó el cargo de emitir dictamen en un asunto que *a priori* juzgaba de este modo? ¿Por qué defendiendo, como debía defender, los intereses del arte, que son al propio tiempo los de los artistas, no invitó á la Diputación provincial de Oviedo á que redactase de un modo preciso y claro la convocatoria? Pues qué, ¿no es un caso de moralidad, de responsabilidad moral, encogerse de hombros, dejando que los artistas malgastasen tiempo y dinero en concurrir á un certamen, considerado desde un principio por los académicos como imposible de realizar en las condiciones dichas?

Pero no es á la Academia de San Fernando á quien únicamente coge de lleno este caso de lesa moralidad, caso que va repitiéndose con bastante frecuencia en esta tierra, que parece dejada de la mano de Dios en todo y para todo. También la Diputación de Oviedo es responsable, en otro sentido, de ese mismo delito. Si quería dar á un hijo de la tierra motivo para que, como escultor, luciese sus aptitudes en una obra de empeño, pudo haberlo hecho. Mucho más noble, mucho más leal, mucho menos censurable hubiera sido ese proceder, que no el de redactar una convocatoria que se presta á veinte interpretaciones distintas, dejando así un portillo abierto siempre por donde escurrir el bulto y hacer al cabo lo que quería, lo que pudo hacer.

No sabemos todavía lo que acordará la corporación provincial asturiana en vista del fallo, ó mejor dicho, dictamen de la Academia de San Fernando; pero dícese que ya desistió de hacer el monumento. Si esto es así, la formalidad de aquella corporación no queda muy bien parada que digamos. Si no es esto verdad, y convoca á nuevo concurso, lo hecho será siempre censurable; si se determina á darle la ejecución de la obra al escultor asturiano aludido, el caso de responsabilidad moral podría convertirse en un caso de responsabilidad material. Y desde el punto de vista artístico la provincia podría exigirle también responsabilidad; pues es de suponer que el *proteccionismo* regional no alcance hasta el extremo de dar medio millón de reales por una obra de arte que no tiene aprobación oficial ni del público, y sí sólo de algunos amigos y admiradores del artista asturiano. Y conste que reconozco en este escultor condiciones y mérito salientes; pero este mérito y estas condiciones no los ha revelado ciertamente ahora. La justicia reclama que así se haga constar. Ni como dibujado, ni como interpretado el carácter legendario de Pelayo, ni como estudio de indumentaria el modelo para la estatua del vencedor en Covadonga, exhibida por el escultor de quien hablo, era aceptable. Corta y pesada la figura, falta de movimiento, vistiendo armadura y calzando calzado de época muy posterior al siglo VIII, este modelo no podía parangonarse con el que tenía *Spes Patriæ* por lema.

Y vamos ahora con la segunda parte de esta *Crónica*; parte dolorosa, porque en ella voy á tratar de otro delito grave, perpetrado ya por la Academia de San Fernando. Se trata de un crimen de leso arte, consentido, como he dicho, por la Academia y á punto de ser perpetrado de hecho por personalidades que debieran no llevar sus enconos y rivalidades políticas hasta hacer que paguen los vidrios rotos los monumentos arquitectónicos de España.

Lo que se pretende es alzarle un segundo piso al magnífico edificio de la universidad de Santiago de Galicia para instalar en él la facultad de ciencias.

La universidad de Santiago es el ejemplar más bello del gusto neo-greco del pasado siglo que cuenta España. Erigido, como digo, este elegante y soberbio edificio á fines del siglo XVIII con arreglo á los planos y bajo la dirección del arquitecto Manchado, discípulo predilecto del insigne Villanueva, á quien sorbiera los sesos en fuerza de adaptarse su gusto estético; por sus proporciones, por el respeto con que ha sido tratado el orden jónico á que pertenece, por las bellísimas colosales esculturas, obras estimables del escultor Ferreiro, émulo de Sarcillo, por el magnífico salón biblioteca, que hace dudar si por su magnitud y proporciones es digno de competir con el de la Vaticana; en fin, porque es este edificio en sola su parte arquitectónica una verdadera y acabada obra de arte, lo que la Academia autorizó reviste todos los caracteres de una herejía, más que de una herejía, de un crimen artístico.

Figúrense ustedes un edificio en cuya fachada principal se alza un pórtico formado por cuatro grandes columnas jónicas con sus capiteles de lo más puro del estilo, columnas que van desde la gran escalinata de acceso al edificio hasta la parte superior de éste, y cargan un ático de hermosas proporciones y severa línea; que sobre el ángulo superior del ático se eleva colosal estatua de *Minerva*, armada de punta en blanco, y que en los ángulos inferiores del frontón cuatro geniecillos también colosales sostienen coronas y atributos de las ciencias. Figúrense además que los cuerpos que forman los ángulos del edificio ligeramente salientes, aun cuando menos que el pórtico, están limitados por hermosas pilastras coronadas por capiteles iguales á los de las columnas del pórtico; que aquéllos se apoyan sobre un ancho y elevado zócalo que al igual del friso corre á lo largo del edificio, y tendrán mis lectores una ligerísima idea de lo que es el exterior de la universidad compostelana, á la que dentro de breves días se le despojará del ático de las esculturas, del pórtico, de sus proporciones, para convertirlo en un caserón vulgar.

Y lo más censurable, es que llevando al edificio de la universidad la facultad de Ciencias (ú otra cualquiera, que para el caso es lo mismo) se comete un hecho de atavismo estupendo en materias de enseñanza, que pone, desde el ministro de Fomento hasta el rector de la universidad compostelana y á cuantos intervinieron é intervienen en el asunto, en el ridículo mayor.

Sabido es que las nuevas corrientes de la enseñanza superior, y especialmente de la científica por su complejo y cada día más amplio conocimiento y estudio, requieren espacio y aislamiento. Y tan es esto cierto y tan se ha aceptado como una necesidad esto, que en Inglaterra, en Suiza, en Alemania é Italia y en el mismo Portugal se construyen separadas del edificio matriz que pudiera llamarse al de la universidad, otros edificios, no ya para instalar la enseñanza de facultades, sino simplemente para la de Ciencias, como por ejemplo en Ginebra, donde se ha construído un palacio para la Física y la Química.

Y aquí cuando este movimiento del «especialismo,» que pudiera decirse se acentúa en todas las naciones cultas; aquí, repito, se disponen á tirar cerca de dos millones de reales en la aglomeración de estudios en un solo edificio, dejándonos de paso sin uno de los más hermosos edificios de España.

Pero lo verdaderamente vergonzoso, lo que no tiene disculpa de ningún género, es que la idea de desmochar la universidad de Santiago haya partido de hijos de Santiago mismo que, por el alto puesto que en la ciencia y en la política ocupan, debieran estar exentos de ciertas mezquindades, porque la destrucción de la obra de Manchado obedece exclusivamente á rencillas políticas de localidad. ¿No parece esto increíble? Pues desgraciadamente nada más cierto.

En tiempos de la situación conservadora propuso el rector y aprobó el claustro que los ochenta mil duros que como fundación particular tenía sobrantes la universidad gallega se empleasen en construir un edificio *ad hoc* para la facultad de Ciencias, edificio que sería de estilo del Renacimiento de la época de los Reyes Católicos, y que formaría el cuarto frente de la monumental plaza, llamada del Hospital, de la ciudad del Apóstol. Cuando este proyecto, que respondía á las necesidades de la enseñanza moderna y respetaba como era debido al arte, estaba á punto de ponerse por obra, aconteció el cambio político que trajo al actual gabinete, fué nombrado otro rector afecto á ciertas personalidades y el citado proyecto fué anulado por este otro de que vengo hablando.

Como quien manda, manda, y cartuchera en el cañón, se envió este proyecto de crimen artístico á la Academia de Bellas Artes de San Fernando, para que emitiese dictamen (aprobase, es lo mismo) sobre la herejía; y en efecto, con tanto celo estudió esta corporación el asunto, que, según malas lenguas, el académico arquitecto ponente afirma en su ponencia que puede desmocharse el edificio por ser barroco, etc. Si esto no es cierto – y tengo para mí que lo es, pues la persona á quien se lo he oído me merece gran confianza, – estoy pronto á rectificar; pero dudo mucho que llegue la ocasión, porque significaría que á la Academia se le importa tanto de la integridad de nuestros monumentos y de los fueros de la belleza como á la luna de que los perros le ladren. Más vale, pues, por honra de los inmortales del arte, que se dé como válida la especie de que emitieron dictamen sin enterarse de nada.

Es de esperar, sin embargo, que no se lleve á cabo el proyecto. Creo que si no estamos dejados de la mano de Dios, alguna casualidad, algo inesperado, venga á dar al traste con este proyecto que significa una vergüenza nacional. Porque de realizarse, dadas las condiciones meteorológicas de Santiago de Galicia, desde ahora pueden considerarse perdidos gran parte de la magnífica colección *cristalográfica* que posee la universidad y que perteneció al abate Hauy; el gabinete de Zoología, con más de 2.340 objetos; la colección de antigüedades, entre las que hay objetos de arte, arqueológicos, ídolos, sepulcros, etc.; el gabinete de Física, con 800 máquinas y aparatos, y para no mentar más, la biblioteca, que contiene cerca de 50.000 volúmenes y una riquísima colección de manuscritos, entre los que se cuentan una Biblia del siglo X y el libro de rezo de Fernando I de Castilla (año 1055).

Todo esto se está hacinando en sótanos y lugares parecidos, donde la humedad, los ratones y la polilla se encargarán de destruirlo, mientras tanto los hombres destruyen á su vez un monumento de primer orden, y desaparece una de las obras más hermosas de la escultura regional, la obra de Ferreiro, la estatua de Minerva que corona el frontón y que ha venido presidiendo las enseñanzas que durante una centuria se dieron á miles de estudiantes que han sido honra y prez de la compostelana escuela.

R. BALSA DE LA VEGA

EL MAESTRO DE ESCUELA

(EPISODIO DEL AÑO 9)

I

Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora. Con aquel casacón color de ala de mosca, corto de talle, largo y amplio de faldas; con aquel gorro de algodón del que se escapaban dos mechoncillos de cabello gris; con aquel calzón corto tan falto de pelo como sobrado de lustre; con aquellas medias acribilladas de cicatrices, que tanto hacían resaltar la inverosímil delgadez de sus piernas, como lo desmesurado de unos zapatos de cordobán pretenciosamente

adornados de relucientes hebillas de cobre; y sobre todo aquella nariz aguileña, aquel rostro desmesuradamente largo y puntiagudo y aquellas manos sarmentosas y desmedidas, de seguro que si mis entonces escasísimos conocimientos literarios me lo hubieran permitido, no hubiera podido mirarle una sola vez sin que viniera á la mi memoria el recuerdo de aquel dómine Cabra, que con tan gallarda donosura pinta Quevedo en su obra titulada *Vida del Gran Tacaño.*

En cuanto á la escuela tampoco la olvidaré mientras viva. Dos largas filas de bancos simétricamente colocados ante dos mesas de las mismas dimensiones que ellos, y exornados de raídos cartapacios de badana y de amarillentas muestras de correctísima escritura; cuatro descomunales cartelones conteniendo las veintisiete letras del alfabeto, unos ejercicios de sílabas y las tablas de sumar y multiplicar, y una tarima en la que á guisa de trono se levantaba el vetusto sillón del maestro, de uno de cuyos brazos pendían la aterradora palmeta y las temidas disciplinas: tales eran los enseres más notables de aquel que pudiera llamarse emporio del saber y fuente de toda cultura en el modesto lugar en que me cupo en suerte nacer.



ESPERANDO QUE PASE, fotografía de Mr. Lee La Trobe Bateman

Sin embargo, durante los muchos ratos de aburrimiento que pasaba sentado en aquellos *duros, pero honrados bancos,* no era nada de aquello lo que fijaba mi atención. Ni siquiera los puntitos achocolatados que, sin duda para probar su puntual aplicacón y asistencia, dejaban todos los veranos las moscas en las mal enlucidas paredes, ni menos aún los manojillos de hierbas medicinales que pendían de las ennegrecidas vigas de la techumbre atraían mis distraídas miradas.

Lo que, sin saber por qué, contemplaba horas y horas, hasta que la caña del preceptor venía á sacarme de mi arrobamiento, era un cuadro que, bajo un doselillo de seda desteñido, pendía de un clavo sobre el sillón presidencial.

La particularidad de aquel mediano grabado, que á lo que discurro debía ser un retrato de Carlos IV, era que precisamente sobre el rostro del *bondadoso* monarca se había pegado recientemente un papelillo en que se leían estas palabras, escritas en rasgueada cursiva: *Vale por Don Fernando VII, N. S.*



[illegible], cuadro de Paupión (Salón de los Campos Elíseos, 18[illegible])

Allí la vida se deslizaba con tan desesperante monotonía que no notábamos más diferencia entre un día y otro que la mayor ó menor proximidad del domingo, aquellas veinticuatro horas felices en que no quedaba un nido en los árboles ni una zarzamora en los setos.

A la misma hora entrábamos en la escuela, formados en correcta fila, repitiendo con soñolienta canturía la oración dominical; á la misma hora cantaban á coro los pequeñuelos el *a, e, i, o, u;* á la misma hora nos entregábamos los mayores á la difícil tarea de trazar palotes y rasguear curvas; y sin discrepar en un minuto siquiera, dábamos nuestras lecciones de catecismo, gramática y aritmética, y después de besar respetuosamente la mano del maestro salíamos á la calle como bandada de pájaros, á la que compasiva ó impremeditada mano hubiera abierto la puerta de la jaula.

El más perfecto de los cronómetros modernos no hubiera podido sostener competencia de regularidad con aquel vetusto artificio, en el que la rueda á que estaban subordinadas las demás de la máquina parecía incapaz de descomponerse.

Sin darnos cuenta de ello, para nosotros el maestro era un astro que tenía marcadas con tanta precisión en la órbita que describía las horas de su orto y de su ocaso, que más natural hubiéramos encontrado que el sol se detuviera en mitad de su curso que no que él descuidara un solo segundo el más insignificante detalle de sus trascendentales funciones.

Sin embargo, la prueba de que la infalibilidad no existe en lo humano, es que de repente todo cambió. El que siempre había tenido puestos sentidos y potencias en que nada discrepara un punto, se olvidó completamente del cumplimiento de sus deberes.

Aquel infatigable puntero que no dejaba un solo día de marcar vocales y consonantes, durmió largas semanas el sueño de los justos en apartado rincón; las planas quedaron sin corregir; las faltas de asistencia pasaron inadvertidas; la ominosa y orejuda cabeza de burro se cubrió de polvo, y hasta en la parte cóncava de la palmeta comenzó á tejer tranquilamente una araña su sutilísima tela.

En fin, á tal estado habían llegado las cosas, que ya no era extraño que alguna precoz inteligencia de aquel plantel de sabios de cinco á doce años murmurara de tiempo en tiempo á nuestro oído, con una vocecilla entre condolida y misteriosa:

– No cabe duda, el señor maestro ha perdido la cabeza.

II

Cuando esto sucedía acababa de dar comienzo el año de 1809.

Poco más de seis meses iban transcurridos desde que la nación entera había declarado la guerra á Napoleón, y cinco mal contados desde que nuestro pueblo, imitando el ejemplo de todos los de España, había lanzado el reto en una proclama, de la que aún conservo copia, y que, como redactada que estaba por el digno maestro, era un verdadero modelo de la retórica ampulosa y altisonante que tenían en moda por aquellos días los más encopetados preceptistas.

El efecto de ella fué que tanta prisa se dió la gente moza á abandonar sus hogares para incorporarse á los irregulares ejércitos que se estaban formando, que mucha parte de ella alcanzó á regar con su sangre los primeros laureles conquistados por nuestras armas, muriendo como buenos en la gloriosa jornada de Bailén.

Si la escasa atención que nuestra edad prestaba á los trascendentales sucesos que se estaban desarrollando en nuestra patria nos hubiera permitido fijarnos en detalles, ya entonces hubiéramos notado inequívocas muestras de intranquilidad y azoramiento en nuestro venerado preceptor.

Una de ellas fué, que olvidado sin duda de que no estaban nuestros cerebros preparados para tan fuertes alimentos, dióse á narrar y comentar con tan denodado ahinco los grandes hechos de la historia, que en breve tiempo y á fuerza de repetirnos los nombres de Sagunto y Numancia, de Leonidas y Epaminondas, convirtió nuestras infantiles cabezas en verdaderas ollas de grillos.

Sin embargo, como nada estaba más lejos de nuestro ánimo que enlazar sucesos al parecer tan heterogéneos, forzoso fué que algo más á nuestro alcance acaeciera para que al fin, desgarrado el velo, viéramos claro en la pretendida obsesión mental de nuestro Mentor.

El caso fué que una mañana en que estábamos embebidos oyendo la relación de las estupendas hazañas de un tal Viriato, que allá en los tiempos del rey que rabió había llegado de pastor de cabras ó de ovejas, que de esto no estoy muy seguro, nada menos que á general de los reales ejércitos de entonces, la puerta de la escuela se abrió de golpe, dejando paso á la ilustre personalidad del tío Cornejo, viejecillo que desempeñaba las dobles funciones de ministro de justicia y de secretario-amanuense de la primera autoridad local, que dicho sea de paso, por no saber firmar, autorizaba con una cruz cuantas disposiciones emanaban de su poder.

– ¿Qué ocurre?, preguntó el maestro comprendiendo que de algo grave se trataba.

– Que tenemos á los franceses á dos jornadas de aquí, contestó el alguacil lanzando chispas de sus ojillos pardos, y que el señor alcalde, que está reuniendo en su casa á las personas más notables del pueblo, me encarga le avise. Conque ahora mismo, que para luego es tarde.

Y sin aguardar contestación, giró sobre los talones añadiendo:

– De aquí á después, que en otra parte hago falta.

El preceptor tampoco se tomó el trabajo de responderle. De un salto se lanzó del sillón, y sin decirnos siquiera si tardaría ó no, se precipitó á la calle con una ligereza que no hubiéramos sospechado en sus largos años.

Excuso decir que un momento después en la escuela reinaba tal baraúnda y gritería, que no se hubiera dicho sino que todos los ejércitos de Napoleón se habían apoderado ya de aquel olvidado rincón de nuestra patria.

III

De allí á una hora el maestro entraba de nuevo en la escuela, y contra lo que todos temíamos, ni se fijó en las huellas de nuestros pasados excesos.

Su rostro lívido y desencajado estaba surcado por las lágrimas; su paso inseguro y vacilante delataba la fiebre que le consumía; sólo sus ojos, á que parecía haber acudido toda su fuerza vital, llameaban á impulsos de una cólera tan impotente como mal reprimida.

– ¡Hijos míos, sollozó dejándose caer en un banco, por primera vez mi voz ha sido desoída! El pueblo se rinde sin lucha. Mañana en nuestros honrados hogares habrá puesto su aborrecida planta el invasor. Ya no hay escuela. Sois libres.

Y al decir esto ocultó el rostro entre las manos con tan profundo dolor, que ninguno se atrevió á moverse.

Después volvió á alzar aquella frente venerable que quizá por primera vez en nuestra vida veíamos despojada del inseparable gorro de algodón; irguió el enjuto cuerpo que en aquel momento tenía toda la majestuosa altivez de las estatuas de la antigüedad, y tendiendo la mano sobre nuestras cabezas con la majestad de un pontífice, pronunció estas palabras:

– Por si no nos volvemos á ver aquí abajo, no olvidéis nunca que el que ha sacrificado su vida por inculcaros sus escasas luces, os bendecirá siempre desde allá arriba como lo hace ahora.

Acto seguido nos señaló la puerta. Todos sentimos fervientes deseos de besar aquella mano; pero ninguno de nosotros se atrevió á llegar á él.

De mí sé decir que nunca, ni aun en los días en que la vergüenza del castigo me hacía huir de las miradas de mis compañeros, salí tan triste como aquella mañana de una escuela en la que al cabo y al fin había pasado las horas más felices de mi niñez.

IV

Aquella noche nadie en el pueblo durmió. Lo mismo los chiquillos que los viejos, lo mismo las mujeres que los hombres, asomando tímidamente la cabeza por las ventanas espiábamos en la sombra todo ruido; ora el fatídico y lejano aullar de los perros, ora el lúgubre aleteo de las lechuzas buscando aceite en las lámparas de la iglesia, nos hacían exclamar con desaliento: *¡Ya están ahí!*

Por las desiertas calles no circulaba nadie.

Sólo de tiempo en tiempo, una como á modo de negra fantasma cruzaba con vacilante paso el arroyo y se detenía delante de una puerta á que llamaba con timidez. A poco volvía á salir y continuaba su peregrinación.

Algunos al verla cerraban con supersticioso miedo las ventanas. Otros, más valerosos, aguardaban á que un rayo de luna la iluminara de lleno, y decían entonces con extrañeza:

– Es el maestro.

Después ya nadie volvía á ocuparse de aquel incidente. Lo que preocupaba á todos era la llegada de los franceses.

Por fin los primeros albores de la mañana convirtieron los vagos temores en desconsoladora realidad.

Los ruidos que entonces se oían no podían confundirse con otros. Primero las ruedas de la artillería sacando de su lugar los guijarros del camino; después el trote, y más tarde el piafar de los caballos, y por último, el acompasado son de los ferrados zapatos de la infantería hundiéndose en el fango y quebrando el hielo de los arroyos, llegaron á nosotros tan distintamente que ya no hubo lugar á la duda. Entonces sí que con razón podía decirse: *¡Ya están ahí!*

Media hora después, con efecto, la división francesa entraba en el pueblo.

La resolución del alcalde no podía haber sido más acertada. Aun contando con grandes recursos, resistir á tan imponentes fuerzas hubiera sido tan temerario como inútil. Aquel era un verdadero ejército que ciudades bien defendidas no hubieran podido rechazar.

Prueba de ello fué que las boletas de alojamiento sólo alcanzaron á jefes y oficiales. La tropa no tuvo otro recurso que acampar en las eras.

Los vecinos todos aceptaron con la resignación de la impotencia á sus huéspedes. Estos, que debían venir rendidos de una gran marcha, sólo pensaron en descansar. El último que quedó en la plaza fué el general que mandaba la división, rodeado de su estado mayor y de una numerosa escolta.

Por un azar de la suerte, á aquel veterano de las guerras de la República le tocó alojarse en la escuela, y á ella se dirigió precedido de unos cuantos soldados.

Cuando llegaron á la irregular plazoleta en que ésta se levantaba, sobre la puerta, que estaba cerrada á piedra y lodo, hubo necesidad de descargar el pesado aldabón.

Por el pronto nadie contestó; pero apenas se habían apagado los ecos producidos por el ferrado martillo, una de las ventanas giró premiosamente sobre sus goznes, una voz ronca y destemplada gritó: *¡Viva Fernando VII!*, y una nutrida descarga hizo estremecer los ecos de las solitarias calles.

Después todo volvió á quedar en silencio, y los franceses, dejando en el campo un muerto y dos ó tres heridos, juzgaron prudente emprender la retirada. ¿Quién sabía lo que pudiera ocultarse en aquel al parecer débil reducto?

V

Pocos minutos después una compacta columna avanzaba hacia la escuela, que se mantenía en su primitiva é impenetrable hostilidad. Por dos veces la misma intimación volvió á repetirse, y por dos veces con el mismo grito y con la misma descarga contestaron desde dentro.

Entonces los sitiadores rompieron á su vez el fuego. Las balas al embotarse en la argamasa de que estaban formados los muros, parecían caer sobre una tumba. Ni un gemido, ni un grito de esperanza ó de desaliento se oía en el interior.

¿Habrían huído los sitiados? ¿Habrían renunciado á defenderse? Nadie se atrevió á decirlo. Lo cierto era que, como no hay peligro que imponga tanto como aquel que no se conoce, nadie osaba avanzar.

Por fin, un granadero, más decidido que los otros, llegó hasta la puerta y la sacudió violentamente con la culata de su fusil. Esta era tan débil que al segundo golpe cayó convertida en astillas.

Al verlo los más próximos se adelantaron resueltamente con ánimo de penetrar en aquel amenazador recinto; pero á los primeros pasos retrocedieron. Pisar aquellos ámbitos hubiera equivalido á poner la planta sobre el encendido cráter de un volcán.

A los pocos momentos, de la escuela no quedaba más que un informe montón de escombros. Cuando se *apoderaron* de ellos los invasores sólo encontraron los cadáveres de seis ancianos. Aquel era todo el ejército que había logrado reunir durante la pasada noche el que me enseñó á conocer las letras del alfabeto.

VI

Cuando algunas horas después, ya todo calmado, pude, burlando la vigilancia de mi padre, llegar acompañado de otros chiquillos de mi edad al teatro de aquel inimitable acto de heroísmo, aún alcancé á ver los inanimados despojos del que tantas veces había contemplado sentado en el vetusto sillón y coronado por aquel cuadro en que se leía el *Vale por Fernando VII.*

El incendio y las ruinas parecían haber respetado la venerable figura del preceptor. Mientras los cuerpos de sus compañeros yacían carbonizados por las llamas ó destrozados por el hundimiento, en él no había dejado la muerte otra huella que el negro agujero abierto en su pecho por una bala.

Muchos años han pasado desde aquel día, y su



PASEO DE LA PRIMERA ALAMEDA

MAUSOLEO DE JOSÉ M.ª ORENSE

MUELLE DE CALDERON, [illegible] DESDE EL PRINCIPIO DEL MALIAÑO

CLAUSTRO VIEJO DEL SEMINARIO DE CABÁN

INTERIOR [illegible] CASINO DEL SARDINERO

FARO DE CABO MAYOR

[illegible] SARDINERO - PRIMERA PLAYA

[illegible] AYUNTAMIENTO

SEGUNDA ALAMEDA

PLAZA DE VELARDE

[illegible] PLAYA DEL SARDINERO

[illegible] DEL CORREO Y ALAMEDA PRIMERA

FARO DE MOURO Y ENTRA[illegible] DEL PUERTO

VISTAS DE SANTANDER, de fotografías de D. Pascual Urtasun

imagen, tal como la vi por última vez, la tengo constantemente ante mis ojos. Entonces no pude comprenderlo, pero después he creído muchas veces que aquellos labios contraídos por la muerte nos estaban dando la última y más provechosa de sus lecciones.

Indudablemente desde más allá de esta vida perecedera nos estaba diciendo: «Siempre que el extranjero intente apoderarse del más humilde rincón de nuestro suelo, imitad mi ejemplo. Cuando no se puede vencer, se muere.»

Angel R. Chaves

NARRACIONES

EL TÍO ZAMPOÑA

Todo el que, el pasado invierno, transitó alguna vez, de una á cuatro de la tarde, por la plaza de la Independencia, en la muy heroica villa de Madrid, encontróse, sin duda, con un pobre viejo, alto y tieso como un poste, de largos bigotes, blancos como su recio cabello encrespado, de apergaminado rostro y aire marcial, que ora en la Puerta del Retiro, ora en una de las esquinas de la Puerta de Alcalá, se estaba todos los días, á las horas de más tránsito, tocando aires marciales con el instrumento cuyo nombre le pusieron por apodo los bebés que iban y venían de aquel parque.

Á pesar de su aspecto rudo y mirada triste, los niños solían pararse á escuchar los aires del músico callejero, y pedían á sus acompañantes una *perrita* para dársela al tío Zampoña.

Al verse rodeado de cabecitas angelicales, el pobre viejo se transformaba completamente. Su semblante adquiría una dulzura infinita, que él comunicaba entonces á su instrumento, arrancándole notas impregnadas de melancolía, y sus ojos se extasiaban contemplando aquellas caritas risueñas, achicadas por abundantes bucles y anchos sombreros.

El tío Zampoña debía vivir solo, porque nadie le acompañaba, ni cuando venía por la nueva calle de Alfonso XII á tomar posesión de su punto estratégico, ni cuando su silueta desaparecía entre las neblinas de la tarde por la ancha calle de Alcalá, á la hora en que se encendían los faroles.

Consideraba á su público infantil como una especie de familia. Desde el bebé que andaba apenas, hasta la mocita que ya mostraba las primeras coqueterías de mujer, todos le eran conocidos. Y aquella gente menuda, lujosamente vestida y llamada en su mayoría á ostentar aristocráticos nombres y á heredar títulos y fortunas, devolvían al pobre viejo sus cariñosas sonrisas.

Entre sus dadivosos clientes, el tío Zampoña sentía una predilección manifiesta por una rubita de ojos negros, rostro pálido y aire melancólico. La riqueza del traje contrastaba con el triste aspecto de la niña.

Trini, que éste era su nombre, tenía siete años; edad en que todo se ve de color de rosa, en que la dicha anida en el corazón y la risa brota de los labios.

Sin embargo, Trini no reía jamás. En su rostro enfermizo parecían haber dejado huella las decepciones prematuras.

¡Pobre niña! Al verla, el viejo experimentaba una emoción profunda, como si un lazo misterioso uniese su alma á la de aquella lánguida criatura, de la cual hasta el apellido ignoraba.

Trini le recordaba las facciones de una hija suya, cuya pérdida lloraba sin consuelo.

El tío Zampoña no había vivido siempre solo. Hubo un tiempo en que era el más feliz de los hombres al lado de una amante esposa y una tierna hija. Mas ¡ay!, cuán lejos estaba aquella ventura, que el pobre anciano recordaba siempre con lágrimas en los ojos.

Su verdadero nombre era Antonio Manso. Hijo de honrados menestrales de Barcelona, pagó á la patria su tributo de sangre haciendo la campaña de Africa con los voluntarios catalanes. Firmada la paz con el emperador de Marruecos, Antonio se casó en su ciudad natal con una virtuosa obrera, de la cual tuvo á los tres años una niña, que bautizaron con el nombre de Margarita, y que, á la edad de Trini, era alta y pálida y tenía el pelo rubio y los ojos negros como ella.

Margarita fué creciendo, y á los diez y ocho años era una real moza. Iba á casarse con un marino, cuando murió su madre. Con tal motivo se retrasó la boda. El novio iba á embarcarse para América. Afligida, anegada en llanto, la enamorada joven no supo negar á su prometido esposo la prueba de amor que le pedía. El muchacho partió prometiéndole un pronto regreso y una felicidad eterna.

Antonio Manso, hondamente afectado por la muerte de su esposa, cayó en una gran postración, que amenazó convertirse en seria enfermedad. El médico le aconsejó un viaje para distraerse. Su oficio de herrero no se prestaba á buscar recursos viajando. Contratóse, no obstante, á bordo de uno de los grandes vapores de la Transatlántica, que salió por aquellos días del puerto de Barcelona para la capital del archipiélago filipino.

Margarita quedó al cuidado de una tía anciana, cuyas necesidades ayudaba á cubrir con su salario de oficiala planchadora. ¡Qué temporada tan angustiosa pasó entonces la muchacha, temblando á un tiempo por su padre, por su prometido y por el fruto de sus amores que llevaba en su seno!

El amante no había de volver. Pereció en un naufragio en el Canal de la Mancha.

Antonio volvió á los seis meses, muy avejentado y más abatido que antes de su partida. Al abrazar á su hija, le pareció que se la habían cambiado. Vióla tan pálida, tan débil, tan triste, que presintió una nueva desgracia. Observóla con atención y no tardó en comprender su estado.

Á la idea de su nombre deshonrado y de su hija seducida, el antiguo soldado montó en cólera, y prorrumpiendo en imprecaciones y amenazas, exigió el nombre del seductor para obligarlo á reparar su falta. Cuando supo que el culpable había muerto, descargó su cólera sobre Margarita. Ciego de furor, la expulsó de su casa y la maldijo.

La muchacha huyó sollozando como una loca.

Antonio, acometido de una fiebre intensa, fué llevado al hospital, donde estuvo ocho días entre la vida y la muerte. La naturaleza, ayudada de la ciencia, venció al mal. Después que el enfermo hubo recibido el alta, se encontró en la calle sin fuerzas para trabajar y sin recursos para vivir.

Su primer cuidado fué correr en busca de su hija, para llevarle su perdón; pero en vano recorrió toda la ciudad. Sus pesquisas resultaron infructuosas. No pudiendo resignarse á perder para siempre á su hija desventurada, resolvió recorrer toda Cataluña, y aun toda España si era preciso, hasta encontrarla. La pobre debía haberse refugiado en algún rincón del mundo para ocultar su vergüenza.

¿Pero con qué recursos iba á realizar tan aventurada peregrinación? El afligido padre acordóse entonces de una vieja zampoña que había tocado hábilmente en sus mocedades y que yacía olvidada en el fondo de un arcón, en la buhardilla que había ocupado Margarita.

Los entumecidos dedos del anciano obedecían con dificultad á su tenaz empeño; pero á fuerza de ejercicio, el improvisado músico dominó pronto su instrumento, en el cual tocaba de preferencia las marchas y pasos dobles que aún recordaba de haberlas oído ejecutar con frecuencia á las músicas militares durante la heroica campaña de Africa.

Tocando la zampoña recorrió de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de masía en masía, las cuatro provincias catalanas; luego todo el reino de Aragón, y después gran parte de la Nueva Castilla, subviniendo á las necesidades de su mísera existencia con las limosnas que iba recogiendo. Mas de seis años duraron aquellas tristes excursiones, y no son para dichas las penalidades y angustias que tuvo que soportar el infortunado viejo.

Por último, los azares de su vida errante le condujeron el pasado otoño á la coronada villa; y habiendo observado que, á ciertas horas de la tarde, todo Madrid desfilaba diariamente por la calle de Alcalá, yendo y viniendo del Retiro, Antonio se apostó, á las mismas horas, en la plaza de la Independencia, por donde se le figuraba que un día ú otro acertaría á pasar, como todo el mundo, su amante hija.

Agotadas sus fuerzas, el pobre anciano tomó á Madrid como término de su abrumadora peregrinación. Alquiló una miserable buhardilla en la calle de la Primavera, donde dormía sobre un jergón puesto en el suelo, y comía abundantes potajes que se guisaba él mismo. Recorría todas las mañanas un barrio distinto sin pordiosear, esperando siempre encontrar á Margarita, y regresaba cerca de las doce á su cuchitril, con las provisiones de boca que había hecho en cualquier mercado.

Por la tarde se armaba de su zampoña y se dirigía por las calles de Atocha y de Alfonso XII al sitio en que hemos trabado conocimiento con él, bajo su nuevo apodo.

Hacía ocho días que no había visto pasar á su amiguita Trini, circunstancia que le llenaba de inquietud, cuando el tío Zampoña, yéndose de retirada, encontró cerca de la Cibeles á la doncella que solía acompañarla. Revistióse de valor y preguntó á la muchacha con mucho interés por la niña.

Trini estaba enferma. El viejo recibió la noticia con profunda pena. La doncella era afable, quería mucho á la enfermita y simpatizaba con el músico que con tanta predilección la distinguía. Vicenta se espontaneó con el tío Zampoña.

Refirióle que la madre de Trini habitaba un entresuelo en el número 15 triplicado de la calle de Génova. Era una mujer hermosa, muy ligera de cascos, con coqueterías de niña, á quien fastidiaba tener una hija tan alta que la hacía vieja cuando aún quería pasar por muy joven. Por esto nunca salía con ella, y daba pruebas de no quererla mucho.

Trini vivía con la doncella y pasaba muchos días sin ver á su madre; era enclenque, delicada, cariñosa, impresionable, y sufría mucho de verse privada del amor materno.

–¿Y su padre?, preguntó el anciano.

–Nunca oí mentarlo en la casa, contestó Vicenta. Y añadió acentuando sus palabras con una maliciosa sonrisa: Si la señora ha sido siempre tan casquivana y ligera, puede que ni aun sepa quién es el padre de la criatura.

El tío Zampoña siguió más triste que antes el camino de su casa, mientras la doncella se alejaba por Recoletos en un coche del tranvía.

Al día siguiente cambió de ruta para ir á la Puerta de Alcalá, pues pasó por la calle de Génova y se detuvo en frente de la casa número 15 triplicado, esperando ver entrar ó salir á Vicenta, á quien deseaba preguntar cómo seguía la enfermita.

Después de un cuarto de hora de espera, retrocedió de pronto, como espantado por alguna visión.

La madre de Trini salía en coche.

El viejo vaciló, apoyándose en la pared para sostenerse, al ver que aquella joven señora, ricamente ataviada y tendida en una victoria, era Margarita, su propia hija, en busca de la cual había peregrinado siete años, viviendo de limosnas y sufriendo toda clase de penalidades.

Cuando Antonio volvió de su estupor, el coche doblaba ya la esquina de la calle de Argensola. Entonces sintió que un pesar inmenso le invadía el corazón.

Si mucho había sufrido imaginándose á su Margarita, ora arrostrando una vida angustiosa, ora sucumbiendo al hambre y á la miseria, más sufría ahora, al verla prostituída en los cenagales del lujo, quizá sin un piadoso recuerdo para su anciano padre, sin un poco de amor para su desventurada hija.

¡Desalmada! Merecía que él la esperase allí mismo para echarle en cara su conducta y maldecirla otra vez.

Pero no. ¡Sabe Dios quién había sido el principal causante de su desgracia! Él, su propio padre, la había precipitado quizá en el vicio y la deshonra al arrojarla de su casa. Cierto es que al día siguiente estaba arrepentido de su dureza, dispuesto á trocar en bendiciones su maldición paterna; cierto que en vez de volver por el perdón y el amor que la aguardaban, la rebelde desapareció, sin cuidarse nunca más del viejo autor de sus días; pero el pobre hombre pensaba que si en vez de expulsar á Margarita le hubiese prodigado los consuelos y auxilios que su estado requería, hubiera sido probablemente una buena hija y una excelente madre.

Ahora se explicaba el secreto de su predilección por Trini, y consideraba á la niña como un pedazo de su alma. Puesto que estorbaba algo á la madre, se la pediría para cuidarla. ¡Cuán felices podrían ser sus últimos días viviendo en compañía de su nieta!

En estas y otras reflexiones se hallaba sumido el tío Zampoña, cuando sintió que le tiraban de la manga de su burda chaqueta. Volvióse y se encontró con Vicenta, que le dijo alarmada:

–Le he visto á usted por el balcón y he pensado que venía á buscar noticias de Trini... ¡La pobrecita está muy mala!

El anciano dió un grito de dolorosa sorpresa.

–Tiene mucha fiebre, añadió la muchacha. El médico da pocas esperanzas.

–¿Y su madre no permanece á su lado? ¿Y su madre se va de paseo?

–La señora dice que el ver enfermos le hace daño.

–Vamos á ver á Trini. Acompáñeme usted, dijo el viejo suplicando con lágrimas en los ojos. No tema usted que la riñan. Tengo derecho para cuidar á mi nieta...

–¿Su nieta?

–Sí; yo soy el abuelo de Trini. Su madre es mi hija. Ya le contaré á usted esa triste historia. Vamos.

Vicenta condujo al viejo á la cabecera de la enfermita. Esta deliraba y de sus labios se escapaba confusamente el nombre de su madre. Antonio la contemplaba en silencio, presa de terrible congoja. La niña salió un momento de su sopor y abrió los ojos.

–¡El tío Zampoña!, exclamó con un gesto de alegría. ¡Qué bueno! Viene á tocar porque no hemos podido ir á oirle; ¿verdad, Vicenta?

—Ha venido á ver á usted, señorita, porque ha sabido que estaba enferma.

—¡Cuánto me alegro! Pero ¿no va á tocar?

—Sin permiso del médico, no conviene.

El viejo experimentaba una emoción tan profunda que no podía articular ni una sola palabra. Por último prorrumpió en sollozos y cogió á la niña una mano que llenó de besos y de lágrimas.

La escena fué conmovedora.

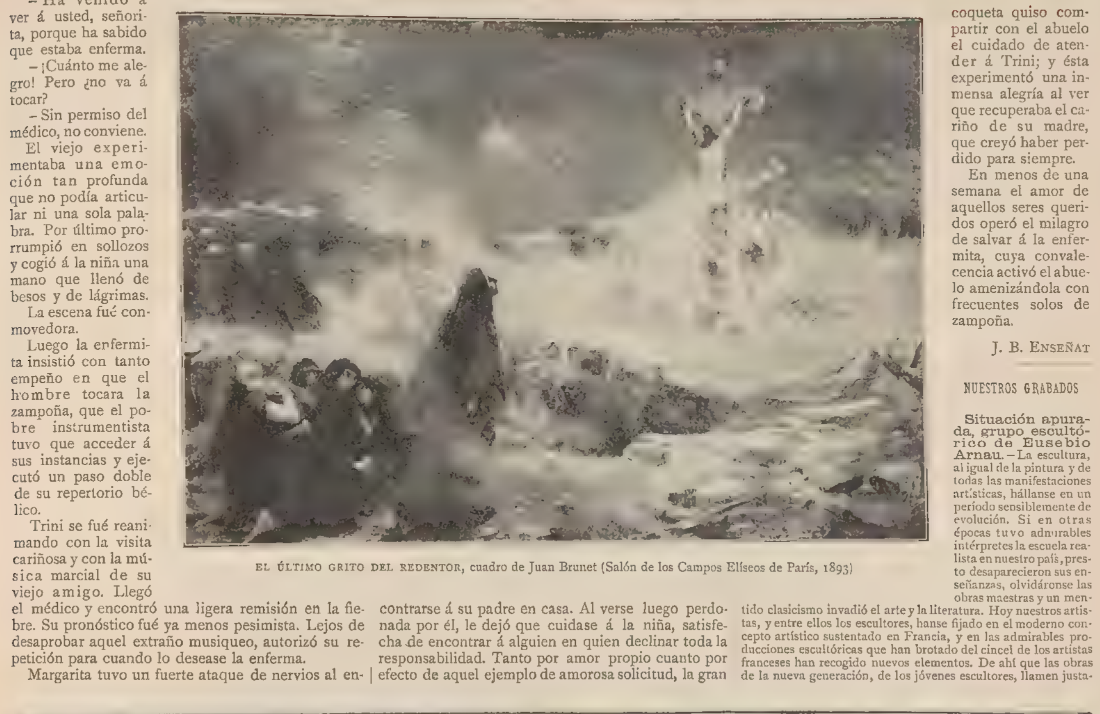
Luego la enfermita insistió con tanto empeño en que el hombre tocara la zampoña, que el pobre instrumentista tuvo que acceder á sus instancias y ejecutó un paso doble de su repertorio bélico.

Trini se fué reanimando con la visita cariñosa y con la música marcial de su viejo amigo. Llegó el médico y encontró una ligera remisión en la fiebre. Su pronóstico fué ya menos pesimista. Lejos de desaprobar aquel extraño musiqueo, autorizó su repetición para cuando lo desease la enferma.

Margarita tuvo un fuerte ataque de nervios al encontrarse á su padre en casa. Al verse luego perdonada por él, le dejó que cuidase á la niña, satisfecha de encontrar á alguien en quien declinar toda la responsabilidad. Tanto por amor propio cuanto por efecto de aquel ejemplo de amorosa solicitud, la gran coqueta quiso compartir con el abuelo el cuidado de atender á Trini; y ésta experimentó una inmensa alegría al ver que recuperaba el cariño de su madre, que creyó haber perdido para siempre.

En menos de una semana el amor de aquellos seres queridos operó el milagro de salvar á la enfermita, cuya convalecencia activó el abuelo amenizándola con frecuentes solos de zampoña.

J. B. Enseñat



EL ÚLTIMO GRITO DEL REDENTOR, cuadro de Juan Brunet (Salón de los Campos Elíseos de París, 1893)

NUESTROS GRABADOS

Situación apurada, grupo escultórico de Eusebio Arnau.—La escultura, al igual de la pintura y de todas las manifestaciones artísticas, hállanse en un período sensiblemente de evolución. Si en otras épocas tuvo admirables intérpretes la escuela realista en nuestro país, presto desaparecieron sus enseñanzas, olvidáronse las obras maestras y un mentido clasicismo invadió el arte y la literatura. Hoy nuestros artistas, y entre ellos los escultores, hanse fijado en el moderno concepto artístico sustentado en Francia, y en las admirables producciones escultóricas que han brotado del cincel de los artistas franceses han recogido nuevos elementos. De ahí que las obras de la nueva generación, de los jóvenes escultores, llamen justa-



LEONES EN ACECHO, grupo escultórico de Jorge Vastagh



UN TROVADOR VALENCIANO, cuadro de Joaquín Agrasot



ALDEANA LEONESA, cuadro de Joaquín Agrasot

La torre colosal que se está construyendo en el parque de Wembley, en Londres (349'6 metros), comparada con la torre Eiffel de París (296'1 metros)

mente la atención; atentos al concepto y gallardos en la ejecución, ábrense camino, atraen al público y sientan sobre sólida base el moderno edificio de nuestra escultura. Entre los más discretos de la falange figura Eusebio Arnau, cuyas aptitudes avaloradas por su laboriosidad prometen lisonjero porvenir.

***

Esperando que pase, fotografía de Mr. Lee La Trobe Bateman. – Si al pie de este grabado no dijera el epígrafe que es una simple fotografía, tomaríalo cualquiera por reproducción de un cuadro de singular belleza, tanto arte y tanto sentimiento hay en ese busto de la joven que apostada en el alféizar de la ventana parece que espera impaciente la llegada del ser querido. Bien puede, pues, calificarse de notable obra artística la que ha sabido arrancar de la cámara obscura el aficionado inglés Mr. Lee La Trobe Bateman.

***

Los pañales de Jesús, cuadro de Paupión. – El lienzo del distinguido pintor francés que reproducimos es de los que agradan á todo el mundo por su sencillez y por la poesía mística que su autor ha sabido derramar sobre esta delicada composición. ¡Cuán tranquilo el sueño del Niño Jesús, cuán bella la figura de la Virgen, cuánta placidez en todo el cuadro! Difícil es acertar á componer con menos elementos un asunto que cautive y deleite como *Los pañales de Jesús*: en toda la pintura se adivina el alma del poeta y en sus menores detalles se revela el talento del artista.

***

Vistas de Santander, de fotografías de Pascual Urtasun. – Agradable es ciertamente el aspecto que ofrece Santander al viajero, que al primer golpe de vista abarca el interesante contraste que presentan los vetustos edificios que se asientan en la cima de rocoso cerro y las modernas construcciones, los muelles que avanzan sobre las marismas, el hacinamiento de los palos y jarcias de las embarcaciones surtas en su puerto y su movimiento especial, esa vida que se advierte en todas las grandes poblaciones comerciales, que revelan desde luego la vitalidad y la riqueza de los pueblos.

Todavía presenta Santander huellas de su pasado glorioso, todavía obsérvase algo que evoca el recuerdo de su prosperidad romana y justifica el nombre de *Puerto de la Victoria*, con el que le denominaron las legiones vencedoras de los cántabros.

Como todas las antiguas ciudades peninsulares, registra en su historia páginas gloriosas y días de amargura, ya tomando activa parte en las grandes empresas nacionales ó siendo teatro de sangrientas contiendas. En 1068 el rey D. Sancho II concedióle algunos privilegios; en 1200 fué repoblada por Alfonso VIII, quien le otorgó un fuero particular; y en 1248 organizóse y armóse la flota que aprestó San Fernando para expugnar á Sevilla. Su historia civil pudo cambiar cuando en 1465 D. Enrique IV concedió la silla al marqués de Santillana; pero sus habitantes negáronse á reconocer este señorío y al cabo de porfiadas y luctuosas contiendas volvieron á ponerse, en 1467, bajo la autoridad real. En 1497 desembarcó doña Margarita de Austria, y en 1522 el emperador Carlos V cuando vino á tomar posesión de la corona de España. En 1544 vió Santander salir de su puerto la poderosa flota, compuesta de cuarenta buques, que al mando del famoso caudillo D. Alvaro de Bazán batió y dispersó en pocos días á la escuadra francesa que operaba en las costas de Galicia. En 1753 declaróse á Santander como puerto habilitado para el tráfico de América, y dos años más tarde el bondadoso Fernando VI otorgó á la villa el título de ciudad. Durante la guerra de la Independencia sufrió Santander calamidades sin cuento, entre las que merecen citarse por su magnitud el horroroso saqueo cometido en 1808 por las vandálicas huestes del mariscal Soult.

Los alrededores de Santander son en extremo agradables, especialmente la próxima montaña desde donde se domina la ría, el muelle de los *Naos* y el castillo de *San Felipe*. El paseo del *Sardinero* conduce al establecimiento balneario y al faro, así como á la primera y segunda alameda, embellecida esta última con una fuente monumental.

El monumento más importante de Santander es la catedral, de estilo gótico, que ha sido desfigurada por recientes reparaciones.

En la plaza de la Dársena se alza un bello monumento erigido á la memoria de Velarde, muerto en Madrid en 1808.

Parte de la población ha desaparecido recientemente por efecto de la explosión de las cajas de dinamita que se hallaban estibadas en la bodega del vapor *Cabo Machichaco*. En uno de los anteriores números dimos á conocer á nuestros lectores, por medio de numerosos grabados, la importancia del desastre que lamenta, no sólo España, sino todas las naciones, especialmente Francia y nuestras hermanas las repúblicas americanas, en donde han hallado eco los lamentos de la que pudiéramos llamar reina del Cantábrico. Hoy, gracias á la galantería del excelente fotógrafo santanderino D. Pascual Urtasun, podemos publicar algunas vistas de la desgraciada ciudad antes de ocurrir tan lamentable catástrofe. Por ellas, aquellos que no conozcan la que ha llegado á convertirse en punto de reunión durante la estación balnearia, podrán apreciar los atractivos y bellezas que encierra.

***

El último grito del Redentor, cuadro de Juan Brunet. – Tiene este cuadro, aparte de otros muchos méritos técnicos, el de expresar un asunto mil veces tratado bajo una forma completamente nueva: al lanzar Jesús el último grito, desencadénase el huracán que con horrible furia troncha árboles, levanta piedras, derriba las cruces en donde expiraban el bueno y el mal ladrón y pone en precipitada fuga á los legionarios romanos y al bárbaro populacho que presenciaba la muerte del Salvador. Sólo en medio de aquel cuadro de destrucción y espanto yérguense en toda su majestad la figura del Crucificado dirigiendo al cielo su mirada postrera, y la de su Divina Madre traspasada el alma de dolor y contemplando en éxtasis al Hijo amado que muere por redimir á la humanidad pecadora, después de haber perdonado á sus verdugos. Así ha concebido Brunet la sublime escena del Gólgota, y su cuadro, trazado con vigorosa pincelada, ha merecido los aplausos de la crítica y de cuantos han visitado el último Salón de los Campos Elíseos de París.

***

Leones en acecho, grupo escultórico de Jorge Vastagh. – No cabría aplicar á este grupo la frase de Luis I de Baviera, que dirigiéndose en cierta ocasión á varios escultores muniquenses les dijo con socarronería: «Vuestros leones parecen mansos perros de aguas.» No; los leones de Vastagh son verdaderos leones, y en sus caras, en sus actitudes, en las contracciones de sus músculos se ve la hermosa fiera que ha merecido el nombre de rey del desierto. Y esta naturalidad es tanto más difícil de conseguir tratándose de estos animales, por la imposibilidad de inspirarse en modelos vivos y aun de acudir á la fotografía instantánea, que no hallaría seguramente ocasión de sorprender un grupo como el que el joven escultor húngaro ha modelado. Vastagh ha dado, por consiguiente, en su obra una prueba elocuente de lo que pueden el estudio, la observación de algunos detalles sueltos y el talento del artista que se diría dotado de una doble vista para llegar por el conocimiento de elementos escasos al de un todo que sus ojos no han podido contemplar.

***

Un trovador valenciano. – Aldeana leonesa, cuadros de Joaquín Agrasot. – Ventajosamente conocido de nuestros lectores el nombre del distinguido pintor valenciano Joaquín Agrasot, algunas de cuyas composiciones nos ha cabido la honra de publicar, nos abstenemos de repetir el concepto que nos merece como artista, con mayor motivo cuando sus méritos colócanle entre los que sostienen á gran altura el buen nombre de la escuela española. Llamamos, pues, únicamente la atención hacia los dos notables cuadros que publicamos, trasunto fiel de dos tipos de opuestas regiones peninsulares; la garrida *aldeana leonesa*, compañera de aquella que alcanzó para Agrasot un premio en la penúltima Exposición Nacional, y el *trovador valenciano*, copia de uno de esos huertanos, en cuyas venas circula todavía la ardiente sangre morisca que no han modificado ni los cruzamientos de la raza conquistadora ni el poderoso alambique de los siglos.

***

Torre colosal que se está construyendo en Londres, comparada con la torre Eiffel. – En el parque londinense de Wembley, situado al Noroeste de la metrópoli inglesa, entre Neasden y Harroso, se está construyendo una torre colosal, cuya altura, una vez terminada, excederá en 53 metros y medio á la torre Eiffel de París. Como ésta, se utilizará aquel gigante de hierro para objetos recreativos y científicos, pues en sus plataformas habrá salones de concierto, *restaurants*, tiendas, etc., y en su cúspide se instalarán un observatorio y una gran lámpara eléctrica que iluminará con su potente foco la torre y sus alrededores.

Esta torre, cuya primera plataforma está ya terminada, quedará concluída durante el año 1894.

Los montantes de la torre descansan cada uno sobre unos cimientos de extraordinaria solidez y de 24 metros de profundidad.

La base tiene 27'8 metros de lado y la primera plataforma 18'6: está situada ésta á 54 metros de altura, la segunda á 170 y la tercera á 288'8.

El peso total de la torre es de 7.500 toneladas y su coste de cinco millones de pesetas.

***

Un paso difícil, dibujo de Carlos Arregui. – Sencillo, quizás trivial, resulta el asunto que ha inspirado á Carlos Arregui el bonito dibujo que reproducimos; mas á pesar de ello, reviste interés y produce agradable efecto. Dos niños de una aldea conducen un corderito á la inmediata pradera, teatro cotidiano de sus infantiles juegos; siendo preciso, para acortar el camino, atravesar un rústico puente formado por el tronco de un árbol. Al llegar á su mitad, el cordero inclinóse para coger los brotes de una apetitosa planta, causando la consiguiente zozobra de los niños, que tiran con todas sus fuerzas de la cuerda con que lo sujetan, temerosos de que caiga en el arroyo. Esta es la escena que, presenciada en la sierra por el Sr. Arregui durante su última excursión veraniega, inspiróle tan simpática composición.



– Anoche entre dos luces le vi acompañando á una dama que no era su esposa, estoy seguro de ello

PEQUEÑAS HISTORIAS

LA CALUMNIA

La Providencia se vale mil veces de los instrumentos más pequeños para llevar á cabo los fines más altos; utiliza la mano del pobre para sembrar la caridad en el corazón del rico; hace brotar de una imperceptible semilla el arbusto y la flor, y pone entre los dedos del escritor honrado, del escritor que no tiene más ciencia que su fe cristiana, la pluma para que señale los vicios que dominan á nuestra sociedad, y que como cáncer horrible la envenenan y la destruyen.

¡Dichoso el que, al recibir del cielo esta noble misión, sabe cumplirla dignamente! ¡Dichoso el que al llegar al fin de la carrera de su vida puede levantar la mirada al cielo y exclamar con un acento del alma:

– No he conseguido un lauro, no he conquistado un renombre; pero he logrado evitar un daño, arrancar una lágrima de ternura, ó hacer germinar un buen pensamiento. Esto no da una corona, pero ofrece la dulce satisfacción de sentir la conciencia tranquila.

¡Combatir los errores, enaltecer la virtud y consolar á los desgraciados!.. ¿Qué mayor gloria? ¡Demostrar el camino del bien, arrancar del corazón el principio del mal!.. ¿Qué mejor triunfo? ¡Hacer brotar en las pupilas una gota de llanto arrancada por el arrrepentimiento!.. ¿Qué más hermosa palma, qué premio más verdadero?

¡Oh! ¡Dichosos, repito, dichosos mil veces los que emplean dignamente la ciencia y el genio que recibieron de los cielos!

Una de las culpas, una de las faltas más trascendentales y más comunes de la humanidad, es la murmuración, es la calumnia.

Hay quien al hablar, y por el solo placer de ser oído con atención, no vacila en descubrir un secreto importante; hay quien por el afán de decir un chiste, no retrocede ante el temor de manchar una honra; hay, en fin, quien por el anhelo de aparecer más sabio, más perfecto ó más justo que los demás, hace públicos los errores ó los defectos ajenos, exagerándolos siempre, inventándolos muchas veces, sin pensar en los males y las desdichas que con esto pueden acarrear.

¡Y cuán horribles suelen ser!

He aquí un drama espantoso, fruto de la costumbre de hablar sin meditar la frase, de usar sin miramiento alguno la crítica sangrienta y la sátira mordaz.

Fernando de Quirós era un joven de ingenio, pero no de talento profundo.

Sus amigos, sin embargo, se empeñaron en asegurar que valía mucho, y á él no le costó gran trabajo el creerlo así.

Todo cuanto nos halaga es siempre bien acogido por nuestra vanidad, y Fernando juzgó muy sinceros y aun muy justos aquellos elogios.

Le invitaron á tomar parte en la confección de un periódico ilustrado, aunque no serio; uno de esos diarios que se llaman humorísticos, y que viven en la corte sostenidos sólo por la crítica y por la sátira punzante: Fernando aceptó, lleno de sueños y de ilusiones. Sin embargo, exigió á sus compañeros que le dejasen ocultar su nombre bajo un seudónimo.

Y no era esto, no, que él temiera las consecuencias que pudieran atraerle alguna palabra inconveniente ó alguna alusión demasiado atrevida. Era porque tenía un padre rígido hasta la exageración en asuntos de lealtad y en cuestiones de honra, y Fernando, á pesar de todo, respetaba y temía extraordinariamente á su padre.

Hacía en el club, en el casino y en la redacción alarde de su emancipación y de su independencia, y miraba á cada momento y á hurtadillas su reloj para no faltar á la hora que le tenían señalada para recogerse en el hogar doméstico.

¡Era tan niño Fernando! Apenas contaba los veinte años.

Además, tenía una madre tan buena, tan dulce, tan amorosa que hubiera sido una crueldad darla el más leve pesar.

¡Su madre! ¡Cuánto le amaba, y qué indulgente era para sus travesuras y sus calaveradas!

Esto le hacía mirarla como á una hermana casi, y tener con ella una dulcísima confianza.

Porque Gabriela era joven todavía, y era hermosa y llena de bondad.

Se había casado, casi niña, con el coronel D. Luis de Quirós, que era casi anciano al realizar esta unión, y esto había hecho que á su amante cariño de la esposa, se mezclase algo del temor y el respeto de una hija.

Había sido siempre un dechado de virtud y un modelo de santas madres.

En cuanto al coronel, era un cumplido caballero, fino, instruído, generoso con todos.

Sólo podía acusársele de dos defectos: el primero era el de un carácter violento é irascible en demasía; el segundo, el de ser un celoso tan suspicaz como injusto.

Nunca, sin embargo, había salido una queja de los labios de Gabriela. Su inalterable dulzura toleraba siempre los arrebatos y los caprichos de su esposo, dispuesta siempre á perdonarle.

Mientras Fernando fué niño, nada turbó la paz de su alma. Retirado en el fondo de su hogar, sin asistir jamás á fiestas ni paseos, evitaba con el mayor cuidado todo aquello que pudiera disgustar á D. Luis ó excitar su enojo y sus celos, y obedeciendo su voluntad, con su amor, su indulgencia y su pureza, sólo se ocupaba en hacerle dichoso.

Cuando su hijo fué ya hombre, todo cambió y su vida empezó á ser una agonía continua.

El joven, como dijimos al empezar, era, no malo, pero sí ligero y calavera y gastoso.

La pobre mujer, colocada entre el padre rígido y el hijo disipado, vivía de continuo pidiendo tolerancia al uno, prudencia al otro, sin que ninguno de los dos escuchase sus ruegos.

Todos sus pequeños ahorros, todo cuanto á fuerza de economías podía reunir, pasaba á poder de Fernando, y era malversado en un solo día, cual se deshace en la mano de un calenturiento un ligero copo de nieve.

Gabriela se esforzaba en vano en afrontar aquella situación que empeoraba de día en día, puesto que cada vez eran mayores los gastos y las exigencias de Fernando.

Un solo amigo franco y leal era el que visitaba la casa de Quirós y el que adivinaba los sufrimientos de la pobre mujer, sin que jamás se hubiera escapado de los labios de ésta una palabra que se les diese á conocer.

Este amigo, compañero de armas de D. Luis y al que éste miraba como un hermano, era el comandante Carlos Mendoza y Esquivel.

Más joven que Quirós, frecuentaba el mundo más que éste y tenía noticia de la conducta de Fernando.

Más de una vez, autorizado por la amistad que le ligaba con el padre, había amonestado al hijo, reprendiéndole suavemente por sus locuras y extravíos.

Todo aquel que nos dice la verdad, si esta verdad es amarga, se convierte en nuestro enemigo.

Esto sucedió en esta ocasión.

El joven empezó á mirar con hostilidad á aquel hombre que le amaba sinceramente, pero que quería apartarle de la senda del mal.

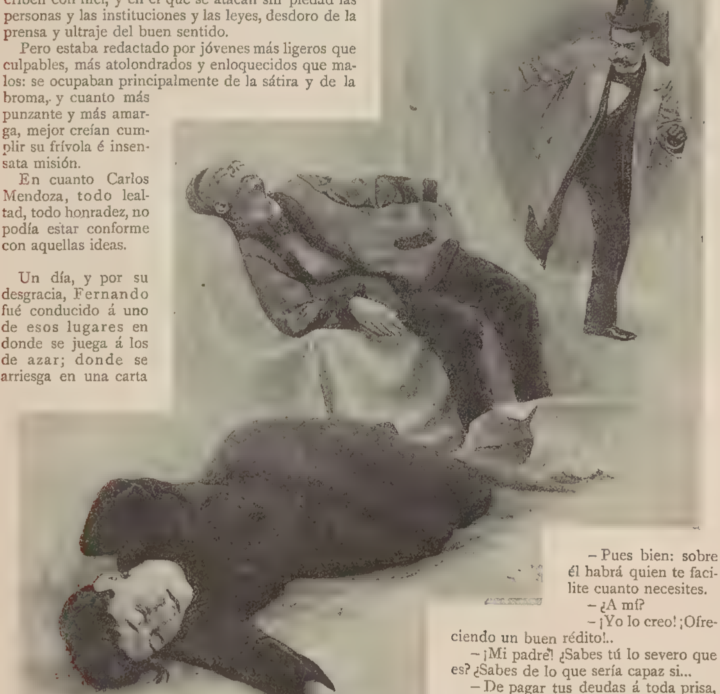
La diferencia de opiniones políticas contribuía también á aumentar la especie de aversión que Fernando sentía por Mendoza.

El periódico en que escribía el joven era un diario de ideas avanzadas: uno de esos papeles que se escriben con hiel, y en el que se atacan sin piedad las personas y las instituciones y las leyes, desdoro de la prensa y ultraje del buen sentido.

Pero estaba redactado por jóvenes más ligeros que culpables, más atolondrados y enloquecidos que malos: se ocupaban principalmente de la sátira y de la broma, y cuanto más punzante y más amarga, mejor creían cumplir su frívola é insensata misión.

En cuanto Carlos Mendoza, todo lealtad, todo honradez, no podía estar conforme con aquellas ideas.

Un día, y por su desgracia, Fernando fué conducido á uno de esos lugares en donde se juega á los de azar; donde se arriesga en una carta una fortuna entera; donde el oro rueda, yendo á caer mil veces en el abismo del vicio y de la mala fe.



Allí estaban sus padres. ¡El uno muerto, la otra desmayada!

Aquella atmósfera caldeada por las respiraciones anhelantes, por el hálito abrasado de la ambición de unos, de la avaricia de otros, de la inquietud de todos; aquel rumor de exclamaciones mal contenidas, de alegrías rápidas, de maldiciones y quejas ocultas; de las manos que se crispan, de las uñas que desgarran el traje, de los dientes que crujen al chocarse con rabia, del dinero que se cuenta, del papel moneda que se desdobla; toda esta confusión de pasiones, de sentimientos y deseos, agitándose en torno de él, trastornaron de tal modo al joven, que le hicieron contagiarse con la locura de los demás.

Jugó y jugó fuerte.

Ganó en un principio; varió después, y al fin tras de crueles alternativas perdió cuanto llevaba. ¡Perdió mucho más! ¡Quedó adeudando sobre su palabra unos mil duros próximamente!

¡Las deudas del juego son sagradas! ¡Son deudas de honor! ¡Extraño honor el que se empeña por el vicio!

Pero ello es que era preciso pagar al día siguiente, y que Fernando, al salir de allí, estaba desesperado, no sabía qué hacer.

Uno de sus amigos notó su agitación y le preguntó la causa. La juventud es expansiva, y el joven se lo dijo todo.

– Y ¿qué piensas hacer?

– ¡No sé!, contestó sombríamente: en último caso, matarme.

¡Matarse! ¡Triste recurso de los impíos!

¡Pobre Gabriela! ¡Pobres de las madres que tienen hijos incrédulos y materialistas!

– ¡Bah!, le contestó el amigo: para eso siempre hay tiempo; pero antes se buscan recursos.

– ¡No los tengo!

– Tú tienes medios...

– ¡Yo!

– Más que otros.

– ¡Dilos!

– Tu padre tiene un buen sueldo.

– ¡Sí!

– Pues bien: sobre él habrá quien te facilite cuanto necesites.

– ¿A mí?

– ¡Yo lo creo! ¡Ofreciendo un buen rédito!..

– ¡Mi padre! ¿Sabes tú lo severo que es? ¿Sabes de lo que sería capaz si...

– De pagar tus deudas á toda prisa, mucho más si cree comprometido su nombre por ellas. ¡Créeme y no seas necio! Los padres lo hacen todo por los hijos. Además, ¿quién te ha dicho que el tuyo tenga que enterarse? Hay prestamistas muy complacientes con los hijos de buenas familias, sobre todo con los que tienen un padre como el coronel Quirós, cuyo pundonor y cuyo nombre son tan conocidos, pues están seguros de cobrar á la primera amenaza de escándalo.

– Pero yo no sé...

– Encontrarás uno muy fácilmente. Si quieres ahora mismo...

– Mas. . ¿Y luego?

– Luego... luego... Supón que conforme la suerte te ha sido hoy adversa, te fuera favorable otro día. Pagabas, y en paz.

La cuestión fué discutida largo rato, y al fin... al fin, como las circunstancias eran apremiantes, quedó aprobada por Fernando.

En cuanto á la realización del proyecto, aunque difícil, no fué imposible.

Hay un genio... el genio del mal sin duda, que disfrazado con la máscara de la usura, ayuda á los jóvenes que se van á perder.

El *negocio* se hizo, y como la poca edad es tan irreflexiva y confiada, Fernando, después de pagar su deuda de caballero, se quedó tranquilo, y á los pocos días estaba tan alegre y risueño como siempre, olvidando lo pasado y confiando en lo porvenir.

– Gran noticia, chico, decía una tarde un amigo de Fernando, entrando en la redacción.

El hijo del coronel Quirós escribía en algunas cuartillas las noticias y las gacetillas de la semana, de cuya confección estaba encargado.

– ¿Una noticia?, preguntó con el afán de quien espera saber algo nuevo.

– Sí; y tú que pones al corriente de la crónica escandalosa á todos nuestros lectores, te alegrarás de saberla, sobre todo por la persona de quien se trata.

– Explícame...

– Figúrate tú: un moralista el más severo, un censor el más rígido, un hombre que siempre te está echando en cara tus ligerezas y tus...

– Pero ¿de quién se trata?

– ¡Toma! ¿De quién ha de ser? Del intransigente y virtuoso D. Carlos de Mendoza, del amigote de tu padre, del que siempre te está amonestando, y...

– Pero ¿qué ha hecho?

– Anoche entre dos luces le vi acompañando á una dama, que no era su esposa: ¡estoy seguro de ello!

– ¿Seguro?

– ¡Yo lo creo! Su mujer es bajita y gruesa, y ésta era alta y esbelta. Además iba cubierta con un velo, y con tal aire de temor y misterio que llamó mi atención; y como nada tenía que hacer, les seguí primero de lejos y después á muy corta distancia.

– ¿Y qué?, preguntó Fernando con extrañeza y curiosidad.

– Pues que entraron ambos en una calle poco concurrida; que el comandante miró á todos lados y como buscando el número de una casa que le costó trabajo encontrar, y que al cabo dijo á su compañera en voz baja:

– ¡Aquí es!

Ella pareció vacilar, y murmuró con un acento que sonaba á temor:

– ¡Oh, si alguien nos viese; si se supiera!..

No pude oir más, porque entraron en la casa desapareciendo los dos de mi vista.

Fernando soltó una ruidosa carcajada y repuso después:

– Mas ¿cómo pudiste escuchar todo eso?

– Porque ambos iban tan preocupados y tan de prisa, que no pudieron reparar en que yo les seguía á dos pasos.

– ¡Conque D. Carlos también anda en aventuras amorosas y en trapicheos! ¡Y luego es tan intolerante con los demás!

– ¡Y critica tan duramente á los que no piensan como él!

– ¡Y dice que en nuestro partido sólo hay desmoralización y libertinaje!

– ¡Bueno sería probar que no se compone el suyo de santos!

– ¡Eso sería lógico! Ellos nos atacan, nos hacen la guerra por todos los medios, y el desquite es permitido. Es justo, pues, que nos defendamos.

– ¡Oh! La igualdad, la franca verdad... ¡Ese es nuestro lema!

– Y ¿cómo lo haremos?

– Pues muy sencillo: ¡quien tal hizo, que tal pague! Quien anda en picos pardos, que pierda su careta de hipócrita virtud.

– ¡Bien dicho!

– ¡Si supieras qué sermones tan indigestos y tan agresivos he escuchado de sus labios! Ahora me las va á pagar todas juntas. La broma va á ser pesada. Verás qué gacetilla escribo sobre esto. No diré su nombre, ¡eso no! Con las iniciales basta. Un poco de chispa y mucha intención para referir el hecho y...

– Pero sin aclarar nada y dejando traslucir mucho.

– ¡Eso es! Cubriendo las ideas con velo...

– Pero tan transparente que todo el mundo las comprenda.

– ¡Crítica chispeante!

– ¡Crítica mordaz!

– Verás qué ridículo cae sobre él.

– Si pudiéramos averiguar el nombre de ella...

– ¡Chico! ¡Una señora!

– ¿Señora y va á citas secretas? ¡Bah! Pero en fin, guardando las formas y poniendo también sólo la primera letra del nombre y el apellido, y esto por una sola vez, de una manera recatada y como por un descuido, nadie nos podrá censurar de poco delicados ni...

– Si tienes empeño en ello...

– ¡Oh! Me alegraría sólo por dar una lección al tal Mendoza.

– Yo quizá pueda averiguarlo.

– ¡Tú!

– ¡Nunca faltan medios..., á nosotros los periodistas se nos ocultan pocas cosas! Tenemos ya tant práctica en...

– Pues mira, encárgate de ello.

– ¡Al momento! ¡Estas cosas, en caliente!

– Espera un poco, y verás lo que escribo.

Y Fernando con mano rápida empezó á llenar algunas cuartillas.

¡Ni la intención, ni la malicia, ni la hiel faltaban en ellas por cierto!

Los dos amigos se vieron mucho.

El *reporter* había estado sublime de causticidad y de ingenio.

¡Desdichado!

El compañero de Fernando se dispuso á salir para cumplir su cometido.

Antes le había dicho éste:

– Aquí se queda el original, y si logras saber el nombre de ella lo indicas, como te he dicho.

– Bien.

– Y te encargas de corregir la prueba, pues yo no podré volver esta noche. Mi padre está un poco delicado y no *quiero* recogerme tarde.

– Pierde cuidado. Yo también tengo empeño en que este número llame la atención y excite la curiosidad de los suscriptores; es el último de este mes, y...

– ¡El último del mes! Pues ¿á cuántos estamos hoy?, preguntó Fernando, palideciendo ligeramente.

– A 30 de marzo, según reza el calendario.

El joven no respondió: algo como un golpe eléctrico le había hecho estremecer.

En su locura se había olvidado de aquella fecha.

Tomó maquinalmente su sombrero, y salió diciendo solamente:

– ¡Adiós!

– Adiós, contestó su amigo, sin notar aquella rápida emoción; y vete tranquilo, que yo me encargo de todo esto.

Fernando no le oía ya: había abandonado aquel sitio, preocupado y pensativo.

¡El 30 de marzo! Al otro día cumplía el primer plazo que el gabelista le había puesto para cobrar la mitad del dinero tomado tres meses antes, y si no le entregaba aquella cantidad iría á exigir á su padre que lo pagase por él.

– ¡Es preciso evitarlo!, dijo Fernando. Es preciso impedirlo, y para ello no tengo más que dos caminos: ir esta noche á probar fortuna; y si nada consigo, ver mañana á ese hombre y rogarle que me conceda una prórroga.

Para la mayor claridad de nuestro relato nos es preciso retroceder algunos días.

Por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida, Carlos de Mendoza supo la pérdida que algún tiempo antes había sufrido el hijo de Quirós y el préstamo llevado á cabo para pagarla; supo también las condiciones con que aquel negocio se había efectuado, y comprendiendo la gravedad de aquel hecho y las consecuencias que podía traer á sus amigos, juzgó necesario darle alguna solución antes que llegara á hacerse público.

Pensó primero ponerlo en conocimiento de don Luis y que él resolviera; pero el anciano acababa de salir de una enfermedad terrible, una enfermedad del corazón, y el médico había dicho que cualquier emoción violenta le podría matar, como mata el rayo.

La irrascibilidad de su carácter era conocida de Mendoza, y éste temió un arrebato, cuyo resultado podía ser una catástrofe.

Se decidió, pues, á hablar de ello á Gabriela.

¡Las madres hallan siempre recursos salvadores cuando se trata de sus hijos!

Un día en que se hallaba sola, le dijo toda la verdad.

El espanto y el dolor de la pobre mujer fueron indecibles.

¿Qué hacer? ¿Qué partido adoptar?

Decírselo á su esposo era quizá matarle, ó exponerle á que matase á Fernando.

Gabriela conocía á D. Luis, y sabía su estado.

¡Hay caracteres cuya violencia es la desgracia de cuantos viven á su alrededor!

¡El miedo que inspiran retrae y paraliza á los seres que tienen cerca, y excluyen la confianza, el tranquilo razonar, la dulce expansión!

El alma de la triste Gabriela había estado siempre reconcentrada en sí misma, aterrada de continuo ante un grito, ante una mirada de su esposo.

En aquel momento también era doble su temor. Quirós no podía resistir ninguna gran contrariedad. ¡El doctor lo había declarado así!

Cuánto lloró, cuánto sufrió aquella infeliz, es imposible adivinarlo.

Mendoza veía su aflicción, sin hallar medio de consolarla.

Él no era rico, y no podía ofrecer el dinero necesario para solventar aquella deuda. ¡Ella no lo hubiera admitido tampoco!

La agonía y la angustia de la madre de Fernando no tenían remedio.

De pronto una idea acudió á su mente.

Ella poseía algunos diamantes, alhajas de familia, ¡recuerdos de su madre!

– ¡Oh, si ese hombre quisiera esas joyas en cambio del pagaré que le ha firmado mi hijo!, exclamó dirigiéndose á D. Carlos. Valen mucho más, pero yo se las daría muy contenta, si...

– Es posible, contestó Mendoza. Si puede ganar más en ello, aceptará sin duda: esos usureros... Pero ¿usted?..

– Y ¿qué importa perder esos brillantes, si salvo el buen nombre de mi hijo, si evito un disgusto á mi esposo?

– Entonces...

– ¡Iré á verle, á suplicarle de rodillas que acceda! ¿Sabe usted quién es? ¿Sabe usted adónde vive?

– Sí, señora; pero... ¡ir usted! Hay mil peligros en ello. Además, ese hombre abusaría de su inexperiencia y su generosidad de usted, viéndola sola.

– ¡Dios mío! Y ¿qué haré? ¡Si usted pudiera venir también!..

Mendoza vaciló.

Comprendió al fin que no podía abandonar á aquella madre desventurada, tan poco acostumbrada á semejante clase de asuntos, y contestó sencillamente:

– Quiero á Luis como al mejor de mis amigos y á usted como á una hermana. Estoy á sus órdenes, Gabriela.

– Pues bien: hoy mismo iremos. ¿No dice usted que el plazo cumple dentro de dos días?

– Exactamente.

– Ya ve, pues, que no hay tiempo que perder.

– Así lo creo...

– Para evitar que Luis advierta mi salida iremos al anochecer. Todos los días duerme una hora después de comer, y en ese tiempo...

– Vendré por usted.

– ¡Oh, gracias! Le deberé el haberme ayudado á conservar la paz de este hogar, porque me aterra el pensar lo que podría suceder si mi esposo supiese que Fernando...

Convenidos en esto, Mendoza se alejó y Gabriela quedó más calmada, aunque siempre inquieta y aturdida.

Era la vez primera que tenía un secreto para su esposo: era la vez primera que hacía algo sin consultarlo con él.

Pero ¡ay, que aquella reserva era muy motivada en tal ocasión!

¿Tendremos que decir que la dama del velo á quien acompañaba Mendoza era la madre de Fernando? ¿Tendremos que decir que la casa donde les vieron entrar era la del gabelista á quien iba á entregar sus joyas y sus alhajas para remediar la falta de aquel desgraciado? Creemos que no, porque ya, y sin trabajo, deben haberlo adivinado nuestros lectores.

Eran las diez de la mañana ya: Fernando no había vuelto á su casa desde el día anterior.

Aquella ausencia pasó inadvertida para el coronel á causa de su enfermedad, y Gabriela, que había logrado, á costa de una gran pérdida, rescatar el pagaré de su hijo, se sentía más tranquila por este lado, pero sufría una nueva angustia con aquella tardanza desusada.

D. Luis, que se levantaba tarde por su estado de convaleciente, acaba de dejar el lecho, y sentándose en una butaca pidió al criado los periódicos de la mañana.

El coronel los repasaba con indiferencia.

De pronto sus cejas se fruncieron; lanzó una terrible imprecación, y pasando una mano por la frente exclamó, con un acento en que temblaban la cólera y el asombro:

– ¿Qué es esto?

Entre sus dedos crispados tenía un papel, que no podía leer con la rapidez que deseaba, á causa del temblor nervioso que agitaba su mano.

– ¡Oh!, gritó después de un segundo y después de haber vuelto á mirar de nuevo. ¡Esto está muy claro! ¡Se trata de mí!.. ¡Si fuera verdad! ¡Si ambos me hubiesen engañado!

Y dejando el asiento que ocupaba, y tambaleándose como un hombre ebrio, llegó á la puerta de la habitación y gritó con todas sus fuerzas:

– ¡Gabriela!

La esposa amante acudió presurosa á aquel llamamiento; pero antes que hubiera podido hacerse cargo de la situación, sintió la mano de don Luis oprimiendo su brazo, y oyó su voz que ronca y alterada la preguntaba:

– ¿Adónde estuviste anteanoche? ¿Adónde y con quién saliste de casa? ¡Habla, habla pronto, ó si no!..

La pobre mujer se sintió morir.

Creyó que su esposo sabía la culpa de Fernando; creyó que no ignoraba lo que ella había hecho sin consultarle, y temiendo la explosión de aquella cólera, exclamó, sin pensar en que era inocente:

– ¡Perdón para él! ¡Perdón para mí!

La desdichada, anhelando conjurar aquella tempestad acababa de desatarla, horrible y violenta, sobre su cabeza.

Aquel perdón, pedido en semejante momento, trastornó el cerebro de Quirós. Vió en él la confesión de una infidelidad conyugal, y lanzándose con furia sobre su esposa:

– ¡No hay perdón!, gritó sacudiéndola con fuerza brutal. ¡No hay perdón para las infames adúlteras!

Gabriela no pudo formular una frase, ahogada por la sorpresa, por el espanto, por la indignación.

– ¡No hay perdón!, proseguía delirante Quirós. ¡No hay perdón, miserable, y vas á morir en mis manos, sin tener quien te libre de mi venganza!

Y frenético, ciego, loco enteramente, arrojó lejos de sí á la pobre mujer, que fué á caer sobre un mueble, hiriéndose en la frente con la violencia de la caída.

Al verla en el suelo bañada en sangre, al mirar aquel rostro pálido como el de un cadáver, algo que no sabemos definir pasó en el alma del coronel.

Un dolor agudo, desgarrando su pecho, le hizo llevar ambas manos al corazón, y lanzar un ¡ay! ahogado y convulso.

Después... una oleada de sangre brotó de sus labios, y vacilando bajo el peso de su cuerpo cerró los ojos y se dejó caer desvanecido sobre un sofá.

El pronóstico de los médicos se cumplía.

La ruptura de una arteria muy inmediata al corazón había producido aquella horrorosa hemorragia.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente en aquel instante, y Carlos de Mendoza apareció en el dintel.



– ¡Tú! ¿Sabes lo que has hecho?

También venía pálido, contraído: también traía en la mano el infame papel que había causado aquella ruina.

Al entrar, al ver aquel cuadro lo comprendió todo. Gabriela con la frente herida, con el semblante

desfigurado, procuró levantarse y corrió hacia su esposo, dejándose caer de nuevo á los pies de D. Luis.

–¡Socorro! ¡Un médico!, exclamó con afán, extendiendo las manos hacia Mendoza. ¿No ve usted que se muere?

– Pero... ¿esa herida?...

–¡No piense usted ahora en mí; en él, en él solamente!

Mendoza, aturdido, lleno de indignación, pero queriendo ante todo salvar á Quirós, llamó á los criados para que acudiesen á socorrer á sus señores, y corrió en busca del primer médico que encontrase.

En medio de la escalera se encontró á Fernando.

¡En aquel momento acababa de salir de una casa de juego!

Venía alegre y decidor, porque había ganado una gruesa suma.

Al ver á D. Carlos, en cuyo semblante pálido se pintaba una violenta contrariedad, lanzó una carcajada y exclamó:

–¡Hola, hola! Se conoce que ha leído usted mi... ¡Buena filípica le he dado!

–¡Fernando!

–¡Conque usted también en galanteos! ¡Ja, ja! ¡Todo se sabe! No tome usted á mal lo publicado: está escrito con mucha intención, ¿verdad? Pero es una broma, una broma en castigo de los sermones que...

–¡Desdichado! ¡Pero has sido tú! ¡Tú!

– No lo niego, dijo el joven, que no esperaba que Mendoza tomase el lance tan en serio.

–¡Tú! ¿Sabes lo que has hecho?

– Probarle á usted que todos tenemos por qué callar, y que nada se le escapa á un *reporter* listo y activo.

–¡Miserable! ¡Has deshonrado á tu madre, y acabas de matar á tu padre también!

Fernando lanzó un grito: subió las escaleras de dos en dos, y penetró en la estancia que Mendoza acababa de abandonar.

Allí estaban sus padres. ¡El uno muerto, la otra desmayada!

El periódico satírico, el festivo diario se hallaba caído entre ambos, y aún conservaba las señales de la presión nerviosa de la mano del coronel.

Gabriela ignoró siempre quién había sido el autor de aquellos malditos renglones que habían arrojado una mancha en su pura frente, y que habían sido la causa de la muerte de Quirós.

Mendoza tuvo lástima de la pobre madre, y no quiso desgarrar aún más su corazón.

En cuanto á Fernando, estuvo muchos días entre la vida y la muerte. Después... después los cuidados de su madre le salvaron, y ¡vivió para arrepentirse, para expiar su culpa, para saber lo que el remordimiento desgarra el corazón del calumniador!

¡Oh, cuando delante de nosotros se pronuncie un nombre entre frases equívocas; cuando una de esas sonrisas, aceradas como la hoja de un puñal y seguida de una palabra intencionada se ofrezca á nuestras miradas, apartémonos de aquel sitio, cuyo aire está envenenado por el aliento de la calumnia; por la calumnia que mata de una manera infame, á traición y por la espalda! De la calumnia, crimen horrible para el cual ni el código, ni las leyes de los hombres han señalado castigo, pero que lo tendrá sin duda un día, impuesto por un juez más recto, por un tribunal más inapelable, ¡por el tribunal de Dios!

Enriqueta Lozano de Vilches

(Ilustraciones de J. Cabrinety)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PROYECTO DE PALACIO AÉREO PARA LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE AMBERES DE 1894

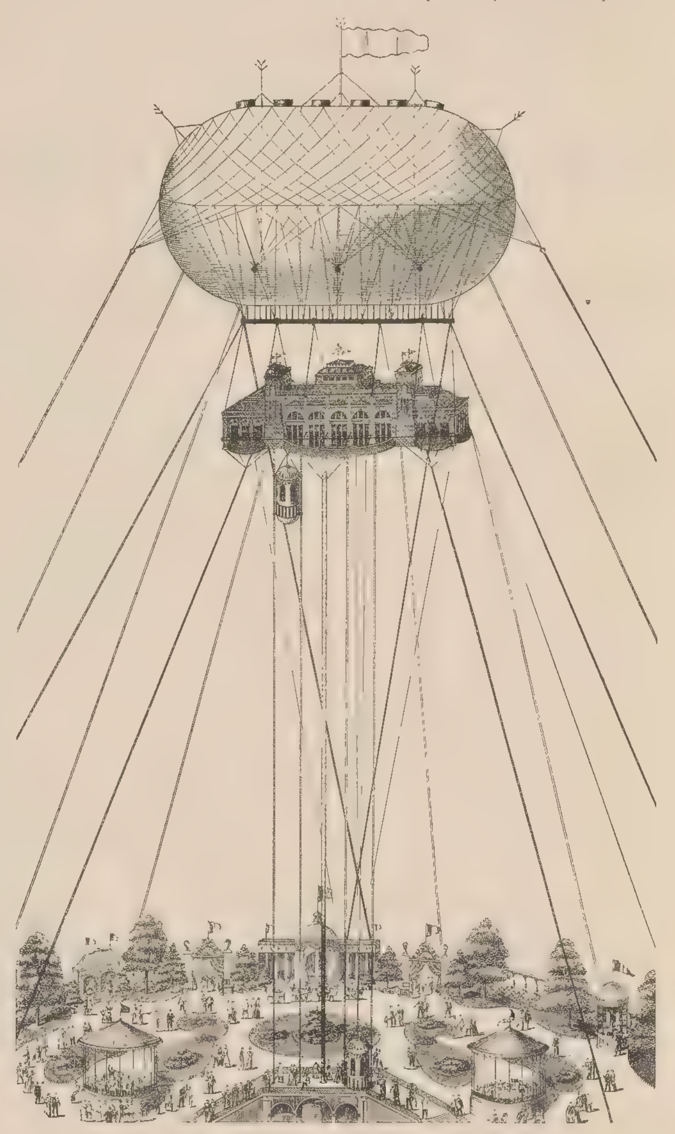
En esta época de las ideas críticas y claras en que reina la razón práctica exenta de toda fantasía, ha desaparecido casi por completo la creencia en los milagros, y eso que en esta época del vapor y de la electricidad es cuando los mayores milagros se realizan.

A pesar de cuanto hasta ahora se ha hecho, surgen de cuando en cuando proyectos y creaciones de inteligencias privilegiadas que despiertan asombro y admiración aun entre las gentes menos impresionables. Generalmente en cuanto se anuncia un proyecto que se sale de los límites de lo ordinario, la mayoría de las gentes ó no le dan crédito ó lo acogen con escéptica desconfianza, y sólo cuando aquél es ya una realidad los pesimistas se inclinan ante la evidencia y reconocen el poder del espíritu creador.

Tal sucedió con el globo cautivo Giffard, con la torre Eiffel, con la rueda de Ferris de la última Exposición de Chicago, y tal sucede con el proyectado palacio aéreo de la Exposición que en el próximo año ha de celebrarse en Amberes.

El proyecto de este palacio es atrevido y no menos atrevida es su ejecución, necesitándose toda la energía y todos los esfuerzos de un hombre de poderosa inteligencia para poner en obra tamaña idea. El autor del proyecto de palacio aéreo, el ingeniero de Bruselas M. Tobiansky, pertenece á esa clase de seres privilegiados á quienes por su genio y por su espíritu emprendedor está reservado un glorioso porvenir. Más de cuatro años hace que el inventor se ocupa en ese proyecto, y á pesar de los obstáculos con que ha tenido que luchar ha proseguido sin desmayar nunca sus estudios y experimentos aeronáuticos y técnicos, y después de haber pesado teórica y prácticamente el pro y el contra y de haber hecho todas las comprobaciones necesarias, plenamente convencido de la seguridad y posibilidad de ejecución de su invento, ofreció su proyecto al comité de la Exposición de Amberes, el cual nombró una comisión científica para que lo examinara y estudiara. El resultado de este examen y estudio fué la constitución de una sociedad por acciones para explotar el invento con un capital no más de 500.000 francos.

La construcción del palacio aéreo es sumamente interesante: en ella sólo entran materiales ligeros pero resistentes y flexibles, como tubos rayados de acero



Proyecto de palacio aéreo para la Exposición de Amberes de 1894

y de aluminio y otros por el estilo. Forros de seda china y tejidos de alambre dan al armazón un aspecto compacto que le hace semejar á un edificio en toda forma y permiten la libre circulación del viento. El suelo mismo del palacio aéreo, que tiene 30 metros de largo por 7 de ancho, es de caña y bambú.

El globo que sostiene este palacio se compone de dos hemisferios y cuatro cilindros y es de seda china doble impermeable: cada una de estas partes tiene una cabida de 15.000 metros cúbicos aproximadamente y forman todas juntas un solo globo. Un recio tejido de seda que encierra los seis globos da al conjunto del aparato forma de un cuerpo homogéneo y sostiene en su parte inferior un tubo de acero horizontal de resistencia, al cual va suspendido el palacio por medio de cinco cuerdas, cada una con una fuerza de resistencia de 25.000 kilogramos.

La parte superior del globo está cubierta con una red de seda de la que parten 16 cables de acero que

en dirección diagonal van á parar á la tierra, en donde están fuertemente amarrados; de este modo se evitan las grandes oscilaciones que un fuerte viento imprimiría al aparato. Para lograr desde este punto de vista mayor seguridad, también la barra horizontal que sostiene el palacio está amarrada por medio de cables.

En los casos de desperfectos imprevistos, el aparato puede ser descendido en media hora. El globo resiste una presión de 100 kilogramos y aun más, de manera que puede resistir un verdadero huracán.

Los dos ascensores, capaces para 10 ó 15 personas cada uno, que establecen la comunicación entre la tierra y el palacio aéreo pueden hacer un viaje cada seis minutos y son del mismo material ligero que el edificio; suben y bajan por su propio contrapeso y se deslizan entre dobles cables de 25.000 kilogramos de resistencia, á pesar de lo cual y para evitar cualquier accidente se han adoptado ingeniosos sistemas que permiten inmovilizar instantáneamente el aparato.

Cada una de las partes componentes del globo se llena por medio de un tubo que está en comunicación con el aparato de gas. Cualquiera reparación en una de ellas es sumamente sencilla, pues sólo cuatro bastan para sostener el globo, los cables y el palacio con 150 personas dentro.

El peso total del palacio aéreo con 150 personas dentro es de 35.620 kilogramos, y la fuerza ascensional del gas de 59.262: la superficie total es de 9.311 metros cuadrados, y la cabida de 74.079 metros cúbicos. Se necesitan 86.460 metros cuadrados de seda.

El palacio aéreo servirá en primer término naturalmente de reclamo para la Exposición, pero también se utilizará de él la ciencia, pues en él podrán hacerse interesantes observaciones astronómicas y meteorológicas, estudios sobre la gravedad, etc.



UN PASO DIFÍCIL, dibujo de Carlos Arregui

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

(1) Por equivocación se puso en el epígrafe de esta estatua que era de José Alcoverro.





